
3 1761 05251894 1

OBRAS COMPLETAS

DE

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA


ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL
BARCELONA

OBRAS COMPLETAS

DE

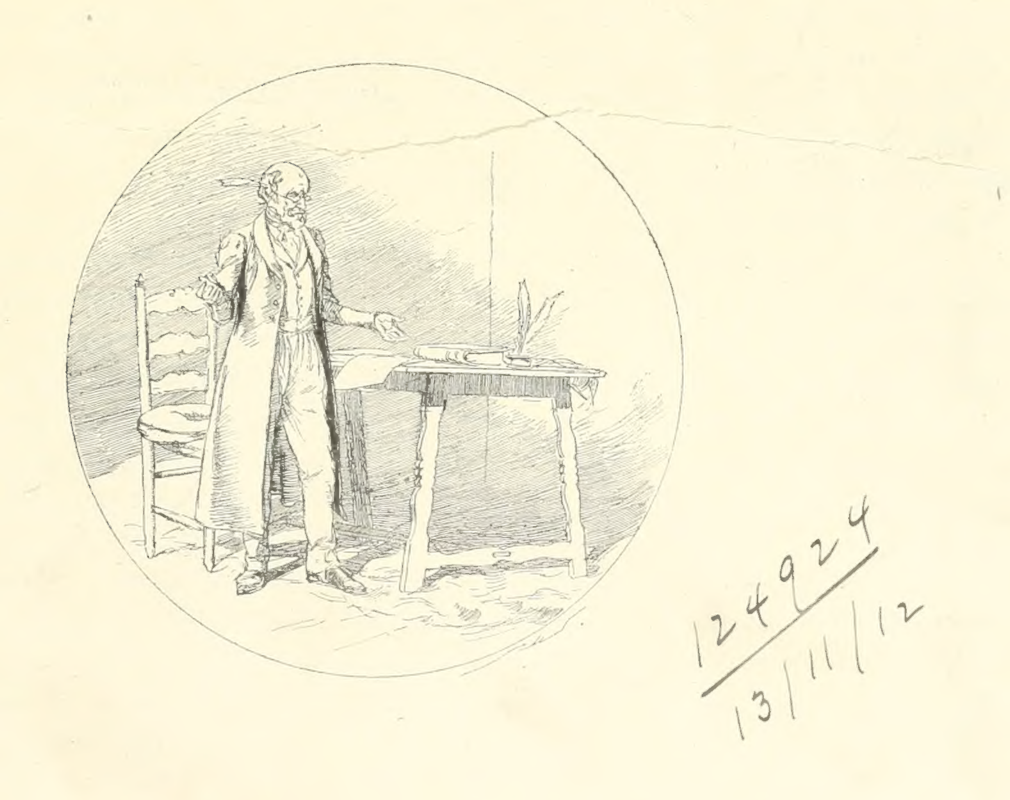
D. MARIANO JOSÉ DE LARRA

(FÍGARO)

ILUSTRADAS CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

POR

DON J. LUIS PELLICER



BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1886

VIDA DE DON MARIANO JOSÉ DE LARRA

CONOCIDO VULGARMENTE BAJO EL PSEUDÓNIMO DE

FÍGARO

Muy engañados están los que crean que la vida de D. Mariano José de Larra debe ofrecer grande alimento á la curiosidad y excitar casi el mismo interés que una novela. Su trágico fin autorizaría para creerlo así tal vez, si las grandes amarguras que envenenaron su existencia, y que tanto contribuyeron á aquél, no entrasen en un círculo que al biógrafo le es imposible traspasar. Los secretos de la familia no son propiedad de nadie, y esto nos obliga á ser muy circunspectos tratándose de un hombre cuya carrera pública empezaba apenas en los momentos en que la muerte le arrebató en la flor de su edad al país á quien había empezado á dar tan brillantes esperanzas. ¿Qué vicisitudes podría ofrecer tampoco la vida de un pobre escritor muerto á los veintiocho años? Su vida literaria es la única que ofrecería algún interés, y ésta, aunque activa y fecunda sobremanera, está fielmente reflejada en sus diversas obras. Diremos, pues, sólo lo preciso para hacer comprender el carácter de nuestro autor, el espíritu de que siempre estuvo animado al escribir, y la analogía, el contraste á veces que uno y otro presentan con sus producciones literarias. Si su talento tiene puntos de contacto con el genio de Molière y de Cervantes; si como ellos se consagró á hacer la crítica chistosa, pero profunda, de la sociedad de su tiempo; si á semejanza de estos grandes hombres, la sátira fué en sus manos un medio de enseñar tanto como de divertir, también se les pareció en el triste y fatal destino que pesó sobre ellos mientras vivieron. ¡Fígaro, aquel Fígaro que aquellos que leían sus artículos chispeantes de gracia y festividad se figurarían probablemente en perpetua risa, no gozó un instante de felicidad y puso término á sus días con un suicidio! Su persona nos ofrece un ejemplo de la constante unión, de la íntima alianza, íbamos á decir, que tienen entre sí el placer y el dolor, la alegría y la tristeza, el bien y el mal que forman el lote del hombre sobre la tierra.

Don Mariano José de Larra nació en Madrid el 24 de marzo de 1809. Esta fecha es notable. La invasión francesa, que ha sido sin duda alguna la primera causa de los trastornos que así en el orden social y político, como en el orden literario y artístico se han hecho sentir en nuestro país, estaba entonces en toda su fuerza, y con esta invasión debían enlazarse de una manera ú otra los destinos de cuantos hombres han figurado posteriormente en ellos. Mientras una generación ya formada hacía su aparición en la escena instalando todo un sistema de ideas nuevas y desconocidas en España, otra que lo había de verificar más tarde anunciando otros principios que modificasen lo que las primeras tenían de imperfecto, venía al mundo por primera vez; los hombres de 1812 se encumbraban, y los de 1833 nacían; y Larra, que había de hacer entre los últimos uno de los más notables papeles, vió la luz durante esta época. Su infancia no ofreció nada de particular. Crióse

en la casa de la Moneda de esta corte, donde residía su abuelo paterno como fiel-administrador, y contaba otros parientes entre sus empleados, en cuyo seno recibió la educación cristiana con que nuestros padres trataban de suplir la falta de otra más brillante, aunque menos sólida: la prontitud con que aprendió su catecismo fué el primer indicio que se tuvo de sus aventajadas disposiciones intelectuales; difícil hubiera sido sin embargo adivinar el giro que éstas debían tomar. Cualquiera hubiera dicho entonces que el precoz niño sería con el tiempo un gran teólogo, un eminente jurisconsulto ó un sabio médico, como su padre; pero nadie hubiese pensado que su gloria consistiría en ser el primer crítico de nuestra época. ¿Podía concebirse á la sazón que se pudiera ir más lejos que Moratín?

Luego que sobrevino el año 12, y las tropas francesas abandonaron la Península, su padre, que era médico de primera clase en el ejército imperial, hubo de seguirlas á Francia y se llevó á su hijo. A su llegada se apresuró á ponerle en un colegio, donde le tuvo hasta el año de 1817, en que, habiendo vuelto á España, empezó á darle una educación más seria. Como era un hombre distinguido en su carrera y de conocimientos más que regulares, le instruyó principalmente en las ciencias naturales sin olvidar por esto aquellas lecciones prácticas de mundo que sólo la experiencia de un padre está en disposición de dar á su hijo. No se perdió el fruto de esta esmerada enseñanza. El niño recogía con avidez todas las ideas que le daban; sus progresos eran rápidos, y su constante aplicación no tenía en ellos menos parte que su natural talento. El afán que mostraba por el estudio era tan grande, que odiaba toda clase de juegos; los libros eran su única diversión, y rara vez dejaba de derramar lágrimas al tener que desprenderse de ellos para ir á acostarse.

Una circunstancia bien singular obligó sin embargo á su padre á interrumpir esta educación interior y puramente de familia. Una circunstancia singular decimos, porque lo es mucho en efecto que aquel que más tarde había de manejar con tanta maestría nuestra habla y burlarse en tono tan festivo de los malos escritores de la misma, y en especialidad de la nube de traductores que la destrozan sin piedad alterándola con galicismos no menos opuestos á su espíritu que á su material estructura, á los nueve años no supiese hablar apenas el español, ni conociera otro modo mejor de expresarse que la lengua francesa. Esta era empero la pura verdad. Habiendo marchado á Francia desde tan niño y vivido allí encerrado cinco años en uno de sus colegios, el idioma de este país había llegado á ser nativo para él, y héchole olvidar casi completamente el castellano. Quiso remediar esta falta su padre, y al efecto le colocó en el instituto de San Antonio Abad de esta corte, y en él no sólo se perfeccionó en el conocimiento de su idioma patrio, sino que estudió la literatura latina y recibió en todo la excelente educación clásica que han acostumbrado siempre á dar los padres Escolapios. Excusado es decir que sus adelantos fueron siempre rápidos; su constante aplicación no se desmintió tampoco, ni su aborrecimiento á los juegos por que sus jóvenes compañeros se desvivían. En lo único que solía entretener sus ratos de ocio, las veces que no los consagraba á la lectura, era en jugar al ajedrez con su íntimo amigo el conde de Robles, que simpatizaba con él en gustos é inclinaciones. Nunca dió motivo para que le castigasen, y en vista de su poca travesura es seguro que tampoco se hubiera sospechado al escritor satírico, cuyas zumbas habían de hacer una eterna guerra á todos los vicios y ridículos de la sociedad, en el niño que mostraba un carácter tan pacífico y poco enredador.

Cuando salió del colegio, marchó á Navarra á reunirse con su padre, que se hallaba á la sazón de médico en la ciudad de Corella. Allá en el seno de su familia y en la primera época de su juventud, continuó haciendo la misma vida laboriosa y aplicada que había llevado durante su niñez. Todas las noches del frío invierno de 1822 á 1823 las pasó trabajando consagrado al estudio; los ruegos de su madre le obligaban sólo á retirarse á dormir á una

hora muy avanzada; así es que en aquella temporada tradujo por entero del francés al castellano toda *la Iliada* de Homero y *el Mentor de la juventud*, y escribió además originalmente una gramática de la lengua española y un cuadro sinóptico de ella. Tenía sólo trece años de edad cuando compuso estos primeros trabajos. Pero instándole su padre para que escogiese una carrera, no tardó en volver á Madrid á perfeccionar su educación, como lo hizo en efecto estudiando las matemáticas y aprendiendo las lenguas griega, italiana é inglesa, en lo que invirtió tres años, y pasando en seguida á la universidad de Valladolid á estudiar filosofía con el objeto de seguir después la carrera de leyes, á que dió la preferencia.

Matriculóse en efecto nuestro escritor y ganó su primer curso; pero la suerte había decidido que no llegase á ser nunca jurisconsulto. Cuál fuese el carácter del acontecimiento que vino á interponerse de repente en su vida y le apartó de la senda pacífica y normal que había seguido hasta entonces, es cosa que ignoramos por nuestra parte y nos es así imposible revelar á nuestros lectores. Este acontecimiento misterioso parece sin embargo muy cierto, y ejerció una grande influencia sobre el porvenir de Larra. Su carácter se alteró completamente: de niño estudioso y amante del saber, pero confiado, vivo y alegre como su edad requería, se hizo sospechoso, triste y reflexivo como si fuera un hombre hecho. Una persona muy allegada á nuestro crítico pretende que sus sentimientos fueron tan profundamente afectados, que esta fué la primera vez de su vida que le vió llorar sin consuelo, y aun pretende que de aquí vienen todas sus desgracias. Lo cierto es que de resultas se vió obligado, bien á pesar suyo, á abandonar su familia pidiendo licencia á su padre para continuar sus estudios en la universidad de Valencia, á la que se trasladó desde Castilla luego que la hubo obtenido. A poco de su llegada recibió orden del mismo para venir á Madrid donde el favor y la influencia de algunos amigos le habían proporcionado un empleo, y de este modo se vió arrastrado contra su voluntad á abandonar su carrera.

Un empleo era lo que menos podía convenir á un carácter como el de nuestro autor. Sentía ya en sí germinar el gran talento que había de inspirar sus obras posteriores, y no podía resignarse á enterrarse entre los expedientes de una oficina. Así es que no tardó en renunciarle; pero entonces nacieron para él otras dificultades. ¿Qué es lo que haría en adelante? ¿Por qué profesión se decidiría? Habiendo perdido dos años en viajes inútiles, le parecía mal volver á la universidad; además, en este intermedio se había enamorado de la señorita con quien se casó después, y esta era otra razón para que no pensase en abandonar la corte. Determinó, pues, cultivar la profesión más conforme con su gusto, y se hizo literato.

La literatura, como se sabe, ha sido y es todavía un estado muy poco lucrativo. En aquel tiempo debía serlo y lo era en efecto mucho menos. Nuestro escritor se sentía á la verdad con fuerzas para poder vivir y brillar con él; pero, ¿qué es lo que había de escribir en aquella época? Entonces pesaba el despotismo sobre nuestro país con toda la estupidez y brutalidad de que dió muestras en sus últimos años. Era la época en que predicar la ilustración valía tanto como promover un trastorno revolucionario, y el gobierno miraba ambas cosas con la misma mala voluntad. Gracias que para entretenimiento y solaz de la gente ociosa se le permitiese leer los anuncios del *Diario* y las noticias de Persia de *la Gaceta*. De todo esto había necesidad sin embargo para contener á los pícaros liberales que en 1830 habían tenido la osadía de querer derribar un sistema político impuesto por el extranjero. Cuando las cosas se encontraban en esta situación, era claro que poco podía prometerse el escritor cuya ambición literaria tenía que limitarse á componer una *charada* en *el Correo* y que no contaba con más público que oficiales indefinidos. Tales eran los auspicios con que Larra entraba en la profesión de las letras, auspicios, ya se echa de ver, bien poco brillantes y fecundos en esperanzas. Sus primeros pasos en ella correspon-

dieron en un todo á la nulidad del estado que acababa de abrazar, y la oda que escribió sobre los terremotos de Murcia dedicada al comisario general de Cruzada, Varela, *el Duende satírico*, folleto que don José María Carnerero le hizo suspender, y otros opúsculos insignificantes, tuvieron tan escaso mérito, que él mismo no quiso reconocerlos posteriormente por suyos, dejando de incluirlos en la colección de sus obras. Proporcionáronle sin embargo estas producciones la ventaja de darle á conocer entre los personajes más señalados entonces por la protección que daban á las letras y á las artes. El citado señor Varela le apreciaba sobremanera y le distinguía en todas las ocasiones. Como amigo particular suyo asistió á la célebre y suntuosa comida que dió al ilustre Rossini cuando éste vino á Madrid en compañía del señor Aguado por los años de 1831 á 1832.

Afortunadamente para el porvenir literario de nuestro autor, después de los memorables acontecimientos de la Granja en setiembre de 1832, la reina doña María Cristina empuñaba las riendas del gobierno durante la enfermedad de Fernando VII, é inauguraba su administración con aquella serie de medidas que hicieron entonces tan popular su administración. Hacia la misma época (agosto de 1832) empezó á publicar su *Pobrecito Hablador* bajo el nombre del bachiller don Juan Pérez de Munguía. Aprovechándose del cambio que entonces se hizo en la marcha política del gobierno, desenvolvió en él con cierta libertad la especialidad de talento que le distinguía. Zahirió sin piedad los abusos introducidos, las malas costumbres formadas, los funestos hábitos arraigados; la sociedad, la familia, el individuo, fueron el objeto de su censura en lo que ofrecían de reprensible y vicioso; hízolo en tono burlesco y jocoso, pero no perdonó ninguna de las aberraciones más notables de la vida que se le ofrecían en el camino, ni ninguno de los rasgos característicos de la miseria terrestre que encontraba al paso. Así es que su folleto fué acogido del público, siempre dispuesto á simpatizar con cuantos le hagan reir, con un favor señalado. Preguntábase con anticipación el día en que saldría uno de los números en que el bachiller parlanchín acostumbraba reirse con tanta gracia de las cosas que tenían mal dispuestas contra sí á la mayor parte de las gentes: el partido liberal, es decir, la masa general de los lectores de aquel tiempo, empezaba entonces á respirar por primera vez, y no podía menos de ser muy de su gusto que se hiciese burla de todos los achaques del mundo, de todas las flaquezas de la naturaleza humana, lo que para él equivalía á hacerla de todo el sistema político entonces vigente. Una vez llegada la hora deseada corrían á la librería á arrancarse el folleto, que se leía y celebraba durante muchos días, y de este modo iba formándose la popularidad de que más tarde llegó á gozar nuestro autor. El gobierno supremo no podía ver esto con indiferencia. A Calomarde había sucedido Cea en la dirección de los negocios públicos; pero los antiguos hábitos del absolutismo subsistían en toda su fuerza. Larra procuraba á la verdad abstenerse de toda expresion de que pudiera creerse envolvía una censura política; alguna que otra alusión de esta clase que se encuentra en su obra es tan tímida, tan embozada, que sólo sería capaz de resentirse el poder más desconfiado y sospechoso. Esto era sin embargo, el dominante en aquella época, á pesar de todas sus pretensiones de ilustración y amor á las luces, y por consiguiente tardó muy poco en suscitar obstáculos á su publicación por medio de la censura, especie de guillotina del pensamiento que acababa con las ideas con la misma celeridad que la guillotina revolucionaria hacía desaparecer los hombres.

Aquellos á quienes el espectáculo de los excesos (no imposibles de corregir) á que se ha entregado posteriormente entre nosotros la imprenta abandonada á sí misma, pudiera haber reconciliado con una institución tan brutal y tan contraria al espíritu de la civilización moderna, harían muy bien en leer los diferentes números del *Pobrecito Hablador*, y decir después si una publicación hasta su punto inocente debía despertar las iras censorias y ser considerada

poco menos que como subversiva del orden político y social. Ya hemos dicho el cuidado con que huía nuestro autor de satirizar ninguno de los actos del gobierno; con igual cautela procedía respecto de las demás críticas suyas que pudieran creerse dirigidas á persona determinada. Véase un párrafo en que nuestro autor protesta de no abrigar segunda intención sobre este punto, y de atender sólo al remedio de los abusos y vicios que eran objeto de su sátira, sin echar á nadie la culpa de ellos. Este párrafo está escrito con tanta humildad y sencillez que no podrá menos de hacer sonreir en los tiempos en que una salvaguardia de tal especie era pasaporte indispensable para que los censores dejasen correr ciertas palabras, de que ni el gobierno ni los particulares podían darse por ofendidos, gracias á su tono moderado y blando y á su vago é indeterminado concepto. «No tratamos, decía en una nota del número 10 del citado folleto, que es uno de los escritos con mayor libertad, no tratamos de inculpar en modo alguno por los cuadros que vamos á describir al justo gobierno que tenemos; no hay nación tan bien gobernada donde no tengan entrada más ó menos abusos, donde el gobierno más enérgico no pueda ser sorprendido por las arterías y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea. Precisamente ahora que vemos á la cabeza de nuestro gobierno una reina que, de acuerdo con su augusto esposo, nos conduce rápidamente de mejora en mejora, nosotros, deseosos de cooperar por todos términos como buenos y sumisos vasallos á sus benéficas intenciones, nos atrevemos á apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que desgraciadamente, y por la esencia de las cosas, han sido siempre en todas partes harto frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el orden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desorden, y mucho menos si se hacen las críticas generales, embozadas con la chanza y la ironía, sin aplicaciones de ninguna especie, y en un folleto, que más tiende á excitar en su lectura alguna ligera sonrisa, que á gobernar el mundo. Protestamos contra toda alusión, toda aplicación personal, como en nuestros números anteriores. Sólo hacemos pinturas de costumbres, no retratos.»

Todo esto empero no satisfacía al poder absoluto, según hemos manifestado, y la especie de reacción política que siguió con Cea Bermúdez al sistema que proclamó la amnistía y de cuyas resultas el rey volvió á empuñar las riendas del Estado, contribuyó poderosamente á la intolerancia. Los censores se fueron mostrando cada vez más rigorosos; las mutilaciones fueron cada día en aumento; á duras penas, y sólo gracias á grandes empeños, pudieron darse á luz los últimos números del *Pobrecito Hablador*, hasta que con el catorceno se anunció por fin al público la muerte del bachiller. Larra, cansado de encontrarse, como decía, con una pared en todas partes, interrumpió su publicación. Esto pasaba en el mes de marzo de 1833.

Estaba decidido sin embargo que nuestro autor fuera un escritor satírico de grande influencia, y que no le faltase por lo tanto un campo bastante vasto para desarrollar su talento. Este campo no podía ser otro que la política, la ocupación principal de nuestras generaciones, el tema de nuestros autores más distinguidos, el faro de nuestras ideas más originales, la enseña en fin tras que marcha todo nuestro siglo. El absolutismo se lisonjeaba en vano de oponer entonces barreras en España á la libertad que se adelantaba á la carrera. Nuestro país debía cambiar completamente de faz. Fernando VII, al cabo de una agonía de muchos meses, bajaba al sepulcro en setiembre de 1833, dejándonos legada una guerra civil de ocho años; y cuando el hombre del despotismo ilustrado se lisonjeaba poder continuar gobernando con los mismos principios políticos que hasta entonces, si bien aparentando plegarlos algo más á las necesidades de los pueblos, he aquí que en Talavera por primera vez, y luego después en Vitoria, Bilbao y otros puntos, da el bando carlista los primeros gritos de la rebelión que debía dar en tierra con las ilusiones del ministro. No puede entrar en nuestro plan

hacer una reseña, ni la más leve siquiera, de los acontecimientos de entonces, contando cómo desde el célebre manifiesto dado el 4 de octubre por Cea Bermúdez hasta la proclamación, un tanto obligada, del Estatuto, y desde aquí hasta el restablecimiento de la Constitución de 1812, fueron enlazándose de tal manera las cosas, y ensanchándose en tales términos el problema de la regeneración del país, que las necesidades políticas se hicieron cada día más numerosas, y más grandes también las concesiones en el mismo sentido que de grado ó por fuerza fué preciso otorgar á la opinión pública, que imperiosamente las reclamaba. Los mencionamos sólo para que se observe que, al compás de los progresos del sistema constitucional, se había necesariamente de extender el horizonte literario de nuestro autor, cuya pluma iba teniendo mayores y más importantes asuntos en que ejercerse. La misma censura, que sobrevivió á todas las demás instituciones del absolutismo como para protestar ella sola contra el espíritu liberal que las iba derrocando una tras otra, perdiendo una gran parte de su rudeza primitiva, dejó gozar de cierta independencia á los escritores: en cuya virtud si no podían hablar con entera libertad, por lo menos no estaban totalmente privados de decir algo. Nuevo motivo, pues, para que el genio de Larra tomase un vuelo vigoroso y brillante.

Lo que llevamos dicho indica que aquella debía ser la época en que empezasen los periódicos políticos. Nuestro crítico fué llamado á trabajar desde luego, aun antes de haber terminado la publicación del *Pobrecito Hablador*, en el diario que don José María Carnerero acababa de fundar en aquella época, *la Revista Española*. Las circunstancias de que nos hemos hecho cargo, hicieron que desde enero de 1833 hasta la muerte del rey no diera á luz otra cosa que artículos de crítica literaria y teatral, con alguno que otro de costumbres. Pero apenas estalló el movimiento de Vitoria, cuando escribió el célebre de *Nadie pase sin hablar al portero*, en que, desplegando ya toda la originalidad de su estilo y toda la gracia de sus chistes, señalaba de una manera profunda los dos principales rasgos del carlismo, las dos llagas que anunciaban anticipadamente su muerte, el desorden y el robo á que se entregaron sus hordas y la influencia monacal que se hizo sentir en ellas. A este artículo siguieron *la Planta nueva ó el Faccioso*, *la Junta de Castel-o-Branco* y otros, en que pasó revista á otros hechos característicos del bando rebelde. Desde entonces Larra no abandonó nunca la política, que fué para él una fuente inagotable de ingeniosísimos artículos, en que satirizó á su sabor todas las anomalías é irregularidades que le ofrecía aquella fecunda época.

Conocido es su mérito en este género de producciones literarias. Sábese que tenía un talento maravilloso para encontrar el lado ridículo de los hombres y de las cosas; que sobresalía en hacer resaltar los contrastes de todo género; que no le igualaba nadie en el arte de decir lo que quería y como quería; que su estilo, fluido y castigado, era todo lo ligero y agradable que la sátira política requiere; que, sin dejarse arrastrar de la causticidad natural del escritor de su clase, sabía contenerse dentro de los límites de la moderación y del buen tono para hacer una crítica chistosa, pero decente, de todo lo que le parecía merecerla. Esta última circunstancia, juntamente con la de no acostumbrar seguir en sus más punzantes censuras por otras inspiraciones que las de la justicia más estricta y del patriotismo más acendrado, es la que le distingue principalmente de todos los escritores que después han marchado por sus huellas. Jamás dictó sus juicios la pasión ó el espíritu de partido; siempre le impelió á tomar la pluma el interés de un gran principio violado, ó la defensa de una gran verdad desconocida, sin que en ninguna ocasión se propusiera burlarse de nada, llevado sólo del deseo de hacer burla. Supo, en una palabra, guardar la distancia conveniente entre la sátira y la diatriba, y de este modo se granjeó una grande y merecida popularidad entre los hombres de todas las opiniones. He aquí por qué durarán sus obras; y es muy posible que las de aquellos

otros que no han sabido elevar después la crítica á tan grande altura, no sobrevivan á los partidos bajo cuyo espíritu han sido escritas. ¿Quién lee ya hoy *el Zurriago?*

Los tiempos en que Larra escribió la mayor parte de los artículos que han hecho tan conocido el nombre de *Fígaro*, que adoptó por primera vez en *la Revista*, eran muy propicios para que un escritor de su género aprovechase todas sus cualidades literarias. El gobierno se veía arrastrado por dos tendencias diferentes, acosado por dos necesidades encontradas, impelido por dos exigencias opuestas. Por una parte el espíritu liberal quería imperiosamente concesiones más latas que las que se le hicieron primero en el despotismo ilustrado y luego en el Estatuto Real; por otra la opinión pública reclamaba con no menos energía la conclusión de la guerra civil, que devoraba todos los recursos y era un obstáculo á la realización de las mejoras materiales que se esperaban del nuevo régimen. Los diversos ministros que desde fin de 1833 hasta mediados de 1836 se sucedieron, no acertaron á contentar al uno ni á satisfacer la otra. En punto á concesiones liberales, parecíales que el código político de 1834 era una dosis más que suficiente para calmar la fiebre constitucional del país; y en cuanto á la lucha que sostenía con el carlismo, todos sus esfuerzos se reducían á buena voluntad. La impotencia del gobierno resaltaba en todas las cosas. Enhorabuena que creyese conveniente no llevar adelante el desarrollo de las instituciones liberales; pero una parte de la nación lo deseaba así, y sólo podía perdonarle que no lo hiciera bajo la condición de manifestarse activo y eficaz en dar cima á la lucha de Navarra: esto es lo que no quiso jamás comprender; á la par de una resistencia ciega á las innovaciones políticas, resistencia obstinada hasta el punto de que el epíteto de *nacional* dado á la milicia ciudadana costase una revolución, miró siempre la cuestión de guerra con una indiferencia tal, sus generales condujeron con tal desgracia además las operaciones militares, que todo eran obstáculos para él y malas posiciones. Tanta torpeza, tanta imprevisión, tantos errores, tantos desvaríos, no podían menos de ofrecer grande asunto á un satírico, y no le desperdició Larra. Todos sus artículos de este tiempo vienen cuajados de alusiones á los absurdos del sistema con que el gobierno traía descontento á todo el mundo y no lograba casi nunca mas que hacer más manifiestas su incapacidad y falta de tino. Eco de las legítimas pretensiones del liberalismo, no pierde ocasión de excitar en ellos al gobierno á que se muestre menos enemigo de las reformas por aquél deseadas, y más cuidadoso de contener los progresos de la facción carlista cuyas fuerzas iban en constante aumento. Los artículos, por ejemplo, de la *Ventaja de las cosas á medio hacer*, las varias *Cartas de Fígaro*, *la Cuestión trasparente*, *la Alabanza* ó *Que me prohiban este*, ofrecen una prueba de sus sentimientos en esta parte. Los censores y la censura, asunto sobre que el poder no quería ceder absolutamente nada, no dejan sobre todo un momento de ser el punto de mira de sus ataques. Sus razones tenía para ello.

La política no era lo único que absorbía toda su actividad de escritor, ni el solo asunto sobre que recaía su sátira ingeniosa y locuaz. La crítica literaria, la crítica dramática particularmente le daban motivo para escribir artículos no menos notables, sin contar los de costumbres propiamente dichos, que escribió en el mismo intervalo y que no contribuyeron menos á su celebridad, como *la Vida de Madrid*, *la Diligencia*, *el Duelo*, *los Calaveras*, y otros muchos por el estilo. Era el caso que la revolución empezaba á inaugurarse así en las letras como en el gobierno, y que empezaban á darse á luz nuevos dramas, nuevas poesías, nuevas historias en los momentos mismos en que se pedían nuevos derechos, nuevas franquicias, nuevas garantías constitucionales. Por una coincidencia bastante digna de tomarse en consideración, eran algunos de los mismos hombres que figuraban en primer término en la restauración política, los que daban el primer impulso á la restauración literaria. Los nombres del señor

Martínez de la Rosa, Duque de Rivas, Quintana, eran conocidos en ambos campos. Fígaro, pues, no podía dispensarse de tratar con la especialidad de su talento los asuntos de una y otra especie. Sus principios en materia de literatura guardaron una analogía completa con los que en política profesaba: enemigo de las trabas exageradas con que el clasicismo contenía el vuelo de todos los grandes ingenios, partidario de las innovaciones que habían de abrir á los poetas y á los escritores en general fuentes desconocidas de inspiración, fué uno de los primeros apóstoles del romanticismo, como uno de los promovedores de las reformas constitucionales. Quería el progreso, quería la novedad en todo, y ambas cosas estaban para él simbolizadas en la libertad. «Ese clamor de libertad de imprenta, tan continuo, tan incesante, tan justo, puede tener dos principios: puede considerarse como un derecho meramente político reclamado por un pueblo víctima que hace el último esfuerzo para romper la cadena; y puede mirarse también como un órgano meramente literario, exigido por un pueblo ansioso de ilustración. En el primer caso la imprenta es el baluarte de la libertad civil; en el segundo, el paladión de los conocimientos humanos.» No hemos creído poder citar palabras más oportunas para hacer ver el profundo enlace que á los ojos de nuestro autor reinaba entre la literatura y la política, y la marcha liberal y simultáneamente progresiva que ambas á dos debían seguir. Así que sus artículos críticos sobre la una se distinguían por las propias cualidades, se recomendaban por iguales circunstancias que sus artículos satíricos sobre la otra: la misma originalidad, el mismo sarcasmo severo, pero razonado, los mismos toques de estilo, la misma imparcialidad en sus juicios. Fígaro no se desmiente nunca á sí mismo, ya tenga que apreciar el carácter de un político, ó el talento de un poeta ó el genio de un artista: ni la razón ni el buen gusto le abandonan un momento.

La Revista Española, después *Revista Mensajero*, no fué el solo periódico que en el tiempo á que nos referimos consignó sus trabajos. Estuvo también asociado durante una gran parte del año 34 á la redacción del *Observador*, que por entonces gozó de cierta celebridad. Sus trabajos literarios no se redujeron tampoco á los artículos de crítica, así literarios como políticos, que las circunstancias y vicisitudes del tiempo le sugerían con frecuencia. Aspirando á adquirir una celebridad fundada en títulos más lisonjeros, ya que no menos reales que los de un escritor reducido al ingrato oficio de analizar los de los más, escribió una novela histórica original, *El doncel de don Enrique el Doliente*, la comedia de costumbres imitada del francés, *No más mostrador*, el drama original de *Macías*, é hizo algunas traducciones de mérito, como el conocido *Arte de conspirar* que publicó bajo su nombre anagramizado en el de Ramón de Arriala, *el Desafío* ó *Dos horas de favor*, etcétera, etc. En todas estas producciones desplegó el mismo talento, la propia belleza de estilo, igual tacto en sus asuntos que en sus artículos satíricos, si bien es preciso convenir en que, considerado como novelista y autor dramático, no es, ni con mucho, tan original ni tan nuevo que como crítico y pintor de costumbres. A ser un escritor de esta clase era principalmente llamado, y bajo este punto de vista hay que juzgarle para apreciar todo el valor de su mérito literario.

Acabamos de recorrer la época más interesante de la vida de Larra, porque en ella fué cuando labró principalmente su reputación. La atención que hemos dado á sus faenas literarias nos ha impedido ocuparnos nada de su vida doméstica, que no era tan afortunada á la verdad como su vida de escritor. Aquel Fígaro que sabía con un artículo suyo hacer reir á toda la España, no encontraba un bálsamo que suavizase las llagas de su corazón. Larra no era feliz interiormente. Él mismo lo manifestó así hablando de los escritores satíricos. «El escritor satírico, decía, es por lo común como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razón puede decirse que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son

y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámanle la atención en el sol más sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demás sino la proporción de las funciones y la pulidez de los contornos: ve detrás de la acción aparentemente generosa el móvil mezquino que la produce; ¡y eso llaman sin embargo ser feliz!.....» y citando después los ejemplos de Molière y de Moratín, añadía: «Y si nos fuera lícito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesaríamos ingenuamente que sólo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demás.» Nuestros lectores preguntarán qué razón podría tener Fígaro para considerarse desgraciado, él que en su corta vida se hizo un lugar tan distinguido en las letras, él cuya celebridad le granjeó, entre otras amistades ilustres, la del embajador de Inglaterra en aquella sazón, sir J. Villiers, hoy lord Clarendon, que tenía un gusto particular de verle á su lado en todas las brillantes funciones que acostumbraba á dar en su casa; la del distinguido poeta duque de Rivas, que fué su padrino de boda; la de los señores Martínez de la Rosa, conde de Toreno, general Castaños, y la de la misma reina Cristina, que deseó conocerle y le conoció en efecto, habiendo sido presentado á esta princesa por su mayordomo mayor el conde de Torrejón. Sus desgracias provinieron principalmente de su carácter. Aunque Larra era generoso y buen amigo, sentía por los hombres en general recelo y desconfianza, cuyos sentimientos sabía disimular sin embargo. En el trato social afectaba siempre modales muy distinguidos, y podía servir de modelo de finura y cortesanía; pero en lo interior de su casa desplegaba un genio duro, desigual y poco sufrido. Era en una palabra un misántropo en la realidad, si bien amable y complaciente en la apariencia, y esta amalgama de afectos encontrados, esta lucha entre su corazón y su cabeza, no era lo más á propósito para tener su espíritu en sosiego. Y como estaba dotado por otra parte de bastante elevación en su talento para no recargar sus escritos de toda la hiel que envenenaba sus sentimientos, la amargura que dejaban de llevar sus críticas, templadas casi siempre por la risa y el buen humor, refluía sin remedio sobre su alma y le atormentaba continuamente. Los goces del esposo y del padre, que eran los únicos que podían haber endulzado su natural condición y restituídole algún reposo, apenas fueron gustados por él. Habíase casado á los veinte años sin destino, sin carrera, sin dinero, sin recursos de ninguna clase; sin el apoyo mismo de su padre, que había perdido por acontecimientos pasados. Su talento de escritor suplió en breve esta falta, que es la causa vulgar, aunque harto frecuente en nuestros tiempos, de la desavenencia de muchos matrimonios y del desorden de no pocas familias. El casamiento de Larra no resultó á la verdad feliz, pero los motivos fueron otros. Fué igualmente su carácter quien originó su desgracia en esta parte, lanzándole con frenesí en el torbellino del mundo y obligándole á ahogar entre su ruido y confusión los gérmenes de dolor que llevaba perpetuamente en su seno. Demasiado joven todavía, fué presa de mil funestas y tormentosas pasiones que acabaron de acibarar su existencia. El amor culpable que concibió por una mujer casada amortiguó en él aquel entrañable cariño que en un principio tuvo á su esposa y á sus hijos, y le lanzó en una senda de extravíos y de errores que empañaron su reputación y su buen nombre. Muy severos tendríamos que ser [illegible] con su memoria, á fuer de biógrafos imparciales, si su trágica muerte no hubiera sido un castigo más que suficiente de las faltas de su vida. Nuestros lectores nos permitirán pues que pasemos adelante.

De resultas de todos los disgustos y sinsabores que sufrió hacia este tiempo, trató Fígaro de dejar la España y hacer una excursión al extranjero, tanto por distraer su ánimo como por estudiar los países sobre cuya civilización

se iba modelando la nuestra sucesivamente. Quiso visitar la Francia y la Inglaterra; es decir las dos naciones que han contribuído más á dar á nuestra sociedad la fisonomía y el color modernos que tanto la distinguen de la sociedad de nuestros abuelos; y como entonces estaban casi interceptadas las comunicaciones con el lado allá de los Pirineos á causa de la rebelión de las provincias Vascongadas, emprendió su viaje por Portugal, adonde se trasladó por Extremadura. Este camino le ofreció ocasión de recorrer las famosas ruinas romanas de Mérida, á que consagró dos artículos, y de hacer algunas observaciones interesantes sobre las costumbres de la provincia. Llegado á Lisboa fué muy bien recibido en todas partes, y obsequiado por los sabios y literatos que le conocían de nombre. Lo propio le sucedió en Londres y París, para cuyas capitales se embarcó en seguida. En la última de estas dos ciudades debió las mayores distinciones al señor barón Taylor, su amigo particular, y á quien conocía ya desde España, que le acompañó á las reuniones y á los establecimientos dignos de ser visitados por todo viajero que llega á aquella culta capital, y le asoció para que escribiese en una obra que entonces se publicaba allí, titulada: *Descripción de la Península*. Al fin, no pudiendo vivir más tiempo fuera de su patria, se decidió á volver á España á fines de 1835 después de diez meses de ausencia, verificando esta vez su viaje directamente por el Pirineo.

El Español, periódico célebre por su tamaño jamás conocido en España, y que acababa de crearse, fué quien recogió en esta época los trabajos de Fígaro. Volvió éste á su chistosa garrulería contra los abusos de toda clase, á sus punzantes alusiones contra los desbarros del gobierno, á sus ingeniosas críticas de los teatros, de los actores y de los libros. El público continuó mostrándole sus simpatías: es verdad que sus artículos satíricos no perdieron un punto de la ligereza, de la amenidad y de la gracia que los hacían leer con tanto gusto. Su viaje había contribuído á madurar su talento y hacerle adquirir una solidez y un aplomo que tal vez le faltaban antes: sus críticas teatrales de esta época se distinguen de las anteriores por una superioridad incontestable, y algunas de ellas son un modelo en su género: testigos las de los dramas de Dumas *Antony* y *Catalina Howard*. Un artículo de costumbres muy notable también, *Los Barateros*, lleva impreso sobre sí tal sello de profundidad y de filosofía, que atestigua la impresión que durante su viaje hicieron sobre el ánimo de Fígaro las ideas de los penitenciaristas modernos, muchas de las cuales van abandonándose cada día como puras ilusiones; pero que entonces pasaban por verdades positivas, y dieron motivo á nuestro autor para que desarrollase su talento por un lado desconocido hasta entonces.

Echemos ahora una rápida ojeada sobre los acontecimientos políticos que por este tiempo se sucedían ó estaban preparando, porque ellos ejercieron una influencia directa sobre las tareas literarias de nuestro autor, dándoles una fisonomía especial y determinada hasta el fin de su vida, que estaba ya bien cercano. Los tres años del 34, 35 y 36 habían sido empleados en una lucha constante entre la monarquía que quería conservar todo lo que fuese posible del antiguo régimen político del país, y la opinión pública que reclamaba para éste instituciones francamente constitucionales. El Estatuto real fué la primera concesión eficaz hecha á la segunda por la primera; pero como no fuese seguida de otras que se consideraban como su legítima y necesaria consecuencia; como, aunque la ley fundamental pudiera creerse calcada sobre principios más ó menos liberales, el gobierno supremo no daba pruebas de liberalismo ni en su espíritu, ni en sus tendencias, resultó de aquí que el partido que con razón ó sin ella llevaba la voz popular, empezó á trabajar en el parlamento y fuera de él para realizar las cosas á que aquel se negaba con tanto empeño. Creyóse, no sin razón, que lo primero que había que hacer era ensanchar las bases mezquinas é insuficientes bajo que el señor Martínez de la Rosa había constituído po-

líticamente la nación, y se pidió la reforma del Estatuto. Después de algunas vicisitudes, trás de algunos motines mal reprimidos, y en medio de los apuros de la guerra cada vez más apremiantes, prometiólo al fin la corona como medio de sofocar el levantamiento en 1835. Diferentes circunstancias se opusieron al cumplimiento de esta promesa, hasta que por último habiéndose formado el gabinete del ministerio Isturiz en mayo de 1836, se anunció solemnemente á la nación que sus deseos y esperanzas más ardientes iban á tener logro, mediante la convocación de las Cortes revisoras que debían ocuparse en formar una nueva Constitución.

Este paso, que parecía deber reconciliar definitivamente á todos los amigos de las ideas constitucionales, los dividió sin embargo para siempre. Hasta entonces el partido liberal no estaba dividido en fracciones de ninguna clase: sus diversos miembros estaban sólo separados por líneas casi imperceptibles, y si unos mostraban más impaciencia que otros por llevar adelante la reforma política, todos convenían á lo menos en que el progreso era necesario. Pero el advenimiento del gabinete de mayo los fraccionó en dos bandos absolutamente distintos, opuestos entre sí, bandos que se han ido separando cada vez más, que cada día se han profesado mayor antipatía, mayor enemistad, mayor rencor; bandos en fin cuyo destino no ha terminado todavía, siendo á estas horas un misterio si llegará alguna vez para ellos el día de la reconciliación, ó si arrastrados antes de tristes y miserables pasiones que de un amor sincero á su país cuyo bien invocan ambos, preferirán irse á perder el uno en el despotismo, y el otro en la anarquía. ¿Cuáles fueron las causas de esta división tan fatal? Fueron á nuestro modo de ver muy sencillas. Unos se pusieron de parte de la corona en aquella ocasión y se hicieron conservadores, ya porque la autoridad del trono les parecía la única que podía asegurar el éxito de las reformas políticas así en lo interior como en lo exterior, ya porque los medios legales les parecían más asequibles y expeditos que los medios revolucionarios, ya en fin porque el carlismo amenazaba demasiado cerca para no pensar en poner pronto término de aquel modo á las contiendas pendientes. Otros por el contrario se pusieron de parte del pueblo ú obraron en nombre suyo, bien porque el dogma de la soberanía nacional, único que reconocían como legítimo, les hiciese rechazar toda Constitución emanada del poder real, bien porque sólo viesen con desconfianza las promesas y concesiones de este último, bien porque la marcha del ministerio Isturiz, que empezó su carrera con un semi-golpe de Estado, no les prometiese que habia de acceder bastante á las exigencias del liberalismo. A cuyos primeros motivos de disentimiento hay que añadir los odios personales y profundos que existían entre los jefes de los respectivos partidos, que contribuyeron á rebajar notablemente la cuestión, y de una política de principios, de gobierno, que era antes, hicieron otra de poder, de ambiciones y gabinete; más claro el combate entre dos grandes principios políticos se convirtió en lucha entre dos personajes influyentes, el señor Isturiz y el señor Mendizábal, y de aquí nació la revolución de la Granja.

Fígaro se decidió por el bando conservador; no ciertamente porque sus ideas liberales no fuesen suficientemente avanzadas y aun estuviesen embebidas en el espíritu democrático, como lo demuestran muchos pasajes de sus obras. No podía suceder otra cosa respecto del traductor de las célebres *Palabras de un creyente* de M. Lamennais, y del notable prólogo que le precede, en que nuestro autor vierte doctrinas que no rechazarían los más ardientes apóstoles de la democracia moderna. Pero Fígaro no veía la necesidad de exponer el país á nuevos trastornos, ni las instituciones á nuevas conmociones, cuando las legítimas exigencias populares iban á ser satisfechas y asentada la libertad bajo firmes y seguras bases. Preparábase además por su lado á tomar una parte directa en el movimiento reformador, pues había sido nombrado diputado por la provincia de Avila para las Cortes que debían llevarle á

efecto; y esta circunstancia tenía que predisponer su ánimo en favor del sistema legal. Por consiguiente cuando estalló el movimiento de agosto se encontró sorprendido y sin comprender unos sucesos, en su concepto tan irregulares, encontrándose de rechazo lanzado en el partido de la resistencia, no por simpatía alguna hacia él, sino por la fuerza misma de las cosas.

Hemos entrado en estos pormenores á fin de hacer comprender cómo el pensamiento de los escritos de Fígaro, el tono general de ellos y hasta las formas de su estilo sufrieron grandes é importantes modificaciones. Ya no es el instinto espontáneo del liberalismo lo que le inspira; son sus excesos y violencias lo que llama su atención; ya no critica las cosas preocupado su ánimo de las grandes ideas de perfección y progreso; es la amargura del hombre desengañado lo que le mueve á escribir: ya no es la gracia, ni la ligereza, ni la amenidad lo que resalta principalmente en sus artículos, sino la aspereza, el coraje, la melancolía. Y es que todas sus esperanzas se han disipado; y es que todas sus ilusiones se han desvanecido; y es que un presente triste y desconsolador le hace desconfiar de todo porvenir risueño y fecundo; ¡y es, en fin, que el sentimiento íntimo de las cosas se le escapa por esta vez! La negación es el más estéril de los pensamientos humanos; y causa dolor ver á un escritor como Larra, condenar los desórdenes de la revolución, las atrocidades de su gobierno y los desvaríos de sus ministros en nombre de tan pobre principio. Pero su alma se había gastado ya en la lucha, y querer otra cosa de él era acaso exigir demasiado. El carro revolucionario anda demasiado aprisa para que todos puedan seguir su paso.

El artículo de *El día de difuntos* de 1836 señala esta nueva fase de la vida literaria de Larra, y la resume toda, por decirlo así. No seremos nosotros los que neguemos el verdadero mérito de esta composición, la profundidad con que está concebida, la filosofía con que está vaciada, la altura del tono con que está escrita; pero juzgándola bajo un punto de vista más grande que el de un miserable escepticismo, ¿tenía razón Fígaro en manifestar tanto desconsuelo, en sentir tanta amargura, en derramar tanta hiel, permítasenos la expresión, en vista de los hechos que entonces pasaban? Sabido es el pensamiento del artículo de que se trata. Nuestro autor se imagina al ver las gentes que se dirigen apresuradamente al cementerio, que éste se encuentra dentro de Madrid, que Madrid es el cementerio, «vasto cementerio, dice, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.» Inspirado de esta idea, empieza á recorrer las calles de la capital considerando sus principales edificios como otros tantos sepulcros cubiertos de epitafios alusivos á los acontecimientos de que cada cual había sido teatro. Al llegar al Real Palacio, lee en su frontispicio: «*Aquí yace el trono;* nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado.» Pasa por delante de la cárcel y exclama: «*Aquí reposa la libertad del pensamiento!* Dos redactores del *Mundo*, añade, eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna.» Al echar de ver el edificio de Correos: «*¡Aquí yace la subordinación militar!*» lee también su fantasía... Tal es el espíritu de las ideas de todo este artículo y del de todos los demás, poco más ó menos, que Fígaro escribió hasta su muerte bajo la inspiración de los sentimientos que hemos manifestado. ¡Tristes y falaces ideas por cierto! Sí; el trono había muerto, era verdad; pero era el trono absoluto, el trono que esquivaba ser francamente poder constitucional, el trono que no quería renunciar á ninguno de sus antiguos hábitos y preocupaciones, y eso cuando no encontraba un solo defensor contra la soldadesca desenfrenada, ni un solo palaciego caía atravesado por las bayonetas del sargento García! Sí, la libertad del pensamiento había perecido, nada más cierto; pero era la libertad de pensar representada por la censura y de cuya abolición ofrecían una imagen viva los periodistas

entonces presos. Sí, la subordinación militar estaba destruída, no había duda alguna; pero era la subordinación ciega y estúpida que quería el despotismo, el cual no contó sin embargo con fuerza bastante para reprimir una sedición de tropa hecha en nombre de una idea política, teniendo que resignarse vergonzoso á dejarla salir con tambor batiente y banderas desplegadas! ¿No habían hecho bien en morir instituciones caducas y que no estaban ya conformes con el espíritu de los tiempos nuevos? ¿No convenía que la monarquía aprendiese con la experiencia que no encontraría nadie que se inmolase por ella á título de absoluta, y que su sola tabla de salud estaba en aceptar sinceramente el nuevo orden político? ¿No era un grande ejemplo ver encerrados en la cárcel á escritores acusados de haber publicado estos ó aquellos pensamientos en uso de un derecho reconocido, probando así que, si á los hombres podían ponerse grillos, las ideas estaban ya libres de toda traba? ¿No era providencial ver á la fuerza armada declararse en insurrección en nombre de un principio y estrellarse ante ella toda la fuerza de la autoridad pública, á fin de que los gobiernos no convirtiesen en adelante á los ejércitos en instrumentos de opresión y tiranía para los simples ciudadanos, exponiéndose á que el instinto del patriotismo ahogase en ellos la voz del deber militar? He aquí lo que debió pensar Fígaro antes de hacer una crítica tan amarga y desesperada de los acontecimientos. Empero no podía ser otra cosa y él mismo nos explica porqué. «Quise refugiarme, dice, en mi propio corazón... ¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! *¡Aquí yace la esperanza!*...» ¡Oh! un hombre sin esperanza no podía hablar de otro modo: así es que no es al mundo á quien debía dirigir su palabra; ¡debía hablar únicamente á Dios!

No sólo son sus artículos políticos los que se resienten del giro que la revolución de la Granja hizo tomar á sus ideas y opiniones. La misma negra melancolía, la misma sombría desesperación, reinan en sus artículos literarios, juntamente con las mismas lamentaciones por lo pasado, la misma superficialidad al examinar la razón de las cosas. Larra es, debemos confesarlo, inferior á sí mismo. ¿Trata de juzgar *el Pilluelo de París?* En vez de apreciar en su justo valor la filosofía de esta pieza, nos dirá que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal necesario, que el continuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no pereza, que los pobres no son siempre necesariamente virtuosos ni el noble y el rico unos bribones, con otras trivialidades que, sin entremeterse á ver hasta qué punto debe ser limitado el sentido que se les dé, no probarán nunca que los grandes y los poderosos no abusen alguna vez de su posición social para oprimir á los débiles y á los pequeños. ¿Va á hacer el análisis del *Felipe II?* Tampoco se detendrá en examinar el drama en sí mismo, sino en decirnos que el teatro envejece diariamente, que las sociedades se desquician y que lo mismo sucede con el drama, que es su exacta expresión, que nada puede decirse de la pieza en cuestión sino que es una astilla más arrojada en la hoguera que se apaga. ¿Se ocupa en hacer la crítica de las *Horas de invierno*, una colección de novelas traducidas por el señor Ochoa? Nos manifestará que, aunque el traductor es un escritor de bastante mérito para ocuparse en trabajos originales, hace muy bien en lanzarse en cuerpo y alma en aquel oficio. La decadencia de nuestra nación, el envejecimiento de nuestra sociedad lo requiere así: «¿Qué haría, añade, con crear y con inventar? Dos amigos dirían al verle pasear por el Prado: *¡Tiene chispa!* Muchos no lo dirían por no hacer esa triste confesión. Los más no lo sabrían; las bellas creerían hacerle un gran elogio diciéndole: *romántico;* algunos exclamarían: ¡Es buen muchacho, pero es *poeta!* ¡Otra parte, y no la menor, le calumniaría, le llamaría inmoral y mala cabeza, infernaría su existencia y la llenaría de amargura!» Esto, como se ve, no es formar un juicio, esto no es presentar un aná-

lisis, esto no es hacer una crítica; es quejarse, es llorar, es hacerse pedazos el corazón. ¡Qué contraste ofrece este modo de escribir de Fígaro con el que tenía en sus buenos tiempos! Entonces discurría, entonces meditaba, entonces se entusiasmaba con las innovaciones, entonces la esperanza era su numen inspirador; ahora divaga, cierra los ojos, no sabe sino lamentarse de lo pasado, y el desaliento le domina completamente. El mundo social, político y religioso, no es para él más que un edificio viejo que se desmorona por todas partes, á quien en vano se aplican puntales para contener su ruina; en esto no se equivocaba, pero tenía muy vendados los ojos cuando al través del polvo de los escombros no veía alzarse poco á poco un nuevo edificio mucho más brillante, magnífico y duradero.

Seríamos injustos con Larra, si no reconociésemos la influencia que ejercieron en esta última fase de su vida literaria que estamos examinando, los pesares y los quebrantos domésticos: la funesta pasión que tuvo la desgracia de concebir, olvidando los más sacrosantos deberes, se los acarreó grandísimos al fin de su vida. Por lo mismo que sus convicciones políticas habían sufrido tan rudo golpe, debió volverse naturalmente á buscar en el seno de la vida interior los consuelos que el espectáculo del mundo le rehusaba. Desgraciadamente en vez de refugiarse en los brazos de una esposa querida, se aferró cada vez más á su malhadado amor, el cual debía costarle la vida. La persona que se le había inspirado no le guardaba ya una correspondencia, sin la que se creía completamente desgraciado. La inquietud y agitación de su alma crecían por momentos. Todos los que le trataron entonces íntimamente, pudieron observar el desorden de sus ideas, la incoherencia de sus acciones, el desvarío de sus sentimientos, indicios de una catástrofe próxima. Sus últimos escritos la hacían presentir de una manera patente. En el artículo consagrado á la memoria del malogrado conde de Campo Alange decía quince días antes de su muerte con un tono melancólico y lúgubre: «Ha muerto el joven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa! ¡En la vida le esperaba el desengaño! ¡La fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por éste que por aquélla, que esos viven muertos y le envidian!» ¿No son estas las palabras del moribundo?

Llegó por fin el 13 de febrero de 1837, cuyo día era el destinado para el término de la breve y tormentosa vida de Fígaro. Su amada, después de cinco años de amores, quería romper unos lazos doblemente ilegítimos y criminales, y él lo resistía con todas sus fuerzas. Creyendo poderla decidir á cambiar de opinión, quiso tener con ella una entrevista donde invocase los antiguos recuerdos é hiciese valer sus protestas de ahora. Túvola en efecto en su casa la noche de dicho día, pero nada consiguió. Todos los esfuerzos del amante se estrellaron ante la impasible resolución de la mujer. Esta acabó por exaltarle con su indiferencia, por enardecerle hasta el último punto con su despego, y apenas habían pasado unos cuantos minutos después de haberse despedido friamente y sin dejarle ninguna especie de consuelo cuando... oyeron los criados de Larra un ruido que al principio tomaron por la caída de un mueble, pero que luego que entraron en la habitación después de un larguísimo rato, ¡conocieron había sido la detonación de una pistola con que se había quitado la vida! ¡Se había suicidado delante del espejo! ¡Y fué una de sus pequeñas hijas la que primero echó de ver la desgracia de su padre!!!

Tal fué el desgraciado fin que tuvo el primer escritor satírico de nuestros tiempos, y cuya relación era lo único que nos quedaba por hacer para dar cima á nuestra tarea. ¡El risueño, el ameno, el chistoso Fígaro murió de esta manera tan trágica, tan lamentable! No, no seremos nosotros los que disculpemos su acción, y menos todavía los errores y las faltas que

poco á poco le arrojaron en el delirio que se la hizo cometer; pero permítasenos á lo menos asociarnos al voto unánime de toda la juventud literaria de España, que inmediatamente olvidó al suicida para no acordarse sino del escritor, y del escritor que con tanta gloria marchaba por las mismas huellas que Cervantes, que Molière, que Juvenal y que todos los grandes satíricos. Algunos años más de vida, alguna más grandeza en su genio, he aquí lo que le faltó para haberse colocado á la altura acaso de estos grandes hombres: los homenajes tributados á su memoria atestiguan bien cuán grande era el vacío que iba á dejar en las letras españolas contemporáneas. Sabida es la pompa con que fué acompañado á la sepultura, sabidas son las sentidas composiciones que se leyeron sobre su cadáver, las tristes palabras que allí se pronunciaron, el dolor de que estuvieron penetrados todos los circunstantes. ¡Estas muestras de simpatía hacia el desgraciado Larra, se han renovado después cuando en el mes de marzo de este año se trasladaron sus cenizas al cementerio en que reposan las de Calderón y las del nunca bastante llorado Espronceda! Hoy día comprenden ya todos que á los hombres no les toca más que rendir homenaje al talento: á Dios sólo corresponde pedir cuenta del uso que se haya hecho de él.

Concluyamos, pues, añadiendo que la circunstancia de haber muerto antes de sus veintiocho años, dejando una esposa joven con un niño que ahora tiene doce años, y dos niñas, una de diez y otra de ocho, debe hacernos más respetuosos todavía con la memoria de Fígaro.

C. Cortés

EL POBRECITO HABLADOR

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, ETC., ETC.

POR EL BACHILLER

D. JUAN PEREZ DE MUNGUIA

DOS PALABRAS

No tratamos de redactar un periódico: 1.º porque no nos creemos ni con facultad ni con ciencia para tan vasta empresa; 2.º porque no gustamos de adoptar sujeciones, y mucho menos de imponérnoslas nosotros mismos. Emitir nuestras ideas tales cuales se nos ocurran, ó las de otro tales cuales las encontremos para divertir al público, en folletos sueltos de poco volumen y de menos precio, este es nuestro objeto; porque en cuanto á aquello de instruirle, como suelen decir arrogantemente los que escriben de profesión ó por casualidad para el público, ni tenemos la presunción de creer saber más que él, ni estamos muy seguros de que él lea con ese objeto cuando lee. No siendo nuestra intención sino divertirle, no seremos escrupulosos en la elección de los medios, siempre que éstos no puedan acarrear perjuicio nuestro, ni de tercero, siempre que sean lícitos, honrados y decorosos.

A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen á álguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecérsele. Adoptamos por consiguiente con gusto toda la responsabilidad que conocemos del epíteto satíricos que nos hemos echado encima; sólo protestamos que nuestra sátira no será nunca personal, al paso que consideramos la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas, útil, necesaria, y sobre todo muy divertida.

Siendo nuestro objeto divertir por cualquier medio, cuando no se le ocurra á nuestra pobre imaginación nada que nos parezca suficiente ó satisfactorio, declaramos francamente que robaremos donde podamos nuestros materiales, publicándolos íntegros ó mutilados, traducidos, arreglados ó refundidos, citando la fuente, ó apropiándonoslos descaradamente, porque como pobres habladores hablamos lo nuestro y lo ajeno, seguros de que al público lo que le importa en lo que se le da impreso no es el nombre del escritor, sino la calidad del escrito, y de que vale más divertir con cosas ajenas que fastidiar con las propias. Concurriremos á las obras de otros como los faltos de ropa á los bailes del carnaval pasado; llevaremos nuestro miserable ingenio, le cambiaremos por el bueno de los demás, y con ribetes distintos lo prohijaremos, como lo hacen muchos sin decirlo; de modo que habrá artículos que sean una capa ajena con embozos nuevos. El de hoy será de esta laya. Además, ¿quién nos podrá negar que semejantes artículos nos pertenezcan después de que los hayamos robado? Nuestros serán indudablemente por derecho de conquista. Habrálos también, sin embargo, enteramente nuestros.

Siguiendo este sistema no podemos fijar las materias de que hablaremos; sabemos poco, y aun sabemos menos lo que se nos podrá ocurrir, ó lo que podremos encontrar. Reirnos de las ridiculeces; esta es nuestra divisa: ser leídos; este es nuestro objeto: decir la verdad; este nuestro medio.

Aunque nos damos tratamiento de nos, bueno es advertir que no somos más que uno, es decir, que no somos lo que parecemos; pero no presumimos tampoco ser más ni menos que nuestros coescritores de la época.



(ARTÍCULO ROBADO)

El doctor tú te le pones,
El Montalvan no le tienes,
Con que quitándote el don
Vienes á quedar Juan Perez.

Epigrama antiguo contra el doctor don Juan Pérez de Montalvan.

Yo vengo á ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo, como ya se echará de ver en mis escritos; no tengo más defecto, ó llámese sobra si se quiere, que hablar mucho, las más veces sin que nadie me pregunte mi opinión; váyase porque otros tienen el no hablar nada, aunque se les pregunte la suya. Entremétome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinión y la digo, venga ó nó al caso, como un pobrecito. Dada esta primera idea de mi carácter pueril é inocentón, nadie extrañará que me halle hoy en mi bufete con gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público. Esta idea, pues, que me ocurre al sentir tal comezón de escribir será el objeto de mi primer artículo. Efectivamente, antes de dedicarle *nuestras* vigilias y tareas *quisiéramos* saber con quién *nos* las *habemos*.

Esa voz *público* que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodín de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vacía de sentido, ó es un ente real y efectivo? Según lo mucho que se habla de él, según el papelón que hace en el mundo, según los epítetos que se le prodigan y las consideraciones que se le guardan, parece que debe de ser álguien. El público es *ilustrado*, el público es *indulgente*, el público es *imparcial*, el público es *respetable:* no hay duda, pues, en que existe el público. En este supuesto, *¿quién es el público y dónde se le encuentra?*

Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona á buscar al público por esas calles, á observarle, y á tomar apuntaciones en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caracteres distintivos de ese respetable señor. Paréceme á primera vista, según el sentido en que se usa generalmente esta palabra, que tengo de encontrarle en los días y parajes en que suele reunirse más gente. Elijo un domingo, y donde quiera que veo un número grande de

personas llámolo público á imitación de los demás. Este día un sin número de oficinistas y de gentes ocupadas ó no ocupadas el resto de la semana, se afeita, se muda, se viste y se perfila; veo que á primera hora llena las iglesias, la mayor parte por ver y ser visto; observa á la salida las caras interesantes, los talles esbeltos, los piés delicados de las bellezas devotas, las hace señas, las sigue, y reparo que á segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas; aquí deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no están ó no quieren estar en casa; allí entra, habla del tiempo que no interesa, de la ópera que no entiende, etc. Y escribo en mi libro: «El público oye misa, el público coquetea (permítase la expresión mientras no tengamos otra mejor), el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, adonde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde por lo regular ni es esperado antes de ir, ni es echado de menos después de salir; y el público en consecuencia (sea dicho con perdón suyo) pierde el tiempo, y se ocupa en futesas:» idea que confirmo al pasar por la Puerta del Sol.

Éntrome á comer en una fonda, y no sé porqué me encuentro llenas las mesas de un concurso que, juzgando por las facultades que parece tener para comer de fonda, tendrá probablemente en su casa una comida sabrosa, limpia, bien servida, etc., y me lo hallo comiendo voluntariamente, y con el mayor placer, apiñado en un local incómodo (hablo de cualquier fonda de Madrid), obstruído, mal decorado, en mesas estrechas, sobre manteles comunes á todos, limpiándose las babas con las del que comió media hora antes en servilletas sucias sobre toscas, servidas diez, doce, veinte mesas, en cada una de las cuales comen cuatro, seis, ocho personas, por uno ó solos dos mozos mugrientos, mal encarados y con el menor agrado posible: repitiendo este día los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida; siempre puercos, siempre mal aderezados; sin poder hablar libremente por respetos al vecino; bebiendo vino, ó por mejor decir agua teñida ó cocimiento de campeche abominable. Digo para mi capote: «¿Qué alicientes traen al público á comer en las fondas de Madrid?» Y me contesto: «El público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local.»

Salgo á paseo y ya en materia de paseos me parece difícil decidir acerca del gusto del público, porque si bien un concurso numeroso, lleno de pretensiones, obstruye las calles y el salón del Prado, ó pasea á lo largo del Retiro, otro más llano visita la casa de las fieras, se dirige hacia el río, ó da la vuelta á la población por las rondas. No sé cuál es el mejor, pero sí escribo: «Un público sale por la tarde á ver y ser visto; á seguir sus intrigas amorosas ya empezadas, ó enredar otras nuevas; á hacer el importante junto á los coches; á darse pisotones, y á ahogarse en polvo; otro público sale á distraerse, otro á pasearse, sin contar con otro no menos interesante que asiste á las novenas y cuarenta horas, y con otro no menos ilustrado atendidos los carteles, que concurre al teatro, á los novillos, al fantasmagórico Mantillo y al Circo olímpico.»

Pero ya bajan las sombras de los altos montes, y precipitándose sobre estos paseos heterogéneos arrojan de ellos á la gente; yo me retiro el primero, huyendo del público que va en coche ó á caballo, que es el más peligroso de todos los públicos; y como mi observación hace falta en otra parte, me apresuro á examinar el gusto del público en materia de cafés. Reparo con singular extrañeza que *el público tiene gustos infundados;* le veo llenar los más feos, los más oscuros y estrechos, los peores, y reconozco á mi público de las fondas. ¿Por qué se apiña en el reducido, puerco y opaco café del Príncipe, y el mal servido de Venecia, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de Santa Catalina, y anteriormente el lindo del Tívoli, acaso mejor situados? De aquí infiero que *el público es caprichoso.*

Empero aquí un momento de observación. En esta mesa cuatro militares disputan, como si pelearan, acerca del mérito de Montes y de León, del volapié y del pasatoro; ninguno sabe de tauromaquia; sin embargo se van á matar, se desafían, se matan en efecto por defender su opinión, que en rigor no lo es.

En otra cuatro leguleyos que no entienden de poesía se arrojan á la cara en forma de alegatos y pedimentos mil dicterios disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aquí cuatro poetas que no han saludado el diapasón se disparan mil epigramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la diferencia de la Tossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café.

Allí cuatro viejos en quienes se ha agotado la fuente del sentimiento, avaros, digámoslo así, de su época, convienen en que los jóvenes del

día están perdidos, opinan que no saben *sentir* como se sentía en su tiempo, y echan abajo sus ensayos, *sin haberlos querido leer siquiera.*

Acullá un periodista *sin período*, y otro periodista con *períodos interminables*, que no aciertan á escribir artículos que se vendan, convienen en la manera indisputable de redactar un papel que llene con su fama sus gavetas y en la importancia de los resultados que tal ó cual artículo, tal ó cual vindicación debe tener en el *mundo* que no los lee.

Y en todas partes muchos majaderos, que no entienden de nada, disputan de todo.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto con mi sonrisa, propia de un pobre hombre, y con perdón de mi examinando: «El ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende.»

Salgo del café, recorro las calles, y no puedo menos de entrar en las hosterías y otras casas públicas; un concurso crecido de parroquianos de domingo las alborota merendando ó bebiendo, y las conmueve con su bulliciosa algazara; todas están llenas: en todas el Yepes y el Valdepeñas mueven las lenguas de la concurrencia, como el aire la veleta, y como el agua la piedra del molino; ya los densos vapores de Baco comienzan á subir á la cabeza del público, que no se entiende á sí mismo. Casi voy á escribir en mi libro de memorias: «El respetable público se emborracha;» pero felizmente rómpese la punta de mi lápiz en tan mala coyuntura, y no siendo aquel lugar propio para afilarle, quédase *in pectore* mi observación y mi habladuría.

Otra clase de gente entre tanto mete ruido en los billares, y pasa las noches empujando las bolas, de lo cual no hablaré, porque este es de todos los públicos el que me parece más tonto.

Abrese el teatro, y á esta hora creo que voy á salir para siempre de dudas, y conocer de una vez al público por su indulgencia ponderada, su gusto ilustrado, sus fallos respetables. Esta parece ser su casa, el templo donde emite sus oráculos sin apelación. Represéntase una comedia nueva; una parte del público la aplaude con furor: es sublime, divina; nada se ha hecho mejor de Moratín acá: otra la silba despiadadamente; es una porquería, es un sainete, nada se ha hecho peor desde Comella hasta nuestro tiempo. Uno dice: «Está en prosa, y me gusta sólo por eso; las comedias son la imitación de la vida; deben escribirse en prosa.» Otro: «Está en prosa y la comedia debe escribirse en verso, porque no es más que una ficción para agradar á los sentidos; las comedias en prosa son cuentecitos caseros, y si muchos las escriben así, es porque no saben versificarlas.» Este grita: «¿Dónde está el verso, la imaginación, la chispa de nuestros antiguos dramáticos? Todo eso es frío, moral insípida, lenguaje helado; el clasicismo es la muerte del *genio.*» Aquel clama: «¡Gracias á Dios que vemos comedias arregladas y morales! La imaginación de nuestros antiguos era desarreglada: ¿qué tenían? Escondidos, tapadas, enredos interminables y monótonos, cuchilladas, graciosos pesados, confusión de clases, de géneros; el romanticismo es la perdición del teatro: sólo puede ser hijo de una imaginación enferma y delirante.» Oído esto, vista esta discordancia de pareceres, ¿á qué me canso en nuevas indagaciones? Recuerdo que Latorre tiene un partido considerable, y que Luna sin embargo es también aplaudido sobre esas mismas tablas donde busco un gusto fijo; que en aquella misma escena los detractores de la Lalande arrojaron coronas á la Tossi, y que los apasionados de la Tossi despreciaron, destrozaron á la Lalande, y entonces ya renuncio á mis esperanzas. ¡Dios mio! ¿dónde está ese público tan indulgente, tan ilustrado, tan imparcial, tan justo, tan respetable, eterno dispensador de la fama, de que tanto me han hablado; cuyo fallo es irrecusable, constante, dirigido por un buen gusto invariable, que no conoce más norma ni más leyes que las del sentido *común*, que tan pocos tienen? Sin duda el público no ha venido al teatro esta noche: acaso no concurre á los espectáculos.

Reuno mis notas, y más confuso que antes acerca del objeto de mis pesquisas, llego á informarme de personas más ilustradas que yo. Un autor silbado me dice cuando le pregunto: ¿quién es el público? «Preguntadme más bien cuántos necios se necesitan para componer un público.» Un autor aplaudido me responde: «Es la reunión de personas ilustradas, que deciden en el teatro del mérito de las producciones li[illegible]rarias.»

Un escritor cuando le silban dice que el público no le silbó, sino que fué una intriga de sus enemigos, sus envidiosos, y este ciertamente no es el público; pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida, llama al público en su defensa; el público le ha aplaudido; el público no puede ser injusto; luego es buena su comedia.

Un periodista presume que el público [illegible] reducido á sus suscritores, y en est[illegible] grande el público de los periodistas español[illegible] Un abogado cree que el público se compone de

sus clientes. A un médico se le figura que no hay más público que sus enfermos, y gracias á su ciencia este público se disminuye todos los días; y así de los demás: de modo que concluyo la noche sin que nadie me dé una razón exacta de lo que busco.

¿Será el público el que compra la Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas, y las poesías de Salas, ó el que deja en la librería las *Vidas de los españoles célebres* y la traducción de la *Iliada*? ¿El que se da de cachetes por coger billetes para oir á una cantatriz pinturera, ó el que los revende? ¿El que en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, ó el que en tiempos pacíficos sufre y adula?

Y esa opinión pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradicción hasta con las leyes y con la justicia? ¿Será la que condena á vilipendio eterno al hombre juicioso que rehusa salir al campo á verter su sangre por el capricho ó la imprudencia de otro, que acaso vale menos que él? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se mofa de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca ú otra cosa peor por mujer? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor ó de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco? ¿Será la que fija el crimen en la cantidad, la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razón en la punta incierta de un hierro afilado?

¿En qué consiste, pues, que para granjear la opinión de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso é infatigable escritor, y pasa sus días manoteando y gesticulando el actor incansable? ¿En qué consiste que se expone á la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado? ¿En qué se fundan tantos sacrificios que se hacen por la fama que de él se espera? Sólo concibo, y me explico perfectamente, el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos.

Llega empero la hora de acostarse, y me retiro á coordinar mis notas del día: léolas de nuevo, reuno mis ideas, y de mis observaciones concluyo:

En primer lugar, que el público es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. El escritor dice que emborrona papel, y saca dinero al público por su bien y lleno de respeto hacia él. El médico cobra sus curas equivocadas, y el abogado sus pleitos perdidos por el bien del público. El juez sentencia *equivocadamente* al inocente por el bien del público. El sastre, el librero, el impresor, cortan, imprimen y roban por el mismo motivo; y en fin, hasta el..... Pero ¿á qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar, concluyo: que no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caracteres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que este es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la mayor parte de los hombres que le componen; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinero al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razón, y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasajeras; que ama con idolatría sin *porqué*, y aborrece de muerte sin causa; que es maligno y mal pensado, y se recrea con la mordacidad; que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; que suele ser su favorita la medianía intrigante y *charlatana*, y el objeto de su olvido ó de su desprecio el mérito modesto; que olvida con facilidad é ingratitud los servicios más importantes, y premia con usura á quien le lisonjea y le engaña; y por último, que con gran sinrazón queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados.

SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS DE LA CORTE

(ARTÍCULO ENTERAMENTE NUESTRO)



«... A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas [illegible] por casualidad se pareciesen á [illegible], en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecérsele.»

Pobrecito Hablador, núm. 1.°, *Dos palal* [illegible].

Déjame, Andrés, que de la corte huyendo,
De tantos vicios hórridos me aleje,
Como en mi patria mísera estoy viendo:
Ni te asombre que, al tiempo que los deje,
Ya que enmendarlos mi razón no pueda,
En sátiras amargas los moteje.
Tú enhorabuena á contemplarlos queda,
Tú, á quien fortuna próspera ó contraria
Salir de entre ellos para siempre veda.
Viva en la corte el que sin renta diaria
Triunfa y pelecha, y sin saber por dónde
Fija la rueda de la suerte varia.
Mírale andar en coche como un conde,
La bolsa llena de oro, y por su oficio
Pregúntale por ver si te responde.
Pues ese es jugador; noble ejercicio;
Tiene en el *candelero* que sustenta,
Sino un condado real, un beneficio.
Y son las heredades con que cuenta
Y aquí vive, el *amarre* y el *pegote*,
Y su casa y su honor, que pone en venta.
¿Ves aquel otro, erguido de cogote,
Que tambien opulento y sin empleo
Sabe existir? pues ese es un pegote.
Sin ese nunca hay boda, ni bateo,
Ni hay *ambigú*, ni baile, ni banquete,
Ni hay partida de caza ó de recreo.
Al que encuentra en la calle le arremete,
Y le pide, y le hostiga, y á que al cabo
Le convide á comer le compromete.
Y no pienses hartarle con un pavo,
Porque es un sabañón, aunque un poema
Te recite al comer de cabo á rabo.
Que aun esa gracia tiene; pues no hay flema
Que aguante los sonetos que te encaja
Entre uno y otro cangilón de crema.
De todo habla incansable, y corta y raja,
Lanzando un epigrama á cada uno,
Pues no siendo sus versos, todo es paja.
¿Quién es aquél que ayer aun hecho un tuno,
Roto paseaba y andrajoso el Prado,
Y hoy no saluda en zancos á ninguno?
¡Pardiez que sé quién es! un hombre honrado
Que, de prisa y corriendo, con la moza
Se casó de un señor encopetado;
A quien, en vez de darle una coroza,
Un destino le dieron, y se mama
Dos mil duros, y gajes, y carroza.
Y el muy desvergonzado se nos llama
Padre de un hijo que nació á seis meses
De haber casado con la honesta dama.
Llega; háblale de honor; con los Meneses
Se dice emparentado y los Quincoces,
Y segundo de casa de Marqueses.
—¡Soy un hombre de honor!—diráte á vo[illegible]
Que está de vanidad que ya revienta
El muy... Mas tú ya, Andrés, bien l[illegible].
¿Ves aquel otro que en [illegible]
Con lentes, y cadenas y traílla
De galgos por detrás, palco, y la renta
Gasta de un rey, causando maravilla?
Pues ese debe el *frac* que lleva puesto.
Y el *sobre-todo* , á un sastre de esta villa,
Y el caballo al chalan, la [illegible],
La comida en la fonda, y cien sorbetes
En el café, [illegible]

Y al paso que en la cárcel mil pobretes
Por un duro se mueren de ictericia,
Ese pasea libre de corchetes;
Porque es conde y señor, y aunque desquicia
Con su vivir el orden, insolente
De las leyes se burla y la justicia.
¿Quién es aquella que anda entre la gente,
Abrumada de encajes y diamantes,
Que parece sultana del Oriente?
Esa es moza de prendas relevantes:
Un intendente, aunque la ves soltera,
Sostiene á la maldita y sus amantes.
Su madre, que la adiestra, hedionda, fiera,
Vieja, pintada y con postizo, á infame
Precio vendió su doncellez primera.
¡Y es posible! ¡qué horror! ¿no hay quien la llame
Por las calles á voces... *torpe* y *bruja*,
Ni hay galera en Madrid que la reclame?
¿Y no quieres, Andrés, que brama y cruja
El látigo tendido en la cloaca
Que á Sodoma y Gomorra sobrepuja?
Pues no llueve flamígera y opaca
Rayos aquí una nube atronadora.
¿Querrás que yo no aplique mi triaca?
¿Quién es aquella cosa que enamora,
Con el gesto mirlado, rubio el pelo,
Ceñido el talle y dengues de señora?
¿Es hombre ó es mujer? Pisando el suelo
Con ademán pulido, barbilucio,
Gayado de colores el pañuelo,
En afeites envuelto, ¿ese tan lucio,
Tan vestido y compuesto, es algun dije
Que del país nos vino de Confucio?
Pues aquese es un hombre; un año exige
Su tocado al espejo; á ese bonito
Le ampara protector, si es que nos rige
La voz pública, Andrés, un... pero ¡chito!
Huye, conmigo, Andrés; antes nos vamos,
Que trague tanto crimen el Cocito.
¿Qué haremos por acá los que ignoramos
El fraude, y la lisonja, y la mentira,
Y los que por orgullo no adulamos?
Vibrar no sé para adular mi lira,
Ni aguantar supe nunca humillaciones;
La voz entonces de mi labio espira.
¿Qué suerte haré yo aquí con mis renglones,
Yo que el humo jamás echo á ninguno
Del incienso vertido en mis borrones?
¿Yo que no tengo el diálogo oportuno
De Inarco, ni su sal para la escena,
Ni el aura injusta y popular de alguno?
Aunque haga una comedia mala ó buena,
Si no entiendo del teatro las intrigas,
¿Cuándo á pública luz saldrá mi vena?
Si no tengo allá dentro un par de amigas,
Y no adulo el cortejo que las paga,
Serán de mis comedias enemigas.
¿He de alabar á un necio que se traga
Como agua la alabanza no adquirida,
Aunque el papel destroce ó lo deshaga?
¿O he de sufrir, en fin, cuando aplaudida
Mi comedia mirare en el escenario,
Que mil reales me den? No, por mi vida.
¿Pido limosna acaso, ó perdulario
Coplero soy de esquina por ventura?
¿Y eso ha de producirme el incensario,
Y el quemarme las cejas? ¡Qué locura!
Cómanse con el resto ese dinero,
O al hospital lo den para una cura.
¡No hay vates! gritarán, ¡en lastimero
Estado el teatro está!... Dime ¿los vates
Se mantienen de versos, majadero?
¿O no hay más que zurcir seis disparates
Para granjear aplauso? ¿hacer escenas
Tan fácil es como decir dislates?
¿Y quién protege las comedias buenas?
¿Los señores acaso? ¿El...? ¡Vive el cielo!
¡Y las oyen tal vez á duras penas!
Mal haya para siempre el torpe suelo
Donde el pícaro sólo hace fortuna;
Donde vive el honrado en desconsuelo;
Donde es culpa el saber; donde importuna
La ciencia, y donde el genio perseguido
Ahogados mueren en su propia cuna;
Donde no es otro mérito atendido
Que el oro; donde al mísero atropella
El coche de un bribón vano y henchido;
Donde en millones nada, por su estrella,
Quien al pueblo los roba desangrado
En un destino que le dió una bella;
Donde al ciento por ciento da prestado,
Sin que nadie lo mate, un usurero,
Y vive rico, alegre y respetado;
Donde el abate, aquel farandulero,
Que mudó de opinión cual de camisa,
Lleva su moza al Prado de bracero;
Donde marcha la faz bañada en risa,
El crimen descarado, alta la frente,
Corrompiendo el terreno por do pisa...
¿Y esto es vivir, Andrés? ¿Y entre esta gente
Me invitas á quedarme? ¿Por qué indicio
Pudiste sospechar que esté demente?
Viva aquí el abogado que en su oficio
Hace blanco lo negro, y que defiende
La virtud ofendida como el vicio.
Y el médico aquí viva, que se entiende
Con algun boticario, y nos receta
Drogas que á medias con aquel nos vende.
Mas yo, que soy un mísero poeta,
Antes que por decir verdades claras
En un encierro un alguacil me meta,
Y me cuesten mis sátiras más caras,
O en el hospicio muera miserable,
Quiero del riesgo huir doscientas varas:
Que ni es lícito hablar, donde intratable
Pone á la lengua una mordaza el miedo,
Y ¡ay del primero que rompiéndola hable!
A Dios te queda, Andrés, que ya no puedo
Tanta bilis sufrir, ni tanta ira,
Y ¡ay de mí, triste, si á verterla quedo!
Que si Apolo su fuego no me inspira
Para hacer buenos versos contra el vicio,
Sabrá mi indignación templar mi lira.
Y mientras que huyo el riesgo á su ejercicio,
Viva en la corte el que aguantarle sabe,
Y el que de embrollos gusta y de bullicio,
Viva en la corte, y que la corte alabe.

El bachiller don Juan Pérez de Munguía.



CARTA Á ANDRÉS

ESCRITA DESDE LAS BATUECAS POR EL POBRECITO HABLADOR

(ARTÍCULO ENTERAMENTE NUESTRO)

«Rompanse las cadenas que embarazan los progresos; repruébens[illegible]
bos, quítense los grillos que se han fabricado de los hierros de dos siglos...»
M. A. Gándara. [illegible]

De las Batuecas este año que corre.

ANDRÉS MÍO:

Yo pobrecito de mí, yo bachiller, yo batueco, y natural por consiguiente de este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de región en región, yo hablador, y careciendo de toda persona dotada de chispa de razón con quien poder dilucidar y ventilar las cuestiones que á mi embotado entendimiento se le ofrecen y le embarazan, y tú cortesano y discreto!!! ¡Qué de motivos, querido Andrés, para escribirte!

Ahí van, pues, esas mis incultas ideas, tales cuales son, mal ó bien compaginadas, y derramándose á borbotones, como agua de cántaro mal tapado.

«¿No se lee en este país porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?»

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy nada más.

Terrible y triste cosa me parece escribir lo que no ha de ser leído; empero más ardua empresa se me figura á mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

¡Mal haya, amén, quien inventó el escribir! Dale con la civilización, y vuelta con la ilustración. ¡Mal haya, amén, tanto achaque para emborronar papel!

A bien, Andrés mío, que aquí no pecamos de ese exceso. Y torna los ojos á mirar en derredor

nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡Oh infeliz moderación! ¡Oh ingenios limpios los que no tienen que enseñar! ¡Oh entendimientos claros los que nada tienen que aprender! ¡Oh felices aquellos, y mil veces felices, que ó todo se lo saben ya, ó todo se lo quieren ignorar todavía!

¡Maldito Gutenberg! ¿Qué genio maléfico te inspiró tu diabólica invención? ¿Pues imprimieron los egipcios y los asirios, ni los griegos ni los romanos? ¿Y no vivieron, y no dominaron?

¿Que eran más ignorantes, dices? ¿Cuántos murieron de esa enfermedad? ¿Qué remordimientos atormentaron la conciencia del *Omar* que destruyó la biblioteca de Alejandría? ¿Que eran más bárbaros, añades? Si crímenes, si crueldades padecían, crímenes y crueldades tienen diariamente lugar entre nosotros. Los hombres que no supieron, y los hombres que saben, todos son hombres, y lo que peor es, todos son hombres malos. Todos mienten, roban, falsean, perjuran, usurpan, matan y asesinan. Convencidos sin duda de esta importante verdad, puesto que los mismos hemos de ser, ni nos cansamos en leer, ni nos molestamos en escribir en este buen país en que vivimos.

¡Oh felicidad de haber penetrado la inutilidad del aprender y del saber!

Mira aquel librero ricachón que cerca de tu casa tienes. Llégate á él y dile: «¿Por qué no emprende usted alguna obra de importancia? ¿Por qué no paga bien á los literatos para que le vendan sus manuscritos?— ¡Ay señor! te responderá. Ni hay literatos, ni manuscritos, ni quien los lea: no nos traen sino folletitos y novelicas de ciento al cuarto: luego tienen una vanidad, y se dejan pedir... No señor, no.— Pero ¿no se vende?—¿Vender? Ni un libro: ni regalados los quiere nadie; llena tengo la casa... ¡Si fueran billetes para la ópera ó los toros...!»

¿Ves pasar aquel autor escuálido de todos conocido? Dicen que es hombre de mérito. Anda y pregúntale: «¿Cuándo da usted á luz alguna cosita? Vamos...—¡Calle usted por Dios! te responderá furioso como si blasfemases; primero lo quemaría. No hay dos libreros hombres de bien. ¡Usureros! Mire usted: días atrás me ofrecieron una onza por la propiedad de una comedia extraordinariamente aplaudida; seiscientos reales por un Diccionario manual de Geografía, y por un Compendio de la historia de España, en cuatro tomos, ó mil reales de una vez, ó que entraríamos á partir ganancias, después de haber hecho él las suyas, se entiende!!! No señor, no. Si es en el teatro, cincuenta duros me dieron por una comedia que me costó dos años de trabajo, y que á la empresa le produjo doscientos mil reales en menos tiempo; y creyeron hacerme mucho favor. Ya ve usted que salía por real y medio diario. ¡Oh! y eso después de muchas intrigas para que la *pasaran y representaran*. Desde entonces, ¿sabe usted lo que hago? Me he ajustado con un librero para traducir del francés al castellano las novelas de Walter Scott, que se escribieron originalmente en inglés, y algunas de Cooper, que hablan de marina, y es materia que no entiendo palabra. Doce reales me viene á dar por pliego de imprenta, y el día que no traduzco no como. También suelo traducir para el teatro la primer *piececilla* buena ó mala que se me presenta, que lo mismo pagan y cuesta menos: no pongo mi nombre, y ya se puede hundir el teatro á silbidos la noche de la representación. ¿Qué quiere usted? En este país no hay afición á esas cosas.»

¿Conoces á aquel señorito que gasta su caudal en tiros y carruajes, que lo mismo baila una mazurca en un sarao con su pantalón *colán* y su *clac*, hoy en traje diplomático, mañana en polainas y con chambergo, y al otro arrastrando sable, ó en breve chupetín, calzón y faja? Mil reales gasta al día, dos mil logra de renta; ni un solo libro tiene, ni lo compra, ni lo quiere. Pues publica tú algún folleto, alguna comedia... Prevalido de ser quien es, tendrá el descaro de enviarte un gran lacayo aforrado en la magnífica librea, y te pedirá prestado para leerlo, á tí, autor que de eso vives, un ejemplar que cuesta una peseta. Ni con eso se contenta: daráló á leer á todos sus amigos y conocidos, y por aquel ejemplar leeráló toda la corte, ni más ni menos que antes de descubrirse la imprenta, y gracias si no te pide más para regalar. Pregúntale: «¿Por qué no se suscribe á los periódicos? ¿Por qué no compra libros, ni fiados siquiera?—¿Qué quiere usted que haga? te replicará, ¿qué tengo que comprar? Aquí nadie sabe escribir; nada se escribe: todo eso es porquería.» Como si de coro supiera cuantos libros buenos corren impresos.

Por allá cruza un periodista... Llámale, grítale: «¡Don Fulano! Ese periódico, hombre, mire usted que todos hablan de él de una manera... —¿Qué quiere usted? te interrumpe; un redactor ó dos tengo buenos, que no es del caso

nombrar á usted ahora; pero los pago poco, y así no extraño que no hagan todo lo que saben: á otro le doy casa, otro me escribe por la comida...—¡Hombre! ¡Calle usted!—Sí señor; oiga usted, y me dará la razón. En otro tiempo convoqué cuatro sabios, díles buenos sueldos; redactaban un periódico lleno de ciencia y de utilidad, el cual no pudo sostenerse medio año; ni un cristiano se suscribió; nadie lo leía; puedo decir que fué un secreto que todo el mundo me guardó. Pues ahora con eso que usted ve estoy mejor que quiero, y sin costarme tanto. Todavía le diría á usted más... Pero... Desengáñese usted, aquí no se lee.—Nada tengo que replicar, le contestaría yo, sino que hace usted lo que debe, y llévese el diablo las ciencias y la cultura.»

Lucidos quedamos, Andrés. ¡Pobres batuecos! La mitad de las gentes no lee porque la otra mitad no escribe, y esta no escribe porque aquella no lee.

Y ya ves tú que por eso á los batuecos ni nos falta salud ni buen humor, prueba evidente de que entrambas ninguna falta nos hacen para ser felices. Aquí pensamos como cierta señora, que viendo llorar á una su parienta porque no podía mantener á su hijo en un colegio, «Calla, tonta, le decía: mi hijo no ha estado en ningún colegio, y á Dios gracias bien gordo se cría y bien robusto.»

Y para confirmación de esto mismo, un diálogo quiero referirte que con cuatro batuecos de estos tuve no há mucho, en que todos vinieron á contestarme en sustancia una misma cosa, concluyendo cada uno á su tono y como quiera.

«Aprenda usted la lengua del país, les decía, coja usted la gramática.

—»La *parda* es la que yo necesito, me interrumpió el más desembarazado con aire zumbo y de chulo, fruta del país: lo mismo es decir las cosas de un modo que de otro.

»Escriba usted la lengua con corrección.

—»¡Monadas! ¿Qué más dará escribir *vino* con *b* que con *v*? ¿Si pasará por eso de ser vino?

»Cultive usted el latín.

—»Yo no he de ser cura, ni tengo de decir misa.

»El griego.

—»¿Para qué, si nadie me lo ha de entender?

»Dése usted á las matemáticas.

—»Ya sé sumar y restar, que es todo lo que puedo necesitar para ajustar mis cuentas.

»Aprenda usted física. Le enseñará á conocer los fenómenos de la naturaleza.

—»¿Quiere usted todavía más fenómenos que los que está uno viendo todos los días?

»Historia natural. La botánica le enseñará el conocimiento de las plantas.

—»¿Tengo yo cara de herbolario? Las que son de comer, guisadas me las han de dar.

»La zoología le enseñará á conocer los animales y sus...

—»¡Ay! ¡Si viera usted cuántos animales conozco ya!

»La mineralogía le enseñará el conocimiento de los metales, de los...

—»Mientras no me enseñe dónde tengo de encontrar una mina, no hacemos nada.

»Estudie usted la geografía.

—»Ande usted, que si el día de mañana tengo que hacer un viaje, dinero es lo que necesito, y no geografía; ya sabrá el postillón el camino, que esa es su obligación, y dónde está el pueblo á donde voy.

»Lenguas.

—»No estudio para intérprete: si voy al extranjero, en llevando dinero ya me entenderán, que es la lengua universal.

»Humanidades, bellas letras...

—»¿Letras? de cambio: todo lo demás es broma.

»Siquiera un poco de retórica y poesía.

—»Sí, sí, venga usted con coplas; ¡para retórica estoy yo! Y si por las comedias lo dice usted, yo no las tengo de hacer: traducciditas del francés me las han de dar en el teatro.

»La historia.

—»Demasiadas historias tengo yo en la cabeza.

»Sabrá usted lo que han hecho los hombres...

—»¡Calle usted por Dios! ¿Quién le ha dicho á usted que cuentan las historias una sola palabra de verdad? ¡Es bueno que no sabe un[illegible] que pasa en cas[illegible]

Y por último concluyeron: «Mire usted, dijo el uno, déjeme usted de quebraderos de cabeza; mayorazgo soy, y el saber es para los hombres que no tienen sobre qué caerse muertos.—Mire usted, dijo otro, mi tío es general, y ya tengo una charretera á los quince años; otra vendrá con el tiempo, y algo más, sin necesidad de quemarse las cejas; para llevar el chafarote al lado y lucir la casaca no se necesita mucha ciencia.—Mire usted, dijo el tercero, en mi milia nadie ha estudiado, porque las gentes

la sangre azul no han de ser médicos ni abogados, ni han de trabajar como la canalla... Si me quiere usted decir que don *Fulano* se granjeó un grande empleo por su ciencia y su saber, ¡buen provecho! ¿quién será él cuando ha estudiado? Yo no quiero degradarme.— Mire usted, concluyó el último, verdad es que yo no tengo grandes riquezas, pero tengo tal cual letra; ya he logrado *meter la cabeza* en rentas por empeño de mi madre; un amigo nunca me ha de faltar, ni un empleíllo de mala muerte; y para ser oficinista no es preciso ser ningún catedrático de Alcalá ni de Salamanca.»

Bendito sea Dios, Andrés, bendito sea Dios, que se ha servido con su alta misericordia aclararnos un poco las ideas en este particular. De estas poderosas razones trae su origen el no estudiar, del no estudiar nace el no saber, y del no saber es secuela indispensable ese hastío y ese tedio que á los libros tenemos, que tanto redunda en honra y provecho, y sobre todo en descanso de la patria.

«¿Pues no da lástima, me decía otro batueco días atrás, ver la confusión de papeles que se cruzan y se atropellan por todas partes en esos países cultos que se llaman? ¡Válgame Dios! ¡qué flujo de hablar y qué caos de palabras, y qué plaga de papeles, y qué turbión de libros, que ni el entendimiento barrunta cómo hay plumas que los escriban, ni números que los cuenten, ni oficinas que los impriman, ni paciencia que los lea! ¿Y con aquello se han de mantener un sinnúmero de hombres, sin más oficio ni beneficio que el de literatos? Y dale con las ciencias y dale con las artes, y vuelta con los adelantos y torna con los descubrimientos. ¡Oh siglo gárrulo y lenguaraz! ¡Mire usted qué mina han descubierto!»

¡Qué de ventajas, Andrés, llevamos en esto á los demás! Muérense miserables aquí los autores malos, y digo malos, porque buenos no los hay (1); y lo que es mejor, lo mismo se han muerto los buenos, cuando los ha habido, y volverán á morirse cuando los vuelva á haber; ni aquí se enriquecen los ingenios pobres con la lectura de los discretos ricos, ni tienen aquí más vanidad fundada que la que siempre traen en el estómago, pues por no hacerlos orgullosos nadie los alaba, ni les da que comer. ¡Oh idea cristiana! Ni aquí prospera nadie con las letras, ni se cruzan los libros y periódicos en continua batalla; aquí las comedias buenas no se representan sino muy de tarde en tarde, sin otra razón que porque no las hay á menudo, y las malas ni se silban, ni se pagan por miedo de que se lleguen á hacer buenas todos los días. Aquí somos tan bien criados, y tanto gustamos de ejercer la hospitalidad, que vaciamos el oro de nuestros bolsillos para los extranjeros. ¡Oh desinterés! Aquí se trata mal á los actores medianos, y *peor á los mejores* por no ensoberbecerlos. ¡Oh deseo de humildad! No se les da siquiera precio por no ahitarlos. ¡Oh caridad! Y á la par se exige de ellos que sean buenos. ¡Oh indulgencia! No es aquí, en fin, profesión el escribir, ni afición el leer; ambas cosas son pasatiempo de gente vaga y mal entretenida: que no puede ser hombre de provecho quien no es por lo menos tonto y mayorazgo.

¡Oh tiempo y edad venturosa! No paséis nunca, ni tengan nunca las letras más amparo (2), ni se hagan jamás comedias, ni se impriman papeles, ni libros se publiquen, ni lea nadie, ni escriba desde que salga de la escuela.

Que si me dices, Andrés, que se escribe y se lee, por los muchos carteles que por todas partes ves, diréte que me saques tres libros buenos del país y del día, y de lo demás no hagas caso, que no es más ni mejor el agua de una cascada por mucho estruendo que meta, ni eso es otra cosa que el espantoso ruido de los famosos batanes del hidalgo manchego; después de visto, un poco de agua sucia; ni escribe, en fin, todavía quien sólo escribe palotes.

---

(1) No comprendemos en estas proposiciones generales *tal cual* [illegible] que se [illegible] por salir del común oprobio que nos [illegible] entre el general abatimiento, y luciendo como menuda luciérnaga entre las tinieblas de oscura noche. ¿Qué significan estas contadas excepciones? Por mucho favor que les haga tal conducta, y por muchos elogios que merezca, no basta su número tan corto para destruir la triste verdad general, que de medio á medio nos coge y nos abruma.

Ni menos tratamos de olvidar en nuestros folletos los elogios y agradecimiento que merece de nuestra parte el ilustrado gobierno que nos rige, y [illegible] impulso da al adelanto de la prosperidad y de la ilustración; antes bien clara se manifiesta nuestra intención de cooperar á su misma benéfica idea con nuestros débiles conatos. Pero ¿acaso puede enderezarse el vicio de tantos años y aun siglos? ¿Puede ser dado á la penetración, ni á la fuerza del mejor gobierno, romper tan pronto, ni desvanecer del todo tantos obstáculos como oponen la educación descuidada, las ideas viciadas, y un sinnúmero, en fin, de circunstancias que no son de nuestra inspección, y que gravitan en nuestro mal? Luengos remedios necesitarán acaso tantos males. Esperemos que algún día hemos de ver triunfar sus esfuerzos, y cooperemos todos en el ínterin con los nuestros.

(2) Reproducimos la idea de nuestra nota número 1. Algún excelentísimo señor pudiéramos nombrar amigo de las letras y de las artes y Mecenas de literatos y artistas, y de buena gana le nombráramos á no temer ofensas de su modestia; empero si bien esto basta á probar que hay algún protector, no así convence de que haya protección. Demos á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Así que, cuando la anterior proposición senté, no quise decir que no se escribiese, sino que no se escribía bien, ni que no fuese el de emborronar papel el pecado del día, pecado que no quiera Dios perdonarle nunca, ni quiero yo negar la triste verdad de que no hay día que algún libro malo no se publique, antes lo confieso, y de ello y de ellos me pesa y tengo verdadero dolor, como si los compusiera yo. Pero todo ese atarugamiento y prisa de libros, reducido está, como sabemos, á un centón de novelitas fúnebres y melancólicas, y de ninguna manera arguye la existencia de una literatura nacional, que no puede suponerse siquiera donde la mayor parte de lo que se publica, sino el todo, es traducido, y no escribe el que sólo traduce, bien como no dibuja quien estarce y pasa el dibujo ajeno á otro papel al trasluz de un cristal. Lo cual es tan verdad, que no me dejaría mentir ni decir cosa en contrario todo ese enjambre de autorzuelos, á quienes pudiéramos aplicar los tercetos de Rey de Artieda:

Como las gotas que en verano llueven,
Con el ardor del sol, dando en el suelo,
Se convierten en ranas y se mueven:
Con el calor del gran señor de Delo
Se levantan del polvo poetillas
Con tanta habilidad, que es un consuelo.

Y mas que me cuentes entre ellos, y por tanto me reconvengas, pues si me preguntas por qué me entremeto yo también en embadurnar papel, sin saber más que otros, te recordaré aquello de «donde quiera que fueres, haz lo que vieres.» Así, si fuese á país de cojos, pierna de palo me pondría; y ya que en país de autorcillos y traductores he nacido y vivo, autorcillo y traductor quiero y debo, y no puedo menos de ser, pues ni es justo singularizarme, y que me señalen con el dedo por las calles, ni depende además del libre albedrío de cada uno el no contagiarse en una epidemia general. Ni á nadie hagas cargos tampoco por lo de traductor, pues es forzoso que se eche muletas para ayudarse á andar quien nace sin pies, ó los trae trabados desde el nacer.

Y si me añades que no puede ser de ventaja alguna el ir atrasados con respecto á los demás, te diré que lo que no se conoce no se desea ni echa menos; así suele el que va atrasado creer que va adelantado, que tal es el orgullo de los hombres, que nos pone á todos una venda en los ojos para que no veamos ni sepamos por dónde vamos, y te citaré á este propósito el caso de una buena vieja que en un pueblo, que no quiero nombrarte, ha de vivir todavía, la cual vieja era de estas muy leídas de los lugares; estaba suscrita á la *Gaceta*, y la había de leer siempre desde la real orden hasta el último partido vacante, de seguida, y sin pasar nunca á otra sin haber primero dado fin de la anterior. Y es el caso que vivía y leía la vieja (al uso del país) tan despacio y con tal sorna, que habiéndose ido atrasando en la lectura, se hallaba el año 29, que fué cuando yo la conocí, en las Gacetas del año 23, y nada más; hube de ir un día á visitarla, y preguntándola qué nuevas tenía, al entrar en su cuarto, no pudo dejarme concluir; antes arrojándose en mis brazos con el mayor alborozo y soltando la *Gaceta* que en la mano á la sazón tenía: «¡Ay, señor de mi alma! me gritaba con voz mal articulada y ahogada en lágrimas y sollozos, hijos de su contento, ¡ay, señor de mi alma! ¡Bendito sea Dios, que ya vienen los franceses, y que dentro de poco nos han de quitar esa pícara constitución, que no es más que un desorden y una anarquía!» Y saltaba de gozo, y dábase palmadas repetidas; esto en el año 29, que me dejó pasmado de ver cuán de ilusión vivimos en este mundo, y que tanto da ir atrasado como adelantado, siempre que nada veamos, ni queramos ver por delante de nosotros.

Más te dijera, Andrés, en el particular, si más voluntad tuviese yo de meterme en mayores honduras; empero sólo me limitaré á decirte para concluir que no sabemos lo que tenemos con nuestra feliz ignorancia, porque el vano deseo de saber induce á los hombres á la soberbia, que es uno de los siete pecados mortales, por el plano resbaladizo de nuestro amor propio; de este feo pecado nació, como sabes, en otros tiempos la ruina de Babel, con el castigo de los hombres y la confusión de las lenguas, y la caída asimismo de aquellos fieros titanes, gigantazos descomunales, que por igual soberbia escalaron también el cielo, sea e[illegible] dicho para confundir la historia sagrada con la profana, que es otra ventaja de que g[illegible] los ignorantes, que todo lo hacemos igual.

De que podrás inferir, Andrés, cuán dañoso es el saber, y qué verdad es todo cuanto arriba te llevo dicho acerca de las ventajas que en esta como en otras cosas á los demás hombr[illegible] llevamos los batuecos, y cuánto debe regocijarnos la proposición cierta de que:

«En este país [illegible] escribe porque no se lee.»

que quiere decir en conclusión que aquí ni se

lee ni se escribe; y cuánto tenemos por fin que agradecer al cielo, que por tan raro y desusado camino nos guía á nuestro bien y eterno descanso, el cual deseo para todos los habitantes de este incultísimo país de las Batuecas, en que tuvimos la dicha de nacer, donde tenemos la gloria de vivir, y en el cual tendremos la paciencia de morir. Adios, Andrés.

Tu amigo y bachiller.



EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS

Pierde, pordiosea
El noble, empeña, malbarata,
Quiebra y perece, y el logrero goz.
Los pingües patrimonios...

JOVELLANOS.

En prensa tenía yo mi imaginación no há muchas mañanas (1), buscando un tema nuevo sobre que dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, que ya pedía conversación, y acaso nunca lo hubiera encontrado á no ser por la casualidad que contaré; y digo que no la hubiera encontrado, porque entre tantas apuntaciones y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas contendrán cosas que se puedan decir, ó que no deban por ahora dejarse de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha recibido una educación de las más escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar; es decir esto que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leídas; contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo que basta para hacerse rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga, y aun la suele silbar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros países, porque ha viajado por el extranjero á fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que había de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata; á eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer con ella lo que más le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque éste es tal que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron, pone una estocada en el corazón de su mejor amigo con la más singular gracia y desenvoltura que en esgrimidor alguno se ha conocido.

Con esta exquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, traje que lleva consigo el *¿qué se me da á mí?* y el *¡aquí estoy yo!* ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que más lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital de qué sé yo cuántos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viera había de estar tan embobado con su hijo còmo lo estoy yo con mi sobrino, por tanta buena cualidad como en él se ha llegado á reunir. Conoce mi Joaquín esta fragilidad y aun suele prevalerse de ella.

Las ocho serían y vestíame yo, cuando entra mi criado y me anuncia mi sobrino. «¿Mi sobrino? pues debe de ser la una. — No, señor, son las ocho no más.» Abro los ojos asombrado y me encuentro á mi elegante de pie, vestido y en mi casa á las ocho de la mañana. «Joaquín, ¿tú á estas horas? — ¡Querido tío, buenos días! — ¿Vas de viaje? — No, señor. — ¿Qué madrugón es este? — ¿Yo madrugar, tío? todavía no me he acostado. — ¡Ah, ya decía yo! — Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile. Francisco se ha ido á casa con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme. — ¿Seis no más? — No más.

(1) Carnaval del año 1832.

No se me hacen muchos.—Tenía que engañar á seis personas.—¿Engañar? Mal hecho.—Querido tío, usted es muy antiguo. — Gracias, sobrino, adelante.—Tío mío, tengo que pedirle á usted un gran favor.—¿Seré yo la séptima persona?—Querido tío, ya me he quitado la máscara.—Dí el favor, y eché mano de la llave de mi gaveta. — En el día no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto... en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repetición de Breguet que me vió usted días pasados? — Sí, que te había costado cinco mil reales.—No era mía.—¡Ah!—El marqués de*** acababa de llegar de París, quería mandarla limpiar, y no conociendo á ningún relojero en Madrid le prometí enviársela al mío. — Sigue. — Pero mi suerte lo dispuso de otra manera; tenía yo aquel día un compromiso de honor; la baronesita y yo habíamos quedado en ir juntos á Chamartín á pasar un día; era imposible ir en su coche, es demasiado conocido. . —Adelante. — Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo... á la sazón me hallaba sin un cuarto; mi honor era lo primero, además, que andan las ocasiones por las nubes...—Sigue —Empeñé la repetición de mi amigo. —¡Por tu honor! — Cierto —¡Bien entendido! ¿y ahora?—Hoy como con el marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta y... —Ya entiendo. —Ya ve usted, tío...: esto pudiera producir un lance muy desagradable. —¿Cuánto es?— Cien duros — ¿Nada más? no se me hace mucho »

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor se hallaban en inminente riesgo ¿Qué podía hacer un tío tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos? Conté, pues, sus cien duros, es decir, los míos «Sobrino, vamos á la casa donde está empeñada la repetición — *Quand il vous plaira*, querido tío. »

Llegamos al café, una de las lonjas de empeño, digámoslo así, y comencé á sospechar desde luego que esta aventura había de producirme un artículo de costumbres. «Tío, aquí será preciso esperar.—¿A quién? — Al hombre que sabe la casa —¿No la sabes tú?—No, señor: estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos —¿Y se les confían repeticiones de cinco mil reales?—Es un honrado corredor que vive de este tráfico Aquí está. Este es el honrado corredor,» y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podía seguir la huella del tiempo en una cara como la debe de tener el judío errante, si vive todavía desde el tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y jirones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que más parecían nacidos en aquella cara, que efectos de encuentros desgraciados; mirar bizco, como de quien mira y no mira; barbas independientes, crecidas y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruín sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas ó zapatos, que esto no se conocía, con más lodo que cordobán; uñas de escribano y una pierna de dos que tenía. en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servía á éste de carga, y era de él sustentada, por donde de tal corredor se podía decir exactamente aquello de que *tripas llevan pies;* metal de voz además que á todos los ruidos desapacibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador. «¿Está eso, señorito?—Está; tío, déselo usted. — Es inútil, yo no entrego mi dinero de esta suerte.—Caballero, no hay cuidado.—No lo habrá ciertamente, porque no lo daré.» Aquí empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veía escapársele de las manos su repetición por una etiqueta de esta especie; pero me mantuve firme, y le fué preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificación que con sus votos canjeamos.

En el camino nuestro *cicerone*, más aplacado, sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente: «Caballero, me dijo al oído, cigarros habanos, cajetillas, cédulas de... y otras frioleras por si usted gusta — Gracias, honrado corredor.» Llegamos por fin, á fuerza de apisonar con los pies calles y encrucijadas, á una casa y á un cuarto cuarto, que alguno hubiera llamado guardilla á haber vivido en él un poeta

No podré explicar cuán mal se avenían á estar juntas unas con otras, y en aquel tan incongruente desván, las diversas prendas que de tan varias partes allí se habían venido á reunir. ¡Oh, si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diría dentro de sus límites ocurridas? ¿qué el collar, muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿qué sería escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¡qué diálogo pu-

diera trabar aquella rica capa de chinchilla con aquel chal de cachemira! Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admiréme sobremanera al reconocer en los dos prestamistas que dirigían toda aquella máquina á dos personas que mucho de las sociedades conocía, y de quien nunca hubiera presumido que pelecharan con aquel comercio; avergonzáronse ellos algún tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupación, y fulminaron una mirada de estas que llevan en sí una larga reconvención sobre el israelita que de aquella manera había comprometido su buen nombre, introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus misterios.

Hubo de entrar mi sobrino á la pieza inmediata, donde se debía buscar la repetición y contar el dinero: yo imaginé que aquel debía de ser lugar más á propósito todavía para aventuras que el mismo puerto Lapice: calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púseme á lo oscuro, donde podía escuchar sin ser notado, y dí á mi observación libre rienda que caminase por do más le pluguiese. Poco tiempo habría pasado en aquel recogimiento, cuando se abre la puerta y un joven vestido modestamente pregunta por el corredor.

«Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar, y he seguido tus huellas. Ya estoy aquí y sin un cuarto; no tengo recurso —Ya le he dicho á usted que por ropas es imposible — ¡Un frac nuevo! ¡una levita poco usada! ¿No ha de valer esto más de diez y seis duros que necesito? — Mire usted, aquellos cofres, aquellos armarios están llenos de ropas de otros como usted; nadie parece á sacarlas, y nadie da por ellas el valor que se prestó.—Mi ropa vale más de cincuenta duros: te juro que antes de ocho días vuelvo por ella.—Eso mismo decía el dueño de aquel sortú que ha pasado en aquella percha dos inviernos; y la que trajo aquel chal, que lleva aquí dos carnavales; y la .. — ¡Pepe, te daré lo que quieras, mira; estoy comprometido; no me queda más recurso que tirarme un tiro!» Al llegar aquí el diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: no se tirará un tiro por diez y seis duros un joven de tan buen aspecto. ¡Quién sabe si no habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia... Iba á llamarle, pero me previno Pepe diciendo: «¡Mal hecho! —Tengo que ir esta noche sin falta á casa de la señora de W***, y estoy sin traje: he dado palabra de no faltar á una persona respetable. Tengo que buscar además un dominó para una prima mía, á quien he prometido acompañar...» Al oir esto solté insensiblemente mi bolsa en mi faltriquera, menos poseído ya de mi ardiente caridad. «¡Es posible! Traiga usted una alhaja. —Ni una me queda; tú lo sabes: tienes mi reloj, mis botones, mi cadena. .—¡Diez y seis duros! — Mira, con ocho me contento. — Yo no puedo hacer nada en eso; es mucho.—Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis, y te daré ahora mismo uno de gratificación .. — Ya sabe usted que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño,.. ¿A ver el frac?» Respiró el joven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno, y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que había hecho. «Dentro de tres días vuelvo por ello. Adios. Hasta pasado mañana. — Hasta el año que viene.» Y fuése cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oídos las pisadas y le *fioriture* del atolondrado, cuando se abre violentamente la puerta, y la señora de H.....y. en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitación. «¡Don Fernando!» A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales «¡Señora!—¿Me ha enviado usted esta esquela?—Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce á usted. . es un hombre ordinario... y como hemos dado ya más de lo que valen los adornos que tiene usted ahí...—Pero ¿no sabe usted que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche? Es preciso darle, ó me muero del sofoco... —Yo, señora... — Necesito indispensablemente mil reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis brazaletes para esta noche: en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo á los músicos tres noches de función; esta mañana me han dicho decididamente que no tocarán si no los pago. El catalán me ha enviado la cuenta de las v[illegible] y que no enviará más mientras no le satisfaga. —Si yo fuera solo... — ¿Reñiremos? ¿No sabe usted que esta noche el juego sólo puede producir?... ¡Nos fué tan mal la otra noche! ¿Quiere usted más billetes? no me han dejado más que seis. Envíe usted á casa por los efectos que he dicho.—Yo conozco .. por mí... pero aquí pueden oirnos; éntre usted en ese gabinete.» Entráronse, y se cerró la puerta tras ellos.

Siguió á esta escena la de un jugador perdidoso que había perdido el último maravedí, y necesitaba armarse para volver á jugar; dejó un

reloj, tomó diez y firmó quince, y se despidió diciendo: «Tengo corazonada; voy á sacar veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi reloj.» Otro jugador ganancioso vino á sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad: algún empleado vino á tomar su mesada adelantada sobre su sueldo, pero descabalada de los crecidos intereses: algún necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos; y sólo mentaré en particular al criado de un personaje que vino por fin á rescatar ciertas alhajas que había más de tres años que cautivas en aquel Argel estaban. Habíanse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagaran, y porque los intereses estaban á punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grita y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Después de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venían por las alhajas; ayer se habían vendido. Juró y blasfemó el criado y fuése, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien más conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? Pero ¿qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo menos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo! ¡bien haya la vanidad!

En esto salía ya del gabinete la bella convidadora: habíase secado el manantial de sus lágrimas.

«Adios, y no falte usted á la noche,» dijo misteriosamente una voz penetrante y agitada. «Descuide usted; dentro de media hora enviaré á Pepe,» respondió una voz ronca y mal segura. Bajó los ojos la belleza, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla, y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que después de darme las gracias, se empeñó tercamente en hacerme admitir un billete para el baile de la señora H.....y. Sonreíme, nada dije á mi sobrino, ya que nada había oído, y asistí al baile, Los músicos tocaron, las luces ardieron. ¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su mujer el chal magnífico que llevaba tres carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entonces el lujo que en ella tantas veces no había comprendido.

Retiréme temprano, que no le sientan bien á mis canas ver entrar á Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba á otra concurrencia. Bajé del coche y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirigía la palabra. Un *adios* bastante indiferente me recordó que aquel día había hecho un favor, y que el tal favor ya había pasado. Acaso había sido yo tan necio como loco mi sobrino. No era mucho, decía yo, que un joven los pidiera; pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imaginaciones, que tan triste idea dan de la humanidad, abrí un libro de poesías, y acertó á ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola:

De estos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado.



SÁTIRA CONTRA LOS MALOS VERSOS DE CIRCUNSTANCIAS

> ...El corazon entero y generoso
> Al caso adverso inclinará la frente
> Antes que la rodilla al poderoso.
>
> *Rioja.*

No hay cosa, Andrés, como nacer poeta,
No hay plaga que al alumno de las nueve,
No hay mal que infeliz no le acometa.
¿Creerás que huyendo de la turba aleve
De los necios, sin fin, siempre he buscado
Un rincón en el mundo oscuro y breve,
Donde esconderme de ellos resguardado?
¿Y presumes que en balde lo pretendo
Desde que la razón su luz me ha dado?
Donde quiera que voy, vanme siguiendo;
Agárranse de mí, como la hiedra
Del árbol que la vive sosteniendo.
Entre los pies me nacen, como medra
Entre cepas la grama; que parece
Que aquí produce un necio cada piedra.
Ni me sirve correr, que también crece
Su paso con el mío, ni el embozo
En los ojos llevar aunque tropiece.
Me ven, y danme gritos sin rebozo.
¿No es el fatuo don Blas aquel que alarga
El paso allá detrás con tanto gozo?
¡Ay del que sufra su infernal descarga!
¿Es él, mi Andrés? Pues en mi busca viene,
Que tengo de eso mi experiencia larga.
No hay escapar, que hablarme se previene.
Ayúdame a salir de tanto aprieto,
Y dejémosle aquí si nos conviene.
«¡Don Juan!—¡Don Blas!—Os busco.—¿Sí?—U[illegible]
Os tengo que pedir.—Andrés, ¿no l[illegible]
—No os le perdono por ningún respeto:

Que sobre ser poeta sois mi amigo.
—Pues ¿qué ocurrió, don Blas? Vuestra honda saña
¿Qué vestiglo mató, qué alto enemigo?
¿Otra América hallasteis para España?
¿Qué bienes á la patria le produce
Vuestro insigne valor ó vuestra hazaña?
—¿Qué patria? ¿Qué valor? ¿A qué conduce
Todo eso que mentasteis tan prolijo?
Causa mayor mi gozo reproduce.
Un chico me nació. ¿Nadie os lo dijo?
—¡Jesús! sea enhorabuena! ¡Os juro, hermano,
Que es caso singular! ¿Hay tal? ¿Un hijo?
Dios os le haga, don Blas, muy buen cristiano.
—¿Os vais?—Estoy de prisa.—¡Oid! Mohino
Quedo, don Juan.—Don Blas, bésoos la mano.»
¡Voto á tal que el asunto es peregrino!
¿Lo oíste, Andrés? ¿No exige el majadero
Que las gracias le cante del mezquino?
Pues esto á cada punto más certero
Que un destino se encuentra el pobre vate,
O que un bolsón henchido de dinero.
Pídenos versos otro, más orate,
Porque se casa. ¡Pícara demencia!
¡Mala mujer le hostigue y le maltrate!
¿Y versos va á buscar? Busque paciencia,
Pues bien la ha menester aquel bolonio
Que se pone en tan dura penitencia.
Pues otro que andará por esos trigos
Envuelto en paño negro, solitario,
No pedirá consuelo á sus amigos;
Vendrá á pedirme un canto funerario
Porque ha enviudado de su casta esposa.
De elegías se deje el perdulario,
«¡Ay, que me fué tan buena, tan virtuosa!»
¡Embustero! Ponzoña tan nociva
Guarde encerrada la inclemente losa.
Vaya; entiérrela presto, no reviva,
Y descanse del susto el maridazo.
Mas si tanto la quiso cuando viva,
Calle y llore en silencio su porrazo;
Que más dice una lágrima abrasada,
Que no el yerto poema de un pelmazo.
¿Yo á todo he de hacer versos? ¡Qué! ¿Templada
Habrá de estar mi musa á todas horas,
Y á todo como cera preparada?
Pues deja, que ya atruenan las sonoras
Campanas y cañones. ¿Por ventura
Públicas fiestas hay? ¡Bien! Las canoras
Liras se templen, porque el tiempo apura.
Versos haya en las próximas funciones.
Versos vomite el vate con premura (1).
Ya el resplandor de innúmeros hachones,
Que confunden la noche con el día,
Nos deslumbra en ventanas y balcones.
Y no es nada la pública alegría,
Ni es la función magnífica y completa
Si el vate no aumentó la algarabía.
Fulmine la *Tertulia* á la *Luneta*
En papeles azules y encarnados
Las lisonjas del mísero poeta;
Como suelen llover santos pintados,
Concluída la cuaresma, en aleluyas,
Que arrebatan los chicos á puñados.
Ni te excuses, Andrés, ni le arguyas,
Ni al viento vuelvas para huir la proa;
No han de valerte las razones tuyas:
Que habrá quien luego la opinión te roa,
Si no haces de la noche á la mañana
Un himno por lo menos, ó una loa.
Salga el Pirene con figura humana,
Y la España, en el diálogo terciando
La coronada villa mantuana,
Y aparezca el Olimpo relumbrando,
Y hablen Mercurio, Júpiter, Minerva,
Que es cosa nunca vista; y todo el bando
De la usada alegórica caterva,
Mas que á todos nos tenga bien molidos
Esa canalla idólatra y proterva.
Mas oye, que ya zumba en mis oídos
El rumor de los versos que á millares
Por las troneras bajan impelidos.
Atruena el Pirene los inmensos mares,
El vate empezará de circunstancias,
Y levanta su frente Manzanares.
Y acaso entre metáforas más rancias.
Salve ó *salud*, continuará diciendo,
Y una oda embutirá de extravagancias.
A Febo en ella invocará, fingiendo
Modestia y miedo, porque su *arpa de oro*
Templada nunca estuvo al son tremendo.
Sin olvidar aquello de *decoro*,
Y de la Iberia sol, luciente estrella
Y puebla en viento y su cantar sonoro.
Tal confusión atarugando en ella,
De contento, de gloria, de esperanza,
De aurora, de horizonte y de centella,
De dicha y de ventura y bienandanza,
Del Iris de la paz, de corazones,
De discordia apagada y de venganza;
Que no habrá quien entienda dos renglones,
Si antes, para espantar al diablo oscuro,
Diez conjuros no le echa y bendiciones.

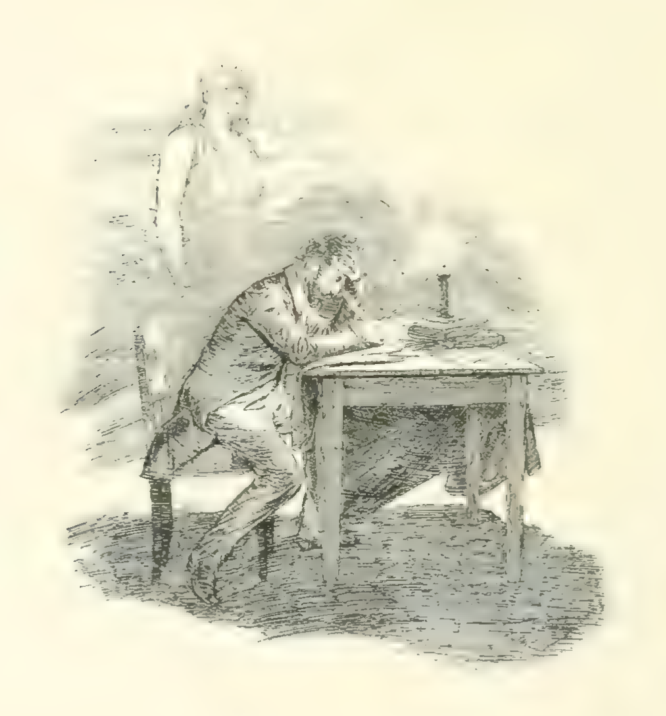
(1) Nada hay más justo ni más plausible que un ayuntamiento que en nombre de la población que representa, agradecida, festeja dignamente á su monarca; nada más laudable que un poeta que pulsa dignamente la lira en honor de su soberano; pero nada más impertinente tampoco que el graznido desapacible de mil aves importunas que se atraviesan á perturbar el contento público con sus desconcertados chirridos. A un soberano sólo se deben rendir homenajes dignos de su majestad. Así, pues, sólo son objeto de nuestra sátira los *malos versos de circunstancias*. Quien quiera ver en ella otra cosa, traspasará nuestra idea. Sabemos que de todo se puede hacer mal uso: el espadero hace la espada para defensa de los derechos de la sociedad, y el asesino la convierte en daño de esa misma sociedad. El mal no está en el artífice ni en la espada, sino en el asesino. Así la malicia nunca estaría en nosotros, sino en el malicioso. El que ciertas cosas quiera volver en mal, capaz será de envenenar el aire que respiramos. ¡Gloria, pues, al soberano! ¡Gloria á la corporación ilustre que sabe festejarle dignamente cuando la ocasión se presenta! ¡Odio eterno á los malos versos que vienen á deslucir tan justos sentimientos!

¿Yo he de hacer un soneto, estruendo puro?
¿Yo he de alabar en versos de hojarasca
Al soberano, Andrés? No; te lo juro.
No haya función, si quieren, sin tarasca;
Mas sé alabar yo poco, soy sincero.
La lisonja en las fauces se me atasca.
No porque al rey ¡pardiez! no amo y venero;
Me estimo ¡vive Dios! tan buen vasallo
Como cualquier poeta chapucero.
Mas no mis fuerzas suficientes hallo,
Y para no aturdirle con sandeces,
Le amo en silencio, le respeto y callo.
Pero si alguna, en fin, de tantas veces
Le hubiere de ensalzar, echando afuera
Sesquipedales voces y vejeces,
Ya que indigna y humilde no creyera
De tan excelso honor el *arpa* mía,
«Buen rey, en versos claros le dijera;
Ese aplauso que escuchas y alegría,
De gratitud son muestras generosas,
Que hasta el trono, señor, tu pueblo envía;
Tu pueblo que con lágrimas copiosas
De antiguas glorias los recuerdos tristes
Llora, y por cuyo bien nunca reposas.
Tú á la España benéfico infundistes
Nuevo aliento, señor, tú á glorias nuevas
Con tu noble tesón la dispusistes.
Y acaso tornarán. Ilustres pruebas
Responden de tu amor por todas partes;
Tú con las ciencias hasta el cielo elevas
El esplendor hermoso de las artes;
Dasles hogar (1), y premios y laureles
A sus alumnos tímidos repartes.
Tú un santuario sublime á los Apeles (2),
A los Zeuxis de España consagrando,
Y á sus Fidias también y Praxiteles (3),
Para la patria en él irás formando
Canos, Murillos, cuya falta llora,
Emulos dignos del romúleo bando;
Tú á la dulce armonía halagadora
Digna escuela ofreciste (4). Tú levantas
Con tu pródiga mano bienhechora
Nuevo templo á las musas (5). ¡Oh! de cuántas
Naciones envidiado, que descuella
Mayor grandeza entre grandezas tantas.
Tú al Terencio español la honra más bella,
La recompensa das más esplendente,
Que nunca pudo ambicionar su estrella (6).
Tú eternos monumentos, reverente
Y justo, á Temis erigiste (7). El oro
Tú al seno de la patria nuevamente
Le arrancas (8); que la América el tesoro
No rinde á la metrópoli en tributo,
Triste ocasion de nuestra afrenta y lloro.
En llanto apenas del colono enjuto,
Pueblos enteros á tu impulso nacen,
Que en gozo truecan el dolor y el luto (9).
La honra perdida y crédito renacen (10);
No hay para tí costoso sacrificio,
Que á tu voz los estorbos se deshacen.
Para siempre aniquilas el suplicio
Que holló la noble dignidad del hombre (11).
Cada aurora un reciente beneficio
Viene en los pechos á grabar tu nombre.
¿Quién los dirá?... ¡En sus páginas la historia
Quizá á tus hijos con su cuento asombre!
Esto es mejor, buen rey, que una victoria.
¡Plegue al cielo, señor, de tu reinado
Hacer eterna la naciente gloria!»
Esto entre tanto vate adocenado
Ni uno jamás le dijo. Así le hablara,
Si mi numen á tanto fuera osado.
Que es mi alabanza, cuanto justa, clara,
Sin enturbiar las ondas del Pactolo,
Ni el curso blando de la fuente avara.
Sin llamar en mi auxilio al rubio Apolo,
Ni andarme por los cielos tras las musas:
Para decir verdades basto solo.
Que eso de echarse, Andrés, en mil confusas
Y altisonantes voces sin sentido
A buscar por las nubes garatusas,
Y amontonar á tientas de seguido
Sin salir del eterno formulario,
Que ni es del ensalzado apetecido,
Encomio sobre encomio mercenario,
Más que incensar á un hombre generoso
Es tirarle á la cara el incensario.
Mejor como el de Aguino vigoroso,
En levantar diviértome una ampolla
Con cada verso al necio y al vicioso;
El estruendo dejando y la bambolla
Del estro metafórico afectado
Al que ha de echar sus versos en la olla.
Ni pido, ni ambiciono: bien hallado
Me estoy cón esa honesta medianía,
En que es independiente el hombre honrado.
Ni he menester para atacar un día,
Como es feudo, á mi rey, que el oro suyo
Descienda á desatar la lengua mía.
Mas reniego de tí, si el numen tuyo,
Andrés, á todo viento se menea,
Y que eres torpe adulador concluyo.

---

(1) Conservatorio de Artes.
(2) Museo de Pinturas.
(3) Museo de Escultúra.
(4) Conservatorio de Música.
(5) Teatro de la plaza de Oriente.
(6) La excelente edición de las obras del señor [illegible] a costa de S. M.
(7) El Código de Comercio ya planteado, y [illegible] hacer por S. M.
(8) La [illegible]
(9) La reedificación casi entera de varios pueblos arruinad[illegible] los terremotos, [illegible] M.
(10) [illegible]
(11) [illegible]

¿Versos al que en la cuna bambonea?
¿Y al que vive más versos y al que muere?...
¡Mal haya quien los haga y quien los lea!
Yo quiero por mi parte, si acudiere
A importunar al Dios que nos inspira,
Para versos que un necio me pidiere,
Que airado el numen de la torpe lira
Rompa las cuerdas que mi indigna vena
Vendiere á la lisonja ó la mentira.
Y contento seré si en justa pena
De la verdad hollada que desdeño,
A que nunca la diga me condena.
Consiento en que, mirándome con ceño
La musa airada, que mi fuego aviva,
Mis versos den, á quien los viere, sueño.
Quiero, en fin, que por pena me prescriba
Un moderno Calígula, en mi mengua,
Que aquellos versos que adulando escriba,
Borre yo mismo con mi propia lengua.



TEATROS

¿QUIÉN ES POR ACA EL AUTOR DE UNA COMEDIA?

ARTICULO SEGUNDO

EL DERECHO DE PROPIEDAD

> «Veo que ya no es tenido por sabio sino aquel que sabe arte lucrativa de pecunia... Veo los ladrones muy honrados... todo lleno de fe rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero.»
>
> *Juan de Mena.*

¿Qué cosa es el derecho de propiedad? Si nosotros no lo decimos, ¿quién lo dirá? Y si ninguno lo dice, ¿quién lo sabrá? Y si ninguno lo sabe, ¿quién lo remediará?

Ya la fama esparció de provincia en provincia, de pueblo en pueblo, la gloria del nuevo alumno de las *nueve*, ya el importante y anhelado voto del ilustrado público coronó sus sienes con la hoja inmarcesible, resonaron los aplausos, vertió el *ingenio* lágrimas de alegría, y ya va á gozar del premio de sus tareas.

Piénsalo así á lo menos el desdichado; pero no sabe que ha escogido mala palestra para triunfar, y que en este juego, como en el ganapierde, el que gana es el que da más á comer. Si su modestia y su mala ventura quiso que retardase acaso la publicación de su obra, levantaráse una mañana y le dará en los ojos el anuncio de ella, ya impresa y puesta en venta, que andará bizmando las esquinas de la capital. Algún librero de... de donde no es justo decir, le ha hecho el obsequio de imprimírsela en muy mal papel, con pésimo carácter de letra, estropeado el texto original y sin pedirle licencia. Así corren impresas muchas de ellas, y esto se hace pública y libremente.

No comprendemos en realidad porqué ha de ser un autor dueño de su comedia; verdad es que en la sociedad parece á primera vista que cada cual debe ser dueño de lo suyo; pero esto no se entiende de ninguna manera con los poetas. Este es un animal que ha nacido como la mona para divertir gratuitamente á los demás, y sus cosas no son suyas, sino del primero que topa con ellas y se las adjudica. ¡Buena razón es que el pobre hombre haya hecho su comedia para que sea suya! ¡Lindo donaire! Dios crió al poeta para el librero, como el ratón para el gato, y caminando sobre este supuesto, que nadie nos podrá negar, es cosa clara que el impresor que tal hace cumple con su instinto, desempeña una obra meritoria, y si no gana el cielo, gana el dinero, que para ciertas conciencias todo es ganar.

Así que, asombrados estamos de la bondad y largueza de aquéllos impresores honrados (que también los hay) que se dignan favorecer al autor con pedirle su permiso y su comedia, pagarle el precio convenido, y darla después lícitamente al público; estos deben de entender poco ó nada de achaque de conciencias, porque ¡cuánto más sencillo y natural es salirse á caza de comedias, como quien sale á caza de calandrias, tirar á la bandada, y caiga la que caiga y rechine con ella la prensa y rechine el autor.

Nosotros, á fe de poetas, si es que se deja á los poetas que tengan siquiera fe, ya que tan poca esperanza tienen, les juramos no acudir á ponerles pleito, porque nunca hemos gustado de cuestiones de nombre, y tanto se nos da de que sea la divina Astrea la que saque el fruto de nuestras comedias, como de que sea el librero; con la ventaja para éste de que siquiera nos da gloria, al paso que la otra sólo nos podría dar cuidados y las conchas vacías de la ostra que se hubiese engullido. Hágales pues muy

buen provecho á los señores tratantes en libros que esto hacen nuestro ingenio, que mientras estemos nosotros aquí no les ha de faltar modo de vivir á los *murcianos* de nuestra literatura; y aun quizás nos demos por muy honrados y contentos.

¡Ojalá tuviesen fin aquí las lacerias del pobre autor! Pero dejando aparte el vil interés, y entrándonos por los campos de la gloria, ¿qué elocuente hablador podrá enumerar las tropelías que le quedan por sufrir al desventurado ingenio en su propia patria? Ved cómo corre su comedia de teatro en teatro; en todas partes gusta, pero acerquémonos un poco más. Aquí el corifeo de la compañía le despojó de su título, y le puso otro, hijo de su capricho, porque ¿qué entienden los poetas de poner títulos á sus comedias? Allí otro cacique de aquellos indios de la *lengua* le *atajó* un *parlamento* ó le suprimió una escena, porque, ¿qué actor, por mal que represente, no ha de saber mejor que el mejor poeta dónde han de estar las escenas, y cuán largos han de ser los parlamentos y los diálogos, y todas estas frioleras del arte, particularmente si en su vida ha visto un libro, ni estudiado una palabra? Porque es de advertir que en materia de poesía, el que más lee y más estudia es el que menos entiende. Y gracias si la cuchilla de aquel bárbaro victimario no le suprimió entero el papel de un personaje, aunque fuera el del protagonista, que era el que menos falta hacía y más fuera estaba de su lugar.

¿Y aun de esta manera mutilada gustó la comedia? Pues en ese caso no habrá farsa mezquina, ni torpe drama, ni traducción mercenaria á la cual no se le ponga el nombre del autor una vez aplaudido. Tal es la despreocupación de los actores de provincia; para ellos todos los hombres y todos los autores son iguales, y desde el ápice de sus ficticios tronos ven á todos los mayores ingenios tamaños como menudas avellanas, y hacen justicia de unos y de otros, y una masa común de todas sus obras, fundados en que si tal autor no hizo tal obra, bien pudiera haberla hecho; y en el supremo tribunal de estos nuevos dispensadores de la fama lo mismo vale un Juan Pérez que un Pedro Fernández.

Concluyamos, pues, que el poeta es el único que no es hijo ni padre tampoco de sus obras. Dedicáos, compañeros, dedicáos á las letras aprisa; ese es el premio que os espera. Y quejáos siquiera, infelices. Luego oiréis la turba de gritadores que á la primera queja os ataja. «¡Qué insolencia! dicen: ¿pues no tiene valor de quejarse? ¿Y esto se permite? ¡Qué escándalo! ¡Un hombre que reclama lo que es suyo; un loco que no quiere guardar consideraciones con los necios; un desvergonzado que dice la verdad en el siglo de la buena educación; un insolente que se atreve á tener razón! Eso no se dice así, sino de modo que nadie lo entienda; encerrad á ese hombre que pretende que el talento sea algo entre nosotros, que no tiene respeto á la injusticia, que... encerradle, y siga todo como está, y calle el hablador.»

Sí, callaremos, gritadores, que gritáis de miedo; callaremos; pero sólo callaremos *espontáneamente* cuando *hayamos* hablado.

FILOLOGIA

Supuesto que por la lengua pecamos, y que por ella hemos de morir, no será mucho que dediquemos á este ramo de literatura algunas de nuestras tareas. Bien se deja conocer que la lengua es para un hablador lo que el fusil para el soldado; con ella se defiende y con ella mata. Tengamos, pues, prevenidas y en el mejor estado posible nuestras armas, y démosle á este fin un limpioncito de cuando en cuando.

Vayan, pues, por hoy, para los aficionados á discurrir, un par de acertijos.

¿Qué entendemos cuando vemos impreso: «El embajador ó ministro tal cerca de la corte de cual,» etcétera?

¿Quiere decir que anda al rededor de aquella corte, sin poder nunca llegar á ella, como andaban las almas de los paganos, cuyas exequias no se habían celebrado, en torno de la barca del viejo Caronte? ¿ó padecen los pobres señores el tormento de la garrucha, que, como el lector sabe mejor que nosotros, consistía en colgar al paciente por los brazos, de suerte que tocasen las puntas de sus pies en el suelo al estirarse, pero sin poder nunca descansarlos en él, precisamente en la misma forma que dejó suspendido la pundonorosa Maritornes al hidalgo manchego del agujereado pajar? Nosotros no entendemos de otra manera aquello de andar *cerca*, y cierto que nos da verdadera lástima y dolor que unos señores de tal categoría

se hallen en tan dificultosa posición. Líbreseles cuanto antes de aquel tormento, si es que somos cristianos, y lleguen ya por fin á sus cortes respectivas, y vivan en ellas como en tiempos de nuestros antepasados, que decían: «El embajador de Francia en la corte de España,» etc. Porque si del que se halla en una corte se puede decir que está *cerca* de ella, ¿qué inconveniente habrá en que digamos que tenemos los ojos cerca de la cara y no en la cara?

No hace mucho tiempo que vimos en la representación de una comedia titulada *No más mostrador*, la frase siguiente: «Si el *ridículo que nos hemos echado encima* no nos hace morir,» etc. Y en muchas partes vemos continuamente repetido este galicismo.

¿Qué cosa es un *ridículo qne se echa uno encima?* ¿Se usa en castellano como sustantivo la voz *ridículo*, ni quiere decir nada usado de esta manera? Si los jóvenes que se dedican á la literatura estudiasen más nuestros poetas antiguos, en vez de traducir tanto y tan mal, sabrían mejor su lengua, se aficionarían más de ella, no la embutirían de expresiones exóticas, no necesarias, y serían más celosos del honor nacional.

El bachiller.

MANIA DE CITAS Y DE EPÍGRAFES

Hombres conocemos para quienes sería cosa imposible empezar un escrito cualquiera sin echarle delante, á manera de peón caminero, un epígrafe que le vaya abriendo el camino, y salpicarlo todo después de citas latinas y francesas, las cuales, como suelen ir en letra bastardilla, tienen la triple ventaja de hacer muy variada la visualidad del impreso, de manifestar que el autor sabe latín, cosa rara en estos tiempos en que todo el mundo lo aprende, y de probar que ha leído los autores franceses, mérito particular en una época en que no hay español que no trueque toda su lengua por un par de palabritas de por allá. Nosotros, como somos tan bobalicones, no sabemos á qué conducen los epígrafes, y quisiéramos que nos lo explicasen, porque en el ínterin que llega este caso, creemos que el pedantismo ha sido siempre en todas las naciones el precursor de las épocas de decadencia de las letras. Verdad es que estamos muy seguros de que no ha de ir á menos nuestra literatura; esto es en realidad caso tan imposible como caerse una cosa que está caída; pero por eso mismo no quisiéramos tener los síntomas de una enfermedad, cuyo único y verdadero antídoto acertamos á poseer.

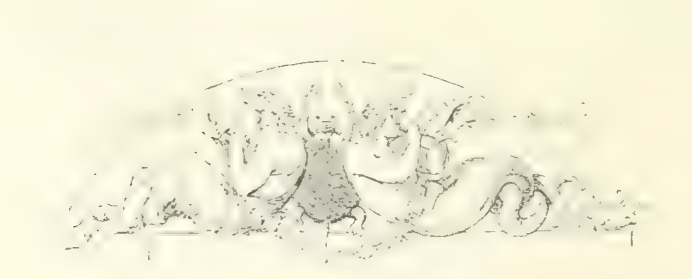
Si el autor que escribe dice una verdad y sienta una idea luminosa, no sabemos qué más valor le han de dar *los pocos sabios que en el mundo han sido* reunidos en su apoyo, y si su aserción es falsa, ó sienta una idea despreciable, no consideraremos que haya Horacio ni Aristóteles capaz de disculpar su tontería. Agrégase á esto, que por lo regular suele tergiversarse el sentido de los autores pasados, para acomodar su texto á nuestra idea, á veces en materias cuya posible existencia ni siquiera sospechó la docta antigüedad.

Verdad es que el vulgo, que ignora la lengua en que se le trae la cita, suele quedar deslumbrado. Este es el origen del aplauso y de la algazara que se arma en el teatro siempre que un autor, conocedor del corazón humano, ingiere en su drama uno ó muchos latines, ó palabras técnicas y científicas que entienden pocos; cada cual se apresura á reirse, para que no piense el que tiene al lado que no ha entendido toda la picardía de aquella palabra. Tal es la condición de nuestra pueril vanidad. Sucede, también, que se lee con desprecio ó indiferencia á un autor moderno, y sólo se le empieza á respetar desde que se ve la autoridad del antiguo, como si estos hombres con quienes se vive diariamente, no fuesen capaces de decir por sí solos cosa alguna que valga la pena de ser leída, porque está probado que no hay cosa para ser tenido en mucho como morirse, á lo cual se agrega que el vulgo ignora cuán fácil es encontrar en el día textos para todo, y que es más difícil tener mucho saber que aparentarlo. Todo esto es verdad, y es lo único que en apoyo d[illegible] citas y epígrafes encontramos; pero el hombre verdaderamente superior desprecia estas vulgaridades.

Nosotros, que no somos hombres superiores, ni nos creemos vulgo, tomaremos de buena gana un medio igualmente apartado de ambos extremos, y desearíamos que, más celosos de nuestro orgullo nacional, no fuésemos por agua á los ríos extranjeros, teniéndolos caudalosos en nuestra casa. Cansados estamos ya del *utile dulci* tan repetido, del *lectorem delectando*, etc., del *obscurus fio*, etc., del *parturiens montes*, del *on sera ridicule*, etc., del *C'est un droit qu'à la porte*, etc., y de toda esa antigua retahila de viejísimos proverbios literarios desgastados bajo la pluma de todos los pedantes, y que, por buenos que sean, han perdido ya para nuestro paladar, como manjar repetido, toda su antigua novedad y su picante sainete.

Creemos que casi todo está dicho y escrito en castellano. No atreviéndonos, pues, á desterrar del todo esta manía, porque el vulgo no crea que sabemos menos, ó tenemos menos libros que nuestros hermanos en Apolo, traeremos siempre en nuestro apoyo autoridades españolas, que no nos han de faltar aunque tratásemos de poner á cada artículo siete epígrafes y cincuenta citas, como lo hacía cierto Duende satírico de pícara recordación, que algunas veces se las hemos contado; de suerte que no había modo de entrar á sus cuadernos sino atropellando á una infinidad de varones respetables que le esperaban al pobre lector á la puerta, como para darle una cencerrada al ver donde se metía.

Sin embargo, por si el público curioso dudase de nuestra mucha latinidad y de nuestros adelantamientos en la lengua francesa, nos reservamos el derecho de darle al fin de la publicación de nuestros números, si lo creyésemos conducente para nuestra buena opinión, una listita de los epígrafes y citas más ó menos oportunas, que hubiéramos podido usar en el decurso de nuestras habladurías, lo cual podremos hacer cómodamente, aun sin saber mucho latín ni francés, con sólo echarnos á copiarlos de los libros y papeles que andan impresos, que cada uno trae por lo menos en su frontis su epígrafe, que le viene bien, además de muchas citas en el discurso de la obra, que le vienen mal, y otras que de ninguna manera le vienen ni bien ni mal.





CARTA SEGUNDA ESCRITA A ANDRÉS

POR EL MISMO BACHILLER

¡Qué país, Andrés, el de las Batuecas! ¡Cuánto no promete! ¿De mi amistad exiges que siga poniendo en tu noticia lo que de este extraordinario suelo pueda alcanzar á tener? ¿Gustóte mi primera epístola? Juro en buen hora por mi honor, y ya sabes que este juramento es en estos tiempos y en las Batuecas cosa seria y sagrada, juro por mi honor, digo, que no tengo de parar hasta que tanto sepas en la materia como yo.

De poco te asombras, querido amigo: nada es lo que he dicho en comparación de lo que me queda que decir. Te dije que no se leía ni se escribía. ¿Cuál será tu asombro y tu placer cuando te pruebe que tampoco se habla? ¿No puedes concebir que llegue á tanto la moderación de este inculto país? ¿Y por eso le llaman inculto? ¡Hombres injustos! Llamáis á la prudencia miedo, á la moderación apocamiento, á la humildad ignorancia. A toda virtud habéis dado el nombre de un vicio.

¿Puede haber nada más hermoso ni más pacífico que un país en que no se habla? Ciertamente que no, y por lo menos nada puede haber más silencioso. Aquí nada se habla, nada se dice, nada se oye.

¿Y no se habla, me dirás, porque no hay quien oiga, ó no se oye porque no hay quien hable? Cuestión es esa que dejaremos para otro día, si bien cuestiones andan en esos mundos decididas, acreditadas y creídas, más paradógicas que ésta. Empero conténtate por ahora con saber que no se habla: costumbre antigua tan admitida en el país, que para ella sola tienen un refrán que dice: «Al buen callar llaman Sancho:» y no necesito decirte la autoridad que

tiene en las Batuecas un refrán, y más un refrán tan claro como este.

Llégome á una concurrencia. «Buenos días, don Prudencio; ¿qué hay de nuevo?—Tsí, calle usted, me dice con un dedo en los labios.—¿Que calle?—Tsí; y se vuelve á mirar en derredor. —Hombre, si yo no pienso decir nada malo. —No importa, calle usted. ¿Ve usted aquel embozado que escucha?... Es un esp .. un sop... —¡Ah!—Que vive de eso.—¿Y se vive de eso en las Batuecas?—Ese es un hombre que vive de lo que otros hablan, y como ese hay muchos; así que todos estamos reducidos aquí á no hablar; mírenos usted oscuramente envueltos en nuestras capas, hablando por dentro del embozo, desconfiando de nuestros padres y de nuestros hermanos... Parece que hemos cometido todos ó vamos á cometer algún delito... Imite usted nuestro ejemplo, que en ello le va más de lo que le parece.»

¿Hay cosa más rara? ¡Un hombre que vive de lo que otros hablan! ¿Y dicen que los batuecos no son industriosos para vivir?

. . . .

Va á edificarse un monumento que podrá dar gloria á las Batuecas; el plan es colosal, la idea magnífica; la ejecución asombrosa; pero hay un defecto, un defecto también colosal: me apresuro: yo le haré conocer, yo le haré desaparecer. «Señor don Timoteo, traigo un artículo para usted: insertémele usted en su miscelánea. —¡Ah! ¿Esto? Es imposible.—¡Imposible!—Y me añade al oído:—Usted no sabe que el sujeto que ha propuesto el plan se llama D. Y. Z.—Bien pudiera llamarse así ese sujeto y corregirse el defecto.—Pero es pariente del señor...—¿Y no pudiera seguir siendo su pariente después de desaparecer el defecto?—Cierto; no me entiende usted; es mal enemigo, y no me atrevo á insertarlo.»

¡Oh inagotable capítulo de las consideraciones! Por todos lados adonde nos volvamos para marchar, encontramos con la pared. ¡Qué de elogios no merece esta noble moderación, este respeto á las personas que pueden entre los batuecos!

Encuéntrome con un escritor público. «Señor bachiller, ¿qué le parecen á usted mis escritos? —Hombre, me parece que no hay nada que pedirles, porque nada tienen.—¡Siempre ha de decir usted cosas!...—¡Y usted nunca ha de decir cosas! ¿Por qué no fulmina usted el anatema de la crítica contra ciertas obras que nos inundan?—¡Ay amigo! Los autores han descubierto el gran secreto para que no les critiquen sus obras. Zurcen un libro. ¿Son vaciedades? No importa. ¿Para qué son las dedicatorias? Buscan un nombre ilustre, encabezan con él su mamotreto, dicen que se lo dedican, aunque nadie sepa lo que quiere decir eso de dedicar un libro que uno hace, á otro que nada tiene de común con el tal libro, y con ese talismán caminan seguros de ofensas ajenas. Ampáranse como los niños en las faldas de mamá para que papá no los pegue.—¿Por qué no pinta usted el desórden de nuestras costumbres y de nuestras...—¡Ah! ¿No conoce usted el país? ¿Yo satírico? ¡Si tuviera el vulgo la torpeza de entender las cosas como se dicen! Pero es tanta la penetración de estos batuecos, que adivinan el original del retrato que usted no ha hecho. Dice usted que es ridículo el ser un *calzonazos;* y que es un pobre hombre todo Juan Lanas, y sale un importante de estos que á costa de tener reputación se conforman con tenerla mala, y exclama á voces: ¡Señores! ¿Saben ustedes quién es ese Juan Lanas de quien habla el satírico? Ese Juan Lanas soy yo: porque para eso de entender alusiones no hay hombres como los batuecos.—Hombre, ¿qué ha de ser usted? Si el autor no le conoce siquiera...—No importa; apuesto mi cabeza á que soy yo; y os pone un cartel de desafío, y no hay sino dejaros matar, porque él es un necio.—¿Quién es aquella *sultana del Oriente?* le dicen á usted.—Cualquiera que se halle en ese caso, responde usted.—¡Picarillo! le reponen; sí, á mí con esas... Esa es la X***. Como si no hubiere más que una en Madrid.—Agregue usted á esto que la naturaleza reparte sus dones con economía, y dando fuerzas á aquél á quien negó el talento, corre el satírico gran riesgo en las Batuecas de que su cabeza se encuentre en el mismo camino de un garrote, encuentro que siempre puede traer peores consecuencias para la primera que para el segundo. —Bien, pues no sea usted satírico: sea usted justo no más. Cuando representan pésimamente una comedia, cuando cantan rabiando una ópera, cuando es la decoración mezquina, ¿por qué no levanta su voz?—Con gente del teatro nunca se las haya usted. Cervantes lo dijo. Nunca les falta algún campeón que defenderá su pleito, campeón formidable. Además, es ese un teclado en que no se ve más que el exterior: nunca se sabe quién le toca: detrás del retablo y de esas figuritas de pasta de Gaiferos y los moros, debajo del parche de Maese Pedro, está Ginesillo de Pasamonte que los mueve: ¡ay! no tome usted la defensa de la

infeliz Melisendra, no desbarate las figuras, que si la mona se escapa al tejado, si rompe la ilusión, si destroza las muñecas, las pagará caras. Esa es, en fin, materia sagrada, y *nadie las mueva, que estar no pueda con Roldán á prueba.* —Pero, señor, nunca se ha ahorcado á nadie por decir que fulano es mal cómico.—Lo que se ha hecho, señor bachiller, y lo que se hará, mejor se está callado.—Se reclama, se apela... —Señor Munguía, quiero contarle á usted un cuentecillo, y es caso ocurrido no ha muchos meses en un lugarcito de las Batuecas.

«Corríanse un día novillos, y contra la costumbre establecida en esos pueblos de salir enmaromado el animal, bien como debían andar por el mundo muchos animales de asta que yo conozco para que no hicieran daño, hubieron de determinarse á dejarle suelto por las calles. Capeábanle los mozos alegremente, y fué el caso que uno de ellos, más valentón que sus compatriotas, en vez de sortear al novillo se dejó sortear por él, notable equivocación: enganchóle el asta retorcida de la faja que en la cintura traía, y aun no se sabe cuáles hubieran sido las vicisitudes del jaque á no haber acudido en su auxilio dos primos suyos, movidos de aquel impulso natural que todos tenemos de amparar á los que andan enredados con animales cornudos. Soltáronle en efecto. Pero como quiera que los novillos no valgan nada cuando no hacen algunas de las suyas, amotinóse en la plaza la parcialidad contraria á nuestro jaque, clamando que para eso no se sacaba al novillo, y que el que no supiese torear la pagase, y que había sido una mala partida meterse entre dos que riñen á su salvo: que aquello de ayudar al capeador había sido una alevosía contra el toro; y aun es fama que alguno de los más leídos, que debía ser sobrino del cura, trató aquello de traición semejante á la de Beltrán Claquín, como le llama nuestro Mariana, cuando, volviendo lo de abajo arriba, dijo en Montiel: *Ni quito ni pongo rey.* Como quiera que fuese, creció la zambra, enronqueciéronse las voces, alzáronse los palos, y no se sabe en qué hubiera parado aquella nueva discordia de Agramante, á no haberse aparecido en medio de la confusión la divina Astrea, disfrazada en figura de alcalde, que el mismo diablo no la conociera, con medio pino en la mano en vez de balanza y sin venda, porque es sabido que el que no ve con los ojos abiertos, excusa tapárselos para no ver; y á su decisión prometieron resignarse todos. Alegaron las partes, escuchólas á entrambas aquel rústico Lain Calvo, que fué milagro que se cansó en oirlas para sentenciar (aunque hay quien asegura que se durmió mientras hablaron), y dijo en conclusión alzando la voz estentórea: «Señores, por la vara que tengo en la mano, y tenía el tal medio pino que llevamos referido, juro á bríos que me he enterado, aunque me esté mal el decirlo; y condeno á los dos primos á una multa para mis urgencias, es decir, para las urgencias de la justicia, que soy yo, por haber quitado la acción al animal; y declaro que en lo sucesivo nadie sea osado á ayudar en función de esta clase á ningún mozo, por lo menos hasta después de la primera embestida, porque el primer golpe es de derecho del toro, y nadie se le puede quitar. Y Dios sea con todos.» Con cuya decisión debió quedar el pueblo sosegado y usted convencido. ¿Me ha entendido usted, señor bachiller? Pregúntolo porque, si no me ha entendido ahora, excuse hacer más preguntas, que ya nunca me entenderá.

«Así, pues, líbrese de la primera embestida, y no lo deje para la segunda; y desengáñese, que en las Batuecas si nos quita el adular, nos quita el vivir; es preciso contentarse con decir en todo papel impreso, que la comedia estuvo de lo lindo; que todos los actores, inclusos los que no la representaron, se sobrepujaron á sí mismos, que es frase que quiere decir mucho aunque no hay un cristiano que la entienda; que la decoración fué cosa exquisita; que el público anduvo acertado en aplaudirla; que la invención última es el *summum* del saber humano; que el edificio y que la fuente y que el monumento son otras tantas maravillas; que aquella otra cosa está planteada sobre las bases más sólidas y los auspicios más felices; que la paz y la gloria, y la dicha y el contento llegaron á su colmo; que el cólera no viene á las Batuecas porque describe triángulos acutángulos, y es cosa averiguada que todo el que describe esta figura al andar no puede pasar de cierto punto; entreverar un articulejo de vola piés, que esto á nadie ofende sino al toro; ingerir tal cual examen analítico de la obra última entre si diré, si no diré lo que hay en la materia, tal cual anacreóntica, donde se le digan á Filis cuatro frioleras de gusto, con su poco de acertijo, y algún sonetuelo de circunstancias, que es cosa que sabe como cada fruta en su tiempo, y en las demás materias ¡chitón! que las noticias no son para dadas, la política no es planta del país, la opinión es sólo del tonto que la tiene, y la verdad estése en su punto. Ade-

más de que la lengua se nos ha dado para callar, bien así como se nos dió el libre albedrío para hacer sólo el gusto de los demás, los ojos para ver sólo lo que nos quieran enseñar, los oídos para sólo oir lo que nos quieran decir, y los pies para caminar adonde nos lleven.

»Y á alguno conozco yo, señor bachiller, que argüía á uno de estos que pregonan la felicidad presente; y arguyéndole con ejemplos bien palpables, le repetía á cada punto: ¿Con que estamos bien? A lo que le fué respondido como respondió Bossuet al jorobado: Para batuecos, amigo mio, no podemos estar mejor.»

Así ves, Andrés mio, á los batuecos, á quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido la lengua, no acertar á darse mutuamente los buenos días, tener miedo, pazguatos y apocados, á su propia sombra cuando se la encuentran á su lado en una pared, y guardándose consideraciones á sí mismos por no hacerse enemigos, sucediéndoles precisamente que se mueren de miedo de morirse, que es la especie de muerte más miserable de que puede hombre morir. Bien como le sucedió á un enfermo á quien un médico brusista había mandado no comer si quería evitar la muerte, que comiendo, según decía, le amenazaba; el cual á poco tiempo de este régimen dietético se murió de hambre.

Por lo demás, querido Andrés, te confieso que trae muchas ventajas el no hablar, y no quiero citarte para convencerte, entre otros ejemplos, sino el pícaro resultado y la larga cola, que más bien parece maza que cola, que nos han traido aquellas palabras que se hablaron en los principios del mundo, esto es, las que dijo á Eva la serpiente acerca del asunto de la manzana: trance primero en que empezó ya á hacer la lengua de las suyas, y á dar á conocer para qué había de servir en el mundo. Sin lengua, ¿qué sería, Andrés, de los chismosos, canalla tan perjudicial en cualquiera república bien ordenada? ¿qué de los abogados? Ni existiera sin lengua la mentira, ni hubiera sido precisa la invención de la mordaza, ni entrara nunca el pecado por los oídos, ni hubiera murmuradores ni bachilleres, que son el gusano y polilla de todo buen orden. Con lo cual creo haberte convencido de otra ventaja que llevan los batuecos á los demás hombres, y de qué cosa sea tan especial el miedo, ó llámase la prudencia, que á tal silencio los reduce. Te diré más todavía: en mi opinión no habrán llegado al colmo de su felicidad mientras no dejen de hablar eso mismo poco que hablan, aunque no es gran cosa, y semeja sólo el suave é interrumpido murmullo del viento cuando silba por entre las ramas de los cipreses de un vasto cementerio; entonces gozarán de la paz del sepulcro, que es la paz de las paces. Y para que veas que no es sólo Dios el que desaprueba el hablar demasiado, como arriba llevo apuntado, te traeré otra autoridad recordándote al famoso filósofo griego (y no me hagas gestos al oir esto de filósofo), que enseñaba á sus discípulos por espacio de cinco años á callar antes de enseñarles ninguna otra cosa, que fué idea peregrina, y sería aquella cátedra lo que habría que oir, de donde concluyo, porque me canso, que cada batueco es un Platón, y no me parece que lo ha encarecido poco tu amigo:—*El bachiller.*

P. D. Se me olvidaba decirte que á mi última salida de las Batuecas se susurraba que hablaban ya. ¡Pobres batuecos! ¡Y ellos mismos se lo creían!



EL CASARSE PRONTO Y MAL

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenía otro no hace mucho tiempo, que en esto suele venir á parar el tener hermanos. Este era hijo de una mi hermana, la cual había recibido aquella educación que se daba en España no hace ningún siglo: es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los días, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba *papá*, con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen á las manos algún libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solía decir, á pretexto de inclinar á la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educación fuese mejor ni peor que la del día; sólo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena ó mala educación no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresión doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fué necesaria mucha comunicación con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. ¿Qué motivo habrá, efectivamente, que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionóse mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fué el pan pan, ni el vino vino: casóse, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebía vino, emigró á Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca sepa detenerse en el justo medio, pasó del Año cristiano á Pigault Lebrún, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora porqué las dejaba que antes porqué las tenía. Dijo que el muchacho se había de educar como convenía; que podría leer sin orden ni método cuanto libro le viniese á las manos, y qué sé yo qué más cosas decía de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustración, añadiendo que la religión era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que *padre* y *madre* eran cosa de brutos, y que á *papá* y *mamá* se les debía tratar de *tú*, porque no hay amistad que iguale á la que une á los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros á los segundos): verdades todas que respeto tanto ó más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupación es la primera preocupación de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fué superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le había dado. Murió, no sé á qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó á España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar; y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de cómo no había Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metía en cuestiones, y era hablador, y raciocinador como todo muchacho bien educado; y fué el caso que oía hablar todos los días de aventuras escandalosas y de los amores de fulanito con la menganita, y le pareció en resumidas cuentas cosa precisa para hombrear, enamorarse.

Por su desgracia acertó á gustar á una joven, personita muy bien educada también, la cual es verdad que no sabía gobernar una casa, pero se

embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los días, una novela sentimental, con la más desatinada afición que en el mundo jamás se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenía una bonita voz de contralto, Hubo guiños y apretones desesperados de pies y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la Nueva Eloísa; y no hay más que decir sino que á los cuatro días se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrían su correspondencia por las rendijas, sobornaba con el mejor fin del mundo á los criados, y por último, un su amigo, que debía de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia, él y ella, que habían dado principio á sus amores porque no se dijese que vivían sin su trapillo, se llegaron á imaginar primero, y á creer después á pies juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podía venir á parar aquella inocente afición ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupación y de sus luces, nunca había podido desprenderse del todo de cierta afición á sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: 1.ª que hay despreocupados por este estilo; y 2.ª que somos nobles, lo que equivale á decir, que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego á la nobleza, aunque no conservaba bienes; y esta es una de las razones por que estaba mi sobrinito destinado á morirse de hambre si no se le hacía meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh! ¿qué hubieran dicho los parientes y la nación entera? Averiguóse, pues, que no tenía la niña un origen tan preclaro, ni más dote que su instrucción novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó también la parte contraria que el niño no tenía empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle: «Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa?—Quiero á Elenita, respondió mi sobrino.—¿Y con qué fin, caballerito?—Para casarme con ella.—Pero no tiene usted empleo ni carrera.—Eso es cuenta mía...—Sus padres de usted no consentirán ..—Sí señor, usted no conoce mis papás.—Perfectamente; mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que pueda mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el ínterin, si usted la quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas.—Entiendo.—Me alegro, caballerito;» y quedó nuestro Orlando hecho una estatua, pero bien decidido á romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese á trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos en suma que hubo prohibición de salir y de asomarse al balcón, y de corresponder al mancebo; á todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes á disuadirla las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que los papás tenían de sus amores y de su felicidad; concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, que en cuanto á comer, ni eso hacía falta á los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habían de faltar unas sopas de ajo.

Poco más ó menos fué la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, también concluía de que los padres no deben tiranizar á los hijos, que los hijos no deben obedecer á los padres: insistía en que era independiente; que en cuanto á haberle criado y educado, nada le debía, pues lo había hecho por una obligación imprescindible, y á lo del ser que le había dado, menos, pues no se lo había dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron también los padres, y después de haber intentado infructuosamente varios medios de seducción y rapto, no dudó nuestro paladín, vista la obstinación de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar á la niña por el vicario. Púsose el plan en ejecución y á los quince días mi sobrino había reñido ya decididamente con su madre; había sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el día; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veían más cada día, y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el día feliz, otorgóse la demanda; un amigo prestó á mi sobrino algún dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estable-

ciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual á la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo.

Pero ¡oh dolor! pasó un mes y la niña no sabía más que acariciar á su Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazurca; y Medoro no sabía más que disputar. Ello, sin embargo, el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salía de mañana á buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar á su casa con qué dar de comer á su mujer, le detenía hasta la noche. Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posición. Mientras que Augusto pasa el día lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y la rabia. Todavía se quieren; pero en casa donde no hay harina todo es mohina; las más inocentes expresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que amortiguada en ambos corazones ardía; se suceden unos á otros los reproches; y el infeliz Augusto insulta á la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia á la cual no há mucho tiempo él mismo la inducía; á los continuos reproches se sigue en fin el odio.

¡Oh, si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar á su familia á ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro á que dió la locura la primera pincelada, y apresurémonos á dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería á los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica; sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus pies son grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideración. Augusto no es á los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazán, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido... en fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero y les promete aún protección! ¡Qué movimiento en él! ¡qué actividad! ¡qué heroísmo! ¡qué amabilidad! ¡qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡qué asiduidad, y qué delicadeza en acompañarla los días enteros que Augusto la deja sola! ¡qué interés, en fin, el que se toma cuando la descubre, por su bien, que su marido se distrae con otra!...

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer que, si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin á la seducción y á la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino á su casa; sus hijos están solos.—¿Y mi mujer? ¿y sus ropas? —Corre á casa de su amigo.—¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible? Vuela á la policía, se informa. Una joven de tales y tales señas con un supuesto hermano han salido en la diligencia para Cádiz. Reune mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje, y hételе persiguiendo á los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja, y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega; son las diez de la noche, corre á la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde le es harto conocida y resuena en su corazón; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es hombre, es un rayo que cae en la habitación; un chillido agudo le convence de que le han conocido; asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue á su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre y la adúltera, poseída del terror y de la culpa, se arroja, sin reflexionar, de una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa; sale precipitado del teatro del crimen, y encerrándose, antes que le sorprendan, en su habitación, coge aceleradamente la pluma y apenas tiene tiempo para dictar á su madre la carta siguiente:

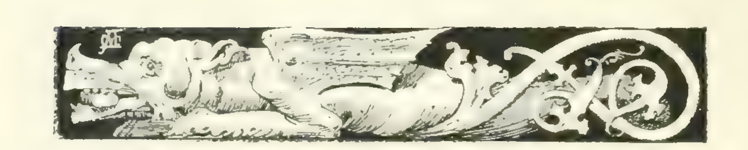
«Madre mía: Dentro de media hora no exis-

tiré; cuidad de mis hijos, y si quereis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre á respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes más sabiduría. Si no les podeis dar otra cosa mejor, no les quitéis una religión consoladora. Que aprendan á domar sus pasiones y á respetar á aquellos á quien lo deben todo. Perdonadme mis faltas: harto castigado estoy con mi deshonra y mi crimen; harto cara pago mi falsa preocupación. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. Adiós para siempre.»

Acabada esta carta, se oyó otra detonación que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que, con el más bello corazón, se ha hecho desgraciado á sí y á cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, después de haber leído aquella carta, y llamádome, para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

«Hijo... despreocupación... boda... religión... infeliz...» son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresión, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy á mis lectores otros artículos más joviales que para mejor ocasión les tengo reservados.





EL CASTELLANO VIEJO

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que parecería el negarse grosería, ó por lo menos ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces á mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que á mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas dí con quien tan distraida y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraidos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situación de espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (á lo que por entonces entendí) á un grandísimo brazo, vino á descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar á entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído ha-

cérmele más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detrás: «¿Quién soy?» gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. «¿Quién soy?—Un animal,» iba á responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales: «*Braulio eres*,» le dije.

Al oirme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena.

«¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?

—¿Quién pudiera sino tú?...

—¿Has venido ya de tu Vizcaya?

—No, Braulio, no he venido.

—Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?

—Te los deseo muy felices.

—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente exijo de tí que no vayas á dármelos; pero estás convidado.

—¿A qué?

—A comer conmigo.

—No es posible.

—No hay remedio.

—No puedo,—insisto temblando.

—¿No puedes?

—Gracias.

—¿Gracias? Vete á paseo; amigo, como no soy el duque de F..., ni el conde de P...»

¿Quién se resiste á una sorpresa de esta especie? ¿quién quiere parecer vano?

«No es eso, sino que...

—Pues si no es eso,—me interrumpe,—te espero á las dos: en casa se come á la española; temprano. Tengo mucha gente; tendremos al famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.»

Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder; un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios.

—No faltarás, si no quieres que riñamos.

—No faltaré,—dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger.

—Pues hasta mañana;—y me dió un torniscón por despedida.

Víle marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurriendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reune entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal, y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educación más escogida y modales más suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre á toda ó á la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, á quien le sucede poco más ó menos lo que á una parienta mía, que se muere por las jorobas sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. Él se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le *espeta á uno cara á cara*. Como tiene trocados

todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumplo y miento;* llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y á despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocía ya á mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado: no quise sin embargo excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas; vestíme sobre todo lo más despacio que me fué posible, como se reconcilia al pie del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo; era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre los cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina, con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debía divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien había de cantar y tocar estaba ronca en tal disposición que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

«Supuesto que estamos los que hemos de comer,—exclamó don Braulio,—vamos á la mesa, querida mía.

—Espera un momento,—le contestó su esposa casi al oído,—con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y...

—Bien, pero mira que son las cuatro....

—Al instante comeremos....»

Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

«Señores,—dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones,—exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro! quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.

—¿Qué tengo de manchar?—le respondí, mordiéndome los labios.

—No importa, te daré una chaqueta mía, siento que no haya para todos.

—No hay necesidad.

—¡Oh! sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá.

—Pero, Braulio...

—No hay remedio, no te andes con etiquetas.»

Y en esto me quita él mismo el frac, *velis, nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Díle las gracias: al fin el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del po[illegible] hace subir la comida hasta la boca, adonde ll[illegible] goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que, se había creído capaz de contener catorce personas que éramos una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el

hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme, por mucha distinción, entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar á cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

«Ustedes harán penitencia, señores,—exclamó el anfitrión una vez sentado;—pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys;» frase que creyó preciso decir. Necia afectación es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia.

Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros.

—Sírvase usted.

—Hágame usted el favor.

—De ninguna manera.

—No lo recibiré.

—Páselo usted á la señora.

—Está bien ahí.

—Perdone usted.

—Gracias.

—Sin etiqueta, señores,—exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura: siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á este otro y otros y otros; mitad traidos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

«Este plato hay que disimularle,—decía ésta de unos pichones;—están un poco quemados.

—Pero, mujer...

—Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.

—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! se puso algo tarde.

—¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado?

—¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.

—¡Oh, está excelente!—exclamábamos todos dejándonoslo en el plato;—¡excelente!

—Este pescado está pasado.

—Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto!

—¿De dónde se ha traido este vino?

—En eso no tienes razón, porque es...

—Es malísimo.»

Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su mujer alguna negligencia, queriendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repetían tan á menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas había podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos.

«Señora, no se incomode usted por eso,—le dijo el que á su lado tenía.

—¡Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto: otra vez, Braulio, iremos á la fonda y no tendrás...

—Usted, señora mía, hará lo que...

—¡Braulio! ¡Braulio!»

Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfía probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más

ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales; que para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

A todo esto, el niño que á mi izquierda tenía, hacía saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, ó sea gallo, que esto nunca se supo: fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas. «Este capón no tiene coyunturas,» exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpísima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa desciende, como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión. «¡Por san Pedro!» exclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. «Pero sigamos, señores, no ha sido nada,» añade volviendo en sí.

¡Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huíd del tumulto de un convite de días! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! Sí, las hay para mí, ¡infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea; por fin, ¡oh última de las desgracias! crece el alboroto y la conversación; roncas ya las voces, piden versos y décimas y no hay más poeta que Fígaro.

«Es preciso.

—Tiene usted que decir algo,—claman todos.

—Désele pie forzado; que diga una copla á cada uno.

—Yo le daré el pie: *A don Braulio en este día.*

—Señores, ¡por Dios!

—No hay remedio.

—En mi vida he improvisado.

—No se haga usted el chiquito.

—Me marcharé.

—Cerrar la puerta.

—No se sale de aquí sin decir algo.»

Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias, exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escapar de una docena de perros y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores

líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que, si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un *roastbeef*, desaparezca del mundo el *beefsteak*, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del Champagne.

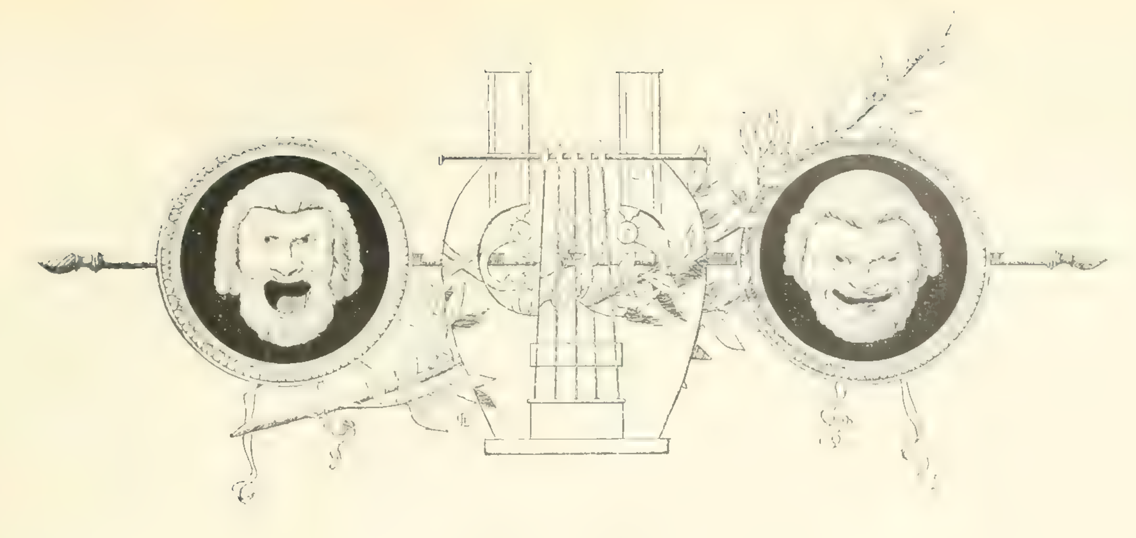
Concluída mi deprecación mental, corro á mi habitación á despojarme de mi camisa y de mi pantalón, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto día entre el corto número de gentes que piensan que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose, tal vez verdaderamente.

REFLEXIONES ACERCA EL MODO DE RESUCITAR EL TEATRO ESPAÑOL

Háse apoderado hoy la murria de nosotros: no espere, pues, el lector donaires ni chanzonetas; nos hallamos en uno de aquellos momentos de total indolencia y de *qué se me da á mí*, á que está por desgracia demasiado sujeta esta miserable humanidad, que sobre sí acarrea nuestro flaco espíritu á la otra vida, según la más recibida opinión. ¿Serán influencias de algún astro maligno que gravite sobre nosotros? Pero esta es creencia antigua, porque también las creencias caducan y pasan; los modernos no creen en influencias. ¿Será el famoso *spleen?* Bien podrá ser, porque esto es más de moda en un tiempo en que es de buen tono la melancolía y la displicencia. ¿Estaremos acaso acometidos de algún acceso de tétrico sentimentalismo? Pues á fe de habladores, ni hemos estado luchando con las sombras ensangrentadas de Zaragoza, ni salimos de la representación de ningún melodrama traducido del francés.

¿Será el mismo asunto que para el artículo de hoy hemos escogido? A la verdad no hay astro, ni sombra, ni melodrama que pueda influir en nosotros de una manera más triste. Literatos somos, mal que le pese á Minerva, y poetas de por acá: si esto no es bastante á teñir de oscuro nuestras ideas, no habrá en el mundo un solo malhumorado que tenga verdadero motivo para estarlo.

Pasemos, en fin, á nuestro artículo, que es más arduo de lo que parece, por más que desconfiemos de que pueda nuestro corto talento presentar las ideas con todo aquel orden, claridad y elocuencia que de buena gana envidiamos á otros.



TEATROS

> El atrevimiento que tomo de dar consejos sin ser llamado, merece perdón: pues el negocio es común, todos tenemos licencia de hablar.
>
> MARIANA, *Hist. de Esp. Informe dado al rey por un prelado.*

¿Qué ocasión mejor se nos ha presentado nunca, ni se nos puede volver á presentar jamás para reclamar una reforma radical en los teatros de nuestro país, que ésta en que ha empezado á brillar para España una aurora más feliz, que promete, por fin, la realización de mil esperanzas juntas, tantas veces desvanecidas; que está en que nuestro sabio gobierno se pone decidida y enérgicamente á la cabeza de la nación, cuyo cuidado le está cometido para marchar hacia el bien? Ninguna. Aprovechemos este momento. Abramos los ojos sobre nuestra situación, y hagamos patentes nuestras razones con la sumisión de buenos vasallos, con la confianza de hombres que tienen un gobierno ilustrado. Digamos, por fin, cosas muchas veces dichas por personas muy superiores á nosotros, y constantemente desoídas por sujetos menos bien intencionados que nosotros.

No es este el lugar ni la época ya de una larga disertación acerca del objeto de los teatros, y de las ventajas que, bien dirigidos y administrados, pueden reportar á una nación dispuesta á recibir la instrucción y á un gobierno decidido á dársela. Demasiado conocido y sabido es por todos que, en el actual estado de sociedad que alcanzamos, ésta que en sí no es más que una diversión, es una diversión indispensable; una diversión que dirige la opinión pública de las masas que la frecuentan; un instrumento del mismo gobernante, cuando quiere hacerle servir á sus fines; una distracción que evita que los ociosos turbulentos piensen y se ocupen en cosas peores; un morigerador, en fin, de las costumbres, que son en nuestra opinión el único apoyo sólido y verdadero del orden y de la prosperidad de un pueblo. Verdades de tanto bulto no serán ciertamente las que encontrarán en el día poderosos impugnadores. La luz de la verdad disipa, por fin, tarde ó temprano las nieblas en que quieren ocultarla los partidarios de la ignorancia; y la fuerza de la opinión, que pudiéramos llamar, mortalmente hablando, *ultima ratio populorum*, es á la larga más poderosa é irresistible que lo es momentáneamente la que se ha llamado *ultima ratio regum.*

Concedidas, no disputadas, por mejor decir, la necesidad y la utilidad del teatro, resta saber cuáles pueden ser los medios de hacerle prosperar.

¿Cuáles han sido los obstáculos que se han opuesto constantemente en este país á la realización de tan vasto proyecto?

La poca importancia que se ha creído siempre poder dar impunemente á este ramo, los comprende todos. De aquí ha nacido el estado particular del teatro, la posición ridícula de los poetas, la situación deplorable de los actores. Cosas tan íntimamente unidas entre sí, no se pueden separar sin perjuicio de todos. No basta que haya teatro; no basta que haya poetas; no basta que haya actores; ninguna de esas tres cosas puede existir sin la cooperación de las otras, y difícilmente puede existir la reunión de

las tres sin otra cuarta más importante: es preciso que haya público. Las cuatro, en fin, dependen en gran parte de la protección que el gobierno les dispense.

Un público indiferente á las bellezas, heredero de una educación general mal entendida é instruído superficialmente, es el primer eslabón de esta miserable cadena. Cuando los poetas ven al público aplaudir dramas execrables, no sospechar siquiera la existencia de bellezas positivas, que tantas vigilias le han costado, no tarda en sucumbir y en repetir con Lope de Vega:

> Puesto que el vulgo es quien las paga, es justo
> Hablarle en necio para darle gusto.

Los hombres no son más que hombres, y sería mucho exigir de la débil humanidad querer encontrar siempre en cada hombre un héroe dispuesto á sacrificar los aplausos justos ó injustos, al deseo de agradar á media docena de literatos, cuya aprobación de gabinete no mete ruido. Cuando los poetas ven que falta en el auditorio ese orgullo nacional, capaz de hacer milagros donde quiera que exista; cuando oye aplaudir indistintamente las mezquinas traducciones extrañas á nuestras costumbres, y preferirlas acaso á las obras originales; cuando las ve pagar con tan poca diferencia, ¿qué mucho que no se canse en correr en pos de la perfección? ¡Cuánto más fácil es traducir en una semana una comedia que hacerla original en medio año! ¿Por qué ha de emplear tanto tiempo, tantos afanes, por conseguir aquel mismo premio que en menos tiempo y con menos trabajo puede alcanzar? De aquí las miserables traducciones, de aquí la expulsión del buen género para hacer lugar al género charlatán que deslumbra con fáciles y sorprendentes golpes de teatro. De aquí la ausencia de caracteres, de pasiones y de virtudes, para sustituirles esos traidores falsos y eternos que hacen el mal para buscar el efecto, esos crímenes no justificados, y esos vicios asquerosos pintados de una manera todavía más asquerosa.

No se crea, sin embargo, porque hemos expuesto aquí estos descargos de los poetas, que los consideramos tan inocentes como los demás: nada de eso. Dentro de poco probaremos que, si bien éstas son disculpas, no son razones para seguir en el torpe camino en que se han encerrado; probaremos que si alguno debe obrar heroicamente, es el poeta. Los poetas son hombres; pero si los hombres no han de ser héroes, y sobre todo ciertos hombres que se alimentan más que otros de gloria, ¿quiénes lo serán?

¿Qué no diremos de los actores? Si ven aprobado un traje inexacto sólo porque es ridículo, si oyen aplaudir un modo de decir falso sólo porque es exagerado, si ven desconocida á cada paso tal cual belleza que se le escapa, y bulliciosamente coronado de aplausos todo gesto innatural, todo ademán grotesco, ¿á qué se han de fatigar en buscar por senderos tortuosos una reputación, primer premio que anhelan, que á mucha menos costa y por cualquier camino se encuentran adquirida?

Otro tanto decimos de las empresas. Si una buena comedia cae al lado de un melodrama furibundo, si una mala traducción llena el teatro y sus arcas más veces que la obra original del ingenio, ¿se podrá exigir de una empresa que sacrifique sus caudales generosamente en beneficio del buen gusto, que tan pocos representantes tiene entre nosotros para agradecérselo? ¿Podremos pedirle que recompense más lo que menos le produce? Un delirio fuera exigir semejantes sacrificios.

El público es, pues, la primera causa del abatimiento de nuestra escena. Lo repetimos á voces: *instrucción, educación* para este público; instrucción sana, sí, religiosa, morigerada, pero instrucción en fin. Los enemigos de la instrucción la han querido pintar siempre como perjudicial: ciertamente, si es mal dirigida, es un puñal en manos de un niño. Pero cuando está fundada en la religión, en la virtud y en la verdadera sabiduría, entonces no puede ser más que un bien para todos: entonces sólo puede conducir al hombre á conocer sus verdaderos intereses en sociedad, puesto que no puede vivir de otra manera. Si el interés de un hombre puede estar tal cual vez momentáneamente en contradicción con el bien general, á la larga el interés de todos los hombres está en la virtud, en el orden. Esto es lo que sólo puede enseñar una sólida instrucción, que no se quede á medio camino: estamos seguros de que el interés es el gran móvil del hombre; toda la dificultad está en hacerle conocer cuál es su verdadero interés. Esto se lo proporciona la sólida instrucción, que es la única de que hablamos: en este caso ésta será en todo y por todo para el hombre el manantial de su felicidad.

Cuando el público verdaderamente instruído y educado conozca y aprecie todas las bellezas de las obras de imaginación, cuando su orgullo nacional, despertado de nuevo, le haga exigir

de los ingenios originales trabajos dignos de consideración, á los cuales puedan ligarse recuerdos patrióticos, cuando esté en el camino del buen gusto; entonces él mismo formará á los actores, porque él es sólo quien puede formarlos. Entonces los autores escribirán con placer, los actores representarán con perfección, y las empresas recompensarán con generosidad. Entonces el mismo círculo vicioso establecido en el día para el mal, se establecerá para el bien.

Ahora bien, si el público y su falta de instrucción es la primera causa del daño, ¿quién ha de instruirle? 1.º Causas que no son de nuestra inspección. 2.º A falta ó en cooperación de estas, los autores. Sí, estamos enredados en un verdadero laberinto de círculos viciosos; es preciso para salir de ellos que rompa alguno por medio: es preciso que alguno empiece sacrificando algo. ¡Unos por otros están las mejoras sin hacer! ¿Quién deberá, quién estará más obligado á dar principio á esta grande obra? Lo repetimos claramente, los poetas. Los que saben más, tienen de ello más obligación. Los hombres de talento, los hombres extraordinarios (1) han sido los que en todas las naciones han dado siempre los primeros este primer impulso Por una parte los periódicos con su imparcialidad, por otra los autores con sus obras. La naturaleza, al concederles el inmenso privilegio de su superioridad, la incalculable influencia que ejerce el talento sobre el común de los hombres, no les dió arma tan poderosa para volverla contra sus altos fines, sino para contribuir al bien de la humanidad, para abrirle los primeros el camino. Esta obligación sagrada es la que no pueden echar en olvido sin cubrirse de ignominia y de culpabilidad. Los hombres de talento son los que empiezan á instruir las naciones. ¿No tendremos ninguno entre nosotros? Salgan, pues, si los hay, y conquisten con su generosidad y su mérito el premio y el tributo de consideración que se les niega. ¡Triste verdad! Verdad es que necesitan algún apoyo. Empero verdad no hay más que hasta cierto punto. Mil caminos hay; si el más ancho, si el más recto no está expedito, ¿para qué es el talento? Tome los rodeos, y cumpla con su alta misión. En ninguna época, por desastrada que sea, faltarán materias para el hombre de talento; si no las tiene todas á su disposición, tendrá algunas. *¡No se puede decir! ¡No se puede hacer!* Miserables efugios, tristes pretextos de nuestra pereza. ¿Son dobles los esfuerzos que se necesitan? Hacerlos. Doble será el premio que los espere, mayor la gloria que los corone. ¡Oh, si nosotros pudiéramos lisonjearnos de ese talento superior! Ni un momento vacilaríamos. Desgraciadamente no alcanzan nuestras fuerzas sino á decir verdades; si alcanzasen para remediarlas, no seríamos los últimos á dar el paso vencedor.

Hagan los poetas obras de mérito; el público las aprecia poco al principio: redoblen sus esfuerzos, y hagan ostentación de constancia, mañana las apreciará, y pasado mañana no podrá pasar sin ellas. ¿O pretendemos que antes de hacer nada, nos traigan á nuestra casa la corona de la victoria? ¿Todo lo ha de hacer la protección? Haga algo el mérito, y obligará á que se le proteja. *¡No me protegen!* clama la medianía. ¿Dónde está el mérito, pues, para protegerle? ¿Dónde los autores? ¿Dónde las obras (2)? ¿Quién le ha de proteger, si no existe, ó existe envilecido? Salgamos primero nosotros de nuestro envilecimiento y nos protegerán. Hagamos las obras y los protectores. Obliguémosles á que nos protejan, y nos lo deberemos todo á nosotros solos.

Cuando los poetas y la instrucción hayan formado el gusto del público, cuando éste haya formado á los actores, todos juntos formarán á las empresas, obligándolas á recompensar, porque entonces el mérito podrá imponerles la ley. Este es el camino, el que estamos obligados á tomar, por lo mismo que no tenemos otro más cómodo ni más expedito.

Hecho esto, todavía quedarán por vencer algunos obstáculos, sin cuyo desvanecimiento aun les ha de costar trabajo á las empresas de teatros recompensar dignamente el mérito de cada uno en el grado que se merezca, y sostener este primer entusiasmo. Además, si al par que los poetas hiciesen un esfuerzo tan heroico encontrasen algún auxilio superior, ¡cuánto más fácil y halagüeño sería el logro de nuestros deseos! Recorramos, pues, ligeramente los demás medios que pueden contribuir á facilitar la prosperidad de los teatros, después de los dos agentes principales que dejamos indicados

Pedimos en primer lugar para los poetas, sin miedo de parecer exigentes, lo que sólo ellos

(1) Si esta verdad grandiosa [illegible] mente el nombre de Moratín. ¿Qué revolución hizo en nuestro teatro? Mas había que mejorar que en el día. Por esto, después de él, pueden arrostrar las mejoras que faltan hombres que no sean Moratines, pero que no sería fácil encontrar muchos en cada siglo.

(2) Y [illegible]

no tienen en la sociedad: el derecho de propiedad. «Repartiéronse mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes,» puede exclamar el poeta con mucha razón, si se nos permite mezclar esta expresión sagrada entre nuestras habladurías.

En un país en donde las letras han sido casi siempre el recurso del que no ha tenido otro, y donde ha sido tan escasa la gloria que han alcanzado, parece que el premio debiera haber sido mayor; mas por desgracia no han recibido ni premio (1) ni consideración.

Ya en otro lugar dejamos enumerados algunos de los trabajos que esperan al vate en su aventurada carrera: efectivamente, en ocasiones se le disputa hasta el derecho de ensayar y repartir sus papeles á los actores que más le convengan, que de todo hemos visto. Apláudese en fin. ¿Cómo se paga? ¿Quién valúa la cosa vendida? Sólo el comprador. ¿Cómo la premia? A su arbitrio. ¿Se sabe lo que vale una comedia? ¿Se deduce su valor de lo que cuesta y de lo que produce? ¿Puede nunca reconocer el poeta más juez capaz de valuar su talento que el público, bueno ó malo, para quien escribe, ó el mismo gobierno asesorado de los inteligentes que para ello crea necesarios?

¿Puede oirse en paciencia que se hayan pagado de una vez con mil ó dos mil reales comedias que han producido por espacio de muchísimos años, que producen todavía y que producirán, Dios sabe hasta cuándo, tesoros á las empresas?

Nuestro ilustrado gobierno, que siempre ha manifestado en esta parte los mejores deseos, persuadido de la exactitud de estas reflexiones ú otras semejantes, conoció que el talento es una propiedad como otra cualquiera, y de mejor ley; propiedad que debe producir á su dueño en relación de su mérito. Con el objeto, pues, de desterrar tan ignominiosos abusos, se formó y publicó en el año 1807, á propuesta del Excmo. Ayuntamiento, cuyo celo hemos tenido ya ocasión de alabar en otra parte, un reglamento de teatros. En él se establecía el modo de pagar de una manera justa y equitativa. Un tanto por ciento era el premio establecido para las obras originales; de esta manera guardaba una proporción exacta con el mérito de la obra y con las facultades de la empresa, pues sólo pagaba ésta mucho cuando ganaba mucho. Desgraciadamente, este reglamento se puede contar en el número de las cosas mandadas, pero no de las cumplidas, y nos hallamos en el año 32 peor que en el año 7; contratiempo y atraso debido, tal vez, á la sucesión de revoluciones que han afligido desde aquella época nuestro desventurado país

No pára aquí el desprecio de la propiedad. Los teatros de provincia se creen autorizados, representada una vez una comedia en Madrid, á sustraer copias fraudulentas, y á representarla en todas partes, muy persuadidos de que los autores no tienen derecho alguno á impedírselo, y clamando con la fábula: *¡Para mí los crió la Providencia!* En el mismo reglamento, que tenemos á la vista, se establecía que los tales teatros pagasen al autor con arreglo á sus facultades, ni más ni menos que los de Madrid. Pero claman los actores: *¡La costumbre es ley!* Bien haya la costumbre; podrá ser así, en cuyo caso no sospecho porqué han de ahorcar á los ladrones, siendo una costumbre tan antigua la de robar. En ese caso no se podrá corregir jamás ningún mal inveterado. ¡Mal haya si entendemos de qué manera una mala costumbre puede llegar á ser una buena ley! Pues porque es costumbre es preciso abolirla, que á no serlo excusáramos reclamar contra ello. Los abusos que existen son los que se han de desterrar, pues los que no existen no hay para qué.

Al llegar á este punto oímos á las empresas clamar: «¿Pagar más á los poetas, ni á los autores, ni á nadie? ¡Imposible! Si estamos.....»

Lo sabemos, señores empresarios, y aquí entramos en otro abuso. Hemos pedido para los poetas la justicia que puede animarlos en sus tareas. Pidamos ahora para las empresas lo que de derecho les corresponde.

---

(1) Con gran dolor nuestro nos obliga el propio argumento de nuestro artículo á prescindir un momento de la gloria en favor del vil interés. Mucho tiempo hemos considerado si deberíamos hacer mérito del interés. Ciertamente que en un poema épico sería un pobrísimo episodio, y en una oda estaría tan mal colocado como el hospital en las Delicias. Pero en un papelucho de poco lucimiento y de menos provecho, en boca de un Hablador y de un Pobrecito, nos parece que está tan perfectamente [illegible], y no ignora el vulgo, en cuya boca anda este caritativo refrán, la exactitud de nuestra comparación. [illegible] pobrecitos, bien traslucimos que los poetas que más gloria han alcanzado han comido, y no se nos diga que esta es una paradoja. No [illegible] Homero en la descripción de los más suculentos banquetes; Horacio se burla amargamente de un mal convite. De nuestro Cervantes juramos que escri[illegible] más que mediana hambre y apetito el capítulo de las bodas de [illegible]. No hablemos de Anacreonte y de todos sus discípulos, por[illegible] que estos han [illegible] siempre [illegible] del zumo [illegible] Sabemos [illegible] nuestro Villegas el [illegible] de las castañas y el buen aloque, y en qué consideración tenía Baltasar de Alcázar la oronda [illegible] su cuento. En fin, de los poetas [illegible] sabremos decir que no ha habido uno que no haya encumbrado á las nubes la dulce miel y la blanca leche. Así, pues, sostendremos á [illegible] [illegible]ibir.

Apenas se pueden creer las cargas espantosas que sobre los infelices teatros gravitan. Dejemos á un lado un número considerable de asientos de todas clases que están obligados á dar de balde por otra costumbre tan de ley y tan buena como la que llevamos arriba citada; no hablemos de algunas consideraciones que con toda clase de gentes tienen que guardar; concretémonos á decir que pasan de cuatrocientos mil reales las sumas que en metálico tienen que satisfacer anualmente á un sinnúmero de establecimientos. Y para que no se crea que nuestra maledicencia ó nuestra parcialidad nos hacen hablar, copiemos aquí el artículo 3.º del capítulo 12, título 2.º del reglamento, propuesto por un ayuntamiento celoso, aprobado por un gobierno ilustrado, y sancionado por un soberano acreedor á nuestra gratitud.

«La junta propondrá á la piedad del rey algún arbitrio para la más pronta extinción de estas cargas, pues verdaderamente no hay relación ninguna entre los tres coliseos y los hospitales de Madrid, los frailes de San Juan de Dios, las niñas de San José y el hospicio de San Fernando. Estos son los partícipes de una buena porción de sus productos, de que procede que los actores sean mal pagados, la decoración ridícula y mal servida, el vestuario impropio é indecente, el alumbrado escaso, la música pobre, y el baile pésimo ó nada. De aquí que los poetas, los artistas, los compositores que trabajan para la escena, sean ruinmente recompensados, y por lo mismo se vean en ella las heces del ingenio. De aquí, finalmente, la mayor parte de la decadencia y lastimoso atraso de nuestros espectáculos »

¿Qué pudiéramos nosotros añadir á tan enérgico período? Pedimos, pues, para las empresas que se les desembarace de obstáculos y respetos inoportunos el camino de su especulación; que manden en lo suyo, como únicos dueños, mientras tengan las empresas. Esto bastará á dar al teatro un impulso incalculable. Entonces las empresas, desembarazadas y libres en sus operaciones, marcarán cada día con una mejora, recompensarán mejor á los actores, mezquinamente pagados, y á los poetas, de ninguna manera premiados.

Nada hemos dicho de las mejoras que caben en los actores, porque este mal ya promete quedar en gran parte remediado. El establecimiento de una escuela dramática dirigida por dos de nuestros mejores actores, bajo la inmediata protección de una reina que tanto bien ha venido á hacer á nuestro país, nos hace concebir esperanzas lisonjeras. Hasta ahora se ha creído que bastaba con tener memoria ó apuntador para ser cómico, y aun cómicos hemos conocido que por no saber leer se hacían leer por otros sus papeles para aprenderlos. ¿Dígannos si gentes de esta especie son las que pueden verter en la escena las bellezas que no saben ni leer, ni apreciar, y tomar, nuevos Proteos, la forma de todos los caracteres y genios posibles, y enseñar los buenos modales y las buenas costumbres? Nadie necesita hacer estudios más prolijos de la historia del hombre y del corazón humano, si ha de ponerse la máscara de todas las pasiones, la apariencia de todas las épocas: nadie necesita tener mejor educación que un actor, si ha de ser en las tablas modelo de ella.

¡Qué de pequeños obstáculos podríamos citar aún si nos lo permitiesen los límites que en nuestros folletos nos hemos impuesto! ¡Qué de cosas nos dejamos por decir! Bastaría, sin embargo, para obviar todos estos pequeños obstáculos que pasamos en silencio, la realización de las mejoras principales que hemos propuesto, y nosotros nos tendríamos con eso sólo por muy felices. Desgraciadamente nuestras ideas pasarán como otras muchas que se dicen continuamente y no se oyen. Verdad es que son cosas que no se pueden acabar en un día, pero son cosas que nunca se verán acabadas si no se empiezan alguna vez.

Fórmese, pues, el público; y si otras causas no concurren, como es de desear, á esta instrucción general tan necesaria, tomen sobre sí los que escriben para él tan ardua empresa: más generosos que hasta ahora, no doblen la cerviz al mal gusto: den la ley, y no la reciban. Reconózcase la propiedad, y séalo el talento; descárguense los teatros de las inmensas cargas que los abruman; mejórense los actores y prémiense generosamente. Vigile una censura juiciosa para que nuestra religión y nuestras leyes sean res[illegible]petadas de los escritores, pero sin oponer [illegible]táculos jamás á la representación de las ob[illegible] inocentes. Entonces, nosotros lo afirmamos, entonces tendremos teatro español; entonces el suelo de los Lopes y Calderones, de los Tirsos y los Moretos, volverá á retoñar ingenios: entonces citaremos con orgullo una literatura nuestra y una diversión racional que tienen todos los países cultos, y que nosotros hasta al[illegible] hemos dejado perecer al poderoso influjo de una infinidad de [illegible].

Cuando empezamos nuestro número dijimos

que creíamos que no se podía presentar ocasión más favorable para exponer á la luz del día estas ideas; ahora, al concluirle, añadimos que no pudiera ofrecerse mejor coyuntura para lograr su verificación. Nuestra reina, á quien tanto tenemos ya que agradecer, es quien nos inspira esta confianza: su protección decidida á todo lo bueno, un mes glorioso que puede contar más grandezas que tres siglos anteriores, cosas tan grandes que con sólo quererlas ha llevado á cabo, nos hacen esperar que esta reforma que proponemos, y que ofrece tantas dificultades menos, se deberá también, algún día, á su benéfico impulso.

En el ínterin, nos contentamos con desearlo, y poner todos los medios que están á nuestro alcance para cooperar á tan grande obra, y concluimos como concluía don Gutierre de Cárdenas el parecer que dió á D. Fernando el Católico:

«Este, señor, es mi parecer: si acertado, sean á Dios las gracias; si contra el vuestro, merece perdón mi lealtad: lo que vos determináredes, eso será lo mejor y más acertado.»

El bachiller.





CARTA DE ANDRÉS NIPORESAS AL BACHILLER

Mi querido bachiller: todas tus cartas he recibido, y no he contestado á ninguna, merced á esta pereza del país que nos tiene á todos poco menos que dormidos; pero como quiera que me preguntes varias cosas que te puede ser de alguna satisfacción saber, iréte contestando parte por parte, ó como pueda, que ya sabes que en punto á coordinar mis ideas no soy fuerte, y en punto á expresarlas, soy flojo. En cambio de las buenas prendas lógicas y oratorias que me faltan, encontrarás en mí una buena fe á prueba del siglo XIX, más que mediana inocencia, sana intención, y lo que vale más que todo, un respeto, que te ha de asombrar, á todas las cosas, y un miedo, que habrás de conocer por muy saludable, á todas las personas.

Pongo párrafo aparte para elogiarte mi desconfianza, porque lo merece: esta es tal, que desde pequeñito dieron en llamarme por apodo *Niporesas;* apodo que pasó á ser apellido, así como hay apellidos que pasan á ser apodos. Todo el mal de mi desconfianza está en vivir yo más de lo pasado que en lo presente: es el caso que he sido tonto, lo cual no es poca fortuna, porque hay otros que lo son todavía, y muchísimos que lo serán hasta que se mueran; he sido tonto, es decir, que me han engañado muchas veces: de aquí procede que en el día estoy reducido á no creer más que en Dios, porque en cuanto á creer en los hombres, me voy con muchísimo tiento. Dejemos esto aquí, porque la materia es resbaladiza, y no quisiera que dieran tormento á lo que escribo.

Mucho me agrada cuanto me dices acerca de las Batuecas; son, efectivamente, muchas las ventajas que llevan á otros países, como dices muy bien en tus números, no sé cuántos, que esto es material: al fin es mi país, y tengo en

eso fundada mi vanidad, aunque no hay un motivo. Convengo sobre todo contigo (núm. 6.º) en que á los batuecos no les falta más que hablar, que es precisamente lo mismo que suele decir un amigo mío de cierto sujeto que tú conoces, que es tonto y feo, y además pícaro, y un sí es no es tartamudo.

Me parece, con todo eso, que este país promete: no há mucho tiempo que hubiera creído, si yo hubiera sido capaz de creer, como llevo dicho, que á la vuelta de un par de siglos ya no habría batuecos sobre la superficie de la tierra: en este supuesto, pudieras haber arrojado por la ventana tu recado de escribir, porque hubiera llegado el caso de que tus desmedidas alabanzas hubieran venido á ser inoportunas; pero como acaso las volvamos presto á merecer, porque eso está en la posibilidad de las vicisitudes humanas, y todo se puede esperar de nuestro buen natural, te aconsejo que no borres todavía las Batuecas de tu mapa.

Te doy la enhorabuena porque ya te han abierto las universidades, quiero decir que dejarás de ser autor para volver á tus estudios. Al fin te va en ello lo que va de ser tonto á no serlo, y lo que va de bachiller á licenciado ó doctor, porque supongo que te graduarás inmediatamente, cesando de escribir folleticos que no valen lo que pesan, que te pueden pesar más de lo que te valen (1).

Me preguntas del estado de mi familia: voy á informarte como pueda de la suerte de cada uno.

Antoñito está de enhorabuena: le concedieron la gracia de capitán con sueldo y todo, por los méritos de su padre, que hace ya lo menos cuatro años que está sirviendo á S. M. con cuarenta mil reales: con estos méritos le han hecho esta gracia al niño. Me alegrara que le vieras tan mono como está con sus dos charreteritas y su espadita, que parece un juguete. ¿Qué quieres? ¡En esa edad! ¡Ocho años! Nos llena la casa de pajaritas de papel; dice que son los enemigos, les corta la cabeza, y es una risa todo el día con él. Ya puede un criado no servirle pronto; le da un palo, lo cual nos hace mucha gracia á todos, y nunca se le olvida decirle que tiene qué sé yo cuántos miles reales de sueldo. Su madre se le come á besos. Es de advertir que el señor capitán está ya en medianos, y muy adelantado en la gramática, de donde inferimos todos que ha de ser un gran militar.

También está Miguel de enhorabuena, porque le han hecho nada menos que teniente: verdad es que llevaba cuarenta y dos años de servicio, con haberse hallado en todos los encuentros de importancia que ha habido en ese tiempo, haber estado dos veces prisionero, y tener diez y siete heridas, y un ojo de menos. ¿Pero qué es eso comparado con una tenencia? Ello es que le han premiado ya, y está que brinca de gozo. Él pretende pasar al regimiento donde es capitán Antoñito, todo por el placer de estar juntos. ¡Como son parientes! Y como le quiere tanto, suele decir que aunque teniente, de buena gana le enseñaría á ser capitán. No se puede negar que tiene Miguel un alma excelente. Como el otro es un chico, no hay duda en que podría aprovechar algunas leccioncillas de su tío.

A Juanito le hicieron joven de lenguas: con este motivo ha tomado maestro de francés, y aun dice que le tomará de inglés, porque eso sí, aunque ya esté colocado, es muy racional y no se desdeña de aprender; dice que no parece bien en un joven de lenguas no saber ninguna, en lo cual tiene alguna razón, y manifiesta ser muy despejado. Su fortuna le ha valido porque se susurra que pretendían la plaza seis muchachos de mucho provecho, pero como dicen, no tenían hombre. Amigo, que se la busquen de otra manera, que no todos han de ser jóvenes de lenguas.

Frasco, á quien conoces, ha tenido más desgracia. Solicitó una plaza de vista de no sé dónde: entregó el memorial tal como á las cuatro y cuarto, porque supo que á las cuatro estaban agonizando al que la tenía, y aunque en rigor todavía no había muerto, debía de morir de allí á poco. Pero le dijeron que llegaba tarde, porque ya estaba dada. *¡Qué prontitud de demonios!* En vano alegó sus grandes conocimien-

---

(1) No tratamos de inculpar en modo alguno por los cuadros que vamos á describir al justo gobierno que tenemos: no hay nación tan bien gobernada donde no tengan entrada más ó menos abusos, donde el gobierno más enérgico no pueda ser sorprendido por las arterías y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea. Precisamente ahora que vemos á la cabeza de nuestro gobierno una reina, que de acuerdo con su augusto esposo, nos conduce rápidamente de mejora en mejora, nosotros, deseosos de cooperar por todos términos como buenos y sumisos vasallos, á sus benéficas intenciones, nos atrevemos á apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que desgraciadamente y por la esencia de las cosas han sido siempre en todas partes harto frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el orden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desorden, y mucho menos si se hacen las críticas generales, embozadas con la chanza y la ironía, sin aplicaciones de ninguna especie, y en un folleto que más tiende á excitar en su lectura alguna ligera sonrisa que á gobernar el mundo.

Protestamos contra toda alusión, toda aplicación personal, como en nuestros números anteriores. Sólo hacemos pinturas de costumbres, no retratos. Más adelante hablamos de los empleos y empleados, se entiende de los malos; los buenos, que respetamos, nunca se darán por ofendidos; los malos no merecen respetos de nadie.

tos en la materia y la exactitud que tiene acreditada. La plaza de vista se la dieron á un buen señor, ciego por más señas, ó poco menos: dicen que se habían compadecido de él porque se veía arruinado de resultas de una trabacuenta. ¡Cierto que ha sido una caridad! ¡Pobrecillo!

Jorge volvió, como que le cogió la amnistía de medio á medio; pero está rabiando; quería que le hubiesen devuelto el destino que tenía hace diez años, es decir, cuando chiquito... Mira tú quién se acuerda ya ahora de... Es el caso que lo tiene otro.

Julianita hizo una muy buena boda: casó con un joven muy despejado y rico. Por supuesto, que tuvo habilidad para ocultarle que había tenido un hijo de aquel otro querido que la obsequió cuatro años (hijo que tiene ocultamente en un colegio). El tal joven tiene una índole excelente, y se hace querer de toda la familia; está loco con su boda. Días pasados decía que se atrevía á poner las manos en la lumbre por la virtud de su mujer; mira tú si es atrevido. A propósito, añadía que en su vida se hubiera casado con una viuda, porque él había buscado siempre una mujer nueva para enseñarla á sentir, y se daba la enhorabuena de haberlo conseguido.

Me preguntas si he pretendido yo también alguna cosa; voy á responderte. Yo no pretendo ningún empleo, porque sé que no me le han de dar, aunque batueco. Ya me lo han ofrecido muchos, pero nunca ha cuajado. Ello sí, dicen que soy muy despejado, que cuente con ello, que espere un poco... Ahora no es el momento oportuno, ni antes lo ha sido nunca; unas veces he llegado demasiado tarde, y otras demasiado temprano. Mira tú si soy torpe; no parece sino que estudio con el mismo Barrabás. Sin embargo, tengo muchos protectores, y como soy útil para algunas cosas, y me lo aseguran tantas veces, podrá ser que llegue el caso de creer algún día que me han de dar algo. Más te diré. A veces cuando oigo á alguno, me lo llego á creer, como que me tengo de salvar, ayudándome Dios, que es sobre todo, y la penitencia y buena vida que tengo pensado hacer. Ya ves que en esta parte casi infrinjo el sistema de mi desconfianza.

Por lo demás no pretendo; pero no dejo de conocer que no hay cosa como tener oficina y sueldo, que corre siempre ni más ni menos que un río. Se pone uno malo, ó no se pone; no va á la oficina, y corre la paga; lee uno allí de balde y al brasero la *Gaceta* y el *Correo*, y un cigarrillo tras otro se llega la hora de salir poco después de entrar. Si hay en casa un chico de ocho años se le hace meter la cabeza, aunque no quiera ni sepa todavía la doctrina cristiana, y hételo meritorio. ¿No sirve uno para el caso, ó tiene un enemigo y le quitan de enmedio? Siempre queda un sueldecillo decente, si no por lo que trabaja ahora, por lo que ha dejado de trabajar antes. Aunque estas razones, capaces de mover un carro, no me tuviesen harto aficionado de los destinos, sólo el ser del país me haría gustar de esas gangas, tan naturalmente como gusta el pez de vivir en el agua. Eso de estudiar para otras carreras, ni está en nuestra naturaleza, ni lo consiente nuestro buen entendimiento, que no ha menester de semejantes ayudas para saber de todo.

Otras ventajillas de los empleos se pudieran citar; hay unos, por ejemplo, en que se manejan intereses y hay sobrantes... Da uno cuentas, ó no las da, ó las da á su modo. No que á mí esto me parezca mal; no señor. A quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Algunos te dicen á eso que no tiene gracia que á cada mano por donde pasan aquellos ríos, se le pegue siempre algo. A eso pregunto yo si es posible que llegue el caso de que no se le pegue nunca á nadie. Ello es que hay cosas de suyo pegajosas, y si te arrimas mucho á un pellejo de miel, por fuerza te has de untar, sin que esto sea en ninguna manera culpa tuya, sino de la miel, que de suyo unta.

Otros empleíllos hay como el que tenía un amigo de mi padre: contaba este tal veinte mil reales de sueldo, y cuarenta mil más que calculaba él de manos puercas; pero también recaía en un señor excelente que lo sabía emplear. El año que menos, podía decir por Navidades que había venido á dar al cabo de los doce meses sobre unos quinientos reales en varias partidas de á medio duro y tal, á doncellas desacomodadas y otras pobres gentes por ese estilo, porque eso sí, era muy caritativo, y daba limosnas... ¡Ui! De esta manera, ¿qué importa que haya algo de manos puercas? Se da á Dios lo que se quita á los hombres, si es que es quitar aprovecharse de aquellos gajecillos inocentes que se vienen ellos solos rodados. Si saliera uno á saltearlo á un camino á los pasajeros, vaya; pero cuando se trata de cogerlo en la misma oficina, con toda la comodidad del mundo, y sin el menor percance... Supongo, v. gr., que tienes un negociado, y que del negociado sale un negocio; que sirves á un amigo por el

gusto de servirle no más; esto me parece muy puesto en razón; cualquiera haría otro tanto. Este amigo, que debe su fortuna á un triste informe tuyo, es muy regular, si es agradecido, que te deslice en la mano la finecilla de unas oncejas... No, sino ándate en escrúpulos, y no las tomes; otro las tomará, y lo peor de todo, se picará el amigo, y con razón. Luego si él es el dueño de su dinero, ¿por qué ha de mirar nadie con malos ojos que se lo dé á quien le viniere á las mientes, ó lo tire por la ventana? Sobre que el agradecimiento es una gran virtud, y que es una grandísima grosería desairar á un hombre de bien, que... Vamos... bueno estaría el mundo si desapareciesen de él las virtudes, si no hubiera empleados serviciales, ni corazones agradecidos.

Lo mismo digo acerca de que te va á pedir un favor una señora, acaso bien parecida, ó con alguna hija que lo es. ¿Cómo te niegas á oir á una señora que va con su hija? Era preciso tener entrañas de tigre. Yo te aseguro que este sería para mí uno de los puntos en que nunca se quedaría rezagada mi galantería. ¡Jesús! ¡Una señora!

Agrega á esto que para ser oficinista, con saber darse tono, con hacer esperar á los hombres y á las feas en la sala de audiencia, diciendo el portero que el señor oficial está sumamente ocupado, con no conocer á nadie al entrar y al salir, con ahuecar la voz, estirarse el corbatín y perder el expediente, ya está más que aprendido el oficio. No es decir esto que no los haya por otro estilo; pero ya tendría yo la curiosidad de ver algunos.

Luego hay hombres que no sirven para otra cosa entre nosotros, y son los más. «¿Qué ha de ser usted sino empleado? me decía días pasados un ultra-batueco. ¿Querrá usted que en estas Batuecas, unas gentes acostumbradas á su oficina, y sus once, y su *Gaceta*, y su cigarro, vayan á enfrascarse en la cabeza media docena de ciencias y artes útiles, como las llaman, para vivir de otra manera que han vivido hasta ahora, sin el descanso de la mesada, ni los gajes de manos puercas? Bien sabe Dios que eso es tontería, porque yo y los que á mí se me parecen, que no son pocos, tenemos las cabezas mejores que para ciencias y artes para moldes de pelucas, y lo digo con vanidad. A buen seguro que mi padre y aun mi abuelo nunca supieron lo que era un libro; era todo lo más si sabían firmar, y el uno murió de ochenta y cinco años, y el otro de noventa; ni conocieron nunca lo que era dolerles una uña; y no le parezca á usted que eran unos pelagatos, porque fueron empleados toda su vida, tanto que se puede decir que les salieron los dientes en la oficina, y cuando murieron, el uno tenía una venera y el otro tenía dos.»

Y tenía razón el batueco. Ya ves tú, pues, que si no pretendo no es porque desconozca yo lo que lleva consigo un empleo. Yo no le encuentro á esta carrera más inconveniente que uno, y es que hay pocos empleos; si no ya tendría yo el mío; esta es nuestra desgracia, porque como las revoluciones, conforme han dado en hacerlas en el día, no son sino cuestiones de nombre, todo el toque está en estos altos y bajos, en saber cuáles de unos ó de otros han de ser dueños del cotarro. Ello no hay sino diez empleos (que es el mal que nos aflige) y veinte pretendientes. Yo considero que todo estaba arreglado con que hubiera veinte empleos y diez pretendientes; ni yo sé cómo no han dado en esto, siendo una verdad que salta á los ojos.

Asómbrate, sin embargo: como hay hombres para todo, un batueco de estos que á ratos no lo parecen, me decía ayer hablando de esto: «Los batuecos que quieren bien á su patria han de empezar por apartar el pensamiento de los empleos, y quemar todos los memoriales hechos y por hacer: si el gobierno necesita hombres, hombres buscará, pues ya sabe dónde están, y bien conocidos son; al que no le busquen, que no se haga buscar él, sino que hinque el codo y se aplique. Si hay un país en que pueda un hombre hacerse un bienestar por cualquier ramo de artes ó ciencias, es este, donde hay de ellas tanta escasez. Pero si esperan á llamar buen gobierno á aquel que á cada vecino le dé veinticuatro mil reales de renta por su manifiesta adhesión, nunca le habrá para las Batuecas, porque el que más y el que menos somos adictos y muy adictos á tomar la paga el último día del mes y aunque sea el primero del siguiente. Agregue usted á esto que el seguir en el carril de hasta ahora es desnudar á un santo para vestir á otro, y santo por santo, voto á bríos que bien se está quien se está vestido. Sí, señor don Andrés; aquí no tendremos un principio de esperanza, sino cuando conozcan todos la necesidad de no sacar más sangre de este cuerpo ya desangrado; cuando tengan mis compatriotas ideas moderadas, un plan uniforme, una marcha prudente, menos egoísmo, menos miedo, menos partidos y colores, menos pereza y holgazanería; cuando el cielo nos envíe luz para ver, y

aplicación para trabajar; cuando tengamos, en fin, el verdadero deseo de ser felices, que mucho lleva adelantado para serlo quien de veras lo desea, porque el cielo es tan bueno que querrá probablemente todo lo que nosotros de veras queramos.»

Mira tú, mi Bachiller, por dónde se apeó el batueco. ¡Vaya que hay hombres locos! ¡Luz para ver! Mejor nos estamos á oscuras; de esta manera Dios sabe lo que uno puede topar á tientas; vez hay que se anda uno á buscar tal cosa, y se encuentra debajo de la mano tal otra que no había visto. Lo más que puede suceder es que hagamos, jugando á buscar el bien, lo que hace el que juega á dar con la piñata, que suele dejársela á las espaldas, y atinar con un palo á los concurrentes, que esto ya se ha visto.

Yo, como sé que todas esas quimeras que á uno le cuentan son bobadas, porque me llamo Niporesas, y conozco mi patria y mis batuecos como mi casa y mis hijos, á mis empleos me atengo; la semilla ha de caer en buena tierra, y si no, no echarla.

Y con esto concluyo mi carta, que las cartas no han de ser tan largas como nuestro remedio, ni tan cortas como nuestros alcances.

Te he contestado cumplidamente á la tuya Te he dado noticias de mi familia y de mi persona, y aun de mis opiniones; ahora ruega tú á Dios que los que me protegen me den pronto un empleíllo de esos de manos puercas, para dar en tierra con mi desconfianza, porque de no, me habré de meter á descontento, y es mal oficio Si, por el contrario, me lo dan, le serviré como cada batueco, ó me servirá él á mí por mejor decir; entonces sí que diré que vivimos en la prosperidad, como algunos quieren que lo crea por pruebas que no son pruebas. Tu amigo,

Andrés Niporesas.



VUELVA USTED MAÑANA

Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal á la pereza; nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos más serios de lo que nunca nos habíamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por más que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados sería un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institución ha cerrado y cerrará las puertas del cielo á más de un cristiano.



Estas reflexiones hacía yo casualmente no hace muchos días, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que, en buena ó en mala parte, han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada é hiperbólica, de estos que, ó creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, ó que son aún las tribus nómadas del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva tan intacto como nuestra ruina; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y preguntan si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algún cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes á todos los países.

Verdad es que nuestro país no es de aquellos que se conocen á primera ni segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana á esos juegos de manos sorprendentes é inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen después de sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas extrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetración. Tal es el orgullo del hombre, que más quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprensibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de estos fué el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendación para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulación industrial ó mercantil, eran los motivos que á nuestra patria le conducían.

Acostumbrado á la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que

pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Parecióme el extranjero digno de alguna consideración, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle á que se volviese á su casa cuanto antes, siempre que seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admiróle la proposición, y fué preciso explicarme más claro. «Mirad, le dije, Mr. Sans-délai, que así se llamaba; vos venís decidido á pasar quince días, y á solventar en ellos vuestros asuntos.—Ciertamente, me contestó. Quince días, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quién soy. En cuanto á mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizadas en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derechos), al tercer día se juzga el caso y soy dueño de lo mío. En cuanto á mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto día ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas ó malas, y admitidas ó desechadas en el acto, y son cinco días; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo á mi casa; aun me sobran de los quince, cinco días.» Al llegar aquí Mr. Sans-délai, traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fué bastante á impedir que se asomase á mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal de mi grado. «Permitidme, Mr. Sans-délai, le dije entre socarrón y formal, permitidme que os convide á comer para el día en que llevéis quince meses de estancia en Madrid.—¿Cómo?—Dentro de quince meses estáis aquí todavía.—¿Os burláis?—No por cierto.—¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa!—Sabed que no estáis en vuestro país activo y trabajador.—¡Oh! los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal de su país por hacerse superiores á sus compatriotas.—Os aseguro que en los quince días con que contáis, no habréis podido hablar siquiera á una sola de las personas cuya cooperación necesitáis.—¡Hipérboles! Yo les comunicaré á todos mi actividad.—Todos os comunicarán su inercia.»

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto á dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarían mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el día siguiente, y salimos entrambos á buscar un genealogista, lo cual sólo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido: encontrámosle por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitación, declaró francamente que necesitaba tomarse algún tiempo; instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos días. Sonreíme y marchámonos. Pasaron tres días; fuímos. «Vuelva usted mañana, nos respondió la criada, porque el señor no se ha levantado todavía.—Vuelva usted mañana, nos dijo al siguiente día, porque el amo acaba de salir.—Vuelva usted mañana, nos respondió el otro, porque el amo está durmiendo la siesta.—Vuelva usted mañana, nos respondió el lunes siguiente, porque hoy ha ido á los toros.» ¿Qué día, á qué hora se ve á un español? Vímosle por fin, y «Vuelva usted mañana, nos dijo, porque se me ha olvidado. Vuelva usted mañana, porque no está en limpio.» A los quince días ya estuvo; pero mi amigo le había pedido una noticia del apellido Díez, y él había entendido Díaz, y la noticia no servía. Esperando nuevas pruebas, nada dije á mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, había sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo después otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paró aquí; un sastre tardó veinte días hacerle un frac, que le había mandado lleva en veinticuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza á comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince días para plancharle una

camisola; y el sombrerero á quien le había enviado su sombrero á variar el ala, le tuvo dos días con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistían á una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondían á sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

«¿Qué os parece de esta tierra, Mr. Sans-délai? le dije al llegar á estas pruebas.—Me parece que son hombres singulares ..—Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida á la boca.»

Presentóse con todo, yendo y viniendo días, una proposición de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficacísimamente.

A los cuatro días volvimos á saber el éxito de nuestra pretensión. «Vuelva usted mañana, nos dijo el portero. El oficial de la mesa no ha venido hoy.—Grande causa le habrá detenido, dije yo entre mí. Fuímonos á dar un paseo, y nos encontramos, ¡qué casualidad! al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid.

Martes era el día siguiente, y nos dijo el portero: «Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy.—Grandes negocios habrán cargado sobre él,» dije yo Como soy el diablo y aun he sido duende, busqué ocasión de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero, y con una charada del *Correo* entre manos que le debía costar trabajo el acertar. «Es imposible verle hoy, le dije á mi compañero; su señoría está en efecto ocupadísimo.»

Diónos audiencia el miércoles inmediato, y ¡qué fatalidad! el expediente había pasado á informe, por desgracia, á la única persona enemiga indispensable de monsieur y de su plan, porque era quien debía salir en él perjudicado. Vivió el expediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habíamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenía unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda alguna le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto de informe se cayó en la cuenta en la sección de nuestra bendita oficina de que el tal expediente no correspondía á aquel ramo; era preciso rectificar este pequeño error; pasóse al ramo, establecimiento y mesa correspondientes, y hétenos caminando después de tres meses á la cola siempre de nuestro expediente, como hurón que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fué el caso al llegar aquí que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro. «De aquí se remitió con fecha tantos, decían en uno.—Aquí no ha llegado nada, decían en otro.—¡Voto va! dije yo á Mr. Sans-délai, ¿sabéis que nuestro expediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algún tejado de esta activa población?»

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta á los empeños! ¡vuelta á la prisa! ¡qué delirio! «Es indispensable, dijo el oficial con voz campanuda, que esas cosas vayan por sus trámites regulares.» Es decir que el toque estaba como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro expediente tantos ó cuantos años de servicio.

Por último, después de cerca de medio año de subir y bajar, y estar á la firma ó al informe, ó á la aprobación, ó al despacho, ó debajo de la mesa, y de volver siempre mañana, salió con una notita al margen que decía: «A pesar de la justicia y utilidad del plan del exponente, negado.»—«¡Ah, ah! Mr. Sans-délai, exclamé riéndome á carcajadas; este es nuestro negocio.» Pero Mr. Sans-délai se daba á todos los oficinistas, que es como si dijéramos á todos los diablos. «¿Para esto he echado yo mi viaje tan largo? ¿Después de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: *Vuelva usted mañana*, y cuando este dichoso *mañana* llega en fin, nos dicen redondamente que no? ¿Y vengo á darles dinero? ¿y vengo á hacerles favor? Preciso es que la intriga más enredada se haya fraguado para oponerse á nuestras miras.—¿Intriga, Mr. Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra: esa es la gran causa oculta: es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas.»

Al llegar aquí, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresión.

«Ese hombre se va á perder, me decía un personaje muy grave y muy patriótico —Esa no es una razón, le repuse: si él se arruina, nada se habrá perdido en concederle lo que pide; él llevará el castigo de su osadía ó de su ignoran-

cia.—¿Cómo ha de salir con su intención?—Y suponga usted que quiere tirar su dinero y perderse; ¿no puede uno aquí morirse siquiera, sin tener un empeño para el oficial de la mesa?—Puede perjudicar á los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere.—¿A los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor?—Sí, pero lo han hecho.—Sería lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. ¿Con que, porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrían perjudicar los antiguos al moderno.—Así está establecido; así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo.—Por esa razón deberían darle á usted papilla todavía como cuando nació.—En fin, señor Fígaro, es un extranjero.—¿Y por qué no lo hacen los naturales del país?—Con esas socaliñas vienen á sacarnos la sangre.—Señor mío, exclamé, sin llevar más adelante mi paciencia; está usted en un error harto general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos á todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir á los que sabían más que ellas.

»Un extranjero, seguí, que corre á un país que le es desconocido, para arriesgar en él sus caudales, pone en circulación un capital nuevo, contribuye á la sociedad, á quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero. Si pierde, es un héroe; si gana es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrearnos solos. Este extranjero que se establece en este país, no viene á sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y á la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya, ni puede serlo; sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido á dejar un capital suyo que traía, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer á los pocos ó muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuído al aumento de la población con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los gobiernos sabios y prudentes han llamado á sí á los extranjeros: á su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de esplendor; á los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia, ha debido el llegar á ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar á ser las últimas; á los extranjeros han debido los Estados Unidos... Pero veo por sus gestos de usted,—concluí interrumpiéndome oportunamente á mí mismo,—que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto, si usted mandara, podríamos fundar en usted grandes esperanzas!»

Concluída esta filípica, fuíme en busca de mi Sans-délai. «Me marcho, señor Fígaro, me dijo: en este país no hay tiempo para hacer nada; sólo me limitaré á ver lo que haya en la capital de más notable.—¡Ay! mi amigo, le dije, idos en paz, y no queráis acabar con vuestra poca paciencia; mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven.—¿Es posible?—¿Nunca me habéis de creer? Acordáos de los quince días...» Un gesto de Mr. Sans-délai me indicó que no le había gustado el recuerdo.

«*Vuelva usted mañana*, nos decían en todas partes, porque hoy no se ve.—Ponga usted un memorialito para que le den á usted un permiso especial.» Era cosa de ver la cara de mi amigo al oir lo del memorialito: representábasele en la imaginación el informe, y el empeño, y los seis meses, y... Contentóse con decir: *Soy extranjero*. ¡Buena recomendación entre los amables compatriotas míos! Aturdíase mi amigo cada vez más, y cada vez nos comprendía menos. Días y días tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, después de medio año largo, si es que puede haber un medio año más largo que otro, se restituyó mi recomendado á su patria maldiciendo de esta tierra, y dándome la razón que yo ya antes me tenía, y llevando al extranjero noticias excelentes de nuestras costumbres; diciendo sobre todo, que en seis meses no había podido hacer otra cosa sino volver siempre mañana, y que á la vuelta de tanto mañana, enteramente futuro, lo mejor ó más bien lo único que había podido hacer bueno, había sido marcharse.

¿Tendrá razón, perezoso lector (si es que has

llegado ya á esto que estoy escribiendo), tendrá razón el buen Mr. Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el día de mañana á visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestión para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy: si mañana ú otro día no tienes, como sueles, pereza de volver á la librería, pereza de sacar tu bolsillo, y pereza de abrir los ojos para ojear las hojas que tengo que darte todavía, te contaré cómo á mí mismo, que todo esto veo y conozco y callo mucho más, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza más de una conquista amorosa; abandonar más de una pretensión empezada, y las esperanzas de más de un empleo, que me hubiera sido acaso, con más actividad, poco menos que asequible; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa ó necesaria, á relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el trascurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto á las once, y duermo siesta; que paso haciendo quinto pie de la mesa de un café hablando ó roncando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café, me arrastro lentamente á mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce ó la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué y siempre fué de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que há más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo, que llamé: *Vuelva usted mañana;* que todas las noches y muchas tardes he querido durante este tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz diciéndome á mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones: *¡Eh! mañana le escribiré!* Da gracias á que llegó por fin este mañana, que no es del todo malo; pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamás!





EL MUNDO TODO ES MASCARAS

TODO EL AÑO ES CARNAVAL

(ARTÍCULO DEL BACHILLER)

> ¿Qué gente hay allá arriba, que [illegible] tal estrépito? ¿Son locos?
>
> MORATÍN, *Comedia nu*[illegible].

No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto, y entregado á profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar á los necios y á los discretos, á los cuerdos y á los locos, á los ignorantes y los entendidos que han de leerme, y sobre todo á los dichosos y á los desgraciados, que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa?

. . . .

Animado con esta reflexión, cogí la pluma y ya iba á escribir nada menos que un elogio de todo lo que veo á mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamación en el país, para contentar á todo el que se me pusiera por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren; pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habían de sospechar que el dicho elogio era burla, y esta reflexión era más pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma, despechado y decidido á consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por más señas*, lo que basta para que se infiera si debe de ser hombre entendido, y que éste, registrando su *Novísima* y sus *Partidas*, me dijese para de aquí en ade-

lante qué es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme á buscar *cotufas en el golfo*, ni el mal fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, á lo cual había contribuído no poco el esfuerzo que había hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, ó á lo que yo tengo por más cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes, ú otros semejantes:

«*¡Vamos á las máscaras!* bachiller, me gritó. —¿A las máscaras?—No hay remedio; tengo un coche á la puerta, ¡á las máscaras! Iremos á algunas casas particulares, y concluiremos la noche en uno de los grandes bailes de suscrición.—Que te diviertas: yo me voy á acostar.—¡Qué despropósito! No lo imagines: precisamente te traigo un dominó negro y una careta.—¡Adiós! Hasta mañana —¿Adónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interés en que vengas conmigo; sin tí no voy, y perderé la mejor ocasión del mundo...—¿De veras?—Te lo juro.—En ese caso, vamos. ¡Paciencia! Te acompañaré.» De mala gana entré dentro de un amplio ropaje, bajé la escalera, y me dejé arrastrar al compás de las exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme: «¡Cómo nos vamos á divertir! ¡Qué noche tan deliciosa hemos de pasar!»

Era el coche alquilón; á ratos parecía que andábamos tanto atrás como adelante, á modo de quien pisa nieve; á ratos que estábamos columpiándonos en un mismo sitio; llegó por fin á ser tan completa la ilusión, que temeroso yo de alguna pesada burla de carnaval, parecida al viaje de D. Quijote y Sancho en el Clavileño, abrí la ventanilla más de una vez, deseoso de investigar si después de media hora de viaje estaríamos todavía á la puerta de mi casa, ó si habríamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parecerá increíble, pero llegamos, quedándome yo, sin embargo, en la duda de si habría andado el coche hacia la casa ó la casa hacia el coche; subimos la escalera, verdadera imagen de la primera confusión de los elementos: un Edipo, sacando el reloj y viendo la hora que era; una vestal, atándose una liga elástica y dejando á su criado los chanclos y el capote escocés para la salida; un romano coetáneo de Catón dando órdenes á su cochero para encontrar su landó dos horas después; un indio no conquistado todavía por Colón, con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho; un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; un moro santiguándose asombrado al ver el gentío; cien dominós, en fin, subiendo todos los escalones sin que se sospechara que hubiese dentro quien los moviese, y tapándose todos las caras, sin saber los más para qué, y muchos sin ser conocidos de nadie.

Después de un molesto reconocimiento del billete y del sello y la rúbrica y la contraseña, entramos en una salita que no tenía más defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello es más preciso tener máscaras que sala donde colocarlas. Algún ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un *piano, tan piano* que nadie lo consiguió oir jamás, eran la música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando á modo de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intención de ánimo sendos encontrones á derecha é izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresión.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y según yo llegué á presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que á otros muchos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban á sus hijas, y algunos maridos á sus mujeres; pero ni una sola hija buscaba á su madre, ni una sola mujer á su marido. «Acaso, decían, se habrán quedado dormidas entre la confusión en alguna otra pieza...—Es posible, decía yo para mí, pero no es probable.»

Una máscara vino disparada hacia mí «¿Eres tú? me preguntó misteriosamente.—Yo soy, le respondí, seguro de no mentir.—Conocí el dominó; pero esta noche es imposible: Paquita está ahí, mas el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por dónde diantres ha encontrado billetes.—¡Lástima grande!—¡Mira tú qué ocasión! Te hemos visto, y no atreviéndose á hablarte ella misma, me envía para decirte que mañana sin falta os veréis en la *Sartén*... Dominó encarnado y lazos blancos.—Bien.—¿Estás?—No faltaré.»

«¿Y tu mujer, hombre?» le decía á un ente rarísimo que se había vestido todo de cuernecitos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo. «Durmiendo estará ahora; por más que he hecho, no he podido decidirla á que venga; no hay otra más

enemiga de diversiones.—Así descansas tú en su virtud: ¿piensas estar aquí toda la noche?—No, hasta las cuatro.—Haces bien.» En esto se había alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras: «Nada ha sospechado.—¿Cómo era posible? Si salí una hora después que él... —¿A las cuatro ha dicho?—Sí.—Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada?—No hay cuidado alguno, porque...» Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demás palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de: *¿Me conoces? Te conozco*, etc., etc.

¿Pues no parecía estrella mía haber traído esta noche un dominó igual al de todos los amantes, más feliz por cierto que Quevedo, que se parecía de noche á cuantos esperaban para pegarles? «¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré, me dijo otra máscara esbelta asiéndome del brazo, y con su voz tierna y agitada por la esperanza satisfecha. ¿Hace mucho que me buscabas?—No por cierto, porque no esperaba encontrarte.—¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde antes de anoche! No he visto hombre más torpe; yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fué haber convenido antes en no darnos nuestros nombres, ni aun por escrito. Si no... —¿Pues qué hubo?—¿Qué había de haber? El que venía conmigo era Carlos mismo.—¿Qué dices?—Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él lo vió y lo cogió. ¡Qué angustias!—¿Y cómo saliste del paso?—Al momento me ocurrió una idea. ¿Qué papel es ese? le dije. Vamos á verle; será de algún enamorado: se lo arrebato, veo que empieza *querida Anita;* cuando no ví mi nombre, respiré; empecé á echarlo á broma. ¿Quién será el desesperado? le decía riéndome á carcajadas. Veamos; y él mismo leyó el billete, donde me decías que esta noche nos veríamos aquí, si podía venir sola. ¡Si vieras cómo se reía!—¡Cierto que fué gracioso! —Sí, pero, por Dios, *don Juan, de estas, pocas.*» Acompañé largo rato á mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude... El lector comprenderá fácilmente que bendije las máscaras, y sobre todo el talismán de mi impagable dominó.

Salimos por fin de aquella casa, y no pude menos de soltar la carcajada al oir á un máscara que á mi lado bajaba: «¡Pesia á mí! le decía á otro; no ha venido; toda la noche he seguido á otra creyendo que era ella, hasta que se ha quitado la careta. ¡La vieja más fea de Madrid! No ha venido; en mi vida pasé rato más amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo á perder? Si don Carlos lo cogió...—Hombre, no tengas cuidado.—¡Paciencia! Mañana será otro día. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta.—Hiciste muy bien.—Perfectísimamente,» repetí yo para mí, y salimos riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas tendidos aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algún contratiempo para mí. Yo me había llevado la querida de otro; en justa compensación otro se había llevado mi capa, que debía parecerse á la suya, como se parecía mi dominó al del desventurado querido. «Ya estás vengado, exclamé, oh burlado mancebo.» Felizmente yo, al entregarla en la puerta, había tenido la previsión de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida. ¡Oh previsión oportuna! Ciertamente que no nos volveremos á encontrar mi capa y yo en este mundo perecedero; había salido ya de la casa, había andado largo trecho, y aun volvía la cabeza de rato en rato hacia sus altas paredes, como Hector al dejar á su Andrómaca, diciendo para mí: «Allí quedó, allí la dejé, allí la ví por la última vez.»

Otras casas recorrimos, en todas el mismo cuadro: en ninguna nos admiró encontrar intrigas amorosas, madres burladas, chasqueados esposos ó solícitos amantes. No soy de aquellos que echan de menos la acción en una buena cantatriz, ó alaban la voz de un mal comediante, y por tanto no voy á buscar virtudes á las máscaras. Pero nunca llegué á comprender el afán que por asistir al baile había manifestado tantos días seguidos don Cleto, que hizo toda la noche de una silla cama y del estruendo arrullo: no entiendo todavía á don Jorge cuando dice que estuvo en la función, habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero *ecarté*. Toda diferencia estaba en él con respecto á las demás noches, en ganar ó perder, vestido de mamarracho. Ni me sé explicar de una manera satisfactoria la razon en que se fundan para creer ellos mismos que se divierten un enjambre de máscaras que ví buscando siempre, y no encontrando jamás, sin hallar á quién embromar ni quién los embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas les echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desorde-

nado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse á sí mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar á entender que también tienen un interés y una intriga? Algo nos inclinamos á creer lo último, cuando observamos que los más de éstos os dicen, si los habéis conocido: «¡Chitón! ¡Por Dios! No digáis nada á nadie.» Seguidlos, y os convenceréis que no tienen motivos ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile... nunca empero se les olvida salir los últimos, y decir al despedirse: «¿Mañana es el baile en Solís?—Pues hasta mañana.—¿Pasado mañana es en San Bernardino? ¡Diez onzas diera por un billete!»

Ya que sin respeto á mis lectores me he metido en estas reflexiones filosóficas, no dejaré pasar en silencio antes de concluirlas la más principal que me ocurría. ¿Qué mejor careta há menester don Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los días, y reza sus devociones; á merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña, cómo intriga, cómo murmura, cómo roba... ¡Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso sólo se pone un rostro de cartón sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva tranquila; tampoco há menester careta. ¿Veis su cara angelical? ¡Qué suavidad! ¡Qué atractivo! ¡Cuán fácil trato debe de tener! No puede abrigar vicio alguno.—Miradla por dentro, observadores de superficies: no hay día que no engañe á un nuevo pretendiente; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo: esa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña más que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad? ¡Qué deferencia! ¡Qué previsión! ¡Cuán sumiso debe ser! No le escojas sólo por eso para esposo, encantadora Amelia; es un tirano grosero de la que le entrega su corazón. Su cara es también más pérfida que su careta; por ésta no estás expuesta á equivocarte, porque nada juzgas por ella; pero la otra!... imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y sólo puede ser un pérfido guía, que te entrega á tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones, algún pesar muy grande debía afligirme, pues nunca está el hombre más filósofo que en sus malos ratos: el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía, como un falto de pelo su *bisoñé;* la filosofía es, efectivamente, para el desdichado lo que la peluca para el calvo, de ambas maneras se les figura á entrambos que ocultan á los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era, un pesar me afligía. Habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta corte; el continuo traspirar, el estar en pie la noche entera, la hora avanzada y el mucho cavilar, habían debilitado mis fuerzas en tales términos que el hambre era á la sazón mi maestro de filosofía. Así de mi amigo, y de común acuerdo nos decidimos á cenar lo más espléndidamente posible. ¡Funesto error! Así se refugiaban máscaras en aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas á otras, como si fuera de la puerta las esperase el más inminente peligro. Iban y venían los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades, como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya; apenas había un plato de que disponer; pedimos, sin embargo, de lo que había, y nos trajeron varios restos de manjares que alguno que había cenado antes que nosotros había tenido la previsión de dejar sobrantes. *Hicimos semblante* de comer, según decían nuestros antepasados, y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubiéramos comido. Esta ha sido la primera vez en mi vida, salí diciendo, que me ha costado dinero un rato de hambre.

Entrámonos de nuevo en el salón de baile, y cansado ya de observar y de oir sandeces, prueba irrefragable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento, toda mi ambición se limitó á conquistar con los codos y los pies un rincón donde ceder algunos minutos á la fatiga. Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin excitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginación entre mil ideas opuestas, hijas de la confusión de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, mas no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie, según dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginación débil y acalorada del hombre á las visiones nocturnas y aéreas, que vienen á tomar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados aletargados por Morfeo. Más de

cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Esto es precisamente lo que á mí me aconteció, porque al fin, según expresión de Terencio, *homo sum et nihil humani a me alienum puto.* No bien había cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda oscuridad; reinaba el silencio en torno mío; poco á poco una luz fosfórica fué abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fué acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso meteoro. Saltó un tapón con que venía herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su cuello destapado, y todo volvió á quedar en la oscuridad. Entonces sentí una mano fría como el mármol que se encontró con la mía; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movía á mi lado, y una voz semejante á un leve soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos: *Abre los ojos, bachiller; si te inspiro confianza, sígueme;* el aliento me faltó, flaquearon mis rodillas; pero la fantasma despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y á su escasa luz reconocí brevemente á Asmodeo, héroe del *Diablo Cojuelo.* «Te conozco, me dijo, no temas: vienes á observar el carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio! ven conmigo; do quiera hallarás máscaras, do quiera carnaval, sin esperar al segundo mes del año.»

Arrebatóme entonces insensible y rápidamente, no sé si sobre algún dragón alado, ó vara mágica, ó cualquier otro bagaje de esta especie. Ello fué que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fué obra de un instante. Entonces ví al través de los tejados como pudiera al través del vidrio de un excelente anteojo de larga vista.

«Mira, me dijo mi extraño *cicerone.* ¿Qué ves en esa casa?—Un joven de sesenta años disponiéndose á asistir á una *suaré;* pantorrillas postizas, porque va de calzón; un frac diplomático; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasión, sobre todo, indestructible de que su figura hace conquistas todavía...

»¿Y allí?—Una mujer de cincuenta años.—Obsérvala; se tiñe los blancos cabellos.—¿Qué es aquello?—Una caja de dientes; á la izquierda una pastilla de olor; á la derecha un *polisón.* —¡Cómo se ciñe el corsé! va á exhalar el último aliento. Repara su gesticulación de coqueta. —¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez!—Más de una ha deslumbrado tus ojos en algún sarao que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.

»¿Quién es aquel de más allá?—Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar á un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojarás la careta en llegando á tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: venid aquí, necios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Temis. ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creía Neptuno?

»Observa más abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve á vida, tornará á las andadas. A su cabecera tiene á un hombre bien vestido, un bastón en una mano, una receta en la otra: *O la tomas, ó te pego. Aquí tienes la salud,* parece decirle, *yo sano los males, yo los conozco;* observa con qué seriedad lo dice; parece que cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo?—Sí.—Pues oye también el último ay del moribundo, que va á la eternidad, mientras que el doctor corre á embromar á otro con su disfraz de sabio.

»Ven á ese otro barrio.—¿Qué es eso?—Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas?—Sí. —Míralas con este anteojo.—¡Cielos! La alegría rebosa dentro, y cuenta los días que el dec[illegible] le podrá impedir salir al exterior.

»Mira una boda; con qué buena fe se pron[illegible]ten los novios eterna constancia y fidelidad.

. . . .

»¿Quién es aquél?—Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! *Yo sé ganar batallas,* parece que va diciendo.—¿Y no [illegible] cierto? Ha ganado la de [illegible]. ¡[illegible]! [illegible] no la ganó él, sino que la perdió el en[illegible]. Pero...—No es lo mismo. ¿[illegible]

—La casualidad. Se está vistiendo de grande uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E., él y los que así le ven, creen que ya no es un hombre como todos.

. . . .

»Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal á la calle y verás las máscaras de balde. Sólo te quiero enseñar, antes de volverte á llevar donde te he encontrado, concluyó Asmodeo, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte.» Al decir esto pasábamos por el teatro. «Mira allí, me dijo, á un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes y de Nerón y de Otelo... ¡Infeliz! ¿Pero qué mucho? Un inmenso concurso se lo cree también. ¡Ya se ve! ni unos ni otros han conocido á aquellos señores. Repara, y ríete á tu salvo. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡y qué más sé yo! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquél dice que es el grande sacerdote de los griegos, y aquel otro Edipo, ¿los conoces tú?—Sí; por más señas que esta mañana los ví en misa.—Pues, míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo tebano entero, se van á cenar sin más acompañamiento, y dejándose á su patria entre bastidores, algún carnero verde, ó si quieres un excelente *beefsteak* hecho en casa de Genyeis. ¿Quieres oir á Semíramis?—¿Estás loco, Asmodeo? ¿A Semíramis?—Sí; mírala; es una excelente conocedora de la música de Rossini. ¿Oíste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino; ya espira; á imitación del cisne, canta y muere.»

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. ¡Asmodeo! grité. Profunda oscuridad; silencio de nuevo en torno mío. ¡Asmodeo! quise gritar de nuevo; despiértame empero el esfuerzo. Llena aún mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos, y todos los trajes apiñados, todos los países me rodean en breve espacio; un chino, un marinero, un abate, un indio, un ruso, un griego, un romano, un escocés... ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas épocas y de todas las zonas de la tierra, á la voz del Omnipotente, en el valle de Josafat?... Poco á poco vuelvo en mí, y asustando á un turco y una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, é imitando las expresiones de Asmodeo, que aun suenan en mis oídos: *El mundo todo es máscaras: todo el año es carnaval.*



CONCLUSION

No tratamos de inculpar en modo alguno por los cuadros que vamos á describir al justo gobierno que tenemos: no hay nación tan bien gobernada donde no tengan entrada más ó menos abusos, donde el gobierno más enérgico no pueda ser sorprendido por las arterías y manejos de los subalternos. Contraria del todo es nuestra idea. Precisamente ahora que vemos á la cabeza de nuestro gobierno una reina que, de acuerdo con su augusto esposo, nos conduce rápidamente de mejora en mejora, nosotros, deseosos de cooperar por todos términos, como buenos y sumisos vasallos, á sus benéficas intenciones, nos atrevemos á apuntar en nuestras habladurías aquellos abusos que desgraciadamente, y por la esencia de las cosas, han sido siempre en todas partes harto frecuentes, creyendo que cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el orden, nunca se la podrá desagradar levantando la voz contra el vicio y el desorden, y mucho menos si se hacen las críticas generales, embozadas con la chanza y la ironía, sin aplicaciones de ninguna especie, y en un folleto que más tiende á excitar en su lectura alguna ligera sonrisa, que á gobernar el mundo.

Protestamos contra toda alusión, toda aplicación personal, como en nuestros números anteriores. Sólo hacemos pinturas de costumbres, no retratos.

(Página 48.)

Trece números y diez meses va á hacer que, acosados del enemigo malo que nos inducía á hablar, dimos principio á nuestras habladurías.

—¿Qué? ¿No queda más que hablar? nos dirán.

—Mucho nos falta, efectivamente, que decir, pero acabamos de entrar en cuentas con nosotros mismos, y hecha abstracción de lo que no se debe, de lo que no se quiere, ó de lo que no se puede decir, que para nosotros es lo más, podemos asegurar á nuestros lectores que dejamos el puesto humildemente á quien quiera iluminar la parte del cuadro que nuestro pobre pincel ha dejado oscura. Confesamos que al acometer tan arriesgada empresa no conocíamos la cara al miedo; pero en el día no nos queremos salvar, si no es cierto que temblamos de pies á cabeza al sentar la pluma en el papel. En unos tiempos en que la irritabilidad de nuestras modernas costumbres exige que tengamos á la vez en la misma mano la espada y la pluma, para convencer á estocadas al que no pueden convencer razones; en unos tiempos en que es preciso matar en duelo á los necios, uno á uno, no nos sentimos con fuerza para tan larga tarea; *mate, pues, moros quien quisiere, que á mí no me han hecho mal.*

Considere además el juicioso lector que, contra todo nuestro gusto, hemos echado diez meses en verter media docena de ideas, que acaso en horas habíamos concebido, y todo para decirlas, á fuerza de lagunas y paliativos, de la ridícula y única manera que las pudieran oir los mismos que no quieren entenderlas. Desconfiados ya en un principio de nuestras flacas fuerzas, nunca nos propusimos trazar un plan mucho más extendido... ¿Cómo no hemos de exclamar arrojando la pluma: «No servimos para escribir aquí; nuestras ideas están en contradicción con las buenas ó con las del mayor número?» ¿Cómo pudiera no pesarnos con verdadera atrición de haber contado ligeramente con la buena voluntad de los amigos de la verdad, que realmente no debe de tener muchos entre nosotros? Ya en otra parte dijimos que donde quiera que volvemos los pasos, encontramos una pared insuperable, pared que fuera locura pretender derribar. Pongámosle, al contrario, como cada uno un ladrillito más con nuestras propias manos; vivamos entre nuestras cuatro paredes, sin disputar vanamente si nos ha de sorprender la muerte como á los carneros de Casti, asados ó cocidos; y si del otro lado imaginan algunos que está la felicidad, que nosotros no vemos en el mundo por ninguna parte, Dios se la tenga muchos años por allá, y se la dé á quien más le convenga, pues ya está visto que á nosotros, pobrecitos habladores, no nos debe en manera alguna de convenir.

Una duda ofensiva nos queda por desvanecer; esta es una aclaración que nos pesará más que todo no poder hacer. Habrán creído muchos tal vez que un orgullo mal entendido, ó una pasión inoportuna y dislocada de extranjerismo, han hecho nacer en nosotros una propen-

sión á maldecir de nuestras cosas. Lejos de nosotros intención tan poco patriótica; esta duda sólo puede tener cabida en aquellos paisanos nuestros que, haciéndose peligrosa ilusión, tratan de persuadirse á sí mismos que marchamos al frente ó al nivel, á lo menos, de la civilización del mundo; para los que tal crean no escribimos, porque tanto valiera hablar á sordos: para los españoles, empero, juiciosos, para quienes hemos escrito mal ó bien nuestras páginas; para aquellos que, como nosotros, creen que los españoles son capaces de hacer lo que hacen los demás hombres; para los que piensan que el hombre es sólo lo que de él hacen la educación y el gobierno; para los que pueden probarse á sí mismos esta eterna verdad con sólo considerar que las naciones que antiguamente eran hordas de bárbaros son en el día las que capitanean los progresos del mundo; para los que no olvidan que las ciencias, las artes y hasta las virtudes han pasado del oriente al occidente, del mediodía al norte, en una continua alternativa, lo cual prueba que el cielo no ha monopolizado en favor de ningún pueblo la pretendida felicidad y preponderancia tras que todos corremos; para éstos, pues, que están seguros de que nuestro bienestar y nuestra representación política no ha de depender de ningún talismán celeste, sino que ha de nacer, si nace algún día, de tejas abajo, y de nosotros mismos; para éstos haremos una reflexión que nos justificará plenamente á sus ojos de nuestras continuas detracciones, reflexión que podrá ser la clave de nuestras habladurías y la verdadera profesión de fe de nuestro bien entendido patriotismo. Los aduladores de los pueblos han sido siempre, como los aduladores de los grandes, sus más perjudiciales enemigos; ellos les han puesto una espesa venda en los ojos, y para usufructuar su flaqueza les han dicho: *Lo sois todo*. De esta torpe adulación ha nacido el loco orgullo que á muchos de nuestros compatriotas hace creer que nada tenemos que adelantar, ningún esfuerzo que emplear, ninguna envidia que tener. Ahora preguntamos al que de buena fe nos quiera responder: ¿Quién es el mejor español? ¿El hipócrita que grita: «Todo lo sois; no deis un paso para ganar el premio de la carrera, porque vais delante;» ó el que sinceramente dice á sus compatriotas: «Aun os queda que andar; la meta está lejos; caminad más aprisa, si queréis ser los primeros?» Aquél les impide marchar hacia el bien, persuadiéndoles de que le tienen; el segundo mueve el único resorte capaz de hacerlos llegar á él tarde ó temprano. ¿Quién, pues, de entrambos desea más su felicidad? El último es el verdadero español, el último el único que camina en el sentido de nuestro buen gobierno. Y cuando una mano poderosa y benéfica de quien sabe mejor que los aduladores de las naciones lo que nos falta que andar, nos anima señalándonos gloriosos ejemplos, cuando una reina ilustre y un monarca bien intencionado tratan los primeros de llevarnos á la posible perfección, retardada, acaso, no por culpa de sus excelsos antecesores, sino tal vez por la sucesión de revoluciones desgraciadas que han afligido siempre nuestro país, en esta ocasión, ¿no se nos permitirá proclamar esta luminosa verdad, que un español fiel vierte en cooperación de los altos fines de sus reyes? ¿No se nos permitirá tampoco rendir este postrer homenaje á la verdad?

Esta era la última reflexión que nos quedaba que hacer; el deseo de contribuir al bien de nuestra patria nos ha movido á decir verdades amargas; si nuestras pocas fuerzas, si las dificultades que en nuestra marcha hemos encontrado, si las circunstancias, en fin, hubiesen impedido resultados correspondientes á nuestras esperanzas, sírvenos al menos de consuelo y de recompensa la propia satisfacción que nos inspira nuestro objeto. ¿No se nos permitirá tampoco decir á la faz de nuestros lectores: *Esta fué nuestra intención?* ¿Qué riesgo podrá haber para nadie en decir en altas voces que deseamos lo bueno, y que por eso criticamos lo malo?

Después de este exordio, en que hemos dado la clave de nuestro Hablador, después de haber manifestado harto claramente que si números enteros han sido dedicados á objetos de poca importancia, no ha sido porque fuese tal nuestra intención, sino por la naturaleza de las cosas que nos rodean, terminemos nuestra colección como podamos; y si hubiere lector que no pareciese muy satisfecho de nuestras divagaciones, ó de la futilidad tal vez de las materias que tratemos, le rogamos que vuelva á leer el exordio que antecede para que no culpe á quien de buena gana le siguiera divirtiendo más á su placer, y recuerde que sólo el deseo de cumplir la palabra que al público tenemos dada de llenarle catorce números, nos pone hoy nuevamente la pluma en la mano.

CARTA ULTIMA DE ANDRÉS NIPORESAS

AL BACHILLER

DON JUAN PÉREZ DE MUNGUIA

Querido Bachiller: Imagina tú si me será sensible el estado de tu salud y ese malhadado frenillo que te embarga la lengua y te obliga á hablar tan de tarde en tarde; echa mano de la sopa en vino, y si esta no basta á dar tono á tu decaída máquina, avísame con tiempo para encomendarte á Dios y rogarle que te haga arrepentir en vida de tus muchos y corpulentos pecados, pues te veo ya con un pie en la sepultura, y me doy á entender que si te alcanza la muerte antes de arrepentirte, no ha de haber luego remedio humano ni divino para tí, ni te han de alcanzar oraciones de ningún cristiano. Mira estas cosas muy despacio, y considera sobre todo que hay infierno. De esta verdad, si la fe no te respondiera, te respondería yo, que llevo este punto de creencia á tal extremo que estoy para mí que no sólo le hay en la otra vida, sino en esta también debe haberle para más de uno, según vehementes indicios que de ello tengo.

Es tanta la batahola de preguntas y confusión de encargos que en tu última carta reservada, y no vista del público, me diriges y encomiendas, que no sé si bastaré yo para dar completa satisfacción á todas tus necesidades. Conténtate, pues, con lo que buenamente te pueda ir diciendo...

Pasemos á tus largas preguntas y á tus interminables encargos.

Con respecto á la *Historia de España* que me pides, como me dices que ha de ser buena, no te la puedo enviar, porque no la he encontrado.

Me encargas que envíe á tu sobrinito á las cátedras públicas de historia y geografía que supones temerariamente que debe de haber en una corte como esta; me añades que ya que tiene la fortuna de estar en el primer pueblo de la nación, que aproveche esta feliz circunstancia para ilustrarse. Te ruego encarecidamente que antes de hacerme estos encargos, procures no ser tan ligero en tus juicios, porque aquí no hay semejantes cátedras; lo que hay es una Academia de la Historia, y un despacho de mapas en la calle del Príncipe. Puede ser que sean estas las noticias que tengas, y como eres tan torpe, todo lo hayas confundido.

Soy de opinión que no aprenda taquigrafía, en atención á que aquí no hay palabra que seguir.

Lo que sí debe aprender es el arte de tener siempre razón, es decir, la esgrima, porque andan muy en boga los desafíos de algún tiempo á esta parte; de suerte que ya en el día es una vergüenza no haber estropeado á algún amigo en el campo del honor. Otra cosa no menos importante. Es de primera necesidad que se vista de majo y eche un cuarto á espadas en cualquier funcioncilla de toros extraordinaria que entre señoritos aficionados se celebre, que sí se celebrará: con estas dos cosas será una columna de la patria, y un modelo del buen tono, según los usos del día. Y aun si pudiera ser tener pantalón *colan* y sombrero *clac;* si pudiera ser, además, que pasase la mañana haciendo visitas, y dejando cartoncitos de puerta en puerta, la tarde haciendo ganas de comer y atropellando amigos en un caballo cuellilargo y sin rabo, condición *sine qua non;* la prima noche silbando alguna comedia buena, y la madrugada de *raout* en *raout*, perdiendo al ecarté su dinerillo y el de sus acreedores, sería doblemente considerado de las gentes del gran mundo, y atendido de las personas sensatas del siglo...

Alguna obra de la biblioteca de las que me indicas está en lo reservado, y así te devuelvo tu encargo...

Tampoco he encontrado una colección de trajes españoles de todas las épocas, porque no la hay. Me han preguntado si estás tú seguro

de que anduviesen vestidos nuestros antepasados.

No se ha encontrado quien compusiera tu reloj; sabe más que tú y que todos nosotros; por más que ha querido el relojero gobernarlo, él no se ha dejado gobernar.

La laminita que quieres, no he hallado en Madrid quien la haga; dicen que es preciso hacerla sobre acero, y para obtener buen resultado me han asegurado que debes encargarla á París.

No he dado á encuadernar el libro consabido, porque como lo quieres lujoso y preciosamente encuadernado, y aquí no hay más que uno que lo sepa hacer, está muy atareado, sobre llevar muy caro, y así es cosa larga. Si te corre prisa lo enviaré á Londres...

No he podido confiar tus comisiones á Domingo, ni á Pedro, ni á la Nicolasa: hanles sucedido á todos desgracias impensadas...

Ya te puedes poner en camino, porque en esta semana pasada no ha habido más que dos robos de diligencias...

Pero si vienes á pretender, no vengas, que por ahora no tengo empeños que prestarte, y para traerte sólo contigo tus méritos, te puedes quedar con ellos por allá, que aquí nadie los ha menester...

Vengas ó no vengas, lo que debes hacer es callar; supuesto que el mundo ha de ir siempre como va, haz lo que todos, y de lo que sabes saca partido, si es que no quieres olvidarlo, lo cual sería más seguro. Cuando las cosas no tienen remedio, la habilidad consiste en convertirlas como son en provecho de uno. Déjate, pues, ya de habladurías, que te han de costar la vida, ó la lengua; imítame á mí, y escribe sólo de aquí en adelante cartas simples y serias de familia, como esta, donde cuentes hechos, sin reflexiones, comentarios ni moralejas, y en las cuales nadie pueda encontrar una palabra maliciosa, ni un reproche que echarte en cara, sino la sencilla relación de las cosas que natural y diariamente en las Batuecas acontecen; ó lo que sería mejor, ni aun eso escribas, que para que esta habilidad no se te olvide, bastará que pongas semanalmente la cuenta de la lavandera.

Andrés Niporesas.

Nota. De aquí para adelante el editor no sabe más qué ha sido de los escritos del Bachiller ni de su correspondencia con Andrés Niporesas: sólo se sabe que, como de los fragmentos de esta carta se puede barruntar, se había puesto el Pobrecito en camino para la corte de las Batuecas, y, como se infiere, Andrés seguía en Madrid. Que á poco el Bachiller murió, lo cual se supo por los últimos partes telegráficos. El editor aguarda los más recientes pormenores para darlos al público, como lo espera hacer en el número 14 de esta colección, que será *la muerte del Pobrecito Hablador.* Sólo se han hallado entre papeles viejos algunos fragmentos, como en dicho número se dirá, los cuales no se sabe si con el tiempo podrán ver la luz pública.



MUERTE DEL POBRECITO HABLADOR

ESCRÍBELA PARA EL PÚBLICO ANDRÉS NIPORESAS, SU CORRESPONSAL

> Habló lo que tenía que hablar, y expiró.
> *Pág. 70, col. 2.ª*
>
> ¿Qué se hizo el rey don Juan?
> Los infantes de Aragón
> ¿Qué se hicieron?
> . . . .
> . . . .
> Mas como fuese mortal,
> Metiólo la muerte luego
> En su fragua:
> ¡Oh juicio divinal!
> Cuando más ardía el fuego
> Echaste agua.
>
> JORGE MANRIQUE.

¡Oh fragilidad de las cosas humanas! ¿Será cierto? El fuerte, el terrible cayó. ¡No existe ya el Pobrecito Hablador! Pero ¿qué mucho? Caen y pasan los imperios, ¡y no habrán de caer y pasar los habladores! Los asirios cayeron; los babilonios hicieron lugar á los persas; los persas sucumbieron á los griegos; los griegos se refundieron en los romanos. Roma humilló su altiva frente á las hordas del Norte, y á los bárbaros sus águilas imperantes... Todo pasó: el recuerdo de su soberbia existe sólo para hacer más humillante su caída. ¿Qué le prestó á la colonia de Dido su mala fe? ¿Qué le prestaron sus ciencias á la ciudad de Minerva? ¿Qué á la corte de Zenobia sus altos monumentos? ¿Qué á la capital del mundo su se-

veridad republicana ni sus fuertes muros? Todo lo destruyó el tiempo. ¿Y no podrá destruir á un hablador?

Entre lágrimas y congojas escribo estos tristes renglones que acaso la posteridad leerá; pero por si la posteridad no los leyese, porque de la posteridad no se sabe cosa cierta, léanlos á lo menos nuestros coetáneos.

Un pañuelo en la mano, apoyada en esta la mejilla, mis cabellos esparcidos, los ojos anegados en lágrimas, las huellas del dolor sobre mi frente... Héme aquí, discípulo de Apeles; pinta mi desesperación si alcanzan tus pinceles á pintar el mayor dolor que un mortal y que un Andrés han alcanzado jamás á padecer.

Tregua por fin á los sollozos: corra mi pluma sobre el papel; selle con caracteres de tinta y consigne en la eternidad tan funesto acontecimiento.

No ha dos horas aun esperaba el correo... la alegría brillaba en mis ojos. ¡Noticias de las Batuecas! exclamaba. ¡Cuánto se engaña el hombre! Llega un propio acelerado; mi mano trémula se resiste á romper el negro lema... y ... ¡Qué horror! El Bachiller... ¡ha muerto! ¿Alguna alevosa pulmonía? No, no era un soplo de aire quien había de matar á un hablador. ¿Una apoplejía fulminante? ¡Ah! Un pobrecito no muere de apoplejía. ¿Murió de tener razón? ¿Murió de la verdad? ¿Murió de alguna paliza? Pero, ¡ay! era su estrella dar palos y no recibirlos. ¿Dió con alguno más hablador que él? ¿Murió de algún tragantón de palabras?

No más dudas, en fin: recorro con la vista el pliego funesto, y la siguiente carta del infeliz escribiente del Pobrecito Hablador desenvüelve á mis ojos las horribles circunstancias de tan espantosa catástrofe.

«Señor don Andrés Niporesas. Aunque á riesgo de que usted no me crea, pues sé de muy buena tinta que no cree en cosa nacida ni por nacer, en lo cual hace como aquel que es experimentado y sabe cuánto viven los hombres de mentira, no dudo un momento en participarle la desgracia que en el día y aun en la noche tiene hecha un mar de lágrimas esta su casa y, lo que vale más, gran parte ya de las Batuecas.

»Bien sabe usted, y lo sabe mejor que nadie, que mi principal el señor Bachiller, que Dios haya perdonado, dió en hablar por los codos, y valga lo que valga esta frasecilla. No fueron parte, como usted sabe, á atarle la lengua, ni los respetos debidos á los necios en todo país poco menos que civilizado, ni las consideraciones que la sinrazón merece más de una vez entre nosotros, ni los gritos de su familia, que los poníamos en el cielo, suplicándole que no se metiese en habladurías, para lo cual le acumulábamos un sin fin de refranes, como verbi gracia: al buen callar llaman Sancho; cada uno en su casa, y Dios en la de todos; por la boca muere el pez; y otros tales y tan significativos como estos; ya conoce usted que á mí sobre todo no me faltarían, porque soy de nacimiento castellano y de profesión batueco; pero á todo hacía mi amo orejas de mercader, ó respondía de una manera victoriosa: en cuanto al primero, que él no quería ser Sancho; en lo de cada uno en su casa, ni estaba decidido si él la tenía, ni si él era cada uno; en cuanto á lo de Dios por su casa, mucho le amaba en verdad... Y en lo de que el pez muere por la boca, añadía que tanto tenía él de pez, como los batuecos de personas. Así no había entrarle. Ya ve usted que un hombre para quien no tenían autoridad los refranes, que tienen toda la legitimidad de la antigüedad, es hombre desahuciado. Había de hablar y habló.

»Y no fué lo peor que hablase, señor don Andrés, porque al fin si siempre hubiera hablado á cien leguas de sus interlocutores, como en un principio le acontecía, ¡santo y bueno! que hay cosas que ó no se deben decir ó se deben decir desde muy lejos... Pero ¡ay de mí! el señor Bachiller la quiso echar de fanfarrón: supo que en las Batuecas no todos le agradecían los elogios que de ellos hacía y había hecho continuamente, porque cuatro lectores de mala fe le daban tormento á las expresiones y exprimían el limón hasta sacar lo amargo. ¡Vea usted qué injusticia! Bien sabe Dios, y lo sé yo también por más señas, que nunca fué la intención del señor Bachiller hablar mal de su país. ¡Jesús! ¡Dios nos libre! Antes queríalo como un padre á su hijo; bien se echa de ver que este cariño no es incompatible con cuatro zurras más ó menos al cabo del año. Además de ser él persona muy bien intencionada, de una pasta admirable y ajena de toda malicia, tanto que todo lo que decía lo decía de buena fe y como lo sentía. Ni él quisiera ofender á nadie, porque amaba á su prójimo poco menos que á sí mismo, y toda la dificultad solía ponerla en saber cuál era su prójimo, porque ha de saber usted que no todos se lo parecían. Fué, pues, el caso, y tenga usted paciencia con mis digresiones, porque yo nunca acerté á escribir de otra manera, antes suelo distraerme y salirme del ca-

mino como bestia hambrienta para meterme por los sembrados de las laderas y ver si cojo alguna espiga; así llevando viaje para Alcalá suelo salir junto á Zaragoza, y como de esas veces me anochece en Huete y salgo á la mañana por los cerros de Ubeda: digo, pues, fué el caso que supo mi señor las habladurías que de su persona andaban, y cómo se corría en las Batuecas que después de tanto como había hablado y tan malo, no le sería posible dar la vuelta para allá, aunque quisiera, puesto que tendría miedo. *Miedo*, decía cuando lo supo. ¡Voto á tal! que nunca le ví la cara al miedo, y tengo de ir á las Batuecas sólo por ver si comen bachilleres esos señores tragaaldabas.—¡Ay! no haga usted, señor Bachiller, tal disparate, le dijimos á una voz: mire que aunque tuviera miedo á los tontos, no haría nada de más, porque no hay nada más terrible que un tonto. Pero, señor don Andrés Niporesas, dió en pensar en ello, y se pasaba los días de claro en claro, y las noches de turbio en turbio, dando y tomando en lo del viaje, hasta que hubo de efectuarlo. Fuímonos, señor de mi alma, á las Batuecas... Sosiéguese usted, porque nada le aconteció por entonces que digno de contar sea.

. . . .

»Llegó por fin un viernes, que viernes había de ser él para ser bueno, y fué preciso meter entre sábanas al señor Bachiller, Q. S. G. H. Sintiéndose allí morir por momentos, no quiso expirar sin practicar todas aquellas diligencias que á su conciencia debía como buen cristiano, porque ha de saber usted que *bueno* no diré, pero cristiano sí sé que era. Practicadas estas diligencias, para las cuales le dejamos largo rato solo y recogido, llamónos á todos, y luego que nos tuvo en derredor:

«Hijos míos, dijo con voz bien diversa de la que solía tener cuando hablaba claro, porque es de advertir que á lo último ya apenas se le entendía: hijos míos, os reuno porque no quiero que se diga de mí que morí sin hacer disposición alguna, ni declaré mi verdadero modo de pensar, que si no fuese el verdadero, porque esto ni yo lo sé, será por lo menos el último; pues os advierto que yo también tuve varios modos de pensar, y tuviera más, si más lugar me diera la muerte, que me siento aquí que me aprieta en la misma garganta. Ni menos quiero que se diga que murió sin decir oste ni moste quien sólo de hablar vivió, que esto fuera mengua.

»En cuanto á bienes, harto sabéis, queridos míos, que nada tengo que dejar sino el mundo en que he vivido, y ese bien sabe Dios que no le dejo yo, sino que me le hacen dejar mal que me pese. Ni necesito hacer ninguna declaración de pobre, porque bien público y notorio es que he sido poeta, que me dediqué desde chiquito á las letras en este país, que he sido hombre de bien y de honor, que no he sido intrigante ni adulador, ni yo anduve nunca en empréstitos ajenos y ganancias propias, ni tuve mujer bonita, ni hija que lo pareciese, ni tío obispo ó padre covachuelo. Así que, ¿por dónde he de ser rico?

»Dejo, pues, lo poco que se halle, si se halla algo, para misas por mi ánima, porque no las tengo todas conmigo; y si se quejase mi hijo que le dejo por ello sin ese poco que le quedaría, que tenga paciencia, que primero son mis gustos que sus necesidades, y mi alma que su cuerpo.

»Declaro y confieso en la hora de mi muerte, y como si me hallase en ella, que tengo miedo, y que de miedo muero; lo cual no me da vergüenza, así como hay otras cosas que tampoco se la dan á otros; antes me da mucha pena y estoy muy arrepentido de no haberlo tenido un poco antes. ¡Cómo ha de ser! Todo no se puede hacer á un tiempo.

»Item más: en consideración á que conozco muchas personas, que están buenas y gordas y bien establecidas, que se han retractado de sus opiniones ó expresiones, siempre que han creído serles conveniente ó venir muy al caso, en consideración á esto, me retracto no sólo de todo lo que he dicho, sino también de lo que me he dejado por decir, que no es poco. Y esta retractación deberá entenderse reservándome el derecho de volverme á retractar cuando y como me acomodare, si vivo, y así sucesivamente hasta el fin de los siglos; porque esta es mi voluntad, y en cosas de cada uno nadie tiene que mezclarse; siempre tuve mis opiniones como mis vestidos, y cada día me puse uno, en lo cual batuecos hay que no tienen nada que echarme en cara.

»A propósito de batuecos, declaro que los batuecos no son tales batuecos por más que lo parezcan: me arrepiento de habérselo llamado, siendo esta una de las primeras cosas de que me retracto, y agradeciéndoles sin embargo la bondad con que han llevado esta impertinencia mía.

»Arrepiéntome en la hora de la muerte, y me pesa de lo poquillo que en esta vida he sa-

bido, porque no me ha servido sino de dogal; y hago voto de no volver á saber cosa de provecho si de esta me saca con bien la divina Majestad; y si hubiese de resucitar, como ya por su gran poder en ocasiones se ha visto, lo cual, sin embargo, no creo que se guarda para pecadores como yo, prometo de no volver á mirar libro alguno sino por defuera, dando siempre mi voto por la pasta.»

»Aquí fué preciso reforzarle algo, lo que logramos leyéndole algunos renglonoitos de las últimas loas, por ser muy espirituosas: moríasenos por instantes, pero algo repuesto, siguió:

»En cuanto á mi amigo, que dice lo es, Andrés Niporesas, que no firme en mis disposiciones testamentarias, aunque fuere de ellas testigo, sin embargo de que ya veo que no está presente. Insisto, con todo, en lo dicho, porque he conocido testigos ausentes. Si da cuenta al público de mi fallecimiento, como es de esperar, que no firme tampoco. Y esto lo dispongo así, porque no parezca burla ó chacota mi muerte ni mi arrepentimiento, si ve el público malicioso que concluye con lo de *Niporesas*.

»Mándole que me agradezca esta satisfacción que de mi voluntad le doy, puesto que pudiera excusármela; á muchos conozco yo que cuando mandan no dan nunca satisfacciones, y tengo para mí que no van descaminados.

»Item más: digo que hay amigos en el mundo (si bien yo he dicho lo contrario), pues los tengo yo, que es cuanto hay que decir en la materia, y es la prueba de las pruebas.

»Item: digo que en la corte no hay vicios, á pesar de mi segundo número, donde me dió por decir que sí. ¡Válgame Dios por decírmelo todo!

»Item: confieso que el público es ilustrado, imparcial, respetable, y demás zarandajas que de él se cuentan. Y si he dicho lo contrario, preciso es que haya estado loco para desconocer simplezas de tanto bulto. Verdades serán cuando todo el mundo las dice.

»Item: declaro que á veces he dicho las cosas como no las quería decir. No importa mucho, porque creo que de cualquiera manera que se digan, es como si no se dijeran. Hay cosas que no tienen remedio, y son las más.

»Item: afirmo ahora que los versos de circunstancias nunca son malos, si vienen á pelo, por malos que sean, porque cada cosa es relativa á otra cosa, y si no me entendiesen lo que quiero decir en esto, ¡cómo ha de ser! Ahora estoy muy de priesa para detenerme á explicarme más claro.

»Ea pues, hijos, yo me muero todo: tomad para vos este escarmiento: antes de hablar, mirad lo que vais á decir; ved las consecuencias de las habladurías. Si apego tenéis á vuestra tranquilidad, olvidad lo que sepáis; pasad por todo, adulad de firme, que ni en eso cabe demasía, ni por ello prendieron nunca á nadie: no se os dé un bledo de cómo vayan ó vengan las cosas; amad á todo el mundo con gran cordialidad, ó á lo menos fingidlo si no os saliere de corazón, con lo cual pasaréis por personas de muy buena índole, y no como yo, que muero en olor de malicioso, porque he querido dar á entender que de algunos países nunca puede salir nada bueno... En fin... muero... adios, hijos... ¡de miedo!!!»

«De esta manera habló lo que tenía que hablar, y expiró á poco rato. Vímosle caer en la almohada, y no se le volvió á oir palabra: sólo sí debió rendir el alma á manos del último accidente del miedo, pues se tapaba la cabeza con la ropa como si viera fantasmas; huía, temblaba, se escondía y se ponía el dedo en la boca, postura en que murió. ¡Oh inescrutables fines de la Providencia, que castigas sin palo ni piedra! Apostara yo, señor don Andrés, que no veía en aquel terrible momento sino duros enemigos, censuras amargas, y encarnizados criticadores de su vida y hechos... En fin, expiró, lo cual conocimos en que dejó de hablar.

»El facultativo, sin embargo, dudando si tendría algún resto de vida, se acercó poco á poco á su oído, y le decía á grandes voces: «¡Señor Bachiller! Vuelva en sí y repare qué versos tan malos andan por esos mundos, qué autorcillos tan miserables, y qué traducciones tan malas el público aplaude, y qué de cosas buenas desprecia... Mire usted que tiene aquí á media docena de necios; éste es un elegante, aquél un enamorado, el otro un amigo, el de más allá dice que es un sabio, el otro es un militar, y el otro un abogado; todos se tienen por hombres de importancia. ¿No les decís nada?» Entonces, haciendo el último esfuerzo, cogió algunos periódicos españoles; púsoselos sobre la cara, y esperó un momento; pero no rebullendo mi amo, el doctor exclamó con la mayor pena, dejando caer la ropa sobre el difunto: «Muerto está, cuando nada dice á todo esto; ni un soplo de vida le queda. En paz descanse.»

»Esta fué la muerte de mi señor Bachiller, que lloraré hasta que llegue el momento de la mía.

»Registráronse sus papeles en cuanto murió;

pero hallamos medio quemado un gran legajo que los contenía; dímonos á entender que habría tratado en sus últimos momentos de juntarlos y dar con ellos en el fuego; acaso las fuerzas le habrían faltado, y así quedaban varios fragmentos enteros que el público conocerá tal vez algún día, si aciertan á caer en manos de algún editor escrupuloso que los expurgue de la mucha zizaña que deben necesariamente tener. La imaginación de quemarlos nos hizo caer en la cuenta de que su arrepentimiento habría sido verdadero, y válida su retractación.

»Nada diré del entierro, que fué muy común: sólo advertiré que nadie se atrevió á hablar de él, antes todos mirábamos atentamente al féretro por ver si hablaría aún después de muerto.

»Queda con esto, señor don Andrés de mi alma, muy de usted el escribiente privado más afligido que nunca tuvo escritor público. Ruego á usted que encomiende al señor Bachiller, que tan amigo suyo era, y mande á su criado.

»*El ex-escribiente del Bachiller.*»

Esta fué la carta: ¡murió el que dijo la verdad, y murió dejándose tanto por hablar! ¿No tenías, oh muerte, algún inútil sordo-mudo que sustituir á tan interesante víctima? ¿Quién nos dirá de aquí en adelante que no hay más que sinrazón en la tierra? ¿Quién nos dirá que el que no es tonto en el mundo, es pícaro, y que los más son tontos-pícaros? ¿Quién nos dirá que no hay orgullo nacional, que no hay quien conozca sus deberes y cumpla con ellos, que no hay literatura, que no hay teatros, que no hay autores, que no hay actores, que no hay educación, que no hay instrucción? ¿Quién, en fin, nos dirá tanto como se ha dejado por decir?

Juzgue ahora el lector desapasionado si tan horroroso golpe me deja espacio ni humor de hacer más largas reflexiones.

No; mi silencio dirá más que mis amargas quejas.

Yo te consagraré una memoria, mi querido y malogrado Bachiller, siempre que un abuso, siempre que una ridiculez se atraviese delante de mis ojos, siempre que la injusticia me hiera, que me ofenda la maldad, que me desconcierte la intriga, y que el vicio me horrorice. Yo, en defecto tuyo, cuya censura podría reprimir en algo á los batuecos, rogaré á Dios y á santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria, que tantos nos anuncian con tan fáciles como inconsideradas promesas.

Andrés Niporesas.



CARTA PANEGÍRICA DE ANDRÉS NIPORESAS

A UN TAL DON CLEMENTE DIAZ,

GRAN POETA Y LITERATO

EN CONTESTACIÓN Á CIERTA SÁTIRA CONTRA EL POBRECITO HABLADOR

Válgame Dios, señor don Clemente Díaz, y qué vehementes deseos tenía yo de que saliera á la palestra, armado de punta en blanco, todo un paladín, como vuestra merced parece, contra mi amigo el buen bachiller Munguía. ¡Ya decía yo! Alguna desgracia debe de haberle ocurrido á don Clemente Díaz cuando ni su conocida reputación, ni su espíritu caballeresco, ni su mucho fondo de literatura, han sido parte para obligarle á manchar cuatro páginas contra el impertinente Bachiller. ¡Gracias á Dios que nos ha quitado vuestra merced tan grande duda y sobresalto! Yo le juro como soy Niporesas que su enemistad y su intervención hacían falta notable á la buena fama de mi amigo Munguía.

¿Vuestra merced, tan comedido y tan mesurado en toda su vida, como ha dicho cierto autor moderno, que nadie le conocía por poeta ni por literato hasta la presente? Verdad es que esto de no conocerle nadie ni por uno ni por otro, más que de no ser digno de verse como tal por todas las Españas pregonado, dependía de esa fatalidad que han de tener todos los hombres de pro de ir acompañado su mérito de la más perfecta modestia. Esta es la causa que ha debido tenerle hasta ahora tan atrasado en el concepto público. Pero no hay cuidado, todavía es tiempo de remediar, mal que bien, el daño que le ha causado su modestia referida; hase roto la nube caliginosa donde estaba malamente escondido su mérito, que sólo puede ganar con ser bien conocido, y ya amanece vuestra merced, como un astro apagado, por las puertas del oriente de la literatura.

Mi primera idea, cuando tuve la primer noticia de que un literato (entonces no sabía yo todavía que había de ser vuestra merced) iba á escribir contra el Bachiller, sépase que fué acribillarle á sátiras y folletos, y no dejar en sus escritos pedazo entero y sano tamaño como una avellana, ó como la reputación de vuestra merced, que todo es comparar. Pero luego que supe que era el impugnador un hombre tan conocido como don Clemente Díaz, guardárame yo muy bien, dije para mí, de seguir en tan loco empeño; á más de respetarle como si fuera el mismo cólera morbo, vínome á la imaginación que debía de haberse hecho con su bien parlado folleto un numeroso partido, compuesto todo de los ofendidos por el Hablador. ¡Qué de usureros prestamistas y qué de calaveras tramposos no miro ya en derredor suyo, dispuestos á defenderle, qué de libreros mandrias, qué de autores silbados, qué de autores éticos de circunstancias, qué de capitanes de ocho años y de vistas ciegos, qué de queridas de intendentes, qué de públicos de todas especies, qué de perezosos de aquellos de *Vuelva usted mañana*, qué de autores batuecos, qué de batuecos convidadores, qué de gentes, en fin, que ni escriben ni leen, ni leen ni escriben, ni hablan ni oyen, tendrá dispuestos á sacar la cara por sus escritos!

Verdad es que ellos son tales que no han menester encarecedores ni abogados; ellos solos se recomiendan por ser quien son, y por ser de mi señor don Clemente Díaz, autor tan famoso en las edades futuras; porque es de advertir que si quiere llevar tan alto epíteto, sólo de esa manera ha de ser, pues que ni ya lo fué en los tiempos pasados, ni menos lo es en los presentes; culpa no de él, sino de los demás, que ignorábamos, como unos bestias, que teníamos un hombre siquiera en el país, y que ese era don Clemente Díaz.

Heme propuesto hacer su elogio, porque ha de saber que si tiene algún apasionado, ese soy yo; y para que vea si soy amigo suyo, ha de tener entendido que yo sé que ha escrito un folleto, y esto prueba el interés que por sus cosas me tomo, atendido que no lo sabe nadie

sino yo, el cartelero que ha puesto los carteles, y vuestra merced que lo sabrá también, pues es sin duda hombre que sabe lo que hace. Y uno de los motivos que me precisan á escribir esta carta es el deseo de que lo sepa el público; en saliendo lo sabremos todos; pero sépase ó no se sepa, el caso es que vuestra merced ha escrito un folleto, y que este folleto es de don Clemente Díaz, lo cual será una verdad eterna, aunque nadie más que él y yo lo sepamos; porque no dejan las cosas de ser ciertas por no ser sabidas, y pondré un ejemplo: supongamos por un momento que vuestra merced tiene talento, pero que esto no lo sabe nadie; ¿dejará por eso de existir el talento de vuestra merced en su cabeza ó en cualquier otra parte del cuerpo (que ni esto está averiguado, ni yo ignoro que cada uno tiene su poco ó mucho talento donde buenamente puede)? Dígame vuestra merced, ¿dejará de tener el tal talento porque nadie lo haya podido traslucir hasta ahora? Ya se ve que mi argumento no tiene respuesta.

No quisiera yo, por lo mismo que soy tan apasionado suyo, que se creyera parcial mi elogio; esto es ¡vive Dios! lo que me da pena, porque si digo que es malo el folleto, y hablo mal de don Clemente Díaz, me han de responder luego, no que es gana de disimular nuestra amistad, sino que se descubre la que á mi amigo el Bachiller profeso; y si digo que es bueno, dirán que me burlo de mi señor don Clemente Díaz, y ¡voto va! que si tal dicen, mienten y remienten cuantas veces lo dijeren, que ni yo me burlo de vuestra merced, ni yo ignoro lo que vale un don Clemente Díaz en estos tiempos tan escasos de poetas buenos y de literatos profundos.

Dígame sino: si vuestra merced no acertara á tomar cartas en el juego y á sacar la cara por los abusos y necedades criticados en el Hablador, ¿quién diantres la había de haber sacado? Quedáranse los necios menesterosos sin amparo ni defensa, que fuera gran lástima.

No me dieran á mí otro trabajo que probar hasta la evidencia que vuestra merced no sólo es literato, en cuanto á que tiene esas letras tan gordas que dice, sino también caballero y generoso, amigo de enderezar tuertos y desfacer agravios. Prenda muy recomendable en estos tiempos tan egoístas que alcanzamos; y más para él, que de esa suerte podrá enderezar el que á sí mismo se ha hecho con su folletillo; por lo cual aunque no fuera tan literato como es, había de bastar aquella prenda para hacerle pasar por hombre de bien, ya que no por poeta, como le sucedía á don Eleuterio Crispín de Andorra; y también le juro á vuestra merced que vale mucho más ser hombre de bien y salvar su alma, que hacer buenos versos, si no se pudieren reunir entrambas cosas, lo cual sería lo mejor. Por ejemplo, ahí tiene vuestra merced á un Arouet (ya sabrá quién es, y sino, yo no se lo puedo decir más claro). ¿De qué le parecerá á vuestra merced que le sirvió hacer su Zaira y su Mahoma, con otras frioleras de gusto, si á la hora de esta debe de estar probablemente hecho un torrado en los profundos? Esto es lo que me da rabia cuando leo un hermoso trozo de Homero, y aun de Virgilio; siempre arrojo el libro diciendo: ¡Qué lástima que esos hombres no fuesen buenos cristianos, y hombres de bien como don Clemente Díaz! Pues ¿y cuando leo á Horacio, á Juvenal y á Persio, y á *Boaló*, como vuestra merced escribe, ó Boileau, como se llamaba él y escribimos nosotros? Entonces me ocurre al momento la misma idea que á vuestra merced. Si los abusos no se han de corregir por más sátiras que se escriban, ¿para qué escribirlas? Eso mismo digo yo; por ejemplo: si mi amigo el Bachiller no ha de dejar de hablar, aunque más escriba vuestra merced folletos, ¿para qué es cansarse escribirlos? Eso digo para mí, y ya le hubiera citado á vuestra merced en varias ocasiones y en diversas casas, si no fuera porque, á pesar de lo famoso que ha de llegar á ser con el tiempo si sigue escribiendo folletos, no gusto nunca de hablar por boca de ganso, sino decir mis ideas tales cuales son, y más que no se asemejen á las de don Clemente Díaz, que todos no es posible tengamos las mismas ideas, como vuestra merced conoce mejor que yo.

¡Ay qué bien ha hecho su maestro de primeras letras en ponerle á escribir! porque yo supongo generosamente que cuando empezó el folleto ya sabría leer de corrida; no porque yo crea que necesita irse soltando su estilo, que y anda demasiadamente suelto, sino porque, si lo hemos de leer, no hay otro medio sino que vuestra merced lo escriba. ¡Y cómo conoció el pícaro del maestro lo que podía prometerse del buen ingenio de don Clemente Díaz! ¡Apostara yo el valor del primer ejemplar del folleto de vuestra merced, si es que se ha vendido y á que son para él las utilidades! ¡Y cómo lo entendido el muy ladino!

¿Como cuánto tiempo hará que vuestra merced hace versos, señor don Clemente D. ¿Cómo fué el descubrir vuestra merced que

tenía esa estupenda habilidad, en sazón de estarse publicando los *Pobrecitos Habladores?* Otra preguntilla, y es la última por ahora. ¿Como cuántos años podrá tener vuestra merced? Porque si como es de ingenioso es de precoz, ¡voto á Apolo, que es una maravilla mi señor don Clemente Díaz! ¡Y qué bien pone la pluma, y cuánto sabe!

Sabe, por ejemplo, hacer él solito palabras compuestas, como, verbi-gracia, satírico-manía: sabe citar á don Manuel Bretón de los Herreros y poner su epigrafito y todo, que es un contento. Sabe que el famélico vate no debe lamentarse de lo que se lamentaron otros, sino que cada uno se lamente solo y de cosa distinta, y antes de lamentarse tenga buen cuidado de averiguar y saber si se lamentó otro de aquello mismo, y si no, no lamentarse. Si á su merced, por ejemplo, le salieran unos ladrones á robarle y le aporrearan, su merced, que es *vate famélico*, según parece, no debiera lamentarse, mas que le hubieran llenado de chichones el occipital ó el frontal, porque ni su merced sería el primer aporreado, ni el primero que se ha lamentado de algún aporreo. Así que todo el toque del escribir está en hacerlo con anterioridad á los que han escrito antes que uno, cosa muy sencilla mirándolo despacio. En esto sigue don Clemente Díaz su misma regla; por no repetir ideas de otros, tiene él las suyas hechas de tal manera, que ni yo las ví iguales, ni parecidas, en autor alguno que le haya antecedido, ni espero, ¡qué esperar! que ningún hombre de talento pasado, presente ni futuro, diga las cosas que don Clemente dice. ¡Tanta es su originalidad y su deliciosa extravagancia!

Sabe decir su merced que *gustara acaso Persio si escribiera solo;* añade que también Juvenal gustara con la misma circunstancia, y concluye diciendo que también otros ciento gustaran si escribieran solos. Me recordó este paso chistoso, capaz de hacer reir á cualquiera, como sin duda se lo ha propuesto el graciosísimo señor don Clemente, el lance aquel de los doscientos gallegos que volvían de la siega y se dejaron robar porque venían solos.

Don Clemente sabe además hacer metáforas, de las cuales no son las de menos donosa invención aquella de que el *mundo con muletas ande cojo;* la otra del *agostado juicio* de mi amigo *(¿si aludirá á que se casó en agosto?)*, la otra de dejar ir *su mente á rienda floja*, y aquella otra tan revuelta y enmarañada y llena de escondrijos y retortijones que dice *que exprime* el Bachiller «el corto zumo de su ingenio para deshacerse en humo de sandeces por coger un premio de humo.» Esta, esta es la que debe de haberle costado más noches de no dormir y más dias de no pensar; y por fin la de los «timbres de la nobleza que de la gloria en la mansión habita y eleva sobre el tiempo su cabeza;» y la lindísima de aquel fantasmón de arroyuelo que tenía *arrogante estilo* (decir estas cosas es el único modo seguro de no parecerse á ningún otro buen autor). Esto es lo que se llama tener gracia natural para hacer reir, ¿y con qué arbitrio tan sencillo? Con sólo reunir don Clemente en sus ratos ociosos palabras de aquí y de allí; barajarlas, y ver qué efecto producen; y mas que no representen ideas que tengan relación entre sí, en cuyo caso se desbarataría gran parte de la gracia del juego.

Sabe don Clemente Díaz hacer versos aconsonantados sin consonante, caso que no ha acertado á conseguir ni ha intentado siquiera ningún poeta ni famoso, ni sin fama, como cuando hace consonar *velas* con *vendaba*. ¡Tan cierto es que sólo al genio le está reservado abrir sendas desconocidas! Esto me trajo á la memoria aquel otro caso tan sabido del juego de prendas, en que se apuraba una letra y era la *g;* había dicho alguno *guitarra*. «A usted le toca ahora, señorita,» dijo á la persona siguiente el que llevaba el juego; á lo cual contestó ella con gran prisa y raro tino *violín*, y calló con aquel aire de satisfacción y desembarazo que tiene el que ha salido triunfante de un grande apuro.

Consonante á *velas*... Vamos, don Clemente, en *elas*. ¿En *elas? ¡vendaba!* ¡Bravo, don Clemente! ¿Ven ustedes? Ya salimos del paso.

Recuérdame esto otro cuentecito que me contó mi maestro: un poeta nuevo, como vuestra merced, señor don Clemente, tenía que hacer una oda á un amigo suyo, á quien habían sacramentado; él habia visto que en las odas solía haber unos versos cortos y otros largos, y dijo: «Si en eso consiste, odas haré yo también,» que es lo que á vuestra merced le habrá sucedido con los tercetos: hizo, pues, su oda, y describiendo la mala noche, concluía una estrofa con estos dos versos, el uno quebrado y el otro tan entero como un burro garañón:

> Y era tan fuerte el viento,
> Que se apagaban las hachas de los que por purísima de-
> (voción iban alumbrando al Santísimo Sacramento.

Bien es verdad que si vuestra merced tenía que decir la palabra *vendaba* por razones parti-

culares que ignoro, y que él acaso sabrá, aunque hubiera hablado más arriba de velas por el mar del *frívolo*, que aunque no está en el mapa, culpa de los mapistas, sabe vuestra merced muy bien cuál es, no era cosa de andarse horas enteras á buscar consonante en *elas* para decir otra cosa que lo que quería decir; primero es la verdad que el consonante, y ser franco que ser poeta; y volvemos á aquello de la hombría de bien: ya sabe vuestra merced, señor don Clemente, que para ganar el cielo no se necesita tener el oído muy delicado. ¿Quién sabe si á vuestra merced le sonará lo mismo *velas* que *vendaba* por la regla de apurar la letra y empezar todo con *v?*»

Lástima grande que no habite encima del cuarto de usted algun poeta para que hiciese con él lo que Pedro Corneille con su hermano Tomás: aquél tenía hecha, como vuestra merced no sabrá, una trampilla en el piso de su habitación sólo para pedirle en los graves apuros consonantes á su hermano, que vivía debajo de él.

Dígame vuestra merced la verdad, como si nadie nos oyera, ¿vuestra merced entiende los consonantes al revés, y cree que han de consonar las palabras por el principio ó por el fin? En este caso le sucederá lo que á aquel cochero beodo que montó la mula al revés, y tomándole el rabo por riendas, arreaba y pegaba latigazos á su inocente coche.

Sabe el señor don Clemente, además, que todo el que no sea hombre de talento, debe domar toros, de donde se infiere que todos los tontos deben ser vaqueros, y que la clase de vaqueros debiera ser la más numerosa de la sociedad, porque los más son tontos como vuestra merced sabe. Vuestra merced debe saber mucho de domar toros, á no ser que haya dicho lo del *toro* por ser su satirilla en tercetos, y haber de consonar con *oro* y *tesoro*, en cuyo caso no he dicho nada, y tiene él razón, á pesar de que otras veces no se pára en consonantes, y teniendo su *vendaba* á mano para estos casos apurados, no había de recurrir á la tauromaquia.

¿Y qué de cosas más sabe vuestra merced? ¿Apostamos algo á que sabe también dónde tiene la mano derecha?

¿Con que ha leído vuestra merced á Juvenal, y á Persio, y á Boileau? ¿Y qué más libros ha leído vuestra merced? ¿Como á qué edad empezaría mi señor don Clemente Díaz á leer? ¡Vaya que es un Centon mi señor don Clemente Díaz! ¿Ha leído vuestra merced también el Hablador que critica? Porque ya veo que es muy capaz de leer hasta lo que no está escrito, y hasta de escribir lo que no se haya de leer. Yo, amigo don Clemente Díaz, no leo tanto, á pesar de que he leído el folleto de vuestra merced, que, sin vanidad, ni hay muchos que puedan decir otro tanto, ni habrá uno solo que me niegue que se necesita para ello tener afición decidida á la lectura.

En lo que tiene razón es en decir que los poetas no han de buscar con qué vivir, sino gloria, y yo estoy seguro de que él no busca más que gloria, como se echa de ver en aquello de regalarnos el folleto por dos reales cada ejemplar, que atendido su mérito, es lo mismo que decir *de balde;* así es que la gloria debe de ser para vuestra merced una especie de maná; si bien yo tengo para mí que no ha de echar muchas carnes con la que le ha valido su folleto; imagino que le ha de costar algunos días el digerirla, pues tengo entendido que es alimento fuerte para estómagos flacos. Ni es justo que el poeta vea su comedia, ni que se le premie por ella. ¡Disparate! ¡Cómo se conoce que no ha hecho don Clemente Díaz ninguna comedia! No porque no haya podido, sino por no emporcarse las manos con las medallas de plata carcomidas que suele cobrar el poeta. Supuesto que don Clemente cobra en laureles, ¿como cuánto laurel vendrá á tener vuestra merced hacinado en su casa? Vamos serios, don Clemente Díaz, hagamos una especulación; que como nos lo ponga á un precio moderado, ¿quién sabe si pudiéramos hacer negocio?

Hanme dicho malos amigos de su folleto que es gran lástima que no tenga más gracia de la que tiene, porque á tenerla, todos nos hubiéramos divertido, y vuestra merced el primero.

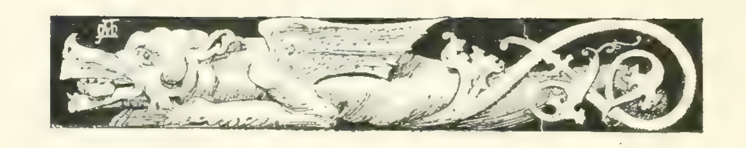
No haga caso de habladurías, que si se parara en lo que dicen, era cosa de no volver á escribir. Lo único que le aconsejo yo es que cuando diga verdades, las diga claras y no se ande con rodeos, *de la pieza remendada en prosa*, sino que la nombre; diga los verdaderos defectos del Hablador, y si no los conoce, acuda á nosotros el Bachiller y yo, que somos uña y carne, y se los hemos de apuntar; algunos tiene que vuestra merced se ha dejado en el tintero.

Esperamos, pues, señor don Clemente Díaz, que siga en otras sátiras y folletos corriendo tras de la gloria, por si la puede alcanzar, aunque ella va de prisa y le lleva bastante delantera: si bien el Hablador no admite ni da contestaciones, yo, que soy su amigo, á quien no alcanza el entredicho, le podré contestar; y si

no le contestase más, lo cual es muy posible, no por eso se desanime, sino escriba y versifique, y no defraude malamente á la posteridad del fruto que podrá sacar de sus vastos conocimientos: tenga entendido que ha nacido para escribir folletos, y todo lo demás es errar la vocación y no cumplir con la obligación que traen al mundo los hombres grandes de ilustrar á sus semejantes, si es que vuestra merced tiene semejantes: yo por mi parte le aseguro, por la fe de caballero, que aplicándose ha de llegar á hacer sátiras muy regulares, lo cual debe vuestra merced hacer tanto más cuanto que puede vivir seguro de que encontrará siempre en mí un panegirista celoso de su gloria, y de que no se menoscabe en nada la colosal reputación que tiene adquirida en el mundo literario, como Clemente, como Díaz, como poeta y como satírico, y mas que perjudiquen á los intereses del Bachiller sus claras luces y sus terribles impugnaciones.

Andrés Niporesas.

Nota. Sabedor el autor de esta carta de que se ha introducido la moda de terminar las cuestiones literarias por medio de *duelos* ó *quebrantos* de huesos, advierte al público que en su redacción no se admiten palizas ni desafíos.





CAPITULO PRIMERO

> Mis arreos son las armas,
> Mi descanso es pelear,
> Mi cama las duras peñas,
> Mi dormir siempre el velar.
>
> *Cancionero general.*

Antes de enseñar él primer cabo de nuestra narración fidedigna, no nos parece inútil advertir á aquellas personas en demasía bondadosas que nos quieran prestar su atención, que si han de seguirnos en el laberinto de sucesos que vamos á enlazar unos con otros en obsequio de su solaz, han menester trasladarse con nosotros á épocas distantes y á siglos remotos, para vivir, digámoslo así, en otro órden de sociedad en nada semejante á este que en el siglo XIX marca la adelantada civilización de la culta Europa.

Tiempos felices, ó infelices, en que ni la hermosura de las poblaciones, ni la fácil comunicación entre los hombres de apartados países, ni la seguridad individual que en el día casi nos garantizan nuestras ilustradas legislaciones, ni una multitud, en fin, de refinadas y exquisitas necesidades ficticias satisfechas, podían apartar de la imaginación del cristiano la idea, que procura inculcarnos nuestro sagrado dogma, de que hacemos en esta vida transitoria una breve y molesta peregrinación, que nos conduce á término más estable y bienaventurado.

> Mis arreos son las armas,
> Mi descanso es pelear,

podían repetir con sobrada razón nuestros antepasados de cuatro ó cinco siglos: nuestra nación, como las demás de Europa, no presentaba á la perspicacia del observador sino un caos confuso,

un choque no interrumpido de elementos heterogéneos que tendían á equilibrarse, pero que por la ausencia prolongada de un poder superior que los amalgamase y ordenase, completando el gran milagro de la civilización, se encontraban con extraña violencia en un vasto campo de disensiones civiles, de guerras exteriores, de rencillas, de desafíos, y á veces de crímenes, que con nuestras extremadas instituciones mal en la actualidad se conformarían.

Una incomprensible mezcla de religión y de pasiones, de vicios y virtudes, de saber y de ignorancia, era el carácter distintivo de nuestros siglos medios. Aquel mismo príncipe que perdía demasiado tiempo en devociones minuciosas, y que expendía sus tesoros en piadosas fundaciones, se mostraba con frecuencia inconsecuente en su devoción, ó descubría de una manera bien perentoria lo frívolo de su piedad, pues en vez de arreglar por esta su conducta, se le veía no pocas veces salir de los templos del Altísimo para ir á descansar de las fatigas del gobierno en los brazos de una seductora concubina, que usurpaba la mitad del lecho regio de su consorte despreciada.

El caballero que volvía de reconquistar el santo sepulcro del Salvador, y que llevaba ricamente bordado en el pecho el signo augusto de la redención, aquel mismo cruzado que al entrar en el gremio de la Iglesia había depuesto en las fuentes bautismales el vano deseo de venganza, adoptando y jurando, á imitación del hombre Dios, el perdón de las injurias, sin el menor escrúpulo de conciencia declaraba las muestras de su organización irascible, que á gala tenía; á la menor sombra de pretendida ofensa corría lanza en ristre á partir el sol del palenque, y á abrir una ancha fuente de sangre humana en el pecho de su adversario, invocando á un tiempo, por una inexplicable contradicción, el nombre santo de Dios y el nombre profano de la dama por quien moría.

En vano la religión se esforzaba en dulcificar las costumbres de los hijos de los godos, exaltados por la prolongada guerra con los sarracenos. Es verdad que ganaba terreno, pero era con lentitud; entretanto se criaba el caballero para hacer la guerra y matar. Verdad es que los primeros enemigos contra quien debía dirigirse eran los moros; pero muchas veces lo eran también los cristianos, y había quien matando dos de aquellos por cada uno de estos últimos, creía lavado el pecado de su espantoso error. Matar infieles era la grande obra meritoria del siglo, á la cual, como al agua bendecida por el sacerdote, daban engañados algunos la rara virtud de lavar toda clase de pecados.

Para los hombres el ejercicio de las fuerzas corporales, el fácil manejo de la pesada lanza, el arte de domeñar el espumoso bridón, la resistencia en el encuentro, y el pundonor falsamente entendido y llevado á un extremo peligroso; y para las mujeres el arte de conquistar con las gracias naturales y de artificio al campeón más esforzado, y ceñirle al brazo la venda del color favorito, recompensa del brutal denuedo del vencedor del torneo, y el recato sólo para con el caballero no amado, eran la educación del siglo. Dios y mi dama, decía el caballero; Dios y mi caballero, decía la dama.

En medio del furor de guerrear que debía animar á todos en aquella época, algunos ministros del Altísimo no dudaban acompañar las huestes, armados á la vez como los guerreros, y aun cuando no desenvainasen en las lides la poderosa espada de Damasco y de Toledo para herir con ella al enemigo, esta costumbre arrastraba á algunos á autorizar trances de rebelión del soberbio rico-hombre contra la majestad de su rey y señor natural.

Un corto número de espíritus más pusilánimes, ó acaso más calculadores que sus contemporáneos, poseía la corta riqueza literaria griega y romana que de las ruinas del Partenón y del Capitolio habían podido salvar, en medio de la devastación desoladora de la irrupción de los bárbaros, algunas primitivas comunidades monásticas.

El estudio todo que se hacía en los claustros estaba reducido, y debía estarlo, á la ciencia eclesiástica, la única que podía y debía salvar, como efectivamente salvó, á la Europa de su total ruina. Las bellezas gentílicas de los Homeros y Virgilios debían reservarse para otros tiempos; y los monasterios, conservando estos monumentos clásicos de la antigüedad, hacían á la literatura todo el servicio que podían hacerla.

Otros espíritus, no obstante, se dedicaban fuera de aquellas escuelas al estudio, y la ciencia que adquirían era sólo el medio criminal de granjearse una consideración y una fortuna aún más criminales todavía. Afectando la ciencia de los astros, ó una misteriosa comunicación con el mundo de los espíritus, sabían abusar de la insensata credulidad de los reyes y de los pueblos, y convertir en propio y parti-

cular provecho suyo las luces que no trataban de difundir, sino antes de conservar entre sí clandestina y masónicamente, como un pérfido talismán que ejerciendo al cabo su irresistible influencia sobre los espíritus débiles é ignorantes, libraba en las manos de unos pocos empíricos solapados, la palanca poderosa con que movían y removían á su placer cuantos obstáculos á sus dañadas intenciones se pudieran presentar.

A esta época, pues, y al trato belicoso de los nietos de las hordas del norte, al centro de aquella informe sociedad, hija de padres tan contrarios como los bárbaros de la fría Noruega y las cultas ruinas de la capital del mundo, á esta época, á ese trato y á esa sociedad vamos á trasladar á nuestros lectores.

No se crea tampoco por el cuadro que rápidamente acabamos de bosquejar, que sea preciso entrar con horror á desentrañar las costumbres de tan inexplicable época; lejos de nosotros esta idea; también se ofrecen en ella virtudes colosales que no son por cierto de nuestros días. El amor, el rendimiento á las damas, el pundonor caballeresco, la irritabilidad contra las injurias, el valor contra el enemigo, el celo ardiente de la religión y de la patria, llevado el primero alguna vez hasta la superstición, y el segundo hasta la odiosidad contra el que nació en suelo apartado; si no son prendas todas las más adecuadas al cristianismo, no dejan por eso de tener su lado hermoso por donde contemplarlas; y aun su utilidad manifiesta, dado sobre todo el dato del orden de cosas entonces establecido, las hacía tan necesarias como deslumbradoras.

El carácter, empero, más verdaderamente distintivo de la época, era la lucha establecida y siempre pendiente entre el príncipe y sus primeros súbditos; una escala ascendiente y descendiente que constituía á los pecheros vasallos de vasallos, y á los reyes señores de señores, era el principal obstáculo que impedía al poder ejercer á la vez su influencia igual y equitativa por toda la extensión de sus dominios; el pechero, doblemente súbdito, tenía dobles obligaciones (más bien que contraidas impuestas) para con su dueño inmediato, y para con el señor natural de todos. Por otra parte, era de notar el poder no reprimido de los orgullosos magnates, sin cuya cooperación voluntaria hubiera sido una vana fantasma la autoridad del monarca. Este en todo trance de guerra se veía poco menos que precisado á mendigar los hombres de armas, que sólo podían proporcionarle para las jornadas los ricos-homes que los sostenían á sus expensas, y por consiguiente á su devoción, y que desigualaban á placer la fuerza recíproca de los partidos con la más leve inclinación de su parte; el señorío absoluto (si no de derecho, de hecho) de vidas y haciendas en sus inmensos dominios; sus bien defendidos castillos feudales, de donde mal pudiera desalojarlos la sencilla arcabucería y manera de guerrear de la época; su orgullo, nacido de los grandes favores que en la continua reconquista contra moros les debía el rey y la patria; y la remisión sobre todo de los agravios al duelo particular; al paso que inutilizaban toda la energía de un rey y sus buenas intenciones, eran las causas, por entonces irremediables, de la impunidad de los delitos; causas que perpetuaban la injusticia y el abuso de la fuerza de los primeros hombres de la nación, que no había especie de ambición ni pasión frenética de que no se dejasen torpemente arrastrar.

Este era el estado de las costumbres de la Europa, y por consiguiente de nuestra España, en la época á que nos referimos. En el año en que pasaba lo que vamos á contar, hacía ya trece que don Enrique III, dicho el Doliente, y nieto del famoso don Enrique el Bastardo, había subido á ocupar el trono, vacante por la desastrosa muerte de su padre don Juan I, ocurrida en Alcalá de Henares de caída de caballo. Y apenas habían bastado estos trece años para reparar los daños que su menor edad había acarreado á Castilla desvalida.

El cisma duraba en la Iglesia desde la elección tumultuosa del arzobispo de Bari, llamado Urbano VI, ocurrida el año 1378, después de la muerte de Gregorio onceno. Habíanse reunido los cardenales en conclave; pero sabedores acaso los romanos de que la corte de Francia trataba de influir en la elección del cardenal de Génova, ligado por parte de padre con los condes de Génova de la casa de Oliveros, y por parte de madre con los condes de Boloña, parientes de la casa real de Francia, se amotinaron, y precipitándose en el lugar del conclave, después de forzar las cerraduras, según en nuestras leyendas se refiere, clamaron: «Papa romano queremos, ó á lo menos italiano,» de cuya infracción notable y sacrílega, resultó la elección del arzobispo, que se coronó el día de Pascua de Resurrección. Varios cardenales, empero, refugiándose en el lugar de Anania, y después en Fundi, proclamaron la invalidez de la elec-

ción forzada, y amparados de la corte de Francia eligieron al cardenal de Génova, que tomó el nombre de Clemente VII, y estableció la silla de su iglesia en Aviñón. Urbano y Clemente habían enviado entrambos al rey de Castilla, á la sazón Enrique II, sus mensajeros, así como los había enviado, en apoyo del último, Carlos V, rey de Francia; la corte de Castilla permaneció por entonces indecisa hasta consultar en materia tan delicada á sus varones más famosos. Posteriormente, en el año 1381, el sucesor de don Enrique II, don Juan I, hallándose en Medina del Campo, y después de haber reunido y consultado á sus prelados, ricos-hombres y doctores, se decidió por Roberto de Génova, negando la obediencia al *intruso apostático Bartolomé*, como le llama en la carta que con fecha de Salamanca le escribió á Clemente VII, prestándole homenaje como á único papa verdadero. Más adelante murió en su palacio de Aviñón el papa Clemente VII, á 26 de setiembre de 1394, reinando en Castilla don Enrique III; y sus cardenales, deseosos de la unión de la Iglesia, se propusieron elegirle un sucesor, jurando todos antes sobre los santos evangelios renunciar el papazgo inmediatamente después de nombrados, si así fuese necesario, y en el caso de que se ciñese á hacer otro tanto Urbano, para proceder unidos de nuevo todos los cardenales en Roma á la elección válida y conforme de uno solo.

Fué elegido, pues, en Aviñón el cardenal don Pedro de Luna, aragonés de nación, y ricohombre de los de Luna; negóse al principio á admitir la triple corona, pero una vez sentado en la silla apostólica, se resistió enteramente á las solicitudes de sus cardenales y del rey de Francia, que le envió á Juan duque de Berri y á Felipe duque de Borgoña sus tíos, para que renunciase conforme había jurado. Esto dió lugar á continuos debates, que se hallaban en pie todavía en el tiempo á que nos referimos, habiéndose declarado en favor de Benedicto, Francia, Castilla, Navarra y Aragón, y por el papa romano, el emperador, la Inglaterra y la Italia.

Con respecto á Portugal, Castilla seguía defendiendo, aunque débilmente, sus derechos: verdad es que desde la infausta jornada de Aljubarrota, perdida por la impericia estratégica de los jóvenes y acalorados caballeros del ejército de don Juan I, este mismo había casi abandonado las esperanzas de recobrar aquel reino que indisputablemente le perteneciera por su boda con doña Beatriz, hija y única heredera del muerto rey don Fernando. El odio entre portugueses y castellanos, y el empeño sobre todo de aquellos en no ver nuevamente fundido en la corona de Castilla su suelo independiente, había dado una popularidad extraordinaria al maestre de Avís; ayudado de ella se propasó á quitar la vida al conde de Orén en el mismo palacio de la regente, y permitió á sus partidarios la muerte del infeliz obispo de Lisboa, despeñado de la torre: erigióse rey en Coímbra con el dictado de Juan I después de la resignación de la regente viuda Leonor, y reclusión de ésta por nuestro rey en el monasterio de Otordesillas, como le llaman nuestras crónicas contemporáneas.

Ya don Juan I de Castilla, en su testamento otorgado en Celórico de la Vera, poco antes de la jornada de Aljubarrota, vacilando él mismo sobre la legitimidad de sus derechos, al legárselos á su hijo y sucesor Enrique III, le había legado también las dudas que acerca de tan delicada contienda en su propio corazón albergaba. En la época de nuestra narración, era tan débil ya la guerra que se sostenía contra Portugal, que más parecía efecto de una obstinación irrealizable, que una verdadera lucha que presentase síntomas de un término definitivo. Ni apenas se hubiera dicho que semejante guerra existía entre las dos naciones, si no lo hubiesen atestiguado las continuas treguas y largos armisticios, que continuamente por una parte y otra se ratificaban.

Enrique III, al subir al trono á los catorce años, para dar fin á la anarquía, que en el Estado alimentaran sus poderosos tutores, había ratificado las ligas hechas por su padre con don Carlos VI de Francia y con los reyes de Aragón y de Navarra; y sólo con el rey moro de Granada sostenía una guerra, muy semejante en su lentitud y en sus largas treguas á la de Portugal.

Tal era también el estado político de Castilla en la época de nuestra historia caballeresca, á que daremos principio desde luego sin detenernos más tiempo en digresiones preparatorias, de poco interés acaso para el lector, si bien hasta cierto punto necesarias para la particular inteligencia de los hechos que á su vista tratamos de exponer sencilla y brevemente.

Con respecto á la veracidad de nuestro relato, debemos confesar que no hay crónica ni leyenda antigua de donde le hayamos trabajosamente desenterrado; así que, el lector perdiera

su tiempo si tratase de irle á buscar comprobantes en ningún libro antiguo ni moderno: respondemos, sin embargo, de que si no hubiese sucedido, pudo suceder cuanto vamos á contar, y esta reflexión debe bastar tanto más para el simple novelista, cuanto que historias verdaderas de varones doctos andan por esos mundos impresas y acreditadas, de cuyo contenido no nos atreveríamos á sacar tantas líneas de verdad, ó por lo menos de verosimilitud, como las que encontrará quien nos lea en nuestras páginas, tan fidedignas como útiles y agradables.



CAPITULO SEGUNDO

> De Mantua salió el marqués
> Danés Urgel el leale,
> Allá va á buscar la caza,
> A las orillas del mare.
> Con él van sus cazadores
> Con aves para volare,
> Con él van los sus monteros
> Con perros para cazare.
>
> *[illegible]*

A fines del siglo XIV estaba la hoy coronada y heroica villa de Madrid muy lejos de pretender el lugar preeminente que en la actualidad ocupa en la lista de los pueblos de la Península. Toda su importancia estaba reducida á la fama de que gozaban sus espesos montes, los más abundantes de Castilla en caza mayor y menor: el jabalí, la corza, el ciervo, hasta el oso feroz hallaban vivienda y alimento entre sus altos jarales, sus malezas enredadas, y sus silvestres madroñeros, que han desaparecido después ante la destructora civilización de los siglos posteriores. El implacable leñador ha derrocado por el suelo con el hacha en la mano la erguida copa de los pinos y robles corpulentos para satisfacer á las necesidades de la población, considerablemente acrecentada; y el hombre ha venido á hollar la magnífica alfombra que la naturaleza había tendido sobre su suelo privilegiado: ha tenido fuerzas para destruir, pero no para reedificar: la naturaleza ha desaparecido sin que el arte se haya presentado á ocupar su lugar. Inmensos arenales, oprobio de los siglos cultos, ofrecen hoy su desnuda superficie al pie del caminante; al servir los árboles de pasto al fuego insaciable del hogar, los manantiales mismos han torcido su corriente cristalina ó la han hundido en las entrañas de la madre tierra, conociendo ya, si se nos permite tan atrevida metáfora, la inutilidad de su influjo vivificador. Madrid, el antiguo castillo moro, la pobre y despreciada villa, ciñó mientras fué olvidada de los hombres la suntuosa guirnalda de verdura con que la naturaleza quiso engalanarle, y Madrid, la opulenta corte de reyes poderosos, término de la concurrencia de una nación extendida, y tumba de sus caudales inmensos y de los de un mundo nuevo, levanta su frente orgullosa, coronada de quiméricos laureles, en medio de un yermo espantoso y semejante al avaro que, henchidas de oro las faltriqueras, no ve en torno de sí, do quiera que vuelve los ojos, sino miseria y esterilidad.

Al famoso soto de Segovia, que se extendía hasta el Pardo y más acá, concurrían los reyes y los grandes de Castilla de todas partes para lograr el solaz de la cetrería y de la montería, placer privilegiado y peculiar de los feudales señores de la época.

El sol, rojo como la lumbre, despidiendo sus rayos horizontales por entre las altas copas de los árboles, marcaba el fin próximo de uno de los más hermosos días del mes de mayo: como á cosa dos leguas de Madrid, una compañía de cazadores, ricamente engalanados y vestidos, turbaba todavía la tranquilidad del monte y de la selva; varias magníficas tiendas levantadas á orillas del Manzanares, eran indicio de haber durado aquel placer algunos días: acababa de practicarse el último ojeo, y puestos los monteros en acecho, esperaban en las encrucijadas á que asomase por alguna parte el animal para precipitarse sobre él con el venablo aguzado y rendirle en tierra del primer golpe. Infinidad de reses de todas especies, suspendidas fuera y dentro de las tiendas, daban claras muestras de la destreza de los monteros y de la bienandanza del día. En una de ellas preparaban varios manjares y daban vueltas á un largo asador dos hombres, que así revolvían con sus brazos arremangados el asador, como atizaban la brasa, que iba dorando ya el engrasado lomo de la víctima. Miraban tan interesante operación otros dos personajes: el uno representaba tener á lo más treinta años; su aire no común, su rostro afable, aunque grave, sus maneras francas y su traje, sobre todo, daban á entender que podía pertenecer, sino al primer rango de la sociedad de aquel tiempo, á una buena familia por lo menos; y de todas suertes se echaba bien de ver á la primera ojeada, en todo su exterior, cierta libertad que sólo dan la satisfacción, la

holgura y la costumbre de frecuentar grandes personajes, ya que no se atreviera el observador á asegurar que él lo fuese. En frente de él se hallaba otro que podría tener veinticinco años: su personal era bueno, y sin embargo no sé qué expresión particular de siniestra osadía tenía su rostro; una sonrisa asomada de continuo á sus labios le daba cierto aire de complacencia obligada, que suponía en él el hábito de vivir al lado de personas de categoría superior á la suya: una voz verdaderamente seductora, sobre todo en sus modulaciones, probaba que no descuidaba medio alguno para captarse la voluntad: sus ojos, entre pardos y verdes, tenían no sé qué de talento y de misterio, y su pelo, crespo y de un rojo muy subido, prestaba á la cara que debiera adornar cierta aspereza y aun ferocidad rechazadora. Vestía un corto sayo pardo de montero, sujeto en el talle por un cinturon de vaqueta verde, prendido con un gran broche de laton; llevaba unos botines altos de paño del mismo color del sayo y atacados hasta la rodilla, un capacete adornado de plumas blancas, y pendía de su cintura un largo cuchillo de monte.

En el momento en que su conversación empieza á interesar á nuestra historia, decía el primero al segundo:

—¿Puedo yo saber, Ferrus, cómo habéis dejado un solo momento el lado del poderoso conde de Cangas y Tineo?...

—Pardiez, señor Vadillo, me gusta más ver al jabalí en la brasa que entre la maleza: sobre todo, desde que uno de ellos me rompió el año pasado junto á Burgos un rico sayo de vellorí, que me había regalado el conde mi amo. Desde que me convencí, colgado de un roble, de que no había mediado entre su colmillo y mi persona más espacio que el que separa mi ropa de mi cuerpo, juré á todos los santos del paraíso no volver á ponerme en el camino de ningún animal de esa especie. Son tan brutos, que así respetan ellos á un rimador favorito del pariente del rey, como á un montero adocenado. ¿Y puedo yo hacer la misma pregunta al señor Fernán Pérez de Vadillo, primer escudero de su señoría?

—Os habéis hecho harto curioso y preguntón, Ferrus. Respondedme antes á otra pregunta, y después veré de responderos á la vuestra, si me place. ¿Habéis visto un palafrén que acaba de llegar de Madrid cubierto de polvo y devorando tierra, no hace medio cuarto de hora? ¿Habéisle conocido?

—Es Hernando, criado del Doncel.

—¿Y á qué vino?

—No lo sé, aunque lo sospecho. Me parece que su amo estaba encargado por el conde de una comisión particular... El maestre de Calatrava estaba en los últimos...

—Cierto... acaso habrá terminado sus días...

—Tal vez...

—¿Y qué podría tener eso de común con la venida de Hernando?

—Mucho; me temo que don Enrique de Villena anda hace tiempo acechando un maestrazgo.

—¿Sabéis que es casado?

—¿Puedo ignorarlo, señor Fernán Pérez? Pero puedo asegurar á todo el que tenga interés en saberlo, que don Enrique de Villena y su esposa doña María de Albornoz no son dos amantes...

—¡Chitón! Ferrus, no estamos solos; dijo alarmado el primer escudero echando una ojeada de desconfianza hacia el paraje donde daba vueltas todavía sobre la brasa el ciervo, impelido del brazo del infatigable repostero.

—Tenéis razon, señor escudero. Nunca me acuerdo de que no es esa gente el mejor consonante para mis trovas.

—¿Y qué queréis decir con la proposición que habéis aventurado? dijo acercándose á él Vadillo, y con tono de voz apenas perceptible.

—Sólo sabré deciros, contestó Ferrus con igual misterio, que nuestros señores no duermen juntos...

—Brava ocasión para chanzas, Ferrus.

—¡Chanzas! ¿eh? Dígalo la señorita Elvira, vuestra misma esposa, que no se separa un punto de la condesa...

—Coplero, ¿queréis hablar alguna vez con formalidad? ¿Y dejará de ser casado porque no haga vida común con ella?

—Decís bien, pero como allá van leyes... no os enojéis, haré por enfrenar mi lengua. ¿Sabéis la historia del rey don Pedro?

—¿Y bien?

—Casado estaba con doña Blanca de Borbón... y casó sin embargo con la Padilla..

—¿Y queréis suponer?.. ¿Don Enrique sería capaz de imitar al rey cruel?...

—¿No habría un medio de compostura sin necesidad de que muriese mi señora doña María? ¿No hay casos en que el divorcio?...

—Mucho sabéis.

—¿Pensáis que el rey Enrique III podrá negar muchas cosas á su tío don Enrique de Villena?...

—No, el prestigio de que goza en la corte es demasiado grande.

—¿Y pensáis que el señor Clemente VII se expondría á perder la amistad y protección de Castilla y Aragón en su lucha con Urbano VI, por tener el gusto de negar una bula de divorcio al conde de Cangas y Tineo?

—Por san Pedro, Ferrus, que tenéis cabeza de cortesano más que de rimador.

—Muchas gracias, señor Fernán. Algunos señores de la corte que me desprecian cuando pasan delante de mí en el estrado de su alteza, y que me dan una palmadita en la mejilla diciéndome: *Adiós, Ferrus; dínos una gracia*, podrían dar testimonio de mi destreza si supieran ellos...

—Entiendo: no estoy en ese caso.

—Yo estimo demasiado al primer escudero de mi amo para confundirle con la caterva de cortesanos, cuyo brillo me ofende y cuya insolencia provoca mi venganza.

—¿Y en qué estamos de Hernando y de su comisión? interrumpió Vadillo dándole la mano y apretándosela, como para dar á entender que aquel apretón de manos debía significar más que todas las frases vulgares que en semejantes casos se dicen.

—Ya he dicho que no sé sino que sospecho que el conde quiere ser maestre; que Hernando puede traer noticias de la salud de don Gonzalo de Guzmán, y que esta noche no se acostará don Enrique de Villena sin haber aligerado y repartido la carga de su secreto, si tiene alguno; también quiero ser franco, tal puede ser él que no me sea lícito confiarle ni á vos mismo. Pero atended. ¿No oís?

—¿Qué es? repuso el escudero escuchando.

—Es la señal de haber salido la pieza; ¿no oís los ladridos de los sabuesos y la gritería de los monteros?

—En efecto, dijo Vadillo; salgamos, si es que no tenéis miedo también de ver á esta distancia la caza.

—Salgamos.

Pasaba efectivamente como á tiro de ballesta un horrendo jabalí, perseguido de una jauría de valientes canes: ya dos de estos habían probado sus agudas defensas, dando al viento su sangre y sus entrañas palpitantes: más de un montero, á punto de dar el golpe que hubiera terminado la ansiedad en que á todos los tenía la fiera, se había visto arrebatado fuera del sendero que ésta seguía por su caballo espantado. «Por el valle, por el valle se escapa,» gritaban los ojeadores; y más de diez cuernos, resonando en medio del silencio de la selva, habían dado aviso á los impacientes cazadores que en el llano se hallaban guardando los pasos y salidas. Mucho menos tiempo del que hemos tardado en describir esta maniobra tardó en desaparecer á los ojos de nuestros pacíficos observadores por entre la espesura la encarnizada caterva, cuyos individuos apenas podían percibirse ya á tal distancia y á aquellas horas

Perdíanse en lontananza los cazadores, y el ruido también de sus voces y sus bocinas, cuando salieron de la selva dos jinetes galopando á más galopar hacia las tiendas donde se aderezaba el banquete para la noche, que empezaba ya á convidar al descanso con sus frescas auras y sus tinieblas á los fatigados perseguidores de las inocentes reses del soto de Manzanares.

—¿No os dije yo, gritó Ferrus estirando el cuello y abriendo los ojos para reconocer á los caballeros, que la venida de Hernando nos traería novedades de importancia? Mirad hacia la derecha por encima de ese ribazo, allí, ¿no veis? entre aquellos dos árboles, el uno más alto y el otro más pequeño... más acá, seguid la indicación de mi dedo... ahí... ahí...

—Sí, allí vienen dos galopando...

—¿No reconocéis el plumero encarnado del más bajo?

—Sí, él es...

—Hernando es el otro.

—¿Qué apostáis á que desde este momento se ha acabado ya la partida de caza?

—Sin embargo, sabéis que veníamos para cuatro días, y no llevamos sino tres.

—En hora buena: pues no vuelva yo á hacer una estancia, ni á probar vino de Toro en la copa de mi señor, si dormimos esta noche aquí... y voto va que si tal supiera, diera principio á una pierna de esa ánima en pena, que está purgando en la brasa las corridas inútiles que habrá hecho dar por el bosque á más de cuatro cazadores inexpertos. Y lanzó un suspiro clavando sus ojos en el asador, vuelto de espaldas al sitio de donde venían los cabalgantes.

—¿Qué hacéis, Ferrus, ahí distraído? Apartad, apartad, gritó Vadillo, sacudiéndole por un brazo y desviándole del camino mal su grado.

En esto llegaban los jinetes á las tiendas; y mientras que el uno de ellos se adelantaba á apearse y tener de la brida el caballo del otro, Ferrus, ambicioso de servir el primero al recién llegado, ganó por la delantera al escudero, y

tomando el estribo con una mano, mientras que con la otra descubría su cabeza roja y ensortijada, acogió con su acostumbrada sonrisa de deferencia una rápida inclinación de cabeza y una ojeada de amistosa protección que le dispensó el caballero.

—Ya veo, Ferrus, le dijo éste al apearse, que pudieras desempeñar este oficio perfectamente si muriesen de repente todos los dignos escuderos de mi casa; y arrojó al descuido una mirada sardónica hacia el negligente Vadillo, que con el capacete en la mano é inclinando el cuerpo, esperaba sin duda á que le dejase algo que hacer el solícito poeta...

—No hay duda, señor, contestó Vadillo, apreciando en su justo valor el ligero sarcasmo del caballero, que la costumbre de correr tras el consonante presta á los poetas cierta agilidad de que nunca podrá gloriarse un escudero indigno, aunque hijodalgo.

—Aunque hijodalgo, dijo entre dientes Ferrus, pero de modo que pudo oirlo el que era objeto de la consideración y respeto de entrambos; cada uno es hijo de sus obras, y las mías pueden ser tan honradas como las del primer escudero de Castilla.

—Paz, señores, paz, dijo el caballero; paz entre las musas y los hijosdalgo; en estos momentos he menester más que nunca de la unión de mis leales servidores. Y quiso repartir un favor á cada uno para equilibrar el momentáneo desnivel de su constante amistad. Cubríos, Vadillo; la noche empieza á refrescar y vuestra salud me es harto preciosa para sacrificarla á una etiqueta cortesana. Ferrus, toma ese pliego, y cuando estemos en Madrid, me dirás tu opinión acerca de ese incidente que me anuncian; tú sabrás si es fausto ó desdichado para nuestros planes.

Cogió Ferrus el pergamino y guardóle en el seno con aire de satisfacción, echando una mirada de superioridad sobre el desairado escudero; superioridad que efectivamente le daba la confianza que en público acababa de hacer de él su distinguido señor. Pero este, atento á la menor circunstancia que pudiera renovar el mal apagado fuego de la rivalidad de sus súbditos, se apoyó en el brazo de su escudero y llevando á la izquierda al ambicioso juglar, y detrás á Hernando con entrambos caballos de las bridas, penetró en una tienda, á cuya entrada quedó éste respetuosamente, esperando las órdenes que no debían tardar mucho en comunicársele.

La tienda en que entraron, inmediata á aquella donde hemos dicho que se aprestaban las viandas, se hallaba sencillamente alhajada; una alfombra que representaba la caza del ciervo, y alegórica por consiguiente á las circunstancias, ofrecía blando suelo á nuestros interlocutores; cuatro tapices de extraordinaria dimensión decoraban sus paredes ó lienzos con las historias del sacrificio de Abraham, de la casta Susana sorprendida en el baño por los viejos, del arca de Noé, y de la muerte de Holofernes á manos de la valiente y hermosa Judit. Una mesa artificiosamente trabajada de modo que pudiera armarse y desarmarse cómodamente para esta clase de expediciones, y varias banquetas de tijera fáciles de plegar, completaban el ajuar de aquella vivienda campestre y provisional; una cámara interior y reducida estaba ocupada por un lecho con su cubierta de seda labrada de damasco. Algunos arcos y ballestas suspendidas aquí y allí, y varios venablos apoyados en los rincones, daban á entender á la primera ojeada el objeto de la expedición que en el campo detenía por aquellos días á su dueño. Una armadura completa que en el lugar preeminente se veía suspendida, manifestaba que la seguridad personal no era olvidada de los caballeros belicosos del siglo XIV, ni aun entonces mismo que se entregaban á los placeres de una época pacífica y ajena de temores de guerra.

—Ferrus, partiremos inmediatamente, dijo el caballero á su confidente.

—¿Sin cenar, señor?

—¡Ferrus!

—Señor, interrumpió el juglar volviendo en sí de la distracción y falta acaso de respeto á que había dado ocasión la mucha familiaridad que su amo le consentía, si tus negocios han menester de mi ayuno y si mi hambre puede en algo contribuir á su buen éxito, marchemos...

—Naciste para comer, Ferrus: hago mal en creer que tengo un hombre en tí...

—Pero, gran señor, tú propio anduvieras acertado en restaurar tus fuerzas; el camino hasta Madrid es malo y largo, la noche oscura, y Dios sabe si malhechores ó enemigos tuyos esperarán á que pasemos para enviarnos en pos del maestre... si es que ha muerto, añadió acercándosele al oído, como presumo. ¡Qué mal puede haber en que nos pillen reforzados!

—En buen hora, bachiller, deja de hablar. Fernán Pérez, dispondréis que al rayar mañana el día se recoja la batida, y marcharéis á reuniros conmigo lo más pronto que pudiereis. Ferrus, haz que nos den un breve refrigerio. Seguiré tu consejo.

No oye reo su indulto con más placer que el que experimentó Ferrus al escuchar la revocación de la cruel sentencia, que á dos largas horas de hambre le condenaba. En pocos minutos se vió cubierta la mesa de un limpio mantel labrado, y un opíparo trozo de exquisito morcón curado al fuego, se presentó ante los ávidos ojos de nuestros tres interlocutores. El hidalgo hizo plato á su señor que no quiso acelerar para su servicio el fin de la caza, ni se curó de llamar á los dependientes, á quienes tales oficios de su casa estaban cometidos; la situación de su ánimo, devorado al parecer de secretas ideas, y el deseo de permanecer en la compañía libre y desembarazada de aquellos en quienes depositaba su confianza, redujo á dos el número de sus servidores en tan crítica situación. Luego que el hidalgo le hubo hecho plato y Ferrus servídole la copa:—Sentaos, dijo, y cenad, Fernán Pérez, que bien podéis poner la mano en el plato de mi propia mesa. Sentóse respetuosamente al extremo de la mesa Vadillo, y el favorito permaneció en pie á la derecha de su señor, recibiendo de su propia mano los mejores bocados que éste por encima del hombro le alargaba, como pudiera con un perro querido que hubiera tenido su estatura. Reíase Ferrus, empero, muy bien de esta manera de recibir los trozos de la vianda, á tal de recibirlos; sabía él además que lo que hubiera podido parecer desprecio á los ojos de un observador imparcial, era una distinción cariñosísima que le colocaba sobre todos los súbditos del caballero. Sin mortificarle estas ideas dábase priesa á engullir morcón, sin más interrupción que la que exigieron las dos ó tres libaciones que con rico vino de Toro, entonces muy apreciado, hacía de vez en cuando el taciturno y distraído personaje, cuyo nombre y circunstancias singulares no tardaremos en poner en claro para nuestros lectores.

Acabóse la corta refacción sin hablar palabra de una parte ni de otra, sirviéronse las especias, y púsose aquél en pie.

—Partamos.

—Paréceme, gran señor, que harías bien en armarte mejor de lo que estás, porque ¡vive Dios que no quisiera que se quedase España sin tan gran trovador! y...

—¡Chitón! Ponme en efecto esa armadura. Quitóse un capotillo propio de caza; púsose una loriga ricamente recamada de oro sobre terciopelo verde; vistió una fuerte cota de menuda malla; ciñó una espada, y calzó las botas con la espuela de oro, insignia de caballeros de la más alta jerarquía. Previnose también contra la intemperie envolviéndose en un tabardo de velarte, y después que Ferrus se hubo armado, aunque más á la ligera, montaron en sus caballos y se despidieron de Fernán Pérez, encargándole sobre todo que en manera alguna dejase de estar á la mañana siguiente en la cámara de su grandeza á la hora común de levantarse; prometiólo Vadillo, besándole el extremo de la loriga, y al són de las cornetas de los cazadores que daban ya la señal de recogida á los monteros desparcidos, picaron de espuela nuestros viajeros seguidos de Hernando.

Ya era á la sazón cerrada y oscura la noche: no dicen nuestras leyendas que les acaeciese cosa particular que digna de contar sea. Ferrus trató varias veces de aventurar alguna frase truhanesca, de aquellas que solían provocar el humor festivo de su señor; pero el silencio absoluto de éste le probó otras tantas que no era ocasión de bufonadas, y que la cabeza del caballero, sumamente ocupada con las revueltas ideas á que había dado lugar el pliego que tan intempestivamente había venido á arrancarle del centro de sus placeres, estaba más para resolver silenciosamente alguna enredada cuestión de propio interés, que para prestar atención á sus gracias pasajeras. Resignóse, pues, con su suerte, y era tanto el silencio y la igualdad de las pisadas de sus trotones, que en medio de las tinieblas nadie hubiera imaginado que podía provenir de tres distintas personas aquel uniforme y monótono compás de pies.

Dos horas habían trascurrido desde su salida de las tiendas, cuando dando en las puertas de Madrid, llegaron á entrar en el cubo de la Almudena, y dirigiéndose al alcázar que á la sazón reedificaba el rey don Enrique III en esta humilde villa, llegó el principal de los viajeros á su labio el cuerno, que á este fin no dejaba nunca de llevar un caballero, é hizo la señal de uso en aquellos tiempos; la cual oída y respondida en la forma acostumbrada, no tardaron mucho en resonar las pesadas cadenas, que inclinando el puente levadizo, dieron fácil entrada en el alcázar á nuestros personajes: dirigiéronse inmediatamente á las habitaciones interiores sin interrumpir el silencio de su viaje, sino con el ruido de sus fuertes pisadas, cuyo eco resonaba por las galerías donde los dejaremos, difiriendo para el capítulo siguiente la prosecución del cuento de nuestra historia.



CAPITULO TERCERO

> Ellos en aquesto estando
> Su marido que llegó:
> —¿Qué haces [illegible] niña,
> Hija de padre [illegible]
> —Señor, peino mis cabellos,
> Péinolos con gran dolor,
> [illegible]
> Y [illegible]
>
> [illegible]

Hallábase concluída la parte principal del alcázar de Madrid, y habitábala ya el rey con gran parte de su comitiva siempre que el placer de la caza le obligaba á venir á esta villa, cosa que le aconteció algunas veces en su corto reinado.

Entre las habitaciones inmediatas á la de su alteza se contaban algunas de las principales dignidades de su corte, pero distinguíase entre todas la de don Enrique de Aragón, llamado comunmente de Villena: este joven señor, uno de los más poderosos y espléndidos de la época, era tío del rey don Enrique III y descendiente por línea recta de don Jaime de Aragón. Su padre don Pedro, casado con doña Juana, hija bastarda de don Enrique II, y reina después de Portugal, había muerto en la batalla de Aljubarrota. Correspondíale de derecho á don Enrique el marquesado de Villena, que su abuelo don Alfonso, primer marqués de ese título, á quien le dió don Enrique II, había cedido á su hijo don Pedro, reservándose sólo el usufructo por toda su vida. Pero habiendo el rey don Enrique III en su menor edad invitado al marqués don Alfonso á que viniese á ejercer su título de condestable de Castilla que le diera don Juan I, y habiéndose él negado con frívolos pretextos á tan justa exigencia, se aprovechó esta ocasión de volver á la corona aquellos ricos dominios, que como fronteros de Aragón no se creía prudente que estuviesen en poder de un príncipe de aquel reino. Dióse en compensación

á don Enrique el señorío de Cangas y Tineo, con título de conde, y su mujer doña María de Albornoz le había traído además en dote las villas de Alcocer, Salmerón, Valdeolivas y otras; con todo lo cual podía justamente reputársele uno de los más ricos señores de Castilla. No había pensado él nunca en acrecentar sus estados por los medios comunes en aquel tiempo de conquistas hechas á los moros. Mas cortesano que guerrero, y más ambicioso que cortesano, había desdeñado las armas, para las cuales no era su carácter muy á propósito, y su afición marcada á las letras le había impedido adquirir aquella flexibilidad y pulso que requiere la vida de corte. Las lenguas, la poesía, la historia, las ciencias naturales habían ocupado desde muy pequeño toda su atención. Habíase entregado también al estudio de las matemáticas, de la astronomía, y de la poca física y química que entonces se sabía. Una erudición tan poco común en aquel siglo, en que apenas empezaban á brillar las luces en este suelo, debía elevarle sobre el vulgo de los demás caballeros sus contemporáneos; pero fuese que la multitud ignorante propendiese á achacar á causas sobrenaturales cuanto no estaba á sus alcances, fuese que efectivamente él tratase de prevalerse y abusar de sus raros conocimientos para deslumbrar á los demás; el hecho es que corrían acerca de su persona rumores extraños, que ora podían en verdad servirle de mucho para sus fines, ora podían también perjudicarle en el concepto de las más de las gentes, para quienes entonces como ahora es siempre una triste recomendación la de ser extraordinario. No dejaba de ser notado en él, á más de su ambición, cierto afecto decidido al bello sexo; y lo que era peor, notábase también que nunca se paró en los medios cuando se trataba de conseguir cualquiera de esos dos fines, que tenían igualmente dividida su alma ardiente, y que ocuparon exclusivamente todo el trascurso de su vida.

Hallábase ricamente alhajada la parte que en el alcázar habitaba este señor; costosos tapices, ostentosas alfombras de Asia, almohadones de la misma procedencia, cuanto el lujo de la época podía permitir, se hallaba allí reunido con el mayor gusto y primor; ardían lentamente en los cuatro ángulos del salón principal pebeteros de oro que exhalaban aromas deliciosos del oriente, uso que habían introducido los árabes entre nosotros. A una parte del hogar se veía una mujer joven y asaz bien parecida, vestida con descuido á la moda del tiempo, y sentada en una pesada poltrona, notable por su madera y por el mucho trabajo de adornos y relieves con que se había divertido el artista en sobrecargarla: descansaban sus pies en un lindo taburete, y se hallaba ocupada en una delicada labor de su sexo. Ayudábala enfrente de ella á su trabajo y á pasar las horas de la primera noche, otra mujer todavía más sencilla en su traje, y poco más ó menos de su misma edad. Todo lo que la primera le llevaba de ventaja á la segunda en dignidad y riqueza, llevaba la segunda á la primera en gracia y en hermosura. Tez blanca y más suave á la vista que la misma seda, estatura ni alta ni pequeña, pie proporcionado á sus dimensiones, garganta disculpa del atrevimiento, y fisonomía llena de alma y de expresión. Su cabello brillaba como el ébano; sus ojos, sin ser negros, tenían toda la expresión y fiereza de tales, sus demás facciones más que por una extraordinaria pulidez, se distinguían por su regularidad y sus proporciones marcadas y eran las que un dibujante llamaría en el día académicas ó de estudio. Sus labios algo gruesos daban á su boca cierta expresión amorosa y de voluptuosidad, á que nunca pueden pretender los labios delgados y sutiles; y sus sonrisas frecuentes, llenas de encanto y de dulzura, manifestaban que no ignoraba cuánto valor tenían las dos filas de blancos y menudos dientes que en cada una de ellas francamente descubría. Cierta suave palidez, indicio de que su alma había sentido ya los primeros tiros del pesar y de la tristeza, al paso que hacía resaltar sus vagas sonrisas, interesaba y rendía á todo el que tenía la desgracia de verla una vez para su eterno tormento.

En el otro extremo del salón bordaban un tapiz varias dueñas y doncellas en silencio, muestra del respeto que á su señora tenían. Hablaba esta con su dama favorita, pero en un tono de voz tal, que hubiera sido muy difícil á las demás personas, que al otro lado de la habitación se hallaban, enlazar y coordinar las pocas palabras sueltas que llegaban á sus oídos enteras de rato en rato, cuando la vehemencia en el decir ó alguna rápida exclamación hacían subir de punto las entonaciones del diálogo entre las dos establecido.

—Elvira, decía doña María de Albornoz á su camarera, Elvira, ¡cuánta envidia te tengo!

—¿Envidia, señora? ¿A mí? contestó Elvira con curiosidad.

—Sí: ¿qué puedes desear? Tienes un marido que te ama, y de quien te casaste enamora-

da; tu posición en el mundo te mantiene á cubierto de los tiros de la ambición y de las intrigas de la corte...

—¿Y es doña María de Albornoz, la rica heredera y la esposa del ilustre don Enrique de Villena, quien tiene envidia á la mujer de un hidalgo particular?...

—¿De qué me sirve ser la esposa de ese ilustre don Enrique, si lo soy sólo en el nombre? mira lo que en este momento está pasando; tres días hace ya que partió á caza de montería; en esos tres días Fernán Pérez de Vadillo ha venido dos veces á ver á su mujer, y el conde de Cangas y Tineo prefiere á la vista de la suya la de los jabalíes y ciervos del soto. Elvira, si se hicieran las cosas dos veces, doña María de Albornoz no volvería á dar su mano á un hombre cuyos sentimientos no le fuesen bien conocidos, ¡maldita razón de estado! á un hombre de quien no supiese con seguridad que había de ser el mismo con ella á los tres años que á los tres días.

—¿Dónde está, señora, ese caballero?—preguntó con distracción Elvira, lanzando un suspiro.—¿Dónde está?

—¿Dónde está?—repitió asombrada la de Albornoz.—¿Tan difícil crees encontrar un esposo que me ame más que don Enrique?

—Si me lo permitís, diré que no sería difícil; pero desde que un esposo os ame más que don Enrique, hasta el hombre que buscabais hace poco, hay la misma distancia que hay desde la idea imaginaria que del matrimonio os habéis formado, hasta la realidad de lo que es este vínculo en sí verdaderamente.

—No te entiendo, Elvira.

—¿Y me entenderíais si os dijera que hace tres años que me casé enamorada con Fernán Perez de Vadillo, y que él no lo estaba menos según todas las pruebas que de ello me tenía dadas, y si os añadiese que ni yo encuentro ya en mi excelente esposo al amante por más que le busco, ni él acaso encontrará en mí á la Elvira de nuestros amores?

—¿Qué dices?

—Acaso no podréis concebirlo. Es la verdad, sin embargo; estad segura, empero, de que en Castilla difícilmente pudierais encontrar matrimonio mejor avenido; él me estima, y yo no hallo en el mundo otro que merezca más mi preferencia. ¡Ah! señora, no está el mal en él ni en mí: el mal ha de estar, ó en quien nos hizo de esta manera, ó en quien exige de la flaca humanidad más de lo que ella puede dar de sí... Perdonadme, señora: no debiera acaso hablar en estos términos, pero sólo á vos confiaría estos sentimientos, que quisiera mantener encerrados eternamente en mi corazón. La vida común, en la cual cada nuevo sol ilumina en el consorte un nuevo defecto que la venda de la pasión no nos había permitido ver la víspera en el amante, se opondrá siempre á la duración del amor entre los esposos. En cambio una estimación más sólida y un cariño de otra especie se establecen entre los desposados, y si ambos tienen alternativamente la deferencia necesaria para vivir felices, podrá no pesarles de haberse enlazado para siempre.

—¡Qué consuelo derraman tus palabras en mi corazón, Elvira! si tú no te consideras completamente dichosa, creo tener menos motivos para quejarme: sin embargo, de buena gana te pediría un consejo que creo necesitar. Si tu esposo te insultase diariamente con su frialdad y su indiferencia nada menos que galantes, si tus virtudes no te bastasen á esclavizarle y contenerle en la carrera del deber...

—Redoblaría, señora, esas virtudes mismas: no sé si el cielo me tiene reservada esa amarga prueba; pero si tal caso llegase, fuerzas le pediría sólo para resistirla y para vencer en generosidad al mal caballero, que con tan negra ingratitud premiase mi cariño y mi conducta irreprensible.

—Basta, Elvira, basta: seguiré tu consejo; está en armonía con mis propios sentimientos. Sí, la paciencia y la resignación serán mis primeras virtudes. ¡Ah, don Enrique, don Enrique! ¡y qué mal pagáis mi afecto! ¡y qué poco sabéis apreciar la esposa que tenéis!

—¡Tened, señora! ¿no oís la señal del conde? ¿no habéis oído una corneta?

—Imposible: llevan sólo tres días y fueron para cuatro.

—No importa; no he podido equivocarme: no, no me he equivocado; ¿oís las pesadas cadenas del puente?

—¡Cielos! No le esperaba. ¡Ah! estoy demasiado sencilla: Dios sabe si no será perdido el trabajo que emplee en adornarme.

—¿Qué decís?

—Sí, llama á mis dueñas.

Acercáronse dos dueñas de las que en la extremidad de la sala bordaban, á la indicación que Elvira les hizo levantándose, y prosiguió la condesa:

—Arreglad mis cabellos, pasadme un vestido con el cual pueda recibir dignamente á mi es-

poso: probablemente nos dará lugar: nunca que viene de fuera deja de dirigirse primero á la cámara del rey para informarle de su llegada. Jamás me parecerá bastante todo el cuidado que puedo tener en engalanarme y aparecer á sus ojos armada de las únicas ventajas que nuestro sexo nos concede. Este mismo cuidado le probará el aprecio que hago de su amor: acaso vuelva en sí algún día avergonzado de su conducta, y acaso no se frustren estas esperanzas que ahora te parecen infundadas.

Llegaron dos doncellas que en el menor espacio de tiempo posible recogieron sus hermosos cabellos sobre su frente y los prendieron con una rica diadema de esmeraldas; sustituyendo asimismo al sencillo vestido que la cubría otro lujosamente recamado de plata.

—Llegad, Guiomar,—dijo á una de sus sirvientes doña María de Albornoz,—llegad hasta el alabardero de la cámara del rey y ved de inquirir si es efectivamente don Enrique de Villena el caballero que acaba de entrar en el alcázar, como tengo sobrados motivos para sospecharlo.

Inclinó Guiomar la cabeza y salió á obedecer la orden que se le acababa de dar.

—¿Puedes comprender, Elvira, la causa que me vuelve á mi esposo un día antes de lo que esperaba? ¿Acaso habrá amenazado su vida algún riesgo inesperado?

—No lo temas, señora. En el día y en este punto de Castilla ningún miedo puede inspirarnos ni el moro granadino, ni el portugués: y por parte de los demás grandes, don Enrique está bien en la actualidad con todos. Acaso el rey le habrá enviado á buscar; algún asunto de estado podrá reclamar su presencia.

—Dices bien: me ocurre que la llegada del caballero que á todo correr entró esta mañana en el alcázar, pudiera tener algo de común con esta sorpresa...

—¿Qué motivos tienes, señora, para presumir?...

—Motivos... ningunos... pero mi corazón me engaña rara vez; y aun si he de creer á sus pensamientos, nada bueno me anuncia este suceso.

—¿Pero sabes, señora, quién fuese el caballero?

—Hanme dicho sólo que venía con un su escudero de Calatrava.

—¿De Calatrava? ¿y no sabes más?...

—Dicen que es un caballero que viene todo de negro...

—¿De negro?

—Quien me ha dado estos detalles ha dicho que no sabía más del particular; pero paréceme, Elvira, que te ha suspendido esta escasa noticia que apenas basta para fijar mis ideas: ¿conoces algún caballero de esas señas?...

—No, señora... son tan pocas las que me das...

—Estás, sin embargo, inmutada...

—Guiomar está aquí ya,—interrumpió Elvira, como aprovechando esta ocasión que la libraba de tener que dar una explicación acerca de este reparo de la condesa...—ella nos dará cuenta de...

—Guiomar,—dijo levantándose doña María de Albornoz al ver entrar á su mensajera de vuelta de su comisión,—Guiomar, ¿es mi esposo quien ha llegado?

—Sí, señora, es don Enrique de Villena.

—Elvira, nuestros esposos.

—No, señora, viene sólo con su juglar y con el escudero del caballero del negro penacho, que llegó esta mañana al alcázar.

—Mi corazón me decía que tenía algo de común un suceso con el otro... ¿Y por qué tarda en llegar á los brazos de su esposa, Guiomar?

—Señora, no puedo satisfacer á tu pregunta: ni yo he visto á tu señor, ni le han visto en la cámara del rey todavía.

—¿No?

—Parece que se ha dirigido en cuanto ha llegado á preguntar por la habitación del caballero recién venido de Calatrava.

—¡Qué confusión en mis ideas! Despejad vosotras: siento pasos de hombres: ellos son: Elvira, permanece tú sola á mi lado.

Oíanse, efectivamente, las pisadas aceleradas de varias personas, y se podía inferir que trataban andando cosas de más que de mediana importancia, porque se paraban de trecho en trecho; volvían á andar y volvían á pararse, hasta que se les oyó en el dintel mismo del gran salón. Las dueñas y doncellas salieron á la indicación de su ama, y sólo la impaciente doña María y su distraida camarera quedaron dentro, con los ojos clavados en la puerta que debía abrirse muy pronto para dar entrada al esperado esposo.

—Podéis retiraros,—dijo al entrar don Enrique de Villena á dos personas de tres que le acompañaban, y saludándose unos á otros cortésmente, el conde con su juglar se presentó dentro del salón á la vista de su consorte anhelante.

—Esposo mío,—exclamó doña María, previ-

niendo las frías caricias de su severo esposo: —¿tú en mis brazos tan presto?

—¿Os pesa, doña María?—contestó con risa sardónica el desagradecido caballero.

—¡Pesarme á mí de tu venida! yo que no deseo otra dicha sino tu presencia y que sólo para tí existo.

—Y que sólo para tí me engalano, pudierais añadir, hoy que os encuentro tan prendida sabiendo que estoy en el monte.

—Y si sólo tu venida...

—Me es indiferente, señora...

—Indiferente... ¡ah!... venís á insultar como de costumbre á mi dolor y á mi...

—Acabad...

—Sí, acabaré... á mi necedad...

—Basta; no estamos solos, señora...

—¡Elvira!—dijo la de Albornoz, echando sobre su camarera una mirada de dolor.

—Te entiendo, señora... te esperaré en tu cámara.

Salió doña Elvira del salón por una puerta que daba á otra pieza inmediata, con rostro decaído, ora procediendo su abatimiento de la prolongación imprevista de la ausencia de su esposo, ó, lo que es más creíble, de la esperanza chasqueada que de ver entrar al caballero de Calatrava había alimentado inútilmente.

—Ferrus, vos también podéis iros,—dijo don Enrique á su juglar:—esperadme en mi cámara, pero haced retirar á todo el mundo: que se acuesten mis donceles y mis pajes: vos solo podéis quedaros... tenemos que tratar materias en que no habemos menester testigos.

—Serás obedecido,—dijo el juglar, y salió dejando á la de Albornoz retorciendo sus manos en medio de su desesperación, y con los ojos clavados en el conde con cierto asombro, nada de extrañar en quien estaba como ella muy poco acostumbrada á tener con su esposo escenas solitarias, como la que al parecer de intento la preparaba.

—Ya estamos solos,—exclamó don Enrique levantándose.—Extrañaréis este paso sin duda, la de Albornoz ..—Al llegar aquí calló como si no estuviera muy resuelto todavía á decir lo que traía pensado, y empezó á pasearse á lo largo con pasos tendidos y acelerados...

—Perdonadme si no os he respondido más pronto,—contestó su esposa después de una ligera pausa;—creí que ibais á seguir hablando. ¿Deberé alegrarme de esta inesperada entrevista? ¿Por fin, vuestro corazón, don Enrique, se ha rendido á mi amor? ¿Habéis pensado ya decididamente volver la paz al pecho de vuestra esposa y cortar de raíz las rencillas que han amargado hasta ahora nuestra desdichada unión?

—¿Desdichada? maldecida, debierais decir, —murmuró entre dientes el conde, paseándose siempre sin volver los ojos una sola vez á mirar á su afligida mitad.

—Si tal es vuestro intento,—continuó sin oirle la de Albornoz,—¿qué tardáis en venir á los brazos de la mujer que más os ama y que no ha amado nunca sino á vos?... Desechad esa dura indiferencia... Si algún rubor de vuestra pasada frialdad os impide darme ese contento, yo os lo perdono todo.

—Perdón...—gritó fuera de sí el conde al oir esta palabra que le sacó de su letargo...—Perdón... vos á mí... ¿Y sabéis antes si os perdono yo á vos?

—¡Santo cielo! ¡qué palabras! ¿pues en qué pude yo ser culpable jamás? ¿En amaros demasiado, en sufriros?... ¡Ah! perdonad, pero soy vuestra esposa y tengo derecho á vuestro amor, ó por lo menos á vuestra consideración.

—No se trata ya de amor.

—¿Se ha tratado con vos alguna vez?

—Lo ignoro; sólo sé que ha llegado el caso de un rompimiento completo.

—¿Un rompimiento? ¡Desgraciada María!... ¿Y qué causa podréis alegar para tan indigna conducta?

—¡María!—gritó don Enrique.

—Sí, sacad el puñal todo: no os contentéis con apretarle en vuestra mano; aquí tenéis el corazón criminal que os ha querido bien, acabad de una vez con el único estorbo de vuestros intentos...: De otra manera, don Enrique, jamás conseguiréis esa separación; yo quiero antes saber el motivo que os conduce á...

—Ya lo podéis haber conocido; el estudio que ocupa todas las horas de mi vida me impide que me entregue como debiera á la contemplación de una belleza terrenal .. los hondos arcanos de las ciencias, el objeto importante de mis tareas misteriosas...

—¿Vos pretendéis embaucar como al vulgo de las gentes á vuestra misma esposa?... ¡Delirios!

—Bien, señora, pues que no os satisface esa respuesta, os diré secamente: *mi voluntad.*

—Para ese divorcio que pretendéis, necesitáis de la mía.

—Y esa es precisamente la que vengo á pediros...

¿Yo dar mi consentimiento?

—Vos... sí.

Jamás.

—¡María! ¿conoces mi furor? Tú me le darás...

—¡Ah! vos ocultáis mal vuestra perfidia: vos amáis á otra: no, no puede tener otro origen ese extraño interés que manifestáis.

¿A otra mujer?—interrumpió rojo de cólera don Enrique.—Cuando don Enrique de Villena pueda volver al estado de la estupidez y de la ignorancia de un ente que nace al mundo, entonces amará á una mujer...

—¡Mentís, don Enrique!...

—¿Mentís, María, habéis dicho? ¿Mentís?

—Nada temo ya; mentís como fementido caballero: yo os he visto más de una vez, yo os he visto profanar con miradas de iniquidad la faz más pura acaso y celestial que existe sobre la tierra: yo he leído en vuestros ojos el pecado: no me lo ocultaréis...

—¡Silencio!

—Los ojos de una mujer que quiere ven más de lo que pensáis los hombres insensatos é ignorantes en medio de vuestra sabiduría...

—¡Silencio, repito!—dijo con voz ronca don Enrique:—oíd; quiero conceder vuestras gratuitas suposiciones: ¿pretendéis, imagináis vencer mi repugnancia á fuerza de amor? Si tanto sabéis, no podéis ignorar que vuestra solicitud sería inútil...

—Lo sé; dad gracias, don Enrique, á que no de ahora lo sé, y á que he llorado muchas lágrimas que han desahogado mi corazón; que de no, con mis propias manos yo os hiciera pagar...

—Teneos, María; y acabemos... Si lo sabéis, y si ya de mucho tiempo habéis consentido en ello, de nada servirá vuestra tenacidad: dadme vuestro consentimiento y retiráos á un monasterio. Los estados de Salmerón, Alcocea y Valdeolivas que me trajisteis al matrimonio, pagarán espléndidamente vuestra dote.

—Nunca: lo sé, y sé que todos mis esfuerzos serán inútiles; cederé, sí, cederé á la fuerza de los sucesos; empero nunca pondré yo misma la primera piedra para el edificio de mi deshonra. Haced, don Enrique, lo que gustéis; pero puesto que queréis guerra, guerra os juro de muerte...

—María, es en vano: desprecio tus baladronadas: mira este pergamino: tu firma hace falta al pie...

—Dejadme... Soltad...

—No os iréis sin firmarle.

—¿Cuál es su contenido?

—Una demanda de divorcio que pedís vos misma...

—¿Yo? Soltad.

—No;—exclamó don Enrique deteniéndola con una mano, mientras la enseñaba el pergamino extendido sobre la mesa con la otra, en que relucía su agudo puñal.

—¡Nunca! ¡Socorro! ¡Elvira! ¡Elvira!—gritó la desesperada condesa huyendo hacia la cámara.

—Callad, ó sois muerta,—interrumpió con voz reconcentrada el conde, fuera de sí, arrojándose delante de ella para impedirle la salida:—callad, ó temblad este puñal.

Pero ya era tarde: la condesa había llegado al colmo de su indignación, que estallaba en aquella coyuntura con tanta más fuerza cuanto mayor tiempo había estado comprimida en el fondo de su corazón. En vano procuraba taparla la boca su iracundo esposo imponiéndole repetidas veces la mano sobre los labios: no bien la separaba, sonidos inarticulados se escapaban del pecho de la condesa y resonaban por los ámbitos del salón: en balde trataba el conde de sujetarla á sus plantas, la condesa, de rodillas conforme había caído al querer huir, hacía inconcebibles esfuerzos por desasirse de aquellos lazos crueles que la detenían.

—¿No firmaréis?—repitió cuando la tuvo más sujeta don Enrique:—¿no firmaréis?

En este momento se oyó una puerta que, girando sobre goznes ruidosos, iba á dar entrada en el salón á Elvira, que asustada acudía á las voces de su señora.

—Sí,—gritó levantándose la de Albornoz animada con el ruido de la puerta, que hacía perder asimismo su posición opresora al conde:—sí, firmaré, firmaré;—y añadiendo *pero de esta manera*, y precipitándose sobre el pergamino, lo arrojó al fuego inmediato, sin que pudiera evitarlo don Enrique estupefacto, á quien había quitado la acción la inesperada vista de Elvira.

—¿Qué tenéis, señora, que dais tantos gritos?—preguntó azorada Elvira, echando una mirada exploradora de desconfianza hacia el conde, que con los brazos cruzados, pero sin pensar en esconder el puñal, parecía su propia estatua enclavada en medio de su casa.

Arrojóse la condesa en brazos de Elvira sin tener aliento sino para exhalar tristísimos ayes y profundos suspiros, y regar con abundantes y ardientes lágrimas el pecho de su

camarera, donde ocultó su rostro avergonzado.

Volvió el conde al mismo tiempo las espaldas, sonriéndose con cierta expresión sardónica de desprecio y de indignación, y sin proferir una sola palabra que pudiese dar á Elvira la clave de lo que entre sus señores había pasado, anduvo varios pasos, escondió su puñal en la vaina, y al llegar á la pared apretó con su dedo un resorte oculto en la tapicería, el cual cedió y manifestó una puerta de la altura y ancho de una persona, secretamente practicada en aquella parte. Por ella desapareció como un espectro que se hunde en una pared ó que se borra y desvanece al mirarle detenidamente; que no otra cosa hubiera parecido el conde al espectador que le hubiera mirado estando ignorante de la salida misteriosa, la cual no dejó después de su desaparición la menor señal de fractura, raya ó llave, por donde pudiese conocerse que no era obra de magia ó de encantamiento.



CAPÍTULO CUARTO

> Este es aquel Albenzayde
> Que entre todos tiene fama.
>
> *[illegible]*

La cámara de don Enrique de Villena, adonde vamos á trasladar á nuestro lector, era una verdadera rareza en el siglo XV. Una ancha y pesada mesa, que en balde intentaríamos comparar con ninguna de las que entre nosotros se usan, era el mueble que más llamaba la atención al entrar por primera vez en el estudio del sabio. Varios voluminosos libros, de los cuales algunos abiertos presentaban á la vista del curioso gruesos caracteres góticos estampados, ó mejor diremos dibujados sobre pulidas hojas de pergamino; un reloj de arena; un enorme tintero, cuyos algodones hubieran podido prestar zumo para varios tomos en folio; dos ó tres lunas redondas, de aquellas con que solía surtir la reina del Adriático entonces á las personas ricas; algún espejo metálico girando sobre un eje á la manera de los modernos tocadores de las damas; varios instrumentos groseros de matemáticas, que el vulgo creía talismanes mágicos, y no pocos alambiques y redomas aplicables á usos químicos, si así podemos llamar á las confecciones misteriosas de los que en aquella época encanecían buscando la piedra filosofal ó la esencia del oro; crisoles y aparatos sencillos, si bien costosos, de física; eran los objetos que cubrían la mesa que hemos procurado describir: veíanse á otra parte de la habitación armas ofensivas y defensivas, que, según la estima que en aquellos tiempos belígeros tenían, no dejaban nunca de verse en las cámaras de los caballeros: una lámpara de cuatro mecheros, suspendida del artístico artesón, y otra manual y más pequeña colocada entre la confusión de objetos que llenaban la mesa, iluminaban el laboratorio del conde de Cangas y Tineo.

Un enorme sillón de baqueta, donde hubieran podido sentarse cómodamente más de dos personas, completaba el ajuar del misterioso personaje de nuestros primeros capítulos.

En la noche á que nos referimos, y á una hora medianamente avanzada consideradas las costumbres del siglo, se hallaba en aquella pieza un hombre solo, en quien el lector reconocerá al momento á Ferrus con sólo notar su sonrisa maligna y el aire de importancia y franqueza con que paseaba á lo largo y á lo ancho en una habitación, de que ciertamente no era él el dueño. Después de un momento de pausa,—Rui Pero,—dijo en voz baja Ferrus,—Rui Pero.

A esta interpelación se manifestó otro hombre en la cámara.

—¿Habéis llamado, señor Ferrus?

—Sí: ¿se ha recogido todo el mundo?

—Sólo queda en pie el ballestero de la parte exterior de la puerta.

—Bien.

—Y yo, que, como camarero de nuestro amo, estoy aguardando su venida para prestarle los servicios de mi cargo.

—Es inútil: yo le serviré.

—Mirad que soy su camarero.

—Le serviré, os he dicho; sé sus intenciones.

—En ese caso me retiraré.

—Es lo mejor que podéis hacer.

—Buenas noches, señor Ferrus.

—Esperad... decidme antes, ¿no habría algún paje cerca, por si fuese necesario después servirse de una tercera persona?...

—Jaime ha quedado conmigo: está en la antecámara.

—Llamadle.

—Está bien.

—Id con Dios. Ya se fué... No sé por qué razón,—dijo para sí luego que estuvo solo el juglar mirando á todas partes,—no sé por qué razón he de tener miedo, cuando estoy solo en esta cámara. Verdad es que nunca he podido comprender cómo hay hombres valientes; y eso que en más de un encuentro me he hallado yo mismo con el enemigo; pero puedo jurar que

me da más miedo esta soledad que la compañía de diez moros y veinte portugueses en un día de batalla. Estas voces que corren de que mi amo es nigromante y este aparato... ¡Dios me valga! no tocaría á una redoma de esas por mil cornados... ¿Quién sabe cuántas legiones de demonios podrán caber en cada una?... No será malo hacer la señal de la cruz y santiguarme... ¿Qué es esto?... ¡Ah! no es nada; es mi sobrecapote, lo estaba pisando: hubiera dicho que tiraban de mí... Disimulemos el miedo; ya está aquí el paje: es preciso buscar un pretexto para estar acompañado.

A esta sazón entraba ya un pajecito que podría tener catorce ó quince años todo lo más.

—El camarero dice...

—Sí, el camarero dice bien,—interrumpió Ferrus sin enterarse, y sin saber todavía qué pretexto suponer para justificar aquella intempestiva llamada.—¿Dormías, Jaime?

—Pesia mi alma si he podido en mi vida pegar los ojos en esta maldita cámara. El miedo me tiene más despierto que una liebre.

—¿El miedo?

—Pienso que puedo hablar francamente con el señor Ferrus, y que no irá á decir á su señoría...

—Habla sin temor. Vamos, el muchacho es de los míos,—dijo para sí el ingenioso juglar.

—Si va á decir verdad, puedo jurar por el salto que dió el Cid sobre la puerta de Burgos estando un día á caballo, según nos cuentan...

—Adelante.

—Puedo jurar que no veo sino espíritus del otro mundo... y á cada paso se me antoja que me arrebatan por los aires...

—¡Eh!—interrumpió Ferrus echando una mirada á todas partes.—¡Bah! niñerías, Jaime, niñerías; yo te creí hombre de más valor. ¡Qué valiente es uno,—añadió para sí,—cuando está con un cobarde!

—¿Niñerías? ¿os parece, señor Ferrus, que cuando las gentes han dado en hablar de la magia blanca ó negra, que ni aun eso quiero saber, de nuestro amo, no se lo tendrán bien sabido? Si hubierais de dormir, como yo, algunas noches tabique por medio con nuestro señor conde, ya me daríais noticias de las niñerías; y sino decidme, ¿con quién habla mi amo cuando no habla con nadie?

—Claro está, con nadie.

—Quiero decir cuando está solo.

—¿Y con quién puede hablar?

—¿Con quién ha de ser? con el diablo que me lleve: ello es que habla, y que á él nadie le responde, y que se pasa las noches de claro en claro trabajando y afanado sobre esos cacharros que llama crisoles y rodeado de llamas, y que anda un olor tal que, Dios me perdone, si se me pasa por la imaginación hacer conocimiento con el pomo de esencias de donde lo saca... Venid aquí,—añadió el barbilampiño cogiendo de la mano inesperadamente á Ferrus, que se estremeció al sentirse tocado en tan crítica circunstancia;—venid aquí, decidme qué significan esos garabatos que escribe sobre ese papel, y si no son signos diabólicos... ¡Mal año para mí! si quiero permanecer más tiempo al servicio del señor conde... no, sino estéme yo aquí y llévese el diablo mi alma una noche, sin tener arte ni parte en los productos que sin duda le dará á nuestro amo por precio de la suya. Os digo que no se pasarán tres días sin que me torne al servicio de mi hermosa prima Elvira. A lo menos allí no hay más hechizos que los de sus ojos.

—¡Tate! señor paje, ¿con que se os entiende también á vos de esotros hechizos?

—Os aseguro que no estoy para aplaudir vuestras gracias. Mirad bien esos caracteres.

—Bien, paje, pero no hay necesidad de acercarse tanto: verdad es que son raros; imagino, sin embargo,—añadió el coplero afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir,—imagino que esos pueden ser versos, porque has de saber que el conde hace versos... y como ni tú ni yo sabemos leer ni escribir, acaso maliciemos...

—¡Voto va! ¡no sabéis escribir! ¿Pues no hacéis vos trovas también?

—Cierto que hago trovas, y las canto, que es más; empero no las escribo.

—¿Eh? ¿no digo yo que esos serán encantos?... Mirad, Ferrus, os quiero porque nos soléis hacer reir en el hogar con vuestras sandeces, quiero decir, con vuestras sales... yo os aconsejaría que imitarais mi ejemplo, y os vinierais...

—Eso no, señor paje; paso, paso, que antes me dejaré llevar de todos los espíritus que tengan el menor interés en especular con mis huesos, que abandonar á mi amo. Verdad es que no las tengo todas conmigo; pero todos los caballeros de la Tabla redonda, incluso el rey Artus, que se volvió cuervo, ni los doce [illegible] Francia, no me convencerán de que don Enrique de Villena es tonto, y si él sabe más [illegible] yo, quiero yo perderme cuando él se pierd[illegible]...

—A la buena de Dios, señor Ferrus; ¿más no oís pasos?

—¡Santo cielo!—exclamó Ferrus.—¡Ah! sí, es don Enrique; sí, será don Enrique; vete retirando... poco á poco... ¡Jaime! más despacio; pudiera ser que no fuese él...

Miraba atento Ferrus á la parte de donde provenía el rumor, á tiempo que el paje, de suyo poco inclinado á esperar aventuras de ninguna especie, y menos de aquella á que él se figuraba pertenecer la que se presentaba, se había puesto ya en salvamento en la antecámara, donde le parecía que no estaba tan al alcance de los perniciosos efectos de las maléficas redomas que tanto temor le infundían. Santiguábase allí á su placer y dábase prisa á besar una santa reliquia que en el pecho para tales ocasiones llevaba, con más fervor que besaría un enamorado la blanca mano de su Filis dejada al descuido entre las suyas

Miraba atento Ferrus, y no esperaba nada menos que el ver alguna desmesurada fantasma ó ridículo endriago que viniese á pedirle cuentas de su mal pasada vida. Abrióse, por fin, una puerta tan secreta como la que en nuestro capítulo anterior hablando del salón dejamos descrita, y se presentó á los ojos del espantado confidente la persona del mismo don Enrique, á la cual daba cierto aire nada tranquilizador la escena que acababa recientemente de pasar entre él y su desdichada esposa, la de Albornoz.

—¡Maldita tenacidad!—entró diciendo con voz iracunda el enojado conde, sin reparar en su medroso confidente, ni menos acordarse de la orden que de esperarle en su cámara le tenía anteriormente conferida.—Mal conoce á don Enrique el desdichado que pretende atravesarse en el camino de sus planes,—añadió acercándose á la mesa;—resiste, infeliz, resiste mañana, todavía, y conocerás bien pronto quién es don Enrique de Villena.

—Señor, perdonadme si os he ofendido,—exclamó hincándose de hinojos el espantado Ferrus, é interpretando contra sí el sentido de las últimas palabras del conde, únicas que había oído distintamente.—Perdonadme..

—¡Ah! ¿estás ahí?—dijo don Enrique volviendo en sí:—¿qué haces en esa postura? ¿rezas, insensato?

—Sí, gran señor, insensato, pero te juro que mi intención es buena.

—Alza, ¿has perdido el juicio? Bien que nunca le tuviste. Alza, miserable, ¿no sabrás distinguir jamás cuándo es ocasión de farsas, y cuándo no?

—Dios me perdone,—dijo levantándose Ferrus;—Dios me perdone mis muchos pecados. Dame tus órdenes, y te probará tu esclavo si desconoce la oportunidad de servirte.

—¿Estás solo?

—Solo, con mi miedo, iba á decir el intempestivo juglar, pero el gesto mal encarado de su amo le recordó lo que acababa de decirle en aquel tono que tiene tanto prestigio sobre las almas débiles.—Solo, señor,—pronunció titubeando.—Jaime es el único que vela en la antecámara.

—Dale las señas de la habitación del caballero que ha llegado esta mañana de Calatrava. Que llegue á ella, que dé tres golpes y que pronuncie mi nombre en voz baja; nada más. Es señal convenida.

Salió Ferrus á obedecer la órden de su señor, y no tardó mucho en volver á entrar con la noticia de que quedaba desempeñada su comisión con el mismo celo de que tantas pruebas tenía dadas.

—En buen hora, Ferrus. Llégate más cerca y habla bajo. Conozco tu celo, y tú conoces mi poder. Hasta la presente creo haberte recompensado más allá de tus esperanzas, y aun más allá de lo que tus méritos exigían.

—Estoy harto pagado con el honor de servirte,—dijo el astuto juglar.

—Bien, dejemos lisonjas que tú no crees ni yo tampoco: toma esas monedas: cada cornado que aceptas debe pesar más que plomo en tu bolsillo si piensas faltarme algún día; del plomo sabría hacer oro si lo hubiese menester; pero también del oro sabré hacer fuego si tu conducta...

—Ofendes á Ferrus, señor.

—Quiero creerlo así: escucha, dame el pergamino que te he confiado. Bien. El maestre de Calatrava ha muerto; esta es la nueva que aquí me dan.

—Dios le haya perdonado, y tenga su alma..

—Bien; esas no son cuentas nuestras. Atiende primero; luego le encomendarás; en el estado en que está, puede esperar mucho tiempo: lo mismo es hoy que mañana. Nadie sabe en la corte todavía este importante suceso. El doncel favorito de Enrique III ha llegado á darme este aviso, y no ha descansado desde Calatrava hasta Madrid. Es preciso ser gran maestre de Calatrava antes que nadie piense en pretenderlo.

—Tendrás, señor, por enemigo á don Luis Guzmán, sobrino del muerto.

—Despreciable enemigo: otro tengo más cerca, Ferrus, y más temible.

—¿Más temible y más cerca?

—Sí, más cerca y más temible. Soy casado.

—Cierto que es mal enemigo la mujer propia...

—El instituto de la orden exige voto de castidad.

—También es mal enemigo ese voto.

—Tregua á las chanzas, Ferrus. No es el enemigo el voto, ni en eso pudiera yo pararme. ¿Pero cómo combinar ese voto con mi estado?

—No serás el primero que se haya divorciado; yo te citaré ejemplos...

—Ninguno ignoro, y el paso ya le he dado, pero inútilmente; he levantado la caza y he perdido el rastro. La de Albornoz ha dado en el más raro desatino que se pudiera imaginar, ama á su marido y es constante.

—Con todo, es mujer.

—Desgraciadamente, como hay pocas.

—¿Es posible?

—Y sin embargo es preciso buscar un medio.

Quedóse un momento pensativo el conde, como hombre que busca en su imaginación agotada algún arbitrio, ó que espera en la inacción que la casualidad le presente alguna idea luminosa que él se siente desesperado ya de encontrar.

Ferrus discurría en tanto más de prisa, y aun un buen fisonomista, al ver sus ojos inciertamente fijos en el conde y sus labios moverse por sí solos maquinalmente, hubiera conocido cuán importantes reflexiones ocupaban su cabeza, que era en realidad mejor y más firme de lo que á él le convenía aparentar. Bajo el velo de una lealtad ciega y de una estupidez atolondrada, ocultaba vastos planes, que sin duda hubiera llegado á realizar si la educación ignorante que había recibido en la clase ínfima de la sociedad, no le hubiera rodeado de preocupaciones y supersticiones vulgares, que continuamente se atravesaban como obstáculos insuperables en el camino de su ambición. En una palabra, no era el malvado bastante impío para las exigencias de su ambición. Ya hacía tiempo que varias conversaciones que había tenido con el conde le habían iluminado acerca de sus miras de alcanzar un maestrazgo; porque es de advertir que Villena, acostumbrado á no ver en Ferrus sino un juglar grosero é incapaz de planes para sí, lo tenía á su lado y en su favor con preferencia á cualquier otro: contaba con que era bueno para ejecutar, y á la par incapaz de penetrar los motivos de sus acciones, las cuales no siempre los tenían tan buenos que pudiese él gustar de que por el conducto de algún incauto ó taimado confidente llegase nunca el público á saberlos. Hacíase el conde, además, la doble ilusión tan común en los hombres, y especialmente en los de talento, de creer que era sumamente dificultoso escudriñar las causas de sus acciones y encontrar el hilo de sus intrigas. Así que, en muchas ocasiones en que no esperaba nada de la inventiva de su confidente, contábale, sin embargo, sus cuitas y hablaba altò delante de él, depositando en el taimado Ferrus sus más importantes secretos, con la misma tranquilidad con que deja un moro sus pecados en el agujero practicado para el descargo de su conciencia. Si quería Ferrus influir en las determinaciones de su señor, soltaba las ideas que á su entender había de aprovechar; pero soltábalas como ideas ocurridas al acaso, sin plan ni conocimiento, y riéndose él primero de su supuesto desatino: tenía de este modo la habilidad de hacer que creyese don Enrique que eran suyas propias las ideas que más de una vez le hacía él solo adoptar. Las más veces se contentaba con escuchar, afectando una completa inmovilidad é indiferencia en sus facciones, actitud que le favorecía mucho para no perder una sola palabra; y en estas ocasiones se hubiera creído que don Enrique y su juglar eran un solo ente compuesto de dos personas: la una sublime é inteligente que debía discurrir, hablar y proponer, y la otra material y bruta encargada de escuchar.

En la circunstancia actual revolvía Ferrus aceleradamente en su imaginación las ventajas que de lograr Villena el maestrazgo le podrían resultar, y cierto que no eran pocas. Don Enrique de Villena era rico por sí, es verdad, pero la pérdida de su marquesado de Villena le había privado de un sinnúmero de castillos y vasallos, y su condado de Cangas y Tineo estaba casi en su totalidad reducido á tener bajo su jurisdicción dos ó tres de los mejores montes de oso de toda España. Las posesiones que su mujer le había traído en dote eran pingües, mas nunca había querido contar con ellas como cosa suya, porque habiéndose llevado siempre mal con la de Albornoz, conocía que tarde ó temprano había de llegar entre ellos el punto de una eterna separación, y el caso por consiguiente de restituir lo que sólo en calidad de dote había recibido. Los maestres de las tres órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara eran entonces tres

potentados á quienes sólo la corona faltaba para poderse llamar reyes. Una infinidad de riquezas, castillos y vasallos no reconocían otro dueño, y su inclinación á cualquier partido hacía un contrapeso casi imposible de vencer por el mismo rey con todo su poder.

Todo esto sabía Ferrus, y bien se le alcanzaba que cuanto creciese en gloria su señor, crecería él en poder, y aun ¿quién sabe si habría concebido entre sus miras ambiciosas la de ser armado algún día caballero, y verse alcaide de alguna fortaleza ó clavero de la orden, ó aun algo más, si el viento le soplaba en popa como hasta la presente le había felizmente acontecido? Resolvió, pues, en su corazón poner de su parte cuantos medios estuviesen á su alcance para derribar el obstáculo que la de Albornoz presentaba á su futura grandeza, sin hacer escrúpulo alguno hasta de perderla si fuese preciso recurrir á medios violentos, que al parecer no debía tener adoptados todavía su agitado esposo. Quiso, sin embargo, explorar el campo y soltar alguna expresión por donde pudiera conocer la firmeza del terreno en que iba á aventurar su pie mal seguro.

—Es preciso buscar un medio,—repitió don Enrique después de otra pausa de inútil reflexión.

—Si mi mujer, gran señor, se empeñara en estar casada conmigo á la fuerza, ó me fingiría impotente...

—¿Estás loco? ¿impotente?

—¿Crees, señor, que ella resistiría á esa prueba?... ó... hallaría algún medio para que se quitase ese obstáculo por el mismo término que se nos ha quitado el obstáculo del maestre...

—¿Qué quieres decir?...—dijo espantado don Enrique.

—¡Eh!—dijo Ferrus, afectando una risa estúpida.—Digo que si yo, hablo de mí no más, si yo supiera hacer del plomo oro, como há un rato me has dicho, también sabría hacer de los vivos muertos.—Y clavó sus ojos en los del conde para explorar el efecto que había producido su expresión, bien como el muchacho, después de haber tirado la piedra, anda buscando con los ojos en el espacio el punto que debe marcarle el alcance de su tiro.

—Lejos de mí semejante idea; si la separación es imposible, no seré maestre; pero recurrir á una violencia, nunca; todavía no he manchado con sangre mi diestra: si la intriga no basta, no llamaré al puñal ni al veneno en mi socorro.

—¿La intriga?—repitió vagamente el juglar, convencido de que había aventurado demasiado;—¿sabes, señor, que si me das licencia, yo he de encontrar de aquí á poco una intriga que te plazca? Tengo una idea, ya sabes que soy un necio, ó poco menos, pero acaso el espíritu que suele protegerte se valga de este medio grosero é indigno de tu grandeza para poner en tus manos el deseado maestrazgo.

—¿Tú, Ferrus?

—Yo, señor: repito que tengo una idea...

—¿La impotencia de que me has hablado? Cierto que la impotencia es un pretexto excelente: en el último caso...—dijo para sí don Enrique,—¿quién se atrevería á probarme lo contrario? ¿Es esa impotencia de que has hablado? ¿ese medio que me pondría en ridículo y...?

—Mejor aún.

—¿Mejor? Habla, Ferrus, habla; te lo mando: me debes tu existencia, tus ideas.

—¿Y si me engañan mis esperanzas...? ¿si...?

—Habla de todos modos.

—Si quieres que declare mi proyecto, necesito callar un momento y meditarlo.

—¡Mentecato! ¡necio de mí en creer que de esa cabeza pueda salir una sola idea luminosa!

—¡De esta cabeza!—repitió por lo bajo Ferrus;—¡orgulloso conde! ¿quién sabe si de ella saldrá un día tu ruina?—Y añadió en voz alta:—Si me concedes el permiso de callar, ilustre conde, y el de retirarme en el acto, el maestrazgo es tuyo.

—¿Mío? ¡imbécil! Y si estoy siendo juguete de una ilusión y de una quimérica esperanza, juglar, si me haces perder momentos preciosos, ¿qué castigo te sujetas á sufrir?

—La caída de tu gracia, el sentimiento de no haberte podido servir; ¿te parece tan ligero?—contestó Ferrus con serenidad.

Este cumplimiento lisonjero del hipócrita desarmó enteramente al irritado conde.—Bien,—dijo,—te doy permiso; una sola condición quiero imponerte: supuesto que nada me ocurre á mí propio que pueda ser de provecho en tan crítica circunstancia, quiero probar tu entendimiento: ¿sabes empero lo qué es la vida? ¿Sabes lo qué es mi honor? Respeta la primera en la víctima, y el segundo en tu amo: ¿te acomoda esta condición?

Una inclinación de cabeza manifestó el asentimiento del juglar.

—En buen hora: adiós,—dijo el conde levantándose,—Ferrus, *vida y honor;* si infringes los tratados, tu sangre me responderá de tu

malicia ó de tu ignorancia, y pagarás cara tu loca presunción: serás la primer víctima que podrá acusarme de haber borrado un ser de la lista de los vivientes.

Otra inclinación de cabeza, su elocuente silencio y la resolución con que Ferrus salió de la cámara, tranquilizaron algún tanto al inquieto Villena, si bien poco ó nada esperaba de la inventiva del juglar.

Volvióse á su sillón después de la marcha del confidente, ora calculando qué esperanzas podía fundar en su jactancia y seguridad, ora queriendo adivinar los proyectos del loco, ora disponiéndose, en fin, á otra entrevista que debía tener aquella noche misma con un personaje nuevo, que en el siguiente capítulo daremos á conocer á nuestros lectores; entrevista que él creía antes que todo, y antes que el descanso de sus miembros fatigados, necesaria al buen éxito de sus ambiciosas intrigas.



CAPITULO QUINTO

De un ardiente amor vencido,
Dice: – De cuatro elementos,
El fuego tengo en mi pecho,
El aire está en mis suspiros,
Toda el agua está en mis ojos,
Autores de mi castigo.

Romance del rey Rodrigo.

Hacia otra parte del alcázar de Madrid, y en un aposento que á su llegada se había secretamente aderezado por las gentes de Villena, descansaba, reclinado en un modesto lecho, un caballero á quien no permitía cerrar los ojos al sueño un amargo pesar, de que eran claros indicios los hondos y frecuentes suspiros que del pecho lanzaba.

Algo apartado de él, aderezaba una ballesta con aquel silencio de deferencia propio de un inferior, y á la luz de una mortecina lámpara que sobre una mesa ardía, aquel mismo Hernando que tan intempestivamente había distraído de la caza al conde de Cangas y Tineo, según en el primer capítulo de nuestra verídica historia dejamos referido.

A los pies de entrambos dormía un soberbio can, de la familia de los alanos; y su inquietud y sus sordos é interrumpidos ronquidos, único rumor que en medio del profundo silencio variaba la monotonía de los suspiros de su amo, daban lugar á sospechar que soñaba acaso hallarse en persecución de algún azorado jabalí en medio del monte enmarañado.

—Hernando,—dijo por fin el angustiado caballero,—mañana habremos de madrugar para partir con el alba; recógete y descansa.

—¿Y tú, señor? ¿no tañerás de acogida?—respondió Hernando.

Debemos advertir para la más fácil inteligencia de nuestros diálogos sucesivos, que Hernando, hijo de un montero de Don Juan I, y montero él mismo, sólo vivía en la caza y en el monte, y así pensaba él en hablar otro lenguaje que el de la montería, como por los cerros de Ubeda. No conocía más amistad que la que con los venados del monte hacía tantos años tenía establecida, ni más amor que el de su fiel Brabonel, tal era el nombre del poderoso alano que á sus pies roncaba, al cual distinguía de todos los demás perros que á la sazón en la corte de Don Enrique tenían nota de valientes, no sólo por su constancia en seguir y acosar días y noches enteras á la res, sino también por el conocimiento extremado con que buscaba la osera y escatimaba el rastro y levantaba al oso donde quiera que estuviese escondido. Pagábale, en verdad, el leal Brabonel con usura su marcada afición, y conocíase esto más que en nada en no querer recibir el alimento sino de la propia mano del laborioso montero. Sólo se le conocía á Hernando un flaco, que contrapesaba casi siempre con ventaja el cariño que á su perro tenía, á saber, la fidelidad á su amo, único hombre á quien manifestaba respeto y deferencia, y para quien moderaba y suavizaba la condición agreste que en los bosques se había formado con no poco perjuicio de sus adelantos é intereses, pues solía responder á un cumplimiento con palabras tan duras y ofensivas como la ballesta que en la diestra llevaba las más horas del día, en muestra de su pasión montaraz. Con esta pequeña digresión, que en vista de su importancia nos perdonarán fácilmente nuestros lectores, estarán más éstos dispuestos á interpretar la técnica jerigonza con que entreveraba los más de sus discursos y conversaciones.

La pregunta que acababa Hernando de dar por respuesta al taciturno caballero, no tardó en obtener una contestación aclaratoria de la situación del espíritu de aquel á quien se dirigía.

—Nunca, Hernando, nunca,—repuso el atribulado señor,—nunca encontrará el reposo entrada en mis párpados desvelados. Mañana al lucir el día partiremos de nuevo para Calatrava, si esta noche, como lo espero, queda concluída la comisión que á Madrid nos ha traído. ¡Si tú supieras cuánto me pesa la atmósfera en la inmediación del!...

Al llegar aquí detuvo la lengua el caballero como si hubiera temido haber dicho ya demasiado con respecto al secreto que tanto en su corazón pesaba.

—¿Y hemos de seguir atados á la traílla del conde? Por el soto de Manzanares te aseguro que no comprendo cómo un caballero que ha seguido siempre el sonido de la bocina del buen rey Enrique, puede vivir contento andando al monte del nigromante de...

—Silencio, Hernando; haces mal en ofender al conde de Cangas con esas voces que el vulgo ha adoptado, tal vez con sobrada ligereza. Verdad es que soy doncel de su alteza; empero aceptando el encargo del conde, aprovechaba el único medio que á la sazón tenía para desembarazarme de la confusión de la corte, que aborrezco.

—Sólo desde que levantaste la caza... porque antes la amabas como yo amo el monte.

—Como quieras: no por eso dejará de ser verdad que en el día la aborrezco. La muerte es la que me espera en la çorte: una estrella fija que la acompaña siempre y que luce en medio de ella como Venus entre los demás planetas, deslumbra mis débiles ojos... La afición que desgraciadamente me ha tomado el rey no hubiera permitido que yo me separase con ningún pretexto de esa corte, donde he de encontrar mi perdición, á no haberle alegado su mismo tío el de Villena, á quien nada puede negar, la falta que de mí tenía. Supe que el conde necesitaba un emisario en Calatrava, fingí adaptar mi carácter al suyo, y aceptó mis servicios. Y he pretendido que esta venida se mantuviese oculta á todo el mundo, y así lo he exigido de don Enrique, porque si el rey supiera mi estancia en su propio palacio, no me sería tan fácil volver al lugar apartado, donde la distancia de la causa de mis penas me pone á cubierto de los peligros que su inmediación me prepara.

—Confieso, señor, que no entiendo tu manera de cazar. ¡Voto va! cuando yo sé que hay venado en el monte, en vez de salirme de él, cada vez me interno más en la maleza, y ó perezco en la demanda, ó salgo con la res.

—Bien, Hernando; pero el venado de los montes donde cazas es tuyo y de todo el que tiene perros para levantarle.

—¿Tiene, pues, dueño el venado que has visto? Te asiste entonces sobrada razón. Nunca he metido mis sabuesos en monte ajeno ni ve-

dado. A quien Dios se le dió, San Pedro se le bendiga. Pero en justa compensación, ¡ay del que hiciera resonar una bocina en monte de mi señor! Mi fiel Brabonel, que duerme ahora descansadamente, y la punta de mi venablo le enseñarían la salida y le sabrían obligar á tañer de sencilla (1).

—Hernando, calla, calla por Dios y por Brabonel.

No sabía el tosco montero, poco cortesano, cuán adentro había entrado en el corazón de su señor su última alegoría, más despedazadora que el aguzado acero de su mismo venablo.

—Callaré; pero antes he de decir que el montero que pasa por monte vedado, si el diablo le tienta para escatimar el rastro, ha de apretar los ijares al caballo é irse á monte suyo. ¡Voto va! que hay venados en el mundo y no se encierra en un monte solo toda la caza de Castilla. Yo quiero darte el ejemplo. ¿Te parece que no habrá sufrido Hernando cuando ha oído esta tarde en medio del monte las bocinas de sus amigos, y cuando en vez de aderezar la ballesta ha tenido que contentarse con sacar del bolsillo un inútil pergamino, y volverse como perro cobarde con las orejas agachadas y sin siquiera ladrar, por obedecer á su amo?

—Seguiré tu consejo, Hernando,—repuso el caballero lanzando un suspiro,—le seguiré, y con la ayuda de Dios y de mi buen caballo, estaremos al alba fuera de Madrid. Recógete, pues, Hernando, y descansa.

No había acabado aún de hablar el resuelto caballero, cuando levantándose Brabonel sobre sus cuatro patas, abrió una boca disforme, lamióse los labios, agitó la cola, y sacudiendo las orejas, acercóse á pasos lentos y mesurados á la puerta, como dando muestras de oir algún rumor que reclamaba su atención y vigilancia. No tardó mucho en romper á ladrar después de haber imitado un momento por lo bajo el sordo y lejano redoble de un tambor.

—Brabonel,—dijo Hernando acercándose y dándole una palmada en el lomo,—vamos, ¿qué inquietud es esa? No estamos en el encinar. ¡Vamos, silencio!

Lamió las manos de Hernando el animal, más tranquilo ya con el tono seguro y reposado de su amo, y de allí á poco tres golpecitos iguales y misteriosos sonaron en la puerta, que Hernando se acercó á abrir, preguntando antes quién á semejante deshora venía á turbar el reposo de los caballeros que habitaban aquella parte del alcázar.

Don Enrique de Villena, respondió en tono algo bajo una voz mal segura que delataba la corta edad del que la emitía.

—Abre, Hernando; es la señal,—dijo en oyéndola el caballero, y se levantó del lecho donde yacía vestido;—abre y retírate. ¡Lléveme el diablo si no quiero reconocer esta voz, y si comprendo por qué es este el emisario de don Enrique!

Abrió Hernando la puerta, y Jaime el pajecillo, á quien enviaba el conde de Cangas y Tineo, entró en el aposento, manifestando bien á las claras cuánto gusto tenía en poner término al miedo que se había acrecentado en él al recorrer las escaleras oscuras y largos corredores poco alumbrados del espacioso alcázar de Madrid.

Retiróse Hernando, obediente á las indicaciones de su señor, y con él el terrible alano, á cuya vista se había detenido algún tanto el azorado paje en el dintel de la puerta. No bien hubieron desaparecido los dos importunos testigos, cuando alzando la cabeza el caballero y alzándola el paje, entrambos á dos quedaron inmóviles dudando aún de la identidad de la persona que cada uno de ellos en frente de sí veía. Revolvía el primero en su cabeza mil ideas encontradas: dudaba si sería aquél el emisario de don Enrique, y reflexionaba si podría haber dado la señal convenida, sin saberla, por una casualidad posible, si bien no probable. En este último caso pesábale de que aquél más que otro supiese su repentina llegada.

El paje fué el primero que volvió del estupor en que su agradable sorpresa le había puesto, y arrojándose casi en brazos de su interlocutor: —¿Vos en Madrid? ¿sois vos, señor Macías?—exclamó.

—¡Silencio, paje indiscreto, silencio!—dijo el caballero, separándole con extraña frialdad, que cortó la manifestación de su alborozo:—hay más gente que nosotros en el castillo, y las paredes oyen, y oyen más que las mujeres.

—¡Ah! perdonad, señor... señor Ma... no os sé llamar de otra manera; como me daba tanto gozo pronunciar vuestro nombre, no creí que podría ser malo... Pero ya veo que habéis mudado de amigos, y no sois el que antes erais. Bien dice mi hermosa prima Elvira, que no hay afecto que dure, ni hombre constante... Me voy, me voy.

—Detente, paje: has hablado demasiado para no hablar más. ¿Dice eso tu prima Elvira? ¿cuándo? ¿á quién lo dice? habla,—repuso el ca-

(1) Toque de los cazadores, cuando no encontraban venado y querían salir del monte.

ballero, á quien llamaremos por su nombre de aquí en adelante, supuesto que ya nos le ha revelado el imprudente paje;—habla,—repitió asiéndole fuertemente de un brazo, no pudiendo disimular la vibración de la cuerda principal de su corazón, herida fuertemente por el muchacho.

No sabía el paje si su antiguo amigo, como le había llamado, había perdido el juicio; mirábale de alto abajo y sonriéndose por fin le contestó:

—Os preciáis de invencibles los caballeros, y ved aquí que una sola palabra de un pobre paje ha alterado toda la serenidad de un doncel tan cumplido como el trovador M... no tengáis miedo, no lo volveré á pronunciar. Pero veo en el calor con que habéis oído mis palabras,—añadió maliciosamente,—que tomáis todavía algún interés por vuestras antiguas conexiones.

—¿Te complaces en atormentarme, paje? ¿De parte de quién vienes? ¿qué te trae aquí? Si es quien tengo motivos para sospechar, dílo presto; nunca enviado alguno habrá logrado una recompensa más brillante.

—Os equivocáis. Guardad la recompensa para mejor ocasión.

—¡Cielos!—exclamó Macías.—Bien que...—añadió para sí,—¿no ignora mi venida? ¿Y no es mi voluntad que la ignore?—¿Te envía el infierno para abrir mis heridas mal cicatrizadas?

—Bien podéis decir que me envía el infierno, porque vengo de parte de su mayor amigo.

—¿Estás loco?

—Del nigromante. ¿No me entendéis?

—¿Es posible que el conde no pueda destruir esa voz injuriosa que corre de él y crece de día en día?

—Buenas trazas lleva de querer destruirla, y ha alhajado su gabinete por el estilo del de el físico de su alteza, el judío Aben-Zarsal, y se andan á la magia de mancomún...

—¡Silencio otra vez! dejemos la magia y el judío y el nigromante. Respóndeme, paje. ¿Y por qué te envía á tí don Enrique de Villena? No me había dicho que serías tú su emisario.

—Os lo diré si me soltáis este brazo, que me va doliendo más de lo que es menester: no os acordáis que tengo quince años. Si el brazo fuera de mi prima, no os distrajerais de esta manera.

—Basta; habla, pues, la verdad; con esa condición te suelto.

—Apuesto que me habéis hecho un cardenal.

—¿Quieres apurar mi paciencia, paje? Habla, ó te hago otro en el otro brazo.

—Piedad de mí, señor caballero. Pero no dudéis que me envía don Enrique. «Busca la habitación donde para el caballero que ha llegado esta mañana de Calatrava,» me dijo de su parte Ferrus, «llega á la puerta, da tres golpes, y pronuncia el nombre del señor de Villena.»

—Bien, lo sé; era la señal convenida para anunciarme que le esperase. ¿Pero eres por ventura de su familia?

—Sí soy: habéis de saber que don Enrique, estando un día con Fernán Pérez de Vadillo...

—¿Fernán Pérez?

—Sí, el marido de Elvira, á quien conocéis como á mí...

—Prosigue, paje, y no me irrites más con tus digresiones.

—Me vió en el cuarto de mi prima y hube de agradarle: díjome que si quería servirle en clase de paje, y acepté á pesar de mi prima, que quería tenerme á su lado, porque como sólo conmigo podía hablar de... ¿queréis que lo diga?

—Acaba, paje del infierno.

—De vuestra señoría,—añadió el paje malicioso quitándose una especie de birrete que en la cabeza traía, y haciendo una profunda cortesía.

—¿De mí? ¡ah! tiembla, Jaime, si te diviertes á mis expensas.

—Os quiero demasiado para eso; como os digo, entré á servirle, pero os juro que desde mañana me vuelvo al lado de mi prima, porque he cobrado miedo á sus hechizos. Dicen que sabe alzar figura y... ¡Jesús!... yo me entiendo.

—Paje, óyeme: nadie en el mundo pudiera haberme hecho más feliz con menos palabras: tú has renovado ideas que yo debiera haber abandonado hace mucho tiempo; pero nadie puede más que su destino. Si en tu vida has sospechado alguna cosa del mal que padezco, calla como la tumba: si nada has sospechado, nada preguntes, nada inquieras. Sobre todo, vuelvas ó no al lado de Elvira, júrame no abrir tu boca para decir que me has visto en Madrid; toma,—añadió quitándose un anillo que en el dedo pequeño traía,—toma, y éste te recordará la obligación en que quedas conmigo, y que el doncel de Enrique III no olvida jamás á las personas que una vez quiso bien. Ahora parte y calla. Nada has oído, nada has visto.

—Señor doncel, ignoro el valor de estos diamantes, pero aunque fuera este anillo de hierro, bastaba para lo que yo le quiero. Decidme sólo que no quedáis enojado conmigo.

—¿Enojado, Jaime? ¿enojado? ¡dichoso, Jai-

me! Adiós; si algún día necesitas del socorro de un caballero, acuérdate del doncel de Enrique III, adiós; á esta hora no me convendría que te encontrase nadie en mi aposento: parte, Jaime, y si vuelves á don Enrique, dí que tu comisión ha quedado completamente desempeñada.

Acomodó el paje en el dedo en que mejor ajustó el anillo del doncel, y despidiéndose afectuosamente, no tardaron en oirse sus pasos por los corredores; de allí á poco sus ecos fueron gradualmente perdiendo sonido hasta desvanecerse y perderse del todo en la distancia.

La escena del diálogo inesperado que acababa de sostener el desdichado doncel, no era lo más á propósito para tranquilizar su agitado espíritu. En cuanto dejó de oir los últimos ecos de los pasos del mancebo, que había abierto casi inocentemente sus antiguas llagas y había echado leña seca en el fuego que ardía, hacía poco al parecer amortiguado, en su pecho, cerró su puerta y comenzó á pasear su pena por la pieza con pasos tan vagos como sus ideas. Largo espacio de tiempo duró en aquel estado de lucha consigo mismo, ora paseando aceleradamente, ora parándose de repente como si el movimiento de su cuerpo se opusiese al de sus pensamientos. «Dulce señora mía, —exclamaba de cuando en cuando, —duélete de tu caballero, y no quieras á rigores acabarle.» «Jamás, decía otras veces, jamás le diré mi pensamiento; el fuego que me devora habrá entregado al viento la última pavesa de mis cenizas antes de que sepas, oh señora mía, que tus ojos le han prendido. ¿No había, cielos, otras bellezas,— añadía después, —de quien pudierais haberme hecho prendarme, que fué preciso que me entregaseis á discreción de la única tal vez de quien un juramento sagrado y una unión mil veces maldecida, para siempre me separan? ¡Yo romperé esa ara, yo la destrozaré! ¡yo hollaré con mis propios pies ese altar funesto que nos divide!» concluía al cabo de un paseo más agitado.

Pero de allí á poco volvía la reflexión á ocupar el lugar de la pasión y se le oía entre dientes: «No; el infeliz Macías te probará el exceso de su amor en el mismo exceso de su silencio: él será eternamente desdichado, pero jamás tendrá valor para perturbar tu felicidad.»

En estos y otros soliloquios á éstos semejantes le encontró el momento de la visita que esperaba. El conde de Cangas y Tineo, envuelto en un sobrecapote de fino vellorí, y con una linterna sorda en la mano para alumbrar sus pasos, se presentó llamando á su puerta. Abrióle, y después de un corto y silencioso saludo, dieron principio al importante coloquio que nos vemos precisados á dejar para otro capítulo.



CAPÍTULO SEXTO

Calledes, conde, calledes.
Conde, no digáis vos tale.
. . . .
El conde desque esto oyera
Presto tal respuesta hace:
—Ruégote yo, caballero,
Que me quieras escuchare.
El conde Dirlos.

Cuando don Enrique de Villena entró en el aposento de Macías, éste le arrimó un asiento, el cual ocupó sin hacerse de rogar, como hombre que se reconoce superior en jerarquía al que guarda con él una consideración. Macías se sentó en otro, colocándose de suerte que quedaba la mesa con la lámpara que en ella ardía en medio de los dos; y lo hizo con el aire de un hombre que si bien se cree en el caso de tributar atenciones á aquél con quien está en sociedad, no se imagina de ninguna manera en posición de sostener de pie, con él sentado, una larga conferencia. Colocados de esta manera, daba la luz de lleno en el rostro de entrambos, y como creemos no haber dado hasta ahora idea alguna de las fisonomías y exterior de estos dos principales personajes de nuestra narración, aprovecharemos esta coyuntura favorable para describir lo que en ellos hubiera visto ó al menos creído ver cualquier observador que los hubiera acechado, por pocos progresos que hubiese hecho en el arte Lavateriano, posteriormente reglamentado por el sabio abate, pero cuya existencia tiene tanta antigüedad como el dicho vulgar, en todos los países y épocas conocido, de que los ojos son las ventanas del corazón y la cara el traslado del alma.

Don Enrique de Villena era de corta estatura; sus ojos, hundidos y pequeños, tenían una expresión particular de superioridad y predominio que avasallaba desde la primera vez á los más de los que con él hablaban; su voz era hueca y sonora, calidades que no contribuían poco á aumentar en el vulgo la impresión mágica que en los ánimos débiles ejercía. Su nariz afilada y su boca muy pequeña le daban todo el aire de un hombre sagaz, penetrante, vivo, falso y aun temible. Sin embargo, como ha podido inferir el lector de su diálogo con Ferrus, no estaba tan corrompido su corazón que no respetase todavía en la sociedad en que vivía una porción de consideraciones, que su criado, por el contrario, atropellaba sin el más mínimo escrúpulo de conciencia. De Ferrus dijimos que no era el malvado bastante impío para sus fines, y de don Enrique podemos, por el contrario, asegurar que no era el impío bastante malvado para los suyos. Naturalmente afeminado y dedicado al estudio, faltábanle el vigor y la energía de carácter que corona las empresas aventuradas. Difícil nos sería decir si era ó no religioso: nos contentaremos con exponer á la vista del lector varios rasgos que pueden caracterizarle cumplidamente bajo este dudoso punto de vista, y él más que nadie podrá juzgar si era la religión para él un instrumento ó una preocupación.

El interlocutor que enfrente tenía era un mancebo que en caso de duda hubiera podido atestiguar con su propia persona la larga dominación de los árabes en Castilla. Su color era moreno, sus cabellos negros como el azabache; sus ojos del mismo color, pero grandes, brillantes y guarnecidos de largas pestañas: una sola vez bastaba verlos para decidir que quien de aquella manera los manejaba era un hombre generoso, franco, valiente y en alto grado sensible. Un observador más inteligente hubiera leído también, en su lánguido amartelamiento, que el amor era la primera pasión del joven. Su frente ancha, elevada y espaciosa, y su nariz bien delineada, denunciaban su talento, su natural arrogancia y la elevación de sus pensamientos. Ornábale el rostro en derredor una rizada barba que daba cierta severidad marcial á su fisonomía: su voz era varonil, si bien armoniosa y agradable; su estatura gallarda.

—Macías,—comenzó á decir don Enrique

de Villena después de un breve espacio en que pareció reunir todas sus fuerzas para determinarse á proponer sus ideas,—vengo á daros la muestra que de gratitud os debo por la exactitud con que habéis cumplido la delicada comisión que en vuestras manos confié. Decidme si es posible que tenga alguien en la corte noticia de la muerte del maestre.

—Señor,—respondió Macías,—Hernando y yo no hemos cesado de correr desde Calatrava á Madrid, y á nuestra salida del monasterio éramos los únicos que en la villa sabíamos el infausto acontecimiento: en dos días lo menos no se tendrá en Madrid más noticia que la que nosotros queramos esparcir.

—Ninguna. Dadme vuestra palabra.

—De caballero os la doy.

—Permitidme ahora que os pregunte si habéis sospechado cuál puede ser mi objeto.

—Lo ignoro,—respondió Macías asombrado de la pregunta.

—Sabedlo, pues: creo no haberme equivocado cuando he pensado en vos para la ejecución de mis planes: el paso que, conociendo ya mi carácter, disteis viniendo á ofrecerme vuestros servicios en Calatrava, me hace pensar que habéis formado planes para vos mismo análogos acaso á los míos.

—Os juro que no tenía más plan que el de serviros.

—¡Doncel!—dijo sonriéndose don Enrique,—en vuestra edad es natural el rubor de confesar ciertas intenciones...

—No os entiendo...

—No importa: si nuestros intereses están unidos, y si os sentís con audacia para poner los medios que he menester, guardad silencio, tanto mejor. Oidme, que acaso mi confesión facilitará la vuestra. Intento ser maestre de Calatrava,—añadió bajando la voz.

—¿Vos, señor?

—¿No lo habéis sospechado nunca? Pues bien, si don Enrique de Aragón es algún día maestre de Calatrava, el doncel Macías se llamará comendador. ¿Queréis ocupar otro puesto que os venga mejor?

—Ni tanto, príncipe generoso,—respondió Macías inclinando respetuosamente la cabeza y mirando con asombro al maestre futuro.

—Dejad esa inoportuna modestia: imagino que entrambos nos conocemos,—dijo Villena apretando la mano del mancebo admirado.—¿Estáis sorprendido?

—Permitid que me confiese asombrado. Los vínculos sagrados del himeneo os unen á una mujer, y no podéis ignorar que este es un obstáculo insuperable.

—Obstáculo sí; insuperable, ¿por qué?—exclamó don Enrique, apoyado en la seguridad del plan que acababa de inspirarle su juglar poco antes de venir á buscar al doncel, y que él había abrazado con tanta más confianza cuanto que su pérfido consejero había empleado para hacérsele adoptar los acostumbrados recursos que arriba dejamos indicados. Verdad es que el plan era diabólico, y tanto había admirado á don Enrique, que aquella había sido la primera vez que había llegado á dudar si efectivamente el espíritu enemigo del hombre tendría poder para sugerir ideas á sus fieles servidores.

—¿Por qué?—repitió Macías;—esperad: sólo un medio entreveo: ¿consiente vuestra esposa en un divorcio ruidoso y?...

—Jamás consentirá. En balde la he querido reducir.

—En ese caso...

—Oídme. Cuento con vos.

—Disponed de mis pocas fuerzas, si el honor y...

—Oid y dejad á un lado esas fórmulas vacías de sentido, inútiles ya entre nosotros, para usarlas con el vulgo que se paga de ellas.

Encendiéronse las mejillas de Macías, y bien hubiera querido interrumpir á Villena para darle á conocer cuán lejos estaba de considerar el honor fórmula vana; pero el conde, que interpretó á su favor el rubor del mancebo, prosiguió sin darle lugar á hablar:

—Doncel, mañana al caer del día procuraré que doña María de Albornoz, mi respetable esposa, no interrumpa su costumbre diaria de pasear por el soto, camino del Pardo; acompáñala por lo regular en este paseo diurno y solitario su camarera Elvira: cuando se haya separado largo trecho de sus demás criados, un caballero, convenientemente armado y ayudado de los brazos que creyese necesarios, arrebatará á la condesa de la compañía de Elvira. ¿Qué tenéis?

—Nada; proseguid,—repuso Macías pudiendo contener apenas su indignación.

—Observaránse las precauciones necesarias para que ella y el mundo entero ignoren eternamente su robador y su destino. Guardados en tanto por mis gentes los pasos de los que pudieran venir de Calatrava á dar la noticia de la muerte del maestre, sabré ganar tiempo para

que de ninguna manera coincida un acontecimiento con otro. Permitidme acabar: me resta designaros el osado y valiente caballero que, robando á la condesa, ha de dar el paso más difícil en tan importante empresa. Si una placa de comendador de la orden no es suficiente recompensa para su ambición, él será el verdadero maestre, y después de don Enrique de Villena nadie brillará más en la corte en poder y en riqueza que el doncel de don Enrique el Doliente.

—¿El doncel de don Enrique el Doliente?—interrumpió el impetuoso mancebo levantándose y echando mano al puño de su espada.—¿El doncel de don Enrique el Doliente habéis dicho, conde? ¡Santo cielo! bien merece ese desdichado doncel el injurioso concepto que de él habéis indignamente formado, si tantos años de honor no han bastado á impedir que los hipócritas le cuenten en su número despreciable. Bien lo merece, juro á Dios, pues que su espada permanece aún atada en la vaina por miserables respetos, sin castigar al osado que mancilla su buen nombre y espera de él cobardes acciones.

—¡Doncel!—exclamó asombrado, levantándose también á este punto, el conde de Cangas y Tineo. No le permitió pronunciar más palabra en un gran rato la cólera que de él se apoderó al ver defraudadas tan inopinadamente sus anteriores esperanzas. Deteníale, sobre todo, la vergüenza de haber descubierto sus planes al mancebo sin más fruto que su amarga reconvención, y culpábase en su interior de no haber explorado más tiempo el terreno arenoso sobre que había sentado el pie arriesgadamente.

—¡Doncel!—repitió ya en pie,—¡vive Dios que no comprendo vuestro loco arrebato, ni esperé nunca en vos tal pago de mi indiscreta confianza!

—¿Y quién os indujo á presumir,—respondió el doncel,—que un caballero y que Macías había de poner cobardemente la mano sobre una mujer indefensa? ¿Qué visteis en mí, señor, que os diese lugar á creer que tuviese tan olvidados los principios y los deberes de la orden de caballería que para acorrer á los débiles y á los desvalidos recibí del rey y profeso? ¿No me habéis visto vos mismo pelear con los moros y los portugueses? ¿En qué día de batalla me visteis huir? ¡Oh rabia! ¡oh vergüenza! ¡oh buen rey Enrique III! Hé aquí el concepto que de tus mismos grandes merecen tus donceles.

No veía don Enrique de Villena los objetos que le rodeaban; tal eran la ira y el coraje que crecían por momentos en su corazón. Algún tiempo dudó si, echando mano á la espada, vengaría con sangre los ultrajes á su persona que por primera vez oía, y si sepultaría para siempre en la tumba del impetuoso mancebo el secreto que imprudentemente había descubierto, ó hundiría en la suya propia su vergüenza y su afrentoso desaire. Mirábale atento á sus acciones todas, para obrar en consecuencia, el ofendido joven, y bien se veía en su semblante la resolución que tomada tenía de responder con la espada ó con la lengua á los desmanes del orgulloso magnate. Reflexionó, empero, don Enrique que un lance ruidoso de esta especie á aquellas horas, y en el alcázar mismo de Su Alteza, no podría tener en ningún caso buenas consecuencias para sus planes, y determinó encomendar á la prudencia los yerros que por falta de ella había recientemente cometido. Revistióse, pues, con asombrosa rapidez la máscara hipócrita que en tantas ocasiones le había sido de conocida utilidad, y envainando del todo con un solo golpe la espada, cuya hoja había brillado ya en parte un corto instante á los ojos de su interlocutor:

—Macías,—le dijo con voz serena y aun afectuosa,—vuestros pocos años han estado á punto de perdernos á entrambos. Confieso que he errado el golpe, y os devuelvo todo el honor que os había quitado. No penséis, sin embargo,—añadió el astuto cortesano recogiendo velas,—que era mi objeto llevar completamente á cabo el plan que os proponía: tal vez quería conocer á fondo vuestro carácter, y estoy completamente satisfecho de vuestra laudable conducta. Con respecto al objeto de mi visita, ignoro si, después de haber pensado mejor los medios que tengo á mi disposición para llegar á ser maestre, elegiré ese ú otro. De todas suertes no me sois útil; es concluído, pues, vuestro servicio en mi casa; excusáis volver á Calatrava: mañana os devolveré á Su Alteza; pero como os supongo bastante talento para conocer el mundo y los hombres, á pesar de vuestros pocos años, espero que nos separemos amigos, como dos caminantes que han pasado una mala noche en una misma posada y que al día siguiente, debiendo seguir cada uno un sendero opuesto, se despiden cortésmente. Si sois el caballero que decís, vuestro honor os dicta si debéis guardar el de otro caballero y los pactos en que estábamos hasta la presente convenidos; si creéis, sin embargo, de vuestro deber dar á luz pública nuestro diálogo, sois dueño

de hacerlo; pero... acordaos,—añadió afirmándose en los talones con ademán de hombre resuelto y dando en la mesa una palmada que resonó en gran parte del alcázar,—acordaos de que don Enrique de Aragón y Villena, conde de Cangas y Tineo, señor de las villas de Alcocer, Salmerón, Valdeolivas y otras, nieto del rey don Jaime y tío del rey don Enrique, no ha menester ser maestre de Calatrava para hacer probar los tiros de su poderosa venganza á un doncel pobre y oscuro del rey Doliente, á quien una imprudencia ha puesto momentáneamente sobre él.

—Deteneos,—dijo Macías más sosegado, asiéndole de la ropa al ver que se preparaba á salir del teatro de su confusión.—Deteneos; puesto que habéis creído necesaria una explicación antes de concluir nuestra entrevista, permítame vuestra grandeza que con el respeto que debo á su clase, le exponga mis sentimientos sobre frases nuevamente ofensivas que acabáis de proferir. Sé cuánto debo al rango que ocupa don Enrique de Villena en Castilla; sé que mi imprudente arrojo ha podido empañar sus resplandores; sé que debiera haberme limitado á responder *no* sencillamente; pero si vuestra grandeza es caballero, conocerá cuánto cuesta sufrir cristianamente un ultraje á quien tiene sangre noble en las venas. Si exigís de ello una satisfacción, en esto os la doy; si la queréis de otra especie, mi lanza y mi espada están siempre prontas á abonar mis imprudencias. La amistad que pedís, ni la busco ni la otorgo: vuestra protección no la necesito. Como caballero observaré los pactos y guardaré los secretos que como caballero prometí guardar. Nadie sabrá por mí la muerte del maestre. Con respecto á vuestros planes, no me exigisteis palabra de ocultarlos...

—¿Cómo?—interrumpió don Enrique de Villena inmutado.

—Permitidme, señor, que hable. No estoy obligado á guardarlos; os prometo, sin embargo, en consideración al nombre ilustre que lleváis, y cuyo brillo no quisiera ver empañado, que no haré más uso de lo que acerca de vuestras intenciones me habéis dicho que el indispensable para salvar á la inocencia que queréis oprimir. Dadme licencia de que os asegure que fuera tan criminal en consentirlo con vergonzoso silencio, como en cooperar al logro de la maldad. Mientras pueda salvar á la de Albornoz sin hablar, callaré; mas si puede mi silencio contribuir á su ruina, hablaré. A esto me obliga el ser caballero.

—Hablad en buen hora, hablad,—dijo don Enrique en el colmo del furor,—pero ¡temblad!...

—Permitid, señor, que os acompañe hasta que os deje en vuestra estancia,—añadió Macías con respeto y mesura.

—No, estaos aquí; yo lo exijo; á Dios quedad.

—Ved, señor, que no es esa la salida; por allí saldréis mejor.

—Ciego voy de cólera,—dijo para sí al salir don Enrique de Villena, que en medio de su arrebato había equivocado la puerta interior con la exterior.

Abrióle Macías la que daba al corredor, y asiendo de la lámpara que sobre la mesa ardía, alumbróle hasta que comenzó á bajar los escalones, y cuando ya se alejó lo bastante para que él pudiese retirarse: «Adiós, señor, y el cielo os prospere,» dijo en voz alta el comedido doncel. Un ligero murmullo que confusamente llegó á sus oídos dió indicios de que había sido oído su saludo y respondido entre dientes, acaso con alguna maldición, por el irritado conde, que se alejaba premeditando los medios de venganza que á su arbitrio tenía, y sobre todo la manera que debería observar para impedir los efectos de la terrible amenaza que, al despedirse de él, le había hecho el magnánimo doncel.

Volvióse éste á entrar en su aposento, revolviendo en su cabeza la notable mudanza que había efectuado en su situación la escena en que acababa de hacer un papel tan principal: determinóse en el fondo de su corazón á no dejar perecer la inocente y débil oveja á manos del tigre en cuya guarida se hallaba desgraciadamente presa. Después de haber cerrado su puerta con cuidado, llegóse á la que daba á la cámara de Hernando, y llamólo en voz baja.

—¿Quién *pregunta?*—dijo entre sueños el feliz montero,—*¿tañen de andar al monte?*

—Si algo oíste, Hernando, esta noche,—dijo el doncel,—haz como si nada hubieras oído. Mañana no partiremos al alba; duerme, pues, y descansa, y deja descansar á los caballos.

—Se hará tu voluntad,—respondió la voz gruesa del montero, y no tardó en oirse de nuevo el ronquido sordo de su tranquilo sueño.

Bien quisiera imitarle el desdichado doncel, pero no le dejaba el recuerdo de su ingrata señora, ni el deseo de buscar trazas que á los proyectos que preparaba para el día siguiente pudiesen ser de pronta utilidad.

Don Enrique, en tanto, despechado se diri-

gió á su cámara, donde encontró á su Ferrus. Allí trataron los dos, no ya de llevar á cabo su proyecto tal cual primeramente le habían concebido, sino con aquellas alteraciones que exigía la nueva posición en que los había puesto la repulsa de Macías, y de la venganza y precauciones que deberían usar contra el doncel antes de que pudiera perjudicar á sus pérfidas intenciones. Después que hubieron conversado largo espacio, trató don Enrique de averiguar qué hora podría ser. Mas fué imposible saberlo jamás por su reloj de arena, pues con la agitación de las escenas de la noche, habíase descuidado volver el reloj al concluírsele la arena; como buen astrónomo, sin embargo, pasó á la cámara inmediata que tenía vistas al soto, y reconoció que debía haber durado mucho su coloquio con Ferrus, decidiéndose en vista de la hora avanzada, que él se figuraba por las estrellas ser la de las cuatro, á entregarse al descanso de que tanto tiempo hacía ya que gozaban los demás pacíficos habitantes del alcázar de Madrid. Iba ya á cerrar la ventana para realizar su determinación, cuando le detuvo de improviso un extraño rumor que oyó, el cual le pareció no poder provenir á aquellas horas de causa alguna natural; empero, permítanos el lector que demos algún reposo á nuestro fatigado aliento.





CAPITULO SÉPTIMO

> Ya se parte el pajecito,
> Ya se parte, ya se va,
> Llorando de los sus ojos
> Que quería reventar.
> Topara con la princesa;
> Bien oiréis lo que dirá.
>
> *Rom. del conde Claros.*

Cuando don Enrique de Villena, volviendo silenciosamente la espalda á su esposa á la aparición de Elvira, que había acudido con tanta oportunidad á atajar los efectos de su furor, la dejó toda llorosa en brazos de su camarera, ignorante de cuanto había pasado, ésta empleó cuantos medios estaban á su alcance para hacerla volver en sí del estado de estupor y de profunda enajenación en que la había puesto la desdichada escena que con su injusto esposo acababa de tener. Sentóla en un sillón, donde no daba muestras de vida la infeliz condesa, enjugó las lágrimas que habían inundado en un principio su rostro, pero cuyo curso había detenido ya el exceso del dolor; la aflojó el vestido con que tan inútilmente se había engalanado pocos momentos antes en obsequio del caballero descortés, y refrescó la atmósfera que la rodeaba con un abanico.

Al cabo de algún tiempo produjo la solicitud

de Elvira todo el efecto que deseaba: comenzó la condesa á dar indicios de querer desahogar su pecho oprimido, y de allí á poco rompió de nuevo á llorar amargas y copiosas lágrimas, exhalando profundos gemidos acompañados de voces inarticuladas, las cuales producía á trechos y á pedazos, en los huecos del llanto, con un acento convulsivo y un tono de voz ora agudo, ora reconcentrado, que ninguna pluma de escritor ó de músico puede atreverse á representar en el papel.

Poco á poco fué perdiendo fuerzas su acceso de cólera, como pierde impetuosidad el torrente si, una vez roto el dique que le enfurecía, halla anchas y fáciles salidas á sus ondas por la tendida campiña; mitigóse su dolor, pero por largo espacio conservó indicios del enojo anterior, como se echaba de ver en el movimiento de elevación y depresión de su agitado seno, semejante al mar, cuyas ondas, mucho tiempo después de pasada la borrasca, conservan, aunque decreciente, la inquietud que el huracán les imprimió.

Luego que estuvo en estado de hablar con más serenidad, refirió á Elvira cuanto con el conde le acababa de pasar, y fueron inútiles todos los consuelos que su fiel camarera trató de prodigarle. Revolvía en su cabeza mil ideas encontradas: ora quería salir inmediatamente de aquella parte del alcázar que le estaba destinada y refugiarse á sus villas; ora intentaba acogerse al amparo del mismo rey, esperando de su justicia que reprimiría los desórdenes de su esposo y le impondría algún temor para lo sucesivo, pues pensar en que ella consintiese en la separación que el conde manifestaba desear, era sueño, puesto que se había casado enamorada de Villena: verdad es que el trato y la mala vida que la daba hubieran sido bastantes á hacer odioso al más perfecto de los hombres; pero todos sabemos que la frialdad y el despego suelen ser incentivos vivísimos del amor, y lo eran tanto más en la condesa cuanto que, habiendo vivido siempre don Enrique apartado de ella después de su infausta boda, no había dado jamás entrada al hastío que hubiera seguido á una larga y tranquila posesión. Aguijoneaba, además, á la infeliz condesa la saeta de los celos: en varias ocasiones había sorprendido al conde de Cangas en conquista ó persecución de algunas bellezas, y aun una de las que había considerado siempre como primer objeto de sus obsequios era aquella misma Elvira en quien tenía puesta toda su confianza; mas como tenía pruebas de que ésta se había negado constantemente á dar oídos á toda proposición amorosa del de Villena, y en la seguridad en que estaba de que cualquiera que á su lado viviese había de excitar los deseos de su esposo, quería más bien tener por camarera aquella de cuya lealtad y odio á la persona del conde no podía dudar en manera alguna.

En esta ocasión se equivocaba la condesa en sus temores, porque no un amor adúltero, sino la ambición era quien á tan descortés procedimiento á don Enrique obligaba. Empero esta era la verdad: por una parte el amor, que á pesar de los desdenes de Villena en su corazón duraba, y por otra la creencia en que estaba de que sólo proponía aquel rompimiento para entregarse más á su salvo á alguna nueva intriga amorosa, eran suficientes motivos para que nunca hubiese ella prestado su consentimiento al propuesto divorcio.

Logró por fin persuadirla Elvira á que se recogiese y tratase de poner un paréntesis á su pesar en el sueño, dejando para el día siguiente el resolver lo que debería hacerse. Hízolo así la condesa, y Elvira se retiró á la cámara inmediata, en donde se proponía esperar, al lado del fuego, á que su señora se hubiese entregado completamente al descanso para seguir su acertado ejemplo. Sentóse cerca de la lumbre, después de haber dado las oportunas disposiciones para que durante la noche no faltasen sus dueñas del lado de la condesa, y púsose á leer un manuscrito voluminoso, que entre otros muchos y muy raros tenía don Enrique de Villena, por ser libro que á la sazón corría con mucha fama y ser lectura propia de mujeres. Era este el *Amadis de Gaula.* Hacía pocos años que su autor, Vasco Lobeira, había dado al mundo este distinguido parto de su ingenio fecundo, y don Enrique de Villena, por el rango que ocupaba en Castilla y por su decidida afición á las letr[as] y relaciones que con los demás sabios de su tiempo tenía, había podido fácilmente hacer sacar de él una de las primeras copias que en estos reinos corrieron. El carácter de Elvira simpatizaba no poco con las ideas de amor, constancia eterna y demás virtudes caballerescas que en aquel libro leía: hubiera dado la mitad de su existencia por hallarse en el caso de la bella Oriana, y aun no le faltaba á su imaginación ardiente un retrato de Amadis cuya fe la hubie-ra lisonjeado más que nada en el mundo; era este un mancebo generoso de la corte de Enrique III, á quien había conocido desgraciada-

mente después que á Fernán Pérez de Vadillo. Habíase casado, en verdad, ciegamente apasionada del hidalgo; pero desde su boda hasta el punto en que la encuentra nuestra historia, se había ensanchado considerablemente el círculo de sus ideas; Fernán Pérez, por el contrario, era siempre el mismo que en otro tiempo había cautivado sin mucho trabajo el inocente corazón de la niña Elvira; pero ésta no era ya la amante que se había prendado de Fernán Pérez; su carácter se había desarrollado de una manera prodigiosa, y un foco de sensibilidad y de fogosas pasiones creado nuevamente en su corazón, había producido en su existencia un vacío de que ella misma no se sabía dar cuenta. Se había formado en su cabeza un bello ideal, no hijo del mundo real en que habitaba, sino de su exaltación; y se complacía en personificar este bello ideal en tal ó cual joven cortesano que sobre el vulgo de los caballeros de la corte de Enrique III se distinguían. Uno entre todos había avasallado ya su albedrío bajo esta personificación; y Elvira, juguete de la naturaleza. que puede más que sus criaturas, no sabía ella misma que iba tomando sobre su corazón demasiado imperio un amor ilícito y peligroso. Por desgracia, su virtud misma era su mayor enemigo: la confianza en que estaba de que nunca podrían faltarle fuerzas para resistir, la hacía entregarse sin miedo, con criminal complacencia, á mil ideas vagas, que cada día iban ganando más terreno en su imaginación. Encontrábase, en fin, en aquel estado en que se halla una mujer cuando sólo necesita una ocasión para conocer ella misma y dar á conocer acaso á su propio amante la ventaja que sobre ella ha adquirido. Como un incendio que ha crecido oculto é ignorado en la armazón de una casa vieja, que no há menester más sino que descubriéndose una pequeña parte de la techumbre que lo cubre, tenga entrada la más mínima porción de aire; entonces estalla de repente como un vasto infierno improvisado, se lanzan las llamas en las nubes, crujen las maderas y viene al suelo el edificio desplomado, sepultando en sus ruinas al incauto y desprevenido propietario.

No era, pues, la lectura de Amadis la que á la triste Elvira mejor pudiera convenirle; pero era tanto más disculpable cuanto que en el siglo XIV no había muchos libros en que escoger, y pudiera darse cualquiera por contento con divertir las horas ociosas por medio del primero que en las manos caía.

Una tristeza vaga y sin causa positivamente determinada era el síntoma predominante de la hermosa camarera de la de Albornoz; y la soledad era el gran recurso de su imaginación, deseosa de empaparse sin reserva ni testigos en la contemplación de las seductoras ilusiones que se forjaba: esta disposición de ánimo no era, ciertamente, la más favorable para la virtud de Elvira en las escenas, sobre todo, en que aquella misma noche, fecunda de acontecimientos, debían colocarla.

Poco tiempo podría hacer que con el primer libro de caballería en España conocido se entretenía la sensible Elvira, cuando sintió abrir la puerta del salón, y una persona, que seguramente no esperaba, se presentó á su lado, dándola las buenas noches con rostro alegre y maliciosa sonrisa.

—¿Qué buscas, Jaime, en estas habitaciones y á estas horas? Ya deben ser cerca de las diez: vuelve á la cámara del conde, si es que no te envía como su precursor, á anunciarnos nuevos pesares y desventuras.

—Hermosa prima mía,—contestó Jaime,—depón el enojo; de aquí en adelante puedes volverme á llamar tu querido primo.

—¿Qué novedad traes?

—Ninguna; pero he tenido miedo de las cosas que se hablan de don Enrique, y esta noche misma le he suplicado que me permitiese volver al lado de mi amada prima. ¡Me acordaba tanto de tí!

Una lágrima de sensibilidad se asomó á los ojos de Elvira oyendo la ingenua manifestación del medroso pajecillo.

—¿Y don Enrique te lo ha concedido?

—Por más señas que no he escogido la mejor ocasión; estaba tan distraído y tan ocupado en sus... mira... se me figura que estaba en uno de aquellos ratos en que dicen que tienen los hechiceros el enemigo... ¡Jesús!

—¡Jaime! ¿Quién te ha enseñado á hablar así de tu señor?

—Bien; no volveré á hablar, ahora ya no me importa. Ya estoy con mi Elvira, que me confiará sus penas,—añadió el paje tomando una de las manos de la hermosa camarera.

—¿Qué anillo es ese?—exclamó ésta dejando el voluminoso pergamino que hasta entonces había leído, para examinar de cerca el hermoso brillante que relumbraba en un dedo del paje. —¡Jaime!

—¡Ah! esto no se ve,—gritó puerilmente Jaime, retirando y escondiendo su mano.—¡Esto no

se ve! Es un regalito; á mí también me regalan, señora prima, no es á vos sola á quien...

—Vamos, ven acá, Jaime, y dime quién te ha dado ese anillo; ó si por ventura tienes que acusarte de algún...

—¡Chitón! señora prima, — interrumpió el paje con indignación.

—¡Ah! ya le tengo, —gritó Elvira aprovechando para asirle la mano aquel momento en que la pundonorosa irritabilidad del paje le había estorbado la precaución;—ya le tengo.

—No, no me lastimes y te le daré,—dijo el paje viendo que se disponía la interesante Elvira, tan niña como él, á valerse de la superioridad que le daban sus fuerzas para ver á su salvo el anillo: quitósele, en efecto, pero echando á correr, en cuanto Elvira le hubo cogido, —no me importa,—añadió;—¿qué veréis, señora curiosa? Nada: un anillo; mas no por eso sabréis quién me lo ha dado.

Equivocábase el inexperto paje: la perspicaz Elvira, que al principio había sido inducida sólo por mera curiosidad al reconocimiento de la alhaja, cuya posesión no creía natural en el pajecillo, había fijado notablemente en ella su atención, y examinaba al parecer alguna señal ó particularidad por donde esperaba venir en conocimiento de su procedencia.

—No hay duda,—exclamó sonrojándose como grana,—no hay duda: una letra pierdo; pero sería mucha casualidad... esmeralda... e; lapislázuli... l; brillante, b; rubí, r; amatista, a. Y luego... una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. No hay duda.

El paje, que había alborotado la sala con sus risas y sus burlas al ver la perplejidad de su prima, no se asombró poco al oir la extraordinaria y no esperada explicación que daba á la sortija; y tanto más confundido quedó, cuanto que creyó no haber sido en esta ocasión sino el juguete del doncel, que se había valido de él para manifestar á Elvira aquel su amor, de que el malicioso paje tenía ya no pocas sospechas.

Nada más común en aquel tiempo que estas combinaciones de piedras y ese lenguaje amoroso de jeroglíficos en motes, colores, empresas y lazadas. Un platero de Burgos había engarzado artísticamente, á ruego de Macías, en un mismo anillo aquellas seis piedras, cuya traducción había acertado tan singularmente Elvira por un presentimiento sin duda de su corazón. Había perdido la significación de una piedra, cosa nada extraña, no hallándose ella muy adelantada en el arte del lapidario; pero en cambio había entendido la equivocación del platero, que había significado la *v* con la *b*, inicial de brillante; ni el quidproquo del platero ni el acierto de Elvira tenían nada de particular en un tiempo en que no sabían ortografía ni los plateros ni los amantes. El número, sin embargo, de las piedras, y la colocación de las conocidas, no dejaba la menor oscuridad acerca de la intención del que había mandado hacer la sortija.

Quedábale todavía á Elvira un resto de duda, que á toda costa quería satisfacer: en primer lugar no era ella la única Elvira que en Castilla se encerraba; y en segundo, la alusión, que la había puesto en camino de sospechar, no le daba, sin embargo, noticia cierta de quién fuese el que usaba con ella semejante galantería. Deseaba por una parte saberlo; temía por otra oir un nombre indiferente.

—¿Quieres cambiar este anillo, Jaime, por otro mejor que yo te dé?

—¿Y qué diría,—dijo el astuto paje,—el caballero que me le ha regalado?

—¿Con que ha sido caballero?...—interrumpió Elvira.

—Y de los mejores y más valientes de la corte de Su Alteza.

—¡Santo cielo!—decía Elvira impaciente:—Jaime, yo te ruego que me dés señas de él al menos, ya que no quieras decir su nombre.

—¿Señas?

—Espera; dime primero,—exclamó reflexionando un momento,—¿cuándo te le ha dado, y dónde?

Comprendió el paje al momento la doble intención de esta pregunta, y se sonrió malignamente viendo á Elvira cogida en su propio lazo, porque al punto recordó que no podía saber la llegada del doncel.

—Hoy, y en el alcázar.

—¿Hoy y en el alcázar?—repitió Elvira queriendo leer la verdad en los ojos del paje.—¡Entonces no puede ser!—dijo entre dientes, satisfecha ya al parecer toda su curiosidad, dejando caer los brazos, inclinando la cabeza y saliendo, en fin, de la ansiedad y tirantez en que estaba, como arco que se afloja. Siguió mirando, pero más vagamente, el anillo, haciendo con el labio inferior, que se adelantó al superior, un gesto particular entre distraída y resignada.

—¡Ah! ¡ah! que no lo acierta,—exclamó en su triunfo el paje victorioso;—escuchadme, señora adivina, es un caballero joven.

—Bien; déjame,—repuso ella, sin prestar apenas atención á la voz chillona y triunfante del mozalbete.

—No, que lo has de acertar. Cuando se trata de coger sortijas, ensarta con su lanza tantas como corazones con su hermosa presencia. Si monta á caballo, es el más fogoso el suyo y lo domeña como un cordero; si se trata de correr cañas, nadie le aventaja; y en un torneo sólo don Pero Niño...

—Jaime, ese no puede ser más que uno,—exclamó levantándose Elvira.

—Cierto que no es más que uno,—repuso el taimado paje, que se divertía con su prima como el gato con el ratón.

—¿Ha venido? ¡Ah! Ahora recuerdo que esta mañana un caballero...

—¿Quién?—contestó con cachaza el paje fingiendo no entender.

—Mira, Jaime, vete de aquí y no vuelvas,—gritó furiosa Elvira;—marcha, huye si temes mi...

—Bien, primita, lo diré: ese es...

—¿Quién?—preguntó la atormentada belleza,—¿quién? acaba ó...

—El doncel de...

—Basta. ¿Estás cierto?...

Acordóse de pronto el imprudente paje del especial encargo que de guardar secreto le había hecho el doncel, y no sabiendo las últimas mudanzas que en la situación de su amigo se habían verificado, las cuales volvían infructuoso este cuidado, trató de reparar el olvido de que la escena bulliciosa que con su prima traía era causa y efecto.

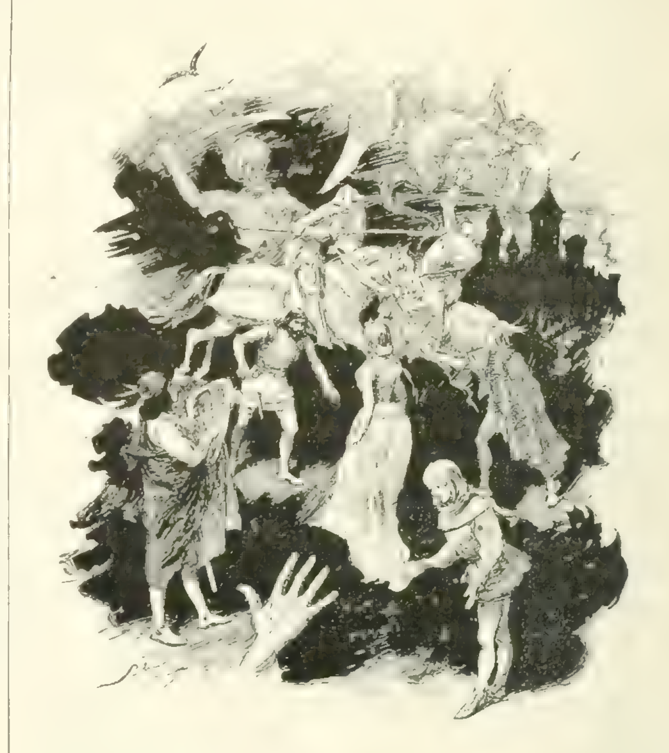
—No me habéis dejado acabar, señora camarera. El rey don Enrique III no tiene un solo doncel. Sabed que no os puedo decir más. Ni una palabra más.

Al oir el tono resuelto del rapaz, bien vió Elvira que no sacaría de él más partido que una honrosa capitulación: lo más que pudo recabar de él fué que le dejase el anillo, hasta que ella adivinase como pudiese su procedencia: dejósele el pajecillo y se acabó la contienda entre los primos, determinando que por aquella noche Jaime dormiría vestido en una cámara inmediata á la alcoba donde, casi vestida también, trataba de reposar la infeliz Elvira, no atreviéndose á desnudarse del todo por miedo de que hubiese menester la de Albornoz sus consuelos en el discurso de la noche.

Bajóse para esto á su habitación, que debajo de la condesa caía, después de haberse cerciorado de que ésta yacía profundamente dormida, y de haber dejado advertido á las dueñas que la avisasen á la menor novedad que sintiese su señora ó que en aquella parte del alcázar ocurriera.

Echóse después en su lecho, habiéndose despedido del paje, y en vano procuró imitar á éste en la prontitud con que concilió el sueño reparador de las fuerzas perdidas.

Revolvía una y mil veces en su cabeza las ideas del día, y procuraba atarlas y coordinarlas entre sí: empero agolpábanse todas á su imaginación ferviente; la condesa, la violencia de Villena, sus solicitudes, la ausencia de su esposo, el Amadis, la indiscreta conversación



del paje, las dudas que acerca del dueño del anillo había dejado sin resolver después de su inquieto diálogo, todo esto reunido y amasado junto de nuevo en su mente, en medio del silencio y de la oscuridad de la noche, le representaba un cuadro fantástico, lleno de objetos incoherentes, muy semejante en la confusión á esos lienzos que entre nuestros abuelos tanto se apreciaban con el nombre de *mesas revueltas.* Pero á proporción que el largo insomnio y el cansancio del día fueron rindiendo sus fuerzas y entornando los párpados fatigados de Elvira, todas esas imágenes confusas tomaron en su cerebro contornos informes, y poblaron su sueño de escenas parecidas á las que habían pasado por ella en el día, y de otras que, como combinaciones nuevas del choque de aquéllas, suelen producirse por sí solas en la imaginación cansada de un calenturiento que duerme, ó de una persona habitualmente agitada por sensaciones extraordinarias y que pasa por una larga y fatigosa pesadilla.

CAPITULO OCTAVO

Helo, helo por do viene
El infante vengador,
Caballero á la jineta
En caballo corredor.

. . . .

Iba á buscar á don Cuadros.

. . . .

El venablo le arrojó.

. . . .

Rom. del inf. vengador.

Muy avanzada estaba la noche, y muy en silencio todos los habitantes de Madrid y de su fuerte alcázar. No todos, sin embargo, disfrutaban del sueño y del descanso, como hubiera podido cualquiera figurarse. Podemos asegurar que don Enrique de Villena y Ferrus conversaban muy animadamente en el laboratorio del hermético, como arriba dejamos dicho. El enamorado doncel había tratado inútilmente de conciliar el sueño, y se había entregado, desesperado ya de conseguirlo, á la más profunda meditación, buscando en su cabeza un arbitrio por medio del cual pudiese descubrir á la de Albornoz el peligro inminente que la amenazaba. Bien conocía que el aviso urgía, pues si antes de haber descubierto Villena su plan lo tenía aplazado para el día siguiente, era probable que tratase de atropellar la ejecución de sus ideas desde el momento en que había hecho partícipe de él al enemigo. El doncel estaba determinado á dar su amparo á la de Albornoz, en primer lugar por pertenecer á *la orden de caballería*, que *principalmente se daba*, como se lee en Amadis de Grecia, «para defender las dueñas y doncellas que tuerto reciben;» orden por la cual «el que la profesa debe ayudar á las dueñas y doncellas fijas dalgo,» como en el instituto de la Banda, fundado por Alonso XI, se contiene; orden, en fin, por la cual se advertía á los que la recibían, como en el Doctrinal de caballeros consta al lib. I, tít. 3, que «al caballero ó dueña que viesen cuitados de pobreza ó por tuerto que hobiesen recebido, de que non pudiesen haber derecho, que pugnasen con todo su poder de ayudarlos.» Agregábase á esta principal razón otra, si bien menos generosa y obligatoria, más fuerte acaso que todos los institutos y órdenes del mundo: á saber, cierta simpatía que con una persona ligada á la suerte de la de Albornoz alimentaba Macías en todas sus acciones.

Pero si estaba decidido á favorecer á las débiles víctimas del poder del ambicioso conde, no por eso dejaba de conocer cuán dificultoso era, si no imposible, introducir á aquellas horas un saludable aviso en la habitación de la condesa ó de su camarera.

Después de largo rato de discurrir, en que desechó unas ideas, adoptó otras, volvió á desechar éstas, y á adoptar y desechar otras ciento; fijóse, por fin, decididamente en una que debió de parecerle la mejor y la menos arriesgada de ejecutar, si la fortuna le ayudaba. No quiso despertar á Hernando, que sordamente roncaba, para no ser conocido en la expedición que premeditaba, si llegaba á sorprenderle fuera del alcázar la madrugada que á largos pasos andando se venía; endosóse un basto sayo de montero de su criado, su gorro de lo mismo, su tosco tabardo de paño buriel, ciñó la espada, y tomando debajo del brazo un objeto que, como trovador, siempre llevaba consigo, salióse pasito de su estancia, y sin ser sentido llegó hasta la puerta exterior del alcázar, evitando por corredores y patios conocidos de él las centinelas interiores, que hubieran podido interrumpir su proyecto; pero, llegado allí, estuvo tentado varias veces de volver á su aposento y desistir de su empresa, cuando se oyó dar el *¿quién va?* del ballestero encargado de la guarda de aquel punto.

—Un caballero que desea salir.

—Atrás, ¡voto á Santiago!—le respondió una voz, ronca del vino ó del frío de la noche;—buena hora de salir á tomar el fresco, cuando está un cristiano deseando el relevo para calentarse.

No había meditado el doncel este inconveniente: no quedaba, sin embargo, más remedio que desistir y abandonar á la condesa á su destino ó descubrir su clase de doncel de Su Alteza, y como tal lograr que se le abriesen las puertas. Calculando que de todas suertes habría de saberse al día siguiente su entrada en el alcázar, puesto que ya no podía por entonces pensar en volverse á Calatrava, decidióse al segundo partido prontamente; hizo llamar al jefe del pequeño destacamento, y no tardó en oir su voz, que denotaba el mal humor de un hombre á quien se ha sacado intempestivamente del sueño para cumplir con un deber.

—Por la Virgen de Atocha, vive Dios,—exclamó observando y dejando ver su oblonga figura,—que he de escarmentar al borracho que á estas horas...

—Mirad lo que habláis,—interrumpió Macías al oir hablar sobre sí, como quien está debajo de una campana, á aquel amalgama de gordura, de bestialidad y de sueño.

—¿Quién sois, voto va, el que habláis tan gordo? ¡Aaa!—prosiguió bostezando.

—Por Santiago, ya os debía haber conocido en lo que tenéis de común con los jabalíes del Pardo. ¿Sois vos, Bernardo?

—¿Quién es, repito, por las muelas de santa Polonia, quién es el que me conoce tan á fondo?

—Dejadme salir: soy un doncel de Su Alteza y voy á asuntos del servicio del Rey...

—¿Doncel? metedme el dedo en la boca: más traza tenéis que de doncel de don villano,—repuso el ingenioso Bernardo á caza del equivoquillo.—El vestido...

—¡Voto va, Bernardo, que os haga arrepentir de vuestra insolencia si insistís en faltar al respeto á!... Pero, oíd,—añadió acercándose á su oído,—¿conocéis á Macías? miradle aquí.

—¡Ballesteros! echadme á ese aventurero en un cubo de agua fresca: dice que es un hombre que está en Calatrava. Voto va el santo patrón del sueño, que ó ha trasegado de la botella á su estómago mucho del tinto, ó es hechicero.

No pudo sufrir ya más tiempo el doncel el impertinente responder del ballestero y asiéndole con mano vigorosa del cuello, llevóle sin dejarle gañir, ni aun para pedir socorro á los suyos, hacia un farol que cerca de ellos ardía; y enseñándole entonces su rostro descubierto:

—¿Conocéisme, don Bellaco, portero de los infiernos y hablador que Dios no perdone? ¿conocéisme? ¿ó habéis menester todavía que os abra yo los ojos con el puño?

Abría el ballestero unos ojos como tazas, y no acababa de comprender cómo podía salir del alcázar un hombre que no había entrado en él, pues lo creía en Calatrava: hubo, sin embargo, de convencerse, y tendiendo entonces la pierna hacia atrás y descubriendo su cabeza, pidió mil excusas al doncel, y fué preciso que éste pusiera treguas también á sus disculpas y cortesías como á sus impertinencias, sin lo cual nunca se hubiera visto donde por fin se vió, es decir, en medio del campo y recibiendo sobre sí una menuda lluvia que á la sazón comenzaba á caer, lo cual, añadido á la persecución del cerbero del alcázar, no era del mejor agüero para nuestro osado doncel, que dejaremos rodeando los altos muros de la fortaleza para dar cumplimiento á sus caballerescos proyectos.

Mientras que los acontecimientos paralelos de la conversación de don Enrique con Ferrus y la salida del doncel se verificaban en el alcázar á una misma hora, dormía inquietamente y luchando con los fantasmas que su imaginación le representaba, la hermosa Elvira, que en su lecho, medio desnuda, dejamos. Habíase quedado con solo un vestido blanco; cubríale éste desde la garganta hasta los pies, que, desnudos, parecían dos carámbanos de apretada nieve; su cabello, tendido cuan largo era, velaba sus hombros, su seno, su talle, y por algunas partes su cuerpo entero; una mano pendía del lecho, y la opaca claridad de la luna que penetraba por entre las nubes, no muy densas, y sus ventanas, entreabiertas por el calor de la estación, la hacía aparecer un verdadero ser fantástico, como la hubiera soñado un amante deseoso de una ocasión.

Su seno y su respiración interrumpida denunciaban la inquietud de su descanso y el trabajo de su imaginación, aun en el sueño.

Fuese casualidad, fuese porque era el que más había dormido, el paje fué el primero que á un extraño rumor que en aquellas inmediaciones se oyó, hubo de interrumpir el reposo en que yacía. Un laúd suave y diestramente pulsado adquiría nueva dulzura del silencio de la noche; oyólo primero el paje entre sueños, pero la realidad tomó en su fantasía la apariencia de una representación ficticia y se creyó trasportado á algún sábado de hechiceras, que era la especie de gentes que él más temía. Había templado algún rato el músico, para llamar la atención, pero sin ser oído de nadie; y cuando el paje echó de ver la aventura, y cuando don Enrique había notado la música que le había obli-

gado á no cerrar su ventana, como arriba dejamos dicho, había cantado ya con melodiosa voz, si bien varonil, las dos siguientes coplas, cuyos ecos se llevó el viento antes de que fuesen para nadie de provecho á que sin duda aspiraban:

En el almenado alcázar
Duerme Zaida sin cuidado.
Guarda, mora, que tus grillos
Te forja un conde cristiano.
Alza y parte, desdichada,
Primero que veas relumbrar su espada.
Vela tú, si Zaida duerme,
Oh dulce señora mía.
¡Guar del conde que la acecha!
Que un caballero te avisa.
Alza y parte, desdichada,
Primero que veas relumbrar su espada.

Al repetir estos dos últimos versos del estribillo, fué cuando el paje, elevando la voz, llamó á la hermosa Elvira.

—¿Oís, discreta prima?

—¡Cielos!—exclamó Elvira sentándose sobre el lecho.—¿A estas horas?..

—No he podido entender la letra...

—Oigamos, que prosigue.

Volvía efectivamente á empezar de nuevo el músico, despechado de no advertir ninguna señal de inteligencia en las bellas á quienes advertía su propio riesgo. Repitió, pues, la última copla, que hizo un efecto bien diferente en el paje que en su alterada prima, que aun no había vuelto enteramente en sí de su asombro, y en don Enrique y Ferrus, que prestando la mayor atención desde su cámara escuchaban.

—Ferrus,—dijo don Enrique á la mitad de la copla,—desde aquí no podemos ver quién es el músico que tan delicadamente se viene á regalarnos los oídos á deshoras de la noche: el ángulo saliente del alcázar nos impide reconocerle, y aun su voz llega aquí tan desfigurada que es imposible entenderle.

—¿Qué quieres, pues, señor?—contestó Ferrus.

—Importa á mis fines confirmar ó desvanecer mis sospechas; ¡voto á Santiago que si fuese!... escucha, Ferrus: baja al soto lo más de prisa que pudieres...

—¿Yo, señor?—interrumpió Ferrus con algún sobresalto.

—En el acto, Ferrus: ni una palabra más, y quiero darte instrucciones acerca de lo que en todos casos deberás hacer.

No había medio de replicar á una orden tan positiva: oyó Ferrus las instrucciones que le daban, y se propuso no traspasar los límites del puente levadizo sin llevar consigo á cierta distancia alguno que otro ballestero del destacamento de la puerta, para que le guardase las espaldas contra el músico, que podía no gustar de que saliesen á escucharle al claro de la luna.

—¡Cielos!—exclamó la agitada camarera saltando del lecho al oir las primeras palabras de la letra.—Conozco la voz. ¿Es cierto, pues, que ha vuelto de Calatrava? ¿Sueño todavía? ¿Mas qué sentido encierran esas palabras? *¡El conde, un caballero te avisa!* ¡Entiendo, entiendo!

El músico, que oyó aquel rumor en la habitación donde sabía que habitaba Elvira, clavó los ojos en la ventana, abierta ya de par en par, distinguió un leve contorno blanco, que parecía salirse del mismo fondo de las tinieblas, como nos dicen que salió el mundo del caos; olvidó la prudencia que debiera haber sido su norte, y no pudo resistir á la tentación de poner en su carta una posdata para sí.

Volviendo á preludiar en su instrumento, añadió á las dos ya cantadas la siguiente estrofa:

¡Pluguiera á Dios que pudiese
Librarse así el caballero
Que tienes, señora mía,
Entre tus cadenas preso!...

Al llegar aquí no pudo Elvira contener más tiempo el sobresalto y la agitación que la ofuscaban: *¡Basta!* oyó decir el caballero, *¡basta, trovador imprudente!* á una voz que resonó en su oído como la campana de la población inmediata en el del caminante perdido, y oyó en pos cerrar con un ¡ay! doloroso la ventana.

Mas no tardó mucho en volverse á abrir. Cesó de pronto el laúd; el músico, cuyo bulto había visto hasta entonces Elvira al pie de su ventana, había mudado entretanto de sitio, ó había obedecido á la voz celestial: un ruido como de voces ofensivas y alteradas se oyó un breve instante: sucedió un confuso ruido de armas, el cual cesó de allí á poco: sacó Elvira la cabeza por entre los hierros de la reja, como saca el cuello del agua el infeliz, asido de una tabla, que se siente ahogar en medio del mar; un prolongado gemido se siguió al silencio, y retumbó el ruido hueco y resonante de un cuerpo armado que cae en tierra cuan largo es.

Helóse la palabra en la garganta de la infeliz Elvira, que era todo oídos, pues nada alcanzaba á ver. Un momento después se oyó el ruido de un hombre que monta á caballo y parte aceleradamente.

—¡Infeliz!—exclamó Elvira después de un momento de pausa glacial; pero un nuevo rumor la obligó á prestar atención.

—¿Dónde está?—dijo una voz de hombre que sobrevino de allí á poco.

—¡Qué sé yo! ¡voto á tal! ¿no le oísteis por aquí?—respondió otra.

—Debió caer.

—Y también debió levantarse.

—O debieron levantarle; según yo oí, no quedó muy bien parado.

—Volvamos, y el diablo le lleve.

—Llévele en buen hora. ¡Ah!

—¿Qué es eso? ¿Os caéis?

—Voto á tal que con el lodo está el piso que parece mármol. Héme caído.

—¿Con el lodo, eh? á ver, volveos: poneos á la luz de la luna. Por el alma del cobarde, que es el diablo quien le ha llevado ó el hechicero, porque aquí ha dejado... toda... su... vida...

—¿Qué decís?

—¿No veis cómo os habéis puesto?

—¿De qué?

—¡De sangre, voto á tal! ¡Y que esto pase por alguna desvanecida!

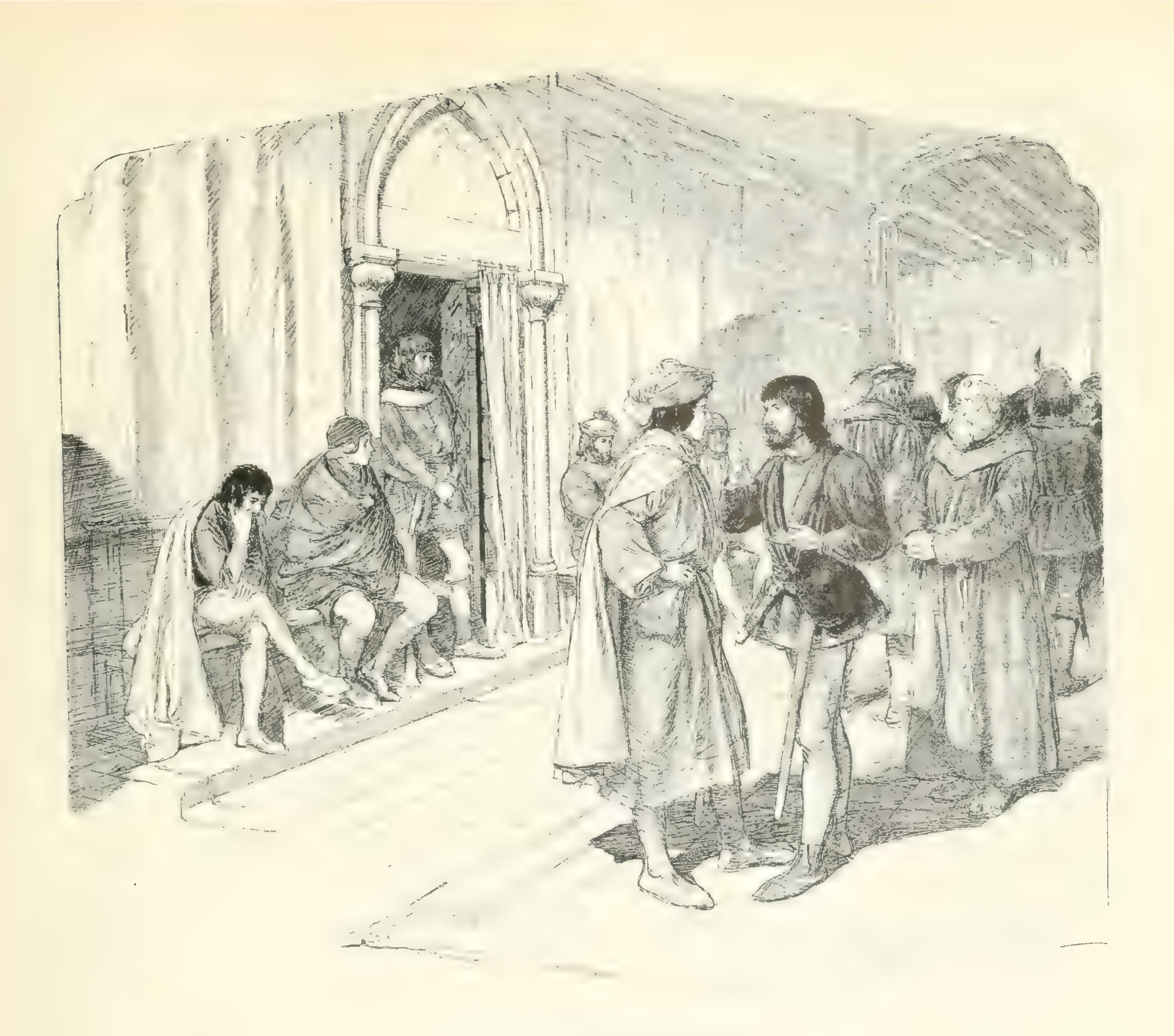
El diálogo era en todas sus partes destrozador para la infeliz Elvira, que por los antecedentes que tenía no podía prescindir de ver claro en este desdichado asunto: cada palabra retumbaba en su alma como el golpe del martillo que hace entrar á trozos la cuña en la madera: así entraba la horrible realidad en el alma de Elvira. Pero al oir la palabra *sangre*, un estremecimiento involuntario la sobrecogió; la atmósfera pesó como plomo sobre su cabeza al resonar en el aire el amargo reproche con que la frase concluyó; un ¡ay! penetrante se escapó de su pecho desgarrado, dió consigo en tierra, privada de sentido la triste camarera, sonando su cabeza sobre el pavimento como piedra sobre piedra, y nada volvió á oir.

Llegó el *ay* dolorido á los oídos de los dos que hablaban, y era, efectivamente, tan penetrante é inexplicable, que no sólo en aquel siglo de ignorancia, sino aun en éste, más de un valiente hubiera temblado al escucharle á aquellas horas, en aquel sitio, sin ver de donde saliese, y sobre el pedazo de tierra que acababa de ser teatro de una muerte, según todas las apariencias.

—¿Has oído?—dijo uno al otro.—¡Cuerpo de Cristo! aquí ha quedado su alma para pedir venganza á todo el que pase: ese grito no es de persona; huyamos.

—Huyamos,—repuso el compañero, y sonaron un momento sus pasos precipitados al rededor del muro. De allí á un momento nada se oía ni dentro ni fuera, ni en las inmediaciones del funesto alcázar.





CAPITULO NOVENO

Ese caballero, amigo,
Dime tú qué señas trae.
Cancion. de Rom.

La hora del alba sería cuando el famoso caballero don Enrique de Villena, cansado de esperar inútilmente á su juglar, á quien había comprometido, como sabe el lector, en el misterioso y nocturno acontecimiento de la víspera, vacilando entre mil ideas confusas, había entregado al descanso sus miembros fatigados. Ni el miedoso juglar había vuelto, ni él, desde el punto en que le enviara á explorar quién fuese el músico, había tornado á oir más que el confuso ruido de las armas de los desconocidos combatientes. No habiendo querido dar sospechas á nadie en el alcázar de que pudiera tener la menor parte en los sucesos que él se figuraba haber ocurrido, no se había determinado ni á salir en persona á reconocer el estado de las cosas, ni á despertar á ninguno de sus pacíficos sirvientes. Habíale, entretanto, sorprendido el sueño en medio de la encontrada lucha de sus opuestos pensamientos, y vestido como estaba, se había reclinado en su rico lecho, determinado á esperar el día y con él la aclaración de los acontecimientos de la noche. El sol, sin embargo, que á más andar se venía, amaneciendo por las doradas puertas del oriente, daba la señal á caballeros y escuderos de tornar á las obligaciones diarias, porque en la época de nuestra narración no se había introducido aún la moda regalona de perder las gentes principales las horas más hermosas del día en el mullido y caliente lecho.

La cámara principal del señor de Cangas y

Tineo, inmediata á su gabinete alquimístico (cuya entrada no era á todos permitida), presentaba un aspecto imponente, tanto por el lujo y afectación con que se hallaba alhajada, como por las diversas personas que en ella se veían reunidas, esperando á que se dignase recibir su acostumbrado homenaje el ilustre pariente de Enrique III. Gentileshombres, caballeros y escuderos de su casa, oficiales de su servicio, donceles y pajes, conversaban en diversos grupos, pendientes del menor ruido que pudiera anunciarles la deseada presencia de su señor. Notábase sólo la falta de dos personas, y no se oían más que preguntas misteriosas sobre su extraña ausencia.

—¿Qué era del primer escudero? ¿Qué del juglar?

—¿Qué puede causar la tardanza de Fernán Pérez?

—Por el señor Santiago que es cosa difícil de comprender. Cuando volvíamos anoche de la batida, él se adelantó con un solo montero y se separó de nosotros. Desde entonces no le volvimos á ver.

—Sí,—reponía otro,—apostara la mejor pieza de mi arnés á que fué á ver bajo las ventanas de su amada esposa si andaban moros en la costa.

—Bravo modo de decirnos que el escudero es celoso.

—¡Dios me perdone! como un moro.

—¡Oh! entonces,—decía un tercero,—ya se explica su ausencia. Habrá tardado en conciliar el sueño... al lado de su dama..

—¡Chitón! la puerta de la cámara se ha abierto.

—Es el camarero.

—El camarero, el camarero,—repitieron varias voces por lo bajo. Fijáronse las miradas de todos en Rui Pero, quien con la mayor inquietud preguntó:

—¿No ha venido aún Ferrus? Su señoría pregunta por su juglar.

—Estará haciendo alguna trova, ó pensando algún donaire,—dijo el más atrevido de los caballeretes.

—Cierto que comienza su tardanza á inquietarme,—dijo Rui Pero. Y acercándose á los principales personajes de aquella corte:—Su señoría no se ha desnudado esta noche; Fernán Pérez no parece; Ferrus tarda...—les dijo misteriosamente:—temo grandes novedades. Voy á prevenir á su señoría,—añadió en voz alta, y se entró.

Duraron otro rato las misteriosas conversaciones de la cámara; pero no tardó mucho en venir á interrumpirlas la presencia del primer escudero.

—Dios nos dé su bendición,—dijo en entrando,—al comenzar este día,—y se santiguó devotamente.

—Dios nos la dé,—repitieron los circunstantes, é imitaron, como en las cortes se usa, la acción del valido —Bien venido sea el escudero de su señoría,—exclamaron después.

—Bien venido, sí, y bien despierto: la trasnochada me ha hecho ser indolente. Vuestras mercedes me darán licencia que entre á tomar las órdenes de nuestro amo. Ya hace rato que debiera estar á su lado.

No le dió lugar, sin embargo, á entrar la salida del conde en persona, á quien acompañaba su fiel camarero. Hízose, como los demás, á un lado respetuosamente Fernán Pérez, y el conde, que le había visto antes que á otro alguno, disimulándolo sin embargo, como para castigarle de su tardanza, dirigió comedidamente la palabra á sus principales cortesanos, después de las ceremonias y fórmulas de uso.

—Caballeros,—dijo el conde,—asuntos de alguna importancia me obligan á separarme de vuestras mercedes. Podréis esperarme en la antecámara de Su Alteza, adonde no tardaré en seguiros. Fernán Pérez, quedaos.

Inclinaron la cabeza los circunstantes, y hablando entre sí por lo bajo, dejaron la cámara desocupada, no muy contentos con el frío recibimiento del distraído conde de Cangas y Tineo.

—Y bien, Fernán Pérez,—dijo á éste luego que quedaron solos,—supongo que habéis encontrado en completa salud á la hermosa Elvira.

—Esa pregunta, señor...

—¡Oh! no, hacéis bien: no se puede vacilar entre el servicio de una hermosa y el de un conde. Voy viendo que os debo de armar pronto caballero, porque ya, sin serlo, cumplís perfectamente con la orden de caballería. ¿A qué hora habéis entrado en Madrid?—Rui Pero, dispondréis que se busque dentro y fuera del alcázar á Ferrus. Su ausencia me inquieta.—Ya estamos solos, Vadillo. ¿A qué hora habéis entrado?

—Podrían ser las cuatro, si dicen las horas las estrellas.

—¿Las cuatro? A esa hora... ¿no habéis visto á la entrada á Ferrus?

—Ojalá, señor, que hubiera visto á Ferrus: algo peor es lo que he visto.

—¿Peor? explicaos presto.

—Y peor lo que he oído.

—¿Habéis oído?

—Volvía, señor, de la batida, como me dejaste mandado, á la cabeza de los caballeros y monteros de tu casa: al llegar al alcázar, habíame adelantado algún tanto para hacer la señal de que nos echaran el rastrillo, cuando creí oir hacia cierto punto del alcázar, pero de la otra parte del foso, un laúd asaz bien templado.

—Seguid, Vadillo.

—Parecióme mal que á tales horas se diesen serenatas hacia la parte precisamente del alcázar que habita...

—Seguid.

—Apreté los ijares al caballo: cuando llegué, la música había cesado; pero un hombre que rodeaba el muro exterior, y que á la sazón se hallaba debajo de las ventanas de mi señora la condesa...

—¡Vadillo!

—De Elvira, señor... Perdonad si mi lengua... ¡maldita sospecha! ahora caigo en que... Aquel hombre, pues, no me pareció bien, y le acometí.

—Por Santiago que acertaste. ¡Es mi hombre! ¿Era el músico?

—Sin duda, puesto que por allí otro alguno no se veía.

—¿Se defendió?

—Trató de defenderse, y trató de hablar; pero mi venablo no le dió todo el espacio que él quisiera. Le disparé y cayó.

—¿Cayó? adelante, Vadillo. Tu recompensa igualará tu servicio.

—Apeeme del caballo para reconocerle, pero fué imposible: había llovido, y él cayó en el fango; mi venablo le había pasado por la frente, y su cara estaba llena de lodo y de sangre: la oscuridad, además, y mi turbación no me permitieron conocerle. Figuréme, sin embargo, que no debía de estar muerto aún, pues latía su corazón y se quejaba. Deseoso de saber quién fuese el músico que á aquellas horas osaba comprometer el honor de las dueñas del alcázar, atraveséle en mi caballo: sin embargo, antes de entrar lo encomendé al cuidado del montero que se había adelantado conmigo: respondióme de su seguridad. Fuí á dar órdenes para hospedar á la gente de la batida, y ahora sólo espero las tuyas, gran señor, para reconocer al insolente trovador.

—¡Ah! ¿No sabéis aún quién sea?

—Sólo sé que no está herido de muerte; pero el montero al anunciármelo añadió que el maestro á quien había recurrido, al hacerle la cura, había encargado que no se le viese ni hablase. Creí, pues, del caso esperar á la mañana. Parecióme, sin embargo, joven y gallardo mancebo.

—Él es, no hay duda. Te tengo en mi poder, mal caballero. Vadillo, es preciso tenerle á buen recaudo.

—¿Conócesle tú entonces, gran señor?

—Sí, le conozco; tú le conocerás también. Necesito sin embargo á Ferrus. A esa misma hora de las cuatro le envié á reconocer al músico; de entonces acá ha desaparecido. El villano cobarde ha tenido miedo sin duda; acaso luego se aparecerá y creerá desarmar mi enojo con alguna juglería. Entretanto Rui Pero está en el encargo de encontrármele muerto ó vivo. Sus orejas servirán de pasto á mis lebreles si ha cometido villanía, por Santiago. Ahora, Vadillo, es preciso no perder tiempo: supuesto que está en nuestro poder quien pudiera únicamente desbaratar mis planes, dentro de una hora he de quedar servido. Hernán Pérez, ¿tenéis valor y resolución?

—Dispón, señor, de mi vida.

—Venid conmigo; prontitud y secreto.

Dicho esto, salieron don Enrique y su primer escudero, y atravesando apresuradamente las galerías del alcázar, se dirigieron á las caballerizas del conde: dieron allí varias órdenes, al parecer de la mayor importancia y separáronse en seguida. El primer escudero buscó y habló misteriosamente á algunos escuderos de la casa de su señoría. El movimiento y el sigilo con que ciertos preparativos se hacían, pronosticaban algún proyecto de la mayor importancia. Reuniéronse de nuevo el conde y su primer escudero, y en otra secreta conferencia aquél pareció dar á éste instrucciones de grave peso, después de las cuales se dirigieron entrambos, seguidos de los escuderos y armados que para su plan habían escogido, y desaparecieron entrándose por la cámara de don Enrique. Nada se trasluce en las crónicas del objeto de aquellas ignoradas conferencias. El lector, sin embargo, si presta un poco de paciencia, podrá tal vez adivinarlo por sus prontos resultados.

CAPÍTULO DÉCIMO

> Mate el conde á la condesa,
> Que nadie no lo sabría,
> Y eche fama que ella es muerta
> De un cierto mal que tenía.
>
> *Rom. del conde Alarcos.*

Cuando Fernán Pérez de Vadillo hubo dejado su presa al cuidado del montero, se apresuró á desvanecer las sospechas que en su alma comenzaban á nacer acerca de la dueña á quien podría haber sido la serenata dedicada. Era evidente que el trovador se hallaba debajo de las rejas de doña María de Albornoz; ¿rondaba, empero, á la condesa, ó á alguna de sus dueñas y doncellas? ¿era acaso Elvira el objeto de tan intempestiva música? La conducta irreprensible de la condesa y de su esposa las ponían en cierto modo á cubierto de cualquier juicio temerario. Los maridos, sin embargo, que nos lean, no extrañarán que el celoso escudero fabricase en el aire mil castillos fantásticos hasta la completa aclaración, por lo menos, de sus terribles dudas.

El taimado pajecillo, entretanto, al oir saltar de su lecho á su hermosa prima, se había levantado y había conseguido hacer que ella volviese en sí de su aturdimiento, golpeando á su cerrada puerta, y preguntándola si necesitaba algún auxilio, y cuál era la causa de aquel ¡ay! doloroso y del extraordinario ruido que acababa de oir.

Repúsose Elvira lo mejor que pudo, y tranquilizando al paje, mandóle que se retirase á su lecho, y aun le trató de visionario y de curioso impertinente. A lo de curioso nada tenía el pobre Jaime que responder, pero en cuanto á lo de visionario, él sabía muy bien que no había soñado lo que realmente había oído, y si obedeció por entonces, no fué sin reservarse el derecho de averiguar todo el caso en amaneciendo. Elvira, satisfecha con el silencio del paje, tornó á escuchar, pero no oyendo ruido alguno que pudiese ponerla en camino de dar con la verdad de lo sucedido, volvióse al lecho también; de suerte que á la venida inesperada del celoso escudero, pudo disimular convenientemente la reciente turbación. Después de las primeras preguntas que entre los dos pasaron acerca de aquella imprevista llegada, en balde trató Fernán Pérez de sondear mañosamente el alma de su avisada esposa. Nada había oído, nada sabía de cuanto á Vadillo traía inquieto. Hubo éste, pues, de conformarse y remitir á otra ocasión más favorable la satisfacción de sus deseos. Concilió el sueño de que tanta falta tenía, y cuando se dispertó se vistió apresuradamente, y despidiéndose de su amada esposa, se dirigió á la cámara de don Enrique, como arriba dejamos indicado.

No deseaba Elvira otra cosa: cada vez más inquieta acerca del oscuro sentido de las trovas de la noche pasada, presagiaba ya mil próximas desventuras; determinó dar aviso á la condesa, quien había oído muy confusamente los sucesos referidos. Antes, empero, de dar este importante paso, llamó al paje y le dijo cómo era inútil que guardase por más tiempo el secreto de la venida del caballero de Calatrava, puesto que ella lo había reconocido: añadióle que importaba mucho á la seguridad de su señora la condesa saber cual había sido el desventurado lance de la noche, y hablar al caballero, si había quedado de él con vida y libertad, para que le aclarase sus misteriosos avisos: prometió el paje indagar cuanto hubiese en el asunto, tanto por dar contento á su querida prima, como por el interés que en las cosas del caballero trovador se tomaba. Salió, pues, en busca de él, resuelto á no volver mientras no diese con él y no le indicase el deseo de la condesa, de agradecerle su fina amistad, é implorar al mismo tiempo su protección y amparo, si algo sabía que fuese en contra de ella ó de los suyos.

Más tranquila después de esta primera diligencia, acudió la triste Elvira á la cámara de su señora, á quien encontró levantada, pero no repuesta de las terribles escenas de la víspera. No contribuyó á aquietarla lo que Elvira le refirió, y entrambas á dos determinaron vivir con cautela, no dudando que las palabras del trovador tuviesen alguna relación con los proyectos que el irritado conde había dejado traslucir la noche antes, en medio de su colérico arrebato contra su inocente esposa.

Bien quisiera la condesa penetrar el arcano que las nocturnas trovas encerraban, y aun más quisiera traslucir quién podía ser el caballero generoso que tan bien informado se hallaba de las asechanzas que contra ella se prevenían y que tan singular interés por su seguridad tomaba. No eran pequeñas, por otra parte, las zozobras y la duda que á entrambas nuestras heroínas agitaban acerca de los resultados de la desgracia que al caballero le había acarreado su generosidad.

Era para Elvira evidente que poco después de haber callado el desventurado cantor, le había sobrevenido un trance de armas: la caída de un cuerpo había resonado luego funestamente en sus oídos y en su corazón, y el silencio y la duda habían sucedido á la catástrofe. Era de presumir que el muerto ó herido fuese el músico; pero era imposible saber nada á punto fijo antes de la vuelta del paje. Corría entretanto el tiempo, si bien no tan aprisa como al desgraciado que espera le suele comunmente convenir, y el paje no daba noticias de su persona.

Si nuestros lectores han esperado alguna vez, podrán formar una idea aproximada de la penosa agonía de la de Albornoz y Elvira, porque idea exacta de ninguna manera la podrán concebir.

—¿Has oído?—preguntaba en medio del mayor silencio la condesa.

—¡Es Jaime!—respondía Elvira;—mas no, no suena nada,—añadía después de un momento de inútil expectación.

—Ahora... ahora sí, exclamaba de allí á un rato la condesa.

—Sí; ahora; pasos son, y pasos acelerados...

—De muchacho.

—Jaime, Jaime es... ahora sí...—repetía Elvira atenta á la puerta, los ojos fijos en sus batientes hojas, y palpitándole el seno aceleradamente con el movimiento de las olas azotadas por la brisa; veíala abrirse ya, se medio incorporaba en su asiento, entreabría los labios para hablar á Jaime... La puerta, sin embargo, cerrada, fija, inmóvil como una pared. Los pasos se alejaban, apenas se oían. Nada ya.

—Sería algún criado que pasaba.

Una vez, en fin, la puerta se movió al morir en ella el ruido de los pasos; todavía no se podía ver al que iba á entrar: parecía sacudirse por sí sola, y antes de que se abriese lo bastante para dar paso al paje, que era sin duda el que iba á entrar, la condesa y Elvira unánimemente inspiradas de uno de estos raptos del primer momento, tan comunes é irreprimibles como inexplicables en las mujeres, habían gritado:—¡Jaime! entra, Jaime.

Abrióse por fin la puerta enteramente, y entró don Enrique de Villena. Hay una inclinación natural en el que espera á creer que nadie puede venir sino el esperado; nada tienen, pues, de particular el asombro y la repentina frialdad de la condesa y su camarera al ver echado por tierra tan inesperadamente todo el aéreo castillo de sus fantásticas esperanzas. Miráronse una á otra en el primer momento de estupor; el lector hubiera adivinado en sus semblantes infinidad de ideas que bullían en sus imaginaciones, y que por la vista se cruzaban, se comunicaban, se hablaban, se refundían en un solo objeto de entrambas comprendido sin más verbal explicación.

Examinó un momento don Enrique de Villena las cambiantes fisonomías de la señora y su camarera.

—Bien veo,—dijo pausadamente después de un momento,—bien veo, doña María, que no esperáis á vuestro esposo. ¿Pudiera yo merecer vuestra confianza hasta el punto de saber cuál interés os liga al imprudente paje que ha abandonado de una manera tan imprevista mi envidiado servicio? ¿calláis? ¿me conserváis rencor aún por la escena de anoche?

Dijo estas últimas palabras con tal acento de dulzura y de reconvención, que no pudo menos la ilustre víctima de manifestar á las claras en su semblante su singular asombro. Tenía, efectivamente, el de Villena gran facilidad para revestir la máscara que á sus fines mejor convenía. Nadie hubiera reconocido en sus modales y palabras al tirano esposo de la víspera.

—¿No queréis, señor, que extrañe tan singular mudanza en vuestras acciones? ¿debo creeros, ó prepararme para otra?...

—Basta, doña María: ¿es posible que no acabéis de conocer los sentimientos de don En-

rique de Villena? No negaré que pudierais estar justamente ofendida; pero vengo á reclamar mi perdón. He pensado mejor mis verdaderos intereses, he reconocido mi error: vuestras virtudes me han hecho abrir los ojos; si sois la misma que habéis sido siempre, Elvira puede ser testigo de nuestra reconciliación.

—¡Don Enrique!—exclamó alborozada la de Albornoz. Miró, sin embargo, á Elvira como para preguntarla con los ojos si podría creer en la sinceridad de las palabras del conde: Elvira bajó los suyos, y dejó sin respuesta la muda interrogación de su señora.

—Desechad las dudas, doña María. Vengo á daros una prueba positiva de mi afecto. Espero que esta noche os presentaréis brillante de galas y preseas en la corte de Enrique III. Quisiera que vencieseis en esplendor á todas vuestras émulas, y que la corte toda, á quien hemos dado harto motivo de murmuración con nuestras anteriores contiendas, presenciase los efectos de nuestra nueva alianza. ¿Dudáis aún?

—Esta duda, señor,—repuso la de Albornoz,—puede seros garante del deseo que en mi alma abrigaba de veros, por fin, esposo algún día. ¡Ah! si vuestro amor, si esta reconciliación fuesen una nueva artería, si fuesen un lazo...

—¡María!

—Perdonadme: vos habéis dado lugar á mi desconfianza; si esta paz aparente fuese sólo la calma precursora de nuevas borrascas, seríais bien cruel y bien pérfido caballero. ¿Qué gloria podría prestarle al león el jugar con la inocente y crédula oveja? Ved mi alma: yo os perdono, don Enrique; perdonémonos entrambos. Oíd, empero. Si sólo intentáis divertiros á costa de mi loca credulidad, Dios confunda al malsín, abandone la Vírgen Madre al engañador de las damas, y el buen Santiago al mal caballero. Apodérese el ángel malo del alma del traidor, y no le sean bastante castigo las penas todas de los condenados al fuego eterno. Hé aquí mi mano y mi amor, don Enrique.

Las últimas palabras enérgicas que la de Albornoz había pronunciado con toda la entereza de la virtud y el entusiasmo de la inspiración, habían hecho bajar los ojos al imperturbable don Enrique: un estremecimiento involuntario le había cogido desprevenido, y estrechó la mano de la de Albornoz, diciendo balbuciente y confuso:

—Ved aquí la mía; el cielo sabe la verdad de mis palabras.

Abrazáronse los consortes en presencia de la asombrada Elvira, quien, acostumbrada á la táctica de don Enrique, no hacía sino examinar su semblante como buscando en sus facciones y en el más insignificante de sus gestos pruebas contra sus palabras. La de Albornoz, deslumbrada por su mismo deseo y su amor al conde, se entregaba más fácilmente á la esperanza de ver, por fin, su suerte mejorada. ¿No era, por otra parte, muy posible que sus virtudes hubiesen hecho realmente en don Enrique el efecto que éste acababa de suponer? Nada hay más fácil que hacernos creer lo que con vehemencia deseamos. La de Albornoz tragó, pues, el cebo y el anzuelo.

Repuesto don Enrique de su primera turbación, no perdonó medio alguno de inspirar confianza á su esposa: las palabras más tiernas fueron por él prodigadas, y las más vivas protestas de amor y fidelidad. Un amante no hubiera dicho más que el hipócrita marido.

Poco tiempo podía hacer que esta escena duraba en la cámara de doña María de Albornoz, cuando la puerta misma que el día antes había proporcionado á don Enrique retirada, se abrió con admiración de los circunstantes, y se aparecieron seis figuras fantásticas, que un hombre del vulgo hubiera llamado entonces seis endriagos. Venían armados, al parecer, de pies á cabeza, pero unas especies de sayos que sobre la armadura traían, y cuya capucha cubría su cabeza y rostro, á manera de los que usaban los almogávares, no permitían ver quiénes ni qué especie de hombres fuesen.

Suspensas quedaron á tan extraña aparición doña María y su camarera; mirábanse alternativamente, y miraban luego con atención exploradora á don Enrique, deseosas de reconocer en su fisonomía si se presentaban los intrusos allí por su orden, ó si tendrían ellas motivo para temer algún nuevo peligro.

—¡Vive Dios!—exclamó don Enrique levantándose: ¿quién es el osado que os envía? ¿quién se atreve á interrumpir de un modo tan incivil las conversaciones del conde de Cangas y Tineo? Salid fuera y...

No le dieron tiempo á proseguir los encubiertos: el que parecía ser jefe de ellos desenvainó una espada, á cuya señal se acercaron los demás con sendos puñales á las aterradas damas, todo sin proferir una palabra.

—¡Don Enrique!—exclamó la de Albornoz arrojándose á sus pies y estrechando sus rodillas; al paso que éste, con el acero fuera ya de

la vaina, parecía protegerla de todo extraño acometimiento.

—Traición, señora,—gritó Elvira,—traición: ¡nos han vendido! y quiso arrojarse hacia la puerta para demandar socorro. No se lo consintieron dos de los fantasmas, que arrojándose á su paso, la sujetaron fuertemente y pusieron término á sus alaridos, cubriendo su boca con su fino cendal, y procediendo en seguida á sujetarla á una de las columnas de la cámara. Don Enrique, entretanto, gritaba y maldecía.

—¡Por Santiago! he olvidado mi silbato de plata en mi cámara, y ningún criado me oirá aunque los llame. Pero venid,—añadía al jefe de los invasores;—llegad y arrancadme la vida antes que el honor.

En vano trató la de Albornoz de separar á su esposo del trance que le esperaba. Don Enrique la rechazó y cruzó su espada con la del desconocido, en tanto que los compañeros de éste, apoderándose de la casi desmayada doña María, vendaban su boca con su propio pañuelo, en cuyas puntas se veían ricamente recamadas en oro las armas reunidas de su casa y la de Aragón: cubriéronla toda con un largo manto negro, que de pies á cabeza la ocultaba, y comenzaron á sacarla fuera de la cámara por la puerta secreta, sin que pudiese oponerles resistencia alguna la consternada y ya enteramente enajenada víctima.

Combatía entretanto don Enrique con el desconocido, el cual, visto lo hecho por sus compañeros, se replegaba defendiéndose con destreza. Miraba Elvira con atención el semblante de don Enrique, por ver si descubría en él alguna señal que manifestase estar mancomunado con los traidores. Ofendía y se defendía este, empero, con bizarría; voceaba llamando á sus criados y persiguiendo siempre al fuerte caballero que protegía la retirada de los suyos con su presa, mas sin poder herirle: al llegar á la puerta secreta, el desconocido hizo su último esfuerzo para desembarazarse de su molesto perseguidor, y tirándole un furibundo mandoble desarmó al conde. Bien trató el al parecer irritado Villena de recoger su acero en cuanto vió que el encubierto no se había aprovechado de su ventaja para rematarle, pero la acción de don Enrique dió tiempo al fugitivo; lanzóse á la escalera cerrando tras sí la puerta con el oculto cerrojo, de modo que cuando el conde, apoderado ya de su arma, volvió á la carga, no halló más que una pared tersa é insuperable delante de sí, procurando en vano tocar el resorte que la solía abrir.

Volvióse atrás entonces el conde, y no parando mientes en Elvira, que atada y amordazada permanecía, salió por la puerta principal de la cámara, llamando socorro y armas contra los robadores, como los llamaba, y malandrines que acababan de arrebatar á su cara esposa de entre sus mismos brazos, allanando su propia habitación por arte sin duda de Luzbel y con auxilio de todas las potestades del abismo, contra su robusto y valeroso brazo.

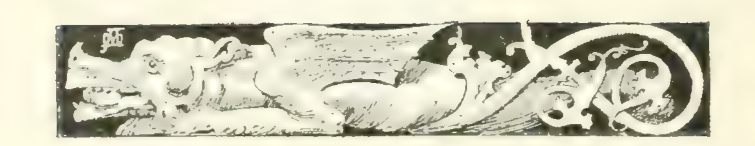
—A la mina, mis escuderos, al campo,—gritaba,—al campo del moro, al Manzanares: allí los alcanzaremos: la escalera secreta no tiene otra salida.

No tardó mucho en esparcirse por el alcázar la noticia del extraordinario robo y desacato cometido en la persona de la condesa de Cangas y Tineo: caballeros y escuderos acudían todos á la voz del conde, y en menos de media hora estuvo éste en disposición de traspasar el rastrillo en busca de los robadores. Quién enlazaba este acontecimiento con la música oída la noche antes bajo la ventana de la condesa, quién suponía que el hecho era imposible, en vista de que sólo don Enrique poseía las llaves de los candados que cerraban aquella salida al campo. Todos conjeturaban, todos hablaban, nadie veía clara la verdad.

No era, sin embargo, menos cierto que los robadores habían hallado el secreto de introducirse en la cámara de la de Albornoz por la puerta que la unía con la del conde, y que tenía salida á la escalera, y de allí á la larga mina no conocida de todos. Nada más frecuente en los alcázares antiguos, y de construcción morisca sobre todo, que estas minas secretas: hacíanse prudentemente con la mayor reserva y secreto, y solían parar á una ó dos leguas, á veces, del alcázar á que pertenecían. Varias puertas y trampas de hierro, bien cerradas y puestas á trechos, impedían la entrada en ellas á los enemigos, aun en el caso de ser su boca descubierta, cosa de suyo poco menos que imposible, y podían ser de mucha utilidad á los poseedores del alcázar, tanto para hacer una salida imprevista, como para introducir víveres, como también para salvarse por ellas en una noche la guarnición del castillo, en el caso de verse reducida al último extremo por un ejército aguerrido y numeroso. Por una de estas minas, pues, escaparon los encubiertos; de suerte que ya se hallaban muy lejos de Madrid cuando pudieron llegar sus perseguidores á la boca de la mina,

habiéndoles sido preciso reunirse, armarse, salir del alcázar, y dar un gran rodeo para su objeto, pues perseguirlos por la misma mina era caso imposible, puesto que habiendo sustraído y llevado las llaves de las diversas puertas los encubiertos, era claro que habrían ido cerrándolas todas sucesivamente tras sí, como con la primera de la cámara había hecho el jefe de ellos, con el prudente objeto de asegurarse las espaldas.

Dejemos á don Enrique á la cabeza de los oficiales de su casa corriendo el campo del moro en busca de su robada Elena, y pidamos al lector un ligero descanso que, después de la pasada refriega y aventura extraordinaria referida, habemos en gran manera menester.





CAPITULO UNDÉCIMO

> Cuando el conde aquesto vido
>
> . . . .
>
> Fuerase, para el palacio
> Donde el rey solía estar,
> Saludó á todos los grandes,
> La mano al rey fué a besar.
>
> *Rom. del conde Grimaltos. Silva de varios rom.*

La pequeña corte de la antecámara de don Enrique, que dejamos en anteriores capítulos descrita, era un imperfecto y pálido remedo de la del *muy alto y poderoso don Enrique III.*

Veíanse lucir en esta, á más de los que tenían los primeros oficios de la real casa de Su Alteza, las principales dignidades de Castilla. Hallábanse en derredor del trono á derecha é izquierda, y por el orden de su dignidad y favor, el buen condestable don Rui López Dávalos, el almirante don Alfonso Enríquez, don Fadrique, duque de Benavente, don Gastón, conde de Medinaceli, el conde don Juan Alfonso de Niebla, los maestres de Santiago y Alcántara, el mariscal don Garci González de Herrera, don Juan de Velasco, camarero mayor, Diego López de Stúñiga, justicia mayor, Pero López de Ayala, chanciller mayor y del sello de la puridad, el adelantado Pedro Manrique, donceles y caballeros principales, en fin, que á la corte asistían. En el momento de nuestra narración llegaba Su Alteza á ocupar su regia silla: acompañábanle al lado don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, don Juan Hurtado de Mendoza, su mayordomo mayor, y sosteníanle del brazo fray Juan Enríquez, su confesor, y don Mosén de Abenzarsal, su físico. Don Enrique III, en medio de su juventud, tenía el natural aspecto en-

fermizo que á su rostro prestaban sus habituales dolencias. Semblante pálido y prolongado por la enfermedad, noble con todo, grave y lleno de majestad: sus ojos eran hermosos; mezclábase en ellos cierta languidez y tristeza con la penetración y la severidad: su andar era lento y su voz flaca.

Hasta el momento de la entrada de Su Alteza habíase tratado con raro interés entre los palaciegos del robo singular de doña María de Albornoz, y ninguno en consecuencia extrañaba la ausencia de don Enrique de Villena y de los caballeros de su casa. Sucedió el mayor silencio á la entrada de Su Alteza y éste recorrió con la vista apresuradamente el círculo de sus cortesanos, saludando á uno y otro lado con su natural sequedad.

—¿Y nuestro fiel pariente y vasallo don Enrique de Villena?—preguntó Su Alteza:—condestable, ¿creo que me habéis dicho que ha vuelto de la montería del Real de Manzanares?

—Señor,—dijo el buen López Dávalos inclinando su cabeza cana y despojada por el tiempo,—cierto es lo que aseguré á tu Alteza: don Enrique volvió ayer del Pardo.

—¡Por San Francisco! que no sabe sus intereses mi primo cuando olvida presentarse á su rey...

—¡Es una omisión imperdonable!... pero, señor, hay causas á veces que...

—¿Causas? quiero saberlas.

—Seis enmascarados han robado á su esposa.

—¿Robado? ¿dónde?

—En su cámara misma.

—¿En mi palacio? no puede ser, condestable. Tal desacato costaría la cabeza... Explicaos.

—Nada hay más cierto, señor.

Aquí el condestable, amigo del conde de Cangas y Tineo, refirió al rey cuanto en el alcázar corría acerca de tan extraño acontecimiento.

—Diego López de Stúñiga,—dijo el rey levantándose cuando hubo oído la relación del caso, el rey Enrique no desmentirá jamás la fama que tiene granjeada de justiciero. Como justicia mayor de mis reinos os cometo la averiguación del suceso. Compadezco á nuestro fiel pariente y vasallo, y quiero vengar la felonía cometida en la persona de mi muy amada doña María de Albornoz. Antes de tres meses me habréis descubierto quién sea el reo, y habrá pagado con su cabeza su atrevimiento. Juro por las llagas de San Francisco que no le podré dar seguro aunque me le pida.

Inclinó respetuosamente la cabeza Diego López de Stúñiga, y volvió á ocupar su lugar.

—Vos, Pero López de Ayala, tendréis entendido que quiero que se extienda hoy mismo la cédula que os dije: es mi real voluntad que no paguen mis reinos más monedas, á pesar de no haberse acabado aún la guerra con Granada. ¿Qué os parece, almirante?

—Paréceme, señor, que pudieran recrecerse graves daños de la supresión del tributo de las monedas,—repuso el almirante:—si bien con eso contentáis á los pecheros y hombres de afán, también si los moros vuelven á hacer entrada...

—No me lo digáis,—repuso el rey;—estad cierto de que tengo yo mayor miedo de las maldiciones de las viejas de mis reinos que de cuantos moros hay de esta parte y de la otra parte del mar.

Calló el almirante, y alto murmullo de aprobación acogió el paternal dicho de Enrique el Doliente.

Otra media hora pasaría en que el rey de Castilla despachó en medio de su corte algunos negocios del gobierno de sus reinos; ya iba á dar la vuelta á la cámara, cuando se sintió ruido como de muchas personas armadas que se acercan; volviendo todos las cabezas hacia el sitio por donde el rumor sonaba, un faraute de Su Alteza, llegando hasta el medio de la sala, hizo una reverencia, otra á poca distancia, y hecha la tercera á los pies casi del trono:

—Poderoso rey,—dijo en alta voz,—y justo don Enrique, tu pariente y leal vasallo don Enrique de Aragón, conde de Cangas y Tineo, ricohombre de estos reinos y señor de Alcocer, Salmerón y Valdeolivas, viene á pedir á tus plantas justicia y reparación.

—Decid que entre á mi pariente y leal vasallo.

Retiróse el faraute con las mismas cortesías, sin volver jamás las espaldas, y llegado á la puerta: *Entrad*, dijo con voz descomunal.

Dos farautes de don Enrique precedían. Don Enrique de Villena detrás, con rostro á la par airado y pesaroso. Seguía á su lado su primer escudero, y detrás un caballero de su casa con el estandarte de sus armas, en que lucían sobremanera las barras paralelas de Aragón. El estandarte, pendiente de una asta á la manera de los que aun se usan en algunas procesiones, era ricamente recamado de oro y plata sobre campo azul. Venían después, armados como su señor, los caballeros y escuderos vasallos del poderoso don Enrique.

Pedido y dado el permiso de hablar por Su

Alteza, tres veces reclamaron los farautes de don Enrique la atención y silencio de los demás señores y asistentes.

—Oíd, oíd, oíd el desacato y felonía cometido en la persona de la muy noble é ilustre señora doña María de Albornoz, esposa del muy noble é ilustre señor don Enrique de Aragón, y de que en nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la Bienaventurada Vírgen gloriosa, viene á pedir justicia y reparación.

Respondido *hablad*, tres veces también, por el faraute de Su Alteza, comenzó don Enrique, hincando en tierra una rodilla, á hacer relación de cómo le había sido, en su misma cámara, robada su muy amada esposa, y de cómo había salido en persecución de los robadores, entre los cuales contábanse criados de su casa, cuya falta había notado al mismo tiempo.

—Alzad,—le dijo el Doliente rey,—conde de Cangas y Tineo, y decid cuál sea el fruto de vuestra expedición.

—No me levantaré, señor excelso, mientras no acabe el cuento de mi cuita, y no esté seguro de que tu Alteza me otorga lo que á pedirte vengo. Inútilmente he recorrido el campo en busca de los robadores; á haberlos encontrado, señor, no hubiera menester pedirte justicia, porque mi espada me la supiera dar muy suficiente. Pero ¡oh dolor! gran rey, he hallado en vez de la esposa ó de la venganza que buscara, esos sangrientos despojos que sólo una funesta catástrofe me pueden anunciar.

Adelantáronse, al llegar á decir esto, de entre el grupo de los caballeros, dos escuderos, que tendieron á la vista del rey el manto y el velo de doña María de Albornoz, todos ensangrentados.

—¡Cielo santo!—exclamó horrorizado el piadoso rey.—Un movimiento de horror circuló por la corte, y todos apartaban la vista de los sangrientos restos.

—He aquí, señor,—exclamó sollozando el desdichado esposo:—¡y ojalá no hubiera encontrado más pruebas de mi desgracia!

—¿Qué decís? hablad,—exclamó Enrique III.

—Un pastor, gran rey, que es el que ves y puede darte de ello testimonio, me ha asegurado que unas horas antes de encontrar con estas ropas, había visto pasar á unos armados con un cadáver de una mujer, á su parecer hermosa y joven; mi esposa, señor. Receláronse de él, y quisieron echarle mano para impedir que su mal hecho se supiese: mas el conocimiento que tiene del país, las quebradas de las peñas y sus buenos pies, le salvaron, por desdicha mía, para mi amargo desengaño.

—Pastor, llegad,—dijo don Enrique:—¿vos habéis visto eso?

—Verdad dice su grandeza,—repuso el pastor con visible turbación, que achacaron todos al asombro de hallarse en tal paraje.—Llevábanla, sin duda, á enterrar en los sitios ocultos en donde los ví.

—Justicia, pues, señor, justicia. Otorgadme que me dé á buscar al alevoso, y que donde quiera que le encuentre, pueda, sin duelo ni formalidad alguna, castigar al que como villano se portó.

—Yo os juro, don Enrique, justicia y reparación. Alzad: ¿tenéis vos indicios de quién pueda ser el robador?

—Ninguno, — respondió Villena levantándose.

—¿Sospecháis, por ventura, si una venganza ó si una pasión?....

—¡Ay de quien osare ofender la memoria de mi esposa!..

—Nadie en mi presencia la ofenderá, conde de Cangas y Tineo. Imposible me fuera concederos que os entreguéis á buscar al delincuente; necesito vuestra asistencia en mi corte. Pero los oficiales de mi justicia apurarán la verdad, y le hallarán donde quiera que se esconda. Os otorgo, sin embargo, en nombre de Dios trino y uno, á quien en la tierra representan los reyes ejercitando su justicia, que matéis al villano, si lo halláis, donde quiera que lo halléis, armado ó desnudo, solo ó acompañado, por vuestra mano ó por la de villanos vasallos vuestros. Otorgo, otro sí, que quede privado de cualquier gracia que pudiere yo hacerle ó le hubiere hecho sin conocerle; mando á quien le encuentre, caballero, escudero, noble ó pechero, y le requiero que le castigue como su villanía merece, y al que le mate hágole de su muerte salvo y perdonado. Alzad ahora, don Enrique.

—No esperaba yo menos, gran rey, de tu recta justicia.

Adelantándose entonces don Enrique el espacio que del trono le separaba, llegó con rostro apenado, y doblando de nuevo la rodilla ante el rey Doliente, quitóse el yelmo, besóle la mano, y dióle repetidas gracias por el favor singular que acababa de otorgarle. Retiróse en seguida á desarmar, con sus caballeros, por el mismo orden que habían venido.

Quedaron los cortesanos estupefactos de cuanto acababan de oir. ¿Qué motivo racional

se podía, efectivamente, dar á la extraordinaria muerte de doña María? Todos discurrían y se hablaban al oído; pero ninguno conjeturaba la verdad, si bien muchos dudaban del relato y de la manera y forma de la muerte por don Enrique referida. Pero donde el rey había creído públicamente, no era lícito, ni aún á los mayores enemigos de don Enrique, dudar del caso sino en secreto. Todos, por lo tanto, callaron, y el físico de Su Alteza, que vió que la animada audiencia de la mañana y lo mucho que Su Alteza había hablado, había alterado visiblemente su color, le advirtió respetuosamente que le convenía tomar algún descanso. Oído esto por el rey, bajó del regio sillón, y despidiendo á sus cortesanos, entróse en su cámara con aquellos mismos que le habían acompañado á su salida, menos don Pedro Tenorio, el arzobispo de Toledo, que quedó en la sala de audiencia con los más grandes, dando y tomando en la singular aventura del que, entonces más que nunca, comenzó á parecer verdadero hechicero á los ojos de los suspicaces cortesanos de don Enrique el Doliente.



CAPITULO DUODÉCIMO

> Por dar al dicho don Cuadros
> Dado ha al emperador.
> . . . .
> —¿Por qué me tiraste, infante?
> ¿Por qué me tiras, traidor?
> —Perdóneme la tu alteza,
> Que no tiraba á ti, no.
>
> *Romance del Infante vengador.*

No bien hubo llegado don Enrique á su cámara, despachó á sus caballeros y sólo quedó á su lado su predilecto escudero; depuesta allí la falsa máscara de la pena, cuando hubo quedado solo el intrigante conde con Fernán Pérez de Vadillo, trabó con él una breve conversación.

—Fernán, nada tenemos que temer.

—Siempre tiene que temer quien no obra bien, señor.

—¡Fernán!

—Perdonadme, pero no apruebo lo hecho. Y ahora que he obedecido tus órdenes sin murmurar, tengo algún derecho á descargar mi conciencia.

—Vadillo,—díjole al oído el conde,—de nada tiene que acusarme la mía.

—¿De nada?

—Bien: convengo en que el medio ha sido violento; pero era preciso ser maestre de Calatrava.

—Callo, señor: obedezco, pero no lo apruebo. Permíteme que te lo diga por última vez.

—En buen hora: vuestro silencio y vuestra obediencia es lo que necesito. Y vamos á lo que más importa. Tiéneme inquieto el camino que habrán tomado los armados.

—En cuanto á los que llevaron á la condesa, yo te respondo de su silencio y de su fidelidad.

—Bien; ¿y Ferrus?

—¿Tanto sentís la pérdida del juglar?

—¡Sí, la siento, Hernán! Aquél nunca desaprueba nada: su conciencia es la del estúpido; nada le dice nunca: yo soy harto débil y harto bueno todavía para no necesitar tener á mi lado en mis fines un hombre honrado como vos. Quiero un instrumento, no un amigo. ¿Y el trovador prisionero?

—Podemos verle.

—¡Podemos!... es indispensable. ¿No os dije yo que era él? Ved si ha estado detrás del sillón del trono, como acostumbra hallándose en la corte. El golpe nuestro será tanto más seguro cuanto que nadie tiene noticia de su llegada. Habrá desaparecido del mundo, y quién sabe si alguien notará la coincidencia de su desaparición y de la condesa.

—Eso, señor, pudiera no convenirte.

—Conviéneme mucho ser maestre de Calatrava. Partamos. Guíame á donde esté.

Inquietos iban los dos acerca de la entrevista que con el nocturno músico les esperaba. Al odio que contra él, por la denegación referida, abrigaba don Enrique, agregábase cierto recelo de que hubiese en su conducta algo más que ley de caballería y pura generosidad hacia la condesa; y aunque no amaba á su esposa, como bien á las claras lo acababa de probar, irritábale, sin embargo, la idea de que un simple caballero hubiese puesto los ojos en cosa suya y en tan alta persona. Con respecto á Vadillo, no dejaba de tener alguna inquietud, pues no estaba muy claro para él si daba serenata á la condesa, ó si acaso su esposa... Imposible y horrorosa le parecía tan descabellada sospecha de la virtud de Elvira; pero la duda se había hecho lugar en su corazón, y es huésped por cierto que, una vez alojado, no se arroja del pecho á voluntad.

A entrambos parecía cosa indisputable que el músico era Macías, y nosotros, que desde la noche anterior nada sabemos de su existencia, no podemos menos de abundar en la opinión de los que tal pensaban.

Llegaron, por fin, á una puerta pequeña que en el extremo de una larguísima galería se encontraba.

—Alvar,—dijo llamando Vadillo,—y se abrió la puerta inmediatamente. Alvar era el montero á quien en la noche anterior había confiado el escudero la importante presa. Entraron en una pequeña habitación, cerrándose tras ellos la puerta.

—¿Y el preso?—preguntó Vadillo.

—Descansa en la pieza inmediata; debía no haber dormido en un mes, según ronca tranquilamente.

—¿Ronca? ¿No está, pues, herido de peligro?

—Más daño debió hacerle el miedo que vuestro venablo, señor escudero. Tiene algo arañada la cara de la caída, y un brazo vendado; pero el maestro que lo ha reconocido esta mañana asegura que podrá salir después del medio día.

—Despertad á ese caballero,—repitió entre dientes Alvar.

—¿Qué respondéis en voz baja? Despachad, —dijo Fernán.—¿Háse quejado de la violencia que con él se ha usado?

—Ayer noche todo era pedir que se le condujese á presencia de su amo el ilustre conde...

—¿Su amo?—dijo el conde:—el trovador ha perdido la cabeza.

—Voy á advertirle que vuestras señorías...

—Presto, Alvar, presto.

Entróse Alvar en la inmediata pieza, mientras que don Enrique y Hernán se preparaban á la extraña entrevista que iban á tener. No tardó mucho en volver á salir Alvar, asegurando que había despertado al enfermo, quien, sintiéndose completamente reparado de fuerzas con el pasado sueño, metía sus vestidos para salir á recibir á sus ilustres huéspedes.

—¿Es segura esa puerta, Alvar?—preguntó el conde.

—Las fuerzas de diez hombres reunidos no bastarían, señor, á violentarla,—respondió Alvar. Además, dos monteros le guardan conmigo y está indefenso: de aquí no saldrá sino para donde vuestras señorías determinen. Pero aquí está.

Salía, en efecto, el asombrado prisionero, el cual, no bien hubo visto al conde, cuando, acercándose á él, como quien ve á su libertador, se echó á sus pies, y con lágrimas de gozo y de temor, «Señor,—exclamó besándoselos,—¿en qué ha podido ofenderte para merecer tan dura prisión tu fiel Ferrus?»

Dos estatuas de mármol parecieron á tan inesperada vista el conde y su escudero. No sería mayor el asombro y la indignación del rústico pastor que se viese torpemente cogido en el propio lazo que hubiera preparado para el raposo.

—¿Tú, Ferrus?—exclamó después de la primera sorpresa el furioso conde.—¿Tú, Ferrus? —Hernán, nos han vendido. Venid acá, don villano,—añadió derribando por tierra de un empellón al desesperado juglar,—venid acá vos, Alvar: ¿es este el preso que se os ha confiado? ¿Qué hicísteis, don bellaco, del doncel de Su Alteza?

Asíale de la garganta, y ahogárale sin remedio, si no se le pusiera por medio Hernán, que más sereno comenzaba á vislumbrar la verdad del caso.

—¿Qué doncel, señor?—gritó cuanto pudo Alvar.—Lleve mi alma el diablo si tuve yo jamás en mi poder más preso que el que el señor escudero me entregó, y si no es ese el mismo de que me encargué.

—¿Qué es esto, Hernán?—dijo don Enrique soltando la presa.

—¡Qué ha de ser, señor! que sin duda debió de ser Ferrus el músico que yo cogí.

—Negra fortuna mía,—gritó don Enrique. —¡Qué músico habíais de coger, ni qué!... ¡Por Santiago! venid acá, Ferrus: ¿qué hicísteis vos de cuanto os encargué? ¿quién era el músico, juglar? Acabad ó...

—Serénate, señor,—respondió temblando el aterrado Ferrus.—Yo obedecí tus órdenes ciegamente: yo rodeaba el muro y me acercaba ya al que tañía, cuando éi, echando de ver mi bulto, calló, y hundióse precipitadamente en la tierra; el diablo debía de ser sin duda, que tomó la forma de músico para perderme en tu estimación...

—¿El diablo? malandrín...—No pudo menos de sonreirse don Enrique al oir la simpleza de su juglar.—¿El diablo?

—Señor, lo jurara: lo cierto es que yo no le volví á ver más: y cuando, todo ojos y orejas, me acercaba al sitio donde le había visto, y buscaba el boquerón que habría dejado al hundirse, sin saber por dónde encontréme con un caballo encima y un caballero... Bien sabe Dios que en aquel trance me santigüé...

—Adelante, miserable, acaba.

—Por acabado, señor: desde aquel punto ni ví ni oí: cuando recobré el uso de mi razón, halléme en ese camaranchón donde me curaban las heridas que el mal enemigo me había hecho.

—Calle el necio,—interrumpió, no pudiendo

sufrir más, don Enrique.—¡Vive Dios, que nada comprendo, Hernán!

—Yo infiero, señor,—dijo Hernán,—que el músico debió ser, si no diablo, muy ligero por lo menos, y yo debí tomar á Ferrus por el que tañía.

—Eso debió ser sin duda. Pero ¡voto á Santiago! que todos los deseos que de encontrar á Ferrus tenía no me pagan del pesado chasco. Alza, Ferrus, y vente con nosotros. ¡Necio de mí que fuí á escoger para tan delicada empresa al mandria mayor que vió la tierra! ¿Enviéte yo para que cogieras al músico, ó para que te dejaras coger por el primero que llegase?

—Perdóname, señor,—contestó algo repuesto Ferrus;—dijérasme lo que había de hacer contra el diablo en viéndole...

—¿Vuelves á mentar al diablo, menguado? ¿Dónde está el diablo, mal servidor? Enséñamele, desalmado.

—¡Jesús! Líbreme Dios. ¡Jesús!—exclamó Ferrus, santiguándose á más y mejor.

—Vamos de aquí, Hernán. Juro no abrir libro ni hacer trova, y júrolo por el apóstol Santiago, hasta no tener en mi poder al insolente doncel que de tal manera ha burlado mi esperanza. Ahora está libre, ¡vive Dios! y puede hacernos mucho mal. Alvar, tu fidelidad será recompensada.

Inclinóse Alvar, y nuestros tres predilectos personajes salieron silenciosamente á la galería; regocijado Ferrus de verse libre, en poder de su señor legítimo, y disipado ya el nublado que sobre su cabeza tronaba desde la noche anterior; disimulando Hernán la risa que en el cuerpo le retozaba al recordar á sangre fría el chasco inesperado; y mohino por demás el desairado conde, á cuya imaginación se agolpaba, entre otros peligrosos recuerdos, el del secreto que había imprudentemente confiado al perseguido doncel, y dándole no poco cuidado la reflexión de no haberle visto en la corte, siendo así que ya no era la causa que él había pensado la que podía habérselo impedido.



CAPITULO DÉCIMOTERCERO

> ¿Qué es aquesto, mi señora?
> ¿Quién es el que os hizo mal?
> *Cancion. de Rom.*

Largo tiempo hacía que Elvira, atada á la columna y sin poder pedir á nadie auxilio á causa del pañuelo que le tapaba la boca, esperaba con insufrible impaciencia á que la casualidad ó el trascurso del día le deparase un libertador que de tan crítica situación la sacase. Por fin llegó el momento deseado, y el paje que tanto había tardado en la averiguación de lo que se encomendara á su cuidado, abrió las puertas de la cámara que de prisión servía á la afligida hermosa. Miró en derredor y á nadie veía, hasta que, fijando los ojos en la columna, ofrecióse á su vista el espectáculo de su aprisionada prima. Asustóse primero y exclamó:

—¡Santo Dios! ¿qué ha ocurrido aquí?...

Mal podía responderle Elvira sino con los ojos; pero cuando vió el pajecillo que no parecía nadie, ni había asomos de peligro alguno, soltó la carcajada, impertinente á la verdad en aquel momento, y comenzó á dar brincos.

—¿Quién os ha puesto así, mi señora Elvira? ¿os ató el señor escudero por?...

Dióle lástima al llegar aquí el ver que su prima no parecía gustar de la prolongación de tan pesada chanza: llegóse entonces el atolondrado á Elvira, y desató sus crueles ligaduras.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó Elvira en viéndose libre, — alguna gran desgracia está sucediendo á mi señora la condesa. Corramos...

—¿Adónde váis tan de prisa?—repuso el paje

deteniéndola;—¿y quién me paga mi recado? ¿quién escucha las nuevas que traigo? ¿quién, sobre todo, me cuenta lo que os ha sucedido y la razón de haberos encontrado así mano á mano con esa columna negra?

—¿Traes nuevas?—preguntó Elvira olvidando todo lo demás.—¿Traes nuevas?

—Y buenas,—contestó el paje.—El caballero de las armas negras era el que tañía...

—Lo sé... y...:

—Pero sabed que le esperé inútilmente dos largas horas, más largas que las del arenero...

—¿Inútilmente?

—Sí, pero por fin llegó.

—¿Llegó? ¿Con que no era él el?... ¡Yo os bendigo, Dios mío!... Sigue.

—¡Si le viérais qué agitado! descompuesto el cabello, espantados los ojos, entró en su cámara y no me vió.—¡Negra suerte!—exclamó, y despedazó con sus manos el laúd que traía cruzado sobre la espalda.—¿No me serviréis,—dijo rompiendo las cuerdas,—sino de gemir eternamente?—Vióme en seguida.—¿Qué haces aquí?—me dijo con voz terrible; pero al reconocerme templóse toda su ira.—Paje,—me dijo entonces con voz mesurada,—¿tornas aun con nuevas demandas del hechicero?

—¡Ah! si supiérais quién me envía,—dije entonces;—si supiérais que una hermosa dama...

—Silencio,—exclamó,—no pronuncies su nombre... ¿Es posible?—Díjele entonces la comisión que me dísteis en nombre de la señora condesa; largo rato suspiró y miró al cielo sin hablar.—Paje,—me dijo en fin,—no nos veremos más. He creído que mi brazo podía ser útil á una inocente; pero si es fuerte contra los hombres, es impotente contra los recursos de una ciencia misteriosa y... maldecida. El infierno me envía enemigos en medio de la soledad, y la Madre de Dios me abandona. Un acontecimiento extraordinario ha interrumpido mis avisos. He rondado la noche toda para volver á entrar en el alcázar; las órdenes más rigurosas, dadas no sé por quién después de mi salida, me han impedido verificarlo. He debido esperar á que entrase el día para que no fuese mi entrada sospechosa. Pero mañana el alba me encontrará lejos, bien lejos de Madrid. Si alguna mujer necesita mi amparo en cualquier ocasión, mal pudiera negársele un doncel de don Enrique. Dígame qué puedo hacer: por mí lo ignoro. Adiós.—Apretóme la mano de una manera, prima, que yo creí que le atormentaban otros recuerdos que los de nuestra amistad. Envolvióse entonces en su pardo gaban, y cubriéndose con él la cabeza, oíle sollozar y salí. Hé aquí, prima, las nuevas.

—Tristes, bien tristes,—dijo pensativa Elvira.—¿Y de la condesa supiste?...

—¿La condesa? ¿Es su confidenta la que me pregunta?...

—Sí: ¿nada sabes?

—Pero, querida prima, ¿qué tenéis? vuestra palidez, vuestra agitación me asustan...

—¡Ah Jaime! la condesa es víctima en este momento de la más espantosa villanía... Volemos á su socorro: no sé adónde me dirija; la menor imprudencia mía puede comprometer su suerte y el éxito mismo de mis diligencias. Si supiera... pero la más completa oscuridad reina en todas mis conjeturas.

Meditó un momento Elvira el partido que tomaría, mientras que hacía nudos á uno de los cordones, que de su cintura pendía, el distraído paje. De pronto pareció que había iluminado su entendimiento un rayo de luz.

—No hay más recurso,—dijo:—para los casos extremos son los remedios violentos. Jaime... deja ese cordon, déjale te digo... Vamos á buscar á mi esposo: averigüemos primero qué voces corren de lo ocurrido y qué se cree en el alcázar... Después, si eres prudente, si has de ser callado, pero callado como la muerte, tú, que sabes el camino, me guiarás adonde pienso ir.

—Puede que algún día pruebe Jaime á su hermosa prima que no es tan atolondrado como le llaman.

Elvira apretó la mano del inteligente pajecillo con expresión de gratitud, y ambos salieron de la cámara que acababa de ser teatro de tan extraordinarias escenas.

Buscó Elvira á su esposo sin más demora, porque si bien sospechaba que don Enrique hubiese tenido parte en la pérfida desaparición de la condesa, ni veía claro en esto, ni menos lo podía asegurar. ¡Tan bien se había representado por todos la farsa que dejamos descrita! Ni por otra parte, aunque á pies juntillas hubiera creido la traición del conde, cabía en su imaginación la menor sospecha acerca del extremado honor de su esposo: sabíale ligado á los intereses de su señor; pero que él hubiese tomado parte activa en el mal hecho, no le era lícito á Elvira imaginarlo siquiera.

Así era la verdad: hidalga sangre corría por las venas del escudero, y hacía vanidad de honradez y de rectos sentimientos; no era uno de los pocos hombres ilustrados de la época; no

hubiera sostenido una intrincada tesis con un teólogo; participaba de las preocupaciones de su siglo; pero era en sus acciones hidalgo, y esto es por lo menos tan recomendable como el talento. Alguna parte había tenido en el criminal proyecto de don Enrique, pero sólo aquella que no había podido excusar en calidad de escudero suyo; así que se había opuesto constantemente á las miras de su señor, habíale afeado los medios y le había reconvenido después, como arriba dejamos indicado; pero la misma probidad que le impulsaba á manifestar francamente sus sentimientos en tan delicado asunto, á riesgo de perder la gracia del conde, le impedía oponerse de hecho á sus deseos: era forzoso obedecer y callar por el propio honor del deslumbrado magnate; propúsose, pues, ser completamente pasivo y guardar el más riguroso silencio. Sospechando, sin embargo, que la primera que había de poner á prueba su fidelidad había de ser su esposa, no había vuelto á desatar las crueles ligaduras en que había quedado presa, y de que había sido él la causa, pues desde luego había manifestado al conde la imposibilidad de separarla de él y la dificultad que hubiera encontrado para realizar su voluntad, mientras Elvira pudiese obrar libremente en los primeros momentos. Había, pues, dejado á alguna casualidad que no podía tardar en sobrevenir, el cuidado de su esposa, deseoso de retardar á cualquier costa el instante de una explicación con ella, para la cual no tenía todavía muy meditadas las respuestas.

Avínole mal, no obstante, pues poco tardó Elvira en presentarse ante sus ojos, con una agitación tal, que no le pudo quedar duda al infeliz del objeto de su intempestiva venida. Hubiera él querido hallarse á cien leguas entonces de su consorte y del mundo entero, en cuyas miradas creía ver á cada paso otras tantas reconvenciones á su reservada y ambigua conducta. Repúsose, con todo, lo mejor que pudo, y ni las preguntas sencillas de Elvira, ni sus halagos, ni sus reconvenciones, lograron recabar de él la menor noticia que pudiese dar luz sobre lo ocurrido á la desconsolada hermosa. Obstinóse en negar constantemente la menor participación del conde en el robo de la condesa; en una palabra, manifestó con toda entereza hallarse en la misma ignorancia que la corte toda, y aun se indignó con notable aire de verdad á la menor idea de sospecha presentada por Elvira. Comenzaba ya ésta á dudar si serían sus juicios temerarios, pero nunca pudo convencerse á sí misma; vió además á don Enrique, y parecióle que brillaban al través de su aparente dolor sentimientos de otra especie. Difícil cosa es, por cierto, engañar la natural penetración de una mujer: la inutilidad de los esfuerzos del de Villena para dar con los robadores y el horrible atentado cometido en una mujer que á nadie había hecho daño, reunidos á los antecedentes particulares que de aquel matrimonio desgraciado sólo ella acaso tenía,



la hacían ver más claro en tan atroz intriga que todos los demás. Inexplicable fué su dolor cuando llegó á sus oídos la funesta nueva, que de boca en boca corría por el alcázar, de la desdichada muerte de su señora: afirmábanse al recordarla todas sus sospechas, ardía en deseo de venganza, y la idea de la impunidad la hacía padecer tormentos imponderables. Resolvióse, pues, á realizar el plan que tenía meditado, arriesgado en verdad, y delante del cual había retrocedido muchas veces. El amor, en fin, que á la condesa había tenido, una voz superior y celestial que creía oir continuamente, pidiéndole venganza y reparación, la hicieron creer que el cielo mismo y que su conciencia la obligaban á volver por la inocencia, y constituyóse entonces campeón de la ultrajada virtud. Seguida del inquieto paje, que, tan asombrado como ella, lloraba también la desgracia de doña María de Albornoz, entróse en su aposento, donde la dejaremos poniendo los medios que más propios creía para dar cima á la importante empresa que sobre sí tomaba, sin comprometer su honor por otra parte, su virtud y hasta su misma tranquilidad.

CAPITULO DÉCIMOCUARTO

Contadme vuestros enojos;
No toméis malencolia:
Que sabiendo la verdad
Todo se remediaría.
Rom. del conde Alarcos.

En la misma postura que el paje refería haber dejado al melancólico doncel, envuelto en su gabán hasta los ojos y roto á sus pies el laúd, permanecía cuando se presentó delante de él Hernando, diciéndole con su acostumbrada sequedad:

—¿Lloras, señor? Levanta la cabeza y mira, que ó yo entiendo poco de rastro, ó se te viene la res por sí sola á tiro de tu venablo.

Alzó la frente el consternado mancebo, y vió á pocos pasos de él una figura envuelta en un ropón negro y cubierta la cara con la mascarilla que usaban en aquel tiempo las damas cuando salían, sobre todo, de su casa ó cuando habían de hablar con caballeros desconócidos.

—¿De qué res hablas, Hernando? ¿Quién es esta dama?—preguntó desembozándose con enfado el doncel.

Miróla entonces de alto abajo, y reparando que su silencio podía indicar que no venía á hablarle con testigos:—Retírate, Hernando,—dijo;—yo te llamaré cuando te haya menester.—Cogiendo entonces de una mano á la dama, hízola entrar en su cámara. Luchaban en su fantasía mil encontradas ideas.

—Señora,—le dijo con voz mesurada y tímida,—sola estáis: si alguna revelación tenéis que hacerme, si alguna ocasión tenéis que proporcionarme en que pueda seros útil mi débil brazo, hablad: no en vano os habéis dirigido á un caballero de la corte del ínclito y poderoso rey de Castilla.

—Caballeros tiene la corte de don Enrique que pudieran desmentir la hidalguía de vuestras palabras,—repuso la tapada, con voz que desfiguraba enteramente la mascarilla que cubría su rostro.

—Nombradlos, señora; si algún caballero ha mancillado el nombre de una orden de caballería, él me dará razón y satisfacción...

—No os alteréis, y oídme. Sí, caballeros hay, y cerca de nosotros, que amancillan la clase á que pertenecen. Ni la sangre que corre por sus venas, ni el nombre ilustre que ostentan, ni la dorada cuna en que se mecieron, son rémora bastante á sus desenfrenados deseos. ¿Conocéis á la condesa de Cangas y Tineo, á la ilustre doña María de Albornoz?...

—¿Sería posible? ¿Seríais vos, señora?...

—¡Pluguiese al cielo! Pero ni soy la condesa... ni...

—¿Quién sois, pues, vos la que en su nombre?...

—Templad vuestro ardor, noble caballero, y dadme palabra de oirme y de no indagar quién yo soy...

Latía violentamente en el pecho el corazón de Macías: miraba una y otra vez á la desconocida: no osaba, sin embargo, afirmarse en sus sospechas.

—Con esa palabra proseguiré en mi demanda,—dijo la dama. Contóle en seguida al caballero, que de todo estaba ignorante, cuanto de la condesa se decía...

—¡Muerta la condesa!—exclamó Macías al llegar al funesto desenlace de tan triste historia.—¡Y vive el conde todavía... y!...

—¡Silencio! He aquí el objeto de mi venida. La tiranía, la injusticia piden reparación. Mañana una amiga de la condesa se arrojará á los pies del rey y denunciará la traición. Acaso será preciso que un caballero salga fiador con su espada de su acusación. ¿Estaréis mañana en la corte de don Enrique?...

—¿Qué me pedís, señora? Cuando pensaba alejarme de esa funesta corte...

—¿Alejaros?—dijo con un movimiento de sorpresa la dama;—¿alejaros?—repitió, lanzando un amargo suspiro.

—¡Ah! señora, ¿ignoráis,—repuso el doncel

con la mayor agitación,—que mi tranquilidad depende acaso de mi marcha precipitada?...

—¿Y dejaréis á la inocencia ser presa de la traición?...

—Jamás; pero...

—¿Y sabéis vos, por ventura, poco generoso mancebo, lo que en este momento sacrifica la que tenéis ante vuestros ojos, los respetos que atropella, los riesgos á que se expone?...

—Acabad, santo Dios, ¿quién sois? vos, vos... no hay duda...

—Caballero, respetad mi silencio y mi dolor. Acabemos: he procedido de ligero cuando he creído que...

—No, no; mañana estaré en la corte de don Enrique. Una sola gracia os pido. Si he de ser vuestro caballero, dadme una prenda, señora, un color...

—¡Mi caballero!—interrumpió la dama.—El caballero seréis de la inocencia: el mío es imposible...

—¡Imposible! Elvira, vos sois...

—Soltad, imprudente joven, soltad. ¿Por dónde presumís que soy la esposa del escudero? Vuestra imaginación os engaña, y acaso vuestro deseo...

—¡Me engaña!... Mi deseo, señora, es de servir á esa dama, que conozco, como pudiera conocer...

—Vuestra turbación os delata; pero esa imprudencia permanecerá oculta en mi pecho. Conozco á esa Elvira, y su honor me es harto caro...

—Nunca podría padecer su honor...

—Bien, ¿qué nos importa Elvira? La prenda que me pedís, si mañana, ante la corte toda, el rey decreta el duelo y el juicio de Dios, la tendréis; pero ni os podréis nombrar mi caballero ni exigiréis de mí que me descubra. Básteos saber que conozco demasiado á la dama que nombrasteis, y que sé, doncel, que ella no viniera á vos.

—¿Eso sabéis?

—Lo sé.

Dejó caer Macías al oir estas dos palabras, pronunciadas con funesta tranquilidad, la mano con que tenía asida una punta de la ropa de la tapada, como para detenerla. Inclinando en seguida la cabeza, declaró que al día siguiente se hallaría en la corte de don Enrique, y ofreció su mano á la desconocida: aceptóla ésta para salir, pero un notable temblor la agitaba: oprimióla suavemente el doncel, como si quisiese tentar este último y desesperado recurso para salir de su terrible duda: un movimiento involuntario y convulsivo correspondió á su indicación, y en el mismo momento la tapada, volviendo en sí, arrancó su mano de la del doncel y se lanzó fuera de la estancia. Arrojóse en pos Macías: iba á prosternarse á sus pies, iba á hablar, pero un ademán imperioso de la negra fantasma le mandó apartarse, y más rápida en seguida que esas rojas exhalaciones que surcan el espacio en una oscura noche de estío, desapareció á sus ojos la aérea visión. Macías creyó ver un ser sobrenatural, la sombra acaso de la misma condesa; permaneció con los brazos cruzados y la vista fija, como si quisiese ver más allá de la oscuridad y de la distancia. Entonces oyó un suspiro lanzado á lo lejos, y parecióle que al desaparecer de sus ojos en el confín del corredor, se había reunido la dama á otra figura más pequeña que allí la estaba sin duda alguna esperando.

—*Sé, doncel, que ella no viniera á vos,*—repitió un momento después Macías con doloroso acento.—Yo también lo sé: nunca me amó. ¿Ni cómo pudiera amarme? ¿no amaba á ese feliz escudero cuando se unió á él en indisolubles lazos? ¡Loco, insensato de mí! Ah, quien quiera que seas la que vienes á implorar mi espada, ¡cuán poco conoces el corazón del hombre! ¡un amante correspondido, un mortal feliz es invencible; á un miserable despechado y aborrecido un niño le vence!!!



CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO

¿De dónde vino este diablo?
Rom. del Cid.

De vuelta don Enrique en su cámara con su primer escudero y con su favorito juglar, revolvía en su cabeza los medios de dar á su intriga la feliz conclusión que por tanto tiempo había deseado. Estorbábale la idea de Macías, pero dejó al tiempo el cuidado de iluminarle acerca de lo que de él podía temer. Despidió, pues, á Hernán, cuya probidad le incomodaba no poco para sus fines, y sólo el juglar, de cuya aparente estupidez nada recelaba, entró con él al secreto laboratorio.

—Libres estamos ya de la condesa, Ferrus, —dijo;—pero merced á tu singular valor, quédanos en campaña otro enemigo no menos terrible...

—¿Eres ya maestre, señor?...

—Lo seré, Ferrus, ó poco ha de poder don Enrique de Aragón: acabo de recibir un aviso secreto de que ha sido elegido papa en Aviñón don Pedro de Luna, bajo el nombre de Benedicto XIV. Esperaba este favorable acaecimiento de un momento á otro. Luna es aragonés, como yo, y vínculos antiguos de amistad nos unen: la lucha que habrá de sostener además con Urbano en este cisma de la Iglesia, y la necesidad que tiene de Castilla y Aragón, unida á la influencia que él sabe que ejerzo en estos dos reinos, me aseguran su provisión para el maestrazgo; la piedad, por otra parte, de don Enrique III no podrá menos de pesar en la balanza

en favor mío cuando éste sepa que mi allegado, el ricohombre de Luna, ha ceñido á sus sienes la triple corona. Ahora necesito sacar partido de la ignorancia en que de esta nueva está la corte, y de la feliz tardanza de la noticia de la muerte del maestre de Calatrava...

—Tu antecesor.

—Así lo espero, Ferrus. Tira el cordón que corresponde al cuarto del astrólogo, y retírate á esa cámara inmediata.

Hízolo Ferrus como se le mandaba. Apenas había doblado tras sí las batientes hojas de la puerta, oyéronse los vacilantes pasos de una persona de edad que bajaba escalones con toda la prisa que sus cansados años le permitían.

—Entrad,—dijo don Enrique, y se presentó en la habitación el físico de Su Alteza Mosén Abrahem Abenzarsal, el mismo que en la corte de la mañana había acompañado constantemente al Doliente rey. Su estatura era pequeña, su tez pálida y macilenta; brillaban sus ojos en su oscuro semblante como dos carbunclos en medio de las tinieblas de la noche; y era la expresión de toda su persona, malignidad y avaricia; su mano descarnada y su barba larga le daban cierto aire de adusta gravedad. Su traje era un largo y amplio balandrán negro cogido con una larga correa: ayudábale á andar un nudoso y retorcido báculo semejante al bastón pastoral, y una toquilla con dos plumas malamente colocadas encubertaba su calva zolloa.

—¿En qué puedo servir al ilustre y eminente?...

—Tregua á las lisonjas; nos conocemos, y entre nosotros no son necesarias.

—Sea en buena hora, conde,—repuso con humildad el físico.—¿Habéis menester de mi ciencia y de las relaciones que con el espíritu del ser conservo? ¿queréis consultar el curso de las estrellas?...

—En cuanto á las estrellas, Abrahem, no creo saber menos que vos. Dejemos á los astros del cielo recorrer tranquilamente su carrera y no nos acordemos más de ellos que ellos se acuerdan de nosotros. Otros astros más humildes que cruzan sombríamente por esta esfera terrestre, haciendo sombra á mis vastos planes, son los que os será preciso desviar y no consultar.

—¿Queréis que amolde una semejanza de cera?... Señaladme la víctima: antes que la noche haya tendido sus densas sombras sobre el alcázar de Madrid, veréisla concluída y atravesado el pecho con punzante almarada: una lámpara arderá delante de ella; cuando gustéis, una vez pronunciado el funesto conjuro, vos mismo apagaréis el resplandor mortecino, y el que os haya ofendido, bien pudiera estar en el apartado polo, caerá herido de invisible mano...

—Tregua, viejo miserable, tregua al torpe manejo de vuestra pérfida ciencia. ¿Creéis, por ventura, que tengo yo mi tiempo libre para oir vuestras impertinencias? ¿Creéis que habláis con el imbécil don Enrique el Doliente, á quien su débil contextura arroja como una víctima inerme en vuestros groseros lazos? ¿Creéis que he pasado años enteros sobre los triángulos y los crisoles, llamando inútilmente á ese espíritu de las tinieblas, para dejarme deslumbrar de vuestra impudente charlatanería? Guardad para el vulgo esa necia ostentación, y acordaos de que es más fácil oir que adivinar.

Temblaba el viejo de mal reprimido coraje, pero no osaba arrostrar la indignación del impaciente Villena.

—Ea, Abrahem,—dijo entonces don Enrique, más sosegado con el terrible efecto que en el réprobo habían hecho sus tonantes expresiones,—¿cuánto oro habéis fabricado esta mañana?

—¿Oro? ¡pluguiera al cielo! En vano he intentado encerrar en el crisól un rayo de ese sol que nos alumbra; él contiene la apetecida esencia del oro; pero el medio, el medio...

—¿No sabéis, pues, hacer oro con vuestra ciencia?

—Si supiera hacer oro, señor, ¿imagináis que fraguara, para ganarle, mentiras que algún tiempo yo mismo creí, pero que la experiencia me obliga en fin á desechar tristemente?

—Bien, Abrahem; ahora os ponéis en la razón, ahora habláis con el conde de Cangas. Ved, yo soy mejor alquimista. Sin andar á caza de la esencia del oro encerrada en un rayo del sol, yo hago ese precioso metal con los terrones de mis estados. Tomad esas doblas,—añadió alargando al viejo, cuyos ojos brillaban ya de alegría, un repleto bolsón de cuero,—ese es el mejor conjuro; á la voz de ese no hay espíritu en el orbe que no responda.

—¿Y en qué puede serviros vuestro criado?

—Oíd: ¿sabéis qué os ha elevado al alto favor que en la corte de don Enrique gozáis?

—Con tu licencia, señor, mi padre Abrahem Abenzarsal era ya físico del rey don Pedro el Cruel.

—¿Y os sostendríais, Abenzarsal, en ese lugar, que creéis arrogantemente haber heredado, si el nieto del célebre y primer marqués de

Villena quisiese patentizar á la corte entera que vuestra existencia toda, vuestras palabras, vuestra misma persona no son más que una prolongada impostura?

—¿Pero esas preguntas?...

—Quiero asegurarme vuestra fidelidad. Conozco á los hombres; son fieles cuando tienen interés en serlo. Escuchad ahora. Quiero ser maestre de Calatrava.

—¡Por Israel! Comprendo: un rayo de luz acaba de iluminarme, y la muerte de la condesa no es ya un enigma para...

—Pues os advierto, precisamente, que debe serlo hasta para vos.

—En buen hora, señor; no digas más: confieso que no lo entiendo. Pero hay ya un maestre, y no suele haber dos en ninguna orden...

—Precisamente eso es lo que todas las figuras cabalísticas no os hubieran revelado nunca á vos antes que á los demás. No hay ninguno.

—¡Dios de Abraham! Dos muertes en menos de...

—Con respecto al maestre Guzmán, ese mismo Dios de Abraham que invocáis tuvo á bien llevarle á mejor vida.

—¿Qué dices, señor?

—Ahora lo sabemos dos en Madrid. Vos y yo.

—¿Y creéis que Clemente VII...?

—Clemente VII estará probablemente ahora donde el maestre....

—¡Qué de importantes noticias!

—Don Pedro de Luna ocupa la santa silla de Aviñón. Ahora bien, ¿á qué hora veréis á Su Alteza?

—Debo asistir á su refacción de la noche.

—¿Qué más pudiérais pretender? Deslumbrad á la corte. Allí podéis hacer uso de vuestra recóndita ciencia. Adivinad delante de Su Alteza las noticias que acabo de daros, y adivinad también que el maestre de Calatrava ha de ser...

—Don Enrique de Villena.

—Justo. Mañana me ha de saludar el rey en la corte con ese pomposo título. Para el logro de nuestro fin es preciso que le conste al rey que no nos hemos visto.

—Nada más fácil. Ya sabes, señor, que la quebrantada salud del joven rey me obliga á habitar, ciñéndome á sus mismas órdenes, una habitación inmediata á la suya, y que todos ignoran que tengo una comunicación abierta con vuestro laboratorio. Su Alteza juzga que encanezco ahora sobre los crisoles, que consulto las estrellas sobre el éxito de la guerra de Granada, y que revuelvo á Dioscórides buscando remedio á sus dolencias.

—Perfectamente. Esperad. Dos personas más me estorban para mis fines...

—Ya sabéis que he recibido no há mucho de Italia un pomo de aquella agua clara, más cristalina que la que envían las sierras vecinas á esta villa, y que el que la llega una vez á sus labios no vuelve en sus días á tener sed

—Basta, Abenzarsal, basta. Si el estudio endurece de esa suerte el corazón del hombre, quemaré mis libros, viejo empedernido en el pecado; soy ambicioso; pero creo que hay un Dios, y juzgo que ya he hecho lo bastante hoy para haberle de dar cuentas largas y terribles el día que se digne llamarme á su juicio.

—En ese caso...

—Oíd. La una persona es un doncel de Enrique el Doliente, un mancebo valeroso: las armas no pueden nada con él..... pero es mozo de pasiones vivas; acaso manejándolas y volviéndolas contra él mismo...

—¿Se llama?

—Macías.

—¿Está en Calatrava?

—En el alcázar, por mi desgracia.

—Prosigue, señor, la otra...

—Elvira, la mujer de...

—Tranquilizaos. Vos ignoráis, acaso, algunas circunstancias que derraman gran luz sobre mis ideas. Mañana os he de decir...

—No: hablad ahora.

—Bien: sabed que ese mancebo ha estado fuera de la corte por una pasión que le domina...

—¿Qué decís? Yo creí que mis servicios sólo...

—Os equivocáis.

—¡Ah! ¡de esa ignorancia nació mi error! Proseguid.

—Es bizarro, pero preocupado, supersticioso como los jóvenes todos de esa corte ciega y atrasada...

—Proseguid.

—En una ocasión halléle en mi habitación: iba á consultarme sobre su horóscopo: examiné su temperamento, ardiente, arrebatado; hícele varias preguntas al parecer indiferentes; pero un joven de veinte años mal hubiera pretendido encubrir su flaco á un hombre de mi experiencia. Díjome sin querer decirlo que amaba, y de sus respuestas, que yo aparentaba despreciar, inferí que amaba á una dama casada...

—¿Casada?

—Mi predicción fué vaga. Deseoso de informarme mejor, tomé tiempo para responderle más claramente. Observéle entretanto: de allí á pocos días un ramillete cayó del pecho de una dama desde un corredor al patio de los leones de Su Alteza; recordaréis que un caballero incógnito, armado y calada la visera, se precipitó á recoger el ramillete á riesgo de su vida...

—Adelante, Abrahem.

—El ramillete era de Elvira; el caballero, Macías. En la corte, y entre los que no tenían antecedente ni interés alguno en observarlos, esta anécdota sonó dos días, y se olvidó después. De allí á poco anuncié al mancebo que un astro fatal le perseguía en la corte.

—¡Santo Dios!

—El crédulo mancebo me creyó y desapareció. No me cabe duda: ama á Elvira, y la ama como un frenético. Más, debe de ser correspondido: la dama no pensó en recoger su ramillete. Creedme, le he examinado atentamente: es de aquellos hombres en quienes el amor es siempre precursor de la muerte.

—¡Qué descubrimiento! ¿Y pensáis que...?

—Pienso que si logramos poner en juego esa pasión, pienso que si el doncel no ha olvidado su amor, vuestros enemigos se destruirán por sí solos, sin que necesitéis cargar vuestra conciencia con un crimen.

—Hacedlo, Abenzarsal, hacedlo,—gritó don Enrique fuera de sí;—quitáisme un peso horrible.

—Un medio para reunirlos, una ocasión, y son perdidos.

—Un medio, una ocasión... es más fácil decirlo que...

—No importa. Una ocasión.

—Y que Hernán Pérez...

—Sí: una vez impuesto Hernán Pérez, su ruina es cierta; el escudero es osado, pundonoroso, valiente...

—¡Ah! pero me hacéis recordar... Si ha de envolver su desgracia la de mi escudero... mirad que me ha prestado servicios...

—Tranquilizaos, ilustre conde. ¿Qué mal le podrá venir? ¿Haber de encerrar á su mujer en una reclusión para toda su vida? Supongo que sabéis que un esposo de tres años no se morirá de tristeza por tan terrible golpe... Vos érais también esposo y...

—Abrahem, Abrahem, ya os he dicho que no consiento alusiones en esa materia: dejadme tiempo á lo menos para reconciliarme conmigo mismo.

—Señor...

—En buen hora, concluyamos en ese asunto, pues vos me respondéis de mi inocencia y de la vida de mi escudero; de consuno buscaremos un medio para reunirlos, y acaso la Virgen Santísima de Atocha, de quien soy devoto, nos le proporcione presto. Si lo consigo, ofrezco edificarla un santuario en la mejor villa del maestrazgo...

—Besad este escapulario, señor, que representa su efigie,—dijo entonces el redomado físico, alargando el que del cuello traía pendiente,—y ella y su Hijo os ayuden.

—Amén,—dijo levantándose don Enrique, con aquella incomprensible mezcla de devoción y de impudencia, de religión y de vicios, que distinguía así á los hombres vulgares como á los más ilustrados de la época, sin que dejemos de inclinarnos á creer que en hombres como nuestros dos interlocutores eran aquellas prácticas exteriores hijas sólo de la costumbre.—Amén,—repitió, y apretando la mano del físico, separáronse con una afectuosa mirada de inte-



ligencia; volvió á subir el astrólogo la escalera escondida por donde había bajado, para meditar en los medios de cooperar á los planes ambiciosos de don Enrique, y éste cruzó su laboratorio alquimístico en busca de Ferrus, que en la cámara impaciente le esperaba.

CAPITULO DÉCIMOSEXTO

Viendo aquesto un moro viejo
Que solía adivinar...
Suspirando con gran pena,
Aquesto fué á razonar.

Canc. de Rom.

Inútil es decir á nuestros lectores que el físico Abrahem Abenzarsal contó, en cuanto llegó á su aposento, las relucientes doblas del de Villena, y que animado con su sonido vivificador, y con la esperanza fundada de merecer nuevas confianzas de la misma especie, coordinó sus ideas y estudió preventivamente el difícil papel que ante el rey de Castilla había de representar de allí á poco. Llegada la hora, asistió como tenía de costumbre á la mesa frugal de Su Alteza, ora previniéndole los platos que debía comer y los que sólo debía gustar, ora dando pábulo con sus bien estudiadas respuestas á la conversación naturalmente seca y desabrida de Enrique III. Hubieron, empero, de chocarle tanto á Su Alteza las misteriosas palabras con que salpicó la cena su médico, que no pudo menos de hacerle entrar en su cámara, y á presencia sólo del buen condestable Rui López Dávalos, que gozaba con él de la mayor privanza, y era no poco afecto á supersticiones y hechicerías:—Abrahem,—le dijo,—tus palabras encierran esta noche un sentido que no acierto á comprender. Dime, por tu vida, si algún fausto acontecimiento se prepara para estos reinos, ó si alguna calamidad nos amaga, que podamos evitar con el favor de nuestro padre San Francisco, á quien venero particularmente.

—Vana es ya la intercesión de los santos, señor, cuando es pasada la hora del hombre.

Paróse aquí el inspirado varón, arqueó las cejas con siniestro mirar, dió un golpe en el pavimento con su nudoso báculo y permaneció suspenso largo espacio, insensible á las reiteradas instancias del asustado monarca, que puesto en pie y descubierta la cabeza, pendía de su boca, ni más ni menos que el reo que espera oir de la de su juez la temida sentencia. Llegándose entonces el astrólogo judiciario á una rasgada y gótica ventana, y examinando el cielo detenidamente:—No me engañaron,—exclamó con voz hueca y sonora, que salía como un trueno de lo más hondo de su agitado pecho, no me engañaron los infalibles cálculos de mi cábala. El astro que ha presidido tan infausto día, velado entre cenicientas y rojas nubes, acabó su diurna revolución y corrió á lanzarse en la inmensidad de los mundos, dejando tras sí sangrientas huellas de su funesto paso. ¡Oh rey! humilla tu frente soberbia; la Iglesia de tu Dios, dividida y presa de un cisma prolongado, va á ver caer su columna principal; el sublime vicario de su ungido inclina la frente pálida, soltando sus sienes la triple corona que dignamente llevó, y sus débiles manos las llaves de Pedro y el anillo del Pescador.

—¡Dios mío!—exclamaron á un tiempo el piadoso rey y el asombrado condestable;—¡Clemente VII!

—Sí, Clemente VII,—continuó el energúmeno,—ha pagado á la tierra el tributo de que sólo un profeta de Israel, arrebatado por el fuego del cielo, pudo eximirse. Pero, esperad; veo levantarse sobre su asiento y calzar la sagrada sandalia á un ilustre aragonés: un ricohombre de los de Luna es el elegido del Señor, á quien confía el timón de su nave zozobrante... ¡Oh Benedicto, catorce de este nombre! á alta misión has sido llamado por el cielo. ¡Qué de lágrimas costará tu aragonesa condición, tu invencible tenacidad, á los fieles divididos! En tí habrán de estrellarse los esfuerzos conciliadores de Urbano y del sacro colegio romano.

—¡Don Pedro de Luna!—exclamó, vuelto hacia el condestable, el sorprendido rey;—¡don Pedro de Luna!—y arrodillándose ante una venerada estampa de las llagas de San Francisco, —¡oh portento!—continuó;—libradme, Señor, de todo mal, y purificad mi alma si estas predicciones son hechas por arte de vos reprobado...

—Rey,—interrumpió al oir este escrúpulo religioso el solapado Abrahem,—el Dios del cielo y de la tierra no reprobó nunca la ciencia, si bien quiso descubrir á pocos sus recónditos arcanos. Los hechos que te refiero, además, no son prescripciones de incierto porvenir, en cuya oscuridad no es dado siempre á los míseros mortales penetrar; á la hora esta, si es cierto que hablan los astros á los que poseen el don de entender su lenguaje sublime, Aviñón ha sido testigo ya de los grandes acontecimientos que te anuncio. ¿Ves aquella estrella, cuyo incierto resplandor parece querer apagarse con vacilantes oscilaciones, á la derecha de la Osa menor, siguiendo la dirección de mi báculo? Parece lanzar sus mortecinos reflejos á la parte de Calatrava...

—Abrahem, ¿qué nueva desdicha?...

—Una columna de la cristiandad española yace derribada, el rayo contra el moro de Granada se extinguió. Acaba de entregar su espíritu al Señor...

—¿Guzmán?—preguntó con precipitación el buen López Dávalos.

—Sí: ¿veis aquella parda y manchada nubecilla que el viento del Norte impele violentamente hacia el Mediodía? miradla reunirse á los demás vapores que un resto del calor del día levanta de la húmeda superficie de la tierra. El astro del virtuoso maestre se ha eclipsado para no volver á lucir jamás.

Al llegar aquí, un profundo silencio sucedió á la tonante voz de Abenzarsal, y don Enrique y el condestable oraron fervorosamente por el alma del difunto maestre.

—Si las señales de mi ciencia,—continuó el físico,—no han de ser infalibles, sangre más ilustre ha de reemplazar la del piadoso maestre, y el estandarte de Calatrava verá agregarse á su cruz roja las barras de Aragón. Otro aragonés llevará á la victoria á los valientes caballeros de Calatrava. El cielo ensalza á los hijos de don Jaime, y un nieto del primer condestable de Castilla...

—Basta,—interrumpió don Enrique III con voz desfallecida,—¡basta, Abrahem! los altos juicios de Dios son incomprensibles, pero el tiempo viene á justificarlos. Ayer el voto de la orden de Calatrava hubiera apartado á ese nieto del primer marqués de Villena del alto puesto á que está destinado. Un acontecimiento desgraciado, pero cuya causa, escondida hasta ahora, revelan tus palabras, ha llevado á mejor vida á mi muy amada doña María de Albornoz, y su afligido esposo ha quedado desatado de los lazos que le alejaban del maestrazgo. Dios la tenga en su santa gloria. Adoro tus fines, oh Providencia. Abrahem, decid, ¿habéis visto hoy al conde de Cangas?

—Señor,—respondió con afectada sorpresa el hipócrita charlatán,—tu Alteza sabe que el estudio absorbe las horas todas de mi vida, y desde esta mañana no he cesado de consultar mis pergaminos en mi cámara inmediata á la tuya. Don Enrique, por otra parte, no se apartará de su estancia en estos momentos de luto para su corazón. No he visto, pues, al conde...

—¿No sabes, en ese caso,—repuso el rey,—si está dispuesto á admitir el alto cargo á que el cielo le destina?

—No creo que haya pensado en ello siquiera, ni menos que pueda saber nadie en el alcázar todavía la triste muerte de don Gonzalo...

—Dices bien, Abrahem. Por otra parte, el nombre ilustre de mi pariente no puede menos de dar realce á la orden de Calatrava, y sus caballeros no opondrían obstáculo á tan acertada elección.

—¡Hágase la voluntad del Señor!—respondió el taimado físico con solemne entonación; é inclinando la cabeza, el recogimiento en que quedó pareció anunciar el fin de sus predicciones.

—Condestable,—dijo el rey después de una ligera pausa,—mañana dispondréis que la corte se reuna. Quiero recibir á los embajadores del Tamorlán y del rey de Francia. Abenzarsal, ayudadme á entrar en mi cámara: mis fuerzas se debilitan, y después de la agitación de esta noche necesito que las restaure un sueño reparador.

Llamó el condestable á los camareros de Su Alteza, y abriéndose las puertas de la estancia en que dormía, despidióse de él el primero; el rey, de allí á poco, apoyado en el brazo de su físico favorito, desapareció, volviéndose á cerrar las hojas de la puerta y quedando aquella parte del regio alcázar sumida en el más profundo silencio.

———



CAPITULO DÉCIMOSÉPTIMO

> Yo os repto, los zamoranos,
> Por traidores fementidos;
> Repto á todos los muertos,
> Y con ellos á los vivos;
> Repto hombres y mujeres,
> Los por nacer y nacidos;
> Repto á todos los grandes,
> A los grandes y á los chicos,
> A las carnes y pescados,
> Y á las aguas de los ríos.
>
> *Canción de gesta.*

Aun no había conciliado el sueño el poderoso rey de Castilla, cuando ya el impaciente conde de Cangas y Tineo sabía, palabra por palabra, el coloquio que en el anterior capítulo dejamos descrito. A la mañana siguiente, creyó ya del caso la llegada de la noticia de la muerte del maestre de Calatrava; tomó en consecuencia sus disposiciones para que el enviado, que precisamente había llegado la víspera y que él había sabido entretener, se presentase en la corte de aquel día, y esperó tranquilo el resultado de su artificio.

El salón principal del alcázar donde tenía corte Su Alteza, se hallaba ya ocupado en la mañana del día que tan fecundo prometía ser en notables acontecimientos, por algunos caballeros jóvenes, donceles del rey, por varios pajes de lanza y de estribo, y por los ballesteros que guardaban las puertas, como prevenía la etiqueta del tiempo. Algunos caballeros corte-

sanos, de los que no acompañaban al rey á la misa, que á la sazón oía, discurrían sobre las noticias del día.

—¿Qué novedades,—dijo un joven de gallarda apostura y de pulido arreo, á otro caballero que paseaba con él á lo largo del salón,—qué novedades habéis recogido para vuestra corónica, señor coronista Pedro López de Ayala?

—La principal, señor don Luis de Guzmán, es la que de Sevilla me escribe el ginovés Micer Francisco Imperial.

—¿El de las trovas que comienzan *Gran sosiego é mansedumbre*, á doña Angelina de Grecia, la princesa que ha regalado á Castilla el gran Tamorlán, del botín que cogió al turco Bayaceto?

—El mismo. Buen ingenio!

—¿Y qué os dice?

—Díceme que el ginebrino que envió á buscar Su Alteza á París para componer el reloj de la torre de Sevilla, hálo compuesto á las mil maravillas, y que da todas las horas como antes de haberle caído el rayo hace un año.

—Cierto que es importante, porque no había otro reloj tan maravilloso en Castilla, ni quien supiera componer aquella enredada máquina. ¿Premiáronle bien?

—Merece más de diez mil maravedís. ¿Habéis oído, señor comendador, que acaba de llegar un demandadero de Calatrava?

—Por la Virgen de Atocha que eso me interesaría, porque mi tío el maestre estaba malo...

—¿Sabéis que si muriese, lo que Dios no quiera, podríais pretender?...

—Acaso. Pues nada oí: estuve jugando á las tablas...

—¡Ah! vos bohordáis bien.

—Sí, ahora que no está aquí el doncel Macías; cuando está, nadie lanza con más tino el bohordo, ni derriba más veces el tablero. Cobróle afición el rey sólo por eso.

—¿Y qué es de Macías? ¡Bravo trovador y buen caballero!

—Desde que está en comisión del hechicero, no se sabe de él. ¿Sabéis que ese hombre es el diablo, y que todo el que se le llega desaparece? Mirad ahora la condesa...

—¡Bah! Como dice Rodríguez del Padrón, el trovador gallego, amigo de Macías, ya se le podría hechizar á él con una buena lanza, porque sea dicho sin ofenderle, se le entiende más de *lais* y *virolais*, que de achaque de encuentros. Ahora anda enseñando la gaya ciencia al marqués de Santillana.

—Ese sí que es mancebo de sutil ingenio. El joven don Iñigo Mendoza gusta mucho de letras, y ha de hacer con el tiempo mejores trovas que el mismo Alfonso Alvarez de Villasandino y que el judío Baena. A propósito, ¿cómo lleváis vos vuestro rimado?

—Téngolo suspendido, porque digo grandes verdades en él, y ya sabéis que en palacio...

—¡Oh! la verdad nunca gusta á...

—¡El rey!—repitieron dos farautes que entraban ya, vestidos de ceremonia, por las puertas del salón. Apartáronse los caballeros, y don Enrique subió á su trono, rodeado de los principales señores de Castilla, á cada uno de los cuales seguían los caballeros y escuderos de su casa.

Ocupaba don Enrique de Villena, como tío segundo que era de Su Alteza, el lugar preeminente, si se exceptúa el del físico y el del condestable Dávalos, que á uno y otro lado pisaban el primer escalón del trono. Tenía el conde á su izquierda á su primer escudero y detrás al juglar, y rodeábanle varios caballeros en cuyos pechos lucían las cruces de Calatrava, en lo cual echará de ver el lector que no se había descuidado aquella mañana en atraérselos con mercedes y distinciones para tenerlos favorables á sus miras. Vestía luto, pero su semblante más anunciaba alegría que dolor, por más que procuraba él disimularla.

—Chanciller,—dijo don Enrique cuando se hubo sentado y saludado en derredor á sus cortesanos,—¿qué letras tenéis?

—Acábanse, señor, de recibir éstas.

—¡Ah! de Otordesillas, de mi esposa. Díceme doña Catalina que está próxima á su alumbramiento. ¿Paréceos, Abenzarsal, que tendrá Castilla que jurar un príncipe de Asturias, después de haber jurado solemnemente á la infanta doña María, mi muy amada hija?

—Pudiera ser, señor. ¿Qué mal habría en eso?

—Haced, condestable, que se dispongan tiros, y avisad á los pueblos de aquí á Otordesillas que se hagan grandes fogadas y ahumadas en las eminencias luego que las vean hacer en el pueblo inmediato, empezando Otordesillas mismo en cuanto Su Alteza dé á luz un príncipe. De esa suerte sabremos ese fausto acontecimiento pocas horas después: dispondréis que no falten atalayas. ¿Hay más?

—Señor, desea besar los pies de tu Alteza el sublime Mahomat Alcagí, embajador del llamado gran Tamorlán.

—Que entre,—dijo Su Alteza; y los cortesa-

nos todos volvieron las cabezas con ansiosa curiosidad hacia la puerta, como quien iba á ver una cosa que no todos los días se veía.

Entró, efectivamente, el tártaro con áspero continente al aviso de un paje de antecámara. Acompañábanle al lado Payó Gómez de Sotomayor y Hernán Sánchez de Pazuelos, embajadores del rey de Castilla al Tamorlán, que habían vuelto con él después de haber recorrido vastas regiones, climas apartados y diversas costumbres de países.

Hablaba el bárbaro, y Sotomayor, que en dos años que su larga embajada había durado, había tenido ocasión de aprender algún tanto su lengua, le sirvió de truchimán.

—El rey Tamurbec el Honrado, Tabor Bermacián, mi señor, me envía á tí, rey de las ciudades y lugares de Castilla y de León é España. Dure tu tiempo y buena fama en noblezas generales y en gracias cumplidas. El rey, mi amo, noticioso de la grandeza de tu reino, acepta la amistad y buena correspondencia que con tus embajadores le enviaste á ofrecer. El Profeta te sea en ayuda, te dé sus saludaciones. En muestra de buena amistad, envíate el rey mi señor el presente de joyas y las dos hermosas damas que te traje para tu harem, que al hijo de Osmín ha cogido en la gran victoria que le ha ganado. El rey de los reyes ha humillado la soberbia condición del hijo de Osmín, y hoy, en una jaula de hierro, sirve de estribo al poderoso Tamurbec, rayo de Dios.

—Recibo vuestra embajada, valiente Mahomat Alcagí, y no os doy respuesta,—dijo don Enrique,—porque quiero que tornen embajadores míos á vuestro amo y señor el muy honrado Tamurbec, con mis cartas y presentes. Rui González de Clavijo,—añadió vuelto á este su camarero, que entre la turba de cortesanos andaba oscurecido, —quiero que vos y fray Alonso Paez de Santa María, maestro en santa teología, y Gómez de Salazar, mi guarda, hagáis este viaje como embajadores míos.

Adelantóse entonces Rui González de Clavijo, y poniendo en tierra una rodilla,—Beso á tu Alteza los pies,—dijo,—por la lisonjera distinción con que honras á tu vasallo.

Retiróse el embajador de Tamorlán, y salieron con él algunos caballeros, curiosos de preguntarle y saber las varias noticias que de tan luengas tierras y afamadas hazañas podía darles.

Entraron en seguida los embajadores del rey Carlos de Francia, sexto de este nombre, los cuales dijeron á Su Alteza, después de las primeras fórmulas de etiqueta, cómo se hallaba bastante malo el rey su amo de resultas de habérsele prendido fuego en un baile de máscaras á una piel de salvaje de que iba vestido. Aseguraron después á los cortesanos, en confianza, que lo que en Francia más se temía no eran las resultas de este accidente, sino que corría el rumor de que el buen rey Carlos VI estaba á punto de perder la razón; que se había observado ya muchas veces tal cual desatino en su conducta, que pasaba los días enteros sin hablar, y otras extravagancias de esta especie. Estos embajadores trajeron en presente dos truenos grandes, como entonces se llamaban, que fueron la admiración de los cortesanos, por haberse reducido ya á tan cortos límites un arma que había empezado por no poderse usar sino en las murallas de una plaza sitiada, que se había podido trasladar de un punto á otro después por medio de una máquina convenientemente montada, y que ya podía manejar y disparar casi un hombre solo, si bien con trabajo. Apreció mucho este regalo el rey Enrique, y despachó á los embajadores, los cuales volvieron para su tierra, no sin dejar alguna moda de las de su traje en la corte del rey de Castilla, pues eran muy galanos, y venían lindamente ataviados. Al día siguiente salieron ya varios jóvenes donceles con el pantalón muy ajustado, y dos mangas perdidas recortadas como las habían visto en los embajadores: moderaron la barba, que antes se dejaban crecer en derredor de la cara, porque los embajadores no la traían, y hubo quien sacó el zapato retorcido y puntiagudo, que entonces se llevaba, con más de seis pulgadas de punta, ni más ni menos que el asta de un toro.

Presentóse, en seguida de los embajadores franceses, un demandadero de Calatrava, el cual anunció á Su Alteza la infausta noticia de la muerte del maestre.

—La sabíamos,—dijo el rey,—y hoy mismo le nombraré sucesor.

—Hernán Pérez,—dijo el de Villena dándole con el codo.

—Entiendo, señor,—contestó el taimado escudero.

Apenas se había retirado el demandadero, cuando se dejó ver en las puertas del salón, precedida de dos dueñas vestidas de negro, una dama enlutada y con antifaz que le tapaba completamente el rostro... Grande fué la sorpresa de los cortesanos todos: examinaban detenidamente sus contornos, por ver si descubrían quién

fuese la que de aquella manera se presentaba. Llegóse la tapada lentamente hasta los pies del trono, y prosternóse en actitud de esperar á que Su Alteza le diese licencia para hablar.

— Condestable, — dijo curioso y admirado don Enrique,—¿por qué no me habéis prevenido que hoy nos las habíamos de haber con fantasmas? Vive Dios que hubiera preparado mi alma á recibirlas dignamente: ¿sabéis quién sea esta dolorida?

—Ha burlado sin duda la vigilancia de los ballesteros: si su presencia te incomoda, señor, harásela salir.

—Es mujer, condestable, y su manera de presentarse encierra algún misterio que es fuerza aclarar. Alzad, señora, — prosiguió don Enrique, — alzad, y declarad qué causa extraordinaria os fuerza á venir de esta manera.

—¡Justicia, señor, justicia!—exclamó con doliente voz la arrodillada dama.

—Alzad y contad vuestras cuitas,—repuso Su Alteza:—nunca el rey de Castilla negó justicia á nadie.

—Señor,—prosiguió la dama levantándose y mirando en derredor con notable inquietud, como si buscase á alguien que apoyase la demanda que iba á hacer;—señor, un crimen se ha cometido en tus dominios, en tu villa de Madrid, en tu propio palacio.

—¿Un crimen?

—Un crimen, y crimen destinado á quedar impune. Los poderosos que rodean insolentemente tu trono, validos de tu favor, son, señor, los que infringen tu justicia, y los que la arrostran. Doña María de Albornoz, la ilustre condesa de Cangas y Tineo, ha sido asesinada...

—Lo sabemos, dueña,—dijo don Enrique,— y ya hemos dado nuestras órdenes para que se descubran los autores de tan horrible atentado.

—¿Los autores, señor? Uno hay no más, y ese no corre los campos fugitivo á esconder, como debiera, debajo la tierra su insolente rostro; ese se ampara en tu misma corte. Ese nos oye.

—¿En mi corte?—dijo don Enrique mirando dudoso á todas partes. Agolpáronse al oir estas palabras los cortesanos para escuchar más de cerca á la atrevida acusadora. Don Enrique de Villena, de cuyo semblante había desaparecido su natural serenidad desde el momento en que había columbrado el sentido de las palabras de la dama, la miraba con ojos indagadores, y afectando una curiosidad hija del interés que le convenía aparentar por el descubrimiento del perpetrador del asesinato de su esposa.

—Hernán,—dijo en voz baja á su escudero durante la pausa que se siguió á las últimas palabras de la tapada,—Hernán Pérez, ¿qué quiere decir esto?

Hernán Pérez estaba tan inquieto como el conde: por una parte creía que la tapada no podía ser otra que una persona que muy de cerca le tocaba. Su voz, aunque disfrazada, le había hecho un efecto singular; por otra parte no podía concebir que se diese tal paso sin su noticia.

—Señor,—contestó al conde,—sea lo que fuere, tu escudero no desmiente nunca su fidelidad.

—En tu corte,—prosiguió la dama;—él nos oye, y él recibe tus beneficios...

—Nombradle,—dijo el rey,—nombradle.

—Sí,—añadió con voz trémula el de Villena, echando el resto á su mal sostenido disimulo, —¿quién es?

—¡Vos!—respondió una voz tonante,—¡vos!

—¿Yo?—preguntó don Enrique,—¿yo?

—¡Don Enrique!—repitieron en voz confusa, casi á un mismo tiempo, los señores todos que rodeaban el trono.

—¡Santo cielo!—exclamó el agitado conde, volviéndose al rey con ademán y gesto hipócrita.—¿No me bastaba, señor, que una fatal estrella me privase de mi esposa; era preciso que la calumnia se uniese á la alevosía, y que don Enrique de Villena se viese así ultrajado en tu misma corte y en tu presencia misma? Toma, señor, los honores que me has dado, recoge las distinciones con que me has honrado; toma esta espada, acepta esa banda que mal pudiera llevar con honor quien vió de esa manera el suyo atropellado...

—Serenaos, don Enrique,—dijo tranquilamente, después de un breve rato de meditación, el rey justiciero;—serenaos; conservad esas distinciones, que tan bien os están, y tened presente que la calumnia se embota en el inocente, como la punta de la lanza en el bruñido peto.

—¿La calumnia?—repitió mirando de nuevo en derredor la dueña desconsolada.

—Dueña,—dijo don Enrique entonces con entereza,—¿sabéis el nombre que habéis tomado en boca y la persona á quien ultrajáis...?

—La verdad nunca puede ser ultraje.

—¿Sabéis á ciencia cierta lo que dijisteis...?

—Juráralo si fuera menester.

—¿Qué caución dais de vuestras palabras? ¿quién sois? ¿por qué venís tapada á acusar al delincuente? La verdad trae la cara descubierta á la faz del sol. La mentira es la que se esconde.

—¿Quién yo soy, señor? si pudiera decirlo,

no viniera de este modo. ¿No es posible que circunstancias personales me impidan descubrirme en público? Tomad, señor,—dijo entonces la tapada, presentando á Su Alteza un anillo que en el dedo traía.—Ese anillo puede decir quién soy algún día.

Tomó Su Alteza el anillo y examinóle detenidamente.—¿Conocéis ese anillo, Abenzarsal, ó la seña que dice esa dama?

—Señor,—dijo Abenzarsal al oído de Su Alteza,—las piedras forman un nombre.

—Guardadle, pues.

—Además, señor, no trato de huir; póngome bajo tu salvaguardia; sé que desde el punto en que tomo sobre mí esta acusación, mil peligros me rodean.

—¿Y sabéis, incauta dueña, que la pena del talión espera al impostor...?

—Sólo sé que el crimen debe denunciarse y desenmascararse al criminal.

—¿Sabéis que si os faltan pruebas, ó un caballero que sostenga vuestra acusación, seréis puesta en tormento y...?

—¡En tormento!—dijo espantada la dama, volviendo á mirar en derredor con inquietud.—¡En tormento!

—A tiempo estáis de desdeciros...

—¡Desdecirme!...—exclamó la dama enlutada, clavando en don Enrique los ojos, que aparecían en medio de su antifaz como los relámpagos que rasgan la negra nube en medio de una noche tempestuosa.—¡Jamás!

—En ese caso es forzosa la muerte del delincuente ó la vuestra.

—¡Nadie, nadie!—dijo entre dientes la demandante mirando á las puertas, y escuchando con la mayor ansiedad.—¿No hay un caballero,—exclamó entonces con despecho, volviéndose á los cortesanos todos,—no hay un cortesano siquiera del poderoso rey de Castilla que sepa empuñar una lanza por la inocencia, que salga por una mujer?

Leve y susurrante murmullo corrió por la asamblea á esta invitación desesperada. Pero lucían en los pechos y en los brazos de los más jóvenes caballeros prendas del amor de sus damas: un caballero que tenía la suya no podía adoptar otra. No era, además, seguro que la acusadora no hubiese perdido el juicio, cuando con tan poco apoyo y favor osaba habérselas con el más poderoso señor de Castilla. ¿Quién la conocía? nadie; ¿quién estaba seguro de no ser víctima del rencor del de Villena si tomaba la defensa de la advenediza?—¡Oh oprobio! ¡oh mengua! ¡oh caballeros!—exclamó sollozando la desairada hermosa.—¡Hé aquí la corte de don Enrique III! Lo veo, aunque tarde: la inocencia no encuentra defensa entre los hombres. ¡No importa! Insisto en la acusación.

—Faraute,—dijo entonces Su Alteza,—haced vuestro deber.

Adelantóse un faraute, y en la fórmula del tiempo anunció tres veces en alta voz la acusación hecha á don Enrique de Villena; preguntó si algún caballero tomaba la demanda de la acusadora, y sucediendo á sus voces sepulcral silencio, intimó á aquélla que en el plazo preciso de tres días había de presentar un defensor ó las pruebas de su acusación, y que cumplido el plazo sin presentarle, sería puesta en tormento y llevada al suplicio, donde le sería la lengua cortada y arrojada á los canes; después de ello ajusticiada por calumniadora.

No pudo oir esta última parte de la intimación la desolada dama sin exhalar un gemido de terror, y abandonándola sus fuerzas, dejóse caer en brazos de una de las dueñas que la habían acompañado.

Movido á lástima el rey al ver su situación, alzóse en el trono y puesto en pie,—don Enrique,—dijo,—estoy seguro de vuestra inocencia, y el cielo en todo caso saldrá por ella. Aflígeme, sin embargo, el estado de esa desgraciada, y la administración de la justicia exige que yo satisfaga la vindicta pública. Dadme, Abenzarsal, ese anillo. Quiero yo mismo requerir por última vez un defensor. Ricos-hombres, caballeros, ¿quién de vosotros toma esta demanda? El caballero que se proclame su defensor, recibirá este anillo como prenda de la dama que va á defender, y si sale con victoria de la prueba á hierro y demuestra en el palenque, con el favor de Dios, la verdad de la acusación, que no creemos, este anillo le servirá de seguro para los días de su vida: la persona que me lo presente logrará la gracia que pida, y su dueño será libre de toda pena en el momento de presentarlo. ¿Quién de vosotros toma la demanda de la acusadora?

—¡Yo!—exclamó una voz estentórea que resonó fuera de la cámara todavía.

—¡Él es!—gritó con penetrante alarido la enlutada, y el exceso de la alegría, pudiendo más en su alma que el pasado dolor, la derribó sin sentido en brazos de sus dos dueñas.

Volvieron los ojos los cortesanos á mirar quién fuese el temerario que en tan arriesgada demanda se entrometía, y don Enrique de Vi-

llena, cuya alegría se había manifiestamente conocido por algunos instantes, dirigió miradas de fuego y de incertidumbre hacia el advenedizo defensor de su acusadora.

Entraba éste ya por la cámara con ademán resuelto y pasos precipitados. Venía armado de pies á cabeza, y su sobrevesta negra y su penacho del mismo color, que ondeaba funestamente sobre su capacete, parecían anunciar la muerte á todo el que se opusiese á su bizarro valor.

—Yo,—repitió con voz fuerte entrando. Dirigiéndose en seguida hacia el trono, arrodillóse y pidió á Su Alteza para tomar la demanda de la desconocida, fuese la que fuese.

Mirábanse unos á otros los circunstantes; no sabían qué pensar de las aventuras de la mañana.—Condestable,—dijo el rey volviéndose á Rui López Dávalos, ¿será que hoy no hayamos de conocer á ninguno de nuestros vasallos? ¿Qué decís, conde de Cangas, de este defensor? ¿le conocéis?

—No responderé nunca, señor, á la acusación de dos enmascarados.

—¿Y responderéis á la mía?—preguntó alzándose la visera el denodado mancebo.

—¡Macías!—exclamó el rey.—¡Macías!—repitieron asombrados los más de los que presentes estaban. Don Enrique fué el único que, sobrecogido de la ira y del terror, ni acertaba á pronunciar palabra ni osaba levantar los ojos del suelo, al cual se los habían hecho bajar mal su grado la seguridad y la audacia de las miradas de Macías.

—Perdóneme tu Alteza,—prosiguió éste vuelto á don Enrique el Doliente,—si me hallo en tu palacio sin haberme presentado antes á recibir tus órdenes:—tu Alteza conoce mi lealtad, y sólo poderosísimas causas pueden habérmelo impedido.

—Sensible es á mi corazón, doncel, que cuando os veo después de tan larga ausencia, sea para declararos contrario de mi muy amado pariente el conde de Cangas y Tineo, y para defender contra él una acusación que estimo calumniosa.

—El cielo, señor, puede sólo decidir esta querella.

—Aquí, pues, tenéis,—dijo el rey presentando á Macías el anillo de la tapada, que ya había vuelto en sí de su desmayo, la prenda de la dama que elegís.

—Perdóneme tu Alteza,—exclamó la dama arrojándose en medio del rey y de Macías,—permite que no reciba de mi mano ese anillo hasta el día en que haya de verificarse el combate. Yo informaré á la persona de tu confianza que elijas de mis circunstancias, y quedaré hasta que las sepas en tu poder, si necesario fuese. Como prenda de que os admito por mi campeón, aceptad este lazo, noble caballero.

—Arrodillóse el mancebo, á quien palpitaba violentamente el corazón dentro del pecho, y mientras que su dama rodeaba su cuello con una banda negra que tenía por lema estas dos palabras bordadas, *imposible, venganza:*—¿Será posible,—le dijo en voz baja,—que insistáis en ocultaros de quien ha de ser vuestro caballero, no sólo acaso en la lid...?

—*Imposible,*—repuso, por lo bajo también, la tapada.

—¿Qué tenéis, pues, derecho á exigir de mí?...—repuso Macías.

—*Venganza,*—volvió á contestar la dama, concluyendo de anudarle el lazo.

—Y bien, Macías, ¿tenéis que pedirme alguna gracia?—dijo el rey.

—Ninguna,—respondió el doncel,—sino que oiga tu Alteza y apruebe mi desafío. Oíd, ricos-hombres, caballeros y escuderos. Yo, Macías, doncel del poderoso rey de Castilla don Enrique III, á tí, don Enrique de Aragón de Villena, conde de Cangas y Tineo, tomamos por testigos á todos los aquí presentes, te desafiamos de mal caballero, descortés y aleve, y te retamos á muerte como matador de tu esposa la muy ilustre doña María de Albornoz, á tí y á todos los caballeros de tu casa, á lanza ó á espada, á pie ó á caballo, mientras corra la sangre en las venas, renunciando á tu merced, como tú debes renunciar á la mía, y sobre esto Dios y la Virgen de Atocha me ayuden. A tí solo, ó á varios.

Al decir estas palabras, arrojó Macías su guante. Gran suspensión y silencio siguió á esta acción determinada.

—Conde de Cangas y Tineo,—dijo el rey, volviéndose á alzar en el trono y comenzando á bajar los escalones,—Macías, mi doncel, ricos-hombres, caballeros, escuderos aquí presentes, yo don Enrique, rey de Castilla, concedo el juicio de Dios á mi doncel Macías y á don Enrique de Villena, para que en combate singular riñan cuerpo á cuerpo, y declaro traidor y aleve y digno de muerte al que fuere en la lid vencido, si saliere del vencimiento con vida. Dios sea en favor de la inocencia y de la justicia. Conde, ¿qué hacéis?—añadió viendo que don Enrique, inmóvil, no recogía el guante que le había arrojado su contrario.

—Espero, señor, que no permitirás que yo

descienda de la clase en que el parentesco que nos une y los honores con que me has distinguido me han colocado, para rebatir cuerpo á cuerpo con un simple doncel de tu Alteza una calumnia que desprecio y...

—Si os empeñáis,—contestó el rey picado, —igualaré al doncel Macías...

—No es necesario, señor,—replicó Hernán Pérez, adelantándose á recoger la prenda abandonada,—no es necesario, yo la alzaré por mi señor...

—Teneós...—gritó Macías poniendo un pie en el guante:—sois escudero.

—Le armaré,—dijo el conde,—y será vuestro igual; y en tanto, Hernán, alzad el guante por mí. O yo ó vos. Bastamos cualquiera de los dos para castigar la insolencia del campeón de las damas desconocidas.

Iba á responder Macías á este sarcasmo, pero el rey, volviéndose á entrambos,—Conde, —dijo,—espero que vos, ó un caballero en vuestro lugar, sostendréis vuestra buena fama. Os hago maestre de Calatrava; espero que ni los caballeros de la orden ni Su Santidad desaprobarán esta elección que recae en mi misma sangre.

—Señor,—dijo inclinándose con mal rebozada alegría el conde,—estoy pronto á aceptar esta nueva honra, si los caballeros de la orden...

—¡Viva el maestre don Enrique!—clamaron tumultuariamente varios de los presentes.

—Bien, señores, bien,—dijo el rey;—no esperaba menos de mis leales caballeros de Calatrava. A vos, Macías, os doy un hábito de Santiago, y os cubriré yo mismo. Habéis manifestado hoy valor y cortesanía. Espero que entraréis en mi cámara en cuanto os desarméis

Inclinóse Macías en señal de gratitud, y el rey se retiró diciendo al condestable:—Rui, me recordaréis que debo fijar el día del combate. Vos, Abrahem Abenzarsal, encargaos de esa dueña en vuestra cámara, hasta que órdenes posteriores mías os indiquen dónde puede permanecer durante el plazo que falte para el combate.

El físico, en consecuencia, intimó la orden á la dama enlutada, y la encaminó con un paje á su cámara. Retiróse el rey, y con su marcha desaparecieron en pocos momentos los más de los cortesanos.—No ha sido del todo feliz el día,—dijo Abenzarsal á don Enrique, que se retiraba con su escudero;—pero no importa, son nuestros: haced por dirigir á la noche á Hernán Pérez á mi cámara.—¿Habéis hecho algo?—preguntó don Enrique.—Espero hacer.—Dicho esto se separaron por no dar sospechas. Don Enrique y su escudero se fueron, departiendo acerca de los muchos sucesos buenos y malos que habían pasado aquel día, y acerca de quién podía ser la dama, si bien muy pocas dudas les quedaban, y ya se proponía salir de ellas al momento el escudero.

Entretanto rodeaban á Macías varios caballeros, quién á darle la bien venida, quién á preguntarle nuevas de Calatrava. Entre los muchos que se le acercaban, tocóle uno en el hombro con misteriosa familiaridad.



—¡Ah! sois vos, padre mío, buen Abrahem, —le dijo Macías con un estremecimiento involuntario, y una nube de tristeza envolvió su frente.—Bien venido á la *corte*.—¡A la corte! —Sí: adiós, joven osado.—Escuchad; esas palabras... me dijisteis, es verdad... *¡corte, corte* funesta!—Adiós.—¿No podéis explicaros?—Ahora imposible: si queréis verme, al anochecer os esperaré en mi cámara.—¿Cierto, Abrahem? Esperadme. Adiós.—Adiós.

Siguió el astrólogo con su aparente prisa la dirección de su cámara, y Macías, distraído, revolviendo mil confusas ideas en su imaginación, quedó entre sus curiosos amigos, á quienes ni contestaba ya acorde, ni podía apenas atender. ¡Tal era la impresión que la palabra *corte*, pronunciada por el físico, había hecho en su imaginación!—Macías ha perdido la cabeza, —iban diciendo sus amigos al despedirse de él: —ese maldito hechicero, en cuyas comisiones ha andado, le ha turbado el juicio. ¡Habéis visto qué desconcierto! ¡qué distracción! O está enamorado, ó ha perdido el seso.

CAPITULO DÉCIMOCTAVO

Melisendra está en Sansueña,
Vos en París descuidado,
Vos ausente, ella mujer.
Harto os he dicho; miraldo.

Rom. de Gaiferos.

En cuanto había llegado á su habitación don Enrique de Villena, se había despedido de él el escudero, ansioso de saber definitivamente si era su esposa la que, por obsequio á la memoria de la condesa, se había presentado con tanta osadía en la corte del rey de Castilla. Pesábale en gran manera que hubiese cabido en la imaginación de su consorte tan heroica determinación, pero lo que con más cuidado le traía, era la circunstancia de haber llegado tan á punto el doncel para tomar sobre sí su demanda, y la exclamación de la tapada al oir la voz de su defensor, circunstancias entrambas que ligaba, mal que bien, con el músico de la noche anterior á la desaparición de la condesa. Podía ser casual esta coincidencia; podían muy bien, su consorte por amistad á doña María de Albornoz, y Macías por amor á esa misma, ó por cortesanía de caballero ocioso, encontrarse en el mismo camino. Esta reflexión, sin embargo, no bastaba á aclarar sus dudas, y pensó en el partido que debería tomar si no encontraba á Elvira en su cuarto.

Sucedióle, sin embargo, lo que no pensaba. Llamó el escudero á su habitación, y la primera persona con quien dió fué con el listo paje, el cual con aire sumamente alegre,

—Buenos días,—le dijo,—señor Hernán Pérez; bien hacéis en venir; porque desde que la señora condesa ha desaparecido, no hay medio de alegrar á mi prima. Venid, venid á consolarla; mis esfuerzos todos son inútiles.

—¡Vuestra prima, señor paje!—dijo con asombro y gravedad el escudero.—¿Supongo que no os queréis burlar de mí?

—¿Yo burlarme, señor escudero, pesia mi alma? Para burlas estamos por cierto, y no se cesa de llorar hoy en esta habitación. Entrad vos mismo y lo veréis.

Abrió Hernán Pérez la mampara inmediata, y quedóse como de piedra cuando, contra todas sus esperanzas, vió levantarse, al presentarse él, á Elvira, que con afectuosas palabras,

—Esposo,—le dijo,—cuán mal lo hacéis conmigo: vos tenéis secretos para mí, vos pasáis los días enteros lejos de mí: hoy, sobre todo, me habéis dejado sola, y sabéis que no tenía ya la compañía de la condesa...

—Perdonad, Elvira, si... yo... ya sabéis que... Pero nunca pudo decir más el asombrado escudero. Su esposa estaba vestida de negro, sí, pero su ropa no manifestaba haber salido aquella mañana; por otra parte, la dama enlutada había quedado en palacio.

—¿Qué tenéis? ¿Traéis mala nueva?

—Sí por cierto,—contestó más repuesto Hernán Pérez; os traigo la de que me he vuelto loco.

—Muy cuerdo lo decís.

—Jurara que os había visto en otra parte....

—Puede...

—¿Cómo? ¿puede?...

—Tantas veces me habéis dicho que no me separo un punto de vuestra imaginación, que me veis en todas partes tal cual soy... Qué... ¿no es cierto?

—Sí,—replicó mordiéndose los labios el desairado esposo.—Pero esta mañana no os creí yo ver de ese modo. En fin, parece que estáis aquí...

—¿Os estorbo, Vadillo? habladme con el corazón en la mano... ¿Queréis que salga efectivamente...?

—No, no es eso; es que me he vuelto loco, ya lo he dicho.

—Lindo humor traéis, esposo. Si hubierais perdido una amiga, si os persiguiese una voz que os gritase continuamente en vuestro pecho: *un crimen se ha cometido y el criminal está impune...*

—¿Qué decís? ¿Oís vos esa voz?

—Os digo que no puedo desechar de mi imaginación que esa pobre condesa ha sido malamente muerta, y que una persona...

—¡Silencio!—gritó con terror Vadillo.

—¡Silencio! ¿porqué? Esta noche lo he soñado.

—¿Qué habéis soñado?

—Tonterías; pero cuando está una afligida y prevenida por una idea... no sé qué efecto...

—Contad.

—Nada; soñé que había estado en la corte no sé por qué accidente, y que una dueña enlutada se había aparecido á pedir justicia ..

—Proseguid,—dijo temblando Vadillo.

—Sus facciones eran las de la condesa, su voz la misma: arrojéme á abrazarla y...

—¿Vos?

—Yo, y me rechazó: «Aparta, dijo; estoy manchada de sangre: ¿no la ves correr aún?» Un chorro, entonces, pareció salpicarme toda, y temblé... Pero ¡Dios mío! vos tembláis también.

—No.

—Sí.

—Bien, sí... Estoy mortal,—añadió para sí, levantándose, Vadillo:—si habrá muerto efectivamente la condesa; ¿sería capaz el conde?... ¡Qué horror! Por otra parte, conociéndome, si lo hubiera hecho, me lo hubiera ocultado... yo le afeé... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Yo he sido cómplice de un asesinato? La dueña enlutada no podía ser sino la sombra misma de la condesa. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Virgen Santísima!—gritó Vadillo fuera de sí.

—Esposo, ¿qué es eso? ¿sabéis que empiezo á temer que sea cierta la pérdida de vuestra razón?... Contadme, por Dios...

—Nada; imposible: en dos palabras: ¿vos no habéis salido?

—¡Qué pregunta!

—¿No saldréis?

—¡Qué aire!

—Adiós, Elvira, adiós. No me esperéis hasta la noche. Asuntos de importancia me llaman al lado de don Enrique...

—¿Os vais? ¿Para eso habéis venido? Mirad...

—Bien sé que me queréis, que me sois fiel; soy un loco... pero... la condesa... ya sabéis... ahora dejadme por Dios, dejadme, vuestra presencia me hace mal.

Separóse, al decir esto, casi por fuerza de los brazos de su esposa, la cual quedó sollozando en un sillón, con el paje al lado.

—Esto es mejor,—dijo el paje.—¿Lloráis de veras?

—Jaime, sí. Hace una tantas cosas contra su voluntad; las consideraciones del mundo...

—¿Cómo? ¿Lo decís porque tenéis que agasajar y poner buen semblante á vuestro esposo?

—¿Qué dices, Jaime?—preguntó, lanzando un suspiro, Elvira:—¿quién te ha dicho eso? es mentira, mentira. Yo amo á mi esposo; ni pudiera amar sino á él: ¡es tan bueno!

—Pues entonces,—dijo el paje,—no os entiendo; yo por mí, si no os viera llorar, ahora me reiría, soltaría la carcajada.

—¿Porqué? ¿Porque una circunstancia desgraciada le ha puesto en el caso bien triste de no poder distinguir la verdad del engaño? ¿Porque una mujer tenga mil veces que parecer artificiosa con su esposo, se habrá de deducir que éste es risible? Ah, Jaime, en todo engaño ten lástima siempre al engañador, que en realidad ese es el más risible, y ese es acaso realmente el engañado.

Después de esta pequeña reprimenda, no osó hablar el pajecillo.

—Mira, Jaime, si va lejos ya Hernán Pérez.

—Tan lejos que no le alcanzaría el mismo Hernando, que no hay corza que no alcance.

—Vamos, pues, paje; no hay tiempo que perder; ya tienes tus instrucciones. Prudencia y silencio... como la muerte, ¿estás?

—Como la muerte,—respondió el paje.—Dichas estas palabras, Elvira y el paje pasaron á otra pieza, donde no nos es lícito penetrar con ellos.

Hernán Pérez, entretanto, recorría con más terror que celos las inmensas galerías del alcázar: cada pisada suya le parecía las de la condesa. Hay muchos hombres valientes, temerarios contra un millar de enemigos armados en un día de batalla, y que perecen de terror ante la idea de un muerto y el recuerdo de una fantasma; que treparían los primeros á la brecha, y no subirían nunca solos una escalera oscura. En aquel momento Hernán Pérez era de estos: el menor ruido que hubiera oído realmente, la menor sombra que se hubiera puesto delante de sus ojos, le hubiera derribado por tierra sin sentido. Tal traía él la imaginación llena de ideas de muertes y apariciones, de sombras y emplazamientos. Llegó, por fin, á la cámara de don Enrique. Abrióla de golpe, y precipitóse dentro con los cabellos erizados y los ojos casi fuera del cráneo.

—¿Qué traes, Vadillo?—dijo levantándose don Enrique al ver el desorden de su escudero.

—Es su sombra, señor, es su sombra,—repuso Vadillo, mirando atrás todavía y procurando componer su semblante.

—¿Qué sombra?—replicó don Enrique.—Será la que hace vuestro cuerpo al pasar por delante de la lámpara de la galería.

—No es eso, señor, no es eso.

—¿Qué es, pues? explicaos.

—Mi esposa...

—¿Vuestra esposa es sombra? ¿Qué decís?

Temblaba ya Ferrus de pies á cabeza con la explicación del escudero, y no sabía don Enrique qué creer de semejante asombro.

—Digo, señor,—concluyó Vadillo reponiéndose,—que la dueña enlutada no es mi esposa, porque mi esposa está en su habitación, y mi esposa no ha salido ni saldrá...

—¿Estáis seguro?

—Como estoy vivo.

—¿Quién puede entonces?...

—No puede ser,—dijo Ferrus,—sino...

—La sombra de la condesa,—concluyó Vadillo.

—¿La sombra de la condesa?—¡Esa es buena!—exclamó soltando una estrepitosa carcajada don Enrique de Villena.

—¿Te ríes, señor?

—¿No he de reirme, si habéis perdido entrambos la cabeza?

—Ah, señor,—repuso Vadillo,—veo que si yo contara un sueño... En fin, quiero que me hayáis referido de la condesa la pura verdad. ¿Estáis seguro de que el encargado de...?

—Deliráis, Vadillo, deliráis. Verdad es que ahora pierdo yo el hilo de mis observaciones, y no sé... Puesto que decís que estáis seguro de haber visto á vuestra esposa, confieso que no entiendo... De todos modos, es necesario que vayáis á buscar al astrólogo: os aguarda para darme una razón que espero con ansia. ¿Os atreveríais, ya que vais, Vadillo, á averiguar quién sea la tapada? ¿Tendríais resolución...?

—Manda, señor, á tu escudero.

—Bien, pues yo confío á vuestro talento esa intriga: si el nigromántico lo sabe, os lo dirá: si no, ved de tocar siquiera esa sombra, que como la toquéis, y como ella ofrezca cuerpo y resistencia,—añadió riéndose don Enrique,—podéis estar seguro, no quiero yo decir de que sea vuestra esposa, pero á lo menos, sí, de que es persona; y á ser hombre como parece mujer...

—Entonces, señor, yo os prometo que mi espada hiciera pronto la experiencia. Perdona si el sobrecogimiento de una escena que he tenido tan rara, tan extraordinaria, me ha hecho parecer á tus ojos, señor...

—Vadillo, os he visto pelear; sé que tenéis valor. Conozco, por otra parte, á los hombres: son débiles y miserables en todo. Una preocupación es más fuerte que cien ballesteros.

Iba á despedirse el escudero para la cámara del astrólogo, donde le esperaban acontecimientos más extraordinarios cien veces que los pasados; pero don Enrique le detuvo para dar lugar, lo uno á las intrigas que debía preparar el nigromante, y lo otro porque entonces, que en realidad le engañaba, una voz interior le gritaba que debía tratarle con más amistad y consideración que nunca. No debía faltarles tampoco que hablar desde que don Enrique era maestre, desde que iba á ser Hernán Pérez caballero, y desde que el singular duelo de la mañana había venido á complicar tan extraordinariamente los negocios y los intereses de los principales personajes de nuestra verídica historia.



CAPITULO DÉCIMONOVENO

> Y después de haber propuesto
> Su intento y sus pretensiones
> A los de guerra y estado
> Que atento le escuchan y oyen,
> En confuso conferir
> Se oye un susurro discorde
> Que sala y palacio asorda
> La diversidad de voces.
>
> *Rom. de Bernardo del Carpio.*

Cosa indudable es que don Enrique de Villena, una vez adoptadas sus ambiciosas ideas de elevación, no perdonaba medio alguno de llevarlas á cabo, ni daba punto de reposo á su imaginación, buscando trazas para asegurarlas. El alto puesto que anhelaba era, sin embargo, bastante apetecible para que se le ofreciesen naturalmente en el camino de sus intrigas temibles maquinaciones de sus enemigos y poderosos contendedores. No habrá olvidado el lector tan pronto, si es que ha llegado á tomar alguna afición á los sucesos que le vamos con desaliñada pluma enarrando, aquel don Luís de Guzmán, que paseaba el salón de la corte en la mañana de este mismo día, hablando con el famoso cronista Pero López de Ayala. Si no ha olvidado á aquel caballero, y si recuerda el diálogo en que se le presentamos por primera vez,

tendrá presente, también, que el cronista le había designado como sucesor probable de su tío don Gonzalo de Guzmán, último maestre de Calatrava. Llamábanle, efectivamente, á este alto puesto, en primer lugar su parentesco con el difunto, su vida ejemplar é irreprensible conducta, el título de comendador de la orden, y la confianza que inspiraba á los más de los caballeros. Era generalmente querido, y en realidad más digno del maestrazgo que don Enrique de Villena, en aquella época, sobre todo, en que el valor solía suplir todas las demás cualidades; teníale don Luís en alto grado, y había dado de él repetidísimas y brillantes pruebas en las guerras de Portugal y de Granada; al paso que de don Enrique se podía sospechar fundadamente que no era su virtud favorita, pues nadie recordaba haberlo visto jamás en ningún trance de armas. Había probado, además, don Luís que conocía los deberes todos de buen caballero, en las diversas justas y torneos en que había sido mantenedor ó aventurero; sabía manejar en todas ocasiones con singular gracia un caballo, rompía una lanza con bizarría, acometía con denuedo en la carrera, corría parejas con extrema donosura, cogía sortijas con destreza, y disparaba cañas con notable inteligencia. Don Enrique, por el contrario, empleaba todo su fuego en semejantes circunstancias en hacer una trova muy pulida y altisonante, en que cantaba las hazañas ajenas, á falta de las propias. Pero era el mal que en la corte de don Enrique no habían obtenido todavía las trovas aquel grado de estima que en reinados posteriores llegaron á alcanzar; cosa en verdad que no dejaba de ser justa, si se atiende á que las trovas servían sólo para matar el fastidio momentáneamente en un banquete de damas y cortesanos, al paso que una lanza bien manejada derribaba á un enemigo; y en aquellos tiempos belicosos eran más de temer los enemigos que el fastidio.

Las intrigas de don Enrique habían impedido que este mancebo generoso supiese á debido tiempo la infausta nueva de la muerte de su tío. La primera noticia que de ella tuvo fué la que en pública corte recibió, y en el primer momento la sorpresa de no haber sido de ella avisado, circunstancia que no acertaba á explicarse á sí mismo fácilmente, y el dolor, le embargaron toda facultad de pensar y abrazar un partido prontamente. Sacóle, empero, de su letargo la elección que hizo el rey de su pariente para suceder en el maestrazgo, é indignóle, aun más que semejante nombramiento, la bajeza con que se adelantaron varios caballeros de su orden á proclamar casi tumultuosamente al conde. Mal podía, sin embargo, en aquella circunstancia manifestar su agravio, ni menos oponerse á la dicha de su competidor. Aunque lo hubiera intentado, hubiérale sido muy difícil pronunciar una sola palabra, porque debemos añadir á lo que de su carácter llevamos manifestado, que tenía tanto don Luís de cortesano, como don Enrique de valiente. Todos sus conocimientos estaban reducidos á los de un caballero de aquellos tiempos: habíanle enseñado, en verdad, á leer y escribir, merced á la clase elevada á que pertenecía; pero cuando no tenía olvidado él mismo que poseía tan peregrinas habilidades, que era la mayor parte del tiempo, no comprendía porqué se habrían empeñado sus padres en hacerle perder algunos años en aquellos profundísimos estudios, que no le podían ayudar, decía, á rescatar una espuela ni el guante de su dama en un paso honroso. ¿Qué cota por débil que fuera, qué almete por mal templado, había cedido nunca á la lectura de un pergamino, por bien dictado que estuviese, ó al rimado de una trova, por armoniosa que sonase? Despreciaba, asimismo, las galas del decir y el elegante artificio de la oratoria, porque solía repetir que él llevaba la persuasión en la punta de su lanza; y efectivamente había convencido con ella á más moros que los misioneros que iban continuamente á Granada; estos no solían sacar otro fruto de su peregrinación cristiana que la palma del martirio, la cual podía ser muy santa y buena para su alma; pero no daba un solo súbdito á la corona de Castilla, sino antes se lo quitaba. Bien se ve por este ligero bosquejo que era don Luís hombre positivo, y que no hubiera hecho mal papel en el siglo XIX. En esta candorosa ignorancia, y en la fuerza de su brazo, consistía su popularidad, porque entonces, como ahora, se pagaba y paga la multitud de las cualidades que le son más análogas y que le es más fácil tener: en ellas tomaba su origen el carácter impetuoso y poco ó nada flexible de don Luís: cuando oyó la elección que había hecho el rey Doliente, miró á una y otra parte todo asombrado, como si no pudiese ser cierta una cosa que no le agradaba, enrojecióse su rostro, cerró los puños con notable cólera é indignación, miró en seguida al rey, miró al conde de Cangas, miró á los caballeros calatravos que le proclamaban, encogióse de hombros y sin proferir una sola palabra salióse determinadamente de la corte; acción que en otras circuns-

tancias menos interesantes hubiera llamado extraordinariamente la atención de los circunstantes. Nadie, sin embargo, la notó, y el ofendido caballero pudo entregarse libremente al desahogo de su mal reprimida indignación. Hubiera él dado su mejor arnés y su mejor caballo por haber sabido el golpe que le esperaba en el momento aquél en que la acusadora de su rival había apostrofado á los caballeros presentes en favor de su demanda. No hubiera sido Macías entonces el que se hubiera llevado el honor de salir por la belleza; porque es de advertir que la acusación, que, como á todos, le había parecido inverosímil en el instante de oirla, comenzó á tomar en su fantasía todos los visos no sólo de verosímil, sino de probable, y hasta de cierta, desde el punto en que se vió suplantado por el que era objeto de la querella. «Es evidente, dijo para sí, que don Enrique es un fementido: mientras más lo pienso, más me convenzo de su iniquidad. ¡Felonía! ¡matar á una mujer!!!» Desde que hizo este raciocinio hasta el día de su muerte, don Luís de Guzmán no pudo admitir jamás suposición alguna que no fuese en apoyo de esta opinión: era evidente para él que don Enrique había matado á su esposa, y aunque la hubiera vuelto á ver de nuevo buena y sana, cosa que no sabremos decir si era fácil ya que sucediese, hubiera dudado primero de sus propios ojos que del delito de don Enrique. Así juzgan los hombres, y los hombres exaltados sobre todo.

Llegado don Luís á su casa, llamó á su escudero, y le dió el encargo de convocar á los caballeros de Calatrava en quienes más confianza tenía y que no habían asistido á la corte de aquel día. Mientras que el escudero partió á desempeñar su delicada comisión, quedó don Luís paseando á lo largo de su habitación y maquinando cómo podría asir la dignidad que acababa de deslizársele entre las manos.

De allí á poco comenzaron á ir llegando los caballeros de Calatrava, llamados unos, de su propia voluntad otros, al saber la escandalosa novedad que en la orden ocurría. Varios entre ellos tenían el mismo motivo de agravio que don Luís, es decir, que no podían alegar más causa de su enemistad á don Enrique que el haber éste conseguido lo que ellos para sí deseaban: estos tales se hubieran reunido igualmente con Villena contra don Luís, si hubiera sido éste el afortunado. El amor propio ofendido y el deseo de derribar al poseedor eran su único objeto al reunirse, cosa que sucede comunmente en los más de los conspiradores y descontentos. No sucedió, pues, en esta ocasión sino lo que suele siempre suceder en casos semejantes; pero había una circunstancia favorable para ellos esta vez, á saber: que Villena prestaba mucho campo á la oposición, de suerte que en realidad no eran sus enemigos los que tenían ventaja, sino él el desaventajado.

No tardaron mucho tiempo en hallarse reunidos en la casa posada de don Luís Guzmán más de veinte entre caballeros y comendadores de Calatrava. Seguía paseándose en silencio el desairado candidato, y solamente una seca inclinación de cabeza, y un ademán más seco todavía, con que hacía seña de ofrecer asiento, marcaban de cuando en cuando la entrada de un nuevo concurrente. Al ver tan distraído y preocupado al dueño de la casa, sentábase cada cual y esperaba con humilde resignación á que tuviese por conveniente romper tan incómodo silencio: lo más á que se extendía el atrevimiento en tan solemne reunión, era á preguntar, en voz imperceptible, alguno á su compañero y adlátere, el objeto de aquella misteriosa asamblea. Luego que le pareció á don Luís suficiente el número de sus oyentes, soltó la rienda á su desnuda elocuencia con toda la seguridad de un hombre que está muy lejos de imaginar que puedan reprochársele las frases que usa, ó vituperársele los vocablos que para expresar sus ideas adopta.

—¡Por Santiago, caballeros de Calatrava!—exclamó:—que hoy luce un día bien triste para nuestra orden. Día de oprobio, día que no saldrá fácilmente de vuestra memoria. Un rey débil, un rey enfermo, un rey en cuya mano estaría mejor la rueca de una dueña que la lanza de un caballero, osa atropellar vuestros fueros y privilegios, y ¡voto va! que no luce bien la cruz roja en un pecho dispuesto á sufrir humillaciones. ¿Sabéis lo que es honor, caballeros de Calatrava?—se interrumpió bruscamente á sí mismo el comendador, parándose de pronto en su paseo, como hombre que ha perdido el hilo de un largo discurso que trae mal estudiado, y que se decide por fin á reasumir en una sola frase enérgica y terminante todos sus cargos y argumentaciones:—¿sabéis lo que es honor, caballeros de Calatrava?

A la primera enunciación de este inesperado apóstrofe, dejóse percibir sordo murmullo de desaprobación en el auditorio, y poniéndose en pie uno de sus principales oyentes:

—Duda es esa, señor don Luís de Guzmán,—

dijo,—que cada uno de los que aquí miráis reunidos á vuestro llamamiento sabría desvanecer bien presto, á no ser vos el que la anunciáis. Ignoro los motivos que podéis tener para haber llegado á darle entrada en vuestro corazón, pero yo en mi nombre, y en el de todos los presentes, os ruego que os sirváis exponernos brevemente la causa que á esta convocación os mueve, y á declarar qué habéis visto en los caballeros de la orden que provoque tan alta indignación. Espada tenemos todos, y en cuanto al valor, no será esta la primera ocasión en que probemos que no estamos acostumbrados á sufrir ultrajes impunemente.

—Nunca dudé,—contestó don Luís con la satisfacción de un hombre que ve abundar á sus oyentes en sus mismas opiniones,—nunca dudé de vuestro valor. Como comendador más antiguo, como pariente de nuestro buen maestre, que acaba de fallecer en Calatrava, he creído tener derecho á convocaros cuando se trata de los altos intereses de la orden y de evitar acaso su ruina.

—¿Su ruina?—exclamaron á una todos los caballeros.

—Su ruina, sí,—repitió Guzmán,—su ruina. Hoy ha llevado un golpe que tarde ó nunca se reparará. Varios de vosotros lo habéis oído. Escuchadlo los demás con espanto y con indignación. No se espera ya á que los caballeros de la orden, reunidos en su capítulo, pongan á su cabeza, movidos de justas razones, al caballero más perfecto, más experimentado en las lides, más prudente en los consejos. No: un rey por sí y ante sí, atropellando nuestros más sagrados derechos, eleva á la dignidad que mil hechos heroicos, que una larga vida de virtudes bastan apenas á merecer, ¿á quién? á un hombre cuyo penacho no sirvió nunca de guía á los valientes en una batalla, á un hombre que nunca dió el primero ni oyó resonar en torno suyo el grito de ¡Santiago y cierra España! á un hombre que ha trocado la lanza por la pluma, cuyo campo de batalla es una mesa cubierta de inútiles pergaminos, que no ha vencido nunca sino las necias dificultades de lo que llama él rimas; á un hombre, caballeros, de quien con fundada razón se dice que tiene inteligencia con los espíritus, y que...

—¡Qué horror!

—Oídlo, sí, con escándalo, nobles compañeros. Ese es el hombre que nos destinan por maestre: un afeminado cortesano, un intrigante ambicioso, un rimador, un nigromante en fin...

—¡Fuera, fuera!—gritaron á una los caballeros, cuyos ánimos iba templando ya el calor comunicativo y la natural elocuencia de la pasión que dominaba en el comendador.

—¿Lo sufriremos?—continuó don Luís, como una piedra que caída de una altura desmesurada sigue rodando largo espacio después de llegada al llano,—¿lo sufriremos? Yo por mí, nobles caballeros, juro á Santiago de no dormir desnudo y de no comer pan á la mesa, mientras que vea la orden á su cabeza al... al... ¿para qué callarlo, en fin? al asesino de su esposa.

No necesitaban ni tanto ya los caballeros reunidos en casa del comendador, para acabar de perder la poca sangre fría que les quedaba. La última frase del orador produjo el efecto de una chispa lanzada en medio de un montón de estopa seca. Veíase lucir en todos los semblantes la misma animación que en el de Guzmán; todos provocaban y excitaban mutuamente su cólera con la relación de las ofensas que en aquel momento se figuraba cada cual haber recibido ó del rey Doliente ó del intruso maestre. Inútil es decir si se recapitularon largamente las calidades del conde de Cangas. Había quien le había visto horas enteras evocando los manes de los difuntos en un cementerio, en compañía del judío Abenzarsal; había quien le había visto sepultarse en una larga redoma y desaparecer á los ojos de los circunstantes; y hasta se llegaba á probar que había estado en más de una ocasión en dos partes opuestas á un mismo tiempo: lo cual, como convinieron todos, no podía obrarse sino por arte del demonio, si se atiende á que cada uno no suele tener en el mundo más que un cuerpo. Ahora bien, era cosa sabida que el demonio no hace nada de balde, circunstancia que podría hacerle pasar perfectamente por escribano ó agente de negocios; de lo cual era forzoso inferir que don Enrique le habría vendido su alma, si bien no había entre tanto ilustre caballero quien osase descifrar las ventajas que al demonio le podían resultar de poseer el alma de don Enrique de Villena, tanto más cuanto que á todo tirar no era realmente de las mejores.

Quedó, sin embargo, establecido por punto general, primero, que don Enrique había sido, era y sería eternamente nigromante por pacto con el demonio: segundo, que había sido asimismo, era y sería eternamente el asesino de su esposa, lo cual había de ser irremisiblemente cierto, más que no hubiese tal demonio, ni tal

esposa muerta, cosas para nosotros, si hemos de decir verdad, igualmente dudosas.

Resueltos estos dos puntos principales, era consecuencia forzosa el resolver la deposición del maestre: esto, en verdad, ofrecía más dificultades, pero la imaginación las superó; convínose primeramente en que don Luís de Guzmán quedaría en la corte para exponer reverentemente á Su Alteza que los estatutos de la orden de Calatrava determinaban que sólo pudiese ser nombrado el maestre por elección de los caballeros y comendadores reunidos en capítulo; y que para ganar tiempo, mientras se recababa de Su Alteza la revocación del nombramiento ilegal, saldrían varios de los caballeros presentes en calidad de emisarios á los diversos puntos donde había fortalezas y castillos de la orden, para evitar que se reconociese y prestase juramento de pleito homenaje al conde de Cangas. Uno, sobre todo, debía ir y declarar al clavero de la orden, residente en Calatrava, que era la voluntad del mayor número de los caballeros que siguiese desempeñando las funciones de maestre; lo cual, además, le suplicaban rendidamente por el bien de todos, mientras que se procedía á la elección del que hubiese de ser válida y legalmente nombrado.

No perdieron, pues, instantes preciosos, y antes de anochecer los caballeros habían hecho voto solemne de llevar adelante su empresa, mientras que estuviese pegado el puño de la espada á la hoja y mientras que corriese una gota de sangre por las venas: todos habían ofrecido al santo de su devoción el don que les parecía más grato á sus ojos, y se habían separado, después de conferidos poderes á cada uno de los emisarios en nombre de aquella junta, que llamaron *capítulo extraordinario*, y al cual supusieron igual poder que al capítulo general, en vista de la urgencia y apuro de las circunstancias en que se había celebrado.

Verdad es que tampoco se había dormido don Enrique de Villena, á quien no se le ocultaba que podría encontrar una enérgica oposición en los caballeros; antes disponiendo de varios de los que se habían pronunciado en su favor en la corte de aquella mañana, tomó igual providencia, enviando á Calatrava, á Alhama y á otros puntos, emisarios que le dieran á reconocer, que animasen á los tibios con promesas de adelantamiento, ganasen á los descontentos con plazas efectivas de comendadores, y enardeciesen á los amigos para que no pudiese en ningún caso ser contraria á la elección de Su Alteza la elección del capítulo, que bien sabía él que se necesitaba para la tranquila é indisputable posesión del apetecido maestrazgo.

Dejemos, empero, á los emisarios de uno y otro corriendo los campos de Castilla, y llevando de una parte á otra órdenes contradictorias, y volvamos á seguir el hilo de las maquinaciones de que era teatro la parte del alcázar destinada á las habitaciones de Su Alteza y de sus más allegados servidores.



CAPÍTULO VIGÉSIMO

Quien esto vos aconseja,
Vuestra honra no quería.
Rom. de don García.

Empezaba á anochecer cuando el astrólogo Abrahem Abenzarsal, paseándose en su laboratorio con notable inquietud, parecía esperar á alguna persona, ó el éxito por lo menos de alguna de las muchas intrigas en que le tenía embarcado á la sazón su desmedida avaricia.

—¿Si habré cometido una imprudencia?—decía.—¡Oh! á mi edad sería imperdonable. ¡Los motivos que me expuso fueron tan poderosos y tantas sus lágrimas, tan eficaces sus ruegos! ¡No sé qué principio de condescendencia hay en el corazón del hombre, el más duro, el más empedernido, el más viejo, para con una mujer, y una mujer hermosa y joven que suplica!... Pero... alguien viene... ¡Ah! No cometí imprudencia alguna.—Señora, me halláis en la mayor inquietud... estaba anocheciendo ya...

—Os dí mi palabra,—respondió la dama que entraba,—é hicisteis mal en estar con cuidado. Pero os advierto lo mismo que esta mañana os advertí: bien conocéis cuán difícil es que en mi posición pueda continuar semejante enredo. Os he dicho ya que las razones que á ocultarme me obligaron nada tenían de común con Su Alteza; muchas veces no se puede hacer una obra buena á cara descubierta; las pasiones de la vida... En fin, ya me habéis comprendido. Espero, pues, que si no habéis hablado á Su Alteza, le habléis cuanto antes os sea posible.

—Esta misma noche, señora, podréis retiraros. Una vez que sepa Su Alteza quién sois, ¿qué inconveniente podrá haber?...

—¡Qué agradecida debo estaros, sabio Abrahem!

—Vuestra estancia aquí es ahora indispensable. Su Alteza pudiera querer veros, y sus órdenes han sido tan terminantes... Por otra parte, no es de extrañar que quiera tomar con la acusadora de su querido pariente todas las medidas que la prudencia indica, sobre todo cuando no presenta acusación tan atrevida vislumbre alguno de verosimilitud.

—¿Vos también, Abenzarsal, vos que conocéis á don Enrique de Villena?...

—Porque le conozco, señora, no le creí nunca capaz de un...

—De todo, Abrahem, de todo.

—Veo que os hace obrar, señora, algún resentimiento particular... ¡Oh! sabido es que el conde fué siempre aficionado en demasía á las bellas...

—De nada le hubiera servido esa afición para conmigo...

—Conozco vuestra virtud... pero pudiera muy bien...

—¿Sí? ¿y qué? ¿para qué negarlo? largo tiempo duró su persecución; pero si alguno de los dos puede aborrecer al otro por ese recuerdo, él es y no yo...

—Lo sé, señora.

—Por lo que á mí hace, me ha movido la amistad que á la condesa, mi señora, siempre he profesado, y el cielo; no otras consideraciones. Las que puedan moverle á él contra mí, me interesan poco, Abenzarsal. Hállome bajo la protección de las leyes, bajo la salvaguardia de mi estado, bajo la custodia ahora de Su Alteza mismo.

—Decís bien, hermosa dama. Perdonadme si no entro ahora mismo á hablar por vos á Su Alteza; pero tengo para mí que ha de estar en su cámara todavía su doncel favorito, cuya larga ausencia no podía menos de dar lugar ahora á largas entrevistas. ¿Conocéis supongo al doncel Macías? ¡Pero qué distracción! es vuestro defensor.

—Sin embargo,—respondió la dueña cubriéndose el rostro con su abanico morisco,—nunca le hablé...

—¿No?

—Ya vísteis que su presencia en la corte no tenía indicio de cosa premeditada de consuno. La casualidad sin duda le trajo... á tiempo que ningún caballero de la corte de don Enrique quería arrostrar por una débil mujer el poder del insolente Villena.

—Y su bizarro valor fué, en ese caso, y su cortesanía lo que le obligó á...

—¡Oh! eso no es nada. Más es de admirar la cobardía de los demás caballeros que su valor. Ese es deber...

—No seréis vos, sin embargo,—prosiguió el astuto astrólogo,—la que negaréis al único caballero que os ha librado del riesgo en que estabais, las brillantes y peregrinas dotes que Castilla toda le concede...

—Ciertamente, no. ¿Sabéis qué hora es?

—Aquí tenéis el arenero... Un sólo defecto suelen encontrarle...

—¿A quién?

—Al doncel.

—¿Y cuál?—repuso la dama, afectando una indiferencia que por cierto no sentía...

—Nada; dícese que nunca se le ha conocido dama alguna: sin embargo, tiene ya edad de enamorarse...

—¿Quién sabe si lo estará realmente? ¿Es forzoso decir á gritos?...

—No; pero sabéis que á su edad es raro el caballero que no puede llevar un mal lazo, una banda, prenda del amor de su dama. Hasta es desdoro. Como no sea que adore en secreto á alguna belleza cuyo mote no puede llevar...

—¿Qué decís?

—O es eso, señora, ó es que el doncel no es sensible sino al aguijón de la gloria. En ese caso, su galantería sería pura caballerosidad...

—¿Estará ya solo Su Alteza?—interrumpió la agitada dama.

—Paréceme, señora, que tenéis interés en interrumpir la conversación del doncel... ¿Sería yo indiscreto al hablar delante de vos?...

—¡Oh! no, no, nada de eso; hablad de él como pudierais de cualquier otro. Sólo me relaciona con él el vínculo de la gratitud que recientemente me ha merecido.

—Sólo una cosa tenía que añadir, en el supuesto de que esta conversación no os incomode... ¿Estáis inquieta?

—No, os he dicho que no: estoy tranquila. ¿Por qué no habría de estarlo?

—Digo, pues, que acaso ahora con ser vuestro caballero...

—¡Mi caballero!

—Forzosamente ha de serlo.

—Sí, mi campeón,—repuso la enlutada, con un suspiro escapado del pecho á su pesar.

—Como queráis. La posición en que está para con vos, ese misterio que os empeñáis en guardar, la compasión que inspiráis y el entusiasmo al mismo tiempo á que inclina el hermoso rasgo de amistad que habéis...

—No me lisonjeéis, y acabad.

—Todo eso, pues, hará nacer acaso en su imaginación ideas que no habrá tenido nunca tal vez, y en su corazón una afición...

—Perdonad, Abrahem, si os interrumpo; pero admiro vuestra penetración. ¿Habéis conocido antes en mi rostro que me sentía incomodada?...

—¿Será cierto? esta conversación...

—No, la conversación no,—repuso la dama reclinándose;—pero la agitación del día, la precipitación, además, con que he tenido que andar, no me ha permitido tomar alimento, y siento una debilidad...

—¿No os decía yo? La palidez de vuestro rostro me lo anunciaba. Ved que necio, yo creía que era la conversación... ¡Qué tontería! Ya veo que el día que habéis traído hoy es más que suficiente motivo...

—Decís bien.

—Ya sabéis que mi primera ciencia es la de curar; si queréis seguir mis consejos...

—¡Ah! ¿Creéis que esta debilidad...?

—¿Queréis tomar algún alimento?

—Me será imposible...

—Verdad es... Si quisierais una bebida cordial que os diese fuerzas...

—¿Tenéis?...

—Yo mismo os la prepararía... Os daría descanso y fuerzas...

—Como gustéis, Abrahem.

—La tomaréis,—dijo el físico preparando unas yerbas,—y podréis descansar un rato aquí, mientras que paso á hablar á Su Alteza.

—Pero en vuestra ausencia...

—No temáis; nadie viene á mi cámara: el estudio y el retiro en que vivo alejan de mí las visitas que pudieran turbar vuestro reposo. Ningún sitio del palacio más seguro que este; su inmediación á la cámara del rey, las muchas guardias que custodian las próximas galerías...

—No, no es que tema ningún peligro; pero...

—Perded miedo; por otra parte tenéis vuestro antifaz, que puede en todo caso guardaros de la indiscreción, y vuestras dos dueñas es-

peran vuestras órdenes en mi antecámara. A la menor voz, ellas y los ballesteros...

—Decís bien.

—Perdonad si vuestros mismos intereses me obligan á dejaros sola en mi habitación; mi ausencia será corta.

—Eso deseo.

—Tomad, pues, señora, esa bebida.

—¿Pero me respondéis de su eficacia?...

—Estoy seguro de ella: apuradla.

—Ya veis si tengo confianza en el físico de Su Alteza; ni una sola gota he dejado.

—Obrasteis como prudente,—repuso el empírico con una alegría que disimulaban mal sus ojos llenos de fuego y de esperanza.—Reclinaos ahora un momento.

—No, no hay necesidad.

—Presto conoceréis sus efectos: es maravillosa la virtud de la bebida: al principio parecerá quitaros las fuerzas; pero después... y obra con una rapidez...

—Sí; paréceme que siento como pesadez...

—¿No os dije? acaso os hará dormir...

—¡Dormir, Dios mío! y aquí... ¡Abrahem!!!

—¡Señora!

—¡Santo Dios! ¿por qué no me lo habéis dicho?

—¡Oh! será un momento... una hora.

—¡Una hora, Abrahem! Quiero marcharme... me pondré el antifaz...

—¿Qué decís? si queréis, mi lecho...

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Qué sueño, Abrahem, qué pesadez! es de plomo mi cabeza... Abrahem, Abrah... ah... Bien.

Apenas tuvo fuerza para pronunciar esta última palabra, á la cual no podía ya dar la enlutada sentido alguno. Inclinóse su cabeza, dejó caer su brazo lánguidamente, abrióse su mano y desprendióse de ella sobre su sitial el hermoso pañuelo que bordado de su propia mano traía, y en que lucía su nombre con gruesos caracteres góticos de oro y seda artificiosamente mezclados. El más profundo letargo había sobrecogido á la enlutada, y el astrólogo conocía, efectivamente, muy bien el maravilloso efecto de la narcótica bebida.

—¡Es mía!—dijo, después de un momento de silencio, el físico:—¡es mía!—añadió levantando el antifaz con que se había cubierto la dueña la cara antes de dormirse, y volviendo á dejarle caer sobre sus hermosas facciones luego que la vió profundamente dormida.—Téngola segura aquí para más de dos horas. Una hora tengo para hablar con Su Alteza; otra para el desenlace de esta intriga infernal. Infernal, sí, pero pagada. Esta es la circunstancia que han de tener las intrigas.—Dichas estas palabras, reconoció el astrólogo su habitación y las puertas de ella: cerró la comunicación con la escalera secreta, y salió con dirección sin duda á la cámara de Su Alteza.





CAPITULO VIGÉSIMOPRIMERO

¿Cuyo es aquel caballo
Que allá bajo relinchó?
. . . .
¿Cuyas son aquellas armas
Que están en el corredor?
. . . .
¿Cuya es aquella lanza
Que desde aquí la veo yo?
Canc. de rom. anón.

Más de una hora había pasado desde que el intrigante viejo había sepultado en letargo profundo á la incauta enlutada, y no había alterado en aquél espacio el más mínimo ruido la tranquilidad que en el laboratorio reinaba.

Por fin dos hombres, vestido el uno de rica y vistosa seda, de tosco buriel el otro, armado aquél simplemente con una espada, balanceando éste en su diestra mano un agudo venablo, entraron en la pieza inmediata á la del astrólogo.

—¿Con qué está decidido,—dijo Hernando,—que vais á ver á ese astrólogo?

—Citóme esta mañana, Hernando,—repuso Macías,—y no há mucho que le he visto en la cámara de Su Alteza. «Dentro de una hora,—me dijo,—estaré en mi aposento: esperadme, si tardare, un momento.»

—¡Plegue á Dios que no acabe el judío de volverte el juicio, señor!

—¿Por qué, Hernando?

—Por el soto de Manzanares, señor, que otra vez le viniste á ver y nos ha costado andar meses enteros perdiendo halcones en los montes de Calatrava, que así sirven para los de Ma-

drid como sirven los más de los perros del rey Enrique para mi leal Brabonel.

—Así estaba escrito, Hernando; mi negra estrella lo dispuso de esa suerte.

—Voto va, señor, que yo no tuve nunca más constelación que mi mano derecha; y lo que se decirte es que siempre está escrito que muera el venado contra el cual disparo mi venablo.

—¿Niegas tú, pues, la influencia de las constelaciones?

—No niego nada, pesiamí; pero si tienes enemigos, señor, y si quieres conjurarlos, ¿por qué no me dices: Hernando, escatima el rastro de aquel oso que me incomoda? Mal año para Hernando si antes de la luna nueva no habías de poderte hacer una buena zamarra con la piel de la bestia.

—Muchas veces, Hernando, conviene cazar de otra manera. Puede más el ingenio que la fuerza.

—Y qué, ¿no tiene ingenio un montero? No todo ha de ser tampoco dar lanzada; pero maneras hay de cazar, si bien no se hicieron todas para monteros de corazón. No gusto yo de ardides; pero por tí, válame Dios, que monteara yo presto de todos modos. También yo estuve en tu tierra; allí en Galicia aprendí la montería á buitron, y más de un lobo he cogido al alzapié.

—Bien se trasluce, Hernando, que se te alcanza más de ardides de montería que de intrigas de corte. Mira si puedes esperar á mi salida, y dejemos para mejor coyuntura tus toscos lazos.

—Toscos, señor, pero seguros. Aquí te espero, y á la buena de Dios. Quiera éste que no caigas tú en la hoya del adivino, y salgas cazado pudiendo cazar.

—No temas, Hernando, que en el último apuro no ha de faltarme nunca una buena lanza, y eso es todo lo que necesita un caballero. Entretanto, no tengo que temer del astrólogo, á quien nunca hice mal, sino de mí mismo, y este peligro es el que vengo á prevenir, que aquél prevenido se está.

—Como de esas veces sale la fiera de donde menos se espera. El oso era enemigo del hombre antes de que el hombre supiera cazarle. Anda con Dios, señor, mientras yo le quedo rogando que sea más feliz esta predicción del astrólogo que la pasada.

Sentóse á un lado Hernando dichas estas últimas palabras; y el dudoso doncel entró en el laboratorio del judío, inquieto por sus propios presentimientos, reforzados con las palabras del montero y por el objeto de su supersticiosa visita.

La luz que alumbraba la habitación era una lámpara de que sólo ardía un mechero, y ese con pálido resplandor, porque el adivino no ignoraba cuán favorable es á la osadía en el amor un débil reflejo que sirve de velo al pudor y de capa al enamorado deseo. El doncel, por lo tanto, dirigió la vista á la mesa á que solía estar sentado trabajando el judío, y no vió á nadie. El sitial, donde estaba la dama reclinada, caía del otro lado de la mesa, y el aburrido caballero se creyó solo por consiguiente.—No está,—dijo para sí;—le esperaré.—No había mucho que se había abandonado en un asiento á sus melancólicas imaginaciones, cuando le sacó de su distracción un ruido acompasado semejante al que produce el desigual aliento de una persona que duerme agitadamente. Miró á todos lados y creyó que su oído le engañaba, cuando un profundísimo suspiro vino á confirmarle en su primera sospecha.

—¿Quién hay aquí,—dijo levantándose,—quién? Alguien duerme en esta habitación: ¿será que el judío, rendido al poder del sueño?... pero, santo Dios, ¿qué veo?—añadió reparando en la dormida, cuyo vestido se confundía en color con el fondo oscuro de los muebles y de la habitación.—Una persona... ella... ella es... la dama que esta mañana... no hay duda. Yo te doy gracias, santo Dios, por esta ocasión que me deparas propicio para averiguar lo que tanto anhelaba saber. ¡Oh!—añadió acercándose con blando paso, temeroso de despertarla; —¡haced, Dios mío, que no venga nadie ahora, nadie!

La postura que el abandono de su letargo había hecho adoptar á la dormida, era tan elegante como puede serlo la de una hermosa dormida: su ropa la cubría enteramente; uno de sus pies adelantado indolentemente, y levantando el extremo de su vestido, dejaba ver el torneado y ascendente contorno de una pierna modelada por el deseo: no la hubiera hecho más perfecta la imaginación. Reclinábase sobre la una mano su cabeza, y la otra, naturalmente caída, parecía destinada á ser el objeto de la osadía de un amante arrodillado. Su extremada blancura, que se destacaba del fondo negro del vestido sobre que descansaba, la hacía semejante á esas pequeñas manchas de nieve que suelen verse todavía á fines de la primavera, desde larga distancia, resaltando entre las quebradas de una escarpada y oscura montaña. La

agitación de su descanso marcaba á cada sobrealiento la delicada forma de su seno, que se alzaba y deprimía como suelen alzarse y deprimirse las leves ondas al blando impulso de la brisa azotadora. Su aliento desigual solevantaba de cuando en cuando el ligero antifaz de seda y dejaba descubierta un instante la extremidad de su rostro; por la cual parecía poderse deducir fundadamente la hermosura del resto que no se llegaba á ver: levantándose alguna vez un poco más el antifaz, llegaba á descubrirse cerca de la boca la huella de una fugitiva y vaga sonrisa; bien como un relámpago más prolongado suele, en una noche tenebrosa, ofrecer por un instante á la vista del ansioso espectador una porción del cielo que dejan á descubierto los intervalos de las nubes, ó la lejana y suave superficie de un arroyo plateado.

El doncel, cruzado de brazos á su lado, y sin atreverse á respirar ni acercarse por no terminar él mismo con el más leve ruido la dicha de su contemplación, esperaba el inmediato movimiento del antifaz, como si hubiese de ir viendo cada vez más porción de aquel tan deseado rostro, que la importuna tela robaba á sus ansiosas miradas.

No era, sin embargo, el descanso del tierno objeto de su expectación aquél que en la inmediación de la mañana tiñe en alegres imágenes la fantasía de una bella: era el sueño fatídico de una horrible pesadilla producida por la pena, ó por una bebida ponzoñosa y antinatural. Algún gemido se escapaba de cuando en cuando del pecho oprimido: un *ay* oscuramente pronunciado moría al nacer en sus trémulos labios, y la mano que pendía, moviéndose con dificultad, parecía querer desviar de su dueño la fantástica figura que atormentaba sin duda su intranquilo sueño.

—Padece la infeliz, padece,—dijo entre dientes Macías.—¡Ah! ¿quién puede ser sino ella? ¿quién sino ella podría atar de esta manera mis acciones? ¿quién producir este respeto y esta agitación que á un mismo tiempo me dominan?

Un movimiento, en fin, más marcado, pareció anunciar que iba á despertarse.

—Dejadme, dejadme,—dijo confusamente;—huid. La muerte, la muerte...

—No,—dijo Macías sin poderse contener por más tiempo,—no; la vida, la vida á tu lado eternamente. ¿Quién se atreverá á ofenderte estando Macías á tu lado?

Arrojóse entonces á sus pies, é iba á levantar con mano atrevida el antifaz.

—Salgamos de una vez,—exclamó,—de esta penosa situación.—Recordó entonces que en la mañana del mismo día había manifestado la enlutada su deseo de no ser conocida, y que él la había empeñado su palabra de no descubrirla.

—¡Horrible tormento!—exclamó;—pero respetaré tu voluntad, mujer cruel. Atrevióse entonces á llegar su mano á la de la tapada, y un fuego desconocido corrió por sus venas.

—¡Dios mío!—gritó despertándose la dama, al sentir su mano oprimida por la del doncel.—¿Dónde estoy? ¡ah! ¿qué hacéis? ¡Abrahem! Pero, cielos, ¿qué veo? ¿pierdo la cabeza? ¿quién sois? soltad... Guiomar, Guiomar,—añadió levantándose y llamando con voz apenas inteligible á una de sus dueñas que en la antecámara la esperaban.

—Callad, por Dios, callad,—exclamó Macías mirando á la puerta.—No llaméis á nadie: señora, ¿qué teméis?

—¿Quién sois? ¡Ah! ¡sois vos! ¿Me engaña mi deseo?

—¿Tu deseo? ¿has dicho tu deseo?—repítelo otra vez, repítelo.

—No; no, caballero; no he dicho mi deseo. Perdonad si .. no sé lo que pronuncio; el sueño, la... Pero decidme, ¿por qué estáis aquí? ¿qué hacéis? Huid, huid, ahora que os conozco.

—¡Cruel! ¿por qué?

—Soltad mi mano; soltadla, que no es vuestra...

—¡No es mía! ¡mil rayos me confundan! Perdonad si mi dolor... ¿pero qué veo? este anillo.. ¡Santo Dios! ¡ella es! ¡ella es! ¿quién sino ella pudiera tener este anillo? Es el mismo, le conozco, es el mismo.

—¡Imprudente!—exclamó la dama retirando y escondiendo precipitadamente su mano.

—¡Elvira!

—¡Silencio!

—Vos sois, vos sois: no me lo ocultéis por más tiempo, sino queréis que muera á vuestros pies.

—Y bien, yo soy,—respondió la dama abalanzándose hacia atrás para poner todo el espacio posible entre ella y el doncel; yo soy, puesto que fuera inútil negároslo por más tiempo. Y ¿qué queréis? ¿qué exigís de mí?

—¿Qué exijo, señora, qué exijo?—preguntó el doncel arrebatado de su loco frenesí:—¿tengo derecho á exigir algo de vos?

—Huid, pues, y no turbéis por más tiempo mi tranquilidad.

—¿Vuestra tranquilidad? y la mía, señora, ¿quién la turbó sino vos? ¿ó no es nada por ventura mi tranquilidad?

—¿Yo?

—¿Quién sino vos emponzoñó mi existencia, antes feliz y descuidada? ¿quién sino vos me dijo: Macías, mírame y ama?

—¿Yo?

—Vuestros ojos, vuestros ojos se clavaron cien veces en los míos, y bien claro lo dijeron. ¡Ah! Elvira, yo he aprendido bien á mi costa á leer en ellos.

—Santo Dios, ¿qué decís?

—¿Juzgáis, señora, por ventura, que es lícito mirar á un hombre y elegirle con los ojos entre la multitud, para abrasarle impunemente? ¿Creéis que no vale tanto un hombre como una mujer? ¿Imaginasteis que su vida no es nada, que su existencia es vuestra? Vuestra, sí, si la compráis; pero con una sola moneda, con la sola moneda que la paga; ¡con amor!

—Pero, Macías, ¿deliráis?

—Sí, deliro, porque te veo, porque te hablo, porque esta era la felicidad que anhelaba y que huía hace tres años. ¡Tres años, Elvira! Tú sabes los días, los larguísimos días que encierran, cuando se pasan sin esperanza. He huído yo también, pero no hay hombre más fuerte que su destino. Te amo, Elvira, te adoro. Amame, ó mátame.

—Elegid, caballero, lo que gustéis,—exclamó Elvira fuera de sí, y haciendo un esfuerzo sobrenatural.—¡Vos osáis ofenderme, vos abusáis de esa manera de mi loca confianza! ¿Quién os ha dicho que os amé? ¿Olvidáis que no puedo ser vuestra nunca, jamás?

—¡Yo olvidarlo, señora! ¡Pluguiera al cielo que me fuera dado olvidarlo! ¿Quién más dichoso entonces? Pero nunca creí que vos misma os complaceríais en repetírmelo. Añadidme ahora que amáis á ese hidalgo...

—¿Y si os lo dijera mentiría? Le amo...

—¡Silencio! El infierno, el infierno se abre en este momento ante mis ojos... Necio de mí, que consumí una vida entera de amor en conquistar este desengaño... Pero, ¿qué veo? ¿Lloráis? Elvira, ¿lloráis? Nos entendemos, ¡ah! nos entendemos: se hablan nuestras almas, á pesar de nosotros y de los obstáculos: confesadlo; es imposible que no me améis. No se ama nunca con este amor que me abrasa, para no ser correspondido. Os comprendo. ¿Teméis? ¿miráis á todas partes? Bien, callaré, señora, callaré. Pero decidme *os amo*, y nada más.

—Basta ya: ¡es imposible! ¿Paréceos que la supercherîa que conmigo usáis, y que este encuentro, *casual* sin duda, en la habitación del astrólogo, merecen de mi parte premio y galardón? Creedme, joven imprudente, un mundo entero existe entre vos y entre mí: jamás le traspasaréis.

—¡Jamás! ¡Dios mío!

—Y escuchad; si queréis evitar mi odio, si mi aprecio os interesa, jamás me habléis de amor: os prohibo que os presentéis delante de mí, os prohibo que me dirijáis trova ni canción alguna; os prohibo...

—Prohibidme el vivir, cruel, y acabaréis más pronto,—contestó el doncel con toda la amargura de la desesperación.

—Juradlo, Macías, juradlo si sois caballero.

—¿Que jure yo no amarte? Jurad vos no ser hermosa, jurad que vuestra voz no será dulce y penetrante, jurad que vuestros ojos no me abrasarán en lo sucesivo, y yo juraré entonces...

—¡Silencio! Soy perdida. ¿No sentís pasos? ¿No oís? ¡Abrahem, Abrahem!

—Sí; pero esa puerta se cerrará...

—¿Qué hacéis? Teneos. ¿Queréis hacerme delincuente cuando soy sólo desgraciada?

—Señor Hernán Pérez,—dijo á este tiempo la conocida voz del astrólogo en la antecámara, —entrad en mi habitación, y daré satisfacción á vuestras preguntas.

—Él es,—exclamó Macías apretando por última vez la mano de Elvira, que se desasió de él, y lanzando un ¡ay! agudo y penetrante, se dejó caer sobre el sitial que detrás de sí tenía.

El lejano y repentino ruido de la conocida tormenta no pone más pavor en el corazón del asustado marinero, que el que produjo en el pecho del hidalgo la voz acongojada que en balde intentaba desconocer.

—¡Santo cielo!—gritó;—¡esta voz es la suya! —Lanzóse en seguida en la habitación como se abalanza el tigre al redil, llamado por el tímido balido de la inocente oveja.

Detúvole, empero, y acabó de confundir todas sus ideas la presencia del doncel, que ya en pie, y echada la visera, parecía el ángel tutelar de la enlutada, puesto allí delante de ella para defenderla de todo riesgo.—Abrahem,—dijo entonces vuelto hacia el astrólogo,—¿quién es esta enlutada?

Fingía el judío hallarse en la mayor agitación.—Señor,—le respondió, por último,—permitid que no descubra á nadie este secreto que se me ha encargado, y menos á vos...

—¿A mí?... Yo he de saberlo... Acercóse entonces, resuelto, á la tapada, con ánimo al parecer de descubrirla.

—¿Qué hacéis, hidalgo?...—preguntó una voz de trueno, deteniéndole al mismo tiempo el brazo del doncel.

Llegándose entonces el astrólogo á la dama, que se había arrojado de rodillas como á implorar piedad ante el celoso marido, asióla de una mano, y aprovechando el momento en que forcejeaba Hernán Pérez con el doncel, sacóla de la cámara, diciéndola al oído precipitadamente:

—Me ha sido imposible evitarlo; pero salvaos.

—La he de seguir,—exclamó el hidalgo.

—No, mientras esté yo aquí,—repuso el doncel.—Id, señora...

—¿Y con qué derecho?...

—Con el de la fuerza.

—¡Ah! os conozco, mis dudas se desvanecen: ¿sois vos el doncel...?

—Yo mismo.

—Sacad la espada...

—¿Osado y descortés?

—Sacadla.

—No en el alcázar,—gritó el astrólogo arrojándose entre los dos.—Imprudentes, respetad mis canas.—Macías, no tenéis razón sino para envainar vuestro acero. Hidalgo, os deslumbra tal vez...

—¡Basta, pérfido astrólogo!—gritó fuera de sí, el irritado hidalgo:—¡basta! Doncel, respetemos este lugar; pero en otra parte tengo que hablaros: salgamos.

—Salgamos,—repuso Macías echando á andar tras el escudero.—¡Tiempo hace que lo deseaba!—añadió en lo más profundo de su corazón.

—¡Oidme!—gritaba el astrólogo.—¡Teneos!

Pero de allí á poco dejó de oir sus pasos precipitados. Mirando entonces hacia la puerta por donde habían salido:—¡Miserables,—dijo cerrándola,—os preciáis de fuertes y de entendidos, y un torpe anciano juega con vosotros como con sus maniquíes!—Abriendo en seguida la comunicación que daba á la cámara de don Enrique, asió de una lámpara, y bajó silenciosa, pero precipitadamente, la escalera retorcida. Daba la luz en parte sólo de su rostro, merced á su mano derecha, que interpuesta la defendía los ojos del resplandor. Sonaban sus sandalias de escalón en escalón, y su larga ropa crujía barriendo el pavimento. Parecía el genio del mal de aquel oscuro alcázar, que recorría sus más recónditos rincones, buscando víctimas nuevas que sacrificar el día siguiente á su insaciable furor.



CAPITULO VIGÉSIMOSEGUNDO

Cuando la noche cerró,
Ambos se fueron armare,
Cabalgaron á caballo,
Salieron de la ciudade,
Armados de todas armas
A guisa de peleare.
Rom. del marqués de Mantua.

Con feroz expresión de alegría llegó Abenzarsal á noticiar al conde de Cangas y Tineo el funesto resultado de su bien combinada intriga: gran parte había tenido en ella la casualidad; pero ni creyó oportuno declarárselo así al conde, ni acaso lo creería él mismo. Regocijóse mucho don Enrique de Villena al principio de su narración, pero fué oscureciendo su rostro una nube de descontento cuando, llegando al desenlace de la escena referida en nuestro anterior capítulo, calculó que á la hora en que él estaba escuchando tranquilamente de boca del empedernido viejo la horrible maquinación, ésta podría estar costándole la vida á uno de los dos combatientes, pues no era difícil inferir que á pelear y no á otra cosa habían salido en aquella forma y á aquellas horas del alcázar, el amoscado hidalgo y el impetuoso caballero. Parecióle de veras mal que pasase la burla tan adelante. Cuando había admitido para este asunto los auxilios del astrólogo judiciario, ó se había lisonjeado de que éste conseguiría colocar las cosas en cierto punto del cual no pasasen, y que bastase, sin embargo, para poner fuera de combate á sus enemigos; ó lo que es más probable, no se había tomado el trabajo de reflexionar suficientemente que las pasiones no se manejan con la mano, y que el tino ha de estar en ver cómo se ha de soltar el león de la jaula, porque una vez suelto, ni hay retroceder, ni hay calcular dónde y cómo habrá de parar el estrago. Como todos los hombres débiles y faltos de energía, había procurado ahogar en un principio los latidos de su conciencia, si se nos permite esta atrevida metáfora. En balde trató el viejo redomado de tranquilizar su espíritu y embotar sus remordimientos, presentándole el caso menos arriesgado de lo que era y debía ser realmente; en balde le citó mil ejemplos de desafíos empezados y no concluídos, y enumeró infinidad de ellos terminados al llegar al campo por miedo de uno ó de los dos adversarios, ó por cualquiera extraña casualidad sobrevenida; ó llevados á cabo, en fin, á costa sólo de algunas heridas de poca importancia y gravedad. Para haber cedido á la insinuante persuasión del físico, era preciso no haber conocido el pundonoroso espíritu del hidalgo, y haber ignorado completamente la fibra irritable y la arrojada decisión del doncel. Luchaba el conde con mortales angustias entre el deseo de ver perdido al doncel y el temor de que quedase envuelto en su ruina su fiel escudero, cuyos leales servicios, y cuya probidad, sólo cariño y respeto le podían merecer. Si hubiera sido posible que por una causa ajena enteramente de él, hubiera desaparecido Macías y callado para siempre la importuna honradez del hidalgo, hubiérase alegrado tal vez, pero la idea de que iba á recaer sobre su cabeza la sangre de un semejante suyo, no era bastante malvado para arrostrarla. ¡Estado infeliz del hombre que ni puede llamarse bueno ni malo completamente, en cuyo corazón domina todavía el conocimiento de lo primero, sin el suficiente vigor para desechar lo segundo! El tiempo, entretanto, corría, y era forzoso decidirse presto.—Abenzarsal,—dijo por fin Villena con la violencia que se hace el enfermo para pasar de un trago la amarga medicina, á que ha de deber mal su grado su salud,—Abenzarsal, me habéis perdido. Nada habéis hecho por mí, si muere alguno. Corramos á evitar una catástrofe. ¡Ay de nosotros si llegamos tarde! No os mandé yo tanto.

—¿Qué dices, señor?—repuso asombrado el astrólogo, que contaba todavía con la indecisión del conde y con su propia elocuencia para acabarle de determinar.—¿Pretendes lograr tus pla-

nes con semejante cobardía? ¿nada quieres sacrificar? nada, pues, lograrás. El entendido maestro corta un brazo para salvar los demás miembros. Los términos medios nada remedian. Dejémosles correr su suerte. Si su constelación, por otra parte, es morir, ¿qué poder tendremos para contrastar los astros?

—¡Los astros! ¡los astros! acostumbrado á ese pérfido lenguaje, queréis deslumbraros á vos mismo. Si uno de ellos está pereciendo en este instante, ¿qué astro sino vuestra intriga les habrá perdido?

—Eso querrá decir, don Enrique, que su constelación era que les perdiese mi intriga.

—Basta Abenzarsal,—gritó Villena mirando al reloj.—Cada grano de menuda arena que veis caer en la parte inferior de esa vasija, es una gota de sangre tal vez; y no encierran tantas gotas las venas de ningún hombre como granos contiene ese arenero. Abenzarsal, yo quiero que su constelación no ordene su muerte: venid conmigo...

—¿Adónde? ¿Quién es capaz de adivinar dónde han dirigido sus pasos en medio de las tinieblas de la noche, dos locos, que...?

—Locos, sí, locos; pero hombres, en fin, que cuerdos ó locos no tienen más que una vida, y esa la perderán si les dejamos.

—¿Y bien? ¿Serán los primeros que hayan muerto víctimas de su necedad? ¿Soy yo, por ventura, quien les ha persuadido de que vale tanto una hermosura pasajera como la vida del hombre? Si no han aprendido á conocer á la mujer, ¿será nuestra la culpa de su muerte? ¡Insensatos! Los que consienten en morir por un ser pérfido, no merecen que dé nadie dos pasos para salvarles la vida. ¿Serán por ventura más felices cuando la conserven para vivir esclavos y fascinados por el loco capricho de un sexo envenenador, para creer gozar en una falsa sonrisa, para llorar lágrimas de sangre ante un injusto desdén? Su muerte será acaso su felicidad.

—¡Sofisma, Abenzarsal, bárbaro sofisma!

—Es decir, pues,—replicó el viejo, batido en sus últimos atrincheramientos,—es decir...

—Es decir, viejo insaciable, que no consiento réplicas. ¿Cuánto oro necesitas para ceder? ¿En cuánto aprecias la vida de dos hombres?

—Si por eso lo decís, en nada. De balde les salvaré.

—Tomad, sin embargo,—repuso Villena arrojándole otro bolsón, parecido al que poco antes le había dado,—tomad y acallad con oro vuestra conciencia, si es que os remuerde de obrar bien alguna vez. Vamos de aquí. ¡Quiera el cielo oir mis votos! Aseguremos sus vidas, y no nos faltarán medios después para deshacernos de ellos de un modo menos culpable.

Al decir esto asió del brazo al astrólogo, que obedeció de mala gana á la violencia que se le hacía.—¡He aquí el hombre!—salió diciendo entre dientes detrás de Villena, que á pasos precipitados se lanzó fuera del aposento.—Inventa recursos, Abenzarsal,—añadió hablando consigo mismo,—imagina arbitrios para engrandecer á un ser débil y de carácter indeciso, y él mismo derribará la obra que hayas edificado. ¡Remordimientos, remordimientos dos hombres! Sin embargo, si mueren por una hermosa, la hermosa al saber su muerte, la colgará como trofeo en el altar de sus conquistas, y volverá los ojos á emponzoñar tranquilamente con sus nuevas sonrisas y desdenes la existencia de un tercero. ¡Y nosotros, entretanto, con remordimientos!

Mientras esto pasaba en la cámara de don Enrique de Villena, caminaban hácia el soto de Manzanares con el mayor silencio nuestros dos competidores. El hidalgo, al salir por la puerta del cubo de la Almudena, se había vuelto á Macías, que le seguía con la indiferencia y serenidad de un hombre que nada espera y que está por consiguiente dispuesto á todo, y le había dicho: «Caballero, mientras más apartados de la población, reñiremos con más libertad.» Al decir estas palabras, que fueron sin duda oídas, aunque no contestadas, hizo un ademán con la mano dando á entender que debían seguir algún trecho más adelante, camino de la casa del Pardo, que á la sazón edificaba don Enrique el Doliente en medio del famoso soto. Macías manifestó su asentimiento á tal proposición, siguiéndole á pocos pasos. Así anduvieron largo trecho, conservando siempre entre sí igual distancia y el mismo silencio; parecían en medio de la oscuridad dos troncos cortados á igual altura, que movidos de impulso extraordinario, se trasladaban á otro punto, por entre sus muchos lozanos compañeros, que desafiaban á las nubes con sus altas copas, por cuyas ramas pasaba, agitándolas y susurrando tristemente, el viento de las vecinas sierras. Por fin, llegaron á una especie de plazoleta formada por los leñadores, que habían hecho su carga en aquel paraje derribando algunos arbustos y matorrales. Paróse al entrar en ella el hidalgo, miró en derredor, y dando con el pie en el sue-

lo y desembozando su corto capotillo, «*Aquí,*— dijo con voz alterada por la cólera,—*aquí.*» Imitó el doncel su acción; y desenvainando su espada sosegadamente, esperó á que le acometiera su contrario con resuelto continente. Desenvainó la suya también el escudero, pero antes de proceder al combate cruel que les esperaba:—No creo inútil,—dijo al doncel,—que fijemos los pactos de nuestro duelo. En primer lugar, deseo preguntaros si tenéis noticia de una música que se dió no hace muchas noches al pie de la ventana de mi señora la condesa de Cangas y Tineo.

—Sí,—contestó Macías secamente.—Defendeos.

—Esperad. ¿Y sabéis quien era el músico?

—No me creo obligado á contestaros,—repuso Macías en el mismo tono, volviendo á hacer ademán de dar principio al combate.

—¿Y queréis decirme quién era la dama enlutada que acusó esta mañana en pública corte á mi señor el conde?

—Los mismos datos tenéis para conocerla que yo.

—¿Qué motivos tuvísteis para abrazar su defensa?

—Los que creí justos.

—¿Cómo os he encontrado solo con ella en el laboratorio del judío? ¿Sabéis que soy su esposo?

—He dicho una vez por todas que no me creo obligado á responderos. No acostumbro á sufrir interrogatorios.

—No me podréis negar que una entrevista de esa especie supone relaciones que mi honor...

—Vuestro honor está ileso. Vuestra esposa inocente.

—Probádmelo.

—Con la punta de mi espada, al momento.

—¿No tenéis, pues, otras pruebas?

—Para hablar, hidalgo, no necesitábamos habernos apartado tanto de Madrid.

—Decís bien,—repuso el hidalgo, en quien la ira crecía más y más en el corazón con cada respuesta del arrogante mancebo;—vengamos, pues, á los pactos de nuestro duelo. El que venza...

—El que venza,—dijo Macías irritado ya por la tardanza,—enterrará al otro, ó lo dejará, si le parece mejor, para pasto de los cuervos de Castilla.

—Si le venciese, empero, sin matarle, podrá imponerle...

—Os prevengo, hidalgo, que no me venceréis sino matándome. Por lo demás, recordad que no estáis armado caballero, y cuando me sujeto á reñir con vos, no puede haber pacto por consiguiente entre nosotros.

—No estoy armado, pero soy hidalgo. Por no haberla recibido no desconozco la orden de caballería...

—Probadlo, pues.

Bien vió el hidalgo que en balde intentaría obtener de su adversario más amplias explicaciones. Meditó un momento buscando en su imaginación algún medio que pudiera hacerle conocer si era realmente tan culpada su esposa como él lo había imaginado, ó si habría procedido de ligero; pero no hallando ninguno, y temiendo, por fin, que sus dilaciones diesen motivo al doncel para dudar de su valor, púsose en actitud de acometer sin proferir más palabra, y dentro de pocos instantes sonaban ya las espadas cruzándose con desapacible y temeroso ruido. La oscuridad no permitía una defensa tan hábil como la exigía la seguridad de cada uno; pero en cambio podemos decir que realmente entrambos á dos tiraban más bien á ofender al contrario que á resguardar su propia vida del contrapuesto acero. Por otra parte, los dos manejaban las armas y las conocían perfectamente. Imposible nos fuera enumerar y describir los golpes que se tiraron y las heridas que recibieron: nada dicen de esto las leyendas. Lo único que podemos asegurar, como si lo hubiéramos visto, es que á poco rato de encarnizada refriega, se hallaba ya tinto el suelo en más de un paraje con la roja sangre de los combatientes. Ni una palabra se oía; ni una exclamación involuntaria que exhalara alguno al sentirse herido, ó al conocer que su estocada había dado en el cuerpo del contrario; y el aullido de algún lobo, que al ruido del hierro huía precipitadamente todo espantado del sitio del combate, era el único rumor que en gran trecho á la redonda se percibía.

De allí á poco, parándose de pronto el doncel y clavando en tierra la punta de su espada: —Hidalgo,—dijo en voz baja,—teneos: ¿no habéis oído algo?

—Nada,—respondió el hidalgo, cesando de pronto en el acometer.

—Imaginé haber oído pies de caballos en el camino inmediato, y aun si mi oído no me engaña, pasos de alguna persona entre esos espesos matorrales.

—Alguna fiera que busca su guarida. ¿Estáis cansado?

—De vivir y de que me resistáis. Espero que no podré temer una emboscada ni...

—¿Qué decís? ¿no hemos salido juntos?

—Perdonad.

—¿Estáis herido?

—No,—contestó Macías con voz que reprimía el dolor, tal vez, de los golpes recibidos.—No es vuestra la herida que me duele.

—Ahora creo yo oir gente,—dijo á su vez Fernán;—sintiera que nos interrumpiesen.

—¿Interrumpir, hidalgo? ¡Ea! acabemos de una vez. A buen tiempo llegan; enterrarán al vencido.

—Acabemos,—respondió Fernán.

Y volvieron con nuevo furor al interrumpido combate, no ya como hasta entonces batiéndose según las reglas de la caballería, y atacando y respondiendo. Alzadas á un tiempo mismo las espadas, descargábanlas simultáneamente, sin cuidar más de la defensa que si tuvieran dos vidas. Iban á acabarse muy presto uno á otro, pues que si bien Macías llevaba indudablemente ventaja en el manejo de las armas, la oscuridad y su rabia no le permitían usar de ella, y el hidalgo reñía con celos. La casualidad, empero, quiso que Hernán Pérez al arrojarse sobre su adversario, pusiese el pie en un paraje del suelo humedecido con la sangre que ambos habían perdido, y por lo tanto resbaladizo: no bien le había sentado, cuando el mismo impulso que su cuerpo llevaba le hizo venir á tierra á los pies del enfurecido doncel. Vencedor ya éste, dirigió la punta de su espada al rostro del caído.—¡Sois muerto!—le gritó; pero al mismo tiempo una mano, más fuerte que las manos unidas de diez hombres, asiendo del brazo del vencedor, no sólo le detuvo en su mortífero intento, sino que levantándole en el aire, le apartó largo trecho del sitio de la pendencia, con la misma facilidad que lleva el viento un ligero copo de nieve de una parte á otra. No volvía el doncel de su aturdimiento, ni acababa de entender el caído hidalgo cómo le duraba la vida todavía.

Oyóse al mismo tiempo gran ruido de caballos que se abrían paso por entre la espesura de la selva.—¡Aquí están,—decían unos á otros,—aquí!—Llegándose en seguida dos de los jinetes, que para alumbrarse traían teas en la mano, al que en el suelo yacía, iluminó su rostro el resplandor, y no debía de estar muy bien parado según lo indicaba su extrema palidez; probó á levantarse al sentir sobre sí aquella máquina de gentes extrañas, pero inútilmente: el terrible golpe que acababa de llevar, cayendo cuan largo era, había abierto más sus heridas, y así permaneció en tierra, esperando en silencio el desenlace de aquella extraordinaria interrupción. Macías, en tanto, buscaba con los ojos, por todo lo que alcanzaba á ver á la luz de las teas, al atrevido que había osado apartarle de aquel modo, tan incivil como peregrino, de su ya conseguida victoria; pero en cuanto los de las teas hubieron reconocido al hidalgo y á su contrario, matando las luces de repente:—El caído es Fernán Pérez,—dijo el que parecía principal de ellos;—el otro el doncel.—Y no bien hubo acabado estas palabras, cuando precipitándose tres jinetes sobre el doncel, que se dirigía ya hacia ellos con el objeto de reconocer qué gente fuese, desenvainaron las espadas y comenzaron á acometerle todos á una con la ventaja de los caballos y con la de gente no cansada ya como él de pelear. Amparó Macías en tan inminente peligro sus espaldas del tronco de un árbol, y defendíase como un león acosado á la puerta de su caverna por una manada de hambrientos lobos.

—Date,—le gritó uno de los tres:—no queremos tu vida, sino tu persona.

—Jamás, cobardes,—les gritó Macías defendiéndose con bizarría,—y á los primeros golpes acertó á dejar á uno desmontado, hiriéndole peligrosamente el caballo. Los compañeros, que vieron tan indeciso el combate, acudieron en número de otros tres al auxilio: y era evidente que Macías no hubiera podido resistir mucho tiempo á lucha tan desigual.

—Date,—repitió el mismo que había hablado al ver llegar el socorro,—date ó eres...

No pudo acabar la frase, porque dió consigo en tierra desde el caballo, con no poca admiración del doncel, que entretenido con otro, no había podido ofender al que hablaba. Igual suerte tuvo de allí á un momento el que más acosaba á Macías.

—¡Mueren por sí solos mis enemigos!—exclamó Macías.—Villanos,—prosiguió cobrando ánimo con la invisible protección que el cielo le daba,—rendíos, y decid quién sois, y qué intento os ha traído. Si sois salteadores...

—¡Muera!—dijo uno de los tres que le quedaban acometiendo:—¡muera! Yo daré cuenta de su muerte. El ha muerto á tres de los nuestros. Abalanzóse sobre él Macías, pero antes de que su espada hubiese llegado á tocarle:—¡Cielos!—exclamó el desconocido:—¡soy muerto!—y cayó cuan largo era.

Al oir esta exclamación tan inesperada, llenos de terror sus compañeros, dieron á correr gritando:—¡Es hechicero! ¡es hechicero! ¡el diablo le defiende!

Arrojóse tras ellos Macías, pero conoció que sería vano intento querer alcanzarlos; detúvole en aquel punto la misma mano que parecía haberle salvado aquel día de tantos peligros.

—¿Quién eres?—iba á decir Macías á su invisible protector, cuando una voz ronca que parecía hablar sola en medio de las tinieblas, dijo con reposado continente:

—¡Voto va! dejad ese venado, que ni sirven esas piezas para yantar, ni menos para vestir. El montero de ley no ha de cazar nunca raposas, cuando puede cazar venado más noble.

—¡Cielos!—exclamó Macías:—¿eres tú, Hernando? ¿Es á tí á quien debo esta noche la existencia acaso?...

—¡Por Santiago! Yo creí que ya sabía mi amo el doncel Macías que donde está la fiera, allí está Hernando.

—¡Hernando!—exclamó Macías arrojándose en sus brazos.

—Vaya, dejemos eso. Si esta noche me debéis la vida, yo os la estoy debiendo todo el año, pues me mantenéis. ¡Voto va! ¿y qué pieza era esa que estaba ahí tendida?

—Hernando, me recuerdas mi deber; busquemos á ese desgraciado. Está vencido, y debemos dar treguas al rencor.

Pusiéronse á buscar en seguida al hidalgo, pero inútilmente.

—¡Esta es buena!—dijo Hernando.—Los pícaros lo han llevado. ¡Bella presa! ¿No dije yo, señor, que no podía salir nada bueno de ese astrólogo? A mí líbreme Dios de hombre que no caza. En su vida ha cogido un venablo.

—¡Ea! Hernando, esas reflexiones son para otro lugar; puesto que el hidalgo no parece y que nosotros cumplimos ya con nuestro deber, partamos. Necesito curar mis heridas...

—¿También eso? vamos, señor: ¡vive Dios! Hernando quiere que lo manteen á él si vuelve á suceder, mientras estemos en esta maldita corte, que se separe un punto de su amo y señor.

Concluída esta imprecación, hicieron otro rebusco por si á una parte ú otra podrían encontrar vivo ó muerto al escudero. Y yendo apoyado Macías en su fiel montero, por el dolor que empezaban á causarle las heridas, tomaron en seguida el camino de Madrid, por el cual ningún vestigio habían dejado los de los caballos, si es que por él habían pasado.



CAPÍTULO VIGÉSIMOTERCERO

> ¿Qué mal tenéis, caballero?
> ¿Queredes me lo contare?
> ¿Tenéis feridas de muerte?
> ¿O tenéis otro algún male?
> —Hame ferido Carloto,
> Su fijo del emperante,
> Porque él requirió de amores
> A mi esposa con maldade;
> Porque no le dió su amor,
> Él en mí se fué á vengare.
> Pensando que por mi muerte
> Con ella había de casare.
>
> *Rom. del marqués de Mantua y Valdovinos.*

Cuando Elvira fué sacada de la mano por el astrólogo fuera de su cámara, á la inesperada entrada de Fernán Pérez de Vadillo, apenas tuvo tiempo aquél de indicarla que habiendo informado ya á Su Alteza de sus circunstancias, la daba éste licencia para restituirse á su habitación tranquilamente hasta el día en que, realizándose el combate, hubiese de concurrir á sostener en el juicio de Dios su acusación, por medio de sus pruebas ó del esfuerzo del caballero que había escogido por campeón. Pero, por una parte, ella esperaba ya este resultado, y por otra el sobresalto en aquel primer momento no podía dar lugar á la reflexión; así que, huir debió ser su primer cuidado. En realidad, ninguna de las acciones de Elvira era culpable: por un exceso de amistad poco común, y animada del espíritu caballeresco y reparador de agravios que se dejaba sentir tan generalmente en aquella época, se había lanzado á un acto de

generosidad que nadie podía reprocharle con razón fundada. Conociendo que no podía vengar á la condesa, ó descubrir su suerte y paradero, sin ofender al conde, de quien al fin era escudero su esposo, un principio de delicadeza le había inspirado la idea de ocultarse, á lo cual se había añadido otra importante consideración: no conocía en la corte de don Enrique caballero tan valiente ni generoso como Macías á quien dirigirse para que amparase su debilidad contra el enemigo que iba á granjearse; pero era demasiado perspicaz para no conocer cuán falsa era la posición en que estaban uno respecto de otro, y demasiado virtuosa para no tratar de huir de toda ocasión en que pudiese aventurar aquél verbalmente una declaración que ya tantas veces le habían hecho sus ojos con su elocuente silencio. En este asunto no había, pues, en sus acciones otro delito ostensible contra su esposo, sino aquella especie de reserva que con él había guardado; reserva tanto más disculpable, cuanto que á no haber sido por la intriga del astrólogo, enteramente independiente de Elvira, y que no podía por consiguiente haber entrado en sus planes, le hubiera salido á medida de su deseo, puesto que sólo se hubiera sabido que era ella la acusadora, del modo que sabemos haber estado en un baile de máscaras una persona á quien creemos haber conocido, pero que no se descubrió nunca en él y que niega constantemente su asistencia; lo cual no es saber las cosas, sino dudarlas. El que su esposo la hubiese encontrado sola con el doncel en el laboratorio del químico, ella sabía, y el lector sabe perfectamente, que no podía ser argumento contra ella. Pero el lector sabía acaso una cosa que Elvira no sabía por lo visto, ó que no había reflexionado bastante, y es que no hay posición más falsa que aquella en que se pone una persona al guardar secretos para otra que tiene derecho á exigir una total franqueza. El misterio hace aparecer culpables las cosas más inocentes, y por otra parte es fuerza confesar que si las acciones de Elvira no eran culpables, acaso no podía ella decir otro tanto de sus pensamientos, por más que procurase sofocarlos de continuo; y cuando nosotros mismos nos reconocemos culpados, de nada sirve para nuestra tranquilidad que nos tenga el mundo por inocentes. Si sólo hubiera abrigado Elvira indiferencia con respecto á Macías, no se hubiera creído perdida al ver entrar á Vadillo; de lo cual es forzoso inferir: primero, que Elvira huyó de sí misma, creyendo huir de su esposo; y segundo, que para ser malo es preciso serlo del todo: una mujer menos virtuosa que Elvira, en todo este desgraciado asunto no hubiera comprometido ella misma su seguridad, porque hubiera calculado más y dominado mejor sus emociones,

Su primer pensamiento fué huir sin saber adónde; pero á poca distancia del aposento de Abenzarsal ofreciéronse á su imaginación las reflexiones todas que hubieran debido ocurrírsele un momento antes: era inocente; declararía á su esposo francamente su posición, y esta franqueza le grangearía más y más su aprecio. ¿Y adónde podía dirigir sus pasos sino á su habitación? Cualquiera otro partido hubiera sido indisculpable. Llena de la idea de que en último resultado nada podía echársele en cara, pues que había sabido resistir á las seductoras palabras del doncel y nada había en su conducta verdaderamente reprensible, dirigióse á su departamento, no sin luchar algún tanto, y aunque á su pesar desventajosamente, con el recuerdo perseguidor del diálogo que acababa de tener con un hombre más peligroso de lo que ella pensaba, para su tranquilidad. Habíanla seguido sus dueñas, inquietas al notar su zozobra é indecisión.

Quitáronla el manto, en cuanto llegó, y el antifaz, y pudo entregarse ya más libremente á reflexionar sobre su verdadera posición.

La primera idea que entonces le ocurrió fué el riesgo de un próximo rompimiento en que había dejado á Macías y á su esposo. Segura, empero, de que en nada había ofendido á este último, é ignorante, al mismo tiempo, de las sospechas y recelos que le atormentaban de algún tiempo á aquella parte; no creyó que lo ocurrido pudiese ser motivo suficiente para comprometer su existencia; á lo cual se agrega la reflexión de que á aquellas horas y en aquel sitio tan inmediato á la cámara de Su Alteza, no era posible que se enredasen de palabras hasta el punto de realizar sus temores; y para el otro día se prometía haber desvanecido ya todo género de duda en el corazón de Vadillo con respecto á su conducta, porque en esta materia las mujeres suelen contar siempre demasiado con los recursos que concedió el cielo á su sexo, naturalmente fascinador y artificioso. Más serena con estas reflexiones, esperó la llegada de su esposo con toda la tranquilidad que en su posición cabía, si bien sin hacer caso de las continuas interrupciones con que el pajecillo cortaba de cuando en cuando el hilo de su medita-

ción. Viendo éste, por fin, que eran inútiles cuantos recursos empleaba para distraer á la melancólica Elvira, y que tampoco estaba ésta por entonces de humor de descargar en su pecho el peso de sus secretos, decidióse á guardar silencio, esperando otra ocasión más propicia de averiguar las penas que debían afligir á su hermosa prima. Retiróse con mal humor á un rincón de la pieza, por ver si le llamaba al cabo de un rato de desvío; pero no habiendo surtido tampoco efecto alguno este inocente arbitrio, quedóse al cabo de un rato profundamente dormido, con aquel sueño que tan fácilmente se toma como se deja en aquella feliz edad de la vida que nuestro paje alcanzaba. Mucho tardó en llegar el momento tan deseado y temido, al mismo tiempo, de Elvira; pero cuando, por fin, después de horas enteras de ansiosa expectativa, vió á su esposo, ¡cuán distinto le vió de lo que esperaba!

Abrióse la puerta de la cámara, y lo primero que se ofreció á la vista de Elvira fué Fernán, llevado en brazos de dos siervos del conde de Cangas y Tineo. Apenas creía á sus ojos; pero cuando no pudo rechazar por más tiempo la horrible realidad, arrojóse hácia él exhalando un ¡ay! que salía de lo más hondo de su corazón y que hizo abrir al herido los ojos lánguidamente, si bien volvieron á cerrarse casi en el mismo instante.—¡Vive, vive!—exclamó la desdichada esposa reparando su movimiento, y llegando sus labios á los suyos para reanimar su amortiguada vida. Dirigió en seguida á los que le traían mil preguntas, que se sucedían tan rápidamente unas á otras, que apenas dejaban entre sí espacio para las respuestas.—¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamó medio informada ya de lo ocurrido.—¡Hernán Pérez! ¡Querido esposo!—Estrechábale en sus brazos, regaba el pálido rostro de Vadillo con sus ardientes lágrimas, cogía una de las manos del herido entre las suyas, acercaba estas otra vez á su corazón por ver si palpitaba todavía... En una palabra, en aquel momento Macías entero había desaparecido de su imaginación: su esposo, herido, bañado en su sangre, moribundo, acaso por su imprudencia, la ocupaba toda. Toda lucha había desaparecido, y el más débil, el más necesitado, triunfaba entonces en su corazón de mujer.

Dejémosla entregada á su acerbo dolor y al tierno cuidado del doliente hidalgo: otros personajes de nuestra historia reclaman por ahora nuestra atención. Con respecto al caballero, no había salido tan mal parado de la refriega, pero no dejaban de reclamar sus heridas algún cuidado. Apoyado en el brazo del tosco montero, llegó á las puertas de Madrid y del alcázar, poco después que su adversario. Introducido en su cuarto, salió Hernando inmediatamente á buscar un maestro en el arte de curar, como se llamaba entonces generalmente á esos seres de suyo carniceros que llamamos en el día cirujanos, el cual maestro declaró que ninguna de sus heridas era mortal, con tanta seguridad y un tono tan decisivo, como si él efectivamente lo supiera. Aplicóle las yerbas que más convenientes le hubieron de parecer, y por esta vez hubiera sido notoria injusticia dudar un solo momento de su ciencia. Corrióse por la corte al punto que el doncel favorito de Su Alteza, á quien nadie conocía en lo distraído desde su vuelta de Calatrava, había tenido un duelo singular en el soto de Manzanares, de cuyas resultas debía guardar el lecho por algunos días. Y en atención á que el escudero de don Enrique de Villena había necesitado también los auxilios del arte, y se hallaba igualmente en cama, no se dudó un momento que hubiese sido entre los dos el ruidoso duelo. Ahora bien, sabido esto, no era difícil que la pública maledicencia añadiese alguna particularidad notable á las circunstancias de la desavenencia y que tratase de hallar el verdadero motivo de ella. Algunos de los enemigos del conde de Cangas no necesitaron más que asegurar que éste, cuya natural prudencia era pública, tratando de evitar la necesidad, siempre desagradable, de responder á la acusación intentada contra él, y sostenida por el doncel, había determinado á su escudero á acometer á aquél, acompañado de otros varios, una tarde que había salido á halconear por el soto de Manzanares; relación á que daba bastante verosimilitud la circunstancia de haber vuelto Hernán en brazos de algunos siervos del de Villena. Otros, sin embargo, de los amigos de Macías que habían notado su singular aislamiento, su profunda tristeza y que habían creído interceptar en varias ocasiones algunas miradas de rencor dirigidas por el doncel á Vadillo, y que recordaban con este motivo una serenata dada cierta noche á los pies de las habitaciones de la condesa, no se sabía por quién; tuvieron lo bastante para decir que el doncel había puesto los ojos en cierta dama, cosa que no le había parecido bien, según ellos, al hidalgo, que aunque no era caballero, era marido, y según malas lenguas un si es no es celoso. A esta versión daba algún peso tal cual sonrisa

maligna que el judío Abenzarsal había dejado escapar en algunos corrillos de la corte, donde se había referido el duelo singular. El propalar estas especies no era, en verdad, servir amistosamente la pasión de Macías, ni hacer gran favor á la buena opinión y fama de Elvira; pero hay autores que aseguran que la amistad no excluye la envidia, de donde infieren que las conversaciones de los amigos no son siempre las más favorables. Nosotros, que estamos lejos de participar de esta opinión arriesgada, creemos más bien que algún amigo de Macías sospechó aquella explicación como la más satisfactoria y natural sobre el lance ocurrido: éste, en confianza, comunicaría su idea á algún otro amigo, quien la trasladaría á otro bajo la misma fe del secreto, de cuyo modo fué corriendo la noticia; y como somos defensores acérrimos de los amigos, en los cuales creemos como en nuestra salvación, nos atrevemos á asegurar que al repetirse sus conjeturas de boca en boca, siempre irían acompañadas de aquellas expresiones cariñosas, tales como: «¡Pobre Macías! ¿Sabéis que el desafío fué por Elvira?—¿Qué decís?—Sí, no lo digáis; pero es indudable: está perdido de amores por ella, y es lástima, ciertamente,» y otras semejantes, que descubren á cien leguas la más pura amistad hácia el objeto de tales conversaciones.

Lo cierto es que esas voces corrieron, y como fieles historiadores, nos creemos obligados á asegurar, porque lo sabemos de buena tinta, que ni Macías ni el hidalgo pudieron dar lugar á ellas. Aquél estaba harto interesado en guardar el más rigoroso silencio sobre punto tan delicado, y á éste no podía convenirle en manera alguna poner en claro la causa verdadera del desafío; pues tan de cerca tocaba al honor de su esposa. El mismo Enrique III tentó más de una vez el vado con Macías, usando de las expresiones más afectuosas; pero nunca pudo recabar nada de él, y otro tanto sucedió con el hidalgo, á quien quiso arrancar el conde de Cangas y Tineo la confesión de aquello mismo que él sabía ya demasiado bien por el astrólogo judiciario.

Por lo que hace á éste y al ilustre colaborador de su funesta intriga, ya habrá conocido el lector que, después de los escrúpulos que habían atormentado, como arriba dejamos dicho, al indeciso conde, habían salido ambos con varios criados en busca de los desafiados, con el intento de salvar al escudero del peligro que le amenazaba peleando con tan acreditado caballero como era Macías, y de hacer desaparecer á éste de la corte, apoderándose de su persona, como en aquellos tiempos solían practicarlo los poderosos con los débiles, y encerrándole después en alguno de los castillos del conde, desde donde no hubiera podido volver á oponer obstáculos en su vida á los planes del nigromántico, como le llamaba el vulgo justa ó injustamente. Si este proyecto se había malogrado, no había



sido en verdad por culpa del intrigante maestre, ni de su servicial consejero, sino merced al valor de Macías y á la desconfianza, penetración y fuerza sobrenatural del montero Hernando, quien, luego que había visto salir en aquella forma á su señor y al escudero, no había dudado un solo momento en seguir sus pasos á lo lejos y en espiar todas sus acciones, como el lector ha visto en nuestro capítulo anterior. Apenas había podido distinguir en medio de la oscuridad cuál de los dos combatientes era su señor; pero luego que notó que uno de ellos había caído, creyó que en todo caso lo más seguro era separarlos, y sólo al asir del que era realmente su amo, le había conocido. No sabemos si era su intención favorecer, como favoreció, á su enemigo, pero lo que no se puede dudar es que sin su destreza en herir á los servidores del conde con los venablos arrojadizos de que se había provisto antes de salir del alcázar, acaso se hubiera terminado nuestra historia mucho antes de lo que nosotros mismos deseamos, y de lo que quisiéramos que desearan también nuestros lectores.

CAPITULO VIGÉSIMOCUARTO

> Todo le parece poco
> Respecto de aquel agravio;
> Al cielo pide justicia,
> A la tierra pide campo,
> Al viejo padre licencia,
> Y á la honra esfuerzo y brazo.
>
> *Rom. del Cid.*

Después del mal éxito que había tenido la tentativa de don Enrique de Villena y del judío Abenzarsal para quitar de en medio el estorbo de Macías, apenas les quedaba á éstos otro recurso que esperar el sesgo que quisiesen tomar las cosas.

En realidad sólo podían temer ya de él fundadamente el juicio de Dios, que acerca de la acusación quedaba pendiente, porque las medidas que habían tomado para asegurar el maestrazgo habían sido tales y tan buenas, que aunque quedaban declarados por la parcialidad de don Luis Guzmán gran número de castillos y lugares de la orden, podía contar el maestre, sin embargo, con la mayor parte. Estaban por él Alhama, Arjonilla, Favera, Maella, Macalón, Valdetorno, la Frejueda, Valderobas, Calenda y otras villas del maestrazgo, con más infinitos castillos, en los cuales había puesto ya alcaides á su devoción. Con respecto á Calatrava, donde estaba el primer convento de la orden y el clavero, hechura todavía del maestre anterior, no se habían apresurado á prestarle el homenaje debido, sino que habían respondido, tanto á él como á Su Alteza, que convocarían el capítulo para elegir y nombrar, según los estatutos de la orden, al maestre. Lisonjeábase el clavero en su respuesta de que la elección de Su Alteza hubiese recaído en un príncipe tan ilustre y de sangre real, y se prometía que los votos todos unánimes de los comendadores y caballeros serían conformes con los deseos del rey don Enrique; pero esto era, en realidad, resistirse á la arbitrariedad y ganar tiempo con buenas palabras. El artificioso conde no había creído oportuno, sin embargo, intrigar para que se acelerase la reunión del capítulo, porque se prometía acabar de ganar las voluntades de sus enemigos en el ínterin, y sólo don Luis de Guzmán era el que no perdonaba medio de llevar á cabo cuanto antes sus intenciones. Presentóse, en consecuencia, á Su Alteza con una humilde demanda, firmada por él y sus parciales: en ella alegaba el derecho de la orden de elegirse su maestre, y no dejaba de apuntar el que creía tener á la dignidad de que estaba ya casi en posesión el de Villena. No fué tan bien recibida esta moción de Su Alteza como se esperaba: pero el rey Doliente era demasiado justiciero para atropellar abiertamente los fueros de una orden tan respetable: convencido, además, de que el cielo había designado para maestre á su ilustre pariente, curábase poco de creer en la posibilidad de otra elección, y así, fué su decisión que el capítulo se reuniría en cuanto él recibiese las noticias que esperaba de Ortodesillas, que eran en realidad las que más por entonces le ocupaban, pues deseaba ardientemente que su esposa doña Catalina diese á luz un príncipe digno de suceder en su corona, si bien estaba jurada ya princesa heredera por las cortes del reino la infanta doña María su primogénita. Más de un astrólogo de los que en aquellos tiempos de credulidad y superstición vivían especulando con la pública ignorancia, le habían lisonjeado con esperanzas conformes con sus deseos. Quedó, pues, pendiente por entonces el litigio del maestrazgo, y cada uno de los contrincantes procuró aprovechar aquel intervalo para engrosar su partido. Don Enrique era, entretanto, el mejor librado, pues disfrutaba á buena cuenta de las prerrogativas y de gran parte de las rentas y dominios del maestrazgo, que la adulación de sus parciales se había adelantado á poner á su disposición.

Quedaba en pie, solamente, la otra merced

que en la mañana de la acusación de Elvira había dispensado Su Alteza al adversario de Villena. Pero no tardó mucho Macías en estar en disposición de concurrir de nuevo á la corte, y de acompañar al rey en sus partidas de cetrería, especie de caza de que gustaba mucho Su Alteza, y en que su doncel sobresalía singularmente: afianzóse más en ella la amistad que el rey le profesaba; en consecuencia de allí á poco Su Alteza mismo quiso, como lo había prometido, poner el hábito de Santiago á su doncel: esta ceremonia, con toda la solemnidad que de tal padrino podía esperarse, se verificó en la iglesia de Almuneda, con presencia del maestre de la orden y de todos los comendadores y caballeros santiaguistas que asistían á la sazón á la corte; favor singular que hubiera lisonjeado singularmente el amor propio de Macías si hubiese él podido desechar la funesta idea que le perseguía siempre por todas partes, desde que por primera vez había visto á Elvira, y en particular desde que la explicación desgraciada que había tenido en la cámara del judío no había podido dejarle á ella duda alguna acerca de su amorosa pasión. El doncel, desde aquella funesta noche, no había vuelto á ver al objeto de su amor, que viviendo en el mayor retiro, y cuidando sólo de la salud de su convaleciente esposo, evitaba toda ocasión de presentarse en público, fuese porque la tristeza, que cada vez se arraigaba más en su corazón, la hiciese no hallar gusto sino en la soledad, fuese porque se hubiese afirmado en quitar al doncel todo motivo de esperanza; fuese, en fin, por desvanecer en el ánimo de Fernán Pérez de Vadillo todo género de duda acerca de su irreprensible conducta. ¿De qué servía, empero, al doncel no ver personalmente á Elvira, si un solo momento no se separaba su recuerdo de su ardiente imaginación?

Entretanto se restablecía diariamente el hidalgo de sus heridas: el cuidado de su esposa, la flaqueza que aun le quedaba y la ausencia del doncel, si no habían bastado á aplacar su rencor, contribuían no poco á debilitar la fuerza de sus sospechas y á embotar en gran manera sus primeros celos. Pero conforme iba volviendo la serenidad al corazón de su esposo, conforme iba el peligro desapareciendo, volvía á tomar imperio sobre Elvira el recuerdo de su perdido amante. Le hubiera sido, además, imposible olvidarle del todo. En la corte ningún caballero hacía más papel que Macías: era raro el día que no tenía que oir de sus mismos criados los elogios suyos, que de boca en boca se repetían. Ya había bohordado en la plaza con tal primor, que había dejado atrás á los mejores jugadores de tablas: ya había compuesto una trova ó una chanzón tan tierna, tan melancólica, que no había dama que no la supiese de memoria, ni juglar que no la cantase al dulce son de la vihuela de arco; instrumento de quien dice el arcipreste de Hita, autor contemporáneo:

> La vihuela de arco fas dulses de balladas,
> Adormiendo á veces, muy alto á las vegadas,
> Voces dulces, sonoras, claras, et bien pintadas
> A las gentes alegra, todas las tiene pagadas.

¿Y cómo resistir, sobre todo, á este mágico poder, si al leer la trova ó la chanzón, donde los demás no veían más que una brillante poesía, Elvira no podía menos de leer un billete amoroso? Parecía que sus composiciones la estaban mirando continuamente á ella, como los ojos de su autor. Miraba á veces á su esposo, al parecer, Elvira, y su imaginación solía estar muy lejos de él. Una lágrima entonces, dedicada al doncel, solía asomarse á sus ojos. Vadillo, convaleciente aún, la miraba absorto y enternecido: «Elvira, le decía, da tregua á tu aflicción; todo peligro ha huído: me siento mejor ya, y esas lágrimas que por mí derramas, sólo pueden contribuir á afligirme.» Volvía en sí Elvira al oir esas palabras: un oculto sentimiento de vergüenza teñía sus mejillas de carmín, y la despedazaba la idea de abusar, sin querer, de la credulidad de su esposo.

En los primeros días había esperado Elvira á que Fernán Pérez la hablase del acontecimiento que le había reducido á aquel término; y lo había esperado con ansia y con temor, pero en balde. El hidalgo, fuese por amor propio, fuese por no tener bastante seguridad para emprender una explicación en que él no podía hacer todavía el papel de acusador, guardó el más riguroso silencio. En vista de esta conducta, parecióle á Elvira que lo mejor que podía hacer era aventurar alguna pregunta; pero igual suerte tuvo su arrojo que su expectativa. No sólo no consiguió ninguna explicación satisfactoria en este punto, sino que habiendo conocido que toda conversación relativa á la noche del duelo, alteraba visiblemente á Vadillo, hubo de renunciar á su importuna curiosidad. Creyendo el hidalgo, también, que su esposa le negaría haber sido ella la enlutada encontrada en el cuarto del astrólogo, y que mientras no tuviese otras

pruebas irrecusables sería más bien espantar la caza que asegurarla, el hablar del caso, observaba sobre este particular la misma conducta que sobre el duelo, reservándose, sin embargo, dos cosas: primero, el propósito de espiar más escrupulosamente en lo sucesivo todos los pasos de Elvira; segundo, la intención decidida de terminar cuanto antes, con cualquiera ocasión y pretexto que fuese, el suspendido duelo con el hombre primero que había aborrecido en su vida, y que había aborrecido como se aborrece cuando no se aborrece más que á uno.

Constante en estos propósitos, no bien estuvo Hernán Pérez restablecido, dirigióse á la cámara de su señor el conde de Cangas. Su semblante dejaba ver todavía la huella de la enfermedad.

—Hernán Pérez,—le dijo don Enrique con afabilidad,—¿os han permitido ya dejar el lecho? Debierais recordar, sin embargo, que vuestra salud es harto importante para vuestro señor, y no exponerla con tan temerario arrojo á una recaída peligrosa.

—Las heridas del cuerpo, gran príncipe, aquellas que hizo la lanza ó la espada,—repuso Vadillo con reconcentrada tristeza,—sánanse fácilmente: las que recibimos en el honor son las que no se curan sino de una sola manera.

—¿Qué decís? ¿Será que, por fin, os habréis decidido á abrirme francamente vuestro corazón? —contestó don Enrique.—¿Será que queráis explicarme los motivos de vuestra conducta, de ese duelo singular, cuyos efectos se ven todavía en vuestro rostro, y de esa reconcentrada melancolía que deja diariamente en él huellas aún más indelebles y duraderas?

—Señor,—contestó Vadillo,—ya creo haber manifestado á tu grandeza en varias ocasiones que mi mayor pena es no poder confiarte las muchas que agobian á tu escudero.

—Quiero no darme por ofendido,—contestó fríamente Villena,—de vuestra inconcebible reserva.

—Perdónala, señor,—dijo Vadillo, hincándose de rodillas,—y permite que puesto á tus plantas, solicite tu escudero de tu grandeza una gracia, que acaso nunca te hubiera propuesto sino en el campo de batalla, si una ofensa, y una ofensa mortal, no le obligara á ello.

—Alzad, Vadillo, y decid la gracia, que yo os juro por Santiago que os será concedida.

—No me levantaré, señor, mientras que no sepa que nadie en lo sucesivo podrá decir impunemente á un hidalgo: «No há lugar á pacto entre nosotros, pues nó eres caballero.» Armame, señor. Si mis largos servicios te fueron gratos; si pasando de la clase de doncel, en que fuí admitido á tu servicio, á la honrosísima que ocupo hoy á tu lado, no dejé nunca de cumplir con esas sagradas obligaciones que los más grandes señores no se desdeñan de ejercer; si desempeñé los deberes de la hospitalidad con tus huéspedes, y los de la mesa contigo; si fué siempre la fidelidad mi primera virtud; si has tenido pruebas de mi valor alguna vez; confiéreme, señor, esa orden tan deseada. Y si no bastan mis méritos, básteme esa hidalguía, de que en balde blasono, si puede cualquiera deshonrarme impunemente como á villano pechero.

—Alzad, Vadillo,—dijo don Enrique viendo que había acabado su petición el afligido escudero.—Por mucho que me sorprenda vuestra demanda en esta coyuntura,—continuó,—por mucho que me dé que recelar, mal pudiera negaros una gracia, á que sois, Vadillo, tan acreedor.

—Guarde el cielo, señor, tu grandeza...

—Remitid, Vadillo, vanos cumplimientos. Os armaré: os lo prometí en pública corte no há mucho tiempo, y torno á repetíroslo ahora. Pero decidme, ¿qué causa en esta ocasión más que en otra?...

—Tu honor y el mío. Has sido calumniado, atrozmente calumniado; porque tú me dijiste, señor...

—Calumniado, sí, Vadillo, calumniado. Pongo al cielo por testigo que podéis, fiado en la justicia de mi causa...

—Bástame tu palabra á desvanecer mis dudas todas. Quiero, pues, que mi primer hecho de armas, en que gane mi divisa, sea la defensa de mi señor. Yo alcé en tu nombre el guante que un mancebo temerario arrojó públicamente en testimonio de desafío. Yo responderé de él: si tu causa es justa, la victoria es segura.

—¿Cómo pudiera no aceptar vuestra generosa oferta, Fernán Pérez? Quédame, sin embargo, una duda; duda que, en obsequio vuestro, quisiera desvanecer. Solos estamos: abridme vuestro corazón: decidme, ¿no tenéis alguna otra causa que os mueva?...

—Señor...

—¿Presumís que puede tenerse noticia de vuestro encuentro con Macías en el soto... y del arrojo con que os adelantasteis en la corte á alzar el guante, al punto que visteis ser él el mantenedor de la acusación, sin sospechar al

mismo tiempo que causas muy poderosas?... Hablad...

—Acaso las hay. No lo niego.

—Escuchad,—añadió Villena en voz casi imperceptible,—¿sería cierto que tuvisteis celos?

—¿Celos, señor, yo celos?—exclamó Fernán con mal reprimido amor propio.—¿Quién pudo decir?...

—Nadie, Fernán, nadie: yo solo soy el que he creído en este momento...

—¿Vos solo? si supiera...

—¿Y bien? ¿A mí por qué no descubrirme?... ¿Vuestra esposa, sin embargo?...

—Basta, señor, no hablemos más de eso. ¡Mi esposa, Dios mío! ¡Mi esposa! Si mi esposa pudiese faltar...

—¿Qué es faltar, Vadillo?

—Si pudiese tan sólo con su pensamiento empañar la más pequeña porción de mi honor, no necesitara castigar á ningún atrevido, ni que me armara nadie caballero: dagas tengo aún: la última gota de su sangre, la última, no sería bastante indemnización de tan insolente ultraje. ¡Elvira, á quien amo más que á mí propio! ¡Mi bien! ¡Mi vida!

—Sosegaos, Vadillo; nunca fué mi propósito ofenderos; pero pudierais, sin que Elvira hubiese empañado nunca vuestro honor...

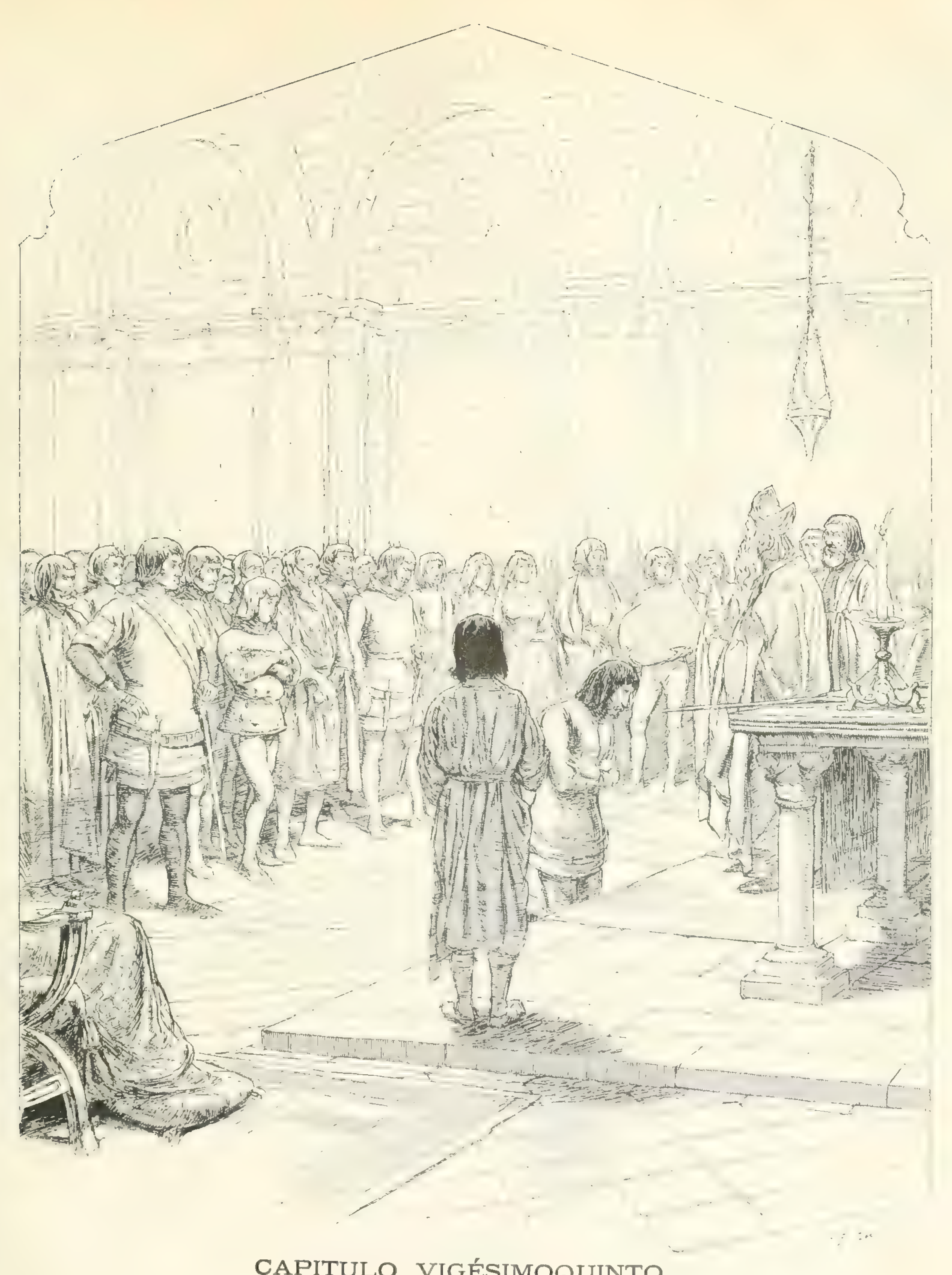
—Jamás, señor. Si un atrevido hubiera osado poner sus ojos en mi esposa, ¿viviría aún, viviría?—contestó el hidalgo pudiendo disimular apenas la lucha que existía entre sus palabras y sus ideas.

—Entonces, pues, ¿qué ofensa?...

—Permite, gran señor, que la calle. La hay, lo confieso, y si alguien pudiera vencerme en la lid, si me pudieran vencer todos, nunca Macías: un fausto presentimiento me dice que lavaré en su sangre mis ofensas. Confiéreme la orden de caballería, y yo te respondo, gran señor, de una victoria pronta y segura.

—Sea,—contestó don Enrique,—como lo deseáis. Mañana os la conferiré. Mañana juraréis en mis manos defender la fe, el honor y la hermosura.

Después de este breve diálogo, el candidato besó las manos del conde de Cangas, y se retiró á esperar con mortal impaciencia el nuevo día, que había de poner término á todas las esperanzas que contentaban por entonces su ambición.



CAPITULO VIGÉSIMOQUINTO

> Agua le echan por el rostro
> Para facerlo acordado,
> Y vuelto que fuera en sí
> Todos le han preguntado
> Qué cosa fuera la causa
> De verlo así tan parado.
>
> *Rom. del Cid.*

A la mañana siguiente brillaban con fuego extraordinario los ojos de Fernán Pérez. Leíase en su semblante la alegría que inundaba su corazón. Efectivamente, la orden de caballería era en aquel tiempo la más alta dignidad á que pudiese aspirar un hombre de armas tomar. Su

virtuoso origen y sus fines, aún más virtuosos, le daban tal prestigio, que los reyes se honraban con tan honorífico dictado, y un caballero, sólo con serlo, tenía derecho á comer en su mesa, honor que no disfrutaban ya ni sus mismos hijos, hermanos ó sobrinos, mientras no entraban en aquella noble cofradía. Era preciso ser hidalgo por parte de padre y madre, y con la antigüedad por lo menos de tres generaciones: era preciso haber dado pruebas de valor, y gozar de una reputación pura é inmaculada. A muchos les costaba, además, pasar por el largo noviciado de paje y escudero progresivamente. Los que habían entrado al servicio y á hacer prueba de su persona con un rey ó un príncipe de alta categoría, en calidad de pajes, se llamaban donceles: Macías se había hallado con Enrique III en este caso, y si se le llamaba todavía públicamente el doncel, era porque habiéndole tomado Enrique III, con quien se había criado, más afecto que á otro alguno, habíale conservado aquel nombre por modo de cariño, aun después de haber recibido la orden de caballería. En el mismo caso se había hallado con don Enrique de Villena el hidalgo Fernán Pérez: habíale entrado á servir primero en calidad de paje ó doncel, y había pasado á ser su escudero. El cargo de escudero, en estos tiempos, y hasta ese nombre, parecen sonar mal á los oídos delicados. Podemos asegurarles, sin embargo, que no sólo no tenía en aquel tiempo nada de denigrante, sino que antes era tan honorífico, que muchísimos grandes, señores y príncipes que habían llegado á ser caballeros por el orden regular de los grados requeridos para ello en tiempos de paz, no se habían desdeñado de ejercerlo. En la recepción de escudero, los padrinos ó madrinas del paje prometían en su nombre religión, fidelidad y amor, con la misma formalidad é importancia que en la recepción de un caballero. Reducíase la obligación del escudero á seguir por todas partes á su señor ó al caballero con quien hacía veces de tal, llevándole su lanza, su yelmo ó su espada; llevaba del diestro sus caballos, en los duelos y batallas proveíale de armas, levantábale si caía, dábale caballo de refresco, reparaba los golpes que iban dirigidos contra él; pero sólo en grandes peligros le era lícito tomar armas por sí en las pendencias y encuentros á que asistía. Sus deberes domésticos se ceñían á trinchar y presentar las viandas en la mesa, y aun á ofrecer el aguamanil á los convidados antes y después de comer. Pero estos cargos se desempeñaban con tanta más dignidad, cuanto que los platos los recibía de mano del maestresala, que ya era por sí una dignidad, aunque más subalterna, y el agua de mano de los pajes, que la tomaban ellos ya de los domésticos inferiores. En público, y en los banquetes en que reinaba toda etiqueta y ceremonia, no podía sentarse el escudero á la mesa de su señor. Para probar que ni el oficio de doncel ni el de escudero eran sino muy honoríficos, concluiremos diciendo que en las historias francesas del siglo XIII hallamos designados estos donceles y escuderos con el nombre de *valets*, más humillante aún en el día que los de *damoiseau* y *écuyer*, que corresponden á aquellos en la lengua francesa. Diremos que Villehardouín, en su historia, hablando del príncipe Alexis, hijo de Isaac, emperador de los griegos, le llama en repetidas ocasiones el *valet* (ó escudero) de Constantinopla, porque aquel príncipe, aunque heredero del imperio de Oriente, no había recibido todavía la orden de caballería. Por igual causa son calificados con la misma designación por los historiadores sus contemporáneos, Luis, rey de Navarra; Felipe, conde de Poitou; Carlos, conde de la Marcha, hijo de Felipe; y otros infinitos. Entre nosotros fué paje y doncel el famoso y nobilísimo don Pero Niño, conde de Buelna, y el mismo don Alvaro de Luna, tan célebre por su prodigioso favor como por su ruidosa desgracia.

En tiempos de guerra, y en los principios de la orden de caballería, se confería ésta con menos pompa y formalidad: el rey ó el general creaba caballeros antes y más comunmente después del combate: en esos casos reducíanse todas las ceremonias á dar la pescozada ó espaldarazo dos ó tres veces en el hombro del candidato con el plano de la espada, diciéndole en alta voz: *Os hago caballero en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.* Solía ser otras veces el teatro honroso donde se confería la orden de los valientes, leales y esforzados, un torneo, un campo de batalla, el foso de un castillo sitiado ó asaltado, la brecha abierta ya de una torre, ó una fortaleza feudal. En medio de la confusión y tumulto de la refriega, arrodillábase el escudero á las plantas del rey, del general, ó de un caballero cualquiera acreditado ya por sus altos hechos de armas. Cuando el famoso Bayardo, caballero sin tacha y sin reproche, confirió de esa suerte la orden de la caballería al rey Francisco I: «Oh, espada mía, —exclamó,—mil y mil veces venturosa por

haber dado hoy la orden de caballería á un rey tan grande y tan poderoso, yo te conservaré como preciosa reliquia y te preferiré siempre á cualquiera otra.» Después, — añade el historiador que nos ha conservado este rasgo singular,—dió dos saltos y envainó su espada.

En tiempos de paz, y cuando posteriormente hubo llegado esta famosa institución á su más alto grado de esplendor y á su verdadero apogeo, se solía aprovechar, para conferirla á los escuderos que se habían hecho de ella merecedores, alguna solemnidad. Un día grande de la Iglesia, el aniversario de una famosa victoria, la boda ó nacimiento de un príncipe ó una coronación, eran las coyunturas más comunmente escogidas, y en tales casos hacíase la promoción con otra pompa y con más minuciosas formalidades; las cuales complicaron más y más, sobre todo desde el siglo XI, en que pareció tomar aquella orden un carácter nuevo con la mezcla de ceremonias religiosas y profanas, que para la admisión de los señores en esta vasta cofradía se exigieron.

Fernán Pérez de Vadillo no podía menos de dar á su nueva dignidad la importancia que en aquellos siglos tenía. Todo aquel día empleó en los preparativos de la ceremonia solemne que se preparaba para él. El condestable Ruy López Dávalos quiso ser su padrino, y obtuvo que fuese madrina la noble esposa de don Juan de Velasco, camarero mayor de Su Alteza. El conde de Cangas y Tineo era un personaje bastante calificado para que la dignidad que iba á conferir á su escudero llamase la atención de la corte. Su posición ventajosa, en aquel momento más que en otro alguno de su vida, le granjeó la asistencia á aquel acto y la cooperación de las primeras personas de Castilla. Don Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, se brindó á oficiar en la ceremonia, y el mismo rey don Enrique, al señalar para ella la capilla de su regio alcázar, quiso presenciarla, también, desde una tribuna, á pesar de sus dolencias. El candidato ayunó aquel día, conformándose con los usos establecidos: revestido de una larga túnica cenicienta, verdadero traje de su clase de escudero, asistió á la comida que dió don Enrique de Villena á los que debían presenciar la ceremonia. El candidato, colocado aparte en una mesa pequeña, mientras los demás comían en la principal, permaneció en ella servido por donceles del conde su señor; pero éste, escrupuloso observador de la etiqueta, le intimó al sentarse que no podría hablar ni reir durante la comida, ni aun llegar bocado á los labios. Concluída esta ceremoniosa comida, fué llevado el candidato por sus padrinos, acompañado de los demás concurrentes y seguido de gran número de juglares y ministriles, que tañían gran variedad de instrumentos y cantaban baladas alusivas al acto que se preparaba, á la capilla del alcázar. Esperábale ya, custodiada por dos hombres de armas de Villena, una hermosa armadura blanca sin mote ni divisa, de que le hacía merced su señor. Separóse de él allí la concurrencia, y quedó Fernán Pérez de Vadillo velando sus armas y en oración la noche entera, después de haberse despojado de la túnica escuderil, y haber vestido una cota, embrazado la adarga y empuñado la lanza. Llegada la mañana, confesó devotamente con fray Juan Enríquez, confesor de Su Alteza. No sabremos decir si vuelto su corazón á Dios, hizo sacrificio ante el altar augusto de la penitencia del rencor y de los sanguinarios proyectos de venganza que le habían determinado á armarse caballero. Presumimos que así lo haría, y creemos que si luego, más adelante, la historia nos ha conservado algunos rasgos que podrían oponerse á aquella concesión cristiana, debe achacarse más bien esta inconsecuencia á la flaqueza del corazón humano, ó á la mezcla extraordinaria de pasiones y religión que reinaba en aquella época, que á la falta de verdadera contrición del noble hidalgo. Hecha su confesión, y veladas ya las armas, retiróse el candidato por el mismo orden que había venido, y llegado á su habitación, vistió el traje de caballero, más rico y adornado que el de escudero, que acababa de dejar para siempre. Allí recibió las visitas y felicitaciones de sus deudos y amigos; y varios señores allegados á don Enrique de Villena vistiéronle, sobre la cota de menuda malla, una ancha loriga guarnecida de piel, adorno reservado sólo en aquel tiempo á personas de categoría, y pusiéronle sobre los hombros un gran manto, cortado á manera de manto real. En esta forma, y llevando colgada del cuello la espada, llegó, seguido de los padrinos, de los convidados y de sus amigos, á la real capilla, donde esperaban el momento de dar principio á la augusta ceremonia, Su Alteza en su tribuna, rodeado de varios dignatarios, el arzobispo, que había salido al altar al verle llegar, y gran número de damas. Distinguíase entre ellas la madrina del novel caballero, ricamente ataviada, y á la derecha del buen condestable, arrodilla-

dos los dos al lado de la epístola en ricos reclinatorios de terciopelo carmesí, en que se veía recamado en oro el escudo de sus armas respectivas y de que pendían largos borlones de aquel precioso metal. Algo detrás, y entre otras damas principales, se veía á Elvira, esposa del hidalgo, cubierta con un velo, al través del cual se traslucía, sin embargo, su hermosura, como suele verse al través de ligeras nubecillas el resplandor del sol. A la otra parte se colocó el poderoso conde de Cangas, acompañado de algunos caballeros principales y seguido de dos de sus pajes, con su yelmo el uno y el otro con las espuelas y demás piezas de la armadura que debían revestirle á Vadillo en acto tan solemne. El resto de la capilla estaba ocupado por la numerosa concurrencia que la calidad de las personas había traído, y por bandas de ministriles que habían seguido la comitiva, tañendo dulcemente sus instrumentos. Era gran gusto oir la desacorde confusión que producían, tocadas á un tiempo, la cítola sonora, la guitarra morisca, *de las voces aguda é de los puntos arisca*, el corpudo laúd, el rabé gritador, el orabín, el salterio, la adedura albardana, la dulcema é axabeba y el hinchado albogón, la cinfonia, el odrecillo francés y la reciancha mandurria, cuyos ecos distintos se unían al sonsonete de las sonajas de azófar y al estruendo de los atambores y atambales, de las trompas y añafiles; instrumentos todos con que se verían tan apurados nuestros músicos del día para organizar una sola tocata medianamente agradable, si se los trocaran de pronto con los que la civilización música les ha perfeccionado, como se verán nuestros lectores para formar una exacta idea de su figura y armónica melodía sin más datos que esta breve enumeración, por más fidedigna que la constituya la autoridad del trovador arcipreste á quien la robamos.

Establecido ya el silencio, arrodillóse el hidalgo ante la reverenda persona del arzobispo, quien le quitó del cuello la espada que traía suspendida, y la colocó en el altar en que iba á oficiar. Comulgó en seguida el candidato con edificante fervor. Después de un momento de oración y recogimiento, principió el arzobispo los oficios, acabados los cuales se levantó el candidato, é hincándose de hinojos ante la persona de su señor feudal, el poderoso conde de Cangas y Tineo, pidióle reverentemente que le hiciese merced de conferirle la orden de caballería. Juró en seguida en manos del ilustre maestre de Calatrava no excusar su vida ni sus bienes en defensa de la santa religión católica, apostólica, romana, y guerrear hasta morir en toda coyuntura y ocasión que se presentase contra los infieles de aquende y allende el mar; fórmula en que se comprendían no sólo los moros que mantenían guerra todavía con los reyes de Castilla, sino también los sarracenos que poseían á la sazón el santo sepulcro, y contra los cuales se dirigían de todos los puntos de Europa continuamente innumerables cruzados. Juró amparar y defender las viudas y huérfanos que hubiesen recibido tuerto, y los desvalidos que á su fuerte brazo recurriesen para deshacer sus agravios, no pudiendo de otra manera los enderezar. Prestado este noble juramento, leyéronsele los Evangelios, sobre los cuales le repitió nuevamente. Hecho lo cual, el arzobispo, cogiendo la espada que había estado sobre el altar durante el oficio divino, la bendijo y se la ciñó. Llegándose á él sus padrinos, calzóle la una espuela el buen condestable don Ruy López Dávalos, y la otra la esposa del noble don Juan de Velasco, á quienes el novel caballero dirigió las más expresivas gracias por la merced singular que le dispensaban. Uno de los principales señores que acompañaban á don Enrique de Villena, le ciñó la coraza antigua, compuesta del peto y espaldar, dándole paz después. Don Enrique de Villena, adelantándose en seguida, le dió tres espaldarazos con el pleno de la espada, armándolo caballero en nombre de Dios, de San Miguel y de Santiago. Recibióle después en sus brazos, y en seguida hicieron con él igual ceremonia todos los demás asistentes, como para darle á entender que se gozaban mucho de tener admitido en su gremio caballero que tan completo prometía ser como el noble hidalgo. Alzóse entonces alegre estruendo de todos los instrumentos, proclamando al nuevo caballero. Entre los que debían dar la paz al recién admitido, hallábase uno armado de pies á cabeza, que se había mantenido constantemente inmóvil al lado del Evangelio, y enfrente del sitio destinado á las damas principales de la corte. Ni el oficio divino, ni la larga ceremonia, habían sido parte para sacarle de su asombrosa distracción. Parecía la estatua del fundador de la capilla, como en aquellos tiempos solían verse algunas en las más de las iglesias. Pero si se llegaba á presumir que era una persona y no una estatua, para comprender su perfecta inmovilidad, y la fijación de sus ojos, era preciso creer que un maleficio particular ejercía sobre él una influencia funesta y le obli-

gaba á mirar á aquella parte con la misma irresistible fuerza con que un instinto fatídico obliga á la incauta mariposa á girar en torno de la vacilante llama que la ha de acabar, y con que una atracción física llama hácia la serpiente cascabel al mísero pajarillo, para hacerle víctima de su irresistible voracidad. Causaba aquel embeleso una dama que no había podido menos de notarla y que en balde había pensado ponerle término interponiendo su velo entre las atrevidas miradas del caballero y su aciaga hermosura. Esta medida había producido un efecto enteramente contrario al que esperaba. Si las miradas habían sido antes continuadas, pero naturales, tomaron después un carácter de investigación muy parecido al que tienen las de aquél que trata de leer durante el crepúsculo ó á la opaca luz de la luna. Apenas quedaba concluído el acto, cuando deseosa la dama de esconderse á tan imprudentes miradas, se había confundido y desaparecido entre la multitud; los ojos, sin embargo, del caballero, acostumbrados á ver en aquel punto su contorno, le seguían viendo gran rato después de haber desaparecido, como le sucede al que se atrevió á mirar fijamente por largo espacio al luminar del día. Horas enteras conserva su retina la impresión indestructible, y por más que haya desviado ya los ojos de su deslumbrante luz, por más que los cierre, en fin, ve el sol todavía donde no le hay. Al llegar Vadillo al caballero, acababa de levantarse la dama. Tendió el hidalgo los brazos naturalmente á recibir de él, como de los demás, el beso de ceremonia, é hizo la misma figura que el que fuese á abrazar un árbol ó una columna. No pudo menos de levantar la cabeza y de reparar en la especie de estatua que delante de sí tenía. Conociólo, y su primera acción fué volverse con la rapidez del rayo á seguir la visual del caballero y ver en qué objeto se paraba: si alcanzó á ver algo todavía, ó si el punto á que las miradas se dirigían bastó á contestar á su muda pregunta, eso es lo que no sabemos. Diremos sólo que su rostro se tiñó de carmín, y que vertiendo fuego por los ojos y los poros todos de su encendido semblante, sacudió con una mano al distraído, diciendo por lo bajo, pero con reconcentrada cólera: «Ya puede haber pactos entre nosotros, que ya no soy escudero.» A esta sacudida inesperada, volvió en sí el caballero como quien despierta de un largo sueño. Reconoció su imprudencia al reconocer al que le hablaba, y no ocurriéndole nada que responder de pronto á su rara interpelación, bajó los ojos y quiso enmendar su pasada distracción tendiendo entonces los brazos al hidalgo. Este, empero, poniendo entrambas sus manos en ellos: «Dejad,—le dijo,—el abrazo para ocasión en que estéis menos ocupado, que yo quisiera que el que nos diésemos fuese más estrecho y más largo.» «Como gustéis, hidalgo, —repuso el caballero con arrogancia,—como gustéis.»

No había podido menos de notarse por la concurrencia esta pequeña escena episódica lanzada en medio de aquel acto solemne: nadie oyó lo que se dijeron, pero los más tuvieron algo que decirse al oído acerca de aquella rara singularidad. Nosotros diremos, como fieles historiadores, que la dama, cuando se creyó fuera ya del alcance de las miradas del importuno, volvió la cabeza y alcanzó aún á ver algo, que fué lo bastante para despertar en ella ideas de inquietud, á que hacía ya algún tiempo que no había dado lugar en su corazón.

Acabada la ceremonia, retiróse cada cual, y el novel caballero, acompañado de sus padrinos y de sus deudos, se trasladó á la habitación del señor de Cangas y Tineo, donde esperaban ya á la comitiva varias damas y convidados, y donde un magnífico banquete, dado por el ilustre maestre, terminó con toda pompa, digna de tal solemnidad, un día tan señalado en la vida de nuestro celoso hidalgo.

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEXTO

Mucho os ruego de mi parte
Me lo queráis otorgar,
Pues que de mi nigromancia
Es vuestro saber y alcanzar,
Que me digáis una cosa,
Que yo os quiero demandar.
La más linda mujer del mundo
¿Dónde la podría hallar?
Rom. de Roldán y Reinaldos.

La situación de los principales personajes de nuestra historia era bien precaria. No hablemos de la infeliz condesa de Cangas, á quien no pudimos menos de abandonar á su triste suerte. Aun entre los que en el día ocupan nuestra atención, había más de uno que no tenía motivos para estar contento con su estrella. Elvira, en primer lugar, llevaba continuamente clavado en el corazón el dardo que se ahondaba más mientras más esfuerzos hacía por arrancarle, y tenía no pocos motivos de inquietud y melancolía. La falta de la condesa, á quien echaba menos entonces más que nunca, le recordaba sin cesar que tenía pendiente una acusación, en el éxito de la cual se hallaba comprometida, no sólo la vida del hombre á quien no podía menos de amar, sino la suya propia, pues era condición de tales juicios que había de morir el acusador ó el acusado, si no en el combate, después de él. Elvira se hallaba libre en su cámara; pero lo debía á la buena opinión que había merecido siempre en la corte. Luego que se había dado á conocer á Abenzarsal, y este había expuesto á Su Alteza sus circunstancias y las causas particulares que la obligaban á guardar secreto, se le había dejado en libertad bajo su palabra, con la única condición de haberse de presentar en el juicio, como acusadora, el día que Su Alteza tuviese á bien señalar, día que se retardaba ya demasiado, según lo que solía en tales casos practicarse. El vulgo de las gentes, sobre todo, que no había podido dar explicación ninguna á la acusación y circunstancias de la tapada, no sabía á qué achacar semejante tardanza, si no era á las brujerías de don Enrique de Villena. Mientras tanto, no era menos cierto que Elvira debía estar en la más cruel expectativa. La conducta de su esposo era incomprensible, al mismo tiempo, para ella; nunca le había dicho una palabra del encuentro en la cámara del astrólogo: semejante reserva, agregada á aquella tristeza misteriosa que le había dominado hasta el día en que había recibido la orden de caballería, manifestaba que tenía oculto algún proyecto, idea que no podía menos de hacerla temblar.

Hernán por su parte, á quien saben nuestros lectores ocupado únicamente en llevar á cabo su venganza contra el doncel, no era más feliz. Había llegado á creer fijamente que Macías estaba prendado de su esposa: la pequeña escena que había pasado entre los dos en la capilla del alcázar, no le podía dejar duda acerca de este particular: así, pues, esperaba con impaciencia el momento de llegar á las manos entonces, que ya tenía permiso de su señor para defender su parte en el juicio de Dios. Con respecto á su esposa, debía estar seguro ya de que era la acusadora de don Enrique; pero justamente resentido de ese paso, tampoco la había hablado de este asunto, y como tan complicado con el otro que en un mismo día había él de morir, ó castigar al atrevido y al objeto de su osadía, cuidábase ya poco de esto. No estaba seguro de que su esposa participase de la culpable pasión de Macías; pero eran tan vehementes sus sospechas, que esta era la única razón por que no había temblado al considerar que ó había de morir en el combate, ó había de morir su esposa si él vencía. Triste alternativa, por cierto, para otro á quien no hubieran tenido tan ciego los celos como al hidalgo. Entretanto trataba con la mayor dulzura á su esposa, porque creía que este era, si había alguno, el medio de asegurar más la aclaración de sus sospechas. No viendo ella en él ninguna señal

alarmante, se abandonaría más fácilmente y caería en el lazo que le tenía astutamente tendido.

Don Enrique de Villena no dejaba de estar inquieto tampoco. Cuando la fortuna se le presentaba tan favorable, cuando había conseguido romper los funestos cuanto incómodos vínculos que le unían á su esposa, cuando tenía asido ya el apetecido maestrazgo, un doncel aventurero y una dama extravagantemente heroica se habían atravesado en el camino de sus planes: si él hubiera tenido maldad suficiente, nada más fácil que haber quitado de en medio á toda costa tan importunos obstáculos, como continuamente le aconsejaba el judío; pero ya hemos visto que el indeciso conde creía tener ya harta carga sobre su conciencia con la desaparición de doña María de Albornoz. El juicio de Dios le hacía temblar, no precisamente porque él estuviese convencido de que si el cielo tomaba cartas en el juego no podía estar nunca de su parte, sino porque creyendo más, como creía, en el valor de los combatientes para semejantes trances, que en la participación de la justicia divina, no podía menos de asustarle la idea de que el contrario era Macías, que pasaba con razón entre las gentes por caballero mucho más perfecto y cumplido que Hernán Pérez. Éste debía ser víctima probablemente de su temerario y generoso arrojo; y en este caso don Enrique, vencido en la persona de su campeón, tendría que recurrir á medios muy violentos, y que le repugnaban sobre manera, para conservar, no sólo el maestrazgo sino también la vida. Hasta entonces había tenido la fortuna de retardar el señalamiento del día, pero esto no podía durar, porque la otra parte instaría, y porque la acusación había sido demasiado pública y la sentencia demasiado terminante para que pudiese sobreseerse en el asunto. ¿Habría algún medio de evitar que la parte contraria compareciese el día aplazado? Esto era lo que formaba el objeto por entonces de las maquinaciones de don Enrique de Villena, de su juglar confidente Ferrus y del astrólogo judiciario. En ese caso, tanto Elvira como Macías serían declarados infames, y reputados culpables de calumnia, y acreedores, por consiguiente, al castigo que habían reclamado en nombre de la ley contra el conde.

Macías era de todos el menos inquieto, y sin embargo el más desgraciado. Él debía pelear por su amada; pero el que pendiese la vida de aquella del esfuerzo de su brazo, era para él una gloria, una fortuna inapreciable, antes que un motivo de inquietud, fuese Villena, fuese otro más valiente su contrario: y si Elvira no hubiera huído constantemente de sus miradas, si no le hubiese quitado todas las ocasiones de verla y hablarla, ¿quién como él? Pero desde la mañana en que había sido armado caballero Fernán Pérez, mañana en que había bebido tan copiosamente el veneno del amor, Macías estaba en un estado continuo de delirio y de fiebre, que no le daba lugar á reflexionar que desde el punto en que el hidalgo había llegado á concebir la más leve sospecha, sólo su extremada circunspección podía excusar á la desdichada Elvira mortales sinsabores. El mísero no veía al hidalgo, no veía el mundo que le rodeaba. Ansioso de saber del astrólogo lo que le había querido decir la mañana de su presentación en la corte, después de su llegada de Calatrava, con sus misteriosas palabras, y no habiendo podido verificarlo por el funesto encuentro que en la cámara del judío tuviera, había vuelto á visitar á éste después de su curación. Abenzarsal, siguiendo el plan de enredar á los amantes en el laberinto de su pasión, aun á pesar del ciego temor del conde, pues trataba de salvar á éste mal su grado, no dudó en echar leña al mortecino fuego de su esperanza.

—Decidme, padre mío, decidme,—comenzó Macías,—¿cuál es el sentido de vuestras fatídicas palabras? Esa corte, que me habéis anunciado siempre como un...

—Sí, —le contestó Abenzarsal:—la primera vez que os ví, conocí que la corte debía seros funesta.

—¿Funesta, Abenzarsal? ¿Pero á qué llamáis funesta vosotros? ¿Queréis decir que podrá acarrear mi muerte?... Porque eso, Abenzarsal, no sería lo peor que pudiera sucederme. ¿Qué causa os conduce á pensar... qué secreto mío?... Mucho me temo que esa ciencia de que os jactáis sea vana y...

—Escuchadme, joven temerario,—interrumpió Abenzarsal.—Antes de soltar vuestra inexperta lengua, aprended á respetar lo que no entendéis. ¿Pensáis que puedo vivir ignorante de vuestras acciones, de vuestros deseos, de vuestros más secretos pensamientos? Decid, ¿os acordáis del día en que os dije que al anochecer encontraríais en mi cámara la satisfacción de vuestras dudas?

—Sí, sí, ¿cómo pudiera no acordarme? sin el concurso de circunstancias que impidieron entonces una entrevista entre nosotros, esta sería acaso excusada.

—Y bien, ¿y qué encontrasteis en mi cámara?

—¡Cielos! ¿qué encontré? ¿sería?...

—Joven incrédulo, ¿no encontrasteis el verdadero astrólogo que buscabais? ¿quién os podía dar razón más satisfactoria de lo que intentabais preguntarme?

—Lo sabe todo, lo sabe todo,—dijo para sí Macías.—¡Ah! tu ciencia es cierta. Yo nunca dije á nadie una palabra. Abenzarsal, tomad ese oro: es cuanto traigo: satisfaced ahora á mis preguntas. ¿Me ama, adivino, me ama? ¡Calláis, santo Dios! ¡Oh! ¡bien me lo temía!

—¿Y qué hicisteis que no se lo preguntasteis? ¿A qué preguntarme á mí lo que ella debe saber mejor que yo?

—Viejo artificioso, ¿os burláis de mi dolor? ¿no habéis conocido nunca una mujer? ¿encontrasteis una jamás que haya respondido, *sí, no,* á vuestras inconsideradas preguntas? ¿no sabéis que la ficción y el silencio son el arte de las mujeres?

—Harto lo sé: estas canas de que veis cubierta mi cabeza no nacen impunemente.

—Y bien, si tanto sabéis, respondedme: ¿me ama ó me desprecia? ¿son sus miradas las peligrosas redes que las mujeres desvanecidas suelen tender á mil amantes, que tal vez aborrecen, ó son las de una hermosa incapaz de engaño y de artificio? ¿Son sus ojos solos, ó es su corazón también el que me mira? ¿Es buena, ó es mala? ¿Quién pudo conocer jamás á una mujer? ¿Soy su juguete, por ventura, soy sólo su trofeo, ó soy, Abenzarsal, su vencedor? ¡Ah! cuanto poseo es vuestro. ¡Si me ama, decídmelo! Entonces la corte no puede serme nunca funesta, porque aun muriendo, si muero amado, seré dichoso. Si no me ama, callad. Yo he oído decir que conocéis los hechiceros mil medios que inspiran el amor. Enloquecedla, Abenzarsal, haced vos lo que debiera mi mérito haber hecho: ámeme ella, y sea como quiera. ¿Qué condiciones son precisas? ¿Cuál es el premio de vuestro trabajo?... ¡Oh! Elvira, Elvira, ¡cuánto me cuestas! ¿Necesitáis mi cuerpo, mi sangre? he aquí, herid y consultad mis venas... ¿Necesitáis mi alma? ¡maldición, maldición! Haced que me adore, Abenzarsal, y tomadla bien. ¡Que me ame! ¡que me adore! y todo lo demás después.

—Moderaos, joven arrebatado. ¿Qué motivos tenéis para tanta desesperación? ¿no arde siquiera en vuestro corazón una chispa de esperanza?

—¿Y cuándo muere la esperanza en el corazón del hombre? Yo la he visto mil veces: sus ojos me miraban y se detenían sobre los míos, como se detienen los de una amante sobre los de su querido. Cuando se encuentran nuestros ojos, no hay fuerza que los desvíe. Nuestras almas se cruzan por ellos, se hablan, se entienden, se refunden una en otra. Pero ¡ah! Abenzarsal, que huyen á veces, y su rostro airado...

—¿Airado habéis dicho? ¿y qué más fortuna pedís? Cuando huyen sus ojos de los vuestros, entonces es cuando más os ama: entonces, doncel, os teme.

—¿Qué decís?

—No huye la indiferencia, ni se enoja. ¿Y nunca la habéis hablado?

—¡Ah! por mi desgracia una vez...

—¡Por vuestra desgracia! ¿Le dijisteis?...

—Menos de lo que siento, pero le dije...

—¿Y respondió?

—Mas ¡cómo respondió!

—¿Os respondió que no, que la ofendíais... que huyeseis... que?...

—¡Abenzarsal!

—¿De qué, pues, os quejáis? ¿Queríais, mozo inexperto y precipitado, que una mujer virtuosa, una mujer que debe á su esposo?...

—¡Abenzarsal!—gritó furioso Macías.

—Y bien. ¿Queréis que me ría en vuestra cara de esa locura? ¿no os enojáis ahora porque?... yo creí que teníais muy sabido...

—Sí, sabido, sí, ¡pero ay del que se complazca en repetírmelo!

—En buen hora. ¿Queríais que esa mujer, cuyas perfecciones adoráis?...

—Entiendo, entiendo.

—Sed más confiado, señor, y menos impaciente.

—Vos mismo la hubierais apreciado en menos, y esto las mujeres lo saben. Quieren ser premio de la victoria, pero de una victoria reñida, porque cuando son vencidas, doncel, ellas mismas hallan disculpa á su flaqueza, disculpa que no encontrarían si no se defendiesen. Las menos virtuosas, Macías, quieren parecerlo hasta á sus propios ojos. ¿Qué será, pues, las que realmente lo son?

—Sí, pero no confundáis á Elvira con...

—En buen hora, doncel. Si os habéis prendado de un ángel, id á consultar ángeles: yo sólo conozco el corazón humano.

—Judío, ¿y qué me aconsejáis?

—¿Necesitáis consejos después de lo que os he dicho?

—¿Es posible? Ah, padre mío, no me hagáis entrever la felicidad para arrancármela después más amargamente de entre las manos. Si mi constelación...

—Las constelaciones, doncel, mandan que tengamos frío en el invierno, y sin embargo, si os sumergís en un baño de agua caliente en el corazón de enero, ¿no hubierais de sudar?

—¡Cierto!

—Andad, pues, y venced, si podéis, vuestra constelación. Ella se os anunció funesta. Hacedla vos venturosa.

—Explicaos más claro, padre mío... ved que...

—Doncel, os he dado cuantas explicaciones puedo daros. Recapitulad mis palabras, y partid. Sólo os añadiré, y ved que no os hablo más en el asunto, que para vencer es fuerza pelear, por más que muchos que pelean no venzan. Vuestra constelación es funesta; en vuestra mano está, sin embargo, vencerla. Confianza y audacia. Adiós.

—¡Confianza y audacia!—salió diciendo Macías;—¡santo Dios! ¿será mía? ¿será mía alguna vez?—Dos lágrimas, hijas de la terrible emoción y de la alegría que henchía su corazón, surcaron sus encendidas mejillas. Desde entonces el audaz mancebo revolvió en su cabeza cuantos medios podían ocurrírsele para tener una entrevista con Elvira; desde entonces no vió más que á Elvira en el mundo, y desde entonces pudiera haber conocido, quien hubiera leído en su corazón, que Elvira ó la muerte era la única alternativa que á tan frenética pasión quedaba.



CAPITULO VIGESIMOSÉPTIMO

Eres mujer finalmente.

Rom. de Zaide á Zaida.

—Jaime,—decía una mañana Elvira á su paje, que sentado á sus pies la miraba de hito en hito con ojos ora tiernos, ora indagadores:—Jaime, ¿te habló hoy Fernán Pérez á tí?

—¿A mí? prima mía, ya sabéis que no soy santo de su devoción; siempre que me ve hablando con vos más de lo regular, hay motivo bastante ya para que tenga mala cara un día entero. Sin embargo, nunca le hice mal alguno; antes le deseo mucho bien, porque os le deseo á vos. Con que si no os ha hablado, lo que es á mí...

—¡Ah! tampoco; no sé qué secreta melancolía le devora desde la noche...

—Sí, aquella noche en que...

—No la recuerdes: mi falta de confianza acaso... el paso que dí... si llegó á cerciorarse de que era yo...

—Pudiera ser, pero me parece que tiene alguna cosa más.

—¿Qué cosa?

—Yo he oído decir que los celosos hacen lo mismo que vuestro esposo.

—¡Jaime! ¿Será posible que Hernán Pérez abrigase la menor duda acerca de la virtud de su consorte...?

—No digo eso; antes creo todo lo contrario. Alguna vez le he solido sorprender, hablándose solo á sí mismo: acaso me tenga rencor por eso... «Elvira me ama,» decía antes de ayer cuando yo le encontré distraído, «me ama tanto como yo á ella: es imposible: no era culpable...»

—¿Eso decía?

—Eso le oí.

—¡Dios mío! ¡cuán ingrata soy! Y en ese caso, esos celos que dices...

—Esos celos puede tenerlos de alguno, aun sin pensar que vos...

—¿De alguno?

—Escuchad.

—Ayer en la corte miró á un caballero, que conocéis, de una manera... ¡Ay! si sus ojos hubieran sido rayos, con la velocidad del relámpago hubiera sido reducido á cenizas el caballero.

—¡Cielos! ¿Qué os hice para merecer tanto rigor?

—Y como se dice que ya en una ocasión ha tenido algún lance con el mismo caballero, y que sus heridas...

—Basta, Jaime, no despedaces mi corazón; tú que le conoces, tú que sabes cuán inocente soy...

—¡Oh! si yo fuera esposo de la hermosa Elvira, ¡qué pocos cuidados me habían de dar los celos! ¡cómo dormiría á pierna suelta! ¿No es verdad, prima?

Un estremecimiento involuntario fué la única respuesta de Elvira, y un profundo silencio, indicio de la mayor distracción.

—¿No es verdad, prima?—preguntó de nuevo el inexperto niño, volviendo á aplicar el dedo imprudentemente en la llaga.—Ello, por otra parte, á mí me da lástima.

—¿Qué te da lástima?—preguntó Elvira.

—Si vierais en qué estado está mi pobre amigo; el que me solía llamar así...

—¿Qué amigo?

—¡Qué amigo queréis que sea! Si vierais qué rostro tan pálido... tan desfigurado... Por fuerza está muy malo... Si el amor es capaz de hacer tantos estragos, no quiero nunca enamorarme.

—¿Qué dices, Jaime?

—Lo que oís: sólo que yo no lo entiendo, cuando oigo decir que Macías está así porque quiere bien. Yo os quiero bien; no os podrá querer él más, y sin embargo vame bien de salud. A pesar de eso, todos dicen que está enamorado.

—¿Lo dicen todos? ¡Imprudente!

—Un caballero tan aventajado, tan...

—Jaime, te he prohibido que me hables de él: ¡Por piedad!

—Bien, prima, bien: no os aflijáis. En confianza...—añadió sonriéndose,—es lo último que voy á decir... no tengáis cuidado... en confianza, se me figura que no estáis vos mejor que él...

Elvira se cubrió el rostro con su pañuelo y apretó involuntariamente la mano del pajecillo, que continuó...

—Yo os aseguro que si le vierais... y le hablarais...

—Jaime,—dijo volviendo en sí Elvira y levantándose,—nunca, ni verle, ni hablarle... ni hablarme nada de él; lo he dicho ya.

—¿Tan delincuente puede ser porque os ama?...

—Porque es mi voluntad, paje. Callad.

—Pero haceos cargo de que si está enamorado, según dicen, ¿cómo puede él dejar de amar, ni qué culpa tiene? Yo no creía que fuerais tan rencorosa. ¡Ah! si de ese modo pagáis el cariño de los que os quieren bien, os dejaré yo de querer...

—No hay remedio, Dios mío, no hay remedio,—exclamó Elvira desesperada.—No he de volver los ojos donde no le vea. No he de oir hablar sino de él. Si no queréis, Dios mío, mi perdición, empezad por apartar su imaginación de mis ojos, su recuerdo de mis oídos. Yo os lo pido, y os lo pido de corazón. No quiero sucumbir, no quiero.

—Ved, prima mía, que siento pasos, y que si llega alguien y os ve de esa manera, pensará que os he reñido yo á vos, en vez de reñirme vos á mí.

—Sí: voy á enjugar las lágrimas. Jaime, ríes, porque no conoces el mundo todavía: no crezcas ¡ay! no salgas nunca de tu dichosa edad.

Dichas estas palabras, que dejaron un tanto cuanto reflexivo y meditabundo al pajecillo, que no veía muy claro todavía qué peligro podría haber en crecer como todos habían crecido antes que él, retiróse Elvira por no ofrecer su rostro descompuesto en espectáculo á la persona que iba á entrar, si no engañaba el ruido de los pasos, que cada vez se oían más cerca.

Apenas había desaparecido, cuando un caballero, embozado en su capilla, entró mirando con espantados ojos á una y otra parte.

—Tampoco,—dijo,—tampoco está aquí.

—¿Adónde vais, señor?—preguntó el paje, asombrado del desorden que reinaba en su fisonomía y en toda su persona,—¿adónde de esa suerte?

—¿Jaime, eres tú? pues bien, he de verla.

—¿Habéis de verla? ¿á quién?

—¿A quién? ¿hay otra en el mundo por ventura? ¿conoces tú otra?

—¿Estáis loco?

—Sí, lo estoy, estoy lo que quieras con tal que me la enseñes. Verla, no más verla. ¿Dónde está?

—¡Desdichado! ¿Y Hernán Pérez, señor?

—¡Ah! Hernán Pérez no vendrá. Ahora alconea con el rey en la ribera. Me he perdido de propósito por encontrarla.

—¿Pero no veis cuán mal hecho es lo que hacéis?

—¡Mal hecho! ¡mal hecho! ¡Siempre la reconvención, siempre el deber, y siempre la virtud! ¿Quién te ha dicho, paje, que estoy obligado á hacerlo todo bien? ¡Peor hecho es ser ella hermosa!

—¡Qué palabras! Pues advertid que ver á mi prima es imposible.

—¿Imposible?—repitió con una amarga sonrisa el doncel.—¿Por ventura no está?

—Estar...—respondió con algún embarazo el paje,—eso... Mirad: está; pero si queréis creerme, es como si no estuviera. Para vos debe ser lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque está mala. ¡Ah! señor, si la vierais... tened compasión...

—¡Compasión! ¿La tiene ella de mí? Pero, Jaime, ¿qué mal, qué dolencia?..

—Yo no sé. Se entristece, no duerme, no come, llora...

—¿Llora? ¿Sufre?

—Ya veis, pues, que es imposible.

—Ahora más que nunca la he de ver.

—¿Qué habláis? Yo creía que con deciros...

—¡Ah! ¿con qué me engañas, paje?... ¿no es cierto cuanto me dices?...

—Como el evangelio, señor caballero; pero... en una palabra, díjome no há mucho... Mas, aguardad. Si no me engaño, ella viene...

—¿Ella? ¿Elvira?

—Salid, pues: ved que no gustará...

—¡Qué salga! No, paje, no.

—Pero reparad... ¡Anda con Dios! ¡allá os avengáis! Yo no pude hacer más,—dijo el paje encogiendo los hombros al ver que Macías, apartándole con brazo poderoso, se dirigía hácia donde sonaba el ruido de los pasos.

—¿Qué altercado es ese, Jaime?—salió diciendo Elvira.—¡Santo Dios!—añadió en cuanto vió al doncel, que arrodillado ya á sus pies parecía implorar el perdón de su audacia y su descortesía.—¡Qué imprudencia, señor, y qué osadía! ¿Qué hacéis? ¿Vos en mi habitación?

—Sí, bien mío,—respondió Macías.—Vana es ya la porfía; Inútil la resistencia; yo os amo, Elvira.

—¡Ah! ¿qué intentáis? Alzad, señor; volveos.

—¿A dónde queréis, Elvira, que me vuelva?—dijo Macías, levantándose y estrechando entre sus manos las de su amante.—El mundo entero está para mí donde estáis vos. No hay más allá.

—¡Silencio! Si mi esposo...

—Elvira, no temáis...

—Salid. Os lo ruego, os lo mando.

—¡Delirio! ¿Os parece que cuando me decidí á acción tan aventurada, cuando me expuse y os expuse á vos misma á los riesgos de esta entrevista, fué para volverme después de lograda?

—Yo tiemblo. Jaime,—dijo Elvira,—si por ventura oyeses...

—Perded cuidado, prima mía...—respondió Jaime.

—Corre, sí: si le vieses venir...

—Jaime os probará fidelidad.

Dicho esto, salió el inteligente pajecillo, bien resuelto á ejercer la más activa vigilancia para evitar que la locura imprudente del doncel acarrease á su prima más funesta consecuencia que la de haber de convencerle de cuán temerario era el paso que acababa de dar en aquel momento. Macías dirigió al paje, que desaparecía, una mirada en que se podía leer claramente una larga acción de gracias al cielo, que le proporcionaba por fin aquella secreta ocasión de vencer el desdén de la señora de sus pensamientos.

—¡Ah! Macías, si sois generoso, si sois caballero, oíd mis ruegos por piedad. Idos. Soy mujer, y os lo ruego. A vuestras plantas si queréis...

—¡Elvira!—gritó Macías fuera de sí, levantando á la hermosa Elvira.—Oídme. Un momento no más. Oídme, y partiré. Tres años, señora, hace que os ví la vez primera; tres años os amé, y os amo, yo os lo juro, como nadie amó jamás: igual tiempo callé. Mil veces fué á escaparse de mis labios la palabra fatal; mil veces la sofoqué: la inmensidad de mi amor la ahogó en el fondo de mi corazón. Mis ojos, sin embargo, os lo dijeron. ¿Cómo imponerles silencio? Ellos hablaron á mi pesar. ¿Por qué los vuestros me respondieron? Callaran ellos, y muriera yo callando. Ellos me animaron, empero. Bien lo sabéis, señora. Mi amor es obra vuestra.

—¿Mía? ¡Ah! ¡sed, doncel, más generoso!

—¿Pedisme generosidad? ¿La usasteis vos conmigo? ¿Vos me pedís virtudes? Pedid amor, señora. Es lo único que os puedo dar; amor, y nada más. Si es virtud el amar, ¿quién como yo virtuoso? Si es crimen, soy un monstruo.

—¡Silencio!

—¿Por qué? ¿Pensáis que la naturaleza ha podido imprimir con caracteres de fuego en el corazón del hombre un sentimiento sublime, un sentimiento de vida, eterno, inextinguible, para que se avergüence de él? ¡Ah! No la hagáis injuria semejante. Cuando lanzó la mujer al mundo, *la amarás*, dijo al hombre; inútil es resistirla. Sus leyes son inmutables, su voz más poderosa que la voz reunida de todos los hombres. Os amo, y á la faz del mundo lo repetiré; harto tiempo lo callé...

—¿Pero podéis ignorar, Macías, que mi estado?...

—¿Vuestro estado? Preguntadle á mi corazón por qué latió en mi pecho con violencia cuando os ví por la vez primera. Preguntadle por qué no adivinó que lazos indisolubles y horribles os habían enlazado á otro hombre. Nada inquirió. Yo os ví, y él os amó. ¿Por qué, cuando dispuso el cielo de vuestra mano, no dispuso también de vuestra hermosura? Si sólo para un hombre habéis nacido, ¿por qué os dió el cielo belleza para rendir á ciento?

—Vos deliráis, Macías.

—Si es delirio el amaros, deliro, y deliro sin fin. Si en mis acciones, si en mis palabras echáis de menos por ventura la razón, vos la tenéis sin duda, que vos me la robasteis. Vuestros son también mi locura y mi delirio.

—Falso es, Macías, lo que habláis; es falso. Ni vos me amáis ahora, ni me amasteis jamás. ¿Dónde aprendisteis á amar de esta manera? Me veis, y vuestros ojos, funestamente clavados en los míos, están diciendo á todo el mundo: *¡Yo la amo!* Corro al campo á buscar la tranquilidad que en vano me pide mi corazón en la ciudad, y allí Macías, allí donde yo voy. Veis á mi esposo, que al fin, Macías, es mi esposo, es cosa mía, y hacéis gala de decir á las gentes con vuestras fatídicas miradas: *Porque ella es suya le aborrezco.* ¿Y por qué, imprudente, no he de ser suya? ¿Qué hizo él acaso para merecer tanto odio? ¿Qué hacéis vos que él no haya hecho, y antes, doncel? ¿Gustáis de mí, decís? También él lo decía. ¿Puede ser en él crimen el amarme, y en vos?...

—Crimen, sí, crimen imperdonable, que sólo con mi sangre ó con la suya...

—Basta ya, temerario. ¿Y vos me amáis, doncel? ¡Y vos me lo decís! ¿Os encuentra ese esposo á mis plantas casi, no hunde su acero en vuestro corazón, como debiera sin duelo alguno, y vos le provocáis y osáis contra él alzar el insolente acero? ¿Eso es amar, Macías? Nadie hay en la corte que al pronunciar vuestro nombre, no pronuncie el mío al mismo tiempo. ¿Por qué esa unión fatal? Vuestra imprudencia acaso...

—¡Mi imprudencia!

—Y no contento con perderme para siempre, no contento con haber llenado de luto mi corazón, con haber hecho de mis ojos dos fuentes de lágrimas inagotables, ¿osáis aún, á riesgo de ser hallado, traspasar el dintel de mi puerta, osáis comprometer mi vida... mi honor?...

—¿Yo, Elvira? ¡Maldición sobre mí!

—¿Eso es, decidme, lo que debía yo prometerme de ese amor tan decantado? ¡Ah! Macías, si os amara, ¡cuán infeliz sería!

—¡Si me amara!

—¡Cuán infeliz! Vos mismo habéis cavado entre los dos un abismo insondable...

—Abismo que se llenará, que yo traspasaré, ó donde entrambos nos hundiremos. Me amas, Elvira, me amas. Tu llanto, tus acentos, esa voz trémula y agitada, la tempestad que anuncian tus palabras, son señales harto ciertas que descubren el volcán inmenso que arde en tu corazón. Si fuí imprudente, lo confieso, tú tuviste la culpa. ¿Por qué no me inspiraste una de esas débiles pasiones, un amor pasajero, de esos que es dado al hombre disimular, de esos que no se asoman á los ojos, que no hablan de continuo en la lengua del amante, de esos que pasan y se acaban y dan lugar á otros? ¡Ay! tú lo ignoras, Elvira. Hay un amor tirano; hay un amor que mata; un amor que destruye y anonada como el rayo el corazón en donde cae, que rompe y aniquila la existencia, y que es tan fácil de encerrar, en fin, en lo profundo del pecho, como es fácil encerrar en una vasija esos rayos del sol que nos alumbra.

—Macías, ¡por piedad!

—No: sufre ahora, que yo sufrí también, y sin consuelo y sin indemnización y sin premio. Una vez no más te hablo en la vida, pero me has de oir. ¿Temes el mundo? Bien. Habla, es verdad, habla imprudente lo que sabe, lo que no sabe, lo que existe, y lo que acaso jamás existirá. Témele tú, en buen hora. Yo le aborrezco. Huyamos de él, huyamos para siempre. Una lanza para mí, y un caballo para los dos. Basta.

—¿Qué escucho? ¿adónde queréis llevarme?

—Donde no haya hombres, Elvira; donde la envidia no penetre. Una cueva nos cederán los bosques: amor la adornará; tú misma con tu presencia. Sólo nosotros hablaremos de nosotros. El león allí no contará á la leona, con

maligna sonrisa, que Macías ama á Elvira. Las fieras se aman también, y no se cuidan como el hombre del amor de su vecino. El viento sólo lo dirá á los ecos, que nos lo repetirán á nosotros mismos. Ven, Elvira, bien mío.

—Macías,—dijo Elvira desasiéndose de los opresores lazos del doncel,—vos os dejáis llevar de vuestro loco arrebato. Vos me tuteáis...

—¿Y qué importa, señora, que no se tuteen nuestros labios, si nuestros ojos se tutean?

—¡Ea! partid, dejadme;—añadió Elvira con una emoción difícil de explicar.—Por la última vez, dejadme.

—Decidme que me amáis, y partiré. Una vez sola, una vez; decidme que he de volver á veros, que he de volver á hablaros...

—Soltad; es imposible.

—Amadme, Elvira: ¡por piedad!

—¡Nunca! ¡jamás! os aborrezco.

—¿Me aborrecéis? ¿no hay en el cielo rayos? ¿no hay quien me mate? ¡Hernán Pérez!

—¿Qué hacéis?

—Llamarle. Lleve mi vida quien se llevó mi dicha. ¡Hernán Pérez!

—¡Teneos! Macías. Bien: yo...

—Acaba, acaba.

—Yo os... imposible, jamás. Os aborrezco.

—¿Y lo dices llorando? Tus lágrimas ardientes corren hasta mis manos. Huyamos. Los amantes son sólo, Elvira, los esposos... Inútil es la lucha...

—No, no. Macías, hay un Dios. Hay un Dios que nos ve. Mi deber es primero. ¡Santo Dios!—exclamó prosternándose la desdichada Elvira,—dadme fuerza y virtud. Sola no basto á resistir.

—¿Qué escucho? ¡Es mía, es mía!

Macías estrechaba sobre su corazón á la infeliz Elvira, que exánime y sin sentido no oponía á su loco arrebato más resistencia que la pasiva inmovilidad del estupor y del asombro.

—Él viene,—gritó de pronto una voz harto conocida á los oídos de Macías y de Elvira.—Él viene,—repitió de allí á un momento. Así resonó en el corazón del doncel, como el eco lúgubre del bronce que anuncia al amante parado en la playa la despedida del buque que lleva consigo el tierno objeto de sus ansias.

—¿Viene, Jaime?...—preguntó Elvira fuera de sí.—¡Dios mío! Salid, señor, salid. ¿Veis á qué extremidad me reduce vuestra imprudencia?

—Decidme, pues,—contestó Macías deteniéndola aún,—decidme una palabra sola de consuelo.

—¡No, no!—contestó Elvira mirando á todas partes con la mayor agitación.

—Ved que no es tiempo ya,—repitió el pajecillo, mirando por entre los coloreados vidrios de una rasgada y gótica ventana.

—¡Mi honor, mi honor, Macías!—exclamó Elvira.

—Hablad pues...

—Bien: sí, lo que gustéis diré, pero ocultaos.

—Sólo por tí...

—¡Hacedlo por mí! Sí. Ved ese gabinete. Armas es lo que hay dentro. Rara vez llega á él. Presto: ocultaos.

Echó Macías una ojeada de dolor á Elvira, y otra de despecho hacia la puerta por donde debía tardar muy poco en entrar el hidalgo: impelido, sin embargo, por el brazo de Elvira, que suplicante le rogaba, con lágrimas en los ojos, que salvase su honor, ocultóse en el gabinete, y cerróse por sí misma tras él la pesada puerta.

—¡Dios mío!—exclamó Elvira.—¡Perdón, perdón! ¡Vos veis, Señor, mi inocencia desde los cielos! ¡Dadme valor para la amarga prueba que me falta!



No bien había acabado de decir estas palabras y de enjugar precipitadamente las lágrimas que se habían agolpado á sus ojos, rogó al pajecillo, no menos asustado que ella, que no se separase de su lado en aquel crítico momento, en que necesitaba su serenidad toda y la de un amigo además, para no revelar ante los perspicaces ojos de su marido la terrible emoción que dominaba en su pecho. Poco después entró Hernán Pérez. El lector nos perdonará si dejamos para otro capítulo la prosecución del cuento de las cuitas de la infeliz Elvira.

CAPÍTULO VIGÉSIMOCTAVO

E si por ventura quieres
Saber por qué soy penado,
Plácete, porque si fueres
Al tu siglo transportado,
Digas que fuí condepnado
Por seguir damor sus vías,
E finalmente, Macías
En España fuí llamado.

Don Enrique de Villena. Infierno de los enamorados.

Suponemos de buena fe que pocas de nuestras lectoras se habrán encontrado en la situación de Elvira, si bien no nos atreviéramos á asegurar otro tanto de nuestros lectores con respecto á la del encerrado doncel. Era, efectivamente, aquella bastante extraordinaria. En balde había dirigido la virtud más rígida todas las acciones y palabras de Elvira: en balde había resistido, á costa de los mayores tormentos, á la encendida pasión de su imprudente amante. Una inexplicable fatalidad pesaba sobre ella y sobre cuanto la rodeaba. Ella había inspirado inocentemente una pasión frenética, que sólo podía emponzoñar su vida ó adelantar su muerte; pero semejante á la abeja, que se lastima al picar y deja perdido el aguijón en la herida que hace, Elvira no había ganado el corazón del doncel sino á costa del suyo. Más virtuosa, como mujer, luchaba más tiempo; pero luchaba con un enemigo más fuerte que ella, y sólo la mano del Todopoderoso, que acababa de implorar, podía salvarla del hondo precipicio que ante sus pies miraba. Amaba á su esposo por otra parte; y ¿cómo no amarle? Era, pues, tan inocente como desgraciada.

La misma fatalidad que pesaba sobre Elvira había alcanzado al doncel. Había bebido sin saberlo la ponzoña que corría por sus venas. Largo tiempo había luchado también el deber con el amor; pero un concurso de circunstancias no buscadas le habían venido á poner en tal estado, que así le era fácil sacudir el yugo, como le es fácil á la débil paloma desasirse de las crueles garras de sacre devorador.

La puerta del gabinete donde Macías había entrado era compuesta de dos altas hojas, construídas según el gusto gótico, ó por mejor decir, gótico arabesco, que tenían entonces todos los adornos arquitectónicos. Pero en cada una de sus hojas una ventanilla cerrada por una cruz de hierro, y puesta á la altura poco más ó menos de una persona, proporcionaba desgraciadamente al caballero la deplorable facilidad de ver cuanto pasaba en la cámara donde los dos esposos estaban, no pudiendo ser él visto á causa de la oscuridad en que se hallaba sepultado aquella especie de astillero ó gabinete de armas, que no tenía más luz que la que del salón inmediato recibía.

El semblante pálido y deshecho de Elvira, sus ojos encendidos de llorar, una indefinible tristeza que oscurecía sus facciones, como una nube oscurece el día, y cierta agitación particular, hija del temor y del cuidado con que entonces estaba, la hubieran hecho interesante á los ojos de cualquiera por indiferente que hubiera sido á los tiros del amor. Hacía tiempo, por el contrario, que no había tenido Hernán Pérez un día que tanto hubiese contribuído á disipar su natural melancolía. Había cazado con Su Alteza y con don Enrique de Villena, que ambos á dos le habían colmado de favores: aquella había sido la primera vez que se había hallado en público en calidad de caballero, y el corazón del hombre es harto débil para no lisonjearse de semejantes distinciones. Deseaba partir con una persona querida su satisfacción; ¿y con quién mejor que con su esposa? Dirigióse á ella con un semblante más animado y franco de lo que comunmente solía.

—He tardado, ¿no es verdad, Elvira?—dijo acercándose á ella con un hermoso azor en el puño izquierdo.—¿He tardado?

—No, Hernán: antes paréceme que habéis venido...

—¿No me esperabais todavía? Esta es la

suerte de los maridos. Nunca se los espera.

—¡Santo Dios!—dijo para sí Elvira, hasta cuyo corazón había penetrado esta casual alusión.

—¿Estáis triste, Elvira?—continuó Hernán acariciando al pájaro distraidamente.—Cualquiera diría que habíais cometido alguna acción de que tuvieseis que avergonzaros. Si os hubiera sorprendido con un amante, no tendríais la cara más lastimosamente melancólica. Si he venido á haceros mala obra...

—¡Esposo mío!—exclamó Elvira, destrozada en su interior,—sabéis que há tiempo que la debilidad de mi cabeza...

—Tenaces son esos males de cabeza y terribles,—añadió Hernán.—También está triste este pobre pájaro. Miradle, Elvira. Su Alteza acaba de cambiármele por el mío: ha cazado tan bien esta mañana, que ha querido quedarse con él. Nos ha encantado á todos. ¿Queréis creer que cuantas veces le ha soltado Su Alteza y don Enrique de Villena, otras tantas ha vuelto con la presa? Sólo una vez que le solté yo se vino con las garras vacías. Sobre eso quiso Su Alteza darme vaya.—¡Ea!—dijo,—Vadillo, hoy no estáis para cazar. Hoy no cogeréis pájaro ninguno...—¿Qué tenéis, Elvira?... Sobre eso fué tal la rabia que concebí, que se lo ofrecí al rey, y de buena voluntad. Efectivamente no era mi estrella cazar hoy. De allí á poco Su Alteza se empeñó en que le soltara su doncel favorito... y también cazó; pero yo nada. Verdad es que Macías caza bien. Pero, esposa, ¿os alteráis? Esa agitación... acaso... su nombre solo os ofende. ¿Tanto le aborrecéis? ¿Recordáis por ventura?... Pero veo que os incomoda demasiado. Nunca hemos hablado de eso. No hablemos jamás ya. Volviendo á la caza, Elvira, está visto que hoy no cazo. Dióme, pues, este azor en cambio del mío, y ¡pardiez! que está triste. Acaso habrá dejado su compañera al venir á mi poder. Los animales nos dan ejemplo de fidelidad: ¿no es verdad, Elvira? capaz será de morirse. ¡Azor! ¡azor! Sólo por eso le quiero. El no caza hoy, es verdad: en eso se parece á mí; pero es fiel, y váyase lo uno por lo otro; porque en eso se parece á vos.

Volvía Elvira la cabeza á una y otra parte; tosía, bostezaba; cubríase el rostro con el pañuelo; pero la agitación que en su exterior se notaba era, comparada con el desorden de sus pensamientos y la lucha atroz de sus sensaciones, lo que es la arrugada superficie del mar azotada por una blanda brisa, comparada con el furor y embate de las montañas de agua que subleva y despide contra el cielo una deshecha borrasca. Al pajecillo íbasele un color y veníasele otro, que aunque de corta edad, ni se le ocultaba el riesgo del encerrado mancebo, ni el de Elvira si llegaba á ser descubierto, ni la terrible simpatía que entre aquella situación y el diálogo del hidalgo reinaba.

Comenzó éste á parar la atención en el singular estado de su esposa.—Os entiendo, Elvira,—dijo después de un momento de pausa,—os entiendo. Las conversaciones de dos esposos que se aman no han menester testigos, y vos tenéis sin duda algún secreto que fiarme.

—¿Yo?—preguntó azorada Elvira.—¿De qué inferís?...

—Sí; Jaime,—continuó Hernán Pérez,—yo te llamaré.

—Ah, dejadle, señor: el paje no incomoda...

—No importa. Lleva este azor adentro. Que le cuiden. Que no se escape sobre todo: era el favorito de Su Alteza, y tan ilustre huésped no puede sino honrar mi casa.

Preciso le fué al paje obedecer. La orden estaba dada de una manera muy positiva, y el haber insistido, por otra parte, demasiado, sólo hubiera conducido á dar sospechas.

Elvira hizo un esfuerzo para levantarse, y dirigiéndose al paje, bastante separado ya de su esposo, aparentó acariciar al ave, pero díjole en realidad al oído:—Jaime, vuelve dentro de un momento; si he conseguido apartar de aquí á Hernán Pérez, facilita la salida al caballero. ¡Y que no vuelva nunca, nunca!

—Bien, querida prima,—respondió el paje en voz alta,—no es este el primer pájaro de que he cuidado. Yo os aseguro que se le tratará como merece. ¡Azor! ¡azor!—se fué diciendo en seguida, y saltaba al mismo tiempo aparentando con la mayor inteligencia el indiferente atolondramiento de su alocada edad.

—Pienso, Hernán Pérez,—dijo Elvira acercándose á su esposo,—que el aire libre me sentaría bien. Si quisierais, pudiéramos...

—Esposa mía,—repuso Hernán Pérez, cuyos deseos de conversar á solas con Elvira irritaban más y más los obstáculos que se le querían oponer,—no lo creáis. Se ha levantado un viento fuerte, que sólo podría perjudicaros. Venid y sentaos á mi lado. No es mi carácter, Elvira, esa fatal reserva que circunstancias desgraciadas me han hecho usar con vos de algún tiempo á esta parte. El corazón del hombre se cansa del silencio: llega un caso, por fin, en que ne-

cesita, como el agua oprimida, un desahogo. Me es necesaria, Elvira, una larga explicación.

—¡Dios mío!—dijo Elvira para sí,—¡en vuestras manos me encomiendo!—Resignada con esta breve oración mental, sentóse trémula y agitada al lado de Hernán, que cogiéndole una mano y oprimiéndosela cariñosamente, no ya como un marido sino como un amante, continuó, clavando tiernamente sus ojos en los de ella:

—Sí, Elvira, oidme. Si os creyese una mujer vulgar, una mujer capaz de guardar secretos para vuestro esposo, no os abriría mi corazón. Pero ¡ah! vos sois víctima también hace ya tiempo de esta fatal reserva que ha helado nuestra existencia. Maldición sobre el ser impasible y yerto, que cerrado siempre para sus semejantes, vive sólo dentro de sí y sólo para sí. Su consorte es un vivo, condenado á vivir atado á un cadáver.

—¿Qué decís?

—Sé que el destino ha arrojado entre nosotros un ser desgraciado; sé que una inclinación á que disteis acaso demasiado imperio sobre vuestro corazón...

—¡Hernán Pérez!—exclamó asustada Elvira.

—Sí, ¿á qué negarlo? Vos amabais á la condesa, más acaso de lo que la misma amistad tiene derecho á exigir.

—Cierto que la amé siempre mucho,—interrumpió Elvira con más serenidad.

—No culpo en vos ese sentimiento, si bien pudiera estar celoso de él. Nace de un corazón generoso; pero...

—Permitidme que en ese punto no dé oídos, señor, á vuestras reconvenciones...—dijo Elvira pensando más en abreviar el diálogo que en meditar prudentemente sus respuestas.

—¿Es posible, Elvira, es posible?

—He jurado guardar silencio...

—Pero ¿cuál misterio...?

—Permitidme que calle ahora: algún día sabréis, y no está lejos tal vez, que esa misma amistad que me echabais no há mucho en cara, os hace mirar á don Enrique bajo un aspecto falso. Básteos saber que no he creído faltaros...

—Dejemos en buena hora ese punto, si tanto os incomoda. Vengamos á otro. Sabéis, Elvira, que soy vuestro esposo... Hay un hombre, sin embargo...

—Esas palabras, señor... ¡Ah! soy inocente,—exclamó Elvira precipitándose á los pies de Hernán Pérez.

—¿Cómo pudiera yo dudarlo, Elvira? sois inocente; pero ¿basta acaso en el mundo en que vivimos ser inocente? ¿No es fuerza parecerlo también? Oidme. Vos sabéis cuánto os amé: os conduje al altar, partí con vos mi lecho, os entregué mi casa, porque os amaba, Elvira. Hay un hombre, sin embargo, que ha osado poner en vos los ojos.

—¡Ah! señor, acaso os deslumbre...

—Nada me deslumbra, Elvira. No os haré cargo alguno. Vuestra palabra me basta. Mi honor está en vuestras manos. Ese fué el depósito sagrado que al desposarme os entregué. ¿Le habéis guardado, Elvira?

—¡Señor!—exclamó Elvira ahogando sus sollozos y volviendo el rostro á mirar con la mayor agitación el gabinete.

—La verdad, Elvira, y nada más. Mirad: yo os pedí vuestro corazón, no os lo robé: yo no os dije *seréis mi esposa*, sino *¿queréis serlo?* ¿Para qué pensasteis que enlacé á mi suerte la de una mujer? Para hacerla feliz. No hago trovas, Elvira, no es el talento la cualidad de que blasono. Empero la honradez será siempre mi norte. Sed, Elvira, feliz. Decidme ahora cuáles son los medios que para serlo exigís. Hoy es tiempo todavía; mañana no lo será tal vez.

—¡Ah!—exclamó Elvira en el mayor desorden.—¿Vos habéis dudado, esposo? Si vierais, sin embargo, mi corazón, si vierais cuánto ha padecido... ¡Piedad, piedad de mí! No mando en mí, Fernán, ni sé quién soy.

—No os turbéis, Elvira: tranquilizaos. Eso me basta. ¿Me amáis?

—¡Si os amo! ¿Cómo pudiera no amaros?

—Basta, Elvira; de hoy más mis labios se sellarán: vuestra palabra va á guardar en lo sucesivo mi tranquilo sueño. ¡Elvira, Elvira!

Una larga escena de silencio, pero de elocuente silencio, se siguió á esta enérgica exclamación. Elvira, al oirla, miró dolorosamente al gabinete. Presentóse entonces á sus ojos el amor, terrible presagio de sangre y de desgracia. Asustada cerró los ojos, y no pudiendo resistir á la lucha interior que la devoraba y á la imagen de cuanto debería sufrir el que estaba condenado á ser testigo de escena tan amarga, dejó caer su cabeza desmayada sobre el hombro de Hernán Pérez. Un torrente de sus lágrimas inundó el pecho del hidalgo; de esas lágrimas de hiel que se forman y corren lentamente, que manan con dolor, con amarguísimo dolor, del mismo corazón.

—Ah, perdonadme, Elvira,—dijo arrebatado el hidalgo de ternura y de entusiasmo,—perdo-

nadme si he podido ofenderos con dudas ofensivas...

—¿Que os perdone, señor?—exclamó Elvira. —¿Yo á vos? Perdonadme vos á mí...

Al llegar aquí anudáronse las palabras en la garganta de Elvira, y no la dejaron sus sollozos proseguir. Un sentimiento profundo de vergüenza y remordimiento, y una expansión espontánea de generosidad se habían apoderado de ella. Un momento menos de reflexión, y la infeliz Elvira declaraba á los pies de su suspicaz esposo su deplorable estado; pero el doncel estaba en su casa todavía. La menor imprudencia suya hubiera tenido funestas consecuencias. Alzó los ojos al cielo Elvira, y contentóse con llorar.—¡Macías, Macías!—dijo para sí.—¡Oh, quién pudiera aborrecerte!

—¡Me ama, me ama como el primer día!—exclamó Hernán Pérez con loco frenesí: arrojándose en seguida en sus brazos, estampó en su pura frente un ósculo conyugal. Elvira sintió su rostro encenderse de rubor al contacto fatal. Bajó los ojos avergonzada, y hubiera querido más bien ver con ellos el infierno todo, que haber encontrado con los de su esposo, tranquilos entonces, serenos, confiados, como lo está el ignorante pasajero que duerme con placer á la pérfida sombra del nogal.

También el doncel oyó el ósculo dado en la frente de Elvira, que resonó en su corazón como la voz de la verdad en la tumba. Helóse su sangre toda dentro de sus venas. Sus ojos, lanzados fuera de su órbita, devoraban desde la oscuridad el rostro divino de la hermosura, reclinada en brazos de otro. Sus manos, cerradas por sí solas y comprimidas, sacudieron la cruz de hierro que cerraba la ventanilla, y si no bastaron á romperla sus esfuerzos, torciéronla como un mimbre delicado.

—¡Se aman, se aman!—exclamó el doncel con voz ronca y apenas inteligible.—¡Maldición, maldición sobre ellos y sobre mí!—y una lágrima, pero una lágrima sola, se abrió paso con dificultad á lo largo de su mejilla, fría como el mármol.



CAPITULO VIGÉSIMONOVENO

> Seis años fuí de él servida,
> Sin de mí alcanzar nada.
> El ofendió á mi marido,
> Y de ello yo fuí la causa;
> Y con todo esto le quiero,
> Y le tengo acá en el alma.
>
> *Rom. de Gazul.*

—¡Ah! Vadillo,—exclamó Elvira, creyendo haber oído algún rumor en el gabinete,—¡cuán desdichada soy!

—¡Elvira!—dijo escuchando un momento Fernán Pérez.—Diría que alguien había hablado á nuestro lado.

—¿A nuestro lado? ¿Cómo? ¡Qué fantasía!... ¿Quién pudiera?...

> —Tiempo es el caballero,
> Tiempo es de andar de aquí,

entró cantando á esta sazón con voz descomunal el atolondrado pajecillo, según las palabras de aquel antiguo y famoso romance popular que se cantaba entre las gentes: entraba Jaime como quien creía que habría tenido ya ocasión la bella prima de sacar de allí al hidalgo.

—Sería el paje, señor, el que aquel ruido metía,—dijo Elvira aprovechando tan feliz coincidencia.

—¿Qué buscáis de nuevo aquí?—preguntó Hernán Pérez con todo el mal humor de aquel á quien interrumpen en una ocupación agradable para la cual no há menester testigos.—No haría yo mal, ¡vive Dios! atolondrado, en cogeros de un brazo y encerraros en ese gabinete oscuro hasta que hubieseis aprendido otra mesura y comedimiento.

—Perdonadle,—gritó Elvira asustada.

—Ved que habrá sabandijas en ese cuarto,

señor hidalgo,—repuso el pajecillo prontamente; —nadie entra en él jamás.

—Vos seréis el bellaco y la sabandija, mal criado,—contestó Hernán Pérez.—¡Ea! salid.

—De buena gana; pero no será sin deciros que el azor no quiere comer, y que es tan torpe Alvar, el escudero que os habéis echado desde que recibísteis la orden de caballería, que quiero yo que me encerréis de veras si antes de un cuarto de hora no campa solo el pájaro por su respeto sobre alguna torre del alcázar. ¡Pobre animalito! él, ¡ya se ve! quiérese escapar. Os digo que se escapará.

—¿Se escapará? ¡Voto va! Paje, á vos os lo dí: si él se escapa, acordaros habéis del pájaro de Su Alteza. Dejad, Elvira, que vea lo que hacen esos necios. Tenedme ahí entretanto á buen recaudo á ese insolente. ¿Escaparse? No se escapará, ¡voto á Santiago!

Diciendo y haciendo, salió precipitadamente el hidalgo, y el paje, vuelto hacia la puerta por donde salía, y poniéndose los puños en los ijares:

—Se escapará,—dijo con donaire y burlita sardónica;—sí, señor, se escapará. ¿Pero esperaros yo aquí, eh? Para mi santiguada que no haré tal; no estoy tan mal avenido aún con mis orejas. Vaya, ¿qué hacéis, prima? Ved que el tiempo pasa, y si le perdéis, saldráse con la suya el hidalgo, y el pájaro no se escapará.

—¡Santo Dios! ¿Con que es falso ese recado que nos habéis traído, Jaime? ¿Y no tembláis?...

—Prima, todo el riesgo para mí es perder una oreja, y más perderíais vos si...

—¡Querido Jaime, querido Jaime!—exclamó Elvira estrechando al paje entre sus brazos.

—Luego, prima mía, luego,—dijo Jaime mirando con cuidado hacia la parte por donde acababa de separarse el hidalgo, y dirigiéndose en seguida hacia el gabinete:—¡Caballero,—añadió abriendo,—caballero! ¡Vaya que se ha dormido, mientras que nosotros hemos sudado por enmendar sus locuras! ¡Ay, Dios mío!—prosiguió todo asustado viendo salir al doncel. Parecía éste, efectivamente, más bien un espectro que una persona. El amor y los celos luchaban aún en su semblante.—¡Ingrata!—gritó fuera de sí, dirigiéndose á la desdichada Elvira.—¡Ingrata! ¿Qué pretendéis ahora de mí? ¿Sacáisme aquí á la luz por si no veo bien allí vuestras infernales caricias, por si no oigo bien vuestros pérfidos juramentos? ¿Qué os hice yo para rigor tan grande? ¡Le amáis, le amáis?

—¡Macías! basta; huid, huid,—exclamó temblando de terror y echándose á sus plantas la infeliz.—No más tiempo, no más; que ha de volver.

—¡Vuelva! ¡vuelva! Aquí mi pecho está. Máteme luego.

—¡Vaya, señor,—exclamó el paje,—deje para otro día esa canción! mire por Dios...

—¡Ah, Jaime! ¡Me aborrece!—le interrumpió Macías.

—¿Qué os ha de aborrecer?—repuso el paje.

—¡Jaime!—gritó Elvira, tapando con su mano la boca del inocente.—Macías... partid.

—No, no partiré. ¿A qué vivir, si he de vivir sin vos? Sea su triunfo completo. Amadle sin rubor. ¡Perezca solo quien no debe gozar!

—¡Por Dios! ¡por mí, Macías!

—¡Cierto! soy un testigo importuno para los placeres que os esperan,—dijo Macías con voz reconcentrada y toda la sangre fría de un hombre desesperado.

—¿Qué han de esperarme, ¡ay de mí! sino tormentos? ¿Queréis que al fin lo diga? Huíd y lo diré.

—Elvira, ¿qué dirás?—gritó Macías.—¿Que le amas, otra vez?...

—No, nunca, no. ¿Qué pude hacer delante de él? A tí amo: sólo á tí...

—¿A mí? ¡ah! ¿A mí? ¡Sueño, deliro!

—¡Qué vergüenza, Dios mío! Pero huye ya; ¿qué esperas? ya lo oíste de mi boca: por ese amor frenético que veo en tus ojos con placer, por ese amor, Macías, ¡huye! ¡huye por Dios! ¡y por piedad!

—¡Elvira! ¡Elvira!—dijo Macías palpitando todo de amor y de felicidad.—Huyo, sí, huyo. Díme, empero, que volveré.

—Volverás si huyes ahora, volverás.

—¡Adiós, Elvira, adiós!—gritó con loco furor Macías, y se lanzó fuera del cuarto.

—¡Adiós,—repuso con voz apagada Elvira, —adiós!—y cayó sin fuerzas y casi sin sentido sobre un sitial inmediato, escondiendo con ambas manos su rostro descompuesto y avergonzado.

—Alzad, prima; no lloréis,—dijo Jaime acercándose á la hermosa desconsolada.

—¿No he de llorar?—exclamó ésta volviendo en sí y mirando á todas partes con temor de ver volver á su esposo.—¿No he de llorar? ¿Qué le dije yo, Jaime, qué le dije? ¡Imprudente! ¿Y él volverá, volverá? ¡No, jamás!

—Andad,—añadió el paje,—templad vuestro dolor. ¿No habéis visto con qué facilidad hemos engañado al buen hidalgo? ¡Ah! Yo nece-

sitaba tener presente cuán serio era el lance, prima mía, para no soltar la carcajada. ¿Habéis notado que no ha dicho una palabra que no pudiera hacernos reir con fundado motivo?

—¡Hacernos reir, Jaime! Maldecida sea mi loca pasión. ¡Sí, dices bien! yo le hice risible. ¿Yo? ¿Yo pago de ese modo su cariño, su amor, su condescendencia? ¿En qué era, pues, risible? ¿En amarme? Saetas eran sus palabras para mí. ¿Por qué ha de ser risible, Jaime? Porque tiene una esposa infiel, que olvidada de su deber, ha dejado crecer en su pérfido corazón un amor odioso. ¿Y porque ella es ingrata, él es risible? ¡Dios mío! Confundidme. He ahí el premio que doy á su cuidado. Porque ha partido su lecho conmigo, porque me ha confiado su casa, porque me dió su corazón, porque quiso llamarme madre de sus hijos, ¿por eso le aborrezco? ¡Me horrorizo, Jaime! ¡Yo misma me doy horror! ¿Yo cubriré su nombre de ignominia; yo destinaré á eterno oprobio el nombre de mi marido, que es el mío? ¿Las gentes al mirarme le pronunciarán con befa y con maliciosa risa? ¡Dios mío, Dios mío! ¡Yo pierdo la cabeza! ¿Y cómo amarle, sin embargo? ¿Es mío por ventura mi corazón? ¡Macías, me has perdido! Oye, Jaime, si le ves por acaso, díle que nunca, nunca torne á mi presencia. Que huya, que huya. Le adoro, sí, le adoro. Díselo tú también: pero que huya. ¡Qué delirio el mío! ¡Qué locura! ¡Mi voz se ahoga!

—Hermosa prima, Hernán Pérez vuelve. Serenaos.

—¡Vuelve, vuelve! ¡Ah! Evita su furor. Déjame á mí; muera yo sola: ¡yo su castigo merecí!

—¡Ah! no, no parto, si lloráis así.

—Parte. Sí, dices bien, no lloro ya,—dijo con interrumpidos sollozos Elvira, enjugándose los ojos rápidamente, y empujando con una mano al paje:—parte, que no te llegue á ver.

—¿Dónde está,—gritó Hernán Pérez;—dónde el insolente que osa jugar con mi cólera y desafiarla?

—¡Adiós, Jaime!—dijo en voz baja Elvira: —corre... Teneos, Hernán Pérez...—añadió arrojándose al paso de su esposo.

—¡Oh! decidme vos sino,—gritó el hidalgo, —¿hay en esto, señora, otro misterio? ¿Qué significan vuestras lágrimas, vuestros sollozos, vuestra confusión?...

—Jaime, señor, es inocente, inocente: nunca quiso jugar con vuestra cólera. Todos os amamos aquí y os respetamos, todos; pero... mirad... oid...

—¡Elvira, Elvira!—exclamó con voz descompuesta el hidalgo, que comenzaba á sospechar vagamente.

—¡Perdón!—gritó Elvira con voz aguda y ahogada por sus lágrimas y sollozos,—esposo mío, ¡perdón!—y cayó de rodillas, abrazando los pies del hidalgo, y dando su frente pura sobre el suelo con asombro de aquél, que cruzado de brazos delante de ella, parecía en la mayor inmovilidad andar buscando en su cabeza alguna explicación de escena tan extraordinaria.



CAPITULO TRIGÉSIMO

Estando en esto llegó
Uno que nuevas traía.
—Mercedes á tí, fortuna,
De esta tu mensajería.
Rom. del rey Rod.

—Ya veis que en ningún caso puede convenirme,—decía agitado Villena al astrólogo un día.—Cuando tengo vencidos casi los obstáculos todos que á la posesión de mi maestrazgo parecían oponerse; cuando unos ya, merced á mis beneficios y promesas, han vuelto á entrar en la senda del deber; cuando otros, cansados del poco fruto de la diligencia de don Luís Guzmán, ceden en tan obstinada demanda y dan al olvido su rencor, ¿querrán que yo exponga á los riesgos de un combate el objeto de todas mis ansias y desvelos? ¡Qué bobería, Abenzarsal! Fuerza es para suponer en mí semejante delirio no conocer cuánto he deseado ese maldecido maestrazgo. ¡Por cierto que puede ser dudoso el éxito del combate! No quiero yo decir con esto que mi antiguo escudero Hernán Pérez carezca de valor de ningún modo; pero una cosa es tener valor, y otra estar seguro de vencer á Macías. Abenzarsal, el combate no puede verificarse sino para perder yo el maestrazgo por lo menos; y no se verificará.

—No es tan fácil hacerlo como decirlo,—dijo Abenzarsal sin mirar al conde, y más bien como quien habla consigo mismo que como quien contesta á otro;—no es tan fácil hacerlo como decirlo. Porque, al fin, ni el mismo rey puede revocar ya la prueba por combate que tiene decretada á petición de parte, ni fuera decoroso en vos solicitarlo.

—Abenzarsal, decirme á mí ahora que nada se puede remediar en el asunto por los términos ordinarios, vale tanto como decirme que Madrid está en Castilla; y por cierto que no tengo ni el tiempo hoy ni la cabeza para aprender verdades de esa importancia. Si os consulto es porque presumo que pudiéramos dar un golpe atrevido. ¿No hay algún arbitrio? ¿no os ocurre á vos nada? ¡Por Santiago! yo creí que ya habíais comprendido que yo quiero que os ocurra.

—Mi cuerpo, señor, viejo y feo conforme se halla, está á tu disposición; del alma nada te quiero decir, porque no estoy muy seguro de si puedo disponer de ella como cosa mía, después de la tempestuosa y aun maliciosa vida que he traído. Dios me la perdone. Pero en cuanto á mis ocurrencias, permite que te diga, señor, que sólo conforme me vayan ocurriendo podré irlas poniendo á tu disposición.

—¡Maldito viejo!—refunfuñó Villena entre dientes.—¿Cuándo queréis acabar de fundirme esa cabeza de bronce que ha de responder á todo el que la pregunte y que me habéis tantas veces prometido? Yo os aseguro que si la tuviera en mi poder, como debiera, á la hora esta ya la habría hecho decir cosas buenas y oportunas acerca del asunto. No habría combate, yo os lo aseguro: no lo habría. Os juro que esa sería la mejor cabeza de Castilla, sin contar la mía, Abenzarsal, se entiende.

—Mientras la mía, señor, esté sobre mis hombros, que será todo el tiempo que yo pueda, paréceme que la de bronce ha de estar de más.

—Veamos, Abenzarsal, esa prodigiosa fecundidad de recursos. Ya imaginaba yo que no dejaríais de sacarme de este molesto apuro.

—¿Has visto alguna vez á tu juglar Ferrus desempeñar, con singular destreza y maestría, el famoso juego de cubiletes que de Italia han traído á España algunos juglares y juglaresas de Provenza?

—Adelante, Abenzarsal.

—Bueno: pues es preciso que aprendas ahora de Ferrus tan peregrina habilidad, y esto sin remedio.

—¿Os volvéis loco, ú os burláis de mí?

—Ni lo uno ni lo otro. Lo primero no me tiene cuenta á mí; lo segundo no te la tiene, señor, á tí; sin embargo, afírmome en lo dicho;

no tienes, conde, otro remedio, á no ser que quieras valerte del agua aquella que poseo, que no sería tan mal recurso. Pero has dado en apreciar la vida del hombre...

—¡Qué horror, Abenzarsal, qué horror! ¿Habéis tomado á vuestro cargo endurecer mi alma y hacer de mí un pícaro tan redomado como vos? ¿no tembláis el crimen?

—¿Qué es el crimen? ¿lo que han querido llamar tal los hombres? Soy uno de ellos; tengo derecho á no adoptar sus definiciones.

—¿Me diréis que el quitar la vida á otro ser...?

—¿Qué es quitar la vida, don Enrique? ¿puede el hombre, necio, insensato, quitar la vida á ningún ser? ¿puede el hombre crear ni destruir? ¡Impotente! ¡miserable! Aquel en quien acaba el alma de separarse del cuerpo, deja de vivir á los ojos de los hombres. A los ojos de Dios vive, porque nada muere á los ojos de Dios; El ha derramado la vida en los seres todos: unos existen bajo unas condiciones, otros bajo otras. Si el vivo vive de una manera que confesamos, vive también el muerto de otra manera que no conocemos: á los ojos de Dios las acciones todas son iguales: no hay bien, no hay mal; no hay vida, no hay muerte; no hay virtud, no hay crimen.

—¡Blasfemia, blasfemia!—gritó don Enrique. —Os complacéis en aventurar horribles paradojas en los momentos críticos en que tenemos más necesidad de inventiva que de ergotismo escolástico, y de confianza en el cielo que de heréticas impiedades.

—Como gustéis: dejemos en buena hora á los hombres, viles gusanos de la tierra, imaginarse en su vanidad los seres privilegiados de la creación: dejémosles creer orgullosos que para dar vueltas alrededor de su mundo miserable, ha lanzado al vacío el Hacedor millones de mundos mayores; dejémosles pensar que son algo y que valen algo; dejémosles, en fin, dar una incomprensible importancia á sus acciones míseras, al que llaman su honor, á su supuesta ciencia, á sus ridículas pasiones, al ruido que hace la boca, que llaman aullido en el lobo, y en sí mismos conversación.

—¿Acabaréis? ¡por santa María!

—Dejémoslos en tan lisonjero error; convencedle al hombre de que no es nada, y precipitado de la altura del trono que sobre la naturaleza se ha erigido, se afligirá como si el no ser nada fuese algo.

—¡Por Santiago!—exclamó Villena despechado;—tenéis razón, Abenzarsal. Tenéis razón en todo lo que habéis dicho, y en lo que habéis pensado, y en lo que os habéis dejado por pensar y por decir. Pero, ¿y mi maestrazgo? Os suplico que no lo consideréis como cosa de hombres, que yo os prometo probaros antes de mucho que si el hombre puede no ser nada, un maestrazgo por lo menos es algo.

—Vengamos, pues, al maestrazgo,—dijo sonriéndose el astrólogo, á quien esta última frase debió de parecer mejor que el mundo y sus míseros habitadores.—Ya he dicho, señor, que no queriendo hacer uso del *aqua mortis*, necesitáis aprender...

—Pero, ¿qué significa?

—Significa que, así como el juglar, y un juglar cualquiera, hace desaparecer entre los dedos la bola mágica, según la llama el vulgo de los hombres, ese de quien yo os hablaba hace poco...

—¿Volvemos?—dijo Villena desesperado, con lastimoso acento.

—No: tranquilízate, señor; así, pues, necesitas tú hacer desaparecer á alguien de la corte de don Enrique.

—¿A quién? ¿y cómo?

—Voy á decirte, ilustre conde. A Elvira, tu acusadora, es caso imposible, porque está libre bajo mi responsabilidad, así como Macías y tú lo estáis bajo la propia del rey, tú por tu clase, y él por su favor.

—Bien. Adelante. Elvira es, además, mujer de Hernán Pérez.

—Cierto; pero á Macías no me parece que podría ser difícil. Él está ahora más que nunca poseído de una pasión frenética; pasión cuyos resultados, felices para nosotros, has cortado tú mismo con tus incomprensibles escrúpulos. Sin embargo, puédenos servir todavía. Entreveo un plan asequible tal vez. Necesitaremos de Ferrus. Si el doncel cae en el lazo que le vamos á tender, no será él ciertamente quien venza á Hernán Pérez.

—Abenzarsal, ¡cuánto os debo, amigo mío! —dijo Villena estrechando sus manos.

—Dame, empero, tu palabra, señor, de no estorbar mis intentos, y dame con tu palabra á Ferrus. Sé las escenas que han pasado entre los amantes recientemente, sé... pronto lo sabrás tú mismo. Ven en tanto, señor, conmigo... Oigo un rumor extraño en la cámara de Su Alteza. ¿Será acaso alguna novedad en la salud del rey, que debamos sentir todos?

Al acabar el astrólogo estas palabras, dirigié-

ronse entrambos hacia la cámara de Su Alteza. Oíase desde ella un prolongado y confuso clamoreo, cuya causa no tardaron en adivinar. Su Alteza, rodeado ya de algunas de las primeras dignidades de Castilla, preguntaba á unos y á otros, y parecía haberse hallado largo rato en la misma duda que los personajes de nuestro último diálogo. Brillaba, sin embargo, en su semblante una alegría desusada en él y podíase conocer desde luego que más tenía de fausto que de infausto el suceso que producía en aquella ocasión tanto movimiento.

—Venid, ilustre conde, mi pariente, y vos, Abenzarsal, venid,—dijo don Enrique el Doliente saliendo al paso contra su costumbre, con notable olvido de su propia dignidad, á los dos personajes que entraban en su cámara.—La corona de Castilla tiene ya un heredero varón.

—Señor,—dijeron á un tiempo Villena y el físico,—¿es posible? ¿Ha llegado ya tan alegre nueva?

—Sí,—dijo el rey;—el enano que está de atalaya en la torre más alta del alcázar, acaba de ver las ahumadas que tenía mandadas disponer para este caso, y los fieles habitantes de mi leal villa de Madrid se han apresurado á felicitarme sobre tan feliz acontecimiento.

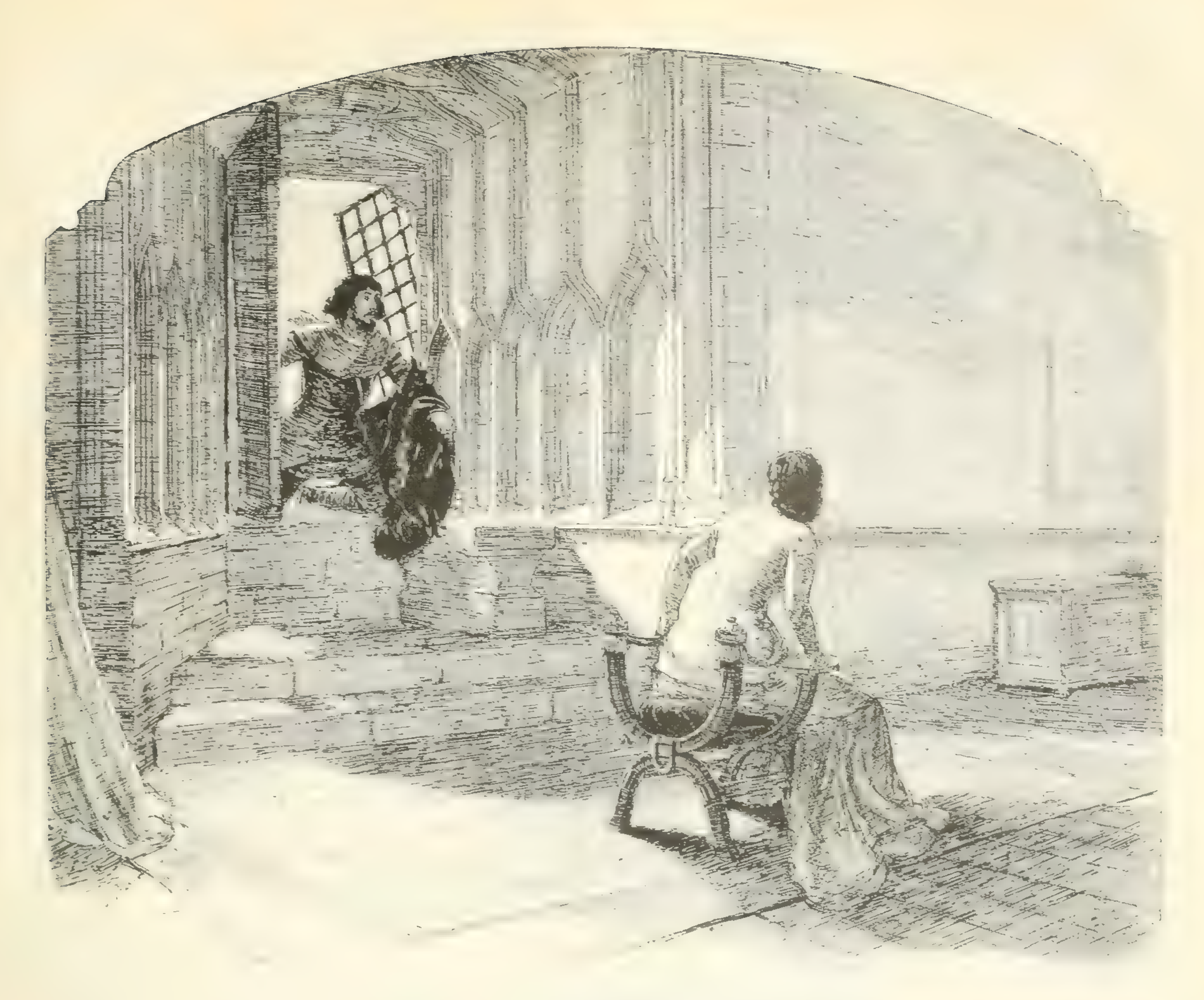
Oíanse, en efecto, ya más distintamente los repetidos vivas con que de buena fe manifestaba el pueblo su entusiasmo al saber que había nacido un rey, y que no podría faltarle ya en ningún caso quien le mandase.

Salió Su Alteza á una de las *fenestras* de su alcázar, como se llamaban entonces las ventanas en castellano, sin que se pudiera achacar eso á galicismo, pues no había entonces en la pobre villa de Madrid tantos traductores como en los tiempos que alcanzamos de dicha y de ilustración; salió á una de las *fenestras*, como dejamos dicho, y agradeció al pueblo con claras demostraciones y ademanes de contento y satisfacción, su inocente entusiasmo.

Vuelto en seguida á Stúñiga, justicia mayor del reino,—Diego López,—le dijo Su Alteza,—dispondréis que mañana sea la última audiencia que dé en esta villa á los fieles habitantes de Madrid. Debemos marchar inmediatamente á Otordesillas, adonde se trasladará la corte por ahora. Quiero que al separarme de esta mi villa predilecta, puedan mis vasallos venir á implorar á los pies del trono la justicia que puedan necesitar. Recuerdo, además, condestable,—añadió volviéndose al buen Ruy López Dávalos,—que he suspendido en dos ó tres casos decisiones de grave interés, prorrogándolas hasta el momento que tan felizmente ha llegado.

Inclináronse el condestable y el justicia mayor, y no puso tan buen gesto como don Luis Guzmán el intruso maestre. Antes, llegándose al oído del astrólogo:—¿Habéis oído?—le dijo. —Mañana dará orden de que se reuna el capítulo de Calatrava, y mañana acaso fijará el día de nuestro combate.—No hay tiempo que perder, —repuso en voz baja también el judiciario.

Don Luis Guzmán y Macías echaron cada uno por su parte una mirada significativa de esperanza y desprecio al conde de Cangas y Tineo. El resto del día se empleó en preparativos para el viaje que la corte disponía, y la noche en músicas y en danzas, en que los ministriles y juglares divirtieron no poco á todos con sus juegos y arlequinadas, farsas y bufonerías.



CAPITULO TRIGÉSIMOPRIMERO

> Porque le ví ir huyendo
> Muy malamente llagado,
> Y que á la hora de [illegible],
> Será muerto ó cativado.
>
> *Rom. del rey Rod.*
>
> Por ende quien me creyere
> Castigue en cabeza ajena,
> [illegible]
> Do no salga si quisiere.
>
> [illegible]

Algunas horas hacía ya que la noche había tendido sobre nuestro hemisferio su tenebroso velo. Ningún ruido sonaba en la campiña, ni en las solitarias y tortuosas calles de la villa de Madrid. Sólo en el alcázar se veían brillar, en algunas habitaciones, más luces de las que solían comunmente arder á semejantes horas: oíase desde la calle un rumor sordo y lejano, que se desprendía del altísimo edificio, bien como se desprenden de la tierra los vapores en una mañana clara de invierno. Un caballero acababa de bajar triste y taciturno la escalera principal del alcázar: su traje indicaba que salía del brillante sarao que arriba se oía; su desasosiego, sus pasos vagos y sin dirección, indicaban el desorden y la indecisión de sus pensamientos.

—Sí, volveré,—decía hablando consigo mismo,—volveré: ella misma lo decidió. ¡Importuna danza! ¡ruido mil veces más importuno! ¡Mientras más gente, más solo!

> Cativo de mi tristura,
> De mí todos han espanto:
> Preguntan, ¿cuál desventura
> Hay que me atormente tanto?

¡Inútiles esfuerzos! ¡talento estéril! ¿De qué

me sirves, de qué? ¡Ni mis palabras la vencen, ni mis trovas la mueven! ¡Elvira!

¡Ah! te place que mis días
Ya fenezca mal logrado,
Muy en breve,
Pues que al infeliz Macías,
Es tu pecho despiadado,
Tan aleve.

Después de repetir esta endecha tristísima de una de sus composiciones, apoyóse el trovador desdichado contra la alta muralla del alcázar, donde se encerraban todos sus deseos. Poco tiempo podía hacer que estaba sumergido en la más profunda meditación, ora recordando las contradictorias pruebas que de cariño y odio le había dado su señora, ora repitiendo vagamente y con profunda distracción fragmentos sueltos de las chanzones que le había inspirado su desgraciado amor, cuando una mano se apoyó sobre su hombro con extraña familiaridad.

—¿Quién eres,—preguntó airado,—el que osas perturbar la meditación del que desea estar solo?

—Quien os ha visto salir; quien compadece vuestra pasión; quien os ha de consolar en ella; quien sabe de vuestros asuntos tanto como vos, si no más;—repuso el desconocido.

—¡Ah! judiciario,—dijo Macías, reconociendo al físico Abenzarsal, que había salido tras él del bullicioso sarao.—¿Qué se hicieron tus predicciones, y qué tu vana ciencia? ¿Dónde está mi felicidad, dónde?

—Más cerca acaso de lo que presumes, hombre incrédulo.

—¿Qué decís? Explicaos. ¡Ah! si alguna vez os han engañado, si sabéis, padre mío, lo qué es esperar lo que nunca llega y creer lo que nunca sucede, no os burléis de mi necia confianza. Ved que lo creo todo, porque todo lo deseo.

—¡Silencio! ¿Conocéis una reja alta que da sobre el terraplén y el foso, hacia la parte del alcázar que mira al soto del Manzanares?

—¿Qué me queréis decir?

—Oid. La reja se abre. He aquí su llave.

—¿Su llave? ¿Para qué?

—¿Para qué preguntáis? ¿No os sirve, pues?

—¡Ah! dadme, dadme acá. Decidme, ¿de quién, para quién la tenéis?

—No os importa. ¿Conocéis su letra?

—¡Desdichado! ¿De qué la habría de conocer? Si tanto sabéis y adivináis...

—Bien: no importa. Miradla aquí.

—Su letra, Abenzarsal. ¿Es magia esto, es magia? ¿Deslumbráis mis sentidos, por ventura, con las artes de vuestra pérfida profesión?

—Leed y callad,—añadió el astrólogo sacando de debajo de su ropa una linterna, cuya luz proyectó sobre un pergamino que le dió al mismo tiempo.

—¡Dios mío!—dijo el doncel acabando de leer. —¿Es ella, lo sabéis, es ella la que escribe estas breves palabras?

—No: soy yo si os parece,—dijo afectando enojo el pérfido viejo:—adiós; puesto que no queréis ser feliz, no os quejéis después.

—¡Ah! no: venid, perdonad, señor, si el exceso mismo de mi felicidad... ¿Es posible?

—¡Ea! dejad vuestras pueriles exclamaciones. El tiempo corre. Partid. No convendría que nos viesen juntos. Sabéis que el hidalgo está con Su Alteza. Adiós.

—Escuchad; teneos. ¡Un momento!—dijo Macías; pero hablaba solo ya: el astrólogo había desaparecido con indecible presteza.—¡Qué confusión!—prosiguió el doncel.—¡Tanta felicidad, Dios mío! Corramos; mas no. ¿Quién sabe los sucesos que me esperan esta noche? Sé que mi constelación me es contraria. Quiero buscar mi espada: con ella al lado, nadie, nadie podrá estorbar mi felicidad.

Dirigióse, dichas estas palabras, el animoso doncel á su habitación, y ciñó su espada, cubriendo con un tabardo oscuro de velarte su elegante vestido, que no podía menos de haber llamado la atención de cualquiera que aquellas horas se lo hubiera notado, en el paraje sobre todo donde él pensaba que podría tener que esperar un instante propicio para su dicha.

Volvía á bajar la escalera del alcázar para salir al campo lo más presto posible, y antes de que se hubiesen cerrado las puertas de la villa, cuando un encuentro inesperado le detuvo, no tan á su pesar como podría parecerle á primera vista al que no supiese que el que hacía variar de aquella manera su primer pensamiento, era nada menos que el mismo, mismísimo pajecillo Jaime, á quien tan apurado y comprometido dejamos por causa del doncel en uno de nuestros últimos capítulos, que acaso no habrá olvidado todavía el lector.

—¡Jaime!—dijo Macías.

—¡Señor caballero!—repuso el paje no menos admirado y satisfecho.—Buena la hicisteis la mañana pasada. ¡Ah! otra vez ved de ser más prudente.

—¿Acaso Elvira?...

—Mirad, de eso nada sabré deciros, sino que desde entonces esposo y esposa se tratan de una manera... La señora pasa llorando los días y el señor rabiando las noches... La casa es un infierno. Felizmente, á mí nada me tocó de lo que merecía. Pero á propósito, gózome de encontraros. Díjome mi hermosa prima...

—Más bajo.

—No, no hay peligro.

—¿Qué te dijo?

—Que si volvíais alguna vez, como habíais dejado prometido...

—¡Como ella misma!... querrás decir...

—Sí, bien... como gustéis.

—¿Y qué?

—Nada: no os aflijáis. Mirad: las mujeres son .. vos lo conocéis mejor que yo...

—¿Qué hablas, pajecillo? Acaba.

—¡Ah! no, si os enfadáis... tranquilizaos, y os diré...

—¡Acaba por Santiago! Juro por el infierno que estoy tranquilo.

—Me dijo, pues,—contestó el paje aterrado de la extraña tranquilidad del doncel,—que si volvíais, se os dijera que no estaba.

—¿Eso dijo? ¡Perfidia! ¡perfidia sin igual! ¿Y no lloró al decirlo, no tembló, miserable? Sed generoso con las damas: creed, creed un solo punto. *¡Salvad mi honor, huid, y volveréis! que os amo,* dijo, y todo fué mentira! ¿Y yo salí y obedecí? ¡Necio! ¡insensato! ¡Ah! ¡maldecida generosidad! Paje, ¿me engañas?—prosiguió después de una breve pausa, en la cual dió mil vueltas al pergamino que le acababa de dar el astrólogo.—No pudo decir eso: tú burlas mi dolor, y tú...

—¿Yo, señor, yo? Me obligaréis á deciros lo que añadió...

—¿Qué añadió, santo Dios?

—Pues mirad, añadió que se os dijera á vos mismo que ella había dado aquella orden.

—¿Eso? ¡Ella! ¡Ella misma! ¡Oh ultraje! ¡oh rabia! Paje, ¿conoces tú su letra?

—Poco, señor.

—¿Es esa?—dijo Macías acercándola á un farol de la escalera inmediata.

—Paréceme que... sí... cierto; yo á lo menos... Verdad es que yo no sé escribir. Yo soy mal juez.

—¿Cuándo dijo lo que me acabas de referir?

—Aquel día mismo.

—¡Respiro! Algún objeto llevaría. Vuela á tu prima, Jaime: dile que me diste ese recado, y que respeto sus motivos. Escucha. Con respecto á su cita, dile antes de una hora...

—¿Cómo? ¿os cita?

—¡Silencio!

—¿Y os quejabais vos? Decid entonces que el engañado he sido yo. Ya me encargaré yo de esos recaditos en adelante, para que me cuesten una oreja el día menos pensado, y que la señora luego... ¿Es posible, señor caballero, que han de engañar las mujeres hasta á sus mayores amigos? ¡A todo el mundo, señor... á todo el mundo!

—¡Ea! ¡Silencio! y separémonos. Nada digas, nada hables. En estos asuntos, Jaime, la palabra escapada revuelve sobre el que la dijo y las imprudencias se pagan con la vida. ¡Adiós, adiós!

Dichas estas palabras continuó el doncel su camino, pidiendo á su señora en su borrascosa imaginación mil perdones por la ligereza con que la había inculpado, en aquel momento mismo en que acababa de darle, según él, la prueba más singular de su constancia y fidelidad.

Llegó el paje entretanto á Elvira, y refirióle lo ocurrido. Mil y mil ideas se cruzaron en la imaginación de la desdichada. Deseosa, sin embargo, de aclarar aquel misterio y bien decidida á no exponerse de nuevo al peligro que no podía menos de correr con el arrebatado doncel: —¡Jaime,—dijo,—quiero salvarme á toda costa! Le amo, le amo con furor; y el infeliz lo sabe. No le vea, no le hable. Mi honor es lo primero. Juzgue de mí lo que quisiere. Escucha. Yo de mí misma desconfío y tiemblo. Sus ruegos pudieran vencerme... Por otra parte, esa cita sólo puede ser un artificio... acaso una horrible maquinación, un lazo que nos tienden. Mira: toma esa llave, y ciérrame por fuera; de esa manera no le podré yo abrir aunque sus ruegos me ablandaran. Corre en seguida en su busca. ¿Dónde iba?

—Bajaba la escalera del alcázar.

—¡Soy feliz! Todavía no viene en mucho tiempo. Búscale, Jaime, búscale. Dile que es inútil; que nunca le he citado; que es mentira; que su vida peligra; que está Hernán conmigo... Lo que quieras. Que no venga, y lo demás no importa. ¿Qué sería de mí si Hernán...? ¿Será él por ventura, será él el que de esta suerte intenta?... ¡Qué horrible maquinación!—Hizo Jaime lo que su hermosa prima le rogaba con no poco miedo de verse metido á su edad en tan gran laberinto de riesgos y de intrigas, pero

con toda la decisión al mismo tiempo de que es capaz la fidelidad.

—¡Otra vuelta!—dijo Elvira al paje, que cerraba ya por defuera. Así: adiós. Si mi esposo viene, él tiene otra llave. ¡Yo os doy gracias, Dios mío,—añadió postrándose con cristiano fervor;—yo os doy gracias, Señor, por el peligro de que me habéis librado!

Apenas había acabado de decir estas palabras cuando se dejó sentir en la parte de afuera de su habitación un rumor, extraño ciertamente á aquellas horas y en aquel sitio tan solitario.

—¿Qué oigo, Dios mío? ¿Qué oigo?

—¡Elvira!—dijo una voz que así parecía bajar del cielo como salir de una profunda cueva. —¡Elvira!

—¿Quién me llama?—añadió la asustada dama corriendo hacia la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada.

—¡Macías!—respondió la voz sordamente, y resonaron dos ó tres golpecitos dados con cierto misterio é inteligencia.

—¡No le ha encontrado el paje!—exclamó Elvira.—¡Ah! si Hernán... Oid... doncel... Nadie responde... y el ruido continúa. ¡Cielos! no es aquí: no es en la puerta. ¿Dónde, pues, dónde? Aquí,—exclamó llegando á la ventana,—en esta parte están. ¿Qué intentan? Esta reja se abre; pero la llave... la llave debe tenerla el alcaide del alcázar... ¡La abren, Dios mío!—continuó escuchando con la mayor ansiedad.—Huid, huid, quien quiera que seáis.

—¡Bien mío!—respondió el doncel abriendo completamente la reja y dando con su espada en la madera, que quedaba cerrada todavía.

—¡Ah, es él, es él! yo soy perdida. Yo misma me he encerrado,—gritó Elvira arrojándose sobre un sillón al tiempo mismo que la madera, destrozada por los furiosos golpes del doncel, cedía á su irresistible fuerza.

—Yo soy, Elvira, yo soy,—dijo Macías arrojándose á los pies de su amante.—Mil obstáculos he tenido que vencer; no pensé alcanzar á la altura de esa reja, que he debido escalar con la espada en la boca. Ya estoy, en fin, aquí, bien mío, y á tus plantas.

—¡Ah! no; salvaos por piedad, y salvadme á mí. Macías, cada palabra que hablamos es una palabra de abominación; el tiempo es precioso y le perdemos.

—¿Perderle yo á tu lado?

—Cesa ya, y parte.

—¿Me llamas, señora, para escuchar de nuevo tus rigores?

—¿Yo os llamé, Macías?

—¿Qué escucho?—dijo levantándose.—¿Cuya es, pues, esa letra?

—¿Esa letra? ¡Cielos! los traidores la han fingido.

—¿La han fingido, señora?

—Para perdernos, sí.

—¿No es vuestra? ¡Crédulo yo, insensato! ¡Cierto es, pues, lo que Jaime asegura!

—Todo, sí, todo es cierto, huid; no os quiero ver: os aborrezco.

—¿Me aborrecéis? Pues bien, nos perderán. Ya su triunfo es completo. ¡Pérfida!—añadió después de haberla contemplado un momento. —¿De esta suerte pagáis mi generosidad? Tres años de silencio. Hablo, por fin, hablo, para ofreceros más generosidad, mayor sigilo aún, amor más grande, ¡y no os ocurren en pago sino pérfidos medios de engañarme! Sed noble, señora, hasta en la perfidia misma. Medios hay aún de ser noblemente malo. ¿Sois veleidosa? ¿Por qué no me decís: «¡Macías, soy mujer! ¡Plúgome vuestro amor, mas hoy me cansa! No es para mí, que es harto grande.» Yo agradecería vuestra nobleza entonces.

—Acabemos, Macías: no más reconvenciones, no. Idos, y nunca más volváis. Toda comunicación, todo vínculo es roto entre nosotros. Si prendas teníais de mi amor, si insistís en creer que mis ojos, mi lengua, mis acciones os prometieron algo, en buen hora, creedlo, devolvedme, empero, mi libertad...

—¿Qué os la devuelva, señora? Volvedme vos la dicha, volvedme la confianza.

—¡Qué suplicio! por piedad, partid.

—¿Partir? ¡Qué delirio! Mi vida hoy, ó mi muerte. No os creo ya: nada espero de vos. Todo de mí. Oídme.

—Soltad mi mano.

—No, sois mía, y lo seréis.

—¿Y ese es amor tan grande? ¿Me amáis vos, y me amáis comprometiendo mi honor y mi existencia?

—Sí, porque tú y yo no somos ya más que uno. Los dos felices, ó desgraciados ambos. Uniónos el amor: la muerte sola nos separará. Volved los ojos hacia mí, volvedlos: inútil es retirarlos: me veis, me veis donde quiera que los volváis: cerradlos, y aun me veréis. Decidme que me amáis. Mentid, señora, si no es cierto: decidlo empero por piedad, y salgo.

—Jamás, jamás,—profirió débilmente Elvira, procurando en vano desasirse de los amantes lazos en que la tenía presa el impetuoso doncel.

—¿Jamás decís? Pues escuchadme,—repuso Macías con el acento de la más profunda desesperación.—Yo había nacido para la virtud. Vos me consagráis al crimen. No hay sacrificio inmenso de que no fuera mi corazón capaz, ó por mejor decir, el amor era mi constelación. Encontrando en el mundo una mujer heroica, era mi destino ser un héroe. Encontrando una mujer pérfida, Macías debía ser un monstruo. Yo os dí á elegir, señora. Nuestra felicidad y el secreto y cuanto vos exigieseis, ó el escándalo y mi muerte. Vos elegisteis lo peor. Escrito estaba así. ¡Muerte y fatalidad!

—¡Ah! silencio, silencio. No me maldigas ya: ¡desventurada!

—Sí: todo es ya acabado entre nosotros. Nuestra felicidad ha sido una borrasca; formada como el rayo en la región del fuego, debía destruir cuanto tocara. Ha pasado como el rayo, pero como el rayo ha dejado la horrible huella de su funesto paso. Tu amor, tu amor, ¿quién lo creyera? era el único que no debía dejar más señales de su existencia en tu corazón de hielo, que las que deja el ave que atraviesa rápidamente el cielo, que las que deja sobre tu labio abrasador este ósculo de muerte, que recibes, bien mío, á tu pesar.

—¡Ah!—exclamó Elvira, reluchando inútilmente;—soy perdida, perdida para siempre.

—Y mil y mil,—añadió frenético Macías,—prendas son todos de nuestra próxima muerte. Ellos son, Elvira, la agonía del amor. ¿No sientes el fuego inmenso que encienden en las venas? ¿No percibes el tósigo? Bórralos jamás, olvídalo si puedes, y olvídame después. Venga la muerte ahora,—añadió desasiendo á la infeliz Elvira, que, perdidos los ojos en el techo y pálido el semblante, cayó desprendida del doncel sobre el sitial inmediato.

Un momento de pausa y de silencio, semejante al que llena de misterioso terror al caminante después del fragoroso estampido de la exhalación eléctrica, sucedió á las últimas palabras del doncel. Arrodillado á las plantas de Elvira, imprimía todavía en una de sus manos, hermosas como el alabastro, sus trémulos labios; no lloraba ya Elvira, no derramaba una lágrima Macías. En las grandes situaciones de la vida no halla salida el llanto. La inmovilidad del mármol, el estupor de la postración, son los caracteres de las emociones sublimes. El silencio entonces es elocuente, porque no hay palabras en ninguna lengua ni sonidos en la naturaleza que pinten el amor en su apogeo, que expliquen el dolor en toda su intensidad.

—¡Elvira!—dijo por fin Macías.—¡Cuán desgraciados somos!

—Partid, partid,—profirió con trabajo Elvira.—¡No queráis, señor, que lo seamos aún más! Esta es la última vez que nos veremos.

—¡La última! sí: porque la muerte llega.

—¡Ah! no; no lo esperéis. Ya todo se ha concluído entre nosotros: ahora es cuando os lo digo, sabedlo; os he querido, señor, os he querido, como nadie volverá á querer. Salvadme ahora, después de esta confesión.

—¡Ah, lo decís por fin! tiempo es aún... Decid que ahora me queréis, y huyamos. Pero huyamos los dos.

—No es tiempo ya, no es tiempo. Sed generoso vos ahora: no apure el vaso yo del crimen y del deshonor. Nunca ya nos hablaremos, Macías...

—¿Nunca, señora?

—Desistid... ¡por Dios!

—Os juro que no desistiré.

—Ved que los asesinos se acercan acaso ahora... ¡Ah! no me hagáis aborrecer la vida; no me obliguéis á malderiros.

—Sí: maldíceme ahora... mas ¿qué rumor...?

—¡Ellos son, ellos son!—gritó Elvira, precipitándose hacia la puerta.—¡Los traidores!

Oyóse efectivamente ruido de armas y personas al pie de la reja.

—¡La puerta está cerrada,—gritó Elvira,—y él solo puede entrar!

—Dime que me amas,—exclamó Macías;—decídete, en fin, señora, á participar de mi suerte; dime que siempre me amarás; y mi espada aun nos abrirá paso al través de los pérfidos asesinos.

—No, no, Macías: no muera deshonrada,—gritó Elvira sin saber adónde refugiarse.—¡Dios mío! compasión. ¡Dios mío! Salvaos solo, Macías.

—Contigo, Elvira.

—Jamás,—repuso Elvira abrazándose á un alto crucifijo de plata que sobre una mesa lucía. —El cielo maldice vuestro amor y... yo...

—¡Silencio! Por última vez. Ved, señora, que algún día diréis *es tarde, es tarde*, y diréislo entonces con dolor. Ahora que es tiempo todavía...

—No, Macías, no; yo le maldigo nuestro amor.

—Elvira, pues, adiós. Mi muerte es tuya, como fué mi vida.

Al decir estas palabras Macías cogió su espada, y poniéndola rápidamente sobre su rodilla, partióla en dos desiguales trozos, que después de abrir de par en par las maderas de la ventana lanzó contra los que ya trepaban por la reja.

—¡Hernán Pérez!—gritó.—¡Hernán Pérez! Heme aquí sin defensa. La muerte os pido, la muerte.

—¡Macías!—exclamó Elvira desasiéndose del crucifijo, y arrojándose hacia la ventana. Era tarde, empero. Macías se había lanzado ya fuera de la reja.

—¡Es nuestro! ¡es nuestro! retirarnos: ¡basta! —clamaron á un tiempo varias voces.

—¡Ah!—gritó Elvira con una expresión difícil de pintar.—¡Socorro! ¡Socorro!

Al mismo tiempo sonó la llave en la puerta.

—¡El es, él es!—gritó Elvira.—¡Santo Dios! ¡Piedad de mí, piedad!

Un chillido agudo y espantoso terminó tan horrorosa escena. El que entró se dirigió hacia la reja, mirando en derredor, y nada descubrió. Tendió en seguida la vista por la habitación, y sólo vió en el suelo el cuerpo de una hermosa privada enteramente de sentido.



CAPÍTULO TRIGESIMOSEGUNDO

> En Castilla está un castillo
> Que se llama Rocafrida:
> Tanto relumbra de noche
> Como el sol á medio día.
>
> *Rom. de Montesinos.*

Existe á cinco leguas de Jaen una población pequeña ahora, y pequeña en los tiempos á que se refiere nuestra narración, que tiene por nombre Arjonilla, ora por haber sido fundación de algunos habitantes salidos de Arjona, ora por su inmediación á ésta ó por las relaciones que con ella pudo tener en lo antiguo. Pertenecía esta villa al maestrazgo de Calatrava, y era una de las primeras que se habían declarado por don Enrique de Villena, á causa de la influencia que le daban á éste en aquel punto varias posesiones que en su territorio tenía. En el siglo XV presentaba el aspecto que aun en el día suelen presentar muchos pueblos de nuestra patria. Algunas casas que, más que viviendas de hombres, parecían cuevas de animales, esparcidas aquí y allí, formaban irregulares callejones. No era, sin embargo, tan pequeña su importancia que tuviesen que acudir sus habitantes á algún pueblo vecino de mayor cuantía para cumplir con sus deberes espirituales. Poseía una iglesia parroquial, no muy grande en verdad, pero que no dejaba por eso de bastar para su reducido vecindario, y que se hallaba bajo la protección y advocación de Santa Catalina. En el día será todo lo más si puede traslucirse su antigua grandeza en los restos míseros que la constituyen en la humilde jerarquía de ermita; pero en el reinado de Enrique III, nos dice Jimena en sus anales eclesiásticos de Jaen, no sólo era la iglesia parroquial, sino que era una obra moderna que no tenía más fecha que los años que hacía que había sido reconquistado aquel país á los moros.

A cosa de un cuarto de legua del pueblo, rivalizaba en grandeza con la iglesia parroquial un castillo sombrío y viejo, que si no era de los más fuertes y afamados de Castilla, no dejaba por eso de ser sólido y una de las posiciones militares más ventajosas de la comarca. Edificado como todos los de aquel tiempo, en una eminencia, mejor diremos en la punta de una peña, podía servir de reducto á un tercio militar en retirada, ó de baluarte á un destacamento avanzado de un ejército invasor. Tenía su doble muralla almenada, torres, foso, contrafoso, puente levadizo, en una palabra, cuanto hacía necesario en semejantes edificios la táctica militar de ataque y defensa de aquella época belicosa, y de perpetuo temor y desconfianza. Crecía la yerba tranquilamente en derredor de las almenas, prueba evidente de que había mucho tiempo que no oponían obstáculos las artes de la guerra á su abundante vegetación. Un largo litigio que sobre la pertenencia del tal castillo había sostenido contra la corona de Castilla la orden de Calatrava, había sido ocasión de hallarse inhabitado algunos años, y se habían adherido á él, como en aquellos tiempos de ignorancia solía frecuentemente suceder, mil vagas tradiciones, mil supersticiones fabulosas, que habían consolidado algunos malhechores, cobijándose en él secretamente y haciéndole cuartel general y centro de sus operaciones. Era fama por el país que, en tiempos anteriores, un moro, mago, si jamás los hubo, había sido fundador del castillo, cuya construcción se perdía en los tiempos remotos de la conquista y reconquista; opinión á que no daba poco realce el color negruzco de la piedra y el aspecto todo venerable y misterioso de sus antiquísimas murallas. El mago había construído el castillo, según la más recibida opinión, para satisfacción de odios y rencores propios suyos: en él había atormentado durante su vida á muchas hermosas doncellas que no habían querido rendirse á sus brutales deseos, pues todas las tradiciones convenían en que éste había sido el flaco del moro encantador y descomunal. Añadíase á esto que no había faltado razón para ello, pues se refería de

él la siguiente historia. El moro había amado en sus lucidos abriles á una mora llamada Zelindaja, hija de un reyezuelo de Andalucía; la cual había correspondido primero á su pasión, pero le había dejado después, sin verdadero motivo, por otro y otros moros sucesivamente, con la natural facilidad y ligereza de su sexo leal y encantador. El moro, que debía de haber sido hombre de suyo sentado y poco aficionado á mudanzas, había tomado la cosa muy á mal y el desaire muy á pechos, y en vez de volver los ojos á otra Zelindaja mejor que la primera, lo cual hubiera sido determinación de hombre prudente, había jurado vengarse castigando en el sexo toda la culpa de uno de sus individuos. He aquí la causa de su odio á las mujeres: para lograr sus fines habíase dado á la magia y á la confección de bebidas y filtros amorosos. Con ellos enquillotraba á las doncellas, las cuales, al punto que apuraban á poder de engaños la pócima, así quedaban del moro enamoradas como si en el mundo no hubiera habido otro hombre, ni moro ni cristiano. Entonces entraba la parte de su venganza: entonces el pícaro moro hacíase de pencas y dejábalas llorar y suplicar, suspirar y gemir por los sus encantos, con lo cual íbanse consumiendo y acabando las enquillotradas doncellas como bujía que se apaga. Conforme las iba el bribonazo del encantador seduciendo, íbalas encerrando en el castillo, y era todo su placer, cuando veía á una ya tan madura y encaprichada de él como juzgaba necesario, hacerla testigo de los enamorados motetes y de las apasionadas caricias que á otra fingía, usando después con ésta y con todas las sucesivas de igual odioso manejo. Mesábanse los cabellos las infelices y decíanle injurias y ternezas; pero el moro había aprendido tan bien de su Zelindaja, que hacía oídos de mercader, y no parecía sino que había nacido hembra y mora más bien que varón y moro. Todo lo más que solía decirlas cuando las veía presas en las redes de su pérfido amor, era contestarlas como le había contestado á él Zelindaja:—Mi honor, les decía, no lo consiente.—Cede, bien mío, replicaban ellas.—Imposible, reponía él con grave remilgamiento y afectado pudor y compostura. ¡Mi honor es lo primero!—¿Y los juramentos, ingrato, y las promesas, falso? solían responderle.—¿Yo juré nunca, prometí yo acaso? añadía el moro haciendo el olvidadizo.—¿Y los placeres que gozamos?—¡Insolente, qué osadía! ¿cuándo, en dónde?—Ved que mi muerte, moro mío, será obra de tu rigor, acababan ellas.—Podéis hacer lo que gustéis, concluía entonces el redomado moro cogiendo un abanico, é imitando con él y con el desvío de sus ojos el antiguo sistema de su pérfida Zelindaja. Con lo cual tenía á las perdidas doncellas en un infierno perpetuo, muy parecido al que pasan voluntariamente en esta vida los incautos que dan en creerse de palabras y juramentos, de prendas, en fin, y de ternezas de moras pérfidas y veleidosas.

No había parado aquí el rencor del bribón del encantador. Efectivamente, incompleta hubiera sido su venganza si no hubiese caído en sus lazos la misma Zelindaja. Tuvo modo el mágico de engañar á una de sus doncellas, la cual le hizo beber, no se sabe á punto fijo con qué sutil arbitrio, una buena pieza del filtro ponzoñoso: no bien se le hubo echado á pechos Zelindaja, cuando sintió renovarse en sus venas el fuego antiguo en que había ardido por el moro: desde entonces no perdonó medio alguno de anudar de nuevo sus rotas relaciones. Hízolo tan bien el vengativo, que la obligó á que se decidiese á venir á hacer vida común con él á su castillo, donde decía les esperaban delicias sin fin y una vida entera de amor y fidelidad. Cayó en el lazo la incauta cuanto enamorada Zelindaja; pero no bien hubo pasado el rastrillo de la encantada fortaleza, cuando llamándose andana el astuto moro, dió dos zapatetas en el aire, como potro que sale, roto el freno, á gozar al campo de la conquistada libertad, sacudió el amor, y comenzó á dar tal cual lección de sufrimiento á la desvanecida hermosa, quien aprendió entonces lo que habrían sufrido sus amantes. Lloraba ella y gemía, y volvía siempre al moro, pero decía él:—¡Ay! mora mía, es tarde.—¡Ay moro! le decía Zelindaja.—Es tarde, ¡ay! es tarde, contestaba el moro, afectando dolor y sentimiento. Tal era la explicación que se daba á un gran rótulo, labrado en la misma piedra sobre la puerta principal del interior del castillo, que decía efectivamente en letras gordas arábigas y en árabe dialecto: *es tarde*.

No había querido el moro que Zelindaja muriese como las demás á poder de sus desprecios: había decidido, por el contrario, que Zelindaja viviese más que todas, y que á su muerte, la cual él no podía evitar que sucediese algún día, quedase á lo menos su sombra recorriendo perpetuamente los claustros y galerías del castillo, pidiendo á las piedras la fidelidad que tanta falta le había hecho en vida, y á los ecos su esposo, como llamaba en su delirio al rencoroso moro.

De aquí la tradición misteriosa de que se oía en el castillo, sobre todo en las crudas noches de invierno, ó en épocas de tormentas, una voz de mujer que pedía á los elementos todos su esposo: y no faltaba quien añadía haber visto con sus propios ojos, que habían de comer la tierra por más señas, una sombra blanca, recorriendo, toda pálida y desmelenada, con una antorcha en la mano, las altas bóvedas, como quien busca efectivamente alguna cosa que no encuentra.

Excusado es, pues, decir que no tendría el castillo muchos aficionados, porque era común opinión que el que llegaba á poner el pie en él, hallándose enamorado, ya nunca había de oir más consuelo ni esperanza amorosa que aquel fatal *es tarde*, que á la fundación y suerte del castillo presidía.

Era igualmente aborrecido el moro y maldecidos su nombre y su memoria en la comarca, porque no había amante desairado que no creyese deberle aquel singular favor á la influencia que ejercía todavía en muchas leguas á la redonda, aun después de su muerte. No había padre que no creyese deberle la palidez de su hija, esposo que no imaginase obra suya el despego de su esposa, y zagal enamorado que no le pidiese más de una vez, en sus secretas oraciones, la revocación de la terrible suerte que había dejado en herencia al país en que había vivido.

Nosotros, sin embargo, habremos de abogar por el moro, en primer lugar porque no creemos que tenga en el día influencia alguna el tal mago sobre nuestras mujeres, y sin embargo ni dejan de estar pálidas las incautas jovencillas, ni dejan de dar su amor á todos los diablos los enamorados zagales, ni se ha acabado el despego entre los esposos, ni deja de suceder con las Zelindajas, de que se compone el bello sexo, lo que con los hilos de las sábanas de angeo de la venta de Puerto Lápice, de los cuales decía Cide Hamete, que si se quisieran contar no se perdería uno solo de la cuenta.

Si no tenía efectivamente otro delito el moro que engañar á sus amantes, enamorar primero para despreciar después, y variar de amor como de camisa, mal haya si encontramos por qué reconvenirle, en unos tiempos, sobre todo, en que cualquiera mujer no necesita ser muy mora, ni muy hechicera por cierto, para hacer otro tanto cada y cuando le ocurre, que suele ocurrirles siempre. Somos demasiado defensores y amigos del bello sexo para hacer por ello inculpación alguna al inocente moro.

Enfrente del castillo, pero á más que respetable distancia, se veía el tercer edificio notable, la tercera maravilla de Arjonilla. Era ésta una casa no muy grande, comparada con la más pequeña de las que adornan en el día la capital de todas las Españas posibles, pero verdaderamente regia, puesta en parangón con la más espaciosa de Arjonilla.

Una anchísima puerta, cuyo dintel presentaba al espectador la huella antigua y honda de la rueda, y un espacioso corral, mitad con cobertizo, mitad con el cielo por techo, hubieran indicado al caminante muy suficientemente que aquella era la posada, ó parador, ó venta, ó como se quiera, de la importante villa por donde transitaba, aun sin necesidad de reparar en un empolvado ramo que de una reja baja salía, inclinando sus secas y marchitadas hojas sobre el camino.

Entrábase dentro del tal ventorrillo, y siguiendo un callejón, en el cual servía la oscuridad de encubrir la poca limpieza, se llegaba á una cuadra, pasábase de ésta á otra peor que la primera, y de allí á la gloria, como suele comunmente decirse, es decir, á la cocina, pieza principal de la casa. Un mal hogar, coronado de una alta y piramidal chimenea, era todo el mueblaje, si se exceptúan dos fementidas mesas, digámoslo así, que compararámos de buena gana, en lo largas y estrechas, con el alma de un vizcaíno, si nosotros hubiéramos visto alguna; estaban clavadas y arraigadas casi ya en el suelo, como todas las cosas malas en el país. Dos bancos, remedos asaz perfectos en su instabilidad de las cosas de esta vida, y que en lo poco firmes más que bancos parecían mujeres, tenían cogida en medio á cada mesa, y hacía cada mesa con sus dos bancos la misma figura precisamente que haría un galgo grande entre dos galgos chicos. La superficie de cada mesa era tan desigual como la superficie del mar en un día de tormenta: se tambaleaba, además, y cedía al menor impulso con la misma flexibilidad que un periódico ministerial del día. La construcción de los bancos era un tanto cuanto picaresca y maliciosa, porque cuando se sentaba una persona sola en una extremidad, levantábase la otra irritada de la presión, como si fuera á hablar con su huésped, y era preciso sujetar al rebelde si no quería dar consigo en tierra el recién sentado, cualidad en que parecía cada banco una balanza.

La llama del hogar, oscilante y tan indecisa como un gobierno del justo medio, alumbraba

á relámpagos los barbados rostros de unos cuantos arrieros y trajineros que secaban en la brasa sus húmedas alpargatas, ó disponían su cena en ollas y sartenes, asaineteando su rústica conversación con más votos y por vidas que palabras.

Pero como no podía bastar el resplandor intermitente de la leña para iluminar debidamente á los que ya en las mesas cenaban, el inteligente dueño del establecimiento, lleno de previsión, había provisto á esta necesidad con un magnífico candil, cuya materia no era fácil adivinar al través del hollín y grasa que le enmascaraban, el cual daba de sí más aceite que luz. Pendíase unas veces de la misma pared, asegurando su gancho en un agujero practicado sencillamente al efecto, colgábase otras en una cuerdecita embreada de manchas de moscas: en el segundo caso columpiábase el luminar aquel de la noche de tal suerte, que de buena gana le hubiera comparado un poeta del siglo XVI con el aura meciéndose blandamente en las ondeantes hebras de oro de Belisa, de Filis, ó de otra cualquiera no menos bella inspiradora. Había además en la misma cocina, y como si dijéramos ocupando el estrado y sirviendo de diván, un corpulento arcón que así era de paja como de cebada, y adonde acudía no pocas veces el mozo de la posada, con detrimento notable de las ropas de los concurrentes, á los cuales no podía favorecer gran cosa el polvillo que, al cerner la cebada, del honrado harnero se desprendía. En días de viento tenía la cocina la singular ventaja de parecerse al Olimpo, mansión de los dioses, en las densas y misteriosas nubes que formaba el humo oprimido y rechazado en el cañón de la chimenea por las corrientes de aire que en la región atmosférica discurrían.

Cenaban á un lado dos paisanos que parecían, si no del pueblo, por lo menos de la tierra, y á otra parte solo, enteramente solo, un individuo muy conocido nuestro y de nuestros lectores, á quien parecía dedicar mil atenciones el dueño de la posada. Servíale primeramente en persona, mientras que servía á los demás, ó no los servía, una robusta Maritornes, que nada tenía que envidiar á la de Cervantes sino es la pluma de su historiador y cronista. En segundo lugar quitábase la montera cada vez que aquél le dirigía la palabra, lo cual hacía éste siempre, preciso es decirlo todo, con aire imperioso y hablando como superior á inferior. En tercer lugar reíase á la menor palabra que decía el forastero. Y en cuarto le había sacado de las provisiones reservadas de su hostalería unas aceitunas algo aventajadas, y cierto vino, no precisamente puro, pero en fin, del que tenía menos agua en su bodega.

El forastero cenaba más bien como un gañán que como un señor; pero, fuera de esto, era preciso confesar que entre todos los que formaban aquella escogida reunión no había nadie que tuviese un exterior tan cortesano, ni que más se apartase del tipo primordial del hombre de la naturaleza, al cual estaban demasiado cerca, en honor de la verdad, aquellos sencillos arjonillanos. De todo el comportamiento del huésped para con el forastero no era preciso ser un lince para inferir que éste era hombre que disponía de más que de medianas facultades, y que aquél se prometía una lucida paga de sus esmeradas y particulares atenciones.

—Traedme más vino,—dijo el forastero apurando la primera vasija que á su derecha había puesto el posadero.

—Como gustéis,—dijo éste riéndose, y no tardó un minuto en estar servido el huésped. —No se bebe mejor, señor caballero,—dijo aquél,—en toda la tierra.

—El pan es el que es malo,—dijo el viajero.

—¡Ah! sí, señor, como gustéis, muy malo,—repuso riéndose obsequiosamente el hostalero. —¡Ya veis!—añadió acercándosele al oído.—Esta semana no se ha cocido en casa todavía, y ha cargado tanta gente que he tenido que recurrir á un vecino...

—Bien, basta,—dijo con tono imperante el huésped.

—¡Eh! ¡eh! como gustéis,—repuso el hostalero.

—Parece que el tiempo está bueno,—dijo de allí á un rato el que cenaba.

—¡Ah! ¡ah! sí, como gustéis, señor caballero,—respondió con sonrisa agradable el amo.

—¿Tenéis mucha familia?

—¡Eh! sí, ¡eh! como gustéis, señor caballero; como gustéis,—dijo el flexible.

—El hombre es categórico,—dijo para sí el preguntón;—no gusta por lo visto de quimeras ni de indisponerse con nadie;—y volvió á sepultarse en su distraído cuanto importante y misterioso silencio.

—¿Y vendrá el señor huésped por mucho tiempo?—se atrevió á preguntar el hostalero de allí á un momento, viendo que había caído la conversación y creyendo hacer un obsequio á su huésped en renovarla.

—Como gustéis,—le contestó secamente el

forastero, encargándose á su vez de que no se diese de baja en el diálogo la muletilla del ventero.

—Yo lo creo,—repuso el amo.—Vuestra señoría fué de los que llegaron ayer...—prosiguió luchando entre el temor de parecer demasiado preguntón é indiscreto, y la curiosidad natural de su oficio;—de los que... es decir, de la casa del señor maestre de Calatrava...

—Como gustéis,—respondió más secamente aún nuestro hombre, levantándose y soltando en la mesa con desenfado una moneda de oro. —Esta noche dormiré aquí. Me haréis disponer la cama.

—Como gustéis, señor; pero cama, eso no habrá, porque vuesa merced...

—¿No habrá, bellaco? ¿Cómo diablo tengo de gustar entonces?...

—Como gustéis, señor caballero; pero es decir que vuesa merced sabe que en estas casas...

—En estas casas... ¡voto va! Queréis cenar, y os dicen: Se guisará lo que traigáis de vuestro repuesto. ¿Queréis dormir? Traeréis cama. ¿Qué hay, pues, posadero, que Dios maldiga, en una posada?

—Lo que gustéis, señor, lo que gustéis... no siendo cosa de comer, ni de cama, ni cuarto, ni...

—Ni diablos que te lleven.

—Como gustéis, señor: ¡eh! ¡eh!—repuso el hostalero sopesando en la mano la moneda de oro.—Lo más, señor caballero, que puedo hacer por vos si urge...

—¿No me ha de urgir, pícaro?... Mañana por cierto no dormiré aquí; pero en el castillo parece que están tan provistos como si fuera una posada. No esperaban á nadie, y hasta mañana... Vamos, hablad: ¿no veis que escucho? ¡Voto va!

—Como gustéis... podéis dormir en la cama de mi mujer...

—¡Por Santiago! hereje... ¿es tu mujer esa vieja?

—Es decir, señor, que la cama de mi mujer es la misma que la mía: llámola así porque la trajo ella en dote, y gusto de dar á cada uno lo que es suyo.

—¡Ah! de ese modo... porque de otro...

—Como gustéis; y nosotros dormiremos como podamos.

—Ea, pues, guiad, que he menester madrugar, y voto va que estoy cansado.

—Como gustéis, señor caballero. Señores, con perdón de ustedes,—añadió el hostalero echando mano del candil que alumbraba á los que cenaban en la otra mesa, y atizándole con los dedos.—Bien pueden vuesas mercedes cenar á oscuras, porque hoy no hay más que un candil en la casa, contando con este.

Dicho esto, echó á andar delante del viajero con su risita y su natural sumisión, cuidándose poco de lo que quedaban diciendo las gentes de baja ralea que hospedaba aquella noche en su casa y á quienes con tan poco comedimiento había devuelto al caos y á las tinieblas de que el Hacedor supremo los había sacado al criarlos.

—¿Habéis visto, Peransurez?—dijo al otro uno de los que cenaban.

—He visto, he visto,—repuso su comensal; —y pluguiera al cielo que siguiera viendo.

—Decís bien, porque el bueno de Nuño, atraído sin duda por el color de oro del pelo ensortijado del forastero, nos ha dejado ¡vive Dios! como solemos quedarnos al fin de los sermones de nuestro buen párroco, es decir, á oscuras.

—¿Y sabéis quién sea el forastero?

—Nadie nos lo podrá decir mejor que el mismo Nuño, si es que él ve más claro en ese asunto que nosotros en nuestra cena.

Volvía á este tiempo Nuño, que así se llamaba el hostalero: después de restituído el candil á su primitivo lugar y de haberse excusado lo mejor que supo con sus huéspedes, comenzó á estregarse las manos con aire importante y misterioso, como de hombre que sabe raros secretos.

—Ya que habéis tenido por conveniente, señor Nuño,—dijo Peransurez,—llevarnos la luz, que supongo no nos pondréis en cuenta, ¿no nos podríais dar algunas luces, en cambio de la que nos correspondía, acerca de ese misterioso personaje que albergáis en vuestro bien alhajado establecimiento?

—Alhajado, ó no, señores, como gustéis, es el mejor que de esta especie se conoce, voto á Dios, en muchas leguas á la redonda. Con respecto al forastero, no acostumbro á revelar...

—Vaya, señor Nuño, eche un trago de lo bueno, y siéntese y hable, que no nos dió el Señor en su sabiduría la lengua para callar las cosas que sabemos,—dijo el más arriscado:— harto trabajo tenemos con haber de callar por fuerza las que no sabemos. Ese será algún pícaro.

—¡Chitón!—dijo el hostalero apurando un vaso.—¡Chitón!

—Dígolo porque en estos tiempos anda el

dinero por las nubes y no se cogen truchas...

—Como gustéis: pero ¡Dios me libre de que se quite en mi casa la honra á nadie! Además, yo no suelo tratar de pícaro á un hombre que se ha cenado en menos de un cuarto de hora media despensa, y que paga... y que pagará...

—En hora buena, señor Nuño. ¿Y qué nuevas trae de la corte el hombre honrado que ha cenado media despensa?...

—Que á la hora esta estará ya la corte en Otordesillas, adonde se traslada porque nos ha nacido un príncipe...

—¡Oiga! Tendremos mercedes.

—Sí, algún impuesto nuevo para sufragar á los gastos de las funciones,—dijo uno de los huéspedes.—¡Voto va! que para nosotros pecheros...

—Como gustéis, señores; pero mirad que mi casa...

—Voto á la casa, señor Nuño, que hemos de hablar y no nos habéis de quitar la conversación como la luz. A oscuras vemos aquí más claro que todos los hostaleros encandilados y por encandilar de Castilla y Andalucía. Vaya, ¿qué más dice el forastero? Echa otro trago, que aun queda luz en nuestros bolsillos para aclarar más de un punto.

—Parece que Su Alteza ha decidido que en cuanto llegue á Otordesillas, se reuna el capítulo de Calatrava y elija maestre.

—¡Voto va! Buena estará la elección, cuando ha elegido ya Su Alteza. ¿Y á quién, señor, á quién? A un hechicero más nigromántico que el mismo moro del castillo. ¿Y qué se le ha perdido al señor *pelo rojo* en Arjonilla?

—Más bajo, señores,—dijo el pobre hostalero, que necesitaba vivir con todo el mundo.

—Será de la pandilla que llegó ayer y que esperó fuera del pueblo á que anocheciera, sin duda por no enseñar algún punto que traería en las medias.

—Como gustéis,—repuso el hostalero.—Lo cierto es que llegaron al castillo, que pertenece en el día al de Villena; que les fueron abiertas las puertas; que el maldecido alcaide que le guardaba ha cedido las llaves al señor *pelo rojo*, como le llamáis, y que ha venido á hospedarse aquí, dejando en el castillo á su gente. Con respecto á ese punto que decís, hay quien asegura que han traído un prisionero...

—¿Un prisionero?

—¡Chitón!

—Vendrá á hacer compañía á la mora Zelindaja, que anda pidiendo su esposo á las paredes del castillo desde el tiempo de Abderramen...

—¡Bah!—dijo el otro comensal,—¿vos os creeis también de moros encantados?

—¡Chitón, señores, chitón!—repuso el hostalero;—lo que yo sé deciros es que no pasaría ni una hora, después de media noche, en el castillo. Mirad: yo había oido contar á mi abuela muchas veces la historia del moro mago y de la mora Zelindaja y del letrero árabe del castillo; y lo que sé decir es que nunca le dí un noven á mi abuela porque me lo contase, ni sus padres de ella le dieron una blanca porque lo creyese; lo cual digo para probar que nada se echaba ella en el bolsillo por la mayor ó menor certeza del caso. Pero como al hombre le tienta el diablo muchas veces para que dude de las cosâs que ve, cuanto más de las que no ve, ni ha visto, ni verá, yo me tenía mis dudas, pesia á mí. Y era cierto que hacía ya algún tiempo ni se oían ruidos de noche en el castillo, ni voz de mora, ni de cristiana, ni...

—Adelante, Nuño, adelante.

—Como gustéis; pero hace cosa de meses comenzó á decirse por el pueblo que se había oído una noche á deshora rumor de gentes que habían entrado en el castillo, las cuales gentes no se han visto salir; quién sabe si serían gentes de estas que se usan: ello es que nadie los vió. Desde entonces ha tornado el run run de las cadenas y de las voces y de los espantos nocturnos, y lo que sé decir es que yo me pasaba una noche, no hace muchas, por el castillo, porque venía de trabajar la huerta que tengo más allá: bien sabe Dios ó el diablo que yo me traía conmigo todas mis dudas: era tarde ya, y oí efectivamente yo mismo una voz lamentable que decía á grandes gritos: «Esposo, esposo mío.» Mirad, aun se me hiela la sangre en las venas: levanté los ojos, y en una de las ventanas más altas de la torre, de donde parecían salir las voces, se veía una luz, pero una luz pálida y blanquecina que andaba de una parte á otra, y de cuando en cuando parecía ponérsele por delante una sombra, más larga que una esperanza que no se cumple.

—¿Vos lo visteis?—dijo Peransurez.

—¿No lo creéis?—preguntó el hostalero, más espantado de la incredulidad de su huésped que del mismo caso que refería.

—Mirad,—contestó Peransurez,—toda mi vida tuve grandes deseos de conocer á un encantado, y nunca pude ver la cara á ninguno: desde que fuí monacillo, y sacristán después de la Almudena, tengo ese pío. ¿Sois hombre

compañero, para apurar esta aventura y ver de hacer una visita á ese moro y á esa señora Zelindaja?...

—¿Qué decís?—interrumpió Nuño.—Como gustéis, pero os suplico que miréis...

—¡Quite allá, señor hostalero! ¿Qué decís vos, comensal?

—La verdad, señor Peransurez,—contestó su compañero,—que en esas materias... bueno es mirar dos veces...

—Vaya, ya veo yo que vos no servís para caballero andante y aventurero. ¡Voto va! ¡que no tuviera yo aquí en Arjonilla á mi amigo Hernando, el montero de Su Alteza!

—¿Para qué, señor monacillo y sacristán después de la Almudena, ahora montero y guardabosques?—preguntó Nuño con aire socarrón.

—¿Para qué, voto á tal? Desde que me hicieron guarda de los montes de esta comarca por Su Alteza, no he vuelto á emprender una sola aventura de las que solíamos acometer y vencer en nuestros abriles. Con Hernando al lado, ya me curaría yo de moros y malandrines, de encantadas moras y cristianas. Yo entraría en el castillo, ó quedaríamos en él entrambos encantados, ó desencantaríamos con la punta de un venablo al mago y á cuantos magos nos fuesen echando á las barbas...

—¿Entrar en el castillo decís, eh?...—preguntó sonriéndose el hostalero.

—¿Y por qué no?

—Más fácil sería entrar en vida en el purgatorio, señor monacillo y sacristán, montero y guardabosques.

—Eso no, ¡voto va! que para entrar en el castillo no he menester yo á Hernando, ni á nadie.

—¿Vos?—preguntó de nuevo el hostalero, soltando la carcajada;—aunque supierais más latín que todos los sacristanes juntos de Andalucía.

—Yo: apostemos,—repuso Peransurez,—picado de la risa del amo y de sus frecuentes alusiones á su sacristanía de la Almudena.

—De buena gana,—contestó Nuño.

—Una cántara de vino y media docena de embuchados de jabalí para todos los presentes,—gritó Peransurez dando una puñada en la mesa, que estuvo por ella largo rato á pique de zozobrar.

Al llegar aquí la conversación acalorada del montero Peransurez, acercáronse todos los que en el hogar estaban.

—Señores, sean vuesas mercedes testigos,—clamó Peransurez;—Nuño y yo...

—¡Peransurez!—dijo en voz baja al oído del montero exaltado un hombre de no muy buena apariencia que había entrado no hacía mucho en el mesón, y en quien nadie había reparado, tanto por su silencio, como por hallarse el amo de la venta entretenido en la referida discusión; —¡Peransurez!

—¿Quién me interrumpe?—gritó Peransurez volviéndose precipitadamente al forastero.

—Oíd,—contestó éste apartándole una buena pieza de los circunstantes, que quedaron chichisveando por lo bajo acerca de la apuesta, y de la posibilidad de llevarla á cabo, y del valor de Peransurez, y de la interrupción del recién venido.—¿Habláis seriamente, señor Peransurez?—dijo éste tapando todavía su rostro con su capotillo pardo.

—¿Cómo si hablo seriamente?—gritó Peransurez.

—Más bajo, que importa. ¿Insistís en lo que habéis dicho de aquel montero vuestro amigo?

—¡Sí, insisto, voto va! Cuando yo he dicho una cosa... una vez...

—¡Bueno! ¿Queréis montear con un amigo?

—¿Pero á qué viene?...

—Mirad...—dijo el recién llegado desembozándose parte de su cara.

—¿Qué veo?—exclamó Peransurez,—¿es posible? ¿vos?

—¡Chitón! Me importa no ser conocido.

—Dejad, pues, que cierre mi apuesta... y esperadme...

—No: ciad en la apuesta. El buen montero ha de saber perder una pieza mediana cuando le importa alcanzar otra mayor. Si queréis entrar en el castillo y desencantar á esa mora, nos importa el silencio.

—Pero ¡y mi honor!

—¡Voto va! por el Real de Manzanares, algún día quedará bien puesto el honor de vuestro pabellón. En el ínterin ved que nos ojean, y si no nos hemos de dejar montear, bueno será que no escatimen nuestro rastro. Os espero fuera y hablaremos largo.

—En buena hora,—repuso Peransurez.—Señor Nuño,—añadió volviéndose en seguida á los circunstantes,—un negocio urgente me llama. Mañana, si os parece, cerraremos la apuesta.—Dijo, y salió.

—¿No decía yo?—repuso triunfante Nuño; ¿no decía yo? ¡entrar en el castillo! ¿entrar? Como gustéis,—añadió volviéndose hacia la

puerta, por donde ya había salido Peransurez con el desconocido,—como gustéis, señor guardabosques; pero paréceme que haríais mejor en guardar vuestra lengua para contar esos propósitos á un muñeco de seis años, y vuestro valor para los raposos del monte.

Una larga carcajada de la concurrencia acogió benévolamente el chistoso destello de ingenio del triunfante posadero: en vano quiso el comensal de Peransurez defender á su amigo citando hechos de valor y atrevimientos suyos de bulto y calibre. Quedó por entonces convenido que el que quisiera beber vino y comer embuchados no debía aguardar á que entrase Peransurez en el castillo, cosa reputada tan imposible realmente, como entrar en vida en el purgatorio, según la feliz expresión del hostalero, que se repitió de boca en boca, y que hizo reir á todos á costa del montero, que había abandonado el campo de la apuesta al enemigo, con notable descrédito de su honor y de su buena fama y reputación.



CAPITULO TRIGÉSIMOTERCERO

> Bien sabedes, vos, señora,
> Que soy cazador real;
> Caza que tengo en la mano
> Nunca la puedo dejar,
> Tomárala por la mano
> Y para un verjel se van.
>
> *Rom. del conde Claros.*

—¿Vos, Hernando, en Arjonilla?—dijo Peransurez en cuanto se vieron apartados del ventorrillo todo lo que hubieron menester para no ser de nadie entendidos.—¿Podéis explicarme cómo habéis dejado el lado del doncel Macías, á quien servíais no há mucho, si mal no me acuerdo?

—Largo es de contar, amigo Peransurez,—repuso Hernando deteniéndose en un ribazo enfrente del castillo, desde el cual se descubría todo él perfectamente.—Pero si no tenéis prisa en este instante, si podéis atender á la llamada de mi bocina, os referiré cosas que os admiren, y veréis si tenemos montes y venado en abundancia, lo cual haré con tanto más gusto, cuanto que me habéis prometido ayudarme en la montería que me trae á este bendito lugar.

Refirió en seguida el montero Hernando, lo mejor que pudo y supo, cuanto dejamos en nuestros capítulos anteriores relatado, ó á lo menos toda la parte que él sabía, que era lo muy bastante para poner al corriente á cualquiera de los negocios del doncel. Al llegar al punto donde dejamos nosotros á nuestros héroes al fin de nuestro capítulo XXXI, prosiguió Hernando en la forma siguiente:

—Habéis de saber, Peransurez, que desde el ojeo que dieron á mi amo en el soto de Man-

zanares aquellos desalmados siervos del conde, recelábame yo de cuanto nos rodeaba, y habíame propuesto no soltar la oreja de mi amo el doncel Macías. Cuando llegó, sin embargo, la nueva del alumbramiento de nuestra señora la reina doña Catalina, un maldecido sarao hubo de darse. Ni podía entrar yo allí, ni mi leal Brabonel. Viendo, con todo, que tardaba ya el doncel en demasía, salí á explorar el monte y á ojear los alrededores del alcázar. En ese tiempo ¡voto va! debió de volver mi amo á nuestra cámara, porque cuando yo regresé faltaba un tabardo de velarte que primero no llevara, y su espada. Volví á salir, y cansado de no hallarle, ocurrióme que acaso fuera de la villa y debajo de las ventanas de Elvira, que dan sobre la plataforma, podría estar el melancólico caballero tañendo su laúd y cantando alguna balada á la señora de sus pensamientos. Dirigí hacia allá, Peransurez, mi jauría, y al llegar, ¡voto á San Marcos! hallé rastro. Un ruido extraño me había llamado la atención á alguna distancia: conforme nos acercábamos Brabonel y yo, habíamos oído algunas voces confusas y pasos luego de caballos. Llegamos, y veíase abierta la reja de la cámara de Elvira. Dos ó tres piedras enormes, colocadas una sobre otra, parecían indicar que acababan de servir de escala á algún atrevido caballero para alcanzar á la reja. A poco rato de observación parecióme que andaba alguien en la habitación con una luz en la mano: ocultéme debajo de la reja lo más arrimado que pude á la pared: el que era se asomó, efectivamente, y al resplandor de la luz que llevaba en la mano ví relucir en el suelo dos trozos de una espada rota. ¡Esta era la osera! dije para mí: no bien se hubo apartado el de la luz, que no pude ver quién fuese, reconocí los trozos; era la espada de mi señor. ¿Lo habrían muerto? No, porque estuviera allí su cuerpo, y porque le hubiera olfateado mi leal Brabonel, y hubiera puesto en los cielos el aullido. ¿No es verdad, Brabonel? — preguntó Hernando á su hermoso alano, que echado á su izquierda parecía escuchar atentamente la relación del montero. Al oir esta pregunta, alzóse Brabonel en las cuatro patas, lamió la mano que le acariciaba, como si quisiese dar á entender á su dueño que no se equivocaba en el buen juicio que acerca de su fidelidad acababa de emitir, dió una vuelta en derredor sobre sí mismo, y volvió á colocarse, poco más ó menos, como estaba antes de la extraña interpelación. — ¡Brabonel! dije entonces á mi alano, ¡el rastro, el rastro del doncel!

Entendióme el animal, Peransurez; ¡admirable Brabonel! No bien le hube dicho aquella breve exhortación, comenzó á olfatear la tierra, y antes de dos minutos ya se había decidido por una senda. Quise probar, sin embargo, la certeza de la huella, y aparenté ir por otra, gritando siempre: «¡El doncel, el doncel!» Viéraisle entonces correr á mí, echar por la otra, ladrar, aullar, tirarme, en fin, de la ropa con los dientes. ¡Ah! ¡Brabonel, Brabonel, luz de mis ojos!—añadió el montero abarcando con la mano el hocico del animal é imprimiendo en él un beso, más lleno de amor y de cariño que el primero que da un amante al tierno objeto de su pasión.—¡Brabonel! el que no ha tenido un perro, no sabe lo qué es querer y ser querido. ¿Qué sirve la mujer? la mujer equivoca siempre la senda, la mujer empieza por montear al venado de casa, y el perro no engaña nunca como la mujer. ¡Brabonel, juntos hemos vivido, y juntos moriremos!

—¿Y seguisteis la huella?—preguntó Peransurez impaciente por saber el fin del cuento, que Hernando había interrumpido con tanto placer por acariciar al animal.

—¿Cómo si la seguí? á pasos precipitados, con toda confianza ya: dos leguas anduvimos. Allí encontramos un pueblo: tomamos lenguas; el herrador nos dijo que acababa de pasar una partida de jinetes; que habían hablado pocas palabras, pero que habían tenido que detenerse á herrar un caballo desherrado; que caminaban de prisa; que debían llevar un preso, según las señas, y que habían pronunciado en medio de su misterio la villa de Arjonilla. ¡Mía es la pieza! dije yo entonces. Até cabos y dije: «El preso es el doncel, y el que lo prende el conde de Villena.» Efectivamente, el mismo día se había servido Su Alteza señalar el día quinceno para el combate que debía tener con el doncel Macías. Más claro, Peransurez. Era fuerza, sin embargo, asegurar mis dudas. ¿Qué hacía yo hasta entonces? y luego quise más fiar de mi brazo y de mi venablo el logro de mi intento. Volví á Madrid, y supe que la corte salía al otro día; sabedor de que don Luis Guzmán era el que, por su posición con Villena, debía interesarse más por mi amo, víme con él y expúsele mis dudas: declaréle mi intento: aprobó mi idea, y yo le confié el cuidado de llevar con su menaje á Otordesillas las prendas de mi amo y mías; entre otras la armadura mejor de Castilla, que si se perdiera, nunca de ello me con-

solara; es, al fin, la que tiene mi amo destinada por su buen temple para el aplazado combate. Armado después de mi ballesta y dos aguzados venablos, seguido de mi leal Brabonel, y disfrazado lo mejor que pude, púseme la misma noche en camino.

Ayer parece llegaron ellos. Hoy he llegado yo. He aquí, Peransurez, la causa de mi venida. En aquel castillo, no hay duda, está el doncel. He aquí la presa que habemos menester rastrear. ¿Os acordáis, amigo mío, de un juglar de don Enrique de Villena, que Dios maldiga, hombre de pelo crespo y rojo...?

—¿Ferrus? Recuerdo su nombre; pero él...

—Ferrus, pues, está aquí, y ese es el guardián de mi amo. Le he visto subir á un camaranchón de arriba, cuando yo entraba en la venta. Por qué duerme en esta encrucijada y no en su osera, eso no lo alcanzo. Lo que entiendo sólo, Peransurez, es que ese es el oso que hemos de montear. ¿Insistís en vuestro ofrecimiento, ahora que sabéis cuánto motivo puedo tener de guardar silencio y sigilo, y cuán peligrosa sea la empresa?

—¿Cómo si insisto? Hernando,—dijo Peransurez levantándose del suelo en que estaban sentados,—no es esta la primera montería en que hemos andado juntos. Amo el peligro como buen montero, y osos mayores que ese, amigo mío, me han prestado amistosamente piel para más de una zamarra. Examinemos, si os parece, la posición del castillo, discurramos el medio más prudente...

—El medio, Peransurez, ¡voto va! es esperar aquí á ese perro de juglar, á esa raposa cobarde y rapaz, y clavarle en tierra con un venablo, como quien bohorda, más bien que como quien caza. ¿Merece siquiera los honores de ser comparado con una fiera noble y denodada?

—Guardaos, amigo Hernando, de ejecutar tan descabellado propósito. Bien veo que seguís necesitando un consejero prudente que temple el ardor de vuestra imaginación. Mataréis á Ferrus; pero ¿y luego?

—Luego, voto va, luego... Dirigidme, pues, en hora buena. Brabonel y yo estaremos atentos al ruido de vuestra bocina. Soy yo mejor, en verdad, para obedecer que para mandar. Pero voto á Dios que os despachéis pronto, y nos digáis cuanto antes contra quién he de disparar el venablo, que se me escapa él solo de las manos, y están ya los dientes de Brabonel deseando hacer presa en el animal.

—Ea, pues, venid: demos disimuladamente la vuelta al castillo: en seguida volveremos á Arjonilla: vendréis á tomar un bocado conmigo, *que el buen montero, riñón cubierto*, y mañana amanecerá Dios, y con su dedo omnipotente nos señalará el rastro de los malvados.

—A la buena de Dios,—replicó Hernando.—¡Brabonel, Brabonel, vamos! Guiad vos, Peransurez, que conocéis la tierra.

Dichas estas palabras comenzaron los dos amigos su exploración, hecha la cual se retiraron á concertar los medios de introducirse en el castillo por más guardado que estuviera, y de salvar al doncel, que presumían hallarse dentro, con no pocos visos y fundamentos de verdad.



CAPITULO TRIGÉSIMOCUARTO

> En una torre fué puesto
> Con cadenas á recado.
> . . . .
> La condesa entrara dentro
> Do está el conde aprisionado.
> . . . .
> Ambos hablan en secreto
> Y conciertan en celado;
> Que por librar tal persona
> A más que esto era obligado.
>
> *Romance de Sepúlveda.*

Cuando Ferrus, encargado por el conde de Cangas y el astrólogo de la prisión del enamorado Macías, pensó albergarse en la hostalería del complaciente Nuño, no fué ciertamente porque no hubiese en el castillo albergue digno de él.

Es fuerza remontarnos más al origen de las cosas para explicar de un modo satisfactorio esta singularidad.

Fácilmente comprenderá el lector, impuesto ya en los diversos caracteres sobre que gira nuestra narración, que necesitando los dos autores de esta intriga el mayor secreto, sólo podían fiar tan importante comisión al que ya estaba forzosamente en él: el reparo de la falta de valor no podía tener en este caso mucho peso, porque habían de acompañarle otros, los cuales sólo sabían que debían prender á un hombre, sin saber quién fuese; y para mandar á éstos y aprisionar con ellos á un caballero que salía descuidado de una cita amorosa, no se necesitaba un gran fondo de arrojo y determinación. Por otra parte, Ferrus era hombre friamente malo y cruel: ¿quién podía, pues, desempeñar mejor que él la inexorable comisión que se le confiaba? Lográbase, además, de este modo la ventaja de apartar de la corte al único hombre que podría en un caso adverso comprometer al conde, y la de tener en el castillo un ente capaz de cualquiera acción determinada, si llegaba ocasión apurada en que estorbase la existencia del preso. Combinadas estas diversas circunstancias, sólo quedaba que pensar en ligar el interés de Ferrus al feliz éxito de la expedición, de una manera que hiciese imposible toda traición. El conde para esto creyó que no podría haber medios mejores que la gratitud por una parte y la esperanza del premio por otra; así, decidió hacer libre á su siervo y loco favorito. Quitóle el collar de metal que en seña de servidumbre llevaba, é hízole de su siervo su vasallo. Con extraordinario placer renunció Ferrus á su bonete de sonajas de juglar, y al molesto oficio de divertir con bufonadas á sus superiores; y sus sentimientos de fidelidad llegaron á tocar en un acendramiento difícil de explicar, ni menos de igualar, cuando el conde le manifestó que le hacía libre entonces para confiarle la alcaidía del castillo de Arjonilla; añadiéndole, que si desempeñaba fielmente este importante cargo, no pararía en esto sólo su favor. Bien entrevió Ferrus, por consiguiente, que toda su prosperidad futura dependía de que Villena saliese con el maestrazgo; y siendo eso imposible si se llegaba á probar algún día que don Enrique había muerto á su esposa, hizo firme propósito Ferrus de consentir primero que le hiciesen pedazos que en dejar la menor esperanza de salvación al asegurado doncel. Su muerte, en último caso, hubiera sido para él una grandísima friolera puesta en balanza con su futura grandeza.

El lector sabe que, merced á la tenacidad de Elvira, se había logrado la industria del astrólogo con más felicidad aún que lo que él podía nunca haber esperado, si bien había contado siempre con la ventaja que le ofrecía el haber de bajar el doncel de la reja alta de una manera que impedía toda defensa. Llevó á Arjonilla unas instrucciones del conde, severas sí, pero no sanguinarias, y otras del judío aplicables á todas las circunstancias que pudieran ocurrir, y

un tanto menos escrupulosas, porque éste se hallaba ya tan interesado como Ferrus en la grandeza del conde y sumamente ligado á sus intrigas por el peligro que corría, si llegaba á descubrirse algún día la horrible maquinación en que no había tenido él la menor parte.

No se había previsto, empero, una circunstancia bien temible. El conde, que había tenido grande interés en que su castillo de Arjonilla estuviese de algún tiempo á aquella parte bajo la custodia de alguno de sus más allegados servidores, por razones que él se sabía, y que algún día sabrán nuestros lectores, había confiado su alcaidía á su camarero Rui Pero, de quien no hemos vuelto á hablar por esta causa. Este era hombre duro y fiel: por lo tanto suspicaz é irascible. No pudo, pues, sentarle bien la orden que le intimó Ferrus en nombre del conde, su común señor, ni menos el imperio y mal entendida arrogancia con que se la oía prescribir á un hombre que acababa de salir de la nada, á un siervo cuyo collar de metal acababa de romper su amo, y cuyas sonajas de azófar y bonete de loco estaban todavía demasiado recientes en la memoria del noble camarero, para que le pudiese inspirar respeto ni estimación el que venía á ocupar su mismo destino, con desdoro de su clase y prerrogativas. Mandábale á decir el conde que siendo necesaria su asistencia á su lado, sólo tardase en ponerse en camino para Otordesillas, donde debía encontrarle con la corte, el tiempo indispensable para hacer entrega del castillo al nuevo alcaide, y enterarle de cuanto él se figurase que conducía á su mejor servicio. Rui Pero, llevado de su mal humor, no perdonó medio alguno de inspirar terror á Ferrus acerca de la responsabilidad que sobre sí acababa de tomar, y de las dificultades que ofrecía la conservación del castillo de un secreto tan inmediato á población, y en que si era fácil impedir la entrada á los extraños, no lo era tanto estorbar que tuvieran los de dentro alguna comunicación con los de fuera; insistió bastante, además, en la fama que de encantado tenía el castillo y en lo que de él contaban los habitantes, cosa que no contribuyó en nada á tranquilizar el ánimo de Ferrus, ya de suyo naturalmente enemigo de encantos y prodigios. Deseoso de averiguar si debería temer ó no cuanto en el particular Rui Pero le refería, determinó dormir una noche en la hostalería del pueblo, así para averiguar á punto fijo el fundamento que podrían tener aquellas tradiciones, que cual telas de araña se adhieren siempre á los edificios viejos, como para escudriñar si se había traslucido algo entre los habitantes de Arjonilla acerca de los misteriosos secretos que encerraba á la sazón la antigua hechura del amante de Zelindaja, y acerca del objeto de su propio viaje. Esta era la verdadera causa de aquella extravagancia.

No bien se había dispertado Ferrus, cuando tenía ya á la cabecera de su cama al complaciente Nuño con la montera en la mano, y con un *como gustéis* siempre asomado á los labios para salir á la menor indicación del huésped. Entablóse entre ambos, mientras que Ferrus se vestía, un diálogo, que por lo largo é inútil á nuestro propósito, perdonamos á nuestros lectores con el interesado objeto de que nos perdonen ellos á nosotros cosas de mayor monta y trascendencia. Baste decir que por él pudo Ferrus formar una exacta idea de su verdadera posición, y no le hubo de parecer tan mala como Rui Pero se la había pintado, porque decidió volver inmediatamente á su castillo; y aun hizo propósito de darse por encargado y enterado de todo lo más pronto posible; pues bien se le alcanzaba que el disgusto y mal humor del camarero sólo podían resultar en daño de la intriga de su amo.

Tuvo el hostalero, prevenido por Peransurez en la madrugada del mismo día, el buen talento de no hablar á Ferrus de la imprudente conversación tenida en público la noche anterior en su cocina después de haberse él recogido, y Hernando, á quien importaba no ser conocido, de Ferrus sobre todo, se mantuvo oculto hasta que supo que había regresado al castillo el exjuglar, pagada ya la cuenta de su gasto, aunque no tan opíparamente como el hostalero esperaba, cosa que se supo porque al despedirse Ferrus de él, díjole:

—Dios os prospere y os dé, buen Nuño, lo que más os convenga.—Y se notó que Nuño no le había respondido el *como gustéis* de ordenanza. Esta observación de los historiadores del tiempo, que hablan con toda profundidad del lance, es tan justa, que cuando Nuño habló con Peransurez después de la partida de Ferrus, no sólo no insistió en la apuesta, sino que se inclinó ya, por cierta antipatía que había nacido en su corazón repentinamente contra Ferrus, á la parte del emprendedor montero; diciéndole entre otras cosas que tendría un placer singular en que se jugase una pasada que metiese ruido al señor alcaide nuevo del castillo del moro, por su arrogancia y su petulante continente.

No echó Peransurez en saco roto esta buena predisposición al mal del hostalero, y reuniéndose á toda prisa con Hernando, procedieron á dar el paso que en su deliberación de la noche anterior les había parecido más conducente y atinado para el logro de su arrojado intento.

Entretanto era varia la posición de los habitantes del castillo. En los patios interiores divertían sus ocios tirando al blanco ó bohordando hombres de armas, á quienes estaba confiada su defensa y custodia; algún grupo de ballesteros ó archeros pacíficos discurrían más apartados acerca de la singular reserva que reinaba en todas las operaciones de aquel edificio verdaderamente mágico, porque no eran todos sabedores de lo que encerraban sus altas murallas. Algunos sí sabían que habían traído ellos mismos un prisionero, por ejemplo, pero ni sabían quién era, ni le habían vuelto á ver. Tales habían sido y eran las precauciones observadas sabiamente por los principales emisarios del conde.

Había sido colocado el nuevo huésped en una sala baja incrustada, digámoslo así, en el corazón de una mole de piedra, que esto y no otra cosa era cada paredón del castillo. No tenía más adornos que el que le proporcionaban algunas telas de araña, indicio de la poca consideración con que al caballero se trataba, y varios informes lamparones que dibujaba la humedad con caprichosa desigualdad en las desnudas paredes de aquel calabozo. Hacía más horrorosa la prisión un rumor monótono y profundísimo, muy semejante al que produce el brazo de agua que sale de la presa de un molino, que rompe por entre las guijas de una cascada, ó que se desprende de un batán. El que haya tenido alguna vez la desgracia de verse privado de su libertad en una oscura prisión, oyendo día y noche el acompasado golpeo de un reloj de péndola, será el único que pueda apreciar la situación del doncel, condenado á aquel tristísimo són. No recibía más luz aquel cavernoso nicho que la que le prestaba en los días más claros del año un agujero redondo y cerrado con cuatro hierros cruzados y practicado en la parte más alta del muro. Hallábase situado á orilla de una zanja, hecha á lo largo de la muralla interior: por la zanja corría, produciendo el rumor que hemos descrito, un residuo del torrente, que llenaba con sus aguas el foso exterior del edificio, y entre la zanja y la muralla interior había una ancha y espaciosa plataforma. Era preciso, pues, pasar la zanja desde la plataforma para entrar en la prisión destinada al doncel; pero esto sólo se podía verificar bajando el rastrillo que la cerraba, sirviéndole de puerta. La rara colocación de aquella cueva indicaba que había sido construida desde luego para encerrar presos de importancia, y á quienes se quisiese quitar la vida prontamente como represalia, en caso de hallarse ya tomado el castillo por el enemigo. La situación por otra parte, su hondura, y el ruido del torrente impedían que pudiese ser oída en ningún caso la voz del prisionero que en aquella caverna se encerrase. Casi enfrente de ella venía á caer, entre las dos murallas, la torre principal de la fortaleza. Mirando oblicuamente por el agujero conductor de la luz, que dejamos descrito, divisábanse con trabajo algunas altas ventanas. Nada se podía ver de día de lo que dentro de ellas pasaba; pero de noche, cuando reinaba la más completa oscuridad, veía el doncel una luz arder en lo interior de una habitación, moverse á ratos, mudar de sitio, desaparecer, y aun producir sombras de diversos tamaños y figuras, bastantes á atemorizar en aquel tiempo de superstición un corazón menos determinado que el del doncel; sobre todo en un castillo que hacían encantado las tradiciones más remotas del país y cuyo destino parecía ser realmente el de pertenecer siempre á seres nigrománticos, como le sucedía á la sazón, que era dueño de él el conde de Cangas, á quien nadie tenía por menos mago que el amante de Zelindaja. De noche también, y cuando se columbraban las temerosas sombras, era cuando solía mezclarse con el silbido del viento y el ruido de la lluvia, ó el estruendo de la tempestad, una voz aguda y dolorosa, que era la que tenía espantada la comarca, y la que nuestro buen Nuño había oído la noche que se retiraba de su labor, como en nuestro capítulo anterior dejamos dicho.

Finalmente, otra entrada tenía la prisión del doncel. Una escalerilla de caracol la ponía en comunicación con una larga galería interior del castillo; pero una puerta de hierro sumamente pequeña y cerrada por defuera con pesados cerrojos y candados, cuyas llaves poseía sólo el alcaide, imposibilitaba por esta parte toda esperanza de evasión. Un mal lecho había sido dispuesto á ruegos del prisionero en la caverna, y había conseguido por favor singular que le dejasen el pequeño laúd que á la espalda como trovador llevaba cuando su cita amorosa. Con él divertía su amarga posición pulsándole blan-

damente, y regándole con sus acerbas lágrimas, los ratos que no escribía en las paredes con un punzón alguna tristísima endecha, dirigida á la ingrata señora de sus pensamientos, cuyo rigor le había puesto en tan lastimero trance.

La habitación que por ser la mejor y la más espaciosa se había reservado el alcaide, y que se habían repartido á la sazón Rui Pero y Ferrus, se hallaba en el piso bajo de la torre de que hemos hablado. Un salón anchuroso, adornado con varios trofeos y armas suspendidas en las paredes, era el departamento principal. Una larga mesa estaba clavada en medio: el hogar ardía en la cabecera de la sala, y en el extremo opuesto un aparador ó bufete encerraba la vajilla estilada en aquel tiempo para el servicio de la mesa.

Al anochecer del día en que nos encuentra nuestra historia, dos hombres arrellanados en dos grandes poltronas de baqueta española, la más apreciada entonces en Europa, conversaban tranquilamente uno enfrente de otro, y separados por la mesa como si hubieran necesitado de un cuerpo intermedio para no reñir. Así parecía indicarlo su gesto displicente. El uno era Ferrus. En su rostro brillaba la satisfacción petulante de un hombre que ha llegado á ocupar un destino superior á sus méritos y esperanzas. El otro era Rui Pero. Su continente era el de un hombre, por el contrario, herido en lo más delicado de su amor propio por un disfavor no merecido, y habíaselas con el emancipado juglar como podría habérselas un general acreditado por sus servicios y conocimientos con un guerrillero á quien hubiese igualado con él la fortuna.

Una lámpara suspendida del techo iluminaba los rostros de entrambos, y los iluminaba mejor una alta vasija, cuyo preñado vientre vaciaba de cuando en cuando, en dos anchas copas, cierto jugo vivificador que embaulaban nuestros dos interlocutores á tragos repetidos en su cuerpo, como en un cubo desfondado.

—¿Cuándo pensáis partir, señor Rui Pero? —preguntó Ferrus después de uno de estos tragos, paladeando todavía el licor de Baco.

—¿Habéis tomado ya, señor juglar,—repuso Rui Pero,—es decir, señor Ferrus, alcaide del castillo de Arjonilla, las instrucciones que habíais menester?

—Estoy tan apto, señor Rui Pero, para desempeñar la alcaidía de este famoso castillo, como el mejor camarero de Castilla,—contestó Ferrus picado.

—En ese caso, señor tal alcaide, pasado mañana al lucir el alba me pondré en camino para la corte, si no manda otra cosa vuestra señoría.

—Gracias, señor Rui Pero.

—¿Habéis mandado relevar las centinelas exteriores de la muralla y las dos de las torres y de la galería interior del preso?

—Bien sabéis,—contestó Ferrus,—que no es ese cargo mío mientras estéis vos en el castillo. Y espero que no me comprometeréis con mi amo el señor conde ni querréis faltar al deber...

—No acostumbro á faltar á mis deberes, señor Ferrus, y voy por lo tanto á disponer...

—Esperad. Supongo que seguís con el cuidado de emplear en el servicio de centinelas los ballesteros que ignoran completamente la calificación de los prisioneros. De otra suerte...

—No habéis menester suponerlo,—dijo apurando su copa Rui Pero;—bastará con que lo creáis á pies juntillas. Además ya habréis conocido que necesita habilidad para escaparse el preso que tal intente, hallándose encerrado en la prisión de la zanja.

—Sí, según me habéis dicho, no conociendo el secreto del rastrillo, sólo la muerte sería el resultado de la menor tentativa de evasión. Admirable construcción la de ese calabozo. ¿Y quién construyó?...

—¡Silencio!—dijo Rui Pero al ver entrar un tercero en la sala, y gozoso de poder dar una lección de prudencia al inexperto Ferrus.—¿Qué queréis vos?—añadió dirigiéndose al extraño.

—Señor alcaide,—respondió el faccionario que acababa de entrar,—han llamado al castillo dos caminantes fatigados...

—A nadie se da hospedaje,—repuso Rui Pero malhumorado.

—Lo sé, señor alcaide. Pero advierta vuestra merced que no son caballeros, ni hombres de guerra. Son dos reverendos padres, que piden albergue por esta noche.

—¿Y por qué no lo buscan en Arjonilla?

—Parece, señor, que van extraviados, y pasan á estas horas por el castillo, ignorantes del camino que guía á la población. La copiosa lluvia que ha engruesado el torrente les obliga á pedir albergue.

—¡Voto va!—dijo Rui Pero.—Lo más que por ellos podemos hacer es que les enseñe el camino un hombre del castillo.

—Pero ese, señor, no los pasará en hombros á través del torrente,—repuso el ballestero, temeroso de ser él elegido para aquella comisión.

—Por otra parte,—añadió Ferrus, á quien los vapores del vino daban confianza y determinación,—¿qué peligro hay en albergar dos frailes? Dios sabe de dónde serán. Esos padres suelen venir de lejos é ir de paso; muy forasteros deben de ser, pues ignoran que el castillo es encantado y nada hospitalario. Van de paso.

—Sin embargo, si pudiesen pasar el arroyo... —replicó Rui Pero.

—¿Y queréis,—dijo Ferrus, acercándose al oído del camarero,—que nos expongamos á que pase un hombre del castillo la noche fuera de él, y suelte la lengua más de lo preciso? Eso es peor...

—Peor, peor...—refunfuñó entre dientes el camarero.

—Si gustáis, señor alcaide,—dijo el ballestero,—se les contestará que vayan á buscar albergue á otra parte. Ello, la noche es terrible.

—¿Terrible decís?—repuso Rui Pero asomándose á una ventana.—Sí; parece que el cielo se derrite en agua. Sería una inhumanidad por cierto.

—No podemos consentir,—añadió Ferrus, —que dos ministros del Altísimo queden á la intemperie en una noche...

—En buen hora; que entren,—dijo Rui Pero al ballestero, quien se fué á cumplir la orden.

—¡Voto va!—añadió Ferrus,—éramos dos y seremos cuatro. Aun queda vino en esa vasija para otros tantos, y los padres no se desdeñarán de hacernos un rato de compañía, yendo sobre todo de camino. Todo el peligro que podemos recelar de los santos varones, señor camarero, es que nos echen algún sermón en latín que no entendamos: y así como así, dentro de un rato ya no nos íbamos á entender nosotros dos, según la faena que damos á nuestras copas

Una carcajada de Ferrus al concluir estas palabras probó que todavía no había perdido la costumbre, que se había hecho en él naturaleza, de decir bufonadas á todo trance, á pesar de su nueva dignidad.

De allí á poco entraron humildemente en el salón dos reverendísimos padres, cuyos hábitos derramaban á hilos el agua, como un paraguas expuesto por gran rato á la lluvia y que se arrima á un rincón á medio cerrar.

Saludáronles cortésmente nuestros dos amigos, y después de los primeros cumplimientos les invitaron á que se acercasen para secar sus hábitos al hogar, donde quedaron mirándose unos á otros largo espacio los dos opuestos alcaides y los dos bien avenidos frailes.



CAPÍTULO TRIGESIMOQUINTO

Mentides, fraile, mentides,
Que no decís la verdad.
. . . .
Mató el fraile al caballero,
A la infanta va á librar:
En ancas de su caballo
Consigo la fué á llevar.
Rom. del conde Claros.

Al entrar los dos modestos frailes en la sala, no había dejado de llamarles la atención el agradable pasatiempo en que entretenían sus ratos perdidos el antiguo y nuevo alcaide. Habíanse mirado uno á otro como inspirados de la misma idea, y este movimiento hubiera sido notado de los defensores del castillo, á no ser porque, no habiendo creído éstos que tendrían ya visitas con quien guardar ceremonia, habían menudeado en realidad del tinto más de lo que á su prudencia convenía. Su misma posición les había excitado á beber, y aun hay cronistas que aseguran que deseosos uno y otro de no tener compañero en el mando, y demasiado confiado cada cual en su propia resistencia, se habían animado recíprocamente á beber por ver si conseguían privar al colega; plan que, merced á la igualdad de sus fuerzas, había resultado en detrimento de la razón de entrambos.

—¡Por San Francisco! perdonen vuestras reverencias,—dijo Ferrus,—si les han hecho esperar á la intemperie más de lo que ese hábito que visten merece. Pero sepan que á él solo deben esta acogida, porque el castillo á que han llamado no es en realidad de los más hospitalarios que pudieran haber encontrado en su camino.

—*Pax vobiscum,*—dijo el menos corpulento de los padres con voz grave.

—Como gustéis, padres,—repuso Ferrus,—según el estribillo de mi huésped de ayer; porque han de saber sus reverencias que de dos dignos alcaides que tienen en su presencia ahora, ninguno sabe latín.

—En ese caso, *Te-Deum laudamus*,—repuso el padre, respirando como aquel á quien le quitasen de encima una montaña.

—Gracias,—contestó de nuevo Ferrus, no queriendo ser tachado de poco político por dejar sin respuesta una lengua que no entendía. —Dos cosas debemos suplicar á vuestras reverencias,—prosiguió;—primera, que se quiten esos hábitos que traen mojados...

—*Et super flumina Babylonis*, dice el salmista; *vetat regula*, la regla nos lo impide.

—Sea en buen hora; pero la regla no impedirá á vuestras reverencias que hagan lo que vieren adonde quiera que fueren; primera regla de hospitalidad entre caballeros,—añadió Ferrus derramando vino nuevamente en las copas y ofreciendo una al padre que había llevado hasta entonces la palabra.

Miráronse los padres uno á otro para consultar entre sí lo que deberían hacer.

—¡Voto va! aquí se ofrece de buena voluntad,—añadió Ferrus viendo su indecisión:—¿no es cierto, señor camarero?

—Vos lo habéis dicho,—repuso el camarero tomando una copa.—Pero si sus reverencias no se atreven por respetos al cielo, nosotros, viles gusanos de la tierra...

—*Vinum lætificat cor hominis*,—interrumpió el padre.—Nosotros agradecemos á vuestras mercedes la buena voluntad; pero sólo beberemos en la refacción, si tenéis por bien hacérnosla servir: vuestras mercedes beban, y mientras, nosotros *exultemus et lætemur*.

—A la buena de Dios,—dijo Ferrus vaciando su copa.—¿Y este padre que nada dice, es que no sabe latín, como si fuera alcaide?

Miraban los dos frailes á Ferrus, como buscando en sus ojos si encerraría alguna intención ó sospecha aquella pregunta, hecha de aquel modo, ó si sería meramente casual é hija de la poca aprensión del que la hacía. Parecióles en conclusión que no se podía leer en los ojos de Ferrus sino la expresión del mosto, y no dudó en responder con cierta serenidad el mismo padre:

—Mi superior está achacoso; es sordo además *tanquam tabula*...

—Sí, que es gran sordera,—repuso Ferrus, presumiendo que así se llamaba la enfermedad del padre.

—Y un tanto tierno de ojos, que es la razón de verle la capucha tan sobre ellos como notarán vuesas mercedes. La humedad, sobre todo, de esta noche debe de haberle perjudicado mucho. *Benedictus qui venit*... Venga ó no venga,—añadió para sí el padre.

Efectivamente, no se le veía apenas rostro al padre que había permanecido callado. Ocultábale el medio de abajo una larga barba blanca, y su capucha le envolvía todo el medio de arriba.

—¿Y viajan siempre vuesas reverencias con esos mozos de estribo?—preguntó Ferrus, reparando en un hermoso alano que casi detrás del padre silencioso reposaba, y que había entrado sin ser antes de ellos sentido.

—¿Ah?—repuso el padre.—Dios nos perdone esos medios mundanos de defensa. Aunque *manet nobiscum Dominis*, bueno es llevar además un amigo consigo. Es el perro del convento: nuestro reverendo abad no quiso que en estos tiempos de salteadores, ni el padre Juan, ni yo, padre Modesto, como me llaman, para servir á Dios y á vuesas mercedes, nos viniésemos sin ese corto auxilio siquiera para nuestra seguridad, si bien *Deus vigilat*.

—¿Y de dónde bueno, padre mío?—preguntó Ferrus con audaz curiosidad.

—De Jaen, hijo,—repuso con extrema serenidad el padre;—sí, hijo, de Jaen. Llevamos una comisión secreta, que bajo la fe de la obediencia no podemos revelar, para el reverendo prior del convento de Andújar de nuestra misma orden, que es como veis de San Francisco, hijos míos; pensábamos haber caminado toda la noche, y haber llegado allí antes de la mañana; empero Dios que nos ha enviado esta agua, y los achaques de mi compañero, nos han obligado á pedir hospedaje. *Introibo*, dijimos, *ad altare*.

—Y bien dicho,—habló por fin el camarero, que había estado hasta entonces observando al silencioso fraile,—muy bien dicho, aunque nosotros no lo entendamos. Pero lo dijo vuestra reverencia, y basta: si les parece á sus reverencias, que vendrán cansados,—prosiguió el cortesano camarero,—harémosles servir la refacción para que se retiren, señor Ferrus.

—*Amen*,—repuso el padre,—tanto más cuanto que mañana hemos de salir á la madrugada, si dais orden de que nos abran temprano en el castillo.

—Daránse las órdenes todas que fueren ne-

cesarias,—repuso Ferrus, apartándose y hablando al oído al camarero.—Pero ved que las centinelas no se han relevado aún.

—Pudierais vos mudarlas,—le contestó Rui Pero,—mientras yo hago disponer la cena; estos buenos padres nos dispensarán si les dejamos solos un instante por su propio servicio.

—*Ite, missa est*,—replicó el padre, echando una bendición gravísima á entrambos alcaides, que se dieron el brazo mutuamente á pesar de sus interiores rencillas, sin duda olvidándolo todo en momentos en que necesitaban tanto de recíproco apoyo, y salieron de la sala.

—¡Cuerpo de Cristo! Por vida de Diego Gil y Martín Bravo, los más famosos monteros de Castilla, que Dios perdone,—exclamó el padre silencioso soltando una carcajada algo reprimida por la prudencia.—¡Voto va! que nunca hubiera dicho, fray Juan ó fray Peransurez, que tañeseis de ladradura con tal primor. Por mi venablo que se os entiende de cazar en latín á las mil maravillas.

—¡Prudencia, Hernando! Sepamos lo que nos hacemos, ya que yo no sé lo que me digo. ¿No os previne de que fuí monacillo y sacristán en cierto tiempo, durante el cual, si mucho escatimé el rastro de las vinajeras de la Almudena, no por eso dejé de oir las bocinas de los padres en el coro? Aprendí á tañer la mía en latín como habéis visto, y alguna palabra entiendo, ¡voto á tal! de cada ciento que digo.

—Pobre venado es éste, Peransurez; es nuestro,—dijo Hernando.—Hace la señal del pezuño chica, y va en la redruña, ¡voto á tal! No tardaremos en tañer de occisa. ¿Pondrémosle canes?

—Ved no nos obliguen á tañer de traspuesta: mirad que se levanta ya el venado á la ceba. Yo os avisaré el momento.

—Los tiempos nos dirán, conforme vengan...

—Sí; pero ved, Hernando, que no es lo difícil la entrada; mirad por la salida...

—Dios proveerá, y mi venablo,—repuso Hernando, componiendo sus hábitos y echando de nuevo su capucha.—Ya vienen hacia el buitrón.

Volvían en esto ya los dos alcaides. No tardó mucho tiempo en cubrirse la mesa, á la cual se sentaron los cuatro con la mayor armonía y fraternidad. Poco tiempo hacía que cenaban, con imprudente abandono Rui Pero y Ferrus, con más reserva y comedimiento los frailes, cuando llamó á las puertas del castillo un expreso que enviaba el conde de Cangas y Tineo. Abriéronle inmediatamente, é introducido en la sala, echóse de ver en su traza que había corrido mucho y que debía ser en grande manera interesante su mensaje. Tomó Rui Pero el pliego cerrado que para él traía y apartándose un poco leyóle rápidamente, manifestando bien á las claras en su rostro cuánta sorpresa le infundía.

—Señor Ferrus, grandes novedades,—dijo después de haberle recorrido.

—¿Qué decís?—preguntó Ferrus tartamudeando.

—Nuestro señor el ilustre conde de Cangas y Tineo, maestre de Calatrava, se halla á pocas leguas de aquí...

—¿Cómo?—exclamó Ferrus levantándose.

—Sí; parece que el día después de vuestra salida de Madrid llegó á la corte la nueva de los disturbios de Sevilla. Las cartas y pesquisidores que envió Su Alteza á esa ciudad el mes pasado para poner en paz los bandos que han estallado entre el conde de Niebla, su primo, y el conde don Pedro Ponce y otros caballeros y veinticuatros, no surtieron efecto, y el mal se acrecienta por momentos. Temeroso Su Alteza de los resultados de tan grave daño, hizo suspender su viaje á Otordesillas; hase contentado con expedir pliegos anunciando á la reina doña Catalina que irá allá desde Sevilla, y mandado disponer para entonces las funciones reales y torneos que se preparaban en solemnidad del nacimiento del príncipe don Juan. Hase traido consigo á los principales señores de la corte, y esta noche debe dormir en Andújar.

—Gran novedad, por cierto,—dijo Ferrus.

—Añádeme su señoría que en ese pueblo permanecerán tres días, por hallarse señalado para mañana la prueba del combate. Encárganos con este motivo,—añadió Rui Pero al oído de Ferrus,—la mayor vigilancia.

—¡Voto á tal! no hay cuidado,—dijo Ferrus dando una carcajada.—No vencerá el doncel. ¿Y piensa venir su grandeza por aquí?

—Parece que no, pues de Andújar pasa Su Alteza á Córdoba, desde allí irá en la barca grande, el Guadalquivir abajo, á Sevilla, pues que está Su Alteza muy doliente, y no le deja caminar á caballo su físico Abenzarsal. Pero en atención á todo esto, yo partiré mañana de madrugada.

—Sea en buen hora, como gustéis,—repuso Ferrus.—Esto entretanto no altera el orden de nuestra cena. Podéis retiraros, buen hombre, —añadió Ferrus al emisario.

—Que os den de cenar,—dijo Rui Pero al

mismo,—y disponeos mañana á venir conmigo á la corte.

Retiróse el emisario, y siguieron cenando nuestros cuatro paladines, conversando acerca de la determinación del rey y del singular acaecimiento que los había acercado tanto á la corte.

—Bueno fuera, señor alcaide,—dijo Peransurez dirigiéndose á Ferrus, que era el más afectado del licor,—bueno fuera que hubiéseis de hospedar en este castillo á la corte...

—¡Bah!—dijo Ferrus,—no pasa por aquí, y además en un castillo encantado...

—¡Encantado! Dios nos perdone,—dijo con afectado escrúpulo el padre.

—¿No ha oído hablar nunca el padre de la mora Zelindaja, Zelindaja la mora...?—siguió Ferrus con dificultad, y riéndose á cada palabra con la estúpida expresión de la embriaguez.

—¡Hola!

—¡Voto va! pues la mora... Rico vino es este, padre; ¿no bebéis?

—Proseguid,—dijo el padre haciendo con su mano un ademán de agradecer el ofrecimiento.

—La mora, pues... Vaya otro trago, señor Rui Pero.

—¿Y la mora?—preguntó el padre.

—La mora... Zelindaja queréis decir, la que está encantada en la torre...

—¿En la torre?

—Sí; aquí arriba sobre nosotros. ¡Pero qué vino! ¡qué paladar! ¿os dormís, señor Rui Pero? ¡voto va!

—¿Con que arriba?—preguntó el padre.

—Por ahí la llaman la mora, y dicen que aparece, y que... ¡ah! ¡ah! ¡ah!—añadió Ferrus soltando una carcajada, y mirando el vino que contenía aún la copa.—¿Qué hacéis vos ahí,—prosiguió vuelto en seguida á los que le servían la mesa,—escuchando, espiando, á ver si se me escapa alguna imprudencia? ¡Belitres! Si esperáis á que yo os diga dónde está el preso... larga la lleváis. Fuera de aquí; llamaremos cuando os hayamos menester.

Diciendo y haciendo, levantóse Ferrus con trabajo, y cerró la puerta después que hubieron salido los sirvientes, espantados de las palabras del alcaide.

—¿Con que el preso...? señor alcaide...—prosiguió Peransurez, que así como su compañero no perdía una palabra ni una acción de las que se le escapaban al imprudente mancebo.

—El preso no se escapará mientras pendan de mi cintura las llaves todas del alcázar. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! notad, padres míos, la figura que hace un camarero dormido,—prosiguió Ferrus riéndose á carcajadas y señalando con el dedo la boca abierta del buen Rui Pero, á quien la hora, el sueño, el vino y el cansancio tenían cabeceando sobre su poltrona.—¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Al llegar aquí, tocó Peransurez por bajo de la mesa al pie de Hernando, que de puro impaciente no hacía ya más que moverse había gran rato. Levantándose á un tiempo los dos, precipitóse cada uno sobre el que tenía al lado. Tocóle á Peransurez el dormido Rui Pero, que se halló ya maniatado y tapada la boca antes de acabar de despertar; á Hernando, Ferrus, cuyo asombro fué tal al ver levantarse de repente, y en aquella tan inesperada forma, á los dos reverendos, que no fué dueño de gritar ni de oponer la menor resistencia al montero, el cual así lo fajaba con sus poderosas manos, como si fuese un niño. Pusieron nuestros dos amigos á cada uno de los alcaides un palo del hogar atravesado en la boca y sujeto con cordel que preparado llevaban, á manera de mordaza, y atáronlos en seguida fuertemente de pies y manos á sus mismas poltronas, dejándolos conforme se hallaban colocados, es decir, uno enfrente de otro, con la mesa en medio y sus copas delante. Era cosa de ver la figura que hacían, sin poderse mover ni remover, ambos con la boca abierta, y mirándose con ojos aún más abiertos, sin acabar de comprender si estaban encantados por el moro del castillo ó si habrían dado hospedaje á dos diablos del otro mundo que venían á castigar su descompuesta vida.

Hecho esto por nuestros dos reverendos, y apoderados ya del manojo de llaves que pendía del cinto de Ferrus, fué su primer cuidado recapacitar lo que acababan de oir al ebrio alcaide.

Parecía por el misterio de sus palabras que la torre era el lugar del castillo destinado al prisionero. Estaban en ella, pero era indispensable hallar una subida, y si había dos, aquella en que estuviesen menos expuestos á ser notados ó á encontrar importunas centinelas. En punto á esto convinieron que era preciso ponerse en manos de Dios, que veía sus intenciones y no dejaría de favorecerlas; y echáronse á buscar una subida, que no tardaron en encontrar. Probando llaves lograron abrir una puertecita encubierta detrás del hogar por un tapiz viejo: empujáronla, y una escalera oscura les probó que habían dado con lo que necesitaban. Armado cada uno de un agudo venablo, y lle-

vando en la mano izquierda Hernando, que iba delante, una linterna sorda de metal, diéronse á subir con la mayor confianza en Dios, donde los dejaremos, ora trepando escaleras, ora recorriendo largas y oscuras galerías, ora, en fin, probando llaves en cada puerta que encontraban, todo con el mayor silencio por no dar la alarma en el castillo.

Hallábase colocado el cuarto, donde se divisaba la misteriosa luz desde los alrededores de la fortaleza, en el extremo de una galería, y como quiera que las puertas fuesen todas de la mayor seguridad, no se creía prudente establecer centinelas demasiado inmediatas. Al único que hacia aquella parte se ponía, preveníasele de antemano que no se separase del extremo de la galería más distante de la prisión. El que se hallaba á la sazón en aquel punto era un mancebo profundamente ignorante acerca de las circunstancias de los presos que parecían custodiarse con tanto interés en la fortaleza, pero que había oído hablar lo bastante del encantamiento del castillo, y de la voz nocturna, para no tenerlas todas consigo en aquella incómoda facción.

—Por Santiago, — decía, apoyándose en su partesana,—que no entré yo al servicio del señor conde para habérmelas con brujas y hechiceros; este instrumento, que bastaría para matar millones de moros, unos después de otros se entiende, acaso no sería suficiente á hacer un ligero rasguño en la mano del moro que fundó este maldito castillo. Dicen que la señal de la cruz es grande arma contra las artes del demonio,—añadía en otro paseo de los que daba, sin apartarse mucho de su puesto como el que tiene miedo ó frío;—y siendo esto cierto, ¿cómo es que hay cristianos hechizados? Cuerpo de Cristo, si me hechizasen, tengo para mí que lo que más había de sentir había de ser aquello del no comer y del no dormir, ¡voto va!

En estas y otras reflexiones cogió entretenido al mancebo cierto profundo gemido que salió al extremo opuesto de la galería.

—¡Santa María!—exclamó, dando diente con diente, el faccionario.—Asunto concluído. ¿Si será la mora que viene á pedirme su esposo, según dicen las gentes que lo pide todas las noches á los ecos? Sin embargo, no soy eco,—añadió lastimeramente como si quisiese conjurar el encanto con esta lógica observación.

Otro gemido más prolongado resonó de allí á poco, y el ruido de una cadena arrastrada por el suelo se prolongó hasta el infinito en el oído del infeliz.

—¡Santo Dios!—decía el soldado, y persignábase tan de prisa como si fuese la última vez que había de persignarse en su vida, sin apartar los ojos del punto de donde él se figuraba que salía el ruido.

En esto estaba, á la orilla de la escalera, y vuelto de espaldas á ella, cuando dos manos de hierro, apoderándose de sus piernas, le levantaron en alto.

—¡Perdón, señora Zelindaja, perdón!—clamó con voz medio ahogada el miserable, y pasando por encima de la cabeza de un padre francisco, á quien no tuvo siquiera tiempo de observar, cayó rodando de espaldas por la escalera, hasta una puerta que habían cerrado tras sí nuestros aventureros, donde quedó casi exánime y sin sentido.

—¿Hay más?—dijo Peransurez mirando á todas partes.

—No, —repuso Hernando, — aquella debe ser su prisión: ¿no oís una cadena?

—Él es; apresurémonos.—Sacando en seguida el manojo y llegando á la puerta, comenzaron á probar llaves en la cerradura. Abrió, por fin, una de las más gruesas, y entrambos se precipitaron dentro de la prisión, igualmente impacientes de dar libertad al encadenado doncel.

Una lámpara mortecina lucía siniestramente sobre un pedestal.

—¡Basta, crueles, basta ya!—exclamó una voz penetrante, arrojándose á sus pies al mismo tiempo, con todo el desorden del dolor y de la desesperación, una figura cadavérica vestida de negras ropas.

Difícil fuera pintar el asombro de nuestros dos reverendos al ver venir sobre ellos aquella extraña sombra, que no era otra cosa lo que á su vista se ofrecía, y el sobrecogimiento de la víctima luego que paró la atención en sus nuevos huéspedes, de tan distinta especie que los dos hombres que hasta entonces habían solido visitar su encierro para traerla el alimento.

—Religiosos, santo Dios, religiosos,—exclamó ésta.—Habéis oído, Señor, por fin mis oraciones, y el bárbaro me envía estos emisarios de vuestra palabra divina para auxiliarme en los últimos momentos de esta vida miserable. Lo acepto, Señor, lo acepto.

Un mar de lágrimas corrió de los ojos hundidos de la encarcelada, que abrazaba con religioso fervor el hábito de Hernando: éste, in-

móvil en su puesto, no sabía qué interpretación dar á aquella horrible escena. Todo el valor de Peransurez le había abandonado; creíase, efectivamente, delante de la encantada mora, y estaba ya á dos líneas de maldecir en su corazón su osadía y su malhadada incredulidad.

Repuesto algún tanto Hernando de su primera sorpresa, hízose atrás cuanto pudo, desviando su hábito del contacto de la infeliz. Esta, levantando entonces la cabeza, y sacudiendo sobre los hombros una larga cabellera, único resto de su antigua hermosura, quedó mirando largo rato á nuestros amigos sin atreverse á proferir una palabra.

—Quien quiera que seáis,—dijo por fin animándose Hernando, y descubriendo su rostro, —sér de este mundo ó del otro, mora ó cristiana, hablad: ¿qué nos queréis?

—Hernando, ¿sois vos?—exclamó la víctima levantándose, después de haber mirado largo rato con la mayor duda y agitación al montero espantado.—¡Ah! no,—continuó.—¡Hernando era montero!—y volvió á quedar en el mismo estupor.

No pudo menos Hernando, al oirse nombrar por la fantasma como un antiguo conocido, de fijar más en ella la atención; y agarrando con una mano á Peransurez, que á su derecha y un poco detrás de él estaba:—¡Cielos!—exclamó sin apartar los ojos de la figura negra.—Dejadme: ¿sería posible?

—¡Ah! conocedme, sí,—gritó levantándose y asiendo la lámpara la infeliz,—conocedme, si me habéis visto alguna vez; hé aquí en mi rostro los efectos de su barbarie; no soy la misma ya; no soy hermosa... el llanto, el dolor me han afeado. Miradme bien, miradme, — prosiguió acercando la luz á su semblante.

—¡Ella, ella es! Peransurez, salvémonos,—gritó Hernando retrocediendo.

—¿Adónde? no: ¿adónde? Detenéos. Yo saldré también con vosotros.

—¡Vivís aún, señora!—exclamó Hernando al sentirse detenido por la víctima,—¿vivís?

—Vivo, sí, vivo para llorar y padecer: tocadme aún si lo dudáis.

—¿Es falsa vuestra muerte? ¿Sois vos, señora?

—¿Mi muerte decís?—preguntó la desdichada.—¿El bárbaro la ha propalado? ¡Justicia, Señor, misericordia! — añadió levantando los ojos al cielo.—Por piedad,—continuó,—¿quién sois el que tanto os parecéis al montero de don Enrique? ¿Qué os trae á esta prisión?

Hernando, sumido en el más profundo letargo, apenas reconocía debajo de aquella palidez y cadavérico aspecto, á la hermosa que tantas veces había visto triunfante en el mundo de lujo y de belleza.

—¡Monstruo!—dijo por fin para sí,—¡monstruo, monstruo abominable!

—¿Quién sois? acabad; y ¿qué queréis?—tornó á preguntar la encerrada;—¿venís á prolongar mis males, á remediarlos por ventura?

—A salvaros, señora,—repuso Hernando.—Conocedme, ¡voto va! El montero Hernando, señora, os ha de sacar de esta maleza.

—¿Con que no me había engañado? ¡Ah! Decidme, ¿por qué feliz azar os veo, y cómo en ese traje?

—El montero de ley, señora, no caza siempre del mismo modo: dejemos para mejor ocasión ese punto. Ved que necesitamos salir del monte. ¡Ea! Venid con nosotros.

—¿Con vosotros? ¿Adónde? ¡ah! no me engañéis. Más fácil es que me matéis aquí. ¿Qué resistencia puedo oponeros? Si sois tan crueles como todos los que hasta ahora he visto en este castillo...

—¿Qué habláis, señora? no veníamos á salvaros: no presumíamos siquiera que vivieseis: el bárbaro que ha osado reduciros á este extremo, no se ha contentado con una presa. Sin embargo, en el momento actual vuestra presencia nos hace más falta de todas suertes que un ojo avezado al cazador. Vuestra presencia va á confundir la iniquidad, y á atajar acaso un torrente de sangre.

Mucho tardaron Hernando y Peransurez en determinar á la desdichada á que los siguiese: sus preguntas exigían larguísimas explicaciones, que no podían darse en aquel momento sin comprometer la suerte de una expedición tan incierta y azarosa ya por sí... A poder de ruegos, en fin, y de observaciones, logróse de ella que dejase el satisfacer sus dudas para mejor ocasión; el tiempo urgía: nuestros dos reverendos habían pasado ya gran parte de la noche en dar con la prisión, y después de tantos afanes, faltábales aún desempeñar la misión que en tal peligro les había puesto.

Resolvióse unánimemente que Hernando se despojaría del hábito que sobre su traje traía, y que lo vestiría lo mejor que pudiese la recién libre cautiva, porque si bien su estatura era muy diversa, también era de advertir que habían entrado de noche, que iban á salir al rayar el alba, y que probablemente no estarían á su sa-

lida de facción los mismos que lo habían estado á su entrada. Dos frailes habían entrado: dos frailes salían: nada había que decir, si durante la noche no se descubría su acción, cosa difícil, pues habían quedado cerrados por dentro y amordazados Ferrus y Ruy Pero. A la salida ningún obstáculo podrían encontrar dos frailes, pues durante la cena se había dado la orden de abrirles el rastrillo en cuanto se dejasen ver á la puerta al amanecer.

Cortó, pues, Hernando el hábito con su cuchillo de monte, y dejóle más adaptado á la estatura de la hermosa. Hecho lo cual, trataron de buscar, por la parte que no habían recorrido aún, la prisión del doncel, dejando para después de encontrarla el determinar la forma de sacarle y salir el mismo Hernando del castillo, cosa que á éste le parecía sencillísima; pues todo se lo parecía cuando era hecho en obsequio de su señor, y cuando tenía en la mano su venablo y al lado su fiel Brabonel; el cual los seguía silenciosamente toda la noche, como si estuviera penetrado de lo mucho que convenía el sigilo en aquella peligrosa tentativa.



CAPITULO TRIGÉSIMOSEXTO

> Ya la gran noche pasaba
> É la luna sextendía:
> La clara lumbre del día
> Radiante se mostraba;
> Al tiempo que reposaba
> De mis trabajos é pena
> Oí triste cantilena
> Que tal canción pronunciaba.
>
> *D. Enr. de Vill. Querella de a[illegible] de M[illegible].*

No bien hubieron tomado la determinación que dejamos referida, echáronse á buscar otra salida, dispuestos siempre á hacer callar con sus venablos á cualquier centinela imprudente que hubiese podido comprometer su existencia. Felizmente no encontraron ninguno en dos escaleras que bajaron. Al fin de ellas, una tronera les permitió reconocer la parte de la torre en que se hallaban: estarían como á diez varas del pie de la muralla interior.

Fatigados de la faena que la ignorancia de las llaves les acarreaba, y aún más del silencio y cuidado con que les era indispensable proceder, tomaron allí algún descanso. La cautiva, que acababa de experimentar una emoción tan inesperada, y que en medio de su debilidad se hallaba abrumada bajo el peso del hábito desusado, y combatido su ánimo de mil dudas y esperanzas, por desgracia harto inseguras todavía; no pudiendo resistir á tantos afectos encontrados, hubo de apoyarse un momento en un trozo roto de columna, que felizmente encontró en la pieza en que á la sazón se hallaban. Perdían ya nuestros paladines la esperanza de dar con la prisión del doncel. Asegurábales, sin embargo, su compañera que en la noche anterior y á deshoras había creído oir un laúd débilmente pulsado, cosa que no le había acaecido nunca desde su llegada al castillo: este dato convenía con la fecha de la prisión de Macías; y hubiera jurado, les añadió, que salía el eco del pie de la torre. Esta advertencia sólo podía animar á los generosos amigos del prisionero. Sacando, pues, nuevas fuerzas de flaqueza, trataron de examinar qué hora podía ser. Sacó entonces Hernando la cabeza por la angosta tronera, y pudo distinguir que el cielo se había serenado; un viento fuerte de norte lanzaba hacia las playas africanas algunas nubes dispersas, restos de la pasada tormenta, y el pálido resplandor de la luna en su ocaso advirtió á Hernando, así como la posición de algunas estrellas que acertó á ver, que podría faltar una hora todo lo más para el alba. Al mismo tiempo que hizo esta observación nada favorable, el ruido acompasado de los pasos de un hombre le hizo sospechar que debajo de ellos debía haber, al pie de la muralla, un soldado de facción. Esta precaución le confirmó en la idea de que debía caer hacia aquella parte del castillo la buscada prisión. Resolviéronse, pues, á probar la aventura, poniendo el éxito en manos de Dios, á quien fervorosamente se encomendaron. Hernando hizo voto á la Virgen de la Almudena de una ofrenda proporcionada á sus cortos medios, y la cautiva prometió edificarle un santuario suntuoso si la sacaba con bien de tan peligroso trance. Iban ya á probar una nueva llave en la puerta que debía conducirlos, según todas las probabilidades, al pie de la muralla, cuando el rumor del laúd, que al punto reconocieron la hermosa y Hernando, los dejaron suspensos.

—¡Él es!—dijeron á un tiempo los dos, apoyándose con esperanza la blanda mano de la bella en la tosca y curtida del montero.—Escuchemos.

Un ligero preludio del trovador se siguió á su suspensión, y de allí á un momento una voz, harto conocida para ellos, entonó con lánguido acento una cántica, de la cual pudieron percebir los fragmentos siguientes, en medio de los

sollozos que de cuando en cuando la interrumpían, y del monótono rumor del torrente, que á los pies de la torre por la honda zanja se desprendía.

¿Será que en mi muerte te goces impía,
Oh pérfida hermosa, muy más aun ingrata?
¿Así al tierno amante, más fino, se trata?
¿Cabrá en tal belleza tan grande falsía?
¡Llorad ¡ay! mis ojos, llorad noche y día!
Mis tristes gemidos levántense al cielo;
Pues ya en mi tristura no alcanzo consuelo,
Dolor hoy se vuelva lo que era alegría.

. . . .

La copa alevosa, que amor nos colmó
También heces cría, señora, en mi daño.
Sus heces son ¡ay! fatal desengaño.
La copa y las heces mi labio apuró.
¡Ay triste el que al mundo sensible nació!
¡Ay triste el que muere por pérfida ingrata!
¡Ay mísero aquél, que así amor maltrata!
¡Hay triste el que nunca su dicha olvidó!

¿Por qué, justos cielos, en pecho amador
Tiranos me disteis una alma de fuego?
¿Por qué sed nos disteis, si en tósigo luego,
Bebido, en el pecho, se torna el licor?
Contempla, señora, mi acerbo dolor.
¡Ay! torna á mis brazos, ven presto, mi Elvira:
Ingrata, aunque sea, como antes, mentira,
La dicha me vuelve, me vuelve tu amor.

No más á mis ruegos te muestres impía,
Oh pérfida hermosa, muy más aun ingrata.
No así al tierno amante, más fino, se trata.
No quepa en tu pecho tan grande falsía.
Dolor no se vuelva lo que era alegría.
Mas ¡ay! si en mi pena no alcanzo consuelo,
Si en vano mis quejas se elevan al cielo,
¡Llorad ¡ay! mis ojos, llorad noche y día!

Callaron al llegar aquí los lúgubres acentos de la cantinela, que había arrancado lágrimas de los ojos de aquellos que silenciosamente la habían oído.

Seguros de que habían llegado al término de sus esperanzas, diéronse prisa á abrir la puerta que les faltaba traspasar, y en pocos minutos se hallaron al pie de la torre. El primero que salió fué el terrible alano, el cual no bien se halló al aire libre, cuando comenzó á ladrar dirigiéndose á un objeto que se hallaba arrimado á la pared.

—¡Brabonel!—dijo Hernando.—¡Brabonel! vamos, silencio.

—¿Quién va?—preguntó con voz ronca el centinela, enderezando su ballesta contra el montero, que salió primero á contener á su perro.

No tuvo lugar de preguntar segunda vez el centinela.

—¡Ese es quien va!—respondió Hernando lanzando su venablo, el cual fué recto á clavarse, silbando por el aire, en el pecho del faccionario, que cayó por tierra sin voz y sin aliento.

—¡Ay!—gritó la compañera de nuestros aventureros, apartando rápidamente los ojos del que acababa de caer.

—Silencio, señora, silencio,—dijo Peransurez:—dejad la piedad para después. Plegue al cielo que no hayamos alarmado ya algún otro centinela con este intempestivo ruido.

—Venga en hora buena,—dijo Hernando, caliente ya con el feliz éxito de su tiro certero. Inclinándose en seguida sobre el cuerpo del caído, púsole un pie en el pecho, y sacó de él su venablo ensangrentado con la diestra mano. El venablo, al salir del cuerpo, dejó libre el paso á un surtidor de sangre que salpicó á Hernando; y á poco el infeliz había ya expirado.

Vencida esta primera dificultad, examinaron la posición, y no les quedó duda de que el rastrillo que enfrente veían, servía de puerta á la prisión del doncel; pero ¿cómo pasar la zanja? ¿cómo soltar el rastrillo? Perplejo Hernando miraba á una parte y otra, mordíase los dedos, y daba al diablo todas las fatigas de la noche. Pensar en tomar el opuesto lado del castillo, volviendo por donde había venido, para probar la entrada que debería tener forzosamente la prisión, era caso imposible, en vista sobre todo de la hora avanzada.

—¡Voto va!—dijo por fin Hernando.—Denme á mí la fiera en el campo; pero ¿encerrada? ¡Cuerpo de Cristo! ¿Y hemos de quedarnos aquí, para ser presa de esos perros judíos que quedan en el castillo, en cuanto amanezca?

Su posición tenía más dificultades de las que á primera vista habían creído encontrar. Sin embargo, fué preciso deliberar: y por último, Hernando decidió que lo más acertado sería probar á salir Peransurez y la bella á favor de su disfraz, quedando él con su alano en aquella posición. Oponíanse los otros á esta generosa determinación; pero Hernando los convenció, probándole que si á la mañana no había logrado ponerse en comunicación con el doncel y salvarle, ó saltaría la muralla y pasaría el foso á nado con su perro, ó retrocediendo al salón de la torre se haría rehenes y prenda de seguridad al mismo Ferrus, que probablemente debería permanecer en el mismo estado, pues no se había dado la alarma en el castillo en toda la noche. Fueron tales, por último, sus ruegos y sus amenazas, que fué preciso ceder á ellas.

Importaba mucho, en verdad, que saliese alguien del castillo; fuera ellos, nada les sería más fácil que volver con socorro; y la presencia sobre todo de la ilustre prisionera en la corte, debía hacer variar completamente la posición del doncel y de Hernando, aun dado caso que quedase preso. Este, en fin, se aferró en decir que él no saldría del castillo sino muerto ó con su amo; lo más que pudo conseguir de él Peransurez fué que, quitándose su traje de montero, vistiese la ropa del muerto centinela, y quedase en su lugar. Si se le relevaba antes del alba, como era de pensar, acaso no sería reconocido, y entretanto tenía aquella probabilidad más de salvación. Hízolo así Hernando, y arrojando sus vestidos y el cuerpo del vencido en la zanja con un pie, dió algunas instrucciones á Peransurez acerca de lo que debería hacer en saliendo del castillo y en llegando á la corte.

Despidiéronse en seguida, como aquellos que acaso no habían de volver á verse. Peransurez y su compañera, ocultando su rostro bajo su capucha, siguieron la senda que debía conducirles forzosamente á lo largo de la muralla hasta la puerta principal y puente del castillo, donde era más que probable que no hallasen obstáculos á su salida, siendo como era ya la hora á que había dejado advertido Ferrus la noche anterior que se abriese á los padres descaminados; y donde los dejaremos para acudir á donde nos llaman otros personajes, no menos interesantes, de nuestra historia.

Sólo podemos añadir, para sacar algún tanto á nuestros lectores de la incertidumbre en que los dejamos, bien á nuestro pesar, que hacia aquellas horas, pero sin que hayamos podido averiguar si antes ó después, el jefe del destacamento, que guardaba la puerta principal del castillo, creyó deber tomar órdenes del alcaide, de cuya ausencia total durante la noche estaba no poco admirado. Subió, pues, al salón que se habían reservado Rui Pero y Ferrus, y en vano llamó repetidas veces. Asombrado de esta circunstancia, no dudó en reunir algunos hombres, los cuales quebrantaron con sus hachas de armas la cerradura, y les dieron entrada en el salón. Allí fueron encontrados amordazados, en la misma forma singular que los dejamos, Ferrus y Rui Pero mirándose todavía, y sin dar otra respuesta á las preguntas del jefe que un sonido desigual ronco y desapacible, muy semejante al ruido gutural que produce un sordo-mudo para mover la pública conmiseración. Desatóse á los alcaides, dióse la alarma, y en pocos minutos era el castillo todo un teatro de actividad difícil de pintar: corrían unos sin saber adonde, ni de qué enemigos se habían de guardar; tocaban algunos bocinas en son de guerra; preparaban otros sus armas; recorríanse las escaleras y galerías; oíanse votos y juramentos, pésames y proyectos de venganza. Abríanse unas puertas, derribábanse aquellas cuyas llaves habían echado por dentro nuestros atrevidos paladines... en una palabra, era el castillo todo desorden y confusión. Nuestras leyendas, empero, tan prolijas por lo regular en todos los pormenores de sus relatos, parecen haberse descuidado sobremanera en esta ocasión; pues ni una sola palabra dicen por la cual podamos inferir, sospechar ó barruntar siquiera, si cuando se dió esta alarma en el castillo habían salido ya al campo los fugitivos, ó si fué ocasión de que su intento se malograse. Lo cual prueba, además de otras muchas cosas que no son de este lugar, que no es tan fácil el oficio de historiador y cronista como generalmente se cree, sobre todo si no ha de dejarse olvidada ninguna de las circunstancias que puede anhelar saber el impaciente lector.



CAPITULO TRIGÉSIMOSEPTIMO

> El rey moro de Granada
> Más quisiera la su fin;
> La su seña muy preciada
> Entrególa á don Ozmín.
> El poder le dió sin falla
> Á don Ozmín su vasallo,
> Y excusóse de batalla
> Con cinco mil de caballo.
>
> *Historia de Alonso XI, escrita en coplas redondillas.*

> Dos mil vidas diera tanta
> Por ser el desafiado.
>
> *Batalla de Ru[illegible]*

Curiosos estarán nuestros lectores, si es que hemos sabido hacerles interesantes los personajes de nuestra desaliñada narración, de saber el estado de la desdichada Elvira, á quien dejamos con la reja de su cámara abierta, ella desvanecida en tierra, y abriéndose su puerta para dar entrada al pajecillo, ó á su mismo esposo, únicos poseedores de la llave. Mucho sentimos que la complicación de sucesos que bajo nuestra pluma se aglomeran, no nos haya permitido sacarlos antes de tan incómoda duda; pero todavía sentimos más que el tiempo, que todo lo devora, nos prive aún ahora del placer de satisfacerlos completamente. Recordarán, sin embargo, en disculpa nuestra, que cuando se abrió la puerta de la cámara, Elvira estaba desmayada, y nada por consiguiente pudo ver de lo que en torno suyo pasaba: el que entró nada contó nunca, razón que tenemos para sospechar que fué Hernán Pérez, á quien no le podía convenir que nada de ello se supiese; y el cronista de aquellos tiempos, el famoso Pero López de Ayala, se hallaba en el sarao, y nada trae tampoco, por consiguiente, en sus escritos

de semejante escena. Por los resultados que ésta tuvo, volvemos á repetir que debió de ser Hernán Pérez. Hubo quien aseguró que había visto hablar al astrólogo con él mucho después de haber vuelto á entrar éste en el alcázar, y como ya conocemos la mala intención del judío, es de presumir que alarmase al marido acerca de lo que en su cámara pasaba; la reja abierta, la puerta cerrada y el estado de Elvira debieron acabar de abrir los ojos á Hernán Pérez acerca de lo que allí podía haber ocurrido.

Lo único que podremos afirmar es que Hernán Pérez de Vadillo, de resultas sin duda de la violenta escena que debió tener con su esposa, decidió aquella noche misma su separación; buscó á Su Alteza, y le expuso con voz trémula y agitada cómo sabía que su esposa era la acusadora de don Enrique de Villena. Añadióle que él había recibido del conde de Cangas la rara prueba de confianza de que pudiese en su nombre defender su parte en el combate; suplicóle en vista de ello que tomase á su cargo la acusadora; y por más que se hizo para averiguar la causa de tan extraña conducta, sólo se pudo sacar en limpio de las cortadas razones de Hernán Pérez que éste había tenido un rompimiento con su esposa; advirtióse desde entonces que cuanto hablaba eran palabras de aborrecimiento y execración, y dirigidas á adelantar el plazo del combate, de resultas del cual debía él morir ó morir Elvira. El odio más reconcentrado y profundo había sucedido en su corazón al amor conyugal. No se pudo negar don Enrique el Doliente á la justa demanda del ofendido Hernán, y en consecuencia encargó al judío Abenzarsal de la custodia de Elvira, la cual pasó á poder de éste, con su inseparable pajecillo, aquella misma noche. Decidióse, al mismo tiempo, que se verificaría el combate, donde quiera que estuviese la corte, al quinceno día, por cumplirse entonces el plazo que había dado Su Alteza al justicia mayor Diego López de Stúñiga para presentarle el reo de la muerte de doña María de Albornoz. Si este le presentaba con las pruebas legales del delito, excusaríase la prueba del combate. De lo contrario, no quedando otro medio que recurrir al juicio de Dios, sería aquel inevitable.

Con respecto á Elvira, sólo diremos que desde aquella funesta noche en balde intentó tener con su esposo una explicación: negóse éste á todas sus demandas, y la infeliz, sumida en la mayor desesperación, esperó en un continuo llanto y congoja el día en que había de desenlazarse tan terrible drama y en que había de verse expuesta á los riesgos de un combate por causa suya, y por una imprudente generosidad, que no era tiempo ya de remediar, la vida de su desdichado amante, si es que éste no había perecido ya, como tenía motivos para creerlo, en la funesta noche de su última entrevista.

Puesta á recaudo como estaba, y no permitiéndosele comunicación alguna sino con el paje, sólo pudo saber en el particular lo que todo el mundo sabía, esto es, que el doncel había desaparecido, cosa que no daba poco que decir en la corte. No se le podía ocultar á Elvira que cualquiera que hubiera sido la suerte del doncel, su tenacidad y el empeño con que á todo trance había querido defender su moribunda virtud, había tenido gran parte en ella. No le podía pesar de ello; pero era bien triste reflexionar cuán horrible premio daba el cielo á su conducta. Ora pensando en su esposo, ora en su crítica situación, ora en un amor desdichado que en vano había pretendido lanzar de su pecho por todos los medios posibles, pasábase la desgraciada Elvira los días y las noches de claro en claro, sin dar reposo á la lucha de encontrados sentimientos, que tenían dividida su deplorable existencia.

La nueva que llegó á la corte el día mismo que debía haberse trasladado á Otordesillas, hizo variar de determinación á don Enrique el Doliente, como ya saben nuestros lectores, y el día del combate la cogió por tanto en Andújar.

Amaneció este día, y nadie en la corte pudo dar razón al rey, cuidadoso é impaciente, del ignorado paradero del doncel: don Luis Guzmán fué el único que pudo exponer sencillamente cómo Hernando, fiel criado del doncel, le había visitado en la noche del sarao, manifestándole sus dudas y temores, y encargándole el equipaje de su amo mientras él se dedicaba á averiguar su paradero, de que tenía vagas sospechas. Pero afirmó en seguida que desde entonces no había vuelto á tener noticia alguna ni del doncel ni de Hernando. Todos los que conocían, sin embargo, el pundonor caballeresco de Macías, no dudaban un punto que se presentaría en la lid el día emplazado, tanto más cuanto que se habían publicado los convenientes edictos y pregones; á no ser que hubiese muerto, acontecimiento que nadie tenía motivos de sospechar. Muchos achacaron la ausencia del doncel á alguna hechicería de don Enrique de Villena y del judío, pero desde sos-

pecharlo á saberlo había tanta distancia como hay de la mentira á la verdad.

Regocijábanse, en tanto, secretamente aquellos dos intrigantes del feliz éxito de su manejo; sobre todo Villena, que había conseguido llevar á cabo su proyecto sin necesidad de cargar su conciencia con el peso de sangre ajena: descansando en la vigilancia de su emancipado juglar y en la fortaleza de su castillo, lleno todo de gentes á su devoción, curábase poco ya del combate, que mal podía verificarse sin la presencia del doncel. Verdad es que debía quedar condenada Elvira como calumniadora, pero esperaba que su mucho valimiento, y el que debía aumentársele, sobre todo, con el triunfo que el cielo le preparaba aquel día, le bastaría para salvar la vida de la infeliz Elvira; cosa que intentaba pedir inmediatamente á Su Alteza, proponiendo la conmutación de la pena que imponía la ley en un encierro perpetuo. De esta manera conciliaba el buen don Enrique, con el triunfo de sus intrigas, la tranquilidad de su conciencia, haciendo por una y otra parte transacciones con su ambición y con la voz secreta que le gritaba en el fondo de su corazón que no dejaba de ser culpable por haber evitado la muerte de Elvira y del doncel.

A pesar de la ausencia de éste, anunciaron los farautes el aplazado combate, y reunida la pequeña corte que llevaba consigo don Enrique el Doliente, éste se constituyó en audiencia sentándose debajo del dosel regio preparado para la ceremonia que debía verificarse.

Sentado Su Alteza, y rodeado del buen condestable Rui López Dávalos, de su físico Abenzarsal, de su camarero mayor, y de las demás dignidades de palacio, compareció ante el trono, llamado por un faraute, el ilustre don Enrique de Villena, conde de Cangas y Tineo, precediéndole dos farautes suyos, y un escudero con el estandarte en que se veía lucir su escudo de armas ricamente recamado; seguíanle numerosos caballeros y escuderos de su casa, vasallos suyos. Requerido por el faraute de Su Alteza, expuso brevemente la demanda que de justicia había hecho en otra ocasión sobre la muerte de su esposa la condesa doña María de Albornoz. Concluída esta ceremonia, pidió cuenta Su Alteza á su canciller mayor del sello de la puridad de lo que en el asunto había determinado: recordó éste el cargo que había dado Su Alteza de averiguar el hecho al justicia mayor, cometiéndole el cuidado del castigo. Adelantóse entonces Diego López de Stúñiga, é hizo breve relación de los pasos que había dado para la averiguación de aquel horrendo crimen, el cual, sin embargo, había permanecido oculto, sin duda, añadió, por los incomprensibles juicios de Dios, que se reservaba el castigo de tan gran maldad. Oído el justicia mayor, prosiguió el canciller relatando cómo en ese tiempo se había presentado una acusadora del mismo don Enrique de Villena, achacándole aquel propio crimen del que él había pedido satisfacción, y lo demás ocurrido en el caso.

Hizo entonces Su Alteza comparecer á la acusadora, la cual, guiada de Abenzarsal, á cuya custodia estaba confiada, pareció y expuso de nuevo, en la misma forma que la había hecho, la funesta acusación, no sin acompañarla de abundosas lágrimas, que manifestaban bien á las claras el estado en que se hallaba.

Tomósele de ella juramento, así como á don Enrique de la denegación del delito, el cual prestaron ambos sobre los santos Evangelios.

Pidiéronse pruebas en seguida á la acusadora; no pudiendo la cual presentarlas, recordó el canciller que fundado en esto mismo, se había dignado Su Alteza ordenar la prueba del combate.

Alzóse en seguida un faraute de Su Alteza, y en voz alta repitió que era llegado el día en que aquél debía verificarse; lo cual hizo por medio de largas fórmulas, de que nos dispensarán nuestros lectores.

El canciller, en seguida, pidió los gajes al acusado y acusadora, que le entregaron, aquél el guante arrojado por Macías el día de la acusación, ésta el anillo que en prenda de su persona había entregado al rey en el propio día. Recogidos ambos por el canciller, fuéles preguntado á los dos si se hallaban prontos para la prueba del combate que Su Alteza había ordenado: esta pregunta estremeció á Elvira, que se vió sola en el mundo en aquel tremendo instante; pero Villena respondió á ella con insolente sonrisa de triunfo y de satisfacción. Requeridos á presentarse ante Su Alteza los combatientes ó sus campeones representantes, adelantóse el hidalgo Hernán Pérez de Vadillo, que se había mantenido oculto hasta entonces en el grupo de caballeros de la comitiva de don Enrique de Villena; Elvira, al verle, no fué dueña de sí por más tiempo, lanzó un agudo chillido, y ocultó su cabeza entre los brazos de una dueña que la seguía. No se alteró el implacable Vadillo; hincándose, por el contrario, de hinojos ante su señor natural, pidióle la venia,

dada la cual anuncióse como el campeón de don Enrique.

Este golpe inesperado, y que pocos en la corte sabían, hizo todo el efecto que el lector puede imaginar, reflexionando como reflexionaron los presentes que iba á presentarse un caso singular en semejantes combates. La mujer acusadora por una parte, y el marido campeón del acusado por otra. Elvira, al recibir tan terrible golpe, se precipitó á los pies del trono exclamando:—¡Santo Dios! ¡Rey justiciero, no lo permitirás, señor!...

Era tarde ya, empero, para deshacer lo hecho, y el faraute impuso silencio á la acusadora, con duro gesto y ademán, separándola del trono.

Requirióse, entonces, á Elvira de que presentase su campeón, y á este requerimiento se sucedió el más profundo silencio. Leíase en los ojos de Elvira la ansiedad con que esperaba el fin de aquella ceremonia. En aquel momento hubiera dado su existencia porque no compareciese el doncel. Temblaba á cada ruido que se oía; todo era para ella preferible al espantoso espectáculo de ver pelear por su causa á su esposo y á su amante.

Por último, vino á sacarla de su mortal angustia el tercer requerimiento del faraute.

Apenas había acabado éste de pronunciarle, cuando prosternándose Elvira y elevando al cielo las manos y los ojos:—Nadie,—exclamó con loca alegría,—nadie. ¡Yo os doy gracias, Dios mío! Señor, — continuó dirigiéndose al rey,—no tengo campeón; soy, pues, calumniadora; ¡la muerte presto; la muerte!

—Señor,—se adelantó á decir el canciller al rey, que se levantaba para decidir en tan arduo caso,—debo hacer presente á tu Alteza que antes de declarar infame al doncel tu favorito, es fuerza esperarle en el palenque todo el día de hoy; si entonces no compareciere, á pesar de los pregones que habrán de repetirse en ese tiempo tres veces, la acusadora será ejecutada

—Ya lo oís, señora,—continuó Su Alteza; —dentro de una hora concurrirá la corte al sitio del combate.

Una nube de tristeza profundísima enturbió la frente pálida de Elvira, que quedó sumergida en el silencio de la desesperación. Don Enrique de Villena triunfaba, y una mal reprimida sonrisa se dibujaba en sus labios. Hernán Pérez de Vadillo parecía desesperado de no tener contrario, y de la inopinada tardanza.

—Señora,—dijo don Luis de Guzmán, que veía con despecho triunfar á su enemigo, llegándose al oído de la infeliz acusadora;—si mi brazo puede seros útil, ved que diera mil vidas por ser el acusador.

—¡Ah! señor,—repuso Elvira dirigiendo al caballero una mirada de agradecimiento, dejad morir á una desdichada.—Levantó entonces los ojos al cielo, y añadió para sí con dolorosa expresión:—¡Él ha muerto también! ¡Y mi esposo me desprecia!—Bajó en seguida los ojos, y dos farautes, notando el pequeñísimo diálogo que quisiera prolongar don Luis Guzmán, la separaron, advirtiendo á éste que la ley prevenía toda incomunicación con la acusadora.

Bajó entretanto Su Alteza del trono, y preparóse la corte á asistir al sitio del combate, donde debía esperarse el campeón de Elvira

Don Luis Guzmán vió salir á todos con despecho reconcentrado. Su silencio y su gesto manifestaban cuánto destrozaba su alma impetuosa el próximo triunfo que esperaba á su rival, y que él había tratado en vano de impedir con su intempestiva y no aceptada generosidad.



CAPÍTULO TRIGESIMOCTAVO

Traidor sois, Payo Rodríguez,
El mayor que ser podía.
Yo vos faré conocer
Ser verdad lo que decía.
Entrar con vos en lid
Y en ella vos vencería.

—Mentides, Rui Paez Viedma,
Pai Rodríguez respondía,
Por eso sois vos reptado,
No yo que nada debía.
Diéronse luego sus gajes,
Y en el campo entrado habían.
Procuran de se matar;
Muy cruel batalla hacían.

Sepúlveda, Rom.

—¿Pararemos aquí, si os parece?—decía, deteniendo su mula á la puerta de la hospedería de Andújar, un hombre de quien ya hemos dado una pequeña muestra en la cena á oscuras que describimos en capítulos anteriores.

—Como gustéis,—repuso su compañero de viaje, á quien sólo por su muletilla favorita habrán conocido ya nuestros lectores.

—¡Ah, de la hospedería! ¡Buena gente!

—¿Quién es la buena gente?—replicó una voz agria y descompasada, semejante al desapacible chirrido de una chicharra, la cual salía del endeble cuerpo de una vieja malhumorada que acababa de asomarse á una fenestra.—No hay posada.

—Como gustéis,—replicó, apeándose, Nuño; —pero reparad, buena Beatriz, que somos, es decir, que soy vuestro compadre el de Arjonilla...

—¡Si digo que está llena la casa! no hay posada, compadre,—tornó á decir la vieja.

—Como gustéis, Beatriz; pero ved que no la pido para mí, sino para esta mi bestia, que es como sabéis la niña de mis ojos; no hay mula mejor en la comarca: miradla despacio; es compra que le hice al prior del convento de Arjonilla; miradla, y compadeceos y hacedla un lugar en la cuadra.

—Os digo,—replicó la vieja,—que como no queráis meterla conmigo en mi camaranchón, no hay dónde. Y no os canséis, Nuño,—concluyó la vieja; cerró, después, de golpe la ventana, y se alejó con un gruñido prolongado, como se aleja tronando la tempestad.

—¡Buenas noches!—dijo soltando una carcajada el compañero de viaje de Nuño.

—¡Maldita vieja!—dijo Nuño.—¡Cuerpo de Cristo!

—Vaya, Nuño, no os desesperéis. Está visto que ha venido media Andalucía á la fama del juicio de Dios que se celebra por la prueba del combate en este pueblo, que Dios bendiga.

—¿Y qué hacemos, señor montero? ¿Os parece que nos recibirá en su audiencia el señor justicia mayor, con mulas y todo?

—Paréceme que no; pero pudieran quedar las bestias con el mozo en las afueras del pueblo.

—Como gustéis,—repuso el buen Nuño.

Apeáronse nuestros viajeros, y dejadas las caballerías al mozo, dirigiéronse hacia el palacio donde se hallaba la corte hospedada.

—He aquí lo que digo,—iba refunfuñando el montero.—Dad el pie, y os tomarán la mano. Ofrecíme á hacer un servicio á Peransurez, y exigióme ciento. ¿No era bastante andar un día entero tras unos hábitos viejos de nuestro padre San Francisco, que no fué poca fortuna encontrar, merced á las muchas liebres que regala uno al padre sacristán? No, sino veníos después con letras para el señor justicia mayor de no sé qué dueña ó qué doncella encantada... ¡Voto va! ¡Muchacho!—añadió el montero deteniendo á uno que corría hacia la plaza del

pueblo,—¿nos daréis razón del señor justicia mayor?

—¡Ah señor! en mala hora venís,—repuso el muchacho;—ya no dejan pasar los archeros y ballesteros hacia palacio; la corte va á salir al palenque... ¿no veis cómo corre todo el mundo? Si venís á ver el duelo, mejor haréis en llegaros á la plaza. Acaso podréis acercaros al señor justicia mayor, que ha de estar allí,—dijo el muchacho, y siguió corriendo. Agrupábase la gente cada vez más por todas partes, y bien vieron nuestros viajeros que no les quedaba más recurso que seguir el consejo del muchacho.

—¡Ea! vamos,—dijo Nuño;—si allí le podemos dar alcance, sea en buen hora; si no, tenga Peransurez paciencia, y acabada la fiesta haréis su comisión. ¿Ha de correr tanta prisa?

—Mucho me dijo que urgía, pero á la buena de Dios. El hombre propone...

—Y Dios dispone,—concluyó el buen Nuño. —Siguieron en seguida el curso de la gente, y no tardaron en llegar á la plaza.

Habíase construído un palenque de ochenta pasos de ancho y de cuarenta de largo: en una extremidad un cadalso se había levantado, ricamente entapizado de paños negros; en él debían sentarse los jueces del campo. Hacia el comedio de uno de los lados un balconcillo de madera, forrado de paño color de grana bordado de oro, debía servir para el rey y su comitiva. Al uno y otro lado del palenque dos garitas, semejantes á las que se construyen en el día para los centinelas, estaban destinadas para dos hombres, que debían dar desde ellas lanzas y armas nuevas á los combatientes, en el caso de romper las suyas en los primeros encuentros, sin acabarse el duelo.

Alrededor del palenque, y donde habían dejado lugar para ello las bocacalles, habían arrimado los habitantes carros y carretas para ver más cómodamente el tremendo combate. Coronaba ya la concurrencia los puntos más altos de la plaza, y empujábanse las gentes unas á otras en los más bajos para alcanzar puesto, cuando llegaron Nuño y su compañero.

—¿Habéis oído decir por qué es el duelo?—preguntaban unos.

—Sí,—respondían otros.—El nigromante de don Enrique de Villena, que hechizó á su mujer, es acusado por ello.

—Bien hecho; no, sino que nos hechicen cada y cuando quieran esas gentes que tienen pacto con el diablo.

—Callad, maldicientes,—gritaba una vieja. —¿Qué sabéis vosotros de lo que decís? No la hechizó, sino que la condesa desapareció, y aseguran que fué muerta por unos bribones pagados, á causa de unos amores, lo cual se supo porque noches antes le habían dado una serenata...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! mirad la madre Susana con lo que nos viene,—exclamaba otro.—Matóla su marido, sí señor, y hay quien sabe el porqué. ¿Hubiera, si no, una dama tan discreta y hermosa como la señora Elvira, muy amiga por cierto de la condesa y que estaba en sus secretos, cometido la ligereza de?...

—Eso no, ¡pesia mí! maese Pedro, — interrumpió un mozalbete mal encarado;—que no ha menester una mujer muchos motivos para cometer una ligereza!

—¡Calle el deslenguado!—gritaba una doncella bien apuesta y ataviada para el combate como para una función;—¿qué sabe él lo que son mujeres? Deje crecer sus barbas y hable de tirar piedras.

—En hora buena,—replicó el mozo;—pero lo que yo digo es que el combate no se verificará...

—¿No, eh?

—No señor; porque el campeón de la acusadora no parece.

—Sí, parecerá,—repuso un recién llegado.—En alguna redoma.

—¡Oh! y qué bien decís, ¡voto á tal! hay quien asegura que entre el judío... Maldiga Dios á los judíos.

—Amén.

—Amén.

—Amén.

—Pues sí; hay quien dice que entre el judío y el de Villena han echado un conjuro al señor doncel, aquel caballero tan cumplido, y le tienen en una redoma más larga que la cigüeña de la torre, donde ha menester cuarenta días para convertirse luego en un cuervo, como el rey Artús.

—¡Otra tenemos!—gritó soltando la carcajada un petimetre incrédulo de aquel tiempo. —¡Buena está la invención de la redoma! El hecho de verdad es que ese caballero tan cumplido andaba enredado en amores con la dama acusadora; hálos sorprendido el marido, y...

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Dios nos perdone, y qué cosas oye uno á los barbilampiños de estos tiempos!—exclamó una dueña quintañona, hincando el codo para pasar, y mirando con ojos

zainos á un mancebito que parecía más reservado que el que tenía la palabra.—¡He aquí por tierra en un instante el honor de una dueña!

—Vaya, madre, no se enfade,—repuso el que había recibido la repasata,—y cuide de su honra, sin andar enderezando la de nadie, que todos habemos menester...

—¿Qué irá á decir el desvergonzado?—interrumpió toda azorada y encendida la quisquillosa mojigata.

—¡Ea! ¡ea!—dijo Nuño;—dejen esas cuestiones, y miren á los trompeteros que se entran ya en el palenque. Seor montero, veníos hacia acá,—continuó,—y veamos de dar vuelta á la plaza, por si podemos llegar á dar esas letras que traéis al señor justicia mayor.

Acababan de entrar, efectivamente, en el palenque dos trompeteros anunciando con fúnebre sonido el principio de la ceremonia del combate. Venían detrás de las trompetas un rey de armas y dos farautes. Seguían ministriles con instrumentos músicos, y varios ministros del justicia mayor: dos notarios para testimoniar y dar fe de lo que acaeciese; los dos jueces del campo elegidos por Su Alteza, que fueron el muy buen condestable don Rui López Dávalos y el juicioso y entendido en armas y letras don Pedro López de Ayala. Detrás el justicia mayor Diego López de Stúñiga, vestido como los demás de gala y ceremonia, cerraba la comitiva. Subió toda al cadalso revestido de paño negro, en el cual se colocó según la preeminencia de puestos debida al empleo de cada uno, y á ella se agregaron dos persevantes. Entró en seguida en su balconcillo, ó mirador, Su Alteza, acompañado de su físico Abenzarsal, del arzobispo de Toledo, de su confesor fray Juan Enríquez, y de varias dignidades de palacio que á semejantes oficios debían seguirle.

Proveyeron los jueces la liza de gente de armas que asegurase el campo, y fueron treinta buenos escuderos, con más ballesteros y piqueros, de los cuales colocáronse unos en ala bajo el balconcillo de Su Alteza, y otros en varios puntos extremos de la liza.

Entró en seguida un eclesiástico, y dirigiéndose hácia el extremo enfrente de los jueces, donde habían hecho levantar éstos un altar con preciosas reliquias y ricos ornamentos, y en el cual debía celebrarse el santo sacrificio de la misa.

Enfrente del balconcillo de Su Alteza habíanse levantado, bastante apartados entre sí, dos pequeños cadalsos de tablazón revestidos de paños negros bordados de oro; hasta el uno entró, conducida y custodiada por cuatro archeros, una mujer joven cubierta de un velo negro que la tapaba toda: ocultaba su blanca espalda y torneada garganta su cabellera, brillante como el ébano. No era ya aquella perfecta hermosura fresca y lozana que había deslumbrado tantas veces á la corte toda de don Enrique el Doliente. Su rostro pálido y prolongado por la continua aflicción, sus ojos hundidos y rodeados de un cerco oscuro, su frente mancillada por la adusta mano del dolor, su mano descarnada y trémula, su paso vacilante y sus ardientes lágrimas; manifestaban cuán grande era su pesar. Seguíala al lado, vestido de gala, el pajecillo Jaime, que de ver llorar á su prima lloraba también, y que la dirigía de cuando en cuando palabras de consuelo, de las cuales no eran contestadas unas, y otras ni siquiera oídas.

Hasta el otro cadalso ó tablado entró el ilustre conde de Cangas y Tineo, ricamente vestido, alta la cabeza y arrogante el paso. Llevaba rico jubón de raso negro columbino, calzas justas, un bohemio de paño negro guarnecido del mismo color, manga larga y angosta, con capilla de buitrón; una jaqueta de raja recamada de oro le cubría apenas el jubón; cinto tachonado de que pendía una rica limosnera; zapatos de seda negros, abiertos y acuchillados: un camisón riquísimo de holanda, labrado, le volvía sobre el pecho y hombros, y un riquísimo collar de piedras y oro, de que pendía un San Miguel de este precioso metal, deslumbraba en su pecho al lado de la cruz roja de Calatrava. El manto de la orden encima completaba su magnífico arreo.

Precedíanle farautes suyos, su estandarte con el escudo de sus armas, y la caldera de ricohome, y le seguían escuderos, donceles, pajes, caballeros y gentiles homes de su casa, vasallos suyos, vestidos todos de ceremonia y paz como su señor.

Un alto crucifijo de plata reflejaba los rayos del sol á igual distancia de uno y otro cadalso, enfrente mismo del balconcillo de Su Alteza, y detrás de él se veía sentado sobre un banco, contiguo ya al palenque, un hombre vestido con un capotón de seda encarnado y cubierta la cabeza de una gorra de lo mismo. Un tajo, á su lado, y una afilada cuchilla declaraban aún á los que más de lejos le veían, que era Mateo Sánchez, verdugo de Su Alteza, pronto á ejecutar á aquel de los dos que quedase por el

combate convencido ó de calumniador ó de reo.

Dispuesta ya la liza en esta forma, que hemos procurado describir todo lo más fielmente que nos ha sido posible, mandaron los jueces al rey de armas y faraute dar una grita ó pregón anunciando el combate, que iba á verificarse en comprobación del juicio de Dios á falta de otras pruebas, y mandando comparecer á las partes ó á sus campeones.

Presentóse en seguida á la puerta del palenque un caballero, alzada la visera, que todos reconocieron ser el hidalgo Hernán Pérez de Vadillo: seguíanle dos pajes con las libreas de Villena, llevando el uno la lanza y el otro un caballo de respeto. Venía jinete en un soberbio alazán encubertado con paramentos negros que le llegaban hasta los corbejones, con cortapisa de martas cebellinas, bordados de muy gruesos rollos de argentería á manera de chapetas de celada, y por divisa las armas de don Enrique de Villena. Traía Hernán Pérez vestido sobre su arnés blanco, como de caballero novel, sin empresa ni mote, un falso peto de aceituní vellud bellotado, verde brocado, con una uza de brocado aceituní vellud bellotado azul, calzas de grana italianas, una caperuza alta de grana, y espuelas de rodete italianas; llevaba sus arneses de piernas y brazales con hermosa continencia. Su rostro era el único que estaba en contradicción con la galana apostura de su arreo. Encendido como la lumbre, lanzaba rayos de sus ojos; y parecía medir con la vista el espacio del palenque, como si viniera estrecho á su colera y su coraje. Tres vueltas dió en derredor con gracia y gentileza, saludando á cada vuelta él y su caballo al mirador de Su Alteza y al conde su señor; dirigiendo, empero, una mirada de desprecio y de ira, sentimientos que se confundían en la expresión de su semblante, hacia la víctima infeliz de su propia virtud y generosidad.

Presente ya en la liza el defensor del acusado, requirieron los farautes por pregón al campeón del acusador por tres veces consecutivas, el cual no pareciendo, comenzó el oficio de la misa.

Concluída ésta, requirieron de nuevo al acusador; igual silencio sucedió, sin embargo, al segundo y tercer pregón.

Elvira alzaba de cuando en cuando los ojos al cielo; no se podía distinguir si le daba gracias por la ausencia de su campeón, que de ninguna manera hubiera deseado ver entonces allí, ó si lloraba la ya probable muerte del doncel. Sin creer en ésta ¿cómo concebir que caballero tan generoso y enamorado pudiese dejarla en tan amargo trance desamparada, donde la cuchilla del verdugo esperaba su cabeza, si su campeón no venía?

Dos largas horas pasaron en tan cruel expectativa. Impacientábase ya el concurso como si hubiera pagado el dinero por su asiento, y como si fuese aquella una función que estuviese ya Su Alteza obligado á darle, sólo por el hecho de haber él concebido esperanzas de presenciarla. Circunstancia que prueba que el público de Andújar en el siglo XV se parecía á los públicos de todas las épocas y países. Había consentido en recrearse con los furibundos mandobles y reveses del combate; había contado con una diversión, porque generalmente las calamidades particulares son diversiones públicas, y la diversión no llegaba. Comenzaba á levantarse ya un sordo murmullo de descontento y desaprobación; quién hablaba contra Macías, caballero aleve y descortés que se había ofrecido al socorro de una dama para faltar después á su palabra y su fe; quién se indignaba contra Villena, achacando á sus cobardes maleficios la desaparición del pundonoroso doncel.

Habían ganado terreno en este tiempo Nuño y su compañero, portador de las letras, que según sus propias expresiones le había confiado Peransurez para el justicia mayor: ora sirviéndose de la persuasión, ora de sus codos, habíanse abierto paso poco á poco hasta llegar á colocarse cerca del tablado de los jueces, dando la vuelta al palenque. Atraído un faraute á las voces de Nuño, no pudo menos de acudir á ver qué pretendía aquel palurdo; expúsole entonces el montero cómo tenía dos palabras que comunicar á su señoría el justicia mayor.

Miróle de alto á bajo el faraute, y como le vió tan malparado:—No es ocasión, villano,—le dijo,—de pedir justicia. Id mañana á la audiencia.

—Ved que no es justicia lo que á pedirle vengo, ni son asuntos míos los que tengo que comunicarle.

—¡Calle el villano!—repuso el faraute con enojo. ¿Qué asuntos traerá él con su señoría, si no es alguna querella contra el tabernero de la taberna del rincón?

—¡Voto va, señor faraute!—replicó el montero al verse tan injustamente maltratado,—que le enseñe yo á hablar antes de mucho...

—¡Favor al rey!—gritó el faraute.

—¿Favor al rey? pícaro,—contestó el montero

montado en cólera. ¿Sabes tú, jabalí del soto más que faraute, que lo que tengo que hablar á su señoría interesa acaso al mismo combate que debía hoy verificarse, y vale de seguro más que tú y todas las bestias feroces de tu especie?

Una carcajada del faraute y un golpe que con la vara de su insignia dió al montero, acabaron de indignar á éste, é iba á precipitarse ya sobre su antagonista, cuando un grandísimo rumor de voces y de aplausos resonó por toda la plaza.

—¡Dejadnos ver, dejadnos oir!—clamaron á un tiempo más de veinte curiosos de los que hasta entonces se habían entretenido con la disputa del faraute y del montero. A esta interrupción inesperada, se volvieron las cabezas de todos hacia el paraje donde sonaba el mayor alboroto.

Un caballero bien montado y armado de todas armas acababa de entrar en la liza, y dirigiéndose hacia el mariscal del campo, que preguntaba ya á Su Alteza si había de procederse á la ejecución de la acusadora, le hablaba con voz agitada y resuelto continente.

Traía el caballero echada la visera; sus armas negras, el penacho negro que sobre su reluciente almete ondeaba á la merced del viento, y más que todo una divisa que en el brazo derecho llevaba ricamente obrada, y que decía en letras de plata *imposible, venganza*, llamaron la atención general,—¡Él es! ¡él es!—respondieron en el acto mil y mil voces confusas y repetidas.

—¿Habráse salido Hernando con la suya? —dijo el montero á Nuño.—¡Háse salvado el doncel!

Proseguía, sin embargo, el altercado del caballero y del mariscal: llegó éste al tablado de los jueces, y después de una corta explicación, pareció que éstos habían decidido acerca de la duda que tenía el mariscal.

Grande fué el asombro de don Enrique de Villena, y mayor aún su indignación.

¿Era posible que Ferrus hubiese dado suelta al encerrado doncel? Conocióse su turbación en toda la plaza, y hubo de parecer buen agüero á los que se inclinaban á la parte de la acusadora.

El rostro de Hernán Pérez, por el contrario, brilló de un resplandor singular. Afirmóse en los estribos, registró con su vista relumbrante á su contrario, y dando con el cuento de la lanza en el suelo: «¡Venganza, sí!—clamó;—¡venganza!» Dió en seguida media vuelta á su caballo, y ocupó el lado izquierdo del palenque en la terrible actitud ya de acometer.

Otro tanto hizo el recién venido, y tomó de mano de uno de sus dos pajes una poderosa lanza.

El rey de armas, acompañado de dos farautes, descendió entonces del tablado; midieron en seguida el suelo, dividieron el sol, é indicaron su debido puesto á ambos combatientes.

Dirigiéndose, en seguida, Hernán Pérez de Vadillo, conducido por el rey de armas, hacia el crucifijo, y tocándole con la diestra mano, juró á fe de cristiano y de caballero, por su alma y la vida que iba á perder acaso en aquel trance, que su demanda era justa y buena, y que no traía sobre sí ni sobre su caballo armas ocultas, ni yerbas, ni hechizos, ni piastrón, ni ventaja alguna de las reprobadas por la orden de caballería. Vuelto á su puesto, igual juramento repitió, y en la misma forma, el caballero de las armas negras, colocándose de nuevo en seguida al frente de su adversario.

Al ver tan próximos al último trance á entrambos combatientes, no pudo contenerse por más tiempo Elvira.

—¡Señor!—clamó prosternándose con los brazos abiertos y dirigidos en actitud suplicante hacia el mirador de Su Alteza,—¡basta! quiero ser antes calumniadora. ¡Lo soy, señor, lo soy!

Pero en aquel momento la atención de todos se hallaba fijada en los gallardos combatientes, y una confusa gritería de aplauso y de temor al mismo tiempo sofocó la débil voz de la acusadora. Desanimada Elvira enteramente, dejó caer su cabeza sobre el pecho, y enajenada desde entonces apenas vió ni oyó lo que en torno suyo pasaba.

Al punto los jueces del campo mandaron al rey de armas y al faraute dar una grida ó pregón que ninguno fuese osado por cosa que sucediese á ningún caballero á dar voces ó aviso, ó menear mano ni hacer seña, so pena de que por hablar le cortarían la lengua, y por hacer seña le cortarían la mano. Sucedióse á este pregón el más profundo silencio, interrumpido sólo por un ligero murmullo que producía el montero irritado todavía, profiriendo entre dientes algunos juramentos contra el faraute; ni atendió a pregón, ni pensaba sino en llevar á cabo la entrega de sus letras, más bien por terquedad ya que por otra razón cualquiera. Aplacáronle, sin embargo, algún tanto los que le rodeaban.

Al mismo tiempo mandaron los jueces sona

toda la música de ministriles con grande estruendo y en tono rasgado de romper la batalla; reconoció el rey de armas, acompañado del mariscal, las armas de los desafiados, y hecha la señal soltaron los farautes la brida del bocado de los combatientes, que tenían cogida, gritando á una voz: «Legeres aller, legeres aller, é fair son deber,» según la fórmula provenzal introducida en duelos singulares, justas y torneos.

Arrancaron al punto los caballeros con las lanzas en los ristres, arremetiendo uno contra otro con singular furia y denuedo. General fué la expectativa y el ansia al choque de los combatientes, que se encontraron entre nubes de polvo en medio de su carrera. Rompieron entrambos sus lanzas. Hernán Pérez encontró al caballero de las armas negras en el arandela, desguarneciéndole el guardabrazo derecho, y éste encontró á Hernán en la bavera del almete. Vacilaron entrambos caballos de la sacudida, pero repuestos en el mismo instante del súbito golpe, concluyeron su carrera airosamente. Tomaron los caballeros lanzas nuevas, y en tres carreras sucesivas no se decidió la ventaja por ninguna parte. Al fin de la tercera, furioso Hernán Pérez del poco efecto de las lanzas, quebró la suya contra el suelo, y revolvió, desnudando la espada, sobre su contrario, que vista la acción adoptó igual determinación. No daba Elvira, sumergida en el más profundo estupor, señal de vida, y mudaba de colores don Enrique de Villena á cada encuentro, como aquél cuya fortuna dependía del éxito del combate. A pesar de las buenas muestras que daba de su persona el novel caballero, ponían todos por el de lo negro, cuyos altos hechos de armas anteriores eran demasiado conocidos para osar poner en duda su ventaja.

El que más animado parecía era nuestro montero, á quien el coraje había acabado de acalorar; pero cuando no pudo reprimirse fué cuando, después de un largo rato de incierta lucha, rompió Hernán Pérez su espada en el almete del caballero de las armas negras, quedando desarmado. «¡A él! ¡á él!» gritó fuera de sí el aventajado de lo negro, que descargó su acero sobre el indefenso desguarneciéndole el brazo y haciéndole una profunda herida á lo largo de él. Apartó Vadillo su caballo como buscando una arma nueva, y tratando de evitar el segundo golpe con que su contrario le amenazaba ya; acción que puso una pequeña suspensión en el combate, merced á la habilidad con que logró, manejando su bridón, burlar repetidas veces la intención del enemigo.

Un faraute, entretanto, se apoderó del montero, y llevado ante los jueces del campo, íbasele á imponer la pena que hubiera sufrido, á no haber hecho presente que traía letras para el justicia mayor. Abriólas éste, y recorriólas rápidamente. No bien las hubo leído, cuando se alzó en pie para mandar la suspensión del combate. Era tarde ya, sin embargo. Convencido Vadillo de que podía durar muy poco lucha tan desigual, decidióse á echar el resto, y asiendo de su hacha de armas, detuvo su caballo y esperó resuelto al contrario, que le acometió causándole de nuevo otra herida en un costado. Aprovechándose Vadillo, entonces, del momento, soltó la brida del caballo, y alzando con ambas manos el hacha y clamando: «¡Venganza! ¡venganza!» descargó tan furioso golpe sobre el caballero de las negras armas, sin darle tiempo de revolver su caballo, que faltándole el almete, hízole dar con la cabeza en el cuello del animal: aturdido de ambos golpes, el caballero abrió los brazos, separáronse sus piernas del vientre del caballo, y perdiendo ambos estribos vino al suelo malparado. «¡Victoria! ¡victoria!» clamaron á un tiempo los circunstantes, sucediendo á la aclamación el más profundo silencio. A este tiempo Vadillo, habiendo echado ya pie á tierra, se precipitó sobre el caído con ánimo de cortarle la cabeza, idea que llevara á cabo, á no detenerle un faraute que de orden de los jueces dió por concluído el combate. Miró Vadillo al cielo despechado, y descansó en seguida sobre su hacha de armas, sin separarse empero de la víctima, y en la misma actitud en que nos pintan á Hércules sobre su maza. Elvira, al oir el grito de victoria, alzó los ojos, vió el éxito del combate, y cerrándolos horrorizada se lanzó en los brazos de Jaime, ocultando en ellos su cabeza. Don Enrique de Villena, entretanto, ostentaba en su semblante la alegría del triunfo, que no había esperado conseguir.

Mientras que el justicia mayor había llegado á Su Alteza seguido del montero, y le hablaba cosas sin duda del mayor interés, el rey de armas se adelantó hasta el vencido, y poniéndole un pie sobre el pecho, y tocándole con su maza: «*¡He aquí,*—clamó en voz alta,—*he aquí el juicio de Dios!* Don Enrique de Villena es inocente. Elvira es calumniadora. *He aquí el juicio de Dios.*»

Un grito de horror resonó por toda la con-

currencia, que sabía bien la suerte que esperaba á Elvira. Efectivamente, según las leyes de semejantes juicios, la acusadora debía ser en el acto degollada: el campeón vencido, si había quedado con vida, debía ser desarmado y desnudado; las diversas piezas de sus armas esparcidas aquí y allí en el campo de batalla, y permanecer él en tierra hasta que Su Alteza declarase si quería ajusticiarlo ó perdonarlo. Sus bienes habían de ser, además, confiscados en favor del erario, después de reintegrado el vencedor de sus costas y perjuicios; y si quedaba muerto, debía ser entregado al mariscal del campo para ser suspendido por los pies en un patíbulo.

Disponíanse los archeros á conducir á Elvira al suplicio, estaba ya en pie el impasible verdugo, y repetía por tercera vez el rey de armas su grida de *¡he aquí el juicio de Dios!* cuando se notó que Su Alteza hacía señal de suspensión con el pañuelo. Alzado en pie entonces el justicia mayor:—«El combate nada puede probar ni decidir,—clamó en alta voz.—La condesa doña María de Albornoz vive, y don Enrique de Villena es, sin embargo, culpado de felonía, si no de su muerte.»

Estas terribles palabras, que repetían los que estaban más cerca á los que no las habían oído, extendiéndolas como se extienden á lo lejos las ondas de un estanque donde ha caído una piedra, produjeron la mayor expectativa en la asamblea, y fueron un rayo para don Enrique.—¡Todo es perdido,—clamó,—todo!

—Sí,—continuó Diego Stúñiga.—La Providencia es justa; ella ha salvado á la condesa; he aquí sus letras, y presto acaso su llegada á Andújar confirmará tan alegre nueva.

No bien había acabado de hablar el justicia mayor, se hendió la multitud, que rodeaba una puerta de la liza, y se vió llegar á rienda suelta una cabalgata que no tardó en entrar en el palenque.

—¿Es posible?—se preguntaban unas á otras mil voces confusas y atropelladas;—¿es posible? ¡La condesa! ¡la condesa!

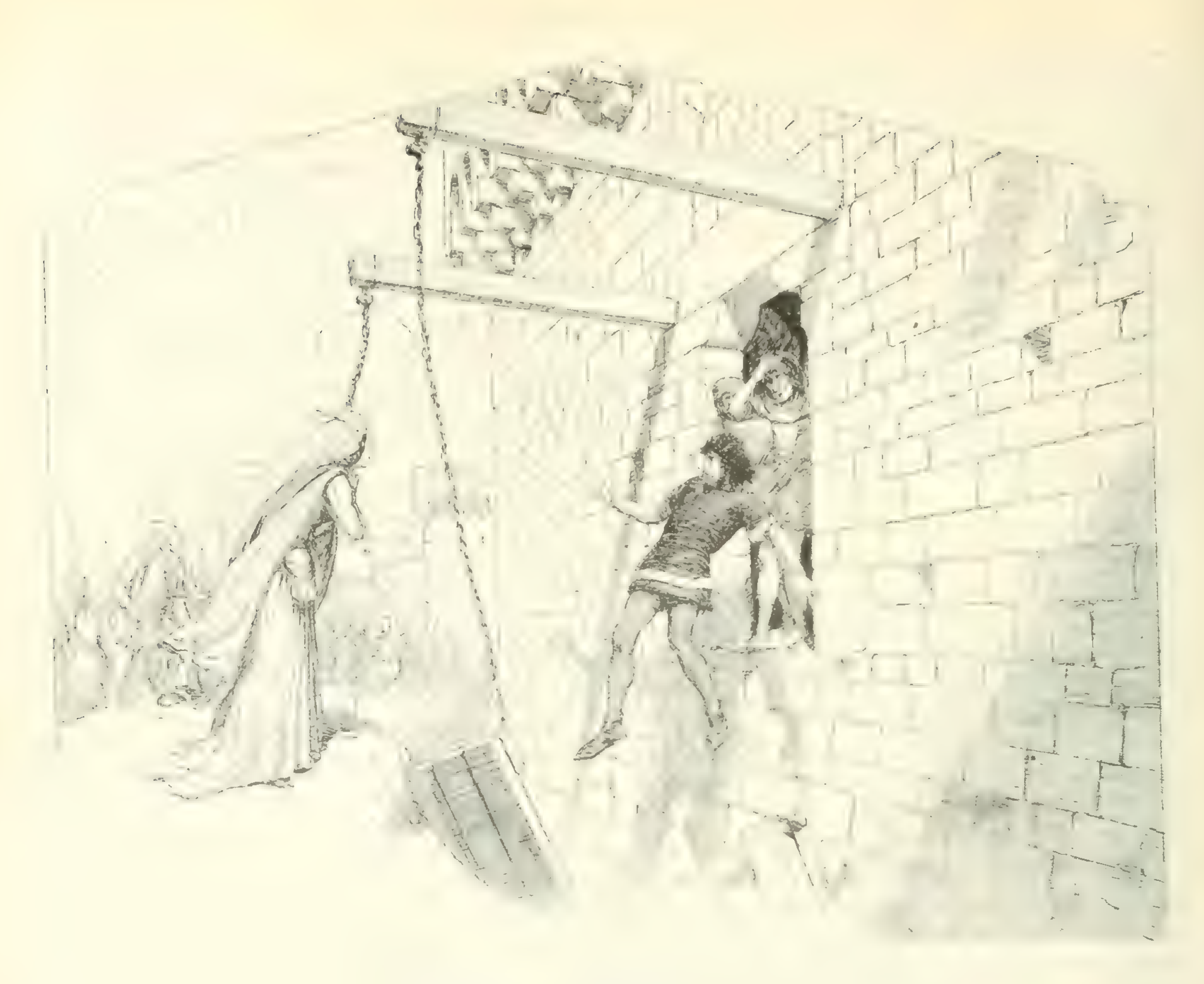
Doña María de Albornoz, pálida como la muerte, revestida aún del negro cendal con que había salido de su prisión, y seguida de Peransurez y de varios armados, se dirigió á apearse ante Su Alteza, que la recibió en sus brazos. Don Enrique, confundido, se ocultó entre sus caballeros, y Elvira, luchando entre la duda y la esperanza, permaneció inmóvil, ora clavando los ojos con estúpido terror en el cuerpo del vencido, que yacía en tierra todavía, ora queriendo descifrar si era, efectivamente, su antigua amiga la que venía á librarla de la muerte que tanto había deseado.

Informada la condesa anteriormente por Peransurez de cuanto había ocurrido durante su prisión, corrió en seguida á los brazos de Elvira, que la recibió en ellos con la insensibilidad de una estatua, para quien nada tenía ya interés en el mundo.

Entretanto, llegando los jueces y el rey de armas al caído, desenlazáronle el almete: al respirar el aire libre pareció dar señales de vida, volviendo en sí lentamente. Su Alteza, que había bajado de su balconcillo, se encaminó con toda la corte hacia el sitio que había sido teatro de la batalla, lleno del más vivo interés por su doncel. La condesa, no menos animada del celo por su defensor, arrastró á Elvira hacia el mismo paraje. La sangre que había vertido el caballero por los oídos y las narices al recibir el golpe de Vadillo, juntamente con el sudor y el polvo, impedían reconocer sus facciones.

—¿Es muerto?—gritó don Enrique el Doliente á los que le reconocían.—¿Es muerto?—preguntó la condesa.—¡Macías!—gritó Elvira, devorando con sus ojos las facciones del caído. —*¡Ah, no es él!*—exclamó con frenética alegría, después de un momento de duda.—*¡No es él!*—y se dejó caer en los brazos de la condesa, que la cubría de cariñosos besos.

Efectivamente, limpióse el rostro del vencido: era el generoso don Luis Guzmán. Poseyendo la armadura del doncel, que Hernando le había dejado, se había lanzado á la palestra en contra de Villena, logrando persuadir al mariscal del campo y á los jueces de la identidad de su persona, sin quitarse la visera.



CAPITULO TRIGÉSIMONOVENO

> Yo malo que obré el pecado,
> Merecia haber la paga.
> Mis ojos sean malditos
> Que su hermosura miraran,
> Que á no mirarla ellos
> Todo este mal se excusaba.
> No mireis, justo señor,
> Su pecado; pues la paga
> El cuerpo que lo tal hizo
> A ella haced librada.
>
> *Rom. del rey Rod.*

Luego que Fernán Pérez se hubo repuesto algún tanto de su primer asombro, volvió los ojos hacia su señor, y viendo lo malparado que estaba entre los suyos, llegóse á él con aire resuelto.

—¿Qué es esto, señor?—le dijo.—¿La condesa aquí? ¿y el doncel?

—¿Qué ha de ser, Vadillo?—repuso Villena: —el infierno todo, que anda mezclado en mis asuntos. Mi castillo está en manos de traidores. La fuga es nuestra salvación.

Dichas estas palabras, aprovechóse el conde de Cangas de la confusión general, y salió del palenque con Vadillo y sus caballeros y vasallos, antes que pensara nadie en impedírselo; armándose en seguida y montando precipitadamente á caballo, tomaron á rienda suelta el camino de Arjonilla, donde le pareció al conde que debía hacerse fuerte, y esperar el sesgo contrario ó favorable que quisiesen tomar las cosas. En el camino hubo de confesar toda su conducta el intruso maestre á Fernán Pérez. A pesar de su nunca desmentida fidelidad, no pudo disimular éste un gesto de desprecio, hijo de la consideración del carácter de aquel hombre, imperfecta mezcla de ambición y pusilani-

midad. No creyó, sin embargo, oportuno abrumarle con reconvenciones en la hora de su desgracia; desesperado de no haber acabado como creía con el hombre que le había ofendido en lo más delicado de su honor, y cuya muerte había jurado, suplicó al conde le permitiese adelantarse en su excelente caballo, para advertir su llegada al castillo y tomar disposiciones de defensa, según le dijo, pero en realidad con ánimo de que no se escapase por esta vez á su furor el doncel, si estaba todavía aprisionado, como debía presumirse de su ausencia en el combate.

Advertida de allí á poco en el palenque la fuga del conde y de los suyos, fué tal la indignación de Su Alteza al verse de esta manera burlado por su mismo pariente, á quien tantos favores había dispensado, que á pesar de los ruegos de doña María de Albornoz y de Elvira, pudieron más con él las sugestiones del pérfido judío Abenzarsal. Este, para salvarse y no verse arrastrado en la ruina del conde, no halló otro recurso que cortar el cable que unía su suerte á la del caído maestre, y como buen palaciego, fué el primero que manifestó la mayor indignación contra Villena. Despachó, pues, el rey en seguimiento del conde al justicia mayor con numerosa comitiva de caballeros y hombres de armas, dándole orden de traerle á su presencia vivo ó muerto, y de salvar á toda costa al doncel de su venganza, si existía en su poder todavía, como debía sospecharse de las informaciones que dió sobre el caso Peransurez.

Deseosa, sin embargo, la generosa condesa de endulzar el rigor de la ley por una parte, y por otra de cooperar á la libertad del doncel, que tan noblemente había abrazado su causa desde un principio, y que por ello se veía en inminente peligro, se decidió á seguir al justicia mayor á Arjonilla, acompañándola Elvira, Jaime y Peransurez; aturdida todavía aquélla con los singulares y opuestos acontecimientos que habían pasado en aquel día, y fieles los otros dos, como siempre, á la generosa empresa que habían abrazado. La impaciencia que á los cuatro animaba no les permitió esperar á la partida más lenta del justicia mayor y de su tropa. Llevando, además, mejores caballos, ganáronles prontamente la delantera.

En el castillo se había aplacado entretanto el desorden y la confusión, producidos por la fuga de la condesa. Ferrus y Rui Pero se habían cerciorado con satisfacción que sólo uno de los prisioneros se había escapado. Era, en verdad, el más importante; pero Rui Pero se puso á la cabeza de unos cuantos hombres armados con no pocas esperanzas de recobrar á los frailes fugitivos, que habiendo salido á pie, no podían haber andado mucho. Hubieran logrado su intento á no haber tenido tiempo Peransurez para llegar á la venta de Nuño; pero una vez allí, desnudáronse su disfraz, tomaron consigo unos cuantos monteros colegas de Peransurez, y rodeando por el monte y sonando sus bocinas en son de caza, lograron burlar la vigilancia de los emisarios de Rui Pero, que buscaban dos frailes franciscanos, y no una compañía de cazadores. La condesa creyó oportuno avisar de su situación á Su Alteza por medio del mismo Nuño, y de su compañero de viaje, por si se frustraba su fuga, ó por si no podía llegar á Andújar tan presto como era su intención, á pesar de la poca distancia que hasta allí había. Nuestros lectores han visto cómo desempeñó Nuño su comisión, y pueden figurarse que Rui Pero y los suyos recorrían todavía inútilmente los alrededores de Arjonilla. Ferrus, poco militar todavía y aturdido con cuanto le pasaba, no había pensado en relevar las centinelas; y habiéndose convencido por una rejilla interior de la prisión del doncel de que existía en su poder, permanecía Hernando en su puesto con su alano, bien decidido á vender cara su vida si no podía salvar á su señor; viendo que nadie se acordaba de él, se determinó por último á abandonar su guardia, y á buscar alguna otra manera de salvar á Macías. Echó á andar para esto á lo largo de la muralla, calada la visera de la mala celada que había robado al difunto, y no le costó dificultad introducirse en lo interior del castillo, que por lo desmantelado servía de cuartel á los hombres de armas. No osaba preguntar por no delatarse á sí mismo; pero calculando la forma del edificio, anduvo con aire resuelto como si fuese á cosa hecha ó llevase alguna orden, y se acercó á un corredor ancho adonde caía efectivamente la escalerilla que daba entrada á la prisión del doncel. Felizmente conservaba todavía las llaves en su poder, y Ferrus con la mayor parte de su fuerza se ocupaba en distribuir atalayas en las murallas y en examinar de continuo el campo por ver de divisar á Rui Pero, de quien no dudaba que volviese con su presa.

Quedábale que vencer á Hernando una dificultad. En lo alto de la escalera había un centinela, á quien Ferrus había encargado la vigilancia.

—¿Quién va?—preguntó éste á Hernando, luego que le vió acercarse.

—Compañero,—repuso Hernando, tratando de ganarle por buenas, y aun de relevarle, si podía,—¿cae hacia esta parte la prisión?

—Atrás. Parece que es nuevo el compañero según la pregunta. Aquí cae; pero atrás.

—Ved que os vengo á relevar. ¡Voto va! podéis iros á descansar.

—¿A descansar, y hace un cuarto de hora que estoy en esta facción?

—¡Malo!—dijo para sí Hernando.

—No conozco yo la voz de ese compañero, —dijo entre dientes el centinela, armando su ballesta.—¡Ea! atrás digo.

—¡Cuerpo de Cristo!—exclamó furioso Hernando, viendo que su astucia no había surtido efecto;—si no conoces mi voz, jabalí, conocerás mi mano,—dijo, y se abalanzó sobre el contrario. Retrocedió éste, gritando «¡traición! ¡traición!» y disparó su ballesta: recibió Hernando la saeta en el brazo izquierdo; pero no haciendo más caso de ella que de la picadura de un insecto, levantó su mano de hierro, y asiendo del centinela por la garganta, alzóle del suelo, dióle dos vueltas en el aire con la misma facilidad y desembarazo que da vueltas un muchacho á su honda, y despidiólo contra la pared del corredor, donde produjo el infeliz un chasquido hueco, semejante al de una inmensa vejiga que revienta, cayendo después al suelo sin más acción que un costal, ó un haz de fagina. Arrancóse en seguida la saeta del brazo Hernando, y pasándola por los talones del vencido, colgólo en la pared de una fuerte escarpia que servía para suspender de noche una lámpara, donde le dejó cabeza abajo en la misma forma que hubiera hecho con un venado. Sin reparar en la sangre que de su herida corría, abalanzóse después Hernando con las llaves á la escalera, la cual bajó con la misma priesa y ansiedad y latiéndole el corazón con la misma fuerza que si le esperase abajo una querida que fuese á ver solo por primera vez.

El desdichado doncel, que ningún ruido había vuelto á oir desde su encierro en aquel subterráneo, si no era el monótono rumor del torrente, que casi debajo de sus pies corría, paseaba entretanto su estancia con paso largo y precipitado, indicio de la agitación de su alma.

—¡Elvira,—decía hablando con su señora, —Elvira, he aquí el estado infeliz á que ha reducido tu obstinación á tu amante desdichado! ¡Te lo predije! ¡No oíste mi voz! ¡No creíste mis palabras! Goza ahora, goza tranquila en los brazos de tu esposo esa felicidad maldecida que yo solo perturbaba. ¡Ah, traidor Villena! ¡Ah, fementido Hernán Pérez! ¡De esta suerte me venceréis! ¡Yo siento su mano aún dentro de la mía! ¡Siento su corazón latir fuertemente contra el mío; la veo, la oigo; sus lágrimas ardientes corren aún á lo largo de mis mejillas! Su voz trémula y agitada, su voz ronca de pasión, ahogada por el amor, pidiendo piedad y misericordia, resuena aún en mis oídos. La estrecho entre mis brazos. Día y noche desde entonces siento sobre mis labios la opresión dulcísima, el calor inmenso de los suyos. ¿No lo sientes, Elvira, tú también? ¡Nunca se apagará este ardor y esta memoria! ¡Es fuego, es fuego, es el amor entero, es el infierno todo sobre mis labios desde entonces!

El mayor abatimiento sucedió á este corto extravío de la razón del doncel. Una llave sonó de repente en la cerradura de su prisión, y un momento después se hallaba en los brazos de Hernando. No acababa el prisionero de creer á sus ojos.

—Ea, señor,—dijo Hernando, después de una breve pausa,—conoce á tu montero. Toma esta espada. No es la tuya, señor; es la de un villano; pero en tus manos será la del Cid. A mí me basta un venablo. Salgamos.

—¿Adónde, Hernando?... ¿Quién te trajo? ¿dónde estoy?

—Después, después,—repuso Hernando mirando á todas partes con la mayor inquietud. —El grito del centinela puede haber dado la alarma y urge el tiempo.

—No, Hernando; déjame morir en esta soledad,—repuso el doncel con dolor.—No la veré aquí al menos acariciando á otro.

—Te ciega tu pasión, Macías,—contestó el montero.—Huyamos. Ven de grado, si no quieres venir á tu pesar.

Disponíase el montero á cumplir su amenaza apoderándose á viva fuerza del doncel, proyecto que hubiera llevado á cabo fácilmente, ayudado de su robusto brazo, cuando un sordo estruendo de armas se dejó oir en el corredor.

—¡Voto á tal!—exclamó Hernando aplicando el oído.—Me han descubierto los traidores: vendámosles caras nuestras vidas.

Dichas estas palabras asió el montero de un brazo del doncel, y obligóle á subir con él la escalera.

—¡Traición! ¡traición!—gritaban en lo alto de ella varios soldados que se preparaban á im-

pedir la evasión de los fugitivos. De allí á poco se trabó un combate encarnizado en el corredor. Cargaba más gente por momentos, y Ferrus, que había reconocido al montero, animaba á los suyos con promesas y amenazas.

—¡Ven, villano,—gritaba Hernando á Ferrus,—ven, juglar infame! yo soy el que ha librado á la condesa, yo el que había de librar á mi señor. Llega, y probarás mi venablo.

—¡A él, amigos, á él!—gritaba Ferrus sin dar reposo á los suyos;—él es traidor: ¡muera Hernando, muera!

Macías, animado con la pelea, se defendía valientemente haciendo prodigios de valor, y derribando cuanto se ponía á su paso; pero era evidente que hallándose como se hallaba desarmado, no podía resistir por mucho tiempo al número de sus contrarios. Él y Hernando se vieron precisados, después de haber derribado inútilmente á algunos de sus enemigos, á refugiarse hacia la prisión. Acababa de entrar Macías en ella, cuando se abrió paso por entre los que le acosaban, un caballero, gritando, con la espada desnuda:

—¡Ténganse todos! ¡fuera, villanos! ¡A mí! ¡dejádmele á mí! el doncel me pertenece.

—¡Hernán Pérez!—gritó fuera de sí el doncel, cobrando nuevo valor, y dirigiéndose hacia el enemigo que acababa de llegar.

Suspendiéronse á la voz de entrambos los combatientes, y Hernán Pérez solo se precipitó tras Macías en la prisión. No pudo evitar esto Hernando, ni menos que Hernán Pérez, dentro ya con su rival, corriese un enorme cerrojo que por dentro la cerraba. Agobiado por el número de los que le rodeaban y querían rendirle, quedó en la escalera jurando y blasfemando de su mala suerte, que le impedía ayudar á su señor. Haciendo entonces el último esfuerzo, atravesó con el venablo á dos de los que más cerca tenía y abrióse paso por entre los demás, aterrados de la muerte de sus compañeros. Precipitóse en seguida sobre Ferrus, que huía despavorido por el corredor, seguido de su alano, el cual amenazaba con los dientes hacer presa en el primero que tocase á su amo; y asiendo al juglar de la garganta:

—¡Villano,—le gritó,—condúceme á las cadenas del rastrillo de la prisión, ó eres muerto!

No osaba llegar á Hernando ninguno de los del castillo, temerosos de que clavase el venablo en su alcaide á la menor contradicción; Ferrus, entretanto, aterrado:—¡Ah, señor!—clamó, —si me perdonáis la vida, yo os llevaré donde gustéis.—Ea, pues, vamos,—replicó Hernando, y llevándole siempre asido de la garganta le siguió adonde Ferrus todo trémulo le guiaba.

Entretanto luchaban animados de igual furor Hernán Pérez y Macías, cerrados en la prisión. Pocos golpes habrían dado y recibido, cuando resonó por todo el castillo el rumor de varias trompetas y el estruendo de muchas gentes de armas que llegaban nuevamente. Don Enrique de Villena y los suyos acababan de entrar en él. Casi al mismo tiempo llegó doña María de Albornoz y Elvira, y al nombre de la condesa fuéles abierto el puente.

Dirigiéronse los primeros, informados de cuanto ocurría, hacia la prisión del doncel, y hallándola cerrada por dentro, mandó el conde que se forzase la puerta, operación á que se dió principio con la mayor actividad.

Doña María de Albornoz y Peransurez, no conociendo más camino á la prisión del doncel que aquel que ellos habían andado antes de la fuga, se dirigieron, por el contrario, entre la muralla y la zanja, llegaron al frente de la prisión, oyeron el ruido de las armas de los combatientes, y el estruendo de los que por el opuesto lado forzaban la puerta que había cerrado Vadillo; pero ¡cuál fué su sorpresa cuando vieron el espectáculo que se ofreció á sus ojos! Hernando, asomado á una galería sobre la prisión, desde donde se soltaban las cadenas del rastrillo, tenía asido aún al juglar y lo ahogaba casi con su mano, intimándole que le ayudase á soltarlas. Ferrus, sin embargo, que sabía el horrible secreto del rastrillo, por el cual no podía pasar nadie sin caer en la zanja y hacerse pedazos en los muchos pinchos de hierro de que estaba erizada, lleno de pavor quería explicarse, porque no tomase luego Hernando mayor venganza de la catástrofe que debía seguirse á la bajada del rastrillo. No concediéndole, empero, Hernando parlamento, y viéndose Ferrus ahogar, hubo de ceder, y ayudó á Hernando como pudo á soltar las cadenas.—¡Sálvate, Macías, sálvate!—gritó desde arriba Hernando con voz que retumbó en todo el castillo, y entonces se ofreció á los ojos de doña María y de Elvira el horroroso combate.

—¡Cielos!—exclamó Elvira.—¡Bárbaros, teneos!—¡Tomad mi vida, tomadla!—Precipitóse Elvira hacia la prisión, y puesta en el borde del abismo:—¡Macías!—clamó sin podérselo nadie impedir.—¡Hernán Pérez! ¡Cesad, bárbaros, en tan cruel combate, ó este precipicio será mi tumba!

No volvió siquiera Hernán Pérez la cabeza: antes más encarnizado que nunca al oir la que causaba su implacable rencor, redobló sus golpes. No sucedió así al doncel; volvió la cabeza rápidamente, y al ver á orillas de la zanja á Elvira, pronta á precipitarse en ella, desasióse del hidalgo, á tiempo que caía hecha pedazos la puerta de la prisión con horrible fragor, y que se entraban dentro don Enrique y los suyos.

—¡Elvira!—gritó Macías saliendo de la prisión.—¡Elvira!—lanzóse en seguida al rastrillo.

—¡Perdón!—gritó con voz desesperada Ferrus á Hernando, y al mismo tiempo, cediendo la trampa del rastrillo al peso del caballero que la oprimía, hundióse el doncel súbitamente, y su cuerpo destrozado llegó á lo profundo de la sima, dando de hierro en hierro, y profiriendo sordamente: *¡Es tarde! ¡es tarde!*

Un chillido agudo y desgarrador, lanzado del pecho de Elvira, resonó hasta el mismo corazón de los espectadores espantados. Un momento de pausa y de terror se siguió.

—¡Malvado! ¿lo sabías?—gritó únicamente Hernando desesperado, y se precipitó sobre Ferrus, que exánime no le ofrecía resistencia alguna. Asiéndole entonces de su cabellera roja:—¡Brabonel!—gritó,—¡Brabonel! ¡al oso! ¡al oso!—y lanzó en medio de la galería al juglar, que corrió un momento huyendo del animal. Pero Brabonel furioso se arrojó sobre él, y haciendo presa en su garganta, destrozólo en minutos, al mismo tiempo que Hernando le animaba gritando:—¡Pieza! ¡pieza! No era digno el infame de morir por mi mano. ¡Pieza! ¡pieza!

Quedó Hernán Pérez mirando cruzado de brazos á la profunda sima, envidioso de que le hubiese robado la dicha de acabar con el doncel. Furioso como aquel que no había satisfecho toda su ira, lanzóse por el borde que había quedado en el rastrillo á uno y otro lado de la trampa hundida, bastante ancho todavía para andar por él una persona. Elvira, en tanto, miraba la sima con ojos vidriados, en que se veía la fijación del estupor y el extravío de la demencia. Habíase secado ya para siempre el manantial de sus lágrimas.

—¡Héle ahí!—le gritó Hernán Pérez señalando la zanja,—¡héle ahí!

—¡Es tarde, es tarde!—repuso Elvira dando una horrorosa carcajada.

—¡Bárbaro!—gritó el pajecillo echándose al paso de Hernán Pérez:—¡bárbaro!—y se dispuso á defender á su prima con un denuedo ajeno de su edad. En aquel momento pareció Elvira volver en sí para reconocer á su esposo, y sobrecogida de terror, huyó despidiendo del pecho agudos alaridos.

Precipitáronse los circunstantes sobre el hidalgo; no pudiendo éste llegar á Elvira:—¡Maldición sobre tí, y desprecio!—la gritó;—¡y entre nosotros eterna separación!

Al mismo tiempo se oyeron por el castillo voces de: ¡Arma! ¡arma! ¡Santiago!

De allí á poco las murallas eran el teatro de un sangriento combate. Después de una hora de refriega, y de muy entrada la noche, replegáronse por fin las gentes de Villena, acaudilladas por el hidalgo, que había peleado con desesperación, y el justicia mayor clavó el pendón real en una almena.

Hernando, que había tomado á su cargo dañar á los sitiados en compañía de Peransurez, para facilitar la entrada á las tropas reales y defender á la condesa, peleó como aquel que acababa de perder el único interés que le ligaba á la sociedad, y logró mantener ilesa á doña María hasta el momento de la victoria. Restituída aquélla al justicia mayor, no se volvió á ver á Hernando ni á su alano. Se presume que privado de su amo, que era el único que podía hacerle soportable la existencia en la corte, se hundió para siempre en los montes, y hay cronista que afirma que años adelante murió á manos de un oso más feroz que él.

Don Enrique de Villena fué llevado ante el rey Doliente, y el impudente medio de que se valió para conservar, aun después de lo ocurrido, su maestrazgo, diciéndose en público impotente, sólo contribuyó á dar á todos una idea más clara de su baja ambición. Los ruegos, sin embargo, de la generosa condesa, que se retiró á sus estados á llorar su desdichada boda y la suerte de Elvira, salvaron la vida al conde, quien desde entonces vivió en retiro filosófico entregado á las letras, para las cuales había nacido, más bien que para las armas ó la corte. Es cosa sabida que, después de su muerte, quedó hecho trozos en una redoma, como hechicero que había sido.

Don Luis de Guzmán, restablecido de sus heridas, fué elegido maestre de Calatrava por el capítulo de la orden.

Nadie, entretanto, había visto á Elvira desde el momento en que empezó el combate y la confusión. Buscósela de orden de la condesa muchos días, porque el rencoroso Hernán había jurado no volver á recordar nunca su nombre;

fué imposible, empero, dar jamás con ella; tanto, que el fiel pajecillo, desesperado de la pérdida de su hermosa prima, no pudo resistir á su dolor y tomó de allí á poco el hábito en una orden religiosa.

Es fama únicamente que durante el combate se vió en diversos puntos de la muralla, sin temor alguno ni á las armas, ni á los combatientes, ni á las llamas, que consumieron aquella noche el castillo sin saberse quién las hubiese prendido, una mujer desmelenada, agitando con ademán frenético una antorcha en medio de las tinieblas, y gritando con feroz expresión: «¡Es tarde! ¡es tarde!» lema antiguo del fatal castillo.

No faltó en la comarca quien creyó que sólo podía ser la mora encantada la que parecía triunfar, con bárbaro regocijo, de la destrucción de su antigua cárcel, repitiendo el fatídico: «¡Es tarde!»

CAPITULO CUADRAGÉSIMO

¡Tarde acordaste!!!...
Rom. del conde Claros.

Algunos años habían pasado ya desde los sucesos que dejamos referidos. Ocupaba el trono de Castilla el señor don Juan II, hijo del muy ínclito y poderoso rey don Enrique el Doliente, y ocupábale en su menor edad, regido y dominado por unos y otros bandos y parcialidades.

Dos caballeros, ricamente ataviados y montados, pasaban una tarde por la plaza de Arjonilla. Brillaba en el semblante del más lujosamente vestido la satisfacción que da el poder y la riqueza: distinguíase en el ceño y en la oscura frente del otro la huella de antiguos pesares.

—Si no fuese detenernos mucho,—dijo el primero al segundo,—vería de buena gana qué turba es aquella que se agita en el extremo de la plaza. ¿Llegamos?

—Como gustéis, señor don Luis de Guzmán,—repuso secamente su compañero;—si bien yo no puedo parar mucho en este pueblo maldito sin agravarse mis males.

Llegáronse, efectivamente, al grupo. Una infinidad de muchachos le formaban, y algunos habitantes de Arjonilla con ellos. Una mujer en medio parecía querer huir de la importuna concurrencia. Sus vestiduras se hallaban manchadas y rotas por diversas partes; su pelo suelto y descuidado parecía haber sido hermoso; sus facciones flacas y descompuestas debían haber tenido en su juventud proporciones agradables. Esto era todo lo más que se podía decir. Sus ojos, hundidos en el cráneo, brillaban con un fuego extraordinario, y parecían querer devorar al que la miraba; sus ojeras negras, sus mejillas descarnadas, su frente surcada de arrugas, y sus manos de esqueleto, manifestaban que alguna enfermedad crónica y terrible consumía su existencia.

Arrojábanla pellas de barro los muchachos y corrían tras ella.—¡La loca! ¡la loca!—gritaban. —¿Cómo te llamas? ¿Nos dices la hora que es? ¡La loca! ¡la loca!

A toda esta algazara respondía la desdichada con una feroz y extraviada sonrisa; parábase, escuchaba un momento, y soltando una estúpida carcajada:—¡Es tarde!—gritaba con voz ronca;—¡es tarde!—Despedazábase al mismo tiempo las manos y dábase golpes en el pecho.

—¿Qué es eso?—preguntó don Luis á un muchacho.

—¡Ah! señor maestre,—contestó el muchacho, que parecía conocer al caballero,—¡es la loca!

—¿Y quién es la loca?

—Aquí,—repuso el muchacho,—sólo por ese nombre la conocemos; de temporada en temporada se aparece por el pueblo: otras veces vive por el monte, y dicen los pastores que gusta mucho de pasar los días enteros mirando á los barrancos. No habla más que dos palabras. No llora nunca; ¿oís esa carcajada? Eso es lo que hace; aquí siempre estamos deseando que venga, porque es para todo el pueblo una diversión.

—¡Infeliz!—dijo don Luis;—¿no queréis verla, señor Hernán Pérez?

—No: esos espectáculos me ponen de mal humor. ¡Miserable! será acaso alguna madre que haya perdido á su hija. Vamos de aquí, señor don Luis.

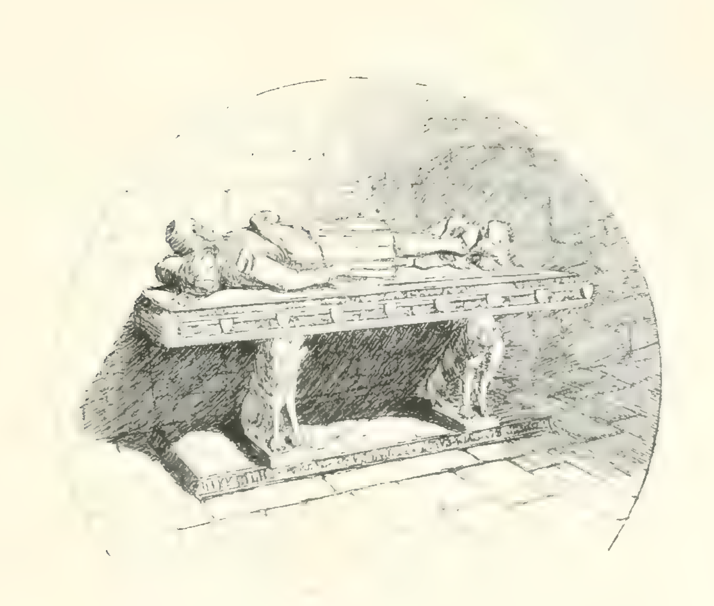
—O alguna amante desdichada, señor Hernán Pérez,—dijo riéndose con indiferencia don Luis, y picando espuelas á su caballo. De allí á poco ambos caballeros desaparecieron, apartándose de la turba que seguía hostigando á la demente, la cual sólo respondía de cuando en cuando con su acostumbrada carcajada y su desdichado estribillo: ¡Es tarde! ¡es tarde!

Pocos años después entró una madrugada el sacristán de la parroquia de Santa Catalina de Arjonilla en la iglesia, y parecióle ver un bulto extraordinario al lado de un sepulcro. Efectivamente, era la loca.

—Loca,—le dijo dándole con el pie.—¡Pues está bueno! Esta se quedaría aquí ayer en la iglesia cuando la cerré. Vamos, buena mujer. ¡Estará borracha!

Dábale con el pie, pero el bulto no se movía. Acercóse el sacristán, y vió que la loca tenía un hierro en la mano, con el cual había medio escrito sobre la piedra: *¡Es tarde! ¡es tarde!* Pero ella estaba muerta. Sus labios fríos oprimían la fría piedra del sepulcro. Un epitafio decía en letras gordas sobre la losa:

AQUÍ YACE MACÍAS EL ENAMORADO



COLECCIÓN

DE

ARTICULOS DRAMATICOS, LITERARIOS, POLITICOS Y DE COSTUMBRES

PUBLICADOS EN LOS AÑOS 1832, 1833 Y 1834 EN LA «REVISTA ESPAÑOLA» Y «EL OBSERVADOR»

Ignoro qué especie de interés puede tener para el público la colección que le ofrezco. Sea el que fuere, mis lectores conocerán fácilmente que si esa consideración hubiese de entrar en la publicación de los libros, apenas se imprimiría. Personas harto indulgentes acaso con mi corto talento, ó demasiado amigas mías para conocer los defectos de mis escritos, me han asegurado que esta idea no carecía de oportunidad. No se mire, pues, bajo el punto de vista de su mérito ó su demérito: no se le dé otra importancia que la que debe tener para el observador una serie de artículos que, habiéndose publicado durante épocas tan fecundas en variaciones políticas, puede servir de medida para compararlas. Con la publicación del *Pobrecito Hablador* empecé á cultivar este género arriesgado bajo el ministerio Calomarde; la *Revista española* me abrió sus columnas en tiempo de Cea, y he escrito en el *Observador* durante Martínez de la Rosa. Esta colección será, pues, cuando menos, un documento histórico, una elocuente crónica de nuestra llamada libertad de imprenta.

He aquí la razón por qué no he seguido en ella otro orden que el de las fechas. Esto presenta además cierta variedad al lector que quisiera leerla de seguido, pues encontrará un artículo grave de literatura entre otro de costumbres, y otro de política.

La precipitación con que se escribe en un periódico y la influencia que ejercen las circunstancias en los redactores y en los lectores, son causa de que no pocas veces adquieran cierta efímera aceptación, en el momento de ver la luz, algunos artículos, que, examinados detenidamente á sangre fría algún tiempo después, mal pudieran resistir la crítica más indulgente. Por eso he desechado sin piedad varios de aquellos mismos que habían parecido agradar, y que en el día ni aun á mí mismo me agradan ya.

He escogido los que presentan un interés general, los que aluden á circunstancias muy notables, los que pueden, en una palabra, dar una idea del estado de nuestras costumbres, de nuestra literatura, de nuestros teatros, y por fin de nuestras vicisitudes y parcialidades políticas durante los años 32, 33 y 34.

Los demás, al escribirse con destino á un periódico, obra que nace y muere en el mismo día, llevaban ya en su mismo objeto el castigo de su poca importancia.

Al formar esta serie, he tratado de acrecentar su interés añadiéndole algunos artículos nuevos é inéditos, que someto como los demás al juicio de mis lectores.

Por último, he pensado que si existen, efectivamente, personas que dispensen alguna predilección á mis escritos, siempre les ofrece esta colección suficiente interés, en el hecho de tener en ella reunidos los artículos de *Fígaro* que han visto la luz, diseminados en tres obras periódicas distintas, y cuyas colecciones es difícil que posea todas é íntegras una persona misma.

Nada me queda que añadir. Si no he acabado de escribir, si nuevos artículos de esta misma especie salen de mi pluma en lo sucesivo, y si el público, con la acogida que dé á esta colección, me prueba que no me he equivocado en creerle siempre indulgente para mí, acaso se añada con el tiempo algún otro tomo á los que en el día con la mayor desconfianza le presento.

MI NOMBRE Y MIS PROPÓSITOS



Mucho tiempo hace que tenía yo vehementísimos deseos de escribir acerca de nuestro teatro, no precisamente porque más que otros le entienda, sino porque más que otros quisiera que llegasen todos á entenderle. Helo dejado siempre, porque dudaba las unas veces de que tuviésemos teatro, y las otras de que tuviese yo habilidad: cosas ambas á dos que creía necesarias para hablar de la una con la otra.

Otras dudillas tenía, además: la primera, si me querrían oir; la segunda, si me querrían entender; la tercera, si habría quien me agradeciese mi cristiana intención y el evidente riesgo en que claramente me pusiera de no gustar bastante á los unos y disgustar á los otros más de lo preciso.

En esta no interrumpida lucha de afectos y de ideas me hallaba, cuando uno de mis amigos (que algún nombre le he de dar) me quiso convencer no sólo de que tenemos teatro, sino también de que tengo habilidad: más fácilmente hubiera creído lo primero que lo segundo, pero él me concluyó diciendo: que en lo de si tenemos teatro, yo era quien había de decírselo al público; y en lo de si tengo habilidad para ello, que el público era quien me lo había de decir á mí. Acerca del miedo de que no me quieran oir, aseguróme muy seriamente que no sería yo

el primero que hablase sin ser oído, y que como en esto más se trataba de hablar que de escuchar, más preciso era yo que mi auditorio. Ridículo es hablar, me añadió, no habiendo quien oiga; pero todavía sería peor oir sin haber quien hable. Acerca de si me querrían entender, me tranquilizó afirmándome que en los más no estaría el daño en que no quisiesen, sino en que no pudiesen. Y en lo del riesgo de gustar poco á unos, y disgustar mucho á otros, «¡pardiez!—me dijo,—que os embarazáis en cosas de poca monta. Si hubieren cuantos escriben de pararse en esas bicocas, no veríamos tantos autores que viven de fastidiar á sus lectores: á más de quedaros siempre el simple recurso de disgustar á los unos y á los otros, dejándolos á todos iguales; y si os motejan de torpe, no os han de motejar de injusto.»

Desvanecidas de esta manera mis dudas, quedábame aún que elegir un nombre muy desconocido que no fuese el mío, por el cual supiese todo el mundo que era yo el que estos artículos escribía; porque esto de decir *yo soy fulano,* tiene el inconveniente de ser claro, entenderlo todo el mundo y tener visos de pedante; y aunque uno lo sea, bueno es y muy bueno no parecerlo. Díjome el amigo que debía de llamarme Fígaro, nombre á la par sonoro y significativo de mis hazañas, porque aunque ni soy barbero, ni de Sevilla, soy, como si lo fuera, charlatán, enredador y curioso, además, si los hay. Me llamo, pues, Fígaro; suelo hallarme en todas partes; tirando siempre de la manta y sacando á la luz del día defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir á todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes, que, ó no dicen lo que piensan, ó piensan demasiado lo que dicen.

Paréceme que por hoy habré hecho lo bastante si me doy á conocer al público yo y mis intenciones. El teatro será uno de mis objetos principales, sin que por eso reconozca límites ni mojones determinados mi inocente malicia, y para que se vea que no soy tan satírico como dan en suponerlo, mil pequeñeces habrá que deje á un lado continuamente, y que muy de tarde en tarde haré entrar en la jurisdicción de mi crítica.

Con respecto, por ejemplo, á los actores, y sobre todo á los nuevos que nos van dando continuamente, y los cuales todos daría el público de buena gana por uno solo mediano, ya me guardaría yo muy bien de fundar sobre ellos una sola crítica contra nuestro ilustrado ayuntamiento. Acaso rija en los teatros la idea de aquel famoso general, de cuyo nombre no me acuerdo, si bien he de contar el lance que los actores, muchos, pero malos, me recuerdan.

Hallábase con su gente este general en su posición, y recibió aviso de que se acercaba á más andar el enemigo.—Mi general, le dijo su edecán, ¡el enemigo!—¿El enemigo, eh? preguntó el general. Déjele usted que se acerque. —¡Señor, que ya se le ve! dijo de allí á un rato el edecán.—Cierto, ¡ya se le ve!—¿Y qué hacemos, mi general? añadió el edecán.—Mire usted, contestó el general como hombre resuelto, mande usted que le tiren un cañonazo, veremos cómo lo toma.—¿Un cañonazo, mi general? dijo el edecán. Están muy lejos aún.—No importa, un cañonazo he dicho, repuso el general.—Pero, señor, contestó el edecán despechado, un cañonazo no alcanza.—¿No alcanza? interrumpió furioso el general con tono de hombre que desata la dificultad, ¿no alcanza un cañonazo?—No, señor, no alcanza, dijo con firmeza el edecán.—Pues bien, concluyó su excelencia, que tiren dos.

Eso decimos por acá. Darle un actor malo al público á ver cómo lo toma. ¿No alcanza, no gusta? darle dos.

Menos diré, por consiguiente, que tanto los nuevos como los viejos creen que su oficio es oficio de memoria, y que puede asegurarse sin escrúpulo de conciencia que los más dicen sus papeles, pero no los hacen, porque acaso nuestros actores se lleven la idea de un loco que vivía en Madrid no hace mucho, solo en su cuarto y sin consentir comunicación con su familia. Movido de los ruegos de ésta, fuéle á visitar un amigo, y en el desorden de su cuarto notó entre otras cosas que no debía de hacer nunca su cama, tal estaba ella de mal parada.—¿Pero es posible, señor don Braulio, le dijo el amigo al loco, es posible que ni ha de consentir usted que hagan su cama, ni la ha de hacer usted, ni...?—No, amigo, no; es mi sistema.—¿Pero qué sistema?—Tengo razones.—¿Razones?—No, amigo, respondió el loco, no haré mi cama, no la haré; y acercándosele al oído añadió con aire misterioso: «No la hagas y no la temas.» A este refrán se atienen sin duda nuestros cómicos cuando no hacen una comedia. No hacemos la comedia, dicen como el loco, porque: *No la hagas y no la temas.*

Pues tan comedido como con los teatros, he

de ser poco más ó menos con todas las demás cosas. Ni pudiera ser de otra suerte: en política sobre todo, y en puntos que atañen al gobierno, ¿qué pudiera hacer un periodista sino alabar? Como suelen decir, esto se hace sin gana, y si ya desde hoy no nos soltamos á encomiarlo todo de una vez, es porque somos como cierto sujeto de Úbeda, cuyo caso no he de callar, por vida mía, más que en cuentos y relatos me llame el lector pesado.—Había llamado el tal á un pintor, y mandádole hacer un cuadro de las once mil vírgenes, y el contrato había sido darle un ducado por virgen, que por cierto no fué caro. Llevó el pintor el cuadro al cabo de cierto tiempo, pero era claro que ni cupieran once mil cuerpos en un lienzo, ni había para qué ponerlas todas: había, pues, imaginado el pintor de Úbeda figurar un templo de donde iban saliendo, y así sólo podrían contarse alguna docena en primer término, dos ó tres docenas en segundo, é infinidad de cabezas que de las puertas salían. Contó callandito el aficionado á vírgenes las que alcanzaba á ver, y preguntóle en seguida al artista cuánto valía el cuadro conforme al contrato.—Respondióle aquél, que claro estaba; que once mil ducados.—¿Cómo puede ser eso? le repuso el que había de pagar, si aquí no cuento yo arriba de cien cabezas.—¿No ve vuestra merced, contestó el pintor, que las demás están en el templo y por eso no se ven? Pero...—¡Ah! pues entonces, concluyó el aficionado, tome vuestra merced por hoy esos cien ducados que corresponden á las que han salido, y con respecto á las demás, yo se las iré pagando á vuestra merced conforme vayan saliendo.

Vaya, pues, haciendo nuestro ilustrado gobierno de las suyas, que conforme ellas vayan saliendo, nosotros se las iremos alabando.

Así que, me iré muy á la mano en estas y en todas las materias, y antes de pronunciar que hay una sola cosa reprensible, veré cómo y cuándo, y á quién lo digo, asegurando desde ahora que no sé qué ángel malo me inspira esta maldita tentación de reformar, y que entro en esta obligación con la misma disposición de ánimo que tiene el soldado que va á tomar una batería.

REPRESENTACION

DE LOS CELOS INFUNDADOS, O EL MARIDO EN LA CHIMENEA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO, DE DON FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

La pasión de los celos, tratada ya por otros en el teatro con más ó menos felicidad, ha sugerido al señor Martínez de la Rosa esta producción, de que presentamos á nuestros lectores un rápido análisis.

Don Anselmo, hombre entrado ya en la edad madura y enlazado en matrimonio con doña Francisca, joven y hermosa, sufre el tormento de los celos, y como dice el autor en su bella exposición:

> Marido entrado en edad
> Y mujer de pocos años,
> ¿Qué había de suceder?

Don Eugenio, hermano de ésta, que acaba de llegar de la Habana, acompañado de su primo Carlos, intenta, á instancia de este joven atolondrado, corregir á don Anselmo de su manía, que alimenta diariamente con chismes y enredos un bribón de criado de estos que

> Son como perros de puerta;
> A una sombra, á un espantajo
> La ladran, se avanzan, muerden:
> Viene un ladrón disfrazado,
> Les echa un poco de pan,
> Y le dejan libre el paso.

Don Anselmo no conoce á los recién llegados, y así es muy fácil hacer pasar al primo por el hermano; pónese el plan en ejecución, y don Anselmo cree tener en su casa en el amigo de su cuñado, que se finge sordo para poder ejecutar su parte más á la libertad, al seductor más perfecto de la tierra. Inútil es advertir que un hombre, ya por sí celoso, no puede vivir tranquilo con semejante huésped, y más si á esto se agregan los continuos avisos del redo-

mado sirviente. Préstase, pues, á una infinidad de ridiculeces que pone en práctica para averiguar las intenciones de su natural enemigo, y desciende hasta el extremo de esconderse en la chimenea para oir sus galanteos á su propia esposa.

Don Eugenio, como es de esperar, carga la mano en sus requiebros, y el marido sale de la chimenea cubierto de hollín, y decidido á echar de su casa al que, según él, intenta deshonrarle, lo cual pone en práctica por medio de una esquela.

Pero el seductor fingido, fuera ya de la casa, soborna fácilmente al criado, y se hace introducir en la habitación de doña Francisca durante la ausencia de su esposo: es de presumir que ha de dejarse sorprender para la realización de su plan. Vuelve don Anselmo, escóndese en una despensa á don Eugenio: de allí á poco un ruido extraordinario alarma al marido: su mujer tiembla las consecuencias de su inocente intriga, y se arroja á sus pies toda turbada. Don Anselmo corre en busca del escondido, y en el momento en que una trágica aventura hubiera podido desgraciar todas las benéficas intenciones de nuestros intrigantes, don Carlos descubre apresuradamente el enredo: le pone ante la vista la inocencia de su esposa, la identidad de sus personas, como hermano y primo, la índole del criado en que ponía su confianza, y que tantas veces ha dado lugar con falsas sugestiones á sus infundados celos, y lo ridículo, en fin, de la posición de un marido que cree ver un seductor en todo hombre, y de la manía que le expuso á tener celos de su mismo cuñado. El celoso queda convencido, reconocidos los parientes, despedido el tunante del criado; y más enamorado don Anselmo que nunca de su virtuosa consorte, promete no volver á importunarla con nuevas sospechas injustas.

Un lenguaje puro y hábilmente manejado, un estilo decoroso, un diálogo bien cortado, lleno de viveza y donaire, una versificación robusta, un conocimiento extremado de los recursos dramáticos y de los efectos teatrales, y el hombre reducido á la convicción por medio del ridículo; nos revelan al filósofo, al autor cómico, al poeta. Nuestra posición nos impone, sin embargo, el deber de entrar en pormenores, mal nuestro grado. Primeramente, estos planes, como éste (y como el de la *Indulgencia para todos* por ejemplo), en que no nacen los incidentes y la convicción de la naturaleza de las cosas y de los acontecimientos que ocurren diariamente al protagonista, sino en que los demás personajes producen los sucesos á placer por medio de disfraces ó ficciones, no nos parecen los más seguros, porque de su naturaleza ha de resultar necesariamente que al descubrir al sujeto á quien se quiere corregir que todo ha sido un artificio, su convicción se ha de debilitar y se ha de volver en contra precisamente del fin que se desea. Un celoso, que duda de la virtud de su mujer, y que escondido la oyó quedar triunfante, se tranquiliza; pero si se le descubre que el seductor era hermano de su mujer, y que ésta lo sabía, el hombre dará por nula esta prueba, y querrá justamente recurrir á otra: el demostrarle que su criado era capaz de soborno, no sólo no puede tranquilizarle, sino que debe hacer renacer en él mil dudas antiguas acaso ya desvanecidas. Este celoso, por otra parte, á quien se le presenta una nueva seducción de su mujer para hacerle ver que sus celos son infundados, no es ningún visionario, no tiene tales infundados celos, supuesto que él mismo la oye requebrar. El único medio de corregir á un celoso, si hay alguno, es demostrarle hasta la evidencia que su mujer es virtuosa, y al celoso de Martínez de la Rosa sólo se le demuestra que el que galanteaba á su esposa es su hermano. Así que, sólo quedará para corregirle el cuadro fuertemente coloreado de las ridiculeces á que se entrega el que vive de esta manera dominado de una manía de semejante especie. Barón, en su celoso, incurrió, si mal no nos acordamos, en el mismo defecto de hacer galantear á su esposa por un su hermano: el celoso dirá siempre, una vez descubierto el estrecho parentesco, ¿era su hermano? cierto: soñé ofensas, ¿pero y cuándo no lo sea?

Nos parece algo traído por los cabellos el modo de enterarse el criado de la conversación de los dos hermanos, y el señor Martínez de la Rosa hubiera podido encontrar un medio más dramático y motivado. ¿No podría haberse justificado algo más la mudanza repentina del criado, á quien vemos en el primer acto tan adicto á su amo? No basta siempre el soborno, es preciso antes que el espectador esté convencido de que es sobornable el criado. Hemos creído notar algún trozo en que el autor ha remedado algún otro del *Viejo y la Niña*, sobre todo en el papel de Juan.

Algunas otras observaciones haríamos, si no nos detuviese una reflexión que no podemos desechar, cuando se trata de un autor como el

señor Martínez de la Rosa. ¿Serán estos, que nos parecen defectos, realmente defectos, ó nos lo harán parecer tales nuestros cortos conocimientos? Mucha fuerza nos hace esta consideración, y más si recordamos las bellezas de *Los celos infundados:* la exposición, la escena cómica de la chimenea y la cinta, la sordera tan oportunamente imaginada, de que ha sacado el autor tanto partido, el empeño de don Anselmo de hacer borracho al criado, su cojera supuesta y la manera original con que en esta escena aclara sus dudas el celoso, etc., etc., y el final, en fin, tan rápida como aguda y delicadamente concluído.



YO QUIERO SER CÓMICO



Anch'io son pittore.

No fuera yo Fígaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara á luz pública cierta visita que no ha muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la *Revista*. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocía toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor, ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel coronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más ó menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó felizmente la casualidad materia sobrada para un artículo, al anunciarme mi criado á un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegase á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzadamente sumisa y cariñosa:

—¿Es usted el redactor llamado *Fígaro?*

—¿Qué tiene usted que mandarme?

—Vengo á pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!

—Es claro... Si usted me necesita...

—Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!

—Por supuesto... siendo el favor de tanto interés para usted...

—Yo soy un joven...

—Lo presumo.

—Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro. .

—¿Al teatro?

—Sí, señor... como el teatro está cerrado ahora...

—Es la mejor ocasión.

—Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...

—¡Bravo empeño! ¿A quién?

—Al ayuntamiento.

—¡Hola! ¿Ajusta el ayuntamiento?

—Es decir, á la empresa.

—¡Ah! ¿Ajusta la empresa?

—Le diré á usted... según algunos, esto no se sabe... pero... para cuando se sepa.

—En ese caso, no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...

—Sin embargo, como yo quiero ser cómico...

—Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?

—¿Cómo? ¿se necesita saber algo?

—No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...

—Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con pie en una corporación.

—Ya le entiendo á usted; usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?

—Lo que usted ve... para hablar, las gentes me entienden...

—Pero la gramática, y la propiedad, y...

—No, señor, no.

—Bien, ¡eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...

—Perdone usted.

—Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.

—Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco... mire usted...

—No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferiencia* por *diferencia*, *háyamos* por *hayamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?

—Sí, señor, sí, todo eso digo yo.

—Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso.

—¿Aprendió usted historia?

—No, señor; no sé lo que es.

—Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...

—Nada, nada, no, señor.

—Perfectamente.

—Le diré á usted... en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo, siempre á la romana.

—Esto es: aunque sea griego el asunto.

—Sí, señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española; según... ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderno ó del día, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacón y media en los padres.

—¡Ah! ¡ah! Muy bien.

—Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán ó á la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así...

—¡Bravo!

—Porque ellos suelen saberlo.

—¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?

—Mire usted; el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle á uno... Además, que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...

—¡Ah! ya... usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...

—No es gran cosa; pero eso no es esencial.

—Y de educación, de modales y usos de sociedad, ¿á qué altura se halla usted?

—Mal; porque si va á decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazán, y me quiero meter á cómico; porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer...

—Y tiene usted razón.

—Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté ninguno de ellos.

—Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.

—Escasamente.

—¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?

—Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros, mandaré con mucho imperio...

—Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...

—Sí, pero ¡ya ve usted! en el teatro es otra cosa.

—Ya me hago cargo.

—Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me quitaré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

—No se puede hacer más.

—Si hago de delincuente me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes...

—Muy bien.

—Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brincos y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré á compás, como un juego de escarpias, me temblarán siempre las manos como perlático descoyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrépito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: «allá va esto para ustedes.»

—¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

—¡Oh! disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín...

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa, y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención ó lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además, que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida, se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: ¡Ven ustedes qué hombre!

—Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oir á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y, en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡si usted viera!

—Ya sé ¡ya!

—Vez hay que en una comedia en verso se añade un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

—¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado.*

—No más, no más; le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, ó por el verso más que no entienda siquiera lo que es prosa?

—¿Pues no tengo de saber, señor? eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querella criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿Sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para?...

—Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo

por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado: «Venga usted acá, mancebo generoso, — exclamé todo alborozado;—venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían á su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico, en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

YA SOY REDACTOR

¿Por qué extraña fatalidad ha de anhelar el hombre siempre lo que no tiene? Preguntémosle á un joven barbilucio qué desea. ¿Cuándo tendré barbas? exclama en su interior. Nácenle las barbas, y hele allí maldiciendo del barbero y de la navaja. ¿Cuándo hallaré en mi Filis correspondencia? le grita en el fondo de su corazón un deseo innato de amar y de ser amado. Ya oyó el sí. ¡Gozó el bien que deseaba! Y ya maldice del amor y sus espinas. ¿Le prefiere Laura? Pues todo su deseo se cifra en conquistar á Amira que le desprecia. ¿De qué nace esta sed insaciable, este deseo vividor, reemplazado por otros y otros deseos que rápidamente se suceden, sin encontrar jamás sino imperfecta satisfacción? El padre Almeida, si mal no me acuerdo, dice entre otras cosas curiosas, y aun lo afianza, que la Providencia quiso poner en nosotros este deseo implacable, para que nos atestiguase eternamente que no hacemos en este mundo transitorio sino una corta peregrinación, y que la satisfacción de nuestros deseos no está en esta vida, sino en otra más perfecta y duradera. Así debe de ser, y cierto, que vivimos de todas suertes agradecidos á la previsión y ardiente caridad con que el reverendo padre nos quiso sacar de esta peregrina duda. Yo, que no tengo un ápice de metafísico, y que dejo la resolución de estos problemas á aquellos que tienen más noticias ciertas que yo de nuestro destino, me ciño á decir que el deseo existe, y esto basta para mi propósito.

Yo, Fígaro, soy de ello una viva prueba: no bien me había tentado el enemigo malo, y sentí los primeros pujos de escritor público, cuando dieron en írseme los ojos tras cada periódico que veía, y era mi pío por mañana y noche: «¿Cuándo seré redactor de periódico?» Figurábaseme, sí, desde luego obra de romanos el llenar y embutir con verdades luminosas las largas columnas de un papel público; pero en cambio era para mí de la mayor consideración el imaginarme á la cabeza de una sección literaria, recibiendo comunicados atentos y decorosos, viendo diariamente consignadas en indelebles caracteres de imprenta mis propias ideas y las de mis amigos, y sin más trabajo, á mi parecer, que el haber de contar y recontar al fin del mes los sonantes doblones que el público desinteresado tiene la bondad de depositar en cambio de papel en los arcones periodísticos de una empresa, luz y antorcha de la patria, y órgano de la civilización del país.

Dejemos aparte las causas y concausas felices ó desgraciadas que de vicisitud en vicisitud me han conducido al auge de periodista: lo uno porque al público no le importarán probablemente, y lo otro porque á mí mismo podría serme acaso más difícil de lo que á primera vista parece el designarlas. El hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias ajenas, y amanecí periodista: miréme de alto abajo, sorteando un espejo que á la sazón tenía, no tan grande como mi persona, que es hacer el elogio de su pequeñez, y dime á escudriñar detenidamente si alguna alteración notable se habría verificado en mi físico; pero por fortuna eché de ver que como no fuese en la parte moral, lo que es en la exterior y palpable, tan persona es un periodista como un autor de folletos. *Ya soy redactor*, exclamé alborozado, y echéme á fraguar artículos, bien determinado á triturar en el mortero de mi crítica cuanto malandrín literario me saliese al camino en territo-

rio de mi jurisdicción. Pero ¡ay de mí! insensato, que chasco sobre chasco, vivo hoy tan desengañado de periodista como de autor de comedias. Diré brevemente lo que me aconteció, sin descubrir por otra parte los recursos ocultos que mueven la gran máquina de un periódico, ni romper el velo del prestigio que cubre nuestros altares, que eso fuera sobrado é inoportuno desinterés; y juzgue el lector si no es preferible vivir tranquilamente suscrito á un periódico, que haberle sabia y precipitadamente de componer.

¡Señor Fígaro! un artículo de teatros.—¿De teatros? Voy allá.—Yo escribo para el público, y el público, digo para mí, merece la verdad: el teatro, pues, no es teatro: la comedia es ridícula: el actor A es malo, y la actriz H es peor. ¡Santo cielo! Nunca hubiera pensado en abrir mi boca para hablar de teatros. Comunicado á renglón seguido en mi papel y en todos los contemporáneos, en que el autor de la comedia dice que es excelente, y el articulista un *acéfalo:* se conjuran los actores, cierran la puerta del teatro á mis comedias para lo sucesivo, y ponen el grito en los cielos. ¿Quién es el fatuo que nos critica? ¡Pícaro traductor, ladrón, pedante!!! ¿Y esto logra el pobre amigo de la verdad y de la ilustración? ¡Oh qué placer el de ser redactor!

Precipítome huyendo del teatro en la literatura. Un señorón encopetado acaba de publicar una obra indigesta. «Señor redactor,—me dice en una carta seductora,—confío en el talento de usted y en nuestra amistad, de que le tengo dadas bastantes pruebas (por desgracia suele ser verdad), que hará un juicio crítico de mi obra, imparcial (imparcial llama él á un juicio que le alabe), y espero á usted á comer para que juntos departamos acerca de algunas ideas que convendría indicar, etc., etc.» Resista usted á estas indirectas, y opte usted entre la ingratitud y la mentira. Ambos vicios tienen sus acerbos detractores, y unos ú otros se han de ensangrentar en el triste Fígaro. ¡Oh qué placer el de ser redactor!

¡Bueno! Traduciré noticias; al trabajo; corto mi pluma, desenvuelvo el inmenso papel extranjero; ahí van tres columnas. ¿Tres columnas he dicho? Al día siguiente las busco en la *Revista*, pero inútilmente. —Señor director, ¿qué se hicieron mis columnas?—Calle usted, me responde, ahí están; no han servido: esta noticia es inoportuna; es arriesgada: la otra no conviene: aquella de más allá es insignificante; estotra es buena, pero está mal traducida!—Considere usted que es preciso hacer ese trabajo en horas, replico lleno de entusiasmo; el hombre llega á cansarse...—Si usted es hombre que se cansa alguna vez, no sirve usted para periódicos... — Me dolía ya la cabeza... —Al buen periodista nunca le debe doler la cabeza... —¡Oh qué placer el de ser redactor!

Dejémonos de fárrago, yo no sirvo para él. Vaya un artículo profundo; ojeo el Say y el Smith; de economía política será. «Grande artículo,—me dice el editor,—pero, amigo Fígaro, no vuelva usted á hacer otro.—¿Por qué?—Porque esto es matarme el periódico. ¿Quién quiere usted que le lea, si no es jocoso, ni mordaz, ni superficial? Si tiene además cinco columnas... Todos se me han quejado; nada de artículos científicos, porque nadie los lee. Perderá usted su trabajo.—¡Oh qué placer el de ser redactor!

—Encárguese usted de revisar los artículos comunicados, y sobre todo las composiciones poéticas de circunstancias...—¡Ay! señor editor, pero habrá que leerlas...—Preciso, señor Fígaro... ¡Ay! señor editor, mejor quiero rezar diez rosarios de quince dieces...—¡Señor Fígaro!... —¡Oh qué placer el de ser redactor!

Política y más política. ¿Qué otro recurso me queda? Verdad es que de política no entiendo una palabra. ¿Pero en qué niñerías me paro? ¡Si seré yo el primero que escriba política sin saberla! Manos á la obra; junto palabras y digo: conferencias, protocolos, derechos, representación, monarquía, legitimidad, notas, usurpación, cámaras, cortes, centralizar, naciones, felicidad, paz, ilusos, incautos, seducción, tranquilidad, guerra, beligerantes, armisticio, contraproyecto, adhesión, borrascas políticas, fuerzas, unidad, gobernantes, máximas, sistemas, desquiciadores, revolución, orden, centros, izquierda, modificación, bill, reformas, etc., etc. Ya hice mi artículo, pero ¡oh cielos! El editor me llama.—Señor Fígaro, usted trata de comprometerme con las ideas que propala en ese artículo...—¿Yo propalo ideas, señor editor? Crea usted que es sin saberlo. ¿Con que tanta malicia tiene?...—Si usted no tiene pulso...—Perdone usted; yo no creí que mi sistema político era tan... yo lo hice jugando...—Pues si nos par perjuicio, usted será el responsable...—¿Yo, señor editor? ¡Oh qué placer el de ser redactor!

¡Oh, si esto fuese todo, y si sólo fuera uno responsable, pobre Fígaro, de lo que escribe! Pero ¡ah! tocamos á otro inconveniente; supongo yo que no apareció el autor necio, ni el actor

ofendido, ni disgustó el artículo, sino que todo fué dicha en él. ¿Quién me responde de que algún maldito yerro de imprenta no me hará decir disparate sobre disparate? ¿Quién me dice que no se pondrá *Camellos* donde yo puse *Comellas*, *torner* donde escribí yo *Forner*, *ritómico* donde *rítmico*, y otros de la misma familia? ¿Será preciso imprimir yo mismo mis artículos? ¡Oh qué placer el de ser redactor! ¡Santo cielo! ¿Y yo deseaba ser periodista? Confieso como hombre débil, lector mío, que nunca supe lo que quise; juzga tú por el largo cuento de mis infortunios periodísticos, que mucho procuré abreviarte, si puedo y debo con sobrada razón exclamar ahora que ya lo soy: ¡Oh qué placer el de ser redactor!



DON CANDIDO BUENAFÉ Ó EL CAMINO DE LA GLORIA

Don Cándido Buenafé es un excelente sujeto, de estos de quienes solemos decir con envidable conmiseración: «Es un infeliz.» Empleado desde pequeño en un ramo de no mucha importancia, es todo lo más si sabe leer la *Gaceta*, y redactar, con mala sintaxis y peor ortografía, algún oficio sobrecargado de fórmulas y traslados, ó hacer un extracto largo de algún expediente corto; pero en medio de su escasa ciencia, es bastante modesto para desear que su hijo Tomasito sepa más que él, para lo cual no le son necesarios, felizmente, extraordinarios esfuerzos ni sacrificios. En el tiempo de la libertad de la imprenta, leía ó devoraba don Cándido los muchos papeles públicos que veían la luz, y llegó á formar alta idea de todo hombre capaz de escribir para el público; cosa que él vea por consiguiente en letra de molde, tiene para él una autoridad irrecusable, porque cuando ve que hay quien se toma la pena de imprimirla, mecanismo de que no tiene idea alguna, dice para sí: ¡sabido se lo tendrá! Por lo tanto era de buena fe liberal en los años nulos, porque acababa de leer y exclamaba: tiene razón; y después ha sido realista de buena fe en los años válidos, porque lee la *Gaceta* y exclama: ¡ya se ve! que dicen bien. Un partidario de este temple es una alhaja impagable para toda especie de gobiernos, mientras haya imprenta; y más si añadimos que cree como en una salvación en los partes de los encuentros y escaramuzas que en los papeles públicos suelen venir consignados, y se extasía de placer cuando se encuentra con aquello de que: «de los enemigos murieron tantos centenares de hombres, y nosotros no hemos tenido más que un contuso y algún sargento desmayado» ó cosa semejante. «Daría yo,—dice algunas veces,—la mitad de mi sueldo por poder escribir un artículo de esos retumbantes de política. ¡Voto va! ¡qué hombres esos, y qué talentos! ¡Y cómo le convencen á uno con sus discursos! ¡Media vida diera yo, y la mitad de la otra media, porque mi hijo Tomasito pudiera el día de mañana hacer otro tanto!» Llevado de esta idea ha hecho aprender latín al muchacho, y en el día le ha dado un maestro de francés, porque dice que en sabiendo francés ya se sabe todo lo que hay que saber; y que él conoce á no pocos sabios de campanillas en esta tierra que no saben otra cosa. Como dos meses llevaría el angelito, que tiene á la sazón catorce años, de traducir mal y leer peor el *Calypso se trouvait inconsolable du départ d'Ulysse*, cuando me lo trajo una mañana su papá, y ambos á dos me hicieron una visita, cuyos interesantes detalles no quiero en ninguna manera perdonar á mis curiosos lectores.

«Señor Fígaro,—me dijo don Cándido abrazándome,—aquí le presento á usted á mi hijo Tomás, el que sabe latín; usted no ignora que yo le crío para literato; ya que yo no pueda serlo, que lo sea él y saque de la oscuridad á su familia. ¡Ay, señor Fígaro, como yo le vea famoso, muero contento!» Hízome á esta sazón Tomasito una cortesía tan zurda que no pude menos de fundar grandes esperanzas en sus disposiciones literarias. Su exterior y sus palabras estaban en armonía con las de casi todos los jóvenes del día; díjome que era verdad que no tenía sino catorce años; pero que él conocía el mundo y el corazón humano, *comme ma poche;* que todas las mujeres eran iguales, que estaba muy escarmentado, y que á él no le engañaba nadie; que Voltaire era mucho hombre, y que con nada se había reído más que con el *compère Mathieu*, porque su papá, deseoso de su ilustración, le dejaba leer cuanto libro en sus manos caía. En cuanto á política me añadió: «yo y Chateaubriand pensamos de un mismo modo;» y á renglón seguido me habló de los pueblos y de las revoluciones como pudiera de sus amigos de la escuela. Confieso que se me figuró el muchacho esa fruta que suelen vender en Madrid, que arrancada verde aún del árbol, y madurada por el traqueteo y la prisa del viaje, tiene todo el exterior de la pasada madurez, sin haber tenido nunca la lozanía ni el sabor de la juventud y de la sazón. «Los muchachos del ilustrado

siglo XIX,—dije para mí,—llegan á viejos sin haber sido nunca jóvenes.» Sentáronse mis amigos, el viejo joven y el joven viejo, y sacó don Cándido de su faltriquera un legajo abultado.

—Dos objetos tiene esta visita,—me dijo: —primero, para que Tomasito se vaya soltando en el francés, le he dicho que traduzca una comedia; hala traducido, y aquí se la traigo á usted.

—¡Hola!

—Sí, señor: algunas cosillas ha dejado en blanco, porque no tiene allí más diccionario que el de Sobrino... y...

—Sí...

—Usted tendrá la bondad de enmendar lo que no le parezca bien; y como usted entiende eso de darla al teatro... y las diligencias que hay que practicar...

—¡Ah! ¿Usted quiere que se represente?

—Sin duda... le diré á usted: el dinerillo que saque es para él...

—Sí, señor,—dijo el muchacho,—y papá me ha prometido hacerme un vestido negro para cuando acabe una tragedia excelente que estoy haciendo...

—¡Tragedia!

—Sí, señor, en once cuadros... Ya sabe usted que en París no se hacen ya esas obras en actos... sino en cuadros...

—Es una tragedia romántica. El clasicismo es la muerte del genio, como usted sabe... ¿Le parece á usted que se podrá representar?

—¿Y qué inconveniente ha de haber?

—Le diré á usted,—interrumpió don Cándido,—tiene dada ya una comedia de costumbres.

—Con perdón de usted,—se apresuró á decir Tomasito:—cuando la hice no había leído á Víctor Hugo, ni tenía los conocimientos que tengo en el día...

—¡Ah! ya.

—Pues mi hijo dió esa comedia, y verá usted lo que sucedió, á mi entender. Entregámosla á un sujeto que corre con recibir las comedias: dijo que era corriente; y que la enviaría á cenrura: la envió, pues...

—Papá, perdone usted, primero se perdió...

—Cierto... se perdió, y nunca se pudo encontrar, y hubo que sacar otra copia, y pasó á censura.

—Papá, perdone usted; que antes fué al corregimiento.

—Es verdad: fué al corregimiento, y de allí... pasó después á la censura eclesiástica; por más señas que fué á un excelente padre, y en un momento, esto es, en un par de meses, la despachó: volvió al corregimiento y fué de allí á la censura política: en una palabra, ello es que en menos de medio año salió prohibida.

—¡Prohibida!

—Sí, señor, y yo no sé á la verdad... porque mi comedia...

—Diga usted que hicieron bien, señor Fígaro: ¡este escribe siempre con una intención!!! ¡Lo que ha mamado en sus libros!... Baste con decirle á usted que su madre se moría de risa al leerla, y yo lloraba de gozo... Hubo que rehacerla... y por fin se logró que pasara la nueva.

—¡Hola!

—Pero aguarde usted: como los señores que dirigen la cosa no están muy allá que digamos en eso de comedias, la hubieron de enviar á un cómico que dicen que es hombre que lo entiende, y tiene gran mano en las compañías: éste dijo que no valía cosa, y todo fué, según yo pude averiguar, porque no tenía él un buen papel para lucirse: recogimos la comedia, y este le puso un papel que era lo que había que ver; volvió y dijo que tampoco valía nada, y fué, según me dijeron, porque el papel era muy largo y él no debe de tener muchas ganas de trabajar. Dímosla al otro teatro, mas allí contestaron que ellos no eran menos que los del otro coliseo, y que no tomaban sobras: á fuerza, sin embargo, de emplear más empeños que para lograr una prebenda, se consiguió una orden á rajatabla de los señores que estaban á la cabeza del teatro: pero ya era tema: una actriz, sobre si la habían dado el papel de segunda siendo ella la primera, se puso mala la víspera; otro actor, también, por etiquetas y rencillas, armó una intriga de todos los diablos: se pagó gente para el efecto, y si una noche se representó, una noche se silbó...

—¿Se silbó?

—¡Ya ve usted! intrigas.

—¡Picardía!

—Con que yo quisiera que no sucediese otro tanto con la traducción esta y la tragedia. El segundo objeto que nos trae es el de que usted le dirija, dándole algunos consejos á mi Tomasito, porque yo ya le he dicho que no debe limitarse al teatro... que el campo de la literatura es muy vasto, y que el templo de la fama tiene muchas puertas.

—Dice usted muy bien, señor don Cándido. —Aquí recapacité, coordiné mis ideas un momento, y de la manera que el lector va á ver,

enderecé poco más ó menos á mi joven cliente por la vía de la gloria literaria, á la cual, si él sigue y observa mi reglamento, temprano ó tarde debe sin duda llegar.—Supongo,—dije por último, dirigiéndome á mi Tomasito,—que usted no querrá abarcar honra y provecho: esas estupendas rarezas que por acá nos vienen contando los viajeros de los Walter Scott, los Casimir Delavigne, los Lamartine, los Scribe y los Víctor Hugo, de los cuales el que menos tiene, amén de su correspondiente gloria, su palacio donde se da la vida de un príncipe, son cosas de por allá y extravagancias que sólo suceden en Francia y en Inglaterra; verdad es que no tenemos tampoco hombres de aquel temple, pero si los hubiera sucedería probablemente lo mismo.

No habiendo usted de reunir, pues, honra y provecho, querrá una ú otro. Si quiere honra paréceme que está en camino de lograrla: en primer lugar no tiene usted sino catorce años; esa es la edad en el día, ó poco más: *la valeur n'attend pas le nombre des années*. En cuanto á saber, usted no sabe sino francés, y, como dice muy bien el señor don Cándido, tiene usted sólo con eso andada ya la mitad del camino. Haga usted unas cuantas poesías fugitivas; tal cual soneto, muy sonoro y lleno de pámpanos poéticos; no se apure usted si no dice nada en él: corra entre los amigos, saque usted mismo copias furtivas, y repártalas como pan bendito; sean destinadas sobre todo sus poesías á las mujeres, que son las que dan fama: haga usted correr la voz de que está haciendo una obra grande, cuyo título se sabrá con el tiempo: procure usted á fuerza de trasposiciones y de palabras desenterradas del diccionario, no sabidas de nadie, que digan de él: ¡Cómo maneja la lengua! ¡es hombre que sabe el castellano! Porque aunque lo menos que puede saber un literato es saber su lengua, este es, sin embargo, el ápice de la ciencia en el país: y en cuanto usted vea que pasa por muchacho de esperanzas, vaya usted á viajar: esté usted fuera diez ó doce años, en los cuales puede vivir seguro de que se hablará de usted más de lo que sea menester. Vuelva usted entonces: reuna usted en un tomo alguna comedia; media docena de odas y un romancito: diga usted en el prólogo que las hizo en los ratos perdidos que sus desgracias le dejaron libres; que las publica por haber sabido que algunas composiciones de ellas se han impreso en Amberes ó en América, sin su licencia y con faltas, hijas de la incuria de los copiantes; y que dedica usted á su cara patria aquel corto obsequio, y déjelas usted correr. No vuelva usted á escribir nada: silencio y aristocracia literaria, y yo le respondo á usted de que llegará á una edad provecta oyendo repetir á los pájaros: *don Tomás, don Tomás, don Tomás es un sabio;* y entonces ya puede usted con seguridad darle al público comedias, folletos, comentarios: todo será bueno: ¡que es de don Tomás!

Si usted no quiere honra, y sí sólo el corto provecho que de aquí puede sacarse, es preciso tomar otro camino: póngase usted bien con los cómicos; mantenga usted un corresponsal en París, y cada correo una comedia de Scribe, que aquí las reciben con los brazos abiertos: busque usted medios de ingerirse en las columnas de un periódico, y diga usted que todo va bien, y que todos somos unos santos; ajústese usted con un par de libreros, los cuales le darán á usted cuatro ó cinco duros por cada tomo de las novelas de Walter Scott, que usted en horas les traduzca; y aunque vayan mal traducidas, usted no se apure, que ni el librero lo entiende, ni ningún cristiano tampoco. *Sic itur ad astra*, señor don Tomás.

Aquí se arrojó don Cándido en mis brazos; y tomando de la mano á Tomasito:—Ya se ve que dice bien el señor; ¡llega, hijo mío,—le decía, —y da las gracias á tu protector: ya lo ves, nada necesitas saber más de lo que sabes ya! ¡qué fortuna, señor Fígaro! ¡ya tiene hecha mi hijo su carrera! Folletos, comedias, novelas, traducciones... ¡y todo con sólo saber francés! ¡Oh francés, francés! ¡Ah! ¿Y periódicos? ¿No es verdad, señor Fígaro, que también ha dicho usted periódicos?—Sí, amigo mío, lo he dicho; —concluí conduciéndolos hasta la puerta y despidiéndolos;—pero le aconsejaría de buena gana que en eso de los periódicos no se fijase mucho, porque ya sabe usted que aquí no los hay siempre...—Sí, es verdad, es una casualidad el haberlos.—Así lo mejor será que se atenga á mis demás consejos. Este es el camino.

EN ESTE PAIS

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nación, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oídos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escenas y en cambio de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo, ansioso de palabras, la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es á veces palanca suficiente á levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolución.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago, que son, perderse en la lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase, empero, sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir, cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar; estas sirven en las revoluciones á lisonjear á los partidos y á humillar á los caídos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condición del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padrón de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores, los que no pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

En este país... esta es la frase que todos repetimos á porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que á nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted? decimos, ¡en este país! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla: *¡cosas de este país!* que con vanidad pronunciamos y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nación? No creo que pueda ser éste su origen, porque sólo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginación ó de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razón de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre á mano con que responderse á sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusión de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresión. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca á una transición, y en que saliendo de las tinieblas comienza á brillar á sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal, de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que á una joven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazón, sin embargo, ó la naturaleza por mejor decir, le empieza á revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfacción tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía; y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Este es acaso nuestro estado, y este á nuestro entender el origen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar á poseerle, si bien sin imaginar aún el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos, para dar á entender á los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos á otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que, teniendo apetito, desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará, ó no se verificará, más tarde. Sustituyamos sabiamente á la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razón en decir á propósito de todo: *¡Cosas de este país!*

Sólo con el auxilio de las anteriores reflexiones pude comprender el carácter de don Periquito, ese petulante joven, cuya instrucción está reducida al poco latín que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce, en fin, más ilustración que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salón del Prado, ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país, fué no há mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitación mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desorden de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

—Este cuarto está hecho una leonera,—me dijo.—¿Qué quiere usted? en este país....—y quedó muy satisfecho de la excusa que á su natural descuido había encontrado.

Empeñóse en que había de almorzar con él, y no pude resistir á sus instancias: un mal almuerzo mal servido reclamaba indispensablemente algún nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme:—Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo á nadie; hay que recurrir á los platos comunes y al chocolate.

—Vive Dios, dije yo para mí, que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente beefsteak con todos los adherentes de un almuerzo á *la fourchette;* y que en París los que pagan ocho ó diez reales por un *appartement garni*, ó una mezquina habitación en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con Champagne.

Mi amigo Periquito es hombre pesado como los hay en todos los países, y me instó á que pasase el día con él; y yo, que había empezado ya á estudiar sobre aquella máquina como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente, á pesar de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que había tenido más empeños que él.—¡Cosas de España!—me salió diciendo, al referirme su desgracia. — Ciertamente, — le respondí, sonriéndome de su injusticia,—porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendía había sido dado á un hombre de más luces que él.—¡Cosas de España!—me repitió.

—Sí, porque en otras partes colocan á los necios, dije yo para mí.

Llevóme en seguida á una librería, después de haberme confesado que había publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habían vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: ni uno.

—¿Lo ve usted, Fígaro?—me dijo:—¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España no se puede escribir. En París hubiera vendido diez ediciones.

—Ciertamente,—le contesté yo,—porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

—Desengáñese usted: en este país no se lee, —prosiguió diciendo.—Y usted que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

—¿Lee usted los periódicos?—le pregunté, sin embargo.

—No, señor, en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese Diario de los Debates, ese Times!!!

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto á periódicos, buenos ó malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermosean continuamente este país, y clamaba: —¡Qué basura! en este país no hay policía.

En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.

Metió el pie torpemente en un charco.—¡No hay limpieza en España!—exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo.—¡Ah! ¡país de ladrones!—vociferaba indignado. Porque en Londres no se roba; en Londres, donde en la calle acometen los malhechores á la mitad de un día de niebla á los transeuntes

Nos pedía limosna un pobre.—¡En este país no hay más que miseria!—exclamaba horripilado. Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibamos al teatro, y:—¡Oh qué horror!—decía mi don Periquito con compasión, sin haberlos visto mejores en su vida.—¡Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café.—No entremos. ¡Qué cafés los de este país!—gritaba.

Se hablaba de viajes.—¡Oh! Dios me libre; ¡en España no se puede viajar! ¡qué posadas! ¡qué caminos!

¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años á esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos, para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿Por qué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33, no vuelven los ojos á mirar atrás, ó no preguntan á sus papás acerca del tiempo, que no está tan distante de nosotros, en que no se conocía en la corte más botillería que la de Canosa, ni más bebida que la leche helada; en que no había más caminos en España que el del cielo; en que no existían más posadas que las descritas por Moratín en *El Sí de las Niñas*, con las sillas desvencijadas y las estampas del Hijo pródigo; ó las malhadadas ventas para caminantes asendereados; en que no corrían más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartían á naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar á tragos la representación de las comedias de figurón y dramas de Comella; en que no se conocía más ópera que el Marlborough (ó Mambruc, como dice el vulgo) cantado á la guitarra; en que no se leía más periódico que el *Diario de Avisos*, y en fin... en que...

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro propósito: no vuelven á mirar atrás porque habrían de poner un término á su maledicencia y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos, sin embargo, de explicar nuestra idea claramente, más que á los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oimos á un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer á un país donde las ventajas de la ilustración se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el nuestro, por causas que no es de nuestra inspección examinar, nada extrañamos en su boca, sino la falta de consideración y aun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe; pero cuando oimos la expresión despreciativa que hoy merece nuestra sátira en bocas de españoles, y de españoles sobre todo que no conocen más país que este mismo suyo, que tan injustamente dilaceran, apenas reconoce nuestra indignación límites en que contenerse.

Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante expresión que no nombra á este país sino para denigrarle; volvamos los ojos atrás, comparemos y nos creeremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos: sólo en este sentido opondremos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresión que contribuye á aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos más favor ó justicia á nuestro país, y creámosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento: *¡Cosas de España!* contribuya cada cual á las mejoras posibles. Entonces este país dejará de ser tan mal tratado de los extranjeros, á cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

REPRESENTACION

DE LA COMEDIA NUEVA DE DON MANUEL EDUARDO GOROSTIZA

TITULADA:

CONTIGO PAN Y CEBOLLA



Es un error, en nuestro entender bastante general, creer que las novelas tienen la culpa de las locas bodas y desatinados enlaces que en el mundo se hacen y se han hecho. No está todo el daño en las novelas: la mayor parte está en el corazón humano. El amor, ora le llamemos, como nuestros abuelos, que no veían más que el lado hermoso de las cosas, una noble pasión; ora le llamemos, como nuestros despreocupados del día, que sólo ven el lado feo de las cosas, una vil necesidad rebozada; el amor existe en la naturaleza, y mientras exista, podrá ocurrir en la vida frecuentemente que no se halle de acuerdo con el interés. Desde los tiempos fabulosos que se remontan á la más atrasada antigüedad, desde Píramo y Tisbe, desde Leandro y Hero, que ciertamente no habían leído ninguna novela moderna, son conocidos estos desastrados amores. La organización de una mujer es la verdadera novela perniciosa, y por desgracia es la que no se le puede quitar; este es el libro donde aprende á amar. A una belleza fría, de quien nada reclame su insensible corazón, dénsele todas las novelas del mundo, y dénselas sin cuidado; nosotros respondemos de su inalterable tranquilidad y de su eterna sensatez: aquella, empero, que ha recibido de la naturaleza el funesto don de una extrema sensibilidad, quítensele las novelas y será en balde; mientras no se le quiten los ojos, respondemos de que hará todas las locuras del mundo por seguir el objeto que una vez la haya

deslumbrado. Por este estilo creemos que son la mayor parte de las locuras que hacen los hombres miserables; imperiosas leyes que impone la naturaleza y que paga el hombre. Los autores dramáticos van, sin embargo, con los tiempos: la recogida educación de los jóvenes del siglo pasado autorizaba la tiranía de los padres, y Moratín creyó hacer un señalado servicio á su país dando *El Sí de las Niñas*. De entonces acá hemos andado con pasos agigantados; y las costumbres del día, más que de la tiranía de los padres, resiéntense de la licencia é insubordinación de los hijos. Esto no es debido, tampoco, únicamente á las novelas. Otros muchos libros ha sido preciso escribir; muchas revoluciones de todas especies han debido pasar por los pueblos; otros hombres, á más de los novelistas, habían tenido que nacer antes para dar este impulso extraordinario en poco más de medio siglo al entendimiento humano. El hecho es, con todo, positivo; el abuso existe y reclama urgentemente la férula del poeta cómico. En el siglo actual se pueden contar tantas desgraciadas víctimas de los enlaces poco meditados, como en el pasado de las obligadas reclusiones de entonces. Era, pues, preciso sacar á la plaza toda la ridiculez de aquellos jóvenes irreflexivos que todo lo abandonan por el amor, las más veces sin considerar si se hallan verdaderamente enamorados, ó si sólo creen estarlo cuando exclaman: *Contigo pan y cebolla*.

El señor de Gorostiza, poeta ya conocido en nuestro teatro moderno, se ha apoderado de una idea feliz y ha escogido un asunto de la mayor importancia. ¿Hálo desempeñado como de su talento nos debíamos prometer? Oiga el lector el argumento, y podrá responder á tan atrevida pregunta.

Matilde, hija de un padre que, según de la comedia resulta, no conoce sus inclinaciones ni su carácter, ama á don Eduardo de Contreras, joven de talento, rico, y que ocupa un puesto distinguido en la sociedad; pero ignora estas circunstancias, sin embargo de que entra en su casa con frecuencia. Anímase don Eduardo á pedir la mano de Matilde á don Pedro, quien gustosísimo se la concede, pero en el momento de convenir en tan deseado enlace, sabe la heroína que don Eduardo no es pobre, nota que no hay en esta boda los obstáculos que en las de sus novelas ha leído, desama de pronto á quien tanto amó y despide á don Eduardo. Este, que conoce de dónde le viene el golpe, propone al padre, aturdido de tal mudanza, una ingeniosa ficción que ha de llevar á cabo sus deseos. Fíngese desheredado de un tío suyo, y desairado por don Pedro: aparenta la novelesca desesperación de un amante despedido, y estos extraordinarios medios hacen renacer el acomodaticio cariño de Matilde, que por lo visto sólo ama en casos dados. El padre sigue haciendo del negado, y cuando vienen segunda vez entrambos á importunarle, se lleva la niña de un brazo y despide para siempre al amador. Con esto por fuerza ha de subir de punto la frenética pasión de Matilde: inténtase una escapatoria, la cual se verifica sin maldita la oposición del padre, que está él mismo en el complot que se le arma, y cooperando á ella un pobre criado á quien no le vale su honradez. El padre no ha querido oirle por no verse comprometido á impedir el rapto, y le amenaza por una parte don Eduardo con tirarse un pistoletazo, y por otra Matilde con tragarse un veneno que posee, si no abre una reja, por donde se escapa nuestra deslumbrada, sin embargo de hallarse la puerta libre y desembarazada; y en atención, según dice ella misma, á ser de rigor el salir en semejantes casos por la ventana.

En el cuarto acto, que parece un acto de otra comedia, Matilde se halla el día de tornaboda en una miserable buhardilla, pero en compañía de su constante esposo; no han comido la víspera, no se han desayunado aquel día: medios, Dios los dé; dinero, por las nubes: en una palabra, pobres de solemnidad y solemnes pobres: la infeliz Matilde tendrá que levantar la cama, que por más señas está á la vista del espectador en un estado de desorden propio del día; tendrá que barrer, que jabonar, que pasar hambres, que estar sola, porque su marido habrá de salir á buscar dinero. Matilde comienza ya á padecer los inconvenientes de su posición: humíllala el casero, humíllala una antigua compañera de colegio, marquesa, que vive en la misma casa, y que dice que una cosa es casarse, y otra enamorarse; en lo cual nos parece su señoría un si es no es verde y alegre de cascos; humíllala, en fin, una vecinilla ordinaria entre cotorra y contrabandista: llora Matilde y conoce su yerro. Vuelve, entonces, su esposo, y vienen impacientes papá y el criado honrado, descúbrese la ficción, y se van todos muy convencidos de que para quererse mucho es indispensable por lo menos haber comido algo; verdad indisputable de todos los tiempos y países, y que no bastarán á echar por tierra todas las

pasiones reunidas que pueden agitar á un mísero mortal.

Ya puede inferir el lector qué de escenas cómicas ha tenido el autor á su disposición. El señor Gorostiza no las ha desperdiciado: rasgos hemos visto en su linda comedia que Molière no repugnaría, escenas enteras que honrarían á Moratín. El carácter del criado y las situaciones todas en que se encuentra, son excelenes y pertenecen á la buena comedia; del padre pudiéramos decir lo que dice la marquesa de su marido: ni es feo, ni es bonito: es un hombre pasivo, es un instrumento no más del astuto don Eduardo. Este es un bello carácter: la carta que escribe es del mayor efecto y pertenece á la alta comedia. El lenguaje es castizo y puro; el diálogo bien sostenido y chispeando gracias, si bien no quisiéramos que le desluciesen algunas demasiado chocarreras, como la de los malhadados *fetos* por *efectos*, la de la *cebolla* que *repite*, etcétera, y otras que no queremos citar porque no se nos tache de rigorosos. Estas gracias son de mal tono, de no muy buen gusto y de baja sociedad, por más que el público las ría y las aplauda en el primer momento.

Después de haber tributado el debido homenaje de elogios que de nuestra pluma reclamaba imperiosamente la divertida comedia del señor Gorostiza, ¿nos será permitido indicar algunos de los defectos de que rara obra humana consigue verse completamente purgada? ¿Se dirá que nos ensangrentamos, que somos parciales, si ponemos al lado del elogio el grito de nuestra conciencia literaria? Quisiéramos equivocarnos, pero el carácter de la protagonista nos parece, por lo menos, llevado á un punto de exageración tal, que sería imposible hallar en el mundo un original siquiera que se le aproximase. Estas niñas románticas, cuya cabeza ha podido exaltar la lectura de las novelas, no reparan en clases ni en dinero; éste podrá ser su yerro; enamóranse de un hombre sin preguntarle quién es; esta es su imprudencia: si sale pobre, verdad es, nada les arredra, y en las aras del amor sacrifican su porvenir; mas si sale rico, como ya están enamoradas, por esta sola circunstancia no se desenamoran. Por la misma razón, si tratan de escaparse, y no tienen otro recurso, se arrojan por una ventana; mas si tienen la puerta franca, aquel paso ya no es ni medio verosímil. Esta exageración hace aparecer á Matilde loca las más veces; quiere ser el Don Quijote de las novelas. Pero acordémonos de que Cervantes, para huir de la inverosimilitud que de la exageración debía resultar, hizo loco realmente y enfermo á su héroe, y una enfermedad no es un carácter. Si la comedia pedía un carácter, era preciso no haber pasado los límites de la verosimilitud, pues pasándolos, Matilde no resulta enamorada sino maniática; por eso en varias ocasiones parece que ella misma se burla de sus desatinos: lo mismo hubiera sucedido con Don Quijote si no nos hubiera dicho Cervantes desde el principio: *Miren ustedes que está loco*. Peca además el plan por donde los más del mismo poeta: ya en otra ocasión hemos dicho que estos planes en que varios personajes fingen una intriga para escarmiento de otro son incompletos y conspiran contra la convicción, que debe ser el resultado del arte.

En Molière y en Moratín no se encuentra un solo plan de esta especie: el poeta cómico no debe hacer hipótesis; debe sorprender y retratar á la naturaleza tal cual es; esta comedia hubiera requerido una mujer realmente enamorada, y que realmente hubiera hecho una locura, como en *El Viejo y la Niña* sucede; verdad es que entonces no hubiera podido ser dichoso el desenlace, y acaso habrá huido de esto el señor Gorostiza. Este era defecto del asunto, así como lo es también la aglomeración en horas de tantas cosas distintas, importantes y regularmente más apartadas entre sí en el discurso de la vida. Si Matilde no se ha de casar más de una vez con Eduardo, si esa vez que se ha casado no ha hecho realmente locura alguna, supuesto que Eduardo es rico, ¿de qué puede servirle el escarmiento y el ver lo que le hubiera sucedido si hubiera hecho lo que no ha hecho? A ella no, nos contestarán, á las demás que ven la comedia. Tampoco, responderemos, porque las que crean en novelas al pie de la letra, creerán al pie de la letra en la comedia, que es otra nueva novela para ellas: en la novela leen que aquel que se presentó incógnito, se descubre ser luego hijo de algún señorón oculto, y en la comedia se descubre ser rico luego el pobre. Se enamorarán, pues, sin cuidado, seguras de que hacia el fin de su boda se ha de descubrir la riqueza del marido, así como creían que debían salir por la ventana, por decirlo las novelas.

A pesar de estas observaciones, que no podemos menos de hacer, nos complacemos en repetir que es mayor la suma de las bellezas que la de los defectos de la comedia. El señor de Gorostiza ha adquirido un nuevo laurel, y nosotros quisiéramos que la obligación de perio-

dista se limitara á alabar: mucho nos daría que hacer, aun en este caso, esta composición dramática.

En cuanto á la representación, podemos asegurar que no nos acordamos de haber visto en Madrid nada mejor desempeñado en este género.

Sepan los actores que ningún placer podemos tener mayor que el que nos proporcionan el día en que sólo elogios tenemos que escribir de ellos. Para el elogio corre nuestra pluma rápidamente. Cuando se trata empero de vituperar, sólo á fuerza de horas podemos dar concluído á la prensa el artículo más conciso.

DON TIMOTEO Ó EL LITERATO

Genus irritabile vatum, ha dicho un poeta latino. Esta expresión bastaría á probarnos que el amor propio ha sido en todos tiempos el primer amor de los literatos, si hubiésemos menester más pruebas de esta incontestable verdad que la simple vista de los más de esos hombres que viven entre nosotros de literatura. No queremos decir por esto que sea el amor propio defecto exclusivo de los que por su talento se distinguen: generalmente se puede asegurar que no hay nada más temible en la sociedad que el trato de las personas que se sienten con alguna superioridad sobre sus semejantes. ¿Hay cosa más insoportable que la conversación y los dengues de la hermosa que lo es á sabiendas? Mírela usted á la cara tres veces seguidas; diríjala usted la palabra con aquella educación, deferencia ó placer que difícilmente pueden dejar de tenerse hablando con una hermosa; ya le cree á usted su *don Amadeo*, ya le mira á usted como quien le perdona la vida. Ella sí, es amable, es un modelo de dulzura; pero su amabilidad es la afectada mansedumbre del león, que hace sentir de vez en cuando el peso de sus garras; es pura compasión que nos dispensa.

Pasemos de la aristocracia de la belleza á la de la cuna. ¡Qué amable es el señor marqués, qué despreocupado, qué llano! Vedle con el sombrero en la mano, sobre todo para sus inferiores. Aquella llaneza, aquella deferencia, si ahondamos en su corazón, es una honra que cree dispensar, una limosna que cree hacer al plebeyo. Trate éste diariamente con él, y al fin de la jornada nos dará noticias de su amabilidad: ocasiones habrá en que algún manoplazo feudal le haga recordar con quién se las há.

No hablemos de la aristocracia del dinero, porque si alguna hay falta de fundamento es ésta: la que se funda en la riqueza, que todos pueden tener; en el oro, de que solemos ver henchidos los bolsillos de este ó de aquel alternativamente, y no siempre de los hombres de más mérito; en el dinero, que se adquiere muchas veces por medios ilícitos, y que la fortuna reparte á ciegas sobre sus favoritos de capricho.

Si algún orgullo hay, pues, disculpable, es el que se funda en la aristocracia del talento, y más disculpable, ciertamente, donde es á toda luz más fácil nacer hermosa, de noble cuna, ó adquirir riqueza, que lucir el talento que nace entre abrojos cuando nace, que sólo acarrea sinsabores, y que se encuentra aisladamente encerrado en la cabeza de su dueño como en callejón sin salida. El estado de la literatura entre nosotros y el heroísmo que en cierto modo se necesita para dedicarse á las improductivas letras, es la causa que hace á muchos de nuestros literatos más insoportables que los de cualquiera otro país; añádase á esto el poco saber de la generalidad, y de aquí se podrá inferir que entre nosotros el literato es una especie de oráculo que, poseedor único de su secreto y sólo iniciado en sus misterios recónditos, emite su opinión oscura con voz retumbante y hueca, subido en el trípode que la general ignorancia le fabrica. Charlatán por naturaleza, se rodea del aparato ostentoso de las apariencias, y es un cuerpo más impenetrable que la célebre cuña de la milicia romana. Las bellas letras, en una palabra, el saber escribir, es un oficio particular que sólo profesan algunos, cuando debiera constituir una pequeñísima parte de la educación general de todos.

Pero, si atendidas estas breves consideracio-

nes es el orgullo del talento disculpable porque es el único modo que tiene el literato de cobrarse el premio de su afán, no por eso autoriza á nadie á ser en sociedad ridículo, y este es el extremo por donde peca don Timoteo.

No hace muchos días que yo, que no me precio de gran literato, yo que de buena gana prescindiría de esta especie de apodo, si no fuese preciso que en sociedad tenga cada cual el suyo, y si pudiese tener otro mejor, me ví en la precisión de consultar á algunos literatos con el objeto de reunir sus diversos votos y saber qué podrían valer unos opúsculos que me habían traído para que diese yo sobre ellos mi opinión. Esto era harto difícil en verdad, porque, si he de decir lo que siento, no tengo fijada mi opinión todavía acerca de ninguna cosa, y me siento medianamente inclinado á no fijarla jamás: tengo mis razones para creer que este es el único camino del acierto en materias opinables: en mi entender todas las opiniones son peores; permítaseme esta manera de hablar antigramatical y antilógica.

Fuíme, pues, con mis manuscritos debajo del brazo (circunstancia que no le importará gran cosa al lector) deseoso de ver á un literato, y me pareció deber salir para esto de la atmósfera inferior donde pululan los poetas noveles y lampiños, y dirigirme á uno de esos literatazos abrumados de años y de laureles.

Acerté á dar con uno de los que tienen más sentada su reputación. Por supuesto que tuve que hacer una antesala digna de un pretendiente, porque una de las cosas que mejor se saben hacer aquí es esto de antesalas. Por fin tuve el placer de ser introducido en el oscuro santuario.

Cualquiera me hubiera hecho sentar; pero don Timoteo me recibió en pie, atendida sin duda la diferencia que hay entre el literato y el hombre. Figúrense ustedes un ser enteramente parecido á una persona; algo más encorvado hacia el suelo que el género humano, merced sin duda al hábito de vivir inclinado sobre el bufete; mitad sillón, mitad hombre; entrecejo arrugado; la voz más hueca y campanuda que la de las personas; las manos *mitj* y *mitj*, como dicen los chuferos y valencianos, de tinta y tabaco; gran autoridad en el decir; mesurado compás de frases; vista insultantemente curiosa y que oculta á su interlocutor por una rendija que le dejan libres los párpados fruncidos y casi cerrados, que es manera de mirar sumamente importante y como de quien tiene graves cuidados; los anteojos encaramados á la frente; calva, hija de la fuerza del talento, y gran balumba de papeles revueltos y libros confundidos que bastaran á dar una muestra de lo coordinadas que podía tener en la cabeza sus ideas; una caja de rapé y una petaca: los demás vicios no se veían. Se me olvidaba decir que la ropa era adrede mal hecha, afectando desprecio de las cosas terrenas, y todo el conjunto no de los más limpios, porque éste era de los literatos rezagados del siglo pasado, que tanto más profundos se imaginaban cuanto menos aseados vestían. Llegué, le ví, dije: este es un sabio.

Saludé á don Timoteo y saqué mis manuscritos.

—¡Hola!—me dijo ahuecando mucho la voz para pronunciar.

—Son de un amigo mío.

—¿Sí?—me respondió.—¡Bueno! ¡Muy bien! —y me echó una mirada de arriba abajo por ver si descubría en mi rostro que fuesen míos.

—¡Gracias!—repuse, y empezó á hojearlos.

—«Memoria sobre las aplicaciones del vapor.»

—¡Ah! esto es acerca del vapor, ¿eh? Aquí encuentro ya... Vea usted... aquí falta una coma: en esto soy muy delicado. No hallará usted en Cervantes usada la voz *memoria* en este sentido; el estilo es duro, y la frase es poco robusta... ¿Qué quiere decir *presión* y...?

—Sí; pero acerca del vapor... porque el asunto es saber si...

—Yo le diré á usted; en una oda que yo hice allá cuando muchacho, cuando uno andaba en esas cosas de literatura .. dije... cosas buenas...

—Pero, ¿qué tiene que ver?...

—¡Oh! ciertamente ¡oh! Bien, me parece bien. Ya se ve; estas ciencias exactas son las que han destruído los placeres de la imaginación: ya no hay poesía.

—¿Y qué falta hace la poesía cuando se trata de mover un barco, señor don Timoteo?

—¡Oh! cierto... Pero la poesía... amigo... ¡oh! aquellos tiempos se acabaron. Esta... ya se ve... estará bien, pero debe usted llevarlo á un físico, á uno de esos...

—Señor don Timoteo, un literato de la fama de usted tendrá siquiera ideas generales de todo, demasiado sabrá usted...

—Sin embargo... ahora estoy escribiendo un tratado completo con notas y comentarios, míos también, acerca de quién fué el primero que usó el asonante castellano.

—¡Hola! Debe usted darse prisa á averiguar-

lo: esto urge mucho á la felicidad de España y á las luces... Si usted llega á morirse, nos quedamos á buenas noches en punto á asonantes... y...

—Sí, y tengo aquí una porción de cosillas que me traen á leer; no puedo dar salida á los que... ¡Me abruman á consultas!... ¡Oh! estos muchachos del día salen todos tan... ¡Oh! ¿Usted habrá leído mis poesías? Allí hay algunas cosillas...

—Sí; pero un sabio de la reputación de don Timoteo habrá publicado además obras de fondo y...

—¡Oh! no se puede... no saben apreciar... ya sabe usted... á salir del día... Sólo la maldita afición que uno tiene á estas cosas...

—Quisiera leer, con todo, lo que usted ha publicado: el género humano debe estar agradecido á la ciencia de don Timoteo... Dícteme usted los títulos de sus obras. Quiero llevarme una apuntación.

—¡Oh! ¡Oh!

¿Qué especie de animal es éste, iba yo diciendo ya para mí, que no hace más que lanzar monosílabos y hablar despacio, alargando los vocablos y pronunciando más abiertas las *aes* y las *oes?*

Cogí, sin embargo, una pluma y un gran pliego de papel presumiendo que se llenaría con los títulos de las luminosas obras que habría publicado durante su vida el célebre literato don Timoteo.

—Yo hice,—empezó,—una oda á la *continencia*... ya la conocerá usted... allí hay algunos versecillos.

—*Continencia,*—dije yo repitiendo.—Adelante.

—En los periódicos de entonces puse algunas anacreónticas; pero no con mi nombre.

—*Anacreónticas;* siga usted; vamos á lo gordo.

—Cuando los franceses, escribí un folletito que no llegó á publicarse... ¡como ellos mandaban!...

—*Folletito* que no llegó á publicarse.

—He hecho una oda al Huracán, y una silva á Filis.

—*Huracán. Filis.*

—Y una comedia que medio traduje de cualquier modo; pero como en aquel tiempo nadie sabía francés, pasó por mía: me dió mucha fama. Una novelita traduje también...

—¿Qué más?

—Ahí tengo un prólogo empezado para una obra que pienso escribir, en el cual trato de decir modestamente que no aspiro al título de sabio; que las largas convulsiones políticas que han conmovido á la Europa y á mí á un mismo tiempo, las intrigas de mis émulos, enemigos y envidiosos, y la larga carrera de infortunios y sinsabores en que me he visto envuelto y arrastrado juntamente con mi patria, han impedido que dedicara mis ocios al cultivo de las musas; que habiéndose luego el gobierno acordado y servídose de mi poca aptitud en circunstancias críticas, tuve que dar de mano á los estudios amenos que reclaman soledad y qüietud de espíritu, como dice Cicerón; y en fin, que en la retirada de Vitoria perdí mis papeles y manuscritos más importantes; y sigo por ese estilo...

—Cierto... Ese prólogo debe darle á usted extraordinaria importancia.

—Por lo demás, no he publicado otras cosas...

—Con que una oda y otra oda,—dije yo recapitulando,—y una silva, anacreónticas, una traducción original, un folletito que no llegó á publicarse, y un prólogo que se publicará...

—Eso es. Precisamente.

Al oir esto no estuvo en mí tener más la risa, despedíme cuanto antes pude del sabio don Timoteo, y fuíme á soltar la carcajada al medio del arroyo á todo mi placer.

—¡Por vida de Apolo!—salí diciendo.—¿Y es este don Timoteo? ¿Y cree que la sabiduría está reducida á hacer anacreónticas? ¿Y porque ha hecho una oda le llaman sabio? ¡Oh reputaciones fáciles! ¡Oh pueblo bondadoso!

¿Para qué he de entretener á mis lectores con la poca diversidad que ofrece la enumeración de las demás consultas que en aquella mañana pasé? Apenas encontré uno de esos célebres literatos, que así pudiera dar su voto en poesía como en legislación, en historia como en medicina, en ciencias exactas como en... Los literatos aquí no hacen más que versos, y si algunas excepciones hay y si existen entre ellos algunos de mérito verdadero que de él hayan dado pruebas positivas, no son excepciones suficientes para variar la regla general.

¿Hasta cuándo, pues, esa necia adoración á las reputaciones usurpadas? Nuestro país ha caminado más de prisa que esos literatos rezagados; recordamos sus nombres que hicieron ruido cuando, más ignorantes, éramos los primeros á aplaudirlos; y seguimos repitiendo siempre como papagayos: *Don Timoteo es un sabio.* ¿Hasta cuándo? Presenten sus títulos á

la gloria y los respetaremos y pondremos sus obras sobre nuestra cabeza. ¡Y al paso que nadie se atreve á tocar á esos sagrados nombres que sólo por antiguos tienen mérito, son juzgados los jóvenes que empiezan con toda la severidad que aquéllos merecían! El más leve descuido corre de boca en boca; una reminiscencia es llamada robo; una imitación plagio, y un plagio verdadero intolerable desvergüenza. Esto en tierra donde hace siglos que otra cosa no han hecho sino traducir nuestros más originales hombres de letras.

Pero volvamos á nuestro don Timoteo. Háblesele de algún joven que haya dado alguna obra.—No la he leído... ¡Como no leo esas cosas! —exclama. Hable usted de teatros á don Timoteo.—No voy al teatro; eso estáperdido...—Porque quieren persuadirnos de que estaba mejor en su tiempo; nunca verá usted la cara del literato en el teatro. Nada conoce; nada lee nuevo, pero de todo juzga, de todo hace ascos.

Veamos á don Timoteo en el Prado, rodeado de una pequeña corte que á nadie conoce cuando va con él: vean ustedes cómo le oyen con la boca abierta; parece que le han sacado entre todos á paseo para que no se acabe entre sus investigaciones acerca de la rima que á nadie le importa. ¿Habló don Timoteo? ¡Qué algazara y qué aplausos! ¿Se sonrió don Timoteo? ¿Quién fué el dichoso que le hizo desplegar los labios? ¿Lo dijo don Timoteo, el sabio autor de una oda olvidada ó de un ignorado romance? Tuvo razón don Timoteo.

Haga usted una visita á don Timoteo; en buena hora; pero no espere usted que se la pague. Don Timoteo no visita á nadie. ¡Está tan ocupado! El estado de su salud no le permite usar de cumplimientos; en una palabra, no es para don Timoteo la buena crianza.

Veámosle en sociedad. ¡Qué aire de suficiencia, de autoridad, de supremacía! Nada le divierte á don Timoteo. ¡Todo es malo! Por supuesto que no baila don Timoteo, ni habla don Timoteo, ni ríe don Timoteo, ni hace nada don Timoteo de lo que hacen las personas. Es un eslabón roto en la cadena de la sociedad.

¡Oh sabio don Timoteo! ¿Quién me diera á mí hacer una mala oda para echarme á dormir sobre el colchón de mis laureles; para hablar de mis afanes literarios, de mis persecuciones y de las intrigas y revueltas de los tiempos; para hacer ascos de la literatura; para recibir á las gentes sentado; para no devolver visitas; para vestir mal; para no tener que leer; para decir del alumno de las musas que más haga: «es un mancebo de dotes muy recomendables, es mozo que promete;» para mirarle á la cara con aire de protección y darle alguna suave palmadita en la mejilla, como para comunicarle por medio del contacto mi saber; para pensar que el que hace versos, ó sabe dónde han de ponerse las comas, y cuál palabra se halla en Cervantes, y cuál no, ha llegado al *summum* del saber humano; para llorar sobre los adelantos de las ciencias útiles; para tener orgullo y amor propio; para hablar pedantesco y ahuecado; para vivir en contradicción con los usos sociales; para ser, en fin, ridículo en sociedad, sin parecérselo á nadie?



LA POLÉMICA LITERARIA

... á Madrid la république des lettres était celle des loups, toujours armés les uns contre les autres; et livrés au mépris où ce visible acharnement les conduit, tous les insectes, les moustiques, les cousins, les critiques, les maringouins, les envieux, les feuillistes, les libraires, les censeurs, et tout ce qui s'attache à la peau des malhereux gens de lettres, achevait de déchiqueter et de sucer le peu de substance qui leur restait.

BEAUMARCHAIS, *Le Barbier de Séville*, act. I.

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y el escritor sobre todo de costumbres que funda sus artículos en la observación de los diversos caracteres que andan por la sociedad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si le hace bueno, *será traducido*, gritan á una voz sus amigos. Si huyó de ofender á nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores y si logra sacar á los labios de su lector tal cual picante sonrisa, «es un payaso,» exclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio. Si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignación contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, «es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesús, qué entrañas!» ¡Habrá pícaro que no quiere que escribamos disparates! ¿Dibujó un carácter, y tomó para ello toques de éste y de aquél, formando su bello ideal de las calidades de todos? ¡Qué picarillo, gritan, cómo ha puesto á don fulano! ¿Pintó un avaro como hay ciento? Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta.—Y no se desgañite para decirle al público: Señores, que no hago retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos, que no conozco siquiera á ese don Cosme.—¡Tiempo perdido! Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer.—Nada.—Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta.—¡Ni por esas!—Púsole peluca, dicen, para desorientar; pero es él.—Que no se parece á don Cosme en nada.—No importa; es don Cosme, y se lo hacen creer todos á don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el primero á decir: «ese soy yo.» Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticados que se reconocen en el cuadro de costumbres, se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les toca? ¡Quién sabe! Confesemos de todos modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque no nos perdone Dios nuestros pecados, si no creemos que antes de llegar al último renglón han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serían cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le leyesen, y encomendábame á toda priesa, con más fe que esperanza, á santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las más, y una baraja completa de trasposiciones felices,

de estas que el diablo mismo que las inventó no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que las escribe... Pero estoy para mí que no debía de hacer más caso de mis oraciones la santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venía musa, ni yo acertaba á escribir un mal disparate que pudiese dar contento á necios y á discretos. Mesábame las barbas, y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar, y de mi lengua, que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalbete con cara de literato, es decir de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro piropo, que yo eché en saco roto, como tenía que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invitéle á que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como aquél que no quería abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa á modo de florero ó de escupidera.

—¿Y qué es el caso?—le pregunté;—porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

—¿Qué ha de ser, señor Fígaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le había leído impreso, cuando zás, ya me han contestado?

—¡Oh! Son muy bien criados los periodistas,—le dije:—no saben lo que es dejar á un hombre sin contestación.

—Sí, señor; pero de buenas á primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo también quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre todo la Europa, si yo no contesto?

—Cierto: no se piensa en otra cosa en el día sino en Portugal y en su artículo de usted.

—Ya se ve: y como usted entiende de achaque de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo á que me endilgue usted, sobre poco más ó menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestión se dilucide, se entere el público de quién tiene razón, y quede yo encima, que es el objeto.

—¿Y de qué habla el artículo?

—Le diré á usted, de nada: el hecho es que en la cuestión no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrían decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir...

—Sí... pues eso es muy fácil...¿pero trata de...?

—De tabacos, sí, señor. Con que yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que ver con tabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot, por lo menos, que está contra su uso. Con la vasta erudición que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario...

—¡Ay, amigo,—le interrumpí,—y qué poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¿Qué quiere usted? así corren los tiempos. En segundo lugar, ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

—¿Y qué falta hace para aclarar la cuestión al público saber quién sea el autor del artículo?

—¡Hombre, usted está en el cristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? Usted no lee. En vez de buscar libros que confirmen la opinión de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

—Bueno: pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

—Calle usted. Somos felices.

—Yo pensaba dar razones y probar...

—No, señor, no pruebe usted nada. ¿Usted se quiere perder? Diga usted, ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

—Mucho; se pierde de vista.

—¿Tendrá seis pies?

—Más, más: hágale usted más favor... Pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestión de tabacos?

—¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno: primero porque él es alto.

—¡Hombre!

—Calle usted. ¿Ha escrito algunas obras?

—Sí, señor: en el año 97 escribió una comedia que no valía gran cosa.

—Bravo: añada usted que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia...

—Pero, señor, haremos reir al público...

—No tenga usted cuidado: el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reir. ¿Qué más tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza, debe á alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinión mala?...

—Algo, algo hay de eso.

—Pues bien, á él: la opinión, la verruga: duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entonces, y si el año 8 jugaba á la pipirijaina ó á la pata coja?

—¿Pero adónde vamos á parar?...

—A la tetilla izquierda, señor: usted no se desanime. ¿Le coge usted en un plagio? El texto en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algún cuento? á contársele.

—¿Y si no vienen á pelo los cuentos que yo sé?

—No importa; usted hará reir, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es un tal; y usted es más: este es el modo.

—Pero, señor Fígaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestión de tabacos?

—¿Y á usted qué le importa ni á nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin, luego que usted haya agotado todos los recursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderación de usted en la cuestión presente: que se retira usted de la polémica; en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinión acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la verruga, de la comedia del año 07, de las deudas y de la opinión del adversario; y en segundo lugar, porque habiendo usado el contrario de mala fe y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz, en atención á que usted respeta mucho al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa é interminable. Aquí dice usted una gracia ó dos, si puede, acerca del mayor número de suscriciones que reune el periódico en que usted escribe, que es razón concluyente, y que le piquen á usted moscas.

—Señor Fígaro, ese plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un país en que tan poco prestigio tienen la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos á otros, nos damos mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares y nos hacemos el hazmerreir del público... y á mí me da vergüenza...

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Ahora salimos con que tiene usted vergüenza?... y... ¡voto va! Dijéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues, amigo, voy á concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las más de las polémicas que he visto se han decidido por ese estilo. Fuera, pues, razones, señor mío, látigo y más látigo: no sé qué sabio ha dicho que las más de las cuestiones son cuestiones de nombre: aquí, amigo mío, las más son cuestiones de personas.—Y con esto despedí á mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan sólo le supliqué al salir por el umbral de mi puerta.—Si acaso,—le dije,—oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo: «ahí va el cliente de Fígaro: ese es el del artículo,» no lo creo, responda usted: el cliente de Fígaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original en ninguna.

LA FONDA NUEVA

Preciso es confesar que no es nuestra patria el país donde viven los hombres para comer: gracias, por el contrario, si se come para vivir: verdad es que no es este el único punto en que manifestamos lo mal que nos queremos: no hay género de diversión que no nos falte; no hay especie de comodidad de que no carezcamos. «¿Qué país es éste?» me decía no hace un mes un extranjero que vino á estudiar nuestras costumbres. Es de advertir, en obsequio de la verdad, que era francés el extranjero, y que el francés es el hombre del mundo que menos concibe el monótono y sepulcral silencio de nuestra existencia española.—Grandes carreras de caballos habrá aquí,—me decía desde el amanecer: —no faltaremos.—Perdone usted,—le respondía yo;—aquí no hay carreras.—¿No gustan de correr los jóvenes de las primeras casas? ¿No corren aquí siquiera los caballos?...—Ni siquiera los caballos.—Iremos á caza.—Aquí no se caza: no hay dónde, ni qué.—Iremos al paseo de coches.—No hay coches.—Bien, á una casa de campo á pasar el día.—No hay casas de campo, no se pasa el día.—Pero habrá juegos de mil suertes diferentes, como en toda Europa... Habrá jardines públicos donde se baile; más en pequeño, pero habrá sus *tívolis*, sus *ranelagh*, sus *campos elíseos*... habrá algún juego para el público.—No hay nada para el público: el público no juega.—Es de ver la cara de los extranjeros cuando se les dice francamente que el público español, ó no siente la necesidad interior de divertirse, ó se divierte como los sabios (que en eso todos lo parecen) con sus propios pensamientos. Creía mi extranjero que yo quería abusar de su credulidad, y con rostro entre desconfiado y resignado, «paciencia,—me decía por fin:—nos contentaremos con ir á los bailes que den las casas del buen tono y las suarés...»—Paso, señor mío,—le interrumpí yo: —¿con que es bueno que le dije que no había gallinas y se me viene pidiendo...? En Madrid no hay bailes, no hay suarés. Cada uno habla ó reza, ó hace lo que quiere en su casa con cuatro amigos muy de confianza, y basta.

Nada más cierto, sin embargo, que este tristísimo cuadro de nuestras costumbres. Un día solo en la semana, y eso no todo el año, se divierten mis compatriotas: el lunes, y no necesito decir en qué: los demás días examinemos cuál es el público recreo. Para el pueblo bajo, el día más alegre del año redúcese su diversión á calzarse las castañuelas (digo calzarse porque en ciertas gentes las manos parecen pies), y agitarse violentamente en medio de la calle, en corro, al desapacible son de la agria voz y del desigual pandero. Para los elegantes todas las corridas de caballos, las partidas de caza, las casas de campo, todo se encierra en dos ó tres tiendas de la calle de la Montera. Allí se pasa alegremente la mañana en contar las horas que faltan para irse á comer, si no hay sobre todo gordas noticias de Lisboa, ó si no dan en pasar muchos lindos talles de quien murmurar, y cuya opinión se pueda comprometer, en cuyos casos varía mucho la cuestión y nunca falta quehacer.—¿Qué se hace por la tarde en Madrid? —Dormir la siesta.—¿Y el que no duerme, qué hace?—Estar despierto; nada más. Por la noche, es verdad, hay un poco de teatro, y tiene un elegante el desahogo inocente de venir á silbar un rato la mala voz del bufo caricato, ó á aplaudir la linda cara de la *altra prima donna;* pero ni se proporciona tampoco todos los días, ni se divierte en esto sino un muy reducido número de personas, las cuales, entre paréntesis, son siempre las mismas, y forman un pueblo chico de costumbres extranjeras, embutido dentro de otro grande de costumbres patrias, como un cucurucho menor metido en un cucurucho mayor.

En cuanto á la pobre clase media, cuyos límites van perdiéndose y desvaneciéndose cada vez más, por arriba en la alta sociedad, en que hay de ella no pocos intrusos, y por abajo en la capa inferior del pueblo, que va conquistan-

do sus usos, esa sólo de una manera se divierte. ¿Llegó un día de días? ¿Hubo boda? ¿Nació un niño? ¿Diéronle un empleo al amo de la casa? que en España ese es el grande alegrón que hay que recibir. Sólo de un modo se solemniza. Gran coche de alquiler, decentemente regateado; pero más gran familia: seis personas coge el coche á lo más. Pues entra papá, entra mamá, las dos hijas, dos amigos íntimos convidados, una prima que se apareció allí casualmente, el cuñado, la doncella, un niño de dos años y el abuelo; la abuela no entra porque murió el mes anterior. Ciérrase la portezuela entonces con la misma dificultad que la tapa de un cofre apretado para un largo viaje, y á la fonda. La esperanza de la gran comida, á que se va aproximando el coche mal que bien, aquello de andar en alto, el rubor de las jóvenes que van sentadas sobre los convidados, y la ausencia sobre todo del diurno puchero, alborotan á nuestra gente en tal disposición, que desde media legua se conoce el coche que lleva á la fonda á una familia de enhorabuena.

Tres años seguidos he tenido la desgracia de comer de fonda en Madrid, y en el día sólo el deseo de observar las variaciones que en nuestras costumbres se verifican con más rapidez de lo que algunos piensan, ó el deseo de pasar un rato con amigos, pueden obligarme á semejante despropósito. No hace mucho, sin embargo, que un conocido mío me quiso arrastrar fuera de mi casa á la hora de comer.—Vamos á comer á la fonda.—Gracias; mejor quiero no comer.—Comeremos bien; iremos á Genyeis: es la mejor fonda.—Linda fonda: es preciso comer de seis ó siete duros para no comer mal. ¿Qué aliciente hay allí para ese precio? Las salas son bien feas; el adorno ninguno: ni una alfombra, ni un mueble elegante, ni un criado decente, ni un servicio de lujo, ni un espejo, ni una chimenea, ni una estufa en invierno, ni agua de nieve en verano, ni... ni Burdeos, ni Champagne... Porque no es Burdeos el Valdepeñas, por más raíz de lirio que se le eche. —Iremos á los *Dos Amigos.*—Tendremos que salirnos á la calle á comer, ó á la escalera, ó llevar una cerilla en el bolsillo para vernos las caras en la sala larga.—A cualquiera otra parte. Crea usted que hoy nos van á dar bien de comer.—¿Quiere usted que le diga yo lo que nos darán en cualquier fonda adonde vayamos? Mire usted, nos darán en primer lugar mantel y servilletas puercas, vasos puercos, platos puercos y mozos puercos: sacarán las cucharas del bolsillo, donde están con las puntas de los cigarros; nos darán luego una sopa que llaman de yerbas, y que no podría acertar á tener nombre más alusivo; estofado de vaca á la italiana, que es cosa nueva; ternera mechada, que es cosa de todos los días; vino de la fuente; aceitunas magulladas; frito de sesos y manos de carnero, hechos aquéllos y éstos á fuerza de pan: una polla que se dejaron otros ayer, y unos postres que nos dejaremos nosotros para mañana.—Y también nos llevarán poco dinero, que aquí se come barato.—Pero mucha paciencia, amigo mío, que aquí se aguanta mucho.

No hubo, sin embargo, remedio: mi amigo no daba cuartel, y estaba visto que tenía capricho de comer mal un día. Fué preciso, pues, acompañarle, é íbamos á entrar en los *Dos Amigos*, cuando llamó nuestra atención un gran letrero nuevo que en la misma calle de Alcalá y sobre las ruinas del antiguo figón de Perona, dice: *Fonda del Comercio.*—¿Fonda nueva?—Vamos á ver. En cuanto al local, no les da el naipe á los fondistas para escoger local; en cuanto al adorno, nos cogen acostumbrados á no pagarnos de apariencias; nosotros decimos: ¡como haya que comer, aunque sea en el suelo! Por consiguiente, nada nuevo en este punto en la fonda nueva.

Chocónos, sin embargo, la diferencia de las caras de ahora, y que hace medio año se veían en aquella casa. Vimos elegantes, y diónos esto excelente idea. Realmente hubimos de confesar que la fonda nueva es la mejor; pero es preciso acordarnos de que la Fontana era también la mejor cuando se instaló: esta será, pues, otra Fontana dentro de un par de meses. La variedad que hoy en platos se encuentra cederá á la fuerza de las circunstancias; lo que nunca podrá perder será el servicio: la fonda nueva no reducirá nunca el número de sus mozos, porque es difícil reducir lo poco: se ha adoptado en ella el principio admitido en todas; un mozo para cada sala, y una sala para cada veinte mesas.

Por lo demás no deja de ofrecer un cuadro divertido para el observador oscuro el aspecto de una fonda. Si á su entrada hay ya una familia en los postres, ¿qué efecto le hace al que entra frío y sereno el ruido y la algazara de aquella gente toda alborotada porque ha comido? ¡Qué miserable es el hombre! ¿De qué se ríen tanto? ¿Han dicho alguna gracia? No, se ríen de que han comido, y la parte física del hombre triunfa de la moral, de la sublime; que no debiera estar tan alegre sólo por haber co-

mido.—Allí está la familia que trajo el coche... ¡Apartemos la vista y tapemos los oídos por no ver, por no oir!!!

Aquel joven que entra venía á comer de medio duro; pero se encontró con veinte conocidos en una mesa inmediata: dejóse coger también por la negra honrilla, y sólo por los testigos pide de á duro. Si como son sólo conocidos fuera una mujer á quien quisiera conquistar, la que en otra mesa comiera, hubiera pedido de á doblón: á pocos amigos que encuentre, el infeliz se arruina. ¡Necio rubor de no ser rico! ¡Mal entendida vergüenza de no ser calavera!

¿Y aquél otro? Aquel recorre todos los días á una misma hora varias fondas: aparenta buscar á alguien: en efecto, algo busca; ya lo encontró: allí hay conocidos suyos; á ellos derecho: primera frase suya:—¡Hombre! ¿Ustedes por aquí?—Coma usted con nosotros,—le responden todos. Excúsase al principio; pero si había de comer solo... Un amigo á quien esperaba no viene...—Vaya, comeré con ustedes,—dice por fin, y se sienta. ¡Cuán ajenos estaban sus convidadores de creer que habían de comer con él! Él, sin embargo, sabía desde la víspera que había de comer con ellos: les oyó convenir en la hora, y es hombre que come los más días de oídas, y algunos por haber oído.

¿Qué pareja es la que sin mirar á un lado ni á otro pide un cuarto al mozo, y...? Pero es preciso marcharnos, mi amigo y yo hemos concluído de comer: cierta curiosidad nos lleva á pasar por delante de la puerta entornada donde ha entrado á comer sin testigos aquel oscuro matrimonio... sin duda... Una pequeña parada que hacemos alarma á los que no quieren ser oídos, y un portazo dado con todo el mal humor propio de un misántropo, nos advierte nuestra indiscreción y nuestra impertinencia. Paciencia, salgo diciendo: todo no se puede observar en este mundo; algo ha de quedar oscuro en un cuadro: sea esto lo que quede en negro en este artículo de costumbres de la *Revista Española*.



POESIAS DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

Es tan conocido el mérito del autor de esta nueva colección poética, son tan justamente apreciados en España y fuera de ella los varios ensayos didácticos y composiciones dramáticas que en anteriores tomos ha publicado, que no es mucho que entremos con respeto y miedo á juzgar al que puede juzgar á los demás. El justo criterio, el gusto depurado, son las dotes que más brillan en sus escritos; pero no contento el señor Martínez de la Rosa con haber indicado el camino que deben trillar los que á la gloria inmortal de poetas aspiren, nos quiere dar el ejemplo al lado de la admonición. Harta empresa es esa para un solo hombre. No presta el cielo al mismo tiempo la fría severidad del crítico y la ardiente imaginación del vate, y mal pudiera prestarlas sin contradecir sus propias leyes. Si alguna vez, pues, se ven ambas calidades reunidas, puede reputarse fenómeno. Recorramos la lista de los primeros poetas; no hallaremos en esa á los grandes didácticos: preceptos será lo que en sus obras encontraremos, preceptos de inspiración; rara vez preceptistas. Homero, Virgilio, Anacreonte, Píndaro, Tasso, Milton, etc., etc., se contentaron con la parte que les tocó; verdad es que les tocó lo más, porque nunca harán los preceptos un poeta. Recorramos, por otra parte, las obras de los grandes maestros del arte. Aristóteles hubiera probado á entonar la trompa épica; en balde hubiera ensayado á observar sus mismas reglas. Longino, que tan bien entendió el sublime, no hubiera dado nunca con él. El severo Boileau quiso pulsar la lira, y Apolo la rompió en sus débiles manos; toda su oda á la toma de Namor puede darse por el peor concepto de su arte poética. La Harpe dió modelos; pero modelos de escuela. En una palabra, la cabeza puede aventajarse en el hombre, pero es por lo regular á costa del corazón. Dos nombres colosales, que son los que más acaso á la perfección en distintos géneros se han acercado, pudieran citarse como poderosas excepciones de nuestro aserto: Horacio y Voltaire. Esto, sin embargo, podría ser objeto de larga discusión en que no podemos entrar ahora; en ella aparecería tal vez que el Horacio del arte poética y de las sátiras no es el Horacio de las odas; que el Voltaire prosista es infinitamente superior al Voltaire autor cómico, trágico y épico.

En beneficio del señor don Francisco Martínez pueden sólo resultar estas breves observaciones, á que la lectura grata de su libro da lugar. Nadie puede dudar del alto puesto que entre los preceptistas ocupa; y de su talento poético no seremos ciertamente nosotros los que dudemos. Y no decimos tampoco que el señor Martínez es poeta porque creamos que otros lo duden, sino porque en decirlo gozamos y en repetirlo, nosotros sobre todo, que juzgaremos al autor con sus mismas leyes, y que abundamos afortunadamente en sentadas opiniones suyas. Sentimiento, intención, es lo que buscamos en el poeta: sentimiento, intención, encontramos en el señor Martínez de la Rosa. «No remontemos,—dice el autor en su prólogo,—tan desacordadamente el concepto y la frase que cueste trasudores el entendernos.» «No recuerdo un solo rasgo sublime,—dice en otra parte,—en cualquiera lengua que sea, que no esté expresado con sencillez.» Esta idea, adoptada por nuestro poeta y tan bien seguida en su *Edipo;* esta imitación de la griega sencillez; es la que distingue sus obras poéticas de las demás de su época: la oscura ampulosidad es una montaña que abruma nuestra poesía; nada más necesario que el que se resuelvan los jóvenes, en fin, á segregar del fruto precioso el injurioso pámpano que le ahoga. No es la palabra lo sublime; séalo el pensamiento; parta derecho al corazón; apodérese de él, y la palabra lo será también. «Hágase la luz,—dijo Dios,—y fué la luz.» Nada hay escrito más sublime, nada, sin embargo, menos ampuloso. Oigamos otra expresión grande y sencilla. Muere una mujer, y exclama su amiga: «¡Con que esta es la primera noche que vas á pasar en la tierra!» ¡Qué apóstrofe hay más enérgico! ¡Qué formas, sin

embargo, más sencillas! Todas las palabras son sublimes cuando la pasión las emplea. Siguiendo estos principios, es difícil ser á veces más poeta que el autor de esta colección. Hay ternura en sus composiciones, sentimiento en sus versos, profundidad á veces, dulce y melancólica filosofía. Bien quisiéramos citar algunos trozos de los que han señoreado en su lectura nuestro corazón. Pero el público se hará con estas poesías, y citar fragmentos fuera imponernos la difícil tarea de la elección. Respondemos que serán leídas con placer por los que abriguen sentimiento; con entusiasmo por los que recibieron del cielo la sensibilidad como primera condición de su existencia.

Una cosa confesaremos á nuestro pesar: uno de los géneros á que más lugar ha dado en su tomo el señor Martínez de la Rosa, ha sido un género desgastado ya; un género en que tanto y tan bueno se ha escrito, que es harto difícil sobresalir en él. No es decir esto que sus composiciones ligeras no puedan competir con las de Anacreonte, con las de Gesner, con las de Meléndez; pero la tendencia del siglo es otra: si las sociedades nacientes alimentan su imaginación con composiciones ligeras, las sociedades gastadas necesitan sensaciones más fuertes. Acaso en esto lleve el poeta ventaja á la sociedad en que vive; acaso las causas de la decadencia de este género no hacen favor á los adelantos de la civilización; pero no por eso es menos cierto que buscamos más bien en el día la importante y profunda inspiración de Lamartine, y hasta la desconsoladora filosofía de Byron, que la ligera y fugitiva impresión de Anacreonte.

Los versificadores que sólo hacer versos saben, mas no sentirlos, podrán tachar de poco robustos algunos del autor; nosotros, aunque conocemos la necesaria cooperación de la más completa armonía posible en la poesía, pasamos ligeramente sobre ese reproche, y siempre daremos la preferencia en todo caso á las ideas.

Concluiremos dando el parabién al señor Martínez de la Rosa por su nueva publicación, y deseando que la juventud estudiosa saque tanto partido de su ejemplo como de las lecciones con que en sus obras anteriores ha sabido hacerse el órgano del buen gusto, y el honor de su patria, que colocará su nombre en la corta lista de los que en el día pueden retribuirla gloria sólida é imperecedera.

LAS CASAS NUEVAS

«La constancia es el recurso de los feos,—dice la célebre Ninón de Lenclós en sus lindas cartas al marqués de Sevigné;—las personas de mérito, que saben por dondequiera han de encontrar ojos que se prenden de ellas, no se curan de conservar la prenda conquistada; los feos, los necios, los que viven seguros de que difícilmente podrán encontrar quien llene el vacío de su corazón, se adhieren al amor, que una vez por acaso encontraron, como las ostras á las peñas que en el mar las sostienen y alimentan.

»Estos son generalmente los que, temerosos de perder el bien, que conocen no merecer, preconizan la constancia, la erigen en virtud, y hacen con ella el tormento de una vida que deben llenar la variedad y la sucesión de sensaciones tan vivas como diferentes.»

Aquella máxima de coqueta, al parecer ligera, si no es siempre cierta, porque no á todos les es dado el poder ser inconstantes, es, sin embargo, profunda y filosófica, y aun puede, fuera del amor, encontrar más de una exacta aplicación. Pero mi propósito no es hundirme en consideraciones metafísicas acerca del amor; tengamos lástima al que le ha dejado tomar incremento en su corazón, y pasemos como sobre ascuas sobre tan quisquilloso argumento. El hecho es que no tenía yo la edad todavía de querer ni de ser querido, cuando entre otras varias obras francesas que en mis manos cayeron, hacía ya un papel muy principal la de la famosa cortesana citada. Chocóme aquella máxima, y fuese pueril vanidad, fuese temor de que por apocado me tuviesen, adoptéla por regla general de mis aficiones. Tuve que luchar en un principio con la costumbre, que es en el hombre hija de la pereza y madre de la cons-

tancia. El hombre, efectivamente, se contenta muchas veces con las cosas tales cuales las encuentra, por no darse á buscar otras, como se figura acaso difícil encontrarlas; una vez resignado por pereza, se aficiona por costumbre á lo que tiene y le rodea; y una vez acostumbrado, tiene la bondad de llamar constancia á lo que es en él casi naturaleza. Pero yo luché, y al cabo de poco tiempo de ese empeño en cerrar mi corazón á las aficiones que pudieran llegar á dominarle, agregado esto á la necesidad de viajar y variar de objetos, en que las revoluciones del principio del siglo habían puesto á mi familia, lograron hacer de mí el ser más veleidoso que ha nacido. Pesándome de ver á las mismas gentes todos los días, no hay amigo que me dure una semana; no hay tertulia adonde pueda concurrir un mes entero; no hay hermosa que me lo parezca todos los días, ni fea que no me encante una vez siquiera al mes; esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar á las gentes los quince primeros días que se las conoce. ¡Qué de atenciones en ellas! ¡Qué de sinceros ofrecimientos! ¿Pasaron aquéllos? ¿Se intimó la amistad? ¡Adiós! como ya de cualquier modo tienen cumplido con usted, todo son desaires, todas crudas y aceradas respuestas. Pesándome de comer siempre los mismos alimentos, hoy como á la francesa, mañana á la inglesa, un día ceno y otro meriendo: ni tengo horas fijas, ni hago comida con concierto. Y esto tiene la ventaja de predisponerme para el cólera. Pesándome de hablar siempre en español, tengo amigos franceses sólo para hablar en francés una hora al día: me trato con los operistas para hablar una vez á la semana en italiano: aprendí griego por conocer una lengua que no habla nadie; y sufro las impertinencias de un inglés, á quien trato, por darme á entender en el idioma en que decía Carlos V que hablaría á los pájaros. Pesándome de que me llamen todos los días, desde el año 9 en que nací, por el mismo apellido, cien veces dejé aquel con que vine al mundo, y ora fuí el *Duende satírico*, ora el *Pobrecito hablador*, ora el *Bachiller Munguía*, ora *Andrés Niporesas*, ora *Fígaro*, ora... y qué sé yo los muchos nombres que me quedarán aún que tomar en los muchos años que, Dios mediante, tengo hecho propósito de vivir en este bajo suelo; porque si alguna cosa hay que no me canse es el vivir; y si he de decir la verdad. consiste esto en que, á fuerza de meditar, he venido á conocer que sólo viviendo podré seguir variando. Por último, y vengamos al asunto, pesándome de vivir todos los días en una misma casa, la vista de un cuarto desalquilado hace en mi ánimo el mismo efecto que produce la picadura del pez en el corazón del anhelante pescador que le tiende el cebo. Corro á mi casa, pongo en movimiento á mi familia, hágome la ilusión de que emprendo un viaje, y de cuartel en cuartel, de calle en calle, de manzana en manzana, y hasta de piso en piso, recorro alegremente y reconozco los más recónditos escondrijos y rincones de esta populosa ciudad. Si la casa es grande: «¡Qué hermosura!—exclamo:—esto es vivir con desahogo, esto es lujo y magnificencia.» Si es chica: «Gracias á Dios,—me digo,—que salí de esos eternos caserones que nunca bastan muebles para ellos; esta es á lo menos recogida, reducida, propia, en fin, del hombre tan reducido también y limitado.» Si es cuarto bajo: «No tiene escalera,—digo,—y el hombre no ha nacido para vivir en las estrellas.» Si es alto el piso: «¡Bendito sea Dios, qué claridad, qué ventilación, y qué pureza de aires!» Si es caro: «¿Qué importa? lo primero es tener buena habitación.» Si es barato: «Mejor; con eso emplearé en galas lo que había de invertir en mi vivienda.»

Nadie, pues, más feliz que yo, porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir á la Meca. Pero es el caso que tengo un amigo que es de esos hombres que se dejan impresionar fácilmente por la última persona que oyen, de esos caracteres débiles, flojos, apáticos, irresolutos, de reata, en fin, que componen el mayor número en este mundo, que nacieron por consiguiente para obedecer, callar y ser constantemente víctimas, y cuya debilidad es la más firme columna de los fuertes.

Oyóme este amigo las reflexiones que anteceden, y vean ustedes á mi hombre descontento ya con cuanto le rodea: ya que no lo puede mudar todo, quiere cuando menos mudar de casa, y hételo buscando conmigo papeles en los balcones de barrio en barrio, porque ésta es muy de antiguo la señal que distingue las habitaciones alquilables de esta capital, sin que yo haya podido dar hasta ahora con el origen de esta conocida costumbre, ni menos con la de poner los papeles en las esquinas de los balcones cuando la casa es sólo alquilable para huéspedes.

Las casas antiguas, dijimos, que van desapareciendo de Madrid rapidísimamente, están re-

ducidas á una ó dos enormes piezas y muchos callejones interminables; son demasiado grandes; son oscuras por lo general á causa de su mala repartición y combinación de entradas, salidas, puertas y ventanas.

Dirigímonos, pues, á ver las casas nuevas; esas que surgen de la noche á la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la población de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La población que se va colocando sobre los límites que encerraron á nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes. El caso es el mismo: la copa es pequeña y el contenido mucho.

Muchas casas y muy lindas vimos. Mi amigo observó con razón que se sigue en todas el método antiguo de construcción: sala, gabinete y alcoba pegada á cualquiera de estas dos piezas; y siempre en la misma cocina, donde se preparan los manjares, colocado inoportuna y puercamente el sitio más desaseado de la casa. ¿No pudiera darse otra forma de construcción á las casas, de suerte que este sitio quedase separado de la vivienda, como en otros países lo hemos visto constantemente observado? ¿No pudieran llegarse á desusar esos vidrios horribles, desiguales, pequeños, unidos por plomos, generalmente invertidos en las vidrieras? ¿No se les podrían sustituir vidrios de mejor calidad, de más tamaño, y unidos entre sí con sutiles listones de madera, que harían siempre mejor efecto á la vista y darían más entrada á la luz? ¿No convendría desterrar esas pesadas maderas que cierran los balcones, llenas de inútiles rebajos y costosas labores, sustituyéndoles puertas ventanas de hojas más delgadas y lisas? ¿No pudiera introducirse el uso de las comodísimas chimeneas para las casas sobre todo más espaciosas, como se hallan adoptadas en toda Europa? ¿Tanto perderíamos en olvidar los mezquinos y miserables braseros que nos abrasan las piernas, dejándonos frío el cuerpo y atufándonos con el pestífero carbón, y que son restos de los sahumadores orientales introducidos en nuestro país por los moros? ¿Qué mal haríamos en desterrar los canalones salientes, cuyo objeto parece ser el de reunir sobre el pobre transeunte, además del agua que debía naturalmente caerle del cielo, toda la que no debía caerle, y en sustituirles los conductos vertederos semejantes á los de Correos, pegados á la pared?

Los caseros más que al interés público consultan el suyo propio: *aprovechemos terreno;* ese es su principio: *apiñemos gente en estas diligencias paradas, y vivan todos como de viaje:* cada habitación es en el día un baúl en que están las personas empaquetadas de pie, y las cosas en la posición que requiere su naturaleza: tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podría viajar junto sin romperse. Las escaleras son cerbatanas, por donde pasa la persona como la culebra que se roza entre dos piedras para soltar su piel. Un poco más de hombre ó un poco menos de escalera, y serán una sola cosa hombre y escalera.

Pero sigamos la historia de mi amigo. No bien hubo visto la blancura de una de las casas nuevas, la monería de las acomodadas piececitas, el estado de novedad de las habitaciones del piso tercero, alborózase y: *¡este cuarto es mío!* exclama.—Pero acabemos de ver.—Nada; inútil; quiero casa nueva, casa nueva; no hay remedio.—De allí á media hora estábamos ya en casa del casero. Inútil es decir que el casero tenía mala cara; todos la tienen: es la primera cosa que hacen en comprando casa; á lo menos tal nos parece siempre á los inquilinos, sin que esto sea decir que no pueda ser ilusión de óptica.—¿Qué tiene usted que mandarme?...—¿Usted es el dueño de la casa que se está haciendo?...—Sí, señor.—Hay varios cuartos en la casa.—Están dados.—¡Cómo! si no están hechos...—Ahí verá usted.—¿Pero no habría?...—Un tercero queda.—Bueno; he dicho que quiero casa nueva.—No es tampoco de los más altos, caballero: no tiene más que noventa y tres escalones y un tramito.—Ya se ve que no es mucho: se baja uno á Madrid en un momento; quiero casa nueva.—¿Pagará usted adelantado?—Hombre, ¿adelantado? A mí nadie me paga adelantado.—Pues déjelo usted.—¡Ah! no, eso no; bien; pagaré ¿un mes?—Tres meses ó seis.—Pero, hombre...—Dejarlo.—No; bien, bien; ¿cuánto renta? Es tercero y tiene pocas piezas y estrechas, y...—Diez reales diarios; dé usted gracias que no se le pone en doce.—¡Diez reales!—Si no acomoda...—Sí, señor, sí. ¡Cómo ha de ser! ¡Casa nueva!—Fiador.—¿Fiador?—Y abonado.—Bueno; ¡paciencia! Tengo amigos; el marqués de...—¿Marqués? no, no, señor.—El coronel de...—¿Militar? menos.—Un mayordomo de semana.

—¿Tiene fuero? no, señor. — Pero, hombre, ¿adónde he de ir á buscar?—Ha de tener casa abierta.—Pero si yo no me trato con taberneros, ni...—Pues dejarlo.—¡Voto va!

No hubo más remedio que buscar el fiador: ya daba mi amigo la mudanza á todos los diablos. Venciéronse, por fin, las dificultades; ya cogió las llaves, y cogió al celador, y cogió el padrón, y cogió... ¿qué había de coger por último? el cielo con las manos, lectores míos. Comenzó la mudanza: el sofá no cupo por la escalera; fué preciso izarle por el balcón, y en el camino rompió los cristales del cuarto principal, los tiestos del segundo, y al llegar al tercero, una de sus propias patas, que era precisamente la que le había estorbado; si se hubiera roto al principio, pleito por menos; fué preciso pagar los daños. El bufete entró como taco en escopeta, haciendo más allá la pared á fuerza de rascarle el yeso con las esquinas: la cama del matrimonio tuvo que quedarse en la sala, porque fué imposible meterla en la alcoba: el hermano de mi amigo, que es tan alto como toda la casa, se levantó un chichón, en vez de levantar la cabeza, con el techo que estaba hombre en medio con el piso. En fin, mal que bien, estuvo ya la casa adornada; pero ¡oh desgracia! mi amigo tiene un suegro sumamente gordo: verdad es que es monstruoso; y es hombre que ha menester dos billetes en la diligencia para viajar: como á éste no se le podía romper pata como al sofá, no hubo forma de meterlo en casa. ¿Qué medio en este conflicto? ¿Reñir con él y separarse porque no cabe en casa? no es decente. ¿Meterlo por el balcón? no es para todos los días. ¡Santo Dios! que no se hagan las casas en el día para los hombres gordos! En una palabra, desde ayer están los trastos dentro: mi amigo en la escalera mesándose los cabellos, luchando entre la casa nueva y el amor filial; y el viejo en la calle esperando, ó á perder carnes, ó á ganar casa.

REPRESENTACION

DE

LA FONDA, O LA PRISION DE ROCHESTER, Y DE LAS ACEITUNAS, O UNA DESGRACIA DE FEDERICO II

COMEDIAS EN UN ACTO



Era tiempo de peste en Cádiz, y daba su parte á la autoridad un sargento que estaba de facción en Puerta de tierra, diciendo en los términos siguientes: «Sin novedad: hoy han salido por esta puerta veinte muertos con sus respectivos cadáveres. Sargento fulano.» Eso mismo decimos hoy nosotros al público al darle parte de las dos funciones nuevas que acabamos de ver desaprobadas con tanta razón por el auditorio. «Sin novedad: se han representado en este teatro dos comedias con sus respectivas silbas:» que silbas y comedias son cosas ya tan inseparables como cadáver y muerto.

Pero vamos á la primera cosa que se representó en esta funesta noche. Casóse un labrador, y proponíase tener muchos hijos; tantos que le pareció venir allí de molde un libro de memorias, donde pudiera ir apuntando sus nombres y no confundirse él ni confundirlos jamás. Encuadernó, pues, su libro en blanco, é iba apuntando así: «Hijos del labrador Antón Antúnez: el primer hijo, no fué hijo sino hija.»

Lo mismo decimos nosotros: comedias del 24: la primer comedia, no fué comedia, sino farsa. Júzguelo sino el lector. El caso ocurre en Londres, en tiempo de no sé qué príncipe, que acaba de desterrar á su favorito el conde de

Rochester, por ciertas sátiras que el señor conde se ha tomado la libertad de escribir en mala hora, en peor sazón y en aciago día. El conde, que es hombre taimado, así se cuida de cumplir su destierro como de adorar el zancarrón de Mahoma. El príncipe le destierra: pero él no se da por desterrado. Todo lo contrario; quédase el conde escondido; y ¿dónde les parece á ustedes que se esconde? En alguna buhardilla ó sótano, en algún... Nada de eso: escóndese en medio de una fonda pública que ha arrendado y beneficia en persona: ¿quién le ha de conocer allí? En las fondas de Londres no se conoce á nadie. Esto parece una paradoja; pero el hecho es que un constable encargado de prender al desterrado, y que lleva sobre sí todas sus señas, le ve, le habla, y no le conoce. Entretanto el príncipe, que está cansado de los pesados cargos del gobierno, ó que acaso ha encontrado alguna mosca en la sopa y anda torcido con su cocinero, coge la capa y el sombrero, y vase á comer á la fonda como si fueran los días de su mujer. ¿Y á qué fonda ha de ir el príncipe? á la misma que ha arrendado Rochester. El príncipe acaba de comer, y como había de tomar café para despejarse la cabeza, se pone á hacer versos, como chico que acaba su plana, porque el príncipe es poeta, por más que parezca imposible. Acaba su composición éste, que deberá ser alguna anacreóntica, y consulta á un muchacho de paja y cebada de la fonda, que hace también versos. En tanto Rochester soborna al ayuda de cámara del príncipe, el cual no hace versos, pero hace cuanto le mandan, que es mucho mejor. De allí á poco viene el constable y quiere prender al príncipe creyéndole Rochester. El príncipe, temblando que le lleven á la cárcel y le den azotes por haber hecho novillos de su oficio de gobernar y haber traído la vida del hombre malo comiendo de figón en figón, imagina la idea de darle al constable un papel con su firma, donde está el perdón del conde. Este, que anda á caza de descuidos por este estilo, atrapa el papel, y con esta superchería queda perdonado. En celebridad se casa la muchacha de la fonda con el mancebo de los versos, porque ya hemos dicho que en esta farsa todos son poetas menos el autor. Casada la chica, perdonado el conde, se acaba la comedia y empieza la silba.

Seguía la apuntación del labrador Antón Antúnez, y decía: «El segundo hijo murió al nacer, por lo cual no fué hijo ni hija.» La segunda comedia, pues, fué todo mentira: ni fué cierta ni verosímil. Federico de Prusia acaba de ser derrotado por los rusos, gente descomunal ya desde aquellos tiempos, y se echa á buscar solo y de incógnito casa de huéspedes por los pueblos de la comarca. Llega á uno donde mete mucho ruido un pleito sobre unas aceitunas (que por lo malas deben de ser de la fonda de Rochester arriba expresada). Un sargento prusiano dejó al partir para la guerra, ocho años antes, un barril de aceitunas en depósito á un vecino del pueblo, pero dejó también oculta en el barril una suma de dinero. El taimado depositario le vuelve á su regreso las aceitunas, más no las monedas. En el momento en que acaba de llegar Federico, ha sentenciado el pleito en favor del infiel depositario un majadero, es decir, un alcalde del pueblo. El rey, que está desocupado, ya que no pudo ganar la batalla, se empeña en ganar el pleito: un muchacho que es muchacha, y á quien le sucede lo mismo que al hijo de Antón Antúnez, porque le representa la señora Castillo vestida de hombre, da en conocer la falsedad del depositario al notar que las aceitunas son frescas, cosa imposible llevando ocho años de depósito; lo cual es una prueba convincente de que anduvo en las aceitunas la mano del gato, ó la del depositario, que gatos y depositarios se van allá. El rey, pues, hace justicia seca, entre polvo y polvo, porque Federico tomaba mucho tabaco; y castigado el vicio, y recompensada la virtud, y dicha la moraleja, de la cual se deduce que es muy peligroso cambiar las aceitunas cuando se trata de robar, y comenzada de nuevo la batalla, que suena en el teatro á vejigas reventadas, y descubierto el rey, y quedándose sólo en majadero el que era antes majadero y alcalde todo junto, cae la cortina; lo que comunicamos al público para su satisfacción. Aquí vuelve á empezar el estribillo de la silba con que rematan ahora todas las piezas.

¿Dónde hemos leído nosotros que poseía el teatro tantas comedias nuevas para la próxima temporada cómica? Por la cruz que tenemos á cuestas con este teatro, no lo creemos, y no lo creemos porque recordamos cierto caso que queremos contar á nuestros lectores, ya que con tanta comezón de contar nos encontramos hoy. Reñían un andaluz y otro andaluz, el uno más feo que el otro, y echábanse á la cara mil denuestos; cuando cansado ya el uno del mucho vocear, y del no decirse nada en limpio, empínase en las puntas de los pies; y dícele á su adversario:—Pero ¿qué habla usted ahí, compa-

dre? si todo el mundo sabe que usted es hombre de dos caras.—A lo que repuso el menos feo, no bien lo hubo oído:—Amigo, siento mucho no poder decir á usted otro tanto.—¿Y por qué? diga usted,—preguntó el feo.—Porque si usted tuviera otra cara,—repuso el chulo,—no le veríamos nunca esa que trae hoy.

Si tuviera el teatro buenas comedias ¿cómo le habíamos de ver nunca esos harapos de farsa que nos enseña?

VARIOS CARACTERES

No siempre está en mano del hombre el coordinar sus ideas y formar con ellas una obra arreglada, con principio, medio y fin. ¿A quién no le habrá sucedido repetidas veces abrir un libro, leer maquinalmente y no poder establecer entre lo escrito y su cabeza ninguna especie de comunicación, cerrar el libro y no poderse dar cuenta de lo que ha leído? En estos casos, que muy á menudo me suceden, suelo echar mano del sombrero y la capa, y no pudiendo fijar mi atención en una sola cosa, trato de fijarla en todas: sálgome á la calle, éntrome por los cafés, vóime á la Puerta del Sol, á Correos, al Museo de pinturas, á todas partes, en fin, y en ninguna puedo decir que estoy en realidad. Cualquiera me conocerá en estos días en que el fastidio se apodera de mi alma, y en que no hay cosa que tenga á mis ojos color, y menos color agradable. En estos días llevo cara de filósofo, es decir, de mal humor; una sonrisa amarga de indiferencia y despego á cuanto veo, se dibuja en mis labios; llevo conmigo un lente, no porque me sirva, pues veo mejor sin él, sino para poder clavar fijamente el objeto que más me choca, que un corto de vista tiene licencia para ser desvergonzado; no saludo á ningún amigo ni conocido que encuentre, porque esto sería hacer yo también un papel en la comedia de que pretendo ser únicamente espectador, y que sólo para divertirme á mí creo por entonces que representa el mundo entero. Mala crianza será, pero me acerco á escuchar conversaciones de corrillos: es de advertir que cuando el tedio me abruma con su peso, no puedo tener más que tedio. Recibo insensible las impresiones de cuanto pasa á mi alrededor; á todas me dejo amoldar con indiferencia y abandono; en semejantes días no hay hermosas para mí, no hay feas, no hay amor, no hay odio.

Esta es la razón porque me fuera imposible hacer hoy un artículo de costumbres medianamente coordinado: si ha menester plan, si necesita reflexión la cosa que hoy emprenda, inútil me es emprenderla; conozco que no he de poder llevarla á cabo. Acaso encontraría, investigando metafísicamente mi corazón, la causa que ha podido ponerme hoy en esta extraña disposición de ánimo; pero este trabajo me cansaría, y he dicho que no quiero hacer hoy impresiones, sino recibirlas. En estos días es, sin embargo, cuando colocado detrás de mi lente, que es entonces para mí el vidrio de la linterna mágica, veo pasar el mundo todo delante de mis ojos; é imparcial, ajeno de consideración que á él me ligue, véole tal cual se presenta en cada fisonomía, en cada acción que observo indolentemente.

—¿Qué hace don Julián en ese café? Todos los días viene al dar las cuatro: el mozo no ha menester que le hablen una palabra: apenas se ha colocado aquél en su silla, ya tiene la cafetera encima de la mesa. Toma, paga, y se duerme. Esa es la principal ocupación de don Julián. Tomar café una vez cada día.

—¿Y qué hace en el café aquel viejo? Treinta años ha que viene: todas las tardes juega su partida de ajedrez: todas las tardes se la ven jugar aquellos cuatro originales que tiene en derredor: ni él hace más en la vida, ni ellos ven otra cosa. Eso es lo que se llama aislarse en medio del mundo.

—¿Quién es aquél que cruza por aquella esquina? ¡Bello muchacho! Pero no; conforme se acerca cuento las arrugas del rostro. ¡Ah! es un joven de sesenta años. A las ocho de la mañana sale vestido ya y ceñido, prendido y ajustado: ni una mota, ni una arruga lleva el frac: la bota es un espejo; el guante blanco como la nieve:

la corbata no hace un pliegue; el pelo rizado, mejor diremos pintado: en todos los conciertos, en todos los bailes, en el paseo, en la luneta, erguido siempre, bailando, coqueteando. Nunca se descompone, nunca se ensucia. ¿Qué secreto posee? ¿No le crece nunca la barba? Jamás. Es sólo de extrañar que vaya solo; ó acaba de dejar algunas señoras, ó va á buscarlas. Las hablará de la ópera, del figurín, de lo mal que bailó el solo Gasparito: esta es la existencia del viejo verde: miradle contraerse y revolcarse en su vanidad al lado de una hermosa: ¿es una serpiente que se roza contra un árbol? No; el viejo verde al lado de las bellas es una oruga que se desliza por entre las rosas.

—¿Han visto ustedes unas caras paradas, unos ojos mudos, unos corbatines siempre iguales, un vestido regular y uniforme, unos cuerpos ni elegantes ni mal vestidos, unos brazos que se balancean monótonos, siempre con la regularidad y compás de las aspas de un molino? ¿Saben ustedes que los hombres de esas señas hablen nunca nada que pueda ser referido, escriban nada que deba ser leído, hagan una acción digna de ser imitada? No; esos son oficinistas ó propietarios. Se levantan, fuman, dicen palabras, dan pasos, saludan, entran, salen, se ríen (éstos nunca lloran), son hombres entre otros hombres. En una palabra, duermen despiertos.

—¿Cómo hace aquel original para llevar hace diez años el mismo frac, abrochado siempre del mismo modo, los mismos guantes, el mismo pañuelo blanco al cuello con el mismo lazo, el mismo pantalón, la misma postura de sombrero?.. ¿No se desnuda ese hombre? ¿No envejece? Ese es el judío errante.

—¿De qué habla don Cosme? Lo diré: don Cosme viene de la calle de la Paz: allí acude todos los días á las ocho de la mañana; alarga una mano á la banasta de los periódicos: es un parroquiano á la lectura de papeles á cuarto. Hoy la *Revista*, mañana el *Boletin*... Gran noticioso. Ese sabe siempre á punto fijo, de muy buena tinta, los pormenores de la última batalla: sabe si don Miguel está en Coimbra, en Lisboa ó en Badajoz: entiende muy bien la marcha de Nicolás, que así llama él con franqueza al autócrata ruso. Suele sucederle luego que los que él supuso entrar vencedores en un punto, entraron en él prisioneros: pero todo es entrar. Estos hombres hablan siempre al oído: contraen la costumbre suponerse espiados por las grandes cosas que creen decir: de resultas, si le encuentran á usted, le dirán al oído muy secretamente: «Buenos días; beso á usted la mano.»

—¿Hay nada más torpe que estos hombres amigos de usted que le ven parado en una calle, y no conocen que cuando está usted parado es que no quiere andar, que cuando está callado es que no quiere hablar?

—¡Dios me libre de un hombre amable! No iré á su casa, porque me convidará. No le encontraré en la calle, porque vendrá á mí con los brazos abiertos aunque me haya visto ayer; se enganchará de mí, me preguntará de mi salud, de mis hijos, de mis comedias, de mis artículos, de mis... Pero líbreme, aunque sea el diablo, de una mujer amable; nunca sabré si me quiere ó si me estima, si es bien criada ó tierna, si... ¡Válgame Dios! y líbreme, aunque sea el diablo, de una mujer amable: esa me volvería loco.

—Oigan ustedes á don Lucas Mentirola. Ese viene siempre de donde sucede algo. ¿Ha habido fuego? «Vengo de allí: hace estragos horrorosos.» ¿Ha llegado el tenor nuevo? «Sí,—responde,—le acabo de dar un abrazo: viene gordo y su voz es un portento; le hice entrar en un portal y cantar un rato... por mí lo hizo. Es gran muchachón, rubio, alto, ¡extranjero!» Al otro día se sabe que el tenor no ha llegado, y si ha llegado es chiquito, negro, bizco...—¿Está malo algún sujeto marcado? «Hoy está mejor,—dice;—se ha reído mucho conmigo; una hora he estado con él.» Luego se averigua que el que tanto se ha reído estaba ya enterrado. —¿Quién es aquel botarate?—¿Aquél? un monstruo; aquel se prevale de la bondad, del candor de la casa donde le reciben; hay una mujer hermosa; nada la dice: sin embargo, afecta ir á la casa á horas de franqueza; la acompaña al Prado; en baile ó sarao donde está ella está él; siempre al lado de la hermosa, siempre baila con ella; cuando ella no le ve, finge mirarla con celos de algún otro; afecta disimulo, que en realidad no puede existir, pues nada hay que disimular. ¿Se retiran? Siempre da el brazo á la hermosa. Ella, en tanto, á quien nada dice, que nada nota en él de galanteo, está bien lejos de creer que el público malicioso no habla de otra cosa sino de sus amores con fulanito. Fulanito tiene amor propio, no amor. Se contenta con que las gentes crean que es feliz; para él no hay otro modo de serlo. ¡Qué horrible carácter! ¡Qué triste buena fe la de su víctima que no lo conoce!

NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO

Ó LOS VIAJEROS EN VITORIA



¿Por qué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo? En Francia eran antiguamente los suizos los que se encargaban de esta comisión; en España parece que la toman sobre sí algunos vizcaínos. Y efectivamente, si nadie ha de pasar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaíno? El hecho es que desde París á Madrid no había antes más inconveniente que vencer que 365 leguas, las landas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero hete aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que están en la mitad del camino de París á Madrid, como si dijéramos estorbando, y hete que exclaman:—Pues qué, ¿no hay más que venir y pasar? *Nadie pase sin hablar al portero.*—De entonces acá cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia: todo el que viene entra; pero hacia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerza es romperle para pasar.

Pero no ocupemos á nuestros lectores con inútiles digresiones. Amaneció en Vitoria y en Alava uno de los primeros días del corriente, y amanecía poco más ó menos como en los demás países del mundo; es decir, que se empezaba á ver claro, digámoslo así, por aquellas provincias, cuando una nubecilla de ligero polvo anun-

ció en la carretera de Francia la precipitada carrera de algún carruaje procedente de la vecina nación. Dos importantes viajeros, francés el uno, español el otro, envuelto éste en su capa, y aquél en su capote, venían dentro. El primero hacía castillos en España, el segundo los hacía en el aire, porque venían echando cuentas acerca del día y hora en que llegar debían á la villa de Madrid, leal y coronada (sea dicho con permiso del padre Vaca). Llegó el veloz carruaje á las puertas de Vitoria, y una voz estentórea, de estas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la orden de detener á los ilusos viajeros.—¡Hola! ¡eh!—dijo la voz,—nadie pase.—¡Nadie pase!—repitió el español.—*¿Son ladrones?* dijo el francés.—No, señor, repuso el español asomándose, *son de la aduana*. Pero ¿cuál fué su admiración cuando, sacando la cabeza del empolvado carruaje, echó la vista sobre un corpulento religioso, que era él que toda aquella bulla metía? Dudoso todavía el viajero, extendía la vista por el horizonte por ver si descubría alguno del resguardo; pero sólo vió otro padre al lado, y otro más allá, y ciento más, repartidos aquí y allí como los árboles en un paseo.—¡Santo Dios!—exclamó:—¡cochero! este hombre ha equivocado el camino; ¿nos ha traído usted al yermo ó á España?—Señor, —dijo el cochero,—si Alava está en España, en España debemos estar.—Vaya, poca conversación,—dijo el padre, cansado ya de admiraciones y asombros:—conmigo es con quien se las ha de haber usted, señor viajero.—¡Con usted, padre! ¿Y qué puede tener que mandarme su reverencia? Mire que yo vengo confesado desde Bayona, y de allá aquí maldito si tuvimos ocasión de pecar, ni aun venialmente, mi compañero y yo, como no sea pecado viajar por estas tierras.—Calle,—dijo el padre,—y mejor para su alma. En nombre del Padre y del Hijo...—¡Ay Dios mío! —exclamó el viajero, erizados los cabellos,—que han creído en este pueblo que traemos los malos y nos conjuran.—Y del Espíritu Santo, —prosiguió el padre;—apéense, y hablaremos. —Aquí empezaron á aparecerse algunos facciosos y alborotados, con un Carlos V cada uno en el sombrero por escarapela.

Nada entendía á todo esto el francés del diálogo; pero bien presumía que podía ser negocio de puertas. Apeáronse, pues, y no bien hubo visto el francés á los padres interrogadores,—¡Cáspita!—dijo en su lengua, que no sé cómo lo dijo,—¡y qué uniforme tan incómodo traen en España las gentes del resguardo, y qué sanos están, y qué bien portados!—Nunca hubiera hablado en su lengua el pobre francés.—¡Contrabando!—clamó el uno.—¡Contrabando!—clamó otro; y contrabando fué repitiéndose de fila en fila. Bien como cuando cae una gota de agua en el aceite hirviendo de una sartén puesta á la lumbre, álzase el líquido hervidor, y bulle, y salta, y levanta llama, y chilla, y chisporrotea, y cae en el hogar, y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansando junto al rescoldo dormía, quémanse los chicos, y la casa es un infierno; así se alborotó, y quemó, y se espeluznó y chilló la retahila de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del extranjero desdichado.—Mejor es ahorcarle,—decía uno, y servía el español al francés de truchimán.—¡Cómo ha de ser mejor!—exclamaba el infeliz.—Conforme,—reponía uno,—veremos. —¿Qué hemos de ver,—clamaba otra voz,—sino que es francés?

Calmóse, en fin, la zalagarda; metiéronlos con los equipajes en una casa, y el español creía que soñaba y que luchaba con una de aquellas pesadillas en que uno se figura haber caído en poder de osos, ó en el país de los caballos, ó Houinhoins, como Guiliver.

Figúrese el lector una sala llena de cofres y maletas, provisiones de comer, barriles de escabeche y botellas, repartidas aquí y allí, como suelen verse en las muestras de las lonjas de ultramarinos. ¡Ya se ve! era la intendencia. Dos monacillos hacían en la antesala con dos voluntarios facciosos el servicio que suelen hacer los porteros de estrado en ciertas casas, y un robusto sacristán, que debía de ser el portero de golpe, los introdujo. Varios carlistas y padres registraban allí las maletas, que no parecía sino que buscaban pecados por entre los pliegues de las camisas, y otros varios viajeros, tan asombrados como los nuestros, se hacían cruces como si vieran al diablo. Allá en un bufete, un padre más reverendo que los demás, comenzó á interrogar á los recién llegados.

—¿Quién es usted?—le dijo al francés. Y el francés, callado, que no entendía. Pidiósele entonces el pasaporte.

—¡Pues! francés,—dijo el padre.—¿Quién ha dado este pasaporte?

—Su Majestad Luis Felipe, rey de los franceses.

—¿Quién es ese rey? Nosotros no conocemos á la Francia, ni á ese don Luis. Por consi-

guiente, este papel no vale. ¡Mire usted,—añadió entre dientes,—si no habrá algún sacerdote en todo París que pueda dar un pasaporte, y no que nos vienen ahora con papeles mojados!!!

—¿A qué viene usted?

—A estudiar este hermoso país,—contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo.

—¿A estudiar? ¿eh? Apunte usted, secretario: estas gentes vienen á estudiar: me parece que los enviaremos al tribunal de Logroño...

—¿Qué trae usted en la maleta? Libros... pues... *Recherches sur... al sur* ¿eh? este *Recherches* será algún autor de máximas: algún herejote. Vayan los libros á la lumbre. ¿Qué más? ¡Ah! una partida de relojes, á ver... *Londón*... ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto?

—Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.

—*De comiso*,—dijo el padre, y al decir *de comiso*, cada circunstante cogió un reloj, y metiósele en la faltriquera. Es fama que hubo alguno que adelantó la hora del suyo para que llegase más pronto la del refectorio.

—Pero, señor,—dijo el francés,—yo no los traía para usted...

—Pues nosotros los tomamos para nosotros.

—¿Está prohibido en España el saber la hora que es?—preguntó el francés al español.

—Calle,—dijo el padre,—si no quiere que se le exorcice;—y aquí le echó la bendición por si acaso. Aturdido estaba el francés, y más aturdido el español.

Habíanle entretanto desbalijado á éste dos de los facciosos, que con los padres estaban, hasta del bolsillo, con más de tres mil reales que en él traía.

—Y usted, señor de acá,—le preguntaron de allí á poco,—¿qué es? ¿quién es?

—Soy español y me llamo don Juan Fernández.

—Para servir á Dios,—dijo el padre.

—Y á Su Majestad la Reina nuestra señora, añadió muy complacido y satisfecho el español.

—*¡A la cárcel!* gritó una voz, *¡á la cárcel!* gritaron mil.

—Pero, señor, ¿por qué?

—¿No sabe usted, señor revolucionario, que aquí no hay más reina que el señor don Carlos V, que felizmente gobierna la monarquía sin oposición ninguna?

—¡Ah! yo no sabía...

—Pues sépalo, y confiéselo, y...

—Sé y confieso, y...—dijo el amedrentado dando diente con diente.

—¿Y qué pasaporte trae? También francés... Repare usted, padre secretario, que estos pasaportes traen la fecha del año 1833. ¡Qué de prisa han vivido estas gentes!

—¿Pues no es el año en que estamos? ¡Pesia mí!—dijo Fernández, que estaba ya á punto de volverse loco.

—En Vitoria,—dijo enfadado el padre, dando un porrazo en la mesa,—estamos en el año 1.º de la cristiandad, y cuidado con pasarme de aquí.

—¡Santo Dios! en el año 1.º de la cristiandad. ¿Con que todavía no hemos nacido ninguno de los que aquí estamos?—exclamó para sí el español.—¡Pues vive Dios que esto va largo!—Aquí se acabó de convencer, así como el francés, de que se había vuelto loco, y lloraba el hombre y andaba pidiendo su juicio á todos los santos del Paraíso.

Tuvieron su club secreto los facciosos y los padres, y decidiéronse por dejar pasar á los viajeros: no dice la historia por qué; pero se susurra que hubo quien dijo, que si bien ellos no reconocían á Luis Felipe, ni le reconocerían jamás, podría ocurrir que quisiera Luis Felipe venir á reconocerlos á ellos, y por quitarse de encima la molestia de esta visita, dijeron que pasasen, mas no con sus pasaportes, que eran nulos evidentemente por las razones dichas.

Díjoles, pues, el que hacía cabeza sin tenerla:—Supuesto que ustedes van á la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Alava, vayan en buen hora, y cárguenlo sobre su conciencia: el gobierno de esta gran nación no quiere detener á nadie; pero les daremos pasaportes válidos. Extendióseles en seguida un pasaporte en la forma siguiente:

†

AÑO PRIMERO DE LA CRISTIANDAD

NOS fray Pedro Jiménez Vaca.—Concedo libre y seguro pasaporte á don Juan Fernández, de profesión católico, apostólico y romano, que pasa á la villa revolucionaria de Madrid á diligencias propias: deja asegurada su conducta de catolicismo.

Yo, además, que soy padre intendente, habilitado por la Junta suprema de Vitoria, en nombre de su majestad el emperador Carlos V, y el padre administrador de correos que está ahí aguardando el correo de Madrid, para des-

pacharlo á su modo, y el padre capitán del resguardo, y el padre gobierno que está allí durmiendo en aquel rincón, por quitarnos de quebraderos de cabeza con la Francia, quedamos fiadores de la conducta de catolicismo de ustedes; y como no somos capaces de robar á nadie, tome usted, señor Fernández, sus tres mil reales en esas doce onzas de oro, que es cuenta cabal: y se las dió el padre efectivamente.

Tomó Fernández las doce onzas, y no extrañó que en un país donde cada 1833 años no hacen más que uno, doce onzas hagan tres mil reales.

Dicho esto, y hecha la despedida del padre prior, y del desgobernador gobierno que dormía, llegó la mala de Francia, y en expurgar la pública correspondencia, y en hacernos el favor de leer por nosotros nuestras cartas, quedaba aquella nación poderosa y monástica ocupada á la salida de entrambos viajeros, que hacia Madrid se venían, no acabando de comprender si estaban real y efectivamente en este mundo, ó si habían muerto en la última posada sin haberlo echado de ver; que así lo contaron en llegando á la revolucionaria villa de Madrid, añadiendo que por allí *nadie pasa sin hablar al portero.*

LA PLANTA NUEVA, Ó EL FACCIOSO

HISTORIA NATURAL

Razón han tenido los que han atribuído al clima influencia directa en las acciones de los hombres. Duros guerreros ha producido siempre el norte, tiernos amadores el mediodía, hombres crueles, fanáticos y holgazanes el Asia, héroes la Grecia, esclavos el Africa, seres alegres é imaginativos el risueño cielo de Francia, meditabundos aburridos el nebuloso Albión. Cada país tiene sus producciones particulares: he aquí por qué son famosos los melocotones de Aragón, la fresa de Aranjuez, los pimientos de Valencia y los facciosos de Roa y de Vizcaya.

Verdad es que hay en España muchos terrenos que producen ricos facciosos con maravillosa fecundidad; país hay que da en un solo año dos ó tres cosechas; puntos conocemos donde basta dar una patada en el suelo, y á un volver de cabeza nace un faccioso. Nada debe admirar por otra parte esta rara fertilidad, si se tiene presente que el faccioso es fruto que se cría sin cultivo, que nace solo y silvestre entre matorrales, y que así se aclimata en los llanos como en los altos: que se trasplanta con facilidad y que es tanto más robusto y rozagante cuanto más lejos está de población. Esto no es decir que no sea también en ocasiones planta doméstica: en muchas casas los hemos visto y los vemos diariamente, como los tiestos en los balcones, y aun sirven de dar olor fuerte y cabezudo en cafés y paseos. El hecho es que en todas partes se crían; sólo el orden y el esmero perjudican mucho á la cría del faccioso, y la limpieza, y el olor de la pólvora sobre todo, le matan. El faccioso participa de las propiedades de muchas plantas; huye, por ejemplo, como la sensitiva al irle á echar mano; se encierra y esconde como la capuchina á la luz del sol, y se desparrama de noche; carcome y destruye como la ingrata hiedra el árbol á que se arrima; tiende sus brazos como toda planta parásita para buscar puntos de apoyo; gústanle sobre todo las tapias de los conventos, y se mantiene, como esos frutos, de lo que coge á los demás; produce lluvia de sangre como el polvo germinante de muchas plantas, cuando lo mezclan las auras á una leve lluvia de otoño; tiene el olor de la asafétida, y es vano como la caña: nace como el cedro en la tempestad, y suele criarse escondido en la tierra como la patata; pelecha en las ruinas como el jaramago; pica como la cebolla, y tiene más dientes que el ajo, pero sin tener cabeza; cría, en fin, mucho pelo como el coco, cuyas veces hace en ocasiones.

Es planta peculiar de España, y eso moderna, que en lo antiguo ó se conocía poco, ó no

se conocía por ese nombre: la verdad es que ni habla de ella Estrabón, ni Aristóteles, ni Dioscórides, ni Plinio el joven, ni ningún geógrafo, filósofo ni naturalista, en fin, de algunos siglos de fecha.

En cuanto á su figura y organización, el faccioso es en el reino vegetal la línea divisoria con el animal, y así como la mona es en este el ser que más se parece al hombre, así el faccioso en aquél es la producción que más se parece á la persona; en una palabra, es al hombre y á la planta lo que el murciélago al ave y al bruto; no siendo, pues, muy experto, cualquiera lo confunde; pondré un ejemplo: cuando el viento pasa por entre las cañas silba; pues cuando pasa por entre facciosos habla: he aquí el origen del órgano de la voz entre aquella especie. El faccioso echa también, á manera de ramas, dos piernas y dos brazos, uno á cada lado, que tienen sus manojos de dedos, como púas una espiga; presenta faz y rostro, y al verle, cualquiera diría que tiene ojos en la cara, pero sería grave error; distínguese esencialmente de los demás seres en estar dotado de sinrazón.

Admirable es la naturaleza y sabia en todas sus cosas: el que recuerde esta verdad y considere las diversas calidades del hombre que andan repartidas en los demás seres, no extrañará cuanto de otras propiedades del faccioso maravillosas vamos á decir. ¿Hay nada más singular que la existencia de un enjambre de abejas, la república de un hormiguero, la sociedad de los castores? ¿No parece que hay inteligencia en la africana palma, que ha de vivir precisamente en la inmediación de su macho, y que arrancado éste, y viuda ella, dobla su alta cerviz, se marchita, y perece como pudiera una amante tórtola? Por eso no se puede decir que el faccioso tenga inteligencia, sólo porque se le vean hacer cosas que parezcan indicarlo; lo más que se puede deducir es que es sabia, admirable, incomprensible la naturaleza.

Los facciosos, por ejemplo, sin embargo de su gusto por el despoblado, júntanse, como los lobos, en tropas, por instinto de conservación, se agarran con todas sus ramas al perdido caminante ó al descarriado caballo; le chupan el jugo y absorben su sangre, que es su verdadero riego, como las demás plantas el rocío. Otra cosa más particular. Es planta enemiga nata de la correspondencia pública; dondequiera que aparece un correo, nacen en el acto, de las mismas piedras, facciosos por todas partes; rodéanle, enrédanle sus ramas entre las piernas, súbensele por el cuerpo como la serpentaria, y le ahogan; si no suelta la balija muere como Laomedonte, sin poderse rebullir; si ha lugar á soltarla, sálvase acaso. Diránme ahora, ¿y para qué quieren la balija, si no saben leer? Ahí verán ustedes, respondo yo, si es incomprensible la naturaleza; toda la explicación que puedo dar es que se vuelven siempre á la balija como el heliotropo al sol.

Notan también graves naturalistas de peso y autoridad en la materia, que así como el feo pulpo gusta de agarrarse á la hermosa pierna de una mujer, y así como esas desagradables florecillas, llenas de púas y en forma de erizos, que llamamos comunmente amores, suelen agarrarse á la ropa; así los facciosos, sobre todo los más talludos y los vástagos principales, se agarran á las cajas de fondos de las administraciones; y plata que tiene roce con facciosos, pierde toda su virtud, porque desaparece. ¡Rara afinidad química! Así que, en tiempos revueltos suélese ver una violenta ráfaga de aire que da con un gran manojo de facciosos, arrancados de su tierra natural, en algún pueblo, el cual dejan exhausto, desolado, y lleno de pavor y espanto. Meten por las calles un ruido furioso á manera de proclama, y es niñería querer desembarazarse de ellos, teniendo dinero, sin dejársele; bien así como fuera locura querer salir de un zarzal una persona vestida de seda, sino desnuda y arañada.

Muchas de las calidades de esta estrambótica planta pasamos en silencio, que pueden fácilmente de las ya dichas inferirse, como son las de albergarse en tiempos pacíficos entre plantas mejores, como la cizaña entre los trigos, y pasar por buenas, y tomar sus jugos de donde aquellas los toman, y otras.

Planta es, pues, perjudicial, y aún perjudicialísima, el faccioso; pero también la naturaleza, sabia en esto como en todo, que al criar los venenos crió de paso los antídotos, dispuso que se supiesen remedios especiales á los cuales no hay mata de facciosos que resista. Gran vigilancia sobre todo, y dondequiera que se vea descollar uno tamaño como un cardillo, arrancarle: hacer ahumadas de pólvora en los puntos de Castilla, que como Roa y otros los producen tan exquisitos, es providencia especial: no se ha probado á quemarlos como los rastrojos, y aunque este remedio es más bien contra brujas, podría no ser inoportuno, y aun tengo para mí que había de ser más eficaz contra aquéllos

que contra éstas. El promover un verdadero amor al país en todos sus habitantes, abriéndoles los ojos para que vean á los facciosos claros como son y los distingan, sería el mejor antídoto; pero esto es más largo y para más adelante, y ya no sirve para lo pasado. Por lo demás, podemos concluir que ningún cuidado puede dar á un labrador bien intencionado la acumulación del faccioso, pues es cosa muy experimentada que en el último apuro la planta es también de invierno, como si dijéramos de cuelga; y es evidente y sabido que una vez colgado este pernicioso arbusto y altamente separado de la tierra natal que le presta el jugo, pierde como todas las plantas su virtud, es decir, su malignidad. Tiene de malo este último remedio que para proceder á él es necesario colgarlos uno á uno, y es operación larga. Somos enemigos, además, de los arbitrios desesperados, y así, en nuestro entender, de todos medios contra facciosos parécenos el mejor el de la pólvora, y más eficaz aún la aplicación de luces que los agostan, y ante las cuales perecen corridos y deslumbrados.



LA JUNTA DE CASTEL-O-BRANCO

No hay cosa como una junta, si se trata sobre todo de juntarse aquellos á quienes Dios crió. Podrán no hacer nada las gentes en una junta, podrán no tener nada que hacer tampoco, pero nada es más necesario que una junta; así que, lo mismo es nacer un partido, pónenle al momento en junta como lo habían de poner en nodriza, y no bien abre los ojos á la luz, se encuentra ya juntado, que no es poca ventaja. La junta, pues, es el precursor de un partido, por lo regular, y esta clase de juntas andan siempre por esos caminos interceptando, ó interceptadas, cuando no están fuera del reino tomando aires, ó tomando las de Villadiego, que de todo toman las juntas.

La que en el día llama nuestra atención es la de Castel-o-Branco. Empezaría á anochecer en Castel-o-Branco, y poníase por consiguiente oscuro el horizonte, cuando acertó á pasar por allí un español de estos sanos de los del siglo pasado, y que poco ó nada se curan del gobierno; de estos que dicen: á mí siempre me han de gobernar, tómelo por donde quiera. A qué iba el español á Castel-o-Branco, eso sería averiguación para más despacio. Basta saber que iba y que ya llegaba, cuando se halló detenido en medio de su camino por un portugués, que con voz descompuesta y cara de causa perdida: «Casteçao, le dijo, ¿es vasallo deu senhor emperante Carlos V? ¿Vien de Castella?»—Entendíasele un poco más al castellano de gallego que de achaque de gobiernos, y con voz reposada y tranquilo continente: «Yo no sé de quién soy vasallo,—contestó,—ni me urge saberlo, sino que voy á mis negocios: yo ni pongo rey ni quito rey: quien anda el camino tenga cuidado...» Enfadábase ya el portugués, y era cosa temible. Conociólo el labriego, y antes de que echase la casa por la ventana, si bien allí no había casa ni ventana: «No se enfade vuestra merced, señor portugués, le dijo, que yo siempre seré vasallo de quien mande; sabido es que yo y los míos nunca descomponemos partido. Pero ¿quién es mi rey en esta tierra? —Eu senhor Carlos V.—Vaya, sea en hora buena, contestó el castellano, porque yo por ahí atrás me dejaba reinando á mi señora la reina... —¡Casteçao!— No se enfade vuestra merced...» Y de allí á poco entraban ya compadres por el pueblo el portugués de la mala cara y el español de las buenas palabras.

Pocos pasos habrían andado, cuando se esparció la noticia por todo Castel-o-Branco de cómo había llegado un vasallo de su majestad imperial. Es de advertir que como todos los días no tiene su majestad imperial proporción de ver un vasallo suyo, porque andan para él los vasallos por las nubes, decidióse lo que era natural y estaba en el orden de las cosas; y fué, que así como un pueblo de vasallos suele solemnizar la entrada de un rey, así pareció justo que un pueblo de reyes solemnizase la entrada de un vasallo. Echáronse, pues, á vuelo las campanas: con este motivo hubo quien dijo: *principio quieren las cosas*, y quien añadió: *que el reinar no quiere más que empezar*. Digo, pues, que se echaron á vuelo las campanas, y el labriego se aturdía; verdad es que el ruido no era para menos.

—¿Qué fiesta es mañana?—preguntaba el buen hombre.

—Festéjase la llegada de vuestra merced, señor casteçao.

—¿Mi llegada? ¡Vea usted qué diferencia! Allá en España nunca festejó nadie mis idas y mis venidas, y eso que siempre anduve de ceca en meca; ya veo que en este país se ocupan más en cada uno.

En estos y otros propósitos entretenidos, llegaron á una casa que tenía una gran muestra, donde en letras gordas decia:

JUNTA SUPREMA DE GOBIERNO DE TODAS LAS ESPAÑAS, CON MÁS SUS INDIAS

No quisiera entrar el labrador; pero hízole fuerza el portugués. Agachó, pues, la cabeza, y hallóse de escalón en escalón en una sala grande

como un reino, si se tiene presente que allí los reinos son como salas.

Hallábase la tal sala alhajada á la espartana, porque estaba desnuda: en torno yacían los señores de la junta sentados, pero mal sentados; sea dicho en honor de la verdad. Luces había pocas y mortecinas. Un mal espejo les servía para dos fines; para verse muchos siendo pocos, y consolar de esta manera el ánimo afligido, y para decirse de cuando en cuando unos á otros: «Mírese su excelencia en ese espejo.» Porque es de advertir que se daban todos unos á otros dos cosas, á saber: las buenas noches y la excelencia.

Portero no había; verdad es que tampoco había puertas, por ser la casa de estas malas de lugar que, ó no las tienen, ó las tienen que no cierran. Una mala mesa en medio, y un mal secretario, eran los muebles que componían todo el ajuar.

No sé dónde he leído yo que en cierta tierra de indios, el congreso supremo de la tribu se reune para deliberar en grandes cántaros de agua fresca, donde se sumergen desnudos sus individuos, dejando sólo fuera del cántaro la cabeza para deliberar. No se puede negar que existe gran semejanza entre la junta de Castelo-Branco y el congreso de los cántaros, y que los carlistas que componen la una y los salvajes que forman el otro, están igualmente frescos.

Dominaba en el testero de la sala de Juntas el tesorero general del pretendiente, don Matías Jarana, porque en tiempos de apuro el que tiene el dinero es el empleado principal; el cual si no era gran tesorero, era gran canónigo. Dicho esto, me parece excusado detenernos mucho en describirle; estamos seguros de que el inteligente lector se lo habrá figurado ya tal como era. Oprimía á su lado el ministro de hacienda una mala banqueta, que gemía no tanto por el noble peso que sostenía, como por el mal estado en que se encontraba. Tambaleábase, por consiguiente, su excelencia á cada momento: figurósele al labriego temblor el movimiento oscilante de su excelencia; pero está averiguado que era el mal asiento. Flaco, seco, y con cara de contradicción, hacía de notario de reinos don Jorge Ganzúa, que lo había sido de Coria.

Veíase á otra parte de pie, y en actitud de huir á la primera orden, á un cabo del resguardo, partidario que fué del año 23. Representaba éste al ministro de la guerra, y llamábase Cuadrado, además de serlo.

Un dependiente del cabildo de Coria y dos personajes más, en calidad de consejeros supremos de la junta, hacían como que meditaban, por el buen parecer, en un rincón de la sala.

Indecible fué la alegría de la Junta suprema cuando el portugués hubo presentado á nuestro pobre labriego en calidad de vasallo de su majestad imperial.

—Excelentísimos señores, exclamó el señor tesorero en altas voces, reconozcamos en ese vasallo el dedo del Señor: ya ha llegado el día del triunfo de su majestad imperial, y ha llegado al mismo tiempo un vasallo: todo ha llegado. Opino que, en vista de esta novedad, deliberemos.

—En cuanto á lo de deliberar, dijo entonces el señor notario, recuerdo al señor presidente que esto es una junta.

—No me acordaba, dijo entonces el presidente; nótese que esta es la primera junta de que tengo el honor de ser individuo.

—Se conoce, dijo el notario, y lo apuntó en el acta.—Hable, pues, si sabe y si tiene de qué el excelentísimo señor ministro de hacienda.

—Dispiértele usted, dijo entonces el presidente al portugués que hacía de ujier, dispiértele usted, pues parece que su excelencia duerme.

Llegóse el portugués á su excelencia, que efectivamente dormía, y díjole en su lengua:—No haga caso su excelencia de que está en junta, que es llegado el momento de hablar.—Soñaba á la sazón su excelencia que se le venían encima todos los ejércitos de la reina, y volviendo en sí de su pesadilla con dificultad:

—¿Hablo yo? dijo; vamos á ver. Las mejoras, pues, aunque no nos toque el decirlo, las mejoras...

—Al orden, al orden, interrumpió el presidente: ¿qué es eso de mejoras?

—Soñaba que estábamos en España, contestó su excelencia turbado. Perdone la junta. Por consiguiente hable otro, que yo no estoy para el paso. Mi intermisión por otra parte no urge. Mi ministerio...

—Excelentísimo señor, dijo el presidente, cierto; pero acaba de llegar...

—¿Ha llegado la hacienda, ha llegado mi ministerio? preguntó azorado el señor Tallarin, buscando con los ojos por todas partes si llegara á ver un peso duro.

—Todavía no, pero...

—¡Ah! pues entonces, repuso el ministro, repito que no corre prisa; y volviéndose en la

banqueta y hacia el portugués: Avíseme usted, señor don Ambrosio de Castro y Pajarez, Almendrudo, Oliveira y Caraballo de Alburquerque y Santarén, en cuanto llegue la hacienda. Dicho esto, volvió su excelencia á anudar el roto hilo de su feliz ensueño, donde es fama que soñó que era efectivamente ministro.

—Yo hab... b... blaré, dijo entonces uno de los consejeros supremos, que era tartamudo, yo hablaré que he s... s... s... ido por... pr... pr... pro... curador...

—Mejor será que no hable nadie, dijo entonces el notario al oído del presidente, si ha de hablar el señor...

—Di... di... dice bien el señor not... notario, dijo entonces el consejero sentándose, p... p... por... porque no acabaríamos nunca...

—Pido la palabra, dijo el que estaba á su lado.

—¿Quién diablos se la ha de dar á vuestra excelencia, dijo entonces el presidente amoscado, si nadie la tiene?

—Recuerdo á su excelencia, dijo el notario, que en el orden del gobierno de su majestad imperial no se puede pedir la palabra, y que es frase mal sonante: ó hablar de pronto, ó no hablar.

—Si el señor Cuadrado no está para hablar, dijo entonces el presidente, nos iremos á casa.

—Más estoy para obrar que para hablar, contestó su excelencia; pero fuerza será, pues no hay quien hable. Digo en primer lugar que yo no doy un paso más adelante si no se conviene en presentar mañana á la firma de su majestad imperial un decreto... ¿Eh?

—Adelante.

—Bueno. Y declaro como fiel y obediente vasallo de su majestad imperial el señor Carlos V, por quien derramaré desinteresadamente hasta la primera gota de mi sangre, que no sigo en el partido si su majestad no lo firma.

—Mal pudiera oponerse la junta á tanta generosidad.

—Propongo, pues, continuó el excelentísimo señor cabo, ministro de la guerra, el siguiente decreto que traigo para la firma. «Yo, don Carlos V, por la gracia del reverendísimo padre Vaca, y del excelentísimo señor Cuadrado, emperador de, etc., etc. (Aquí los reinos todos). Sin entrar en razones, quiero y mando que queden suprimidos los carabineros de costas y fronteras, y se reorganice el antiguo resguardo: quedando todos los fondos á disposición del excelentísimo señor Cuadrado.—Yo el emperador.—Al ministro de la guerra Cuadrado.» Y por el pronto será del resguardo el señor vasallo que está presente, encargado por ahora, y hasta que haya más, de obedecer las órdenes del gobierno.

—Alto, dijo al llegar aquí el señor canónigo presidente, que yo traigo también mi decreto, y dice así el borrón *mutatis mutandis.*

(No hemos podido haber á las manos ninguna copia de este borrón, por más exquisitas diligencias que hemos practicado; pero ya se deja inferir poco más ó menos su tenor. ¡Válgame Dios, y qué cosas se pierden en este mundo!)

Anotó el notario en el acta el segundo decreto, y pasó á proponer el siguiente que acababa de redactar como ministro de gracia y justicia, dejando aparte la gracia y la justicia. Decía así el borrón:

«Artículo 1.° En atención á la tranquilidad con que posee y gobierna su majestad imperial el señor don Carlos V estos sus reinos, todos los que las presentes vieren y entendieren, se entusiasmarán espontáneamente y se llenarán de sincera y voluntaria alegría, pena de la vida, en cuanto llegue á su noticia este decreto: debiendo durar el entusiasmo tres días consecutivos sin intermisión, desde las seis de la mañana en punto, en que empezará, hasta las diez de la noche por lo menos, en que podrá quedarse cada cual sereno.

Art. 2.º No pudiendo concebir la Junta suprema de Castel-o-Branco el abuso de las luces introducido en estos reinos de algún tiempo á esta parte, suprime y da por nulas todas las iluminaciones encendidas y por encender, en atención á que sólo sirven para deslumbrar las más veces á sus amados vasallos, y manda que no se solemnice ninguna victoria, aunque la llegara á lograr algún día casualmente, con esa especie de regocijo, en que nadie se divierte sino los cosecheros de aceite.

Art. 3.º Quedan prohibidas como perjudiciales todas las mejoras hechas, debiendo considerarse nula cualquiera que se hiciese sin querer, pues queriendo no se hará.

Art. 4.° Convencida la Junta de que nada se saca de las escuelas sino ruido y que se calienten la cabeza los hijos de los amados vasallos del señor don Carlos V, quedan cerradas las que hubiese abiertas: debiendo olvidar cada vecino en el término improrrogable de tres días, contados desde la fecha, lo poco ó mucho que supiese, sopena de tenerlo que olvidar donde menos le convenga.

Art. 5.º Siendo de algún modo necesario haberse con vasallos para ser obedecido de alguien, la Junta suprema perdona é indulta á todos los españoles que hubiesen obedecido á la reina gobernadora, si bien reservándose, para cuando los tenga debajo, el derecho de castigarlos entonces uno á uno ó *in solidum*, como mejor la plazca.

Art. 6.º No siendo regular que el supremo gobierno se exponga al menor percance, tanto más cuanto que hay en España, según parece, españoles que se hacen matar por su señor Carlos V, sin meterse á averiguar si su majestad y sus adláteres pasan como ellos trabajos, y dan su cara al enemigo, ó si esperan descansadamente jugando á las bochas ó al gobierno, á que se lo den todo hecho á costa de su sangre, para agradecérselo después como es costumbre de caballeros pretendientes, es decir, á coces; la Junta suprema y el gobierno de su majestad imperial permanecerán en Castel-o-Branco; tanto más cuanto que hay en Portugal muy buenos vinos y otras bagatelas precisas para la sustentación de sus desinteresados individuos; y sólo entrará en España, si entra, á recibir enhorabuenas y dar fajas y bastones á los principales facciosos y cabecillas que para lograrlos pelean desinteresadamente por el señor Carlos V, y bastonazos á los demás.»

¡Viva! ¡viva! exclamó al llegar aquí toda la junta, y es fama que dispertó entonces el ministro de hacienda, y aun hay quien añade que echó un cigarro á pesar del mal estado de su ministerio.

Temblaba á todo esto el buen labriego, pues ya había caído él en la cuenta de que si todos aquellos señores habían de mandar, y no había otro sino él por allí que obedeciese, era la partida más que desigual. Calculando, pues, que en un pueblo donde no había más que la justicia y él, él había de ser forzosamente el ajusticiado, andaba buscando arbitrios para escaparse del poder de la junta; la cual así pensaba en soltarle, como quien lo consideraba en aquellos momentos un cacho de la apetecida España, que la Providencia tiene guardada felizmente para más altos fines.

Pero Dios, que no se olvida nunca de los suyos, aunque ellos se olviden de él, lo había dispuesto de otro modo: no bien se había leído el último renglón del decreto del notario, cuando se oyó en la calle un espantable ruido.—Estos son tiros, exclamó Cuadrado, que era el único que alguna vez los había oído desde lejos.—¡Tiros! dijo el presidente, ¿á que estamos ganando una batalla sin saber una palabra?...

—No corremos ese riesgo, entró gritando el portugués: sálvense vuestras excelencias, sálvense: aquí quedo yo, que soy portugués y basto para cien casteçaos.—Os perdono, dijo entonces volviéndose á los que ya entraban, os perdono, casteçaos; daos, que no os quiero matar.

Pero ya en esto diez y nueve robustos contrabandistas habían entrado á dar sus diez y nueve votos en la junta, y echándose cada uno un argumento á la cara: *¡Viva Isabel II!* dijeron. Hacíase cruces el presidente, escondíase debajo de la banqueta el excelentísimo señor ministro de hacienda, tapaba el notario de reinos el acta, no salía el tartamudo de la p... inicial de perdón, y hacían los demás un acto de atrición con más miedo del infierno que amor de Dios. El labriego sólo era el que bendecía su estrella, y quien echando mano de un cordel que para otros usos traía, dispuso á la junta en forma de traílla; la cual en la misma y más custodiada que tabaco en rama, por los diez y nueve votos de contrabando que habían levantado la sesión, se entró por los términos de España, á las voces del portugués, que casi desde Castel-o-Branco les gritaba todavía en mal castellano: «No tenhan miedo vuestras excelencias, aunque les aforquen los casteçaos; que yo, en acabando de pelear aquí por Su Majestad don Miguel I, que es cosa pronta, he de pasar la raya; y ó me llevo allá al emperador Carlos V, ó me traigo acá á Castilla.»

LAS CIRCUNSTANCIAS



Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser la excusa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza ó mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo todo en las circunstancias que, dice, le han traído á menos. En estas reflexiones estaba ocupada mi fantasía no hace muchos días, cuando recibí una carta, que por confirmar mis ideas sobre el particular y venir tan oportuna á este objeto, de que pensaba hacer un artículo de costumbres, quiero trasladar *ad pedem litteræ* á mis lectores. Decía así la carta:

«Señor Fígaro.— Muy señor mío: A usted, señor Fígaro, observador de costumbres, me dirijo con dos objetos. Primero, quejarme de mi mala estrella. Segundo, inquirir de su experiencia, pues le imagino á usted por sus escritos hombre de esos que han vivido más de lo que les queda que vivir, si hay efectivamente de tejas abajo una fatalidad que persigue á los humanos, y una desgracia en el mundo que se asemeje á la desgracia mía. Soy un verdadero juguete de las circunstancias, cuyo torrente no pude nunca resistir, y que así me envolvieron como envuelven los violentos remolinos de una olla al inexperto nadador que se arrojó incauto en la pérfida corriente del caudaloso río.

»Mi padre era inglés y rico, señor Fígaro, pero hallábase aislado en el mundo: era naturalmente metido en sí, y sólo un amigo tenía: antojósele á este amigo entrometerse en una conspiración; confió á mi padre varios papeles importantes; descubrióse la conspiración, y ambos tuvieron que huir. Vínose mi padre á España, reducido á oro lo que pudo realizar de sus cuantiosos bienes; vió una linda gaditana, prendóse de ella, casóse, y antes de los nueve meses murió inconsolable, dando y tomando siempre en lo de la conspiración, que hubo de volverle el juicio. Vea usted aquí, señor Fígaro, á Eduardo Priestley, humilde servidor de usted, cuyo destino debía haber sido sin duda ser inglés, protestante y rico, español, católico y pobre, sin que pudiese encontrar más causa de este trastrueque que las circunstancias. Ya usted ve que la tomaron conmigo desde peque-

ñito. Mi madre era mujer de rara penetración y de ilustradas ideas. Crióme lo mejor que supo, y en darme toda la educación que se podía dar entonces en España, consumió el poco caudal que la dejara mi padre. Lleno yo de entusiasmo por la magistratura, y aborreciendo la carrera militar á que querían destinarme, estudié leyes en la universidad; pero puedo asegurar á usted que á pesar de eso hubiera salido buen abogado, pues era raro mi talento, sobre todo para ese estudio. Probablemente, señor Fígaro, después de haber sido gran abogado, hubiera vestido una toga, hubiera calentado acaso una silla ministerial, y el consejo de Castilla me hubiera recogido al fin de mis días en su seno, donde hubiera muerto descansadamente, dejando fama imperecedera. Las circunstancias sin embargo me lo impidieron. Había un Napoleón en el mundo, y fué preciso que este quisiera ser emperador, y emplear á sus hermanos en los mejores tronos de Europa, para que yo no fuese ni buen abogado ni mal ministro.

»Yo tenía sentimientos generosos; mis compañeros tomaron las armas y dejaron el estudiar nuestras leyes para defenderlas, que urgía más. ¿Qué remedio? Dejé como fray Gerundio los estudios y me metí á predicador; es decir, me hice militar en obsequio de la patria. En la campaña perdí mi carrera, la paciencia y un ojo; y las circunstancias me dejaron tuerto y capitán: sabe el cielo que para ninguna de estas dos cosas servía. Yo, señor Fígaro, era impetuoso y naturalmente inconstante; menos servía, pues, para casado, ni nunca pensara en serlo; pero de resultas del bombardeo de Cádiz murió mi madre, que gozando por sus relaciones de familia de algún favor, hubiera adelantado mi carrera. Otro favor que me hicieron las circunstancias. Víme solo en el mundo, y en ocasión en que una linda aragonesa, hija de un diputado de las cortes de Cádiz, recogiéndome y ocultándome en su casa, cubierto de heridas, me salvó la vida por una rara combinación de circunstancias; caséme de honrado y agradecido, que no de enamorado, es decir, que me casaron las circunstancias. En mi segunda carrera debiera haber llegado á general según mis servicios, que á otros fajaron haciéndoselos muy flacos á la patria; pero era yerno de un diputado: quitáronme las charreteras, envolviéronme en la común desgracia, y las circunstancias me llevaron á Ceuta, adonde bien sabe Dios que yo no quería ir; allí hice la vida de presidario y de mal casado, que cualquiera de estos dos dogales por sí solo bastara para acabar con un hombre. Ya ve usted que yo no tenía la culpa. ¿Quién diablos me casó? ¿Quién me hizo militar? ¿Quién me dió opiniones? En presidio no se hace carrera, pero se hace mucho rencor. Sin embargo, salimos de presidio, y como yo era hombre de bien contúveme; pretendí, pero como no anduve por los cafés, ni peroré, medios que exigían entonces las circunstancias para prosperar, no sólo no me emplearon, sino que me cantaron el *trágala*. Irritéme: el cielo es testigo que yo no había nacido para periodista; pero las circunstancias me pusieron la pluma en la mano: hice artículos contra aquel gobierno; y como entonces era uno libre para pensar como el que estaba encima, recogí varias estocadas de unos cuantos aficionados, que se andaban haciendo motines por las calles. Esta fué la corona de laurel que dieron las circunstancias á mi carrera literaria. Escapéme, y fuí á reunirme con los de la fe: dijéronme allí que las circunstancias no permitían admitir en las filas á un hombre que había sido marido de la hija de un diputado de las cortes de Cádiz, y no me ahorcaron por mucho favor.

»No pudiendo vivir como realista, fuíme á Francia, donde en calidad de liberal me colocaron en un depósito, con seis cuartos al día. Vino por fin la amnistía, señor Fígaro. ¡Eh! Gracias á una reina clemente, ya no hay colores, ya no hay partidos. Ahora me emplearán, digo yo para mí; tengo talento, mis luces son conocidas, soy útil... Pero, ¡ay! señor Fígaro, ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos; las circunstancias de mi vida me han impedido adquirir relaciones. Si llegara á hacerme visible para el poder, acaso lograría: sus intenciones son las mejores del mundo; mas ¿cómo abrirme paso por entre la nube de porteros y ujieres que parapetan y defienden la llegada á los destinos? Las solicitudes que se presentan solas son papeles mojados. ¡Hay tantos que piden por pedir! ¡Hay tantos que niegan por negar!—Cien memoriales he dado, otras tantas espaldas he visto.—Deje usted; veremos si estas circunstancias se fijan, me dicen los unos.—Espere usted, me responden los otros: hay tantos pretendientes en estas circunstancias.—Pero, señor, replico yo, también es preciso vivir en estas circunstancias. ¿Y no hay circunstancias para los que logran?

»Esta es, señor Fígaro, mi posición: ó yo no entiendo las circunstancias, ó soy el hombre más desdichado del mundo. El hijo del inglés

el que debía haber sido rico, magistrado, literato, general, hombre ajeno de opiniones, acabará probablemente sus tres carreras distintas en un solo hospital verdadero, merced á las circunstancias; al mismo tiempo que otros que no nacieron para nada, y que han tenido realmente todas las opiniones posibles, anduvieron, andan y andarán siempre levantados en zancos por esas mismas circunstancias.—De usted, señor Fígaro.—*Eduardo de Priestley, ó el hombre de circunstancias.*»

No puedo menos de contestar al señor de Priestley que el daño suyo estuvo, si hemos de hablar vulgarmente, en nacer desgraciado, mal que no tiene remedio: si hemos de raciocinar, en traer siempre trocadas las circunstancias; en no saber que mientras haya hombres la verdadera circunstancia es intrigar; estar bien emparentado; lucir más de lo que se tiene; mentir más de lo que se sabe; calumniar al que no puede responder; abusar de la buena fe; escribir en favor, y no en contra del que manda; tener una opinión muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esa opinión que se tenga sea siempre la que haya de vencer, y vociferarla en tiempo y lugar oportunos; conocer á los hombres; mirarlos de puertas adentro como instrumentos, y tratarlos como amigos; cultivar la amistad de las bellas, como terreno productivo; casarse á tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras ilusiones; no enamorarse sino de dientes afuera, y eso de las cosas que puedan servir...

Pero, santo Dios, gritará un rígido moralista, ¡qué cuadro! ¡Maquiavélicos principios!!!—Fígaro no dice que sean buenos, señor moralista; pero tampoco Fígaro hizo el mundo como es, ni lo ha de enmendar, ni á variar el corazón humano alcanzarán todas las sentencias posibles. Las circunstancias hacen á los hombres hábiles lo que ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen á su placer, ó tomándolas como vienen sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son por consiguiente las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacías de sentido con que trata el hombre de descargar en seres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las más veces, nada.

Casi siempre el talento es todo.

REPRESENTACION

DE LA COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO, TITULADA: «UN TERCERO EN DISCORDIA,» DE DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

Una comedia nueva del aplaudido autor de *A Madrid me vuelvo* y de la *Marcela* no podía menos de llamar la pública expectación, y aun de prevenirla favorablemente.

En esta composición dramática como en la *Marcela*, se ha propuesto el poeta, no censurar un defecto ridículo determinado, no ridiculizar un vicio feo ó una pasión denigrante, no un objeto moral circunscrito y de general aplicación. Un cuadro bien presentado, en que se reunen á formar el conjunto varios caracteres sacados de la sociedad, hábilmente colocados en contraste, parece haber sido la idea del autor.

En la *Marcela* es una mujer amable, cuya peligrosa amabilidad da esperanzas á tres amantes igualmente indignos de su alto cariño. En *Un tercero en discordia* es una joven perseguida también por tres amadores; los caracteres nuevos que presenta esta composición dramática son los de los dos amantes más importunos de Luciana. El uno es un joven en demasía desconfiado del cariño y fidelidad de su amada; en una palabra, un hombre celoso: el segundo es un necio por el contrario harto confiado en el amor de una mujer que no le ha dicho siquiera que le ama, pero de cuyo cariño cree poder estar seguro; en una palabra, un presuntuoso. *Un tercero en discordia* que ni es celoso, ni presuntuoso, sino un tipo de la perfección social, un amante que ama sin prisa, sin mal humor nunca, que jamás confía en que es amado, que nunca exige nada, impasible, eterno,

imagen del no movimiento y de la no acción, es el justo medio presentado en ese carrusel amatorio. A los ojos de una mujer sentimental, exaltada, romántica, de pasiones vivas, pudiera no parecer don Rodrigo el más perfecto ni el más amante; pero á los ojos de una muchacha bastante fría, como el autor nos la pinta, bien educada, y de suyo sosegada, no hay duda que don Rodrigo debe ser el amante preferido, el esposo. El padre de la niña es un buen hombre, que tiene más de tonto que de otra cosa, de estos que hablan con las manos, que escriben la conversación, conforme la van haciendo, en el pecho de su interlocutor, que le desabotonan el chaleco, y le quitan el lazo de la corbata, etc. Una ama de gobierno vieja, de estas que hacen oficio de todo en las casas, regañona y entrometida en los intereses de la familia, es el quinto y último personaje de la comedia.

De esta construcción del plan se infiere que el contraste que presentan el celoso y el confiado ha de dar lugar á escenas cómicas: así es; rasgos hay felicísimos que revelan el poeta dramático. El confiado, traduciendo todos los desaires y desprecios por disimulo ó enojo amoroso, es sumamente cómico y lindamente imaginado: el celoso, por el contrario, tratando de luchar inútilmente á cada paso con su indómita pasión y exaltándose á la vista sola de un papel cualquiera, después de haber jurado la enmienda, excita la risa de la buena comedia. Aquí notaremos la habilidad del poeta. El confiado no necesitaba ser correspondido; de esta manera era más ridículo, y así lo ha hecho el autor; el celoso, por el contrario, no podía desarrollar su carácter sin haber recibido pruebas muy grandes de amor: así que, el autor ha hecho que Luciana le correspondiese en un principio. Verdad es que de aquí nace un gravísimo inconveniente: á saber, que la misma Luciana que tutea al celoso en el primer acto y le corresponde indudablemente, se halla ya en el tercero, es decir, en horas, tan convencida y fastidiada de la importunidad de su amante, que se echa, sin verter una lágrima siquiera, en brazos del justo medio don Rodrigo. Diríamos que este pudiera ser el inconveniente de la rigorosa unidad de tiempo, y diríamos que una mujer, que se dice enamorada de un hombre, no le deja por celoso (porque éste es acaso el carácter que menos choca á la pasión), sino después por lo menos de haber sufrido mucho y de haber llorado más; diríamos que generalmente se observa que los amores más duraderos son aquellos en que uno de los dos amantes es extraordinariamente celoso, y añadiríamos que no es el destino de los amores arrebatados el acabarse pronto, sino el acabarse mal. Pero el talento del autor ha previsto todas estas objeciones; y nos ha presentado desde luego una de esas muchachas que no sienten ni padecen: que entran en el mundo con un temperamento indiferente, y por consiguiente que se guían en su elección por su propia conveniencia, y nunca á ciegas: de esas que encuentra usted dondequiera, que empiezan á corresponder á un amante por hacer algo, por el gusto de tener amante, por cualquier cosa, y que al volver de una esquina le dejan plantado con todo su amor, y toman otro: mujeres, en fin, muy buenas, muy perfectas, muy impasibles. En este género, Luciana y Marcela son admirables, son dos modelos.

¿Nos permitirá el autor que no convengamos con él en una cosa? El calor, sin duda, de su imaginación poética le lleva á formarse á veces una sociedad ideal, donde sólo considera virtudes y vicios, perfecciones y defectos personificados, y situaciones posibles de efecto; esto le aparta de la pintura verdadera de la sociedad en que vivimos: queremos decir, que tanto en la *Marcela* como en esta, los desenlaces no nos parecen naturales. Al fin, en *Marcela*, no hay otro inconveniente contra los usos sociales que el declarar en público á sus amantes lo que sólo puede uno oir en particular; porque si una mujer tiene derecho á no corresponder á un hombre, no le tiene para ponerle en ridículo sólo porque la ama. En *Un tercero en discordia* es menos verosímil, porque al fin, si una mujer es tan imprudente que despide en público á sus amantes, ¿qué pueden hacer éstos con una señora sino respetarla? Pero Luciana encarga á su elegido, lo cual es poco delicado, que desengañe á los otros: don Rodrigo lo admite, aunque obligado, y los dos sufren. Esta última parte es la imposible, y en corazones bien puestos sólo de una manera puede desenlazarse. Por otra parte, el señor Bretón insiste en colocar siempre á las mujeres en una posición en que no están en el día en nuestra sociedad: no son ya las reinas del torneo, como en los siglos medios: nadie se sujeta á esos jurados, á esas competencias: más; el hombre desama á la mujer, como la mujer al hombre, y en esto felizmente somos iguales. Todo hombre bien educado es deferente con las señoras; pero las señoras no están por eso exentas de guardar

consideraciones al sexo fuerte: la sociabilidad es recíproca. Mucho sentiríamos que no fuese el autor de nuestra opinión.

Acabaremos este rápido juicio con una observación. En nada brilla más el singular talento poético del señor Bretón, que en la sencillez de sus planes; en todas sus comedias se conoce que hace estudio y gala de forjar un plan sumamente sencillo; poca ó ninguna acción, poco ó ningún artificio. Esto es sólo concedido al talento, y al talento superior. Una comedia llena de incidentes que cualquiera inventa, es fácil de hacerla pasar á un público á quien siempre cautivan el interés y la curiosidad.

El señor Bretón desprecia estos triviales recursos, y sostiene y lleva á puerto feliz entre la continua risa del auditorio, y de aplauso en aplauso, una comedia apoyada principalmente en la pintura de algunos caracteres cómicos, en la viveza y chiste del diálogo, en la pureza, fluidez y armonía de su fácil versificación. En estas dotes no tiene rival, si bien puede tenerlos en cuanto á intención, profundidad ó filosofía.

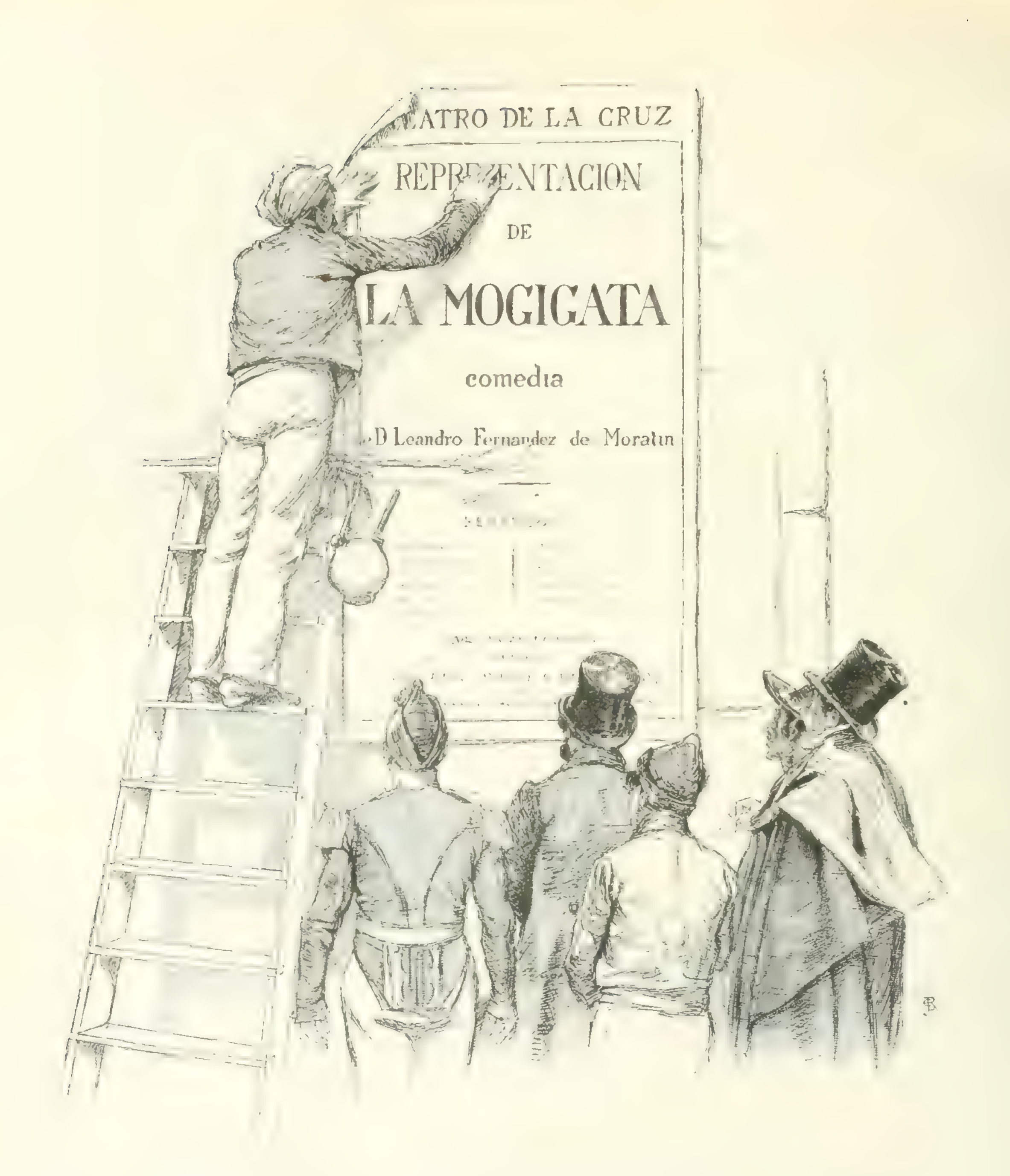
Alguna palabra exótica tildaríamos en *Un tercero en discordia;* pero ¿qué son esos pequeñísimos lunares en una comedia que ha sido muy reída, y que han coronado los aplausos del auditorio? Damos el parabién al señor Bretón por este nuevo lauro adquirido, y nos le damos á nosotros mismos.

En los actores se ha notado un celo extraordinario; demasiado celo, si éste puede ser demasiado alguna vez. El artificio del actor consiste en ocultar su celo y su esfuerzo, y dominar su habilidad hasta reducirla al punto de la verdad imitada. En el mundo no se observa nunca que cada uno quiera hablar, andar, reir y manotear para arrancar aplausos á los que van por la otra acera; todo esto se hace naturalmente, y el no haberlo hecho así es el defecto general que en toda la comedia hemos notado. ¿Podríamos decirle al actor encargado del papel del padre, sin que se ofendiese, que cuando uno de esos hombres significativos en su acción desabrocha á otro y le escribe en la ropa, lo hace por un efecto de distracción, y por consiguiente lo hace como quien no hace nada, no se ríe de su misma manía, no escribe en lo interior de la camisa, metiéndole todo el brazo en el cuerpo, sino sólo en la solapa; no mira las prendas que aja, sino á los ojos de su interlocutor, porque si las mirara, las vería, le chocarían á él mismo y se avergonzaría? ¿A su interlocutor don Rodrigo le podríamos decir que cuando un fracaso de esos sucede, no se hacen extremos, sino que sólo en la cara se da á entender, lo menos que se puede, la mortificación? ¿Llevará á mal que le advirtamos que en la sociedad nunca se vuelve uno al público á decirle lo que piensa, porque en la sociedad no hay público; y que en la comedia, que es un remedo de las costumbres, no se debe declamar como en un melodrama lleno de exclamaciones y asombros, sino hablar naturalmente?

Al celoso le diríamos que el deseo de marcar su papel le ha hecho confundir alguna vez los arrebatos de un amante desconfiado con el furor de un marido celoso: un amante, sobre todo en los principios, aunque tenga muchos celos, modera algo más que un marido su genio, porque puede perder la posesión que no ha logrado aún, y que éste tiene ya asegurada. No se produce con dominio, sino con reconcentración; reconviene, vilipendia, injuria, si es preciso, pero nunca habla con los puños cerrados: las transiciones sobre todo del furor al cariño son más marcadas. Nada más tierno y sumiso que un amante celoso en sus lucidos intervalos.

Hemos dicho ya que los actores no deben acordarse de que existe público: por tanto nos ha chocado extraordinariamente que la actriz ama de gobierno haya hecho cortesías al público al recibir aplausos. Buena es la política, pero á su tiempo.

Hemos notado en general que gritan demasiado algunos actores, sobre todo cuando creen que lo que dicen debe llamar la atención. En otra ocasión hemos dicho ya que el querer dar valor á las frases suele quitárselo: en realidad es suponer que el público es sordo ó muy torpe: ambas cosas son desagradables. Dolorosísimo nos es haber de encontrar defectos; todo lo más que podemos hacer es escribir nuestra crítica con decoro, y apoyándola siempre en razones; pero si la obligación del actor es representar bien, la del crítico es juzgar bien é imparcialmente. En compensación diremos con placer que hemos visto á la par aciertos, y que, segregados los defectillos que hemos notado, esta comedia se ha representado mejor que otras; el barba sobre todo ha dado el color verdadero á su carácter, si se le perdona la exageración; y los lunares de los demás actores no merecen que alarguemos este artículo con nuevas observaciones.



Nada más temible en las conmociones políticas que las reacciones; ellas hacen desandar á los partidos por lo común mucho más camino del que durante su progresivo movimiento anterior lograron avanzar. La literatura no es la que menos se ha resentido en nuestro país y en varias épocas recientes de esta lastimosa verdad. Un nombre sólo de un hombre, envuelto en la ruina de su partido, suele bastar á proscribir una obra inocente; al paso que la suspicacia del vencedor, recelándose de su misma sombra, suele hallar en las frases más indiferentes alusiones peligrosas capaces de comprometer su seguridad. He aquí la razón porqué se ha escrito con más libertad é independencia en épocas ciertamente mucho más atrasadas que las que nosotros hemos alcanzado.

La mayor parte de las obras de nuestros autores que han corrido y corren en manos de todos constantemente, no hubieran visto jamás la luz pública si hubieran debido sujetarse por primera vez á la censura parcial y opresora con que un partido caviloso y débil ha tenido en nuestros tiempos cerradas las puertas del saber. Y decimos débil, porque sabido es que tanto más tiránico es un partido, cuanto menos fuerza moral, cuantos menos recursos físicos tiene de qué disponer. Desprovisto de fuerzas propias, va á buscarlas en las ajenas conciencias, y teme la palabra. Sólo un gobierno fuerte y apoyado

en la pública opinión puede arrostrar la verdad, y aun buscarla: inseparable compañero de ella, no teme la expresión de las ideas, porque indaga las mejores y las más sanas para cimentar sobre ellas su poder indestructible.

El teatro es acaso el ramo que más se ha resentido de estas funestas verdades: por ellas hemos visto interceptadas malamente comedias que respiran la más pura moral, entre ellas *la Mojigata*. Al verla representar de nuevo en el día, no sabemos si sea más de alabar la ilustrada providencia de un gobierno reparador que la ofrece de nuevo á la pública expectación, que de admirar la crasa ignorancia que la envolvió por tantos años en la ruina de una causa momentáneamente caída. ¿Tan hipócrita es el partido que tiene por enseña el fanatismo, que se creyó atacado en *la Mojigata?* ¡Tanto le ofende la fiel representación de los extravíos humanos! ¡tan ligada se halla con ellos su existencia!

La Mojigata era conocida y sabida ya de memoria de todo el mundo: por lo tanto, si bien es indudable que tiene mérito suficiente para llamar al teatro numerosa concurrencia, eslo también para nosotros que ha debido á su larga prohibición la mayor parte de la importancia que en esta ocasión se le ha dado: esto es tanto más cierto, cuanto que estamos acostumbrados á ver sin entrada otras composiciones del mismo Moratín escapadas de la común prohibición. Para hablar literalmente de *la Mojigata*, necesitaríamos estar más seguros de nuestras propias fuerzas: seríanos indispensable además dedicar á su examen un artículo más extenso de lo que las actuales circunstancias nos permiten; porque en el caso de que nos atreviésemos, como pudiéramos atrevernos tal vez, á hallar en ella lunares, de que no hay obra humana exenta, ¿qué de razones no necesitaríamos acumular para contrarrestar la opinión pública tan exclusiva cuando llega á cobijar bajo su protección un nombre, una vez proclamado célebre? El mérito de Moratín, por otra parte, es tan generalmente reconocido, que creemos inútil insistir en esta ocasión en la ampliación de sus bellezas; y con respecto á sus defectos, sólo diremos que la diferencia que existe entre los hombres de gran talento y la medianía, es que de aquellos se puede decir que suelen alguna vez incurrir en faltas, y de esta por el contrario, que puede alguna vez tener bellezas. Esto es todo lo que nos parece que se puede decir con respecto á Moratín en parangón con los que después de él han escrito comedias del mismo género en nuestro país. Agréguese á esto una consideración: en todos los países el primero que se ha elevado, el primer reformador ha llevado y ha debido llevar la mejor parte de reputación, porque es preciso proceder siempre por comparación; apenas hay en el mundo otra manera de raciocinar.

Por lo que hace á comparar á Moratín con Molière, como han pretendido algunos hacerlo, bueno y justo es que se diga que Moratín es el Molière español: esto sin embargo, creemos, según nuestras cortas luces, que *la Mojigata* no podrá sostener nunca la comparación al lado del *Hipócrita* de Molière, que es la comedia de éste con quien tiene más relación; si exceptuamos el desenlace, que es infinitamente superior en *la Mojigata*, porque pocas veces anduvo feliz Molière en desenlaces. El mérito principal de Moratín parécenos estribar más en la pintura local de las costumbres de su época, y en el manejo de los modismos de la lengua, que en la pintura del corazón humano; sin que por esto queramos decir que fuese ignorante de él Moratín: la gracia de Molière es más candorosamente cómica, y se trasluce menos al poeta; presenta las situaciones solas, y esto basta en él para hacer reir. Moratín ayuda á la situación con una sátira más decidida: no se contenta con exponer el cuadro ridículo sencillamente á la vista del espectador: echa además en la balanza para inclinarla á su favor el peso de su propia opinión; sus gracias toman muchas veces gran parte de realce de su mordacidad. Sea hecho este paralelo de paso con el respeto debido á ambos ingenios peregrinos, y para decir que, por las expuestas razones, Molière es más universal que Moratín; este es más local; su fama por consiguiente más perecedera é insegura.

REPRESENTACION

DE «EL SI DE LAS NIÑAS,» COMEDIA DE DON LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATIN

En el día podemos decir que han desaparecido muchos de los vicios radicales de la educación que no podían menos de indignar á los hombres sensatos de fines del siglo pasado, y aun de principios de este. Rancias costumbres, preocupaciones antiguas hijas de una religión mal entendida y del espíritu represor que ahogó en España, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas, habían llegado á establecer una rutina tal en todas las cosas, que la vida entera de los individuos, así como la marcha del gobierno, era una pauta, de la cual no era lícito siquiera pensar en separarse. Acostumbrados á no discurrir, á no sentir nuestros abuelos por sí mismos, no permitían discurrir ni sentir á sus hijos. La educación escolástica de la universidad era la única que recibían los hombres: y si una niña salía del convento á los veinte años para dar su mano á aquel que le designaba el interés paternal, se decía que estaba bien criada; era bien criada si sacrificaba su porvenir al capricho ó á la razón de estado: si abrigaba un corazón franco y sensible, si por desgracia había osado ver más allá que su padre en el mundo, cerrábanse las puertas del convento para ella, y había de elegir por fuerza el esposo divino que la repudiaba ó que no la llamaba á sí por lo menos. Moratín quiso censurar este abuso, y asunto tan digno de él no podía menos de inspirarle una gran composición. De estas breves reflexiones se puede inferir que *el Sí de las Niñas* no es una de aquellas comedias de carácter, destinada como *el Avaro* ó *el Hipócrita*, á presentar eternamente al hombre de todos los tiempos y países un espejo en que vea y reconozca su extravío ó su ridícula pasión; es una verdadera comedia de época, en una palabra, de circunstancias enteramente locales, destinada á servir de documento histórico ó de modelo literario. En nuestro entender es la obra maestra de Moratín y la que más títulos le granjea á la inmortalidad. El plan está perfectamente concebido. Nada más ingenioso y acertado que valerse para convencer al tío de la contraposición de su mismo sobrino. Así no fuera este teniente coronel, porque por mucha que fuese en âquel tiempo la sumisión de los inferiores en las familias, no parece natural que un teniente coronel fuese tratado como un chico de la escuela, ni recibiese las dos, ó las tres onzas para ser bueno. Acaso la diferencia de las costumbres haga más chocante esta observación en nuestros días, y nos inclinamos á creer esto, porque confesamos que sólo con mucho miedo y desconfianza osamos encontrar defectos á un talento tan superior. El contraste entre el carácter maliciosamente ignorante de la vieja y el desprendido y juicioso don Diego es perfecto. Las situaciones sobre todo del tercer acto, tan bien preparado por los dos anteriores, que pudieran llamarse de exposición, porque toda la comedia está encerrada en el tercer acto, son asombrosas, y desaniman al escritor que empieza. Esta es la ocasión de hacer una observación esencial. Moratín ha sido el primer poeta cómico que ha dado un carácter lacrimoso y sentimental á un género en que sus antecesores sólo habían querido presentar la ridiculez. No sabemos si es efecto del carácter de la época en que ha vivido Moratín, en que el sentimiento empezaba á apoderarse del teatro, ó si es un resultado de profundas y sabias meditaciones. Esta es una diferencia esencial que existe entre él y Molière. Este habla siempre al entendimiento, y le convence presentándole el lado risible de las cosas. Moratín escoge ciertos personajes para cebar con ellos el ansia de reir del vulgo; pero parece dar otra importancia para sus espectadores más delicados á las situaciones de sus héroes. Convence por una parte con el cuadro ridículo al entendimiento; mueve por otra el corazón, presentándole al mismo tiempo los resultados del extravío; parece que se complace con amargura en poner á la boca

del precipicio á su protagonista, como en *el Sí de las Niñas* y en *el Barón;* ó en hundirle en él cruelmente, como en *el Viejo y la Niña*, y en *el Café*. Un escritor romántico creería encontrar en esta manera de escribir alguna relación con Víctor Hugo y su escuela, si nos permiten los clásicos esta que ellos llamarán blasfemia.

En nuestro entender este es el punto más alto á que puede llegar el maestro; en el mundo está el llanto siempre al lado de la risa; parece que estas afecciones no pueden existir una sin otra en el hombre; y nada es por consiguiente más desgarrador ni de más efecto que hacernos regar con llanto la misma impresión del placer. Esto es juzgar con el corazón del espectador; es hacerse dueño de él completamente, es no dejarle defensa ni escape alguno. *El Sí de las Niñas* ha sido oído con aplauso, con indecible entusiasmo, y no sólo el bello sexo ha llorado, como dice un periódico, que se avergüenza de sentir; nosotros los hombres hemos llorado también, y hemos reverdecido con nuestras lágrimas los laureles de Moratín, que habían querido secar y marchitar la ignorancia y la opresión. ¿Es posible que se haya creído necesario conservar en esta comedia algunas mutilaciones meticulosas? ¡Oprobio á los mutiladores de las comedias del hombre de talento! La indignación del público ha recaído sobre ellos, y tanto en *la Mojigata* como en *el Sí de las Niñas*, los espectadores han restablecido el texto por lo bajo: felizmente la memoria no se puede prohibir.

LOS TRES NO SON MAS QUE DOS,

Y EL QUE NO ES NADA VALE POR TRES

MASCARADA POLITICA



Mil veces les habrá sucedido á mis lectores, y aun á los que no me leen, oir una campana y quedarles una prolongada vibración en los oídos después de haber sonado; les habrá sucedido también viajando, durarles gran rato, después de apeados ya del carruaje, la sensación del movimiento y traqueteo producida por muchas horas de camino. He aquí precisamente lo que á mí me ha sucedido y me sigue sucediendo todavía con el fantástico aparato y desigual clamor que en mis sentidos dejaron las pasadas máscaras. Voy por la calle y se me antojan aún caretas las caras, y disfraces los trajes y uniformes. Oigo hablar de cosas nuevas, y, acostumbrado á tanta cosa vieja y á tanta broma, se me figura aún que me siguen embromando. Pasará sin duda esta sensación, y será preciso creer á todo el mundo; pero mientras pasa ó no pasa, mientras creo ó no creo, todo el trabajo de mi entendimiento limitado se reduce por ahora á ver de conocer al que me habla, que no es poco. Con tal rumor en los oídos, con tal prevención en la vista, salía yo la última noche del pasado carnaval de Abrantes, donde había codeado á la aristocracia, y del teatro, donde me había codeado á mí la democracia. Llena la cabeza con estas dos ideas, que no podía amalgamar nunca, y que así se separaban al tocarse como se separan dos bolas de billar al chocar una con otra, se me antojó que entraba en un salón adornado por el orden antico-moderno; toda la parte alta gótica, góticas las paredes y

ventanas; el mueblaje y adorno bajo del último gusto. Tres comparsas le llenaban, á lo que entonces me pareció. La menos numerosa era compuesta toda de viejos ¡rara aprensión! pero gordos y robustos; para hacer gente y engruesarse iba derramando su dinero con tanto sigilo, como si fuese mal adquirido y peor conservado; pero á cada moneda que daban ¡cosa rara! perdían carnes y fuerzas. Toda esta comparsa andaba hacia atrás, más como quien huye que como quien anda; para lo cual traían la cabeza y los pies vueltos del revés, que hacían rara figura. Andaban desbandados á causa de hallarse su jefe á diligencias propias; pero en cambio presumían serlo todos. Seguía á esta comparsa una porción de pobres, rotos y malparados, con una venda en los ojos como pintan á la fe, creyendo á pies juntillas cuanto aquellos les decían, y tomando varios dijes de poco valor en cambio de sus servicios. De cuando en cuando dábanles los magnates de la comparsa un palo, y unos respondían *¡viva!* y otros respondían *¡gracias!* Raros trajes se veían entre ellos, pero ninguno pasaba del siglo XVIII. Retazos de manteos, cruces y veneras, papel de Italia, espadines de Toledo, tal cual estrella en la frente, látigo en la mano, calzón, peluquín y hebillas. Color general blanco como la leche. Conversación poca; chispa ninguna.

La segunda traía jefe, ó por mejor decir representante; gente nueva, y la más barbilampiña: flaca aún como muchacho que está creciendo: conocíase á legua que no habían tenido tantas ocasiones de comer como los otros. No andaban, sino corrían: todo eran piernas. Bailaban todos á una, y hacían los mismos pasos: encogíanse los altos, empinábanse los bajos: todo su prurito era andar iguales: al menor desnivel había jira y algazara. Pedían la palabra, y tomaban lo demás. Venían vestidos de telas de institución, color de garantía: el disfraz era lo mejor que traían; si bien á muchos se les traslucían por debajo jubóncillos de ambición con tal cual cenefilla de empleo, y se conocía que no estaban hechos á usarlos, porque á los más les venían anchos. Estos no repartían dinero, sino periódicos; dábanlos con audacia y á venga lo que venga: si alguno se perdía ó se interceptaba malamente, otro al puesto, como quien tenía el molde en casa. Por el contrario de los otros, á cada periódico que daban ganaban carnes y razón. Las caretas eran discursos históricos de sucesión. Iban encendiendo las luces, que la primera comparsa apagaba siempre que podía; pero el salón estaba iluminado, de donde era fuerza inferir que se encendían más de prisa que se apagaban. Seguía á éstos una turba desigual hambrienta de felicidad: verdad es que nunca la habían catado. Unos eran gordos, otros flacos: unos tenían tres piernas, otros una: uno tres ojos, otro medio; quién era gigante, quién lilipuciano. *Se os igualará*, les iban diciendo los magnates, *nada más fácil*, y lo creían sin mirarse despacio unos á otros, el tonto y el discreto, el tullido y el sano, el pobre y el rico. Estos creían en la felicidad de este mundo: los primeros en la del otro. Su conversación buena, su chispa mucha y mayor el ruido que metían. Color general negro.

Era el resto de la concurrencia la mayoría; pero se conservaba á cierta distancia del que parecía su jefe. Era el color de éste un atornasolado claro, que visto de distintos puntos lejanos parecía siempre un color diferente, pero en llegando á él no se le podía llamar color. Este y los suyos no andaban, aunque lo parecía, porque marcaban el paso: conociendo que no había para qué, unos no traían pies, y otros los traían de plomo. De medio cuerpo arriba venía vestido á la antigua española, de medio cuerpo abajo á la moderna francesa, y en él no era disfraz, sino su traje propio y natural. Ni era alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco; sutil como cuerpo glorioso, y máscara, en fin, racional, si las hubo nunca. No traía careta, sino que enseñaba una cara de risa que á todos quería dar contento. Era su comparsa gente pasiva y estacionaria, de esta que tiene y no quiere perder, que no tiene porqué moverse, miedosa que teme perniquebrarse á cada paso, escarmentada ya y paralítica, envilecida con el sufrimiento y bien avenida á todo, ó despreocupada, que se ríe de los hombres y sus partidos. Estos no decían nada; ni aplaudían, ni censuraban; traían caretas de yeso, miraban á una comparsa, miraban á otra, y ora temblaban, y ora reían. En realidad no hacían cuenta con su jefe: éste era el que contaba con ellos; es decir, con su inercia.

En una palabra, parecían tres las comparsas y no eran más que dos. Cuando yo entré en el baile acababan de separarse; hasta entonces habían bailado mezclados, porque hasta entonces no había faltado bastonero que los hal[illegible] hecho bailar á todos á un mismo son.

Apenas tuve tiempo de reconocer lo que llevo descrito, cuando se dirigieron á mí varios de la primera comparsa.—¡Ah, Fígaro maldito! aquí está. *¡Nadie pa*[illegible]

¡La planta nueva! ¿Sabes que nos has hecho más daño que un cañón?—Mala entrada es ésta,—dije yo para mí.—Mira,—prosiguieron,—tú debes ser tonto. ¿Qué provecho has sacado de tus artículos?—El gusto de escribir lo que pienso, y me sobra.—Eso por un lado y por otro el que te ahorquemos, si.. ¡desigual es el partido!—Ya me pondré á distancia respetable.—Vente con nosotros.—Gracias.—Te irá mejor; no hallarás rivales, porque no escribimos; te daremos una prebenda.—Soy casado.—Te daremos un empleo en correos y podrás interceptar las cartas.—No soy curioso.—Andarás por esas breñas.—No soy peregrino.—Dormirás al sereno.—Más quiero dormir sereno.—Tendrás inquisición y rey absoluto.—Lo agradezco, pero es tarde.—¡Matarle! ¡Matarle!

—¡Ea, dejad á Fígaro!—dijeron los de la segunda comparsa, sacándome de entre ellos;—éste es nuestro, enteramente nuestro. ¿No es verdad, Fígaro?—¡De corazón!—¡Bravo! Tú también eres igual.—Y si no soy igual, me es igual todo.—¡Ya! Por eso te descuidas, y haces á veces artículos tan largos y tan pesados, y con tantas digresiones y atrevimiento: no teniendo respeto á nadie, fácil es hacer reir...—No hay para qué hablar más, que ya me habéis conocido,—dije yo apresurándome á interrumpir á los míos, que me iban tratando peor que los contrarios.

Mientras esto me pasaba en un rincón de la sala andábanse embromando los principales personajes de las dos comparsas. Estas bromas pararán en veras,—dije yo para mí, y acerquéme á oir.—Andad,—decían unos,—hipócritas; á nosotros no nos embromaréis, porque os conocemos: ahora andáis con careta del pretendiente, pero es mentira: vosotros existíais antes que él. Vosotros triunfasteis malamente en Villalar en nombre de otro Carlos V: desde entonces no dejó de crecer un punto vuestra audacia: vosotros fuisteis los que el año 14 engañasteis á un rey y perdisteis á un pueblo; vosotros los que el año 23...—¡Silencio!—respondieron los otros;—¿qué nos echáis en cara? Echaos la culpa á vosotros mismos, que dos veces fuisteis los amos, y dos veces..—Sí, pero no tengáis cuidado; á la tercera...—Veremos.—Sí; vosotros lo que queréis es embaucar al pueblo con vuestros sortilegios, cubrirle los ojos y taparle la boca para beber su sangre que os engorda: el favoritismo, el absolutismo, el oscurantismo, el fanatismo, el egoísmo... esas son vuestras virtudes... ese es el Carlos V que proclamáis; y lo demás es farsa y mascarada. Quitaos esas caretas de ley de Felipe V, que ya os hemos conocido.—¡Miren!—contestaban los ofendidos;—¿y qué queréis vosotros? ¿Queréis hacer felices á los pueblos? Broma y más broma. Igualdad, para tener todos derecho á todo, representaciones nacionales para ocupar un puesto en ellas, porque todos hacéis oficio de leer y escribir, y pensáis que hablando... y los empleos, en fin, que por tantos años tuvimos nosotros, y las rentas que nos comemos y...—Y bien, y bien; ¿y hay nada más justo? Nosotros haremos el bien público, haciendo el nuestro, aun sin quererlo hacerlo...—¡Careta! ¡pretexto!—Pretexto, sí; pero más noble que el vuestro. En nosotros tendrá la sucesión directa...—¡Fuera, fuera la careta! ¡También os conocemos!—¡Holgazanes!—¡Ambiciosos!

Al llegar aquí la broma, exasperáronse unas y otras máscaras, y ¡oh! ¡qué noche de horror y de confusión!—¡A ellos, á ellos!—gritaron unos y otros desenvainando sus armas. Un paquete de *Boletines de Comercio* atrasados, lanzado por un brazo vigoroso y joven, vino á estrellarse sobre un grupo de peluquines; seis cayeron del golpe. Diez y nueve *Siglos*, llenos de reconvenciones, se alzaron á una contra la pandilla blanca; y ¿quién les pudiera resistir? Tampoco se descuidaban los acometidos: volaban *Estrellas* por todas partes, pero daban en el aire con los *Siglos* y los *Boletines* que iban, y caían desvaneciéndose como los fuegos fatuos del verano. Un discurso parlamentario encontraba en el aire una exhortación carlista y arrollábala al punto. ¡Qué furor! Volaban *Tiempos* y *Cínifes*, lanzábanse *Ateneos* y *Minervas:* enemigo herido de ellos, enemigo dormido y fuera por consiguiente de combate. Hasta hubo quien sacó *Correos*, *Crónicas* y *Auroras*, armas prohibidas porque suelen dispararse contra el mismo que las carga. ¿Quién diría el destrozo y la mortandad? ¿Y quién el fin de tan sangrienta lucha, si el jefe de la inerte comparsa no se apareciese con una sonrisa en la boca y una *Revista* en la mano? Interpúsola el atornasolado como pudiera Mercurio su caduceo, y cedieron los combatientes al arma más pesada. Todos quedaron aplanados. ¡Ay de aquel á quien le cayó encima una noticia diversa! ¡Ay del que tuvo que sufrir el peso de la crónica de provincias! ¡Mísero el que sintió sobre sí la cámara de los diputados! Quiso la buena suerte que esto cayese todo sobre la comparsa blanca, y nadie de ella pudo ya levantar cabeza. Ronca-

ban unos, y otros se quejaban amargamente. En la comparsa nueva cayó un artículo de entrada, y ¡oh prodigio! como el maná, súpole á cada uno al manjar más de su gusto; á nadie empero levantó chichón ni cardenal.

—¡Hola! ¿quién es éste? ¿Es vuestro?—preguntaron los jóvenes á sus contrarios.—¿Qué ha de ser nuestro? ¡ay míseros!—contestaron los vencidos.—¡Ah! ¡ya!—repusieron los primeros.—¿Quién diablos te había de conocer? Vaya, pase, pase por nuestro; mira, júzganos.

—¿Yo juzgar?—dijo el mediador.—No lo permita el cielo. Si fuera conciliar...

—Mira que si no quieres ser nuestro juez, serás su reo... ¡Esos hipócritas!...

—¡Oh! no; hipócritas precisamente, no... seductores...—dijo el mediador.

—¡Revolucionario!—gritaron los viejos.

—Revolucionarios, precisamente... no... fautores de asonadas... — interrumpió el justo medio.

—¡Fanáticos!—gritaron los jóvenes.

—No, fanáticos, no... ilusos, incautos...

—¡Ignorantes!

—¡Incrédulos!

—Señores, todos tienen ustedes razón; la unión, la cultura, un justo medio... ni uno ni otro... las dos cosas...

—¡Nosotros queremos todo nuevo!

—No, nuevo no,—dijo el justo medio.

—¡Nosotros todo viejo!

—No, viejo no,—repuso el atornasolado.

—¡Nosotros lo negro!

—¡Nosotros lo blanco!

—Todo, bien todo; si se puede todo: está entendido; daremos un blanco que tire á negro, y un negro que tire á blanco.

—¿Con que sí?

—No digo que sí, precisamente;... mas...

—¿Con que no?

—No digo que no, precisamente;... pero...

—Eso, eso es ponerse en la razón,—dijo á este punto levantándose pausadamente la mayoría hasta entonces inmóvil: nosotros estamos por ese señor de la antigua española y moderna francesa. No somos partido, pero somos los más. Venga cualquiera cosa, llámenlo como quieran, y vamos viviendo. De cualquier modo hemos vivido hasta ahora, de cualquier modo moriremos.

—La verdadera diversión, señores, si me atrevo á llamarla así,—dijo entonces animado con su inmensa fuerza el atornasolado de no conocido color,—es tomar, permítaseme la frase, de los juegos venerandos antiguos lo preciso, modificándolo según el humor de los que han de divertirse. Y á propósito de esto diré para convencer á ustedes lo siguiente: «Las necesidades y las reformas, las instituciones y garantías, así como la antigua monarquía de las ideas nuevas, la discordia, la hidra de las revoluciones, y la bondad de arriba abajo, y no de abajo arriba, la legitimidad, los malévolos seducidos, un campo de horror y dulce fraternidad, los sucesos retrógrados y las masas progresivas...»—Otras cosas podría decir;... pero... ¡Cuán dulce es la paz, señores! Y por fin el talento es mío, mía la experiencia, el tacto mío, y la nación mía, porque no es de nadie, porque es pasiva: al que se oponga á mi justa conciliación,—añadió riéndose con la más amable y cariñosa sonrisa,—al que no quiera ser feliz, como yo entiendo la felicidad, harásele feliz, mal que le pese.

Un prolongado clamor de la multitud inmensa, tan callada toda la noche, pero un clamor no de entusiasmo pasajero, sino tranquilo, sereno, como la voz del poder que no ha menester esforzarse para hacerse oir, aplaudió sordamente la alocución ambilátera, que, traducida al lenguaje inteligible, quería decir á unos: *Ya es tarde;* y á otros: *Es temprano todavía.*

Restablecida la paz y el silencio, desapareció á mis ojos el baile y ambos partidos con él: halléme en medio de Madrid repitiendo para mí: *Los tres no son más que dos, y El que no es nada vale por tres.*

— —

EL SIGLO EN BLANCO (1)

No sé qué profeta ha dicho que el gran talento no consiste precisamente en saber lo que se ha de decir, sino en saber lo que se ha de callar: porque en esto de profetas no soy muy fuerte, según la expresión de aquel que miraba detenidamente al Neptuno de la fuente del Prado, y añadía de buena fe enseñándosele á un amigo suyo:—Aquí tiene usted á Jonás conforme salió del vientre de la ballena. —¿Hombre, á Jonás? le replicó el amigo, si este es Neptuno...—O Neptuno, como usted quiera, replicó el *cicerone*, que en esto de profetas no soy muy fuerte.—El hecho es que la cosa se ha dicho, y haya sido padre de la Iglesia, filósofo ó dios del paganismo, no es menos cierta ni verosímil, ni más digna tampoco de ser averiguada en tiempos en que dice cada cual sus cosas y las ajenas cómo y cuándo puede.

Platón, que era hombre que sabía dónde le apretaba el zapato, si bien no los gastaba, y que sabía asimismo cuánto tenía adelantado para hablar el que no ha hablado nada todavía, había adoptado por sistema enseñar á sus discípulos á callar antes de pasar á enseñarles materias más hondas, y en esa enseñanza invertía cinco años, lo cual prueba evidentemente dos cosas: primera, que Platón estaba, como nuestras universidades, por los estudios largos: segunda, que no es cosa tan fácil como parece enseñar á callar al hombre; el cual nació para hablar, según han creído erróneamente algunos autores mal informados, dejándose deslumbrar sin duda por las apariencias de verosimilitud que le da á esta opinión el don de la palabra, que nos diferencia tan funestamente de los más seres que crió de suyo callados y taciturnos la sabia naturaleza.

De cuanto se pueda callar en cinco años podráse formar una idea aproximada con sólo repasar por la memoria cuanto hemos callado nosotros, mis lectores y yo, en diez años, esto es, en dos cursos completos de Platón que hemos hecho pacíficamente desde el año 23 hasta el 33 inclusive, de feliz recuerdo, en los cuales nos sucedía precisamente lo mismo que en la cátedra de Platón, á saber, que sólo hablaba el maestro, y eso para enseñar á callar á los demás, y perdónenos el filósofo griego la comparación. Esto con respecto á dar una idea de lo mucho que se puede callar en cinco ó en diez años; ahora bien, con respecto á lo que se puede callar en un solo día, basta para formar una idea leer, si es posible, *el Siglo*, periódico que no se ofenderá si aseguramos de él que trae cosas que no. están escritas; periódico enteramente platónico, pero que no puede haber sacado tanto provecho como honra de su ciencia en el callar.

Confesemos sin embargo que lo que hay que leer es un artículo que no está escrito. Leer palabras y más palabras lo hace cualquiera, y toda la dificultad, si puede cifrarse en alguna cosa, se cifra evidentemente en leer un papel blanco.

Un artículo en blanco es susceptible de las interpretaciones más favorables: un artículo en blanco es un artículo en el sentido de todos los partidos: es cera blanda, á la cual puede darse á voluntad la forma más adaptada al gusto de cada uno. Un artículo en blanco es además picante, porque excita la curiosidad hasta un punto difícil de pintar. ¿Qué dirá? ¿Qué no dirá? En un mundo como éste de ilusión y fantasmagoría, donde no se goza sino en cuanto se espera, es indudable que el hacer esperar es hacer gozar. Las cosas una vez tocadas y poseídas pierden su mérito; desvanécese el prestigio, rómpese el velo con que nuestra imaginación las embellecía, y exclama el hombre desengañado: *¿Es esto lo que anhelaba?* Este sistema de hacer gozar haciendo esperar, del cual pudiéramos citar en el día algún sectario famoso, es evidente, y por él nunca podrá entrar en

(1) Antes de ayer apareció en esta corte el número 14 del periódico *El Siglo* con varios artículos en blanco, cuyos epígrafes eran: *De la* [illegible] *don Manuel y don Manuel Ma-* [illegible] *y Can-* [illegible] *don* [illegible]. Posteriormente hemos sabido que se ha suprimido la publicación de este periódico.

competencia con un artículo en blanco un artículo en negro. Este ya sabemos lo que puede querer decir, aunque no sea más que haciendo deducciones del color.

De esta facilidad con que puede leerse un artículo en blanco se deduce un principio que desgraciadamente ha sido fin para *El Siglo;* á saber, que se pueden comparar con las cosas escritas en tinta simpática y con esas pantallas elegantes que toman más ó menos color según se acercan más ó menos á la lumbre; leídos en un gabinete ministerial naturalmente resguardado de esta intemperie, y en que suele estar alto el termómetro, toman un colorcito subido que ofende la vista; y leídos al aire libre se revisten de una tinta suave que da gozo á la multitud. Pero siempre hacen fortuna, porque en el primer caso, y cuando dan con un lector amigo del silencio, suelen dar por gusto al periodista, y en tal caso se da un privilegio exclusivo el autor de un artículo en blanco, para que puedan también quedar en blanco los números sucesivos.

Bien conocerá el lector, aun sin haber leído *El Siglo*, como probablemente no le habrá leído por aficionado que sea á leer, que no es mi intención defender ni incriminar los artículos en blanco, ni mucho menos á los gobiernos, que temo á Dios gracias.

Es únicamente mi objeto apuntar unas cuantas ideas acerca de la teoría de los artículos en blanco, género nuevo en nuestro país, y para el cual debió decir Malherbe aquellos versos:

Et rose elle a vécu ce que vivent les roses,
L'espace d'un matin.

Quod scripsi scripsi, dijo un antiguo y famoso magistrado. He aquí otra de las ventajas de un artículo en blanco; y si hay quien culpe todavía de poco carácter á la *Revista*, desafiamos por esta vez al *Siglo* á que tenga más que nosotros. No dirá por esta vez *quod scripsi scripsi*. En tiempo en que es tan de primera necesidad no contradecirse nunca, he aquí otra ventaja de los escritores en blanco. Ni se crea que es fácil tampoco sobresalir en este género: yo confieso en verdad que si es cierto aquello de que *principio quieren las cosas*, al ponerme á escribir un artículo en blanco, no sabría por dónde empezar, y en cuanto á lo de prohibirlos, confieso que me había de ver más apurado todavía.

El Siglo es más grande que los hombres; he aquí una verdad que ha echado por tierra el tiempo. Nosotros, en realidad, al condolernos sinceramente de la suerte de nuestro colega, inferimos: ó es el siglo más chico de lo que habíamos pensado, ó no es este siglo que alcanzamos el que habíamos menester.

Inferimos que no está bastante ilustrado el país para leer artículos en blanco, y que es más acertado meter las cosas con cuchara, como lo entiende el *Boletín:* adoptamos el agüero que nos ofrece nuestro silencioso cofrade. A catorce *Siglos* nos ha dejado este periódico: es decir, en la Edad media; confesemos francamente que no podemos pasar de aquí, y quedémonos en blanco enhorabuena. Muchos son efectivamente los puntos que ha dejado en blanco nuestro buen *Siglo* en punto á amnistía, en punto á política interior, en punto á honor y patriotismo de no sé qué hazaña, y en punto, en fin, á cortes; pero más creemos que hubieran sido aún los puntos en blanco, si conforme era el 14 el siglo, hubiera sido el 19. Y por último, deducimos de todo lo dicho y de la muerte que alcanza á nuestro buen *Siglo*, á pesar de toda su ilustración y grandeza, que el siglo es chico como son los hombres, y que en tiempos como éstos los hombres prudentes no deben hablar, ni mucho menos callar.



VENTAJAS

DE LAS COSAS A MEDIO HACER

Suele decirse que nadie tiene más edad que la que representa, y esta es una de las muchas mentiras que corren acreditadas y recibidas en el mundo con cierto agradable barniz de verdad, y que entran en el círculo de todo aquello que sin ser *vero*, es sin embargo *ben trovato.* Si una mentira pudiese probar algo, ésta probaría una verdad, á saber, que no hay nada positivo, que no hay nada tal cual es, sino tal cual parece. Por el mismo estilo podría decirse que ciertos pueblos no envejecen, porque para envejecer es preciso vivir. He aquí la razón porqué siempre que yo me paro á mirar con reflexión nuestra España (que Dios guarde de sí misma sobre todo) suelo dirigirle mentalmente aquel cumplimiento tan usual entre gentes que se ven de tarde en tarde: «¡Hombre, por usted no pasan días!» Por nuestra patria efectivamente no pasan días; bien es verdad que por ella no pasa nada: ella es por el contrario la que suele pasar por todo. Así es que después de sus años mil, vésela de temporada en temporada aparecer joven y rozagante, como quien empieza á vivir de nuevo. Si la hubiésemos de comparar con algo, la compararíamos con esas viejas verdes que unos días se tiñen las canas y otros no: ó con esos seres que pasan el invierno entre dos piedras en una aparente muerte, y que necesitan todo el sol del mes de julio para empezar de rebullirse; ó con la comparsa del célebre Robinsón, silbado años pasados en esta corte, que andaba dos pasos adelante y uno atrás, ó con la casta Penélope, que deshacía de noche la tela que tramaba por el día; ó con los gatos, en fin, de los cuales se dice que tienen mil vidas; si bien con una notable diferencia: éstos siempre caen de pie, y de la España no nos atreveríamos á decir claramente cómo cae siempre. En una palabra, se la puede comparar con todo y exactamente con nada.

No es esto que queramos hablar mal de España: mala ocasión escogeríamos, sobre todo cuando está casualmente en el día en que se tiñe las canas, en que se despereza y se rebulle, en que da el paso adelante, en que teje la tela, y en que se levanta renqueando de la última caída. Dios nos libre de semejante intención como de un manifiesto; nuestro objeto es retratarla, y aun hacerla favor si cabe. Es el mal que se escapa á la observación como el agua á la presión: piensa usted cogerlo por un lado, deslízase por otro; como esos calidoscopios fantasmagóricos que á cada movimiento presentan una figura distinta á la vista divertida; así nues-

tra patria ofrece unas veces encima unos colores y otras veces otros.

El año 8, según decía su gobierno, no podía ser feliz sino bajo la ilustrada dominación del dispensador supremo de la dicha de los pueblos. Poco después, toda su bienandanza debía consistir en manejarse por sí sola, rechazando la citada ilustrada dominación. El año 14 era indudable que sólo su legítimo rey y su legítima libertad la podían conducir á la dicha estable y duradera. A mitades del mismo año pendía su salvación de su legítimo rey, pero sin auxilio ya de la tal libertad, ni maldita la ayuda de vecino. Hecha ya la casa, abajo los andamios. Hasta el año 19 inclusive, el orden y la paz, la gloria y la ventura sólo podían apoyarse en la santa Inquisición. El año 20 ya se averiguó que aquella dicha de que había gozado por tan santo medio no era la verdadera; la verdadera era la que iba á tener, fundada en la igualdad y en la libertad: entonces se supo á ciencia cierta que iba á ser venturosa. El año 23, sin embargo, se vió felizmente restituída á la felicidad verdadera; entonces sólo podía esperarla de aquellos mismos franceses, los únicos que el año de 8 podían hacerla feliz, y que el año 9 sólo podían hacerla desgraciada. En aquel año 23 recibió, pues, su verdadera dicha del absolutismo, único gobierno capaz de llevar á un pueblo á su esplendor con mano fuerte: entonces abrió los ojos por cuarta vez, y vió palpablemente cómo había de ser feliz. Y por fin, el año 34, abre los ojos por quinta vez, y se convence de una manera irrecusable, como siempre, de que su felicidad sólo puede depender de la representación nacional, y de que un gobierno absoluto no es la piedra filosofal. Escarmentada como siempre de sus pasados errores, ya no volverá á caer en el lazo que la tienden los malévolos y los ilusos, y todos esos bribonazos que andan siempre engañando y extraviando pueblos; en el año 34 se convence definitivamente de que la verdadera felicidad es la de ahora; todas las demás han sido felicidades de poco momento. Confesemos que esta su convicción de ahora es la más fuerte, aunque no sea más que por haber estado ya otras veces convencida de lo mismo.

Hay quien cree que la felicidad es una de las muchas mentiras *ben trovatas*, como llevamos dicho, para nuestro consuelo: ya nos guardaremos nosotros de creer esto: y si en ninguna parte la vemos más que escrita, no será sin duda porque no exista, sino porque no se ha sabido dar con ella hasta la presente. Siempre resulta de lo dicho que por la España no pasan días: nuestra patria siempre la misma; siempre jugando á la gallina ciega con su felicidad: empeñada en atraparla, por el estilo de aquel loco, maniático por atraparse con la mano izquierda el dedo pulgar de la misma mano que tenía cogido con la derecha; y siempre más convencido la última vez que todas las anteriores.

Intrincado y oscuro laberinto le parecería á cualquiera nuestra felicidad. Habrá quien diga que de no haber hecho nunca las cosas claras y terminantes le viene el mal de haberse de contradecir... Pero réstanos saber si es un mal el contradecirse; esto no está averiguado: decir siempre la verdad nos obligaría á decir siempre una misma cosa; esto sobre ser una pesadez insufrible nos conduciría á decirlo todo de una vez. ¿Y después? No diríamos nada. Figúrese el lector qué vacío en una larga existencia. Decimos por el contrario una cosa hoy y otra mañana. ¡Figúrese el lector qué variedad! Hay tela cortada para toda la vida. Igual consecuencia sacamos respecto á hacer las cosas claras y terminantes. Nosotros estamos por las cosas oscuras: hablamos seriamente. En primer lugar nadie nos negará una inmensa ventaja que sobre las cosas claras llevan las oscuras, á saber, que éstas se pueden aclarar. Hágalo usted todo de una vez; el día 1.º del año por ejemplo. ¿Y los 364 restantes qué hace usted? Holgar. Dios nos libre: la ociosidad es madre de todos los vicios. Si este es de todos los males el peor, vale más hacer mal y deshacer bien, que no hacer nada.

Para concluir, figurémonos por un momento que lo que vamos á hacer el año 34, porque yo creo que vamos á hacer algo, lo hubiéramos hecho de primeras el año 9, ó el 14, ó el 20. ¿Qué haríamos el 34? ¿Ser felices? ¡Brava ocupación! Hubiéramos vivido de entonces acá, hubiéramos envejecido en esta felicidad que vamos á atrapar precisamente ahora; en una palabra, hubieran pasado los días y las cosas por nosotros, en vez de pasar nosotros por los días y las cosas, y no estaríamos, como estamos, en los principios. ¡Espantosa perspectiva! Más sabios, por el contrario, nosotros dejamos siempre algo que hacer, algo oscuro que aclarar para mañana. ¡Ay de aquel día en que no haya nada que hacer, en que no haya nada que aclarar!

HERNAN PÉREZ DEL PULGAR, EL DE LAS HAZAÑAS

BOSQUEJO HISTÓRICO

POR DON FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

Entre los muchos y graves compromisos que rodean por todas partes al periodista, y al lado del riesgo de escribir, sin querer, lo que no piensa, ó de no pensar bastantemente lo que escribe; á la par del percance de ir mal expresadas, ó de ser mal entendidas é interpretadas sus frases, de ser responsable de lo que otros escriben, y de verse esclavo de la libertad de sus conciudadanos, que él mismo acaso fundara y constituyera, pudiera campear como grande entre los mayores el compromiso de haber de criticar imparcial y concienzudamente la obra literaria de un ministro. No porque no pueda un ministro escribir una obra buena, sino precisamente por lo mismo que puede escribirla; el elogio que dirigido á un particular aparece imparcial y generoso en la boca del crítico, encaminado á una excelencia toma para con la opinión pública casi siempre el sabor de lisonja y adulación, por justo y merecido que en el fondo sea. Es preciso, pues, que el periodista tenga la grandeza de ánimo suficiente para arrostrar la tacha de adulador, cuando quiere su mala suerte que se reunan en un hombre solo el poder y el mérito. Esto, felizmente, no sucede todos los días. Andarse desenterrando por otra parte defectos, ó muy leves ó imaginados, sólo para granjearse opinión de fuerte y de arriscado, sería una pequeñez indigna de quien abrigase un corazón noble y generoso. Puestos nosotros en tan duro trance, tomamos el único partido que parece señalarnos nuestro carácter independiente; y nos limitamos á asegurar con franqueza que si pudiera pesarnos alguna vez de que el señor don Francisco Martínez de la Rosa ocupase el alto puesto en que le han colocado las esperanzas de los españoles, sería en esta ocasión en que quisiéramos tributar nuestra alabanza y respeto al hombre de letras con toda independencia del hombre de estado.

Tiempo hacía ya que esperábamos algún fruto de la pluma del señor Martínez de la Rosa los que de esperar vivimos, y los que ya hemos tomado sabor á los partos de su buen ingenio. La obra que publica en el día no es acaso la más importante que de él podíamos esperar; es un simple bosquejo histórico de la vida de Hernán Pérez del Pulgar, uno de los héroes con que se honra España, según la misma expresión del autor; es empero en su género un apreciabilísimo trabajo. Gran servicio hace á su patria indudablemente el hombre estudioso que desenterrando en las antiguas crónicas y leyendas los grandes hechos con que la ilustraron sus hijos, los ofrece como modelos á la generación presente y á las venideras. Don Francisco Martínez de la Rosa, tan justamente aficionado á las cosas de Granada, no podía menos de investigar con diligencia los hechos de Pulgar, por su naturaleza enlazados con la historia de aquella ciudad. La claridad, el orden y gradación de los hechos, la narración sencilla, elegante, y no pocas veces florida, y aquellas reflexiones políticas ó morales que suelen nacer tan naturalmente á veces de la misma relación de los hechos bajo la pluma del historiador, colocan este bosquejo histórico entre lo mejor que poseemos en este género. No luce en él la enérgica concisión de Tácito, ni la profunda filosofía de Plutarco; pero puede rivalizar su estilo con lo mejor de nuestro siglo de oro. Tan cierta es esta proposición, que, al leer *Hernán Pérez del Pulgar*, hemos creído más de una vez tener entre manos un libro desenterrado de aquella época. No faltará quien tachará este cuidado, esta esmerada imitación del lenguaje de Solís y de Mariana, como una extremada afectación de purismo; no faltará quien llame á la obra entera un arcaísmo; no faltará quien crea, acaso con razón, que se descubre el

artificio que en tal escrupuloso remedo ha debido emplear su autor; nosotros nos contentaremos con indicar que, á nuestro débil entender, las lenguas siguen la marcha de los progresos y de las ideas; que pensar fijarlas en un punto dado á fuer de escribir castizo, es intentar imposibles; que es imposible hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y que todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta, sólo podrá perjudicar á la marcha y al efecto general de la obra que se escriba.

De aquí nazca acaso que el señor Martínez, en quien por otros escritos conocemos una alma inclinada de suyo al entusiasmo y una imaginación poética, no se deja arrebatar de un arranque solo de calor y patriotismo, él tan ardiente y patriótico, al describir los hechos grandiosos y hazañas singulares de su héroe: ni aquella misma Granada de él tan querida y privilegiada, basta á inflamar su acompasado y monótono estilo anticuado. La traba que en su manera de escribir se había impuesto, ha sido ocasión tal vez de que se halla en la obra este vicio. El bosquejo histórico parecerá en nuestra biblioteca moderna lo que Pompeya y Herculano en la Italia del día.

Por lo demás échase bien de ver cuánta sea la erudición del señor Martínez, al advertir que llenan dos terceras partes del tomo las notas y apéndices con que ha creído deber autorizar las increíbles hazañas de Pulgar.

En este punto fuerza es respetar la escrupulosa y exquisita erudición de su excelencia. Nosotros no concluiremos este juicio crítico sin envidiársela, y sin darle el parabién por su bosquejo histórico, que alternará, en nuestro entender, dignamente con sus escritos anteriores. *Aut agere scribenda, aut legenda scribere*, decía un célebre romano: *ó hacer cosas dignas de ser escritas, ó escribir cosas dignas de ser leídas.* Ya que no podemos ser Hernando del Pulgar, quisiéramos ser su historiador.

REPRESENTACIÓN

DE «UN NOVIO PARA LA NIÑA, O LA CASA DE HUESPEDES»

COMEDIA NUEVA ORIGINAL, ESCRITA EN DIVERSOS METROS

Después de largos años de asedio, por fin ha tomado una empresa posesión de los teatros de esta corte. No queremos decir con esto que el ayuntamiento, que primero los ha dirigido, no sacase de ellos el partido posible, ni que... nosotros nunca queremos decir más de lo que decimos; antes si por algo pecamos, es precisamente por decir lo que queremos. En este particular nos bastará contar un caso, que alude á la circunstancia de haber tenido primero los teatros la municipalidad y de tenerlos después una empresa particular, y le contaremos sin perjuicio del respeto que tenemos al excelentísimo ayuntamiento.

Había en Barcelona, no podemos decir en qué época, un corregidor celoso del bien público, si los ha habido nunca: y debía haber al mismo tiempo que corregidor bailes de máscaras, porque se acercaba el carnaval. Sabido es que en Barcelona nunca han sido cosa mala las máscaras como en Madrid. Era el tal corregidor hombre sagaz, y había notado en el año precedente, primero de su corregimiento, que el primer baile de máscaras no había sido concurrido ni brillante. Llevado, pues, del deseo de que la cosa empezase bien, publicó en un bando la siguiente cláusula:

«Habiendo notado la autoridad en el año anterior que el primer baile que en la Lonja de esta ciudad se dió no fué brillante ni concurrido, y no habiendo podido averiguar la causa de esta extrañeza, ha dispuesto que este año se empiece por el segundo baile.»

He aquí precisamente lo que encontramos nosotros aplicable al presente caso. Nada hubiera quedado que desear en materia de teatros, si se hubiera empezado hace muchos años por el segundo baile, es decir, por tener una empresa particular los teatros de esta corte.

Antes de ayer se dió principio á la nueva temporada cómica: es fuerza confesar que es grande el celo de la nueva empresa. Dejando aparte la compañía de ópera que nos tiene preparada, acerca de la cual guardaremos silencio hasta que la experiencia, confirmando nuestras buenas esperanzas, autorice nuestros elogios, diremos desde luego que empezar dando al público en el primer día tres novedades dramáti-

cas en sólo dos teatros, es empezar con muy buenos auspicios.

El autor de la novedad del Príncipe ha callado en los anuncios su nombre, y nosotros no nos creemos con derecho á revelarle. Parécenos sin embargo modestia inútil y excusada diligencia, porque su fácil versificación y el género á que pertenece, y el sello que lleva, delatan al autor aun á los menos inteligentes, á los menos versados y peritos en el arte, con sólo que hayan oído otra producción del mismo ingenio.

El título nos anunciaba un argumento nuevo, original, interesante. El amor mal entendido de una madre que establece una casa de huéspedes con el interesado objeto de hallar un novio para su hija, exponiéndola á los riesgos y humillaciones de tan falsa posición, bien merecía una comedia, y una comedia buena sobre todo. Don Donato, hombre original, viejo y achacoso, pero rico y pagado, no de su persona precisamente, sino de su dinero, es uno de los huéspedes de doña Liboria y de los amantes de su hija Concha; hombre intolerable, porque tiene dinero, que insulta, porque paga, y que reconvenido de grosero responde: «Hago bien, tengo dinero.» Este rasgo maestro es la mejor definición que se puede hacer de su carácter. Don Fulgencio, fatuo, con sus puntas de caballero de industria, es otro huésped y otro amante; es la manía de éste la de rozarse con grandes, la de vender protección, la de comer en todas partes; en una palabra, el convidado de piedra. Don Manuel, pasante de abogado, pobre, pero honrado, á pesar de Cervantes, que dice en cierta parte: *Si es que el pobre puede ser honrado*, es el tercer huésped y pretendiente: éste es modesto, vive de dar lecciones, y tan corto de genio como de recursos metálicos, que lo uno suele ir en el mundo con lo otro. Concha es una niña á quien el viejo rico fastidia, á quien el fatuo incomoda, y que sólo del pasante se enamora. Doña Liboria es una madre cariñosa, viuda, con pocos recursos, que llora la ausencia de un hijo, de quien no tiene noticia: busca novio para su niña, y en esto está dicho todo, y aun disculpado su carácter. El primer acto es un acto por consiguiente de exposición en que harto tenía que hacer el poeta con presentar al público la galería de caractéres sobre que gira su obra, y en honor de la verdad no podemos menos de decir que están esos caracteres pintados con pincel maestro. Este es el género de este autor, y es difícil en él aventajarle. En el segundo acto, la niña, hostigada por doña Liboria, se ve precisada á elegir, y anduviera mal su amor y el de don Manuel si no llegara un nuevo huésped, joven, rico, que viene de América después de largos años de expatriación. Tiene su familia en Madrid, pero no dando con ella se ve precisado á tomar habitación en una casa de huéspedes hasta encontrarla. Fácilmente conoce el que haya visto comedias que el recién llegado don Diego es el hijo de doña Liboria: ha hecho fortuna en América, lo cual es de tradición: sabedor del estado de su familia, él se encarga de despedir á los recién pretendientes: consíguelo en el tercer acto desengañando á doña Liboria acerca de la fatuidad de don Fulgencio, de la loca pretensión del viejo, y de los riesgos á que ha expuesto á su hija. El honrado y modesto don Manuel es finalmente el premiado con la mano de Conchita, después de haberse atrevido los dos enamorados á declararle su tierno pensamiento en unas endechas, harto más poéticas de lo que la verosimilitud exigía.

Por este sucinto análisis habrá comprendido el lector el argumento y plan de la comedia. Con respecto al juicio crítico de ella, confesamos ingenuamente que cuando la amistad nos une con el autor de una comedia, tememos que este sentimiento nos ofusque, y así nos oculte los defectos como nos abulte las bellezas. Sólo diremos, con respecto á *Un novio para la niña*, que tanto las bellezas como los defectos que quiera encontrar en ella el crítico severo, son los mismos que en las más obras de su autor se encuentran. ¿Ofenderíamos la amistad si aconsejásemos al autor que meditase algún tanto más sus planes? Este es generalmente el escollo de la abundancia de genio. El autor se deja llevar de su facilidad: en ésta no le conocemos rival, así como tampoco en el chiste y la agudeza: sus descripciones, así de los bailes como de las casas de huéspedes, son un espejo fiel de las costumbres: su diálogo está lleno de gracias y de viveza. Su versificación es un modelo; pero donde se prueba cuánto puede el ingenio es en una circunstancia notable. Tres comedias consecutivas nos ha dado este poeta, en las cuales ha sabido hacer tres obras diferentes, repitiéndose á sí mismo. Una joven sencilla y virtuosa y tres pretendientes de diversos caracteres forman el argumento de todas ellas. Otro se hubiera visto apurado para hacer de él una sola comedia. El autor de *Un novio para la niña* ha hecho, sin embargo, con él tres dramas diferentes.

EL HOMBRE PONE Y DIOS DISPONE,

Ó LO QUE HA DE SER EL PERIODISTA



Gran cosa dijo el primero que anunció este proverbio, hoy tan trillado. Si hay proverbios que envejecen y caducan, éste toma por el contrario más fuerza cada día. Yo por mi parte confieso que á haber tenido la desgracia de nacer pagano, sería ese proverbio una de las cosas que más me retraerían de adoptar la existencia de muchos dioses; porque soy de mío tan indómito é independiente, que me asustaría la idea de proponer yo, y de que dispusiesen de mis propósitos millares de dioses, ya que desdichadamente ha de ser hombre un periodista, y, lo que es peor, hombre débil y quebradizo. Ello no se puede negar que un periodista es un ser bien criado, si se atiende á que no tiene voluntad propia; pues sobre ser bien criado, debe participar también de calidades de los más de los seres existentes: ha menester, si ha de ser bueno y de dura, la pasta del asno y su seguridad en el pisar, para caminar sin caer en un sendero estrecho, y como de esas veces fofo y mal seguro; y agachar como él las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Necesita saberse pasar sin alimento semanas enteras como el camello, y caminar la frente erguida por medio del desierto. Ha de tener la velocidad del gamo en el huir para un apuro, para un día en que Dios disponga lo que él no haya puesto. Ha de tener del perro el olfato, para oler con tiempo donde está la fiera, y el ladrar á los pobres; y ha de saber dónde hace presa, y dónde quiere Dios que hinque el diente. Le es indispensable la vista perspicaz del lince para conocer en la cara del que ha de disponer, lo que él debe poner; el oído del jabalí para barruntar el runrún de la asonada; se ha de hacer, como el topo, el mortecino, mientras pasa la tormenta; ha de saber andar cuando va delante con el paso de la tortuga, tan menudo y lento que nadie se lo note, que no hay cosa que más espante que el ver andar al periodista; ha de saber, como el cangrejo, desandar lo andado, cuando lo ha andado de más, y como de esas veces ha de irse sesgando por entre las matas á guisa de serpiente; ha de mudar camisa en tiempo y lugar como la culebra; ha de tener cabeza fuerte como el buey, y cierta amable inconsecuencia como la mujer; ha de estar

en continua atalaya como el ciervo, y dispuesto como la sanguijuela á recibir el tijeretazo del mismo á quien salva la vida; ha de ser, como el músico, inteligente en las fugas, y no ha de cantar de contralto mas que escriba con trabajo; y á todo, en fin, ha de poner cara de risa como la mona. Esto con respecto al reino animal.

Con respecto al vegetal parécese el periodista á las plantas en acabar con ellas un huracán sin servirles de mérito el fruto que hayan dado anteriormente: como la caña, ha de doblar la cerviz al viento, pero sin murmurar como ella; ha de medrar como el junco y la espadaña en el pantano; ha de dejarse podar cómo y cuando Dios disponga; y tomar la dirección que le dé el jardinero; ha de pinchar como el espino y la zarza los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; en días oscuros ha de cerrar el cáliz y no dejar coger sus pistilos como la flor del azafrán; ha de tomar color según le den los rayos del sol; ha de hacer sombra, en ocasiones dañina, como el nogal; ha de volver la cara al astro que más calienta como el girasol, y es planta muerta si no; seméjase á las palmas en que mueren las compañeras empezando á morir una; así ha de servir para comer como para quemar, á guisa de piña; ha de oler á rosa para los altos, y á espliego para los bajos; ha de matar halagando como la hiedra.

Por lo que hace al mineral, parece el periodista á la piedra en que no hay picapedrero que no le quite una esquirla y que no le dé un porrazo; ha de tener tantos colores como el jaspe, si ha de parecer bien á todos; ha de ser frío como el mármol debajo del pie del magnate; ha de ser dúctil como el oro: de plata no ha de tener ni aun el hablar en ella; ha de tener los pies de plomo; ha de servir como el bronce para inmortalizar hasta los dislates de los próceres; lo ha de soldar todo como el estaño; ha de tener más vetas que una mina, y más virtudes que un agua termal. Y después de tanto trabajo y de tantas calidades ha de saltar, por fin, como el acero en dando con cosa dura.

En una palabra, ha de ser el periodista un imposible: no ha de contar sobre todo jamás con el día de mañana: ¡dichoso el que puede contar con el de ayer! No debe por consiguiente decir nunca como *El Universal:* «Este periódico sale todos los días excepto los lunes;» sino decir: «De este periódico sólo se sabe de cierto que no sale los lúnes.» Porque el hombre pone y Dios dispone.

VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES

POR DON MANUEL JOSÉ QUINTANA

Tomo III

DON ALVARO DE LUNA, CONDESTABLE DE CASTILLA, Y FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, OBISPO DE CHIAPA Y PROTECTOR DE LOS INDIOS

Triste es por cierto considerar que donde son tan pocas las obras que pueden llamar fundadamente la atención de los literatos, se atreviesen aún los acontecimientos y las circunstancias á estorbar ó retardar la publicación de tal cual libro científico, luminoso ó bien escrito. La obra que anunciamos fué comenzada ha muchos años por el señor don Manuel José Quintana, poeta y literato bien conocido y apreciado entre nosotros, bajo un plan perfectamente concebido, y que llevado á cabo con la diligencia que el señor Quintana se prometía emplear en ella, hubiera dado gloria á su autor y lustre á su patria.

Desgraciadamente, los tristes acontecimientos y las revueltas políticas que vinieron poco después de la publicación de las cinco primeras vidas á conmover violentamente nuestra patria, y que envolvieron en su torbellino al autor, fueron causa de que se suspendiese este importante trabajo. Restituído á sus hogares, como él mismo dice en el prólogo de este su tercer tomo, lo primero á que atendió fué á revisar los estudios que en esta parte tenía hechos, y poner en orden los más adelantados para su publicación. Fruto de estas tareas continuas fueron las dos vidas de Vasco Núñez de Balboa y de Francisco Pizarro, que se dieron á luz

en el año de 30, y las dos que ahora publica de don Alvaro de Luna y fray Bartolomé de las Casas.

No es esta ocasión de hablar ni del primer tomo, ni del segundo de esta obra, que ya en distintas ocasiones han sido juzgados y apreciados justamente por los periódicos y por el público. La diversidad de épocas, empero, en que se han publicado los tomos de las *Vidas célebres*, han debido dar un carácter particular á cada uno, ora por la influencia que ejercen siempre en el escritor las circunstancias que le rodean, ora por el sello que las diversas edades del autor no han podido menos de imprimir á trabajos interrumpidos por muchos lustros. Nótase consiguientemente en las primeras vidas, para servirnos de una expresión del mismo poeta que analizamos, el *hervir vividor* de la juventud, el entusiasmo, el encanto, el color de heroísmo con que suele complacerse la primera edad del hombre en revestir todos los objetos que se presentan á su vista. La materia de ellas contribuía también en verdad á prestar una tinta más poética á aquellos hombres cuya historia, perdiéndose en la oscuridad de los tiempos remotos, se clasifica naturalmente entre las tradiciones fabulosas que presiden á la formación de las sociedades. Por el contrario, conforme se acerca la historia á los tiempos modernos, la multiplicidad de datos que se acumulan en comprobación ó contradicción de los hechos, y la mayor importancia que naturalmente damos á los que por más recientes se enlazan con los nuestros, ó han podido tener influencia en ellos, atan al historiador y tórnanle más circunspecto, dejando á la par menos libertad á su imaginación para campear libre y osadamente. Así que, en el primer tomo leemos continuamente al poeta. En el segundo, y aun más en el tercero, leemos al historiador, si menos galano, más filósofo. Vemos al hombre que ha pasado por el tamiz de las revoluciones, que ha sufrido, que ha aprendido á conocer á los hombres. El primer tomo descubre en todas sus páginas la expresión noble y generosa de un alma joven y poética, que no ve más allá de la exterioridad aparente en las acciones. El tercero respira la amargura del desengaño, la triste verdad de la experiencia. Las dos vidas que encierra este tomo ofrecían á su cronista más que medianas dificultades, que ni ha desconocido, ni le han arredrado. Don Alvaro de Luna, juguete de los caprichos de la fortuna, víctima de su propia elevación, y escarmiento de favoritos, es uno de los hombres que más celebridad han obtenido en nuestra patria; de esa celebridad empero estéril, hija de una existencia tan improductiva como ruidosa. Triste es reflexionar que entre los muchos hombres que han inmortalizado su nombre en las páginas de nuestra historia, es contado el número de los que han influído en su prosperidad. De aquí ha nacido sin duda que la nación ha permanecido estancada, cuando sus hijos adelantaban su fama particularmente. Harto débiles para sobreponerse á su siglo y á su país, en vez de prestarles su influencia, la han recibido de ellos: han sucumbido á las circunstancias que los han rodeado, casi siempre, en vez de dominarlas. Considerados políticamente nuestros grandes hombres, han sido bien pequeños. En este número no puede menos de colocarse el condestable; su paso, semejante al de la tempestad, fué ruidoso, sí, pero nada fecundo. La reflexión política que parece deducirse de la narración de la vida del condestable, es aquella que cita el mismo autor del cronista Pero de Guzmán, y en que nos asegura abundar gustosísimo: «La mi gruesa é material opinión es esta: que ni buenos temporales ni salud son tan provechosos é necesarios al reino como justo é discreto rey.»

Fray Bartolomé de las Casas, este hombre tan extraordinario, por las opiniones que osó, casi temerariamente, adoptar en unos tiempos en que creían sus compatriotas que el Hacedor supremo había hecho á la raza india para uso particular de la Europa, y que no dudó en ver hombres donde sólo veían siervos los demás; tan locamente encomiado por los extraños como injustamente vilipendiado por los propios, es el objeto de la segunda parte del tercer tomo. La vida de fray Bartolomé pertenece más bien á la humanidad entera que á la España sola. Las Casas no fué un hombre de un talento superior: fué sí un hombre extraordinario por su fanatismo filantrópico, digámoslo así. Este es el juicio que de la lectura de su vida resulta. Arrebatado en sus opiniones exclusivas, si bien justas, su exaltación inutilizó y malogró casi siempre la pureza de sus intenciones. No bastan éstas empero para constituir grande al hombre: es preciso saberlas llevar á cabo y hacerlas triunfar. Dirásenos que la fortuna pudo influir en el mal éxito de los afanes de las Casas: esta es una vulgaridad que nunca entenderemos; el hombre superior hace la fortuna: conocedor de las circunstancias que se oponen al logro de sus

planes, las esquiva ó las dirige, y las domina. El que sucumbe á ellas es el hombre vulgar; por más que haya vencimientos más gloriosos que la misma victoria, nunca será grande el guerrero constantemente vencido. Todo el mérito, pues, que á las Casas podemos conceder es el de haberse adelantado á su siglo en la manera de considerar á los indios, el de un tesón á prueba de todo desaire, el de un celo ejemplar, y el de haber tenido alguna influencia, si bien indirectísima é imperceptible casi, en mejorar la existencia de algunas tribus americanas. — El señor Quintana ha respondido victoriosamente en su prólogo á la acusación que se le podía hacer de poco afecto al honor de su país, cuando adopta tan francamente los sentimientos y principios del protector de los indios. «¿Se negará uno, dice en su prólogo, á las impresiones que recibe, y repelerá el fallo que dictan la humanidad y la justicia por no comprometer lo que se llama el honor de su país? Pero el honor de un país consiste en las acciones verdaderamente grandes, nobles y virtuosas de sus habitantes: no en dorar con justificaciones ó disculpas insuficientes las que ya por desgracia llevan en sí mismas el sello de inicuas é inhumanas.» Si la noble independencia del señor Quintana, con la cual nosotros simpatizamos, hubiera menester defensa, ¿qué podríamos añadir á tan enérgicos renglones? El escritor no es el hombre de una nación: el filósofo pertenece á todos los países: á sus ojos no hay límites, no hay términos divisorios: la humanidad es y debe ser para él una gran familia.

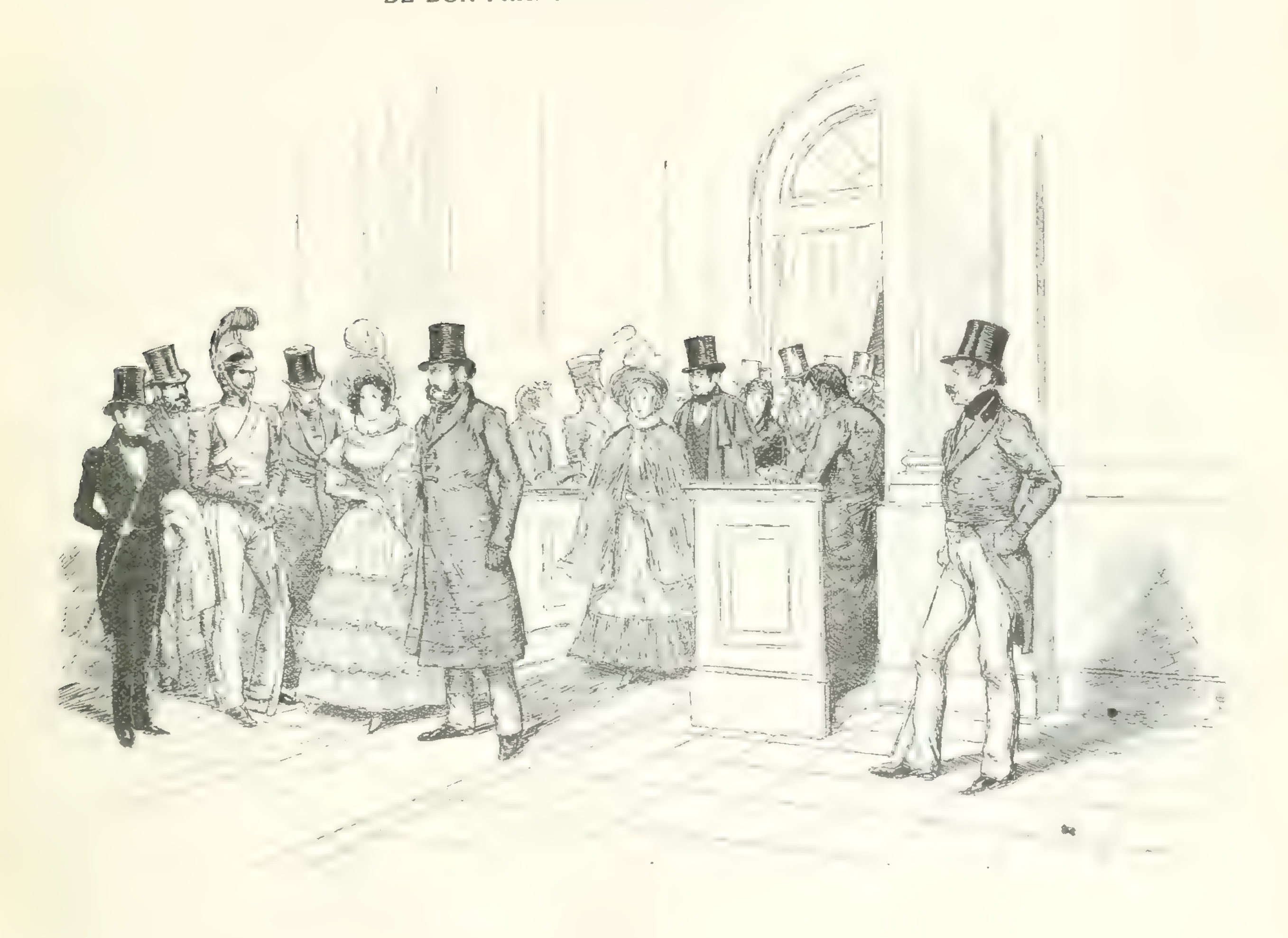
El señor Quintana, al continuar la vida de los Españoles célebres, hace un servicio señalado á su patria, á la literatura. Su narración clara y elegante, su estilo conciso y fluido, su lenguaje castizo y correcto pueden presentarse en este género como modelos: y el criterio y la imparcialidad del historiador dan á su obra un lenguaje distinguido entre esta clase de libros. Es de desear que este Plutarco español continúe una obra que redunda tanto en honor de su pluma como en gloria de nuestra patria.

REPRESENTACION

DE LA NIÑA EN CASA Y LA MADRE EN LA MÁSCARA

COMEDIA ORIGINAL

DE DON FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA



Uno es el objeto del poeta cómico: la corrección del vicio que se propone por asunto de su obra. Los medios que pueden conducirle á su único fin son, en nuestro entender, diversos, porque no creemos en la exclusión de género alguno. Si la ironía ó la parodia de las situaciones de la vida y de las manías del hombre le presentan el cuadro de su error y le conducen, avergonzándole de sí mismo, al convencimiento y la corrección, también la pintura fiel de las desgracias á que pueden arrastrarle sus vicios le llevan, moviendo su corazón, al mismo resultado. Molière, jugando locamente con los extravíos y presentándonos el lado ridículo de nuestras preocupaciones, puede haber corregido á los más pundonorosos. Kotzebue, desarrollando á nuestra vista las circunstancias de las pasiones, y arrancando lágrimas al corazón, puede haber corregido á los más sensibles. Si Regnard puede haber hecho sonrojarse á un jugador, Ducange puede haberle hecho arrepentirse. Para esto basta con que el poeta (adopte el camino que quiera) presente siempre la verdad y no transija un punto con la inverosimilitud. Este principio general, que dicta la misma naturaleza, y que, sancionado por el simple sentido común, mal puede ser recusado ni aun por el clásico más rígido, parece haber sido reconocido hace ya tiempo por los poetas modernos; muchos de ellos le han llevado hasta un punto tal, que no han vacilado un adoptar á un tiempo ambos caminos: refundiendo en uno los dos géneros encontrados, di-

rigieron contra el vicio moral que se proponían corregir todos los recursos del arte. El primero que entre nosotros ha dado el ejemplo de esta novedad dramática ha sido el mismo Moratín, en quien encontramos esta diferencia esencial si le comparamos con Molière, como creemos haber dicho ya en otra ocasión. En *la Comedia nueva* aquel poeta no se contenta con hacer ver á los espectadores cuán ridículo es un don Eleuterio, sino que escarmienta crudamente á su protagonista, como desconfiando de que bastase el ridículo á corregirlo. En *el Viejo y la Niña* no se satisface con escarnecer la manía de un viejo que se cree capaz de hacer por fuerza la felicidad de una joven: ésle necesario cebarse además en la desdicha de esta víctima inocente. En *el Sí de las Niñas*, al paso que libra á la pública diversión el error de una madre que profesa á su hija un amor mal entendido, mueve el corazón con los lamentos de doña Paquita, y se complace en ponerla á dos dedos del precipicio, por si, no bastando á las madres imprudentes la representación de su ridiculez, han menester además que se les descorra el velo del funesto porvenir que preparan á sus hijas, violentadas por su indiscreto cariño. Entre los dramáticos que han sucedido á Moratín, con más ó menos fortuna, unos han seguido la escuela de Molière, otros la de Moratín. En la comedia que da motivo á este artículo ha probado el señor Martínez de la Rosa, como ya se traslucía en otras obras suyas, que no es la *vis cómica* del primero su mérito principal. Los escritos de este autor descubren en él, por lo general, un fondo de sensibilidad que debía hacerle adoptar este género, que de buena gana llamaríamos mixto si nos creyésemos con derecho y autoridad para poner nombres á las cosas. Admitida esta observación, ¿cuál era el vicio ó el extravío que se proponía combatir el poeta cómico en *la Niña en casa y la Madre en la máscara?* No era una pasión en general, uno de esos vicios que tienen un nombre y un carácter circunscrito, y que suelen ser el mejor asunto de la comedia. El objeto es convencer á las madres locas, á las viejas verdes, del riesgo á que exponen á sus hijas cuando descuidan su educación por el torbellino del mundo, de que no bastan á hacerlas prescindir ni su edad, ni su responsabilidad doméstica y social. Objeto era este profundamente moral. El refinamiento de la cultura y sociabilidad moderna no excluyen del mundo edad ni circunstancia alguna; pero si el mundo no arroja de sí á las madres, si no las encierra en sus casas, la moral y el interés de sus familias ponen ciertos cotos á su disipación. Para lograr su fin y presentarnos el cuadro del escarmiento, ya que no había adoptado de todo punto el arma del ridículo, debía pintar á una niña inocente y candorosa, porque ésta era la única á quien podía traer funestas consecuencias el abandono de su madre, y esas consecuencias del tal abandono debían ser tales que la misma madre se avergonzase de ellas y llorase lágrimas amargas de arrepentimiento. Esto es justamente lo que ha hecho el señor don Francisco Martínez de la Rosa: de suerte que fuera injusticia negarle que su plan está bien concebido. Teodoro, joven de perdidas costumbres, solicita á un tiempo á la madre y á la hija: esto tiene la doble ventaja de probar que cuando una niña sin experiencia se halla sola en el mundo, es más fácil que haga una elección poco acertada, y de hacer ver á la madre que una vieja loca nunca puede ser sinceramente querida. Hasta aquí sólo encontramos que admirar en *la Niña en casa.* No nos sucede lo mismo con respecto á los personajes accesorios del tío y de don Luis. El primero es uno de esos personajes que, sin estar precisamente de más en el argumento, están sin embargo poco enlazados con él: así es, que en el tío no hay acción, no hay movimiento. De estos viejos, echados como un libro en una comedia para presentar el contraste, no con su carácter, sino con sus máximas, tiene Moratín algunos. Nosotros entendemos que la moral de una comedia no la ha de poner el autor en boca de este ó de aquel personaje: ha de resultar entera de la misma acción, y la ha de deducir forzosa é insensiblemente el espectador del propio desenlace. El tío no sirve en *la Niña en casa* sino para hacer la exposición, que en este supuesto resulta no ser muy ingeniosa ni muy nueva, y para el desenlace, que también en rigor pudiera haberse llevado á cabo sin él. Si es episódico el tío por no tener gran parte en la acción de la comedia, ¿qué diremos de don Luís? De éste sentimos, no sólo que está poco enlazado con el argumento, sino que está completamente de más, y que perjudica para el desenlace sobre todo. Es inútil, porque nada hace sino precisamente lo que no debiera ni pudiera hacer nadie. Es inverosímil que este hombre, testigo de la pasión de Inés, esté siempre dispuesto á tomarla por esposa. Con respecto al argumento, sólo una observación nos queda que hacer.

Es lástima por cierto que el señor Martínez de la Rosa, que maneja el amor y el sentimiento en toda la comedia con tal tino, que sorprende á la naturaleza y hace suyos los secretos de ella, suponga á Inés, que nos pinta tan joven, tan inexperta, tan apasionada, desimpresionada sólo porque encuentra á su amante en su casa. Esto, á sus ojos, no teniendo otros antecedentes de su carácter, no puede ser nunca más que una falta suficientemente disculpada por el amor. Era preciso que para desengañarse Inés tuviese pruebas de la bajeza de Teodoro, que supiese de él lo que sabe el tío, y que se le hiciese conocer su doble y baja conducta. Y aun en este caso, si podía renunciar á él, no por eso podría tolerar siquiera en el momento del desengaño la perspectiva de otro hombre y otra boda. Ese mismo escarmiento del hombre en quien más había confiado debía llevarla á desconfiar doblemente de los otros que le hubiesen sido indiferentes. Esta es la naturaleza; por otra parte no era el objeto de la comedia casar á la niña, sino corregir á la madre; de suerte que desde el momento en que ésta se desengaña queda concluída la comedia: *qui ne sait se borner ne sut jamais écrire*, ha dicho un famoso crítico. Sin que queramos hacer una aplicación exacta de este axioma al señor Martínez, confesamos que es sensible que se haya dejado llevar de la antigua tradición de que han de acabar con boda todas las comedias.

La misma inculpación pudiera hacerse con respecto á alguna escena harto prolongada: las pasiones tienen un límite, una expresión última, después de la cual nada se puede escribir que no sea para descender. Por ejemplo, después de haberse arrojado Inés á los pies de su amante, después de hacerle locamente dueño de su albedrío, ¿qué les quedaba que hacer? ¿qué les quedaba que decir? Aquella escena pudiera haberse cortado allí en obsequio del mayor efecto. En el desenlace se olvida el poeta de que tiene esperando á la puerta á la madre, y prolonga igualmente demasiado la escena del descubrimiento del amante y del desmayo de Inés.

Sensible nos es haber de encontrar defectos; pero en primer lugar es sabido que el crítico no puede dejarse alucinar como el espectador por las impresiones fugitivas; su deber es escudriñar, su primera obligación la imparcialidad. En segundo lugar, si en esto puede haber algún riesgo para el escritor, no será seguramente cuando recae en un hombre del talento y el buen juicio del señor Martínez. Sólo se ofende de la crítica severa el que no es capaz de dejarla de merecer nunca. El talento superior la desprecia cuando es injusta ó parcial, caso de que nos parece estar muy distantes; y sabe darle su valor, y aun apreciarla, cuando es sincera, noble y de buena fe.

Después de esta breve indicación de los lunares que, á nuestro modo de entender, oscurecen el mérito de *la Niña en casa*, y que apuntamos con harta desconfianza de nosotros mismos, entraremos con más placer á encomiar lo mucho que en ella encontramos superior. El carácter de la madre es excelente y sostenido; el de Inés es delicado, tierno, profundo, está tocado con una maestría encantadora; el de Teodoro era el más fácil de escribir, y sin embargo nosotros nos contentáramos con que el actor encargado de él le hubiese representado con igual tino que el autor le ha escrito. Los medios de seducción empleados por el criado de Teodoro, y sobre todo por la criada de Inés, son un modelo en su género. Del lenguaje nada diremos, porque el elogiarle como un mérito extraordinario en el señor Martínez, sería suponer que podía no haber sido excelente: esto sería hacer una ofensa á este poeta, uno de nuestros mejores hablistas, delante de quien hablaremos y escribiremos siempre, en este particular, con respeto y con envidia. La versificación difícilmente pudiera ser mejor, y el diálogo, generalmente animado y cómico, está salpicado de chistes del mejor gusto. Presiden á él siempre la cultura y el conocimiento de la fina sociedad. En toda la comedia se descubre al filósofo, al poeta cómico, al conocedor del hombre, en fin, á quien pocos pueden igualar en ese tino con que se apodera del corazón y le conmueve con una palabra sola á veces, con un solo ¡ay! El público, al aplaudir esta comedia, no hace más que tributar una justicia de que ya había dado pruebas en otras ocasiones.

ESPAGNE POETIQUE

CHOIX DE POÉSIES CASTILLANES DEPUIS CHARLES-QUINT JUSQU'A NOS JOURS

MISES EN VERS FRANÇAIS

Avec une dissertation comparée sur la langue et la versification espagnoles, une introduction en vers et des articles typographiques, historiques et littéraires

PAR DON JUAN MARÍA MAURY

Ouvrage orné de plusieurs portraits

Hubo un tiempo feliz para nuestra patria, en que supo en armas, en política, en letras, dar la ley al mundo. Cuando es llegada para una nación la hora de la gloria, parece que se compiace el cielo en acumular lauros de todas especies sobre su generosa frente. Tocóle á la España esta época, y sublimóse á un grado de esplendor que ya difícilmente alcanzará ni ella ni pueblo alguno. En un mismo siglo expulsaba heroicamente de su profanado suelo los restos de la opresión dominadora que, por espacio de ocho largos siglos, la avasallara, y hacía ondear el estandarte de la cruz sobre las mezquitas de la media luna; extendía el poder de sus armas victoriosas por gran parte de la Europa; no contenta con tremolar el pabellón español en las tres partes del mundo conocido, vínole éste estrecho á su gloria, y lanzóse al vago inmenso del Océano, buscando mundos nuevos que conquistar. Roma, Méjico, Lepanto inclinaron sucesivamente la cerviz humillada bajo su poderoso cetro; no le bastaba tampoco el dominio de la fuerza, no le satisfacía que el sol no se pusiese nunca en sus dilatados términos, era preciso que el ingenio español desplegase también su poderío, y concluyese la conquista de las armas. A la sombra de los ganados laureles nacieron y crecieron hombres que previnieron é inutilizaron para la patria los posibles rigores del olvido. Lope y Calderón no fueron, efectivamente, nuestras glorias menores. Si cuando circunstancias de doloroso recuerdo hicieron degenerar después á la España, quedaron sus grandes hechos consignados en la historia, para servir de eterna reconvención á las degradadas generaciones posteriores, los escritos de nuestros grandes hombres permanecieron como blanco perpetuo de envidia para los que después de ellos habían de venir.

Olvidada luego la antigua influencia nuestra, levantadas otras naciones á ocupar el puesto privilegiado que vergonzosamente les cedíamos en el rango de los pueblos, la literatura no podía menos de resentirse de nuestra decadencia política y militar: callaron los cisnes de España; una nación vecina, de quien atinadamente dice el señor Maury: *Le goût naquit français*, creó una literatura nueva, que debía adolecer sin embargo de la influencia regularizadora, acompasada, filosófica del siglo en que aquélla prosperaba. Millares de preceptistas creyeron leer en Horacio lo que nunca acaso había pensado decir; Shakspeare y Lope fueron sacrificados en las aras de la nueva escuela, y el gusto se asentó sobre las ruinas del genio; el corto número de sus apasionados hubo de contentarse con admirarlos en silencio; nadie osó alabarlos sin rubor. Entronizada la nueva escuela, que nada debía en verdad á la España, ésta debía quedar borrada del mundo literario, y un célebre crítico pudo decir de ella impunemente: *un rimeur sans péril delà les Pyrénées*, etc., y llamarla bárbara, sin que nadie se atreviese á sospechar que se podría volver por ella algún día victoriosamente. Las épocas y los gustos se suceden sin embargo rápidamente, y el hombre debía volver á conocer que no había nacido sólo para un mundo de amarga y disecada realidad; escritores osados intentaron sacudir el yugo impuesto por los preceptistas; el mundo debía encontrar al fin, en política como en literatura, la libertad para que nació; la literatura española debía surgir desde este momento y aparecer más radiante que nunca, como un in-

menso fanal oscurecido largo tiempo por una espesa niebla. Los alemanes fueron los primeros que desenterraron nuestras bellezas, y Calderón vino á serles un objeto de culto. Había falta sin embargo todavía de una obra que hiciese conocer á la nación exclusiva que los españoles son hombres también y poetas. Tan grande empresa debía arredrar al más osado. No bastaba decir: «Aprendan ustedes á leer el castellano.» Esto hubiera sido acaso reproducir la Casandra de Troya, y era preciso decir: «Aprendan ustedes en francés á leer el castellano.» Don Juan María Maury, nuestro compatriota, tomó sobre sí la arrojada empresa de convencer al sordo que se negaba á oir, y si es cierto que *in magnis audisse sat est*, la idea sola del señor Maury constituye el mayor elogio de su obra.

Esta idea llevaba empero en sí misma un escollo inevitable: la índole de la lengua y de la poesía francesa, tan opuesta á la española, debía ser un obstáculo invencible. El intentar la perfección hubiera, pues, sido desatino: en acercarse á ella estaba la victoria; admitido este principio, creemos que la ha alcanzado muchas veces el señor Maury. El plan de su obra es el más á propósito para el objeto que se propone: la colección de poesías hubiera sido incompleta sin una reseña histórica de nuestra literatura; este vacío ha tratado de llenar su introducción. Convenimos con *el Monitor francés* que al analizar la *España poética* siente que el autor se haya dejado llevar de su inclinación y aun de tal cual parte de amor propio al escribirla en verso; amor propio disculpable en un español que ha podido desplegar tales fuerzas en el difícil empeño de poetizar en una lengua extraña. Este plan envuelve el inconveniente que abraza el punto mismo: una historia de literatura llena de fechas y nombres propios es argumento harto estéril para las musas: al quererlo tratar poéticamente le ha sido forzoso al autor embarazar su lectura con notas históricas, si bien importantes, prolijas y á veces minuciosas. Una disculpa encontramos con todo á su introducción poética. Acaso necesitaba el autor captarse la benevolencia de sus lectores creando en ellos hacia él una prevención favorable de su suficiencia. Si tal fué su objeto, hále conseguido sobradamente. Las noticias biográficas de nuestros poetas era otro punto importante que no podía olvidarse en semejante trabajo.

Con respecto al desempeño de la obra en general, varios críticos franceses se apresuraron á admitir en la literatura francesa al Sr. Maury, que se había adquirido indudablemente no pocos títulos á ocupar en ella un lugar distinguido.

«La expresión de don Juan Maury, dijo un periódico francés haciendo el juicio de esta obra, siempre elegante, anuncia un estudio profundo de la lengua francesa.» Tacháronle otros de una concisión harto incorrecta, de licencias inútiles, y de haber españolizado demasiado la poesía francesa. Esto, á nuestro entender, sobre ser lo más atrevido que ha podido hacer, nos parece un bien hecho á la lengua francesa, harto poco libre y desembarazada, y esta verdad la han confirmado escritores modernos de aquel país que después del señor Maury han roto las antiguas cadenas de la sintaxis francesa. Después de haber leído *Notre-Dame de Paris*, obra que ha hecho indudablemente una revolución en la lengua del Sena, la inculpación hecha á Maury cae por sí sola.

Más fundado nos parece el reproche que se le ha hecho de poca fidelidad al texto que traduce: abrevia y suprime á veces con notable perjuicio del original: ejemplo de esto puede ser la égloga de Garcilaso, *Salicio y Nemoroso;* otras amplifica, desliendo un pensamiento enérgico en más versos franceses de los necesarios. Puédele obligar á lo primero el miedo de verter al francés ideas propiamente españolas, cuya osada energía no consiente la índole de la poesía francesa, y en el segundo la precisión de rimar y redondear los pensamientos en una poesía que apenas admite *les enjambements*. Hay en cambio traducciones bellísimas, y en algunas creemos que ha mejorado el original. Ejemplo de las primeras puede ser la fábula de *El caballo y la ardilla*, de Iriarte. Lo mismo puede decirse de la oda *A las estrellas*, de Meléndez, de la *Rosa*, de Rioja, etc.

Interminable empeño sería el de presentar en un artículo de periódico, acaso ya demasiado largo, los muchos trozos que pueden servir de modelo á traductores, y en que ha sabido vencer el señor Maury la inmensa dificultad que le oponían la diversidad de índole de las lenguas, de poesías, de giros, de locuciones, etc. Contentémonos con que haya dado una idea ventajosa, si á veces incompleta, de nuestros poetas á los extranjeros, y reconozcamos francamente en honor de Maury que los más de los defectos no son culpa del autor, y que las más de las bellezas son propias suyas.

Garcilaso, Santa Teresa, Luis de León, Herrera, Cervantes, Góngora, Lope de Vega, los

Argensolas, Quevedo, Rioja, Villegas, Luzán, Cadalso, Iriarte, Meléndez, Iglesias, Noroña, Cienfuegos, Moratín, Quintana y Arriaza son los poetas que el autor ha puesto á contribución para formar esta colección escogida: no ha olvidado por eso que poseemos una inmensa riqueza literaria de autores desconocidos, en nuestros romanceros sobre todo: al coger de ellos los mejores y más afamados, ha creído deber dar una idea de este género puramente español, en que se hallan consignados los hechos principales de nuestra historia, y que es el verdadero depósito de la tradición fabulosa é histórica de nuestros tiempos primitivos.

Alguna reconvención pudiera hacerse al señor Maury acerca de la elección de algunas piezas; pero es difícil desnudarse de toda prevención y parcialidad amistosa, sobre todo cuando ha de hablarse de poetas contemporáneos: desde la dedicatoria se observa una predilección, que no llamaremos precisamente injusta, hacia las poesías del señor Arriaza; pero con la cual no convenimos del todo, sin que esto sea negar el sello de picante originalidad y de estro poético que casi siempre caracterizan á este escritor.

Generalmente hallamos mejor traducido el género heroico y el de las fábulas. Quevedo, por ejemplo, era intraducible, y el señor Maury, en una sola composición jocosa que de él escoge, lo ha probado. No habiéndole traducido él victoriosamente, creemos que puede cualquiera renunciar á este empeño. Rioja, Quintana y los romances son los que han encontrado más simpatías en la índole de la lengua francesa; la tendencia filosófica de los primeros, y el vigor varonil y sabor anticuado de los segundos, pueden haber contribuído á esto.

Mucho sentimos no poder citar largamente los elogios que diversos periódicos franceses tributaron á la *España poética* á la sazón de su publicación.

«Si don Juan Maury, dijo uno de ellos, es español de nacimiento, diríasele francés por el talento con que escribe la lengua de Racine, ora en prosa, ora en verso, y cosmopolita por lo bien que sabe apreciar todas las lenguas de Europa.» Nosotros diremos más. Don Juan Maury ha sabido hacerse con dos patrias: ha conquistado con su *España poética* su naturalización en la literatura francesa: no sabemos cuál le debe más, si ésta que ha enriquecido con una noticia que no podía sin vergüenza ignorar, ó la española, cuyo mérito ha sabido hacer valer entre los extranjeros.

Sabemos que el señor Maury piensa en introducir y poner en venta en su patria esta obra impresa en París, que sólo conocen hasta la presente los más afectos á la literatura: deseamos ardientemente que la aprobación de nuestros compatriotas confirme nuestro débil juicio y dé realce al voto que en su favor han emitido los diarios extranjeros. Entretanto no podemos menos, como españoles, de felicitar al señor Maury por su importante trabajo y su acertado desempeño en general. Y la literatura española, que había tenido un intérprete para los italianos en Conti, y para los ingleses en la *Antología española* de M. Wiffen y en el informe de lord Holland sobre Lope de Vega, debe igual servicio con respecto á los franceses al señor Maury. Sería, pues, imperdonable ingratitud en nosotros criticar con más rigorosa severidad una obra á quien tanto debemos por todos respectos los literatos celosos de la gloria de las letras españolas.

REPRESENTACIÓN DE LA CONJURACION DE VENECIA

AÑO 1310

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

DE DON FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA



No necesitamos remontarnos al origen del teatro para combatir la vana preocupación de los preceptistas que han querido reducir á la tragedia, propiamente llamada así, y á la comedia de costumbres ó de carácter al arte dramático. La razón natural puede guiarnos mejor. Con respecto á la comedia sea en buen hora el espejo de la vida, la fiel representación de los extravíos, de los vicios ridículos del hombre. Pero con respecto á todo lo que no es comedia, examinemos un momento cuál puede ser el objeto del teatro. En todos los pueblos conocidos debe éste su origen al orgullo nacional, que podríamos llamar el amor propio de los pueblos. La vida de sus antiguos héroes, y el recuerdo de sus hazañas, fué en Grecia el primer objeto del teatro. En un pueblo constituído como el griego, que se suponía hijo de dioses y semidioses, los primeros dramas debieron participar de esta grandeza y sublimidad á que debían su origen. No eran los hombres, ni sus pasiones, ni los sucesos hijos de ellas, los representados: eran acciones sobrenaturales las que formaban el argumento, y el cielo y la fatalidad eran su máquina principal. ¿Qué mucho, pues, que los preceptistas, que de aquellos modelos deducían las reglas, fijasen para este género, no pudiendo concebir otro, la precisa condición de que no hablasen en la tragedia sino héroes y príncipes casi divinos, y de que hablasen en aquel lenguaje que sólo á ellos podía convenir? Entiéndese esto fácilmente. Pero, cuando destruídas las antiguas creencias, no se pudo ver en los reyes sino hombres en-

tronizados, y no dioses caídos, no se comprende cómo pudo subsistir la tragedia heroica aristotélica. Para los pueblos modernos no concebimos esa tragedia, verdadera adulación literaria del poder. Por otra parte, ¿son por ventura los reyes y los príncipes los únicos capaces de pasiones? No sólo es éste un error, sino que, limitando á tan corto círculo el dominio de la representación teatral, frústrase su objeto principal. Los hombres no se afectan generalmente sino por simpatías: mal puede, pues, aprovechar el ejemplo y el escarmiento de la representación el espectador que no puede suponerse nunca en las mismas circunstancias que el héroe de una tragedia. Estas verdades generalmente sentidas, si no confesadas, debieron dar lugar á un género nuevo para los preceptistas rutineros; pero que es en realidad el único género que está en la naturaleza. La historia debió ser la mina beneficiable para los poetas, y debió nacer forzosamente el drama histórico. Nuestros poetas, que no sufrieron más inspiraciones que las de su genio independiente, no hicieron más que dos clases de dramas: ó comedias de costumbres y carácter, como *el Embustero* de Alarcón, y *el Desdén* de Lope y Moreto, ó dramas históricos, como *el Ricohombre* y el *García*. A este género, fiel representación de la vida, en que se hallan mezclados como en el mundo reyes y vasallos, grandes y pequeños, intereses públicos y privados, pertenece *la Conjuración de Venecia*. Todo lo más á que está obligado el poeta es á hacer hablar á cada uno, según su esfera, el lenguaje que le es propio, y resultará indudablemente doble efecto de esta natural variedad; tanto más, cuanto que el lenguaje del corazón es el mismo en las clases todas, y que las pasiones igualan á los hombres que su posición aparta y diversifica.

Venecia, ese fenómeno en política, esa excepción rarísima entre los gobiernos, esa ciudad prodigiosa hasta en su existencia y construcción, que esclavizó por tantos años los mares, y que fué la primera esclava de sí misma, presenta un campo de larga y fecunda recolección para el historiador y el poeta. El imperio del terrorismo, por tantos años triunfante contra las leyes de la naturaleza, ofrece argumentos repetidos de singular efecto teatral, y el autor, al escoger la célebre conjuración de 1310, no hace sino dar una prueba del tino que le distingue. El gobierno aristocrático de Venecia, reducido á un corto número de familias patricias, debía dar lugar á conjuraciones continuas: el pueblo oprimido no podía menos de aspirar á reconquistar sus derechos usurpados; y el recelo y la desconfianza, inseparables compañeros de la injusticia y la tiranía, debían hacer cruel al poder. De aquí el atroz sistema inquisitorial, que ahogaba en el patíbulo, según la expresión del señor Martínez, las mismas quejas. Razones de alta política impelieron al embajador de Génova á proteger aquella famosa conspiración. Abrese la escena en su casa, donde se reunen los principales conjurados á convenir en los medios de derribar la tiranía oligárquica de Venecia, durante su famoso carnaval: la libertad, y confusión de esta temporada de alegría y festividad parecen prestarse á las ocultas maquinaciones de los conjurados. El primer acto, pues, no es más que la exposición del drama, y en él se deja traslucir ya que ha de ser el protagonista el joven Rugiero, huérfano, de padres y patria desconocidos, pero veneciano por posición y afecto. En el segundo acto aparece el panteón de la familia de Morosini, á cuya cabeza se hallan dos hermanos, Pedro, primer presidente del tribunal de los diez, y Juan, senador. Pedro conversa con sus espías acerca de una conjuración que sabe tramarse contra la república, y Rugiero es uno de los conjurados acechados. Un rumor extraño interrumpe su conversación; ocúltase, y sobreviene la joven Laura, hija del senador Morosini: casada en secreto con Rugiero, viene á esperarle al panteón, donde le ve sigilosamente por tercera vez; en esta escena, Rugiero confía parte de la conjuración á su amada; uno de los espías apaga la lámpara que los ilumina, y en medio de la oscuridad se apoderan los satélites del tribunal del joven conjurado, cayendo privada de sentido la infeliz esposa. Laura se halla trasladada á su habitación á principios del tercer acto sin saber por qué medio: dudosa de la suerte de su esposo, determina confiar el fatal secreto de su boda á Morosini en una escena llena de sentimiento y de interés: el cariñoso padre, después de perdonar su extravío, le promete emplear su favor en salvar á Rugiero, proyecto que pone por obra con su implacable hermano, del cual sólo consigue esta atroz respuesta: «Dí sólo una cosa, pregunta Juan Morosini, ¿vive Rugiero?—Vive.—¡Gracias á Dios!—¡Pero no lo digas á tu hija!—¿Por qué?—*Porque tendría que llorarle dos veces.*»

La plaza de San Marcos, centro de la pública diversión del carnaval, es el lugar de la escena del cuarto acto. Vénse varios conjurados

disfrazados y repartidos entre la multitud, que esperan el momento de las doce. Nada más ingenioso, ni más dramático, que un acto entero transcurrido en la descripción de la algazara del carnaval, cuando espera el espectador entre angustias mortales ver estallar de un momento á otro la revolución y la muerte entre la misma alegría indolente y confiada de un pueblo enloquecido. Suenan las doce, y al grito de *Venecia y libertad*, grito que encontró grandes simpatías en nuestro público, estalla la conjuración, lucen los aceros, y suceden gritos de muerte á los cantos de regocijo. La república ha tomado sin embargo medidas preventivas: Rugiero, preso, no ha podido acudir con sus tropas, y triunfa el gobierno. «¡Al tribunal, al tribunal los que escapen con vida!» clama ferozmente el presidente Morosini, triunfante en la plaza de San Marcos y tendidos ya á sus pies, muertos ó heridos, varios conjurados.

El tribunal de los diez, juzgando á los reos, se presenta en el quinto acto. Tómanse declaraciones; Laura es interrogada, pero su razón está perturbada, y sólo pregunta por su esposo; Rugiero es juzgado; y en su interrogatorio reconoce en él el presidente Morosini, que ha de condenarle, á su hijo. Privado de sentido á tan atroz reconocimiento, retírase del tribunal: es condenado Rugiero: en el momento de ir al patíbulo, Laura se arroja á su encuentro. «¡Ya estás aquí!» exclama; frenética alegría se pinta en su semblante; sepáranla sin embargo de su esposo, y la infeliz: «¿Dónde te llevan?» exclama. De allí á un momento ve la desdichada el patíbulo: entonces sabe qué es de su esposo. «¡Jesús mil veces!» grita despavorida, cae exánime, y baja el telón á ocupar tan espantoso desenlace.

El plan está superiormente concebido, el interés no decae un solo punto, y se sostiene en todos los actos por medios sencillos, verosímiles, indispensables: insistimos en llamarlos indispensables, porque ésta es la perfección del arte. No basta que los sucesos hayan podido suceder de tal modo; es forzoso, para que el espectador no se distraiga un momento del peligro, que no hayan podido suceder de otro modo, sentadas las primeras condiciones del argumento. La exposición hecha por medio del embajador de Génova, que dicta una nota á su gobierno, es nueva é ingeniosa, de puro natural. Una conjuración contra la tiranía creará siempre en el teatro el mayor interés, por lo mismo que es difícil prever su éxito, y que éste se desea feliz. Supone el mayor conocimiento dramático el hacer declarar á Rugiero su conjuración cuando es oído de sus enemigos y en los brazos de su amada: quisiera uno hacerle callar: es terrible arrojar una escena de amor entre sepulcros: un diálogo de vida en un sitio de muerte, y complicar la más tierna pasión con los riesgos de una conjuración; es sublime lanzar la prisión entre dos amantes felices que se ven solos por tercera vez. ¿Por qué ha prolongado tanto el señor Martínez la escena de Laura y Rugiero? ¿Por qué pueden hablar una hora sintiendo tanto? El poeta que hace decir á una mujer: «¡Cómo queman tus lágrimas, Rugiero! Deja, déjame: yo las enjugaré con mi mano,» debiera conocer todo el valor de una escena corta, cuando reina en ella la pasión. Bella es la escena de Laura y su padre, y más bella sería á nuestros ojos si no adoleciera del mismo empeño de desleir demasiado las ideas tiernas. El sentimiento es una flor delicada: manosearla es marchitarla. También nos parece que podría suprimirse el monólogo del padre al fin del tercer acto, ó al menos cortarse; ni le creemos necesario ni del mayor efecto.

Donde reconocemos el mayor mérito de la composición es en la disposición y contraste singulares del acto cuarto y del final del drama: acaso por esa misma razón no ha sido lo más aplaudido: el terror hace enmudecer; las manos no pueden reunirse y golpear cuando han de acudir á los ojos. Por otra parte, ¿quién se acuerda en aquellos momentos de que es una comedia, de que todo es un artificio del poeta y los actores? Las escenas del interrogatorio son de aquellas que por tener bulto parecen satisfacer más al público y llevarse la palma. Sin embargo, el crítico no puede mirarlas bajo este punto de vista. Siempre que un poeta represente en la escena al opresor y al oprimido, éste interesará fácilmente: el mayor número del público le forman desgraciados, porque, ¿quién puede jactarse de no serlo? Simpatizan con el infeliz, y cualquier respuesta enérgica de un reo inocente á un juez duro será aplaudida en el teatro; no es ésta la principal habilidad del señor Martínez; el elogiarle lo que cualquiera puede hacer sería elogiarle torpemente. Su mérito está en ese conocimiento del corazón humano con que prepara los efectos, con que se introduce furtivamente en el pecho del espectador, con que le lleva de sentimiento delicado en sentimiento delicado á enmudecer y llorar. Hay sin embargo pasajes que no se espe-

ran y sorprenden en el interrogatorio de Maffei y Rugiero. Nada más sublime que esas respuestas: «¿Y por qué nombraste á esos, y no á otros?—*Porque en aquel instante no me ocurrieron vuestros nombres.—De lo que he dicho en el tormento responderá el verdugo.*» Y aquel: «*Concededme esa gracia y os perdono,*» de Rugiero.

En la respuesta de Juan Morosini: «Estoy pensando que no tienes hijos... y que no vas á comprenderme;» y en la de Rugiero: «De cierto es mi padre, cuando no logro ni al morir el consuelo de verle,» se reconoce al punto al poeta sensible que ha bebido en el cáliz de la desgracia, y que concluía una elegía:

Yo aquí no tengo para ornar tu tumba
Ni una flor que enviarte, que las flores
No nacen entre el hielo, y si naciesen
Sólo al tocarlas yo se marchitaran.

No acabaremos este juicio sin hacer una reflexión ventajosísima para el autor; esta es la primera vez que vemos en España á un ministro honrándose con el cultivo de las letras, con la inspiración de las musas. ¿Y en qué circunstancias? Un estatuto real, la primera piedra que ha de servir al edificio de la regeneración de España, y un drama lleno de mérito; y esto lo hemos visto todo en una semana: no sabemos si aun fuera de España se ha repetido esta circunstancia particular.

LAS PALABRAS

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto! nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por más que digan; un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto á lo demás, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Buffón y Valmont de Bomare, me dijesen qué animal, por animal que sea, habla y escucha. Hé aquí precisamente la razón de la superioridad del hombre, me dirá un naturalista: y hé aquí precisamente la de su inferioridad, según pienso yo, que tengo más de natural que de naturalista. Presente usted á un león devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al león), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse á la fiera sobre la inocente presa con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva, que está por satisfacer. Preséntele usted al lado un artículo de un periódico el más lindamente escrito y redactado, háblele usted de felicidad, de orden, de bienestar, y apártese usted algún tanto; no sea que si lo entiende le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérsele á usted. El tigre necesita devorar al gamo, pero seguramente que el gamo no espera á oir sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razón. La hembra no engaña al macho, y viceversa; porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razón: á la simple vista huye el segundo del primero, y este es el orden, el único orden posible. Désele el uso de la palabra: en primer lugar necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal ó cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios por consiguiente que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores, que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones á los demás, á quienes creen que importan; el león más fuerte subirá á un árbol y convencerá á la más débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir á su albedrío, sino para obedecerle á él; y no será lo peor que el león lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre á las cosas, y llamando á una *robo*, á otra *mentira*, á otra *asesinato*, conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio; el noble bruto que dormía tranquilamente las veinticuatro horas del día, se desvelará ante la fantasma de una distinción; y al hermano á quien sólo mataba para comer, matarále después por una cinta blanca ó encarnada. Déles usted, en fin, el uso de la palabra, y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambición; el igual al igual por rivalidad; el pobre al rico por miedo y por envidia: querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo, ¡vive Dios!: éstos se dejarán degollar porque los mande uno solo, afición que nunca he podido entender; aquéllos querrán mandar á uno

solo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (ó mejor, no sé lo que quiere decir) los que manden á los de baja cuna: allá no habrá diferencia de cunas... ¡Qué confusión! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que esa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusión, los animales, como no tienen el uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices; no pueden engañar ni ser engañados; no creen ni son creídos.

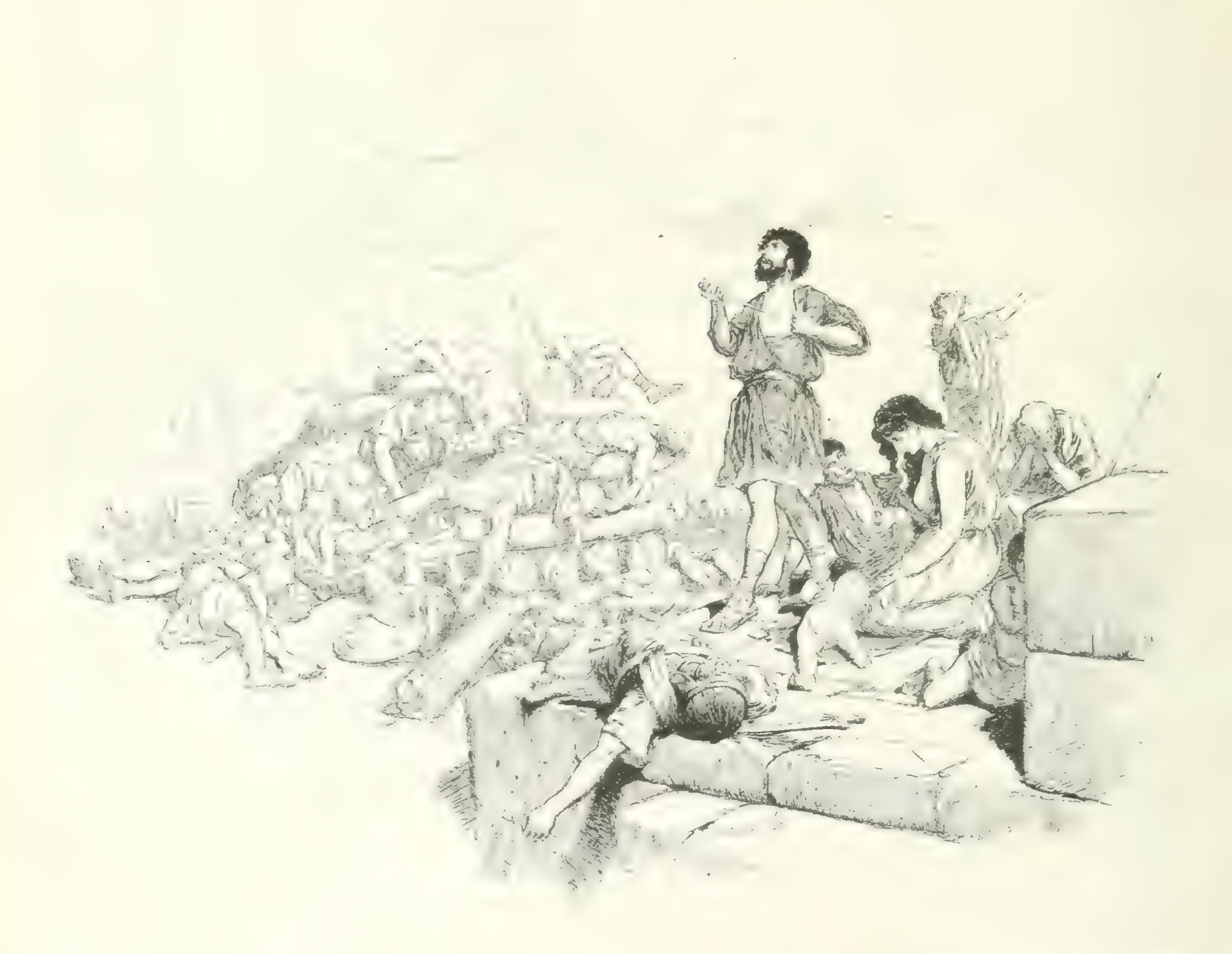
El hombre por el contrario: el hombre habla y escucha, el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree.—Dígale usted que tiene talento.—*¡Cierto!* exclama en su interior.—Dígale usted que es el primer ser del universo. —*Seguro*, contesta.— Dígale usted que le quiere.—*Gracias*, responde de buena fe.—¿Quiere usted llevarle á la muerte? trueque usted la palabra, y dígale: *Te llevo á la gloria;* irá.—¿Quiere usted mandarle? dígale usted sencillamente: yo *debo mandarte*.—*Es indudable*, contestará.

Hé aquí todo el arte de manejar á los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. «El hambre, oh lobos, decidles, se ha acabado: ahogado el monstruo para siempre...—¡Mentira! gritarán los lobos... ¡al redil, al redil! el hambre se quita con cordero...» «La hidra de la discordia, oh ciudadanos, dice por el contrario un periódico á los hombres, yace derribada con mano fuerte; el orden, de hoy más, será la base del edificio social; ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte; el iris de paz (que no significa paz) luce después de la tormenta (que no se ha acabado); de hoy más la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomún...» etc., etc. ¿Ha dicho usted *hidra de la discordia*, *justicia*, *procomún*, *horizonte*, *iris* y *legalidad?* Ved en seguida á los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones.—¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Después de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con sólo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los días, como echaba Eneas la torta al Cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre..... palabras todo, ruido, confusión: positivo, nada. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

REPRESENTACION
DE NUMANCIA

TRAGEDIA EN TRES ACTOS



Hé aquí una de las cosas exceptuadas en el *reglamento para la censura de periódicos*, y de que se puede hablar, si se quiere, por supuesto. Ni un solo artículo en que se prohiba hablar de Numancia. No se puede hablar de otras cosas, es verdad; pero todo no se ha de hablar en un día. Por hoy, que es lo que más urge, ¿quién le impide á usted estarse hablando de Numancia hasta que se pueda hablar de otra cosa? Tanto más ventilada quedará la cuestión. Dado siempre el supuesto de que no ha de haber *borrones, pena de dos mil reales;* las cosas limpias: el periódico ha de ser impenitente y pertinaz; sin enmienda como carlista ó pasaporte. Un artículo de periódico ha de salir bien de primera vez, que al fin no es ningún *reglamento de milicia.* Dado también el supuesto de que no se deje usted *nada en blanco,* pena de los dichos dos mil reales. No, sino andarse dando á leer al público papelitos en blanco. ¡Sabe nadie lo que se puede aprender en un papel blanco! Dado el supuesto además de que ha de poder usted ser *elector,* porque al fin gran talento tendrá el que no ha sabido hacerse una rentita de seis mil reales!

Abundando en todos estos supuestos, diremos que el teatro estaba casi lleno en su representación. Parécenos que en decir esto no hay peligro. Igualmente llena estaba la tragedia de alusiones patrióticas. Mucho nos gusta

á los españoles la libertad, en las comedias sobre todo. Innumerables fueron los aplausos: tan completa la ilusión, y tantas las repeticiones de *libertad*, que se olvidaba uno de que estaba en una tragedia. Casi parecía verdad. ¡Tanta es la magia del teatro!—Otra cosa que tampoco exceptúa el reglamento es el señor Luna: de éste se puede hablar, en cuanto á actor, atendido que el señor Luna ni es *cosa de religión*, *ni prerrogativa del trono*, ni *estatuto real*, ni su representación es *fundamental*, ni tiene fundamento alguno, ni perturba tranquilidad, ni infringe ley, ni desobedece á autoridad legítima, ni se *disfraza con alusiones*, sino con muy malos trajes antiguos; ni es licencioso y contrario á costumbre alguna, buena, ni mala; ni es *libelo*, ni *infamatorio*, ni le coge por ningún lado ningún *ni* de cuantos *nies* en el reglamento se incluyen; ni menos es *soberano*, ni *gobierno extranjero*. Y á nosotros, sí nos atañe, por el contrario, no dejar este punto de nuestro papel en blanco, so pena de la consabida de los *dos mil reales* á la primera, del duplo á la segunda, y de dar al traste la tercera, que va la vencida. Decimos esto, porque no nos ha gustado el señor Luna: triste cosa es, pero no lo podemos remediar. Hay, sí, en él, celo y buena intención; pero esto, todos sabemos ahora más que nunca que no basta siempre. Su declamación en este papel es enfática y poco natural; sus transiciones son duras, más duras y crueles que una censura. Sensible nos es haberle de decir nuestra opinión: empero tal es nuestro deber, y en eso no somos más que los intérpretes del público mismo.

Por lo demás, la tragedia, que literariamente hablando no es de mérito sobresaliente, ha hecho el efecto que debía hacer una composición, como ella, eminentemente patriótica. Cada cual se fué á su casa con la triste convicción de que en política como en tragedia, lo que más le cuesta á un pueblo es conquistar su libertad. Es de esperar que tenga mejor fin la nuestra, por esta vez, que la de Numancia. A bien que de nosotros depende.

La decoración última nos pareció muy regular, inclusos los comparsas y aquellas descabelladas doncellas, que chillaban á lo lejos, huyendo de los feroces romanos, y que parecían periódicos perseguidos por algún reglamento.

El telón al caer se detuvo á la mitad del camino á tomar un ligero descanso; no parecía sino que caminaba por la senda de los progresos, según lo despacio que iba, y los tropiezos que encontraba. Tardó más en bajar que han tardado las patrias libertades en levantarse.

JARDINES PÚBLICOS

Hé aquí una clase de establecimientos planteados varias veces en nuestro país á imitación de los extranjeros, y que sin embargo rara vez han prosperado. Los filósofos, moralistas, observadores, pudieran muy bien deducir extrañas consecuencias acerca de un pueblo que parece huir de toda pública diversión. ¿Tan grave y ensimismado es el carácter de este pueblo, que se avergüence de abandonarse al regocijo cara á cara consigo mismo? Bien pudiera ser. ¿Nos sería lícito, á propósito de esto, hacer una observación singular, que acaso podrá no ser cierta, si bien no faltará quien la halle *ben trovata?* Parece que en los climas ardientes de mediodía el hombre vive todo dentro de sí: su imaginación fogosa, emanación del astro que le abrasa, le circunscribe á un estrecho círculo de goces y placeres más profundos y más sentidos; sus pasiones más vehementes le hacen menos social; el italiano, sibarita, necesita aislarse con una careta en medio de la general alegría; al andaluz enamorado bástanle, no un libro y un amigo, como decía Rioja, sino unos ojos hermosos en que reflejar los suyos, y una guitarra que tañer; el árabe impetuoso es feliz arrebatando por el desierto el ídolo de su alma á las ancas de su corcel; el voluptuoso asiático para distraerse se encierra en el harén. Los placeres grandes se ofenden de la publicidad, se deslíen; parece que ante ésta hay que repartir con los espectadores la sensación que se disfruta. Nótese la índole de los bailes nacionales. En el norte de Europa, y en los climas templados, se hallarán los bailes generales casi. Acerquémonos al mediodía; veremos aminorarse el número de los danzantes en cada baile. La mayor parte de los nuestros no han menester sino una ó dos parejas: no bailan para los demás, bailan uno para otro. Bajo este punto de vista, el teatro es apenas una pública diversión, supuesto que cada espectador de por sí no está en comunicación con el resto del público, sino con el esce-

nario. Cada uno puede individualmente figurarse que para él, y para él solo se representa.

Otra causa puede contribuir, si esa no fuese bastante, á la dificultad que encuentran en prosperar entre nosotros semejantes establecimientos. La manía del buen tono ha invadido todas las clases de la sociedad: apenas tenemos una clase media, numerosa y resignada con su verdadera posición; si hay en España clase media, industrial, fabril y comercial, no se busque en Madrid, sino en Barcelona, en Cádiz, etcétera; aquí no hay más que clase alta y clase baja: aquélla, aristocrática hasta en sus diversiones, parece huir de toda ocasión de rozarse con cierta gente: una señora tiene su jardín público, su sociedad, su todo, en su cajón de madera, tirado de dos brutos normandos, y no hay miedo que si se toma la molestia de hollar el suelo con sus delicados pies algunos minutos, vaya á confundirse en el Prado con la multitud que costea la fuente de Apolo: al pie de su carruaje tiene una calle suya, estrecha, peculiar, aristocrática. La clase media, compuesta de empleados ó proletarios decentes, sacada de su quicio y lanzada en medio de la aristocrática por la confusión de clases, á la merced de un frac, nivelador universal de los hombres del siglo XIX, se cree en la clase alta, precisamente como aquel que se creyese en una habitación sólo porque metiese en ella la cabeza por una alta ventana á fuerza de elevarse en puntillas. Pero ésta, más afectada todavía, no hará cosa que deje de hacer la aristocracia que se propone por modelo. En la clase baja, nuestras costumbres, por mucho que hayan variado, están todavía muy distantes de los jardines públicos. Para ésta es todavía monadas exóticas y extranjeriles lo que es ya para aquélla común y demasiado poco extranjero. Hé aquí la razón por qué hay público para la ópera y para los toros, y no para los jardines públicos.

Por otra parte, demasiado poco despreocupados aún, en realidad, nos da cierta vergüenza inexplicable de comer, de reir, de vivir en público: parece que se descompone y pierde su prestigio el que baila en un jardín al aire libre, á la vista de todos. No nos persuadimos de que basta indagar y conocer las causas de esta verdad para desvanecer sus efectos. Solamente el tiempo, las instituciones, el olvido completo de nuestras costumbres antiguas, pueden variar nuestro oscuro carácter. ¡Qué tiene éste de particular en un país en que le ha formado tal una larga sucesión de siglos en que se creía que el hombre vivía para hacer penitencia! ¡Qué después de tantos años de gobierno inquisitorial! Después de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos á cada momento; sin embargo, lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir la verdadera libertad. Y las costumbres no se varían en un día, desgraciadamente en un día, ni con un decreto, y más desgraciadamente aún, un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres é identificada con ellas.

No era nuestro propósito ahondar tanto en materia tan delicada: volvamos, pues, al objeto de nuestro artículo. El establecimiento de los dos jardines públicos que acaban de abrirse en Madrid, indica de todos modos la tendencia enteramente nueva que comenzamos á tomar. El jardín de las Delicias, abierto ha más de un mes en el paseo de Recoletos, presenta por su situación topográfica un punto de recreo lleno de amenidad; es pequeño, pero bonito: un segundo jardín más elevado, con un estanque y dos grutas á propósito para comer y una huerta en el piso tercero, si nos es permitido decirlo así, forman un establecimiento muy digno del público de Madrid. Para nada consideramos más útil este jardín que para almorzar en las mañanas deliciosas de la estación en que estamos, respirando el suave ambiente embalsamado por las flores, y distrayendo la vista por la bonita perspectiva que presenta, sobre todo, desde la gruta más alta; y para pasear en él las noches de verano.

El jardín de Apolo, sito en el extremo de la calle de Fuencarral, no goza de una posición tan ventajosa, pero una vez allí el curioso reconoce en él un verdadero establecimiento de recreo y diversión. Domina á todo Madrid, y su espaciosidad, el esmero con que se ven ordenados sus árboles nacientes, los muchos bosquetes enramados, llenos por todas partes de mesas rústicas para beber y que parecen nichos de verdura ó verdaderos gabinetes de Flora; sus estrechas calles y el misterio que promete el laberinto de su espesura, hacen deplorar la larga distancia del centro de Madrid á que se halla colocado el jardín, que será verdaderamente delicioso en creciendo sus árboles y dando mayor espesura y frondosidad.

En nuestro entender, cada uno de estos jardines merece una concurrencia sostenida; las

reflexiones con que hemos encabezado este artículo deben probar á sus respectivos empresarios, que si hay algún medio de hacer prosperar sus establecimientos en Madrid es recurrir á todos los alicientes imaginables, á todas las mejoras posibles. De esta manera nos lisonjeamos de que el público tomará afición á los jardines públicos, que tanta influencia pueden tener en la mayor civilización y sociabilidad del país, y cuya conservación y multiplicidad exige incontestablemente una capital culta como la nuestra.

REPRESENTACION

DE

TANTO VALES CUANTO TIENES

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE DON ANGEL SAAVEDRA

Humilde y cabizbajo presentaba un ingenio novel á un gran poeta, más desvergonzado aún que poeta, un manuscrito suyo, y pedíale su parecer. Llegó el maestro á un trozo más oscuro que otros.—¿Qué ha querido usted decir aquí?—le preguntó con sorna de hombre satisfecho de sí mismo.—Señor,—respondió el novel,— ahí quise decir tal cosa.—A lo cual respondió el desvergonzado:— Pues si tal cosa quiso usted decir, ¿por qué no la dijo usted?

Si el señor Saavedra, autor conocido, que apreciamos, y en quien reconocemos dotes muy aventajadas, quiso hacer una comedia suya, ¿por qué no huyó al emprender su obra de toda coincidencia con comedias anteriores? Tanto más sensible es esto, cuanto que había encontrado un argumento enteramente nuevo: y procuraremos probar esta que parece paradoja.

Creemos que el señor Saavedra tenía fuerzas más que suficientes para crear en el teatro un argumento original: estamos muy seguros de que ni ha imitado, ni tratado de imitar; y así juzgamos que el no haber desentrañado bastante la idea feliz que concibió, ha sido causa de que su obra tenga puntos de contacto con otras de otros ingenios. Verdad es que ha cumplido con la máxima latina *non nova, sed nove;* si, habiéndose apartado desde un principio de la senda trillada, se ha visto enredado en un argumento también trillado, hálo presentado á lo menos con novedad. Para los que creen que en el siglo XIX todo está dicho en literatura, no le quedaba otra corona que alcanzar al señor Saavedra. Falta ahora considerar si aquel principio es absolutamente cierto. Las pasiones son las mismas en todos tiempos, es verdad, y los vicios y los extravíos; buscar, pues, caracteres nuevos fuera ardua empresa. Un avaro siempre apagará de dos luces una: un usurero siempre será cruel: un enamorado siempre será sublime en la tragedia, ridículo en la comedia; pero las preocupaciones sociales varían, porque siguen la marcha de los siglos, y cada siglo tiene sus preocupaciones, como cada hombre su cara, según ya creemos haber dicho en otra ocasión. Un supersticioso, un fanático por religión podía ser un carácter cómico hace un siglo: en el día apenas hay público que encierre modelos suficientes para encontrar el efecto; *Tanto vales cuanto tienes* no debía ser una comedia de carácter: lo era de costumbres. Ahora bien, en el siglo XIX, siglo harto matemático y positivo; siglo del vapor; siglo en que los caminos de hierro pesan sobre la imaginación, como un apagador sobre una luz, en que Anacreonte, con su barba bañada de perfumes, Petrarca con sus eternos suspiros, y aun Meléndez con todas sus palomas, harían un triste papel al lado, no de un Rothschild ó un Aguado, pero aun de un mediano mecánico, que supiese añadir un resorte á cien resortes anteriores; en un siglo en que se avergüenza uno de no haber inventado algún utensilio de hierro, en que no se puede hacer alarde de una pasión caballeresca, ó de una vida poética y contemplativa, sin ser señalado como un ser de otra especie por cien dedos especuladores; en un siglo para el cual el amor es un negocio, como otro cualquiera, de conveniencia y acomodo; en un siglo en que no se puede amar sin hacer reir; en que la ciencia

está reducida á periódicos, la guerra á protocolos, el valor á disciplina, el talento á manufacturas, la literatura á declamaciones políticas, el teatro á decoraciones y *fioriture*, no se nos diga que no hay argumentos nuevos para comedias. Molière no podía haber agotado estos asuntos. Un filarmónico ocupado todo el día en casar armonías y en combinar puntos, un diplomático redactando notas ambiguas, un periodista haciendo párrafos y colocando frases, un mecánico moviendo ruedas, son seres tan ridículos por lo menos como un poeta apareando consonantes que tiren de una idea cual un juego de caballos de un carruaje. En este siglo, pues, *Tanto vales cuanto tienes* prometía una inmensa originalidad. Que el hombre es interesado, ciertamente ya estaba dicho; añadir que cuando tiene dinero todos le hacen buena cara, y cuando es pobre todos le llaman pícaro, era verdad sabida en tiempo de Homero, porque está grabada en el corazón del hombre, animal perfecto por otra parte; es verdad en una palabra que tiene olvidada todo rico y que todo pobre tiene presente. Pero manifestar lo ridículo de un ser racional y poético, como el hombre; de un ser espiritual, que se empeña en despojarse á sí mismo de su imaginación para limitar el círculo de sus goces; que se vuelve máquina él mismo á fuerza de hacer máquinas, y que no sabe dejar de creer en una divinidad, en un cielo, en una vida de gloria y de idealismo, sino para creer en lo que toca; de un ser siempre extremado que no puede abarcar en uno la imaginación y la habilidad; que ha de ser todo fanático en el siglo XIV, ó todo despreocupado, árido y desnudo en el siglo XIX; de unos hombres que, como los israelitas, no saben dejar de creer en un Dios, de que son hechura, sino para creer en un becerro de oro, hechura suya; eso es lo que no está dicho, ni está hecho; eso es lo que nos atrevimos á esperar de *Tanto vales cuanto tienes;* y eso, en fin, lo que queda por hacer, si es que hay un ingenio que se salve de la irrupción de las artes y del martilleo de las fábricas.

Si el señor Saavedra había asido una idea tan feliz, si quería hacer una comedia enteramente original que á nada anterior se pareciese, ¿por qué no lo ha hecho, teniendo sobre todo un talento distinguido para llevarlo á cabo?

Dirásenos ahora que hay cierta injusticia en juzgar á un autor, no por lo que ha hecho, sino por lo que uno cree que debía haber hecho. Esto es verdad hasta cierto punto.

El célebre ideólogo Destutt-Tracy remitió en una ocasión á un príncipe alemán una obra suya consultándole sobre su desempeño. Respondióle el príncipe con un largo cartapacio, en que, á fuer de decirle lo que él hubiera dicho en tales y tales casos, y lo que en tales y tales otros hubiera dejado de decir, desbaratábale la obra, no perdonando en ella cosa que Destutt-Tracy hubiese imaginado.—Decid al príncipe, —respondió Destutt-Tracy al que traía el mensaje,—que en ese caso no hubiera hecho yo mi obra, sino la suya.

Esto podría respondernos el señor Saavedra: juzguemos, pues, su obra tal cual es suya, y no tal cual nosotros la hemos imaginado, quién sabe si equivocadamente.

Doña Rufina, viuda de un marqués, que sólo le dejó al morir una hija de ella de nupcias anteriores y su vanidad, vive en Sevilla míseramente. Tiene un hermano, cuya cualidad principal es un uniforme de comisario ordenador, y un primo militar, jugador y petardista. En Indias existe un hermano suyo, riquísimo, merced á cuyos envíos pecuniarios suele reponer de cuando en cuando el mal estado de sus intereses. La hija es obsequiada por el hijo de un mercader rico. Al principiar la comedia se recibe una carta en que el indiano avisa cómo debe llegar en breve, y que piensa repartir con sus hermanos sus cuantiosos caudales. Con este motivo doña Rufina despide afrentosamente al novio de la niña, cuyo origen plebeyo no conviene ya á su futura posición social, y la familia toda sobre la promesa de la carta se arroja en brazos del usurero don Simón, que al ciento por ciento les presta un poco de dinero. De allí á poco llega el indiano don Blas, y encuentra á la familia ocupada en preparar su recibimiento. Prodígansele las finezas y los más escrupulosos obsequios, pero don Blas parece haberse arruinado, gracias á ciertos piratas berberiscos: esta peripecia fatal atrae sobre la casa los insultos del usurero, y sobre el adulado indiano la execración y los ultrajes, rota ya la máscara del interés. Sólo la niña procede generosa con el desgraciado. Sin embargo, don Blas tenía asegurados sus caudales, y precisamente uno de los comerciantes de Cádiz, á quien arruina el reintegro de los bienes robados por los piratas, es el padre del amante de la hija de doña Rufina. Este viene á zanjar cuentas; al conocerse en la casa la fortuna renaciente, quieren comenzar de nuevo las adulaciones, pero ya es tarde. Don Blas, indignado, rompe con su her-

mana, con el comisario y con el primo militar, dota á la niña virtuosa, casándola con su amante, y da fin la comedia.

Si bien es cierto el principio sobre que gira esta composición dramática, también es evidente que la educación hace disimular en la sociedad generalmente el interés, que á todos domina más ó menos, y que esas transiciones que por cambios de fortuna se advierten en el teatro, pocas veces son tan bruscas que puedan, sin faltar á la verosimilitud, encerrarse en una comedia arreglada á las unidades. Por esto era necesario que el autor escogiese una familia de mala educación: doña Rufina, mujer sumamente ordinaria, no puede ocultar sus sentimientos: esta ordinariez, mirada de esta manera, no sólo es muy disculpable, sino que viene á ser un mérito. El nudo es ingenioso: no necesita don Blas fingir su ruina, supuesto que es verdadera la noticia de su robo, y que es muy verosímil que ignorase la familia que estaban sus bienes asegurados. Este es el mérito principal de la comedia, pues produce un desenlace natural; igualmente ingenioso es haber hecho al amante de la hija víctima del reintegro del indiano. El carácter del usurero está bien pintado; pero, siendo episódico, ni merece tanta importancia como se le da, ni habría inconveniente para la comedia en reducir la escena larguísima en que hace el principal papel. Alguna languidez hemos creído notar en toda la comedia que pudiera descargarse ventajosísimamente. No es natural que la niña, que tan generosamente se portó con su tío, sea menos generosa con su madre, y la vea salir de la casa del modo que la arroja su hermano, sin interceder por ella eficazmente. El argumento tiene el inconveniente de preverse su fin desde el principio; pero esto es más culpa del asunto que del autor. Para dar fin á nuestras observaciones, quisiéramos que el poeta eliminase algunas frases demasiado mal sonantes en el teatro, aun suponiéndolas naturales en boca de doña Rufina; y hubiéramos deseado que, aun dominados por el interés, sus interlocutores fuesen menos despreciables. Las debilidades humanas interesan; pero seres friamente malos, corrompidos y sin ninguna especie de sentimiento ni moralidad, sólo pueden producir tedio ú horror.

El lenguaje es castizo y puro; la versificación generalmente buena, y aun tiene trozos de mucho mérito; hay gracias en el diálogo, que es bastante animado, y pinceladas verdaderamente cómicas en diversas ocasiones: citaremos en este género con placer el contraste que presenta la llegada del indiano, solo, y mal vestido, con los halagos de su hambrienta familia.

CARTA DE FIGARO

Á UN BACHILLER, SU CORRESPONSAL



Yo no sé si se acordarán todos los suscritores de nuestro decano periódico de aquel Fígaro condenado á provocar su sonrisa eternamente, tenga él ó no humor de divertirse á sí ó á los demás. Pero sí puede muy bien haber sucedido que la mayor parte de nuestros lectores no se hayan acordado más de nosotros que nuestra ilustrada junta sanitaria de surtir de medicinas á Madrid: al menos tenemos la positiva y halagüeña seguridad de que uno siquiera ha notado la falta de nuestros cándidos párrafos, durante tan largo silencio. Este ha sido un aficionado á nuestro papel, encerrado, según nos dice, en uno de los más recónditos rincones de esta monarquía, á trozos regenerada, á trozos oprimida todavía por el oscurantismo, alimaña tan de moda de algún tiempo á esta parte en periódicos y alocuciones. Fírmase *el bachiller*, y dirige al señor Fígaro exclusivamente su carta, reducida á un sin fin de preguntas acerca de las circunstancias; á las cuales contestaríamos privadamente á no dar la funesta casualidad de que olvida nuestro bachiller lo principal, como se usa en el país, y no nos dice el pueblo de su residencia, ni la fecha á que escribe, ni el modo de ponerle el sobre, contando sin duda demasiado con la sagacidad de las redacciones de periódicos. Careciendo, pues, de un medio seguro de hacer llegar á sus manos la respuesta, y siendo por otra parte demasiado atentos para dejar á nadie sin ella, porque al fin ni somos santos ni autoridades, que son los únicos que á todo el mundo oyen y á ninguno contestan, nos decidimos á insertar en nuestro gacetín estas letras, ciertos de que allá en la librería del pueblo donde estuviere nuestro corresponsal, se las encontrará, quedando de este modo solventada con él la deuda de urbanidad que nos obliga á contraer.

En esto no hacemos sino imitar el ejemplo de un cura catalán, cuyo caso contaremos. Debíale un eclesiástico de un pueblo de Andalucía una peseta; cantidad que, si bien no era para perdida, debía considerarse como tal, por la dificultad de hacer la remesa á tanta distancia ó de girar una letra de tan módico importe.

Escribíale, pues, en vista de esto, el aprovechado clérigo catalán: «Muy señor mío: Con respecto á la cuenta que de la citada peseta tenemos pendiente, he discurrido que por el presente aviso puede echarla en el cepillo de ánimas de la iglesia de ese pueblo, pues yo ya la he sacado del de ésta á buena cuenta; y en paz. Con lo cual queda de usted su afectísimo capellán el cura de...»

Ahora bien, hé aquí nuestra contestación al incógnito corresponsal. Mucho me huelgo, señor bachiller de ese pueblo, de cuyo nombre mal pudiera acordarme, de haber recibido su carta benévola y preguntona.

Hónrame sobremanera la falta que nota de escritos míos en la Revista; pero ha de hacerse cargo de muchas cosas. Mis artículos en primer lugar no han de ser artículos de decreto que se fragüen á un dos por tres y á salga lo que saliere, sin perjuicio de enmendarlos luego ó de que nadie se cure de obedecerlos. Al fin tengo mi poca ó mucha reputación que perder. Por otra parte, acaso no sabrá vuesa merced que desde que tenemos una racional libertad de imprenta, apenas hay cosa racional que podamos racionalmente escribir. Si á esto se agrega, como vuesa merced no tendrá dificultad en agregarlo, que estamos ahora los periodistas tratando de tomar color, para lo cual tenemos que esperar á que lo tome primero el gobierno con el objeto de tomar otro distinto, puesto que él se ha quedado con la iniciativa, no se admirará de que callemos nosotros, bien así como él calla en puntos de más prisa y trascendencia.

Además, aunque los partes oficiales y los relatos de las sesiones en sustancia no dicen nada, no dejan por eso de ser largos; nos ocupan por consiguiente las tres cuartas partes de nuestras columnas, y no nos dejan espacio para nada. Añada vuesa merced á esas causas que yo escribo tan despacio, que cuando estoy sobre mi bufete con la pluma en la mano, no parece sino que estoy organizando la milicia urbana, ó tomando providencias contra algún motín.

Por lo demás, aquí, según usanza antigua, todo va como Dios quiere, y no puede haber cosa mejor, porque al fin Dios no puede querer nada malo. Nuestra patria camina á pasos agigantados hacia el fin para que aquel Señor la crió: que es su felicidad. Por el pronto ya tenemos el uniforme de los señores Próceres, que es manto azul rastrero, según las venerandas leyes del siglo XIV, exceptuado el terciopelo, que no alcanzaron aquellos estamentos, si bien aquí entra el modificar aquellos venerandos usos según las necesidades del día: verdad igualmente aplicable al calzón de casimir, media de seda, hebilla y tahalí, de que nada dicen Pero López de Ayala, ni Zurita, ni el Centón, pero que constituyen con la gola altibaja y demás este nuevo anticomoderno. Tiene su correspondiente espada, su gorro y su enagüilla de glacé. Dicen que cuesta mucho; pero más ha costado llegar á ese punto. Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando al rey de espadas podrá formar una idea aproximada, y por ende verá que es bonito; y que si bastan, como es de creer, para costearle los sesenta mil reales de procerazgo, ha de ser curioso el ver á esos señores vestidos y hablando, todo á un tiempo.

Igualmente sabrá vuesa merced cómo todas las vísperas de alboroto, que según parece va á ser el pan nuestro de cada día, se deberán afeitar como la palma de la mano todos los que tengan bigote, por ser incompatibles estos cuatro pelos con el orden y la libertad racional. Efectivamente que muchas de sus calamidades le vienen al hombre de no saber echar pelillos á la mar. Por esas medidas conocerá vuesa merced que aquí no nos dormimos en las pajas.

Tal vez habrán dicho en ese villorrio que está el cólera en Madrid. Lo que es aquí nadie lo sabe de oficio; lo que hay no es el cólera, sino una enfermedad reinante y sospechosa; tanto que esas malditas sospechas han llevado á muchos al cementerio, en fuerza sin duda de lo cavilosos. Pero si dicen á vuesa merced que mueren tantas y cuantas gentes al día, no lo crea; al día no muere nadie, porque si así fuese habría parte sanitario, si es que no le dan por no haber sanidad maldita de que darle. En consecuencia, si el mal está en Madrid, la autoridad lo tiene callado, y así que nadie lo sabe.

Tres cosas sin embargo van mejor todos los días sin que se eche de ver: la libertad, la salud y la guerra de Vizcaya. ¡Tal es la reserva con que se hacen estas cosas!

¿Se sabe algo por ahí, señor bachiller, de don Carlos? por acá todos convenimos en que está en Londres, en Francia y en Elizondo á un mismo tiempo, así como están de acuerdo los médicos en que el cólera no puede venir á Madrid por estar muy alto, y en que es contagioso y no epidémico, y epidémico y no contagioso. En cuanto al modo de curarlo, ya averiguado, llenos están los cementerios de preservativos seguros, de remedios infalibles y de métodos

curativos. Volviendo á don Carlos, dicen que el gobierno sabe de fijo dónde pára; pero vaya usted á preguntárselo.

Por acá no se encuentra un procurador, ni un cajista de imprenta, ni un médico, ni un limón, ni una sanguijuela por un ojo de la cara; pero para eso se encuentran mendigos á pedir de boca, basura en las calles á todas horas, y una camilla al volver de cada esquina.

¡Ah! se me olvidaba; el discurso de la Corona ha gustado generalmente; es tan bueno que es de aquellas cosas que no tienen contestación; á lo menos hasta ahora nadie se la ha dado. Se asegura, sin embargo, que la están pensando á toda prisa.

Díceme que viene vuesa merced á Madrid. Si está pronto á presentar sus cuentas á Dios, venga cuanto antes. Si viene á pretender, ó ha tenido empleo y ha sido emigrado en tiempo de la constitución, no hay para qué. Si es carlista puede venir seguro de adelantar algo, que carlistas, y muchos, encontrará en buenos destinos, que le favorezcan: preguntaráme tal vez si no los quitan; ¿para qué, si andando el tiempo ellos se irán muriendo? Si viene á oir las discusiones estamentales, en buen hora, por lo que respecta al Estamento de Procuradores; pues en el de Próceres han encaramado al público en un camaranchón estrecho y *cortilargucho*, según dice *la Pata de cabra*, como si no quisieran ser oídos. Se está allí tan mal como en el teatro de la Cruz ó en un concierto de guitarra. Han arrinconado igualmente en un ángulo del techo á los taquígrafos, de tal suerte que parecen telas de araña.

Muy alto piensan hablar si desde allí les han de seguir la palabra.

No sé si me dejo algo á que contestar; si así fuese, en otra carta irá, pues á la hora que es ando de prisa por tener que formar una lista de los señores procuradores que no han llegado aún, y otra de los cordones sanitarios inútiles que hay en España, que cogerá algunos pliegos.

Quedo, pues, rogando, señor bachiller, que los facciosos de las gavillas que hace un año se están destruyendo todos los días completamente, no intercepten por esas *veredas* esta carta, y que la administración de correos, tan bien montada en este país, no la incomunique para diligencias propias, ó no se la mande por América, así como recibimos, por qué sé yo dónde, la correspondencia de Francia, merced á las victorias no interrumpidas que nos tienen expedita la carretera principal.

De vuesa merced, señor bachiller, atento servidor.

P. D. No se le importe á vuesa merced un bledo de las venidas de don Carlos á este país, pues que la cuádruple alianza está contratada para su conducción fuera de la península, cuantas veces se le hallare; porque en lo de dejarle venir, coja vuesa merced el texto y verá como nada hay tratado, además de que mal pudiera la cuádruple alianza sacarle de la península si él no viniera.

SEGUNDA Y ULTIMA CARTA DE FIGARO

AL BACHILLER, SU CORRESPONSAL DESCONOCIDO

¿Querrá creer vuesa merced, señor bachiller, que han encontrado malicia en la primera carta que le escribí, y cuya publicidad de ninguna manera he podido evitar en esta corte? De todo tiene la culpa el empeño que manifiesta de no tener nombre conocido, ni domicilio sabido, precisamente en unos tiempos en que las cosas todas se vuelven nombres. ¿No repara vuesa merced cómo una cosa se llama *regeneración*, otra *reformas*, otra *estamentos*, aquella de más allá *libertad*, esotra *representación nacional?* ¿qué más? Cosa hay que se llama *seguridad individual*, y *ley*, y...

¿Qué le costaba á vuesa merced ponerse un nombre, y mas que vuesa merced no sea nada en sustancia tampoco? Así evitaríamos el que se anduviese todo el mundo leyendo lo que le escribo y murmurando de ello de corrillo en corrillo, ni más ni menos que si yo dijera todo lo que hay que decir, ó todo cuanto en el caso me ocurre.

Pero en esta carta, que será la última, yo le juro á vuesa merced por la racional libertad de que gozamos (y es todo un juramento), que quiero que me hagan ministro si me consiento á mí mismo la más leve chanza sobre cosa de

gobierno, ó que por lo menos lo parezca. No sino ándeme yo en chanzas, y bregue con el censor, y prohíbame el escribir más á mis amigos, que será arrancarme el alma, sólo porque él reciba sueldo del gobierno é instrucciones, y yo del gobierno ni quiera lo uno ni necesite lo otro; y préndanme bonitamente, y quédense con el *por qué* por allá, y... No, señor: si vuesa merced quiere divertirse con mis cartas, dígame quién es, y le escribiré en sesión secreta; todo lo más que puede suceder es que abran la carta; pero entonces, ya, señor bachiller, que la prohiban. Esta, pues, sobre ser la última, no encerrará reflexión ni broma alguna, tanto por las razones dichas, cuanto porque Dios sabe, y si no lo sé yo, que no tengo para gracias el humor: en punto sobre todo á gobierno haré la del loco con el podenco. «Quita allá que es gobierno.» Hechos no más en adelante; y si á los hechos lisa y llanamente contados les encuentran malicia, no estará en mí, sino en los hechos ó en el que los leyere; entonces malicia encontrarían hasta en una fusión cordial del Estamento y del ministerio.

Corren voces de que un ministro va á hacer dimisión; pero no lo crea vuesa merced: esas son bromas; lo mismo están diciendo hace dos meses de otro, y pasa un día, y pasa otro día, y en resumidas cuentas no pasan días por él.

En el Estamento de Próceres ya sabrá vuesa merced que la contestación al discurso del trono fué cosa muy bien escrita; fué un modelo de lenguaje y de elegancia castellana; es uno de los trozos más correctos que posee la lengua.

De la de Procuradores nada tengo que contar á vuesa merced, sino es que en este momento no es oportuno que use el hombre el don de la palabra con que le distinguió su Divina Majestad de los demás animales. Lo que urge por ahora es que cada uno calle lo que sepa, si es que no lo quiere decir en un tomo voluminoso, que entonces, como nadie lo ha de leer, debe el hombre ser libre; pero decirlo todas las mañanas en un periódico, eso no. El don de la palabra es como todas las cosas: repetido diariamente cansa.

Los jurados no son para este momento; no hay cosa peor que jurar, y si es en vano peor que peor. En eso va de acuerdo el partido ministerial con el padre Ripalda. Se ha convenido por ahora en que los españoles somos muy brutos para decir lo que pensamos, y más para que nos juzguen en regla.

Sabrá vuesa merced cómo se ha determinado que la legislación nuestra no es absurda.

¿Querrá vuesa merced creer que se ha lucido la Cataluña? Los señores procuradores por aquella provincia se han plantado con 29. Llegaban á Martorell el 28, habiendo salido de Barcelona el 22, que es caminar; al llegar allí supieron lo del cólera, por más que aquí no se lo contamos á nadie, y oficiaron diciendo que eso no era regular: efectivamente, es más fácil que vaya la nación toda á Martorell, que no que venga todo Martorell á la nación. ¡El uno, figúrese vuesa merced que ya iba de aquí escamado de lo de Vallecas! Eso de representar ha de ser donde á uno le coja, porque andarse de ceca en meca para dar representaciones nacionales, eso fuera ser procurador de la legua. Si la patria tiene urgencia que se la pase, más vale un mal procurador de Cataluña que cuatro buenas patrias. Un procurador catalán, á imitación de García del Castañar, no dará por todas las grandezas de la corte ni un dedo de Martorell.

Ya sabe vuesa merced cómo estaban presos dos individuos sobre lo de aquella grandísima conspiración que dicen que ha habido; como no les han encontrado delito, los han desterrado uno á Badajoz, y otro á Zaragoza: parece que han representado, pero sus representaciones son como las de Cataluña, que nadie las oye.

Según los estados sanitarios que ahora nos da *la Gaceta médica*, resulta que sin haber habido cólera en Madrid, como ya dije á vuesa merced, han muerto de él unas cuatro mil personas y pico, sin que se pueda saber cuál es el pico. Por ahí verá vuesa merced si la enfermedad es traidora.

Ha de saber vuesa merced que en Madrid son los cordones sanitarios y las medidas de aislamiento la cosa más mala del mundo. Por eso no se han usado. Pero á catorce leguas de Madrid no hay cosa mejor. Así es que en Segovia se separa al enfermo de su familia: se lleva á ésta á una barraca, se tapian las casas y las calles, se queman las ropas, ¡qué sé yo! ¡Hay enfermedad más rara y más variable! Parece un periódico. ¡Aquí epidémica! ¡Allá contagiosa! ¡Válgame Dios!

¡Mire vuesa merced el telegrafito y el consulito de Bayona y las cartas de Londres! Ahora salimos con que es don Carlos el que está en Navarra. Créase vuesa merced después de cónsules, y de telégrafos, y de cartas de Londres.

¡Ah! ¿Sabe vuesa merced quién es ministe-

rial?... *La Abeja.* Aquella *Abeja...* En una palabra, *la Abeja.*

¿Sabe vuesa merced quién es el periódico de la oposición? *La Revista.* Ello nos cuesta un ojo de la cara. El gobierno, de resultas, ha recogido cuantas suscriciones y auxilios prestaba; hasta ha habido persona que ha devuelto su ejemplar particular sin leerle, que ha sido lástima. Desde entonces parece que ha tenido mano de santo, porque la suscrición sube que es un contento. ¡Cómo ha de ser! Ya sabe vuesa merced que somos buenos cristianos. Así es que lo llevamos con bastante resignación.

Perdone vuesa merced, porque he oído llamar á mi puerta. Acaso vengan á prenderme ó á llevarme á Zaragoza. Así como así, no debo de estar muy cuerdo. Por lo tanto, señor bachiller, felicidades, y póngase un nombre. Cuando la misma *Revista* se ha puesto el suyo, bien podrá conocer que no es tiempo ya de andarse con anónimos y secretitos.

P. D. ¿Ha leído vuesa merced *el Pobrecito Hablador?* Yo le publicaba en tiempo de Calomarde y de Cea: ahora, como ya tenemos libertad racional, probablemente no se podría publicar.

MODAS

Deseamos con impaciencia que la absoluta desaparición del cólera vuelva á traer al seno de esta capital las elegantes que el miedo nos ha robado, y que la animación de una época más feliz haga renacer la apagada coquetería de las bellas que permanecen todavía casi aisladas en medio de esta gran población. Vacíos casi los teatros, desiertos los paseos, suspendidas las sociedades, ¿adónde iríamos á buscar la moda? Sólo podemos hacer algunas indicaciones generales acerca de los caprichos, más ó menos fundados, de esa diosa del mundo, que así avasalla los trajes y peinados como los gustos y opiniones. Es de moda, por ejemplo, en la ópera, la señora Campos; así es que apenas hay noche que no se la aplauda. No es menos de moda el sorbete de arroz, ni menos insípido tampoco. Está decididamente en boga reirse todos los días de los gestos espantables del señor Género, quejarse del gobierno, y asombrarse de la inacción de los Estamentos. Estas tres modas durarán probablemente más que el talle largo.

Hacen furor los oficios de próceres y procuradores imposibilitados: es por cierto cosa furibunda. Al cabo de algún tiempo sucederá con estas imposibilidades de asistir, lo que sucedía el invierno pasado con los capotes forrados de encarnado, que no había barbero sin capote: á este paso, dentro de poco no habrá representante sin imposibilidad. Es de esperar, sin embargo, que esta moda de poco gusto y de menos patria se proscriba, como se proscribió para siempre el escote exagerado de las mujeres, al cual se parece en presentar desnudas cosas que deben siempre estar tapadas. Empiezan á estilarse mucho los artículos de oposición: se asegura que hacen bien á todos los cuerpos. Algunos se ven, sin embargo, que hacen tan mala cara al Estamento, como los ferronières de metal á las señoras, que las desfiguran todas y hacen traición á su hermosura; en este caso están los de hechura llamada á la sesión secreta. Lo más raro es que, según parece, esos artículos salen fabricados del mismo Estamento, no porque sea la mejor fábrica, sino por estar allí las primeras materias y la mano de obra. Esa moda no nos gusta: se semeja un tanto cuanto á la falda corta en no ser la más decorosa.

Los artículos ministeriales, que algunos seudo-elegantes quieren introducir, no se acreditan. Son como los peines altos, que sólo sirven para que se vea venir desde lejos á quien los usa, y para dar una elevación ridícula á la persona. Hay, sin embargo, un regular surtido al uso de los pretendientes, en la fábrica-colmena de *la Abeja,* imprenta de don Tomás Jordán. Aunque es moda nueva, se venden baratos, sin duda porque la gente de gusto no los gasta. Es moda anti-nacional como los sombreros de señora: así es, que por más flores que se les pongan, no se saben llevar, con paciencia, se entiende. Estas dos modas últimas, exageradas, como algunos las llevan, no nos parecen del caso; los ministeriales no hacen buena figura, y los de oposición pueden llegar á hacerla mucho peor. Con cierta medida todo es bueno.

Se siguen estilando las sesiones cortas, muy cortas, como si dijéramos, á media pierna: en esto se dan la mano con los vestidos de maja:

así es que se suelen dejar lo mejor en descubierto.

En punto á calzado, sólo podemos decir que lo más común es andarse con pies de plomo. Con respecto á talle, la gran moda es estar muy oprimido, tan estrecho que apenas se pueda respirar: por ahora á lo menos este es el uso; podrá pasar pronto, si no nos ahogamos antes. En punto á muebles, los hay nuevos todos los días; pero allá se van con los antiguos. Por lo que hace á adornos de mesa, sabido es que en España no somos fuertes; bien que falta lo principal, que es qué comer.

De colores, en fin, estamos poco más ó menos como estábamos; si bien el blanco y negro son los fundamentales, aquél más caído, éste más subido; lo más común, especialmente en personas de calidad, son los colores indecisos, tornasolados, partícipes de negro y blanco, como gris ó entre dos luces; en una palabra, colores que apenas son colores; es de esperar que pronto se habrán de admitir, sin embargo, de grado ó por fuerza, colores más fuertes y decididos, puros y sin mezcla alguna. En el ínterin chocan tanto éstos últimos que hay personas nerviosas que sólo al considerar que habrá que entrar en ellos, padecen y ofician, y guardan la cama.



LA GRAN VERDAD DESCUBIERTA

Dirán que los grandes trastornos políticos no sirven para nada. ¡Mentira! ¡atroz mentira! Del choque de las cosas y de las opiniones nace la verdad. De dos días de discusión nace un principio nuevo y luminoso. ¿Saben ustedes lo que se ha descubierto en España, en Madrid, ahora, hace poco, hace dos días no más? Se ha descubierto, se ha decidido, se ha determinado que, *la ley protege y asegura la libertad individual.* Cosa recóndita, de nadie sabida, ni nunca sospechada. Han sido precisos todos los sucesos de la Granja, la caída de tres ministerios, una amnistía, la vuelta de todos los emigrados, la rebelión de un mal aconsejado príncipe, una cuádruple alianza, una guerra en Vizcaya, una jura, una proclamación, un estatuto, unas leyes fundamentales resucitadas en traje de Próceres, una representación nacional, dos estamentos, dos discusiones, una corrección ministerial, un empate y la reserva de un voto importante, que no hacía falta, para sacar del fondo del arca política la gran verdad de que la ley protege y asegura la libertad individual. Pero ahora ya lo sabemos. *Girolamo, lo sappiamo,* responderá alguno. *Sappete* un!!! Ahora es, y no antes, cuando verdaderamente lo sabemos, y ya nunca se nos olvidará.

¡Que nos quiten esa ventaja! A un dos por tres descubrió Copérnico que la tierra es la que gira; en un abrir y cerrar de ojos descubrió Gassendi la gravedad de los cuerpos; Newton halló su prisma en un mal vidrio; Linneo encontró los sexos de las plantas entre rama y rama. Pero han sido necesarios siglos de opresión y una corrección ministerial para descubrir que la ley protege y asegura algo. Hé aquí la diferencia que hay de las verdades físicas á las verdades políticas: aquéllas suelen encontrarse detrás de una mata; éstas están siglos enteros agazapadas detrás de una corrección ministerial. Abrase la discusión, discútase el punto, pronúnciese la modificación ministerial, *et voilà la vérité,* que salta como un chorro, y salpica á los circunstantes. ¡Uff!!! *La ley protege y asegura la libertad individual.* Luego que esto esté escrito y sancionado, ya quisiera yo saber quién es el que no anda derecho. ¿Qué ladrón vuelve á robar, qué asesino mata, qué facción vuelve á levantar cabeza, y qué carlista, en fin, no se apea de su destino? La discusión, la discusión; hé aquí el secreto. *La ley protege,* es decir, que la ley no es cosa mala, como se había creído hasta ahora; la ley por último, hé aquí la gran verdad escondida. Loor á la revolución, loor á las discusiones largas y peliagudas, loor á las correcciones ministeriales, y loor en fin, para siempre, y más loor á la gran verdad descubierta.

EL MINISTERIAL

¿Qué me importa á mí que Locke exprima su exquisito ingenio para defender que no hay ideas innatas, ni que sea la divisa de su escuela: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu?* Nada. Locke pudiera muy bien ser un visionario, y en ese caso ni sería el primero ni el último. En efecto, no debía de andar Locke muy derecho: ¡figúrese el lector que siempre ha sido autor prohibido en nuestra patria!... Y no se me diga que ha sido mal mirado, como cosa revolucionaria, porque, sea dicho entre nosotros, ni fué nunca Locke emigrado, ni tuvo parte en la constitución del año 12, ni empleo el año 20, ni fué nunca periodista, ni tampoco urbano. Ni menos fué perseguido por liberal; porque en sus tiempos no se sabía lo que era haber en España ministros liberales. Sin embargo, por más que él no escribiese de ideas para España, en lo cual anduvo acertado, y por más que se le hubiese dado un bledo de que todos los padres censores de la Merced y de la Victoria condenasen al fuego sus peregrinos silogismos, bien empleado le estuvo. Yo quisiera ver al señor Locke en Madrid en el día, y en-

tonces veríamos si seguiría sosteniendo que porque un hombre sea ciego y sordo desde que nació, no ha de tener por eso ideas de cosa alguna que á esos sentidos ataña y pertenezca. Es cosa probada que el que no ve ni oye claro á cierta edad, ni ha visto nunca, ni verá. Pues bien, hombres conozco yo en Madrid de cierta edad, y no uno ni dos, sino lo menos cinco, que así ven y oyen claro como yo vuelo. Hábleles usted, sin embargo, de ideas; no sólo las tienen sino que ¡ojalá no las tuvieran! Y de que estas ideas son innatas, así me queda la menor duda como pienso en ser nunca ministerial; porque si no nacen precisamente con el hombre, nacen con el empleo, y sabido se está que el hombre, en tanto es hombre, en cuanto tiene empleo.

Podría haber algo de confusión en lo que llevo dicho, porque los ideólogos más famosos, los Condillac y Destutt-Tracy, hablan sólo del hombre, de ese animal privilegiado de la creación, y yo me ciño á hablar del ministerial, ese ser privilegiado de la gobernación. Saber ahora lo que va de ministerial á hombre, es cuestión para más despacio, sobre todo cuando creo ser el primer naturalista que se ocupa de este ente, en ninguna zoología clasificado. Los antiguos por supuesto no le conocieron; así es que ninguno de sus autores le mienta para nada entre las curiosidades del mundo antiguo, ni se ha descubierto ninguno en las excavaciones de Herculano, ni Colón encontró uno solo entre todos los indios que descubrió; y entre los modernos, ni Buffón le echó de ver entre los racionales, ni Valmont de Bomare le reconoce; ni entre las plantas le coloca Jussieu, Tournefort, ni de Candolle, ni entre los fósiles le clasifica Cuvier; ni el barón de Humboldt, en sus largos viajes, hace la cita más pequeña que pueda á su existencia referirse. Pues decir que no existe, sin embargo, sería negar la fe, y vive Dios que mejor quiero pasar que la fe y el ministerialismo sean cosas para renegadas que para negadas, por más que pueda haber en el mundo más de un ministerial completamente negado.

El ministerial podrá no ser hombre, pero se le parece mucho, por de fuera sobre todo: la misma fachada, el exterior mismo. Por supuesto, no es planta, porque no se cría ni se coge; más bien pertenecería al reino mineral, lo uno porque el ministerialismo tiene algo de mina y lo otro porque se forma y crece por superposición de capas: lo que son las diversas capas superpuestas en el reino mineral, son los empleos aglomerados en él: á fuerza de capas medra un mineral; á fuerza de empleos crece un ministerial, pero en rigor tampoco pertenece á este reino. Con respecto al reino animal, somos harto urbanos, sea dicho con terror suyo, para colocar al ministerial en él. En realidad, el ministerial más tiene de artefacto que de otra cosa. No se cría, sino que se hace, se confecciona. La primera materia, la masa, es un hombre. Coja usted un hombre (si es usted ministro, se entiende, porque sino, no sale nada), sonríasele usted un rato, y le verá usted ir tomando forma, como el pintor ve salir del lienzo la figura con una sola pincelada. Déle usted un toque de esperanza, derecho al corazón, un ligero barniz de nombramiento, y un color pronunciado de empleo, y le ve usted irse doblando en la mano como una hoja de sensitiva, encorvar la espalda, hacer atrás un pie, inclinar la frente, reir á todo lo que diga: y ya tiene usted hecho un ministerial. Por aquí se ve que la confección del ministerial tiene mucho de sublime, como lo entiende Longino. Dios dijo: *Fiat lux, et lux facta fuit.* Se sonrió un ministro, y quedó hecho un ministerial. Dios hizo al hombre á su semejanza, por más que diga Voltaire que fué al revés: así también un ministro hace un ministerial á imitación suya. Una vez hecho, le sucede lo que al famoso escultor griego que se enamoró de su hechura, ó lo que al Supremo Hacedor, de quien dice la Biblia á cada creación concluída: *Et vidit Deus quod erat bonum.* Hizo el ministro su ministerial, y vió lo que era bueno.

Aquí entra el confesar que soy un si es no es materialista, si no tanto que no pueda pasar entre las gentes del día, lo bastante para haber muerto emparedado en la difunta que murió de hecho á catorce años, y que mató no há mucho de derecho el ministerio de Gracia y justicia, que fué matarla muerta. Dígolo, porque soy de los que opinan en los ratos que estoy de opinar algo sobre algo, con muchos fisiólogos y con Gall, sobre todo, que el alma se adapta á la forma del cuerpo, y que la materia en forma de hombre da ideas y pasiones, así como da naranjas en forma de naranjo. La materia, que en forma sólo de procurador producía un discurso racional, unas ideas intérpretes de su provincia, se seca, se adultera en forma ministerial: y aquí entran las ideas innatas, esto es, las que nacen con el empleo, que son las que yo sostengo, mal que les pese á los ideólogos. Aquí es donde empieza el ministerial á participar de todos los reinos de la naturaleza. Es mona por

una parte de suyo imitadora; vive de remedo. Mira al amo de hito en hito: ¿hace éste un gesto? miradle reproducido como en un espejo en la fisonomía del ministerial. ¿Se levanta el amo? La mona al punto monta á caballo. ¿Se sienta el amo? Abajo la mona. Es papagayo por otra parte; palabra soltada por el que le enseña, palabra repetida. Sucédele así lo que á aquel loro, de quien cuenta Jouy que habiendo escapado con vida de una batalla naval, á que se halló casualmente, quedó para toda su vida repitiendo, lleno de terror, el cañoneo que había oído: «¡Pum! ¡pum! ¡pum!» sin nunca salir de esto. El ministerial no sabe más que este cañoneo. «La España no está madura.—No es oportuno.—Pido la palabra en contra.—No se crea que al tomar la palabra lo hago para impugnar la petición, sino sólo sí para hacer algunas observaciones,» etc., etc. Y todo ¿por qué? Porque le suena siempre en los oídos el cañoneo del año 23. No ve más que el Zurriago, no oye más que á Angulema.

Es cangrejo porque se vuelve atrás de sus mismas opiniones francamente; abeja en el chupar, reptil en el serpentear, mimbre en lo flexible, aire en el colarse, agua en seguir la corriente, espino en agarrarse á todo, aguja imantada en girar siempre hacia su norte, girasol en mirar al que alumbra, muy buen cristiano en no votar; y seméjase, en fin, por lo mismo al camello en poder pasar largos días de abstinencia; así es que en la votación más decidida álzase el ministerial y exclama: «Me abstengo;» pero, como aquel animal, sin perjuicio de desquitarse de la larga abstinencia á la primera ocasión.

El ministerial anda á paso de reforma; es decir, que más parece que se columpia, sin moverse de un sitio, que no que anda.

Es por último el ministerial de suyo tímido y miedoso. Su coco es el urbano: no se sabe por qué le ha tomado miedo; pero que se le tiene es evidente; semejante á aquel loco célebre que veía siempre la mosca en sus narices, tiene de continuo entre ceja y ceja la anarquía: y así la anda buscando por todas partes, como busca Guzmán en *La pata de cabra* las fantasmas por entre las rendijas de las sillas. El ministerial, para concluir, es ser que dará chasco á cualquiera, ni más ni menos que su amo. Todas las esperanzas anteriores, sus antecedentes todos se estrellan al llegar al sillón; á cuyo propósito quiero contar un cuento á mis lectores.

Era año de calamidad para un pueblo de Castilla, cuyo nombre callaré; reunióse el ayuntamiento, y decidió recurrir á otro pueblo inmediato, en el cual se veneraba el cuerpo de un santo muy milagroso, según las más acordes tradiciones, en petición de la sagrada reliquia y de algunas semillas de granos para la nueva cosecha. Hízose el pedido, que fué al punto mismo otorgado. Al año siguiente pasaba el alcalde del pueblo sano por el afligido: es de advertir que, contra todas las esperanzas, si bien la cosecha era abundante, el cielo, que oculta siempre al hombre débil sus altos fines, no había querido terminar la plaga, sin duda porque al pueblo no le debía de convenir.—¿Cómo ha ido por ésta?—le preguntaba el uno al otro alcalde.—Amigo,—le respondió el preguntado, con expresión doliente y afligido,—la semilla asombrosa... pero... no quisiera decírselo á usted.—¡Hombre! ¿qué?—Nada: la semilla, como digo, asombrosa, pero el santo salió flojillo.

Los ministeriales efectivamente, amigo lector, no quisiera decirlo, pero salieron también flojillos.

SEGUNDA CARTA

DE UN LIBERAL DE ACÁ Á UN LIBERAL DE ALLÁ

Sin duda será cosa que te asombre, querido Silva Carvallo d'Alburquerque, recibir mi segunda carta antes que la primera. Ya se ve, acostumbrados ahí en Portugal á proceder lógicamente y empezar siempre por el principio, me tratarás de loco, si es que no me tratas de ministerial. Pero te has de hacer varios cargos. En primer lugar, no en todas partes hay las mismas costumbres. En España solemos empezar por lo último, dejándonos lo principal en el tintero, y pensar que yo solo me he de salir del camino trillado es pedir peras al olmo, ó, lo que es lo mismo, libertad á un ministerio; es buscar cotufas en el golfo; más claro, por si no entiendes este refrán, es buscar una sentencia de muerte en causa carlista.

Ni yo veo la necesidad de empezar siempre por el principio, sobre ser esto cosa que á cual-

quiera le ocurriría, y aquí no somos cualquiera: el empezar por lo último tiene la singular ventaja, que á tí no te habrá ocurrido, de aparecer las cosas acabadas desde luego. Las naciones se manejan como los sonetos; los cuales si han de ser buenos, no hay poeta mediano que no los empiece por el último verso. Agrega á esto que de hacer las cosas mal, resulta otro beneficio, cual es el de poderlas enmendar, y así lo que no va en el libro va en la fe de erratas. A cuyo propósito viene de perilla recordarte el cuento de nuestro don Bartolomé, acerca del mal pintor que quería blanquear, y luego pintar su casa, y á quien un inteligente aconsejaba que mejor le estaría para su gloria pintarla primero y después blanquearla. En segundo lugar has de saber que mi primera carta fué malamente interceptada: y no es decir que te la enviase yo por Vizcaya, lo cual hubiera sido grave error geográfico, sino por el conducto de este malhadado periódico, que perdone la censura. Pero es de advertir, amigo, que un periódico es en el día en punto á interceptaciones una verdadera Vizcaya. Es más fácil casi llevar un pliego al general en jefe, aunque no se sepa dónde pára, que hacer llegar al público un mal artículo. Verdad es que, si hemos de hablar claro, es más fácil saber dónde está el público que dónde está Rodil: ya ves que no te lo pondero poco. Cada periódico dice que lo tiene en su casa; pero en realidad el público es como la libertad, que todos dan en decir que la tenemos, y ninguno la ve.

Interceptada, pues, mi primera carta, ¿qué otro recurso me queda que escribirte la segunda? Si yo no fuera tan escrupuloso, bien pudiera llamar segunda á la primera; pero yo, amigo, como Boileau, *J'appelle un chat un chat et Rolet un fripon.*

Y así me dejaran, como llamaría otras muchas cosas por su nombre: que á creerme autorizado como el ministerio de lo Interior á mudar los nombres á las cosas, ya puedes imaginarte que no sería por mis cartas por donde empezaría.

Vamos á otra cosa; ¿no hay facciosos en Portugal, querido Silva? ¿Hay país más raro? ¿Cómo podéis vivir sin facciosos? ¿De qué habláis pues? ¿á quién perseguís? ¿de qué llenáis vuestra Gaceta? ¿Vivís sin partes oficiales, sin sorpresas? Raro me habían dicho que era Portugal, pero no tanto.

Dolorosa me ha sido la muerte de vuestro don Pedro, muy dolorosa, más por afición que le tenía, que por creer que os fuese necesario. Sin ir más lejos, aquí no hemos tenido don Pedro, y nos hemos pasado sin él: verdad es que también nos pasamos sin otras cosas. ¿Es posible que en Portugal nadie tiene miedo á los liberales? ¡Lo que va de un clima á otro! Lo mismo sucede con esto que con las tarántulas, que en tierra de Tarento son ponzoñosas y en países más fríos no; por acá los liberales son tremendos; así es que les tenemos, no diré un miedo cerval, pero sí un miedo ministerial. Si el liberal, sobre todo, ha emigrado, y si necesita empleo para vivir, es cosa muy perjudicial: los liberales buenos son los que no han emigrado, ni se han estado aquí, y los que no necesitan comer para vivir. Los demás llevan siempre la anarquía en el bolsillo. En Portugal, por el contrario, los temibles eran los miguelistas: aquí no: aquí los carlistas son como si dijéramos de casa... pero baste en este punto.

Por las gacetas, dices, conoces que lo de Vizcaya va bien; yo lo creo: un señor procurador bien informado ha dicho no há mucho en el Estamento que el año pasado tenía la facción unos dos mil hombres, y que en el día cuenta veinte mil; me parece, pues, que no puede ir mejor; la facción parece deuda del Estado según crece.

Preguntarásme de dineros: en eso sí que estamos bien: ya sabes por la mucha filosofía que has estudiado, que no es más rico aquel que tiene más dinero, sino aquel que tiene menos deseos. Por esta regla de eterna verdad, ¿qué nación más rica que la nuestra? Aquí nadie desea más de lo que tenemos: ¡mira tú si nos contentamos con poco! En realidad no falta casi nada, porque no falta más que dinero. Pero esto se compondrá, Dios y un empréstito mediantes.

Por las discusiones del Estamento te enterarías de cómo la España no está bastante civilizada; en una palabra, bastante madura para instituciones más anchas. Pero si no está madura para eso, lo está en cambio para otras cosas. Para pagar lo que se ha comido y lo que no se ha comido; para reconocer sus deudas y las ajenas está en toda su sazón. Se desgaja del árbol. En punto á deudas está al nivel de las naciones más cultas. Efectivamente, si es señal de madurez en la fruta el estar caída, convengamos en que nuestra patria está más que madura, está pasada.

Con respecto á caminos no hay otra novedad, si es que eso se puede llamar novedad,

que el seguir los más de ellos interceptados, incluso el de las reformas. A bien que siempre nos queda expedito el del cielo, que es el gran camino, y por el cual caminamos á pasos agigantados con toda la paciencia de buenos cristianos: los demás en realidad más son veredas que caminos.

A propósito de veredas, ya sabrás que han nombrado á Mina para la guerra de Vizcaya. Mina hará una carrera rápida con este gobierno. Un año ha tardado no más en ser empleado. Otro año más, y sabe Dios adónde llegará.

El Estamento de Próceres tuvo antes de ayer una sesión: es probable que tenga otras. Sabrás cómo ya se emplean por todas partes los hombres de talento. No se da un solo destino que no sea al mérito.

La milicia urbana ya se ha reunido, no solo una vez sino que creo que ha sido hasta dos. Se dice que si dará ó no dará un poquito de servicio las tardes de los días de fiesta en el teatro. Con esto ya verás qué paso lleva Zumalacárregui.

El cólera sigue haciendo en algunas provincias más estragos que un reglamento de censura.

Mucho me alegro de que en Portugal seais tan libres y tan felices. Aquí es enteramente lo mismo.

Hasta otra, querido Silva.—*El liberal de acá.*



PRIMERA CONTESTACION

DE UN LIBERAL DE ALLÁ Á UN LIBERAL DE ACÁ

Dices, querido liberal casteçao, que me asombrará el recibir tu segunda carta antes que la primera. Te equivocaste, amigo, como estrella vuestra en todas ocasiones: á mí en hablándoseme de ese país no me asombra nada. Hubiérame antes parecido cosa rara haber recibido tus cartas por su orden. Ya por acá sabemos que en punto á *cartas* no jugáis muy limpio.

Pero en fin, he recibido la segunda, á propósito de lo cual te diré que vengan ellas, y vengan cómo y cuándo puedan, que yo luego las ordenaré, como Dios me diere á entender, á semejanza de aquel que, no sabiendo más de ortografía que muchos gobernantes de gobierno, enviaba juntos en la postdata gran número de comas y signos de puntuación, añadiendo á su corresponsal: «Por lo que hace á los puntos y las comas, ahí van todos juntos para que usted se entretenga en ponerlos en su lugar, que yo ando de prisa.»

Nótase en toda tu carta cierto mal sabor de ironía, capaz de dar vahidos al más duro de cabeza, si se les diese á ciertas cabezas duras algo de algo. Por el rey don Sebastián te juro que no entiendo por qué os quejáis tanto los liberales casteçaos. ¿Tenéis vosotros vencedores y vencidos? Claro está que no; porque aunque los facciosos en algunas partes hasta ahora han podido más, se les debía contar lo que de dos que habían reñido decía un chusco, al preguntarle quién de los dos había podido más. «Claro está, respondió, que el que cayó debajo, puesto que tuvo al otro encima.»

Ellos han podido más, porque en realidad siempre os tienen encima.

Insisto por otra parte en que no hay vencedores ni vencidos, como dice vuestro ministerio; para convencerse de lo cual basta echar una ojeada á los puestos respectivos que ocupaban el año 32 Calomarde y los suyos, y á los que ocupan en el día sus sucesores: esas mudanzas no han sido haber vencedor ni vencido, sino finura de Calomarde, que ha renunciado generosamente su sillón á los que mandan en el día.

Convengamos en que es un gran consuelo para uno que lo pasa mal, decirle al oído: Lo pasa usted mal, pero hágase usted cargo de que no hay vencedores ni vencidos. En no habiendo vencedores ni vencidos, que te roben al volver de una esquina, que te salga una lupia en medio de la frente, ó una joroba en medio de las espaldas, nada te debe de importar: porque sin esos vencedores y vencidos no hay felicidad posible en la tierra, como lo hallarás escrito en todos los filósofos. Ahora con vencedores y vencidos marchas por tu camino como un coche con sus ruedas. Despachaos, pues, los liberales casteçaos á vencer á alguien, y si los carlistas no se dejan vencer, venceos por el pronto á vosotros mismos, que ese será el vencimiento que esos señores querrán dar á entender como necesario para que todo entre en caja, sobre ser esa clase de victoria la más agradable á los ojos de Dios.

Y aunque no tuvierais en cada desgracia que os sucede el gran consuelo de reflexionar que no hay vencedores ni vencidos, no veo yo la causa de tanta aflicción. Que está el pretendiente en Vizcaya... y bien: ¿y qué es el pretendiente? Según una feliz expresión de un diputado francés, traducida y arreglada para vosotros por un amigo tuyo y mío, nada: un faccioso más.

Que se ha aumentado la facción; que tenía dos mil hombres el año pasado y que éste tiene veinte mil, como me dices en tu segunda carta. Pero, ¿qué es eso, amigo mío? Bien contado, nada: diez y ocho mil facciosos más.

Que os dió gran dolor lo de Carondelet: ¡oh almas apocadas! ¿Y qué es eso, bien mirado? Nada: una sorpresa más.

¡Ay, amigo! las cosas son como se quieren ver. Filosofemos un momento. Quiero suponer

que volviéramos al año 23, que es todo lo peor que os podría suceder. ¿Y bien? á los ojos de la poesía ¿qué sería esto? Nada: diez años más de despotismo; y que te ahorcasen á tí, por ejemplo. ¿Y qué sería esto comparado con la inmensidad del universo? Nada: un ahorcado más en el mundo.

Que no tenéis dinero... ¿y qué es eso? Nada: una miseria más. Que no teniendo un cuarto, habéis reconocido todo lo anterior. ¿Y qué es eso? Nada: una deuda más Que tenéis que recurrir á un empréstito. ¿Y qué es eso? ¡oh ánimas mezquinas! Nada: un empréstito más. Que hay cólera, en fin, en varias provincias... ¿Y qué es eso últimamente? Una calamidad más.

Ya ves que tomadas las cosas de esa manera, maldito si hay por qué afligirse. A propósito de afligirse, ¿qué hay del ministerio del Interior? Después de haber mudado los nombres á las cosas, supongo que habrá hecho mil otras reformas de primera importancia. Escríbeme largo en ese punto, si hay de qué.

¿Cómo va de milicia urbana? Ya inspirará confianza á todo el mundo; ya estará toda organizada y armada; doilo por supuesto.

Háceme reir por último en tu carta lo que del miedo que á los liberales se tiene por ahí, me dices. En cuanto á eso, y en cuanto á los muchos que han andado de cárcel en cárcel, y de destierro en destierro por conspiradores, así como á los que andan sin colocación todavía por anarquistas, concluiré esta misiva con recordarte el lema que un escribano ladino encontró en un pesado mamotreto, revolviendo el archivo de la chancillería de Valladolid. Decía así: «Causa formada á las monjas del convento de Santa Clara de esta ciudad, por volar, y otros excesos.»

Así me parece á mí que son los excesos de esos pobres liberales de Castilla como los vuelos de las madres: con lo cual quedo á tus órdenes, esperando noticias de esa nación privilegiada, la cual se me figura que andando siglos podrá llegar algún día á remontarse á la altura de Portugal.—*O senhor don Sebastián Carvalho d Albuquerque.*

LA CUESTION TRANSPARENTE

No há dos días que un señor orador apellidó en el Estamento de Procuradores á la cuestión de los empleos cuestión transparente, porque detrás de ella, por más que se quiera evitar, siempre se ven las personas. Nosotros pensamos lo mismo. Hay expresiones felices que nunca quedarán, en nuestro entender, bastante grabadas en la memoria. Cuánto sea el valor de estas expresiones, dichas en tiempo y lugar, no necesitamos inculcárselo al lector. Felices son por lo bien ocurridas; felices por el apropósito, y felices, en fin, porque hacen fortuna. Estas expresiones, de tal suerte dispuestas y colocadas, suelen ser el cachetero de las discusiones, la última mano, la razón, en fin, sin réplica ni respuesta. Después que un orador ha dicho en clara y distinta voz que el pretendiente es un faccioso más, ya quisiera yo saber qué se le contesta. Cuando un orador suelta el *mal aconsejado*, el *inoportuno*, el *cimiento* y la *rama podrida*, ya quisiera yo que me dijeran hasta qué punto puede llevarse la cuestión en cuestión; y si hay oradores, si hay epítetos y adjetivos, si hay expresiones felices, hay cuestiones que no lo son menos. Una cuestión, cuando es una simple cuestión, es una cuestión y nada más. Pero hay cuestiones de cuestiones. Las hay espesas y de suyo oscuras y enmarañadas, al trasluz de las cuales nada se ve: puédese escribir encima de ellas *non plus ultra;* nada hay más allá; entre éstas pudiera muy bien clasificarse la de los *derechos sociales.* ¿Qué se ve al través de esta cuestión? Nada ciertamente: algún *visto*, algún *veremos*, ó por mejor decir algún *no veremos.* La de la *libertad de imprenta.* Hé aquí otra cuestión, oscura, negra como boca de lobo. Encima de ella ya se distinguen algunas prohibiciones, tal cual destierro, pero al trasluz, ¿qué se ve detrás? Absolutamente nada, como dice Guzmán en *La pata de cabra,* sólo se ve que no se ve nada. La de la milicia urbana: hé aquí una señora cuestión; ésta es más tupida que una manta. ¿Qué se ve detrás? Es todo lo más, si confusamente se divisa por encima un reglamento que se las puede apostar en enmiendas y fe de erratas al mismo diccionario geográfico. Es todo lo más, si en la superficie se distinguen algunos miles de hombres sin fusiles, y multitud de fusiles sin hombres. Pero al trasluz nada. Semejante al retablo de maese Pedro, las

pocas figuras que hay, todas están delante. Detrás ni aun Ginesillo de Parapilla y Pasamonte, que las mueve, se distingue.

Estas cuestiones, pues, oscuras y tupidas, no valen nada. Las grandes cuestiones son las *transparentes*. La de los empleos, por ejemplo: he aquí una cuestión de pura gasa. Aquí es donde se ve claro; detrás de ella no se necesita lente para echar de ver los empleos, y no tamaños como avellanas; el más pequeño aparece á guisa de prodigio microscópico, más grande que nuestra misma libertad; y en punto á tamaños no hay más que ponderar; pues aun se ve más, porque detrás del empleo se ve á lo lejos (un poco más en pequeño, es verdad) al hombre: pero se ve. ¡Qué no se divisa detrás de ciertos empleos! y no á ojos vistas precisamente, sino aun á cierra ojos. Se ven los empleados; verdad es que apenas se ven los de los tres; pero, en fin, se ve; en una palabra, se ve que se ve algo; se ve que se verá más; y se verá, digámoslo de una vez, lo que siempre se ha visto; los compromisos, los amigos, los parientes... es el gran punto de vista: todo se ve. ¡Fatalidad de las cosas humanas! En las otras cuestiones anhelaríamos la transparencia. Y en ésta en que se ve, nos hallamos precisados á exclamar: *¡Ojalá no se viera!*

¿ENTRE QUÉ GENTES ESTAMOS?



Henos aquí refugiándonos en las costumbres: no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos. Por otra parte, no son las costumbres el último ni el menos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, sólo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos días que la llegada inesperada á Madrid de un extranjero, antiguo amigo mío de colegio, me puso en la obligación de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observación sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oir diariamente los dichos y modales que son la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente á nuestros sentidos; mi amigo no pudo menos de abrirme el camino, que el hábito tenía cerrado á mi observación.

Necesitábamos hacer varias visitas. «¡Un carruaje!» dijimos; pero un coche es pesado; un cabriolé será más ligero; no bien lo habíamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta corte, sobre todo, de esos que llevan dinero por los que llaman *bombés decentes*, donde encontró efectivamente uno sobrante y desocupado, que, para calcular cómo sería el maldecido, no se necesitaba saber más. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas después ya estaba en la

puerta de mi casa un birlocho pardo con varias capas de polvo de todos los días y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aun yo tuve para mí que lo debían de sacar en los días de aire á tomar polvo para que le encubriese las macas que tendría. Que las ruedas habían rodado hasta entonces, no se podía dudar; que rodarían siempre y que no harían rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestión: que el caballo había vivido hasta aquel punto, no era dudoso: que viviría dos minutos más, eso era precisamente lo que no se podía menos de dudar cada vez que tropezaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido, la curiosa visual del espectador. Cierto ruido desapacible de los muelles y del eje le hacía sonar á hierro como si dentro llevara medio rastro. Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servía, y entre la vida del caballo y la suya no se podía atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellón; por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creído cualquiera que eran gemelos, y que no sólo habían nacido á un mismo tiempo, sino que á un mismo tiempo iban á morir. Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado, un capricho de Goya. Fué preciso conformarnos con este elegante mueble: subí, pues, á él y tomé las riendas, después de haberse sentado en él mi amigo el extranjero. Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchar, y fué á subir á la trasera; sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar: ¿mas cuál fué mi admiración, cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecía un espíritu desprendiéndose de la tierra? ¿Y qué dirán ustedes que era? que el birlocho venía sin barriguera; y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, á manera de balanza, vino á tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit.*

«Esto no es conmigo,» exclamé; bajamos del birlocho, y á pie nos fuimos á quejar, y reclamar nuestra señal á casa del alquilador. Preguntamos y volvimos á preguntar, y nadie respondía, que aquí es costumbre muy recibida: pareció por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal encarado como el birlocho; expúsele el caso, y pedíle mi señal, en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mí.—¿Qué tiene usted que pedirle á ese birlocho y á esa jaca sobre todo?—me dijo echándome á la cara una interjección expresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos. Después de semejante entrada nada quedaba que hablar. —Véale usted despacio,—le contesté sin embargo.—Pues no hay otro,—siguió diciendo; y volviéndome la espalda—¡A París por gangas! —añadió.—Diga usted, señor grosero,—le repuse, ya en el colmo de la cólera,—¿no se contentan ustedes con servir de esta manera sino que también se han de aguantar sus malos modos? ¿Usted se pone aquí para servir ó para mandar al público? Pudiera usted tener más respeto y crianza para los que son más que él.—Aquí me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de esas que arrebañan á la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del país.—Nadie es más que yo, don caballero ó don lechuga; si no acomoda, dejarlo. ¡Mire usted con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo; ahí en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno.—Y al decir esto, salió una mujer y dos ó tres mozos de cuadra; y llegáronse á oir cuatro ó seis vecinos y catorce ó quince curiosos transeuntes; y como el calesero hablaba en majo y respondía en desvergonzado, y fumaba y escupía por el colmillo, é insultaba á la gente decente, el auditorio daba la razón al calesero, y le aplaudía y soltaba la carcajada, y le animaba á seguir: en fin, sólo una retirada á tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se preparaba á hacernos pasar el concurso que allí se había reunido.

—¿Entre qué gentes estamos?—me dijo el extranjero asombrado.—¡Qué modos tan raros se usan en este país!—¡Oh, es casual!—le respondí algo avergonzado de la inculpación, y seguimos nuestro camino. El día había empezado mal, y yo soy supersticioso con estos días que empiezan mal: acaban peor.

Tenía mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso acompañarle á una oficina de policía; ¡aquí verá usted, le dije, otra amabilidad y otra finura! La puerta estaba abierta y naturalmente nos entrábamos; pero no habíamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino á nosotros gritándonos:—¡Eh! ¡hombre! ¿adónde va usted? fuera.—Este es pariente del calesero,—dije yo para mí; salimos fuera, y sin

embargo esperamos el turno.—Vamos, adentro; ¿qué hacen ustedes ahí parados?—dijo de allí á un rato, para darnos á entender que ya podíamos entrar; entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debían contestar al saludo, se pidieron mutuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda, y á una indicación mía para que nos despachasen en atención á que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los negocios:—Tenga usted paciencia,—respondió uno,—que aquí no estamos para servir á usted.—A ver,—añadió dentro de un rato,—venga eso;—y cogió el pasaporte y lo miró.—¿Y usted quién es?—Un amigo del señor.—¿Y el señor? algún francés de estos que vienen á sacarnos los cuartos.—Tenga usted la bondad de prescindir de insultos, y ver si está ese papel en regla.—Ya le he dicho á usted que no sea insolente si no quiere usted ir á la cárcel.

Brincaba mi extranjero, y yo le veía dispuesto á hacer un disparate.—Amigo, aquí no hay más remedio que tener paciencia.—¿Y qué nos han de hacer?—Mucho y malo.—Será injusto. —¡Buena cuenta!—Logré por fin contenerle.—Pues ahora no se le despacha á usted; vuelva usted mañana.—¿Volver?—Vuelva usted, y calle usted.—Vaya usted con Dios.

Yo no me atrevía á mirar á la cara á mi amigo.—¿Quién es ese señor tan altanero?—me dijo al bajar la escalera,—y tan fino y tan... ¿Es algún príncipe?—Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la nación: como está empleado, se cree dispensado de tener crianza.

—Aquí tiene todo el mundo esos mismos modales, según voy viendo.—¡Oh! no; es casualidad.—*C'est drôle*,—iba diciendo mi amigo, y yo diciendo:—¿Entre qué gentes estamos?

Mi amigo quería hacerse un pantalón, y le llevé á casa de mi sastre. Esta era más negra: mi sastre es hombre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta; me suele dar dos palmaditas ó tres, más bien más que menos, cada vez que me ve; me llama simplemente por mi apellido, á veces por mi nombre, como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos, y no me tutea, no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi francés nos miraba á los dos alternativamente, mi sastre se reía; yo mudaba de colores, pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres ó todos los sastres son caballeros. Por supuesto que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en dárnoslo encendido él mismo de su boca; cuantas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes. Era por la mañana: la fatiga y el calor nos habían dado sed: entramos en un café y pedimos sorbetes.—¡Sorbetes por la mañana!—dijo un mozo con voz brutal y gesto de burla.—¡Que si quieres!—¡Bravo!—dije para mí. —¿No presumía yo que el día había empezado bien? Pues traiga usted dos vasos pequeños de limón...—¡Vaya, hombre, anímese usted! tómelos usted grandes,—nos dijo entonces el mozo con singular franqueza.—¡Si tiene usted cara de sed!—Y usted tiene cara de morir de un silletazo,—repuse yo ya incomodado;—sirva usted con respeto, calle y no se chancee con las personas que no conoce, y que están muy lejos de ser sus iguales.

Entretanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo diez ó doce señoritos de muy buenas familias jugaban al billar con el mozo de éste, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba á uno, sobaba á otro, insultaba al de más allá y se hombreaba con todos: todos eran unos.—¿Entre qué gentes estamos?—repetía yo con admiración.—*C'est drôle!*—repetía el francés.—¿Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto? ¿Hay tal confusión de clases y personas? ¿Para qué cansarme en enumerar los demás casos que de este género en aquel bendito día nos sucedieron? Recapitule el lector cuántos de éstos le suceden al día y le están sucediendo siempre, y esos mismos nos sucedieron á nosotros. Hable usted con tres amigos en una mesa de café: no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversación. Vaya usted á comer á una fonda, y cuente usted con el mozo que ha de servirle como pudiera usted contar con un comensal. El le bordará á usted la comida con chanzas groseras; él le hará á usted preguntas fraternales y amistosas... él... Vaya usted á una tienda á pedir algo.—¿Tiene usted tal cosa?—No señor; aquí no hay.—¿Y sabe usted dónde la encontraría?—¡Toma! ¡qué sé yo! Búsquela usted. Aquí no hay.—¿Se puede ver al señor de tal? dice usted en una oficina. Y aquí es peor, pues ni siquiera contestan *no;* ¿ha entrado usted? como si hubiera entrado un perro.—¿Va usted á ver un establecimiento

público?—Vea usted qué caras, qué voz, qué expresiones, qué respuestas, qué grosería.—Sea usted grande de España; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle, y le manosee y empuerque su tabaco, y se le vuelva apagado. ¿Tiene usted criados? Haga usted cuenta que mantiene unos cuantos amigos, ellos llaman por su apellido seco y desnudo á todos los que lo sean de usted, hablan cuando habla usted, y hablan ellos... ¡Señor! ¡señor! ¿entre qué gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide á las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¡Qué trueque es éste de ideas y de costumbres!

Mi francés había hecho todas estas observaciones, pero no había hecho la principal; faltábale observar que nuestro país es el país de las anomalías; así que, al concluirse el día:—Amigo,—me dijo,—yo he viajado mucho; ni en Europa, ni en América, ni en parte alguna del mundo he visto menos aristocracia en el trato de los hombres; este es el país adonde yo me vendría á vivir; aquí todos los hombres son unos: se cree estar en la antigua Roma. En llegando á París voy á publicar un opúsculo en que pruebe que la España es el país más dispuesto á recibir...

—Alto ahí, señor observador de un día,—dije á mi extranjero interrumpiéndole;—adivino la idea de usted. Las observaciones que ha hecho usted hoy son ciertas; la observación general empero que de ellas deduce usted es falsa: esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que sólo se podrían explicar entrando en pormenores que no son del momento: este es desgraciadamente el país menos dispuesto á lo que usted cree, por más que le parezcan á usted todos unos. No confunda usted la debilidad de la senectud con la de la niñez: ambas son debilidad; las causas son no obstante diferentes; esa franqueza, esa aparente confusión y nivelamiento extraordinario no es el de una sociedad que acaba, es el de una sociedad que empieza; porque yo llamo empezar...—¡Oh! sí, sí, entiendo. *C'est drôle! C'est drôle!*—repetía mi francés.

—Ahí verá usted,—repetía yo,—entre qué gentes estamos.

DOS LIBERALES, O LO QUE ES ENTENDERSE

PRIMER ARTÍCULO

Entre las personas que me hacen demasiado favor, sin duda, en ocuparse en los articulejos que he solido dar á luz durante mi corta existencia periodística, algunos hay que me dirigen diariamente amistosas reconvenciones sobre lo perezosa que se ha hecho mi pluma de algún tiempo á esta parte. Esto es lo que llamaría yo de buena gana no saber de la misa la media, si no temiese ofender á los que con su aprecio me honran y distinguen: no entraré en aclaraciones acerca del particular, porque acaso no me bastara el querer satisfacerlas: sólo les diré, que llamarme perezoso equivale á reconvenir á un cojo de ambas piernas, porque no ande. Si esto no basta, ya no sé qué decir: ¡ojalá no sobre! Les podré añadir, que por una rara combinación de circunstancias que mis lectores no entenderán, y que yo entiendo demasiado, nunca escribo yo más artículos que cuando ellos no ven ninguno, de suerte que en vez de decir: «Fígaro no ha escrito este mes,» fuera más arrimado á la verdad decir el mes en que no hubiesen visto un solo *Fígaro* al pie de un artículo: «¡Cuánto habrá escrito Fígaro este mes!» Parece la cosa digna de explicación; pero, amigo lector, ¡cómo de esas cosas suceden que no se explican, y cómo de esas cosas se explicarían que no se entenderían!

Sentadas estas bases, basta por toda satisfacción saber que tengo un criado montañés, que, á fuer de quererme, se toma conmigo raras libertades: lo mismo es ver que he escrito como cosa de un cuarto de hora, que es todo lo más que él me permite, porque blasona de cuidarse mucho de mi bienestar; éntrase en mi cuarto gruñendo entre dientes como criado viejo; tien-

de la vista descortésmente sobre mi papel, mirándole solo con un ojo á causa de no tener otro. «¡Hola!—dice,—¡oposicioncita! ¿Eh? ¡Basta, señor, basta!» y unas veces derribando el tintero sobre el escrito, llénamelo de borrones, y otras, que son las más, asiendo de un apagador, encájalo por montera sobre el candelero y apaga la luz. Yo no sé con quién diablos ha servido el tal montañés; pero él jura que esto me conviene; verdad es que me conoce, y sabe que si no me fuera á la mano estaría escribiendo todavía, porque, como él dice, la materia no es corta, y la intención no es buena. El montañés tiene ascendiente sobre mí, sin que yo lo pueda remediar, por consiguiente no hay echarle de casa: conténtome, pues, con decir, cada vez que me corta el hilo de mis eternos discursos:

Dios le dé salud,
Dios le dé salud,
A aquel montañés
Que apagó la luz.

Cantaba yo por lo bajo este refrán (porque por lo alto no me atrevo á cantar) esta mañana misma, contemplando con las lágrimas en los ojos y á oscuras el estrago que había hecho en mi bufete la última visita de mi montañés, cuando vuelve éste á entrar con el correo en la mano: es de advertir que yo llamo correo á toda carta que recibo, por la simple razón de que según está en el día el servicio de correos, resulta ser igual enviar una carta por la balija pública, ó llevarla uno mismo: entro pues con mi correo de Madrid, y entre algunas apuntaciones que me envían mis corresponsales, las cuales así me guardaré yo de publicarlas, como se guardará el censor de permitirlas, encuéntrome con dos cartas evidentemente de liberales, puesto que cada uno trae su hoja de servicios al margen: ambos de buena fe, amantes ambos del bien de su país. Y como se reduzcan ellas á darme cuatro consejos que tengo bien merecidos por los muchos desmanes que he cometido en punto á escribir, y por los que pienso seguir cometiendo en cuanto pueda, trasladarélas al curioso lector, si es que ha quedado lector curioso en España después de todo lo que se ha leído en la larga fecha que llevamos de completa libertad intelectual. (Sea dicho con licencia de Dios y de la conciencia.)

Dice el uno: «Señor Fígaro: gracias á Dios, impertérrito escritor, que ha dado usted algún descanso á su pluma: no le negaré á usted que sus artículos me han solido hacer reír alguna vez; pero siempre tuve en medio de eso deseos vehementes de dar á usted un consejo. Yo, señor Fígaro, soy liberal desde chiquito, así como hay otros chiquitos desde liberales; anduve en lo del año 12, asunto de grandes controversías; que salvé, pues, la patria de la dependencia francesa, no hay para qué decirlo; que vino el rey, todo el mundo lo sabe: ¡ojalá nadie lo supiera! y que fuí luego á Melilla, eso lo sé yo, y basta. Vino el año 20 y vine yo: es decir, que vinimos todos. Cómo se manejó aquello, pues la cosa fué sonada, ya habrá llegado á oídos de usted, porque le tengo por liberal de esta nueva cría. Fué el caso no habernos entendido, que á entendernos otro gallo nos cantara; pero ¿qué qüiere usted? la inteligencia no fué el don de que anduvo más pródigo el Ser supremo: en cambio nos dió memoria de firme, para nuestra desdicha, y voluntad, la cual podemos tener todo lo mala posible. ¡Tal es el hombre! Pero si nosotros no nos entendimos parece que nos entendió Angulema, y aun nos tradujo y nos refundió de tal suerte, que quedamos peor parados que comedia antigua en manos de poeta moderno. ¿Y quién tuvo la culpa? La libertad de imprenta. Claro está. Y sino lo probaré. Las naciones del norte vieron que la chispa eléctrica corría demasiado, suscitaron aquí el partido descontento, y alzáronse las guerrillas. Ya ve usted que esto es claro, ¡la libertad de imprenta!

»Dieron dinero y auxilios, y la facción creció. Verdad es que la facción no sabía leer. Pero si no hubiera sido por la libertad de imprenta, la facción no hubiera crecido.

»Acaloráronse los ánimos, y de puro no saber leer ni escribir, no nos pusimos de acuerdo. ¡Ya ve usted! ¡La libertad de imprenta!

»Entró Angulema, y ¿quién le dió sus bayonetas? La libertad de imprenta.

»Hubo desgraciadamente defección, torpeza ó mala fe en nuestro ejército, y á Cádiz con la maleta. ¡La libertad de imprenta!

»Acabóse todo, publicóse el gran manifiesto impreso. ¡La libertad de imprenta! y buenas noches.

»Aquí entró la emigración, y de la emigración el escarmiento. Ya ve usted, pues, si unido de esta suerte á esta causa, puedo yo no ser liberal de veras.

»Hoy es, y esta es la primera vez que hemos venido los emigrados, sin venir ningún año particular. Nacimos el año 12, nos fuimos con el 14, volvimos con el 20, y escapamos con

el 23. Ahora nos hemos venido sin fecha: como ratones arrojados de la despensa por el gato, hemos ido asomando el hocico poco á poco, los más atrevidos antes, los más desconfiados después, hasta que hemos visto que el campo es nuestro.

»No comprendiendo nosotros mismos nuestra venida, á cada paso creemos ver de nuevo el gato.

»Ahora bien, nuestro gato es la anarquía, porque el otro que había en la casa se escaldó para siempre. ¿Y le parece á usted justo, señor Fígaro, que yo y otros como yo, que hemos tenido la gloria y la fortuna de escapar de dos fechas en contra y de dos emigraciones, que hemos vuelto, y que, á causa de nuestros antecedentes y de nuestros talentos (perdone usted el galicismo, que me lo traje de Francia), nos hemos encontrado al frente de las cosas con muy buenos destinos, vayamos á incurrir en los mismos tropiezos de antes? No, señor: hemos hecho *amende honorable*. El andar de prisa los jóvenes, solo tendrá por resultado atropellarnos á los viejos: por consiguiente queremos orden. Bien comprendo que querrán andar de prisa aquellos emigrados que no han encontrado destinos, porque andando ellos los toparán. Lo mismo digo de los liberales que quedaron por aquí, y los de la nueva cría. Estos al fin pueden decir: *Hos ego versiculos feci, tulit alter honores*. Si no tienen otra cosa todavía, por fuerza han de tener prisa. Pero nosotros, señor Fígaro, los que hemos llegado á mesa puesta ..

»Nosotros no tenemos más norte que lo pasado: nosotros vemos la anarquía, exista ó no: nosotros nos hemos enmendado: volvamos de nuestros errores y evitaremos á toda costa la libertad de imprenta y toda clase de libertad; la república nos acecha, el gorro nos amenaza, la guillotina nos amaga, y nuestro libro consultor es el año 23, y sobre todo el 92.

»He dicho todo esto porque, deseando el bien para mi patria, y que evitemos los escollos pasados, creo que debemos ir poco á poco y unirnos cordialmente los que tenemos los destinos y los que no los tienen. Entendámonos por fin de esta manera. Ya ve usted que soy hombre que me pongo en todo; me he puesto en mi destino, y ahora me pongo en la razón.

»Por lo tanto, los artículos de usted que tienden á una oposición directa, los artículos de usted, que quieren poner en ridículo nuestra lentitud, sólo pueden dar armas á nuestros enemigos. Aquí no hay más divisa que Isabel II. Y en cuanto á escribir, escribir nuestros mismos defectos para que los corrijamos, es disparate, porque no por eso los hemos de corregir: debe alabarse todo lo que hagamos, siquiera para no dar que reír á nuestra costa á los carlistas, y le advierto caritativamente que si persiste en el camino de esa oposición que ha manifestado, haremos correr la voz de que todos los que hacen esa oposición nos quieren precipitar de nuevo y quieren reproducir el año 23; hasta diremos que están vendidos á don Cárlos, y no faltará quien lo crea, pues aquí para todo hay creyentes, y lo que aquí no se cree, ya es preciso que sea increíble.

»Con lo cual queda de usted su afectísimo liberal escarmentado, y con competente destino; etc.»



DOS LIBERALES, Ó LO QUE ES ENTENDERSE

SEGUNDO ARTICULO

Al sentar la pluma en el papel para este segundo artículo, que en nuestro número 122 del jueves dejamos prometido, mal pudiera dejar de recordar cierto lance ocurrido no ha muchos años á un buen cómico francés. Había empezado su carrera dramática con no muy buenos auspicios; y esto en tales términos, que nunca le dejaba el público llegar al fin de la representación. Escarmentado el hombre de estudiar papeles en balde, y deseoso de mudar públicos, tomó la rara resolución de no dar en cada parte más de una representación, y de no estudiar nunca más que el primer acto del papel que á su cargo tomaba. Trascurrió así algún tiempo felizmente; pero hubo de llegar un día á un pueblo, donde fuese por casualidad, fuese por alguna causa en él sobrenatural, no sólo no le silbó el público desde los primeros versos, como le solía acontecer, sino que descendieron los aplausos sobre él, como el maná sobre los israelitas. Pero bajó el telón acabado el primer acto, y nuestro cómico, no habiendo estudiado el segundo, se vió precisado á salir y decir: «Señores, no hallándome acostumbrado á la acogida benévola que este ilustrado público acaba de hacerme, me veo en la triste precisión de anunciar el segundo acto para mañana, á causa de no haberlo estudiado.» Con lo cual recibió la acostumbrada silba, entonces por haberlo hecho bien.

Los que hayan leído el principio de mi anterior artículo habrán comprendido ya el cuentecillo; á los que no, les diré francamente que al ver por fin impreso un artículo mío en *El Observador* del jueves, cosa á que no estaba ya acostumbrado, me hallé en el mismo, mismísimo caso que el cómico silbado. No presumiendo que había de imprimirse nunca ni aún la primera parte de mi artículo, quedéme *in pectore* con la segunda.

He aquí la causa de su detención en publicarse; supuesto, sin embargo, que me he visto tan agradablemente sorprendido, vuelvo á hojear mi correo, encuentro la continuación, y tal cual es allá sale la siguiente carta del otro liberal, si no lo han mis lectores por enojo.

«Yo, señor Fígaro, con permiso del gobierno, soy liberal de padre á hijo, porque en mi casa este fué mal de familia. Mala herencia me dejaron; pero sobre no haber otra, quien lo hereda no lo hurta. A saber yo hurtar otro gallo me cantara, y no tendría necesidad de ser hoy en el día liberal, que antes pudiera ser lo que me diese la gana; y así podría irme á Francia con el dinero y la maldición del público, como tomar á mi cargo un buen destino de donde pudiera seguir haciendo de las mías, que el dinero llama dinero.

»El hecho es que no hay nada de esto, y que en mi casa no hay más que dos cosas: mi opinión liberal, con la cual me doy á todos los diablos, y una silla en la cual me siento.

»Yo fuí de los primeros que tomaron las armas contra los franceses en tiempo de la independencia: á un mismo tiempo casi acabó la guerra y la constitución. Entonces no extrañé yo que no me diese premio el recién llegado; pero llegó el año 20, y por más que peroré en todos los cafés de Madrid, por más patriotismo que lucí en listas públicas y motines, no pude ser nunca más que empleado en loterías. Yo fuí miliciano nacional, yo pedí regencia... yo... qué sé yo lo que hice. Pero mi suerte era trabajar siempre para otros. En la guerra de la independencia trabajé, como todos, para su majestad; y dejemos este cuento, que es cuento de cuentos. En la constitución trabajé para que se hiciesen ministros unos cuantos, y para que se hiciesen ricos otros pocos. Esta es la suerte de los que vamos de buena fe. Hasta en mi empleo de loterías, al cabo, ¿qué hacía? Trabajar porque les cayese á otros.—El año 23 se fué á Cádiz la patria, y yo me fuí con ella. Llegué roto y descalzo: hice prodigios en el Tro-

cadero: la cosa se puso de pésima data, y cada pedazo de la patria tomó por donde pudo. Pedazo hubo que no paró hasta América. Solo yo, sin patria, que se me había ido entre las manos, y sin empleo, que se encargó un realista de regentar en Madrid durante mi ausencia; sin dinero, porque yo no había hecho más que motines, mientras que otros habían hecho pacotilla, volvíme á Madrid, donde me pasé en la cárcel muy buenos meses por haber sido liberal.—Los diez años, no hablemos de ellos. ¡Ojalá hubiera sido emigrado! Con solo este deseo se podrá formar idea de mi situación.

»Ocurre lo de la Granja, y viendo un resquicio por donde salvar la patria, hágome *cristino* de aquellos primeros que en secreto casi se armaron en Madrid. A poco el ministro famoso que no quería innovaciones peligrosas, debió encontrar malo que hiciéramos la innovación de ser *cristinos*, y salimos desterrados yo y otros pocos.

»Vuelvo del destierro á fuerza de empeños, y amanece el día 27 de octubre. Los realistas amenazan á Madrid. Lleno de patriotismo salgo á salvar la patria en peligro, desarmo cuantos puedo, á riesgo de mi vida, pero pasa el peligro, ceden los rebeldes, y una autoridad á quien presento mis trofeos me prende porque la patria no necesita de mis servicios, y porque ando armado sin autorización. He aquí lo que es la suerte de los hombres. Si los realistas aprietan más, soy un héroe aquel día: cedieron pronto, y fuí un desobediente, un perturbador. Si ellos hubieran vencido, me hubieran ahorcado. Mi partido fué más generoso, se contentó con prenderme.

»Salgo, por fin, de la cárcel, y mi entusiasmo siempre en pie. Al fin los liberales, digo para mí, hemos de ser premiados algún día. Me presento á alistarme en las filas de la urbana, y me dicen que habiendo perdido mis pocos bienes el año 23, no ofrezco garantías. ¡Qué bien hicieron los realistas en dejarnos sin camisa! Si nos dejan algo hubiéramos podido armarnos contra ellos.—En el ínterin nace el Estatuto y las leyes fundamentales. Me presento á reclamar mi destino; pero, amigo, las leyes fundamentales no dicen nada de loterías: llévese el diablo las invenciones modernas. Por más que he registrado crónicas y partidas, nada he encontrado: me he convencido, pues, de que las loterías es una innovación. Mi empleo, pues, nada tiene que ver con la monarquía: no apoyándose mi reclamación en las leyes fundamentales, es considerada como sin fundamento.

»Amplíase entretanto la milicia, y al fin entro en ella. Me ofrezco á la patria para lo de Vizcaya, creyendo hacer falta. ¡Error! Nadie hace falta allí. Aprendo el ejercicio, y como no nos reunimos, ¿querrá usted creer, señor Fígaro, que todavía no conozco la cara de mis compañeros?

»Pero no importa; ocurren no sé qué conspiraciones, y préndenme por anarquista. Se indaga, se busca; lo único que se ha descubierto es que yo he estado en la cárcel. El peligro, pues, no era para la patria, sino para mí.

»Este es mi estado, señor Fígaro. Con todo, sigo siendo liberal; así es, que no me llega la camisa al cuerpo.

»En atención á estos datos, suplico á usted que se sirva no dejar dormir su pluma en ese camino de la oposición, en que ha marchado con tanta gloria; en la inteligencia de que si usted afloja, yo y los míos haremos correr por todas partes la voz de que se ha vendido usted al ministerio.

»Esto no marcha, y sólo una oposición sostenida puede salvarnos. A ellos, pues, señor Fígaro, y dóblelos usted á sátiras si quiere conservar el aprecio de su seguro servidor.—*El liberal progresivo, y sin destino.*»

Esas son las dos cartas: las dos son liberales; las dos de hombres de buena fe, que sólo desean el bien de la patria.—Si escribo en liberal, dirán unos que estoy vendido á don Carlos. Si escribo en ministerial, dirán otros que estoy vendido al ministerio. ¡Si al menos se supiese quién paga mejor!

¡Gracias á Dios, por fin, que ya estamos de acuerdo; gracias á Dios que nos entendemos!!!

LA VIDA DE MADRID

Muchas cosas me admiran en este mundo: esto prueba que mi alma debe pertenecer á la clase vulgar, al justo medio de las almas; sólo á las muy superiores, ó á las muy estúpidas les es dado no admirarse de nada. Para aquéllas no hay cosa que valga algo, para éstas no hay cosa que valga nada. Colocada la mía á igual distancia de las unas y de las otras, confieso que vivo todo de admiración, y estoy tanto más distante de ellas cuanto menos concibo que se pueda vivir sin admirar. Cuando en un día de esos, en que un insomnio prolongado, ó un contratiempo de la víspera preparan al hombre á la meditación, me paro á considerar el destino del mundo: cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué, ni adónde; cuando veo nacer á todos para morir, y morir solo por haber nacido; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino á juicio de cada uno; cuando reflexiono que no se le ve el fin á este cuadro halagüeño, que según todas las probabilidades tampoco tuvo principio; cuando pregunto á todos y me responde cada cual quejándose de su suerte; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Ser supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda más que una sola cosa á la vez, y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de esta me asombro más que de las otras todavía, de ese apego que todos tienen, sin embargo, á esta vida tan mala. Esto último bastaría á confundir á un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento: porque solo un Dios y un Dios Todopoderoso podía hacer amar una cosa como la vida.

Esto, considerada la vida en general, dondequiera que la tomemos por tipo; en las naciones civilizadas, en los países incultos, en todas partes, en fin. Porque en este punto, me inclino á creer que el hombre variará de necesidades; y se colocará en una escala más alta ó más baja; pero en cuanto á su felicidad nada habrá adelantado. Toda la diferencia entre el hombre ilustrado y el salvaje estará en los términos de su conversación. Lord Wellington hablará de los whigs, el indio nómade hablará de las panteras; pero iguales penas le acarreará á aquél el concluir con los primeros, que á éste el dar caza á las segundas. La civilización le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de suerte, es imposible. Nació víctima, y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así debajo del dorado artesón, como debajo de la rústica techumbre de ramas. Pero si se considera luego la vida de Madrid, es preciso cerrar el entendimiento á toda reflexión para desearla.

El joven que voy á tomar por tipo general, es un muchacho de regular entendimiento, pero que posee, sin embargo, más doblones que ideas, lo cual no parecerá inverosímil si se atiende al modo que tiene la sabia naturaleza de distribuir sus dones. En una palabra, es rico sin ser enteramente tonto. Paseábame días pasados con él, no precisamente porque nos estreche una grande amistad, sino porque no hay más que dos modos de pasear, ó solo ú acompañado. La conversación de los jóvenes más suele pecar de indiscreta que de reservada: así fué, que á pocas preguntas y respuestas nos hallamos á la altura de lo que se llama en el mundo franque-

za, sinónimo casi siempre de imprudencia. Preguntóme qué especie de vida hacía yo, y si estaba contento con ella. Por mi parte pronto hube despachado: á lo primero le contesté: «Soy periodista; paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer á los demás lo que no creo. ¡Como sólo se puede escribir alabando! Esto es, que mi vida está reducida á querer decir lo que otros no quieren oir!» A lo segundo, de si estaba contento con esta vida, le contesté, que estaba por lo menos tan resignado como lo está con irse á la gloria el que se muere.

¿Y usted? le dije. ¿Cuál es su vida en Madrid?—Yo, me repuso, soy muchacho de muy regular fortuna; por consiguiente no escribo. Es decir... escribo... ayer escribí una esquela á Borrel para que me enviase cuanto antes un pantalón de *patincour* que me tiene hace meses por allá. Siempre escribe uno algo. Por lo demás, le contaré á usted.

Yo no soy amigo de levantarme tarde; á veces hasta madrugo; días hay que á las diez ya estoy en pie. Tomo te, y alguna vez chocolate; es preciso vivir con el país. Si á esas horas ha parecido ya algún periódico, me lo entra mi criado, después de haberle ojeado él: tiendo la vista por encima; leo los partes, que se me figura siempre haberlos leído ya; todos me suenan á lo mismo: entra otro, lo cojo, y es la segunda edición del primero. Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy ya de que me digan todas las mañanas en artículos muy graves todo lo felices que seríamos si fuésemos libres, y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdría decirle á un ciego que no hay cosa como ver.

Como á aquellas horas no tengo ganas de volverme á dormir, dejo los periódicos: me rodeo al cuello un echarpe, me introduzco en un surtú, y á la calle. Doy una vuelta á la Carrera de San Jerónimo, á la calle de Carretas, del Príncipe, y de la Montera, encuentro en un palmo de terreno á todos mis amigos que hacen otro tanto, me paro con todos ellos, compro cigarros en un café, saludo á alguna asomada, y me vuelvo á casa á vestir.

¿Está malo el día? el capote de barragán: á casa de la marquesa hasta las dos; á casa de la condesa hasta las tres; á tal otra casa hasta las cuatro: en todas partes voy dejando la misma conversación; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo, y de la otra adonde voy: esta es toda la conversación de Madrid.

¿Está el día regular? A la calle de la Montera. A ver á La Gallarde ó á Tomás. Dos horas, tres horas, según. Mina, los facciosos, la que pasa, el sufrimiento y las esperanzas.

¿Está muy bueno el día? A caballo. De la puerta de Atocha á la de Recoletos, de la de Recoletos á la de Atocha. Andado y desandado este camino muchas veces, una vuelta á pie. A comer á Genieys, ó al Comercio: alguna vez en mi casa; las más fuera de ella.

¿Acabé de comer? A Solito. Allí dos horas, dos cigarros, y dos amigos. Se hace una segunda edición de la conversación de la calle de la Montera. ¡Oh! y felizmente esta semana no ha faltado materia. Un poco se ha ponderado, otro poco se ha... Pero en fin, en un país donde no se hace nada, sea lícito al menos hablar.

—¿Qué se da en el teatro?—dice uno.

—Aquí: 1.º sinfonía; 2.º pieza del célebre Scribe; 3.º sinfonía; 4.º pieza nueva del fecundo Scribe; 5.º sinfonía; 6.º baile nacional; 7.º la comedia nueva en dos actos, traducida también del ingenioso Scribe; 8.º sinfonía; 9.º...

—Basta, basta; ¡santo Dios!

—Pero, chico, ¿qué lees ahí? si ese es el Diario de ayer.

—Hombre, parece el de todos los días.

—Sí, aquí es *Guillermo* hoy.

—¿*Guillermo?* ¡Oh, si fuera ayer! ¿Y allá?

—Allá es el teatro de la Cruz. Cualquier cosa.

—A mí me toca el turno aquí. ¿Sabe usted lo que es tocar el turno?

—Sí, sí,—respondo á mi compañero de paseo;—á mí también me suele tocar el turno.

Pues bien, subo al palco un rato. Acabado el teatro, si no es noche de sociedad, al café otra vez á disputar un poco de tiempo al dueño. Luego á ninguna parte. Si es noche de sociedad, á vestirme; gran tualeta. A casa de E... Bonita sociedad; muy bonita. Ello sí, las mismas de la sociedad de la víspera, y del lunes, y de... y las mismas de las visitas de la mañana, del Prado, y del teatro, y... pero lo bueno, nunca se cansa uno de verlo.

—¿Y qué hace usted en la sociedad?

—Nada; entro en la sala; paso al gabinete; vuelvo á la sala; entro al ecarté; vuelvo á entrar en la sala; vuelvo á salir al gabinete; vuelvo á entrar en el ecarté...

—¿Y luego?

—Luego á casa, y ¡buenas noches!

Esta es la vida que de sí me contó mi amigo. Después de leerla y de releerla, figurándome que no he ofendido á nadie, y que á nadie retrato en ella, é inclinándome casi á creer que por esta no tendré ningún desafío, aunque necios conozco yo para todo, trasládola á la consideración de los que tienen apego á la vida.



BAILE DE MASCARAS

BILLETES POR EMBARGO

Desgraciadamente para la empresa de teatros, que no se cansa de hacer en obsequio del público todos los sacrificios que están al alcance de una especulación que con tantas dificultades tiene que luchar, el tiempo no ha favorecido la entrada del segundo. Sólo á esta causa podemos achacar la poca concurrencia, si es que no se quiere seguir la opinión de los que aseguran que no es Madrid pueblo que pueda resistir tres meses de carnaval. Acaso han empezado los bailes demasiado pronto, si bien nosotros tenemos entendido que para embromarse y engañarse los hombres unos á otros todos los meses son buenos. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que el teatro del Príncipe ha presentado, sobre todo en este segundo baile, en que se han procurado corregir los leves defectos notados en el primero, un aspecto de lujo y de hermosura poco común en bailes de esta especie; y es de esperar que el sentido común venza por fin la resistencia que ideas ridículas de intempestiva aristocracia parecen oponer todavía entre nosotros á la igualdad y publicidad que reina en esta diversión, aun en tiempos en que dicen que la libertad tiende sus alas protectoras sobre todas las clases indistintamente.

Sólo una cosa encontramos notable y digna de ser al público referida en estos bailes del teatro hasta ahora; cosa que contaremos, pero como es conocido el cuidado que siempre en nuestros artículos ponemos de huir de toda inculpación de personalidad, y como por repetidas órdenes, instrucciones censoriales y reglamentos, todavía vigentes, no le es permitido á la libertad de imprenta decir todo lo que piensa, la contaremos sencillamente, y sin darle color, con la natural malignidad que suelen encontrar en nuestros escritos los benévolos lectores. Al referir un hecho, sucedido en Madrid, en estos tiempos y á vista de todo el que lo haya querido ver, no podemos hacernos culpables de nada; si la cosa hace reir por sí, no estará la malicia en nosotros, sino en la cosa.

Sabido es, y ojalá no lo fuera, que el excelentísimo ayuntamiento tiene en cada teatro de esta ilustrada capital de esta renegada patria, un palco, palco que por más señas vale por dos; localidad que en la contrata del gobierno con el empresario de teatros ha sido conservada para el uso de los señores capitulares.

Llegada, sin embargo, la época de los bailes de máscaras, parece que el señor corregidor de esta muy heroica villa pasó al empresario un bando, ó sea instrucción, relativa á varias medidas de policía interior de estas funciones, en la cual no dejó de tocarse la grave cuestión de si los señores capitulares, cuyo número parece montar á setenta y cinco, deberían ó no tener entrada á las funciones. Pareció indudable que tenían derecho á su palco, pero no tan indudable que no tuviesen igualmente á entrar en el salón y disfrutar en él y en las demás localidades dispuestas *ad hoc* por el empresario, á fuerza de dinero suyo. El empresario creyó cumplir con lo que la justicia exigía dando pase á los señores setenta y cinco para su palco; pero no satisfaciendo esto á dichos señores setenta y cinco, parece que se recrecieron disturbios y reyertas de graves consecuencias para la república. Nuestro corregidor, cuya ilustración sería difícil poner en duda, ofició al empresario para que se diesen á los setenta y cinco señores otros tantos billetes, es decir, setenta y cinco. Pero montando setenta y cinco billetes, á razón de 25 reales por cada uno, á la cantidad de 1875 reales de vellón, desfalco notable en la entrada de cada noche, y pudiendo estos billetes ser luego regalados y no servir aún para su uso primitivo, dado caso que este fuese de justicia, el empresario no sólo se negó á darlos, sino que elevó la cuestión al señor gobernador civil, y con ánimo, según creemos, de seguirlo elevando en todo caso hasta la última potencia posible, y de no ceder de su derecho sino á la fuerza.

En tan apuradas circunstancias, yendo y vi-

niendo días, llegábase el día del baile, y en el ínterin que se decidía si los señores setenta y cinco capitulares, por representar la villa de Madrid, la cual ha cedido en una contrata particular los teatros á una empresa, deben disfrutar ó no gratis de todas las funciones que en el local puede dar la empresa, incluso alumbrado, alfombra, mesas de juego, ambigú y demás; en el ínterin, repetimos, que esto se decidía, se presentó en el despacho de los billetes el alguacil mayor, con su correspondiente escribano y demás alguaciles menores, y embargó dichos setenta y cinco billetes, para dichos setenta y cinco capitulares, previa la competente protesta del despachador de ceder á la fuerza, y el competente recibo del competente escribano. Ignoramos cuáles puedan ser las decisiones ulteriores que sobre esta cuestión, que pudiéramos llamar de los setenta y cinco, recaigan, ni es esto de nuestra incumbencia, ni nos adelantaremos á dar nuestro voto en el particular, si bien nadie ha dicho que no lo podemos tener como cada vecino de esta villa, á quien representan los sesenta y cinco capitulares.

Sólo sí contaremos un caso que nada tiene que ver con lo que llevamos contado, y al referir el cual protestamos contra toda alusión. Es capítulo aparte: táchesenos, si se quiere, de confundir unas materias con otras: en un periódico no pueden venir las materias muy separadas aunque uno quiera; pero no se nos tache de malignos, que esta fuera inculpación á la cual no podríamos resistir.

El caso era que en un pueblo solía salir en un día señalado todos los años una procesión, no sabemos á qué propósito, la cual tenía de costumbre inmemorial designada la carrera que debía seguir. Ocurrió un año, antes del tiempo de la procesión, tapiar é incomunicar cierta calleja, por la cual solía pasar aquella; y convertida ya la calleja en callejón sin salida, fué preciso variar la carrera que la solemnidad ambulante llevaba. Alborotóse empero el pueblo, y sobre todo los vecinos de la calleja, que querían disfrutar del paso de la Virgen; y tanta fué la grita y la zalagarda, que fué indispensable la intervención del alcalde, el cual, oídas las partes, que fué cosa rara, decretó: «En atención á lo que se me ha dicho por una y otra parte, y á pesar de estar hecha la calleja callejón sin salida, mando y ordeno que se guarden los usos y costumbres, y que vaya la procesión por la calleja.»

LA CALAMIDAD EUROPEA (1)

Muchas y grandes han sido las calamidades con que la Providencia, en sus secretos fines, quiso afligir en distintas épocas al hombre. Ya desde un principio pudo conocer el más lego la desgracia que presidía á la creación de este mísero globo. El que vió en los primeros tiempos que fué preciso arrancar al hombre de su propia costilla la mujer, ó había de tener poco olfato, ó debía ya decir para su capote (permítaseme el anacronismo) que había de venir presto abajo nuestra felicidad. Así fué; habló una serpiente; la mujer dió oídos al primer advenedizo, fragilidad que desgraciadamente se ha trasmitido de siglo en siglo; cortóse la manzana del árbol del bien y del mal, que por lo visto sólo tenía el mal para nosotros, hincóle el diente el crédulo esposo, y vínose abajo á renglón seguido todo el edificio del primaveral paraíso. Primera calamidad, y no la más floja. Henos aquí ya habitando la tierra, merced á la picia del primer hombre: nace el segundo mortal, y segunda picia: lo primero que hace es matar al tercero: he aquí una raza maldita, y la segunda calamidad. Con tan galanos principios no debió de ser difícil augurar los fines. El primer homicidio no debía de ser el último. Endurécese el hombre en el mal, sucédele un vicio á otro, un crimen abona el anterior, y pónese la cosa tan de mala data, que cansado y

(1) Todo el mundo recuerda la expulsión del señor Burgos del Estamento de ilustres Próceres. Aquel acto, legal ó ilegal, y el párrafo del artículo citado más abajo, y publicado en los periódicos de [illegible] suficientes para la inteligencia de este escrito, que entonces no vió la luz por circunstancias independientes de la voluntad del autor.

arrepentido el Hacedor, lluévele encima al hombre, y pónelo perdido. ¡Día de agua! Ni sirven ramas, ni valen altos montes. Se abren las cataratas del cielo, derrámase el líquido abundante, ahógase todo bicho, y he aquí la tercera calamidad.

Vuelve el hombre á poblar, y ya de aquí en adelante imposible fuera poner orden en las calamidades. No bien sale del reciente escarmiento, lánzase de nuevo al crimen: olvida su dios y su religión; de nada ha servido el diluvio; el Criador lo conoce, y vista la ineficacia del agua, aquí prueba con Sodoma y Gomorra la virtud del fuego: igual resultado. Allá convierte en sal al curioso. Acá confunde en Babel las lenguas insolentes, y vuélvese la torre una cazuela de un teatro de Madrid. Tiempo perdido. Desde entonces todos hablan y ninguno se entiende; pero no por eso se ha mejorado nuestra condición. Caiga agua, baje fuego, venga sal, lluevan lenguas sobre nosotros; el hombre insolente todo lo aprovecha. Inventa barcos, y anda sobre el agua; recoge la lumbre, y caliéntase á ella; toma la sal, y échala en el puchero; aprende las lenguas, y corre á enseñarlas por el equitativo estipendio de treinta reales al mes...

¿Quién tendría desde entonces el vano proyecto de seguir en su curso las calamidades del hombre? Poco antes de llegar á la tierra de promisión, adora el becerro de oro, figura simbólica del siglo XIX, que había de adorar el oro, aunque fuese en un becerro; en Jericó hace añicos todos los cántaros de la provincia; en Egipto adora la cebolla, ídolo por cierto de muy mal tono; en el Indostán tributa honores al sol y al fuego; en la India occidental, que tenía más de occidental que de India, adora la luna entera; más económico en Asia, adora media luna no más; en Africa reverencia á los bichos ponzoñosos; en Europa rinde culto á sus grandes ladrones y asesinos, y erige altares á sus tiranos; aquí se hunde la Atlántida, preparando á navegantes con su hundimiento descubrimientos fatales; ábrense volcanes por todas partes, vomitando lumbre sobre él; las tempestades aquí, la peste allí, la guerra de nación en nación, las preocupaciones doquiera, la mujer en todas partes; todo es error y desgracia, todo crimen y confusión el mundo; todo es, en fin, calamidades.

Dejemos, pues, á un lado del mundo para ocuparnos sólo de las de Europa.

Nace apenas la sociedad europea, y surgiendo de ella Elena, lánzase aquélla contra el Asia en mil frágiles barquillos á llevar á las playas troyanas el hierro y la destrucción. *Nótese que la primera calamidad europea emanó de la importancia dada á la fidelidad de una mujer.*

El adulterio, el asesinato y el incesto reciben á su vuelta á los vencedores argivos. Cien repúblicas en seguida, ansiosas de libertad, se aherrojan mutuamente, y un ejército de persas viene hasta Maratón á sembrar el luto en la sociedad europea. *Nótese que la segunda calamidad es una intervención extranjera.*

Dos bandoleros famosos, Remo y Rómulo, echan los cimientos de la ciudad universal, que con las armas en la mano avasalla después y esclaviza á la Europa entera. *Nótese que el principio de la tercera calamidad fueron dos ladrones públicos.*

El Norte vomita sobre el Mediodía hordas innumerables de vándalos y godos, que mudan á sangre y fuego la faz de la malhadada Europa. *Nótese que la cuarta calamidad vínole á Europa del Norte.*

El Hijo de Dios había descendido ya á morir en la tierra por los hombres; una religión nueva alzaba sus bienhechoras cruces por todas partes; más de cien hijos espúreos, saliendo del río principal, como sangrías de licor ponzoñoso, inundan el mundo de sectas parciales: los hijos de un innovador atrevido se arrojan de Asia á Europa con el alfanje en la una mano y el Corán en la otra: numerosas cruzadas se levantan por la religión, y encienden la guerra general: nuevas sectas derraman luego la sangre alemana, y poco después la inglesa y la francesa. La reacción, sangrienta, como la acción, establece tribunales horribles, y cada pueblo, durante siglos enteros, aquí por la guerra civil, allí por la conquista de otro hemisferio, es una ara inmensa cubierta de mártires; los hombres son mitad víctimas, mitad sacrificadores. *Obsérvese que la quinta calamidad le vino al hombre de la preocupación religiosa, de la superstición, del fanatismo.*

Sobre la sangre humeante de los *autos de fe* nace la política, y con ella el soñado equilibrio de los reinos; guerras de sucesión, guerras de familia suceden á las guerras religiosas; pueblos enteros perecen víctimas de guerras personales de sus reyes, y de etiquetas palaciegas. *Adviértase que la sexta calamidad le vino á la Europa de la importancia dada al apellido de sus pretendidos dueños absolutos.*

Vencedores éstos contemplan como instru-

mentos á sus súbditos; pero cansados al fin los pueblos, caen en la cuenta de sus derechos, y un grito unánime de libertad resuena en el universo. La Europa le acoge, y responde á él; se abre una lucha sangrienta de principios; una revolución espantosa traspasa todos los límites posibles; un coloso nace de ella á detenerla; vencido empero el coloso, la libertad vuelve á desplegar sus alas. Desde entonces los hombres siguen vertiendo anchos ríos de sangre para reconquistar de la rutina el derecho más sencillo y claro de todos: su propia voluntad. *Nótese que la séptima calamidad nos viene de haber conferido nuestros poderes sin restricción, sin prenda, sin garantía; de haber dejado prescribir un derecho.*

Hemos llegado á la octava calamidad europea. ¿Pues cuál otra horrible calamidad nos amenaza? ¿Otro cólera? Si el hombre nació para morir, la peste es una muerte cualquiera. Mayor es la calamidad que nos amaga: más terrible la prueba á que nos sujeta la Providencia. ¿Algún reglamento? Eso sería una gota más en el mar. ¿Algún empréstito? El deber es calamidad sólo para quien ha de pagar, ó para quien presta. ¿Otra invasión de rusos? Más todavía. ¿Qué sería una invasión de rusos? algunos años de despotismo. Para pueblos tan acostumbrados, para pueblos donde hay aún quien pelee por él, nada. Es volver la tortilla. No faltaría quien la comiera.

La gran calamidad europea, la calamidad de las calamidades, he aquí cómo la hallamos consignada en un comunicado que en un periódico leemos.

«Que conmigo se haga una injusticia (nos dice un personaje, un tanto cuanto atropellado en las formas), puede ser un triunfo para mis enemigos; pero en el caso presente, la violencia usada hacia mí es un desastre para todos, es una brecha abierta en el corazón de nuestras instituciones, es una calamidad nacional; ¿y quién sabe si no podrá hacerse una calamidad europea? Los trastornos que podrían resultar de tan evidente violación de los principios conservadores de nuestro régimen, podrían ir más allá de los Pirineos.»

He aquí bien clara la gran calamidad, que entretanto que lo es para la Europa, lo es indudablemente para el que escribe. La cosa en verdad no es insignificante como muchos creen; bien pudiera ser trascendental; pero lo que ni nosotros habíamos presumido, ni nuestros lectores tampoco, es que esto podría trastornar el mundo. Curiosos por demás de lo que nos podría acontecer, hemos recorrido, como ha visto el lector, la historia del mundo y de sus calamidades. Hemos temblado por nosotros y por la Europa. ¿Obrará este accidente como el robo de Elena? ¿Será Troya nuestra patria? ¿Tendrá los resultados del levantamiento de Remo y Rómulo? ¿Será la voz del destituído el grito de Lutero? ¿Imperará á los mares como el *quos ego* de Virgilio? ¿Será su desgracia, justa ó injusta, legal ó ilegalmente llevada á cabo, el Waterloo de nuestra pequeña libertad? ¿Qué parte del mundo se hundirá? ¿Obrará como un diluvio, como un castigo del cielo, ó como una calamidad puramente humana?

¡Ah! ¡plegue al cielo apartar de nosotros tan terribles infortunios! *¡Lejos, pobre España, lejos de nosotros el profeta y la profecía* (1). !!!

(1) Poco después desapareció efectivamente el profeta, y la profecía todavía no ha parecido.

TERCERA CARTA DE UN LIBERAL DE ACA A UN LIBERAL DE ALLA



Dos cartas he recibido tuyas, querido Silva, la una en letra de molde por el conducto de esta estafeta pública, y secreta la otra en que nos haces á los liberales de acá estupendos cargos. No tiene la primera contestación, ó al menos á mí no me ocurre, lo cual es lo mismo, puesto que he de ser yo quien la ha de dar. Tiénela sí la segunda, y larga; tanto que pudiera ocupar con ella más pliegos que ocupó la memoria de marina presentada en las Cortes, más tiempo que dura una facción, y más terreno que el que reconoce cuando y como quiere Zumalacárregui, sin darte por eso más fruto ni más sustancia que el que pueden dar de sí todas esas cosas juntas.

¿Me preguntas si es gobierno representativo lo que tenemos? No entiendo yo muchas veces tus preguntas. Todo es aquí representativo. Cada liberal es una pura y viva representación de los trabajos y pasión de Cristo, porque el que no anda azotado, anda crucificado. Luego, no hay oficina en que no se encuentren representaciones de algún quejoso: hay por otra parte muchos que están representando á cada paso sobre lo mucho que no se hace y lo poco que se deshace; verdad es que no se cuida más de estas representaciones que de las teatrales; pero, ¿son ó no son representaciones? Cada español por otra parte representa un triste papel en el drama general, y toda nuestra patria misma está á dos dedos de representar el cuadro del hambre... Todo es, pues, pura representación; venirnos, pues, con la pregunta truhanesca de si estamos ó no en un sistema representativo, es burlarse de uno en sus barbas y preguntarle á un borracho si bebe vino. Desengáñate de una vez, y acaba de creer á pies juntillas, no sólo que vivimos bajo un régimen representativo, aunque te engañen las apariencias, sino que todo esto no es más que una pura representación, á la cual, para ser de todo punto igual á una del teatro, no le faltan más que los silbidos, los cuales, si se ha de creer en corazonadas y síntomas y señales anteriores, no deben andar muy lejos, ni de hacerse esperar mucho, según la mareta sorda que se empieza ya á sentir.

Añades que no somos libres. Menos entiendo yo esto que lo otro. Gozamos de la más amplia libertad posible; y en esto te juro que hemos llegado á tal altura de tolerancia y despreocupación, que ninguna nación culta ni inculta rayó jamás tan alto. Y voy á darte la prueba. Suponte por un momento, aunque te pese hasta el figurártelo, que eres español. No te aflijas,

que esto no es más que una suposición. Que eres español, y que dices para tu capote, por ejemplo: «Yo quiero ser carlista.» Enhorabuena: coges tu fusil y tu canana, y ancha Castilla; nadie te lo estorba; que te cansas de la facción y que te vas á tu casa, nadie te dice una palabra, con tal que tantas cuantas veces lo hagas, uses de la fórmula de decir que te acoges á algún indulto de los últimos que hayan salido, ó de los primeros que vayan á salir. Ya ves tú que esto no cuesta trabajo. Que te levantas un día de mal humor, y que conspiras como carlista, ó que te defiendes en tu cuartel á balazos ó con cualquiera otro medio inocente: vas á Filipinas y ves tierras, y siempre aprendes geografía.

Verdad es, que si como te había de dar por conspirar en favor de los diez años, te da por conspirar en favor de los tres, hay una diferencia, y que entonces no necesitas salir al campo ni tirar un tiro para que te prendan, sino que te vienen á prender á tu misma casa, que es gran comodidad; pero, amigo, no se cogen truchas á bragas enjutas, y algo le ha de costar á uno ser liberal. Y luego que eso te sucederá si eres tonto, porque nadie te manda ser liberal; tú puedes ser lo que te dé la gana. Añade á eso que libertad completa no la hay en el mundo, que eso es un disparate. Así es, que cuando yo digo que somos libres, no quiero yo decir por eso que podemos ser liberales á banderas desplegadas y salir diciendo por las calles «¡Viva la libertad!» ú otros despropósitos de esta especie; ni que podemos dar en tierra con los empleados de Calomarde que quedan en su destino, lo cual tampoco sería justo, porque yo no creo que porque los haya empleado este ú aquel dejen por eso de necesitar un sueldo. ¡Pobrecillos! Nada de eso: quiero decir, que podemos gritar en días solemnes «¡Viva el Estatuto!» y podemos estarnos cada uno en su casa, y callar á todo siempre y cuando nos dé la gana. Si esto no es libertad, venga Dios y véalo. Lo mismo es esto que lo que acerca de la libertad de imprenta me añades. ¿Y quién duda que tenemos libertad de imprenta? Que quieres imprimir una esquela de convite; más, una esquela de muerte; más todavía, una tarjeta con todo tu nombre y tu apellido, bien especificado: nadie te lo estorba. Ahí verás cuán equivocados vivís, y cuán peligroso es creerse de los informes que da cualquiera. Que eres poeta, y que llega un día de Su Majestad y haces una oda: allí puedes alabar todo lo que pasa, y puedes decir que todo va bien en buenos ó malos versos, que toda esa libertad te dejan. Y también puedes decirlo en prosa, y puedes no decirlo de ninguna manera, si eres hombre de sentido común, y nadie se mete contigo. Que quieres publicar un periódico, nada más fácil. Vas, y ¿qué haces? Lo primero reunes seis mil reales de renta, que esto en España todos nacen con ellos, y sino, los encuentras á la vuelta de una esquina. Lo segundo, entregas veinte mil reales en depósito: que no los tienes; también los encuentras al momento. Aquí todo el mundo te convida con una talega á primera vista. Y estos veinte mil reales son sagrados, como todos los depósitos, como los de Gremios, etc., etc. El día de mañana, ó al otro, por ejemplo, te los vuelven. Pides luego tu licencia; que te la niegan, ó que no tienes las cualidades necesarias... no publicas tu periódico. Y está muy bien, porque si no eres empleado de nombramiento real, ó no eres mayorazgo de seis mil reales de renta, ó no eres abogado del colegio, que es lo que hay que ser en España, ¿qué has de publicar en tu periódico, sino tonterías y oscurantismo? Pero que eres apto, no por tus luces ó tu patriotismo, sino por tus reales ó tus pedimentos del colegio (de otra parte no), y que te dan tu licencia, te ponen tu censor correspondiente, que te deja decir todo, por supuesto, y lluévete suscripción encima, porque eso sí, el país es amigo de leer, y es una viña para especulaciones, sobre todo literarias.

Rectifica, pues, amigo Silva, tus ideas con respecto á España, y cree no sólo que vivimos bajo un régimen representativo, sino que somos libres más que ninguna nación del mundo, y que tenemos amplia libertad de imprenta.

Una vez convencido de estas tres bases fundamentales, tratará de convencerte de esas otras menudísimas dudas que abrigas acerca de la prosperidad de la España, que no le va en zaga en nada á Portugal.

El liberal de acá.

P. D. La cuádruple alianza sigue produciendo saludables efectos.

LO QUE NO SE PUEDE DECIR, NO SE DEBE DECIR

Hay verdades de verdades, y á imitación del *diplomático* de Scribe, podríamos clasificarlas con mucha razón en dos: la verdad que no es verdad, y... Dejando á un lado las muchas de esa especie que en todos los ángulos del mundo pasan convencionalmente por lo que no son, vamos á la verdad verdadera, que es indudablemente la contenida en el epígrafe de este capítulo.

Una cosa aborrezco, pero de ganas, á saber, esos hombres naturalmente turbulentos que se alimentan de oposición, á quienes ningún gobierno les gusta, ni aun el que tenemos en el día; hombres que no dan tiempo al tiempo, para quienes no hay ministro bueno, sobre todo desde que se ha convenido con ellos en que Calomarde era el peor de todos; esos hombres que quieren que las guerras no duren, que se acaben pronto las facciones, que haya libertad de imprenta, que todos sean milicianos urbanos... Vaya usted á saber lo que quieren esos hombres. ¿No es un horror?

Yo no. Dios me libre. El hombre ha de ser dócil y sumiso, y cuando está sobre todo en la clase de los súbditos, ¿qué quiere decir esa petulancia de juzgar á los que le gobiernan? ¿No es esto la débil y mezquina criatura pidiendo cuentas á su Criador?

La ley, señor, la ley. Clara está y terminante: impresa y todo: no es decir que se la dan á uno de tapadillo. Ese es mi norte. Cójame Zumalacárregui, si se me ve jamás separarme un ápice de la ley.

Quiero hacer un artículo, por ejemplo: no quiero que me lo prohiban, aunque no sea más que por no hacer dos en vez de uno. ¿Y qué hace usted? me dirán esos perturbadores que tienen siempre la anarquía entre los dedos para soltársela encima al primer ministro que trasluzcan, ¿qué hace usted para que no se lo prohiban?

¡Qué he de hacer, hombres exigentes! Nada: lo que debe hacer un escritor independiente en tiempos como estos de independencia. Empiezo por poner al frente de mi artículo, para que me sirva de eterno recuerdo: «Lo que no se puede decir, no se debe decir.» Sentada en el papel esta provechosa verdad, que es la verdadera, abro el reglamento de censura: no me pongo á criticarlo, ¡nada de eso! no me compete. Sea reglamento ó no sea reglamento, cierro los ojos, y venero la ley, y la bendigo que es más. Y continúo:

Artículo 12. «No permitirán los censores que se inserten en los periódicos:

»Primero: artículos en que viertan máximas ó doctrinas que conspiren á destruir ó alterar la religión, el respeto á los derechos y prerrogativas del trono, el Estatuto Real y demás leyes fundamentales de la monarquía.»

Esto dice la ley. Ahora bien: doy el caso que me ocurra una idea que conspira á destruir la religión. La callo, no la escribo, me la como. Este es el modo.

No digo nada del respeto á los derechos y prerrogativas del trono, el Estatuto, etc., etc. ¿Si les parecerá á esos hombres de oposición que no me ocurre nada sobre esto? Pues se equivocan; ni cómo he de impedir yo que me ocurran los mayores disparates del mundo. Ya se ve que me ocurriría entrar en el examen de ese respeto, y que me ocurriría investigar los fundamentos de todas las cosas más fundamentales. Pero me llamo aparte, y digo para mí: ¿No está clara la ley? Pues punto en boca. Es verdad que me ocurrió; pero la ley no condena ocurrencia alguna. Ahora, en cuanto á escribirlo, ¿no fuera una necedad? No pasaría. Callo, pues; no lo pongo, y no me lo prohiben. He aquí el medio sencillo, sencillísimo. Los escritores, por otra parte, debemos dar el ejemplo de la sumisión. O es ley, ó no es ley. ¡Mal haya los descontentadizos! ¡Mal haya esa funesta oposición! ¿No es buena manía la de oponerse á todo, la de querer escribirlo todo?

Que no pasan las *sátiras* é *invectivas* contra la autoridad; pues no se ponen tales sátiras ni invectivas. Que las prohiben, aunque se *dis-*

fracen con *alusiones* ó *alegorías*. Pues no se disfrazan. Así como así, ¡no parece sino que es cosa fácil inventar las tales alusiones y alegorías!

Los *escritos injuriosos* están en el mismo caso, aun cuando vayan con *anagramas* ó en otra cualquiera forma, *siempre que los censores se convenzan de que se alude á personas determinadas.*

En buen hora; voy á escribir ya; pero llego á este párrafo y no escribo. Que no es injurioso, que no es libelo, que no pongo anagrama. No importa; puede convencerse el censor de que se alude, aunque no se aluda. ¿Cómo haré, pues, que el censor no se convenza? Gran trabajo: no escribo nada; mejor para mí; mejor para él; mejor para el gobierno: que encuentre alusiones en lo que no escribo. He aquí, he aquí el sistema. He aquí la gran dificultad por tierra. Desengañémonos: nada más fácil que obedecer. Pues entonces, ¿en qué se fundan las quejas? ¡Miserables que somos!

Los *escritos licenciosos*, por ejemplo. ¿Y qué son escritos licenciosos? ¿Y qué son costumbres? Discurro, y á mi primera resolución, nada escribo; más fácil es no escribir nada, que ir á averiguarlo.

Buenas ganas se me pasan de injuriar á *algunos soberanos* y *gobiernos extranjeros*. ¿Pero no lo prohibe la ley? Pues chitón.

Hecho mi examen de la ley, voy á ver mi artículo; con el reglamento de censura á la vista, con la intención que me asiste, no puedo haberlo infringido. Examino mi papel; no he escrito nada; no he hecho artículo, es verdad. Pero en cambio he cumplido con la ley. Este será eternamente mi sistema; buen ciudadano, respetaré el látigo que me gobierna, y concluiré siempre diciendo:

«Lo que no se puede decir, no se debe decir.»

REVISTA DEL AÑO 1834

No sé por qué capricho extraordinario, y en oposición con mis hábitos antiguos, el 31 de este diciembre que expira hubo de asaltarme el sueño mucho más pronto de lo que acostumbra; no diré si fué porque leí ese día más artículos de periódico de los que puede resistir mi débil naturaleza, ó si fuí á alguna representación nueva, de esas en que el autor y los actores hacen todo lo que pueden, y en que suele uno no poder con lo que hacen. Lo único que puedo asegurar, juzgando por los resultados, es que reclinado en una poltrona moderna me entregué á Morfeo con la misma seguridad y descuido que un juez en la audiencia, ó que una autoridad no responsable en días de calamidad. No sé el tiempo que habría transcurrido desde el momento que hice tan completa abnegación de mí mismo, cuando se me antojó ver un anciano venerable, que por su reloj de arena y su luz hube de reconocer por el Tiempo; envuelto en una nube, como pudiera un majo en su capa, porque es sabido que esta clase de visiones siempre aparecen entre nubes, parecía indicarme con el dedo dos puertas, una enfrente de otra, en la una de las cuales se leía *pasado* y en la otra *futuro*. Parecióme entonces que salía de su seno un ser más joven que él en verdad, pero semejante á aquellos hombres, que todos conocemos, en quienes la decrepitud y la muerte ha seguido muy de cerca á su nacimiento. En su frente se leía en letras gruesas 1834. Seguíanle, y fueron pasando ante mis ojos deslumbrados, doce mancebos, en cada uno de los cuales se veía, sobre sus diversos atributos, el nombre de un mes. Al pasar cada uno de ellos ante el primer venerable personaje, que iba á acabar con su existencia, hacíanle profundo acatamiento, lo cual me recordó á los hombres que siempre están más comedidos con quien peor los trata. Figuróseme que le daban cuenta exacta de su corta y efímera vida, y el anciano iba reasumiendo los datos en un gran libro lleno de borrones y de enmiendas. «Según las mentiras que en ese libro se aciertan de lejos á divisar, dije para mí, debe de ser el libro de la historia.» Así era efectivamente.

Pasados en revista los doce mancebos, y oídas sus revelaciones, á tiempo que iba á poner

el último el pie en el dintel de una de las dos puertas, fué preciso escuchar la relación que, en descargo sin duda de su conciencia, hizo al Tiempo el segundo personaje, y de la cual, si mal no me acuerdo, hube de recoger los siguientes fragmentos.

«Al nacer, comenzó el buen viejo, que se veía morir después de tan corta vida, encontré al mundo poco más ó menos como mis predecesores: reyes por todas partes mandando pueblos, pueblos por todas partes dejándose mandar por reyes. Engaños y falsedades donde quiera, charlatanismo en todas partes, crédulos é ignorantes siempre erigiendo el edificio de su poder...

»Encontré á España empezando á despertar de un sueño como el de Endimión, aparte la diferencia del número de los años. En política un manifiesto, barrera entre el despotismo y la libertad, existía oponiendo diques á todas las corrientes; yo le desbaraté, y la corriente de la libertad, sin verse expedita aún, halló rendijas y aberturas por donde penetrar é ir poco á poco fertilizando los campos. En mis primeros momentos de vida, en tiempo de máscaras por más señas, llamé al poder á un hombre todo esperanzas, de estos de quienes se dice simplemente que prometen: pero no me estaba reservado ver en mi corta vida realizadas las promesas, y dudo que las vean mis sucesores cumplidas. Durante mi tiempo ha nacido un monstruo, el *miedo á la anarquía;* monstruo como el terror, pánico; él ha perseguido á mis hijos predilectos, él ha alargado la vida á los hijos de mis diez antepasados...

»Sin embargo, una representación nacional ha venido á sentarse en los escaños públicos de dos estamentos, que he venerado, y en cuya naturaleza antico-moderna no he hecho alto. Lo he tomado como me lo han dado. La posteridad no dirá que no he sido filósofo: todo lo contrario: he tomado las cosas conforme han venido; he visto abolido el voto de Santiago, pequeño paso, y como éste otros tan menudos que ni los recuerdo. Grande, nada he visto sino la paciencia. He visto celebrarse un gran tratado diplomático: no he visto sus resultados.

»Encontré á mi advenimiento algunos facciosos: al morir me hallo en el apuro del que muere muy rico, en este particular; no sé los que dejo.

»He mirado estrellarse en las provincias reputaciones antiguas, como la espuma del mar en las rocas.

»Una calamidad tan espantosa como esa, ha hecho y hará por mucho tiempo memorable mi existencia: un azote del cielo ha devastado el suelo. El cólera morbo se ha llevado lo que ha perdonado la guerra civil.

»En punto á ciencias no he visto nada: en literatura, he visto una ó dos producciones nuevas; he visto dos dramas históricos, de que no sé si hablarán tanto como yo mis sucesores.

»En artes tampoco he visto gran cosa. El año 34 será célebre por sus calamidades; nadie empero le verá jamás en el libro de los adelantos humanos para España; es de temer que no sea yo el último á quien se haga ese reproche.

»Al dejar mi corto reinado, déjolo peor que lo encontré, y ojalá que el remedio estuviera tan cerca como mi fin. Debo advertir que he vivido amordazado, y que muero todavía sin voz. Por eso me fuera imposible decir cuanto he visto; pero sólo declararé que me hubiera estado mejor haber nacido ciego.

»Mi fin se acerca por momentos. ¡Ojalá que mis sucesores puedan dar mejor cuenta de sus días, ojalá que no vean tantos como yo perdidos, ó manchados!»

Al decir estas últimas palabras, abriéronse de repente entrambas puertas con nunca oído estrépito. El Tiempo extendió su hoz destructora sobre las trece cabezas, y se hundieron rápidamente en el interior del *pasado*, que volvió á cerrarse en el mismo instante. La puerta de lo *futuro* se abrió entonces... un velo denso me impidió ver su interior distintamente... en aquel punto doce terribles campanadas me indicaron las doce de la noche, desperté y aun ví dos cosas entre sueños: un enorme letrero en la puerta de lo *futuro*, que empezaba á desaparecer á mis ojos despiertos, el cual decía: «Año 1835.» La cosa segunda que ví fué que al hacer este sueño no había hecho más que un plagio impudente á un escritor de más mérito que yo. Dí las gracias á Jouy, me acabé de despertar, y me preparé á ver en el próximo y naciente 1835 una segunda edición de los errores de 1834. Ojalá que la experiencia desmienta mi funesto pronóstico.

LA SOCIEDAD



Es cosa generalmente reconocida que el hombre es *animal social*, y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del modo que son, yo, que no creo que pueda suceder sino lo que sucede, no trato por consiguiente de negarlo. Puesto que vive en sociedad, social es sin duda. No pienso adherirme á la opinión de los escritores malhumorados que han querido probar que el hombre habla por una aberración, que su verdadera posición es la de los cuatro pies, y que comete un grave error en buscar y fabricarse todo género de comodidades, cuando pudiera pasar pendiente de las bellotas de una encina el mes, por ejemplo, en que vivimos. Hanse apoyado para fundar semejante opinión en que la sociedad le roba parte de su libertad, sino toda: pero tanto valdría decir que el frío no es cosa natural, porque incomoda. Lo más que concederemos á los abogados de la vida salvaje es que la sociedad es de todas las necesidades de la vida la peor: eso sí. Esta es una desgracia, pero en el mundo feliz que habitamos casi todas las desgracias son verdad; razón por la cual nos admiramos siempre que vemos tantas investigaciones para buscar ésta. A nuestro modo de ver no hay nada más fácil que encontrarla: allí donde está el mal, allí está la verdad. Lo malo es lo cierto. Sólo los bienes son ilusión.

Ahora bien; convencidos de que todo lo malo

es natural y verdad, no nos costará gran trabajo probar que la sociedad es natural, y que el hombre nació por consiguiente social; no pudiendo impugnar la sociedad, no nos queda otro recurso que pintarla.

De necesidad parece creer que al verse el hombre solo en el mundo, blanco inocente de la intemperie y de toda especie de carencias, trate de unir sus esfuerzos á los de su semejante para luchar contra sus enemigos, de los cuales el peor es la naturaleza entera; es decir, el que no puede evitar, el que por todas partes le rodea; que busque á su hermano (que así se llaman los hombres unos á otros, por burla sin duda) para pedirle su auxilio: de aquí podría deducirse que la sociedad es un cambio mutuo de servicios recíprocos. Grave error, es todo lo contrario: nadie concurre á la reunión para prestarle servicios, sino para recibirlos de ella: es un fondo común donde acuden todos á sacar, y donde nadie deja, sino cuando sólo puede tomar en virtud de permuta. La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos. Y el gran lazo que la sostiene es, por una incomprensible contradicción, aquello mismo que parecería destinado á disolverla; es decir, el egoísmo. Descubierto ya el estrecho vínculo que nos reune unos á otros en sociedad, excusado es probar dos verdades eternas, y por cierto consoladoras, que de él se deducen: primera, que la sociedad, tal cual es, es imperecedera, puesto que siempre nos necesitaremos unos á otros; segunda, que es franca, sincera y movida por sentimientos generosos, y en esto no cabe duda, puesto que siempre nos hemos de querer á nosotros mismos más que á los otros.

Averiguar ahora si la cosa pudiera haberse arreglado de otro modo, si el gran poder de la creación estaba en que no nos necesitásemos, y si quien ponía por base de todo el egoísmo, podía haberle sustituido el desprendimiento, ni es cuestión para nosotros, ni de estos tiempos, ni de estos países.

Felizmente no se llega al conocimiento de estas tristes verdades sino á cierto tiempo; en un principio todos somos generosos aún, francos, amantes, amigos... en una palabra, no somos hombres todavía; pero á cierta edad nos acabamos de formar, y entonces ya es otra cosa: entonces vemos por la primera vez, y amamos por la última. Entonces no hay nada menos divertido que una diversión; y si pasada cierta edad se ven hombres buenos todavía, esto está sin duda dispuesto así para que ni la ventaja cortísima nos quede de tener una regla fija á qué atenernos, y con el fin de que puedan llevarse chasco hasta los más experimentados.

Pero como no basta estar convencidos de las cosas para convencer de ellas á los demás, inútilmente hacía yo las anteriores reflexiones á un primo mío que quería entrar en el mundo hace tiempo, joven, vivaracho, inexperto, y por consiguiente alegre. Criado en el colegio, y versado en los autores clásicos, traía al mundo llena la cabeza de las virtudes que en los poemas y comedias se encuentran. Buscaba un Pílades; toda amante le parecía una Safo, y estaba seguro de encontrar una Lucrecia el día que la necesitase. Desengañarle era una crueldad. ¿Por qué no había de ser feliz mi primo unos días como lo hemos sido todos? Pero además hubiera sido imposible. Limitéme, pues, á tomar sobre mí el cuidado de introducirle en el mundo, dejando á los demás el de desengañarle de él.

Después de haber presidido al cúmulo de pequeñeces indispensables, al lado de las cuales nada es un corazón recto, un alma noble, ni aun una buena figura, es decir, después de haberse proporcionado unos cuantos fraques y cadenas, pantalones colán y mi-colán, reloj, sortijas y media docena de onzas siempre en el bolsillo, primeras virtudes en sociedad, introdújelo por fin en las casas de mejor tono. Un poco de presunción, un personal excelente, suficiente atolondramiento para no quedarse nunca sin conversación, un modo de bailar semejante al de una persona que anda sin gana, un bonito frac, seis apuestas de á onza en el *écarté*, y todo el desprecio posible de las mujeres, hablando con los hombres, le granjearon el afecto y la amistad verdadera de todo el mundo. Es inútil decir que quedó contento de su introducción. «Es encantadora, me dijo, la sociedad. ¡Qué alegría! ¡Qué generosidad! ¡Ya tengo amigos, ya tengo amante!!!» A los quince días conocía á todo Madrid, á los veinte no hacía caso ya de su antiguo consejero: alguna vez llegó á mis oídos que afeaba mi filosofía y mis descabelladas ideas, como las llamaba. «Preciso es que sea muy malo mi primo, decía, para pensar tan mal de los demás;» á lo cual solía yo responder para mí: «Preciso es que sean muy malos los demás, para haberme obligado á pensar tan mal de ellos.»

Cuatro años habían pasado desde la introducción de mi primo en la sociedad: habíale

perdido ya de vista, porque yo hago con el mundo lo que se hace con las pieles en verano; voy de cuando en cuando, para que no entre el olvido en mis relaciones, como se sacan aquéllas tal cual vez al aire para que no se albergue en sus pelos la polilla. Había, sí, sabido mil aventuras suyas de estas que, por una contradicción inexplicable, honran mientras sólo las sabe todo el mundo en confianza, y que desacreditan cuando las llega á saber alguien de oficio: pero nada más. Ocurrióme en esto noches pasadas ir á matar á una casa la polilla de mi relación; y á pocos pasos encontréme con mi primo. Parecióme no tener todo el buen humor que en otros tiempos le había visto; no sé si me buscó él á mí, si le busqué yo á él; sólo sé que á pocos minutos paseábamos el salón de bracero, y alimentando el siguiente diálogo:

—¿Tú en el mundo?—me dijo.

—Sí, de cuando en cuando vengo: cuando veo que se amortigua mi odio, cuando me siento inclinado á pensar bien, cuando empiezo á echarle menos, me presento una vez, y me curo para otra temporada. Pero, ¿tú no bailas?

—Es ridículo: ¿quién va á bailar en un baile?

—Sí por cierto... ¡si fuera en otra parte! Pero observo desde que falto á esta casa multitud de caras nuevas... que no conozco...

—Es decir, que faltas á todas las casas de Madrid... porque las caras son las mismas; las casas son las diferentes; y por cierto que no vale la pena de variar de casa para no variar de gente.

—Así es,—respondí,—que falto á todas. Quisiera por lo tanto que me instruyeses... ¿Quién es, por ejemplo, esa joven?... linda por cierto... Baila muy bien... parece muy amable...

—Es la baroncita viuda de ***. Es una señora que, á fuerza de ser hermosa y amable, á fuerza de gusto en el vestir, ha llegado á ser aborrecida de todas las demás mujeres. Como su trato es harto fácil, y no abriga más malicia que la que cabe en veintidos años, todos los jóvenes que la ven se creen con derecho á ser correspondidos; y como al llegar á ella se estrellan desgraciadamente los más de sus cálculos en su virtud (porque aunque la ves tan loca al parecer, en el fondo es virtuosa), los unos han dado en llamar coquetería su amabilidad, los otros, por venganza, le dan otro nombre peor. Unos y otros hablan infamias de ella; debe por consiguiente á su mérito y á su virtud el haber perdido la reputación. ¿Qué quieres? ¡esa es la sociedad!

—¿Y aquella de aquel aspecto grave, que se remilga tanto cuando un hombre se la acerca? Parece que teme que la vean los pies según se baja el vestido á cada momento.

—Esa ha entendido mejor el mundo. Esa responde con bufidos á todo galán. Una casualidad rarísima me ha hecho descubrir dos relaciones que ha tenido en menos de un año, nadie las sabe sino yo; es casada, pero como brilla poco su lujo, como no es una hermosura de primer orden, como no se pone en evidencia, nadie habla mal de ella. Pasa por la mujer más virtuosa de Madrid. Entre las dos se pudiera hacer una maldad completa: la primera tiene las apariencias y ésta es la realidad. ¿Qué quieres? ¡en la sociedad siempre triunfa la hipocresía!!! Mira, apartémonos: quiero evitar el encuentro de ese que se dirige hacia nosotros: me encuentra en la calle y nunca me saluda; pero en sociedad es otra cosa: como es tan desairado estar de pie, sin hablar con nadie, aquí me habla siempre. Soy su amigo para estos recursos, para los momentos de fastidio: también en el Prado se me suele agregar cuando no ha encontrado ningún amigo más íntimo. Esa es la sociedad.

—Pero observo que huyendo de él nos hemos venido al *écarté*. ¿Quién es aquel que juega á la derecha?

—¿Quién ha de ser? Un amigo mío íntimo, cuando yo jugaba. Ya se ve, ¡perdía con tan buena fe! Desde que no juego no me hace caso. ¡Ay! este viene á hablarnos.

Efectivamente, llegósenos un joven con aire marcial y muy amistoso.

—¿Cómo le tratan á usted?...—le preguntó mi primo.

—Pícaramente; diez onzas he perdido. ¿Y á usted?

—Peor todavía; adiós.

Ni siquiera nos contestó el perdidoso.—Hombre, si no has jugado,—le dije á mi primo,—¿cómo dices?...

—Amigo, ¿qué quieres? Conocí que me venía á preguntar si tenía suelto. En su vida ha tenido diez onzas; la sociedad es para él una especulación: lo que no gana lo pide...

—Pero ¿y qué inconveniente había en prestarle? Tú que eres tan generoso...

—Sí, hace cuatro años; ahora no presto ya hasta que no me paguen lo que me deben; es decir, que ya no prestaré nunca. Esa es la sociedad. Y sobre todo, ese que nos ha hablado...

—¡Ah! es cierto; recuerdo que era antes tu amigo íntimo: no os separabais.

—Es verdad, y yo le quería: me lo encontré á mi entrada en el mundo; teníamos nuestros amores en una misma casa, y yo tuve la torpeza de creer simpatía lo que era comunidad de intereses. Le hice todo el bien que pude, ¡inexperto de mí! Pero de allí á poco puso los ojos en mi bella, me perdió en su opinión y nos hizo reñir: él no logró nada, pero desbarató mi felicidad. Por mejor decir, me hizo feliz; me abrió los ojos.

—¿Es posible?

—Esa es la sociedad: era mi amigo íntimo. Desde entonces no tengo más que amigos íntimos, estos pesos duros que traigo en el bolsillo: son los únicos que no venden: al revés, compran.

—¿Y tampoco has tenido más amores?

—¡Oh! eso sí: de eso he tardado más en desengañarme. Quise á una que me quería sin duda por vanidad, porque á poco de quererla me sucedió un fracaso que me puso en ridículo, y me dijo que no podía arrostrar el ridículo; luego quise frenéticamente á una casada: esa sí, creí que me quería sólo por mí; pero hubo hablillas, que promovió precisamente aquella fea que ves allí, que como no puede tener amores, se complace en desbaratar los ajenos; hubieron de llegar á oídos del marido, que empezó á darla mala vida: entonces mi apasionada me dijo que empezaba el peligro y que debía concluirse el amor; su tranquilidad era lo primero. Es decir, que amaba más á su comodidad que á mí. Esa es la sociedad.

—¿Y no has pensado nunca en casarte?

—Muchas veces; pero á fuerza de conocer maridos, también me he desengañado.

—Observo que no llegas á hablar á las mujeres.

—¿Hablar á las mujeres en Madrid? Como en general no se sabe hablar de nada, sino de intrigas amorosas, como no se habla de artes, de ciencias, de cosas útiles, como ni de política se entiende, no se puede uno dirigir ni sonreir tres veces á una mujer; no se puede ir dos veces á su casa sin que digan: «Fulano hace el amor á mengana.» Esta expresión pasa á sospecha, y dicen con una frase por cierto bien poco delicada: «¿Si estará metido con fulana?» Al día siguiente esta sospecha es ya una realidad, un compromiso. Luego hay mujeres, que porque han tenido una desgracia ó una flaqueza, que se ha hecho pública por este hermoso sistema de sociedad, están siempre acechando la ocasión de encontrar cómplices ó imitadoras que las disculpen, las cuales ahogan la vergüenza en la murmuración. Si hablas á una bonita, la pierdes; si das conversación á una fea, quieres atrapar su dinero. Si gastas chanzas con la parienta de un ministro, quieres un empleo. En una palabra, en esta sociedad de ociosos y habladores nunca se concibe la idea de que puedas hacer nada inocente, ni con buen fin, ni aún sin fin.

Al llegar aquí no pude menos de recordar á mi primo sus expresiones de hacía cuatro años: «Es encantadora la sociedad: ¡qué alegría! ¡qué generosidad! ¡ya tengo amigos, ya tengo amante!!!»

Un apretón de manos me convenció de que me había entendido. «¿Qué quieres? me añadió de allí á un rato; nadie quiere creer sino en la experiencia: todos entramos buenos en el mundo, y todo andaría bien si nos buscáramos los de una edad; pero nuestro amor propio nos pierde: á los veinte años queremos encontrar amigos y amantes en las personas de treinta, es decir, en las que han llevado el chasco antes que nosotros, y en los que ya no creen: como es natural le llevamos entonces nosotros, y se le pegamos luego á los que vienen detrás. Esa es la sociedad; una reunión de víctimas y de verdugos. ¡Dichoso aquel que no es verdugo y víctima á un tiempo! ¡pícaros, necios, inocentes!!! ¡Más dichoso aún, si hay excepciones, el que puede ser excepción!!!»

UN PERIÓDICO NUEVO

> N[illegible] Espagne, [illegible] la littérature [illegible] la liberté du monologue de Figaro.
>
> [illegible]

¿Por qué no pone usted un periódico suyo? ¿Cuándo sale *Fígaro?* ¡Es idea peregrina! Ya he visto en los demás periódicos la publicación del permiso para el periódico nuevo. ¿Saldrá por fin en febrero, en marzo? ¿Cuándo? ¿Nos hará usted reir, por supuesto?

He aquí las preguntas que por todas partes se me dirigen, que me cercan, me estrechan, me comprometen, y á las cuales me veo más apurado para responder, que se ven hace tres días... Iba á hacer una mala comparación; y si me la había de suprimir algún amigo de estos que miran de continuo por mi tranquilidad, suprímomela yo.

¿Por qué no he de publicar un periódico también? he dicho efectivamente para mí. En todos los países cultos y despreocupados la literatura entera, con todos sus ramos y sus diferentes géneros, ha venido á clasificarse, á encerrarse modestamente en las columnas de los periódicos. No se publican ya infolios corpulentos de tiempo en tiempo. La moda del día prescribe los libros cortos, si han de ser libros. Y si hemos de hablar en razón, si sólo se ha de escribir la verdad, si no se ha de decir sino lo que de cierto se sabe, convengamos en que todo está dicho en un papel de cigarro. Los adelantos materiales han ahogado de un siglo á esta parte las disertaciones metafísicas, las divagaciones científicas; y la razón, como se clama por todas partes, ha conquistado el terreno de la imaginación, si es que hay razón en el mundo que no sea imaginaria. Los hechos han desterrado las ideas. Los periódicos, los libros. La prisa, la rapidez, diré mejor, es el alma de nuestra existencia, y lo que no se hace de prisa en el siglo XIX, no se hace de ninguna manera; razón por la cual es muy de sospechar que no hagamos nunca nada en España. Las diligencias y el vapor han reunido á los hombres de todas las distancias: desde que el espacio ha desaparecido en el tiempo, ha desaparecido también en el terreno. ¿Qué significaría, pues, un autor formando á pie firme un libro, detenido él solo en medio de la corriente que todo lo arrebata? ¿Quién se detendría á escucharle? En el día es preciso hablar y correr á un tiempo, y de aquí la necesidad de hablar de corrida, que todos desgraciadamente no poseen. Un libro es, pues, á un periódico, lo que un carromato á una diligencia. El libro lleva las ideas á las extremidades del cuerpo social con la misma lentitud, tan á pequeñas jornadas como este lleva la gente á las provincias. Así sólo puede explicarse la armonía, la indispensable relación que existe entre la ilustración del siglo y la escasez de los libros nuevos. De otra suerte sería preciso inferir que la civilización mata las artes y las letras. Y decimos las artes, porque aquella misma rapidez de existencia ha lanzado sobre el terreno de la pintura la litografía, y ha levantado al lado de las antiguas moles de arquitectura gótica de los tiempos lentos, las modernas construcciones de las ratoneras que por casas habitamos en el día.

Convencidos de que el periódico es una secuela indispensable, si no un síntoma de la vida moderna, esperarían tal vez aquí nuestros lectores una historia de esta invención; una seria disertación sobre los primeros periódicos, y acerca de si debieron ó no su primer nombre á una moneda veneciana que limitaba su precio. Nada de eso. Sólo diremos que los primeros periódicos fueron *gacetas:* no nos admiremos, pues, si fieles á su origen, si reconociendo su principio, los periódicos han conservado la afi-

ción á mentir, que los distingue de las demás publicaciones desde los tiempos más remotos; en lo cual no han hecho nunca más que administrar una herencia. Es su mayorazgo; respetamos este como los demás, pues que estamos á esta altura todavía.

Inapreciables son las ventajas de los periódicos; habiendo periódicos, en primer lugar, no es necesario estudiar, porque á la larga, ¿qué cosa hay que no enseñe un periódico? Sabe usted por un periódico la hora que empieza el teatro, y algunas veces la función que se representa, es decir, siempre que la función que se representa es la misma que se anuncia: esto, al fin, sucede algunas veces. Por los periódicos sabe usted de día en día lo que sucede en Navarra, cuando sucede algo; verdad es que esto no es todos los días; pero para eso muchas veces sabe usted también lo que no sucede: no se sabe ciertamente la pérdida del enemigo, pero esa siempre debe ser mucha; y en cambio se sabe que llegó la noche, porque la noche llega siempre; no es como la libertad, ni como las cosas buenas, que no llegan nunca; y se sabe que los caballos de los facciosos corren más que los nuestros, puesto que siempre deben aquellos su salvación á su velocidad. Así se supiera dónde diantres los van á buscar. Esta investigación sería de grande utilidad para mejorar nuestras crías. Por un periódico sabe usted que hay Córtes reunidas para elevar sobre el *cimiento* el edificio de nuestra libertad. Por ellos se sabe que hay dos Estamentos, es decir, además del de Procuradores, otro de Próceres. Por los periódicos sabe usted, *mutatus mutandis*, es decir, quitando unas cosas y poniendo otras, lo que hablan los oradores, y sabe usted, como por ejemplo ahora, cuándo una discusión es tal discusión, y cuándo es meramente *conversación*, para repetir la frase feliz de un orador.

¿A quién debe aquel orador de café, que perora sobre la intervención extranjera, sus vastos conocimientos acerca de las intenciones de Luis Felipe, sino á los periódicos? ¿Dónde habría aprendido aquella columna de la Puerta del Sol, que hace la oposición de corrillo en corrillo, lo que es un tory y un whig, y un reformista, y lo que puede una alianza, sobre todo si es cuádrupla, y una *resistencia*, sobre todo si es una? ¿Dónde aprendería, siendo español, lo que es un progreso? ¿En qué libro encontraría lo que quiere decir un *ministro responsable*, y una *ley fundamental*, y una *representación nacional*, y una *fantasma?* ¿En qué universidad podría aprender la sutil distinción que existe entre las *fantasmas que matan* y *las que no matan?* Distinción por cierto sumamente importante para nosotros pobres mortales, que somos los que hemos de morir.

Convengamos, pues, en que el periódico es el grande archivo de los conocimientos humanos, y que si hay algún medio en este siglo de ser ignorante, es no leer un periódico.

Estas y otras muchas reflexiones, las cuales no expongo todas, por ser siempre mucho más lo que callo que lo que digo, me movieron á ser periodista; pero no como quiera periodista atenido á sueldos y voluntades ajenas, sino periodista por mí y ante mí.

Dicho y hecho, concibamos el plan. El periódico se titulará *Fígaro*, un nombre propio; esto no significa nada y á nada compromete, ni á *observar*, ni á *revistar*, ni á ser *eco de nadie*, ni á *chapar flores*, ni á *compilar*, ni á maldita de Dios la cosa. Encierra sólo un tanto de malicia, y eso bien sé yo que no me costará trabajo. Con sólo contar nuestras cosas lisa y llanamente, ellas llevan ya la bastante sal y pimienta. He aquí una de las ventajas de los que se dedican á graciosos en nuestro país: en sabiendo decir lo que pasa, cualquiera tiene gracia, cualquiera hará reir. Sea esto dicho sin ofender á nadie.

El periódico tratará... de todo. ¿Qué menos? pero como no ha de ser ni tan grande como nuestra paciencia, ni tan corto como nuestra esperanza, y como han de caber mis artículos, no pondremos las reales órdenes. Por otra parte, no gusto de afligir á nadie; por consiguiente no se pondrán los reales nombramientos: menos gusto de estar siempre diciendo una misma cosa; por lo tanto fuera los partes oficiales. Estoy decidido á no gastar palabras en balde; mi periódico ha de ser todo sustancia; así, cada sesión de Córtes vendrá en dos líneas; algunos días en menos; como de esas veces no ocupará nada.

Artículos de *política*. Los habrá. Estos, en no entendiéndolos nadie, estamos al cabo de la calle. Y eso no es difícil, sobre todo quien no los ha de entender es el censor. Oposición: eso por supuesto. A mí, cuando escribo, me gusta siempre tener razón.

De *hacienda*. Largamente, pero siempre en broma, para nosotros será un juego esto; no nos faltará á quien imitar. Los asuntos de cuentas sólo son serios para quien paga; pero para quien cobra...

De *guerra*. También daremos artículos, y en

abundancia: buscaremos primero quien lo entienda y quien sepa hablar de la materia; por lo demás saldremos del paso, si no bien, mal: nunca serán los artículos tan pesados como el asunto.

De *interior*. Hasta los codos. Desentrañaremos esto; y tanto queremos hablar de esta materia, que no nos detendremos en enumerar lo que se ha hecho; sólo hablaremos de lo que falta por hacer.

De *estado*. Aquí nos extenderemos sobre el *statu quo* y sobre el Estatuto, y nos quedaremos extendidos; ni moveremos pie ni pata.

De *marina*. Esto es más delicado. ¿Ha de ser *Fígaro* el único que hable de eso? No me gusta ahogarme en poca agua.

De *gracia y justicia*. He dicho muchas veces que no soy ministerial: haré por lo tanto justicia seca. ¡Ojalá que me dejen también hacer gracias!

De *literatura*. En cuanto se publique un libro bueno le analizaremos; por consiguiente, no seremos pesados en esta sección.

De *teatro español*. No diremos nada mientras no haya nada que decir. Felizmente va largo.

De *actores*. Aquí seremos malos de buena fe: seremos actores hablando de actores.

De *música*. Buscaremos un literato que sepa música, ó un músico que sepa escribir: entretanto, *Fígaro* se compondrá como se han compuesto hasta el día los demás periódicos. Felizmente pillaremos al público acostumbrado; y él y nosotros estamos iguales.

Modas. En esta sección hablaremos de empréstitos, de intrigas, de favor... en una palabra, lo que corre... á la *dernière* siempre.

De *costumbres*. Por supuesto: malas: lo que hay: escribiremos como otros viven sobre el país. *Fígaro* hablará bajo este título, de paciencia, de tinieblas, de mala intención, de atraso, de pereza, de apatía, de egoísmo. En una palabra, de nuestras costumbres.

Anuncios. Queriendo hacer lo más corta posible esta parte del periódico, sólo anunciará las funciones buenas, los libros regulares, las reformas, los adelantos, los descubrimientos. Ni se pondrán las pérdidas, ni menos todo lo que se vende entre nosotros. Esto sería no acabar nunca.

He aquí el periódico de Fígaro. Ya está concebida la idea. Sin embargo, no es eso todo. Es preciso pedir licencia; pero para pedir licencia es preciso poder presentar fianzas. Si yo las tuviera no sería yo el que me pusiera á escribir tonterías para divertir á otros; *ó tener empleo con sueldo*... pero si tuviera empleo, y jefe, y horas fijas, y once, y expedientes, y la cesantía al ojo, no tendría yo humor de escribir periódicos... *ó ser catedrático*... pero si fuera catedrático sabría algo, y entonces no servía para periodista...

Está decidido que no sirvo para pedir licencia. Otro al canto: un testaférreo; un sueldo al testaférreo; seguridades contra seguridades, fianza, depósito, licencia, en fin. He aquí ya á *Fígaro* con licencia: no esa licencia tan temida, esa licencia fantasma, esa licencia que nos ha de volver al despotismo, esa licencia que está detrás de todo, acechando siempre el instante, y el ministro, y el... No, sino licencia de imprimirse á sí mismo.

Ya no falta más que imprenta. Corro á una... —Aquí es imposible: no hay letra.—Corro á otra: Aquí le diré á usted francamente, no hay prensas.—A otra: Aquí no queremos periódicos, hay que trabajar de noche, Dios ha hecho la noche para dormir.—Sí, pero no el impresor,—contesto furioso.—¿Qué quiere usted? Luego es trabajo en que no se gana: como no hay cajistas en España, piden un sentido, se hacen valer; el público no quiere pagar caro, el oficial no quiere trabajar barato.—¿Con que es imposible imprimir un periódico?—Poco menos, señor; y si acaso se lo imprimen á usted, será caro y mal. Pondrán unas letras por otras. —Eso ¡pardiez! no será imprimir mi periódico, sino otro del cajista.—Pues eso, señor, sucederá; en habiendo una de formación no tendrá usted cajistas; y si usted se enfada algún día por una errata, le dejarán plantado, y si no se enfada también.

¿Es posible? ¿Con que no hay *Fígaro?* ¡Oh! ¡Habrá *Fígaro*, habrá *Fígaro!* Venceremos las dificultades... ¡Ah! se me olvidaba. ¡Papel! A una fábrica, á otra, á otra .. Este es chico, este caro, este grande, este moreno, este con demasiada cola...—Mire usted, como usted le quiere no le hay, me dicen por fin. Es preciso mandarlo hacer.—Pues lo mando hacer: para dentro de ocho días.—Señor, la fábrica está á sesenta leguas; hay que hacer los moldes, y luego el papel, y luego secarlo, y si llueve... y luego traerlo... y el ordinario echa quince días ó veinte... y...—¿No hay quien le eche á usted á los infiernos? grito desesperado. ¡País de los obstáculos!

Es preciso resignarse, esperar... Al fin lo ha-

brá todo... demasiado va á haber luego... esta es la idea que me detiene, por fin, que cuando haya editor, redactores, impresor, cajistas, papel... entonces también habrá censor... Eso sí, eso siempre lo hay... ni hay que mandarle hacer, ni hay que esperar...—Aquí acabo de perder la cabeza, enciérrome en mi casa, ¡voto va! Pues ha de haber *Fígaro*, sí señor, por lo mismo ha de haber *Fígaro*, y ha de hablar de todo, absolutamente de todo.

Diciendo esto llego á mi casa, me siento á mi bufete para tomar disposiciones. —¿Qué hace usted? le digo á mi escribiente, de mal humor. — Señor, me responde, estoy traduciendo, como me ha mandado usted, este monólogo de su tocayo de usted, en el *mariage* de Fígaro de Beaumarchais, para que sirva de epígrafe á la colección de sus artículos que va usted á publicar.—¿A ver cómo dice?

«Se ha establecido en Madrid un sistema de libertad que se extiende hasta á la imprenta; y con tal que no hable en mis escritos, ni de la autoridad, ni del culto, ni de la política, ni de la moral, ni de los empleados, ni de las corporaciones, ni de los cómicos, ni de nadie que pertenezca á algo, puedo imprimirlo todo libremente, previa la inspección y revisión de dos ó tres censores. Para aprovecharme de esta hermosa libertad anuncio un periódico...»

—Basta,—exclamo al llegar aquí mi escribiente,—basta; eso se ha escrito para mí; cópielo usted aquí al pie de este artículo: ponga usted la fecha en que eso se escribió.—1784. —Bien. Ahora la fecha de hoy.—22 de enero de 1835.—Y debajo:—*Fígaro.*

LA POLICIA



Así como hay en el mundo hombres buenos, también hay cosas buenas: no citaremos nombres propios en la primera clase, por no ofender á la mayoría; pero en la segunda preciso será citar si queremos que nos crean. Cosa buena por ejemplo es la previa censura, y para algunos no sólo buena sino excelente. Que manda usted y que manda usted mal, dos cosas que pueden ir juntas. ¿Pues no es cosa buena y rebuena que nadie pueda decirle á usted una palabra? Que manda usted, y que no manda usted mal, pero que es usted hombre de calma; y como había usted de mandar algo bueno, no manda usted nada, ni bueno, ni malo. ¿Pues no es un placer verdaderamente que si hay algún escritorzuelo atrevido que sale á decir: «Esto no marcha,» salga por otra parte el censor que usted le pone, y le escriba en letra gorda y desigual al pie del folleto: «Esto no puede correr?» Vaya si es cosa buena. Que es usted un sujeto de luces por otra parte, amigo del gobierno, y que tiene usted poco sueldo, ó no tiene usted ninguno, como suele suceder; vaya si es cosa buena que le den á usted 20,000 reales de sueldo, ú opción á los primeros que vaquen, sólo por poner: «Esto no puede correr,» que al cabo es decir una verdad como un templo... Cosa buena es y muy buena. Replicaránnos los que viven de disputar que la tal previa censura no es igualmente buena para el que escribió el artículo que no puede correr, ni para el país que de él pudiera sacar provecho; pero en primer lugar, que al sentar nosotros la proposición de que hay cosas buenas, no hemos dicho para quién, y en segundo añadiremos que ese es el destino de las cosas de este mundo, en las cuales no

hay una sola buena para todos. Países hay donde se cree que la perfección consiste en que las cosas sean buenas para los más; pero también hay países donde se cree en brujas, y no por eso son las brujas más verdaderas. Dejemos por consiguiente este punto, que entra en el número de los muchos que no son oportunos todavía para nosotros, y convengamos únicamente en que hay cosas buenas.

Sabido esto, pocas hay que se puedan comparar con la policía. Por de pronto su origen está en la naturaleza; la policía se debe al miedo, y el miedo es cosa tan natural, que poco ó mucho no hay quien no tenga alguno; y esto sin contar con los que tienen demasiado, que son los más. Todos tenemos miedo: los cobardes á todo: los valientes á parecer cobardes: en una palabra, el que más hace es el que más lo disimula, y esto no lo digo yo precisamente; antes que yo lo ha dicho Ercilla, en dos versos, por más señas, que si bien pudieran ser mejores, difícilmente podrían ser más ciertos.

El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Preclaro es, pues, el origen de la policía. No nos remontaremos á las edades remotas para encontrar apoyos en favor de la policía. Trabajo inútil fuera, pues ya nos lo dan hecho; un orador ha dicho que en todos los países la ha habido *con este ó aquel nombre*, y es punto sabido y muy sabido que la había en Roma y en el consulado de Cicerón: no se sabe si con este ó con aquel nombre, no precisamente con su subdelegado al frente y sus celadores al pie; pero ello es que la había, y si la había en Roma, es cosa buena: si á esto se añade que la hay en Portugal, y que el pueblo da á sus individuos el nombre de *morcegos*, ya no hay más que saber.

Venecia ha sido el estado que ha llevado á más alto grado de esplendor la policía; pues ¿qué otra cosa era el famoso tribunal pesquisidor de aquella república? A ella se debía la hermosa libertad que se gozaba en la reina del Adriático, y que con colores tan halagüeños nos ha presentado un literato moderno en la escena, y un célebre novelista en su *Bravo*. La Inquisición no era tampoco otra cosa que una policía religiosa; y si era buena la Inquisición, no hay para qué disputarlo. Aquí se prueba lo que ha dicho el orador citado, de que siempre ha existido en todos los países *con este ó aquel nombre*.

Otra prueba de que es cosa buena la policía es su existencia, no sólo en Roma y en Portugal, sino también en Austria; y sobre todo, en la parte de Italia sujeta á aquel imperio, donde es delito á los ojos de la policía haber á las manos un papel francés. Así son los italianos tan felices, así se hacen lenguas del emperador de Austria. Oigase otro ejemplo. Ahí está la Polonia, que debe su actual felicidad ¡vaya si es feliz! á la policía rusa. Que la policía es, pues, una institución liberal, se deduce claramente de su existencia en Austria y en Polonia; y si nos venimos más acá, veremos que en Francia la instaló Bonaparte, uno de los amigos más acérrimos de la libertad; y tanto, que él tomó para sí toda la que pudo coger á los pueblos que sujetó; y á España, por fin, la trajo el célebre conquistador del Trocadero el año 23, y fué lo que nos dió en cambio y permuta de la constitución que se llevó; prueba de que él creía que valía tanto por lo menos la policía como la constitución.

Pues luego, si ha hecho bienes al país, no hay para qué ponerlo en cuestión.

A la policía debió el desgraciado Miyar su triste fin; y como ha dicho muy bien otro orador, á la policía se debió sin duda alguna aquella inocente treta por la cual se sonsacó de Gibraltar á un célebre patriota para acabarlo en territorio español, con toda nobleza y valentía. Pero ¿á qué más ejemplos? de cuantos liberales han muerto judicialmente asesinados en los diez años, acaso no habrá habido uno que no haya tenido algo que agradecer á esa brillante institución. Ahora bien, continuador el año 35 y heredero universal, como se ha pretendido, de los diez años, mal pudiera rehusar herencia tan legítima: así hemos visto á nuestra policía recientemente hacer prodigios en punto á conspiraciones.

La policía se divide en política y en urbana. Y es cosa tan buena una como otra. Por la primera, supongamos que sabe usted que se habla en un café, en una casa, ó que no se habla, pero que tiene usted un enemigo; ¿quién no tiene un enemigo? Va usted á la policía, y con contar el caso, y con añadir que en la casa tienen pacto con *isabelinos*, y que detrás del *viva de ordenanza* está tapada la anarquía, hace usted prender á su enemigo. ¿Pues no es cosa excelente? Luego, para cualquier carrera se necesita saber algo, suponiendo que no haya

favor ó parentesco; para médico, por ejemplo, alargar la enfermedad; para abogado, embrollar el asunto; para militar ir á Vizcaya... para cura, todos sabemos ya lo que se necesita saber, y por ese estilo; pero para ser de policía, basta con no ser sordo. ¡Y es tan fácil no ser sordo! Ahora, si fuera preciso hacerse el sordo, ya era otra cosa: era preciso saber entonces casi tanto como para ser ministro.

Por otra parte decía un ilustre amigo nuestro, que la España se había dividido siempre en dos clases; gentes que prenden á gentes que son prendidas: admitida esta distinción, no se necesita preguntar si es cosa buena la policía.

Acerca de los premios destinados á la delación, y para cuyos gastos será sin duda gran parte de los millones del presupuesto, esto es indispensable: primero, porque uno no ha de delatar de balde, y segundo, porque no se cogen truchas, etc., refrán que pudiéramos convertir en *no se cogen anarquistas*, etc. En una palabra, ó se ha de prender, ó no se ha de prender: si se ha de prender, es preciso que haya quien delate; y si ha de haber delatores, éstos han de comer, porque tripas llevan pies. Por consiguiente, no sólo es cosa buena la policía, sino también los ocho millones.

En los Estados-Unidos y en Inglaterra no hay esta policía política; pero sabido es en primer lugar el desorden de ideas que reina en aquellos países; allí puede uno tener la opinión que le dé la gana; por otra parte, la libertad mal entendida tiene sus extremos, y nosotros leyendo en el gran libro abierto de las revoluciones, como ha dicho muy bien otro orador, debemos aprender algo en él, y no seguir las mismas huellas de los países demasiado libres, porque vendríamos á parar al mismo estado de prosperidad que aquellas dos naciones. La riqueza vicia al hombre, y la prosperidad le hace orgulloso por más que digan.

La otra policía es urbana. Esta es todavía más cosa buena que la otra. Entre las ventajas que produce nos contentaremos con los pasaportes, con los cuales va usted adonde quiere y adonde le dejan. Paga usted su peseta, y ya sabe usted que tiene pasaporte. Suponga usted que á imitación de Inglaterra no hubiera pasaportes. En verdad que no se concibe cómo se puede ir de una parte á otra sin pasaporte: si fuera sin caminos, sin canales, sin carruajes, sin posadas, ¡vaya! ¡pero sin pasaportes! Por el mismo consigüiente saca usted su carta de seguridad, y ya está usted seguro de haber gastado dos reales; pero en cambio hay otro que desde que usted los tiene de menos los tiene de más. De modo, que para éste, sobre todo, la carta de seguridad es cosa buena, tan buena por el pronto como dos reales. Hay cosas mejores, es verdad, pero siempre es cosa buena.

Probada, pues, hasta la evidencia la bondad de la policía, ¿cómo pudiéramos no agregarnos al voto de los 50 señores Procuradores que han perdido la última votación? Poco vale por cierto nuestra opinión; no somos desgraciadamente ni procuradores ni inviolables, pero en cambio tendremos policía por lo menos; pagaremos en compañía de nuestros compatriotas ocho millones para que nos averigüen nuestras conversaciones, nuestros pensamientos, nuestros... y si algún día la policía nos prende, como es probable, por anarquistas, exclamaremos con justo entusiasmo: «¡Buena cárcel nos mamamos! ¡Pero buen dinero nos cuesta!»

POR AHORA

En nuestro último artículo, en que defendíamos la policía, dejamos ligeramente apuntado que hay *cosas buenas* en el mundo; y probamos hasta la evidencia, como solemos, que una de ellas es la policía. Como no nos pasa por la imaginación que uno solo de nuestros lectores se haya resistido á nuestras razones, tratamos de probar hoy otra verdad más indisputable todavía, á saber: que sentado el principio de que hay cosas buenas, hay *palabras* que parecen *cosas*, es decir, que hay *palabras buenas*.

A primera vista parece que buenas deben ser todas las palabras, puesto que sirven todas para hablar, ó sea para gastar conversación, que es el fin que parecemos proponernos; esto es un error sin embargo, y error grave. Palabras hay malas, profundamente malas por sí mismas, y sin necesidad de accesorios, que for-

man por sí solas oración y sentido, por más que suelan ellas no tener sentido común. Palabras que valen más que un discurso, y que dan que discurrir; cuando uno oye, por ejemplo, la palabra *conspiración*, cree estar viendo un drama entero, aunque no sea nada en realidad. Cuando uno oye la palabra *libertad*, sola ella, solita, cree uno estar oyendo una larga comedia. Cuando uno oye la palabra *imprenta*, ¿no cree ver detrás la censura, el imposible vencido, la cuadratura del círculo, la gran quisicosa? ¿No hay quien ve en ella el abismo, la anarquía, aquel qué sé yo, que nadie sabe explicar ni comprender? Cada una de estas palabras son verdaderas linternas mágicas: el mundo todo pasa al través de ellas. Una vez encendidas todo se ve dentro.

Estas palabras que encierran por sí solas una significación entera y determinada son malas generalmente: las buenas son aquellas que no dicen nada por sí, como por ejemplo: *prosperidad, ilustración, justicia, regeneración, siglo, luces, responsabilidad, marchar, progreso, reforma*, etc., etc. Éstas no tienen un sentido fijo y decisivo: hay quien las entiende de un modo, hay quien las entiende de otro, hay, por fin, quien no las entiende de ninguno. Estas son buenas, porque blandas como cera, adáptanse á todas las figuras: estas son, en fin, el alimento de toda conversación. Con ellas no hay discurso que no se pueda sostener, no hay cosa que no se pueda probar, no hay pueblo á quien no se pueda convencer. Estas son las palabras que parecen cosas.

Ahora bien, cuando dos de estas palabras insignificantes y maleables se llegan á encontrar en el camino una de otra, únense al momento y se combinan por una rara afinidad filológica; y entonces no toman por eso mayor sentido; todo lo contrario, juntas suelen querer decir menos todavía que separadas: entonces estas palabras buenas suelen convertirse en lo que vulgarmente llamamos *buenas palabras*.

He aquí las reflexiones que teníamos presentes al sentar en el papel el titulillo de este artículo. Nadie nos negará que la palabra *por* quiere decir poco cuando va sola; pues de la palabra *ahora*, no decimos nada. He aquí, pues, dos palabras excelentes, y combínense como se combinen. Júntese el *por* con el *que*, y resultará el *porqué*. Siempre se ha dicho que el *porqué* de las cosas es inaveriguable; por consiguiente no quiere decir nada. Póngase el *ahora* en *oración*, y digamos, por ejemplo: «¿Qué hay ahora? ¿Qué se hace ahora?» Nada. Ambas son, pues, palabras nulas, y buenas por consiguiente. Combínense ahora juntas y digamos: *por ahora*, y se verá el efecto peregrino de la suma de todas las nulidades.

Pocas palabras hay tan buenas, tan útiles en el día, tan en boga; pocas palabras buenas que puedan tan fácilmente convertirse en *buenas palabras*. ¿A qué nos contesta usted con el *por ahora?* Es la espada de Alejandro, que corta todo nudo gordiano; es la panacea universal que templa todos los dolores. Buena jornada habríamos echado, si no pudiéramos contestar á todo: *Por ahora*.

¿Cuánto no suaviza esta frase toda mala contestación? Por mejor decir, no hay con ella mala contestación posible, y todo aquel que sepa lo que es una repulsa seca, sabrá apreciar cuánto valen las buenas palabras. Son el vino que se mezcla con el agua para quitarle su crudeza. Ejemplo. *No*, quiere decir que *no*. Pero si en vez de decir *no*, dice usted *por ahora no*, aunque usted quiera decir lo mismo, si habla usted sobre todo con un tonto, como suele suceder, ha dicho usted una gran cosa. ¿Y qué cuesta decir dos palabras más?

Convencidos hombres muy ilustrados de esta verdad, ¿cómo pudieran no usarlas continuamente?

Lluevan sobre ellos en buen hora demandas y peticiones, renuévese la tabla de los derechos, clamen por todas partes tribuna y periódicos por la libertad de imprenta; no le responderán á usted con un *no* seco, sino que *por ahora no conviene*. Pida usted más garantías; abogue usted por una verdadera seguridad individual; porque tal ó cual estado es absurdo. *Lo vemos*, responderán, y lo que es más *con dolor;* empero *por ahora* no es oportuno. Para que un pueblo esté bien gobernado, para que sea feliz, es preciso que se difunda la *ilustración;* para que un pueblo sea libre, es preciso que sepa mucho... y esté bastantemente ilustrado... véase sino *Grecia* y *Roma;* aquellos eran pueblos libres... ¡pero lo que se sabía allí! ¡qué pueblos tan ilustrados! ¿Qué tiene que ver la España del siglo XIX con la *Grecia* de *Licurgo* y la *Roma* de *Numa?*

Venga usted á decirme que el sistema judicial no es gran cosa. Que cada uno multa como le da la gana, y juzga como le parece. Pero eso es *por ahora* no más. Deje usted que llegue aquel día raro, aquel día particular, que ha de ser el decisivo; el día, en fin, de la oportunidad,

el día que nos convenga pasarlo bien, que ese día será otra cosa.

Que hay confusión de poderes, de palabras y de cosas; que no nos entendemos; que es una verdadera Babel; que no andamos un paso, un solo paso; pero eso es *por ahora*. Todavía no conviene que nos entendamos. Es preciso buscar el momento oportuno. Pues qué, ¿no hay más que entenderse cualquier día del año, cualquier año del siglo?

¿Y quién es el encargado, preguntarán ustedes, de conocer el momento? ¿quién es ese sabio sagaz y penetrante, que ha de conocer cuándo nos conviene ser iguales, ser libres, poder hablar, ser, en una palabra, felices? ¿dónde está la línea divisoria entre la inoportunidad y la oportunidad? ¿quién es el ilustrado encargado de medir nuestra ilustración?

Por ahora, amigo lector, no se columbra todavía á ese sabio, responderemos: ni nosotros hemos hecho ánimo de responder *por ahora* á todas las preguntas, ni nos dejaran responder tampoco *por ahora*, aunque quisiéramos. Limitámonos *por ahora* á probar que como hay cosas buenas entre nosotros, hay palabras que parecen cosas, y *palabras buenas* que nos dan por *buenas palabras*. Que las voces *por ahora* son las primeras de ese género, y si bien se mira, bastante hemos dicho *por ahora*.



LITERATURA

POESÍAS DE DON JUAN BAUTISTA ALONSO

Los hombres son raros en verdad. De cuatro veces tres no se entienden unos á otros; y de tres cuatro no se entienden á sí mismos. Diría uno oyendo ese prolongado clamor que pide libertad de imprenta diariamente: «Este es el país de la imprenta, de los libros... de los periódicos...» Solemne chasco se llevaría quien tales consecuencias dedujese. Es preciso entendernos: ese clamor de libertad de imprenta, tan continuo, tan incesante, tan justo, puede tener dos principios: puede considerarse como un derecho meramente político reclamado por un pueblo víctima, que hace el último esfuerzo para romper la cadena; y puede mirarse también como un órgano meramente literario, exigido por un pueblo ansioso de ilustración. En el primer caso la imprenta es el baluarte de la libertad civil, en el segundo el paladión de los conocimientos humanos. Desgraciadamente, si se contempla despacio el cuadro de nuestra ilustración científica, literaria y artística, esta ansia de libertad de imprenta no se puede achacar á la cooperación de ambos principios reunidos, cooperación que sería la perfección. Es preciso contentarse con reconocerle la primera causa por origen; y esto pinta bastante nuestra situación. Pedimos libertad de imprenta, no para lucirnos, sino para quejarnos, como anda buscando la voz para gritar el que, abrumado por una horrible y miedosa pesadilla, tiene embargada el habla por el sueño. Busquemos en España desgraciados y oprimidos, ¿pero literatos?

A estas tristes reflexiones da lugar cada publicación original que levanta la cabeza de cuando en cuando, mostrándose, como á hurtadillas, entre nosotros. Es la voz que resuena en el desierto: ni un eco hay que responda, ni un oído que la albergue, ni un pueblo que la escuche. Montes de arena, hoy aquí, mañana allí: y un huracán violento. Nada más.

Si bien luce algún ingenio todavía de cuando en cuando, nuestra literatura, sin embargo, no es más que un gran brasero apagado, entre cuyas cenizas brilla aún pálida y oscilante tal cual chispa rezagada. Nuestro siglo de oro ha pasado ya, y nuestro siglo XIX no ha llegado todavía.

En poesía estamos aún á la altura de los arroyuelos murmuradores, de la tórtola triste, de la palomita de Filis, de Batilo y Menalcas, de las delicias de la vida pastoril, del caramillo y del recental, de la leche y de la miel, y otras fantasmagorías por este estilo. En nuestra poesía á lo menos no se hallará malicia: todo es pura inocencia. Ningún rumbo nuevo, ningún resorte no usado. Convengamos en que el poeta del año 35, encenagado en esta sociedad envejecida, amalgama de oropeles y de costumbres perdidas, presa él mismo de pasioncillas endebles, saliendo de la fonda ó del billar, de la ópera ó del sarao, y á la vuelta de esto empeñado en oir desde su bufete el cefirillo suave que juega enamorado y malicioso por entre las hebras de oro ó de ébano de Filis, y pintando á la Gesner la deliciosa vida del otero (invadido por los facciosos), es un ser ridículamente hipócrita, ó furiosamente atrasado. ¿Qué significa escribir cosas que no cree ni el que las escribe, ni el que las lee?

Empero no quisiéramos que se interpretara en mal del libro que analizamos esta serie de reflexiones generales, que tienden sólo á probar, no el atraso particular de tal ó cual poeta, sino el general atraso de nuestra poesía. Mal pudiéramos, por otra parte, acriminar á nadie de seguir demasiado estrictamente el camino más trillado; no todos tienen espíritu suficiente para sacudir las cadenas de la rutina; ni la antigua escuela, que nos abruma aún por todas partes con su acompasada monotonía, nos permite otra cosa. Antes de inventar nos es forzoso olvidar, y esta es una doble tarea de que no son todos capaces: acaso cuando le ocurre á cada cual olvidar, es tarde ya para él. Todo va despacio entre nosotros, ¿por qué ha de ir de prisa sólo la poesía?

Colocándonos, pues, en la época á que corresponden estas poesías, examinemos el libro en venta, no ya comparando á nuestro autor con lord Byron ó Lamartine, puesto que su género es tan distinto que difícilmente se le pudieran hallar puntos de contacto.

El tomo del señor Alonso se compone de *odas*, según la antigua clasificación, y bajo este rótulo se encierran verdaderos *discursos*, más ó menos filosóficos, elegíacos ó pindáricos, en que el poeta desarrolla buena porción de dotes aventajadísimas: consta el volumen además de romances, de sonetos, de letrillas, anacreónticas y canciones.

La colección del señor Alonso comienza con una oda titulada: *Que la instrucción es la mejor y la más durable de las riquezas.* Sin convenir de ninguna manera en este principio, encontramos en la tal composición buen juicio, y esa misma instrucción que el autor llama riqueza, y que nosotros, menos poetas sin duda, llamaremos sólo instrucción á secas.

La oda elegíaca que sigue está salpicada de poesía por todas partes: es á la muerte de una joven hermosa recién casada. Imágenes atrevidas, símiles felicísimos, sentimiento alguna vez. Después de haber dicho que

Cintia á su Delio mira
Y entre sus brazos sonriendo expira,

añade el poeta Alonso:

Así en oscuro templo,
Donde el silencio sepulcral domina,
La agonizante lámpara vislumbra
Sus moribundos trémulos reflejos,
Mientras su luz se ahuyenta
En desiguales partes soñolienta;

Y al consumir oculta
Entre las sombras de la negra noche,
Ultimo resto del fulgor dudoso,
El tibio germen de su triste vida,
Fugaz vigor adquiere
Y súbita creciendo alumbra y muere.

Quítensele á esas estrofas algún adjetivo inútil, y cierta oscuridad que resulta de la violenta colocación del tercer verso de la segunda, y es un rasgo de primer orden.

Como imitación de San Juan de la Cruz, la oda á la profesión religiosa de la señorita madrileña tiene todo el mérito de hallarse bien tomado el tono de esta clase de composiciones: hay unción, hay aquel dialecto figurado y simbólico que han usado todos los poetas de este género.

Dice el poeta á la muerte de una niña:

Impune hiere el bárbaro asesino,
Y tranquilo se goza en sangre humana
Retiñendo el puñal de muerte lleno;
Y asesinando vive
Alumbrándole el sol, que alumbra al bueno.

Esta estrofa parece de Cienfuegos; su mismo atrevimiento, su novedad, su amargura misma.

Parécenos, sin embargo, que el género filosófico no es el sol de Austerlitz para el señor de Alonso: le compararemos de buena gana en esta circunstancia con Meléndez, de quien las odas y los discursos, salvo alguna excepción como el de *las artes y las estrellas*, no son lo que le da inmortalidad.

El género del señor Alonso es el género mismo de Meléndez, el bucólico; tiene composiciones enteras dignas de Batilo, sabe revestirse perfectamente del candor pastoril, de aquel dialecto juguetón, de aquel tono que huele á tomillo, según la feliz expresión de un académico, que también hay académicos felices en ocurrencias.

Iremos á la fuente
Y allí la sed fogosa apagaremos
En su fresca corriente,
Y el bien que nos debemos
Sin miedo y sin testigos gozaremos.
. . . .
¿A qué envidiar cortadas
Las frutas en los cestos cortesanos,
Si aquí penden colgadas
En árboles galanos
Que desde el suelo alcanzarán las manos?

He aquí el poeta en su terreno. Cuando se entrega á su verdadera inspiración, nada huelga en él, nada le falta. Ya no hay aquella dureza, aquella confusión de epítetos superabundantes, aquella especie de oscuridad, aquella afectada profundidad, aquel lujo pampanoso de poesía y de ruido que se advierte en sus primeras composiciones. Las dos estrofas citadas son un modelo; es difícil hacer nada más acabado que la segunda, felicísima imitación de Virgilio.

¿Cómo no citar aquí, cual la reina del tomo, la composición á la *vida feliz*, desempeñada en primorosas quintillas? Es de lo mejor que hay escrito en castellano, y en cualquiera lengua. ¡Qué sencillez tan elocuente! ¡qué giros tan castizos, tan elegantes! ¡qué verdad, qué pureza,

qué encanto singular! Júzguela el lector por sí mismo, y una vez leído ese lindo rasgo de poesía, le aconsejamos que, en lugar de pasar á leer ninguna otra composición, la vuelva á leer segunda vez, y no salga de ella jamás.

Como modelo de facilidad en la versificación, las *quejas del moro* es romance inimitable; y en punto á romances, aunque son buenos el retrato de Rosana, el del cumpleaños de la señora doña María de los Dolores Armijo de Cambronero, el de Anfriso á Dalmiro, campea sobre todos el de *El consejo*. Es todo un romance y todo un consejo. ¡Qué pura intención! ¡qué verdad! ¡qué noble indignación contra el seductor Fabio! ¡qué interés tan noble por la inocente Elisa! ¡cómo corre la pluma en él! ¡cómo se desahoga la vena del poeta!

Fácilmente conocerá el lector que ya puestos á citar, citaríamos de buen talante infinitas bellezas más por ese mismo estilo que brillan en la colección; con tanto más placer, cuanto que, amigos del poeta, quisiéramos no vernos obligados á poner al lado del elogio conquistado la merecida crítica. Pero conocemos demasiado al señor Alonso y sus severos principios de virtud, para ofenderle con una parcialidad indigna del escritor público. Al notar los defectos de su obra, como lo hemos hecho, repetiremos su axioma: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*.

En resumen, el señor de Alonso tiene en general el mérito de ser original, y en estos tiempos no es poco. No se puede comparar con Rioja, con Herrera, con Garcilaso; no es precisamente Meléndez, ni Cienfuegos; no es Quintana; no es... es un poeta *sui generis;* el señor Alonso es Alonso. Es superior, como hemos dicho, en el género bucólico. Su versificación es en general buena, casi siempre armoniosa. No es muy correcto, y esto no porque le creamos incapaz de corrección; pero ha hecho mal en no pulirse más, como él mismo dice en su prólogo, por falta de *humor y de paciencia*. Hubiera podido expurgar algun tanto sus poesías, suprimir alguna composición, y acortar muchas. Poeta franco y libre, suelta la rienda á su inspiración y escribe demasiado. El talento no ha de servir para saberlo y decirlo todo, sino para saber lo que se ha decir de lo que se sabe. Esa superabundancia de vena suele dañar al efecto, desliendo demasiado ideas que, ligeramente apuntadas, resaltarían doble; porque en las artes de imaginación suele querer decir de más lo que se dice de menos. Manifiesta instrucción y filosofía, si no abusara á veces de la primera, y si no afectase demasiado la segunda. Conoce su lengua, y aun creemos que pueda deber al cultivo de la poesía esas disposiciones oratorias que hemos oído elogiar en él aplicadas al foro.

Damos el parabién al señor Alonso por los laureles que acumula sobre su cabeza con la publicación de sus poesías, y nos le damos á nosotros mismos por haber tenido ocasión de hacer pública justicia al mérito del señor Alonso.

CARTA DE FIGARO A SU ANTIGUO CORRESPONSAL

Ya se ve que te escribo poco, amigo mío; pero ¿qué quieres? me he propuesto no escribirte sino cuando suceda por acá alguna cosa buena, cuando haya alguna buena noticia, ó cuando las novedades que ocurran sean tan grandes que valgan la pena de escribir sobre ellas cuatro párrafos de sustancia y de gusto. Cosa buena no ocurre, ni viene buena noticia de ninguna parte; y por lo que hace á novedades, todas las de por acá son viejas. A mí se me figura siempre que he visto ya en otra parte todas nuestras novedades; y debe de consistir en que las unas son plagios, las otras imitaciones, y las demás repeticiones de nosotros mismos. Siempre vamos por el mismo camino, y, lo que es peor, al mismo paraje. Hay, sin embargo, quien asegura que esta vez no vamos por ningún camino, ni á ninguna parte; si esto fuese cierto, ya sería el caso muy diferente.

Me preguntas ¿qué era eso que andábamos buscando aquí y que no se encontraba? Por esas señas apenas sé lo que me quieres decir.

Todo... Me he figurado, al fin, si me querrías hablar del ministerio. Pero si era eso, ¿á qué tanto misterio? Ya no estamos en tiempo de Calomarde: ahora se puede hablar claro y sin rodeos todo lo que se piensa, cuando se piensa. Aquí se habla mal de muchos ministros, y se los nombra y todo: á nadie han preso todavía por eso, lo cual es muy de alabar, y prueba por lo menos que no se quieren cometer injusticias.

En punto á ministerio te diré que es cierto que hemos andado buscando ministros. Tú sabes el cuento de Diógenes y la linterna. Poco más ó menos se ha hecho aquí buscando un hombre. Parece que no es nada el ser ministro. Pues es algo. Antes, ¡vaya! Pero ahora con esto de que el ministro ha de saber hablar, y se ha de vestir limpio, y qué sé yo cuántas cosas... Sucede que no se atreven á quitar un ministro, porque, amigo, ¿dónde van por otro? Hombres para ministros no nacen todos los días, y si *nacieran*, como decía muy bien el señor presidente del Consejo de ministros en una lindísima elegía,

Sólo al tocarlos yo se marchitaran,

porque esa es la suerte de todas las cosas de nuestro país. Pero por fin el hombre ya parece que se ha encontrado, y está provisto el ministerio de la Guerra.

Hace un año, poco más, decía el gobierno (que entonces era Cea) que para acabar con don Cárlos no se necesitaban *liberales* ni *innovaciones*. Pasó el tiempo, y fué preciso echar mano de *liberales* y de *innovaciones*, lo menos que se pudo, es verdad; pero al fin fué preciso. Que tuvimos ya nuestro poco de liberales, y nuestro poquito de innovación; siguieron los que entraron con el mismo cantar: «Nosotros lo acabaremos, dijeron; pero ni hace falta Mina, ni...» Pues hizo falta *Mina*, hizo falta *Valdés*... Y hará falta todo.

Pues un espejo de lo que ha sucedido en Guerra ha sido *Gracia* y *Justicia*. De renuncia en renuncia vinimos á parar en fin al señor Dehesa. Yo no le conocía, ni tú tampoco; pero eso no prueba nada. Me dirás á eso que tú no has dicho que pruebe algo; entonces estamos de acuerdo. En Interior ha sido otra cosa; allí no costó nada el hacer la mudanza, si se exceptúa lo que costó decidirse á ella, y han puesto al señor Medrano. Con respecto á sus doctrinas, bien conocidas son; no hay sino coger los periódicos y echarse á adivinar en las sesiones que dan los taquígrafos lo que deben haber dicho los oradores, y por ahí te pones al corriente en un momento.

Lo que es la Hacienda sigue lo mismo, y el estado *in statu quo*. La marina sin novedad, que por cierto es lástima. La cuádruple alianza parece que tiene olvidada su cláusula de sacar al pretendiente del territorio de la Península. A eso dirán que ya han cumplido, y que lo han sacado otra vez... No es para todos los días andar como pala de horno, sacando y metiendo á Su Alteza en la Península. Que se salga él si quiere, y sino que lo deje; lo demás no es tener maldita la formalidad.

Los presupuestos van en boga. El Conservatorio de Música no ha podido sacar un maravedí á la nación. Primero se contentó con 600,000 reales, luego ya pidió 400,000, después subió hasta 80,000. Pero nada. Sin embargo, á él se le dan dos cominos de todo eso. Anoche se cantó allí la *Norma*, y se asegura que siguen cantando. Siempre se ha dicho que «el español cuando canta, ó rabia ó no tiene blanca.» Mira tú lo que es: yo era de opinión de que le hubieran votado alguna friolera.

Ya vamos mudando los nombres á las cosas. En verdad que hasta ahora no estamos más que en las calles; pero por alguna parte se ha de empezar. Ya los mudaremos todos, si Dios quiere.

Los teatros siguen abiertos la cuaresma: eso sí, las comedias, con este régimen, ó lo que sea, pelechan. Y á propósito de comedias, te diré que aquellos veintiocho carlistas que se habían cogido en la costa cantábrica han resultado ser veintisiete. Parece que había sido un yerro de cuenta.

La fusión sigue en boga por todas partes: dentro de poco conseguirán que se junten el agua y el aceite. Pero ¡qué químicos, amigo, qué químicos! Así nos refundiéramos como nos fundimos.

A propósito, también se me olvidaba la gran novedad, la verdadera novedad del día. *La Revista* y *el Mensajero* se han fundido, es decir, se han casado. Si ha sido casamiento por amor ó por interés no te lo diré; pero yo creo que se querían; ya sabes que hace tiempo que se conocían; dónde se han visto, y dónde se han tratado, nadie lo sabe, porque al fin los padres siempre han andado por distinto lado, pero los chicos son el diablo: ello es que de la noche á la mañana nos hemos encontrado hecha la boda.

La novia ha llevado casa puesta, coche y buen dote; y el novio sobre un capital decente muy buenas dotes. Él es un poco brusco y exigente; nada de transigir: hombre al fin: ella, que si fué coqueta, que si no fué coqueta. Pero es lo que ha dicho *el Mensajero:* «Lo que no es en mi año, no es en mi daño.» Por otra parte, vaya usted á buscar una mujer que no sea coqueta, y que no haya hecho cara á... ¡Delirios! ó no casarse, ó apechugar con ellas como son.

La boda fué ayer, y hoy podemos decir con Desmahis:

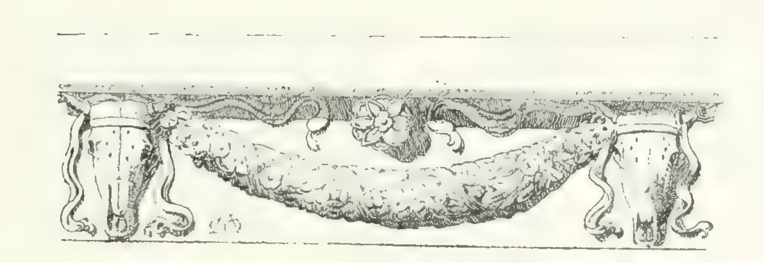
La jeune épouse de la veille
Tout à la fois pâle et vermeille
Avait encor l'air étonné;
Et tout ensemble heureuse et sage,
Laissait lire sur son visage
Le plaisir qu'elle avait donné.

Yo creo que harán buen menaje, porque, al fin, pienso como Voltaire:

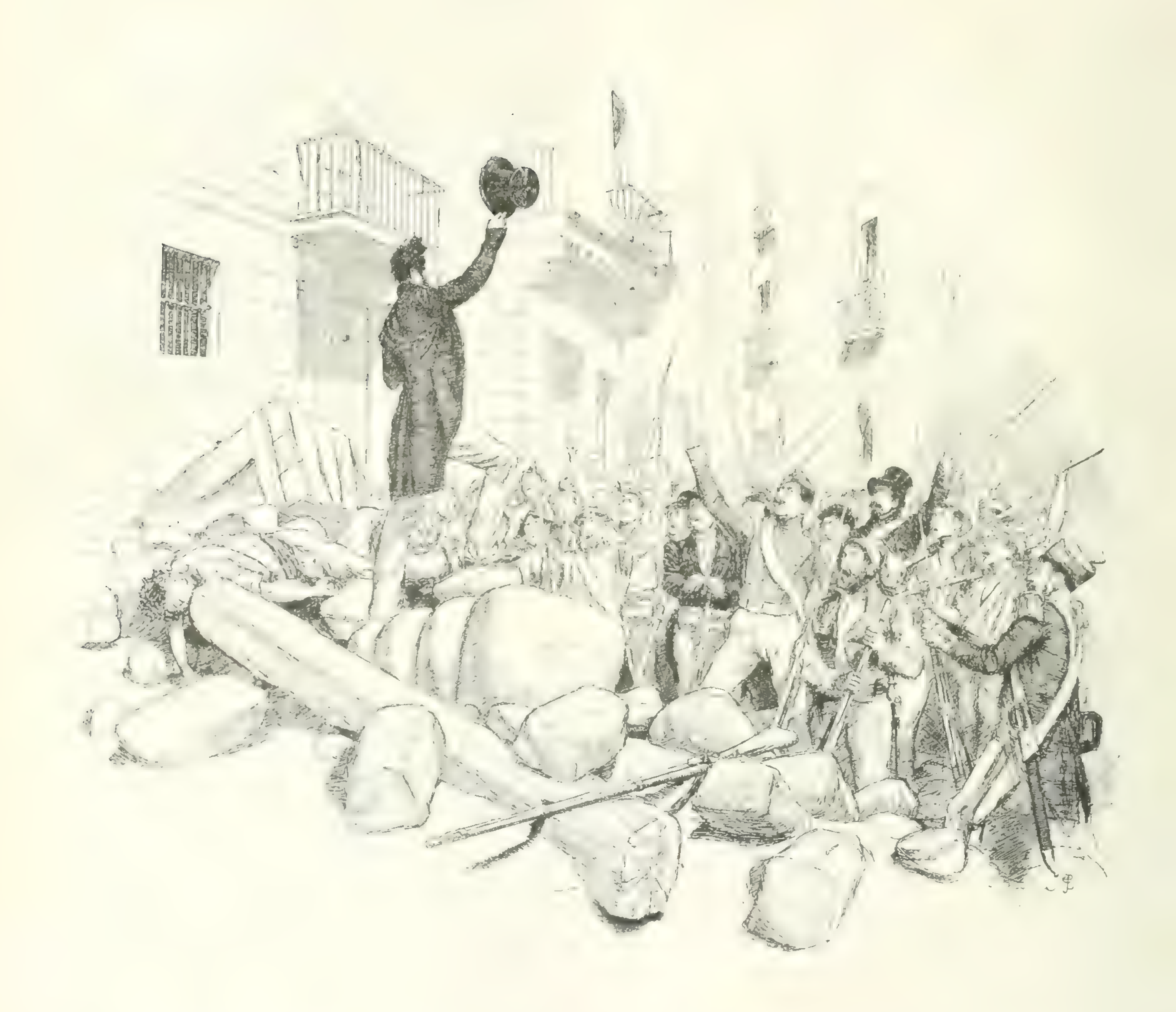
Point de milieu; l'hymen et ses liens
Sont les plus grands ou des maux ou des biens.

Y más creo, que no tendrá que reproducir nunca *la Revista* la queja aquella de la señora que se querellaba de su marido ante los tribunales, diciendo: «Mi marido es gran músico, buen escribano, singular contador, salvo que no multiplica.»

Con esto, y con añadirte que en Navarra no hay novedad, y que se acabará probablemente la sesión sin presentarse la ley de ayuntamientos, y sin lograr una buena ley de imprenta, ya me parece que te digo bastante. Si á esto añades que estas semanas pasadas nos han robado en Madrid hasta por las calles, ¡tantos ladrones ha habido! no te queda más que saber.—Tuyo.



EL HOMBRE-GLOBO



La física ha clasificado los cuerpos, según el estado en que los pone el mayor ó menor grado de calórico que contienen, en sólidos, líquidos y gaseosos. Así el agua es sólido en el estado de hielo, líquido en el de fluidez, y gas en el de la ebullición. Es ley general de los cuerpos la gravedad, ó la atracción que ejerce sobre ellos el centro común; es natural que esta atracción se ejerza más fuertemente en los que reunen en menor espacio mayor cantidad de las moléculas que los componen; que éstos por consiguiente tengan más gravedad específica, y ocupen el puesto más inmediato al centro. Así es, que en la escala de las posiciones de los cuerpos, los sólidos ocupan el puesto inferior, los líquidos el intermedio, y los gaseosos el superior. Una piedra busca el fondo de un río; un gas busca la parte superior de la atmósfera. Cada cuerpo está en continuo movimiento para obedecer á la ley que le obliga á buscar el puesto, variable, que corresponde al grado de intensidad que adquiere ó que pierde. La nube, conforme se condensa, baja, y cuando se liquida, cae; este mismo cuerpo puesto al fuego, se dilata, y cuando se evapora y se gasifica, sube.

No trato de instalar un curso de física, lo uno porque dudo si tengo la bastante para mí, y lo

otro porque estoy persuadido de que mis lectores saben de ella más que yo; no hago más que sentar una base de donde partir.

Igual clasificación á esta que ha hecho la ciencia de los fenómenos en los cuerpos en general, se puede hacer en los hombres en particular. Probemos.

Hay hombres sólidos, líquidos y gaseosos. El hombre sólido es ese hombre compacto, recogido, obtuso, que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana, de la cual no puede desprenderse jamás. Sólo el contacto de la tierra puede sostener su vida; es el Anteo moderno, y usando de un nombre atrevido, el *hombre-raíz*, el *hombre-patata:* arrancado el terrón que le cubre, deja de ser lo que es. Es el sólido de los sólidos. Toda la ausencia posible de calórico le mantiene en un estado tal de condensación, que ocupa en el espacio el menor sitio posible; gravita extraordinariamente; empuja casi hacia abajo el suelo que le sostiene; está con él en continua lucha, y le vence y le hunde. Le conocerán ustedes á legua: su frente achatada se inclina al suelo, su cuerpo está encorvado, su propio pelo le abruma, sus ojos no tienen objeto fijo, ven sin mirar, y en consecuencia no ven nada claro. Cuando una causa, ajena de él, le conmueve, produce un son confuso, bárbaro y profundo, como el de las masas enormes que se desprenden en el momento del deshielo en las regiones polares. Y como en la naturaleza no falta nunca, ni en el hielo, cierto grado de calórico, él también tiene su alma particular; es su grado de calórico; pero tan poca cosa, que no desprende luz; es un fuego fatuo entre otros fuegos fatuos; sirve para confundirle y extraviarle más; el *hombre-sólido*, por lo tanto en religión, en política, en todo, no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamás encontrará; un caos de fanatismo, de credulidad, de errores. No es siquiera la linterna apagada; es la linterna que nunca se ha encendido, que jamás se encenderá: falta dentro el combustible. El *hombre-sólido* cubre la faz de la tierra; es la costra del mundo. Es la base de la humanidad, del edificio social. Como la tierra sostiene todos los demás cuerpos, á los cuales impide que se precipiten al centro, así el *hombre-sólido* sostiene á los demás que se mantienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el ser abyecto; en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No raciocina, no obra, sino sirve. Sin *hombres-sólidos* no habría tiranos; y como aquéllos son eternos, éstos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo, á quien se fascina, sobre el cual se pisa, se anda, se sube: cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entonces dicen que abre los ojos. Es un error. Tanto valdría llamar ojos de la tierra á las grietas que produce un volcán. Ni más ni menos que una piedra, no se mueve de su sitio si no le dan un empellón; de la aldea donde nació (si es que el *hombre-sólido* nace; yo creo que al nacer no hace más que variar de forma), del café donde le pusieron á servir sorbetes; del callejón donde limpia botas; del buque donde carga las velas ó les toma rizos; del regimiento donde dispara tiros; de la cocina donde adereza manjares; de la esquina donde carga baúles; de la calle donde barre escorias; de la máquina donde teje medias; del molino donde hace harina; de la reja con que separa terrones. Es el primer instrumento adherido siempre á los demás instrumentos.

El *hombre-líquido* fluye, corre, varía de posición; vuela á ocupar el vacío, tiene ya mayor grado de calórico; serpentea de continuo encima del *hombre-sólido*, y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelca, le ahoga. En momentos de revolución él es el empujado; pero se amontona, sale de su cauce, y como el torrente que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo aumentando su propia fuerza con las masas de *hombre-sólido* que lleva consigo. Pero así como el torrente no sabe la fuerza que le impele, ni si hace al correr daño ó provecho, así el *hombre-líquido* al moverse no es más que un instrumento menos imperfecto, que subleva instrumentos más ignorantes; pero lleno ya de pretensiones, mete ruido, desafía al cielo, enuncia una voz, produce eco. Esta es una diferencia esencial del sólido al líquido para nuestro asunto; la piedra no suena sino cuando la impelen á rodar; el agua murmura sólo corriendo y existiendo. La clase media de la humanidad, así también, va siempre murmurando. Un golpe dado en un cuerpo sólido le arranca un pedazo, el golpe dado ya en el líquido encuentra resistencia, produce ondas, imprime movimiento. He aquí otra observación. El golpe dado al pueblo simplemente es sólo perjudicial para él: el que se da en la clase media suele salpicar al que le da.

El *hombre-líquido* tiene un alma menos compacta, y en ella más grados de calórico, pero alma de imitación; como todo líquido, remeda

al momento la forma del vaso donde está; en pequeña cantidad se le da la figura que se quiere, en gran porción toma la que puede. El *hombre-líquido* es la clase media; le conocerán ustedes también al momento; su movimiento continuo le delata; pasa de un empleo á otro, va á ocupar los vacíos de las vacantes: hoy en una provincia, mañana en otra, pasado en la corte; pero por fin, como todo líquido, encuentra el mar, donde se para y se encarcela; no le es dado correr más. Hoy es arroyo, mañana río caudaloso. Igual. Hoy es meritorio, mañana escribiente, pasado oficial; su instinto es crecer, rara vez separarse del suelo; si se alza momentáneamente, vuelve á caer.

Dada una idea rápida y general del *hombre-sólido* y del *hombre-líquido*, pasemos al objeto de nuestro artículo, al *hombre-gas*. De las dos especies referidas está lleno el mundo; no se ve otra cosa. Pero como para la formación de la tercera se necesita un grado altísimo de calórico, hay regiones enteras que carecen del suficiente para formarla.

He aquí nuestra desgracia: siguiendo el camino que nos señala nuestra nueva metafísica, estamos, por ahora, en las regiones árticas del pensamiento. Lo probaré.

El *hombre-gas*, llegado á adquirir la competente dilatación, se alza por sí solo dondequiera que está, y se sobrepone á ocupar el puesto que le corresponde en la escala de los cuerpos; llega hasta la altura que su intensidad le permite, y se detiene en ella; no hay obstáculos para él, porque si pudiera haberlos, rompería, como el vapor, la caldera, y escaparía. Ponedle en una aldea; él vencerá la distancia y llegará á la capital; tirará el arado; pondrá un pie en el *hombre-sólido*, otro en el *líquido*, y una vez arriba: «Yo mando, exclamará, no obedezco.» Tales son las leyes de la naturaleza. Una vez comprendido este principio general de física, mis lectores conocerán al *hombre-gas* á primera vista. Su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapón de una botella de Champagne. Pero para dar al gas una forma no hay más medio que el de encerrarle en un continente que la tenga. Nada, pues, más natural que el que demos á esta especie el nombre de *hombre-globo:* sólo así podemos hacerle perceptible á nuestros sentidos.

De todos nuestros lectores es conocida la historia de los globos desde las primeras mongolfieras hasta el último experimento de la dirección, emprendido y malogrado últimamente en París: todos saben que hay gases de gases, y que los hay específicamente más ligeros que otros; pero no todos se habrán parado á considerar detenidamente hasta qué punto podemos vanagloriarnos en nuestro país de la perfección de los gases que artificialmente necesitamos producir para nuestras ascensiones. Yo creo que nuestra vanidad no debe hacernos perder la cabeza, si queremos reparar en su equívoca calidad.

Es claro que en tiempos pasados la atmósfera en que podía elevarse el *hombre-globo* entre nosotros, era sumamente limitada: los que más se habían podido separar del suelo habían hecho consistir todo su esfuerzo en llegar á los escalones del trono, y si un *hombre-globo* llegaba á ser entonces ministro, había hecho toda la ascensión que se podía de él esperar: uno solo conocieron nuestros físicos más experimentados que consiguió remontarse en aquella época hasta las más altas cornisas del coronamiento del real palacio; pero sea por falta de dirección una vez en el aire, sea por haber calculado mal la intensidad de su gas, una ráfaga violenta bastó para romper el globo, y el aire se lo llevó hasta caer todo agujereado á orillas del Tíber, donde yace todavía malparado: culpa acaso también de no haber hecho uso de para-caídas, aunque, como dice muy bien don Simplicio de Bobadilla, *para-caídas* no hay *como un globo roto*.

Pero cuando posteriormente se han visto en casi todos los países elevarse muchos á alturas desmesuradas, y mantenerse más ó menos tiempo en ellas, no se concibe nuestra casi total ausencia de *hombres-globos* que se elevan verdaderamente, sino atribuyéndolo á desgracia del país mismo. Los Estados-Unidos tuvieron un *hombre-globo* que subió cuanto pudo, y manejando diestramente su válvula, descendió cómo y cuándo le plugo; de Francia hicieron mil su ascensión, que están todavía en altura, haciendo la admiración de los espectadores; la Suecia mira uno en su pináculo todavía; y si el mayor de todos fué á parar hasta Santa Elena, es preciso confesar que hay descensos gloriosos, como retiradas honrosas.

Ahora bien, observemos al *hombre-globo* en nuestro país. El año 8 empezaron á quererse henchir multitud de mongolfieras; pero estábamos indudablemente al principio de la invención, y no debieron de tener gas mejor que el humo de paja, porque los unos dieron al traste con su globo en el estrecho, los otros quisieron

sostenerse en tierra firme; pero han ido poco á poco deshinchándose, y una ráfaga ha acabado con unos, otra con otros.

El año 20 quisieron repetir el experimento; pero por lo visto no habían aprendido nada nuevo: no contaron nuestros *hombres-globos* con el aire del norte, que los envolvió, pegó fuego á unos que cayeron miserablemente donde pudieron, y arrebató á otros á caer de golpe y porrazo en países remotos y extranjeros. Raro fué el que cayó suavemente. Pero adelanto positivo para la ciencia no hubo ninguno.

He aquí, sin embargo, á nuestros *hombres-globos* probando de nuevo otra ascensión; pero escarmentados ya nuestros antiguos y derretidos Icaros, tienen miedo hasta al gas que los ha de levantar: y en una palabra, nosotros no vemos que suban más alto que subió Rozzo. Para nosotros todos son Rozzos.

Vean ustedes, sin embargo, al *hombre-globo* con todos sus caracteres. ¡Qué ruido antes! «¡La ascensión! Va á subir. ¡Ahora, ahora sí va á subir!» Gran fama, gran prestigio. Se les arma el globo; se les confía: ved cómo se hinchan. ¿Quién dudará de su suficiencia? Pero como casi todos nuestros globos, mientras están abajo entre nosotros asombra su grandeza, y su aparato y su fama. Pero conforme se van elevando, se les va viendo más pequeños; á la altura apenas de Palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el *hombre-globo* no es nada: un poco de humo, una gran tela, pero vacía, y por supuesto, en llegando arriba, no hay dirección. ¡Es posible que nadie descubra el modo de dar dirección á este globo!

Entretanto el *hombre-globo* hace unos cuantos esfuerzos en el aire, un viento le lleva aquí, otro allá, descarga lastre... ¡inútiles afanes! al fin viene al suelo: sólo observo que están ya más duchos en el uso del para-caídas: todos caen blandamente, y no lejos: los que más se apartan van á caer al Buen-Retiro.

Pero, señor, me dirán, ¿y ha de ser siempre esto así? ¿No les basta á esos hombres de experiencias? ¿Serán ellos los últimos que se desengañen de sí mismos?

He ahí una respuesta que yo no sabré dar. Yo no veo la ciencia desesperada, creo que acaso habrá por ahí escondidos otros *hombres-globos;* pero si los hay, ¿por qué no obedecen á las leyes de la naturaleza? Si su gas tiene más intensidad, ¿cómo no se elevan por sí solos, cómo no se sobreponen á los otros?

Esta investigación me conduciría muy lejos. Mi objeto no ha sido más que pintar el *hombre-globo* de nuestro país: un artículo de física no puede ser largo: si fuera de política sería otra cosa. Haré mi última deducción, y concluiré: los Rozzos, que hasta ahora han hecho pinitos á nuestra vista, parece que ya se han elevado cuanto elevarse pueden. ¡Otros al puesto, experimentos nuevos! Si por el camino trillado nada se ha hecho, camino nuevo.



Esto la razón sola lo indica. Si hay un *hombre-globo*, que salga, y le daremos las gracias; mas cuenta con engañarse en sus fuerzas: recuerde que primero hay que subir, y luego hay que dar dirección; y como dice Quevedo, «ascender á rodar es desatino; y el que desciende de la cumbre, ataja.» Observe que puede sucederle lo que á los demás, que conforme se vaya elevando se vaya viendo más pequeño. Si no le hay, lastimoso es decirlo, pero aparejemos el *para-caídas*.

LA ALABANZA, Ó QUE ME PROHIBAN ESTE

Suponiendo que se escriba con principios, se puede escribir después con varios fines. O se escribe para sí, ó se escribe para otros. Descifremos bien esto. Lo que se escribe en un libro de memorias se escribe evidentemente para sí. De modo que un *souvenir* es un monólogo escrito. No diré precisamente que sea necio el decirse uno las cosas á sí mismo, porque al cabo, ¿dónde habían de encontrar ciertos hombres un auditorio indulgente si no hablasen consigo mismos? Lo que diré es que yo nací con buena memoria. ¡Ojalá fuera mentira! Y tengo reparado que las cosas que una vez me interesan, tarde ó jamás se me olvidan; por lo tanto nunca las apunté; y las que no me interesaron siempre juzgué que no valían la pena de apuntarlas. Por otra parte, de diez cosas que en la vida suceden las nueve son malas, sin que esto sea decir que la otra sea enteramente buena. Razón de más para no apuntar. ¡Cuánto más filosófico y más consolador sería sustituir al *souvenir* otro repertorio de anotaciones llamado *olvido! Cosas que debo olvidar*, pondría uno encima: figúrese el lector si el tal librico necesitaría hojas; y si podría uno estar ocioso un solo instante, una vez comprometido á llenar sus páginas de buena fe. Siempre he abundado en la idea de que se hacen generalmente las cosas al revés: el *souvenir* es una idea inversa; en este sentido nunca he escrito para mí.

Continuemos echando una ojeada sobre los que escriben para sí.

El que escribe un memorial escribe sin duda para sí. Generalmente nadie lee los memoriales, sino el que los escribe, que es el único á quien importan; la prueba de esto es que cuando el empleo se ha de dar, ya está dado antes de hacer el memorial; y cuando hay que hacer el memorial, es señal de que no hay que contar con el empleo. Apelo á los señores que están colocados y á los que se han de colocar. Es, pues, más necio escribir un memorial, que un *souvenir*. En este sentido tampoco he escrito nunca para mí.

El que escribe un informe, un consejo, un parecer, escribe para sí; la prueba es que generalmente siempre se pide el consejo después de tomada la determinación, y que cuando el informe no gusta se desecha.

El que escribe á una querida, escribe para sí por varias razones; por lo regular rara vez se encuentran dos amantes en igual grado de pasión; por consiguiente el calor del uno es griego para el otro, y viceversa. Además, desde el momento en que dejamos de querer á nuestra amada, dejamos de escribirla. Prueba de que no escribíamos para ella.

Los autores han dicho siempre en sus prólogos, y se lo han llegado á creer ellos mismos, que escriben para el público; no sería malo que se desengañasen de este error. Los no leídos y los silbados escriben evidentemente para sí: los aplaudidos y celebrados escriben por su interés, alguna vez por su gloria; pero siempre para sí.

¿Quién es, pues, me dirán, el que escribe para otro? Lo diré. En los países en que se cree que es dañoso que el hombre diga al hombre lo que piensa, lo cual equivale á creer que el hombre no debe saber lo que sabe, y que las piernas no deben andar; en los países donde hay censura, en esos países es donde se escribe para otro, y ese otro es el censor. El escritor que, lleno ya un pliego de papel, lo lleva á casa de un censor, el cual le dice que no se puede escribir lo que él lleva ya escrito, no escribe ni siquiera para sí. No escribe más que para el censor. Este es el único hombre en que yo disculparía que escribiese un libro de memorias, y hasta que escribiese un memorial. A mayores tonterías puede obligar una prohibición.

Estoy muy lejos de querer decir que yo haya escrito nunca para otro, en este sentido, porque, aunque es verdad que he tenido relaciones con varios señores censores, por otra parte muy beneméritos, puedo asegurar que en cuanto he escrito nunca he puesto una sola palabra para ellos, no porque no crea que no son muy capa-

ces de leer cualquier cosa, sino porque siempre acaban por establecerse entre el censor y el escritor etiquetillas fastidiosas y dimes y diretes de poca monta, y á decir verdad soy poco amigo de cumplimientos. Los de los censores me hacen el mismo efecto que le hacían al portugués los del casteçao. El cuento es harto sabido para repetirlo. Esto sería no escribir para nadie.

Bien determinado como estoy á no escribir jamás para el censor, he tratado siempre de no escribir sino la *verdad*, porque al fin, he dicho para mí, ¿qué censor había de prohibir la *verdad*, y qué gobierno ilustrado, como el nuestro, no la había de querer oir? Así es, que si en el reglamento de censura se prohibe hablar contra la religión, contra las autoridades, contra los gobiernos y los soberanos extranjeros, y contra otra porción de materias, es porque se ha presumido con mucha razón, que era imposible hablar mal de esas cosas, diciendo verdad. Y para mentir más vale no escribir. Todo esto es claro; es más que claro; casi es justo.

Lo que está permitido es alabar, sin que en eso haya límite ninguno; porque es probado que en la alabanza ni puede haber demasía, sobre todo para el alabado, ni puede dejar de haber verdad y justicia. Por esta razón yo me he propuesto alabarlo siempre todo, y á este principio debo la gran publicidad que se ha permitido á mis débiles escritos. Sistema que seguiré siempre, y que hoy más que nunca seguiré, porque efectivamente no hay motivo para otra cosa.

Al decidirme á este plan tuve presente otra consideración, por mejor decir, un principio de moral incontestable en todos los tiempos y países. El hombre no debe hacer cosa que no pueda confesar y publicar altamente. Es así que no puede decir ningún escritor que se le ha prohibido un artículo por la censura, porque eso lo prohibe la ley, y la ley no puede ser mala; luego ¿cómo había yo de escribir artículos que se me pudiesen prohibir? Ni los he escrito, ni los he de escribir, ni lo dijera, si por algún evento los hubiera escrito, ni yo lo quiero decir, ni me dejaran tampoco, aunque yo quisiera. No hay medio. Por eso hago bien en no querer.

Persuadir ahora de las ventajas que me trae el no escribir para otro, y el alabar constantemente cuanto veo, paréceme un tanto inútil. Y tienen mis alabanzas lo que tienen pocas, y es, que no me han valido ningún empleo; no porque yo no pudiera servir para él, sino porque ellos que no lo dan, y yo que no lo recibo, hemos querido sin duda que mis alabanzas sean del todo independientes.

De esta independencia nace el desembarazo con que he alabado francamente en distintas ocasiones, ora el amor de familia con que se ha solido colocar á los deudos y amigos de los gobernantes, cosa que ha variado ya enteramente; ora la prudente lentitud con que se han entregado y se entregan las armas á nuestros amigos; ora la oportunidad é idea con que se vistió á los señores Próceres, y en momentos de aprieto, fundados en que más da el *duro que el desnudo;* ora la perspicacia con que se han descubierto varias conspiraciones, y se ha salvado á la patria amenazada; ora la previsión con que se evitó que se interpretase mal la primera acometida del cólera; ora la precipitación con que se ha llevado á su término la guerra civil; ora... pero ¿á qué más? yo no he dejado cosa apenas que no haya alabado; y si algo me he dejado, por mi vida que me pesa, y téngolo de alabar hoy.

Por todo lo que llevo dicho hay pocas cosas que me incomoden tanto como el oir el continuo clamoreo de esas gentes quejumbrosas, á quienes todo cuanto se hace, ó parece mal, ó parece por lo menos poco. Aquí me irrito, y les respondo: ¿Poco, eh? Vamos á ver: ¿cuántos meses llevamos?—¿De qué? me preguntan.—¿De qué? De que... de... Estatuto Real.—No llega á un año.—Y en poco menos de un año, aquí es la mía, se han reunido dos estamentos; se han mudado dos ministros de la Guerra; se han visto tres ministros de lo Interior; no se ha visto más que un ministro de Estado, pero se le ha oído más que si hubieran sido tres. Se ha visto un ministro de Hacienda, y la Hacienda también, y, como dice el refrán: *Hacienda, tu dueño te vea;* y si no se ha visto marina, eso poco importa, que nada dice de marina el refrán. En menos de un año se ha abolido el voto de Santiago; ha habido también sus sesiones de Próceres alguna vez; y si en menos de un año se ha puesto la facción sobrado pujante, también en menos de un año han penetrado los primeros talentos de España, que era preciso, por fin, hacer un esfuerzo. En menos de un año ¡qué de generales famosos no se han estrellado! ¡Qué de facciosos no se han perdonado! ¡Qué de gracias no se han dicho por varios insignes oradores! ¡Cómo en menos de un año ha dicho el uno un chascarrillo, y cómo le han contestado con otro y con otros! ¡Qué de insul-

tillos ocultos del procurador al ministro, y del ministro al procurador!

Cien veces es ciento
Mil veces mil.

¡Cuánta serenidad, pues, en menos de un año, para ocuparse en apuros de la patria hasta de los más pequeños dimes y diretes! ¡Cuánta conversación! Temístocles le decía á un general: *¡Pega, pero escucha!* Cada uno de nuestros oradores es un Temístocles; con tal que le dejen hablar, él le dirá también á la guerra civil, al pretendiente, á toda calamidad: *¡Pega, pero escucha!* ¿Qué más cosas querrían ver esas gentes, qué más sobre todo querrían oir en poco menos de un año?

No hay previsión, me decía uno días pasados. —¡No hay previsión! exclamé. Esto ya es mala fe. Y todo ¿por qué? Porque han sucedido cuatro lances desgraciados, que á pesar de haberse sabido no se pudieron prevenir. Pero esto, ¿qué importa? A buen seguro que en cuanto acabó de suceder lo de Correos, bien se puso un centinela avanzada en medio de la Puerta del Sol, que antes no le había, el cual se está allí las horas muertas, viendo si viene algo por la calle de Alcalá. ¡Que vuelvan ahora los del 18! ¿Y no hay previsión?

¡Maldicientes! Lo mismo que el entusiasmo. Mil veces he oído decir que han apagado el entusiasmo. ¿Y qué? Pongamos que sea cierto. ¿No se acaba de decidir ahora que se haga entusiasmo nuevo? ¿No se va á escribir á todos los señores gobernadores que fomenten el espíritu público y que hagan entusiasmo á toda prisa? ¿Y no lo harán por ventura? Y excelente y de la mejor calidad. El año pasado no hacía falta el entusiasmo; como que la facción era poca y el peligro ninguno, nos íbamos bandeando sin entusiasmo y sin espíritu público; y luego, que entonces estaba la anarquía cosida siempre á los autos del entusiasmo, y ahora ya no. Y el entusiasmo de ahora ha de ser un entusiasmo moderado, un entusiasmo frío y racional, un entusiasmo que mate facciosos, pero nada más: entusiasmo, señor, de quita y pon; y entusiasmo, en una palabra, sordo-mudo de nacimiento: entusiasmo que no cante, que no alborote el cotarro; que no se vuelva la casa un gallinero. Y este es el bueno, el verdadero entusiasmo. No, si no volvamos á las canciones patrióticas. ¿Qué trajo la ruina del sistema? Unas veces dicen que fué la libertad de imprenta, otras que fué... No señor, hoy estamos de acuerdo en que fueron las canciones. ¿Y esto no será de alabar?

Yo alabaré siempre; yo defenderé: reniego de la oposición. ¿Qué quiere decir la oposición?

He aquí un artículo escrito para todos, menos para el censor. La ALABANZA, en una palabra: ¡QUE ME PROHIBAN ESTE!

UN REO DE MUERTE

Cuando una incomprensible comezón de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco á los tiros de esta que han calificado muchos de mordaz maledicencia. Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho á quejarse de ninguna especie de murmuración, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece; pero como hay millares de personas seudofilantrópicas, que al defender la humanidad parece que quieren en cierto modo indemnizarla de la desgracia de tenerlos por individuos, no insistiré en este pensamiento. Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro: á esa muchedumbre en continuo movimiento, á esa sociedad donde sin ensayo ni previo anuncio de carteles, y donde á veces hasta de balde y en balde se representan tantos y tan distintos papeles.

Descendí á ella, y puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo menos de ocurrirme la idea de que era más consolador éste que aquél: porque al fin, seamos francos, triste cosa es contemplar en la escena la coqueta, el avaro, el ambicioso, la celosa, la virtud caída y vilipendiada, las intrigas incesantes, el crimen entronizado á veces y triunfante; pero al salir de una tragedia para entrar

en la sociedad puede uno exclamar al menos: «Aquello es falso; es pura invención; es un cuento forjado para divertirnos;» y en el mundo es todo lo contrario; la imaginación más acalorada no llegará nunca á abarcar la fea realidad. Un rey de la escena depone para irse á acostar el cetro y la corona, y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen. En las tablas se puede silbar al tirano; en el mundo hay que sufrirle; allí se le va á ver como una cosa rara, como una fiera que se enseña por dinero; en la sociedad cada preocupación es un rey; cada hombre un tirano; y de su cadena no hay librarse; cada individuo se constituye en eslabón de ella; los hombres son la cadena unos de otros.

De estos dos teatros sin embargo, peor el uno que el otro, vino á desalojarme una frase que lo ocupó todo: la política. ¿Quién hubiera leído un ligero bosquejo de nuestras costumbres, torpe, y débilmente trazado acaso, cuando se estaban dibujando en el gran telón de la política, escenas, si no mejores, de un interés ciertamente más próximo y positivo? Sonó el primer arcabuz de la facción, y todos volvimos la cara á mirar de dónde partía el tiro: en esta nueva representación, semejante á la fantasmagórica de Mantilla, donde empieza por verse una bruja, de la cual nace otra y otras, hasta *multiplicarse al infinito*, vimos un faccioso primero, y luego vimos *un faccioso más*, y en pos de él poblarse de facciosos el telón. Lanzado en mi nuevo terreno esgrimí la pluma contra las balas, y revolviéndome á una parte y otra, dí la cara á dos enemigos; al faccioso de fuera, y al justo medio, á la parsimonia de dentro. ¡Débiles esfuerzos! El monstruo de la política estuvo en cinta y dió á luz lo que había mal engendrado; pero tras este debían venir hermanos menores, y uno de ellos, nuevo Júpiter, debía destronar á su padre. Nació la censura, y heme aquí poco menos que desalojado de mi última posición. Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento: respétole y le obedezco; he aquí cuanto se puede exigir de un ciudadano: á saber, que no altere el orden; es bueno tener entendido que en política se llama *orden* á lo que existe, y que se llama *desorden* este mismo *orden* cuando le sucede otro *orden* distinto; por consiguiente es perturbador el que se presenta á luchar contra el orden existente con menos fuerzas que él; el que se presenta con más, pasa á *restaurador*, cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de *libertador*. Yo nunca alteraré el orden probablemente, porque nunca tendré la locura de creerme por mí solo más fuerte que él: en este convencimiento, infinidad de artículos tengo solamente rotulados, cuyo desempeño conservo para más adelante; porque la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona; pero al paso que no los escribiré, porque estoy persuadido de que me los habían de prohibir (lo cual no es decir que me los han prohibido, sino todo lo contrario, puesto que yo no los escribo), tengo placer en hacer de paso esta advertencia, al refugiarme, de cuando en cuando, en el único terreno que deja libre á mis correrías el temor de ser rechazado en posiciones más avanzadas. Ahora bien, espero que después de esta previa inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle: digo esto porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende más veces de su asunto y de la predisposición feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado á esta sola, considérome débil, y escribo todavía con más miedo que poco mérito, y no es ponderarlo poco, sin que esto tenga visos de afectada modestia.

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas, y la repetición diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos impide muchas veces pararnos solamente á considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que en mi sentir no debieran parecérnoslo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal ó cual manera porque de tal ó cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razón: pero esta es la dificultad que hay para hacer reformas: he aquí por qué las leyes difícilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres: he aquí por qué caducan multitud de leyes que no se derogan: he aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre por las leyes á un pueblo esclavo por sus costumbres.

Pero nos apartamos demasiado de nuestro objeto: volvamos á él: este hábito de la pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada á cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad al aplicarla no hace más que suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo, y que uno de nuestros

amigos acaba de poner atinadísimamente por estribillo á un trozo de poesía romántica:

Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar.

Ese grito, precedido por la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; este grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del ser que va á morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel día. No sabemos si algún reo de muerte habrá hecho esta singular observación, pero debe ser horrible á sus oídos el último grito que ha de oir de la *coliflorera* que pasa atronando las calles á su lado.

Leída y notificada al reo la sentencia, y la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado á la capilla, en donde la religión se apodera de él como de una presa ya segura: la justicia divina espera allí á recibirle de manos de la humana. Horas mortales trascurren allí para él: gran consuelo debe de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, ó, por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad, sin embargo, se abre paso al través del corazón en tan terrible momento, y es raro el reo que pasada la primera impresión, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trata de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera á él; injusticia por cierto incomprensible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad al exigir valor y serenidad en el reo de muerte con sus constantes preocupaciones se hace justicia á sí misma, y extraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.

En tan críticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida entera y su educación; cada cual obedece á sus preocupaciones hasta en el momento de ir á desnudarse de ellas para siempre. El hombre abyecto, sin educación, sin principios, que ha sucumbido siempre ciegamente á su instinto, á su necesidad, que robó y mató maquinalmente, muere maquinalmente. Oyó un eco sordo de religión en sus primeros años, y este eco sordo, que no comprende, resuena en la capilla, en sus oídos, y pasa maquinalmente á sus labios. Falto de lo que se llama en el mundo honor, no hace esfuerzo para disimular su temor, y muere muerto. El hombre verdaderamente religioso vuelve sinceramente su corazón á Dios, y éste es todo lo menos infeliz que puede el que lo es por última vez. El hombre educado á medias, que ensordeció á la voz del deber y de la religión, pero en quien estos gérmenes existen, vuelve de la continua afectación de despreocupado en que vivió, y duda entonces y tiembla. Los que el mundo llama impíos y ateos, los que se han formado una religión acomodaticia, ó las han desechado todas para siempre, no deben ver nada al dejar el mundo. Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor: y en esos reos, en quienes una opinión es la preocupación dominante, se han visto las muertes más serenas.

Llegada la hora fatal entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salve en un compás monótono, y que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales é irreligiosas, que momentos antes componían juntamente con las preces de la religión el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.

En seguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado atado de pies y manos sobre un animal, que sin duda por ser el más útil y paciente, es el más despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Las ventanas y balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan, y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre.—¿Qué espera esa multitud? diría un extranjero que desconociese las costumbres. ¿Es un rey el que va á pasar; ese ser coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un día solemne? ¿Es una pública festividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curiosea esta nación?—Nada de eso. Ese pueblo de hombres va á ver morir á un hombre.—¿Dónde va?—¿Quién es?—¡Pobrecillo!—Merecido lo tiene.—¡Ay! si va muerto ya.—¿Va sereno? ¡Qué entero va!

He aquí las preguntas y expresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes

de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida: el terror que la situación del momento imprime en los ánimos causa la mitad del desorden: la otra mitad es obra de la tropa que va á poner orden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumento de muerte! Esto no hace por cierto el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre á la plazuela de la Cebada mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignación y de desprecio. No quiero entrar en la cuestión tan debatida del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse á sí propia: siempre resultaría ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atrevería á rebatir ese? Pienso sólo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un ser que como el hombre no puede vivir sin matar, tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto!

Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazón desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginación, el reo ha llegado al patíbulo: en el día no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo: esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los Carneros de Casti, á quienes su amo proponía, no si debían morir, sino si debían morir cocidos ó asados. Sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena, me pusieron delante que había llegado el momento de la catástrofe: el que sólo había robado acaso á la sociedad, iba á ser muerto por ella: la sociedad también da ciento por uno: si había hecho mal matando á otro, la sociedad iba á hacer bien matándole á él. Un mal se iba á remediar con dos. El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! Miré el reloj: las doce y diez minutos: el hombre vivía aún... De allí á un momento una lúgubre campanada de San Millán, semejante el estruendo de las puertas de la eternidad que se abrían, resonó por la plazuela: el hombre no existía ya: todavía no eran las doce y once minutos. «La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre.»



UNA PRIMERA REPRESENTACION

En los tiempos de Iriarte y de Moratín, de Comella y del abate Cladera, cuando divididas las pandillas literarias se asestaban de librería á librería, de corral á corral, las burlas y los epigramas, la primera representación de una comedia (entonces todas eran comedias ó tragedias) era el mayor acontecimiento de la España. El buen pueblo madrileño, á cuyos oídos no habían llegado aún, ó de cuya memoria se habían borrado ya las encontradas voces de *tiranía* y *libertad*, hacía entonces la vista gorda sobre el gobierno. Su Majestad cazaba en los bosques del Pardo, ó reventaba mulas en la trabajosa cuesta de la Granja; en la corte se intrigaba, poco más ó menos como ahora, si bien con un tanto más de hipocresía; los ministros colocaban á sus parientes y á los de sus amigos; esto ha variado completamente; la clase media iba á la oficina; entonces un empleo era cosa segura, una suerte hecha: y el honrado, el heroico pueblo iba á los toros á llamar *bribón* á boca llena á Pepe-Hillo y Pedro Romero cuando el toro no se quería dejar matar á la primera. Entonces no había más guerra civil que los famosos bandos y parcialidades de *chorizos* y *polacos*. No se sospechaba siquiera que podía haber más derecho que el de tirar varias cáscaras de melón á un *morcillero*, y el de acompañar la silla de manos de la Rita Luna, de vuelta á su casa desde el teatro, lloviendo dulces sobre ella. En aquellos tiempos de tiranía y de inquisición había, sin embargo, más libertad; y no se nos tome esto en cuenta de paradojas; porque al fin se sabía por dónde podía venir la tempestad, y el que entonces la pagaba era por poco avisado. En respetando al rey, y á Dios, respeto que consistía más bien en no acordarse de ambas majestades, que en otra cosa, podía usted vivir seguro sin carta de seguridad, y viajar sin pasaporte. Si usted quería escribir, imprimía y vendía cuanto á las mientes se le viniese, y ahí están sino las obras de Saavedra, las del mismo Comella, las de Iriarte, las de Moratín, las poesías de Quintana, que escritas en nuestros días no podrían probablemente ver en muchos años la luz pública. Entonces ni había espías, ni menos policía: no le ahorcaban á usted hoy por liberal y mañana por carlista, ni al día siguiente por ambas cosas: tampoco había esta comezón que nos consume de ilustración y prosperidad: el que tenía un sueldo se tenía por bastante ilustrado, y el que se divertía alegremente se creía todo lo próspero posible. Y esto, pesado en la balanza de las compensaciones, es algo sin duda.

Había otra ventaja, á saber: que si no quería usted cavar la tierra, ni servir al rey en las armas, cosas ambas un sí es no es incómodas; si no quería usted quemarse las cejas sobre los libros de leyes ó de medicina; si no tenía usted ramo ninguno de rentas donde meter la cabeza, ni hermana bonita, ni mujer amable, ni madre que lo hubiese sido; si no podía usted ser paje de bolsa de algún ministro ó consejero, decía usted que tenía una estupenda vocación; vistiendo el tosco sayal tenía usted su vida asegurada, y dejando los estudios, como fray Gerundio, se metía usted á predicador. El oficio en el día parece también haber perdido algunas de sus ventajas.

Por nuestros escritos conocerán nuestros lectores que no debimos nosotros alcanzar esos tiempos bienaventurados. Pero ¿quién no es hijo de alguien en el mundo? ¿Quién no ha tenido padres que se lo cuenten?

Entonces en el teatro se escuchaban pocas silbas, y el ilustrado público, menos descontentadizo, era á la par más indulgente. Lo que por aquellos tiempos podía ser una *primera representación*, lo ignoramos completamente; y como no nos proponemos pintar las costumbres de nuestros padres, sino las nuestras, no nos aflige en verdad demasiado esta ignorancia.

En el día una primera representación es una cosa importantísima para el autor de... ¿de qué diremos? Es tal la confusión de los títulos y de las obras, que no sabemos cómo generalizar la proposición. En primer lugar hay lo que se

llama *comedia antigua*, bajo cuyo rótulo general se comprenden todas las obras dramáticas anteriores á Comella; de capa y espada, de intriga, de gracioso, de figurón, etc., etc.; hay en segundo el drama, dicho melodrama, que fecha de nuestro interregno literario, traducción de la *Porte Saint-Martin* como *el Valle del torrente*, *el Mudo de Arpenas*, etc., etc.: hay el drama sentimental y terrorífico, hermano mayor del anterior, igualmente traducción, como *la Huérfana de Bruselas;* hay después la comedia dicha clásica de Molière y Moratín, con su versito asonantado ó su prosa casera; hay la tragedia clásica, ora traducción, ora original, con sus versos pomposos y su correspondiente hojarasca de metáforas y pensamientos sublimes de sangre real: hay la piececita de costumbres, sin costumbres, traducción de Scribe: insulsa á veces, graciosita á ratos, ingeniosa por aquí y por allí; hay el drama histórico, crónica puesta en verso, ó prosa poética, con sus trajes de la época y sus decoraciones *ad hoc*, y al uso de todos los tiempos: hay, por fin, si no me dejo nada olvidado, el drama romántico, nuevo, original, cosa nunca hecha ni oída, cometa que aparece por primera vez en el sistema literario con su cola y sus colas de sangre y de mortandad, el único verdadero; descubrimiento escondido á todos los siglos y reservado sólo á los Colones del siglo XIX. En una palabra, la naturaleza en las tablas, la luz, la verdad, la libertad en literatura, el derecho del hombre reconocido, la ley sin ley.

He aquí que el autor ha dado la última mano á lo que sea: ya lo ha cercenado la censura decentemente; ya la empresa se ha convencido de que se puede representar, y de que acaso es cosa buena.

Entonces los periodistas, amigos del autor, saben por casualidad la próxima representación, y en todos los periódicos se lee, entre las noticias de facciosos derrotados completamente, la cláusula que sigue:

«Se nos ha asegurado ó sabemos (el *sabemos* no se aventura todos los días) que se va á poner en escena un drama nuevo en el teatro de... (por lo regular del Príncipe). Se nos ha dicho que es de un autor conocido ya *ventajosamente* por obras literarias de un mérito incontestable. Deben desempeñar los principales papeles nuestra célebre señora Rodríguez y el señor Latorre. La empresa no ha perdonado medio alguno para ponerlo en escena con toda aquella brillantez que requiere su argumento; y tenemos *fundados motivos* (la amistad, nadie ha dicho que no sea un motivo, ni menos que no sea fundado) para asegurar que el éxito corresponderá á las esperanzas, y que por fin el teatro español, etc , etc.,» y así sucesivamente.

Luego que el público ha leído esto, es preciso ir al café del Príncipe: allí se da razón de quién es el autor, de cómo se ha hecho la comedia, de por qué la ha hecho, de que tiene varias alusiones sumamente picantes, lo cual se dice al oído: el café del Príncipe, en fin, es el memorialista, el valenciano del teatro.

¿Ha visto usted eso del drama que trae *la Revista?*—¿Qué drama es ese?—No sé.—Sí, hombre, si es aquel que estaba componiendo... —¡Ah! sí. ¡Hombre, debe ser bueno!—Preciso. —¿Cómo se titula?—¡FULANO!—¿A secas? —No sé si tiene otro título.—Es regular.— ¿Cuántos actos?—Cinco creo.—No son actos, dice otro.—¿Cómo? ¿no son actos?—Sí, son actos, pero... yo no sé.—¡Ah! sí.—¿Y muere mucha gente?—¡Por fuerza! dicen que es bueno.

¡Gustará! dicen en otro corrillo.—Hombre, eso como este público es así... yo no me atrevería... pero mi opinión es que ó debe alborotar, ó le tiran los bancos.—¡Hola!—No hay medio. Hay cosas atrevidas; ¡pero qué escenas! Figúrese usted que hay uno que es hijo de otro. —¡Oiga!—Pero el hijo está enamorado... Deje usted: yo no me acuerdo si es el hijo ó el padre el que está enamorado. Es igual. El caso es que luego se descubre que la madre no es madre: no; el padre es el que no es padre; pero hay un veneno, y luego viene el otro, y el hijo ó la madre matan al padre ó al hijo.—¡Hombre! Eso debe ser de mucho efecto.—¡Yo lo creo! Y hay una tempestad y una decoración oscura, tétrica, romántica... en fin, con decirle á usted que la dama, ayer en el ensayo no podía seguir hablando.—¡Ui!!!

Si la cosa es por otro estilo, aunque ahora no hay cosas por otro estilo:—Es bonita, dicen, sólo que es pesada; pero á mí me hizo reir mucho cuando la leí; es clásica por supuesto; pero no hay acción; no sucede nada.

El autor entretanto se las promete felices, porque en los ensayos han convenido los actores (que son muy inteligentes) que hay una escena que levanta del asiento: sólo se teme que el galán, que ha creído que el papel no es para su carácter, porque no es de bastante bulto, le haga con tibieza; y el segundo gracioso no ha entendido una palabra del suyo: no hay forma de hacérselo entender. Por otra parte, una dama

está un poquillo ofendida porque la protagonista, que nació demasiado pronto, tiene más años de los que ella quiere aparentar. Y los segundos papeles están en malas manos, porque como aquí no hay actores...

Esto, sin embargo, los ensayos siguen su curso natural: el autor se consume porque los actores principales no dicen su papel en el ensayo, sino que lo rezan entre dientes.—Un poco más energía, se atreve á decir el autor, en ademán de pedir perdón.—No tenga usted cuidado, le responden; á la noche verá usted.—Con esto apenas se atreve á hacer nuevas advertencias; si las hace, suele atraerse alguna risilla escondida; verdad es que á veces el autor suele entender de representar menos todavía que el actor.

—¿Qué saco yo en la cabeza?—le pregunta una joven.—¿Diadema?—No es necesario.—Como soy...—No importa, se va usted á acostar cuando sucede el lance.—Es verdad.

—Y yo, ¿qué saco en las piernas?—La época, el calzón ajustado, pie y brazo acuchillados.—Es que no tengo.—Sí tienes,—dice un compañero,—el calzón que te sirvió para Dido.—Ya; pero eso debe ser otra época.—No importa; le pones cuatro lazos, y es eso.

Yo saco peluca rubia,—dice el gracioso.—¿Por qué rubia?—No tengo más que rubias, todas las hacen rubias.—Bien; así como así la escena es en Francia.—¡Ah! ¡entonces!... los franceses son rubios.—¿Y calva, por supuesto?—No, hombre, no: si no tiene usted más que cincuenta años.—Es que todas mis pelucas tienen calva.—Entonces saque usted lo que usted quiera.

Yo necesito un retrato, ¿qué saco? dice otro.—No, un medallón: cualquier cosa: desde fuera no se ve.

Arreglado ya lo que cada uno saca, se conviene en que las decoraciones harán efecto, porque se han anunciado como nuevas; la del pabellón de *la Expiación*, en poniéndole cuatro retratos, es romántica enteramente, y si se añaden unas armas, no digo nada; un gabinete de la Edad media; la de tal otra comedia en abriéndole dos puertas laterales, y en cerrándole la ventana, es el cuarto de la dama.

Si hay comparsas se arma una disputa sobre si se deben afeitar ó no; si tienen que afeitarse es preciso que se les den dos reales más; ¿se han de poner limpios de balde? Para conciliar el efecto con la economía, se convienen en que los cuatro que han de salir delante se afeiten; los que están en segundo término, ó confundidos en el grupo, pueden ahorrarse las navajas. Si deben salir músicos, es obra de romanos encontrarlos; porque es cosa degradante soplar en un serpentón, ó dar porrazos á un pergamino á la vista del público; cuando van por la calle ó de casa en casa, entonces nadie los ve.

Por fin, ha llegado la noche: merced á los anuncios de los periódicos y de los carteles, en los cuales se previene al público que si se tarda en los entreactos es porque hay que hacer, y que como la función es larga, no admite intermedio ni sainete; merced á estas inocentes estratagemas, se acaban los billetes al momento, y á la tarde están á dos, tres duros las lunetas. El autor ha tomado los suyos, y los amigos, que han comido con él, le tranquilizan, asegurándole que si el drama fuera malo se lo hubieran dicho francamente en las repetidas lecturas que se han hecho previamente en casa de este ó de aquel. Todo lo contrario: se han extasiado: y no es decir que no lo entiendan. El buen ingenio anda aquel día distraído; no responde con concierto á cosa alguna; reparte algunos apretones de manos, lo más expresivos posibles, á cuenta de aplausos, y está muy modesto; se cura en salud; refuerza alguna sonrisa para contestar á los muchos que llegan y le dicen embromándole, sin temor de Dios: «Con que hoy es la silba; voy á comprar un pito.»

¡Las seis! es preciso asistir al vestuario.—¡Qué tal estoy!—Bien: parece usted un verdadero abate; dése usted más negro en esa mejilla; otra raya; es usted más viejo. Usted sí que está perfectamente, señora, y cierto que daría los mejores trozos de mi comedia por ser el galán de ella, y hacer el papel con usted. Se me figura que está frío el segundo galán.—¡Ah! no: ya lo verá usted; ahora está bebiendo un poco de ponche para calentarse.—¿Sí, eh? ¡Magnífico! No se le olvide á usted aquel grito en aquel verso.—No se me olvida, descuide usted; aturdiré el teatro.—Sí, un chillido sentido: como que ve usted al otro muerto. Con que salga como en el penúltimo ensayo me contento. Alborota usted con ese grito. ¡A mí me estremeció usted, y soy el autor!..

—¡La orden! ¡La orden!—gritan á esta sazón.

—¿Cómo la orden?—exclama el autor asustado.—¿La han prohibido?—No, señor, es la orden para empezar, habrá venido Su Alteza.

Suena una campanilla. ¡Fuera, fuera! y salen

precipitadamente de la escena aquella multitud de pies que se ven debajo del telón.

¡Cuidado con los arrojes, señor autor!—dice un segundo apunte cogiéndole de un brazo.—¿Qué es eso?—Nada; los arrojes son cuatro mozos de cordel que hacen subir el telón, bajando ellos colgados de una cuerda. Se oye un estruendo espantoso: se ha descorrido la cortina, y el ingenio se refugia á un rincón de un palco segundo, detrás de su familia, ó de sus amigos, á quienes mortifica durante la representación con repetidas interrupciones. Tiene toda la sangre en la cabeza, suda como un cavador, cierra las manos, hace gestos de desesperación cuando se pierde un actor.—Si lo dije, si no sabe el papel.—¿Silban?—¿Qué murmullo es ese?—Bien, bien: este aplauso ha venido muy bien ahí: esto va bien; ese trozo tenía que hacer efecto por fuerza.—¡Bárbaros! ¿Por qué silban? Si no se puede escribir en este país: luego la están haciendo de una manera.. Yo también la silbaría.

En el auditorio son otras las expresiones fugitivas.—¡Vaya! Ya tenemos el telón bajando y subiendo.—¡Bravo! se han dejado una silla. —Mire usted aquel comparsa. ¿Qué es aquello blanco que se le ve!—¡Hombre! ¡en esa sala han nacido árboles!—¿Lo mató? ¡Ah, ¡ah! ¡ah! Si morirá el apuntador.—Pues, señor, hasta ahora no es gran cosa.—Lo que tiene es buenos versos.

Entretanto la condesita de*** entra al segundo acto dando portazos para que la vean; una vez sentada no se luce el vestido; los *fashionables* suben y bajan á los palcos: no se oye: el teatro es un infierno: luego parece que el público se ha constipado adrede aquel día. ¡Qué toser, señor, qué toser!

Llegó el quinto acto, y la mareta sorda empieza á manifestarse cada vez más pronunciada: á la última puñalada el público no puede más, y prorrumpe por todas partes en ruidosas carcajadas: los amigos defienden el terreno; pero una llave decide la cuestión: sin duda no es la llave con que encerraba Lope de Vega los preceptos; y cae el telón entre la majestuosa algazara y con toda la pompa de la ignominia.

No sé qué propensión tiene la humanidad á alegrarse del mal ajeno; pero he observado que el público sale más alegre y decidor, más risueño y locuaz de una representación silbada: el autor entretanto sale confuso y renegando de un público tan atrasado: no están todavía los españoles, dice, para esta clase de comedias: se agarra otro poco á las intrigas, otro poco á la mala representación, y de esta suerte ya puede presentarse al día siguiente en cualquier parte con la conciencia limpia.

Sus amigos convienen con él, y en su ausencia se les oye decir:—Yo lo dije; esa comedia no podía gustar; pero ¿quién se lo dice al autor? ¿Quién pone el cascabel al gato?—Yo le dije que cortara lo del padre en el segundo acto: aquello es demasiado largo; pero se empeñó en dejarlo.

He observado, sin embargo, que los amigos literatos suelen portarse con gran generosidad; si la comedia gusta, ellos son los que como inteligentes hacen notar los defectillos de la composición, y entonces pasan por imparciales y rectos: si la comedia es silbada, ellos son los que la disculpan y la elogian; saben que sus elogios no la han de levantar, y entonces pasan por buenos amigos. En el primer caso dicen: —Es cosa buena, ¿cómo se había de negar? No tiene más sino aquello, y lo otro, y lo de más allá... ya se ve; las cosas no pueden ser perfectas.

En el segundo dicen:—Señor, no es mala; pero no es para todo el mundo: hay cosas demasiado profundas: tiene bellezas: sobre todo hay versos muy lindos.

Pero la parte indudablemente más divertida es la de oir, acercándose á los corrillos, los votos particulares de cada cual: éste la juzga mala porque dura tres horas; aquél porque mueren muchos; el otro porque hay gente de iglesia en ella; el de más allá porque se muda de decoraciones: esotro porque infringe las reglas: los contrarios dicen que sólo por estas circustancias es buena ¡Qué Babilonia, santo Dios! ¡Qué confusión!

Al día siguiente los periódicos .. Pero ¿quién es el autor? ¿Es un principiante, un desconocido? ¡Qué nube! ¿Es algo más? ¡Qué reticencias! ¡Qué medias palabras! ¡Qué exacto justo medio!

¡Después de todo eso, haga usted comedias!

LA DILIGENCIA



Cuando nos quejamos de que *esto no marcha*, y de que la España no progresa, no hacemos más que enunciar una idea relativa: generalizada la proposición de esa suerte, es evidentemente falsa; reducida á sus límites verdaderos, hay un gran fondo de verdad en ella.

Así como no notamos el movimiento de la tierra, porque todos vamos envueltos en él, así no echamos de ver tampoco nuestros progresos. Sin embargo, ciñéndonos al objeto de este artículo, recordaremos á nuestros lectores que no hace tantos años carecíamos de multitud de ventajas, que han ido naciendo por sí solas y colocándose en su respectivo lugar; hijas de la época, escuelas indispensables del adelanto general del mundo. Entre ellas, es acaso la más importante la facilitación de las comunicaciones entre los pueblos apartados: los tiranos, generalmente cortos de vista, no han considerado en las diligencias más que un medio de trasportar paquetes y personas de un pueblo á otro: seguros de alcanzar con su brazo de hierro á todas partes, se han sonreído imbécilmente al ver mudar de sitio á sus esclavos: no han considerado que las ideas se agarran como el polvo á los paquetes y viajan también en diligencia. Sin diligencias, sin navíos, la libertad estaría todavía probablemente encerrada en los Estados-Unidos. La navegación la trajo á Europa; las diligencias han coronado la obra: la rapidez de las comunicaciones ha sido el vínculo que ha reunido á los hombres de todos los países: verdad es que ese lazo de los liberales lo es también de sus contrarios; pero ¿qué im-

porta? La lucha es así general y simultánea; sólo así puede ser decisiva.

Hace pocos años, si le ocurría á usted hacer un viaje, empresa que se acometía entonces sólo por motivos muy poderosos, era forzoso recorrer todo Madrid, preguntando de posada en posada por medios de trasporte. Estos se dividían entonces en coches de colleras, en galeras, en carromatos, tal cual tartana y acémilas. En la celeridad no había diferencia ninguna: no se concebía cómo podía un hombre apartarse de un punto en un solo día más de seis ó siete leguas; aun así era preciso contar con el tiempo y con la colocación de las ventas: esto, más que viajar, era irse asomando al país, como quien teme que se le acabe el mundo al dar un paso más de lo absolutamente indispensable. En los coches viajaban sólo los poderosos: las galeras eran el carruaje de la clase acomodada; viajaban en ellas los empleados que iban á tomar posesión de su destino, los corregidores que mudaban de vara: los carromatos y las acémilas estaban reservadas á las mujeres de militares, á los estudiantes, á los predicadores cuyo convento no les proporcionaba mula propia. Las demás gentes no viajaban; y semejantes los hombres á los troncos, allí donde nacían, allí morían. Cada cual sabía que había otros pueblos que el suyo en el mundo, á fuerza de fe; pero viajar por instrucción y por curiosidad, ir á París sobre todo, eso ya suponía un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo: la marcha era una hazaña, la vuelta una solemnidad: y el viajero, al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: «¡Qué grande es el mundo!» Al llegar á París después de dos meses de medir la tierra con los pies, hubiera podido exclamar con más razón: «¡Qué corto es el año!»

A su vuelta, ¡qué de gentes le esperaban, y se apiñaban á su alrededor para cerciorarse de si había efectivamente París, de si se iba y se venía, de si era, en fin, aquel mismo el que había ido, y no su ánima que volvía sola! Se miraba con admiración el sombrero, los anteojos, el baúl, los guantes, la cosa más diminuta que venía de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecía imposible. ¡Ha ido á París! ¡ha vuelto de París!!! ¡Jesús!!!

Los tiempos han cambiado extraordinariamente: dos emigraciones numerosas han enseñado á todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo más, hace lo menos, ya el viajar por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto: en el día se mira con asombro al que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo. ¿Quién será él, se dice, cuando no ha estado en ninguna parte? Y efectivamente, por poco liberal que uno sea, ó está uno en la emigración, ó de vuelta de ella, ó disponiéndose para otra: el liberal es el símbolo del movimiento perpetuo, es el mar con su eterno flujo y reflujo. Yo no sé cómo se lo componen los absolutistas; pero para ellos no se han establecido las diligencias; ellos esperan siempre á pie firme la vuelta de su Mesías; en una palabra, siempre son de casa; este partido no tiene más movimiento que el del caracol; toda la diferencia está en tener la cabeza fuera ó dentro de la concha. A propósito, ¿la tiene ahora dentro ó fuera?

Volviendo empero á nuestras diligencias, no entraré en la explicación minuciosa y poco importante para el público de las causas que me hicieron estar no hace muchos días en el patio de la casa de postas, donde se efectúa la salida de las diligencias llamadas *reales*, sin duda por lo que tienen de efectivas. No sé qué tienen las diligencias de común con Su Majestad; una empresa particular las dirige, el público las llena y las sostiene. La misma duda tengo con respecto á los *billares;* pero como si hubiera yo de extender ahora en el papel todas mis dudas no haría gran diligencia en el artículo de hoy, prescindiré de digresiones, y diré en último resultado, que ora fuese á despedir á un amigo, ora fuese á recibirle, ora en fin con cualquier otro objeto, yo me hallaba en el patio de las diligencias.

No es fácil imaginar qué multitud de ideas sugiere el patio de las diligencias; yo por mi parte me he convencido que es uno de los teatros más vastos que puede presentar la sociedad moderna al escritor de costumbres.

Todo es allí materiales, pero hechos ya y elaborados: no hay sino ver y coger. A la entrada le llama á usted ya la atención un pequeño aviso que advierte, pegado en un poste, que nadie puede entrar en el establecimiento público sino los viajeros, los mozos que traen sus fardos, los dependientes y las personas que vienen á despedir ó recibir á los viajeros: es decir, que allí sólo puede entrar todo el mundo. Al lado numerosas y largas tarifas indican las líneas, los itinerarios, los precios: aconsejaremos sin embargo á cualquiera, que reproduzca, al ver las listas impresas, la pregunta de aquel palurdo que iba á entrar años pasados en el

botánico con chaqueta y palo, y á quien un dependiente decía:—No se puede pasar en ese traje: ¿no ve el cartel puesto de ayer?—Sí, señor,—contestó el palurdo,—pero... ¿eso rige todavía?

Lea, pues, el curioso las tarifas y pregunte luego: verá cómo no hay carruajes para muchas de las líneas indicadas; pero no se desconsuele, le dirán la razón. «¡Como los facciosos están por ahí, y por allí, y por más allá!!!» Esto siempre satisface: verá además cómo los precios no son los mismos que cita el aviso; en una palabra, si el curioso quiere proceder por orden, pregunte y lea después, y si quiere atajar, pregunte y no lea. La mejor tarifa es un dependiente; podrá suceder que no haya quien dé razón; pero en ese caso puede volver á otra hora, ó no volver si no quiere.

El patio comienza á llenarse de viajeros y de sus familias y amigos: los unos se distinguen fácilmente de los otros. Los viajeros entran despacio: como muy enterados de la hora, están ya como en su casa: los que vienen á despedirle, si no han venido con ellos, entran de prisa y preguntando: «¿Ha marchado ya la diligencia? Ah, no; aquí está todavía.» Los primeros tienen capa ó capote, aunque haga calor; echarpé al cuello y gorro griego ó gorra si son hombres: si son mujeres gorro ó papalina, y un enorme ridículo; allí va el pañuelo, el abanico, el dinero, el pasaporte, el vaso de camino, las llaves, ¡qué más sé yo!

Los acompañantes, portadores de menos aparato, se presentan vestidos de ciudad, á la ligera.

A la derecha del patio se divisa una pequeña habitación; agrupados allí los viajeros al lado de sus equipajes, piensan el último momento de su estancia en la población: media hora falta sólo: una niña, ¡qué joven, qué interesante! apoyada la mejilla en la mano, parece exhalar la vida por los ojos cuajados en lágrimas: á su lado el objeto de sus miradas procura consolarla, oprimiendo acaso por última vez su lindo pie, su trémula mano... «Vamos, niña,—dice la madre, robusta é impávida matrona, á quien nadie oprime nada, y cuya despedida no es la primera ni la última,—¿á qué vienen esos llantos? No parece sino que nos vamos del mundo.»

Un militar que va solo examina curiosamente las compañeras de viaje; en su aire determinado se conoce que ha viajado y conoce á fondo todas las ventajas de la presión de una diligencia. Sabe que en diligencia el amor sobre todo hace mucho camino en pocas horas. La naturaleza en los viajes, desnuda de las consideraciones de la sociedad, y muchas veces del pudor, hijo del conocimiento de las personas, queda sola y triunfa por lo regular. ¿Cómo no adherirse á la persona á quien nunca se ha visto, á quien nunca se volverá acaso á ver, que no le conoce á uno, que no vive en su círculo, que no puede hablar ni desacreditar, y con quien se va encerrado dentro de un cajón dos, tres días con sus noches? Luego parece que la sociedad no está allí: una diligencia viene á ser para los dos sexos una isla desierta; y en las islas desiertas no sería precisamente donde tendríamos que sufrir más desaires de la belleza. Por otra parte, ¡qué franqueza tan natural no tiene que establecerse entre los viajeros! ¡qué multitud de ocasiones de prestarse mutuos servicios! ¡cuántas veces al día se pierde un guante, se cae un pañuelo, se deja olvidado algo en el coche ó en la posada! ¡cuántas veces hay que dar la mano para bajar ó subir! Hasta el rápido movimiento de la diligencia parece un aviso secreto de lo rápida que pasa la vida, de lo precioso que es el tiempo; todo debe ir de prisa en diligencia. Una salida de un pueblo deja siempre cierta tristeza que no es natural al hombre: sabido es que nunca está el corazón más dispuesto á recibir impresiones que cuando está triste: los amigos, los parientes que quedan atrás dejan un vacío inmenso. ¡Ah! ¡la naturaleza es enemiga del vacío!

Nuestro militar sabe todo esto: pero sabe también que toda regla tiene excepciones, y que la edad de quince años es la edad de las excepciones; pasa, pues, rápidamente al lado de la niña con una sonrisa, mitad burlesca, mitad compasiva.—Pobre niña, dice entre dientes: lo que es la poca edad: si pensará que no se aprecian las caras bonitas más que en Madrid: el tiempo le enseñará que es moneda corriente en todos países.

Una bella parece despedirse de un hombre de unos cuarenta años: el militar fija el lente: ella es la que parte; hay lágrimas, sí; pero ¿cuándo no lloran las mujeres? Las lágrimas por sí solas no quieren decir nada; luego hay cierta diferencia entre éstas y las de la niña: una sonrisa de satisfacción se dibuja en los labios del militar. Entre las ternezas de despedida se deslizan algunas frases, que no son reñir enteramente, pero poco menos: hay cierta frialdad, cierto dominio en el hombre. ¡Ah! es su marido.—Se puede querer mucho á su marido,

dice el militar para sí,—y hacer un viaje divertido.

—¡Voto va! ya ha marchado,—entra gritando un original cuyos bolsillos vienen llenos de salchichón para el camino, de frasquetes ensogados, de petacas, de gorros de dormir, de pañuelos, de chismes de encender... ¡Ah! ¡ah! este es un verdadero viajero: su mujer le acosa á preguntas:—¿Se ha olvidado el pastel?—No, aquí le traigo.—¿Tabaco?—No, aquí está.—¿El gorro?—En este bolsillo.—¿El pasaporte?—En este otro.

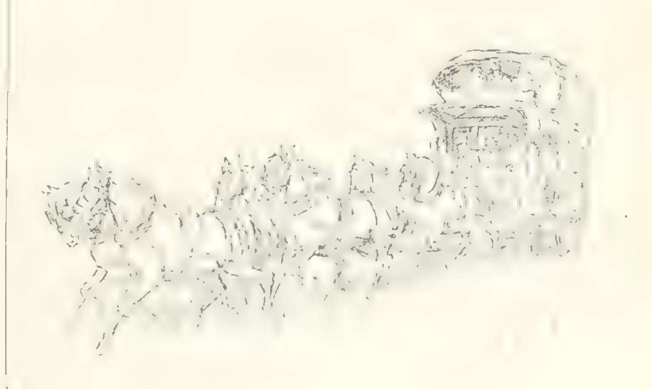
Su exclamación al entrar no carece de fundamento; faltan sólo minutos, y no se divisa disposición alguna de viaje. La calma de los mayorales y zagales contrasta singularmente con la prisa y la impaciencia que se nota en las menores acciones de los viajeros; pero es de advertir que éstos al ponerse en camino alteran el orden de su vida para hacer una cosa extraordinaria; el mayoral y el zagal por el contrario hacen lo de todos los días.

Por fin, se adelanta la diligencia, se aplica la escalera á sus costados, y la vaca recibe en su seno los paquetes: en menos de un minuto está dispuesta la carga, y salen los caballos lentamente á colocarse en su puesto. Es de ver la impasibilidad del conductor á las repetidas solicitudes de los viajeros.—A ver, esa maleta; que vaya donde se pueda sacar.—Que no se moje ese baúl.—Encima ese saco de noche.—Cuidado con la sombrerera.—Ese paquete, que es cosa delicada. Todo lo oye, lo toma, lo encajona, á nadie responde; es un tirano en sus dominios.—La hoja, señores, ¿tienen ustedes todos sus pasaportes? ¿Están todos? Al coche, al coche.

El patio de las diligencias es á un cementerio lo que el sueño á la muerte, no hay más diferencia que la ausencia y el sueño pueden no ser para siempre; no les comprende el terrible *voi ch'intrate lasciate ogni speranza*, de Dante.

Se suceden los últimos abrazos, se renuevan los últimos apretones de manos; los hombres tienen vergüenza de llorar y se reprimen, y las mujeres lloran sin vergüenza.

—Vamos, señores,—repite el conductor: y todo el mundo se coloca. La niña, anegada en lágrimas, cae entre su madre y un viejo achacoso que va á tomar las aguas: la bella casada entre una actriz que va á las provincias, y que lleva sobre las rodillas una gran caja de cartón con sus preciosidades de reina y princesa, y una vieja monstruosa que lleva encima un perro faldero, que ladra y muerde por el pronto como si viese al aguador, y que hará probablemente algunas otras gracias por el camino. El militar se arroja de mal humor en el cabriolé, entre un francés que le pregunta: «¿Tendremos ladrones?» y un fraile corpulento, que con arreglo á su voto de humildad y de penitencia, va á viajar en estos carruajes tan incómodos. La rotonda va ocupada por el hombre de las provisiones: una robusta señora que lleva un niño de pecho y un bambino de cuatro años, que salta sobre sus piernas para asomarse de continuo á la ventanilla; una vieja verde, llena de años y de lazos, que arregla entre las piernas del suculento viajero una caja de un loro, é hinca el codo para colocarse en el costado de un abogado, el cual hace un gesto, y vista la mala compañía en que va, trata de acomodarse para dormir, como si fuera ya juez. Empaquetado todo el mundo se confunden en el aire los ladridos del perrito, la tos del fraile, el llanto de la criatura; las preguntas del francés, los chillidos del bambino, que arrea caballos desde la ventanilla, los sollozos de la niña, los juramentos del militar, las palabras enseñadas del loro, y multitud de frases de despedida.—Adiós—hasta la vuelta—tantas cosas á Pepe:—envíame el papel que se ha olvidado—que escribas en llegando.—Buen viaje.



Por fin suena el agudo rechinido del látigo, la mole inmensa se conmueve, y estremeciendo el empedrado, se emprende el viaje, semejante en la calle á una casa que se desprendiese de las demás con todos sus trastos é inquilinos á buscar otra ciudad en donde empotrarse de nuevo.

EL DUELO

Muy incrédulo sería preciso ser para negar que estamos en el siglo de las luces y de la más extremada civilización: el hombre ha dado ya con la verdad, y la razón más severa preside á todas las acciones y costumbres de la generación del año 1835.

Dejaremos á un lado, por no ser hoy de nuestro asunto, la perfección á que se ha llegado en punto á religión y á política, dos cosas esencialísimas en nuestra manera actual de existir, y á que los pueblos dan toda la importancia que indudablemente se merecen. En el primero no tenemos preocupación ninguna, no abrigamos el más mínimo error; y cuando decimos con orgullo que el hombre es el ser más perfecto, la hechura más acabada de la creación, sólo añadimos á las verdades reconocidas otra verdad más innegable todavía. Hacemos muy bien en tener vanidad. Si hemos adelantado en política, dígalo la estabilidad que alcanzamos, la fijación de nuestras ideas y principios: no sólo sabemos ya cuál es el buen gobierno, el único bueno, el verdadero secreto para constituir y conservar una sociedad bien organizada, sino que lo sabemos establecer y lo gozamos con toda paz y tranquilidad. Acerca de sus bases estamos todos acordes, y es tal nuestra ilustración, que una vez reconocida la verdad y el interés político de la sociedad, toda guerra civil, toda discordia viene á ser imposible entre nosotros; así es que no las hay. Que hubiese guerra en los tiempos bárbaros y de atraso, en los cuales era preciso valerse hasta de la fuerza para hacer conocer al hombre cuál era el Dios á quien había de adorar, ó el rey á quien había de servir... nada más natural. Ignorantes entonces los más, y poco ilustrados, no fijadas sus ideas sobre ninguna cosa, forzoso era que fuese presa de multitud de ambiciosos, cuyos intereses estaban encontrados. Empero ahora, en el siglo de la ilustración, es cosa bien difícil que haya una guerra en el mundo. Así es que no las hay. Y si las hubiera sería en defensa de derechos positivos, de intereses materiales, no de un apellido, no del nombre de un ídolo. La prueba de esto mismo es bien fácil de encontrar. Esa poca de guerra, *que empieza ahora*, en nuestras provincias, es indudablemente por derechos claros y bien entendidos: sobre todo, si alguno de los partidos contendientes pudiese ir á ciegas en la lid, é ignorar lo que defiende, no sería ciertamente el partido más ilustrado, es decir, el liberal. Este bien sabe por lo que pelea; pelea por lo que tiene, por lo que le han concedido, por lo que él ha conquistado.

En un siglo en que ya se ven las cosas tan claras, y en que ya no es fácil abusar de nadie, en el siglo de las luces, una de las cosas sobre que está más fijada la pública opinión, es el honor, quisicosa que, *en el sentido que en el día le damos*, no se encuentra nombrada en ninguna lengua antigua. Hijo este *honor* de la Edad media y de la confluencia de los godos y los árabes, se ha ido comprendiendo y perfeccionando á tal grado, á la par de la civilización, que en el día no hay una sola persona que no tenga su honor á su manera: todo el mundo tiene honor.

En los tiempos antiguos, tiempos de confusión y de barbarie, el que faltando á otro abusaba de cualquier superioridad que le daban las circunstancias ó su atrevimiento, se infamaba á sí mismo, y sin hablar tanto de honor quedaba deshonrado. Ahora es enteramente al revés. Si una persona baja ó mal intencionada le falta á usted, usted es el infamado. ¿Le dan á usted un bofetón? Todo el mundo le desprecia á usted, no al que le dió. ¿Le faltan á usted su mujer, su hija, su querida? Ya no tiene usted honor. ¿Le roban á usted? Usted robado queda pobre, y por consiguiente deshonrado. El que le robó, que quedó rico, es un hombre de honor. Va en el coche de usted y es un hombre decente, caballero. Usted se quedó á pie, es usted gente ordinaria, canalla. ¡Milagros todos de la ilustración!

En la historia antigua no se ve un solo ejemplo de un duelo. Agamenón injuria á Aquiles,

y Aquiles se encierra en su tienda, pero no le pide satisfacción: Alcibíades alza el palo sobre Temístocles, y el gran Temístocles, según una expresión de nuestra moderna civilización, queda como un cobarde.

El duelo, en medio de la duración del mundo, es una invención de ayer: cerca de seis mil años se ha tardado en comprender que cuando uno se porta mal con otro, le queda siempre un medio de enmendar el daño que le ha hecho, y este medio es matarle. El hombre es lento en todos sus adelantos, y si bien camina indudablemente hacia la verdad, suele tardar en encontrarla.

Pero una vez hallado el desafío, se apresuraron los reyes y los pueblos, visto que era cosa buena, á erigirlo en ley, y por espacio de muchos siglos no hubo entre caballeros otra forma de enjuiciar y sentenciar el combate. El muerto, el caído era el culpable siempre en aquellos tiempos: la cosa no ha cambiado por cierto. Siguiendo, empero, el curso de nuestros adelantos, se fueron haciendo cabida los jueces en la sociedad, se levantó el edificio de los tribunales con su séquito de escribanos, notarios, autos, fiscales y abogados, que dura todavía y parece tener larga vida, y se convino en que los *juicios de Dios* (así se había llamado á los desafíos jurídicos, merced al empeño de mezclar constantemente á Dios en nuestras pequeñeces) eran cosa mala. Los reyes entonces alzaron la voz en nombre del Altísimo, y dijeron á los pueblos: «No más juicios de Dios; en lo sucesivo nosotros juzgaremos.»

Prohibidos los juicios de Dios, no tardaron en prohibirse los duelos; pero si las leyes dijeron: «No os batiréis,» los hombres dijeron: «No os obedeceremos;» y un autor de muy buen criterio asegura que las épocas de rigorosa prohibición han sido las más señaladas por el abuso del desafío. Cuando los delitos llegan á ser de cierto bulto, no hay pena que los reprima. Efectivamente, decir á un hombre: «No te harás matar, pena de muerte,» es provocarle á que se ría del legislador cara á cara; es casi tan ridículo como la pena de muerte establecida en algunos países contra el suicidio; sabia ley que determina que se quite la vida á todo el que se mate, sin duda para su escarmiento.

Se podría hacer á propósito de esto la observación general de que sólo se han obedecido en todos tiempos las leyes que han mandado hacer á los hombres su gusto; las demás se han infringido y han acabado por caducar. El lector podrá sacar de esto alguna consecuencia importante.

Efectivamente, al prohibir los duelos en distintas épocas, no se ha hecho más que lo que haría un jardinero que tirase la fruta queriendo acabarla; el árbol en pie todos los años volvería á darle nueva tarea.

Mientras el *honor* siga entronizado donde se le ha puesto; mientras la opinión pública valga algo, y mientras la ley no esté de acuerdo con la opinión pública, el duelo será una consecuencia forzosa de esta contradicción social. Mientras todo el mundo se ría del que se deje injuriar impunemente, ó del que acuda á un tribunal para decir: «Me han injuriado,» será forzoso que todo agraviado elija entre la muerte y una posición ridícula en sociedad. Para todo corazón bien puesto la duda no puede ser de larga duración: y el mismo juez que con la ley en la mano sentencia á pena capital al desafiado indistintamente ó al agresor, deja acaso la pluma para tener la espada en desagravio de una ofensa personal.

Por otra parte, si se prescinde de la parte de preocupación más ó menos visible ó sublime del pundonor, y si se considera en el duelo el mero hecho de satisfacer una cuenta personal, diré francamente que comprendo que el asesino no tenga derecho á quitar la vida á otro, por dos razones: primera, porque se la quita contra su gusto siendo suya: segunda, porque él no da nada en cambio.

Los duelos han tenido sus épocas y sus fases enteramente distintas: en un principio se batían los duelistas á muerte, á todas armas, y tras ellos sus segundos: cada injuria producía entonces una escaramuza. Posteriormente se introdujo el duelo á primera sangre; el primero le comprendo sin disculparle; el segundo ni le comprendo ni le disculpo; es de todas las ridiculeces la mayor: los padrinos ó testigos han sucedido á los segundos, y su incumbencia en el día se reduce á impedir que su mala fe abuse del valor ó del miedo. Al arma blanca se sustituye muchas veces la pistola, arma de cobarde, con que nada le queda que hacer al valor sino morir; en que la destreza es infame si hay superioridad, é inútil si hay igualdad.

La libertad, empero, si no es la licencia de mi imaginación, me ha llevado más lejos de lo que yo pretendía ir: al comenzar este artículo no era mi objeto explorar si las sociedades modernas entienden bien el honor, ni si esta palabra es algo; individuo de ellas y amamantado

con sus preocupaciones, no seré yo quien me ponga de parte de unas leyes que la opinión pública repugna, ni menos de parte de una costumbre que la razón reprueba. Confieso que pensaré siempre en este particular como Rousseau, y los más rígidos moralistas y legisladores, y obraré como el primer calavera de Madrid. ¡Triste lote del hombre el de la inconsecuencia!

Mi objeto era referir simplemente un hecho de que no há muchos meses fuí testigo ocular; pero como yo no presencié, digámoslo así, más que el desenlace, mis lectores me perdonarán si tomo mi relación *ab ovo*.

Mi amigo Carlos, hijo del marqués de***, era heredero de bienes cuantiosos, que eran en él, al revés que en el mundo, la menos apreciable de sus circunstancias. Adorado de sus padres, que habían empleado en su educación cuanto esmero es imaginable, Carlos se presentó en el mundo con talento, con instrucción, con todas esas superfluidades de primera necesidad, con una herencia capaz de asegurar la fortuna de varias familias, con una figura á propósito para hacer la de muchas mujeres, y con un carácter destinado á constituir la de todo el que de él dependiese.

Pero desgraciadamente la diferencia que existe entre los necios y los hombres de talento suele ser sólo que los primeros dicen necedades y los segundos las hacen: mi amigo entró en sociedad, y á poco tiempo hubo de enamorarse; los hombres de imaginación necesitan mujeres muy picantes ó muy sensibles, y esta especie de mujeres deben de ser mejores para ajenas que para propias. La joven Adela era sin duda alguna de las picantes; hermosa á sabiendas suyas, y con una conciencia de su belleza acaso harto pronunciada, sus padres habían tratado de adornarla de todas las buenas cualidades de sociedad; la sociedad llama buenas cualidades en una mujer lo que se llama alcance en una escopeta y tino en un cazador; es decir, que se había formado á Adela como una arma ofensiva con todas las reglas de la destrucción: en punto á la coquetería era una obra acabada, y capaz de acabar con cualquiera; muy poco sensible, en realidad, podía fingir admirablemente todo ese sentimentalismo, sin el cual no se alcanza en el día una sola victoria; cantaba con una languidez mortal; le miraba á usted con ojos de víctima espirante, siendo ella el verdugo; bailaba como una sílfide desmayada: hablaba con el acento del candor y de la conmoción; y de cuando en cuando un destello de talento ó de gracia venía á iluminar su tétrica conversación, como un relámpago derrama una ráfaga de luz sobre una noche oscura.

¿Cómo no adorar á Adela? Era la verdad entre la mentira, el candor entre la malicia, decía mi amigo al verla en el gran mundo; era el cielo en la tierra.

Los padres no deseaban otra cosa: era un partido brillante, la boda era para entrambos una especulación; de suerte que lo que sin razón de estado no hubiera pasado de ser un amor, una calamidad, pasó á ser un matrimonio. Pero cuando el mundo exige sacrificios los exige completos, y el de Carlos lo fué; la víctima debía ir adornada al altar. Negocio hecho: de allí á poco Carlos y Adela eran uno.

He oído decir muchas veces que suele salir de una coqueta una buena madre de familias: también suele salir de una tormenta una cosecha: yo soy de opinión que la mujer que empieza mal, acaba peor. Adela fué un ejemplo de esta verdad: medio año hacía que se había unido con santos vínculos á Carlos; la moda exigía cierta separación, cierto abandono. ¿Cuánto no se hubiera reido el mundo de un marido atento á su mujer? Adela, por otra parte, estaba demasiado bien educada para hacer caso de su marido. ¡La sociedad es tan divertida y los jóvenes tan amables! ¿Qué hace usted en un rigodón si le oprimen la mano? ¿Qué contesta usted si le repiten cien veces que es interesante? Si tiene usted visita todos los días, ¿cómo cierra usted sus puertas? Es forzoso abrirlas, y por lo regular de par en par.

Un joven del mejor tono fué más asiduo y mañoso, y Adela abrazó por fin las reglas del gran mundo: el joven era orgulloso, y entre el cúmulo de adoradores de camino trillado parece despreciar á Adela; con mujeres coquetas y acostumbradas á vencer, rara vez se deja de llegar á la meta por ese camino. ¡Adela no quería faltar á su virtud... pero Eduardo era tan orgulloso!!! Era preciso humillarlo: esto no era malo; era un juego; siempre se empieza jugando. Cómo se acaba no lo diré; pero así acabó Adela como se acaba siempre.

La mala suerte de mi amigo quiso que entre tanto marido como llega á una edad avanzada diariamente con la venda de himeneo sobre los ojos, él sólo entreviese primero su destino y lo supiese después positivamente. La cosa desgraciadamente fué escandalosa, y el mundo exigía una satisfacción. Carlos hubo de

dársela. Eduardo fué retado, y llamado yo como padrino no pude menos de asistir á la satisfacción. A las cinco de la mañana estábamos los contendientes y los padrinos en la puerta de..., de donde nos dirigimos al teatro frecuente de esta especie de luchas. Esta no era de aquéllas que debían acabar con su almuerzo. Una mujer había faltado, y el *honor* exigía en reparación la muerte de dos hombres. Es incomprensible, pero es cierto.

Se eligió el terreno, se dió la señal, y los dos tiros salieron á un tiempo: de allí á poco había espirado un hombre útil á la sociedad. Carlos había caído, pero habían quedado en pie su *mujer* y su *honor*.

Un año hizo ayer de la muerte de Carlos: su familia, sus amigos le lloran todavía.

¡Hé aquí el mundo! ¡hé aquí el honor! ¡hé aquí el duelo!



EL ALBUM

El escritor de costumbres no escribe exclusivamente para esta ó aquella clase de la sociedad, y si le puede suceder el trabajo de no ser de ninguna de ellas leído, debe de figurarse al menos, mientras que su modestia ó su desgracia no sean suficientes á hacerle dejar la pluma, que escribe imparcialmente para todos. Ni los colores que han de dar vida al cuadro de las costumbres de un pueblo ó de una época pudieran por otra parte tomarse en un cálculo determinado y reducido; la mezcla atinada de todas las gradaciones diversas es la que puede únicamente formar el todo, y es forzoso ir á buscar en distintos puntos las tintas fuertes y las medias tintas, el claro oscuro, sin los cuales no habría cuadro.

La cuna, la riqueza, el talento, la educación, á veces obrando separadamente, obrando otras de consuno, han subdividido siempre á los hombres hasta lo infinito, y lo que se llama en general la sociedad es un amalgama de mil sociedades colocadas en escalón, que sólo se rozan en sus fronteras respectivas unas con otras, y las cuales no reune en un todo compacto en cada país sino el vínculo de una lengua común, y de lo que se llama entre los hombres patriotismo ó nacionalismo. Hay más puntos de contacto entre una reunión de *buen tono* de Madrid y otra de Londres ó de París, que entre un habitante de un cuarto principal de la calle del Príncipe y otro de un cuarto bajo de Avapiés, sin embargo de ser estos dos españoles y madrileños.

Sabiendo esto el escritor de costumbres no desdeña muchas veces salir de un brillante *rout*, ó del más elegante sarao, y previa la conveniente trasformación de traje, pasar en seguida á contemplar una escena animada de un mercado público ó entrar en una simple horchatería á ser testigo del modesto refresco de la capa inferior del pueblo, cuyo carácter trata de escudriñar y bosquejar.

¡Qué de costumbres diversas establecidas en una atmósfera, que en otra inferior, ni aun sabiéndolas se comprenderían! El título de este artículo, sin ir más lejos, es verdadero griego para la inmensa mayoría que compone este pueblo. No harán, pues, un gesto de desagrado nuestras elegantes lectoras cuando nos vean explicar la significación de nuestro título: esta explicación no es ciertamente para ellas; pero nosotros no tenemos la culpa si su extraordinaria delicadeza y si su civilización llevada al extremo que forma de ellas un pueblo aparte, y pueblo escogido, nos pone en el caso de empezar para traducir hasta las palabras de su elegante vocabulario, cuando queremos dar cuenta al público entero de los usos de su impagable sociedad.

El que la voz *album* no sea castellana es para nosotros, que ni somos ni queremos ser *puristas*, objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza de usar de tal ó cual combinación de sílabas para explicarse; desde el momento en que por mútuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena: desde el punto en que una lengua es buena para hacerse entender en ella, cumple con su objeto, y mejor será indudablemente aquella cuya elasticidad le permite dar entrada á mayor número de palabras exóticas, porque estará segura de no carecer jamás de las voces que necesite: cuando no las tenga por sí, las traerá de fuera. En esta parte diremos de buena fe lo que ponía Iriarte irónicamente en boca de uno que *estropeaba* la lengua de Garcilaso:

> «Que si él habla lengua castellana,
> Yo hablo la lengua que me da la gana.»

Pasando por alto este inconveniente, el *album* es un enorme libro, en cuya forma es esencial condición que se observe la del papel de música. Debe de estar, como la mayor parte de los hombres, por de fuera, encuadernado con

un lujo asiático, y por dentro en blanco: su carpeta, que será más elegante si puede cerrarse á guisa de cartera, debe ser de la materia más rica que se encuentre, adornada con relieves del mayor gusto, y la cifra ó las armas del dueño: lo más caro, lo más inglés, eso es lo mejor: razón por la cual sería muy difícil lograr en España uno capaz de competir con los extranjeros. Sólo el conocido y el hábil *Alegría* podría hacer una cosa que se aproximase á un *album* decente. Pero en cambio es bueno advertir que una de las circunstancias que debe tener es que se pueda decir de él: «Ya me han traido el *album* que encargué á Londres.» También se puede decir en lugar de Londres, París; pero es más vulgar, más trivial. Por lo tanto, nosotros aconsejamos á nuestras lectoras que digan *Londres:* lo mismo cuesta una palabra que otra; y por supuesto, que digan de todas suertes que se lo han enviado de fuera, ó que lo han traído ellas mismas cuando estuvieron allá la primera, la segunda, ó cualquiera vez, y aunque sea obra de *Alegría.*

¿Y para qué sirve, me dirá otra especie de lectores, ese gran librote, esa especie de misal, tan rico y tan enorme, tan extranjero y tan raro? ¿De qué trata?

Vamos allá. Ese librote es, como el abanico, como la sombrilla, como la tarjeta, un mueble enteramente de uso de señora, y una elegante sin *album* sería ya en el día un cuerpo sin alma, un río sin agua, en una palabra, una especie de Manzanares. El *album*, claro está, no se lleva en la mano, pero se trasporta en el coche; el *album* y el *coche* se necesitan mutuamente: lo uno no puede ir sin lo otro; es el agua con el chocolate; el *album* se envía además con el lacayo de una parte á otra. Y como siempre está yendo y viniendo, hay un lacayo destinado á sacarlo; el lacayo y el *album* es el ayo y el niño.

¿De qué trata? No trata de nada; es un libro en blanco. Como una bella conoce de rigor á los hombres de talento en todos ramos, es un libro el *album* que la bella envía al hombre distinguido para que éste estampe en una de sus inmensas hojas, si es poeta, unos versos, si es pintor, un dibujo, si es músico, una composición, etc. En su verdadero objeto es un repertorio de la vanidad: cuando una hermosa, por otra parte, le ha dispensado á usted la lisonjera distinción de suplicarle que incluya algo en su *album*, es muy natural pagarle en la misma moneda; de aquí el que la mayor parte de los versos contenidos en él suelen ser variaciones de distintos autores sobre el mismo tema de la hermosura y de la amabilidad de su dueño. Son distintas fuentes donde se mira y se refleja un solo Narciso. El *album* tiene una virtud singular, por la cual deben apresurarse á hacerse con él todas las elegantes que no lo tengan, si hay alguna á la sazón en Madrid: hemos reparado que todas las dueñas de *album* son hermosas, graciosas, de gran virtud y talento, y amabilísimas: así consta á lo menos de todos estos libros en blanco, conforme van tomando color.

Como el caso es tener un recuerdo, propio, intrínsecamente de la persona misma, es indispensable que lo que se estampe vaya de puño y letra del autor; un *album*, pues, viene á ser un *panteón* donde vienen á enterrarse en calidad de préstamos adelantados hechos á la posteridad una porción de notabilidades; á pesar de que no todos los hombres de mérito de un *album* lo son igualmente en las edades futuras. Y como por una distinción de exquisito precio, la amistad participa del privilegio del mérito, de poner algo en el *album*, y como se puede ser muy buen amigo y no tener ninguna especie de mérito, un *album* viene á ser frecuentemente, más bien que un panteón, un cementerio, donde están enterrados, tabique por medio, los tontos al lado de los discretos, con la única diferencia de que los segundos honran al *album*, y éste honra á los primeros.

Sabido el objeto del *album*, cualquiera puede conocer la causa á que debe su origen: el orgullo del hombre se empeña en dejar huellas por todas partes; en rigor, las pirámides famosas ¿qué son sino la firma de los Faraones en el gran *album* de Egipto? Todo monumento es el *facsímile* del pueblo que le erigió, estampado en el grande *album* del triunfo. ¿Qué es la historia sino el *album* donde cada pueblo viene á depositar sus obras?

La Alhambra está llena de los nombres de viajeros ilustres que no han querido pasar adelante sin enlazar con aquellos grandes recuerdos sus grandes nombres; esto que es lícito en un hombre de mérito, confesado por todos, es risible en un desconocido, y conocemos un sujeto que se ha puesto en ridículo en sociedad por haber estampado en las paredes de la venerable antigüedad de que acabamos de hablar, debajo del letrero puesto por Chateaubriand: «Aquí estuvo también Pedro Fernández el día tantos de tal año.» Sin embargo, la acción es la misma, por parte del que la hace.

He aquí cómo motiva el origen de la moda del *album* un autor francés, que escribía como nosotros un artículo de costumbres acerca de él el año 11, época en que comenzó á hacer furor esta moda en París:

«El origen del *album* es noble, santo, majestuoso. San Bruno había fundado en el corazón de los Alpes la cuna de su orden; dábase allí hospitalidad por espacio de tres días á todo viajero. En el momento de su partida se le presentaba un registro, invitándole á escribir en él su nombre, el cual iba acompañado por lo regular de algunas frases de agradecimiento, frases verdaderamente inspiradas. El aspecto de las montañas, el ruído de los torrentes, el silencio del monasterio, la religión grande y majestuosa, los religiosos humildes y penitentes, el tiempo despreciado, y la eternidad siempre presente, debían de hacer nacer bajo la pluma de los huéspedes que se sucedían en la augusta morada altos pensamientos y delicadas expresiones. Hombres de gran mérito depositaron en este repertorio cantidad de versos y pensamientos justamente célebres. El *album* de la Gran Cartuja es incontestablemente el padre y modelo de los *albums.*»

Esta afición, recién nacida, cundió extraordinariamente; los ingleses asieron de ella; los franceses no la despreciaron, y todo hombre de alguna celebridad fué puesto á contribución: el valor por consiguiente de un *album* puede ser considerable; una pincelada de Goya, un capricho de David, ó de Vernet, un trozo de Chateaubriand, ó de lord Byron, la firma de Napoleón, todo esto puede llegar á hacer de un *album* un mayorazgo para una familia.

Nuestras señoras han sido las últimas en esta moda como en otras, pero no las que han sabido apreciar menos el valor de un *album:* ni es de extrañar: el libro en blanco es un templo colgado todo de sus trofeos; es su *lista civil,* su presupuesto, ó por lo menos el de su amor propio. Y en rigor, ¿qué es una bella sino un *album,* á cuyos pies todo el que pasa deposita su tributo de admiración? ¿Qué es su corazón muchas veces sino *album?* Perdónenos la atrevida comparación, ¡pero dichoso el que encuentra en esta especie de *album* todas las hojas en blanco! ¡Dichoso el que no pudiendo ser el primero (no pende siempre de uno el madrugar) puede ser siquiera el último!

El *album* no se llama nunca *el album,* sino *mi album;* esto es esencial. En rigor las señoras no han tomado de él más que la parte agradable: todos los inconvenientes están de parte de los que han de quitarle hoja á hoja la calidad de *blanco.* ¡Qué admirable fecundidad no se necesita para grabar un cumplimiento, por lo regular el mismo, y siempre de distinto modo, en todos los *albums* que vienen á parar á manos de uno! Luego, ¡hay tantas mujeres á quienes es más fácil profesar amor que decírselo! ¡Cuánta habilidad no es menester para que comparados después estos diversos depósitos no pueda picarse ningún amor propio! ¡Qué delicadeza para decir galanterías, que no sean más que galanterías, á una hermosa de la cual sólo se conoce el *album!*

Si éste es el mueble indispensable de una mujer de moda, también es la desesperación del poeta, del hombre de mérito, del amigo. Siempre se espera mucho del talento, y nunca es más difícil lucirle que en semejantes ocasiones.

Nosotros para tales casos, si en ellos nos encontrásemos, reclamaríamos siempre toda indulgencia, y no concluiremos este artículo sin recordar á las hermosas que cada una de ellas no tiene más que un *album* que dar á llenar, y que cada poeta suele tener á la vez varios á que contribuir.

LAS ANTIGUEDADES DE MÉRIDA

PRIMER ARTÍCULO



Hace mucho tiempo creo haber dado cuenta á mis lectores de cierta inconstancia y versatilidad, bases de mi carácter, el cual podría muy bien venir á ser el de no tener ninguno: yo no sé si hace demasiada falta el carácter para vivir; pero en caso de duda bien se podrían encontrar no lejos de nosotros multitud de ejemplares de gentes, que no teniendo ninguno conocido, no sólo aciertan á vivir, sino que están sanas y gordas, y aún cómodamente establecidas.

Ahora bien, aquella comezón singular, aquel mi prurito de mudar de casa, que puse en conocimiento del público en uno de mis artículos, titulado: *Las casas nuevas*, cuyo título recuerdo porque no estoy muy seguro de que se acuerde todo el mundo de mis artículos tan bien como yo, debía llegar á ser con el tiempo, según ya entonces se anunciaba, síntoma de más grave importancia. Afición naciente entonces, creíala contentar yo siempre, inocente de mí, con pasar de un barrio de Madrid á otro, de una calle á su vecina, de un piso al que encima ó debajo tenía. Pero sucedió con ella lo que con toda afición mal reprimida: de idea pasajera pasó á idea fija, y no cortado el mal en su principio, debía llegar á ser una pasión devoradora de mudar de sitio; pasión que indudablemente me

hubiera llevado al sepulcro, como todas las pasiones vehementes, á no verse satisfecha.

Felizmente el mundo es grande, mucho más grande que yo, y es de esperar por mi fortuna que sea todavía más grande que mi pasión de amovilidad. ¿Qué hago yo en Madrid, exclamé una mañana, después de haberle rodado en todas direcciones, en este Madrid, tan limitado como todas nuestras cosas, en el cual no puede uno echarse á la calle un día con ánimo de andar sin encontrarse á los cuatro pasos con la puerta de Atocha, ó la de Alcalá, con el campo de los Moros, ó la Pradera de los Guardias? ¿En este Madrid, que sólo se puede comparar en eso nuestra libertad, dentro de la cual no puede uno aventurarse á moverse sin tropezar en una traba? ¿Qué hago en Madrid? me dije. Primero es preciso saber si hay alguien que haga algo en Madrid: todo es chico en Madrid: no quepo en el teatro; no quepo en el café; no quepo en los empleos; todo está lleno; todo obstruído, refugiado, escondido, empotrado en un rincón de la Revista Española... *j'étouffe.* Fuera, pues, de Madrid: no bien lo había dicho, un mozo llevaba ya debajo del brazo el equipaje de *Fígaro,* más ligero que unas poesías fugitivas. Un lente para observar á los hombres, recado de escribir para bosquejarlos, y mi mal ó buen humor para reirme de los más de ellos. *Omnia mea mecum porto.*

El carruaje marchaba lentamente; sin embargo, no era carruaje del gobierno, y tardé en perder de vista el delicioso empedrado, las desiguales cúpulas de los numerosos conventos, que, semejantes al espectro descrito por Virgilio, hunden su planta en los abismos y esconden su cabeza en las nubes, ocupándolo todo. De cuando en cuando volvía la cabeza á mirar atrás, no como Héctor hacia su Andrómaca, sino que me parecía oír todavía fuera de puertas el ruido de los abogados y poetas del café del Príncipe; resonaba en mis oídos la canturia monótona de nuestros actores cómicos; oía las silbas dadas á nuestros ingenios clásicos y románticos; perseguíame la deuda interior como un remordimiento: sin embargo, yo no la había arreglado: las reformas eran las únicas que no me perseguían, ellas debían ser sin duda las perseguidas.

El ruido se iba por fin apagando, y Castilla en tanto desarrollaba á mi vista el árido mapa de su desierto arenal, como una infeliz mendiga desplega á los ojos del pasajero su falda raída y agujereada en ademán de pedirle con qué cubrir sus macilentas y desnudas carnes. Un gemido sordo, pero prolongado, había sustituído al ruidoso murmullo de la ciudad populosa: era la contribución que resonaba por el yermo. *Felicidad,* decía el segundo con acento irónico, para el que sabía oirle: *miseria,* decía el primero con acento de verdad y de desesperación.

No eran ciertamente los pueblos los que podían estorbarme en el camino; viajando por España se cree uno á cada momento la paloma de Noé, que sale á ver si está habitable el país; y el carruaje vaga solo, como el arca, en la inmensa extensión del más desnudo horizonte. Ni habitaciones, ni pueblos. ¿Dónde está la España?

Tres días rodamos por el vacío: hacia el fin del cuarto una explanada sin límites se desenvolvió á mis ojos, y se dibujaban en el fondo pálido de un cielo nebuloso los confusos y altísimos vestigios de una magnífica población. ¿Hay hombres por fin allí? me pregunté. No; los ha habido. Eran las ruinas de la antigua *Emerita-Augusta.*

La humilde Mérida, semejante á las aves nocturnas, hace su habitación en las altas ruinas. Es un hijo raquítico, que apenas alienta, cobijado por la rica faldamenta de una matrona decrépita. Es un niño dormido en brazos de un gigante.

Mérida es indudablemente una de las poblaciones, mejor diremos, uno de los recuerdos más antiguos de nuestra España. Sus fundadores eligieron un terreno fértil, un clima productor y un río cuyas aguas, pérfidamente mansas como la sonrisa de una mujer, debían regar una campiña deleitosa. Convencidos de las ventajas de su posición, los dominadores del mundo la llevaron al más alto grado de esplendor; y es fama conservada por los más de nuestros autores, que ha tenido un millón de habitantes. Erigida en *colonia romana,* y gozando de todos los fueros é inmunidades de tal, fué la segunda ciudad del imperio, y el sitio del descanso á que aspiraban altos funcionarios y guerreros cansados del aplauso de la victoria.

La caída del imperio, las irrupciones de los vándalos y de los godos, la dominación de árabes, han pasado como un trillo sobre la frente de Mérida, y no han sido bastantes á allanar y nivelar su suelo, incrustado de colosales bellezas romanas. Las habitaciones han desaparecido carcomidas por el tiempo; pero las altas ruinas al desplomarse han desigualado la llanura, y han formado, reducidas á polvo, un segundo

suelo artificial y enteramente humano sobre el suelo primitivo de la naturaleza. Se puede asegurar que no hay una piedra en Mérida que no haya formado parte de una habitación romana: nada más común que ver en una pared de una choza del siglo XIX un fragmento de mármol ó de piedra, labrado, de un palacio del siglo I. Zaguanes hemos visto empedrados con lápidas y losas sepulcrales: y un labrador, creyendo pisar la tierra, huella todos los días con su rústica suela el *aquí yace* de un procónsul, ó la advocación de un dios. Trozos de jaspe de un trabajo verdaderamente romano no tienen aquí otro museo que una cuadra, y sirven de pesebre al bruto que acaban de desuncir del arado. Diariamente el azadón de un extremeño tropieza en su camino con los manes de un héroe, y es común allí el hallazgo de una urna cineraria, ó de un tesoro numismático, coetáneo de los emperadores. Lo que es más asombroso, gran número de cosecheros se sirven aún en sus bodegas de las mismas tinajas romanas, que se conservan empotradas en sus suelos, y cuyo barro duradero, impuesto de tres capas diferentes superpuestas y admirablemente unidas, parece desafiar todavía al tiempo por más siglos de los que lleva vividos. Las vasijas mismas que se construyen en el país tienen una forma elegante, y participan de un carácter respetable de su antigüedad que difícilmente puede ocultarse á la perspicacia de un arqueólogo.

Una vez en Mérida, y rodeado de ruinas, la imaginación cree percibir el ruido de la gran ciudad, el son confuso de las armas, el *hervir vividor* de la inmensa población romana. ¡Error! Un silencio sepulcral y respetuoso no es interrumpido siquiera por el *aquí fué* del hombre reflexivo y meditador.



LAS ANTIGUEDADES DE MÉRIDA

SEGUNDO Y ÚLTIMO ARTÍCULO

Mi primer cuidado en Mérida fué hacerme con un *cicerone;* pero no ofreciéndome alicientes la entrevista con ningún *literato* del país, ni queriendo que me contase ningún pedante lo que acaso sabría yo mejor que él, después de haber buscado inútilmente en aquel museo del tiempo alguna historia de las antigüedades ó de la misma ciudad, sólo traté de sorprender la tradición popular en su curso, y atúveme á un extremeño que se me presentó como el hombre más instruído del común del pueblo acerca de las bellezas de Mérida, y que haría por tanto oficio de enseñarlas.

Mi *cicerone* era una verdadera ruina, no tan bien conservada como las romanas; sus piernas se plegaban en arco, como si el peso de la cabeza hubiese sido por mucho tiempo oneroso á la base del edificio; sus brazos pendían también como dos arcos laterales cuyo pie hubiesen carcomido dos ramales de un río, que hubiesen lamido por muchos años los costados del hombre. La cara hubiera dado lugar á las más graves investigaciones de una academia: semejante á una moneda largo tiempo enterrada, y tomada á trechos del orín y de la tierra, sus facciones estaban medio borradas, y ora parecían letras en estilo lapidario, ora vistas á otra luz semejaban algo un rostro humano maltratado por la intemperie ó la incuria de sus guardianes. La fecha no se conocía, y aquel fragmento podía ser de varias épocas. Su desigual cabello, blandamente meneado por el viento, remedaba esa hierbecilla que por entre las cornisas y coronamiento de una torre antigua hace nacer la humedad; sus dientes eran almenados, y la posición inclinada del cuerpo todo, fuera al parecer del centro de gravedad, le hacía parecer una pared que comienza á cuartearse, cuyas grietas hubiesen sido la boca y los ojos, y me trajo á la memoria la célebre torre de Pisa.

Tal se me representó á mí al menos mi *cicerone:* tal me pintaba mi imaginación cuanto en Mérida veía.

—¿De qué año es usted, buen hombre?—no pude menos de preguntarle.—Tres duros y medio, señor,—me contestó, en estilo monetario, queriéndome decir que tenía tantos años como reales aquellas medallas.—¡Pardiez! no le hubiera creído tan del día. ¿Y usted es el que suele enseñar á los viajeros las otras ruinas de esta ciudad?

—Sí, señor... estoy algo enterado...

—¿Y vienen muchos viajeros?..

—Extranjeros, sí, señor. Ingleses sobre todo, y se han solido llevar algunas cosas. Pintan ahí, y dibujan, y escriben, y qué sé yo... nos muelen á preguntas... parecen locos los ingleses. Pero españoles, señor, pocos: los más pasan sin preguntar; como no vengan de estancia al pueblo...

—Mérida ha sido gran ciudad, interrumpí al hombre de la tradición, poniéndonos en camino para recorrer las antigüedades, y siguiendo yo á la que me servía de guía.

—¡Oh! sí, señor. La historia dice que tenía ochenta puertas, y que cada puerta estaba guardada por cuatrocientos soldados de á pie y ciento *de caballería;* tenía cuatro palacios magníficos en los cuatro ángulos, que eran de cuatro *príncipes* muy ricos.

—¿Y estas ruinas son muy antiguas?

—¡Vaya!

—¿De los romanos todas?

—¡Qué! más antiguas, señor, mucho más; de los moros, y de los godos, y de los... qué sé yo de cuánta casta de gentes... mucho antes que los romanos.

—¡Hola! Perfectamente.

En esto llegábamos al puente, verdadera obra romana: colocado sobre uno de los puntos en que presenta el río mayor latitud, más de sesenta ojos espaciosos le dan una longitud que se pierde de vista: él solo es una historia de las

dominaciones que han pasado por nuestro suelo: sólo las dos cabezas, en una extensión regular, se conservan puras é intactas: remendado lo demás á trechos, ora por los godos, ora por los árabes, la distinta forma de los espolones, el color de la piedra y su diversa labor, revelan las fechas de las composturas: la más moderna es la mayor, y se hizo á costa de los tributos rendidos por los pueblos de cincuenta leguas á la redonda. Nuestras pobres piedras, unidas con hierro y argamasa, declaran toda la debilidad de nuestros medios, al lado de los pedruscos romanos, cuya única trabazón consiste en su colocación, y que durarán todavía más que las nuestras.

Perdíase mi fantasía en la investigación de los tiempos: romano ya enteramente, figurábaseme ver el dios tutelar del río, que, levantando la espalda colosal, repelía indignado la mísera traba que la moderna arquitectura osaba enlazar á la antigua sobre sus ondas, cuando la voz de mi *cicerone*, semejante á un aire colado, me sacó de mi estupor, y volviéndome hacia un nicho de ladrillo levantado sobre el trozo más romano del puente, en el cual se divisaba una pequeña é informe efigie de yeso, me dijo:

—Este, señor, es San Antonio.

—¡Muy poderosa es una religión,—exclamé, cayendo de más alto que la catarata del Niágara,—que ha podido colocar esa efigie de yeso sobre este puente romano! ¡El agua se ha llevado los dioses; sus piedras han durado más que ellos; y nuestro yeso dura más que ellos y sus piedras!

Dos acueductos magníficos enriquecían de aguas á Mérida: otro moderno parece elevado entre los antiguos como una parodia de piedra, como una insolencia, como un insulto y una befa hecha al poder caído: sin embargo, las ruinas son las triunfantes; arcos colosales y gigantes asombran la vista: allí todo es obra del hombre, que ha hecho hasta la piedra; no son ya trozos cortados de una cantería: el hombre ha cogido la tierra y el guijo, lo ha amasado entre sus manos como harina, y ha hecho una mole indestructible, una argamasa compacta, á la cual el tiempo ha dado la última mano, prestándole al mismo tiempo color, y sobre la cual salta en pedazos el pico de hierro: el poder del hombre se estrella en su propia obra.

Uno de los dos acueductos romanos parecía no tener otro objeto que formar un gran depósito de aguas destinado á una *naumaquia*, gran diversión de un gran pueblo, para quien era sólo obra del deseo el crear un mar en medio de la tierra.

—Este es, me dijo gravemente mi *cicerone* al llegar á la naumaquia, casi terraplenada por el tiempo, este es el baño de los moros.

—Gracias, buen hombre, le respondí lleno de agradecimiento. ¿Y como cuántos moros cabrían en este baño? le pregunté.

—¡Uí! ¡Figúrese usted! me dijo con aire de respeto y voz solemne, como aterrado del número de los moros, y de la capacidad del baño.

El trozo mejor conservado es el circo; las ruinas han designado el terreno sin embargo, elevándolo sobre su antiguo nivel hasta el punto de enterrar varias de las puertas que le daban entrada; pero se distinguen todavía enteras muchas de las divisiones destinadas á las fieras y á los reos y atletas; la gradería, perfectamente buena á trechos, parece acabarse de desocupar, y cree uno oír el crujido de las clámides y las togas barriendo los escalones.

—Esta era, me dijo mi *cicerone*, la plaza de los toros; por allí salía el toro, me añadió, indicándome una puerta medio terraplenada, y por aquí, concluyó en voz baja y misteriosa, enseñándome la jaula de una fiera, entraban el viático cuando el toro hería á alguno de muerte.

Una ruidosa carcajada que no fuí dueño de contener resonó por el ancho y destrozado circo, y pasamos á ver el anfiteatro, peor conservado, el hipódromo, apenas reconocible por la meta, y de allí nos dirigimos hacia la *vía romana*, vulgo en el país *calzada romana;* aquí es tradición que debe de haber muchos sepulcros: se han hallado efectivamente algunos. Sabida es la costumbre de los romanos de colocar los sepulcros á orillas de los caminos, por la cual ellos solían en sus epitafios dirigir la palabra á los pasajeros.

Nosotros, al heredar las frases hechas y las locuciones enteras de su lenguaje, sin heredar sus costumbres, hemos tenido que hacer metafóricas sus expresiones propias; así cuando hablemos de las cenizas de un muerto, que nosotros no quemamos, y cuando en un epitafio apostrofamos un viajero que no ha de ver á orillas del camino nuestro sepulcro, cometemos según los hablistas una belleza, llamada figura retórica, y según mi entender una tontería, que pudiera llamarse *de ir una cosa por otra*.

A la parte opuesta de Mérida suélense encontrar sepulcros de niños, á juzgar por sus dimensiones.

El arco de Trajano, colocado en el centro de la actual población, está en buen estado, y lo que me asombró fué encontrar en dos nichos laterales de su parte interior dos estatuas de mármol blanco, de un trabajo acabado y del gusto griego más puro, considerablemente maltratadas, en verdad, pero muy capaces de lucir como dos trozos antiguos de primer orden: y digo que esto me asombró por dos razones; primera, porque en Madrid creo haber visto un museo de escultura extraordinariamente pobre; segunda, porque la posteridad de los romanos se divierte en acabar de desmoronar á pedradas la obra de algún Fidias del imperio.

A un tiro de bala de Mérida existe una capilla dedicada á Santa Olalla, patrona de la que fué *colonia romana*, llamada *el hornillo de la Santa*, por haber sido martirizada allí: está construída con fragmentos de un templo de Marte: el viajero no se cansa de admirar los relieves, los trozos de columnas: aquel pequeño monumento se me representaba un hombre de una estatura colosal, á quien el tiempo y los achaques hubiesen encorvado y reducido á la altura de un enano. Dentro se ve ó se adivina la efigie de Santa Olalla, y en la portada de la ermita se lee en letras gruesas la inscripción siguiente:

MARTI SACRUM
VETILLA PACULLI.

La idea que este contraste presenta, imagínela el lector; estas letras parecen haber sido de bronce, pero habiendo saltado el metal, sólo ha quedado el hueco de ellas, y éste hace el mismo efecto que el cóncavo vacío de los ojos en una calavera.

En la ciudad hay otros restos de igual importancia; entre ellos es de citar la casa del conde de los Corvos, construída de moderno ladrillo y cal, entre los huecos que han dejado las magníficas y desmesuradamente altas columnas de un templo de Diana, de pie todavía y empotradas en ella; el conjunto presenta la diforme idea de un vivo atado á un cadáver; aquella suma de dos épocas tan encontradas forma un verdadero matrimonio, en que los consortes parecen estar riñendo continuamente.

El *conventual* es otra ruina, pero más moderna; colocado á la cabeza del puente, ofrece el aspecto de un edificio grandioso, y sus murallas siguen largo trecho la dirección del río; parece haber sido una fortaleza gótica; posteriormente perteneció á los templarios, y se arruinó en poder de los caballeros de Santiago.

Sobre una alta columna romana, que se levanta en medio de una plaza, domina una efigie de Santa Olalla mirando al Oriente. Al llegar aquí y concluir nuestro paseo, se acercó á mí mi *cicerone*, y me dijo con notable fervor:—Repare usted, señor: esta es otra vez Santa Olalla: yo no me acuerdo qué año hubo en Mérida una peste muy mortífera; la Santa miraba entonces á poniente; hiciéronle grandes rogativas, y una mañana amaneció vuelta al oriente y cesó la peste; desde entonces mira á esa parte, y ya no se teme la peste en Mérida.

Efectivamente, parece que desde entonces no ha vuelto ningún azote de esa especie á afligir á la antigua colonia romana, si se exceptúa el cólera; y ese, todo el mundo sabe que no es peste: con lo cual queda en pie la tradición, y la Santa siempre vuelta.

No concluiré este artículo, por largo que sea ya, sin hacer mención del último descubrimiento que ha llamado la atención de los meridenses, si se puede hablar así de unos hombres que viven entre sus ruinas tan ignorantes de ellas como los buhos y vencejos que en su compañía las habitan.

Cavando un labrador su corral, encontró recientemente debajo de su miserable casa el pavimento de una habitación, indudablemente romana, hecho de un precioso mosaico, en el cual asombra tanto la obra de la apariencia como el lujo que revela. Piedrecitas iguales de media pulgada de diámetro, y de colores hábilmente combinados, forman figuras simbólicas, cuya inteligencia no es fácil; algunas tienen un carácter egipcio, lo cual puede hacer sospechar si habrá pertenecido la casa á algún sacerdote ó arúspice; á la cabeza de la pieza se descubre, pero no se descifra, una inscripción en letras latinas, y á los dos lados parece prolongarse el precioso mosaico á otras habitaciones no descubiertas todavía.

La autoridad de Mérida parece haber dado parte convenientemente al gobierno; pero no habiéndose dispuesto nada todavía, el dueño de la casa reclama que se le deje usar de su terreno como mejor le convenga, ó que se le compre; en el ínterin, no habiendo fondos destinados á continuar esta importante excavación, y habiendo quedado á la intemperie el pavimento descubierto hasta la presente, el polvo, el agua llovediza y el desmoronamiento de la tierra circunstante, echa á perder diariamente el pe-

regrino hallazgo, lleno ya de quebraduras y lagunas; sin embargo, bastaría una cantidad muy pequeña para construir un cobertizo y comprar la choza, ya que no fuese para continuar la excavación.

Mérida, la antigua *Emerita-Augusta*, poseesora de tantos tesoros numismáticos, olvidada de ellos, y olvidada ella misma, es en el día una población de cortísima importancia; puéblanla apenas mil vecinos, y de su grandeza pasada sólo le quedan suntuosas ruinas y orgullosos recuerdos. Después de haber saludado á las unas con supersticioso respeto, y de haber enlazado los otros con vanidad al nombre español que llevo, proseguí mi viaje, lleno de aquella impresión sublime y melancólica que deja en el ánimo por largo espacio la contemplación filosófica de las grandezas humanas, y de la nada de que salieron, para volver á entrar en ella más tarde ó más temprano.



LOS CALAVERAS

ARTÍCULO PRIMERO



Es cosa que daría que hacer á los etimologistas y á los anatómicos de lenguas el averiguar el origen de la voz *calavera* en su acepción figurada, puesto que la propia no puede tener otro sentido que la designación del cráneo de un muerto, ya vacío y descarnado. Yo no recuerdo haber visto empleada esta voz, como sustantivo masculino, en ninguno de nuestros autores antiguos, y esto prueba que esta acepción picaresca es de uso moderno. La especie sin embargo de seres á que se aplica ha sido de todos los tiempos. El famoso Alcibíades era el *calavera* más perfecto de Atenas: el célebre filósofo que arrojó sus tesoros al mar, no hizo en eso más que una *calaverada*, á mi entender de muy mal gusto: César, marido de todas las mujeres de Roma, hubiera pasado en el día por un excelente *calavera:* Marco Antonio echando á Cleopatra por contrapeso en la balanza del destino del imperio, no podía ser más que un *calavera;* en una palabra, la suerte de más de un pueblo se ha decidido á veces por una simple *calaverada*. Si la historia, en vez de escribirse como un índice de los crímenes de los reyes y una crónica de unas cuantas familias, se escribiera con esta especie de filosofía, como un cuadro de costumbres privadas, se vería probada aquella verdad; y muchos de los importantes trastornos que han cambiado la faz del mundo, á los cuales han solido achacar grandes causas los políticos, encontrarían una clave de muy verosímil y sencilla explicación en las *calaveradas*.

Dejando aparte la antigüedad (por más mérito que les añada, puesto que hay muchas gentes que no tienen otro), y volviendo á la

etimología de la voz, confieso que no encuentro qué relación puede existir entre un *calavera* y una *calaverada.* ¡Cuánto exceso de vida no supone el primero! ¡Cuánta ausencia de ella no supone la segunda! Si se quiere decir que hay un punto de similitud entre el vacío del uno y de la otra, no tardaremos en demostrar que es un error. Aun concediendo que las cabezas se dividan en vacías y en llenas, y que la ausencia del talento y del juicio se refiera á la primera clase, espero que por mi artículo se convencerá cualquiera de que para pocas cosas se necesita más talento y buen juicio que para ser *calavera.*

Por tanto, el haber querido dar un aire de apodo y de vilipendio á los *calaveras* es una injusticia de la lengua y de los hombres que acertaron á darle los primeros ese giro malicioso: yo por mí rehuso esa voz; confieso que quisiera darle una nobleza, un sentido favorable, un carácter de dignidad que desgraciadamente no tiene, y así sólo la usaré, porque no teniendo otra á mano, y encontrando esa establecida, aquellos mismos cuya causa defiendo se harán cargo de lo difícil que me sería darme á entender valiéndome para designarlos de una palabra nueva; ellos mismos no se reconocerían, y no reconociéndolos seguramente el público tampoco, vendría á ser inútil la descripción que de ellos voy á hacer.

Todos tenemos algo de *calaveras*, más ó menos. ¿Quién no hace locuras y disparates alguna vez en su vida? ¿Quién no ha hecho versos, quién no ha creído en alguna mujer, quién no se ha dado malos ratos algún día por ella, quién no ha prestado dinero, quién no ha debido, quién no ha abandonado alguna cosa que le importase por otra que le gustase, quién no se casa en fin?... Todos lo somos; pero así como no se llama locos sino á aquellos cuya locura no está en armonía con la de los más, así sólo se llama *calaveras* á aquellos cuya serie de acciones continuadas son diferentes de las que los otros tuvieran en iguales casos.

El *calavera* se divide y subdivide hasta lo infinito, y es difícil encontrar en la naturaleza una especie que presente al observador mayor número de castas distintas: tienen todas empero un tipo común de donde parten, y en rigor sólo dos son las calidades esenciales que determinan su ser, y que las reunen en una sola especie: en ellas se reconoce al *calavera*, de cualquier casta que sea.

1.º El *calavera* debe tener por base de su ser lo que se llama *talento natural* por unos; *despejo* por otros; *viveza* por los más: entiéndase esto bien; *talento natural:* es decir, no cultivado. Esto se explica: toda clase de estudio profundo, ó de extensa instrucción, sería lastre demasiado pesado que se opondría á esa ligereza, que es una de sus más amables cualidades.

2.º El *calavera* debe tener lo que se llama en el mundo *poca aprehensión.* No se interprete esto tampoco en mal sentido. Todo lo contrario. Esta *poca aprehensión* es aquella indiferencia filosófica con que considera *el qué dirán* el que no hace más que cosas naturales, el que no hace cosas vergonzosas. Se reduce á arrostrar en todas nuestras acciones la publicidad, á vivir ante los otros, más para ellos que para uno mismo. El *calavera* es un hombre público cuyos actos todos pasan por el tamiz de la opinión, saliendo de él más depurados. Es un espectáculo cuyo telón está siempre descorrido; quítensele los espectadores, y á Dios teatro. Sabido es que con mucha aprehensión no hay teatro.

El *talento natural*, pues, y la *poca aprehensión*, son las dos cualidades distintas de la especie: sin ellas no se da *calavera.* Un tonto, un timorato del *qué dirán*, no lo serán jamás. Sería tiempo perdido.

El *calavera* se divide en *silvestre* y *doméstico.*

El *calavera silvestre* es hombre de la plebe, sin educación ninguna y sin modales; es el capataz del barrio, tiene honores de jaque, habla andaluz; su conversación va salpicada de chistes; enciende un cigarro en otro, escupe por el colmillo; convida siempre, y nadie paga donde está él; es chulo nato: dos cosas son indispensables á su existencia: la querida, que es manola, condición *sine qua non*, y la navaja, que es grande; por un quítame allá esas pajas le da honrosa sepultura en un cuerpo humano. Sus manos siempre están ocupadas: ó empaqueta el cigarro, ó saca la navaja, ó tercia la capa, ó se cala el chapeo, ó se aprieta la faja, ó vibra el garrote: siempre está haciendo algo. Se le conoce á larga distancia, y es bueno dejarle pasar como al jabalí. ¡Ay del que mire á su Dulcinea! ¡Ay del que la tropiece! Si es hombre de levita, sobre todo, si es señorito delicado, más le valiera no haber nacido. Con esa especie está á matar, y la mayor parte de sus calaveradas recaen sobre ella; se perece por asustar á uno, por desplumar á otro. El *calavera silvestre* es

el gato del *lechuguino:* así es que éste le ve con terror; de quimera en quimera, de *qué se me da á mí* en *qué se me da á mí*, para en la cárcel; á veces en presidio; pero esto último es raro: se diferencia esencialmente del ladrón en su condición generosa: da y no recibe; puede ser homicida, nunca asesino. Este *calavera* es esencialmente español.

El *calavera doméstico* admite diferentes grados de civilización, y su cuna, su edad, su profesión, su dinero le subdividen después en diversas castas. Las principales son las siguientes:

El *calavera-lampiño* tiene catorce ó quince años, lo más diez y ocho. Sus padres no pudieron nunca hacer carrera con él: le metieron en el colegio para quitársele de encima, y hubieron de sacarle porque no dejaba allí cosa con cosa. Mientras que sus compañeros más laboriosos devoraban los libros para entenderlos, él los despedazaba para hacer balitas de papel, las cuales arrojaba disimuladamente y con singular tino á las narices del maestro. A pesar de eso, el día de examen el talento profundo y tímido se cortaba, y nuestro audaz muchacho repetía con osadía las cuatro voces tercas que había recogido aquí y allí, y se llevaba el premio. Su carácter resuelto ejercía predominio sobre la multitud, y capitaneaba por lo regular las pandillas y los partidos. Despreciador de los bienes mundanos, su sombrero, que le servía de blanco ó de pelota, se distinguía de los demás sombreros como él de los demás jóvenes.

En carnaval era el que ponía las mazas á todo el mundo, y aun las manos encima si tenían la torpeza de enfadarse; si era descubierto hacía pasar á otro por el culpable, ó sufría en el último caso la pena con valor, y riéndose todavía del feliz éxito de su travesura. Es decir que el *calavera*, como todo el que ha de ser algo en el mundo, comienza á descubrir desde su más tierna edad el germen que encierra. El número de sus hazañas era infinito. Un maestro había perdido unos anteojos, que se habían encontrado en su faltriquera: el rapé de otro había pasado al chocolate de sus compañeros, ó á las narices de los gatos, que recorrían bufando los corredores con gran risa de los más juiciosos; la peluca del maestro de matemáticas había quedado un día enganchada en un sillón, al levantarse el pobre Euclides, con notable perturbación de un problema que estaba por resolver. Aquel día no se despejó más incógnita que la calva del buen señor.

Fuera ya del colegio, se trató de sujetarle en casa y se le puso bajo llave, pero á la mañana siguiente se encontraron colgadas las sábanas de la ventana; el pájaro había volado; y como sus padres se convencieron de que no había forma de contenerle, convinieron en que era preciso dejarle. De aquí fecha la libertad del *lampiño*. Es el más pesado, el más incómodo: careciendo todavía de barba y de reputación, necesita hacer dobles esfuerzos para llamar la pública atención; privado él de medios, le es forzoso afectarlos. Es risa oírle hablar de las mujeres como un hombre ya maduro; sacar el reloj como si tuviera que hacer; contar todas sus acciones del día como si pudieran importarle á alguien, pero con despejo, con soltura, con aire cansado y corrido.

Por la mañana madrugó porque tenía una cita: á las diez se vino á encargar el billete para la ópera, porque hoy daría cien onzas por un billete; no puede faltar. ¡Estas mujeres le hacen á uno hacer tantos disparates! A media mañana se fué al billar; aunque hijo de familia no come nunca en casa; entra en el café metiendo mucho ruido, su duro es el que más suena; sus bienes se reducen á algunas monedas que debe de vez en cuando á la generosidad de su mamá, ó de su hermana, pero los luce sobremanera. El billar es su elemento; los intervalos que le deja libre el juego suéleselos ocupar cierta clase de mujeres, únicas que pueden hacerle cara todavía, y en cuyo trato toma sus peregrinos conocimientos acerca del corazón femenino. A veces el *calavera-lampiño* se finge malo para darse importancia; y si puede estarlo de veras mejor; entonces está de enhorabuena. Empieza asimismo á fumar, es más cigarro que hombre, jura y perjura y habla detestablemente; su boca es una sentina, si bien tal vez con chiste. Va por la calle deseando que alguien le tropiece; y cuando no lo hace nadie, tropieza él á alguno; su honor entonces está comprometido, y hay de fijo un desafío; si este acaba mal, y si mete ruido, en aquel mismo punto empieza á tomar importancia; y entrando en otra casta, como la oruga que se torna mariposa, deja de ser *calavera-lampiño*. Sus padres, que ven por fin decididamente que no hay forma de hacerle abogado, le hacen meritorio; pero como no asiste á la oficina, como bosqueja en ella las caricaturas de los jefes, porque tiene el instinto del dibujo, se muda de bisiesto y se trata de hacerlo militar: en cuanto está declarado irremisiblemente mala cabeza se le busca una

charretera, y si se encuentra ya es un hombre hecho.

Aquí empieza el *calavera-temerón*, que es el gran *calavera*. Pero nuestro artículo ha crecido debajo de la pluma más de lo que hubiéramos querido, y de aquello que para un periódico convendría: ¡tan fecunda es la materia! Por tanto nuestros lectores nos concederán algún ligero descanso, y remitirán al número siguiente su curiosidad si alguna tiene.



LOS CALAVERAS

ARTÍCULO SEGUNDO Y CONCLUSIÓN

Quedábamos al fin de nuestro artículo anterior en el *calavera-temerón*. Este se divide en paisano y militar; si el influjo no fué bastante para lograr su charretera (porque alguna vez ocurre que las charreteras se dan por influjo), entonces es paisano; pero no existe entre uno y otro más que la diferencia del uniforme. Verdad es que es muy esencial, y más importante de lo que parece. Es decir, que el paisano necesita hacer dobles esfuerzos para darse á conocer; es una casa pública sin muestra; es preciso saber que existe para entrar en ella. Pero por un contraste singular el *calavera-temerón*, una vez militar, afecta no llevar el uniforme, viste de paisano, salvo el bigote; sin embargo, si se examina el modo suelto que tiene de llevar el frac ó la levita, se puede decir que hasta este traje es uniforme en él. Falta la plata y el oro, pero queda el despejo y la marcialidad, y eso se trasluce siempre; no hay paño bastante negro ni tupido que le ahogue.

El *calavera-temerón* tiene indispensablemente, ó ha tenido alguna temporada una cerbatana, en la cual adquiere singular tino. Colocado en alguna tienda de la calle de la Montera, se parapeta detrás de dos ó tres amigos, que fingen discurrir seriamente.

—Aquel viejo que viene allí: ¡mírale qué serio viene!—Sí; al de la casaca verde, ¡va bueno!—Dejad, dejad. ¡Pum! en el sombrero. Seguid hablando y no miréis.

Efectivamente, el sombrero del buen hombre produjo un sonido seco: el acometido se para, se quita el sombrero, lo examina.

—¡Ahora!—dice la turba.—¡Pum! otra en la calva.—El viejo da un salto y echa una mano á la calva; mira á todas partes... nada.

—¡Está bueno!—dice por fin, poniéndose el sombrero;—algún pillastre... bien podía irse á divertir...

—¡Pobre señor!—dice entonces el *calavera*, acercándosele;—¿le han dado á usted? es una desvergüenza.. ¿pero le han hecho á usted mal?...

—No, señor, felizmente.

—¿Quiere usted algo?

—Tantas gracias.

Después de haber dado gracias, el hombre se va alejando, volviendo poco á poco la cabeza á ver si descubría... pero entonces el *calavera* le asesta su último tiro, que acierta á darle en medio de las narices, y el hombre derrotado aprieta el paso, sin tratar ya de averiguar de dónde procede el fuego; ya no piensa más que en alejarse. Suéltase entonces la carcajada en el corrillo, y empiezan los comentarios sobre el viejo, sobre el sombrero, sobre la calva, sobre el frac verde. Nada causa más risa que la extrañeza y el enfado del pobre; sin embargo, nada más natural.

El *calavera-temerón* escoge á veces para su centro de operaciones la parte interior de una persiana; este medio permite más abandono en la risa de los amigos, y es el más oculto; el *calavera* fino le desdeña por poco expuesto.

A veces se dispara la cerbatana en guerrilla; entonces se escoge por blanco el farolillo de un escarolero, el fanal de un confitero, las botellas de una tienda; objetos todos en que produce el barro cocido un sonido sonoro y argentino. ¡Pim! las ansias mortales, las agonías, y los votos del gallego y del fabricante de merengues, son el alimento del *calavera*.

Otras veces el *calavera* se coloca en el confín de la acera y fingiendo buscar el número de una casa, ve venir á uno, y andando con la cabeza alta, arriba, abajo, á un lado, á otro, sortea todos los movimientos del transeunte, cerrándole por todas partes el paso á su camino. Cuando quiere poner un término á la escena, finge tropezar con él y le da un pisotón; el otro entonces le dice: *perdone usted;* y el *calavera* se incorpora con su gente.

A los pocos pasos, se va con los brazos abiertos á un hombre muy formal, y ahogándole entre ellos:—Pepe, exclama, *¿cuándo has vuelto? ¡Sí, tú eres!* Y lo mira: el hombre, todo atur-

dido, duda si es un conocimiento antiguo... y tartamudea... Fingiendo entonces la mayor sorpresa:—¡Ah! usted perdone,—dice retirándose el *calavera:*—creí que era usted un amigo mío... —No hay de qué.—Usted perdone. ¡Qué diantre! No he visto cosa más parecida.

Si se retira á la una ó las dos de su tertulia, y pasa por una botica, llama: el mancebo, medio dormido, se asoma á la ventanilla.—¿Quién es?—Dígame usted,—pregunta el *calavera,*—¿tendría usted espolines?

Cualquiera puede figurarse la respuesta: feliz el mancebo, si en vez de hacerle esa sencilla pregunta, no le ocurre al *calavera* asirle de las narices al través de la rejilla, diciéndole:—Retírese usted; la noche está muy fresca y puede usted atrapar un constipado.

Otra noche llama á deshoras á una puerta. —¿Quién?—pregunta de allí á un rato un hombre que sale al balcón medio desnudo.—Nada, —contesta:—soy yo, á quien no conoce, no quería irme á mi casa sin darle á usted las buenas noches.—¡Bribón! ¡insolente! Si bajo...—A ver cómo baja usted; baje usted: usted perdería más: figúrese usted dónde estaré yo cuando usted llegue á la calle. Conque buenas noches: sosiéguese usted, y que usted descanse.

Claro está que el *calavera* necesita espectadores para todas estas escenas: sólo lo son en cuanto pueden comunicarse; por tanto el *calavera* cría á su alrededor constantemente una pequeña corte de aprendices, ó de meros curiosos, que no teniendo valor ó gracia bastante para serlo ellos mismos, se contentan con el papel de cómplices y partícipes: éstos le miran con envidia, y son las trompetas de su fama.

El *calavera-langosta* se forma del anterior, y tiene el aire más decidido, el sombrero más ladeado, la corbata más *negligé:* sus hazañas son más serias; éste es aquel que se reune en pandillas: semejante á la *langosta,* de que toma nombre, tala el campo donde cae; pero como ella no es de todos los años, tiene temporadas, y como en el día no es de lo más en boga, pasaremos muy rápidamente sobre él. Concurre á los bailes llamados de *candil,* donde entra sin que nadie le presente, y donde su sola presencia difunde el terror: arma camorra, apaga las luces, y se escurre antes de la llegada de la policía, y después de haber dado unos cuantos palos á derecha é izquierda: en las máscaras suele mover también su zipizape: en viendo una figura antipática, dice: *aquel hombre me carga;* se va para él, y le aplica un bofetón: de diez hombres que reciban bofetón, los nueve se quedan tranquilamente con él, pero si alguno quiere devolverle, hay desafío; la suerte decide entonces, porque el *calavera* es valiente: este es el difícil de mirar: tiene un duelo hoy con uno que le miró de frente, mañana con uno que le miró de soslayo, y al día siguiente lo tendrá con otro que no lo mire: este es el que suele ir á las casas públicas con ánimo de no pagar: este es el que talla y apunta con furor; es jugador, griego nato, y gran billarista además. En una palabra, este es el venenoso, el *calavera-plaga:* los demás divierten; este mata.

Dos líneas más allá de este está otra casta, que nosotros rehusaremos desde luego; el *calavera-tramposo,* ó trapalón, el que hace deudas, el parásito, el que comete á veces picardías, el que empresta para no devolver, el que vive á costa de todo el mundo, etc., etc.: pero éstos no son verdaderamente calaveras; son indignos de este nombre: esos son los que desacreditan el oficio, y por ellos pierden los demás. No los reconocemos.

Sólo tres clases hemos conocido más detestables que ésta; la primera es común en el día, y como al describirla habríamos de rozarnos con materias muy delicadas, y para nosotros respetables, no haremos más que indicarla: Queremos hablar del *calavera-cura.* Vuelvo á pedir perdón; pero ¿quién no conoce en el día algún sacerdote de esos que queriendo pasar por hombres despreocupados, y limpiarse de la fama de carlistas, dan en el extremo opuesto; de esos que para exagerar su liberalismo y su ilustración empiezan por llorar su ministerio; á quienes se ve siempre al rededor del tapete y de las bellas en bailes y en teatros, y en todo paraje profano, vestidos siempre y hablando mundanamente; que hacen alarde de?... Pero nuestros lectores nos comprenden. Este *calavera* es detestable, porque el cura liberal y despreocupado debe ser el más timorato de Dios, y el mejor morigerado. No creer en Dios y decirse su ministro, ó creer en él y faltarle descaradamente, son la hipocresía ó el crimen más hediondos. Vale más ser cura carlista de buena fe.

La segunda de esas aborrecibles castas es el *viejo-calavera,* planta como la caña, hueca y árida con hojas verdes. No necesitamos describirla, ni dar las razones de nuestro fallo. Recuerde el lector esos viejos que conocerá, un decrépito que persigue á las bellas, y se roza entre ellas como se arrastra un caracol entre

las flores, llenándolas de baba; un viejo sin orden, sin casa, sin método... el joven al fin tiene delante de sí tiempo para la enmienda y disculpa en la sangre ardiente que corre por sus venas; el *viejo calavera* es la torre antigua y cuarteada que amenaza sepultar en su ruina la planta inocente que nace á sus pies; sin embargo, éste es el único á quien cuadraría el nombre de *calavera*.

La tercera, en fin, es la *mujer-calavera*. La mujer con *poca aprehensión*, y que prescinde del primer mérito de su sexo, de ese miedo á todo, que tanto la hermosea, cesa de ser mujer para ser hombre; es la confusión de los sexos, el único hermafrodita de la naturaleza; ¿qué deja para nosotros? La mujer, reprimiendo sus pasiones, puede ser desgraciada, pero no le es lícito ser *calavera*. Cuanto es interesante la primera, tanto es despreciable la segunda.

Después del *calavera-temerón* hablaremos del *seudo-calavera*. Este es aquel que sin gracia, sin ingenio, sin viveza y sin valor verdadero, se esfuerza para pasar por *calavera:* es género bastardo, y pudiérasele llamar por lo pesado y lo enfadoso el *calavera mosca*. *Rien n'est beau que le vrai*, ha dicho Boileau, y en esta sentencia se encierra toda la crítica de esa apócrifa casta.

Dejando por fin á un lado otras varias, cuyas diferencias estriban principalmente en matices y en medias tintas, pero que en realidad se refieren á las castas madres de que hemos hablado, concluiremos nuestro cuadro en un ligero bosquejo de la más delicada y exquisita, es decir, del *calavera de buen tono*.

El *calavera de buen tono* es el tipo de la civilización, el emblema del siglo XIX. Perteneciendo á la primera clase de la sociedad, ó debiendo á su mérito y á su carácter la introducción en ella, ha recibido una educación esmerada; dibuja con primor y toca un instrumento: filarmónico nato, dirige el aplauso en la ópera, y le dirige siempre á la más graciosa, ó á la más sentimental: más de una mala cantatriz le es deudora de su boga: se ríe de los actores españoles y acaudilla las silbas contra el verso: sus carcajadas se oyen en el teatro á larga distancia: por el sonido se le encuentra: reside en la luneta al principio del espectáculo, donde entra tarde en el paso más crítico, y del cual se va temprano: reconoce los palcos, donde habla muy alto, y rara noche se olvida de aparecer un momento por la *tertulia* á asestar su doble anteojo á la banda opuesta. Maneja bien las armas y se bate á menudo, semejante en eso al *temerón*, pero siempre con fortuna y á primera sangre: sus duelos rematan en almuerzo, y son siempre por poca cosa. Monta á caballo y atropella con gracia á la gente de á pie: habla el francés, el inglés y el italiano; saluda en una lengua, contesta en otra, cita en las tres: sabe casi de memoria á Paul de Kock, ha leído á Walter Scott, á D'Arlincourt, á Cooper, no ignora á Voltaire, cita á Pigault-Lebrún, mienta á Ariosto, y habla con desenfado de los poetas y del teatro. Baila bien y baila siempre. Cuenta anécdotas picantes, le suceden cosas raras, habla de prisa, y tiene *salidas*. Todo el mundo sabe lo que es tener *salidas*. Las suyas se cuentan por todas partes; siempre son originales: en los casos en que él se ha visto, sólo él hubiera hecho, hubiera respondido aquello. Cuando ha dicho una gracia tiene el singular tino de marcharse inmediatamente: esto prueba gran conocimiento: la última impresión es la mejor de esta suerte, y todos pueden quedar riendo y diciendo además de él: *¡Qué cabeza! ¡Es mucho fulano!*

No tiene formalidad, ni vuelve visitas, ni cumple palabras; pero de él es de quien se dice: *¡Cosas de fulano!* y el hombre que llega á tener *cosas* es libre, es independiente. Niéguesenos, pues, ahora que se necesita talento y buen juicio para ser *calavera*. Cuando otro falta á una mujer, cuando otro es insolente, él es sólo atrevido, amable; las bellas que se enfadarían con otro, se contentan con decirle á él: *¡No sea usted loco! ¡Qué calavera! ¿Cuándo ha de sentar usted la cabeza?*

Cuando se concede que un hombre está loco, ¿cómo es posible enfadarse con él? Sería preciso ser más loca todavía.

Dichoso aquel á quién llaman las mujeres *calavera*, porque el bello sexo gusta sobremanera de toda especie de fama; es preciso conocerle, fijarle, probar á sentarle, es una obra de caridad. El *calavera de buen tono* es, pues, el adorno primero del siglo, el que anima un círculo, el cupido de las damas, *l'enfant gâté* de la sociedad y de las hermosas.

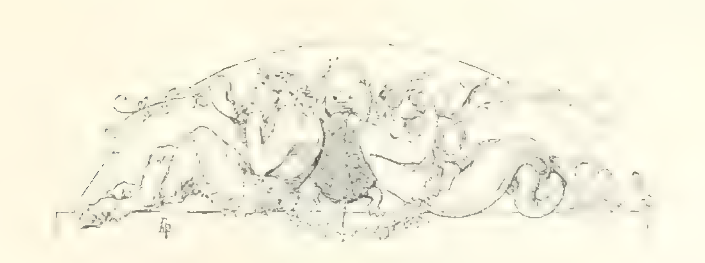
Es el único que ve el mundo y sus cosas en su verdadero punto de vista: desprecia el dinero, le juega, le pierde, le debe; pero siempre noblemente y en gran cantidad: trata, frecuenta, quiere á alguna bailarina ó á alguna operista; pero amores volanderos, mariposa ligera vuela de flor en flor. Tiene algún amor sentimental, y no está nunca sin intrigas, pero in-

trigas de peligro y consecuencias: es el terror de los padres y de los maridos. Sabe que, semejante á la moneda, sólo toma su valor de su curso y circulación, y por consiguiente no se adhiere á una mujer sino el tiempo necesario para que se sepa. Una vez satisfecha la vanidad, ¿qué podría hacer de ella? El estancarse sería perecer; se creería falta de recursos ó de mérito su constancia. Cuando su boga decae, la reanima con algún escándalo ligero; un escándalo es para la fama y la fortuna del *calavera* un leño seco en la lumbre: una hermosa ligeramente comprometida, un marido batido en duelo, son sus despachos y su pasaporte: todas le obsequian, le pretenden, se le disputan. Una mujer arruinada por él, es un mérito contraído para con los demás. El hombre no *calavera*, el hombre de *talento y juicio* se enamora, y por consiguiente es víctima de las mujeres: por el contrario las mujeres son las víctimas del *calavera*. Dígasenos ahora si el hombre de *talento y juicio* no es un necio á su lado.

El fin de este es la edad misma; una posición social nueva, un empleo distinguido, una boda ventajosa, ponen término honroso á sus inocentes travesuras. Semejante entonces al sol en su ocaso, se retira majestuosamente, dejando, si se casa, su puesto á otros, que vengan en él á la sociedad ofendida, y cobran en el nuevo marido, á veces con crecidos intereses, las letras que él contra sus antecesores girara.

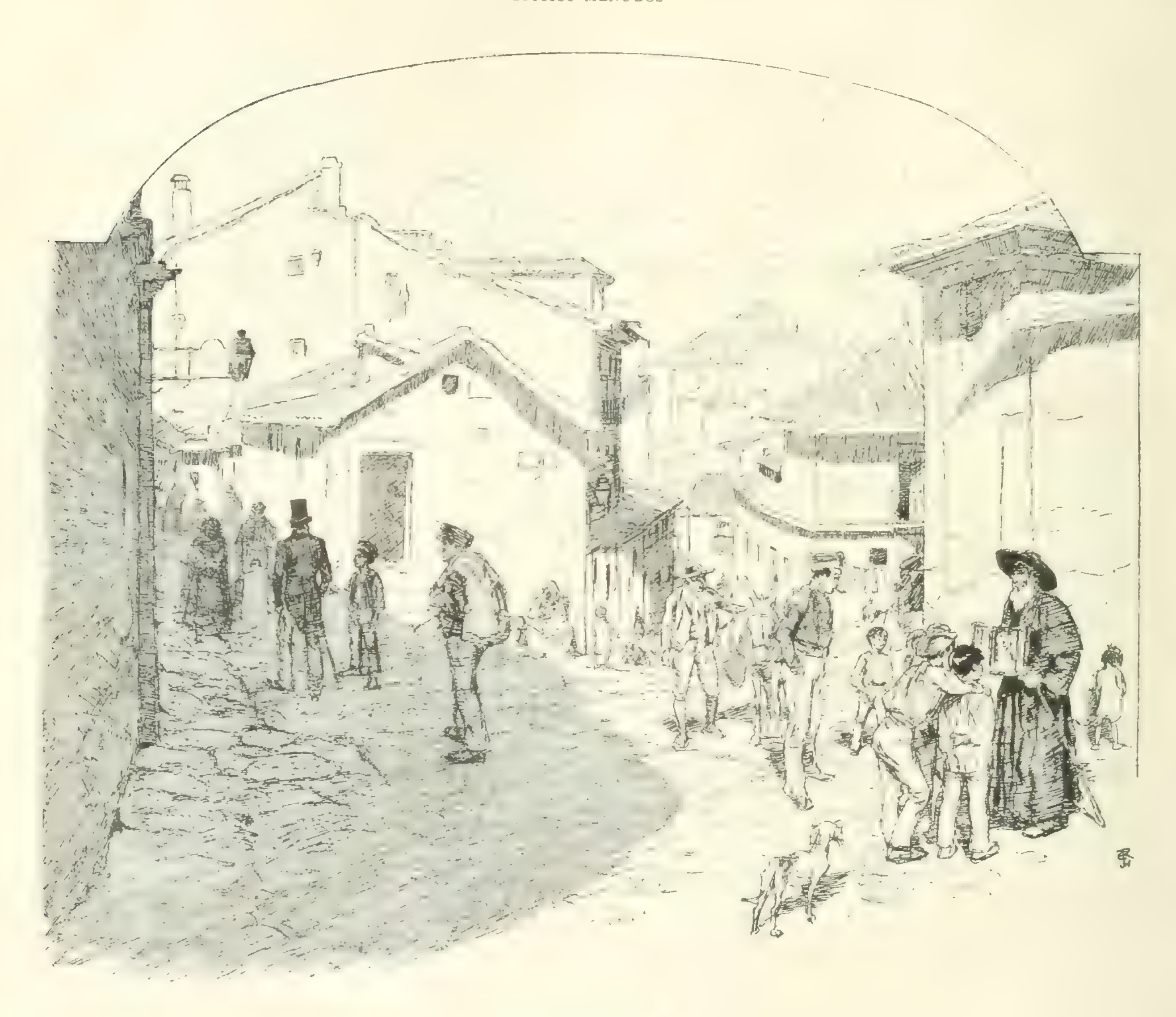
Sólo una observación general haremos antes de concluir nuestro artículo acerca de lo que se llama en el mundo vulgarmente *calaveradas*. Nos parece que éstas se juzgan siempre por los resultados: por consiguiente á veces una línea imperceptible divide únicamente al *calavera* del *genio*, y la suerte caprichosa los separa ó los confunde en una para siempre. Supóngase que Cristóbal Colón perece víctima del furor de su gente antes de encontrar el nuevo mundo, y que Napoleón es fusilado de vuelta de Egipto, como acaso merecía: la intentona de aquél y la insubordinación de éste hubieran pasado por dos *calaveradas*, y ellos no hubieran sido más que dos *calaveras*. Por el contrario, en el día están sentados en gran libro como dos *grandes hombres, dos genios*.

Tal es el modo de juzgar de los hombres; sin embargo, eso se aprecia, eso sirve muchas veces de regla. ¿Y por qué?... Porque tal es la *opinión pública*.



MODOS DE VIVIR QUE NO DAN DE VIVIR

OFICIOS MENUDOS



Considerando detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas* ó *carreras*, no es lo que sostiene la gran muchedumbre: descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás: los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles: los militares, que venden la suya con la expresa condición de matar á los otros: los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones á valores de bolsa: los nacidos propietarios, que viven de heredar: los artistas, únicos que dan trabajo por dinero, etc., etc.; y todavía quedará una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo existirá: su número en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte: necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias á la manutención de una familia, son más bien *pretextos de existencia* que verdaderos oficios: en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir:* los que los profesan son, no obstante, como las últimas ruedas de una máquina, que sin tener á primera vista grande importancia, rotas ó separadas del conjunto paralizan el movimiento.

Estos seres marchan siempre á la cola de las pequeñas necesidades de una gran población, y suelen desempeñar diferentes cargos, según el año, la estación, la hora del día. Esos mismos que en noviembre venden ruedos ó zapatillas de orillo, en julio venden horchata: en verano son bañeros del Manzanares: en invierno cafeteros ambulantes: los que venden agua en agosto, vendían en carnaval cartas y garbanzos de pega, y en navidades motes nuevos para damas y galanes.

Uno de estos *menudos oficios* ha recibido últimamente un golpe mortal con la sabia y filantrópica institución de San Bernardino; y es gran dolor, por cierto, pues que era la introducción á los demás, es decir el oficio de examen, y el más fácil: quiero hablar de la candela: una numerosa turba de muchachos, que podría en todo tiempo tranquilizar á cualquiera sobre el fin del mundo (cuyos padres es de suponer existiesen, en atención á lo difícil que es obtener hijos sin previos padres, pero no porque hubiese datos más positivos) se esparcían por las calles y paseos. Todas las primeras materias, todo el capital necesario para empezar su oficio se reducían á una mecha de trapos, de que llevaban siempre sobre sí mismos abundante provisión: á la luz de la filosofía, debían tener cierto valor; cuando el mundo es todo vanidad, cuando todos los hombres dan dinero por humo, ellos solos daban humo por dinero. Desgraciadamente un nuevo Prometeo les ha robado el fuego para comunicárselе á sus hechuras, y este menudo oficio ha salido del gremio para entrar en el número de las profesiones conocidas, de las instituciones sentadas y reglamentadas.

Pero con respecto á los demás, dígasenos francamente si pueden subsistir con sus ganancias: aquel hombre negro y mal encarado, que con la balanza rota y la alforja vieja parece, según lo maltratado, la imagen de la justicia, y cuya profesión es dar *higos* y *pasas* por *hierro viejo;* el otro que siempre detrás de su acémila, y tan inseparable de ella como alma y cuerpo, no vende nada, antes compra..... *palomina:* capitalista verdadero, coloca sus fondos, y tiene que revender después, y ganar en su preciosa mercancía; ha de mantenerse él y su caballería, que al fin son dos aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga más familia; el que vende *alpiste* para *canarios*, el que pregona *pajuelas*, etc., etc.

Pero entre todos los modos de vivir ¿qué me dice el lector de la trapera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre á la madrugada, y aun más comunmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La trapera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa: semejante también á la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar así á los portales de Madrid, siquiera por figura retórica, y en atención á que otros hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decía, sacando de cada parte sólo el jugo que necesita; repáresela de noche; indudablemente ve como las aves nocturnas: registra los más recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho, parecida en esto á muchas personas de más decente categoría que ella: su gancho es parte integrante de su persona; es en realidad su sexto dedo, y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto exquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra; y entonces por un sentimiento simultáneo, por una relación simpática que existe entre la voluntad de la trapera y su gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto. La trapera por tanto con otra educación sería un excelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: he ahí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la trapera es imponente: alargar el gancho, hacerlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene á llamar á todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita á la meditación, á la contemplación de la muerte, de que es viva imagen.

Bajo otros puntos de vista se puede comparar á la trapera con la muerte; en ella vienen á nivelarse todas las jerarquías: en su cesto vienen á ser iguales como en el sepulcro Cervantes y Avellaneda: allí, como en un cementerio, vienen á colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda: allí se reunen por única vez las poesías, releídas, de Quintana, y las ilegibles de A***: allí se codean Calderón y C***: allá van juntos Moratín y B***. La trapera, como la muerte, *equo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres*. Ambas echan tierra sobre el hombre oscuro, y nada pueden contra el ilustre;

¡de cuántos bandos ha hecho justicia la primera! ¡de cuántos banderos la segunda!

El cesto de la trapera, en fin, es la realización, única posible, de la fusión, que tales nos ha puesto. *El Boletín de Comercio* y *la Estrella*, *la Revista* y *la Abeja*, las metáforas de Martínez de la Rosa y las interpelaciones del conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la trapera.

Así como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecía, así la trapera no es nunca joven: nace vieja; estos son los dos oficios extremos de la vida, y como la Providencia, justa, destinó á la mortificación de todo bicho otro bicho en la naturaleza, como crió el sacre para daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la mujer para el hombre, y el escribano para todo el mundo, así crió en sus altos juicios á la trapera para el perro. Estas dos especies se aborrecen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden.

Ese ser, con todo ha de vivir, y tiene grandes necesidades, si se considera la carrera ordinaria de su existencia anterior; la trapera por lo regular (antes por supuesto de serlo) ha sido joven, y aun bonita; muchacha, freía buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera oscura, pero acaso holgada; hubiera recurrido al trabajo, y éste la hubiera sostenido. Por desdicha era bien parecida, y un chulo de la calle de Toledo se encargó en sus verdores de hacérselo creer; perdido el tino con la lisonja, abandonó la casa paterna (taberna muy bien acomodada), y pasó á naranjera. El chulo no era eterno, pero una naranjera siempre es vista; un caballerete fué de parecer de que no eran naranjas lo que debía vender, y le compró una vez por todas todo el cesto; de allí á algún tiempo, queriendo desasirse de ella, la aconsejó que se ayudase, y reformada ya de trajes y costumbres, la recomendó eficazmente á una modista; nuestra heroína tuvo diez años felices de modistilla; el pañuelo de labor en la mano, el *fichú* en la cabeza, y el galán detrás, recorrió las calles y un tercio de su vida; pero cansada del trabajo, pasó á ser prima de un procurador (de la curia), que como pariente la alhajó un cuarto; poco después el procurador se cansó del parentesco, y le procuró una plaza de corista en el teatro: esta fué la época de su apogeo y de su gloria; de señorito en señorito, de marqués en marqués, no se hablaba sino de la hermosa corista. Pero la voz pasa, y la hermosura con ella, y con la hermosura los galanes ricos; entonces empezó á bajar de nuevo la escalera hasta el último piso, hasta el piso bajo; luego mudó de barrios hasta el hospital; la vejez, por fin, vino á sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades; el hambre le puso el gancho en la mano, y el cesto fué la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana:

¡Ay! ¡infeliz de la que nace hermosa!

Llena, por consiguiente, de recuerdos de grandeza, la trapera necesita ahogarlos en algo, y por lo regular los ahoga en aguardiente. Esto complica extraordinariamente sus gastos. Desgraciadamente, áunque el mundo da tanto valor á los trapos, no es á los de la trapera. Sin embargo, ¡qué de veces lleva tesoros su cesto! ¡Pero tesoros impagables!

Ved aquel amante, que cuenta diez veces al día y otras tantas á la noche las piedras de la calle de su querida. Amelia es cruel con él: ni un favor, ni una distinción, alguna mirada de cuando en cuando... algún... nada. Pero ni una contestación de su letra á sus repetidas cartas, ni un rizo de su cabello que besar, ni un blanco cendal de batista que humedecer con sus lágrimas. El desdichado daría la vida por un harapo de su señora.

¡Ah! ¡mundo de dolor y trastrueques! La trapera es más feliz. ¡Mírala entrar en el portal, mírala mover el polvo! El amante la maldice: durante su estancia no puede subir la escalera: por fin, sale y el imbécil entra, despreciándola al pasar. ¡Insensato! esa que desprecia lleva en su banasta, cogidos á su misma vista, el pelo que le sobró á Amelia del peinado aquella mañana, una apuntación antigua de la ropa dada á la lavandera, todo de su letra (la cosa más tierna del mundo), y una gola de linón hecha pedazos... ¡Una gola!!! Y acaso el borrador de algún billete escrito á otro amante.

Alcánzala, busca; el corazón te dirá cuáles son los afectos de tu amada. Nada. El amante sigue pidiendo á suspiros y gemidos las tiernas prendas, y la trapera sigue pobre su camino. Todo por no entenderse. ¡Cuántas veces pasa así nuestra felicidad á nuestro lado, sin que nosotros la veamos!

Me he detenido, distinguiendo en mi descripción á la trapera entre todos los demás menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. Enlazada con el lujo y las apariencias mundanas por la parte

del trapo, é íntimamente unida con las letras y la imprenta por la del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos más.

El oficio que rivaliza en importancia con el de la trapera es indudablemente el del *zapatero de viejo*.

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; allí tiene una especie de gruta, una socavación subterránea, las más veces sin luz ni pavimento. Al rayar del alba fabrica en un abrir y cerrar de ojos su taller en un ángulo (si no es lunes): dos tablas unidas componen su recinto: una mala banqueta, una vasija de barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra más pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *menaje;* el cajón de las lesnas á un lado, su delantal de cuero, un calzón de pana y medias azules, son sus signos distintivos. Antes de extender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente, y cuelga con cuidado á la parte de afuera una tabla, y de ella pendiente una bota inutilizada; cualquiera al verla creería que quiere decir: *Aquí se estropean botas.*

No puede establecerse en un portal sin previo permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infeliz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazón tan duro para negarse á sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente: la del segundo, en vista de esa primera protección, no quiere chocar con la señora condesa: los demás inquilinos no son siquiera consultados. Así es que empiezan por aborrecer al zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero al cabo el encono pasa, sobre todo considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero á lo menos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra á la casa como una alga á las rocas; es tan inherente á ella como un balcón ó una puerta; pero se parece á la hiedra y á la mujer: abraza para destruir. Es la víbora abrigada en el pecho: es el ratón dentro del queso. Por ejemplo, canta y martillea, y parece no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora á que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si va sola ó acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla ó alguna puerta con tiento cuando sube tal ó cual caballero; ve quién ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinación del cuello y la distancia del *cuyo*, el piso en que está la intriga. Aunque viejo, dice chicoleos á toda criada que sale y entra, y se granjea por tanto su buena voluntad: la criada es al zapatero lo que el anteojo al corto de vista: por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y exterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado ó criada que va á un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted, tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y á qué hora. Ve salir al empleado en rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va á la plaza en persona, no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero no para estar sisado. En fin, no se mueve una mosca en la manzana sin que el buen hombre la vea: es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nadie escapa. Para darle más extensión, es siempre casado, y la mujer se encarga de otro menudo oficio: como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistenta;* es conocida por tal en el barrio: ¿se despidió una criada demasiado bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama á la mujer del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa á lavar, á coser, á planchar, mil recados, en fin, extraordinarios? La mujer del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la mujer se reunen y hacen fondo común de hablillas; ella da cuenta de lo que ha recogido su policía, y él sobre cualquier friolera le pega una paliza, y hasta el día siguiente. Esto necesita explicación: los artesanos en general no se embriagan más que el domingo y el lunes, algún día entre semana, las pascuas, los días de santificar, y por este estilo: el zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los días: esta es la clave de la paliza diaria: el vino que en otros se sube á la cabeza, en el zapatero de viejo se sube á las espaldas de la mujer: es decir, que se trasiega.

Este hermoso matrimonio tiene numerosos hijos que enredan en el portal, ó sirven de pequeños nudos á la gran red pescadora.

Si tiene usted hija, mujer, hermana ó acreedores, no viva usted en casa de zapatero de viejo. Usted al salir le dirá: *Observe usted quién entra y quién sale de mi casa.* A la vuelta y

sabe quién debe sólo decir que ha estado, *ó habrá salido un momento fuera, y como no haya sido en aquel momento*... Usted le da un par de reales por la fidelidad. Par de reales que sumados con la peseta que le ha dado el que no quiere que se diga que entró, forma la cantidad de seis reales. El zapatero es hombre de revolución, despreocupado, superior á las preocupaciones vulgares, y come tranquilamente á dos carrillos.

En otro cuarto es la niña la que produce: el galán no puede entrar en la casa, y es preciso que alguien entregue las cartas: el zapatero es hombre de bien, y por tanto no hay inconveniente: el zapatero puede además franquear su cuarto, puede... ¡qué sé yo qué puede el zapatero!

Por otra parte los acreedores, y los que persiguen á su mujer de usted, saben por su conducto si usted ha salido, si ha vuelto, si se niega, ó si está realmente en casa. ¡Qué multitud de atenciones no tiene sobre sí el zapatero! ¡Qué tino no es necesario en sus diálogos y respuestas! ¡Qué corazón tan firme para no aficionarse sino á los que más pagan!

Sin embargo, siempre que usted llega al puesto del zapatero, está ausente; pero de allí á poco sale de la taberna de enfrente, adonde ha ido un momento á echar un trago: semejante á la araña, tiende la tela en el portal y se retira á observar la presa al agujero.

Hay otro zapatero de viejo, ambulante, que hace su oficio de comprar desechos... pero éste regularmente es un ladrón encubierto que se informa de ese modo de las entradas y salidas de las casas, de... en una palabra, no tiene comparación con nuestro zapatero.

Otra multitud de oficios menudos merecen aún una historia particular, que les haríamos si no temiésemos fastidiar á nuestros lectores. Ese enjambre de mozos y sirvientes que viven de las propinas, y en quienes consiste que ninguna cosa cueste realmente lo que cuesta, sino mucho más; la abaniquera de *abanicos de novia* en el verano, á cuarto la pieza; la mercadera de *torrados* de la Ronda; el de los *tirantes y navajas;* el cartelero que vive de estampar mi nombre y el de mis amigos en la esquina; los comparsas del teatro, condenados eternamente á representar por dos reales, barbas, un pueblo numeroso entre seis ó siete; el infinito *corbatines y almohadillas*, que está en todos los cafés á un mismo tiempo; siempre en aquel en que usted está, y vaya usted al que quiera; el barbero de la plazuela de la Cebada, que abre su asiento de tijera, y del aire libre hace tienda; esa multitud de *corredores de usura* que viven de llevar á empeñar y desempeñar; esos músicos del anochecer, que el calendario en una mano y los reales nombramientos en otra, se van dando días y enhorabuenas á gentes que no conocen; esa muchedumbre de maestros de lenguas á 30 reales y retratistas á 70 reales; todos los habitantes y revendedores del rastro, las prenderas, los... ¿no son todos menudos oficios? Esas *casamenteras de voluntades*, como las llama Quevedo .. pero no todo es del dominio del escritor, y desgraciadamente en punto á costumbres y menudos oficios acaso son los más picantes los que es forzoso callar: los hay odiosos, los hay despreciables, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran; pero en España ningún *oficio* reconozco *más menudo*, y sirva esto de conclusión, ningún *modo de vivir que dé menos de vivir*, que el de escribir para el público y hacer versos para la gloria: más menudo todavía el público que el oficio, es todo lo más si para leerlo á usted le componen cien personas, y con respecto á la gloria, bueno es no contar con ella, por si ella no contase con nosotros.

LA CAZA



Los tiempos en que la caza era á un mismo tiempo la ocupación y la diversión de nuestros reyes y nuestros nobles, quedan ya bien lejos de nosotros: aquel sinnúmero de empleados destinados á ese ejercicio que llenaban el palacio han desaparecido, dejando sólo tras sí algún nombre que otro, alguna denominación, fuera en el día de su lugar. La invención de la pólvora fué sin duda uno de los primeros golpes, casi mortales, para la antigua manera de cazar. ¿A qué mantener y educar costosamente varios halcones, cuando una menuda bola de plomo puede hacer en menos tiempo y sin precisa enseñanza el mismo camino? Las revoluciones, que han dejado apenas á los reyes tiempo para serlo, han venido después á dar á ese ejercicio el último golpe de cachete; los sotos se han descuidado, las costumbres extranjeras se han introducido, y los teatros, los bailes, los cafés, el juego, los clubs y los periódicos han sustituído enteramente á aquella azarosa distracción. En otros países no han sido bastantes todas esas causas á destruirla; en Inglaterra, por ejemplo, magníficos parques, sostenidos y cuidados con el mismo esmero que todas las cosas inglesas, ofrecen aún abundante caza á los *gentlemen*, que dedican á sus locas batidas una estación del año. En Alemania no es menos la afición, y en algunos otros puntos de Europa, como en el Tirol, se encuentran en punto á caza tiradores de sorprendente habilidad.

Entre nosotros, Carlos IV ha sido el último de nuestros príncipes cazadores; y los nobles, reflejo siempre en sus costumbres de los reyes, han dejado morir una diversión en la cual ya no tenían á quien remedar: en España, pues, se puede decir que hay cazadores, hay individuos; pero no hay *caza* propiamente dicha, y sólo en algún rincón de provincia da todavía esta antigua afición señales de un resto de agonizante vida.

Una de las provincias á que esto puede aplicarse con más razón es la Extremadura: destinada la mayor parte á dehesas para pasto,

sumamente despoblada y cubierta de encinas, malezas y jarales, se puede decir que es casi toda ella un inmenso soto: agréguese á esto que no necesitando cultivo alguno ni laboreo la mayor parte de su terreno, gran parte de los hombres del país no tienen más modo de vivir que constituirse guardas de las dehesas de los señores, ó darse ellos mismos á la caza, atropellando todos los respetos de la propiedad, que en ninguna otra provincia está más desconocida, y haciendo la vida de los pueblos primitivos del hombre de la naturaleza: ni agricultura todavía, ni industria, ni comercio, ni ciencias, ni artes, ni bellas letras... caza para comer y cubrirse: hay poblaciones enteras esencialmente cazadoras: la existencia y la fisonomía de estos seres son enteramente originales.

Al dejar Mérida el conde de***, joven de una ilustración y un talento poco comunes en su edad, de un patriotismo que ha probado en varias ocasiones, y de un trato superior á todo elogio, en cuya compañía había salido de Madrid, me invitó á pasar unos días en una de sus mejores posesiones, famosa en el país por la abundancia de caza mayor y menor que encierra. No llevando en mi viaje ni prisa, ni objeto determinado, siéndome del todo indiferente matar el tiempo en una dehesa, en Badajoz y fuera de España, y costándome por otra parte algún trabajo separarme tan pronto de una persona cuya amistad había hecho para mí de un viaje árido un paseo delicioso, me decidí á admitir un convite que podía proporcionarme además una ocasión de estudiar la caza y los cazadores.

No tardamos en llegar al desierto que íbamos á habitar por algunos días: una dehesa inmensa, empotrada en medio de otras inmensas dehesas; el suelo alfombrado de cuantas flores y yerbas de diversos y vivísimos matices se pueden imaginar, cubierto de altísimos jarales, salpicado de robustas encinas y hormigueando por todas partes la caza; jabalíes, venados, ciervos, gamos, lobos, zorros, liebres, conejos, águilas, buitres, milanos, grullas, perdices, palomas, buhos, urracas, cucos, alondras, multitud de otras aves, aves de todas especies y colores, todo esto junto, revuelto, y casi mezclado, volando, saltando, corriendo, aullando, bramando, cantando, una figura humana alguna vez; un sol de justicia dando de día color y calor al cuadro, y una argentada luna rodeada de lucientes estrellas, dándole de noche sombras y misterio: figúrese usted todo esto, añádale usted algún rebaño de ovejas y cabras trepando por la colina, tal cual vaca al parecer sin dueño, alguna yegua de un pastor seguida de sus potros, alguna mula, algún otro cuadrúpedo que no nombraré, diversas castas de perros, mastines, caseros y de caza, un gallinero en la cabaña de los guardas y un arroyo de cuando en cuando poblado de ruidosas ranas, y tendrá usted la representación perfecta de la creación.

La vivienda humana, la población más inmediata, está dos leguas, Ornachos, célebre en el país por sus naranjas, que pueden realmente competir, si no en el número, en la calidad con las mejores de Valencia, de Andalucía y de Portugal. Tanto este como los demás pueblos del alrededor son enteramente cazadores, lo cual no puede menos de resultar en grave perjuicio de la misma caza, que diariamente se disminuye y que acabará por desaparecer del todo.

El aspecto de uno de esos hombres que viven de la caza, llamados vulgarmente *corsarios*, no es menos original que su lenguaje. Un mal sombrerillo gacho amarillento, curtido del polvo y del sol, una zamarra de piel; calzón de paño burdo; polaina ó botín de cuero; sajones de cuero pendientes de la cintura; por calzado un pedazo de piel sin curtir, sujeto á la pierna con cordeles: una canana al rededor del cuerpo; un morral de piel; perdigonera y polvorín de cuerno y una escopeta sencilla, vieja, antiquísima, de cañón largo, de chispa, llena toda de remiendos y composturas, escopeta sin embargo que ninguno de ellos cambiaría por otra de dos cañones y pistón del mismo *Delpire*, y escopeta que jamás les falta. Barba crecida, las pestañas y las cejas comidas de la intemperie, las manos y la cara como las de las fieras que persiguen, curtidas, sin pasiones, sin sentimientos, sin expresión: seres de los montes, sus facciones parecen rayas indeterminadas semejantes á las de la corteza de los árboles. No pregunte usted á este hombre si hay rey ó reina en Madrid, si es carlista ó liberal; sino, si hay caza en el monte. Después de su frugal almuerzo, el corsario se lanza fuera de su choza alguna vez con reclamo, más comunmente con perro, tan fiero y tan campesino como él, y, nuevo Robinsón del monte, le recorre, le devasta, le saquea, y corre á vender al pueblo inmediato por siete ú ocho cuartos el fruto del sudor de un día, qué él nunca come, sea por hastío, sea por remordimiento. ¿Por remordimiento? Precisamente: no puedo hallar otro origen á la diferencia que el hombre establece entre matar hombres y animales que su infinito amor propio: sin em-

bargo, hay animales que valen más que hombres, y hombres que deberían darse la enhorabuena si no fueran más que animales.

Pero llega el domingo, día anhelado por los empleados de la ciudad inmediata. ¿Es una pascua? Mejor: la batida durará tres días: el sábado por la tarde se ensillan los caballos, se hacen provisiones, y en marcha. Se convocan los mejores escopetas y corsarios, aquéllos para darles *ojeos* en competente número y cubrir todos los *puestos*, y éstos para dirigirlos y reconocer las *manchas* ó espesuras donde se alberga la caza. Aquella noche se pasa al hogar al rededor de una encina, oyendo al corsario más experimentado: él explica la caza de la perdiz como la más divertida y honorífica: la de los conejos al *aguardo* es pesada, y no se puede hacer sino á la madrugada y á la caída de la tarde: en tiempo de su cría, la mejor es la *chilla:* la *mancha* de la *tristeza*, que cae al oriente, es la mejor para liebres; en otro *manchón* hay venado ó *cochino;* pero eso no se puede cazar sin gran *recoba*, y todavía no se han traído todos los perros: él arregla los ojeos para el día siguiente, y asainetea en fin su conversación con el relato útil de mil anécdotas de caza, con la variedad de los lances de su vida.

A la mañana con la aurora todo el mundo está alerta: los corsarios y escopetas de pie y en rueda, hunden en un enorme caldero, después de haberse santiguado, su cuchara de cuero sin mango, sacan con ella una cucharada de migas, la cual hacen pasar á la mano y de ésta á la boca; repetida esta operación hasta apurar el caldero, todo el mundo se dirige al sitio donde se va á dar la batalla: momento de confusión: nadie pide parecer, cada cual da el suyo: uno pide pólvora: otro perdigones, otro postas por si sale alguna res: en fin, se carga; los ojeadores, precedidos de un corsario, van á tomar la vuelta de la *mancha* ó espesura designada, y á rodearla, en tanto que los escopetas y cazadores, capitaneados por otro corsario inteligente, van á ocupar con el mayor silencio los puestos á la parte contraria; allí, estatuas de sí mismos y árboles entre otros árboles, esperan traidoramente á las víctimas, que ahuyentadas y encaminadas á ellos por los palos y las voces de los ojeadores, vienen á ofrecerse al tiro, no teniendo otra salida que los puestos. Apurada una mancha se pasa á otra, y así sucesivamente. A media mañana se comen unas naranjas y se echa un trago: á las tres ó las cuatro se recoge la gente á la casa y se devora con apetito parte de la mortandad de la mañana: con el bocado en la boca, y con todo el calor del sol, se vuelve á la caza, se cena, se sueña con la caza, hombres y perros, y al día siguiente se repite la misma función.

Los escopetas y cazadores ejercitados matan; pero los aficionados principiantes ó se sobrecogen á la salida del *bicho* y pierden el momento favorable, ó se mueven y hacen torcer de su camino los animales maliciosos, ó tiran por fin demasiado pronto sin calcular el tiempo y la distancia, el vuelo recto de la perdiz, ó torcido de la paloma; en una palabra, no logran hacer dar á una liebre la vuelta de *campana*.

Concluida la batida se suman las piezas, se reunen las tropas, se cruzan apuestas sobre el número de vencejos que matarán en el pueblo en el día siguiente: hay quien se atreve á matar con bala, de doce nueve: se suceden las burlas y los denuestos entre los peritos, y los pobres aficionados se muerden los labios de despecho, y se vuelven á la ciudad con una insolación ó un tabardillo, la piel tostada, y con la perspectiva ante los ojos de los sarcasmos y de las chanzas de las damas, que los esperan con impaciencia para vengarse de la soledad en que las ha dejado una diversión que por lo regular aborrecen como una rival que les roba sus víctimas y adoradores.

El cazador generalmente es infatigable: á la larga le sucede siempre alguna avería, ó pierde un ojo ó un dedo, ó se rompe un brazo, y diariamente por lo regular se hiere y se estropea bregando entre la maleza: el sol y el aire, el agua y el frío le combaten; los peligros le cercan; pero todo ello es nada á sus ojos. Haya que matar, y vamos viviendo. En eso se parece al militar y al médico. Hay cierta felicidad en su vida envidiable para aquellos que no comprenden todas sus delicias. Desnudo de ambición y de otras pasiones mundanas, nada le impide satisfacer la suya, porque la afición á la caza es como el amor, que donde está ha de dominar. Es como ciertas enfermedades que se apoderan hasta de los huesos del enfermo: el cazador es todo caza. Una puerta cerrada de golpe es un tiro para él: en medio de su frenesí su podenco mismo entre las matas es un zorro: un compañero que bulle entre la jara es un ciervo: y el burro del ganadero, que corre espantado de los tiros entre las encinas, recibe más de una vez una posta que se le dispara, haciéndole los honores de jabalí. La escopeta es el amigo del cazador, amigo hasta en faltarle

alguna vez: su amigo perro es su querida, su compañera, su mujer. En cuanto á las ventajas apelamos á todo cazador viudo. La verdad, ¿cuál cuesta menos? ¿cuál vale más?

Se entiende que estas circunstancias sólo corresponden al verdadero cazador, al cazador de batida; de ninguna manera al cazador de Madrid, que equipado de los pies á la cabeza de instrumentos de caza, seguido de dos podencos y dos galgos, sale al amanecer del domingo por la puerta de Atocha, con su hermosa escopeta debajo del brazo y su gorra de visera reluciente, asusta á los gorriones de la pradera del Canal, y se vuelve molido y sudado al anochecer, después de haber tenido que comprar algún conejo y una caña de alondras para

a casa
Volver, como suele el conde
De Toledo, vencedor.

Este simulacro de cazador le ha descrito ya mejor que pudiera yo hacerlo mi antecesor *el Curioso Parlante*, y le dejaré por lo tanto descansar sobre sus comprados laureles.

Después de haber sufrido á la intemperie ratos que hubieran sido muy pesados á no haberlos aligerado la compañía del conde, y de habernos ocupado seriamente unos cuantos días en matar aquellos animales, que ni nos hacían daño, ni nos estorbaban, ni podían oponernos resistencia (si bien á mí me podía tocar muy poca parte de culpabilidad y de remordimiento), me despedí de mi amigo, proponiéndome no volver á probar mis fuerzas en un ejercicio para el cual sin duda no debo de haber nacido, y que reclamará, como todas las habilidades del mundo, su poco de vocación, que yo no tengo, y su mucho de perseverancia, de que yo no me siento capaz.

IMPRESIONES DE UN VIAJE

ULTIMA OJEADA SOBRE EXTREMADURA.—DESPEDIDA Á LA PATRIA

Por fin, debía dejar la España, pero bien como el que se separa de una querida á quien ha debido por mucho tiempo su felicidad, no podía menos de volver frecuentemente la cabeza para dar una última ojeada á esta patria donde había empezado á vivir, porque en ella había empezado á sentir.

Uno de los puntos que antes de mi partida se ofrecieron á mi vista fué Alange, pueblecillo situado á la falda de una colina, y en una posición sumamente pintoresca: esta villa, que dista pocas leguas de Mérida, posee una antigüedad sumamente curiosa: un baño romano de forma circular y enteramente subterráneo, cuya agua nace allí mismo, y se mantiene en el propio estado en que debía de estar en tiempo de los procónsules; recibe su luz de arriba, y los habitantes, no menos instruídos en arqueología que los meridenses, le llaman también el *baño de los Moros*. (Véase nuestro artículo sobre antigüedades de Mérida.)

La colocación de este baño hace presumir que los romanos debieron de conocer las virtudes de las aguas termales de Alange. En el día son todavía muy recomendadas, y hace pocos años se ha construído en el centro de un verjel espesísimo de naranjos á la entrada de la población una casa de baños, donde los enfermos, ó las personas que se bañan por gusto, pueden permanecer alojados y asistidos decentemente durante la temporada. El agua sale caliente, pero no se nota en su sabor, ni en su olor, ninguna diferencia esencial del agua común. Los naturales me refirieron una de sus primeras virtudes populares. Los arroyos y pequeñas charcas que se forman en el país de las aguas llovedizas, crían infinitas sanguijuelas, las cuales se introducen muchas veces en la boca de las caballerías y las desangran: en tales casos parece que con sólo llevar el animal, acometido mal su grado del régimen brusista, al manantial termal y hacerle beber del agua, los bichos sanguinarios sueltan la presa y dejan libre al paciente. En una nación donde hay tanta sanguijuela, que como la de Horacio no se separa de su empleo, *nisi plena cruoris*, no parece inútil la publicación de este sencillo modo de hacerles soltar la presa. Sólo es de temer que

no haya en todo Alange agua bastante para empezar.

Este pueblo, de fundación árabe, posee además en lo alto de un cerro eminente los restos de un castillo moro, y á sus pies corre el Matachel, riachuelo ó torrente notable por la abundancia de adelfas que coronan sus márgenes.

Considerada la Extremadura históricamente ofrece al viajero multitud de recuerdos importantes y patrióticos, y hace un papel muy principal en nuestras conquistas del nuevo mundo; de ella salieron la mayor parte de nuestros héroes conquistadores. Hernán Cortés reconoce por patria á Medellín y Pizarro á Trujillo. Este último pueblo conserva un carácter severo de antigüedad que llama la atención del viajero; los restos de sus murallas, y multitud de edificios particulares repartidos por toda la población, tienen un sello venerable de vejez para el artista que sabe leer la historia de los pueblos y descifrar en sus monumentos el carácter de cada época.

Pero considerada la Extremadura como país moderno en sus adelantos y en sus costumbres, es acaso la provincia más atrasada de España, y de las que más interés ofrecen al pasajero.

Si se exceptúa la Vera de Plasencia y algún otro punto, como Villafranca, en que se cultiva bastante la viña y el olivo, la agricultura es casi nula en Extremadura. La riqueza agrícola de la provincia consiste en sus inmensos yermos, en sus praderas y encinares, destinados á pastos de toda clase de ganados. Antes de la guerra de la independencia y del decaimiento de la cabaña española, las dehesas eran un manantial de riqueza para el país, y sobre esa base se han acumulado fortunas colosales. Aun en el día, produciendo más la tierra de las dehesas que la puesta á labor, fácilmente se concibe que la provincia debe de ser sumamente despoblada; y reasumida la poca riqueza en unos cuantos señores ó capitalistas, resulta una desigualdad inmensa en la división de la propiedad. El sistema de las dehesas es sumamente favorable además á la caza, de suerte que el pobre no halla más recurso que ser guarda de una posesión, cuando tiene favor para ello, ó darse á aquel ejercicio. Así es que hay pueblos enteros que se mantienen como las sociedades primitivas, y que están á dos dedos del estado de la naturaleza: ejercen su profesión así en los terrenos de los *propios* como en los de pertenencia particular: en ninguna provincia puede estar más desconocido el derecho de propiedad.

El hombre del pueblo de Extremadura es indolente, perezoso, hijo de su clima, y en extremo sobrio. Pero franco y veraz, á la par que obsequioso y desinteresado. Se ocupa poco de intereses políticos, y encerrado en su vida oscura, no se presta á las turbulencias. Animada en el día la provincia del mejor espíritu por la buena causa, si no hará gran peso en la balanza liberal, tampoco ofrecerá un foco ni un asilo á los traidores.

La industria no existe más adelantada que la agricultura: alguna fábrica de cordelería, de cinta, de paño burdo, de bayeta, de sombreros y de curtidos (sobre todo en Zafra) para el consumo del país, son las únicas excepciones á la regla general: por lo demás tampoco sus habitantes echan mucho de menos sus productos; las casas, míseramente alhajadas, no admiten superfluidad ninguna: si se exceptúan las pocas habitaciones de algunas personas de dinero y gusto, que en los pueblos principales hacen venir de fuera á gran costa cuanto necesitan, se puede asegurar que la vivienda de un extremeño es una verdadera posada, donde el cristiano no puede menos de tener presente que hace en esta vida una simple peregrinación, y no una estancia.

Una vez conocido el estado de la agricultura y de la industria, fácil es deducir de cuán poca importancia será el comercio. Encerrada entre Castilla la Nueva, Portugal y Andalucía, sin ríos navegables, sin canales, sin más caminos que los indispensables para no ser una isla en medio de España, sin carruajes, ni medios de conducción, ¿quién podría traer á una provincia despoblada, y acostumbrada á carecer de todo, sus productos, en cambio de los cuales sólo puede ofrecer á la exportación alguna lana (porque es sabido que los más de los ganados que gozan sus pastos no son extremeños), algún aceite que envía al Alentejo, algún cáñamo, miel, cera, piaras de cerdos y embuchados hechos de este precioso animal? El comercio de importación es casi nulo; y la exportación se podría reducir á la que se hace de ganados en la feria famosa de Trujillo, y á la que practican sus célebres choriceros en los mercados de Madrid. En el mismo Badajoz está muy expuesto el viajero á no encontrar nada de lo que necesite; si desgraciadamente no lleva consigo cuanto puede hacerle falta, ni encontrará un sombrero de buena calidad, ni calzado bien hecho, ni un sastre regular, ni unos guantes, en fin, cosidos en la capital. Algunas producciones

excelentes de su suelo, como son las frutas, entre las cuales se distinguen las naranjas, el melón y la sandía, sólo pueden servir al consumo del país.

La carrera de Madrid á Badajoz, principal camino de Extremadura, es una de las más descuidadas é inseguras de España. En primer lugar no hay carruajes; una endeble empresa sostiene la comunicación por medio de galeras mensajerías aceleradas, que andan sesenta leguas en cinco días; es decir, que para llegar más pronto el mejor medio es apearse. Por otra parte son tales, que galeras por galeras, se les pudieran preferir las de los forzados; sólo de quince en quince días sale una especie de *coche-góndola* con honores de diligencia. Servida además esta empresa por criados medianamente selváticos é insolentes, no ofrece al pasajero los mayores atractivos; añádase á esto que por economía, ó por otras causas difíciles de penetrar, durante todo el viaje paran sus carruajes en la posada peor de todo pueblo donde hay más de una.

En segundo lugar esas posadas, fieles á nuestras antiguas tradiciones, son por el estilo de la que nos pinta Moratín en una de sus comedias; todas las de la carrera rivalizan en miseria y desagrado, excepto la de Navalcarnero, que es peor y campea sola sin émulos ni rivales por su rara originalidad y su desmantelamiento; entiéndase que hablo sólo de la que pertenece á la empresa de las mensajerías; habrá otras mejores tal vez; no es difícil

En tercer lugar suele haber ladrones, y entre otras curiosidades que se van viendo por el camino (como por ejemplo el árbol en que fué ahorcado por su misma tropa el general San Juan en una época de exaltación), mal pudiera olvidar los dos amenos sitios que se descubren antes de llegar á Mérida, comunmente llamados los *confesonarios;* el *grande* y el *chico;* nombre verdaderamente original; él solo es la mejor pincelada con que el escritor de costumbres puede pintar á un pueblo; nombre lleno de poesía y de misterio; nombre que vale él solo más que una novela; nombre impregnado de un orientalismo singular, y á la vez terrible, sublime é irónico, dado por un pueblo religioso á un asilo de bandidos. Los confesonarios son dos hondonadas inmediatas, dos pequeños valles dominados por todas partes y protegidos de la espesura, donde los foragidos *confiesan* á los pasajeros, donde los *pecados* son el dinero y la vida, y donde un *puñal* hace á la vez de absolución y de penitencia. Niéguese á nuestro pueblo la imaginación. Otros países producen poetas. En España el pueblo es poeta.

Sobre la orilla izquierda del Guadiana, al Oeste y á una legua de la frontera de Portugal, se encuentra á Badajoz, antigua capital de la Extremadura, y residencia de sus reyezuelos moros. Esta plaza fuerte, cuyas fortificaciones ofrecen una rara mezcla de diversos sistemas de fortificación, ofrece al forastero en su mayor eminencia restos venerables de sus dominadores árabes: murallas, calles, casas, y hasta torres enteras, revelan otros tiempos y otras costumbres al viajero. A la parte del río se ve el palacio llamado de Godoy.

Por lo demás Badajoz nada ofrece de curioso: ni una iglesia digna de ser vista, ni un cuadro en ellas de mediano pincel, ni una mala biblioteca, ni un colegio, ni un teatro, ni un paseo. No se puede llamar paseo á los árboles nacientes del campo de San Francisco, debidos al celo del general Anleo, ni al campo de San Juan, pequeña plazuela en medio de la ciudad adornada de algunos árboles y bancos: ni teatro una especie de sala donde algunos aficionados, ó tal cual compañía ambulante, dan de cuando en cuando sus originales representaciones. La alameda de *Palmas* está abandonada por mal sana desde el cólera. El billar, el ejercicio de los urbanos en el campo de San Roque, la retreta y dos ó tres cafés, son las distracciones de la población. Hay una fonda llamada, si mal no me acuerdo, de *las cuatro naciones. Menos naciones y mejor servicio,* puede uno decir al salir de ella.

La amabilidad sin embargo y el trato fino de las personas y familias principales de Badajoz compensan con usura las desventajas del pueblo, y si bien carece de atractivos para detener mucho tiempo en su seno al viajero, al mismo tiempo le es difícil á éste separarse de él sin un profundo sentimiento de gratitud por poco que haya conocido personas de Badajoz, y que haya tenido ocasión de recibir sus obsequios y de ser objeto de sus atenciones.

La costumbre que en todos los pueblos se conserva de blanquear casi diariamente las fachadas de las casas, les da un aspecto de novedad y de limpieza singulares: no hay edificio que parezca viejo; en una palabra, en Extremadura la casa es ser animado que se lava la cara todos los días.

Para pasar á Portugal se sale de Badajoz por la puerta de las Palmas, y se pasa el Guadiana

sobre un magnífico puente. No llamándome la atención nada en Extremadura, me decidí por fin á partir.

Era el 27 de mayo: el sol empezaba á dorar la campiña y las altas fortificaciones de Badajoz: al salir saludé el pabellón español, que en celebridad del día ondeaba en la torre de Palmas. Media hora después volví la cabeza: el pabellón ondeaba todavía: el Caya, arroyo que divide la España del Portugal, corría mansamente á mis pies: tendí por la última vez la vista sobre la Extremadura española: mil recuerdos personales me asaltaron: una sonrisa de indignación y de desprecio quiso desplegar mis labios, pero sentí oprimirse mi corazón, y una lágrima se asomó á mis ojos.

Un minuto después la patria quedaba atrás, y arrebatado con la velocidad del viento, como si hubiera temido que un resto de antiguo afecto mal pagado le detuviera, ó le hiciera vacilar en su determinación, expatriado corría los campos de Portugal. Entonces el escritor de costumbres no observaba: el hombre era sólo el que sentía.



CUASI

PESADILLA POLÍTICA

Hay hombres que dan su nombre á su siglo, hombres privilegiados que, calculada la fuerza de cuanto los rodea, y la suya propia, saben hacer á la primera tributaria de la segunda; que se constituyen maniveles de la gran máquina en que los demás no saben ser más que ruedas. Dan el impulso, y su siglo obedece. Hombres fascinadores, como la serpiente, que hacen entrar cuanto miran en la periferie de su atmósfera; hombres reverberos, cuya luz se proyecta toda al exterior sobre los demás objetos y les da vida y color. Son los grandes mojones que el Criador coloca á trechos en la creación para recordarle su origen: por ellos se ha dicho sin duda que Dios ha hecho el hombre á su semejanza.

¡Sesostris, Alejandro, Augusto, Atila, Mahoma, Tamurbec, León X, Luis XIV, Napoleón!!! ¡Dioses en la tierra! Sus épocas participaron de su energía y de su grandeza: en derredor suyo y á su ejemplo se produjeron, á modo de emanaciones de ellos, multitud de hombres notables, que recorrieron como satélites su misma carrera. Después de ellos nada. Después del coloso los enanos.

Actualmente empezamos á dejar atrás una época que tendrá nombre; el último hombre reverbero ha desaparecido. Después del hombre grande, todo hombre es chico. Uno solo falta, y se necesitan cien mil para llenar su vacío. ¡Y aún!!! Expirado el reino del hombre entran los hombres. Agotados los hechos nacen las palabras.

¡Si habrá épocas de palabras, como las hay de hombres y de hechos! ¡Si estaremos en la época de las palabras!

Acababa de hacer estas reflexiones, cuando sentí sobre mí, algo más fuerte que yo; oí sin ver, y mudé de sitio sin andar.

—Ven conmigo, dame la mano. ¿Ves esa mancha enorme que se extiende sobre la tierra, y crece y se desparrama como la gota de aceite que ha caído en el papel de estraza? Es la segunda Babel. Estás sobre París. Mira los mortales de todos los países. Cada cual se apresura á traer aquí una piedra para contribuir al loco edificio. ¿No oyes ya la confusión de las lenguas? El inglés, el alemán, el español, el italiano, el... ¡Babel la nueva! Empiezan á no entenderse. Ya en una ocasión se han tirado unos á otros á la cabeza los materiales de la grande obra; el suelo ha salido de madre como un río de su álveo; las casas se han desmoronado... era el amago de la confusión, de la no inteligencia. ¡Una cadena nos pesa! dijeron: y en vez de añadir: ¡Fuera cadena! clamaron: ¡Otra que no pese! *Risum teneatis?* El lobo los comía, y en lugar de comerse ellos al lobo, se comieron unos á otros. Raro modo de entenderse. Corrió la sangre, y hoy están como estaban.

Sube á lo más alto, y oirás el ruido inmenso, el ruido del siglo y de sus palabras, y oirás sobre todas ellas la gran palabra, la palabra del siglo.

—Lo que veo es los hombres muy pequeños; pero la distancia sin duda...

—¡Bah! de aquí no se ve más que la verdad. ¿Los ves pequeños? Ahora es únicamente cuando los ves como ellos son. De cerca la ilusión óptica (esta es la verdadera física) te los hace parecer mayores. Pero advierte que esas figuras que semejan hombres, y que ves bullir, empujarse, oprimirse, retorcerse, cruzarse y sobreponerse, formando grupos de vida como los gusanos producidos por un queso de Roquefort, no son hombres tales, sino palabras. ¿No oyes el ruido que se exhala de ellos?

—¡Ah!

—Palabras del derecho, palabras del revés, palabras simples, palabras dobles, palabras contrahechas, palabras mudas, palabras elocuentes,

palabras-monstruos. Es el mundo. Donde veas un hombre, acostúmbrate á no ver más que una palabra. No hay otra cosa. No precisamente á palabra por barba; tampoco. Despacio. A veces en uno verás muchas palabras, tantas, que aquel solo te parecerá cien hombres; en cambio otras veces, y será lo más común, donde creas ver cien mil hombres, no habrá más que una sola palabra.

Mira las palabras de dos caras, palabras-bifrontes, Janos: son las palabras de honor, llamadas así por apodo; según te necesiten las verás del bueno ó del mal frente. A su lado las *palabras-promesas*, *palabras-manifiestos*, regularmente coronadas, siempre escuchadas y creídas, pero tan ambiláteras como las otras; *palabras-çallos*, endurecidas, incorregibles, que han de arrancarse de raíz si han de dejar de doler.

¿Ves esa multitud de figurillas que se agitan, se muerden, se baten, se matan?... Todo eso es la palabra *Honor*. ¿Ves ese sinnúmero, muchedumbre armada, toda erizada y hostil? Lo llamáis ejército, y no es más que *ambición; palabra-monstruo*, *palabra-puerco-espín*, llena de púas: *palabra-porcebe*, toda patas y manos. Mira qué de furiosos; teas encendidas, sangre, saqueo, confusión: todo ese ruido son nueve letras: *fanatismo*, *palabra-loco de atar;* sin embargo, nadie la ata.

¡Ah! Aquí viene la *palabra-arlequín*, la *palabra-camaleón*. ¡Qué de faces, qué soltura! todos corren tras ella: inútilmente. Mira cómo la quiere coger la *palabra-pueblo*, gran palabra. La primera tiene ocho letras, *libertad*. Siempre que el *pueblo* va á cogerla, se mete entre las dos la *palabra-promesa*, la *palabra-manifiesto;* pero la *palabra-pueblo* es de las que llamé palabras-contrahechas; ciega, sordo-muda, se deja guiar é interpretar, sin hacer más que dar de cuando en cuando palo de ciego; como no ve, da ciento en la herradura, y ninguna en el clavo: por lo regular se da á sí misma.

Pero todo ese vano ruido se apaga y se confunde. ¡Sitio, sitio! ¡Plaza, plaza! La gran palabra, la nuestra, la de nuestra época, que lo coge y lo atruena todo. En ella se cifra nuestro siglo de medias tintas, de medianías, de cosas á medio hacer: de todas las palabras que reinan en figura de hombres y cosas por allá bajo, esta es en el día la que reina sobre todas, Cuasi. Ese es todo el siglo xix. Obsérvala: á cada una de sus facciones le falta algo; no es más que un perfil: ni está de pie, ni sentada. Vestida de blanco y negro, día y noche. Más breve: *palabra-cuasi*, *cuasi-palabra*.

Empecemos por aquí. Mira al suelo perpendicularmente. A tus pies está la Francia. Un pueblo *cuasi-libre* la ocupa. En otro siglo hubiera hecho una revolución entera: en este, y en su año 30, no ha podido hacer más que una *cuasi* revolución; en el trono un *cuasi* rey, que representa una *cuasi* legitimidad. Una cámara *cuasi* nacional, que sufre en el país de nuevo una *cuasi* censura, *cuasi* abolida, por la *cuasi*-revolución; un rey *cuasi* asesinado: una gran nación *cuasi* descontenta, y otra conmoción política *cuasi* próxima.

¿Qué ves en Bélgica? Un estado *cuasi* naciente y *cuasi* dependiente de sus vecinos, mandado por otro *cuasi* rey.

Mira la Italia. Tantos estados *cuasi*, como ciudades: *cuasi* presa del Austria. La antigua Venecia *cuasi* olvidada. Un supremo pontífice, en el día *cuasi* pobre, y del cual *cuasi* nadie hace caso.

Vuélvete al Norte. Pueblos *cuasi* bárbaros, regidos por un emperador *cuasi* déspota en un país *cuasi* despoblado y desierto. En Alemania los pueblos *cuasi* más civilizados con un gobierno *cuasi* absoluto, *cuasi* temperado por sus dietas, instituciones *cuasi* representativas. En Holanda, nación *cuasi* toda mercantil y navegante, un rey *cuasi* rabioso, y cuyo poder *cuasi* se desmorona.

En Constantinopla mismo, un imperio *cuasi* agonizante, una civilización *cuasi* naciente, y un sultán *cuasi* ilustrado, con costumbres *cuasi* europeas.

En Inglaterra, una industria y un comercio, monopolio *cuasi* del mundo; un orgullo nacional *cuasi* insufrible; y otro *cuasi* rey que no decide *cuasi* nada, una mayorca *cuasi* whig. Un gobierno *cuasi* oligárquico, que tiene la audacia de llamarse liberal.

En Portugal, una *cuasi* nación, con una lengua *cuasi* castellana, y recuerdos de una grandeza *cuasi* borrada. Un *cuasi* ejército, y una *cuasi* protección á España, de *cuasi* seis mil hombres, *cuasi* todos portugueses.

En España, primera de las dos naciones de la Península (es decir, de la *cuasi-ínsula*), unas *cuasi* instituciones reconocidas por *cuasi* toda la nación: una *cuasi-Vendée* en las provincias con un jefe *cuasi* imbécil: conmociones aquí y allí *cuasi* parciales: un odio *cuasi* general á unos *cuasi* hombres, que *cuasi* sólo existen ya en España. Cuasi siempre regida por un gobierno

de *cuasi* medidas. Una esperanza *cuasi* segura de ser *cuasi* libres algún día. Por desgracia muchos hombres *cuasi* ineptos. Una *cuasi* ilustración repartida por todas partes. Una *cuasi* intervención, resultado de un *cuasi* tratado, *cuasi* olvidado, con naciones *cuasi* aliadas. El *cuasi* en fin en las cosas más pequeñas. Canales no acabados: teatro empezado: palacio sin concluir: museo incompleto: hospital fragmento; todo á medio hacer... hasta en los edificios el *cuasi*.

Por último, tiende la vista por doquiera: una lucha *cuasi* eterna en Europa de dos principios: reyes y pueblos, y el *cuasi* triunfante de ella y resolviéndola con su justo medio de tener *cuasi* reyes y *cuasi* pueblos. Época de transición, y gobiernos de transición y de transacción: representaciones *cuasi* nacionales, déspotas *cuasi* populares: por todas partes un justo medio, que no es otra cosa que un gran *cuasi* mal disfrazado.

—¡Oh! dejadme respirar, por Dios; estoy *cuasi* mareado.

—Plutarco ha dicho que los pueblos serían felices *cum reges philosopharentur, aut cum philosophi regnarent.* Respetando la opinión de Plutarco, yo me atrevería á decir que los pueblos no serán nunca felices, ni más ni menos que los individuos que los componen. Pero pudieran al menos ser hombres y ser pueblos si no fueran en el día *cuasi-nada.* Luchando entre principios contrarios, sufren el tormento del que descuartizan cuatro caballos que corren en direcciones opuestas.

Concluído este *cuasi* sermón, cesé de oir: y á poco cesé de ver: dejado de la mano del ser fantástico que me sostenía sobre Babel la nueva, volví á caer en París, donde me encontré rodando entre la confusión de palabras vestidas de frac y de sombrero, que á pie y en coche corren las calles de la gran capital. Volví á ver los hombres de nuevo, grandes como no son; y abrí los ojos buscando mi cicerone.

No ví nada, sino el gran *cuasi* por todas partes.

FIGARO DE VUELTA

CARTA Á UN SU AMIGO RESIDENTE EN PARÍS

> Puesto que ni comisión ni objeto mercantil me llamasen á los países extranjeros, quise visitarlos sólo por gusto, ó comodidad, á expensas propias y campando por mi respeto.
>
> CURIOSO PARLANTE. Panorama matritense
>
> *La vuelta de París*

Madrid, 3 de enero de 1836

Se vuelve á España desde París, querido amigo: es cosa probada, y, lo que es más, es cosa buena. Ni soy yo solo quien ha llevado á cabo tan ardua empresa. Loco estoy del gozo y del contento. Digan lo que quieran acerca de la superioridad de estos países, la patria es para un español más necesaria que una iglesia; ya sabes que á la vuelta de cada esquina se encuentran todavía una ó dos en nuestro país, pues se tropiezan por las calles aun más gentes que han vuelto de París. Por lo que hace á mí, no me queda la menor duda de que estoy de vuelta. Después de darme por ello el parabién, es mi primer cuidado el escribirte.

¿No lo podías creer? ¿Eh? ¿A qué has de volver, decías? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿En qué? Despacio con tantas preguntas.

¿A qué he de volver? A mis antiguas mañas, amigo mío. Te confieso que no lo puedo remediar. ¡Diez meses sin murmurar! ¿Fígaro diez meses sin curiosear los enredos de su barrio, sin hacer la oposición á nadie, sin criticar á cómico viviente, sin probar un buen garbanzo, sin tomar una mediana jícara de legítimo chocolate, ni ver el sol de Castilla? ¿Fígaro diez meses sin divisar una mantilla madrileña, ni una palidez valenciana, ni un solo pie andaluz? ¿Un año casi sin pararse en la Puerta del Sol, ni en otra puerta alguna, embozado en la *nube* (1), sin ir al cafe del Príncipe, sin asistir á una sesión del Estamento; diez meses, en fin, sin ver una real orden, ni columbrar un prócer? Eso es morirse, amigo, la vida que ustedes hacen. ¿Qué á mí tanta ciencia y tanta industria, tanto progreso, tanto teatro, y tanto camino de hierro? Hombres hay aquí que tienen ciencia, y la mayor por cierto, la ciencia del vivir, y la de hablar después de vivir; hombres que no pudieron llegar á saber en todo un París ganar un real, y que han hallado en Madrid á un dos por tres con que pasar una real vida. Y no te figures, no sirviendo y adulando á los demás, sino mandándolos y haciéndose de ellos adular y servir. ¿Qué más ciencia, ni qué más industria? Si es por progreso, amigo, esto va que vuela. Si por teatro, ¿dónde más cosas que parezcan lo que realmente no son? ¿Dónde hay nada más parecido á un gobierno representativo que el que rige felizmente á España en nuestros días? ¿Dónde hay telón que se parezca á un árbol, ni cómico que más se asemeje á un príncipe, más que lo que se parece un estatuto á una constitución? Pues, Dios mediante, han de parecerse aún más. En punto á camino de hierro, ¿de qué otra materia parece hecho el durísimo por donde, á más no poder, venimos caminando desde que salimos há dos años de la Granja, que todo ese tiempo hemos necesitado para volver otra vez á doña María de Alagón (1)?

¿Por qué me había de volver? Por la misma razón, amigo mío, que de aquí me fuí, y por la misma idéntica que me forzó toda mi vida á mudar de continuo casa y domicilio; por la misma que me vió pasar en otros tiempos del *Hablador* á *la Revista*, de *la Revista* al *Observador*, de los periódicos á la escena, de las comedias á las novelas; por esta venturosa organización que para variar me dió naturaleza, y que en el número 94 de *la Revista* me hacía escribir:

«La necesidad de viajar y de variar de objetos... logró hacer de mí el ser más veleidoso que

(1) En gitano la capa.

(1) Hoy local del Estamento de Próceres: en tiempo de la Constitución de las cortes.

ha nacido... Esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar á las gentes los quince primeros días que se las conoce... Si alguna cosa hay que no me canse es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar, he venido á conocer que sólo viviendo podré seguir variando... Nadie, pues, más feliz que yo; porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir á la Meca.»

¿Para qué? Para escribir, ahora que la libertad de imprenta anda ya en España en proyecto. ¡Y qué proyecto! Tal y tan bueno, que acerca de él sólo he de escribirte una gran carta, por no caber en ésta los muchos y francos encomios con que le pienso glosar y comentar. ¡Yo, que de Calomarde acá rabio por escribir con libertad, no había de haber vuelto aunque no hubiera sido sino para echar del cuerpo lo mucho que en estos años se me quedó en él, sin contar con lo mucho que se quedaron los censores, que rejalgar se les vuelva! Viniera yo cien veces, aunque no fuera sino para hablar y volverme.

¿Cómo, me decías, *por dónde, en qué?* A tales preguntas contestara sobradamente la relación de mi viaje, si estuviera más despacio. No niego que el *por dónde* me apuraba. El camino de Vizcaya no está para todo el mundo, sobre todo desde que anda por él *un faccioso más;* que aunque no es más que uno, como ha dicho muy bien alguien, debe de ser sin duda tan grande que lo ocupa todo. Bueno era no hace mucho en defecto de ese el de Cataluña; pero de poco tiempo á esta parte hay también en él algunos facciosos más y algunas diligencias menos. Bien me decían que el de Olerón era incómodo; pero ¿qué remedio? Volver por Portugal, como había ido, ni era lo más derecho, ni menos para mi carácter versátil; además de que hay países que no son para vistos dos veces; y aunque alguien me incitaba á tomar con el vapor del Mediterráneo la vía de Marsella, Argel, Cádiz y Sevilla, eso de volver á España por Argel, más lo tuve yo por pulla y atrevida, que por consejo razonable.

Víneme, pues, por Olerón, adonde no creí llegar por entre tantos gendarmes como andan por la frontera, defendiendo el paso á los carlistas para la facción. Como yo no tengo traza de príncipe, ni me parezco á don Carlos, ni á don Sebastián, como no traía conmigo ni armamento ni municiones, ni caballos, me costó mucho trabajo introducirme en España.

Los Pirineos, esos montes que no existen desde la cuádruple alianza, esas barreras que allanó para siempre entre Francia y España nuestro ministerio del justo medio, se pasan sin embargo á caballo en un mulo, ó por decir mejor, en compañía de un mulo, á lo cual llaman *diligencia de Zaragoza á Olerón*, sin que yo haya podido dar con la verdadera causa de esta denominación en dos largos días que con dicho mulo viví, solo con él en aquellos vericuetos, considerándole yo á él, y considerándome él á mí. Era tanto el hielo, y tan malo el paso, que no sé decirte quién llevaba á quién.

Posteriormente he oído hablar mucho en el Estamento, y aún por todo Madrid, de aduanas. Hombres eminentes hay que aseguran ser las tales un gran recurso para el Estado, y todos por aquí están creídos, hasta el gobierno, de que tenemos una en la frontera: se dice que está en Canfrang. Así debe de ser. Lo cierto es que cuando yo pasé, la tal aduana habría salido á dar una vuelta con el cura y el cirujano del pueblo, porque nunca la ví, ni ella vió jamás mis baúles. Lo que sí ví fué varios carabineros, con quienes contraje relaciones de dinero; pero de peseta en peseta me ví á lo mejor en Madrid, en donde ya no sirve para no ser registrado dar una peseta, sino que es preciso dar dos por ser la capital, y á casa luego con el contrabando. Yo no lo traía casualmente, que lo sentí; pero te juro que el ramo está perfectamente organizado para el que lo quiera traer. Esto te lo digo por si te vienes. Tráete medio París en la maleta, y no vayas á creer al pie de la letra, como yo, que todo está reformado, y que andan todos derechos, aunque lo veas impreso, porque oficio es nuestro imprimir, y no ignoras que los periodistas el día que no imprimimos no comemos. De todos modos, hagas uso ó no del aviso, bueno es que esto quede entre los dos.

Te acordarás que en principios de agosto remití á *la Revista* un artículo en que, presumiendo á fuer de Fígaro lo que iba á suceder, encomendaba á nuestro buen gobierno de entonces que se recogiesen con tiempo las riquezas artísticas encerradas en los conventos: imprimióse en efecto, aunque mal parado por algún benigno censor. No habrás olvidado que á pocos días, por una rara coincidencia sin duda, pareció una real orden en *la Gaceta* dando providencia en el particular. Parece que se nombraron efectivamente comisionados por aquí y por allí, con sus dietas correspondientes, para la colección y resguardo de aquellos objetos: la

cosa se ha llevado tan á punta de lanza, y con tal celo, que yo mismo ví y toqué no muy lejos de Madrid objetos de esos, que paran en casa de quien los ha querido tomar. Códices viejos por ejemplo, manuscritos, ediciones raras de obras antiguas y otras bagatelas. ¿Para qué quiere el gobierno esas tonterías? ¡librotes de frailes! *¡chucherías de las madres!*

La quinta se ha realizado con entusiasmo indecible; y pues viene á cuento, te he de contar otra cosa que debe influir mucho en el buen espíritu de los pueblos, y en especial de la tropa. En cierto pueblo, no lejos de esta corte, me hallaba yo casualmente no há muchos días cuando acertaron á pasar los quintos que venían de Extremadura. ¡Qué bien se trata á la tropa! ¡Qué bien á esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre! ¡A no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del hombre! ¡Yo mismo ví también á un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo ví á un cabo medir á otro con su vara, insignia por cierto militar! Y esto á la faz del pueblo, y en medio de la plaza pública, y en día de sol claro. Con todo, si ese hombre se insolenta irá al cepo; si deserta al palo, y si pasa á la facción le llamaremos *caribe*. Ya ves que se van corrigiendo los abusos.

Hace pocos días que se concedió el título de ilustrísimos señores á no sé qué individuos de no sé qué corporación, consejo ó tribunal: esto es indiferente; lo que importa es el dictadillo. Estas distinciones hacen gran falta en España; señorías, excelencias, etc., etc.; esto siempre es bueno, porque establece diferencias entre los hombres, que es á lo que vamos. Bien se te alcanza que difícilmente puede tener mérito un hombre mientras todo advenedizo le pueda llamar de *usted*. Esto está en el espíritu de la regeneración que estamos llevando á cabo.

Todavía hay Estamento de próceres: y tienen sus sesiones corrientes: te lo digo porque me acuerdo de que cuando yo estaba en París había llegado á olvidarlo.

En el de procuradores ya se ha contestado al discurso de la corona; se asegura que para dentro de un par de meses ya podrán reunirse las otras cortes, quién dice *revisoras*, quién *constituyentes*. Lo primero es lo más general, lo segundo es lo más cierto; pero si en mes y medio sólo se ha votado uno de los proyectos, ¿cuántos más se habrán votado en marzo? Es verdad que se habla mucho. Ya tiene el gobierno ganado el voto de confianza por unanimidad, como quien dice, porque sólo el señor Pardiñas votó en contra. Por fin habló el señor conde de Toreno por primera vez después de su advenimiento á la oposición: habló como si no hubiera sido ministro. El señor Martínez de la Rosa dijo mil cosas sobre la alquimia y otras bagatelas. Este habló como si fuera ministro todavía. Y no te digo más porque no lo son ya ni uno ni otro.

Por lo que hace al gobierno, te sabré decir que hasta ahora caminamos de milagro en milagro. En el ministerio se cuentan tres personas distintas, pero que en realidad no componen más que un solo ministro verdadero: dicen sus enemigos que no le falta más que hablar; de todas suertes, no se le puede negar á este ministerio que *promete*. ¡Así cumpla! Eso es lo que veremos. Tal cual ha empezado, confieso que si en mi organización cupiera ser alguna vez ministerial, se me había presentado una bonita ocasión; pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años. Todo lo más á lo que podía extenderse mi ministerialismo siempre que por alguna casualidad diéramos con un buen ministerio, sería alabar lo bueno que hiciera con la misma independencia con que siempre gusté de criticar lo malo.

A propósito, no quisiera que se me olvidase. ¿Querrás creer que á mi llegada á esta corte me encontré con personas que suponían que mi viaje había sido costeado por el gobierno? Todavía me estoy riendo de la idea. ¿Tú no lo sabías? Ni yo tampoco. Pero en este Madrid todo se sabe. Por otra parte, cuando uno va á París es claro que no puede ser sino con algún empleo, ó con fondos del gobierno. ¿Qué fondos particulares bastarían para llegar á París? Ni yo tengo cara tampoco para ir á París por mi gusto. Esto es claro como la luz del día. ¡Qué penetración! ¡Dios los bendiga!

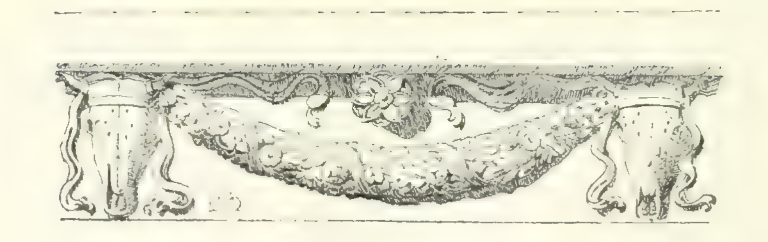
Mas ya echo de ver que esto es un tanto largo para carta, y un si es no es corto para folleto; á no contarte cosas que parecieran mejor secretas, había de hacer de ello un artículo de periódico, porque es bueno que sepas que llevado de mi comezón de escribir y de mi versatilidad, no bien hube llegado á Madrid cuando me eché á buscar un papel público en donde fabricar mi nido para lo que falta de invierno. Queríale grande empero, y donde cupiese yo todo, que no cabía el año pasado en Madrid; largo, ancho, desahogado, como lo había imaginado mil veces para tanto como tengo aún

que decir. Empezábame ya á desesperar, cuando he aquí que de pronto surge de la calle de las Rejas *El Español*, tamaño como por el adjunto verás. Yo, que á imitación del borracho del cuento, aguardaba que pasase mi casa para meterme en ella: *Este es*, exclamé en cuanto le ví:

Extenderse, crecer, tocar al cielo,

y metíme de rondón en él, donde quedo, para servirte, imaginando á toda prisa artículos de teatro, literatura y costumbres, maligno un tanto y siempre independiente, mas sin nunca entrometerme en lo de vidas privadas, censurando las cosas, no á los hombres, procurando hermanar con mi poca ó mucha hiel el respeto que en sociedad nos debemos los unos á los otros, amigo de mis amigos, y por demás agradecido al público que sufre mis habladurías. He aquí mi profesión de fe.—Tuyo siempre:—*Fígaro.*

P. D. A la salida del correo queda hablando en el Estamento de señores procuradores desde ayer el señor Perpiñá; el correo siguiente te diré el fin de la sesión, si ha acabado.





BUENAS NOCHES

SEGUNDA CARTA DE FÍGARO Á SU CORRESPONSAL EN PARÍS

ACERCA DE LA DISOLUCIÓN DE LAS CORTES, Y DE OTRAS VARIAS COSAS DEL DÍA

Buona sera, don Basilio
Presto andate a riposar.
Il Barbiere di Siviglia

Madrid, 30 de enero de 1836

Con fecha del 3 te escribí mi primera carta, querido amigo, dándote aviso de mi llegada á esta corte, y ando no poco inquieto con la suerte de la tal carta (á que no he recibido contestación), porque á la mañana siguiente del día en que te la escribí, y cuando yo presumía que podría estar ya por lo menos en Ariza, ¿dónde dirás que me la encontré? La encontré ni más ni menos en *El Español*, mal que bien encajonada, entre las *sesiones* y los *cambios*, que entonces ambas cosas existían todavía; no había hecho más camino que de la calle del Caballero de Gracia á la de las Rejas. Como andan las cosas tan trocadas, imaginé desde luego que habría participado ya mi naturaleza de esta atmósfera que respiramos, y que habría enviado al *Español* mi carta en vez del primer artículo de teatros, que debía darle, y echado el original, destinado á la imprenta, en el buzón del correo, en vez de nuestra correspondencia. Poníame sólo en confusión el haber notado que la carta impresa no era precisamente la misma que yo te había escrito, pues que en ella faltaban varios párrafos. Esto me hizo sentir tanto más la equivocación, porque si no puede serme agradable que intercepten nuestra correspondencia, más duro ha de parecerme que la mutilen, dado que yo no escribo al censor, sino á tí. Soy además un tanto tímido, y escribiéndote en confianza como te escribo, ni me cuido de pulir el estilo lo bastante, ni menos de paliar las verdades en un punto: dígote por tanto cosas que es vergüenza ¡por vida mía! que anden impresas, y más vergüenza aún que sean ciertas.

Como quiera que sea, aprovecho para hacer llegar ésta á tus manos otro conducto, que me parece más seguro, si en la publicidad está la seguridad. Quiero más bien escribir una carta que un artículo; y he de dar las razones. Cuando escribes una carta á una persona determinada, puedes estar seguro de tener un lector: si es cierto lo que dicen los franceses, que en todas las cosas *c'est le premier pas qui coûte*, no es poca ventaja la de asegurarse de ese modo un principio de público; y como el que escribe la carta es dueño de escribir á quien

mejor le parece, goza de otra ventaja no menor de escogerse el público á su gusto. Sácase de aquí la forzosa consecuencia de que cuando uno escribe una carta, sabe con quién habla, y esto no es humo de pajas tampoco en estos tiempos que corren. Si reflexionas en fin que en el día cuantos artículos podemos hacer han de reducirse á *artículos de fe ó de esperanza*, no extrañarás que me decida por las cartas. Aquí para entre los dos, quiero que me llamen partidario del Estatuto que nos rige, si sé hacer artículos de fe; porque aunque siempre se ha dicho que vivimos en país de ciegos (gran circunstancia para todo lo que es fe), dígote francamente que yo veo el tuerto que ha de ser rey. *Hazlos, pues*, me dirás, *de esperanza, que de eso los hacen los demás.* Y yo también los haría, amigo mío. ¡Así la tuviera!

Agrega á las razones dadas en favor de las cartas, que es ramo tan bien arreglado, que te da ganas de ponerte á escribirlas sólo porque te las lleven á cualquier parte, y sobre todo desde la real orden de 8 de enero, la cual está tan clara, que no parece sino que la han discutido en Cortes, y dice así, por ver si tú la entiendes:

MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN DEL REINO.—REAL ORDEN

«Excmo. Sr.: Enterada S. M. la Reina gobernadora del oficio de V. E. de 29 de diciembre último, ha tenido á bien resolver que mediante haber cesado el riesgo que ofrecía la carretera de Aragón á Barcelona, y no ser tampoco grande el que presenta la que va desde aquella ciudad á Valencia, se despache la correspondencia pública de Barcelona por ambas carreras, hasta que libre de todo peligro el camino de Aragón, sea éste el solo conducto de comunicación entre Madrid y Barcelona; siendo la voluntad de S. M. cuide V. E. de que se anuncie esta disposición temporal en la *Gaceta.* Dios, etc. Madrid, 8 de enero de 1836.-Heros. —Excmo. Sr. Director general de Correos.»

Es decir que mediante á que ya no hay riesgo de Aragón á Barcelona, se despache por ahí la correspondencia, hasta que no haya peligro. Más claro, señor, que ya no hay riesgo; ya no hay más que peligro. Luego llama *temporal* á esta disposición, y efectivamente, no es mal chubasco; más que real orden parece granizada de palabras; á no ser que la llame así por no llamarla espiritual, y por corresponder más bien al cuerpo que al alma los asuntos de esta carretera. Concluye la real orden con un *Dios*, etc., que no he podido dar en lo que significa, aunque presumo que el que la puso acabó diciendo: *Dios me asista*, ó *Dios me entiende*, ó *Dios sobre todo*, pues que su Divina Majestad es capaz de dar cumplimiento á tan extraordinaria resolución. Por donde se ve que es más digno de lástima de lo que parece el señor Director de Correos, pues no sólo ha de dirigir sus cartas á cada uno sino que ha de entender al ministerio; á no ser que sus excelencias se entiendan por bajo de cuerda de otra manera más explícita, y guarden sólo para el público ese lenguaje anfibológico.

Es lo peor que en 16 de enero, ocho días después, no estábamos más adelantados en punto á estilo de reales órdenes, porque Su Majestad por real decreto de dicho día promueve á don Francisco Javier Uriarte y Borja á la dignidad de capitán general de la armada, «sin aumento alguno de goce, á que generosamente renuncia Uriarte en atención á las presentes circunstancias.» Convengo en que las presentes circunstancias no son para muchos goces; pero también es gran lástima que desde el 16 de enero no pueda gozar el señor de Uriarte sino precisamente lo mismo que gozara hasta aquel día, y que haya de tener tan en el fiel la balanza de sus penas y placeres. Es decir, que si al día siguiente del real decreto le hubieran dado al señor Uriarte una buena noticia, como por ejemplo la disolución del Estamento, debería haberse mirado mucho en gozar de aquella satisfacción que debería naturalmente caberle, porque ese sería aumento de goce, supuesto que en su vida habrá tenido otro igual antes del 16 de enero.

¿No sería bueno que para mejorar la suerte del señor Uriarte, y aun la del Director de Correos, se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo menos y escribir?

Pero estarás impaciente por saber el objeto de esta segunda carta; te habrá chocado el rótulo que en cabeza le he puesto. «*¡Buenas noches!*—dirás,—¡cuando estoy yo esperando un nuevo día y el progreso y difusión de las luces en cada noticia que de la patria recibo!» Quiérote sacar de confusiones. Las *buenas noches* que te doy no son para tí; no es ahí, sino aquí, donde nos hemos quedado á oscuras. ¿Ves claras ahora las *buenas noches?* ¿Tampoco? Manos pues á la obra, y escucha, que hay que tomarlo de más arriba.

Hay entre nosotros unos pocos hombres que andan jugando á la gallina ciega con nuestra felicidad, y que tienen el raro tino de hacer

siempre las cosas al revés. Estos tales habían leído ya el año 12 los escritos del siglo pasado, y se habían hecho ellos solos liberales, que no había más que pedir. Oyeron el grito de independencia nacional, y dijeron para su sayo: *¡Oiga! la España se ha ilustrado;* con lo cual no tuvieron duda en que se podía dar una constitución, y diéronse una especie de código, sagrado, respetable siempre como paladión que fué de nuestra independencia y cuna de nuestra libertad, pero cuya bondad no hubo de ser muy comprendida por los pueblos todos, realmente atrasados para tanta mejora, pues que en cuanto se presentó el amo de casa hubo día de sábado, y quedó el suelo limpio de innovaciones. Los hombres de que te voy hablando dijeron: «Esto ha sido una traición, y otra vez sucederá mejor.» Esperaron, y el año 20 helos aquí que tornan á poner la mesa y los mismos manjares sobre ella, porque el apetito, decían, era el mismo. Pero van y vienen días; van y vienen franceses, viene y se va la Constitución, y vienen y se van nuestros hombres otra vez. Ya en medio de los tres años entró en reflexión alguno de ellos, y dijo para sí empezando á escarmentar: «Acaso no está la España bastante ilustrada, y no tiene su estómago tanto apetito como yo le había supuesto; no será malo sustituir las Cámaras á la Constitución.» Pero el tercero en discordia decidió la cuestión, y mientras que aquéllas y ésta se andaban representando la comedia de: *¿Quién ha de mandar en casa?* se adjudicó él á sí mismo la parte del león de la fábula. Nuestros hombres pasaron diez años en el extranjero, y aquéllos de quienes te voy hablando, en lugar de decir esta vez como dijeron la primera: *Esto ha sido traición*, que entonces hubieran acertado, dijeron: *Está visto, la España no está ilustrada.* La cosa es clara; malograda la intentona dos veces, era preciso inferir una de dos cosas: *ó los gobernantes ó los gobernados no sirven para el paso.* Alguien que hubiese sido modesto hubiera dicho: *¿Si seremos unos torpes?* Pero nuestros hombres dijeron: *Ellos son unos sandios.* Y pusieron de nuevo la mesa: «Pero esta vez, añadieron, no os hemos de ahitar, porque si el año 12 no teníais apetito, si el año 23 dejasteis hundirse el banquete, ¿cómo podréis digerirlo el 34?» Rara consecuencia: yo hubiera sacado precisamente la contraria; porque algo habíamos de haber adelantado del año 12 al 20 y del 23 al 34. De suerte que ellos, que habían andado demasiado cuando los demás estaban parados, comenzaron á pararse cuando los demás empezamos á andar.

Figúrate, amigo mío, que eres sastre, y que le haces á un niño de siete años un uniforme de consejero: ¡claro está que ha de venirle ancho! tú, sastre, entonces, dices: «Vea usted, ¡qué niño tan torpe! le hago un uniforme de consejero, tan hermoso y tan bordado, y al muy necio no le viene.»

Coges el uniforme, desprecias al niño y te vas. A los siete ú ocho años vuelves con el mismo uniforme, y el niño tiene quince. «¿Ancho todavía? exclamas; esto no se puede aguantar; si el uniforme está lo mismo, ¿cómo no le viene? Está visto que este muchacho no sirve para consejero, es un sandio.» Vuélveste á tu taller, y escarmentado de las pasadas experiencias hácesle una bonita envoltura, y vuelves con tu lío debajo del brazo á los diez años, y entonces el muchacho tiene ya veinticinco. «¡Qué diantres! gritas asombrado, este muchacho es el diablo, ¡tampoco le viene la envoltura! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! pues, señor, es investible;» y coges y le dejas en cueros.

¡Vive Dios, señor sastre, qué consecuencia y qué tijera!!!

He aquí, amigo mío, la historia de España desde el año 12 hasta el 34, más clara que la del padre Duchesne, traducida por el padre Isla. Me parece que habrás entendido cuál es la envoltura, y excuso decirte quién es el sastre. Ahora que nos podíamos empezar á vestir nos viene con la envoltura, y porque no nos asienta dice que somos unos brutos.

Mal acomodada, en fin, esta vestimenta, que nos lía de pies y manos, y sin siquiera andadores, reúnense los Estamentos del siglo XV arreglados á las necesidades del siglo XIX, esto es, la envoltura con faldones y corbata; y pasamos largos meses haciendo una comedia de capa y espada, que no ha sido otra cosa todo el año 35, según lo mezclado de la intriga, lo enredado del embrollo, los velos que se han corrido y descorrido, las entradas y salidas, las mutaciones de escena, los encuentros por las calles, las tapadas que han implorado nuestro favor, y lo exquisito de los conceptos, sin que puedan olvidarse las largas relaciones de dama y galán, que sólo para lucirse los actores se han estudiado y se han dicho.

Pero cansado el público de tan largos parlamentos, y de ver todavía tan oscuro el desenlace, ilumina una noche la Península con conventos; al resplandor de los sublimes flameros

no ve cosa que le estorbe sino el ministerio, y pide por junto su caída.

Un hombre nuevo es llamado á deshacer la facción y á rehacer la nación; se necesitan recursos por una parte, y el hombre nuevo encuentra recursos. Pero para rehacer la nación es preciso empezar por deshacer lo que encuentra mal hecho. ¡Triste suerte, que hayamos de pasar un año en deshacer el error de un día! Nueva Penélope la España no hace sino tejer y destejer.

Júntanse en esto las Cortes. «¡Gracias á Dios, dirás, que tenemos quien ilustre la materia!» El trono habla á las Cortes, y las Cortes contestan al discurso del trono. Hasta aquí no hay cuestión de gabinete, es sólo cuestión de buena crianza. El uno dice: *Servidor de usted*, y el otro contesta: *Muy señor mío*. No es decir esto, sin embargo, que no haya transcurrido casi un mes en debatir y dilucidar si el uno podía decir á su riesgo y peligro el primer cumplimiento, y si podría el otro en consecuencia responder con el segundo. Pero al fin se convino, se decidió que no había peligro ni por una ni otra parte en decirse los mencionados piropos.

En seguida el ministerio abriga dudas acerca de si tiene ó no tiene la confianza de la nación, que le acaba de confiar el poder. Y va y lo pregunta al apoderado de la nación, cuyo apoderado conviene consigo mismo en que no es tal apoderado, supuesto que la ley electoral, por la cual existe, es provisional y defectuosa, y no pudo dar por resultado la expresión de la voluntad de la nación; lo cual es tan cierto, que esa misma representación nacional, que no es representación nacional, va á hacer ella en virtud de sus poderes, que no son poderes, otra ley electoral que dé por resultado la expresión nacional. Pero has de saber que en estos gobiernos representativos queda destruído el antiguo refrán que dice: *que nadie da lo que no tiene;* más claro, con un ejemplo, en ellos una vela apagada puede encender otra vela. ¿Lo ves claro ahora? Pues sin embargo, el ministro puesto por la nación, le pregunta al tal apoderado de la nación, si la nación tiene confianza en él. Es decir que yo mayordomo tuyo y puesto por tí, le pregunto á tu ayuda de cámara si me da licencia de que te siga sirviendo de mayordomo. Ya ves que el paso es natural. ¡Ventajas inmensas todas de haber hecho las cosas á medias, cuando hubo coyuntura de hacerlas por entero! ¡Suerte precisa de un pueblo que se empeña en que le den lo que no se da, lo que sólo se toma! Porque el que da no puede menos de ser legal, y la legalidad repugna toda innovación.

Felizmente, como le había de haber dado al apoderado por decir que no, dióle por decir que sí, y tuvimos *voto de confianza*.

Dióse de paso otro empujón á la cosa pública, y púsose por fin el nombre de *guardia nacional* á lo que el año pasado no se podía llamar así sino con manifiesto peligro. Ya te lo he dicho, *tejer y destejer*. En unos cuantos meses no hemos hecho sino destruir nombres nuevos para llegar á los viejos: destejer; de *fomento* á *interior*, de *interior* á *gobernación*, de *subdelegado* á *gobernador civil;* ya llegaremos á *jefes políticos;* de *Estamentos* á *Cortes revisoras*, y ya llegaremos á *constituyentes* y á *constitucionales*. En unos cuantos meses han perdido las palabras *guardia nacional* todo el veneno que tenían; puestas en prensa, como han estado, lo han escurrido. Semejantes en eso al vino, que nuevo hace daño, y embotellado y guardado se vuelve mejor. Por el contrario, las palabras *milicia urbana* perdieron su fuerza y se malearon, semejantes también al vino, que expuesto al aire libre se agria y se desvirtúa.

Después de haber conseguido desandar ese trozo de camino, vamos á la ley electoral; que ya no sé con qué comparártela, porque, sea dicho con respeto, no sé á qué se parece. En primer lugar el ministro, picado sin duda de la generosidad del Estamento que le acababa de conceder su voto de confianza, no quiere ser menos, y le da el suyo al Estamento con tres proyectos adjuntos, el suyo, el de la mayoría, y el de la minoría de la comisión, diciendo que no es cuestión de gabinete y que adopta lo que el Estamento decida. Confianza por confianza. Se adopta la totalidad. ¡Gran victoria, parecida á otra moderna que no quiero nombrar, y que también se volvió toda principio! *¿Qué importa?* dice la oposición. En los artículos te aguardo. En el todo están de acuerdo; en lo que no están de acuerdo es en las partes que componen ese todo; pero por lo demás, ¡qué bobería! El encabezamiento, la fecha, el oficio de remisión, todo está bien. Es decir: «Yo te regalo una capa hecha, sólo que no quiero que gastes de ella ni el paño, ni los embozos, ni el cuello, ni las hechuras.» Ahora, abrígate tú como puedas, que al fin yo te regalo la capa.

Contarte, querido amigo, los pasos de la discusión es obra superior á mis fuerzas, y decirte en quién estuvo la culpa y nombrarte al que por falta de práctica parlamentaria dejó que su

enemigo se adelantase á tomar la mejor posición, es superior á mi voluntad; por tanto te aconsejo que eches mano de las sesiones de Cortes, y te las leas de cabo á rabo, y si llegas á entender claro en el asunto, te aconsejo también que te des la enhorabuena, y te tengas en lo sucesivo por hombre de talento.

¿Quieres que te diga lo que yo he sacado en limpio, y por ende verás que soy un pobre hombre? Ya yo me lo presumía, pero nunca creí quedarme á oscuras con tantas luminarias; porque decía yo para mí: para que se entienda una cosa habrá de bastar ó que el que trata de averiguarla no sea lerdo, ó que el que la explica sea muy avisado. Nada de eso, y juzga si el pobre Fígaro es lerdo cuando no ha sacado en limpio sino:

Que la elección directa es la más liberal; que el ministerio es liberal, y quería lo mismo que quisiese el Estamento, siempre que lo que quisiese el Estamento fuese lo mismo que él quería. Que ha habido una comisión y dos proyectos en ella, y que el ministro quería lo mismo que la comisión, que quería dos cosas distintas, y que el Estamento, que no quería ni al ministro ni á la comisión. Que la oposición en el Estamento era de hombres retrógrados que abogaban por el progreso, y que querían la elección directa como la más liberal, ellos que eran los menos liberales; que el ministro, que hacía de ministerio, y la comisión, que hacía de las suyas, eran hombres progresivos que abogaban por el retroceso, y que querían la elección indirecta como la menos liberal, ellos que eran los más liberales; que los más liberales querían que se efectuase la elección por provincias, y los menos liberales por partidos; que hay cincuenta y tantas provincias y doscientos y tantos partidos en España; que las provincias son más liberales, á pesar de que los más liberales son los partidos, etc., etc.; y he entendido, en fin, que ni los he entendido, ni se entienden, ni ya nunca nos entenderemos.

¿Me has entendido, Andrés? Bueno: pues ahora sabrás que de resultas amaneció un día y se votó todo eso: abstuviéronse diez señores de votar, lo cual hace tal vez el elogio de su conciencia; sin duda no estaban todavía más ilustrados que yo, y se perdió la votación, todo por cinco votos, que han venido á ser las cinco llagas, Andrés mío, de este pobre cuerpo crucificado: viniendo á ser también por lo tanto en sus partes cuestión de gabinete, la que en su todo no era sino cuestión de escalera abajo.

Con esto, amigo, y para que nos entendiéramos, se tomó la determinación de hacer callar al Estamento, que si no estaría hablando todavía, quedándonos todos el 27 de enero á oscuras de Estamento, y de Cortes, y de ley electoral, con la rara circunstancia de que la nación estaba deseando que la disolvieran, y el pueblo es el primero que ha dado la enhorabuena al gobierno por haberlo enviado á pasear. Y sin embargo ha hecho bien y ha tenido razón. ¡Ahí verás tú lo que son anomalías!

En efecto, el trono, usando de su prerrogativa, dijo á cada cual en lengua castellana lo que mi tocayo dice en cierta parte: *Buona sera, don Basilio, presto andate a riposar;* y ya á la hora de ésta deben de ir por esos caminos los señores procuradores á poner en claro para sus comitentes la ley electoral, que así acertarán los unos á entenderla como los otros á explicarla.

Pero al día siguiente, querido amigo, y cuando creíamos los amigos del ministerio que iba á dar un *golpe de estado*, sustituyendo á la ley provisional agregada al Estatuto, otra ley provisional, en la cual podía decir *ni quito ni pongo rey, pues no es aquélla fundamental, y tan ministro soy yo como el padre mismo del Estatuto*, nos encontramos con una *Gaceta* extraordinaria que dice que se reunirán nuevas Cortes el 22 de marzo, mas no *revisoras* ni *constituyentes*, sino sólo para hacer dos meses después lo que éstas debían haber hecho dos meses antes. A ver si lo entiendes: el ministro dijo, al llegar al artículo que levantó la polvareda: «No me le toquéis, porque de no ser la elección por provincias, habré de tardar dos meses más, y entonces no puedo cumplir mi promesa, porque estoy de prisa.» Respondieron las Cortes: «Abajo el artículo;» parece natural creer que el ministro va á echar por el atajo y decir: «No me ahorráis los dos meses; pues en atención á la urgencia, yo me los ahorro;» no, señor, sino que dice: «Me embarazáis dos meses, y os disuelvo para que dentro de esos dos meses veamos si otras Cortes mejores me los ayudan á saltar.» En ese caso, pues, ¿para qué disolverlas? Aguantar los dos meses, pues que por todos lados se presentan, y así no serán más que dos; porque si las otras Cortes vienen diciendo erre que erre, entonces serán cuatro en vez de dos.

De suerte que yo por el pronto sólo veo clara una cosa, y es que para el 22 de marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes, uno de cuyos Estamentos será elegido por los electores que elijan los ayuntamientos y mayores

contribuyentes; que sus individuos deberán tener doce mil reales de renta, treinta años, y haber nacido ó estar arraigados en la provincia, según el Estatuto. Que estas tales Cortes oirán otro discurso de la corona, y volverán á contestarle; que se volverá á poner sobre la mesa la ley electoral, en atención á que es preciso hacer una nueva, pues que la actual, por la cual van á ser elegidos esos mismos que harán la otra, no vale nada. Que para entonces es probable que empecemos á entendernos, porque es de suponer que Tarragona, Granada y Asturias no han de reelegir exactamente á todos sus poderhabientes; que se discutirá luego el proyecto de libertad de imprenta, el de responsabilidad ministerial, *y demás objetos importantes que el bien público reclame;* que para entonces seguramente no tendremos facción, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio, porque estará caído si no la cumple; que en eso se pasará la primavera y el verano; que para el otoño se pondrá en vigor la nueva ley electoral; y que mucho antes del día del juicio veremos las Cortes *revisoras* que engendrarán las *constituyentes;* y que... y en fin, que se acabará el mundo, algún día, si hemos de creer las sagradas escrituras, las cuales añaden hablando de eso, que Nuestro Señor Jesucristo vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos; de los muertos no digo nada, pero ¡vive Dios que si yo fuera quien hubiese de juzgar, ya los vivos estarían juzgados!

Y he aquí, amigo mío (en tanto que descubrimos el del ministerio), descubierto el secreto de la oposición, y explicada un tanto la anomalía de cómo querían los menos liberales el método más liberal, á saber, porque era el más largo, sin contar con el rodeo que nos hacen dar sus señorías, que por mucho tiempo reposen, ya que tan completa y oportunamente les damos todos las *Buenas noches.*

Concluiré diciéndote, que hasta la presente estamos tan á buenas noches de ministros como de Estamentos (pues los señores Próceres, sin comerlo ni beberlo, también han callado todos á un tiempo, que era como hablaban, sin que por eso dijesen entonces más que ahora).

El de la guerra está en su elemento: estos días se andaba buscando uno para estado, ó para hacienda, como quieras entenderlo, pero vaya usted á saber dónde estará metido; con respecto al de marina, ya oirías que se trataba de hacer ministro de marina al señor de Galiano, á causa de que habla muy bien; pero como el ministro ha cortado la conversación, dudo mucho que insistan en eso: su excelencia se quedaría hablando con las olas, y diciéndoles el *quos ego* de Virgilio, y por cierto que lo aprecio demasiado para desearle que le hagan ministro. De todas suertes, no debe de admirar en ese ramo la tardanza, porque así pueden andar buscando ministro para la marina como marina para el ministro. Hay quien añadía si el de la gobernación ha de mudarse; pero te aseguro que lo tiemblo, porque si cada ministro ha de traer consigo, como ha sucedido hasta ahora, un nombre nuevo y un nuevo reglamento para ese dichoso ramo tan desgobernado, no ganamos para memoria y para membretes impresos.

Sigilo y más sigilo, si he de seguirte escribiendo, no me suceda algún chasco; y en el ínterin que te vuelvo á escribir, que será pronto, recibe las *Buenas noches* de tu amigo:—*Fígaro*



DIOS NOS ASISTA

TERCERA CARTA DE FÍGARO A SU CORRESPONSAL EN PARÍS

Después de mi segunda carta, fecha de 30 de enero, esperé largo tiempo para escribirte, querido Andrés, que ocurriesen cosas dignas de contarse. Pensarás que han ocurrido efectivamente: yo no sé si ha sucedido algo; paréceme otras que no. Pero si no ha sucedido, seguramente que va á suceder, y por si saliera falsa mi conjetura no quiero fiar á la contingencia de los acontecimientos la continuación de nuestra correspondencia. Allá va otra carta á buena cuenta.

Como te referí, cerráronse los Estamentos y quedamos á buenas noches. La primera novedad que dió que hablar en aquellos días fué, que, según pareció después, le quedaba algo que decir al señor Perpiñá. ¿Y qué dirás que hizo? va, coge, y cree que tenemos libertad de imprenta: el buen señor es por lo visto incapaz de pensar mal de nadie, y como de cierto tiempo á esta parte no ha habido ministro que no se haya proclamado abogado de la libertad de imprenta, aunque por el estilo del marido que delante de gentes animaba á su mujer á comer de los pichones, y en quedando solos le decía enseñándole un garrote: *¡Ay si los catas!* hubo de imaginar que entre nosotros pensar y decir era todo uno; más breve: creyó que para hablar le bastaba tener licencias de Dios, y que por tanto no necesitaba la del gobernador civil. Al revés me las calcé. Excusable es el señor ex-procurador, porque hace tanto tiempo que nos están diciendo que somos libres, que á veces uno mismo se lo llega á creer. Echa mano de un folleto, desparrama en él sus ideas como quien siembra, y tiéndese á esperar la cosecha. ¿Pero qué dirás que cogió? El, nada. La autoridad fué la que cogió los folletos.

Eso sí, al día siguiente la autoridad nos probó en un artículo comunicado que los folletos se podían coger: ya lo sabíamos, y si no, se lo hubiéramos podido preguntar al autor. Seamos con todo imparciales. El gobierno añadió que nosotros *no ignoramos que para publicar un papel, sea cual fuere su tamaño, se necesita licencia.* ¡Y cómo si lo sabemos! Pluguiera al cielo que nos fuese dado ignorarlo. Es como si te pusieras en camino y te asaltasen ladrones, y te quejases, y te respondiese el ladrón:—*¿Pues no sabe que hay ladrones?*—y repusieras tú:—*¡Como no debiera haberlos!*—y te tornasen á replicar:—*¡Pero como los hay!*—que sería el cuento de nunca acabar y de tener razón el ladrón, es decir, el más fuerte.

Sólo en una cosa me divirtió el gobierno: en decir que sentía como el que más que así sucediese; eso prueba que estaba de buen humor, señal de que la cosa iba bien. Es la del verdugo, que te pide perdón antes de ahorcarte; si fuese siquiera después probara arrepentimiento. Yo le diría: «¿Y quién le pone á vuestra señoría un puñal al pecho para que sea verdugo, si el oficio no le agrada?»

Lo peor del caso fué que el folleto no tenía más cosa buena que el ser corto; mas como tuvo los honores de la persecución, vino á leerlo todo el mundo; perjuicio para el gobierno, que lo había recogido; más perjuicio aún para el autor, que lo había escrito, y á quien la autoridad logró desacreditar, dando á su producción la mejor especie de publicidad; y mayor que para nadie para el público, que tuvo que echárselo á pechos en aquellos días en que no se hablaba de otra cosa.

Punto en el folleto, que es cosa antigua. A pocos días ocurrió otra friolera, si en estos tiempos es lícito llamar friolera á la cantidad de dos mil reales. Giró el lance sobre la misma libertad de imprenta, sobre si un párrafo del *Español* tenía al pie un garabato ó si no lo tenía, sobre si se había invertido el orden, y si lo había leído el censor antes que el público ó el público antes que el censor. Pareció no haberlo leído en su vida el censor: se consultó el libro de los oráculos, por apodo reglamento, y éste respondió en términos bastante claros:

> Y para casos tales,
> Que pague el editor dos mil reales.

Figúrate qué golpe para el gobierno, y más lloviendo sobre mojado. ¡El, que como arriba dejamos dicho siente tanto estas cosas! Estos son golpes, amigo, que acaban con un gobierno sensible; así es que yo lo veo y no lo veo.

A mí me da qué hacer la libertad de imprenta: yo soy el único á quien da qué hacer, pero en fin me da. Habla la reina, y se hace lenguas de la libertad de imprenta; hablan los ministros, y para ellos no hay altar donde ponerla; hablan también (esto no es pulla) los próceres, y convienen en que es la base; abren la boca los procuradores, y procuran por ella como por las niñas de sus ojos; hablan los periódicos, y hártanla de piropos. Y hablo yo y digo, como don Basilio en la ópera de mi tocayo: «*¿A quién engañamos pues aquí?* ¿quién diantres impide que la establezcan?» Alguno hay que habla de mala fe, y deben de ser el pueblo, los Estamentos y los periódicos, porque en cuanto al gobierno, ¿cómo dudar de él, cáspita, siendo tan patriota?

Me podrás decir que á pesar de cuanto llevo escrito hay libertad de imprenta, sólo que está cara, como bocado delicado que es. Cierto; por dos mil reales te puedes dar un hartazgo; por cuatro mil dos hartazgos, y así progresivamente hasta la cantidad de tres hartazgos, porque en llegando á ese número simbólico, como le llama Dupuis, mueres de un causón. Yo pienso usar de ese medio, y darme algún día hasta dos: los primeros doscientos duros que yo vea reunidos los tengo ya destinados á un día de asueto. Es lo malo que si me recogen antes de que me lean, habré pagado caro el placer de un monólogo escrito; pero siempre me queda el recurso de aprenderlo antes de coro, y de irlo diciendo á mis amigos, los cuales son tantos que vendrá á ser como imprimirlo. Por fortuna no está previsto en el reglamento el caso de que uno se sirva de imprenta á sí mismo. Sólo me detendría el temor de causar una desazón al gobierno, quien al tomar los ejemplares y los cuatrocientos, bien sé yo que se le había de caer la lágrima tan gorda.

De lo que puedes vivir seguro es de que esas multas no se aplican á pago de censores; seis meses hace que están los pobrecitos echando rúbricas día y noche, como en barbecho, en cuanto papel les cae debajo, sin ver la cara de un rey en una mala moneda: eso parte el corazón. Digo, si fuese gente interesada como muchos creen; vale Dios que no necesitan ellos que nadie les dé un maravedí por atajar el paso á la licencia. Hombre hay que con tan buen fin daría dinero encima de lo suyo, si censor ó no censor hubiera aquí hombre que lo tuviera; aun harán más probablemente, que será dejar parte del sueldo, que no cobran, para el donativo voluntario, á que obligan ahora á todo el mundo, con cuyos auxilios va la guerra que vuela. Es lo que muchos dicen: ya quisieran ver á lo menos lo que dan, para formar una idea de lo que deberían tomar. Sueldo, Dios le dé, pero rúbricas no faltan. Censor conozco yo á quien le presentaron en un mismo día la cuenta de su lavandera y el contrato matrimonial de su hija, y en la primera puso: *Imprímase;* y en el segundo: *No puede correr, por ser contra las prerrogativas del altar y del trono, y encerrar alusiones inmorales.* Y tenía razón, porque al matrimonio se sigue lo que tú sabes, cosa por cierto inmoral y hasta fea en cuanto á ornato.

Chanzas aparte; no es el mío, que es hombre en verdad racional si los hay, y de él estoy tan contento que el día que me lo quiten, como es de presumir, me arrancan un pedazo del alma y el cuerpo todo entero, que á fuerza de verdades alimento.

Dejemos á un lado esas boberías de la libertad de imprenta, que se parece al dinero en lo indispensable, y en lo filosóficamente que sin la una y sin el otro vamos trampeando.

Ya sabrás en París los asesinatos del santuario de Hort: hicieron eco en Barcelona, y hubo allí la de Dios es Cristo. Muchos liberales se afligieron, y yo también me afligí; ¡vaya! pero no precisamente en cuanto liberal sino en cuanto hombre. Une estos que llaman atentados, y que realmente lo son, con los de los conventos, y remontándote más arriba con los del 17 de julio, de triste recordación para los frailes de Madrid: yo te diré una cosa.

Cuando yo veo á los principales pueblos de una nación alzarse tumultuosamente, y á pesar de las guarniciones y de la guardia nacional, y del poder del gobierno, atropellar el orden y propasarse á excesos lamentables en distantes puntos, en épocas diversas, y á despecho de los sentimentales sermones de los periódicos, difícilmente me atrevo á juzgarlos con ligereza: mientras mayores son los excesos, más increíble el olvido de las leyes y más fuerte la insurrección, más me empeño en buscarles una causa; ni en el orden físico ni en el moral comprendo que lo poco pueda más que lo mucho: no comprendo que pueda suceder nada que no sea natural, y para mí natural y justo son sinónimos.

De donde infiero que una insurrección triunfante es cosa tan natural como la erupción de un volcán, por perjudicial que parezca. Una causa no es una defensa, pero es una disculpa, desde el momento en que se me conceda que una causa dada ha de tener forzosamente un efecto.

Ahora bien. ¿En dónde ve el pueblo español su principal peligro, el más inminente? En el poder dejado por una tolerancia mal entendida, y por muy largo espacio, al partido carlista; en la importancia que de resultas de la indulgencia y de un desprecio inoportuno ha tomado la guerra civil. ¿No veía en los conventos otros tantos focos de esa guerra, en cada fraile un enemigo, en cada carlista preso un reo de estado tolerado? ¿No procedía del poder de esos mismos enemigos, dominantes siglos enteros en España, la larga acumulación de un antiguo rencor jamás desahogado? ¿Qué mucho, pues, que la sociedad acometida en masa, en masa se defienda? ¿Qué mucho que no pudiendo ahogar de una vez al enemigo entre sus brazos, se arroje sobre la fracción más débil de él que tiene más cerca y á su disposición? Sólo puede ser generoso el que es ya vencedor: si al gobierno le es dado juzgar y condenar legalmente, es porque está fuera de combate, porque representa á la justicia imparcial. Pero se pretende que de dos atletas en la fuerza de la pelea, el uno continúe su victoria hasta acabar con su enemigo, y que éste se contente con decirle: «¡Espérate, no me mates, que voy á dar parte á la justicia, que es de mi partido, para que ella te ahorque!!!»

El pueblo no es el gobierno; es más fuerte que él, cuando éste no comprende y satisface sus necesidades; y prueba de ello es que lleva á cabo sus atentados sin que aquél los pueda prever ni impedir. No es esto alabar los atentados, sino decir los inconvenientes de las revueltas, y que por malos que parezcan son naturales, como es malo, pero natural, que un río atajado por diques, inferiores á él, se salga irritado de su madre é inunde la campiña que debiera fertilizar mansamente.

Nota aquí una cosa. Quien pudo hace un año dar salida conveniente á ese río no lo supo hacer, y cuando llega la avenida, se queja del río. Quéjese de su torpeza, que no calculó antes de poner los diques la fuerza que el agua traería. El gobierno no supo á tiempo contentar á los pueblos y dar salida legal á su justo enojo, y su sucesor, que heredó la culpa, se queja ¿de qué? ¡de que los pueblos no son de cartón, como uno y otro creyeron!!!

Recorre la historia: en ella aprenderás que un asesino nunca puede ser justo; pero cuando no es uno, cuando no es una facción, cuando son los pueblos enteros los que asesinan, rara vez dejan de obrar naturalmente. Que no fueron entre nosotros cuatro malévolos, mal pudiera negarlo el gobierno mismo, pues á haberlo sido, ¿cómo no hubiera estado en su mano sujetarlos? De donde infiero que los desórdenes del pueblo, ó son naturales y justos cuando el gobierno no los puede contener, ó son culpa del gobierno cuando puede y no sabe, ó no quiere. Argumento sin contestación.

Pero eso sí, vivimos en el tiempo de la legalidad. Los principales motores fueron presos y trasladados á Canarias. Por supuesto, me dirás, previa formación de causa y la competente condenación de los tribunales. Claro está. ¿Cómo querías tú que un gobierno que se queja de los excesos del pueblo, vaya él á cometerlos? ¿Un gobierno, que no puede como el pueblo disculparse con la seducción y la irritación de las pasiones, había de atropellar las leyes, de que es guardián y ejecutor, con la misma facilidad que ese pueblo á quien castiga por haberlas atropellado? ¿Pues no ves que si el gobierno hubiera atropellado las leyes para castigar los atropellos de otros, debería haber empezado por embarcarse él para Canarias, y decir: *Marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda de presidio?* Vaya, Andrés, que eso ni suponerse puede, y si te cuentan que tal caso ha sucedido, puedes decir que el que lo cuente es un malévolo de esos que traen la anarquía en el bolsillo. Diría el gobierno y diría bien: «Yo no hice tal cosa, y si la hiciera, ¿qué diferencia habría entre los atentados del pueblo y los míos? Porque en fin, mientras que la ley no le ha declarado reo, el condenado es asesinado: en ese caso no habría entre mi atentado y el del pueblo más que una diferencia, á saber: que el pueblo asesinó malamente carlistas y yo asesino malamente liberales.»

Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo.

Puedes estar seguro de que hay causa; y si no se les ha formado, es porque andamos de prisa, ó por mejor decir, lo que ha ido á Canarias no ha sido una cadena de culpables, sino una comisión artística compuesta de liberales, que van á costa del gobierno á acabar de descubrir aquellas islas, y escribir una memoria de

las alturas del globo, y á dar testimonio al mundo sobre todo de la altura á que estamos, tomando el meridiano del pico de Tenerife.

También te habrán contado posteriormente otra pequeña arbitrariedad ejecutada oficialmente en una vieja, en virtud de un *cúmplase* de un héroe. ¡Dios nos libre de caer en manos de héroes! Sólo te diré que á lo menos en Barcelona tuvieron que acometer una fortaleza y exponerse á ser rechazados. Bueno es remontarse á las causas de las cosas, al tronco, y no á las ramas. Es así que la primera causa de que existan facciosos fueron las madres que los parieron; ergo quitando de en medio á las madres, lo que queda. Los teólogos dicen: *Sublata causa tollitur efectus.* Es lástima que no haya vivido el abuelo, porque mientras más arriba más seguro es el golpe. Pero hemos tenido que contentarnos con la madre. Está probado que así como Sansón tenía la fuerza en el pelo, los facciosos tienen el veneno en la madre, que viene á ser la hiel de ellos; en quitándosela se vuelven como malvas: así lo ha probado la experiencia, porque de resultas el otro no ha fusilado más que á treinta. ¿Quién sabe los que hubiera fusilado si hubiera tenido madre todavía? Luego, las mujeres son las que están impidiendo la felicidad de España, y hasta que no acabemos con ellas no hay que pensar en tener tranquilidad. En cuanto á las hermanas, como estaban casadas con guardias nacionales, les tocaba fusilar la mitad á los de allá y la otra mitad á los de acá; pero nosotros, más desprendidos, no quisimos perdonar ni la mitad que nos tocaba, y lo fusilamos todo. ¡Bienaventurados en tiempos de héroes los incluseros, porque ellos no tienen padre ni madre que les fusilen!

Pasadas estas etiquetas de recíproca cortesía, dieron en correr voces de que el ejército estaba descontento, y que la guerra de Navarra no iba lo ligera que debía. Felizmente para todos, algunos amigos tuyos y míos, que así saben mover la pluma como esgrimir la espada, enderezaron la opinión en artículos luminosos, probando lo que ninguno debía tener olvidado, que las guerras civiles son largas, á pesar de todos los programas del mundo; que éstos son, por el contrario, los que tienen corta vida; que así las civiles como las demás se sostienen con dinero y con soldados; que un gobierno en lucha con una facción pierde más cuando pierde una batalla que adelanta cuando la gana, y que una derrota nuestra nos quita más honra que gloria da á la facción; que por lo tanto es fuerza no aventurarse sino á ciencia cierta; que la guerra no se hace en el ministerio, sino en Vizcaya; que de real orden se llevan y se traen jueces, se envían buques á Canarias y se conquistan votos, pero de real orden no se ganan batallas; que algunos descalabros nuestros han sido debidos á reales órdenes; que para hacer la guerra se necesita un plan; que para tener plan es preciso que el general solo sea responsable; y que Córdoba, en fin, sin que haya necesidad de llamarle héroe, tiene un plan, el cual es forzoso dejarle llevar á cabo, siquiera porque no ha habido hasta ahora otro mejor que el suyo.

Tales razones no convencieron, fué bien acogida la representación del ejército, y si bien ninguno de los que hablaban fué á dar su brazo en vez de su voto, al fin no se admitió la dimisión, y sigue el general, y su plan, y la guerra de Navarra, en el mejor estado posible.

Mientras todo esto pasaba echáronse encima las *próximas elecciones*, hoy ya pasadas, y porque digo se echaron encima, no vayas á pensar alguna tontería. Dijeron muchos si habría amaños ó si no habría amaños; que se escribió largo y se intrigó más. Lo primero sólo prueba cultura en el país, lo segundo arguye talento. ¡Vaya usted á impedir que hablen las gentes! Para que no fuesen las elecciones muy populares bastante amaño era ya la propia ley electoral, en virtud de la cual debían elegir los electores nombrados por los ayuntamientos y los mayores contribuyentes. No hay cosa para elegir como las muchas talegas: una talega difícilmente se equivoca; dos talegas siempre aciertan, y muchas talegas juntas hacen maravillas. Ellas han podido decir á su procurador por boca de los mayores contribuyentes la famosa fórmula aragonesa: «Nos, que cada una de nos valemos tanto como vos, y todas juntas mucho más que vos, os hacemos procurador.»

Luego, los elegidos habían de tener doce mil reales de renta; gran garantía de acierto: por poco que valga un real en estos tiempos, no hay real que no valga una idea, sin contar con las muchas que hasta ahora hemos visto que no valían un real, y con los varios casos en que por menos de real daría uno todas sus ideas: bueno es siempre que haya reales en el Estamento por si acaso no hubiese ideas. Tanto mejor si hay lo uno y lo otro.

No es menos importante lo de los treinta años; no es menos simbólico ni cabalístico el número de treinta que el de tres tan citado, y de que es décuplo; treinta días tiene el mes,

treinta minutos cada media hora, por treinta dineros vendió Judas á un Dios, treinta años representa la vida de un jugador y treinta años, en fin, la capacidad de un procurador. Muchos filósofos han creído que cuando el hombre nace, el Ser Supremo, que está atisbando, le sopla dentro el alma por medio del mismo procedimiento que usa un operario en una fábrica de cristales para dar forma á una vasija; pero eso es el alma, mas no la capacidad y la facultad de procurar: esta tal otra quisicosa se la infunde el Criador el día que cumple treinta años, por la mañanita temprano, así como la aptitud legal y la mayoría se la comunica á los veinticinco. Oh tú, Andrés, que no los has cumplido, está con cuidado el día que los hayas de cumplir, y escríbeme para mi gobierno lo que sientas en ese día: dime por dónde entra la capacidad y hacia dónde se coloca en tu persona: prevenido de esa suerte de los síntomas que la anuncian podré yo hacer á la mía, el día que me baje, el recibimiento que se debe á tan ilustre huésped. ¿Cuándo tendremos treinta años? Aquel día seremos ya unos hombrecitos.

Bien ha habido hombres que han discurrido antes de los treinta años, pero esos son fenómenos portentosos, raros ejemplos de no vista precocidad; y en cuanto á Pitt y otros de su especie, ministros ya mucho antes, ni siquiera es posible considerarlos como monstruos de la naturaleza; es fuerza inferir error de cálculo y mala fe en la de bautismo.

El haber nacido en la provincia, ó tener en ella arraigo, no es de menos importancia, si recordamos que las primeras impresiones se graban para siempre en la cabeza del niño y deciden de lo que ha de ser después cuando grande: ni es posible que un hombre conozca su provincia, y se interese por ella, si no ha nacido por allí cerca. Puede suceder que una provincia tenga más confianza en la reputación, en el saber de un forastero; pero páselo en paciencia la buena de la provincia, que más pasó Cristo por ella.

Dicen, sin embargo, que todos los electores no han tenido presentes todas esas verdades; así que, unos procuradores no han nacido, otros no tienen la renta, ¡qué sé yo! Esto tiene compostura habiendo comisión de poderes, y en todo caso se aplica la renta de unos á otros, como hacen los buenos cristianos con los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, que valen mucho más que las rentas; y así poniendo de aquí y quitando de allí tengo para mí que se ha de remediar. Y aun yo diría más. Don Juan Alvarez Mendizábal fué elegido por ejemplo por Barcelona, siendo natural de Cádiz, y no habiendo residido en Cataluña. Decían: «Pero no tiene nada suyo en Cataluña sino los electores;» ¿pues eso no es tener? ¿no valen tanto por lo menos los electores como una casa, ó una tapia, ó unas cuantas fanegas de pan llevar? ¡Sino que poniéndose á hablar las gentes!...

Por lo demás es sabido que el gobierno no ha influído absolutamente nada en las elecciones, y desde luego se dijo que eran á pedir de boca. Para que formes una idea, han sido elegidos los sujetos siguientes:

Por Barcelona, como llevo dicho, don Juan Alvarez Mendizábal.

Por Cádiz, don Juan Alvarez Mendizábal.

Por Gerona, don Juan Alvarez Mendizábal.

Por Granada, don Juan Alvarez Mendizábal.

Por Madrid, don Juan Alvarez Mendizábal.

Por Málaga, don Juan Alvarez Mendizábal.

Por Pontevedra, don Juan Alvarez Mendizábal, etc., etc., etc.

Que es el cuento de pasó una cabra, y volvió y pasó otra, y volvió á tornar y á pasar otra cabra, y así sucesivamente.

Si oyes decir que se abre el Estamento, dí que es broma, que quien se abre es don Juan Alvarez Mendizábal.

No habrás olvidado que los ministros de Estado y de Hacienda, y el Presidente del Consejo, son don Juan Alvarez Mendizábal, y que los otros ministros no son sino una manera de ser distinta sólo en la apariencia del don Juan Alvarez Mendizábal. Ahora figúrate el día que el Estamento don Juan Alvarez Mendizábal pida cuentas al ministro don Juan Alvarez Mendizábal... aquí llaman esto un *gobierno representativo:* sin que sea murmuración, confieso que yo llamo esto un *hombre representativo.*

Una vez conocida la buena índole de las elecciones y la idoneidad de esos diversos señores procuradores, ocurrió la duda de si estas Cortes que iban á reunirse vendrían sólo para hacer una ley electoral mejor que la que les confiere su derecho, ó si podrían constituirse revisoras. Quiénes se agarraron á la legalidad, diciendo que esto último sería ilegal; quiénes intentaron probar que lo de menos era la legalidad y que lo que importaba era la conveniencia. Por fin salimos del atolladero, y parece que no tratarán de constituirse por varias razones. Porque no han sido convocadas para eso. Porque siendo su objeto principal hacer una ley electoral, en

virtud de la cual puedan convocarse luego las revisoras, es claro que los demás asuntos que á ellas se sometan, por importantes que sean, habrán de ser subalternos al principal. La nación tiene un cimiento, y necesita una casa: en estas cortes va á decidir cuáles han de ser las circunstancias del arquitecto que se la puede hacer á su gusto. Por consiguiente, todo lo que sea proceder á construir el que sólo está comisionado para designar el constructor, es hacer la casa y dejar para después el arquitecto: equivale á blanquear después de pintar; es dejar al que venga detrás el derecho de poner en duda la validez de la construcción.

En estas disputas andábamos, cuando otro *run run* más terrible vino á poner nuevo espanto en nuestro corazón. He aquí que una noche corre la voz de que se va á poner la constitución del año 12. ¡Bravo! dije yo: esto es lo que se llama andar camino. Aquí no se sabe multiplicar, pero restar á las mil maravillas. Vamos á ver quién puede más. El año 14 vino el rey y dijo: Quien de catorce quita seis, queda en ocho. Vuelvan pues las cosas al ser y estado del año 8. El año 20 vienen los otros y dicen: Quien de veinte quita seis, queda en catorce: vuelvan las cosas al ser y estado del año 14. El año 23 vuelve el de más arriba y dice: Quien de veintitres quita tres, queda en veinte; vuelvan las cosas al ser y estado de febrero del año 20. El año 1836 asoman los segundos, y éstos quieren restar más en grande: Quien de treinta y seis quita veinticuatro, queda en doce; vuelva todo al año 12. Estos han pujado, si se exceptúa el del Estatuto, que más picado que nadie cogió y lo restó todo, y nos plantó en el siglo XV.

¡Diantre! ¡si volveremos todavía á la venida de Túbal! Sepamos primero cómo se entiende nuestro progreso. ¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia atrás, ó hacia adelante? Tengamos el cuento del cochero, que, montado al revés, arreaba al coche.

Ya te lo he dicho: tejedores, tejer y destejer. Nadie vende su tela, y nadie hace tela nueva.

Decían ellos que el volver atrás no era más que tomar carrera. ¡Dios los bendiga, y qué larga la toman!

Vamos claros. La constitución del año 12 era gran cosa en verdad, pero para el año 12; en el día da la maldita casualidad de que somos más liberales que entonces: si te he de hablar ingenuamente, á mí me parece poco.

Las circunstancias del año 12, la guerra que sosteníamos apoyada en el fanatismo popular, y el mayor atraso de la época, exigieron concesiones en el día no necesarias, ridículas.

En ellas hablan las cortes en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo: gran principio para una novena: buena es la devoción, pero á su tiempo; eso es adoptar, heredar de la monarquía el derecho divino: la sociedad puede servir á Dios en toda clase de gobiernos. El Supremo Hacedor no delega facultades temporales ningunas, ni en un soberano, ni en un congreso; la sociedad se hace ella misma por derecho propio sus reyes y sus asambleas. Cristo vino al mundo á predicar, no á redactar códigos. A Dios daremos cuenta de nuestras creencias, no á los hombres: reflexión igualmente aplicable al capítulo II, artículo 12, porque el Salvador quiso convencer, no obligar, porque no quiere más homenajes que los voluntarios.

Item más: en la Constitución del año 12 no está consignada la libertad de imprenta sino para las ideas políticas, y eso es decirle á un hombre: *Ande usted, pero con una sola pierna.*

En cambio nos impone como ley fundamental el amor á la patria y la obligación de ser justos y benéficos... en cambio... Andrés mío, callemos, porque, repito, que la venero, y tengo por indigno de un liberal poner en ridículo el paladión de nuestra independencia nacional y la cuna de nuestra libertad, por fácil que eso sea. Pero la respeto, como Cristo respetó el Testamento viejo, fundando el nuevo. Veneremos el viejo código, y venga no obstante otro nuevo más adecuado á la época.

Parécense los hombres del año 12, amigo Andrés, al cura que no sabía leer más que en su breviario, ó mejor al gastrónomo en Vista-Alegre, que viendo su mesa puesta, pugna por sentarse á ella en cuanto le dejan un momento libre, en cuanto ve un resquicio por donde acercarse á la mesa. El caso es el mismo: todos les hacemos cumplimientos, pero no les dejamos sentarse. Unas veces se lo impidió el poseedor don Pascual de la Rivera, otras los mozos de su fábrica... Convengo en que es una desesperación; pero culpen, no á nosotros, sino á ellos mismos, que tantas veces se dejaron interrumpir antes de llegar el bocado á la boca.

Aténgome á su artículo, que dice:

«La nación española es libre é independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona.»

Esto digo yo: éntre á gobernar, no éste ni aquél, sino todo el que se sienta con fuerzas,

todo el que dé pruebas de idoneidad. Basta de ensayos. A eso nos responden ellos: «¿Y dónde están esos hombres?» ¿Dónde han de estar? En la calle, esperando á que acaben de bailar los señores mayores, para entrar ellos en el baile.

«¿Cómo no salen esos hombres?» añaden. ¿Cómo han de salir? De Calomarde acá, ¿qué protección, qué ley electoral ha llamado á los hombres nuevos para darles entrada en la república? Cuenta sin embargo con ella, y llámelos la ley presto: ¡déjese entrar legalmente á los hombres del año 1836, ó se entrarán ellos de rondón!!!

En conclusión, hombres nuevos para cosas nuevas: en tiempos turbulentos hombres fuertes sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya ilusiones todavía, hombres que se paguen de gloria, y en quien arda una noble ambición y arrojo constante contra el peligro.

«¿Qué saben los jóvenes?» exclaman. Lo que ustedes nos han enseñado, les responderemos, más lo que en ustedes hemos escarmentado, más lo que seguimos aprendiendo. ¡Y qué eran ustedes el año 12! Nosotros fundaremos nuestro orgullo en ser sus sucesores, en aprovechar sus lecciones, en coronar la obra que empezaron. Nosotros no rehusamos su mérito; no rehusen ellos nuestra idoneidad, que el árbol joven es la esperanza del jardinero, si el viejo ya le da sombra.

Según el miedo que tienen de que la juventud éntre en los puestos, no parece sino que es posible hacerlo peor que ellos.

Para el año 1836 la única constitución posible es la constitución de 1836.

Una idea te diría, si no la hubieras de contar; y sólo á tí te la diría, porque ellos la tomaran á personalidad, si de ella hiciese un artículo, y sabe Dios que no lo digo por tal. Mucho venero á los hombres de otra época, Andrés mío; mucho saben, sobre todo en no hablándose de gobernar, para lo cual ya nos han manifestado repetidas veces hasta dónde rayan: mucho saben, y tanto que no sólo no los lanzaría yo de la república, sino que los guardara muy guardados como guardaban los romanos los libros sibilinos, para consultarlos con el mayor respeto: de ellos armaría una biblioteca viva, donde vueltos de espaldas en muy pulidos estantes, leyese el estudioso encima: *Fulano, de Economía Política; Mengano, de Reformas Constitucionales; Zutano, de la Guerra de la Independencia; Perengano, de Metáforas y del Espíritu del Siglo*, etc., etc.; de suerte que no hubiese más que volverlos y hojearlos en un apuro, cuidando mucho de quitarles antes y después el polvo y de tornarlos á volver hasta otra duda, como pergaminos preciosos.

Ahí verás tú si los respeto y si los tengo en estima.

Hasta aquí de la constitución y de los hombres del año 12. Pasó el susto, y la noticia, como habrás visto, no tuvo consecuencia. Sin duda el ruido que metió fué el último cumplimiento de despedida que nos hizo.

No ganamos para sustos. Posteriormente se cruzaron de palabras el pueblo de Valencia y su capitán general. Este tomó una porción de providencias, entre otras las de Villadiego; con cuyo ingenioso arbitrio no le pudieron haber los valencianos, que es decir que ha podido más que ellos, que se ha burlado de ellos. Tiene mucho talento. Buen chasco se han llevado. Así, así: á los alborotadores hay que jugarles esas pasadas; con eso escarmientan. A buen seguro que si Basa hubiera hecho otro tanto, no le hubieran deshecho á él, y el pueblo de Barcelona se hubiera llevado el mismo chasco que el de Valencia. ¿No queréis capitán general? Pues tomad capitán general. ¿No te figuras tú al pueblo de Valencia buscando á su capitán general por todas partes, como quien busca una sanguijuela extraviada, y él trota que trota para Madrid? A mí me hace morir de risa. Es lo que él dice: «¿Pues qué, querían ustedes que me mataran?» ¡Qué habíamos de querer!

Conque ahora está aquí bueno, gordo y tranquilo; no ha sido poca fortuna el poderlo contar.

En Zaragoza fué por otro estilo: salieron unos carlistas sentenciados á qué sé yo qué bobería: se levantó el pueblo, sitió á los jueces, y dieron en quererlos juzgar. Al maestro cuchillada. Pero no les da el naipe para esos pasajes á los jueces de Zaragoza, como á los capitanes generales de Valencia.

Entretanto el ministerio de Gracia y Justicia sigue siempre de mudanza, y hace bien, porque el juez que no da fruto en una tierra, lo da en otra. El juez ha de ser como el zapato, hecho al pie; por eso el que no le viene bien al uno, le viene al otro.

Para eso el de la Gobernación no se mete con nadie, ni habla mal de nadie. Es un excelente señor; á su oficina y no más. Da lástima hacerle daño, y sería completo si se le volviese *C* la *H* de su apellido; pero llámalo *h*.

En cuanto al de la Guerra nadie sabe una palabra de él.

En mi última te pintaba en globo la confusión que en el Estamento y fuera de él había causado la ley electoral, y te añadía:

«Yo por el pronto sólo veo clara una cosa, y es que para el 22 de marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras cortes... que para entonces es probable que empecemos á entendernos..... y que seguramente no tendremos facción, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio si no la cumple, porque estará caído, etc.»

De todas esas profecías sólo en la primera acerté, porque en cuanto á entendernos da gusto. Unos dicen que Mendizábal es el primer hombre del mundo; otros que no es tal sino el último; que el primero es Isturiz y Galiano; te advierto que éste son dos: otros que ni Isturiz ni Mendizábal: no sé qué te diga: quién asegura que éste puede durar unos quince días, quién defiende que durará más que un constipado mal curado: éste no ve más que el prestigio que tiene todavía en las provincias, el cual no se destruye tan fácilmente, sobre todo cuando no deja de tener algún fundamento; aquél no atiende más que al descrédito en que ha caído en sus corros y cafés, y cree que toda la nación puede juzgarle con igual talento, y tan de cerca como él. Estos disputan que no hay hombres aquí; aquellos que sí hay hombres; los de la izquierda que hay dinero; los de la derecha que no hay un cuarto; estoy por éstos. Quién opina que la guerra es inacabable; quién la da por acabada, añadiendo que no falta más que tirar una línea: uno dice que el mal de España no tiene remedio; otro que esa es la mejor señal, que empieza la revolución, y que en Francia sucedía lo mismo, á pesar de que todo era diferente; varios juzgan que el rigor es de justicia, y que el árbol de la libertad se riega con sangre: algunos creen que la humanidad repugna tales horrores; no falta quien piensa que es guerra de empleos, y sobra quien no piensa ni eso ni nada. Pero todos somos liberales y vamos á una: eso sí. Por lo cual esto se acabará pronto de un modo ó de otro: en prueba de ello te puedo decir que se empiezan ya á acabar dos cosas: el dinero y la paciencia.

Pero son tantas las opiniones en fin y los hechos que se acumulan, y tantas las cosas que van á suceder, sin contar las que han sucedido desde la apertura de las cortes, que me es indispensable reservarlas para otras cartas: me limito en ésta á ponerme al corriente, saliendo del atraso de noticias en que te tenía. En lo sucesivo aprovecharé todas las ocasiones posibles de escribirte, y al siguiente correo para Francia recibirás la inmediata, salvo golpe extravío, de mano airada ó caso fortuito.

Si en el ínterin, y en medio de este conflicto de opiniones encontradas, me pides la mía, te contaré un caso que juzgo oportuno.

Sitiaban los franceses al mando del mariscal Moncey esa misma Valencia, que en distintas épocas han mandado el Cid y Carratalá. Reuniéronse en tan grave apuro el ayuntamiento y las personas más ricas del pueblo, entre las cuales quedóse dormido de confusión y pesadumbre un confitero, que entendía más de ramilletes que de disturbios políticos. Iba diciendo cada uno en la asamblea su opinión como mejor lo entendía. Llegada que le fué su vez á nuestro hombre:—Y usted, le dijo sacudiéndole del brazo el que á su lado tenía, ¿qué piensa? —Sí, ¿cuál es su opinión de usted? preguntaron todos á un tiempo; á cuya pregunta contestó despertando y todo despavorido el confitero: ¡Mi opinión, sí, mi opinión, señores, es de que *Dios nos asista!!!* En cuyo voto imitaba el confitero la rara discreción del padre Froilán Díaz, confesor de Carlos II.

Eso mismo opino yo, Andrés mío, por ahora, y mientras no vea levantarse en masa á la nación para ahogar de una vez y para siempre el monstruo que en el Norte nos devora, en vez de entretenerse en cuestiones secundarias y en rencillas personales, de las cuales debiera el país hacer justicia, como del orgullo mezquino y de la loca vanidad de sus dueños.—Tu amigo:—*Fígaro.*



RÁPIDA OJEADA SOBRE LA HISTORIA É ÍNDOLE DE LA NUESTRA.—SU ESTADO ACTUAL.—SU PORVENIR.—[illegible]

La política, interés principal que absorbe y llena en el día todo el espacio que á la pública curiosidad ofrecen en sus columnas los periódicos, nos ha impedido hasta ahora señalar en el nuestro á la literatura el lugar que de derecho le corresponde. Pero no hemos olvidado que la literatura es la expresión, el termómetro verdadero del estado de la civilización de un pueblo, ni somos de aquellos que piensan con los extranjeros que al concluir nuestro siglo de oro expiró en España la afición á las bellas letras. Sí pensamos que, aun en la época de su apogeo, nuestra literatura había tenido un carácter particular, el cual ó había de variar con la marcha de los tiempos, ó había de ser su propia muerte, si no quería transigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba á despuntar en el horizonte de la Europa. Impregnada del orientalismo que nos habían comunicado los árabes, influída por la metafísica religiosa, puédese asegurar que había sido más brillante que sólida, más poética que positiva. A esta sazón, y cuando nuestros ingenios no hacían, ni podían hacer otra cosa que girar de continuo dentro de un mismo estrecho círculo, antes que se hubiese acabado de formar y fijar la lengua, una causa religiosa en su principio, y política en sus consecuencias, apareció en el mundo; y esa misma causa que dió el impulso investigador á otros pueblos, reprimida y per-

seguida en España, fijó entre nosotros el *nec plus ultra* que había de volvernos estacionarios. La reforma abrió un nuevo campo á los pueblos de Alemania y de Inglaterra, que la abrazaron ansiosos; y si en Francia no triunfó, tuvo el influjo bastante para templar y equilibrar el ciego impulso del fanatismo. Los que se atrevieron á luchar con ella abiertamente no osaron en cambio dejar toda su fuerza á la reacción religiosa, temerosos sin duda de que la falta de contemplación forzase á los pueblos, avizorados ya con el ejemplo, á lanzarse en la nueva senda que delante de sí veían abierta. De aquí la tolerancia que fué forzoso á los legisladores adoptar en política y en religión; la cual preparó en Francia un siglo de escritores filósofos, propagadores del germen de una revolución en las ideas que debía ser sangrienta, porque no la hacía allí la predicación, sino la violencia. La España estaba más lejana del foco de las ideas nuevas; las que en otros países caducaban ya eran nuevas todavía para ella, porque recién salida de la larga dominación musulmana, veía todavía en el catolicismo el *paladium* que la había salvado. Siete siglos además de guerras y rencores religiosos debían haberla hecho más fanática: ¿qué mucho pues que el impulso de la reforma se hiciese apenas sentir en sus habitantes, más bien ocupados en sus intestinas discordias que envueltos en el movimiento general, de que hacía tiempo la habían segregado sus intereses particulares? Ella fué por el contrario el refugio de los vencidos de otras partes; aquí se vinieron á hacer fuertes contra la invasión *reformista* los que habían sido por ella desarmados en sus patrios lares; y la persecución religiosa, amalgamada con el celo fundador y apostólico que nos llevaba á descubrir mundos nuevos que ofrecer al cielo, sofocó para largo espacio toda esperanza de progreso. Ni dejamos tampoco de tener disculpa. La gloria, poesía de las naciones conquistadoras, nos hacía más llevaderas unas cadenas de que podíamos hacer cirineos á tantos pueblos sometidos, y el metal precioso de la conquista nos las doraba. ¿Qué mucho que la España de entonces trocase su libertad interior por el dominio en lo exterior, si hemos visto en los tiempos modernos á una gran nación que se decía harto más adelantada, á una nación que parecía haber sacudido para siempre toda especie de tiranos por medio de la más sangrienta revolución, si la hemos visto, decimos, coronar á un nuevo déspota, que no necesitó para ceñirse con una mano la corona imperial sino alargar con la otra á los republicanos más ardientes laureles perecederos, y el oropel de una pasajera conquista?

En España causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que había llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las Comunidades, añadió á la *tiranía religiosa* la *tiranía política;* y si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fué más que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico; en una palabra, *útil* y *progresivo*. Imaginación toda, debía prestar más campo á los poetas que á los prosistas: así que aun en nuestro siglo de oro es cortísimo el número de *escritores razonados* que podemos citar. Fuera de los escritos místicos y teológicos, y de los tratados sutilmente metafísico-morales, de que podemos presentar una biblioteca antigua desgraciadamente más completa que ninguna otra nación, si queremos encontrar prosistas nos habremos de refugiar en la historia. Solís, Mariana y algunos otros ilustraron en verdad la musa de Tácito y de Suetonio. Nos es fuerza empero confesar que aun esos se ofrecieron más bien como columnas de la lengua que como intérpretes del movimiento de su época: influídos por las creencias populares, no dieron un solo paso adelante; adoptaron los cuentos y las tradiciones fabulosas como verdaderas causas políticas: trataron más bien de lucir su claro ingenio en estilo florido que de desentrañar los móviles de los hechos que se veían llamados á referir. Más parecieron sus escritos una recopilación de materiales y fragmentos descosidos, una copia selecta de arengas verosímiles, que una historia razonada. No sabiendo deslindar la crónica de la historia, la historia de la novela, llenaron muchos tomos sin llegar á hacer un solo libro.

La novela, hija toda de la imaginación, se vió mejor representada entre nosotros, y en una época en que no era sospechado siquiera el género en el resto de Europa, pues que hasta los mismos libros de caballerías tuvieron su origen en la península española. En ella podemos citar escritores excelentes, si contados. *El Ingenioso Hidalgo*, último esfuerzo del ingenio humano, bastaría á adjudicarnos la palma, aunque no tuviéramos otras que presentar en lugar privilegiado, si no tan eminente. Pero esta

época fué de corta duración, y después de Quevedo la prosa volvió al olvido de que momentáneamente la habían sacado unos pocos, sólo al parecer para dar una muestra al mundo literario de lo que era permitido hacer en ese género á la lengua y al ingenio español.

Poco después la literatura se refugió al teatro, y no fué por cierto para predicar ideas de progreso; no supo siquiera sostenerse; no hizo más que decaer.

A fines del siglo pasado volvió á brillar un destello de esperanza, una apariencia de resurrección, que se hubiera acaso llevado á cabo si los disturbios políticos no se hubieran apresurado á sofocar el germen sembrado durante el feliz reinado de Carlos III. Dado ya el impulso, sin embargo, era forzoso que algunos efectos siguieran á la causa. La larga paz que disfrutaba la Europa, el embrutecimiento y la servidumbre en que habían caído los pueblos, habían hecho menos recelosos á los tiranos: si bien los más perspicaces oían ya el rumor sordo de la próxima tempestad, no era seguramente en España donde debía de esperarse el estallido; era tan distinta nuestra predisposición, que al verificarse aquél, ningún miedo de contagio infundió en el gobierno español. Al contrario, él mismo había sido una de las causas de la propagación de las ideas nuevas, apoyando la rebelión de las primeras colonias americanas que se separaron de su metrópoli. A fines, pues, del siglo pasado apareció en España una juventud menos apática y más estudiosa que la de las anteriores generaciones; pero juventud que, al volver los ojos atrás para buscar modelos y maestros en sus antecesores, no vió sino una inmensa laguna: desesperando entonces de unir el cabo interrumpido, y de continuar un movimiento paralizado dos siglos antes, creyó no poder hacer cosa mejor que saltar el vacío en vez de llenarle, y agregarse al movimiento del pueblo vecino, adoptando sus ideas tales cuales las encontraba. Vióse entonces un fenómeno raro en la marcha de las naciones: entonces nos hallamos en el término de la jornada sin haberla andado.

Ayala, Luzán, Huerta, Moratín el padre, Meléndez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos y algunos otros, restauraron las bellas letras, es verdad; pero ¿cómo? introduciendo en nuestro siglo XVIII el gusto francés, bien como en el XVI habían otros introducido el italiano. Fueron imitadores, sin saberlo las más veces, repugnándolo casi siempre. El espíritu de análisis, *disecador*, digámoslo así, y el espíritu filosófico francés, hicieron sentir su influencia en nuestra regeneración literaria. Los agentes de ella, queriendo con todo creerse independientes, quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio *la expresión;* es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales. Así que, en poesía vimos conservado el saber poético de nuestros buenos tiempos, parecíanos oir todavía la lira de Herrera y de Rioja; y en prosa fué declarado delito toda innovación en el lenguaje de Cervantes. Iriarte, Cadalso y otros se declararon á todo trance puristas, y persiguieron toda novedad con las armas de la sátira, al paso que Meléndez, Jovellanos, Huerta y Moratín sostenían la misma opinión con el ejemplo.

Este es el lugar de hacer una observación esencialísima en la materia. Hemos dicho que la literatura es la expresión del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada ó escrita, no es más que la representación de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien, marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas á las viejas, combinaciones de hoy á las de ayer, analogías modernas á las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, perdónennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza. Quisiéramos, sin ir más lejos en la cuestión, ver al mismo Cervantes en el día, forzado á dar al público un artículo de periódico acerca de *la elección directa, de la responsabilidad ministerial, del crédito ó del juego de bolsa*, y en él quisiéramos leer la lengua de Cervantes. Y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera nunca descendido á semejantes pequeñeces, porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de ahora, como constituían la de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes que las escribía, para vivir, cuando no se escribían sino comedias de capa y espada, escribiría, para vivir también, artículos de periódico, hoy que no se escriben sino artículos de periódico. Lo más que pueden los puristas exigir es que al adoptar voces y giros, frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua.

He aquí verdades que no comprendieron los padres de nuestra regeneración literaria: qui-

sieron adoptar ideas peregrinas, exóticas, y vestirlas con la lengua propia; pero esta lengua desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años, y con el progreso que había de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, había venido á ser pobre para las necesidades nuevas; en una palabra, este vestido venía estrecho á quien le había de poner. Acaso sea ésta una de las trabas que nuestros literatos tuvieron entonces para entrar más adentro en el espíritu del siglo. De esto sería una prueba la inculpación que á Cienfuegos se ha hecho de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho, si Cienfuegos era el primer poeta que teníamos filosófico, el primero que había tenido que luchar con su instrumento, y que le había roto mil veces en un momento de cólera ó de impotencia? Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habría de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones, á quienes nos vemos forzados á imitar, y que mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Porque nunca preguntaron á las palabras que quisieron aceptar: *¿De dónde vienes?* sino: *¿Para qué sirves?* Y medítese aquí que el estar parado cuando los demás andan, no es sólo estar parado, es quedarse atrás, es perder terreno.

Además de esta causa, que opuso tantas trabas á nuestros adelantos, había otra, á saber: que el número de los que adoptaban el gusto francés, é importaban una nueva literatura, era reducido: eran entonces solamente unas cuantas avanzadas de la multitud, estacionaria todavía, tanto en literatura como en política. No queremos rehusarles por eso la gratitud que de derecho les corresponde; quisiéramos sólo abrir un campo más vasto á la joven España; quisiéramos sólo que pudiese llegar un día á ocupar un rango *suyo, conquistado, nacional,* en la literatura europea.

No es nuestra intención en esta reseña general entrar á analizar el mérito de los escritores que nos han precedido; esto fuera molesto, inútil á nuestro propósito, y poco lisonjero acaso para algunos que viven todavía. Después que algunos nombres caros á las musas hubieron, no levantado nuestra literatura, sino introducido en España la francesa, después que nos impusieron el yugo de los preceptistas del siglo ostentoso y compasado de Luis XIV, las turbulencias políticas vinieron á atajar ese mismo impulso, que llamaremos bueno á falta de otro mejor.

Muchos años hemos pasado de entonces acá sin podernos dar cuenta siquiera de nuestro estado, sin saber si tendríamos una literatura por fin nuestra ó si seguiríamos siendo una posdata rezagada de la clásica literatura francesa del siglo pasado. En este estado estamos casi todavía: en verso, en prosa, dispuestos á recibirlo todo, porque nada tenemos. En el día numerosa juventud se abalanza ansiosa á las fuentes del saber. ¿Y en qué momentos? En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas, y derribando ídolos, proclama en el mundo la *libertad moral,* á la par de la *física,* porque la una no puede existir sin la otra.

La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolución, de este inmenso progreso. En política el hombre no ve más que *intereses* y *derechos,* es decir, *verdades.* En literatura no puede buscar por consiguiente sino *verdades.* Y no se nos diga que la tendencia del siglo y el espíritu de él, analizador y positivo, lleva en sí mismo la muerte de la literatura, no. Porque las pasiones en el hombre siempre serán *verdades,* porque la imaginación misma ¿qué es sino una *verdad* más hermosa?

Si nuestra antigua literatura fué en nuestro siglo de oro más brillante que sólida, si murió después á manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vió atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva,* expresión de la sociedad *nueva* que componemos, toda de *verdad,* como de *verdad* es nuestra sociedad: sin más regla que esa *verdad* misma, sin más maestro que la *naturaleza, joven* en fin como la España que constituímos. *Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra, he aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos á un libro: *¿Nos enseñas algo? ¿nos eres la expresión del progreso humano? ¿nos eres útil? —Pues eres bueno.* No reconocemos magisterio literario en ningún país; menos en ningún hombre, menos en ninguna época, porque el gusto es relativo: no reconocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asignamos al que quiera seguirnos una tarea más fácil, no.

Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre: no le bastará como al *clásico* abrir á Horacio y á Boileau, y despreciar á Lope ó á Shakspeare; no le será suficiente, como al romántico, colocarse en las banderas de Víctor Hugo y encerrar las reglas con Molière y con Moratín; no, porque en nuestra librería campeará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de Calderón, Molière al lado de Lope; á la par, en una palabra, Shakspeare, Schiller, Goethe, Byron, Víctor Hugo y Corneille, Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida á las galas del decir, al son de la rima, á entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo á la expresión y nada á la idea; sino una literatura hija de la experiencia y de la historia y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* á aquellos á quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no *como debe ser*, sino *como es*, para conocerle; literatura, en fin, expresión toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo.



GARCIA DE CASTILLA

O EL TRIUNFO DEL AMOR FILIAL

Tragedia en cinco actos y en verso

El poeta ha hecho girar su drama sobre un asunto nacional, en lo cual ha sabido proporcionarse una gran ventaja; pero asunto tan diminuto de por sí, y tan poco explayado por él, que casi viene á caer en el círculo de los dramas de imaginación.

La escena es en Toledo. Al levantarse el telón el espectador empieza por ver á un rey sentado en su trono, su esposa á la izquierda, varios cortesanos y guerreros y un mensajero del Moro, que viene á proponer la paz ó la guerra, y á quien contesta unánimemente todo el mundo con la guerra. Despachado el Moro con tan mal recado, retíranse los cortesanos, y entonces podemos asegurar que comienza el drama; porque la primera escena del mensaje, ni tiene relación ninguna con el resto ni vuelve á aparecer más Moro ni más guerra: es exactamente lo que en lenguaje vulgar se suele llamar una *embajada*. El rey Don Alfonso parece estar perdido de amores por una tal Elvira, dama muy principal de la corte, pero huérfana de padre y madre, lo cual la deja expuesta á los antojos de la testa coronada. Elvira con todo no puede corresponder á su majestad por dos razones: la primera porque el rey es casado, naturalmente con la reina; la segunda porque corresponde á García de Castilla, hijo del mismo rey, ya grandecito y mozo, que no le va en zaga á su padre en valor y *donosura* caballeresca. Bien conoce la doncella, doblemente solicitada, que confiar á cada uno de sus perseguidores la pasión del otro, fuera encender peligrosa discordia en el Estado, y por tanto ni el padre ni el hijo saben de los intentos del hijo y del padre. Pero la reina es ladina, y aunque no esté de su esposo enamorada, como se supone, sábele mal dosis tan cargada de celos; siendo, como es, de no muy blanda condición, descubre al hijo la pasión del padre, inspírale sospechas de la virtud de Elvira, le asegura que el rey ha de hacerlo matar al día siguiente, celoso de él, y lo excita de esta suerte á la rebelión y al parricidio. El rey en tanto, que nada columbra de los ocultos manejos de su mitad, no pierde la huella de su amada, insta, ruega, amenaza, y desesperado de la virtuosa resistencia, llega á ofrecer trono y diadema á la muchacha Elvira. No se sabe precisamente si trata sólo de anular su anterior matrimonio, ó si piensa en manchar con sangre el tálamo conyugal. Pero todo es inútil, porque Elvira, puesta ya entre la espada y la pared, confiesa al enamorado monarca que su amor se ha fijado en una generación más adelante. Entretanto García anda loco, dando y tomando en lo de los celos; y la madre, echando mano del elemento popular, alza las *masas* proletarias, como se diría en el día, contra el poder ejecutivo. Una casualidad que ofrece á la vista de García, al rey y á Elvira metiéndose juntos entre bastidores, acaba de evaporar el poco seso que le quedaba, y atropellando remordimientos, y todos los escrúpulos de honor y de amor filial que tiene en anteriores escenas explayados, da en la diabólica idea de matar á su padre; cosa fea de por sí, y más si se le añaden las circunstancias de darle la celosa madre llave al efecto, y de haberlo de matar dormido, que, como dice otro poeta trágico, es *matarle muerto*. Aprovecha para el intento la ocasión del reposo del ilustre progenitor, que por lo visto no hace vida común con su mujer, y que acaba de entrarse solo en su alcoba; pero en aquel tiempo el cielo protegía á los reyes, lo cual se manifiesta en dos claras señales: 1.ª, una especie de tempestad, compuesta de varios relámpagos que entran por la ventana de la izquierda, pero sin ruidos ni truenos, en lo cual me parece haber andado atinado el ingenio, supuesto que no son cosa mayor las cajas de truenos de estos teatros; 2.ª, no haber pegado los ojos su majestad, á quien deben de

traer despierto sin duda sus malos pensamientos. La consecuencia es clara: el rey, que ha tenido la precaución de acostarse vestido, como quien tiene que madrugar, no se deja matar, dando muestra en eso de prudente, y descubre al asesino. La escena siguiente entre su majestad y el heredero de la corona es acaso la mejor del drama: se termina con el allanamiento del palacio por la turba popular, que proclama á García, con notable perjuicio del poseedor. Pero García, que ha sabido que cuando él fraguaba su mal combinado parricidio, ya el culpable había renunciado á sus adulterinos deseos y trataba de casarlo con su amada; García, que ha vuelto en sí de su alucinamiento, defiende las prerrogativas del trono. La madre entonces, convencida de que todo ha sido tiempo perdido, echa mano de un puñal que trae siempre consigo, para su uso particular, y acaba por matarse, que es en nuestro sentir por donde debiera haber principiado.

Sea tragedia el *García de Castilla*, sea drama, pertenece indudablemente á la historia: permítanos el autor pues que le digamos que la principal condición de los asuntos históricos es la de llevar en sí el sello de la época á que pertenecen; y cuando los personajes son de algún bulto, el poeta se compromete á darnos su retrato, su *fac simile* moral, digámoslo así. El rey que nos pinta bien puede ser un Alfonso; pero el autor convendrá con nosotros en que puede ser cualquiera de los muchos Alfonsos que en Castilla han reinado; puede también no ser un Alfonso, sino un rey cualquiera: todo su carácter histórico se reduce á reinar; y esta seña es ciertamente tan vaga, que sólo puede bastar para un carácter ideal de comedia. Igual observación puede aplicarse á los demás personajes é incidentes del drama.

No resultando, pues, histórico el drama después de acabado, no resulta de él tampoco admonición ninguna para el porvenir, hija de la experiencia, fin evidente de los dramas históricos, de la tragedia y de la historia misma.

Sobre tres pasiones ha fundado su armazón el poeta: el *amor*, los *celos* y el *amor filial*. Cualquiera de ellas bastara para llenar cumplidamente una composición dramática; ¿por qué, pues, habiendo tres, no resulta el interés, el alma que debe animar este cuerpo? Por eso mismo; toda pasión vehemente excluye en el teatro otra pasión: todo sentimiento exagerado tiende á avasallar, á dominar, á reinar solo. Enredado el ingenio en la multitud de recursos de que echa mano, no usa bien de ninguno, así como un soldado cargado de toda clase de armas haría menos daño al enemigo que otro provisto de un solo buen fusil.

El amor en Don Alfonso es singular; ni una escena de arrebato, ni un momento de ternura, ni un verso de fuego. Bien hace la niña Elvira en no dar oídos á galán tan necio. Sin embargo, la cosa es de más consecuencia de lo que parece; porque ¿cómo quiere el poeta que creamos que un hombre, en quien no nos pintó el arrebato de la pasión, echa del tálamo á su anterior mujer, con la misma indiferencia que pasa una abeja de una flor á otra flor? Supuesto que el teatro se ha de alimentar de crímenes, es preciso que éstos sean forzosos, obligados, ampliamente motivados. El poeta no puede suponer que el crimen existe y se produce naturalmente en el mundo, como un junco en un pantano; es preciso que lo dé como efecto de una causa extraordinaria.

Si los celos en la reina están más justificados, en cambio adolecen de otro defecto, y es de no estar sentidos. Pudiérale bastar al historiador decir: *La reina anduvo celosa;* el poeta no debe decirlo, sino hacerlo ver. Si estos celos por otra parte no son de amor, sino de orgullo, fuerza era haber empezado por pintar el carácter de la reina capaz de intentar las mayores atrocidades por amor propio.

No sabemos tampoco si está en la naturaleza que una mujer por amor propio ponga en lucha á su hijo con su esposo y exponga la vida del objeto más caro á una madre... ¡y esto sin ocurrirle siquiera la idea del inminente peligro en que lo pone!!! El tipo de este carácter no existe en la naturaleza: es un monstruo. Y no se nos diga que la moderna escuela ha adoptado y producido en el teatro semejantes monstruos. No. *Clásicos* y *románticos* han convenido igualmente en que el ser más odioso que puede presentarse en la escena há menester alguna virtud para interesar, alguna afección tierna que sirva de contraste á sus errores. El Nerón de Racine aparece dominado del amor; la Lucrecia Borgia de Víctor Hugo halla disculpa ante el espectador por el amor á su hijo; la despreciable Marión Delorme se purifica en las tablas por medio de una pasión verdadera; el bufón Triboulet desaparece delante del padre tierno; no hay corazón en la naturaleza, por pervertido que sea, que no abrigue algún sentimiento humano.

En cuanto al amor filial, cuyo triunfo se ha

propuesto pintar el poeta, no está mejor desempeñado que las dos ya examinadas pasiones, puesto que no es el amor filial, no el remordimiento quien triunfa: quien triunfa es la circunstancia de estar despierto el rey, sin la cual pereciera sin duda; digamos, pues, que es *el triunfo de la casualidad, el triunfo de la vigilia.*

Doloroso es también que el poeta, que parece querer sacudir, según su anuncio, antiguas preocupaciones literarias, haya admitido como adorno dramático la tempestad. Convenimos en que no repugna á la razón creer que al mismo tiempo que un hijo asesina á su padre empiece á relampaguear, y más si es verano; pero no es razón suficiente el que una cosa pueda suceder para que el poeta la coloque al lado de otra que realmente sucede. No está probado todavía que los crímenes sean conductores de la electricidad, y bueno sería dejar semejantes máquinas dramáticas para los pueblos que creían la participación inmediata del cielo en los delitos de la tierra. El poeta sobre todo debe desecharlas, cuando como en el *García*, ningún resultado le han de producir. Si tal doctrina pudiera admitirse, á un autor le parecería muy bien una tempestad, á otro un terremoto, á otro una avenida, á otro en fin un incendio ó el hundimiento de la casa, cosas todas tan naturales como la tormenta, pero que no tienen más relación con García de Castilla, asesinando á su padre, las unas que las otras.

TERESA

DRAMA EN CINCO ACTOS DE M. ALEJANDRO DUMAS

Entre los escritores dramáticos modernos que ilustran la Francia, Dumas es, si no el primero, el más conocedor del teatro y de sus efectos, incluso el mismo Víctor Hugo.

Nos permitirá un periódico de esta corte que no dejemos pasar una proposición poco meditada que en él hemos visto; nos permitirá que la creamos hija de la precipitación con que se trabajan los escritos destinados á los periódicos.

El drama moderno, ha dicho el autor de un juicio crítico de *Teresa*, el de Dumas, Hugo, Ducange y aun de Casimiro Delavigne, es el corazón humano, etc., etc. Forzoso es confesar que es disonante la reunión de los nombres de Dumas, Hugo, Ducange y Casimiro Delavigne en una misma línea. El que esos renglones escribió manifiesta en el resto de su artículo demasiado talento y suficientes conocimientos, para que se pueda creer que ignora la distancia que separa á aquellos escritores. No insistiremos por lo tanto en una acusación de esta especie; sólo enunciaremos algunas ideas generales que nos parecen indispensables en este artículo. Víctor Hugo, más osado, más colosal que Dumas, impone á sus dramas el sello del genio innovador y de una imaginación ardiente, á veces extraviada por la grandiosidad de su concepción.

Dumas tiene menos imaginación, en nuestro entender, pero más corazón; y cuando Víctor Hugo asombra, él conmueve: menos brillantez por tanto y estilo menos poético y florido; pero en cambio menos redundancia, menos episodios, menos extravagancia; las pasiones hondamente desentrañadas, magistralmente conocidas, y hábilmente manejadas, forman siempre la armazón de sus dramas; más conocedor del corazón humano que poeta, tiene situaciones más dramáticas, porque son generalmente más justificadas, más motivadas, más naturales, menos ahogadas por el pampanoso lujo del estilo. En una palabra, hay más verdad y más pasión en Dumas, más drama. Más novedad y más imaginación en Víctor Hugo, más poesía. Víctor Hugo explota casi siempre una situación verosímil ó posible: Dumas una pasión verdadera

Casimiro Delavigne no puede ponerse en parangón con los dos anteriores, porque éstos al fin pueden presentarse como cabezas de un partido, y sostén de la innovación; enlazados por afecto y principios con la revolución de las ideas y nuevo gusto del siglo, sus escritos tienden á un fin moral, por más que echen mano de recursos no siempre morales; pero á un fin moral osado, nuevo, desorganizador de lo pasado, si se quiere, y fundador del porvenir;

destructor de preocupaciones y trabas políticas, religiosas y sociales. Pero Casimiro Delavigne no es más que un sectario, un discípulo de las antiguas creencias literarias, y lo más que se le concederá es haber cedido algunas veces al torrente de la innovación: una prueba de esta verdad es su drama de *Los Hijos de Eduardo*, y aún más su última producción: *Don Juan de Austria*. Queriendo escribir en la primera una tragedia clásica, ha echado mano de resortes dramáticos acaso demasiado atrevidos para los *aristotélicos* puros; y en la segunda no ha hecho sino una comedia heroica, en gran manera parecida á las de nuestro teatro antiguo, como *El Ricohombre* y el *García del Castañar*, mas sin haber podido igualarlas en mérito. Pero Casimiro Delavigne nunca podrá citarse como fundador. *Molierista* puro en *La Escuela de los Viejos* y en sus *Cómicos*, y *volteriano* en sus tragedias del *Paria* y *Las Vísperas Sicilianas*, es comedido en sus resortes dramáticos, parco y hasta parsimonioso; poco original, poco nuevo; templada su imaginación por la influencia de las reglas y su amor al orden, no es brillante ni arrebatado; en cambio es puro, correcto y moral, como sus antecesores, cuanto el teatro permite serlo. Es un río manso y sereno, puro y cristalino, que corriendo por un antiguo cauce beneficia el terreno á fuerza de regarle; Víctor Hugo y demás pudieran compararse mejor con el torrente que suele destruir al paso que riega ó con la inundación periódica del *Nilo* que fecunda el Egipto, anegándole y trastornando su superficie; y como de esas veces no son sino la catarata del *Niágara*, que sólo sirve de mostrar en toda su pompa el poder de la naturaleza, y de asombrar y atronar al curioso viajero.

En cuanto á Ducange, por mucho mérito que se le quiera suponer, concediéndole el de conocer el teatro y el corazón humano, colocarle al lado de Víctor Hugo es poner al lado de Calderón á don Ramón de la Cruz. Víctor Ducange es un dramaturgo de *boulevard;* pero no es un escritor de primer orden, ni por la esencia de sus obras, ni por su estilo. Víctor Ducange es á Víctor Hugo lo que un pintor de alcobas y de coches á Salvator Rosa y á Rivera. Su pluma no es pincel, es brocha. Su color es almazarrón. No es el poeta del siglo, es el abastecedor de las provisiones dramáticas del populacho.

En una palabra, Víctor Hugo, Dumas, Casimiro Delavigne y Ducange sólo se parecen en ser franceses. Cualquiera nos confesará que es la más pequeña semejanza que puede existir entre cuatro hombres, y que no son esos títulos suficientes á la comparación.

Pasando ahora á la *Teresa*, el autor se ha propuesto desenvolver una verdad moral: ha querido probar como Delavigne en su *Escuela de los Viejos*, las funestas consecuencias de la desigualdad de la edad en los consortes.

Un barón francés, en la edad ya de la madurez y de la ausencia de las pasiones, casa con una joven italiana en quien no es menor la influencia del clima que la de los pocos años: enamorada además de un joven llamado Arturo, cuya pobreza fué un obstáculo á la boda de entrambos, pero que por las vicisitudes de la vida trata de casarse con una hija del barón, en sazón que éste presenta en su casa á su esposa. Teresa y Arturo conocen su posición crítica, y para evitar los riesgos de ella atropellan y concluyen la boda de Arturo con la joven Amelia; pero ni esta precaución, ni los proyectos de viaje y de separación bastan á apagar el volcán que arde en los pechos de Arturo y de Teresa. Cuando la pasión habla, enmudecen los deberes. La situación dramática del barón, que descubre por fin el amor criminal de su mujer y su yerno, es excelente y brillantemente desenvuelta.

El carácter de la joven Amelia, cuya imprudencia descubre inocentemente al barón su desgracia, es todo candor y sencillez, y sólo así puede ser verosímil su indiscreción. La situación más dramática y de más efecto del drama es la del barón cuando consiente en renunciar al duelo con su yerno, y darle una pública satisfacción escrita, ahogando su rencor y sacrificándolo al porvenir de su hija, cuya felicidad pende de Arturo. El carácter del barón es por lo tanto el único que ofrecía dificultad, porque en él hay una verdadera lucha. El de Teresa y los demás del drama no necesitaban más que ser consecuentes consigo mismos, lo que en el teatro equivale á insistir en la pasión. Pablo, gondolero de Nápoles, que enamorado de Teresa entró en su servicio, y que la sigue á todas partes en calidad de criado particular, pero sin esperanzas, sin premio, y condenado á ser testigo del amor que su ídolo tiene á Arturo, Pablo, satélite obligado de *Teresa*, amante á sabiendas de ésta, Pablo, que se mata después de haber proporcionado á su ama un veneno, que ella necesita, y que parece ser la personificación de la luz que concluye cuando el sol desapare-

ce, Pablo, consecuencia más que persona, es un carácter un poco fantástico, y que el autor no ha admitido probablemente sino como recurso dramático.

Añadiremos antes de concluir que *Teresa* no es ni con mucho la mejor obra de Dumas; que las costumbres francesas son distintas de las nuestras; que en *Teresa* la acción, algún tanto distraída por los caracteres episódicos de un amigo del barón, y de una amiga de Amelia, poco enlazados con el argumento, y por el amor de Pablo, marcha lentamente: y que hallándose desleída la pasión en largos diálogos, que exigen de parte de los actores mucha maestría, no es extraño que no haya hecho en Madrid todo el efecto que hubiera sido de esperar.





Muy señor mío: En la *Revista* del 20 del que expira he leído un comunicado de usted fecha en Zamora, en que trata de la *real orden, relativa á correos, tan amargamente criticada por mí en mi reciente carta, titulada* Buenas noches.

¿Con que es usted, señor don Pedro Pascual Oliver, el responsable de los defectos de aquel corto escrito? ¿Con que usted era oficial de la secretaría de la gobernación del reino y encargado en ella del negocio de correos? Doy á usted, señor don Pedro, doime á mí, y doy á la secretaría del reino, la más completa enhorabuena.

Dice usted que no puedo *menos de conocer que es imposible que el señor secretario del Despacho se pare á corregir el estilo del crecido número de reales órdenes que firma cada día.*

Así es la verdad, señor don Pedro. Ya se me alcanza que es *imposible que el señor secretario del Despacho se pare, ni á corregir* ni á nada, y más con ese *crecido número* de reales órdenes, y de reformas, y de disposiciones luminosas que nos está dando todos los días, y que han de ser la base de la futura felicidad de la patria. Y por eso decía yo en mi folleto: «¿No sería bueno que se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo menos y escribir?»

Y cierto que esto, señor don Pedro, nunca lo pude decir por usted, de quien es notorio que sabe por lo menos escribir; de cuya existencia confieso que no tuve jamás, hasta la publicación de su carta, la menor sospecha, y de quien por lo tanto difícil me hubiera sido hablar en ninguna de mis cartas.

¡Así supiera usted leer, señor don Pedro, como sabe usted escribir! que en ese caso hubiera leído como debía mi folleto, porque quiero mejor pensar que no sabe leer, que no que tiene *mala fe.* Vea usted si me inclino á todo lo que es favorecer á usted, ó más bien á hacerle justicia.

Dice usted hablando de mí: «Fígaro hace anónimos los sustantivos *riesgo* y *peligro.*» Entendámonos, si podemos, señor don Pedro Pascual de Oliver. Esa palabra *anónimos* que veo estampada en la *Revista,* ¿es usted también el solo responsable de ella, ó es cosa de la imprenta de *don Emilio Fernández de Angulo, á cargo de don M. Macías?* Soy tan su amigo de usted, que doy de barato que es yerro de imprenta, y que usted quiso decir *sinónimos.* De acuerdo sobre esto, le responderé francamente que yo no necesitaba, como usted, recurrir al diccionario de la lengua para no hacer *sinónimos* los vocablos *riesgo* y *peligro,* y esto es tan cierto, que precisamente porque no lo son, critiqué en esta parte la real orden de que *es usted autor ó escritor, ó como quieran llamarle á usted los señores redactores de la* Revista-Mensajero, según usted dice en su carta; á propósito

de lo cual, puedo asegurar á usted que los señores redactores de la *Revista-Mensajero* no querrán llamarle á usted ni *autor* ni *escritor;* porque el autor es el que inventa, y seguramente, sea dicho en honor de usted, usted no ha inventado la real orden, ni ninguna otra cosa, la pólvora inclusive; por tanto no es tal autor de la dicha orden; y eso, lo repito, le hace á usted mucho honor; el *escritor* es el que escribe ideas suyas, y como usted no escribió en la tal real orden ninguna idea suya, dirán los señores redactores de la *Revista* que usted no hizo más que *redactarla*, y si tal dicen, como presumo, por mi vida que aciertan.

Y aquí no vendría mal advertir á usted de paso que en punto á responsabilidad es sólo responsable de toda cosa escrita quien la firma; y por eso habrá usted oído decir tal vez, *no bebas agua que no veas, ni firmes carta que no leas;* lo cual digo ahora, no para usted, señor de Oliver, que no ha firmado nada, sino para el señor secretario del Despacho, que lo firma todo. Esto prueba que la supuesta responsabilidad con que tan caballerescamente sale á defender á su jefe, hace honor al carácter de usted, si no á su estilo; pero de ninguna manera á dicho señor secretario del Despacho. Más claro; de la redacción de la real orden, usted era responsable al ministro, y éste lo es al público. ¡Buena excusa estaría la de un señor secretario del Despacho que se nos viniese contando los disparates que hubiese firmado, dado caso que un ministro los pudiese firmar, y se excusase después con sus subalternos!

Pero volvamos, si usted gusta, á nuestro *riesgo* y *peligro*. Decía, señor don Pedro, mi amigo, que ya se me alcanzaba á mí, antes de leer su apreciable carta, que no son *sinónimas* esas voces: la diferencia, que tengo ha tiempo establecida para uso particular en un trabajo inédito, que sobre sinónimos de la lengua castellana en ratos perdidos me ha ocupado, consiste en esto: *que el peligro es inminente: en el riesgo hay más contingencia.* Y aclarando las definiciones, no muy buenas, del diccionario (permítanme él y usted esta proposición) con un ejemplo, diremos perfectamente: «Un general corre *riesgo* de perder la batalla si sus soldados le abandonan en el *peligro.*» El riesgo es dudoso; el peligro es cierto: éste es más *próximo;* aquél más *lejano*. El jugador arriesga su dinero, cuando juega, sin que por eso haya *proximidad* de perderlo. Se puede decir, y estará muy bien dicho, *que el soldado arriesga ó pone á riesgo su vida.* Sin embargo, según la definición de la Academia (que me perdone y á quien Dios perdone), no estaría esa frase bien dicha si *el riesgo fuera la proximidad de algún daño leve*, pues que ni el perder la vida es daño leve, ni hay proximidad de perderla en arriesgarla, sino sólo *posibilidad;* por donde puede usted inferir que no siempre es juez suficiente el diccionario de nuestra lengua, por más que usted y que todos le debamos respetar, cuando acierta; es decir, que el diccionario de la lengua tiene la misma autoridad que todo el que tiene razón, cuando él la tiene. Y de la diferencia de *riesgo* y *peligro*, para que no le quede duda de que tengo hecho algún estudio sobre estas cosas, pondré á usted ejemplos que dan peso á lo que llevo dicho.

Dice Solís en el capítulo XVIII, libro V, de la *Conquista de Méjico*, hablando de Hernán Cortés: «Mantúvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo; y dejándose caer en tierra le puso en evidente peligro de perderse, etc.»

Y Mariana al capítulo XIII del libro XVII de la *Historia de España:*

«Don Pedro... se resolvió de aventurarse y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla... teníale con gran cuidado el peligro de la ciudad de Toledo.»

Ya ve usted que aquí Don Pedro iba á ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla, la cual podía ganar, y en cuyo hecho no había *proximidad de un leve daño*, como dice la Academia.

Y Cervantes en *Pérsiles y Segismunda:* «Este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto, etc.»

Queda, pues, probado que con tan buenas razones no pude nunca tener por sinónimas esas voces; y por lo mismo, y aun adoptando la base de la real orden, usted, señor don Pedro, debía haber conocido que si había cesado el *riesgo* en la carretera de Aragón, no podía haber *peligro*. De suerte, que si alguno de nosotros dos no ha dado á esas voces su verdadero valor, seguramente, señor don Pedro, no he sido yo.

Esto con respecto al uso de las voces *riesgo* y *peligro*. Porque con respecto al resto de la redacción de la real orden, usted asegura en su carta á la *Revista* que *podía haberse extendido con mayor claridad y mejor gusto;* estoy perfectamente de acuerdo con usted. Añade usted que *no está enamorado de su obra;* efectivamente, no hay motivo. No quiero contradecir á usted; soy enteramente de su opinión, y es lásti-

ma que nos pongamos en *trance* y *riesgo* de reñir dos personas entre quienes existe tan rara simpatía y tal acuerdo de pareceres.

Con respecto á la voz *temporal*, no quise criticar su uso, sino que, como usted dice muy bien, *cediendo á la pasión que me domina*, traté de jugar del vocablo para disparar al redactor de la real orden una saetilla más, no sospechando que fuese usted; pues á haberlo sabido, mucho me hubiera guardado de hacer tal cosa, y de *criticarlo* á usted *á toda costa*, como suelo, cediendo á aquella maldita pasión que me domina, y que ha de ser, por fin, mi perdición.

Convengo también con usted en que es más fácil *buscar* y aun hallar *defectos*, donde hay tantos sobre todo, que poner reales órdenes, y más si éstas son, como usted dice, *sobre asuntos dados*, porque si no son *sobre asuntos dados*, ya es otra cosa. Y la prueba de la proposición de usted está en lo raro que es ver reales órdenes que tengan sentido común; argumento grande en apoyo de su dificultad, á cuyo propósito citaré á usted lo que escribía cierto crítico francés hablando de un antagonista suyo: «El señor es un necio, decía; yo soy quien lo digo, y él es quien lo prueba.»

Es pues visto, señor don Pascual, usando de una locución de usted, que convenimos en todo, y que más nacimos para amigos uno de otro, que para andarnos tiroteando en papeles públicos y folletos. Y esto es tanto más cierto cuanto que no ha mucho ví cierta alocución de usted al pueblo zamorano, y animada como está de sentimientos patrióticos de que yo participo en gran manera, parece mal que personas de iguales opiniones den que decir á los mismos de su partido con desavenencias gramaticales: ni el que usted haya podido redactar mal una real orden prueba nada contra su aptitud para cargos públicos; pues ni yo consideré aquello nunca sino como un descuido, ni yo lo llamé delito ni traición, ni cosa que se le parezca; soy además tan enemigo de cuestiones personales, que critiqué la real orden en cuanto á real orden, es decir, en cuantó á acto público del gobierno, de donde infiero que usted anduvo ligero en descubrirse, pues ninguna importancia tiene á los ojos del público el redactor de una real orden, sino únicamente el gobierno que la adopta, firma y publica.

Añadiré sólo antes de concluir esta carta que mucho tiempo pensé en no darle contestación, pero cuando supe que desempeñaba usted, señor don Pascual, un cargo público, uno de los primeros destinos del orden civil, parecióme ya que la categoría de usted merecía siquiera por cortesanía una respuesta, no se dijera que yo había podido despreciar á una persona tan condecorada.

Por lo demás y dejando á un lado disputas filológicas de poco momento, tengo el honor, señor don Pedro Pascual de Oliver, de repetirme su muy afecto Q. S. M. B.—*Fígaro*.

TEATROS

Visto el estado de decadencia en que se hallan de algún tiempo á esta parte los teatros de esta capital, no nos parece fuera del caso echar una rápida ojeada sobre las causas de su lastimoso abandono, y aun poner en conocimiento de nuestros lectores algunas de las consideraciones que nos sugieren los datos que acerca de su porvenir poseemos.

Pocos países de los que se hallan á la altura del nuestro en la escala de la civilización pueden citarse donde se encuentre el teatro más atrasado que en España. Falto siempre de protección, considerado la mayor parte del tiempo como un mal inevitable por el mismo gobierno que le toleraba, no es mucho que no se hayan dado en ese ramo pasos agigantados. No creemos nosotros, como repetidas veces se ha pretendido, hacer creer que el teatro corrija las costumbres, ni destierre vicios: llevamos más adelante todavía nuestra opinión: nos inclinamos á pensar que del teatro sale el hombre poco más ó menos tal como entra. El hombre es animal de poco escarmiento; y si lo fuera, seguramente que el colorido de sublimidad y pasión que en el teatro suelen revestir los vicios y los crímenes no sería el mejor medio de hacerle escarmentar. Los celos que en el Otelo del mundo no son sino reprensibles, están por lo menos disculpados en el del teatro con el exceso de la pasión. El teatro, pues, rara vez corrige, así como rara vez pervierte. Ni es tan bueno como sus amigos le han pintado, ni tan perjudicial como sus enemigos le han supuesto. Por lo menos, es desde luego una diversión pública, y en esta sola calidad encierra ya una no mediana recomendación: es además de todas las

diversiones públicas la más culta, y si no corrige las costumbres, puede al menos suavizarlas: puede ser una escuela de buenos modales, y debe serlo constantemente de buen lenguaje y de estilo. A estas circunstancias, que recomiendan positivamente el teatro, ha podido agregarse en muchas épocas la idea generalmente admitida de que todo espectáculo público es favorable al legislador y gobernante, porque distrayendo al pueblo de los intereses políticos, le aparta de la rebelión. Pero esta razón, que tiene un gran peso en favor del teatro en los gobiernos monárquicos, y que todos los tiranos han comprendido perfectamente; esta razón, que fué ocasión de los juegos griegos, de las luchas romanas, del esplendor del siglo de Luis XIV, y hasta de la elevación del teatro francés durante el imperio, se vuelve contra él en épocas de libertad. Cuando los hombres, reconociendo sus derechos y ocupándose en adelantarlos, puedan discutirlos en alta voz en paseos, casas y cafés, la realidad no tarda en ocupar el lugar de la ficción: la escena verdadera del mundo real en que cada uno es llamado á ser actor, y á hacer tarde ó temprano un papel, debe interesarnos mucho más que la representación en cabeza ajena de las virtudes y los vicios, cuadros entonces muy secundarios en la galería de la vida. Por el contrario, cuando el legislador se reserva y reasume en sí todos los derechos, cuando él obliga á cada uno á confiarle de grado ó por fuerza la parte que debe tener en los asuntos públicos, el ánimo encogido y atemorizado busca en la ficción un desahogo de la triste realidad. El despotismo, por lo tanto, ha solido ser favorable al teatro; y dueño de la hacienda pública, ha destinado en todas partes fondos supletorios á la prosperidad de una diversión de que tanto se prometía. Pero en España ni aun eso ha sabido hacer; en España donde sin duda consideraba la función de los toros como más popular, no le ha sido deudor el teatro de protección alguna: por el contrario, en él persiguió las luces, en él trató de ahogar una manera de expresión de la opinión pública; y si lo consintió, podemos atribuirlo á que toda la represión del gobierno más despótico no basta á contrarrestar la fuerza de la opinión; el espíritu de cada época se hace respetar hasta de sus enemigos; pero ya que no podía derribarlo, hízole todo el daño que podía hacerle: lo consintió, sí; pero como una mera indemnización: lo consintió cargándole con la obligación de resarcir con sus productos los males que le achacaba. Maquiavélica idea por cierto, pues si el teatro era perjudicial en sentir del legislador, no podía haber resultado bueno que lo abonase. El teatro es malo, decía el gobierno; pero haga daño en buen hora, siempre que me sufrague con que desahogarme de las obligaciones que como administrador de la sociedad tengo contraídas con los establecimientos de beneficencia; es decir, consiento al ladrón, con tal que me rinda por tributo parte de sus robos. Esta ha sido la lógica, y, lo que es peor, la moral del gobierno nuestro con respecto al teatro. Y su torpeza tal, que una vez admitido tan escandaloso principio, no supo siquiera volverle completamente en provecho suyo facilitando sú prosperidad. Falto de ingenios por la persecución, agobiado por las cargas civiles, el teatro ha vivido entre nosotros manteniendo obligaciones del Estado; y es lo peor, que habiendo entrado en una era de progreso y de luces, no se trasluce aún la aurora del día en que deba mejorarse su suerte.

Sin que queramos entrometernos en los antecedentes políticos, ni en la administración de ningún mandarín, diremos sólo que el señor de Burgos, durante su corto ministerio, pareció volver los ojos al teatro, por lo menos con cierta conmiseración. Hasta él, entregado el teatro unas veces en manos de los actores mismos administrado otras por la villa, adjudicado algunas á empresas particulares, nunca había podido desahogarse de la confusión en que nuestra informe legislación lo tuvo siempre sumido. Para que alguien tomase por él el más pequeño interés, fué preciso que se viese elevado al mando un ministro que presumía al mismo tiempo de poeta dramático. Pero este vislumbre de esperanza que brilló á nuestros ojos un momento, no tardó en disiparse. El señor Burgos llamó á sí una comisión juzgada de personas inteligentes, y les encargó la redacción de un reglamento de teatro que pusiese término á la penosa situación del teatro, que deslindase su pertenencia y los derechos de las diversas industrias que concurren á su prosperidad. Esta comisión hubo sin duda de informar; y aunque según las noticias que á nuestros oídos llegaron de su informe, tenemos motivos para creer que no se consultó siempre el derecho, sin embargo, nos atrevemos á asegurar que ese mismo reglamento imperfecto llevado á ejecución hubiera mejorado la suerte del teatro. Pero para eso hubiera sido preciso que hubiese durado el mismo poeta. Desgraciada-

mente se acabó el ministro antes que el reglamento, y el sucesor hubo de decir, sin duda, para su sayo: «A mí, que no sé hacer comedias, ¿qué se me da del teatro?» y antes de nacer murió el reglamento. De entonces acá si algún ministro del fomento, ó de lo interior, ó de la gobernación, ha vuelto á ocuparse en el teatro, lo ha hecho tan secretamente, que nada hemos traslucido nunca de su protección.

Cuando se estableció el Conservatorio de música, cierto escrúpulo de conciencia, cierto pudor saludable hizo comprender que sería vergonzoso fundar en la capital del reino una escuela donde se formasen cantores para el teatro, y donde no se pensase siquiera en el pobre verso. Movidos los que lo dirigieron de este pudor, se dignaron conceder hospitalidad á la declamación española, en un nicho de su establecimiento: se crearon dos cátedras de declamación; se asignaron á cada una hasta seis mil reales, ó cosa semejante, por vía de honorarios; se nombraron dos catedráticos, individuos de las compañías de Madrid; se les dió *don* en los oficios de nombramiento, y muchachos en los bancos de la escuela, y se les dijo: «Enseñad ahí cuanto sepáis, si algo sabéis; ya tenéis casa, uniforme, don, y seis mil reales; ya está el teatro protegido; ya verán ustedes los actores que salen.» Y ya lo hemos visto por cierto.

En la contrata sin embargo, que existe todavía, se dió alguna protección más al teatro; pero seamos justos; esa protección, que consistió en algunas condiciones más ventajosas hechas por la villa á la empresa entrante, en la cesión del local y en una asignación anual de los fondos públicos, no fué efecto de buena voluntad, sino arrancada por la imposibilidad de sostener los teatros con sus cargas, imposibilidad que hizo presente con energía y tesón la empresa que iba á tomarlos; y, digámoslo francamente, hasta esas ventajas hechas en tiempo de transición, en que no se hallaban aún deslindados los derechos de la villa á disponer de los fondos públicos, ni los del gobierno mismo á hacer concesiones sobre fondos de que sólo es administrador, y no dueño, si pudieron constituir un contrato legítimo, no bastaron á quitarle la tacha de ilegal.

No es nuestro ánimo en este artículo entrar en el examen del uso que de sus contratas y de sus ventajas ó desventajas ha hecho la empresa; queremos sólo dar noticia del estado de las cosas en el día, después de haber hecho una ligera reseña de la conducta del gobierno respecto al teatro. Este ha podido protegerlo hasta el día, y sobre sí tiene el cargo de no haberlo hecho.

Sabemos, pues, que la empresa ha solicitado la rescisión de su contrata: tenemos datos para creer que la autoridad civil se halla dispuesta á ese paso; y verdaderamente, si así no fuese, trabajaríamos nosotros por convencerla, puesto que no puede convenirle ni á la empresa, ni al gobierno, ni al público, una contrata, en contradicción en la mayor parte de sus cláusulas con el nuevo orden de cosas; y quisiéramos que ya que se nos presenta por sí sola la ocasión, antes de proceder á nuevos compromisos ni adjudicaciones, se pesase maduramente la cuestión, si es que el gobierno cree que es de importancia, porque si no, lo más barato es cerrar el teatro; y antes deseamos esto nosotros, apasionados de él, que verle sucumbir de nuevo á providencias provisionales.

Acabe de una vez el legislador de pensar si debe ó no de haber teatro; y en el caso de decidir la cuestión favorablemente, deslíndese á quién pertenece, sepamos la parte que un gobierno puede tomar en una diversión pública; la influencia que la autoridad puede lícitamente reservarse en ella; la clase de protección que debe dispensarle, lo que de ella puede esperar en remuneración de sus auxilios, y el derecho que tiene á cargarle impuestos y distraer sus productos. Sepamos de paso si hay una propiedad en la literatura dramática, hasta dónde puede la ley protegerla como á toda propiedad, y hasta qué punto puede entrometerse en las condiciones que cada cual quiere imponer á la suerte de sus producciones.

Encargados como estamos en este periódico de hablar de teatros, por hoy nos contentamos con lo dicho. Logremos ó no llamar la atención del gobierno sobre determinaciones que en nuestro entender deben meditarse antes de adoptarse, no renunciamos á escribir algún otro artículo, manifestando nuestro sentir en la materia, por más que no nos consideremos con gran fuerza moral para inclinar la balanza en favor de nuestras opiniones; sólo sí declararemos antes de concluir éste, que queremos más bien contribuir con nuestras pocas luces al mejor arreglo posible, que usar después del triste derecho de criticar determinaciones ya tomadas. Así lo haremos; y si algún día nos vemos en la dura precisión de maldecir, caiga la culpa sobre quien puede á tiempo remediarlo y dar vida al teatro español, tan vergonzosamente descuidado.



DE LA SATIRA Y DE LOS SATIRICOS

Tiempo hacía que deseábamos una ocasión de decir algo acerca de la mala interpretación que se da generalmente al carácter y á la condición de los escritores satíricos. Créese vulgarmente que sólo un principio de envidia, y la impotencia de crear, un germen de mal humor y de misantropía, hijo de circunstancias personales ó de un defecto de organización, pueden prestar á un escritor aquella acrimonia y picante mordacidad que suelen ser el distintivo de los escritos satíricos. Confesamos ingenuamente que estamos demasiado interesados por la tendencia general de los nuestros en desvanecer semejante prevención: no diremos que no hayan abusado muchas veces hombres de talento del don de ver el lado ridículo de las cosas, y que no le hayan hecho servir algunas para sus fines particulares. Esto es demasiado cierto por desgracia; ¿pero de qué don de la naturaleza no ha abusado el hombre, y quién será el que se atreva á sacar deducciones generales de meras excepciones?

Nosotros por eso no dejaremos de reconocer en los escritores satíricos calidades eminentemente generosas: en cuanto á las dotes que de la naturaleza debe de haber recibido el que cultiva con buen éxito tan difícil género, ha de poseer suma perspicacia y penetración para ver en su verdadera luz las cosas y los hombres que le rodean; y para no dejarse llevar nunca de las apariencias, que lo cubren todo con su barniz engañoso; profundo por carácter y por estudio, no ha de detenerse jamás en su superficie, sino desentrañar las causas y los resortes más recónditos del corazón humano. Esto puede dárselo la naturaleza; pero es forzoso además que

las circunstancias personales lo hayan colocado constantemente en una posición aislada é independiente; porque de otra suerte, y desde el momento en que se interesa más en unas cosas que en otras, difícilmente podrá ser observador discreto y juez imparcial de todas ellas. Como el que censura las acciones y opiniones de los demás es el que naturalmente debe encontrar más dificultad en convencer y persuadir, necesita añadir á su clara vista el arte no menos importante de decir, lo uno porque no hay verdad que mal, ó inoportunamente dicha, no pueda parecer mentira; lo otro, porque rara vez nos persuade la verdad que no nos halaga; y el arte de decir es casi siempre obra del estudio. Son raras además las verdades que la naturaleza nos presenta claras por sí solas, y que no necesitan para ser comprendidas y desarrolladas gran copia de conocimientos. Ni son todas las épocas iguales; y maneras de decir que en un siglo pudieran ser no sólo permitidas, sino lícitas, llegan á ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razón por que el satírico debe comprender perfectamente el espíritu del siglo á que pertenece; y esta es la gran diferencia que entre los satíricos de las literaturas antigua y moderna choca al estudioso. El primer satírico de quien, rastreando en la oscuridad de los tiempos, hallamos fragmentos, es Aristófanes, que en sus *Nubes*, sátira dialogada é informe, más bien que comedia, se propuso ridiculizar nada menos que á uno de los primeros filósofos de la antigüedad, el divino Sócrates. Cualquiera que conozca la desnudez desvergonzada de aquella producción nos confesará que hubiera sido execrada en épocas de mayor cultura. Y dejando á un lado los tiempos remotos de la antigua Grecia, pasemos rápidamente la vista sobre el modo de decir de los escritores del siglo cultísimo (con relación sin duda á los anteriores) de Augusto: y díganos francamente si el oscuro Persio, si el acre Juvenal, usando de giros más cínicos que los mismos personajes imperiales que satirizaban, hubieran hallado lectores sufridos en nuestro siglo de más hipócritas modales, amigo de giros más mojigatos. Y no hablemos de la licenciosa manera de Catulo y de Tibulo, de la desnudez de Marcial; contraigámonos al severo Cicerón, al dulcísimo y ameno Virgilio, al cortesano Horacio. Más de un pasaje de la *Catilinaria* ó de la *oración* contra *Verres*, la *égloga* entera de *Alexis y Coridón*, la oda burlesca á Príapo, y otros cien trozos de aquellos órganos del buen gusto romano hubieran provocado gestos de hastío y de indignación, no precisamente en nuestra moderna sociedad, pero aun en el siglo de Luis XIV, más aproximado á ellos que nosotros.

Y descendiendo á éste, el mismo Boileau tan mirado tropezaría con más de un improbador: es rara la comedia de Regnard y de Molière en que no resaltan trozos, escenas que ruborizan en el día cuando se repiten al *parterre* francés del siglo XIX.

No queremos decir con esto que un siglo sea mejor que otro y que nuestras costumbres sean preferibles á aquéllas, por más que nos fuese fácil hallar razones en apoyo de esta opinión; pero como quiera que no nos sea posible entrar simultáneamente en dos cuestiones diversas, nos contentaremos con decir lo que únicamente hace á nuestro propósito: que las costumbres varían; que el pudor va á más en las sociedades con su edad, así como en los individuos; y que solamente se halla oculto aún ó perdido ya en la infancia y en la vejez. Aristófanes y la antigua Grecia carecen de él, porque aquélla era la infancia de la sociedad europea de entonces. Se ve atropellado en la decadencia de la sociedad romana; y si en el siglo de Luis XV vuelve á ser completamente echado en olvido, si multitud de escritos de la revolución francesa le ahogan miserablemente, si los Pigault-Lebrún destrozan su modesto velo por algún tiempo, á sabiendas y con complicidad de la sociedad entera, es porque una nueva decrepitud va á dar lugar á una regeneración, pues que las sociedades no perecen para siempre como los individuos, sino que mueren para renacer, ó por mejor decir, nunca mueren sino aparentemente, marchan constantemente á un fin, á la perfectibilidad del género humano, que en toda su historia descubrimos, por más lentamente que se verifique; sus muertes aparentes no son sino crisis; son sólo en nuestro entender sacudimientos momentáneos; en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura y pasar á la existencia inmediata.

Para aquellos que no vean como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano, para los que no vean mayor perfección en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura sería por lo menos hipocresía, y si ésta es, como se ha dicho, *un homenaje que el vicio rinde á la virtud*, no nos podrán negar que es una venta-

ja, pues mucho lleva adelantado para hacer una cosa el que la cree buena.

Admitida pues esta diferencia de costumbres, y esa mayor delicadeza del gusto, es indisputable que los satíricos bien recibidos en una época serían silbados en otra. Y esto no sólo aumenta las dificultades en nuestros días para los escritores satíricos, sino que, á decir verdad, indica una época de muerte próxima ya para el género. Por mejor decir, traslucimos la época en que la sátira comprimida por todos lados habrá de refundirse, de reducirse estrechamente en la jurisdicción de la crítica. Esta es la razón por qué ya en el día no admitimos de ninguna manera la sátira personal, la sátira de Aristófanes y de Juvenal. Quédese en buen hora para adornar las tablas del estante estudioso; pero en el siglo de buena educación, de miramientos sociales, de mutuas consideraciones que alcanzamos, necesita más que nunca la sátira del apoyo de la verdad y de la utilidad: concedámosle causticidad, si se quiere, cuando le sea más fácil enseñarnos una verdad útil, poniendo en ridículo el error; pero si las personas no son nada para la sociedad, si sólo sus acciones públicas, si sólo sus sistemas y sus yerros políticos pueden rozarse con el interés general, quitémosle á la sátira toda alusión privada, arrebatémosle la ponzoña que la degrada y la vuelve venenosa, y la única posibilidad que ella tiene de ser más perjudicial que provechosa. Sentados, admitidos una vez estos principios, distingamos de escritores satíricos.

Al mérito que contrae con la sociedad el satírico que puede en el día vencer aquellas dificultades, añadamos, para acabar de desvanecer la general prevención, algunas consideraciones.

No reflexionan los que interpretan mal la índole de los escritores satíricos cuán caros compran éstos sus laureles. No reflexionan que el que carga con la responsabilidad de la pública censura ha menester de algún valor; no meditan que es raro el párrafo que, al acarrear alguna utilidad á la sociedad, no acarrea de paso á su autor algún disgusto, ora público, ora privado. Es difícil zaherir los errores de los hombres sin granjearse enemigos; porque rara vez el que los padeció tiene suficiente desprendimiento para separarse de ellos sin vengarse, ó generosidad bastante para hacer en las aras del bien público el sacrificio de su amor propio y de sus mezquinos resentimientos personales. Si á esto se añade que generalmente la sátira desprecia á los débiles, porque trata de vencer oposiciones, y aquéllos están por sí solos vencidos, se deducirá fácilmente que el satírico no sólo ha de arrostrar enemigos, sino enemigos poderosos. Las comunidades, los cuerpos, en una palabra, la sociedad no es agradecida, porque no tiene centro de pasiones y sentimientos como el individuo, y porque cree, acaso con razón, que todo se le debe: de suerte que el satírico al hacerse enemigos poderosos, no se hace amigo ninguno, no encuentra apoyo ni compensación. Y la prueba de esta triste verdad es este mismo esfuerzo que en favor de los escritores satíricos tenemos que hacer. ¿Cómo paga la sociedad los servicios que el escritor satírico le hace destruyendo errores y persiguiendo las preocupaciones que le abruman? Los paga, suponiendo en el satírico mala índole, condición maligna, y como de esas veces intención personal ó defecto de organización. Esto sólo bastaría á disgustar el alma más generosa, si el amor á la independencia, si el amor al bien, digámoslo sin rubor, no fuese las más veces la mejor recompensa de una intención pura.

Y si con respecto á la moralidad ó al amor al bien del que se erige voluntariamente en campeón suyo, arrostrando todos peligros, hallásemos impugnaciones, no necesitaríamos por cierto ir muy lejos á buscar ejemplos que apoyasen nuestro aserto. Echemos una ojeada sobre el carácter privado de los escritores satíricos más conocidos, y dígasenos si la *noble indignación* de Juvenal contra el vicio está desmentida en su vida; si no se reconoce en la de Boileau; si ofrece pruebas contra ella la del virtuoso Molière ó la del adusto Addison; si la filantropía y la beneficencia con que ilustró su vida el filósofo de Ferney pueden ponerse en duda; y viniendo á nosotros, donde este argumento fuera más fácil de contradecirse, si no fuese tan cierto, ¿qué actos públicos nos han quedado como prueba de la inmoralidad, de la perversidad de los satíricos, en la biografía de los Góngoras, de Cervantes, de Quevedo (por más que se haya querido manchar la memoria de estos hombres con suposiciones no bastante probadas ó con recuerdos de anécdotas picarescas), en la del virtuoso Jovellanos, en la de Forner, en la de Moratín, en la de cuantos han cultivado con más ó menos acierto la sátira entre nosotros?

¿De qué crímenes públicos podremos hallar la tacha en tan ilustres vidas? ¿Dónde está la huella de esa maligna condición que debía ha-

cer para ellos de la sátira una pasión dominante y nociva?

Acabemos de conocer de una vez que esa opinión general tan injusta es otra dificultad que arrostra el satírico, y que, si la calumnia se adhiere con predilección á la fama de los hombres de mérito, no es seguramente la de los satíricos la que echa en olvido, y no son sus cenizas las que su puñal revuelve con menos encarnizamiento, para valernos de la expresión de un poeta.

La otra consideración que nos resta que hacer es en verdad más personal á los escritores satíricos, pero una vez meditada no es por eso menos triste. Supone el lector, en quien acaba un párrafo mordaz de provocar la risa, que el escritor satírico es un ser consagrado por la naturaleza á la alegría y que su corazón es un foco inextinguible de esa misma jovialidad que á manos llenas prodiga á sus lectores. Desgraciadamente, y es lo que estos no saben siempre, no es así. El escritor satírico es por lo común como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razón se puede decir que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son, y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámanle la atención en el sol más sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demás sino la proporción de las facciones y la pulidez de los contornos: ve detrás de la acción aparentemente generosa el móvil mezquino que la produce; ¡y eso llaman sin embargo ser feliz! Esa acrimonia misma, esa mordacidad jocosa que suele hacer tan á menudo el contento de los demás, es en él la fría impasibilidad del espejo que reproduce las figuras no sólo sin gozar, sino á veces empañándose.

Molière era el hombre más triste de su siglo, y entre nosotros difícilmente pudiéramos citar á Moratín como un modelo de alegría. Apelamos, sino, á cuantos le hayan conocido.

Y si nos fuera lícito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesaríamos ingenuamente que sólo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demás.

Pero nuestros lectores perdonarán fácilmente este atrevimiento, si antes de concluir este artículo les confesamos que sólo ha podido dar lugar á él una inculpación que nos ha sido hecha recientemente: hay quien supone que sólo una *pasión dominante* de criticar guía nuestra pluma. No como escritores de mérito, que envidiamos á cuantos le tienen, y del cual nos vemos desgraciadamente demasiado desnudos, sino al fin como escritores satíricos, calidad que ni podemos, ni queremos negar, hemos tratado de salir á la defensa de su supuesta maligna condición. Ignoramos si lo habremos logrado, pero nunca creeremos inútil hacer nuevas profesiones de fe, por más que las hayamos repetido, en punto tan importante. Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas á la perfección posible de la sociedad á que tenemos la honra de pertenecer. Pero deslindando siempre lo lícito de lo que nos es vedado, y estudiando sin cesar las costumbres de nuestra época, no escribimos sin plan: no abrigamos una pasión dominante de criticarlo todo con razón ó sin ella: somos sumamente celosos de la opinión buena ó mala que puedan formar nuestros conciudadanos de nuestro carácter; y en medio de los disgustos á que nos condena la dura obligación que nos hemos impuesto, cuyos peligros arrostramos sin restricción, el mayor pesar que podemos sentir es el de haber de lastimar á nadie con nuestras críticas y sátiras; ni buscamos, ni evitamos la polémica; pero siempre evitaremos cuidadosamente, como hasta aquí lo hicimos, toda cuestión personal, toda alusión impropia del decoro del escritor público y del respeto debido á los demás hombres, toda invasión en la vida privada, todo cuanto no tenga relación con el interés general. Júzguennos ahora nuestros lectores, y zumben en buen hora en derredor nuestro los tiros emponzoñados de los que son en realidad más malignos que nosotros.



EL TROVADOR

DRAMA CABALLERESCO, EN CINCO JORNADAS, EN PROSA Y VERSO

SU AUTOR DON ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

Con placer cogemos la pluma para analizar esta producción dramática, que tanto promete para lo sucesivo en quien con ella empieza su carrera literaria, y que tan brillante acogida ha merecido al público de la capital. Síganle muchas como ella, y los que presumen que abrigamos una pasión dominante de criticar á toda costa y de morder á diestro y siniestro, verán cuán presto cae de nuestras manos el látigo que para enderezar tuertos ajenos tenemos hace tanto tiempo empuñado.

El autor del *Trovador* se ha presentado en la arena, nuevo lidiador, sin títulos literarios, sin antecedentes políticos: solo y desconocido, la ha recorrido bizarramente al son de las preguntas multiplicadas *¿Quién es el nuevo, quién es el atrevido?* y la ha recorrido para salir de ella victorioso: entonces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores: «Soy *hijo del genio, y pertenezco á la aristocracia del talento.*» ¡Origen por cierto

bien ilustre, aristocracia que ha de arrollar al fin todas las demás!

El poeta ha imaginado un asunto fantástico é ideal, y ha escogido por vivienda á su invención el siglo XV; hálo colocado en Aragón, y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel.

Con respecto al plan no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido y atinadamente desenvuelto. La acción encierra mucho interés, y éste crece por grados hasta el desenlace.

Sin embargo, no es la pasión dominante del drama el amor; otra pasión, si menos tierna, no menos terrible y poderosa, oscurece aquélla: la venganza. No hace mucho tiempo tuvimos ocasión de repetir que es perjudicial al efecto teatral la acumulación de tantos medios de mover; en *El Trovador* constituyen verdaderamente dos acciones principales, que en todas las partes del drama se revelan á nuestra vista rivalizando una con otra. Así es que hay dos exposiciones: una enterándonos del lance concerniente á la gitana, que constituye ella por sí sola una acción dramática; y otra poniéndonos al corriente del amor de Manrique, contrarrestado por el del conde, que constituye otra. Y dos desenlaces: uno que termina con la muerte de Leonor la parte en que domina el amor; otro que da fin con la muerte de Manrique á la venganza de la gitana.

Estas dos acciones dramáticas, no menos interesantes, no menos terribles una que otra, se hallan, á pesar de la duplicidad, tan perfectamente enclavijadas, tan dependientes entre sí, que fuera difícil separarlas sin recíproco perjuicio; y en el teatro sólo así daremos siempre carta blanca á los defectos.

De aquí resultan necesariamente tres caracteres igualmente principales, y en resumen ningún verdadero protagonista, por más que refundiéndose todos esos intereses encontrados en el solo Manrique, pueda éste arrogarse el título de la obra exclusivamente. Pero si nos preguntan cuál de los tres caracteres elegimos como más importante, nos veremos embarazados para responder: el amor hace emprender á Leonor cuanto la pasión más frenética puede inspirar á una mujer: el olvido de los suyos, el sacrificio de su amor á Dios, el perjurio y el sacrilegio, la muerte misma. Hasta aquí parece difícil que otro carácter pueda ser el principal: sin embargo, la gitana, movida de la venganza, empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del conde de Luna para el más espantoso desquite que de su enemigo puede tomar. Don Manrique mismo, en fin, movido por su pasión, por el amor filial y por el interés de su causa política, no puede ser más colosal, ni necesitaba el auxilio de otros resortes tan fuertes como el que le mueve á él para llevarse la atención del público.

¿Diremos al llegar aquí lo que francamente nos parece? Todos los defectos de que la crítica puede hacer cargo al *Trovador* nacen de la poca experiencia dramática del autor: esto no es hacerle una reconvención, porque pedirle en la primera obra lo que sólo el tiempo y uso pueden dar, sería una injusticia. Ha imaginado un plan vasto, un plan más bien de novela que de drama, y ha inventado una magnífica novela; pero al reducir á los límites estrechos del teatro una concepción demasiado amplia, ha tenido que luchar con la pequeñez del molde.

De aquí el que muchas entradas y salidas estén poco justificadas: entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en palacio, en la primera jornada; la del mismo en el convento en la segunda, su introducción en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto difícil en todos tiempos, para que no mereciera una explicación. Tampoco es natural que el conde don Nuño, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una mujer que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y más cuando no es siquiera portadora de ninguna orden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesión lograda. No somos esclavos de las reglas, creemos que muchas de las que se han creído necesarias hasta el día son ridículas en el teatro, donde ningún efecto puede haber sin que se establezca un cambio de concesiones entre el poeta y el público; pero no consideremos tales justificaciones como reglas, sino como medios seguros de mayor efecto; evitemos por su medio, siempre que la verosimilitud lo exija, que el espectador tenga que invertir en pedirse razón de los sucesos el tiempo que debería atender á las bellezas del desempeño; y todos convendrán conmigo en que es indispensable preparar y justificar cuanto pueda dar lugar á la menor duda.

La exposición es poco ingeniosa, es una escena desatada del drama; es más bien un prólogo; citaremos, por último, en apoyo de la opinión que hemos emitido acerca de la inex-

periencia dramática, los diálogos mismos; por más bien escritos que estén, los en prosa semejan diálogos de novela, que hubieran necesitado más campo, y los en verso tienen un sabor en general más lírico que dramático: el diálogo es poco cortado é interrumpido, como convendría á la rapidez, al delirio de la pasión, á la viveza de la escena.

Pero ¿qué son estos ligeros defectos, y que acaso no lo serán sólo porque á nosotros nos lo parezcan, comparados con las muchas bellezas que encierra *El Trovador?* Las costumbres del tiempo se hallan bien observadas, aunque no quisiéramos ver el *don* prodigado en el siglo XV. Los caracteres sostenidos, y en general maestramente acabadas las jornadas; en algunos efectos teatrales se halla desmentida la inexperiencia que hemos reprochado al autor: citaremos la linda escena que tan bien remata la primera jornada, la cual reune al mérito que le acabamos de atribuir una valentía y una concisión, un sabor caballeresco y calderoniano difícil de igualar.

De mucho más efecto aún es el fin de la segunda jornada, terminada con la aparición del Trovador á la vuelta de las religiosas: su estancia en la escena durante la ceremonia, la ignorancia en que está de la suerte de su amada, y el cántico lejano, acompañado del órgano, son de un efecto maravilloso; y no es menos de alabar la economía con que está escrito el final, donde una sola palabra inútil no se entromete á retardar ó debilitar las sensaciones.

Igual mérito tiene el desenlace del drama, que tenemos citado más arriba; y en todos estos pasajes reconocemos un instinto dramático seguro, y que nos es fiador de que no será éste el último triunfo del autor.

Como modelos de ternura y de dulcísima y fácil versificación, citaremos la escena cuarta de la primera jornada entre Leonor y Manrique.

¿Quiérese otro ejemplo de la difícil facilidad de que habla Moratín? Léase el monólogo con que principia la escena cuarta de la jornada tercera, en que el poeta además pinta con maestría la lucha que divide el pecho de Leonor entre su amor y el sacrificio que á Dios acaba de hacer; y el trozo del sueño, contado por Manrique en la escena sexta de la cuarta, si bien tiene más de lírico que de dramático.

Diremos en conclusión que el autor, al decidirse á escribir en prosa y en verso su drama, adoptaba voluntariamente una nueva dificultad; es más difícil á un poeta escribir bien en prosa que en verso, porque la armonía del verso está encontrada en el ritmo y la rima, y en la prosa ha de crearla el escritor, pues la prosa tiene también su armonía peculiar; las escenas en prosa tenían el inconveniente de luchar con el sonsonete de las versificadas, de que no deja de prendarse algún tanto el público; y luego necesitaba el poeta desplegar aún tino en la determinación de las que había de escribir en prosa y las que había de versificar, pues que se entiende que no había de hacerlo á diestro y siniestro.

Tanto esta libertad como la frecuente mudanza de escena no las disputaremos á ningún poeta, siempre que sean, como en *El Trovador*, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Sólo quisiéramos que no pasase un año entero entre la primera y la segunda jornada, pues mucho menos tiempo bastaría.

En cuanto á la repartición, hála trastrocado toda en nuestro entender una antigua preocupación de bastidores; se cree que el primer galán debe de hacer siempre el primer enamorado, preocupación que fecha desde los tiempos de Naharro, y á la cual debemos en las comedias de nuestro teatro antiguo las indispensables relaciones de dama y galán, sin las cuales no se hubiera representado tiempos atrás comedia ninguna. Sin otro motivo se ha dado el papel del Trovador al señor Latorre, á quien de ninguna manera convenía, como casi ningún papel tierno y amoroso. Su físico, y la índole de su talento, se prestan mejor á los caracteres duros y enérgicos: por tanto le hubiera convenido más bien el papel del conde don Nuño. Todo lo contrario sucede con el señor Romea, que debiera haber hecho el Trovador.

Por la misma razón el papel de la gitana ha estado mal dado. Esta era la creación más original, más nueva del drama, el carácter más difícil también, y por consiguiente el de mayor lucimiento; si la señora Rodríguez es la primera actriz de estos teatros, ella debiera haberlo hecho, y aunque hubiese estado fea y hubiese parecido vieja, si es que la señora Rodríguez puede parecer nunca fea ni vieja. El carácter de Leonor es de aquellos cuyo éxito está en el papel mismo; no hay más que decirlo: una actriz como la señora Rodríguez debiera despreciar triunfos tan fáciles.

Felicitamos, en fin, de nuevo al autor, y sólo nos resta hacer mención de una novedad introducida por el público en nuestros teatros: los espectadores pidieron á voces que saliese el

autor; levantóse el telón, y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobación.

En un país donde la literatura apenas tiene más premio que la gloria, sea ese siquiera lo más lato posible; acostumbrémonos á honrar públicamente el talento, que esa es la primera protección que puede dispensarle un pueblo, y esa la única también que no pueden los gobiernos arrebatarle.

LAS FRONTERAS DE SABOYA

Ó EL MARIDO DE TRES MUJERES

EL ULTIMO BUFON

COMEDIAS NUEVAS TRADUCIDAS

Tenemos motivos para creer que no nos han de faltar en lo que de temporada nos falta novedades dramáticas. Asustados nosotros con esa perspectiva, queremos reunir varias en un solo artículo. Temerosos de que nuestros artículos no sean mejores que las comedias, no queremos que salga el público á artículo por comedia.

Desde luego el traductor de *Las Fronteras de Saboya* ha tenido brava elección; si es del ingenioso y fecundo Scribe, tanto peor para Scribe. ¡Qué títulos y qué analogía entre los dos títulos! *Las Fronteras de Saboya, ó el Marido de tres mujeres*, vale tanto como si dijéramos: *El Peñón de Gibraltar, ó el Buey suelto bien se lame*. Vamos á ver: ¿qué han hecho *Las Fronteras de Saboya?* ¿Qué pasión dramática las acucia, ó á qué exceso reprensible se han propasado? ¿Qué lección útil de moral van á sacar las demás fronteras de los otros países del chasco que sus vicios ó sus ridiculeces han acarreado á las de Saboya?

Nada de eso; la comedia se titula *Las Fronteras de Saboya* porque en ella se habla de pasar las susodichas y cada vez más inocentes fronteras; de suerte que á cualquier otra frontera le están sucediendo todos los días multitud de chascos por ese estilo.

El marido de tres mujeres es un buen especiero que ha tomado su pasaporte para pasar la frontera; una señora, á cuyo marido andan buscando para prenderle, hurta el pasaporte al especiero, dándole en cambio el de su marido, de donde resulta que prenden al especiero y le quieren hacer creer que es marido de la señora; él está además casado con su mujer, como suele suceder á todo marido, y por un *quid pro quo* inverosímil, otro personaje de la comedia, tan preciso como las fronteras, cree que el especiero está casado en secreto con su novia. Pero era preciso que fuese el marido de tres mujeres, porque con una mujer ó una frontera menos, ya el título no llamaba bastante gente. Adornan la piececita multitud de sandeces acerca de los especieros, que en el original son gracias, porque la clase de los especieros en Francia hace el mismo papel que en Grecia hacen los beocios; es decir, que tienen una fama que les es peculiar, y que da motivo á alusiones locales.

En conclusión: *Las Fronteras de Saboya*, ó no debían haberse traducido, ó debían haberse traducido bien, ó debían haberse silbado. Desgraciadamente ni se han silbado, ni se han dejado de traducir ni se han traducido bien. Siempre se deduce de la comedia una importante verdad, á saber: que en *Las Fronteras de Saboya* no se debe ser especiero, porque allí siempre hay un marido á quien quieren prender, y que le hurta á uno el pasaporte, de resultas de lo cual queda uno casado con tres mujeres; escarmiento el más atroz que puede ofrecer una comedia, puesto que aun el hallarse casado con una sería castigo muy suficiente para la imprudencia de ser especiero. Todo lo cual no sucede en ninguna otra frontera del mundo.

El último Bufón es muy superior á *Las Fronteras*. Véase sino. Todo el mundo sabe que una de las cosas más degradantes para la humanidad, después de los príncipes que tenían asalariados bufones, eran los bufones asalariados de los príncipes. Rigoleti es el último bufón, sin contar con el autor y el traductor de la piececilla, que son posteriores á él. Parece que un gran duque de Baden quiso resucitar la loable costumbre de mantener un bufón, y tiene al efecto en su corte á Rigoleti, que es por lo tanto su privado. Rigoleti tiene un protegido,

joven barbilampiño y capitán. El gran duque quiere hacerlo coronel, con tal que se case con una baronesa de quien su alteza está ya cansado, y quiere casarse él mismo con la condesa Laura, huérfana y pupila suya, á pesar de las intrigas del embajador de Hesse-Cassel, que quiere casarlo con la hija de su rey. Pero el capitán Alfonso está enamorado y es correspondido de Laura. Se va á dar un baile de corte en los salones de palacio, donde hacen la guardia unos soldados de no sé qué regimiento de infantería con el fusil al hombro, que debe de ser costumbre allí en Baden. A este tiempo se entra con franqueza en el cuarto del soberano un famoso ladrón, amigo antiguo de Rigoleti, el cual se viene al baile, porque si anduviera por la calle le prenderían. Rigoleti, para que no le vean, le encierra en una cámara del gran duque. El soberano se lo encuentra, y en vez de mandarlo á la horca, le da la delicada comisión de sacar de los bolsillos de todos los concurrentes al baile cuanto traigan. El soberano es una alhaja. El ladrón lo hace como se lo encargan: el gran duque averigua por ese medio ingenioso los amores de su rival, y se queda con las alhajas de sus convidados: parece que en Baden los reyes no son tan ricos como en España, y se industrian para vivir. Su alteza quiere perder á su rival, pero á este tiempo Rigoleti descubre que antes de ser bufón era hombre, y por lo tanto podía tener hijos: ahora bien, uno de esos hijos que podía tener es Alfonso, y lo tuvo fuera de legítimo matrimonio en la hermana del gran duque. Parece que en Baden no tiene el diablo por dónde desechar á la familia real; de consiguiente si Rigoleti no es precisamente cuñado del gran duque, Alfonso es indudablemente su sobrino: el soberano, en vista de eso,

Y por temor de alguna carambola,
Tapa sus indecencias con la cola,

calla, casa á Laura con Alfonso, y se casa él generosamente con la princesa de Hesse-Cassel, lo cual dice en voz alta á los señores comparsas, que son la corte, y que en el vaudeville original son el coro; porque los traductores ni siquiera han caído en la cuenta de que esas comparsas numerosas del original son una exigencia forzada del canto; lo cual no existiendo en la traducción, y siendo casi siempre de mal efecto aquella aglomeración de personajes mudos y ridículamente ataviados, puede y debe las más veces suprimirse

En fin, *El último Bufón* es el vaudeville traducido por el último traductor.

DE LAS TRADUCCIONES

DE LA INTRODUCCION DEL VAUDEVILLE FRANCES EN EL TEATRO ESPAÑOL

LA VIUDA Y EL SEMINARISTA—LOS GUANTES AMARILLOS

PIEZAS NUEVAS EN UN ACTO

Varias cosas se necesitan para traducir del francés al castellano una comedia. Primera, saber lo qué son comedias; segunda, conocer el teatro y el público francés; tercera, conocer el teatro y el público español; cuarta, saber leer el francés, y quinta, saber escribir el castellano. Todo eso se necesita, y algo más, para traducir una comedia, se entiende, bien, porque para traducirla mal, no se necesita más que atrevimiento y diccionario: por lo regular el que tiene que servirse del segundo, no anda escaso del primero.

Sabiendo todas estas cosas, no se ignora que el gusto en teatro es variable; que en tanto hay efectos teatrales, en cuanto se establece entre el autor y el espectador una comunidad de afectos y de sensaciones; que de diversidad de costumbres nace la diferente expresión de las ideas; que lo que en un país y en una lengua es una chanza llena de sal ática, puede llegar á ser en otros una necedad vacía de sentido; que un carácter nuevo en Francia puede ser viejo en España; no se ignora en fin que el traducir en materias de teatro casi nunca es interpretar: es buscar el equivalente, no de las palabras, sino de las situaciones. Traducir bien una comedia es adoptar una idea y un plan ajenos que estén en relación con las costumbres del

país á que se traduce, y expresarlos y dialogarlos como si se escribiera originalmente: de donde se infiere que por lo regular no puede traducir bien comedias quien no es capaz de escribirlas originales. Lo demás es ser un truchimán, sentarse en el agujero del apuntador, y decirle al público español: *Dice M. Scribe*, etcétera, etc.

Esto con respecto á la comedia; por lo que hace al drama histórico, á la tragedia, ó cualquiera otra composición dramática cuya base sea un hecho heroico, ó una pasión, ó un carácter célebre conocido, estos ya son cuadros igualmente presentables en todos los países. La historia es del dominio de todas las lenguas; en este caso basta tener una alma bien templada y gusto literario ejercitado para comprender las bellezas del original; no se necesita ser Víctor Hugo para comprender á Víctor Hugo, pero es preciso ser poeta para traducir bien á un poeta.

La tarea, pues, del traductor no es tan fácil como á todos les parece, y por eso es tan difícil hallar buenos traductores; porque cuando un hombre se halla con los elementos para serlo bueno, es raro que quiera invertir tanto trabajo sólo en hacer resaltar la gloria de otro. Entonces es preciso que sea muy perezoso para no inventar, ó que su país tenga establecida muy poca diferencia entre el premio de una obra original y el de una traducción, que es precisamente lo que entre nosotros sucede.

Nuestro teatro moderno no carece de buenos traductores. Entre todos se distingue Moratín: nótese cómo en *El Médico á palos* españoliza una comedia, producción no sólo de otro país, pero hasta de una época muy anterior: hace con ella el mismo trabajo que Molière había hecho con Terencio y Plauto, y que Plauto y Terencio habían hecho sobre Menandro. No era Marchena tan superior en este trabajo, porque no era Marchena poeta cómico, pero merece un lugar distinguido entre los traductores. Gorostiza fué menos delicado, si tan buen traductor, porque alcanzó un tiempo en que era más fácil revestirse de galas ajenas; y así, sin que queramos decir que siempre fué plagiario, muchas veces no vaciló en titular originales sus piraterías.

Posteriormente la traducción fué entre nosotros una necesidad: careciendo de suficiente número de composiciones originales, hubo de abrirse la puerta al mercado extranjero, y multitud de truchimanes con el Taboada en la mano y valor en el corazón se lanzaron á la escena española.

El vaudeville, género de composición dramática puramente francés, fué una mina inagotable: género complexo, verdadero *melodrama* en miniatura, así participa de la ópera como de la comedia: hijo de las costumbres francesas, bástale su diálogo diestramente manejado y erizado de puntas epigramáticas; esto, y algunos casos monótonos que giran casi siempre sobre temas semejantes, bastan á adornar una idea estéril que pocas veces produce más de una ó dos escenas medianamente cómicas. El pueblo francés, tan cantor como mal músico, se paga de eso, y tiene razón, porque no le da más importancia que la que tiene, y porque rico el teatro de cómicos excelentes, el juego mímico y la perfección del arte prestan interés del otro lado de los Pirineos á la composición más desnuda de mérito y originalidad.

Pero aquí donde el vaudeville empieza por perder la mitad de su ser, es decir, la parte música, aquí donde no es la expresión de las costumbres, aquí donde el público ha menester de composiciones más llenas, de más ingenio y enredo, su introducción debía de ser muy arriesgada, y sólo se le podía admitir en cuanto á comedia, y á cuenta de comedias. Son sólo admisibles, pues, en la escena española aquellos vaudevilles que giran sobre un argumento y un enredo cómico de algún bulto, y aquellos en que queda material para llenar una pieza en un acto aun después de suprimida la música, y eso sin darle grande importancia, sin tratar de llenar con ellos una función entera. La empresa que todavía tiene los teatros comprendió esto, y trató de sustituirles á nuestros sainetes, piezas verdaderamente cómicas nacionales y populares, pero cuya muerte era próxima desde que los ingenios se desdeñaban de componerlas, y que, por lo repetidos y sabidos que están ya del público, apenas podían ser ya de utilidad. Otra mira se llevó en esto: los sainetes tienen el inconveniente de halagar casi siempre las costumbres de nuestro pueblo bajo, por los términos en que están escritos, en vez de tender á corregirlas y suavizarlas, poniéndolas en ridículo; todo lo que fuese proponerse ese fin sustituyendo á los palos, á las alcaldadas y á las sandeces de los payos, rasgos agudos y delicados de ingenio, era laudable.

Pero ésto no podía conseguirse sin revestir los *vaudevilles* de la misma nacionalidad y popularidad de que aquéllos gozaban: sólo así se

podía introducir un género nuevo, y eso fué lo que se descuidó. De aquí que todo el triunfo que han podido conseguir los vaudevilles ha sido pasajero y efímero, y son muy pocos los que han quedado en el caudal, y no han pasado rápidamente después de unas cuantas noches de representación.

¿Y cuáles son los que han quedado? Aquellos que tenían más analogía con nuestras costumbres, ó aquellos en que una idea verdaderamente cómica y original se hallaba bien adoptada y desarrollada por un traductor hábil.

Ocasión es esta de hacer justicia á quien la merece: uno de los que mejor han traducido *vaudevilles*, uno de los que hubieran podido españolizar el género nuevo, es don Manuel Bretón de los Herreros. Seguramente, si todos los vaudevilles que se han adoptado hubiesen sido y se hubiesen traducido como *La familia del Boticario*, como *No más muchachos*, y otro del mismo traductor, verdaderos modelos de esa clase de trabajo, sólo elogios tendrían que salir de nuestra pluma. Son sólo comparables con las traducciones del señor Bretón algunas de otro joven bien conocido: ya nuestros lectores habrán adivinado que hablamos del señor de Vega; y decimos algunas, porque no las ha cuidado todas igualmente; pero siempre le harán honor *El gastrónomo sin dinero*, *El cambio de diligencias*, *Quiero ser cómico*, y otras, en algunas de las cuales, sobre todo, está tan bien hecha la traducción, que puede llamarlas casi originales.

Tanto nos hemos remontado, que apenas sabemos ahora pasar de los señores Bretón y Vega á los traductores ó truchimanes de *La Viuda y el Seminarista* y de *Los guantes amarillos*.

Parece que de las dos cosas que hemos dicho ser necesarias para traducir mal una comedia, los traductores de estas dos novedades no han tenido más que una, esto es, el atrevimiento, porque á haber tenido también diccionario, imposible es que hubiesen hecho tan mezquinos truchimanes.

La Viuda y el Seminarista es una comedia (algún nombre le hemos de dar) de pobrísima intriga, y donde sólo campea una escena medianamente cómica, producida por la situación del seminarista, mozalbete sin experiencia, de quien la viuda y su amante se valen para anudar sus rotas relaciones. No merece un análisis, y nos contentaremos con decir que reprobamos altamente la especie de compromiso que se impone de algún tiempo á esta parte al público con la coplita final: bueno que el traductor pida perdón cuando lo hace tan mal; pero malo es, y malísimo, que el público le conceda. La desaprobación del público es el mejor correctivo de la abyección en que vemos caer de día en día al teatro, y la indulgencia mal entendida es la muerte del arte.

Aconsejaremos al señor Lombía que se vista mejor, y que tenga más calor, que finja el amor en papeles de enamorado, para lo cual no sería inútil que se enamorara, si fuese posible; con eso formaría él una idea y nos la podría dar á los demás: otrosí, le aconsejamos que pregunte al señor Latorre, ó á cualquiera otro de los actores que lo saben, qué uso se debe hacer de los guantes, los cuales sirven generalmente para ponérselos en las manos, y al mismo tiempo sabría cómo se deben tener cuando no se llevan puestos: no los reuniría en forma de hacecillo, ni los agarraría á dos manos: hay actores á quienes parece que estorban los guantes; cualquiera tendría tentaciones de deducir que no están acostumbrados á ellos.

Los Guantes amarillos, que hemos visto estrenar en el teatro del *Vaudeville* de París al inimitable Arnal, para quien se escribieron, es uno de los más ingeniosos juguetes que pueden presentarse en la escena, y ha gustado en cuantos teatros de Italia y de Inglaterra se ha traducido. La prueba de su mérito es el éxito mismo que ha tenido en Madrid, donde no se nos ha dado ni una sombra del original: repetimos que estas piezas necesitan una traducción atinada. Necesitan además tales composiciones dramáticas muchos ensayos, y suma viveza en la representación. El papel del maestro de baile debiera haberse reservado á toda costa para el señor Guzmán: el señor Lombía entiende tanto de representar á un maestro de baile como de fingir el amor; ni agilidad en sus movimientos, ni gracia, ni una ligera muestra de que es maestro de baile. ¿Dónde ha visto el señor Lombía maestro de baile que se vista de luto riguroso á las ocho de la mañana, sin habérsele muerto padre ni madre; y de frac y pantalón colán, como si fuera á asistir á un baile de corte? ¿Dónde ha visto pantalón colán negro con carreras de botones de metal, á manera de botín manchego? En una palabra, el teatro español es una confusión; algún autor, algún actor, algún traductor; fuera de esas excepciones todo es caos, y un completo olvido, por mejor decir una ignorancia completa del arte, del teatro y de la declamación.

Diga usted esto sin embargo, y verá usted levantarse en contra de la crítica autores, actores y traductores en masa: y en realidad, ¿quién tiene razón? ¿De parte de quién está el público? Lo ignoramos: el público pasa por todo, ni silba un autor, ni un actor, ni una traducción: ¡es posible que haya teatros en semejante apatía, con tan lastimosa indiferencia! No. Si ha de seguirse nuestra opinión, ciérrense los teatros; porque no hay reforma ni mejora posible donde no hay por parte de nadie amor al arte.

A BENEFICIO DEL SEÑOR LOPEZ

JORNADA SEGUNDA DEL TROVADOR; ACTO TERCERO DE LA CONJURACIÓN DE VENECIA; RIEGO EN LAS CABEZAS DE SAN JUAN, Ó EL DIA 1.° DE ENERO DE 1820; ACTO TERCERO DEL DIABLO PREDICADOR

No habiendo en la función á beneficio del señor López ninguna verdadera novedad, no era nuestro objeto dedicarle un artículo; pero por una rara casualidad ha venido á parar á nuestras manos la siguiente carta, que sin duda un forastero recién venido escribe á algún punto de provincia á su familia.

«Querida esposa:

»Con esta fecha he llegado bueno á Madrid, donde ha sido mi primer cuidado asistir al teatro; no lo extrañarás si recuerdas las comedias caseras que nos dan ahí en casa del intendente, y el hambre que de un teatro regular tiene uno de esos pueblos de provincia.

»Como era ya de noche, ni pude ver el cartel, ni me enteré de anuncio alguno; pero ¿qué importa? dije yo. Veamos la función, que más me ha de enterar ella que el anuncio.

»La cosa según conté tenía cinco actos.

»Primer acto. Comienza la función con un tal don Nuño, que se queja de una herida que recibió hace un año, pero la cual no le molesta para casarse, por lo que sin duda pide la mano de una tal doña Leonor; ésta no quiere dársela; y habiendo muerto un querido que tenía, llamado el Trovador, prefiere meterse monja (ahora precisamente que se van á cerrar los conventos); pero el conde don Nuño trata de robarla, á tiempo que sabe que ha entrado el enemigo en Zaragoza.

»Segundo acto. Doña Leonor va á tomar el velo en el convento: tocan el órgano; viene el muerto, que no había muerto, y los criados del conde don Nuño: sale Leonor ya monja, da un grito, se escapan los criados, y el Trovador se queda parado.

»Tercer acto. De resultas de todo eso la muchacha Laura gime y se desespera en Venecia; y no pudiendo aguantar más, le cuenta á su papá cómo ella tenía un querido, y se casó con él de secreto, y cómo estando juntos de noche en un ameno cementerio donde se veían, vinieron unos enmascarados y le robaron al querido, prendiéndole como reo de estado. Papá se enternece, y, abogando por la muchacha, le dice á su hermano el presidente Morosini que no le va á comprender porque no tiene hijos: el otro le contesta que hable sin embargo; el senador entonces le cuenta el caso, pero sucede lo que había previsto, que como no tiene hijos, todo es griego para él. En vista de eso se separan, y en ese caso hacen bien, si no ha de entenderle hasta que tenga hijos, tanto más cuanto que ya es viejo el que no entiende; el papá senador de Venecia queda lamentándose, y le cuenta su desventura al que murió por redimirnos en la cruz, el cual no sé yo si le entendería, porque tampoco tuvo hijos.

»Acto cuarto. De allí á poco dos cuadrilleros de la santa Inquisición andan buscando á don Justo para prenderle: viene un sargento del regimiento de Asturias, deja la mochila y se va; en seguida viene un sacristán, y un administrador de un grande y dos del resguardo: el buen don Justo no los entiende, y eso que tiene una hija; pero no le prenden, porque entonces Riego levanta en las Cabezas de San Juan el estandarte de la libertad.

»Acto quinto. Fray Antolín, cansado de ver todo lo que pasa, tiene hambre, y se esconde entre las piernas un cesto con un pollo; pero fray Forzado tiene un grande interés en que fray Antolín no coma; por lo cual don Feliciano no quiere dar limosna á San Francisco: entonces fray Antolín le echa un largo sermón, del que se queda el otro en ayunas, tal vez por no tener hijos. Acabado el sermón, la tierra se traga á don Feliciano, y viene el arcángel San qué sé yo cuántos, y habla con el diablo vestido de fraile: aparece Astarot en figura de don Fe-

liciano, da limosna á San Francisco y el guardián es un excelente sujeto.

»Esa es la comedia, de la cual francamente me resultó tal confusión en la cabeza que no te lo puedo ponderar: envíotelo á contar, porque yo no he entendido una palabra, de donde infiero que desde que falto de esa deben de haberse muerto mis hijos, porque á tenerlos todavía yo debía de haberlo entendido todo.

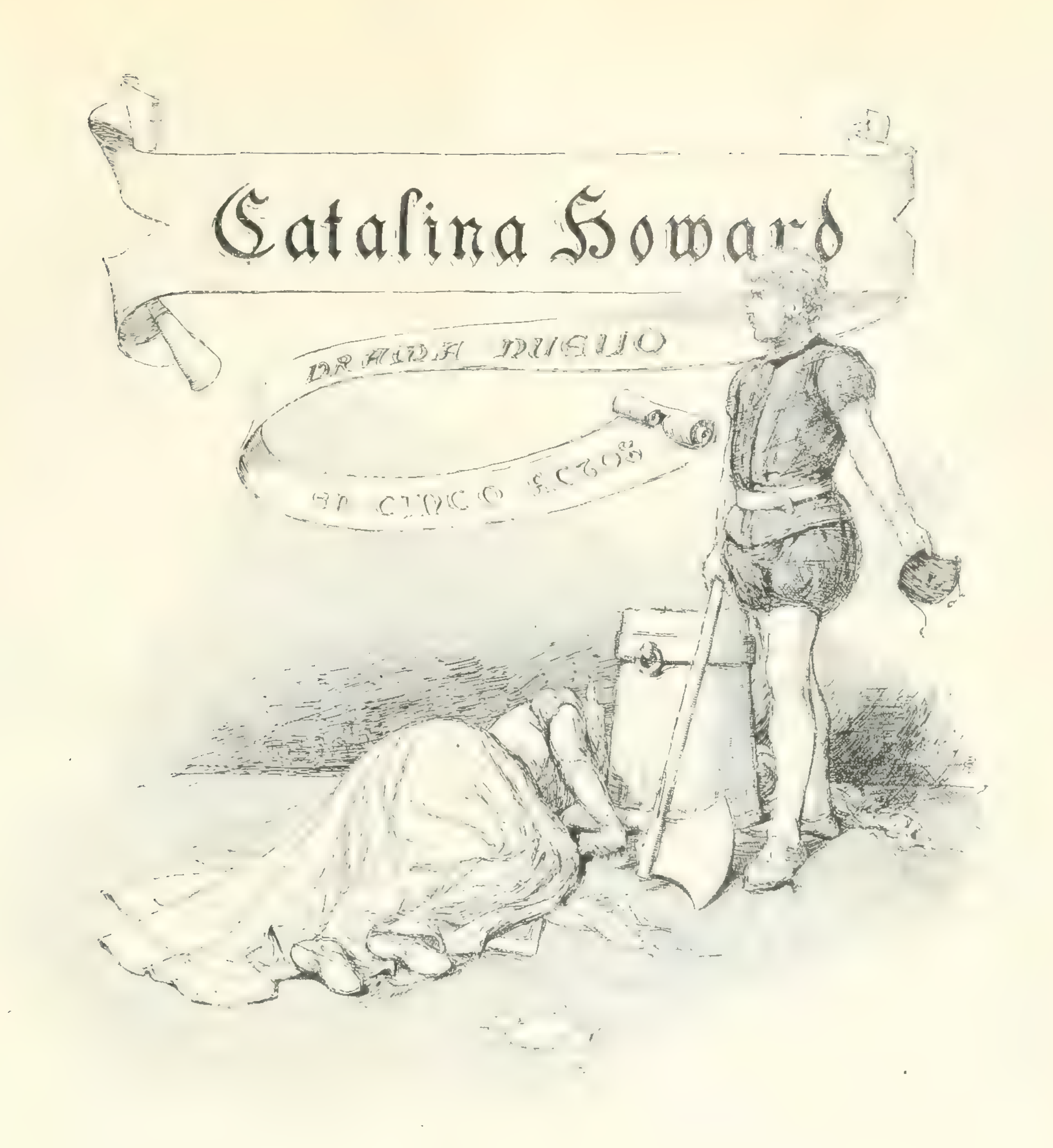
»Sácame por Dios de tan horrible duda, si bien temo que me vengas diciendo que no han muerto, casi tanto como la infausta noticia; porque si llegas á escribirme que viven, habré de inferir que no son míos, y ya ves si esto es cosa de afligir á un buen padre de familias; casi quisiera mejor que me dijeras que viven, pero que tú tampoco has entendido la comedia, porque entonces sacaría la consecuencia de que ni son tuyos ni míos, en cuyo caso nos echaremos á discurrir cómo han venido á casa esos angelitos.

»Quedo en la mayor ansiedad, esperando tu respuesta y renegando del viaje á Madrid, que en tan graves confusiones me pone.

»Queda tuyo, etc.»

Esta es la carta que hemos encontrado, y que no queremos ocultar á nuestros lectores, los cuales, si tienen hijos, ya nos habrán entendido.





Catalina Howard es una creación singular. Su objeto es pintar una pasión, pasión terrible cuando se arraiga, sobre todo en una mujer, y doblemente terrible si los principios religiosos y morales han sido descuidados en ella por la educación. Alejandro Dumas ha creído buenos todos los medios para llegar á su fin, y se ha valido en esta composición de algunos tan originales, tan nuevos y tan verdaderos, que ha impreso á su obra el sello del genio.

La vida de Enrique VIII de Inglaterra, hombre extraordinario por la influencia que sus ardientes é indómitas pasiones estaban destinadas á ejercer en aquella nación preponderante, ha sido una mina inagotable para el teatro. Hombre más sensual y orgulloso que enamorado y justo, convirtió su tálamo real en potro de sus mujeres, é hizo cuestiones políticas y religiosas, cuestiones nacionales, sus pasajeros y funestos amores. Buscando inútilmente en el vicario de Cristo una sanción imposible á sus desórdenes, no vaciló en segregarse á sí y á su pueblo de la Iglesia católica, y declararse jefe de la comunión anglicana.

No es nuestro ánimo entrar en un examen histórico, sino literario, y cesaremos de hablar de Enrique VIII: ocupémonos sólo del cuadro diestramente coloreado de Dumas.

Catalina Howard es una joven de extraordinaria belleza, de baja extracción, ligera y superficial, mal educada, y cuya imaginación mal dirigida se alimenta de sueños dorados y de ilusiones de grandeza y poder superiores á su esfera. La ambición es su pasión dominante, las demás no deben ser en ella sino instrumentos, medios de triunfo. Un amante misterioso es el alimento de semejantes mujeres novelescas, y en ese concepto se halla secretamente casada

con Ethelwood, duque de Dierham, par del reino, y favorito de Enrique, pero sin saber la alta categoría de su esposo.

El rey la ha visto, y trata de dar en ella una sucesora á su última esposa. Ethelwood, encargado de llevar á palacio su propia mujer, no halla más arbitrio, conocido el carácter del rey, que fingir la muerte de Catalina, asfixiándola por medio de una bebida narcótica, y vivir después con ella encerrado en su castillo. Inútil precaución. Catalina vuelta á la vida, esposa de un duque, y sabedora de la pasión del rey, se aviene mal con su posición. La oferta de la mano de la hermana de Enrique, hecha al duque, y rehusada por él, causa la desgracia de Ethelwood, que, fecundo en arbitrios, y queriendo evitar la cólera del rey, lo sacrifica todo al amor, é imagina para sí una muerte fingida, semejante á la que ha dado anteriormente á su querida. Pero Catalina, puesta en la alternativa de sacar del sepulcro á su esposo para vivir oscuramente con él, mudando nombre y país, ó de dejarlo para siempre en su tumba y subir al trono, arroja la llave del sepulcro y da la mano á Enrique.

Ethelwood, sin embargo, se salva merced á la princesa Margarita, de él enamorada, y oculto en el mismo palacio se convierte en el remordimiento personificado de Catalina, á quien se presenta como un espectro para acibarar su mal lograda dicha. Su venganza se extiende hasta dar celos al rey, haciendo aparecer culpable á Catalina, y ésta, acusada por el regio esposo ante la cámara alta, es condenada al suplicio. Catalina consigue apartar de Londres al ejecutor, sin el cual debería demorarse la ejecución á no presentarse un hombre enmascarado pronto á servir de verdugo. Este es Ethelwood mismo, que decapita á su esposa, y que, no habiendo vivido sino para vengarse, declara en seguida su complicidad en la deshonra del rey, arrancándose la máscara.

Si se busca moral en este drama, repetiremos que Ethelwood evocado del sepulcro, para morir al coronar su obra y expirar con Catalina, es la personificación moral del remordimiento que acaba con el culpable y sólo muere con él: invisible para los demás, oculto á los ojos del mundo y sólo palpable para el criminal. Moral por cierto algo más poderosa que una máxima final ó una árida sentencia. En las comedias de costumbres del género clásico oye el espectador la moral dicha. En *Catalina Howard* ve la moral en acción. Tendencia irresistible del siglo, en que no hay más verdades que los hechos, en que la moral se presenta al hombre no como dogma sino como interés.

Considerando bajo este punto de vista esta creación, desaparecen las acusaciones hechas por algunos á Dumas acerca de la extremada venganza de Ethelwood; estos críticos no consideran que el objeto del poeta no es pintar á una mujer ambiciosa, á un rey déspota, á un marido ofendido. El objeto del poeta es pintar la ambición en la mujer: Catalina es su protagonista. Enrique VIII, Ethelwood, la princesa, son sólo medios muy secundarios para él, que le llevan á su fin.

Para pintar toda la fuerza de la ambición era preciso colocarla en contraste con los mayores sacrificios; eso ha hecho el autor poniendo en Ethelwood cuanto pudiera haber retraído á Catalina de su crimen; pero tal es la pasión dominante, que sólo permite pequeños intervalos de ternura. Catalina es mujer, y á la vuelta del dolor natural en su sexo, pero momentáneo, de ver perecer por ella á su esposo, y de la sensación generosa inevitable que siente al verle ponerse en sus manos, no puede menos de volver á su idea fija, á la ambición, al verle sin sentido, y le arranca la sortija que el rey le pusiera á ella en la mano en la tumba; rasgo que pinta todo un carácter, que descubre en el poeta el gran conocedor del corazón humano.

Es tan cierta esta observación, que nosotros no dudamos en apelar á las mujeres culpables. Dígannos si al engañar á sus amantes ó sus esposos no han tenido momentos de ternura hacia su víctima, si un sentimiento interno de justicia y generosidad no las ha obligado, á su pesar, á indemnizar con una caricia más tierna, con protestas sinceras de buena fe, al mismo esposo á quien engañaban, acaso momentos después de acabarle de faltar. Tal es el corazón humano, en que lucha siempre el bien con el mal, aun al mismo tiempo de ser vencido aquél por éste. El favor que nos hace á veces un enemigo, y que se llama comunmente perfidia, suele no ser otra cosa que un resto de generosidad y de bondad moribunda que lucha por vencer, suele no ser otra cosa que un homenaje que á nuestro pesar rinde en nuestro propio corazón el mal al bien, el vicio á la virtud.

El que sabe estas verdades como Dumas es gran poeta; nadie en el teatro francés moderno las sabe como él, y nadie es por tanto más dramático que él, incluso Víctor Hugo, de quien ya en otras ocasiones hemos dicho ser más lí-

rico que dramático, más brillante que profundo.

Otro rasgo no menos superior es el de no advertirse nunca en Catalina un solo momento de arrepentimiento: esa es la verdad; cuando una pasión domina el corazón, por más que le lleve al precipicio, el culpable no se arrepiente nunca; cree que ha tenido desgracia, cree que ha empleado malos medios, siente no haber triunfado, y las lágrimas se las arranca el castigo, no el arrepentimiento: bájese de la horca al que la pasión del robo domina, y póngasele en situación de volver á robar, pondrá otros medios, será más cauto; toda la diferencia consistirá en ser mejor ladrón. Puédese prescindir de las acciones, variar la elección de ellas; de las pasiones nunca, porque son nuestra organización; porque la pasión es el hombre mismo; porque la pasión es semejante al agua que, comprimida por un lado, no vuelve escarmentada al manantial de que partió, sino que trata de seguir su curso buscando otra salida, y cerrada la segunda, otra y cien mil, hasta que sale. Fundados en estas verdades dijimos no hace mucho tiempo que el teatro rara vez corrige al hombre, porque el hombre es animal de poco escarmiento.

En cuanto á los medios y las formas dramáticas, á los crímenes, á los horrores que han sucedido en el teatro moderno á la fría combinación de las comedias del siglo XVIII, oponerse á ellos es oponerse á la diferencia de las épocas y de las circunstancias, con las cuales varía el gusto. *Al teatro vamos á divertirnos*, dicen algunos candorosamente. No; al teatro vamos á ver reproducidas las sensaciones que más nos afectan en la vida; y en la vida actual, ni el poeta, ni el actor, ni el espectador tienen gana de reirse; los cuadros que llenan nuestra época nos afectan seriamente, y los acontecimientos en que somos parte tan interesada no pueden predisponernos para otra clase de teatro: de aquí que no se darán comedias de Molière y Moratín, intérpretes de épocas más tranquilas y sensaciones más dulces, y si fuera posible que se hicieran, no nos divertirían; y en eso nuestra época se parece al borracho, á quien de resultas del vino atormenta la sed, y que no puede apagarla sino con vino, porque el agua le parece insípida cuando el deseo engañador le conduce á gustarla.

Fuerza es confesar sin embargo que en España la transición es un poco fuerte y rápida. La Francia puede contar medio siglo de revolución, cuando nuestras revueltas no tienen siquiera la mitad de esa fecha, y aun nuestros sacudimientos pueden apenas compararse con los de la vecina nación. Ella sin embargo ha tardado medio siglo en hacer su revolución literaria, y la ha hecho gradualmente; las licencias poéticas han tenido que ganar el terreno á palmos empezando por los teatros de *boulevard* y por el melodrama de la *Porte-Saint-Martín* hasta conquistar el teatro Francés; y entre nosotros en un año sólo hemos pasado en política de Fernando VII á las próximas constituyentes, y en literatura de Moratín á Alejandro Dumas: y es de tener en consideración que el clasicismo aristotélico y horaciano había tenido tiempo de cansar al público francés desde el siglo de Luis XIV hasta Napoleón, y que nosotros no hemos apurado el género clásico, puesto que desde Comella hasta nosotros ni han trascurrido más que veinte y tantos años, ni en esos hemos disfrutado más que tres comedias y media de Moratín, otras tantas de Gorostiza, alguna de algún otro, y varias traducciones, no todas buenas, de Racine, de Molière y de autores franceses de segundo orden. En una palabra, que estamos tomando el café después de la sopa.

He aquí una de las causas de la oposición que así en política como en literatura hallamos en nuestro pueblo á las innovaciones. Que en vez de andar y de caminar por grados, procedemos por brincos, dejando lagunas y repitiendo sólo la última palabra del vecino. Queremos el fin sin el medio, y esta es la razón de la poca solidez de las innovaciones. La traducción es mala, y ha sido mal puesta en escena, por lo que hace al ornato.

En cuanto á la representación hase conocido que había empeño particular en que *Catalina Howard* saliese bien representada: argumento terrible para nosotros. Si la señora beneficiada, si Latorre, si Romea, si todos en general nos han probado que cuando quieren saben representar, ¿no tendremos un derecho para reconvenirles agriamente cuando representan mal?

La señora Rodríguez nos ha convencido de que nadie puede reemplazarla en su buena dicción, y en la verdad sorprendente con que ha hecho varias escenas; su resurrección sobre todo nos ha parecido excelente, y el sueño delante del rey. Latorre ha estado admirable en la escena de la tumba, y Romea no ha dejado nada que desear en la del Parlamento.



LOS BARATEROS

Ó EL DESAFÍO Y LA PENA DE MUERTE

> Debiendo sufrir en este día... la pena de muerte en garrote vil... Ignacio Argumañes, por la muerte violenta dada el 7 de marzo último á Gregorio Cané...
>
> *(Diario de Madrid, del* 15 *de abril.)*

La sociedad se ve forzada á defenderse, ni más ni menos que el individuo, cuando se ve acometida; en esta verdad se funda la definición del delito y del crimen; en ella también el derecho que se adjudica la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad al reconocer en una acción el delito ó el crimen, y al sentirse por ella ofendida, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto su objeto castigar simplemente, como escarmentar: no se propone por fin destruir al criminal, sino al crimen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la posibilidad de nuevas agresiones: su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa ¿qué derecho usa? El derecho del más fuerte. Apoderada del sospechado agresor, le es fuerza antes de aplicarle la pena verificar su agresión, convencerse á sí misma, y convencerle á él. Para esto comienza por atentar á la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detención previa es una contribución corporal que todo ciudadano debe pagar, cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligación de aligerarla, de reducirla á los términos de indispensabilidad, porque pasados éstos comienza la detención á ser un castigo, y, lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenación; en el intervalo que trascurre desde la acusación ó sospecha hasta la aseveración del delito, la sociedad tiene, no derecho, pero necesidad de detener al acusado; y supuesto que impone esta contribu-

ción corporal por su bien, ella es la que está obligada á hacer de modo que la cárcel no sea una pena ya para el acusado, inocente ó culpable: la cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno, ni privación que no sea indispensable, ni mucho menos influir moralmente en la opinión del detenido.

De aquí la sagrada obligación que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detención, bien montadas y bien cuidadas, y la más sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la cárcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto la sociedad á que pertenecemos conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

Era uno de los días del mes de marzo: multitud de acusados llenaban los calabozos; los patios de la cárcel se devolvían las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia, ó máscara violenta de la conciencia, las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcásticos estribillos de torpes cantares, regocijo del crimen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de acción, devoraba la existencia de los corrillos: el juego, nutrición de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, más que en ninguna parte, en la cárcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino* en la suerte de los detenidos; el juego, símbolo de la solución misteriosa, y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que ve la luz hasta que es devuelto á la nada.

En aquellos días existían en esa cárcel dos hombres: Ignacio Argumañes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad: y desde el momento en que aquella á que pertenecían parece segregarlos de sí, ellos se forman otra fácilmente, con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del más fuerte sobre la frente del más débil. He aquí lo que sucede en la cárcel. Y tienen derecho á hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios á sus asociados; desde el momento en que, olvidando la protección que les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico; desde el momento en que el preso, al sentar el pie en el patio de la cárcel, se ve insultado, acometido, robado por los seres que van á ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto, el detenido exclama: «Estoy fuera de la sociedad; desde hoy *mi ley es mi fuerza*, ó *la que yo me forje aquí.*» He aquí el resultado del desorden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, á quienes retira su protección? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos dentro de aquel Argel efecto de su mismo abandono?

Pero dos hombres existían allí: dos barateros; dos seres que se creían con derechos á imponer leyes á los demás, y á retirar del juego de sus compañeros un fondo piratesco; dos hombres que cobraban el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fué metido en un calabozo por el alcaide, dey de aquella colonia. A su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesión: éste defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas: *¿Quieres parte?* le dice, *pues gánala.* He aquí al hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo que confía su derecho á su brazo.

El día va á expirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una Salve á la Madre del Redentor, Salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al son del religioso cántico los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debía oir acabar la Salve: un segundo trascurre apenas, y con el último acento del cántico, llega á los pies del Altísimo el alma de un baratero.

La sociedad entonces acude, y dice al baratero vivo: Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo antes de juzgarte con esa cárcel inmunda que te doy; ahí tolero tu juego y tu barato, porque tu juego y tu barato no molestan mi sueño; pero de resultas de ese juego y ese barato, tienes una disputa que yo no puedo ni quiero dirimir, y me vienen á despertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo, de que en vida yo no hice más caso que de tí, puede contagiarme con su putrefacción; y por ende mando que el cuerpo se entierre, y el tuyo con él, porque infringiste mis leyes, matando á

otro hombre, aun entonces que mis leyes no te protegían. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta á aquellos á quienes no alcanzan con la protección. Ellas renuncian á amparar, pero no á vengar: lo bueno de ellas, baratero, es para mí, lo malo para tí; porque yo tengo jueces para tí, y tú no los tienes para mí: yo tengo alguaciles para tí, y tú no los tienes para mí: yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para tí, y tú no lo tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio, y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que solos fueron de él ocasión.

Y el baratero: ¿Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí? Ignoro si mi vida es mía; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mía, y por la religión no puedo disponer de ella; pero si no es mía siquiera, ¿cómo será tuya? Y si es más mía que tuya, ¿en qué pude ofender á la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de común acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero, y sin llamar á nadie en nuestra común cuestión?

Y la sociedad: Algún día, baratero, tendrás razón; pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese día en que tendrás razón, y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdicción; en el día la sociedad á que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente; ¿por qué no has aguardado para batirte en duelo á que la ley estuviese derogada? Por ahora, muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que así lo dispone.

Una luna no ha trascurrido todavía que ha visto sofocado por mi mano á otro hombre por haber vengado un honor que la ley no alcanzaba á vengar...

Y el baratero: ¿Y cuántas lunas trascurren, sociedad, que ven paseando en el Prado á otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas, y yo?...

Y la sociedad: Eso te enseñará que ya que no pudieses aguardar para batirte á que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan á la corporación, debiste aguardar á lo menos á ser opulento, ó siquiera caballero... ó aprender en tanto á eludir mi ley.

Y el baratero: ¿Y la igualdad ante la ley, sociedad?...

Y la sociedad: Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad, y entre en mi composición el elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿no ves que me falta el pueblo? ¿no ves que ando sobre él, en vez de andar con él? ¿no ves que me falta el alma, que es la inteligencia del ser, y que sólo puede resultar del completo y armonía de lo que tengo, y de lo que me falta, cuando lo llegue á reunir todo? ¿no ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo? ¿no renuncias á tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿no lo autorizas todo sufriéndolo todo?

Y el baratero: Porque no sé todavía que hago parte de tí, oh sociedad; porque no comprendo...

Y la sociedad: Pues date prisa á comprender, y á saber quién eres y lo que puedes, y entretanto date prisa á dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.

Y el baratero: Mi día llegará, oh falsa sociedad, oh sociedad incompleta y usurpadora, y llegará más pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán á leer. ¡Hágase en el ínterin la voluntad de la fuerza: ahorca á los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores á los señores que se baten en duelo, y, en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!!!

Y el baratero debía morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se baten en duelo, porque la ley es vigente, y quien infringe la ley, merece la pena; ¡y quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto á él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su día no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto á la justicia de la que se llama su sociedad, y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

FIGARO

AL DIRECTOR DE «EL ESPAÑOL»

Fígaro.—Señor director de *El Español*, pido la palabra...
Director.—¿Para qué?
Fígaro.—Para rectificar un hecho y hacer una interpelación
Director.—El señor Fígaro tiene la palabra para rectificar un hecho y hacer una interpelación.

Señor director de *El Español:* En la primera carta que á mi vuelta del extranjero publiqué, dí los motivos por qué me decidía entonces á escribir en el periódico que usted dirige.

Independiente siempre en mis opiniones, sin pertenecer á ningún partido de los que miserablemente nos dividen, no ambicionando ni de un ministerio ni de otro ninguna especie de destino, no tratando de figurar por ningún estilo, estoy escribiendo hace años, y no tuve nunca más objeto que el de contribuir en lo poco que pudiese al bien de mi país, tratando de agradar al mayor número posible de lectores: para conseguirlo creí que no debía defender más que la verdad y la razón, creí que debía combatir con las armas que me siento aficionado á manejar cuanto en mi conciencia fuese incompleto, malo, injusto ó ridículo

Esta es la razón por que constantemente he formado en las filas de la oposición; no habiendo habido hasta el día un solo ministerio que haya acertado con nuestro remedio, me he creído obligado á decírselo así claramente á todos. Si yo tuviera alguna importancia política ó literaria, tal vez sentaría en este lugar doctrinas ó acumularía profesiones de fe. Felizmente no tengo ninguna importancia, y sólo reclamo el derecho que tengo de no hacer cuerpo común con nadie; por eso firmo constantemente mis artículos. Siguiendo este sistema, he remitido á usted estos días un artículo riéndome de lo que en el día me parece risible, sin cuidarme de si estaba ó no en el sentido de su periódico, sea éste el que fuere. Este artículo me ha sido devuelto por usted por no hallarse de acuerdo sin duda con sus opiniones: no pudiendo exponerme á escribir otros que tengan igual resultado, usted me permitirá que le interpele, según el uso del día, y le pregunte sencillamente en qué sentido habré de escribir para verme impreso: bastante censura nos ponen los gobiernos á los escritores, sin que se nos añada otra doméstica en nuestro mismo periódico.

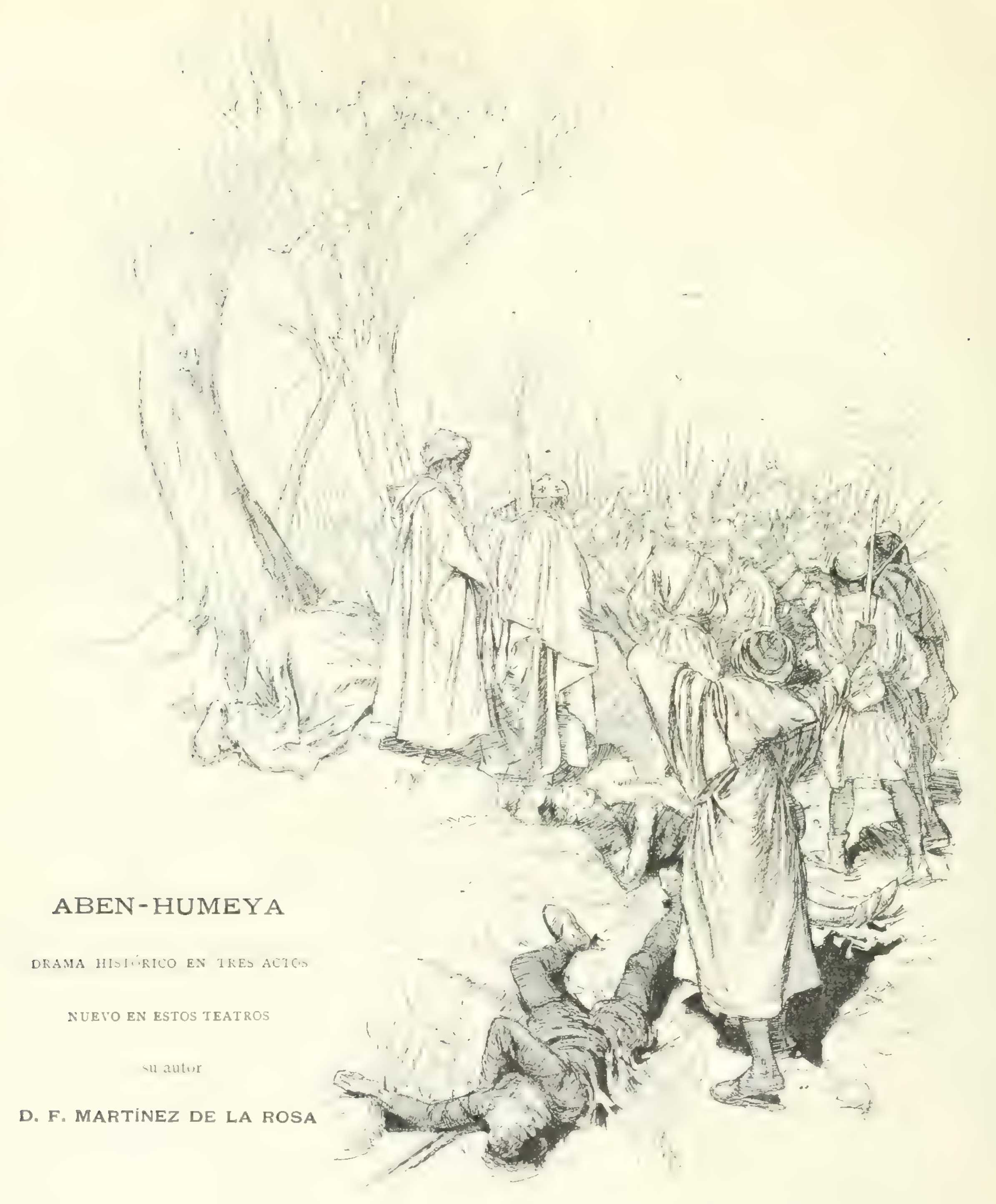
Si *El Español* es ministerial, usted me permitirá que sin que se altere en nada el aprecio que le profeso sacuda desde este momento toda mancomunidad de responsabilidad política; y si no lo es, espero que explícitamente me lo manifestará, seguro de que pocas cosas serían para mí más dolorosas que haber de renunciar á las ventajas que su amistad y su periódico me han ofrecido hasta el día.

Además de cuanto llevo expuesto, me permitirá usted, señor director, que para facilitar su respuesta, añada que así rehuso pertenecer á un sistema de ministerialismo *quand même*, como rehusaría hacer parte de un periódico de ciega oposición, *quand même;* y para que no se pueda dar á este paso más motivo que el que yo mismo le doy, concluiré diciendo que para mí así el ministerio Isturiz como el ministerio Mendizábal, como cuantos le han precedido y le seguirán, no tienen más importancia que la del bien ó del mal que puedan hacer á mi patria.

En el ministerio Mendizábal he criticado cuanto me ha parecido criticable, y de ello no me retracto, cualquiera que sea el partido ó la popularidad que pueda tener en su favor, y los medios que ponga en práctica en el día para hacer la oposición; lo mismo pienso hacer ahora con el actual, cualquiera que sea la fuerza que como gobierno tenga en su favor; porque si hay quien puede tener miedo á los alborotos, á las multas ó á la cárcel, yo no me siento con miedo á nadie. Y lo mismo pienso hacer con cuantos ministerios vengan detrás, hasta que tengamos uno perfecto que termine la guerra civil y dé al país las instituciones que en mi sentir reclama: el acierto es, pues, el único medio de hacer cesar mis críticas, porque en cuanto á alabar, no es mi misión; ni creo que merece alabanza el que hace su deber. Por ahí inferirá usted que tengo oficio para rato.

Espero, pues, su respuesta para saber el partido que debo tomar, y sólo me queda que hacer presente á usted que cualquiera que ella sea, tolerante como yo soy con las opiniones de los demás, ni dejaré de respetar las suyas, ni trato con este paso de aventajar mi posición á costa de su periódico.

En el ínterin queda su atento amigo y servidor:—*Fígaro.*



ABEN-HUMEYA

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS

NUEVO EN ESTOS TEATROS

su autor

D. F. MARTÍNEZ DE LA ROSA

No hace muchos días que anunciamos la próxima representación de esta obra de un ingenio distinguido ciertamente en nuestra literatura moderna, por sus obras anteriores, en las cuales ha adquirido lauros muy lisonjeros como erudito, como escritor didáctico, como hablista, y aun como poeta: al anunciarla no quisimos en manera alguna prevenir el juicio del público, y sólo nos ceñimos á exponer que se había representado ya en París, y la especie de éxito de urbanidad y galantería que en aquella capital había logrado.

Parece sin embargo que nosotros no estábamos bien informados; posteriormente hemos visto y aun leído en el anuncio que del *Aben-Humeya* ha hecho la empresa de estos teatros, que *en los de París fué recibido con entusiásticos aplausos, y coronado con los honores del más positivo triunfo.* Así sería, y nosotros nos apresuramos á dar la enhorabuena al autor y al drama; no se la hemos dado antes, porque no sabíamos lo que en París había ocurrido. Pero después de leído el cartel, el cual debe saberlo como saben los carteles esas cosas, sería imper-

donable en nosotros el menor asomo de duda: apreciando como apreciamos al autor, es para nosotros un alegrón el haber rectificado por esta vez nuestros erróneos datos; en lo sucesivo no nos volverá á suceder decir que no gustó en París; quedamos plenamente convencidos de que *Aben-Humeya* ha llegado á nosotros *precedido de una gran reputación adquirida dentro y fuera de España*, es decir, europea.

Es verdad que en París no se ha representado demasiado el *Aben-Humeya;* y esto es claro: era preciso hacer de él, en atención á su mucho mérito, una gran distinción que lo diferenciase esencialmente de las demás cosas que gustan en aquel París; y como á cualquier drama que gusta le sucede representarse mucho, no quedaba más medio de distinguirlo que representarlo poco.

Y en Madrid ¿qué ha sucedido? Lo mismo que en París.

Ya muchas veces nos hemos quejado de la posición difícil en que se encuentra el periodista que tiene que juzgar á un hombre de mérito generalmente reconocido: bien se puede dar el caso que un hombre de un gran talento haga un drama de muy poco valor: esas cosas se ven todos los días; pero siempre corre el riesgo de parecer arrogante ó envidioso el que acomete con un juicio crítico de un ingenio como el autor de *Aben-Humeya*, no estando como no estamos nosotros precedidos, ni aun seguidos, de ninguna especie de reputación adquirida dentro ni fuera de España.

Por esta vez, y bien considerado el *Aben-Humeya*, no corremos riesgo maldito de parecer envidiosos, por más que haya gustos que requieran palos. Pero en trueque tenemos otro tropiezo que nos detiene muy mucho. Cuando además de ser el autor hombre de pro en literatura, ha sido hombre de valía, políticamente hablando, es decir, cuando es ex-ministro, es fuerza andarse con mucho tiento para decirle la verdad, si ésta es amarga. Siempre puede llevar visos la crítica de parcialidad. Por eso si nosotros fuésemos capaces de desear que volviese á ser ministro el señor Martínez de la Rosa sería en esta ocasión, en que quisiéramos poder aparecer independientes, y decir francamente lo que de *Aben-Humeya* pensamos. El autor nos pone en el más duro compromiso. Cuando era ministro popular daba al teatro sus mejores dramas; y obligándonos á alabárselos, nos ponía en el aprieto de parecer aduladores; y ahora que no es ministro empieza á dar los peores, poniéndonos igualmente en el amargo trance de parecer enemigos suyos. Esto es por su parte poco generoso.

Resignémonos, sin embargo, con nuestra suerte, y evitemos con nuestra indulgencia toda murmuración y todo juicio temerario. Cuando escribimos *indulgencia* no queremos decir que daremos torcedor á nuestra conciencia, no; la crítica debe ser muy severa con los que se presentan y pasan en el mundo por modelos, para evitar que los que empiezan imiten sus defectos; sino es nuestro propósito advertir que será más lo que de nuestra opinión callemos, que lo que digamos.

Conocido es el asunto histórico escogido por el autor, y tanto que fuera ridícula ostentación de eruditos disertar largamente sobre él; nosotros no estamos encargados de juzgar la historia, sino el drama. Desde luego confesamos la predilección con que miramos siempre ese género. En otra ocasión hemos probado, y hablando, si mal no se nos acuerda, del mismo autor, que el drama histórico es la única tragedia moderna posible, y que lo que han llamado los preceptistas tragedia clásica, no es sino el drama histórico de los antiguos.

Dos géneros de composición pondríamos al frente de la literatura dramática: 1.º los hechos gloriosos ó los funestos resultados de los extravíos de las pasiones, fundados en la verdad, que los hace ejemplos irrecusables, presentados á los hombres ó para su imitación ó para su escarmiento; este es el drama histórico, ó la tragedia antigua, no variando en las formas por caprichos de escuelas, sino por la variación que la diferencia de creencias y preocupaciones de costumbres y de leyes hace imperiosa en la literatura; 2.º los vicios ó ridiculeces personificados y fundados en la verosimilitud que les sirve de verdad, presentados para lección ó deleite; esta es la comedia dicha clásica, y caída en desuso por las formas estrechas y lánguidas en que la han querido encerrar los preceptistas; pero susceptible en nuestro entender de nuevo interés, y de ninguna manera agotada, como se dice vulgarmente.

El cuento fantástico, hijo de la imaginación del autor, y en que no se deducen los hechos imperiosa y precisamente de los datos admitidos en la base del argumento, ese hecho inventado y vestido en forma de drama, en el cual el espectador puede concebir á cada acción otra consecuencia que la que le atribuye el ingenio, ese que no tiene verdad histórica en su favor

que convenza, ni más verosimilitud que una concesión gratuita, ese es el verdadero género bastardo.

Y en cuanto á las disputas de las escuelas y pandillas, como las vemos estribar, más que en el fondo, en las formas, nos será permitido reirnos de ellas, en atención á que creemos que las formas son variables hasta el infinito, porque siempre habrán de seguir la indicación del espíritu de la época. El poeta escribe para ser entendido, y mal pudiera serlo el que no se sujetase al lenguaje, al modo que tienen de revestir sus ideas aquellos que han de aplaudirlo ó censurarlo.

Suele tener el drama histórico el inconveniente de dar destruído el interés al espectador, que conoce ya el desenlace de antemano, y el no menor de hacer hablar personajes de quien ya la imaginación se ha formado una idea, difícil de superar por el poeta; sólo el artificio y el gran talento del autor y la elección de un hecho, aunque histórico, algo oscuro, pueden hacer triunfar el ingenio. En el argumento de *Aben-Humeya* el autor ha huído perfectamente de esas dificultades. Pero en cuanto al artificio, poco feliz nos parece haber estado, y de esto se convencerá cualquiera por poco que medite el plan.

Los moriscos de las Alpujarras se rebelan en el reinado de Felipe II, y eligen por jefe á Aben-Humeya, último vástago de la antigua dinastía; degüellan á los cristianos que alcanzan en un limitado espacio de terreno, y se constituyen independientes. Muley-Carime, suegro de Aben-Humeya, reprende y ataca los excesos; dos de los principales rebeldes desaprueban la precipitación con que se eligen rey antes de tener reino, y la arrogancia con que el elegido acepta el prestigio y la autoridad real. Aprovéchanse de la blandura de su suegro para desacreditarle y tildarle de traidor á los ojos del vulgo, fácil de fascinar, envolviendo á Aben-Humeya en la ruina de su deudo.

El capitán general de Granada envía á Lara á intimar la rendición á los rebeldes: Lara es asesinado, y sobre él se encuentran pruebas de las relaciones que conserva Muley-Carime con los castellanos. Aben-Humeya, en la alternativa de castigar á su suegro ó perderse con él, le envenena, pero tarde: la facción contraria se ha apoderado ya de su palacio, y Aben-Humeya perece víctima de la sedición.

Pobrísimo es el artificio, ningún interés presenta, ningún resorte dramático, ni nuevo ni viejo. Una sola escena hay en él, aquella en que Aben-Humeya echa en cara á Muley su delito: ninguna pasión domina, ningún carácter prepondera, ningún hecho importante se desenvuelve; el estilo mismo es generalmente inferior á otras obras del autor: ¿dónde está el fuego de la creación?

Y vamos á lo más importante. Un personaje histórico oscuro no puede ser digno del teatro sino cuando sus hechos llevan envueltos en sí el éxito ó la ruina de la causa pública. Pero ¿cuál es aquí la causa pública? ¿cuál es la lección moral ó política que ha querido darnos el autor con la muerte de Aben-Humeya? Si hubiera probado que los moros rebeldes perdieron su causa por la desunión que dejaron introducirse entre ellos, grande objeto era éste, y aun oportuno; pero para eso era preciso haber continuado el drama, era preciso habernos dado el resultado de la tal desunión. Porque habiéndolo dejado en la muerte de Aben-Humeya, la lección que resulta es que cuando uno quiere ser rey no debe tener por suegro á un moro que escriba á un cristiano. ¡Profunda lección por cierto! Por tanto *Aben-Humeya* no es un drama hecho, sino una exposición de un drama por hacer. Si hubiera empezado por donde acaba el autor hubiera tal vez llegado á hacer un drama. ¿Por qué se acaba en el tercer acto y no continúa? Si el objeto es Aben-Humeya, represente una pasión, un carácter, una situación; si no ¿quién es él, y qué significa su muerte para ocuparnos una noche entera? Si es la rebelión morisca, ¿qué importa que muera Aben-Humeya?

En la manera de buscar los efectos teatrales nótanse medios ya explotados por el autor y por otros. En el primer acto varios conjurados se quejan diciendo cada uno una frase á su vez, como en *La Conjuración de Venecia*. La elección de *Aben-Humeya* nos recuerda el *Pelayo* de Quintana; la degollación de los cristianos en el templo y una conjuración estallando en medio de una diversión popular, entre gente sencilla, ajena de que la muerte está tan cerca de la vida, y el dolor del placer, es contraste ya presentado en *La Conjuración*. En el diálogo igual afectación de sensibilidad y ternura, igual afectación de sencillez que degenera á veces en trivialidad, como el *déjame*, que en tono de marido dice á su cansada mujer Aben-Humeya, y que arrancó risas. No pasaremos sin embargo en silencio el elogio debido á un efecto teatral bien entendido, como es el sonido de la campana de los cristianos, aprovechado para infla-

mar los ánimos por Aben-Humeya en la cueva. Empero ¡bueno fuera que autor de tanto ingenio no hubiera acertado á producir en todo un largo drama cosa alguna que de alabar fuese!

Después de lo que llevamos expuesto fácil es conocer que no creemos que *Aben-Humeya* dé gloria alguna á su autor. Felizmente tiene obras que le han colocado ya en un puesto muy distinguido; y nosotros, por su gloria misma, no quisiéramos que le hubiese dado la importancia de escribirlo de nuevo en castellano, una vez que ya en francés había salido flojillo, como el santo de Zamora, cuya historia tenemos contada en uno de nuestros antiguos artículos. Porque no faltará malicioso que á propósito de eso recuerde el soneto célebre contra una composición escrita por Lope en cuatro lenguas, que empieza:

Hermano Lope, bórrame el sone-
De versos de Ariosto y Garcila...

y concluye:

Y en cuatro lenguas no me escribas co-
Que supuesto que dices boberí-
Te vendrán á entender cuatro nacio-

No seremos nosotros los que hagamos tal aplicación, si bien por otra parte, ¿quién pudiera darse por ofendido de participar de las vicisitudes de Lope?

Háse puesto en escena *Aben-Humeya* con un esmero digno de mejor drama, y no han contribuído poco á entretener á los espectadores el país nevado, el órgano, los villancicos, la cueva, los muchos moros que andaban por aquellas sierras, el palacio y el negro, improvisados de Aben-Humeya, y el nuevo telón de intermedios, presentado con tanta coquetería y tan buenos efectos de luz.

Por esta vez la empresa merece los mayores elogios, y no se los queremos escasear. No ha sido tan buena la representación, si se exceptúa al señor Latorre. Romea mayor no ha entendido el papel, y le ha hecho sin dignidad ni color; mucho sentimos dar este disgusto á un actor que tan frecuentemente se hace acreedor á nuestros elogios. Y reasumiendo nuestra opinión, concluiremos diciendo que al acabarse la función sale uno todavía con deseos de drama, á cuyo propósito contaremos al autor, si nos lo permite, una anécdota que nos hizo reir la primera vez que la oímos.

Un periodista francés, hombre de mérito y buen gusto, andaba perseguido por un conocido suyo, que estaba empeñado en llevarlo á comer á su casa. Era el periodista gastrónomo además, y no hubo de parecérselo tanto el obsequioso anfitrión. Rehuía, pues, cuanto le era posible prestarse al ofrecimiento; escapósele empero un día decir que se iba á comer á la fonda, delante del otro, que andaba acechando siempre una ocasión semejante. Fué forzoso pagar la imprudencia, y condescender aquel día. No se había engañado el periodista, y la comida fué reducida como las esperanzas. Toda ella se volvió platos de adorno, mudanzas de cubiertos, entremeses y ramilletes. Acabada que fué, quiso el anfitrión dar á su huésped una prueba de su buena voluntad, y díjole levantándose: «Ya sabe usted la hora á que se come en casa, y lo que se come; cuando usted guste podemos repetir este buen rato.» A lo cual respondió sentándose de nuevo el desgraciado, que se sentía vacío: «¡Oh! amigo mío, pues entonces, si á usted le parece, puede usted disponer que se repita ahora mismo.»



PANORAMA MATRITENSE

CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL, OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN CURIOSO PARLANTE

ARTÍCULO PRIMERO

Consideraciones generales acerca del origen y condiciones de los artículos de costumbres.—Escritores franceses modernos que más se distinguen en este ramo de literatura

Este género, tal cual le cultiva tan felizmente entre nosotros el Curioso Parlante, es enteramente moderno, y fué desconocido á la antigüedad. Muchos escritores moralistas habían estudiado ya al hombre y la sociedad de su tiempo; esta especie de filosofía práctica encontró siempre numerosos sectarios bajo la diversidad de formas que adoptó para producirse: el teatro en todas partes se apoderó de las costumbres para retratarlas desde Aristófanes hasta nuestros días: algunos, no queriendo disfrazar tanto sus lecciones, dieron desde Teofrasto hasta Labruyère los resultados de su observación del corazón humano en caracteres ligeramente bosquejados, pero desembarazados de toda intriga que pudiese desleir en tintas degradadas y acumuladas su colorido principal. Otros sentenciosos y lacónicos, como Larochefoucault y Vauvenargues, se limitaron á colecciones de aforismos morales. Prefirieron muchos la sátira, verdadera composición poética de costumbres. Algunos, en fin, idearon el medio de urdir un cuento, una fábula más ó menos intrincada para desenvolver una lección moral, como lo hicieron Esopo, Fedro, Lafontaine y Samaniego, Marmontel, madame Genlis, madame Cottin, Fielding y otros, creando el apólogo, el cuento moral y la novela de costumbres. Conocidos ya y gastada la novedad de estos diversos géneros, pensó Montesquieu excitar nuevamente la curiosidad con una idea peregrina, lo que logró completamente adoptando la forma epistolar en sus *cartas persas*, seguidas de numerosas imitaciones, de las cuales sólo las *cartas peruanas* lograron sobrevivir, y que lograron tal éxito, que, según cuenta él mismo, llegó el caso de que los libreros no abrían la boca hablando con literatos, sino para decirles: *Hágame usted cartas persas.* Pero en cuanto á estos diversos géneros enunciados, nada tenía que envidiar la literatura española á las extranjeras: nuestro teatro, tan pródigo de fábulas estériles, encontró á veces en Calderón mismo, en Lope, y sobre todo en Alarcón, Tirso, Moreto, y los que los siguieron, escritores excelentes de costumbres. En la sátira, ni nos faltaron Juvenales ni Boileaus. En la novela, en el cuento, en la fábula, la nación que puede citar á Cervantes, á Quevedo, á Mateo Alemán, á Luis Vélez de Guevara, al autor de *La Celestina*, del *Gil Blas*, sea quien fuere, á Samaniego, á Iriarte, á Isla, á Iglesias, no puede ser tildada de pobre; y por no faltarnos, hasta imitador tuvimos, si débil, justamente apreciado con todo, del *Espíritu de las Leyes* en el coronel don José Cadalso.

Empero cuantos autores hemos citado habían considerado al hombre en general tal cual le da la naturaleza: pintores, habían retratado el mar, con su bonanza y sus tormentas, cual en todas las zonas se ve, pero no le habían pintado tal cual esta ó aquella marina lo ofrecen y le modifican. Escritores cosmopolitas, filósofos universales habían escrito para la humanidad, no para una clase determinada de hombres. Esto era natural. Hasta que equilibrados los elementos diversos que habían reconstituído el mundo, hubiesen empezado á tomar las sociedades caracteres especiales que las distinguiesen, no era fácil retratar caras, sino especies. La religión cristiana, que vino á infundir en los pueblos el dogma de la igualdad y del equilibrio social, comenzó á darles nuevo aspecto, creando individuos donde antes no había sino muchedumbres más ó menos sujetas á la tiranía y al monopolio del poder y del mando. Los progresos mismos y las comunicaciones, creando el comercio y la industria, haciendo más necesarios los unos hombres á los otros, comenzaron á nivelarlo todo y á imprimir en los pueblos mayor movimiento, mayor cambio recíproco; entonces empezó á ser sociedad lo que hasta entonces no había sido sino reunión, y cada sociedad entonces tomó caracteres diferentes, según la altura á que se encontró en la escala de la gran reforma: cesó la uniformidad, que sólo podía hallarse en el principio, y que sólo la llegada al mismo punto puede volver á traer. Viajeros los hombres de distintas fuerzas á la caída del vasto imperio romano que había abar-

cado el mundo, se separaron para hacer el viaje cada cuál por el camino más en armonía con sus fuerzas y su inteligencia, dándose cita para el día de la nueva nivelación, de la igualdad completa; á ella caminamos y á la nueva uniformidad que en un escalón más alto de la civilización humana nos ha de volver á reunir algún día como nos tenía reunidos á la caída del imperio.

Unos empezaron más pronto á tener caracteres distintivos de los demás. En ellos forzosamente despuntaron escritores filósofos, que no consideraron ya al hombre en general como anteriormente se lo habían dejado otros descrito, y como ya era de todos conocido, sino al hombre en combinación, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad en que le observaban. El primero que en Inglaterra dió el ejemplo con admirable profundidad y perspicacia fué Addison en *El Espectador*, y si ninguno logró superarle, no dejó con todo de tener felices imitadores. Posteriormente en Francia, país que siguió en el orden del gran viaje que todos hacemos las huellas de la Inglaterra, así que los trastornos políticos parciales acabaron de emancipar el pueblo, y que la sociedad moderna se constituyó con las formas que por largo tiempo habían de distinguirla, así que empezaron á fijarse las nuevas costumbres, y á suceder á la antigua Francia los modernos franceses, nacieron también escritores destinados á pintar las fases que empezaba la sociedad á presentar. Pintores de la sociedad francesa. Pero cualquiera conoce que semejantes bosquejos parciales estriban más que en el fondo de las cosas en las formas que revisten, y en los matices que el punto de vista les presenta, que son por tanto variables, pasajeros, y no de una verdad absoluta. No hubiera, pues, llegado nunca el género á entronizarse sino ayudado del gran movimiento literario que la perfección de las artes traía consigo: tales producciones no hubieran tenido oportunidad ni verdad, no contando con el auxilio de la rapidez de la publicación. Los periódicos fueron, pues, los que dieron la mano á los escritores de estos ligeros cuadros de costumbres, cuyo mérito principal debía de consistir en la gracia del estilo.

Mercier hizo un cuadro picante de París. Jouy, bajo el pseudónimo de *L'ermite de la Chaussée d'Antin*, planteó un verdadero cuerpo de obra, y abarcando un plan más vasto lo llevó á cabo, á poder de artículos semanales.

Acumulado el movimiento social en las capitales, pudo existir entre la fisonomía de una provincia y de aquélla la misma diferencia que entre una y otra nación, y otros escritores se dedicaron á publicar cuadros de las costumbres de las provincias; pero sometida esta idea, como toda idea humana, á la exageración, y á ser desmenuzada hasta lo infinito, las naciones más adelantadas no se contentaron ya con observarse á sí propias y bosquejarse, sino que asomaron el lente observador sobre los vecinos, hasta sobre países remotos, y un diluvio de descripciones de costumbres inundó la literatura con título de *viajes*, *paseos*, *ojeadas*, *novelas*, *cartas*, etcétera. Pero si hasta para observarse á sí propio es fuerza estar dotado de singular penetración, ¿qué podrá suceder á los que, guiados sólo de un interés de especulación, osan á la primera ojeada darse por pintores de los demás? Dos males han procedido de aquí: como todo el que mira no ve, la mayor parte de estas obras, después de haber excitado la curiosidad momentáneamente por su novedad ó su extravagancia, han vuelto á la nada, de que no debieron salir, destituídas como están del principal mérito, de la verdad del pincel. El segundo mal ha sido desvirtuar el género mismo, llevando la observación hasta un punto que toma imperceptibles las tintas, é inapreciables por diminutas. Hay libro en este género que, pecando por esto, no es verdad más que el día que ve la luz: fundado sobre esa parte de los usos y costumbres condenada como el mar á un continuo flujo y reflujo, muere la obra con la costumbre que ha pintado, y la reputación con ella del autor. De aquí tanta reputación pasajera, que no teniendo existencia propia vive, como la oruga, lo que dura la hoja de que se mantiene.

Es, pues, necesario que el escritor de costumbres no sólo tenga vista perspicaz y grande uso del mundo, sino que sepa distinguir además cuáles son los verdaderos trazos que bastan á dar la fisonomía: descender á los demás, no es retratar una cara, sino asir de un microscopio y querer pintar los poros.

Pero al lado de estos escritores mirmidones ha visto la Francia, donde más cultivado es este género, gran número de reputaciones formarse, crecer, extenderse, y venir á ser europeas. El libro famoso de los *Ciento y uno*, en que se propuso la literatura francesa, agradecida al arruinado librero Ladvocat, crearle un nuevo capital, dándole cada cual gratuitamente un artículo de costumbres cuya reunión pudiese publicarse bajo el título general de *París*, es el

cuadro más vasto, el monumento más singular, ¿lo diremos de una vez? y la obra más grande que á cosas pequeñas han levantado los hombres.

Comparable á las pirámides de Egipto, colosales sepulcros, erigidos por un gran pueblo, y ¡para qué! para enterrar á un rey: salvo la duración, pues las arenas literarias no dejarán más que alguna piedra de la obra de los *Ciento y uno*, al paso que las del Nilo respetan todavía las de los Faraones.

Imposible era que ciento y un hombres escribiesen todos igualmente bien; pero era difícil presumir que fuesen tantos los que escribiesen mal. No podremos menos, sin embargo, de citar los artículos de Alejandro Dumas, de Chateaubriand, el del duelo de Ducange, y sobre todo los encantadores trozos titulados *Les béotiens de París*, de Luis Desnoyers, á quien pueden bastar para su gloria.

Pero el genio infatigable que, como escritor de costumbres, no dudaremos en poner á la cabeza de los demás es Balzac, después de admirado el cual, pues no puede ser leído sin ser admirado, puede decir el lector que conoce la Francia y su sociedad moderna, árida, desnuda de preocupaciones, pero también de ilusiones verdaderas, y por consiguiente desdichada, asquerosa á veces y despreciable, y por desgracia, ¡cuán pocas veces ridícula!

Balzac ha recorrido el mundo social con planta firme, apartando la maleza que le impedía el paso, arañándose á veces para abrir camino, y ha llegado á su confín, para ver, asomado allí, ¿qué? un abismo insondable, un mar salobre, amargo y sin playas, la realidad, el caos, la nada.

No citaremos ni á Eugenio Sue, ni á Alfredo de Vigny, ni á Jorge Sand, ni á otros que parecen rozarse con el fin moral de Balzac, porque aunque pertenecientes á una misma escuela social, ni los creemos animados de buena fe, ni son realmente escritores de costumbres; y porque el examinar la tendencia espantosa de sus escritos y la funesta consecuencia que de ellos se deduce puede ser objeto de un artículo más importante de lo que parece en el día para nuestro país.

Sólo concluiremos esta reseña citando á Paul de Kock para rebatir una opinión demasiado extendida en España por libreros ambiciosos ó por lectores de poco criterio; careciendo de estilo y verdadero genio Paul de Kock, repetido en sus planes, sin objeto moral de ninguna especie, inmoral en sus formas, es en París el escritor de las modistillas; ni goza de otra consideración que la de un emborronador de papel, con cierto chiste, y ese no todos los días.

Después de haber dado una idea del origen de este género de literatura que empieza á cultivarse ahora entre nosotros, de sus progresos, de su importancia indígenas, que sólo puede existir en el país para el cual sus artículos de costumbres se escriben, circunstancia que hace casi siempre estéril, y aun á veces imposible su versión á otras lenguas, y después de haber expuesto su dificultad y su mérito, y de haber pasado ligeramente la vista sobre los escritos que descuellan en él en otros países, pasemos á examinar las dotes que entre nosotros necesita el escritor de costumbres, y á formar un juicio crítico del *Curioso Parlante*, que tanto y tan justo aplauso ha merecido.



PANORAMA MATRITENSE

CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL, OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN CURIOSO PARLANTE

ARTÍCULO SEGUNDO Y ÚLTIMO

Por lo que del género hemos apuntado en general, puédese deducir cuán difícil sea acertar en un ramo de literatura en que es indispensable hermanar la más profunda y filosófica observación con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre comunes á todas ellas, y dónde empieza la línea que la educación establece entre unas y otros; que tenga, además de un instinto de observación certero para ver claro lo que mira á veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas cuyo velo no debe descorrer jamás la mano indiscreta del moralista, para saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo; ha de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las aristocracias todas reconocen el nivelador de la educación; por tanto ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre.

Pero la principal dificultad que para hacer efecto le encontramos, es la precisión en que de decir las cosas claramente y sin rebozo nos pone el adelanto social y la mayor amplitud que en todas partes logra la prensa. Géneros enteros de la literatura han debido á la tiranía y á la dificultad de expresar los escritores sus sentimientos francamente una importancia que sin eso rara vez hubieran conseguido. La alegoría, por ejemplo, sobre cuya base se han fundado tantas obras eminentes, y acaso en las que más han brillado los esfuerzos del ingenio, la alegoría expira ya en el día á manos de la libertad de imprenta. La lucha que se establece entre el poder opresor y el oprimido ofrece á éste ocasiones sin fin de rehuir la ley, y eludirla ingeniosamente; y sobre vencerse tal dificultad, no contribuye poco á dar sumo realce á esas obras el peligro en que de ser perseguido se pone el autor una vez adivinado. Pero desde el momento en que no haya idea, por atrevida que sea, que no pueda clara y despejadamente decirse y publicarse; desde el punto en que no haya lucha, que no haya queja, desde el momento en que los demás sean los más fuertes, en dejando de haber verdad que decir y riesgo que correr, mueren el cuento alusivo, el poema satírico, el apólogo, la fábula, y la alegoría en-

tera viénese al suelo como un resorte usado perteneciente á una mecánica antigua y sin uso ni aplicación posible en la nueva máquina. Esto es lo que no ha conocido ó lo ha olvidado un momento el célebre Fenimore Cooper, el autor del *Espía* y del *Bravo;* el rival vencedor á veces de Walter Scott, en su última y deplorable novela titulada: *The Monikins*, escribe para un país completamente libre, y donde todo se puede decir sin inconveniente, una alegoría en cuatro tomos rebozando como con miedo verdades triviales y olvidadas ya de todo el mundo, en decir las cuales sólo el riesgo de fastidiar corría. Mezquino imitador de una idea ya desempeñada por otros felizmente, no ha conocido que Casti, que los autores de los viajes de Gulliver, de Wandon *al país de las monas* y otras alegorías semejantes, han sido escritores de circunstancias, y que esas circunstancias han pasado.

El escritor de costumbres necesita economizar mucho por tanto las verdades, y, como todo el que escribe en país libre de trabas para el pensamiento, formarse una censura suya y secreta que dé claro y oscuro á sus obras, y en que el buen gusto proscriba lo que la ley permita.

Pocos escritores han dado pruebas tan claras de conocer estas verdades como el autor que da motivo á estas líneas. No nos detendremos hablando de las razones que le hacen escribir; él mismo en su prólogo indica el objeto con que emprendió la publicación de esta serie de artículos que semanalmente comenzaron á ver la luz pública en las *Cartas Españolas* y en la *Revista* en el año 1832 y parte del 33. Objeto verdaderamente noble y digno de imitación. El deseo de rectificar los errores que acerca de nuestro país alimentan los extranjeros, y el plan de darnos después del Madrid físico, que en su excelente Manual había diseñado, un cuadro animado del Madrid moral, que no conocen todos los que hacen papel en él, no podía menos de ser de grande utilidad y deleitación. Uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral á su perfección progresiva consiste en enseñarle á que se vea tal cual es. El autor del *Panorama* ha puesto ante los ojos de nuestra sociedad un espejo donde puede tocarse, y hacer desaparecer los lunares que la bondad de la luna debe presentar á su vista.

Ayudándose de pequeñas tramas dramáticas, cortas invenciones verosímiles, ha sabido ofrecernos el resultado de su observación con singular tino y gracejo, y exponer á nuestra vista el estado de nuestras costumbres; aquí no olvidaremos otra dificultad que se ofrecía: la España está hace algunos años en un momento de transición; influída ya por el ejemplo extranjero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza á admitir en toda su organización social notables variaciones; pero ni ha dejado enteramente de ser la España de Moratín, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende á formar. El escritor de costumbres estaba, pues, en el caso de un pintor que tiene que retratar á un niño, cuyas facciones continúan variando después que el pincel ha dejado de seguirlas: desventaja grande para la duración de la obra, y en cuanto á los medios de hacerse dueño de su objeto tan movedizo, el Curioso Parlante se podrá comparar al cazador que ha de tirar al vuelo, cazador sin duda el más hábil.

Hálo conseguido sin embargo, porque si se quiere ver lo que de la España de nuestros padres conservamos, léanse los artículos titulados: *La calle de Toledo, La comedia casera, Las visitas de días, Los cómicos en cuaresma, Las ferias, La capa vieja, La casa á la antigua, La procesión del Corpus.* Si se quiere estudiar esta influencia extranjera, que se va diariamente haciendo lugar y variando nuestra fisonomía original, léanse los artículos titulados: *Las costumbres de Madrid, El día 30 del mes, Las tiendas, Riqueza y miseria, La político-manía, Las tres tertulias, Las niñas del día, Las casas de baños.*

Si se quiere sorprender esa lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, sorpréndesela en los artículos titulados: *1802 y 1832*, el ingeniosísimo de *El aguinaldo, El extranjero en su patria, El sombrerito y la mantilla, La vuelta de París.*

Si se buscan luego artículos donde el enredo cómico puede competir con la trama de las más ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo' léanse los lindísimos y más lindamente escritos, titulados: *El retrato, El amante corto de vista, Tomar aires en un lugar, El barbero de Madrid, Pretender por alto, Los paletos en Madrid, El patio de Correos,* etc.

¿Quiérense, en fin, graves y filosóficos? Recórranse *La casa de Cervantes* y *El campo santo.*

El señor Mesonero ha estudiado y ha llegado á saber completamente su país: imitador felicísimo de Jouy, hasta en su mesura, si menos erudito, más pensador y menos superficial, ha llevado á cabo, y continúa una obra de difícil ejecución.

Un mérito más tiene, que no queremos pasar en silencio: es uno de nuestros pocos prosistas modernos: culto, decoroso, elegante, florido á veces, y casi siempre fluido en su estilo; castizo y puro en su lenguaje, y muy á menudo picante y jovial. En general tiene cierta tinta pálida, hija acaso de la sobra de meditación, ó del temor de ofender, que hace su elogio, pero que priva á sus cuadros á veces de una animación también necesaria. Esta es la única tacha que podemos encontrarle; retrata más que pinta, defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar.

Y no sólo ha hecho el señor Mesonero un servicio á la literatura, ha hecho también algunos á su país. Muchas de las ideas por él emitidas han encontrado en la opinión pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento, que se han visto realizadas. En este caso se hallan el monumento y la leyenda dedicados á Cervantes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del *Ingenioso Hidalgo* es evidentemente deudor al autor del *Manual* y del *Panorama*.

Escritores nosotros también de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos á publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que el Curioso Parlante, si no pretendemos haber alcanzado igual grado de perfección tenemos sí la persuasión de poder mejor que otros apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con suficiente amor á la justicia, para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones. Los laureles ajenos pueden estimularnos, no inspirarnos un sentimiento innoble capaz de oscurecer á nuestros ojos el mérito de los que recorren nuestra misma carrera. ¿Cómo pudiera ser de otra suerte? El amor al bien, y el deseo de contribuir en lo poco que podemos á la mayor ilustración de nuestro país, nos mueve más á escribir que la sed de una gloria que tan difícil sabemos es de conseguir. En este supuesto, no vemos nunca en una obra feliz la gloria que su autor puede adquirir; nos consideramos con él resortes de una misma máquina; el honor que sobre él recae refluye sobre la clase entera: ni son tantos en España los que presentan títulos á la consideración general que puedan estorbarse. Hagamos justicia al talento y démonos el parabién por haber tenido una ocasión más, entre las pocas que se nos presentan, de dar descanso á la péñola satírica, que por lo regular manejamos con más dolor nuestro que de aquellos mismos á quienes nos vemos en la triste precisión de lastimar.

ANTONY

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS

ARTÍCULO PRIMERO

Consideraciones acerca de la moderna escuela francesa.—Estado de la España.—Inoportunidad de estos dramas entre nosotros

Por hoy y hasta mañana seremos graves: la primera impresión de este drama, más importante de lo que á primera vista parece, no nos deja disposición alguna para la risa con que suele *Fígaro* anatematizar los dislates que se agolpan en nuestra escena; no renunciamos sin embargo á ese derecho; no hacemos sino suspenderlo. *Antony* merece ser combatido con todas las armas: ojalá no sean todas de poco efecto contra tan formidable enemigo.

Hace años que, secuaces mezquinos de la antigua rutina, mirábamos con horror en España toda innovación: encarrilados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza de restituir al genio su antigua é indispensable libertad: dióse empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura no tardó en aceptar el nuevo impulso: nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente á la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta á las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho menos idólatras, nos decidimos á amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaría de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que más en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello.

Pero mil veces lo hemos dicho: hace mucho tiempo que la España no es una nación compacta, impulsada de un mismo movimiento: hay en ella tres pueblos distintos: 1.º una multitud indiferente á todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque no teniendo necesidades, carece de estímulos, porque acostumbrada á sucumbir siglos enteros á influencias superiores, no se mueve por sí, sino que en todo caso se deja mover. Esta es cero, cuando no es perjudicial, porque las únicas influencias capaces de animarla no están siempre en nuestro sentido; 2.º una clase media que se ilustra lentamente, que empieza á tener necesidades, que desde este momento comienza á conocer que ha estado y que está mal, y que quiere reformas, porque cambiando sólo puede ganar. Clase que ve la luz, que gusta ya de ella, pero que como un niño no calcula la distancia á que la ve: cree más cerca los objetos porque los desea: alarga la mano para cogerla; pero que ni sabe los medios de hacerse dueño de la luz, ni en qué consiste el fenómeno de luz, ni que la luz quema cogida á puñados; 3.º, y una clase, en fin, privilegiada, poco numerosa, criada ó deslumbrada en el extranjero, víctima ó hija de las emigraciones, que se cree ella sola en España, y que se asombra á cada paso de verse sola cien varas delante de las demás: hermoso caballo normando, que cree tirar de un tilburí, y que, encontrándose con un carromato pesado que arrastrar, se alza, rompe los tiros y parte solo.

Ahora bien, pretender gustar escribiendo á un público de tal manera compuesto, es empresa en que quisiéramos ver enredados por algunos años á esos fanales del saber extranjero, así como quisiéramos ver á los más célebres estadistas ensayar sus fuerzas en este escollo de reputaciones de todos géneros. Darnos una literatura hermana del antiguo régimen y fuera ya del círculo de la revolución social en que empezamos á interesarnos, es tiempo perdido, pues sólo podría satisfacer ya á la última clase, y esa no es la que se alimenta de literatura.

Darnos la literatura de una sociedad caduca que ha corrido los escalones todos de la civilización humana, que en cada estación ha ido dejando una creencia, una ilusión, un engaño feliz, de una sociedad que, perdida la fe antigua, necesita crearse una fe nueva; y darnos la literatura expresión de esa situación á nosotros, que no somos aún una sociedad siquiera sino un campo de batalla donde se chocan los elementos opuestos que han de constituir una sociedad, es escribir para cien jóvenes ingleses y franceses que han llegado á figurarse que son españoles porque han nacido en España, no es escribir para el público.

La vida es un viaje: el que lo hace no sabe adónde va, pero cree ir á la felicidad. Otro que ha llegado antes y viene de vuelta, se aboca con el que está todavía caminando, y dícele: «¿Adónde vas? ¿por qué andas? Yo he llegado adonde se puede llegar; nos han engañado; nos han dicho que este viaje tenía un término de descanso. ¿Sabes lo que hay al fin? nada.»

El hombre entonces que viajaba, ¿qué responderá? «Pues si no hay nada, no vale la pena de seguir andando.» Y sin embargo es fuerza andar, porque si la felicidad no está en ninguna parte, si al fin no hay nada, también es indudable que el mayor bienestar que para la humanidad se da está todo lo más allá posible. En tal caso, el que vino y dijo al que viajaba: «Al fin no hay nada,» ¿no merece su execración?

Rara lógica: ¡enseñarle á un hombre un cadáver para animarle á vivir!

He aquí lo que hacen con nosotros los que quieren darnos la literatura caducada de la Francia, la última literatura posible, la horrible realidad; y hácennos más daño aún, porque ellos al menos para llegar allá disfrutaron del camino y gozaron de la esperanza; déjennos al menos la diversión del viaje, y no nos desengañen antes: si al fin no hay nada, hay que buscarlo todo en el tránsito; si no hay un verjel al fin, gocemos siquiera de las rosas, malas ó buenas, que adornan la orilla.

¡Desorden sacrílego! ¡inversión de las leyes de la naturaleza! En política don Carlos fuerte en el tercio de España, y el Estatuto en lo demás: y en literatura, Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Eugenio Sue y Balzac.

Con indignación lo decimos: sepamos primeramente adónde vamos; busquemos luego el camino, y vamos juntos, no cada uno por su lado: no quieran haber llegado los unos, cuando están los otros todavía en la posada; porque si hay algún obstáculo en el tránsito, unidos lo venceremos, al paso que en fracciones el obstáculo irá concluyendo con los que fueren llegando desbandados.

Lamennais lo ha dicho antes y mejor que nosotros:

«Una roca obstruye la vía pública que reco-

rremos: ningún hombre solo puede remover la roca; pero Dios ha calculado su peso de suerte que no pueda detener jamás á los que transitan juntos.»

Antony, como la mayor parte de las obras de la literatura moderna francesa, es el grito que lanza la humanidad que nos lleva delantera, grito de desesperación, al encontrar el caos y la nada al fin del viaje. La escuela francesa tiene un plan. Ella dice: «Destruyamos todo, y veamos lo que sale; ya sabemos lo pasado, hasta el presente es pasado ya para nosotros: lancémonos en el porvenir á ojos cerrados; si todo es viejo aquí, abajo todo, y reorganicémoslo.»

Pero ¿y nosotros hemos tenido pasado? ¿tenemos presente? ¿Qué nos importa el porvenir? ¿Qué nos importa mañana, si tratamos de existir hoy? Libertad en política sí, libertad en literatura, libertad por todas partes: si el destino de la humanidad es llegar á la nada por entre ríos de sangre, si está escrito que ha de caminar con la antorcha en la mano quemándolo todo para verlo todo, no seamos nosotros los únicos privados del triste privilegio de la humanidad: libertad para recorrer ese camino que no conduce á ninguna parte; pero consista esa libertad en tener los pies destrabados y en poder andar cuanto nuestras fuerzas nos permitan. Porque asirnos de los cabellos, y arrojarnos violentamente en el término del viaje, es quitarnos también la libertad, y así es esclavo el que pasear no puede, como aquel á quien fuerzan á caminar cien leguas en un día.

Habíamos pensado dar desde luego un análisis del *Antony*, y entregarlo palpitante todavía á la risa y al escarnio de nuestros lectores; pero la disposición de nuestro ánimo, que no sabemos dominar, nos ha sugerido estas tristes reflexiones, que como preliminares queremos echarle por delante. En el siguiente artículo examinaremos la *desorganización social*, personificada en *Antony*, literaria y filosóficamente.





ANTONY

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS

ARTÍCULO SEGUNDO

En nuestro primer artículo hemos probado que no siendo la literatura sino la expresión de la sociedad, no puede ser toda literatura igualmente admisible en todo país indistintamente; reconocido ese principio, la francesa, que no es intérprete de nuestras creencias ni de nuestras costumbres, sólo nos puede ser perjudicial, dado caso que con violencia incomprensible nos haya de ser impuesta por una fracción poco nacional y menos pensadora. Pasemos á examinar á *Antony*, ser moral, falsa alegoría que no ha tenido nunca existencia sino en una imaginación exasperada, cuanto fogosa y entusiasta.

El autor empieza por presentarnos una mujer joven y casada. En la literatura antigua era principio admitido que todo padre era un tirano de su hija, que ésta y aquél nunca tenían en punto á amores el mismo gusto. De aquí pasaba el poeta á pintar la tiranía de la familia, imagen y origen de la del gobierno: cada hijo puesto en escena desde Menandro acá, en las comedias clásicas, es una viva alusión al pueblo. En la literatura moderna ya no se dan padres ni hijos: apenas hay en la sociedad de ahora opresor y oprimido. Hay iguales que se incomodan mutuamente debiendo amarse. Por consiguiente, la cuestión en el teatro moderno gira entre iguales, entre matrimonios: es principio irrecusable, según parece, que una mujer casada debe estar mal casada, y que no se da mujer que quiera á su marido. El marido es en el día el coco, el objeto espantoso, el monstruo opresor á quien hay que engañar, como lo era antes el padre. Los amigos, los criados, todos están de parte de la triste esposa. ¡Infelice! ¿Hay suerte más desgraciada que la de una mujer casada? ¡Vea usted, estar casada! ¡es como estar emigrada, ó cesante, ó tener lepra! La mujer casada en la literatura moderna

es la víctima inocente aunque se case á gusto. El marido es un tirano. Claro está: se ha casado con ella, ¡habrá bribón! ¡La mantiene, la identifica con su suerte! ¡pícaro! ¡Luego el marido pretende que su mujer sea fiel! Es preciso tener muy malas entrañas para eso. El poeta se pone de parte de la mujer, porque el poeta tiene la alta misión de reformar la sociedad. La institución del matrimonio es absurda según la literatura moderna, porque el corazón, dice ella, no puede amar siempre, y no debe ligarse con juramentos eternos: la perfección á que camina el género humano consiste en que una vez llegado el hombre á la edad de multiplicarse, se una á la mujer que más le guste, dé nuevos individuos á la sociedad; y separado después de su pasajera consorte, uno y otra dejen los frutos de su amor en medio del arroyo, y procedan á formar, según las leyes de más reciente capricho, nuevos seres, que tornar á dejar en la calle, abandonados á sus propias fuerzas, y de los cuales cuide la sociedad misma, es decir, nadie. Porque si la literatura moderna no quiere cuidar de sus hijos, ¿por dónde pretende que quieran tomarse ese cuidado los demás? *¡He aquí*, dicen, *la naturaleza!* Mentira. En el aire, en la tierra, en el agua, todo ser viviente necesita padres hasta su completa emancipación; y los animales todos se reunen en matrimonios hasta la crianza de sus hijos.

Adela, sin embargo, individuo del nuevo orden de cosas, no puede amar á su marido; confianza que hace desde luego á su hermana, en cuya compañía vive. ¿Por qué? No sabemos. Pero motivos tendrá; asuntos son esos de familia en que nadie debe meterse.

Pero no se da corazón que no ame, y en el día con violencia inaudita; las pasiones se han avivado con el trascurso de los tiempos, y en el siglo de las luces una pasión amorosa es siempre un volcán, que se consume á sí propio abrasando á los demás.

¿Y quién es el hombre que hubiera hecho la felicidad de Adela, se entiende, no casándose con ella? Antony: ¿quién podía ser sino Antony? ¿Y quién es Antony? Antony es un ejemplo de lo que debían ser todos los hombres. Es el ser más perfecto que puede darse. Empiece usted por considerar que Antony no tiene padre ni madre. ¡Facilillo es llegar á ese grado de perfección! Hijo de sus obras, vulgo inclusero, es la personificación del hombre de la sociedad, como la hemos de arreglar algún día. Los que hemos tenido la desgracia de conocer padre y madre no servimos ya para el paso; somos elementos viejos, de quienes nada se puede esperar para el porvenir. El que quiera, pues, corresponder á la era nueva vea cómo se compone para no nacer de nadie. Lo demás es anularse, es en grande para la sociedad lo que es en pequeño entre nosotros haber admitido empleo de Calomarde.

Antony ha recibido, sin embargo, de los padres, que no tiene, una figura privilegiada; ha entrado en el mundo con gran talento, porque todo hombre en la nueva escuela nace hombre grande. Ha recibido una educación esmerada: ¿quién se la ha dado? El autor del drama, sin duda. Todo lo ha estudiado, todo lo ha aprendido, todo lo sabe, y ama mucho, como hombre que sabe mucho; pero este ser, tipo de perfecciones, está en lucha con la sociedad vieja que encuentra establecida á su advenimiento al mundo. Quiere ser abogado, quiere ser médico, quiere ser militar, y no puede. ¿Por qué? preguntarán ustedes. ¿Quién se lo impide? Las preocupaciones de esta sociedad injusta y opresora que halla establecida, sin que se haya contado con él: para que estuviese el mundo bien organizado era preciso que nada antes de Antony se hubiese arreglado de ninguna manera, y que el mundo hubiese esperado para organizarse á que las generaciones futuras viniesen á dar su voto sobre el modo más justo de disponer de los bienes de la sociedad. Antony encuentra todos los puestos ocupados por hombres que han tenido padres, y, según el autor, está todo tan mal arreglado, que un inclusero no puede ser nada. Mentira, pero mentira de mala fe. Desde que hay mundo, en toda sociedad, el camino del predominio ha estado siempre abierto al talento: en la antigüedad, de la plebe han salido hombres á mandar á los demás; en los tiempos feudales, en los del despotismo más injusto, un soldado oscuro, un intrigante plebeyo han salido, siempre que han sabido, de la turba popular para empuñar el cetro del mando. Han alcanzado la corona con el sable y títulos de nobleza con la inteligencia. En los siglos de más desigualdad, un porquero ha cogido las llaves de San Pedro, y ha dominado á la sociedad. La teocracia, aristocracia la más injusta, ha sacado siempre sus prohombres del lodo. ¿Quién eran, al nacer, Richelieu, Mazarino, el cardenal Cisneros? Y si la cuna ha bastado á familias enteras de reyes, el talento ha sobrepuesto á la cuna millares de

plebeyos. La inteligencia ha sido en todos tiempos la reina del mundo, y ha vencido las preocupaciones. Pero si acudimos á la sociedad moderna, de quien se queja todavía Dumas, ¿dónde cabrán los ejemplos? ¡Dumas se atreve á sentar que el hombre de nada, no puede ser nada, á causa de las preocupaciones sociales! Hable Napoleón, Bernadotte, Itúrbide, los mariscales de Francia, la revolución del 91, la revolución de julio, el ministerio francés, el ministerio español, la Europa en fin entera, donde los periódicos y la pluma llevan al poder; hablen por ella Talleyrand, Chateaubriand, Lamartine, Thiers; hable el Asia, donde no hay jerarquías; hable la América entera. Hable, en fin, el autor mismo del drama, el mulato Dumas, que ocupa uno de los primeros puestos en la consideración pública. ¿Quién le ha colocado á esa altura? ¿Qué preocupación le ha impedido usufructuar su industria y sobreponerse á los demás? ¿La literatura, la sociedad le han desechado de su seno por mulato? ¿Quién le ha preguntado su color? ¿Pretendía por ventura que sólo por ser mulato, y antes de saber si era útil ó no, le festejase la sociedad? Esa sociedad, sin embargo, de quien se queja, recompensa sus injustas invectivas con aplausos é hinche de oro sus gavetas. ¿Y por qué? porque tiene talento, porque acata en él la inteligencia. ¡Y esa inteligencia se queja, y quiere invertir el orden establecido! Decirnos que un inclusero no puede ser nada en la sociedad moderna, la cual no le pregunta á nadie *¿quién es su padre?* sino *¿cuáles son sus obras?* que no pregunta *¿tienes apellido?* sino *¿tienes frac? ¿cuál es tu alcurnia?* sino *¿cuál es tu educación?* es el colmo de la mala fe.

Una vez expuesta la posición de Antony y de Adela, sigamos el análisis de este diálogo amoroso en cinco actos. Antony se hace anunciar á Adela, quien luchando con su deber le cierra la puerta; pero al salir de su casa sus caballos se desbocan, Antony se arroja á contenerlos, y la lanza del coche, encontrándose con su pecho, le arroja sin sentido en el suelo. Si Adela acierta á no ser persona de coche, ó si los coches no tienen lanza, se queda el drama en exposición. En el teatro los acontecimientos deben ser deducción forzosa de algo: la acción ha de ser precisa; lo demás no es convencer, pintando lo que sucede, sino hacer suceder para pintar lo que se quiere convencer. Adela da asilo en su casa al herido, y una escena amorosa pone de manifiesto los sentimientos de estos dos héroes. Pero Adela, siguiendo los caprichos de esta injusta sociedad, dice á Antony, ya vendado, que un hombre enamorado de una mujer casada no puede vivir en su casa á mesa y mantel. Preocupación: ¡cuánto mejor y más natural es vivir en casa de su querida que con una patrona ó en una casa de huéspedes! Antony se desespera; pero para vencer á esa sociedad injusta, cuyas leyes despóticas no nos dejan vivir con nuestra Adela aunque sea mujer de otro, se arranca el vendaje exclamando: «¿Con que estando bueno me tengo que marchar á mi casa? Pues bien, ¿y ahora me quedaré?»

Ya tenemos aquí un medio ingenioso de permanecer en donde nos vaya bien. Efectivamente, ¡ingeniosa alegoría en que no ha pensado el autor! En quitándonos la venda social, en rompiendo la máscara del honor, podemos hacer nuestro gusto.

Antony permanece en la casa del hombre que quiere deshonrar: huésped de su enemigo, le hace la guerra en su terreno: la naturaleza lo manda así, porque la delicadeza es otra preocupación social. Pero Adela, sin duda para manifestarnos lo interesante y lo digna de lástima que es una mujer que resiste á una pasión, trata de salvarse del peligro corriendo á reunirse con su esposo, plan que lleva á cabo con resolución.

Pero la naturaleza, dios protector de Antony, lo tiene todo previsto, y el camino de Estrasburgo felizmente no se hizo sólo para las mujeres que huyen de sus amantes. También los amantes pueden ir á Estrasburgo. Antony toma caballos de posta, llega antes á una posada, la toma entera: para una pasión todo es poco; y cuando llega Adela, ni hay caballos para ella, ni cuarto: el viajero que ha madrugado más le cede uno, y cuando Adela va á recogerse, éntrasele el amante por la ventana, y el telón, más delicado que el autor, tiene la buena crianza de correrse á ocultar un cuadro que representaría sino probablemente *una vista interior de una pasión, tomada desde la alcoba*, cuadro tanto más inútil cuanto que será raro el espectador que necesite de semejantes indirectas para formar de los trasportes de Adela y de Antony una idea bastante aproximada. Pero ¿qué importa? ¿No sucede eso en el mundo? ¿No es natural? ¿Pues por qué se ha de andar el autor con escrúpulos de monja en punto tan esencial? Ya sabemos lo qué son viajes, lo qué son posadas, y lo qué es trajinar en este mun-

do. Siempre deduciremos que estas pasiones fuertes no son plato de pobre. Si esa sociedad tan mal organizada no hubiera procurado á Antony dinero suficiente para tomar la posada y la posta, y todo lo que toma en este acto, se hubiera tenido que quedar en París haciendo endechas clásicas. El romanticismo y las pasiones sublimes son bocado de gente rica y ociosa, y así es que bien podemos exclamar al llegar aquí: ¡pobres clásicos!

En el cuarto acto Adela ha sucumbido, y de vuelta á París asiste á una sociedad, donde las injustas preocupaciones del mundo le preparan amargas críticas; y á este acto en realidad, sin meternos á escudriñar la intención del autor al escribirlo, le concederemos la cualidad de ser tan moral en su resultado como es en los medios inmoral el anterior. Las que el autor llama preocupaciones son más fuertes que él en este acto, y las humillaciones que sufre Adela responden victoriosamente al drama entero.

En el quinto, el marido, avisado sin duda de la pasión de su mujer, debe llegar de un momento á otro: Antony sin embargo, en vez de hacer lo que á todo amante delicado inspira en tal circunstancia el amor mismo, en vez de ocultar su desgraciada pasión con una prudencia suficiente, se encierra con Adela; de suerte que pueda el marido venir á llamar él mismo á la puerta de su deshonra; y asiendo de un puñal, que lleva siempre consigo, sin duda porque el andar desarmado es otra preocupación de esta sociedad tan mal organizada, clávasele en el pecho á su amada, exclamando á la vista del marido: *¡La amé, me resistía y la he asesinado!*

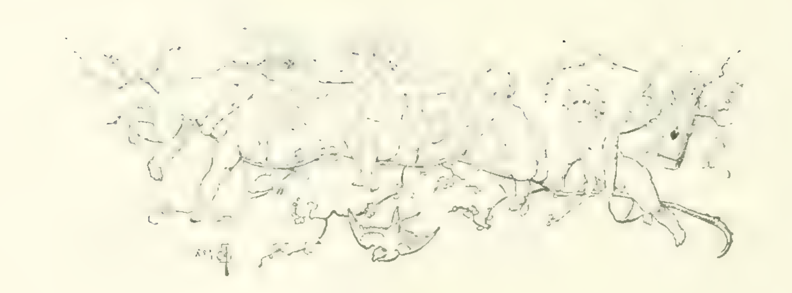
Ridícula, inverosímil exageración de un honor mal entendido. ¿Qué ha pretendido el autor? Probar que mientras la preocupación social llame virtud la resistencia de una mujer y haga depender de la conducta de ésta el honor de un hombre, ¿una catástrofe se seguirá á un amor indispensable y natural? Pues ha probado lo contrario. Ha probado que cuando un hombre y una mujer se ponen en lucha con las leyes recibidas en la sociedad, perece el más débil, es decir, el hombre y la mujer, no la sociedad.

Pero la sociedad no se pone en ridículo; la sociedad existe, porque no puede dejar de existir; no siendo sus leyes caprichos, sino necesidades motivadas, hasta sus preocupaciones son justas, y examinadas filosóficamente tienen una plausible explicación: son consecuencia de su organización y de su modo de ser; es preciso que haya pasado y pase aún por las que realmente lo son para llegar á ideas más fijas y justas; porque toda cosa precisa y que no puede menos de existir es una especie de fuerza, y la fuerza es la única cosa que no da campo al ridículo. Y si preocupaciones existen y han existido, si está escrito que usos en el día adoptados y respetados han de trasformarse ó caer, ha de ser el tiempo sólo quien los destruya gastándolos, pero no está reservado á un drama el extirparlos violentamente.

Nosotros reconocemos los primeros el influjo de las pasiones; desgraciadamente no nos es lícito ignorarlo: concebimos perfectamente la existencia de la virtud en el pecho de una mujer, aun faltando á su deber: convenimos con el autor en que ese mundo que murmura de una pasión que no comprende, suele no ser capaz del mérito que granjea una mujer aun sucumbiendo después de una resistencia no menos honrosa por inútil: establecemos toda la diferencia que él quiera entre el caso excepcional de una mujer que se halla realmente bajo el influjo de una pasión cuyas circunstancias sean tales que la dejen disculpa, que la puedan hacer aparecer sublime hasta en el crimen mismo, y el caso de multitud de mujeres que no siguen al atropellar sus deberes más inspiración que la del vicio, y cuyos amores no son pasiones, sino devaneos: ¿quiere más concesiones el autor? Pero semejantes casos son para juzgados en el foro interior de cada uno: queden sepultados en el secreto del amor ó de la familia. Porque desde el momento en que erija usted ese caso posible, solamente posible, pero siempre raro, en dogma, desde el momento en que generalizándolo presente usted en el teatro una mujer faltando plausiblemente á su deber, y apoyándose en la naturaleza, se expone usted á que toda mujer, sin estar realmente apasionada, sin tener disculpa, se crea Adela, y crea Antony su amante: desde ese momento la mujer más despreciable se creerá autorizada á romper los vínculos sociales, á desatar los nudos de familia, y entonces adiós últimas ilusiones que nos quedan, adiós amor, adiós resistencia, adiós lucha entre el placer y el deber, adiós diferencia entre mujeres virtuosas, criminales, y mujeres despreciables. Y, lo que es peor, adiós sociedad, porque si toda mujer se creerá Adela, todo hombre se creerá Antony, achacará á injusticia de la sociedad cuanto se oponga á sus apetitos brutales, que encontrará naturales; en gustando de una mujer, dirá: *Yo tengo una pasión irresistible que es más fuerte que yo;* y convencido de ante-

mano de que no puede vencerla, no la vencerá, porque no pondrá siquiera los medios; creído de que la sociedad es injusta, y de que cierra la puerta á la industria, y al talento que no nace ya algo, no será nunca nada, porque desistirá de poner los medios para serlo.

He aquí la grande inmoralidad de un drama escrito, por desgracia, con verdad en muchos detalles y con fuego, pero por fortuna no con bastante maldad para convencer, si bien con demasiados atractivos para persuadir. Y no sólo es execrable este drama en España, sino que hasta en Francia, hasta en esa sociedad con que tiene más puntos de contacto, *Antony* ha sido rechazado por clásicos y románticos como un contrasentido, como un insultante sofisma.





HERNANI

Ó EL HONOR CASTELLANO

DRAMA EN CINCO ACTOS

No dejaba de ser aventurada la presentación de *Hernani* en la escena española: *Hernani*, obra de uno de los mayores poetas que han visto los tiempos, abrió majestuosamente la marcha de la nueva escuela moderna francesa. Pero si en ella Víctor Hugo osa separarse ya á cara descubierta de los antiguos preceptos, no tuvo, sin embargo, por conveniente atropellar todas las convenciones establecidas de muy antiguo en el arte, ni arrojó en ella á manos llenas como en obras posteriores los raros atrevimientos á que sólo puede entregarse con buen éxito el talento superior.

Ya hemos dicho repetidas veces que Víctor Hugo es más poeta que autor dramático; no porque el conocimiento del teatro le falte, sino porque su imaginación ahoga casi siempre en él la voz del corazón, y en este sentido le hemos marcado en el teatro un puesto inferior al que nos parece ocupar Alejandro Dumas. *Hernani* hubo de arrebatar al público francés, amigo de declamaciones, y de pinceladas históricas; la novedad, la nueva bandera bajo la cual representaba el proscripto de Aragón, le aseguraron un triunfo, que todavía no podía atribuirse á un partido literario, á cuya formación iba á contribuir.

Pero en la escena española todos esos motivos de buen éxito no existían: tomando aquí las producciones extranjeras no en el orden en que ven la luz sino buenamente cuándo y cómo podemos, *Hernani*, primer paso de la escuela moderna, ha venido á presentarse á nuestra vista después de haber apurado nosotros hasta los excesos de esa escuela. La parsimonia misma de efectos sorprendentes que ha usado el autor nos lo debía hacer parecer pálido y descolorido después de *Lucrecia Borgia* y de *Catalina Howard:* y si se hallaba rescatado este inconveniente con el interés que debía excitar en España un asunto español, también se ocurría la nueva dificultad de ser más necesaria á *Hernani* que á ningún otro drama una buena traducción.

En esto, por fortuna, así Víctor Hugo como el público español han sido felices. Y la traducción que de este célebre drama se nos ha dado es una de las mejores traducciones que en lengua alguna pueden existir. El traductor de las obras de Víctor Hugo ha tratado á *Hernani* con rara predilección, con cariño: un lenguaje purísimo, un sabor castellano, una versificación cuidada, armoniosa, rica, poética, la colocan en el número de las obras literarias de más dificultad y de más mérito. Por las alabanzas justísimas que al señor de Ochoa tributamos, podrá conocer el público que no es comezón de satirizar la que nos anima cuando condenamos sin piedad las traducciones comunes que diariamente se nos dan. Es justicia. Traduzcan los demás como el señor de Ochoa, y nuestra pluma, constantemente imparcial, correrá sobre el papel para el elogio con más placer que para la amarga crítica. Bien hubiéramos querido que el traductor, en vez de explayar más y desleir algunas escenas, hubiera tratado de reducirlas á los menos límites posibles, sin alterar el sentido; pero conocemos que el respeto debido al grande poeta le habrá contenido, y realmente esto no nos sorprende en un traductor también poeta. Es difícil, traduciendo á Víctor Hugo, tomarse libertades. Por lo demás, concluiremos el elogio de esta traducción diciendo que escenas enteras hay escritas de tal modo que no las desdeñaría Calderón mismo. Hace muchos años que no habíamos visto ninguna que tanto nos satisfaciese, si se exceptúa la de *Los Hijos de Eduardo*, hecha por don Manuel Bretón de los Herreros también con esmero y tino singulares.

No describiremos el argumento de *Hernani*. Los dramas vulgares, cuyo mérito existe en la intriga, los cuentecitos caseros que suelen darnos á cuenta de comedias en nuestro teatro, consienten esa costumbre periodística. Haciéndolo también con *Hernani*, haríamos una injusticia al autor y á la obra; porque su mérito principal no estriba en que se case la dama con el galán, ni en que se presenten á la boda más ó menos obstáculos dramáticos. El mérito de *Hernani* está en la concepción misma de la obra; en la pintura de Carlos I de España, mozalbete seductor de doncellas, rey galante en sus primeros años, y de Carlos V de Alemania, emperador ya de romanos, y desalojando del pecho intereses mezquinos y amorcillos de calavera, para dejar lugar en él á toda la ambición humana, á la grandeza de la misión que la Providencia le destina á llenar en el mundo. Todos los demás son medios que contribuyen á este grande efecto, que es el que más resalta y ocupa, á despecho del título, de los sermones nestorianos del viejo don Ruy Gómez, de la posición violenta de Hernani y de su desdichado amor con doña Sol.

El verdadero drama parece concluirse con el cuarto acto, donde don Carlos V, ya emperador, renuncia á la hermosa doña Sol, y la da por esposa al rebelde Hernani, devolviéndole sus títulos y honores. El poeta, sin embargo, dominado de la primitiva idea de su obra, y preocupado del deseo de pintar su *honor castellano*, fantástico y exagerado como él lo entiende, se lanza á dar un quinto acto, fundado en la venganza del viejo don Ruy Gómez, quien dueño por un juramento de la vida de Hernani, viene á turbar la alegría del sarao y la felicidad de los novios, tañendo una bocina, á cuyo sonido le juró Hernani poner su vida á su disposición en cualquier situación en que viniese á reclamarla. El viejo inexorable y celoso tañe cada vez más fuerte, y consigue matar á trompetazos el amor más puro y el porvenir más lisonjero de dos amantes felices. Ideas son éstas y costumbres que contrastan demasiado con las nuestras.

En el siglo en que Chateaubriand ha escrito: *Comme on compte l'âge des vieux cerfs aux branches de leurs ramures, on peut compter les places d'un homme par le nombre de ses serments*, en ese siglo presentarnos el juramento respetado y cumplido hasta la muerte, es cosa realmente que hace morir de risa al espectador más grave. Hernani pudiera haber alegado las circunstancias, ó cualquiera otra razón de la misma especie; pero Hernani se contenta con

echarse á pechos un frasquete del más rico veneno conocido, con lo cual el honor castellano, antiguo, queda en su punto, el público afligido, y el viejo contento, y repitiendo al ver los dos cadáveres: *¡Muerto, muerta!*

Este final desgraciado, que no podía presumirse en el trascurso del drama, poco preparado, y fundado en una cosa tal como cumplir un juramento, ha sido la causa de que no fuese coronado *Hernani* de aplausos, como parecía hacerlo esperar el placer con que los actos anteriores habían sido oídos.

MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRINCIPE DE LA PAZ

ARTÍCULO PRIMERO

En los tiempos antiguos y antes de la invención de la imprenta, la historia, viviendo á la ventura de rebuscos ó de eventuales hallazgos, más se podía considerar como un espejo mal azogado que sólo representaba á trozos objetos informes, que como un intérprete fiel y un juez severo de los hechos pasados. Apoyada en la tradición, las más veces fabulosa ó exagerada, prestábase fácilmente á la falsedad y á la adulteración á que la quisiesen sujetar las pasiones de los pocos que en recoger y trasmitir anales se ocupaban.

Posteriormente el orgullo de las testas coronadas hubo de conocer la importancia de la pluma para conservar á la posteridad sus grandes hechos ó sus intrigas políticas, y cada rey mantuvo cronistas con el objeto de clasificar y glosar su reinado; pero fácil es conocer la poca confianza que á los pueblos debían merecer tales compilaciones, hechas á expensas de un rey por personas allegadas ó agradecidas, y á quienes sólo podía el elogio ser lícito. Con pocas excepciones, la historia vino á ser no un cuadro fiel de las costumbres, de las necesidades, de las revoluciones de los pueblos, sino un retrato, favorecido como todo retrato, y de tamaño colosal, de cada príncipe ó magnate, que reasumía en sí propio la importancia toda de sus gobernados. De tal suerte llegó á adquirir este carácter, que aun en tiempos modernos en que la tendencia de las ideas es muy otra, y en que han variado esencialmente los principios, en que se ha reconocido por fin que los reyes no son delegados de la divinidad sino apoderados del pueblo, todavía conserva la historia sus regios atavíos, y su especialidad insultante para la generalidad de los hombres. Aun en manos muy hábiles la historia es apenas todavía la cronista de los pueblos: primer cortesana en los palacios y la última por lo visto que los ha de abandonar, tarda en comprender su verdadera misión, y cree haber trasmitido á la posteridad los hechos y las costumbres de una nación cuando ha referido los caprichos ó los usos de un príncipe.

Pero los tiempos han corrido, y la invención de la imprenta á la disposición de todo el mundo ha sido un puerto contra un naufragio para clases y generaciones enteras: hecha industria lucrativa, todo el que no ha tenido otro oficio, todo el que se ha creído con ojos para ver, con oídos para oir, todo el que se ha figurado tener las cualidades de testigo (cualidades más difíciles de poseer de lo que parece para no ser testigo á la manera de las paredes, dentro de las cuales pasan los acontecimientos), todo el que ha sentido dentro de sí ó la pereza de obrar ó la insuficiencia de producir cosas dignas de ser por otros escritas, ha asido de una pluma, y ha exclamado: *Yo, que no hago nada, escribiré lo que hacen los demás; escribiré lo que sobre ellos pienso, y hasta escribiré lo que yo hago, cuando no hago nada.* De aquí multitud de libros, de novelas históricas, de historias novelescas, de viajes impresionales y de impresiones viajeras que atormentan al mundo moderno y le ahogan y le sofocan, como las demasiadas mantas que se echan sobre un constipado; de aquí la multitud de *observaciones, relaciones, reflexiones* y *ojeadas,* sin contar con el sinnúmero de anuncios que empiezan con *De*, como: De *los acontecimientos de la guerra de tal*, de *la conjuración de cual*, de *la oportunidad*, etc., etc.; de aquí ese torrente sin diques de memorias de la contemporánea, del contemporáneo, del ayuda de cámara, del médico, del barbero, del portero, de la mujer, del padre, del hijo, del hermano, del sobrino, y de los amigos y de los enemigos del hombre

que ha hecho, que ha sonado, que ha intrigado, que ha mandado algo; memorias de su cocinero, de su repostero, de su querida y de su viuda acerca de la manera que tienen los hombres grandes de ponerse la corbata, de salir á paseo, de dormir, de estar despiertos; memorias de los que le han visto á todas horas, y de los que no le han visto á ninguna. De aquí, en fin, para la pobre historia otro escollo, no menos peligroso que el que en el principio de este artículo le hemos encontrado en los tiempos antiguos.

Entonces necesitaba de la linterna de Diógenes para buscar un hombre y un dato, y ahora necesita de todas las linternas del buen gusto y del sano criterio para desechar hombres y datos. Voces por un lado con una relación, voces por otro con la contraria: multitud de folletos y memorias, supuestos materiales para la historia, y en realidad verdaderos albañales que corren hacia un río para perderse en él, ensuciándole y entrabando su curso; y sólo por azar algún limpio manantial que le tributa su pura y cristalina corriente.

Si hemos comparado á la historia antigua con un espejo mal azogado, que sólo á trozos representa objetos informes, ahora podemos comparar á la historia moderna con una inmensa luna colocada en un salón de máscaras, y donde mezclados rebullen y se codean, se obstruyen y confunden en un disparatado conjunto de colores chocantes y chillones, sin juego ni armonía, reyes y vasallos, ricos y pobres, víctimas y verdugos, tiranos y tiranizados: ruido horrible y desapacible en que se aunan y mueren la verdad y la mentira, la calumnia y la reparación, la algazara del orgullo y el sollozo del pobre, el piano del magnate y el rabel del pastor, la jira del fastuoso convite y el gemido del hambre, el aullido de la envidia, el grito de la ambición, y el desesperado lamento del virtuoso aborrecido, ó del mérito sofocado.

He aquí el sonido de la celebrada trompeta de la historia, encargada de trasmitir la verdad á la posteridad, de quien se dice que aquélla es luz y ejemplo, norte y guía.

Así ofusca para ver la demasiada como la poca luz, y la verdad entre tal multitud de datos contradictorios no hallará menos obstáculos para establecerse que en las épocas en que no tenía á su disposición una sola trompeta por donde resonar. La mentira á la orden del día y al alcance de todos desde la vulgarización de la imprenta tiene las pasiones en su favor, y la haría de los partidos interesados en ataviarla y lanzarla rica de argumentos y sofismas á la cabeza del vulgo crédulo y poco perspicaz.

Traslúcense, sin embargo, á los ojos de los más estas triviales reflexiones, y la duda de lo cierto y de lo incierto mina por el pie multitud de libros escritos para hacer fortuna á costa del escándalo, envolviendo desgraciadamente en el común desprecio hasta la razón y la justicia, cuando entre el clamor general de mentidos testimonios vienen á presentar á la severa opinión pública sus contradichos alegatos.

Una de las pocas obras sin embargo que habrán de merecer una honrosa excepción, y que deben al menos ser detenidamente examinadas, es la que anunciamos en el epígrafe de este artículo. Don Manuel Godoy, de quien se puede decir lo que de don Alvaro de Luna dice su cronista; don Manuel Godoy, grande ejemplo y escarmiento de privados, es un personaje histórico harto importante en los fastos modernos de España para que su voz pueda pasar oscuramente confundida en el ruido general del siglo vocinglero en que vivimos.

Su portentosa cuanto rápida elevación, la colosal influencia que en la suerte de nuestra patria ha ejercido durante muchos años, y las gravísimas inculpaciones de que ha sido objeto hacían desear que rompiese un silencio, con el cual autorizaba tácitamente cuanto de su administración se ha dicho.

Y cuando se medita que aquel magnate que llegó á absorber en sí mismo el poder de un rey, que vió bullir en rededor de sus pórticos y antecámaras una corte compuesta de lo mejor de España, que el hombre que salió de un cuartel para hollar con sus botas de montar las regias alfombras que entapizaban los escalones del trono; cuando se reflexiona que aquel guardia á quien ascendió á su lecho una nieta de Luis XIV á la faz de una corte aristocrática, que aquel subalterno, á quien el genio del siglo pensó en colocar en un trono, es el mismo que en el día, apeado de sus brillantes trenes, lanzado de su propio palacio, desnudado de sus galas y veneras, arrojado por la fuerza de la opinión á las márgenes de un río extranjero, se presenta á las puertas de la patria en modesto traje, con un humilde sombrero redondo en aquella cabeza que cubrieron coronas ducales, y con unos cuadernos impresos en la mano, no ya para rescatar las perdidas grandezas sino para reconquistar el nombre de ciudadano español, que catorce millones de hombres poseen sin esfuerzo alguno, para demandar justicia,

para hacerse simplemente escuchar; cuando se reflexiona en tan espantosa peripecia, es imposible negarse al deseo, á la curiosidad de oir, y sólo entonces se concibe el interés extraordinario que deben inspirar al público las memorias de ese hombre todavía más extraordinario, así por su elevación como por su caída.

Y decimos extraordinario por su caída, porque conocido el corazón humano, es preciso confesar que don Alvaro de Luna perdiendo en uno vida y privanza es menos digno de lástima que aquel que fué condenado por el destino á sobrevivir á su desgracia y á verse privado de todo después de haberlo gozado todo. Mero canal por donde las grandezas y los tesoros han pasado sin dejar en sus paredes más que el desengaño; desengaño semejante al cieno que posa el agua al recorrer el cauce que su corriente socaba. El antiguo príncipe de la Paz, árbitro de España, y don Manuel Godoy, extranjero y particular en París, es la personificación del alma destinada á ver el cuerpo crecer, robustecerse, llegar á su apogeo, y sucumbir á la ley común de la decrepitud y la decadencia; don Manuel Godoy, condenado á ser espectador del príncipe de la Paz caído, es el hombre á quien se le concediera el funesto privilegio de contemplarse á sí mismo después de muerto.

Horrendo castigo por cierto, si fué delincuente, y ante el cual debe expirar todo rencor, ante el cual la justicia misma de los hombres debe velarse el rostro, contemplando el alcance de su severidad. Y horrible ejemplo también si no fué delincuente, y si la alta posición en que se encontró, suscitando enemigos que mejor perdonan el crimen que la fortuna, pudo ser la causa principal de su desgracia.

No nos toca á nosotros decidir tan importante cuestión; la lectura de las memorias del príncipe y los demás datos que la opinión pública tiene á la vista son los autos de este gran pleito entre el favorito y la sociedad. La opinión pública es quien debe hacer recaer su fallo. A nosotros, meros articulistas de un periódico, sólo nos toca dar cuenta á nuestros lectores del objeto de la obra, de la posición del que la presenta á aquel supremo tribunal, de los puntos principales que abraza, de los documentos en que se apoya, y del poco ó mucho mérito literario que puede encerrar; tarea que hubiéramos llevado á cabo en un artículo solo, si las reflexiones que la publicación de estas memorias nos ha sugerido no nos hubieran obligado ya á traspasar los límites consentidos á semejante objeto por un diario como el nuestro. En otro número trataremos de dar cima á la labor que nos hemos impuesto lo mejor que los pocos conocimientos que nos adornan nos den á entender.





MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRINCIPE DE LA PAZ

ARTÍCULO SEGUNDO

En nuestro artículo anterior hemos indicado que los hombres perdonan más fácilmente el crimen que la fortuna. No somos nosotros quien lo decimos: verdad es harto conocida. La rápida elevación del príncipe de la Paz debió granjearle, pues, muchos y poderosos enemigos: la marcha de los acontecimientos del siglo contribuyó no poco á envolverle en la ruina de las viejas creencias; pero es fuerza ser imparcial, y no pedir á la débil humanidad más de lo que buenamente pueda dar de sí: la posición de un ministro de Carlos IV á fines del siglo pasado, y en la España de entonces, no era seguramente la de un jefe popular de revolución. Hacer por tanto un crimen al príncipe de la Paz de haber sido ministro de un déspota, y de haberse opuesto á la propaganda de la revolución francesa es juzgar al hombre de entonces según las ideas del día. El grito de la revolución lanzado á orillas del Sena y eco del norte de América, no tuvo ni podía tener en las demás naciones de Europa la mejor acogida: no hallándose los demás pueblos en la situación peculiar de la Francia, manifestóse en todos, más ó menos, una oposición no tanto debida á los naturales esfuerzos de sus gobiernos como á las costumbres mismas de los gobernados. Pruébanlo así entre nosotros los donativos verdaderamente voluntarios con que se anticipó la España á los deseos del gobierno de Carlos IV, y que excedieron con mucho á los que produjo en Francia misma el entusiasmo revolucionario. Espérese además en buen hora de los filósofos y de los escritores, de los tribunos de los pueblos, el empuje reformador; exigir empero de los reyes y de sus ministros que se derriben á sí mismos en favor de principios innovadores, es desconocer completamente la naturaleza de las cosas. Cuando aun en el día, y después del vuelo que han tomado las ideas de reforma, se ve constantemente á esos mismos tribunos del pueblo plantear, una vez llegados al poder, sistemas de resistencia contra los propios principios populares que los han elevado, querer que el favo-

rito de Carlos IV se hubiera constituído en la España de 1790 agente de la revolución francesa, es querer imposibles. La libertad no se da, se toma. Todo gobierno encierra por otra parte en sí un principio de *statu quo* sin el cual dejaría de ser gobierno, pues le faltaría el principio de la propia conservación. Ni la naturaleza de las cosas, ni el corazón humano, ni la política podían prestarse á semejantes exigencias; por tanto, sólo queda una manera racional de juzgar al príncipe de la Paz: es fuerza trasladarse á los tiempos en que ejerció su influencia, considerarle únicamente ministro de un gobierno monárquico absoluto, pues que este es un hecho innegable, y en tal concepto examinar si en calidad de tal su administración fué acertada ó desacertada, ominosa para el país, tiránica ó benéfica, estéril ó productiva. Y descendiendo después del ministro al hombre, considerar si los actos públicos de su vida, si su manera de existir y de usar de su favor y de su riqueza fué criminal y de escándalo para el país, por su influencia en las públicas costumbres.

Cuantos escritores españoles y extranjeros han hablado del príncipe de la Paz, copiándose unos á otros, han tratado de presentarle bajo una luz poco favorable; quién le presenta como un coplero, una especie de bardo ó trovador que conquistó el favor de una corte muelle con indignos manejos y serviles bajezas. Achácanle los desastres de la guerra con la Francia de 1793 á 1795, y los de la posterior con la Inglaterra en los años siguientes. Designado por Napoleón para una especie de trono improvisado sobre las ruinas del Portugal, ofrécenle á sus lectores como habiendo tenido gran parte en el viaje de Bayona y en la abdicación forzada de la familia real de España. Achacóle la voz pública proyectos de más temeraria ambición; díjose que había aspirado al trono español, y que para ello había malquistado, educado mal y aun calumniado al príncipe heredero, Fernando VII después, que entonces era el objeto de los deseos de la nación, porque así las naciones como los individuos están á veces sujetos á no saber lo que se desean.

El abate Pradt, el general Foy, el biógrafo Arnault, Jouy, el canónigo Escoiquiz, y el mismo Muriel, de quienes aquéllos se hicieron eco, han adoptado esas ideas y las han propalado. El silencio de don Manuel Godoy no hizo más que corroborarlas. Así que, don Manuel Godoy debía comenzar por explicar la causa de tan singular silencio. Parécenos que lo hace en sus memorias con tino y gran color de verdad. Ya hemos dicho que no nos erigimos en jueces; no nos creemos competentes para ello; sólo somos expositores de hechos. A la generación presente, á la juventud del día, ya separada de los acontecimientos, y menos interesada en ellos que nuestros padres, toca pesar las razones del proscripto.

Después de explicada la causa de su silencio, el príncipe pasa á dar la clave de su elevación. Seguramente éste era en sus memorias el punto más delicado, y que más ansiará la espectación pública ver aclarado; pero don Manuel Godoy, con una delicadeza extremada y propia de un español de los tiempos de Calderón, pasa rápidamente sobre esta circunstancia, y después de haber dado una explicación por lo menos verosímil, y de todo punto decorosa, se apresura á entrar en el descargo de sus actos administrativos.

Sea cual fuere la verdad, preguntaremos al lector si puestos en iguales circunstancias que el antiguo guardia de la real persona, ¿hubiera habido muchos que hubieran hecho voluntaria dimisión de la carrera que la fortuna les abría? Después de hecha esta pregunta, y de convenir en que el número de los héroes y de los santos es infinitamente pequeño en este miserable mundo, pasaremos á otra cosa.

Su posición para con la revolución francesa, en su apogeo cuando don Manuel Godoy obtuvo el ministerio, era harto difícil.

Sin embargo, en los dos primeros tomos que anunciamos de sus memorias, don Manuel Godoy trata de probar que la conducta que observó fué la que debió, la que no pudo menos de observar. Que ni precipitó la guerra, ni la esquivó; que en ella, á pesar del mal estado en que encontró al país, laureles y glorias se adquirieron que sostuvieron el buen nombre español; que esa guerra no costó esfuerzos gravosos á la nación; que conoció la hora y el momento en que, además de ser inútil y funesta aquella lucha, torcía su objeto, y que trató la paz no el primero, ni paz vergonzosa para nosotros, pues que la primera voz de paz vino de la república francesa, y pues que no nos costó ni una aldea, habiendo sido la España el único pueblo de Europa que al ajustar sus paces con la Francia no sufrió ningún desfalco en sus fronteras.

Que posteriormente no quiso ser agente de las miras de la Gran Bretaña, y, habiendo de luchar con ésta ó con la Francia, prefirió la

amistad de la república, salvando nuestro suelo de las desgracias sobrevenidas á los estados de Italia por su ciega obediencia á la Inglaterra; que nunca tomó sobre sí la responsabilidad de actos tan graves, sino que consultó el voto de los pueblos y el examen de los consejos del monarca.

Que el crédito en ambas guerras fué realzado y mantenido por la sencillez y la lealtad de sus operaciones y promesas.

Que no hubo durante su administración ni persecuciones ni grandes castigos; que trató de reprimir el primero en España el colosal poder de la inquisición, como lo logró; que amigo de las luces, de la ciencia y de las artes, les dispensó protección; y en realidad, al llegar aquí no podemos menos de llamar la atención de nuestros lectores para recordarles un punto importante. Don Manuel Godoy encontró estos ramos en la mayor decadencia, y si protegió ó no su renacimiento, díganlo por nosotros cien nombres ilustres que en ellos se distinguieron y lograron en su tiempo mercedes y distinciones.

Sabida es la protección que dispensó á Moratín; sabido es que á su época van unidos los nombres de Meléndez y Jovellanos, y otros infinitos que en ramos diversos presentaron un verdadero renacimiento en España: y seamos imparciales, recorramos las obras de los escritores de su tiempo, y será forzoso confesar que reinaba una amplitud para la imprenta con que en tiempos muy posteriores nos hubiéramos contentado aun los más descontentadizos.

No es menos interesante para lectores españoles la copia de documentos importantes y fidedignos con que don Manuel Godoy autoriza sus memorias.

En cuanto al estilo, confesaremos que tiene el mérito de descubrir al hombre: desigual en gran manera, y viciado en general por la larga expatriación, hemos notado con todo que siempre que habla el corazón, que siempre que el autor, inspirado de la amargura de su situación, vuelve los ojos á esta patria que tan tristemente lo ha juzgado, corren de su pluma páginas tiernísimas, elocuentes, ciceronianas; en vano se buscarían ya en ellas galicismos ni defectos gramaticales; evidente prueba de que el entusiasmo es la gran regla del escritor, y el único maestro de lo bello y de lo sublime.

Esa misma desigualdad constituye la originalidad de las memorias. Es imposible, leyéndolas, no dudar muchas veces, no juzgar algunas en favor del proscripto, no asustarse del poder de la opinión y de las consecuencias de ésta, si una vez se ha torcido ó maleado; es difícil no derramar algunas lágrimas sobre la suerte de un hombre que si hubiese sido calumniado, como pretende probar, nadie después de él tendría derecho á creerse desgraciado.

Nosotros ansiamos la conclusión de la publicación de estas interesantes memorias, que tanta luz van á dar á la historia del reinado de Carlos IV, poco conocido y mal apreciado: y en el ínterin, sin prejuzgar nada acerca de la culpabilidad del acusado, sin negar la perniciosa influencia que semejantes elevaciones colosales tienen en la moral de un pueblo, sin decir que el príncipe de la Paz fuese un grande hombre, antes creyéndole inferior á las difíciles circunstancias al frente de las cuales se halló, nosotros, sin embargo, aconsejamos á nuestros lectores que lean las memorias antes de confirmar ó de alterar sus juicios. El derecho de ser oído lo tiene todo el mundo; acordémonos generosamente de que ese es el único de que la suerte no ha podido despojarle. Triste resto de la grandeza pasada; miserable derecho, cuando no hay otro, y terrible ejemplo á la par de las vicisitudes humanas.



MARGARITA DE BORGOÑA

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS

La última vez que tuvimos que hablar del célebre autor de esta composición dramática insistimos en la ventaja que á sus contemporáneos y rivales lleva en el artificio de sus comedias, en el interés que sabe darles, en el profundo conocimiento que tiene del corazón humano y de los efectos teatrales.

Si á alguno pudiera haberle quedado duda acerca de tales calificaciones, la representación de *La Tour de Nesle*, vertida al castellano con algunas alteraciones del original y bajo el título de *Margarita de Borgoña*, las podría desvanecer completamente, porque esa es la obra donde Alejandro Dumas hace más gala y ostentación de aquellas dotes.

Asunto medio histórico, medio fantástico, enlazado con las costumbres de una época fecunda [illegible] argumentos de gusto moderno, el autor le ha combinado á su manera, más bien á nuestro corto entender con la idea de producir efecto en el teatro que con la de pintar carácter ni pasión alguna. Menos aun se podría inferir que tuviese un objeto moral. Una intriga fuertemente trabada, efectos prodigiosos artificiosamente preparados, novedad en algunos resortes dramáticos, osadía en las formas, sacudidas violentas y dolorosas para el espectador: he aquí la idea del autor en *La Tour de Nesle*. Idea llevada á cabo de una manera admirable, y que no permite al auditorio salir un momento de la sala mientras no ve concluída la acción y satisfecha su curiosidad; pero idea al mismo tiempo que constituye la inferioridad de esta obra con respecto á las demás del autor. Es lo que llaman los franceses un *tour de force*, una muestra del poder del ingenio, un ejemplo de lo que se puede imaginar y hacer en el teatro, pero sin resultado, sin consecuencia, como el salto mortal de un atleta, que una vez visto y admirado, nada deja en el fondo del alma, sino el cansancio angustioso que se tiene después de ver un gran peligro eludido. En *Enrique III y su corte*, del mismo autor, predomina un objeto histórico; en *Antony*, una intención política casi, y por lo menos se revela allí un sistema social nuevo; es un ariete dirigido contra la actual organización de la sociedad, contra las ideas viejas, es una invasión en el porvenir, más ó menos verdadera y exagerada como analizándola tuvimos ocasión de decir; pero, en fin, tiene una importancia muy trascendental. En *Catalina Howard* reina el deseo de pintar una pasión, la ambición, que como toda pasión cuando se halla elevada al grado de vehemencia posible, absorbe todas las facultades del ser y crece en el corazón á costa de todas las demás.

Pero en *La Tour de Nesle*, lo repetimos, no hay más importancia ni más mira profunda que la de desenvolver una intriga aterradora, por medios aún más aterradores. Supone más ingenio, pero menos talento; más conocimiento del hombre que concurre al teatro, que del hombre que vive en el mundo. Por eso nosotros sentimos que los traductores, pues parece que han sido dos, hayan creído poder alterar el título, porque siendo éste tan vago é indeterminado como su autor se lo ha puesto, á nada le comprometía; al paso que trasladar toda la importancia del drama y hacerla recaer sobre un personaje histórico como Margarita de Borgoña, es comprometer á Alejandro Dumas á deberes que él mismo no se ha impuesto.

Los demás cortes y las otras alteraciones que han sido hechas en *La Tour de Nesle* al trasladarla á la escena española, parecen haber sido concesiones hechas á nuestras costumbres y á la delicadeza de nuestro público. Si esto resulta en disfavor del drama y del autor que necesita un público hecho á su manera y educado expresamente para él, ó en disfavor del público español, esto sólo los traductores, que se han erigido jueces, prejuzgando la cuestión, se atreverán á decirlo. Nosotros permanecemos en la mayor duda, y no quisiéramos ofender ni á nuestro público ni al célebre Dumas.

Difícil, pesado, inútil nos parece presentar en fila las escenas de *La Tour de Nesle*, ni detallar su argumento. Suponiendo, pues, que el que nos lea ha visto ó leído el drama, y que el que no lo ha visto ni leído no ha de leer nuestro artículo, nos ahorraremos esa labor insípida y que nunca favorece á la composición en cuestión, porque tales análisis periodísticos nos producen el mismo efecto que produciría un amante ó un enemigo de una mujer que para hacer formar una idea de su belleza ó de sus defectos enseñase á las gentes su esqueleto.

Vamos á combatir de paso algunas de las in-

culpaciones hechas á estos dramas y al género á que pertenecen, lo cual no haremos sin decir antes que el hombre es exclusivo, generalmente hablando, en sus aficiones, de donde resulta que todo lo exagera; y que rara vez se coloca en el punto crítico y circunscrito de la verdad. Inferir de la languidez de las comedias clásicas de la escuela antigua que es forzoso para animar una comedia ponerle un asesinato en cada escena, es un extremo de los horrores prodigados en *La Tour de Nesle;* inferir que sólo son buenas las comedias que pintan lenta y fríamente las pequeñeces de un enamorado ó de un pródigo, es otro extremo. Tan mal nos parece á nosotros una comedia lánguida, á causa de los escrúpulos de una escuela, como un tejido de horrores, no menos inverosímil, hijo de una completa despreocupación. Porque al fin, ¿cuál es el objeto del arte? ¡Retratar á la naturaleza! Pues bien, ni la naturaleza es tan comedida y corta de genio y de recursos, tan moderada y encajonada en reglas como la vistieron los clásicos, ni es tan desordenada y violenta como los románticos la disfrazan. Pero si la avaricia, considerada bajo su aspecto más sutil y de menos trascendencia, puede hacer reir, y si la pintura de un avaro puesto en ridículo por sus mezquindades puede ser la verdad, y corregir avergonzando, hágase en buen hora de ese asunto una comedia. Verdad será, y será la naturaleza, y cumplirá con un objeto, el de retratar á los hombres. Mas si al propio tiempo esa misma avaricia desarrollada y puesta en situaciones particulares deja de ser ridícula, y mirada bajo otro aspecto pasa á ser violenta, y arma la mano del hombre con un puñal, y pintada así puede conmover, y presenta al hombre los riesgos de sucumbir á semejante pasión, y puede ser también la verdad y corregir horrorizando, hágase en buen hora un drama fúnebre y lacrimoso. Verdad será, y será la naturaleza, y cumplirá con el propio objeto de retratar á los hombres.

Porque, tengamos lógica y seamos consecuentes: si la pintura de un avaro que hace reir corrige según los clásicos á los avaros, ¿por qué la pintura de un asesino que hace temblar no ha de corregir á los asesinos? ¡No es inmoral retratar á un jugador, y es inmoral retratar á un homicida!

Tales inculpaciones son hijas de la rutina. La naturaleza es el objeto del arte, lo repetimos; si es tan cierto que el hombre mata y que juega, no vemos una razón para que el homicidio salga de la jurisdicción del teatro. El deber, pues, del poeta no es el de separar estos ó aquellos asuntos, sino escoger el que mejor le parezca, y ese presentarle con verdad. Los medios, los verosímiles, y nosotros sólo recusamos la inverosimilitud: en la inverosimilitud entra la eterna conversación, el sonsonete de máximas y sentencias de la antigua comedia clásica, en la cual nadie se propasa, en la que nadie siente fuertemente y con vehemencia, porque eso es mentira; y entra también la acumulación de crímenes, la dureza y la calma de un criminal, porque eso también es mentira, y no hay ser, por feroz que sea, que no tenga un rincón en su existencia reservado para un sentimiento dulce.

Tal es la mezcla de la naturaleza, tal debe ser la mezcla del arte que tiende á representarla. Los ascos que muchas gentes hacen á los horrores del teatro semejan á los que hacen á los toros multitud de personas que vemos sin embargo en ellos. La prueba es que los señores clásicos que reconvienen á los románticos de amigos de crímenes, no se acuerdan de que su teatro clásico es un puro crimen, porque, al fin, ¿quién es Medea, y quién Edipo? ¿Qué gente es toda la familia de Atreo? ¿Dónde se pueden encontrar criminales más feroces, dónde los envenenadores y los asesinos con más frecuencia que en las familias de reyes y príncipes, monopolizadoras exclusivas de la tragedia clásica?

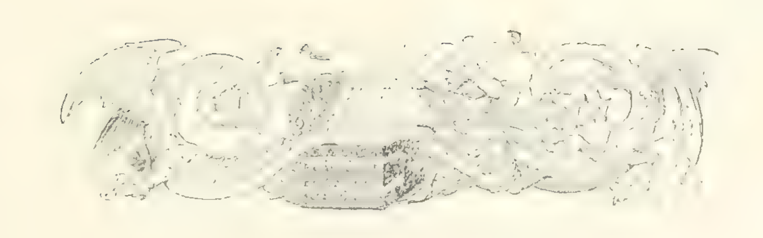
¡Oh! No se puede venir al teatro. ¡La Tour de Nesle! ¡El incesto, el adulterio, el parricidio! ¿Y qué es Edipo, y Jocasta? ¿Qué es Fedra? ¿Qué es Nerón sino un envenenador, sino la Lucrecia Borgia de Racine y del teatro clásico?

Parcialidad nada más y miseria en los juicios de los hombres. Cuando esos horrores no son verdad, entonces los recusaremos; cuando estén mal manejados, mal presentados, entonces daremos la razón á los enemigos del género: entretanto nosotros admitimos los géneros todos y todas las escuelas.

Por otra parte, hemos dicho algunas veces dos verdades que repetiremos. Primera, que la literatura no puede ser nunca sino la expresión de la época: volvamos la vista á la época, y abracemos la historia de Europa de cuarenta años á esta parte. ¿Ha sido el género romántico y sangriento el que ha hecho las revoluciones, ó las revoluciones las que han traído el género romántico y sangriento? Que españoles nos digan en el día que los horrores, que la sangre no está en la naturaleza, que nos añadan que el teatro nos puede desmoralizar, eso causa risa; pero aquella risa homérica, aquella

risa interminable de los dioses de la Iliada. Segunda verdad. Que el hombre no es animal de escarmiento, y, por tanto, que el teatro tiene poquísima influencia en la moral pública; no sólo no la forma, sino que sigue él paso á paso su impulso. Lo que llaman moral pública tiene más hondas causas: decir que el teatro forma la moral pública, y no ésta el teatro, es invertir las cosas, es entenderlas al revés, es lo mismo que decir que un hombre cavila mucho porque es calvo, en vez de decir que es calvo porque cavila mucho. Cuando nos enseñen una persona que se haya vuelto santa de resultas de una comedia de Moratín, nosotros enseñaremos un hombre que haya dejado de ser asesino por haber asistido á un drama romántico. ¿Pervierte la moral pública representar á un particular que asesina llevado de una pasión en un drama, y no pervierte la moral pública un rey asesinando á su hermano en una tragedia? El hijo de Lucrecia es inmoral; pero es muy moral Orestes, y más moral todavía Agamenón matando á su hija, los hijos de Edipo matándose uno á otro, etc., etc. ¿Y en la comedia clásica misma, en Molière, en Moratín, hay otra cosa que hijos que se burlan, que se mofan de sus padres, mujeres que buscan las vueltas á sus maridos, puestos en ridículo porque quieren conservar la virtud de sus mujeres, tramposos entronizados, y acreedores escarnecidos? Todo eso es muy moral.

Seríamos injustos si antes de dar fin á este artículo no dijéramos que la representación de *La Tour de Nesle*, que tales reflexiones nos ha sugerido, ha sido de las mejores que en Madrid hemos visto.





EL DIA DE DIFUNTOS DE 1836

FIGARO

EN EL CEMENTERIO

Beati qui moriuntur in Domino.

En atención á que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir á esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en qué artículo escribí (en los tiempos en que yo escribía) que vivía en un perpetuo asombro de cuantas cosas á mi vista se presentaban. Pudiera suceder también que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte, cuestión en verdad que dejaremos á un lado por harto poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho, ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que así fuese, hoy día de difuntos de 1836 declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He visto tanto, tanto, tanto... como dice alguien en *El Califa.* Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y así es que al amanecer un día de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan, sucédeme sí que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el día de los Santos, y fundado en el antiguo refrán que dice: *Fíate en la Virgen y no corras* (refrán cuyo origen no se concibe en un país tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendábame á todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que sólo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía; un hombre que cree en la amistad y llega á verla por dentro, un inexperto que se ha enamorado de una mujer, un heredero, cuyo tío indiano

muere de repente sin testar, un tenedor de bonos de Cortes, una viuda que tiene asignada pensión sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto, un grande que fué liberal por ser prócer, y que se ha quedado sólo liberal, un general constitucional que persigue á Gómez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del *Mundo* en la cárcel en virtud de la libertad de imprenta, un ministro de España, y un rey en fin constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que á mí me acosaba, me oprimía y me abrumaba en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvía en un sillón de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la frente, como si fuese mi mal mal de casado, ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, á guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis dedos otros tantos gobiernos, ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase más esperanza que en él, ora la bajaba avergonzado como quien ve un faccioso más, cuando un sonido lúgubre y monótono, semejante al ruido de los partes, vino á sacudir mi entorpecida existencia.

¡Día de difuntos! exclamé; y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiase su propia muerte. Ellas también, las campanas, han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo: ellas también van á morir á manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España ¡santo Dios! que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entonces á su término; por una reacción natural cuando se ha agotado una situación, ocurrióme de pronto que la melancolía es la cosa más alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversión... fuera, exclamé, fuera, como si estuviera viendo representar á un actor español, fuera, como si oyese hablar á un orador en las cortes, y arrojéme á la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada á Gómez.

Dirigíanse las gentes por las calles en gran número y larga procesión, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores: ¡al cementerio, al cementerio! ¡Y para eso salían de las puertas de Madrid!

Vamos claros, dije yo para mí, ¿dónde está el cementerio? ¿fuera ó dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé á ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.

Entonces, y en tanto que los que creen vivir acudían á la mansión que presumen de los muertos, yo comencé á pasear con toda la devoción y recogimiento de que soy capaz las calles del grande osario.

Necios, decía á los transeuntes, ¿os movéis para ver muertos? ¿no tenéis espejos por ventura? ¿ha acabado también Gómez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, á vosotros mismos, y en vuestra frente veréis vuestro propio epitafio! ¿Vais á ver á vuestros padres y á vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta, y que ningún jurado se atreveria á encausar y á condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y esa la obedecen.

¿Qué monumento es este? exclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio.

¿Es el mismo un esqueleto inmenso de los siglos pasados, ó la tumba de otros esqueletos? *¡Palacio!* Por un lado mira á Madrid, es decir, á las demás tumbas; por otro mira á Extremadura, esa provincia virgen... como se ha llamado hasta ahora. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo:

Y ni los v... ni los diablos veo.

En el frontispicio decía: «*Aquí yace el trono;* nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado.» En el basamento se veían cetro y corona, y demás ornamentos de la dignidad real. La *Legitimidad*,

figura colosal de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habían divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud.

Y este mausoleo á la izquierda. *La armería.* Leamos.

Aquí yace el valor castellano, con todos sus pertrechos. R. I. P.

Dos ministerios: Aquí yace media España: murió de la otra media.

Doña María de Aragón. Aquí yacen los tres años.

Y podía haberse añadido: aquí callan los tres años. Pero el cuerpo no estaba en el sarcófago; una nota al pie decía:

El cuerpo del santo se trasladó á Cádiz en el año 23, y allí por descuido cayó al mar.

Y otra añadía, más moderna sin duda: *Y resucitó al tercero día.*

Mas allá: ¡santo Dios! *Aquí yace la Inquisición, hija de la fe y del fanatismo: murió de vejez.* Con todo, anduve buscando alguna nota de resurrección: ó todavía no la habían puesto, ó no se debía de poner nunca.

Alguno de los que se entretienen en poner letreros en las paredes había escrito sin embargo con yeso en una esquina, que no parecía sino que se estaba saliendo, aun antes de borrarse: *Gobernación.* ¡Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes! Ni los sepulcros respetan.

¿Qué es esto? *¡La cárcel! Aquí reposa la libertad del pensamiento.* ¡Dios mío, en España, en el país ya educado para instituciones libres! Con todo, me acordé de aquel célebre epitafio y añadí involuntariamente:

Aquí el pensamiento reposa,
En su vida hizo otra cosa.

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veían en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma, dije para mí, ¿es la de los escritores, ó la de los escribanos? En la cárcel todo puede ser.

La calle de Postas, la calle de la Montera. Estos no son sepulcros. Son osarios, donde, mezclados y revueltos, duermen el comercio, la industria, la buena fe, el negocio.

Sombras venerables, ¡hasta el valle de Josafat!

Correos. ¡Aquí yace la subordinación militar!

Una figura de yeso, sobre el vasto sepulcro, ponía el dedo en la boca; en la otra mano una especie de jeroglífico hablaba por ella: una disciplina rota.

Puerta del Sol. La Puerta del Sol: ésta no es sepulcro sino de mentiras.

La Bolsa. Aquí yace el crédito español. Semejante á las pirámides de Egipto, me pregunté, ¡es posible que se haya erigido este edificio sólo para enterrar en él una cosa tan pequeña!

La Imprenta Nacional. Al revés que la Puerta del Sol. Este es el sepulcro de la verdad. Única tumba de nuestro país, donde á uso de Francia vienen los concurrentes á echar flores.

La Victoria. Esa yace para nosotros en toda España. Allí no había epitafio, no había monumento. Un pequeño letrero que el más ciego podía leer decía sólo: *¡Este terreno le ha comprado á perpetuidad, para su sepultura, la junta de enajenación de conventos!*

¡Mis carnes se estremecieron!! Lo que va de ayer á hoy. ¿Irá otro tanto de hoy á mañana?

Los Teatros. Aquí reposan los ingenios españoles. Ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripción.

El Salón de Cortes. Fué casa del Espíritu Santo; pero ya el Espíritu Santo no baja al mundo en lenguas de fuego.

Aquí yace el Estatuto.
Vivió y murió en un minuto.

Sea por muchos años, añadí, que sí será: éste debió de ser raquítico, según lo poco que vivió.

El Estamento de Próceres. Allá en el Retiro. Cosa singular. ¡Y no hay un ministerio que dirija las cosas del mundo, no hay una inteligencia provisora, inexplicable!! Los próceres, y su sepulcro en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincón.

Pero ya anochecía, y también era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía á muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital toda ella, se removía como un moribundo que tantea la ropa: entonces no ví más que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponía á cubrirle como una ancha tumba.

No había *aquí yace* todavía; el escultor no quería mentir; pero los nombres del difunto saltaban á la vista ya distintamente delineados.

¡Fuera, exclamé, la horrible pesadilla, fuera! ¡Libertad! ¡Constitución! ¡Tres veces! ¡Opinión

nacional! ¡Emigración! ¡Vergüenza! ¡Discordia! Todas estas palabras parecían repetirme á un tiempo los últimos ecos del clamor general de las campanas del día de difuntos de 1836.

Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no há mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! Tambien otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! *¡Aquí yace la esperanza!!*

¡Silencio, silencio!!!

EL PILLUELO DE PARIS

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS

En todo este mes no nos había ofrecido la dirección del teatro del Príncipe más que una novedad, titulada: *Una causa criminal*, la cual reputamos en nuestro corto entender tan mala, que el silencio nos pareció el único juicio que de ella pudiera hacerse. Una intriga más embrollada que el mismo país, y media docena de situaciones tan violentas é inverosímiles como una revolución sin hombres, formaban su tejido. Por tanto la dejamos dormir en paz en el repertorio del coliseo, adonde sin duda ha vuelto silbada y cabizbaja á confundirse con esa multitud de novedades que diariamente se nos dan, y cuya fama no excede la corta vida del cartel que las anuncia.

Pero *Le Gamin de París* es otra cosa. Esta comedia ha producido grande efecto en el país para que ha sido escrita, y su traducción, si no ha llamado gente por la desconfianza que de las novedades tiene el público, ha gustado más de lo que suelen esas composiciones que no están en armonía con nuestras costumbres.

Lo que los franceses llaman *Le Gamin de París* es un tipo original que en ningún otro pueblo del mundo tiene su semejante; producto de la confusión y de la vitalidad de aquella capital, el *Gamin* es propiamente el muchacho de la clase del pueblo que vive, más que en su casa, en las calles y plazuelas, no precisamente haciendo picardías ó aprendiendo para ratero, como entre nosotros se podía decir de los chicos de la candela, sino que vagamundea, travesea, alborota y crece sólo por su propia fuerza, sin apoyo especial de nadie, sino apoyado en la sociedad toda entera que le cobija y da lugar entre los intersticios de sus diferentes clases é individuos. El *Gamin de París* no es por consiguiente el Pilluelo, como el traductor ha creído, y más que lo diga Taboada, porque la voz *pilluelo* siempre envuelve una idea mala y alude á un carácter de torcida índole ó viciado, que el *Gamin de París* puede no tener.

Si el traductor conociese *El libro de los ciento y uno*, esa colección de buenos y malos cuadros de costumbres parisienses, no hubiera calumniado de esa suerte al pobre protagonista de la comedia nueva.

La intriga de ésta es fácil de exponer á nuestros lectores. El hijo de un general del imperio, y noble de nuevo cuño, se ha enamorado de una pobre muchacha del pueblo, y, no creyendo poder conseguir su amor si se presenta con su verdadero nombre, pasa á sus ojos por un artista pobre y la seduce. El *Gamin de París*, hermano de la víctima, indaga la verdadera posición del *cuyo*, y cuando sabe que su sangre pobre ha sido deshonrada por la del conde, inventa medios de hallar satisfacción; se avista con el general, y ayudado de una penetración que en nuestras costumbres españolas parece inverosímil á su edad, llega á poner las cosas en términos de que el general satisfaga el honor de su familia obligando á su hijo á casarse con la plebeya hermosura, á pesar del orgullo y de las preocupaciones de clase que parecían separar para siempre los dos corazones unidos por el amor.

Domina en esta comedia, como á primera vista se echa de ver, la antigua lucha suscitada en el siglo XVIII por la filosofía enciclopédica entre el pueblo y la nobleza, lucha amortecida por el despotismo militar del hombre á quien llaman del siglo, porque sujetó al siglo, pero lucha que revivió más viva con la revolución del año 30.

La revolución francesa derribó la antigua nobleza y mató el prestigio hereditario; el hombre del siglo necesitó rodearse de una nobleza por dos razones: 1.ª Porque habiendo dado en el capricho de descender y de trocar su corona de laurel por la de oro, le era necesario adaptarse á la pequeñez humana creándose un palacio, y por consiguiente hubo de alhajarle con todo el ornato y mueblaje de tal, es decir, con palaciegos. 2.ª Porque si el prestigio heredita-

rio puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son; están en la naturaleza, donde no existen dos pueblos, dos ríos, dos árboles, dos hojas de un árbol iguales; ni se concibe de otra manera un orden de cosas cualquiera: monarquías y repúblicas, todas las formas de gobierno sucumben en este particular á la gran ley de la desigualdad establecida en la naturaleza, por la cual un terreno da dos cosechas cuando otro no da ninguna; por la cual un hombre da ideas, cuando otro no da sino sandeces; por la cual son unos fuertes cuando son débiles otros: ley preciosa, única garantía de alguna especie de orden con que selló la Providencia su obra, ley por la cual ahora como antes, después como ahora, la superioridad, la fuerza, el mérito ó la virtud se sobrepondrán siempre en la sociedad á la multitud para sujetarla y presidirla.

Y esta fué precisamente la única aristocracia que el hombre del siglo admitió, suplantando la antigua nobleza hereditaria con la nobleza de sus compañeros de armas, cuyos pergaminos había ido hallando cada cual en los campos de batalla.

El autor del *Gamin de París*, llevado de la idea favorita de los escritores de su escuela, pone en contraste la pobre honradez de la familia plebeya, artesana y trabajadora, que representa á la humanidad oprimida, con el orgullo, el ocio y el vicio de la familia rica y decorada, que representa el abuso y la tiranía.

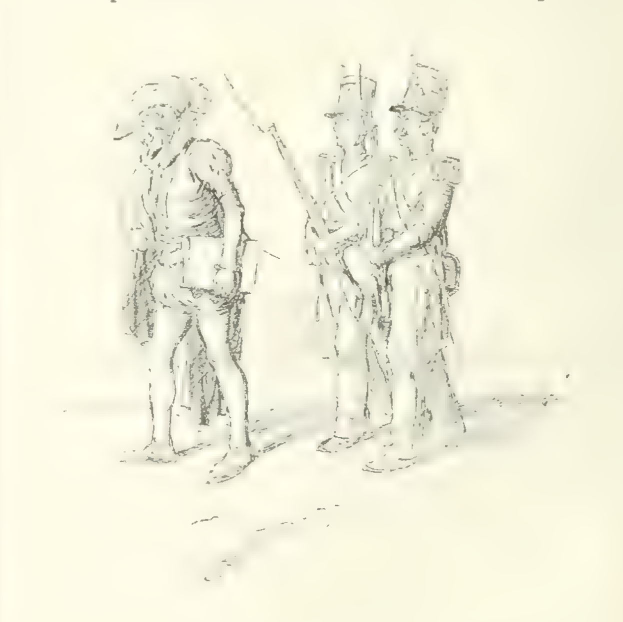
Grave cuestión podríamos mover aquí sobre este contraste, base de tan larga lucha: nosotros la decidiríamos en nuestro pobre juicio manifestando algunas verdades que podrían saber mal, pero que no por eso dejarán de ser verdades. Diríamos que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal de que no hay que echar la culpa á nadie sino á la naturaleza de las cosas, á la altura de la civilización á que el siglo se encuentra; añadiríamos que todo abuso fundado en la supremacía del dinero ó de la clase, es un contrasentido, y que las instituciones políticas más perfectas serán aquellas que mejor garanticen á pobres y á ricos igualmente el ejercicio de sus respectivos derechos; en este sentido nunca tendrá un pueblo bastante libertad.

Pero una vez concedida esta base importante, una vez confesada la desigualdad de fortunas, se nos figura que el continuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no es pereza; en la Europa moderna el trabajo es una puerta abierta á todos para la riqueza; el talento un camino ancho á todos para el poder. Y después, descendiendo al objeto de este artículo, confesaremos que no vemos que los pobres sean siempre necesariamente virtuosos, y el noble y el rico siempre unos bribones. Nosotros creemos que la pobreza tiene los defectos y los vicios peculiares de este estado, que seguramente no es el más envidiable, así como el bienestar de los nobles y los ricos tiene los suyos.

Si la ociosidad hace malo al rico, la necesidad hace malo al pobre: si el aristócrata es ambicioso, intrigante y seductor de mujeres, el pobre suele ser ladrón, bajo y embustero; todo está, pues, compensado, y ya sería tiempo, si viviésemos en un siglo de ilustración, como tan petulantemente se pretende, que comenzasen los hombres á ser justos y á no echarse en cara unos á otros parcialmente, no sus defectos, sino los defectos del hombre en general, según la situación en que se encuentra.

Nuestro Cervantes, que felizmente no floreció en el siglo de la ilustración, es decir, de la hipocresía y de la mentira, en el siglo de las caretas políticas y de las sonajas al uso de los pueblos, decía en alguna parte, hablando del pobre, *si es que el pobre puede ser honrado.*

Bien es verdad que Cervantes en el día con toda su profundidad filosófica acabaría proba-



blemente por ser deportado á Canarias, *por sospechoso de desafecto*, en atención á que, si mal no nos acordamos, decía también en otro lugar de sus escritos, hablando del andar en coche, *que todo otro andar es andar á gatas;* frases bastantes para dar la medida de sus aristocráticas y criminales aficiones.

FIGARO DADO AL MUNDO

Et resurrexit tertio die.

Pasión según los evangelistas.

En punto á pasiones estoy ¡vive Dios! por la de nuestro Señor Jesucristo: óiganme los que no sean sordos, esto es, los que no sean ministros, y quiero ser diputado para estas Cortes y aprobar las medidas desmedidas, si no me dan cuantos me lean la razón.

Recorramos las demás pasiones. Si la ambición es algo, es en gracia de suponerse que el que llega á mandar á sus semejantes (si el que manda tiene semejantes) les es en mérito y talento superior; por consiguiente en España es preciso ser muy modesto para ser ambicioso.

No quiero hablar de la avaricia. Pasión de ricos. ¿Qué más quisiéramos nosotros que poder ser avaros? Pero para guardar algo es preciso tener algo.

No digo nada de la envidia. Francamente. Mirémonos despacio unos á otros. ¿A quién tener envidia? ¿Qué es ganga aquí? ¿Ser empleado? Un empleado es como camisa de pobre, que tira todo lo más de domingo á jueves. ¿Ser propietario? En España todos tienen su viña á orillas del camino. ¿Tener ejecutorias de nobleza? Es como poseer papel del Estado. ¿Ser liberal? Tal cual teniendo casa en Canarias... ¿Ser ministro? Es casi mejor ser liberal. ¿Ser escritor? Es mejor ser ministro, como es mejor ser gato que ratón.

En una palabra, es preciso no tener sentido comun para tener envidia en España.

Entremos con el amor. Pero esta no es pasión, que es tontería, y si fuera pasión, sería la que más se pareciera á la de nuestro Señor Jesucristo.

Dejemos en paz las demás pasiones que no hacen á nuestro propósito; yo doy la preferencia á esta última, porque de las demás he oído decir que han llevado á muchos al sepulcro, y si bien la de nuestro Señor Jesucristo no tuvo en eso mejor fin que las otras, le encuentro al menos la ventaja de ser la única de la cual una vez muerto se resucita al tercero dia.

Estoy decididamente por aquel género de muerte de que se resucita: para no resucitar no vale la pena de morirse; de suerte que cuando en mi último artículo quedaba en el cementerio, me hallaba precisamente en el mismo caso que aquel de quien se cuenta que reconvenido porque oía con raras muestras de alegría un sermón de Pasión, respondió: «Es que estoy en el secreto.—¿Qué secreto?—Toma, repuso, en que ha de resucitar al tercer día.»

Yo que me conozco, que sé mejor que nadie hasta qué punto soy capaz de vivir en un cementerio, sabía también que había de volver, como mi Divino Maestro, á juzgar á los vivos y á los muertos.

Héme aquí de nuevo saliendo de entre las tumbas, impasible como un muerto; sacando la cabeza por entre las ruinas como un secretario de la Gobernación; impalpable, imprendible, inconfinable, como cuerpo glorioso, y no dándoseme nada por nada, como alma de barbero; bacía debajo del brazo, como tienen la cabeza la mayor parte de las gentes que en vida y en muerte traté; y navaja en mano, buscando barbas que hacer, como tienen el estilo los más de los oradores del día; páseseme el sustantivo por adjetivo en la actual confusión de cosas, para que pueda haber juego de palabras, juego inocente en un país donde se juega á la bolsa y á las conspiraciones descubiertas.

Regañón y mal humorado en mi primera vida, dábame al diablo por cualquier cosa; después de salido del cementerio, héme ya otro hombre, determinado en lo sucesivo á darme al mundo en lugar de darme al diablo. En mi entender es un error decir que cierra uno el ojo cuando baja á la tumba; el cementerio me ha abierto los míos: convencido de esa verdad, juro á Dios, á fe de Fígaro, que no les deseo á los que nos dirigen otro mal, sino que aprendan más de lo que saben, y ruego á Su Divina Majestad en consecuencia que les haga pasar por unos cuantos años de cementerio. Hombres además tan amigos de la igualdad como de sus discursos parece, y tan desiguales en todo de los demás, como de sus actos consta, han menester para igualarse con ellos pasar por ese aprendizaje, si es verdad, como comunmente se dice, que la muerte lo iguala todo.

Los filósofos cristianos han llamado unánimemente al mundo un valle de lágrimas; á ningún mundo viene más de molde esa lacrimosa

y romántica calificación que á éste donde voy á hacer mi entrada, mundo de dolor y de amargura, de fisonomías de Cortes y de comunicados; no se puede dar un paso en él sin tropezar con la triste verdad. Porque, ¿qué verdad más triste que un periódico de la oposición?

Según ellos, las almas piadosas debemos creer que estamos en el mundo de paso. ¿A quién podrá cuadrar esta sentencia mejor que á los redactores de este periódico? Si á nosotros aludieron los filósofos al sentar aquella proposición, sin duda quisieron decir que estábamos de paso para Canarias. El padre Almeida asegura que en el mundo no hacemos más que una peregrinación: ¡oh padre perspicaz! Peregrinación sin duda á las islas adyacentes por medios verdaderamente peregrinos; ni nos falta el palo para seguir nuestro camino; cada día nos dan alguno nuevo y no esperado; no nos falta la calabaza; ni ¿cómo pudiera faltarnos en país donde cada hombre que sale y sube, y se da á luz, sale calabaza? ni las reliquias en fin, porque ¿qué otra cosa es todo lo que estamos viendo sino reliquias de lo pasado? Y si no tenemos sandalias, hagámonos cargo de que parte de la peregrinación se ha de hacer por mar, y en cambio tenemos zapatos, mientras nos queden treinta y siete reales en el bolsillo propio ó en el ajeno. Y zapatos ingleses que no hay sino decir: pies, ¿para qué os quiero sino para estos zapatos? Verdadera peregrinación, durante la cual nunca sabemos dónde nos tomará la noche, si bien nos consta que haremos noche, y, aun en caso de no tomarnos la noche, todas las demás cosas nos tomarán inclusas las medidas.

Estamos de acuerdo en todo y por todo con el padre Almeida, hasta cuando dice que no es en este mundo donde está la felicidad, verdad que no necesita que se la diga el padre Almeida á quien tiene ojos en la cara; á la salida de este mundo está, venerable padre, y el enigma se ha descubierto, porque saliendo de él como saldremos para Canarias, debemos tener presente que los antiguos llamaban á estas islas las islas fortunadas, es decir, la mansión de la felicidad: así sea, que pronto lo hemos de ver.

Hecha nuestra entrada en este miserable mundo, mundo de persecución y de justicia, mundo de desengaños y de fiscales de imprenta, mundo todo de jueces de hecho, y de denuncias y delaciones, recibamos el bautismo de sangre, primer sacramento que recibe todo cristiano que entra en él, y aguardemos con resignación el sacramento no menos serio de la penitencia que á vuelta de hoja nos espera. Váyase porque tampoco hay otros sacramentos; el de las órdenes no debe dar cuidado á quien como nosotros está dispuesto á no obedecerlas; el de la comunión lo dejamos para otros fieles, en tiempos como estos en que nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino; en cuanto al del matrimonio, bastante infierno tenemos con el señor juez y el fiscal de imprenta, con quienes parece que estamos casados, según lo mal que nos llevamos. Nosotros no nos casamos con nadie, y sólo nos parecemos á las demás gentes del mundo en estar casados con nuestra opinión, bien diferentes en eso de las gentes que gobiernan, que cada día tienen una, verdaderos sectarios en ese punto de la poligamia, y de las costumbres de Oriente, por más que á primera vista parezcan personas enteramente desorientadas y que pierden el tino á un dos por tres.

Individuos ya del mundo, saludamos á nuestra entrada á los que en él nos han precedido, y, preparados á la lid que nos espera, le consideramos como un circo romano, en el cual vamos á luchar con las fieras; no nos parece necesario indicar quiénes son las fieras y quiénes somos nosotros; y vueltos al César, al tirano, es decir, al gobierno, pronunciamos, como los atletas que van á morir, la antigua fórmula de costumbre:

Cesar, morituri te salutant; es decir, *ministerio Calatrava, los escritores que vas á desterrar te saludan.*

Después de tomada la venia de la autoridad, sólo nos resta quitarnos la montera con desenfado, y ofrecer la primera fiera que caiga á la salud del presidente y de toda la concurrencia.

Pero si nosotros caemos, caeremos al menos como hombres de mundo, moriremos cantando como *canarios*, es decir, enjaulados, ya que la suerte quiere que no haya jaulas en España sino para los vivientes de pluma, que no son otra cosa los escritores.

FELIPE II

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS Y SIETE CUADROS

El teatro envejece diariamente y caduca, no en España sólo, donde la existencia parásita que arrastra hace años le hace infinitamente subalterno, sino en la Europa entera, á cuya civilización moderna ha debido una vida brillante por largos siglos. Verdad es que esta diversión se remonta en la antigüedad á los tiempos oscuros de la tradición; verdad es que su existencia, más ó menos perfeccionada, en diversos países y en distintos tiempos, parece probar que es inherente á la naturaleza humana. Vestigios de representaciones informes se han encontrado en regiones que no podían haber recibido influencia ninguna de la Europa; sabido es que en la China, en ese trozo aislado del mundo, cuya civilización ha seguido un rumbo enteramente diverso, las tradiciones religiosas y los hechos heroicos llenan tres y cuatro días, semanas enteras á veces, con una representación dramática de solemnidad sin igual, puesto que conserva allí constantemente el carácter de una fiesta nacional, y dispensada al pueblo por el legislador. Esto no obstante, insistimos en la idea enunciada de que el teatro caduca, y acaso no será necesario que pasen siglos para verle desaparecer completamente del mundo. La larga lucha de principios que se debate hace años en Europa, escogiendo hoy un palenque para la pelea, mañana otro, puede ser considerada por los políticos como una cuestión de forma de gobierno pasajera, y como efecto de esa rotación periódica á que los sucesos del mundo están sujetos. Pero á los ojos del filósofo observador es más honda la explicación de los fenómenos políticos; no son meras cuestiones de derecho natural y de gentes; son las convulsiones de la agonía de una civilización usada y expirante, que debe desaparecer como las que la han precedido. Es la resistencia de los intereses y las costumbres de un gran período defendiendo el terreno que poseyeron, contra la grande innovación, contra la invasión de un progreso inmenso, de un trastorno radical. La Europa representante y defensora de esa civilización vieja está destinada á perecer con ella, y á ceder la primacía en un plazo acaso no muy remoto á un mundo nuevo, sacado de las aguas por una mano atrevida hace tres siglos, y cuya misión es reemplazar un gran principio con otro gran principio; á un nuevo mundo que aparece también agitado por convulsiones, pero en el cual no son estas los síntomas del anonadamiento, sino los peligros y la inquietud de la infancia. La Europa se presenta en la lucha como un guerrero cansado guardando la defensiva contra el principio invasor, vestida de harapos de distintas épocas, guarnecida de armas melladas, coronada con las antiguas y medio derruidas almenas feudales, protegiendo despojos y tesoros adquiridos, ante un adversario, desnudo, pero ambicioso, sin tradición, sin pasado, pero con porvenir, que no cuenta glorias, sino que tiene que adquirirlas; y en esta lucha, la ley de la naturaleza tiene dispuesto que el viejo ceda ante el joven, que el día de hoy muera á los primeros albores del día de mañana, sin más intervalo que el de una noche, oscura, tempestuosa, en la cual estamos en la actualidad luchando en vano con la deshecha borrasca que irá dando al viento vela tras vela, y desmantelando la barca combatida palo por palo

La transición es violenta, y las sacudidas que experimentamos no son otra cosa que su expresión; de ellas participa el teatro, intérprete de una organización social que se desmorona, y en la cual hechos y creencias, leyes y costumbres, intereses y diversiones, todo está dicho, todo está experimentado, todo está usado. La gran disputa del clasicismo y del romanticismo no es otra cosa que el resultado de ese desasosiego mortal que fatiga al mundo antiguo. Estúdiese un momento la marcha del teatro, desde la carreta informe de Esquilo hasta las representaciones magníficas de M. Véron, desde las sátiras dialogadas de Aristófanes hasta las concepciones complicadas de Víctor Hugo, y es imposible negarse al convencimiento de que el teatro no ha hecho nunca más que seguir, y por lo regular de lejos, las huellas de la civilización. Los artificios de un esclavo y las disputas de los filósofos en Grecia, los lances de las cortesanas en Roma, las ridiculeces de las marisabidillas, y de los marqueses en el siglo de

Luis XIV, las aventuras de capa y espada en nuestro siglo de oro, las fantásticas melancolías de Alemania, las comedias de circunstancias y los dramas políticos en la moderna Francia, los horrores y los crímenes poetizados en nuestra época de crímenes y de horrores, lo prueban hasta la evidencia; y la pretensión de los clásicos que quieren detener y estancar el teatro cuando las revoluciones marchan, es un delirio que sólo podría verificarse si se diera en la naturaleza el desnivel. Pero una unidad admirable lo encadena todo, y cuando los románticos han innovado, no es porque de pensado y por un fantástico capricho hayan querido innovar, sino porque son hombres de nuestra época; no sólo no han dado ningún impulso nuevo, sino que le han recibido acaso sin saberlo. Víctor Hugo y Dumas han querido y creído ser originales, cuando no eran más que unos plagiarios de la política, porque la literatura es y será siempre no una causa, sino un efecto. La literatura no puede ser el Bautista; harto hará con ser el Apóstol.

Hechas estas reflexiones, confesamos que participamos de la indiferencia con que el público mira el teatro; como un niño vuelve de vez en cuando á ocuparse, aunque de mala gana, de un juguete, ya roto y gastado, ínterin se le presenta otro nuevo que absorba toda su curiosidad, el público vuelve de vez en cuando al teatro, pero á confirmarse siempre en sus desengaños. El público, al levantarse el telón, está ya como el autor en el secreto de lo que le van á decir, y la vida del teatro es más bien que vida un movimiento galvánico comunicado á un cadáver.

He aquí la razón por que la ópera ha invadido el teatro cómico, y le ha vencido en todas partes; porque hasta en el baile se ha buscado una importancia dramatizándolo; he aquí la razón por que no hay teatro que se sostenga sin el aparato y el lujo de las decoraciones; porque no se concurre á él con la fe y el entusiasmo que lo suplían todo en los tiempos de su apogeo. Los sentidos quieren llenar un vacío que la imaginación no alcanza á llenar, y no teniendo el espectáculo nada que decirle ya al entendimiento que este no sepa, trata de sorprender á los ojos y á los oídos, para embotar el pensamiento.

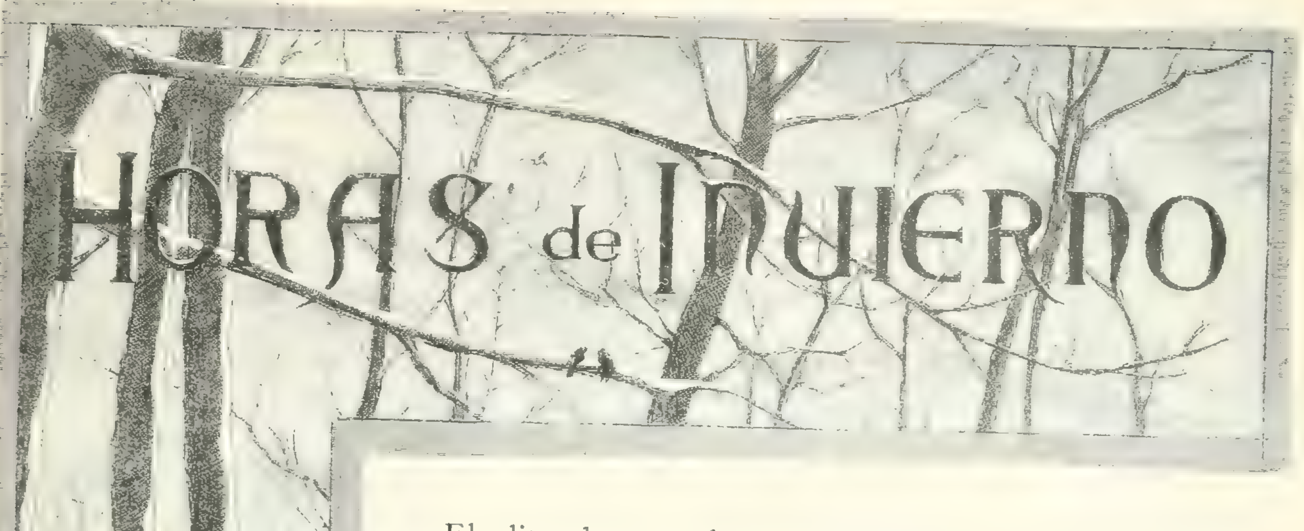
Después de esta meditación ¿qué diremos de *Felipe II?* Que es una astilla más, arrojada en la hoguera que se apaga, y por desgracia no es más que una astilla, no porque le neguemos mérito. *Felipe II* es obra de un joven que ya se ha dado á conocer con un ensayo menos feliz; y la distancia que entre la primera y la segunda obra existe es tal, que realmente se puede decir que hasta la representación de *Felipe II* el poeta no ha debido llamarse autor dramático.

Una acción sencilla y un argumento fácil y descargado de episodios prueban buen gusto y juicio exacto. Pero si no hay episodios que embaracen la acción, háilos en el diálogo; superabundancias verdaderas, en que el autor ha creído deber ostentar el estudio que de la época ha hecho.

Pero aquí le daremos un consejo, que creerá tanto más imparcial cuanto que empezaremos por confesarle que nosotros le recibimos en cierta ocasión de uno de nuestros primeros literatos, á propósito de una mala oda que el diablo nos tentó á publicar. A saber, que el saber mucho no ha de ser para decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir. Descargado el drama de multitud de alusiones históricas, minuciosas é inútiles, la acción hubiera caminado más desembarazada, y el drama hubiera parecido más lleno de vida.

Los caracteres están bien sostenidos, y si no están dibujados con gran profundidad, hay por lo menos rasgos muy felices y contrastes bien entendidos. Hubiéramos deseado que el final hubiese sido más cuidado, porque siendo una idea delicada, es lástima que su misma sutileza y la poca preparación hayan desvirtuado su mérito, y dejado al espectador en la duda del efecto que debía producirle. Donde hay efecto verdadero, el espectador cede sin consultarse á él, y prorrumpe en manifestaciones exteriores. Para que la confesión del amor de la reina hubiese sido natural á la vista de su marido, era preciso que hubiese sido provocada por la exaltación hija de un peligro más inminente que aquel en que se halla el príncipe don Carlos. Porque no basta que el espectador sepa que va á morir; es preciso que los sentidos se lo prueben algún tanto.

El estilo es la parte mejor del drama, y su versificación fácil y armoniosa anuncia un poeta, al cual no arredrará nunca la dificultad de expresar, y expresar bien sus sentimientos.



El editor de esta colección, que bastan á recomendar los autores de cuyas obras se echa mano para ella, tiene harto acreditado su buen gusto para que su publicación pudiera confundirse en el sinnúmero de otras del mismo género, y que con títulos semejantes duermen en nuestras librerías. Conocido por producciones originales y artículos muy recomendables insertos en *El Artista*, se ha lanzado cuerpo y alma en la traducción. Esto es un efecto natural de nuestra decadencia, del poco premio, del ningún estímulo, del peligro, del escalón que ocupa, en fin, en las jerarquías europeas la sociedad española. Nada nos queda nuestro sino el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad presente, tropezamos en nuestra marcha adondequiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas, si puede haber ruinas que hagan honor á un pueblo; pero así tropezamos con ellas como tropieza el imbécil moscardón con el diáfano cristal, que no acierta á distinguir de la atmósfera que le rodea. Es demasiado cierto que sólo el orgullo nacional hace emprender y llevar á cabo cosas grandes á las naciones, y ese orgullo ha debido morir en nuestros pechos. Juguete hace años de la intriga extranjera, nuestro suelo es el campo de batalla de los demás pueblos; aquí vienen los principios encontrados á darse el combate; desde Bonaparte, desde Trafalgar, la España es el *Bois de Boulogne* de los desafíos europeos. La Inglaterra, el gran cetáceo, el coloso de la mar, necesitó medir sus fuerzas con el grande hombre, con el coloso de la tierra, y uno y otro exclamaron: *Nos falta terreno, ¿dónde reñiremos?* Y se citaron para España. Ventilada la cuestión, aniquilado el vencido, acudieron los amigos del vencedor y reclamaron la parte en el despojo. El huésped que había prestado su casa para la acerl a entrevista reclamó siquiera el premio de su cooperación; y ¿qué le quedó? Lo que puede quedarle al campo de batalla: los cadáveres, el espectáculo de los buitres, y un letrero encima: *Aquí fué la riña.*

La América devolvió á su conquistadora con creces y con usura el principio democrático cuyo germen le había lanzado imprudentemente la Europa de Luis XVI y Carlos IV. El grito resonó desde las columnas de Hércules hasta las orillas del Rhin; los pueblos solevantaron sus cabezas é hicieron vacilar los tronos que pesaban sobre ellos: la degradada Italia intentó dar de mano aquí

y allí á sus muelles ocupaciones artísticas, y espasmos políticos se hicieron sentir hasta en el Etna, que pareció querer vomitar otra cosa que llamas fatuas y tibias cenizas. El Norte hubo de desenvainar la espada de Waterloo, y lanzó contra el principio democrático el credo de la Santa Alianza. ¿Pero dónde pelearemos? se dijeron. Nuestras campiñas son fértiles, nuestros pueblos están llenos; ¿dónde hay un palenque vacío para la disputa? Y también se citaron en España. Pero esta vez no hubo necesidad de combate; los buitres, citados por el rumor de la próxima pelea, vinieron, y no pudiendo repartirse los muertos, se repartieron los vivos.

Más tarde, el derecho divino y la legitimidad por la gracia de Dios, han necesitado reunir sus últimas fuerzas para dar combate al derecho del hombre y la legitimidad por la gracia del pueblo, y esta última vez no ha sido necesario ya traer los principios al palenque; ellos han nacido en su terreno: el Norte y los torys, el Mediodía y los whigs han acudido al primer silbido de Watman, del hombre de la noche, y las provincias vírgenes de España han visto su velo desgarrado, y profanado su seno que habían respetado los Romanos y los Godos, los hijos de Carlos Martel y los nietos de Omar, por las sangrientas manos de los liberales y de los carlistas. De tradición antigua es la España el palenque de las disputas ajenas: la España no ha visto limpio su suelo de las armas extranjeras sino cuando ha empuñado el tizón de la discordia y cuando le ha lanzado con la atrevida mano de Carlos I en los demás pueblos, porque antes de ese corto período de conquista, ¿dónde sino en España ventilaron sus cuestiones Roma y Cartago, la cruz y la media luna, la Europa y el Asia?

Es una verdad eterna: las naciones tienen en sí un principio de vida que creciendo en su seno se acumula y necesita desparramarse á lo exterior: las naciones como los individuos, sujetos á la gran ley del egoísmo, viven más que de su vida propia de la vida ajena que consumen, y ¡ay del pueblo que no desgasta diariamente con su roce superior y violento los pueblos inmediatos, porque será desgastado por ellos! O atraer, ó ser atraído. Ley implacable de la naturaleza: ó devorar, ó ser devorado. Pueblos é individuos, ó víctimas ó verdugos. Y hasta en la paz, quimérica utopía no realizada todavía en la continua lucha de los seres, hasta en la paz devoran los pueblos, como el agua mansa socava su cauce, con más seguridad, si no con tanto estruendo como el torrente.

El pueblo, que no tiene vida sino para sí, el pueblo que no abruma con el excedente de la suya á los pueblos vecinos, está condenado á la oscuridad; y donde no llegan sus armas, no llegarán sus letras; donde su espada no deje un rasgo de sangre, no imprimirá tampoco su pluma ni un carácter solo, ni una frase, ni una letra.

Volvieran, si posible fuese, nuestras banderas á tremolar sobre las torres de Amberes y las siete colinas de la ciudad espiritual, dominara de nuevo el pabellón español el golfo de Méjico y las sierras de Arauco, y tornáramos los Españoles á dar leyes, á hacer papas, á componer comedias y á encontrar traductores. Con los Fernández de Córdoba, con los Espínolas, los Albas y los Toledos, tornaran los Lopes, los Ercillas y los Calderones.

Entretanto (si tal vuelta pudiese estarnos reservada en el porvenir, y si un pueblo estuviese destinado á tener dos épocas viriles en una sola vida) renunciemos á crear, y despojémonos de las glorias literarias como de la preponderancia política y militar nos ha desnudado la sucesión de los tiempos.

Ni ¿de qué suerte crear entre nosotros? ¿Cómo? ¿Y para qué? El genio, como el cedro del Líbano, nace en las alturas, y crece y se hace fuerte á los embates de la tempestad: no en los bajos ni en la confusión de las vertientes cenagosas que se desprenden á inundarlos de la montaña. El genio ha menester del laurel para coronarse; y ¿dónde ha quedado entre nosotros un vástago de laurel para coronar una frente? El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas.

Escribir y crear en el centro de la civilización y de la publicidad, como Hugo y Lherminier, es escribir. Porque la palabra escrita necesita retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar repetida de onda en onda hasta el confín de la superficie; necesita irradiarse, como la luz, del centro á la circunferencia. Escribir como Chateaubriand y Lamartine en la capital del mundo moderno es escribir para la humanidad; digno y noble fin de la palabra del hombre, que es dicha para ser oída. Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin

encontrarla como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno siquiera para los suyos. ¿Quiénes son los suyos? ¿Quién oye aquí? ¿Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las mesas de los cafés, son las divisiones expedicionarias, son las pandillas de Gómez, son los que despojan, ó son los despojados?

¿Será el teatro el refugio de nuestra gloria? ¿El teatro, sin actores y sin público, el teatro nacional, que, por último insulto, para mengua eterna y degradación sin fin del país, es ya una sucursal de la ópera, y un llena-huecos para las noches en que está ronca la primera dama? Porque es preciso imprimirlo; habrá quien no lo sepa; el teatro nacional no tiene ya empresa y dirección propia: el teatro nacional ha sido confiado á la dirección misma de la ópera, ha tenido la bondad de recogerlo moribundo de manos de los actores que no pueden soportar en él

¡la dura carga que en sus hombros pesa!!!

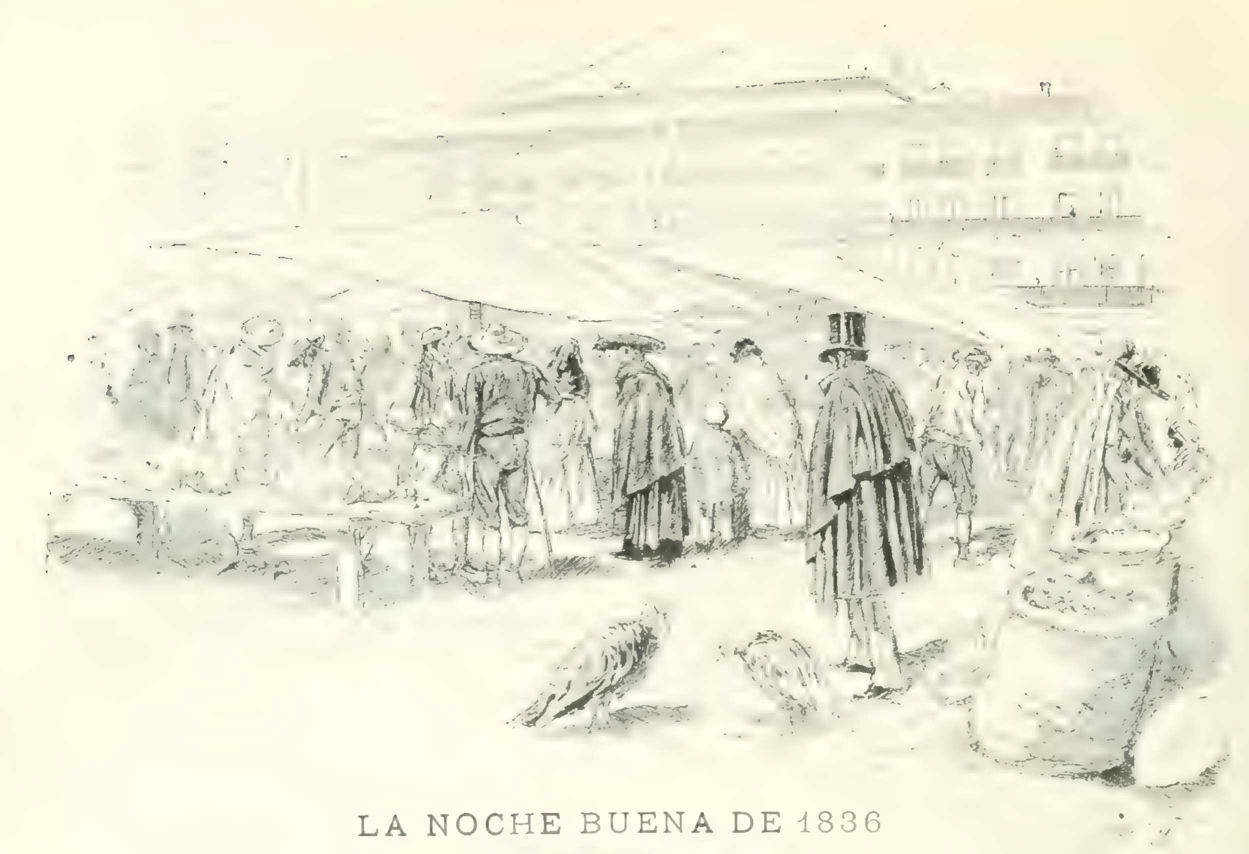
¡Caso no ocurrido hasta la presente en país alguno, escándalo de que la desdichada patria de Moreto y de Alarcón estaba reservada á dar ejemplo!

Y después de estas reflexiones, ¿queremos violentar las leyes de la naturaleza, y pedir escritores á la España? Hay una armonía en las cosas del mundo que no consiente el desnivel; cuando en política tenga Talleyranes ó Periers, cuando en armas tenga Soults, cuando en su cámara tenga Thiers, cuando en ciencias tenga Aragos, entonces tendrá en literatura Chateaubrianes y Balzacs.

Lloremos, pues, y traduzcamos, y en este sentido demos todavía las gracias á quien se tome la molestia de ponernos en castellano, y en buen castellano, lo que otros escriben en las lenguas de Europa: á los que, ya que no pueden tener eco, se hacen eco de los demás: no extrañemos que jóvenes de mérito como el traductor de las *Horas de Invierno* rompan su lira y su pluma y su esperanza. ¿Qué haría con crear y con inventar? Dos amigos dirían al verle pasar por el Prado: *¡Tiene chispa!* Muchos no lo dirían por no hacer esa triste confesión. Los más no lo sabrían; las bellas creerían hacerle un gran elogio diciéndole: *romántico;* algunos exclamarían: *Es buen muchacho, ¡pero es poeta!* Otra parte, y no la menor, le calumniaría, le llamaría inmoral y mala cabeza, ¡infernaría su existencia y la llenaría de amargura!

El gobierno le enviaría en premio á las Baleares, llamándole revolucionario, y el resto del público le preguntaría en la calle de la Montera el día que saliese á ver el efecto que hubiese hecho su última obra:

«¡Hola! poeta, ¿qué hay de Gómez?»



LA NOCHE BUENA DE 1836

YO Y MI CRIADO (1)

DELIRIO FILOSÓFICO

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo día 24: soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos, á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y á imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y de resignación, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro á mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese á lo menos oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de expirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervención, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser *día de agua*. Fué peor todavía: amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero; como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre

---

(1) Por esta vez sacrifico la urbanidad á la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado: si así no fuese le serviría yo á él. [illegible]

la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados há más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza ó una ilusión. Ora volvía los ojos á los cristales de mi balcón; veíales empañados y como llorosos por dentro: los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced á mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo: al menos no está obligado á pensar, puede fumar, puede leer la *Gaceta!*

«¡Las cuatro! ¡La comida!» me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve, hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, é involuntariamente iba á exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer;» porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos!!! Una idea más luminosa me ocurrió: era día de navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: «Esta noche me dirás la verdad.» Saqué de mi gaveta unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España, cualquiera diría que son retratos; sin embargo eran artículos de periódico. Las miré con orgullo: «Come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: sólo en esa forma, sólo por medio de ese estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.» Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero, y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestro aniversario? Pero al pueblo le han dicho: «Hoy es un aniversario:» y el pueblo ha respondido: «Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble.» ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre ú hoy pasará indigestión. Miserable humanidad, destinada siempre á quedarse más acá ó ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

¿Hay misterio que celebrar? «Pues comamos,» dice el hombre; no dice: «Reflexionemos.» El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes, y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada: una mano seca y roída llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía á los bulliciosos liberales de Madrid, que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvención y la culpa, aquélla agria y severa, ésta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demás.

¡Las cinco! hora del teatro: el telón se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en congresos y en corrillos. Y la

mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza; ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á expirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están á uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *cónsola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil,—exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí.—¡Oiga! está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi á oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimado á los pies de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas en frente de mí: no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y raciocinó: misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar á los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho una pintura más favorable que de mi astur, y que han roto sin embargo á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho: tal me ha pasado: no escribo para los que dudan de mi veracidad: el que no quiera creerme puede doblar la hoja: eso se ahorrará tal vez de fastidio; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo.

—Lástima,—dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación.—¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á tí, ya lo entiendo.

—¿Tú á mí?—pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre: yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas é interrumpidas de que sorprendo todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima?

¿Quién debe tener lástima á quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúas ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo á la mujer casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasión, que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de tí, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No, has de oir al vino una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de tí para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasión y á la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor: y ¡qué tormenta no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reir á costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido; ó cada vencimiento es una humillación, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnia? ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante á cubrir mis necesidades; á tí te paga el mundo como paga á los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso á aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas á tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo en fin no tengo necesidades: tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para ûn capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, ó para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas, y lo arrojas á los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á tí mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso ni elegante, ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas á tí mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia!!!...

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el

órgano de la Providencia había callado, y el asturiano roncaba. «¡Ahora te conozco,—exclamé,—día 24!»

Una lágrima preñada de horror y desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *noche buena*.



FIGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO

EN EL MUNDO MISMO, Ó DONDE PAREN

Madrid, primer mes del primer año del reinado del señor Calatrava I.

Muy señores míos: Los que me vituperan de haber suspendido por espacio de seis largos y pesados meses cierta correspondencia que, cuando Dios quería, alimentaba con mi corresponsal de París, vive Dios que no me conocen si piensan que se me hacía cuesta arriba escribir cartas, ó que les perdí por acaso la afición. Es todo lo contrario; precisamente es mi comidilla, y me chupo los dedos tras una carta puesta á tiempo, sobre todo si lo que en ella digo es lo que siento, como suele suceder cuando es la tal carta picante y amostazada; en cuanto á las cartas de terneza y cumplimiento, esas entran en el número de las cosas que en sociedad se hacen por lograr algo, ó por no ser menos que los demás en finura y correspondencia; sabido es que esas se escriben siempre afectando sentimientos que no se abrigan, y empezando, *Idolo, ó ángel mío*, si son de conquista; *Mi querido Fulano*, si son de amistad; *Muy señor mío y mi dueño*, si versan sobre interés ó negocios, y rematando con aquello de *Tuyo hasta la muerte*, *Tu constante amigo*, ó *Su seguro servidor Q. S. M. B.*: mentiras que suelen dar risa al que las escribe antes de enviarlas, y risa al que las recibe antes de leerlas.

Dejando á un lado estas últimas, que se parecen á las del juego en los pases y codillos que con ellas se dan, repito que son las cartas mi comidilla, y que el día que no escribo alguna á alguien, sea quien fuere, exclamo como el buen emperador romano cuando se acostaba sin haber hecho un beneficio: *¡Hoy he perdido el día!* De donde vengo á sacar en conclusión, con harto dolor, que durante los seis meses en que he suspendido mi correspondencia no he perdido malamente más que la friolera de 182 días y medio cabales, con sus respectivas noches y crepúsculos.

Dado de nuevo al *Mundo*, y devuelto á mis antiguos y saludables hábitos de reirme de todo, por no tener que llorar por todo, claro está que había de volver con mis demás costumbres la afición á mis cartas de mi vida; en cuanto abrí los ojos esta mañana fué mi primera idea escribir una á mis dignos amigos y compañeros, como diría un diputado, y más, que había por qué. El ignorar dónde ustedes viven no es dificultad para mí, porque tengo en esto más práctica que un cartero; tanto que no haría nada de más el gobierno, ó como se llame, en darme la dirección de Correos; aunque no fuese mucho hacer dirigirlas mejor y más pronto que suele este establecimiento, con todo tengo para mí que todavía me había de lucir, y ni había de haber una sola interceptada, ni que dejase de ser leída, una vez escrita, ni menos que fuese devuelta á la lista de los atrasos del mes ó de la semana, para yacer olvidada en un poste, como un bando ó como un apremio de préstamo forzoso.

En todo caso, me acuerdo de lo que se cuenta de Boerhaave, que habiéndole escrito el emperador de la China consultándole acerca de una dolencia, le puso el sobre: *Al doctor Boerhaave en Europa;* y la carta llegó como si la hubiera traído él mismo.

Imitando este ejemplo, he dicho para mí: en el Mundo estamos todos, y en él nos encontraremos; por tanto, no hay como ponerle la dirección *En el Mundo;* además de que, si he de juzgar del corazón de ustedes por el mío, estoy seguro de que el que nos busque nos encuentra.

Es el motivo de esta carta recordar que no hace muchos días cierto periódico, con cuyo nombre me sucede exactamente lo mismo que á Cervantes con el lugar de Argamasilla, según los más sabios comentadores, echaba en cara á los redactores del *Mundo* que no diesen la susodicha cara para escribir al público.

Picóme esto en extremo, y no quiero dejar pasar la indirectilla sin un regular tapabocas, por eso mismo que hace pocos días que soy redactor, y que me tengo por tal cual hombre de mundo.

Ustedes le dieron por el pronto la respuesta que más á sus fines convino, y así sería injusto que no pareciesen mal sus determinaciones,

como lo sería que á ustedes no les pareciese bien la que acabo yo de tomar. Porque, ó somos ó no somos libres.

Convengo con las razones que ustedes apuntaron para no dar la cara en sus escritos, y aun yo añadiré otras que me parecen concluyentes, sin querer afirmar por eso que lo sean, pues tengo larga experiencia de haberme parecido en este pícaro mundo muchas cosas lo que realmente no eran. Diré, pues, en abono de ustedes mis razones.

Cuando se escribe, ¿de qué se trata? No me negarán los redactores de aquel periódico que se trata de decir á los demás lo que uno piensa, ó por lo menos lo que quiere este uno que los demás crean que piensa. En dando pues el artículo está casi hecho todo, porque ya no falta más sino que lo crean á uno. Si se tratase de dar la cara los redactores, podría reducirse un periódico á una colección de retratos; esto tendría varios inconvenientes: 1.° Que no siendo circunstancia indispensable para ser redactor el ser bonito, el público podría tener muy mal rato viendo ciertas caras. 2.° Que una vez dada la colección de las caras de los que escribiesen en el periódico, ó sería cosa de andar mudando todos los días de redactores sólo para que el público viese caras diferentes, ó de volver á empezar, y esto se me antoja medianamente pesado, por muy variadas y muy historiadas que tuviésemos las caras los redactores del *Mundo*, y por muchas que sean las caras que pueda tener un escrito público. Hay otra prueba más fuerte. Si el negocio del periodismo consistiese más que en el artículo en el nombre del autor, haría más efecto poner una rúbrica en donde se pone el artículo, y Cristo con todos. Nadie sin embargo quedaría muy convencido, y eso más parecería una lista de proscripción que de un periódico. Del nombre del autor no se infiere un artículo, pero de un artículo sí se infiere que debe haber autor, porque los artículos generalmente no se escriben ellos á sí mismos.

A pesar de razones tan fuertes, que yo mismo conozco tener ustedes para esconder en estas circunstancias la cara, como si fuera dinero, esta carta se dirige á declararme en estado completo de insubordinación contra lo determinado por mis compañeros, porque sería dolor que nosotros fuésemos á dar un ejemplo de armonía en un país donde no hay ninguna, ó de disciplina donde no la conoce ni la tropa. Esto me puede valer algo con el tiempo, *verbi gratia*, unos galones, ó que me fusilen, que de todo hay ejemplares. Por tanto me declaro en *junta*, y hago manifestación de hallarme con respecto á ustedes en circunstancias extraordinarias, como el gobierno respecto de los llamados gobernados.

Yo doy la cara; primero, porque no tengo otra cosa que dar, y creo que hago un don á la patria, pues tal cual es, tampoco tengo otra ni peor ni mejor guardada para un apuro. Yo declino mi nombre como Agamenón. Yo soy *Fígaro:* todo el mundo sabe quién es *Fígaro*, y por si acaso alguien lo ignora, añadiré que *Fígaro* y *Mariano José de Larra* son uña y carne como el diputado Argüelles y la constitución del año 12, y que no se puede herir al uno sin lastimar al otro. Juntos vivimos, juntos escribimos, y juntos nos reímos de ustedes, de los demás y de nosotros mismos.

Daremos más señas: escribimos en *el Mundo* cuatro parrafillos mensuales, donde á fuer de barberos podemos hacer la barba á cuatro parroquianos al mes; escribimos en *el Redactor General*, como habrán visto los que le lean por nuestro primer artículo, inserto en su número de ayer; y todavía nos queda tiempo para redactar en *el Español* la sección de teatros y de literatura; todo eso con nuestros correspondientes sueltos y *porqués*, asegurados por contrata, que de eso vivimos, y lo tenemos á mucha honra. Y con la ayuda de Dios y de nuestro pobre ingenio aun nos ha de quedar vagar para dar al teatro muy en breve algún drama espantable ó alguna comedia risible, hijos de *ratos perdidos*, algún folletito de circunstancias, y cualquiera otra tontería que nos ocurra, que no dejará de ocurrirnos. Advirtiendo que nunca escribimos sin firmar, con lo cual ni los lectores, ni la ley, si ley hay aquí, tienen que quebrarse la cabeza en averiguar el nombre del que los divierte, ó del que se ha de prender.

Tenemos hecha la maleta para la primera remesa de deportación que ocurra, y pedidas cartas de recomendación para las islas adyacentes, aunque no pensamos ir, porque no conspiramos, y por otras razones. En cuanto á papeles, como el gobierno ha tenido la bondad de avisarnos con tiempo que los había de registrar, no hemos dejado más que las cartas amorosas, que habían de ser buen rato para el señor jefe político y para los testigos. Los demás los hemos recogido (inclusas las letras de cambio, porque francamente no nos fiamos),

aunque nada tenían de particular; pero como trataban de literatura, y no tenemos á los que prenden por muy versados en la materia, no hemos querido que tomen una apuntación en griego por signos masónicos, ó de sociedad secreta, algunos sonetos que teníamos hechos á *Filis* por adulaciones á la república, ú otro bicho semejante, ó alguna elegía á la muerte de un amigo por un sermón de difuntos al Estatuto.

Item más, declaramos en toda forma vivir en la calle de Santa Clara, casa número 3, en la cual pensamos seguir viviendo hasta que se hunda; donde se nos puede prender por la mañana desde las nueve en adelante; y en fin adonde nos retiramos tarde por la noche y solos los dos, *Fígaro* y dicho *Larra*, *bras dessus*, *bras dessous*, ordinariamente por la calle Mayor.

Y así como los anuncios de los carruajes que salen suelen añadir: *Se admiten arrobas*, declaramos que tanto en aquella casa, que está á la disposición de ustedes, como fuera de ella, admitimos anónimos, calumnias, billetes amorosos, cartas de convite, esquelas de entierro, comunicados, desafíos, motines, puñaladas, órdenes de destierro, ministros (esto es, alguaciles, que á los otros no recibimos, aunque en el día todos prenden) y demás, con equidad y á gusto de los consumidores. De todo lo cual dará razón *Fígaro* en su siguiente carta.

Y no ocurriendo más por hoy, y teniendo que ir á dar una vuelta al Prado á coquetear, ó á la calle de la Montera á mentir, que es lo mismo, si el tiempo lo permite, queda muy de ustedes y les besa su mano, como generalmente se dice, y no se siente, su afectísimo: — *Fígaro, ó, por otro nombre, Mariano José de Larra.*

FIGARO AL ESTUDIANTE

Como no quiero que me llame usted mal criado, señor Estudiante, ni menos ser postrero en cortesanía, me apresuro á contestarle; sea empero la última, si usted es de mi parecer, ó la última siquiera en que hablemos uno de otro. Porque si es usted tan galán como parece, no me dirá sino lisonjas, y por vida mía que me ruborizo. Yo por el contrario no pudiera, alabándole, decirle lisonjas; mis encomios no serían más que justicia, y paréceme desigual la partida para mí. De alabanza en cumplimiento, y de fineza en alabanza, vendríamos á enternecernos y llorar, y puedo asegurar á usted que no estoy para llantos. Además no somos diputados, y no habemos menester todavía de echar mano de esos recursos oratorios. Si lo fuéremos algún día, entonces podríamos á mansalva decir usted de mí, *mi digno amigo*, y yo de usted, *mi tierno compañero*, y alabarnos uno á otro sin conciencia, sobre todo si fuésemos enemigos y si tratásemos de sacrificarnos uno á otro en la revolución primera que ocurriese.

Por su firma parece que usted estudia. Hace usted mal á fe mía. Si lo hace usted por saber, válgame Dios que yo tenía más alto concepto formado de su buen juicio. Aquí no se trata de saber, sino de medrar.

Si lo hace usted por seguir carrera, pardiez que me asombra la determinación. ¿Pues tiene usted más que matricularse en la universidad que á usted peor le parezca, que siempre será la primera que le ocurra, y marcharse luego á la guerra, que es donde en el día se medra, y á los pocos años de andar siguiendo á Gómez, le abonan á usted las campañas por cursos, como está mandado, y queda usted hecho médico ó abogado, ó lo que á usted más le agrade, y mata usted así dos pájaros de una pedrada? ¿Ni qué carrera quiere usted más lucida, ni que más se asemeje por lo rápida á una carrera de caballo, que la que ya tiene con tan buenos auspicios empezada? ¿Pues no es usted ya periodista? ¿Qué otra cosa han sido hombres que hemos visto llegar al ministerio y arrellanarse en la silla, como quien llega á la posada y se acuesta?

Apéese usted, santo varón, de esa luna, donde lo ve todo efectivamente al revés, y vea las cosas y los libros en este país, claras aquéllas como yo se las refiero, y claros éstos como generales y oradores.

Empieza usted su carta confesando con raro candor que usted se convence. ¿Está usted en sí? Ha hecho usted bien en irse á la luna, porque aquí, amigo, nadie se convence, y eso que media España anda todo el día ocupada en convencer á la otra media. Sin ir más lejos,

ahí tiene usted al gobierno, que son seis nada menos, empeñado en convencernos á todos de que ellos son los únicos que saben mandar, y á los periodistas, que somos más de seiscientos, empeñados en convencerlos de que cualquiera de nosotros lo haría mejor; y ni ellos convencen á nadie, ni nosotros á ellos. En este embrollo, está el mal en que todos queremos ser ministros, y así es imposible que nos convenzamos nunca; para conseguirlo sería preciso dar sillas, y no razones, y por eso acabamos tan á menudo á silletazos. Vea usted, pues, lo que hace, que si él es el único que se convence, vendrá usted á parar en que todos le mandemos.

Me echa usted luego en cara que digo una cosa y hago otra: amigo, yo no vivo en la luna, sino en Madrid: digo hoy una cosa para poder hacer otra mañana. ¿De qué diablos le sirve á usted tanto como estudia? Pues si usted desea casarse y le dice á la novia que harán luego mala vida; si necesita dinero y va y dice al que se lo presta que no se lo ha de pagar; si anhela ser diputado y le cuenta á su provincia que no trata de representarla, sino de llegar al poder; si ambiciona ser ministro y le confiesa á la nación que quiere tiranizarla, ¿le parece á usted, señor Estudiante, que llegará jamás por ese sistema á tener ni mujer que le quiera, ni amigo que le preste, ni provincia que le elija, ni secretaría que despachar? ¿A sus ojos de usted no está suficientemente probado todavía que para conseguir hay que decir una cosa antes y hacer otra después? Pues dígame, ¿por dónde han logrado los que en el día tienen? No, sino haga usted lo contrario, y verá cómo le va.

Si usted no sabe más, señor Estudiante, bueno será que siga estudiando, pues, sea dicho en puridad de verdad, veo que no sirve para otra cosa. Y en acabando puede usted pretender una cátedra de humanidades, que dará gozo oirle á usted. Y aun yo que me voy por el otro camino, y que por él llegaré como los demás á ser ministro, prometo á usted con el tiempo dejarle cesante por el ministerio de mi cargo en cuanto cumpla veinte años un sobrino mío, que probablemente querrá á esa edad gozar el sueldo de la cátedra de usted, y que será el mejor catedrático del mundo, porque desde pequeñito prometía ser un zote, y le da por la intriga que es un contento; de tal suerte que no sirve, vive Dios, sino para sobrino de ministro, que es precisamente para lo que le crío.

Y con esto queda de usted su afectísimo:—*Fígaro*.





NECROLOGIA

EXEQUIAS DEL CONDE DE CAMPO-ALANGE

DOMINGO 15 DE ENERO

> Vive el malvado atormentado, y vive,
> Y un siglo entero de maldad completa;
> Y el honrado mortal. . . . . . .
> Nace y deja de ser. . . . .
>
> CIENFUEGOS

Ya hace días que se consumó el infausto acontecimiento que nos pone la pluma en la mano; pero por una parte el sentimiento ha apagado nuestra voz, y por otra no temíamos que el tiempo pasando amortiguase nuestro dolor.

Hoy se han celebrado en Santo Tomás de esta corte las exequias del conde de Campo-Alange: hoy sus deudos y sus amigos, y la patria en ellos, han tributado al amigo y al valiente el último homenaje que la vanidad humana rinde después de muerto al mérito, que en vida suele para oprobio suyo desconocer.

En buen hora el ánimo que se aturde en las alegrías del mundo, en buen hora no crea en Dios y en otra vida el que en los hombres cree, y en esta vida que le forjan, empero mil veces desdichado sobre toda desdicha quien no viendo nada aquí abajo sino caos y mentira, agotó en su corazón la fuente de la esperanza, porque para ese no hay cielo en ninguna parte y hay infierno en cuanto le rodea. No es lícito dudar al desdichado, y es preciso no serlo para ser impío.

El rumor compasado y misterioso del cántico que la religión eleva al Criador en preces por el que fué, el melancólico son del instrumento de cien voces que atruena el templo llenándole de santo terror, el angustioso y sublime *De profundis*, agonizante clamor del ser que se refugió al seno de la creación, alma particular que se refunde en el alma universal, el último perdón pedido, la deprecación de la misericordia alzada al Dios de justicia, son algo al oído del desgraciado, cuando devueltos los sublimes ecos por las paredes de la casa del Señor, vienen á retumbar en el corazón, como suena el remordimiento en la conciencia, como retumba en el pecho del miedoso la señal del próximo peligro.

Desde la tumba no es ya á los hombres á quien pide el hombre misericordia; los hombres no tienen misericordia para el caído, y no dan su piedad sino al que no la necesita. En tan sublime momento no es á los hombres á quien pide el hombre justicia. Los hombres no prestan su justicia sino al fuerte contra el débil. A los pies del Altísimo no es ya á la opinión de los hombres á quien recurre el alma en juicio. La opinión de los hombres premia al mérito con calumnias. El odio le sigue y la persecución, como sigue la chispa eléctrica la cadena de hierro que la conduce.

¿Y no ha de haber un Dios y un refugio para aquellos pocos que el mundo arroja de sí como arroja los cadáveres el mar?

El conde de Campo-Alange ha muerto: una corta vida, pero de virtudes y de sacrificios, le ha sido más fecunda de gloria y de merecimiento que los cien años pasados por otros en la apatía ó en la prevaricación. Su biografía es bien corta, las páginas de su historia pueden llenarse en breve; ¡pero ni una mancha en ellas! En la actual confusión que como á nuestras cosas y á nuestras ideas ha alcanzado á nuestra lengua, en la prodigalidad de epítetos que tan fácilmente aplicamos, parecerá nuestro elogio tibio; pero la verdad presidirá á él y el sentimiento de lo justo; tributo el más noble para la memoria del que nos le merece, que acaso á ese único premio aspiraba, y á unas cuantas lágrimas sobre su tumba.

Donde son tan pocos los hombres que hacen siquiera su deber, ¿qué mucho será que el dictado de héroe se aplique diariamente á quien se distingue del vulgo haciendo el suyo? Llamamos patriota al que habla, y héroe al que se defiende. ¿Qué llamaremos un día al que nos salve, si alguien nos salva?

El conde de Campo-Alange no era un héroe como en menguados elogios lo hemos visto impreso. Nosotros creeríamos ofenderle ó escarnecerle más que encomiarle con tan ridículos elogios. Ni había menester serlo para dejar muy atrás al vulgo de los hombres entre quienes vivió. Era un joven que hizo por principios y por afición, por virtud y por nobleza de carácter, algo más que su deber; dió su vida y su hacienda por aquello por que otros se contentan con dar escándalo y voces. Amaba la libertad, porque él, noble y generoso, creyó que todos eran como él nobles y generosos; y amaba la igualdad, porque igual él al mejor, creía de buena fe que eran todos iguales á él. Inclinado desde su más tierna edad al estudio, pasó sobre los libros los años que otros pasan en cursar la intriga, y en avezarse á las perfidias de la sociedad en que han de vivir. Español por carácter y por afición, estudió y conoció su lengua y sus clásicos, y supo conciliar las aficiones patrias con ese barniz de buena educación y de tolerancia que sólo se adquiere en los países adelantados, donde la civilización ha venido á convencer á la sociedad de que para ella sólo las cosas, sólo los hechos son algo, las personas nada. Conocedor de la literatura española, y entendido por demás en las extranjeras, su afición á la carrera militar le llevó á asistir al famoso sitio de Amberes, donde empezó al lado de experimentados generales á ejercitarse en las artes de la guerra. De vuelta á su país, sus afectos personales, su posición independiente, su mucha hacienda le convidaban al ocio y á la gloria literaria que á tan poca costa hubiera podido adquirir. Pero su patria gemía despedazada por dos bandos contrarios que algún día acaso se harán mutuamente justicia. El corazón generoso del joven no pudo permanecer indiferente y dormido espectador de la contienda. Alistado voluntariamente en las filas de los defensores de la causa de la libertad y del Mediodía de Europa, desenvainó la espada, y desgraciadamente para no volverla á envainar. Casa, comodidades, lujo, porvenir, todo lo arrojó en la sima de la guerra civil, monstruo que adoptó el noble sacrificio, y que devoró por fin aquella existencia, bien como ha devorado diariamente la sangre de los pueblos y la felicidad, acaso ya imposible, de la patria.

Distinguido por su pericia y su valor, no se contentó con exponer su vida en los campos de batalla; la muerte le dió más de un aviso, que desoyó noblemente. Herido en jornadas gloriosas, fué ascendido al grado de coronel sobre el campo de batalla, entre los cadáveres mismos que no hacían más que precederle algunos meses. Hizo más: cuando una revolución no esperada, y de muchos no aceptada, desarmó centenares de brazos, y entibió muchos pechos que creyeron deber distinguir el interés de la patria del interés de un gobierno que le había sido impuesto accidentalmente, Campo-Alange llevó al extremo su generosidad, y creyó que no era su misión defender el Estatuto ó la constitución; en una ó en otra forma de gobierno la libertad seguía siendo nuestra causa; Campo-Alange, demasiado noble para ser hombre de partido, se vió español y nada más, y no envainó la espada. No queremos ofender á nadie; pero si los demás que como él pensaban habían ofrecido hasta entonces su vida á la patria, él ofreció más, ofreció su opinión. Noble y tierno sacrificio que de nadie se puede exigir, pero que es fuerza agradecer. Y el que esto hacía no buscaba sueldos que no necesitaba, que cedía al erario, no buscaba honores, que en su propia cuna había encontrado sin solicitarlos al nacer.

No ofenderemos, ni aun después de su muerte, la modestia de nuestro amigo. Esa sencilla relación es el mayor elogio, es el epíteto más glorioso que podemos encontrar para su nombre.

¿Y cuándo cortó el plomo cobarde, disparado acaso por un brazo aún más cobarde, esa vida llena de desinterés y de esperanzas? Era preciso que la injusticia de la suerte fuese completa. Era preciso que la ilustre víctima no columbrase siquiera el premio del sacrificio; hubiera sido para él una especie de compensación el haber expirado en Bilbao, y el haber oído el primer grito siquiera de aquella victoria, por la cual daba su sangre. Era preciso que quien tan noblemente se portaba llevase consigo al sepulcro la amargura de pensar que había sido inútil tanto sacrificio.

El conde de Campo-Alange expiró dejando sumas cuantiosas á los heridos como él, y desconfiando del propio triunfo á que con su muerte contribuía.

Pero era justo; Campo-Alange debía morir. ¿Qué le esperaba en esta sociedad? Militar, no era insubordinado; á haberlo sido, las balas le hubieran respetado. Hombre de talento, no era intrigante. Liberal, no era vocinglero; literato, no era pedante; escritor, la razón y la imparcialidad presidían á sus escritos. ¡Qué papel podía haber hecho en tal caos y degradación!

Ha muerto el joven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa!

En la vida le esperaba el desengaño: ¡la fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desengaño tienen antes que pasar por éste que por aquélla, que esos viven muertos y le envidian!

Séale la tierra ligera. Si la memoria de los que en el mundo dejó puede ser de consuelo para el que cesó de ser, ¡nadie la llevó consigo más tierna, más justa, más gloriosa!

LOS AMANTES DE TERUEL

DRAMA EN CINCO ACTOS, EN PROSA Y VERSO

POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre más donde hay tantos hombres, oir decir de sí: «Es un *tal fulano,*» es ser un árbol más en una alameda. Pero pasar cinco y seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazón, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oir al día siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado: «Aquel es el escritor de la comedia aplaudida,» eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros días por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo, y decirle: «Me has creído tu inferior, sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiración; de hoy más no estará en tu mano despreciarme, medianía; calúmniame, abórréceme, si quieres, pero alaba.» Y conseguir esto en veinticuatro horas, y tener mañana un nombre, una posición, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenía ayer donde reclinar su cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del poder del talento. Esta aristocracia es por lo menos tan buena como las demás, pues que tiene el lustre de la de la cuna y pues que vale dinero, como la de la riqueza.

El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen también entre escritores de nota. Sinceramente le debemos alabanza, y aquí citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que de maldicientes nos acusan: solo se presenta el autor de *los Amantes de Teruel,* sin pandilla literaria detrás de él, sin alta posición que le abone; no le conocemos; pero nosotros, *mordaces* y *satíricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano, como *los Amantes de Teruel.* Si la indignación afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel más feliz y más ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *los Amantes de Teruel* un análisis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto; y para quien no tenga la cu-

riosidad de verle, ¿qué interés puede ofrecer nuestro artículo?

La historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla, legada por la tradición á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro país; á más de una persona hemos oído deducir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebaten esta opinión, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oídas, sino en eternizar, en formular las verdades más sabidas; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anécdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageración ó los excesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto sino en el autor que le trata; si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalbán que trata la misma tradición hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenbusch. Aquélla es sin embargo una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y ésta es un destello de pasión y sentimiento.

¿Qué es don Juan Tenorio, sino un disipado, seductor de mujeres, como mil se han presentado en el teatro antes y después de *el Convidado de piedra?* Sin embargo, ¿por qué han quedado todos enterrados en la oscuridad con sus autores, y sólo *el Convidado de piedra* se ha hecho europeo, universal?

¿Qué es un celoso, sino un ser común de que hay una muestra en cada intriga amorosa, y que cien poetas han pintado? ¿Por qué Otelo solo, por qué sólo el celoso de Shakespeare ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el Faust de Goethe sino una idea al alcance de todo el mundo desenvuelta por un ingenio superior?

¿Qué es un loco y una manía para asombrar el mundo? Llenos están de ellos los hospitales y las novelas. ¿Por qué Cervantes solo hace llegar el suyo á la posteridad?

¿Qué dice Molière cuando el *Bourgeois gentilhomme* cae en la cuenta de que toda su vida ha hablado prosa sin saberlo, más que una simpleza, que parece estar al alcance de todo el que la oye, y que nadie sin embargo ha dicho sino él?

¿Quién ignora que los goces acaban la vida, y que cada deseo realizado se lleva una porción de nuestra existencia? ¿Ha sido sin embargo lo sabido de la idea un obstáculo para que Balzac se haya coronado de gloria con *la Peau de chagrin?*

El huevo de Colón es la parábola más significativa de lo que hace el talento. Las verdades todas son triviales y sabidas: es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones: no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca de la humanidad; la posteridad sólo decide, y la sucesión de las tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Sólo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer síntoma de verdadero talento.

Los Amantes de Teruel están escritos en general con pasión, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecía el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginación y la tradición abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la amante de Teruel podía dar su mano á quien no fuese dueño de su corazón? Era preciso sin embargo, y no había más medio para eso que poner á Isabel en posición tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasión, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente, pues sólo voluntariamente puede casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de ese resorte dramático en la misma virtud de su protagonista, inventando un episodio bellísimo en la pasión criminal de la madre de Isabel, preparada con tal discreción que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace más sublime á esa misma madre; porque la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfección sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creída de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar ilesos, deudora de inmensos beneficios á Azagra, en sí misma y en su familia, cede, no empero á la seducción ó á la inconstancia, sino al deber. Pero el marido que así abusa de la posición de Isabel es un monstruo. No: porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él

un afecto loco, y don Rodrigo no cede, abusando de Isabel, á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creíble para el espectador, que ya ha hecho la concesión del amor extraordinario de Isabel y Marsilla. En la excelente escena tercera del acto cuarto el público se reconcilia completamente con Azagra, y perdona los medios en gracia de su pasión violenta y desinteresada, que se contenta con el título de esposo. De esta suerte preside al drama no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fría y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel, que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pudo decir con más razón:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Y esa fatalidad que preside al drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos:

¡Maldito el hombre que virtudes siembra
Para coger cosecha de desgracias!

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creación llena de valor y de entereza. Pobre, se enriquece; el amor de una mujer se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad: torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento más crítico de su vida por unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro, que le roban el tiempo, que es para él más que la vida; la venganza misma de esa mujer le salva, pero tarde. Isabel está casada, y él ha oído el eco de la campana que se lo anuncia; el crimen es el único recurso, y le cometerá; los hombres han sido un obstáculo, y los vencerá; un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrílego*, responde, *es injusto*.

En presencia de Dios formado ha sido.
—Con mi presencia queda destruído.

Sublime respuesta de la pasión, tan sublime por lo menos como el famoso *Qu'il mourut* de Corneille, porque para la pasión no hay obstáculo, no hay mundo, no hay hombres, no hay más Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el de Ayax en Homero.

El autor ha sabido hacer interesantes á todos sus personajes, y esta verdad resultaría más palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija, á su despecho, víctima del honor, bien diferente en aquel siglo del que en el día se usa; la madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga expiación lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud; Azagra mismo y la mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos también aman, y el amor es el sentimiento más egoísta. Si Isabel y Marsilla, sólo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasión ante los ojos del espectador, el mismo derecho tienen Azagra y la mora, porque también aman: su pasión disculpa sus acciones. Todos obran á un fin, y movidos por un resorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.

Hemos dicho que esta verdad resultaría más palpable si el drama hubiera sido mejor ejecutado. Sí, Azagra y la mora parecen odiosos porque no han expresado su pasión: sólo ésta puede disculpar los excesos: un amor vicioso y poco violento no autoriza á nada, y si lo que Azagra y la mora sienten no es más que un mero capricho ó un empeño de amor propio, no es perdonable en ellos que perturben la dicha de dos seres que saben amar mejor que ellos. Lo decimos con sentimiento, la señora Bravo no ha desempeñado su papel con fuego; y el señor Romea, á quien tantas veces hemos alabado, y á quien quisiéramos poder alabar siempre, ha hecho el de Azagra con tibieza. ¿Habrá creído acaso que es menos brillante que el de Marsilla? Nosotros juzgamos todo lo contrario: en Azagra se ofrecía la dificultad de una lucha constante entre la generosidad y la pasión: nos parece más fácil presentar al público un carácter de enamorado, siempre igual, siempre violento, que el de un amante despechado y no correspondido, que toma por fuerza la mano de una mujer.

Muchas bellezas del drama han pasado oscurecidas por faltas de la representación; sin embargo, haremos la justicia de decir que el señor Latorre ha hecho esfuerzos laudables, que la señora Baus ha descubierto un celo grande, y que la actriz encargada del papel de Isabel ha merecido algunos aplausos justos.

Una de las situaciones mejor imaginadas en el drama dependía enteramente de la ejecución: tal es el momento en que se muda la escena en el cuarto acto desde Teruel á sus inmediaciones, y en que después de haberse oído de cerca

la campana de vísperas que anuncia la boda de Isabel, vuelve á resonar á lo lejos en un bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible además que se represente una escena peor que la han representado los tales bandidos: si no asesinan á Marsilla, asesinan por lo menos al autor y al drama.

La versificación y el estilo nos han parecido excelentes; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representación y en los trajes bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

Hemos oído culpar de largas y lánguidas varias escenas; confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto, ¿se nos permitirá poner á esta crítica un reparo? En el teatro escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer más largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimensión, sino la falta de interés; y tanto vale que no le haya como que la torpeza de los actores se le quite, ó le oscurezca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien así como un cuarto de hora pasado en compañía de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre á quien se le hace corto un día entero trascurrido al lado de su amada ó en buena sociedad.

No quisiéramos que el autor hubiese creído necesario recargar tanto en el papel de doña Margarita las exclamaciones acerca de su delito; hubiéramos querido eliminar algunas repeticiones inútiles de la palabra *adulterio*, mal sonante, sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazón del culpable que le hace evitar el nombre de su falta, y en la escena en que la madre descubre la suya hubiera sido de más efecto que la hija hubiese adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que hace más efecto, sino lo que se calla ó se deja entender.

Algún otro lunar pudiéramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio, las bellezas oscurecen los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como émulos de su mérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oídos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo; si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia, que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado más cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambición y la envidia; que más de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazón la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se explican; los sentimientos se sienten.





FIGARO

A LOS REDACTORES DEL MUNDO

Señores redactores: En este momento recibo esta carta que adjunta remito á ustedes para su publicación y contestación, en descargo de la responsabilidad que el que me la escribe me hace con su consulta contraer. Dice así la carta:

«*Señor Fígaro.* Muy señor mío y mi dueño: (Esto estaba demás, porque en el día ya no hay nadie que sea señor ni dueño de nada: sólo por cumplimiento puede pasar.) Soy hombre concienzudo y honrado; no extrañe usted este principio extravagante, ni me llame loco todavía; á causa de esas dos cualidades me ando solo por el mundo, por no encontrar con quien hacer pareja. Soy además habanero; esto no es tan raro: y me sucede un caso que para mi tranquilidad le tengo de consultar. Ya se acordará usted, señor Fígaro, que en agosto pasado se juró la Constitución de 1812 en esta monarquía; y de que por tercera vez dijimos todos: *Constitución ó muerte.* Recuerdo este hecho porque como casi nadie la ha observado, pudiera habérsele olvidado á usted. Yo soy constitucional, si los hay. Pues á la sazón en que por unanimidad se estaba poniendo el código en España me hallaba yo en París, y me venía á Madrid; francamente, me faltaba tiempo para venir á gozar de esa libertad que tan feliz hace al pueblo que la llega á obtener. Pedí mi pasaporte, pero se ocurrió una dificultad. No en las señas particulares, que ninguna tengo, si no es la conciencia, en que como he dicho á usted abundo, la cual, aunque es seña mucho más particular que una joroba, no tiene que constar en el pasaporte; ni menos en el fiador, ni en nada de eso, sino es que me dijeron en la embajada que necesitaba indispensablemente una cosa para venir á España. Ocurrióseme si sería carruaje, y dije que ya tenía el asiento tomado, y que si aludían á dineros y camisas, que era lo que el ventero recomendaba á don Quijote para andar por el mundo, dineros y camisas tenía; pero no era eso; dijéronme que era preciso más que camisas y dineros, más todavía que carruaje, *jurar allí la Constitución.* Nunca he entendido lo qué es jurar un código; por ahí conocerá usted si soy corto; alegué que yo era muy afecto á la Constitución desde que había visto el mucho provecho que traía á mi país; que en cuanto á jurar, no tenía costumbre de jurar, ni estaba en mis hábitos; añadí que como juraban muchos en falso lo que luego desjuraban, no creía yo que debía eso de tener gran fuerza; por fin,

que yo era hombre de bien, como se echaba de ver en mi simpleza, que entre hombres de bien la palabra debía bastar, y que por lo tanto yo no juraría la Constitución, pero que en cambio se contentase el señor ministro, ya que eso parecía hacerle tanta falta, con que yo le diese *palabra de Constitución*.

»Contestóseme que no estaba la España para pagarse de palabras; que ya muchos la habían engañado con buenas palabras; que aun en lo de los juramentos solía haber sapos y culebras, cuanto más en las palabras; que éstas se las lleva el viento, y que los juramentos es cosa más pesada; que en cuanto á lo de no tener yo hábito de jurar, que lo adquiriese, que alguna vez había de empezar; que no era libre el hombre de tener más hábitos que los que tienen los demás con quienes vive, y en cuanto al escrúpulo de poder jurar en vano, que eso no era cuenta del señor embajador, sino mía, y en ello el día de mañana podría yo hacer como otros lo que más me conviniese. Juré pues en vista de esto, y víneme á España más contento, como quien había hecho una buena acción y había sacado de un apuro á un ministro. No me ocurrió desgracia alguna en el camino, ni yo lo extrañé trayendo el juramento en el cuerpo como yo le traía.

»Pero es el caso, señor Fígaro, que en el día me encuentro con que en la Habana no sólo no se ha jurado la Constitución sino que no se ha debido jurar; que el gobierno, á quien yo tanto respeto, ha mandado que no se jure, y que los habitantes de la isla de Cuba, que la han jurado, son rebeldes; que parece que la Constitución no es género ultramarino, ni menos un bien absoluto, sino relativo; en una palabra, que es como un sombrero que no viene bien más que á la cabeza para la cual ha sido hecho, y por tanto sólo en la Península puede convenir; que es como si dijéramos: *tal para cual*. No me asombra esto, sabiendo que hay vinos que yendo hacia el Mediodía pierden, y viceversa. Así comprendo muy bien que dentro de poco resulte que esté el señor Isturiz emigrado en París por haberse opuesto á la Constitución, y el señor Lorenzo emigrado en los Estados Unidos por haberla jurado. Todo esto está bien, señor Fígaro; pero ¿y mi conciencia? Mi juramento me bulle en el estómago, y me repite desde que he visto estas cosas como comida que se ha indigestado. Si sabiendo que soy habanero, saben que he jurado la Constitución, y me prenden, y me ahorcan, ¿qué hago? Dirá usted: *dejarse enterrar*. Eso será con respecto al cuerpo; pero ¿y mi alma? ¿y la vida eterna? Que no debí jurar es claro; que juré es evidente. ¿Qué hago yo con mi juramento? ¿dónde lo echo? ¿Repito contra el ministro residente en París, como letra protestada, ó tengo que ir á Roma por dispensa?

»¿Y no sabía el señor ministro que los habaneros somos á los españoles lo que los escuderos á los caballeros andantes, y las estrecheces y preeminencias de la orden de caballería ni nos alcanzan ni atañen; que para ellos están reservadas las hijas de los alcaides, las princesas y las constituciones, y para nosotros los moros encantados, los candilazos y los gobiernos absolutos?

»Sáqueme usted, señor Fígaro, cuanto antes de estas dudas; cuente que le deberé más que la vida, pues le deberé el honor y mi salvación, y mire que no se pierda mi conciencia, siquiera porque tengo para mí que es la única que ha quedado en todos los dominios que tan felizmente rige y gobierna el señor Calatrava, Q. D. G. (como oro en paño), y que tan anchamente recauda el señor Mendizábal (Q. D. H.), si algo le queda por haber.

»Suyo afectísimo:—*El Habanero*.»

Esa es la carta. Ustedes harán lo que les parezca.—*Fígaro*.

TODO POR MI PADRE

ESCÁNDALO EN TRES ACTOS

LA POSADERA RUSA

SANDEZ DRAMÁTICA EN UNO SOLO

novedades representadas noches pasadas en perjuicio de la señora Baus y del público ilustrado de esta capital

Dícese comunmente que las mujeres tienen un cúarto de hora en gran manera útil de adivinar, lo cual es compararlas con los leones, que tienen también todos los días su rato de calentura; nosotros las respetamos demasiado para adoptar semejantes vulgaridades, y siempre las preferimos á los mismos leones, aunque se diga de éstos que son los reyes de los animales, pues nosotros creemos que son más bien los animales de los reyes. Son bichos caros para bolsillos comunes, y así sólo las testas coronadas los pueden mantener, único punto en que á nuestro entender se parecen á las mujeres.

Nosotros también tenemos nuestro cuarto de hora; sólo que nuestro cuarto de hora no es de calentura, como el del león, sino de verdad, como el de la mujer, y en él estamos hoy cuando tomamos la pluma para juzgar las últimas representaciones nuevas dadas en el teatro de la Cruz.

Todo por mi padre es una trama ingeniosa que en pocas palabras explicaremos. Hay en París una muchacha linda como un sol, y que vive como éste en la región más elevada, es decir, en una guardilla. Linda, por supuesto. Disputan mucho los aficionados é inteligentes acerca de los países más fértiles en bellezas. Quién da la palma á la Georgia ó á la Mingrelia; quién está por la Italia; quién aboga por Valencia, quién por Málaga; éste dice que en ninguna parte se dan mujeres como en Bilbao; aquel de más allá disputa que para ver caras lindas no hay como ir á casa de M. Willers; nada de eso: el país más abundante de hermosas es el teatro; todavía no hemos encontrado una fea en las tablas; la muchacha en cuestión es una de esas bellezas de comedia, que nunca desmerecen, ni encanecen, ni envejecen, ni son jamás desamadas, gracias sin duda al telón que se cruza entre ellas y la vejez. La tal muchacha, que se llama Adela, tiene su papá, el cual está, como todos los padres de comedia, lleno de achaques y de inconvenientes. Dinero, Dios lo dé; no hay un cuarto en la casa: de suerte que el viejo moribundo está muy expuesto á curarse en atención á que no tiene ni para médico ni para botica. En tanto peligro, atisba á la muchacha Adela un mancebito, rico como un ministro de Hacienda y más seductor que un pastel de *Périgord*. Súbese con franqueza á la guardilla, y, gran conocedor del corazón humano, le enseña á la muchacha virtuosa un bolsón de dinero. Adela empieza por hacer ascos y acaba por... la heroína de la comedia en fin... ¿qué tal será lo que hace Adela cuando no sabemos de qué suerte decírselo al público? En una palabra, virtudes de ese temple y dramas por este estilo los encontrará el curioso lector todos los días al volver de una esquina. Pero cuenta con que la muchacha Adela es virtuosa; es verdad que cede, es verdad que .. pero todo por papá. Otro tanto había hecho papá por ella con su mamá, y esto no es más que recompensar un sacrificio con otro, y pagar en la misma moneda. ¡Las muchachas son tan agradecidas!

Adela tiene, sin embargo, un novio á quien quiere mucho, como se ha visto, el cual viene á reclamar su mano y su virtud; la mano allí se la encuentra pegada al brazo; pero la otra quisicosa pára donde paran en el mundo las virtudes de los pobres, tan encomiadas por los filósofos modernos. La heroína con todo le cuenta al bueno del novio el lance tal cual ha pasado, *mutatis mutandis;* en esa franqueza, y en contar de tal suerte con su paciencia, se conoce que lo tiene escogido hace años para marido, ó que sabe que está de ella enamorado. Y es verdad, porque el novio sigue creyendo que Adela es virtuosa, y se va á casa del seductor á pedirle lo que Quevedo no había visto jamás. Pero éste también está enamorado y quiere casarse, ni más ni menos que el novio: tiene tanta más confianza en la virtud de Adela cuanto que le ha costado su dinero. Sobre esto disputan y se disparan un par de tiros; pero los tiros de comedia son como los autores de comedia: rara vez aciertan, no se dan. Adela llega á los postres del desafío y se casa, ¿con quién dirán us-

tedes? ¿Con su novio? ¿Con el hombre á quien quiere? No, sino con el rico. ¡Oh! sacrificio noble y sublime de la virtud pobre y menesterosa. ¡Todo por papá! ¡Por papá toma dinero, por papá se entrega Adela á un muchacho rico y galán, por papá se casa con un señor la pobre y virtuosa modistilla! Dichosos padres los que alcanzan tales hijas; una hija de ese temple es una viña, es un coche parado, es un consuelo. La desgraciada Adela mira al cielo y derrama una lágrima de dolor y de romanticismo, en tanto que el bueno del novio se recomienda al caer el telón á la memoria de los recién casados, que probablemente no le olvidarán en sus ratos perdidos.

Consecuencia moral de esta comedia: que el cielo recompensa en esta vida con dinero al que lo gana, como Adela, con el sudor de su frente, y á las muchachas que se entregan al amor por su padre, casándolas con muchachos ricos.

El público no silbó esta comedia; consecuencia positiva: que se le pueden dar impunemente comedias malas y de escandaloso ejemplo.

La posadera rusa es otra cosa ya. Se reduce á una princesa mal casada con un hermano de cierto emperador de Rusia, la cual, gustando más de un oficial extranjero que de su marido, se hace la muerta y se escapa, seguida siempre por su amante. Es verdad que no hay quien aguante esos maridos rusos y seis grados bajo cero que la maltratan á una y quieren todavía que sea una buena, y... La princesa se escapa y pasa á Polonia. Lo demás no lo dice el autor, y no sabemos en qué se pára. Porque lo que hace Adela por su padre en la primer comedia, bien lo podía hacer la princesa por su marido en la segunda. O, ¿lo merece menos un marido que un padre?

No conocemos á los traductores de estas comedias; pero si lo que hace un mal traductor con un autor es maltratarle, los traductores no tienen por qué picarse con nosotros: estamos todos de acuerdo. *Todo por mi padre* y *La posadera rusa* prueban que también en Francia hay autores necios: ambas merecían un castigo en este mundo. Los traductores se han erigido á sí mismos en instrumentos de la Providencia.





DE 1830 A 1836

ó

LA ESPAÑA DESDE FERNANDO VII HASTA MENDIZABAL

PRIMERA PARTE (1)

En posesión la España hace más de dos años de dar hondas lecciones de política, ofrece al mundo el espectáculo de un parto laborioso y difícil. ¿Cuál será el fruto de sus padecimientos? ¿Cuál el término de la prueba á que la somete la Providencia? ¡He aquí las preguntas que se hacen unos á otros los testigos de su largo alumbramiento! La Europa, clavada la vista en la procelosa Península, estudia sus tormentos con ansiedad, deseosa de sorprender en medio de este gran desorden de todos los elementos sociales el velado secreto del porvenir: secreto difícil por cierto de penetrar, porque ni el drama deja de ser complicado, ni es la España un país como otro cualquiera: no es posible sentar un pie firme en esa tierra de misterio, más temible mientras más conocida. Otros más hábiles han salido burlados, y, para no citar más que un ejemplo, pero memorable, ¿quién expió más amargamente que Napoleón su temeraria ignorancia?

Aquí más que en otra parte es la circunspección indispensable: fuerza es ser sobrio de profecías, porque gusta la España de burlar los profetas, y las profecías. Por lo tanto, simples cronistas, vamos á relatar los hechos: libre es el lector de sacar de ellos las consecuencias: una vez sentado un hecho, ¿no encierra en sí mismo sus premisas y sus resultados? La causa espa-

(1) Este opúsculo político, escrito por un hombre que ha sido testigo de la mayor parte de los hechos que en él se encierran, y que, dotado de toda la imparcialidad del que nada aventuraba en ello y de un criterio exacto, podía juzgarlos desapasionadamente, nos ha parecido de bastante importancia para darle á luz. Como reseña histórica, su verdad le hace acreedor á ocupar un lugar distinguido entre los documentos de que la historia se servirá un día para redactar la crónica de nuestra gloriosa revolución; como escrito filosófico-político, las justas reflexiones de su autor Carlos Didier y la interesante galería de personajes públicos que traza, le colocan en primer rango entre las producciones de esa especie que la Europa ve diariamente aparecer acerca de las cosas de España.

ñola pende todavía del tribunal supremo de la opinión: depongamos pues lo que sabemos, y acaso sea nuestro testimonio una prueba añadida á la instrucción del gran proceso. ¡Ojalá que pueda proyectar alguna luz sobre su fondo oscuro y nebuloso!

Pero antes de entrar en el examen de los hechos recientes, indispensable nos ha parecido volver algunos años atrás para tomar los acontecimientos en su origen y establecer su generación de una manera clara y positiva. La España de 1835 se encierra toda en la España de 1830: remontémonos pues á 1830, época no menos memorable en la historia de España que en la de nuestra vecina nación, y marcada en los anales de un pueblo por medio de una revolución popular y en los del otro por medio de una revolución palaciega.

Fernando VII acababa de sentar en el trono de España á María Cristina de Borbón, princesa de las Dos Sicilias: el año se abrió con públicos regocijos; la corte desconfiada de Madrid había roto su fúnebre silencio; el palacio había abierto sus puertas á disposiciones mundanas, y el nuevo ídolo coronado de flores había lanzado de él las sombras aun palpitantes de los Riegos, los Lacys y los Porlieres. ¿Qué profeta hubiera entonces osado predecir los resultados, tan próximos, sin embargo, de aquel brillante himeneo? Creíamos inaugurar una reina y realmente inaugurábamos una revolución.

Fuerza es decirlo, sin embargo: más de un fraile perspicaz, sino profeta, tuvo un presentimiento sordo de que amanecía para España una era nueva; y la pública alegría que siguió al anuncio de hallarse la reina en cinta, las fiestas que sucedieron á la anterior suspicaz tiranía, que había visto en toda reunión hasta privada un amago de sedición, fueron una terrible expresión del espíritu público.

Sin ir más lejos, el palacio mismo encerraba bajo el dorado artesón una especie de fraile de sangre real, que participó poco ó nada del mundano alborozo. Absorto en sus hipócritas ejercicios, contemplaba con celos y con inquietud á la joven extranjera que acababa de lanzar la corte apostólica en tan osadas innovaciones. Observaba la tormenta que se amontonaba sobre su cabeza, y presagiaba que ese enlace mismo, objeto de tantas esperanzas, le había de costar un trono: este hipócrita personaje era el hermano del rey, el infante don Carlos.

La monarquía tiene sus niveladores, así como la democracia; en todas las clases hay hombres partidarios de los extremos, que comprometen los principios exagerándolos; si Cayo Graco tenía detrás de sí á Livio Druso, Fernando VII tenía á don Carlos. Extraño parecerá que el mismo Fernando VII pudiese ser juzgado demasiado liberal y moderado por un partido. Este partido existía sin embargo; reclutaba en los conventos, reconocía por cabecillas algunos frailes furiosos, algunos absolutistas encarnizados, y, como todos los partidos, ambiciones personales que extrañadas de los negocios aspiraban á esquilmar sus beneficios; no eran éstos los menos celosos. Este partido apostólico trataba á Fernando de revolucionario. ¿No había aceptado la Constitución de 1812? ¿No la había jurado en 1820? Verdad es que había sido violada, y que la sangre de Riego había borrado el juramento; pero al fin el crimen había sido cometido, y los frailes no perdonan. Temían para el porvenir nuevas tergiversaciones, y fuerza es conocer que la debilidad de Fernando justificaba sus temores.

Este partido necesitaba un nombre, y había escogido por enseña y jefe supremo á don Carlos; no carecía el príncipe devoto de ambición, y no tardó en embriagarle el esplendor del trono. Ya anteriormente había prestado su nombre á varias conspiraciones contra su hermano; y si en la de 1827, que tan sangrientos resultados tuvo, no dió precisamente su nombre á la facción, dejóselo tomar, lo cual era más bajo y más cobarde. No hubiera desenvainado entonces la espada; pero, nuevo Caín, resignado de antemano, consentía que la de los demás le allanase el camino del trono, al cual se hubiera dignado subir, aunque hubiera sido sobre el cadáver de su hermano mismo. En lo cual pecaba ciertamente sólo de impaciencia, porque no teniendo entonces herederos directos la corona, él venía á serlo forzosamente; pero temían los apostólicos que viviese Fernando demasiado, y sobre todo que pensase en contraer nuevos lazos para hacer la última tentativa de sucesión directa.

Los resultados legitimaron sus temores: sus esperanzas se anonadaban en aquel enlace, y así fué que acogieron á la nueva reina con un odio que sólo esperaba para declararse una ocasión favorable. En tal estado, la preñez de la reina era para ellos un rayo, era la señal de una revolución. Sólo la esperanza les quedaba de que naciese una princesa. Pero Fernando amaba más á su joven esposa que á su hermano, quería alejar á éste del trono á toda costa; la reina, por otra parte, cuya ruina era evidente

con el advenimiento al trono de su irreconciliable rival, no estaba en ello menos interesada. De aquí la famosa *pragmática sanción* del 29 de marzo, que abolió la ley sálica, momentáneamente introducida por Felipe V.

Grande fué la alarma del partido monacal y vivísimas las reclamaciones de don Carlos contra golpe tan imprevisto. Pero en esta ocasión el clero estaba en contradicción flagrante consigo mismo; depositario, cual se jactaba, de las antiguas tradiciones de la monarquía española, hubiera debido para ser consecuente asociarse á la pragmática sanción, pues que ésta no era en efecto sino la rehabilitación del antiguo derecho español, en vigor desde el tiempo de los godos, y constantemente practicado sin reclamación y sin interrupción por espacio de mil años, y hasta principio del siglo XVIII. A él debía la España el beneficio de la unidad, y la verdadera fundación de la monarquía en la inseparable reunión de las coronas hasta entonces divididas y rivales de Castilla y Aragón. Por él había entrado á reinar el mismo Felipe V; y bueno es notar que éste mismo no había instalado la ley sálica pura, pues que su pragmática no excluía absolutamente á las mujeres: á falta de varones eran llamadas al trono. Pero ningún ejemplo había vigorizado esa pragmática, y de todas suertes, á los ojos de esos mismos absolutistas, lo que un Borbón había deshecho, un Borbón debía tener el derecho de rehacerlo; nada pues impedía á Fernando VII reedificar el edificio demolido por su abuelo; y á los ojos de los que no eran absolutistas, la cooperación de unas Cortes sancionó la pragmática sanción, apoyada en la voluntad de dos reyes, Carlos IV y su hijo.

Bien se hubiera podido apelar á una autoridad pública y legal de más fuerza todavía, oponiendo á las ilegales Cortes de 1713, convocadas por Felipe V, las nacionales de 1812, pues que el derecho de sucesión se hallaba incontestablemente fijado por el decreto de la representación nacional en la Constitución de 1812; pero se tuvo miedo de despertar recuerdos eléctricos: querían, es verdad, excluir de la sucesión á don Carlos, queríase asegurar la regencia á Cristina; pero al convertir en beneficio de la joven reina la línea de sucesión, de ninguna manera se transigía con la idea de variar la línea política, y se esperaba continuar la tradición de 1823 bajo los auspicios del nombre de una reina de España, á falta de príncipe de Asturias. Verdad es que la fuerza de las cosas ha alterado después tan bellos propósitos; pero dado el primer paso era imposible retroceder. Nunca dió la Providencia lección más fuerte á los príncipes y á sus pobres proyectos, porque nunca ha vuelto la Providencia más visiblemente contra ellos mismos sus planes de egoísmo y ambición. Pero no nos adelantemos á los acontecimientos; aquí la lección nace de su natural sucesión.

La cuestión de sucesión á la corona es por otra parte tanto más inútil cuanto que la humanidad civilizada, al rechazar el dogma sacrílego de la legitimidad, entendida como el acto de reinar sólo por derecho divino, le ha proscrito en nombre del progreso, enemigo de la teocracia, de que aquélla emana, en nombre de la inteligencia, que la teocracia esclaviza. El dogma de la soberanía popular no es sólo inalterable como principio abstracto, sino que es también necesario como garantía social, porque él es, y sólo él, quien fija las verdaderas relaciones posibles entre el pueblo y el magistrado supremo, llámese príncipe ó no, á quien está cometida la dirección de la cosa pública. Fuera de él no puede haber sino monopolio y violencia.

La publicación de la pragmática sanción produjo una sensación profunda, no tanto por lo que era en sí como por sus evidentes resultados. Fernando VII no prometía larga vida, y la regencia asegurada ya á una princesa joven, dulce, afable, era para la España una fortuna tan grande, que se asió de este consuelo con un ardor que debió lisonjear en extremo á la futura regenta, estrella amiga que despuntaba en el horizonte, y en la cual se clavaron con ávida impaciencia las miradas de todos. Anunciaba por otra parte un cambio; y en el estado á que el gobierno de Fernando había reducido el país, todo cambio debía ser esperado como una mejora La pragmática de 1830 además no tiene únicamente un interés de circunstancia, es una de las fases más importantes de la monarquía: hace época en la historia de la Península, porque ha sido la ocasión, sino la causa, de una revolución radical en la forma y en el principio del gobierno. La pragmática de Fernando no entroniza por sí sola, es verdad, la democracia española; la democracia española se entronizó ella misma por derecho propio en Sevilla en 1808, pero después de haber salvado á la España de la eterna humillación de la conquista, había sido expulsada del suelo cuya independencia guareció, y había ido á expiar su noble culpa en el destierro y en los presidios:

1820 fué una tormenta que la violencia conjuró en beneficio del perjurio: 1830 volvió á colocar gradualmente la democracia al pie del trono. La cuestión es saber si ha de volver á ocuparle, y está ya medio decidida.

Los apostólicos entretanto no descansaron; agitáronse á la sombra de sus monasterios, urdieron ocultas tramas, y declamaron, aunque en voz baja, contra la atrevida extranjera que tenía supeditado al rey; en la Edad media hubieran dicho hechizado; pero todos esos murmullos se perdieron ante el gran rumor de la revolución de julio. Al llegar aquí cambia la escena, complícase el drama, y principia otro acto.

La nueva de la insurrección de París produjo en Madrid una conmoción igual á la que había producido en Europa. Alarmóse el rey Fernando, no sin motivo, porque los desterrados de Cherburgo éranle bien allegados como deudos y como restauradores de su corona: en su naufragio perecía el principio de su existencia, y difícil era prever entonces dónde pararía la ola popular tan imprevistamente sublevada. La corte de España vaciló entre pareceres encontrados; los sucesos por fin vinieron á sacarla de incertidumbres.

A la sazón que estalló la revolución, la Francia y la Inglaterra se hallaban pobladas de proscritos españoles, lastimosos restos de las catástrofes anteriores: el movimiento de París les volvió la esperanza. Súpose en Madrid que los refugiados, reunidos en juntas revolucionarias en Londres y en París, se aprestaban á probar una intentona, y á traspasar la frontera. El gobierno español, sacudido por un sentimiento natural de conservación, dirigió vivas reclamaciones á los gabinetes de aquellas dos naciones: el primero atajó los preparativos con sólo suspender alguna de las disposiciones del *alien bill*. El francés hizo del sordo, mas animó á los emigrados y les facilitó fondos; pero después, cuando estuvieron comprometidos, los abandonó y negó, como el apóstol á los suyos. Esta página de la vida de M. Guizot será un borrón eterno en la historia del país que debía haberse apresurado á lavar el error de 1823 y proclamarse hermano de los liberales de España.

Nadie ha olvidado el resultado de la triste expedición de 1830: un puñado de proscritos, privados de recursos, se lanzó llevado de su heroísmo en la garganta de los Pirineos. Valdés y Mina fueron rechazados por Santos Ladrón, feroz absolutista, que se hizo fusilar más tarde en las filas carlistas, y por Llauder, que juzgó más prudente hacerse liberal. Llauder era entonces capitán general de Aragón, alto puesto que debía á sus ciegas deferencias por Fernando VII. Empleó en la persecución de ese Mina, de quien había de ser poco después el colega y el adulador, un encarnizamiento de que conservarán los habitantes de la frontera largos recuerdos. ¡Qué gloria para Llauder si hubiera podido añadir á su blasón de moderna fecha la cabeza de Mina al lado de la cabeza de Lacy, y encima el sombrero de la grandeza! Pero esta doble gloria no le fué dada, y hubo de contentarse con su primer hazaña de Cataluña y la simple corona de marqués (1).

Así acabó un año comenzado bajo tan brillantes auspicios: entretanto, la reina había dado á luz una princesa el 10 de octubre, y al mismo tiempo que la causa constitucional era vencida en la frontera, triunfaba en la capital, puesto que el nacimiento de la heredera, obligando al partido carlista á desplegar la enseña de la rebelión, había de forzar á la reina á buscar su salvación y la de la monarquía en el apoyo de esos mismos hombres que á la sazón se estaban fusilando en los Pirineos.

El nacimiento de un príncipe hubiera tapado la boca á los apostólicos; hubieran podido todo lo más disputar la regencia á Cristina y turbar la minoría; pero, ¡qué diferencia entre esa lucha parcial y la lucha de principios de que la pragmática ha sido ocasión, lucha que ha abierto sucesivamente á los emigrados sus casas primero, las Cortes después, y por fin los ministerios! ¡Y todo por haber nacido en vez de un príncipe una princesa! Niéguese después de eso que la Providencia, que ha sabido hacer emanar de tan tenue circunstancia tan grandes acontecimientos, niéguese que protege la democracia. Quiere su triunfo, le ha resuelto, y los reyes mismos no son en su mano más que un instrumento para coronar su obra. Estas peripecias constituyen la alta parte cómica de la historia.

El drama entretanto se complica: contémplase Fernando entre dos enemigos, el partido constitucional, representado entonces por Mina,

(1) ¿Quién no recuerda con dolor el éxito de la triste tentativa del general Lacy (que tanto se distinguió en la gloriosa guerra de la independencia) para levantar en Cataluña el estandarte de la Constitución? El general Castaños mandaba en Barcelona: quería salvar á Lacy y con esta intención envió contra él á Llauder, que había sido protegido de Lacy y que le debía su suerte; pero Llauder, en vez de secundar las miras de Castaños, arrestó en persona á su protector, y llevó la ingratitud hasta la brutalidad. Lacy fué fusilado á pesar de las representaciones que al rey dirigió el general Castaños, y Llauder fué sucesivamente promovido á los primeros grados de la carrera militar. El cadáver de su intrépido y generoso protector fué el primer escalón de su fortuna.

y el partido apostólico, representado por don Carlos. Este permaneció casi tranquilo el año 1831; la revolución de julio no le había espantado menos que á Fernando, porque en eso eran comunes sus intereses y entrambos se veían amagados. Lo contrario le avino al partido liberal: lo que era para sus enemigos ocasión de espanto, éralo de esperanza para él; y el año entero no fué por tanto más que una continuada insurrección; cambióse sólo de campo de batalla, y se probó la suerte en el Mediodía. Desde el mes de enero el general Torrijos, refugiado en Gibraltar, había intentado una expedición, que por entonces no había cuajado. Casi al mismo tiempo el desgraciado Manzanares se estrelló en las sierras de Andalucía. En la Isla de León hubo otra insurrección abortada. El general Quesada, capitan general á la sazón de Andalucía, reprimió esos diversos movimientos; y aunque se le puede hacer la inculpación de haberse constituído voluntaria y libremente instrumento de la tiranía, fuerza es hacerle la justicia de haber desempeñado su triste misión con una mesura y una humanidad de que Llauder, su colega de Aragón, no había creído oportuno usar en circunstancias semejantes.

Todos estos movimientos empero, aunque sofocados, asombraron al gobierno de Fernando; cobró miedo, y el terror le restituyó á sus naturales inclinaciones, es decir, á la ferocidad. Instaláronse nuevamente las inexorables comisiones militares; las reacciones fueron atroces, y el reinado del terror volvió á empezar. ¿Qué sangre vertida bastará para lavar la de tantas víctimas bárbaramente sacrificadas? La última escena de tan sangrienta tragedia fué sin embargo la más abominable. El inmortal Torrijos permanecía en Gibraltar, y clavada desde allí la vista en el sombrío horizonte español, acechaba con impaciencia sus primeros resplandores. Su presencia, su inmediación imponían pavor, y se decidió desembarazarse de él á toda costa. El gobernador de Málaga, Moreno, especie de hiena con semblante humano, el infame Moreno tendió el lazo más execrable de que hay memoria en la historia de las naciones, y al cual vino generosamente á caer la noble víctima destinada al inmundo cuchillo. Embarcóse el ilustre proscrito, atraído por engañosas sugestiones, y con él cincuenta y dos compañeros que habían de tener la gloria de participar de su patriótico martirio. Poco después fué nombrado capitán general el verdugo de Granada.

Velemos nuestro rostro de dolor y de indignación. ¿Y se quiere todavía que no gritemos *venganza y exterminio* sobre su partido, cómplice todo él del más espantoso crimen? ¿Y es á nosotros á quien se pide todavía generosidad?

El mes de diciembre recordará todavía por muchos años con caracteres de sangre tan cobarde carnicería. ¡Él cerró dignamente ese año de reacción y de matanza! ¡Él le reasume todo entero y le bautiza! ¡Esos fueron los tristes resultados de la desgracia de Mina en los Pirineos; esos los frutos de la horrible victoria de Llauder, de ese mismo Llauder que estaba reservado todavía á dejar las huellas de sus san-



Don Francisco Espoz y Mina

grientas manos en las sillas ministeriales, en que había de sentarse al lado de sus propias víctimas!!!

La historia de España desde 1830 es un perpetuo vaivén. 1831 había pertenecido á los liberales, 1832 perteneció á los apostólicos; las bajas intrigas de los últimos ocuparon ese año, como las heroicas conjuraciones de los primeros habían ocupado el anterior.

La guerra civil devoraba á la sazón el Portugal; tratóse un momento en Madrid de intervenir en favor de don Miguel: esta ligereza no tuvo consecuencia, pero sirve de clave á las disposiciones de la corte de Madrid en aquella época. Debía volverse después á la idea de intervención; pero ya entonces se había vuelto la rueda de la fortuna, y la intervención debía ser en favor de don Pedro.

¿Qué hacían entretanto don Carlos y su partido? Reanimados por los sangrientos triunfos del gobierno de Fernando, que trabajando

para sí trabajaba también para ellos, pues, aunque divididos, tenían igual interés en la destrucción del enemigo común, los apostólicos cobraron valor, y practicaron sus minas con tal destreza, que estuvieron casi á punto de quedar dueños del campo de batalla. Su único objeto era ya la revocación de la pragmática, que alejaba del trono á su cliente: maniobraron tan hábilmente, que la pragmática fué revocada; pero, desgraciadamente para ellos y felizmente para la España, no fué por mucho tiempo. Este pequeño entremés político constituye una verdadera escena de comedia. No hay más que copiar: el drama está hecho. Cuando la historia se mete á poeta, los hace buenos.

No es fácil olvidar el mes de setiembre: la corte estaba en la Granja, y Fernando á las puertas del sepulcro. Había entonces en España un hombre que había sido criado, curial, empleado de un ministerio después, y por fin ministro. A la sazón era más que ministro: amparándose del nombre de Fernando, era rey de España é Indias. Gentes versadas en esta especie de misterios aseguran que había debido su encumbramiento á una obscena bufonada. ¡Hijos felices de las monarquías, todas las carreras os están abiertas! Pero el favor de Calomarde tenía á la sazón más sólida base en su ciega adhesión á los intereses y á las pasiones de la monarquía absoluta. Llamado al ministerio en 1824 bajo los auspicios de la invasión extranjera, su administración no había sido sino un tejido de errores. Calomarde fué el prototipo del sistema que podríamos llamar de los apagadores políticos, pues que sólo tendía á sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes, cuanto constituye la esperanza del género humano. El cerró las universidades, y abrió en cambio una escuela de tauromaquia; sangrienta burla, insolente sarcasmo político que caracteriza él solo todo su sistema. Calomarde veía con celos el ascendiente que sobre el ánimo del monarca tomaba diariamente su joven esposa; pero no sólo no osó contrarrestarlo sino que se asoció á la pragmática sanción, cooperando á la redacción del testamento que había de asegurar la regencia á la augusta viuda, y que designaba los miembros de su consejo. ¡Extraña circunstancia, que sólo se comprende poseyendo la clave del carácter de Fernando! Casi todos los miembros de ese consejo de regencia eran enemigos personales de Calomarde, y algunos de ellos, como el marqués de las Amarillas, se hallaban en un desfavor equivalente á un destierro. El mismo ministro había firmado su mistificación. Hay quien añade que el rey tenía un maligno placer en hacer leer á su favorito el testamento que en tan falsa posición lo ponía.

Todo esto no debía adherir mucho á Calomarde en favor de la reina: rancio absolutista, temía tanto más las innovaciones cuanto que no se le podía ocultar que la primera reforma había infaliblemente de empezar por él: su interés, así como sus principios, si es que semejantes hombres tienen principios, le inclinaban á don Carlos y al partido apostólico, quien supo sacar partido de la posición falsa del ministro: hiciéronsele proposiciones, y la semilla echada en tan buena tierra no tardó en germinar. La muerte inminente del rey, que de un momento á otro se esperaba, activó la intriga. Calomarde, para quien la menor tardanza era peligrosa, viró pues de bordo, y aprovechándose del estado del rey, no tuvo dificultad en abusar de él para hacer firmar á su mano moribunda una revocación de la pragmática de 1830. No bien se hubo dado este paso tan agigantado, cuando se esparció la voz de la muerte del rey, y corrió en instantes de San Ildefonso á Madrid, y de aquí á las provincias y al extranjero.

Gran júbilo en los conventos; el cliente monacal era rey, y con él iba á ocupar el trono el absolutismo apostólico; pero el triunfo fué de corta duración: el rey resucita, y don Carlos baja del trono. Nunca peripecia fué más repentina; los vencidos la víspera se apoderaron otra vez del campo de batalla, y los vencedores tocan retirada. Tuvieron lugar entonces en palacio escenas que la historia dirá algún día con escándalo: entretanto, la augusta infanta doña Luisa Carlota, acudiendo al rumor desde un rincón de Andalucía, llegó en el momento crítico de inclinar para siempre la balanza, y Calomarde sucumbió, yendo á buscar en el destierro la única salvación posible para él. Cea Bermúdez, ministro á la sazón en Londres, fué llamado al ministerio en 1.° de octubre: la victoria de la reina era brillante, y fué completa. El 6 vió la luz un decreto que le confiaba el timón de los negocios durante la convalecencia de Su Majestad. Era una regencia anticipada.

El primer acto de la regenta justificaba las esperanzas que en ella fundaba el partido liberal de 1830. El 15 se publicó una amnistía política, no absoluta, pues que fué seguida sucesivamente de otras tres, pero capital en el sentido de que descifraba claramente la posición y destrozaba el pacto impío de 1823. La

monarquía acababa de empeñar un pie en la revolución: sólo había dado un paso, es verdad, pero ¡cuán lejos se estaba ya de las comisiones militares del año anterior, y de la espantosa carnicería de Málaga!

Sucediéronse las reformas rápidamente, si no de hecho, al menos el principio se proclamó: abriéronse las universidades, mejoróse la hacienda, y se creó un ministerio nuevo con el nombre de *fomento*. El pueblo no fué ingrato, y la popularidad de la reina llegó á su apogeo. En el ínterin los absolutistas no cesaban de bullir y remover sordamente ya un punto, ya otro de la península. La revocación arrancada por Calomarde existía todavía, y no fué anulada hasta el 31 de diciembre. Este día se publicó un decreto en que el rey declaraba espontáneamente que había sido sorprendido, retractaba una firma arrancada con tan indignos medios, y restablecía en todo su vigor la pragmática sanción.

Una nube se presentó sin embargo á oscurecer tan brillante horizonte. Cea acababa de llegar de Londres, y había tomado posesión del ministerio: la reina no había esperado su llegada para imprimir el movimiento á la máquina: estaba ya lanzada, lo cual no hubo de agradar á Cea. Apenas en camino éste, quiso ya cejar, y publicó un manifiesto anfibológico en que aceptaba por lo menos la herencia de Calomarde; anunciaba en verdad reformas, pero usaba de tales restricciones, que, á fuerza de atenuar la esperanza, la mataba. Amargo desengaño para el partido liberal; fiaba con todo en la reina, y podíase creer que la ambigüedad de Cea era una concesión hecha al rey; una vez muerto el rey, decíamos, él irá: su entrada en el ministerio no era menos por eso una victoria y un progreso. Pero no sólo no moría el rey, sino que totalmente restablecido volvió á tomar las riendas del Estado el 4 de enero de 1833, si bien asociando á la reina al consejo. Esta encontró en Cea más bien un rival que un auxiliar, y si algo podía sostener entonces al ministro, era que de paso que hacía una guerra oculta á las reformas, hacíala abierta y franca al partido apostólico, entronizando en la Península ese sistema de balancín, que debía trasformarse poco después en verdadero justo-medio.

El paso más atrevido de Cea fué el destierro de don Carlos. Su presencia era para los frailes un eterno motivo de esperanzas, un foco inextinguible de hostilidades é intrigas incesantes. El 13 de marzo salió el pretendiente de Madrid para nunca más volver á entrar en él. Y, para que no faltase circunstancia ninguna á su triunfo, y dar un principio de ejecución á la pragmática, se convocaron en 7 de abril las antiguas Cortes del reino para prestar juramento de fidelidad á la heredera.

El rey con ese motivo escribió á don Carlos una carta hábilmente redactada, en que le hacía dueño de tomar parte ó no en la ceremonia, no queriendo, decía, forzar las inclinaciones de su caro hermano. Don Carlos respondió protestando públicamente, y por el pronto todo el mundo se contentó con este pacífico trueque de frases más ó menos fraternales.

Más eminentemente político hubiera sido aprovechar aquella ocasión de reunir, en vez de las antiguas Cortes del reino, unas verdaderas Cortes nacionales; pero esas eran premisas cuyas consecuencias se temían; y habiéndose manifestado Cea hostil á toda idea de instituciones políticas, no era seguramente Fernando VII de quien se debía esperar que le obligase.

Verificóse el 20 de junio la solemne jura, que se celebró con las fiestas más ostentosas y más verdaderamente populares que en siglos enteros se hubiesen visto. Y de allí á tres meses ocurrió por fin un acontecimiento previsto ya de muy atrás. Fernando VII murió el 29 de setiembre. ¡Que descanse en paz! fué todo lo que pudieron decir los menos rencorosos. Muerto el rey, abrióse el famoso testamento, cuyo contenido era ya de antemano conocido. Instalóse la regencia, y Cristina, asistida del consejo de gobierno, tomó las riendas del Estado en nombre de Isabel II. La primera medida de la regencia fué una medida de conservación: mantuvo á Cea en el ministerio: el primer paso de éste fué también conservador; su manifiesto después de la muerte del rey es el desengaño más solemne que podía llevar un pueblo. Todo el mundo comprendió que Fernando vivía todavía en su ministro; el odioso programa no era más que una explanación del que á su entrada en el ministerio había dado el político estacionario; pero entonces ya no vivía Fernando VII para tomar sobre sus regios hombros la responsabilidad de las malas intenciones de un ministro; húbola él de llevar entera, y le abrumó.

Mal principio era por cierto parapetarse en la negativa á los principios de una revolución. Cea padeció un grave error: se empeñó en no ver más que una cuestión de sucesión donde

no había más que una cuestión de principios: creyó que Isabel sentada en el trono, y apoyada en la legitimidad, tenía en sí sola su propia fuerza, y que no necesitaba ni del apoyo ni del concurso de la España liberal; de aquí su obstinación en negarse á transigir con ella, por más que quiso darle una dedada de miel ampliando la amnistía. Pero eso era tener un concepto harto ventajoso de sí mismo. La nación no participó de ese concepto, y Cea vino abajo con el *despotismo ilustrado* que quería entronizar, y que para ningún partido era bastante. Para los absolutistas sobrara el *ilustrado*, para los liberales sobra el *despotismo*.

El error de Cea era tanto más grave cuanto que aislaba al trono, y le entregaba indefenso á los golpes de sus enemigos. Sin estar ligados precisamente como la causa lo está al efecto, la pragmática sanción y la rehabilitación del partido democrático eran ya dos hechos para siempre trabados é inseparables. Por más legítimo que fuese el derecho de Isabel, no necesitaba menos por eso el apoyo de la España liberal. Puédese en buen hora combatir un partido oponiéndole otro partido; pero pretender como Cea combatirlos á entrambos á la vez, eso supone la intervención de otro tercer partido que no existe felizmente en España.

Y la falsa posición de Cea era tanto más difícil de conservar cuanto que acababan de romperse las hostilidades en las provincias. El partido apostólico se constituyó agresor y levantó en nombre del pretendiente el estandarte de la rebelión. El primer general enviado por Cea, Saarfield, fué á cruzarse de brazos tranquilamente en Burgos, y fué reemplazado por Valdés, que lo fué él mismo por otros tan inhábiles como sus antecesores. El movimiento de las provincias exaltó á los liberales de Madrid, y produjo una reacción, por desgracia demasiado poco violenta; los liberales se contentaron con desarmar el 27 de octubre á los realistas.

La impopularidad de Cea crecía á medida que se amontonaban los acontecimientos: en vano trató de desplegar una ridícula energía, decretando destierros arbitrarios y suprimiendo periódicos; sólo consiguió poner de manifiesto su impotencia. Sitiado y estrechado cada vez más por dos enemigos igualmente exasperados, atado de pies y manos, y condenado á la inmovilidad, se vió aislado, y el consejo de regencia mismo acabó por soltarle de su mano, uniéndose al partido constitucional en reclamación de garantías políticas. Los capitanes generales dieron el último golpe á la fortaleza desmantelada. El general Quesada lanzó desde Valladolid á fuer de perspicaz un manifiesto, mitad sumiso, mitad amenazador, en que pidió formalmente á la reina la destitución de Cea. Tras Quesada vino Llauder: el protegido y verdugo de Lacy, capitán general de Cataluña, había obrado su conversión: liberal ya entonces exagerado, ardía en amor de libertad; cubriendo una antigua enemistad personal con la máscara hipócrita de buen ciudadano, encarecía las exigencias de su colega, y poco le faltaba para pedir la cabeza de Cea.

Solo Cea, y aislado en medio de tan legítima inundación, debía caer, y cayó. Cayó en nombre de esas instituciones que su terco sofisma rehusaba al público deseo, y que habían llegado á ser la única salvación, la necesidad absoluta de la monarquía. Dejó pues el ministerio por segunda vez. La primera habíaselo quitado Fernando por demasiado liberal; Cristina le despedía más tarde porque no lo era bastante. La primera vez tuvo por sucesor á uno de los más furiosos absolutistas de España, á un enemigo irreconciliable de las libertades democráticas, al miembro más intolerante del gobierno provisional de la fe en 1823, al duque del Infantado. ¿Y quién le sucede la segunda? Un ministro de la Constitución, un antiguo diputado de las Cortes de 1812, un hombre que había expiado el doble crimen en los presidios de Africa y en la emigración, Martínez de la Rosa. El progreso iba envuelto ya en la sola antítesis de esos dos nombres.

La pragmática, pues, empezaba ya á dar sus frutos, y desde aquí puédese decir que se entra de lleno en la revolución. El destierro de Calomarde y la entrada de Cea no eran en el fondo más que una intriga palaciega. La destitución de Cea y el advenimiento de Martínez de la Rosa eran la primera victoria de la democracia. Martínez de la Rosa en el ministerio era la doble rehabilitación de 1812 y 1820, era la condenación de 1823, era la convocación de las Cortes.

Ahora, si Martínez de la Rosa fué consecuente con sus antecedentes, y si correspondió á las esperanzas que legítimamente se fundaron entonces en él, eso es lo que los hechos van á probar ó á desmentir en el año siguiente.



DE 1830 A 1836

ó

LA ESPAÑA DESDE FERNANDO VII HASTA MENDIZABAL

SEGUNDA PARTE

Martínez de la Rosa abre el año de 1834. Sus antecedentes son demasiado públicos para que nos detengamos mucho en ellos. Conocido ya en 1820 entre los más moderados, inspiró en 1822 bastante confianza al trono para verse encargado del timón de los negocios; pero poco feliz en su administración, tuvo que retirarse después de un ministerio de cinco meses, durante el cual el célebre 7 de julio le manifestó inclinado á un golpe de Estado, que tendía á sustituir á la Constitución de 1812, demasiado popular á sus ojos, una carta, y la instalación de dos cámaras. Sus inclinaciones podíanse mirar desde entonces ya como poco revolucionarias, podíasele acusar de tibieza hacia las ideas democráticas.

La segunda restauración fué más clemente hacia él que había sido la primera, porque ni

aun fué desterrado. Voluntariamente pasó á Italia y á París, donde se entregó á las letras: durante su voluntario destierro Martínez de la Rosa permaneció extraño á todas las intentonas políticas de sus compatriotas. No tomó parte en la expedición de 1830, y no siendo en realidad proscrito, fué uno de los primeros que regresaron á sus hogares.

Tal era el hombre que la fuerza de las cosas llamaba al gobierno de la regenta. Su advenimiento al ministerio era efectivamente un gran paso. Pero apenas le fué entregada en tutela la revolución naciente, todos echaron de ver que el ayo del nuevo Hércules era más idóneo, y parecía más dispuesto á enervar al robusto infante en mantillas, que á desarrollar sus fuerzas; fué en efecto el dragón mitológico enviado por la envidia para ahogar en su cuna al futuro vencedor de la hidra de las cien cabezas.

Cea había caído por haberse negado al paso indispensable de la convocación de las Cortes: Martínez de la Rosa no ocupaba su puesto sino con la condición, *sine qua non*, de convocarlas. Cualesquiera que fuesen sus secretas inclinaciones, no le era, pues, dado hacerlo ó dejarlo de hacer: la idea de convocación preexistía en él; era sólo admitido para llevarla á efecto; no era más que el instrumento de una necesidad. Pero ¿qué vía iba á escoger? ¿En qué términos iba á restaurar el antiguo derecho nacional? Esta era la cuestión.

Hombre contemporizador y de cuasi medidas, Martínez de la Rosa no podía proceder sino por compromiso, y por compromiso procedió. Profesando tan poco afecto á la Constitución democrática de 1812, no era probable que fuese á desenterrarla por segunda vez: dejóla bajo su piedra sepulcral, donde yace todavía, según parece para siempre. Si bien existen aún en la Península una nobleza, un clero independiente, privilegios de castas y desigualdades legales; con todo multitud de intereses se hallaban ya dislocados, cien prerrogativas allanadas, y no pocas preocupaciones por tierra. La antigua forma de los tres brazos por tanto no era ya posible; ni hubiera contentado los intereses, ni las ideas, ni las pasiones: hubiérase debido empezar por desecharla completamente.

El público sin embargo esperaba la solución del problema; tres meses la esperó. Por espacio de tres meses trabajó el ministerio Martínez en su grande obra política. Semejante á los antiguos sacerdotes de Egipto, el sanhedrín ministerial se recogió en el fondo del santuario, rodeóse de silencio y de soledad, rehusando admitir á los profanos á la iniciación de sus misterios antes del día prefijado por su idea. Llegó por fin ese gran día; una mañana de abril el monte Sinaí hizo resonar sus trompetas, y las nuevas tablas cayeron de las nubes sobre la cabeza de Israel. El moderno decálogo hubo por nombre *Estatuto Real*.

Puesto que nos hemos tomado la libertad de hacer intervenir en este negocio al monte Sinaí, bien podremos sin inconvenientes seguir la metáfora, y añadir que nunca el antiguo apólogo del *Monte de parto* tuvo más solemne aplicación. El Estatuto fué el verdadero *ridiculus mus*. No valía por cierto la pena de colocarse á tal altura, ni de afectar tan solemne aparato la escuálida creación. El Estatuto no fué más que un mal remedo de la carta sacramental inglesa: esto es, de la famosa máquina de tres ruedas, sin contar con una enorme herejía de más en la composición de la cámara alta y muchas cosas buenas de menos en sus demás partes. La herejía política es patente: los próceres ó pares se dividen por él en dos clases, próceres natos y hereditarios, y próceres vitalicios por elección de la corona: ¡chocante anomalía! Se pretende formar un cuerpo que tenga unidad y armonía, y compónese de dos elementos rivales y heterogéneos; se crean en su seno dos intereses opuestos, y se instituye en él por consiguiente una anarquía permanente. Otra herejía no menos importante es la que priva á las dos cámaras ó estamentos del derecho de hacer ellas mismas su reglamento interior; la corona es quien se le impone. Mas como la iniciativa legislativa reside enteramente en el poder real, las Cortes vienen á ser una especie de consejo de Estado, un cuerpo consultivo.

Otras imperfecciones no menos graves pudiéramos señalar en el engendro político del ministerio Martínez, pero sería tiempo perdido si recordamos que no es invulnerable, y que el primer paso que dé la revolución lo derribará hecho polvo á sus pies.

No es esa sin embargo la opinión de su otorgante; complácese, exáltase en la contemplación de su obra; el Estatuto es para él una de aquellas concepciones gigantescas y definitivas que hacen época en la historia de las naciones, y después de las cuales el género humano nada tiene que hacer sino cruzarse de brazos y dormirse á su sombra. Es la piedra filosofal de la ciencia del gobierno, y admírase su autor de

que poseyendo tan raro tesoro, la España se atreva todavía á aspirar á cosas mejores. No duda un momento que ha tomado puesto entre los grandes legisladores de la antigüedad: Licurgo y Carondas, dioses caídos, han de postrarse ante él: nada les queda que hacer sino velarse la faz. ¡Lástima es sólo que los colegas de su ministerio, ante los cuales se leyó y discutió en más de treinta sesiones preliminares, puedan reclamar alguna parte de su gloria!

Tal cual es sin embargo, y aunque inferior con mucho á la Constitución de 1812, por más que ésta esté lejos de ser perfecta, el Estatuto Real no dejó por eso de tener la gloria de romper el largo silencio impuesto á la España por la tiranía del perjurio y de la violencia: volvió á abrir el campo á los debates políticos; dió lugar á que los periódicos tomasen parte en las discusiones parlamentarias, y la opinión pública pudo pasar por un nuevo aprendizaje. Todo eso existe al fin, y fuerza es aceptar esas primeras y tímidas conquistas como preludio y presagio de otras más audaces y positivas. Sólo como medida transitoria puede tener el Estatuto cierto valor; considerado en sí mismo carece totalmente de él, pues que ni emana de ningún principio, ni proclama principio alguno.

El mes de marzo se señaló con dos acontecimientos graves; primero con una tercera amnistía, no absoluta: no llegó la vez de Mina y de sus compañeros de 1830 hasta el mayo siguiente. El segundo fué la creación de la milicia urbana: una chispa carlista se manifestó el 4 en Madrid, y aunque fácilmente sofocada, bastó á convencer de la necesidad de armar á los liberales para un evento. El alistamiento empezó por ser voluntario, y no se tardó mucho en hacerlo obligatorio por medio de una ley calcada sobre la francesa. Pero apenas formada esta milicia nacional, empezó á ser un objeto de espanto para el ministerio Martínez, y durante toda su administración sólo se pensó en ponerle trabas.

El mismo mes que vió nacer el Estatuto Real dió vida á la deseada cuádruple alianza: el último canje de firmas es de 22 de abril. Sólo la Francia y la Inglaterra estaban á la sazón representadas en Madrid, porque eran las únicas entre las grandes potencias que habían reconocido á la reina Isabel. El Austria, la Rusia, la Prusia, Nápoles misma, á pesar de los vínculos de la sangre, habían retirado el año anterior sus ministros y embajadores. Esas cuatro cortes entonces, como ahora, no tenían más que encargados de la correspondencia; algunos de estos agentes habían tenido la pretensión, por lo menos incongruente, de hacerse centro de necias intrigas carlistas, y en eso habíanles asistido cordialmente sus cofrades de la Haya y de Turín, cuyas simpatías no podían menos de adherirse á la causa del pretendiente. Esto era abusar de la inviolabilidad que el derecho de gentes les confiere; el único papel que le sea decente representar en tales casos á la hostilidad oficial es la neutralidad del silencio. Los corresponsales diplomáticos de Madrid lo han conocido, ó bien se lo han hecho conocer, y de entonces acá han permanecido tranquilos. Roma no tenía tampoco agente alguno acreditado cerca de Su Majestad Católica; el obispo de Nicea, antiguo nuncio, vivía retirado en calidad de simple particular.

En cuanto á Portugal, el viento había cambiado: dos años antes se había intentado intervenir en favor de don Miguel: á la sazón doña María había sido reconocida, y Rodil había pasado la frontera para sostener sus derechos. Ambas cortes parecían haber olvidado sus antiguas rencillas, y vivían al menos oficialmente en las más estrechas relaciones de amistad.

Terminada la campaña pasó Rodil al ejército del Norte y tomó el mando, pero acontecióle lo que á sus antecesores: no hizo más que aparecer y desaparecer. Cedió el puesto á Mina. No tenía en su origen la guerra de Navarra la importancia que ha tomado después; con determinación y prudencia hubiérase apagado la naciente hoguera; pero era preciso á toda costa impedir la reunión de los dos intereses absolutista y municipal: la cosa era posible interesando á las provincias vascongadas en el orden de la sucesión; de esta suerte se les hubiera segregado de la causa del pretendiente. Pero se hizo todo lo contrario: «Sometámoslas, decía Martínez de la Rosa, y luego hablaremos.» Tratóse de humillar á los insurreccionados, y ellos son los que con lucha tan larga nos han humillado.

El descuido, la inexperiencia del ministerio Martínez y su inacción han puesto la lucha en el punto en que está: él es quien ha cavado, ó por lo menos visto cavar ante sus ojos tranquilamente la honda sima donde mira la España hundirse sus tesoros, desarmarse sus ejércitos y comprometerse su porvenir.

Un acontecimiento imprevisto vino á complicar el enredo: don Carlos, después de haber vagado por las fronteras de Portugal, había abandonado la Península, y cuando todo el

mundo creía en Madrid que, resignado con su suerte, yacía oscuro en un rincón de Inglaterra, apareció de nuevo en el corazón de Navarra. La presencia del pretendiente vino á dar á la guerra un carácter imponente, que ha bastado desde entonces á fijar sobre ella las miradas inquietas de la Europa.

Pero volvamos las nuestras á Madrid, donde se presenta en escena un nuevo actor destinado á hacer un papel demasiado principal. El conde de Toreno, cuyos antecedentes no eran menos conocidos que los de Martínez, y que regresó á España á fines de 1833, presentóse para Martínez como un rival temible, pues que la opinión le designó desde luego por jefe del gobierno ó de la oposición. Martínez hubiera intentado en vano luchar con tan terrible atleta: forzoso era pues hacer del ladrón fiel, y declararse amigo del enemigo temible. El ministerio hizo lugar al recién venido: brindósele con el despacho de Hacienda, que fué aceptado.

No era acaso esa posición delicada y comprometida la que al conde convenía; acaso hubiera sido más político darle el ministerio del *Fomento*, vacante por dimisión de Burgos, derribado por la opinión pública, y que había servido de guión entre el ministerio de Cea y el de Martínez. Hubiérase debido llamar francamente al ministerio al conde de Toreno desde el mes de enero, pero Martínez de la Rosa quería reservarse para sí solo la gloria de bautizar el Estatuto: esta mezquina envidia de literato explica su tenaz oposición cuando el nuevo candidato, apoyado por la Francia, le fué designado por la opinión pública. Llegó hasta herir gravemente su amor propio prefiriéndole una nulidad, que era más de su gusto, porque la temía menos: si consintió por fin en admitir á su rival por colega, fué á los últimos, y cuando debiendo abrirse las cortes comenzaba á organizarse la oposición. El peligro era urgente, y el instinto de la propia conservación venció los cálculos del amor propio.

Sabido es que la apertura de las cortes convocadas en virtud del Estatuto se verificó el 24 de julio. El 17 había sido testigo del sangriento desastre de los frailes; nueva ocasión de deplorar la ineptitud del ministerio Martínez, que no supo prevenir ni reprimir el desorden, y que creyó componerlo todo tomando una venganza bárbara y hasta inicua. La víctima expiatoria de aquella calamidad fué un mozo desdichado de diez y ocho años, cuyo crimen se reducía á haber sido sorprendido con unos harapos de fraile y unas estampas. Ningún cargo grave resultaba contra él, pero no por eso dejó de sufrir la pena capital cinco meses después del suceso, es decir, cuando olvidado ya el atentado, perdía el escarmiento hasta su supuesta eficacia.

En cuanto al desastre de los frailes no pudo considerarse como un movimiento político: efecto de la exaltación producida por la invasión del cólera, sólo se puede sacar de él una profunda é inesperada lección, á saber: que las sospechas del pueblo español y su ira cayeron sobre los frailes, y que éstos fueron juzgados envenenadores; hecho importantísimo que proyectó una luz nueva sobre el estado de las creencias populares de la Península, y probó por lo menos que el antiguo prestigio había cesado así en la católica España como en los demás países.

Abriéronse por fin las cortes: desgraciadamente produjeron pocos hombres nuevos: el cetro de la elocuencia quedó en las antiguas manos: nadie se le disputó; pero los usados campeones aparecieron más bien como veteranos cansados ya de anteriores campañas, que como soldados de refresco. Faltó la juventud, y notóse el vacío. Hubieran sido de desear más novedad, más hombres de la época: echáronse de menos un sentimiento pronunciado de progreso, instintos más democráticos, mayor inteligencia de las nuevas doctrinas sociales, más saber, mayor conocimiento en fin de los males de la monarquía y de los remedios posibles: menos lujo de teorías extranjeras inaplicables al país: en una palabra, las cortes primeras del Estatuto fueron la expresión de las rancias doctrinas del siglo pasado, y una tercera edición de las primeras y de las segundas, si bien con menos calor y menos fuego: faltas de luces y de patriotismo ardiente, no se hallaron bastante dotadas de instinto revolucionario, no comprendieron su misión. Las cuatro quintas partes de una sesión que duró diez meses se perdieron en debates ociosos, pueriles, episódicos. La España se presentaba allí como Job, exponiendo á la vista del mundo sus mil llagas abiertas, en tanto que los médicos disertaban eruditamente sobre Hipócrates y Galeno. El recuerdo urgente del enfermo sólo se presentaba de cuando en cuando á alarmar momentáneamente con sus agudos quejidos á los ineptos doctores.

En cuanto á los clásicos oráculos de la Península, confesemos que el tiempo les arranca

diariamente sus antiguos laureles: su fama es más grande que ellos. Sin querer ofender al divino Argüelles, diremos que no nos ha parecido sino muy humano. Fuélo sin duda en los muros de Cádiz: la edad, el destierro, la persecución, los desengaños tal vez le han arrebatado su divina aureola. La autoridad de una vida sin mancha, el prestigio de una reputación pura, no han podido devolverle su olimpo: dios caído, sus acentos son harto terrestres. ¿Podía encontrar Apolo en medio de los pastores de Tesalia los mismos acentos que en la mesa de los dioses?

Y en realidad fuera injusto pedir á hombres de otra edad las ideas y las pasiones de la juventud. Tuvieron sus días, pero pasaron. He aquí cuanto de ellos hay que decir. De la ausencia del elemento joven en las cortes ¿deduciremos que no le hay en España? No, sino que no ha sido llamado. El ministro del Estatuto Real, lejos de buscarle, le ha extrañado de sí porque ha temido su presencia. El Hijo del hombre decía que no pueden zurcirse retazos flamantes en ropas viejas, y que mal se conserva vino nuevo en vasijas amohecidas. Martínez de la Rosa se ha hecho justicia á sí mismo sin saberlo: ha conocido que la Constitución de antaño era caduca y usada, y ha temido que cayese hecha polvo á la impresión primera del aire fresco de la mañana.

Demos sin embargo una rápida ojeada á las cortes y á las primeras espadas que en ellas se han distinguido.

Martínez de la Rosa es hombre de tribuna; y su error radical y permanente, el que le ha hecho tenerse por hombre de Estado, es haber tomado siempre la palabra por la acción. Este error mismo prueba hasta qué punto las pasiones del orador son en él superiores á cualquier otro interés. A sus ojos una arenga es un hecho material; y así como el verdadero hombre de Estado vela durante la ejecución sobre los detalles todos de una operación del gobierno, así lleva hasta la más extremada minuciosidad la atención que presta á sus discursos. ¡Cuántas veces se le ha visto á ese primer ministro de una monarquía en revolución encerrarse horas enteras en su gabinete! ¿Y para qué? para corregir las pruebas de sus discursos: no hubiera podido tolerar que la *Gaceta* los publicase con una coma de más ó de menos. Los negocios del Estado yacían entretanto paralizados; pero el orador estaba satisfecho, y el ministro no pedía otra cosa.

La pompa es el carácter de su elocuencia: para desarrollarse há menester del estímulo de la tribuna; en un salón, en sociedad, no tiene conversación. La desconfianza, que forma la base de su carácter, parece entonces paralizar su lengua, se evade, elude, se parapeta detrás de los monosílabos, y esta disposición particular de su carácter llena de tropiezos su trato político; la más sencilla negociación viene á ser con él una pesada labor. Es quisquilloso además, y un tanto jesuítico: á esto se agrega que carece de memoria y que es obstinado, circunstancias ambas que contribuyen poco á facilitar los negocios.

Martínez de la Rosa es sumamente laborioso; pero si trabaja mucho, también trabaja generalmente mal. De resultas de su inveterada desconfianza de los demás, ó mejor de la presunción que tiene de sí mismo, perdía un tiempo precioso en ocupaciones subalternas que hubiera debido dejar á sus dependientes. Su defecto capital es el de ahogarse en los detalles; fáltale ese golpe de vista general que procede en grande, virtud tan indispensable en el estadista como en el militar. No pudiendo remontarse nunca sobre su posición, ésta le domina siempre, en vez de ser dominada por él. En vez de conducir los acontecimientos, le conducen ellos á él; y así es que en cuanto á ministro vivía á la ventura, sin plan para el porvenir. Esto no obstante, su optimismo imperturbable venía á ser cómico á veces de puro candoroso: siempre tenía guardada una apoteósis para cada una de sus derrotas, y una explicación gloriosa de todas sus vicisitudes ministeriales. En punto á reformas no podía ser más curioso su modo de argüir. «Un abuso establecido,—decía,—tiene inconvenientes, verdad es; pero esos inconvenientes son conocidos, al paso que la reforma puede acarrear otros que no lo son, y difíciles por el contrario de prever; ahora bien, vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer; luego vale más el abuso que la reforma.» Teorema brillante por cierto, y cuyos corolarios pueden llevarnos lejos: el ministro que de esa manera arguye, ya está juzgado; podrá ser un hombre de mundo, un orador elegante, un poeta distinguido, pero estará siempre dislocado á la cabeza de una revolución.

El que en la tribuna podía aparecer como rival de Martínez de la Rosa era Alcalá Galiano, miembro de las antiguas cortes: pasó su emigración en Inglaterra; de aquí su anglomanía declarada y su antipatía á la Francia. De-

vuelto al teatro de sus primeros triunfos, se encargó del papel de tribuno.

Es el hombre de España que habla más, y oyéndole quisiéramos que hablara más todavía; con todo, sería difícil. Es un manantial inagotable, y que no se detiene en su curso hasta el mar. Pero Alcalá Galiano no necesita como



Alcalá Galiano

Martínez de la Rosa del aparato animador de la tribuna: orador en particular como en público, siempre está pronto. La palabra es su elemento. Difícilmente pudiera ser la nobleza el carácter peculiar de una elocuencia tan continua, y en este sentido es el orador gaditano el reverso de la medalla del granadino. Su elocuencia es más familiar, á veces demasiado; nada le estorba, y de aquí que sus tiros sean por lo regular más mortíferos; una vez hecho dueño de su adversario dale mil vueltas, y no suelta la presa sino después de haberle acribillado. No le remata de un solo golpe, pero le acosa á picaduras, que pondrían á un gigante en el mismo estado que el oso de la fábula perseguido por las abejas. Nunca hemos visto á Alcalá Galiano titubear un solo instante, ni andar buscando ni eligiendo las frases; improvisador incansable, su facilidad, su flexibilidad sobrepujan su afluencia. En una palabra, es el orador más popular, pero escasamente le concederemos el don de gobernar; y el ministerio á que aspira le prepara en nuestro entender acerbos desengaños. El orador de la oposición pasada cuyo carácter de elocuencia se asemeja más á la de Martínez de la Rosa es Argüelles. Noble como él, severo y comedido; pero el escepticismo y la irresolución le han arrebatado su antiguo prestigio; hombre de restricciones, no concluye jamás, y es muy común en él que la segunda frase destruya la primera; ningún orador tiene en Europa mayor provisión hecha de prudentes adverbios: *con todo*, *sin embargo*, *tal vez*, *permítasenos*, *si es lícito*... Doctrinario por excelencia, ha perdido el privilegio de conmover aun á los hombres de su partido. Es anglomano como Galiano, y por las mismas causas; y en cuanto á principios, como muchos en España, liberal del siglo XVIII. Se plantó en 89, y por él no pasan días.

En cuanto al conde de las Navas, cuyo nombre ha adquirido cierta celebridad, no se puede decir de él que sea un orador; ni posee el don de la palabra, ni el gesto; pero háilase dotado de singular aplomo y de un espíritu de censura infatigable. Es el tipo perfecto de la oposición sistemática; pendenciero, buscarruídos, martirizador, haría perder la paciencia á la paciencia misma, y si se sentasen ángeles en los bancos ministeriales, comprometerían su salvación discutiendo con él. A pesar de esa especie de don quijotismo de oposición, el papel que las Navas haga en cualquiera cámara es de la mayor utilidad. Necesítanse hombres de su temple, ojos de lince como los suyos, que todo lo escudriñan, lenguas indiscretas que no reconocen cortapisas; centinelas avanzadas, vigías perpetuas de la libertad, tales hombres son el mejor parapeto de los derechos públicos. Expónense á veces á algunos errores, á suposiciones exageradas, hijas del celo mismo; pero el procomún compensa tan ligeros riesgos. Cualquiera que sea la opinión que del conde de las Navas se forme fuera del Estamento, una vez allí es fuerza oirle, porque nunca fastidia, y divierte á veces; tiene salidas felicísimas, y á cada instante vierten sus labios epigramas oportunos, agudos rasgos de ingenio. Antípoda del estilo académico, y diciendo cuanto le ocurre sin pararse, su improvisación tiene todo el interés de la novedad y de cosa no esperada.

Bien quisiéramos hacer mérito de los pocos hombres nuevos que, forzando la consigna del Estatuto Real, han sabido hacerse lugar en el Estamento estacionario, cuando no retrógrado, y más desearíamos aún concederles la patente de oradores; pero en conciencia no es posible: los antiguos han conservado hasta ahora la corona. López se había anunciado en un principio con esplendor, pero no se ha sostenido: el malogrado Trueba no correspondió á las esperanzas formadas. González y Caballero pudieron pretender la palma del patriotismo, nunca empero la de la elocuencia.

Algunos se distinguieron por sus conocimientos, su solidez, su exacta y aun á veces elocuente dicción, como el marqués de Torremejía; y otros han callado ó han hablado poco, de cuyo saber, sin embargo, y de cuya especialidad en algunos ramos no se puede dudar. Tales son Flórez Estrada, reconocido ecónomo político, Montevirgen, Rivaherrera, etc. En cuanto al presidente Isturiz, es un verdadero radical; desplegó tino é imparcialidad superiores en su importante cargo; su elocuencia es enérgica, su palabra firme y decidida, y se le concede gran capacidad. Eso es lo que pronto hemos de ver. La hora de la acción ha sonado para él.

En cuanto al Estamento de próceres, esa aristocracia mixta que empieza en Medinaceli y acaba en el poeta Quintana, si se admiten dos ó tres excepciones, el ilustre cuerpo ejecutaba con el más solemne silencio y la más religiosa puntualidad cada uno de los movimientos que le plugo al ministerio indicarle. Maniquí dócil, nunca hizo sino marcar el paso. Esa cámara no tiene existencia propia, y su autoridad, su influencia son nulas: creación abortada, rueda inútil que entorpece el movimiento, si la máquina se detiene, no tiene fuerza para hacerla andar; y una vez en movimiento, le es igualmente imposible detenerla, aunque se le pasase tal idea por la fantasía.

La España, á pesar de su grandeza, de sus derechos hereditarios y de sus mayorazgos, es una tierra eminentemente democrática; el dogma de la igualdad cristiana ha pasado de la Iglesia á las costumbres, y, una vez ahí, no puede tardar en introducirse en la legislación. Si en el destino de la familia aristocrática de los próceres hubiera estado el conquistar una importancia política, sólo hubiera podido adquirirla á merced de las ilustraciones plebeyas cuya adopción le fué impuesta; pero hasta eso le había sido vedado: la medida careció de lógica y de eficacia. No están la vida y el movimiento por esa parte. Ni un orador ha salido de entre aquellos venerables sepulcros, ni una voz se ha echado á turbar el silencio de las catacumbas. Dejémoslos dormir en paz.

Antes de cerrar la primera sesión echemos una ojeada al exterior: pocos acontecimientos llaman nuestra atención; una vez convocadas las cortes, toda la vida política refluyó al centro del cuerpo social. El primer hecho extraparlamentario que merece mención es la prisión aventurada de Palafox. Aun no se había abierto la sesión, y ya un movimiento radical, cuya bandera era la Constitución de 1812, protestaba contra la obra incompleta del Estatuto; pero ni estalló nunca, ni aun el público tuvo datos suficientes para creerlo existente; el general Palafox impugnó su acusación, y este acontecimiento sólo pudo servir de prueba á un descontento sordo y precursor de mayores tormentas: probó que desde el principio de la campaña parlamentaria Martínez de la Rosa se veía entre dos fuegos.

El año 1835 se abrió con una insurrección militar; este sangriento episodio costó la vida al general Canterac, que acababa de tomar el mando de Madrid, y la bolsa del despacho á Llauder, que días antes se había apoderado de ella. En esta ocasión dió muestras de una incapacidad imbécil difícil de creer. Falta la conspiración del apoyo con que contaba, mal manejada, y no suficientemente divulgado su objeto entre los que pudieran haberla sostenido, forzoso fué capitular; pero es bueno advertir que quien capituló fué el gobierno: los valientes que se habían hecho dueños de Correos atravesaron Madrid arma al brazo y tambor batiente al frente de la guarnición con quien se habían tiroteado, y fueron á unirse al ejército del Norte, única gloriosa pena impuesta á su movimiento. El pueblo, que simpatiza siempre con el débil valiente, les dió comitiva, los dejó fuera de puertas, y los proclamó los héroes de aquella jornada, que anuló á Llauder. Interpelado en el Estamento, como ministro y como general, que ni había previsto el movimiento ni le había sabido reprimir con las armas en la mano, y abandonado á su propia nulidad parlamentaria, corrió á refugiarse con toda la pompa de la ignominia á su capitanía general de Cataluña, que había tenido la precaución de reservarse, porque no era hombre como Cortés capaz de *quemar sus naves*. El pueblo catalán se encargó de quemárselas de allí á poco en el movimiento de las juntas.

Sucedióle en el ministerio el general Valdés, cuya crédula honradez no bastó á sostenerlo: su administración fué pura, pero impotente. Llamado á reemplazar á Mina en el mando del ejército del Norte, fué á perderse en el propio abismo que á tantos había tragado antes que á él.

Dos meses después tuvo lugar en Málaga un movimiento más serio; pero aislado ese movimiento, y sin bandera, la victoria fué inútil, y la autoridad militar recobró el puesto. Estos

no eran más que los primeros síntomas, las avanzadas de la gran insurrección nacional, regularizada poco después por las juntas.

Una conspiración carlista marcó la clausura de las cortes; pero la intentona no podía tener más que un resultado en Andalucía, teatro que escogió para darse á luz. Sorprendida cerca de Sevilla, su cabecilla fué fusilado con algunos de sus parciales, y el partido recibió la lección con el silencio del vencido.

Cerráronse en fin las cortes, que murieron de consunción y fatiga: desnudas ya de interés, es lícito creer que Martínez de la Rosa no las prolongó tanto tiempo sino para prolongar su propia existencia. Los debates parlamentarios fueron el aceite de la lámpara de este nuevo *hechizado por fuerza*. Conocía que descender de la tribuna era para él bajar del ministerio, y en realidad el efecto no se hizo esperar de la causa. Las cortes se cerraron en fines de mayo, y el 9 de junio Martínez de la Rosa había cedido el puesto á Toreno.

El ministerio Martínez se reasume todo entero en el Estatuto Real; diez y seis meses ha vivido sobre ese fondo. Una vez concedido el Estatuto, su autor creyó haber concluído su misión: ese fué su error fundamental; apenas en camino, ya quiso poner la galga, harto pronto por cierto; empresa temeraria: su mano era demasiado débil para resistir la fuerza del impulso; la cuesta era pendiente, y el carruaje le arrastró y lo echó á rodar. Martínez de la Rosa hubiera sido tal vez en tiempos pacíficos un buen ministro de bellas artes; pero no era el piloto que podía maniobrar en la tormenta.

La España está acribillada de abusos civiles, judiciales, burocráticos, de todas especies, en fin. O no supo verlos, ó no quiso aplicarles el escardillo. Ni se trataba de teorías sociales, ni de principios abstractos, sino sólo de reformas administrativas; pero una vez erigida en sistema la inmovilidad, no tocó á nada por temor de tener que tocar á todo. El reinado de Martínez de la Rosa no hizo sino poner la monarquía á la orilla del precipicio.

El hombre encargado de detenerla en su ruina se presentó tarde, y la primera falta del conde de Toreno fué no haber arrebatado antes las riendas de manos de su rival. Pudo, y debió hacerlo. Pero su error fecha de mucho antes: devuelto en un principio á la vida pública, dos papeles podía representar; podía ser jefe de la oposición, y prefirió ser ministro; sacó la corta paja, y tomó una posición falsa; entrar en un ministerio ya formado, y cuya dirección suprema no le era desde luego confiada, era comprometer doblemente su responsabilidad, pues que aceptaba por una parte el pasado, en que no había tenido parte, y se asociaba por otra á un porvenir que no podía dirigir á su albedrío.

No se le ocultó enteramente esto al conde de Toreno, pues que repetidas veces afectó encerrarse en los límites de su especialidad; pero esa táctica era imposible; las cuestiones generales eran demasiado inminentes, y le forzaban á acudir á la brecha, al socorro de su rival, de quien había tenido la torpeza de hacerse colega.

A pesar de lo dificultoso de posición tan equívoca, conservó por largo tiempo su prestigio, y, más que colega de Martínez, fué reputado su sucesor; tuvo un momento, único acaso en la vida de un hombre de Estado: aunque ministro, había conservado un pie en la oposición: reunió á un mismo tiempo las esperanzas de la corte, del Estamento y de la imprenta; el país todo no tenía más que una voz para encomiar su destreza y su capacidad: entonces debió realizar su 18 brumario: la ocasión era brillante, pero la desaprovechó; favorito mimado de la fortuna, se manifestó desdeñoso de sus favores, y ella le castigó quitándole su privanza.

Cuando en el mes de junio tomó las riendas del Estado, la España no vió ya en él más que un cambio de nombre, no un cambio de sistema: no la engañó su instinto. Campeón del Estatuto Real, el conde de Toreno se había hecho por demasiado tiempo cómplice de la política estacionaria de su antecesor para no inspirar legítimas desconfianzas: el prestigio estaba ya destruído. Debiera haber roto todo vínculo con el anterior gabinete, y haber dado su programa; su silencio pareció sospechoso, y ya desde entonces el conde de Toreno no fué más que el continuador de Martínez de la Rosa. Obligado á componer un ministerio, quiso ayuntar nombres heterogéneos, desde el marqués de las Amarillas, el hombre más aristocrático y más impopular de España, hasta Mendizábal: semejantes enlaces fueron estériles.

La fortuna, con todo, antes de volver enteramente las espaldas á su favorito, le dió la última prueba de ternura: apenas entronizado el nuevo ministerio, murió Zumalacárregui (25 de junio). Fuera injusticia negar á este suceso una importancia que sólo la torpeza del gobierno de Madrid pudo arrebatarle. Zumalacárregui, regalo que hizo á la causa del pretendiente

la poca perspicacia de Zarco del Valle, era el hombre de la facción; y habiendo sabido aprovechar el momento de su muerte, la lucha estaba concluída.

A este acontecimiento, de que ningún partido se supo sacar, había precedido la petición de intervención, que á semejanza de Martínez repitió Toreno: paso impopular para unos, única áncora de salvación según otros. El conde de Toreno no podía desconocer que era su único apoyo, y la denegación, para él inesperada, del gobierno francés, le irritó tanto más cuanto que sin intervención su ministerio era imposible. Desamparado de su único arrimo, se desanimó, y sólo trató de prepararse una caída honrosa; pero esta es la ocasión de decir lo que pensamos. Aun en el caso de haber elegido el conde de Toreno el papel de tribuno, aun habiendo tomado antes la dirección del Estado, aun habiendo roto con el ministerio Martínez, aun sostenido por una intervención, su reinado hubiera sido corto. El conde de Toreno no es hombre de revolución: sóbrale escepticismo, y fáltale ambición, no la ambición que quema el templo de Éfeso, sino la noble ambición tan necesaria en el hombre de Estado, virtud eminente en las altas posiciones sociales. La ambición de Julio César, que rompe en los campos de Farsalia el patriciado romano; de Richelieu, que se lleva consigo al sepulcro la aristocracia francesa, y que muriendo deja al trono y al pueblo en lucha abierta; de Napoleón, en fin, que entroniza al pueblo, que inocula la democracia á la Europa entera. Ambición que forma un plan vasto, que tiene un objeto grandioso, y que corona su obra con la energía y la perseverancia: ambición, foco inmenso de la vida, de que ni una sola chispa anima al conde de Toreno. Privado de toda convicción fuerte, única fuente de las virtudes cívicas, ni se adhiere á principios fijos, ni tiene creencia alguna política. Las necesidades del hombre de mundo son más imperiosas en él que los intereses políticos; y poco le importa el mando con tal que de sus ruinas pueda salvar las comodidades de la vida y el refinamiento sibarítico que preside á sus inclinaciones. Si bien superior á Martínez de la Rosa en capacidad, no es por eso mejor ministro de revolución. Su indiferencia le hizo poco mirado en la elección de los funcionarios públicos, y como rentista, como administrador, como gobernante, su reinado fué igualmente incompleto. El conde de Toreno fué únicamente uno de los primeros oradores de la cámara: su elocuencia no se parece ni á la de Martínez de la Rosa, ni á la de Galiano; más dialéctico que elocuente en la acepción rigurosa de la palabra, discute más que persuade; convence, si no arrastra; no sorprende, pero prueba; es elegante y conciso, ingenioso y afluente. Se posee, y nunca dice sino lo que quiere decir: una vez provocado, vuélvese acre y mordaz; exasperado, su lengua es un puñal. Nadie conoce mejor que él hasta dónde puede contar con la paciencia de un auditorio prevenido en contra suya, y en la última sesión ha sabido casar sus instintos sarcásticos con una afectada humildad y apocamiento capaces de desarmar á su mayor enemigo.

Inútiles le fueron empero todas esas calidades: no podían evitar su ruina, por más que hubiesen acertado á retardarla. Ya llegamos al desenlace. La primera señal se dió en Zaragoza el 6 de julio: dirigióse el movimiento popular contra los conventos; á esta primera explosión sucedió un pequeño intervalo, pero el fuego se propagaba subterráneo, y no tardó en comunicarse á Cataluña: Reus, Tarragona, Barcelona, se apresuraron á seguir el ejemplo: tales escenas de incendio y carnicería podrán ser terribles, pero su explicación es justa y sencilla. Es fuerza no olvidar que los conventos no podían menos de ser mirados en España como otros tantos focos naturales de la guerra civil y los frailes como sus tesoreros. La guerra civil es la llaga más dolorosa de la Península, y la que está al alcance de todo el mundo; de aquí el desencadenamiento general del país contra los conventos y sus habitantes; herirlos es herir á la facción y á don Carlos, y por ahí se empieza, porque ahí está el peligro, y la sociedad acude siempre á lo más urgente. Las consecuencias podrán ser sangrientas, pero confesemos al menos que siempre es consolador pensar que si se examinan las cosas á fondo, esas escenas mortíferas no son, como se quiere suponer, efectos de feroces caprichos y de un instinto ciego y desordenado, sino la consecuencia llevada al extremo solamente del derecho de defensa que tiene toda sociedad al verse acometida, y la exageración indispensable en tales momentos del sentimiento de conservación de cada individuo que la compone.

Al llegar aquí empieza el importante papel que en esta revolución estaban llamadas á representar las juntas, cuya instalación se refiere al mismo derecho de defensa, al propio sentimiento de conservación. «No sabéis proteger-

nos, dijeron tácitamente al gobierno; os retiramos nuestros poderes, y vamos á protegernos á nosotros mismos. Los facciosos inundan nuestras campiñas, llaman á las puertas de nuestras ciudades: vamos á proveer nosotros mismos á nuestra seguridad.» Agregábase á tan justas exigencias la interminable lista de las vejaciones sufridas, vejaciones que acusaban altamente á la administración de Martínez, y sobre todo al que debiendo haber conocido más recientemente su gravedad, había parecido burlar la pública espectación, haciéndose continuador



del derruído gabinete y adoptando la responsabilidad de sus errores. ¿Qué derecho tenía á quejarse si la nación pedía en él una víctima expiatoria? Las juntas todas reclamaron su destitución.

Este episodio de 1835 es único en los fastos modernos, y ha venido á poner en evidencia dos hechos: primero, que no habiéndose separado en aquella crisis las provincias de la capital, el federalismo político no es ya de temer en un país donde entre tantos peligros ha sabido salvarse la unidad nacional; segundo, que ese gran movimiento no produjo ningún hombre nuevo, y que no ha salido del seno de esas borrascas anónimas un solo hombre capaz de bautizarlas. ¿Se deberá desesperar por eso de la revolución española? Todo lo contrario: eso mismo prueba que no es patrimonio de nadie, es decir, que es patrimonio de todo el mundo. Es imposible matarla en un hombre. Está en el estado de instinto: ésta es la primera faz de toda reforma social: antes es tener el sentimiento de los abusos, y luego combatirlos; la lucha empieza después, pero sorda, incierta, sin

plan, sin sistema; existen millares de soldados oscuros antes de que se alce un general y los domine á todos.

La revolución española está en su primer grado; está en la atmósfera, digámoslo así, la respiramos, la sentimos; pero es vaga todavía y no reviste forma alguna determinada; solicita por el contrario una que le convenga, es un alma que busca un cuerpo á quien animar. No le ha encontrado todavía, pero le encontrará. Los hombres del Estatuto Real, los de la oposición, así como los del poder, no son de ella hasta ahora sino una personificación imperfecta; aspira á individualizarse de una manera más decisiva y poderosa. Difícil es prever todas las vicisitudes que la esperan, las trasformaciones que está destinada á sufrir; pero puédese sí asegurar que ya es invencible. Su contemporización, su lentitud son señales de fuerza y de vitalidad. ¿Por qué, pues, alarmarnos? Démonos por el contrario el parabién. Las leyendas mitológicas hablan de una madre cuyo alumbramiento duró veinte días y otras tantas noches; pero de tan largo parto nació un dios que tenía delante de sí más siglos de vida que horas había costado su nacimiento, porque tenía la eternidad.

Todo el mes de agosto tardaron las juntas en constituirse. El conde de Toreno trató de hacer frente á la borrasca, más acaso por el buen parecer que con la esperanza de conjurarla. Una pequeña y efímera victoria en Madrid prolongó algunos días su existencia ficticia; pero la rendición de la milicia urbana de la capital, á que se siguió una reacción contra los carlistas motivada por las locas esperanzas de éstos, en nada alteró la situación general de las cosas; las provincias se mantuvieron firmes: desde la Coruña á Cartagena, de Cádiz á Barcelona no faltaba un solo eslabón á la cadena popular. Las autoridades que no quisieron asociarse al movimiento magnánimo, fueron depuestas ó víctimas de su terquedad, y la monarquía desmembrada quedó reducida al suelo que la corte pisaba.

El conde de Toreno quiso responder á ese vasto concierto de hostilidades y de amenazas con un manifiesto, verdadero papel mojado, que declaraba rebeldes á las juntas y les intimaba su disolución; manifiesto ridículo que en unas partes hizo reir y en otras llevó á su colmo la indignación. Las juntas insistieron con firmeza, y la Península estaba entregada á este fuego graneado de manifiestos y contramanifiestos á la llegada de Mendizábal á Madrid. En sus manos abdicó Toreno el 14 de setiembre la presidencia del consejo, después de un imperio que no había durado siquiera cien días.

Mendizábal tendió á reunir los ánimos divididos, primera atención urgente en tan deshecho temporal. Todos sabemos cómo lo consiguió. Establecióse un pacto tácito entre el gobierno y el pueblo, merced al cual el primero siguió rigiendo y el segundo depuso las armas. «¿Queréis acabar la facción y constituiros? Yo acabaré la facción en seis meses y os constituiré.»

Esto fué dicho en setiembre, y ya hemos pasado el 14 de marzo. En el primer punto no está el mal en no haber cumplido lo prometido, sino en haber prometido lo que no podía cumplirse. En el segundo, ¿comprendió el ministerio Mendizábal su posición, su misión? ¿Comprendió toda la responsabilidad que la dictadura que se le confiaba echaba sobre él? Cuestión es ésta que muy pronto hemos de ver completamente solventada, porque pronto el ministerio Mendizábal pertenecerá sólo á la historia como el ministerio Toreno y el ministerio Martínez.

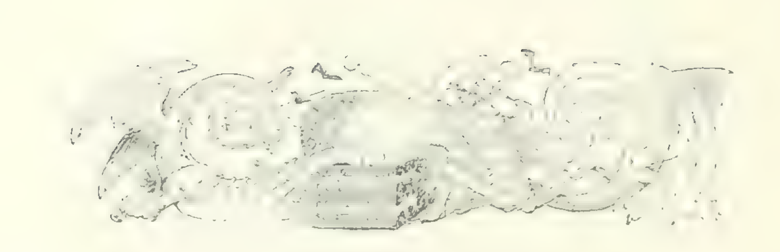
Un descontento sordo y general vuelve á anunciar tormentas: la piedra de la revolución, girando sin cesar, gasta con una inconcebible rapidez los nombres que más resistencia parecían ofrecerle. Y tiene razón la revolución española en ser exigente. Observemos que á pesar de los obstáculos, á pesar de la impericia de los jefes y de sus faltas, desde que ha empezado á andar no ha dado un solo paso atrás; háse desarrollado con método: hemos visto á los ministerios engendrarse sucesivamente y salir uno de otro con orden maravilloso y lógica inflexible. Ni un eslabón se ha roto en la cadena. Así Cea, antiguo colega de Calomarde, se continúa por medio de Burgos en el ministerio Martínez, y Mendizábal sale de él en línea recta por medio del conde de Toreno, de quien fué colega antes de ser heredero.

La ciencia política tiene también su ley de generación continua, y esta ley se llama *progreso*. Un principio es un germen que una vez sembrado ha de producirse y desarrollarse al soplo de la Providencia. He aquí la historia.

Se puede trazar el árbol genealógico de las revoluciones como el de las dinastías; la familia democrática no es una familia de incluseros: tiene su pasado también, sus tradiciones y su

abolorio. En Europa no queda más que un verdadero noble: ella. Despojada de su patrimonio le reclama; contéstansele sus títulos, y los discute, los justifica; opone á los sofismas de la usurpación la elocuencia del derecho; úsase de violencia, usa ella de razón; ellos tienen espada, ella tiene la inteligencia.

Esperemos, pues, y perseveremos: cualquiera que sea el nuevo giro que la revolución va á tomar, marchemos siempre al fin, y si no podemos ir por el mejor camino, vayamos por cualquiera; pero vayamos. La lucha no puede ser eterna: el triunfo de la verdad no está lejos; el plomo vil va á convertirse en oro puro, y la nueva Jerusalén del poeta va á salir brillante de esplendor del fondo de los desiertos.





NI POR ESAS

VERDADERA CONTESTACIÓN DE ANDRÉS Á FIGARO

PUBLICADA POR ÉSTE

> Yo rogaré á santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria.
>
> *Andrés Niporesas. — Muerte del Pobrecito Hablador.*
>
> París, 10 de mayo de 1836.

Desde que en marzo de 1833 concluí mi corta vida de escritor público dando cuenta á mis buenos compatriotas de la muerte del Pobrecito Hablador, nunca volví, ¡oh mi muy mordaz é independiente Fígaro! á tomar una pluma en la mano, y aun hice entonces firme y decidida resolución de reducirme á mi rincón, á reirme y desconfiar de todos á mis solas, tomando las cosas como viniesen, ya que no estaba en mi mano hacerlas venir como yo las hubiera querido tomar. Tú, mejor que nadie, sabes quién era el Pobrecito Hablador, y tú, más que nadie, te acordarás de que el pobre diablo murió de hablar, bien distinto en eso de tantos y tantos como de entonces acá, y aun ahora mismo, sólo de hablar y hablando por los codos han vivido, viven y vivirán.

Muerto, pues, ya mi amigo del último borbotón de palabras que lo ahogó, y expresado lisa y llanamente mi último anhelo, que, para que nadie dude de mis buenos deseos, es el mismo, mismísimo que me sigue animando en el día, y que por epígrafe acabas de leer en el principio de esta mi primera contestación á las tuyas, echéme á discurrir qué haría, cómo me valdría yo para medrar en adelante y ser por propios y extraños considerado y querido; entonces fué cuando por primera vez caí en la cuenta de que me faltaba para ser hombre de pro una circunstancia principal, sin la cual así era pretender en España figurar como tratar de enderezar nuestra máquina, y era que yo ni el año 13, ni el 14, ni el 20, ni el 23, ni el 30, ni en año alguno de memoria de hombres había nunca emigrado; ¿qué es emigrar? ni por acaso había hecho viaje pequeño ni grande que á emigración pudiese remotamente parecerse. «¿Qué especie de hombre eras entonces, me

preguntarás, y de dónde diablos habías salido?» Ahí verás tú, y por ahí podrás juzgar; pero para que sepas dónde llegaba mi torpeza, sólo te diré, bajo la más estrecha condición de callarlo por honor mío, porque la cosa es harto fea para sabida, sólo te diré que aun en el día de hoy soy, Fígaro, un muchacho, sin pelo de barba, sin destino anterior ninguno, en una palabra, lo digo con las lágrimas en los ojos, lo digo con vergüenza, sin precedentes, ó, como decimos nosotros los españoles, sin antecedentes, sin vida política alguna, y por tanto imposibilitado para siempre jamás de tener consiguientes, ni de inspirar confianza, sin tener, en una palabra, á qué agarrarme en lo pasado para disculpar mi porvenir si alguna vez lo hubiese para mí, sin poder en fin tapar la boca á nadie diciendo á todo el mundo: *Ego ille qui quondam*, yo aquel que en otro tiempo.

¡Ah! amigo Fígaro, tú, á quien la suerte miró con ojos benévolos desde el columpio de la tierna cuna; tú, que viajando y para viajar naciste; tú, que tanto viajaste, que fuera imposible averiguar tu domicilio; tú, que por tanto, donde quiera eres emigrado, con respecto al último punto que dejas; tú de quien no se puede decir: ¿dónde pára ahora Fígaro? sino ¿dónde emigra ahora Fígaro? tú no podrás jamás formar idea del dolor que embargó mis sentidos cuando caí en la cuenta de la miseria y nulidad de mi triste situación. Mesábame el sitio donde me han de salir sin duda las barbas algún día, y mesábamelo una y otra vez por vía de interinidad y en tanto que aquéllas me nacían: ¿qué no hubiera yo dado entonces por un antecedente político, tamaño como una cesantía? «¿Qué figura,—exclamaba,—voy á hacer en mi patria, sin conocer más usos que los suyos, sin saber más lengua que la castellana? ¿Qué será de mí, español, en España? ¿Quién me entenderá, y á quién entenderé yo? ¿Quién me elegirá para nada? Y si por equivocación me eligen, ¿á quién, Dios mío, citaré? ¿No se reirán de mí cuando cite nuestros usos, que no se usan, y para nuestros males, remedios españoles? ¿Qué color político tendrán mis discursos, si es que llego á discurrir, sin que éntre en ellos para nada la Francia ni la Inglaterra, los Estados Unidos y la Bélgica? ¿Yo mezquino de mí, que ni he comido el pan de la desgracia, sino el escogido de flor, ni lo regué nunca con lágrimas, sino con la trivial manteca de las montañas de Pas, ó con el tinto de Valdepeñas, ó cuando más con algún trago de jerezano mosto?

Al llegar aquí no pude resistir, y fué mi primera fantasía ir á dar una vuelta al extranjero, sin salir de España, proporción que tenemos felizmente, lo cual pensé llevar al cabo llegándome á pasar una cuaresma á Gibraltar, cuaresma que me sirviese para remisión de mi enorme culpa, y para pascua de resurrección volverme ya otro hombre, y un tanto cuanto emigrado: detuviéronme, empero, en lo más fuerte de mis propósitos varias reflexiones que vine á hacer: primera, para no pasar de Gibraltar tanto valía casi emigrar á casa del ministro inglés en Madrid; segunda, que en Gibraltar no hay cámaras, ni comunes, ni más pares que los años de la moneda; no hay un pedazo de camino de hierro, tamaño siquiera como una discusión sobre ley electoral, ¡cosa corta en verdad! ni más canales que los que naturalmente forma la lluvia cuando llueve, que no es siempre; cosas todas de que me figuraba yo deber traer tan llena la cabeza que ninguna otra idea en ella me cupiese en lo sucesivo. ¿Qué iba yo pues á estudiar en Gibraltar? ¿Iba á estudiar á los judíos? Esto hubiera sido en verdad mucho adivinar, y te juro que nunca en aquella época creí que pudiese ese estudio serme de maldita la utilidad. Por ende te convencerás que los cálculos y la previsión humana siempre flaquean por alguna parte, y cuán cierto es el adagio vulgar que asegura que *el hombre pone y Dios dispone*.

Trájome también mi desconfianza á la memoria que para un hombre tan comprometido como yo pensaba llegar á serlo, no era Gibraltar el punto más digno de inspirarme confianza; no se me podía olvidar que en punto á opiniones Gibraltar debía oler un si es ó no es á Calomardino en la opinión de las gentes que recordasen el lance de Torrijos y compañeros mártires, y no le había faltado á mi entender á Gibraltar para ser el Regato de los pueblos más que la circunstancia de haber sido voluntario realista.

Mudé, pues, de propósito y quise alargar mi peregrinación, no ya á Inglaterra, que se me representó siempre como país demasiado aristocrático para las opiniones que empezaban á germinar en mi fantasía. Supongo que no olvidas un solo instante la época en que todo esto me iba sucediendo; y recordarás por tanto que el año 34 empezábamos ya á ser todos liberales. Ir á los Estados Unidos fué idea que me ocurrió más de una vez; pero también era fuerte cosa irse á un pueblo donde no hay ni ha habi-

do nunca reyes. ¿Cómo diablos se componen, y viven, y prosperan? Deben ser unos brutos por lo menos.

Eso solo prueba que debe de ser gente de suyo demagógica, anarquista y desmoralizada; por lo menos es gente rara, y, aun pensando como piensan ya en el día los hombres que están á la altura del siglo, es fuerza confesar dos cosas: la una que es gente atrasada; esas ideas de república son ideas viejas é ideas del año 89, y ahora en el día me parece que ya es tiempo de que sepamos algo más; y la otra que yo tengo para mí, como ustedes en España tienen para sí, que los que quieren república no quieren más que desorden y volvernos al tiempo del despotismo, que es á lo que tiran solapadamente las repúblicas: así es que en España es cosa sabida que los que afectan deseos de república no son más que agentes de don Carlos; de donde se infiere claramente que en los Estados Unidos son irrecusablemente carlistas, y si lo dudases todavía, al tiempo por testigo; algún día se descubrirá la trama y verás la que se arma.

Y buscando ejemplos en la antigüedad yo te probaría si estuviese más despacio que las repúblicas fueron siempre carlistas y perecederas. Las de Grecia, por ejemplo, no duraron más que lo que duró la Grecia; y la de los romanos mismos, ¿qué duró sino setecientos años? ¿Qué son setecientos años para nosotros? Y eso que ni en Roma ni en Atenas no se publicó jamás ni *Zurriago* ni *Eco de Comercio*, ni papel ninguno carlista, que eso hubiera sido otro cantar. Los que en contra de los gobiernos democráticos alzan la voz en el día dan por prueba de su mala condición el no ser duraderos. Está probado que no es bueno más que lo que dura: dos consecuencias te sacaré de aquí: 1.ª que como nada dura, no hay cosa buena en el mundo; 2.ª que habiendo durado más la inquisición que los gobiernos populares, es mejor la inquisición; cosas en que me parece que están ustedes por ahí todos de acuerdo: en efecto, la mayor entre las desdichas públicas es habérselas con repúblicas.

Pero me he apartado de mi propósito, dando lugar, lo que es peor, á que me tengas por republicano; á eso te responderé que ya sé dónde me aprieta el zapato, y las cosas en su tiempo. Tengamos la fiesta en paz: yo soy Andrés Niporesas, y nada más. Y volviendo á la historia de mi emigración, no quise ir á los Estados-Unidos.

A fuerza de cavilar en ello parecióme que lo mejor sería irme á Francia, porque es lo que tenemos siempre más á mano, y porque tratando de aprender las teorías adelantadas del día y la práctica de los gobiernos representativos, ¿adónde mejor?

Lo primero que hice, pues, una vez convencido de que era preciso primero emigrar para saber, y luego estudiar las prácticas extranjeras para conocer las necesidades nacionales, fué tratar de convencerme á toda costa de cómo debía estar constituído un pueblo para ser feliz, y qué gobierno era el único verdadero. Así, deseché toda idea de absolutismo como de república por igualmente nocivas; acordándome por un lado del pasado, meditando por otro en el porvenir; mi trabajo me costó quedarme en perfecto equilibrio en medio de la cuerda. «¿Cuál es el problema en el día? dije yo aquí. En vez de un rey que reine sobre un pueblo, como se ha usado hasta ahora, ó de un pueblo que reine sobre sí, como se ha de usar con el tiempo, necesítase un pueblo que reine sobre un rey: un pueblo donde cada ciudadano sea un pedazo de rey, y donde el rey sea un pedazo de ciudadano: tate,—dije yo,—Francia para eso; donde treinta y cuatro millones menos uno, unidos en la manera posible con ese tal uno hagan de mancomún las leyes para todos; es decir, donde uno vale la mitad que todos los demás: ¡gran justo medio! porque en los gobiernos absolutos uno vale por todos y en los democráticos uno vale por uno; error grave por ambas partes.

¡Qué mejor país que aquel en que el rey, hijo del republicano fulano *Igualdad*, ha sido elegido por el voto popular después de una revolución arrolladora del trono; de aquél en que el rey á su advenimiento al solio se iba por las calles con paraguas debajo del brazo, dando *esos cinco* á todo el mundo, y exclamando á voz en grito: *Si queréis en mí una monarquía ha de ser una monarquía republicana, un trono popular rodeado de instituciones republicanas*: palabras memorables consignadas en el programa de la municipalidad y anunciadas por el órgano de la libertad, por Lafayette, en agosto del año 30!

Definitivamente resuelto quedó desde entonces que mi emigración fuese á Francia; pero en lo que nunca consentí fué en irme á Francia por el camino natural de Francia; recordé el *por allí habéis de salir* de García del Castañar, que parece escrito para nosotros,

porque en cuanto á los carlistas, como tú has dicho en algún artículo, esos no se van nunca por ninguna parte, sin duda porque siempre son de casa. Vistos los itinerarios de cuantos en semejantes aventuras me habían precedido, no quise ser menos, ni contravenir á la orden que profesamos, y desesperábame sólo el que nadie me persiguiese, merced sin duda á lo poco que en tiempo del oscurantismo había brillado; mil veces imaginé que topográficamente hablando debía estar la España colocada al revés, y que cuando el Supremo Hacedor la echó con el pie á este mundo, para usar de una expresión de Lamartine, no quiso tener presente que los depósitos habían de estar en Tours y en Bayona, y el derrotero en Andalucía.

Recogí con todo mis trebejos, y salíme de Madrid á pie y ocultamente, ni más ni menos que si vinieran tras mí los héroes del Trocadero, tomando para Francia por Oñate, como quien va primero á Cádiz ó á Alicante. «Esperemos,—dije al llegar á la ciudad de Hércules con voz noble y entusiasta,—esperemos aquí á pie firme el puñal de Catón, ó la cicuta de Séneca;» y haciendo y esperando, tomé mi pasaje en un buque que se hacía á la vela para Burdeos, concluyendo con majestad y franqueza al ver henchir el viento las velas que me llevaban á mí y á mi fortuna á las playas inhospitalarias de Lafitte y Châteaumargot: «Marchemos francamente, y *yo el último, por la senda del extranjero.*»

Hasta aquí las causas que influyeron en mi determinación, y la clave explicatoria de cómo resido ahora en París, después de haber sido en las Batuecas corresponsal de nuestro común amigo el Pobrecito Hablador.—*Andrés Niporesas.*



EL DOGMA DE LOS HOMBRES LIBRES

PALABRAS DE UN CREYENTE

POR M. F. LAMENNAIS

CUATRO PALABRAS DEL TRADUCTOR

En circunstancias como éstas, en que se mezclan con los intereses generales intereses personales, en que la cuestión de los medios que se han de poner en práctica para conseguir el fin, suele adquirir más importancia que el fin mismo, dividiendo y subdividiendo hasta el infinito los partidos; en momentos en que es tan fácil á los rencores personales dar torcida explicación á las menores acciones, presentando á una luz falsa las opiniones que los acontecimientos modifican de continuo, sobre todo cuando la precipitación con que éstos se suceden viene á impedir muchas veces el completo desarrollo de aquéllas, el traductor de esta obra ha creído de su deber entrar con sus lectores en una previa explicación tan necesaria como justa. No porque á la causa general pueda importarle la mayor ó menor rectitud de un individuo, sino porque importa mucho al individuo mismo que una acción incompleta y un silencio prolongado no den lugar á falsas interpretaciones. El traductor de LAS PALABRAS ha creído indispensable poner al lado del pensamiento de LAMENNAIS, pensamientos suyos, por más que los reconozca inferiores al que preside á la obra que ha tratado de vulgarizar en España.

Lástima grande por cierto que esta obra no sea una realidad todavía en el mundo. Clasificada hasta ahora por la imperiosa tardanza de los hechos entre el sinnúmero de teorías que la

imprenta arroja diariamente en el torbellino de sistemas que comparten el mundo moderno, apóyase sin embargo en dos grandes verdades.

Primera. La necesidad de una religión en todo estado social; necesidad innegable, pues que la experiencia no nos presenta en el trascurso de los tiempos un solo caso de un pueblo ateo.

Segunda. El derecho común de los hombres, por el cual ninguno de ellos puede adjudicarse más predominio sobre los demás que el que éstos mismos quieran cederle, derecho tan innegable como la necesidad de una religión, pues como ella se funda en la naturaleza.

En ésta existe la necesidad de la religión, puesto que todos al nacer entramos á ser parte de un orden de fenómenos anterior al hombre mismo, indestructible, y superior, no sólo á su fuerza, sino á su propia inteligencia; en una palabra, sobrehumano; orden inmutable que revela un poder mayor existente, y que á la par impone una ley universal, emanada de él; ley grabada en toda sociedad aun con anterioridad á su existencia, pues que lo está en el corazón de todo hombre, á saber, la JUSTICIA.

La RELIGIÓN, pues, como dogma de los deberes del hombre para con el poder superior preexistente á él en el mundo, y como fuente de la *moral;* y la JUSTICIA, como dogma de los deberes de los hombres entre sí, y como fuente del orden, son la base de todo estado social.

Aunarlas, y derivar sus consecuencias puras, sin tergiversación, y sin mezcla de supersticiones; he aquí lo que ha tratado de hacer el autor de las PALABRAS DE UN CREYENTE. Porque las supersticiones políticas han ahogado la justicia, como las supersticiones religiosas han ahogado la religión.

Que la sociedad, por causas accidentales, se haya apartado de fuente tan pura, es un hecho; que para traerla de nuevo al punto de partida sea necesario luchar con los obstáculos que aquellas causas accidentales han creado y entronizado, es una verdad; que en esta lucha, el que proclama la verdad haya de sufrir el dictado de sedicioso y desorganizador, es natural. Pero estas cuestiones todas, cuando sólo se trata de sentar los principios generales, sin aplicación á circunstancias determinadas, sin incitación á país alguno, son realmente secundarias.

Porque los hombres hayan desconocido la verdad por un tiempo, ¿por eso no podrá enunciarse? Si se han apartado de su camino, condición será de la débil humanidad; si la fragilidad de ésta en fin fuese tal, que la verdad pura no pudiese verse completamente entronizada, si estuviese destinada á ahogarse entre humanas modificaciones, por eso sólo ¿no podrá ser aclamada?

Por otra parte, los que niegan la perfectibilidad del género humano, los que, concediendo la verdad del principio, niegan la posibilidad de establecerlo, blasfeman contra la Providencia, porque suponen que ésta ha grabado en nuestro corazón el dogma de una justicia irrealizable, que nos ha dado un tipo para la teoría, y una ley en contraposición para la práctica; suponen que ha puesto en lucha en nuestro corazón la creencia y la realidad. Criarnos para eso hubiera sido un sarcasmo.

Inferir también de que el mundo ha sucumbido hasta el día á ciertas condiciones, que siempre ha de sucumbir á las mismas, es no haber estudiado la marcha de los tiempos. El que así raciocina se parece al niño que creyese imposible llegar á ser hombre sólo por ser niño, cuando precisamente sólo se puede llegar á ser hombre siendo niño; es negar el porvenir. Es además una ilusión del amor propio que limita á la existencia de una generación la vida del mundo. ¿Qué importa para el orden establecido, para ese coloso que marcha, creciendo siempre, que una, diez, cien generaciones se hayan hundido sin tocar en la perfección? ¿Qué significa que no hayan servido sino de escalones á las que las han heredado? Lo que le importan, lo que le significan al hombre de treinta años el pelo que le han cortado en su niñez, y las vestiduras que por cortas ha ido desechando.

No diremos más con respecto á Lamennais. Si necesitase defensa ó apoyo, mejor le defendería su mismo libro que cuanto en favor de sus doctrinas pudiera su traductor decir.

Pasemos á la traducción. Si me preguntan por qué he traducido este libro, responderé: Hay dos cosas que considerar actualmente en el estado imperfecto de la sociedad, en este estado de transición y de viaje en que se encuentra. Primera: la verdad última hacia que camina. Segunda: el medio de conseguir esa verdad. Hay por tanto que tener presentes los principios absolutos, y la oportunidad relativa de las circunstancias.

Con respecto á los principos, ahí va Lamennais. Pero, ¿para ahora? No nos toca á nosotros decidirlo. Los enunciamos y nada más. Parte tan diminuta de la humanidad, arrojamos ante sus ojos unas doctrinas. Agregarnos des-

pués á lo que ella adopte y decida por ahora es nuestro único deber.

Pero reconocido el imperio de las circunstancias, proclamar una verdad que no está de acuerdo todavía con esas circunstancias, es alterar lo existente, es ser subversivo.

No; porque si el mundo marcha, no puede ser subversivo quien le abre camino. Ni progreso quiere decir otra cosa que continua variación. Por eso el que muere mártir hoy, es declarado santo mañana, así que la práctica llega á realizar la teoría que proclamó. O por mejor decir: sí; tiendo á alterar lo existente. No está el mal en eso, sino en haber dado una mala interpretación á una palabra buena; alterar para progresar no es crimen en lo presente para con la sociedad; es mérito al contrario para con ella en el porvenir.

No gira la cuestión sobre si se ha de alterar, sino sobre los medios que para ello han de emplearse. Violentar para alterar, forzar la voluntad existente, y dar á los hombres por la fuerza su felicidad misma, es un crimen. Predicar para convencerlos, sembrar hoy para coger mañana, no es alterar, no es ser malamente subversivo; es preparar lícitamente las alteraciones futuras.

Esto sentado, sólo el sable es peligroso; la palabra nunca. Así es que la palabra no ha trastornado jamás de la noche á la mañana con la publicación de un libro la faz del mundo. Su enunciación, mientras más prematura es en un estado, es tanto menos peligrosa, porque, no encontrando simpatías bastantes en el momento, queda latente é infecunda por el pronto, como la semilla oculta y encerrada en la tierra hasta el tiempo de la germinación y del desarrollo.

Mahoma pudo cambiar con la violencia en breve espacio la faz de gran parte del mundo. Pero el Cristo, que vino á predicar, y no á combatir, no logró variarla sino á fuerza de años y aun de siglos; y en vez de matar para consolidar su obra, tuvo él que morir con los suyos por ella.

La revolución que se verifica por medio de la palabra es la mejor, y la que con preferencia admitimos; la que se hace por sí sola, porque es la estable, la indestructible. Por eso á nuestros ojos el mayor crimen de los tiranos es el de obligar frecuentemente á los pueblos á recurrir á la violencia contra ellos, y en tales casos sólo sobre su cabeza recae la sangre derramada; ellos sólo son los responsables del trastorno, y de las reacciones que siguen á los pronunciamientos prematuros. Sin ellos, la opinión sola derribaría; y cuando la opinión es la que derriba, derriba para siempre; la violencia deja tras sí al derribar, la probabilidad de la reacción á la fuerza hoy vencida, y que puede ser vencedora mañana. El paganismo cayendo ante el poder de la opinión, y á la voz del Cristo, cayó para siempre, al paso que la fuerza colosal del imperio romano no consiguió ahogar la voz del Cristo en la apariencia más débil, pero en realidad más poderosa, porque se apoyaba en la convicción. La inquisición, que nadie ha destruído violentamente en ninguna parte, y que ha muerto por sí sola á manos de la opinión, bien como el tormento, no volverá á aparecer jamás sobre la tierra. Por el contrario, hemos visto un ejemplo de la inutilidad de la fuerza en esa misma religión cristiana, que, derribada por el torrente de los excesos de sus ministros y falsarios en un país vecino, donde provocaron la violencia contra ella, volvió á aparecer casi por sí sola. La opinión no le había abierto la huesa todavía. Tan liberales somos, tan allá llevamos el respeto debido á la mayoría, al voto nacional, á la soberanía del pueblo, que no reconocemos más agente revolucionario que su propia voluntad.

En consecuencia he traducido este libro, porque sean cuales fueren sus doctrinas, pertenezcan al presente ó al porvenir, creo que la palabra no puede ser jamás nociva. La mentira impresa y propalada cae por sí sola, y puede ser rebatida con la palabra misma. Por el contrario, la verdad impresa y propalada triunfa, pero triunfa á fuerza de convencer, triunfa sin violentar, y este es el más bello triunfo posible.

En estos principios se apoya la libertad del pensamiento, y en este sentido no conocemos crimen mayor que el empeño que los gobiernos ponen en coartarla. No sólo privan de un derecho á su generación, sino que asesinan en su germen á su posteridad. En nuestra opinión los hombres todos deben saberlo todo. Sólo así podrán juzgar, sólo así podrán comparar y elegir.

He traducido además esta obra para luchar con un error de grave importancia.

La religión cristiana apareció en el mundo estableciendo la igualdad entre los hombres, y esta gran verdad, en que se apoya, ha sido la base de su prosperidad. Los reyes, en cuyo interés no estaba interpretarla de esta suerte, experimentaron el instinto de torcerla á sus fines, y muchos malos ministros de ella, que

para consolidar su triunfo duradero deberían haberse puesto de parte de los pueblos, sacrificaron el porvenir á una brillante existencia precaria y á honores pasajeros, prestándose á convertir esa misma religión tan pura en instrumento de tiranías. O estorbaron la vulgarización de las Sagradas Escrituras, ó las interpretaron á su manera, tornándolas palanca política; sustituyeron en provecho suyo, y en el de los gobiernos, á la religión la superstición, á la creencia el fanatismo, artería á que desgraciadamente se prestaba demasiado la ignorancia de los siglos medios. De aquí resultó que cuando los filósofos del siglo pasado quisieron minar el edificio social, tan injustamente organizado, tuvieron que atacar la superstición y el fanatismo; empero confundidos ya la superstición y el fanatismo con la religión, apareció ésta atacada en sus escritos: los discípulos de los enciclopedistas exageraron, como en tales casos sucede, los principios de sus maestros, y así como los pueblos, seducidos, habían pasado de la religión al fanatismo, así, desengañados, pasaron del fanatismo á la impiedad.

Los liberales sin embargo y los reformadores hubieran triunfado hace mucho tiempo completamente y para siempre si en vez de envolver en la ruina de los tiranos la religión, necesaria á los pueblos, y de que ellos habían hecho un instrumento, se hubieran asido á esa misma religión, apoderándose de esta suerte de las armas mismas de sus enemigos para volverlas contra ellos. El protestantismo, separando en los pueblos donde se introdujo la religión de la política, el cielo de la tierra, y poniéndose de parte de los pueblos, obró con mejor instinto: se granjeó el respeto, y se consolidó renunciando á miras mundanas de ambición; llegó á ejercer una verdadera influencia, tanto más indestructible cuanto mejor era su fundamento; y aseguró la libertad arraigándola primero en las conciencias, en las costumbres después. Hermanó la libertad con la religión. Aunque más tarde, ¿por qué no hemos de hacer lo propio con el catolicismo?

En España la reacción debía ser más terrible, puesto que habían pesado más sobre ella que sobre nación alguna los excesos del fanatismo. No conteniéndose los partidos nunca en los justos límites, no consintiendo el calor de la lucha la reflexión, el traductor de esta obra, leído con ligereza, y sin esta previa explicación, estaba expuesto á un doble riesgo. Podía aparecer á los políticos modernos preocupado en religión, epíteto poco envidiable en el día, y á los religiosos fanáticos, desorganizador en política. Sin embargo, no es ni uno ni otro. Si este libro puede conquistar á la causa liberal muchos de los fanáticos que creen que la religión se opone á las instituciones libres, si puede convencer á la multitud poco instruída de que la religión cristiana es una religión democrática y popular, si puede cimentar la libertad, destruyendo su mayor enemigo el fanatismo, el traductor corre con gusto el riesgo de aquella doble inculpación; no, empero, sin declarar que ningún escritor ha escrito nunca para los que no saben leer.

Los autores mismos del código que en el día nos rige hubieron de conocer esta importante verdad; sin duda vieron claro que no había llegado el término de la religión cristiana en España, que no llegaría jamás, cuando, en vez de declararla imprudentemente la guerra, á imitación de los filósofos franceses del siglo pasado, trataron de hacerla suya, y granjeársela, consignando en ese mismo código que la religión cristiana es la única verdadera y la del Estado. En eso dieron una gran prueba de su conocimiento del corazón humano y del mundo, además de una muestra importante de fe y de convicción religiosas. Volvamos la vista á todas partes, á esa Francia que ha vuelto á su religión después de tan violentas sacudidas, á esa Inglaterra tan adelantada, y tan religiosa, á esos Estados del Norte de América tan citados. Donde quiera hallaremos una religión, donde quiera hallaremos á Dios presidiendo á las acciones más indiferentes de los hombres, por voluntad de esos hombres mismos, y de esos hombres libres.

Religión pura, fuente de toda moral, y religión, como únicamente puede existir, acompañada de la tolerancia y de la libertad de conciencia; libertad civil; igualdad completa ante la ley, é igualdad que abra la puerta á los cargos públicos para los hombres todos, según su idoneidad, y sin necesidad de otra aristocracia que la del talento, la virtud y el mérito; y libertad absoluta del pensamiento escrito. He aquí la profesión de fe del traductor de las PALABRAS DE UN CREYENTE. Después de esta declaración de principios, por los cuales abogó constantemente en sus pobres escritos, el traductor cree que puede dormir tranquilo sin temor de la calumnia, si es que ésta alguna vez pudiera atribuirle importancia bastante para asestar contra él sus flechas emponzoñadas.



AL PUEBLO

Este libro ha sido especialmente compuesto para vosotros; á vosotros, pues, le ofrezco. En medio de los males que son vuestro lote, en medio de las congojas que sin descanso os aquejan, séale dado prestaros animación y consuelo.

¡Oh vosotros! á quienes el día es pesado, yo quisiera que pudiese ser para vuestra pobre alma fatigada, lo que es á mediodía en el campo la sombra de un árbol, por mezquino que sea, para aquel que ha trabajado toda la mañana á los ardientes rayos del sol.

Pésimos tiempos habéis alcanzado; pero esos tiempos pasarán.

En pos del rigor del invierno, nos vuelve la Providencia estación menos áspera, y el pajarillo bendice en su canto la mano bienhechora que torna á darle calor y abundancia, y su compañera y su nido.

Esperad y amad. Todo lo endulza la esperanza, y todo lo hace el amor posible.

Hombres hay en este momento que sufren mucho, porque os han amado mucho. Yo, hermano suyo, he escrito el relato de lo que han hecho por vosotros, y de lo que por esta causa han hecho contra ellos; y cuando la violencia se haya usado ella misma, entonces lo publicaré, entonces lo leeréis con lágrimas menos amargas y amaréis también vosotros á esos hombres que tanto os han amado.

Si en el día os hablase de su amor y de sus padecimientos, arrojaríanme con ellos en los calabozos. Con gozo correría á ocuparlos, si con eso pudiese ser vuestra miseria aliviada; pero de ello no resultaría alivio alguno, y es fuerza por eso esperar y pedir á Dios que abrevie el tiempo de la prueba.

Ahora juzgan y condenan los hombres: en breve juzgará él. ¡Bienaventurados los que han de ser testigos de su justicia!

Ya soy viejo; escuchad las palabras de un anciano.

La tierra aparece triste y descolorida; pero ella reverdecerá. El aliento del malvado ha de pasar eternamente sobre ella, como un soplo abrasador.

Cuanto sucede, quiere la Providencia que

suceda para vuestra instrucción, á fin de que aprendáis á ser buenos y justos cuando llegue vuestra hora.

Cuando los que abusan del poder hayan pasado delante de vosotros, como el cieno de los arroyos en un día de tormenta, entonces comprenderéis que sólo el bien es duradero, y temeréis profanar el aire, purificado por las auras del cielo.

Preparad vuestras almas para ese tiempo, porque ese tiempo no está lejos, ese tiempo se acerca.

El Cristo, crucificado por vosotros, ha prometido redimiros.

Creed sus promesas, y, para apresurar el término de su cumplimiento, reformad cuanto tenga en vosotros necesidad de reforma; ejercitaos en las virtudes todas, y amaos los unos á los otros, como el Salvador del género humano os ha amado, *hasta la muerte.*

I

En nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

El que tenga oídos, que oiga: el que tenga ojos, ábralos y mire, porque los tiempos se acercan.

El Padre ha engendrado á su Hijo, su palabra, su Verbo, y el Verbo se ha hecho carne, y ha habitado entre nosotros; ha venido al mundo, y el mundo no le ha conocido.

El Hijo ha prometido enviar el Espíritu consolador, el Espíritu que procede del Padre y de él, y que es su amor mutuo. Vendrá y renovará la faz de la tierra, y será una segunda creación.

Hace diez y ocho siglos, el Verbo derramó la divina semilla, y el Espíritu Santo la fecundó. Los hombres la han visto florecer, han gustado sus frutos, los frutos del árbol de vida, plantado de nuevo en su pobre vivienda.

Yo os lo digo; hubo grande alegría entre ellos cuando vieron aparecer la luz, y todos se sintieron penetrados de un ardor divino.

Después la tierra se ha tornado nuevamente tenebrosa y fría.

Nuestros padres han visto al sol declinar. Cuando se ocultó debajo del horizonte, todo el género humano se estremeció. Después hubo, durante esta noche, no sé qué, que no tiene nombre. Hijos de la noche, el Poniente se ve negro, pero el Oriente comienza á blanquear.

II

Aplicad el oído, y decidme de dónde procede ese rumor confuso, vago, extraordinario, que por todas partes se escucha.

Aplicad la mano sobre la tierra, y decidme por qué se ha estremecido.

Algo que no sabemos se remueve en el mundo; obra hay sin duda de Dios.

Por ventura, ¿no está cada cual en expectativa? ¿Hay algún corazón que no palpite?

Hijo del hombre, sube sobre las alturas, y anuncia al mundo lo que ves.

Veo en el horizonte una nube cárdena, y en derredor un resplandor rojo, como el reflejo de un incendio.

Hijo del hombre, ¿qué otra cosa ves?

Veo al mar alzar sus olas, y á los montes agitar sus crestas.

Veo á los ríos cambiar su curso, las colinas vacilar, y terraplenar los valles con su caída.

Todo se estremece, todo se mueve, todo toma nuevo aspecto.

Hijo del hombre, ¿qué más ves?

Veo torbellinos de polvo en lontananza, arrebatados en todas direcciones, que se chocan, se mezclan y confunden. Pasan sobre las ciudades, y, después que han pasado, sólo se ven llanuras.

Veo á los pueblos alzarse tumultuosamente y empalidecer los reyes bajo sus diademas. Guerra se ha declarado entre ellos, guerra de muerte.

Veo un trono, dos tronos hechos pedazos y los pueblos que desparcen sus restos sobre la tierra.

Veo á un pueblo pelear como peleaba el arcángel Miguel con Satanás. Terribles son sus golpes, mas véole desnudo, y cubierto su enemigo de doble armadura.

¡Y sucumbió, Señor! Llagado está de muerte. Mas no. Sólo está herido. María, la Virgen Madre, le cobija con su manto, le muestra faz de risa, y sácale por breve plazo del campo de batalla.

Veo á otro pueblo pelear sin descanso, y cobrar por momentos nuevas fuerzas en la lid. Este pueblo tiene el signo de Cristo sobre el corazón.

Veo á otro pueblo, sobre el cual han sentado seis reyes la planta, y cada vez que prueba á moverse, seis puñales entran en su garganta.

Veo sobre un edificio inmenso, á grande altura en los aires, una cruz que distingo apenas, porque la cubre un velo negro.

Hijo del hombre, ¿qué más ves?

Veo el Oriente turbado y removido; mira destruirse sus antiguos palacios, y caer sus viejos templos hechos polvo, y alza los ojos como buscando otras grandezas y solicitando otro Dios.

Veo á la parte del Occidente una figura de mujer, de mirar altivo, de serena frente: traza con mano firme un ligero surco, y por donde pasa la reja, veo alzarse generaciones humanas que la invocan en sus oraciones, y la bendicen en sus cantos.

Veo á la parte del Septentrión hombres á quienes no queda más que un resto de calor concentrado en la cabeza, que los embriaga; pero el Cristo los toca con su cruz, y torna á latir el corazón.

Veo á la parte del Mediodía razas enteras sobre las cuales pesa no sé qué maldición; ominoso yugo las agobia y caminan encorvadas; empero el Cristo las toca con su cruz, y se enderezan.

Hijo del hombre, ¿qué más ves?

Nada responde; tornemos á gritar.

Hijo del hombre, ¿qué ves?

Veo á Satanás huyendo, y á Cristo rodeado de sus ángeles que viene para reinar.

III

Y fuí trasportado en espíritu á los tiempos antiguos, y estaba la tierra hermosa, y rica y fecunda; y sus habitantes vivían felices, porque vivían como hermanos.

Y ví la Serpiente que se deslizaba entre ellos: clavó en algunos su poderosa mirada, y su alma se conturbó; se acercaron y hablóles la Serpiente al oído.

Y después de haber escuchado las palabras de la Serpiente, alzáronse y dijeron: Somos reyes.

El Sol se oscureció y tomó la tierra un color fúnebre, como el de la mortaja que envuelve los muertos. Oyóse un sordo murmullo, un prolongado quejido, y tembló cada cual en el fondo de su corazón.

En verdad, yo os lo digo, fué como el día que rompió sus diques el abismo, y en que salió de madre el diluvio de las aguas mayores.

El miedo se fué de choza en choza, porque entonces no había palacios todavía, y díjole á cada uno cosas secretas, que le estremecieron.

Y los que habían dicho: Somos reyes, asieron de una espada, y siguieron al Miedo de choza en choza.

Y viéronse cumplidos allí raros misterios; hubo cadenas, llanto y sangre.

Los hombres, espantados, gritaron: El asesinato ha tornado al mundo. Y fué cuanto dijeron, porque el miedo había entumecido su alma, y paralizado el movimiento de sus brazos.

Dejáronse cargar de cadenas, ellos y sus mujeres y sus hijos. Y los que habían dicho: Somos reyes, ahondaron una gran sima, y en ella encerraron á todo el género humano, bien como se encierran las bestias en un establo.

Y el huracán barría las nubes, y retumbaba el trueno, y yo escuché una voz que decía: La Serpiente ha vencido por segunda vez; no, empero, para siempre.

Después nada oí, sino confusas voces, carcajadas, sollozos y blasfemias.

Y comprendí que debía haber un reinado de Satanás antes del reinado de Dios. Y lloré y esperé.

Y la visión que tuve era verdadera, porque el reinado de Satanás se ha visto cumplido, y se verá también cumplido el reinado de Dios. Y los que han dicho: Somos reyes, se verán á su vez encerrados en la sima con la Serpiente, y saldrá de ella el género humano: y será para él como otro nacimiento, como el tránsito de la muerte á la vida. Así sea.

IV

Hijos sois de un mismo padre, y la misma madre os ha amamantado. ¿Por qué, pues, no os amáis los unos á los otros como hermanos? ¿Por qué os tratáis más bien como enemigos?

Aquel que no ama á su hermano, es siete veces maldecido; y aquel que se declara enemigo de su hermano, es maldecido setenta veces siete veces.

Por eso los tiranos de la tierra han sido maldecidos; no han amado á sus hermanos, y hánlos tratado como á enemigos.

Amaos los unos á los otros, y no tendréis que temer á los tiranos de la tierra.

Son fuertes contra vosotros, porque no estáis unidos, porque no os amáis como hermanos los unos á los otros.

No digáis: Ese hombre es de un pueblo, y yo soy de otro pueblo. Porque los pueblos todos han tenido en la tierra el mismo padre, que es Adán, y tienen en el cielo el mismo padre, que es Dios.

Si lastimáis un miembro, el cuerpo todo se resiente. Vosotros sois todos un mismo cuerpo:

no es posible oprimir á uno de vosotros, sin que en él sean todos oprimidos.

Si un lobo se arroja sobre un rebaño, no lo devora todo entero de una asentada: hace presa de una oveja y la come. Más tarde, renaciendo su apetito, ase de otra, y la devora también, y así hasta la última; porque renace su apetito sin cesar.

No seáis pues como las ovejas, las cuales, cuando el lobo ha arrebatado una, se espantan un momento y tornan de nuevo tranquilamente á pacer. Porque, presumen, acaso se contente con su primera ó con su segunda presa; y á mí, ¿qué se me puede dar de las que devore? Más hierba tendré á mi disposición.

En verdad, yo os lo digo: los que de ese modo piensan en el fondo de su alma, designados están para ser pasto un día de la bestia que vive de carne y de sangre.

V

Cuando veis á un hombre conducido á la cárcel ó al suplicio, no os deis prisa á decir: Ese hombre es un malvado, que ha cometido un crimen contra los hombres.

Porque puede muy bien ser un hombre de bien, que ha querido servir á los hombres, y que se ve de ello castigado por sus opresores.

Cuando veis un pueblo cargado de cadenas y entregado al verdugo, no os deis prisa á decir: Ese pueblo es un pueblo violento que pretendía alterar la paz de la tierra.

Porque puede muy bien ser un pueblo mártir, que muere por la redención del género humano.

Diez y ocho siglos hace, en una ciudad de Oriente, los pontífices y los reyes de aquel tiempo enclavaron sobre una cruz, después de haberlo azotado, á un sedicioso, á un blasfemo, como le llamaban.

El día de su muerte hubo grande espanto en el infierno, y sumo gozo en el cielo.

Por la sangre del Justo había salvado el mundo.

VI

¿Por qué encuentran los animales su alimento, cada uno según su especie? Porque ninguno entre ellos se apodera del otro, y porque cada cual se contenta con satisfacer sus necesidades.

Si en la colmena dijese una abeja: Toda la miel que hay aquí me pertenece, y dicho eso se pusiese á disponer á su antojo del fruto del común trabajo, ¿qué sería de las demás abejas?

La tierra es como una grande colmena, y los hombres son como abejas.

Cada abeja tiene derecho á la porción de miel necesaria á su subsistencia; y si los hay entre los hombres que carecen de lo necesario, consiste en que la justicia y la caridad han desaparecido de entre ellos.

La justicia es la vida, y la caridad es la vida también, y vida en verdad más dulce y más abundante.

Falsos profetas ha habido que han persuadido á algunos hombres que habían nacido los demás para ellos; y lo que éstos han creído, hanlo creído también los demás sobre la palabra de los falsos profetas.

Cuando esta palabra de mentira hubo prevalecido, lloraron los ángeles en el cielo, porque previeron que iban á pesar sobre la tierra muchos males, grandes violencias y crímenes sin cuento.

Los hombres, iguales entre sí, han nacido para Dios sólo, y quienquiera que diga otra cosa, dice una blasfemia.

El que quiera ser más grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea el servidor de todos.

La ley de Dios es ley de amor, y el amor no se alza y encarama sobre los demás, sino que se sacrifica á los demás.

El que dice en el fondo de su corazón: Yo no soy como los demás hombres, sino que los demás hombres me han sido dados para que los mande y disponga de ellos y de lo que es de ellos á mi albedrío, ese es hijo de Satanás.

Y Satanás es el rey de este mundo, porque es el rey de cuantos piensan así y así proceden; y los que tal piensan y así proceden, han venido á ser por sus consejos los señores del mundo.

Mas su imperio no tendrá más que un tiempo, y ya tocamos al término de ese tiempo.

Daráse una gran batalla, y el ángel de la justicia y el ángel del amor pelearán por los que hayan empuñado las armas para restablecer entre los hombres el reinado de la justicia y el reinado del amor.

Y muchos morirán en la batalla, y quedará su nombre sobre la tierra como un rayo de la gloria de Dios.

Por eso, vosotros que padecéis, animaos, confortad vuestro corazón, porque mañana será el día de la prueba, el día en que cada uno habrá de dar con regocijo la vida por sus hermanos, y el que amanezca al día siguiente será el día de la redención.



VII

Cuando un árbol está solo, bátenle los vientos y desnúdanle de sus hojas, y sus ramas, en vez de elevarse, se inclinan como si buscasen la tierra.

Cuando una planta está sola, no hallando abrigo contra el ardor del sol, se seca, se marchita y muere.

Cuando el hombre está solo, el viento del poder le inclina hacia el suelo, y la ardiente codicia de los grandes de este mundo absorbe la savia que le alimenta.

No imitéis pues á la planta ni al árbol que están solos; empero uníos los unos con los otros y allegaos y cobijaos mutuamente.

En tanto que viviereis desunidos, y que no pensare cada cual sino en sí, nada podéis esperar sino sufrimiento y dolor, desdicha y opresión.

¿Hay cosa más débil que el gorrión y más inerme que la golondrina? Cuando aparece, sin embargo, el ave de rapiña, las golondrinas y los gorriones logran ahuyentarla aunándose en derredor suyo y persiguiéndola de consuno.

Tomad ejemplo del gorrión y de la golondrina.

A aquel que se separa de sus hermanos, síguele el temor cuando anda, siéntase á su lado cuando descansa, y ni aun durante el sueño le abandona.

Si os preguntan, pues: ¿Cuántos sois? res-

ponded: Somos uno; porque nuestros hermanos somos nosotros, y nosotros nuestros hermanos.

Dios no ha criado ni pequeños, ni grandes, ni amos, ni esclavos, ni reyes, ni vasallos; sino que ha hecho á todos los hombres iguales.

Empero entre los hombres, háilos que tienen más fuerza ó de cuerpo, ó de ánimo, ó de voluntad; y esos son quienes tratan de avasallar á los demás, cuando el orgullo ó la codicia sofoca en ellos el amor de sus hermanos.

Y Dios sabía que había de ser así, y por eso mandó á los hombres que se amasen, á fin de que estuviesen unidos, y de que los débiles no cayesen jamás bajo la opresión de los fuertes.

Porque aquel que es más fuerte que uno solo, será menos fuerte que dos; y aquel que es más fuerte que dos, será menos fuerte que cuatro; y de esa suerte nada temerán los débiles, cuando amándose los unos á los otros, estén sinceramente unidos.

Un hombre transitaba por la montaña, y llegó á un sitio en que un enorme peñasco, que se había desgajado sobre el camino, le llenaba y obstruía, y fuera de aquel camino no había otra salida, ni á derecha ni á izquierda.

Este hombre, pues, viendo que no podía proseguir el viaje comenzado, á causa del peñasco, probó á moverle para abrirse paso, y fatigóse mucho en aquel trabajo, y todos sus esfuerzos fueron vanos.

Viendo lo cual, sentóse agobiado de tristeza, y dijo: ¿Qué será de mí cuando la noche llegue y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna, en la hora en que las fieras salgan á buscar su presa?

Y estando embebido en este pensamiento, otro viajero sobrevino, el cual, habiendo hecho lo que había hecho el primero, y habiéndose encontrado tan impotente como él para mover la piedra, sentóse taciturno é inclinó la cabeza.

Y después de este segundo llegaron otros, y ninguno pudo mover el peñasco, y era grande el temor que todos tenían.

Por fin, uno de ellos dijo á los demás: Hermanos míos, enderecemos nuestros ruegos á nuestro Padre común que está en el cielo: tal vez tenga piedad de nosotros en esta congoja.

Y fueron escuchadas estas palabras, y oraron de corazón al Padre común que está en el cielo.

Y cuando hubieron orado, el que había dicho: Oremos, dijo también: Hermanos míos, lo que ninguno de nosotros ha podido hacer solo, ¿quién sabe si lo haremos todos juntos?

Y pusiéronse en pie, y todos á una empujaron el peñasco, y el peñasco cedió, y prosiguieron en paz el viaje interrumpido.

El viajero es el hombre, el viaje es la vida, el peñasco son las miserias que encuentra á cada paso en su camino.

Ningún hombre podría remover solo ese peñasco; pero Dios ha graduado su peso de tal suerte, que no detiene jamás á aquellos que viajan juntos.

VIII

En el principio el trabajo no era necesario al hombre para vivir: la tierra proveía ella misma á sus necesidades todas.

Empero el hombre delinquió, y como se había rebelado contra Dios, rebelóse la tierra contra él.

Aconteciole lo que acontece al mancebo que se alza contra su padre; el padre le niega su amor y le abandona; y los familiares de su casa se niegan á servirle, y vase buscando de aquí para allí su pobre vida, y comiendo el pan ganado con el sudor de su rostro.

De entonces, pues, Dios ha condenado á todos los hombres al trabajo, y todos tienen su tarea de cuerpo ó de ánimo, y los que dicen: Yo no trabajaré, esos son los más miserables.

Porque bien así como devoran los gusanos un cadáver, los devoran los vicios á ellos, y si no los vicios, el fastidio.

Y cuando Dios quiso que el hombre trabajase, ocultó un tesoro en el trabajo, porque es Padre, y el amor de un padre es infinito.

Y para aquel que hace buen uso de este tesoro y no le disipa insanamente, llega un tiempo de reposo, y entonces viene á estar como estaban los hombres en el principio.

Y dióles Dios también este precepto: Ayudaos los unos á los otros, porque entre vosotros los hay más fuertes y más débiles, sanos y enfermos; todos, empero, tienen que vivir.

Y si obráis así, todos viviréis, porque yo premiaré la piedad que de vuestros hermanos hubiereis tenido, y yo fecundaré vuestro sudor.

Y lo que Dios ha prometido se ha visto siempre realizado, y nunca se ha visto faltar el pan al que ayudó á sus hermanos.

Hubo, empero, en otro tiempo un hombre malo y maldecido del cielo. Y este hombre era fuerte y aborrecía el trabajo; de suerte que dijo para sí: ¿Cómo me valdré? Si no trabajo habré de perecer, y me es sin embargo el trabajo insoportable.

Entróle entonces en el corazón un pensa-

miento del infierno. Fuése de noche, y asió de algunos de sus hermanos en tanto que dormían, y cargólos de cadenas.

Porque, decía él, yo los forzaré con el látigo y el azote á trabajar para mí, y yo comeré el fruto de su trabajo.

É hízolo como lo había pensado; visto lo cual por otros, hicieron otro tanto, y de entonces más dejó de haber hermanos: hubo amos y esclavos.

Ese día fué día de luto sobre toda la redondez de la tierra.

Mucho tiempo después hubo otro hombre más malo que el primero, y más maldecido del cielo.

Viendo que los hombres se habían multiplicado por todas partes, y que era su muchedumbre innumerable, dijo para sí:

Acaso podré aherrojar á algunos y obligarlos á trabajar para mí: empero será fuerza alimentarlos, y esto aminorará mi ganancia. Hagámoslo mejor. ¡Que trabajen de balde! Morirán en verdad: pero como su número es grande, yo habré acumulado riquezas antes de que se hayan disminuído demasiado, y siempre quedarán bastantes.

Pero toda aquella muchedumbre vivía de lo que recibía en trueque de su trabajo.

Habiéndose hablado á sí mismo de aquella suerte, abocóse en particular con algunos, y díjoles: Vosotros trabajáis seis horas, y os dan una moneda por vuestro trabajo.

Trabajad doce horas, y ganaréis dos monedas, y viviréis más anchos vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos.

Y ellos le creyeron.

Díjoles en seguida: Vosotros no trabajáis más que la mitad de los días del año; trabajad todos los días, y vuestra ganancia será doble.

Y creyéronle también.

Aconteció de aquí que habiéndose aumentado en un duplo la cantidad de trabajo, sin que fuese mayor la necesidad de trabajo, la mitad de aquellos que vivían antes de su tarea no hallaron quien los emplease.

Entonces el hombre malo á quien habían creído, les dijo: Yo os daré trabajo á todos, con la condición de que habréis de trabajar el mismo tiempo, y yo no os pagaré más que la mitad de lo que antes os pagaba, porque quiero, sí, haceros favor, mas no arruinarme.

Y como tenían hambre, ellos, sus mujeres y sus hijos, aceptaron la proposición del hombre malo, y le bendijeron, porque, decían ellos, nos da la vida.

Y prosiguiendo en engañarlos de la misma suerte, el hombre malo aumentó de día en día su trabajo, y disminuyó cada vez más su salario.

Y moríanse de necesidad; mas otros se apresuraban á reemplazarlos, porque la indigencia había llegado á ser tan grande en el país, que se vendían las familias enteras por un pedazo de pan.

Y el hombre malo que había mentido á sus hermanos, acumuló más riquezas que el hombre malo que los había encadenado.

Este tiene por nombre Tirano: el otro no tiene nombre sino en el infierno.

IX

Estáis en este mundo como extranjeros.

Tomad hacia el Norte ó hacia el Mediodía, hacia el Oriente ó hacia el Occidente; donde quiera que os detengáis encontraréis alguien que os expulsará, diciendo: Este campo es mío.

Y después de haber recorrido todos los países, volveréis habiendo aprendido que no hay en parte alguna un rincón de tierra donde vuestra mujer pueda dar á luz su primogénito, donde podáis descansar, acabada vuestra tarea, y en el cual, llegada vuestra última hora, puedan vuestros hijos enterrar vuestros huesos, como en sitio que os pertenezca.

Gran miseria es ésta en verdad.

Empero no debéis apocaros; porque está escrito de aquel que salvó al género humano:

El zorro tiene su guarida, las aves del aire tienen su nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde apoyar su cabeza.

Hase hecho pobre, empero, para enseñaros á soportar la pobreza.

No que venga la pobreza de Dios, sino que antes es secuela de la corrupción y de las malas codicias de los hombres; y he aquí por qué habrá pobres eternamente.

La pobreza es hija del pecado, cuyo germen está en cada hombre, y de la servidumbre, cuyo germen está en cada sociedad.

Pobres habrá siempre, porque el hombre no destruirá en sí jamás el pecado.

Pero cada vez habrá menos pobres, porque la servidumbre irá poco á poco desapareciendo de la sociedad.

¿Queréis destruir la pobreza? Procurad destruir el pecado, primeramente en vosotros mismos, en los otros después, y la servidumbre en la sociedad.

No es tomando lo que á otro pertenece como se puede destruir la pobreza; porque ¿de qué suerte haciendo pobres podría disminuirse el número de los pobres?

Cada uno tiene el derecho de conservar lo que posee, y sin eso nadie poseería nada.

Empero cada uno tiene también el derecho de adquirir con su trabajo lo que no tiene, y sin eso sería eterna la pobreza.

Emancipad, pues, vuestro trabajo, emancipad vuestros brazos, y no será de entonces más la pobreza entre los hombres sino una excepción permitida por Dios para recordarles la fragilidad de su naturaleza, y el mutuo apoyo, y el amor que los unos se deben á los otros.

X

Cuando gemía la tierra toda en la expectativa de su salvación, alzóse una voz en la Judea, la voz de aquel que venía á padecer y á morir por sus hermanos, y de aquel á quien por desprecio llamaban algunos el Hijo del carpintero.

El Hijo, pues, del carpintero, pobre y abandonado en el mundo, decía:

«Venid á mí, vosotros todos los que gemís bajo el peso del trabajo, y yo os reanimaré.»

Y desde entonces hasta el día ninguno de los que han creído en él ha dejado de encontrar alivio en su miseria.

Para curar los males que afligen á los hombres, predicábales á todos la justicia, que es el principio de la caridad, y la caridad, que es la consumación de la justicia.

Ahora bien, la justicia ordena respetar el derecho de otro, y algunas veces prescribe la caridad que ceda uno el suyo propio en beneficio de la paz, ó de otro cualquier bien.

¿Qué sería el mundo si cesase de reinar el derecho en él, si no gozase cada cual seguridad personal, y no disfrutase sin temor de lo que es suyo?

Más valiera vivir en el fondo de los bosques que en sociedad de tal suerte entregada al latrocinio.

Lo que toméis hoy, otro os lo tomará mañana. Serán los hombres más miserables que las aves del cielo, á quienes las otras aves de su especie no roban el alimento, ni arrebatan el nido.

¿Qué cosa es un pobre? Es aquel que no tiene todavía propiedad.

¿Qué anhela? Dejar de ser pobre, es decir, adquirir una propiedad.

Empero aquel que roba y que saquea, ¿qué otra cosa hace sino anular, en cuanto de su parte puede, el derecho mismo de propiedad?

Robar, saquear es, pues, así atacar al pobre como al rico: es trastornar el fundamento de toda sociedad entre los hombres.

Quien quiera que nada posee, no puede llegar á poseer sino en cuanto á que otros poseen ya; pues que éstos solamente pueden darle algo en cambio de su trabajo.

El orden es bien, es interés de todos.

No lleguéis vuestros labios á la copa del crimen: en el fondo está el amargo desengaño, y la agonía y la muerte.

XI

Yo había visto los males que pesan sobre la tierra, el débil oprimido, el justo mendigando su pan, ensalzado el malvado á los honores, y rebosando riquezas, condenado el inocente por jueces inicuos, y errantes sus hijos á la intemperie.

Y mi alma yacía triste, y derramábase de ella la esperanza como de vasija rompida.

Y envióme Dios profundo sueño.

En mi sueño ví una manera de forma luminosa, en pie delante de mí, un espíritu cuya mirada dulce y perspicaz penetraba hasta el fondo de mis más secretos pensamientos.

Y estremecíme, no de temor, ni de gozo, sino como de una sensación, mezcla inexplicable y expresión de uno y de otro.

Y díjome el Espíritu: ¿Por qué estás triste?

Y respondí con lágrimas en los ojos: ¡Oh! mirad y ved los males que pesan sobre la tierra.

Y dióse á reir la figura celestial con inefable sonrisa, y llegaron estas palabras á mis oídos:

Tu vista nada distingue sino al través de ese prisma engañador que llaman las criaturas tiempo. El tiempo no existe sino para vosotros: para Dios nò hay tiempo.

Y yo callaba, porque nada comprendía.

Y de repente el Espíritu: Mira, me dijo.

Y no habiendo ya de entonces más para mí ni antes, ni después, en un punto mismo ví, y á la vez, lo que en su lengua mísera y mezquina designan los mortales con los nombres de pasado, presente y porvenir.

Y todo era uno, y, para decir con todo lo que

ví, fuerza me es descender de nuevo al seno del tiempo, fuerza me es hablar la lengua mísera y mezquina de los hombres.

Y todo el género humano me parecía como un solo hombre.

Y ese hombre había hecho mucho mal, poco bien; había experimentado muchos dolores, pocas alegrías.

Y paraba allí, yaciendo en su miseria, sobre una tierra ora yerta, ora abrasada, flaco, hambriento, doliente, agobiado de una languidez interrumpida sólo por convulsiones, abrumado de cadenas forjadas en la morada infernal.

Su diestra mano había cargado con ellas su mano izquierda, y la izquierda había cargado á la derecha, y en medio de sus malos ensueños habíase de tal suerte rodeado en sus propios hierros que estaba de ellos y con ellos su cuerpo entero cubierto y aherrojado.

Porque, en cuanto le tocaban solamente, pegábanse á su piel como plomo hirviente, entraban en las carnes y no salían más de ellas.

Y aquel era el hombre: lo reconocí.

Y he aquí que un rayo de luz emanaba del Oriente, y un rayo de amor del Mediodía, y un rayo de fuerza del Septentrión.

Y esos tres rayos confluyeron en el corazón de aquel hombre.

Y cuando el rayo de luz partió, dijo una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, sepas lo que saber debes.

Y cuando partió el rayo de amor, otra voz dijo: Hijo de Dios, hermano del Cristo, ama lo que amar debes.

Y cuando el rayo de fuerza surgió, dijo también una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, haz lo que hacer se debe.

Y cuando se hubieron confundido en uno los tres rayos, uniéronse también las tres voces, y formóse de ellas una sola, que dijo:

Hijo de Dios, hermano del Cristo, sirve á Dios, y no sirvas más que á él.

Y entonces, lo que hasta aquel punto no me había parecido sino un solo hombre, apareció á mi vista como multitud de pueblos y de naciones.

Y no me había engañado mi primera ojeada, ni menos me engañaba la segunda.

Y aquellos pueblos y naciones, despertando sobre su lecho de dolor, comenzaron á decirse:

¿De dónde proceden nuestros padecimientos y nuestra languidez, y el hambre y la sed que nos atormentan, y las cadenas que nos encorvan hacia el suelo y entran en nuestras carnes?

Y despejóse su entendimiento, y comprendieron que los hijos de Dios, los hermanos del Cristo no habían sido condenados por su Padre á la esclavitud, y que esta esclavitud era la fuente de todos sus males.

Cada cual, pues, probó á romper sus hierros, ninguno empero lo logró.

Y miráronse los unos á los otros con gran lástima, y, obrando el amor en ellos, dijéronse: El mismo pensamiento tenemos todos, ¿por qué no hemos de tener el mismo ánimo? ¿No somos todos los hijos del mismo Dios y los hermanos del mismo Cristo? Salvémonos, ó muramos juntos.

Y habiendo dicho esto sintieron dentro de sí un vigor divino, y yo oí sus cadenas crujir, y pelearon seis días contra los que los habían encadenado, y el sexto día quedaron vencedores, y fué el séptimo su día de descanso.

Y la tierra, que estaba seca ya, tornó á reverdecer y brotar, todos pudieron comer de sus frutos, é ir y venir sin que les dijese nadie: ¿Adónde vais? Por aquí no se pasa.

Y los pequeñuelos cogían flores y traíanlas á sus madres, quienes dulcemente les sonreían.

Y ya no había pobres ni ricos, sino que en abundancia tenían todos las cosas necesarias, porque se amaban todos y ayudábanse como hermanos.

Y una voz como de ángel resonó en los cielos: ¡Gloria á Dios, diciendo, que ha dado la inteligencia, el amor, la fuerza á sus hijos! ¡Gloria al Cristo, que ha devuelto la libertad á sus hermanos!

XII

Cuando alguno de vosotros padece una injusticia, cuando, en medio de su camino, le derriba el opresor, y le pone el pie encima, si se queja, nadie le oye.

El grito del pobre sube hasta Dios, empero no llega á oídos del hombre.

Héme preguntado yo: ¿De dónde procede este mal? ¿Por ventura el que ha criado así el pobre como el rico, el débil como el poderoso, habría querido quitar á los unos todo género de temor en sus iniquidades, y á los otros todo género de esperanza en su miseria?

Y he visto que este pensamiento era horrible, y blasfemia contra Dios.

Porque cada uno de vosotros no ama sino á sí mismo, porque se separa de sus hermanos, porque está y quiere estar solo, por eso no es su quejido escuchado.

Durante la primavera, cuando todo se reanima, sale de entre la hierba un ruido que se alza como murmullo prolongado.

Ese ruido, compuesto de tantos ruidos que fuera imposible contarlos, es la voz de multitud innumerable de pequeñuelos y mezquinos seres imperceptibles.

Sola y aislada, ninguna de ellas fuera oída: todas juntas, empero, hácense oir.

Vosotros también estáis ocultos debajo de la



hierba; ¿por qué no sale de entre ella voz ninguna?

Cuando se trata de vadear una corriente rápida, fórmanse entre muchos dos hileras á lo largo, y, de esa suerte aunados, los que solos y separados de los demás no hubieran podido resistir el ímpetu de las aguas, las vencen sin dificultad.

Haced así vosotros, y romperéis la corriente de la iniquidad, que aislados os arrastra y os arroja hechos pedazos en la orilla.

Sean tardías vuestras determinaciones, pero firmes. No os entreguéis ni á un primer, ni á un segundo movimiento.

Antes, si contra vosotros se ha cometido injusticia, comenzad por lanzar del pecho todo sentimiento de odio, y, alzando luego las manos y los ojos al cielo, decid á vuestro Padre común:

Señor, vos sois el protector del inocente y del oprimido: porque vuestro amor ha creado el mundo, y vuestra justicia le gobierna.

Vos queréis que reine sobre la tierra, y el malvado opone su voluntad torcida.

Por eso hemos determinado pelear con el malvado.

¡Dad, oh Padre, consejo á nuestro entendimiento, y fuerza á nuestros brazos!

Cuando de esta suerte hayáis orado desde el fondo de vuestra alma, pelead y no temáis.

Si parece la victoria alejarse de vosotros, es sólo una prueba; ella volverá: porque vuestra sangre será como la sangre de Abel degollado por Caín, y vuestra muerte como la muerte de los mártires.

XIII

Era una noche sombría; un cielo sin astros pesaba sobre la tierra, como una losa de mármol negro sobre un sepulcro.

Y nada turbaba el silencio de esta noche, sino era un rumor extraño, como un ligero aleteo que de vez en cuando se oía sobre las campiñas y los pueblos.

Y expresábanse entonces las tinieblas, y cada cual sentía oprimírsele el alma y correr hielo por sus venas.

Y en una sala tendida de negro y alumbrada por una lámpara roja, siete hombres vestidos de púrpura, y ceñida en la cabeza una corona, veíanse sentados sobre siete asientos de hierro.

Y se elevaba en medio de la sala un trono, de hueso edificado, y al pie del trono un crucifijo derribado, y delante del trono una mesa de ébano, y sobre la mesa un vaso lleno de sangre roja y espumosa, y un cráneo.

Y los siete hombres coronados parecían pensativos y tristes, y, desde el fondo de su honda órbita, sus ojos de vez en cuando destellaban chispas de un fuego lívido.

Y alzándose uno de ellos, acercóse al trono, vacilando, y puso el pie sobre el crucifijo.

En aquel momento sus miembros temblaron, y pareció como que iba á fallecer. Mirábanle los demás inmóviles: no se movieron en verdad, pero pasó sobre su frente no sé qué, y una sonrisa que no era sonrisa humana contrajo sus labios.

Y aquel, que había parecido próximo á desmayar, extendió su mano, asió del vaso lleno de sangre, derramóla en el cráneo y bebiólo.

Y pareció aquel brebaje reanimarle.

Y alzando la cabeza, salió este grito de su pecho con bronco sonido y destemplado:

¡Maldecido sea el Cristo, que ha traído á la tierra la libertad!

Y los otros seis hombres coronados alzáronse todos á la vez, y exhalaron todos á la vez el mismo grito:

¡Maldecido sea el Cristo, que ha traído á la tierra la libertad!

Dicho lo cual, tornáronse á sentar sobre sus asientos de hierro, y dijo el primero:

Hermanos míos, ¿qué haremos para ahogar la libertad? Porque nuestro imperio habrá expirado, si comienza el suyo. Nuestra causa es la misma: proponga pues cada cual lo que más acertado le parezca.

He aquí por mi parte el consejo que me ocurre.

Antes de que el Cristo viniese, ¿quién osaba alzar la frente en nuestra presencia? Su religión nos ha perdido. Destruyamos la religión del Cristo.

Y respondieron todos: Así es la verdad. Destruyamos la religión del Cristo.

Y adelantóse otro hacia el trono: tomó el cráneo; derramó sangre en él, y dijo en seguida.

No tan sólo hemos de destruir la religión, sino también la ciencia y el pensamiento; porque la ciencia pugna por saber lo que no es bueno para nosotros que el hombre sepa, y el pensamiento está siempre dispuesto á rebelarse contra la fuerza.

Y respondieron todos: Es verdad. Destruyamos la ciencia y el pensamiento.

Y habiendo hecho lo que habían hecho los dos primeros, dijo un tercero:

Cuando hayamos sumergido de nuevo á los hombres en el embrutecimiento quitándoles la religión, la ciencia y el pensamiento, habremos hecho mucho en verdad, empero algo nos quedará todavía por hacer.

El bruto tiene instintos y simpatías peligrosas. Es preciso que ningún pueblo oiga la voz de otro pueblo, por temor de que si uno se queja y rebulle, no experimente otro tentaciones de imitarle. No penetre pues en nuestra casa ningún rumor de la del vecino.

Y respondieron todos: Es verdad. No penetre en nuestra casa ningún rumor de la del vecino.

Y el cuarto: Nosotros tenemos nuestro interés, y el suyo también los pueblos opuesto al nuestro. Si se unen para defender contra nosotros ese interés, ¿cómo le resistiremos?

Dividamos para reinar. Creemos en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, un interés contrario al de las otras aldeas, al de las otras ciudades, al de las otras provincias.

De esta suerte se aborrecerán todos, y no pensarán en armarse contra nosotros.

Y respondieron los demás: Es verdad. Dividamos para reinar: su concordia es nuestra muerte.

Y el quinto, habiendo derramado sangre dos veces, y dos veces apurado el cráneo:

Bien por esos medios: son buenos, pero no bastan. Cread brutos en buen hora; bien; amedrentad empero esos brutos, aterradlos con una justicia inexorable, y con atroces suplicios, si no queréis tarde ó temprano ser por ellos devorados. El verdugo es el primer ministro de un buen príncipe.

Y los demás: Es verdad. El verdugo es el primer ministro de un buen príncipe.

Y el sexto: Confieso la ventaja de los suplicios prontos, terribles, inevitables. Hay con todo almas fuertes y desesperadas que arrostran los suplicios.

¿Queréis gobernar fácilmente á los hombres? Debilitadlos por medio del placer. La virtud no sirve á nuestro intento, porque alimenta la fuerza: agotémosla más bién con la corrupción.

Y respondieron todos: Es verdad. Agotemos la fuerza y la energía y el valor con la corrupción.

El sétimo entonces, habiendo como los demás bebido en el cráneo humano, habló en estos términos, puestos los pies sobre el crucifijo: No más Cristo: guerra á muerte, guerra sin fin entre él y entre nosotros.

¿Cómo segregar los pueblos de él? Es tentativa inútil. ¿Qué haremos? Escuchadme: es preciso hacer nuestros los sacerdotes del Cristo, con bienes, con honores, con poder.

Y ellos impondrán al pueblo, en nombre del Cristo, que nos vivan sometidos en todo, hagamos lo que hagamos, y mandemos lo que mandemos.

Y el pueblo los creerá y por conciencia obedecerá, y quedará nuestro poder más asegurado que antes.

Y respondieron todos: Es verdad. Hagamos nuestros los sacerdotes del Cristo.

Y apagóse de repente la lámpara que alumbraba la sala, y separáronse los siete hombres en las tinieblas.

Entonces fuéle dicho á un justo, que á la sazón velaba y oraba delante de la cruz: Mi día se acerca. Adora y nada temas.

XIV

Y al través de una niebla parda y pesada ví, como se ve en la tierra á la hora del crepúsculo, una llanura desnuda, desierta y fría.

Alzábase en medio un peñasco, de donde gota á gota se destilaba una agua negra, y el débil y sordo ruido de las gotas que acompasadas caían era el único ruido que se oyese.

Y siete veredas, después de haber culebreado en la llanura, venían á morir en el peñasco; y cerca del peñasco, á la entrada de cada una, hallábase una piedra entapizada de una cosa húmeda y verde, parecida á la baba de un reptil.

Y he aquí que de pronto, por una de las veredas, divisé una sombra que lentamente se movía; y poco á poco acercándose la sombra, distinguí, no ya un hombre, sino la semejanza de un hombre.

Y en el lugar del corazón, tenía la figura humana una mancha de sangre.

Y sentóse sobre la piedra húmeda y verde, y sus miembros temblaban, é inclinada la cabeza, apretábase con sus propios brazos, como queriendo retener un resto de calor.

Y por las otras seis veredas, otras seis sombras fueron sucesivamente llegando al pie del peñasco.

Y cada una de ellas, trémula y apretándose con sus brazos, fuese sentando sobre la piedra húmeda y verde.

Y estaban allí silenciosas y encorvadas bajo el peso de incomprensible agonía.

Y duró su silencio largo espacio, no sé cuánto tiempo, porque nunca sale el sol sobre la llanura aquella: ni hay noche allí, ni hay mañana. Las gotas del agua negra miden y comparten solas, cayendo, una duración monótona, oscura, pesada, eterna.

Y era esto tan horrible que, si Dios no me hubiera dado fuerzas, hubiéranme faltado para verlo.

Y después de una especie de estremecimiento convulsivo, una de las sombras, enderezando su cabeza, produjo un sonido semejante al sonido ronco y seco del viento que sacude un esqueleto.

Y el peñasco rebotó estas palabras hasta mi oído:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y las otras seis sombras se estremecieron, y, alzando á la vez todas la cabeza, salió de su pecho la blasfemia misma.

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y fueron al punto sobrecogidas de temor más fuerte, se espesó la niebla, y por corto espacio cesó el agua negruzca de caer.

Y las siete sombras habían sucumbido de nuevo al peso de su secreta agonía, y hubo un

silencio profundo más largo que el primero.

Una de ellas en seguida, sin alzarse de la piedra, inmóvil é inclinada, dijo á las demás:

Háos pues sucedido como á mí. ¿De qué nos han servido nuestros consejos?

Y otra repuso: La fe y el pensamiento han roto las cadenas de los pueblos: la fe y el pensamiento han emancipado la tierra.

Y dijo otra: Queríamos dividir á los hombres, y nuestra opresión los ha unido contra nosotros.

Y otra: Hemos derramado la sangre, y ha recaído esta sangre sobre nuestras cabezas.

Y otra: Hemos sembrado la corrupción, y ha germinado entre nosotros y ha devorado nuestros huesos.

Y otra: Hemos creído sofocar la libertad, y su soplo ha secado nuestro poder hasta en sus raíces.

La sétima sombra entonces:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y todas á una voz:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y ví entonces una mano adelantándose: humedeció el dedo en el agua negruzca, cuyas gotas miden cayendo la eterna duración, marcó en la frente á las siete sombras, y fué para siempre.

XV

No tenéis que pasar más que un día sobre la tierra: haced por pasarlo en paz.

La paz es fruto del amor: porque para vivir en paz, es preciso saber soportar muchas cosas.

Nadie es perfecto, todos tienen sus defectos: cada hombre es pesado á los demás, y sólo el amor puede tornar leve ese peso.

Si no podéis soportar á vuestros hermanos, ¿cómo podrán soportaros vuestros hermanos á vosotros?

Escrito está del Hijo de María: Como había amado á los suyos, que eran en el mundo, amólos hasta el fin.

Amad pues á vuestros hermanos que son en el mundo, y amadlos hasta el fin.

El amor es incansable. El amor es inagotable: vive y renace de sí propio, y tanto más se comunica, tanto más crece.

El que se ama á sí mismo más que á su hermano no es digno del Cristo, muerto por sus hermanos. Habéis dado ya vuestros bienes; dad también vuestra vida; el amor os lo devolverá todo.

Yo os lo digo en verdad, el corazón del que ama es un paraíso en la tierra. Lleva á Dios en sí, porque Dios es todo amor.

El hombre vicioso no ama, sino codicia: tiene hambre y sed de todo; su mirar, como el mirar de la serpiente, fascina y atrae, empero, para devorar.

El amor descansa en el fondo de las almas puras, como una gota de rocío en el cáliz de una flor.

¡Oh si supierais lo que es amar!

Decís que amáis; y muchos de nuestros hermanos están sin pan con que sostener su vida, sin ropas con que cubrir su desnudez, sin techo que los abrigue, sin un puñado tal vez de paja para dormir encima, en tanto que tenéis las cosas todas en abundancia.

Decís que amáis, y hay en gran número enfermos que desfallecen, privados de socorros, sobre pobre estera, desdichados que lloran sin que llore nadie por ellos, párvulos que se andan pasados del frío, pidiendo de puerta en puerta á los ricos una migaja de su mesa, y pidiéndola en vano.

Decís que amáis á vuestros hermanos. ¿Qué otra cosa haríais pues si los aborrecieseis?

Yo os lo digo: quienquiera que, pudiendo, no alivia á su hermano doliente, es el enemigo de su hermano; y quienquiera que, pudiendo, no alimenta á su hermano hambriento, es un asesino.

XVI

Hombres hay que no aman á Dios, y que no le temen: huid de ellos, porque de ellos sale un vapor de maldición.

Huid del impío, porque su aliento mata: empero no le aborrezcáis, porque ¿quién sabe si Dios no ha mudado ya su corazón?

El hombre que aun de buena fe dice: No creo, suele engañarse. Existe allá dentro en el alma, en el fondo mismo del alma, una raíz de fe que no se marchita nunca.

La palabra que niega á Dios abrasa los labios por donde pasa, y la boca que se abre para blasfemar es una boca del infierno.

El impío está solo en el universo. Todas las criaturas alaban á Dios, todo lo que siente le bendice, todo lo que piensa le adora: el astro del día y el de la noche le cantan en su lengua misteriosa.

Dios ha escrito en el firmamento su nombre tres veces santo.

¡Gloria á Dios en las alturas de los cielos!

Hálo escrito también en el corazón del hombre, y el hombre bueno le conserva allí con amor, otros tratan empero de borrarle.

¡Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Dulce es su sueño, y su muerte aún más dulce; porque saben que vuelven al seno de su Padre.

Bien así como el pobre labrador, al caer del día, deja el campo, y vuelve á su choza, y sentado delante de la puerta, olvida sus fatigas mirando al cielo; así, al anochecer de la vida, el hombre de esperanza torna con regocijo á la casa paterna, y, sentado en el lintel, olvida las penalidades del destierro en las visiones de la eternidad.



XVII

Dos hombres eran vecinos, y tenía cada uno de ellos una mujer y varios hijos pequeños, y sólo su trabajo para mantenerlos.

Y el uno de esos hombres se inquietaba, diciendo: Si muero ó si enfermo, ¿qué vendrá á ser de mi mujer y de mis hijos?

Y este pensamiento no le abandonaba, y roía su corazón como roe un gusano la fruta en que está escondido.

Ahora bien, igual pensamiento había ocurrido también al otro padre, mas no se había detenido en él; porque decía él: Dios, que conoce sus criaturas todas y que vela sobre ellas, velará también sobre mí, y sobre mi mujer y mis hijos.

Y éste vivía tranquilo, en tanto que el primero no gozaba un instante de reposo, ni interiormente de alegría.

Un día, que trabajaba en el campo, triste y abatido á causa de su temor, vió unos pájaros que entraban en unas matas, y que salían y que tornaban después.

Y, habiéndose acercado, vió dos nidos al lado uno de otro, y en cada uno sendos pajarillos recién salidos del huevo, y sin plumas todavía.

Y cuando hubo vuelto á su faena, alzaba de vez en cuando los ojos, y miraba á aquellos pájaros que iban y que venían, llevando el alimento á sus pequeños.

Mas he aquí que de pronto, ó á la sazón que se volvía una de las madres con provisiones en el pico, ásela un buitre, y la arrebata, y la mí-



sera madre, porfiando en balde por desasirse de sus garras, lanzaba agudos chillidos.

Esto visto, el hombre que trabajaba sintió su alma más conturbada que de primero; porque, presumía él, la muerte de la madre es la muerte de los hijos.

Así también los míos á nadie tienen sino á mí. ¿Qué será de ellos si les falto?

Y el día entero anduvo triste y sombrío, y á la noche no durmió.

A la mañana, de vuelta al campo, se dijo: Quiero ver los hijuelos de esa pobre madre: algunos habrán perecido ya. Y encaminóse hacia las matas

Y mirando, vió sanos y tranquilos los pequeñuelos; ninguno parecía haber sufrido.

Y habiéndole esto admirado, ocultóse para observar cuanto pasase.

Y trascurrido breve plazo, oyó un suave grito, y vió á la segunda madre, que á toda prisa traía el alimento que había recogido, y lo dis-

tribuyó entre todos los pajarillos indistintamente, y para todos hubo, y no quedaron los huérfanos abandonados en su miseria.

Y el padre que había desconfiado de la Providencia, refirió por la noche al otro padre cuanto había visto.

Y díjole éste: ¿Por qué inquietarse? Nunca abandona Dios á los suyos. Su amor encierra secretos que no conocemos. Creamos, esperemos, amemos, y prosigamos en paz nuestro camino.

Si muero antes que vos, vos seréis el padre de mis hijos; si morís antes que yo, seré el padre de los vuestros.

Y si uno y otro morimos antes de que estén en edad de proveer ellos mismos á sus necesidades, tendrán por padre al Padre común que está en el cielo.

XVIII

Cuando habéis orado, ¿no sentís vuestro corazón más aliviado, y vuestra alma más contenta?

La oración torna la aflicción menos dolorosa, y el gozo más puro: préstale á aquélla dulzura y cordiales y á éste un perfume celeste.

¿Qué haréis en la tierra? ¿no tenéis nada que pedir al que os puso en ella?

Sois un viajero que busca su patria.

No caminéis con la cabeza inclinada: es preciso levantar los ojos para reconocer el camino.

Vuestra patria es el cielo; y cuando miráis al cielo, ¿no pasa nada dentro de vosotros? ¿no os agita ningún deseo? ¿ó es mudo por ventura ese deseo?

Hailos que dicen: ¿Para qué orar? Dios es harto superior á nosotros para escuchar tan mezquinas criaturas.

Mas ¿quién ha hecho esas mezquinas criaturas, quién les ha dado el sentido, y el pensamiento, y la palabra, sino Dios?

Y si tan bueno ha sido para con ellas, ¿era por ventura para abandonarlas después y rechazarlas lejos de sí?

En verdad, yo os lo digo, todo aquel que dice en su corazón que Dios desprecia sus obras, blasfema á Dios.

Otros hay que dicen: ¿A qué fin orar? ¿no sabe Dios por ventura mejor que nosotros lo que nos hace falta?

Dios sabe mejor que vosotros lo que os hace falta, y por eso mismo quiere que le pidáis; porque Dios es él mismo, y todo él vuestra primera necesidad, y rogar á Dios, es empezar á poseer á Dios.

El padre conoce las necesidades de su hijo. ¿Y será bueno sin embargo que sólo por eso no tenga nunca el hijo dispuesta una palabra de súplica y una acción de gracias para su padre?

Cuando los animales sufren, cuando temen, ó cuando padecen hambre, lanzan gritos lastimeros. Esos gritos son el ruego que dirigen á Dios, y Dios los escucha. Por ventura, ¿sería el hombre en la creación el único ser cuya voz no hubiese de elevarse nunca hasta el Criador?

A veces pasa sobre las campiñas un viento que seca las plantas, y vense entonces sus vástagos marchitos inclinarse hacia la tierra; humedecidos, empero, por el rocío, recobran su frescura, y alzan de nuevo su lánguida cabeza.

Siempre existen vientos abrasadores que pasan sobre el alma del hombre, y la marchitan. La oración es el rocío que la reanima.

XIX

No tenéis más que un Padre, que es Dios, ni más que un Señor, que es el Cristo.

Cuando se os diga pues de aquellos que ejercen sobre la tierra gran poder: He ahí vuestros señores, no lo creáis. Si son justos, son vuestros servidores; si injustos, vuestros tiranos.

Todos nacen iguales; ninguno al nacer al mundo trae consigo el derecho de mandar.

En una cuna he visto un niño llorando y babeando, y ancianos en derredor suyo que le decían: Señor; y que de rodillas le adoraban. Y he comprendido toda la miseria del hombre.

El pecado es quien ha hecho los príncipes, porque, en vez de amarse y de ayudarse como hermanos, han comenzado los hombres á perjudicarse los unos á los otros.

Entonces escogieron uno ó varios, á quienes creían los más justos, á fin de proteger á los buenos contra los malos, y que pudiese el débil vivir en paz.

Y era el poder que ejercían un poder legítimo, porque era el poder de Dios, que quiere que reine la justicia y el poder del pueblo que los había elegido.

Y por eso obligado estaba cada uno en conciencia á obedecerlos.

Pero no tardaron algunos en querer reinar por sí mismos, como si hubieran sido de naturaleza superior á la de sus hermanos.

El poder de estos no es el legítimo, porque es el poder de Satanás, y su imperio es el imperio del orgullo y de la codicia.

Y por eso, cuando haya de resultar un mal mayor, cada cual puede y debe en conciencia resistirles.

En la balanza del derecho eterno, vuestra voluntad pesa más que la voluntad de los reyes; porque los pueblos son los que hacen los reyes, y son hechos los reyes para los pueblos, y no los pueblos para los reyes.

El Padre común no ha formado los miembros de sus hijos para que fuesen quebrantados con cadenas; ni su alma para que sea lastimada por la servidumbre.

Halos unido en familias, y todas las familias son hermanas; halos unido en naciones, y todas las naciones son hermanas; y quienquiera que separa las familias de las familias, las naciones de las naciones, divide y separa lo que Dios ha unido, perpetra una obra de Satanás.

Lo que une entre sí á las familias con las familias, á las naciones con las naciones, es en primer lugar la ley de Dios, la ley de justicia y de caridad, y la ley en seguida de la libertad, que es también la ley de Dios.

Porque sin la libertad ¿qué género de unión podría existir entre los hombres? Estarían unidos como está unido el caballo con el que le monta, como el azote del amo con la piel del esclavo.

Si alguien pues viene y dice: Sois míos, responded: No; somos de Dios, que es nuestro Padre, y del Cristo, que es nuestro único Señor.

XX

No os dejéis seducir por palabras vanas. Querrán muchos convenceros de que sois realmente libres, porque habrán escrito sobre una hoja de papel la palabra de libertad, y la habrán propalado en las esquinas.

La libertad no es un pasquín para leído en una tapia. Es una influencia, un poder vivo que se siente dentro y en derredor de sí, el genio protector del hogar doméstico, la garantía de los derechos sociales, y el primero de esos mismos derechos.

El opresor que se cubre con su nombre es de todos el peor. Une la mentira á la tiranía, y á la injusticia la profanación: porque el nombre de libertad es santo.

Guardaos pues de aquellos que dicen: Libertad, libertad, y que luego la destruyen con sus obras.

¿Elegís vosotros á los que os gobiernan, á los que os mandan que hagáis esto ó no hagáis lo otro, á los que ponen á contribución vuestros bienes, vuestra industria, vuestro trabajo? Y si no sois vosotros, ¿cómo sois libres?

¿Podéis disponer de vuestros hijos como mejor os parezca, confiar á quien más os agrade su instrucción y sus costumbres? Y si no podeis, ¿cómo sois libres?

Los pájaros del aire y los insectos mismos reúnense para hacer en común lo que ninguno de ellos podría hacer solo. ¿Podéis reuniros para tratar en común de vuestros intereses, para defender vuestros derechos, para obtener algún alivio en vuestros males? Y si no podéis, ¿cómo sois libres?

¿Podéis ir de un punto á otro si no se os permite, usar de los frutos de la tierra y de las producciones de vuestro trabajo, mojar siquiera un dedo en el agua del mar, y derramar de ella una gota en la mísera vasija de barro donde se cuece vuestro alimento, sin exponeros á pagar la multa y á ser llevados á la cárcel? Y si no podéis, ¿cómo sois libres?

¿Estáis seguros, al acostaros, de que nadie vendrá, en lo que dure vuestro sueño, á hacer un rebusco en los más secretos sitios de vuestra vivienda, á arrancaros del seno de vuestra familia y lanzaros en un calabozo, sólo porque al poder, en medio de su terror, se le haya pasado por la fantasía sospechar de vosotros? Y si no lo estáis, ¿cómo sois libres?

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando á fuerza de valor y de perseverancia os hayais emancipado de todas estas trabas.

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando hayais dicho en el fondo de vuestra alma: Queremos ser libres; cuando para llegar realmente á serlo estéis dispuestos á sacrificarlo y á sufrirlo todo.

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando al pie de la cruz en que el Cristo murió para redimiros, hayais jurado morir los unos por los otros.

XXI

El pueblo es incapaz de conocer sus intereses: débesele por tanto tener siempre bajo tutela. Por ventura, ¿no les toca de derecho á los que más saben dirigir á los que saben menos?

De esta suerte hablan multitud de hipócritas

que quieren llevar los negocios del pueblo, á fin de engordarse con la sustancia del pueblo.

Sois incapaces, dicen, de comprender vuestros intereses, y dicho esto, no os permitirán disponer de lo que es vuestro para un objeto que juzguéis útil; sino que dispondrán ellos de ello, mal vuestro grado, para otro objeto que os desagrade ó repugne.

Sois incapaces de administrar una pequeña propiedad común, incapaces de saber lo que os conviene, de conocer vuestras necesidades y de remediarlas; y esto dicho, os enviarán hombres bien pagados, á expensas vuestras, que dirigirán vuestros negocios á su albedrío, os impedirán que hagáis lo que queráis hacer, y os obligarán á hacer lo que no queráis.

Sois incapaces de discernir qué género de educación os conviene dar á vuestros hijos: y por cariño á vuestros hijos los lanzarán en sentinas de impiedad y de malas costumbres, á no que prefiráis que vivan desnudos de toda instrucción.

Sois incapaces de juzgar si podéis, vosotros y vuestras familias, subsistir con el salario que os señalan por vuestro trabajo; y bajo severas leyes se os prohibirá concertaros para obtener un aumento en ese salario para que podáis vivir vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos.

Si esto que dice esa raza hipócrita y codiciosa fuese verdad, seríais por cierto inferior con mucho al bruto, porque el bruto sabe cuanto de vosotros afirman que no sabéis, y bástale para saberlo el instinto.

Dios no os ha criado para que seáis rebaño de algunos otros hombres. Antes os ha hecho para vivir libremente como hermanos en sociedad. Un hermano nada tiene que mandar á su hermano. Los hermanos se unen entre sí con mutuos convenios, y esos convenios son la ley, y la ley debe de ser acatada, y todos deben unirse para impedir que la violen, porque ella es salvaguardia de todos, voluntad é interés de todos.

Sed hombres: ninguno es poderoso bastante para unciros al yugo mal vuestro grado; pero vosotros podéis sujetar el cuello á la argolla, si queréis.

Hay animales estúpidos, á los cuales se encierra en establos, que son criados para el trabajo, y cebados en su vejez para ser sus carnes comidas.

Otros hay que viven en el campo á su libertad, que nadie puede doblegar á la servidumbre, que no se dejan seducir con pérfidas caricias, ni vencer con amenazas y malos tratos.

Los hombres animosos parécense á éstos; son los cobardes como los primeros.

XXII

Comprended cómo se puede ser libre.

Para ser libre es preciso empezar por amar á Dios, porque si amáis á Dios, haréis su voluntad; y la voluntad de Dios es la justicia y la caridad, sin las cuales no se da libertad.

Cuando con violencia ó con artería se toma lo que es de otro; cuando se le vulnera en su persona; cuando en cosa lícita se le impide obrar conforme á su gusto, ó se le fuerza á obrar en contra de él; cuando en cualquier manera se viola su derecho, ¿qué es esto? Una injusticia. La injusticia es pues quien destruye la libertad.

Si cada cual se amase á sí solo, y no amase más que á sí, sin acudir al socorro de los demás, veríase á veces el pobre obligado á robar lo ajeno para vivir y sustentar á los suyos, sería el débil oprimido por el fuerte, y éste por otro más fuerte todavía; reinaría la injusticia en todas partes. La caridad es pues quien conserva la libertad.

Amad á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á vosotros mismos, y desaparecerá la servidumbre de la faz de la tierra.

Sabed con todo que los que se aprovechan de la servidumbre de sus hermanos, pondrán en juego los medios todos de prolongarla. Así emplearán la fuerza como la mentira.

Dirán que el dominio arbitrario de algunos y la esclavitud de los demás es el orden establecido por Dios; y á fin de conservar la tiranía, no temerán blasfemar contra la Providencia.

Respondedles que el Dios de ellos es Satanás, el enemigo del género humano, y el vuestro es el que ha vencido á Satanás.

Soltarán después contra vosotros sus satélites, levantarán cárceles sin número para encerraros, os perseguirán con el hierro y con el fuego, os atormentarán y derramarán vuestra sangre como el agua de las fuentes.

Ahora bien, si no estáis resueltos á pelear sin descanso, á soportarlo todo sin doblaros, á no cansaros jamás, y á no ceder en la vida, conservad vuestras cadenas, y renunciad á una libertad de que sois indignos.

La libertad es como el reino de Dios; sufre violencia, y los violentos la arrebatan.

Y la violencia que os ha de poner en pose-

sión de la libertad, no es la violencia feroz de los ladrones y salteadores, la injusticia, la venganza, la crueldad, sino una voluntad fuerte, inflexible, un valor sereno y generoso.

La causa más santa tórnase causa impía y execrable cuando se emplea el crimen para sostenerla. Puede el hombre criminal pasar de esclavo á tirano; nunca, empero, será libre.



XXIII

Señor, nosotros recurrimos á vos desde el abismo de nuestra miseria.

Como los animales, que no tienen que dar á sus pequeños,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la oveja á quien robaron su cordero,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la paloma sorprendida por el sacre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el gamo entre las garras del tigre,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el toro vencido del cansancio y ensangrentado por el arpón,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el pájaro herido y perseguido por el perro,

Recurrimos á vos, Señor.

Como la golondrina rendida á la fatiga al cruzar los mares, y palpitante sobre las olas,

Recurrimos á vos, Señor.

Como viajeros extraviados en un desierto abrasado y sin agua,

Recurrimos á vos, Señor.

Como náufragos en playa estéril,

Recurrimos á vos, Señor.

Como aquel que, cerrada ya la noche, encuentra junto á un cementerio un espectro repugnante,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el padre á quien le arrebatan el pedazo de pan que llevaba á sus hijos hambrientos,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el preso, á quien injusto poderoso lanzó en calabozo húmedo y sombrío,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el esclavo destrozado por el azote del amo,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el inocente arrastrado al cadalso,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el pueblo de Israel en la tierra de esclavitud,

Recurrimos á vos, Señor.

Como los descendientes de Jacob, cuyos primogénitos ahogaba el rey de Egipto en el Nilo.

Recurrimos á vos, Señor.

Como las doce tribus, cuyo trabajo aumentaban diariamente sus opresores, cercenándoles á la vez el alimento,

Recurrimos á vos, Señor.

Como todas las naciones de la tierra, antes de que hubiese lucido la aurora de redención,

Recurrimos á vos, Señor.

Como el Cristo enclavado en la cruz, cuando dijo: Padre, Padre, ¿por qué me habéis abandonado?

Recurrimos á vos, Señor.

Señor, vos no habéis desamparado á vuestro hijo, á vuestro Cristo, sino en la apariencia y por breve espacio: tampoco desampararéis para siempre jamás á los hermanos del Cristo. Su divina sangre, que los ha rescatado de la esclavitud en que el príncipe de este mundo los tenía, los redimirá también de la esclavitud en que los tienen los ministros del príncipe de este mundo. Ved sus pies y sus manos taladradas, abierto su costado y cubierta su cabeza de sangrientas llagas. Dentro de la tierra misma que en herencia les dejaste, hanles ahondado un vasto sepulcro, donde los han arrojado confundidos, y han sellado la losa con un sello, en el cual, por sarcasmo, han osado grabar vuestro santo nombre. Y allí paran, Señor, yacientes, empero no para siempre. Tres días más, y romperáse el sello sacrílego, y será la losa quebrantada, y los que duermen se despertarán, y el reino del Cristo, que es todo justicia y caridad, y paz y alegría en el Espíritu Santo, comenzará. Así sea.

XXIV

Cuanto en el mundo sucede lleva por delante una señal precursora.

Antes de que salga un sol, tíñese el horizonte en mil tintas, y parece el Oriente un mar de fuego.

Antes de que estalle la tormenta, óyese en la playa un rumor sordo, agítanse las olas como por sí mismas.

Los innumerables pensamientos diversos que se cruzan y confunden en el horizonte del mundo espiritual, son la señal precursora que anuncia la próxima salida del sol de las inteligencias.

El murmullo confuso, y el desasosiego interior de los pueblos conmovidos, son la señal precursora de la tormenta que en breve ha de pasar sobre las naciones trémulas.

Preparaos, porque los tiempos se acercan.

En aquel día, habrá grandes terrores, y gritos tales como no se han oído desde los tiempos del diluvio.

Los reyes aullarán sobre sus tronos; en balde pugnarán por retener con entrambas manos sus coronas, arrebatadas por los huracanes, y serán con ellas barridos.

Los ricos y los poderosos saldrán desnudos de sus palacios por temor de ser bajo sus ruinas sepultados.

Veráselos, errantes por los caminos, pedir á los transeuntes algunos harapos para cubrir su desnudez, un poco de pan negro para aplacar su hambre, y dudo si lo obtendrán.

Y habrá hombres de quienes se apoderará la sed de sangre, y que adorarán la muerte, y que querrán hacerla adorar.

Y la muerte extenderá su mano de esqueleto como para bendecirlos, y bajará esa bendición sobre su corazón, y cesará de latir.

Conturbaránse los sabios en su ciencia, y apareceráles como un átomo negro, cuando salga el sol de las inteligencias.

Y á medida que se alce, derretirá su calor las nubes amontonadas por la tempestad, y no serán de entonces más sino un ligero vapor, que un viento suave barrerá hacia el Poniente.

Nunca habrá estado el cielo tan sereno, ni tan verde la tierra y tan fecunda.

Y en vez del débil crepúsculo, que llamamos día, una luz viva y pura se irradiará de lo alto como reflejo de la faz de Dios.

Y miraránse los hombres á esta luz, y dirán: No nos conocíamos á nosotros, ni conocíamos á los demás: no sabíamos lo que era el hombre. Ahora lo sabemos.

Y cada uno se amará á sí propio en su hermano, y tendrá á dicha servirle; y no habrá pequeños, ni habrá grandes, á causa del amor, que lo iguala todo, y las familias todas no serán más que una familia, ni las naciones todas sino una nación.

He aquí el sentido de las letras misteriosas que los ciegos judíos sobrepusieron á la cruz del Cristo.

XXV

Era una noche de invierno. Silbaba el viento fuera, y blanqueaba la nieve los tejados.

Debajo de uno de esos tejados, en vivienda estrecha, se veían sentados, haciendo labor de manos, una mujer con cabellos blancos, y una muchacha.

Y de vez en cuando calentaba la anciana á su mezquino brasero sus manos descoloridas. Una lámpara de barro alumbraba la pobre estancia, y un rayo de la lámpara iba á morir en una imagen de la Virgen, pendiente de la pared.

Y la inocente muchacha, alzando los ojos, contempló silenciosa un breve instante la mujer de los cabellos blancos, y luego dijo: Madre mía, no habéis vivido siempre en este abandono.

Y había en su voz suavidad y ternura inexplicables.

Y la mujer de los cabellos blancos respondió: Hija mía, Dios es árbitro; lo que hace, bien hecho está.

Dichas estas palabras, calló por breve espacio, y repuso en seguida:

Cuando perdí á tu padre sentí un dolor que creí sin consuelo: tú con todo me quedabas; pero entonces sólo en él pensaba.

Después he pensado que si hubiera vivido, y nos hubiera visto en tal penuria, su alma se hubiera despedazado; y he conocido que Dios había sido misericordioso para con él.

La inocente muchacha no respondió nada, pero inclinó la cabeza, y algunas lágrimas, que procuraba ocultar, cayeron sobre el retazo que en las manos tenía.

La madre añadió: Dios que ha sido misericordioso con él, lo ha sido también con nosotras. ¿Qué nos ha faltado, en tanto que á otros les falta todo?

Fuerza ha sido en verdad acostumbrarnos á poco, y aun eso poco granjearlo con nuestro trabajo; pero eso poco, ¿no basta? ¿y no se han visto todos desde el principio condenados á vivir de su trabajo?

Dios, en su bondad, nos ha dado el pan de cada día; ¿y cuántos carecen de él? un albergue; ¿y cuántos no saben dónde albergarse?

Me ha dado, además, á tí; ¿de qué puedo quejarme?

Oídas estas últimas palabras, la inocente, conmovida, cayó á los pies de su madre, tomóle las manos, las besó, é inclinóse llorando sobre su regazo.

Y la madre, esforzando la voz, como más pudo: Hija mía, no está la dicha en poseer mucho, sino en esperar y amar mucho.

Nuestra esperanza no está aquí abajo, ni nuestro amor tampoco; ó si está es sólo de paso.

Después de Dios, tú lo eres todo para mí en este mundo, pero este mundo se desvanece como un sueño, y por eso se sublima mi amor contigo á otro mundo mejor.

Cuando te llevaba en mi seno, rogué un día con más fervor á la Virgen María, y aparecióme en tanto que dormía, y me parecía que con celestial sonrisa me presentaba una criatura.

Y cogí la criatura que me presentaba, y, cuando la tuve en mis brazos, colocó la Virgen María sobre su cabeza una corona de rosas blancas.

Pocos meses después naciste, y la dulce visión no se apartaba de mis ojos.

Diciendo esto, la anciana encanecida se estremeció, y estrechó contra su corazón á la inocente muchacha.

De allí á poco tiempo una alma bienaventurada vió dos figuras luminosas remontarse al cielo; un coro de ángeles las acompañaba, y vibraban en el aire los cánticos de alegría.

XXVI

Lo que vuestros ojos ven, lo que tocan vuestras manos no son sino sombras, y el sonido que hiere vuestro oído no es sino un eco grosero de la voz interior y misteriosa que adora y ruega y gime en el seno de la creación.

Porque toda criatura gime, toda criatura pugna por nacer á la vida verdadera, por pasar de las tinieblas á la luz, de la región de las apariencias á la de las realidades.

Ese sol brillante, tan hermoso, no es sino el ropaje, el emblema oscuro del verdadero sol, que alumbra y vivifica las almas.

Esta tierra, tan rica y verdecida, no es sino la pálida mortaja de la naturaleza; porque la naturaleza, también degenerada, ha bajado al sepulcro, como el hombre, pero como él para renacer.

Debajo de esa densa vestimenta del cuerpo, semejáis á un viajero, que en su tienda de campaña, y ya cerrada la noche, ve, ó cree ver pasar fantasmas.

El mundo real está velado para vosotros. El que se recoge dentro de sí mismo le entrevé como á lo lejos. Secretas influencias que duermen dentro de él dispiértanse un momento, solevantan una punta del velo que el tiempo tiene con su mano rugosa, y encuéntrase su vista interior absorta en las maravillas que contempla.

Vosotros estáis también en la orilla del Océano de los seres; no penetráis, empero, sus honduras. Camináis á la caída de la tarde á orillas del mar, y sólo divisáis un poco de espuma, que arrojan las oleadas en la playa.

¿Con qué otra cosa os compararé?

Sois como la criatura en el seno de la madre, que espera la hora del nacimiento: como el insecto alado en el gusano reptil, anhelando salir de esta cárcel terrenal, para tomar vuestro vuelo hacia el Empíreo.

XXVII

¿Quién se apiñaba al rededor del Cristo para oir su palabra? El pueblo.

¿Quién le seguía en la montaña y en los sitios desiertos para escuchar sus lecciones? El pueblo.

¿Quién quería elegirle por rey? El pueblo.

¿Quién extendía sus vestiduras y arrojaba palmas delante de él, gritando Hossanna, á la sazón de su entrada en Jerusalén? El pueblo.

¿Quién se escandalizaba á causa de los enfermos que curaba el día del sábado? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le interrogaba insidiosamente y le tendía lazos para perderle? Los escribas y los fariseos.

¿Quién decía de él: Está poseído? ¿Quién le llamaba hombre de gula, y amante de la buena vida? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le trataba de sedicioso y blasfemo? ¿quiénes se coligaron para darle muerte? ¿quién le crucificó en el Calvario, entre dos salteadores de caminos?

Los escribas y los fariseos, los doctores de la ley, el rey Herodes y sus cortesanos, el gobernador romano y los príncipes de los sacerdotes.

Su astucia hipócrita engañó al mismo pueblo. Moviéronle á pedir la muerte de aquel que le había alimentado en el desierto con siete panes, que devolvía la salud á los enfermos, la vista á los ciegos, el oído á los sordos, y el uso de sus miembros á los paralíticos.

Pero Jesús, viendo que habían seducido á aquel pueblo como la serpiente sedujo á la mujer, rogó á su Padre, diciendo: Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Y sin embargo, diez y ocho siglos han pasado, y el Padre no los ha perdonado todavía, y arrastran su suplicio por la redondez de la tierra, y por todas partes el esclavo tiene que bajarse para verlos.

La misericordia del Cristo no reconoce excepción. Ha venido al mundo para salvar, no á algunos hombres, sino á los hombres todos; para cada uno de ellos ha tenido una gota de sangre.

Pero especialmente amaba con amor de predilección á los pequeños, á los débiles, á los humildes, á los pobres, á aquellos que sufren.

Latía su corazón sobre el corazón del pueblo, y el corazón del pueblo latía sobre el suyo.

Y allí es, sobre el corazón del Cristo, donde los pobres enfermos se reaniman, y donde los pueblos oprimidos reciben fuerza y valor para emanciparse.

¡Ay de aquellos que se alejan de él y que le niegan! Su miseria es irremediable y eterna su servidumbre.

XXVIII

Tiempos se han visto en que el hombre creía ofrecer á Dios un sacrificio agradable, degollando al hombre cuyas creencias diferían de las suyas.

Mirad con horror esos homicidios execrables.

¿De qué suerte pudiera la muerte del hombre agradar á Dios, que ha dicho al hombre: No matarás?

Cuando la sangre del hombre corre sobre la tierra, como ofrenda al Señor, acuden los espíritus infernales á beberla, y éntranse en aquel que la ha derramado.

Comiénzase sólo á perseguir cuando se pierde la esperanza de convencer; y quien desespera de convencer, ó blasfema en su interior el poder de la verdad, ó carece él mismo de confianza en la verdad de las doctrinas que anuncia.

¿Qué insania mayor que decir á los hombres: Creed ó morid?

La fe es hija del Verbo: penetra en los corazones con la palabra, y no con el puñal.

Jesús pasó haciendo bien, cautivando con la bondad, y moviendo con su dulzura las almas más empedernidas.

Sus labios divinos bendecían, y no maldecían sino á los hipócritas. No escogió, empero, verdugos para apóstoles.

Decía á los suyos: Dejad que crezcan juntos hasta la siega el bueno y el mal grano: el padre de familia los separará en la era.

Y á aquellos que le querían obligar á hacer descender el fuego del cielo sobre una ciudad

incrédula: Vosotros no sabéis cuál espíritu es el vuestro.

El espíritu de Jesús es espíritu de paz, de misericordia y de amor.

Los que en su nombre persiguen, los que escrutan las conciencias con la espada, los que atormentan el cuerpo para convertir el alma, los que provocan las lágrimas en vez de enjugarlas, esos todos no participan del espíritu de Jesús.

¡Ay del que profana el Evangelio, tornándole para los hombres objeto de terror! ¡ay del que escribe la nueva feliz sobre hoja ensangrentada!

Acordaos de las catacumbas.

En aquel tiempo os arrastraban al cadalso, os arrojaban á las fieras en el anfiteatro para servir de solaz al populacho, os lanzaban por miles en el fondo de las minas y en las cárceles, os confiscaban vuestros bienes, os hollaban con los pies como lodo de las plazas públicas; y para celebrar vuestros misterios proscritos no teníais más asilo que las entrañas de la tierra.

¿Qué decían vuestros perseguidores? Decían que propalabais doctrinas peligrosas; que vuestra secta, cual la llamaban, alteraba el orden y la paz pública; que, violadores de las leyes y del género humano, conmovíais el imperio al conmover la religión del imperio.

Y en tanta penuria, bajo opresión tanta, ¿qué pedíais? Libertad. Reclamabais el derecho de no obedecer sino á Dios, de servirle y de adorarle según vuestra conciencia.

Aunque se engañen en su fe, cuando reclamen otros de vosotros ese derecho sagrado, respetadlo en ellos, bien así como queríais que le respetasen en vosotros los paganos.

Respetadlo para no manchar al menos la memoria de vuestros confesores, para no profanar siquiera las cenizas de vuestros mártires.

La persecución tiene dos filos; así hiere á la derecha como á la izquierda.

Si olvidareis las lecciones del Cristo, acordaos al menos de las catacumbas.

XXIX

Conservad con esmero en vuestras almas la justicia y la caridad; ellas serán vuestra salvaguardia, ellas lanzarán de entre vosotros las discordias y las disensiones.

Lo que produce las discordias y las disensiones, lo que engendra los litigios que escandalizan á los buenos y arruinan las familias, es más que nada el sórdido interés, la insaciable codicia de adquirir y poseer.

Trabajad, pues, sin cesar en vencer esa codicia que el enemigo malo excita de continuo dentro de vosotros.

¿Qué os llevaréis de todas esas riquezas que hayais acumulado por buenas y por malas vías? Poco le basta al hombre que tan poco vive.

Otra causa de interminables disensiones son las malas leyes.

Y sin embargo apenas hay leyes buenas en el mundo.

¿Qué otra ley necesita quien profesa la ley de Cristo?

La ley del Cristo es clara, es santa, y no hay nadie que, conservando esta ley en su corazón, no pueda juzgarse á sí mismo fácilmente.

Escuchad lo que me ha sido dicho:

Si los hijos del Cristo tienen altercados entre sí, no deben llevarlos ante los tribunales de los que oprimen la tierra y la corrompen.

¿No hay ancianos entre ellos? ¿Y esos ancianos no son sus padres, conocedores de la justicia y amantes de ella?

Vayan, pues, y busquen uno de esos ancianos, y díganle: Padre mío, no hemos podido concertarnos mi hermano y yo; os rogamos que nos juzguéis.

Y escuchará el anciano las quejas de entrambos, y juzgará entre ellos, y ya juzgados los bendecirá.

Y si se avienen á este juicio, permanecerá sobre ellos la bendición; de no, tornará al anciano, que habrá juzgado en justicia.

Nada hay imposible para los que viven unidos, así para el bien, como para el mal. El día por tanto en que os unáis será el día de vuestra redención.

Cuando los hijos de Israel yacían oprimidos en la tierra de Egipto, si cada uno de ellos, olvidando á sus hermanos, hubiera intentado salir solo, ni uno hubiera escapado; salieron, empero, todos juntos, y nadie los detuvo.

Vosotros estáis también en la tierra de Egipto, encorvados bajo el cetro de Faraón, y bajo el azote de sus cómitres. Recurrid, pues, al Señor, Dios vuestro, levantaos después y salid juntos.

XXX

Cuando se hubo amortiguado la caridad, y cuando hubo empezado á crecer la injusticia

sobre la tierra, dijo Dios á uno de sus siervos: Vé en mi nombre hacia ese pueblo, y anúnciale lo que veas; y lo que veas sucederá en verdad, si, saliéndose de la senda torcida, no se arrepiente y se vuelve hacia mí.

Y el siervo de Dios obedeció, y vestido de un saco, y habiendo derramado ceniza sobre su cabeza, fuése hacia la multitud, y alzando su voz decía:

¿Por qué irritáis al Señor para vuestra per-



dición? Dejad las sendas torcidas, arrepentíos, y volveos hacia él.

Y oyendo estas palabras, compungíanse unos, y otros se mofaban, diciendo: ¿Quién es este, y qué nos viene á contar? ¿quién le ha dado misión para reprendernos? Es un loco.

Y de repente, el Espíritu de Dios se apoderó del profeta, y descorrióse el velo del tiempo ante sus ojos, y pasaron los siglos delante de él.

Y rasgando sus vestiduras: De esta suerte, dijo, será destrozada la familia de Adán.

Los hombres de iniquidad han compartido la tierra: han contado sus habitantes, como se cuenta el ganado, por cabezas.

Han dicho: Repartámonos esto, y hagamos de ello moneda para nuestros usos.

Hase hecho la repartición, y cada cual ha cogido la parte que le ha tocado, y la tierra y sus habitantes han venido á ser propiedad de hombres inicuos, y allá en su conciliábulo se han preguntado: ¿Cuánto vale nuestra propiedad? Y todos á una voz han respondido: Treinta dineros.

Y han comenzado á traficar entre ellos con esos treinta dineros.

Ha habido compras, ventas, trueques: hombres en cambio de tierra, tierra en cambio de hombres, y oro por señal.

Y cada cual ha codiciado la parte de los otros, y hanse degollado para expoliarse mutuamente, y, con la sangre que ha corrido, han escrito sobre un pedazo de papel: Derecho; y sobre otro: Gloria.

¡Basta, Señor, basta!

He aquí dos que arrojan sus arpones de hierro sobre un pueblo. Cada uno se lleva un pedazo.

La espada ha pasado y vuelto á pasar. ¿Oís esos gritos agudísimos? Son los quejidos de las esposas, y los lamentos de las madres.

Señor, Señor, ¿habrá de ser eterna vuestra ira? ¿vuestro brazo no se extenderá jamás sino para herir? Perdonad á los padres en gracia de los hijos. Dejaos mover por el llanto de esas pobres y pequeñas criaturas, que no distinguen todavía su mano izquierda de la diestra.

El mundo se agranda, la paz va á renacer. Habrá sitio para todos.

¡Maldición! ¡maldición! La sangre corre á ríos, y rodea la tierra como faja roja.

¿Quién es ese anciano que habla de justicia, una copa envenenada en la una mano, y acariciando con la otra á una prostituta que le apellida su padre?

Y dice: La raza de Adán me pertenece. ¿Quiénes son los más fuertes entre vosotros, y se la distribuiré?

Y lo que ha dicho, lo hace; y desde su trono, sin levantarse siquiera, señala su presa á cada uno.

Y todos devoran, devoran; y su hambre va en aumento, y agólpanse los unos sobre los otros, y la carne palpita, y los huesos crujen entre los dientes.

Ábrese un mercado, condúcense á él las naciones con la soga al cuello; las palpan, las pesan; hácenlas andar y correr: tanto valen, menos cuanto. No es ya el tumulto y la confusión anterior, sino un comercio ordenado.

¡Bienaventuradas las aves del cielo y los animales de la tierra! Nadie los violenta; van y vienen como mejor les place.

¿Qué piedras son esas que giran sin cesar y muelen?

Hijos de Adán, esas piedras son las leyes de los que os gobiernan, y lo que muelen y reducen á polvo, vosotros.

Y á medida que el profeta lanzaba sobre el porvenir esos destellos siniestros, apoderábase un terror misterioso de los que le escuchaban.

Cesó su voz de oirse de repente, y pareció como absorto en meditación profunda. El pueblo esperaba silencioso, oprimido el pecho y en palpitante agonía.

Entonces el profeta: Señor, no habéis abandonado á este pueblo en su miseria; no le habéis entregado para siempre á sus opresores.

Y asió de dos ramas, y desnudólas de sus hojas, y, habiéndolas cruzado, uniólas, y las alzaba sobre la multitud, diciendo: Esta será vuestra salvación, por este signo venceréis.

E hízose noche, y el profeta desapareció como sombra que pasa, y se dispersó la muchedumbre por todas partes en medio de las tinieblas.

XXXI

Cuando después de larga sequía cae una lluvia suave sobre la tierra, bebe ésta ansiosa agua del cielo, que la refresca y la fecunda.

Así también las naciones sedientas beberán con ansia la palabra de Dios, cuando caiga sobre ellas, á semejanza de vivificante rocío.

Y la justicia y el amor, y la paz y la libertad germinarán en su seno.

Y será como en los tiempos en que eran todos hermanos, y no se oirá ya más la voz del amo, ni la voz del esclavo, los gemidos del pobre ni los sollozos de los oprimidos, sino cánticos de alegría y de bendición.

Los padres dirán á sus hijos: Nuestros primeros días han sido conturbados, y llenos de lágrimas y agonías. El sol ahora sale y se pone testigo de nuestro gozo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán las madres á sus hijas: Contemplad nuestras frentes, ahora tan serenas: el pesar, el dolor, la inquietud las marcaron en otro tiempo con hondos surcos. Las vuestras semejan á la superficie de un lago, cuando en la primavera ningún viento la riza. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán los mancebos á las vírgenes: Bellas sois como las flores del campo, puras como el rocío que las refresca, como la luz que las tiñe. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; empero cuando os vemos y cuando paramos á vuestro lado, sentimos en nuestras almas una sensación, que sólo tiene nombre en el cielo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y responderán las vírgenes: Ájanse las flores y pasan; día llega en que ni el rocío las refresca, ni la luz las tiñe. En la tierra sólo la virtud ni se marchita ni pasa. Nuestros padres son como la espiga que se hincha de grano por el otoño, y nuestras madres como la vid, que se carga de fruto. Dulce nos es ver á nuestros padres, y dulce estar cabe á nuestras madres; dulces nos son también los hijos de nuestros padres y de nuestras madres. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

XXXII

Yo ví una haya elevarse á maravillosa altura. Desde la copa hasta el tronco casi tendía enormes ramas, que cubrían la tierra toda en derredor, de suerte que ésta paraba desnuda, ni una hierbecilla producía. Al pie del coloso nacía una encina, que, después de haberse elevado algunos pies, se encorvaba, extendíase después horizontal, tornábase á enderezar, y de nuevo se torcía; veíasela, en fin, alargando su cabeza flaca y desnuda bajo las ramas robustas del haya, como en demanda de aire y de luz.

Y díjeme á mí mismo: Así crecen los pequeños á la sombra de los grandes.

¿Quién se reune en derredor de los poderosos del mundo? ¿quién se acerca á ellos? No en verdad el pobre; se le expulsa; tal presencia empañaría sus miradas. Apártasele con cuidado de su vista y de sus palacios; ni aun le consienten atravesar sus jardines, para todos abiertos, menos para él, porque su cuerpo, gastado por el trabajo, viste las ropas de la indigencia.

¿Quién, pues, se reune en derredor de los poderosos del mundo? Los ricos y los aduladores que quieren llegar á serlo, mujeres perdidas, ministros infames de sus secretos placeres, farsantes y juglares, bufones que divierten su conciencia, y falsos profetas que los extravían.

¿Quién más? Los hombres de violencia y astucia, agentes de opresión, expoliadores, cuantos dicen, en fin: Entregadnos el pueblo, y nosotros haremos correr su oro en vuestros cofres, y su sustancia en vuestras venas.

Allí donde yace el cuerpo, se reunirán las águilas.

Los pajarillos inocentes construyen su nido en la hierba, y las aves de rapiña en árboles altos.

XXXIII

En la estación en que las hojas amarillean, un anciano, cargado con un haz de ramas, volvía lentamente hacia su choza, situada en la pendiente de un valle.

Y hacia la parte por donde el valle tenía salida, veíanse por entre los árboles desparcidos los oblicuos rayos del sol, oculto ya detrás del horizonte, deslizarse entre las nubes al Poniente, y teñirlas de colores infinitos, que se iban borrando poco á poco.

Y el anciano, ya en su choza, única propiedad con un trozo de tierra en derredor, soltó el haz de ramas, sentóse sobre un asiento de madera ennegrecido por el humo del hogar, é inclinó la cabeza sobre el pecho como absorto en profunda meditación.

Y de vez en cuando su pecho henchido exhalaba un breve sollozo, y con voz cascada decía:

Yo no tenía más que un hijo: hánmelo tomado; no tenía más que una vaca: hánmela llevado por el impuesto de mi tierra.

Y luego con voz más débil repetía: Hijo mío, hijo mío; y una lágrima humedecía sus párpados gastados, empero sin desprenderse.

En tanto que así se acongojaba, oyó á alguien que decía: Padre mío, ¡sea la bendición de Dios sobre vos y sobre los vuestros!

Los míos, dijo el anciano; ¡ay! ya no hay nadie que me pertenezca, soy solo.

Y, levantando los ojos, echó de ver á un peregrino en pie, á la puerta, apoyado en su báculo; y no ignorando que Dios es quien envía los huéspedes, díjole:

Devuélvaos Dios vuestra bendición. Entrad, hijo; cuanto tiene el pobre es del pobre.

Y encendiendo en el hogar su haz de ramas, púsose á preparar su comida al viajero.

Nada en tanto bastaba á distraerle del pensamiento que le agobiaba, que pesaba allí continuo sobre su corazón.

Y el peregrino, sabedor de lo que tan amargamente le conturbaba, díjole: Padre mío, Dios quiere probaros por mano de los hombres. Vense con todo miserias más grandes que vuestra miseria. No es el oprimido quien más padece, sino los opresores.

Meneó el anciano la cabeza, y nada respondió.

Repuso el peregrino: Lo que ahora dudáis, en breve lo creeréis.

Y habiéndole hecho sentar, puso las manos sobre sus ojos, y cayó el anciano en un sueño, semejante al sueño pesado, tenebroso, horrible, que sorprendió á Abrahán, cuando Dios le quiso mostrar las futuras desdichas de su raza.

Parecióle haber sido trasportado á un gran palacio, junto á un lecho, y había al lado del lecho una corona, y un hombre en el lecho, que dormía, y lo que por aquel hombre pasaba, lo veía el anciano, bien así como durante el día ve el hombre despierto cuanto pasa ante sus ojos.

Y el hombre que estaba allí, echado sobre su cama de oro, oía como gritos confusos de hambrienta muchedumbre que pide pan. Semejaba aquel ruido al ruido de las olas que se

estrellan en la playa durante la tempestad. Y crecía la tempestad, y se aumentaba el ruido; y el hombre que dormía veía las olas elevarse por momentos, y azotar ya las paredes del palacio, y hacía esfuerzos extraordinarios como si quisiera huir, y no podía, y era suma su agonía.

En tanto que le miraba espantado, se vió el anciano de repente trasportado á otro palacio. El que en él yacía acostado, más semejaba cadáver que hombre vivo.

Y, en su sueño, veía delante de él cabezas cortadas; y, abriendo la boca, decíanle aquellas cabezas:

Nosotros nos habíamos sacrificado por tí, y he aquí el premio que te hemos merecido. Duerme, duerme; nosotros no dormimos. Que acechamos la hora de la venganza; que se acerca.

Y helábase la sangre en las venas del hombre dormido. Y se decía á sí mismo: Si pudiese al menos dejar mi corona á esta criatura; y sus ojos vidriados se volvían hacia una cuna, sobre la cual habían puesto una diadema de reina.

Pero cuando empezaba á serenarse y á consolarse con este pensamiento, otro hombre, que le semejaba en las facciones, asió de la criatura y estrellóla contra la pared.

Y sintióse el anciano desfallecer de horror.

Y vióse trasladado al propio tiempo á dos parajes distintos; y, aunque separados aquellos parajes, para él no eran sino uno.

Y vió dos hombres, que por la edad hubieran podido parecer el mismo hombre, y comprendió que habían sido criados en el mismo seno.

Y era su sueño el sueño del reo, que ha de ser ajusticiado al despertarse. Pasaban delante de ellos sombras envueltas en sangrientas mortajas, y cada una de ellas al pasar los tocaba, y retirábanse sus miembros y se contraían, como para zafarse de aquel contacto de la muerte.

Mirábanse luego uno á otro con una especie de horrible sonrisa, y encendíanse sus ojos, y sus manos se agitaban convulsivamente, apretando un mango de puñal.

Y el anciano vió en seguida un hombre pálido y flaco. Las sombras deslizábanse en tropel hacia su lecho, destilaban su ponzoña sobre su faz, murmuraban en voz baja palabras siniestras, y hundían lentamente sus uñas en su cráneo mojado de sudor frío. Y una figura humana, blanca como un cendal, se le acercó, y sin hablar señaló con el dedo una mancha cárdena que le rodeaba el cuello. Y en la cama en que yacía, chocaron una con otra las rodillas del hombre descolorido, y entreabrióse su boca de terror, y dilatáronse sus ojos horriblemente.

Y el anciano, yerto de espanto, se sintió trasportado á otro palacio más grande.

Y el que allí dormía respiraba con gran dificultad. Un espectro negro paraba encogido sobre su pecho y le miraba con befa. Y hablábale al oído, y tornábanse sus palabras visiones en el alma del hombre, á quien oprimía y hollaba con sus huesos puntiagudos.

Y veíase éste rodeado de innumerable muchedumbre que lanzaba gritos espantosos:

Nos has prometido libertad, y nos has dado esclavitud.

Nos has prometido reinar por las leyes, y no hay más leyes que tus caprichos.

Nos has prometido respetar el pan de nuestras mujeres y de nuestros hijos, y has doblado nuestra miseria para engruesar tus tesoros.

Nos has prometido gloria, y nos has granjeado el desprecio de los pueblos, y su justo aborrecimiento.

Húndete, húndete, y vé á dormir con los perjuros y los tiranos.

Y sentíase precipitado, arrastrado por esa muchedumbre, y agarrábase á sus sacos de oro, y los sacos reventaban y se escapaba el oro, y se esparcía rodando por el suelo.

Y le parecía que vagaba pobre por el mundo, y que, acosado de la sed, pedía de beber por caridad, y que le brindaban un vaso lleno de lodo, y que huían todos de él y le maldecían todos, porque estaba marcado en la frente con la señal de los traidores.

Y el anciano apartó la vista de él con asco.

Y en otros dos palacios vió otros dos hombres soñando suplicios. Porque, decían ellos, ¿dónde estaremos seguros? Minado está el suelo debajo de nuestros pies: las naciones nos detestan, hasta los párvulos en sus oraciones piden á Dios día y noche que se vea libre su tierra de nosotros.

Y condenaba el uno á dura cárcel, es decir, á todos los tormentos del cuerpo y del alma y á muerte de hambre, á desdichados acusados de haber pronunciado la palabra *patria:* y el otro, después de haber confiscado sus bienes, mandaba arrojar en hondos calabozos á dos muchachas, culpables de haber cuidado á sus hermanos heridos en un hospital.

Y como se fatigasen en esta faena, propia de verdugos, llegáronles mensajeros.

Y uno de los mensajeros decía: Vuestras pro-

vincias del Mediodía han roto sus cadenas; y con los pedazos han ahuyentado á vuestros gobernadores y soldados.

Y el otro: Vuestras águilas han sido destrozadas á orillas del gran río; las aguas se llevan sus restos.

Y revolcábanse los dos reyes en sus tálamos.

Y vió el anciano otro tercero. Había lanzado á Dios de su corazón, y en su corazón, en el lugar de Dios, había un gusano que le roía sin cesar, y cuando se avivaba su angustia, pronunciaba entre dientes sordas blasfemias, y sus labios se cubrían de roja espuma.

Y parecíale estar en una llanura inmensa, solo, con el gusano que no le dejaba. Y era aquella llanura un cementerio de un pueblo degollado.

Y he aquí que de repente la tierra se conmueve; ábrense los sepulcros, álzanse los muertos, y se adelantan en tropel; y no podía ni hacer un movimiento, ni exhalar un grito.

Y todos aquellos muertos, hombres, mujeres, niños, le miraban silenciosos; y pasado un breve espacio, cogieron con el mismo silencio las losas de las tumbas, y pusiéronlas en torno suyo.

Llegáronle primero á las rodillas, al pecho después, á la boca en fin, y extendía con gran violencia los músculos de su cuello para respirar todavía una vez; empero el edificio se elevaba sin cesar, y, una vez acabado, perdíase su cúpula en una nube.

Las fuerzas del anciano comenzaban á abandonarle: su alma se dilataba de espanto.

Y he aquí que habiendo atravesado varias salas desiertas, divisa en un breve aposento, y sobre un lecho escasamente alumbrado por la pálida llama de una lámpara, un hombre gastado por los años.. . . . .

. . . .

. . . .

Y fué la última visión. Y habiéndose despertado el anciano, dió gracias á la Providencia por la parte, tal cual era, que en las miserias de la vida le había tocado.

Y díjole el peregrino: Esperad y orad; la oración lo consigue todo. Vuestro hijo no está perdido; vuestros ojos han de volverle á ver antes de cerrarse para siempre. Esperad en paz el día del Señor.

Y el anciano esperó en paz.

XXXIV

No proceden de Dios los males que afligen á la tierra, porque Dios es amor, y cuanto ha hecho es bueno; proceden, sí, de Satanás, á quien Dios ha maldecido, y de los hombres que han adoptado á Satanás por padre y por señor.

Empero los hijos de Satanás son infinitos en el mundo. A medida que pasan, Dios escribe sus nombres en un libro sellado, que será abierto y leído de todos á la consumación de los tiempos.

Hay hombres que no aman sino á sí mismos; y estos son hombres de odio, porque no amar sino á sí mismo es aborrecer á los demás.

Hay hombres de orgullo, que no pueden sufrir iguales, que quieren mandar siempre y dominar.

Hay hombres de codicia, que solicitan oro de continuo, honores, goces, y que nunca de ellos se ven hartos.

Hay hombres de rapiña que acechan al débil para despojarle, ora por fuerza, ora por arterías, y que giran de noche cabe la morada de la viuda y del huérfano.

Hay hombres de homicidio, que abrigan pensamientos violentos, que dicen: Sois nuestros hermanos; y matan á los que llaman hermanos, tan pronto como los sospechan de oponerse á sus designios, y que escriben leyes con su sangre.

Hay hombres de miedo, que tiemblan ante el malvado, y bésanle la mano, creyendo de esa suerte sustraerse á su opresión, los cuales, cuando un inocente se ve atacado en medio de la plaza pública, se apresuran á recogerse en su casa, y á cerrar las puertas.

Esos hombres todos han destruído la paz, la seguridad y la libertad en la tierra.

No alcanzaréis pues libertad, seguridad, ni paz sino peleando en contra de ellos sin cesar.

La ciudad que han construído es ciudad de Satanás; á vosotros toca reedificar la ciudad de Dios.

En la ciudad de Dios, ama cada cual á sus hermanos como á sí mismo, y por eso no se ve en ella ninguno desamparado, y no padece ninguno, si remedio hay para sus padecimientos.

En la ciudad de Dios, son todos iguales, nadie domina, porque en ella sólo reinan la justicia y el amor.

En la ciudad de Dios, posee cada cual sin género de temor lo que le pertenece, sin codiciar nada más, porque lo que es de cada uno es de todos, y todos poseen á Dios, que encierra en sí los bienes todos.

En la ciudad de Dios, ninguno sacrifica á los demás á su interés propio, sino antes cada uno

está siempre dispuesto á sacrificarse por los demás.

Si en la ciudad de Dios se introduce un malvado, apártanse todos de él, y aúnanse todos para sujetarle, ó expulsarle, porque el malvado es el enemigo de cada uno, y el enemigo de cada uno es el enemigo de todos.

Cuando hayais reedificado la ciudad de Dios, reverdecerá la tierra, y tornarán á florecer los pueblos, porque entonces habréis vencido á los hijos de Satanás que oprimen á los pueblos y asuelan la tierra, á los hombres de orgullo, á los hombres de rapiña, á los hombres de homicidio, y á los cobardes.

XXXV

Si se vieran los opresores de las naciones abandonados á sí mismos, sin apoyo, sin auxilio extranjero, ¿qué podrían en contra de ellas?

Si para mantenerlas en la servidumbre no tuvieran más auxilio que el auxilio de aquellos á quienes la servidumbre aprovecha, ¿qué significaría tan corto número contra pueblos enteros?

La sabiduría de Dios ha ordenado las cosas de esa suerte, á fin de que los hombres puedan siempre resistir á la tiranía; y tornaríase la tiranía imposible, si comprendiesen los hombres la sabiduría de Dios.

Pero, habiendo vuelto el pensamiento á otros fines, los dominadores del mundo han opuesto á la sabiduría de Dios, que los hombres no comprendían, la sabiduría del príncipe de este mundo, de Satanás.

Y Satanás, rey de los opresores de las naciones, les sugirió, para asegurar su tiranía, una astucia infernal.

Díjoles: He aquí lo que habéis de hacer. Tomad en cada familia los mancebos más robustos, y dadles armas; adiestradlos á manejarlas, y ellos pelearán por vosotros contra sus padres y sus hermanos; porque yo les haré creer que es acción gloriosa.

Yo les fabricaré dos ídolos, que habrán por nombre Honor y Fidelidad, y una ley que se llamará Obediencia pasiva.

Y adorarán esos ídolos y se someterán ciegamente á esa ley, porque seduciré su entendimiento, y ya nada tendréis que temer.

Hicieron los opresores de las naciones lo que Satanás les había dicho, y también cumplió Satanás lo que prometido había á los opresores de las naciones.

Vióse entonces á los hijos del pueblo levantar los brazos contra el pueblo, degollar á sus hermanos, aherrojar á sus padres, y desconocer hasta las entrañas que los habían criado.

Cuando se les decía: En nombre de cuanto es en el mundo sagrado, meditad la injusticia, pensad en la atrocidad de lo que os mandan, respondían ellos: Nosotros no pensamos; obedecemos.

Y cuando se les decía: ¿No queda en vosotros destello alguno de amor á vuestros padres, á vuestras madres, á vuestros hermanos? respondían: Nosotros no amamos; obedecemos.

Y cuando se les mostraban los altares del Dios que ha criado al hombre, y del Cristo que le ha redimido, exclamaban: Esos son los Dioses de la patria: nuestros Dioses, empero, son los Dioses de sus señores, la Fidelidad y el Honor.

Yo os lo digo en verdad, desde la seducción de la primera mujer por la Serpiente, no ha vuelto á haber más espantosa seducción que esta.

Empero toca á su término. Cuando el espíritu malo fascina las almas rectas, es sólo por cierto tiempo. Pasan como al través de horrible ensueño, y al despertarse bendicen á Dios que las ha aliviado de aquel tormento.

Esperad algunos días más, y aquellos que peleaban en favor de los opresores pelearán en favor de los oprimidos; aquellos que peleaban por mantener en cadenas á sus padres, á sus madres, á sus hermanos, pelearán por emanciparlos.

Y huirá Satanás al abismo con los dominadores de las naciones.

XXXVI

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por Dios y los altares de la patria.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por la justicia, por la causa santa de los pueblos, por los derechos sagrados del género humano.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para libertar á mis hermanos de la opresión, para quebrantar sus cadenas, y las cadenas del mundo.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear contra los hombres inicuos, en favor de aquellos á quienes oprimen y huellan con los pies, contra los amos en favor de los esclavos, contra los tiranos en favor de la libertad.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que de hoy más no sean todos presa de unos pocos, para enderezar las cabezas inclinadas, y sostener las rodillas que flaquean.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que hoy más no maldigan los padres el día en que les fué dicho: Un hijo os ha nacido; ni las madres aquel en que le estrecharon por primera vez contra su seno.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que de hoy más no se acongoje el hermano viendo á su hermana marchitarse como la hierba que la tierra rehusa alimentar; para que en adelante no contemple llorosa la hermana al hermano que parte y que no ha de volver.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que coma en paz cada uno el fruto de su trabajo; para enjugar las lágrimas de los pequeñuelos que piden pan, y á quienes responden: Ya no hay pan; hannos llevado el que nos quedaba.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por el pobre, para que en adelante no vuelva á ser despojado de la parte que en común herencia le toca.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para extirpar el hambre en las cabañas, para tornar á las familias la abundancia, la seguridad y el contento.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para devolver á aquellos que fueron por los opresores lanzados en los calabozos el aire que falta á su respiración, y la luz que sus ojos buscan.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado?

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para echar por tierra las barreras que separan los pueblos, y los impiden abrazarse como hijos del mismo Padre, destinados á vivir unidos en un mismo amor.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para emancipar de la tiranía del hombre el pensamiento, la palabra, la conciencia.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear por las eternas leyes emanadas de arriba, por la justicia que protege los derechos, por la caridad que endulza los males inevitables.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy á pelear para que tengan todos un Dios en el cielo, y una patria en la tierra.

¡Benditas sean tus armas, siete veces benditas, joven soldado!

XXXVII

¿Por qué os fatigáis vanamente en vuestra miseria? Vuestro deseo es bueno, empero no sabéis cómo llevarle á cabo.

Tened presente esta máxima: Sólo aquel puede devolver la vida, que ha dado la vida.

Sin Dios, nada conseguiréis.

Os volvéis y revolvéis sobre vuestro lecho de dolor; ¿qué alivio habéis encontrado?

Habéis derribado algunos tiranos, y tras ellos han venido otros peores que los primeros.

Habéis abolido las leyes de servidumbre, y habéis recibido leyes de sangre, y otra vez leyes de servidumbre.

Desconfiad pues de los hombres que se interponen entre Dios y vosotros, porque su sombra os le oculta. Esos hombres abrigan malos designios.

Porque de Dios procede la fuerza que emancipa, porque de Dios procede el amor que une.

¿Qué cosa puede hacer en favor vuestro un hombre que no tiene más regla que su pensamiento, ni más ley que su voluntad?

Aun entonces cuando procede de buena fe, y cuando no anhela sino el bien, es fuerza que os dé su voluntad por ley, y por regla su pensamiento.

Ahora bien, no hacen otra cosa los tiranos.

No vale la pena de trastornarlo todo, y de exponerse á todo, para poner en lugar de una tiranía otra tiranía.

No consiste la libertad en que sea este quien domine en vez de esotro; sino en que no domine ninguno.

Pero donde Dios no reina, fuerza es que do-

mine un hombre; y eso se ha visto en todos tiempos.

El reinado de Dios, yo os lo digo de nuevo, es el reinado de la justicia en los ánimos, y el de la caridad en los corazones: y estriba sobre la tierra su fundamento en la fe en Dios, y en la fe en el Cristo, que ha promulgado la ley de Dios, la ley de caridad y la ley de justicia.

La ley de justicia enseña que todos son iguales ante su Padre, que es Dios, y ante su único Señor, que es el Cristo.

La ley de caridad les enseña á amarse y á ayudarse mutuamente, como hijos de un mismo Padre y discípulos de un mismo Maestro.

Y entonces son libres, porque ninguno manda á otro, si no ha sido libremente escogido por todos para mandar, y no puede arrebatarles nadie su libertad, porque están todos unidos para defenderla.

Empero los que os dicen: Hasta nosotros no se ha sabido lo que es justicia; la justicia no procede de Dios, sino del hombre; fiaos de nosotros, y nosotros os fabricaremos una que os satisfaga:

Esos os engañan, ó, si os prometen sinceramente la libertad, engáñanse á sí mismos.

Porque exigen de vosotros que los reconozcáis señores, y de esa suerte no sería vuestra libertad sino otro género de obediencia á esos nuevos señores.

Respondedles que vuestro señor es el Cristo, que no queréis otro ninguno, y el Cristo os emancipará.

XXXVIII

Habéis menester gran paciencia é infatigable valor, porque no venceréis en un día.

La libertad es el pan que los pueblos tienen que ganar con el sudor de su frente.

Empiezan muchos con ardor, y cánsanse después, antes de haber llegado á la estación de la recolección.

Parécense á los hombres muelles y cobardes que, no pudiendo soportar el trabajo de arrancar en su heredad las malas hierbas á medida que crecen, siembran y no recogen, porque han dejado que fuese la buena semilla sofocada.

Yo os lo digo, siempre hay hambre en ese país.

Parécense también á los hombres insensatos, que, después de haber edificado hasta el tejado una casa para albergarse en ella, déjanla sin cubrir y tejar, por no tomarse un poco más de trabajo.

Sobrevienen los vientos y las aguas, y viénese la casa al suelo, y vense de repente los que la habían construído sepultados debajo de sus ruinas.

Aun cuando se hubiesen visto malogradas vuestras esperanzas no sólo siete veces, sino setenta veces siete veces, no perdáis nunca la esperanza.

Cuando hay fe, la justa causa acaba por triunfar, y aquel se salva que persevera hasta el fin.

No digáis: Es demasiado sufrir para alcanzar bienes que han de lograrse tan tarde.

Si llegan esos bienes tarde, si sólo por poco tiempo gozáis de ellos, ó aun si no os fuese dado alcanzarlos, gozarán de ellos vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos.

Ved que sólo tendrán lo que vosotros les dejéis; ved si queréis dejarles grillos, y hambre, y el azote en herencia.

Aquel que se pregunta á sí mismo cuánto vale la justicia, profana la justicia en su corazón; y el que calcula lo que cuesta la libertad, renuncia en su corazón á la libertad.

La libertad y la justicia os pesarán en la misma balanza en que las hayais vosotros pesado. Aprended pues á conocer su precio.

Pueblos hay que no lo han conocido, y nunca miseria igualó su miseria.

Si hay en la tierra alguna cosa verdaderamente grande, es la resolución firme de un pueblo que camina bajo los auspicios de Dios, sin cansarse un momento, á la conquista de los derechos que de él recibió; que no cuenta ni sus heridas, ni los días pasados sin descanso, ni las noches vacías de sueño, y que se dice á sí mismo: ¿Qué es todo esto? Bien merecen la justicia y la libertad mayores sacrificios.

Podrá experimentar infortunios, reveses, traiciones, y verse vendido por algún Judas. Nada, empero, será bastante á desanimarle.

Porque yo os lo digo en verdad, aun cuando bajase como el Cristo al sepulcro, como el Cristo saldría de él al tercero día, vencedor de la muerte, y del príncipe de este mundo y de los ministros del príncipe de este mundo.

XXXIX

El labrador soporta el peso del día, expónese á la lluvia, al sol, á los vientos para preparar con su trabajo la cosecha que ha de llenar por otoño sus graneros.

La justicia es la cosecha de los pueblos.

Levántase el artesano antes del alba, y en-

ciende su pobre lámpara y afánase sin cesar para ganar un poco de pan que le alimente á él y á sus hijos.

La justicia es el pan de los pueblos.

No rehusa el mercader tarea alguna, ni se queja de ningún trabajo; desgasta su cuerpo, y olvida el sueño á fin de acumular riquezas.

La libertad es la riqueza de los pueblos.

Cruza el marinero los mares, entrégase á las olas y á las tempestades, aventúrase entre es-



collos y sufre el frío y el calor, á fin de proporcionarse algún descanso para la vejez.

La libertad es el descanso de los pueblos.

Sujétase el soldado á las más duras privaciones, vela y pelea, y da su sangre por lo que llama gloria.

La libertad es la gloria de los pueblos.

Si hay en la tierra un pueblo que estime en menos la justicia y la libertad que el labrador su cosecha, el artesano un pedazo de pan, el mercader las riquezas, el marinero el descanso, y el soldado la gloria, levantad en derredor de ese pueblo una altísima muralla, á fin de que su aliento no inficione el resto de la tierra.

Cuando luzca el gran día del juicio final de los pueblos, seráles dicho: ¿Qué hiciste de tu alma? No ha sido vista de ella ni señal ni huella. Todo lo han sido para tí los goces del bruto. Has gustado del lodo, anda á pudrirte en el lodo.

Y, por el contrario, el pueblo que por encima de los bienes materiales haya colocado en su corazón los bienes verdaderos, que para conquistarlos no haya perdonado medio ni fatiga, trabajo ni sacrificio, oirá estas palabras:

A los que tienen alma, la recompensa de las almas. Por cuanto has amado más que todas las cosas la libertad y la justicia, ven y posee para siempre la justicia y la libertad.

XL

¿Creéis que el buey criado en el establo para uncirlo al yugo, y cebado después para el matadero, sea más envidiable que el toro que busca libre su pasto por el campo?

¿Creéis que el caballo ensillado y embridado, que encuentra siempre abundante forraje en el pesebre, goce de mejor suerte que el caballo padre que, libre de toda traba, galopa por el campo sueltamente?

¿Creéis que el capón, al cual arrojan el grano en el corral, sea más dichoso que la paloma torcaz que á la mañana no sabe aún en dónde ha de encontrar el alimento de cada día?

¿Creéis que el que tranquilo se pasea en uno de esos sotos que llaman reinos, lleve vida más dulce que el fugitivo que de monte en monte, y de peñasco en peñasco, se anda henchido el corazón con la esperanza de crearse una patria?

¿Creéis que el siervo imbécil, sentado á la mesa de su señor, saborea muy más sus manjares delicados, que el soldado de la libertad su pedazo de pan negro?

¿Creéis que el que duerme con la soga al cuello sobre la paja que le ha extendido el amo, goce sueño mejor que aquel que, después de haber peleado durante el día para no depender de nadie, descansa algunas horas en la noche sobre el suelo en un rincón de una heredad?

¿Creéis que el cobarde, que arrastra por todas partes la cadena del esclavo, viva menos cargado que el hombre de corazón que arrastra los grillos del prisionero?

¿Creéis que el hombre tímido que expira en el lecho, sofocado por el aire corrompido que rodea á la tiranía, tenga una muerte más envidiable que el hombre animoso que devuelve á Dios en el patíbulo su alma, libre, como de él la recibió?

El trabajo existe en todas partes, y en todas partes el sufrimiento; sólo que hay trabajos estériles y trabajos fecundos, sufrimientos infames y gloriosos sufrimientos.

XLI

Ibase errante por la tierra. ¡Dios guíe al pobre desterrado!

He pasado por medio de los pueblos, y me han mirado, y yo los he mirado, y no nos hemos conocido. El desterrado en todas partes está solo.

Cuando á la caída del día veía elevarse del fondo de algún valle el humo de tal cual cabaña, decíame á mí mismo: Dichoso aquel que encuentra á la noche el hojar doméstico, y se sienta en él en medio de los suyos. El desterrado en todas partes está solo.

¿Adónde van esas nubes que barre la tempestad? La tempestad me despide como á ellas; ¿y qué me importa dónde? El desterrado donde quiera está solo.

Esos árboles son hermosos, bellas son esas flores; pero no son las flores ni los árboles de mi país: nada me dicen. El desterrado dondequiera está solo.

Ese arroyo corre mansamente por la llanura, pero su murmullo no es el murmullo que en mi infancia oía: no trae á mi alma recuerdo ninguno. El desterrado dondequiera está solo.

Dulces son esos cantares; pero los contentos y las penas que renuevan no son ni mis contentos ni las penas mías. El desterrado dondequiera está solo.

Háseme preguntado: ¿Porqué lloráis? Y cuando lo he dicho, ninguno ha llorado, porque ninguno me comprendía. El desterrado dondequiera está solo.

He visto ancianos rodeados de párvulos, como el olivo de sus vástagos; pero ninguno de aquellos ancianos me llamaba hijo, ninguno de aquellos párvulos me llamaba hermano. El desterrado donde quiera está solo.

He visto vírgenes sonreirse, con sonrisa tan pura como las auras de la mañana, á la vista de aquel á quien había escogido amor para su esposo. Pero ni una sola entre ellas se me ha sonreído. El desterrado dondequiera está solo.

He visto mancebos, pecho con pecho, abrazarse como si de dos vidas hubieran querido hacer una sola; pero ni uno me ha apretado la mano. El desterrado dondequiera está solo.

No hay amigos, esposas, padres y hermanos sino en la patria. El expatriado dondequiera está solo.

¡Pobre desterrado! cesa de gemir: todos están desterrados como tú; todos ven pasar y desvanecerse ante sus ojos padres, hermanos, esposas, amigos.

La patria no está aquí abajo; en vano la busca el hombre: lo que cree su patria, no es sino un albergue para pasar la noche.

Vase errante por la tierra. ¡Dios guíe al pobre desterrado!

XLII

Y fuéme mostrada la patria.

Fuí sublimado sobre la región de las sombras, y veía al tiempo arrebatarlas con velocidad indecible al través del vacío, como se ve al viento del Mediodía llevarse los ligeros vapores que se deslizan á lo lejos por la llanura.

Y me elevaba, me elevaba siempre; y la realidad, invisible á la vista material, me apareció, y escuché sonidos que no tienen eco en ese mundo de fantasmas.

Y lo que yo escuchaba, y lo que veía, era tan vivo, mi alma lo percibía con tal fuerza, que me parecía que todo cuanto hasta entonces había creído ver y escuchar, no había sido sino un sueño incierto y vago en la noche.

¿Qué les diré pues á los hijos de la noche que puedan ellos comprender? ¿Y desde las alturas de la eternidad no volví á caer con ellos en el seno de la noche, en la región del tiempo y de las sombras?

Yo veía como un océano inmóvil, inmenso, infinito; y en ese océano, tres océanos; un océa-

no de fuerza, un océano de luz, un océano de vida; y esos tres océanos se penetraban mutuamente sin confundirse, y no formaban sino un solo océano, la misma unidad indivisible, absoluta, eterna.

Y esta unidad era aquel que es; y en el fondo de su ser, un nudo inefable enlazaba entre ellas tres personas que me fueron nombradas, y eran sus nombres el Padre, el Hijo, el Espíritu; y había allí una generación misteriosa, un soplo misterioso, vivo, fecundo; y el Padre, el Hijo, el Espíritu, eran aquel que es.

Y el Padre me aparecía como un poder, que en el seno del Ser infinito, uno con él, no tiene más que un acto, permanente, completo, ilimitado, que es el Ser infinito, él mismo.

Y el Hijo me aparecía como una palabra, permanente, completa, ilimitada, que dice lo que obra el poder del Padre, lo que es el Ser infinito.

Y me aparecía el Espíritu como el amor, la efusión, la aspiración mutua del Padre y del Hijo, animándolos con una vida común, animando con vida permanente, completa, ilimitada, el Ser infinito.



Y los tres eran uno, y esos tres eran Dios, y abrazábanse, y uníanse en el impenetrable santuario de la sustancia, una é indivisible; y esta unión, este arrobo, eran en el seno de la inmensidad la eterna alegría, el goce eterno de aquel que es.

Y en las honduras de este infinito océano de ser nadaba y flotaba, y se dilataba la creación; bien así como una isla que dilatase incesantemente sus playas en medio de un mar sin límites.

Dilatábase y se abría como una flor que echa sus raíces en las aguas, y que tiende sus largos filamentos y sus corolas sobre la superficie.

Y yo veía á los seres encadenarse con los seres, y producirse y desarrollarse en su variedad infinita, alimentándose y saciándose de una savia que no se agota jamás, de la fuerza, de la luz, y de la vida de aquel que es.

Y cuanto hasta entonces había estado oculto para mí se desarrollaba ante mi vista, no ya coartada por la red material de los sentidos.

Desembarazado de las terrestres trabas, íbame de mundo en mundo, bien así como acá abajo se anda el espíritu de pensamiento en pensamiento; y después de haberme sumergido y perdido en estas maravillas del poder, de la sabiduría y del amor, sumergíame y me perdía en el manantial mismo del amor, del poder y de la sabiduría.

Y conocí lo que era la patria; y embriagába-

me de luz, y mi alma, arrebatada por torrentes de armonía, adormecíase sobre las celestes ondas, en éxtasis indecible.

Y veía después al Cristo á la derecha de su Padre, radiante de gloria inmortal.

Y veíale también como un cordero místico inmolado sobre un altar; millares de ángeles le rodeaban juntamente con los hombres, con su sangre rescatados; y cantando sus alabanzas, tributábanle acciones de gracias en la lengua del cielo.

Y una gota de la sangre del cordero se derramaba sobre la naturaleza lánguida y doliente, y víla trasformarse; y las criaturas todas que en sí encierra palpitaron con vida nueva, y alzaron todas la voz, y esta voz decía:

Santo, Santo, Santo, es aquel que ha destruído el mal y vencido á la muerte.

Y el Hijo se inclinó sobre el seno del Padre, y el Espíritu los cubrió con su sombra, y hubo entre ellos un misterio divino; y los cielos se estremecieron en silencio.



PERSONAS

Don DEOGRACIAS, comerciante
Doña BIBIANA, su mujer
JULIA, su hija
BERNARDO, su amante
EL CONDE DEL VERDE SAUCO
SIMON, su ayuda de cámara
Señor BORDERO, sastre
FRANCISCO, criado
PASCASIO, jardinero
Un JOCQUEY del conde

La escena es en Madrid en casa de don Deogracias

ACTO PRIMERO

El teatro representa la trastienda de un grande almacén; en el fondo habrá una puerta que conduce al almacén; á la izquierda una puerta que da salida á la calle, y otra que figura dar á un jardín; á la derecha dos puertas, una que conduce á las habitaciones interiores, y la otra al cuarto de don Deogracias. Muebles de moda.

ESCENA PRIMERA

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA

DEOG. Pero, mujer, ¿es posible que hayas perdido el juicio hasta el punto de querer hacer la señora? Tú, hija de una honrada corchetera, que en toda su vida no supo salir de los portales de Santa Cruz con su puesto de botones de hueso y abanicos de novia... Tu abuelo, un pobre cordonero de la calle de las Urosas, que, gracias á tu boda conmigo, concluyó sus días en una cama de tres colchones con colcha de cotonía...

BIB. ¿Y qué tenemos con esa relación tan larga de mi padre, y de mi abuelo, y de mí?... Vaya que es gracioso. Sí, señor, quiero dejar el comercio; sabe Dios lo que la suerte me reserva todavía: verdad es que mi madre vendía botones; pero por eso mismo no los quiero vender yo... sobre todo, si yo conozco mi genio... y, vamos á ver, díme: ¿qué era la marquesa del Encantillo, que anda desempedrando esas calles de Dios en un magnífico *landó?* A ver si su abuelo no era un pobre valenciano, que vino vendiendo estera, y se ponía, por más señas, en un portal de la calle de las Recogidas, hecho un pordiosero, que era lo que había que ver. En fin, fuera cuestiones, Deogracias; te lo he dicho, no quiero más comercio. Llevo ya veinticuatro años de medir sedas, de estirar la cotanza para escatimar un dedo de tela á los parroquianos, y de poner la cortina á la puerta para que no se vean las macas de las piezas .. ¿qué sé yo?..... maldito mostrador; basta, basta, no más mostrador.

DEOG. Pero, mujer, ven acá. ¿No es el comercio, que tanto maldices, el mismo que nos

ha puesto en estado de hacer los señores, y de gastar, y de?...

BIB. Tanto más motivo para dejarlo, y para descansar y disfrutar lo que hemos ganado. Cada vez que me acuerdo del baile de la otra noche, adonde fuí con nuestra hija Julia, y de cómo tiene puesta la casa doña Amelia... vaya... Deogracias, desengáñate, mientras yo no tenga mi magnífica casa, y esté en un soberbio taburete recibiendo la gente del gran tono, y dando disposiciones para las arañas, y los quinqués, y la mesa de juego, y las alfombras, y el ambigú, y no entren mis lacayos abriendo la mampara, y anunciando: «el conde tal... el vizconde de cual...» y mientras no tenga palco en la ópera y un jocquey que me acompañe al Prado por las mañanas en invierno, con mi chal en el brazo, y mi sombrilla en la mano... desengáñate, me verás aburrida morirme de tedio...

DEOG. Valiente papel haré yo en tu magnífico salón, allí revuelto con los condes y marqueses... yo que nunca he salido, como quien dice, de los portales de Guadalajara. Vamos, créeme, Bibiana...

BIB. ¡Bibiana! ¡Dios mío! ¡qué marido tan ordinario! ¿no te he dicho ya cien mil veces que no quiero que me vuelvas á llamar Bibiana? ¿dónde has visto tú una mujer del gran tono que se llame Bibiana? Concha me llamo, y me quiero llamar; y señora doña Concha seré hasta que me muera; y me lo llamarán, sí, señor, que para eso tengo dinero, y «¿cómo está usted, Conchita?—Conchita, ¡qué mona es usted!»

DEOG. Mira, mujer. Bibiana Cartucho eras cuando me enamoré de tí, por mi mala estrella: con Bibiana Cartucho me casé, que ojalá fuera mentira, para purgar sin duda mis pecados en este mundo, y para mí Bibiana Cartucho has sido, eres y serás hasta que me muera; y si te mueres tú antes, en tu lápida he de poner: «aquí yace Bibiana Cartucho,» y nada más.

BIB. ¡Ay, Dios mío, qué vergüenza! ¡hasta después de mi muerte! pues bien, rencoroso, en hora buena, quédate en tus portales de Guadalajara, hecho un criado de todo el que te venga á pedir una cuarta de bayeta... haz lo que quieras, ya que eres un pobre hombre, y no quieres brillar y darte tono: así como así, no son los maridos en lo que más reparan las gentes; pero tienes hijos, y no me parece que será cosa de sacrificarlos á tu capricho: creo que no harás ánimo de que sean también horteras.

DEOG. Sí por cierto. Teodoro, que va á cumplir catorce años, saldrá de la escuela Pía en cuanto tenga más formada su letra, y sepa decir alguna cosa en latín, no para ver de ponerle los cordones, como tú crees, sino para reemplazarme en el almacén. No ceñirá espada; pero sin eso podrá ser un buen español: no tendrá, á imitación mía, más insignia que la vara de medir; pero ¿quién duda que podrá servir con ella á Dios y al rey tan bien como cualquier otro? Además de que no le faltan al rey jóvenes nobles y bien dispuestos, que han nacido para defenderle, y que saben sostener el brillo de su casaca, el honor de sus antepasados y los derechos de su soberano.

BIB. ¿Es posible? bien; pero en cuanto á mi hija Julia... ya está en edad de poderse casar... una joven de mérito, que la he criado yo misma, que canta, que baila, que toca... Es verdad que no sabe fregar, ni barrer, ni coser ninguna cosa; pero para ser elegante tampoco lo necesita.

DEOG. Sí, Julia se casará; ya hace tiempo que tengo tratada su boda; y si no lo sabes ya, tú tienes la culpa. Tus eternos deseos de casarla con un personaje me han obligado á ocultártelo; pienso casarla con Bernardo, el hijo de mi amigo Benedicto, comerciante de tapices de Barcelona.

BIB. ¿Yo, suegra de un tapicero?

DEOG. De un tapicero; ¿y por qué no? ¡Cuánto mejor es un tapicero que puede contar con cien mil reales de renta al año y probidad, que un elegante jugador, un marqués plagado de trampas, un militar sin juicio, un abogado sin clientela, un médico sin enfermos!...

BIB. Bien... pero, ¿y si tu hija experimentase una aversión particular hacia esa boda?

DEOG. Aversión, no es posible; ni aun le conoce; yo mismo, si le veo en la calle, no puedo decir «este es:» ya se ve, como que no le he visto nunca. Su padre me escribió el proyecto de casar á nuestros hijos; y yo, que no creo encontrar partido alguno más ventajoso, he aceptado. Por lo que hace á Julia, yo creo que ni piensa en eso: tú la vuelves loca.

BIB. Corriente; pues me remito á ella; ella pue de decidir entre los dos.

DEOG. En hora buena; yo sé que la chica es otra cosa.

BIB. ¡Julia! ¡Julia!

DEOG. Ella nos dirá su gusto; pero en la inteligencia que si quiere, la boda se hará al momento.

BIB. ¡Tal precipitación! ¡Julia!

DEOG. Sí, señora; esta es una buena ocasión de colocarla; y sabe Dios, si la dejamos escapar, cómo nos veremos luego para encontrar otra igual.

ESCENA II

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA

JULIA. Mamá, ¿me llamaba usted?

DEOG. Ven aquí, hija mía. Vas á responder con toda libertad, sin ceñirte á nuestro gusto... á declararnos francamente el tuyo.

BIB. Se trata de un asunto muy serio para tí; tu padre quiere casarte.

JULIA. (¡Casarme, Dios mío! ahora...)

BIB. Levanta la cabeza; mírame sin cortedad, ¿quieres casarte? (*La hace señas con la cabeza que diga que no.*) La verdad.

JULIA. Mamá... casarme... ahora soy tan joven...

DEOG. Eres joven; pero hija...

BIB. Eso no es lo pactado; ya ves que yo no la obligo á responder; así déjala tú también en plena libertad. Vaya, hija mía, dí, ¿y si tratasen de casarte con un rico tapicero de Barcelona, de más de cien mil reales de renta?...

JULIA. (¡Ah! no tiene trazas mi querido de tapicero.)

BIB. Vaya, responde. (*Vuelve á hacerla señas.*)

JULIA. Mamá, si usted se empeñase... ¿quién sabe?... me resignaría obediente...

DEOG. No, señora, la verdad; nada de resignación, ni de obediencia, ni de calabaza... sí, ó no.

JULIA. Papá... en verdad, no me siento inclinada...

DEOG. ¿No?

BIB. ¿Cómo, hija, no te gustaría estar todo el día en un hermoso almacén de tapices midiendo, y cobrando, y?...

JULIA. No, mamá.

BIB. Ya lo oyes tú mismo; ahora ella sola habla.

DEOG. Estoy confundido.

BIB. Y en caso de casarte, ¿querrías mejor un elegante que no tuviese nada que hacer todo el día, que fuese noble y no ganase la comida, que llevase todos los días á su mujer á Vista-Alegre y á la ópera, que te pasease por el Prado en tilburí ó en landó, que te regalase sortijas, chales, gorros, plumas, pieles y cadenas, y en fin, que no mirase nunca la cuenta de la modista, que te dejase el maestro de piano, y dar conciertos, como, por ejemplo, el conde del Verde Saúco, que se fué á París, y de que tanto nos han hablado, dí, querrías?... (*La hace seña.*)

JULIA. Sí, mamá.

DEOG. Sí, mamá (*Remedándola*); pues usted, señorita, tomará el marido...

BIB. Vuelves á infringir nuestros tratados.... á pesar de lo convenido te alteras...

DEOG. No, mujer, no me altero... pero á lo menos, que oiga el que yo la propongo, que le conozca y le trate, y después... mira, Bernardo á la hora esta debe haber llegado ya de Barcelona; habrá consagrado los primeros instantes á sus parientes; pero de un momento á otro le tendremos aquí, y es preciso recibirle como á quien viene á ser mi yerno: le conoceréis, y después...

BIB. Bastante conocido le tenemos ya por tanto como nos has dicho de él; y es bien doloroso haber de dar mi hija á un hombre de su laya; para eso la tomé yo el maestro de baile y de dibujo, y de francés, y de italiano; para eso la he estado yo pagando cuatro años seguidos el maestro de piano; hija de mis entrañas, ¿de qué te sirve haber trabajado tanto, tantos afanes, cuando nunca podías dar con la escala, para aprender el duo del *Crociato*, y el de la *Semíramis*, el aria de la *Donna*, y todito el papel de la Césari en *el Osmir?...* todo, todo va á perecer en la humillación del mostrador.

DEOG. ¡La humillación del mostrador! ¡Bibiana! ¡Bibiana!

BIB. Vuelta con Bibiana. ¡Dios mío! ¡qué vergüenza! si lo oyen...

DEOG. Pero en el almacén hay gente; vamos á despachar, que aquel muchacho es tan torpe... y tal vez será el sastre Borderó, que tiene que venir por una pieza de *muaré* y el terciopelo *gris perle.*

BIB. Sí, iré... pero atiende á lo que te digo; tú podrás casar á tu hija con Bernardo, podrás sacrificarla; pero en cuanto á mí te equivocas. Hoy es el último día que despacho en el almacén: mañana se cerrará, ó tomarás el partido que gustes: no quiero, no quiero más mostrador. Vamos, hija.

ESCENA III

DON DEOGRACIAS

¡Id benditas de Dios! ¿Hay cosa más ardua para un marido que hacer entender la razón á su mujer? ¡Y que me casara yo! ¿Y qué remedio, si el tal desatino no hace más que la bagatela de veinticuatro años que le hice? todos los días es lo mismo... y no hay más, que se desbaratará mi proyecto de boda como cuantos he hecho desde aquella fecha, pero ¡hola! ¿quién viene?

ESCENA IV

DON DEOGRACIAS; BERNARDO, que entra por la puerta de la izquierda vestido sencillamente

BERN. ¿Tengo el 'gusto de hablar á don Deogracias de la Plantilla?

DEOG. Servidor de usted; ¿qué tiene usted que mandarme?

BERN. Ya creo que estará usted informado de mi llegada; vengo de Barcelona, y debe usted de haber recibido carta de mi padre, anunciándole...

DEOG. ¡Calle! no diga usted más; ¿pues no he de haber recibido? ya hace dos correos. ¡Bernardo! déme usted los brazos, amigo, aunque no tengo el gusto de conocerle; sin embargo, la memoria de su padre me es muy grata; y al fin el objeto de su viaje me autoriza á darle esta demostración de mi cariño.

BERN. Señor don Deogracias...

DEOG. ¡Pero, hombre, calle! ¡qué guapo es usted! ¡y qué buena cara, y qué!... vamos, vamos, que mi hija... sí, efectivamente... vuélvase usted... muy bien; pues, señor, muy bien, ¡y qué alto!... ¿Y qué tal, qué tal camino ha traído usted?

BERN. Muy bueno: he venido con dos religiosos de excelente humor, un andaluz que mentía por los codos, y un buen señor que viene á tomar las aguas del Molar: ello siempre se estaba quejando, pero...

DEOG. Vaya, me alegro; y contratiempo ninguno, ni ladrones...

BERN. Ladrones... buenos miedos hemos pasado, y ahí en la venta... ya se ve, también da miedo ver algunas caras... en una palabra, ladrones ha habido; pero, á Dios gracias, no nos han robado nada.

DEOG. Vaya, me alegro; ¿y cuándo ha llegado usted? ¿querrá usted almorzar?

BERN. No, señor, nada; para mí ya es tarde: no he llegado hoy...

DEOG. Ya... ¿y su padre de usted? dígame usted, dígame usted, ¿cómo queda?

BERN. Tal cualillo está ahora; y si no fuera por unos dolores reumáticos que le pasean todo el cuerpo, y la gota maldita, y aquel ojo tan rebelde...

DEOG. Yo lo creo; pero si se fía de aquellos cirujanos... yo se lo decía: «Mira, Benedicto, que esos hombres te van á matar, no los creas;» pero él nada; erre que erre, y que se ha de curar, y que se ha de poner bueno... ya se ve... no deja de tener razón... pero es lo que yo digo, en llegando un hombre á los sesenta años, ¿qué cirujanos, ni qué botica, ni qué?...

BERN. Tiene usted razón.

DEOG. Oh si la tengo; tiene sesenta años; y no ve usted que ese es un mal que le va empeorando todos los días, y le irá comiendo comiendo... hasta que dé con él en tierra: siéntese usted (*Cierra la puerta que da al almacen*); deje usted ese sombrero, que si ha de ser usted mi yerno es preciso que dejemos cumplimientos.

BERN. Como usted guste; tampoco yo soy amigo de monadas, aunque por desgracia tengo á veces también que hacerlas, porque hay que vivir con todo el mundo. Por esta misma razón no he venido antes aquí, porque quería venir á mi satisfacción, y he tratado de desocuparme antes de visitas. Ya conoce usted á mi tío el canónigo que está aquí, y no hay fuerzas humanas que le hagan ir á su catedral...

DEOG. Ya sé, ya.

BERN. Pues, como vine á parar á su casa, y me quiere tanto, fué preciso presentarme en varias casas donde había hablado muy bien de mí; pero casas de etiqueta, donde juega él sus ecartés con los señores mayores y los maridos, mientras que los jóvenes bailamos, ó nos estamos de pie con el sombrero en la mano; para esto se empeñó en que se me hiciese en cuanto llegué un equipaje completo de elegante, dos fraques, una levita, un *surtú*... ¿qué sé yo?... me llevó á todas partes.

DEOG. ¡Hola! de modo que le ha relacionado á usted.

BERN. Sí, señor; el primer día estaba atado, no podía moverme; pero como me veían tan bien vestido, no se puede usted figurar las

amistades que he hecho; y como tampoco me ha faltado dinero para el café y otras frioleras... pero ¿qué, si cuando me compongo, yo no he visto cosa más ridícula? la primera vez que me ví al espejo no me conocí; unas caderas, un talle... en fin, un conjunto tan incómodo, que ya tenía ganas de venir aquí para quitármelo.

DEOG. Pues ha hecho usted muy mal; ¿usted sabe lo que ha hecho?

BERN. ¡Cómo! ¿pues no acaba usted de decir?...

DEOG. Sí, señor, y me explicaré. Soy el más desgraciado de todos los maridos. Ha de saber usted que mi mujer está loca, pero de una locura bastante admitida en la sociedad; se le ha puesto en la cabeza brillar, hacer la marquesa; ahora mismo acabo de tener una contienda con ella acerca de esta boda: ella me echa á perder á mi hija; pero ¿qué más, si á mí mismo, aquí donde usted me ve, con mis años y mi juicio, me hace jugar y bailar, y ir con ella aquí y allí?... y desengáñese usted, siempre que usted se presente como está ahora, esté usted seguro de llevar calabazas.

BERN. ¿Qué dice usted? Pero es el caso que si tiene esa manía, no querrá casar á su hija con un comerciante; y ya ve usted que, aunque yo me vista de capitán general, nunca seré más que Bernardo.

DEOG. Sí, señor, es verdad; pero no importa, ¿quién sabe si la primera impresión?... en fin, es preciso que se vaya usted á vestir, que venga usted haciendo muchos gestos, muchos ascos, muchas contorsiones; que hable usted algo de francés, algo de italiano, español poco y mal, y siempre sin fundamento, que baile, que saque un reloj de salto de Breguet, que hable mucho de ópera y de París; y si puede ser de Londres; que tenga deudas, que... ya me entiende usted.

BERN. Demasiado, y felizmente no me será dificultoso, como dure poco esta farsa.

DEOG. ¿Tiene usted lente y anteojos?

BERN. No, señor.

DEOG. Pues cómprelo usted; vamos, pronto.

BERN. Pero, señor, ¿para qué? si no los necesito, yo veo claro.

DEOG. No importa. ¿Y látigo y espolines?

BERN. No, señor, pero tampoco tengo caballo.

DEOG. No importa; por lo que pueda suceder.

BERN. Pero, señor...

DEOG. Cómprelo usted.

BERN. Pero, señor, á mí me parece... ¿cuánto más fácil sería qne usted, como amo de su casa, manifestase desde luego su voluntad, su decisión?...

DEOG. Se conoce que no está usted casado; en primer lugar yo no me atrevo con mi mujer; y luégo ¿qué adelantaría usted con que mi mujer me arañase? Por la fuerza, la chica, que piensa casi como ella, le cobraría á usted odio, y sería peor. ¡Cuánto mejor es hacerse querer! y luego veremos sabe Dios si podremos hacer carrera de ellas, y corregirlas; déjeme usted á mí, déjeme usted llevar... pero voy á ver... oigo gente, no vengan, y... (*Registra y cierra las puertas.*)

BERN. (Y mi amable desconocida... Yo he retardado todo lo que he podido venir aquí; pero ella tampoco me conoce á mí: resolución, y dejémoslo. Esta boda es la que me dicta mi interés, la que agrada á mi padre...)

DEOG. ¿Qué hace usted pensativo?

BERN. Nada.

DEOG. Pues aprovechemos tiempo; nadie le ha visto á usted; vuele usted á componerse, y vuelva dentro de una hora; déjese usted llevar.

BERN. Corriente, vengo en ello gustoso; hasta después.

ESCENA V

DON DEOGRACIAS, volviendo á abrir las puertas

Ello es arriesgado... y yo, que nunca las he visto más gordas, á la cabeza de una intriga, y una intriga para casar á mi hija, sabe Dios cómo saldré de ella; tanto más cuanto que no suelen ser los padres los que se encargan de este ramo de la casa; luego esto me ahorra una riña con mi mujer; no es un ahorro despreciable; pero ella viene; lo mejor es dejarla el campo.

ESCENA VI

DOÑA BIBIANA, JULIA

BIB. Gracias á Dios que nos dejan un momento en paz. ¡Julia!

JULIA. Mamá...

BIB. Díme, y aquel elegante que estuvo hablando al oído toda la noche en la calle de Valverde parecía que se inclinaba... ¿no

has vuelto á saber? debía ser un caballero y tú tal vez tan torpe que no harías lo posible por manifestarle...

JULIA. (¡Ah! ¡no sabe bien lo que haría por él!)

BIB. Responde; ¿no supiste quién era? ¿no te ha vuelto á seguir?

JULIA. No he podido saber quién es; pregunté á varias amigas, pero dijeron que le habían presentado aquella noche, que sólo sabían que acababa de llegar de fuera; y yo lo creo.

BIB. Él iría por casualidad, no era casa de bastante tono para él; lo que siento es que nos haya visto allí, y no en casa de la marquesa.

JULIA. El domingo, cuando fuimos á misa, estaba junto al Buen-Suceso; yo le ví de reojo; en cuanto nos atisbó si viera usted qué apretarse por entre la gente para estar á nuestro lado; al subir los escalones me tomó la mano...

BIB. ¿Y te la apretó?

JULIA. Sí, señora; pero yo hice como que me recataba de usted, y que no me gustaba, y la quité... A pesar de eso, toda la misa estuvo mirando; yo, haciendo como que no le veía, y todo era darle á usted con el pie, y usted pensando que la pisaba, hasta que tuve que dejarlo. Después nos siguió, y sin duda al volver la calle hubo de perdernos de vista, porque yo no le volví á ver; y no debe saber nuestra casa.

BIB. Ya se ve, tú tampoco procurarías decírsela.

JULIA. ¡Yo! ¿cómo quiere usted que le dijese?...

BIB. Sí, señora, hay modos de decir las cosas; por ejemplo, se dice: «Estoy tan cansada; hemos estado en el Prado, y como está tan lejos de casa... ya se ve, lo último de la calle Mayor, precisamente el número tantos, que cae tan allá...» ¿Entiendes?

JULIA. Sí, señora.

BIB. Pues ya lo sabes para otra vez; y ya puedes sacar el vestido de cotepalí, y ese canesú que te acabas de hacer: esta noche hemos de volver... ¿quién sabe si estará allí? ¿Y en esta circunstancia te habías de casar con Bernardo? No será, ó habrá en casa lo que tu padre no quiera oir.



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DON DEOGRACIAS, escribiendo, habla en los intermedios

El conde del Verde Saúco pedirme mi hija para casarse... vaya... es singular; no hace nada que estaba en París... pero yo tengo oído hablar de él; ahí está, sin ir más lejos, Pascasio mi jardinero que fué criado suyo: es un calavera, está arruinado. ¡Qué boda tan mala sería! No, no, de ningún modo; estos enlaces desiguales sólo acarrean la desgracia de los que los contraen; el marido le echa en cara á la mujer que es una plebeya... nunca, nunca; ¿y para qué querrá que nos veamos? No conviene, me excusaré con un pretexto; le diré que voy de caza hoy mismo. ¡Hola, muchacho!

ESCENA II

DON DEOGRACIAS, UN JOCKEY

DEOG. Diga usted, ¿es cosa de llevar la respuesta?

JOCK. Como usted guste; pero la verdad, entiendo que mi amo debe marchar esta mañana; ahora mismo voy yo á buscarle con el tilburí para dejarle en un coche francés; va por ocho ó diez días á una casa de campo que tiene junto á Buitrago.

DEOG. (¡Qué plan me ocurre tan soberbio! un poco atrevido, eso sí.)—¿Dice usted que se va por ocho ó diez días?

JOCK. Así lo ha dicho.

DEOG. (¡Bravo! mi mujer y mi hija sólo de oídas le conocen; están estusiasmadas por él... dicho y hecho, en ocho días hay tiempo para volver el juicio á una muñeca de diez y seis años.)

JOCK. (Este hombre es cachazudo.)

DEOG. ¿Conque dará usted esta respuesta al señor conde ahora mismo? (*Le da la carta.*)

JOCK. Sin duda.

DEOG. ¿Y después le deja usted en su coche francés?

JOCK. Cierto.

DEOG. Y después... ¿eh?

JOCK. (Vaya un preguntar.)—Y después, después, como me quedo libre, no sé lo que haré.

DEOG. No lo pregunto con falta de misterio; es preciso explicarme. Usted parece un excelente sujeto, callado, fiel.

JOCK. Señor... mi amo no tiene queja de mí.

DEOG. Porque... tiene usted cara de serme útil hoy.

JOCK. En cuanto no se oponga con el buen servicio del señor conde.

DEOG. Nada de eso... y por último, yo soy agradecido, á duro por hora, todo el día; tome usted para empezar.

JOCK. A ese precio mande usted, y no quedará usted descontento del desempeño: ¿qué es lo hay que hacer?

DEOG. Volver aquí en derechura con el tilburí en cuanto haya usted dejado á su amo; si en casa le echan á usted de menos...

JOCK. Eso corre de mi cuenta: ¿qué más?

DEOG. Pues, señor, después... pero calle usted, es mi mujer, silencio.

ESCENA III

DOÑA BIBIANA; DON DEOGRACIAS Y EL JOCKEY, hablando aparte bajo.

BIB. ¡Jesús, Jesús, qué infierno de almacén! y parece que hoy han convocado á todos los pesados de Madrid para venir á comprar á casa; y el otro jorobado chiquituelo con una mujer de que se pueden hacer tres como él (*Remedando*): «á ver el tafetán español... este no... más fuerte... el francés... tampoco, tiene mal negro... un poco más cuerpo... á ver el gros de Nápoles.» Pues, revuelva usted todo el almacén, y luego los descamisados se van sin comprar nada. Es triste cosa estarse moliendo uno que tiene talegas en obsequio de un cualquiera, que, después de no tener una peseta, todavía tiene la petulancia de darse un tono con entrar y salir en estas casas: «y á ver, saque usted, y esto no me gusta, y aquel es feo;» y por último, «quede usted con Dios:» y vuelva usted á doblarlo todo, y vaya, yo me quemo.

JOCK. (*A don Deogracias.*) Muy bien, quedo enterado. Descuide usted, se hará exactamente.

ESCENA IV

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA

BIB. Vamos, tú también estás pesado; ¿es cosa de que no almorcemos hoy?

DEOG. Mujer (ánimo y empecemos la grande obra), estaba contestando, como era regular, al criado del señor conde del Verde Saúco.

BIB. ¿El conde del Verde Saúco? ¿ha vuelto ya de París? ¿y contigo qué asuntos puede?...

DEOG. Sí, señora, ha vuelto; mira tú si ha vuelto, que él mismo en persona va á venir...

BIB. ¿A casa?

DEOG. A casa; hoy me escribe que, atraído por la fama de nuestra Julia, la conoce, y la quiere...

BIB. ¿Qué dices?

DEOG. Mira tú si la querrá; me la pide en matrimonio. ¿Eh? ¿qué te parece?

BIB. ¿Es posible? ¡Dios mío! yo voy á perder el juicio; ¿mi hija condesa del Verde Saúco? ¿y querías casarla con ese tapicero? habla ahora, si te parece.

DEOG. Pero ¿quién había de figurarse?...

BIB. Pues ahí verás; ¿quién? yo... habla ahora por Bernardo.

DEOG. En verdad, mujer (disimulemos), que en vista de estas cosas casi me inclino á pensar como tú; en fin, yo le he respondido que puede venir.

BIB. Muy bien hecho; ¿y qué le habías de responder? yo que tenía tantas ganas de conocerle... el primer elegante de Madrid, como quien dice. ¡Julia, Julia, Francisco, Pascasio! ¡hola, criados!

DEOG. Ya prendió la yesca.

ESCENA V

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, FRANCISCO

FRANC. Señora, ya está listo el almuerzo desde las diez, y van á dar las doce...

BIB. Déjanos de almuerzo; ¿quién ha de tener gana de almorzar?

FRANC. Señora... yo no sé... como usted dijo...

BIB. No tenemos otra cosa que hacer más que almorzar, salvaje; mire usted si hay tiempo de almorzar en todo el día; arregla esas sillas, límpialas.

FRANC. Sí están limpias.

BIB. No importa, bruto; saca aquí los floreros. Mira, antes ven aquí; esperamos dentro de un instante una visita, un joven muy elegante; al momento que vaya á entrar vienes tú delante de él, abres la mampara, le anuncias... como se hace en todas partes.

FRANC. Sí, señora; pero ¿cómo he de decir?

BIB. ¿No lo has oído ya? «El señor conde del Verde Saúco.»

DEOG. (Bien hace pensar en eso; yo no tenía ya tiempo de avisar á Bernardo; con eso se oirá anunciar, y sabrá quién es.)

BIB. Oyes, y para eso ponte la levita azul con el vivo encarnado.

FRANC. Está muy bien.

BIB. ¡Julia! esta chica... el caso es que yo ya no tendré tiempo de mudarme este vestido.

DEOG. No importa, mujer: como tú dices, estás en un agradable *négligé*. (*Francisco se va después de haber limpiado las sillas y sacado los floreros.*)

ESCENA VI

DOÑA BIBIANA, JULIA

BIB. Despáchate, hija mía; el conde del Verde Saúco, el que teníamos tanta gana de conocer, que gasta tanto dinero, que juega, que ha tenido tantos desafíos, va á venir dentro de muy poco á verte.

JULIA. Mamá, ¿á mí?

BIB. Acaba de escribir á tu padre pidiendo tu mano; ya ves hija mía; ¿no te alegras? por último, he hecho mudar de opinión á tu padre, y conviene conmigo en que esta boda es mejor que la otra. Vamos, ¿qué dices?

JULIA. (¡Dios mío!)—Sí, mamá, me alegro; me voy á mudar.

ESCENA VII

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA, FRANCISCO, Y BERNARDO elegantemente vestido

FRANC. (*Anunciando.*) El conde del Verde Saúco.

DEOG. (*Se adelanta y le coge las manos, procurando unas veces no dejarle hablar, y otras instruirle por lo bajo.*) ¡Señor conde del Verde Saúco!

BERN. (¿Qué es esto? ¿yo conde?)

DEOG. ¡Señor conde! (*Bajo.*) Déjese usted llevar, sí, conde, conde. (*Alto.*) Usted haciéndome tanto honor... ciertamente que me considero muy feliz recibiendo en mi casa al primer elegante de Madrid... (*Bajo.*) Diga usted algo.

BIB. Señor conde...

BERN. Señora, yo no soy...

DEOG. (*Bajo.*) Sí, elegante, muchas contorsiones.—Sí, señor: á vèr, una silla al señor conde. Tengo el honor de presentaros al señor conde del Verde Saúco, de quien acabamos de recibir esa carta pidiéndonos nuestra hija en matrimonio. (*Bajo.*) Hombre, calle usted, y siga usted adelante.

BIB. Señor conde...

BERN. Pero, señora, si... yo no soy... (Esta ficción me vuela.)

DEOG. (*Bajo.*) Sí es.

BERN. (Bueno.)—Señora, yo no soy... el menos honrado en estas circunstancias.

BIB. Agradezco mucho en verdad tantas atenciones como debemos al señor conde, y creo que mi hija...—Julia, vamos—participará de mis sentimientos...

BERN. Señora... (*Julia levanta la cabeza, y se ven los dos.*)

JULIA. (¡Dios mío! ¡él es!)

BERN. (¡Cielos! mi desconocida: ¡qué fortuna!)

BIB. Vamos, hija, ¿qué tienes?

JULIA. Nada, mamá.

BIB. Saluda al señor conde.

BERN. Esta señorita me dispensará de haberme tomado la libertad de introducirme tan pronto, y sin contar primero con su beneplácito.

JULIA. ¡Ah! Ciertamente que está usted perdonado.

BIB. Pero el señor es, si no me engaño, el mismo que la otra noche en la calle de Valverde (*Aparte á Julia*), el que te ha seguido.

JULIA. (*Aparte á doña Bibiana.*) Sí, mamá.—Sí.... yo conozco al señor conde.

BERN. Efectivamente, señora, no es esta la primera vez que nos vemos; ni ¿cómo hubiera yo podido de otra manera prendarme de esta señorita, y?...

BIB. Sí, noches pasadas; en aquel bailecillo... estaría usted de incógnito allí... el viernes.

BERN. Sí, el viernes; en la calle de Valverde, cuarto segundo, un baile de poco más ó menos: yo no había ido nunca; pero acababa de llegar; no sabía en qué pasar la noche; un amigo se empeñó en llevarme, y ciertamente no estoy arrepentido, tuve ocasión de conocer á ustedes. Pero ¡qué baile!... tampoco había más que dos hermosas con quien se pudiese hablar; así fué que no me separé de ellas en toda la noche.

JULIA. (*Bajo á su madre, mientras que Bernardo y don Deogracias hablan entre sí.*) ¡Ah, mamá, qué guapo, qué fino es!

BIB. ¡Ah! á estos que lo son desde la cuna, ¡cómo se les conoce á legua! no se pueden equivocar.

DEOG. (*A Bernardo.*) Por Dios que es casualidad; con que usted las vió, sin saber quiénes eran.

BERN. Esto es. (*Se dirige á hablar á doña Bibiana.*)

DEOG. (Vea usted.)

BIB. Pues aquí también fué casual el ir; pero mi Deogracias había debido favores en otro tiempo al marido de la hermana mayor, la loquilla aquella que estuvo toda la noche bailando con el guardia de corps, y chichisbeando, y...

BERN. Sí.

BIB. Y por eso fuimos; pero ¡qué noche pasé!...

DEOG. Espero, señor conde, que usted querrá acompañarnos á almorzar.

BERN. ¿No han almorzado ustedes todavía? ¡Oh! eso es del gran tono; enteramente como yo.

BIB. Almorzamos tarde, muy tarde.

DEOG. ¡Oh! el señor conde almorzará por la tarde, como quien dice...

BERN. Sí, señor, no me gusta levantarme por la mañana; almuerzo mi *bistek* ó mi *rosbif* á la inglesa; como por la noche á la francesa...

BIB. ¿No comerá usted cocido nunca?

BERN. Señora, cocido... jamás; y ceno...

DEOG. ¿Por la mañana, eh?

BERN. Sí, señor.

BIB. ¡Cómo me gusta ese arreglo!

DEOG. ¿Con qué almorzará usted con nosotros?

BERN. Con muchísimo placer.

BIB. (*A don Deogracias.*) ¿Qué haces? mira que no tenemos quien sirva.

DEOG. ¿Y qué importa? el señor conde traerá sus criados.

BERN. Mis criados... efectivamente, los tengo... (Este hombre...)

DEOG. Francisco, el almuerzo, y el jocquey del señor conde que entre.

BERN. ¡Jockey!

ESCENA VIII

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA, BERNARDO; FRANCISCO, que sirve el almuerzo; EL JOCKEY

JOCK. (*A Bernardo.*) Vengo á saber las órdenes de vuestra señoría.

BERN. (Pues, señor, está visto, hay que dejarse llevar.)

DEOG. (*Acercándosele, mientras que ellas se miran al espejo y componen el peinado.*) Bernardo, por Dios, que es usted el conde del Verde Saúco hasta el último trance, ó no se casa usted con mi hija.

JOCK. Señor, lo que vuestra señoría mande.

BERN. Me parece que te puedes ir, ó si no te puedes quedar.

JULIA. (*Asomándose al almacén.*) ¡Ay! qué bonito tilburí.

JOCK. Es de mi amo el señor conde.

JULIA. ¡Ay, qué bonito! mamá ¡mire usted!

BERN. (*A don Deogracias.*) ¿También tilburí? ¿cómo saldremos de esto?

DEOG. ¿A usted qué le importa?—Vamos, señor conde, siéntese usted.

BERN. Permítame usted... Señoras.—(*Buscando para sí un nombre.*) (Simón, Pedro...) Mi jockey, Rodolfo, sírvenos.

BIB. El señor conde nos dará noticias de París.

BERN. (Esta es otra.)

BIB. ¿Cómo deja usted París?

BERN. No hay novedad particular; ya ve usted, París...

BIB. ¡Oh! lo creo: ¿qué ópera nueva se echaba cuando usted vino?

BERN. Precisamente, cuando yo vine... ¡oh! muy bonita.

BIB. ¿Cómo se titula?

BERN. La... la... la, la, la, ¡qué fatalidad!... no acordarme yo ahora; y todo el día la estoy tarareando. (¡Por vida de! ..)—En fin, muy bonita.

BIB. Ya ve usted, París..... aquello será un gentío inmenso...

BERN. ¿Y aquí de ópera cómo estamos?

BIB. Digo que aquello será un gentío.

BERN. (¡Vuelta!)—Señora, es una confusión; no se puede dar un paso; en fin, es una liorna. ¿Y aquí de ópera?

BIB. Diga usted, ¿y qué vestidos llevan las señoras á los bailes?

BERN. (¡Por vida mía!)—Señora, yo no reparo; pero... sin embargo, muy bonitos.

BIB. Yo lo creo: ¿Qué telas son las más?...

BERN. Sí, señora, de varias telas. (Estoy frito).

BIB. (*A Julia.*) Hija mía, distraído como todos estos señores.

BERN. (*A don Deogracias.*) ¿Y la ópera aquí?...

DEOG. Buena, muy buena; pero desentonan los coros.

BIB. Eso no sucederá en París; ¿no es verdad, señor conde?

BERN. ¡Qué! no, señora; ya ve usted...

BIB. Ya me hago cargo, allí... sino que aquí en España, como somos así... tan...

JUL. Al señor conde le gustará mucho hablar de París... como es tan bueno...

BERN. Sí, señora, mucho.—¿Conque aquí la ópera?...

DEOG. ¿Usted no faltará nunca?

BERN. No, porque me guardan mi billete; ello cuesta más; pero es preciso desengañarse; es imposible concluir con los revendedo-

res. Y usted, señor don Deogracias, ¿no es apasionado de la ópera?

BIB. (Verá usted como dice alguna brutalidad.) (*Le pellizca.*)

DEOG. Sí, señor, mucho; pero de música...—mujer, que me atenaceas—yo no entiendo una nota; y me gusta más ir al *Pelayo* de Quintana ó al *Viejo y la Niña* de Moratín, que á la ópera.

BIB. ¿No lo dije? No haga usted caso, señor conde; mi marido no está en el tono; es un español muy español, y nada más. (*A don Deogracias.*) ¡Bruto! tú me has de avergonzar por todas partes.

DEOG. Pero, mujer... en fin, ¿te gusta el conde?

BIB. ¡Qué fino! ¡cómo se conoce que viene de París! ¡qué maneras! á no ser quien es...



ESCENA IX

Dichos, EL SASTRE BORDERÓ

BORD. Felices, señor don Deogracias. Hola, ¿están ustedes comiendo ya? ¿irán ustedes á los toros? abur, doña Bibiana. (*La da en el hombro.*)

BIB. Caballero, ¡qué franqueza! tenga usted la bondad de reportarse; para la primera vez que me ve usted no deja de tener desembarazo; si busca usted á mi marido... vamos, hombre, despacha al señor.

BORD. La primera vez que la veo... ¡ah! ¡ah! ah! señora, perdone usted; yo pensé que el sastre Borderó, como antiguo parroquiano...

BIB. Deogracias, ¡qué impertinencia! Usted, señor conde, excusará. .

BERN. ¡Señora!

BORD. ¡Señor conde! hola, esta casa va subiendo como la espuma.

DEOG. (*Le lleva al lado opuesto.*) No haga usted caso de mi mujer.

BORD. No, no vale la pena. Vengo por el terciopelo *gris perle*, y es preciso...

DEOG. Hombre, si pudiera usted volver... porque... la verdad, estamos en este momento haciendo los honores al señor conde del Verde Saúco, que almuerza con nosotros.

BORD. ¿El conde del Verde Saúco? ¿ha venido ya? ¿quién es? ¿aquél?

DEOG. Sí, señor; pero hombre, no mire usted con ese descaro: conque vuélvase usted á otra hora.

BORD. ¡Qué casualidad! precisamente le ando buscando por todas partes, porque desde que se fué á París me dejó una pella de cuatro mil reales por un *surtú*, un *habit de chase* y un *corsé*.

DEOG. Hombre, en mi casa... ¡estamos frescos! (Esto es lo que yo no había calculado.)

BORD. Quite usted, verá usted.—Señor conde, señor conde del Verde Saúco.

BERN. (¡Diantre! apenas he tomado posesión del título, y ya todo el mundo me conoce.) —¿Qué quiere usted?

BIB. ¡Qué insolencia!

BORD. ¿Vuestra señoría es el conde del Verde Saúco?...

BERN. Sin duda, vamos, acabe usted.

BORD. Señor, soy el sastre Borderó, me he presentado varias veces en la fonda donde está vuestra señoría.

BERN. (En la fonda. Esto es cosa del padre; bueno.)

BORD. Y siempre me ha despedido, ese mismo criado que trae vuestra señoría; que vuestra señoría no estaba visible, que tal, que...

JOCK. Las órdenes del señor conde.

BERN. Bien, está bien; calla tú; ¿y qué?

BORD. Yo he respetado esas órdenes... pero al fin tengo aquí una letra aceptada por vuestra señoría y endosada á mi favor, cuyo término ha expirado.

DEOG. (¡Por San Telmo, lo hemos echado á perder!)—Señor Borderó, el señor conde está en mi casa ahora, y...

BERN. (¡Cómo disimulan!)—Corriente... esa letra... veamos. (*La ve, y dice aparte.*) (Este es golpe del padre; de gentes elegantes es tener acreedores, y él ha encontrado uno en un momento.)—Bien, cierto; pero ¿qué tengo yo que ver con esto? Es verdad que yo he contraído la deuda, pero ¡qué! ¿quiere usted que yo también la pague? ¿Lo he de hacer yo todo? Véase usted con mi contador; los hombres de mi clase no acostumbramos á pagar las deudas nosotros mismos; ¿ó cree usted que soy un cualquiera?

BORD. Ya sé que va mucha diferencia; pero está sentada en el consulado, y me sería muy sensible que por un asunto de esta clase se viese vuestra señoría detenido...

DEOG. (Malo, todo se va á descubrir.)

BORD. Y preso en el consulado...

BIB. y JULIA. ¡Preso!

BERN. Señoras, este hombre está loco; ¿á mí? no es posible; ¿y á qué sube, una talega, ó dos?

BORD. Nada de eso .. la bagatela de cuatro mil reales.

BERN. ¿Y para eso me viene usted á romper la cabeza? ¡habrá insolencia!

BORD. Señor, es verdad; pero vuestra señoría lo debe.

BERN. Demasiado honor le hago á usted en acordarme de él para que me sirva, y para deberle, y para... en fin, eso es una futesa; ahí está el señor Deogracias; tengo cuenta abierta con él; él se lo dará á usted.—Señoras, sigamos.

DEOG. ¿Cómo, cuatro mil reales yo?

BIB. Sí, hombre, ¿qué puedes rehusar al señor conde? ¿y qué entiendes tú de eso, y de los estilos de etiqueta?... dálo...

BERN. Efectivamente, es tan poca cosa, que yo, en igual caso por usted...

DEOG. Sí, pero usted cree que esto es chanza, y en este momento estoy en una situación tan crítica... (También renunciar á una intriga que se presenta tan bien... tal vez se logre cobrarlo del conde verdadero... en fin...)—Señor Borderó, venga usted conmigo.

BORD. Mire usted que ya estoy aquí, me es indispensable llevar el *muaré*...

DEOG. Mi mujer se lo dará á usted.—(*A Bernardo.*) Voy á dejarle á usted sólo con ella, haré llamar á mi mujer.

BERN. Corriente, y siéntelo usted en el libro.

ESCENA X

DOÑA BIBIANA, JULIA, BERNARDO, EL JOCKEY

BERN. Estos tunantes piensan que no tiene uno otra cosa que hacer sino atender á sus impertinencias.

BIB. Señor conde, ¿qué quiere usted? no tienen principios ni educación... un sastre... como usted ha dicho muy bien, les hacen ustedes mucho honor en mirarlos, y mucho más en que puedan decirse sus acreedores.

BERN. ¡Quién lo duda! sino que es una canalla desconocida, y...

ESCENA XI

Dichos, FRANCISCO

FRANC. Señora, mi amo la llama á usted por un momento.

BIB. ¡Jesús, qué hombre! ¿he de dejar al señor conde?

BERN. Señora, sé lo que es el comercio; por mí no deje usted de hacer lo que se le ofrezca, sería ofenderme.

JULIA. (Me dejan sola con él.)

BERN. (Ha llegado el momento, y no se puede despreciar esta ocasión.)—Rodolfo, á cuidar del tilburí.

ESCENA XII

JULIA, BERNARDO

BERN. (*Cogiéndola las manos, y adelantándose sobre la escena.*) Julia, ¡qué ocasión tan feliz, y qué dicha la mía de poder ofrecer á usted mi amor! ¿está usted triste? ciertamente; ¿qué tiene usted, Julita? ¿le desagrada á usted este paso?—(¡Qué trabajo me cuesta fingir con ella también! ¡ah! se paga del rango.)—¿No me quiere usted contestar?

JULIA. Señor conde, usted nos hace tanto favor, que no puedo menos de estarle agradecida, de quererle bien...

BERN. Favor, agradecimiento... es decir que no me ama usted; si usted me amara... los amantes nunca se hacen favor en amarse; la clase es para ellos despreciable.

JULIA. ¿Y usted cree que para mí no lo es? diga usted, cuando usted me seguía, ¿sabía yo que era usted conde, y mis ojos no le decían bastante claro que no me era indiferente?

BERN. ¡Qué oigo! es decir que aunque yo no

fuera el conde del Verde Saúco me amaría usted.

JULIA. Señor conde, he dicho demasiado para lo que es permitido á una mujer; pero ya que antes de hablarnos le había dado á usted algunas muestras de inclinación, debo hablar. Si usted me hubiera dado una prueba como esta de amor, creería, como todos, que tengo las mismas ideas de mi madre, que no aprecio sino el oropel; pero ¡ah! no sabe usted la pena que he sentido cuando mi madre me dijo que el conde del Verde Saúco me pedía; se me cayó el alma á los pies; disimulé, pero acordándome de mi desconocido, y bien determinada á hacer al conde el objeto de mi desprecio, maldije su clase, el afán de mi madre... y sólo cuando reconocí en usted al mismo que ya mi corazón estimaba en secreto, fué cuando volví á gozar de la tranquilidad que creí haber huido de mí para siempre.

BERN. Julia, ¿será cierto?—(¿Y he de hacer el tramposo, el loco á los ojos de esta mujer? No.)—Julia, sepa usted...

JULIA. ¡Ay! alce usted: ¡por Dios! Papá viene.

BERN. Julia, si usted me quiere...

JULIA. Sí, sí, cuente usted con mi amor, pero alce usted...

BERN. (Padre maldito, ¿por qué tan pronto? hubiera sabido quién soy, que no tengo acreedores...)

ESCENA XIII

JULIA, BERNARDO, DON DEOGRACIAS

DEOG. Señor conde, está usted servido, y aquí tiene usted el recibo.

BERN. Guárdemelo usted; ya nos entenderemos.

JULIA. Papá, ustedes van á hablar de asuntos, me iré con mamá.

BERN. Julita, usted nunca es un obstáculo...

JULIA. No importa; hasta después, señor conde.

BERN. Agur, preciosa Julia.

DEOG. Bien, anda; ahora vamos allá. (Con eso le diré lo de la letra; piensa que es juego, y yo estoy desesperado.)

ESCENA XIV

DON DEOGRACIAS, BERNARDO

DEOG. Amigo Bernardo, esto...

BERN. Esto va divinamente; déme usted los brazos y la enhorabuena, amigo: no he perdido el tiempo; pero ¡qué bien lo ha dispuesto usted todo, hasta fingir el acreedor, y la letra, y!...

DEOG. Poco á poco, Bernardo; le contaré á usted...

BERN. Sí, sí, ya entiendo; es usted un portento de habilidad.

DEOG. Pero si no...

BERN. Es claro, si no, no se podría hacer bien; hubieran sospechado...

DEOG. No, señor...

BERN. No; así, ¿cómo es posible que den en ello? Pues, señor, usted será hábil; pero confiese usted que yo no le voy en zaga; me he declarado á la chica, y no sólo he visto que me quiere, sino que la he fondeado, me he cerciorado de que no piensa como su madre, que no me quiere por ser conde; aunque no lo fuera me querría: ella misma me lo ha dicho, ahora, aquí, cuando usted vino... y aquel aire de candor... No, no me engaña; y usted ha sido un torpe en venir tan pronto...

DEOG. ¿Cómo, un torpe todavía, después de soltar cuatro mil reales?

BERN. Déjese usted de bromas; sí, señor; ni yo puedo ya fingir más; su hija de usted es preciosa, y si ella no se deja llevar del oropel, es preciso que todo se descubra, y ahora mismo voy, porque soy feliz...

DEOG. *(Le detiene.)* Hombre, venga usted acá; este hombre no me deja hablar, y todo lo va á echar á perder. La chica será todo lo que usted quiera, y le querrá á usted sin ser conde; pero la madre no: hombre, mire usted lo que hace, por las once mil vírgenes y todos los innumerables mártires de Zaragoza.

BERN. No importa, la chica será mía.

DEOG. Hombre, yo me voy á quedar sin cuatro mil reales y sin novio; venga usted acá, loco de atar, que todo se concluyó, si...

BERN. Pero queriendo usted y la chica...

DEOG. Aunque quieran todas las chicas del barrio, si mi mujer no quiere, usted y yo y la chica y todo el barrio saldremos arañados, y locos, y perdidos, y sin boda, y sin dinero, y sin ojos en la cara. Sosiéguese usted, siga su papel, que mi plan no está acabado; venga usted conmigo, aquí pueden volver y oirnos; en mi cuarto le acabaré á usted de explicar cómo se ha proporcionado este disfraz, y lo que hay, y lo que ha sucedido; en fin, vamos, vamos á mi cuarto.



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

DON DEOGRACIAS, después PASCASIO

DEOG. Es preciso, sí, mi mujer es el diablo. Pascasio, Pascasio... este muchacho pudiera descubrirlo todo.

PASC. Señor.

DEOG. Mira, ¿tú has sido criado del conde del Verde Saúco, eh?

PASC. Sí, señor, ya sabe usted que de su casa vine aquí, que la dejé porque nunca veía un cuarto de mis salarios, porque todo el día me traía hecho un zascandil: á casa del sastre; del acreedor á llevar esperanzas; del empeñador, del prestamista porque tenía su señoría un compromiso, y era preciso salir de él á toda costa.

DEOG. Bueno, bueno, ya me lo has dicho.

PASC. Pero sin embargo, le quiero, como á todos mis amos; eso es otra cosa, y en cuanto pudiera servirle que no fuera...

DEOG. Bueno, bueno; mira, Pascasio, tú eres hombre callado.

PASC. Señor, desde que soy su jardinero de usted no creo...

DEOG. No, no me has dado ningún motivo de sentir, estoy contento; pero ven á mi cuarto; se trata de que ya que conoces al conde no descubras un proyecto que traigo entre manos.

PASC. Señor, ya sabe usted que yo...

DEOG. Sí, bien, te lo explicaré; ven á mi cuarto.

ESCENA II

EL CONDE DEL VERDE SAÚCO, SIMÓN, FRANCISCO

FRANC. (*Abriéndoles la mampara*) Aun tardarán, porque se están peinando; pero pasen ustedes aquí.

CONDE. Mejor estaremos aquí que en esa antesala maldita.

SIMÓN. Pero señor, ¿todo un conde del Verde Saúco andar en estos misterios y disfraces? ¿será posible que el amor le tenga á vuestra señoría tan turbado, que no conozca que se pone en el caso de hacer un papel ridículo?

CONDE. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! no lo entiendes.

SIMÓN. ¿Se ríe vuestra señoría? pues cierto que es cosa de risa.

CONDE. ¿No quieres que me ría, si no sabes de la misa la media? amor, dices. ¿Cuándo me has visto tú enamorado, desde que eres mi ayuda de cámara? eso es muy plebeyo; muy antiguo.

SIMÓN. Pues, señor, entonces no alcanzo qué fin puede vuestra señoría llevar en introducirse así en casa de unos simples comer-

ciantes, aguardar á que no esté el amo, pasar recado á la señora, y guardar aquí una rigurosa antesala, que vuestra señoría mismo no se la hace hacer á un...

CONDE. Verdad es; mira, ya que tú me acompañas en esta intriga, y que sabes que mi marcha es supuesta, quiero confiarme á tí. ¿Tú sabes cómo andan mis negocios?

SIMÓN. Sí, señor, lo sé.

CONDE. ¿Que no tengo más esperanzas que las que me hace concebir mi tía, la que se está muriendo, pero que probablemente saldrá de este ataque como ha salido de otros diez, y vivirá todavía una porción de años?

SIMÓN. Sí, señor.

CONDE. ¿Que estoy lleno de deudas, que ya lo estaba antes de ir á París, que allá me he acabado de arruinar? Ya se ve, esa maldita Josefina me ha desollado; pero vamos á ver, ¿qué remedio? un hombre de mi clase... es indispensable tener caballos, trenes, buena mesa, familia, palco en la ópera, vestirme por el mejor sastre, tener el mejor zapatero, vivir en un *hôtel* carísimo... luego esas niñas no están contentas si no se les regalan todos los días, cuándo las pulseras de diamantes, cuándo el aderezo, cuándo un reloj, ni yo puedo hacer alto en eso; en una palabra, tú conoces las mujeres, y sabes como yo que para ser querido...

SIMÓN. Sí, señor, sí, señor.

CONDE. Luego hay que ir á sociedades; estando en una sociedad es preciso jugar, y jugando es preciso perder, y perdiendo ya ves tú lo que se sigue: de suerte que yo, que ya necesitaba poco, tuve que volverme cuando mi contador, que hablando aquí para entre los dos es un solemne pícaro...

SIMÓN. Sí, señor.

CONDE. Pero un pícaro que no puedo despedir, porque, como no es moda tomar uno mismo sus cuentas, después de robarme tiene la habilidad de probarme que todavía le debo dinero y favores; pues, señor, tuve que volverme cuando este tal me escribió que no había más fondos: que la mayor parte de mis bienes estaban en hipoteca; que de lo libre nada quedaba sino cuatro miserables majuelos que no dan al año vino para llenar una botella, y que los acreedores le agobiaban, y era preciso...

SIMÓN. Ya, ya entiendo.

CONDE. Luego esta maldita circunstancia de no poder uno hacer nada sin que todo el mundo lo sepa, ha hecho que la fama de mi ruina vaya siempre delante de mí á todas partes; de modo que el único medio que me quedaba de evitar una quiebra vergonzosa, que era el de enlazarme con otra de mi clase que repusiese mi casa, no hay que pensar en él; he reconocido mis asuntos, estoy cada vez más abrumado; con esto de no tener casa en Madrid, y estármela haciendo, tengo que estar en una fonda; he visto que es preciso un medio extraordinario para salvar mi honor; he tirado mis líneas por varias partes; estos son unos comerciantes riquísimos; la madre es loca por brillar, y lo puede todo con su hija, como todas las madres; el padre es otra cosa; pero esto ¿qué importa? al fin es su marido, y sobre poco más ó menos ya sabemos lo que mandan algunos maridos en su casa...

SIMÓN. Ya, ya; ¿y trataría vuestra señoría de casarse?..

CONDE. ¿Y por qué no? me parece que no soy el primero de mi clase...

SIMÓN. Nada; nada: vuestra señoría lo hace, bien hecho está. Pero entonces, hay más que presentarse cara á cara, porque estos que tienen dinero y son plebeyos darán todos sus caudales por un usía más ó menos; son unos tontos, y no habían de rehusar...

CONDE. Ellas no; pero ya te he dicho que el padre es otra cosa; pensando yo como tú, con la esperanza de deslumbrarle, le escribí pidiéndole su hija...

SIMÓN. ¡Cáspita! de buenas á primeras. ¿Y qué respondió?

CONDE. Lo que yo no podía esperar; que le es imposible acceder á mis deseos, por estar comprometido con un tal Bernardo, hijo de un amigo suyo don Benedicto Pujavante, de Barcelona, y que, aunque no le conocen, la chica está enteramente á su favor, por la fama de sus buenas prendas, y que no podía verse conmigo porque iba de caza.

SIMÓN. ¡Y que haya vuestra señoría sufrido ese bochorno! ¿Y ahora qué quiere vuestra señoría hacer con venir y entrar, si la chica tiene novio, si el padre no quiere?...

CONDE. Hay que mudar de plan; dime, ¿te acuerdas tú de aquel hombre gordo que se quejaba tanto de su ojo y de su gota, que fué dos veces á verme en Barcelona, ahora á mi vuelta de París?

SIMÓN. Sí, señor, sí, ¿pues no me tengo de acordar?

CONDE. Pues aquel es el tal don Benedicto, comerciante en tapices, con quien tenía yo asuntos de dinero, y conozco á él y á toda su casa de toda la vida; de su hijo Bernardo también tengo noticias; es de mi cuerpo; en Barcelona quedaba cuando hemos venido; casualidad sería que viniese ahora mismo.

SIMÓN. ¡Calle! ¿y sería posible?...

CONDE. Y muy posible, ya me has entendido. Ya ves que don Deogracias no está en casa en tres días lo menos; está de caza, como él mismo dice. Vengo, pregunto por las señoras; me presento, ya soy Bernardo; no tengas miedo, no me perderé; ya están prevenidas en mi favor, particularmente la chica; me tratan como novio; esta franqueza algo ha de producir; yo no soy despreciable, y me fío en mis fuerzas: todo es que yo coja dos cuartos de hora favorables, y vuelvo el seso á la chica; no es mi primera conquista. Va á venir el padre, un momento antes me declaro á la madre; es loca, y este es su flaco; en viéndome conde, no digo nada, la zalagarda que se arma en la casa; á esto se agrega que si la chica me quiere siendo Bernardo, ¿por qué no me ha de adorar siendo conde? Esto es cosa natural; y el padre gruñirá, y dirá... pero cuando vea que todo está hecho ¿qué ha de hacer? ceder y soltar los millones del dote.

SIMÓN. ¡Soplá! el plan no es malo; pero ¿qué tiene que ver todo eso con haber esparcido la voz de la marcha, con ocultarse hasta de los criados?

CONDE. Sí, señor, los acreedores me rompen la cabeza; en los ocho días que hace que estoy de vuelta, apenas he ido á parte alguna; se hubieran echado encima; y hasta ver el resultado de esta intriga me conviene estar oculto; si concluye bien, con el dote empezaré á hacer algunos pagos, y ya es otra cosa; si no, buscaré otro medio; en el ínterin hasta el jockey, que me ha dejado en la posada de la calle angosta de San Bernardo, lo ha creído.

SIMÓN. Bueno, bueno; así ya tiene otro ver; pero me parece que vienen...

CONDE. Retírate, pues; déjanos solos.

ESCENA III

EL CONDE, DOÑA BIBIANA, JULIA.

BIB. Pues tienes muy mal gusto: todo elegante debe tener deudas. Caballero, buenas tardes. (*Bajo.*) Julia, ¡qué traza de hombre! ¡qué figura tan ordinaria!

CONDE. Señoras, á los piés de ustedes. (¡Qué gesto!)

BIB. (A los piés de ustedes, ¡qué vulgaridad tan vieja!)—¿Qué se le ofrece á usted?

CONDE. (No sé cómo empezar.)—Señora, creo que usted debe ser doña Bibiana.

BIB. ¡Doña Bibiana! ¿de dónde viene usted ahora? yo no soy doña Bibiana, ni ..

CONDE. (Calle; si me habré equivocado de casa; me parece que no.)—Señora, ¿no vive aquí don Deogracias de la Plantilla?

BIB. Sí, señor; ¿y qué?

CONDE. Bien, y usted será su señora, doña Bibiana...

BIB. Vuelta con doña Bibiana: ¡qué grosería! ¿no le he dicho á usted ya que no me llamo Bibiana? me llamo Concha, y está usted muy atrasado...

CONDE. (¡Malo! maldita equivocación; sin embargo.)—Concha, es verdad, señora, disimúleme usted: acabo de llegar, traigo varias cartas de recomendación, y una muy interesante para una tal doña Bibiana, y traía este nombre en la cabeza: ¡pero qué tontera la mía! mire usted si sabré cómo se llama usted; soy Bernardo Pujavante, y acabo de llegar de Barcelona. (¡Qué frialdad!)

BIB. ¿Es usted don Bernardo?

CONDE. Sí, señora.

BIB. (*A Julia*) Julia, ¡qué ocasión de venir!

JULIA. ¡Ay, mamá!

CONDE. Y deseando presentarme á ustedes, aunque sé que el señor don Deogracias... (No me escuchan.)

BIB. (*A Julia.*) Si pudiéramos echarle; que no le viera Deogracias... ¿quién sabe si volvería atrás?... voy á decirle que no está en casa.

CONDE. (¡Cielos! ¡qué recibimiento!)—Como don Deogracias está...

BIB. Caballero, mi esposo está fuera, y yo no acostumbro hacer sus veces nunca; puede usted volverse pasado mañana, ó el otro en ese caso... porque, la verdad, aunque he oído hablar algo á mi esposo de un tal Bernardo, de Barcelona, ignoro qué asuntos puede tener con él, y no puedo sin su anuencia meterme en cosas que...

CONDE. (¡Malísimo!)—Señora, ciertamente que no esperaba este recibimiento; ni creo que

usted se halle ignorante de los planes de su esposo; además de esto, yo no he buscado casa en Madrid donde alojarme, porque contaba con esta, como quien viene á ser yerno de don Deogracias.

BIB. ¿Quién? ¿usted? ¿casarse con mi hija? caballero, usted delira; ¿con el hijo de un tapicero? cuidado que es imprudencia; he hablado muchas veces con mi esposo sobre el particular, y ciertamente que no me ha dicho nada de semejante proyecto; ni es posible que una boda de esta clase... y en fin, sobre todo, en cuanto á casa, mientras mi esposo no esté en ella, me es imposible recibir á nadie. (Con esto se irá pronto; estoy en brasas.)

CONDE. ¡Vive Dios! Señora, yo hablaré con don Deogracias; veremos si hablo de memoria; y pondré en conocimiento de mi padre el trato indigno que ustedes me han dado.

BIB. ¡Qué grosería! insultar todavía á la madre de la que quiere por esposa; vamos, Julia, dejemos ahí á ese hombre. ¡Qué modales! ¡Qué diferencia de este al conde! al fin hijo de un tapicero.

ESCENA IV.

EL CONDE, JULIA.

CONDE. (¡Qué rabia! Si pudiera hablar á la hija.) — Señorita, señorita... ¿Usted también?...

JULIA. (No me gusta nada, pero me da lástima.) — Caballero, mamá tiene el genio bastante pronto, perdónela usted sus primeros ímpetus.

CONDE. Ah Julia; no me ha engañado la fama que ha llegado de usted á Barcelona, y ciertamente que no se la puede ver sin comenzar á amarla.

JULIA. Déjeme usted. (¡Cielos! si viniera el conde.) — Déjeme usted, mamá estará esperando.

CONDE. Y bien, ¿qué debo hacer? usted considere el conflicto en que quedo.

JULIA. ¡Dios mío! cierto... pero... suelte usted; yo... mire usted... no entiendo... ¿qué quiere usted que le diga? ¿no oye usted? que me llama, ¡ay! allá voy.

CONDE. Julia, un momento todavía; ¿dónde la veré á usted? prepare usted mejor á su mamá. Un momento. (*Deteniéndola.*)

JULIA. No puedo; tenemos una visita de cumplimiento; está ahí el conde del Verde Saúco, agur.

CONDE. ¿Cómo? ¿el conde del Verde Saúco ha dicho usted? ¡Julia, Julia!

ESCENA V

EL CONDE

¡Cielos! ¡y que me suceda á mí esto! Por Dios que estoy lucido; pues el tal Bernardo tiene el campo á su favor; este hombre me ha engañado, fué una excusa. ¡Qué cólera! ¿y en esta circunstancia qué hacer? A Dios esperanzas y dote. Pero, ¿y este conde del Verde Saúco? estoy curioso, mas gente viene por aquí; ¿será acertado esconderme? sí, tal vez oiré lo que deseo saber.

ESCENA VI

DON DEOGRACIAS, BERNARDO, PASCASIO; EL CONDE, metido en el cenador.

DEOG. (*A Pascasio.*) Pues anda listo, que se va á cerrar la tercena; mira que estoy sin rapé, que sea bueno, del de primera, y á casa de don Pedro con él, que allí te espero; y de lo otro, cuidado con chistar.

PASC. Señor, está bien.

ESCENA VII

Dichos, menos PASCASIO.

BERN. ¿Es posible? ¿con que no era ficción? ¡ah! ¡ah! ¡ah!

DEOG. ¿Qué había de ser? no, señor, duro sobre duro: ya ve usted que hemos empezado pagando bien el alquiler del nuevo personaje.

BERN. La fortuna es que el mismo conde del Verde Saúco lo pagará...

CONDE. (Hablan de mí...)

DEOG. ¿Qué ha de pagar?

BERN. ¿Pues no lo ha de pagar? al momento que esto se acabe, bien ó mal, le buscaré, y le haré reconocer su deuda, y...

CONDE. (¿Qué deuda es esta?)

DEOG. No, señor, no; aunque usted le cogiera por el cogote.

CONDE. (Para descubrirme en esta casa.)

DEOG. ¿No ve usted que es un hombre arruinado, un calavera?...

CONDE. (¡Bravo!)

DEOG. En fin, es seguro que no pagará; á mí

tampoco me importaría, como se lograse el objeto; pero si después mi mujer no cede, si mi hija Julia...

CONDE. (¿Es el padre? no tiene mal modo de estar en caza: ¡qué de engaños!)

BERN. Pero, hombre, ¿cómo le he de decir á usted que su hija me quiere?

CONDE. (¿Qué escucho?)

DEOG. Sí, señor, le querrá á usted mucho...

BERN. Pues no me ha de querer! yo me voy á descubrir á ella; yo no puedo pasar á sus ojos por lo que no soy...

CONDE. (¡Hola!)

DEOG. ¿Volvemos á las andadas?

BERN. Pero, señor don Deogracias de mi alma, ¿hasta cuándo no he de ser yo el mismo que he sido toda mi vida?

DEOG. Hasta mañana; no pido más tiempo.

BERN. ¿Pero ya qué pretende usted?

DEOG. Sí, señor, pretendo todavía. Mire usted, venga usted acá, santo varón, no nos oigan. Esta noche, mi mujer y mi hija no dejarán de ir á su sociedad; ya sabe usted cómo le he dicho que mi mujer me ha obligado á mí mismo á jugar, á perder, en fin, á echarla de elegante.

BERN. Sí, acabe usted.

DEOG. Bueno; pues esta noche fingiré irme con varios amigos, con el barón del Tahurete, ese truhán...

BERN. Sí, señor.

DEOG. Pero, se me olvidaba; en primer lugar usted no puede ir á esa sociedad tratando todavía de pasar por él.

BERN. Adelante.

DEOG. Ya ve usted que es imposible; dentro de un rato se despide usted, se va adonde quiera...

BERN. Bueno, adelante. Usted, usted, ¿qué hace?

DEOG. Pues yo, como le he dicho á usted...

CONDE. (Oigamos.)

DEOG. Finjo irme con esos; no vuelvo por ellas, y cuando estén menos prevenidas... este es el gran golpe, verá usted cómo esto debe hacer un grande efecto.

BERN. Por Dios, adelante.

DEOG. Aguarde usted, porque esta es el alma del plan, es darle la última mano.

BERN. ¡Dios mío! vamos.

DEOG. Hombre, cachaza: ¿no nos oyen?

BERN. No, señor, ¿qué han de oir? ni un alma.

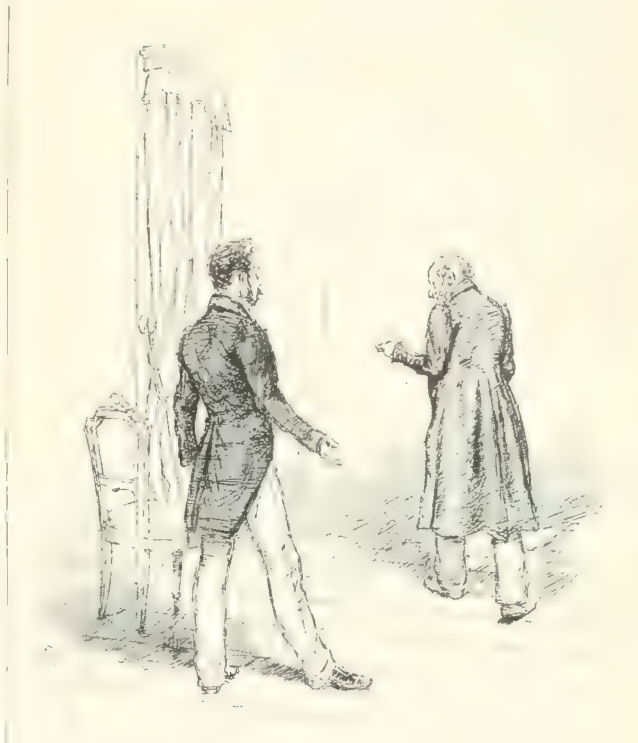
DEOG. Pues, señor, entonces... pero, calle usted; mi hija.

BERN. Por vida del plan...

DEOG. Lo ve usted como hacía yo bien en irme con tiento; voy por mi caja, mientras que ustedes... allá...

BERN. Don Deogracias...

DEOG. Pero, hombre, si vuelvo.



ESCENA VIII

BERNARDO, EL CONDE, y luego JULIA

CONDE. (Por Dios, que llevo adelantados mis asuntos; y no me será fácil salir de aquí.)

JULIA. Señor conde.

CONDE. (¡Conde! ¡bravo!)

BERN. ¡Ah, Julia! soy feliz; ciertamente que para el primer día que nos vemos hemos disfrutado algunas horas de la dicha de vernos juntos.

JULIA. ¡Ah! si me fuera permitido creer que el conde del Verde Saúco me ama tan de veras como dice...

CONDE. (¿Qué oigo? ¿del Verde Saúco?...)

BERN. Julia, ¿puede usted dudar de mi amor?

CONDE. (¿Y yo he de sufrir esto?)

JULIA. No; dudar, nunca; pero, ¿qué sé yo? metido en el gran mundo, en los compromisos de la alta sociedad, qué pocos momentos puede usted dedicar á la memoria de su amada.

BERN. Verdad es; muchos atractivos tiene el

mundo; pero crea usted, Julia mía, que desde que la amo nada hay que pueda distraerme.

JULIA. Sí, lo creo; pero tengo cierto cuidado... dicen que usted es valiente: ¿ha tenido usted muchos desafíos?

BERN. Señora, son compromisos inevitables, un hombre de mi categoría...

JULIA. ¡Inevitables! dígame usted, si tuviese usted una querida...

BERN. ¿Por qué lo ha de suponer usted, cruel, pudiendo usted asegurarlo? ¿no la tengo ya?

JULIA. Sea así, y diga usted, ¿en ese caso tendría usted valor?...

BERN. ¿Quién lo duda? el honor...

JULIA. ¿De irse á matar?

BERN. El honor...

JULIA. ¡El honor! ¡y para tener honor es preciso ser un bárbaro! cruel, ¿y me quiere usted?

BERN. Pero, Julia mía, usted misma me despreciaría si viese que era capaz de rehusar un lance de honor: ¿no es verdad?

CONDE. (No puedo sufrir más; yo le desafiaré. Pues he acertado en mudarme el nombre.) (*Saca una cartera, y escribe con lápiz sobre una hoja que después rompe: deja la cartera olvidada sobre el banco para cerrar la esquela, se va escurriendo hacia la puerta hasta marcharse.*)

BERN. ¿No responde usted?

JULIA. No me ama usted.

BERN. ¡Julia mía!...

JULIA. Mire usted que viene mamá.

ESCENA IX

BERNARDO, JULIA, DOÑA BIBIANA

BIB. Sigan ustedes; parece que el señor conde es tan amable como dicen.

JULIA. Mamá, no sé por qué dice usted eso.

BERN. Su mamá de usted goza siempre de muy buen humor.

BIB. ¿Y no puedo tomar parte en lo que ustedes hablaban?

JULIA. Sí por cierto; decía al señor conde que no me gustan algunas modas como los desafíos.

BIB. Julia, no me parece que es esa la educación que te he dado; no haga usted caso, señor conde; es una niña...

BERN. Señora, dice muy bien. (¡Qué vergüenza! hacer este papel á sus ojos.)

JULIA. Pero, mamá, los desafíos... aquí viene papá, verá usted como es de mi opinión.

ESCENA X

Dichos, DON DEOGRACIAS.

JULIA. Papá, llega usted á tiempo.

DEOG. Dí, hija mía, ¿para qué?

JULIA. Dígame usted; si tuviera usted una querida, y le desafiasen, ¿tendría usted valor de dejarla, y?...

BIB. (*Bajo á don Deogracias.*) ¡Bruto! no vayas á decir alguna gansada... mira que está delante el señor conde.

BERN. La verdad, don Deogracias.

DEOG. (Es fuerza disimular.)

JULIA. Papá, ¿lo piensa usted tanto?

DEOG. Hija mía, te diré, un hombre fino, de cierto nacimiento, no puede rehusar esos lances de honor, y antes morirse que entregar la carta; yo creo que el señor conde pensará como yo.

BIB. (Ya se va civilizando.)

JULIA. ¿Lo cree usted así? ¿de veras?

DEOG. ¿Y por qué no? un hombre bien nacido...

JULIA. ¡Maldito nacimiento!

ESCENA XI

Dichos, SIMÓN con una esquela.

DEOG. ¿A quién busca usted?

SIMÓN. ¿El señor conde del Verde Saúco está aquí?

BERN. (¡Qué nueva diablura! don Deogracias...)

DEOG. (*Bajo á Bernardo.*) Responda usted.—(¡Si será otro sastre!)

BERN. ¿Qué tenía usted que mandarme?

SIMÓN. ¿Es usted?

BERN. Sí, señor; ¿no me ve usted?

SIMÓN. Efectivamente. Se me acaba de dar esta esquela para entregarla á usted en propia mano, y con la mayor prontitud posible.

BERN. (*La toma.*) Cierto... «Al conde del Verde Saúco...» (Alguna entruchada del padre.)—(*A don Deogracias, bajo.*) Esto es también del plan...

DEOG. (¡Puede! vamos que el muchacho me ayuda, y sin decirme nada.)

JULIA. ¡Dios mío! lo que me dice el corazón Señor conde, ¿me permite usted leérsela?...

BIB. ¡Julia! pero, niña..., ¿ha visto usted? ¡qué grosería! ¿dónde se ha visto?...

JULIA. Mamá, si es un favor... nada más... se lo pido á usted.

BERN. Déjela usted; yo no puedo negarle á usted nada. (Sea lo que fuere.)

JULIA. ¡Ay, y qué de prisa se conoce que lo han escrito! y está con lápiz. (*Lee.*) «Señor conde, le supongo á usted un caballero; en esta inteligencia otro caballero, á quien ha ultrajado, le pide una satisfacción. .» ¡Dios mío! mi corazón me lo decía. (*Se apoya sobre el hombro de su madre, llorando.*)

BERN. ¿Una satisfacción? déme usted, cierto; y en el café de... á las... ¿yo?

DEOG. (¡Bueno! á mí se me había olvidado, un desafío; era indispensable: por eso traería él la conversación.)

BERN. (*A Simón.*) ¿Quién le envía á usted? porque esta firma...

SIMÓN. Señor, lo ignoro.

BERN. (¡Bah, bah, bah!) (*A don Deogracias, bajo.*) Don Deogracias... aquella maldita interrupción del plan... pero ya estamos al cabo de la calle, ¿eh?

DEOG. (Sí, que no hubiera dado en ello; pues lerdo es el niño.)

BERN. (Es mucho don Deogracias.) — Pero, ¡Dios mío! Julita...

JULIA. Déjeme usted... desde que hablábamos parece que me tocaba Dios en el corazón.

BIB. Hija mía...

BERN. Pero esto no es nada; yo estoy muy acostumbrado á estos lances; esto es una bagatela, un rasguño, un ojo menos.

JULIA. ¡Un ojo menos!

BERN. Pues, un ojo menos y unas botellas.— (*A Simón.*) Bien, está bien; dígale usted al sujeto que no faltaré.

JULIA. ¿Cómo tiene usted atrevimiento? Papá, ¿y me abandona usted?

DEOG. Hija mía, es preciso dejar correr las cosas; ya te casarás con el señor, pero primero es indispensable que se vaya á romper la cabeza con el insultado: las leyes del honor así lo exigen; el señor conde no es un cualquiera.

BERN. Julia, crea usted que esto no es nada, yo no soy cobarde.

DEOG. Efectivamente, señor conde, y parecería muy mal que por una niña se dejase usted silbar por sus iguales; debe usted romperse, no digo yo su cabeza, pero mil si las tuviera: es una moda muy puesta en razón... y tal vez será porque le haya usted quitado la acera; ¡oh! sí, sí; en ese caso, ¿cómo puede evitarse el lance? y si yo no tuviera prisa, pero es tarde para mí, yo mismo sería su padrino.

BERN. ¿Pero se va usted?

JULIA. ¡Papá!

DEOG. Pero ¿qué quieren ustedes que haga yo? al momento vuelvo á comer y á saber el éxito.

JULIA. Deténgale usted; ¿es posible que sea yo tan desgraciada? ¡ah, maldito honor!

BERN. Don Deogracias, don Deogracias... ya es tarde; corre como un muchacho. Pero, Julia, no se aflija usted, tal vez no se realizará; si es costumbre bárbara, los que la tienen procuran suavizarla: estas cosas son menos de lo que parecen... (*A doña Bibiana.*) Señora, le dejo á usted este sagrado depósito, y marcho á mi obligación.

JULIA. ¡Mamá! ¡ay, se va, y todos le han dejado ir! ¡Dios mío! ¿qué le irá á suceder?

BIB. Vamos, niña, ¿qué le ha de suceder? te vas haciendo muy imprudente; mire usted si no ha de ir á un desafío; ¿pues hay cosa más racional? Pues si antes el conde ha insultado al otro, ¿para repararlo y desagraviarle no le ha de romper después la cabeza? Ven, te echarás. ¡Francisco! ¡muchacha!—Ven, hija mía; sosiégate, bebe un poco de agua y vinagre; eso no es nada; un desafío es para un elegante el pan nuestro de cada día.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

BERNARDO, FRANCISCO

BERN. ¡Hola, Francisco!

FRANC. Señor.

BERN. ¿Ha vuelto ya don Deogracias?

FRANC. Y ha vuelto á salir.

BERN. ¿Vendrá pronto?

FRANC. Me parece que no, porque al salir dijo que se iba á la lonja de ultramarinos, y allí ya se sabe, una hora, lo menos.

BERN. ¡Qué hombre! cierto que es calma. ¿Y las señoras?

FRANC. La señorita está mejor. Cuando vuestra señoría se fué, se echó, no quiso comer; pero después tanto le dijo su madre, que fué preciso levantarse y emperejilarse... y en el tocador están disponiéndose para la noche.

BERN. Bueno, vete; cuando venga don Deogracias, si no entra por aquí, avísame.

BLANC. Bien está.

ESCENA II

BERNARDO

Es mucho don Deogracias; vea usted, y parece un pobre hombre; ¿quién había de decir que había de ingeniarse tanto? porque es innegable que la ocurrencia de crear un desafío es excelente; ello mi trabajo me ha costado hacer bien mi papel con aquel ángel; aquellas lágrimas me partían el corazón, porque, aunque tengo honor y no soy cobarde, no veo esta precisión de matarse á cada instante por un quítame allá esas pajas. ¿Pero quién es?

ESCENA III

BERNARDO, EL CONDE

CONDE. (*Entrando.*) (¡Aquí está mi hombre!)

BERN. (Estoy tan azorado con la parte que falta del plan, que todo se me antoja nuevas invenciones.)

CONDE. Caballero, palabra.

BERN. (¡Qué diablo de hombre!)

CONDE. ¿Usted es el señor conde del Verde Saúco?

BERN. (¡Cáspita! yo no salgo de aquí: fuera no hago este papel; es cosa de don Deogracias; y sin avisarme...)

CONDE. Caballero, ¿oyó usted que le hablé?

BERN. ¡Ah, sí! perdone usted, estaba distraído.

CONDE. Pregunto si tengo el honor de hablar al señor conde del Verde Saúco.

BERN. Sí, señor, yo soy.

CONDE. Muy señor mío:—(tengo de apurarle:) —en ese caso, ya podremos hablar. ¿Habrá usted recibido una esquelita?

BERN. Sí, señor.—(Esto me huele mal; á ser broma, ¿á qué seguirla?...)

CONDE. ¿Y bien?

BERN. ¿Qué?

CONDE. Se le citaba á usted.—(Es cobarde y puedo gallear.)

BERN. Sí, señor.

CONDE. (Apuradillo está.)—¿Y bien?

BERN. ¿Qué?

CONDE. Que usted no ha asistido.

BERN. Verdad que no.

CONDE. Y entre hombres de honor, debe usted saber que... ¿eh?

BERN. (¡Diantre!)—Cierto, pero un compromiso... si usted gusta, podemos...

CONDE. No, señor, ¿para qué? yo soy un hombre despreocupado; yo riño en cualquier parte; me parece que ese jardín...—(Con eso lo oirán en la casa, no reñiremos, y le descubriré.)

BERN. Hombre, ¿aquí? esta no es mi casa.

CONDE. Sí, señor, aquí; desde todas partes hay la misma distancia al otro mundo... vamos.

BERN. Hombre...

CONDE. (Ya le tiemblan las pantorrillas.)

BERN. (*Se levanta.*) Este empeño de que ha de ser aquí... (vaya, eso es broma; las pistolas no están cargadas sino con pólvora, y don Deogracias quiere hacerlo á lo vivo y que oigan el ruido.)

CONDE. Extraño mucho que todo un hombre como usted parezca abrigar unos sentimientos tan cobardes.

BERN. ¡Yo cobarde!...

CONDE. Pues vamos; si mientras más lo piense usted peor le ha de parecer.

BERN. Pero venga usted acá; porque la verdad, á usted don Deogracias no le habrá pagado para que me... y para nuestro plan, aunque yo sepa que no tienen más que pólvora, ya ve usted que eso... en no sabiéndolo ellas...

CONDE. (Ya se entrega.)—¿Qué habla usted? ¿yo pagado? ese es un insulto; señor conde, defiéndase usted.

BERN. (Por Dios que es lance; esto no es broma; este es un asunto del verdadero conde; más sencillo es decirle que no soy el conde.)

CONDE. Vamos, á batirse.

BERN. Pues, señor, camina usted bajo un supuesto infundado.

CONDE. (Ya vomita, pero no le ha de valer; tengo de descubrirle.)—¿Cómo?

BERN. Sí, señor; no escuchen; yo no soy el conde ni...

CONDE. Señor conde, ¿quién lo hubiera pensado de usted? añadir á la cobardía la bajeza de negarse; ¿no es usted el conde? el miedo...

BERN. El miedo, no le conozco; pero hable usted bajo; no lo soy; tengo motivos... en fin, mañana á estas horas le diré á usted...

CONDE. ¿Cómo, usted quiere escaparse? pero veremos si es usted el conde: aquí en esta casa le conocen á usted; veremos si delante de ellos sostiene usted...

BERN. (¿Qué va á hacer?) (*El conde va á lla-*

mar.) Este hombre me descubre. (*Va hacia el conde, le detiene y muda de tono, amenazándole siempre y sujetándole.*) Venga usted acá; soy el conde; sí, señor, nos batiremos, y, sobre todo, aquí, hablar bajo, ó sino...

CONDE. ¿Cómo? ¿usted?

BERN. Chitón, vamos bajando el tono. Si hasta ahora, por motivos particulares, le he parecido á usted un cobarde, sepa que no lo soy; nos batiremos, pero sepamos con quién.

CONDE. (Malísimo.)—Señor, eso no es preciso.

BERN. Indispensable, y pronto.

CONDE. (Es fuerza fingir, porque mi deuda... y este hombre no es el mismo.)

BERN. ¿Eh? ¡vamos!

CONDE. (¿Qué pierdo? Bernardo y más Bernardo, que para él es como no decirle nadie.)

BERN. Vamos.

CONDE. Pues, señor, no me conocerá usted tal vez ya; sin embargo, yo soy de Barcelona, me llamo Bernardo Pujavante.

BERN. ¿Qué oigo? ¿usted Bernardo Pujavante? —(¡Qué es esto!.. ¡ah, ah, ah!)—(*Con sangre fría.*) ¿Conque es usted Bernardo?

CONDE. Sí, señor.

BERN. Mire usted lo que usted dice; sabe usted que ese tal Bernardo le conozco yo, y...

CONDE. ¿Usted?

BERN. Yo, y no se le parece á usted en nada.

CONDE. ¡Bravo!

BERN. Ese Bernardo no es un elegante, no desafía, no dibuja con un florete; pero es un hombre que tampoco se deja insultar de nadie.

CONDE. ¿Se atreve usted?

BERN. Sí, señor, á usted; ¿y por qué? y ahora mismo he de saber quién es usted, ahora, ó va usted á contarlo donde...

CONDE. (Buena la he hecho; ¡qué le haya yo apurado!)

BERN. Se da usted priesa, ó...

CONDE. Señor, la verdad; hablemos claros, yo no soy Bernardo; pero hágase usted cargo de la razón, porque yo me inclino á creer que usted no es tampoco quien dice, y entonces...

BERN. Eso no es del caso, y...

CONDE. Pero, la verdad...

BERN. Dígame usted pronto quién es; yo soy el conde del Verde Saúco.

CONDE. Pues, señor, entonces, si no me deja usted ser Bernardo, no soy nadie.

BERN. ¿Cómo?

CONDE. Porque yo, es verdad que no soy Bernardo, pero he creído siempre ser el conde del Verde Saúco; dispénseme usted.

BERN. ¿Quién, usted?

CONDE. Señor, si usted no quiere... pero aquí tengo papeles que...

BERN. ¡Ah, ah, ah! Pues, señor, es chistoso.

CONDE. Cierto, es preciso confesar que es un lance chistoso.

BERN. Pero usted con el nombre de Bernardo, ¿qué objeto?... yo necesito saberlo.



CONDE. ¡Ah, ah, ah! Aquí no hay más que franquearnos uno con otro; beberemos unas botellas.

BERN. No pienso en eso, porque yo necesito ser conde todavía algún tiempo, á lo menos en esta casa, y yo á usted nunca le daré más satisfacción que ésta.

CONDE. ¡Qué disparate! yo soy un amigo de usted.

BERN. Pues yo no lo soy de usted porque no hay motivo.

CONDE. Vaya, vaya, esto es mejor echarlo á broma, y confesemos...

BERN. Señor mío, usted hará lo que yo quiera, pero gente viene; sálgase usted y chitón, y cuidado con venir aquí á hablar una palabra, y mucho menos á echarla de conde sino cuando yo lo mande.

CONDE. Pero, señor, esto...

BERN. Y mañana á las seis en punto en la Puerta del Sol; necesito saber de usted varias cosas, agur.

CONDE. ¡Y que me deje yo insultar! estoy lucido.

ESCENA IV

BERNARDO, JULIA. (Acaba de anochecer.)

JULIA. (*Con una palmatoria.*) ¡Ay! me he dejado aquí mi pañuelo y mis guantes: sí, cierto, aquí están; ¿cómo los había de encontrar? ¿pero quién está aquí?

BERN. (Julia; ahora me preguntará, y yo me canso de fingir.)

JULIA. ¡Ah! ¿era usted, señor conde? dígame usted, ¿qué ha resultado? ¡cómo me tiene usted!

BERN. (¿Qué la he de decir?)—Nada, amable Julia; lo que le dije á usted, se echaron suertes, tocó á mi contrario tirar primero; pero por fortuna no salió el tiro, y saltó la piedra; yo no quise tirar, y los padrinos se interpusieron.

JULIA. ¡Qué gozo! ¡y ha tenido usted valor de asustarme, y hacerme llorar, ingrato!

BERN. Julia, perdóneme usted si...

JULIA. Que le perdone. . sí, sólo con dos condiciones, y le perdono á usted; pero jure usted cumplirlas.

BERN. ¿Y duda usted?

JULIA. Júrelo usted.

BERN. Sí, lo juro.

JULIA. Me ha de decir usted primero quién es el agresor; segundo, por qué.

BERN. ¡Cielos!

JULIA. Yo lo entiendo; ¿no quiere usted decirlo?

BERN. Bien quisiera, pero me es imposible.

JULIA. ¿Imposible?

BERN. Los hombres de mi clase solemos tener á veces pendientes cinco ó seis asuntos de esta especie, y no saber...

JULIA. ¿Cinco ó seis? Señor conde, ¿y en siendo su esposa de usted hará usted lo mismo?

BERN. Siempre seré el mismo, y no podré...

JULIA. ¿Y no puede usted dejar?... deje usted de ser conde, ó no cuente usted más con mi amor.

BERN. (¡Cielos! ¡qué ocasión!)—Julia, créame usted lo que voy á decirla, y perdóneme usted si la he ocultado hasta ahora...

JULIA. Ya, ya lo entiendo; no diga usted más; usted me ocultaba la causa de este lance; traidor, sin duda alguna otra pasión...

BERN. ¡Yo traidor, otra pasión!...

JULIA. Pues dígamelo usted.

BERN. Julia, ¡otra pasión! yo mismo quiero creer que es algún amante de usted ofendido; sí, no tiene duda.

JULIA. ¿Qué dice usted? ¿qué señas tiene?

BERN. (¡Hola!)—De mi estatura, más alto, ojos negros, gran patilla...

JULIA. Un frac de color, algo usado, guantes verdes.

BERN. Sí, el mismo; y espolines en las botas.

JULIA. El es, él es.

BERN. ¿Le conoce usted, Julia? ¿quién es?

JULIA. No se ha de enfadar usted conmigo...

BERN. Yo, Julia, con usted... cuente usted.

JULIA. Señor conde, ese era un joven con quien tenía papá tratada mi boda antes de conocer á usted; llegó usted, y todo se desvaneció. El estaba fuera; ni aun le conocíamos, pero con la esperanza de mi mano llegó esta mañana; mamá, á quien se presentó, porque papá no le viera, le echó con cajas destempladas, se quejó á mí, me cogió la mano, me habló...

BERN. Concluya usted, ¿cómo se llama?

JULIA. Bernardo Pujavante.

BERN. ¡Bernardo! (Ya lo entiendo: ¡infame conde!)

JULIA. ¿Qué, se inquieta usted? me habló; pero se lo juro á usted, le aborrezco; es grosero, ordinario... ¡qué diferencia de Bernardo á usted! en fin, si cien veces viniera Bernardo á pedirme, si papá se empeñara, si el mundo entero se pusiera de su parte, yo firme le negaría mi mano, perecería, sufriría mil muertes antes que faltar á la fe que debo al conde del Verde Saúco: ¿no me cree usted?

BERN. (*Distraído.*) (El la quiere; ha tomado mi nombre como yo el suyo; ¿pero cómo ha podido saber que yo?...)

JULIA. Creame usted, sí; yo misma le desprecié, le dejé solo; y tal vez él ha averiguado después, le habrá visto á usted entrar y salir...

BERN. Sí, sin duda; estoy loco, loco; Julia, voy á ver á don Deogracias: Julia, téngame usted lástima.

JULIA. ¡Pero qué! ¿qué tiene usted? ¡necia de mí! ¿qué le he contado? ¿será posible?

BERN. Julia, adiós; volveré, pero, créame usted, de otro modo. (*Vase.*)

JULIA. ¡De otro modo! ¡Dios mío! ¡Señor conde! ¿qué es lo que me pasa? (*Se arroja encima del banco de césped y tropieza con la cartera que el conde dejó.*) ¿Qué es esto? una cartera... del conde, sí; pero mamá viene, es fuerza guardarla.

ESCENA V

DOÑA BIBIANA, JULIA

BIB. Pero, hija mía, ¿para buscar unos guantes tanto tiempo? ¡Válgame Dios!... ¿qué tienes? ¿lloras? ¿qué te sucede?

JULIA. ¡Ah! mamá, ¿no sabe usted?...

BIB. ¡Qué! ¿has sabido algo del desafío? ¿ha muerto? ¿salió herido? ¡ay Dios mío! ¡qué desgracia! ¡maldita elegancia! ¡maldita moda! ¡Hija mía!

JULIA. Mamá, sosiéguese usted; no es eso, no; ha salido bien.

BIB. ¿Qué dices? respiro; ni una gota de sangre me había quedado en todo el cuerpo; ya ves, una boda como esta; casarte con el primer elegante de Madrid, si me debía asustar; pero dí, ¿qué es ello? ¿te quería engañar? ¿era un bribón?

JULIA. Mamá...

BIB. ¿Trata de deshacer la boda? ¿no quiere casarse ya? ¡ay Dios mío!

JULIA. Pero, mamá, si...

BIB. ¡Haya picarón! después de pedir tu mano volverse atrás; ¿pero por qué, por qué ha sido todo esto? si eres una necia; tú lo habrás echado á perder; ¿conque es decir que nos ha engañado?

JULIA. Pero, mamá, ¡por Dios! déjeme usted; si no es eso. ¡Qué engaño ni qué nada! si no es eso.

BIB. Hija mía, ya ves tú lo que les pasa á otras; es preciso un ten con ten... vamos, ¿y qué fué?

JULIA. Mamá, Bernardo, Bernardo...

BIB. ¿Dónde está? ¿qué ha hecho?

JULIA. Es él que ha desafiado...

BIB. ¡Atrevido! ¿al señor conde?

JULIA. Sí, señora, y yo he tenido la imprudencia de contarle al conde lo que había pasado, y ha creído sin duda que yo le he querido.

BIB. ¿Le has contado?...

JULIA. Fué inevitable; y si viera usted cómo se puso, loco, furioso; se fué diciendo que iba á papá...

BIB. ¿A tu padre? y á la hora de esta sabrá... si le pudiera prevenir... sí, ya le contaré lo que pasa; yo, yo misma desengañaré al conde; será un infierno la casa, sí, señor, y mi marido lo sabrá ya, y nos lo estará callando; tal vez él mismo le protege; aquí viene: vete al almacén, déjame sola con él.

ESCENA VI

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA

BIB. Ven acá, ven acá; ¿qué es esto que pasa en casa? tú piensas engañarme, pero no lo lograrás; quítatelo de la cabeza, no se ha de hacer tu gusto; ¿callas? ya te entiendo, responde.

DEOG. En buena hora he venido; pero, mujer, ¿qué es ello? ¿yo engañarte?

BIB. Sí, señor, tú: ¿conque está aquí Bernardo?

DEOG. (¡Qué oigo! sabe ya que es Bernardo.) —Pero, mujer, ¿cómo?—(¡Adiós plan!)

BIB. ¿Pues qué, piensas que yo no sé nada? y tú también lo sabías; dí, dí que no.

DEOG. (Este maldito se habrá descubierto, por fuerza.)—Es verdad que lo sabía; pero...

BIB. ¿No digo yo? pues mira, Deogracias, hablemos claros; precisamente como se porta tan bien, presentarse así... con ese descaro...

DEOG. (¿No digo yo que se ha descubierto?)

BIB. Insultando á todo el mundo; eso es burlarse.

DEOG. (No hay sino tener paciencia.)—Pero, mujer, tanto delito es... si él no quisiera á la chica, no hubiera procedido así... ¿no ves que el mismo amor le ha obligado á hacer todo eso?

BIB. Todavía le disculpas; ya está visto que nunca convendremos en este punto; ¿y á qué engañarme y hacerme creer?... vaya, yo... en una palabra, toma tu determinación, ó despide á Bernardo al momento ó ni cuentes con tu mujer, ni con tu hija: ella le aborrece ahora más que nunca: le ha despreciado á él mismo.

DEOG. ¿A él mismo? ¡pobre muchacho!

BIB. Sí, á él mismo, sí; conque haz lo que gustes; pero no lograrás nunca que tu hija se case con ese hombre, por más astucias y por más engaños que fragües... (*Vase.*)

DEOG. ¡Bibiana! esto no tiene remedio, se fué: si es una furia; y yo quisiera enfadarme, pero soy un pobre hombre.

ESCENA VII

DON DEOGRACIAS

La hemos hecho buena; todo mi proyecto por tierra, y en el ínterin mi mujer gastando y triunfando. No, pues el resto de mi plan

se ha de hacer; yo no quiero de la noche á la mañana encontrarme sin un cuarto, disipados mis caudales, no señor; yo guardaré mi oro, yo pondré orden en mi casa: ya que se frustró la boda con ese pobre muchacho, á lo menos no se perderá todo. ¿Pero este imprudente cómo lo habrá hecho? y se lo dije yo... mas él nada, empeñado en descubrirse; pero aquí viene mi hija; me irrito al verla; voy, voy á buscarle: él me dirá... ó á lo menos le consolaré; ¡qué afligido debe estar!

ESCENA VIII

JULIA

Nadie hay aquí; ¡en ese almacén maldito hay tanta gente!... y yo deseando ver mi cartera; del conde es... ¡qué bonita! veamos. (*Lee.*) «Cinco mil reales del tílburi, que no puedo pagar todavía.» Otra deuda; y el tílburi le debe; ¡ah, qué poco me gusta este carácter!... Si me caso con él, yo le corregiré, sí. «Ocho mil reales á la fonda;» ¡más deudas! ¡Dios mío! una carta... ¡qué es esto! «Amada Josefina:» ¡cielos! si me engañará; la fecha es de hoy. «Amada Josefina: Disipa tus sospechas infundadas; es verdad que te he confesado mi plan de boda con la Julia, y que la he pedido; pero ni en esto hay amor, ni siquiera inclinación, sólo una razón de conveniencia; mis asuntos lo exigen, su dote es crecido; en fin, desengáñate, y vuélveme tu cariño; tú misma, cuando me haya casado, y me veas más constante contigo que nunca...» ¡Infame! (*Cae sobre el sillón.*)



ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

PASCASIO

¡Qué embajada! enviarme ahora el conde del Verde Saúco, mi antiguo amo, un recado para que busque una cartera... Sí, dice que por aquí... pues no está; y que dé esta esquela á mi amo; y cuánta cosa me ha dicho, que ya no necesita casarse, que su tía acaba de expirar, que hereda qué sé yo cuánto, y luego que mi amo don Deogracias se ha arruinado esta noche jugando. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué de enredos y misterios, vaya! y lo cierto es que van á dar las seis y mis señores no han venido á recogerse; pues nunca les sucede... pero aquí están.

ESCENA II

DON DEOGRACIAS, después PASCASIO

DEOG. Vamos, que ésta no parece sino una casa de orates: ¡qué desorden! todo abierto, nadie recogido al amanecer todavía, ni aquí hay una alma. Señor, señor, si concluiremos de una vez; ¿este Bernardo dónde estará? por más que le he enviado á buscar, no parece desde ayer tarde; ello es preciso que yo le instruya de todo.—¿Qué quieres?

PASC. Señor, acaban de darme esta carta para usted.

DEOG. Bien, anda con Dios; abre y barre el almacén: temprano empieza hoy la correspondencia, á estas horas... «A don Deogracias, etc... el conde del Verde Saúco:» ¡otra! ¡qué pesado es el tal señor! si volverá á in-

sistir!.. pues yo bien claro hablaba en la mía... ¡eh! luego la leeré, no estoy para perder tiempo. ¡Francisco, Francisco!

ESCENA III

DON DEOGRACIAS, FRANCISCO

FRANC. Señor.

DEOG. ¿Y mi mujer y mi hija han vuelto ya?

FRANC. No, señor. Quien ha estado hace un momento ha sido el señorito que almorzó aquí ayer... tan elegante...

DEOG. ¿Sí, y qué?

FRANC. Mucho le incomodó no encontrarle á usted en casa; dice que ha corrido buscándole toda la noche; que ha oído decir qué sé yo qué cosa de ruina y pérdidas en el juego, y... venía asustado.

DEOG. Calla (¿él también lo ha creído?)—¿y se fué?

FRANC. Dijo que tenía una cita á las seis con un conde ó marqués... ó qué sé yo, pero que volvía al momento.

DEOG. ¡Bueno! pues ahora lo que corre más prisa es buscar á tus señoras; voy á ver si están todavía en casa del barón de la Palma, que parece que se las llevó para consolarlas. Veremos qué tripas les ha hecho la noticia de mi ruina; pero aquí vienen ya, vete; ¡buena mosca traen!

ESCENA IV

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, JULIA

(Entran por el almacén, Francisco abre.)

BIB. ¡Jesús, Jesús, qué noche! parece que estaban conjuradas todas las sotas contra mi bolsillo. ¿Pero es posible que tú también?... pues si veías que yo no tenía fortuna ¿por qué te fuiste á jugar?...

DEOG. Esas reconvenciones son inoportunas, llegan muy tarde; tú misma sabes que nunca había cogido un naipe; tú con esa maldita manía me has llevado al precipicio, porque era el jugar de elegantes; tú me has arruinado de mil modos; los criados, las libreas, el coche para todas partes, los vestidos, los brillantes, las esquelas impresas hasta para dar parte de si íbamos á paseo, los convites, los bailes, los ambigús, en que todo Madrid se ha reído de nosotros; en fin, cuanto ha podido atraernos, juntamente con nuestra ruina, el desprecio de nuestros iguales, la indignación de nuestros superiores, y la mofa y las hablillas del pueblo entero. Ya no tiene remedio, volveremos á empezar á los cincuenta años, si el ridículo que nos hemos echado encima no nos hace morir de vergüenza.

BIB. ¡Pero qué! ¿estamos enteramente arruinados? no es posible.

DEOG. Ya te lo he dicho, hasta el almacén; en fin, no nos queda más que nuestra vanidad.

JULIA. ¡Ah, mamá, cuántas veces le decía yo á usted «no juegue usted!»

BIB. ¿Y qué, querías que yo no jugara? ¿qué importa? tú nada habrás hecho, ni harás; yo me fuí en este conflicto á casa del barón de la Palma; allí he escrito tres esquelas contando nuestra situación á la marquesa del Clavel, al barón de Baraundi, y al duque del Término, y estoy segura de que nos adelantarán... conozco demasiado su amistad, y si ayer perdimos, otro día ganaremos.

DEOG. Así empiezan los caballeros de industria.

BIB. Vamos, vamos á ver si vuelve ese lacayo de la marquesa, que enviamos á las tres partes.

ESCENA V

DON DEOGRACIAS

Tú verás la respuesta de esos marqueses; pero á propósito de personajes, ¿qué me querría el bueno del conde con esta nueva carta? Veamos.

«Señor don Deogracias, es preciso confesar que me he divertido con usted; ¿conque se ha creído que un hombre de mi clase se hubiese de humillar hasta enlazarse con uno de la suya? Han variado las circunstancias, y estoy mucho más en el caso de despreciar á usted que en el de solicitar su amistad. Cuide usted de sus fardos... etc., etc.»

¡Ah, ah, ah! cierto que me importa mucho que el señor conde me desprecie; pero ahora que me acuerdo, ¡ah! si no se hubiera descubierto este infeliz Bernardo, ¡qué ocasión! ¡qué carta! ésta se la achacaría yo á él, como escrita después de haber sabido nuestra ruina: ¡oh, cómo le maldeciría, y entonces qué ocasión de descubrirse! pero aquí están.

ESCENA VI

DOÑA BIBIANA, DON DEOGRACIAS, JULIA

BIB. ¿Quién lo había de pensar de tanta amistad?

DEOG. ¡Qué! ¿han venido las contestaciones de esos amigos tuyos?

BIB. ¡Oh! si nunca les hubiera escrito: mira tú, llamándome la marquesa del Clavel «la señora comercianta,» y el duque del Término: «dígale usted á la tendera,» y que lo sienten mucho; ni se han dignado contestar. ¡Dios mío! ¡qué ignominia!

DEOG. Ya me lo figuraba yo eso...—(Esto va á las mil maravillas.)

BIB. ¡Infames!

JULIA. ¿Qué es esto que nos sucede?

BIB. Aun nos queda una esperanza.

DEOG. ¿Cuál? ya te entiendo; gracias á este escarmiento, ya pensarás con más juicio. Bernardo tal vez.

BIB. ¿Quién? ¿Bernardo? ¿vuelves á tu porfía? no ha de ser, no señor. El conde del Verde Saúco; ese quiere de veras á mi hija, aunque te pese; ese nos sacará de este apuro.

DEOG. ¿Quién? ¿el conde del Verde Saúco?

JULIA. (¡Dios mío! ¡en qué ocasión! yo le aborrezco.)

BIB. Ese es el único...

DEOG. (¿Qué es esto? ¿sí habrán visto al verdadero conde? él la quería, es cierto; ayer noche no estuve con ellas, y, como ya habían descubierto á Bernardo, le admitirían; él las obsequiaría; y esta última carta la escribiría después de saber mi ruina; de cualquier modo que sea, nada arriesgo en enseñarla.)

BIB. ¿Qué piensas? ¿qué dices?

DEOG. Mujer, no quería hablarte de esto; pero mira una carta que acabo de recibir del conde. (No hay remedio, le han conocido esta noche, no se habrá marchado; claro está que no, cuando me escribe.)

JULIA. ¡Dios mío! ¡añadir la infamia á la traición!

BIB. Ya no hay ninguna esperanza.

DEOG. (Me dan lástima; pero demos el último golpe.)—En fin, me parece que ya no queda más recurso que Bernardo; él es generoso, está enamorado, en sabiendo nuestra situación...

JULIA. ¡Ah, papá, nunca, nunca! Después del desaire hecho á Bernardo por el conde, sería para mí un verdugo su generosidad; he sido engañada, lo confieso; pero esta situación en que nos vemos deja una herida demasiado profunda en mi corazón, y harto haré en poder olvidar un amor neciamente puesto en un hombre indigno de ser querido, ni de querer.

DEOG. Hija mía, ¿pero ese amor cuándo se formalizó? ¿de cuánto tiempo? ó yo estoy loco.

JULIA. Papá mío, pocas horas han bastado; pero no haga usted mi tormento mayor, recordándome mi ligereza.

DEOG. ¡Pobrecita!... (Mas Bernardo viene; ¡en qué ocasión tan mala!)

ESCENA VII

DON DEOGRACIAS, DOÑA BIBIANA, JULIA, BERNARDO

BERN. Familia desgraciada, hermosa Julia...

JULIA. Aparte usted, aun tiene usted atrevimiento...

BERN. Julia, ¿qué mudanza?...

JULIA. Tome usted, tome usted las pruebas de su cariño... (*Le da su carta y la cartera.*)

DEOG. (Está loca; ¡pobre muchacha! le da á Bernardo la carta del conde.)

BERN. Julia, basta de ficción; esto no es mío.

JULIA. ¿No es de usted?

BERN. Ni soy el conde del Verde Saúco, ni nunca lo he sido.

BIB. ¿Qué dice?

JULIA. ¿Usted no?

BERN. Efectivamente, el conde verdadero del Verde Saúco es el dueño de esta cartera.

JULIA. ¿Quién?

BERN. El que se ha presentado á ustedes diciéndose Bernardo.

JULIA. ¡Papá!—¿Y usted quién?...

BERN. Yo soy el único Bernardo...

JULIA. ¿Usted?

BIB. ¿Usted?—Hombre, ¿qué dices?

DEOG. Sí, el señor; ¿pero qué, no lo sabías ya? ¿pues no me dijistes, mujer, que sabías que Bernardo estaba aquí? yo creí que habías descubierto que el señor era Bernardo, y no el conde, como suponíamos.

BIB. ¡Jesús, Jesús! yo sueño.

BERN. Señora, es cierto; y en pocas palabras le prometo aclarar el resto de duda que pueda quedarle. Bástele ahora saber que soy Bernardo Pujavante. En este momento me he visto con el conde, á quien yo había citado esta mañana; nos hemos franqueado uno á otro, y todo está corriente. Sólo,

pues, resta, Julia mía, que usted me perdone este ligero engaño.

JULIA. ¿Por qué le ha usado usted conmigo?

BERN. Me equivoqué; ahora conozco que no merecía usted esta ficción; pero vengo á enmendar mi yerro, ofreciendo á usted con mi mano una remuneración en mis bienes del mal trato de la suerte.

BIB. ¡Qué nobleza! ¡y qué vergüenza para mí!

BERN. Sólo apetezco que su mamá de usted...

BIB. Venga usted á mis brazos, noble joven, aunque no soy digna de ellos; estoy corregida de mi manía.

JULIA. ¿Conque ya no tendrá usted desafíos, ni trampas, ni?...

BERN. Jamás, Julia; el amor y la virtud en una honràda medianía nos harán felices, y el trabajo y la economía los indemnizará á ustedes...

DEOG. No hay necesidad, ven á mis brazos, Bernardo, hijo mío; llegó el caso de descubrir el resto de mi plan: mi ruina es supuesta.

BIB. ¿Qué dices?

JULIA. ¡Papá!

BERN. ¡Supuesta!

DEOG. Sí, hijos míos; quise aplicar este último correctivo á la locura de mi mujer; ha surtido efecto; y me doy por contento si conoce á lo que se expone el que trata de salirse de su esfera.

BIB. ¡Ah! esposo mío, perdona...

DEOG. Harto recompensado estoy si puedo cimentar mi futura felicidad en tu escarmiento; desde hoy te volverás á llamar Bibiana, y, á pesar de la moda y del buen tono, mandaré yo en mi casa. Casaremos á nuestra hija, y nos honraremos con el trabajo; que si algo hay vergonzoso en la vida, no es el ganar de comer, siendo útil á la sociedad, sino el no hacer gala cada uno de su profesión cuando es honrosa.

FIN DE LA COMEDIA



MELODRAMA DE GRANDE ESPECTÁCULO EN TRES ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

ROBERTO DILLON
ANA DILLON, su mujer
PATRICIO DILLON, su hijo
ISABEL DILLON, su hija
EDUARDO, amante de Isabel y amigo de Dillón
DERMOD, enemigo de Dillón, hombre falso, vengativo, etc.
Milord FITZ WILLIAM, diputado de la corona de Irlanda
JORGE, criado antiguo
MARIA, su hija, criada
MAURICIO, jardinero de Eduardo, prometido de María
UN MOZO
UN ASESOR
UN MINISTRO
UN OFICIAL
UN CRIADO
Jurados, amigos de Dillón, escribanos, alguaciles, guardia, pueblo, etc.

La acción pasa en Dublín, ciudad de Irlanda, á fines del siglo XVI, en el reinado de Isabel de Inglaterra. Los dos actos primeros en la casa de Roberto Dillón, y el tercero en una sála de las casas consistoriales

ACTO PRIMERO

El teatro representa el jardín de la casa de Dillón; un parapeto de unos dos pies de altura cierra el fondo; en medio una verja, del otro lado de la cual se ve la muralla, y diversos caminos que suben hasta ésta haciendo varios sesgos. Al horizonte el campo. En el interior del jardín, y á la derecha del actor, se ve la entrada de un vestíbulo que conduce á la casa; á la izquierda, enfrente de éste, un bonito pabellón de jardín, á la sombra de algunos árboles: hay varios bancos colocados á trechos.

ESCENA PRIMERA

JORGE, MAURICIO (Al alzarse el telón, Mauricio, con un envoltorio en la punta de un bastón, llega por la muralla y se para delante de la verja.)

MAUR. (*Forcejeando para abrirla.*) ¡Oiga! Este pestillo no se levanta: no parece sino que la verja está cerrada. ¡Diantre! ¡Ah! ¡toma! ya sé en qué consiste; es que no está abierta. Llamaré... (*Da golpes.*) ¡Señor Jorge, señor Jorge!

JORGE. (*De adentro.*) ¡Aquí está, aquí está! (*Sale del vestíbulo poniéndose el vestido.*) Aguarda un poco, me estoy vistiendo. (*Se abotona muy despacio.*) ¿Quién diantres llamará ahora? Me parece que el señor Dillón no espera á nadie y... Toma, toma, ¿no es Mauricio?

MAUR. Sí; soy yo, que estoy aquí.

JORGE. ¿Cómo? ¿Eres tú, muchacho?

MAUR. En persona, señor Jorge.

JORGE. ¡No es posible!

MAUR. Sí, señor. ¡Abridme, que os traigo buenas nuevas!

JORGE. ¿Buenas nuevas? Aguarda, voy por la llave de la verja. (*Entra en la casa y vuelve á salir.*)

MAUR. Daos prisa; estoy deseando abrazaros, y en particular á María.

JORGE. (*Con una gran llave.*) ¡Pobre muchacho! Y María, que no le espera... (*Ríe.*)

¡Ah, ah, ah, qué contenta se va á poner! ¡Eh, eh, eh!

MAUR. ¡Buenas tardes! Señor Jorge, dejadme que os abrace.

JORGE. Ven acá, muchacho, ven acá. (*Se abrazan.*)

MAUR. ¡Eh, eh! ¿Y cómo está mi María, vuestra hija, eh, eh, mi novia?

JORGE. Como todas las muchachas cuando están esperando con ansia el día de boda.

MAUR. ¿Cómo? ¿Pues qué... tiene calentura, ó?.,.

JORGE. ¿Calentura? ¡qué! ¡Está más gorda qué una mula, y contenta como unas pascuas! Ríe, canta y charla más que cuatro.

MAUR. ¡Eh, eh! ¡Pobrecilla! Pues á mí... señor Jorge, me sucede todito lo contrario: cuando estoy enamorado, me seco y tengo una cosa... ya se ve... va para tres meses que no he visto á mi María... Cuidado que es una buena temporada para estar uno... ¿eh?

JORGE. Ya se ve; pero primero es la obligación. Dejaste á tu futuro suegro para ir á cuidar á un pariente anciano y enfermo; hiciste una buena acción; pero tu ausencia no te ha hecho perder ni un tantico así en el corazón de mi hija: ella sabe que eres un buen muchacho, un excelente jardinero; y y sino ahí estaba el señorito Eduardo, tu joven amo, que se hacía lenguas de tí antes de marcharte á Edimburgo: ya sabes que fué á su casa á pedir á su familia su consentimiento para casarse con nuestra señorita. Mira, Mauricio, ten un poco de paciencia, y cuenta conmigo. Tu boda con María se hará al mismo tiempo que la del señor Eduardo con la señorita Isabel.

MAUR. En hora buena: no deseo otra cosa... ¡Qué feliz voy á ser!

JORGE. Ahora bien, ¿y esas buenas nuevas que me traes?

MAUR. ¡Toma! (*Tristemente.*) Mirad, la primera es que mi tío se ha muerto.

JORGE. ¡Ay! ¡Pobre hombre!

MAUR. (*Enjugándose las lágrimas.*) ¡Ah! ¡Yo lo creo! ¡Pobre hombre! Gracias á Dios, hace tres días que tuvimos la desgracia de perderle.

JORGE. ¡Lo que somos!

MAUR. Eso digo yo... ¡Caramba! ya se ve, no podía durar mucho desde que había dado en la flor de tener un ataque de apoplejía todas las semanas.

JORGE. ¿Apoplejía?

MAUR. Sí: los médicos dieron en sangrarle tanto para que no se muriese, que no pudo vivir más. Y eso que... es preciso decir una cosa como otra; ellos llevaban ya la cura en muy buen estado, según decían, y era una gran cura aquella. Así es que óigalos usted; ¡ellos mismos lo decían! Sí, señor, que á no haberse muerto mi tío de este ataque, hubiera podido ir tirando algún tiempo más.

JORGE. ¡Mira tú que desgracia! Por un poco ya... y joven todavía.

MAUR. ¡Ya se ve! Setenta y siete años no más, que ha sido una compasión: ya os podéis figurar que no habré tardado en dar la vuelta á la ciudad. Como que me esperaba mi jardín y María, y vos mismo... Pero no está ahí lo mejor; hay otra buena nueva que no esperaba yo tan pronto. Llegaba yo por una parte, y estaba llegando el señor Eduardo por otra.

JORGE. ¿Qué dices? ¿Ha llegado el señor Eduardo?

MAUR. ¡Toma! Si le he dejado á una legua de aquí. Mauricio, me dijo, véte, y en estando allá avisa mi llegada á la familia del señor Roberto Dillón; díles tantas cosas, y que no tardaré mucho más que tú en estar á los pies de la hermosa Isabel, y que el corazón, y el alma, y... ¡qué sé yo cómo dijo! El alma... pues... en fin, por ese estilo...

JORGE. Sí... ¿Y te estabas sin darme esa buena noticia? ¡Qué alegría para mis amos! ¡Oh! aquí todos queremos á ese señor Eduardo. Vamos, vamos á avisar á todo el mundo. ¡María! ¡María!

MAR. (*De adentro.*) ¡Voy, allá voy!

MAUR. (*Conmovido.*) ¡Eh, eh! Es su voz... ¡Cómo me late el corazón! Señor Jorge, llamadla otra vez.

JORGE. Preciso será llamarla. ¡María! ¡María!

MAR. (*Lo mismo.*) Un momento, padre, un momento; me estoy poniendo el vestido de los días de fiesta para bailar esta noche. Ya me estoy acabando de vestir.

MAUR. ¡Eh, eh! decidla que no acabe: me gusta oir su voz.

ESCENA II

Dichos, MARÍA (María sale muy despacio acabándose de arreglar el vestido.)

MAR. ¿Qué sucede, padre, para tanta prisa? ¿Hay fuego?

JORGE. ¡Fuego, eh, fuego! Sí, señora, fuego.

MAR. (*Mirando al rededor.*) ¿Dónde? Pues...

MAUR. (*Escondiéndose detrás de Jorge.*) ¡Eh! ¡Qué guapota está!

JORGE. (*Cogiéndola del brazo.*) Vamos, ¿qué miras? Tonta, ¿qué haces? Mira aquí enfrente de tí, levanta la cabeza... allí... (*La coloca enfrente de Mauricio.*)

MAR. (*Palmoteando.*) ¡Ah, ah, ah! ¿Qué veo? (*Riendo.*)

MAUR. ¡Eh, eh! Estás viendo á tu novio, María.

(María suelta una carcajada palmoteando de gozo, y Mauricio llora enternecido.)

MAR. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué alegría!

MAUR. ¡Eh, eh! ¡Qué gozo!

JORGE. Eso es: llorad y reid como dos tontos, mientras que yo voy á alborotar á todo el mundo para anunciar la próxima llegada del señorito Eduardo.

MAR. ¿Llega el señor Eduardo? Corred, padre, corred: mientras que vos los avisáis, yo charlaré aquí con Mauricio.

JORGE. ¡No veo de gozo! Ciertamente parece que la Providencia nos envía á nuestro querido señor Eduardo en una ocasión como esta, en que tanta necesidad tiene toda la familia de consuelos... Hablad, hablad, hijos míos.

(Va á quitar la llave de la verja, y entra en la casa.)

ESCENA III

MAURICIO, MARÍA

MAUR. (*Mientras que María acompaña hasta la puerta á su padre.*) (¡Tanta necesidad de consuelos! ..)—¡María!

MAR. ¿Qué?

MAUR. ¿Qué quiere decir eso de consuelos? ¿Ha sucedido alguna desgracia en casa del señor Dillón?

MAR. ¡Ah! ¡Pobre Mauricio! Aquí no hemos tenido más que desgracias desde que te fuiste. Yo creo que nos han hecho á todos mal de ojo. Yo he dejado á mi padre marcharse solo, porque quería contártelo todo.

MAUR. Bien hecho, María: dí, ¿y qué ha sucedido?

MAR. ¡Caramba! ¡Muchas cosas, cosazas! Mira, lo primero y principal, el señor Dillón tiene enemigos en la ciudad.

MAUR. ¡Toma! Eso ya lo sabía yo, y mi amo también. Como el señor Dillón es católico, como dicen, y su familia también, y tienen su creencia y su religión, distinta de las demás gentes del pueblo, que somos protestantes... y como aquí desde esta última persecución no creo que ha quedado más familia principal católica que ésta, creo que por eso la tiene entre ojos el lord diputado.

MAR. ¡El lord diputado! Ya... ¿Y sabes tú lo que dice á eso el señor Dillón? Dice que en lugar de meterse en la conciencia del prójimo, más le valía al diputado, ya que es el primer magistrado, administrar la justicia como la reina manda, igual para todo el mundo, sin distinguir de personas, ni si este piensa así, ó del otro modo.

MAUR. Y que tiene razón.

MAR. Ya se ve: mira, Mauricio, tú y yo tampoco somos católicos, y con todo y con eso todos los días me acuerdo de mis buenos amos en mis oraciones; y si todos los que los calumnian viesen como yo su bondad y su dulzura, y el cariño que tienen á sus hijos, y luego aquella honradez en todas sus cosas, y aquella caridad con los pobres, yo te aseguro que bien pronto tendrían todos á esta familia por un modelo de virtudes, en lugar de mirarla como un objeto de escándalo, que así dicen por ahí.

MAUR. Anda, déjalos que digan.

MAR. Y luego hay más: mis buenos amos tienen otros motivos de disgusto. ¿Ya conoces al señorito Patricio, el hermano de la señorita Isabel?

MAUR. ¡Toma! El hijo del señor Roberto Dillón.

MAR. El mismo: muy buen muchacho.

MAUR. Y que sabe más que un doctor.

MAR. Yo lo creo, es la esperanza de la familia.

MAUR. Y bien, ¿qué le ha sucedido?

MAR. No se sabe nada.

MAUR. ¡Oiga!

MAR. Ya te acuerdas de que él era siempre un poco tristón... melancólico... pero eso no valía nada: ¡con todo y eso era tan amable con toda la familia! Pues bien, Mauricio, el señorito Patricio está desconocido.

MAUR. ¡Bah!

MAR. Lo que oyes. Desde que ha hecho amistad con un tal Dermod, un amigote del lord diputado, muy mal hombre, estoy segura de ello, porque su misma cara lo dice, es otro enteramente: yo, de buena gana creería que lo ha hechizado, Dios me lo perdone.

MAUR. ¿Hechizado?

MAR. ¡Vaya!

MAUR. ¡Bien podía ser! Ya se han visto casos...

MAR. Figúrate tú que no come, ni bebe...

MAUR. ¡Ay! De fijo. ¡Qué flaco debe estar!

MAR. En cuanto amanece sale de casa, y cuando vuelve se encierra. Siempre está triste, con una cara... Da miedo. Ya te puedes figurar cómo estará toda la familia; desconsolada. Darían cuanto poseen por averiguar lo que tiene.

MAUR. ¡Caramba! si estuviera hechizado...

MAR. Yo, mal haya si no creo que son cosas de ese maldito señor Dermod. ¡Picarón! La prueba es que él siempre anda escondiéndose para ver al señorito, temiendo encontrarle con alguno de la familia; y ¡luego tiene una cara de misterio y de mala intención!!!

(Dermod baja de la montaña, y viendo la verja abierta entra y se adelanta lentamente con cierta zozobra.)

ESCENA IV

Dichos, DERMOD (María prosigue hablando sin ver á Dermod.)

MAR. Mira, como soy me alegraría de que vieses al tal camandulón, con su mirar torvo, con su boca torcida, que parece que siempre se está riendo, con sus cortesías hasta el suelo, y en fin, con su facha de condenado, y de...

DERM. (*Deteniéndose á algunos pasos de María, y saludando en voz baja y con cierta dulzura afectada.*) ¡Buenos días, hija mía!

MAR. (*Volviéndose.*) ¡Ay!

DERM. ¿Qué es eso, María? ¿Me tenéis miedo? Pues creed que la pureza de mis designios...

MAR. ¿Miedo? Sí, señor, algo hay de eso.

MAUR. (*Observándole.*) María, ¿es éste tu Dermod?

MAR. Sí; mírale bien.

MAUR. Le he conocido sólo con verle.

DERM. ¿Se puede ver á vuestro señorito?

MAR. Señor, yo no sé. Si queréis entrar en casa...

DERM. No, yo... yo... prefiero aguardarle aquí. Tened solamente la bondad de decirle que su amigo Dermod se ha prestado á sus deseos.

MAR. ¡Ah, es el señorito el que os busca! Voy á decirle que estáis aquí.

MAUR. (Y es verdad que tiene cara de pícaro.)

MAR. (*A Mauricio.*) Ven, Mauricio, ven: no quiero que te quedes solo con ese hombre.

MAUR. ¡Caramba! No, no, ¡Dios me libre!

(Coge su envoltorio y su bastón, y se entra con María en la casa.)

ESCENA V

DERMOD

El joven Dillón me ha enviado á llamar: esto es bueno. ¿Tendrá por fin el valor, ó bien la debilidad de ceder á las lágrimas de Hortensia, á los deseos de su familia, que obra sin saberlo por mis mismas sugestiones; y en fin, á mi ascendiente? Sí: ya hace demasiado tiempo que lucha consigo mismo: llegó el momento de sucumbir: no ha sabido sofocar su amor, y su amor triunfará: Dillón renegará de su religión: estoy demasiado interesado en ello para abandonar en estos momentos la victoria. Se lo he prometido al lord diputado, y he presenciado yo mismo su gozo. ¡Qué triunfo para él si pudiese, gracias á mis esfuerzos, atribuirse á los ojos del gobierno y de todo Dublín la separación de la religión católica del hijo de la principal familia de la ciudad, de la única rica que ha podido resistir á las persecuciones! ¡Ah! Este sería un golpe mortal para la familia de Dillón, la venganza más segura y más cruel que puedo tomar de ella. ¡Inflexible anciano! ¡Cuán lejos estás de sospechar que al cumplir con tu obligación, al denunciar ante los síndicos á aquel mercader extranjero que mantenía relaciones con el famoso pirata escocés, al hacerle expulsar ignominiosamente de este pueblo, sólo recayó sobre mí el efecto de esta medida; que aquel hombre no era sino mi agente secreto, y que por consiguiente me has cortado la fortuna más rápida! ¡Ah! Tu celo te costará bien caro. No hay enemigo despreciable. Yo te arrebataré á tu mismo hijo, yo consumaré tu desesperación, y ¡ay de tí si llego á encontrar una coyuntura, un pretexto para acusarte! Pero alguien se acerca: ¡ah! es el joven Dillón.

ESCENA VI

DERMOD, PATRICIO (Patricio se acerca lentamente con ademán triste y meditabundo.)

DERM. (*Observándole.*) ¿Qué significa ese aire taciturno y abatido? ¿Si me habré lisonjeado demasiado pronto? (*Alto, cogiendo la mano á Patricio.*) ¡Vaya! Querido amigo, aquí estoy ya; me habéis enviado á llamar. ¿Os habéis decidido ya á ceder?... ¿Llegó el caso de dejaros en los brazos de una familia que os ofrece la mujer más amable y más hermosa de?...

PAT. Dermod, os agradezco el interés que tomáis por mi suerte; pero, ya lo sabéis, la fortuna no es para mí; si alguna vez acaso llego á entrever la menor vislumbre de felicidad, sólo se me presenta rodeada de escollos y de precipicios, de obstáculos insuperables. ¡Ah! ¡Qué de esfuerzos he hecho desde los primeros años de mi juventud para lograr algún día esa dicha que no puedo comprar sino á costa del honor! Conmovido al oir las hazañas de nuestros guerreros, la gloria me deslumbró, y senté en mi interior el valor de los héroes. Una preocupación funesta, la diferencia de religión, que nos hace á los católicos de Irlanda viles esclavos de los reformados de Inglaterra, me obstruyó la carrera de las armas. Indignado de tan escandalosa injusticia, volví mis ojos hacia ese arte sublime, tal vez más poderoso que aquéllas, hacia esa elocuencia noble y enérgica que resuena desde el foro en todos los extremos del universo, que truena contra el error, que persigue el vicio y que combate la mentira á fuerza de luminosas verdades. La misma preocupación me arrojó con brazo de hierro del santuario de las leyes. Siempre, siempre la misma preocupación viene á cerrarme todas las puertas. Mi corazón se ha exasperado, y he llegado á aborrecer una existencia de que no puedo hacer el uso que me dicta mi albedrío. Los hombres han llegado á serme odiosos, y yo mismo no sé á qué extremo me hubieran podido conducir mi abatimiento y mi desesperación, cuando el amor vino de repente á llenar mi alma de un fuego nuevo para mí; creí hallarme trasportado á otro universo: Hortensia fué el ídolo de mis pensamientos, el principio de mi vida: ¡ah! conocí, no sin estremecerme, que esta pasión terrible iba en fin á decidir de mi suerte.

DERM. ¡Ah! Y por esta vez no hallasteis oposición; Hortensia os adora.

PAT. Sí: ¡pero también se ha levantado entre nosotros esa barrera fatal! ¡Sé perjuro, me dicen, y serás dichoso! ¡Cómo si pudiese aspirar á la dicha quien no se estima á sí mismo, quien no posee el aprecio de sus semejantes!

DERM. Querido amigo, ¿llamáis perjurio al abrir los ojos á la luz de la verdad, el?...

PAT. ¡Silencio! Dermod, respetemos mutuamente lo que nuestros padres han respetado. Si uno de nosotros gime en el error, sólo Dios puede juzgar nuestra causa.

DERM. (*Algo cortado.*) ¿Con qué objeto, pues, me habéis llamado?

PAT. Ya sabéis que la familia de Hortensia me ha prohibido la entrada en su casa.

DERM. ¿Cómo? Ella os abre los brazos; vos sois el que os negáis...

PAT. Dermod, ¡todavía no desespero! No, el padre de Hortensia no puede desear mi muerte ni la desgracia de su hija: amigo mío, vos, que llevado de la piedad os ofrecéis á servirme de intérprete, en nombre de la amistad entregad sin demora esta



carta al padre de mi querida. (*Se la da.*) Ahí va mi última esperanza. Si rehusa mis proposiciones, no hay remedio para vuestro amigo.

DERM. ¿Qué le prometéis para lograr la mano de su hija?

PAT. Prometo, juro respetar la creencia de mi esposa, y respondo de que mis parientes participarán de mis sentimientos para con ella.

DERM. ¿Lo exigís, amigo mío? ¡Ah, cuánto más fácil sería y más seguro!...

PAT. Por Dios, Dermod, dispensadme mi flaqueza.

DERM. (Cederá, cederá; dejemos obrar al amor.) (*Alto.*) Voy á ver á Hortensia y á su padre: ¿dónde nos veremos?

PAT. En este mismo jardín.

DERM. (*Sorprendido.*) ¡Aquí!

PAT. Mi padre espera de un momento á otro á un amigo íntimo de toda la familia. Eduar-

do acaba de llegar, y yo no puedo separarme de aquí.

DERM. Basta: antes de una hora estaré de vuelta. (*Se oye ruido.*) ¿Qué es eso?

PAT. Es mi familia; retiraos. ¡Ah! Si mi padre llegase á saber mi flaqueza... Adiós, adiós, amigo mío; en vuestras manos encomiendo mi esperanza y mi vida. (*Dermod sale por la verja y sube á la muralla.*) Evitemos las miradas de mi padre, sobre todo las lágrimas de mi madre. Ocultémosles mis padecimientos. ¡Aquí están! ¿Dónde me esconderé? ¡Ah! Entraré en este pabellón... No puedo soportar ya ni su ternura ni su enojo.

(Entra en el pabellón, y Dermod desaparece á lo lejos en el instante mismo en que sale la familia de Dillón de la casa.)

ESCENA VII

DILLÓN, ANA, ISABEL, JORGE, MAURICIO, MARÍA

ANA. (*A su marido.*) Ya lo ves, esposo mío, nuestro hijo huye de nosotros.

ISAB. Pero, madre mía, ¿qué tiene?

ANA. Isabel, tanto tu padre como yo lo ignoramos, absolutamente.

MAR. ¡Señor Dillón, señor Dillón! Mirad allá abajo el señor Dermod, ¡ese malvado que vuelve loco á nuestro señorito!

DILLÓN. María, te prohibo que hables en esos términos de un hombre á quien apenas conocemos, y á quien mi hijo trata como amigo. ¿Por qué has de suponer en él el designio de perturbar la tranquilidad de una familia de que no puede tener queja?

ANA. Verdad es; pero confiesa que esa amistad tan extraña...

DILLÓN. Me da que pensar, lo confieso: sin embargo, puede ser inocente, y es una injusticia acusar á nadie sin datos... Querida Ana, tratemos de volver á nuestro hijo al seno de unos padres que le adoran por medio de la indulgencia y de la ternura. Pocas reconvenciones sobre todo: es preciso no exasperar un corazón que parece tan próximo á cerrarse á los dulces sentimientos de la naturaleza.

ISAB. No lo creáis, padre mío, nunca ha dejado mi hermano de querernos.

JORGE. Si el amo quisiera hablar á su hijo, yo iría á mandarle...

DILLÓN. No, Jorge: ¡nada, nada de órdenes! Creería comparecer delante de un juez. Esperemos que él venga á hablar á su padre; la llegada de Eduardo torna la esperanza á mi corazón afligido: la tierna amistad que le une con mi hijo tendrá tal vez más imperio sobre él...

ISAB. Sí, yo os lo aseguro: ya sabéis que Eduardo me da gusto en todo. Pues bien, yo le diré que es preciso que indague la causa de la tristeza de Patricio, y que le restituya á su familia si quiere verme feliz.

ANA. ¡Isabel! (*A su esposo.*) Roberto, no perdamos las esperanzas.

ISAB. Dices bien; recobremos la alegría para recibir á Eduardo.

MAR. Tiene razón la señorita, todo saldrá bien.

JORGE. ¡Ah! En cuanto á eso de recibir al novio de nuestra señorita, creo que tendremos función, algo de baile, y...

ISAB. Sí, madre mía, sí; ¡cuán agradable me sería sorprenderle!

JORGE. Se puede convidar á los amigos de la casa.

ISAB. Sí, para un baile: (*Cortada.*) digo, si mamá lo permite.

ANA. Dispónlo tú, querida Isabel; por hoy te cedo toda mi autoridad.

ISAB. ¿De veras? Pues bien, ya veréis el uso que hago de ella. María, Jorge, Mauricio, vamos, pronto, escuchadme todos, voy á daros mis órdenes.

JORGE, MAR. y MAUR. Aquí estamos, señorita, aquí estamos.

(Rodean á Isabel, quien da á cada uno sus instrucciones.)

ANA. (*A su marido.*) Y tú, ¿no saldrás al encuentro á Eduardo?

DILLÓN. Ya tengo dadas mis órdenes con esa misma intención. Efectivamente Eduardo no es un extraño para nosotros; ya es uno de nuestros hijos, y voy á buscarle para traerle á tus brazos.

JORGE. Está entendido, señorita; nada se olvidará. En primer lugar, María va á disponer el cuarto del novio. En cuanto á Mauricio, puesto que él dice que le agrada más, no hay más que poner una cama, como de costumbre, en ese pequeño pabellón.

MAUR. ¡Toma! Es la habitación del jardinero, y puede uno cantar por la madrugada sin miedo de dispertar á nadie.

JORGE. En primer lugar, vuelo á convidar á la fiesta á todos los amigos de la casa, sobre todo á los más jóvenes, puesto que se trata de bailar. En cuanto á los preparativos de la función...

ISAB. De todo lo demás yo me encargo con María y Mauricio.

UN CRIADO. Señor, los caballos están prontos.

ISAB. ¡Hola! Padre mío, ¿vais á buscar á Eduardo?

DILLÓN. Sí, querida Isabel. ¡Qué! ¡ya estás toda turbada! Vamos, no pierdas tiempo, da tus disposiciones para la función. Hasta después.

JORGE. (*A quien María trae su bastón y su sombrero, mientras que un criado trae los suyos á Dillón.*) Vamos, vamos, no hay que perder tiempo.

ISAB. ¡Cómo me palpita el corazón!

(Dillón abraza á su hija, saluda á su mujer, y sale con Jorge y el criado. María y Mauricio se llevan á Isabel, que parece estar conmovida; Ana Dillón los deja salir, y vuelve sus miradas hacia el pabellón.)

ESCENA VIII

ANA, y poco después PATRICIO

ANA. ¡Preciosa Isabel! Al menos esa es feliz. ¡Ah! Si pudiera decir otro tanto de tu hermano... Está solo en el pabellón. Su padre teme preguntarle; tiene razón, y apruebo su modo de pensar; pero una madre no puede en ningún caso exasperar á un hijo: si yo lo llamase, ahora que todos están lejos...

(Mira si alguien viene. En el ínterin sale Patricio del pabellón, y cruza la escena como para entrarse en la casa.)

PAT. (*Viendo á su madre, y deteniéndose.*) ¡Dios mío, mi madre!

ANA. (*Volviéndose.*) Aquí está. (*Patricio parece titubear, y después hace un movimiento para alejarse.*) ¡Hijo mío! (*Se detiene, y parece no atreverse á llegar.*) ¿Ya no conoce mi hijo á su madre?

PAT. ¡Ah, madre mía! (*Cae de rodillas, cubriendo de besos sus manos.*) Perdonadme; soy culpable, soy muy culpable: ¡sé cuántas penas os causa mi conducta! No merezco vuestro cariño: soy acreedor al enojo de mi padre: son justas todas vuestras reconvenciones: nunca serán tan grandes como las que me hace mi propio corazón.

ANA. ¡Cruel! Tu padre no está irritado; yo no te dirigiré otras reconvenciones que estas lágrimas que se escapan de mis ojos; pero tú has llenado de amargura el corazón de tus padres: eras su única esperanza, y ya ha desaparecido.

PAT. ¡Ah! Tampoco yo tengo ya ninguna. Madre mía, Isabel no es culpable, no ha acibarado como yo vuestra felicidad. Apartad de un desgraciado vuestros ojos afligidos, y depositad en mi hermana sola todo el amor que repartís en el día entre los dos.

ANA. ¿Es decir, que no tiene á tus ojos precio alguno el cariño de una madre?

PAT. ¿No tiene precio? ¡Madre mía! ¿Habéis conocido mi corazón, y podéis acusarle de tan cruel indiferencia? Soy un monstruo, yo que hago correr vuestras lágrimas, y sin embargo daría mi vida por enjugarlas.

ANA. ¿Será cierto, hijo mío?

PAT. Si mi padre supiera cuánto le respeto, si supiese cuán encima del vulgo de los hombres le elevan á mis ojos su bondad y su virtud... Sin embargo, me cree un hijo desnaturalizado, y este corazón lleno de amor no sabe inspirar más que odio.

ANA. ¡Dios mío, qué idea tan cruel! ¿Nosotros aborrecerte? Mira á tu madre; contempla estas facciones alteradas por el dolor, estos ojos de tres meses á esta parte siempre llenos de lágrimas. Llega tu corazón al seno que te ha criado, y pregúntate á tí mismo si puedo aborrecerte.

PAT. ¡Cómo! ¿Mi conducta culpable no ha apurado todavía todo vuestro amor?

ANA. Nunca, nunca: el amor de una madre no conoce término. (*Patricio se inclina sobre la mano de su madre y la besa con entusiasmo.*) Sí, hijo mío, sí; te amamos siempre, te amamos tal vez más, y padecemos como tú con tus penas. Pero, ¡cuánto menos amargas nos parecerían si te determinases á descubrirnos la causa de ellas! Oyeme: ahora estamos solos, nadie puede oirnos; yo guardaré tu secreto, si quieres ocultárselo á tu padre.

PAT. ¡Santo cielo! ¿Qué exigís de mí?

ANA. ¿Tienes de nosotros alguna queja?

PAT. ¡Dios mío, tanta bondad me abruma!

ANA. ¿Estás descontento con tu estado presente?

PAT. ¡Mi estado! ¡Os suplico que no tratéis de penetrar en mi corazón! Yo os prometo que dentro de poco el triste espectáculo de mi dolor dejará de apesadumbraros; sí, mi suerte se va á cambiar, y hoy mismo.

ANA. ¿Qué quieres decir? Hoy mismo, ¿qué?...

PAT. Hoy se acabarán mis penas.

(Ana le mira con inquietud. Patricio oculta el rostro volviéndose.)

ANA. ¡Se acabarán tus penas, hijo mío!

(Se arroja en sus brazos, y le estrecha contra su pecho. Sale Isabel.)

ESCENA IX

ANA, PATRICIO, ISABEL

ISAB. (*Alegremente.*) ¡Mamá, mamá! Venid á ver... (*Repara en su hermano y se detiene.*) ¡Ah! Estáis con mi hermano. (*Poniéndose entre los dos.*) Parece que estáis conmovida, ¡y él también! ¿Os ha confesado la causa de su tristeza?

ANA. No, hija mía, ó se cree tu hermano demasiado culpable, ó no conoce el corazón de sus padres.

ISAB. ¿Qué decís? Esas reconvenciones van á aumentar su aflicción. (*A su hermano.*) ¿Sabes que ha llegado Eduardo?

PAT. Sí, Isabel, y participo en esta ocasión de tu alegría.

ISAB. Estamos disponiendo una función: espero que no nos dejarás hoy... ¡Oh! Yo te lo suplico por Eduardo y por mí.

PAT. ¡Por tí! Sí, Isabel, me quedaré: seré testigo de tu felicidad y de la de mi tierna madre.

ISAB. (*A su madre.*) ¿Lo veis? Cede á una sola palabra que le he dicho. Pero venid, venid, porque, aunque me habéis cedido hoy toda vuestra autoridad, aun hacéis falta para disponer una porción de cosas.

ANA. (*A Patricio.*) Hijo mío, nada exijo de tí: pero ten compasión de tu padre; ocúltale tu pena, ó descúbrele la causa francamente.

(Se entra con Isabel en la casa. Se ve á Dermod venir hacia el jardín.)

ESCENA X

PATRICIO, DERMOD

PAT. Mi madre tiene razón, ya es tiempo de poner término á mis pesares; pero, ¿cómo revelar la causa? ¡Oh, si el padre de Hortensia consintiese! Entonces se lo confesaría todo á mi padre. Pero si es preciso renegar... (*Dermod entra.*) ¡Cielos! Entonces ya está decidida mi suerte.

DERM. (*Lentamente.*) ¡Solo está! Vamos, es preciso triunfar.

PAT. No me atrevo á preguntarle...

DERM. Amigo mío, os traigo temblando la respuesta que yo temía.

PAT. ¿Rehusan mis ofertas?

DERM. En cuanto llegué, toda la familia se reunió, y el temor y la impaciencia estaban pintados en las miradas que todos me dirigían. Saqué la carta fatal, y, faltándome el ánimo para hablar, la entregué silenciosamente á su padre. Disculpadme si no entro en los pormenores de una escena harto dolorosa; la conmoción que siento todavía os dice lo bastante.

PAT. ¿Conque ya no hay esperanzas?

DERM. ¡Ninguna! Hortensia, abandonada al sentimiento, se ha decidido á ocultarse en un retiro; allí perecerán sin duda, víctimas del dolor, su juventud y su hermosura, y desaparecerán para siempre á los ojos de los hombres.

PAT. (*En la mayor desesperación.*) ¡Hortensia, Hortensia!

DERM. (*Con energía.*) ¡Desdichado! ¿Y habéis de ser vos mismo su verdugo? En la flor de su juventud, adornada de todas las gracias, ardiendo por vos en el más fino amor, ¡la llevaréis á la tumba vos mismo con vuestras propias manos! No, nunca ha podido ella creerlo, ¡su corazón, su mismo amor la impiden acusaros de tanta crueldad! sus miradas me lo decían al separarme de ella, y en fin, ¡yo mismo quiero ver cómo os atreveréis á llevar á cabo tan horrendo crimen! Dejemos á otros corazones más insensibles enredarse en vanas discusiones; yo apelo de vos mismo, á vuestra propia conciencia, á la voz de la naturaleza, que resuena ya en vuestra alma. ¿Os manda Dios que inmoléis sin piedad á la criatura más perfecta? ¿Manda que bajéis los dos al sepulcro en lo mejor de vuestra vida? ¿Y cuándo? ¡Ah! amigo mío, ¿no conocéis que ese sentimiento que llena vuestra alma si no os decidís amargará vuestra existencia? Triunfad de vuestro terror, ceded á su imperio. Venid, venid á restituir la felicidad á una familia desesperada, venid á contemplar vos mismo aquella víctima sensible que muere si la abandonáis, y á quien una sola palabra vuestra puede salvar todavía de la tumba que la espera, y muy en breve... Venid. (*Procura arrastrarle.*)

PAT. ¡Ah! ¿Qué es lo que me mandáis?

DERM. Que sigáis los impulsos de vuestro corazón.

PAT. ¡Mi corazón! Si me atreviese á seguirlos, ya estaría á los pies de Hortensia; pero ¡abjurar! Dios mío, ¿con qué cara se lo confesaré á mi padre? ¿Cómo arrostrar sus miradas, su indignación tal vez? Amigo mío, nunca, nunca me atreveré.

DERM. ¿Nunca os atreveréis? Basta, ya he leído

en vuestro corazón... Acabáis de dar vos mismo vuestro consentimiento, á la amistad toca ahora concluir lo que empezó el amor.

PAT. ¿Qué decís?

DERM. Sí, ya os comprendo, teméis el escándalo, no queréis afligir á vuestro padre, vaciláis entre el amor y la naturaleza; en hora buena, el cielo me inspira un medio para conciliar todos vuestros deberes. Esta noche, con el mayor silencio, con el más profundo secreto, sin pompa, sin testigos, nos reuniremos en el templo inmediato...

PAT. ¡Ah!

DERM. Nadie lo sabrá. Vuestra misma esposa, satisfecha y tranquila, favorecerá nuestro



misterio. Ya dichoso, cesaréis de afligir á vuestra familia, y renacerá para todos la felicidad. ¿Cómo? ¿Aun vaciláis? ¿Tembláis?

PAT. ¡Cruel!

DERM. Acordaos del dolor de Hortensia, de su amor... Reflexionad que tal vez expirante...

PAT. Basta, basta, Dermod; Hortensia triunfó: corred: volad, no me deis tiempo para avergonzarme de mí mismo.

(Cae abrumado sobre un banco del jardín á la izquierda.)

DERM. (¡Triunfé!) (*Alto.*) Vuelo á llevar á vuestra querida la prenda de su felicidad. (¡Vamos á disponerlo todo para la ceremonia! ¡Mañana todo Dublín sabrá mi victoria! (*Sale precipitadamente.*)

ESCENA XI

PATRICIO

¡Santo Dios! ¿Qué es lo que he hecho? ¿Al fin he consentido? No, no; ¡no abuséis de mi enajenamiento, Dermod! (*Se levanta y le busca.*) ¡Dermod! ¡Cielos, marchó ya! Corramos... ¿Qué he de decirle? ¿Yo, yo he prometido ser apóstata? ¡Jamás! Padre mío, vos me perdonaríais, lo sé, pero vuestro corazón quedaría despedazado. ¡Ah! ¿Y quiero menos á Hortensia? ¿He de sacrificarla? ¡Mi desgracia ha llegado ya al colmo! De cualquier manera he de ser un bárbaro... ¿Yo perjuro? tal vez está ya Dermod en el templo, y mañana... ¡Qué escándalo! ¿Dónde huiré? ¿Dónde me esconderé? La muerte, sólo la muerte (*Reflexionando*), sí, la muerte; ya hace tiempo que me reclama como su víctima; ¡debo morir! (*Ruido fuera y en la casa.*) ¿Dónde estoy? ¿Qué ruido es éste? ¡A mí, á mí me buscan sin duda para abrumarme con sus reconvenciones, para llamarme perjuro! (*Llega hacia la verja para salir.*) ¡Huyamos! ¡Dios mío, mi padre!

(Retrocede hacia la escena, y se detiene espantado; Dillón, Eduardo y algunos criados entran por la verja; Ana, Isabel, María y Mauricio vienen de la casa.)

ESCENA XII

DILLÓN, ANA, EDUARDO, PATRICIO, ISABEL, MARÍA, MAURICIO, algunos criados, y después JORGE. (María y Mauricio vienen, llegan los primeros y miran por la verja.)

JORGE. Ahí está, señora, ahí está; él es.

ED. (*Corriendo á Ana, y besándole la mano.*) Señora, permitidme que os dé el dulce nombre de madre.

ANA. (*Cogiendo la mano de Isabel y presentándola á Eduardo.*) Sí, querido Eduardo; Isabel y sus padres os dan ese derecho.

ED. ¡Adorada Isabel! ¿Conque es cierto?...

ISAB. Eduardo, yo siempre he creído todo lo que dice mi madre.

(Patricio está sumergido en su dolor; Ana lo observa.)

MAUR. (*A María.*) ¡Qué bien mandada es!

MAR. ¡Toma! Todas las chicas lo son cuando se trata de eso.

DILLÓN. (*Cogiendo la mano de su hijo.*) Hijo mío... (*Patricio se estremece y trata de serenarse.*) ¿No abrazas á Eduardo, tu amigo, tu hermano dentro de poco?

PAT. Sí, padre mío. (*Alzando la voz.*) ¡Querido Eduardo!

ED. ¡Caro amigo! (*Se abrazan.*)

ANA. (*A su marido.*) Su corazón es el mismo.

PAT. (*Con tristeza.*) Vas á enlazarte con mi hermana... Mis padres te quieren... Eduardo, ¡sé para ellos un verdadero hijo! La felici-

dad de Isabel y de toda mi familia es mi primer deseo. (*Entra Jorge sofocado y sudando.*)

MAR. Ya está aquí mi padre. (*Coge su sombrero y su bastón.*)

JORGE. Todas las personas que la señorita me ha enviado á convidar van á ir llegando casi detrás de mí para dar la enhorabuena á la novia: ¿dónde se las recibirá?

ISAB. Aquí mismo; todo lo tengo dispuesto ya para la función.

(Patricio se ha alejado á la llegada de Jorge; su misma agitación le hace vacilar, y se apoya contra un árbol.)

ANA. (*Que le observa.*) ¡Santo Dios! (*Corre hacia él.*) Hijo mío, ¿qué tienes?

(Todos se acercan y le miran inquietos.)

PAT. Madre mía, no os asustéis... No puedo negarlo; padezco demasiado; un fuego extraño me devora y me consume... Permitidme que me aleje... Yo perturbaría la función de mi hermana.

ANA. ¿Función? ¿Puede haberla para tu madre?

PAT. ¡Adiós, padre mío! ¡Permitidme que bese vuestras plantas antes de dejaros!

(Se arroja á sus pies.)

DILLÓN. (*Levantándole.*) ¿Qué haces? Nunca tus padres te han cerrado su corazón.

PAT. ¿Me perdonáis?

DILLÓN. Patricio, aquí todos te queremos: tú solo eres el que...

(Ana le hace señal para que no le diga ninguna palabra demasiado áspera.)

ISAB. (*A Jorge.*) Ya me pesa haber pensado en esta diversión.

JORGE. Pues ya está aquí la gente.

PAT. ¡Adiós, Isabel! Eduardo, ¡consuela á mis padres!

(Se aleja rápidamente.)

ANA. Jorge, sigue á mi hijo, observa todas sus acciones, y no te apartes de él.

JORGE. No tengáis cuidado, señora; os avisaré si sucediese cualquier cosa.

(Se ve ir llegando la gente para el baile por diversas partes.)

ESCENA XIII

ANA, ISABEL, DILLÓN, EDUARDO, MARÍA, MAURICIO, criados, toda la sociedad, y después JORGE

(Los criados traen sillas, que colocan á los dos lados, mientras que la gente va entrando y saluda á la familia de Dillón y á Eduardo. Todo el mundo se coloca. Baile, etc. En el último término, en el momento en que concluye, se ve á Jorge que vuelve de fuera, y Ana sale á su encuentro.)

ANA. Y bien, Jorge, ¿qué hace mi hijo?

JORGE. Tranquilizaos, señora; está mucho mejor, y al parecer más sereno: ha escrito, con bastante agitación, una carta que debe ser muy corta, según lo poco que ha tardado en escribirla.

ANA. ¿Una carta? ¿A quién?

JORGE. Lo ignoro, porque se ha empeñado en salir él mismo para entregarla á un mozo. En seguida se ha entrado en su cuarto, como de costumbre, y me ha suplicado que le dejase solo, porque tenía gana de descansar.

DILLÓN. ¡Extraña conducta! Esa carta debe encerrar algún arcano.

ED. Espero que consigamos aclarar ese misterio.

(Durante este tiempo la sociedad se dispone para retirarse.)

DILLÓN. Jorge, saca luces.

(Se quitan los asientos: varios criados sacan hachones de viento; la sociedad se retira después de los cumplimientos de costumbre, y un lacayo alumbra cada grupo con un hachón; toda la familia de Dillón acompaña hasta fuera de la verja á los concurrentes más íntimos, que salen los últimos, hasta perderse de vista por entre los árboles: Jorge, Mauricio y María salen también y hasta la verja, desde donde ven pasar los diversos grupos. Mientras que todos están á esta distancia sale Patricio furtivamente de la casa en un desorden moral extraordinario.)

ESCENA XIV

PATRICIO, solo en el jardín, las demás personas fuera de la verja.

Cesó el ruido del baile: todo el mundo se ha marchado; la oscuridad es profunda; vamos, prevengamos la deshonra. Todo lo he previsto; allí... (*Señalando al pabellón.*) Sí, allí será... No tendré testigos... No perturbaré el descanso de mi padre... Mañana... Es preciso... Vamos... Que no me encuentre ya Dermod á su regreso... Gente viene: ¡mi familia! (*Subiendo al pabellón.*) ¡Padre mío! ¡Querida madre! Adiós... Para siempre... ¡Adiós! (*Entra en el pabellón.*)

ESCENA XV

DILLÓN, ANA, ISABEL, EDUARDO, JORGE, MARÍA, MAURICIO

JORGE. ¡Eh! ya se marchó todo el mundo; ¡se va haciendo tarde!

MAR. (*Saliendo del vestíbulo.*) Todo está corriente en el cuarto del señor Eduardo.

DILLÓN. Vamos, hijos míos; entremos en casa; mañana la aurora alumbrará vuestros desposorios, y los vuestros también, amigos míos; y ese día será completamente feliz, tanto para vosotros como para vuestras

familias. Jorge, cierra todas las puertas.

JORGE. (*Con importancia.*) Es mi costumbre, señor Dillón; nunca me acuesto sin hacer antes mi visita general de todas las dependencias de la casa.

(Dillón aprieta amistosamente la mano de Eduardo, mientras que su mujer abraza á Isabel; Eduardo da la mano á Ana; á Isabel la acompaña su padre y van entrando en la casa.)

ESCENA XVI

JORGE, MARÍA, MAURICIO

JORGE. Ahora bien, es preciso tratar de dar cama á este muchacho.

MAUR. ¡Oh! Por eso no os apuréis, porque yo, si queréis, no me acostaré.

MAR. ¡Pues!

MAUR. Como soy, María; estoy tan contento y tan satisfecho... que estoy seguro de que no voy á dormir: conque así...

MAR. Cabalito; ¡para que amanezcas mañana con la cara tan larga, y con tantas ojeras!... Pues yo quiero que duermas.

JORGE. ¡Pardiez! Eso pronto está compuesto; no hay sino poner una cama.

MAR. Vos, padre, podéis ir cerrando las puertas, y entretanto yo haré lugar para ponerla en ese pabellón.

MAUR. Y yo voy contigo.

MAR. No es necesario.

JORGE. Vamos, despáchate... (*Mauricio quiere seguirla; se establece entre los dos una pequeña lucha para impedírselo*), mientras que yo voy á buscar la llave grande para cerrar la verja.

(Entra en el vestíbulo de la casa, y María en el pabellón; Dermod baja de la muralla y se dirige hacia la verja.)

MAUR. (*Solo.*) ¡Hola! ¿Quién pasa por allí? ¿No es un hombre? (*Se oyen gritos y ruido en el pabellón.*) ¿Qué voces son estas? ¡San Jorge! ¿Qué será?

MAR. (*Sale del pabellón.*) ¡Ay, padre mío, padre mío!

JORGE y MAUR. ¿Qué es eso, qué es eso?

MAR. ¡Un hombre!... ¡Un hombre asesinado!

JORGE. ¡Un hombre asesinado!

MAUR. ¡Dios mío!

MAR. (*Señalando con espanto.*) Allí... allí... (*Corre hacia la casa.*) Señor Dillón, socorro, socorro.

(Dermod se apresura á bajar hacia la verja. Jorge y Mauricio entran en el pabellón.)

ESCENA XVII

DERMOD (Abre de repente la verja, pero no da un solo paso.)

¡Un hombre asesinado en la casa de mi enemigo! Observemos.

(Se queda junto á la verja. Jorge y Mauricio salen del pabellón. Casi al mismo tiempo acude corriendo toda la familia, Dillón detrás de María.)

ESCENA XVIII

DILLÓN, ANA, EDUARDO, ISABEL, JORGE, MAURICIO, MARÍA, DERMOD

JORGE y MAUR. (*Salen dando un grito de espanto.*) ¡Ah!

JORGE. ¡Es el señorito!

DILLÓN. (*Precipitándose en el pabellón.*) ¡Un asesinato! ¡En mi casa!

JORGE. (*Oponiéndose al paso de Ana, que acude con Eduardo.*) ¡Ah, señora, no os acerquéis, yo os lo suplico!... ¡Retiraos!

ANA. ¿Yo no? ¿Por qué?

ISAB. (*Llegando la última.*) Madre mía, madre mía, mi hermano no está en su cuarto.

ANA. (*A quien todos tratan de contener.*) ¡Mi hijo! ¡Ah! ¡Dejadme, dejadme! (*Corre hacia el pabellón; pero al llegar sale Dillón en un desorden espantoso. Al verle se detiene, y da un grito de horror adivinando su desgracia en los ojos de su esposo.*) ¡Ah! ¡Mi hijo ya no existe!

(Cae desmayada en los brazos de Jorge: Eduardo la sostiene.)

ISAB. (*Queriendo entrar.*) ¡Hermano mío!

(Corre hacia el pabellón, Dillón la contiene cogiéndola un brazo. Consternación general. Dermod da algunos pasos, lo observa todo, y cae el telón al completarse este cuadro final.)



ACTO SEGUNDO

—

El teatro representa un vestíbulo que da sobre un jardín, en el cual se ve el pabellón donde ha perecido el joven Dillón. Se conoce que esta decoración es correlativa á la primera, y que la puerta del fondo del vestíbulo es la misma cuya fachada exterior se ha visto en el primer acto. A derecha é izquierda, en los segundos y terceros bastidores, puertas de distintas habitaciones. Una lámpara de varios mecheros, colgada de la bóveda, alumbra todo el interior del vestíbulo; el exterior está sumergido en la oscuridad, ó sólo iluminado por una luz azulada, efecto de la luna. Un sillón, un velador y una mesa.

ESCENA PRIMERA

DILLÓN, SU MUJER, ISABEL, MARÍA

(Al levantarse el telón ya están todos en escena. Dillón, en pie delante de una de las puertas laterales y mirando con inquietud hacia el fondo, parece estar allí para impedir que entre nadie en el gabinete. Al otro lado Ana está tendida sobre un sillón, Isabel á sus pies, y María le da á oler varios espíritus que hay sobre el velador inmediato.

DILLÓN. Me estremece el más leve ruido que interrumpe el silencio aumentando el horror de esta funesta noche. Si alguien desde la muralla ó desde las casas vecinas nos hubiese visto trasportar aquí el cuerpo de nuestro desgraciado hijo, ¡ah! éramos perdidos! (*Ana hace un movimiento de espanto.*) ¡Silencio! (*Llegándose á ella.*) Querida esposa, y tú, hija mía, en nombre del cielo sofocad vuestros sollozos, ahogad los gritos de vuestro dolor; temblemos si inspiramos la menor sospecha. ¡Ah! ¿Ignoráis que una ley severa condena á ser expuesto en un cadalso el cuerpo del infeliz que se ha suicidado?

ANA. (*Levantándose.*) ¿Es posible?

ISAB. ¡Padre mío!

DILLÓN. Su cadáver sangriento es entregado al verdugo, ultrajado por un populacho bárbaro y furioso, arrastrado ignominiosamente, y arrojado lejos de la ciudad, privado además de la sepultura.

ANA. ¡Hijo mío!

DILLÓN. Salvemos á lo menos, salvemos de esos horrores los restos de nuestro hijo; ocultemos su muerte, y esforcémonos, por un exceso de amor, á triunfar de la naturaleza.

ANA. Sí, sí, esposo mío: ¡silencio! No lloremos más.

(Procura contener las lágrimas.)

MAR. ¡Pobre madre! ¡Qué desgraciada, Dios mío, qué desgraciada!

(Jorge entra por el fondo con una linterna en la mano, da algunos pasos, se detiene, escucha, parece lleno de temor.)

ISAB. Aquí está Jorge.

ESCENA II

Dichos, JORGE

DILLÓN. ¿Y bien, Jorge?

JORGE. Ya son las dos; no metáis ruido; en medio del silencio de la noche, el menor movimiento podría despertar á los vecinos.

(Deja su linterna en el suelo.)

DILLÓN. ¿Pudo salir Eduardo sin ser visto?

JORGE. Sí, señor. Lo primero que hice fué entreabrir con mucho tiento la puerta de la calle, y, tapando mi linterna, asegurarme de que no pasaba un alma al mismo tiempo. Entonces el señor Eduardo y Mauricio se fueron escurriendo á lo largo de la tapia; nadie puede haberlos visto.

(Ana é Isabel le miran con asombro.)

MAR. (*A su padre.*) ¿A qué ha salido Mauricio?

JORGE. (*Enfadado.*) ¿A qué? A acompañar á su amo... ¡de noche!

ISAB. ¡Eduardo nos ha dejado, padre mío!

ANA. ¡Y en unos momentos tan terribles!

DILLÓN. ¡Ah! No le culpéis; es un modelo de amistad: le he suplicado que fuese á verse con algún sacerdote de nuestro culto, y que acordase con él sigilosamente los medios de poder dar sepultura en secreto á nuestro hijo.

JORGE. Y para que el señor Eduardo y Mauricio puedan entrar sin tener que llamar, lo cual sería peligroso, he dado á cada uno una llave, y al volverme he apagado las luces y cerrado las ventanas de todas las piezas que dan á la calle; hasta ahora todo está tranquilo en el barrio. (*Aparte á Dillón.*) Querido amo, mientras que vuelve el señor Eduardo, os suplico que os alejéis de este sitio; la vista de ese gabinete es demasiado penosa para vos y para la señora.

DILLÓN. Para ella, sí, Jorge; pero en cuanto á mí, yo debo...

JORGE. Nosotros nos quedaremos aquí: ¡María y yo cumpliremos con tan triste deber! ¡Obligad á las señoras á que hagan por descansar!

DILLÓN. (*A su mujer.*) Ana, Jorge me dice que sería más prudente retirarnos á nuestra habitación.

ANA. ¡Por Dios! Yo te lo suplico... ¡déjame al lado de mi hijo! (*Se dirige hacia el gabinete.*)

DILLÓN. (*Deteniéndola.*) No, querida esposa; ¡ese espectáculo es demasiado doloroso! (*Hace señas á los demás para que le ayuden.*) Isabel...

ISAB. (*Cogiendo la mano de su madre.*) Os lo suplicamos, madre mía; venid, venid á vuestro aposento.

(Dillón é Isabel se llevan, no sin trabajo, á Ana; Jorge se une á ellos para obligarla á retirarse.)

ESCENA III

JORGE, MARÍA; y poco después MAURICIO (Luego que Ana, su marido y su hija se han entrado, Jorge corre hacia el jardín, como si se le hubiera olvidado alguna cosa.)

MAR. (*Corriendo detrás de él.*) ¡Padre, padre! ¡Ah! No, no os vais á estas horas; no me dejéis sola.

JORGE. ¿Y por qué no? es preciso ir á observar lo que pasa por fuera.

MAR. ¡Ay! no, no, padre mío, quedaos aquí, ó me voy yo con vos; ¡tengo tanto miedo!...

JORGE. Vamos, niña, es caso de que... (*Alto.*) ¡Chito!

(Mauricio aparece en el fondo.)

MAR. ¡Dios mío! ¿Qué es aquello?

MAUR. (*En el fondo.*) ¡Chis!

JORGE. ¿Eh?

MAR. ¡Llaman!

MAUR. (*A media voz.*) Señor Jorge, ¿estáis por ahí?

MAR. ¡Ah! ¡Es Mauricio!

JORGE. ¡Mauricio!

MAR. Ven, ven... Aquí estamos.

JORGE. Y bien, Mauricio, ¿qué hace tu amo? ¿Qué noticias nos traes?

MAUR. Nada bueno, señor Jorge. ¡Si supierais!

LOS DOS. ¿Qué?

MAUR. ¡Pobre señor Dillón! ¡Sólo un milagro de la Providencia le puede salvar!

MAR. ¿Qué dices?

JORGE. ¿Qué? ¿Se sabe ya por la ciudad?...

MAUR. ¿Si se sabe, eh? ¡Canario! Todito... ¿Qué digo? ¡De otra cosa se trata, pardiez!

LOS DOS. ¿De qué?

MAUR. ¡No corre más que una voz por todo Dublín! ¡Dicen que el muchacho ha sido asesinado!..

LOS DOS. ¿De qué?

MAUR. Asesinado...

JORGE. ¿Pues qué, no hay más que?... ¿Y por quién?

MAR. Sí, ¿por quién?

MAUR. ¿Por quién, eh? Mientras tanto, ya conocéis que un asesinato cometido en una casa, cerrada, de noche... Señor Jorge, ¡somos perdidos, somos perdidos!

(Se oye un rumor confuso y lejano.)

MAR. ¡Ay, Dios mío!

JORGE. Parece que se oyen voces alrededor de casa.

(María corre á escuchar al fondo.)

MAUR. ¡Llamemos al señor Dillón!

JORGE. Aguarda... ¿A qué alarmar todavía á todo el mundo?

MAR. (*Desde el fondo.*) Oigo gente correr por la calle. ¡Ah! ¡Alguien entra!

JORGE y MAUR. ¡Entran!

MAR. Tranquilizaos... ¡Es el señor Eduardo!

JORGE. Ahora sabremos... (*Eduardo entra precipitadamente.*)

ESCENA IV

Dichos, EDUARDO

ED. (*Con la mayor turbación.*) ¡Jorge! ¡María! ¿Dónde está el señor Dillón?

MAR. Señor Eduardo, ¡qué cara tan asustada traéis!

ED. Os pregunto dónde está vuestro amo.

MAR. En el cuarto de la señora con la señorita.

ED. ¿No sabe todavía?... No, ya lo veo. ¡Santo Dios! ¿Cómo le diré?...

JORGE. ¿Cómo, señor Eduardo, será cierto lo que acaba de decirnos Mauricio? ¿Se cree que el señorito ha sido muerto violentamente?

ED. Sí, amigos. ¡Dichosos nosotros si no pasan las conjeturas que se forman de tan horrible suposición! Pero acusar...

TODOS. ¿A quién?

ED. Amigos míos, vosotros tenéis cariño á vuestro amo; si se viese en peligro de perder la vida, ¿haríais todo lo posible por salvarle?

MAR. Sí, señor, sí; todo lo arrostraríamos.

JORGE. ¡Mi amo en peligro!

ED. Pues bien; Jorge, María, es preciso ayudarme por todos los medios posibles.

JORGE. Pero, ¿á qué?

ED. ¡No hay que perder tiempo! Tú, María, entra y procura con cautela sacar aquí á Isabel; es necesario que yo la hable.

MAR. Sí, señor.

ED. Vos, Jorge, colocaos en la puerta de la calle: mucho me temo que haya un motín. Si el tropel se aumentase avisadme.

JORGE. Entiendo.

ED. Tú, Mauricio, sal de casa, corre á las casas consistoriales, observa cuanto suceda, y vuelve á avisarme.

MAUR. Allá voy.

ED. Andad, amigos, andad; ¡quiera el cielo proteger mis designios!

(Los tres salen. Jorge y Mauricio por el fondo, y María por un lado.)

ESCENA V

EDUARDO

¡Acusar á un padre de la muerte de su hijo! ¡Cruel prevención!... funesta y bárbara ignorancia, ¡estos son tus efectos! ¡Por tí los hombres, los hermanos, los hijos de un mismo Dios arden en el deseo de derramar su sangre! ¡Y hombres perversos, monstruos execrables, provocan estos odios insensatos! ¡Y combatiendo con estas armas sacrílegas, encuentran cómplices que ensalcen sus delitos! ¡Desgraciado Dillón! Sesenta años de virtudes y una vida entera irreprensible no bastan á salvarte... Eres católico, ¡y una sola palabra te ha proscrito!

(María trae consigo á Isabel.)

ESCENA VI

EDUARDO, MARÍA, ISABEL

MAR. Sí, señora, el señor Eduardo es quien quiere hablaros.

ISAB. ¡Eduardo!

ED. ¡Ah, querida Isabel!

ISAB. Amigo mío, ¿por qué no entráis á ver á mi madre? ¡os aguarda con tanta impaciencia! ¡Ah! Venid... vos sois el único que podéis reanimar á mis padres, é inspirarles algún valor.

ED. ¡Algún valor! ¡Ah, Isabel, cuánto necesitan! Estáis muy lejos de figuraros la enormidad del peligro que amenaza á vuestro padre.

ISAB. ¿A mi padre?

ED. Si los gritos de un populacho furioso no fuesen á instruiros dentro de poco de tan horrible verdad, os sería imposible creerme: yo mismo dudo aún si mis sentidos me han engañado. ¡Ah, Isabel, el odio es, el rencor sin duda quien busca, quien reclama una víctima, porque no está en la naturaleza el acusar á un padre del asesinato de su hijo!

ISAB. ¡Cielos! ¿Qué decís?

MAR. ¿El señor Dillón?...

ED. ¡Isabel, la ternura de vuestra alma, la inocencia de vuestro corazón, vuestra juventud, y sobre todo la prudencia de vuestros

padres, ha corrido hasta este día un velo entre vos y las preocupaciones crueles de los hombres! ¿Nunca habéis sabido hasta qué extremo puede llevar la prevención y la injusticia una imaginación extraviada y privada de la luz de la verdadera religión? ¿Nunca os habéis figurado siquiera á qué injusticias puede arrastrar el error? ¡Os estremecéis! Sí, Isabel; se dice que vuestro hermano iba á mudar de religión, y acusan á vuestro padre de haberle inmolado.

ISAB. ¡Santo Dios!

ED. Sí, Dios... sólo á Dios se puede invocar contra tan horrible suposición.

ISAB. ¡Un padre inmolar á su hijo! Eduardo, ¿es posible semejante crimen?

ED. No, Isabel.

ISAB. Pues bien, mi padre se justificará.

ED. Es perdido si no conseguimos librarle de sus acusadores, de sus jueces, del populacho de esta ciudad. Yo he contado con vuestro cariño, con vuestro valor, con el imperio que os da el amor de vuestros padres, para salvarlos de la última desdicha.

ISAB. Sí, Eduardo; hablad: ¿qué hay que hacer?

ED. Es preciso convencer á vuestro padre para que abandone su casa, que huya, que salga de Dublín.

ISAB. ¿Durante la noche?

ED. Al momento; pero al mismo tiempo que unamos nuestros esfuerzos para llevarle lejos de aquí, respetemos el corazón de un padre; que no sepa nunca que se le acusa de un parricidio; no tendría valor para resistir á tan horrible acusación.

ISAB. ¡Oh! No, no, que lo ignore... ¡mi madre sobre todo! Eduardo, ¡cuánto me conmueve vuestro amor á mi familia!

ED. Vamos, Isabel, no perdamos un instante.

ISAB. Venid.

(Van á entrarse en las habitaciones, pero de repente se oye una confusa vocería, y se detienen espantados.)

ED. é ISAB. ¡Santo cielo!

(Jorge llega corriendo con el mayor espanto.)

ESCENA VII

Dichos, JORGE

JORGE. ¡Ah! Señor Eduardo, somos perdidos.

ED. ¿Qué hay?

JORGE. La calle se llena de gente que se agolpa á nuestra puerta; todos hablan y se agitan. *Allí es... sí, señor... en casa del señor Dillón...* repiten mil voces confusas. En fin; todo anuncia una catástrofe, y no extrañaré que dentro de poco nos obliguen á abrir las puertas.

ISAB. ¿Qué sería entonces de nosotros?

ED. No, no se atreverán antes de la venida de los magistrados; podemos aprovecharnos de ese mismo desorden; pero es preciso darnos prisa.

(Se oyen de repente grandes voces, y el ruido de varios vidrios rotos como á pedradas. Todos dan un grito de espanto.)

ED. Isabel, por Dios, conservad vuestro valor. Yo corro á...

(Se oye ruido también en las habitaciones.)

ISAB. (*Deteniendo á Eduardo.*) Deteneos.

(Dillón y su mujer entran precipitadamente.)

ESCENA VIII

Dichos, DILLÓN, ANA

DILLÓN. ¡Santo Dios! ¿Qué tumulto es ese?

ANA. (*Corriendo hacia Isabel.*) ¡Hija mía!

ED. (*Precipitándose hacia Dillón, que al parecer quiere salir.*) Deteneos; que no os vean.

DILLÓN y *su mujer.* ¡Eduardo!

ED. é ISAB. ¡Silencio!

JORGE. ¡Querido amo! Somos perdidos.

ANA. (*A su esposo.*) Roberto, no entregues á nuestro hijo.

DILLÓN. Entregar á mi hijo, ¡nunca! (*Se oyen golpes fuertes afuera.*)

MAR. (*Entrando.*) Señor, señor, quieren echar las puertas abajo, quieren romper las ventanas.

(Se oyen gritos del populacho. El espanto de la familia de Dillón llega á su colmo; cada cual parece buscar un medio de salvarse. De repente suena un estrépito espantoso de ventanas forzadas y vidrieras hechas pedazos. Todos dan un grito de horror. Ana se arroja en los brazos de su esposo; Isabel se ampara de Eduardo; María cae sobre una silla; Jorge permanece en el fondo. Momentos de silencio. Todos escuchan con la mayor zozobra: el ruido va disminuyendo.)

JORGE. Parece que se alejan.

(Se oye el ruido de las armas de los soldados, que se suponen llegar hasta la puerta y dispersar la multitud. María se levanta y se acerca á su padre.)

MAR. (*Escuchando.*) Sí, sí; tranquilizaos, señor: oigo pisadas que parecen de soldados.

TODOS. ¡Soldados!

MAR. Sí... Y una voz ha gritado, *retiraos...* (*Escucha.*) Sí... *retiraos* dicen.

DILLÓN. Ya no hay remedio; es pública nuestra desgracia. Eduardo, ¿habéis visto á aquel

sujeto? ¿Nos puede quedar alguna esperanza?

ED. No, amigo mío; ninguna: vuestra desgracia ha llegado al colmo, y sobrepuja todo lo que la imaginación más exaltada puede llegar á temer. No sé qué voz, qué espíritu infernal empeñado en vuestra perdición ha revelado la muerte de vuestro hijo. El odio, la ignorancia, el fanatismo, el furor la han pintado al momento con el más negro colorido; se han supuesto las circunstancias más atroces. Los magistrados están instruídos, y reunidos ya en las casas consistoriales se disponen á daros el golpe más terrible.

DILLÓN. ¿Los magistrados lo saben? Basta, Eduardo, basta; cierta es nuestra perdi-



ción. Sí, todo el oprobio que puede humillar á los hombres va á recaer sobre un anciano, sobre una madre, sobre una hija inocente. ¡Crueles! ¡Pondrán en un cadalso el cuerpo de mi hijo, y harán apurar las heces de la ignominia á una familia expirante! Será preciso abandonarlo todo, ¡amigos, parientes, patria!... Será forzoso huir, é ir á esconder á un desierto nuestra vergüenza, nuestra miseria y nuestro dolor.

ED. ¡Ah! Ni aun podéis sospechar...

ISAB. ¡Eduardo!

ED. Sí, amigos míos, es preciso huir; no os queda otro recurso. Huid; mi familia os ofrece un asilo en Edimburgo; yo mismo os conduciré á sus brazos, y nunca os abandonaré. Soy vuestro hijo, soy el esposo de Isabel, nuestra suerte será una misma. Venid, amigo, venid... Padre mío, favorecido por las tinieblas, aun podréis escaparos por entre la muchedumbre, ó bien por la muralla. Sí; hasta ahora no se puede haber dado ninguna orden. Venid, probaremos este último arbitrio.

ISAB. Sí, querido padre, venid.

DILLÓN. ¿Qué hacéis, hijos míos? ¿Y mi esposa?

ED. No os abandonará.

ANA. ¿Y por qué hemos de salir de esta casa? ¿Quién cuidará del cuerpo de mi hijo? ¿Quién implorará la piedad de los magistrados?

JORGE y MAUR. Nosotros, señora, nosotros.

ED. Acordaos de que pueden privaros de la libertad, y separaros para siempre de vuestro esposo.

ANA. ¡De mi esposo!

DILLÓN. Pero, Eduardo...

ED. En nombre de lo que más améis, ceded á mis ruegos.

ISAB. Padre mío, si me amáis, si tenéis compasión de mi suerte, dejaos llevar por Eduardo.

DILLÓN. Queréis...

ISAB., ED., JORGE y MAR. (*Con el mayor fervor.*) Os lo suplicamos.

ANA. (*Sorprendida.*) ¿Cómo? Todos...

DILLÓN. ¡Qué misterio!

ED. Un solo instante puede completar vuestra ruina.

ANA. ¡Su ruina! (*A Isabel.*) Pero qué, ¿corre tu padre algún otro riesgo?

ISAB. Sí, madre mía, sí... Va en ello su vida.

ANA. ¡Su vida! Marchemos, marchemos. (*Se oyen pasos precipitados.*)

ED. ¡Silencio!...

MAUR. (*Dentro.*) ¡Señor Dillón! ¡Señor Dillón!

MAR. Este es Mauricio.

ESCENA IX

Dichos, MAURICIO

MAUR. ¡Señor Dillón! ¡Ah! Estáis aquí... ¡Gracias á Dios! No puedo más... he...

ED. Y bien, ¿qué?

MAUR. Señor Dillón, vienen á prenderos.

TODOS. ¡A prenderle!

DILLÓN. ¿A mí?

MAUR. Toda la justicia viene detrás de mí. ¡Oh! y hay justicia en Dublín, hay justicia...

Eso estremece. (*Consternación general.*)

ED. ¡Tan pronto!

MAUR. Y el mismo señor diputado de la corona en persona: estaba en el consejo deliberando asunto de la mayor importancia, y el ruido del motín le hace tomar cartas en el juego.

ISAB. ¡Dios mío!

MAUR. Conque así, ya podéis cerrar y atrancar bien las puertas.

ED. Querido amigo, es preciso tratar de salir de aquí á toda costa.

ISAB. ¡Sí!

MAUR. ¿Salir? ¡Qué! ¿Por dónde? Toda la casa está rodeada de soldados... Ahora mismo acaban de dar orden de no dejar salir á nadie.

ED. ¡Ya es tarde!

ISAB. ¡Qué va á ser de él!

JORGE. ¡Pobre señor!

ANA. ¿Qué hacemos?

DILLÓN. (*Con serenidad.*) Resignémonos á la voluntad del Señor, y roguémosle que se digne ablandar en favor de mi hijo el corazón de los magistrados.

(Se oyen varios golpes.)

UNA VOZ. (*Dentro.*) En nombre del diputado de la corona, abrid.

(Movimiento general de espanto.)

DILLÓN. Jorge, ve á abrir la verja del jardín.

(Jorge vacila y mira á Eduardo, que le dice que no con la cabeza; Isabel está sumergida en la mayor desesperación. Ana parece tratar de adivinar por quién debe temblar.)

DILLÓN. (*Después de un momento de silencio.*) Andad, Jorge, andad; es forzoso obedecer.

JORGE. (*Mirando á Eduardo.*) Es forzoso... Querido amo... voy.

(Sale consternado.)

ESCENA X

Dichos, menos JORGE

ISAB. (*A Eduardo en voz baja.*) Eduardo, ¿será preciso instruir á mi padre?

ED. (*A Isabel en voz baja.*) ¡Ah! Tal vez no se atreverán á acusarle... Esperemos.

ISAB. Esperemos.

DILLÓN. ¡Ana, valor! Nuestro hijo fué culpable al disponer de una vida que el cielo le había dado; pero nosotros somos inocentes. Por grande que sea la prevención que puede existir contra nosotros, no hay corazón tan empedernido que pueda resistir al espectáculo que va á presentarse á los ojos de los jueces. (*Abre el gabinete.*) Allí, el cuerpo frío de un joven, la esperanza y el objeto del amor de su familia... ¡A sus pies, una madre, una hermana suplicándoles que respeten estos restos preciosos, y que no marquen con el oprobio los últimos años de un anciano! Si permaneciesen insensibles, el mismo Dios se ofendería de su dureza.

ISAB. (*Horrorizada.*) ¡Ya están aquí! ¡Madre mía! (*Se acerca á ella.*)

ANA. Mis fuerzas y mi valor me van á abandonar.

ESCENA XI

DILLÓN, ANA, EDUARDO, DERMOD, ISABEL, LORD DIPUTADO, JORGE, MARÍA, ALGUACILES, MAURICIO, dos CIRUJANOS, ESCRIBANOS, etc., y guardias.

(Jorge entra el primero, enseñándoles el camino. Síguenle dos hombres con hachones encendidos y los soldados, que se colocan en el fondo. En seguida los alguaciles, el escribano, dos jueces y dos cirujanos. Dermod se ha entrado confundido entre todos, y está en observación entre algunos grupos. El lord diputado aparece el último, entra con viveza y se detiene en medio del vestíbulo. Ana y su hija se arrojan á sus pies; Jorge, Mauricio y María se inclinan respetuosamente. Dillón, inmediato al gabinete, señala la puerta abierta. Dermod, en el fondo, imitando el ademán de Dillón, señala también el gabinete á los jueces. El lord diputado dirige á todo el mundo una mirada severa. Eduardo se mantiene al lado de Ana y su hija, dispuesto á levantarlas.)

DILLÓN. Señor, no tratamos de disfrazar la verdad: mi hijo no existe; bien hubiera querido ocultar su crimen; la naturaleza, mi ternura paternal lo exigían así de mí. No creo que haya en el mundo un solo padre que me condene... Mirad á vuestras plantas á una familia sumida en la desesperación, cuyo honor, cuya suerte futura va á depender de vuestra humanidad.

LORD. (*A las señoras.*) Alzad, señoras. (*Eduardo las ayuda á levantarse.*) (*A Dillón.*) De un magistrado no debéis esperar sino justicia, ni otra cosa de las leyes que el castigo del crimen.

DILLÓN. ¡Del crimen! ¡Ah, señor! ¿no está bastante expiado?

LORD. Es preciso que á la sociedad se la dé una satisfacción. (*A los cirujanos.*) Señores, entrad en esa habitación... (*Señala el gabinete.*) Registrad el cuerpo del desgraciado que ha dejado de existir, y dad vuestro informe arreglado á la verdad. (*Ana hace un movimiento como para dirigirse al gabinete.*) Señora, quedaos aquí. (*Los cirujanos, precedidos de algunos soldados, entran en el gabinete; en seguida un* [illegible]

adelanta como para recibir instrucciones del lord diputado; éste le hace señal de que aguarde y se vuelve hacia Dillón.) Entregad al señor todas las llaves de vuestra casa, y las de los muebles donde tengáis vuestros papeles.

DILLÓN. ¿A qué fin, señor? Ninguna relación tiene esa orden con el suceso que os trae á mi casa.

LORD. Obedeced.

DILLÓN. Jorge, mi antiguo criado, os entregará las llaves; hace veinte años que es el único depositario de ellas.

LORD. (*Al juez.*) Ya tenéis mis instrucciones; acompañad á ese hombre. (*A Jorge.*) Vos guiad al señor, y ejecutad sin réplica cuanto os prescriba.

JORGE. Perdón, señor diputado; pero en casa de mi amo no puedo recibir órdenes sino de mi amo; si el señor me lo manda, entonces...

DILLÓN. Sí, amigo mío; obedeced á los magistrados.

JORGE. Basta... (*Al juez.*) Espero vuestras órdenes.

(En consecuencia de la orden del lord diputado, el juez, dos soldados y Jorge delante, salen por la puerta que da á las habitaciones. Durante esta salida, que ha causado un movimiento general, se coloca una mesa, á que se sienta un escribano, y un juez se queda á su lado en pie, como para dictarle. Eduardo hace sentar á Ana en un sillón. Isabel, María Mauricio y él se quedan á su alrededor: Dillón está al otro lado. Los dos criados que traían hachones los han apagado; dos soldados quedan á la puerta del gabinete. Dermod se va aproximando poco á poco al lord diputado.)

ESCENA XII

Dichos, menos JORGE, los CIRUJANOS, el JUEZ y los soldados.

(Otro juez ó asesor entrega al diputado un papel desdoblado; éste le recorre, dando algunos pasos hacia adelante.)

DILLÓN. ¿Cuáles son, señor, vuestras intenciones acerca de mí y de mi familia? No parece sino que hemos cometido alguna acción culpable.

LORD. Eso, vos lo sabréis. (*Eduardo é Isabel le arrojan una mirada llena de horror.*) Tened la bondad (*Después de registrar el papel que tiene en la mano*) de responder á las preguntas que voy á haceros. ¿No es cierto que solía vuestro hijo pasar fuera de casa la mayor parte del día?

DILLÓN. Sí, señor.

LORD. ¿Y salió ayer?

DILLÓN. No, señor; no se separó de nosotros en todo el día.

(El lord hace seña al juez que está cerca de la mesa, y éste al escribano para que escriba: á cada respuesta de importancia se repite el mismo juego escénico.)

LORD. ¿Recibisteis gentes por la noche? ¿A qué hora se retiró la concurrencia?

DILLÓN. A las nueve.

LORD. ¿Y á qué hora murió vuestro hijo?

DILLÓN. ¡Mi hijo! ¡Ah! Creo que fué hacia la misma hora.

LORD. ¿Estabais entonces con vuestra sociedad?

DILLÓN. Sí, señor; toda la familia se levantó para despedir á las gentes.

ANA. Querido, te equivocas... Nuestro hijo no estaba entonces con nosotros.

DILLÓN. Cierto, perdonad... ¡Estoy tan turbado!...

LORD. (*Al juez.*) Notad que se contradicen.

ED. ¿Cómo? Milord... ¿un padre abrumado por el dolor puede tener presentes hasta las más mínimas circunstancias del horroroso acontecimiento que le ha privado de su hijo? ¿Habéis notado acaso que trate de engañaros? ¿Qué consecuencia podéis deducir de tan ligera equivocación?

LORD. ¿Olvidáis, caballero, que yo soy aquí el único que tengo derecho para hacer preguntas? (*A Dillón.*) ¿En dónde decís que ha perecido vuestro hijo?

DILLÓN. (*Señalando.*) Allí, en aquel pabellón.

LORD. ¿Y dónde dabais vuestra función?

DILLÓN. En el jardín.

LORD. (*Devolviendo al juez el papel.*) ¿Cómo? En el sitio mismo de vuestra reunión, en el mismo instante en que vuestra tertulia se recoge, y al mismo tiempo que vos estabais delante de ese pabellón... en fin, ¿expira vuestro hijo casi á vuestra vista? ¿Y queréis suponer que lo ignorabais?

(Dermod se acerca y habla al oído al lord diputado.)

DILLÓN. Nada hay más cierto, señor.

ANA. Los gritos de nuestros criados fueron los que nos anunciaron tan horroroso acontecimiento.

MAR. (*Acercándose un poco.*) Es la verdad, señor... (*Ve á Dermod que habla al lord.*) ¡Ah! (*Anda como espantada.*)

ED. (*A María.*) ¿Qué tienes?

(Ana, Isabel y Eduardo miran á María con asombro. El diputado no ha reparado en ella, ocupado como está en escuchar á Dermod y ver el proceso verbal de las respuestas de Dillón, que le enseña el juez.)

MAR. (*A Ana.*) Señora, ¡qué hombre he visto allí!

ANA é ISAB. ¿A quién?

MAR. ¡El señor Dermod! ¡Está hablando con el lord diputado!

ANA. ¡Dermod! ¿Qué vendrá á hacer aquí?... María, ¡mira si puedes avisárselo á mi esposo!

MAR. Dejadme á mí.

(Se hace un poco atrás, procurando no ser vista; pero Dermod la sorprende, y lo hace reparar al lord diputado.)

LORD. (*A María.*) ¿Quién sois vos?

MAR. (*Temblando.*) ¡Yo! Yo, señor... yo me llamo María; soy la hija de Jorge, y la novia de Mauricio... y... y la criada de la casa.

LORD. ¿Y adónde ibais?

MAR. Señor... iba...

(Ana, Isabel y Eduardo procuran hacerla señas para que calle.)

LORD. (*Reparándolo.*) Dejadla hablar, señora: María, respondedme, y decidme la verdad.

MAR. ¡Pardiez! Iba á decir á mi amo que se anduviese con cuidado.

LORD. ¡Con cuidado! ¿Por qué?

MAR. Porque... está ahí el señor Dermod.

LORD. ¡Está bien! (*María vuelve atrás.*)

DERM. Ya lo oís, milord.

(Todos están asombrados, excepto Isabel y Eduardo, cuyo horror se aumenta. Los cirujanos salen del gabinete, y se fija sobre ellos la atención general.)

ESCENA XIII

Dichos, los CIRUJANOS, y poco después JORGE, el JUEZ y los soldados que salieron anteriormente.

(El juez entrega el reconocimiento firmado por los cirujanos al lord diputado, quien lo lee por lo bajo. Suspensión general.)

LORD. (*A los cirujanos.*) Señores, somos de un mismo parecer: ¿habéis verificado exactamente las circunstancias notadas en la muerte violenta de ese joven? (*Responden con la cabeza afirmativamente.*) ¡No queda la menor duda! (*Echando á Dillón una mirada severa.*) ¡Qué horror!

(Movimiento general de sorpresa. Jorge, el juez y los soldados entran al mismo tiempo. El juez entrega varios papeles al lord. Jorge se acerca a su amo.)

JORGE. (*A Dillón.*) Señor, todo lo han registrado, pero en particular el cuarto de vuestro hijo, de cuyos papeles se han apoderado.

DILLÓN. ¡Ah, Jorge, mi sorpresa iguala ya á mi dolor!

LORD. (*Dando á un juez un fragmento de una carta, que este último enseña á Dillón.*) ¿Reconocéis en ese fragmento de una carta la letra de vuestro hijo?

DILLÓN. Sí, señor; sí... esta es su letra.

LORD. (*A quien el juez ha devuelto el papel.*) Oid... ¡Esta prueba es terminante! (*Lee.*) «Exigís de mí que renuncie á la religión de mis abuelos... ¡Ah! Si me dejase llevar de mi inclinación...» (*La sorpresa y el asombro de la familia de Dillón llegan al extremo.*) «¡cuán dulce me sería volar á vuestros brazos! Pero, ¡ay, qué vínculos es preciso romper para formar esos tan deseados! ¿Y tendré valor para romperlos?... No: provocaría la ira de mi padre, y esta ira sería el decreto de mi muerte.» (*Devuelve la carta al juez.*)

ANA. ¡De su muerte!

ED. ¡Infeliz!

ISAB. ¿Qué has hecho, hermano mío? (*El lord los observa á todos.*)

ANA. (*A su esposo.*) Roberto, ¿comprendes tú?...

DILLÓN. (*Al lord.*) ¡Cómo, señor, mi hijo ha escrito esas palabras! ¿A quién?

LORD. Puesto que insistís en vuestra supuesta ignorancia, voy á cerraros todas las salidas. La profunda tristeza que todo el mundo ha reparado en vuestro hijo, era efecto de su deseo de abjurar...

DILLÓN Y SU MUJER. ¡De abjurar!...

LORD. Y del miedo, del temor que le inspirabais.

DILLÓN Y SU MUJER. ¡Nosotros!

LORD. Esta noche misma debía abjurar. ¡El templo estaba ya abierto, los ministros avisados; todavía arden los candelabros que debían alumbrar esta augusta ceremonia! Ahora bien, según resulta de vuestra propia confesión no le habéis dejado salir; á las nueve os quedasteis solo con vuestra familia... ¡y entonces pereció vuestro hijo precisamente cuando se le estaba esperando ya al pie de los altares! Ese fragmento nos revela el resto del misterio; y esta declaración, resultado del reconocimiento de las heridas, confirma la idea de que no se ha suicidado. ¿Quién, pues, le ha muerto?

ANA. ¡Santo Dios!

DILLÓN. ¡Quién le ha muerto!

LORD. ¡Vos!

TODOS. (*Horrorizados.*) ¡Ah!

(Ana se deja caer sobre su asiento; su hija se cubre la cara; no pueden ser mayores el horror y la consternación.)

DILLÓN. ¡Santo cielo! ¿Qué he escuchado? ¡Yo degollar á mi hijo! (*Volviéndose hacia el gabinete.*) ¡Oh, hijo mío, levántate, ven, ven á responder á los acusadores de tu padre!

ED. ¿Es posible? ¿Y esa odiosa mentira se

ve repetida en la boca de un magistrado?

DILLÓN. ¡Bárbaro! ¿Sois padre, y os atrevéis á suponer ese delito?

LORD. ¡Suponerle! Miserable... ¡Tuvisteis un testigo!

TODOS. ¡Un testigo!

LORD. (*Señalando á Dermod.*) ¡Hele aquí!

TODOS. ¡Dermod!

DILLÓN y ED. ¡Impostor!

MAUR. (*Apartando á todo el mundo.*) Esperad... Sí, sí... Toma, cierto, el señor estaba... Me acuerdo de su vestido... le conozco.... Ayer noche le ví detrás de la verja... Todavía estaba allí cuando el señor Dillón salió del pabellón.

ED. ¿Qué dices?

LORD. Da testimonio.

MAUR. Sí, señor; y el señor, que lo ha visto todo, puede decir lo mismo que yo cómo ha pasado.

DILLÓN. (*A Dermod.*) ¡Ah! ¡Si eso es cierto, caballero... Si fuisteis el amigo de mi desdichado hijo, debéis tener compasión de su padre! ¡En nombre del cielo decid la verdad!

DERM. Oidla, pues. A las nueve salí del templo, donde se esperaba ya á vuestro hijo, y me dirigí á esta casa para llevarle conmigo y conducirle al altar. Llego y oigo á lo lejos gritos y gemidos. Empiezan á agitarme horrorosos presentimientos... Acudo temblando, y apenas llego á la verja, cuando oigo resonar las voces de muerte y asesinato. Entro. La señora y su hija aparecen y se precipitan hacia ese pabellón; dirijo yo también mis miradas hacia él, y veo salir á Dillón trémulo, pálido, desfigurado: á su aspecto todo el mundo se detiene; y la señora, adivinando en sus facciones el crimen que acaba de cometer, exclama: «¡Mi hijo ya no existe!» Asombrado entonces de tantos horrores, me apresuré á alejarme de esta guarida del crimen, creyendo que el cielo y que los hombres me mandaban reclamar la venganza: juro no haber dicho una sola palabra que no sea verdad.

ED. ¡Miserable! La calumnia más atroz no sería tan funesta como tu pérfida verdad. (*Dillón y su mujer se quedan anonadados.*)

LORD. ¿Qué podéis responder á eso?

DILLÓN. Nada, señor.

ISAB. (*Precipitándose en los brazos de su padre.*) ¡Padre mío! ¿Os dejáis acusar por ese monstruo? ¡Ah! Todos somos testigos de que adorabais en mi hermano.

JORGE, MAR. y MAUR. Sí, sí, señor, todos.

ED. Milord, no podéis insistir en tan espantosa acusación; la naturaleza os lo prohibe, y ultrajáis al cielo si no la desecháis. ¡Hacéis á los hombres más feroces que los mismos monstruos de las selvas! ¡Ama el tigre los frutos de su amor, y un padre los degollaría! ¡Una madre dejaría destrozar el hijo que ha criado en su seno! ¡Una madre, y la más cariñosa, la más respetable! ¿Será posible? Sesenta años de virtudes nunca desmentidas, la más inalterable dulzura, el amor de padre más puro, el más ardiente, ¿no serán bastantes á librar á un hombre de una sospecha que ultraja á la humanidad, y cuya verdad, si fuese posible, trastornaría el orden de la naturaleza? No, no es posible... Vos mismo no lo creéis. No podéis creerlo... Ningún magistrado admite semejante delito.

ANA. ¡Ah, señor, desechad tan horrible calumnia!

(Toda la familia y los criados tienden sus manos hacia el lord diputado.)

LORD. Nada puedo escuchar, ni menos separarme de mi deber. Sois acusado, los hechos hablan; podéis defenderos en los tribunales. (*A su séquito.*) Asegúrese al señor y á su familia, y que se traslade el cuerpo de la víctima á las casas consistoriales.

ANA. ¡Santo Dios!

ISAB. ¡Padre mío!

JORGE, MAR. y MAUR. (*Echándose á los pies del magistrado.*) Señor, ¡piedad!

LORD. (*A los suyos.*) Obedeced.

(Los tres criados se levantan sumidos en la más profunda aflicción. Un juez, varios soldados y otras personas entran en el gabinete. Dillón se ve al mismo tiempo rodeado de soldados que deben conducirle.)

DILLÓN. Querida esposa, hija mía, soy inocente. Tranquilizaos sobre mi suerte. Dios no permitirá que el justo sucumba: empero si tal fuese su voluntad... ¡ah! sólo le pido que aparte de vosotras esta prueba cruel. (*Las dos se deshacen en lágrimas.*) Amado Eduardo, ¿vendréis á defenderme?

ED. Yo juro perecer con vos, ó justificaros.

(El lord diputado y cuantos le acompañan salen. Dillón se coloca él mismo entre sus guardias, y sale echando sobre su familia miradas llenas de amargura y de dolor. Su mujer quiere dar algunos pasos para seguir á su esposo, pero al mismo tiempo el juez y los soldados que entraron en el gabinete salen de él: síguenlos dos hombres que llevan el cadáver. A semejante vista Ana exhala un grito de dolor apartando la vista, y el telón cae en el momento en que los mozos salen del gabinete, y antes que el cuerpo del joven Dillón ofenda la vista de los espectadores.)



ACTO TERCERO

El teatro representa una gran sala de la casa municipal de Dublín: tres grandes puertas vidrieras de arriba abajo, y de vidrios de colores, cierran el fondo de la sala. Al fin del acto, y en el instante en que Dillón es conducido al suplicio, se abren estas tres puertas, dejando ver una plaza pública, y enfrente la torre de una iglesia. A derecha é izquierda de los segundos á los terceros bastidores dos grandes puertas de dos hojas, una enfrente de otra, adornadas según el gusto del tiempo, y hasta las cuales se sube por dos ó tres escalones. En la de la izquierda del actor dirá una inscripción: SALA DEL CRIMEN; en la otra: SALA DEL CONSEJO. Algunos sillones antiguos.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO, DERMOD. (Dermod sale precipitadamente de la sala del crimen, y al parecer trata de huir. Eduardo sale detrás de él.)

ED. Deteneos, caballero; deteneos, os digo.

DERM. ¿Con qué derecho me seguís?

ED. Habéis de oirme á vuestro pesar. Aquí, y en todas partes, solo, y en presencia de mil testigos, no podréis libertaros de la verdad. ¡En ninguna parte podréis evitar la maldición de una familia inocente que vais á llevar al cadalso!

DERM. Caballero, ¿esa es una acusación que intentáis contra mí? ¿Ignoráis que al dirigirme esos insultos ultrajáis también la majestad del tribunal cuya sentencia no tardará en justificar mi conducta, condenando vuestros arrebatos?

ED. ¿Y sobre qué pruebas pudiera nunca ese tribunal emitir tan horrible sentencia, si vos con la más horrenda y execrable acusación... si vos con vuestro sacrílego juramento no hubieseis obligado á los jueces á condenar sin poder, sin osar siquiera consultar su propia conciencia? ¿Podrían nunca las leyes más sabias llegar á ser armas homicidas, si no hubiese monstruos, como vos, que se atreviesen á extraviar, á

engañar, á sorprender á la misma justicia? Habéis jurado descaradamente á la faz de Dios decir la verdad; he visto empalidecer á los mismos magistrados; y vos, desdichado, ¡habéis podido atestiguar entre tanto sin horrorizaros que un padre había degollado en vuestra misma presencia á un hijo que adoraba! ¡Ah! Si vuestro perjurio no ha provocado contra vuestra cabeza mil rayos vengadores, si la tierra asombrada de soportar vuestro infando peso no ha temblado ni ha entreabierto sus profundos abismos debajo de vuestros pies, reconoced en eso mismo la infinita clemencia del Todopoderoso, que le deja á vuestro arrepentimiento tiempo para enmendar el más horrendo delito.

DERM. ¡Esto ya es demasiado!

ED. ¡Ah! Yo no soy dueño ya de mi desesperación. (*Tomando un tono de súplica.*) Escuchadme, estamos solos: bien podéis entenderme sin ruborizaros. Dillón es inocente, y vos lo sabéis... Yo leo en vuestra frente que no lo dudáis. ¡Pues bien! Confiadme la causa de vuestro odio: ¿qué injurias habéis recibido de esos desgraciados? Yo os indemnizaré. ¡Os han perjudicado en vuestro honor, en vuestros intereses! Yo comprometo todos mis bienes, os entrego cuanto poseo, y os juro además guardaros eternamente el secreto. ¿Os turbáis? ¡Ah! seguid, seguid sin vacilar la voz de vuestra conciencia. Venid á retractaros de vuestra culpable declaración: detened á la muerte que va á segar ya á un anciano, y la sangre del inocente no recaerá sobre vuestra cabeza, ni pedirá la vuestra en el día del juicio terrible... Y yo os colmaré de riquezas, yo os ahorraré los horrores de un crimen, sus crueles remordimientos, y ¿quién sabe si la próxima venganza de los hombres?... Venid, venid... Triunfen por fin la justicia y la humanidad. (*Trata de arrastrarle.*)

DERM. (*Desasiéndose de sus manos.*) ¿Qué osáis proponerme? ¡Yo comparecer ante el tribunal para justificar á Dillón! Si vuelvo á su presencia, temblad vos mismo, será para añadir á las demás pruebas la que me presentan las ofertas criminales que os atrevéis á hacerme.

ED. ¿Es decir, que en tu alma no hallan cabida los remordimientos, es inaccesible al terror que experimentan los más empedernidos delincuentes?

DERM. Nada tengo que temer; el lord diputado está convencido.

ED. ¡Ah! monstruo... Bien sabías que no podía dejar de estarlo.

DERM. ¿Acusáis al primer magistrado?

ED. No acuso más que á tí; ¡y te acuso delante de Dios! Puesto que nada puede contenerte en la senda del crimen, puesto que, obcecado por tu infernal rencor, no conoces que el abismo donde vas á sepultar á Dillón no volverá á cerrarse sino después de haberte tragado á tí también, anda, desdichado, corre á precipitarte en él. Pero oye el juramento que hago. Si el padre de mi esposa llega á subir al cadalso, ni las entrañas de la tierra te podrán esconder de mi venganza, y tu sangre, toda tu sangre, sí, me responderá de la sangre inocente derramada.

DERM. Corro á denunciaros.

ED. (*Arrastrándole hacia la sala del crimen.*) Vé en buen hora, miserable; llega... (*Las puertas se abren estrepitosamente: aparecen dos ministros.*) ¡Dios mío! (*Eduardo y Dermod se detienen; sale un juez del tribunal.*)

ESCENA II

Dichos, el ASESOR, poco después JORGE, MARÍA y soldados.

AS. La causa se ha terminado, y los jueces van á pasar al consejo: mandad que se abran las galerías.

(Cruza la escena, y entra en la sala del consejo. Los dos ministros salen, cada uno por una de las galerías. Oyese al punto un ruido confuso de pasos y de voces en las dos, y varios pelotones de soldados atraviesan de la una á la otra.)

ED. Se acabó: ¡van á pronunciar la sentencia! ¿no os estremecéis?

(Jorge y María acuden por una de las galerías.)

MAR. ¡Ah! Padre mío, aquí está el señor Eduardo.

JORGE. ¡Él es! Señor Eduardo, decidnos por Dios, decidnos...

ED. (*Conmovido.*) Amigos míos, se va á pronunciar la sentencia.

JORGE y MAR. ¡La sentencia!

(Una fila de soldados se coloca en toda la latitud del teatro. Dos grupos de pueblo se agolpan á la entrada de las dos galerías, pero sin entrar, por contenerlos los centinelas.)

DERM. (*Viendo abrirse las puertas de las dos salas.*) Alejémonos.

(Se dirige hacia el fondo.)

El oficial que manda la tropa. Ya no se puede pasar.

(Dermod se ve precisado á quedarse; y viendo llegar de repente á Ana é Isabel, se queda en el fondo junto á los soldados, procurando ocultarse.)

DERM. ¡Procuremos evitar las miradas!

MAR. Mi ama...

ED. ¡Ah! (*Ana é Isabel aparecen en la mayor turbación.*)

ESCENA III

Dichos, ANA, ISABEL

ANA. (*Arrastrando consigo á Isabel.*) Ven, hija mía, ven; que nos encuentre también al paso.

ED. ¡Señora!

JORGE y MAR. (*Besándola las manos.*) ¡Señora, querida señora!...

ED. ¿Dónde vais? ¿Cuál es vuestro designio?

ANA. ¿Sois vos, Eduardo? amigos míos, ¡mi esposo es perdido! Van á condenarle... ¡á condenarle!... No, ¡es imposible!... ¡He aquí sus jueces!... miradlos... ¡Quedaos, quedaos aquí conmigo! Arrojémonos de nuevo á sus plantas... imploremos su justicia.

(Eduardo, Isabel, Jorge y María la arrastran hacia uno de los extremos de la sala. Dermod permanece en el fondo. Los ministros, los jueces salen de la sala del crimen, y se dirigen hacia la puerta de enfrente de la sala del consejo; se detienen en medio de la escena para dejar pasar al lord diputado; los soldados están sobre las armas; el pueblo permanece en el fondo.)

ESCENA IV

Dichos, el LORD DIPUTADO, JUECES, ASESORES, MINISTROS, etc.

(En el momento en que el lord diputado atraviesa el teatro, Ana é Isabel se precipitan hacia él.)

ANA é ISAB. ¡Deteneos, deteneos! (*Caen á sus pies.*)

JORGE y MAR. (*Prosternándose también.*) Perdón, piedad para nuestro amo!

LORD. ¿Qué hacéis, señora?

ANA. Mi esposo es inocente: ¡lo juramos todos por lo que hay más sagrado en el mundo! En nombre de ese Dios, que os ha de juzgar á vos mismo, ¡no consuméis la injusticia más horrible!... ¡No deis crédito á un impostor, á un monstruo abominable! ¡Ah! No condenéis al más virtuoso de todos los hombres... ¡mi esposo!

ISAB. ¡Mi padre!

JORGE y MAR. ¡Piedad!

LORD. Alzad, señora. (*A los jueces.*) Señores, es la hora del consejo.

ED. (*Pudiendo apenas contenerse.*) ¡Crueles!

(Ana, Isabel, Jorge y María se levantan consternados.)

LORD. Ni las lágrimas ni las amenazas tienen influencia sobre nuestros ánimos: hemos formado nuestra opinión; nada puede cambiarla. Salga absuelto ó condenado, pronto sabréis la suerte de vuestro esposo. (*A uno de su séquito.*) Permito al acusado que espere en esta sala que debe permanecer abierta para su familia. (*A los jueces.*) Señores, vamos.

(Todo el séquito entra en la sala del consejo. Los soldados se forman en pelotones, y el pueblo se retira: el oficial, despachando á los soldados por una y otra galería, da órdenes que indican que se van á poner centinelas en las puertas exteriores. Dermod observa todos estos movimientos deseoso de salir, y mirando con cierto temor á la familia de Dillón. Esta está sumergida en el estupor.)

ESCENA V

ANA, EDUARDO, DERMOD, ISABEL, JORGE, MARIA

ISAB. ¡Ah! madre mía, no perdamos aún del todo las esperanzas.

(Isabel y Eduardo tratan de llevársela.)

DERM. (Gracias á Dios, ya puedo salir... No puedo soportar su vista por más tiempo.) (*Trata de alejarse.*)

ISAB. Salgamos al encuentro á mi padre.

TODOS. (*Con indignación, reparando en Dermod.*) ¡Dermod!

(Este se ve rodeado por todas partes, y su turbación misma le deja inmóvil.)

ANA. ¡Cielos! Ya le tengo delante de mis ojos.

ED. ¿Cómo? ¿Te atreves á arrostrar las miradas de tus víctimas?

ANA. ¡Maldito calumniador! ¿Vienes á cebarte en la sangre de mi esposo? ¿De qué procede este funesto aborrecimiento? ¿Qué te ha hecho Dillón, ni yo, ni esta hija desgraciada? ¿Te ha vomitado el infierno para exterminar toda mi familia?

DERM. (*Con la mayor turbación.*) Señora...

ANA. ¡Tú eres el único que has acusado al inocente! ¡Tú quien le llevas al suplicio! Sobre tí caerá su sangre; y nuestros gritos, nuestro dolor, nuestras eternas maldiciones te perseguirán hasta dentro del sepulcro.

TODOS. Sí, ¡hasta dentro del sepulcro!

DERM. (*Asustado.*) Dejadme que me aleje.

ED. (*Persiguiéndole.*) No, ¡tú debes esperarlos!

Tu suplicio comienza con el de tu víctima; pero el suyo va á ser el triunfo del justo, al paso que el tuyo no conocerá término jamás. ¡Perseguiránte sin cesar los remordimientos vengadores! ¡Llorarás noche y día lágrimas de sangre! Y cuando se cierren tus ojos á la luz, entonces la mano de Dios te entregará á tormentos sin fin, ¡y la maldición celeste resonará todavía en la eternidad!

DERM. (*Huyendo.*) Dejadme, dejadme...

(Dermod huye con el mayor espanto, Dillón, conducido por algunos soldados, aparece en le dintel de la sala del crimen.

ISAB. ¡Ah! ¡He aquí á mi padre!

JORGE y MAR. ¡Nuestro amo!

(Todos corren á él y le rodean con mil señales de respeto y de cariño. Los soldados se retiran.)

ESCENA VI

Dichos, DILLÓN

DILLÓN. ¡Cuán dulce es para mí verme de nuevo en medio de mi familia, rodeado de mis hijos!... sí, de mis hijos, ¡porque un amigo como Eduardo, criados como vosotros, no pueden ser extraños para mí! ¡Y tú, querida esposa!... (*A Isabel.*) ¡Tú, único objeto ya de nuestro amor! Llegad. Mientras más próximo considero el momento de nuestra separación, ¡más se acrecienta mi cariño, más placer experimento al estrecharos sobre mi corazón! ¡Lloráis! ¡Ah! Si es cruel, si es horroroso el dejaros, bien conozco que aun debe serlo más para tí... (*A su mujer é hija*), para vosotras, el sobrevivir á nuestra desgracia.

ANA. ¡No, no creas que yo pueda sobrevivir á semejante golpe!

DILLÓN. ¿Qué dices, Ana? ¡y nuestra hija! ¿No es bastante todavía para esa inocente criatura perder en solo un día honor, bienes, padre y esposo? ¡Quédele á lo menos una madre!

JORGE. ¿Y nosotros, señor? Nosotros también la acompañaremos; mi hija y yo serviremos á la señorita hasta exhalar el último aliento.

ED. ¿Cómo, querido amigo, no conocéis ya mi corazón? Si algún día he querido á Isabel, ¡ha sido en este día de aflicción!

DILLÓN. Os creo, querido Eduardo; pero si salgo condenado, la miseria... ¡la infamia!...

ED. ¡La infamia! ¡Nunca recae sino sobre el crimen, jamás sobre la inocencia! ¿Qué digo? ¡El nombre de Dillón quedará ennoblecido por la desgracia, y yo participaré con orgullo de su mala suerte! Os roban vuestros bienes; ¡enhorabuena! Los míos pertenecen á mi madre; vuestras virtudes serán el patrimonio de vuestra huérfana. En cuanto á mí, yo he protestado de vuestra inocencia, yo la proclamaré sin cesar, aun con riesgo de mi vida. ¡Oh Isabel! Y vos, su cariñosa madre y la mía también, cualquiera que sea el desenlace que se prepara, no recojáis el don que os habíais dignado hacerme! Venid, amiga mía, y mientras que los jurados pronuncian la suerte de nuestro padre, pidámosle que nos una, que confíe á nuestro amor á la más cariñosa de todas las madres, y de hacernos partícipes igualmente de su infortunio, de su ternura, de su bendición paternal.

(Se inclinan los dos á los pies de Dillón.)

DILLÓN. ¡Oh, hijos míos! Quiera Dios atender á mis oraciones, y ¡ojalá que mis padecimientos, ofrecidos con resignación, logren para vosotros la felicidad que tenéis tan merecida! (*Oyense pasos acelerados; acude Mauricio.*)

ESCENA VII

Dichos, MAURICIO, el OFICIAL

MAUR. (*Al oficial, que le impide el paso*) Dejadme entrar; repito que soy de la familia. Pardiez, es claro; me llamo Mauricio, y soy el jardinero del novio de la hija del señor reo.

MAR. ¡Ah! Es el pobre Mauricio.

MAUR. Mirad, ahí están todos... preguntádselo si no... Pues está bueno, ¡eh!

ED. Sí, sí; ese muchacho es mi criado: os suplico que le dejéis pasar.

MAUR. ¡Hola! (*El oficial le deja pasar.*)

ED. ¿Qué quieres? ¿Qué traes?

MAUR. ¡Chitón! Señor Dillón, ¡si supieseis lo que pasa en la ciudad!...

TODOS. (*Con impaciencia.*) ¿Qué?

MAUR. (*A Dillón.*) ¡Quieren libertaros!

TODOS. ¡Libertarle!

ANA. Habla, prosigue.

MAUR. La gente rica, comerciantes, y sobre todo los católicos... todos se reunen... y hablan, hablan...

ED. Sigue.

MAUR. (*A Dillón.*) ¡Y hablan de vos!

ED. ¿Qué dicen?

MAUR. (*Vacilando.*) Que... que os condenarán. (*Movimiento de horror.*) Pero ya hay más de mil reunidos allá bajo, en la plaza; todos los pobres lloran á su bienhechor; trabajadores y artesanos os llaman su padre, su protector... y en fin, están tan decididos á presentarse al lord diputado, y hacerle presente que no debe atropellar el negocio, sino aguardar á tener más pruebas, saliendo ellos garantes de vuestra inocencia con sus bienes, y hasta con sus vidas.

ED. ¿De veras?

ANA. ¡Ah! ¡Querido amigo!...

ED. ¿Dónde, cómo has reunido esas noticias?

MAUR. Toma, en toda la ciudad no se esconden para decirlo; hablan y gritan... y se lo dicen á todo el que lo quiere oir.

ED. ¡Basta!

DILLÓN. ¿Qué decís? ¿Qué vais á hacer?

ED. Voy á unirme á ellos.

DILLÓN. (*Deteniéndole.*) ¡Deteneos! sea injusta, ó sea merecida, ¡toda sentencia dimana de un principio sagrado!

ED. Sois inocente, y sois el padre de mi esposa.

DILLÓN. Deteneos, os digo; yo os prohibo...

ISAB. (*Impeliéndole.*) Eduardo, ¡salvad á mi padre!

ANA. Hijo mío, ¡salva á mi esposo!

DILLÓN. ¡Deteneos!

ANA, ISAB. y JORGE. Corred, volad...

ED. Si el cielo no ha decretado la muerte del inocente, yo os restituiré el objeto de vuestro cariño.

DILLÓN. Deteneos, deteneos...

ANA. (*Conteniéndole.*) ¡Silencio, Roberto, silencio!

ISAB. ¡Querido padre!

JORGE. ¡Amo mío!

(Eduardo se precipita fuera de la sala. Dillón queda en medio de su familia, que le sujeta los brazos.)

MAUR. (*Exaltado.*) Marchó... ¡Santo Dios!

JORGE. (*Corriendo hacia él.*) ¡Prudencia, Mauricio, prudencia!

MAR. No grites de ese modo; todo lo vas á descubrir.

MAUR. No me importa; ya pierdo la paciencia: voy también...!

MAR. Mauricio, ¿dónde vas?

MAUR. No te asustes, no es nada. Voy también á ofrecer mi persona y bienes.

(Se escapa corriendo.)

MAR. (*Detrás de él.*) ¡Mauricio, Mauricio! (*Jorge la detiene.*)

ESCENA VIII

DILLÓN, ANA, ISABEL, JORGE, MARÍA

DILLÓN. ¿Qué habéis hecho?

JORGE. Mirad á los jurados; ya salen del consejo.

ANA. ¡Santo Dios!

ISAB. Padre mío! (*Todos tiemblan.*)



DILLÓN. Enhorabuena, hija mía, querida Ana: ¿no esperábamos su regreso? Ya está mi sentencia pronunciada y mi suerte decidida, y debo resignarme á la voluntad del Señor.

ANA. Mi sangre se hiela.

JORGE y MAR. Aquí están.

(Abrense las puertas de la sala del consejo, y se colocan varios alguaciles á los lados. Al mismo tiempo se abren las tres grandes vidrieras del fondo de par en par, y dejan ver la plaza llena de gente. Entran soldados por entrambas galerías, y se colocan en el fondo, impidiendo al pueblo la entrada por las vidrieras abiertas. Entonces todo el consejo, los jurados, asesores, etc., salen de la sala del crimen; el lord diputado aparece en medio de ellos. Todo el mundo se coloca con el mayor orden. La música toca en todo este intermedio. El lord diputado llama á su dependiente, y le entrega una orden por escrito, señalándole á Dillón, y encargándole al parecer la mayor actividad. El ministro, sorprendido, echa una mirada de compasión sobre la familia de Dillón, y sale como á pesar suyo. Un oficial se acerca, y recibe también del lord diputado una orden relativa á la tropa, se dirige en consecuencia al fondo de la sala y da varias órdenes; al punto entran por las galerías varios pelotones de soldados, que desfilan por la otra atravesando la plaza pública. Durante estos diversos movimientos crece por momentos la zozobra y el espanto de la familia de Dillón, que lo observa todo con la mayor turbación. Dillón solo aparece sereno.)

LORD. (*Dirigiéndose aparte á los ministros de justicia.*) ¡Y Dermod, el acusador! Buscadle, tengo que hablarle. (*Los ministros salen en busca de Dermod.*)

ESCENA IX

LORD DIPUTADO, DILLÓN, ANA, ISABEL, JORGE, MARÍA, JURADOS, ASESORES, dependientes de justicia, soldados, pueblo, etc.

ANA. (¡Cielos! ¿Qué significan esas órdenes... esas disposiciones?)

LORD. Señora, en nombre de todo el consejo os suplico que os retiréis con vuestra hija. (*Las dos se acercan á Dillón, le miran asustadas.*) ¡Me habéis entendido! Alejaos.

ANA. No, señor, no; mi hija y yo nos quedaremos aquí. ¡Os declaro que no abandonaré á mi esposo! Soy inocente lo mismo que él. ¡Nuestros sentimientos, nuestras acciones son las mismas! ¡Nuestra suerte debe ser común! Si le condenáis, ¡toda su familia le acompañará al suplicio! Ven, hija mía; ¡amparemos con nuestros brazos el cuerpo de tu padre! (*Le abrazan.*) Milord, ¡hénos aquí! Pronunciad la sentencia; ¡un mismo golpe nos acabará á los tres!

(El lord diputado parece conmovido; todos los jurados hacen un gesto de compasión.)

DILLÓN. (*Con energía.*) ¡Y bien, señor!

LORD. ¿Os obstináis en negar el crimen de que sois reo?

DILLÓN. Ningún crimen he cometido; mis manos están tan puras como mi corazón: vos sois el que vais acaso á cometer uno, y muy grande.

LORD. ¿Os obstináis igualmente en callar vuestros cómplices?

DILLÓN. Mal pudiera haber cómplices sin existir delito.

LORD. ¡Es decir, que despreciáis por medio de ese culpable silencio la clemencia del cielo y la indulgencia de los hombres!

DILLÓN. Al contrario, las imploro; el hombre más justo las necesita. Pero, vos, señor, ¡acordaos también de que Dios os ve, y que va á oir vuestra sentencia!

LORD. Oídla.

(Un jurado se acerca y entrega la sentencia al lord diputado, quien la abre lentamente, y como con terror. Dillón espera, con los ojos clavados en el cielo; su mujer y su hija, á su lado, parecen implorar al cielo con fervor. Jorge y María las imitan al parecer en el otro extremo de la sala.)

ANA. (*Con voz apagada.*) ¡Dios mío! Tú sabes que es inocente; sálvale.

LORD. (*Se adelanta algunos pasos, y después de un momento de indecisión lee.*) «El tribunal reunido, habiéndose asegurado de que se ha cometido un asesinato en la persona de Patricio Dillón, sabida la causa, y examinadas las circunstancias de este atentado, que le han sido descubiertas por el testigo Dermod bajo la fe del juramento, y resultando de las otras tres declaraciones que nadie ha podido ejecutar este crimen sino Roberto Dillón; el tribunal, por la mayoría de siete votos contra cinco, condena á dicho Roberto Dillón á la pena capital.»

(Ana, Isabel, María y Jorge exhalan un grito de dolor; aquellas dos se prosternan á los pies de Dillón, besando sus manos, que tienen cogidas, ahogadas por sus sollozos.)

ANA é ISAB. (*Pudiendo apenas hablar.*) ¡Esposo idolatrado! ¡Padre mío!

LORD. (*Más rápidamente.*) «Y teniendo en consideración las amenazas sediciosas de algunos perturbadores, opuestos á la creencia dominante de la Gran Bretaña, el consejo determina, para dar un pronto escarmiento, y evitar cualquier consecuencia desagradable, que el sentenciado sea conducido inmediatamente al suplicio (*Ana é Isabel se levantan, á medida que lee, en el más alto punto de desesperación y de espanto*); y encarga á los magistrados que permanezcan reunidos hasta el momento en que la primer campanada de la torre anuncie la muerte del reo.» (*A dos oficiales.*) Ejecutad las órdenes del tribunal.

(Movimiento general.)

ANA. ¿Conque es cierto? ¡Ah! yo te sigo á la muerte... Nadie podrá arrancarte de mis brazos; el verdugo no se atreverá á herirte sobre mi pecho.

DILLÓN. ¡Santo Dios! Cara esposa, ¿qué haces? ¿Qué es ya de tu valor y de tu resignación? Llegó el momento en que debemos cumplir con los deberes más grandes y más sublimes que ha impuesto á los hombres el Todopoderoso. Sí; ¡mi muerte y tu vida servirán algún día de ejemplo, y esta idea debe llenarnos de un valor sobrenatural! ¡Pensemos en la eternidad para poder soportar las últimas penas de este mundo! Yo te precedo con mi desgraciado hijo.

LORD. Basta de dilaciones: que le lleven al suplicio.

DILLÓN. ¡Ah! Dejadme siquiera que las abrace por la última vez. (*Jorge y María se preci-*

pitan hacia él y le besan las manos, que el les tiende afectuosamente.) Adiós... Adiós, amigos míos, hija mía, querida esposa... Dios mío, ampara á mi familia... Prohibo á Eduardo que trate de vengar mi muerte. Perdono á mis enemigos, perdono también á mis jueces: ¡ojalá que los perdone el cielo!... Vamos... Isabel, sostén á tu madre: adiós, adiós.

(Quiere salir mientras que su mujer está casi desmayada en brazos de Isabel.)

ISAB. ¡Madre mía! Ya le llevan... ¡Ah!

ANA. (*Volviendo en sí, y corriendo hacia su esposo.*) ¡Detente! ¡Detente!

DILLÓN. ¡Santo cielo!

ISAB. ¡Padre!

DILLÓN. ¡En nombre del cielo, abreviad mi suplicio!

(Separan por fuerza á Dillón de su familia, y le llevan; se le ve pasar por la plaza por detrás de las ventanas de la sala. Entretanto el lord diputado vuelve á entrar en la sala del consejo, y los soldados se retiran. Jorge ha seguido á su amo. Isabel y María han colocado á Ana en un sillón, ya desmayada. Isabel está á sus pies, y la tiene apoyada en sus rodillas; María, detrás, tiene los ojos cubiertos con el pañuelo ó el delantal. Entonces Dermod, agitado de un secreto terror, aparece en el fondo de la sala, entra y se acerca reparando en el grupo de las tres mujeres, que no le ven; al mismo tiempo un mozo con una carta en la mano se deja ver en la plaza mirando por una de las vidrieras de la sala.)

ESCENA X

ANA, ISABEL y MARIA agrupadas en un lado; DERMOND por el opuesto, y poco después y á su lado el MINISTRO que salió antes á buscarle; después el MOZO que entra con aire tímido y como buscando á alguien, y luego JORGE.

MIN. (*A Dermod.*) Esperad. (*Pasa á la sala del consejo.*)

DERM. ¿Qué me querrán? ¡Oh! (*Mirando al grupo.*) ¡He aquí mi obra! Satisfice mi odio... ¡consumé mi venganza! Pero si llegase á saberse...

MOZO. ¡Gracias á Dios que me han dejado entrar! Desde las siete de la mañana ando buscando ocasión de hablar al.. (*Viendo á Ana.*) ¡Ah! ¿Qué veo? ¿No es aquella la pobre señora de Dillón? (*Se enjuga los ojos.*)

DERM. (Salgamos de aquí... ¡Sufro un tormento espantoso!...)

MOZO. (*Tropezando con él.*) ¡Ah! Perdonad... Para serviros, caballero.

DERM. ¿Qué quieres?

MOZO. Nada, señor. Es una carta que traigo para el lord diputado.

DERM. ¡Una carta! (*Lo aparta á un lado con bastante inquietud.*)

ISAB. (*Que sigue ocupada con su madre.*) ¡Ay de mí! ¡No vuelve!

MAR. (*Desconsolada.*) No hay nadie que nos socorra.

DERM. (*Al mozo.*) ¿Una carta para el lord diputado? ¿De quién es?

MOZO. ¡Oh! No miento, no, señor; miradla, esta es. (*Sacándola del bolsillo, y leyendo el sobre.*) «Al señor Fitz Williams... lord diputado en Irlanda, por Su Majestad la Reina de Inglaterra...»

DERM. (*Cogiéndola con desconfianza.*) Cierto. Al señor Fitz Williams... (*El mozo está distraído mirando á Ana.*) (¿Qué es esto? Yo conozco esta letra... sí... es la suya...)

MOZO. ¿Eh? Conocéis...

DERM. ¿A qué hora te han entregado esta carta?

MOZO. ¡Pardiez! Ayer á las ocho, señor. Estaba anocheciendo.

DERM. ¿En qué punto de la ciudad?

MOZO. Señor, cerca de la casa del señor Dillón.

DERM. Pues, amigo, ahora no puedes ver al lord diputado.

MOZO. Lo siento, porque ya me canso...

DERM. No obstante, dentro de un rato debo verle yo mismo; yo me encargo de entregarle esta carta... Pierde cuidado. (*Ana empieza á volver.*)

MOZO. ¿De veras, señor? ¡Eh! Pues si tuvierais la bondad...

DERM. Dentro de muy poco quedará en su poder. Anda con Dios, anda.

MOZO. Muchas gracias, señor. Os suplico que no la olvidéis... (*Mirando á Ana.*) ¡Pobre señora!... ¡Qué lástima de familia! (*A Dermod, que le hace una seña para que se vaya.*) Ya me voy, señor, ya me voy, y tantas gracias. (*Vase.*)

ISAB. ¡Ya respira!... Ya abre los ojos.

MAR. ¡Señora!

ISAB. ¡Madre mía!

DERM. (*Que ha abierto la carta.*) Veamos, veamos. (*Lee bajo.*)

ANA. ¿Donde estoy?

DERM. (*Después de haber leído.*) (¡Cielos! ¡Oh Providencia! ¡Si esta carta se entrega soy perdido!) (*Echa á su alrededor miradas de espanto, y empieza á rasgar la carta.*) (¡Aniquilémosla!)

UN DEPENDIENTE DE JUSTICIA. (*Sale de la sala del consejo.*) Caballero, el lord diputado

me manda que os lleve inmediatamente á su presencia.

DERM. Ya os sigo. (*Apañuscando la carta y ocultándola en el pecho.*) (¡Que no aparezca nunca!) (*Sigue al ministro á la sala del consejo.*)

ESCENA XI

ANA, ISABEL, MARÍA

ANA. (*Levantándose sostenida por su hija y María.*) ¿Qué oscuridad me rodea? ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi esposo? ¿Qué? ¡Ya me han dejado sola!

ISAB. No, madre mía. Aquí estamos contigo.

ANA. (*Mirándolas.*) Sí... ¡eres tú, hija mía! ¿Por qué lloráis? (*Las dos se vuelven para ocultar sus lágrimas; entonces Ana mira á su alrededor, procura coordinar sus ideas; recorre la sala, lee sucesivamente sobre las puertas laterales sus respectivas inscripciones, y reuniendo todas las fuerzas exhala un grito doloroso.*) ¡Ah! Mi esposo va á morir.

(Quiere precipitarse fuera de la sala.)

ISAB. y MAR. ¡Madre mía!... ¡Señora!

ANA. (*Arrastrando consigo á su hija.*) Ven, hija mía, ven. Corramos á morir con él.

MAR. (*Deteniéndola.*) ¡Ah! No salgáis, señora, no salgáis.

(Se oyen pasos precipitados y gritos.)

ANA. ¡Cielos! ¡Qué rumor! ¡Qué tumulto!

ISAB. y MAR. Es Eduardo.

(Este llega y trae consigo al mozo, seguido de una multitud de personas y de Jorge.)

ESCENA XII

Dichos, EDUARDO, JORGE, EL MOZO, y gente que ocupa el fondo.

TODOS. (*Saliendo al encuentro á Eduardo.*) ¿Y mi esposo? ¿y mi padre? ¿y mi amo?

ED. ¡Ah! Señora, tal vez traigo su justificación; una carta de vuestro hijo.

TODOS. ¿Una carta?

ED. (*Al mozo que tiembla.*) ¿Dónde está ese hombre á quien se la has entregado? ¿Dónde está? ¡Vamos! ¿Dónde está?

MOZO. Señor, ¡por Dios! Yo no sé. Aquí estaba... Aguardad, habrá ido á llevarla al lord diputado.

ED. ¡Ah! Corramos...

(Ábrense las puertas y el lord diputado aparece; al verle, todo el mundo da un grito y se detiene.)

ESCENA XIII

Dichos, LORD DIPUTADO, DERMOD, todos los jurados, etc., y poco después el pueblo y los soldados

LORD. ¿De qué procede ese alboroto? ¿Qué reunión es esta?

(Todos los jurados salen de la sala del consejo y van llenando la escena.)

ED. (*Al mozo, á medida que los jurados van saliendo.*) Míralos bien. ¿Es ese?

MOZO. No, señor.

ED. ¿Y ese?

MOZO. No, señor.

ANA. ¡Yo tiemblo!

ED. Ten cuidado.

MOZO. (*Observándolos á todos.*) Tampoco, no, señor, tampoco. ¡Ah! (*Sale Dermod.*) Ese es, señor, ese es; á ese fué á quien entregué la carta.

TODA LA FAMILIA. ¡Dermod!

LORD. ¿Qué significa eso?

ED. Ese traidor tiene en su poder una carta para vos: según todas las apariencias justifica á Dillón; es de su hijo.

DERM. ¡Yo!

LORD. ¡Una carta!

ED. Mandad que se la quiten, ú os hago responsable de la muerte del inocente.

DERM. Deteneos.

TODOS. Mandadlo, mandadlo.

LORD. Sujetadle. (*Los soldados obedecen; se le registra.*)

ANA. Daos prisa, daos prisa... Mi esposo va á morir.

(Eduardo levanta la carta en alto enseñándola á todo el mundo.)

TODOS. ¡Ahí está!

LORD. Dádmela. (*La abre y lee precipitadamente. Movimiento general á su alrededor.*) «No se culpe á nadie en mi muerte. Dermod me ha conducido al borde del abismo, y voy á quitarme la vida.» (*Volviéndose hacia Dermod.*) ¡Miserable! ¡Perjuro! (*A los soldados.*) Prendedle.

ANA. Salvad á mi esposo.

LORD. ¡Corred, volad!

ED. (*Apoderándose de la carta.*) Dádmela, dádmela; yo seré el primero...

DERM. (¡Soy perdido!)

(Eduardo corre agitando la carta en señal de triunfo: todo el mundo se precipita detrás de él. El fondo entero del teatro no presenta más que un grupo inmenso de personas. Al mismo tiempo que Eduardo va á arrojarse fuera de la sala se oye una campanada; todos se detienen. Un tem-

blor general se apodera de todos, y la campana sigue sonando lentamente. A cada campanada todo el grupo retrocede, hasta llegar con la mayor consternación, siempre en la misma forma, al principio de la escena. Allí Ana é Isabel caen de rodillas; el lord diputado se arroja sobre un sillón tapándose la cara, y todos los jurados, agrupados á su alrededor, parecen temer que las paredes se vengan abajo sobre ellos. Dermod se ve rodeado de soldados que vuelven con ademán furioso y rostro indignado las puntas de sus espadas contra él. El pueblo acude y llena la plaza pública.)

ED. (*Todavía con la carta en la mano.*) ¡Ya no hay remedio! ¡El crimen está consumado! ¡El inocente expira! ¿Oís esos ecos lúgubres que resonarán eternamente en vuestras almas? ¡Los siglos venideros los oirán también, y el nombre de Dillón quedará grabado en la historia con caractéres de sangre! (*Dermod derribado por los soldados, cae, una rodilla en tierra, y se ve rodeado de espadas que le amenazan.*) ¡Madre mía! ¡Isabel! Roberto Dillón ha recibido ya la corona de los mártires.

FIN DEL MELODRAMA





DON JUAN DE AUSTRIA O LA VOCACION

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

FELIPE II
Don JUAN
Don RODRIGO QUESADA, del Consejo de S. M. Carlos V.
Don PEDRO GOMEZ
CARLOS V
EL PRIOR DEL CONVENTO DE JERONIMOS DE YUSTE
FRAY LORENZO
FRAY TIMOTEO
PABLO, novicio de quince años
RAFAEL, DOMINGO, GINES, criados de don Rodrigo
Doña FLORINDA SANDOVAL
DOROTEA, dueña
UN UGIER DEL PALACIO
Cortesanos, Ugieres, Alguaciles, Frailes, Guardias, etc.

ACTO PRIMERO

Una librería en casa de don Rodrigo: en los alrededores de Toledo.

—

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO, GINÉS con bujías en la mano, DOMINGO

ROD. Alumbra, Ginés. Véalos yo después de tres días de ausencia, mis caros libros, mis amigos y mis consejeros... (*Separando las luces que Ginés acerca.*) ¡Eh! no tan cerca; ¿quieres hacer un auto de fe con mi biblioteca? ¡Por Santo Domingo! esos libros son mejores cristianos que tú y que yo. ¿No debo á su intervención la conversión á Dios del mozo más mundano de entrambas Castillas? (¡Pobre don Juan! ¡Sepultar dentro de un hábito tan raras y tan altas prendas! Pero así lo quiso el emperador, mi señor, y nuestro nuevo rey don Felipe ha

jurado no reconocerle sino con esta condición.) ¿Eh? Paréceme que oigo ruido en su aposento. (*Acercándose á una puerta lateral.*) Don Juan, hijo mío, ¿no dormís?

Una voz de adentro. Padre y señor, estoy en oración.

ROD. ¡Santa palabra! (*A don Juan.*) Proseguid, hijo mío; mi regreso después de tan corta ausencia no ha de turbaros en vuestros piadosos deberes hacia el Padre común de todos los hombres. (*A Ginés.*) Ven hacia esta parte, y hablemos bajo. Ginés, ¿qué ha hecho mi hijo durante mi viaje? ¿Ha asistido todos los días al templo á la hora acostumbrada?

GINÉS. A la hora acostumbrada.

ROD. ¿Su estancia en él era larga?

GINÉS. Larga.

ROD. ¿Al ir ó al volver no has visto nada sospechoso?

GINÉS. Nada sospechoso.

ROD. ¿No has recibido para él ninguna carta?

GINÉS. Ninguna carta.

DOM. Fuera de esta. (*Deslizándola por debajo de la puerta de don Juan.*) Ya está en el buzón.

ROD. Estoy satisfecho. Sírveme siempre con el mismo celo.

GINÉS. Con el mismo celo.

ROD. ¡Es un eco este asturiano! Una mula he tenido de su tierra, que gastaba más palabras. Pero fiel.—A tí, Domingo. ¿Qué hizo mi hijo el día de mi partida?

DOM. Levantóse un tanto triste. Acompañéle en sus devotas oraciones, y, si no lo habéis á enojo, hícele pie para el almuerzo.

ROD. Veo que si tomas parte en sus devociones, no olvidas sus desayunos.

DOM. Suéleme decir que reza con más fervor cuando estoy á su lado, y que almuerza con mejor apetito.

ROD. (Este es más suelto que el otro. Ha andado tres años al servicio de un canónigo.) (*A Domingo.*) ¿Y después?

DOM. Le leí para edificarle un sermón del padre Fresneda... pero pesia mí...

ROD. ¿Se durmió?

DOM. No, sino antes del Ave María...

ROD. ¡Oh! ¿qué? ¿no le recordabas los grandiosos hechos del reinado anterior?

DOM. Temí que el nombre de Francisco I despertase en él sus antiguas imaginaciones marciales.

ROD. ¿Francisco I sigue pues siendo su héroe? (Extraña fantasía en un hijo de Carlos V.) (*A Domingo.*) ¿Y después?

DOM. Acostóse como de costumbre al caer del día, y reposó con un sueño tan tranquilo como su conciencia; díjome á la mañana que los ensueños que había tenido hubieran honrado á un padre del yermo.

ROD. ¡El gozo ha de matarme! Hace seis meses, Domingo, cuando don Juan parecía cuidar más del mundo que de su salvación, ¿quién hubiera creído que habíamos de ver jamás tan milagrosa conversión? Modelo es de buena crianza. Da las llaves.

DOM. Aquí están todas. (Salvo la buena.)

ROD. Ahora no pudiera salir sin mi licencia.

DOM. (Pero entrará con la nuestra.)

ROD. Podéis recogeros. Tomad para vosotros. (*Les da dinero.*) Y Dios os guarde.

GINÉS. Dios nos ayude.

ROD. No, no; no pecará por palabra de más.

ESCENA II

DON RODRIGO

Estoy fatigado. (*Sentándose.*) Bueno será ver si no he perdido en el viaje alguno de mis papeles. (*Abre una cartera y saca algunas cartas, que recorre.*) ¡Ah! La orden del rey don Felipe, que se niega á verme en Madrid, y me manda volverme al punto á Villa García de Campos, donde, á Dios gracias, ya estoy de vuelta.

«Ultimos consejos de Ignacio de Loyola á su amigo y señor don Rodrigo Quesada, del consejo que fué de Su Majestad el señor emperador don Carlos V.» La carta que aquel santo varón me escribió algunos días antes de su muerte. ¿Quién hubiera adivinado jamás, cuando mandaba aquella compañía de migueletes en el sitio de Pamplona, que había de verse un día al frente de otra compañía, Dios me perdone, bien diversa, y que ha de venir á ser andando el tiempo un ejército, según levanta gente para ella? Letras por cierto bien preciosas. Mal haya yo, si me canso jamás de pasarla y repasarla. (*Leyendo.*) «Os ocurre una dificultad, un escrúpulo de conciencia, mi muy caro hermano, tocante al hijo natural del emperador Carlos V, el mancebo don Juan, nacido en Ratisbona el 24 de febrero de 1545, quien fué cometido á vuestro celo desde la edad más tierna, y que pasa en la opinión de las gentes por hijo vuestro. En el caso, me decís, de que mi discípulo no fuese reconocido por el rey don Felipe, su hermano, á pesar de la palabra que

delante de mí empeñó al emperador, religioso actualmente en el monasterio de Yuste, ¿debo ó no publicar la verdad? Distingamos, hermano mío; distingo.» ¡Eh! ¡eh! Cuando cursaba en el colegio de Monteagudo á los treinta y cinco años ya era el escolar más sutil para estos casos de conciencia... siempre cortaba el nudo con su *distingo*.

«Si don Juan estuviese aislado en el mundo, yo os diría: *Hablad, don Rodrigo*. Pero se trata de un suceso que atañe á dos testas coronadas; no es posible, hermano, dar á luz las faltas de los grandes de la tierra sin grave escándalo de los pequeños. Considerad además cuán eminente riesgo corrierais vos mismo. Yo os propondría por tanto un término medio, que conciliase vuestros deberes con vuestro interés, cual sería acreditar el nacimiento de vuestro discípulo por medio de un instrumento que él pudiese hacer valer algún día á su riesgo y peligro; esta medida os reportaría la doble ventaja de daros tranquilidad en esta vida, y de no intimidaros en la otra...»

Ya está hecho, ya está hecho; aquí está el instrumento. «Segunda dificultad tocante á la madre del mancebo don Juan. Veo que no sabéis á quién achacar esta debilidad, y que andáis dudoso entre una real princesa de Hungría, una nobilísima marquesa de Nápoles, y una humilde cuanto hermosa panadera de Ratisbona. Bien que fuese lo más natural, mi muy caro hermano, designar la plebeya por caridad hacia las dos nobilísimas señoras, apruebo con todo vuestra dificultad. Pero en tal caso os quedará el medio, tan conciliador como el otro, de dejar en blanco el nombre de la madre.»

Es un portento para estas sutilezas. He seguido su consejo, vista la dificultad de acertar en medio de tantas fragilidades imperiales. En resumen, del lado de la madre hay confusión, tropel: por lo regular sucede todo lo contrario. (*Guardando las cartas.*) Creo que reina la mayor tranquilidad en la cámara de mi discípulo. Se habrá recogido. Hagamos otro tanto.

ESCENA III

DOMINGO, GINÉS, después DON JUAN, RAFAEL

DOM. (*En voz baja.*) Entrad, entrad, señor don Juan: ha pasado á su cámara.

JUAN. ¡Lléveme el diablo! si ha vuelto, llego tarde.

GINÉS. ¿Tarde?

DOM. Jura como un hereje.

JUAN. Como un devoto; á fe que vosotros, con toda vuestra devoción, no desconocéis ninguno de los siete pecados mortales.

DOM. Pero nos arrepentimos; si los buenos cristianos no pecasen, habría una multitud menos en la tierra.

JUAN. ¡Silencio, víbora! (*Corriendo hacia la puerta de su cuarto.*) Rafael, Rafael, soy yo.

RAF. (*Abriendo la puerta.*) En buen hora, señor don Juan; á no ser por un ardid de guerra, la plaza estaba tomada. Hemos parlamentado al través de la puerta. Pero ¡voto á Dios! la supercheria no le va bien á un soldado viejo.

JUAN. Toma ejemplo de Domingo: es oficio que no le cuesta, y que le vale. (*Sacando la bolsa.*) Toma, Ginés, por tu discreción, y tú, Domingo, por tus embolismos: insignes bribones, cobráis por dos lados vuestros leales servicios.

DOM. Dios nos dió dos manos, y usamos de ellas en obsequio vuestro.

GINÉS. En obsequio nuestro.

JUAN. Esta es la primera vez que ha alterado el texto. Ea, id con Dios. (*Sacudiendo la bolsa vacía.*) He aquí dónde paran los dineros que mi buen padre me da para el rescate de cautivos.

ESCENA IV

DON JUAN, RAFAEL

RAF. Don Rodrigo puede alabarse de estar bien servido por cierto, y vuestra salvación está en buenas manos. Vuestra señoría sin embargo me había prometido volver más pronto.

JUAN. ¡Hallara yo medio de separarme de ella! lo que me pasma aún no es el haberla dejado tan tarde, sino el haber tenido fuerzas para separarme de ella; y si no me entiendes, buen Rafael, tanto peor para tí. Será señal de que no has amado jamás.

RAF. ¡Pluguiera á Dios!

JUAN. Sí, á tu modo.

RAF. Si hay dos modos, vive Dios que era el mejor; pero no se me acuerda que el amor me hiciese faltar nunca de mi puesto; ni aun después de la gloriosa jornada de Pavía, cuando hacíamos zafarrancho de las milanesas; y puedo jurar con todo á vuestra señoría que el día de nuestra partida las morenas de aquella tierra no podían

decir como nuestro prisionero: *Todo se ha perdido menos el honor.*

JUAN. ¡Oh, Francisco I! Gran rey, que admiro más todavía por sus defectos que por sus raras prendas. Ese sabía amar.

RAF. Y se batía como un león, *¡capo di dio!*

JUAN. ¡Parece que no se te olvidó todavía el italiano!

RAF. ¡Pardiez! sé jurar en todas las lenguas: y es gran recurso en el extranjero.

JUAN. ¡Vive Dios que no lo haces mal en castellano! acuérdate sino del día en que el viento jugando con el manto de doña Florinda dejó por primera vez su rostro descubierto en el paseo, y nos mostró la más peregrina belleza de que pueda envanecerse la Andalucía.

RAF. ¡Cuerpo de Cristo! ¿No os dije yo que era andaluza? Dónde hay ojos...

JUAN. ¡Y los suyos, Rafael! ¡Oh! me enloquecen de amor y de placer.

RAF. A vuestra edad, señor, decía yo otro tanto. Pero ¿adónde os llevará ese galanteo?

JUAN. ¿Galanteo, Rafael? ¿Galanteo osas llamar al amor más ardiente y más puro que ardió nunca en pecho castellano? ¿Cuál mayor prueba le pides á esa pasión que este mismo papel que me hace su violencia representar? ¿Creiste por ventura que la hipocresía repugne menos á la fiera condición de un hidalgo bien nacido, que á la llaneza de un soldado de los viejos tercios de Flandes y de Italia? Y con todo, para burlar la vigilancia de mi padre cedí á los malos consejos de Domingo.

RAF. No hay como un santurron para tentaros á pecar.

JUAN. Yo compré los escrúpulos de su conciencia y la imbécil afición de Ginés. Yo re vestí el exterior de una vocación que no tengo, pesia á mi alma; debajo de esa máscara, que me lastima, supe encubrir...

RAF. Los paseos nocturnos, las serenatas... los eternos plantones al lado del poste de la iglesia.

JUAN. ¡Ah! donde le ofrecía el agua bendita... pero confiesa que jamás dedos más hermosos de mujer han desnudado el guante para tocar los de...

RAF. Los de caballero más galán.

JUAN. Mas enamorado, Rafael, más enamorado. ¿Cómo pudiera tanta constancia no conquistarme su afecto? ¿Cómo pudiera haberme negado la puerta de su casa, á su vuelta de Madrid, adonde estuvo en poco que mi locura y mi desesperación no la siguiesen? Si más la ví, mas conocí que no me era posible vivir sin verla. No hay otra doña Florinda; no es la pasión quien me ciega: hay en ella, ora hable, ora calle, un no sé qué, que me tiraniza y me encadena á sus plantas para siempre. Es forzoso, Rafael, es forzoso que sea mía.

RAF. En buen hora, ¿quién lo estorba? acabad una vez, como yo empezaba siempre.

JUAN. (*Con altanería.*) Será mi mujer; nos ofendes á entrambos.

RAF. (Tiene á veces un modo de mirar que me impone.)

JUAN. Sí; y pues tengo su consentimiento, mañana mismo habré de ser dichoso.

RAF. ¡Mañana! Reparad con todo en los obstáculos...

JUAN. Me agradan los obstáculos. Una boda secreta además no presenta ninguno. A mal dar, si mi padre lo llega á saber, y me deshereda, tengo aún mi espada, de que me enseñaste á servirme. Ella bastará para conservar el lustre de un apellido que nadie puede robarme, y para volverme los bienes que la fortuna varia me arrebata. Ya hizo su deber la noche que encontré junto á la puerta de doña Florinda aquellos desdichados que se me antojaron alguaciles del santo oficio.

RAF. ¡Mal año! ¿nos las habremos con el inquisidor general? ¡Mejor quisiera habérmelas con el diablo!

JUAN. Porque no crees en él.

RAF. Sí creo; pero el diablo, señor, no quema más que los muertos, y el gran inquisidor quema á los vivos.

JUAN. Dices bien; pero ¿qué te hizo ese papel, que tan mal le tratas?

RAF. No me acordaba: el pobre pagaba vuestras locuras. Domingo lo echó por debajo de la puerta. Esa al menos no pasará la visita de don Raimundo Tariz, el director de Correos y el hombre más curioso del reino.

JUAN. Con otros se desquitará.

RAF. (*Mientras que don Juan lee.*) Es una manera de confesor nombrado por el rey para toda la monarquía. Bien se puede decir de nuestro soberano que con ese director de Correos sus humildes vasallos no tienen secretos para Su Majestad.

JUAN. Convídame don Fernando Rivera á una

batida, y en soto de Su Majestad. En mala sazón por cierto.

RAF. Y en soto de Su Majestad. Reparad, señor, que la última hubo de costarnos cara. ¡Pardiez! Mejor quisiera haber muerto diez herejes en sus reinos que una liebre en sus sotos.

JUAN. ¡Necio estás! Si no fuera por el riesgo, ¿quién iría por la pieza á correr el monte? ¡El peligro, el peligro! He ahí el placer: en duelo, en batalla, en batida, venga como bien le parezca, para mí será siempre bienvenido. Si hubiese nacido rey, Rafael, estaría estrecho en mis estados; no acertaría á respirar anchamente sino en los de mis vecinos.



RAF. Así era yo en matrimonio. ¡Vive Dios! ¡Y que el hijo de un señor tan pacífico abrigue sentimientos tan atrevidos!

JUAN. ¿Eso te asombra?

RAF. No sé qué fantasías se me pasan por la cabeza cuando veo un hijo que no se parece á su padre. Pero dame siempre tentación de risa.

JUAN. Escuchemos. ¿No oiste ruido?... Alguien llega.

RAF. ¿A estas horas? Sí por cierto...

JUAN. ¡Será don Fernando Rivera! ¡Grande indiscreción! (*Corriendo hacia la ventana.*) No; dos caballeros que no conozco.

RAF. (*Que le ha seguido.*) Gran sombrero; capas pardas... figuras son misteriosas; alguna grave visita de don Rodrigo.

JUAN. Cuidemos de que no nos sorprendan aquí. Vamos de esta pieza, ayúdame á vestir el disfraz de la vocación y á desnudar este traje. Tomemos un aire santo y bienaventurado.

RAF. ¡Trabajo os mando!

JUAN. (*Deteniéndose.*) ¡Padre mío! Le engaño y le amo sin embargo. ¡Ah! Rafael, si en vez de ser padre, fuese tío...

RAF. Podría alabarse de tener por sobrino el pecador más incorregible de todas las Españas. Pardiez, si este entra jamás en un convento...

JUAN. Será en un convento de monjas.

RAF. Ahí os seguiré, sor Juana.

JUAN. Sí, fray Rafael, para absolverme de mis pecados; no ha de faltarme tarea.

(*Entrándose.*) ¡Adentro, Rafael, adentro!

RAF. (*Siguiéndole.*) ¡Lindo fraile habíamos hecho!

ESCENA V

FELIPE II, DON PEDRO GOMEZ, DOMINGO

FEL. Decid á vuestro amo que el conde de Santa Fiore quiere hablarle.

DOM. Don Rodrigo llega ahora de un largo viaje; está recogido, y temo que vuestra señoría tenga mucho que aguardar.

FEL. Aguardaré.

DOM. Salvo sea el respeto que debo á vueseñoría...

FEL. ¿No veis ya que aguardo?

DOM. ¡Pardiez! No parece con todo que le coge acostumbrado.

ESCENA VI

FELIPE II, DON PEDRO GOMEZ

FEL. (*Arroja su capa sobre un sitial, y se sienta.*) ¡Cuán largas son las últimas leguas en un viaje!

GÓMEZ. Como todo lo que se desea ver concluir. Ya estamos, señor, en casa del antiguo criado de vuestro augusto padre. Asómbrame que aquel monarca hubiese podido escoger semejante consejero.

FEL. Vuestro asombro fuera justo si los reyes, cuando escogen un consejero, se obligasen á seguir ciegamente sus consejos.

GÓMEZ. Discreción, probidad... convengo en ello.

FEL. ¿Y eso es nada, don Pedro?

GÓMEZ. Pero sin carácter.

FEL. Los que tienen demasiado gustan de servirse de los que no tienen ninguno.

GÓMEZ. Un hombre á quien hace titubear el menor riesgo, á quien desconcierta el primer obstáculo, harto convencido de su destreza para no ser fácilmente engañado... tan alta reputación, en fin, y tan poco merecida... eso es, señor, ganar en juego sin poner.

FEL. Parécese á otros muchos á quienes engrandece la mano que los mueve; y si esta los suelta, de grandes que parecían, caen en el abismo de su medianía.

GÓMEZ. Vuestra Majestad hace el retrato de sus ministros... osaré preguntar á Vuestra Majestad si la profunda meditación en que le veo sumergido... acaso el joven don Juan...

FEL. (*Levantándose.*) ¡Oh! el fastidio me pesa. No puedo permanecer en un sitio. ¿Por qué la habré visto? ¡Ah! ¿Por qué la habré visto? Tú fuiste quien me dijo en el soto de Manzanares: «Miradla, señor, qué gentil belleza!»

GÓMEZ. Señor, ¿su recuerdo persigue todavía á Vuestra Majestad?

FEL. No, no; no pienso ya en ella; no quiero pensar en ella... como decíais, don Juan llenaba mi pensamiento.

GÓMEZ. La fuerza de la sangre habló tal vez, y el corazón de Vuestra Majestad se conmueve en el punto en que va á decidir su suerte.

FEL. ¿Y qué especie de sentimiento me pudiera conmover? ¿Hele por ventura conocido bastante para quererle? ¿Dióme acaso ocasión de aborrecerle? ¿Qué bien me hizo? ¿Y cuáles pudieron ser sus delitos contra mí?

GÓMEZ. Uno cometió, señor, uno sólo.

FEL. ¿Y cuál?

GÓMEZ. El de haber nacido.

FEL. No gusto de que adivinen mis pensamientos; pero por la salvación de mi alma os juro que decís bien. Ese es su delito; la misma sangre corre en nuestras venas. Holgábame de ser solo... pero empeñé mi palabra, prometí sobre los santos Evangelios...

GÓMEZ. Roma en tierra puede dispensar de todo juramento ..

FEL. ¡Roma! Me humillo ante el poder de Roma, pero Roma no hace nada de balde.

GÓMEZ. ¡Verdad profunda!

FEL. Veré á don Juan; leeré en su alma; si es quien debe ser, le reconozco, y el celibato voluntario sepultará bajo las dignidades eclesiásticas su nacimiento, sus pretensiones y su posteridad. Pero si sorprendo en él la menor inclinación á las pompas y placeres del siglo, si el espíritu de rebelión le anima, le olvido; y á poco que hubiese penetrado el misterio de su cuna... ¡Dios me inspirará!

GÓMEZ. Entiendo.

FEL. ¡Así pudiera sacudir otros recuerdos tan fácilmente como el suyo! Habré hecho por ella lo que por ninguna otra mujer. Dos veces la seguí encubierto bajo de un disfraz: me confundí entre la muchedumbre para no perder su huella, y todo por tus consejos, y todo en balde.

GÓMEZ. ¿Pudiera yo creer, señor, que aquella joven doncella, ó aquella viuda, pues que aun ignoro su estado, se escapase á mis pesquisas?

FEL. Los lutos os engañaron: ¡oh! no, no, no es viuda: es una belleza en el candor de la primera edad. ¡Viuda! Me matarían los celos del tiempo pasado... pero ¿porqué me habláis siempre de ella, don Pedro?

GÓMEZ. Vuestra Majestad, señor, fué quien primero....

FEL. ¿No hay pendiente ningún negocio, ninguna noticia que pueda ocupar mi pensamiento?

GÓMEZ. Una sola, señor, tocante á la fe.

FEL. ¡A la fe! Hablad, hablad,

GÓMEZ. Me escriben que en uno de los valles del Piamonte varios vasallos de Vuestra Majestad han sido sospechados de herejía. He aquí la contestación.

FEL. ¡Oh! es larga, demasiado larga. Nada de proceso; en materia de religión, don Pedro, no cabe discusión, sino sentencia: no es menester un juez; sobra con un verdugo. Larguísima, os lo repito.

GÓMEZ. Dicte Vuestra Majestad.

FEL. Cuatro palabras. *Todos á la horca.*

GÓMEZ. Vuestra Majestad ahorra mucho trabajo á su secretario.

FEL. Un sacerdote para asistirlos en el artículo de la muerte, si se muestran arrepentidos; si quieren discutir, sólo el verdugo.

GÓMEZ. Con razón se dice que Vuestra Majestad es el más firme apoyo de la fe católica.

FEL. El cielo me sería tal vez deudor de una recompensa. Pero, ¿quién sabe, Gómez, si no serás tú el instrumento de su misericordia? ¿No me has dicho que mi tormento tendría fin aquí? ¿No traes informes seguros? ¿No crees que habita en Toledo? ¿Es cierto, ó es falso?

GÓMEZ. Así lo creo, señor, y esta noche algunas de mis gentes han debido hacer pesquisas para descubrir su morada.

FEL. Lógralo, Gómez, y mi gratitud no reconocerá límites; porque quiero descubrirte las flaquezas todas de mi corazón: esa mujer me persigue, es mi ángel malo, es un sueño que me devora; estoy poseído de ella. Su imagen se interpone entre mí y el Dios mismo que me escucha... hoy mismo, hoy también he omitido mis oraciones. ¡Oh! no; este estado no puede ser duradero, porque es intolerable; haría peligrar mi vida en este mundo y mi eternidad en el otro: de tí depende, Gómez, mi vida y mi ventura. Haz que yo la vuelva á ver, y tesoros, grandezas, todo es tuyo. Te cubrirás delante de mí, te verás tuteado por el duque de Alba...

GÓMEZ. Que con tanto placer me repite un *vos* á cada palabra; ó esa mujer no existe ya en la tierra, ó habré yo de encontrarla.

FEL. Id con Dios; oigo á don Rodrigo; triunfad, don Pedro, y recordad las promesas de vuestro señor. (¡Vanidad humana! Va á revolver la tierra, y todo por oirse tutear de un hombre á quien detesta.)

ESCENA VII

FELIPE II, DON RODRIGO

ROD. El señor conde disculpará mi tardanza.. ¡Qué veo! ¿Es Vuestra Majestad? (*Poniendo una rodilla en tierra.*) ¿Vuestra Majestad se ha dignado...?

FEL. Alzad. Deponed el respeto debido á la Majestad: el rey le renuncia, y el conde de Santa Fiore no tiene derecho á él. Habéis pasado á Madrid, y habéis hecho mal.

ROD. Pero, señor...

FEL. (*Con impaciencia.*) Mal, os digo, muy mal. No he olvidado nada. Venir á recordarme una promesa, es suponer... que he podido...

ROD. Lejos de mí, señor, tal pensamiento. Ruego á Vuestra... á Vuestra Excelencia, que vea una disculpa de mi yerro en el afecto que profeso á mi discípulo.

FEL. Estáis perdonado. Espero que habréis guardado el secreto.

ROD. Con escrupulosa lealtad.

FEL. Que habréis ejecutado puntualmente mis órdenes.

ROD. Al pie de la letra; y el cielo ha querido que el éxito sobrepujase á mis esperanzas. Puedo sin vanidad presentaros, señor, en don Juan un modelo de crianza cristiana.

FEL. Mucho decís.

ROD. Un mancebo piadoso, así desprendido de las vanidades del siglo, como poco apegado á sus placeres. Consume las noches y los días en la meditación, la pensión que le dais en limosnas, y su tiempo en oraciones; en él se funden en fin la timidez de una virgen y el fervor de un cenobita.

FEL. Es decir que es el mejor cristiano del reino.

ROD. (*Inclinándose.*) Después de Su Majestad.

FEL. Y del obispo de Cuenca, espero.

ROD. (*Inclinándose de nuevo.*) Después de Su Majestad y del confesor de Su Majestad. Es tanto, señor, que temo que los honores y dignidades de la Iglesia que le están reservados ofendan su humildad: tal es su vocación por la oscuridad del claustro.

FEL. No hay mal en eso. Si lo que decís es cierto, como creo, voy á reconocer y á estrechar en mis brazos á un hermano; pero quiero antes juzgar de su verdadero estado por mí mismo.

ROD. Bien podéis, señor, desde este punto. A cualquiera hora que se le sorprenda se le hallará ocupado en sus deberes religiosos.

FEL. Vale más que yo entonces. Me recordáis, don Rodrigo, que hoy no he cumplido con los míos. Grave penitencia es acusarme delante de vos de esta omisión; hágolo por tanto humildemente; pero encaminadme á una pieza retirada donde pueda recogerme en el Señor y reparar mi falta.

ROD. Permitid, señor, que os preceda...

FEL. No; quedaos; preparad el ánimo de vuestro discípulo para recibir al conde de Santa Fiore, única persona que desde hoy tendrá derecho sobre él. Ni una palabra más. Tocante á su vocación por el claustro, desde hoy quiero que quede satisfecha: podéis anunciárselo.

ROD. Puesto que rehusáis, señor, mis humildes servicios... (*Llamando.*) ¡Domingo! (*A este, que entra.*) Conducid á Su Excelencia al extremo de la galería en el oratorio de don Juan. (*Al rey.*) Allí os veréis rodeado de los objetos de su diaria veneración. (*Le acompaña, inclinándose repetidas veces.*)

FEL. Está bien, señor don Rodrigo, está bien. Basta. (*Con intención.*) ¡Sobra!

ESCENA VIII

DON RODRIGO, después DON JUAN

ROD. ¡Llegó el día grande! Libre ya del peso de un secreto de que siempre recelé, mis sueños volverán á ser tranquilos. Mi discípulo subirá á ocupar el alto puesto que le es debido, y yo volveré á la reposada posesión de mi retiro. He de llorar de gozo. (*Abriendo la puerta de don Juan.*) Don Juan, mi querido don Juan, salid... ¡venid presto!

JUAN. Padre mío, ¡cuán dichoso me hace vuestra presencia!

ROD. Más dichoso es quien puede estrecharos en sus brazos y anunciaros una nueva que ha de colmar vuestro gozo.

JUAN. ¿Qué nueva?

ROD. El más ardiente de vuestros votos va muy pronto á realizarse: dentro de algunas horas entraréis en el monasterio.

JUAN. ¡En el monasterio! ¡dentro de algunas horas! ¿y esa resolución es irrevocable?

ROD. Tanto, hijo mío, que ni consideraciones de ternura, ni poder humano fueran bastantes á removerla.

JUAN. En tal caso, es forzoso deciros toda la verdad. Cansado estoy ya además del papel que me impuse y de la máscara importuna: tiempo es ya de desnudar apariencias mentidas que me envilecen á mis propios ojos.

ROD. ¿Qué habláis de máscara y de apariencias?... ¿Qué queréis decir, don Juan?

JUAN. Que os engañaba, padre mío.

ROD. ¿Vos?

JUAN. Hace seis meses que os engañaba: ese fervor que hizo vuestro asombro, esa piedad acendrada, todo era, señor, mentira. Amo la libertad con la misma vehemencia con que aborrezco la estrecha esclavitud del claustro: sí, la amo con frenesí, sin límites. La vida me es menos grata que la libertad; el aire que respiro es menos necesario á mi existencia. Considerad, pues, ahora que si he podido humillarme hasta mentir por gozar de ella en secreto, todos los suplicios del mundo no me harán vacilar para defenderla á viva fuerza.

ROD. ¿Qué escucho?... ¡Vos, don Juan! ¡Dios mío!

JUAN. ¡Perdón, padre mío, mil veces perdón! ¡Ah! Creed, señor, que esa odiosa industria repugnaba más todavía á mi ternura filial que á mi orgullo de hombre. Pero ¿por qué pedirme virtudes superiores á mis fuerzas? Nada, señor, más respetable que un ministro del Altísimo, digno de tan sublime misión. Así son tan raros, padre mío; pero yo siento en mí la imposibilidad de imitarlos, y la necesidad de deciros en medio de mi desesperación: «Soy incapaz, señor, de tanta virtud; ¡no puedo, padre mío, no puedo!!»

ROD. ¡Oh! moderaos por Dios, don Juan, yo os suplico: no incurráis en la exageración: la Iglesia, madre prudente, no exige de sus hijos iguales sacrificios. Los hay predesti-

nados por ella á los honores, y aun á la gloria. ¿Habré de citaros el ejemplo de nuestro inmortal cardenal Jiménez? Y tocante á los placeres inocentes del mundo, puedo afirmaros que conocí en Roma muchos de sus colegas que no se privaban de ellos, que vivían de todo en todo como vos y como yo, y sin que fuese mal visto.

JUAN. Como vos, padre mío, es posible; pero ¡como yo! ¡ah! ¿Pretendéis, señor, que introduzca yo en el claustro desórdenes apenas tolerables en vuestra casa? ¿Queréis que encubra bajo el hábito monacal lo que



era sólo flaqueza en mí, y lo que sería crimen en él?

ROD. ¡Cielos! Don Juan, ¿qué intenciones me suponéis?

JUAN. O habría de luchar de continuo con pasiones que jamás sofocaré, y doblar la cerviz á una obediencia ciega, á cuya sola idea todo mi ser se rebela. El último grado de la infamia ó de la desdicha; he ahí lo que me proponéis. ¡Oh! no, no; vuestro corazón de padre se conmoverá; jamás lo permitiréis.

ROD. El asombro me embarga la voz.

JUAN. ¿Y por qué lo permitiríais? ¿Qué razón, que no penetro, os lleva á sacrificar vuestro hijo único, el único heredero de vuestra casa? O me juzgáis por ventura indigno de sucederos. ¡Ah! desengañaos, señor, un porvenir brillante me espera acaso: siento en mí un deseo insaciable de gloria y de felicidad que no me engañará. Seré el orgullo de vuestros ancianos días. Padre mío, os sentirés rejuvenecer algún día entre mí y una mujer digna de mi amor y de vuestro cariño.

ROD. ¡Una mujer!

JUAN. En el seno de una familia nueva, de mis hijos; sí, de mis hijos, que no os amarán menos que yo.

ROD. ¡Su mujer! ¡Sus hijos! ¡Dios de bondad! ¿Habéis perdido la cabeza, don Juan?

JUAN. ¡Ah! me arrojo á vuestras plantas... dadme á besar esas manos que tantas caricias me prodigaron, que tantas veces me bendijeron.

ROD. Me espanta y me enternece á un mismo tiempo.

JUAN. No las retiréis de mí, dejad que mis lágrimas las rieguen. ¡Ah! Padre mío, ¿lloráis?... No pronunciaréis la sentencia de mi muerte, no mataréis á vuestro hijo...

ROD. (*Llorando.*) ¡Mi hijo, mi querido hijo!... ¡Ah! Don Juan, no soy vuestro padre.

JUAN. (*Que se levanta.*) ¿He oído bien? ¿no sois mi padre?

ROD. Don Juan, habéis salido de una casa más ilustre que la mía, y el que os dió el ser...

JUAN. ¿Quién es? ¿Dónde está? Hablad, presto, responded.

ROD. ¡Ah! Don Juan, no pertenece ya á este mundo. (Puedo afirmarlo sin mentir.)

JUAN. ¡Le perdí!

ROD. Pero transmitió sus derechos y su autoridad entera al conde de Santa Fiore, que acaba de llegar, y á quien veréis dentro de poco. Nadie puede, sino él, descubriros el secreto de vuestro nacimiento; es un señor poderoso, respetable, y cuyas órdenes deben ser para vos sagradas.

JUAN. ¡Vos no sois mi padre! (*En el colmo de la alegría.*) ¿Con que soy libre?

ROD. No por cierto. (¡Y el rey que puede sorprendernos de un momento á otro!)

JUAN. (*En el mismo tono.*) Soy dueño de mis acciones.

ROD. Aun menos. (¡Yo que creí calmarle!...)

JUAN. De hoy más puedo hacer, podré decir cuanto me ocurra.

ROD. Guardaos bien. Respetad al conde de Santa Fiore; en ello va vuestro porvenir, vuestra fortuna...

JUAN. Mi libertad antes que todo.

ROD. Vuestra vida...

JUAN. ¡Antes que todo mi libertad! ¡Jamás fuí más dichoso! (*Abrazando á don Rodrigo.*) ¡Si supierais cuánto os amo desde que no es deber el respetaros!

ROD. Perdió el seso. Por Dios, moderaos, hijo mío: no le opongáis una resistencia prematura... ganemos tiempo al menos; por piedad, fingid... (*Viendo al rey.*) (¡Cielos, él es! ¡Buen modelo de virtudes cristianas le presento!!!)

ESCENA IX

DON RODRIGO, DON JUAN, FELIPE II

FEL. ¿Este es vuestro discípulo, señor don Rodrigo?

ROD. Este es, señor conde, el joven... el mancebo don Juan que... (No sé lo que me digo.) (*Al rey.*) Vuecelencia me encuentra conmovido... la idea de una separación nos ha enternecido á tal punto á uno y á otro...

FEL. Lo comprendo. (*Examinando á don Juan.*) (¡Mucho se parece á mi padre! más que yo: esta semejanza me ofende.)

JUAN. (*Mirando al rey.*) (¡Severo gesto el del conde! ¡no me agrada!

FEL. (*A don Rodrigo.*) Si gustáis dejarnos juntos...

ROD. Vuecelencia no se sorprenderá si en el punto de partirse manifiesta en su conversación un pesar...

FEL. Es natural.

ROD. Si gustáis que yo me quede, podré explicaros...

FEL. Quiero que se explique él mismo; de su boca quiero conocerle.

JUAN. (En dos palabras lo conseguirá.)

ROD. Me retiro: (*Bajo á don Juan.*) don Juan, por piedad no le opongáis resistencia.

FEL. (*Con firmeza.*) Dejadnos; don Rodrigo, yo os lo ruego.

ROD. Obedezco. (Ya están uno en frente de otro. ¡Dios nos ampare!)

ESCENA X

DON JUAN, FELIPE II

FEL. (Por más hábil que sea, he de descubrir el último doblez de su corazón.) (*A don Juan, sentándose.*) Acercaos. (*Don Juan va á tomar un sitial y viene á sentarse á su lado.*)

FEL. (*Después de haberle mirado un instante.*) (Sea: no me conoce.) (*Alto.*) Mucho bien me dijeron de vos, señor don Juan.

JUAN. Quisiera yo mejor, señor conde, que os hubieran dicho un tanto de mal; me sería más facil entonces dejar airoso el concepto que de mí tenéis formado.

FEL. Eso es humildad. Y una de las virtudes por cierto que deseaba yo más ardientemente hallar en vos.

JUAN. Sois cortés, tengo más de franco que de humilde.

FEL. Prenda es esa de que mucho gusto también, y quiero ponerla á prueba. Habéis meditado mucho, don Juan...

JUAN. ¡Yo!...

FEL. Mucho, lo sé. Decidme, ¿cuál ha sido el resultado de vuestras meditaciones? ¿á qué carrera os inclina más particularmente vuestra afición? Confesadme los planes que en vuestros ratos de soledad habéis formado para vuestro porvenir, y hasta los más íntimos sentimientos de vuestra alma generosa. Explicaos sin disfraz.

JUAN. Nada os quedará que desear. Partamos de un punto, si os place; en la vida no hay más que tres cosas: la *guerra*, las *mujeres* y la *caza*.

FEL. ¿Cómo? Repetid; he oído mal sin duda.

JUAN. O las mujeres, la caza y la guerra; en el orden que os parezca, con tal que no falte nada.

FEL. ¿Me respondéis seriamente?

JUAN. Tal cual me preguntáis: no puedo decir más.

FEL. Al menos confesaréis que esa es singular disposición para entrar en el convento.

JUAN. Así es, que no se me pasa tal idea por la imaginación, y primero pegaría fuego á todos los conventos de España que hacer mis votos en ninguno de ellos.

FEL. (*Levantándose rápidamente.*) ¡Misericordia! ¡Qué vocación!

JUAN. (*Con calma, y dando con el dorso de la mano en el sillón del rey.*) Sentaos, sentaos pues. Es la mía; vocación á la rebelión contra todo lo que pueda coartar mi independencia ó mis placeres; vocación de cuerpo y de alma para todo cuanto puede hacer dulce ó gloriosa la vida.

FEL. En tal caso, don Rodrigo se ha burlado de mí.

JUAN. No tal; ¡burlarse el buen señor! Yo soy quien le he burlado á él, y de ello me acuso con esa misma humildad que os agrada, y esa franqueza que os es particularmente grata.

FEL. (*Con severidad.*) ¡Señor don Juan! (*Sentándose.*) (Pero sigamos hasta el fin).

JUAN. Paréceme haberos procurado cuantos datos necesitábais acerca de mis principios: añadiré á esto que á la presente estáis más adelantado que yo en mis asuntos propios, puesto que sabéis quién soy, y yo lo ignoro. Dignaos, pues, instruirme á fin de que pueda yo conocerme por lo menos tan bien como me conocéis vos mismo.

FEL. Vuestro padre, al revestirme de su autoridad sobre vos, impuso á la revelación de ese secreto condiciones...

JUAN. Que adivino, y que os dispenso de referir; pero mi padre no sería un déspota.

FEL. ¿Qué sabéis?

JUAN. ¡Extraño modo de hacérmele querer!

FEL. Acaso tenía derecho para serlo.

JUAN. El rey mismo no lo tiene. Si mi padre viviese todavía, él, de cuya autoridad se trata de abusar, él mismo se avergonzaría de convertirla en tiranía.

FEL. Se os ha dicho que ya no vivía.

JUAN. Por mi desgracia; pero muerto él, no soy deudor á nadie del sacrificio de mis inclinaciones y de mi dignidad.

FEL. Quiero recordaros con todo que pende de vos el ser alguna cosa en el mundo, ó el quedar sumido en la nada.

JUAN. Y yo os repondré que no permanece hombre de nada quien nació hombre de corazón. La más ilustre cuna no vale el precio á que me quieren vender la mía. ¿De qué se trata? ¿De una herencia que se me niega? me pasaré sin ella. ¿De un nombre que quieren venderme caro? Con mi sangre granjearé otro más barato. Hablad pues ahora, si os place. ¿No queréis? Sois libre, pero acabemos. (*Levantándose.*) Y á Dios, conde de Santa Fiore. El hombre de la nada no ha menester de vos para llegar á ser alguna cosa.

FEL. (*Con calma.*) Sentaos ahora vos, sentaos, y departamos sin enojos. ¿Es pues invencible vuestra inclinación á las armas?

JUAN. Invencible; soy castellano; harto os digo. Tildadme de ambicioso; no lo niego; lo soy. Haced mofa de mi orgullo; os doy licencia: porque á pesar de la nada en que estoy sumido, paréceme que nací mas para mandar que para obedecer. Sabré con todo ser soldado; pero sois poderoso, y si mi padre con su autoridad os hubiese trasmitido juntamente un resto de su ternura, no llevaría el mosquete largo tiempo.

FEL. Verdad es que yo pudiera adelantaros en las armas.

JUAN. (*Apretándole la mano.*) Hacedlo, pues; ¿qué aguardáis? y contad para siempre con mi agradecimiento.

FEL. (*Que retira suavemente su mano sonriéndose.*) No empeño mi palabra, pero tampoco digo que no.

JUAN. Eso ya es algo. Vuestra severidad pone más de diez años entre nosotros dos; pero si yo estoy en la edad de los devaneos, vos estáis todavía en la edad en que se perdonan; siempre presumí, señor conde, que dos jóvenes acabarían por entenderse.

FEL. Pero ¿habéisme abierto vuestra alma de par en par? Decidme, ¿el amor de la libertad es el único amor que os aleja del claustro? Os lo pregunto á fuer de amigo.

JUAN. Antes de responder á esa pregunta, muy amistosa por cierto, de buena gana os haría yo dos, no menos amistosas en verdad.

FEL. ¿Y cuáles?

JUAN. ¿Habéis amado vos, conde de Santa Fiore?

FEL. Cierto que sí.

JUAN. ¿Y amáis todavía?

FEL. Enhorabuena; os lo quiero confesar; amo todavía; y acaso más que quisiera.

JUAN. ¡Amáis! he ahí el lazo que nos acaba de estrechar. Yo también, señor conde, amo á la más hermosa, la más digna, la más perfecta mujer que hay en la tierra.

FEL. Mejorando la mía, don Juan, si no lo habéis á enojo.

JUAN. Enhorabuena; quiero desde ahora dar por sentado que ninguna de las dos es menos perfecta que la otra; pero estoy cierto que si no participáis de mis sentimientos hacia la mía, no podréis al menos cerrar las puertas á la admiración.

FEL. Aun para eso sería forzoso conocerla.

JUAN. Mucho pedís. Con todo, escuchad: tan ciega confianza tengo en el imperio que ejerce sobre cuantos pueden verla y oirla, que consiento en que volvamos á las pasadas condiciones. Hagamos un pacto. Si aprobáis mi elección, daréis vuestro consentimiento á un proyecto de que mi dicha depende, y me diréis el secreto que anhelo saber. Empeñad vuestra palabra.

FEL. ¡La empeño...! Sí, apruebo vuestra elección, ¿y cuándo la he de ver?

JUAN. Hoy mismo, y en su posada. No hay embarazo. Soy mayor. Si logro vuestro

asentimiento será para mí ocasión de dicha y de orgullo; si no lo logro, de antemano os prevengo que tomaré el partido de pasarme sin él, mal mi agrado, por supuesto; pero no os turbéis, conde, que no habéis de poder resistir.

FEL. Así os lo deseo.

JUAN. Vivo de ello seguro, y quiero anunciarle vuestra visita. Después de los oficios, adonde vamos los dos, ella por Dios, y yo por ella, venid, si os place, y si otra cita no se opone, venid á buscarme á su posada: una casa nueva que veréis á la entrada de Toledo, el quinto balcón después de la iglesia de San Sebastián...

FEL. Os prometo no hacer falta. (Mi padre al menos no podrá decir que no obré en todo concienzudamente.)

JUAN. A más ver, pues, en casa de doña Florinda. Hoy comienza, conde, nuestra amistad, y yo os hablo con el corazón en la mano; os quiero ya como á un hermano.

FEL. Deprisa vais en efecto.

JUAN. Es condición mía, que he de amar ó aborrecer del primer movimiento.

FEL. Yo no hago lo uno ni lo otro sino con buena razón.

JUAN. Sois cortesano y yo no. (*A don Rodrigo, que entreabre la puerta tímidamente.*) Entrad; ¿no sois siempre mi padre? Entrad, no cometeréis indiscreción.

ESCENA XI

DON JUAN, FELIPE II, DON RODRIGO

ROD. (*Cortado.*) Me atreveré á preguntar á vuecelencia si está satisfecho.

FEL. Os doy mil parabienes, señor don Rodrigo.

JUAN. Algo habría que decir; pero el conde es indulgente, y ha tomado como prudente el partido que debía tomar.

ROD. ¿Será posible?

FEL. Por lo menos me decidiré en todo el día; pero negocios de importancia me llaman á otra parte: dadme licencia que os deje.

JUAN. Conocemos la importancia de vuestros graves negocios; sabemos, señor conde, que no admiten detención.

FEL. (*A don Rodrigo.*) Espero volver á veros en un punto á que me ha citado vuestro discípulo.

ROD. No haré falta.

JUAN. En casa de una persona que os ha de asombrar. El señor conde no hizo sino prevenirme...

FEL. Os renuevo mis parabienes, don Rodrigo; vuestro discípulo os honra.

ROD. Vuecelencia me lisonjea.

FEL. A más ver, señor don Juan.

JUAN. (*Le oprime la mano, y acompañándole.*) A más ver, querido conde.

ROD. (Le trata como á compañero.)

ESCENA XII

DON JUAN, DON RODRIGO

JUAN. (*Echándose en brazos de don Rodrigo.*) Permitid que os estreche en mis brazos: todo salió á medida del deseo. Pero adiós quedad.

ROD. Esperad; ¿os dijo quién sois?

JUAN. (*Volviendo.*) Aun no; prestadme vos ese servicio.

ROD. ¿Qué es lo que me pedís, hijo mío? He empeñado mi palabra: no es posible.

JUAN. Decidme al menos el nombre de mi madre...

ROD. ¡Ah! En cuanto á vuestra madre, soy muy servidor vuestro, pero...

JUAN. Como gustéis. El conde no hace tantos misterios y hoy mismo me lo ha de revelar todo en casa de ella.

ROD. ¿De quién?

JUAN. De vuestra nuera.

ROD. ¿Cómo?

JUAN. Que estáis de boda.

ROD. ¿De boda? ¿Yo, don Juan?

JUAN. ¡Pardiez! mi buen amigo, no es por cierto la vuestra; pero la mía.

ROD. ¡Os casáis!

JUAN. Y espero que él será uno de los testigos, y vos el otro.

ROD. ¿Qué me proponéis, don Juan? Mucho me honráis.

JUAN. Ni más ni menos que á él.

ROD. Yo he de perder el seso; ¿y el conde os presta su consentimiento?

JUAN. Poco menos: es muy gentil hombre, y presto hemos de ser amigos íntimos. Adiós, señor; vuelo á esperaros en casa de doña Florinda. Rafael os dará las señas de su posada.

ROD. ¿Cómo Rafael? ¡engañarme después de veinte años en mi casa!

JUAN. Por afecto hacia mí.

ROD. ¿Y Domingo también...?

JUAN. Por interés.

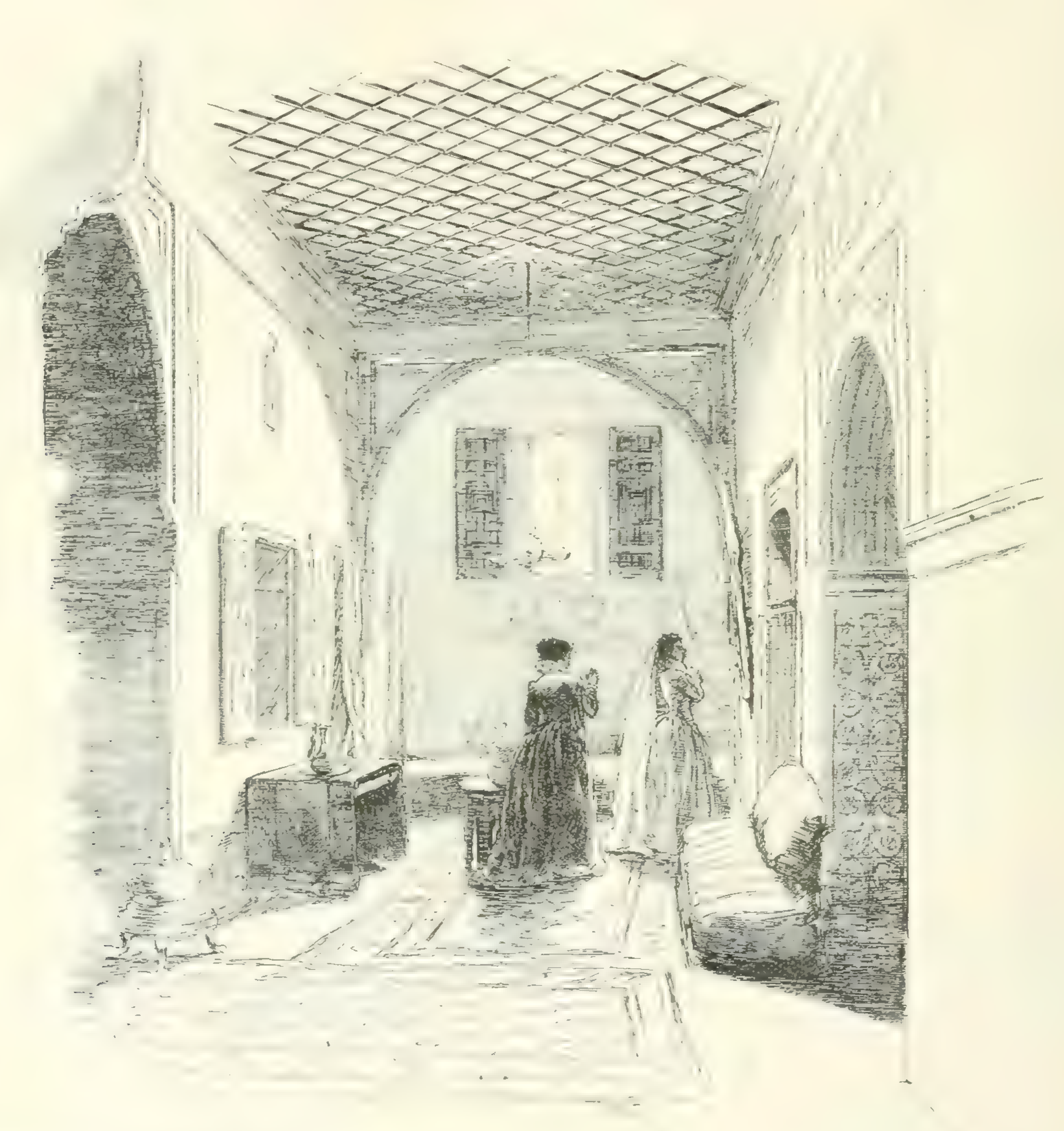
ROD. Y Ginés, tal vez...

JUAN. De necio: perdonadlos; si me conserváis

afecto, reparad que fueron ocasión de mi contento.

ROD. ¡Oh humillación! ¡Mis tres criados! ¡Se dirá que un antiguo consejero, después de una vida entera consumida en habérselas con los más diestros, acabó por ser juguete y escarnio de tres imbéciles!

JUAN. Respetable don Rodrigo, calmaos: no hay escollo como un necio para el hombre de ingenio, si la confianza le ciega sobre todo. Quedad con Dios; corro á tomar mi espada, y vuelo á las plantas de doña Florinda.



ACTO SEGUNDO

Casa de doña Florinda: cámara alhajada á la moruna

ESCENA PRIMERA

DOÑA FLORINDA (acaba de vestir el traje de boda), DOROTEA

DOR. Nunca más bella. (*Haciéndose para verla.*) Ni más apuesta.

FLOR. Dí, nunca más dichosa, Dorotea.

DOR. ¿Qué va á decir don Juan, él que os veía ya tan hermosa con los lutos?

FLOR. Con todo, estaba bien triste entonces; mi pobre padre acababa de dejarme sola en el mundo.

DOR. Conmigo.

FLOR. Sí, contigo, mi segunda madre, que no has cesado de velar sobre mi felicidad, que has sabido mantenerme en la fe de mis mayores, en esa fe á que he jurado eterna fidelidad entre los brazos de mi padre expirante.

DOR. Y bien os avino. El Dios de Jacob os galardona enviándoos un esposo de prendas tan aventajadas, mozo, galán, bien parecido, hidalgo además entre los hidalgos,

y no en fin de esos que en estos tiempos afectan un exceso de religión más cruel que la propia impiedad.

FLOR. ¡Ah! ¿Por qué ha de querer mi desdicha que ese sea en él un mérito á mis ojos?

DOR. Si no tuviera más que ese, señora, yo os compadeciera; pero generoso, cuanto noble y valiente como los Macabeos; desde nuestro viaje á Madrid me convencí de la falta que os hace un protector.

FLOR. Ese viaje tú le dispusiste.

DOR. Cierto: no se había de hacer nada para recobrar las sesenta mil doblas prestadas al emperador Carlos V por vuestro padre y...

FLOR. ¿Qué esperanza podíamos abrigar, después, sobre todo, de su abdicación?

DOR. En buen hora que abdicase su corona... ¡pero sus deudas! ¿No podríais escribirle á su retiro? profesaba buen afecto á vuestro padre, y, aunque fraile, ¿quién sabe si no sería agradecido?

FLOR. (*Sonriéndose.*) ¿Piensas que un fraile ha de ocuparse de intereses de este mundo?

DOR. (*Arreglando las flores del peinado de su ama.*) ¡Lindas flores! ¡Qué bien van á vuestro rostro! ¡cuán frescas y cuán lozanas!

FLOR. ¡Pero falsas, Dorotea!

DOR. Tanto mejor; eso más tardarán en marchitarse.

FLOR. Falsas como mi nombre, como mi dictado, como las ofrendas que tributo á Dios en los templos de los cristianos.

DOR. Bien podéis hacer sin escrúpulo lo que el noble Ben-Jochai, vuestro padre, hacía antes que vos: digo noble, porque le era de corazón; pero castellano en la iglesia bajo el nombre de Sandoval, judío en su casa con el suyo propio, supo vivir en paz con la Inquisición sin poner contra sí el Dios de Israel. Hizo bien en abjurar; todo era una restricción mental más ó menos.

FLOR. ¿Pero engañar al objeto de nuestro amor?

DOR. ¡Volvéis á esa fantasía!

FLOR. ¡Oh! ¡siempre, siempre! al lado suyo, y lejos de él, esta idea me persigue como un remordimiento: ¡qué de veces quise confesárselo todo! detuviéronme unas veces tus razones: selló mis labios otras el temor de verme desdeñada.

DOR. ¿Qué importa que os quiera bien bajo el nombre de doña Florinda ó bajo el de Sara?

FLOR. ¡Sara!... ese nombre fatal...

DOR. ¿Os sonrojaría?...

FLOR. No á mí; pero no quiero que tenga que sonrojarle á él.

DOR. Razón de más para ocultarlo.

FLOR. ¡Oh! no; hoy mismo lo sabrá.

DOR. Guardaos bien de tal cosa; no habéis cruzado como yo el Zocodover de Toledo: no habéis visto los aprestos del auto de fe que ha de verificarse dentro de tres días. ¿Sabéis que sois perdida, que sois muerta, mi querida Sara, sí, y cruelmente, por poco que os sospechen de judaísmo?

FLOR. ¿Y quién había de denunciarme? ¡Bien pudiera don Juan dejarme, pero venderme!! No lo pensaste, Dorotea...

DOR. ¡No, por vida mía!

FLOR. Todo lo sabrá.

DOR. ¿Aún? ¿Qué hacéis?

FLOR. Escribir á don Juan.

DOR. ¿Para qué, si le habéis de ver?

FLOR. ¿Y tendré ánimo para hablarle?

DOR. Daos priesa, pues... (*Yendo hacia la ventana.*) ¡Oh! daos priesa, que él propio viene hacia esta parte. ¡Él es!

FLOR. (*Levantándose.*) ¿Don Juan?

DOR. El mismo; ¡viérasle correr! Ya llega, háceme seña de bajar: gran muestra de gozo da su rostro.

FLOR. Dorotea, ¿debo acabar esta carta?

DOR. ¡Ah! no, no... corro á abrirle, y os le traigo.

ESCENA II

DOÑA FLORINDA

¡Guardar con todo un secreto que ha de amargar su dicha eternamente! ¡por un punto de flaqueza, un suplicio de todos los días, de toda la vida! ¡Oh! no, imposible. Pero si en el exceso de su amor... ¡ah! esta idea me quita la respiración. (*Mirando al espejo.*) ¡Paréceme sin embargo que no se ha perdido todo todavía!... ¡Si pudiese hoy parecerle mejor que nunca! ¡ah! cobremos ánimo... ¡aun espero!!!

ESCENA III

DOÑA FLORINDA, DON JUAN, DOROTEA

JUAN. ¿Llego, por ventura, tarde?

FLOR. ¿Y cuándo no, don Juan?

JUAN. Si he de dar crédito á mi impaciencia, ¿decíslo por mí ó por vos?

FLOR. Por entrambos.

JUAN. ¡Oh cuánto es dulce el oirlo! ¡Cielos! no

habléis más: dejadme, señora, que os contemple.

DOR. ¿Y bien, señor don Juan? Esa es obra de mis manos.

JUAN. Y de su belleza más. Más hechicera que nunca. ¡Os quedáis, Dorotea!

DOR. ¿Empezáis? Me sentaré á esta parte: pondré mis ojos en la labor, y el pensamiento á mil leguas de aquí. ¿Os estorbo aún?

FLOR. ¿No es mi segunda madre?

JUAN. Pues lo queréis: ¡oh! y hoy confieso que lo ha merecido, si bien para embelleceros poco ha tenido que poner de su parte.

FLOR. Al menos le habéis dejado el espacio.

JUAN. ¿Todavía? Sois injusta y cruel. Cosas han pasado hoy en casa de don Rodrigo, que á saberlas vos disculparíais mi tardanza. Ni espacio tuve de acudir á San Sebastián á deshacer la orden que había dado.

FLOR. ¿Qué decís?

DOR. ¡Don Juan!

JUAN. Sí, mi bien; ¡no más misterio! nuestra boda no será ya secreta, sino en el altar mayor, con pompa y con ceremonia.

FLOR. ¿Consintió por fin don Rodrigo? ¿Podré mostrarme al público ufana con vuestro nombre?

JUAN. ¡Mi nombre, hermosa Florinda! ¡ah! nada deseo como poderoslo ofrecer; pero, al haceros ese don, ignoro, por vida mía, si es rico ó pobre el presente que os hago.

FLOR. ¿Cómo pues?

JUAN. No soy hijo de don Rodrigo, y quien sea mi padre lo ignoro.

FLOR. ¿Habláis de veras?

JUAN. De mí pende creerme un gran señor, según dicen, hasta llegar á ser un eminentísimo; pero lo que hay de cierto es que en el punto en que os hablo no soy nadie. Ved, señora, si confié ciegamente en vuestro amor. Vine tan tranquilo como si me fuera dado poner un reino á vuestras plantas, y en todo no puedo ofreceros sino la mano de un joven sin fortuna, sin familia tal vez, y cuyo único derecho á vuestra preferencia es un amor que hará la dicha ó la desdicha de su vida.

FLOR. (*Levantándose.*) Eso me basta: en vos no quise bien, don Juan, sino á vos mismo: yo sola os serviré de familia; y tocante á bienes de fortuna, ¿no tengo yo de más para los dos? ¿El resto qué os importa?

JUAN. ¡Ah! no me engañé, Florinda, generosa Florinda. ¡Qué diera porque pudiera oiros en este instante el conde de Santa Fiore!

FLOR. ¿Quién decís?

JUAN. Un severo personaje, á quien debo, según dicen, un respeto filial: representa para mí á mi padre difunto, y de buen grado reconozco en él su autoridad.

FLOR. ¿Vos?

JUAN. Con tal que use de ella como mejor me convenga.

DOR. Eso es otra cosa.

JUAN. Lo espero aquí.

FLOR. ¿Aquí?

JUAN. Él ha de ser uno de mis testigos, y acaso el más importante. Su poder es mucho con el rey, y á vos deberé el secreto de mi cuna, que él solo puede revelarme, y su apoyo, que me tiene prometido.

FLOR. ¿A mí?

JUAN. No os costará nada, bien mío. Basta con agradarle.

FLOR. ¡Cielos! ¿Qué decís?

DOR. Un amigo del rey será devoto.

JUAN. Sí, devoción de corte; sutil y acomodaticia. Hacedle buen recibimiento, granjead su afecto, y nada habré de temer por mí; sólo temblaré por su dama, que es también enamorado.

DOR. No sois, pardiez, celoso, don Juan. ¡Ah! mi buen Daniel de otra suerte me hubiera hablado de un extraño el día de nuestras bodas.

JUAN. ¿Tenía por nombre Daniel? Nombre de profeta.

DOR. No hagáis escarnio de los profetas: más verdades anunciaron que las que han dicho muchos cristianos en toda su vida.

JUAN. No diríais otro tanto, Dorotea si fueseis judía.

FLOR. Y si lo fuese, no la volveríais acaso á mirar.

JUAN. Mucho parecéis interesaros por los judíos.

FLOR. ¿Y vos les deseáis mucho mal?

JUAN. No tal; pero un amigo mío daría con toda la raza de Jacob en el fondo del mar Rojo. Y en verdad, ¿qué mal habría?

FLOR. Don Juan... Yo, que juzgo sin prevención, presumo que se esconden en ese pueblo perseguido tantas virtudes por lo menos como en sus perseguidores, y si tiene defectos...

JUAN. Al menos está en el día bien corregido del que arruinó al hijo pródigo.

DOR. Seguid, don Juan. Pero yo os puedo decir que conozco alguna doncella de su tribu que no se contenta como muchas hidalgas con hacer decir misas por las animas, sino que va ella misma á consolar y socorrer á los desvalidos...

FLOR. ¡Dorotea!

DOR. Que reparte con ellos la mejor parte de su hacienda.

JUAN. Tal vez no hace en eso más que una restitución.

FLOR. ¡Ah! sois cruel, don Juan.

JUAN. Bien podemos decirlo entre cristianos. Por mi parte confieso que el pueblo escogido del Señor no hubiera sido el que yo en su lugar hubiese elegido... (*A doña Florinda, que se ha sentado, y que escribe.*) ¿Qué hacéis, doña Florinda?

FLOR. Concluyo una carta.

JUAN. Mucho os urge.

FLOR. Y más me interesa.

JUAN. ¿Qué tenéis? ¿Os ha enojado lo que he dicho de los judíos?...

FLOR. ¡Ah! don Juan, se los desprecia sin conocerlos, se los condena sin oirlos; son desdichados, en fin, y cuando milita la fuerza de una parte, y de otra la desdicha, os pronunciáis, señor, contra los débiles. Jamás, don Juan, lo hubiera creído.

DOR. Sobre todo cuando el auto de fe que se prepara ha de hacer correr tanta sangre y tantas lágrimas.

JUAN. ¡Por vida mía! Doña Florinda, no me condenéis por una chanza. Juzgadme, mi bien, más generoso; sea un hombre hereje, judío ó musulmán, puede granjearse mis burlas mientras es feliz; pero si sufre, puedo no pensar como él, mas sufro también con él, y para juzgarle dejo de ser cristiano, y de Castilla: soy hombre, soy su hermano para consolarle y darle amparo.

FLOR. (*Levantándose y cogiéndole la mano.*) ¡Ah! don Juan, ¡qué bien me hacéis!

JUAN. ¡Ah! comprendo. ¿Tendréis algún amigo entre esos desdichados que van á ejecutarse? Deberíais atenciones... ¿Qué puedo yo para salvarle? disponed de mi brazo, de mi vida... ¿mi sangre toda no os pertenece?

FLOR. Dorotea... (*Haciéndole seña de salir.*)

DOR. Llegó el momento... Señor don Juan, antes de resolveros miradla bien.

JUAN. Vive Dios que estoy confuso.

ESCENA IV

DOÑA FLORINDA, DON JUAN

JUAN. Hablad, hermosa Florinda, hablad.

FLOR. Esta carta es para vos.

JUAN. ¿Para mí?

FLOR. Encierra un secreto que no hallé fuerzas de deciros.

JUAN. ¿Tembláis, señora?

FLOR. Mal mi grado os dejo, don Juan. Mi presencia os pudiera atar las manos. Leedla, y ved que el temor de causarme pena no haga violencia á vuestros sentimientos. Sabré soportar lo que temo. Libre sois, don Juan; ¿me entendéis? libre.

JUAN. ¿Qué extrañas razones? ya decidí... (*Queriendo abrir la carta.*)

FLOR. No, don Juan, no, cuando estéis solo; si vuestra respuesta es favorable, venid á dármela presto. Si fuese contraria, os diera pena el decirla. Huid entonces de esta casa sin volverme á ver. Si no os encuentro aquí sabré mi suerte. Adiós, don Juan, acaso para siempre.

JUAN. Hasta dentro de un instante, más bien.

FLOR. No me sigáis, señor, no me sigáis.

ESCENA V

DON JUAN, después FLORINDA

JUAN. ¡Ah! vamos presto, leamos... ¿Es posible? «Sara, hija del judío Ben-Jochai...» ¡Julia! Y yo un hidalgo de Castilla, un cristiano viejo... ¡Oh! ¡es demasiado, doña Florinda! ¡Estoy loco! No me engañé. Es demasiado cierto. ¿Yo he de unir mi noble sangre? Noble dije. ¡Infeliz! ¿Y quién me ha dicho que mi sangre es noble? Y doy que lo sea, ¿seré menos generoso que ella? No ha mucho cuando estaba yo á sus plantas, sin nombre, sin alcurnia, sin bienes de fortuna, ¿titubeó doña Florinda? ¡Dejarla, Dios mío! ¿olvidarla, don Juan? Jamás; ¡venciste, amor, venciste! Un caballero de Castilla ha de ser menos que una... ¡Oh, perdona, bien mío! ¿Y qué? ¿Cuál será la diferencia entre nosotros? ¿El Dios de Israel no es el de los cristianos? ¿He de adorarla menos porque ella eleve su corazón á ese Dios con ritos diversos de los míos? ¿Y quién sabrá este arcano sino nosotros? ¿Ha de ser por eso menos bella, tendrá menos virtud? ¡Oh, acabemos! Hollemos de una vez necios respetos huma-

nos. Mayor será mi dicha, si mayor el sacrificio. Ya me siento digno de ella. ¡Doña Florinda, mi bien! Volemos á sus plantas.

FLOR. (*Que ha ido entrando poco á poco y que ha oído sus últimas palabras apoyada en el respaldo de un sitial.*) Os escuché, don Juan.

JUAN. ¿Estabais, señora, ahí? ¿Lloráis...?

FLOR. De gratitud, don Juan. ¡Oh! meditadlo bien. ¿No os pesará jamás del sacrificio que me hacéis? Si se llegase á saber...



JUAN. Saldríamos de Castilla. En Italia, en Francia halláramos un asilo.... en Palestina; allí al menos estaremos en nuestra casa. ¡Torne á animaros la alegría!

FLOR. ¿Y la gloria que tanto amasteis?

JUAN. En todas partes la encontraré.

FLOR. ¿Y la patria, don Juan, que en ninguna parte volveríais á encontrar?

JUAN. Mi patria sois vos, doña Florinda. (*Echándose á sus pies.*) Ora seáis Florinda, ora Sara, ved en mí, señora, vuestro esclavo. Cifro mi dicha en ser vuestro, y todo mi orgullo en repetir: Tuyo, Florinda, tuyo, Sara, para siempre.

FLOR. (*Se deja caer en un sitial, tendiéndole la mano.*) ¿Habrá, pues, contentos tan difíciles de soportar como el dolor?

JUAN. (*Tomándole la mano.*) ¡Ah! no os ofendáis, señora; dejadme sellar una y mil veces mis labios en esa mano que ha de ser mía.

ESCENA VI

DON JUAN, DOÑA FLORINDA, DOROTEA

DOR. Alzad, señor don Juan, alzad. El conde vuestro amigo llega en este instante: ya sabe...

FLOR. (*A Dorotea.*) Todo lo sabe, Dorotea. ¡Soy dichosa!

DOR. ¡Generoso don Juan!

JUAN. ¡Cuán hermosa es, Dorotea!

DOR. ¡Silencio! Señor, ya oigo el conde.

FLOR. De hoy más, don Juan, nadie será poderoso á separarnos.

ESCENA VII

Dichos, FELIPE II

FEL. Perdonad, don Juan, si á fuer de exacto soy indiscreto.

JUAN. Caballero tan perfecto no puede serlo jamás: vos naciste, señor conde, para aumentar quilates al contento, dondequiera que se halle, y para atraerle donde no está. Venid á gozar del mío. Dadme licencia, hermosa doña Florinda, de que os presente al conde de Santa Fiore...

FEL. (¡Vive Dios! es ella, ¡la misma!)

FLOR. (*A Dorotea.*) ¿Le conociste?

DOR. (*A Florinda.*) Me pareció conocerle. El mancebo que os siguió...

JUAN. ¿Qué tenéis, señor conde? ¿Habríaisla visto ya por ventura...?

FEL. Paréceme haberla visto en Madrid... en el Prado; y tan rara hermosura por cierto no podía sino inspirarme el deseo de volverla á ver... además, don Juan, de cierta semejanza...

JUAN. ¿Con la persona de quien me hablasteis?

FEL. Sin duda.

JUAN. A ella le doy el parabién (*Bajo*) y á vos.

FLOR. Bien venido á mi casa, señor conde de Santa Fiore. En la suya está aquí caballero de tan altas prendas, y sobre todo quien tanto estima á don Juan.

FEL. Tened por cierto, señora, que me es en gran manera grato deber á vuestro amor por don Juan el recibimiento cortesano que me hacéis. (Muero de celos.)

JUAN. Querednos bien, señor conde; sed mi hermano y mi apoyo abriéndome una carrera en que pueda dejar airosa vuestra protección. El rey tiene falta de buenos capitanes, tanto más cuanto que él no lo es.

FEL. (¡Insolente!)

FLOR. (¡Delante de un amigo del rey! ¡qué indiscreción!)

FEL. (*A don Juan.*) Paréceme con todo que hizo sus pruebas en San Quintín.

FLOR. Y en una jornada victoriosa.

JUAN. Como mero espectador; y si se ha de dar crédito á cierta anécdota...

FLOR. Falsa sin duda, inútil de repetir.

FEL. ¿Cuál?

JUAN. Cuentan si al silbar de las balas le decía á su confesor, tan pálido como él: *Por Dios, que no entiendo qué gusto puede haber en asistir á esta música.*

FLOR. No es verosímil tal dicho en boca de un rey de Castilla.

FEL. ¿Y hubiéralo repetido el confesor?

JUAN. No se lo dijo bajo secreto de confesión; pero infiero del aspecto grave de vuestra excelencia que no seríais hombre vos para preguntar á Su Majestad si fué cierta la aventura.

FEL. No; y presumo que no perdonaría al que le fuese con tan necia pregunta. (Insensato, ¡quiere perderse!)

FLOR. (*A don Juan.*) Confesaréis con todo que es activo, incansable, y político profundo...

JUAN. Todo se lo perdonara menos esa intolerancia religiosa que llena el reino de patíbulos.

FEL. ¿Consecuente siempre sin duda con vuestra vocación? Pues yo pienso, como él y como todos los curas del reino, que no hay pena bastante para la apostasía y el judaísmo; y espero que doña Florinda es harto buena castellana para...

FLOR. Mi disculpa estaría en que una doncella de mis años no ha de entrometerse, señor, en tan graves cuestiones; pero si osase decir mi sentir, diría que cuando los desdichados sufren, ora sean inocentes, ora culpables, el deber de los ministros del altar es bendecirlos y consolarlos, y el de las mujeres plañirlos.

FEL. (Un aviso del Santo Oficio pudiera serle útil á ella y á mis fines.)

JUAN. Os predije, señor conde, que habríais de rendir las armas ante tanta belleza y tan claro ingenio. Y para que podáis más libremente satisfaceros, os dejo en su casa. Me perdonaréis, hermosa doña Florinda, si los aprestos de nuestras bodas exigen mi presencia: debo pasar á ver á los escribanos, á la iglesia, á...

FLOR. Y á pagar en todas partes.

JUAN. Decís bien, Dorotea, que en país católico nacer, casarse y morir son tres cosas que no pueden hacerse gratis. (*A Felipe.*) La vuelta será pronto, señor conde: (*A doña Florinda*) os le dejo medio rendido: proseguid la victoria; arrancadle el consentimiento. Dorotea, tengo órdenes para vos también. (*Sale con ella.*)

ESCENA VIII

DOÑA FLORINDA, FELIPE II

FLOR. (¡Un señor español á solas con una judía! ¡Cuánta cólera, cuánto desprecio, si pudiese sospecharlo!)

FEL. Mucho deseaba hablaros sin testigos, señora.

FLOR. Tal vez para revelarme el secreto que don Juan arde por saber...

FEL. Pensamientos más tristes me ocupaban. Cuando os contemplo, doña Florinda, tengo lástima á don Juan, que ha de perderos...

FLOR. Conde, no os comprendo. Me espantáis.

FEL. A pesar mío os lo anuncio; pero esas bodas son imposibles.

FLOR. ¿Quién ha de oponerse? ¿Vos? ¡Oh! no, no seréis vos, en quien descansa su confianza ciegamente, vos, á quien no ha mucho llamaba él hermano.

FEL. No es mi gusto, señora, quien os separa, sino mi deber más bien, y la autoridad que de su padre recibí...

FLOR. De un padre que no existe, que os negáis á descubrir, y cuyos derechos, si viviese, mal pudieran encadenar el albedrío de don Juan.

FEL. Pues que no basta la autoridad paterna, haré valer, señora, otra más poderosa, más absoluta, y delante la cual todo hidalgo bien nacido debe bajar la cabeza y doblar la rodilla: la del rey.

FLOR. ¿Qué decís?

FEL. La verdad, señora; el rey es quien así lo quiere, el rey quien está á vuestro lado, el rey quien os habla.

FLOR. ¡Cielos! ¡El rey aquí! En casa de una... ¡En mi casa!

FEL. Tembláis, señora; tranquilizaos. Sí, el rey es, quien pesaroso de haberos de imponer un sacrificio necesario, pudiendo intimaros una orden, os expresa sólo una súplica.

FLOR. (*Doblando una rodilla.*) Señor, perdonad mi atrevimiento.

FEL. (*Levantándola.*) ¿Qué hacéis? no lo sufriré.

FLOR. ¡Oh! al menos escuchad mis ruegos: pudo don Juan ofenderos con una palabra indiscreta, mas reparad que no pensaba lo que dijo: os respeta cuanto os honra, señor. ¡Oh! Gracia, señor, gracia para don Juan; sed clemente, señor, perdonadle.

FEL. Más haré, hermosa Florinda: olvidaré; pero con dos condiciones. Don Juan no ha de saber quién soy.

FLOR. Yo os lo prometo.

FEL. Y le diréis que de grado y buena voluntad renunciáis á esa boda.

FLOR. ¡Jamás!

FEL. ¿Dudáis?

FLOR. ¿Dudar? Jamás, señor, jamás. ¿Yo provocar su desesperación? ¿Yo engañarle? ¿Yo mentirle, señor? El rey no puede mandarme lo que Dios le prohibe á él mismo.

FEL. ¿Le amáis, pues, con tan ciego amor?

FLOR. Con toda mi alma, señor; más que pudiera expresar, más de lo que yo misma imaginara antes de ser tan desdichada.

FEL. ¿Y me pedís su perdón?

FLOR. Vuestra clemencia os pido; vuestra justicia imploro. ¿En qué es, señor, culpable?

FEL. ¡Os ama, es de vos amado! ¡Ah! creedme, ha cometido un delito imperdonable. Un claustro no tiene severidad bastante para su castigo: su sangre toda vertida gota á gota no bastará para expiarle.

FLOR. ¡Su sangre! ¿Qué habéis dicho?

FEL. Ya me oisteis, señora: sabéis quién soy, y lo que puedo. ¿Dudáis aún?... Pero, ¿quién osa penetrar hasta aquí?

FLOR. ¿Olvida Vuestra Majestad que está en mi casa?

FEL. Decís bien; un rey se cree siempre en su palacio.

ESCENA IX

Dichos, DON RODRIGO

FEL. ¿Sois vos, don Rodrigo? Llegad; venís á tiempo.

ROD. (*Saludando á doña Florinda.*) Temí llegar tarde; pero al veros, señora, comprendo que si mi discípulo puede acusarme de perezoso, el señor conde debe esperarme sin impaciencia.

FEL. ¿Sabéis que soy llamado aquí para una boda?

ROD. Supe con gran contento que habíais prestado el consentimiento.

FEL. Os engañaron.

ROD. (¡Lo imaginé!)

FEL. Dos personas se oponen á este enlace; doña Florinda...

FLOR. ¡Piedad, señor!...

ROD. ¿Vuestra Majestad se ha dado á conocer?

FEL. Sólo de doña Florinda, que me guarda el secreto. Os lo repito; dos personas, doña Florinda y yo.

ROD. Con una bastara y sobrara para que la boda no se hiciera.

FEL. Don Juan va á volver: le diréis que doña Florinda rehusa acompañarle al altar, y que se resolvió á no volverle á ver.

FLOR. Ved, señor, que don Juan no lo ha de creer.

ROD. Me atrevo á afirmar también á Vuestra Majestad que temo que don Juan...

FEL. ¡No dé crédito á las palabras de su segundo padre, aquel modelo de crianza cristiana! Esas fueron al menos vuestras palabras.

ROD. Vuestra Majestad es harto bueno en acordármelas.

FEL. O faltasteis, don Rodrigo, á la confianza que se puso en vos, ó ejercéis sobre él una autoridad sin límites.

ROD. He procurado al menos...

FEL. ¿Oye vuestras órdenes con respeto filial?

ROD. Así debiera ser.

FEL. Si así no fuese, habríais cometido, don Rodrigo, una falta harto grande; y sabéis que mientras yo reine, ninguna falta ha de quedar impune; vedle pues, habladle, y que salga de aquí para no volver jamás. Esa es vuestra misión; cumplidla; de otra suerte ved de poner orden en vuestros negocios. Sólo puedo compadeceros.

ROD. (¡Dios me ampare!)

FEL. Dadme licencia, doña Florinda, que os ofrezca la mano hasta vuestro estrado.

FLOR. ¡Ah, señor! Vuestra Majestad se dejará conmover por mis lágrimas; Vuestra Majestad cederá por fin á mis ruegos.

ESCENA X

DON RODRIGO, después DON JUAN

ROD. ¡El rey se burla! ¡Cumplidla! ¡Cierto! ¡Y habéoslas á un tiempo con la impaciencia, la ira, el amor, la desesperación, con todos los sentimientos, todas las pasiones á la vez! ¡y desencadenadas en el pecho de don

Juan! Mejor quisiera... ¿Pero no es él? Lo que me parte el corazón es la confianza, el contento con que se va á arrojar á mis brazos. ¡Ah! si supiera la nueva que le espera en ellos.

JUAN. (*Abre la puerta, y se para en ella.*) Apriesa, Dorotea, apriesa, tomad el manto; presto os seguimos.

ROD. ¿Qué dije?

JUAN. (*A don Rodrigo.*) Loada sea la exactitud: y bien, señor, ¿la visteis? ¿la hablasteis? Venid á bendecir nuestra unión: todo está pronto.

ROD. Mi querido don Juan, quisiera antes deciros dos palabras.

JUAN. Hablad; os iré escuchando.

ROD. No; si no lo habéis á enojo, hagámonos á esta parte, y prestadme atención sin moveros.

JUAN. Si puedo; daos priesa.

ROD. Vuestros ímpetus, don Juan, me ponen un candado en los labios, y...

JUAN. Pardiez, don Rodrigo, hablad.

ROD. Enhorabuena, pues lo queréis; dadme vuestro brazo, en que me apoye hasta nuestra casa, y allí...

JUAN. ¡En nuestra casa! Cuando todo lo más que por vos puedo hacer es no moverme de este punto... Pero, don Rodrigo, ¿qué misterio?... ¿y doña Florinda?... ¡Al caso, por Dios, al caso!

ROD. Sea pues; doña Florinda os niega su mano y os prohibe para siempre la entrada en su casa; he aquí el caso.

JUAN. ¿Qué decís? ¿Doña Florinda, á quien acabo de ver? os engañan: no es posible, lo repito, no es verdad.

ROD. Os lo afirmo.

JUAN. De su misma boca no lo creyera; y de ella propia quiero saber... ¿dónde está?

ROD. Teneos, don Juan; lo juro por mi honor, nada hay más cierto.

JUAN. ¡Por vuestro honor! Pero si tal cosa fuese posible, habría yo introducido aquí un traidor que hubiera hecho un uso bien vil de sus pretendidos derechos...

ROD. (He aquí lo que temí.)

JUAN. Un impostor que se habría burlado de su propia palabra, y de mi ciega confianza.

ROD. ¡Ah! no sospechéis...

JUAN. Y á quien habré de pedir cuentas de su conducta.

ROD. Guardaos de repetir las palabras que acabáis de proferir.

JUAN. Se las repetiré en su cara, aunque haya de habérmelas con el primer grande de la monarquía, con la mejor espada de Castilla; aunque hubiera de ponerle la mano encima en medio de la corte, en el alcázar de Toledo, tendré con él una explicación.

ROD. ¡Don Juan, perdéis el seso!

JUAN. Pero antes he de ver á doña Florinda.

ROD. ¡Oh! no iréis.

JUAN. ¿Y quién lo impedirá?

ROD. Don Juan, os perdéis.

JUAN. (*Furioso.*) ¡Cielos, está con ella!

ROD. ¡Don Juan, don Juan, hijo mío!

JUAN. ¿Con ella? ¡Maldición! Don Rodrigo, vinisteis á ser testigo de una boda, y lo seréis de un duelo. Hasta aquí habéis sido mi padre; pero siempre seréis hombre de honor. Aquí no conozco á nadie; vos seréis mi segundo...

ROD. ¡Yo! ¿y de un duelo contra él?

JUAN. Ved si podéis negaros; puesto que está aquí todavía, nadie podrá librarle de mi venganza.

ROD. ¡Hay más pesares! ¿Qué puedo hacer sino huir?... (*Don Rodrigo va á salir, don Juan se precipita; sale Felipe II.*)

ESCENA XI

Dichos, FELIPE II

FEL. Quedaos, don Rodrigo.

ROD. Quisiera estar á mil leguas de aquí.

JUAN. Iba en busca vuestra, señor conde.

FEL. Yo os salía al encuentro, señor don Juan.

JUAN. Tengo una pregunta que haceros y una satisfacción que pediros.

FEL. Veré si debo responder á la primera, y si quiero dar la segunda.

JUAN. Me habéis empeñado vuestra palabra: ¿acaso no os acordaríais?...

FEL. He impuesto una condición. Tal vez habríais olvidado...

JUAN. La de aprobar mi elección.

FEL. ¿Y si no la aprobase?...

JUAN. Tenéis el derecho de negarme vuestro consentimiento.

FEL. Lo creo.

JUAN. Como yo el de casarme sin él.

FEL. Lo dudo.

JUAN. Grande y poderoso, tal cual sois, pronto lo sabréis de cierto. Yo también tengo una duda.

FEL. ¿Cuál?

JUAN. ¿Es cierto lo que me ha dicho don Rodrigo...?

FEL. ¿Qué os dijo Rodrigo?

ROD. Nada que no pueda repetir delante de vuecelencia.

JUAN. Doña Florinda me niega su mano y me cierra su puerta.

FEL. Tal es en efecto su resolución.

JUAN. Mas no así su voluntad.

FEL. ¿Qué os obliga á suponerlo?

JUAN. Su amor. Habéis recurrido á las amenazas para intimidarla.

FEL. ¿Y por qué no á la razón para convencerla?

JUAN. ¡Basta de rodeos! Es una felonía que sólo puede lavarse con sangre. La vuestra, ó la mía.

ROD. ¡Imprudente!

FEL. Extraño lenguaje en boca de un hombre de iglesia.

JUAN. Subterfugio digno de un cortesano.

FEL. Acaso no hayais meditado que hay alguna distancia entre nosotros.

JUAN. ¿Qué podéis alegar para probarla? ¿Vuestra edad? entrambos somos jóvenes. ¿Vuestra mayor destreza en las armas? la niego. ¿Vuestra nobleza? vos me sois garante de la mía; quien quiera que yo sea, presumo que mi padre no valía menos que el vuestro.

FEL. También es más cierto de lo que creéis.

JUAN. ¿En qué os fundarais pues para rehusar?

FEL. ¿Y quién os dice que no acepto?

ROD. (*Arrojándose entre los dos.*) Vuecelencia permitirá...

FEL. ¡Silencio!

ROD. ¿Osáis, don Juan...?

JUAN. Dejadnos... (*Al rey.*) En tal caso, dentro de algunos instantes detrás de las tapias de Santo Domingo.

FEL. Ved, señor don Juan, que es sitio consagrado.

JUAN. Eso más cerca estará el vencido de reposar en él: en cuanto me separe de doña Florinda, que ha de verme, mal que os pese, soy vuestro.

FEL. Una palabra, don Juan, una sola, que os ruego peséis bien. No os estorbo que entréis á ver á doña Florinda, que ha de repetiros cuanto acabáis de saber; mas si tenéis afición á la vida, renunciad de buen grado á esa entrevista: os lo aconsejo, porque si traspasáis el lintel de esa puerta no habrá perdón posible para vos.

ROD. Ceded, don Juan, que yo también os lo ruego.

JUAN. (*Al rey.*) Es compasión.

FEL. Mozo imprudente, bien la habéis menester; merecedla.

JUAN. Noble conde, voy á saber de doña Florinda si sois vos acreedor á la mía.

ESCENA XII

FELIPE II, DON RODRIGO

FEL. ¿Qué decís, don Rodrigo?

ROD. (*Todo trémulo.*) Señor...

FEL. ¿Ese es el cristiano perfecto, el tercer devoto de mis reinos?

ROD. Confieso que por lo que hace á la devoción...

FEL. Tímido como una joven doncella...

ROD. Convengo en que por lo que hace á la timidez...

FEL. ¿Qué podéis decir pues en disculpa de él y de vos? ¿Y yo no he de castigar su atrevimiento?

ROD. ¿Vuestra Majestad descendería hasta castigarle por su mano?

FEL. ¿Estáis loco?

ROD. Dignaos, señor, reparar que si hubiera sabido que hablaba con el rey...

FEL. ¿Si lo hubiera sabido viviría?

ROD. ¡Vuestro hermano!

FEL. ¡Mi hermano, ese vasallo rebelde, ese bastardo insolente! No lo es; no lo será jamás: él mismo acaba de cerrar la puerta á su perdón. Un medio solo os queda de lograr el vuestro.

ROD. (¿Qué exigirá de mí?)

FEL. Vos sois el único aquí que sabe este arcano: ni puedo, ni quiero valerme de otro que vos para sepultarlo en el olvido más profundo. (*Acercándose á una mesa.*) Vais á apoderaros de don Juan.

ROD. ¿Osaré hacer presente á Vuestra Majestad una sola observación? Paréceme, señor, que le ha de ser más fácil á él apoderarse de mí, que á mí apoderarme de él.

FEL. Mis gentes están prontas á prestaros auxilio, y deben de haber llegado ya.

ROD. (*Mientras que el rey se sienta á la mesa.*) ¿Qué querrá escribir?

FEL. (*Escribiendo.*) «Mi muy reverendo padre: Recibid en vuestra piadosa casa al mancebo que será presentado por don Rodrigo Quesada, y ved de que sometido á toda la autoridad de vuestra regla, quede encerra-

do en ella para toda su vida. Yo el rey.»

ROD. ¡Para toda su vida!

FEL. Conduciréis á don Juan al monasterio más inmediato y de la orden más austera: entregaréis al superior esas letras de mi mano, y volveréis á darme cuenta de lo que hubiereis hecho.

ROD. ¡Perdón, señor! ¡Perdón para un desdichado!

FEL. Si no obedecéis, los que han de acompañaros llevan orden de conduciros á mi presencia, y ora tengáis por morada un ataúd ó las paredes de un calabozo, no han de volver vuestros ojos á ver la luz del sol.

ROD. Obedeceré.

FEL. (*Abriendo la puerta del fondo, y hablando á varios ministros.*) Entrad, y ejecutad cuanto en mi nombre os mande don Rodrigo. (*A don Rodrigo.*) Presteza y discreción, ó arreglad vuestras cuentas con Dios.

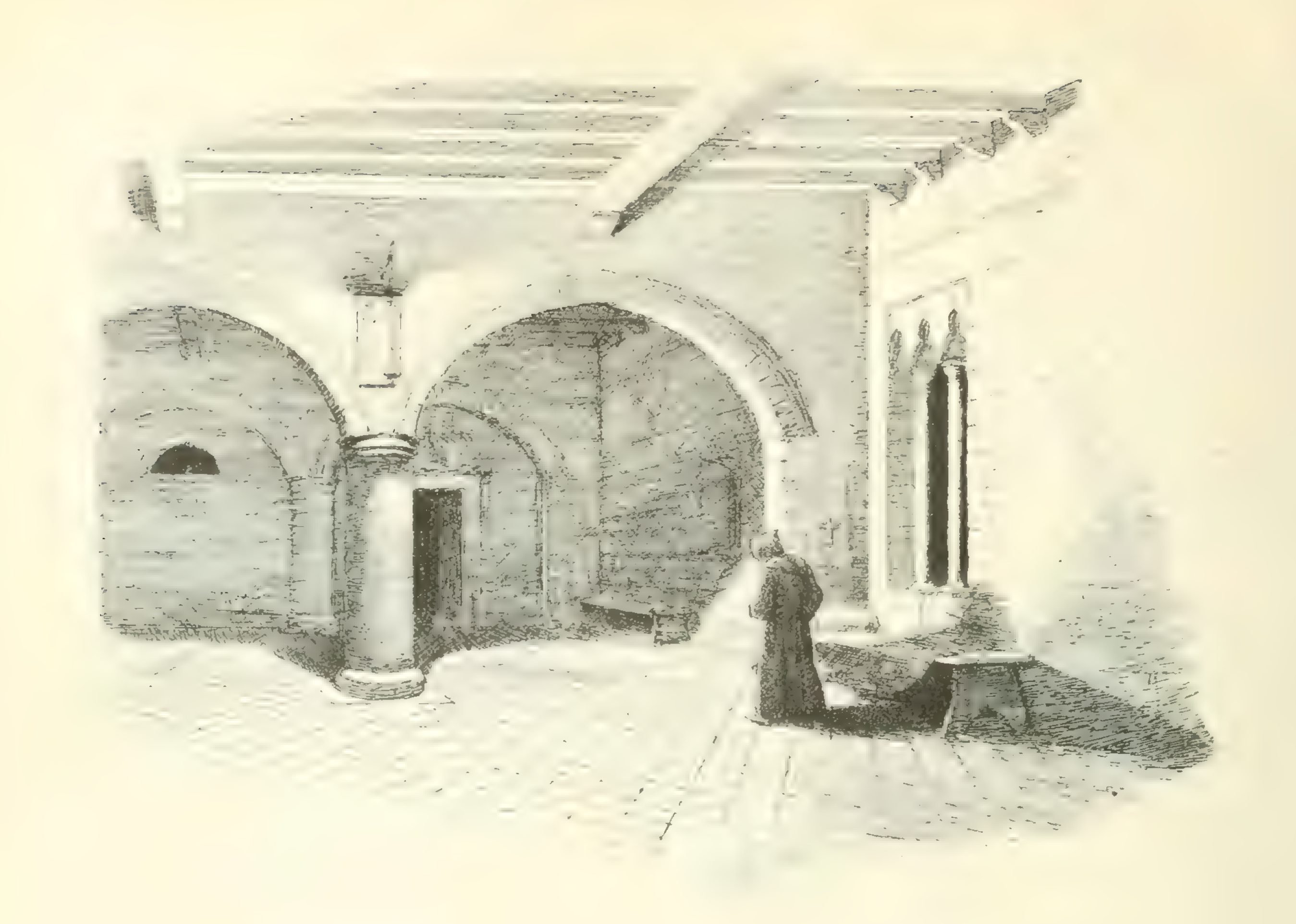
ROD. Está bien, os entendí.

FEL. Mucho me importaba que me entendierais. Quedad con Dios, don Rodrigo.

ESCENA XIII

DON RODRIGO, junto á las candilejas; LOS MINISTROS, al fondo

ROD. ¡Para toda su vida! ¡En un convento para toda su vida! ¡Mancebo desdichado! á pesar de todas sus locuras, de sus devaneos todos, nunca conocí mejor que en este punto cuán grande es el amor que le tengo. Es mi hijo también. ¡Y he de ser yo quien he de dar cumplimiento á ese decreto tirano...! (*Vuelve á leer la orden, y paséase con agitación.*) Pero esta orden no señala el monasterio. ¡Ah! me ocurre... Sí. Don Juan no tiene en el mundo más que un protector natural que pueda salvarle, y salvarnos á entrambos: fuera osadía sin embargo... El rey don Felipe... ¿y qué importa? ¿Tengo algo ya que aventurar? Una vez desasido de la cumbre, ¿puedo hacer otra cosa que rodar hasta el abismo? ¡Oh! Ya conozco esas posiciones críticas; el emperador mi amo gustaba de ellas, pero él siempre caía de pie, y yo con él. Plegue al cielo que hoy pueda hacer otro tanto. (*Con firmeza.*) Hay una especie de miedo que le da á uno ya valor de puro grande. Ya estoy bien decidido. (*Entrándose.*) Daos, don Juan, á mí. (*Vuelto desde la puerta á los ministros.*) ¡Entremos, señores, y favor al rey para prender á un hombre!!! (*Entranse.*)



ACTO TERCERO

Habitación de Carlos V en Yuste. Pieza de paso. Una ventana abierta. Debajo de la ventana una tarima, donde duerme el novicio. Es de noche aún.

ESCENA PRIMERA

PABLO, inclinado sobre la ventana.

¡Llega al suelo! ¡Bueno! ¡Arriba! Pille yo una noche oscura... y tú, escala mía, me sacarás del monasterio. Treinta escalones y en tierra: una vuelta de llave, ¡y ancha es Castilla!

CARL. (*Desde adentro.*) ¡Pablo!

PABLO. ¿Es su voz? ¡Sí! La escala debajo de la tarima, y el novicio encima. ¡Gritad ahora, enhorabuena!

CARL. ¡Pablo!

PABLO. ¡Estoy dormido!

ESCENA II

CARLOS V, de monje, con una lámpara en la mano; PABLO, que finge dormir.

CARL. ¡Ah, bienaventurado! ¡En otro tiempo todo me era posible, menos dormir de esa suerte! (*Arrastrándose de mueble en mueble hasta una mesa donde coloca la lámpara.*) ¡Pobre mozo! Siempre á mi lado, y sin conocerme. Ningún religioso osaría contravenir á mi orden revelándole quién soy, ó quién fuí más bien.

PABLO. (*Incorporándose.*) Habla solo, pero tan bajo...

CARL. Siempre padecer... ¡sin tener con quien dolerse! (*Levántase, y va á sacudir del brazo á Pablo.*) ¡Arriba, novicio, arriba! La pereza, hermano, es gran pecado.

PABLO. Sin duda (*Bostezando.*) el que inventó ese pecado debió de ser un santo varón á quien la gota desvelaba.

CARL. O que sabía el precio del tiempo. Pero vos, novicio, cuando no le perdéis del todo, empleáislo mal: siempre respondón, y curioso por demás.

PABLO. ¡Como si fuese yo el único en la casa!

CARL. ¿Qué queréis decir? ¿Eso va conmigo?

PABLO. Dios me libre, padre; no, sino con el padre prior, que me anda siempre sacando las palabras del cuerpo.

CARL. ¿Y qué os pregunta?

PABLO. (El padre no es curioso.) Cuanto hace vuestra reverencia, y lo que dice, y lo que escribe.

CARL. ¿No más? ¿Y le respondéis?...

PABLO. Que hacéis relojes, que decís: *¿Qué hora es?* y que escribís vuestras confesiones.

CARL. ¡Bien, por Dios! os tuve por maldiciente...

PABLO. Yo, padre...

CARL. Si fuese cierto, fuerza sería separaros de mí, porque es hombre el padre prior de tomar á la letra vuestras palabras. ¡Más que hombre de Dios, es hombre del rey! Y en cuanto á mí, sobre acechar mis acciones, de un grano de arena haría él de buen grado una montaña.

PABLO. (El padre no es maldiciente.)

CARL. Quiero más bien la llaneza salvaje del padre lector.

PABLO. ¿Del padre Lorenzo, mi tío?

CARL. (¡Su tío! ¡Pobre mozo! ¡Condenado á ser huérfano! Los monjes no tienen nunca sino sobrinos.)

PABLO. No sé qué os diga. Hace días que el padre prior se ha vuelto más indulgente. Como la comunidad ha de reunirse hoy para la elección de prior nuevo, no dice ya mal de nadie. En vez que mi tío, el padre Lorenzo, dice mal de todo el mundo. Quiere el primero hacerse con votos para ser reelegido, y el segundo quitárselos á los demás.

CARL. ¿Y de mí dice mal también?

PABLO. Como de costumbre: acuérdase de que fué marino, y todo es gritar, como á bordo: ¡La obediencia! ¡La subordinación! Y dice sobre eso que vuestra reverencia provoca la rebelión de los padres mozos contra los viejos.

CARL. ¿Yo que ando siempre conciliando los bandos?

PABLO. Sí, mas parece hecho adrede: en cuanto los conciliáis, pesia mí si se entienden.

CARL. Dí más bien que la próxima elección los saca á todos de quicio.

PABLO. Hasta el padre Timoteo.

CARL. ¡Un hombre tan humilde!

PABLO. Mucho: así perora él humildemente por lo bajo, y tiene á su devoción más de veinte padres... por su parte, el padre lector, mi tío, dispone de otros tantos; de suerte que se andan quitando los votos y la buena fama... ¡Oh! ¡y le aborrecen!... Es una bendición.

CARL. ¿Sabéis por quién votará el padre Timoteo?

PABLO. Por el padre procurador tal vez. Como es el amigo del padre despensero... Pero alguien conozco yo por quien votaría él de harto mejor gana.

CARL. ¿Por quién?

PABLO. Por vuestra reverencia.

CARL. ¿Tengo yo por ventura pretensiones?

PABLO. Ayer me decía: «Nuestro venerable padre... esa lumbrera de la comunidad, á quien tienes la dicha de ver á todas horas, goza de gran favor con el rey; si él quisiera, tendría yo la honra de predicar esta cuaresma en presencia de la corte.»

CARL. Como si estuviera allí Dios más bien que en otra parte. ¿Y no añadió nada acerca de Carlos V?

PABLO. ¡Carlos V! no le conozco.

CARL. (*Sonriéndose.*) ¡Oh gloria humana! (*Dejándose caer en el sitial.*) ¡Ay! sólo el dolor es real en este mundo.

PABLO. ¡Ah! ¿Hablaba vuestra reverencia de ese Emperador á quien nadie veía, que ha muerto aquí recientemente, y cuyas honras han de celebrarse dentro de tres días?

CARL. Sí; dentro de tres días. (Diéronme gusto acreditando ese rumor, que ha de ahorrarme tantas molestias.)

PABLO. ¡Oh! cuando habla de ese Emperador, se santigua y se inclina, y más cuando pronuncia: «Su Majestad imperial y real, que santa gloria haya.»

CARL. ¡Bueno está, bueno! Vuestra locuacidad, Pablo, me divertía hasta ahora, pero á la larga...

PABLO. Todo cansa. He ahí previamente el efecto que me produce el monasterio.

CARL. ¿Qué es eso, Pablo? Pasad á mi celda; dad un vistazo á mis relojes. Creo que el número cuatro atrasa.

PABLO. Voy, reverendo padre; pero por más que yo mueva el minutero, el tiempo no ha de pasar por eso más de prisa.

CARL. Si me levanto y os alcanzo, Pablo...

PABLO. (*Sale saltando.*) ¡Sí, sí, con la gota!...

ESCENA III

CARLOS V

Dices bien! vida sedentaria y enojosa, más que un libro que se sabe de coro; sin que os saquen de esta nada sino las picaduras de estos insectos del claustro. Ese padre Lorenzo, por ejemplo. ¡Ah! cuando veo un

viejo severo, intolerante por demás con los pocos años, me digo para mi conciencia que ha de haber sido también indulgente por demás consigo propio. ¡Pablo se ha quejado recientemente á su madre del rigor de su tío! Ha venido á verme la buena mujer, se ha echado á mis plantas, me lo ha confesado todo, rogándome que ablande al tío en favor del novicio. ¡Oh! he de hablarle, es ya un deber. Padre Lorenzo, padre Lorenzo, hace diez y seis años... Pero ¿qué digo? ¿Es él por ventura el único que sofoca la voz de la naturaleza por respetos humanos? ¡Yo mismo, yo!... (*Levantándose.*) ¡Qué suplicio! ¡no tener nada que hacer, nada con que adormir la conciencia! Por dicha, he aquí el alba. (*Acercándose á la ventana.*) ¡Llanura de Yuste! paréceme que ha envejecido como yo. ¡Cuán lozana me pareció cuando la crucé en medio de la pompa de mi gloria para venir á morir en ella! ¿Y hace dos días no morí ya en vida para el mundo? La campana ya. Vamos á coro, á cantar alabanzas al Señor; yo, yo que en otro tiempo me hallaba estrecho en mis estados, donde nunca se ponía el sol, que decidía con la vista de la suerte de los imperios, que conmovía la Europa con un fruncir de cejas... ¡y ahora uno de los acontecimientos de mi vida es cantar en el coro!

ESCENA IV

CARLOS V, PABLO

PABLO. Vienen á buscar á vuestra reverencia para los oficios.

CARL. Siempre los mismos versículos, y cantados siempre en el mismo tono. No importa, ¡tengo placer en escucharme! ¿Y vos, hermano Pablo?

PABLO. ¡Vaya, padre! ¿no he de tener? (Desentona!) No olvide vuestra reverencia al padre Timoteo. ¡Predica tan bien! Sus sermones son los únicos que puedo yo oir sin dormirme.

CARL. ¿Dormís, vos, en el sermón?

PABLO. Vuestra reverencia no me deja dormir de noche. Y vos mismo el domingo...

CARL. ¿Eh?

PABLO. ¿No tuve que tirar del hábito á su reverencia?

CARL. ¡Silencio, bachiller!

PABLO. (¿Bachiller? El padre comete todos los pecados que me echa en cara.)

ESCENA V

Dichos, EL PADRE LORENZO, EL PADRE TIMOTEO

LOR. (*Bruscamente.*) ¡Dios guarde á su reverencia!

CARL. Haga el Señor igual merced á las vuestras, padre Lorenzo y padre Timoteo.

LOR. ¿Parece que la gota atormenta siempre á su reverencia? Es fuerza acostumbrarnos á vivir con nuestro enemigo, como solíamos decir á bordo de las galeras de Su Majestad cuando venía la marejada. Tengo buenas nuevas que dar á su reverencia. Esta noche ha llegado al monasterio un joven mancebo, que ha sido recibido en vista de una orden de Su Majestad. Y como su reverencia ha pedido al padre prior otro novicio á quien instruir en sus ratos de ocio, nuestro superior os le va á enviar...

CARL. De buena gana, padre, y lo más presto será lo mejor. Pablo, os dispenso hoy de los oficios: quedaos en la celda para recibir al recién venido.

PABLO. (*Inclínase.*) (¡Dispensación de oficios y una cara nueva! No empieza mal el día.)

CARL. (*Al padre Lorenzo.*) Tenga su reverencia piedad de un enfermo, padre lector, y acórteme el camino conduciéndome por la escalera privada.

LOR. Bien quisiera, pero Dios sabe dónde pára mi llave maestra.

PABLO. (Y yo también lo sé.)

CARL. ¡Paciencia! (*Tomando el brazo del padre Timoteo.*) Vamos, pues. Prestadme apoyo.

TIM. (*Por lo bajo.*) ¿Osaré decir á vuestra reverencia: *Hoy por tí, mañana por mí?*

LOR. (*Buscando en sus faltriqueras y mangas.*) Será fuerza buscarla.

ESCENA VI

PABLO

Busca, busca. El día en que, después de haberme predicado sobre el pecado de la ira me disteis un golpe con ella sobre los dedos, pasó de vuestra manga á la mía. Héla aquí: abre todas las puertas, hasta la del jardín. ¿Y la había de encontrar vuestra reverencia? No, sino colgaréla yo á los pies de Nuestra Señora del Amparo si me

abre las puertas del monasterio. A la manga. He visto á mi compañero. Parece triste.

ESCENA VII

PABLO, DON JUAN; UN NOVICIO, que deja un hábito sobre un sitial, y sale.

JUAN. (*Sin ver á Pablo.*) ¡Desarmarme! ¡Arrancarme de sus brazos, á pesar de sus lágrimas! ¡Que no pudiese vengarme! ¡Para siempre separado de ella!

PABLO. ¡Santa María! habla de una mujer.

JUAN. ¡Para siempre enterrado en este monasterio! Estas paredes me ahogan. Me volverán impío queriendo convertirme por fuerza. (*Cayendo en un sitial.*) ¡Desventurado!

PABLO. Dame lástima.—¿Hermano?

JUAN. (*Volviéndose.*) ¿Quién sois?

PABLO. Pablo, vuestro compañero.

JUAN. ¿Qué queréis?

PABLO. Haceros servicio.

JUAN. ¿Sí? ¿Qué convento es este?

PABLO. El monasterio de Yuste.

JUAN. (*Levantándose.*) ¿Yuste? ¿donde se ha retirado Carlos V?

PABLO. Todos hablan de Carlos V.

JUAN. El tomará mi demanda.—¿Puedo verle?

PABLO. Há tres días que murió.

JUAN. (*Cayendo de nuevo en el sitial.*) Y mi esperanza con él.

PABLO. (He de decirle... ¿qué riesgo corro? Aquí no conoce á nadie: y me ha de ayudar.) (*Misteriosamente.*) No os aflijáis: yo os protejo.

JUAN. ¿Vos? ¡pobre mozo!

PABLO. Sed sumiso á las órdenes del reverendo á cuyo cargo venís.

JUAN. ¡Yo á su cargo! ¡Mil diablos antes, el infierno todo!...

PABLO. ¡Cómo jura!

JUAN. Jamás. Dije que no he de ser fraile: no he de serlo.

PABLO. Pero hablad más bajo: en el monasterio no se dice cuanto se piensa, y lo que se dice se dice por lo bajo.

JUAN. (*Echando mano al hábito.*) Primero haré pedazos este hábito con los pies.

PABLO. *Conteniéndole.*) ¿Qué hacéis? Aquí se rabia cuanto se quiere debajo del hábito, ¡pero desgarrarle!... ¡se vería! (Hay que enseñarle desde el *Cristus.*)

JUAN. ¿Qué queréis, pues?

PABLO. Escuchad: tengo ocasión de libertaros; pero es fuerza disimular.

JUAN. ¿Podré?

PABLO. Si la noche es oscura...

JUAN. ¿Qué?

PABLO. Con esta llave...

JUAN. Acabad.

PABLO. ¡Silencio! he aquí al padre.

JUAN. Está visto: no lo sabré. (*Pablo canta á media voz un villancico.*)



ESCENA VIII

Dichos, CARLOS V

CARL. Hermano Pablo, id á cantar vuestros villancicos á mi huerta.

PABLO. (Le diré dos palabras á sus naranjas. Obedezco.) *A don Juan poniendo el dedo en la boca.*) Hermano, hasta luego.

CARL. ¡Ea! andad.

PABLO. (¡Cómo no se le escape la verdad! El que no sabe los usos de la casa.)

ESCENA IX

CARLOS V, DON JUAN

CARL. Llegad.

JUAN. (Le aborrezco ya.)

CARL. (Hay algo en él que me llega al corazón.)

JUAN. Reverendo padre... (¡Buen aspecto!)

CARL. ¿Pensáis pronunciar vuestros votos en esta casa?

JUAN. Nunca supe mentir. Estoy en ella mal mi grado.

CARL. ¿Cómo?

JUAN. Por fuerza se apoderaron de mí, y por fuerza me trajeron.

CARL. ¿No teníais, pues, ningún protector?

JUAN. Uno tuve: veinte años me trató como á hijo. Cometí faltas, es verdad. ¿Pero por ellas debía ser cómplice de una felonía él mismo, don Rodrigo Quesada?

CARL. ¡Don Rodrigo Quesada! ¿Vos fuisteis confiado á don Rodrigo?

JUAN. Al mismo.

CARL. ¿Os llamáis don Juan?

JUAN. Cierto.

CARL. (¡El es! ¡Mi hijo! ¿Es posible?) ¿Vos, don Juan, vos desdichado, y junto á mí? ¿Vos forzado en este claustro?

JUAN. Y para siempre. Mas ¿qué tenéis?

CARL. ¡Oh! nada, nada. La compasión... el... (Sea yo dueño de mí propio.)

JUAN. ¿Sabíais mi nombre?

CARL. ¿No acaban de decírmelo? (¡Gentil presencia! ¡gallardo continente! ¿Y no he de abrazarle?)

JUAN. ¿Pero conocíais á don Rodrigo?

CARL. Héle visto en otro tiempo. ¿El acaudillaba á los que os trajeron?

JUAN. El fué quien me puso la mano encima; él fué mi carcelero. Ni hablarle quise, ni mirarle. Con todo, cuando llegábamos á las puertas aun tuvo la osadía de decirme al oído: «Agradecedme que os conduzca á este monasterio: tenía orden de llevaros á otro.» ¡Aun he de estarle agradecido!!!

CARL. (Reconozco á mi antiguo consejero.) ¿Mas de quién fué esa orden?

JUAN. Del rey.

CARL. (¡Su propio hermano!) ¿Del rey, decís?

JUAN. Sorprendida tal vez por un cobarde caballero que quiso más bien deshonrarse, encerrándome, que cruzar su espada con la mía.

CARL. Pero... ¿y vuestro padre?

JUAN. En su nombre me persiguen. El es, dicen, quien me condenó á vivir, ó á morir más bien en esta cárcel.

CARL. (*Con viveza.*) Es falso... quiero decir, es imposible. Que vuestro padre, por motivos que acaso él solo sepa, hubiese deseado veros abrazar una vida retirada, lo comprendo; pero ¡autorizar él propio tal violencia! ¡un padre! don Juan, es imposible.

JUAN. ¿Fué nunca padre para mí?

CARL. ¿Sabéis si pudo serlo?

JUAN. ¡Ah! reverendo padre, me abrió los ojos mi desventura. Me dicen que es muerto. Pero ¿quién sabe si vive todavía? Dios sabe si es algún prócer de esa corte devota, donde el que fué frágil en su juventud se vuelve hipócrita en su vejez. El cielo sabe si acaso persigue en mí un recuerdo molesto, un testigo acusador, y si fuí fruto de alguna flaqueza humana, de que siente más vergüenza que remordimientos.

CARL. (Dios mío, ¡cuán cruelmente me castigas!)

JUAN. Tales son esos grandes de la tierra. Por borrar la huella de un yerro venden su propia sangre, entregándola en manos extrañas, arrojan un desdichado á la merced del azar, y ampárele quien quiera. Sepúltanle vivo en una tumba para que expíe con sus austeridades un nacimiento de que ellos solos fueron culpables y, fiando su salvación de la penitencia de otro, viven en paz consigo propios, gozando tal vez de una opinión sin tacha. Por encubrir un yerro cometen un crimen; ¡y el mundo los honra!!!

CARL. Basta, mancebo, basta. ¿No teméis ser injusto con vuestro padre?

JUAN. Decís bien. Tal vez lo sea. Mi desdicha me arrastró. ¿Quién fué ese padre? ¿Quién? Díganmelo en fin, y, á pesar de cuanto oisteis, señor, daré el ser que de él recibí por vengar su honra puesta en duda, ó su memoria ultrajada. ¡Ah! Si dejó de existir, le lloro; si vive, le perdono.

CARL. Bien, don Juan, bien. Me acabáis de probar que sois digno de mejor suerte.

JUAN. ¿Qué decís? ¿Habré encontrado un amigo donde sólo esperé hallar perseguidores? ¡Ah! ¿Por qué murió tan presto Carlos V? Hubiérale acaso hablado por vuestra mediación.

CARL. ¿Qué le hubierais dicho?

JUAN. ¿Vos me lo preguntáis? Hubiera besado sus plantas. Hubiérale dicho: «Tengo valor, señor; tengo ambición de gloria, y quieren sepultar mi porvenir en la estrechez de un claustro. No tengo sino veinte años, y se tuercen las leyes divinas para imponerme una esclavitud sin término: soy, señor, súbdito vuestro, y me oprimen con mengua de las leyes humanas. Fuisteis harto grande para no ser bueno y justo, y debéis lanzaros entre el opresor y el desdichado.» ¿Pensáis que no le hubiera persuadido?

CARL. Más, don Juan: ¡hubiéraisle arrancado lágrimas!

JUAN. El me hubiera devuelto al mundo; ¿no es verdad? á la gloria, á aquel contento, en fin, cuyo recuerdo me mata lejos de ella.

CARL. ¡Lejos de ella! ¿Qué decís?

JUAN. Perdón, si os muestro mi corazón todo entero. Hay una mujer en la tierra que era mi vida, la mitad de mí mismo...

CARL. (¿Pudiera yo en eso ver un crimen?)

JUAN. A punto ya de unirnos, nos separaron para siempre.

CARL. No me culpéis de indiscreto: me interesasteis, don Juan: os quiero servir, y he menester saberlo todo. ¿Su nombre?

JUAN. Doña Florinda Sandoval.

CARL. ¡Sandoval! ¡Cristianos nuevos! si no me engaño...

JUAN. ¿Qué importa?

CARL. Para el mundo mucho; pero ante Dios, decís bien: no es la fe mejor la más antigua, sino la más pura.

JUAN. ¿Sois monje y habláis así?

CARL. Don Juan, sois joven. ¡Mucho os queda que ver! Conozco esos Sandovales. Prestóme el padre de doña Florinda un servicio que mal pudiera olvidar: acuérdome además de haber visto muy niña á doña Florinda.

JUAN. ¿La visteis? ¡Belleza sin igual!

CARL. Prometía serlo. (*Apartándose de don Juan para encubrir su emoción.*) ¡Qué fuego, qué ternura en el mirar! Así era su madre. ¿Dónde sois idos, mis días de gloria y de ventura?

JUAN. ¿Hablasteis de mi madre? ¿La conocisteis por ventura?

CARL. ¡Yo!

JUAN. ¡Oh! sí; la habéis conocido: nombrádmela, por piedad. ¡Haced que yo la vea!

CARL. ¿Por qué suponéis que debo de haberla conocido?

JUAN. (*Despechado.*) Está visto: jamás hallaré respuesta á esa pregunta.

CARL. Vuestra desdicha, don Juan, me interesa. Es un deber religioso en mí el oponerme á una violencia que Dios condena. Saldréis de aquí.

JUAN. ¿Es posible? ¡por piedad, hoy mismo!

CARL. Lo espero; no os respondo así de ese enlace que anheláis.

JUAN. ¡Ah! Véame yo libre ahora, ¡libre no más!

CARL. Lo seréis: tengo alguna influencia en el monasterio: la emplearé.

JUAN. (*Besándole las manos.*) ¡Padre mío!

CARL. (*Enternecido.*) ¡Su padre! (*Inclinado sobre don Juan, que se ha estado á sus pies, y á quien tiene abrazado.*) ¡Hijo mío! dulce me hubiera sido hallar en vos un compañero, un amigo, y entregar mi alma al Señor sobre ese corazón que me hubiera amado... Pero no temáis: sabré sacrificar mi dicha á la vuestra.

JUAN. Hacedlo, y mi vida entera será poco para agradecer...

CARL. (No es hijo de una reina, pero vale más que el rey don Felipe.)

ESCENA X

Dichos, EL PADRE PRIOR, PABLO

PRIOR. (*Trae á Pablo de una oreja.*) Vengo, reverendo padre, á denunciaros un reo sorprendido en el acto de cobrar el diezmo de vuestras hermosas naranjas...

CARL. ¡Hermano Pablo! ¿No os tengo prohibido...?

PABLO. No soy el primero, reverendo padre, que se ha dejado tentar por el fruto prohibido.

PRIOR. Ni seréis el primero tampoco en quien se castigue severamente el haber cedido á la tentación.

PABLO. (¡Pluguiera á Dios que me echaran de este paraíso!)

CARL. Más tarde ventilaremos eso, hermano Pablo. Por ahora, don Juan, llevaos á ese mozo á mi celda, y reprendedle... ¿me entendéis?

JUAN. Corre de mi cuenta, reverendo padre.

PRIOR. (*A don Juan.*) Podéis vestir el hábito, hijo mío. Es la regla.

JUAN. ¿Yo?

CARL. Es la regla. (*Don Juan toma despechado el hábito, y sale con el novicio.*)

ESCENA XI

CARLOS V, EL PADRE PRIOR, después don RODRIGO

PRIOR. Don Rodrigo anhela despedirse de ese mozo. La nueva de vuestra muerte le ha colmado de dolor: sin sacarle de error, le he dicho, reverendo padre, que en esta celda hallará á don Juan; pero si os pesa de verle...

CARL. No; bien está así; pero antes, reverendo padre, he de pediros una gracia.

PRIOR. ¿Qué puede vuestra reverencia pedir que yo...?

CARL. Poca cosa por cierto; y no me la negaréis hoy que la elección os prepara un nuevo triunfo, en el cual no acierto á encareceros la parte de contento que me cabe. El mancebo que acabo de recibir no tiene vocación para la vida contemplativa; mandad, pues, que las puertas le sean abiertas. Bien veis que es poca cosa.

PRIOR. ¿Poca cosa, reverendo padre? La orden de Su Majestad...

CARL. Su Majestad fué inducido en error.

PRIOR. ¡En error! ¿Su reverencia lo cree posible?

CARL. ¡Ah padre mío! ¿Quién mejor que yo sabe si un rey puede engañarse?

PRIOR. Humildad que admiro. Mas ved que me hago delincuente para con el rey si desobedezco.

CARL. Pero lo sois para con Dios si obedecéis.

PRIOR. Para con Dios, padre es una cuestión, y para con el rey es positivo.

CARL. Es decir que mis ruegos... En buen hora. Lo exijo, y tomo sobre mí...

PRIOR. Tendré, padre, la amargura de...

CARL. Pero...

PRIOR. Pero... hermano mío, yo mando aquí.

CARL. (*Con indignación.*) ¡Yo mando, yo mando! (*Con resignación.*) Decís bien, padre prior. Su reverencia manda. Hice voto de obediencia; no seré yo quien dé el ejemplo de la rebelión.

ROD. (*Que reconoce al entrar á Carlos V.*) ¡Santo Dios! ¿Qué veo?

PRIOR. ¿Su reverencia me permite que me retire?

CARL. Vuestra reverencia manda aquí.

ESCENA XII

CARLOS V, DON RODRIGO

ROD. (*Pugnando por arrojarse á los pies de Carlos V, que se lo impide.*) ¿No me engañaron mis ojos? ¿Vuestra Majestad vive todavía? Creí, señor, ver su sombra saliendo de su sepulcro.

CARL. Decís bien, don Rodrigo. No soy sino una sombra de Majestad. ¿No lo oisteis? ¿No me dijo: *Yo mando?* ¡Se negó á dar libertad á mi hijo, á ese hijo que me ama ya sin conocerme! ¡Príncipe perfecto, don Rodrigo! ¡Qué noble continente! Pasiones impetuosas, ¿no es verdad? ¡Y una cabeza, don Rodrigo, más ardiente que la mía!!!

ROD. ¿A quién lo dice Vuestra Majestad?

CARL. ¡Ha presentido su cuna! Hijo del águila, ha menester aire y sol. ¡Vive Dios! Don Rodrigo, los tendrá. Sí, ¡la luz para sus ojos, y para sus alas la libertad! (*Corre á abrir la puerta de su celda.*)

ESCENA XIII

Dichos, DON JUAN, PABLO

JUAN. (*Con el hábito de novicio sobre sus vestidos.*) ¿Y vuestras instancias, padre mío?

CARL. Malogradas, don Juan, del todo malogradas.

JUAN. Sabía yo ya que este hábito había de serme aciago.

CARL. No os desaniméis. Don Rodrigo, á quien en efecto debéis agradecer el haberos traido á esta casa, nos ayudará con sus consejos.

JUAN. Que me saque de ella, y prometo olvidarlo todo.

CARL. Andad, hermano Pablo, y ved si alguien escucha.

PABLO. Corro y vuelo. (Para no perder nada.)

ESCENA XIV

Dichos, menos PABLO

CARL. Deliberemos.

JUAN. Advertiré á su reverencia que ese novicio puede sernos de grande utilidad.

CARL. Le oiremos.

ESCENA XV

Dichos, PABLO

PABLO. (*A Carlos.*) Nadie, reverendo padre, nadie.

CARL. Podéis hablar, Pablo, á la par que nosotros.

PABLO. ¿Yo, reverendo padre? Tanta honra...

CARL. Merecedla con vuestra discreción.

PABLO. Jamás digo sino lo que me callan.

CARL. ¿Qué os parece, don Rodrigo, que se haga?

ROD. Urge el tiempo, padre mío. Los criados de Su Majestad que nos acompañaron hasta el monasterio se volvieron ya á dar cuenta de la expedición. Ordenes más severas pueden llegar de un momento á otro. Vuestra reverencia debe de haber conservado algún amigo ó deudo en la corte. Que escriba en favor nuestro, y presto, y á quien pueda mucho. He ahí mi sentir. He dicho.

CARL. ¡Yo, pobre monje! ¡Olvidado! Por otra parte, os lo confieso, cifro mi orgullo en libertar á don Juan por mi propio esfuerzo. Quiero probarme á mí mismo que aún no he envejecido.

ROD. (Siempre el mismo. Creándose dificultades para tener la gloria de vencerlas.)

CARL. En consecuencia, se desecha el consejo, don Juan.

JUAN. Si he de deciros la verdad, mi mejor consejo fuera esa espada que veo pendiente de la pared, y que me prueba que habéis sido soldado.

CARL. He probado de todo un poco.

JUAN. Dádmela, pues, y si no me abriese paso...

CARL. Por más caballeresco que sea, don Juan, vuestro sentir, os diré que sería más conveniente en una fortaleza que en un monasterio. ¿No decíais que Pablo...?

JUAN. Le prometí secreto.

CARL. Hablad, hermano Pablo, os lo mando.

PABLO. ¿Vuestra reverencia me empeña su palabra...

CARL. ¿De qué?

PABLO. De que aun después de conocido mi arbitrio podré aprovecharme de él para mí mismo?

CARL. ¿Queréis dejarme, hermano?

PABLO. No á vuestra reverencia, sino el convento. No tengo vocación tampoco.

CARL. ¡Hermano Pablo!

ROD. (*Bajo.*) Ved, señor, que...

CARL. (*Bajo.*) Decís bien. Veamos. Hablad.

PABLO. Tengo dos medios. (*Enseñándole la llave.*) ¡Uno!

CARL. ¡Dios me perdone! ¡La llave maestra del padre lector!

PABLO. ¿Su reverencia olvida...?

JUAN. ¡Padre mío!

PABLO. (*Descubriendo la escala bajo la tarima.*) ¡Otro!

CARL. ¡Una escala de cuerdas!

PABLO. Con ésta se baja por esa ventana: con la otra se sale por la puerta excusada que da al campo.

CARL. ¿Sabéis, hermano, que mereceríais?... Con todo, no me ocurre nada mejor. No será la primera vez que un novicio habrá andado más discreto que todo un capítulo.

PABLO. La comunidad está en el refectorio, cuyas ventanas dan á la parte opuesta; y cuando está en tan santa ocupación, nunca piensa en otra cosa. Aprovechemos la ocasión.

CARL. ¡En buen hora!

JUAN. ¡Honra y prez al hermano Pablo!

CARL. (*A don Rodrigo.*) En cuanto os veáis fuera de aquí, conducid á don Juan á casa del anciano duque de Medina: habladle de mí: no habrá olvidado aún á su antiguo amigo. Ocultos en su posada, esperad á recibir letras mías. Manos á la obra, don Juan.

JUAN. No he de hacerme de rogar.

ROD. ¿Queréis que á mi edad?...

CARL. Yo os tendré la escala. Pablo, tened



cuenta. (*Hace seña al novicio, que sale á la puerta á acechar.*)

ROD. ¿Vuestra reverencia se dignaría?...

CARL. A otros he ayudado á bajar, y de más alto

ROD. (*Besando la mano á Carlos.*) ¡Dios guarde, pues, á vuestra reverencia!

JUAN. ¡A más ver, padre mío!

CARL. ¿Os vais sin estrecharme en vuestros brazos?

JUAN. Decís bien. Fuera ingratitud.

CARL. (*Conmovido.*) ¿Volveréle á ver?

JUAN. ¡Ah! Se me olvidaba. (*Va á desnudar el hábito.*)

PABLO. (*Acude presuroso.*) ¡Silencio! ¡Silencio! ¡El padre prior!

ROD. ¡Somos perdidos!

CARL. ¡Va á ver la escala!

PABLO. (*A don Rodrigo.*) Cerrad una de las maderas!

ESCENA XVI

DICHOS, EL PADRE PRIOR

PRIOR. (*A don Juan.*) Novicio, seguidme.

CARL. ¿Dónde, pues?

PRIOR. Incomunicado. Acabo de recibir esta orden: quien la trae da dos horas de descanso á los caballos, y ha de volverse con don Juan para otro monasterio.

JUAN. ¡Conmigo!

CARL. (*Calmándole.*) ¡Paciencia! ¡resignación!

PRIOR. Por lo que hace á vos, señor don Rodrigo, varios caballeros os esperan á las puertas del monasterio: no sé qué palabras oí del alcázar de Segovia.

ROD. ¡El alcázar!

CARL. (*A don Rodrigo.*) Señor don Rodrigo, la jornada será buena.

ROD. Ya lo sé. (Ayer entre dos hermanos, hoy entre un padre y un hijo. ¡Maldito secreto!)

CARL. Quedaos ahora.

ROD. No deseo otra cosa.

PRIOR. Don Juan, obedeced.

JUAN. ¿Sufriréis, reverendo padre?...

CARL. Fuerza es sufrir lo que no puede impedirse. Obedeced, don Juan. (*Bajo, apretándole la mano.*) No perdáis la esperanza.

JUAN. Toda la pongo en vuestra reverencia.

PABLO. (*Mientras que don Juan sale.*) ¡No pudiera venir en peor sazón el padre prior!

ESCENA XVII

CARLOS V, DON RODRIGO, PABLO

CARL. ¿Un obstáculo os abate, don Rodrigo? A mí me despierta, me estimula. Paréceme ya ser otro.

PABLO. (¡Cómo se mueve! ¡Cómo anda! ¡Ha olvidado la gota!)

CARL. Lucharé, triunfaré. Don Rodrigo, no sois el que erais. ¿Tenéis miedo? Quien piensa en el vencimiento está ya medio vencido. (*Bajo.*) ¿No perdíamos las primeras tres horas la batalla de Pavía? Y con todo... (*Con impaciencia.*) No tengo más que dos horas. ¡Esta cabeza otro tiempo tan fecunda! (*Se sienta.*) ¿No podrá inventar ya nada?

PABLO. (*Retirando la escala de la ventana.*) La comunidad baja á la huerta. Los padres se encaminan á la sala de capítulo para la elección. ¿No ha de asistir vuestra reverencia?

CARL. ¡Silencio! ¡Dejadme en paz con vuestra elección! (*Levantándose.*) (¡Ah! ¡Por vida mía! Doy en ello. Ese prior manda. ¡Y si pudiese yo mandar á mi vez!) (*Alto.*) Don Rodrigo, ¿os acordáis de cierta elección que metió algún ruido en el mundo?

ROD. ¡Mal pudiera olvidarla, aunque no fuese sino por las cartas que en aquella sazón escribí, sin contar con las posdatas!

CARL. Eso es precisamente lo que vais á volver á hacer. Presto, acercaos á esta mesa.

PABLO. (*Mirando por la ventana.*) Se dividen en corrillos. Lo menos tienen aún para media hora de intrigas antes de entrar.

CARL. (*Tomando plumas y papel.*) ¿Media hora?

PABLO. Mi tío grita, el padre Timoteo predica como un pico de oro, y el padre prior, para ser reelegido, da su bendición á todo el mundo.

CARL. Presto, novicio, aquí; con la mejor letra posible...

PABLO. (*Una rodilla en tierra, pronto á escribir sobre un misal.*) Ya estoy.

CARL. Y yo... (*Buscando donde ponerse, y colocándose por fin en el reclinatorio.*) Yo allí. ¡Atención! Empiezo á dictar. A tí, Pablo, para el padre Timoteo. «Mi muy elocuente amigo.» A vos, Rodrigo, para el padre procurador. «Muy reverendo padre.» (*Escribiendo él mismo.*) «Mi muy caro padre lector.»

PABLO. Ya está. (Mal año, si sé dónde va á parar.)

CARL. (*A Pablo.*) «Apruebo la santa ambición que manifestáis de predicar delante de la corte y duéleme haberme de resignar voluntariamente á perder el fruto de vuestras edificantes pláticas.» (*A don Rodrigo.*) «Varias veces me habéis ofrecido vuestro voto, y los de vuestros amigos: si yo creyese perjudicar en lo más mínimo á nuestro buen prior aceptándolos, los tornaría á rehusar, pero...»

ROD. Demasiado de prisa, reverendo padre, demasiado de prisa.

CARL. (¡Pobre don Rodrigo! está gastado.)

PABLO. «Edificantes pláticas.»

CARL. (*A Pablo continuando la suya.*) «Si la comunidad me confiriese hoy, merced á vuestro voto y á los de vuestros parciales, una autoridad que me permitiese disponer de vuestra reverencia para enviarlo

á la corte, podríais contar en ella con mi apoyo.»

PABLO. (*Escribiendo.*) (¿Querrá ser prior?)

ROD. «Tornaría á rehusar, pero...»

CARL. «Pero algunos votos favorables en el primer escrutinio me serían ocasión de gran contento, sin perjudicar por eso, Dios me libre, á la elección del más digno. Vuestro mejor amigo.» ¿Estáis ya, novicio?

PABLO. Ya espero.

ROD. (Ya está en su elemento. ¡Tres cartas á la vez!)

CARL. «Privar al rey, padre Timoteo, de un ingenio como el vuestro fuera pecar; quiero más hacer doblemente penitencia pasando toda una cuaresma sin oiros.»

PABLO. ¡Esa frase ha de llegarle al alma!

CARL. Escribe, escribe. (*Leyendo la carta que acaba de escribir.*) « Mi muy caro y muy reverendo padre lector: voy á ser franco con vos, que sois la franqueza misma. Quiero ser prior. Os pido, pues, vuestro voto y el de los amigos de que disponéis, en nombre del novicio que os ha de entregar estas letras. Vos conocéis á su padre y yo también. Remolcad, pues, mi galera á buen puerto, ó vive Dios que echo á pique la vuestra. Siempre monje, hablaré: prior, os juro secreto. Con esto, caro lector, buen viento, y Dios salve el honor de nuestro pabellón.» (*Corriendo hacia Pablo.*) Dame que lo firme, y pliega esa carta.

PABLO. ¡Oh! yo os fío que tendréis esos votos; pero si vuestra reverencia hace pasar á su bordo á mi tío con toda su tripulación, el triunfo ha de ser completo.

CARL. (*Alegremente.*) En el cual habréis tenido, novicio, más parte de la que pensáis.

PABLO. ¡Ah!

CARL. Porque vais á ser mi mensajero para con él.

PABLO. No haga tal vuestra reverencia: ved que no gusta de los novicios.

CARL. No importa: llevadle esas letras.

PABLO. Al punto.

CARL. Y deslizad la que habéis escrito en la manga del padre Timoteo.

PABLO. Entiendo.

CARL. Averiguad de paso dónde está don Juan.

PABLO. (*Enseñándole la llave.*) Más que eso he de hacer.

CARL. ¡Presto! ¿Pero vais saltando? Hermano Pablo, vuestra misión es grave.

PABLO. (*Devotamente, y cruzando los brazos sobre el pecho.*) El espíritu del Señor sea con vos, reverendo padre.

CARL. (Está visto: he de volverle hipócrita. De eso habré de acusarme.)

ESCENA XVIII

CARLOS V, DON RODRIGO

ROD. Ved aquí mi carta. (*Carlos la firma.*) ¿La cierro?

CARL. Todavía no. «Post-scriptum...»

ROD. ¡Ah!

CARL. «El cardenal secretario de Estado acaba de poner á mi disposición el capelo vacante en el sacro colegio. He oído encarecer los merecimientos y virtudes de vuestro pariente el obispo de Segorbe. Haced que nos veamos después de la elección.»

ROD. Un post-scriptum como los de aquellos tiempos.

CARL. ¿Me reconocéis, don Rodrigo?

ROD. ¿El sobre?

CARL. No hay para qué. Buscad al padre procurador, y entregadle vos mismo ese pliego.

ROD. (*Con inquietud.*) Yo, señor...

CARL. ¿No sabéis que los que os han de prender no han entrado en el monasterio?

ROD. Cierto. Ese era mi pensamiento. Siempre me ha adivinado vuestra reverencia. Obedezco.

ESCENA XIX

CARLOS V

¡Animo, mi antiguo consejero! ¡Alerta, mi buen paje! Ya están en campaña mis estafetas tras un priorato, como en otro tiempo tras un cetro de emperador. ¡Extraño caso! La elección de algunos monjes en un monasterio de Extremadura no me había agitado menos que la de mis electores coronados en la gran dieta de Francfort. Pero devolver la libertad á mi hijo, y devolvérsela por sólo el esfuerzo de mi voluntad, esa sería la mejor de mis victorias. (*Acercándose á la ventana.*) Pablo, Pablo, ¿llegaréis tarde? No, ya está. Detiene al padre Timoteo tirándole de la manga. Este ya es mío. No puedo decir otro tanto de nuestro incorruptible padre procurador. ¿Y el padre Lorenzo? ¿Cederá? Dudo... mi corazón quiere salir del pecho, mi sangre hierve.

ESCENA XX

CARLOS V; PABLO sin aliento

CARL. ¿Y bien? ¿Habéis visto al padre Timoteo?

PABLO. Leyó vuestras letras, dióme un golpecito en la mejilla, y me añadió dulcemente: *Soy suyo, enteramente suyo, hijo mío.*

CARL. ¿Y vuestro tío?

PABLO. ¡Oh! no bien hubo leído se volvió rojo como la lumbre; miróme de través...

CARL. ¿Qué más?

PABLO. Por ese lado nada. Hizo añicos el papel. «He ahí, añadió con voz de trueno, he ahí mi respuesta, instrumento de corrupción.» Y acabando con una blasfemia, reverendo padre, que no osaré repetiros, fuése furioso á escribir su voto.

CARL. (¿Resistirá? Todo el éxito pende de él.) (*A Pablo.*) ¿Y don Juan?

PABLO. Al ruido que hacía por evadirse he descubierto su prisión. ¡Cric, crac! la puerta se abre, y echamos á correr los dos; ahí está, en mi celda; pero sin hábito ya, padre, hecho añicos... no le gustan los hábitos.

CARL. ¡Que venga, Pablo, que venga!

PABLO. (*Desde el fondo.*) ¡Don Juan, don Juan!

CARL. Por mi parte he usado de todos los medios: amenazas, promesas, toda la gruesa artillería de un día de elección.

ESCENA XXI

Dichos, DON JUAN

JUAN. ¿Será cierto, padre mío? ¿No me ha engañado Pablo? Cuando yo fío en vos mi libertad, ocupa todo vuestro pensamiento la elección de un prior.

CARL. ¿Me culpáis, don Juan? Así juzga el mundo. Pablo, alcanzadme esa espada.

PABLO. (*Saltando sobre un sitial.*) ¡Jesús! ¡cuán pesada!

JUAN. (*Desenvainándola.*) Para tu mano, niño, mas no para la mía.

CARL. Creo en efecto, hijo mío, que vuestro brazo sabrá honrarla en el peligro.

JUAN. ¡Contra un ejército entero!

CARL. (*Cogiéndola.*) Esta arma, don Juan, es harto más preciosa de lo que pensáis: es un presente de ese emperador que vino á morir aquí debajo de un hábito que hubiera sin duda destrozado, como vos, á vuestra edad.

JUAN. ¡De Carlos V! ¿Vos erais su amigo? Murió acaso en vuestros brazos?

CARL. Húbola por derecho de conquista del rey Francisco I en una jornada bien gloriosa para las armas españolas.

JUAN. ¡La espada de Francisco I! ¿Y pudierais desprenderos de ella?

CARL. ¿De qué utilidad puede serle á un monje?

JUAN. ¡Y en obsequio mío!

CARL. Con ciertas condiciones que aquí para ante Dios habéis de jurar cumplir. (*Presentándole la espada desnuda para recibir su juramento.*) ¿Juráis no desenvainarla en causa vuestra, sino en legítima defensa; juráis que no se vea desnuda sino por orden de vuestro soberano, y que caerá de vuestras manos á su primera indicación; juráis, en fin, que no se verá teñida jamás sino en la sangre de los enemigos del rey y de la monarquía; juráislo así, don Juan?

JUAN. Lo juro.

CARL. Si así lo cumpliereis, Dios os lo tenga en cuenta. Vuestra es, don Juan; ¡presiento que ha de ganar batallas en vuestras manos!!

JUAN. (*Con la espada en la mano.*) ¡Yo haré verdadera vuestra predicción!!!

ESCENA XXII

Dichos; DON RODRIGO, después EL PRIOR

ROD. ¡Una mayoría victoriosa! ¡una elección completa!

CARL. ¡Alegre nueva, que no pudiera traerme mensajero ninguno más agradable! (*Bajo.*) ¿Sabéis, don Rodrigo, que aun pudiera yo triunfar en un cónclave?

ROD. (Fuerza era que le ocurriese.)—El prior me sigue para daros el parabién, y resignar, mal que le pese, su autoridad en vuestras manos.

PABLO. Me ha cogido mis naranjas, y yo le he cogido sus votos.

CARL. (*A don Rodrigo.*) Tened presentes mis últimas instrucciones: no dejéis un punto solo á don Juan; sed su sombra; es servicio que de vos reclama mi antigua amistad.

ROD. ¿Podéis dudar de mi lealtad?

PRIOR. (*Entrando.*) Huélgome, reverendísimo padre, de ser el primero en daros el parabién: vuestra elección me colma de contento, y desde este punto juro obediencia á mi prior.

CARL. Sé, padre, cuán sinceras son vuestras fe-

licitaciones, y quiero desde ahora poner á prueba vuestro buen celo y esa misma obediencia de que dais ejemplo. Conducid á don Rodrigo y don Juan.

PRIOR. (*Sorprendido.*) ¡Este mozo aquí!

CARL. Conducidlos vos mismo fuera de las tapias del monasterio.

PRIOR. ¡Yo mismo! Vuestra reverencia... las órdenes del rey...

CARL. (*Severamente.*) Reverendo padre, *yo mando aquí.* (*El prior se inclina.*)

JUAN. ¡Qué injusto fuí!

PABLO. ¡El padrecito es más que hombre!

ROD. (*Bajo á Carlos.*) ¿Sois prior, señor?

CARL. (*Bajo á Rodrigo.*) Todo se reduce á una abdicación más ó menos.

ROD. (Está poseído del espíritu de la abdicación.)

PRIOR. (*A don Juan y don Rodrigo.*) Seguidme. (*Don Juan se arroja en brazos de Carlos V; don Rodrigo le besa la mano y sale.*)

ESCENA XXIII

CARLOS V, vueltos los ojos hacia la puerta por donde acaba de salir DON JUAN; PABLO

CARL. Anda, mancebo generoso; así de lejos, como de cerca, siempre velaré sobre tí. *Viniendo hacia la orquesta.*) He salido de mi empresa con honor. Ahora abdiquemos segunda vez.

PABLO. (*Juntando las manos en ademán de súplica.*) Reverendísimo padre, ¿vuestra reverencia no se acordará más de mi llave ni de mi escala de cuerdas?

CARL. Hasta mañana á la noche no.

PABLO. (¡Mal año para mí si me encuentra aquí mañana!)

CARL. (*Dejándose caer en un sillón.*) No puedo más de cansancio. ¡Pero este es el primer día que he pasado en esta casa sin consultar mis relojes!!!



ACTO CUARTO

En casa de doña Florinda. Decoración del segundo acto. Una mesa en que arden dos bujías

ESCENA PRIMERA

DOÑA FLORINDA, sentada, apoyada la cabeza en la mano; DOROTEA, mirándola al entrar

DOR. Duéleme verla. Si esos inquisidores fuesen hombres, tendrían lástima de ella, pero son tigres.

FLOR. Don Juan lo ignora. Eso será menos desdichado. (*A Dorotea.*) ¿Y mis letras?

DOR. Partieron: el mensajero galopa á rienda suelta camino de Yuste.

FLOR. ¿Llegará?

DOR. ¿Por qué no?

FLOR. ¿Sabemos por ventura el nombre que tomó en ese retiro?

DOR. Pero el sobre lleva el suyo. ¿Quién no conoce á Carlos V?

FLOR. Cedí á tus ruegos, Dorotea; creíste que, movido de su antigua afición al padre, había de interesarse en la suerte de la hija ¡huérfana y perseguida...! Quiero dejarte tus esperanzas.

DOR. A no tenerlas, ¿cuál fuera mi consuelo? ¿Quién pudiera desarmar á ese tribunal terrible, que os citó?

FLOR. Sosiégate, Dorotea. Tengo un protector que quiere conducirme él propio á los pies de mis jueces, y asistirme con su favor.

DOR. Sí; ese personaje misterioso que se presentó aquí de parte de Su Majestad y del conde de Santa Fiore, y que sólo á vos quiso descubrirse...

FLOR. Cuando bajaste, aun no había venido.

DOR. Yo dí orden de que le introdujesen en llegando; mas ningún rumor se oye en la calle. ¿Quién se creería en Toledo? ¡Qué pesada calma! Ni un soplo de viento que refresque el ambiente.

FLOR. Dices bien. Abre, Dorotea, las celosías.

DOR. ¿Las de la calle?

FLOR. No; las del jardín. ¿No te acontece á veces, Dorotea, que un rumor vago, un soplo de viento despierte en tí recuerdos, impresiones pasadas de placer ó de pena?

DOR. Va que acierto en quién pensáis...

FLOR. ¡Grande esfuerzo por cierto! Nunca pienso sino en él; mas ya jamás le veré.

DOR. ¿Por qué? ¿No prometió ese cortesano en quien fiáis devolveros á mis brazos?

FLOR. ¡Silencio! ¡Él es! ¡Valor, corazón!

DOR. ¿Tembláis?

FLOR. ¡Oh! no. Estoy tranquila.

DOR. Mis recelos se despiertan.

ESCENA II

DOÑA FLORINDA, DOROTEA, DON PEDRO GÓMEZ

GÓMEZ. Llego, señora, á punto.

FLOR. Yo hubiera dicho, señor don Pedro, que os hicisteis esperar.

GÓMEZ. Nada temáis. El protector poderoso que os nombré no os ha de abandonar.

DOR. ¿No he de poder acompañarla?

GÓMEZ. No ignoráis la severidad del tribunal.

DOR. ¡Oh! ¿Pero me la devolveréis, no es verdad, como lo prometisteis?

GÓMEZ. Y presto. Os lo torno á prometer.

FLOR. El manto, Dorotea.

DOR. (*Poniéndole el manto.*) ¡Quién pudiera seguiros!

GÓMEZ. (La jactancia de tal conquista no ha de poder nada con ella, pero el temor...)

FLOR. (*Despidiéndose.*) ¡Dorotea!!!

DOR. (*Acompañándole, le besa las manos.*) ¡Hija mía!!!

ESCENA III

DOROTEA, después DON JUAN

DOR. ¡Oh! ahora al menos puedo maldecirlos á ellos y á su raza sanguinaria, y maldecir sus leyes, su tribunal, sus verdugos. ¿Qué hicimos para que nos tratasen de esa suerte? ¿Es esa, sectarios del Cristo, vuestra santa, vuestra dulce religión? Horas tengo en que quisiera tenerlos á todos en mi mano. No sería más que una justa venganza. ¿Quién pudiera ser generosa con ellos? Con ninguno. ¿No son todos igualmente sanguinarios? ¡Ah! cristianos...

JUAN. (*Saltando por la ventana del jardín.*) Menos uno, supongo.

DOR. (*Dando un grito.*) ¿Sois vos, señor don Juan? Habéisme asustado. ¿Vos aquí, y de esa suerte?

JUAN. De la única que pudiera venir sin riesgo de encontrar importunos. Por la tapia del jardín: felizmente no es elevada.

DOR. ¡Dios de Israel!

JUAN. Y acompañado, Dorotea. (*Llegándose á la ventana para ayudar á don Rodrigo.*) Venid, don Rodrigo: os dije que la entrada era fácil aún para vuestros años.

ESCENA IV

Dichos, DON RODRIGO

DOR. ¿Cómo anunciarle esta nueva?

ROD. (*Acabando de saltar la ventana.*) ¿Dónde me traéis, don Juan?

JUAN. A puerto de salvación. ¿Y bien, Dorotea? ¿Con que volveré á verla? ¿Qué hace doña Florinda? ¿Dónde está?

ROD. ¡En la posada de doña Florinda!

JUAN. ¿No vais, Dorotea? ¿No le anunciáis...?

DOR. (*Saliendo de su indecisión.*) Sí, la diré... Esperad aquí un momento. (Ganemos tiempo al menos.)

ESCENA V

DON JUAN, DON RODRIGO

ROD. ¿Para conducirme á esta casa os negasteis, don Juan, á seguirme al palacio del duque de Medina? ¿Por qué habré yo prometido no dejaros solo un punto? ¡En casa de doña Florinda!

JUAN. ¿Pudiera yo llevaros á otra parte?

ROD. ¡A una casa adonde os plugo traer al conde de Santa Fiore, y acechada tal vez por sus parciales, á una casa, en fin, donde podéis encontrarle á él mismo!

JUAN. ¡Pluguiese al cielo!

ROD. Dios os libre, don Juan. No lo deseéis.

¿Sabéis mozo imprudente, lo que arriesgáis, sabéis el porvenir que aventuráis, sabéis quién sois siquiera...?

JUAN. ¿Quién soy, en fin, don Rodrigo, quién?

ROD. Un loco, don Juan.

JUAN. Don Rodrigo, sosegaos. (¿Qué hace doña Florinda?)—No tuvierais más miedo si el santo oficio se hubiese entrometido en nuestros negocios.

ROD. Es la sola desdicha que nos falta; y no la mentéis, si no queréis...

JUAN. ¡Oh! Esto es demasiado. ¡Dorotea! (*Llegando á la puerta.*) ¡Ardo en impaciencia! ¡Dorotea! ¿Vuelves sola?

ESCENA VI

Dichos, DOROTEA

DOR. ¡Ah! señor don Juan...

JUAN. ¿Qué veo? ¿Volvéis el rostro? ¿Lloráis, Dorotea? ¿Qué pasó en mi ausencia? ¿Qué me encubrís? doña Florinda...

DOR. Salió...

JUAN. Adelante.

DOR. Citada por el tribunal...

JUAN. ¿Cuál?

DOR. ¡El santo oficio!

JUAN. ¡El santo oficio! ¡Y judía!

ROD. ¿Qué decís?

JUAN. (*Desesperado.*) ¡Perdida sin remedio!

ROD. No es eso lo que os pregunto. ¿Hablasteis de una judía? ¡Doña Florinda es judía!

JUAN. ¿Yo dije eso? Y bien, don Rodrigo, pues lo dije... es cierto.

ROD. Lo hubiera jurado. Don Juan, no hay seguridad aquí ya para nosotros.

JUAN. ¡Don Rodrigo!

ROD. ¿Sabéis que la Inquisición no castiga sólo á los judaizantes, sino también á sus encubridores? ¿Me entendéis don Juan?

JUAN. Sí, os entiendo: á sus encubridores. ¿Y qué me importa? ¿Qué hemos de hacer ya?

ROD. ¿Qué hemos de hacer, decís? Huir, don Juan.

JUAN. ¿Salir de aquí?

ROD. Y de Castilla. ¡En vísperas de un auto de fe! Vamos don Juan.

JUAN. (*Asiéndole de un brazo.*) Vamos en buen hora, sí, pero á la Inquisición.

ROD. (*Desasiéndose.*) ¡A la Inquisición!

DOR. Don Juan, teneos. Discreción, cautela. Uno de los personajes más importantes del santo oficio ampara á doña Florinda; él la acompaña, y él ha de volver á conducirla á casa.

JUAN. ¿Esta noche misma?

DOR. Y presto. Así lo prometió.

JUAN. ¿Qué no hablabais?

ROD. ¡Oh! no han de hallarnos aquí.

JUAN. Ni yo he de moverme, aunque me cueste la vida.

ROD. ¿Queréis volverme loco, ingrato don Juan? Yo hice cuanto fué humanamente posible para cumplir mi promesa; pero os burlasteis de los consejos de un anciano, y éste quiso más bien acompañaros en vuestras locuras que tener razón abandonándoos á vuestra mala cabeza. Ahora os amaga un riesgo inminente, y queréis también que os acompañe en él, pudiendo fácilmente evitarle...

JUAN. ¡Oh! una idea, pero una idea que todo lo concilia, el tierno afecto que me profesáis, la palabra que tenéis empeñada, y vuestra propia seguridad...

ROD. Hablad presto.

JUAN. En cuanto doña Florinda se vea sola, me dejo ver, y huyo con ella sin esperar segunda cita del tribunal.

DOR. ¡Oh, sí, salvadla, señor!

JUAN. Andad, pues; procuradnos caballos y volved por nosotros. Volved, y desde este punto fiamos nuestra suerte en vuestras manos. Es el último esfuerzo que de vos exijo.

ROD. Y la última concesión que os hago. Convenido pues. Volveré, y desde el pie de la ventana os haré señas.

JUAN. Sí.

ROD. Tres palmadas.

JUAN. Tres palmadas.

ROD. Si puedo entrar en la casa sin riesgo, me contestáis. De otra suerte...

JUAN. No contestaré.

ROD. (*A Dorotea.*) Guiadme ahora, y con cautela.

DOR. Nada temáis. (*Salen.*)

ESCENA VII

DON JUAN. (Se sienta.)

Meditemos. ¿Qué debo hacer? ¿Esperarla? Y si no volviese... ¡Oh! si no volviese, iría á buscarla al fondo de esa cueva que llaman santo oficio. ¡Sí, insensato, al santo oficio! Perdería mil vidas antes de abrirme paso... ¡Doña Florinda, doña Florinda! ¿os perdí por ventura para siempre?

ESCENA VIII

DON JUAN, DOROTEA

DOR. (*Acude presurosa.*) ¡Vedla, aquí, señor don Juan! La he visto: ya está de vuelta.

JUAN. Corro á su encuentro.

DOR. No hagáis tal: no viene sola. La acompaña el mismo de quien os hablé. ¿Queréis perderla?

JUAN. Antes perder cien vidas. Mas primero decid, ¿quién es?...

DOR. ¿Dudáis de mi señora? ¡Ingrato don Juan!

JUAN. ¡Decís bien! mi pasión me turba. ¡Ella engañarme!

DOR. Guardaos, pues, de descubriros. Venid.

JUAN. Donde queráis.

DOR. (*Abriendo una puerta lateral.*) Al paraje más apartado de la casa, á mi aposento, y sólo para salir de él en tiempo oportuno.

JUAN. ¡De vuelta ya! ¡Y yo aquí para defenderla! ¡Ah! respiro, Dorotea. Te obedezco. (*Salen.*)

ESCENA IX

DOÑA FLORINDA, DON PEDRO GÓMEZ

FLOR. ¡Oh! gracias, don Pedro, gracias. Habéis cumplido vuestra palabra, mas perdonad... (*Dejándose caer en un sitial.*) No puedo tenerme en pie.

GÓMEZ. El interrogatorio os dejó al parecer una impresión harto penosa.

FLOR. Dolorosa, don Pedro, como un horrible ensueño que no pudiese desechar. Aquella sala enlutada, aquellas opacas luces que hacían más espantosa la oscuridad, aquellos jueces velados, cuyos ojos se fijan en vuestra frente con una inmovilidad que hiela el pensamiento... ¡Oh! ¿no puede la justicia de los hombres aparecernos sino revestida de esas formas terribles?

GÓMEZ. No, cuando ha de vengar á Dios. Pero espero que vuestros jueces se han de humanar en favor vuestro.

FLOR. No tenéis certeza...

GÓMEZ. Bien quisiera, señora.

FLOR. Pero, ¿qué saben de mí, qué me quieren?... ¿Está escrito que habré de presentarme de nuevo en su presencia?

GÓMEZ. Lo ignoro, mas es posible.

FLOR. Querrán someterme á esa prueba de dolor, cuyos instrumentos esparcidos en rededor mío ofuscaban ya mi débil razón.

[illegible] éstame el creerlo, pero...

FLOR. (*Levantándose.*) ¡Pero es también posible! ¡Ah! no lo consentiréis. Tendréis compasión de mí. No ha de faltarme esfuerzo para morir. ¡Soy tan desdichada! Pero á la vista de tan espantosos dolores, siento en mí toda la flaqueza de una mujer. El dolor me espanta. ¿Qué hacer, don Pedro, para evitarle? Desde ahora me someto á cuanto exijan. Cuanto quieran que diga, otro tanto diré, para morir más pronto, sí, ¡pero una sola vez! ¡Oh, sí, cuanto quieran diré!

GÓMEZ. (Ya está en el punto en que anhelaba verla.)— Sólo una persona pudiera intervenir entre vos y vuestros jueces: os lo repito, una sola: el rey.

FLOR. ¿Y lo hará?

GÓMEZ. ¿Podéis dudarlo, cuando se digna venir él mismo á seros fiador de ello?

FLOR. ¡Oh, que venga, don Pedro, que venga!

GÓMEZ. Como os dije, señora, yo contaba hallarle aquí: dentro de poco le veréis llegar: encubridle todo género de resentimiento. Tened presente que la Inquisición intimida hasta á los reyes, que un paso dado con ese tribunal es arriesgado aún para Su Majestad, y que merece algún agradecimiento.

FLOR. ¡Ah! ¿Qué puede prometerse del mío?

GÓMEZ. El rey don Felipe no puede tardar; vais, señora, á verle: vuestra suerte está en sus manos. Quedaos, señora, quedaos.

FLOR. (*Dejándose caer de nuevo en el sitial.*) Mis bendiciones al menos os acompañan.

GÓMEZ. (*Al salir.*) (Prometa ahora el rey y el amante va á ser dichoso.)

ESCENA X

FLORINDA

¡Qué no puede el terror! ¡don Juan! ¡mi vida! Yo llamo á su propio enemigo: ¡al rey! Muy desdichada ó muy débil debo de ser, pues que deseo volverlo á ver; lo anhelo con todo; de ello me sonrojo, pero no me es posible vencerme. ¡Dios mío, traedle presto para tranquilizarme sobre los riesgos que me amenazan!

ESCENA XI

DOÑA FLORINDA, DOROTEA

DOR. (*Corriendo hacia ella.*) ¡Os vuelvo á estrechar en mis brazos!

FLOR. ¡Dorotea!

DOR. ¿Tembláis?

FLOR. ¡Ah! no aumentes con la tuya mi conmoción: es fuerza sosegarme. Espero á alguien.

DOR. Y yo os anuncio una persona á quien no esperábais.

FLOR. ¿Qué quieres decir?

DOR. ¡El, él!

FLOR. ¡Don Juan!

DOR. El mismo, que acaba de llegar.

FLOR. ¡Don Juan libre, don Juan aquí!

DOR. Oculto en mi cuarto, me envía á acechar



si estáis sola; decid una palabra, y le tenéis á vuestros pies.

FLOR. Al punto, Dorotea, corre, vuela. (*Deteniéndola.*) ¿No oíste?

DOR. ¡No! nada.

FLOR. ¡Espera! El gozo me hace olvidar... dile á don Juan que parta, ¡que huya!

DOR. Con vos, esta noche misma. Solo, jamás.

FLOR. ¿Qué haré, Dios mío? Ha de encontrarlo.

DOR. ¿A quién?

FLOR. Al conde, que no puede tardar, que sube tal vez ahora, mientras que te estoy hablando... ¡Dios mío! ¡Si volviesen á encontrarse uno en frente de otro!

DOR. ¡Oh! ¡don Juan le mataría!

FLOR. ¡Le mataría! Pero ignoras... ¡Sería el crimen más espantoso...!! ¡Y yo pude solicitar su presencia! Escucha, Dorotea. Don Juan está en tu habitación; ¡es fuerza tenerle en ella! Mas sin hablarle del conde.

DOR. ¿Consentirá?

FLOR. ¡Oh! dile que se lo ruego, que lo exijo; que va en ello su vida... no... la mía, ¡y lo hará!

DOR. ¿No hay riesgo para vos en quedaros sola?

FLOR. Ninguno, Dorotea. No ha un momento, temblaba todavía; pero he vuelto á mi ser; ya no pienso sino en él, no temo sino por él; á todo me expondría por salvarle. ¿Ignoras, Dorotea, que el amor es el valor de las mujeres?

DOR. Pero don Juan no tomará consejo sino de su espada si llega á sospechar que os negáis á verle para recibir á su enemigo.

FLOR. Tu aposento está distante. No podrá oirnos.

DOR. ¡Ah, señora, si hubieseis podido hablarle!

FLOR. Dices bien: todavía puedo; ven; voy contigo; voy delante de tí; al menos le habré vuelto á ver. (*Deteniéndose de repente.*) Esta vez no me engañé.

DOR. Alguien sube. Ya llegan.

FLOR. ¡El conde! Ya es tarde. Dorotea, sálvanos á entrambos. Corre, vuela. ¡He de cerrar esta puerta! (*Echando la llave.*) Todos los obstáculos son pocos entre el conde y don Juan. (*Adelantándose hacia el medio de la escena.*) Disimulemos.

ESCENA XII

DOÑA FLORINDA, FELIPE II

FEL. (*En el fondo.*) (El miedo que me la entrega la hace más hermosa. O esta noche ó jamás.)

FLOR. (¿Cómo abreviar esta entrevista?)

FEL. Me habéis de disculpar, señora, si vengo á turbar vuestra meditación.

FLOR Tan melancólica era, señor, que aun he de estaros agradecida.

FEL. Esta vez, pues, mi presencia no os es molesta.

FLOR. ¿Pudiera serlo, señor, cuando venís á ampararme? Venero, bendigo vuestra justicia.

FEL. De buena gana aceptaría la lisonja si un afecto, más dulce que la necesidad de ser justo, no me trajese á vuestra presencia.

FLOR. ¡La compasión!

FEL. Sí, una compasión acompañada de recelos mil; el afecto de un amigo que desconocisteis cuando le pudisteis creer insensible.

FLOR. Vuestras palabras me vuelven la esperanza; si así me las hubieran referido, hu-

bieran bastado á calmar mis recelos, y os hubieran ahorrado, señor, una entrevista en que abuso tal vez...

FEL. Al privarme del placer de tranquilizaros yo mismo, no me le envidiéis, bella Florinda.

FLOR. (¡Se queda!)

FEL. Me es tan dulce consagraros estos instantes que robo á mis afanes...

FLOR. Y á vuestro descanso tal vez... Sé cuán preciosos son; no temáis, señor, que abuse de ellos.

FEL. (*Adelantando un sitial para doña Florinda.*) Desechad, señora, ese temor.

FLOR. (*Sentándose.*) ¡Es forzoso!

FEL. (¿La habré por ventura tranquilizado demasiado pronto?)—Han debido deciros, señora, que la voluntad soberana puede estrellarse en una sentencia del santo oficio. Este tribunal representa á Dios mismo, ¿y delante de Dios qué son los reyes de la tierra? He resuelto, con todo, cualquiera que sea el riesgo, interponerme entre vos y vuestros jueces; ¿y en galardón de ese servicio qué debo de esperar? ¡Odio tal vez!

FLOR. (*Levantándose.*) ¿Odio yo cuando me salváis? Eso fuera, señor, ingratitud de que...

FEL. De que sois incapaz, hermosa Florinda. Os creo. (*Convidándola á sentarse.*) Por piedad.

FLOR. (*Sentándose en tanto que el rey va á tomar otro sitial.*) (¡Qué tormento!)

FEL. (*Apoyado en el respaldo de su sitial.*) No seréis ingrata; pero permanecéis indiferente. (*Sentándose.*) La estrella de un rey es no granjear sino respeto cuando no inspira aborrecimiento ú envidia; y con todo, sensible á todo género de afecto que se le rehusa, abrasado, sin esperanza, de encontradas pasiones, ¡cuán dolorosamente siente un rey la necesidad de ser amado!

FLOR. Lo sois, señor, de un pueblo entero que os venera, que os admira, y que en vos ve el manantial de todo bien.

FEL. Sí, lo soy por interés; soy querido con aquel amor con que se ama al poder, no al hombre, sino al soberano. ¿Qué á mí, señora, esos homenajes, esas aclamaciones cansadas? ¡Con cuánto gozo las trocaría por la dicha de estrechar en mis manos una mano amiga; por un suspiro de la querida que me he creado en mi fantasía, que veo en mis sueños, cuya imagen persigue en fin al monarca en medio de sus afanes, y al cristiano hasta en el fervor de sus oraciones!

FLOR. Esa querida, señor, Dios y la Francia os la envían; una joven esposa os espera, aclamada por sus virtudes, y hermosa entre todas las princesas.

FEL. Mas no entre todas las mujeres. ¿Hay lugar para ella en este corazón que otra imagen acertó antes á llenar y á poseer? No lo creáis, bella Florinda; esa boda política es una triste viudez con todos los recelos y las trabas todas del matrimonio. (*Acercando su sitial al de Florinda.*) ¡Oh, cuánto más reina que esa reina adornada de un título vano sería una esposa por mí secretamente preferida, de amor toda, escogida por mí, y adorada en las tinieblas del misterio! A sus plantas depondría mi cetro; ella ejercería en mi nombre ese derecho de hacer gracia, el más hermoso de los derechos de un rey; sus manos no serían sino un canal por donde pasasen mis tesoros á las de los desdichados. Y ese inmenso poder de consolar el infortunio, esa diadema real encubierta en el misterio, pero más absoluta que la mía, sólo una mujer la merece, una sola en el mundo, y esa mujer sois vos, bella Florinda.

FLOR. (*Levantándose.*) ¡Yo! ¡Cielos! ¿Quién? ¿Yo?

FEL. Vos, señora, á quien de rodillas la ofrezco, á quien temblando pido esa compasión misma que yo no supe negaros.

FLOR. Pero que intentáis venderme al precio de mi honor... ¡Oh! no, no tuvistéis semejante idea. Yo me engañé, yo ultrajé Vuestra Majestad. Perdón, señor, perdón para mi error.

FEL. No finjáis, bella Florinda, no apeláis á virtudes de que Dios me hace libre desde el punto que me las hace impracticables. Lo he resuelto: crimen ó no, de bueno ó de mal grado, Florinda, seréis mía.

FLOR. ¡Y yo propia me entregué! ¿Y estoy sola?

FEL. Sola, y nadie os venderá; pero nadie tampoco es poderoso á salvaros.

FLOR. Mi desesperación y mis gritos.

FEL. Vuestros gritos no serán oídos.

FLOR. Os engañáis, señor; vendrán; os juro que vendrán.

FEL. ¿Quién, pues?

FLOR. Nadie. ¡Oh! decís bien, nadie. Estoy sola, sin amparo, sin defensa; ó más bien una sola me queda, y esa sois vos; vos, á quien fío ese honor que veníais á robarme. Vos, señor, que seréis mi defensor contra vos mismo. (*Llegándose á él con exaltación.*) Don Felipe, la acción que intentáis es horrible, (*Cayendo de rodillas*), ¡y de ella pido justicia al rey de España!

FEL. (*Contemplándola con entusiasmo.*) ¡Hermosa de orgullo y de terror! — Ese es, Florinda, el único de tus deseos á que no daré cumplimiento. El rey de España ha de ser hoy tu señor, y don Felipe tu esclavo toda su vida.

FLOR. (*Levantándose, y despidiéndole de sí al rey.*) Escuchadme, hombre cruel, cristiano sin compasión; no diré más que una palabra, pues que me obligáis...

FEL. No cambiará tu suerte.

FLOR. Una sola palabra que ha de perderme, pero que os ha de hacer retroceder de espanto.

FEL. (*Arrojándose hacia ella.*) Ya habéis resistido demasiado.

FLOR. (*Huyendo.*) Piedad, señor, piedad, ó la pronunciaré. Soy, señor...

FEL. (*Cogiéndola en sus brazos.*) ¿Qué me importa?

FLOR. ¡Soy judía!

FEL. (*Retrocediendo horrorizado.*) ¡Tú! ¿Qué escucho? ¡Desdichada! ¡Plegue al cielo, para tu salvación en este mundo y en el otro, que la virtud te haya inspirado una mentira!

FLOR. Sí, una mentira pesa sobre mi conciencia, mentira que por necesidad me humilló hasta fingir una creencia aparente; ese es mi crimen, y espero mi castigo. Pero si dais un paso hacia mí, repetiré al pie del tribunal, diré á voces ante mis jueces que un castellano fué bastante vil para intentar triunfar de la inocencia con la fuerza; que un caballero ha ultrajado á una mujer, que el rey más santo de la cristiandad, que tú, don Felipe, tú, rey católico, te has manchado con una pasión infame por una judía. (*Con calma.*) ¡Y bien! señor, ahora os detenéis. Yo estoy tranquila ahora, y vos sois quien tiembla.

FEL. Por tí, infeliz. ¿Sabes por ventura que si, para eterna vergüenza mía, hubiesen llegado tus palabras á otros oídos, sabes que no habría esperanza ya para tí en esta vida?

FLOR. Pero saldría pura de ella.

FEL. ¿Qué todo mi poder no sería bastante para salvarte del tormento y de las llamas?

FLOR. Pero volaría mártir el seno de ese Dios, que así es mi Dios como el vuestro, y que ha de juzgar á mis jueces; pero muriera digna todavía de aquél que tanto me amó.

FEL. ¡Oh! ¿Por qué, por qué renovaste ese recuerdo que ahoga en mi toda compasión? Es tu sentencia, Florinda, y tu sentencia de muerte. (*Oyendo golpes repetidos en la puerta del corredor inmediato.*) ¿Qué rumor es ese?

FLOR. (*En el mayor espanto.*) ¿Cuál? nada; no oigo nada. No sé... Dorotea tal vez.

JUAN. (*Desde adentro.*) Abridme esa puerta, ó he de hacerla pedazos.

FEL. ¡Un hombre aquí!

FLOR. (*Se arroja hacia la puerta, y quiere detener al rey.*) Os lo ruego, señor... ¡Ah! Por lo que más amáis en este mundo.

FEL. (*Desviándola para abrir la puerta.*) ¡Un testigo de mi afrenta! He de saber quién es.

ESCENA XIII

DON JUAN, FELIPE II, DOÑA FLORINDA

FEL. ¡Don Juan!

JUAN. ¡El conde!

FEL. ¿Me habéis oído?

JUAN. Demasiado tarde. Sino ya estuvieras castigado.

FLOR. (*Precipitándose entre los dos.*) Ni tenéis ese derecho, ni pudiérais, don Juan; no conocéis al que afrentáis.

JUAN. Le conozco por sus hechos; daráme razón de ellos.

FEL Y yo os juzgaré por los vuestros, y de ellos habréis de responderme.

FLOR. (*A don Juan.*) Le debéis respeto; respeto, sí, ¡á la sangre más noble de Castilla!

JUAN. Ni es noble ni castellano quien teme á un hombre y amenaza á una mujer.

FEL. Compadezco á la mujer; en cuanto al hombre, le veo de bastante altura para despreciar sus injurias.

JUAN. Merced al miedo que tenéis de vengaros de ellas.

FEL. Si os queda un resto de razón, don Juan, ni una palabra más. Salid.

JUAN. Si os queda una gota de sangre en el corazón, venid conmigo ó defendeos.

FLOR. ¡Aquí!... ¡á mi vista! no os atreveréis. (*Asiéndole.*) No podréis...

FEL. Por última vez, obedeced.

JUAN. Por última vez también, defiéndete. Cruza tu espada... ó... (*Haciendo demostración de pegarle de llano con la suya.*)

FLOR. (*Dando un grito.*) ¡Es el rey!

JUAN. (*Dejando caer la espada.*) ¡El rey!

FLOR. (*Una rodilla en tierra.*) ¡Perdón, señor, perdón! No para mí; ya estoy condenada; pero para él, cuyo único delito fué amarme sin saber quién fueseis y defenderme sin conoceros.

FEL. (*A Florinda.*) Me habéis vendido.

FLOR. ¡Por salvaros, señor!

FEL. O más bien á él. ¿Quién os dice que no tengo yo medios para protegerme á mí mismo contra un loco á quien despreciaba demasiado para nombrarme? (*Llamando.*) ¡Don Pedro!

ESCENA XIV

Dichos, DON PEDRO GOMEZ, UN OFICIAL, GUARDIAS DEL REY

FEL. (*A Gómez.*) Ese mozo demente al alcázar. (*Indicando el aposento de doña Florinda.*) Esta mujer aquí. Decidiré de la suerte de los dos.

FLOR. ¿Por qué, don Juan, no me dejasteis morir sola? (*Entrase á su aposento.*)

JUAN. ¡No pude vengar ni su honor ni el mío! ¡Oh juramento mío!

FEL. (*A los guardias.*) ¡Retiraos!

ESCENA XV

FELIPE II, DON PEDRO GÓMEZ.

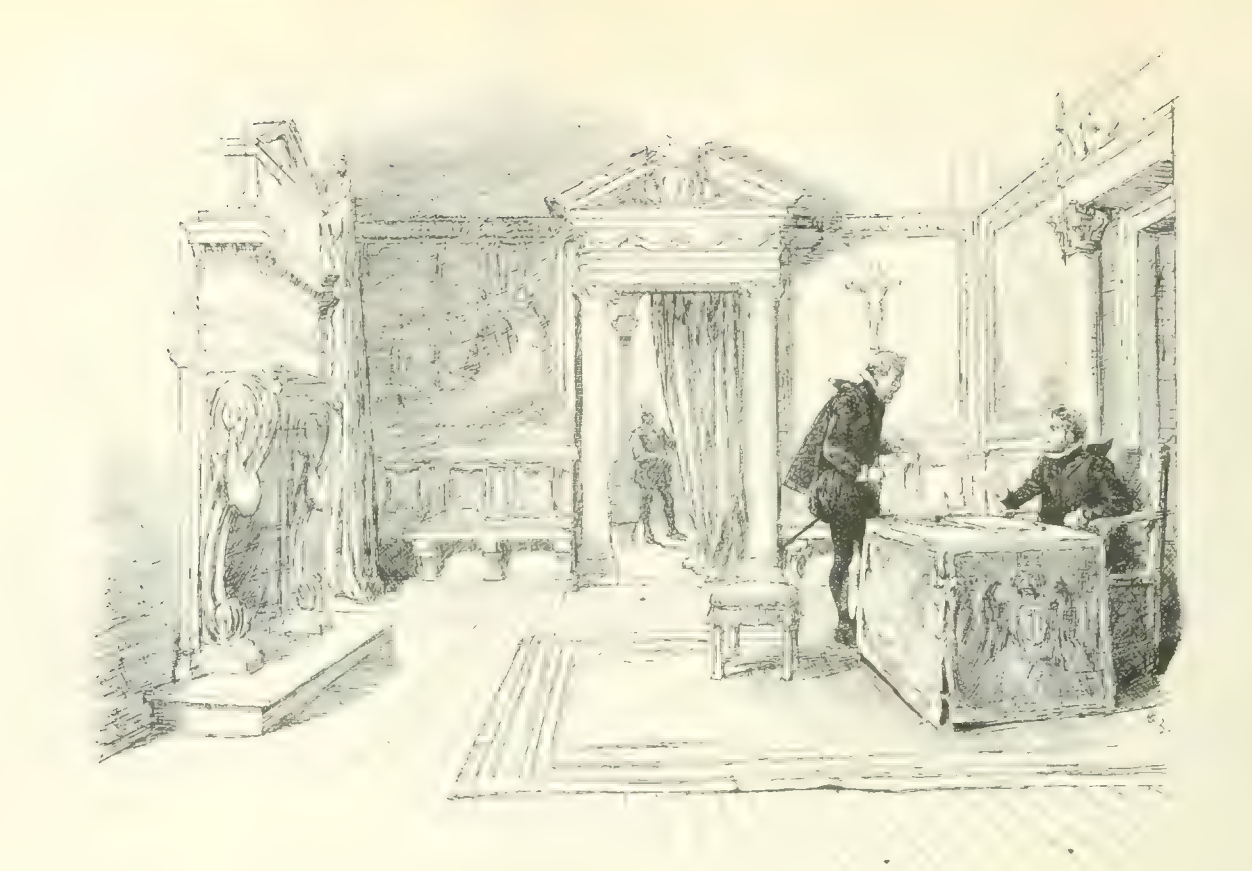
FEL. (*Los ojos clavados sobre el arma que dejó caer don Juan.*) ¡Osó levantar contra mí esa espada!... ¿Mas qué veo? Reparad, don Pedro. No me engañan mis ojos. Mis órdenes llegaron tarde para impedir que viese á Carlos V.

GÓMEZ. Don Rodrigo sin duda lo dispuso todo.

FEL. ¡Traidor! Si vuelve á caer en mis manos, don Pedro... (*Suenan tres palmadas.*) Escuchad.

GÓMEZ. Es seña.

FEL. Seña que nos entrega un cómplice. Corred, don Pedro, y ¡ay de cuantos me han ofendido!



ACTO QUINTO

La cámara del rey en el alcázar de Toledo. Una puerta lateral; otra grande en el fondo, que da á una galería: un crucifijo pendente, en fondo negro

ESCENA PRIMERA

FELIPE II, sentado junto á una mesa; DON PEDRO, que trabaja con el rey.

FEL. ¿Tenéis la lista de los condenados que me ha sido entregada por el inquisidor general?

GÓMEZ. Aquí está.

FEL. (*Recorriéndola.*) Judíos, siempre judíos. Auméntese el rigor; los exterminaré: aunque hubiera de convertir la España en un yermo, habrán de desaparecer dejando sus tesoros para enriquecer el culto, y su sangre para avivar la fe expirante. Todo por la fe y sólo por la fe.

GÓMEZ. ¿Quién pudiera dudarlo, señor?

FEL. No creáis, don Pedro, que sea espíritu de venganza: no imaginéis que pienso en ella.

GÓMEZ Lejos de mí tal idea.

FEL. Con todo, si, como decís, no perteneciese á esa abominable raza... Don Rodrigo debe de saberlo. El sin duda la conoce.

GÓMEZ. Ya dí orden de que fuese conducido á la presencia de Vuestra Majestad.

FEL. ¡Si al menos abjurase sus errores con convicción sincera!

GÓMEZ. Una, señor, existe que le ha de impedir abjurar las demás: su amor.

FEL. Don Pedro, ¿queréis obligarme á dar muerte á ese mozo?

GÓMEZ. ¿Yo, señor?

FEL. Y decís bien; y sois mi amigo en aconsejármelo. Demasiado lo deseo yo ya; pero no puedo cerrar los oídos á la voz de la naturaleza que resuena en mi corazón; hay un respeto humano que me detiene. Si mi padre se lo ha dicho todo, es claro indicio de que lo toma bajo su protección.

GÓMEZ. Hasta la presente nada lo prueba.

FEL. Su digno preceptor, á quien voy á interrogar, ha de aclarar mis dudas en este punto. Quien una vez me engañó, puede engañarme de nuevo. (*Dando un golpe sobre la lista.*) Pero por esta vez yo sabré hacerle forzosa la verdad.

GÓMEZ. Siempre tuvisteis el miedo por uno de los mejores arbitrios para mover á los hombres.

FEL. El mejor, don Pedro. Las dignidades se envilecen prodigadas, el oro se agota; el miedo empero no se agota, y no cuesta nada.

GÓMEZ. Aquí llega don Rodrigo.

ESCENA II

Dichos, DON RODRIGO, conducido por un ugier, que se retira

FEL. Estoy sereno. Ni hay enojo en mí ya, ni rencor. Puedo ser justo. ¿No esperáis por cierto vuestro perdón?

ROD. No lo merezco, señor; pero la clemencia de Vuestra Majestad es tan grande que lo espero.

FEL. Os las habréis con el rey, ó con el santo oficio: lo único que de vos exijo es que elijáis vuestros jueces.

ROD. Señor, ya elegí, y estoy en presencia de mi juez.

FEL. Pero en tanto solamente os dejaré esa libertad en cuanto me satisfagan vuestras respuestas. Todo pende de vuestra sinceridad.

ROD. Será completa; porque si bien la verdad puede perjudicarme, sé que la mentira ha de perderme.

UN UJIER DEL PALACIO. (*Anunciando.*) Un expreso de su eminencia el inquisidor general.

ROD. (¡Quisiera estar á mil leguas de aquí!)

FEL. Salid á recibirle, don Pedro, y volved presto.

ESCENA III

FELIPE II, DON RODRIGO

FEL. He aquí la lista de los que han de morir mañana en el auto de fe que ha de celebrarse para castigo de los crímenes de algunos, y remisión de los pecados de todos. Esta lista no está tan llena que no pueda hallarse espacio para algún otro. Aquí queda sobre esta mesa; pero á la primera palabra dudosa que salga de vuestros labios, le añado un nombre. Ahora responded. ¿Conocéis á doña Florinda?

ROD. Como Vuestra Majestad.

FEL. ¿No más?

ROD. Acaso menos.

FEL. ¿Qué queréis decir?

ROD. Lo que digo, señor, no más.

FEL. ¿Desde cuándo la conocéis?

ROD. Desde el día en que Vuestra Majestad me dió cita en su casa.

FEL. (*Extendiendo la mano hacia la lista.*) ¡Don Rodrigo!

ROD. Tened, señor. Vuestra Majestad me condena por ser sincero. ¿Qué haría si no lo fuese?

FEL. En menosprecio de mis órdenes llevasteis á don Juan al monasterio de Yuste. ¿Podéis negarlo?

ROD. No puedo.

FEL. ¿Para que viese en él á mi padre?

ROD. Y al suyo.

FEL. (*Poniendo la mano sobre la lista.*) ¡Don Rodrigo!

ROD. Apelo á Vuestra Majestad, señor. ¿Es cierto ó no?

FEL. ¿Y lo vió? ¿Y lo sabe todo?

ROD. No, señor.

FEL. ¿No? Mirad que habéis dicho *no*.

ROD. Repito, señor, que Carlos V no ha dejado un punto de ser para él un monje del monasterio.

FEL. (*Señalando la espada que está sobre la mesa.*) Esa espada prueba lo contrario. Y el monje del monasterio probó por lo menos, al fiársela, que no insiste en los convenios ajustados entre nosotros acerca de ese mancebo.

ROD. Convengo en que sería singular presente si destinase todavía á don Juan á la Iglesia, pero afirmo que el Emperador mi amo...

FEL. Que fué vuestro amo.

ROD. Que el emperador Carlos V no le ha reconocido por hijo suyo.

FEL. ¿Estáis cierto de eso?

ROD. Tan cierto como lo estoy poco de vivir mañana.

FEL. (*Con violencia, echando mano de la lista.*) ¡Don Rodrigo!

ROD. Señor, el ruido solamente de ese papel en las manos de Vuestra Majestad bastaría para turbar cabezas mejores que la mía. Este tormento no le va en zaga á ninguno. Pero cuanto afirmo es verdad.

FEL. (*Levantándose.*) ¿Se interesa, pues, por ese hijo más de lo que yo pensaba?

ROD. (*Con viveza.*) No quise decir eso.

FEL. Pero ese interés, ese cariño, aunque lo fuese, se desvanecería por sí mismo á la consideración de un crimen de lesa Majestad, crimen que don Juan ha cometido, y por el cual debe morir.

ROD. (*Animándose á su pesar.*) ¡Oh, no! Vuestra Majestad no pronunciará esa sentencia: vuestro augusto padre no lo consentirá.

FEL. ¿Hay, pues, dos reyes en la monarquía? ¿Y el que reina es por ventura súbdito del que reinó? Carlos V ha muerto para España, ha muerto para el mundo; yo os lo probaré, don Rodrigo, porque ese mozo

imprudente morirá, á pesar de la voluntad ó de la flaqueza de un monje de Yuste.

ROD. (*Del todo fuera de sí.*) ¡Oh, no! nadie habrá hablado en esos términos de mi señor; no se condenará á su hijo en mi presencia sin que antes yo, su antiguo criado, haya al menos protestado por entrambos.

FEL. ¿Sois vos, don Rodrigo, vos quien habla?

ROD. (*Cayendo de rodillas.*) No os lo diré, señor, sino de rodillas, pero os lo diré. Por prudencia, señor, por razones de política, en nombre de la naturaleza y de vuestra gloria, no destrocéis la grande alma de Carlos V; no os estrelléis, señor, contra aquel cuya fama anda aún en boca de todos, aquel cuyos beneficios viven aún en todos los corazones. Aunque no fuese ya sino una sombra, saldría, señor, del sepulcro para amparar su sangre y vuestra contra vos mismo.

FEL. (*Precipitándose hacia la mesa, donde toma la pluma y la lista.*) ¡Oh! es demasiado.

ROD. Escribid, señor, escribid; matad al anciano; para nada os puedo ya servir, mas perdonad al joven, que tiene una vida entera que sacrificaros, y un corazón de veinte años que latirá en su pecho por su rey y por su país: viva ese, señor, y si ha de recibir la muerte sea por vos, y no de vos. En fin, ¡es vuestro hermano! (*Arrastrándose de rodillas hasta el sillón del rey.*) Sí, ¡es vuestro hermano! ¡Ah! señor, ¿por ventura tiene un rey tantos amigos fieles, que pueda privarse él propio voluntariamente del cariño de un hermano?

FEL. Alzad, anciano; vos mismo estáis espantado de vuestro valor. (*Después de una ligera pausa.*) No me obligo á nada para con don Juan; pero si le concedo la vida, lo que dudo, será para que la oscurezca en la austeridad de un claustro. Os autorizo á decírselo. Sé que tenéis poca influencia sobre él; no importa, probad á convencerle. Id á buscarle, y que os acompañe aquí. (*A don Pedro, que ha entrado hacia el fin de la escena.*) Conducid á mi presencia á doña Florinda.

GÓMEZ. ¿Cómo, señor...?

FEL. Conducidla, y dad orden al mismo tiempo de que don Rodrigo pueda ver á vuestro preso. Andad.

ROD. (¡Otra misión! La última por cierto.)

ESCENA IV

FELIPE II

¡Un príncipe de mi nombre, de mi sangre misma, otro yo en mi corte ó en mis ejércitos! Jamás. Basta con un hijo. Sobra con un hermano. Es fuerza que muera, ó que obedezca. (*Andando precipitadamente.*) Y aun cuando se sometiese, ¿no vería yo siempre debajo de sus ropas sagradas al insolente que me hizo retroceder? ¿No vería hasta en su báculo pastoral de obispo la espada desnuda que osó alzar contra mí? ¡No hay perdón posible! Obedezca ó no, es forzoso que muera. (*Deteniéndose.*) Pero, ¿y mi padre? En vano procuro rebelarme contra un ascendiente que no acierto á sacudir; me domina. Su dignidad imperial y real, oscurecida y muerta tal cual está, impone á la mía. Es una sombra, sí, pero ¿si se me apareciese de repente podría decirle: *Yo maté á vuestro hijo?* Estas palabras se hielan ya sobre mis labios, como si estuviese en frente de mí, como si su mirar de águila me anonadase entre el polvo. La Europa está llena aún de su gloria; una sola voz suya bastaría para hacer resonar en todos los ángulos mi desdoro. (*Después de un momento de silencio.*) ¡Matar yo á su hijo! ¡Imposible! (*Dejándose caer sentado.*) ¡Nunca me atreveré! ¡Pero obedecerá! ¿De qué suerte obligarle? Sólo una persona en el mundo puede; y si resiste, si la tentación viene á ser en mí más poderosa, será indicio de que Dios quiere que yo sucumba á ella. Entonces sucumbiré... Aquí llegan.

ESCENA V

FELIPE II; DON RODRIGO, DON JUAN, por el fondo; después DOÑA FLORINDA. DON PEDRO, por la puerta lateral

ROD. (*Bajo á don Juan.*) No es el valor lo que os recomiendo.

JUAN. ¡Ah, Florinda!

FLOR. ¡Don Juan!

FEL. (*A Gómez y don Rodrigo.*) Salid.

ESCENA VI

Dichos, menos DON RODRIGO y GOMEZ

FEL. (Su suerte va á decidirse: á este punto no me siento piedad alguna en el corazón.)

FLOR. (*A don Juan.*) Os vuelvo á ver, don Juan; ¡dicha por cierto que no esperé!

FEL. Pero que será corta. (*A don Juan.*) ¿Os intimaron mi resolución?

JUAN. Me la intimaron.

FEL. ¿Cuál es la vuestra?

JUAN. El conde de Santa Fiore la sabe harto bien para que pueda el rey ignorarla.

FEL. ¿Insistís?

JUAN. Pronunciar con mis labios votos que mi corazón desmintiese fuera acción vil. Moriré, señor; es mejor que España tenga un noble menos, que un mal sacerdote más.

FEL. Caiga, pues, sobre tu cabeza la sangre de esa doncella, porque tú mismo acabas de pronunciar su sentencia.

JUAN. ¿Qué decís, señor?

FEL. Que si resistes perecerá, y que vivirá si consientes.

JUAN. Vuestra Majestad...

FEL. Sí: puedo salvarla de esa muerte que destruiría tanta belleza, de esos tormentos cuya sola idea espanta. Podrá huir y refugiarse en tierra más hospitalaria; podrá, si quiere, esconder su oscura existencia en un rincón de España, donde mi justicia la olvidará. Don Juan, os empeño mi palabra real, mas someteos.

FLOR. Os piden, don Juan, más que la vida; os piden la libertad. Dejadme sufrir mi suerte: yo no he menester para morir sino poco valor! ¡Vos habréis menester tanto para vivir esclavo!

JUAN. ¡Esclavo! ¡Y esclavo en un hábito hasta la muerte! ¡En buen hora! Mi amor me prestará el valor de que me creí incapaz. Después de vos, Florinda, mi libertad es lo que más amo en la tierra; pero, perdiéndola, os salvo. ¡Ah! lo que me hubiera envilecido, de hoy más me honrará. Ya fuera mengua el dudar. (*A Felipe con dignidad.*) Señor, usáis conmigo una violencia de que habréis de responder un día; pero en vos reside el poder: abusad pues de él; disponed de mí.

FLOR. ¡No, don Juan, no!

FEL. (*Arrastrándole hacia el crucifijo.*) Ven, pues, ante este Dios que te escucha, y que ha de juzgarte; ven á ligarte con un juramento que has de renovar dentro de poco en sus altares.

FLOR. ¡Don Juan, don Juan! no acepto ese sacrificio.

FEL. Pero el cielo y yo le aceptaremos.

JUAN. Nada por vos, señor, nada por el cielo. ¡Todo por ella! (*Extendiendo la mano hacia el crucifijo.*) Sí, cuésteme en buen hora su vida la desdicha de la mía en este mundo, y el riesgo de mi alma en el otro...

FEL. (*A los grandes del reino, que entran por la puerta del fondo, descubierto.*) ¿Quién llega? ¿Qué es esto? ¿Quién dió la orden de abrir? ¿Quién osó con riesgo de su cabeza...?

ESCENA VII

Dichos, CARLOS V, DON RODRIGO, DON PEDRO GOMEZ, PABLO, CORTESANOS, etc

CARL. Yo, don Felipe.

FEL. ¡Santo Dios! (*Descubriéndose.*) ¿Vos, señor?

JUAN. ¿Qué oigo?

CARL. Yo, á quien un deber imperioso fuerza á salir por última vez del retiro de que jamás creí separarme. El padre de una desdichada me prestó un tiempo un servicio que salvó á la monarquía, y que fué injustamente olvidado. Ella al menos no habrá reclamado en balde mi protección. Vengo á pedirla á sus jueces, que no me la negarán, y á vos, que debéis ser uno conmigo en el agradecimiento.

FEL. Nuestra clemencia, señor, se había adelantado á la vuestra.

CARL. No he concluído. (*Señalando á don Juan.*) Entrambos nos engañamos acerca de la vocación de ese generoso mancebo, mas nunca es tarde para enmendar un yerro. Don Juan, arrodillaos ante el rey de España. Aquí, en presencia de cuanto encierra el Estado de sagrado y grande, ¿prometéisle obediencia y lealtad hasta la muerte?

JUAN. ¡Hasta la muerte!

CARL. Don Felipe, ¿prometéis á este mancebo ilustre protección y amistad?

FEL. Cometió graves faltas para conmigo.

CARL. ¿Cuáles? Hablad.

FEL. Perdonad, señor; quiero no recordarlas, porque sólo olvidando puedo perdonar.

CARL. ¿Y las olvidaréis?

FEL. Por respeto á vos.

CARL. (*A don Juan.*) ¡Hijo de Carlos V, don Juan de Austria, hijo mío, levantaos, y abrazad á vuestro hermano!

FLOR. (*Con dolor.*) ¡Hijo de Carlos V!

JUAN. ¿Yo, señor? ¿Es posible? (*Pasando de los brazos del rey á los de Carlos V.*) ¡Yo hijo del hombre más grande de su siglo!

CARL. Nada debo olvidar. (*A don Juan.*) Os recomiendo al novicio Pablo; de él podéis hacer vuestro paje, si, como creo, tiene

vuestra misma vocación. Enseñadle á obedecer á su rey y á defender á su patria.

PABLO. ¡Señor!

CARL. (*A don Rodrigo.*) ¿No os dije, don Rodrigo, que la jornada sería buena?

ROD. Ha concluído, señor, mejor que empezó.

FEL. (*A Carlos.*) Vuestra Majestad nos consagrará un día siquiera...

CARL. (*Bajo al rey.*) Don Felipe, es cosa embarazosa para una corte poner buena cara al pasado, sin comprometerse con el presente; puesto entre el agradecimiento y el interés, el más diestro vacilaría. Evitemos entrambos la prueba. (*Alto.*) Os dejo, hijo mío: la Majestad que reinó debe ceder el puesto á la Majestad que reina.

FEL. No me atrevo á insistir.

ROD. (Por temor de que la sombra eclipse el sol.)

CARL. Doña Florinda, partamos. Vuestro destino pende de mí.

JUAN. ¿Cómo? ¡Señor, padre mío!!!

FLOR. Príncipe, no nos volveremos á ver en la tierra, pero viviremos juntos en mis oraciones al Dios de todos: para mí le pediré resignación, que da esfuerzo para sufrir en silencio; y para vos gloria, única disculpa del olvido.

JUAN. ¡Olvidaros! ¡jamás, señora, jamás!

CARL. (*A Felipe.*) Adiós, don Felipe. (*A don Juan.*) Príncipe, adiós. Quedad vos, Pablo, en la corte: ¿quedáis contento?

PABLO. Por demás, señor. Es tan hermosa esta corte donde todos se sonríen, y se abrazan y se quieren...

CARL. (*Dándole con la mano en la mejilla.*) ¡Como en el convento!





COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

MARIA JULIA, reina viuda, suegra de Cristiano VIII, rey de Dinamarca
EL CONDE BELTRAN DE RANTZAU, miembro del consejo de Estruansé, primer ministro
FALKLEND, ministro de la Guerra, miembro del consejo de Estruansé
FEDERICO DE GELER, sobrino del ministro de Marina
CAROLINA, hija de Falklend
KOLLER, coronel
BERTON BURKENSTAF, mercader de sedas
MARTA, su mujer
EDUARDO, su hijo
JUAN, mancebo de su tienda
JORGE, criado de Falklend
BERGEN, señor de la corte
UN UGIER
EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA
PUEBLO

La escena se supone pasar en Copenhague en enero de 1772

ACTO PRIMERO

Salón del palacio del rey Cristiano. —A la izquierda la habitación del rey. —A la derecha la de Estruansé

ESCENA PRIMERA

KOLLER, sentado á la derecha; al mismo lado Grandes del reino, militares, empleados de palacio, pretendientes, con memoriales, esperando la audiencia de Estruansé

KOLL. (*Mirando á la izquierda.*) ¡Qué soledad en las habitaciones del rey! (*Mirando á la derecha.*) ¡Qué multitud á la puerta del favorito!... Si yo fuera poeta satírico, mi empleo era el más á propósito... ¡capitán de guardias en una corte donde un médico es primer ministro, la mujer del médico reina y el rey nada! Ya se ve, ¡un rey débil y enfermo! ¿Quién ha de mandar? ¡Paciencia!... Para eso está aquí la *Gaceta*, que ve en eso nuestra mayor felicidad... (*Leyendo para sí.*) ¡Hola!... Otro decreto... «Copenhague, 14 de enero de 1772. Nos Cristiano VIII, por la gracia de Dios rey de Dinamarca y de Noruega, por la presente hemos venido en confiar á su excelencia el conde de Estruansé, primer ministro y presidente del consejo, el sello del Estado; y mandamos que todos los actos emanados de él se guarden, cumplan y obedezcan en todo el reino, sin más requisito que su sola firma, y aunque Nos no pongamos la nuestra...» Ahora comprendo la causa del gentío que acude esta mañana á cumplimentar al favorito... ¡eh! ya es rey de Dinamarca... este decreto es una abdicación del otro... (*Viendo llegar á Bergen.*) ¡Ah! ¡vos aquí, querido Bergen!

BERG. Sí, coronel. ¿Veis qué gentío en la antecámara?

KOLL. Aguardan que se levante el amo.

BERG. Desde que amanece le llueven las visitas.

KOLL. Eso es muy justo. Ha hecho tantas él cuando era médico, que es razón que se las paguen ahora que es ministro. ¿Habéis leído la *Gaceta* de hoy?

BERG. No me habléis de eso... Todo el mundo está escandalizado. ¡Qué descaro! ¡Qué infamia!

UN UGIER. (*Sale de la habitación derecha.*) Su excelencia el conde de Estruansé está visible.

BERG. Perdonad. (*Se mete entre la multitud y entra en la habitación de la derecha.*)

KOLL. ¡También éste va á pretender! He aquí los hombres que logran los empleos... y

nosotros por más que pretendamos, ¡nada!... Pues bien; antes morir que deberle la menor gracia... ¡tengo demasiado orgullo para eso! Cuatro veces me ha negado ya... á mí... el coronel Koller, el grado de general, que tengo tan merecido, aunque no deba yo decirlo... pues hace diez años que lo pretendo. Pero le ha de pesar... él sabrá quién soy yo... ¿No quiere comprar mis servicios?... Se los venderé á otros. (*Mirando al foro.*) La reina madre, María Julia; viuda, á su edad... demasiado pronto por cierto... ¡Es terrible! razón tiene para aborrecerle más que yo.

ESCENA II

LA REINA, KOLLER

REINA. (*Mirando al rededor con inquietud.*) ¡Ah! ¡sois vos, Koller!

KOLL. Nada temáis, señora; estamos solos: todos acaban de entrar á besar los pies de Estruansé y de la hermosa condesa .. ¿Habéis hablado al rey?

REINA. Ayer, como teníamos convenido, le hallé solo en un cuarto retirado triste, pensativo... se le caían las lágrimas, y estaba haciendo fiestas á su enorme perro, su fiel compañero, el único de sus dependientes que no le ha abandonado. «Hijo mío, le dije, ¿no me conoces?—Sí, me contestó; sois mi madrastra... no, no, añadió cariñosamente, mi amiga, mi verdadera amiga, porque me tenéis lástima, ¡me venís á ver!...» Y alargándome la mano, me decía afligido: «¡Veis qué malo estoy! Yo muero, señora, y no hay remedio para mí.»

KOLL. ¿No es cierto, pues, que esté privado del juicio, como quieren hacernos creer?

REINA. No, sino viejo antes de tiempo, aniquilado enteramente por excesos de toda especie: se han embotado sus facultades, y se ha debilitado su cabeza hasta el punto de no poder soportar el menor trabajo, la más ligera ocupación: hasta el hablar le cuesta un esfuerzo... pero al oir lo que se le dice, se animan sus ojos, y brillan con una expresión particular. Ayer su semblante manifestaba muy al vivo cuánto sufría, y me dijo con una sonrisa amarga: «Ya lo veis; todos me abandonan.—¿Y la condesa? ¿Y Estruansé?—¡Estruansé!... ¡lo quiero tanto! ¿dónde está? que venga á curarme.»

KOLL. Entonces era ocasión de manifestarle... de abrirle los ojos...

REINA. Ya lo hice; pero era preciso mucho tino .. Sabéis lo que puede en el corazón de un enfermo pusilánime, abatido, débil, un médico que le promete la salud... la vida... Es su oráculo... su amo... ¡su Dios!—Empecé, pues, por recordarle cuando ese hombre oscuro logró introducirse en palacio, á pretexto de la enfermedad del príncipe, y casi le hice ver que él lo mató errando torpemente la cura; le puse ante los ojos cómo después su carácter intrigante logró granjearle su intimidad, y adulando sus pasiones llevarlo él mismo de exceso en exceso al estado de postración en que se halla... con la idea sin duda de hacerse cada día más preciso, de dominarle más y más, y llegar á satisfacer los planes desmedidos de ambición que la casualidad le ofrecía... Le hice ver que, lejos de emplear su ciencia en curarlo, su interés era mantenerle largos años en aquel estado doloroso de sufrimiento y de debilidad que tanto le atormenta, y con promesas y esperanzas mentidas, con consejos falsos y pérfidos, asustarlo, aislarlo, y arrancar de sus manos el poder. Se le presenté elevándose sucesivamente al rango de ayo de príncipe, de consejero, de conde... aspirando y logrando con escándalo del reino y con toda la osadía de un favorito hasta la mano de una mujer unida á la familia real por los vínculos de la sangre, montando su casa con la etiqueta y servidumbre palaciega, y hasta el punto de contar él, primer ministro, entre las damas de honor de esa su insolente esposa, á la hija de otro ministro: le patenticé la conducta descabellada de su parienta traficando con su posición, con su hermosura, con los empleos... se le pinté, en fin, haciendo gala de su ilimitado poder, y burlándose casi en público de la aprensión... de la nulidad, de la demencia de un rey á quien todo lo debe, y á quien manda como á un esclavo, ó más bien como á un autómata... Al oir esto, un rayo de indignación brilló en aquel rostro desfigurado; sus facciones pálidas y ajadas se encendieron de repente, y con un tono que me sorprendió empezó á exclamar á gritos: «¡Estruansé! ¡infame!... ¡Estruansé! ¡que venga aquí! ¡quiero hablarle!»

KOLL. ¡Cielos!

REINA. De allí á poco vino Estruansé con aquel aire de superioridad... de seguridad... dirigiéndome al paso una sonrisa de triunfo y de desdén. El rey estaba irritado... aquella era la ocasión... pero en vano. Yo los dejé solos, é ignoro qué armas pudo emplear en su defensa: lo que sé es que este incidente ha contribuído á aumentar el ascendiente del favorito; que la condesa estaba anoche más altanera que nunca, y que han llegado al pináculo del poder: ese decreto que ha arrancado al infeliz monarca, y que publica hoy la *Gaceta oficial*, reviste al primer ministro, á nuestro mortal enemigo, de toda la potestad real.

KOLL. Y el primer uso que harán de ella será contra vos, señora; no dudaré que llegue su venganza hasta el punto de...

REINA. Sí; y es preciso evitarlo... es preciso que hoy mismo... ¿Quién viene?

KOLL. (*Mirando al foro.*) ¡Favoritos del favorito!... El sobrino del ministro de Marina, Federico Geler... y Falklend, el ministro de la Guerra... ese hombre que para adular á Estruansé no ha dudado en consentir la humillación de hacer á su hija dama de honor de la condesa... Ella viene con él.

REINA. Sí: Carolina: silencio delante de ella.

ESCENA III

GELER, CAROLINA, FALKLEND, LA REINA, KOLLER

GEL. (*Dando la mano á Carolina.*) Sí; hoy acompaño á la condesa Estruansé en la magnífica cabalgada que ha dispuesto... Si vierais, Carolina, qué bien se tiene á caballo... ¡con un aire! ¡oh, aquello no es una mujer!

REINA. (*A Koller.*) No; es un sargento de caballería.

CAR. (*A Falklend.*) ¡La reina madre!... (*Los tres la saludan.*) Señora, iba á ver á Vuestra Majestad.

REINA. (*Con sorpresa.*) ¿A mí?

CAR. Tenía encargo de hacer á Vuestra Majestad una súplica.

REINA. Esta es la mejor ocasión.

FAL. Hija mía, te dejo; voy al cuarto del conde de Estruansé, nuestro primer ministro.

GEL. Yo os acompaño: tengo que cumplimentarle por mí y por mi tío, el ministro de Marina, que está hoy algo indispuesto.

FAL. ¿De veras?

GEL. Sí; ayer tarde acompañó á la condesa Estruansé en el paseo que dió en la falúa real... y el mar le ha hecho daño...

REINA. ¡A un ministro de Marina!

GEL. ¡Oh, no será nada!

FAL. (*Viendo á Koller.*) ¡Ah, buenos días, coronel Koller!... ya sabéis que no me olvido de vuestra pretensión.

REINA. (*Bajo á Koller.*) ¿Vos pretendéis de ellos?

KOLL. (*Idem.*) Por alejar toda sospecha.

FAL. Por ahora, amigo, no hay cabida: la condesa Estruansé nos ha recomendado á un joven oficial de dragones.

GEL. ¡Hermosa figura! en el último baile se llevó la atención bailando la húngara.

FAL. Pero ya veremos; entraréis á la primera promoción de generales, si continuáis sirviéndonos con el mismo celo.

REINA. ¡Y si aprendéis á bailar!

FAL. (*Sonriéndose.*) ¡Su Majestad está hoy de un humor graciosísimo!... veo que participa de la satisfacción que nos causa á todos el nuevo favor concedido á Estruansé... Tengo el honor de ofrecer á Vuestra Majestad mis respetos. (*Entrase por la derecha con Geler.*)

ESCENA IV

CAROLINA, LA REINA, KOLLER

REINA. Hablad, pues señorita, veníais...

CAR. Señora, la condesa Estruansé me ha rogado...

REINA. ¡La condesa Estruansé!... (*A Koller.*) ¿Qué embajada será esta?

CAR. Que diese parte á Vuestra Majestad de que mañana da un baile en su palacio, y le suplicase al mismo tiempo en su nombre que se dignase honrarlo con su presencia...

REINA. ¿Yo?... (*A Koller.*) ¡Qué insolencia!— ¿Con que un baile?...

CAR. Sí, señora: ¡un baile magnífico!...

REINA. ¡Para celebrar sin duda su nuevo triunfo!... Y tiene la bondad de convidarme... ¡á mí!

CAR. Señora... ¿qué le diré?

REINA. Que no.

CAR. ¡Señora!... ¡Vuestra Majestad se niega!...

REINA. ¿Y queréis que os dé las razones, no es verdad? ¡Aun no he olvidado el decoro que se me debe como reina y como mujer, y nunca autorizaré con mi presencia el escándalo de esos saraos, el olvido del pu-

dor, el desprecio de las costumbres públicas! Donde presiden Estruansé y su mujer... donde reinan la traición y la deshonra... no hay sitio para mí... ¡ni para vos tampoco, señorita!... Y ya creo que lo hubierais echado de ver, si vuestro padre, atento sólo á su ambición, al permitiros alternar en semejante sociedad, ¡no os mandase sin duda cerrar los ojos sobre lo que allí pasa!...

CAR. Ignoro, señora, lo que puede motivar la severidad y el rigor que Vuestra Majestad manifiesta... y no entraré en una discusión ajena de mi edad y mi conducta. Sumisa á mis deberes, yo obedezco á mis padres y nada más... á nadie tengo motivo de acusar, porque nada he visto... Si á mí me acusaren, ¡dejaré á mi conducta el cuidado de mi defensa!... (*Saludando.*) A los pies de Vuestra Majestad.

REINA. ¿Os vais?... ¿tanta prisa corre la contestación?...

CAR. No, señora... otros quehaceres...

REINA. ¡Ah! sí, se me había olvidado... ya sé que vuestro padre también da hoy un convite... ¡no se ve otra cosa! ¿una gran comida, según creo, á que deben asistir todos los ministros?

CAR. Sí, señora.

KOLL. ¡Convite diplomático!

REINA. Tiene otro motivo además: vuestro contrato de boda...

CAR. ¡Cielos!

REINA. Con Federico Geler, el que acabamos de ver... el sobrino del ministro de Marina... ¿Qué, no lo sabíais? ¿Es esta la primera noticia?

CAR. Sí, señora.

REINA. Siento habérosla dado, porque parece que no os ha agradado...

CAR. Señora, mi obligación y mi deseo serán siempre obedecer á mi padre. (*Saluda y vase.*)

ESCENA V

LA REINA, KOLLER

REINA. Ya lo habéis oído, Koller... esta tarde en el palacio del conde de Falklend... ese convite donde se hallarán reunidos Estruansé y sus colegas... Eso es lo que iba á contaros cuando vinieron á interrumpirnos.

KOLL. Y bien, señora, ¿qué hacemos con eso?

REINA. (*En voz baja.*) ¡Cómo! ¡qué hacemos!... ¿No veis cómo el cielo nos entrega así á todos nuestros enemigos de una vez? Es preciso apoderarnos de ellos.

KOLL. ¿Qué decís?

REINA. El regimiento que vos mandáis está de guardia en palacio esta semana... podéis disponer de él... y sobra para una empresa que sólo pide prontitud y osadía.

KOLL. ¿Y creéis?

REINA. Por lo que he visto ayer, el rey, á causa de su debilidad, no tomará ningún partido, pero aprobará seguramente todos los que se tomen. Una vez destituído Estruansé, no faltarán pruebas contra él... pero lo primero es echarlo abajo... es cosa fácil... si he de creer en esta lista que me habéis dado y que os devuelvo. Es el único medio de acabar con ese usurpador... y tomar yo la regencia en nombre de Cristiano VII.

KOLL. Tenéis razón, un golpe atrevido: es lo más pronto... esto vale más que todas esas intrigas diplomáticas, de que no entiendo una palabra. Esta tarde os entrego los ministros, muertos ó vivos... nada de perdón... el primero Estruansé... Geler, Falklent, ¡y el conde Beltrán de Rantzau!...

REINA. No, no; á ese no hay que tocarle.

KOLL. A ese más que á ninguno; le aborrezco personalmente: sus chanzonetas continuas contra los oficiales palaciegos, soldados de antecámara, como él los llama...

REINA. ¿Y qué os importa eso?

KOLL. Es que lo dice por mí, bien le entiendo... y me vengaré...

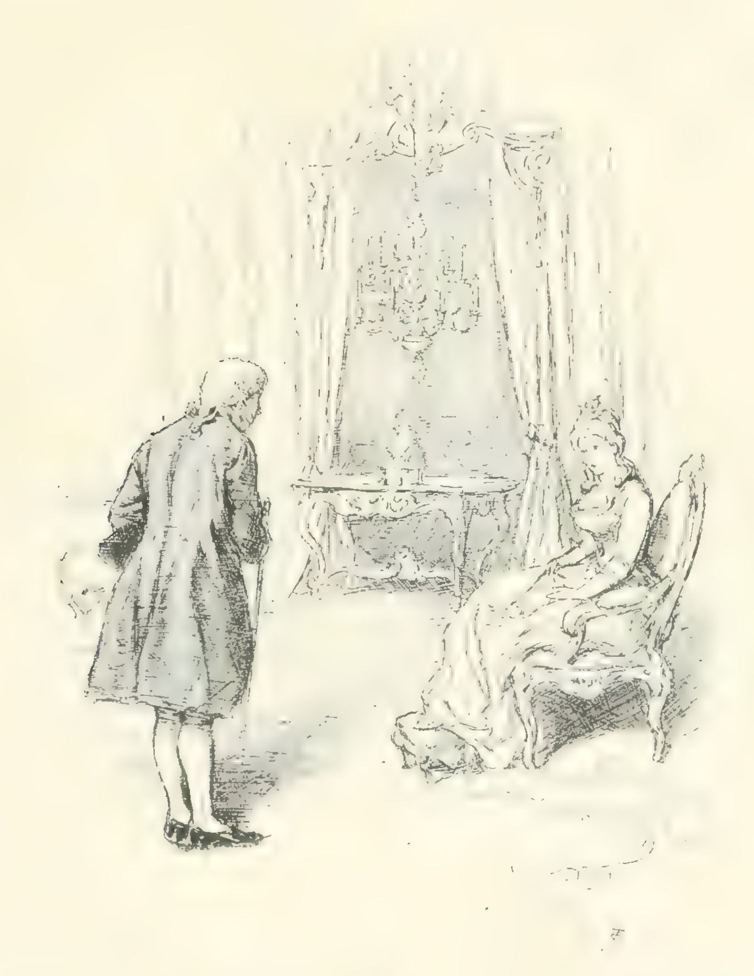
REINA. Bueno; pero no ahora.— Necesitamos de él... lo necesitamos mucho para que ponga de nuestra parte al pueblo y á la corte. Su nombre, sus riquezas, sus talentos personales pueden dar consistencia á nuestro partido... que no la tiene; porque todos esos nombres que me habéis enseñado valen poco... son de ninguna influencia, y no basta derribar á Estruansé, es preciso que uno ocupe su lugar... y sobre todo que sepa mantenerse en él.

KOLL. Convengo... ¡pero ir á buscar aliados entre vuestros enemigos!...

REINA. Rantzau no lo es: tengo pruebas de ello: ha podido perderme mil veces, y no tan sólo no lo ha hecho, sino que en mil ocasiones me ha advertido indirectamente los riesgos á que iba á exponerme mi im-

prudencia; por último, estoy segura de que Estruansé, su colega, le teme y quisiera deshacerse de él; que él por su parte aborrece á Estruansé y vería con placer su caída... ya veis... de esto á ayudarnos, no hay más que un paso...

KOLL. Es verdad... pero yo no puedo sufrir á ese Beltrán de Rantzau... es un viejecillo maligno, que, aunque en verdad no es enemigo de nadie, tampoco es amigo más que de sí propio. Si conspira, es sólo en provecho suyo... ¡todo para él!... en fin, un conspirador egoísta, ¡con el cual nada se puede ganar!...



REINA. Estáis equivocado... (*Mirando hacia la izquierda.*) ¡Mirad! ¿lo veis en aquella galería, conversando con el gran chambelán?... Sin duda irá al consejo... dejadnos; antes de atraerlo á nuestro partido, ni descubrirle nada de nuestros proyectos, quiero saber cómo piensa.

KOLL. ¡Trabajo os mando, señora!—De todos modos, voy por el pronto á hacer que algunos de los nuestros se repartan por la ciudad y vayan preparando la opinión pública... Herman y Gustavo son conspiradores subalternos, á esos no hay sino pagarlos... Hasta la tarde; contad conmigo y con el sable de mis soldados... en materia de conspiraciones esto es lo que hay de más positivo. (*Vase por el foro, señalando á Rantzau, que sale por la izquierda.*)

ESCENA VI

RANTZAU, LA REINA

REINA. (*A Rantzau, que la saluda.*) Vos también, señor conde, venís á palacio á felicitar á vuestro muy alto y muy poderoso colega...

RANT. ¿Y quién os dice, señora, que no vengo para hacer la corte á Vuestra Majestad?

REINA. Eso sería muy generoso... muy digno de vos, por otra parte; en el momento en que estoy más en desgracia... en que voy á ser desterrada tal vez...

RANT. ¿Creéis que se atreverían?...

REINA. Eso os podría yo preguntar, á vos, Beltrán de Rantzau, ministro, y de influencia... á vos, miembro del consejo.

RANT. ¡Yo! ignoro cuanto en él pasa... nunca

voy. Sin deseos, sin ambición, no aspirando á otra cosa que á separarme de los negocios, ¿qué podría yo hacer en él? Todo lo más tomar á veces la defensa de algunos amigos imprudentes, lo cual podría muy bien sucederme hoy mismo.

REINA. Vos que afectabais no saber nada... ¿sabéis, pues?...

RANT. Lo que pasó ayer en la cámara del rey... sí por cierto... convenid conmigo que fué raro empeño el de querer probarle absolutamente que su favorito.,. ¡Oh! Vuestra Majestad no podía tener razón.

REINA. ¡Es decir que me reconvenís por mi fidelidad á Cristiano, á un rey desgraciado!... ¡suponéis que no se puede tener razón cuando se intenta quitar la máscara á los traidores.

RANT. Cuando no se consigue, sí, señora.

REINA. Y si yo lo consiguiese, ¿podría contar con vuestro auxilio, con vuestro apoyo?

RANT. (*Sonriéndose.*) ¡Mi apoyo! ¿eso me decís á mí, que en semejante caso tendría por el contrario que reclamar el vuestro?

REINA. (*Con energía.*) Y lo tendríais... os lo juro... ¿Me haréis vos igual juramento, no digo antes, pero después del peligro?

RANT. ¿Es decir que le hay?

REINA. ¿Puedo fiarme de vos?

RANT. No sé... pero me parece que soy ya depositario de algunos secretos que hubieran podido perder á Vuestra Majestad, y que jamás...

REINA. (*Con viveza.*) Lo sé. (*A media voz.*) ¿Esta tarde tenéis en casa del ministro de la Guerra, el conde de Falklend, una gran comida, á la cual asistirán todos vuestros colegas?...

RANT. Sí, señora; y mañana un gran baile, al cual asistirán también. Así tratamos nosotros los negocios. Yo no sé si el gobierno marcha, lo que sé es que baila mucho.

REINA. (*Con misterio.*) Pues bien; si queréis creerme, estaos en vuestra casa.

RANT. (*Mirándola con penetración.*) Ya! desconfiáis de la comida... no valdrá nada.

REINA. Precisamente... no os digo más.

RANT. (*Sonriéndose.*) Confianzas á medias. ¡Cuidado! yo puedo divulgar los secretos que adivino... pero nunca los que me confían.

REINA. Tenéis razón; prefiero decíroslo todo. Buen número de soldados á mis órdenes rodearán el palacio de Falklend; se apoderarán de las salidas.

RANT. (*Con aire incrédulo.*) ¿Ellos por sí solos, y sin jefe?

REINA. Koller los manda; Koller, que no reconoce más ordenes que las mías, se precipitará con ellos por las calles de Copenhague, gritando: «¡Los traidores han concluído! ¡Viva el rey! ¡Viva María Julia!» En seguida nos dirigimos á palacio, en donde, si nos ayudáis, el rey y los grandes del reino se declaran por nosotros, me proclaman regenta, y desde mañana soy yo, ó más bien vos y Koller, quien dicta leyes á Dinamarca... Ese es mi plan y esos mis designios; ya los conocéis: ¿queréis entrar en ellos?

RANT. (*Fríamente.*) No, señora; hasta quiero ignorarlos enteramente, y juro á Vuestra Majestad que los proyectos que acaba de confiarme morirán conmigo, cualquiera que sea su éxito.

REINA. Os negáis á ayudarme, vos que habéis tomado siempre mi defensa, vos en quien yo confiaba.

RANT. ¡Para conspirar!... Vuestra Majestad se equivocaba.

REINA. ¿Y por qué?

RANT. Señora... si he de hablar francamente...

REINA. Veo... que me vais á engañar.

RANT. (*Fríamente.*) No: ¿con qué objeto? Hace mucho tiempo que me he desengañado de conspiraciones, y os diré por qué. He observado que los que se exponen rara vez sacan provecho de ellas; trabajan siempre para otros, que vienen después con sus manos lavadas á recoger sin peligro el fruto que aquéllos han sembrado á fuerza de riesgos. Semejante albur sólo pueden correrle los muchachos, los locos, los ambiciosos que no ven claras las cosas. Pero yo raciocino: tengo sesenta años, algún poder, ¡riquezas!... iría yo á comprometer todo eso, aventurar mi posición, mi crédito... ¿y para qué?...

REINA. ¡Para llegar al primer puesto! ¡para ver á vuestros pies á un colega, á un rival, que trata él mismo de derribaros!... Sí... sé... á no poderlo dudar, que Estruansé y sus amigos quieren separaros del ministerio.

RANT. Eso dice todo el mundo, y yo no puedo creerlo. Estruansé es mi protegido, mi hechura, yo le he puesto donde está... (*Sonriéndose.*) Verdad es que algunas veces lo ha olvidado; convengo en ello; ¡pero en su posición es difícil tener memoria! Por lo

demás, fuerza es confesarlo, es un hombre de talento, ¡un hombre superior que tiene altas miras para la prosperidad del reino y medios de llevarlas á cabo! es un hombre, en fin, con quien puede uno dividir el poder sin mengua... ¡Pero un Koller, un soldado oscuro, cuya sedentaria espada no ha salido nunca de la vaina, un agente intrigante, que ha vendido hasta la presente á cuantos le han comprado!...

REINA. ¡Queréis mal á Koller!

RANT. ¡Yo! yo no quiero mal á nadie... pero muchas veces digo para mí: que un cortesano, que un diplomático sea diestro, intrigante y aún algo más... ¡vaya! es su oficio; ¡pero que un militar, que como base del suyo debe profesar lealtad y franqueza, trueque la espada por un puñal!... Un militar intrigante... un traidor con uniforme... ese es el ente más vil: y acaso hoy mismo os pese de haberos fiado de él.

REINA. ¿Qué importan los medios, si se consigue el objeto?

RANT. ¡Es que no le conseguiréis! Nadie verá en ese negocio sino los proyectos de una venganza ó de una ambición personal. ¿Y qué le importa al pueblo que os venguéis de la condesa, vuestra rival, y que de resultas de esa cuestión de familia logre el caballero Koller un buen empleo? ¿Qué significa una intriga de corte, en la cual el pueblo no toma parte? Para que un movimiento de esa especie sea duradero y estable, es preciso que esté preparado ó hecho por él: y para eso es necesario que estén en juego sus intereses... ó que se lo hagan creer al menos. Entonces se levantará, entonces no hay más que dejarle: él irá más lejos de lo que se quiera. Pero cuando uno no tiene de su parte la opinión pública, es decir, la nación... puédense suscitar motines, complóts, rebeliones, ¡pero no llevar á cabo revoluciones!... Esto es lo que os sucederá.

REINA. Enhorabuena; aunque fuera cierto eso, aunque mi triunfo no hubiese de durar más que un día, me habría vengado á lo menos de todos mis enemigos.

RANT. (*Sonriéndose.*) Ved ahí otra nueva razón que os impedirá triunfar. Os domina la pasión, el rencor... Cuando se conspira, no se debe tener odio, porque ciega y quita la serenidad. No se debe aborrecer á nadie, porque el que hoy es enemigo puede ser amigo mañana... por otra parte, si os dignáis dar crédito á los consejos que me dicta mi mucha experiencia, el arte consiste en no entregarse á nadie, en no tener más cómplice que uno mismo; yo, que os hablo en estos términos, yo, que aborrezco las conspiraciones, y que por consiguiente no conspiraré... si diese alguna vez en la tentación, aunque fuese por Vuestra Majestad y en su favor... os juro que vos misma no sabríais nada, y ni aun lo sospecharíais.

REINA. ¿Qué queréis decir?

RANT. Gente viene.

ESCENA VII

Dichos; EDUARDO, dejándose ver en la puerta del fondo en conversación con los ugieres de la cámara

REINA. ¡Ah! Es el hijo de mi mercader de sedas, Eduardo Burkenstaf... Llegad... acercaos... ¿qué me queréis? Hablad sin temor. (*Bajo á Rantzau.*) Es preciso irse haciendo popular.

ED. Señora, he venido á palacio con mi padre, que traía unas muestras á la condesa Estruansé, y también, según tengo entendido, á Vuestra Majestad; y mientras le dan audiencia... venía... será acaso demasiado atrevimiento en mí... á pedir á Vuestra Majestad una gracia...

REINA. ¿Qué gracia?

ED. ¡Ah! apenas me atrevo... es tan terrible esto de pedir... ¡sobre todo cuando no tiene uno derecho alguno en qué fundarlo!

RANT. Este es el primer pretendiente á quien oigo hablar en estos términos; cuanto más os miro, joven, más me convenzo de que no es esta la primera vez que nos vemos

REINA. En los almacenes de su padre... almacén del Sol de Oro... Berton Burkenstaf... el negociante más rico de Copenhague.

RANT. No... no ha sido allí... sino en los salones de mi terrible compañero el conde de Falklend, ministro de la Guerra...

ED. Sí, señor... he sido dos años su secretario privado; mi padre lo había querido; deseando proporcionarme una carrera brillante, había logrado este favor por empeño de la señorita de Falklend, que solía venir á nuestros almacenes, en vez de dejarme en mi profesión, que acaso me hubiera estado mejor.

RANT. (*Interrumpiéndole.*) No por cierto, más de una vez he oído á Falklend, natural-

mente severo y descontentadizo, hacer elogios de su secretario.

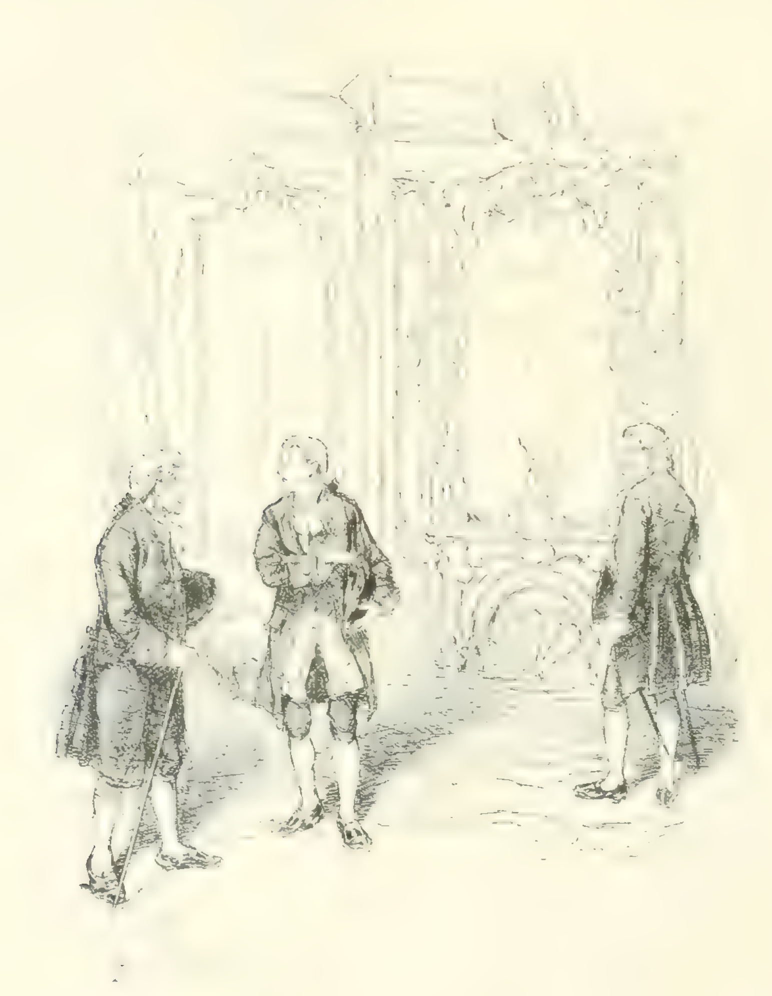
ED. (*Inclinándose.*) ¡Bondad suya! (*Con frialdad.*) Hace quince días que me ha quitado ese destino, y me ha despedido de su casa.

REINA. ¿Y por qué?

ED. Lo ignoro. Era dueño de despedirme; ha usado de su derecho, y no me quejo. Vale tan poco en el mundo el hijo de un comerciante, que no se le deben satisfacciones de los desaires que se le hacen. Sólo quisiera...

REINA. Otro destino... nada más justo.

RANT. (*Sonriéndose.*) Cierto; y puesto que el conde ha cometido la torpeza de privarse de vuestros servicios... Los diplomáticos nos apresuramos á aprovecharnos de los descuidos de nuestros compañeros: yo os ofrezco en mi casa lo mismo que teníais en la suya.



ED. (*Con viveza.*) ¡Ah! Señor, eso sería para mí ganar cien veces más de lo que he perdido; pero soy tan desgraciado que no puedo aceptar.

RANT. ¿Por qué?

ED. Perdonad; no puedo decirlo... pero quisiera ser oficial... quisiera... y no puedo pedirlo directamente al señor ministro de la Guerra. (*A la reina.*) Venía, pues, á suplicar á Vuestra Majestad que se dignase interesarse por mí; una charretera en cualquier arma, en cualquier regimiento. Os juro que la persona á quien yo deba este favor no tendrá nunca por qué arrepentirse de habérmele dispensado, y que mi vida estará á su disposición.

REINA. (*Con viveza.*) ¿Decís verdad? ¡Ah! si sólo dependiese de mí, desde este momento quedaríais nombrado; pero en la actualidad tengo poco favor...

ED. ¿Es posible? ¡Entonces mi único recurso es la muerte!

RANT. (*Acercándose á él.*) Eso sería muy sensible, sobre todo para vuestros amigos, y como yo desde hoy entro en ese número...

ED. ¿Qué oigo?

RANT. Probaré, á título de tal, á lograr de mi colega...

ED. (*Con calor.*) ¡Ah, señor, os deberé más que la vida! (*Con alegría.*) ¡Podré hacer uso de mi espada como caballero!... Ya no seré el hijo de un comerciante, y si me insultan tendré el derecho de matar ó morir.

RANT. (*Reconviniéndole.*) Caballerito...

ED. (*Con viveza.*) O más bien, vos seréis dueño de mi existencia; no soy ingrato.

RANT. Os creo, amigo mío, os creo. (*Señalándole la mesa.*) Escribid vuestro memorial; yo le haré decretar por Falklend, á quien debo ver en el consejo. (*A la reina, mientras que Eduardo escribe.*) ¡He aquí un corazón entusiasta y generoso, una cabeza capaz de todo!

REINA. ¿Es decir que creéis en ese?

RANT. Señora, yo creo en todos... hasta los veinte años... pero después, ya es otra cosa.

REINA. ¿Y por qué?

RANT. ¡Porque entonces son hombres!

REINA. Es decir que creéis que se puede contar con él, y que para sublevar al pueblo, por ejemplo, es el hombre que necesitamos...

RANT. No... hay algo más que ambición en esa cabeza, y yo en vuestro lugar... pero Vuestra Majestad hará lo que guste. Advierta Vuestra Majestad que yo no la aconsejo, que yo no aconsejo nada. (*Eduardo, que ha acabado su memorial, le presenta al conde. Al mismo tiempo se oye á Berton gritar afuera:* ¡Esto no se concibe!... ¡es inaudito!)

ED. ¡Cielos! ¡la voz de mi padre!

RANT. No podía venir más á tiempo.

ED. ¡Ah! No, señor, no: os suplico que no sepa nada. (*Entretanto la reina ha atravesado el teatro, hacia la izquierda, y Rantzau le arrima un sillón.*)

ESCENA VIII

RANTZAU; LA REINA, sentada; BERTON, EDUARDO

BERT. (*Irritado.*) Si no estuviese en palacio, y no supiese el respeto que se debe...

ED. (*Saliéndole al encuentro, y enseñándole la reina.*) ¡Padre!

BERT. ¡Ah! ¡La reina!...

REINA. ¿Qué tenéis, señor Berton Burkenstaf?

BERT. Perdonad, señora; estoy confundido, desesperado... sé que la etiqueta prohibe un arrebato como el mío en un palacio real, y sobre todo delante de Vuestra Majestad; pero después del ultraje que se acaba de hacer en mi persona á todo el comercio de Copenhague que represento...

REINA. ¿Cómo es eso?

BERT. ¡Hacerme esperar dos horas y un cuarto con mis muestras en una antecámara... á mí, Berton de Burkenstaf, síndico del comercio, para enviarme á decir con un ugier: «Vuelva usted otro día, amigo mío; la señora condesa no puede ver esas muestras, porque está indispuesta!»

RANT. ¿Es posible?

BERT. Y si hubiera sido cierto, vaya; hubiera gritado el primero: «¡Viva la condesa!»... (*A media voz.*) ¡pero es bueno saber!... creo que puedo explicarme sin temor delante de Vuestra Majestad.

REINA. Seguramente.

BERT. Pues no bien me habían dado el recado, cuando desde la ventana de la antecámara donde yo estaba, y que da sobre el parque, veo á la señora condesa paseándose alegremente agarrada del brazo de un oficial de dragones...

REINA. ¿De veras?

BERT. Y riéndose con él á carcajadas... de mí, sin duda.

RANT. (*Seriamente.*) ¡Oh! no, no; eso no es creíble.

BERT. Sí tal, señor conde; estoy seguro; y á fe que en lugar de burlarse de un síndico, de un vecino respetable que paga exactamente al estado su patente y su contribución, la señora condesa podría ocuparse en los negocios de su casa y de su marido, que no están muy bien parados.

ED. Padre... ¡por Dios!...

BERT. No soy más que un comerciante, es verdad; pero todo lo que se fabrica en casa me pertenece; en primer lugar mi hijo, que está presente; porque mi mujer Ulrica Marta, hija de Gelastern, el burgomaestre, es una mujer honrada, que ha andado siempre derecha, por lo cual me paseo por todas partes con la cabeza erguida; y hay algunas personas muy encopetadas en Copenhague que no pueden decir otro tanto.

RANT. (*Con dignidad.*) Señor Burkenstaf...

BERT. No nombro á nadie... ¡Dios proteja al rey! Pero por lo que hace al señor favorito y á la señora condesa, es harina de otro costal.

ED. ¿Pensáis lo que decís? si os oyesen...

BERT. Me oirían. ¡Y qué! ¡No tengo miedo á nadie! Tengo ochocientos artesanos á mi disposición... Sí, pardiez; pues qué, ¿soy

yo como mis compañeros que traen sus géneros de París ó de Lyón? Yo fabrico los míos aquí, en Copenhague, donde mis talleres ocupan todo un arrabal, y si tratasen de jugarme una mala partida, si se atreviesen á tocarme al pelo de la ropa... ¡Justicia divina!... ¡habría una revolución en la ciudad!

RANT. (*Con viveza.*) ¿De veras? (Bueno es saberlo.) (*Mientras que Eduardo procura calmar á su padre, llevándolo á un lado de la escena, Rantzau, que está de pie á la izquierda junto al sillón de la reina, le dice á media voz, señalando á Berton:*) Ahí tenéis el hombre que necesitáis para jefe.

REINA. ¿Qué decís? ¡un fatuo, un necio!

RANT. ¡Tanto mejor! un cero bien colocado tiene un gran valor; es un hallazgo ese hombre para ponerle en primer término; si yo hubiese de tomar cartas en el juego, si yo explotase á ese negociante, me produciría un ciento por ciento de beneficio.

REINA. (*A media voz.*) ¿Lo sentís como lo decís? (*Levantándose y dirigiéndose á Berton.*) Señor Berton Burkenstaf...

BERT. (*Inclinándose.*) ¡Señora!

REINA. Me es muy sensible que os hayan faltado; yo honro el comercio, quiero protegerle, y si puedo haceros algún servicio á vos personalmente...

BERT. Señora, ¡cuánta bondad! Puesto que Vuestra Majestad se digna animarme, una gracia solicito hace mucho tiempo, el título de mercader de sedas de la corona.

ED. (*Tirando de su casaca.*) Pero ese título lo tiene ya el señor Revantlow, vuestro compañero.

BERT. Que no trabaja, que se quiere retirar del comercio, que no tiene surtido ninguno... y, aunque fuese esto, una morisqueta que yo le jugase... ya has oído que Su Majestad quiere proteger el comercio; me atrevo á decir que yo tengo derecho en ese sentido á la protección de Su Majestad; porque al fin, de hecho yo soy el proveedor de la corte. Hace mucho tiempo que vendo á Vuestra Majestad; vendía á la señora condesa... cuando no estaba indispuesta; he vendido esta mañana á su excelencia el señor conde de Falklend, ministro de la Guerra, para el próximo casamiento de su hija...

ED. (*Con viveza.*) ¡De su hija!!... ¡se casa!

RANT. (*Mirándole.*) Efectivamente; con el sobrino del conde Geler, nuestro colega.

ED. ¡Se casa!

BERT. ¿Qué te importa?

ED. Nada... me alegro por vos.

BERT. Sí por cierto; haré negocio...

RANT. Ya veo á Falklend; pasa al consejo.

REINA. ¡Ah! no quiero verle. Adiós, conde, adiós, señor Burkenstaf; no tardaréis en tener órdenes mías.

BERT. Seré nombrado... Me la llevaré... Corro á decírselo á mi mujer: ¿vienes, Eduardo?

RANT. No; ¡todavía no! tengo que hablarle. (*A Eduardo, mientras que Berton se va por el foro.*) Esperadme allí. (*Le señala la izquierda.*) En aquella galería; sabréis al momento la respuesta del conde.

ED. (*Inclinándose.*) ¡Señor!!

ESCENA IX

RANTZAU; FALKLEND, entrando por la derecha.

FAL. (*Pensativo.*) ¡Estruansé se equivoca! Su posición es demasiado elevada para tener nada que temer; puede atreverse á todo. (*Viendo á Rantzau.*) ¡Ah! ¿Sois vos, querido colega? eso es lo que se llama exactitud.

RANT. Contra mis costumbres... porque asisto raras veces al consejo.

FAL. Todos nos quejamos de eso.

RANT. ¿Qué queréis? á mi edad...

FAL. Es la edad de la ambición, y se me figura que no tenéis bastante.

RANT. Son tantos los que tienen de más la que á mí me falta... ¿De qué se trata hoy?

FAL. De un asunto bastante delicado. Se nota estos días un abandono, un desenfreno...

RANT. ¿En palacio?

FAL. No; en la ciudad. Se habla con toda libertad, y se habla mal, según parece, del primer ministro y de su esposa. Yo estoy por medidas fuertes y enérgicas. Estruansé tiene miedo; teme disturbios, sublevaciones que no pueden existir; y entretanto los descontentos toman alas, y se aumenta la osadía; por todas partes circulan coplas, canciones, libelos, caricaturas...

RANT. Paréceme sin embargo que todo ataque de esa especie hecho al gobierno es un delito, y en semejantes casos la ley os autoriza... y os da facultades...

FAL. De que es preciso usar. Tenéis razón.

RANT. Sí; con un ejemplar, uno solo, todo el mundo callará. Ahí tenéis sin ir más lejos un descontento, un hablador, hombre de

cabeza y de chispa, y tanto más peligroso cuanto que es oráculo de su barrio.

FAL. ¿Quién?

RANT. Me lo han nombrado; pero siempre estoy reñido con los nombres propios... un mercader de sedas... almacén del Sol de Oro.

FAL. ¿Berton Burkenstaf?

RANT. Precisamente; ¡el mismo! Ahora, si es cierto ó no, eso es lo que yo no sé; no soy yo quien le ha oído...

FAL. No importa; las noticias que os han dado son demasiado ciertas, y yo no sé por qué mi hija se surte siempre en su casa.

RANT. (*Con viveza.*) En la inteligencia de que es preciso no hacerle daño alguno... uno ó dos días de cárcel...

FAL. Pongámosle ocho.

RANT. (*Fríamente.*) Vayan ocho. Como gustéis.

FAL. Excelente idea.

RANT. Vuestra toda; no quiero quitaros esa gloria á los ojos del consejo.

FAL. Gracias: eso pondrá término á las habli-llas. Tengo un favor que pediros.

RANT. Decid.

FAL. El sobrino del conde de Geler, nuestro colega, va á casarse con mi hija, y le propongo hoy para una bonita plaza que le dará entrada en el consejo. Espero que por vuestra parte no habrá obstáculo alguno á este nombramiento.

RANT. ¿Cómo pudiera haberlo?

FAL. Pudiera decirse que es demasiado joven...

RANT. En el día eso es un mérito... la juventud es la que reina; y la condesa, por ejemplo, que no deja de tener alguna influencia en los negocios, no puede echarle en cara un defecto, de que tendrá ella que reconvenirse á sí misma por espacio de muchos años todavía.

FAL. Esa sola galantería la decidiría, si fuese precisa su cooperación; bien dicen, que el conde Beltrán de Rantzau es el hombre de estado más amable, más conciliador, más desinteresado.

RANT. (*Sacando un papel.*) Tengo que pediros una bagatela; una subtenencia que necesito.

FAL. Concedida en el acto.

RANT. (*Enseñándole el papel.*) Enteraos antes...

FAL. (*Pasando á la izquierda.*) Sea para quien sea. En recomendándolo vos... (*Leyendo.*(¿Qué es esto?... Eduardo Burkenstaf... Es imposible...

RANT. (*Fríamente, tomando un polvo.*) ¿Creéis que es imposible? ¿y por qué?

FAL. (*Cortado.*) Es hijo de ese sedicioso, de ese hablador.

RANT. El padre enhorabuena; pero el hijo no habla; no dice palabra; por el contrario, sería una política excelente colocar un favor al lado de un castigo.

FÁL. No digo que no; pero también dar una charretera á un muchacho de veinte años...

RANT. Como decíamos no hace mucho, la juventud es la que reina en el día.

FAL. Es verdad; pero ese muchacho cabalmente, que ha estado en los almacenes de su padre y después en mi secretaría, no ha servido nunca en la milicia...

RANT. Ni más ni menos que vuestro yerno en la administración. Sin embargo, si creéis que ese puede ser un obstáculo, no insistiré; respeto vuestra opinión, querido colega; la seguiré en todo y por todo... (*Con intención.*) y lo que vos hagáis, eso haré.

FAL. (¡Maldito!) (*Alto y procurando ocultar su rabia.*) Vos hacéis de mí lo que queréis: lo examinaré, veré.

RANT. Cuando gustéis; hoy; esta mañana; antes del consejo podéis librar los despachos.

FAL. No hay tiempo... son las dos...

RANT. (*Sacando su reloj.*) Menos cuarto.

FAL. Atrasáis...

RANT. No por cierto, y la prueba es que siempre he sabido llegar á tiempo.

FAL. (*Sonriéndose.*) Ya lo veo. (*Con amabilidad.*) Nos veremos luego... supongo... en casa... ¿á comer?...

RANT. No lo sé todavía; mucho me temo que mi dolor de estómago no me lo permita; pero de todas suertes seré puntual en el consejo, y allí me veréis.

FAL. Cuento con ello. (*Vase.*)

ESCENA X

EDUARDO, RANTZAU

ED. ¿Y bien, señor conde?... me abraso de impaciencia.

RANT. (*Fríamente.*) Estáis nombrado, sois subteniente.

ED. ¿Será cierto?

RANT. A la salida del consejo iré á casa de vuestro padre á escoger algunos géneros,

y yo mismo os llevaré vuestros despachos.

ED. ¡Señor! ¡Qué de bondades!

RANT. Os doy además un aviso, á vos, sólo á vos, bajo la fe de secreto. Vuestro padre es indiscreto, imprudente... habla demasiado alto; esto pudiera acarrearle disgustos.

ED. ¡Cielos! ¿Está amenazada su libertad?

RANT. No sé nada, pero no sería imposible. En todo caso, ya estáis avisado; vos y vuestros amigos no le perdáis de vista; y sobre todo, silencio.

ED. ¡Ah! primero me dejaría matar que soltar una expresión que pudiese comprometeros. (*Tomando la mano de Rantzau.*) Adiós señor, adiós. (*Sale.*)

RANT. ¡Excelente muchacho! ¡Cuánta generosidad hay encerrada ahí, cuántas ilusiones, cuánta felicidad! (*Con tristeza.*) ¡Ah! ¿por qué no había uno de poder estar siempre en los veinte años? (*Sonriéndose.*) Aunque, por otra parte, ¡mejor está así! ¡sería uno muy fácil de engañar! ¡Vamos al consejo! (*Vase.*)



ACTO SEGUNDO

Tienda de Berton Burkenstaf.—En el fondo puertas vidrieras que dan á la calle, y delante de las cuales se ven piezas de telas de muestra.—A la izquierda una hermosa escalera que conduce á sus almacenes. Debajo de la escalera la puerta de un sótano. Al mismo lado un mostrador pequeño; y detrás libros de caja y de muestras.—A la derecha géneros, y una puerta que da á lo interior de la casa.

ESCENA PRIMERA

BERTON, MARTA

(Berton está delante de su mostrador, y su mujer en pie á su lado, con varias cartas en la mano.)

MAR. He aquí pedidos para Lubek y para Altona... quince piezas de raso y otras tantas de tafetán.

BER. (*Con impaciencia.*) Bien, mujer, bien.

MAR. Y cartas de nuestros corresponsales, á las cuales es preciso responder.

BERT. Ya ves que ahora estoy ocupado.

MAR. También es preciso escribir á ese rico tapicero de Hamburgo.

BERT. (*Irritado.*) ¡A un tapicero!

MAR. ¡Toma! uno de nuestros mejores parroquianos.

BERT. Escribir á un tapicero... precisamente cuando estoy ocupado en escribir á una reina.

MAR. ¡Tú!

BERT. ¡A la reina-madre! una petición que la dirijo en nombre del comercio, porque es de saber que la reina-madre no me puede negar cosa alguna. Si hubieras visto, mujer, cómo me ha recibido esta mañana, y á qué altura me hallo con ella.

MAR. ¿Y qué bienes nos vienen con esa gracia?

BERT. ¿Qué bienes, eh? Se conoce que no eres más que una simple mujer, y una mujer simple; una tendera que no entiende el cristus de los negocios... ¿Qué bienes? ¡Oiga! Crédito, favor, consideración... seré un hombre de influencia en mi barrio, en la ciudad, en el estado... algo, en fin, algo.

MAR. ¿Y todo para qué? ¡Para ser proveedor con real privilegio de la corona! ¡No puedes vivir sin dictados, sin títulos! no has tenido nunca otros sueños ni otros deseos.

BERT. Déjame en paz... ¡Cabalmente!... se trata de ser proveedor de la corona. (*A media voz.*) Se trata, señora Burkenstaf, de ser prevoste del comercio, y ¿quién sabe? hasta burgomaestre de la ciudad de Copenhague... Sí, señor, lo he dicho, que para eso y para más hay favor... ¡Eh! con la popularidad de que gozo y con la protección de la corte... ¡Uy!

ESCENA II

JUAN, BERTON, MARTA

JUAN. (*Con géneros debajo del brazo.*) Aquí estoy, señor... Vengo de casa de la baronesa de Molke.

BERT. (*Bruscamente.*) Y bien, ¿qué me importa? ¿qué quieres?

JUAN. No quiere el terciopelo negro; le quiere verde. Y me ha dicho que se alegraría de que pudieseis llevarle vos mismo las muestras.

BERT. ¡Mal rayo! Verán ustedes como tengo que abandonar mis negocios... Verdad es que la baronesa de Molke es mujer de corte... Irás allá, mujer; estas son incumbencias tuyas.

JUAN. Además traigo aquí...

BERT. ¡Otra vez! no acabará nunca.

JUAN. (*Enseñándole un saco.*) El dinero de las veinticinco varas de tafetán...

BERT. (*Cogiendo el saco.*) ¡Voto va! Cuidado que da vergüenza tener uno que ocuparse en esos pormenores. (*Devolviéndole el saco.*) Lleva esto arriba á mi cajero, y que me dejen todos en paz. (*Se pone de nuevo á escribir.*) Sí, señora... á Vuestra Majestad es á quien...

JUAN. (*Pasando á la derecha, y sopesando el saco.*) Da vergüenza, ¿eh? no tanto; muchas vergüenzas como esta quisiera yo pasar.

MAR. (*Deteniéndole.*) Oiga usted, señor Juan. Me parece que ha echado usted bastante tiempo para dos tristes comisiones que tenía que desempeñar.

JUAN. (¡Ah, maldita!... ésta está en todo; no es como el amo.) (*Alto.*) Os diré, señora; es que me he detenido un rato por las calles para oir lo que se decía en algunos corrillos.

MAR. ¿Y á propósito de qué?...

JUAN. Pardiez, no sé... á propósito de un decreto del rey.

MAR. ¿Y qué decreto?

BERT. (*Con aire importante desde el mostrador.*) No sabéis eso vosotros; el decreto que se ha publicado esta mañana, y que confía toda la autoridad real á Estruansé.

JUAN. Tanto vale; maldito si lo entiendo; lo que sé es que se hablaba con calor, que la cosa se iba animando... y Dios sabe si tendremos ruido.

BERT. (*Con aire importante.*) Seguramente; el caso es grave.

JUAN. (*Con alegría.*) ¿De veras, eh?

MAR. (*A Juan.*) ¿Y eso que te importa á tí?

JUAN. ¡Vaya! me da gusto; porque cuando hay ruido, se cierran las tiendas, no se hace nada: día de asueto: y para los mancebos de las tiendas es un domingo más en la semana; ¡y luego da gozo correr las calles gritando lo que gritan los demás!

MAR. ¡Gritando! ¿qué?

JUAN. ¡Qué sé yo! ¡pero se grita!

MAR. Basta. Sube, y quédate arriba: hoy no saldrás del almacén.

JUAN. (*Yéndose.*) ¡Voto va! en esta casa no puede uno sacar partido de nada.

MAR. (*Volviéndose y viendo á Berton, que entretanto ha tomado su sombrero.*) ¡Oiga! y tú, que estabas tan ocupado, ¿adónde vas?

BERT. Voy á ver qué es eso.

MAR. ¿Tú también?

BERT. ¡Está bueno! ¡Pues no tiene miedo ya, ¡las mujeres son el diablo! Mujer, no tengas cuidado; no voy más que á ver lo que pasa, á meterme entre los corrillos de los descontentos, y soltar cuatro expresiones de peso en favor de la reina-madre.

MAR. ¿De la reina-madre? ¿Y qué diablos de falta te hace á tí su protección? Cuando uno tiene dinero en sus arcas, no necesita uno de la protección de nadie; se ríe uno de los grandes señores; es uno libre, independiente; es uno rey en su casa; estate en la tuya... tu obligación está en tu almacén.

BERT. ¿Es decir, que no sirvo sino para medir terciopelo? ¿es decir, que tú tienes en poco el comercio?

MAR. ¿Yo tener en poco el comercio? ¡yo, que creo que es la profesión más útil al estado,

y la causa de su riqueza y de su prosperidad! yo en fin, que no conozco nada más apreciable que un comerciante que es comerciante. Pero si él mismo se avergüenza de su profesión, si abandona su mostrador por andar corriendo antesalas, eso ya es otra cosa... y cuando dices necedades como palaciego, ¡maldito si puedo apreciarte como comerciante!

BERT. ¡Magnífico, señora Burkenstaf! ¡Brava arenga! Desde que la señora condesa Estruansé gobierna á su marido, cada mujer del reino se cree con derecho á gobernar el suyo... Y vos, que tanto despreciáis la corte, pudierais dejar de imitar sus usos.

MAR. ¡Vaya, vaya! olvida á la corte, como ella te tiene olvidado á tí, y acuérdate más de lo que te rodea. ¿Estás ya cansado de ser feliz? ¡No tienes un comercio que prospera, amigos que te estiman, una mujer que te reconviene, pero que te ama, un hijo que todo el mundo nos envidiaría, que es nuestro orgullo, nuestra gloria, nuestro porvenir?

BERT. ¡Ah! Si tomas ahora ese capítulo por tu cuenta...

MAR. Sí, señor... esa es mi ambición, mi asunto de estado... no me importa lo que pasa en casa del vecino. ¿Qué se me da á mí de que el rey tenga un favorito, ó de que no le tenga; que mande este ó aquel otro ambicioso? Lo que importa saber es si mi casa está arreglada, si mi marido está bueno, si mi hijo es feliz; yo no pienso más que en vosotros y en vuestro bienestar; ese es mi deber. Cumpla cada uno con el suyo... y como dice el refrán: *Zapatero, á tus zapatos*... ¡eso es!

BERT. (*Impaciente.*) ¿Y quién te dice lo contrario?

MAR. Tú, que á cada momento me haces temblar por nuestra tranquilidad, siempre metido en discusiones políticas con todos los que á la tienda concurren, hablando de todo lo que se hace y de lo que se deja por hacer; tú, á quien tus ideas de ambición han hecho descuidar el trato de nuestros mejores amigos... de Michelson, por ejemplo, que te ha convidado tantas veces inútilmente á ir á pasar unos días con él al campo.

BERT. ¿Y qué quieres? ¡Michelson! ¡Michelson! un mercader de paños que no es nadie en el estado... porque, al fin, vamos á ver, ¿qué es?

MAR. Es nuestro amigo; pero ¡ya se ve! tú necesitas grandeza, brillo, oropel. Por esa loca ambición no quisiste que se quedase nuestro hijo con nosotros, donde hubiera estado perfectamente, sino que te empeñaste en que había de entrar en la secretaría de un gran señor, de donde no ha sacado más que disgustos, que tiene todavía la delicadeza de ocultarnos.

BERT. ¡Cómo! ¿es posible? ¡mi hijo! ¡mi hijo único es desgraciado!

MAR. ¿Y no lo has echado de ver? ¿ni siquiera lo has sospechado?

BERT. Esos son asuntos domésticos... ¡yo no me meto en eso! ¿para qué estás tú aquí? ¡Yo estoy siempre abrumado de negocios!... ¿Y qué quiere? ¿qué necesita? ¿Dinero? Pregúntale cuánto. . ó más bien... toma... ahí tienes la llave de la caja: dásela.

MAR. Silencio, ¡aquí está!

ESCENA III

MARTA, EDUARDO, BERTON

ED. ¡Ah! ¿estáis aquí, padre mío?... temía que hubieseis salido. Hay alguna agitación en la ciudad.

BERT. Eso dicen; pero todavía no sé de qué se trata, porque tu madre no me ha dejado salir. Cuéntame, cuéntame.

ED. No es nada, absolutamente nada; pero hay ocasiones y momentos en que es bueno manejarse con prudencia, aún sin motivos fundados. Sois el negociante más rico del barrio; tenéis alguna influencia; y no os mordéis la lengua para hablar del favorito y de su mujer. Esta mañana en palacio, sin ir más lejos...

MAR. ¿Es posible?

ED. Puede llegar á sus oídos...

BERT. ¿Y qué me importa? A nadie tengo miedo; no soy un hombre oscuro y desconocido, y no se atreverán á proceder contra Berton Burkenstaf del Sol de Oro. Aunque quisieran, no podrían.

ED. (*A media voz.*) Acaso os equivoquéis, padre mío; ¿y si se atrevieran?

BERT. (*Espantado.*) ¡Eh! ¿qué dices?... no es posible.

MAR. Ya me lo figuraba yo: ahora mismo se lo estaba diciendo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué será de nosotros?

ED. Tranquilizaos, madre mía; no os asustéis.

BERT. (*Temblando.*) Ya se ve; nos vienen con esos terrores... ese miedo os hace perder la cabeza, os perturba, no sabe uno lo que se hace... y precisamente en una coyuntura en que necesita uno toda su serenidad... Vamos á ver... ¿y quién te ha dicho?... ¿Por dónde lo sabes?

ED. Lo sé de buena tinta: por una persona que está desgraciadamente muy bien informada, y cuyo nombre no puedo deciros; pero podéis creerme.

BERT. Te creo, hijo mío; y guiándonos por los datos positivos que acabas de darme, ¿qué debo hacer?

ED. La orden no está firmada todavía, pero puede estarlo de un momento á otro, y lo más sencillo, lo más prudente, es abandonar quedito vuestra casa, y manteneros escondido por espacio de algunos días...

MAR. ¿Y dónde?

ED. Fuera de la ciudad, en casa de algún amigo.

BERT. (*Con viveza.*) En casa de Michelson, el mercader de paños... allí no me irán á buscar... es un excelente hombre, que no se mete con nadie... que sólo se ocupa en su comercio...

MAR. ¡Hola! ¡ya veis que alguna vez es bueno ocuparse uno en su comercio!

ED. ¡Madre mía!

MAR. Tienes razón; pensemos sólo en ponerlo en salvo.

ED. Hasta ahora no hay peligro, ¡pero no importa! Os acompañaré, padre mío.

BERT. No, mejor será que te quedes, porque al fin, cuando vengan y no me encuentren, si hubiese alborotos y tumulto, tú impondrías algún respeto á esas gentes, cuidarías de nuestros almacenes, y tranquilizarías á tu madre, á quien veo ya llena de miedo.

MAR. Sí, hijo mío, quédate.

ED. Como gustéis. (*Viendo á Juan, que baja la escalera.*) Así como así, Juan puede acompañar á mi padre hasta la casa de campo de Michelson. Juan, vas á salir.

JUAN. ¿De veras? ¡qué bueno! ¿la señora lo permite?

MAR. Sí, saldrás con tu amo.

JUAN. Sí, señora.

ED. Y no te separarás de él.

JUAN. No, señor.

BERT. Sobre todo prudencia; pocas habladurías; poca curiosidad.

JUAN. Sí, señor; ¿hay algo, pues?

BERT. (*A media voz á Juan.*) La corte y el ministerio están echando chispas contra mí, quieren prenderme, encerrarme... ¿y quién sabe?...

JUAN. ¡Oiga! ¡Eso quisiera yo ver! Buen ruido se armaría en todo el barrio; ya me veríais á mí, amo; ¡veríais qué zalagarda! me oirían los sordos.

BERT. Silencio, Juan; eres demasiado vivo.

MAR. Eres un buscarruidos.

ED. Felizmente tus buenos deseos serán inútiles, porque no habrá nada.

JUAN. (*Aparte tristemente.*) (No habrá nada... Tanto peor... ¡yo que esperaba ya ruido y vidrios rotos!)

BERT. (*Que entretanto ha abrazado á su mujer y á su hijo.*) Adiós... adiós... (*Vase con Juan por el foro: Marta y Eduardo le acompañan hasta la puerta, y quedan mirándolos hasta perderlos de vista.*)

ESCENA IV

MARTA, EDUARDO

MAR. ¿Me das palabra de que le volveremos á ver dentro de dos días?

ED. ¿Quién lo duda? Hay una persona que se digna interesarse por nosotros, y que empleará todo su favor en hacer que cesen las pesquisas, y en devolvernos á mi padre. Lo creo al menos así.

MAR. ¡Qué feliz seré entonces! ¡cuando nos hallemos todos reunidos, cuando nada pueda separarnos ya! Pero y tú... ¿qué tienes? ¿De qué procede ese aire tan triste y esas miradas?

ED. (*Cortado.*) Temo que no se realicen vuestros deseos; por lo que toca á mí... acaso me vea pronto precisado á separarme de vos por mucho tiempo.

MAR. ¿Qué dices?

ED. (*Con más resolución.*) Yo hubiera querido no deciros una palabra... pero estas circunstancias... y por otra parte marchar sin daros un abrazo... ¡oh! imposible; no me hubiera determinado jamás.

MAR. ¿Marchar? ¿Y lo escucho? ¿Y por qué?

ED. Quiero ser militar; he pedido una charretera.

MAR. ¡Tú, Dios mío! ¿Qué te he hecho yo para que huyas de esta suerte de mí, para que

abandones el hogar paterno? ¿Te hemos hecho por ventura desgraciado? ¿Te hemos dado algún disgusto? Perdónanosle, hijo mío; habrá sido sin querer... y yo repararé todas nuestras faltas...

ED. ¡Vuestras faltas! ¿vos, señora, la mejor y la más cariñosa de las madres?... No, sólo acuso á mi suerte... Pero no puedo permanecer en Copenhague.

MAR. ¿Pero por qué? ¿Hay algún sitio en el mundo donde seas más amado que aquí? ¿Qué te falta? ¿Quieres brillar en el mundo? ¿Quieres eclipsar á los más ricos señores? Podemos, podemos... (*Dándole la llave.*) Toma, dispón de nuestras riquezas, tu padre lo consiente; yo te lo suplico y yo te lo agradeceré, porque para tí y sólo para tí trabajamos y atesoramos; esta casa, esos almacenes, todo es tuyo... ¡absolutamente tuyo!

ED. Basta, señora, basta: no los quiero, no los necesito; no soy digno de vuestros beneficios. ¡Si os dijese que estoy á punto de despreciar esos mismos bienes, fruto de vuestro trabajo, y que esa misma profesión que ejercéis con tanto honor y probidad, y que en otro tiempo me envanecía, es hoy la causa de mi tormento y de mi desesperación, es lo que se opone á mi felicidad, á mi venganza, á todas las pasiones violentas, en fin, que abriga en este momento mi corazón!...

MAR. ¡Qué dices!

ED. Sí, os lo diré todo; este secreto es una carga demasiado pesada. Por otra parte, ¿á quién pudiera uno confiar sus penas mejor que á una madre? Fijando vuestra felicidad en un hijo que os ha dado tantos disgustos, le habíais criado con demasiado esmero, acaso...

MAR. ¡Como un señor, como un príncipe! y si hubiera habido otra educación mejor, más cara, esa hubieras recibido...

ED. No habéis querido que permaneciese en ese mostrador, que era mi puesto...

MAR. No yo, sino tu padre; él te hizo secretario privado del conde de Falklend.

ED. Por mi desgracia: admitido en su casa con intimidad, pasando los días enteros al lado de Carolina, su hija única, se me ofrecían mil ocasiones de verla, de oirla, de contemplar sus hermosas facciones, que son el más pequeño de sus encantos... ¡Ah! si hubierais podido apreciarla en su justo valor como yo todos los días, si la hubierais visto tan seductora á la vez por su talento y por su gracia, tan sencilla y tan modesta, que ella sola parecía ignorar su mérito, un alma tan noble, un carácter tan generoso!... ¡Ah, si la hubierais conocido, madre mía, hubierais hecho lo que yo! ¡la hubierais adorado!

MAR. ¡Cielos!

ED. Sí; dos años hace que este amor es mi tormento y mi felicidad, mi existencia. Y no creáis que, desconociendo mis deberes y los derechos de hospitalidad, le he descubierto mi corazón, ni me ha pasado nunca por la imaginación declararle un amor que hubiera querido ocultarme á mí mismo... No... hubiera sido entonces indigno de amarla... Pero ese secreto, que ella sin duda no sospecha, y que ignorará mientras viva, otros ojos más perspicaces deben haberle adivinado; su padre debe haber comprendido mi turbación, porque al verla todo lo olvidaba: ¡cuán feliz era! ¡Ah, y esta felicidad se ha concluído para siempre!... Ya sabéis cómo el conde me ha despedido sin manifestarme los motivos de mi desdicha, cómo me ha arrojado de su casa, y que desde este día no ha vuelto á haber para mí ni tranquilidad, ni gozo, ni alegría.

MAR. Es verdad.

ED. Pero lo que no sabéis es que todas las tardes, todas las mañanas yo vagaba al rededor de los jardines para ver más de cerca á Carolina, ó más bien las ventanas de su habitación; uno de estos días no sé qué especie de delirio se había apoderado de mí... mi razón me abandonó, y, sin saber lo que me hacía, penetré en el jardín.

MAR. ¡Qué imprudencia!

ED. Cierto, madre mía, porque yo no debía verla... y, á no ser por esa, la última gota de mi sangre... pero tranquilizaos; eran las once de la noche; nadie me había visto, nadie, sino un fatuo que, seguido de dos criados, cruzaba por una calle para volverse á su casa. Era el barón Federico de Geler, sobrino del ministro de Marina, que todas las noches, según parece, venía á hacer valer su... Sí, madre mía, es su prometido, el que se va á casar con ella... Yo no lo sabía entonces, pero lo adivinaba por la antipatía que hacia él experimentaba: así que, cuando él me gritó con tono insolente y altanero: «¿Adónde vais? ¿quién sois?»

la insolencia de mi respuesta igualó la de la pregunta, y entonces... este recuerdo no se borrará jamás de mi memoria... mandó á uno de sus criados que me echase de allí; y uno de ellos efectivamente levantó la mano, sí, madre mía, y me ultrajó: no dos veces, no, porque á la primera estaba ya tendido á mis pies, pero me había ultrajado; y cuando corrí á su amo, cuando le pedí una satisfacción... «Bien,—me dijo:—¿quién sois?» Díjele mi nombre. «¡Burkenstaf!—exclamó con desprecio:—yo no me bato con el hijo de un tendero. Si fueseis noble ú oficial no digo que no.»

MAR. (*Espantada.*) ¡Dios mío!

ED. Noble no puedo serlo, ¡es imposible! Pero oficial...

MAR. (*Con viveza.*) No lo serás; no conseguirás ese grado, á que no tienes derecho alguno; no, no le tienes... El puesto que debes ocupar está en esta casa, al lado de tu madre, que lo pierde todo en un solo día; ya estás como tu padre, prontos los dos á abandonarme, á exponer vuestra vida.. ¿y por qué? porque no sabéis ser felices, porque vivís de ambición, porque os comparáis con los que son más que vosotros. Yo no pido nada á los poderosos, ni á los señores, ni á sus hijas... no quiero más que mi marido y mi hijo... pero los quiero absolutamente, porque son míos... (*Abrazándole.*) porque me pertenecen... porque son toda mi felicidad, y nadie me la quitará.

ESCENA V

MARTA, JUAN, EDUARDO

JUAN. (*Con alegría, mirando á la calle.*) ¡Eso es! ¡soberbio!... así, así...

ED. ¿Cómo? ¿de vuelta ya?... ¿está ya mi padre en casa de Michelson?

JUAN. (*Alegremente.*) Mejor que eso.

MAR. (*Impaciente.*) ¿Está salvo por fin?

JUAN. (*Con aire de triunfo.*) Lo han preso.

MAR. ¡Cielos!

JUAN. ¡Toma! ¡no os asustéis! Va bien; ¡la cosa va perfectamente!

ED. (*Con ira.*) ¿Te explicarás por fin?

JUAN. Cruzábamos la calle de Stralsund, cuando hétenos cara á cara dos soldados de guardias que nos observan... nos siguen; encarándose luego con vuestro padre: «Señor Burkenstaf,—le dice uno de ellos con mucha cortesía,—en nombre de su excelencia el señor conde de Estruansé, os intimo que vengáis con nosotros; desea hablaros...»

ED. ¿Y qué?

JUAN. Viendo sus buenos modos, vuestro padre les responde: «Estoy pronto, señores, á seguiros;» y todo esto había pasado con tanta tranquilidad, que nadie en la calle lo había echado de ver; pero yo... ¡para el tonto que creyera!... plántome en el arroyo, y póngome á gritar como un desesperado:... «¡Socorro, socorro, amigos!... que prenden á mi amo... Berton Burkenstaf... ¡á ellos, á ellos!»

ED. ¡Imprudente!

JUAN. ¡Ca! No, señor; había yo visto un grupo de trabajadores y artesanos que iban á su trabajo... me oyen, y acuden á mi voz; al verlos correr, las mujeres y los muchachos corren también, y los que van por la calle hacen otro tanto; unos por interés, otros por curiosidad... En un momento se arma un tumulto... Se obstruye la calle... los coches se detienen... los tenderos salen á las puertas, y los vecinos se asoman á las ventanas... Entretanto ya habían rodeado los artesanos á los soldados, y, libre ya vuestro padre, se lo llevaban en triunfo, seguidos, por supuesto, de la multitud, que se aumentaba por instantes; pero al pasar por la calle de Altona, donde están nuestros talleres, allí habíais de haber visto, ¡qué algazara! había corrido ya la voz de que habían querido asesinar á nuestro amo, y que había habido una pelea encarnizada con la tropa; la fábrica entera se levantó, y el barrio con ella, y todos corren en tropel al palacio gritando que da gozo: «¡Viva Burkenstaf! que nos le vuelvan.»

ED. ¡Qué locura!

MAR. ¡Y qué desgracia!

ED. De un negocio insignificante por sí han hecho un asunto de estado, que va á comprometer á mi padre y á justificar las medidas que se tomaban contra él.

JUAN. ¡Ba!—No tengáis cuidado: no hay nada ya que temer: los demás barrios se han alborotado también. Ya están rompiendo por todas partes los faroles y los vidrios de las casas grandes. Va bien; eso es lo más divertido del mundo. No se hace daño á nadie; ¡pero en encontrando gente de palacio les tiran piedras y lodos á ellos y á sus coches! eso es excelente, porque lim-

pia las calles... A propósito... ¿oís los gritos? ¿Veis aquel coche que han detenido enfrente de nuestro almacén, y que tratan de derribar?

ED. ¿Qué veo? las armas del conde de Falklend. ¡Si fuese! (*Se precipita en la calle.*)

ESCENA VI

JUAN, MARTA

MAR. (*Tratando de detener á Eduardo.*) ¡Hijo mío! ¡Eduardo! ¡Se va á exponer!

JUAN. Dejadle, señora... ¡exponerse él! ¿el hijo



de nuestro amo? no corre ningún riesgo... á nada se expone, sino á que lo lleven en triunfo... (*Mirando al foro.*) ¿Lo veis desde aquí cómo habla con aquellos que rodean el coche...? á todos los conozco... ¡Ah! se apartan, se alejan.

MAR. Felizmente. Pero, ¿y mi marido? quiero saber qué es de él... corro á buscarle.

JUAN. (*Queriendo detenerla.*) ¿Qué vais á hacer?

MAR. (*Empujándole y precipitándose en la calle.*) Déjame, te digo... quiero... quiero buscarle.

JUAN. Imposible detenerla. (*Llamando á Eduardo.*) ¡Señor Eduardo! (*Mirando.*) ¡Oiga! ¿qué diablos está haciendo ahora?... Ayudar á bajar del coche á una señorita, muy linda por cierto... y muy elegante. ¡Vaya! ¡Pardiez! ¡á que está desmayada! ¿Toma, no lo dije? (*Viniendo hacia la escena.*) ¡Pobrecilla! ¡Pues no ha tenido miedo!

ED. (*Entrando con Carolina en sus brazos desmayada la sienta en un sillón.*) Agua, madre mía, agua.

JUAN. Acaba de salir para saber de nuestro amo.

ED. Ya vuelve... ¿Qué haces ahí tú? vete.

JUAN. ¡Miren qué pedrada! no deseo yo otra cosa. Voy á unirme con la turba y á gritar como los demás. (*Vase.*)

ESCENA VII

CAROLINA, EDUARDO

CAR. (*Volviendo.*) Esos gritos, esas amenazas, esa muchedumbre furiosa que me rodea... ¿Qué daño les he hecho yo?... ¿dónde estoy?

ED. (*Con timidez.*) Estáis segura; no temáis nada.

CAR. (*Conmovida.*) Esa voz... (*Volviéndose.*) ¡Eduardo! ¿Sois vos?

ED. Sí, soy yo, que os vuelvo á ver, y el más feliz de los hombres....: porque he podido defenderos, protegeros y daros asilo.

CAR. ¿En dónde?

ED. En mi casa; en casa de mi padre; perdonad si os recibo en este sitio indigno de vos; estos almacenes, este mostrador, tan distintos de los brillantes salones de vuestro padre... pero nosotros no somos nadie; no somos más que unos comerciantes.

CAR. Eso sería ya por sí solo un título á la consideración de todo el mundo; pero para conmigo y con mi padre tenéis otros, Eduardo, y el favor que acabáis de hacerme...

ED. ¿Favor? ¡Ah! no pronunciéis esa palabra...

CAR. (*Siempre sentada.*) ¿Y por qué?

ED. Porque va á imponerme silencio de nuevo, porque me encadena otra vez con lazos que quiero por fin romper. Sí; mientras fuí bien recibido por vuestro padre, mientras que me acogió bajo su techo hospitalario, hubiera creído faltar á la probidad, al honor, á todos mis deberes, descubriendo un secreto de cuyo peso me alivian hoy sus ultrajes; nada le debo ya... estamos pagados; y antes de morir quiero hablar, quiero, aunque hayáis de abrumarme con vuestro desprecio y vuestra indignación, que sepáis por fin cuánto he padecido, y cuánto dolor, cuánta desesperación abriga mi pecho...

CAR. (*Levantándose.*) ¡Eduardo! ¡por Dios!

ED. Sí, ¡lo sabréis!

CAR. ¡Ah, desgraciado! ¿Creéis por ventura que lo ignoro?

ED. (*Con entusiasmo.*) ¡Carolina!

CAR. (*Asustada.*) ¡Silencio! ¡Silencio! ¿Creéis vos mi corazón tan poco generoso que no haya comprendido la generosidad del vuestro, que no haya sabido agradecer vuestros sacrificios, y sobre todo vuestro silencio? (*Movimiento de alegría de Eduardo.*) Sea hoy la última vez que os atreváis á romperle; desde mañana estoy destinada á otro; mi padre lo exige, y sumisa siempre á mis deberes...

ED. Vuestros deberes...

CAR. Sí; sé lo que debo á mi familia, á mi cuna, á esas distinciones que acaso no hubiera yo deseado, pero que el cielo me ha impuesto, y de que sabré hacerme digna. (*Acercándose á Eduardo.*) Y vos, Eduardo (*Con timidez.*), no me atrevo á decir amigo mío, no os abandonéis á la desesperación en que os veo; conoced que la deshonra y el honor no penden del rango que uno ocupa, sino del modo con que se desempeñan los deberes, y haréis lo que yo... y podréis soportar el vuestro con valor y resignación. Adiós para siempre; mañana seré mujer del barón de Geler.

ED. No, no; mientras yo viva, yo os juro aquí... ¡Cielos! alguien viene...

ESCENA VIII

CAROLINA, EDUARDO, RANTZAU, MARTA

MAR. (*A Rantzau.*) Si buscáis á mi hijo, aquí le tenéis. (Imposible averiguar nada. Es una confusión.)

CAR. (*Viéndolos.*) ¡Cielos!

MAR. y RANT. (*Saludando.*) ¡La señorita de Falklend!

ED. (*Con viveza.*) A quien hemos tenido la dicha de ofrecer un asilo, porque su coche había sido detenido.

RANT. ¿Y bien? no parece sino qne os queréis disculpar de una acción que os honra.

ED. (*Turbado.*) ¿Yo, señor conde?

MAR. (¡Conde! ¡Vaya! esto es hecho, nuestra tienda es el punto de reunión de todos los señores.)

RANT. (*Que ha echado una mirada penetrante á Carolina y Eduardo que bajan los ojos.*) Bien; muy bien. Una joven libertada por un caballero galante... novelas he leído que empezaban así.

ED. (*Tratando de mudar de conversación.*) Pero vos, señor conde, paréceme que no andáis muy prudente en salir á pie por las calles.

RANT. ¿Por qué? Precisamente ahora las gentes de á pie son potencias; ellas son las que salpican á los que van en alto: por otra parte, no tengo más que una palabra; os había prometido traeros vuestros despachos de paso que venía á hacer algunas

compras. (*Sacándolos del bolsillo y dándoselos.*) Aquí tenéis.

ED. ¡Qué fortuna! ¡soy oficial!

MAR. Esto es hecho... ¡infeliz de mí! ¡Con razón desconfiaba yo de este hombre!

RANT. (*Volviéndose hacia ella.*) Señora, os felicito por el favor y la popularidad de que gozáis en este momento.

MAR. ¿Qué me queréis decir con eso?

RANT. ¿Pues qué ignoráis lo que pasa?

MAR. Vengo de nuestros talleres, donde no ha quedado un alma.

RANT. Todos están en la plaza: vuestro marido se ha hecho el ídolo del pueblo. Por todas partes se ven banderas y letreros en que resaltan estas palabras: «¡Viva Burkenstaf, nuestro jefe! ¡Burkenstaf para siempre!» ¡Su nombre es un grito de reunión!

MAR. ¡Desdichado!

RANT. Las oleadas tumultuosas de sus parciales rodean el palacio y gritan de corazón: «¡Muera Estruansé!» (*Sonriéndose.*) Hasta los hay que gritan: «¡Mueran los miembros de la regencia!»

ED. ¡Santo Dios! ¿Y no teméis...?

RANT. ¡Bah! Nada; me paseo incógnito, como simple aficionado; por otra parte, al menor peligro me ampararía con vuestro nombre.

ED. (*Con viveza.*) Y no en balde; yo os lo juro. (*Cogiéndole una mano.*) Cuento con ello.

MAR. (*Yendo hacia el foro.*) ¡Dios mío! ¿no oís ese ruido?

RANT. (*Tomando la derecha.*) (¡Magnífico! Esto marcha. Si sigue así, no tendrá uno necesidad de meterse en nada.)

ESCENA IX

CAROLINA, EDUARDO, JUAN, MARTA, RANTZAU

JUAN. (*Sin aliento.*) ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Es nuestro!

MAR., ED. y RANT. Habla: ¿qué? acaba.

JUAN. No puedo más; cuidado si he gritado. Estábamos en la plaza mayor, delante del palacio, debajo de los balcones... tres ó cuatro mil éramos lo menos, gritando: «Burkenstaf, Burkenstaf; que se revoque la orden que le condena; Burkenstaf.» Entonces Estruansé se deja ver en el balcón, y á su lado la condesa vestida de gran gala. Vaya si estaba bien. Terciopelo azul... buena figura... ¡hermosa voz! Fué á hablar, y todo el mundo calló. «Amigos míos, dice, nos han engañado; revoco toda especie de arresto, y os prometo en nombre del rey y en nombre mío que Burkenstaf es libre y no tiene por qué temer.»

MAR. ¡Respiro!

CAR. ¡Qué fortuna!

ED. ¡Todo se ha salvado!

RANT. (¡Todo se ha perdido!)

JUAN. Entonces fué ella. «¡Viva el primer ministro! gritamos todos; ¡viva la condesa! ¡viva Burkenstaf!» Y cuando yo dije á los que estaban á mi lado, y á todo eso: «Yo soy el que soy, Juan, el mismo Juan, el Juan mancebo de su almacén:» «¡Viva Juan!» gritaron también, y me rompieron todo el vestido, cogiéndome en volandas para enseñarme á la muchedumbre. Tira por aquí, tira por allí... ¡añicos! Y esto no es nada todavía; ahora se están organizando, van á venir con sus jefes á la cabeza para cumplimentar á nuestro amo y llevársele por ahí en triunfo á las casas capitulares.

MAR. (¡En triunfo! ¡Va á perder la cabeza!)

RANT. (¡Qué lástima! ¡un motín que empezaba tan bien!... ¿en quién puede uno confiar ahora?)

ESCENA X

CAROLINA, EDUARDO, en el fondo; BERTON y varios NOTABLES que le rodean, MARTA, JUAN, RANTZAU

BERT. (*Recogiendo varios memoriales.*) Bien, amigos míos, bien; presentaré vuestras reclamaciones al ministro y al gobierno; preciso será que hagan justicia... Además yo estaré en todo... hablaré, hablaré. En cuanto al triunfo que el pueblo me prepara, y que mi modestia me aconseja rehusar...

MAR. (¡Eso es otra cosa!)

BERT. Lo acepto, por el bien público, y en atención al buen efecto. Aquí esperaré la comitiva, que puede venir por mí cuando guste. Por lo que hace á vosotros, queridos colegas y notables de nuestro gremio, espero que de vuelta del triunfo vendréis á cenar á mi casa; os convido á todos.

TODOS. (*Gritando al salir.*) ¡Viva Burkenstaf! ¡Viva nuestro jefe!

BERT. ¡Nuestro jefe! ¡ya lo oís! ¡qué honra!... (*A Eduardo.*) ¡Qué gloria, hijo mío, para nuestra casa! (*A Marta.*) Y bien, mujer, ¿qué te decía yo? Soy una potencia, un poder del estado. Nada hay igual á mi popularidad, y ya ves el partido que puedo sacar de ella.

MAR. Sí; sacarás una enfermedad; descansa, sosiega; ¡estás sofocado!

BERT. (*Limpiándose la frente.*) ¿Qué? no. La gloria no cansa nunca. ¡Qué hermoso día! ¡Hombre! Todo el mundo se inclina delante de mí, todos se dirigen á mí, todos me hacen la corte. (*Viendo á Carolina y Rantzau, que están junto al mostrador á la izquierda y que Eduardo le ocultaba.*) ¿Qué veo? ¡La señorita de Falklend y el conde de Rantzau en mi casa! (*A Rantzau con énfasis y protección.*) ¿Qué hay, señor conde? ¿En qué puedo serviros? ¿Qué venís á pedirme?

RANT. (*Fríamente.*) Quince varas de terciopelo.

BERT. (*Cortado.*) ¡Ah! era eso... perdonad, pero si es cosa del comercio no puedo... si fuese otra cosa... (*Llamando.*) ¡Marta! bien conocéis que en el momento de mi triunfo... ¡Marta! sube al almacén y sirve al señor conde.

RANT. (*Dando un papel á Marta.*) He aquí mi nota.

BERT. (*Gritando á su mujer, que sube ya la escalera.*) Y después pensarás en la cena; una cena digna de nuestra nueva posición; ¡buen vino! ¿estamos? (*Señalando á la puerta que está debajo de la escalera.*) El vino del sótano.

MAR. (*Subiendo la escalera.*) ¿Acaso tengo yo tiempo para hacerlo todo?

BERT. ¡Vaya! No te incomodes: (*A Rantzau.*) Tendré que ir yo mismo en persona. (*Marta acaba de subir la escalera y desaparece.*) Mil perdones, señor conde; ya lo veis, tengo tantas cosas sobre mí, tantos cuidados... (*A Carolina con tono protector.*) Señorita, he sabido por Juan, mi mancebo de... (*Reteniéndose*) mi dependiente... la falta de respeto cometida con vos y con vuestro coche; podéis estar segura de que yo ignoraba... ¡ya se ve! yo no puedo estar en todas partes... (*Con tono de importancia*) de otra suerte hubiera interpuesto mi autoridad; os doy palabra de manifestar públicamente cuánto ha sido mi desagrado, y quiero empezar...

RANT. Por hacer llevar esta señorita á casa de su padre.

BERT. Eso es precisamente lo que yo iba á decir... me hacéis pensar en ello... Juan, á ver, que devuelvan su coche á esta señorita. Y diréis que lo mando yo, Berton de Burkenstaf; y para escoltar á esta señorita...

ED. (*Con viveza.*) Yo me encargo de eso, padre mío...

BERT. ¡Enhorabuena! (*A Eduardo.*) Si os sucediese algo, si os quisiesen detener, dirás: Soy Eduardo Burkenstaf, hijo del señor...

JUAN. Berton Burkenstaf; ya se sabe.

RANT. (*Saludando á Carolina.*) Señorita... adiós, amigo mío. (*Eduardo ofrece la mano á Carolina, y sale con ella seguido de Juan.*)

ESCENA XI

RANTZAU, BERTON. (Rantzau se ha sentado junto al mostrador, y Berton al otro lado.)

BERT. Os hacen esperar; me es muy sensible.

RANT. A mí no... con eso estoy más tiempo en vuestra compañía: siempre gusta uno ver de cerca á los personajes célebres.

BERT. ¡Célebre! sois muy amable. Ello, es cosa inconcebible; esta mañana nadie se acordaba de semejante cosa, ni yo tampoco... ¡yo mismo!... todo ha venido en un instante.

RANT. Esas cosas vienen siempre con esa prisa... (y con la misma se van.) (*Alto.*) Sólo siento que esto se haya acabado tan pronto.

BERT. ¡Oh! pero esto no está acabado. Ya lo habéis oído... van á venir por mí para llevarme por ahí en triunfo. Perdonad; voy á vestirme; si los hiciese esperar, se impacientarían con razón; creerían que el gobierno me había hecho desaparecer.

RANT. (*Sonriéndose.*) Cierto; y la jarana volvería á empezar.

BERT. Ni más ni menos; ¡ya se ve! ¡me quieren tanto! así es que esta noche, esa cena que doy á los notables será, me parece, de un efecto seguro; porque en un banquete se bebe... y...

RANT. Se animan todos.

BERT. Se echan brindis á Burkenstaf, al jefe del pueblo, como me llaman... ya entendéis. Adiós, señor conde.

RANT. (*Sonriéndose y llamándole.*) Un instante; para beber á vuestra salud es menester vino, y eso que le decíais á vuestra mujer hace poco...

BERT. (*Dándose una palmada en la frente.*) Es verdad; se me olvidaba. (*Pasa detrás de Rantzau y detrás del mostrador, y señala la puerta que está debajo de la escalera.*) Ahí tengo un sótano soberbio, donde conservo mis vinos del Rhin y de Francia. Mi

mujer y yo somos los únicos que tenemos la llave.

RANT. (*A Berton, que abre la puerta.*) Precaución muy prudente. Al principio creí que teníais ahí vuestro tesoro.

BERT. No; y eso que estaría seguro. (*Golpeando la puerta.*) Seis pulgadas de grueso y forrada en hierro. (*Yendo á entrar.*) Con vuestro permiso, señor conde.

RANT. Vos le tenéis... yo subo al almacén. (*Berton baja al sótano; Rantzau se acerca á la puerta, la cierra y vuelve á la escena tranquilamente, diciendo*): Un hombre como éste es un tesoro, y los tesoros... (*Enseñando la llave*) deben estar siempre bajo llave. (*Sube la escalera que conduce al almacén y desaparece.*)

ESCENA XII

JUAN, y después MARTA, MOZOS, y PUEBLO

JUAN. (*Dejándose ver en el fondo, á la puerta, mientras que el conde sube la escalera.*) Aquí están, aquí están, es cosa vistosa; una comitiva asombrosa: los jefes de los gremios con sus estandartes y músicas y... (*Se oye una marcha triunfal, y se descubre la cabeza de la comitiva, que se coloca en el fondo del teatro, en la calle, fuera de la tienda.*) ¿Dónde diablos está nuestro amo? arriba sin duda. (*Corriendo hacia la escalera.*) ¡Señor Berton, señor! que vienen ya á buscaros; ¿me oís?

MAR. (*Apareciendo en la escalera con dos mancebos de tienda.*) ¿Qué tienes tú, qué gritas?

JUAN. Grito porque busco á nuestro amo.

MAR. Abajo está.

JUAN. Está arriba.

MAR. Te digo que no.

EL PUEBLO. (*Fuera.*) ¡Viva Burkenstaf! ¡viva nuestro jefe!

JUAN. ¡Voto va! y no está aquí... y van á gritar sin él... (*A los dos mancebos de tienda que han bajado.*) A ver vosotros si registráis toda la casa. (*Van entrando algunos del pueblo. Marta baja.*)

EL PUEBLO. (*De fuera.*) ¡Viva Burkenstaf! ¡Que salga! ¡que salga!

JUAN. (*En altas voces á la puerta de la tienda.*) Ahora, ahora; han ido á buscarle; os le van á enseñar. (*Recorriendo el teatro.*) Esto me hará perder la cabeza... la sangre me hierve en las venas.

VARIOS MOZOS. (*Entrando por la derecha.*) Yo no le he encontrado.

OTROS. (*Bajando de los almacenes.*) Ni yo tampoco; no está en casa.

EL PUEBLO. (*Fuera con sordo murmullo.*) ¡Burkenstaf! ¡Burkenstaf!

JUAN. ¡Voto va! ya se impacientan; ya murmuran. ¿Dónde diablos puede estar?

MAR. ¡Dios mío! ¿Le habrán preso de nuevo?

JUAN. ¿Qué? ¿después de la palabra que nos han dado? (*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Ah! Dejadme... aquellos soldados que yo he visto rondando la casa... (*Corriendo hacia el foro.*) ¡Y la música tocando siempre. ¡Silencio! ¡silencio! ¡callad! me ocurre una idea... ¡es horroroso!... ¡es una infamia!

MAR. ¿Qué diablos tienes?

JUAN. (*Dirigiéndose á un grupo.*) Sí, amigos míos, sí, se han apoderado de nuestro amo... han asegurado su persona, y mientras que nos estaban echando buenas palabras lo estaban prendiendo por otra parte; ¡está preso otra vez! ¡Favor, los amigos, favor!

EL PUEBLO. (*Precipitándose en la tienda y rompiendo los vidrios del fondo.*) ¡Aquí estamos! ¡viva Burkenstaf, nuestro jefe... nuestro amigo!

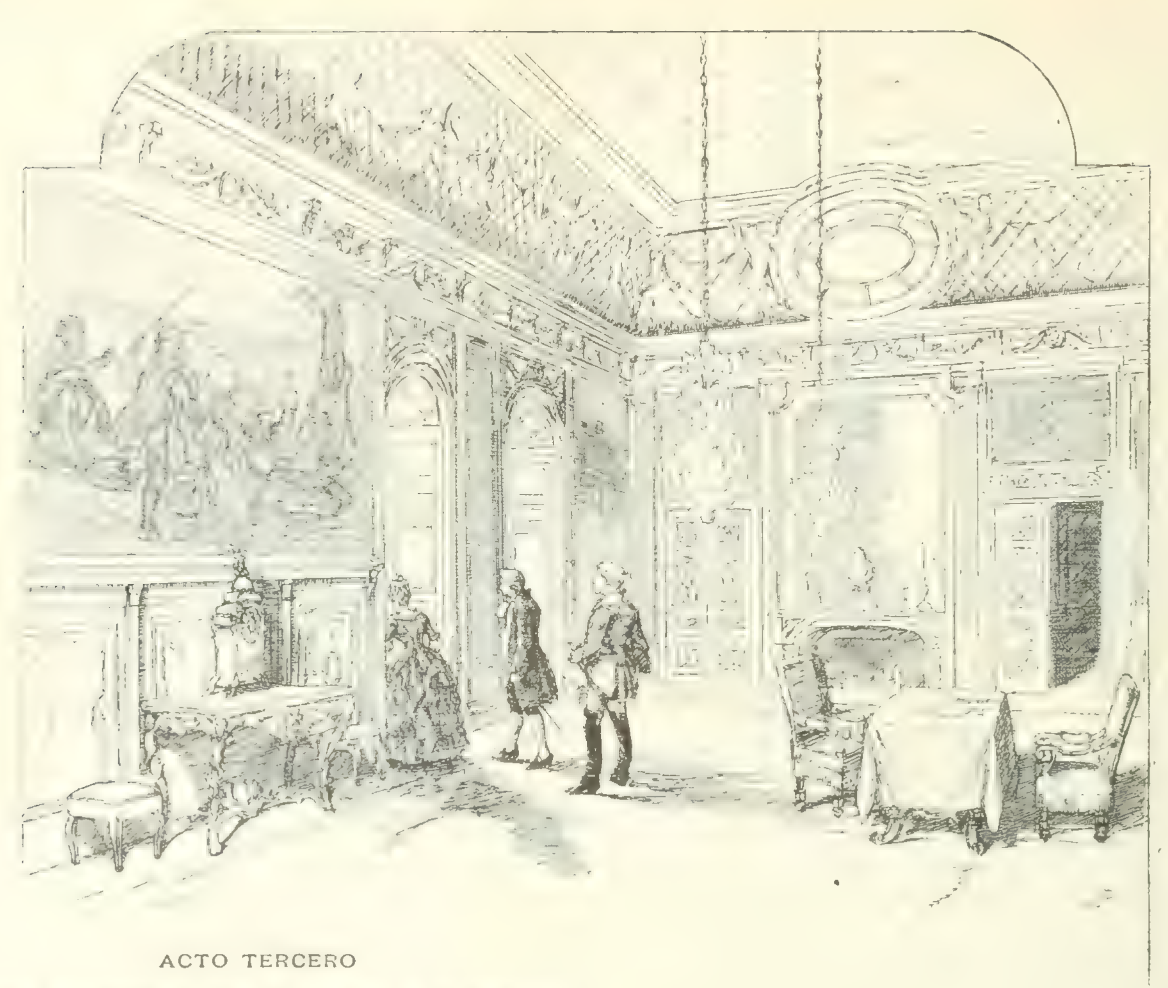
MAR. ¡Vuestro amigo, y le destrozáis la casa!

JUAN. ¿Y qué? sí, señora; eso es entusiasmo, y vidrios rotos. ¡Al palacio! ¡Al palacio!

TODOS. ¡Al palacio! ¡Al palacio!

RANT. (*Dejándose ver en lo alto de la escalera, y mirando cuanto pasa.*) ¡Ah! ¡ah! esto ya es otra cosa... esto empieza á animarse otra vez.

TODOS. (*Agitando en el aire sombreros, pañuelos y sus banderas.*) ¡Muera Estruansé! ¡Viva Burkenstaf! ¡que nos le vuelvan! ¡que nos le vuelvan! ¡Burkenstaf para siempre! (*Todo el pueblo sale en el mayor desorden con Juan. Marta cae desesperada sobre el sillón que está junto al mostrador, y Rantzau baja lentamente la escalera, estregándose las manos de gozo. Cae el telón.*)



ACTO TERCERO

Habitación del [illegible] —A la [illegible] un [illegible] —A la iz[illegible] de escribir.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA, EL BARÓN DE GELER

CAR. Pero, señor barón, ¿qué significa eso? ¿qué hay de nuevo?

GEL. Nada, señorita.

CAR. El conde Estruansé acaba de encerrarse en el gabinete de mi padre: han enviado á buscar al conde de Rantzau. ¿A qué asunto esa reunión extraordinaria? Esta mañana ha habido ya consejo, y luego estos señores se habían de reunir para comer.

GEL. No sé; pero no ocurre nada importante, nada serio... ¡Oh! ¡me hubiesen avisado! mi nuevo destino de secretario del consejo me obliga á asistir á todas las deliberaciones...

[illegible] ¡Ah! Por fin os nombraron.

GEL. Esta mañana. Vuestro padre me propuso, y el conde confirmó la elección. De la corte vengo ahora de ver á la condesa... por allí estaban un poco consternados por la algazara de esa gente... se temía todavía que esos acontecimientos trastornasen el baile de mañana; pero á Dios gracias, no hay nada que temer; y aun me han ocurrido sobre el particular cuatro chanzas bastante felices que lograron la aprobación de la condesa, y que las rió con la mayor amabilidad.

CAR. ¡Ah! ¡las rió!

GEL. Mucho: al mismo tiempo me felicitó por mi nombramiento y por mi boda... sobre esto último me dijo... cosas... (*Sonriéndose con aire fatuo*) que podrían lisonjear algún tanto mi vanidad... si yo la tuviese. (¡Y quién sabe!) (*Alto.*) Pero yo no hago alto en eso. Ya estoy metido en los negocios de Estado, trabajos serios á que siempre he tenido una afición loca... sí, señora; porque me veáis generalmente frívolo y superficial, no creáis que no puedo yo tan bien como otro cualquiera... ¡Oh! el arte en esas cosas consiste en hacerlas jugando, como quien no hace nada... llegue yo un día al poder, ¡y ya verán!!!

CAR. ¡Vos al poder!

GEL. Seguramente; á vos puedo decíroslo en

confianza; acaso no tarde en verificarse. Es preciso que la Dinamarca se rejuvenezca... esta es la opinión de Estruansé, de la condesa, de vuestro padre... y si pudiéramos eliminar á ese conde de Rantzau, que no sirve ya para nada, y que conservan aún ahí porque su antigua reputación de hombre hábil impone todavía respeto á las cortes extranjeras... en ese caso se me ha dado ya la palabra formal de entrar en su plaza... ya conocéis, pues, que el conde de Falklend y yo... el suegro y el yerno á la cabeza de los negocios, ya haríamos andar esto de otro modo... Esta mañana, por ejemplo, yo los veía á todos asustados; me daba risa; si me hubieran dejado á mí, yo os respondo de que en un abrir y cerrar de ojos...

CAR. (*Escuchando.*) ¡Silencio!

GEL. ¿Qué es?

CAR. Me había parecido oir gritos confusos á lo lejos.

GEL. Os equivocáis.

CAR. Es posible.

GEL. Alguna disputa... alguna riña en la calle; ¿les queréis privar de ese placer? eso sería una tiranía; de cosas más importantes tenemos que hablar... de nuestra boda, del baile de mañana y de las vistas, que probablemente no estarán acabadas... porque es lo que yo veo de malo en esos motines y conmociones populares, que los artesanos le hacen á uno esperar, y que nada está pronto.

CAR. ¡Ah! ¿no veis más que eso de malo? yo, sin embargo, que me he encontrado esta mañana en medio del tumulto, veía algo más...

GEL. ¿Es posible?

CAR. Sí, señor; y á no haber sido por el valor y la generosidad de Eduardo Burkenstaf, que me ha protegido y escoltado hasta casa...

GEL. Eduardo... ¿y quién le manda meterse?... ¿desde cuándo se ha abrogado el derecho de protegeros? pretensión por cierto más ridícula que la de su padre.

JORGE. (*Sale.*) Una carta para el señor barón.

GEL. ¿De parte de quién?

JORGE. No sé, señor... la ha traído un joven, que se dice militar, y que espera abajo la respuesta.

CAR. Algún parte acerca de lo que pasa.

GEL. Probablemente. (*Leyendo.*) «Tengo una charretera; el señor barón por consiguiente no puede negarme ya una satisfacción que necesito inmediatamente. Aunque soy el insultado, le cedo la elección de las armas, y le espero á la puerta con pistolas y espadas. *Eduardo Burkenstaf, subteniente del 6.° de infantería.*» (¡Qué insolencia!)

CAR. ¿Y bien? ¿Qué hay?

GEL. ¡Nada! (*Al criado.*) Andad con Dios: decidle que más tarde... que veré... (*Alto.*) Le daremos una lección.

CAR. Queréis ocultármele... hay alguna novedad... algún peligro... ¡ah! lo adivino por vuestra turbación.

GEL. ¡Yo! ¿turbado?

CAR. Pues enseñadme esa esquela y os creeré.

GEL. Señora, ¡es imposible!

CAR. (*Volviéndose y viendo á Koller.*) El coronel Koller. Este no será tan reservado, y de él sabré...

ESCENA II

CAROLINA, GELER, KOLLER

CAR. Hablad, coronel, ¿qué hay?

KOLL. Que la insurrección que creíamos ya apaciguada vuelve á empezar con más fuerza que nunca.

CAR. (*A Geler.*) ¿Lo veis? ¿Pues cómo?

KOLL. Acusan á la corte, que había prometido la libertad de Burkenstaf, de haberle hecho desaparecer para no verse obligada á cumplir sus promesas.

GEL. ¡No sería mal golpe!

CAR. ¿Qué decís? (*Corre á la ventana, que abre, y mira á la calle, así como á Geler.*)

KOLL. (*Solo.*) (Entretanto, nos hemos aprovechado de esta coyuntura para sublevar al pueblo. Herman y Gustavo, mis dos emisarios, se han encargado de eso, y espero que la reina-madre estará satisfecha. Ya estamos casi seguros del éxito, sin necesidad de que haya tenido que hacer nada ese maldito conde de Rantzau.)

CAR. Mirad, mirad allá abajo: se aumenta el tropel; ya rodean el palacio; ya han cerrado las puertas. ¡Ah, me da miedo! (*Vuelve á cerrar la ventana.*)

GEL. ¡Eso es inaudito! Y vos, coronel, ¿os estáis ahí?

KOLL. Vengo á tomar las órdenes del consejo, que me ha hecho llamar, y espero.

GEL. Es que debería darse prisa. La condesa se va á asustar... nadie se acuerda de nada... deberían tomarse medidas...

CAR. ¿Y cuáles?

GEL. (*Turbado.*) Medidas... debe haber medidas... es imposible que no haya medidas...

CAR. ¿Pero qué medidas? ¿qué haríais vos?

GEL. (*Fuera de sí.*) ¡Yo! seguramente... pero me cogéis desprevenido. Yo no sé...

CAR. ¿Pero no acabáis de decir?...

GEL. ¡Oh! sí... si yo fuera ministro... pero no lo soy... no lo soy todavía... no es cuenta mía, y no se concibe cómo las gentes que están al frente de los negocios... las gentes que deberían gobernar... porque al fin... ¡qué diablo!... uno no puede tomar cartas... Este es mi parecer... y no hay otro... es el único... si yo fuese primer ministro, yo les enseñaría...

ESCENA III

CAROLINA, GELER, RANTZAU, por el foro; KOLLER

GEL. (*Corriendo hacia él.*) ¡Ah! Señor conde, venid á tranquilizar á esta señorita, que está muerta de miedo; por más que le digo que esto no es nada, está conmovida, turbada...

RANT. (*Fríamente y observándole.*) Y por cierto que participáis en gran manera de sus penas; ¡ya se ve! como buen amante. ¡Ah! ¡estáis aquí, coronel!

KOLL. Vengo á tomar las órdenes de la regencia.

GEL. (*Con viveza.*) ¿Qué se ha decidido en el consejo en dos horas de deliberación? ¿qué ha pasado?

RANT. (*Con frialdad.*) Han pasado dos horas; se ha hablado mucho; se ha discutido: Estruansé quería entrar en transacciones con el pueblo.

GEL. (*Con viveza y aprobando.*) ¡Cierto! ¿por qué no le han contentado?

RANT. El conde de Falklend, que se ha decidido por la energía, quería echar mano de otros argumentos, quería poner en juego la artillería...

GEL. (*Idem.*) En último resultado ese es el modo de concluir de una vez: no hay otro.

RANT. Yo he adoptado una opinión que en un principio todos desecharon, y que por fin ha sido aprobada.

KOLL., CAR. y GEL. ¿Cuál?

RANT. (*Fríamente.*) No hacer nada: y eso es lo que hacen.

GEL. Pues no van del todo descaminados, porque bien mirado, al cabo, cuando el pueblo haya gritado á su sabor...

RANT. Se cansará.

GEL. Eso iba yo á decir.

KOLL. Hará lo que hizo esta mañana.

RANT. (*Sentándose.*) Sí por cierto...

GEL. (*Tranquilizándose.*) Eso es... romperán unos cuantos vidrios, y se acabó.

KOLL. Eso es lo que han hecho ya en todas las casas de los ministros... (*A Geler*) y en la vuestra, barón.

GEL. ¡Oiga! ¡está bueno!

RANT. En cuanto á la mía, no tengo cuidado: los desafío á que hagan otro tanto.

GEL. ¿Por qué?

RANT. Porque después del último alboroto, no he compuesto un sólo vidrio de los que me rompieron. Yo dije para mi sayo: Así queda, y servirá para la primera...

CAR. (*Escuchando.*) Parece que se calma el ruido.

GEL. ¡Ya lo sabía yo! No hay que asustarse por esos clamores... ¿Y qué dice mi tío el ministro de Marina?

RANT. (*Fríamente.*) No le hemos visto. (*Irónicamente.*) Su indisposición, que era muy leve, ha tomado un carácter marcado de gravedad desde que empezaron esos alborotos. Es una fatalidad muy singular: en empezando el motín, ya está en cama. ¡Cómo está tan delicado!...

GEL. (*Con intención.*) ¿Y vos gazáis de buena salud?

RANT. (*Sonriéndose.*) Eso es tal vez lo que os incomoda. Hay gentes á quienes pone de mal humor mi salud, y que quisieran verme en los últimos.

GEL. ¿Quién?

RANT. (*Sentado y con aire socarrón.*) ¡Eh! por ejemplo, los que piensan heredarme.

GEL. No falta quien os pudiera heredar en vida.

RANT. (*Mirándole con calma.*) Señor barón, vos que, en calidad de consejero, conocéis nuestras leyes, ¿habéis leído el artículo 302 del código dinamarqués.

GEL. No, señor.

RANT. Me lo figuraba. Dice que no basta que quede declarada una herencia: es menester además ser apto para heredar.

GEL. ¿Y con quién habla ese axioma?

RANT. Con los que carecen de aptitud.

GEL. Caballero, lo decís con un tono... tan remontado...

RANT. (*Levantándose y en el mismo tono.*) Perdonad... ¿Vais mañana al baile de la condesa?

GEL. (*Irritado.*) Señor conde...

RANT. ¿Bailaréis con ella?... ¿Dirigís las comparsas?

GEL. ¡Yo sabré lo que quiere decir esa rechifla!

RANT. Me acusabais de remontarme demasiado... me he bajado un poco... me he puesto á vuestro nivel.

GEL. ¡Esto ya es demasiado!

CAR. (*Junto á la ventana.*) Callad, ¡por Dios! creo que vuelve á empezar el alboroto.

GEL. (*Espantado.*) ¿Otra vez? ¿no se acabará esto nunca? ¡Esto es insoportable!

CAR. ¡Dios mío! ¡Todo está perdido!... ¡Ah! ¡mi padre!

ESCENA IV

KOLLER, en un extremo del teatro á la izquierda; GELER, CAROLINA, FALKLEND; RANTZAU, en el otro extremo á la derecha.

FAL. ¡Tranquilizaos! Esos gritos que se oyen á lo lejos nada tienen ya de alarmantes.

GEL. ¡Ya lo dije yo!... ¡eso no podía durar!

CAR. ¿Se ha concluído ya todo?

FAL. No enteramente; pero va mejor.

RANT. y KOLL. (*Cada uno y con desagrado.*) (¡Malo!...)

FAL. Por más que se le decía á la muchedumbre que nadie había atentado á la libertad de Burkenstaf, y que él mismo acaso, por prudencia ó por modestia, habría querido evadirse del triunfo que se le preparaba...

RANT. ¡Oh! en momentos como estos no era verosímil.

FAL. No digo que no; así que, hubiera costado probablemente mucho trabajo convencer á sus parciales, si no hubiera llegado casualmente un regimiento de infantería, con el cual no contábamos, y que de paso para su nueva guarnición atravesaba Copenhague tambor batiente y á banderas desplegadas. Su presencia inesperada ha cambiado la disposición de los ánimos; hemos empezado á entendernos, y, mediante las repetidas promesas que se han hecho de emplear todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero de Berton Burkenstaf, cada cual se ha retirado á su casa, excepto algunos individuos que parecían más empeñados que los demás en excitar y prolongar el desorden.

KOLL. (¡Los nuestros!)

FAL. Pero nos hemos apoderado de ellos.

KOLL. (¡Cielos!)

FAL. Y como ahora estamos ya en el caso de dar un corte decisivo...

GEL. Eso es lo que yo estoy diciendo toda la mañana.

FAL. Como no es cosa de que semejantes escenas se reproduzcan á cada momento, estamos decididos á tomar medidas serias.

RANT. ¿Y quiénes son los arrestados?

FAL. Gente oscura y desconocida.

KOLL. ¿Se saben sus nombres?

FAL. Herman y Gustavo.

KOLL. (¡Habrá torpes!)

FAL. Fácil es conocer que esos miserables no obraban por inspiración propia; habían recibido instrucciones y dinero; y lo que nos importa saber ahora es la calidad de las personas que los ponen en juego.

RANT. (*Mirando á Koller.*) ¿Pero los nombrarán?

FAL. ¿Quién lo duda? su perdón si cantan; y fusilados si callan. (*A Rantzau.*) Vengo precisamente á buscaros para proceder á su interrogatorio, y que descubramos por este medio el núcleo de un complot.

KOLL. (*Llegándose á Falklend.*) Del cual creo tener cogidos ya algunos cabos.

FAL. ¿Vos, Koller?

KOLL. Sí. (No hay otro medio de salvarme.)

RANT. ¿Y por qué no nos habéis comunicado antes vuestras luces en la materia?

KOLL. Hasta hoy no tenía ningún dato seguro; pero me he apresurado á venir. Esperaba á que se concluyese el consejo para hablar al conde Estruansé, pero puesto que vuestras excelencias están aquí...

FAL. Bien, estamos dispuestos á oíros.

CAR. Me retiro, señor.

FAL. Sí, por un instante.

CAR. Señores... (*Saluda y sale por la izquierda: Geler le da la mano y hace ademán de salir por el foro.*)

ESCENA V

KOLLER, GELER, FALKLEND, RANTZAU

FAL. (*A Geler.*) Quedaos, querido; como secretario que sois del consejo, tenéis derecho de asistir á esta conferencia.

RANT. (*Con gravedad.*) En la cual vuestras luces y vuestra experiencia pueden sernos de grande utilidad. (*Mirando á Koller.*)

(Nuestro hombre está apurado; no le perdamos de vista, y procuremos que salga del paso, sin comprometer á la reina madre, ni á otros amigos que acaso puedan ser útiles todavía.) (*Mientras ha dicho esto, Geler y Falklend han tomado sillas y se han sentado á la derecha de la escena.*)

FAL. Hablad, coronel; comunicadnos esos datos que poseéis, y que después pondremos en conocimiento del consejo.

KOLL. (*Buscando palabras.*) Hacía tiempo ya, señores, que yo sospechaba contra los miembros de la regencia la existencia de un complot, que varios indicios me hacían presumir, pero del cual no podía conseguir prueba ninguna positiva y determinante. Para conseguirlo, he procurado granjearme la confianza de algunos de sus jefes; me he quejado, he manifestado descontento, hasta he dejado traslucir que no estaba muy ajeno de conspirar: más, les he propuesto medios, los he animado...

GEL. Eso se llama sutileza.

RANT. (*Fríamente.*) Sí, se puede llamar así, si se quiere.

KOLL. (*A Falklend.*) Mi industria consiguió el objeto que deseaba, porque esta mañana misma han venido á proponerme que entre en un complot que debe verificarse esta noche, en la comida que dais á los ministros, vuestros colegas.

GEL. ¡Hola!

KOLL. Los conjurados deben introducirse en el palacio con diversos disfraces, y, penetrando en el comedor, apoderarse de cuanto encuentren.

FAL. ¿Es posible?

GEL. Hasta de los que no son ministros... ¡qué horror! (*A Rantzau.*) ¿Y no os estremecéis?

RANT. (*Fríamente.*) Todavía no. (*A Koller.*) ¿Estáis seguro, coronel, de lo que contáis?

KOLL. Estoy seguro... es decir, estoy seguro de que me lo han propuesto, y me apresuraba á preveniros.

RANT. (*Ayudándole.*) Bien, pero no conocéis á los que os han hecho esas proposiciones.

KOLL. Sí por cierto; Herman y Gustavo, los mismos que acaban de prender... y no dejarán de disculparse, y de acusarme; pero... felizmente... tengo pruebas aquí; esta lista, escrita y dictada por ellos.

FAL. (*Arrebatándosela.*) La lista de los conjurados... (*La recorre.*)

RANT. (*Con compasión.*) (He ahí; honrados conspiradores sin duda, ¡pobres gentes! Fiáos luego de canalla como éste, que al primer riesgo os venden para salvarse.)

FAL. (*Entregándole la lista.*) Mirad... ¿qué decís?

RANT. Digo que en todo eso no veo todavía nada de positivo. Cualquiera puede hacer una lista de conjurados; eso no prueba que haya una conspiración. Es preciso además un objeto, un jefe.

FAL. ¿Pero no veis que ese jefe es la reina madre, es María Julia?

RANT. No hay nada que lo demuestre, á no ser que el coronel... (*Con intención*), tenga pruebas... positivas... personales...

KOLL. No, señor.

RANT. (No es poca fortuna; esta es la primera vez que este imbécil me ha entendido.)

GEL. ¡Oh! entonces el trance es muy delicado.

RANT. ¡Sin duda! (*Enseñando la lista.*) Aquí hay personas distinguidas, gente de alta categoría... Se les ha de condenar ciegamente, sólo porque se les ha antojado á los señores Herman y Gustavo hacer una confianza al coronel Koller. Confianza por otra parte muy bien colocada. En fin, el señor barón, que está versado en las leyes, os dirá como yo que (*marcadamente*), donde no hay principio de ejecución, no hay reo.

GEL. ¡Cierto!

FAL. (*Se levanta y Rantzau también.*) Bueno, pero dejémosle ejecutar su complot... que no se trasluzca nada, coronel, de la comunicación que acabáis de hacernos, no se altere nada en el orden de la comida; que se verifique por el contrario; ténganse soldados ocultos en el palacio, cuyas puertas permanecerán abiertas.

RANT. (¡Gracias á Dios! ¡qué trabajo cuesta inspirarles ideas!)

FAL. Y en cuanto se presente un conjurado, que se le deje entrar, y es nuestro. Su presencia sola en mi casa á semejantes horas y las armas que traiga serán pruebas irrecusables.

RANT. Enhorabuena.

GEL. Comprendo... pero, ¿y si no viniesen?

RANT. Sería señal de que habían engañado al coronel; no habría tal conjuración ni tales conjurados.

FAL. Eso lo veremos. (*Se dirige á la mesa de la izquierda y escribe, mientras Koller se separa y se mantiene en medio en el fondo.*)

RANT. (Y no la habrá; prevengamos á la reina madre para que se estén todos en su casa. ¡Otra conspiración abortada!) (*Mirando á Koller.*) (¡El los vende y yo los salvo.) (*Alto.*) Señores, os saludo, me vuelvo á ver á Estruansé.

FAL. (*A Geler.*) Esa orden para el gobernador. (*A Rantzau.*) Volvéis, supongo.

RANT. Por supuesto; en el caso presente no puedo comer ya sino en vuestra casa; es lance de honor; voy únicamente á dar cuenta á su excelencia de la bella conducta del coronel Koller, porque al cabo si no cogemos á esas gentes, no será culpa suya... él ha hecho cuanto estaba de su parte, y se le debe un premio.

FAL. Y lo obtendrá.

RANT. (*Con intención.*) O no hay justicia en la tierra... yo me encargo de eso.



KOLL. (*Inclinándose.*) Señor conde... estoy agradecidísimo...

RANT. (*Con desprecio.*) Sí, tal vez debiérais estármelo, pero os dispenso... (*Vase.*)

KOLL. (¡Maldito! nunca sabe uno si este hombre es amigo ó enemigo...) (*Saludando.*) Señores...

GEL. Os sigo, coronel... (*A Falklend.*) Con que esta orden al gobernador... y corro á contar á la condesa lo que hemos decidido y lo que hemos hecho. (*Vase con Koller por el foro.*)

ESCENA VI

FALKLEND, riéndose con satisfacción

Todas estas gentes son débiles, indecisas, y si uno no tuviera carácter y energía por todos ellos, si uno no los manejase... ese conde de Rantzau sobre todo, que no ve delincuentes en ninguna parte, que no se atreve á condenar á nadie... vacilando siempre, sin resolución... ello sí, es un buen hombre, que nos cederá su puesto de buena gana en cuanto le necesitemos para mi yerno... ¡Oh! y esto no está lejos ya.

ESCENA VII

CAROLINA, [illegible]: FALKLEND

CAR. ¿Bajáis al salón, padre mío?

FAL. Sí, al momento.

CAR. Bien; porque no tardarán en venir los convidados, y me cuesta tanto trabajo ha-

cer los honores de la casa cuando me dejáis sola... hoy sobre todo, que no me siento buena.

FAL. ¿Pues qué?

CAR. La agitación del día sin duda...

FAL. Si no es otra cosa, tranquilízate: te dispenso de bajar al salón, y aun de asistir á á la comida.

CAR. ¿De veras?

FAL. Sí; vale más, porque pudiera ocurrir algo... y las mujeres siempre se asustan y se desmayan...

CAR. ¿Qué queréis decir?

FAL. Nada; no hay necesidad de que sepas...

CAR. No; hablad, hablad sin temor... ¡ah! ya entiendo... esa comida tenía por objeto la celebración de los esponsales, que se diferirán... que acaso no se verifiquen ya... si es eso lo que teméis decirme...

FAL. (*Con frialdad.*) No por cierto; la boda se realizará...

CAR. ¡Dios mío!

FAL. (*Con calma y mirándola.*) No hay variación ninguna; y á propósito, hija mía, dos palabras...

CAR. (*Bajando los ojos.*) Ya escucho.

FAL. Los asuntos del Estado no absorben de tal manera mis ideas que no pueda observar lo que pasa en mi casa; hace algún tiempo que he creído notar que un joven òscuro, un nadie, á quien mi bondad había dado entrada en mi casa, se atreve á poner los ojos... (*Movimiento de Carolina.*) ¿Lo sabíais, Carolina?

CAR. Sí, señor.

FAL. Le he despedido; y sean las que fueren sus habilidades y su mérito personal, que os he oído ponderar demasiado... os declaro aquí formalmente, y ya sabéis si mis determinaciones son enérgicas, que, aunque pendiese de ello mi vida, no consentiría jamás...

CAR. Tranquilizaos, padre mío; sé muy bien que la idea sola de una boda desigual os haría desgraciado, y... os lo prometo... ¡no seréis vos el desgraciado!!!

FAL. (*Coge la mano de su hija, y después de una pausa.*) Ese valor es el que yo necesito... te dejo... te disculparé en la mesa; diré que estás mala, y aun me temo que no mentiré; quédate en tu cuarto, y suceda esta noche lo que suceda, oigas lo que oigas, guárdate de salir de él. Adiós. (*Vase.*)

ESCENA VIII

CAROLINA, rompiendo á llorar

¡Ah! se ha marchado... ¡por fin puedo llorar!... ¡pobre Eduardo! ¡tantos sacrificios, tanto amor! ¿Este será su premio? ¡olvidarle! ¿Y por quién? ¡Dios mío! ¡qué injusta es la suerte! ¿por qué no le ha dado el nacimiento de que era digno? ¡entonces hubiera yo podido amar libremente las virtudes que brillan en él! entonces todos hubieran aprobado mi elección... ¡y ahora es un delito pensar en él! pero este día es mío todavía... todavía no soy de nadie; soy libre... y ya que no he de volverle á ver...

ESCENA IX

CAROLINA; EDUARDO envuelto en una capa, entrando por la derecha precipitadamente

ED. Han perdido mi huella.

CAR. ¡Cielos!

ED. (*Volviéndose.*) ¡Ah! ¡Carolina!

CAR. ¿Qué os trae? ¿de qué procede esta osadía? ¿Con qué derecho, caballero, os atrevéis á penetrar hasta aquí?

ED. ¡Perdón! ¡mil veces perdón!... ahora mismo, en el momento en que cubierto con esta capa me introducía en el palacio, varios hombres que no parecen de la casa se han arrojado sobre mí; me he podido soltar de sus manos, y conociendo mejor que ellos las entradas, he llegado á esta escalera, donde he dejado de oir sus pasos.

CAR. ¿Pero con qué objeto os introducís de esta manera en la casa de mi padre? ¿á qué ese misterio... esas armas? hablad; explicaos... lo exijo, lo mando.

ED. Mañana me marcho; el regimiento á que he sido destinado sale de Dinamarca... He dirigido al barón de Geler una esquela que exigía una contestación pronta, y como tardaba, he venido á buscarla en persona.

CAR. ¡Dios mío!... ¡un desafío!... estoy segura... ¡deliráis, Eduardo! ¡os vais á perder!

ED. ¿Qué importa, si consigo impedir vuestra boda? No tengo otro medio.

CAR. ¡Eduardo!... si tengo sobre vos alguna influencia, no desoiréis mis ruegos; renunciaréis á ese proyecto; no insultaréis al barón, ni provocaréis un escándalo, terrible para vos... ¡y para mí, caballero!... sí; yo pongo en vuestras manos mi reputación; tengo confianza en vuestro pundonor... Me equivocaré al creer...

ED. ¡Ah! ¿qué me pedís? exigís que os lo sa-

crifique todo... hasta mi venganza... y habéis de ser de otro, del mismo á quien queréis que perdone...

CAR. No; ¡os lo juro!

ED. ¿Qué decís?

CAR. Que si cedéis á mis súplicas, rehusaré esa boda; permaneceré libre; quiero serlo... sí, os lo juro aquí... no seré vuestra ni de Geler.

ED. ¡Carolina!

CAR. Ahora conocéis cuanto pasa en mi corazón; ya no nos volveremos á ver; viviremos para siempre separados; pero al menos sabréis que no sois vos el único que padece, y que ya que no puedo ser vuestra, no seré de nadie.

ED. (*Con alegría.*) ¡Ah! apenas puedo creerlo todavía.

CAR. Ahora partid... demasiado tiempo habéis estado ya aquí: no expongáis los únicos bienes que me quedan, mi honor, mi reputación; no tengo otros; y si hubiese de perderlos ó de verlos comprometidos... antes quisiera morir.

ED. Y yo primero perder cien vidas que exponeros á la más leve sospecha; nada temáis, me alejo. (*Abre la puerta por donde ha entrado.*) ¡Cielos! hay soldados al pie de la escalera.

CAR. ¡Soldados!

ED. (*Señalando la puerta del foro.*) Por aquí á lo menos...

CAR. (*Deteniéndole.*) No... ¿no oís ruido? (*Escuchando.*) Suben... es la voz de mi padre... varias personas le acompañan... vienen todos... ¡Ah! si os encuentran aquí solo conmigo, ¡soy perdida!

ED. ¡Perdida! ¡oh! ¡no! yo os respondo con mi vida. (*Señalando á la puerta de la izquierda.*) Allí. (*Se precipita dentro.*)

CAR. ¡Cielos! ¡mi cuarto! (*La puerta se cierra; Carolina oye subir por la puerta del foro, se abalanza á la mesa de la izquierda, coge un libro y se sienta.*)

ESCENA X

CAROLINA, GELER, FALKLEND; KOLLER, algo en el fondo, con algunos soldados; RANTZAU, varios señores y damas, soldados que permanecen en el fondo por la parte de afuera.

FAL. Esta es la única parte de la casa que no se ha registrado.

CAR. ¡Dios mío! ¿qué hay?

GEL. Un complot fraguado contra nosotros.

FAL. Y que yo hubiera querido ocultarte; un hombre se ha introducido en la casa.

GEL. Las guardias emboscadas en el primer patio dicen haber visto deslizarse tres.

RANT. ¡Otros dicen siete!... de suerte que pudiera muy bien no haber ninguno.

FAL. Por lo menos había uno, y estaba armado; dígalo la pistola que ha dejado caer en el segundo patio al huir; por otra parte, si ha buscado asilo en este lado de la casa, como yo creo, no ha podido penetrar en él sino por esa escalera, y es raro que no lo hayas visto.

CAR. (*Con agitación.*) No, ciertamente: nada.

FAL. O á lo menos que no hayas oído...

CAR. (*Con la mayor turbación.*) Hace un momento efectivamente, estaba yo leyendo, y... se me figuró que había oído á alguien cruzar por esta pieza; como quien va hacia el salón, y allí será sin duda donde...

GEL. Imposible; nosotros venimos de allí, y, si no hubiese soldados al pie de esa escalera, creería yo que está todavía...

FAL. A ver, Koller. (*Haciendo seña á dos soldados, que abren la puerta de la derecha y desaparecen con Koller.*)

RANT. (Algún torpe, alguno que no habrá recibido la contraorden, y que habrá acudido sólo á la cita.)

KOLL. (*Entrando.*) ¡Nadie!

RANT. (¡Tanto mejor!)

KOLL. No entiendo por qué rara casualidad han cambiado de plan.

RANT. (*Sonriéndose.*) (¡La casualidad! ¡todos los necios creen en ella!)

FAL. (*A él y á algunos soldados, señalando el cuarto de la izquierda.*) No queda más que este cuarto.

CAR. ¿El mío, señor?

FAL. No importa, no importa: entrad. (*Geler, Koller y algunos soldados se presentan en la puerta del cuarto, que se abre de repente, y aparece Eduardo.*)

ESCENA XI

CAROLINA, EDUARDO, GELER, KOLLER, FALKLEND, RANTZAU

TODOS. (*Viendo á Eduardo.*) ¡Cielos!

CAR. ¡Yo muero!

ED. Aquí estoy; yo soy el que buscáis.

FAL. (*Irritado.*) ¡Eduardo Burkenstaf en e cuarto de mi hija!

GEL. También conjurado.

ED. (*Mirando á Carolina, que está próxima á desmayarse.*) ¡Sí, también conjurado! (*Con energía, avanzando hacia el medio de la escena.*) Sí, ¡conspiraba!

TODOS. ¡Es posible!

KOLL. Y yo no lo sabía...

RANT. También él...

KOLL. (Debe saberlo todo; si habla me compromete.) (*Entretanto Falklend ha hecho seña á Geler que se siente á la mesa de la izquierda y escriba. Se vuelve hacia Eduardo.*)

FAL. ¿Dónde están vuestros cómplices? ¿quiénes son?

ED. No los tengo.

KOLL. (*Bajo á Eduardo.*) ¡Bravo! (*Se aleja rápidamente; Eduardo le mira con asombro y se acerca á Rantzau.*)

RANT. (*Haciendo un gesto de aprobación á Eduardo.*) (No es un vil este.)

FAL. (*A Geler.*) ¿Lo habéis escrito? (*Volviéndose á Eduardo.*) Sin cómplices ¿eh?... es imposible; los alborotos de que vuestro padre ha sido hoy causa ó pretexto, las armas que traéis, prueban un proyecto de que ya teníamos conocimiento; queríais atentar á la libertad de los ministros, á su vida tal vez, y semejante proyecto vos solo no podíais llevarle á cabo.

ED. Nada tengo que responder, ¡y de mí no sabréis nunca otra cosa sino que conspiraba contra vos! quería quebrantar el yugo vergonzoso que oprime al rey y á Dinamarca; sí, existen entre vosotros gentes indignas del poder, y cobardes, á quienes he desafiado en balde...

GEL. Sobre eso daré explicaciones al consejo.

FAL. ¡Silencio, Geler. Puesto que el señor Burkenstaf confiesa que estaba metido en una conspiración...

ED. (*Con energía.*) ¡Sí!

CAR. (*A Falklend.*) Os engaña; es falso.

ED. Señorita, perdonad; debo de decir lo que digo; tengo á mucha honra el poderlo confesar en alta voz (*Con intención y mirándola*), y dar así al partido á quien sirvo esta última prueba de adhesión.

KOLL. (*Bajo á Rantzau.*) Es hombre perdido, y su partido también.

RANT. (*Solo á la derecha del espectador.*) (Todavía no; esta es ocasión de soltar á Burkenstaf; ahora que se trata de su hijo, fuerza será que se presente de nuevo; y esta vez veremos.) (*Se vuelve hacia Falklend y Geler, que se han acercado á él.*)

FAL. (*Dando á Rantzau el papel que le ha entregado Geler, y dirigiéndose á Eduardo.*) ¿Es esta vuestra última declaración?

ED. Sí, he conspirado; sí, estoy pronto á firmarlo con mi sangre: no sabréis una palabra más. (*Geler, Falklend y Rantzau parecen deliberar. Entretanto Carolina dice á Eduardo en voz baja:*)

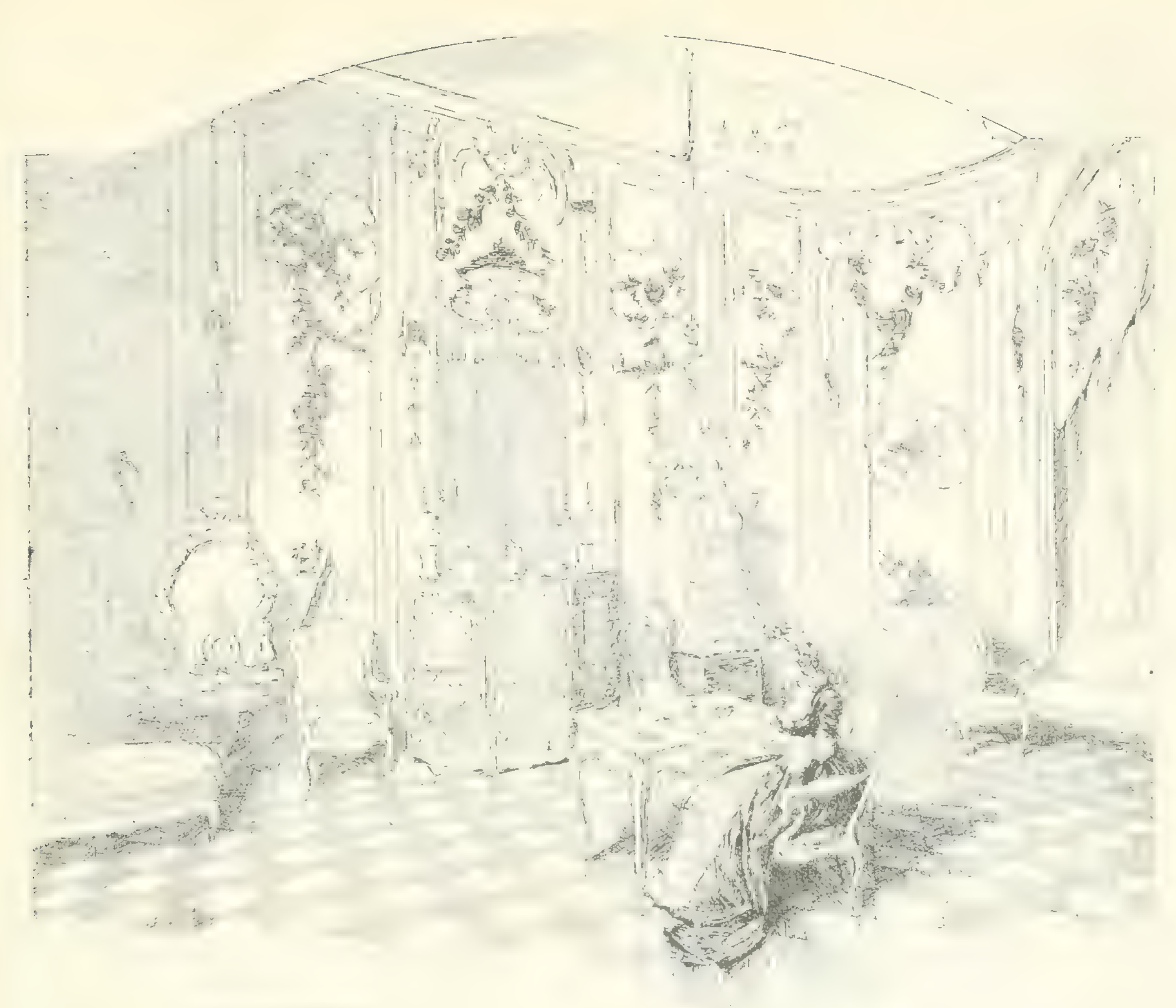
CAR. ¡Os perdéis! Os cuesta la vida.

ED. (*Id.*) ¿Qué importa? no quedaréis comprometida; os lo había jurado.

FAL. (*Dejando de hablar con sus colegas, y dirigiéndose á Koller y á los soldados que están detrás de él, les dice señalando á Eduardo:*) Prendedle.

ED. Vamos.

RANT. (¡Pobre mozo!) (*Tomando un polvo.*) (¡Esto va bien!) (*Los soldados se llevan á Eduardo por el foro. Cae el telón.*)



ACTO CUARTO

Habitación de la reina madre en el palacio de Christianborg. — Dos puertas laterales. Puerta secreta á la izquierda. — A la derecha un velador cubierto con un rico tapete.

ESCENA PRIMERA

LA REINA, á la derecha, sentada junto al velador

¡Nadie! ¡nadie todavía! mi inquietud se aumenta por momentos; no entiendo este billete anónimo. (*Leyendo.*) «A pesar de la contraorden que habéis dado, uno de los conjurados fué preso ayer noche en el palacio de Falklend. Es el joven Eduardo Burkenstaf. ¡Haced por ver á su padre y ponedle en movimiento! no hay tiempo que perder.» ¡Eduardo Burkenstaf preso como conspirador! ¡Con que era de los nuestros! ¿Entonces por qué Koller no me ha prevenido? No le he visto desde ayer; no sé qué es de él. Con tal que no esté también comprometido; es el único amigo con quien puedo contar; acabo de ver al rey; le he hablado; tenía confianza con él, pero su cabeza está más débil que nunca; es todo lo más si me ha conocido y me ha comprendido... y si ese joven, intimidado por las amenazas, nombra á los jefes de la conspiración, si me vende... mas no; es pundonoroso; tiene valor. Pero y su padre... su padre, que no viene, y que es mi única esperanza. Le he enviado á decir que me traiga las telas que le he encargado, y ha debido comprenderme; ¡en el día nuestra suerte y nuestros intereses son los mismos! de nuestra armonía depende el éxito.

UN UGIER DE LA CÁMARA. (*Entrando.*) El señor Berton Burkenstaf quiere presentar unas telas á Vuestra Majestad.

REINA. (*Con viveza.*) Que entre; que entre.

ESCENA II

LA REINA, BERTON; MARTA, con telas debajo del brazo; EL UGIER, que permanece en el fondo

BERT. Ya vez, mujer; no nos han hecho hacer antesala un solo instante.

REINA. Venid; os esperaba.

BERT. ¡Vuestra Majestad es demasiado amable! Me habéis hecho llamar á mí; pero yo me he tomado la libertad de traer á mi mujer para que vea el palacio, y sobre todo el favor con que me honra Vuestra Majestad.

REINA. Poco importa si es de fiar. (*Al ugier.*) Dejadnos. (*Vase.*)

MAR. Aquí tiene Vuestra Majestad...

REINA. No se trata de eso. ¿Sabéis lo que pasa?

BERT. No, señora; no he salido de mi casa. Por una casualidad que no hemos podido comprender estaba encerrado.

MAR. Y lo estaría todavía, á no ser por un aviso secreto que he recibido.

REINA. (*Con viveza.*) No importa. Os he llamado, Burkenstaf, porque necesito vuestros consejos y vuestro auxilio.

BERT. ¡Es posible! (*A Marta.*) Ya lo oyes.

REINA. Esta es la ocasión de emplear vuestro influjo, de presentaros por fin.

BERT. Vuestra Majestad cree...

MAR. Yo creo que es la ocasión de estarse quieto. Perdone Vuestra Majestad, pero demasiado ha dado ya que decir.

BERT. ¿Callarás? (*La reina le hace señas que se modere, y va á mirar por el foro si los escuchan. Entretanto Berton prosigue á media voz, dirigiéndose á su mujer:*) ¡Eso es perjudicar mis ascensos, cortarme la suerte!

MAR. (*A media voz á su marido.*) ¡Linda suerte! ¡rotos nuestros muebles, nuestros géneros saqueados, seis horas de cárcel en un sótano!!

BERT. (*Fuera de sí.*) ¡Marta! Pido mil perdones á Vuestra Majestad.—(Si yo hubiera sabido esto, me hubiera guardado muy bien de traerla. (*Alto.*) ¿Qué exigís de mí?

REINA. Que unáis vuestros esfuerzos á los míos para salvar nuestro país oprimido, y devolverle la libertad.

BERT. Señora, todo el mundo me conoce; no hay cosa que yo no haga por la patria y por la libertad.

MAR. Y por ser nombrado burgomaestre; porque esto es lo que deseas ahora.

BERT. Lo que deseo es que calles, ó sino...

REINA. Silencio.

BERT. (*A media voz.*) Hablad, señora; hablad.

REINA. Koller, uno de los nuestros, os había instruído ya de nuestros proyectos de ayer.

BERT. No, señora.

REINA. ¿Es posible? eso me asombra...

BERT. (*Con impaciencia.*) Y á mí... porque al fin, si el señor Koller es uno de los nuestros, me parece que yo era el primero con quien se debía contar.

REINA. Sobre todo después de la prisión de vuestro hijo.

MAR. (*Dando un grito.*) ¿Preso, decís? ¡mi hijo preso!

BERT. ¡Se han atrevido á prender á mi hijo!

REINA. ¿Qué? ¿no lo sabéis?... está acusado de conspiración. Su vida está en peligro; por eso os he llamado.

MAR. (*Corriendo hacia ella.*) ¡Ah! eso es distinto; si yo hubiera sabido... Perdonadme, señora.... perdonadme... (*Llorando*) mi hijo... ¡hijo mío! (*A Berton con calor.*) La reina dice bien, es preciso salvarle.

BERT. Sí; es preciso sublevar el barrio; alborotar toda la ciudad.

MAR. ¿Y te estás ahí? ¿no estás ya en medio de nuestros amigos, de nuestros vecinos, de nuestros dependientes para provocarlos como ayer á la rebelión?

REINA. Eso es todo lo que os pido.

BERT. Entiendo, entiendo; pero es preciso deliberar...

MAR. Es preciso tomar las armas y correr á palacio... que me vuelvan mi hijo (*Siguiendo a su marido, que retrocede algunos pasos hacia la derecha.*) No eres hombre si sufres este ultraje, si tú y los habitantes de esta ciudad toleráis que arrebaten un hijo á su madre, que le sepulten sin razón en un calabozo, que derriben su cabeza; es interés de todos... es la causa del país y de su libertad.

BERT. ¡Hola! ¡la libertad!... tú también...

MAR. (*Fuera de sí.*) Sí, la libertad de mi hijo; poco me importa lo demás; yo no veo más que esa, pero esa la lograremos.

REINA. En vuestras manos la tenéis; yo os ayudaré con todo mi poder y todos los adictos á mi causa; pero moveos, moveos por vuestra parte para derribar á Estruansé.

MAR. Sí, señora, y para salvar á mi hijo: contad con nuestra adhesión.

REINA. Tenedme al corriente de cuanto hagáis, y de los progresos de la sedición. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) Por una escalera secreta que da á los jardines podéis estar en comunicación conmigo y recibir mis órdenes... alguien viene; partid.

BERT. Bien está; bien... pero si además me dijeseis lo que es preciso...

MAR. (*Arrastrándole*) ¡Es preciso seguirme... mi hijo nos espera... ven, ven pronto. (*A la reina.*) Pierda cuidado Vuestra Majestad; yo os respondo de él y de la rebelión. (*Sale llevándose á su marido por la puerta de la izquierda; al mismo tiempo aparece en el foro el ujier.*)

REINA. ¿Qué hay? ¿qué queréis?

UGIER. Dos ministros vienen en nombre del consejo á hacer á Vuestra Majestad una comunicación importante.

REINA. ¡Cielos! ¿qué será.?. (*Alto.*) Que entren. (*Se sienta.*)

ESCENA III

EL CONDE DE RANTZAU, FALKLEND, LA REINA

FAL. Señora, de ayer acá la tranquilidad de Copenhague se ha visto seriamente comprometida: varias veces se han manifestado grupos y se han proferido gritos sediciosos en distintos puntos; y ayer, por último, se ha tratado de llevar á cabo en mi misma casa un complot, cuyos jefes se ignoran, pero acerca de los cuales tenemos sospechas...

REINA. Creo, en efecto, señor conde, que os sea más fácil tener sospechas que pruebas.

RANT. (*Con intención y mirando á la reina.*) Verdad es que Eduardo Burkenstaf se obstina en callar... pero...

FAL. Obstinación ó generosidad que le costará la vida. Entretanto, para ahogar en su origen esas sediciones, cuyos corifeos no quedarán impunes mucho tiempo, venimos en nombre del gobierno á intimaros la orden de no salir de este palacio.

REINA. ¿A mí? ¿y con qué derecho?

FAL. Con un derecho que no teníamos ayer, y que hoy nos abrogamos. Una conspiración descubierta da fuerza á un gobierno. Estruansé, que vacilaba todavía, se ha decidido por fin á adoptar las medidas enérgicas propuestas por mí: el que da pronto, da dos veces. Y por consiguiente, no se juzgarán ya los delitos de Estado por los tribunales ordinarios, sino por el consejo de regencia, único tribunal competente: allí se está decidiendo ahora la suerte de Eduardo Burkenstaf, entretanto que hacemos comparecer reos de más alta categoría.

REINA. ¡Señor conde!

ESCENA IV

RANTZAU; GELER, FALKLEND, LA REINA. (Geler entra por el fondo con varios papeles en la mano, saluda á la reina, y se dirige á Falklend sin ver á Rantzau, que está detrás de él.)

GEL. Aquí está el decreto del consejo que acabo de expedir en calidad de secretario, y al cual sólo faltan dos firmas.

FAL. Bien.

GEL. (*Con aturdimiento y enseñando otros papeles.*) Aquí está también, según me habéis encargado, el proyecto de decreto para la exoneración de...

FAL. (*En voz baja señalando á Rantzau.*) ¡Silencio!

GEL. ¡Es verdad; no le había visto! (*Mirando á Rantzau, cuya fisonomía ha permanecido impasible.*) ¡No lo ha oído; ni se le pasa por la imaginación!

FAL. (*Recogiendo los papeles.*) La sentencia de Eduardo Burkenstaf. (*Leyendo.*!) Condenado!

REINA. ¡Condenado!

FAL. Sí, señora, é igual suerte espera en lo sucesivo á cualquiera que se atreva á imitarle.

GEL. He encontrado también una diputación de magistrados y consejeros del tribunal supremo: quejosos de que el consejo de regencia entienda en la causa de Eduardo Burkenstaf, en perjuicio, según dicen, de sus atribuciones, venían á representar al rey, y cuentan para este paso con Vuestra Majestad.

FAL. Ya lo veis, señora; todos los descontentos hacen causa común con vos.

REINA. Y, gracias á vuestro cuidado, mi corte se aumenta diariamente.

FAL. (*A la reina.*) No quiero negar á Vuestra Majestad el placer de esta entrevista. (*A Geler.*) Decid que entren; les daremos audiencia en vuestra presencia.

ESCENA V

RANTZAU, EL PRESIDENTE, CUATRO CONSEJEROS; GELER, FALKLEND, cerca de la reina.

FAL. Señores, sé el motivo que os trae, pero nos hemos visto precisados á alterar el curso natural de la justicia, bien á nuestro pesar, para evitar, por medio de un castigo rápido, escenas semejantes á las pasadas.

PRES. (*Con voz firme.*) Perdonad, señor; cuando el Estado está en peligro, cuando el orden

público está amenazado, debe pedir á la justicia y á las leyes un apoyo contra la rebelión y no apoyarse en la rebelión para derribar la justicia.

FAL. (*Con altanería.*) Cualquiera que sea vuestra opinión en el particular, debo recordaros, señores, que estamos en un país donde nadie puede usar semejante lenguaje con el gobierno; os aconsejo que empleéis vuestro ascendiente sobre el pueblo en exhortarle á la sumisión; de otra suerte, que no culpe á nadie de las desgracias que pudieren sobrevenir. Esta noche han entrado tropas en la capital; la guardia del palacio está confiada al coronel Koller, quien tiene orden de repeler la fuerza con la fuerza; y, para probar á todos que nada puede intimidarnos, Eduardo Burkenstaf, hijo de ese comerciante rebelde á quien habíamos perdonado, Eduardo Burkenstaf, convencido por su propia confesión de conspirador contra el consejo de regencia, acaba de ser condenado á muerte, y su sentencia es lo que firmo. (*A Rantzau.*) Conde de Rantzau, sólo falta vuestra firma.

RANT. (*Fríamente.*) No la daré.

TODOS. ¿Cómo?

FAL. ¿Por qué?

RANT. Porque la sentencia me parece injusta, así como la determinación de quitarle al tribunal supremo las atribuciones que de derecho le corresponden.

FAL. ¡Señor conde!

RANT. Esa es al menos mi opinión; desapruebo todas esas medidas; están en contradicción con mi conciencia; no firmaré.

FAL. Pero eso debiérais haberlo dicho en el consejo.

RANT. En todas partes se debe protestar contra la injusticia.

GEL. En esos casos, señor conde, da uno su dimisión.

RANT. Ayer me era imposible; estabais en peligro; hoy sois poderosos, nada se os opone, puedo retirarme sin bajeza; y en cuanto á esa dimisión que el caballero Geler parece desear con tanta impaciencia...

FAL. Daré cuenta á la regencia, que la admitirá.

GEL. La aceptaremos.

FAL. Señores, me parece que habréis entendido... podéis retiraros.

PRES. (*A Rantzau.*) No esperábamos menos de vos, señor conde; os damos las gracias en nombre de la patria. (*Vase con los consejeros.*)

FAL. Voy á dar cuenta á Estruansé de una conducta tan inesperada.

RANT. Pero tan de vuestro gusto.

FAL. (*Saliendo.*) ¿Venís conmigo, Geler?

GEL. Ahora mismo. (*Acercándose á Rantzau con aire bufón.*) Quisiera antes...

RANT. ¿Darme las gracias?... No hay de qué... ¡ya sois ministro!

GEL. De todos modos lo hubiera sido. (*Enseñándole los papeles que conserva en la mano.*) Había tomado mis medidas. (*Estregándose las manos.*) ¿No os dije que os derribaría?

RANT. (*Sonriéndose.*) Cierto. Señor barón, no quiero entreteneros; ¡daos prisa, ministro de un día!

GEL. (*Sonriéndose.*) ¿Ministro de un día?

RANT. ¿Quién sabe?... puede ser que dure menos todavía. Por lo mismo sentiría mucho robaros un solo instante de poder. Los minutos son preciosos.

GEL. ¡Sea! (¡Magnífico! ya están todos aterrados y confundidos.) (*Saluda á la reina y vase.*)

ESCENA VI

LA REINA, asombrada; RANTZAU

RANT. (¡Ah! ¡Ah! Mis amados colegas estaban decididos á destituirme; los he ganado por la mano, y ahora veremos.)

REINA. No vuelvo en mí de mi asombro. ¡Vos, Rantzau, dar vuestra dimisión!

RANT. ¿Por qué no? Hay momentos en que un hombre de honor debe dar la cara.

REINA. Pero os perdéis.

RANT. No, señora; es gran cosa una dimisión oportuna. (Es un anzuelo.) (*Alto.*) Por otra parte, si he de confesaros mi debilidad, yo, hombre de estado, que me creía al abrigo de toda sensación, me siento inclinado á ese pobre Eduardo; me ha indignado la conducta que con él han observado... y, sobre todo, sus procederes para con Vuestra Majestad han acabado de decidirme.

REINA. ¡Atreverse á arrestarme en palacio!

RANT. Si no fuese más que eso...

REINA. ¿Cómo? ¿tienen otros proyectos? ¿los sabéis?

RANT. Sí, señora; y, ahora que ya no soy miembro del consejo, mi amistad puede revelároslos. Eduardo no es el único preso. Otros

dos agentes subalternos... Hermán y Gustavo...

REINA. ¡Dios mío!... han descubierto... ¡ese pobre Koller estará comprometido!

RANT. No, señora; ese pobre Koller es el primero que os ha abandonado, que os ha vendido.

REINA. ¡No es posible!

RANT. La prueba... es que tiene ahora más favor que nunca... que le han confiado la guardia de palacio; y cuando yo os decía ayer: «No os fiéis de él, que os venderá...»

REINA. ¿De quién podrá uno fiarse, Dios mío?

RANT. ¡De nadie!... algún día adquiriréis esa triste experiencia. Con pretexto de la causa que ahora fingirán formaros para cubrir las apariencias, están resueltos á encerraros en un castillo para toda vuestra vida. Esta noche misma deben llevaros, y el encargado de ejecutar esa orden... ¿qué digo? el que lo ha solicitado... es Koller.

REINA. ¡Qué horror!

RANT. Debe venir aquí al anochecer.

REINA. ¡Koller!... semejante ingratitud... ¿y sabéis que tengo medios de perderle, que tengo cartas suyas?

RANT. (*Sonriéndose.*) ¿Sí, eh? ahora comprendo por qué tenía tanto interés en encargarse de vuestro arresto; quería sorprender vuestros papeles, y no remitir al consejo sino los que le pareciesen convenientes.

REINA. (*Que ha abierto un mueble y cogido unas cartas que presenta á Rantzau.*) Tomad... tomad... si sucumbo, tenga al menos el consuelo de derribar su cabeza.

RANT. (*Cogiendo con viveza las cartas y metiéndolas en la faltriquera.*) ¿Y qué haríais, señora, con la cabeza de Koller? Aquí no se trata de vengarse, sino de triunfar.

REINA. ¿Triunfar? y ¿cómo? Todos mis amigos me abandonan, excepto uno solo, una mano desconocida, tal vez la vuestra, que me ha aconsejado que me entienda con Berton Burkenstaf.

RANT. ¡Yo, señora!

REINA. (*Con viveza.*) En fin, ¿creéis que logre sublevar al pueblo?

RANT. El solo, no, señora.

REINA. Pues ayer bien lo consiguió.

RANT. Por eso mismo no lo podrá hacer hoy; la autoridad está prevenida; está en guardia; ha tomado sus medidas; por otra parte, ese Berton es incapaz de obrar por sí solo; es un instrumento, una máquina, una palanca; dirigida por un brazo hábil y poderoso puede haceros grandes servicios, pero siempre que él mismo ignore para quién y cómo... si raciocina, si se mete á comprender, ya no sirve para nada.

REINA. ¿Qué puedo hacer entonces?... Rodeada de enemigos y de lazos, sin auxilios, sin apoyo, amenazada mi libertad y acaso mi vida, es fuerza resignarme con mi suerte y saber morir. La condesa triunfa... y mi causa es una causa perdida.

RANT. (*Fríamente.*) Os equivocáis; nunca ha estado más ganada.

REINA. ¿Qué decís?

RANT. Ayer nada se podía hacer, porque no teníais de vuestra parte más que un puñado de intrigantes, y conspirábais sin objeto y á la buena ventura. Hoy tenéis en vuestro favor la opinión pública, los magistrados, todo el país, á quien se insulta, se ultraja y se pretende tiranizar, quitándole sus derechos. Vos le defendéis, y él defiende los vuestros. Nuestro rey Cristiano se ve despojado de su autoridad; vos y Eduardo Burkenstaf estáis condenados contra toda ley; el pueblo se pronuncia siempre por los oprimidos: vos lo sois en este momento... á Dios gracias; es una ventaja de que es preciso aprovecharse.

REINA. ¿Pero de qué manera? el pueblo no puede ayudarme.

RANT. No hagáis cuentas con él; pero vivid segura en todo evento de tenerle por aliado.

REINA. Y si mañana Estruansé me ha de prender, ¿cómo impedírselo?

RANT. (*Sonriéndose.*) Prendiéndole á él esta noche.

REINA. (*Asombrada.*) ¡Os atreviérais!

RANT. (*Fríamente.*) No se trata aquí de mí, sino de Vuestra Majestad.

REINA. ¿Qué queréis decir?

RANT. En primer lugar, ¿estáis bien persuadida, como lo estoy yo, de que en las circunstancias presentes no os queda más esperanza, ni otra alternativa, que la regencia ó una prisión perpetua?

REINA. Lo creo firmemente.

RANT. Con semejante certeza todo se puede intentar; lo que en otro caso sería temeridad viene á ser en éste prudencia. (*Con calma y señalando la puerta de la izquierda.*) ¿Esta puerta no da al cuarto del rey?

REINA. Sí; acabo de verle: está solo, abando.

nado de todos: en el estado casi de la infancia.

RANT. Entonces, y puesto que podéis todavía entenderos con él, fácil os sería obtener...

REINA. ¿Quién lo duda?... ¿pero para qué? ¿de qué servirá la orden de un rey sin poder?

RANT. (*A media voz, pero con energía.*) Consigámosla, y después se verá.

REINA. ¿Y vos después os moveréis?

RANT. Yo no.

REINA. ¿Quién, pues?

RANT. (*Deteniéndose.*) Llaman.

REINA. (*A media voz.*) ¿Quién?

BERT. (*De fuera.*) Yo, Berton de Burkenstaf.

RANT. (*A media voz.*) Perfectamente: ese es el hombre que necesitáis para ejecutar vuestras órdenes, él y Koller.

REINA. ¿Koller?

RANT. No es necesario que me vea; hacedle esperar aquí un momento, y venid á buscarme.

REINA. ¿Adónde?

RANT. (*A media voz.*) ¡Allí!

REINA. ¡A la antecámara del rey! (*Rantzau sale.*)



ESCENA VII

BERTON, LA REINA

BERT. (*Entrando misteriosamente.*) Soy yo, señora, que no tengo nada que participar á Vuestra Majestad, y que vengo por lo mismo á consultar...

REINA. (*Con viveza.*) ¡Bien! ¡Bien! El cielo os envía. Esperad aquí y no salgáis: esperad las órdenes que voy á daros, y que deberéis ejecutar inmediatamente.

BERT. (*Inclinándose.*) Sí, señora. (*La reina se entra por la izquierda.*)

ESCENA VIII

BERTON

No vendrá mal esto: sabré al menos lo que debo hacer; porque todo pesa sobre mí, y no sé á qué atenerme. «Nuestro amo, ¿dónde hemos de ir?... nuestro amo, ¿qué hemos de decir? nuestro amo, ¿qué hemos de hacer?... — ¡Qué diablos sé yo! les respondo siempre... esperad... no se pierde nada en esperar... pueden ocurrir ideas... al paso que si uno se precipita...»

ESCENA IX

JUAN, BERTON, MARTA

BERT. (*A Juan y Marta que entran por la puerta de la izquierda.*) ¿Qué hay?

JUAN. (*Tristemente.*) Esto va mal, ¡todo está tranquilo!

MAR. Las calles están desiertas, las tiendas cerradas: por más que los artesanos que hemos puesto en movimiento han gritado *¡viva Burkenstaf!* ¡nadie ha respondido!

BERT. ¡Nadie! ¡esto es inconcebible! ¡vea usted! ¡unas gentes que me adoraban ayer... que me llevaban en triunfo, y hoy permanecen en sus casas!

JUAN. ¿Y cómo diablos han de salir? Hay soldados y patrullas en todas las calles.

BERT. ¿De veras?

JUAN. Las puertas de nuestros talleres están custodiadas por piquetes de caballería.

BERT. ¡Dios mío!

MAR. Y los primeros artesanos que han tratado de levantar la cabeza han sido presos al momento.

BERT. (*Espantado.*) Eso es otra cosa... Oídme, yo no sabía nada de eso. Yo le diré á la reina madre: «Señora, lo siento mucho, pero nadie está obligado á hacer imposibles, y me parece que lo mejor que podemos hacer es volvernos á nuestras casas.»

MAR. Ni aun eso podemos ya; nuestra casa está allanada; varios piquetes se han acuartelado en ella: todo lo han saqueado, y, si en este momento te presentases, hay orden de prenderte, y acaso...

BERT. Pero eso es espantoso, es una arbitrariedad... una... ¿Y dónde nos esconderemos ahora?

MAR. ¿Escondernos? ¿Cuando mi hijo está en peligro, cuando dicen que acaban de condenarle?

BERT. ¿Es posible?

MAR. Tú lo has querido; tú nos has metido en esto; á tí te toca ver cómo nos sacas; es preciso moverse, hacer algo.

BERT. Eso quisiera yo... ¿pero cómo?

JUAN. Los trabajadores del puerto, los marineros noruegos están libres; esos no temen á nadie; y en dándoles oro...

MAR. Dices bien, oro, oro, todo el que tenemos; tenemos oro todavía; lo hemos podido salvar. Cuanto tenemos.

BERT. Pero advierte...

MAR. ¿Dudas todavía?

BERT. No; no dudo precisamente; no digo que no... pero no digo tampoco que sí.

JUAN. ¿Pues entonces qué decís, nuestro amo?

BERT. Digo que es preciso esperar.

MAR. ¡Esperar! ¿Y quién os impide tomar un partido?

JUAN. Sois el jefe del pueblo.

BERT. (*Encolerizado.*) ¡Pues ya se ve! ¡voto va! ¿soy el jefe del pueblo? y nadie me dice una palabra; no se me comunica una orden... ¡esto es inconcebible!

ESCENA X

Dichos, el UJIER

UJIER. (*Dando un pliego á Burkenstaf.*) Al señor Berton Burkenstaf, de parte de la reina.

BERT. ¡De la reina! ¡ah, qué fortuna! (*Al ujier, que se va.*) Gracias, amigo, he aquí lo que esperaba para poner esto en movimiento.

MAR. y JUAN. ¿Qué es?

BERT. ¡Silencio! no os lo decía; pero estaba así concertado con la reina; teníamos acá nuestro plan.

MAR. Eso es otra cosa.

BERT. Veamos: en primer lugar... (*Leyendo aparte.*) («Mi querido Berton.» ¡Bravo! «Os confío, como á jefe del pueblo, esta orden del rey... » ¡Del rey! ¿es posible? «Vos mismo os encargaréis de que quede entregada.» ¡Por supuesto! ¡Vaya! «Hecho lo cual, y sin entrar en ningún detalle ni declaración, os retiraréis, saldréis del palacio, y os mantendréis oculto.» Se hará todo exactamente. «Y mañana al amanecer, si veis ondear el pabellón real sobre las torres de Cristiamborg, recorred la ciudad acompañado de los amigos de que podáis disponer, gritando: ¡Viva el rey!» Ya está todo dicho. «Romped en el acto este billete.» (*Rompiéndole.*) (Ya está hecho.)

MAR. y JUAN. ¿Y bien? ¿qué hay?

BERT. ¡Silencio, mujer, silencio! los secretos de estado no os importan; básteos saber por ahora que sé lo que tengo que hacer. A ver... veamos... (*Cogiendo el pliego cerrado.*) «A Berton Burkenstaf, para entregar al general Koller.»

MAR. ¡Koller!

BERT. ¿Quién diablos es éste? ¡Ay! ya sé... uno de los nuestros, de quien nos hablaba la reina esta mañana... ¿no te acuerdas?

MAR. Es verdad.

BERT. Pronto lo recibirá. Por lo que á nosotros toca, debemos salir de aquí con el mayor secreto, y mantenernos escondidos toda la noche.

MAR. ¿Qué dices?

BERT. Silencio he dicho; es nuestro plan. (*A Juan.*) Tú, esta noche, reunirás á los marineros noruegos de que nos hablabas; les darás oro, mucho oro; luego me lo pagarán en honores y dignidades... al amanecer vendréis todos á reuniros conmigo, y entonces...

MAR. ¿Se salvará de esa manera á nuestro hijo?

BERT. ¡Brava pregunta!... Sí, mujer, sí; de esa manera se salvará, y yo seré consejero, tendré un gran destino... gordo, gordo... y Juan también... otro más pequeño.

JUAN. ¿Cuál? ¿á ver?

BERT. Por el pronto yo te prometo algo... ¡Pero estamos perdiendo un tiempo precioso, y tengo tantas cosas en la cabeza! Cuando uno tiene que hacerlo todo... no sabe uno por dónde empezar. ¡Ah! lo primero es esta carta para el señor Koller. Venid conmigo; seguidme.

ESCENA XI

JUAN, MARTA, BERTON, KOLLER

KOLL. (*Viendo á Berton.*) ¿Qué veo? ¿qué hacéis aquí? ¿quién sois?

BERT. ¿Qué os importa? Estoy en la cámara de la reina, y estoy en ella de orden suya. ¿Y vos quién sois para interrogarme?

KOLL. El coronel Koller.

BERT. ¡Koller!... ¡Qué fortuna! Y yo soy Berton Burkenstaf, jefe del pueblo.

KOLL. ¿Y os atrevéis á poner los pies en este palacio después de dada la orden de vuestra prisión?

MAR. ¡Cielos!

BERT. Mujer, no tengas cuidado. (*A Koller á media voz.*) Sé que con vos estoy seguro; somos de la misma camada... nos entendemos... sois de los nuestros.

KOLL. (*Con desprecio.*) ¡Yo!

BERT. (*A media voz.*) He aquí la prueba: un pliego que tengo encargo de entregaros de parte del rey.

KOLL. ¡Del rey! ¿Es posible?... ¿qué significa esto? (*Recorre la carta.*) ¡Cielos! ¡esta orden!

BERT. (*A su mujer.*) ¿Qué tal? ¿Le ha hecho efecto?

KOLL. ¡Cristiano! es de su puño... indudablemente... su firma... ¿Podréis explicarme, caballero, por qué casualidad...?

BERT. (*Gravemente.*) No entraré en ningún detalle ni aclaración: es la orden del rey; ya sabéis lo que tenéis que hacer, y yo también; me voy.

MAR. (*Deteniéndole.*) Berton, pero... ¿qué dice ese papel?

BERT. No te importa: no puedes saberlo. (*A su mujer y á Juan.*) Vamos.

JUAN. Tendré un destino..! ¡oh! ¡y bueno! de lo contrario... os sigo, nuestro amo. (*Vanse por la izquierda, escalera secreta.*)

ESCENA XII

RANTZAU, que entra por la izquierda; KOLLER, en pie, pensativo, con la carta en la mano.

KOLL. ¡Dios mío! ¡El conde Rantzau!

RANT. Parece que el señor coronel está muy meditabundo.

KOLL. (*Llegando á él.*) Vuestra presencia, señor conde, me colma ahora más que nunca de placer, y podéis asegurar al consejo de regencia...

RANT. No soy del consejo ya; he dado mi dimisión.

KOLL. (*Asombrado.*) (Su dimisión!... ¡es decir, que el otro partido va de capa caída!) (*Alto.*) Tanto me sorprende eso como la orden que acabo de recibir.

RANT. ¿Una orden? ¿y de quién?

KOLL. (*A media voz.*) Del rey.

RANT. No es posible.

KOLL. Precisamente en el momento en que, cumpliendo con la orden del consejo, venía á prender á la reina madre, el rey, que tanto tiempo há no se metía en asuntos del gobierno ni en negocios de estado, el rey, que había depositado al parecer toda su autoridad en el primer ministro, me manda, á mí, Koller, su fiel vasallo, que prenda esta noche misma á Estruansé y á su mujer.

RANT. (*Fríamente examinando el papel.*) Es la firma de nuestro único y legítimo soberano Cristiano VII, rey de Dinamarca.

KOLL. ¿Y qué os parece?

RANT. Eso iba yo á preguntaros: porque, al fin, la orden no se dirige á mí, sino á vos.

KOLL. (*Inquieto.*) Cierto; pero en la alternativa de haber de obedecer al rey ó al consejo de regencia, ¿qué haríais vos en mi lugar?

RANT. ¿Qué haría yo?... En primer lugar no pediría consejos á nadie.

KOLL. Obraríais; pero, ¿en qué sentido?

RANT. (*Fríamente.*) Eso es cuenta vuestra... Como vuestro interés es el que os guía constantemente, meditadlo, calculadlo todo, y ved cuál de los dos partidos os ofrece más ventajas.

KOLL. ¡Señor conde!

RANT. Creo que eso es lo que me preguntáis, y yo empezaría por aconsejaros que leyeseis con detención el sobre de esa carta; dice, si no me engaño: «Al general Koller.»

KOLL. (¡Al general! Ese título que tantas veces me ha negado.) (*Alto.*) ¡Yo general!

RANT. (*Con dignidad.*) Nada más justo; un rey premia á los que le sirven, así como castiga á los que le desobedecen.

KOLL. (*Lentamente y mirándole.*) Para premiar y castigar es preciso tener poder: ¿lo tiene?

RANT. (*En el mismo tono.*) ¿Quién os ha entregado esa orden?

KOLL. Berton Burkenstaf, que se llama jefe del pueblo.

RANT. Eso podría probar que existe en el pueblo un partido dispuesto á pronunciarse, y con el cual podríais contar.

KOLL. (*Vivamente.*) ¿Vuecencia puede asegurármelo?

RANT. (*Fríamente.*) Nada tengo que deciros; vos no sois amigo mío. Yo no lo soy vuestro; no tengo necesidad de trabajar para vuestro engrandecimiento.

KOLL. Entiendo... (*Después de una pausa y acercándose á Rantzau.*) Como fiel vasallo, quisiera obedecer las órdenes del rey; en primer lugar es mi deber; pero, ¿y los medios de ejecución?...

RANT. (*Lentamente.*) Facilísimos: la guardia del palacio os está confiada; disponéis vos solo de los soldados...

KOLL. (*Vacilando.*) Sí; pero, ¿y si sale mal?

RANT. ¿Y bien? ¿qué puede suceder?

KOLL. Nada; que mañana Estruansé me haga ahorcar ó fusilar.

RANT. (*Volviéndose con firmeza.*) ¿Eso es lo que os detiene?

KOLL. (*Idem.*) Eso.

RANT. (*Idem.*) ¿No tenéis ningún otro reparo?

KOLL. Ninguno.

RANT. En ese caso, tranquilizaos, de todos modos eso no puede dejar de sucederos.

KOLL. ¿Qué queréis decir?

RANT. Que si mañana Estruansé es poderoso todavía, os hará prender y condenar en veinticuatro horas.

KOLL. ¿Con qué pretexto? ¿Por qué delito?

RANT. (*Enseñándole cartas, que vuelve á guardar inmediatamente.*) ¿No bastan estas cartas escritas por vos á la reina madre, estas cartas que encierran la primera idea del complot que debe estallar hoy, y en las cuales verá Estruansé que ayer mismo en el acto de servirle le vendíais?

KOLL. Señor conde, ¿queréis perderme?

RANT. No por cierto; de vos pende que estas pruebas de vuestra traición se conviertan en pruebas de fidelidad.

KOLL. ¿De qué manera?

RANT. Obedeciendo á vuestro soberano.

KOLL. (*Furioso.*) Pero en fin, ¿estáis por el rey? ¿Obráis en su nombre?

RANT. (*Con altanería.*) No tengo que daros cuenta de mis acciones; no me hallo en vuestro poder, y vos estáis en el mío; cuando os oí ayer denunciar al consejo á unos desgraciados de quienes erais cómplice, nada dije, no os arranqué la máscara: os protegí, al contrario, con mi silencio; me convenía así entonces; en el día ya no me conviene; y puesto que me habéis pedido consejos os quiero dar uno. (*Con tono importante y á media voz.*) Ejecutad las órdenes de vuestro rey: prended esta misma noche, en medio del baile que se dispone, á Estruansé y á la condesa, ó sino...

KOLL. (*En la mayor agitación.*) Enhorabuena: decidme únicamente que esta causa es la vuestra en lo sucesivo; que sois uno de los jefes, y acepto.

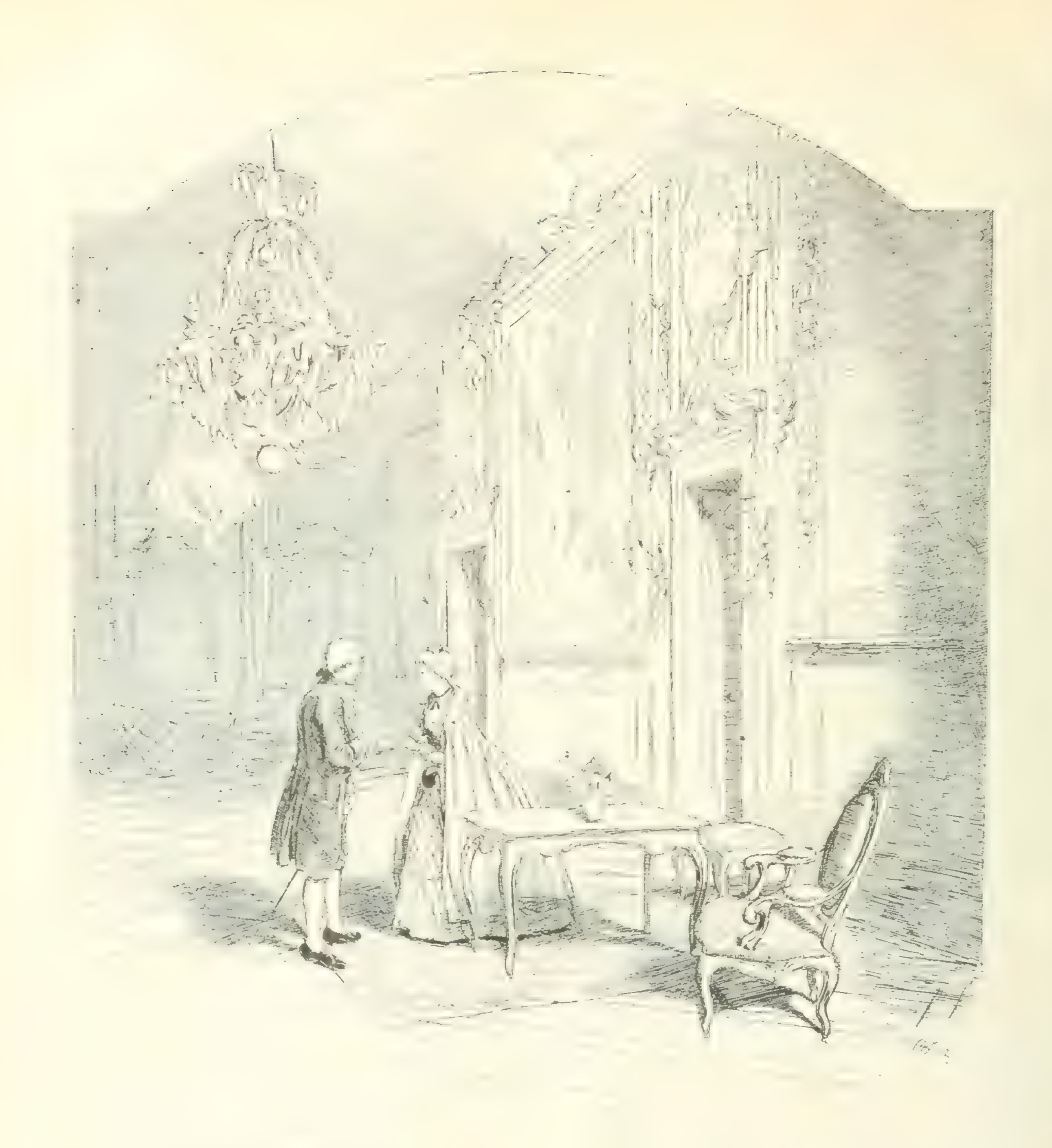
RANT. Eso es cuenta vuestra. Esta noche el castigo de Estruansé, ó el vuestro mañana. Mañana seréis general, ó fusilado; escoged. (*Da un paso para salir.*)

KOLL. (*Deteniéndole.*) ¡Señor conde!...

RANT. ¿Qué resolvéis, coronel?

KOLL. Obedeceré.

RANT. ¡Bien! (*Con intención.*) ¡Adiós, general! (*Vase por la izquierda y Koller por el foro.*)



ACTO QUINTO

Salón del palacio de Falklend.—A cada lado una gran puerta; en el fondo otras y dos vidrieras de [illegible].—A la izquierda en primer término una mesa, y recado de escribir.—Sobre la mesa dos bujías encendidas.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA, envuelta en una capa y debajo un traje de baile; FALKLEND

FAL. (*Dando un abrazo á su hija.*) ¿Cómo estáis ya?

CAR. Gracias, señor; estoy mejor.

FAL. Tu extraordinaria palidez me había asustado; creí que te caías en medio del baile, delante de todo el mundo.

CAR. Ya sabéis que yo hubiera preferido estarme aquí; pero vos, á pesar de mis ruegos, habéis querido que fuese.

FAL. Cierto: ¿qué no se hubiera dicho de tu ausencia? ¿No era bastante que se hubiese enterado ayer todo el mundo de tu turbación cuando encontraron en casa á ese joven? No era cosa, me parece, de que creyesen las gentes que tus penas te impedirían asistir á la fiesta.

CAR. ¡Padre mío!

FAL. Que estaba por cierto magnífica. ¡Qué lujo! ¡Qué suntuosidad! ¡Qué multitud! No necesito más pruebas de la seguridad, de la firmeza de nuestro poder: por fin hemos fijado la suerte; nunca ha estado la conde-

sa más seductora; ¡se veía brillar en sus ojos el orgullo del triunfo! A propósito, ¿has reparado en el barón de Geler?

CAR. No, señor.

FAL. ¿Cómo no? Ha abierto el baile con la condesa, y parecía todavía más satisfecho de esta predilección que de su nueva dignidad de ministro; porque le han nombrado... Sucede inmediatamente al conde de Rantzau, que á fuer de hábil nos deja, y se va cuando viene la fortuna.

CAR. No son muchos capaces de hacer otro tanto.

FAL. Sí; ¡siempre le ha gustado singularizarse! así es que no le hemos guardado por eso ningún rencor. Que se retire, que haga sitio á otros; ha concluído, y la corte, que teme su talento, se ha considerado muy afortunada en darle un sucesor.

CAR. A quien no teme.

FAL. ¡Precisamente! ¡á un caballero amable y galante como mi yerno!

CAR. ¡Vuestro yerno!

FAL. (*Con severidad y mirando á Carolina.*) Sin duda.

CAR. (*Con timidez.*) Mañana os hablaré, señor, acerca del barón.

FAL. ¿Y por qué no ahora mismo?

CAR. Es tarde, la noche está muy adelantada; y además no estoy enteramente restablecida de la conmoción que he experimentado.

FAL. Pero, ¿cuál ha sido la causa de esa conmoción?

CAR. ¡Ah! eso sí puedo decíroslo. Nunca me he hallado tan sola ni tan aislada como en esa fiesta, y al notar la alegría que brillaba en todos los semblantes no podía creer que á algunos pasos de allí seres desgraciados gemían acaso entre cadenas... Perdonadme, padre mío; esta idea era superior á mis fuerzas, y me perseguía por todas partes. Cuando el marqués de Ostén se acercó á Estruansé, que estaba á mi lado, y le habló al oído, no entendí bien lo que dijo; pero Estruansé parecía estar impaciente, y por fin se levantó diciendo: «Es tiempo perdido, señor marqués: no puede haber piedad para los delitos de alta traición; no lo olvidéis.» El marqués entonces se inclinó, respondiéndole: «No lo olvidaré, excelentísimo señor, y acaso no tardaré en tener ocasión de recordároslo.»

FAL. ¡Qué insolencia!

CAR. Este incidente había reunido algunas personas á nuestro alrededor y oí confusamente estas palabras: «El ministro tiene razón: es preciso hacer un ejemplar.» «Sí, —decían otros,—¡pero condenarle á muerte!...» ¡Condenarle! al oir esta palabra, un frío mortal se difundió por mis venas, se me puso un velo delante de los ojos, y sentí que mis fuerzas me abandonaban.

FAL. Felizmente estaba yo cerca de tí.

CAR. Sí; era un terror absurdo y quimérico, lo conozco; pero, ¿qué queréis? Encerrada hoy todo el día en mi cuarto, á nadie había visto ni preguntado... Hay un nombre que no me atrevo á pronunciar en vuestra presencia, pero... ¿no es verdad que él no tiene por qué temer?

FAL. Seguramente... que no... tranquilízate.

CAR. Eso he dicho yo... es imposible... por otra parte, le prendieron ayer, no pueden haberle condenado hoy, y los pasos que habrán dado los suyos, y vuestra influencia misma, padre mío...

FAL. Por supuesto: como tú has dicho muy bien, mañana, querida mía, hablaremos de eso. Me retiro, te dejo.

CAR. ¿Volvéis al baile?

FAL. No: he dejado en él á Geler, que hará nuestras veces perfectamente, y que bailará probablemente toda la noche... No puede tardar mucho en amanecer; ya no me acuesto; voy á mi despacho á trabajar. ¡Hola! (*Jorge aparece en el fondo, y otro criado que toma una bujía.*) Vamos, hija mía, valor, ánimo. Buenas noches, buenas noches. (*Sale seguido de un criado.*)

ESCENA II

CAROLINA, JORGE

CAR. ¡Respiro! me había asustado sin razón; se trataría de otro sin duda. ¡Ah! se me figuraba que todos deben estar como yo, y no pensar más que en él.

JOR. Señorita...

CAR. ¿Qué hay, Jorge?

JOR. Hace gran rato que está ahí esperando una mujer que da lástima por cierto. Dice que, aunque le cueste esperar toda la noche, está resuelta á no salir de la casa sin haber hablado á la señorita privadamente.

CAR. ¿A mí?

JOR. Me ha suplicado que os pase el recado.

CAR. ¡Que entre! aunque estoy muy cansada, la recibiré.

JOR. (*Que ha ido á buscar á Marta.*) Aquí tiene usted, buena señora... aquí está la señorita: despachaos, que es tarde. (*Vase.*)

ESCENA III

MARTA Y CAROLINA

MAR. Mil perdones, señorita, por atreverme á estas horas...

CAR. Señora Burkenstaf... (*Corriendo á ella y cogiéndole las manos.*) ¡Ah, cuánto me alegro de haberos recibido!... ¡qué dichosa soy cuando os veo! (*Con alegría y ternura.*) (¡Es su madre!) (*Alto.*) ¿Venís á hablarme de Eduardo?

MAR. ¡Ah! señorita, en medio de mi desesperación, ¿puedo hablar por ventura de otra cosa que de mi hijo... de mi pobre hijo? vengo de verle.

CAR. (*Con viveza.*) ¿Le habéis visto?

MAR. (*Llorando.*) Vengo de abrazarle, señorita... ¡por la última vez!

CAR. ¿Qué decís?

MAR. Le han notificado esta tarde su sentencia.

CAR. ¿Qué sentencia? ¿qué quiere decir eso?

MAR. (*Con alegría.*) ¿Lo ignorabais, señora? ¡Ah! ¡tanto mejor! de otra suerte no hubierais estado en ese baile, ¿no es verdad? Por elevada que sea vuestra clase, por grande que fuera el compromiso, no habríais podido divertiros cuando el que tanto os ha querido está condenado á muerte...

CAR. (*Dando un grito.*) ¡Ah! (*Con delirio.*) ¡Con que decían la verdad! hablaban de él... y mi padre me ha engañado. (*A Marta.*) ¡Le han condenado!

MAR. Sí, señorita. Estruansé lo ha firmado, la condesa lo ha consentido. ¿Podéis concebirlo, señora? ¡y es madre sin embargo! ¡tiene un hijo!

CAR. Serenaos, señora; yo tengo alguna esperanza todavía.

MAR. Yo pongo en vos todas las mías. Mi marido tiene proyectos que no quiere explicarme; no debiera deciros... pero vos no me venderéis; entretanto no se atreve á presentarse; está escondido; sus amigos no darán la cara, ó la darán muy tarde; y yo, en medio de mi dolor, ¿qué puedo intentar? ¿qué puedo hacer? Si todo se redujese á morir... nada os pediría, ya estaría mi hijo en libertad. He corrido á su calabozo; he dado tanto oro, que los he reducido á que me vendiesen el placer de abrazarle; le he estrechado contra mi corazón; le he hablado de mi desesperación, de mis temores... Pero ¡ah! ¡él no me ha hablado sino de vos!

CAR. ¡Eduardo!

MAR. Sí, señora; el ingrato, al consolarme, pensaba en vos. «Espero,—me decía,—que ignorará mi suerte, que no sabrá nada, porque felizmente será al amanecer... al rayar el día.»

CAR. ¿El qué?

MAR. (*Con delirio.*) ¿No os lo he dicho, señora, ó no lo habéis adivinado por mi desesperación? Dentro de poco, de aquí á algunos instantes, es cuando van á matar á mi hijo.

CAR. ¡A matarle!

MAR. Sí; á matarle, sí, ahí, en esa plaza; debajo de vuestros balcones le van á conducir. Entonces, en el delirio que se apoderó de mi alma, me desasí de sus brazos, y, desoyendo sus ruegos, he corrido aquí para deciros: «Le van á matar... amparadle...» pero vos no estabais aquí, y he esperado... ¡Ah, qué horrible suplicio! ¡Considerad si habré sufrido contando los minutos de esta noche que deseaba y temía abreviar! pero ya estáis aquí; ya os veo; vamos juntas á arrojarnos á los pies de vuestro padre, á los pies de la condesa; ella lo puede todo; pediremos el perdón de mi hijo.

CAR. Os lo prometo.

MAR. Vos le diréis que no es culpable; no lo es, y os lo juro; nunca ha pensado en complot ni en rebeliones: nunca ha pensado en conspirar, ¡él no pensaba en nada sino en amaros!

CAR. Lo sé, lo sé, y su amor es lo que le ha perdido: por mí, por salvarme moriría... ¡Oh! no; no puede ser; tranquilizaos; yo os respondo de su vida.

MAR. ¡Es posible!

CAR. Sí, señora, sí; una persona quedará perdida; pero no será él.

MAR. ¿Qué queréis decir?

CAR. ¡Nada!... ¡nada!... Volveos á vuestra casa, partid: dentro de algunos instantes obtendrá su perdón; ¡se salvará! descuidad en mi celo.

MAR. (*Vacilando.*) Pero sin embargo...

CAR. En mi palabra... En mis juramentos.

MAR. Pero...

CAR. (*Fuera de sí.*) Pues bien, en mi ternura... ¡en mi amor! ¿Me creéis ahora?

MAR. (*Asombrada.*) ¡Cielos! Sí, señorita, sí... ya no tengo miedo. (*Dando un grito y señalando á la vidriera.*) ¡Ah!

CAR. ¿Qué tenéis?

MAR. ¡Se me figuró que amanecía! No; á Dios gracias es de noche todavía. Dios os proteja y os pague algún día lo dichosa que me hacéis; ¡adiós, adiós!.. (*Vase.*)

ESCENA IV

CAROLINA, agitada

Diré la verdad; diré que no es culpable; publicaré á gritos que se ha acusado á sí mismo para no comprometerme, y para salvar mi reputación. Y yo... (*Deteniéndose.*) ¡Oh! ¡yo perdida! deshonrada para siempre... ¿Y qué? ¿de qué me sirve pensar en eso? es forzoso; no puedo permitir su muerte. Él por amor me daba su vida, y yo por amor le daré más todavía. (*Sentándose.*) Sí, sí; escribamos; pero, ¿á quién confiarme? á mi padre... ¡oh! no: ¿á Estruansé? menos: delante de mí ha dicho que no perdonaría jamás; pero la condesa es mujer, me comprenderá... por otra parte, yo no quería creerlo, pero si, como dicen, es amada, ¡si ama! ¡Dios mío, haz que sea cierto! tendrá lástima de mí, y no me culpará; (*Escribiendo rápidamente*) démonos prisa; esta declaración solemne no dejará duda alguna acerca de su inocencia. *Carolina de Falklend...* (*Dejando caer la pluma.*) ¡Ah! mi oprobio, mi deshonra es lo que firmo: (*Plegando la carta*) no pensemos en eso, no nos acordemos de nada... los momentos son preciosos, y á estas horas... ¿de qué medio me valdré? ¡Ah! por su camarera... enviándole á Jorge, que es de toda confianza... Sí, es el único medio de hacer que llegue pronto esta carta á su destino.

ESCENA V

CAROLINA, FALKLEND

FAL. (*Ha oído las últimas palabras, se pone delante de ella, y le coge la carta.*) ¡Una carta! ¿para quién?

CAR. (*Con espanto.*) ¡Mi padre!

FAL. «A la señora condesa Estruansé.» Vaya, no os turbéis de esa manera; puesto que tenéis tanto interés en que esta carta llegue á manos de la condesa, yo se la entregaré... pero paréceme tengo derecho para saber lo que mi hija escribe, y me permitiréis... (*Queriendo abrir la carta.*)

CAR. (*Con tono deprecatorio.*) Señor...

FAL. (*Abriendo.*) Me lo permitís... (*Leyendo.*) ¡Cielos! ¡Eduardo Burkenstaf estaba aquí por vos, oculto en vuestro cuarto, y en presencia de todo el mundo ha sido descubierto!

CAR. Sí, sí; ¡esa es la verdad! ¡Abrumadme con vuestro enojo! no soy culpable, ni indigna de vos; no, os lo juro; bastante es ya que mi imprudencia haya podido comprometeros; ni trato de justificarme, ni de evitar reconvenciones que tengo tan merecidas; pero he sabido, y vos me lo ocultabais, que está condenado á muerte, que, víctima de su generosidad, va á perecer por salvar mi honor; entonces he creído que comprarle á ese precio era perderle para siempre; he querido ahorrarme á mí remordimientos, á vos un crimen... ¡he escrito!

FAL. ¡Firmar una confesión de esta especie! y, por medio de este testimonio que va á hacerse, que debé ser público, ¡declarar á los ojos de la condesa, del primer ministro, de la corte entera, que la condesa de Falklend, ciega por un comerciante, ha comprometido por él su clase, su cuna, su padre, que demasiado expuesto ya á los tiros de la calumnia y de la sátira se va á ver abrumado ahora, y va á sucumbir bajo sus golpes! No; este escrito, padrón de nuestra infamia y de nuestra ruina, no verá la luz pública.

CAR. ¿Qué osáis decir, señor? ¡No os opondréis á esa sentencia!

FAL. No soy yo el único que la ha firmado.

CAR. Pero sí sois el único sabedor de su inocencia; si os negáis á enviar esa esquela á la condesa, corro á echarme á sus pies... Pertenezco á su casa... Sí, señor, sí, por vuestro honor, por vuestra tranquilidad; yo le gritaré: «¡Perdón, señora!... ¡salvad á Eduardo, y salvad sobre todo á mi padre!»

FAL. (*Deteniéndola.*) ¡No, no iréis! no saldréis de aquí.

CAR. (*Asustada.*) ¡Espero que no trataréis de detenerme por fuerza!

FAL. Quiero, á pesar vuestro, impedir vuestra perdición, y no os separaréis de mí. (*Cierra la puerta del foro. Carolina le sigue para detenerle, pero dirige una mirada á la vidriera, y da un grito.*)

CAR. ¡Ah! ¡la aurora, la aurora! he aquí la hora de su suplicio; si os detenéis, no hay esperanza de salvarle; sólo nos quedarán nuestros remordimientos: ¡padre mío! ¡por Dios! os lo ruego á vuestros pies: ¡mi carta!

FAL. Dejadme... levantaos.

CAR. No; no me levantaré: he prometido su vida á su madre, y cuando venga á pedirme á su hijo, á quien vos habréis muerto, y á quien yo amo... (*Ademán de cólera de*



Falklend. Carolina se levanta rápidamente.) No; bien; no le amo ya; le olvidaré; faltaré á todos mis juramentos... seré la esposa de Geler... os obedeceré; (*Dando un grito.*) ¡ah! ese redoble, ese ruido de armas... (*Corre á la ventana.*) ¡Soldados! ¡un preso! él es... ¡le llevan al suplicio! ¡Mi carta! ¡mi carta! presto; enviadla; acaso es tiempo todavía.

FAL. Compadezco tu locura; he aquí mi respuesta. (*Rompe la carta.*)

CAR. ¡Ah! ¡esto ya es demasiado! vuestra crueldad rompe todos los vínculos que me unían á vos. Sí; le amo; sí, y nunca amaré á otro... Si perece, yo no le sobreviviré... le seguiré... su madre al menos quedará vengada, y vos como ella os quedaréis sin hija.

FAL. ¡Carolina! (*Se oye ruído fuera.*)

CAR. (*Con energía.*) Oídme empero, oídme con atención: si ese pueblo que se indigna y que murmura se sublevase aún para salvarle, si el cielo, la fortuna, ¿quién sabe? la casualidad tal vez, menos cruel que vos, le sustrajese á vuestra venganza, os declaro aquí que no habrá poder en el mun-

do, ni aun el vuestro, que me impida ser suya: lo juro. (*Se oye un redoble más fuerte y gritos en la calle; Carolina da un grito y cae sobre un sillón ocultando su cara con las manos. En aquel momento llaman á la puerta del foro. Falklend va á abrir.*)

ESCENA VI

CAROLINA, RANTZAU, FALKLEND

FAL. (*Asombrado.*) ¡El conde de Rantzau en mi casa á estas horas!

CAR. (*Corriendo hacia él toda llorosa.*) ¡Ah! Señor conde, hablad, ¿es cierto?... el desdichado Eduardo...

FAL. Silencio, Carolina.

CAR. (*Fuera de sí.*) ¿Qué consideraciones he de tener yo ahora? Sí, señor conde, yo le amaba, yo soy la causa de su muerte, y yo me castigaré.

RANT. (*Sonriéndose.*) Perdonad; no sois tan delincuente como creéis; Eduardo existe todavía.

FAL. y CAR. ¡Cielos!

CAR. ¿Y ese ruido que hemos oído?...

RANT. Le causaban los soldados que le han salvado.

FAL. (*Queriendo salir.*) No puede ser; y mi presencia...

RANT. Pudiera aumentar acaso el peligro; así es que yo, que no soy nada, que nada aventuro, acudía á vuestro lado, querido y antiguo colega.

FAL. ¿Por qué razón?

RANT. Para ofreceros á vos y á vuestra hija un asilo en mi casa.

FAL. (*Estupefacto.*) ¡Vos!

CAR. ¿Es posible?

RANT. ¡Eso os asombra! ¿No hubiérais vos hecho otro tanto por mí?

FAL. Os doy gracias por vuestra generosidad, pero antes de todo quisiera saber... ¡Ah! ¡el barón de Geler! Y bien, amigo mío, ¿qué hay? hablad presto.

ESCENA VII

CAROLINA, RANTZAU, GELER, FALKLEND.

GEL. ¿Qué diablos sé yo? es un desorden, una confusión. Por más que pregunto, como vos, ¿qué hay? ¿cómo se ha compuesto esto? todos me preguntan, y nadie me responde.

FAL. Pero vos estabais allí en el palacio...

GEL. Ya se ve que estaba: he abierto el baile con la condesa, y, poco tiempo después de haberse retirado su excelencia, estaba yo bailando el nuevo minué de la corte con la de Thornston, cuando entre los grupos que nos miraban empiezo á notar una distracción que no era natural; no nos miraban ya, hablábanse unos á otros en voz baja; circulaba por los salones un murmullo sordo y prolongado; dábanse prisa todos á recoger sus pieles y sus capas, y á tomar sus coches. ¿Qué es eso? ¿Qué hay? Se lo pregunto á mi pareja, que está de todo tan inocente como yo; y por fin sé por un lacayo pálido y consternado que la condesa acaba de ser presa en su cuarto de orden del rey.

FAL. ¡De orden del rey!... pues ¿y Estruansé?

GEL. Preso también, de vuelta del baile.

FAL. (*Con impaciencia.*) ¿Y Koller, ¡santo Dios! Koller, á quien estaba confiada la guardia?

GEL. Eso es lo más sorprendente y lo que me hace dudar de todo. Añaden que esas dos prisiones han sido ejecutadas, ¿por quién diréis? por Koller mismo, portador de una orden del rey.

FAL. ¿El...? ¿Koller vendernos? Es imposible.

GEL. (*A Rant.*) Eso es lo que yo he dicho; no es posible; pero entretanto se dice, se repite; la guardia de palacio grita: *¡Viva el rey!* el pueblo, sublevado por Berton Burkenstaf y sus amigos, grita más fuerte todavía; las demás tropas, que habían hecho resistencia en un principio, hacen á la hora ésta causa común con ellos; por fin, yo no he podido entrar en mi casa, delante de la cual he visto un grupo amotinado, y me vengo aquí, no sin riesgo, y conforme me ha pillado, en traje de baile.

RANT. En la actualidad menos peligroso es ese traje que el de ministro.

GEL. De ayer acá no han tenido tiempo de hacerme el mío.

RANT. Podéis ahorraros ese dinero. ¿Qué os decía yo ayer? Todavía no há veinticuatro horas, y ya no sois ministro.

GEL. ¡Señor conde!

RANT. Lo habéis sido para bailar una contradanza, y después de un trabajo de esta especie necesitaréis algún descanso; os lo ofrezco en mi casa, (*Con viveza.*) así como á todos los demás, pues es el único asilo

donde podéis estar actualmente seguros; y no hay tiempo que perder. ¿Oís los gritos de esos furiosos? venid, señorita, venid... seguidme todos y vamos. (*En este momento se abren violentamente las dos vidrieras del fondo. Juan y varios marineros y hombres del pueblo aparecen en el balcón armados de carabinas.*)

ESCENA VIII

JUAN, RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER

JUAN. (*Apuntando.*) Alto ahí, excelentísimos señores; ¿adónde bueno?

CAR. (*Dando un grito y rodeando á su padre con sus brazos.*) ¡Ah, señor, soy siempre vuestra hija! lo soy al menos para morir con vos.

JUAN. ¡Encomendad vuestra alma á Dios!

ESCENA IX

JUAN, RANTZAU; EDUARDO, con el brazo izquierdo suspendido, arrojándose por la puerta del foro, y poniéndose delante de CAROLINA, FALKLEND y GELER.

ED. (*A Juan y sus compañeros, que acaban de saltar en la habitación.*) Deteneos, no haya muertos, no haya sangre; caigan del poder; eso basta. (*Señalando á Carolina, Falklend y Geler.*) A costa de mi vida los defenderé; ¡yo los protejo! (*Viendo á Rantzau y corriendo á él.*) ¡Ah, mi libertador, mi Dios tutelar!

FAL. (*Admirado.*) ¡El!... ¡el conde de Rantzau!

JUAN Y SUS COMPAÑEROS (*inclinándose*). ¡El conde de Rantzau! eso es otra cosa; es el amigo del pueblo, es de los nuestros.

GEL. ¡Es posible!

RANT. (*A Falklend, Geler y Carolina.*) Sí, señor; amigo de todo el mundo; preguntádselo sino al general Koller, y á su digno aliado el señor Berton Burkenstaf.

TODOS. (*Gritando.*) ¡Viva Berton Burkenstaf!

ESCENA X

JUAN y sus compañeros, EDUARDO; MARTA, entrando la primera y abalanzándose á su hijo, á quien abraza; BERTON, rodeado del pueblo; RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER. Detrás de ellos KOLLER; y en el fondo pueblo, soldados, magistrados, gentes de la corte.

MAR. (*Abrazando á Eduardo.*) ¡Mi hijo! ¡herido! ¡está herido!

ED. No, madre mía, no es nada. (*Le abraza varias veces mientras el pueblo grita:* ¡Viva Berton Burkenstaf!)

BERT. Sí, amigos míos, sí; por fin hemos triunfado; gracias á mí, que en servicio del rey todo lo he conducido y dirigido: me glorío de ello.

TODOS. ¡Viva!

BERT. (*A su mujer.*) ¿No oyes, mujer? Ha vuelto el favor.

MAR. ¿Qué me importa á mí? ya no pido nada; ya tengo á mi hijo.

BERT. ¡Silencio, señores, silencio! Tengo aquí las órdenes del rey, órdenes que acabo de recibir en este instante; nuestro augusto soberano tenía puesta en mí toda su confianza.

JUAN. (*A sus compañeros.*) ¡Tiene razón el rey! (*Señalando á su amo, que se saca de la faltriquera la orden.*) Parece que no, pero ¡qué cabeza! Ya sabía él lo que se hacía cuando tiraba el oro á manos llenas... (*Con alegría.*) Porque de veinte mil florines no le queda nada, ni un rixdaler.

BERT. (*Abriendo el pliego y haciéndole señas para que calle.*) ¡Juan!...

JUAN. Bien, nuestro amo. (*A sus compañeros.*) Y si la cosa hubiera salido al revés, todos hubiéramos olido á cordel, él, su hijo, su familia, y los mancebos de su tienda.

BERT. ¡Juan, silencio!

JUAN. Bien, nuestro amo. (*Gritando.*) ¡Viva Burkenstaf!

BERT. (*Con satisfacción.*) Bien está, amigos míos, bien; pero escuchad. (*Leyendo.*) «Nos Cristiano VII, rey de Dinamarca, á nuestros fieles vasallos y habitantes de Copenhague, salud. Después de haber castigado la traición, réstanos recompensar la fidelidad en la persona del conde Beltrán de Rantzau, á quien, bajo la regencia de nuestra madre la reina María Julia, nombramos nuestro primer ministro.»

RANT. (*Con aire modesto.*) ¡Yo que pretendo retirarme de los negocios!...

BERT. (*Con severidad.*) ¡Imposible, señor conde! el rey lo manda; es preciso obedecer. Dejadme acabar, os ruego. (*Leyendo.*) «En la persona del conde Beltrán de Rantzau, á quien nombramos nuestro primer ministro, (*Con énfasis.*) y en la de Berton Burkenstaf, comerciante de Copenhague, á quien nombramos en nuestra casa real (*Bajando la voz.*) primer mercader de sedas y proveedor de la corona.»

TODOS. ¡Viva el rey!

JUAN. ¡Magnífico! Pondremos las armas reales sobre nuestra tienda.

BERT. (*Haciendo un gesto.*) ¡Linda recompensa! ¡y al precio que esto me cuesta!...

JUAN. ¿Y yo, aquel destinillo que me habíais prometido?

BERT. Déjame en paz.

JUAN. (*A sus compañeros.*) ¡Qué ingratitud! yo que lo he hecho todo, ¡de esta suerte me pagan!

RANT. Puesto que el rey lo exige, fuerza es obedecer, señores, y tomar uno sobre sus hombros una carga que harán más ligera, como lo espero, (*A los magistrados.*) vuestros consejos, y el aprecio de mis conciudadanos. (*A Eduardo.*) Por lo que hace á vos, caballero, que en esta ocasión habéis corrido los mayores peligros, se os debe también alguna recompensa...

ED. (*Con franqueza.*) Ninguna, señor; ahora puedo decírselo, á vos solo... (*A media voz.*) jamás he conspirado.

RANT. (*Imponiéndole silencio.*) Bien, bien; esas cosas no se dicen nunca, sobre todo después.

ED. (*Señalando á Carolina.*) El único premio...

CAR. ¡Eduardo!

RANT. Arreglaremos eso: mi antiguo colega acaso vencerá ahora su repugnancia.

BERT. (*Tristemente.*) (¡Proveedor de la corona!)

MAR. Ya debes estar contento, ¿no era eso lo que deseabas?

BERT. ¡Qué diablos! ya lo era de hecho: sino que antes proveía á dos cortes, la de la reina madre y la de la condesa; y derribando á una pierdo la mitad de mi parroquia.

MAR. Y has aventurado tu fortuna, tus bienes, tu vida, la de tu hijo, que está herido, y acaso peligrosamente, ¿y todo para qué?

BERT. (*Señalando á Rantzau y Koller.*) Para otros, que se llevan la prebenda.

MAR. ¡Y luego haga usted conspiraciones!

BERT. (*Alargándole la mano.*) Se acabó; en lo sucesivo las veré pasar, ¡y lléveme el diablo si me vuelvo á meter en otra!

TODO EL PUEBLO. (*Rodeando á Rantzau, é inclinándose delante de él.*) ¡Viva el conde de Rantzau!!!

FIN DE LA COMEDIA



UN DESAFIO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

ISABEL HOWARD, viuda del lord tesorero conde de Salisbury
ENRIQUE SIDNEY, conde de Warwick
RICARDO, duque de Besford
ROBERTO OVERBURY
GUILLERMO DRYDEN, favorito del lord canciller duque de Buckingham
CHESTER, señor inglés
SALFORD, id.
BURKER, señor inglés
WILLIAMS, secretario del conde de Warwick
Un criado del duque de Besford
Otro criado
Un Ujier de la cámara del rey
Un Gentil-hombre
Señores y damas de la corte
Criados del duque de Besford
Soldados arcabuceros

El primer acto pasa en el palacio de Windsor, en Londres

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala de Windsor; puertas en el fondo; á la izquierda la cámara del rey, á la derecha la de la reina.

ESCENA PRIMERA

SIDNEY, sentado, con un billete en la mano; WILLIAMS, en pie delante de él.

WIL. Se me ha respondido que el lord canciller sigue malo; sin embargo, no he podido verle.

SID. Bien está.

WIL. Tres días hace ya que no se ha presentado nadie de parte del rey á informarse de la salud del duque de Buckingham, y esta repentina indiferencia de Su Majestad ha chocado mucho en el palacio del lord canciller.

SID. ¿Qué importa?

WIL. Como la última entrevista del rey y de sù excelencia fué muy acalorada, hay quien empieza á temer su caída, y no falta quien la atribuye al conde de Warwick.

SID. ¿A mí? Basta.

WIL. Para prevenir sin duda el golpe que le

amaga, ha entrado el lord canciller en negociaciones con la reina.

SID. ¿Con la reina?

WIL. Cuando yo entraba en el palacio de Buckingham salía de él su primera dama ladi Isabel Howard, viuda del lord tesorero, conde de Salisbury.

SID. ¿Ladi Howard? ¿Es posible? Déjame.

WIL. ¿El señor conde asistirá al baile de la reina?

SID. No sé: sí: no me esperes hasta muy tarde. (*Williams sale por el fondo.*)

ESCENA II

SIDNEY

¡Isabel en el palacio del canciller! ¿Qué causa puede conducirla allí? ¿Y qué secreto puede tener que confiarme? (*Lee el billete que tiene en la mano.*) «No vayáis hoy á caza con el rey; antes de que vuelva Su Majestad vendré por la puerta secreta de la cámara de la reina.» Aun me parece que siento su mano trémula al deslizar este billete en la mía. ¡Mudar tan repentinamente Isabel, que por espacio de un año entero no ha correspondido á mi amor sino con una reserva, una seriedad calculada!... ¡Ah, acaso soy injusto con ella! ¿No he visto yo mismo, siempre que desechaba mis obsequios, agolparse las lágrimas á sus ojos? Sí, ¡me ama! Sin embargo, ningún favor suyo puede justificar en mí esta esperanza lisonjera. Pero el tiempo se pasa; el rey no puede tardar en volver. ¡Ella es!

ESCENA III

SIDNEY; LA DUQUESA, que entra por la puerta de la cámara de la reina, pálida y agitada

SID. ¿Qué he hecho yo para merecer tanta dicha, miladi?

DUQ. Escuchadme, Sidney. Sin duda la amistad que profesáis á la reina, la que me profesáis á mí acaso, os ha obligado á intentar una prodigiosa competencia con Buckingham.

SID. Por vos, señora, ha sido, por vos sola. Sin vos, de buena gana abandonaría este título de favorito á cuantos le envidian. ¡Necios! Ignoran lo que es pasar la vida entera entre la intriga y la vil adulación de los cortesanos. ¡A eso llaman poder y felicidad! ¡Ah! Yo no conozco otra felicidad que la de merecer vuestro amor, ni otra ambición que la de agradaros.

DUQ. ¡Sidney! ¿Y si viniera yo á implorar ese mismo poder que tanto os pesa? ¿Si tuviera que pediros un favor?

SID. ¿A mí? ¡Oh! ¡No abuséis de mi credulidad!

DUQ. Sí: vengo á implorar vuestra compasión. Sabed que esta mañana el duque de Besford ha tenido la desgracia de matar en duelo á sir Lexter, el sobrino de Buckingham. Bien sabéis cuán terribles son las leyes sobre los desafíos desde que se hicieron tan comunes en el reinado de Isabel; y sabéis que Buckingham es inexorable; vos lo podéis todo en el ánimo del rey; pedidle que se ahogue este asunto; pedidle prórrogas á lo menos para que Besford pueda huir y librarse de sus perseguidores; en fin, Sidney, ¡salvadle, salvadle!

SID. Es la reina, señora, quien toma un interés tan grande por el duque de Besford, ó sois?... Perdonadme; pero esa turbación, ese dolor... mis temores son injustos sin duda alguna.

DUQ. Milord Sidney, vos poseéis mi amistad; pero mi corazón debe cerrarse para cualquier otro sentimiento: mi deber me lo prescribe.

SID. ¿Vuestro deber? Sois viuda, y yo os creía dueña de vuestra mano. ¡Ah! No sois ingenua. Más hubiera valido confesarme que tenía un rival, y un rival preferido, que no fingir participar de unos sentimientos que no experimentáis.

DUQ. ¡Ah, conde, con cuánta dureza me echáis en cara el interés que os he manifestado! Ved aquí nuestra suerte, infelices mujeres; os apoderáis de una palabra, sorprendéis una mirada, dais tormento á nuestras ideas, interpretáis nuestros sentimientos, y después os creéis con derecho para reconvenirnos. Cuando estáis seguros de haber leído en nuestro corazón, cuando la menor conmoción nos vende, ¡oh! entonces os lisonjeáis de haber conquistado una declaración, en la cual suele no haber tenido parte alguna nuestra voluntad, sin dárseos mucho de que pueda ofender nuestra buena fama, sin averiguar siquiera si nos hemos hecho semejante confesión á nosotros mismos.

SID. ¿Consideráis como ultraje el ofrecimiento de mi mano?

DUQ. ¡Ah! Conde, ¿sabéis vos por ventura si la mía es libre?

SID. ¿Qué decís?

DUQ. ¿Sabéis si acaso soy yo culpable dando oídos á vuestras galanterías? ¿Sabéis si tiene por ventura el duque de Besford un derecho á todos mis pensamientos?

SID. ¿Derecho?... ¡Ah! sí... los juramentos que le habéis prestado...

DUQ. Son sagrados, conde; es mi esposo. Dos años hace ya que estamos casados en secreto.

SID. (*Abrumado.*) ¡Casada!

DUQ. Después de la muerte de milord Salisbury, yo me negué al principio á contraer nuevos esponsales, pero mi familia lo exigió y fué preciso ceder. El duque de Besford ha ocultado hasta el día esta boda por temor del canciller, que quería á todo trance casarme con su sobrino, ese mismo sir Lexter que ha perecido esta mañana en ese funesto duelo á manos de mi esposo.

SID. ¡Casada!

DUQ. Ahora bien, conde, ¿os admiráis todavía de mi dolor? ¿Os negaréis á servirme?

SID. No, miladi, no. Una sola palabra ha destruído todas mis esperanzas; sin embargo, no temáis, yo sabré sofocar mi dolor dentro del pecho. Pero, ¿de qué manera puedo seros útil en este momento? Milord Ricardo, duque de Besford, acaba de ser arrestado.

DUQ. ¡Arrestado! ¡ah! El canciller me lo ha ocultado. Al rehusarme la gracia que le pedí, ya sabría que no se le podía escapar su víctima. ¡No hay esperanza ya! ¡Dios mío!

SID. ¿No estoy yo aquí, miladi? ¿No habéis contado conmigo? (*Se oye una trompeta venatoria.*) El rey entra en palacio; voy á arrojarme á sus pies. Dios me dará fuerzas para ablandar su corazón. Pedirle la impunidad para el duque de Besford es lo mismo que pedirle la separación de Buckingham. Muchos lo han intentado que se creían como yo en vísperas de triunfar; todos lo han pagado con su cabeza. ¡Oh! no: esto no me espanta; os he sacrificado mi tranquilidad y mi bienestar; también os sabré sacrificar mi vida. ¿Qué me importa? Adiós, miladi. (*Hace ademán de entrar en la cámara.*)

DUQ. Conde de Warwick, no os separéis de mí de esa manera; no me dejéis con la horrible idea de que yo puedo ser causa de vuestra perdición. Vuestras expresiones, vuestras miradas me agobian. ¿Qué queréis que os diga? Mi esposo es á quien pueden conducir á un cadalso; mi esposo: al pediros su perdón no hago sino cumplir con el más sagrado de todos los deberes.

SID. Sí, miladi. ¿Quién osaría reconveniros? Además, ¿no es él quien ha tenido la dicha de agradaros?

DUQ. Sí, conde, sí.

SID. ¿No es él que habéis preferido á los demás?

DUQ. (*Casi involuntariamente.*) Vos no estabais entonces en la corte.

SID. ¡Ah, miladi, cuánta falta me hacía oir esa expresión!

DUQ. (*Con viveza.*) No he dicho nada que os autorice á pensar...

SID. ¡Oh, tranquilizaos! Vuestras palabras quedan grabadas aquí, aquí, en mi corazón: nunca saldrán de aquí. Esperad en esta pieza. Adiós, miladi. (*Entra en la cámara del rey.*)

ESCENA IV

LA DUQUESA

No he sabido guardar mi secreto, ¡desgraciada! ¿Me atreveré de aquí en adelante á ponerme en su presencia? ¡Ah! Su corazón es generoso, es noble, y no abusará de una confesión arrancada á mi flaqueza, y que jamás confirmaré con la menor lisonjera esperanza. Recibiré sus obsequios con más reserva y frialdad que nunca; huiré, si fuese preciso, de su presencia. ¡Infeliz! Morirá, morirá de pena. Me ama con toda su alma, y yo... ¡ah! ¡un amor como el suyo hubiera hecho la felicidad de toda mi vida! (*Escuchando junto á la cámara del rey.*) Nada oigo. ¿Triunfará? ¡Si su plan se malograse! Si se perdiera por mí... No sería la primera vez que Jacobo hubiese entregado á su canciller la cabeza de un favorito. ¡Ah! yo hubiera debido no exponer á nadie; hubiera debido arrojarme yo misma á los pies del rey. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Me ha parecido oir... no. ¡Y esa función, ese baile que debe tardar tan poco en empezar!

ESCENA V

LA DUQUESA; DRYDEN, SALFORD, que entran por el fondo

DRY. (*A Salford.*) Muy temprano llegamos, Salford. ¡Ah! perdonad, hermosa ladi, no os había visto. Estábamos muy lejos de creernos tan felices; pero supuesto que os hemos encontrado los primeros, podemos jactarnos con razón de ser los más felices de todos los gentlemens que han de asistir al baile de la reina.

SALF. Y eso que asistirá toda la nobleza de Inglaterra. Un baile en palacio es un acontecimiento, es casi un prodigio.

DUQ. En efecto.

DRY. Dicen que el rey asistirá en persona.

DUQ. No sé... sí... lo ha prometido.

SALF. Eso da cierto aire de alegría á esta pobre corte, tan triste desde que está al frente de los negocios el canciller.

DRY. Era preciso que enfermase todo un canciller para que nos divirtiésemos.

DUQ. (Nada oigo todavía, nada.)

SALF. Por San Jorge, creí que viniera el canciller á aguar nuestros placeres, porque acabo de ver entrar en la cámara del rey á un oficial de sus guardias. Debe traer algún mensaje de importancia.

DUQ. (¡Cielos! ¡Todo se acabó!)

SALF. Felizmente nuestra presencia y esos preparativos nos tranquilizan. (*Se oye una campanilla tocada con violencia en la cámara del rey.*)

DUQ. Ha llamado.

DRY. ¿Parecéis estar indispuesta, miladi?

SALF. En efecto; no habíamos notado hasta ahora esa agitación.

DUQ. No es nada; no es más que una ligera indisposición: el cansancio acaso producido por los preparativos de esta función. ¡Esta idea ha sido tan repentina! La reina no ha pensado más que en el placer del baile.

DRY. Y ha descansado en vos acerca de la ejecución.

DUQ. Cierto, cierto, eso ha sido; pero nada se olvidará, lo espero; desempeñaré mis funciones del mejor modo posible.

ESCENA VI

Dichos; UN UJIER, saliendo de la cámara del rey

UJIER. (*Con una carta en la mano.*) A miladi, condesa viuda de Salisbury, del rey. (*Entrega el pliego y sale.*)

DUQ. (*Abriendo precipitadamente el pliego.*) (¡El perdón! ¡Ah, Sidney! todo os lo debo á vos.)

DRY. (*Bajo á Salford.*) ¿Qué quiere decir eso? (*Alto.*) ¿Cómo, miladi, os ausentáis en ese estado? Permitidme que llame á alguno.

DUQ. No, no: es inútil; me siento del todo buena ahora; del todo, os lo aseguro. Dentro de poco nos veremos en el baile; espero pareceros allí más amable. Caballero Dryden, cuento con vos para el primer minué. Adiós, señores, adiós, hasta luego.

ESCENA VII

Dichos, menos LA DUQUESA

DRY. ¿Qué os parece esta repentina mudanza?

SALF. A fe mía, lo mismo que os parece á vos. Alguna intriga se trama contra el canciller, y este baile tan inesperado tiene todas las trazas de una celebración de su caída.

DRY. Si llega á caer, no me costará trabajo adivinar quién cogerá las riendas del poder.

SALF. Mal trance sería ese para vos, á quien su excelencia acaba de nombrar capitán de sus guardias.

ESCENA VIII

CHESTER, DRYDEN, SALFORD, señores ingleses

CHES. Buenos días, Dryden. ¿Qué se dice de nuevo en el palacio del canciller?

DRY. Nada de particular. Vos que sois un esgrimidor, Chester, podíais instruirme en los pormenores del duelo de esta mañana entre el duque de Besford y sir Lexter. Según parece, la cosa se hizo en regla, y Lexter se ha hecho con una soberbia estocada. ¿Ha muerto?

CHES. Poco menos; y su médico se ha encargado de concluir con él.

DRY. ¿Y Burleig, su padrino, no le ha vengado? Es un excelente tirador.

CHES. Burleig se las había con otro más fuerte que él, con el joven jurisconsulto Roberto Overbury, que de un botonazo le ha dejado muerto en el sitio. El partido de Besford ha llevado lo mejor. Ha sido un triunfo completo.

SALF. ¡El joven jurisconsulto Roberto Overbury! ¿Sabéis que es el diablo ese jurisconsulto? Apenas tiene bozo, y he aquí ya el tercer desafío que ha tenido en este mes.

CHES. ¿Qué queréis? Es un segundón de una buena casa. Le han obligado mal su grado á vestir la toga á sus años, y él se bate hasta que se la desgarren. Ha aprendido leyes para poder infringirlas todas. Pero justamente aquí viene en persona.

SALF. ¡Por San Jorge! ha perdido el juicio. ¿A quién diablos le ocurre venir á Wíndsor por la noche después de haber ayudado á matar al sobrino del canciller por la mañana?

ESCENA IX

CHESTER; OVERBURY, con la toga; DRYDEN; SALFORD y algunos señores

OVERB. (*Entra cantando con alegría.*) Buenos días, Chester. ¡Qué buen mozo estáis hoy! ¿Y tu querida? ¿Tiene valor esa ingrata de no rendir todavía el corazón á esos bigotes tan diestramente rizados? ¡Diablo! si yo fuera mujer, no me resistiría dos minutos.

DRY. (*En voz baja.*) Mira lo que haces, legista. Me parece que pudiera no sentarte bien el aire de Wíndsor hoy. Aguarda siquiera hasta que Lexter esté restablecido, ó un palmo bajo tierra: de otra manera el canciller...

OVERB. Dejadme en paz con vuestro eterno canciller; el canciller si uno habla, el canciller si se bate; ¡diantre de canciller! A lo menos en su ausencia y entre amigos dejadme que me vengue un poco de su tiranía y su...

ESCENA X

CHESTER, OVERBURY; BURKER, que entra por el foro; DRYDEN, SALFORD; otros señores; y después SIDNEY, que sale de la cámara del rey

BUR. ¡Gran noticia, señores! noticia positiva que será confirmada mañana. Buckingham ha caído.

TODOS. ¿Qué dices?

OVERB. (*Riendo.*) No nos engañes; eso sería delicioso.

DRY. He aquí á Sidney que sale de la cámara de Su Majestad. El puede decirnos... ¿Qué crédito debemos dar á las voces que corren, conde? ¿Es cierto que ha sido depuesto el primer ministro?

SID. Así dicen; yo, sin embargo, no tengo más datos positivos que los demás. (*Se sienta en un sillón cercano á la cámara del rey.*)

CHES. (*Bajo á los otros.*) Hace el discreto: la caída es indudable.

OVERB. (*Con el mayor atolondramiento.*) ¡Gracias á Dios! Ya nos vemos libres de ese maldito canciller. Por todos estilos nos estaba haciendo mal tercio. Figuraos que hace ya algunos días que estaba en relaciones con la mujer más linda de Londres.

CHES. ¿Hablas sin duda de la joven Ana Arundel? Te engañas, Overbury; porque no ha querido admitir las veinte mil libras que el canciller le ha ofrecido por medio de...

OVERB. No es esa, no.

BUR. ¡Ah! ya, la sobrina misma del canciller.

OVERB. Nada.

DRY. (*A media voz.*) Este maldito no respeta á nadie; apostaría yo á que habla de la misma...

OVERB. Menos; no das en ello.

CHES. Al fin daremos.

BUR. ¡Ah! una del teatro.

SALF. ¿Pues quién es? (*Sidney se acerca con curiosidad.*)

DRY. Dejadle, por Dios; vais á ponerle en el caso de que diga algún disparate; ya le falta poco para...

OVERB. ¿Quieres callarte, Dryden? Vas á hacernos sospechar que se trata de tu mujer.

DRY. ¡Overbury! (*Chester le sosiega riéndose. Risa general.*)

OVERB. (*Todos le rodean.*) ¡Vaya! ¿me prometéis guardarme secreto? porque no quisiera comprometerla.

CHES. Sí. ¿Quién lo duda?

OVERB. ¡Pues bien! ¿Conocéis todos á la condesa viuda de Salisbury?

SID. (*Atraviesa rápidamente la escena y se dirige á Overbury.*) ¿La condesa viuda de Salisbury? ¿Estáis seguro, señor letrado? (*Todos se apartan.*)

OVERB. Muy seriamente lo tomáis, señor conde. Sin embargo, os puedo decir que hoy mismo la he visto entrar misteriosamente en el palacio del canciller.

SID. ¿Y no tenéis más pruebas que esa para minar de esa manera su reputación? ¿Sabéis por ventura la causa que podía obligarla á ver á Buckingham?

OVERB. No tengo el honor de estar tan al corriente de sus negocios como el señor conde.

SID. Sabed, pues, que iba á pedir una gracia para uno de sus parientes.

OVERB. Sí, y de una manera muy propia para conseguirlas, señor conde. (*Risa general.*)

SID. ¡Eso es ya demasiado! Puesto que aquí

no hay nadie que se atreva á tomar la defensa de una mujer para vengar su reputación indignamente calumniada, yo seré, señor letrado, yo mismo quien os dirá en vuestra cara que mentís.

OVERB. A fe de caballero, señor conde, me daréis una satisfacción de este insulto.

SID. (*Echando mano á la espada.*) Ahora mismo.

OVERB. (*Apoderándose de la de Burker, que está á su lado.*) ¡Enhorabuena!

CHES. (*Pasando al lado de Sidney y apartando á todo el mundo.*) A un lado, señores, á un lado. Que vean lo que hacen. ¡Sitio!

DRY. (*Arrojándose enmedio.*) ¿Qué hacéis aquí? ¿Dentro del palacio? ¿Casi en presencia del rey?

VARIOS SEÑORES. Deteneos. (*Los separan.*)

SID. Bien, pero mañana en James-Street á las seis.

OVERB. Donde gustéis, con tal que yo vea cruzadas nuestras espadas cinco minutos no más.

SID. Nos batiremos antes de salir el sol, señor letrado, para que no se eche á perder vuestra tez.

CHES. (*Bajo á Overb.*) Esto te enseñará á ser un tanto más circunspecto en tus habladurías. No sabe uno las más veces con quién habla.

BUR. (*Bajo á Overb.*) Esto te corregirá.

OVERB. (*Idem.*) ¿Dos á la vez para enseñarme una virtud palaciega? Convenid conmigo en que esto ya es demasiado.

ESCENA XI

DRYDEN, SIDNEY, BESFORD, CHESTER, OVERBURY, BURKER, SALFORD

(Durante toda esta escena y hasta el fin del acto se llenan los salones de personas de todos sexos en traje de corte ó enmascaradas. Algunas en sus trajes representan diosas del paganismo.)

BESF. (*Entra por el foro.*) Por fin os encuentro, conde.

TODOS. ¡Besford!

OVERB. ¿Cómo diantres te has compuesto para salir de tu cárcel?

BESF. Preguntádselo á mi libertador el conde de Warwick, que ha conseguido mi perdón. ¡Qué agradable sorpresa me habéis causado! En menos de una hora paso de un calabozo lóbrego y triste á una brillante función. No creía salir de él para ir á un baile; podéis contar con mi agradecimiento á todo trance; mi vida es vuestra; sólo temo no poderos pagar jamás lo que os debo. (*Salford sale por el foro.*)

DRY. Vamos, milores; las salas de Windsor se llenan de gente; tendremos comparsas preciosas: la reina y un gran número de señoras han adoptado trajes de las diosas de la mitología; el baile presentará una perspectiva encantadora.

SID. (*Solo.*) ¿Podía yo permitir que la ultrajasen? No; era un deber mío defenderla. El letrado Overbury pagará bien caras sus calumnias.

BESF. (*Que ha estado hablando con un grupo, dirigiéndose vivamente á Sidney.*) ¡Por San Jorge! ¿Qué acabo de saber, amigo mío?



¿Os batís mañana con Overbury? ¡Ah! me tendré por dichoso si llego á tiempo para serviros de segundo.

SID. Gracias, señor duque, gracias; Chester vendrá conmigo.

BESF. Necesitáis dos y no os ha de sobrar nada. Overbury es el rey de los esgrimidores; su osadía y su fortuna le han hecho célebre.

SID. No importa. El cielo se pondrá de mi parte.

BESF. Perdonad; no podéis sin ofenderme rehusar mis servicios; os debo la vida. ¿No he recurrido yo también á vos? Sé la deuda que he contraído; permitidme que empiece á pagárosla. Overbury, mañana voy con el conde de Warwick.

OVERB. Como gustes, Besford. Ya sabes cómo te he servido esta mañana; sin duda te

has cansado de vencer. (*Habla con Burker y otro señor.*)

BESF. Eso es lo que hemos de ver mañana, señor jurisconsulto. Chester, contadme la ocasión de este desafío.

(Se oye no muy cerca la música de los salones, que no cesa de tocar hasta el fin del acto.)

ESCENA XII

DRYDEN, SIDNEY, LA DUQUESA, BESFORD, CHESTER, OVERBURY, BURKER

DUQ. (*Entra por el foro.*) ¿Qué hacéis? milores, ya ha empezado el baile. ¿Es posible, Dryden, que tenga yo que venir á buscaros?

SID. (*Bajo á la duquesa.*) ¿Os he cumplido mi palabra, miladi?

ESCENA XIII

SIDNEY, DRYDEN, LA DUQUESA, SALFORD, BESFORD, CHESTER, OVERBURY, BURKER

SALF. Burker tenía razón, milores. La caída del lord canciller ya no es un misterio; la reina acaba de anunciarlo en alta voz.

UN GRUPO DE CORTESANOS. ¡Viva el rey!

DRY. ¡Adiós mi capitanía!

BESF. Por Dios, que estoy en el día más feliz de mi vida, supuesto que ya nos vemos libres de ese maldito Buckingham; permitid, milores, que os presente á la duquesa de Besford. (*Movimiento de sorpresa.*)

OVERB. ¿Qué dices? ¿tu mujer?

BESF. Hace dos años, Overbury; esto es lo que tú no habías adivinado.

OVERB. En verdad que no; te felicito sinceramente. (*A Chester y á los demás.*) Ahora tiene esto más gracia.

BESF. (*Acercándose á Sidney.*) Mañana, ¿á qué hora?

SID. Pero... permitidme, Besford, que no os exponga á...

BESF. ¡Silencio! mi mujer nos escucha; está loca por mí, y si llegase á sospechar la menor...

CHES. (*Bajo á Overbury y á los demás.*) ¡Y yo que iba á contarle al marido la causa del desafío! Está visto que aquí no se puede hablar sin hacer un disparate.

ESCENA XIV

Dichos; UN GENTILHOMBRE, saliendo de la cámara del rey

GENTIL. El rey llama á su gran canciller y primer ministro el señor conde de Warwick. (*Sorpresa y silencio general.*)

DRY. (*A Salford.*) Nos equivocamos en todos nuestros cálculos. ¿Quién hubiera dicho que Sidney?... (*Alto.*) Milord, os felicito cordialmente al ver recompensado vuestro mérito.

(Todos se inclinan. Besford y Chester aprietan amistosamente la mano de Sidney; los demás le rodean felicitándole.)

OVERB. (*Con desenfado.*) ¡Por San Jorge! mañana sabremos si un trozo de pergamino y el título de excelencia bastan á desviar la punta de una espada.

SID. (*A Overbury, á quien no ha perdido de vista.*) Mi nueva posición en nada altera nuestros asuntos; y como os veríais obligado á salir de Inglaterra en el caso de que la suerte os fuese propicia, os enviaré esta noche un salvo-conducto.

OVERB. (*Saludándole.*) Viva vuestra excelencia persuadido de que haré cuanto de mí dependa para poder aprovecharme de él.

(Se oye más fuerte la música. Sidney se detiene un instante á la entrada de la cámara del rey para echar una ojeada á Overbury y á la duquesa. Todos hacen ademán de salir hacia los salones del baile. Cae el telón.)



ACTO SEGUNDO

El teatro representa una sala de casa de Sidney; á la izquierda una puerta que conduce á un gabinete-armería, en cuya entrada se ven trofeos. En el fondo una péndola gótica; á la izquierda una ventana ancha que permite ver la fachada del palacio de Windsor iluminada; á la derecha una puerta que conduce afuera.

ESCENA PRIMERA

WILLIAMS, en el fondo; SIDNEY, ocupado en escribir; sobre la mesa hay dos bujías encendidas. El reloj da las cinco

SID. ¡Las cinco! Ya empieza á amanecer. (*Saca una caja del pecho, besa repetidas veces lo que contiene y la ata á una carta que acaba de cerrar.*) ¡Williams!

WIL. ¿Señor?

SID. (*Señalando una carta que coge de sobre la mesa.*) Esta carta es para mi madre. (*Señalando el paquete.*) Esto para una persona cuyo nombre no pronunciarás jamás, para la duquesa de Besford. Aquí lo dejo todo. (*Abre un cajón en la pared á la izquierda del espectador.*) Me llevo la llave. Si no vuelvo esta noche descerrajarás este cajón y darás á cada cosa la dirección que te he indicado; pero las darás sólo á las personas que he dicho, sólo á ellas.

WIL. Sí, señor.

SID. ¡Ah! se me olvidaba ya el salvo-conducto del letrado Overbury. (*Firma un papel y lo mete en su bolsillo.*) Harás ensillar inmediatamente el mejor de mis caballos; te encargo sobre todo que se haga sin meter ruido; podrías despertar á mi madre.

WIL. Todas vuestras órdenes serán puntualmente ejecutadas.

SID. ¡Ah! dejarás también abierta la puerta grande, porque voy á salir.

WIL. ¿Solo, señor?

SID. Solo.

WIL. De buena gana os pediría permiso para acompañaros. El señor conde conoce mi discreción, y acaso necesitará alguien...

SID. No, Williams; te agradezco tu celo. Estás conmovido. ¡Bah! ¿Es esta la primera vez que me ves salir á estas horas? Vaya, anda. ¡Pobre Williams! (*Desciñe su espada y la pone sobre la mesa.*)

ESCENA II

SIDNEY

El baile continúa. Celebran la caída de Buckingham como celebrarían la mía. Allí está, pensando en mí tal vez, porque ahora ya no puedo dudar de su amor. La hora se acerca (*Saca del gabinete unas pistolas y las pone sobre la mesa.*) y he prometido á Chester irle á buscar á su casa. Allí estará Besford sin duda; por más que he hecho me ha sido imposible hacerle desistir. Ayer aun hubiera dado toda mi sangre por oir un *sí*... ¿por qué razón no soy ya completamente feliz? ¡Ah! existe entre ella y entre mí un obstáculo en que se estrellan á la vez todas mis esperanzas. Dice que me ama; pero pertenece toda á su marido. Sí; la ha comprado: su cuerpo es suyo, y su alma también. Sus encantos, su amor, todo se lo ha vendido á Besford su familia ¡Una boda por razón de estado! Y ella quiere llevar al extremo ese vil contrato. ¡Delirio! ¡Ah! ¿Cumple nuestra vida jamás lo que una vez prometió? Entramos en el mundo henchidos de esperanza: nos arrojamos llenos de alegría hacia un porvenir risueño; pero cada día que pasa se borra una ilusión, huye un placer ilusorio, se presenta en su lugar una horrible realidad, y á los veinticinco años, en la flor de nuestra vida, nos hallamos solos, aislados, desengañados y abrasados por una sed devoradora de felicidad que no se ha de satisfacer jamás. (*Llaman suavemente á la puerta del fondo.*) ¿Quién llama?

ESCENA III

SIDNEY; OVERBURY, asomando la cabeza.

OVERB. Soy yo, excelentísimo señor. (*Entra con una espada ceñida y dos pistolas en el cinto.*)

SID. ¿Qué significa esto, sir Overbury? (*Señalando al reloj.*) Son las cinco y cuarto, ya lo veis, y nuestra cita es á las seis. ¿Dudáis por ventura de mi exactitud?

OVERB. No ignoro vuestra reputación, señor conde. Sé muy bien que á las seis en punto os hubiera encontrado en el sitio designado con la pistola ó la espada en la mano, dispuesto á escarmentar todas mis extravagancias.

SID. En ese caso, ¿qué objeto tiene esta visita? Nos faltan todavía tres cuartos de hora.

OVERB. Esa es precisamente la causa de mi venida.

SID. Explicaos.

OVERB. Trascurrido ese tiempo no podré consagraros ni un segundo.

SID. ¿Por qué?

OVERB. Porque á las seis tengo otro asunto tan importante como éste, al cual no me es posible dar cumplimiento en el mismo sitio, y no encuentro medio alguno de estar á una misma hora en dos puntos distantes.

SID. ¿Cómo? ¿otra cita?

OVERB. Precisamente.

SID. Tranquilizaos. Es probable que tengáis que faltar á la una ó á la otra.

OVERB. (*Riéndose.*) Tengo más confianza en mí que el señor conde, y por esto quisiera conciliarlo todo.

SID. (*Con impaciencia.*) Sir Overbury, haceos cargo de que yo he sido el que os he provocado; la otra persona esperará.

OVERB. No hubiera vacilado para proponérselo si me las hubiese con una simple mortal (ya veis que es una cita amorosa), pero precisamente es una divinidad del olimpo: la he dirigido mis oraciones, he sido escuchado, y una diosa, por pequeña que sea, no es mujer que aguarde. Y ésta sobre todo: la blanca Diana que brillaba esta noche deliciosa en medio de un enjambre de ninfas...

SID. No os pregunto quién es.

OVERB. Me es indiferente: además de que mañana lo sabrá toda la corte.

SID. Lo sentiré por vos, sir Overbury; pero, ¿y si yo no quisiese variar la hora de nuestro desafío?

OVERB. Tendría paciencia, señor conde; pero confesadme que eso sería una crueldad. En igual caso yo no me negaría á prestaros este pequeño servicio.

SID. Enhorabuena. Vamos, pues.

OVERB. No esperaba yo menos de vuestra generosidad.

SID. (*Dándole un papel.*) Tomad vuestro salvoconducto.

OVERB. (*Leyéndole.*) Si vuestra excelencia tuviese la bondad de poner dos nombres. Porque, ¿quién sabe si mi diosa querrá endulzar el rigor de mi destierro? y como es casada...

SID. Eso es cuenta vuestra. (*Señalando las pistolas y la espada de Overbury.*) ¿Son necesarios todos esos preparativos?

OVERB. Esto quiere decir que podéis elegir armas.

SID. Os cedo la elección.

OVERB. ¡Oh! á mí me es indiferente.

SID. Mejor; entonces á caballo.

OVERB. A caballo.

SID. Con espada y con pistola.

OVERB. Tengo ambas cosas.

SID. Hasta que quede uno de los dos en el campo.

OVERB. ¿Eh?

SID. ¿Este desafío os asombra, sir Overbury?

OVERB. No le propongo nunca, pero lo acepto siempre.

SID. Vamos.

ESCENA IV

WILLIAMS, SIDNEY, OVERBURY

WIL. (*Bajo á Sidney.*) Una enmascarada quiere hablar indispensablemente á vuestra excelencia.

SID. ¡Una señora!

OVERB. ¿Señor conde?

SID. Un momento, sir Overbury.

ESCENA V

Dichos, LA DUQUESA

(Trae un gran dominó de raso negro y la máscara puesta; al ver á Overbury hace ademán de salir.)

OVERB. (*Ocultando sus armas con su ropilla.*) ¡Ah, señora! yo soy quien debo salir. (*A Sidney, sonriéndose y á media voz.*) Sois más feliz que yo, señor conde; á mí me toca sacrificarme; es muy justo. No insisto: sed dichoso vos ahora, yo lo seré después.

ESCENA VI

SIDNEY, LA DUQUESA

DUQ. (*Arrojando su careta.*) Soy yo.

SID. ¡Vos, señora! ¡Ah! si esto es un sueño, no me despertéis jamás. No me robéis mi felicidad.

DUQ. Insensato, ¿habláis de felicidad, y no veis la muerte delante de vuestros ojos?... Huid. Buckingham ha recobrado todo su favor.

SID. ¡Buckingham! Es imposible; he vuelto á ver á Su Majestad durante el baile, y el recibimiento que me ha hecho...

DUQ. ¿Y no conocéis á Jacobo I? ¿Yo soy quien he de recordaros las causas que existen para hacer imposible una caída completa de Buckingham? ¿Creéis que le costaría tanto sacrificar á su antiguo privado la cabeza de un favorito de dos horas, con tal que tuviese el menor viso de justicia? ¿Imagináis por ventura que puede faltar un pretexto?

SID. ¡Oh! eso sería una ingratitud.

DUQ. Creedme. Al saber su desgracia, el canciller se ha hecho llevar á Wíndsor; ha esperado al rey en su gabinete. El rey le ha visto, le ha hablado, y ha cedido; ha temido sin duda.

SID. ¡Buckingham! ¡Buckingham!

DUQ. Este suceso es un misterio todavía; nadie lo sospecha en la corte: sólo la reina ha podido saberlo en el acto. Me ha llamado aparte; todo me lo ha contado: he recorrido todas las salas, os he buscado, he preguntado por Chester, vuestro amigo, para que os avisase: á nadie he encontrado; los dos habíais desaparecido. No sabiendo entonces de quién fiarme, y temiendo dar con un enemigo vuestro, he cogido precipitadamente en el cuarto de la reina este dominó y esta careta, y lo he abandonado todo por salvaros.

SID. ¡Oh, Isabel, sois un ángel! Pero nada tengo que temer. Mi ministerio de dos horas no ha hecho daño á nadie, y puede haber hecho mucho bien á alguna persona.

DUQ. Sí; pero el canciller os acusa de traición contra el estado, y á sus instancias acaso os acusará también mañana el parlamento. Ha hecho creer al rey que estáis complicado en la conjuración que tiende á poner la corona de Inglaterra en la cabeza de Arabella Estuardo, su prima.

SID. Es una infame calumnia: tendrá que presentar pruebas.

DUQ. ¿Pruebas? ¿Creéis que no sabrá inventarlas? ¿Ignoráis su facundia? El rey lo ha creído, y en este caso no ha podido menos de obrar como rey justo. En fin, ¿no me habéis comprendido? Buckingham os acusa y pide vuestra cabeza. Y la obtendrá, vos lo sabéis mejor que nadie, la obtendrá si no la salváis.

SID. ¡En buen hora! Que envíe por ella.

DUQ. ¡Oh! ¿Qué decís? No será esta vuestra resolución, no; lo decís sólo para atormentarme, porque yo soy quien os he precipitado en este abismo; vos no querríais dejarme este eterno remordimiento: ¿es verdad que no, Sidney? No; eso sería horroroso. Nunca he deseado el mal para vos.

¡Oh, Sidney, vos no habréis pensado bien lo que habéis dicho!

SID. ¡Isabel!

DUQ. No, no lo habéis pensado bien. Una carroza os aguarda abajo, y la reina ha despachado delante postillones para auxiliar vuestra fuga.

SID. (*Mirando el reloj.*) ¡Enhorabuena! que parta el carruaje, y que me espere en la puerta de Market. Dentro de una hora le alcanzaré.

DUQ. ¡Dentro de una hora! ¿Y por qué esta dilación? Dentro de una hora ya no será tiempo. Va á amanecer, y al salir el sol ya os habrán preso. Partid inmediatamente ó sois perdido.

BESF. (*Entre bastidores.*) ¡Sidney! ¡eh! ¡Sidney! (*La duquesa se detiene aterrada.*) ¿Dónde diablos estáis?

DUQ. ¡Mi esposo!

SID. ¡Besford! ¿Dónde os ocultaré? Allí, en el gabinete, en mi armería... Venid, no temáis nada.

(Coge del brazo á la duquesa, que ha quedado inmóvil, acometida de un temblor convulsivo, y la empuja dentro del gabinete.)

ESCENA VII

SIDNEY, BESFORD

BESF. Apostaría cualquier cosa á que está durmiendo... ¡Ah! me he llevado chasco.

SID. Milord duque, me parece que no era el sitio designado...

BESF. ¿Para reunirnos, no es verdad? Cierto: perdonadme mi impaciencia: he querido probar mi exactitud. Me tenéis á vuestras órdenes; este es el día más feliz de mi vida, pues voy á emplear mi espada en servicio vuestro.

SID. Hablad más bajo, os lo ruego; más bajo. (*Besford le mira asombrado.*) La habitación de mi madre está inmediata, y pudiera oirnos.

BESF. (*Bajando la voz.*) Tenéis razón: ¡pobre condesa! respetemos su sueño; todas las precauciones serán pocas. Lo mismo me sucede á mí con mi mujer; ¡si supiérais cuánto trabajo me ha costado callarle todo este asunto! Felizmente me he salido del baile muy temprano y sin que ella lo echase de ver. Por otra parte, pasará regularmente toda la noche con la reina; es imposible que conciba la menor sospecha. ¡Qué noche tan deliciosa! Vos erais allí el héroe, señor conde; vuestro nombre andaba resonando de boca en boca; todos querían veros y felicitaros. Vuestro reinado ha empezado con una brillante función.

SID. Pronto pudiera acabarse.

BESF. ¡No lo quiera Dios! ¡oh! será largo, porque estáis muy querido, sois generalmente bien quisto, y vuestro poder no engendrará envidiosos.

SID. (*Cuya impaciencia y turbación se aumentan por grados.*) Perdonadme, milord; tengo todavía que tomar algunas disposiciones...

BESF. Sí, sí; os ruego que no os incomodéis por mí de ninguna manera; haced cuenta que no estoy aquí. (*Sidney, viendo que no se va, se sienta á la mesa y hace como que escribe; Besford se sienta. Momento de silencio.*) A propósito, ¿qué arma elegís?

SID. Si os parece nos batiremos á caballo con pistola y espada.

BESF. (*Levantándose.*) De muy buena gana; eso es más animado y más divertido; es casi una carga de caballería. (*Llega á la mesa y examina las armas de Sidney.*) ¡Lléveme el diablo! esta es una espada de baile. El menor golpe de una mano medianamente ejercitada la hará pedazos; casi va á saltar entre mis manos. ¡Oh! tenéis veinte mejores en vuestra armería. (*Se dirige hacia el gabinete.*)

SID. (*Con viveza.*) Esta me acomoda más; es más ligera. Marchemos, os lo ruego; he concluído.

BESF. ¡Por mi alma! no permitiré en manera alguna que os expongáis con una arma de esta especie. Es un deber mío el... (*Da un paso hacia el gabinete.*)

SID. (*Deteniéndole.*) Deteneos, milord duque; se pasa la hora; es preciso partir.

BESF. (*Reparando en la careta que está en el suelo.*) ¡Ah! Esto es otra cosa. ¡Diantre! no había yo visto. (*Sonriéndose.*) Sí, sí, efectivamente; esta espada es muy buena... Además, Chester nos prestará otra; subiré al paso á su casa (*Recoge la careta con un bastón.*) y la escogeré. (*Se prueba la careta.*) Muy incómodo debíais estar aquí dentro; es muy pequeña. (*Examinándola.*) Me parece haberos visto antes, señora careta, bailando en la comparsa de la reina. (*Levantando la voz y mirando hacia el gabinete.*) ¿No íbais con un vestido de color de

violeta, con guarniciones de color de naranja? (*Sidney le hace una seña con la mano.*) Sí... hablemos bajo, vuestra madre pudiera oirnos.

SID. Vamos, duque, vamos.

BESF. A la verdad, ¡soy el hombre más indiscreto y más torpe!... ¡entrar á las cinco de la mañana en vuestra habitación sin anunciarme antes! ¡Qué enojado debéis de estar conmigo! Voy á esperaros en la puerta de la ciudad; Overbury será también exacto sin duda; de paso me reuniré con Chester, nuestro testigo. (*Volviendo.*) ¡Ah! dos palabras nada más. ¿Es esta la primera vez que viene aquí?

SID. ¡Oh! os lo juro por mi honor, la primera.

BESF. ¡Santo Dios! ¿qué he hecho yo? no tengo disculpa. Os pido mil perdones, mil: me retiro; quedaos; no salgáis; quedaos aquí, señor conde.

ESCENA VIII

LA DUQUESA, SIDNEY

SID. He creído que moríamos aquí los tres. (*Echa el cerrojo de la puerta del foro y corre hacia la del gabinete.*) Venid, Isabel, venid. ¿No me oís? ¡Isabel! (*La lleva á un sillón y la sienta.*) Volved en vos, nada tenéis ya que temer.

DUQ. No, ya no tengo nada que temer, ¿no es verdad? ¡Ah! otro golpe como éste y soy muerta. Ahora estoy salva ya, ¡salva enteramente! ¡Dios mío! (*Llora.*)

SID. Por Dios, tranquilizaos.

DUQ. Sí; es preciso que yo me marche al momento.

SID. ¿Y podéis marcharos en el estado en que os veo? Esperad aún algunos minutos más.

DUQ. ¿Esperad decís? ¿Y si volviese? ¿Sabéis que no me volvería á esconder? No; no me escondería. No le pondría yo mismo en ridículo segunda vez; no atraería el desprecio sobre su cabeza; mejor querría que me matase. ¡Besford! ¡ese hombre tan noble, tan generoso, tan lleno de pundonor! Se chanceaba él mismo con su propia deshonra; se ha marchado riéndose delante de una mujer cuya presencia no ignoraba; ¡y esta mujer es la suya! ¡esta mujer lo oía todo, y no ha muerto de vergüenza ó de desesperación!

SID. ¡Isabel!

DUQ. Todo lo he oído, ¡os lo repito! el motivo de su visita, y el que le ha obligado á salirse.

SID. ¡Pues bien! maldecidme á mí; yo soy quien os he deshonrado á vuestros propios ojos, y entretanto vos estabais pura y no habéis dejado de serlo; pero mi amor es fatal y lleva consigo donde quiera el dolor y los remordimientos. ¡Cuán desgraciado soy yo! Yo, que hubiera dado mi vida por ahorraros un sentimiento, y que os entrego á la desesperación; yo, por quien lo habéis arrostrado todo, y que no puedo dejaros siquiera el consuelo de haberme salvado.

DUQ. ¿Y por qué me habéis de negar hasta ese dulce consuelo?

SID. ¿Estará en mi mano concedéroslo dentro de una hora?

DUQ. (*Levantándose.*) Tenéis razón; ese desafío, ese... debéis asistir á él, y si os libráis de vuestro adversario no os libraréis del vulgo. ¿Pero qué os importa? no dejáis muriendo ningún pesar, ninguna memoria...

SID. ¡Isabel! Basta, yo sólo suplico: ved que bien he menester todo mi valor.

DUQ. ¿Y yo no le necesito?

SID. (*Mirando el reloj.*) ¡Ah! se ha pasado ya la hora.

DUQ. (*Deteniéndole.*) Un instante todavía. ¡Dios mío! Un instante nada más.

SID. No, no; me es imposible: no me detengáis.

DUQ. ¿Queréis, pues, morir?

SID. El cielo decidirá de mi suerte. (*Se arroja hacia la puerta.*)

DUQ. (*Deteniéndole.*) ¡Sidney! ¡por vuestro amor, por el mío, por el mío, conde!...

SID. ¿Y seré yo digno de ese amor si me quedo aquí más tiempo?

DUQ. Ya ha pasado la hora; vos lo acabáis de decir; ya ha pasado.

SID. Sí, y cada segundo que marca nuevamente aquel minutero se lleva consigo un pedazo de mi honor. Venid, salgamos.

DUQ. ¡Salir! No; yo me quedo aquí. (*Cogiendo el sillón.*) Aquí mismo, ¿lo oís? No penséis en llevarme; yo también quiero perderme, sí. Cuando vengan los emisarios de Buckingham á buscaros... ¡mejor! Le podrán contar al canciller que han encontrado á la duquesa de Besford en la habitación del conde de Warwick. Idos, conde; marchad; ya no os detengo. (*Se sienta.*)

SID. ¡Vos me hacéis temblar! Escuchadme, Isabel; bien lo sabéis; nosotros los hombres

tenemos deberes que no podemos olvidar sin arrostrar el oprobio. Una cita de esta especie es sagrada; he insultado á mi adversario, y le debo dar una satisfacción, aunque el habérsela de dar me costará llevar mi cabeza á un cadalso.

DUQ. (*Levantándose.*) No huiréis de vuestro adversario, huiréis del anatema de Buckingham. ¡Dios mío! en los sucesos ordinarios de la vida nunca os obligaría yo á eludir un combate que el honor exige; gemiría en silencio: ¿pero ahora? ahora es el cadalso, el cadalso, ¿me entendéis? Decidme cómo queréis que os hable. Decidme qué palabras podrán conmover vuestro corazón; decidme qué objetos os son más caros. ¿Mi amor? ¡Ah! no: no puede nada con vos; no es eso... ¿Vuestra madre? Sí; vuestra madre, á quien tanto amáis, que oirá su nombre mancillado, que morirá de dolor... ¿No? ¿Tampoco basta? ¡Ah! ya no sé qué deciros yo; no lo sé, ni sé qué ruegos emplear; mi alma se cansa, y no me quedan fuerzas sino para llorar y para echarme á vuestros pies.

SID. Dejadme, por Dios, dejadme.

DUQ. No lo esperéis, Enrique. No, conde, no.

SID. ¡Ah! ¿vos no querríais deshonrarme?...

DUQ. (*Levantándose.*) ¿Y si me deshonrase yo contigo?..

SID. ¡Isabel!

DUQ. ¿Y si participase yo contigo de tu oprobio? ¿si partiese yo también?

SID. Calla, Isabel; ¡calla por piedad!

DUQ. Partamos, sí; partamos al instante. Ya nada me detiene. Dentro de algunas horas estaremos lejos de Inglaterra, lejos de Buckingham, y lejos en fin de todos. Estaremos solos en el mundo nosotros dos. ¿Comprendes bien toda nuestra felicidad? ¡Oh, una vida entera llena toda de amor y de ventura, el paraíso en la tierra! Partamos.

SID. ¡Desdichado! soy perdido si te escucho.

DUQ. No puedes negármelo, no; no puedes negármelo, ¿lo ves? ¿Y qué es tu sacrificio comparado con el mío? Yo no tendré disculpa; yo abandono á un esposo que me ama, yo atropello todos mis deberes... (*Sidney la estrecha contra su corazón.*) ¡Oh! sí, Enrique, sí; rodéame con tus brazos, ocúltame á las miradas de todos, porque estoy envilecida, porque estoy infamada.

SID. No hables así, Isabel, tú que todo me lo sacrificas, tú que eres mía de aquí en adelante.

DUQ. Sí, tuya, toda tuya, enteramente tuya.

SID. ¿Y qué nos importa el mundo ahora? Ya es mía para toda la vida.

(La estrecha á su pecho, y la llena de besos las manos y la frente. Se oye ruido. Dan golpes á la puerta.)

DUQ. (*Con el mayor espanto.*) ¡Ah! son los soldados de Buckingham que vienen á prenderte.

SID. No me prenderán vivo.

CHES. (*De afuera.*) ¡Sidney! ¡Sidney! abre.

SID. Es la voz de Chester.

CHES. (*Sacudiendo la puerta violentamente.*) Abre, ¡por San Jorge! (*La puerta cede y entra. La duquesa se cubre el rostro con entrambas manos.*) ¿Has perdido el juicio? Besford acaba de partir para batirse en tu lugar.

SID. ¡Maldición sobre mí! (*Se arroja sobre sus armas.*) ¡Y yo entretanto le deshonraba!

(Arrastra consigo á Chester; la duquesa cae desmayada en un sitial.)



ACTO TERCERO

Salón del piso bajo de la casa de Besford. A la derecha y en primer término una puerta, y en segundo término un reloj. Otra puerta á la izquierda que conduce á las habitaciones de la duquesa; otra en el foro, al lado de unas grandes vidrieras que dan al patio de la casa. A la izquierda una mesa entre dos grandes sillones.

ESCENA PRIMERA

BURKER, en pie detrás de la mesa; BESFORD, sentado en un sillón; dos criados detrás de él; LA DUQUESA, sentada en el fondo al otro lado del teatro.

BESF. (*Con el brazo vendado, á Burker.*) Me ha faltado un pie, me he resbalado, y Overbury ha vencido; (*A media voz.*) pero decidle que nos volveremos á ver.

BUR. (*Dejando dos pistolas sobre la mesa.*) Corro á decirle inmediatamente que por dicha vuestra herida no ha sido de peligro.

BESF. (*A los criados.*) Gracias, amigos míos, gracias; ya no os necesito: ídos.

ESCENA II

BESFORD, LA DUQUESA

BESF. (*A la duquesa, que ha permanecido inmóvil con la cabeza sostenida en las manos.*) ¡Isabel! perdonadme que os haya hecho un misterio de todo esto. Jamás hubierais sabido una palabra á no ser por esta maldita herida. ¿Aun estáis enojada conmigo? Ya veo que será preciso pediros seriamente mi perdón.

DUQ. (*Levantándose y llegando á él.*) ¡Milord!

BESF. ¡Querida mía! no es más que un arañazo, nada más. Ni sé cómo he podido ponerme tan malo por tan poca cosa; apenas siento ahora mi herida. Ya veis que no me impide estrecharos en mis brazos. ¿Os apartáis? Cierto que es mucha crueldad ahora que ya os he confesado mis yerros. Si ha habido algún riesgo, ya estoy fuera de él, y hoy no tengo que temer sentencia alguna.

DUQ. ¡Ah! no; el rey firmó vuestro perdón. Hoy ya no sería tiempo de pedirle.

BESF. ¿Pues cómo?

DUQ. Buckingham se ha vuelto á apoderar del poder.

BESF. ¿Quién os lo ha dicho?

DUQ. La reina.

BESF. ¡Otra vez desvanecidas nuestras esperanzas!... Pero... entonces el pobre Sidney es perdido; apenas tiene tiempo para escaparse y librarse de las pesquisas de Buckingham. (*Se levanta.*) Es preciso enviar un criado á su casa; que lo busquen donde quiera que esté: si llega á poner los pies en su casa de Wíndsor es hombre muerto.

VOCES EN EL PATIO. ¡Eh! paradle... deteneos...

BESF. (*Acercándose á la vidriera.*) ¿Qué ruido es ese? Un caballo acaba de dejarse caer en el patio; está cubierto de polvo y de espuma... no veo su jinete.

ESCENA III

BESFORD; SIDNEY, cubierto de polvo, en el mayor desorden, arrojándose dentro de la habitación; LA DUQUESA

SID. ¡Ya era tarde! (*A Besford.*) ¡Ah, Besford, Besford, si me hubieras esperado!

BESF. (*Alargándole la mano*). ¿Qué queréis? para hacer tiempo... (*A Sidney, que repara en su brazo.*) No es nada.

SID. Overbury ha pagado cara esa herida.

BESF. ¿Le habéis muerto?

SID. No, pero tendrá que hacer cama algunos meses.

BESF. ¡Ah, pobre togado! mucho lo siento: le estimo, le quiero. Mas pensemos en vos. ¡Cuán dichoso soy volviéndoos á ver, amigo mío! Temía que hubieseis vuelto á vuestra casa; ignoráis sin duda cuanto pasa.

SID. No, acabo de saberlo en este momento.

BESF. ¿Y qué? Ya no estáis seguro en Inglaterra; vais á partir. Os salvaremos, á lo menos así lo espero: esperadme algunos minutos.

SID. ¿Qué hacéis, milord? ¿Y vuestra herida?

BESF. ¡Eh! bagatela. En este momento no pienso más que en vos. Os dejo con la duquesa.

DUQ. Milord, permitidme que me retire: ¡estoy tan mala!

BESF. Esperad un momento siquiera; haced compañía al conde, os lo ruego: un instante no más. ¡Por mí!

ESCENA IV

SIDNEY, LA DUQUESA

DUQ. (*Después de un largo silencio.*) (¡Qué tormento, Dios mío!)

SID. (*Sin mirar á la duquesa y con la mayor reserva.*) ¡Cuánto he temblado por vos, miladi! ¿Pudisteis salir sin ser vista?

DUQ. (*Del mismo modo.*) Sí, conde, sí.

SID. (*Después de otra pausa.*) ¡Cuánto he sufrido en estas dos horas!

DUQ. (*Casi fuera de sí.*) ¡Y yo, Dios mío, y yo!

SID. Si hubiera sido más peligrosa la herida de Besford, no me hubierais vuelto á ver jamás.

DUQ. Lo creo, señor conde.

SID. Perdonadme si he venido hasta aquí para informarme de la verdad. Ahora que ya no corre riesgo alguno, que yo no tiemblo por nadie, me alejo sin quejarme, sin vacilar, y sólo me llevo conmigo la memoria de este momento.

ESCENA V

SIDNEY, UN CRIADO, LA DUQUESA

CRIADO. Un hombre que no quiere decir quién es desea hablar á mi señora la duquesa.

DUQ. (*Con viveza.*) Que entre.

SID. Me retiro. Adiós, miladi.

ESCENA VI

SIDNEY, WILLIAMS, LA DUQUESA

SID. Williams, ¿eres tú?

WIL. ¿Vos aquí, señor conde? A lo menos podéis salvaros todavía. ¿Lo sabíais, pues, todo?

SID. Sí; pero á mí es á quien debes entregar ya el depósito que te he confiado. Perdonad, miladi; es una carta inútil ya en este momento. Dámela.

WIL. No está ya en mi poder, señor conde.

SID. ¿Qué dices?

WIL. Precisamente os suponía yo informado de esto. Una hora hace que una compañía de arcabuceros ha invadido vuestra casa. Os han buscado por todas partes. Han cogido todos vuestros papeles, todos; ahora paran en manos del lord canciller. Ni uno solo he podido salvar. Sólo venía aquí á saber vuestro paradero.

SID. ¡Todo se concluyó! En vano he pugnado por eludir mi destino.

WIL. Pero, señor conde...

SID. Déjame, sal; marcha te digo.

ESCENA VII

SIDNEY, LA DUQUESA. (El reloj marca las siete.)

DUQ. Conde, ¿qué carta es esa de que habláis?

SID. (*Desesperado.*) ¿Esa carta? La escribí esta mañana antes de ir á ese desafío; era para vos.

DUQ. ¿Para mí? ¿Y qué decía? ¡Dios mío!

SID. Hablaba de mi amor, del vuestro; contenía confesiones que pueden perderos.

DUQ. ¿Qué decís?

SID. Todo está en poder del canciller, y dentro de poco estará en poder de tu marido.

DUQ. ¡Ah! me matará, sí: yo tiemblo, tiemblo...

SID. Silencio, ó eres perdida. Escucha, sólo un partido te queda: huir.

DUQ. Sí. ¿Cómo?

SID. Juntos.

DUQ. Jamás, milord.

SID. Prepárate, pues, á morir aquí; pero conmigo.

DUQ. ¡Ah! me estremecéis.

SID. ¿Imaginas que yo consentiré en salvar mi vida mientras que esté la tuya en peligro? ¿Prefieres la muerte?... Bien, con un solo golpe nos herirá á los tres.

DUQ. ¡Ah, Sidney, me habéis perdido!

SID. ¡Isabel! no gritos, no quejas hemos menester ahora. Oyeme. Yo voy á salir de aquí. Te esperaré en la puerta inmediata de la ciudad; una hora te basta para alcanzarme; no te faltará un pretexto. No es ya mi amor quien te habla, ni exijo por él tu fuga. No; tu tío el marqués de Hamilton es gobernador de Portsmouth; te dejaré en sus brazos; él te protegerá, y yo, yo respetaré tu dolor, yo te daré el último adiós.

DUQ. Sí, yo imploraré su amparo, pero sola.

SID. ¿Te atreverás? ¿Será tiempo ya? No; yo soy quien debe llevarte.

DUQ. ¿Vos, Sidney? ¡Ah! ¿no soy yo ya bastante culpable?

(Se oyen los pasos de Besford.)

SID. Una palabra más y somos perdidos.

ESCENA VIII

LA DUQUESA, SIDNEY, BESFORD, y después UN CRIADO

BESF. Venid, amigo mío; todo está pronto. (*Señalando la puerta de la derecha.*) Este gabinete conduce por una escalera secreta al jardín de la casa, que está inmediato á la puerta de la ciudad. Un caballo os espera: dentro de algunos minutos estáis fuera de Londres.

SID. Permitidme que os tribute un millón de gracias, milord.

BESF. El canciller espera sin duda sorprenderos en Wíndsor, ó en vuestra casa: mientras que sus esbirros os buscan por acá, estáis ya fuera de peligro.

UN CRIADO. (*Desde el foro.*) La reina envía á llamar á mi señora la duquesa.

BESF. Está bien. (*El criado sale.*) Estará acaso con cuidado por cuanto pasa: teme que os prendan. Partid, los momentos son preciosos.

(Va á abrir la puerta del gabinete.)

SID. (*Al oído á la duquesa.*) Tomad ese pretexto. Alcanzadme en la puerta. Sino, vengo á buscaros dentro de una hora.

BESF. Vamos, amigo mío.

SID. (*Saludando á la duquesa.*) Adiós, miladi. (*Bajo.*) Dentro de una hora, ó vuelvo aquí á entregarme.

BESF. Venid. (*Sale acompañando á Sidney.*)

ESCENA IX

LA DUQUESA

Por fin ya estoy sola. Puedo llorar libremente. ¡Tan feliz ayer! ¡Y hoy envilecida! ¿Cómo me atreveré á levantar los ojos delante de un hombre á quien se lo debo todo, á quien he engañado, y que dentro de poco me pedirá cuentas acaso de su honor que me había confiado? Paréceme á cada punto que oigo salir de sus labios esta terrible palabra: «¡Infame! ¡Infame!» Este nombre me persigue: aquí está... resonan-

do siempre en mis oídos; yo le oigo de continuo. ¡Oh, cuán terrible será pronunciado por él mismo! La venganza irá en pos de él. Y entonces será menester sangre... Dios mío, á vos encomiendo mi alma cuando lo sepa todo. Yo tiemblo; ya á cada instante puede descubrirse la verdad. ¡Ah, qué horroroso suplicio!

ESCENA X

LA DUQUESA, BESFORD

BESF. Partió. Yo le he visto alejarse. Dentro de pocas horas estará lejos de nosotros, y en el camino que lleva no le será difícil encontrar un asilo entre sus numerosos amigos. (*Se sienta en el sillón que hay en el fondo á la derecha.*) Cuando el canciller sepa su fuga se dará á todos los diablos. ¡Oh! á lo menos por esta vez os hemos ahorrado, señor canciller, el trabajo de erigir otro cadalso: vuestra presa se os escapa. (*Mirando el reloj.*) Al paso que llevaba ya debe haber salido de Londres; ya debe estar en campo raso. ¡Por San Jorge, que le vayan enviando esbirros! Lleva un buen caballo. (*Levantándose.*) Ya estoy contento. Aunque hubiera sido mi mayor enemigo, hubiera hecho otro tanto; delante de la desgracia expira la venganza... ¿Qué tenéis? ¡Qué pálida estáis!

DUQ. ¿Yo, milord? El cansancio del baile; las sensaciones contrarias de este día...

BESF. Sí, verdad es; perdonadme. Pero parece que vuestra indisposición se aumenta; temo que no tengáis fuerzas para ir á palacio.

DUQ. A palacio; sí... la reina me ha llamado.

BESF. Estoy seguro de que está deseando veros y preguntaros. Su causa era la de Sidney, y la inquietud que experimenta es muy natural. Desearía muy de veras que vuestra presencia la tranquilizase.

DUQ. (No puedo sufrir más.) (*Alto.*) Permitidme, milord, que en este momento...

ESCENA XI

LA [illegible]ESA, UN CRIADO, [illegible]

CRIADO. El capitán de las guardias de su excelencia.

DUQ. (¡Ah! ¡Es mi muerte!)

BESF. Ya era tiempo. Sosegaos; ya no hay riesgo. Que entre. (*El criado sale.*)

DUQ. (¡Soy perdida, perdida!)

(Toca la campanilla; un criado se presenta por la izquierda.)

BESF. ¿Qué es?

DUQ. (*Turbada.*) ¿No me habéis dicho que la reina me esperaba, y que debía ir á palacio? Pues bien, milord, voy á ir, voy.

BESF. (*Mirándola.*) Cierto; os lo he suplicado...

DUQ. Por eso, ya veis... que... me apresuro... (*Al criado.*) ¿Está pronto mi carruaje?

CRIADO. Está á las órdenes de la señora duquesa.

DUQ. Ya bajo.

BESF. (*Clavando los ojos en ella.*) Parecía que estabais tan poco dispuesta á salir...

DUQ. (*Con timidez.*) Me quedaré si me lo mandáis.

BESF. (*Después de una pausa.*) No, no; partid.

(Sale por un lado. Besford la sigue con la vista largo rato.)

ESCENA XII

BESFORD, DRYDEN

DRY. Su excelencia me envía, milord duque, para tranquilizaros acerca de los sucesos de ayer. El rey había firmado vuestro perdón, y acaba de confirmarlo.

BESF. Esta es una visita que debe sorprenderme; el lord canciller no me ha acostumbrado á todas estas atenciones.

DRY. Tengo el encargo de prometeros por su parte un completo olvido de lo pasado; y se atreve á contar al mismo tiempo con la generosidad del señor duque.

BESF. ¡Pardiez, sir Dryden, el canciller no emplearía más galanterías para ganarse el ánimo de una mujer bonita!

DRY. Esas galanterías pueden probaros, milord, en cuánto precia su excelencia vuestra amistad. Bien sabe que erais enteramente adicto al conde de Warwick; pero os conoce demasiado para sospechar siquiera que hayáis podido tener parte en sus pérfidos proyectos.

BESF. ¡Oh! A mis ojos no es tan criminal. Pero hablemos sin rebozo, sir Dryden; el canciller me halaga, me brinda con una reconciliación: no ha podido dar sin duda con el asilo del conde, y cree que yo se le descubriré. Pues bien, sir Dryden, decidle de mi parte que ignoro cuál sea su asilo, y, si cree que está aquí, añadidle que os he dado facultades para que le busquéis por todas partes.

DRY. Vuestra palabra basta, milord. No me

falta más que entregaros este paquete que se ha encontrado en casa del conde. Su excelencia dice que no interesándole al estado esos papeles, deben seros devueltos á vos ó á la duquesa.

BESF. ¿Con qué objeto? ¿Y por qué razón? En casa del conde no podía existir ningún papel que tenga relación alguna con nosotros.

DRY. Sólo su excelencia ha abierto ese paquete. Yo no hago más que repetir sus palabras. Tomaos la molestia de leer, milord; yo esperaré. (*Sale.*)

BESF. (*Abriendo la carta.*) Yo... en verdad... no comprendo este misterio. (*Lee.*) «Viernes á las cuatro de la madrugada. Por fin, me amáis, y yo lo sé. Salió por fin de vuestros labios ese *sí* que tanto tiempo he deseado, y que no me atrevía á esperar. ¡Ah! envidie, envidie mi fortuna el que no posee más que vuestra mano: yo poseo más; yo soy amado.» (*Pausa.*) «¿Os volveré á ver? Oh, sí; soy demasiado feliz para morir ahora.» (*Interrumpiéndose.*) ¿Y qué? esta carta... ¿qué interés puede tener para mí? Ignoro completamente... (*Prosiguiendo.*) «He aquí vuestro retrato; no hace mucho que adornaba todavía vuestro brazalete; le habéis desprendido para dármele.» (*Pausa.*) «¿Habré de separarme tan pronto de él? No: no será preciso devolvéroslе; le encontraré aquí á mi vuelta, y podré llenarle de besos, como lo hago en este instante. Hasta mañana, pues, hasta mañana: lo espero.» Y luego... aquí.. el retrato... (*Abre la caja.*) ¡El suyo!... ¡Ah! (*Cae abrumado en un sillón.*) ¡Es el suyo! ¡Ella!... ¡era ella!... ¡esta noche!... ¡Oh!... ¡quién me diera matarla! ¡Vamos!... esta carta, este retrato... aquí... (*Lo pone en su bolsillo.*) ¿Quejas?... ¿lágrimas? No; ¡sangre, sangre! (*Se levanta y se pasea con la mayor agitación.*) ¡Y estaba allí ella! ¡me oía! ¡Cielos! ¡esto es increíble! ¡Vergüenza, oprobio sobre mí que les servía de juguete y que no los asesiné! (*Viendo á Dryden, que ha vuelto á entrar por el foro.*) ¿Qué aguardáis?

DRY. Una respuesta, milord.

BESF. ¿Y qué respuesta? No está aquí; ya os lo he dicho: no está. (*Para sí.*) ¡Sólo es á ella á quien tengo entre mis manos! ¡Sólo á ella! (*Después de un momento que recapacita.*) ¡Acaba de salir!... ¡qué sospecha!... Su prisa, su turbación... ¡Santo Dios!... Con él... era con él... ¡él la esperaba!

(Corre hacia la vidriera que da al patio: la duquesa aparece en el fondo en aquel mismo instante.)

ESCENA XIII

BESFORD, LA DUQUESA, DRYDEN

DUQ. (*A Dryden.*) ¿Se me impide la salida de orden vuestra, caballero?

DRY. Perdonadme, miladi; he debido ceñirme á mis instrucciones; no os hallabais expresamente exceptuada en esta medida general; nadie debía salir. Ahora que he desempeñado mi comisión, me apresuro á dejaros en libertad.

DUQ. Yo sabré quejarme á la reina, sir Dryden. Es imposible que esa prohibición se entendiese con una mujer. El canciller abusa de su autoridad.

(Da un paso para salir, pero Besford la detiene con una seña.)

BESF. (*Sin apartar la vista de la duquesa.*) En efecto, eso es llevar al extremo las precauciones. (*A Dryden.*) Tened la bondad de llevar mi respuesta á su excelencia, y aseguradle que el conde de Warwick no está escondido en mi casa. Si su prisión importa al bien del estado, pueden perseguirle por todos los caminos.

DUQ. (*Bajo.*) ¿Cómo, milord...?

BESF. (*Idem.*) Os olvidáis de que les lleva media hora de ventaja.

DUQ. ¡Media hora!... ¡ya!!

BESF. Y, por otra parte, eso es cuenta del canciller.

DRY. (*Saludando.*) Vuestras palabras, milord, serán fielmente repetidas á su excelencia.

ESCENA XIV

LA DUQUESA, BESFORD. (Están junto á la mesa.)

BESF. Soy más feliz de lo que pensaba. Os creía ya lejos de aquí, miladi.

DUQ. Sí, la reina me espera.

BESF. La reina esperará. Precisamente podéis darle una excelente disculpa, no me había á mí ocurrido; esta misma herida que he recibido por el conde de Warwick... Su Majestad no podrá extrañar que os hayáis quedado conmigo. Luego... os aseguro que estoy triste... padezco mucho; necesito alguna persona á mi lado, pero que me ame, (*Desprendiendo los adornos de la du-*

quesa y arrojándolos en un sillón.) y vos misma no querríais probablemente dejarme solo en este estado. (*Llama.*) Os conozco; vuestro corazón se rebelaría contra semejante acción. (*Al criado.*) Que desenganchen los caballos; la señora no sale ya. (*El criado sale; Besford se sienta.*) ¡Ah! gran necesidad tenía de veros; ahora estoy más contento; sentaos aquí... sentaos; sino, me obligaréis á estar en pie, y me fatigo mucho. (*La hace sentar.*) Ya miráis el reloj, contempláis con pena el tiempo que habéis de pasar aquí.

DUQ. ¡Ah, milord!

BESF. Estáis conmigo como estaríais con un marido caviloso y celoso que tomase por diversión el oponerse á vuestros placeres. Sin embargo, ¿habéis podido hacerme nunca semejante reconvención? ¿No os he dado siempre la mayor libertad?

DUQ. Milord, ¿por qué me habláis en esos términos?

BESF. (*Apoyándose en la mesa.*) La confianza que en vos he tenido ha sido siempre tan grande, y la he manifestado de una manera tan clara, que en el día sería en vos menos crueldad matarme que engañarme. ¿Qué es en verdad la muerte al lado del desprecio? He aquí, sin embargo, todo lo que podría esperar yo, si fuese engañado... el desprecio; he aquí el premio que han conseguido otros en pago de sus atenciones. ¡Oh, cómo no previene y evita esta idea el adulterio! Hay en eso motivo suficiente para contener á la mujer más impudente. ¡Entregar al ludibrio de los demás á un hombre cuyo apellido lleváis, y que os ha prodigado veneración y amor! ¿Creéis por ventura que después de todo eso basta con decirle *matadme* y *todo se acabó?* No; su venganza le satisface sólo á él; pero, ¿y ese oprobio con que habéis marcado su nombre? ese oprobio... subsiste siempre allí, siempre, y toda vuestra sangre no bastaría para borrarle.

DUQ. Me asustas, milord.

BESF. ¿Y por qué? yo creo en vuestra virtud y en el respeto que profesáis á vuestros deberes, así como creo en la amistad.

DUQ. ¡Milord! ¡sangre! ¿no lo veis? Corre sangre de vuestra herida.

BESF. ¡Ah! con más abundancia corría esta mañana cuando me batía por él, cuando le sacrificaba mi existencia. ¡Si hubiérais visto vos con cuánto placer hacía yo ese sacrificio! ¡Oh! eso os hubiera conmovido acaso, porque yo era noble y grande en todo, os lo juro, y creo todos los corazones tan puros como el mío.

DUQ. ¡Infelice!

BESF. ¿Podrá pagarme jamás lo que hice por él? ¿Y me lo podrá pagar ahora, ahora que no está aquí? (*Dan las ocho.*)

DUQ. (*Volviéndose hacia el gabinete con un movimiento de espanto.*) ¡Ah!

BESF. (*Abalanzándose al gabinete.*) ¿Cómo? ¿En ese gabinete? ¡Nadie! os habíais equivocado, no hay nadie. (*Vuelve á sentarse, y desde este punto no se apartan sus ojos de la puerta del gabinete.*) Bien os decía yo: ¡contáis los minutos á mi lado! Verdad es que hay ocasiones en que cada minuto arrebata consigo una esperanza y nos trae un temor; la misma hora mide para uno la alegría, y para otro el terror y el remordimiento. Vuestro rostro empalidece á medida que el mío se anima. Estoy contento ahora, yo que hace poco estaba tan triste y tan atormentado, porque me habéis reservado una especie de felicidad... y esta felicidad yo la gozaré completamente. Paréceme un delirio, una alegría celestial, superior á las fuerzas del hombre. ¿Vos no lo comprendéis? (*Asiéndola del brazo y sacudiéndola violentamente.*) ¡Responded, Isabel, responded! No decís una palabra ahora.

DUQ. Yo fallezco, milord, ¿no lo veis? yo fallezco.

BESF. (*Levantándose al mismo tiempo que cae la duquesa á sus pies.*) No nos soltemos las manos; clavemos nuestros ojos sobre la misma puerta, porque entrambos esperamos.

DUQ. ¡Piedad! ¡piedad!

BESF. (*Señalando á la puerta y volviéndose á sentar.*) ¡Por ahí, por ahí debe venir! Nadie llega todavía. ¿No os parece, como á mí, que á cada instante le vamos á ver? ¿No se os figura al menor ruido que vuestro corazón va á hacerse pedazos para salir de vuestro pecho? Si esto hubiese de durar mucho moriríamos aquí los dos. Pero... acaso no nos falte más que un minuto ya. ¿Quién sabe? Tal vez un segundo... un segundo. (*Se abre la puerta y aparece Sidney.*) ¡Ah! ¡él es!

(Besford se arroja sobre sus pistolas. La duquesa permanece de rodillas casi inmóvil.)

ESCENA XV

LA DUQUESA, BESFORD, SIDNEY, después UN CRIADO

BESF. ¿Qué os trae aquí de nuevo, señor conde?

SID. Nada. El hastío de la vida, el deseo de librarme de ella.

BESF. Sin duda no lo habéis meditado bastante... la muerte os espera aquí, y ya os será imposible evitarla. (*Un criado se precipita á la puerta del foro.*)

CRIADO. ¡Señor duque! la casa está rodeada.

BESF. (*Sentándose.*) Ya lo veis, conde; ya es tiempo que encomendéis vuestra alma á Dios.

SID. Voy á llevarles mi cabeza.

BESF. (*Lanzándose á él.*) ¡No á ellos!

CRIADO. Ya entran, señor; ya están aquí.

BESF. Detenedlos un instante. (*El criado sale. A Sidney, señalándole el gabinete y poniéndole una pistola en la mano.*) Nosotros, por aquí. Tomad, conde.

SID. No, dejadme.

BESF. (*Asiéndole de la garganta.*) Por allí os digo. ¡Oh! ¡no os escaparéis! (*Le arrastra hacia el gabinete. A la duquesa, que se ha arrojado á sus plantas, rechazándola.*) Rezad por su alma, miladi.

DUQ. ¡Ah! ¡milord! (*Se oye cerrar la puerta por dentro.*) ¡Por piedad! ¡por piedad! ¡matadme á mí también! (*Se esfuerza á abrir la puerta con sus uñas.*) Nada; no hay nada con que abrir esta puerta... ¡Oh desesperación!... La abriré, la abriré. (*Se oyen gritos afuera de:* ¡Aquí está!) La llave, la tengo... sí...

ESCENA XVI

LA DUQUESA, DRYDEN; SOLDADOS, CRIADOS, que entran confusamente

SOLDADOS. ¡Aquí está!

DRY. Sacadle. (*Se oyen dos pistoletazos en el gabinete.*) De ahí han salido los tiros. Por más que se defienda, no se nos puede escapar. ¡Conmigo todos!

ESCENA XVII

LA DUQUESA, DRYDEN; BESFORD, saliendo del gabinete; SOLDADOS, CRIADOS

BESF. ¿Qué queréis?

DRY. (*Con energía.*) El conde de Warwick.

BESF. (*Con frialdad.*) Se acaba de matar por librarse de vos.

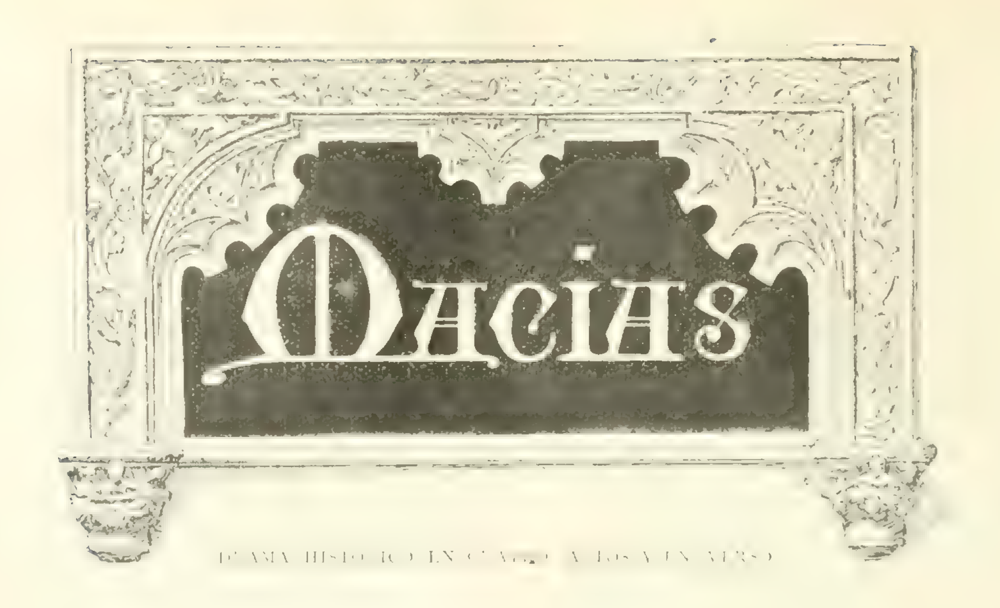
(Dryden y dos soldados entran en el gabinete; los demás se dirigen hacia aquel lado, así como los criados. Al mismo tiempo que están clavadas en la puerta las miradas de todos, Besford se acerca á la duquesa.)

DUQ. (*Viendo la sangre de que está salpicado Besford y cayendo á sus pies.*) ¡Ah, milord!

BESF. (*Arrojándole la carta y el retrato.*) Para vos los remordimientos y una eterna separación.

(Dryden y los soldados salen del gabinete. Cuadro final. Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA



DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

DOS PALABRAS

He aquí una composición dramática á la cual fuera muy difícil ponerle nombre. ¿Es una comedia antigua? Ciertamente que no, pues ha nacido en el siglo XIX. Ciertamente que no, pues mal se atreviera á aspirar á la versificación y sublimidad de Lope, á la gala y caballerosidad de Calderón, al estro cómico de Moreto, al donaire de Tirso, á la pureza de Alarcón. ¿Es una comedia moderna según las reglas del género clásico antiguo? Menos. Ni es comedia de costumbres, ni comedia de carácter. Ni me propuse al imaginarla seguir las huellas de Plauto y Terencio, ni tuve al concebirla la osadía de imitar á Molière ó á Moratín. ¿Es una tragedia como la entienden los rigurosos Aristarcos? Ni tiene la sencillez enérgica de Esquilo, ni la humilde sublimidad de Sófocles. Ni está escrita toda en verso heroico; ni es su estilo siempre altamente entonado; ni pueden reputarse sus escenas todas dignas del levantado coturno; ni son sus personajes los favoritos de Melpómene. ¿Es un drama mixto, de grande espectáculo, perteneciente al género bastardo introducido en la literatura á fines del siglo pasado? No hay en él grandes efectos levantados sobre débiles fundamentos, no hay escenas de imponente y charlatanesca fraseología, no hay tempestades, no hay horrendos crímenes. ¿Es un débil destello siquiera de la colosal y desnuda escuela de Víctor Hugo ó Dumas? ¿Es un drama romántico? No sé qué punto de comparación puedan establecer los críticos entre Antony, Lucrecia Borgia, Enrique III, Triboulet y mi débil composición. ¿Qué es, pues, MACÍAS? ¿Qué se propuso hacer el autor? Macías es un hombre que ama, y nada más. Su nombre, su lamentable vida pertenecen al historiador: sus pasiones al poeta. Pintar á Macías como imaginé que pudo ó debió ser, desarrollar los sentimientos que experimentaría en el frenesí de su loca pasión, y retratar á un hombre, ese fué el objeto de mi drama. Quien busque en él el sello de una escuela, quien le invente un nombre para clasificarlo, se equivocará. ¿Para qué há menester un nombre? ¡Ojalá no se equivoque también quien busque en MACÍAS alguna escena interesante, tal cual sentimiento arrancado al corazón, un amor medianamente expresado y un desempeño feliz!

PERSONAS

DON ENRIQUE DE VILLENA, maestre de Calatrava
MACÍAS, su doncel
ELVIRA
FERNÁN PÉREZ DE VADILLO, hidalgo, escudero de don Enrique
NUÑO HERNÁNDEZ, padre de Elvira
BEATRIZ, dueña joven de Elvira
RUI PERO, camarero de don Enrique
FORTUN, escudero de Macías
ALVAR, criado de Fernán Pérez
Un paje de don Enrique
Dos pajes que no hablan
Hombres armados

La época es en uno de los primeros días del mes de enero de 1406.—La escena es en Andújar, en el palacio de don Enrique de Villena.



ACTO PRIMERO

Habitación de Elvira. Puertas laterales y foro. Adorno del tiempo.

ESCENA PRIMERA

FERNAN PEREZ, NUÑO HERNANDEZ

(Al descorrerse el telón aparece Nuño Hernández abriendo la puerta del foro é introduciendo en la escena á Fernán Pérez.)

NUÑO. Venid conmigo, el hidalgo;
En esta cámara entremos,
Donde con secreto hablemos.
¿Me habéis menester en algo?
Tomad, (*Le da una silla.*) que me haréis (favor.
FERN. Me obliga esta cortesía. (*Siéntase.*)
NUÑO. En esta cámara mía
Podéis hablar sin temor.
Mi hija salió de mañana,
Como de costumbre tiene,
Al templo; así nadie os viene
A turbar. (*Se sienta.*)
FERN. De buena gana.
Hoy, Nuño Hernández, expira
El plazo que me pusisteis,
En el cual me prometisteis
Darme la mano de Elvira.
Un año es ya trascurrido...
NUÑO. Lo sé.
FERN. ¿Y bien?
NUÑO. Seguid.
FERN. Y vengo,
Por el afecto que os tengo,
A acordar lo prometido.
Me dijisteis que á Macías,
Ausente, vuestra hija amaba,
Y aun yo sé que le aguardaba
En Andújar estos días.
Mas que si por buena estrella
En un año no volvía,
Luego mi esposa sería
Mal que le pesase á ella.
Que no ha vuelto es cosa clara;
Que no ha de volver, también;
Y el que á vos os está bien
Tal boda, ¿quién lo dudara?
Vos sois tan sólo un criado,

Que á don Enrique servís;
Si de cerca le asistís,
Lo debéis á mi cuidado.
Soy su privado y su amigo,
Y esto en tanto grado, Nuño,
Que nada firma su puño
Sin consultarlo conmigo.
Yo además soy caballero,
Hidalgo de alta nobleza,
Y acostamiento su alteza
Me da por ser su escudero.
Vos y vuestra gente toda
Villanos sois, con lo que algo
Se os ha de pegar de hidalgo
Y de noble en esta boda.
Si sois más rico de hacienda,
Justo es que compréis con oro
Lo que ganáis en decoro,
Y que yo caro me venda.
Porque con villana y pobre,
Por mujer, no he de casarme,
Que mujer no ha de faltarme
Mientras el poder me sobre.
Mire, pues, qué le conviene,
Y en lenguaje liso y claro
Hágame cualquier reparo,
Si alguno que hacerme tiene:
Que sino, la enhorabuena
Hoy Andújar os dará,
Y mi padrino será
Don Enrique de Villena.
Decir *no* fuera mancilla;
Ved que soy privado fiel
De don Enrique, y es él
Tío del rey de Castilla.
Tal vez claro en demasía
Soy aquí, mas el rebozo
Me excusa el poder que gozo,
Que el poder da altanería.

NUÑO. Con atención escuché,
Hidalgo, vuestras razones;
Que más bien reconvenciones
Me parecieron á fe.
¿Por qué agraviado os decís?
Yo cumplo lo que prometo,
Y si no es otro el objeto
Por que á buscarme venís,
Satisfecho habéis de estar;
Todo mi afecto lo allana:
Y en esta misma mañana,
Fernán, os podréis casar.
Si Elvira ya no olvidó
El amor que en otros días
Sintió por aquel Macías,
Haré que lo olvide yo.
Ni yo nunca al tal mancebo
Quise por yerno.

FERN. ¡Pues bravo
Yerno granjeabais, que al cabo
Ingenio tiene!

NUÑO. Yo llevo
Puesta más alta la idea.
Tal pena, pues, no os aflija,
Que al fin, si es mujer mi hija,
Fuerza es que mudable sea;
Y sino es muy bien criada,
Y, sea dicho entre los dos,
A no serlo, ¡vive Dios!
Que la hiciera escarmentada.

FERN. ¡Oh! ni eso le ha de imponer
Al noble que se ha casado.
Yo os prometo que á mi lado
Será honrada mi mujer.
Además de que se suena
Que el tal mozo en Calatrava,
Donde en comisión estaba
Por el marqués de Villena
Para el clavero de la orden,
Se casó, ó se casa ya:
Y, aunque así no fuera, acá
No puede sin contraorden
Del marqués volver; y no
Se le ha de enviar ésta, Nuño,
Pues que de mi propio puño
La tengo de sellar yo.

NUÑO. ¡En buen hora! De ese modo
A Elvira he de disponer,
Y cuando hayáis de volver
Prevenido estará todo.

FERN. En ser breve haréisme gusto.
Y ahora, pues, que convenidos
Estamos, y están unidos
Nuestros intereses, justo
Será que la confianza
Haga de vos, si os parece,
Que os prometí, y que merece
Nuestra próxima alianza.
No há mucho que fué nombrado
Maestre de Calatrava,
Que há tiempo vacante estaba,
El de Villena llamado,
O por más bien don Enrique
De Aragón, á quien servís;
Mas no sin que un tal don Luis
De Guzmán se enoje y pique,
Quien por ser comendador
Lo pretendía al presente,
Y ser próximo pariente

Del buen maestre anterior.
Tiene don Luis gran partido,
Y hará más, porque le ampara
El conde de Trastamara,
Y, según tengo entendido,
El prelado de Toledo,
Y Benavente también;
Y es claro que bien á bien
No se saldrá de este enredo.
Alega don Luis Guzmán
Que don Enrique es casado;
Mas éste ha solicitado
El divorcio; en esto están.
Don Enrique es ambicioso,
Y á toda costa pretende
Que el derecho que defiende
Salga en pleito ganancioso;
A más con la de Albornoz,
Su mujer, mal se llevaba,
Y esta ocasión deseaba,
Según es pública voz;
Así supone y confiesa
Causas ocultas, por donde
A ninguno se le esconde
Que saliera con su empresa.
Pero contra ese deseo,
Que todo es falso se suena,
Y también que el de Villena
Lo de Cangas y Tineo
Falsamente ha renunciado
Con fraude en el mismo rey,
Porque á la orden, como es ley,
No se adjudique el condado.
Ya entendéis que es cosa clara
Que pierde la pretensión,
Y el favor y protección
Que goza, si esto se aclara.
El don Luis está en Arjona,
Dos leguas no más de aquí;
Y dicen que vino allí
Por ver al rey en persona.
Es, pues, preciso que alguno
Vaya presto allá, y mañoso
Le proponga un medio honroso
Que zanje el pleito importuno.
Por lograr designio tal
Villena le hará cesiones
En sus mismas posesiones
Que no han de sonarle mal;
Y si vos entráis en eso
Con don Enrique hablaréis,
Y de él mismo tomaréis
Instrucciones de más peso.
Que á ninguno conocemos
En esta sazón los dos
Más útil y apto que vos
Para el fin que pretendemos.
Y os advierto que si acaso
Sale mal vuestra embajada,
Que aunque fuese á mano armada
Hemos de salir del paso.
Ved, pues, si os conviene á vos
Este encargo, y si el secreto
Sabréis guardar.

NUÑO. Yo os prometo
Que no riñamos los dos.

FERN. Está bien; y esto ha de ser
Hoy mismo, pues sin demora
A Toledo hay que ir ahora,
Donde el rey piensa volver,
Luego que en Madrid se acabe
El alcázar que hace allí.

NUÑO. ¿No estaba en Sevilla?

FERN. Sí.
Mas vuelve, según se sabe;
Que ha caído en la catedral
Un rayo estando él en ella;
Y dicen que es mala estrella
Del rey, y que grave mal
Le presagian para este año
Dos astrólogos de nombre.

NUÑO. ¿Y el tal rayo hirió algún hombre,
O hizo por ventura daño?

FERN. Hizo poco.

NUÑO. ¡Cosa extraña!

FERN. Herir á nadie, no hirió;
Mas descompuso el reló,
Que es el único de España.
Hay pues que ir hasta Toledo,
Y no hay tiempo que perder...

NUÑO. Está bien: hoy se ha de hacer,
Y yo en el encargo quedo. (*Se levantan.*)
Decidlo así á don Enrique.

FERN. Y á más...

NUÑO. A Elvira he de hablar,
Y ya os puedo asegurar
Que haré que no me replique.

FERN. Pues adiós.

NUÑO. No, deteneos.
Alguien llega aquí. Ellas son.
Ved qué dichosa ocasión.
No os vayáis; aparte haceos.
De su labio habéis de oir
La respuesta que me dé.

FERN. ¡Feliz acaso!

NUÑO. Yo sé
Que contento habéis de ir.

ESCENA II

FERNÁN PÉREZ, NUÑO HERNÁNDEZ, ELVIRA, BEATRIZ

(Los dos primeros [illegible] detrás, y hablan entre [illegible]. Elvira y Beatriz se quitan los mantos al entrar, y hablan los primeros versos sin verlos.)

BEAT. Llega, señora; y en casa
Desahoga tu dolor.
Llora el desdichado amor
Que el tierno pecho te abrasa.
Que aunque te cubriera el manto
No faltó quien lo advirtiera
En la misa.
ELV. ¡Suerte fiera!
BEAT. ¿No darás treguas al llanto?
ELV. ¿No he de llorar ¡desdichada!
Si ya no vuelve Macías,
Y dentro de pocos días
Por mi palabra empeñada
Vendrá Hernán Pérez?
BEAT. Señora,
Ved que os oyen. Aquí están.
ELV. ¡Ah! ¿Cómo oculto el afán
Qué el corazón me devora?
NUÑO. (*A Fernán.*) Nos vió ya.
FERN. (*A Nuño.*) Llegad.
ELV. (*A Nuño.*) ¡Señor!
NUÑO. ¡Elvira, hija mía!
ELV. ¿Aquí
Vos tan de mañana?
NUÑO. Sí:
Y á acreditarte el amor
Vine, que siempre te tuve.
Hoy se cumple...
ELV. ¡Ya os entiendo! (*Con dolor.*)
NUÑO. No me pesa. Aquí estáis viendo
Al noble hidalgo que os sube
A tanto honor.
FERN. Tan hermosa
Sois, asombro del sentido,
Que le tuviera perdido
Si vuestra mano preciosa
No anhelara.
ELV. (*Contristada.*) Sois por cierto
Muy galán.
FERN. Y vos muy bella.
ELV. (¡Maldita belleza! ¡Estrella
Maldita mía!)
FERN. ¿Qué advierto?
¿Os turbáis?
NUÑO. (*A Elvira.*) Repara, mira...
ELV. No es nada: el gozo... Beatriz (*Violentándose.*)
Sostenme: (¡ay de mí, infeliz!)
NUÑO. (¿Qué es esto? ¡Pardiez!) Elvira,
Vos misma el plazo os pusisteis
De un año, y...
ELV. (¡Ay! ¡quién creyera
Que en un año no volviera!)
NUÑO. Vos la palabra nos disteis...
ELV. No habléis más, señor, en eso;
Si mi palabra empeñé,
Mi palabra cumpliré.
(¡Y aunque muera, ingrato!)
NUÑO. (Un peso
Grave me quitó.) (*A Hernán Pérez.*) Ya (vos
Lo escuchasteis de su boca.
FERN. A mí lo demás me toca.
Descuidad: presto por Dios
Volveré. (*A Elvira.*) Vos en mi priesa
Si estimo conoceréis
Lo dichoso que me hacéis.
ELV. (*Reprimiéndose.*) Id con Dios.
NUÑO. (*Acompañándole á la puerta.*) Los dos (á vuesa
Merced quedamos atentos.
FERN. Quedaos. Vuestra atención
Sobra.
NUÑO. ¡Oh! ya es obligación.
FERN. Remitid los cumplimientos.

(Vase, despidiéndole Nuño á la puerta. Elvira al ver marchar á Hernán Pérez le sigue con la vista, y cuando ya ha salido se arroja sobre un sillón inmediato y rompe á llorar. Nuño vuelve.)

ESCENA III

ELVIRA, BEATRIZ, NUÑO

ELV. ¡Que esto me suceda! ¡Ingrato!
BEAT. Señora, templad el lloro.
ELV. ¡Ah! en balde por mi decoro
De ahogarle en el pecho trato.
NUÑO. (*Viéndola.*)
¿Qué es esto? (*A Beatriz.*) Vos despejad.
Presto.
ELV. Dejadme el consuelo
Que su cariño y su celo
Me prestan, y perdonad
Si os lo ruego.
NUÑO. (*A Beatriz.*) Idos.
ELV. (¡Qué empeño
De hablarme á solas!!!
NUÑO. (*A Beatriz.*) ¿Qué hacéis
Que no os vais? ¿No obedecéis?
BEAT. (*A Elvira.*) ¡Señora!
ELV. (¡Qué airado ceño!)

(*A Beatriz.*) Vete ya.
NUÑO. (*A Elvira.*) ¿Y por qué antes no?
¿Esto con mis gentes pasa?
ELV. Como es mi dueña...
NUÑO. En mi casa
Nadie manda más que yo.



ESCENA IV

ELVIRA, NUÑO

Elvira echa una ojeada de dolor á Beatriz, que desaparece lentamente: se levanta y queda apoyada con una mano en el sillón y enjugándose con la otra las lágrimas, que trata de reprimir con un esfuerzo violento. Nuño Hernández, cruzado de brazos, parece esperar á que rompa el silencio, ó reconvenirla con el suyo. Elvira se acerca en fin, y cogiendo las manos de Nuño dice los versos siguientes.)

ELV. ¡Perdóname, señor, si hoy más que nunca
Presente aquel amor en la memoria
En vano lucho por borrar del pecho
La esperanza engañada! Yo más fuerzas
Encontrar en mí propia presumía
Cuando el plazo pedí: ¡mas ay! yo nunca
Pensé que él de mi amor se olvidaría.
Mira mi corazón, débil juguete
De una pasión tirana, inextinguible,
Y tú mismo dirás si verme puedo
Al yugo extraño del que nunca quise
En eternales vínculos unida,
Tranquila y sin llorar. ¡Vínculos tristes
Que antes de unirme acabarán mi vida!
¿Yo al pie del ara con perjuro labio,
Ante un Dios que á los pérfidos castiga,
Eterno amor le juraré á un esposo
Que me roba mi bien, y por quien siento
Odio tan sólo?
NUÑO. ¡Elvira!
ELV. Sí, perdona.
Soy mujer, y soy débil: ni depende
Ser más fuerte de mí. Yo bien quisiera
En mi encerrado pecho sepultando
Tanto culpable amor, que nada el mundo
Del volcán que me abrasa trasluciera;
Y, ahogando mi dolor durante el día,
Que mis lágrimas tristes, por la noche,
En el oculto lecho derramadas,
Entre la soledad y las tinieblas
Pasión tan grande que olvidar no logro,
En eterno silencio confundiesen.
¡Mas ay! que no está en mí. Ya, mal mi grado
Rompe mi lloro, en mi dolor inmenso,
El dique que hasta aquí lo ha sujetado.

NUÑO. ¿Y éstas son tus palabras, y éste el fruto
De un año de indulgencia y de esperanza?
¿Por qué cuando tu padre bondadoso
La elección á tu arbitrio, y aun del plazo
El decidir el término dejaba,
Si tan mísera y débil te veías,
No dijiste: «Señor, nunca en mi pecho
Otro amor reinará que el de Macías?»
Aun era tiempo entonces. Yo al hidalgo
Contestara resuelto: «Fernán Pérez,
Excusad vuestro amor, y no adelante
Paséis en esperanzas; nunca Elvira
Vuestra esposa será.» No consintiera
Fernán Pérez al menos. ¡Cuántas veces
Os recordé los riesgos que esa loca
Temeraria imprudencia causaría!
Buscáramos la dicha y el contento
Del cortesano estruendo separados
En nuestro patrio hogar. Tú, Elvira, entonces,
Allá feliz con tu feliz esposo,
Del mundo retirada, gozarías
De ese implacable amor.

ELV. ¡Ah, padre mío!

NUÑO. Ora yo envuelto en bandos y disturbios,
Doquiera que me aparte de Villena,
Allí el peligro. Y si aun ayer llegara
Ese mozo infeliz que te enamora,
Pudiera ser que entonces Fernán Pérez
Al pacto se ciñera; mas en vano,
En vano le esperastes, y ora, Elvira,
Es fuerza, ó dar tu mano al noble esposo,
O al rencor exponernos y á la ira,
Y á la venganza atroz de un poderoso.
El mismo aquí lo dijo...

ELV. ¡Padre mío!
Si yo imprudente fuí, si harto confiada,
Eso lloro, no más: y ya imposible
Me fuera no llorar: mas mis promesas
Sabré cumplir...

NUÑO. ¿Y juzgas que llorando,
Turbada, sin amor, violenta, fría,
Te verá con placer, y al pie del ara
Te arrastrará por fuerza el noble hidalgo?
¿Tan necio le imaginas por ventura?
¡Inútil esperanza! No; en su enojo
Del desprecio irritado que en tí viere,
Mil trazas buscará para ofendernos.
¿Do su poder no alcanza? Perseguido,
Si no muero á sus manos, dondequiera.

ELV. Basta, señor; mi llanto reprimiendo,
Alegre faz le mostraré. (¡Dios mío!)
Tan sólo un mes os pido, porque pueda
El agitado espíritu...

NUÑO. ¡Imposible!
¿Más plazos me pedís? Hoy, sin remedio...

ELV. ¿Qué escucho, santo Dios?

NUÑO. Y bien, ¿qué esperas?
¿Piensas que, aunque por fin cumplido el plazo,
Ese tan tibio amante perezoso
Pidiéndome tu mano me ofreciera
Los tesoros de Creso, la palabra
Que dí solemnemente olvidaría,
Y en la boda mi honor consentiría?
En fin, ya de una vez, hija, es forzoso
Decirlo todo aquí. ¿Qué de ese enlace
Descabellado esperas? ¿El mancebo
Quién es, y cuáles timbres, qué blasones
Le ilustran á tus ojos?

ELV. ¿Y yo acaso
Nací, señor, princesa?

NUÑO. ¿Mas qué bienes
Son los suyos, Elvira? ¿Caballero,
Y no más? ¿Hombre de armas, ó soldado?
¿Mal trovador, ó simple aventurero?

ELV. ¡Eso no!—Si no os place, nunca, nunca
Me llamará su esposa, ni cumplida
Veré jamás tan plácida esperanza.
Pero al menos sed justo: sus virtudes,
Su ingenio, su valor, sus altos hechos
No despreciéis, señor: ¿dónde están muchos
Que á Macías se igualen, ó parezcan?
De clima en clima, vos, de gente en gente
Buscadlos que le imiten solamente.
¿Su ardimiento? ¿Vos mismo no le visteis
Ha un año, poco más, en Tordesillas
Los premios del torneo arrebatando,
Cuando el rey don Enrique el nacimiento
Celebraba del príncipe? ¿Cuál otro
Más sortijas cogió, corrió más cañas?
¿Quién supo más bizarro en la carrera
Hacer astillas la robusta lanza?
¿Quién á sus botes resistió? ¿Quién tuvo,
El animoso bruto gobernando,
Más destreza ó donaire? Pedro Niño,
El mismo Pedro Niño vino al suelo,
Del arzón arrancado, á su embestida,
Y la arena besó. ¿Pedísle hazañas?
El Algarbe las diga, que aún las llora;
Y el campo de Baeza, donde escritas
Su espada las dejó con sangre mora.
Y en fin, su ingenio, si el ingenio vale,
Vos más que yo le conocéis; vos mismo
Con él ibais también cuando Villena
A Aragón le llevó, donde hizo alarde,

En el dialecto lemosín, del suyo:
Donde en los juegos mereció de Flora
El premio y la corona, que á mis plantas
Vino á ofrecer después. ¡Cuántas cantigas
De él corren en la corte, que la afrenta
De los ingenios son, y de las damas
El contento y placer! ¿Y ese es, decidme,
Ese el mal trovador y aventurero,
Ese el simple soldado? Padre mío,
Si eso no es ser cumplido caballero,
Si eso es ser villano, yo villano
A los nobles más nobles le prefiero.

NUÑO. ¿Qué pronuncias, Elvira? ¿En mi presencia
Tú á ensalzarle te atreves, necia y loca?
Ya inútilmente la indulgencia empleo.
Serás de Fernán Pérez; á él mis dichas,
Mi gloria y mi favor, mi honra y mi suerte,
Todo en fin, se lo debo; y don Enrique
Me hospeda en su palacio, y dondequiera
Me distingue por él. ¿Seréle ingrato?
A la suya mi suerte está enlazada,
Hoy en Andújar y mañana en Burgos,
En Madrid, en Sevilla, con la corte,
Poderoso ó caído, los secretos,
Que entrambos en mi pecho depositan,
Con ellos al poder también me elevan,
Con ellos á mi fin me precipitan.
No más rebozo ya; tú de ese hidalgo
Hoy la mujer serás.

ELV. ¡Señor!

NUÑO. ¡O elige
Mi eterna maldición!!

ELV. ¡Ah! no; yo esposa
De Hernán Pérez seré.

NUÑO. Vuelve á los brazos
De tu padre, que aún te ama y te perdona.
¿Ni qué otra cosa hicieras, hija mía,
Que mejor te estuviese? ¿Por ventura
Pasar en llanto eterno resolviste
Tu juventud brillante, marchitada,
En triste desamparo sumergida
Por desprecios del falso que te olvida?
¿Merece ni una lágrima ese noble,
Cuya virtud ensalzas y pregonas,
Que al juramento falta y á su dama?

ELV. ¡Piedad de mí, por Dios!

NUÑO. ¿Y es caballero?
Cuando tu propio padre y tu fortuna
Le inmolabas, ¡ay, triste! ¿no sabías
Que en Calatrava, acaso, está con otra
Ya casado ese pérfido Macías?.

ELV. (*Fuera de sí.*) ¿Casado? ¿Y lo sabéis vos?...
¡Santo cielo!

NUÑO. Nadie lo ignora en el palacio, y...

ELV. ¿Nadie?
¿Y posible será? ¡Mas ay! ¿qué dudo?
¿Ni qué prueba mayor que su tardanza?
Si no fuese verdad, ¿vivir pudiera
Lejos de Elvira un año? ¿Es cierto? ¿Y éstos
Tus juramentos son, tú amor ardiente?
¡Otra mujer! ¡ah! Presto, padre mío,
Mis bodas disponed; ya á vuestra hija,
No tan sólo obediente, mas gozosa,
Y aun alegre veréis. ¡Ah! ¡Fementido!
Ya quiero á Fernán Pérez, ya le adoro.
Presto, corred, buscadle, referidle
Mi despecho, señor, y esta mudanza;
Que su esposa seré, que ya el contrato
Puede cerrarse al punto, luego, ahora...

NUÑO. ¡Hija querida!

ELV. ¡Oh cuánto tarda, cuánto
El instante feliz de la venganza!

(Se enjuga las lágrimas rápidamente afectando serenidad.)

NUÑO. Sí, sí, cálmate, Elvira, que ninguno
Los surcos de tus lágrimas conozca.
Tú á la vida me vuelves, hija mía;
Corro á anunciarle tan alegres nuevas
Al hidalgo; tú en tanto...

ELV. A mi cuidado
Dejad vos lo demás, y á mi deseo;
Que á vuestra vuelta pronto hacia el sagrado
Altar yo volaré del himeneo.

(Vase Nuño, y Elvira se arroja sobre un sillón como abismada.)

ESCENA V

ELVIRA. (Se levanta y va hacia la puerta del foro.)

Esperad... tened... ¡Partió!
¿Mas qué dudo todavía? (*Vuelve.*)
¿Aún no estoy resuelta yo?
¿Aún he de adorarle? No.
Vengarme es el ansia mía.
El saber que por tí lloro
No ha de darte gozo al menos:
Que aunque tu memoria adoro,
Nunca el pesar que devoro
Dirán mis ojos serenos.
¡Pérfido! ¡Cruel! -¡Beatriz! -(*Llamando.*)
¿Y yo un año le esperé?
Ni sé qué piense, ni sé
Qué determine: ¡Infeliz!
Nunca ví tan poca fe.

ESCENA VI

ELVIRA, BEATRIZ

BEAT. ¡Señora!

ELV. Vé; presurosa

Prepáralo todo. . ¡Oh saña!
Prevén mis galas, gozosa;
No haya doncella en España
Más galana y más hermosa.
BEAT. ¿Qué novedad?
ELV. ¡A otra quiere,
Y tal vez casado está!
BEAT. ¿Quién, señora?
ELV. ¿Quién será,
Sino el traidor?
BEAT. ¿Qué profiere?
¿Macías casado? ¿Habrá
Hombre tan pérfido? Apenas
Creo lo que oyendo estoy.
ELV. Mas no importa: mis cadenas
Ya rompí: ¡fuera mis penas!
Yo me caso también hoy.
BEAT. ¿Vos os casáis?
ELV. Sí, ¡abrasada
Muero de celos!
BEAT. Advierte...
ELV. Ya, Beatriz, no advierto nada.
¡Véame también casada,
Y venga después la muerte!

(Entranse por la derecha.)

ACTO SEGUNDO

Cámara de don Enrique de Villena. A la derecha puerta por donde se va á la Iglesia, ó capilla del palacio: en el foro salida afuera; á la izquierda comunicación con las demás habitaciones de palacio. Mesa, escribanía, libros, papeles, reloj de arena, instrumentos de matemáticas, química, etc.

ESCENA PRIMERA

DON ENRIQUE, RUI PERO, DOS PAJES

(Los pajes acaban de vestir á don Enrique y se retiran á una seña que les hace: éste está de gala con la cruz roja de Calatrava y espuela dorada. Rui Pero está algo retirado.)

ENR. (*Abriendo una carta.*)
¡Hola, Rui, mi camarero! (*Llega éste.*)
¿Y quién me trajo esta carta?
RUI. Un recadero de la orden
Que viene de Calatrava.

(Hace seña don Enrique, y se va Rui Pero por la derecha.)

ESCENA II

DON ENRIQUE

Del clavero es. (*Lee.*) «Gran maestre
Y señor, salud y gracia...
Conforme á lo que en tus letras,
Con tu criado me mandas,
Ya de aquí salió Macías;
Y siguiéndole mis guardas,
Tomó en efecto el camino
Que va á la villa de Alhama.
Tus cartas envié á Manrique,
Y yo no sé si observadas
Serán tus órdenes luego;
Pero tú con fácil traza
Podrás saber de la muerte
De Macías nuevas claras
Antes que yo las remita,
Pues tanto en la judiciaria
Eres docto, si en tus líneas
Por su horóscopo las sacas...»

(Arroja la carta con despecho sobre la mesa.)

¡Vulgo estúpido, ignorante!
¿Yo dado á la nigromancia?
¿Yo astrólogo? ¿Yo adivino?
¿Yo docto en la judiciaria?
¿Sólo porque ven más libros
Reunidos en mi casa
Que en todo el reino? ¿Y acaso
No pueden ver lo que tratan?
¿Mas qué digo? ¿Hay por ventura
Quien pueda entenderlos? Gracias
Si seis ú ocho cortesanos
En toda la corte se hallan.
Que sepan firmar, ó dicten
En mal romance una carta.
¿Dónde existen los hechizos?
¿Qué son? Díganme. ¡Pagara
Mis estados de Tineo
Por ver uno! ¿Qué? ¿A la humana
Condición fué dado el orden
Romper que puso la causa
Primera en el universo?
¿Y ese espíritu que llaman
Maligno, puede en el mundo
Hacer bien, ni mal? ¡Me holgara
De saber en dónde habita,
Y verle á alguno la cara!
¡Donosa locura es esta!
Pueblo bárbaro, ¿me infamas?
¿De un caballero cristiano
Tan necias hablillas andan?
¿Porque sé de astronomía?
Mas esa opinión me valga.
Algún día, vulgo necio,
Me servirá tu ignorancia.

(Viendo volver á Rui Pero por la derecha.)

¡Rui Pero!

ESCENA III

DON ENRIQUE, RUI PERO

RUI. ¡Señor!
ENR. ¿Qué hay de eso?
RUI. Todo está pronto.

ENR. Pues anda;
Diles á Nuño y Elvira
Que sólo á los dos se aguarda,
Y á Fernán Pérez Vadillo...
RUI. El se dirige á esta sala.
(Vase Rui Pero por la izquierda, entra Fernán por el centro.)

ESCENA IV

DON ENRIQUE; FERNAN PEREZ, de boda

FERN. ¡Gran señor!
ENR. Adiós, Fernán.
FERN. Antes de todo las gracias
Te doy por tantas mercedes
Con que me honras y me ensalzas.
ENR. Con esas mercedes gusto
De mostraros la confianza
Que hago de vos; ya os lo dije,
Que en cuanto el punto llegara
De casaros, yo el padrino
De la boda ser deseaba.
Sólo un deber desempeño
Al cumpliros mi palabra.
Vos en cosas me servís,
Fernán, de tanta importancia,
Que nadie servirme en ellas
Pudiera si vos faltarais.
El secreto sobre todo...
FERN. En mi cuidado descansa.
ENR. Nada temo en vos... mas... Nuño...
FERN. Disipa esa desconfianza.
Hasta hoy también yo mismo
De su amistad sospechaba.
Mas hoy en el darme su hija
Me mostró bien á las claras
Que cual tu poder conoce
De esta boda las ventajas.
Nada temas.
ENR. ¡En buen hora!
¡Vive Dios que si faltara!
¿Mas cómo cedió tan pronto
Elvira?
FERN. Las voces vagas
Que esparcí yo mismo há días
De que tal vez se casara,
O casado ya estuviera
Macías en Calatrava,
Le hice saber.
ENR. ¡Bien! ¡Por cierto
No vendrá á desaprobarlas!
Recorred sino esas letras
Que recibo esta mañana,
(Coge la carta y se la da.)
En que dicen que Macías
Salió de allí para Alhama,
Junto á Lorca, donde al moro
Pedro Manrique hace cara.
(Recoge la carta Fernán Pérez de Vadillo.)
Y ya le escribí á Manrique,
Que en las más fuertes batallas
Y en los riesgos más dudosos
Que ocurriesen le empleara.
Y si de tantos peligros
Por dicha suya se escapa
No le ha de valer tampoco;
Pues yo lograré que vaya
(Vuelve á tomar la carta y la guarda.)
Con Rui Pérez de Clavijo
A la famosa embajada
Que al gran Tamorlán de Persia
Presto envía el rey de España.
FERN. Ni yo he de temer su vuelta
Con tal que la boda se haya
Terminado, que yo haré
A mi mujer bien casada.
Además que será fuerza
Que ella con placer lo haga,
Pues no hallará otro remedio
Siendo mía y en mi casa.
Ni menos de vos recelo
Le volváis á vuestra gracia.
ENR. Eso nunca, que aunque un tiempo
Le quise bien, mal pagara
Mi amistad, pues cuando quise
Darle á él la delicada
Comisión de mi divorcio,
Negándose á mi demanda
Trató de afear mi acción,
Como si en vez de mandarla
A un inferior, de sus años
Yo loco me aconsejara.
Y queriendo yo obligarle
Por ser doncel de mi casa,
De doña María Albornoz,
Mi mujer, tomó la causa;
Tanto que, á seguir en ella,
Perdiera yo mi demanda,
Pues supo presto mañoso
Del rey cautivar la gracia.
¡Necio prefirió á mi amparo
El ser campeón de las damas!
Esta ofensa, ¡vive Dios!
Que no tengo de olvidarla.
Y pues no quiero en su sangre
Manchar yo mi propia espada,
Al menos de que muriera
Contra los moros me holgara.
Es insufrible su orgullo,
Y hasta su honradez me enfada,

Pues no ha menester mi estirpe
Que venga ninguno á honrarla.
Yo sé también ser honrado
Cuando conduce á mi fama.
A su impetuoso carácter,
A su indomable pujanza
Opondré el poder, y cierto
No hacen sus servicios falta.
Vos servís mejor.

FERN. Lo tengo
A honra, señor, y á gala.

ENR. Sé vuestro celo, y tan sólo
Quiero que miréis si es franca
La amistad de Nuño...

FERN. Pienso
Que esta boda nos la afianza.

ENR. Está bien, que he de fiarle
Cosas de grande importancia.
El viene aquí con Elvira.
(Llegó el logro de mis ansias.)

ESCENA V

DON ENRIQUE, FERNÁN PÉREZ, NUÑO; ELVIRA, de boda: BEATRIZ, RUI PERO, TRES PAJES, ALVAR, etc.; todos de gala.

NUÑO. Permite, príncipe ilustre,
A quien de grande la fama,
De sabio y de generoso
Entre los grandes alaba,
Permite que reverente
Por la honra á que le ensalzas,
Por la merced que hoy recibe,
Nuño te bese las plantas,
Que es noble en lo agradecido,
Si no en la alcurnia preclara.

ENR. Muy agradecido os quiero,
Nuño...

NUÑO. Estad seguro...

ENR. Basta.

(Le habla bajo: entran Elvira y los demás.)

ELV. (*A Beatriz, al entrar.*)
¡Ay, Beatriz, que ya del pecho
Se quiere salir el alma!
Mientras la hora más se acerca
Más los ánimos me faltan.

BEAT. (*Bajo á Elvira.*) Repara...

ELV. (*Id. á Beatriz.*) No temas; que ora
Fuerzas me da la venganza.
(*A don Enrique.*) Gran señor...

ENR. Venid, hermosa
Y discreta Elvira. El ara
Prevenida, ya hace rato
Que á los esposos aguarda.

ELV. (¡Ay, infeliz!)

ENR. Id; ya os sigo.

NUÑO. ¡Elvira!

ELV. (*A Nuño.*) Señor, descansa
En mis promesas. (¡Ay cielos,
Pueda más la honra agraviada!)

(Fernán Pérez da la mano á Elvira, que vuelve la cabeza escondiendo sus lágrimas con su pañuelo. Se entran, seguidos de Beatriz y Alvar.)

ENR. (*A Rui Pero.*) Rui Pero, aquellos papeles
Que dejo esparcidos guarda,
Que es el arte que le escribo
De trovar en *ciencia gaya*.
A don Iñigo Mendoza,
El marqués de Santillana.

(Sale con Nuño y dos pajes. Queda Rui Pero y un paje. El primero va á guardar los papeles, que el segundo observa.)

ESCENA VI

RUI PERO, PAJE

PAJE. Este nuestro amo, pardiez,
Que es un extraño señor.

RUI. ¿Por qué?

PAJE. Dicen... mas mejor
Será callarlo esta vez.

RUI. ¿Qué dicen?

PAJE. Dicen... Mirad:
Yo no sé escribir corrido;
Mas he visto... y parecido
A ese papel, en verdad...
No ví nada... Esos diversos
Renglones; y de esa suerte...
¡Ved qué líneas! mala muerte
Si...

RUI. ¡Callad! Estos son versos.
¿No sabéis que es trovador?
¿Y no visteis trovas?

PAJE. ¡Ah!
Pero dicen también...

RUI. ¡Bah!

PAJE. Que es un grande encantador.

RUI. ¡Paje!

PAJE. Escuchadme un momento.
Si á la noche, cuando todo
Quieto está, vierais el modo
Con que por este aposento
Discurre solo y pasea;
¡Oh! se me eriza el cabello
Sólo de pensar en ello:
¿Y queréis vos que no crea?...
Anda apriesa como un loco,
Párase trechos; medita,
Blande no sé qué varita,
Y hablando bajo algún poco,

O las estrellas del cielo
Mirando, con una pluma
Escribe á ratos, y en suma
Forma cercos en el suelo,
Que acaso encantos serán...

RUI. ¿Y qué son encantos?

PAJE. ¡Oh!
¿Vos no lo sabéis?

RUI. ¿Yo?... no.

PAJE. Algún día os lo dirán.
Yo por mí, me voy: os hablo
Con claridad; no me alcance
Su magia, porque ese es trance
En que tiene parte el diablo.
No quiero yo que me hechice.
Mi salvación es primero.
Porque si él es hechicero,
Como la gente lo dice,
Y si sabe alzar figura,
No doy por mi alma un cornado.

RUI. Calle, ó morirá quemado
Si da en tan necia locura.
Mucho vino del de Toro
Habrá sin duda bebido
El deslenguado. ¡Atrevido!
¡Mala lanzada os dé un moro!
Dejad ya bachillerías,
Paje, y mirad quién así
(Mirando á la puerta del foro.)
Llega sin licencia aquí,
Ni venias, ni cortesías. (*Se asoma el paje.*)

PAJE. Y en la cámara se mete.

RUI. ¡Vive Dios que es hombre franco!

PAJE. Y armado de punta en blanco,
Que parece un matasiete.

ESCENA VII

RUI PERO, PAJE, MACÍAS, FORTÚN

(Macías viene armado á uso del siglo XIV, todo de negro, penacho, y calada la visera: Fortún viene armado también, pero más á la ligera.)

PAJE. ¡Buen talle y bella postura!

MAC. (*A Fortún.*) Hasta aquí, Fortún, entremos,
Donde á alguno preguntemos.

RUI. (¡Cierto, es gallarda figura!
Bueno es que aquí no se quede.)
¿Quién es, decid, el osado
Que á esta cámara se ha entrado
Sin pedir venia?...

MAC. Quien puede.

RUI. ¿De la casa sois acaso?

MAC. Y familia de Villena.

RUI. ¿Algún doncel?...

MAC. ¡Tal vez!

RUI. (¡Buena
Traza! Si fuese... mas acaso
Imposible es...)

MAC. Responded.
Don Enrique, ¿dónde está?

RUI. Fuera de aquí.

MAC. ¿Tardará?

RUI. Puede ser.

MAC. Haced merced
De decirle...

RUI. Vuestro nombre
Diréis primero.

MAC. No á vos.

RUI. ¿A mí solo no? (¡Por Dios,
Desenfado gasta el hombre!)
Ved que acaso tardaré,
Y él también. Salid afuera...

MAC. Discurrid de qué manera
He de salir.

RUI. ¿Le diré...?

MAC. Diréisle que un caballero
Que de Calatrava viene,
Y á quien mucho estima, tiene
Que hablarle.

RUI. Bien; mas primero
Salid...

MAC. Ya os dije que no;
Inútilmente pugnáis.
Ved más bien si presto vais.
Ya lo que he de hacer sé yo.

RUI. (Fuerza es dar á don Enrique
Aviso.) (*Bajo al paje.*) Esperadme á mí,
Vos, paje.—(¡Quédese aquí!)—
Vuestra merced no se pique,
Que, como tiene calada
La visera, de ignorante
Es la ofensa...

MAC. Id adelante,
Que la lleváis perdonada. (*Vase Rui Pero.*)

ESCENA VIII

MACÍAS, FORTÚN, PAJE

MAC. (*Al paje.*) ¿Qué hacéis vos aquí?

PAJE. Quedarme.

MAC. ¿Para qué? ¿de bandoleros
Tenemos trazas?

PAJE. No sé.

MAC. Idos fuera.

PAJE. ¡Bien, por cierto!
De fuera vendrá...

MAC. ¿Qué dice?

PAJE. Nada he dicho. (*Yéndose.*) Pues es bueno
Que nos mande...

FORT. Pajecillo,
Os manda quien puede hacerlo.

(Vase el paje á la cámara inmediata, donde se le ve de cuando en cuando pasar de una parte á otra.)

ESCENA IX

MACIAS, FORTUN (Alza Macías la visera.)

MAC. Por fin llegamos, Fortún.
FORT. ¡Pluguiera á Dios fuese á tiempo!
Nada entonces importara
Haber los caballos muerto
Galopando noche y día,
Ni traer molidos los huesos,
Ni...
MAC. A tiempo, Fortún, llegamos.
Como imaginé, mi objeto
Se logró de que ninguno
Me conociese en el pueblo
Antes de que á don Enrique
Hable y vea; porque temo
Que si me viera Hernán Pérez,
O algún su amigo ó su deudo,
Estorbaran, como suelen,
Mis osados pensamientos.
FORT. Hernán Pérez fué sin duda
Quien al marqués persuadiendo,
Hacia la villa de Alhama
Te envió por tenerte lejos.
MAC. Sí: y yo sé que en el camino,
Por ver si á Alhama en efecto
Pensábamos ir, gran rato
Sus parciales nos siguieron:
Y así, quise deslumbrarlos
Dando tan largo rodeo.
FORT. Mejor es que no te esperen.
MAC. El maestre mucho menos,
Pues sabe que sin su venia
Venir donde está no suelo;
Pero habrá de perdonarme,
Que esta vez sin ella vengo.
FORT. ¿Mas hoy no se cumple el plazo?
MAC. Hoy cumplió; ¿mas qué? ¿tan presto
Casarse dejara Elvira?
¿Pudiera olvidarme?
FORT. Cierto
Que las mujeres...
MAC. ¡Fortún!
Clávame antes en el pecho
Un puñal que eso me digas.
FORT. Si así fuese...
MAC. No lo temo
De mi bella. ¿Elvira ingrata?
No es posible.—¡Antes el cielo
Me confunda que eso vea!
FORT. ¿Mas qué mucho que ella, viendo
Que tú te tardas...?
MAC. Bien sabes,
Fortún, con cuántos pretextos
Me detuvo en Calatrava
El fementido clavero.
Bien sabes, Fortún amigo,
Que allí me ha tenido preso,
Y que acaso no saliera
De su poder, no fingiendo
Haber á Elvira olvidado
Por otros amores nuevos.
De suerte que al fin, Fortún,
Recordando tantos riesgos,
Aun haber llegado hoy mismo
Por grande dicha lo tengo.
FORT. ¡Quiera Dios!...
MAC. ¿Qué ha de querer,
Sino que al maestre luego
Le hable yo, y que al fin estorbe
De Vadillo los deseos?
No es tanto el favor que goza
Que estando en el mismo pueblo
Me ofenda sin que mi saña
Castigue su atrevimiento.
No vengo yo desarmado,
Y sabré oponer mi acero
A los tiros de su lengua,
Poniendo á su audacia freno.
Si presume que á mi Elvira,
Mi vida, mi bien, mi cielo,
Porque oculté mis amores,
Impunemente le cedo,
Ya probará lo contrario
Ese valido hidalgüelo
Cuando le arranque la lengua,
Y el vil corazón del pecho.
Algún resto de amistad
En el de Villena espero,
Por más que su protección
Me haya quitado hace tiempo.
Al fin es señor, y es noble,
Y es grande, y es caballero,
Y Aragón, que en esto solo
Dicho está todo lo bueno.
Aunque fuera mi enemigo,
Fuéralo por nobles medios.
Él hará que remitamos
Nuestros agravios al duelo
El hidalgo y yo.
FORT. ¿Eso quieres?
MAC. Con eso estoy satisfecho.
¿Quién á Elvira ha de quitarme
Combatiendo cuerpo á cuerpo?

FORT. Repara que alguien se acerca.
¿No sientes ruido?
MAC. Escuchemos.
¡Don Enrique! Ponte á un lado.

(Retírase Fortún.)

Su voz conocí.

(Se cala la visera, y se aparta algo atrás.)

ESCENA X

MACIAS, FORTÚN, DON ENRIQUE, RUI PERO

RUI. Por miedo
De turbar la ceremonia,
No lo dije, señor, luego.
ENR. ¿Quién puede ser? ¿Sospecháis?...



RUI. Nada sé; viene encubierto.
ENR. Aquí está. ¿Sois vos quien dicen
Que entra aquí sin miramiento?
MAC. Excusadme; entrando aquí
Usé de mi propio fuero.
ENR. ¿De su fuero? ¿Y lo es también
Venir á hablarme cubierto?
Tuviera yo cortesía,
Si fuera que vos. ¡Rui Pero!...
MAC. Perdona, señor; tu clase
Y tu grandeza respeto.
Yo te hablara más cortés
A estar solos.
ENR. ¿Solos? (*A Rui Pero.*) Presto
Despejad.

(Vase Rui Pero: Macías llega á su escudero, se quita el yelmo y se le entrega.)

MAC. Fortún, afuera
Me aguarda.

(Macías llega á don Enrique, [illegible] al principio, y le reconoce por fin.)

ENR. ¿Sois vos? ¿Qué veo?

ESCENA XI

MACÍAS, DON ENRIQUE

MAC. Sí, gran señor; tanto fía
Tu doncel en tu amistad;
Tu generosa bondad
Oiga la disculpa mía.
No niego que me has mandado
A otra distante jornada,
Y que de esta mi llegada
Con razón te has admirado.

Perdona si á la orden tuya
No dí obediencia debida,
Porque es quitarme la vida
Mandar que de Andújar huya.
Aquí está Elvira, señor,
Y aquí, como caballero,
Mi juramento primero
Me llamaba y el amor.
No presumas que es nacido
De alguna leve afición;
No, que es veraz mi pasión
Y nadie igual la ha sentido.
Muchas veces por vencella
La ausencia y tiempo imploraba;
Mas dondequiera que estaba,
Allí Elvira, allí mi bella.
Ni alcanzaba libertad,
Por más que, libre, la huía;
Sólo á ella en el campo vía,
Sólo á ella en la ciudad.
A Elvira hablaba en el sueño,
Despierto á Elvira también;
Y ni conozco otro bien,
Ni soy de no amarla dueño.
Harto hice en privarme un año
De su vista; y si de aquí
Apartado, padecí
Ausencia tan en mi daño,
Quise poner de mi parte
La razón y el sufrimiento,
Para con más ardimiento
Venir después á implorarte.
Bien sé yo que un mi enemigo,
A quien conozco, y no alcanza
El poder de mi venganza,
En mal me pone contigo;
Pero sé también...

ENR. Macías...
¡Venís en mala ocasión!
Si estimáis la protección
Que os dispensé en otros días,
Si os queréis bien á vos mismo,
Volveos...

MAC. ¿Volverme yo?
¿Y tú me lo mandas? No.
¡Trágueme antes el abismo!
Yo de aquí no he de moverme
Sin que á Elvira por esposa
Me concedan. ¿Qué otra cosa
Pudiera á Andújar traerme
Sin tu aviso? Ni en la tierra
Habrá quien de ella me aleje;
Ni me mandes que la deje,
Ni que me parta á la guerra,
Ni que piense, ni imagine
Sino el cómo ha de ser mía.
Recuerda que hoy es el día
Que el plazo expiró; y que vine
Sabe en fin á ser de Elvira
O á morir; sí, lo juré,
Yo de aquí no partiré
Sin esposa. Con que mira
Qué determinas ahora.
Ni aun á Elvira quise hablar
Hasta no verte, y lograr
La dicha que el alma adora.

ENR. ¿Y sois vos el que me alega,
Para encontrarme indulgente,
Méritos de inobediente,
Cuando aquí sin orden llega?
¿Y aun se llama mi doncel,
Y pretende que le ampare?
¡Vive el cielo que no pare
Hasta hacer ejemplo en él
De indóciles servidores!
¡Vive Dios que es abonado
El que su puesto ha dejado
Por unos necios amores!

MAC. No me digáis más: bien veo
Que no se durmió en mi ausencia
Fernán Pérez.

ENR. ¡Qué insolencia!

MAC. Don Enrique, apenas creo
Lo mismo que oyendo estoy.
¡Tanta mudanza en un año!
¿Tan amargo desengaño
Me guardabais, cielos, hoy?

ENR. Nunca en la amistad mudé
Que algún tiempo os prometí;
Si hoy distinto os parecí,
Por vuestros desmanes fué.
Sabed en fin que la mano
Que me demandáis de Elvira,
Sólo porque el plazo expira
Venís á pedirla en vano.

MAC. (*Agitado.*) ¿En vano decís?

ENR. (*Afectadamente.*) Macías,
Bien quisiera yo ampararos,
Y os amparara á encontraros
Y á hablarme vos há dos días:
Mas...

MAC. (*Precipitadamente.*) No encubras la verdad.
¿Prometístela?

ENR. (*Secamente.*) Doncel,
No la prometí, mas... él...

(Mira con inquietud hacia la puerta.)

MAC. (*Con ansia.*) Acaba presto.
ENR. (*Señalando á la puerta.*) ¡Mirad!

(En aquel mismo instante entran Elvira y Fernán Pérez, que la trae de la mano, y después los siguen Nuño, Beatriz y demás. Elvira, al conocer á Macías, se suelta precipitadamente de Fernán, y cae desmayada hasta el fin de la escena en brazos de Beatriz y Nuño. Fernán Pérez se pone en actitud de defenderse de Macías, quien fuera de sí se arroja hacia él con la espada desenvainada. Don Enrique se interpone con su acero, y Macías, volviendo en sí, se arroja á sus pies; todo como lo indica el diálogo.)

ESCENA XII

MACÍAS, DON ENRIQUE, ELVIRA, FERNÁN PÉREZ, NUÑO, BEATRIZ, ALVAR, PAJES

MAC. (*Al verlos.*) ¡Cielos!
FERN. ¡El doncel aquí!
ELV. ¡El es!

(Cae desmayada; Nuño y Beatriz la sostienen.)

MAC. ¡O venganza ó muerte!
NUÑO. ¡Elvira!
BEAT. ¡Señora!
FERN. (*A Macías.*) Advierte...
ENR. ¿Osáis delante de mí,
Macías...?
MAC. ¡No hay esperanza
Sino en morir ó matar!
ENR. ¡Teneos!
MAC. ¡Hay más penar!

(Se arroja á sus pies)

¡Señor, ó muerte ó venganza!

(Cae el telón.)



ACTO TERCERO

Habitación de Fernán Pérez y de Elvira. Puertas laterales, dos en primer término y dos en segundo. Otra de foro. Ventanas á los lados de la de foro con vidrios de colores al uso del tiempo, de gusto gótico.

ESCENA PRIMERA

BEATRIZ, MACÍAS

(Macías entra á pesar de Beatriz, que trata de impedírselo.)

BEAT. Sal presto, señor; no insistas...
MAC. Beatriz, es fuerza. He de verla.
BEAT. Repara que si su esposo...
MAC. ¿Su esposo? No; nada temas,
Con don Enrique le dejo:
No vendrá. La vez postrera
Será que á la ingrata Elvira
Antes de mi muerte vea.
BEAT. Tente, señor; oye... escucha.
MAC. Sin verla no he de irme.
BEAT. Espera.
MAC. Aquí me hallará Hernán Pérez.
BEAT. Advierte...
MAC. Nada hay que advierta.
Mira, pues, si te conviene
Darme paso antes que venga...
Un cuarto de hora... un instante...
¡Beatriz!
BEAT. ¡Silencio! Alguien llega.
Ella es.
MAC. ¿Es ella?

BEAT. Sal presto.
MAC. Nunca.
BEAT. Pues bien; á esa pieza
Éntrate... sí... yo he de hablarla...
Yo le diré...
(Le obliga á ir hacia la segunda puerta de la izquierda.)
MAC. ¡Beatriz!
BEAT. Entra,
Señor, que si ella consiente...
MAC. Me entro fiado en tu promesa. (*Se entra.*)
BEAT. Toda tiemblo. ¿Hay tal empeño?
¡Si Hernán Pérez lo supiera!

ESCENA II

BEATRIZ, ELVIRA

(Ambas conservan aún los vestidos del acto segundo: Beatriz en toda esta escena está agitada, como temerosa de que Macías se descubra, y no pierde de vista el gabinete. Macías entreabre de cuando en cuando la puerta para escuchar. Elvira está de espaldas al gabinete de Macías.)

ELV. (*Saliendo.*) ¿Y qué es, Beatriz, de mi esposo?
¿Qué de Macías?
BEAT. Sosiega
Tu inquietud; de ambos la furia
Logró refrenar Villena.
Mas pidió tu amante el duelo,
Y hubo de darle su venia.
ELV. ¿Qué dices?
BEAT. Que lo retó
Para mañana en presencia
De don Enrique, que es juez
Del campo.
ELV. ¡Ay, cielos! ¿No era
Bastante ya que me dieseis
Tirano esposo por fuerza,
Sino que es también preciso
Que sangre de uno se vierta?
¡Oh! si el dolor me acabara,
Beatriz, ¡cuán dichosa fuera!
MAC. (¡Pérfida!)
ELV. ¿Y ni pude hablarle,
Ni saber la causa cierta
De su tardanza? ¡Dios mío!
¿Con que fué un ardid la nueva
De su boda allá?
BEAT. Señora,
Si quieres hablarle...
ELV. ¡Necia!
Hablárale ayer; mas hoy...
Eso fuera hacer ofensa
A mi esposo... Estoy casada.
¡Infeliz!
BEAT. ¡Ah! ¡qué imprudencia!
ELV. ¿Mas qué sobresalto es ese?
¿Tú sabes?...
BEAT. No es nada.
ELV. ¿Niegas
Lo que estoy viendo en tu rostro?
¿Qué secreto ó triste nueva?...
Dilo de una vez ya todo,
Que ya á todo estoy dispuesta.
¿Puedo ser más desgraciada?
¿Tú le viste? ¿A alguien esperas?...
Habla ya.
BEAT. Macías mismo
Me pidió de tí una audiencia.
Quiere hablarte.
ELV. ¿Hablarme? Nunca.
No, Beatriz, no.
BEAT. En esta pieza
Me habló...
ELV. ¿Y fuése?
BEAT. Fué imposible
Echarle.
ELV. ¿Qué dices? ¿Piensas
Lo que hiciste? Luego aquí...
(Con el mayor sobresalto y mirando á todas partes.)
BEAT. No... mas...
ELV. ¿Dónde? ¡Suerte adversa!
¿Y tú te atreves?...
BEAT. Señora...
ELV. ¿Dónde está? ¡Si Hernán viniera!...
¡Yo huyo de aquí!... tú al momento...
Dispón que parta...
MAC. Ya es fuerza
Salir.
ELV. (*Al verle.*) ¡Ay!
(Se cubre el rostro con las manos.)
BEAT. ¡Cielo!
ELV. ¡Imprudente!
¿Tú le ocultaste? (*A Macías.*) Huye.
MAC. Espera.
(Elvira quiere huir á su habitación, y Macías la detiene.)

ESCENA III

MACÍAS, ELVIRA, BEATRIZ

MAC. ¿Dónde corres, Elvira? Tú has de oirme.
ELV. ¡Cielos! ¿qué haré?
MAC. (*Asiéndola.*) Detente; huyes en vano.
ELV. ¡Ay! ¿Aquí tú, Macías? (¡Infelice!
¿Qué iba á decir?) —¡Dios mío, dadme amparo,
Dadme fuerza y virtud! — Señor, ¿qué os trae?
¿Cómo entrasteis aquí? Volved los pasos

Donde á una esposa no ultrajéis; que ahora
Vuestra osadía ofende mi recato.

MAC. No soy yo, bien lo sé, no, el venturoso
Que á este punto esperabas en tus brazos.
¿Qué hace ese esposo tan feliz? ¿Qué tarda?
¿Dónde está?

ELV. ¡Qué furor! ¡Ah, reportaos!
¡Volveos por piedad!

MAC. ¿Que ora me vuelva?
¿Y adónde, adónde, desgraciada? ¿Acaso
Denodado arrostré tantos peligros,
Como mi vida mísera amagaron,
Para verte y dejarte? Ya eres mía,
De aquí no he de salir...

ELV. ¡Hablad más bajo!...

MAC. Sino dichoso.

ELV. ¡Que os oirán! Macías,
Yo os lo pido, os lo ruego: sí, alejaos.

MAC. ¿Con cuáles sacrificios me obligaste
A que escuche tus ruegos apiadado?
¡Delirios!

ELV. ¿Qué decís? Pues no os importa
Lo que pierde mi honra, si en palacio
Os llegan á encontrar, tened al menos
Piedad de una infeliz que habéis amado...

MAC. ¡Y me ruega que parta!

ELV. En fin, Macías,
Si no bastan mis ruegos, yo os lo mando.

MAC. Antes acaba, infiel, lo que empezaste;
Vierte mi sangre toda, y despiadado
Tu corazón sediento satisfaga
Sus odios contra mí; pues, vivo, en vano
De aquí quieres que salga.

ELV. (*Con la mayor zozobra.*) ¡Qué tormento!
Beatriz, por Dios, escucha; yo temblando
Estoy de una sorpresa; corre; avisa
Si le vieses venir.

BEAT. En mi cuidado
Puedes, señora, descansar. (*Vase.*)

ELV. ¡Dios mío!

ESCENA IV

ELVIRA, MACÍAS

ELV. ¿Qué pretendéis? Soltad. ¿No oís sus
(pasos?

MAC. Nada me importa ya. Tú en algún tiempo
Ningún riesgo temblabas á mi lado.

ELV. Era entonces amante: esposa de otro
Soy ahora; vos mismo, vos tardando...

MAC. ¿Qué profieres, Elvira? ¿Es tarde, es
(tarde
El mismo día que se cumple el plazo?
¿No es otra tu disculpa? ¿No supiste
Prestar tú ni fingir otros descargos?
Yo á oirlos vengo, que muriendo quiero
Expirar á lo menos engañado.
Deslúmbrame, tirana: al menos dime
Que la violencia fué, que fué el engaño
Quien te casó.

ELV. Callad, que si supierais...

MAC. Dí que el infiel yo he sido: que mil lauros
Mereciste al casarte; que me amabas;
Que tal vez por amarme demasiado
Te casaste con otro. Sí, yo mismo
La venda me pondré que con tus manos
Debieras poner tú sobre mis ojos.
¿Ni merezco siquiera un desengaño?
¿Callas confusa?

ELV. Si me oyerais...

MAC. Puede
Que tu lealtad probaras. ¡De tu labio
Tanto fías, Elvira! ¿Mas los ojos
Bajas, mísera, al suelo avergonzados?
¡Mujer, en fin, ingrata y veleidosa!
¡Ay infeliz del que creyó que amado
De una mujer sería eternamente!
¡Insensato!

ELV. No más; basta: ¿ese pago
Alcanzan tanto amor y tantas penas
Como por vos mi pecho destrozaron?
¿Y os amaba yo aún?

MAC. ¿Me amas? ¿Es cierto?
¿Tú me amas todavía? ¿Y aún estamos
En Andújar los dos? ¡Ay! ¿Quién ahora
Me robará la hermosa que idolatro?
¿Me amas? Ven.

ELV. ¿Yo eso he dicho? Que os
[amaba
Sólo os quise decir, mas no que os amo.

MAC. No; tus ojos, tu llanto, tus acentos,
Tu agitación, tu fuego, en que me abraso,
Dicen al corazón que tus palabras
Mienten ahora; sí, bien mío, huyamos.
Todo lo olvido ya. Pruébame huyendo
Que no fué liviandad el dar tu mano.

ELV. ¿Dónde me arrastras?

MAC. Ven; á ser dichosa.
¿En qué parte del mundo ha de faltarnos
Un albergue, mi bien? Rompe, aniquila
Esos, que contrajiste, horribles lazos.
Los amantes son solos los esposos.
Su lazo es el amor: ¿cuál hay más santo?
Su templo el universo: donde quiera
El Dios los oye que los ha juntado.
Si en las ciudades no, si entre los hombres
Ni fe, ni abrigo, ni esperanza hallamos,
Las fieras en los bosques una cueva

Cederán al amor. ¿Ellas acaso
No aman también? Huyamos; ¿qué otro asilo
Pretendes más seguro que mis brazos?
Los tuyos bastaránme, y si en la tierra
Asilo no encontramos, juntos ambos
Moriremos de amor. ¿Quién más dichoso
Que aquel que amando vive y muere amado?

ELV. ¿Qué delirio espantoso, qué imposibles
Imagináis, señor? Doy que encontramos
Ese asilo escondido: ¿está la dicha
Donde el honor no está? ¿Cuál despoblado
Podrá ocultarme de mí propia?

MAC. ¡Elvira!

ELV. Juré ser de otro dueño, y al recato,
Y á mi nombre también y á Dios le debo
Sufrir mi suerte con valor, y en llanto
El tálamo regar; si no dichosa,
Honrada moriré; pues quiso el hado
Que vuestra nunca fuese, ¿por ventura
Podrán vuestros delirios contrastarlo?
Ved este llanto amargo y doloroso,
Ved si os amé, señor, y si aun os amo
Más que á mi propia vida; con violencia,
Verdad es, y con fraude me casaron;
Pero casada estoy; ya no hay remedio.
Si escuchara á mi amor, vos en mi daño
A denostarme fuérais el primero.
Vuestro aprecio merezca, ya que en vano
Merecí vuestro amor. Si aborrecido
Ese esposo fatal me debe tanto,
¿Qué hiciera si con vos, por dicha mía,
Me hubiera unido en insoluble lazo?

MAC. No, tú no me amas, no, ¡ni tú me amaste
Nunca jamás! Mentidos son y vanos
Los indicios; tus ojos, tus acentos
Y tus mismas miradas me engañaron.
¿Tú en ser de otro consientes, y á Macías
Tranquila lo propones? ¿Tú en sus brazos?
Tú, Elvira, y cuando lloren sangre y fuego
Mis abrasados ojos, ¡ah! ¡gozando
Otro estará de tu beldad! ¡Y entonces
Tú gozarás también, y con halagos
A los halagos suyos respondiendo!!!...
¡Imposible! ¡Jamás! No, yo no alcanzo
A sufrir tanto horror. ¿Yo, yo he de verlo?
Primero he de morir ó he de estorbarlo.
¡Mil rayos antes!!!...

ELV. ¡Cielos!

MAC. ¿Qué es la vida?
Un tormento insufrible, si á tu lado
No he de pasarla ya. ¡Muerte! ¡Venganza!
¿Dónde el cobarde está? ¿dónde? ¡Villano!
¿Me ofende y vive? ¡Fernán Pérez!

ELV. ¡Calla!
¿Qué intentas, imprudente? Demasiado
Le traerá mi desdicha.

MAC. ¿Y qué? En buen hora;
Venga y traiga su acero, venga armado.
Aquí el duelo será. ¿Por qué á mañana
Remitirlo? Le entiendo, sí; temblando
De mi espada, quiere antes ser dichoso.
¿Lo esperas, Fernán Pérez? ¡Insensato!
No, no la estrecharás, mientras mi sangre
Hierva en mi corazón. Abrate paso
Por medio de él tu espada. Este el camino
Es al bien celestial que me has robado.
¡No hay otro! ¿Y ella es tuya? Corre, vuela.
¡Mira que es mía ahora, y que te aguardo!
¡Hernán Pérez! (*Saca la espada.*)

ELV. ¡Silencio! ¿Qué pretendes?
Le turba su pasión. Tente. Arrojado,
¿Dónde corres así? Dame esa espada.

MAC. ¡Huye, oh tú, esposa de otro! Sí: buscando
Voy mi muerte, tú misma la deseas:
Sin miedo ni rubor idolatrarlo
Después de ella podrás. Toma ese acero.
(Elvira coge la espada.)
La vida arráncame, pues me has quitado
Lo que era para mí más que mi vida,
Más que mi propio honor. ¡Desventurado!
(Llega Beatriz sobresaltada.)

ESCENA V

ELVIRA, MACÍAS, BEATRIZ

BEAT. Huid, señor, que llegan.

ELV. ¡Ah!

MAC. ¿Quién llega?

BEAT. El marqués, y Fernán sigue sus pasos...
Avisados sin duda...

MAC. Yo os doy gracias,
Cielos, por tanto bien; presto escuchados
Fueron mis votos.

ELV. ¡Huye!

MAC. ¿Quién? ¿Yo, Elvira?
¿Delante de él huir? ¿Yo que le llamo?

ELV. ¡Por piedad! ¡Por mi honor!

MAC. Dame esa espada.

ELV. ¿La espada? ¿Para qué? Tú, temerario,
¿Testigo hacerme intentas de tu arrojo?

MAC. ¡Mi espada, Elvira!

ELV. ¡Nunca!

BEAT. ¡Ya han llegado!
¡Ya no es tiempo!

ELV. No; al menos tanta sangre
No correrá por mí. Tente, ¡ó la clavo
En mi pecho!

BEAT. ¡Señora!
FERN. (*Entrando.*) ¡Qué osadía!
MAC. (*Porfiando.*) ¡Elvira!
FERN. (*A don Enrique, que entra.*) ¡Señor, vedle!
MAC. ¡En fin, me hallaron
Sin mis armas!

ESCENA VI

ELVIRA, BEATRIZ, MACIAS, FERNAN PEREZ, DON ENRIQUE, RUI PERO, ALVAR, PAJES ARMADOS. (Estos, capitaneados por Rui Pero y Alvar, rodean á Macías.)

ENR. ¿Qué miro? ¿Y ese acero
Qué significa, Elvira?
ELV. En vuestras manos,
Señor, le deposito, y tengo á dicha
Haber hoy tantos males estorbado.
MAC. ¡Sólo esto me faltaba!
FERN. ¡Elvira!
ELV. ¡Tiemblo!
FERN. ¿No bien casada, y os encuentro...?
MAC. ¡Hidalgo!
ELV. Señor...
MAC. La culpa es mía; es inocente.
FERN. ¿Y vos con qué derecho hasta el estrado
De mi esposa...?
ENR. ¡Vadillo!
FERN. ¡Vive el cielo!
Que á no estar el maestre...



ENR. Reportaos.
MAC. Venid donde no esté.
ELV. ¡Fernán!
ENR. Vadillo,
¡De aquí vos no saldréis!
FERN. ¡Señor!...
ENR. Lo mando.
Dejadme que yo le hable. (*A Macías.*) ¿Con (qué es cierto?
¿Vos aquí de esta suerte, y ultrajando
La casa de un hidalgo, á quien protejo!
¿Y vos, á quien concedo el campo franco
Porque á Elvira no veáis ni á Fernán Pérez
Hasta el punto del duelo, tan osado,
Que ni escucháis razones, ni hay respetos
Para vos, ni hay consejos, ni hay mandatos,
Ni hay poner freno á vuestra audacia? En (dónde,
Insolente, aprendéis?
MAC. Sellad el labio,
O vive Dios... ¿Qué os debo, y qué respeto
Por vuestra protección he de guardaros?
¿Protegen de esta suerte los señores?
¿Qué os debo sino mal? Si esto es amparo
Sed desde hoy mi enemigo, y ese tono
Altanero dejad. ¿Pensáis acaso
Que soy menos que vos? No, don Enrique.
¿En qué justas famosas vuestro brazo,
O en qué lid me venció? Coged la lanza,
Y conmigo venid; presto ese ufano
Orgullo abatiré.
ENR. ¡Qué oigo!
ELV. ¡El se pierde!
MAC. Si en vuestra cuna y en honores vanos
Tanto orgullo fundáis, eso os obliga
A proceder mejor. Sois inhumano,
Injusto sois conmigo, don Enrique,
Porque en la cumbre os veis; porque ese (infando
Poder gozáis, con que oprimís vilmente,

En vez de proteger al desdichado,
A una débil mujer; vos valeroso
Contra las bellas sois. ¡Mirad qué lauros!
Dígalo vuestra esposa, que á una ciega
Ambición inmoláis. ¿Cómo apiadaros
Del grito del amor? Vos ni su noble
Fuego entendéis, ni nunca habéis amado,
Ni sois capaz de amor. Para otras almas
De un temple más sublime se guardaron
Esas grandes pasiones...

ENR. ¡Mal nacido!
¡Infame!, ¡vos á mí tal desacato!

MAC. Callad, callad, ó mi furor... ¿Yo infame?
¿Yo mal nacido? ¿Y sufro tanto agravio?
¡Vive Dios, don Enrique el hechicero,
Que si espada tuviera, presto el labío
Yo os hiciera sellar!...

FERN. Señor, dejadme
Que castigue su audacia; él aquí entrando
A mí ofendió primero.

ENR. Fernán Pérez,
Ya os dije que vuestra honra está á mi cargo
Y ya os mandé callar. Guardias, al punto
Al alcázar llevadle.

ELV. Perdonadlo.
Más generoso sed, pues sois más grande.
Su pasión le cegó. Dadle un caballo,
Parta lejos de aquí; salve su vida,
Y revóquese el duelo. El tiempo acaso
Hará, y la ausencia, lo demás; tan sólo
Yo así dichosa podré ser, ó un tanto
Menos desventurada; así tranquilo
Podrá mi esposo estar.

MAC. ¡Caigan mil rayos
Sobre mí! ¿Tú también, desventurada,
Con súplicas te humillas al tirano?
¿Tú por mi vida, que sin tí no aprecio,
Tú por tu esposo y tu quietud rogando,
Tú mi ausencia le pides? ¿Tú á Hernán (quieres?
Bien, ya eres suya; pero atiende. En vano
Piensas la dicha hallar, ni en tí la ausencia
Podrá sanar el mal, sino aumentarlo.
Cuando mi muerte sepas, en tu oído
Siempre estará mi nombre resonando.
Yo le maté, dirás; tu esposo en celos
Arderá, temeroso de que al cabo
Le vendas como á mí, y hasta tus besos
Mentiras creerá. Cierto, y seránlo.—
Ella, Fernán, me amó, y volverá á amarme;
Si constancia te jura, es sólo engaño;
También á mí me la juró, y mentía.
Siempre al amante buscará lejano,
Y nunca podrá hallarle; tus amores
Fría rechazará, con llanto amargo
Inundando tu lecho.—¡Fementida!
Cuando olvidarme quieras en sus brazos,
Entre tu esposo y entre tí mi sombra
Airada se alzará, para tu espanto,
De sangre salpicando todavía
Tu profanado seno; con su mano
Yerta te apartará, siempre á tu mente
Tu deslealtad infame recordando;
Y hondamente *Macías* repitiendo,
¡Macías sonará por el espacio!!!
Llevadme ya á la muerte...

ELV. ¡Espera!

FERN. ¡Elvira!

ENR. (*A Alvar.*) Idos.

MAC. ¡Pérfida, adiós! Vive... y... mas... (vamos.

(Salen. Beatriz detiene á Elvira, que quiere seguirle. Fernán Pérez sale hasta la puerta viendo marchar á Alvar con Macías y demás. Elvira quiere ir tras él, pero deteniéndola Beatriz vuelve á oir lo que dice don Enrique á Rui.)

ESCENA VII

DON ENRIQUE, FERNÁN PÉREZ, ELVIRA, BEATRIZ, RUI PERO

ELV. (*Tras Fernán Pérez.*) ¡Señor!—¡Ninguno (me oye!

ENR. Vos, Rui Pero,
Dejad al insolente asegurado
En la torre, y de allí ved que no salga
Hasta que llegue del combate el plazo.
(Vase Rui Pero.)

ELV. ¡En la torre, Beatriz! Ya libremente
Suelto la rienda á mi dolor y al llanto.

ESCENA VIII

DON ENRIQUE, FERNÁN PÉREZ, ELVIRA, BEATRIZ

ENR. Por ahora, Fernán Pérez,
Ya en la torre está seguro.
Yo veré si hallo algún medio
De evitar, honroso y justo,
El duelo; mas por si al cabo
No se encontrase ninguno,
Disponeos, que es valiente.
En lo que sé de él me fundo,
Pues pensar en revocarlo
Ni puedo, ni es oportuno,
Ni es bueno que vos quedéis
Por cobarde en este asunto,
Siendo mi escudero.

FERN. Airoso
Quedarás, señor; lo juro.

ENR. Y avisadme en el momento
Que vuelva de Arjona Nuño. (*Vase don Enrique.*)
ELV. ¿Lo oyes? De evitar el duelo
No hay, Beatriz, medio alguno.

ESCENA IX

FERNÁN PÉREZ, ELVIRA, BEATRIZ

FERN. (*Para sí.*) No moriré en este trance.
¡Locura fuera! ¿Qué busco
Yo en esa lid? Sólo el bien
Que ya poseo aventuro.
Muera él antes; sí, perezca,
Si el duelo no se hace nulo.
Elvira... dejarla quiero...
(Hace ademán de irse.)
ELV. Me resuelvo... ya no dudo...
Fernán... (*Va tras de él.*)
FERN. ¿Quién viene?
BEAT. (¿Qué intenta?)
FERN. ¿Me buscáis?
ELV. Sí, á vos.
FERN. (¿Qué escucho?)
ELV. Sí, á vos, Hernán; ya es forzoso,
Ya más mi dolor no encubro.
Salga del pecho, y al menos
Consérvese el honor puro.
Fuera el callar más, delito.
Beatriz, vete ya.
FERN. (Confuso
Me tiene.)
ELV. (*Aparte á Beatriz.*) Su enojo empero
Temo, que es cruel é injusto.
BEAT. (*Id. á Elvira.*) Te entiendo: á esa galería
Próxima á ocultarme acudo,
De donde pueda ayudarte
Si algún peligro descubro. (*Vase.*)

ESCENA X

ELVIRA, FERNÁN PÉREZ

ELV. Esposo, escuchadme atento,
Pues aunque callar quisiera,
No me dejara esta fiera
Congoja y dolor que siento.
Vos ignorar no podéis
De qué suerte me han casado,
Y que jamás os ha amado
Mi corazón, bien sabéis.
FERN. ¿Qué decís?
ELV. Dadme licencia
Para que acabe de hablar:
No pretendo yo culpar
Al padre mío en su ausencia:
Debo creer que su objeto
Laudable y honroso fuese,
Y, aunque así no lo creyese,
Me ata la lengua el respeto.
No quiero turbaros, no,
Con lágrimas y suspiros;
Sólo, sí, podré deciros
Que amaba á Macías yo.
Sé mis deberes muy bien,
Y aunque noble no nací,
Segura tenéis en mí
Vuestra honra.
FERN. ¡Y ay de quien
No la guardase!
ELV. Mirad,
Vadillo, que aun no acabé.
Al fin sofocó mi fe
La paterna autoridad:
Y entero su triunfo fuera,
Si aquel engaño tan cierto
No se hubiera descubierto,
O Macías no viniera.
Mas en fin, todo fué en vano;
Vino, y le ví, más amante
Que nunca: yo la inconstante
He sido en daros mi mano.
Ahora ya el llanto es ocioso:
En situación tan funesta,
Sólo un arbitrio me resta,
Y el emplearle es forzoso.
Yo ser de otro no podré,
Pues con vos casada estoy;
Mas ya que aun vuestra no soy,
Jamás, señor, lo seré.
Señalad vos un convento,
Adonde á ocultarme vaya,
Y adonde esposo no haya
Que redoble mi tormento.
Y presto, Hernán, que la vida
Me ha de acabar mi quebranto:
Y aunque allí en eterno llanto
Viva después sumergida.
Esto es sólo lo que os pido;
Este es, en fin, el favor
Que nunca puede, señor,
Negar prudente marido.
¿Quién no quisiera tener,
Escuchando estas razones,
Entre seguras prisiones
Encerrada á su mujer?
Ni hay mujer que no prefiera
A un indiferente esposo,

Queriendo á otro, el reposo
De la regla más austera.
FERN. ¿Acabásteis?
ELV. Acabé.
FERN. ¡Mal reprimo ya mi furia!
¿Y para oir tal injuria
Un año entero esperé?
Bien sé que al doncel, señora,
Siempre tuvisteis amor;
Sí; y en daño de mi honor
Le amáis más que nunca ahora.
¿Para llorar me pedís
Ese retiro y convento?
Eso es todo fingimiento.
¿Que soy necio presumís?
Sé que para ese doncel
Tan osado no hay seguros
Ni cerrojos, ni altos muros,
Que puedan guardaros de él.
ELV. ¡Ah! ¡qué decís!
FERN. Loca y necia
Anduvisteis en pensar
Que yo os fuese á renunciar
Lo que más el alma aprecia.
Mi esposa sois, y viviendo,
Mi mujer habréis de ser,
Que no hay quien pueda romper
Tal lazo.
ELV. ¡Qué estoy oyendo!
¿Con que no hay remedio?
FERN. No.
¡Ninguno! ¡Vanas porfías!
Si es vuestro amante Macías,
Vuestro marido soy yo.
Ceded, señora, á la suerte,
Sino á fe de caballero... (*Echa mano al puñal.*)
ELV. Sacad, Fernán, el acero;
Herid: no temo la muerte.
FERN. ¿Le ama, oh cielos, de tal modo
Que ya prefiere á su olvido
La muerte?
ELV. Sí; yo os la pido.
FERN. No; sed mía antes de todo.
Un bien, un triunfo sería
La muerte para ellos dos.
No; viviréis, ¡juro á Dios!
Para más venganza mía.
¡Mal haya el que tan amado
Supo ser! ¿Le preferís?
¿El riesgo no prevenís?...
ELV. ¿Vos seréis capaz, malvado...?
FERN. Sí.¡ De todo! ¡Maldición
Sobre él, sobre vos!... Mas... ved
Si os quiero yo hacer merced
Y halagar vuestra pasión.
Hoy le habéis de hablar, Elvira.
ELV. ¿Hablarle, señor?
FERN. Lo mando.
Yo os he de estar escuchando.
ELV. ¿Quién tal proyecto os inspira?
FERN. Diréis que me amáis, que á mí
Me dió vuestro amor el cielo...
Por tanto que excuse el duelo.
ELV. ¿Yo tengo de hablarle así?
FERN. Mi honra así queda bien puesta;
La esperanza muera en él.
ELV. No; primero, hombre cruel,
Estoy á morir dispuesta.
FERN. ¿No obedecéis? (*La ase del brazo con fuerza.*)
ELV. ¡Por piedad!
Me lastimáis. ¡Ah, señor!
FERN. ¿Tanto puede vuestro amor?
Ceded.
ELV. ¡No! Nunca.
FERN. Temblad.

(Soltándola con fuerza y despecho.

Ya no insto más; mi venganza
Tiene otros medios.
ELV. ¡Dios santo!
BEAT. (¡Yo he de entrar!)
FERN. (*Llamando por la izquierda.*) ¡Alvar!
ELV. ¡Qué espanto!
FERN. ¡Alvar!
ELV. ¡Adiós mi esperanza!

(Entra Alvar, descubierto, por la izquierda.)

ESCENA XI

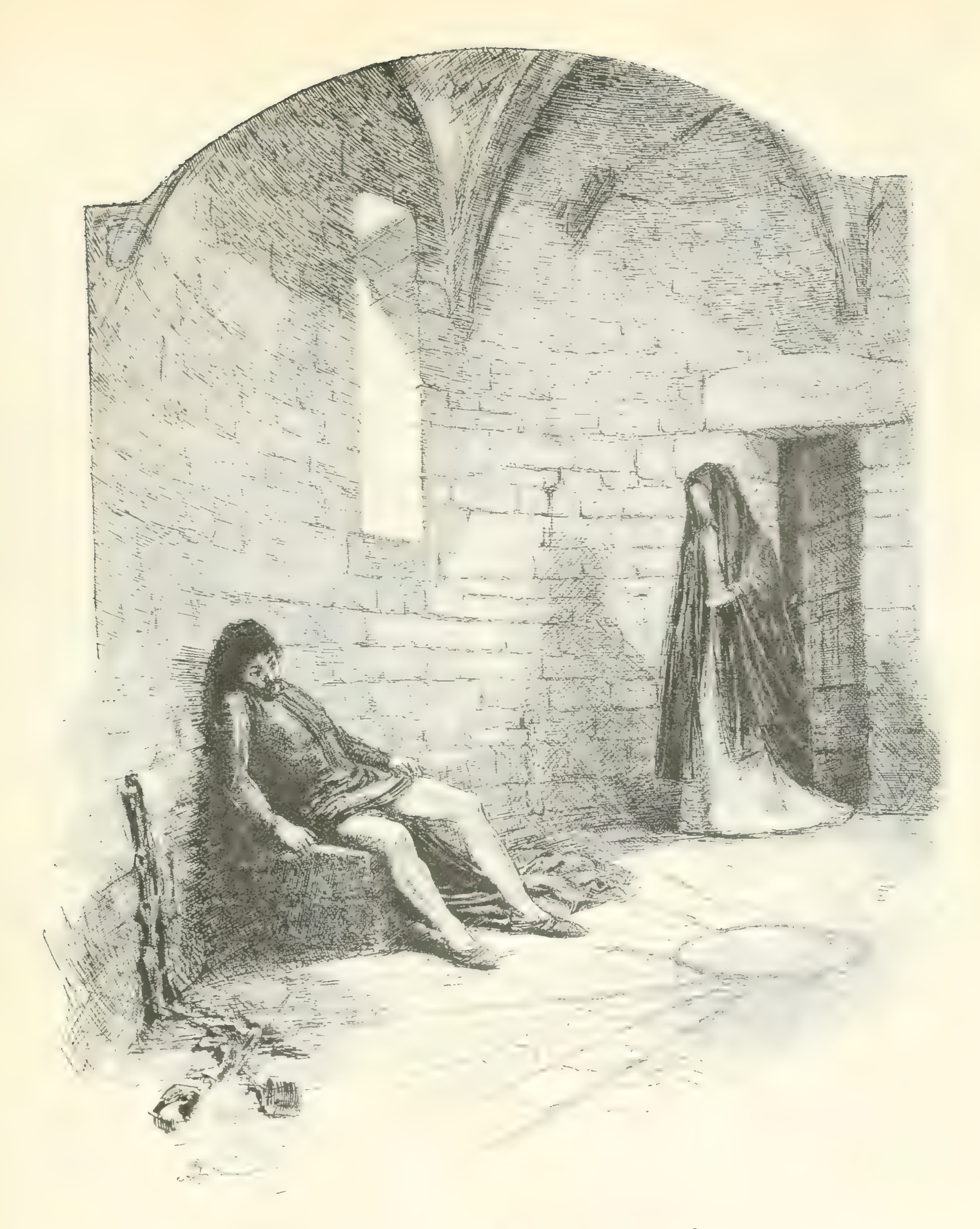
ELVIRA, FERNÁN PEREZ, ALVAR
(Este y Fernán aparte.)

FERN. (*A Alvar.*) Alvar, cuatro hombres buscadme...
¿Me entendéis? Dentro de una hora...
Venid. (*Vanse.*)
ELV. ¡Ah! ¿Qué intenta ahora?
¿Será?... ¡Cielos, amparadme!
¿Qué haré en trance tan terrible?
¡Monstruo! ¿Y piensas que mi vida
A tí he de pasar unida?
¡Nunca! ¡Jamás! ¡Imposible!
¡Bárbaro! ¡En balde te halaga
Mi esperada posesión,
Que la desesperación
Sabrá prestarme una daga!
¿Y á dónde fué? ¿Con qué idea?
¡Yo tiemblo!...

ESCENA XII

ELVIRA, BEATRIZ

BEAT. (*Despavorida.*) ¡Señora!¡ Elvira!
([illegible] en toda la escena de que las vean [illegible])
ELV. ¿Qué es, Beatriz?
BEAT. (*Sin aliento.*) ¡Ah!
ELV. En fin, respira:
Dime...
BEAT. Aguarda: no nos vea.
ELV. No; marchó.
BEAT. Sí, demasiado
Lo sé; oculta, desde allí,
Varias palabras oí
Que le dijo á su criado.
Esta noche...
ELV. Habla.
BEAT. ¡Un instante!...
Quiere, en su prisión, matar...
ELV. ¡Beatriz!
BEAT. ¡Ah! ¡Me hacéis temblar!
ELV. ¡Desgraciado! En ser constante,
¿Qué delito cometiste?
Mas no, asesinos, primero
Ha de pasar vuestro acero
Mi pecho. ¿Tú lo oiste?
¡Beatriz! escucha... La torre
Conozco en que está encerrado...
Soborna á alguno... guardado
Tengo oro... y alhajas .. corre...
Mis collares, mis pendientes...
(Se arranca los adornos que lleva, presentándolos á Beatriz.)
Estas joyas de mi boda...
Toma esa riqueza toda...
Dispón de ella.—¡Calla! ¿Sientes
Pasos?...
BEAT. No.
ELV. Dile al primero
Que se brinde á abrir, que es suyo
Cuanto quiera; el resto es tuyo. (*Dáselos.*)
BEAT. ¿Qué decís? ¿Yo? Nada quiero.
Mas corro... sé quién lo hará...
ELV. Vé; y al marqués, si es posible,
Pues no es mi empresa infalible,
Avisa, que él no sabrá
El riesgo de su doncel
Ni tan vil traición. Volemos
Beatriz; ó lo salvaremos,
O moriremos con él.
(Se entran por la derecha.)



ACTO CUARTO

Prisión de Macías. Puerta á la izquierda y derecha; la primera grande, la segunda secreta. Una lámpara encendida

ESCENA PRIMERA

MACÍAS, FORTÚN

MAC. ¿Eso propone el marqués?
¿Para eso sólo te envía?
Fortún, al lucir del día
Ten prevenido mi arnés.

FORT. ¿Diréle que del combate
No desistes?

MAC. ¿Desistir?
¿Y él lo pudo presumir?
¿Y sangre en sus venas late?
Si olvida, mal caballero,
El campo que concedió,
No me le ha de negar, no,
El rey Enrique Tercero.
Dí más: que aunque el mismo rey
El campo franco rehuse,
Y de su alto poder use
Para hollar su propia ley,

Aun no está salvo el cobarde;
Pues que juro por mi espada,
No quitarme la celada
Hasta que, temprano ó tarde,
Le encuentre por fin, doquiera,
Y en su pecho fementido
Deje mi acero escondido,
Vengando mi afrenta fiera.
¿Piensa el marqués por ventura
Que soy yo la de Albornoz,
Que oigo temblando su voz
Y obedezco? ¡qué locura!

FORT. ¿Diréle?...

MAC. Sí; dí á Villena,
De mi parte, que no olvide
Lo que su clase le pide,
Lo que debe á la honra ajena:
Que es excusado su empeño;
Que si aún vivo, ha de saber
Que es porque anhelo beber
La sangre al traidor; que es sueño
Pensar que me vuelva atrás;
Y al hidalgo, que ya anhelo
Ver si es tan fuerte en el duelo
Como en la corte, dirás;
Y tú al despuntar la aurora,
Prevén, Fortún, cuidadoso,
Un alazán poderoso,
Y mi espada cortadora.
Mis armas negras bruñidas
Registra bien, y dos lanzas
Prevénme. Mis esperanzas
Mira no salgan fallidas.
Mas si muero...

FORT. Tiende un velo
Sobre agüero tan fatal.

MAC. No sabe ningún mortal
El fin que le guarda el cielo.
A Rodríguez del Padrón,
Mi amigo, mi espada lleva,
Y déme la última prueba
De su afecto; mi pasión
Le cuenta, y mi fin cruel:
Dí que la venganza mía,
Mi honor á su brazo fía.
Tal confianza tengo en él.

FORT. Adiós, señor, y descuida
Cuanto encargas á mi fe:
Yo te juro que lo haré
Por tu nombre y por mi vida. (*Vase Fortún.*)

MAC. Vé, y pide á Dios que me valga.
Pues no puedo ser amado
De Elvira bella, ¡vengado
Del reto, á lo menos, salga!

ESCENA II

MACÍAS, después de un momento de pausa, sumergido en el mayor dolor y enajenación

¿Ibate, pues, tanto en la muerte mía,
Fementida hermosa, más que hermosa in-(grata?
¿Así al más rendido amador se trata?
¿Cupo en tal belleza tanta alevosía?
¿Qué se hizo tu amor? ¿Fué todo falsía?
¡Cielo! ¿Y tú consientes una falsedad,
Que semeja tanto la propia verdad?
¡Oh! ¡Lloren mis ojos! ¡lloren noche y (día!

¡Ah! la aleve copa, que el amor colmó,
Heces también cría para nuestro daño;
¡Y las heces suyas son el desengaño!...
¡Ay del que la apura, cual la apuro yo!
¡Ay de quien al mundo para amar nació!
¡Ay de aquel que muere por mujer ingrata!
¡Ay de aquel que amor tirano maltrata,
Y que, aun desdeñado, jamás olvidó!...

¿Por qué al nacer, cielo, en pecho ama-(dor,
Tirano, me diste corazón de fuego?
¿Por qué das la sed, si emponzoñas luego
El más envidiado supremo licor?
Duélate, señora, mi acerbo dolor;
Ven, torna á mis brazos, ven, hermosa (Elvira:
Aunque haya de ser, como antes, mentira
Vuélveme, tirana, vuélveme tu amor.

(Queda un momento abismado en su dolor.)

ESCENA III

MACÍAS, ELVIRA

(Se siente abrir una puerta secreta á la derecha, y aparece Elvira cubierta con un manto negro, y debajo de blanco, sencillamente: de una cinta negra trae colgada una cruz de oro al cuello.)

MAC. ¿Mas qué rumor?... ¿Una llave?...
¿Una puerta?... ¡Vive Dios!
¿Quién?

ELV. (*Al paño.*) Corre, Beatriz. Adiós.
Nada el de Villena sabe.
Antes que el crimen se acabe
Que venga, por si no puedo
Salvarle sola. Aquí quedo.—
¡El es! ¿Macías?... (*Llega descubriéndose.*)

MAC. ¿Qué miro?

(Conociéndola arrebatado.)

¿Es ella? ¿Sueño? ¿Deliro?
¡Elvira!

ELV. Tente: habla quedo.
MAC. ¡Necio de mí! ¡Qué injusta y locamente
Mi fortuna acusé! Cuando alevosa
Te llamo y te maldigo, ¿tú á mis brazos
Secretamente entre peligros tornas?
¡Perdón, ídolo mío! Mis ofensas,
Ofensas son de amor; á la ardorosa
Pasión que me consume acusa sólo:
Suyo es mi yerro, y mis ofensas todas.
¿Yo soy tan venturoso todavía?
ELV. ¡Imprudente! Silencio, no esa loca
Alegría te ciegue, que aun la suerte
Aciaga se nos muestra.
MAC. ¡Más dichosa
Nunca fué para mí!
ELV. Tiembla, insensato.
Las horas, infeliz, nos son preciosas.
Oye mi voz...
MAC. Sí, Elvira, llega y habla.
Habla, y que oiga tu voz. ¡Cuán deliciosa
Suena en mi oído! ¡Un bálsamo divino
Es para el corazón! ¡Ah! De tus ropas
Al roce sólo, al ruído de tus pasos,
Estremecido tiemblo, cual la hoja
En el árbol, del viento sacudida.
La esperanza de verte, tu memoria,
Todo el encanto son de mi existencia.
Mas si te llego á ver, mi alma se arroba,
Y me siento morir, cuando en tus ojos
Clavo los míos; si por suerte toca
A la tuya mi mano, por mis venas
Siento un fuego correr que me devora,
Vivo, voraz, inmenso, inextinguible,
Y abrasado y pendiente de tu boca,
Anhelo oirte hablar; habla, bien mío;
Díme que te conduce aquí á deshora
Un amor semejante; y dí que me amas,
¡Y esto hará mi desdicha venturosa!
ELV. De ese fatal delirio que te ofusca
La terrible verdad el velo rompa.
La muerte está á tu lado, y el momento
Propicio acecha ya.
MAC. ¡Venga en buen hora!
Y hálleme junto á tí.
ELV. ¿Qué escucho? Atiende,
¿Entrambos nos perdemos, y aun tú nombras
El riesgo sin temblar? Los asesinos,
Acaso aquí la planta sigilosa
Encaminando ya, su hierro aguzan,
Y bien pronto en tu sangre generosa
Apagar se prometen el incendio
De ese funesto amor. ¿Y tú lo ignoras?
MAC. ¿Qué profieres de amor y de asesinos
Juntamente?
ELV. Con mi oro, con mis joyas
Esa puerta me abrí. Fernán la infame
Conjuración dispuso.
MAC. ¡Oh, más hermosa
Te hace tanto valor!
ELV. Dudo cuál puerta
Elegirá el cobarde. Sin demora
Sálvate, que á esto vengo. ¿Presumiste
Que corriese en tu busca presurosa
Sin tan terrible causa?
MAC. (*Desesperado.*) ¡Santo cielo!
No la trajo el amor, la trajo sola
La compasión.
ELV. Tú, ingrato, ¿mis tormentos
Con esa injusta desconfianza doblas?
¿Vida y honor por compasión tan sólo
Arriesga una mujer? Deja, abandona
Tan injuriosas dudas. Urge el tiempo.
Parte de aquí.
MAC. ¿Partir?
ELV. No es afrentosa
La fuga ante el puñal del asesino.
No mancharás huyendo tantas glorias
Que tienes adquiridas. Obedece:
Parte.
MAC. ¿Sin tí, bien mío?
ELV. ¿Qué te importa?
Nadie soy para tí: ni ya uno de otro
Podemos ser jamás.
MAC. ¡Jamás! ¿Y lloras?
¿Cubres el rostro en las dolientes palmas?
¿Y quieres separarnos? ¡Ay! ¿No notas
Que ese llanto, en que gozo tantas dichas,
Es para el corazón letal ponzoña?
ELV. Sí, lloro, y por tí lloro; y si es preciso
Para que huyas decirte que te adora
Esta infeliz mujer; que no hay reposo
Para ella, si su intento se malogra;
Que morirá, si mueres, ya mi labio
Se atreve á confesión tan vergonzosa.
Sí; yo te amo; te adoro, ni me empacha
El rubor de decirlo. ¿A cuánta costa
Del bárbaro imploré que me dejase
Un consuelo siquiera en ser virtuosa?
Y él lo negó, y él mismo al precipicio,
Donde contigo acabaré, me arroja.
Sí; yo también sé amar. Mujer ninguna
Amó cual te amo yo. Vuelve, recobra
Un corazón que es tuyo, y que más tiempo
El secreto no guarda que le agobia.
MAC. Más bajo, por piedad, que envidia tengo
Hasta del aire que te escucha.
ELV. ¿Ahora
Qué tardas ya? Consérvame tu vida.

Huye.

MAC. Ven.

ELV. ¡Imposible!

MAC. ¿Siempre sorda
A mi ruego serás?

ELV. Acaso un día...

MAC. ¡Un día!

ELV. ¿Qué pronuncio?... Anda, y la aurora
Lejos de Andújar al lucir te encuentre;
Mi remedio á los cielos abandona.
Yo encontraré un asilo impenetrable,
En donde á salvo del traidor me ponga.
Comprometer tu fuga yo podría
Retardándola acaso. En tal congoja
Sólo esta daga tengo, que escondida
(Saca una daga.)
Entre los pliegues traje de mis ropas.
Sírvate ella, aunque débil, de defensa.
A las puertas de Andújar, cautelosa,
Te seguiré á tu lado, hasta que libre
Te mire allí desparecer yo propia.
Sólo una cosa exijo: has de jurarla.



Si á pesar de la noche protectora,
Que con sus densas sombras nos ampara,
Antes de que salvemos la espaciosa
Muralla y honda cava, sorprendidos
Por Hernán Pérez somos, oye: ahoga
La piedad en tu pecho: que tu mano
En este corazón la daga esconda.
Y así el remordimiento y la vergüenza
Borre, que entre los hombres le destrozan
No sea suya jamás; mi amor se salve,
Ya que imposible fué salvar mi honra.
Y si tú no te atreves, en mis manos
Pon la daga: la muerte no me asombra.
Recuerda que á sus brazos de los tuyos
Pasara, y que esta noche á las odiosas
Caricias de un rival...

MAC. Sí, lo prometo.

ELV. Jura sobre esta cruz. (La que trae colgada del cuello.)

MAC. ¡Mujer heroica!
¡Yo lo juro ante Dios! ¡Oh qué suprema
(Toma la daga.)
Felicidad! ¡Por mí la muerte arrostra!

ELV. Primero que ser suya, entrambos juntos
Muramos.

MAC. Sí, muramos.

ELV. Peligrosa
Fuera ya la tardanza. Ven: partamos.—
¿Mas qué rumor?... ¡Los cielos me aban-
(Escuchan.) (donan!
¡Ellos son! A esta puerta se aproximan.

MAC. ¿Son ellos? No entrarán. (*Corre el cerrojo.*)

ELV. ¡Ah! por esotra.
Corramos.

UNO (*dentro.*) ¿Han cerrado? (*Golpea.*)

FERN. (*idem.*) ¡Me han vendido!

ELV. ¡El es! Corre.

MAC. Ya es tarde; ya se agolpan
Esta entrada á tomar.
ELV. ¡Suenan sus armas
Al pie de la escalera silenciosa!
MAC. ¡Aun no suben!
ELV. ¿Mas no oyes? ¡Infelices!
¿Qué será de nosotros? ¡Ya ni sombra
De esperanza nos queda!
MAC. ¡Suerte impía!
Jamás has desmentido tu espantosa
Tenacidad conmigo.
ELV. Oye, siquiera

(Corre á echar la llave á la puerta secreta.)

Ganemos algún tiempo: acaso pronta
Ya Beatriz llegará.
MAC. ¿Tiemblas?
ELV. ¿Y cómo
No temblar, si tu vida...?
MAC. ¿Y qué me importa?
¿No me amas?
ELV. ¿Y lo dudas?
MAC. Pues muramos;
Repítemelo siempre, y haz que lo oiga
Muriendo.
ELV. ¿Y aquí me hallan?
MAC. ¿Qué, á ese mundo,
Que murmura de aquellos que no logra
Ni comprender siquiera, qué debemos?
¿No es él quien nos perdió con engaños
Preocupaciones? Llega. Las lazadas
Que al mundo nos unían ya están rotas.
Ya vamos á morir; un moribundo
Soy sólo para tí; ven, llega, y orna
De flores mi agonía; dí que me amas...
ELV. Calla: la muerte ya tiende sus sombras
Sobre nosotros. ¿No oyes?... ¿Y á este punto
Ha de venir la muerte rigurosa?
¡Con tanto amor morir!
MAC. ¡Ah! Tú cobarde
Me volverás aún: ¡morir no há un hora
Desdeñado anhelaba, y tiemblo amado!

(Desasiéndose.)

Deja: corro á su encuentro; más gloriosa
Sea mi muerte.
ELV. (*Siguiéndole.*) ¿Do corres contra tantos?
MAC. A merecerte.
ELV. ¡Ay, triste! ¿Qué haces? Torna:
Cumple antes lo jurado... ¡No me escucha!

(Sale Macías.)

MAC. ¡Fernán Pérez! ¿Do estás?
ELV. ¡Ya el mal se colma!

(Corre á una ventana del foro, que abre, y se asoma.)

¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Socorro!

(Escucha: se oye ruido de espadas á la derecha.)

¡Don Enrique!

(Se aparta de la ventana y vuelve á la derecha.)

¡Nadie oye! ¡Nadie viene! ¡Ah! la horrorosa

(Cae en un asiento.)

Lid se percibe ya.
MAC. (*De dentro.*) ¡Traidores!
FERN. (*Idem.*) ¡Muere!
MAC. (*Idem.*) ¡Me habéis muerto!
ELV. (*Arrojándose del asiento.*) ¡Macías!—Ya le inmolan
Los pérfidos! ¡Tened!

(Va á salir al encuentro de Macías, pero éste al mismo tiempo vuelve á entrar retrocediendo, la mano izquierda en la herida, y la daga en la derecha: le persiguen de cerca Fernán, Alvar y tres hombres: al mismo tiempo uno de ellos corre á abrir la otra puerta y entran otros tres, dos de ellos con teas. Elvira al ver llegar á Macías le sostiene, y él cae sobre el asiento.)

MAC. (*Al entrar.*) ¡Ah! ¡ni aun vengado
Muero!
ELV. ¡Mi bien!
MAC. ¡Elvira!

ESCENA IV

ELVIRA, MACÍAS, FERNÁN PÉREZ, ÁLVAR, SEIS ARMADOS

FERN. (*Se detiene asombrado.*) ¡Aquí mi esposa!
ELV. ¡Socorredle si es tiempo!
MAC. Ya es en vano:
Mortal la herida siento.
FERN. ¡Esto soporta
Mi furor! Separadlos.

(Quiere adelantarse y tras él los suyos, pero Elvira se opone á ellos.)

ELV. Asesinos,
No lleguéis. Monstruo, á contemplar tu obra
Ven tú. Sí; el triunfo es tuyo, pero inútil
Si no acabas también con quien le adora.
No; nunca seré tuya; te aborrezco.
¡Maldición sobre tí!
FERN. ¿Qué oigo, traidora?
Infiel, tiembla...
ELV. (*Con ironía amarga.*) El punto ya es llegado.

(A Macías.)

¡Salva, mi único bien, salva á tu esposa!
Lo juraste.

(Arrebatándole la daga, que él alarga débilmente.)

FERN. ¿Qué intenta?
ELV. Ya no tiemblo.

(Enseñando la daga á Fernán Pérez.)

La tumba será el ara donde pronta

La muerte nos despose.

(Se hiere y cae al lado de Macías.)

FERN. ¡Alvar!

(Al conocer su intención hace seña á Alvar, que está más cerca de Elvira, que la detenga.)

ELV. (*Cayendo.*) Dichosa
Muero contigo.

FERN. ¡Ya no es tiempo!

MAC. (*Haciendo un último esfuerzo.*) Es mía
Para siempre... sí... arráncamela ahora,
Tirano.

FERN. ¡Qué furor!

MAC. Muero contento. (*Expira.*)

ELV. Llegad... ahora... llegad... y que estas bodas
Alumbren... vuestras... teas... funerales.

(Expira. Se oye ruido de muchas personas que llegan cerca.)

FERN. ¡Qué rumor!

BEAT. (*Dentro.*) ¡Ah! Corred.

FERN. (*Agitado.*) ¿Quién?... ¡Qué zozobra!

BEAT. (*Dentro.*) Acaso es tiempo aún.

ESCENA V

ELVIRA, MACÍAS, FERNÁN PÉREZ, ÁLVAR, SUS SEIS ARMADOS, BEATRIZ, DON ENRIQUE, NUÑO HERNÁNDEZ, RUI PERO, FORTÚN, PAJES; DOS HOMBRES CON TEAS

(Entran por la izquierda con las espadas desnudas; al otro lado se reunen los demás.)

BEAT. ¡Ah! no. ¡Ya es tarde!

(Ve al entrar á Elvira, corre á ella y la coge una mano.)

NUÑO. ¡Mi hija! (*Hace lo mismo.*)

BEAT. ¡Elvira!

ENR. (*Asombrado.*) ¡Hernán Pérez!—¡Vuestra esposa!
¡Macías!—¿Qué habéis hecho?

FERN. Me vendían.
Ya se lavó en su sangre mi deshonra.

(Cae el telón sobre este cuadro final.)





FELIPE

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

Doña Isabel
MATILDE, su sobrina
Don FERNANDO, vizconde de Blanca Flor
FELIPE
FEDERICO
LORENZO
Criados

La escena es en Madrid en casa de doña Isabel.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una hermosa habitación con una puerta en el fondo y otras dos laterales; la de la derecha del actor es la del cuarto de Matilde; la de la izquierda la del de Federico. A este lado un velador; al otro una mesa grande con tintero, etc.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ISABEL y MATILDE, sentadas

(La primera borda, la segunda deja un libro en que ha estado leyendo.)

MAT. Pero, querida tía, ¿es algún delito acaso interesarse en la suerte de Federico? Es tan bueno, tan amable, tan desgraciado... Un joven huérfano, aislado, que nunca ha conocido á sus padres... ¿Usted misma no le recogió en su casa desde su más tierna infancia? ¿No le ha dado usted una educación nada común?...

ISAB. Eres muy niña todavía, Matilde. Es verdad que no es un delito querer á Federico; que lo merece, ¡ah! sin duda; pero una joven de tus años debe ocultar sus sentimientos, y...

MAT. Señora...

ISAB. Sí, hace días que tenía ganas de hablarte de esto; noches pasadas fuimos á la ópe-

ra; yo le había ofrecido mi palco á Federico, le había hecho este honor; pero estaba allí con nosotros el vizconde de Blanca Flor, mi sobrino. El vizconde, aunque tiene algunos defectos propios de la juventud, reune las más brillantes cualidades; y esto te lo digo, Matilde, porque quisiera que lo tuvieras presente... Tengo entre manos un proyecto de que te hablaré después. Pero, volviendo á la ópera, tú no hiciste en toda la noche más que reir á carcajadas, y chichisbear con Federico. El podría decirte cosas muy divertidas; pero, hija mía, en la ópera no parece de buen tono reirse de esa manera. Después al salir aceptaste el brazo de Federico, sin guardar respetos al vizconde, que te ofrecía el suyo.

MAT. Yo creí que podía... Es tan amable...

ISAB. ¡Ah, no, no! es preciso que te acuerdes de quién eres, que consultes siempre la etiqueta.

MAT. ¡Ah, yo no hubiera consultado más que á mi corazón!... Federico le está á usted tan agradecido... la quiere á usted tanto...

ISAB. Lo creo, Matilde; y tendría un sentimiento si no lo creyese; pues, á pesar de eso, dejando aparte mi clase, no veo en él aquellas consideraciones y respetos que yo pudiera exigir de un joven que debe á mí todo cuanto es... Sin ir más lejos, ahí tienes, él vive en mi misma casa como un hijo, nunca le he negado la entrada en mis *suarés;* él pudiera venir todas las noches á formarse, á aprender los modales de la buena sociedad, las maneras del buen tono; pero, tú misma lo ves, apenas parece alguna noche.

MAT. Pero, tía, sea usted imparcial también. Esa sociedad será muy hermosa... pero no es divertida.

ISAB. ¡Cómo, Matilde!

MAT. Quiero decir, para un joven como él... no oir hablar de otra cosa más que de la antigüedad de nuestro apellido, de los veros y cuarteles que entran en nuestro escudo, de las proezas de los Hurtados de Mendoza... yo misma, y eso que soy de la familia, le aseguro á usted que muchas veces...

ISAB. Matilde...

MAT. ¡Con que con cuánta más razón se fastidiará ese pobre Federico, joven, vivo, atolondrado! ello es verdad, yo lo confieso, tiene los cascos ligeros; ¡pero tiene tan buen corazón! ¡Ah! Créame usted, nos hemos criado juntos, y lo conozco perfectamente. No se puede usted figurar hasta dónde llega el agradecimiento, el cariño que le profesa á usted.

ISAB. ¿Lo crees así, Matilde?

MAT. Ciertamente, y sino lo que hizo el día que se desbocaron los caballos de usted. Mi primo el vizconde de Blanca Flor se estaba en la acera á una distancia respetable, dando voces y pidiendo socorro; pero Federico se arrojó á detener los caballos con riesgo de ser atropellado, y los detuvo. ¿Quién sabe si le salvó á usted la vida? Pues para que usted no se asustara viendo su vestido roto y sus manos llenas de sangre, se escabulló entre la gente y me vino á encargar que no dijera una palabra.

ISAB. Y tú lo has callado: has hecho muy mal, y yo no sabía nada. ¡Pobre Federico!

MAT. Yo creo, aquí para entre las dos, que el rango de usted le intimida. ¡Cuántas veces me dice!... porque conmigo tiene sus conversaciones muy tiradas.

ISAB. ¡Hola!

MAT. Sí; no le debo parecer tan imponente como usted... Pues cuántas veces me dice: «¡Ah! que no tuviera yo una ocasión para probarle á mi bienhechora mi agradecimiento! ¡Con qué placer daría mi vida por ella!... Si al menos estuviese casada, yo podría ser útil en algo á su esposo... si fuese militar yo le seguiría á la guerra, mi cuerpo le serviría de escudo...»

ISAB. ¿Eso dice?

MAT. Sí, señora; y por cierto que esto me ha hecho pensar muchas veces en una cosa... ¿Por qué no se ha querido usted casar nunca, querida tía?

ISAB. (*Sorprendida.*) ¿Por qué? Porque... esa es una pregunta pueril, y...

MAT. Pues á mí me parece que siendo de tan buena familia y con dinero, no hubieran faltado muchos que...

ISAB. Sí... de buena familia... por lo mismo es preciso casarse con un igual, y éstos son pocos. Tú piensas como mi hermana: reconozco en tí las ideas de tu madre, que, en lugar de seguir mi ejemplo, escogió en una clase muy inferior un marido que tenía dinero, pero nada más.

MAT. Verdad es; dicen que mi padre no era no-

ble, y que era millonario; pero para eso quería mucho á mi madre, y la hizo tan feliz que...

ISAB. ¡Ah, no! esa no es una disculpa; la felicidad á que puede conducirnos una falta no basta para justificarla.

MAT. Pues á no ser por esa falta no tendría usted ahora á su lado á una sobrina que la acompaña, y la quiere, y...

ISAB. Yo te lo agradezco, Matilde; pero... Alguien viene; será Federico, á quien he enviado á llamar, y que ya tarda demasiado. No, es Felipe.

ESCENA II

Dichas; FELIPE, con unos papeles en la mano.

ISAB. ¿Qué es eso, Felipe?

FEL. El correo y las cuentas del mes, porque hoy es el 1.°

ISAB. Bien, bien. ¿Para qué las he de ver?

MAT. Bien se puede fiar en Felipe: no es un mayordomo adocenado.

ISAB. ¡Oh! Felipe es todo un hombre de bien. Yo, gracias á su celo, tengo fama de ser dos veces más rica de lo que en realidad soy; gasto muchísimo; no sé lo que son deudas; y siempre tengo dinero á mi disposición...

FEL. Señora, no hago más de lo que debo: mire usted...

ISAB. Es inútil, Felipe.

FEL. La señora nunca quiere ver lo que firma; pues eso es muy mal hecho; vamos, léalo usted, léalo usted; es preciso. (*Isabel pasa junto á la mesa para examinar los papeles.*)

MAT. Es particular, en toda la casa nadie se atreve á hablar á mi tía con ese tono, y sin embargo no se enfada. Estos criados antiguos tienen derecho para todo.

FEL. (*Acercándose á Matilde.*) Hago mal... lo conozco, señorita, pero un antiguo militar no puede hablar como un cortesano.

ISAB. ¿Qué es esto? (*Leyendo.*) «Limosnas que ha dado la señora, tres mil reales.» Esto sube muchísimo más que otros meses.

FEL. Señora, es usted tan caritativa... y los tiempos están tan malos, que todos acuden aquí, artesanos indigentes y sin trabajo, soldados pobres que han derramado su sangre en los campos de batalla; en fin, compañeros antiguos de armas, benéficos también cuando podían, como yo.

ISAB. ¡Ah, sí, sí! á Felipe debemos en cierta época el habernos salvado de algunos peligros.

MAT. Entonces, ¿qué extraño es que le esté usted agradecida?

ISAB. Acabemos... «Asistencias de Federico, mil reales.» Esto es demasiado para un mes.

FEL. ¿Demasiado, señora, para usted que le ha criado, que le protege?... Es preciso hacer las cosas completas... que se instruya, que aprenda, que tenga maestros... ya sabe usted que el que no posee bienes de fortuna necesita tener algún mérito.

ISAB. Eso es precisamente de lo que él debería estar convencido... Yo te he puesto á su lado, Felipe, para que le sirvas de ayo, de amigo. Y no estoy nada contenta con él, ni contigo tampoco: tú le echas á perder, le mimas; no tienes carácter: yo sé que muchas noches se recoge á deshoras...

FEL. Señora...

ISAB. Ayer noche no le ví.

FEL. (¡Dios mío!)

ISAB. Esta mañana le envié á decir que bajase, y aun no ha parecido.

FEL. Salió muy de mañana: tiene un repaso de leyes, creo; en fin, trabaja tanto, que á veces se pasa la noche...

MAT. ¿Lo ve usted, tía? Al fin enfermará.

ISAB. Ah, no, no; de ningún modo: tampoco quiero que trabaje tanto: yo se lo prohibiré.

FEL. ¡No, no es menester!

ISAB. (*Cogiendo una bolsa.*) Toma, ahí tiene su trimestre; dáselo de mi parte, y encárgale sobre todo la economía y la buena conducta.

FEL. Bien, señora: pero ya podía usted tener un poco más de indulgencia: tiene sus faltas, pero si es un muchacho: es atolondrado, pero es pundonoroso; y en fin, si yo estuviera en su lugar puede que fuera peor que él.

VIZ. (*Dentro.*) ¿Todavía no han almorzado? Perfectamente.

ISAB. Esta es la voz de mi sobrino.

ESCENA III

Dichos; el VIZCONDE, en un elegante negligé.

UN LACAYO. (*Anunciando.*) El señor vizconde de Blanca Flor. (*Felipe arregla los papeles junto á la mesa.*)

VIZ. Querida tía, siempre á los pies de usted: adiós, prima; hoy estoy muy madrugador: yo mismo estoy absorto de verme en pie

casi á la misma hora que todo el mundo.

ISAB. ¡Pues cómo ha sido eso!

VIZ. ¡Oh! Lo he tomado desde más atrás: no me he acostado esta noche.

FEL. ¡No se le puede pedir más arreglo!

MAT. Excelente conducta, vizconde.

VIZ. Verdad es que podía ser mejor; pero, hija, hay tantos bailes este invierno, las noches son tan cortas, la vida se pasa en un momento.

ISAB. ¡Almuerzas con nosotras! Matilde, anda, dispón que no tarden.

MAT. Voy, tía. Primo, con tu permiso: adiós, Felipe.

ESCENA IV

FELIPE; ISABEL, sentada, firmando los papeles que le va presentando Felipe; el VIZCONDE.

VIZ. He venido en primer lugar á almorzar con usted, y en segundo, querida tía, á darla las gracias. ¿Ha visto usted ya al del caballo?

ISAB. Demasiado á menudo le veo.

VIZ. ¿Cómo ha de ser, tía mía? esos malditos caballos ingleses no tienen precio. Yo, la verdad, los caballos y la ópera... si el diablo me ha de llevar será por ese lado.

FEL. El señor vizconde cambia tan frecuentemente...

VIZ. Cierto, es lo que yo digo: yo gasto lo mío y lo de mi tía, y lo de... pero ¡qué diantre! es preciso brillar en el mundo, que hablen de uno, y no ajustar nunca cuentas.

FEL. ¡Sobre todo cuando el dinero es de los demás!

VIZ. No hay otro camino. Si siquiera tuviéramos una guerra, sería un ahorro para mí; porque entonces ó me matarían pronto ó yo daría que decir, y de este modo me saldría más barato.

ISAB. ¡Cómo! ¿Exponer tu vida? ¿Estás loco? El último vástago de la familia... de ningún modo; y ahora que viene á cuento debieras acordarte de quién eres muchas veces, y tener más moderación... ¿qué lance era aquel de que se hablaba tanto ayer?

VIZ. ¿Qué, sabe usted...? ¿Y eso ha podido incomodarla á usted?

ISAB. Y mucho.

VIZ. Sin embargo, bien sabe usted mi destreza, y lo que es en ese lance tenía yo razón. Yo había visto en el teatro... ya sabe usted donde me pongo siempre, tía; desde allí asesto mi anteojo; pues bien, había visto á una bailarina... un cuerpo, unos ojos, una alma, Señor, una alma, y sobre todo un piececillo... ya puede usted figurarse, tía, quién.

ISAB. ¡Fernando!

VIZ. No tenga usted cuidado. Pues, señor, es la sal del mundo: quisieron hacerme creer que tenía un rival.

FEL. ¡Cómo es posible!

VIZ. Yo pensaba como Felipe, no quise creerlo; pero en estos tiempos suceden tantas cosas increíbles... Pues, señor, vuelo á casa de mi bella, que estaba en su tocador; voy á levantar el pestillo... buenas noches estaba echada la llave, y oigo una vocecilla de *primo basso* que me responde: «¿Quién va?»

ISAB. ¡Ay, Dios mío!

VIZ. No quedaba duda; otro hubiera alborotado, hubiera dado una campanada: yo por el contrario no pudiendo remitir mi cartel á mi hombre, escribo en la puerta con el lapicero de mi cartera: «El amante de mi querida es un necio, y le aguardo en el Prado: fulano de tal.»

ISAB. ¿Y fué?

VIZ. ¿Cómo si fué? Fueron tres: según parece todos habían ido leyendo uno tras otro mi epístola, que por lo visto ha venido á ser una circular.

ISAB. (*Levantándose.*) ¿Y os habéis batido?

VIZ. Inmediatamente, y con mis tres paladines: herí al uno, desarmé al otro, y almorcé con el tercero, un joven excelente, que no me quiso dejar; porque en los desafíos, es delicioso, se hace uno amigos á todo trance: éste me llevó después á una casa, donde hemos pasado una noche divina, una casa de... en fin, una casa... y allí por más señas encontré á su amigo de usted, Federico.

FEL. ¿Federico?

ISAB. ¡Qué dices, Fernando!

FEL. El señor vizconde se equivoca; eso no puede ser.

VIZ. ¡Me equivoco, y le he hablado yo mismo! Por cierto que extrañé mucho verlo en aquel sitio, y cuando yo salí á las seis de la mañana aun quedaba allí.

FEL. (¡Que no te se secara la lengua!)

ISAB. (*Mirando á Felipe.*) Había salido temprano esta mañana para trabajar... ¡Bien está! Y esa casa es...

VIZ. ¿Qué se yo?

FEL. Pues el señor vizconde estaba...

VIZ. Sí, yo... pero amigo mío, yo... es muy diferente; pero un pobre diablo como él, que no tiene un cuarto... esto pudiera ser muy alarmante; eso es todo lo que puedo decir, no quisiera tampoco ofenderle.

FEL. ¡Ah, no, no! hable usted por Dios, no nos haga usted sospechar más de lo que tal vez habrá: aunque hubiera ido á esa casa por divertirse, por alguna muchacha, como la del señor vizconde... (*Sorpresa del vizconde.*) ¿qué sé yo? y ¿por qué no? á su edad...

ISAB. Felipe, el señor vizconde no te ha dirigido la palabra.

VIZ. Sí; pero el señor don Felipe la toma por sí y ante sí: es elocuente, eso siempre compone parte del lujo de un mayordomo; también le costará á usted más caro.

FEL. ¡Por vida de...!

ISAB. Felipe, calla; ¿olvidas...? Fernando, vamos, y sobre todo delante de Matilde nada de aventuras, ni relaciones, ni... cuando estamos á punto de manifestarla nuestros proyectos, no convendría que tus locuras...

VIZ. ¡Bah! ¿Eso qué importa? Mientras que sea soltero... ahora, en casándome...

ISAB. ¿Serás más prudente?

VIZ. ¡Oh, entonces sí!

ISAB. (*A Felipe, al salir.*) Estoy descontenta.—Fernando, dame el brazo. (*Saliendo.*) Muy descontenta.

ESCENA V

FELIPE

Muy descontenta; pues, á eso no hay que responder; hablador, bachiller, con sus relaciones y su aire de desprecio... ¡despreciar á Federico! Comete faltas, es verdad, pero eso nada le importa á él, ¡sino á la señora y á mí! (*Tomando en peso la bolsa.*) ¡Pobre muchacho! Su trimestre... no pesa gran cosa; y por esta vez no hay que esperar suplemento: esta es la ocasión de socorrerle sin que él lo sepa. (*Mira al rededor y busca en su faltriquera.*) Precisamente aquí traigo algunos ahorros que iba á imponer... no soy un ricachón, pero al fin con un poco de arreglo nunca faltan algunos cartuchos para servir á los amigos (*Coge un rollo de monedas.*): se encontrará con su paga algún tanto aumentada, pero creerá que es la señora. (*Mete algunas monedas de oro en la bolsa.*) ¿Dónde diablos puede haber pasado la noche? No venir á dormir, ponernos en cuidado... ¡oh! esto es muy mal hecho; no veo de cólera. (*Vaciando todo el paquete.*) ¡Eh! echémoslo todo, y se acaba más pronto. (*Va hacia la izquierda.*)

ESCENA VI

FEDERICO, LORENZO, FELIPE

FED. (*En el fondo, á Lorenzo.*) Anda, que no te vea nadie; entra en el cuarto de Matilde, pon esta carta sobre su almohadilla, ó en su cartera de dibujo: toma, es el último dinero que me queda. (*Lorenzo entra.*)

FEL. El es.

FED. (*Dejando su sombrero y su bastón sobre la mesa de la derecha.*) Sí; lo sabrá todo; pero cuando yo esté lejos. (*Atraviesa el teatro, y se arroja sobre un sillón junto al reloj. Felipe, que está en el fondo á la derecha observándole, se acerca.*)

FEL. ¡Cómo viene! Abatido, estropeado, parece que acaba de andar cien leguas á marchas forzadas: ¡pobre Federico!

FED. Puede ser que me tenga lástima. ¡Ah! Felipe.

FEL. (*Mudando de tono.*) ¡Gracias á Dios! ¡Voto va! ¿No le da á usted vergüenza?

FED. Felipe, por Dios, te suplico que dejes esas reconvenciones: no estoy para oirlas.

FEL. Y las tiene usted que oir sin embargo. ¿Qué significa esto? ¿Qué vida es esta? Poner á toda la casa en cuidado, y sobre todo á mí y á la señora.

FED. (*Levantándose.*) ¿La señora dices? ¿Pues qué, Felipe, sabe?..,

FEL. Todo lo sabe: por más que he mentido para disculpar á usted, que no hubiera hecho otro tanto por mí, no ha querido oirme, está furiosa con usted.

FED. No me faltaba más que esto: todo lo hubiera arrostrado: yo había tomado ya mi resolución, pero su cólera... ¡ah! no, jamás; yo, que daría mi vida por ahorrarle un disgusto...

FEL. Bien está: ¿pero qué, no teme usted también desazonarme á mí, que soy su apoyo, que ausente ó presente estoy siempre á la mira para velar sobre usted, para defenderle? ¿Para mí no hay agradecimiento?

FED. Sí, Felipe, sí; te pido mil perdones; soy un loco, un ingrato, ó más bien soy un desgraciado, eso es lo que soy, nada más.

FEL. ¡Desgraciado! (*Con frialdad.*) Ya lo en-

tiendo: ¿usted ha hecho algún disparate, eh?

FED. Sí, uno, uno solo primero, que me ha hecho cometer después otros veinte.

FEL. Demasiado es para empezar; pero vamos por orden.

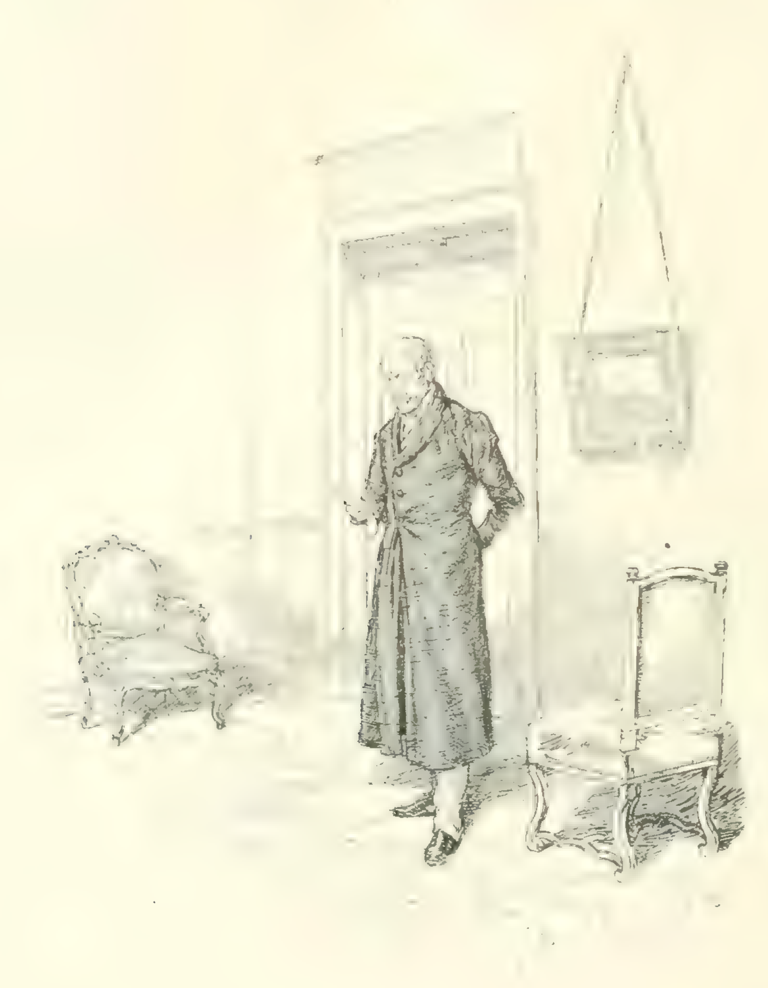
FED. Estoy enamorado, pero...

FEL. ¡Enamorado!

FED. Es de una persona tan superior á mí...

FEL. ¡Bah! Siendo joven, estando bien, no hay distancia que valga: ¿y esa persona?...

FED. ¡Ah, si tú supieras!... pero no, no; quisiera podérmelo callar á mí mismo, Felipe: ¡qué cruel es sentirse capaz de distinguirse, y encontrar un obstáculo invencible! ¿Qué puede hacer un hombre que no sabe quién es? Felipe, ¿cuál es mi familia? ¿cuál es mi apellido? ¿de quién soy hijo?



FEL. De sus obras de usted, y eso basta y sobra. Un hombre de bien, un hombre de mérito no necesita para nada un apellido ilustre.

FED. Por más que digas, es una humillación insoportable: todos los jóvenes que concurren aquí afectan mirarme con desprecio... yo no puedo permanecer más tiempo; esta casa se me ha hecho odiosa; he llegado á desanimarme; no sé en qué extravagancias he dado; se ha apoderado de mí una ambición frenética de hacer suerte, de tener bienes; me ha parecido que esta sería una compensación, una especie de mérito; hay tantos que no tienen otro... en fin, con esa necia esperanza he jugado.

FEL. ¿Ha jugado usted?

FED. Como un loco, como un desesperado.

FEL. ¿Usted, Federico? ¡Ah! es muy mal hecho: no es necesario preguntarle á usted si ha perdido.

FED. Más de lo que puedo pagar.

FEL. Debería reñirle á usted, pero eso será después; tal vez no perderá usted nada en demorarlo; acudamos á lo más urgente: aquí está el trimestre, no puede llegar más á tiempo. (*Le da la bolsa.*)

FED. ¡El trimestre! ¡Ah! no basta.

FEL. Mírelo usted bien; creo que ha de haber más que otras veces: la señora me lo ha entregado para usted, encargándome que le echase una peluca, que tiene bien mere-

cidas. (He acertado en aumentar su pensión.)

FED. Vaya, siempre lo recibirán á buena cuenta.

FEL. ¡Cómo! ¿A buena cuenta?

FED. Sí; he jugado, he apostado por mejor decir, toda la noche con ese maldito vizconde de Blanca Flor, á quien no puedo tolerar; sola su vista me ofende: me empeñé en llevarle siempre la contraria: me hubiera alegrado tanto de humillar su presunción... pero ha sido al revés; ha tenido una suerte tan sostenida, tan insolente como su facha; he perdido veinte mil reales.

FEL. ¡Veinte mil reales, Dios mío!

FED. Sí, veinte mil reales, que he pedido á mis vecinos, al dueño de la casa... y es preciso pagarlos hoy mismo: ya conoces que no me queda más recurso que el de levantarme la tapa de los sesos.

FEL. ¿Qué dice usted? Tiemblo todo.

FED. Cuando se debe, cuando es forzoso vivir deshonrado, avergonzado, no hay otro recurso.

FEL. Sí, señor, le hay.

FED. ¿Cuál, Felipe?

FEL. Pagar.

FED. ¿Pagar? ¿veinte mil reales? ¿estás en tí? ¿de qué modo?

FEL. No sé, no hay ahorros que basten; pero es preciso pagar.

FED. He buscado á todos los amigos.

FEL. Amigos, ¡ah! cuando se trata de dinero nunca se les encuentra en casa. Sólo una persona puede sacarle á usted del paso.

FED. ¿Quién, mi protectora?

FEL. Es preciso confesárselo todo.

FED. Jamás, amigo mío, jamás; la quiero mucho, pero la temo tanto...

FEL. No importa. ¡Voto va! Vamos, resolución, valor; es preciso pasar ese mal trago: eso le servirá á usted de castigo. Aquí viene precisamente.

ESCENA VII

Dichos, Doña ISABEL. (Federico y Felipe se retiran hacia el fondo.)

FED. ¿No me dejarás solo, Felipe?

FEL. No tenga usted cuidado; yo me quedo aquí detrás, como cuerpo de reserva para auxiliarle en un caso. (*Doña Isabel entra distraída sin verlos.*)

FED. No nos ha visto; está distraída, pero tiene una cara tan seria...

FEL. No importa, yo conozco esa seriedad; adelante, sin miedo.

FED. (*Da algunos pasos y retrocede.*) No, no me atrevo; es demasiado: primero sufriré mil muertes. (*Echa á correr hacia su cuarto, y cierra la puerta.*)

FEL. Vamos. (*Mira alrededor y le ve huir.*) ¡Bravo! Escapa, y me deja solo en las astas del toro.

ISAB. (*Viendo á Felipe.*) ¿Eres tú, Felipe? ¿Pareció ya Federico?

FEL. Sí, señora.

ISAB. (*Viendo que Felipe mira á todas partes.*) ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

FEL. Miro si viene alguien (*Se acerca*): no quisiera que me interrumpieran.

ISAB. ¿Pues qué hay?

FEL. Nada, un pequeño contratiempo, poca cosa. ¡Qué diantre! La juventud es un momento de fiebre que dura más ó menos, y cuando el acceso he pasado, lo cual desgraciadamente suele suceder demasiado pronto...

ISAB. ¿Adónde vas á parar con esos preámbulos?

FEL. En una palabra, señora (*Bajando la voz*), el chico ha jugado.

ISAB. ¿Federico?

FEL. Sí, señora, ha jugado, ha perdido, debe dinero. (Así, así, el mal trago pasarle pronto.)

ISAB. ¿Qué dices? ¿En esa casa donde le vió mi sobrino?

FEL. Era una casa de juego; pero el gran tono, sociedad de alto coturno; es decir, que el chico ha perdido mucho, y ahora, señora, es preciso pagar.

ISAB. ¿Pagar? ¿Tú has creído que yo consentiría en?... ¿Yo contribuir á semejante desarreglo, pagando una deuda de juego? ¿Darle alas?...

FEL. Sí, señora, veinte mil reales.

ISAB. ¿Y qué me importa la cantidad? ¿Cuándo me has visto reparar en el tanto menos cuanto para hacer bien? Me parece que acostumbro hacerlo con nobleza; pero después de una conducta como esa... No, Felipe, no; estoy decidida, no lo pagaré.

FEL. (*Animado.*) ¿No lo pagará usted?

ISAB. No, señor, no: ¿qué diría mi familia, qué diría todo el mundo si los bienes de los Hurtados de Mendoza no sirviesen más que para enmendar las faltas de un atolondrado?

FEL. ¿Su familia de usted? ¿El mundo? Le tiene usted demasiado miedo, señora; le ha sacrificado usted ya tantas cosas...

ISAB. ¡Felipe!

FEL. No tenga usted cuidado, mis labios no se despegarán; sé lo que he prometido, y lo sabré cumplir; nunca lo olvidaré; pero es preciso que cada uno cumpla con su obligación; acuérdese usted de que ese pobre muchacho no tiene nadie á quien volverse más que usted; y si usted le abandona, si permite que viva deshonrado, ¡ah! nadie sabe de lo que es capaz; tiene pundonor, no es cobarde... atentará contra su vida.

ISAB. ¡Dios mío!

FEL. Sí, está determinado. ¿Qué quiere usted? ¿Qué apego puede tener á la vida? Como me decía él mismo no hace mucho: «Yo estoy solo en el mundo, sin parientes, sin esperanzas... todo lo que tengo lo debo á la compasión.»

ISAB. ¿Eso decía?

FEL. Sí, señora, y otras cosas decía también que me hacían saltar las lágrimas. ¡Pobre Federico! Yo le contemplaba, y decía para mí... (*Doña Isabel hace un movimiento para taparle la boca.*) Bien, señora, bien, nada; pero tenía el corazón en un puño... ¡Ah! usted no siente nada de eso... Usted es feliz, y vive tranquila.

ISAB. ¡Feliz yo! No, Felipe, no lo soy.

FEL. ¡Bah! Señora... en esos salones rodeada de personas que la respetan á usted, y de una familia que dirige á su placer...

ISAB. ¿Y crees que en el fondo de mi corazón no siento algo más que eso? Pero yo debo dar un buen ejemplo á todos los que dependen de mí.

FEL. ¿Cómo? ¿Insiste usted?...

ISAB. No, no: yo lo pagaré todo, sí te lo prometo; pero chitón; ni Federico ha de saberlo.

FEL. ¿Y por qué no? ¿Teme usted por ventura que llegue á cobrarle á usted demasiado cariño?

ISAB. No, Felipe; pero mi sobrino pudiera extrañarlo, y llevarlo á mal: ya sabes que es mi heredero.

FEL. Tanto más motivo para indemnizar á ese pobre Federico mientras que usted viva; además de que no volverá á reincidir en semejante falta. Habrá de contentarse con su pensión, que, aunque no es exorbitante...

ISAB. ¿De veras? ¿Te parece escasa? Porque en ese caso se le pudiera aumentar.

FEL. Sí, sin duda; con otro tanto... Además, todos sus amigos tienen caballos, trenes... (*Sorpresa de doña Isabel.*) No, yo no soy exigente, pero me parece que no haría usted nada de más en regalarle un bonito caballo con un criado para servirle y acompañarle.

ISAB. ¿Y no eres exigente, Felipe?

FEL. ¡Qué diantre! Mire usted, señora...

ISAB. Bien, vaya, bien; cómprale ese caballo, lo que necesite; pero sin derrochar, sin...

FEL. Basta; compraré lo mejor, lo más caro, y cuando usted le vea encima, veremos si le pesa. ¡Oh! el bribonzuelo, ¡si viera usted qué bien monta! Usted, como no le hace caso... pero sin ir más lejos, el otro día en el Prado había unas ciertas señoritas, pero señoritas del gran tono, que se paraban para verle pasar, y á cada vuelta repetían: «¡Qué aire tan bonito! ¡elegante figura! ¡qué buen jinete!»

ISAB. ¿De veras?

FEL. Sí, señora, como usted lo oye; y yo tenía tanto gusto en oirlas, que toda la tarde me fuí insensiblemente tras ellas.

ISAB. Eso es verdad; tiene una fisonomía muy...

FEL. Muy expresiva, sí, señora, muy agradable; y si le animasen un poco... si usted de cuando en cuando le dirigiese la palabra con cariño, con predilección... porque la verdad... está usted siempre tan seria con él...

ISAB. ¡Yo!

FEL. Delante de usted está cortado, tiene miedo.

ISAB. ¿Miedo, Federico? ¿A mí?

FEL. Sí; por ejemplo, ahora debía usted perdonarle esta falta, usted misma hablarle, y... ya veo que usted misma lo desea tanto como yo.

ISAB. ¿Pero estás seguro de que no vendrá nadie?

FEL. Nadie, nadie vendrá. Voy á llamarle.

ESCENA VIII

DOÑA ISABEL, FELIPE, FEDERICO

FEL. Salga usted: ya salimos del paso; esto va perfectamente.

FED. Es imposible...

FEL. Vamos, háblela usted, pero con gracia, con despejo.

ISAB. Federico.

FEL. (*Empujándole.*) Vaya, otro esfuerzo: más cerca, más.

FEL. (Yo tiemblo.)

ISAB. Venga usted aquí, señorito, venga usted aquí: todo lo sé; pero no tenga usted cuidado, no; nada tengo que añadir á lo que usted mismo conoce: por esta vez yo enmendaré esas locuras, pero contando que no perderé el fruto de esta lección.

FED. En mi vida olvidaré tanta bondad.

FEL. (*Bajo.*) Perfectamente.

ISAB. Federico, te suplico que no te hagas jugador.

FED. Jamás, señora, jamás. (Yo no estoy en mí. ¡Qué bondad!)

FEL. Se supone que ya no jugará.

ISAB. No sabes el sentimiento que me darías.

FED. ¡Ah! no, señora; primero quisiera dejar de existir que darle á usted un sentimiento... y más cuando recuerdo cuántos beneficios he recibido en esta casa, yo que no tenía en el mundo quien pudiera interesarse por mí.

ISAB. Tienes amigos que no te abandonarán mientras no te hagas indigno de sus favores.

FEL. Nunca lo será: yo respondo por él.

FED. (*Besándola la mano.*) Es verdad, nunca. (*Doña Isabel se vuelve para ocultar su conmoción.*)

FEL. (*Bajo.*) Así, señora, así. (Me parece que yo en su lugar ya le hubiera...) (*Hace el movimiento de abrazarle.*)

ISAB. ¿Y tus estudios? ¿á qué altura te hallas? ¿piensas en adquirir un nombre? ¿en formar tu suerte?

FED. Sólo me falta recibirme de abogado.

FEL. Lo ve usted, señora: ¡abogado!

FED. ¡Ah! eso no es nada hasta que uno no adquiere reputación.

ISAB. Dice bien.

FEL. ¡Oh! eso creo que no es tan fácil; pero, de todos modos, siempre es una bonita carrera encontrarse abogado hecho y derecho á su edad. ¿No es verdad, señora?

ISAB. No hay duda: conozco abogados que son muy bien admitidos en las casas más principales.

FEL. Yo lo creo.

ISAB. (*Observando á Federico.*) (No decía mal Felipe. Tiene una figura muy interesante, un aire muy señor.) (*Se levanta, y le dice á Federico.*) Escucha, Federico: yo pienso en tu porvenir, en tu felicidad. Sólo te pido que no le opongas obstáculos tu mismo con tu conducta. (*Felipe pasa á la izquierda de Federico.*)

FED. ¡Ah! señora, disponga usted de mí; seria dichoso si pudiera consagrarla mi vida.

ISAB. Me alegro; es decir que no encontraré ninguna oposición á mi voluntad.

FED. Suscribo desde luego á perder el fruto de su bondad si vacilo un instante en obedecerla.

FEL. Yo respondo de él.

ISAB. Pues bien, en ese supuesto voy á descubrirte mis intenciones; voy á proponerte un medio de empezar brillantemente tu carrera: he pensado colocarte con una rica heredera de diez mil duros de dote: pones tu bufete, y tienes asegurada tu subsistencia.

FED. ¡Dios mío!

ISAB. Ya le he hablado muchas veces á su tío: tú le conoces, don Jorge Bustillos: ha aceptado el partido, y creo que... ¿No te alegras?

FED. Señora...

ISAB. ¿Qué veo? Esa tristeza... mírame.

FEL. ¡Cuando se le propone este fortunón deshecho, ese silencio!

ISAB. Vamos, habla, Federico: puedes oponer alguna dificultad... responde.

FED. Señora, lo conozco, soy un ingrato.

ISAB. ¡Cómo!

FED. Me es imposible aceptar.

ISAB. y FEL. ¡Imposible!

ISAB. ¡Estoy admirada! ¿Y qué motivo racional...?

FED. Ninguno, señora; permítame usted que calle: no puedo decir más; pero es imposible.

FEL. ¡Qué imprudencia!

ISAB. ¿Qué dices? Pues yo lo exijo, lo mando: esta boda se ha de hacer.

FED. Dígnese usted escucharme: conozco que no debiera pagar de este modo sus beneficios; pero permítame usted que los rehuse todos si para merecerlo es preciso concluir una boda...

ISAB. Enhorabuena, señorito; supuesto que no se puede hacer carrera de usted, yo tomaré mis medidas; tiemble usted mi cólera.

FEL. Reflexione usted lo que hace.

ISAB. Déjale: tú te acordarás de este día.

ESCENA IX

Dichos; MATILDE, acudiendo el ruido

MAT. ¡Jesus, tía! ¿Qué sucede? ¡Qué enojada está usted!

ISAB. Me parece que tengo razón para estarlo.

MAT. ¿Con Federico?

ISAB. Sin duda; y usted, señorita, que toma siempre su defensa, no sé cómo podrá disculparle en esta ocasión. ¡Rehusar una boda de esta especie!

FEL. ¡Un dote de diez mil duros!

ISAB. ¡Y una joven muy hermosa!

MAT. ¿De veras, Federico?

ISAB. ¿Y por qué razón?

FED. Y si no me creyese yo libre... si mi corazón estuviese...

ISAB. ¡Cómo! ¿Es por eso?

FEL. Sí, señora, se me había olvidado, está enamorado.

FED. ¡Por mi desgracia! Pero esto no me autoriza para hacer, casándome, la de otra persona.

MAT. Querida tía, á lo menos es hombre de bien, y usted no le puede obligar á...

ISAB. Puedo obligarle á ser racional, sí, señor... acabemos. ¿Y quién es esa belleza que le impide á usted obedecer mis...?

FEL. Responda usted. ¿Quién es?

FED. Permítame usted que lo calle, es mi secreto; nadie lo sabrá; puedo amarla sin delinquir, y sería culpable si la nombrase.

ESCENA X

Dichos, EL VIZCONDE

VIZ. ¿Dónde están ustedes? Todos me han dejado... Te buscaba, prima.

MAT. ¿A mí?

VIZ. Yo, como me duermo cuando estoy sin hacer nada, me divertía en registrar tu cartera de dibujo. ¡Qué países tan bonitos! Estaba acabando ya, cuando de pronto cae á mis pies esta carta cerrada.

ISAB. ¿Una carta?

VIZ. Con el sobre para Matilde.

FED. (*Turbado.*) (¡Es la mía!)

ISAB. ¿Qué quiere decir esto?

MAT. Yo no sé, tía. Véalo usted.

FEL. (*A Federico, que se estremece.*) ¿Qué tiene usted?

FED. (¡Soy perdido!)

ISAB. Una declaración.

VIZ. (*Leyendo con su tía.*) Firmado: «Federico.»

MAT., ISAB. y FEL. ¡Federico!

ISAB. ¡Qué insolencia! ¡Tiene usted valor!...

FEL. ¡Imprudente!

FED. Todo se ha perdido. ¡Desgraciado!

ISAB. ¿Qué te parece, vizconde?

VIZ. Dé usted alas á estos niños... ahí verá usted.

ISAB. Efectivamente, mi excesiva bondad, mi indulgencia tiene la culpa de todo.

FEL. Señora...

ISAB. Dejadme... este es el pago de mi protección.

FED. (¡Que no me confunda un rayo!)

ISAB. Enhorabuena: usted lo ha querido, usted se lo ha buscado; yo he hecho lo posible por atraerle á usted al buen camino, todo ha sido inútil. Basta de sufrimiento; saldrá usted de mi casa.

FEL. ¡Cielos!

FED. ¡Qué escucho!

ISAB. Vizconde, esta es la llave de mi papelera; extiende una libranza de un año de pensión contra mi banquero.

FED. ¿Piensa usted, señora, que puedo seguir aceptando sus favores?

FEL. (*Bajo.*) Calle usted.

ISAB. Matilde, entra en tu cuarto: Felipe, ven conmigo.

FEL. Señora, hágase usted cargo...

ISAB. Ni una sola palabra quiero oir sobre este particular. (*Vase.*)

FED. ¡Infeliz de mí! Ya está fijada mi suerte: enhorabuena. ¿Qué importa? ¿No estaba ya decidido? Todo el mundo es mi patria; sí, corramos á disponer la marcha. ¡Ah! ¡No he podido hablarla! ¡Matilde! ¡Matilde! Partiré; pero ya que dejo esta casa para siempre, ya que no he de volver á verte, tú sabrás al menos mis sentimientos; tú conocerás el sacrificio que hago por tí.



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

FEDERICO (*Sale de su cuarto.*)

Pocas horas me quedan de estar en casa; ya no me falta más que dar el último adiós á Matilde; si estará todavía en su cuarto... (*Mirando por la cerradura.*) Sí. ¡Matilde! ¡Matilde! ¡Resolución!

ESCENA II

MATILDE, FEDERICO

MAT. ¡Ah! ¿Es usted, Federico? Perdone usted si después de lo que ha hecho no me atrevo á conservar la misma intimidad que nos ha unido hasta aquí, y si en cumplimiento de las órdenes de mi tía evito una conversación que usted ha hecho peligrosa con su imprudencia. (*Yéndose.*) (¡Pobre Federico!) (*En el momento en que va á entrar en su cuarto, Federico pasa á su derecha y la detiene.*)

FED. Matilde, Matilde, dos palabras: por favor.

MAT. (*Junto á la puerta.*) No puede ser.

FED. Yo se lo suplico á usted; óigame usted.

MAT. Ya es imposible: mi tía... el vizconde...

FED. (*Mirando por la puerta del fondo.*) Poco me importa su cólera: sólo temo la de usted... y cuando una sola palabra pudiera disculparme...

MAT. Disculparle... ¡Ojalá!

FED. Este secreto no debiera haber salido nunca de mi pecho. Lo sé, y si me determiné á revelarle fué porque estaba decidido á huir para siempre de esta casa, á morir...

MAT. ¿Qué dice usted?

FED. Y ese es el único partido que puedo tomar en esta situación.

MAT. (*Acercándose.*) ¡Cielos! Federico... ¡Ah! ya sé que no tengo derecho para exigir nada de usted. Pero si, como usted dice, me ha ofendido, si usted quiere que le perdone, renuncie usted á esas ideas, prométame usted conservarse para sus amigos.

FED. Amigos ya no los tengo.

MAT. Más de los que usted piensa.

FED. (*Arrojándose á sus pies.*) ¡Qué escucho! Matilde, acaba usted de hacerme feliz.

ESCENA III

Dichos; EL VIZCONDE, que entra por el fondo con una libranza en la mano.

VIZ. (*Al verlos.*) ¿Qué es esto?

MAT. ¡Ay! (*Huye á su cuarto.*)

VIZ. (*Riendo.*) Magnífico... Ese es el patético más sublime... Felizmente esta escena no ha tenido más testigos que yo.

FED. Caballero...

VIZ. Basta. No hablaré una palabra de esto á mi tía; tal vez le privaría á usted de este último beneficio. (*Le da la letra.*) Ahí tiene usted esa libranza; tómela usted, y aléjese. Tómela usted, repito.

FED. Jamás; la mano que me la ofrece sería muy suficiente motivo para que yo la rehusase.

VIZ. ¿Qué quiere decir eso?

FED. Que debo mil consideraciones á mi bienhechora, pero á usted, caballero, no creo deberle nada... y no sé con qué derecho se ha tomado la libertad de...

VIZ. (*Riendo.*) ¿De sorprenderle á los pies de su prima?

FED. No, señor, de apoderarse de una carta que no era para usted; esa es una acción digna sólo de un hombre sin principios, sin educación... me parece que me explico.

VIZ. ¡Hola, hola! Caballerito, me parece que está usted abusando de su posición y mi delicadeza: se prevale usted de la ventaja de no tener un estado en el mundo, ni representación alguna para insultarme. . eso es poco generoso. Yo no puedo aceptar semejante contrario.

FED. Sin duda: su apellido de usted, su cuna harían el combate muy desigual.

VIZ. No me ha entendido usted; no hablo de esas distinciones: al fin con la espada en la mano no seríamos más que dos hombres simplemente; hablaba sólo de la posición de usted en esta casa.

FED. Ya no estoy en ella, me han echado.

VIZ. Debiera usted recordarla, así como los respetos...

FED. Usted me lo hace olvidar todo; he recibido los beneficios de la tía y los ultrajes del sobrino; estamos pagados, y si usted no es un cobarde...

VIZ. ¡Caballero! Basta, ya me ciega mi cólera; usted necesita una lección, se la daré.

FED. Veremos quién la da ó la recibe.

VIZ. Necesito una satisfacción.

FED. Ese es mi deseo.

VIZ. Corriente: ¿qué armas?

FED. Cualquiera.

VIZ. ¿La espada?

FED. Sea la espada.

VIZ. ¿Testigos?

FED. No los necesito.

VIZ. ¿El sitio?

FED. Fuera de la puerta de Atocha.

VIZ. ¿A qué hora?

FED. Ahora mismo.

VIZ. Perfectamente.

FED. Le sigo á usted.

ESCENA IV

FEDERICO

¡Bravo! El tira muy bien, yo en mi vida las he visto más gordas: mejor, con eso acabaremos más pronto, y me veré libre de una existencia que me es odiosa. Y ya que no he de volver á ver á Matilde, ya que es preciso abandonar hoy mismo esta casa...

ESCENA V

FEDERICO, FELIPE

FEL. (*Que ha oído las últimas palabras.*) ¿Abandonarla? Todavía no.

FED. ¿Qué dices?

FEL. Que acabo de hablar por usted.

FED. ¿No te lo había prohibido?

FEL. Oígame usted: usted ha hecho muchos disparates: el primero amar á la señorita

doña Matilde; el segundo escribirle; y el tercero, sobre todo, no haberme dicho una palabra.

FED. ¿A tí?

FEL. Sí, señor; esta es una idea como otra cualquiera; si yo la hubiera sabido antes se hubiera obrado con arreglo á ella.

FED. ¡Qué dices! ¿Es posible?

FEL. ¡Si es posible! Sepa usted que hace veinte años que no ha pasado un solo día en que yo no haya pensado en su prosperidad de usted, en su porvenir... nunca tendrá usted tanta ambición como he tenido yo para usted.

FED. ¡Querido Felipe!

FEL. Sí, y para llegar al término es preciso dejarse llevar. Usted se queda en casa.

FED. ¡Cierto! ¿Cómo te has compuesto para lograrlo?

FEL. Con dos condiciones, de cuyo cumplimiento he respondido yo por usted.

FED. Desde ahora las apruebo.

FEL. Primera, que evitará usted relaciones con Matilde, y que no volverá en su vida á decirla una palabra acerca de la carta.

FED. ¡Dios mío! Esto es hecho.

FEL. ¿Qué?

FED. Nada, nada; ¿y la segunda?

FEL. Guardar consideraciones al vizconde, hacer las paces con él, y para empezar darle una satisfacción, pedirle mil perdones acerca de lo que ha pasado, puesto que como novio de Matilde debe estar ofendido.

FED. ¿Yo pedir perdón? ¿y á mi rival? ¿al autor de mis desgracias, á un hombre de quien sólo recibo ultrajes? ¿perdón? Cuando voy á batirme con él...

FEL. ¡A batirse!

FED. Sí; aunque esto haya de costarme la vida, no puedo escuchar más que la voz de mi resentimiento. Hemos empeñado entrambos nuestra palabra, estamos citados, y esto ha de ser.

FEL. ¡Citados!

FED. Sí, y es preciso que me encuentre ya allí cuando vaya: quiero ser el primero. ¿Qué, tiemblas? ¿Es de miedo?

FEL. Tal vez; por mí mismo no he experimentado nunca lo que ahora por usted. ¡Batirse! ¡Y sin saber coger una espada!

FED. ¿Qué importa?

FEL. ¡Y con un hombre que tiene tanta seguridad!

FED. Me es indiferente.

FEL. Es correr á una muerte cierta.

FED. Enhorabuena: ¿qué importancia tengo en el mundo? Solo en la tierra, como un ente caído del cielo, sin saber quién soy, debiéndome avergonzar tal vez de mi origen, sin padres, sin familia...

FEL. ¿Qué, yo no soy nada para usted?

FED. (*Cogiéndole la mano.*) Sí, Felipe, sí; tú, tú solo me has querido, lo sé: ahora mismo te veo conmovido; tus ojos arrasados en lágrimas.

FEL. (*Conmovido.*) Pues en nombre de este cariño tan antiguo, por estas lágrimas que su peligro de usted me arranca, renuncie usted á tan funesto designio.

FED. ¡Renunciar!

FEL. (*Con energía.*) ¡Federico! Amigo mío, yo se lo suplico á usted, se lo pido de rodillas, no por la señora, cuyos beneficios quiere usted pagar con tal ingratitud; no por Matilde, á quien va usted á hacer mil veces más desgraciada; sino por mí, por el pobre Felipe, que le ha visto á usted nacer, que le ha recibido en sus brazos; olvide usted los despropósitos de un atolondrado, un loco.

FED. ¡Olvidarlos! Jamás.

FEL. Pero ¿sobre qué fué la disputa?

FED. No sé; sólo sé que debo vengarme.

FEL. ¿Qué le ha dicho á usted?

FED. (*Enajenado.*) No lo sé, nada; pero debo vengarme de él, de su amor, de su boda con Matilde. La hora se acerca; vamos, Felipe, mi espada.

FEL. (*Con frialdad.*) No, señor.

FED. ¿Cómo que no?

FEL. No va usted.

FED. ¿Qué te atreves á proponer?

FEL. Que ya que es usted sordo á mis ruegos y á la voz de la amistad, ya que olvida todos sus deberes, yo cumpliré con los míos: usted no saldrá de aquí.

FED. ¿Quién me lo ha de impedir?

FEL. Yo.

FED. Eso lo veremos. (*Se acerca á la mesa, coge sus guantes, su sombrero y su bastón: al mismo tiempo Felipe va á cerrar la puerta y coge la llave.*) ¡Cómo! (*Se vuelve y lo ve.*) ¿Te atreves?...

FEL. Sí, señor, á salvarle á usted, mal que le pese; sí, señor, le he dicho á usted que no saldrá de aquí, y no saldrá usted.

FED. ¡Qué osadía! (*Conmovido.*) Felipe, vuélveme esa llave.

FEL. No, señor.

FED. (*Colérico.*) Teme mi furor.

FEL. Nada temo; y le prohibo...

FED. ¡Prohibirme! Esto ya es demasiado, y una insolencia semejante...

FEL. (*Queriendo contenerle.*) Téngase usted.

FED. (*Enarbolando el bastón.*) Yo la castigaré.

FEL. ¡Pega, desgraciado, pega á tu mismo padre!

FED. ¡Mi padre! (*Deja caer su bastón.*)

FEL. Sí, yo soy tu padre: ¿cuál otro origen podía tener este cariño de que no ceso de darte pruebas desde que naciste? Este es el secreto de que he sido víctima; secreto fatal que debía haber muerto conmigo, secreto que he guardado hasta ahora religiosamente por tu misma felicidad; secreto, en fin, que me has obligado á descubrir para librarte de un crimen horroroso.

FED. No me atrevo á levantar los ojos.

FEL. Te avergüenzas sin duda de deber tu existencia á un criado.

FED. ¡Yo avergonzarme! nunca; y esa idea...

FEL. Sólo una cosa me resta que decirte; este criado era soldado cuando naciste: en la flor de mis años, en la edad del valor, me esperaba una carrera brillante en una época tempestuosa en que el amor á la independencia de la España y la intrepidez bastaban para encontrar los grados y los honores en la trinchera enemiga. Pues bien, gloria, ascensos, fortuna, hasta la esperanza de morir honrosamente por el rey y por la patria en un campo de batalla, todo lo sacrifiqué para permanecer al lado de mi hijo: para cuidar de su infancia no temí exponerme al menosprecio, á la humillación, abrazando un estado... en fin, ciñéndome á ser tu mismo criado. Y esto sin sonrojarme, porque muchas veces me decía á mí mismo: «Federico me amará, y esto me basta.»

FED. ¡Padre mío, perdón! (*Se arroja en sus brazos.*) ¿Cómo pagar tantos beneficios? ¿Cómo expiar mis faltas? Querido padre, ¡cuán dulcemente suena en mis oídos este título sagrado! Ya tengo un amigo, una familia; ya no estoy solo en el mundo.

FEL. (*Enjugándose los ojos.*) Hijo mío, cálmate.

FED. ¡Ah! Por favor, explíqueme usted...

FEL. Silencio eterno acerca de este misterio; una promesa sagrada, un juramento me liga; que no sospeche nunca nadie que le he violado. ¿Te negarás ahora á obedecerme?

FED. No, no; estoy dispuesto á todo: hable usted.

FEL. Entra en tu cuarto.

FED. ¿Y el vizconde, que me espera?

FEL. ¿No tienes confianza en mí?

FED. Sí; pero huir, ocultarme... ahora menos que nunca: mi honor es el de usted también.

FEL. Eso me toca á mí; un militar antiguo sabe como tú lo que el honor exige.

FED. (¡Cielos! y no hay más puerta que esa; es imposible escaparme.) Se lo suplico á usted.

FEL. Entra, Federico; te lo ruego.

FED. ¡Querido padre!

FEL. Pues bien, te lo mando.

FED. Obedezco. (*Se inclina con respeto, y entra en su cuarto. Felipe lo observa.*)

ESCENA VI

FELIPE. (Va á poner la llave en la puerta.)

¡Ah! Conozco cuanto debe padecer, y ya le quiero más... pero no; nadie me privará del único bien que me queda, y debo antes de todo... aquí está la señora.

ESCENA VII

FELIPE, DOÑA ISABEL

ISAB. ¿Le has visto, Felipe? ¿Le has indicado mi voluntad?

FEL. Hable usted bajo, señora; está ahí.

ISAB. ¡Federico! Pero ¿qué ha habido? estás pálido, demudado.

FEL. He llegado á tiempo: se iba á batir.

ISAB. ¡A batirse!

FEL. Sí, con su sobrino de usted.

ISAB. ¡Cielos! debiste estorbárselo, prohibírselo.

FEL. Eso es precisamente lo que he hecho; le he encerrado en su cuarto, y hasta nueva orden nada hay que temer; pero al hacer uso de mi autoridad ha sido preciso probarle que tengo derecho para tenerla: ya sabe que soy su padre.

ISAB. ¡Qué has hecho!

FEL. Tranquilícese usted, no sabe más; la segunda parte del secreto no me pertenecía, la he respetado: pero desengañémonos, señora, estas medidas de nada sirven, ellos se han desafiado, y tarde ó temprano...

ISAB. ¡A pesar de tu prohibición!

FEL. A su edad y en hombres de honor esas

prohibiciones no hacen más que aumentar el deseo de batirse: yo me acuerdo de lo que sentía y de lo que siento aún con sólo la idea de un ultraje: no hay más que un medio de estorbar esta desgracia, y usted sola puede emplearle.

ISAB. ¡Yo, Felipe!

FEL. Sí, señora, quitando la causa.

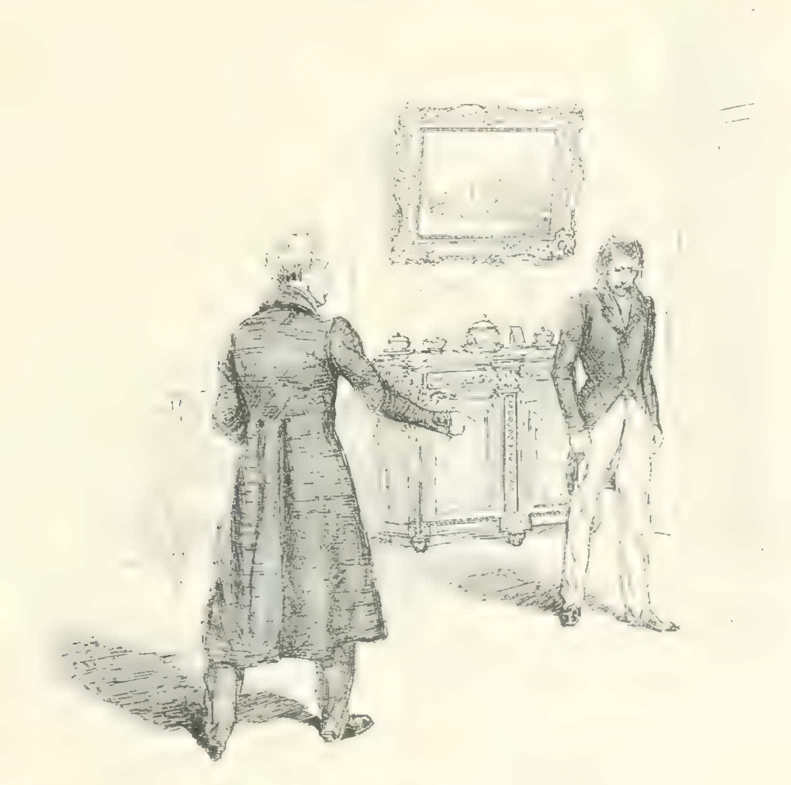
ISAB. ¿Y cómo?

FEL. Federico ama á Matilde.

ISAB. Bien, ya lo sé.

FEL. El vizconde no tiene amor sino á su dote; no le será difícil renunciar á ella, y deponer todo proyecto de venganza si usted se lo manda; en cuanto á Federico, yo respondo de él, si obtiene la mano de Matilde.

ISAB. ¡La mano de Matilde! Felipe...



FEL. Señora, es preciso.

ISAB. Tú estás loco, Felipe: ¿humillarme hasta ese punto? ¿dar armas contra mí?

FEL. ¿Y qué, cuando en ello va la vida...?

ISAB. Se podrá hallar otro medio de salvar á tu hijo; pero casar á mi sobrina con un hombre oscuro...

FEL. Se lo sup ico á usted.

ISAB. Repito que es imposible, y acabemos, Felipe; eso es olvidar lo que me debes, y quién eres.

FEL. (*Indignado.*) ¡Quién soy! Usted es quien lo olvida, pero yo se lo recordaré.

ISAB. ¡Felipe!

FEL. (*Cogiendo su mano.*) Oigame usted. Cuando en una época tempestuosa se hallaba usted en un pueblo de provincia, comprometida toda su casa por la adhesión á un partido de su desgraciado padre; cuando sola, abandonada, iba usted á ser la víctima de un populacho sediento de sangre, á pesar de su sexo y de su edad; cuando iba usted á pagar con la cabeza la funesta fama de un apellido demasiado comprometido, ¿á quién acudió usted entonces para que la amparara? Un pobre sargento era tal vez el único que podía salvarla en aquella circunstancia difícil; se acogió usted á él, y este pobre sargento no desoyó la voz de la piedad: en medio del furor de los bandos, del riesgo de parecer traidor á su partido, este pobre sargento no se contentó con guarecer su persona de usted sino que también defendió su casa: entonces, ¿lo ha

olvidado usted ya? la muerte nos amenazaba á todos, y no veía usted tanta distancia entre un soldado y la orgullosa...

ISAB. ¡Felipe!

FEL. Sí; entonces yo era joven, era valiente, pero no era nada más que un soldado, y sin embargo, usted lo olvidó un momento... el agradecimiento tal vez, la situación, todo produjo el amor, y desde entonces su libertador de usted vino á ser su esclavo.

ISAB. (*Asustada, señalando la puerta de Federico.*) ¡Por Dios! más bajo.

FEL. Entonces, conmovido por sus remordimientos de usted, por su desesperación, á todo me sometí; quiso usted, como era justo, reparar el extravío de un momento; su conciencia exigía que la religión santificase su falta, y exigió usted de mí que vínculos sagrados y eternos borrasen aquel error: á nada me opuse, nos casamos; aún más: por el decir de las gentes, por ese mismo orgullo inconsiderado, exigió usted de mí que nuestro matrimonio fuera y se conservase eternamente secreto: yo consentí, y desde aquel día tu esposo, Isabel, ignorado, confundido entre tus mismos criados, nunca ha proferido una queja, una sola queja. ¿Y sabes, sin embargo, todo lo que sacrifiqué? Nunca te lo he dicho, pero... en una aldea feliz, al lado de mi anciano padre, una joven bella y virtuosa aguardaba el regreso del infeliz soldado... había recibido mi juramento; en fin, me amaba aquélla, y me amaba con orgullo, se envanecía con mi amor: ella hubiera hecho mi fortuna; pues, á pesar de todo, yo la escribí que ya la había olvidado, que no contase con mi corazón, que nunca me volvería á ver. Hice aún más; por permanecer al lado de mi hijo me resigné á verle huérfano en la casa de los autores de sus días, criado por compasión en casa de su madre, que para ocultar una supuesta falta le priva de sus derechos; me condené á no estrecharle nunca en mis brazos, á no amarle sino á hurtadillas como si fuera un crimen; y en premio de tanta resolución, de tan grandes sacrificios, sólo una cosa te pido, una sola, ¡Isabel! la felicidad de tu hijo, y me la niegas.

ISAB. ¡Ah! Tú no sabes cuán á mi pesar, pero me es imposible, y extraño este rompimiento: después de veinte años de silencio, no esperaba yo que tú exigieras una cosa que puede arrebatarme en un día lo que más estimo en el mundo, el aprecio y la consideración de los que me rodean; si esta boda se hiciese me acusarían de olvidar mi cuna, y Dios sabe si le darían una interpretación siniestra, si adivinarían la verdad. ¡Ah! si la pública malignidad llegase á traslucir aquella falta, si se llegase á saber este vergonzoso secreto, ¡cielos! sólo de pensarlo me estremezco, yo no sobreviviría, Felipe, á semejante afrenta: en fin, concluyamos, esta boda es imposible, y no se hará jamás.

FEL. ¡Jamás!

ISAB. Felipe, déjame. (*Quiere irse.*)

FEL. (*Deteniéndola con fuerza.*) No, Isabel, no te dejo.

ISAB. ¡Ah! Por Dios, acuérdate de nuestros convenios: muda ese estilo, que te pueden oir.

FEL. Bien, señora, le mudaré; será un sacrificio más, pero con una condición. Yo he podido inmolarme á su tranquilidad de usted, á su orgullo... pero en cambio de tantos tormentos, de tales humillaciones, necesito la felicidad de mi hijo... me es indispensable, lo exijo, y la lograré por cualquier medio que sea, aun por los que usted tanto teme.

ISAB. ¿Qué oigo? ¿Y tu deber, tus juramentos?

FEL. Y usted que me reconviene, ¿cumple usted por ventura los suyos?

ISAB. Gente viene: ¡silencio por Dios! (*Felipe vuelve á tomar una postura reverente. Doña Isabel se aparta hacia la izquierda.*)

ESCENA VIII

Dichos, LORENZO

LOR. Señor Felipe...

ISAB. ¿Qué hay, Lorenzo?

LOR. Nada, señora; es para el señor Felipe.

FEL. ¿Para mí?

LOR. Sí, señor, ese papel para usted que acaba de subir el portero: si yo hubiera sabido que estaba aquí la señora, no hubiera entrado así...

FEL. No tiene sobre.

LOR. No importa, no importa, es para usted; un mozo la ha traído hace ya un buen rato, diciendo que se la entregasen al instante.

FEL. Es particular.

ISAB. Basta. Anda con Dios, Lorenzo.

ESCENA IX

FELIPE, DOÑA ISABEL

FEL. No sé por qué me estremece esta carta. (*Recorre la carta, y da un grito.*) ¡Ah!

ISAB. ¿Qué es?

FEL. ¡Federico! ¿será cierto? (*Suelta la carta, y se arroja en el cuarto de Federico.*)

ISAB. ¡Federico! ¿Qué dice? ¿qué nueva desgracia...? (*Recoge la carta, y la lee rápidamente.*) «Padre mío, perdóneme usted si le desobedezco; pero ahora menos que nunca puedo vivir afrentado. Hijo de militar, nadie podrá llamarme cobarde; ha llegado la hora. Adiós. Dentro de poco, ó quedaré vengado, ó ya no existiré.» (*Dirigiéndose hacia Felipe.*) ¿Es posible? ¡Federico!

FEL. (*Pálido.*) Esto es hecho; la ventana que da al patio estaba abierta... se ha escapado.

ISAB. ¡Dios mío!

FEL. Marchó, y tal vez en este momento... (*Sollozando.*) ¡Hijo mío! ¡querido hijo!

ISAB. (*Sosteniéndole.*) ¡Felipe!

FEL. (*Cayendo sobre un sillón.*) Ya no le veré más; le matará.

ISAB. (*Agitada.*) No, no; tal vez será tiempo todavía; es preciso seguirlos.

FEL. ¿Y adónde? ¿Dónde estarán ahora?

ISAB. No importa, es preciso hallarlos. (*Corriendo á la puerta del fondo, que abre, y llama.*) Lorenzo, Pepe, Antonio, (*Toca la campanilla.*), venid todos, pronto, al momento.

SCENA X

Dichos, LORENZO, varios criados, MATILDE

ISAB. ¿Dónde está mi sobrino?

LOR. ¿El señor vizconde? Ya ha rato que salió.

ISAB. Y Federico, ¿quién le ha visto salir?

LOR. Yo estaba á la puerta cuando salió; subió sin reparar en nada en un coche de alquiler de los que están en fila en la calle...

ISAB. ¿Qué dirección tomó?

LOR. No puse cuidado, señora; y no sé...

MAT. (*Entra.*) ¿Qué es eso, querida tía? ¿qué hay?

ISAB. Nada, hija; quisiera hablar inmediatamente al vizconde. (*A los criados.*) Montad á caballo todos, id á casa de mi sobrino, á casa de sus amigos, buscadle donde quiera que esté, decidle que le espero, que quiero verle al momento; vamos, al instante.

LOR. Pero, señora...

ISAB. Sin dilación, y traedle con vosotros. (*Vanse.*)

MAT. ¡Dios mío! Nunca la he visto á usted tan inquieta por el vizconde. ¿Es cosa tan urgente?

ISAB. Sí: quítate: ¿me dejarás en paz? Te lo mando: ¿no puedo yo estar sola?

MAT. Me voy, tía, me voy. ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Qué será esto? (*Vase.*)

ESCENA XI

DOÑA ISABEL, FELIPE

ISAB. Felipe... vuelve en tí: tal vez... sí... volverá.

FEL. No, señora, no; él no tiene más que valor, y su contrario... no me engañan mis presentimientos, ya nunca le veré.

ISAB. (*Llorando.*) ¡Federico! ¡Nuestro hijo!

FEL. Esa es a primera vez que pronuncia usted esa palabra: ¡nuestro hijo! Ahora llora usted; ya es tarde.

ISAB. Sí; aunque se haga pública mi vergüenza, yo le quiero con todo el amor de madre: ¡cuántas veces se han abierto mis brazos para estrecharle á mi pecho, para llamarle hijo!... siempre se cerraban de desesperación... ¡Ah, Felipe! si hubieras podido eer en mi corazón, si hubieras conocido sus angustias, la lucha de sus afectos, me hubieras perdonado. Mi único consuelo era pensar en él, pensar en su porvenir, en su felicidad, sus bienes...

FEL. (*Amargamente.*) ¡Bienes! ¡dinero! Sí; ustedes creen que eso es todo. (*Se levanta.*) Una madre era lo que debía usted haberle dado.

ISAB. ¡Por Dios, Felipe!

FEL. Usted le amaba, y él no lo sabía.

ISAB. ¡Felipe!

FEL. Morirá sin que su madre le haya dado un abrazo.

ISAB. ¡Por Dios!

FEL. Su orgullo de usted... usted es quien le asesina.

ISAB. ¡Cielos! no, no; no morirá: el cielo tendrá piedad de nosotros. Matilde, mis bienes, mi vida, todo lo doy si me vuelven á Federico.

FEL. A buena hora. (*Escucha.*)

ISAB. ¿Qué es eso?

FEL. ¡Silencio! ¿No oye usted? Ha sonado un coche.

ISAB. Ha parado en casa. (*Se miran, y se dan*

la mano para sostenerse: doña Isabel, trémula.) Sí. ¿Por qué hemos de temblar? El será, Federico.

FEL. Sí, le traerán moribundo.

ISAB. Esto es demasiado padecer: sepamos cuanto antes... (*Se precipita hacia la puerta, y encuentra á Matilde.*)

ESCENA XII

DOÑA ISABEL, MATILDE, FELIPE

MAT. Tía, tía, tranquilícese usted; aquí está.

FEL. é ISAB. ¿Quién?

MAT. (*Alegre.*) Su sobrino de usted, el vizconde.

ISAB. Yo fallezco. (*Cae en un sillón.*)

MAT. ¿Cómo?... preguntaba usted por él, y cuando viene... ¡Dios mío! socorrámosla: Felipe... ¡ay! me da usted miedo.

FEL. Viene, ¿eh? Mejor... me matará también á mí, ó le vengaré. (*Va hacia el fondo y Matilde quiere detenerle.*)

MAT. ¡Felipe!

ISAB. Detente. (*En el fondo el vizconde.*)

TODOS. El es.

ESCENA XIII

Dichos, el VIZCONDE

FEL. Viene solo; no hay duda.

ISAB. Yo me muero.

VIZ. (*Alegre.*) Vamos, ¿qué ocurre? Están ustedes todos pálidos, consternados... (*Se acerca á su tía.*) ¿Con que usted sabía?...

ISAB. Todo lo sabemos.

VIZ. ¿Y temblaba usted por mí? ¡Qué bondad! Pues ya sosiéguese usted, tía mía, ya estoy aquí.

FEL. (*Acercándose al vizconde.*) ¿Y Federico?

MAT. (*Asustada.*) ¡Federico!

FEL. (*Con rabia.*) Salgamos...

VIZ. (*Admirado.*) ¿Qué? ¿Qué tiene este hombre?

FEL. Sígame usted.

VIZ. ¿Para qué, para socorrerle? Es inútil... Su herida no vale la pena.

ISAB. ¿Qué dices?

MAT. ¡Su herida!

FEL. ¿No está más que herido?

VIZ. Un rasguño... Contra mi costumbre.

TODOS. ¡Es posible!

FEL. ¡Ah! Vizconde, ¿no me engaña usted?

ISAB. ¿No le has muerto?

VIZ. ¡Yo! Pues está bueno; si hubiera sido un tirador como yo, podía apostarse doble contra sencillo que ese hubiera sido el resultado; pero como es un torpe, que en su vida las ha visto más gordas, él ha sido el que por poco me...

FEL. ¡Cómo!

VIZ. Primero le pinché en la mano. . un arañazo, nada; entonces me planté, y le dije: «Señor mío, basta, ya hay sangre.» «¡Cómo que basta!—gritó volviendo á coger su espada,—no, señor; aquí ha de quedar uno de los dos; defiéndase usted.» Y se arroja sobre mí, como un loco, sin gracia, sin método, contraviniendo á todas las reglas; cosa insufrible para quien se bate por principios. Y en el momento en que yo le grito, riéndome, que tenga mejor su espada, me hace saltar la mía.

FEL. ¿Le ha desarmado á usted?

VIZ. Contra todas las reglas; sin embargo, lo confieso, se ha portado con honor, y, si no es diestro, á lo menos es valiente.

ISAB. (Reconozco la sangre que corre por mis venas.)

VIZ. Entonces me dijo generosamente: «Vuelva usted á tomar su espada;» y yo no quise: al fin le debía la vida.

FEL. (Es hijo mío.)

ESCENA XIV

Dichos; FEDERICO, que trae la mano vendada con un pañuelo.

TODOS. ¡Federico!

FED. (*Abrazando á Felipe.*) ¡Querido amigo! ¡Querido pa...!

FEL. (*Interrumpiéndole.*) Bien, bien. (*Mirándole con vanidad.*) (Es mi hijo, es mi hijo.)

FED. ¿Me perdonan ustedes este mal rato que...?

MAT. Yo, no, señor; no tiene perdón habernos dado tal susto.

FED. ¡Matilde!

ISAB. (A mí nada me dice; me juzga indiferente y no cree deberme consolar.) ¡Ah, cuánto sufro! (*A él.*) Federico...

FED. Perdone usted, señora; apenas me atrevo á presentarme delante de usted.

ISAB. ¿Por qué? ¿Crees que no he participado de los temores que los dos me habéis causado, yendo en ello lo que más aprecio en el mundo? (*Mirando á Felipe.*)

VIZ. Es usted muy amable, tía; ya sabe que ha hecho un gran servicio á toda la familia.

ISAB. Por lo mismo debemos agradecérselo de una manera digna de nosotros. Sobrino,

varias veces hemos hablado de tu boda con Matilde; pero me parece que he leído en su corazón...

MAT. ¿Me dice usted á mí, tía?

ISAB. Sí; me parece que prefiere, como su madre, una boda por amor á una boda por razón de estado; y para satisfacer de este modo las obligaciones de toda la familia, he determinado, si á ella le parece bien, conceder su mano á aquel á quien tú debes la vida.

FED. ¡Es posible!

MAT. ¡Qué fortuna!

VIZ. (Por consideraciones á mí le da una heredera de cien mil reales de renta. ¡Jesús, lo que me quiere mi tía!) (*Felipe se acerca á doña Isabel.*)

ISAB. Y además haré por Federico lo que debo hacer. (*Bajo.*) Así que se casen, Felipe, ahora no.

FEL. (*Id.*) ¿Qué tiene usted?

ISAB. (*Id.*) ¡Qué ganas tengo de abrazarle!

FEL. (*Id.*) ¿Y quién se lo impide á usted?

ISAB. (*Id.*) No me atrevo.

FEL. (*Id.*) ¿No se atreve usted? ¡Qué desgraciada debe usted ser! Vaya, (*Alto.*) caballerito, ¿quiere usted más? Ha hecho usted una bonita suerte; una mujer lindísima, cien mil reales de renta... ¿No da usted las gracias á quien tanto hace por usted?

FED. ¡Ah! Mi vida no bastaría para... (*Besa la mano á doña Isabel.*)

FEL. ¡Eh! No, señor, así no. (*Empujándole.*) Un abrazo; la señora lo permite.

ISAB. ¡Ah! (*Le abraza.*) No resisto más. ¡Hijo mío!

FED. ¡Qué dice usted!

MAT. y VIZ. ¡Su hijo!

ISAB. Sí, amigos: ha llegado el momento de descubrir un secreto que ha estado á punto de exponernos á todos á una desgracia. Vuelve, hijo mío, á mis brazos, y tú, Felipe, basta de humillaciones; llega, y ocupa para siempre el lugar que de derecho te corresponde, y que te ha conquistado tu virtud. Felipe es mi esposo.

MAT. y VIZ. ¡Qué dice usted!

ISAB. Sí; más despacio podré explicaros este arcano. (*A Felipe.*) Desde hoy sólo tendrás á tu cargo la felicidad de toda la casa.

FEL. Yo soy dichoso, más dichoso que nadie; mírelos usted unidos; estos eran los deseos de Felipe; se han cumplido, y ya nada necesito.

FIN DE LA COMEDIA



PARTIR A TIEMPO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

PERSONAS

Don COSME GONZALEZ, comerciante
Doña ANA, su mujer
CARLOS, su sobrino
ISABEL, su sobrina
EL VIZCONDE DE MIRALTA
RODRIGUEZ, dependiente de don Cosme

La escena se figura pasar en Madrid en casa de don Cosme

ACTO ÚNICO

El teatro representa un salón; puerta en el fondo. A la derecha del actor la puerta de la habitación de doña Ana, á la izquierda la del despacho de don Cosme: una mesa junto á la puerta de la derecha.

ESCENA PRIMERA

ISABEL, junto á la mesa; DON COSME, en pie, dando unas letras á un criado.

COSME. Dos mil... cuatro mil... ocho mil... doce mil... en letras, y seis mil en oro... Lleva estos diez y ocho mil reales á don Jorge, mi cajero... son los fondos para su viaje. (*Sale Rodríguez.*)

ISAB. Al fin se va... ¡pobrecillo!... ¡recién casado...!

COSME. Sí, sobrina mía... si no dispones otra cosa, hoy mismo á las cuatro camino de Cádiz... y de allí á la Habana. ¿Qué haces tú ahí?

ISAB. Estoy repasando mi lección de italiano.

COSME. ¡Pues! de italiano.... ¿para qué sirve eso? si fuera de castellano... vaya... y aun eso... aquí estoy yo... que en mi vida he abierto un libro, á no ser de caja. Y sin embargo, no por eso he dejado de hacer pesetas... digo... me parece que he hecho una pacotilla muy decente, pues empecé sin nada.

ISAB. ¿Decente? considerable... ¿y no tenía usted nada?

COSME. ¡Oh! aquellos eran otros tiempos; todavía me parece que me estoy viendo en Sevilla de mancebo de una tienda. ¡Qué calor, hombre, en aquel Sevilla! bien que entonces no necesitaba yo mucho para que se me calentasen los cascos.

ISAB. Dicen que los ha tenido usted muy ligeros, querido tío.

COSME. Un poco, querida. Y las manos listas. Eso es todo lo que me ha quedado de mis juventudes. Por fortuna, ahora todos me obedecen. «Señor don Cosme, por arriba; señor don Cosme, por abajo.» ¡Ya se ve! á fuerza de vender por cuenta de otros he llegado á vender por mi cuenta. El aguardiente sobre todo es el que me ha hecho hombre. Hasta que me cansé y dije: «Basta de comercio. Negociante, girante de letras, especulador en grande, empresario.» No siendo de teatros, se entiende. Ese es mal comercio. Quiebra segura. El público consume más aguardiente que comedias. Me he hecho de oro, y me parece que no empleo mal mis riquezas.

ISAB. Seguramente. Ha ayudado usted á sus parientes.

COSME. ¡Ah! Por desgracia ya quedan pocos. Ya no tenía más que á tí y á tu primo Carlos; los tres no bastábamos á consumir tanto. Entonces los amigos me dijeron: «González, cásate;» los amigos siempre aconsejan estas cosas. Doy en pensarlo, y al cabo un día veo á una muchacha. ¡Voto va! «Esta, dije para mí, ésta.» Por desgracia era la hija de una condesa... familia interminable, la más encopetada que se paseaba por el Prado.

ISAB. Era cosa de desesperarse.

COSME. Yo lo creo; pero de allí á poco averiguo que era una casa arruinada, el padre emigrado, perseguido, ya se ve, liberal... el año veinticinco, confiscado por Calomarde. «Animo, dije yo. Esta es la mía. Hable el dinero.» Y habló: toma si habló, mejor que un procurador. Se discutió mi petición, y resultó algo de la discusión, porque de allí á poco nos casamos. Entonces conocí lo que valía el dinero. Abrí mi caja, y contemplando por un lado mi mujer, por otro mis doblones: «¡Viva el presupuesto!» exclamé. Otros se andan rompiendo los cascos para encontrar la felicidad; yo eché por el atajo, la compré. Sí, señor; la muchacha más bonita y más amable de Madrid.

ISAB. Sí por cierto.

COSME. ¿No es verdad? ¡Qué talento, hombre! Y luego ha tenido la bondad de amarme y hacerme feliz. Sólo una cosa me incomodaba al principio. Yo no había de votar, no había de jurar, no había de decir *diferiencia* sino *diferencia*. ¡Vea usted ahora! ¿No soy yo el que hablo? ¿No tengo dinero? y si alguna vez se me escapaba alguna de esas tonterías, ya tenía encima á mi mujer, y á todos esos señorones que la visitan; ¡qué risas! ¡qué algazara! ¡Por vida de...!

ISAB. ¡Tío!

COSME. No tengas miedo; ahora no está mi mujer aquí. Déjame desahogar siquiera un rato por la mañana. A mis solas. Así es que he llegado á aborrecer á todos esos marqueses y señoritos que hablan pulido, monadas.

ISAB. Sin embargo, querido tío, ¡los hay tan amables!

COSME. ¡Hola! ¿Tú también? Ya se ve, el baile, y el piano, y la cavatina, y el italiano, ¡voto va...! pues si te caso, descuida, que no ha de ser...

ISAB. ¿Qué dice usted?

ESCENA II

Dichos; RODRÍGUEZ, saliendo de la habitación de DOÑA ANA.

ROD. La señora pregunta por la señorita...

ISAB. ¡Ay! y yo me estoy aquí charlando.

COSME. ¿Qué importa? Espérate.

ISAB. Bien quisiera, pero me estará aguardando mi tía para darme lección; es tan buena... ella misma se ha encargado de mi educación. Cuando me hizo usted venir á Madrid, yo no sabía nada; era tan torpe... ¡Todo el mundo se reía de mí! No decía más que tonterías.

COSME. Pues así te quería yo... podíamos hablar al menos, y nos entendíamos.

ISAB. Sí; pero ya ve usted, ¿quién se hubiera

querido casar conmigo? Mi tía me dice siempre que en el matrimonio no hay felicidad posible cuando uno de los dos consortes tiene que avergonzarse del otro... y como ya en el día en la sociedad todo el mundo tiene buena educación...

COSME. ¿Quieres dejarme en paz? ¡Oiga! ¡Pobrecilla! Pues no cree que va á encontrar un marido en la lección de geografía y de historia... ¡Teniendo dote! Esto no es cuento: esta es la verdadera historia, la historia de España de ahora y la de siempre, y la de todos los países. Pero haz lo que quieras. Me has hecho hablar más que un ministro, y tengo sed. ¡Rodríguez! Dame una copa de aguardiente. (*Isabel hace una seña á Rodríguez.*) ¿Qué es eso? ¿no has oído?

ISAB. Pero, tío, ¿no se acuerda usted de que el médico le ha prohibido á usted?...

COSME. El médico, el médico... ese es otro... que me quiere educar á mí también. Empeñados todos en que tengo la misma enfermedad que mi padre: ¡mentira! mi padre no tenía un cuarto: por fuerza se había de morir. ¡Una campanilla! Tu tía llama.

ISAB. Voy, voy.

COSME. Oyes, no vayas á decirle una palabra de lo que ha dicho el médico; se asustaría.

ISAB. Bien, tío. (*Vase.*)

COSME. Y no me dejaría beber más que vino mezclado con agua, y pardiez que eso es echar á perder dos cosas buenas. A ver, tú... echa ahí, echa; esta vida se ha de pasar á tragos. (*Apurando la copa.*) ¿Qué tal?

ROD. Esa es filosofía.

COSME. Es la verdadera. Bruto, toma tú, y ayúdame.

ROD. ¡Yo, señor!

COSME. ¡Vamos! Lo mando yo. Así. A tu salud

ROD. A la de usted. (Este es todo un amo: llano, sin etiquetas. El pan, pan, y el vino, vino.)

ESCENA III

Dichos, EL VIZCONDE, y después CARLOS

VIZ. (*Al paño.*) Vamos, sube.. si me has de presentar.

COSME. (*Apurando la copa.*) ¿Qué es eso?

VIZ. A ver. (*A don Cosme.*) ¿Está su ama de usted visible?

COSME. ¡Mi ama!

VIZ. Sí; mi señora doña Ana... anúncieme usted.

COSME. (*Furioso.*) ¡Que le anuncie!

CARL. (*Entrando.*) ¡Buenos días, querido tío!

VIZ. (*Asombrado.*) (¡Su tío! ¡qué diantres he hecho yo!...)

CARL. (*Presentando su tío al vizconde.*) Don Cosme González. (*A su tío.*) El señor vizconde de Miralta.

COSME. Pues, un vizconde; ya me lo podía yo haber figurado.

CARL. Ha conocido este verano pasado á mi tía y á mi prima en los baños de Sacedón.

VIZ. Donde he tenido la fortuna de prestar algunos servicios de poca entidad á esas señoras.

COSME. Cierto; mi mujer me lo escribió.

VIZ. Y á mi vuelta he recibido un convite, de que vengo á darle las más expresivas gracias.

COSME. Siendo gusto de mi mujer... (*A Carlos.*) ¿Dónde diablos vas tú á buscar esos conocimientos?

CARL. Es un amigo antiguo... un compañero del colegio de San Mateo.

COSME. (¿Sí, eh?... es lástima que sea vizconde. ¡Pobrecillo!) Siendo amigo de mi sobrino, caballero, siempre seréis bien recibido; ¿quiere usted tomar alguna cosa? ¿una copita de aguardiente? ¡vaya! anímese usted.

VIZ. (*Riendo.*) (¡Esto es magnífico! me convida á echar el aguardiente.)

CAR. (*Bajo á don Cosme.*) Tío... esas cosas no se hacen.

COSME. ¿Eh? ¡Vaya! Pues, Rodríguez, llévate eso. Pido á usted mil perdones, caballero, por mi atención; le dejo á usted con mi sobrino; está usted en su casa; Carlos es mi hijo, ó lo mismo que si lo fuera.

CARL. ¡Querido tío!

COSME. Y eso que ahora nos tiene abandonados; esto es un sentimiento ciertamente para todos.

CARL. ¡Oh!

COSME. Además, está triste; está muy mudado.

CARL. (*Esforzando una sonrisa.*) No, tío mío.

COSME. ¿Pues qué, eso no se ve?

VIZ. Dice bien el señor; ayer en la ópera, por ejemplo, tenías un aire tan abatido... creí que estabas malo. ¿Qué diablos tienes?

CARL. Había trabajado demasiado.

COSME. Muy mal hecho: las matemáticas van á

acabar con él. Tiene demasiado juicio. Yo le quisiera más calavera. Usted podía ponérmelo al corriente, señor vizconde. ¿Te hace falta dinero? ¿Quieres algo? aguarda... triste y en la ópera... ¡voto va! Hay por allí alguna... apostaría...

CARL. ¡Tío!

COSME. Cierto que eso es cuenta tuya. No digo más palabra. Voy á avisar á mi mujer: la diré que hay aquí un vizconde que quiere verla. Aun así, Dios sabe si estará visible, porque hace algún tiempo que anda mala también, y taciturna, y... Servidor de usted. (*Vase.*)

ESCENA IV

CARLOS, EL VIZCONDE

VIZ. ¿Con que este es don Cosme González, ese negociante tan rico, tan considerado, y de quien me ha hecho su mujer tantos elogios?

CARL. El mismo. Es un señor excelente, á quien lo debo todo, mi existencia, mi educación. Daría la vida por él.

VIZ. ¡Oh! lo sé; no se me ha olvidado todavía aquel lance que tuviste en una ocasión con un caballerete insolente que quiso burlarse de él, y quedó suficientemente escarmentado. Pero cuando me recuerdo de su mujer, cuyo buen tono y distinguidos modales..

CARL. ¡Ah! eso es lo menos en ella; fuera imposible encontrar reunidos más virtud y más juicio. Casada por orden de sus padres, cuyo bienestar aseguraba este enlace, con un hombre cuyo género de vida y cuya educación no podían simpatizar nunca con ella, no desconoció los inconvenientes de su posición. Pero ha sabido triunfar de ella, y donde otra hubiera visto tan sólo un deber, ella ha sabido encontrar la felicidad.

VIZ. ¿De veras?

CARL. Podrán hacerla sufrir las aprensiones de su marido, pero tiene bastante talento para no sonrojarse; ella le protege con su dignidad, le ennoblece á los ojos del mundo; en una palabra, le estima tanto, que obliga á los demás á imitarle, y estimarle también. Esa es la sociedad, la mujer es la que hace al marido respetable ó ridículo.

VIZ. ¿Es decir que le quiere?

CARL. Sin duda, porque sabe muy bien sus deberes.

VIZ. ¿Y crees que sea feliz?

CARL. Eso sólo Dios lo sabe, pero al menos parece serlo; tal vez lo será también. Yo bien sé que mi tío es á veces impaciente, colérico, pronto; es el hombre del pueblo, de la naturaleza, con todos sus arrebatos generosos y todos sus defectos de educación; pero es tan bueno para su mujer... la quiere tanto... ¡Oh! sí, indudablemente es un matrimonio feliz. Por otra parte ella posee un encanto inexplicable que comunica su felicidad á cuantos la rodean.

VIZ. ¿A quién se lo dices? Este verano he pasado tres meses á su lado, y te confieso que he estado á dos dedos de perder la cabeza.

CARL. ¿Eh? ¿de veras?

VIZ. Y bien, ¿qué te da? ¿Quieres impedir que guste tu tía? trabajo te mando; ni era yo el único: cuantos jóvenes había en Sacedón le hicieron la corte. Por lo que hace á mí, más ducho que otros en esos negocios, conocí desde luego que era tiempo perdido y toqué retirada.

CARL. (*Cogiéndole la mano.*) ¡Querido vizconde!

VIZ. (*Riéndose.*) Parece que me lo agradeces. Pues, amigo, no fué virtud. Pero ella no echó en saco roto la delicadeza de mi conducta; me granjeé su amistad, y esto era ya pagarme acaso con usura: y yo, por otra parte, en vez de una pasión loca que me hubiera hecho culpable ó desgraciado, he encontrado en otra ese amor puro y verdadero, nunca perturbado por los remordimientos, nunca emponzoñado por el temor; amor que hará en lo sucesivo la felicidad de mi vida; en una palabra, quiero casarme.

CARL. ¿Tú? te felicito, y aún más á la elegida.

VIZ. Pues la conoces.

CARL. ¡Yo!

VIZ. Sí; y acaso no te hago esta confianza sino con miras interesadas. Hace dos años encontré en algunas sociedades á una joven bella como un sol, pero sin educación, sin... desconocía enteramente los usos del mundo; era casi un objeto ridículo; yo era el único que, no sé por qué, la había defendido algunas veces... á lo mejor desapareció; de entonces acá apenas me había vuelto á acordar de ella, cuando este año la vuelvo á ver en los baños... figúrate, amigo mío, la gracia, la elegancia personificadas, y, sin haber perdido su primitiva sencillez

y candor, un entendimiento claro, cultivado. Dos años de educación esmerada y de estudio habían llevado á cabo este prodigio; y, lo que más me ha llegado al corazón, es que se me ha figurado que el deseo de parecerme bien ha tenido alguna parte... no lo puedo dudar.

CARL. ¿Es posible?

VIZ. Sí; eso, y la bondad, el esmero de tu tía...

CARL. ¿Es mi prima? ¿Isabel?

VIZ. La misma.

CARL. ¿Y piensas en casarte con ella? Tú, joven, rico, de ilustre cuna.

VIZ. ¿Y por qué no?

CARL. ¡Ah! querido vizconde, nunca me hubiera atrevido á desearle á mi prima un enlace tan ventajoso. Debo, sin embargo, franquearme contigo. Mi tío, á quien el trabajo y el comercio han elevado á una fortuna colosal; mi tío, que es en el día uno de los primeros negociantes de Madrid, ha empezado su carrera por ser en Sevilla mozo de una tienda, y nada más.

VIZ. No lo sabía, y ahora no me perdonaré nunca de haberme reído de él: para empezar de ese modo y acabar así, es preciso algún mérito indudablemente. En adelante le respetaré.

CARL. ¿Esa circunstancia no altera tu resolución?

VIZ. ¿Te chanceas? ¿No somos compañeros? ¿no hemos estudiado juntos?

CARL. Pero tu familia acaso...

VIZ. Mi familia piensa como yo. En el día, amigo mío, el comercio, la industria, la riqueza, el talento, la cuna, todas son aristocracias; se dan la mano. ¿Quién gobernará mañana, quién mandará? Un grande, un procurador, tú, yo, si nuestro talento nos da aptitud: en el día no hay más que dos clases en la sociedad: los que tienen educación y los que no la tienen; esos son los únicos enlaces desiguales, esos son los desgraciados. Por consiguiente, y gracias al mérito que se ha sabido crear tu prima, no estamos en ese caso, y aquí me tienes con mi pretensión, que traía escrita por más señas.

CARL. ¡Querido amigo!

VIZ. Espero que mi ejemplo te anime, y que lanzarás lejos de tí esas ideas melancólicas y sombrías... haz, como yo, una buena elección y una buena boda. Eso te distraerá

CARL. ¿Yo? ¡qué diferencia! es imposible... (*Suspirando.*) No hay felicidad para mí.

VIZ. ¿Y por qué?

CARL. ¡Ah! si supieses... si yo pudiera confesarte... ¡Silencio! (*Mirando á la puerta.*) Aquí tienes á mi familia... te dejo con ella.

ESCENA V

DON COSME, DOÑA ANA, EL VIZCONDE, CARLOS

ANA. Mil perdones, vizconde; le he hecho á usted aguardar... no esperaba visitas tan temprano...

VIZ. Efectivamente; yo soy el que debo disculparme. .

ANA. Todo lo contrario: nos trata usted como amigos. Mi esposo me lo decía ahora mismo: debemos estar agradecidos...

VIZ. ¡Señor!...

COSME. Usted es muy amable. (Es mucha mujer; ella me hace decir siempre mil lindezas, sin que á mí me cueste trabajo pensarlas.)

ANA. (*Viendo á Carlos, que ha cogido su sombrero.*) Adiós, Carlos; ayer te esperábamos para comer, y no viniste; nos tuviste con cuidado.

CARL. ¡Querida tía!

COSME. ¿No te lo decía yo? (*A Carlos.*) Maldito si yo te entiendo jamás. Lo mismo que por la noche: yo contaba contigo para que la acompañases al baile... y nada.

CARL. Me fué imposible.

COSME. ¡Imposible! Y poco después doy el brazo á mi mujer, que iba hecha un cielo por cierto, y me veo al caballerito á diez pasos de nosotros en medio de la calle, con el agua que caía, viéndola subir al coche. ¿Y todo para qué? para irse luego con el señor vizconde á suspirar y gemir á la ópera.

CARL. No lo creáis.

ANA. Y aun cuando eso fuese... (*Esforzando una sonrisa.*) ¿qué habría de malo? ¿me crees tan severa por ventura? Carlos, en siendo tú feliz, no deseo yo otra cosa. Esas son cuentas (*Señalando al vizconde.*) por consiguiente del señor; ahora, en teniendo penas, las reclamo; tengo derecho á ser tu confidenta; este es el privilegio de las tías, no sirven para otra cosa.

CARL. ¡Señora!

COSME. Así, así; ¡si has de ser el hijo de la casa! en atención á que yo no he tenido ninguno de mi mujer, lo cual no es culpa mía.

ANA. ¡Cosme!

COSME. Lo digo, porque pudiera creerse ..

ANA. (*Apresurándose á interrumpirle.*) Vizconde, ¿nos hará usted el favor de comer hoy con nosotros?

VIZ. Señora, será para mí una felicidad.

COSME. Bueno, é irán ustedes hoy al teatro. Supongo, Carlos, que hoy acompañarás á tu tía.

ANA. Acaso tendría más gusto en ir á la ópera; yo no voy á la ópera esta noche.

CARL. Seguramente no lo cree usted como lo dice.

COSME. Me alegro, porque en la ópera... francamente, me duermo.

ANA. Carlos, ¿quieres decir que vayan por un palco?

CARL. Iré yo mismo, si usted gusta.

VIZ. Abajo tengo mi coche; puedo llevarte.

CARL. (*Bajo al vizconde.*) ¿Y tu pretensión?

VIZ. (*Id. á Carlos.*) No me atrevo delante de tu tío.



CARL. Vamos, pues.

VIZ. (*A doña Ana.*) Creyendo que no estaría usted visible tan temprano, me había tomado, señora, la libertad de escribir á usted...

COSME. ¿Eh?

VIZ. Y á usted, señor don Cosme, acerca de un asunto que me interesa sobremanera.

COSME. ¿Asunto para mí?

VIZ. Quiero, pues, dejar á ustedes en libertad para que lo piensen detenidamente. Ahí está; á mi vuelta sabré la respuesta. Vamos.

ESCENA VI

DOÑA ANA, DON COSME

ANA. ¿Qué significa esto?

COSME. Para tí es el sobre: no acostumbro á leer las cartas de mi mujer; dicen que es malo.

ANA. (*Con alegría.*) ¿Qué es esto? ¿quién hubiera imaginado? pide la mano de Isabel.

COSME. (*De mal humor.*) ¡Oiga!

ANA. (*Asombrada.*) ¿No te llena de gozo como á mí la idea de un enlace tan ventajoso?

COSME. ¡Maldito!

ANA. ¿Y por qué?

COSME. No te diré que tengo antipatía á los señores; esto sería una necedad, porque al fin un hombre vale siempre tanto como otro hombre. En todas las clases hay hombres de mérito; y, en resumidas cuentas, no es culpa suya si es vizconde; pero sí te diré que mi sobrina puede contar con un dote de veinticinco mil duros lo menos, que le tengo apartado; y ¡pardiez! que no me he tomado yo el trabajo de atesorarlos para enriquecer á un extraño.

ANA. Es que el vizconde es rico.

COSME. El ú otro, ¿qué más me da? no es uno de los míos, y yo quiero que lo que he ganado con el sudor de mi frente no salga de la familia; es suyo, les pertenece, y lo tendrán. No conozco más que un marido que pueda convenirle á Isabel: Carlos, mi sobrino.

ANA. ¿Carlos?

COSME. ¿Dónde hay un muchacho más honrado, de mejor índole, más juicioso, más valiente? ¡No quieres que dé Isabel á mi sobrino!

ANA. Sí, esposo mío, sí; me parece muy natural, (¡pobre Carlos!) pero...

COSME. Pero, pero... ¿qué diablos de objeciones me vas á hacer? ¡Es posible que en quedándonos solos siempre has de hacer la oposición! Sólo delante de gentes eres ministerial. Pues, no hay más; ese ha sido siempre mi plan, y si no te lo he dicho antes, es porque hace tiempo que he notado una cosa que me aflige por cierto.

ANA. ¿Qué cosa?

COSME. Tú sabes cuánto quiero á Carlos; es mi consuelo, mi apoyo; después de tí, es la persona que más quiero en el mundo. Ya se ve, como tú eres buena y amable, le quieres porque yo le quiero, por darme gusto, pero no es eso lo que yo quisiera.

ANA. ¿Qué dices?

COSME. En una palabra, te cuesta trabajo; ¡no parece sino que tienes miedo de agasajarle, de manifestarle cariño! A veces le tratas con cumplimiento, y aún á veces mal; sí, señor, mal.

ANA. ¡Yo!

COSME. Te lo probaré; por ejemplo, no pudiendo yo abandonar mi casa y mis negocios, deseaba que él te hubiese acompañado en tu viaje; tú preferiste ir sola con tu sobrina y una doncella. Yo no te quise contradecir, pero fué para mí un sentimiento, y para él también.

ANA. ¿Para él?

COSME. ¡Voto va! él no gasta parola; no dice frases, no dice nada; pero allá en sus adentros ya sé yo que nos quiere... á los dos. Mientras yo he estado malo, él se ha puesto á dirigir la casa; y ¡pardiez! aunque no era esa su carrera, lo hacía mejor que yo; mejor: al cabo tiene sobre mí la ventaja de la poca edad, de la actividad... ¡y qué celo! Pues ¿y para contigo? no digo nada. Siempre á tus órdenes: se dejaría él matar por alcanzarte un billete para la ópera ó para un baile. Y eso, eso es lo que necesitamos para ser felices; eso vale algo más que un extraño, que un desconocido. Está resuelto; y, supuesto que hemos hablado de esto, hoy mismo es preciso que empieces á darle á conocer nuestros planes.

ANA. (*Turbada.*) ¡Yo!

COSME. Tú. ¿Quién mejor?... El no se opone nunca á tus deseos; á tí te será más fácil que á nadie persuadirle.

ANA. (*Turbada.*) Probaré al menos.

COSME. Es preciso; sino creeré que tienes un interés decidido en proteger al vizconde.

ANA. ¿Pudieras creer?...

COSME. ¡Oh! Sí; tú siempre te has inclinado á los señores; ya se ve, la cabra tira al monte. Pero yo, que no tengo nada que ver con ellos...

ANA. ¡Esposo mío!

ESCENA VII

Dichos; CARLOS, pensativo, y hacia el fondo

COSME. Ahí le tienes; siempre pensativo, siempre triste. ¿Qué diablos tiene? Carlos...

CARL. (*Volviendo en sí.*) ¡Ah! tío.

COSME. Acércate; tu tía tiene que hablarte.

CARL. (*Con viveza.*) ¿De veras? aquí estoy.

COSME. (*Sonriéndose.*) ¡Hola! parece que eso te ha sacado de tu letargo. Yo tengo que dar algunas instrucciones á mi cajero, que marcha dentro de poco.

CARL. Lo sé. Para esa empresa que piensa usted establecer en la Habana.

COSME. Precisamente.

CARL. Bonita especulación; bien manejada sobre todo.

COSME. Así lo espero. Pero tengo entre manos otro proyecto por acá que me interesa más... aquí nos estábamos ocupando de él... pienso en tu porvenir, en tu felicidad. Mi mujer te contará. Ahí te quedas, pues, charlen ustedes. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DOÑA ANA; CARLOS, asombrado y siguiendo con los ojos á su tío

CARL. ¿Qué tiene mi tío?

ANA. ¿Qué tiene? Carlos, quiere casarte.

CARL. ¡Ah! ¿Eso llama él mi felicidad? Espero que no tratarán de hacerme feliz á pesar mío, y como yo no he de consentir...

ANA. ¿Cómo? ¿sin conocer á la que te destinan?

CARL. (*Amargamente.*) No dudo que será rica, joven, amable; en una palabra, perfecta. Pero, sea quien fuere, desde ahora rehuso todo partido. Ni amor, ni matrimonio... jamás. Bien estoy así.

ANA. ¡Tan feliz eres!

CARL. ¿Feliz yo? Soy el más desdichado de todos los hombres.

ANA. (*Con viveza.*) ¿Por qué?

CARL. Ni lo sé. Una fiebre lenta me consume y me mata; sin esperanza, sin porvenir, esta vida, que empiezo ahora á recorrer, me parece acabada para mí.

ANA. ¿Quién, sin embargo, pudiera tener esperanzas más lisonjeras? Estimado, querido de todos, la fortuna te llama .. la gloria acaso, los honores.

CARL. ¡Gloria! ¡honores! ¿Y para qué? ¿A quién puedo ofrecer esos bienes? ¿Quién se interesa por mí?

ANA. ¿Quién? ¿nosotros, Carlos, no somos nadie, tus parientes, tus amigos?

CARL. Sí; yo lo sé, todos ustedes me quieren...

ANA. Pues, si lo sabes, ¿por qué hablar así? no me toca á mí, lo sé, aconsejarte. Pero si mi edad me priva de ese derecho, mi cariño, acaso, me le da. Vamos á ver; confíamelo todo; soy tu tía, tu amiga.

CARL. Bien... sí... su confianza de usted obliga la mía. Usted sola conocerá mi situación. Amo, pero sin esperanza de ser amado, más, sin querer serlo jamás; porque si lo fuese huiría al fin del mundo.

ANA. ¡Insensato! ¿Has podido dar entrada en tu corazón á una pasión culpable?

CARL. ¿Culpable? ¿quién lo ha dicho?

ANA. Las penas que sufres, porque un amor puro y legítimo no proporciona más que felicidades. Pero vuelve en tí, reflexiona adónde puede conducirte un amor semejante.

CARL. ¡Ah! nunca ha amado usted cuando me hace esa reflexión: ¿adónde puede conducirme? á amar, á sufrir, y esos tormentos mismos constituyen la felicidad de mi existencia. Lejos de evitarlos, los busco, los deseo, y, últimamente, mi tío lo ignora: me habían ofrecido un destino, un buen destino, lo he rehusado; era preciso alejarme de ella, era forzoso salir de Madrid.

ANA. (*Conmovida.*) ¡Ah! ¿está en Madrid?

CARL. ¡En Madrid!

ANA. ¿Y no has pensado nunca en su tranquilidad, que podías perturbar... en su vida, que podías llenar de amargura?...

CARL. ¡Ah! señora, si ese amor tan dulce á la par y tan cruel pudiese alterar su tranquilidad... si yo pudiese creerlo... Es imposible, su virtud la coloca sobre mí, y á Dios gracias, yo soy sólo el desgraciado.

ANA. Si lo eres, es porque quieres, porque te entregas sin defensa al peligro, en lugar de huir de él, ó de arrostrarle. Yo no soy más que una mujer, y harto débil sin duda, pero si algún día, por mi desgracia, tuviese que luchar con sentimientos semejantes á los tuyos, lejos de ceder á ellos cobardemente, moriría, tal vez, pero triunfaría. ¿Tendrás tú menos valor? ¿tendré que darte yo lecciones de valor y de energía? Vamos, Carlos, amigo mío, créeme; no hay sentimiento, por profundo que sea, que la razón no pueda subyugar, ¡ni desgracia tan grande que no pueda soportar y vencer nuestro corazón! Yo te ofrezco mi apoyo, mi auxilio, y, si eres lo que creo, si eres digno de mi aprecio, tú seguirás mis consejos.

CARL. Bien. Hable usted.

ANA. Tu tío quiere casarte con Isabel.

CARL. ¿Isabel, mi prima? imposible; la quiere otro, el vizconde mi amigo.

ANA. Es preciso persuadírselo á tu tío.

CARL. Lo haré.

ANA. Otros partidos habrá.

CARL. Jamás para mí: lo he jurado. Nada espero de la que amo, pero le conservaré siempre entero este amor, que ella ignora, y unos juramentos que no ha recibido.

ANA. Enhorabuena. Hay otro medio que asegurará tu tranquilidad, y la suya tal vez..... ese destino que te han ofrecido, y que te aleja de Madrid, es preciso aceptarle.

CARL. ¿Privarme de su presencia? ¡de mi felicidad! ¿qué le he hecho yo á usted para que me dé un consejo de esa especie?

ANA. Sin embargo, es preciso seguirle; sólo así puedes conservar mi amistad: elige.

CARL. Jamás.

ANA. Caballero, le creí á usted digno de mis consejos, le dejo á usted abandonado á sí mismo; nada tengo que decirle. (*Carlos se aleja, echa una mirada al salir á doña Ana, que no le mira; suspira y sale.*) ¡Ah, qué mal proceder!

ESCENA IX

DOÑA ANA

¿Por qué me inquieta su partida? desterremos para siempre su memoria: quiero, sí: (*Se*

sienta.) no puedo... presente le temo; ausente, le echo menos, al verle me sonrojo, su nombre me hace temblar. Sin embargo, nunca me ha dicho que yo... debiera ignorarlo. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Dame fuerzas para resistir; protégeme contra mí misma.

ESCENA X

DOÑA ANA, DON COSME

COSME. Vamos. (*Al paño.*) ¿Qué niñerías son estas?

ANA. ¡Mi marido!

COSME. (*Hablando consigo mismo.*) ¿Los hombres han de ser hombres?

ANA. ¿Qué hay?

COSME. Don Jorge, mi cajero, que, cuando yo le estoy hablando de vinos de Málaga, de azúcar y de café, da en la gracia de enternecerse; casi iba á llorar.

ANA. ¿Por qué?

COSME. Ni me escuchaba pensando en su mujer y en su hijo. ¿Qué diablos? es preciso estar en lo que se hace; además, que hay tiempo para todo. Yo no digo que no sea uno sensible, pero á ciertas horas, acabados los negocios. Aquí me tienes á mí; ya estoy libre. ¿Y qué? ¿has visto á Carlos? ¿Cuándo es la boda? ¿Está ya decidido?

ANA. (*Turbada.*) No del todo, pero espero que...

COSME. (*Alegremente.*) Eso es otra cosa, con tal que al fin se verifique; si ellos no tienen prisa yo tampoco, gracias á una idea que me ha ocurrido.

ANA. ¿Cuál?

COSME. La ausencia de don Jorge me va á sobrecargar de negocios, y he pensado en agregarme mi sobrino, que precisamente está desocupado.

ANA. (¡Dios mío!)

COSME. Me le asocio; vivirá con nosotros, al lado de su prima, de su futura; no se separará ya nunca de nosotros.

ANA. (¡Soy perdida!) ¿Y crees que lo aceptará?

COSME. Estoy seguro; por darme gusto, me ayudará á llevar mi casa, me servirá de compañía continuamente, y en mis ausencias no te quedarás tú sola, él te distraerá, te consolará; ahora sobre todo, has dado también en la flor de hacer la sentimental, y de estar siempre mala, y...

ANA. Es verdad, pero creo que me aliviaría mucho si tuvieses la bondad de concederme lo que tantas veces te he pedido.

COSME. (*Admirado.*) ¿Cómo? ¿Ese proyecto de que me volviste á hablar el otro día?

ANA. Precisamente. Déjame salir de Madrid, déjame ir á pasar algunos meses á nuestra hacienda de Andalucía.

COSME. ¡Qué diablo de idea! ¡Es que cuando las mujeres se empeñan en una cosa! ¡Desde que empezó el invierno le ha tomado una afición al campo! ¡Vaya, Señor! Ya van cuatro veces que viene con la misma canción, ¡y en qué tiempo!... hágame usted el favor.

ANA. No me importa. Todas las estaciones me son iguales.

COSME. Pues á mí no. ¿Acaso puedo yo estar separado todo el año de tí? Pues qué, ¿se me ha olvidado ya el verano? Mi sobrino y yo, aquí solos, ni sabíamos qué hacernos, ni... en este caserón que me parece mayor todavía cuando tú no estás. Adiós sosiego, y felicidad, y... no parece sino que te lo llevas todo contigo.

ANA. (*Enternecida.*) Pues bien, vente conmigo.

COSME. ¿Contigo? Ya se ve que iría, si pudiera, pero ¿y mi comercio, y la casa? ¡Oh! no, no, no. Yo no puedo apartarme de mi casa, y, después de haber trabajado todo el día, necesito verte á mi lado, y hablar, y... Esto me distrae, me alegra; en una palabra, te necesito, no puedo vivir sin tí, es imposible.

ANA. Sin embargo, si me quieres, acabarás por concederme lo que te pido: padezco aquí demasiado.

COSME. Si fuese por tu salud no vacilaría; pero precisamente los médicos han dicho que no te conviene.

ANA. No importa; déjame partir.

COSME. Pero ¿quién diablos te echa de aquí? ¿Qué te obliga?

ANA. Es preciso.

COSME. ¿Y por qué? sepamos.

ANA. Querido esposo, ¿no tienes bastante confianza en tu mujer para?...

COSME. ¿Confianza? ilimitada.

ANA. Entonces no me preguntes más, fíate de mí, y déjame partir.

COSME. No, ¡pardiez! no; mil veces no. Maldito si comprendo un empeño semejante; preciso hay algo aquí. ¡Oh! yo lo sabré, quiero saberlo; lo exijo.

ANA. Imposible.

COSME. ¿Con que hay algo? ¿Y no lo sabré?

Pues bien, no concedo nada, no te separarás de mí.

ANA. (*En la mayor turbación.*) ¡Dios mío! no queda ningún medio, que yo sepa al menos.

COSME. ¿Qué dices?

ANA. Que, sometida á tí, á mis deberes, he creído por espacio de mucho tiempo que no había cosa en el mundo ajena de ellos que pudiese hacerme impresión; me he equivocado. Hay sentimientos que no dependen de nuestro corazón ni de nuestra voluntad, que nacen á pesar nuestro, y contra los cuales no hay defensa, porque cuando una empieza á temerlos han echado ya raíces.

COSME. ¿Cómo?

ANA. No; no es decir que debas alarmarte, ni que este corazón haya dejado nunca de ser tuyo; es tuyo, sí, por deber, por gratitud, por... y á Dios gracias soy digna de tí, nada tengo que echarme en cara, pero acaso no pudiera decir siempre otro tanto. Tú eres mi mejor amigo, mi guía, mi protector... permíteme que ceda á unos temores infundados acaso, pero que suscita en mí la conciencia de mis deberes y el cariño que te tengo.

COSME. ¡Santo Dios! ¿Qué acabo de oir? ¿Amarías á otro?

ANA. (*Bajando los ojos.*) No, no; pero temo... No sabe... no lo sabrá jamás. (*Con viveza.*) Y para afianzarlos más, quiero huir.

COSME. ¿Y ese hombre quién es? ¿Quién?

ANA. ¿Qué te importa?

COSME. ¿Y por qué le amas?

ANA. No he dicho eso.

COSME. Pero yo lo sé, lo creo, (*Fuera de sí.*) estoy seguro, era preciso haberlo impedido, no haberlo sufrido jamás, dominarse, vencerse; siempre es uno dueño de sí mismo.

ANA. ¿Lo eres tú en este momento?

COSME. ¡Voto va! ¡Eso es otra cosa! no es amor lo que yo tengo, es ira, es rabia; contra tí, contra todo el mundo.

ANA. ¿Qué más he podido hacer yo sin embargo? ¿He hecho mal en confiarme á tí? ¿en recurrir á mi marido? ¿en implorar su protección?

COSME. No, no; eso no, has hecho bien, sí. Yo soy quien pierdo la cabeza... aunque jamás se haya hecho á un marido semejante confesión, te creo, eres virtuosa, te estimo, te respeto. A él solo es á quien aborrezco. ¿Cómo se llama? ¿quién es? nómbramele, su nombre. ¡Oh! estoy seguro de que le conozco, de que le detesto, de que le he abominado siempre, y si le encuentro...

ESCENA XI

Dichos, RODRIGUEZ

ROD. (*Anunciando.*) El señor vizconde de Miralta.

ANA. ¡El vizconde! ¡Ah, Dios mío! vendrá por la respuesta.

COSME. En eso estamos pensando. ¡Que se vaya!

ANA. ¿Qué haces? Una grosería; imposible, pero, ¿cómo recibirle ahora, cómo disculpar?... En este momento, suplícale que espere en la sala. (*A Rodríguez.*) Dile que voy allá, que una ocupación... que me estoy vistiendo.

ROD. Bien, señora, bien. (*Vase.*)

COSME. ¡Cuántos cumplimientos para un vizconde! (¡Ah! ¡qué idea! si fuese... los baños... El es, sí, estoy seguro.)

ANA. ¿Qué tienes?

COSME. Nada, absolutamente nada; déjame, éntrate ahí. (*Doña Ana va á salir por la puerta del foro, don Cosme le señala la de la derecha.*) No, ahí, á tu cuarto.

ANA. Pero ¿qué significa esto?

COSME. (*Conteniendo su cólera.*) Quiero que me deje usted; lo exijo, lo mando.

ANA. ¡Ah! me haces temblar; obedezco, obedezco.

ESCENA XII

DON COSME

Sí, sí, es él, debe ser él, yo lo sabré: le insultaré delante de todo el mundo, si es preciso; le preguntaré por qué quiere á mi mujer, por qué es correspondido. ¡Oh! no temo el ruido, me es igual, necesito escándalo; y, si se ofende, le mataré, ó me matará él á mí. Está en mi casa, está aquí, espera á mi mujer. No será ella quien reciba su visita: yo, yo. (*Da un paso para salir, y entra Carlos.*) ¡Mi sobrino!

ESCENA XIII

CARLOS, DON COSME

COSME. ¡Cielos!

CARL. ¿Qué tiene usted?

COSME. ¡Oh, cómo deseaba verte y abrazarte...! Adiós, adiós.

CARL. ¿Adónde va usted?

COSME. A vengarme.

CARL. ¿De quién? Por Dios modérese usted, no dé usted una campanada, no provoque un escándalo. ¿Quién le ha ofendido? Hable usted.

COSME. ¡Ah! bien quisiera; pero no puedo, no me atrevo... sí, bien, ¿á quién pediré consejo? ¿á quién confiaré mis penas, sino á mi mejor amigo?

CARL. ¡Penas! ¿Y quién las causa?

COSME. ¿Quién sino la persona que amo más en el mundo? ¡mi mujer! ¡Tú sabes si la quiero...! Pues bien... en este matrimonio, en



esta intimidad nunca he tenido un solo instante de completa felicidad... nunca he podido mirarla como mi igual... No sé qué especie de respeto y de superioridad me aleja de ella y me impone... Ni á amarla me atrevo, y por colmo de mi desgracia... yo mismo, á pesar del estudio que ponía en agradarme, he conocido mil veces que no es dichosa, que se avergüenza en el mundo de su marido...

CARL. ¿Qué dice usted?

COSME. Sí, y esa es mi desesperación, el haber de conocer yo mismo que le soy inferior, que no la merezco... ¿Por qué la han sacrificado...? ¿Por qué me la han vendido? Yo hubiera encontrado entre mis iguales una compañera educada como yo, una mujer de mi clase que nunca me hubiera despreciado.

CARL. ¡Qué idea!

COSME. Que me hubiera estimado y respetado, querido tal vez.

CARL. ¿Y qué puede usted pedirle á la que ha escogido? ¿Puede usted dudar por ventura de su cariño?

COSME. Sí, Carlos, sí; dudo: hoy dudo; ni ¿cómo pudiera ser de otra manera? Me contemplo á mí mismo, y me hago justicia. En esa sociedad que la rodea todos tienen otra educación, otro talento, otro... ¡qué sé yo! ¿No son todos jóvenes más amables que yo? ¡Voto va!

CARL. ¿Y puede usted suponer que su mujer... que la virtud misma fuese capaz de engañarle...?

COSME. ¡Engañarme! No es eso lo que quiero decir... antes me quejo de su franqueza. ¿Por qué ha tenido tanta confianza, ó por qué no la ha tenido completa? Sí; porque... ella ha sido, (*A media voz.*) ella misma, la que me ha confesado... ahora... que prefiere, que ama á otro.

CARL. (*Fuera de sí.*) ¿Qué oigo? ¡Cielos! ¿Y lo ha sufrido usted, y lo sufre usted todavía?

COSME. Carlos, tú, que hace poco me encargabas la moderación...

CARL. Es que yo soy quien debe castigar semejante ultraje.

COSME. (*Deteniéndole.*) ¡Carlos, amigo mío!

CARL. Déjeme usted. ¡Estoy furioso!

COSME. No saldrás de aquí... lo exijo; lo mando.

CARL. Es inútil... su nombre nada más... su nombre.

COSME. He ahí precisamente lo que yo no sé... lo que se ha negado á confesarme. Pero sospecho que es el vizconde.

CARL. ¡El vizconde!

COSME. A eso salía cuando has entrado; á averiguarlo, á hacérselo confesar á él mismo.

CARL. ¿Qué dice usted? ¿Iba usted á comprometer á su mujer? Por otra parte, es un error. El vizconde tiene otras miras, lo creo al menos... ¿Y por parte de mi tía qué motivos tiene usted para sospechar...?

COSME. Escucha... Es un hombre á quien teme... de quien quiere huir... Ya varias veces antes de ahora me había hablado de un viaje... pero de una manera vaga, sin insistir... Pero hoy ha sido con empeño... me lo ha rogado... ¡al instante, dice...! Preciso es, pues, que hoy mismo, esta mañana, hace poco, la presencia de alguien haya dispertado esos sentimientos en su corazón y la haya decidido á hacerme una confesión de esa especie.

CARL. ¡Cielos!

COSME. ¿Tú sabes acaso...?

CARL. No, nada.

COSME. Pues bien, yo lo sabré... Preciso será que me lo diga; de lo contrario, infeliz... No me conoce.

CARL. Por Dios, cálmese usted.

COSME. Dices bien: podría echarlo todo á perder, conozco que yo no haré más que desatinos. Pero tú, tú que eres nuestro amigo, tú tendrás acaso más ascendiente, más talento... es preciso que la hables.

CARL. ¡Yo!

COSME. Por su mismo interés, aconséjala que me lo diga; si cede, no hay cosa que yo no pueda hacer por ella; pero si se resiste, hazle ver que la paz de nuestro matrimonio, que nuestro porvenir, que toda nuestra felicidad pende sólo de eso. En fin, Carlos, fío en tí, arréglalo lo mejor que puedas... ¿Me lo prometes? ¿sí...? adiós, Carlos, adiós. (*Se entra por la izquierda.*)

ESCENA XIV

CARLOS

¡No puedo explicarme lo que pasa por mí! Pero, á pesar mío, se ha deslizado una idea en mi corazón, una idea que me haría el más feliz de todos los hombres, ó acaso el más desgraciado. No, no, no es posible... ¡no quiero pensar en ello! ¿Yo criminal? Jamás; yo propio me daría el castigo. ¡El exceso mismo de mi felicidad me mataría! (*Va á salir á tiempo que entra doña Ana.*) ¡Es ella!

ESCENA XV

DOÑA ANA, CARLOS

ANA. ¡Yo muero de impaciencia!... Mi marido... Es preciso verle... ¡Cielos! ¡Carlos! (*Dejándose caer sobre un sillón.*) ¡Dios mío!

CARL. Señora, ¿qué tiene usted?

ANA. Nada... no quiero nada... quiero estar sola.

CARL. ¿Cómo he de abandonarla á usted en ese estado?

ANA. No tengo nada; (*Esforzando una sonrisa.*) acababa de tener con tu tío una explicación, en la cual la razón estaba sin duda de su parte.

CARL. No creo...

ANA. (*Admirada.*) ¿Quién te ha dicho?...

CARL. El mismo, que acaba de confiarme la causa de sus penas.

ANA. ¿A tí...? ¡Santo Dios! (*Conteniéndose y procurando disimular.*) Espero, Carlos, que conociendo, como yo, el genio de tu tío, y sus arrebatos, no darás crédito á ideas cuya falsedad no tardará él mismo en conocer.

CARL. Señora, sólo creo que usted merece el respeto del mundo entero, y que es usted la misma virtud.

ANA. ¡Ah! estoy lejos de merecer esos elogios.

CARL. Y muchos más todavía.

ANA. ¿De qué lo sabes?

CARL. Todo lo demuestra... todo lo prueba... y yo, por mi parte, muy otro ya de lo que era esta mañana, probaré en lo sucesivo, no á igualarla á usted, eso fuera imposible... pero al menos á imitarla, á seguir de lejos sus huellas.

AÑA. ¿Qué dices?

CARL. Que ahora ya puedo morir, he agotado en un solo instante toda la felicidad que podía experimentar en la tierra... nada tengo ya que desear, nada que envidiar. Dígame usted solamente que mi corazón ha adivinado el suyo.

ANA. (*Levantándose espantada.*) ¡Ah! ¿Habrá vendido mi secreto?

CARL. No... ese secreto le pertenece á usted todavía. Nada ha dicho usted; nada sé... he podido equivocarme en tanto que vuestros labios no han destruído ni confirmado mis sospechas, pero, sea cual fuere su fallo, todo lo olvidaré, lo juro... todo... excepto el honor y la gratitud.

ANA. Pues bien, pruébamelo.

CARL. Dócil á las órdenes de usted, las espero.

ANA. Esta mañana me decías: «Si fuese amado, huiría al fin del mundo.»

CARL. Lo he dicho; es cierto.

ANA. Partid.

CARL. (*Arrojándose hacia ella.*) ¡Ah! ¿Qué acabo de oir?

ANA. Ni una palabra más, conozco mis deberes, tú conoces los tuyos. Cualesquiera que sean mis órdenes, me has prometido obedecerme, y, si fueses capaz de vacilar un solo momento, dejarías de ser temible para mí.

CARL. Obedeceré. No hay sacrificio de que no me sienta capaz. Tengo felicidad bastante ya para toda mi vida. Mi tío...

ESCENA XVI

Dichos, DON COSME, y luego EL VIZCONDE é ISABEL

COSME. (*A Carlos.*) ¿La has hablado? ¿La has decidido á no tener secretos para mí?

ANA. Sí; estoy decidida: todo lo sabrás.

COSME. ¡Ah! querido Carlos, ¡qué agradecido debo estarte! En cambio te prometo cuanto exijas: habla, dicta condiciones. Sepa yo su nombre, y consiento en todo...

ANA. ¡Bien! Tus sospechas se habían fijado en el vizconde.

COSME. Cierto... y todavía...

ANA. Silencio: él es. (*Entra el vizconde dando la mano á Isabel.*) Para probarte hasta qué punto estabas equivocado, y para desvanecer completamente en tu imaginación semejantes ideas, exijo en primer lugar que consientas en su boda con Isabel, á quien ama, y de quien es amado.

COSME. ¿Yo consentir?

ANA. ¿Empiezas ya á faltar á tu palabra?

COSME. No; pero eso es cuenta de mi sobrino, á quien yo la destino, y que no sufrirá jamás, según creo... (*El vizconde mira á Carlos, que le coge la mano y le tranquiliza.*)

ANA. Carlos me ha dado ya su consentimiento. Pregúntale sino.

COSME. ¿Es posible?

CARL. Sí, querido tío. (*Bajo al vizconde.*) ¿No te lo dije?

VIZ. (*A Carlos.*) ¡Querido amigo!

ISAB. ¡Carlos!

COSME. (*A Carlos.*) ¿Y tú también? Puesto que lo he prometido, y que se abusa de esta manera de mi palabra...

CARL. Para hacer felices á dos amantes.

COSME. Enhorabuena, que lo sean, si pueden. Quedándome mi sobrino, ¡me consolaré!... (*A doña Ana.*) ¿Es eso todo?

ANA. No, no es Isabel la única persona por quien tengo que hablar. Tengo que pedir para Carlos.

COSME. ¿Y por qué no habla él mismo?

ANA. No se atreve, y me ha dado á mí esa comisión.

COSME. (*Asombrado.*) ¿No se atreve?... ¿Qué diablos?

ANA. Es natural que á su edad busque medios de instruirse, de ver mundo; hace tiempo que tiene proyectado un viaje.

COSME. (*Furioso.*) ¿Cómo? ¿Más viajes? ¿Qué quiere decir esto?

ANA. He ahí lo que le impedía hablar, el temor de incomodarte; sin embargo, ese es el secreto que le hace desgraciado, y, si le quieres, no te negarás por más tiempo á sus ruegos, y á los míos.

CARL. Sí, tío mío; es preciso: y si me negáis esa gracia...

COSME. ¿Te atreverías á marcharte á pesar mío? (*A media voz.*) ¿Cómo, Carlos, quieres abandonarme? ¿y tú has podido concebir una idea semejante? ¡Voto va! ¡qué va á ser de mí! (*Mirando á doña Ana.*) ¿A

quién confiaré mis penas? ¿Qué significa esa comezón de viajar, ese vago deseo de ver tierras? ¿Hallarás otra en que seas más querido que en ésta? ¿por ventura yo y tu tía no te sabemos hacer feliz? Enhorabuena; aumentaremos nuestro cariño: sólo te pido en cambio, Carlos, que permanezcas á mi lado; quédate, hijo mío, quédate.

CARL. ¡Ah, querido tío!

COSME. ¡Cede! ¡Se enternece! (*Al vizconde y á Isabel.*) Amigos míos, ayudadme. (*A doña Ana.*) Y tú también, estás ahí sin decir nada; no parece sino que tienes deseos, interés en que se vaya.

CARL. No insista usted, tío mío; mientras más me abrume usted de bondades, más conozco que debo ratificarme en mis proyectos.

COSME. ¡Qué dices!

CARL. No tengo otro modo de pagar sus beneficios; este viaje no será inútil para usted. En lugar de un dependiente, en lugar del cajero don Jorge, que nunca podrá mirar con grande interés sus especulaciones de usted, yo seré el que las haré prosperar. Yo iré en su lugar.

COSME, ANA é ISABEL. ¡Cielos!

COSME. ¡Quieres ir hasta la Habana!

CARL. Sí, señor.

COSME. ¡Y los peligros de la travesía! ¡y la mudanza de clima! ¡si cayeses enfermo!

CARL. ¡Qué importa! (*Con alegría.*) (¡Soy amado!)

COSME. Y aunque te librases de tantos riesgos, dentro de algunos años, á tu vuelta, si el médico tenía razón, acaso ya no me encontrarás.

CARL. ¡Qué dice usted!

ESCENA XVII

Dichos, RODRIGUEZ

ROD. (*A don Cosme.*) Señor, don Jorge me envía á decir á usted si tiene alguna otra cosa que mandarle: la silla de posta está abajo enganchada y pronta á partir.

CARL. (*A Rodríguez.*) ¿Y don Jorge, dónde está?

ROD. Abajo con su mujer, que llora y se desespera.

CARL. (¡Otro más á quien hacer feliz!) (*A Rodríguez.*) Dile que se quede... que yo voy en su lugar. Aun es hora; con la misma silla iré á mudar el pasaporte, y que me envíen á Cádiz mi equipaje.

ROD. ¡Usted, señorito!

CARL. Anda aprisa. (*Vase Rodríguez.*)

COSME. ¡Es decir que no hay modo de detenerte!

CARL. Adiós... (*Tendiendo la mano á todos.*) quédese aquí cuanto me interesa, cuanto me es caro.

ANA. Carlos, eres un hombre de bien.

COSME. ¡Pardiez! ¡Y quién lo duda! (*Mirando á doña Ana, que se vuelve.*) ¡Ah! ¡ella también llora! ¡gracias á Dios! Pensé que le veía marchar tranquilamente sin echar una lágrima.

CARL. (*A don Cosme.*) ¡Adiós, tío mío, padre mío!

COSME. ¡Ah! ¡ingrato! (*Vuelve la cabeza hacia Isabel y el vizconde, y se aparta con ellos mientras que Carlos se acerca á doña Ana.*)

CARL. (*A doña Ana.*) ¿He cumplido con mi deber?

ANA. Sí. (*Don Cosme se sienta en un sillón, abrumado de dolor, y el vizconde é Isabel á su lado tratan de consolarle.*)

CARL. A usted lo debo, (*Con gozo.*) y parto feliz sin remordimientos. (*Doña Ana le tiende la mano.*)

CARL. (*Cogiendo su pañuelo.*) ¡Ah! Está empapado en sus lágrimas; nunca me separaré de él, ¿lo consiente usted? (*Doña Ana abandona el pañuelo. Carlos le oculta en su seno y corre hacia el fondo.*) ¡Adiós, no me olviden ustedes, y sean felices! (*Vase, y salen tras de él Isabel y el vizconde.*)

COSME. (*Tendiéndole los brazos.*) ¡Carlos! ¡hijo mío! ¡Oh! ¡Ya partió! (*Queda solo con doña Ana; después de una ligera pausa se levanta y se acerca á ella.*) Tú lo has querido; he obedecido en todo, he consentido en su boda, más aún, en esa partida. Ahora, te toca á tí, reclamo tu palabra. Su nombre. (*Con cólera reconcentrada.*) ¿Quién es ese hombre? (*Se oye el ruido de un carruaje en el patio que arranca: este ruido estremece á don Cosme, que se pone una mano en el corazón.*) Habla, su nombre. ¿Dónde está?

ANA. (*Tendiendo los brazos hacia la parte donde se ha oído el carruaje.*) ¡Ya ha marchado! (*Don Cosme lanza un grito y esconde la cabeza entre sus manos.*)

FIN DE LA COMEDIA



TU AMOR Ó LA MUERTE

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

PERSONAS

M. MONVEL, agente de negocios
CLOTILDE, su mujer
SAUVIGNY
HORTENSIA DE VARENNES, viuda joven
FERNANDO DE RANCE, su hermano

La escena es en Ruan.

ACTO UNICO

El teatro representa una sala de una fonda. Puerta en el fondo. A cada lado, en primer término, puertas numeradas. Más allá de la puerta, á la derecha del actor, un balcón largo que se ve de adentro. Entre el balcón y la puerta una papelera. Cerca de la puerta de la izquierda una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

MONVEL, CLOTILDE. (Acaban de almorzar: un mozo les sirve.)

MON. Decididamente, querida mía, cada vez me alegro más del rodeo que hemos dado por venir á esta hermosa ciudad de Ruan, que no habías visto. Estas fondas del muelle no tienen nada que envidiar á las más lujosas de París. Salones bien adornados, hermosas vistas, y muy bien servidos. ¡Excelente almuerzo! (*Bebe, y al dejar la taza echa de ver que Clotilde está distraída y no toca á la suya.*) ¿En qué piensas?

CLOT. (*Volviendo en sí.*) ¡Yo! en nada. Dime, ¿á qué hora nos pondremos mañana en camino?

MON. He dispuesto que nos tengan prontos los caballos para las ocho: por consiguiente tenemos toda una noche para descansar. Pero eso no explica la causa de tu distracción. ¿Estás triste?

CLOT. No; no tengo nada.

MON. ¡Oh! sí, sí. Se me figura que tu tristeza empezó dos ó tres días antes de nuestra partida de Bolonia. Me parece, sin embargo, que yo hago cuanto está de mi parte por distraerte: te gusta viajar, y todos los veranos emprendemos un viaje... este año hemos ido á tomar los baños de mar en Bolonia: el año pasado fuímos á Italia: hace dos años á las aguas de Bañeras.

CLOT. (*Con viveza.*) ¡Oh! por Dios, te suplico que no me recuerdes nunca las aguas de Bañeras.

MON. Dices bien, ese recuerdo no me es menos doloroso que á tí. ¡Cada vez que me acuerdo de aquel pobre joven, con quien me iba yo por las mañanas á buscar plantas raras por la sierra, y á quien llegué á cobrar un afecto tan sincero...!

CLOT. ¡Qué fin tan desgraciado!

MON. ¡Y tan necio! ¡matarse, y sin saberse por qué!

CLOT. A mí me aseguraron que una pasión.

MON. ¡Mayor necedad aún!

CLOT. ¿Qué?

MON. ¡Digo que esa es mayor necedad!

CLOT. ¡Ah! porque no comprendes toda la extensión de ese sacrificio. Tú no serías capaz de matarte por una mujer.

MON. ¡En mi vida!

CLOT. ¡Ni aun por la tuya!

MON. Mucho lo sentiría á lo menos, y ella también me parece. Porque al fin yo les pondría un dilema á esos locos... O la mujer á quien quiero ha de sentir mi muerte, y en ese caso soy demasiado galante para darle semejante sentimiento, ó mi muerte ha de serle indiferente, en cuyo caso es preciso ser muy necio para proporcionarla una diversión tan cara.

CLOT. Todo eso estuviera bien, si el que quiere de veras pudiese razonar.

MON. ¿Y por qué no? Por lo mismo que quiero á mi mujer y á mis hijos, me hago otra cuenta muy distinta, y digo para mí: «Más útil les he de ser viviendo que después de muerto, y por lo tanto vivamos.» Vamos á ver, á tí, por ejemplo, ¿qué te falta? ¿Hay en todo París una sola mujer de un agente de negocios más feliz que tú? ¿No está siempre á tu disposición la llave de mi gaveta? No faltas á los teatros, te abonas á la ópera, asistes á los bailes.

CLOT. No digo que no...

MON. Tienes quien te sirva, quien adivine tus pensamientos. Tu marido es tu primer criado. En una palabra, querida mía, ¿no es verdad que no acertarías á vivir sin mí? Por mi parte te confieso que si llegases á enviudar, lo sentiría aún más por tí que por mí.

CLOT. Nunca he dicho que no seas excelente marido ..

MON. En eso fundo mi vanidad: por lo tanto, no hablemos más del asunto: mira, para disipar tu tristeza ven á disfrutar de esta hermosa vista, y á respirar el aire fresco del río. (*Abren el balcón y sale afuera.*)

ESCENA II

MONVEL, en el balcón; CLOTILDE, FERNANDO

CLOT. (*Viendo á Fernando, que aparece en el fondo con una carta en la mano.*) ¡Dios mío!

FERN. (*En voz baja.*) ¡Chis! (*Le enseña la carta, suplicándola con los ademanes que la reciba.*)

CLOT. ¡Otra vez!

MON. (*Volviéndose.*) ¿Qué? (*Fernando ha desaparecido.*) ¿Hablabas conmigo?

CLOT. (*Turbada.*) ¡Yo! te preguntaba si veías...

MON. (*Siempre en el balcón.*) Sí, estaba mirando un carruaje que ha venido por el camino de París, y que ha parado á la puerta de la fonda: aguarda... una señora se apea... ¡buena traza! (*Saca su anteojo.*) Veamos... ¡Hola! ¡diantres! se me figura... sí, ella es. ¡Ah, ah, ah! á qué no sabes ..

CLOT. ¿Quién?

MON. ¡Qué agradable sorpresa! imposible que adivines...

CLOT. (*Queriéndose asomar.*) Acaba. ¿La conozco?

MON. Yo lo creo; una compañera de colegio, una viudita...

CLOT. ¡Hortensia!

MON. ¡Cabal! á lo menos tal me parece.

CLOT. ¡Es posible! ¿Qué vendrá á hacer á Ruan, sola?... ¡Querrá que la vean! si yo supiera... iría...

MON. Deja; parece muy ocupada en hacerse cargo de sus efectos. ¡Oh! soy demasiado galante para dejarla... Voy á ver si es ella efectivamente, y te la traigo.

CLOT. Espera: ¡te vas! iremos...

MON. ¡Esa es buena! ¡Tienes miedo! ¿á qué has de venir? ¡Y si no es! Vuelvo. (*Sale corriendo.*)

ESCENA III

CLOTILDE, después FERNANDO

CLOT. ¡Me deja sola! Y si viene el otro entretanto... ¡Dios mío! ¡aquí está ya!

FERN. (*Después de haber registrado con la vista el paraje por donde se fué Monvel, y entrando precipitadamente.*) Por piedad, señora, dígnese usted recibir esta carta.

CLOT. No, caballero, no; jamás. Seguramente no sé cuándo he dado lugar á un paso...

FERN. Fuerza era escribir á usted, señora, puesto que se negaba á escucharme. Llego á Bolonia pocos días antes de su partida, tengo la dicha de hallar ocasiones en que hablar á usted á solas, y usted burla constantemente mis esperanzas, eludiendo una explicación... Asombrado de esta partida precipitada, todo lo que he podido hacer ha sido buscar un caballo, y seguir desde Bolonia su carruaje de usted.

CLOT. Lo sé, caballero; le he visto á usted, y me ha parecido muy mal... seguramente, caballero, no puedo comprender la conducta de usted, ni menos las esperanzas que ha concebido.

FERN. Mi conducta dice usted... lo confieso, es la de un loco; de un loco que se ha atrevido á poner los ojos en usted, sin que usted le haya dado el menor motivo, es verdad... es culpable mi conducta; pero ¡ah, señora! no me pida usted razón, no me pida usted virtudes; pídame usted amor y nada más. Mis esperanzas, señora, arrojarme á sus pies é implorar su compasión. Nunca tuve otras.

CLOT. Seguramente, un loco, dice usted bien... porque en fin, caballero, no conozco á usted.

FERN. ¡Ah! si no es más que eso... no debo ser un extraño para usted; enlazado con una familia á quien usted trata, pariente de una de sus mejores amigas, que me ha hablado tantas veces de usted...

CLOT. (*Asustada.*) ¡Alguien viene! (*Pasa á la izquierda de Fernando.*)

FERN. (*Vivamente.*) No, nadie; y por lo que hace á mi discreción, señora...

CLOT. (*Vivamente.*) ¡Oh! ¡mi marido va á volver!

FERN. Lo sé, y por lo mismo, señora...

CLOT. Déjeme usted. ¡Tiemblo!

FERN. Puesto que usted no quiere oirme...

CLOT. ¡Imposible!

FERN. (*Presentándole la carta.*) Leerá usted esta carta..

CLOT. Jamás. Tanto valdría escuchar á usted.

FERN. ¿Se niega usted? Usted cree que esta pasión es hija de un capricho, que el tiempo bastará á desvanecer. ¡Oh! no. ¡Pluguiese al cielo, señora! pero es un amor verdadero, profundo, eterno; es una de esas pasiones que hacen época en la vida, que la embellecen ó la manchan para siempre: ¡una de esas pasiones que hacen á un hombre capaz de todo para conseguir el corazón de una mujer!!

CLOT. (*Con viveza.*) ¡Oigo la voz de Hortensia! ¡Si mi marido me viese de esta suerte, sola con un extraño! ¡Oh, retírese usted, caballero, se lo ruego á usted! (*Sale corriendo al encuentro de Hortensia por la puerta del fondo.*)

FERN. (*Siguiéndola.*) Una palabra, una palabra no más. (*Se detiene en la puerta.*)

ESCENA IV

FERNANDO. (Vuelve hacia las candilejas, estrujando la carta.)

¡Y me quedo con la carta! una carta en que había agotado toda mi elocuencia. ¡Esta es la quinta ocasión que pierdo! Empiezo á creer que... pero no, por vida mía: no he de salir de aquí sin que me haya dado oídos, sin que me haya contestado. Gente sube... salgamos á ese balcón; esto es una fonda, esta es una pieza de paso. ¿Quién sabe si otra casualidad como la pasada? Aquí están. (*Pasa al balcón y le entorna desde afuera.*)

ESCENA V

HORTENSIA, CLOTILDE, MONVEL

(Clotilde y Hortensia entran abrazadas todavía. Monvel trae varios paquetes. Una camarera le sigue con otros mayores.)

HORT. ¡Qué sorpresa tan agradable, querida Clotilde!

MON. No podía haberla mayor para nosotros.

CLOT. (*Mirando en derredor.*) (Marchó. Respiro.)

HORT. (*A la camarera, indicando la puerta de la izquierda.*) Entre usted esos paquetes, en el número 6; ese es mi cuarto.

MON. (*Con una caja de caoba en la mano.*) ¿Y esta caja tan pesada?

HORT. (*Sonriéndose.*) No es de mi uso; es de mi hermano Fernando, que me la encargó. Son unas pistolas de casa de Delpire. (*A Monvel.*) Encima de esa mesa. (*Monvel pone la caja sobre la mesa, y pasa á la derecha de Hortensia.*)

MON. ¿Es decir que espera usted á su hermano?

HORT. Debemos reunirnos aquí, en Ruan; yo vengo de París y él de Bretaña, ó qué sé yo de dónde; porque, sea dicho de paso, es el mayor calavera que hay en Francia; (*A Clotilde.*) por lo demás un joven excelente, que te presentaré, porque arde en deseos de conocerte, y que está enamorado de tí sólo por mis relaciones.

MON. ¡Diantre! ¡no tiene mal gusto el picaruelo! Eso sólo hace su elogio. Y confieso que para mí ya es una recomendación el querer á mi mujer. Pero ahora me ocurre que ustedes querrán charlar; estorbo, ¿no es verdad? ¡Ya se ve! dos amigas antiguas que han estado tanto tiempo sin verse... (*A Hortensia.*) Usted tendrá que atender á mil cosas.

HORT. Usted no puede estorbar nunca.

MON. ¡Bah, ¡bah! fuera cumplimientos. Ya sabe usted que un marido siempre... Voy á hacer algunas compras para mi mujer.

CLOT. ¿Te vas decididamente?

MON. No tardaré.

ESCENA VI

HORTENSIA, CLOTILDE

HORT. ¿Sabes que tu marido parece un excelente sujeto?

CLOT. Sí, adivina todos mis pensamientos; nos deja solas. (*Cogiendo con las suyas las manos de Hortensia.*) Querida Hortensia, ¡cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! Desde el colegio, casi. ¡Y de entonces acá qué de acontecimientos!

HORT. Es verdad. Las dos nos hemos casado. Tú con un agente de negocios, con Monvel.

CLOT. ¡Y tú con Varennes, un coronel! ¡Cuánta mejor suerte te cupo, y qué dichosa debes de haber sido!

HORT. No sé qué te diga; en los ocho meses que ha vivido mi marido, algunas veces he echado de menos el tiempo en que era soltera.

CLOT. ¿Es posible?

HORT. No hablemos más de eso; se acabó, ya soy viuda.

CLOT. Y con aspirantes de nuevo á tu mano, supongo.

HORT. No diré que no; uno tengo sobre todo, amable, rico; un joven negociante del Havre, por quien se empeña toda mi familia. pero, si he de decir la verdad, todavía no me he decidido.

CLOT. ¿Por qué?

HORT. Porque me quiere demasiado.

CLOT. ¿Es posible?

HORT. ¡Una pasión, un delirio, un volcán!!!

CLOT. ¿Y esa tacha le pones?

HORT. En un marido, seguramente.

CLOT. ¡Ojalá que el mío tuviera ese defecto!

HORT. Te tendría lástima. En el matrimonio es preciso contar con cualidades que resistan, que duren, y las grandes pasiones pasan pronto; al paso que una condición apacible en todos tiempos es buena. Monvel, por ejemplo, me parece un modelo de maridos, bueno, amable, complaciente.

CLOT. No digo que no; me quiere, es verdad, pero con un amor tan llano, tan tranquilo; es todo un agente de negocios. Se le pasan los días hablándome de sus clientes y de sus asuntos. Seguramente no es eso lo que yo me había figurado: yo hubiera querido un compañero que me hubiese adorado, tierno, galán, que me hubiera hablado de su pasión, que me hubiera hecho versos.

HORT. ¿Estás en tu juicio? ¿Un agente de negocios? Si no tienes por cierto otros cuidados...

CLOT. ¡Ah! ¡ojalá! Pero hace unos días, en vano trato de ocultárselo á mi marido, tengo un sentimiento...

HORT. ¿Por qué?

CLOT. Es una aventura, querida Hortensia.

HORT. ¿Una aventura? ¿y no me decías nada?

CLOT. (*Bajando la voz.*) Un joven que ha dado en quererme y en perseguirme, que me ha hecho una declaración en Bolonia, que nos ha seguido hasta aquí á caballo, y que, no há mucho todavía, quería hacerme aceptar aquí mismo una carta.

HORT. (*Soltando una carcajada.*) ¡Ah, ah, ah! ¡Y con qué seriedad me lo cuentas! ¿Qué te espanta en todo eso? Cuando esos caballeretes se empeñan en enamorarse, ¿hay más que oirlos y reirse? Es divertidísimo.

CLOT. (*Seriamente.*) ¿Divertido? Todo menos

eso, para mí al menos. En cuanto veo que uno fija los ojos en mí, el miedo se apodera de mi corazón, y te aseguro...

HORT. ¿El miedo? ¿miedo sin duda de hacerle desgraciado? En eso te reconozco; inocente siempre, pero sin mundo: con un corazón demasiado bueno para vivir en sociedad.

CLOT. (*Estrechando su mano y con tono sentimental.*) ¡Ah, querida Hortensia! ¡Cuando una tiene ya sobre su conciencia la muerte de un hombre!

HORT. (*Asustada.*) ¡Dios mío! ¿qué dices? ¡La muerte de un hombre! ¡explícate, por Dios!

CLOT. Temo...

HORT. ¿Qué? estamos solas; habla.

CLOT. (*Mirando en derredor.*) Dices bien; nadie puede oirnos. Hace dos años, en las aguas de Bañeras... asistía á ellas un joven á quien nadie conocía; su viaje no tenía objeto conocido; nadie sabía su apellido; le llamaban Eduardo. Mi marido se había hecho muy amigo suyo, porque le acompañaba en sus paseos de madrugada, y no



había echado de ver que me galanteaba.

HORT. ¿Y no convienes conmigo en que es un excelente marido?

CLOT. Pero yo bien claro veía que me amaba; me lo decía todos los días con un tono tan sincero, tan apasionado... Ya supones que ni quise responderle, ni aun darle oídos.

HORT. Claro está.

CLOT. (*Enterneciéndose gradualmente.*) Un día por fin le ví pálido, agitado, descompuesto; se echó á mis pies, y me rogó, me suplicó con los ojos cuajados en lágrimas; me despedazaba el corazón. Resistí sin embargo, no tuve compasión. Se levantó entonces, díjome que, despreciado por mí, la vida le era enojosa, que sólo anhelaba la muerte: se alejó, ¡y mis labios no se abrieron para llamarle! Al día siguiente, querida Hortensia, el diario de Bañeras dió la noticia de que el desdichado había puesto término á su vida. Una carta que había dejado á su criado le daba cuenta de tan espantoso designio; en balde se practicaron escrupulosas investigaciones en la sierra, hacia donde le habían visto encaminar sus pasos... no se halló de él sino su sombrero á orillas de un precipicio.

HORT. ¡Qué aventura, Dios mío!

CLOT. ¡Se había dado la muerte por mí, Hortensia, por mí!

HORT. ¿Sabes que eso es espantoso y que podía haberte comprometido? ¡Fué una imprudencia por cierto imperdonable!

CLOT. (*Con entusiasmo.*) ¡Una imprudencia! ¡el acto mayor de valor, el más sublime! ¡era preciso querer bien de veras para eso! ¡era

preciso abrigar una alma fuerte, generosa, heroica!

HORT. Vamos, ahora será un héroe; ¡ahora va á tener todas las virtudes imaginables porque ha muerto!

CLOT. ¡Desdichado! ¡Ah! si yo hubiera podido adivinar...

HORT. (*Con viveza.*) ¿Qué?

CLOT. Nada, nada contra mi deber; pero acaso una palabra sola hubiera bastado...

HORT. (*Meneando la cabeza.*) Una palabra..... no siempre; no siempre; ¿quién sabe?

CLOT. ¡Ah, cualquiera cosa es mejor que una muerte!

HORT. Con todo, querida Clotilde...

CLOT. (*Con bondad.*) ¡Ah! y no sólo por ellos; pero tienen madre, hermanos, familia...

HORT. Sí, pero nosotras tenemos maridos...

CLOT. (*Con impaciencia.*) ¡Los maridos no se matan nunca!

HORT. ¡Pues no faltaba otra cosa!

CLOT. Con todo, tú debes comprender qué remordimientos, qué tristeza han debido quedarme. Hortensia, Hortensia, bastante es ya la muerte de uno. ¡Oh! te juro que no tendría valor para exponerme á otro lance semejante. (*Fernando entreabre el balcón, manifiesta en sus gestos haberlo oído todo, y se sale en puntillas.*)

HORT. Pero en fin, ¿y tu desconocido de Bolonia? Supongo que no se querrá matar también.

CLOT. ¡Oh! En vista del recibimiento que le he hecho esta mañana, estoy segura de que ha renunciado á sus ideas, y de que habrá marchado; de todas suertes, estoy bien decidida á desengañarle.

HORT. Bien, Clotilde. Estimo demasiado á tu marido, á tí misma, para...

CLOT. Querida Hortensia, siempre buena, siempre virtuosa. Pero te entretengo hablándote de mis penas, acaso necesites descanso.

HORT. No por cierto; voy á entrar en mi cuarto para vestirme; espero á mi hermano, que no puede tardar.

CLOT. ¿Vas á engalanarte para recibir á tu hermano?

HORT. ¿Quién sabe si espero á alguien más...? No te he dicho que voy al Havre, y podría acontecer, aunque yo lo he prohibido expresamente, que saliesen á mi encuentro hasta aquí.

CLOT. ¡Veinticuatro leguas para verte algunas horas antes! ¡Eso es amor!

HORT. Es impaciencia, y nada más. Antes de casarse andará cien leguas por ver á su mujer, y después no dará tal vez veinte pasos para llevarla á un baile.

CLOT. ¡Ah! en cuanto á eso, mi marido me llevaría todas las noches si yo quisiera.

HORT. ¿Y te quejas? (*A media voz.*) Créeme, Clotilde, jamás encontrarás otro mejor: adiós, adiós; da un abrazo á tu marido de mi parte.

CLOT. De buena gana. (*Hortensia se entra en su cuarto.*) Voy á mi cuarto también. Acaso me esté esperando ya.

ESCENA VII

CLOTILDE, después FERNANDO

(A tiempo que se dirige hacia la puerta de la derecha, ve á Fernando, que entra con el pelo y el vestido descompuestos.)

CLOT. ¡Él es! ¡Todavía aquí! ¡Y estoy sola...! Démonos prisa...

FERN. ¡Un momento!

CLOT. ¡Qué agitado parece!

FERN. Me había puesto ya en camino, señora; me alejaba de esta ciudad...

CLOT. Estaba segura de ello.

FERN. De esta ciudad, donde me esperaba una hermana idolatrada...

CLOT. ¿Qué dice usted?

FERN. Que soy hermano de Hortensia, señora, de su amiga de usted...

CLOT. ¡Dios mío! voy á avisarla...

FERN. (*Deteniéndola.*) Es inútil... no he vuelto por ella, sino por usted, por usted sólo, á quien he querido volver á ver por última vez... «¿Es posible, me dije á mí mismo, que tanto amor no halle compasión en su pecho?... si vuelve á despreciarme, como esta mañana, como ayer, como siempre, sea en buen hora, me alejaré sin quejarme, y no volverá jamás á oir hablar de mí... pero esta vez mi voluntad será irrevocable como la suya, y realizaré mi proyecto.»

CLOT. No comprendo... no me atrevo á... Pero usted sabe, caballero, que yo no puedo dar oídos á usted, que mi marido...

FERN. ¡Su marido de usted! ¡Ah, palabra maldecida! he ahí la idea que me ha exasperado; esa palabra que no há mucho, y después de nuestra última entrevista, ha venido á interponerse como una barrera invencible entre mi amor y la felicidad que había soñado... La única mujer á quien pueda amar, la mujer de quien pende mi porve-

nir, la veo en poder de otro, y de otro, ¡santo Dios! á quien ama; sí, le ama, pues que por él me desprecia y me condena á la muerte... esta idea, señora, es espantosa. Desde entonces no he tomado consejo sino de mi desesperación... y esa desesperación, señora, no me da más que uno, no sabe inspirarme sino una determinación.

CLOT. ¡Desdichado!

FERN. ¿Qué me importa ya una vida sin esperanza y sin objeto? Mi vida es usted... ¡y usted no quiere que viva!

CLOT. Sosiéguese usted, reflexione usted... (No sé qué decirle.) (*Alto y con viveza.*) ¡Oh! míreme usted, yo se lo suplico, en nombre de esa misma hermana que tanto le quiere.

FERN. Sí, y yo también, deidad de mi existencia, te lo suplico en su nombre... ídolo de mi vida, tú sola puedes salvar á su hermano. ¡Tu amor, bien mío, ó la muerte!

CLOT. ¡Dios mío! ¡pobre Hortensia! ¡sola en el mundo, sin más que este hermano!!! (*Volviéndose y viendo á Fernando, que abre la caja de las pistolas que había quedado sobre la mesa.*) ¿Qué hace usted?

FERN. (*Que se ha apoderado de una pistola.*) Ese silencio es mi sentencia...

CLOT. ¡Yo desfallezco!

FERN. (*Desesperado.*) ¡Deseas mi muerte!

CLOT. ¡Insensato!

FERN. (*Desesperado.*) ¡Usted la exige!

CLOT. (*Abalanzándose hacia él.*) No, no; jamás, ¡al contrario! Porque, en fin, ¿qué quiere usted? ¿qué exige?

FERN. (*Acercándose rápidamente.*) ¿Qué exijo? ¡Ah! un sacrificio harto corto... un momento sólo de conversación, una entrevista no más.

CLOT. ¡Pero mi marido va á volver!

FERN. Pues bien, luego, en esta misma pieza, á las cuatro, cuando su marido de usted no esté... yo me encargo de alejarle de aquí.

CLOT. Y bien, ¿y qué?

FERN. Prométame usted tan sólo que me oirá sin enojo; nada más... un amor como el mío no puede exigir más.

CLOT. (Al menos no es exigente... ¡Oh! ¡el otro era otra cosa!) (*Alto.*) ¿Y á ese precio consiente usted en entregarme esas armas...?

FERN. Ahora mismo.

CLOT. Démelas usted. (*Fernando se adelanta presentándole la caja de las pistolas. Clotilde retrocede asustada.*) ¡No, no! no me las dé usted... Cierre usted la caja, y llévelas usted mismo á esa papelera.

FERN. Obedezco... (*Lleva la caja á la papelera, y se aleja. Clotilde corre hacia la papelera y la cierra.*) ¿Qué hace usted?

CLOT. La cierro y guardo la llave. (*Pone la llave en su cinturón.*) Ahora ya estoy más tranquila.

FERN. ¿No olvidará usted la palabra?...

CLOT. ¡Dios mío! ¿qué estoy haciendo?

FERN. ¡Señora!

CLOT. Lo he prometido, bien, lo he prometido; pero... déjeme usted ahora. (*Escapándose hacia su cuarto.*) ¡Dios mío, protegedme!

FERN. (*Viéndola marchar.*) ¡A las cuatro! (*Saludándola.*) (*Se cierra la puerta tras Clotilde.*) A las cuatro; consintió. ¡Oh! ¡excelente recurso! En lo sucesivo no he de usar de otro. Las mujeres tienen sus ataques de nervios para su uso particular; justo es que también nosotros tengamos alguna cosa.

ESCENA VIII

SAUVIGNY, FERNANDO

SAU. ¡Maldito postillón! ¡Hemos perdido medio día!

FERN. ¿Quién llega? ¡Sauvigny! ¡nuestro enamorado del Havre, mi antiguo compañero de colegio!

SAU. (*Corriendo á abrazarle.*) ¡Querido Fernando! ¿Hace mucho que habéis llegado?

FERN. Yo hace algunas horas, pero mi hermana ahora mismo.

SAU. ¿Y yo no estaba ahí para recibirla, para ofrecerla el brazo? Estoy desesperado.

FERN. ¿Por qué?

SAU. Desesperado. Tanta prisa le quise dar al postillón, que nos ha hecho volcar... una rueda se ha hecho pedazos, un caballo se ha estropeado, y se ha perdido una mañana... ¡Hay suerte más desdichada!

FERN. Para el caballo, sobre todo.

SAU. ¡Ah! para mí, para mí, que contaba con llegar mucho antes que Hortensia... ¡tengo tan pocas ocasiones de probarle mi amor, y ella es tan incrédula!

FERN. ¡Qué disparate! Mi hermana está persuadida de que la adoras; se lo he dicho yo cien veces...

SAU. En ese caso, ¿por qué no se decide en fin?

FERN. ¿Por qué? ¿por qué? porque le ha ido mal

con su primer marido, que la adoraba, y desconfía de las grandes pasiones, y de su duración sobre todo... Teme tu mudanza.

SAU. ¿Yo mudar? ¡Ah! bien claro se deja ver que no me conoce... ¡mudanza en mí! cuando yo llegue á querer, Fernando, es para siempre; tu hermana en fin es la única mujer á quien he querido.

FERN. (*Con frialdad.*) Lo creo.

SAU. Cien veces se lo he dicho, y se lo he jurado... es la verdad.

FERN. ¿Y á mí me lo dices? ¿Qué me importa? eres buen muchacho, correspondido; eso es cuanto yo necesito en un cuñado; mi hermana se casará contigo.

SAU. ¿Tú me lo aseguras?

FERN. Yo respondo. Y si tardase en decidirse, yo te enseñaría un medio...

SAU. ¿Cuál?

FERN. Un medio que acabo de descubrir, una receta que es probada con las mujeres.

SAU. Acaba.

FERN. Pero es fuerza usar de ella con discreción: te lo diré, sin embargo, previa una condición.

SAU. (*Con viveza.*) Acepto desde luego.

FERN. Un favor que me has de hacer.

SAU. ¿Dinero? ¡mi bolsillo está abierto para tí!

FERN. No.

SAU. Entre cuñados...

FERN. No se trata de eso, en otra ocasión no digo que no ocurra... es posible; pero por ahora no es eso lo que me inquieta, sino un marido.

SAU. ¿Un marido?

FERN. A quien es preciso desviar de aquí por un rato, y cuento contigo.

SAU. ¿Conmigo, que estoy sin ver todavía á tu hermana?

FERN. Se está vistiendo, y no puede recibir ahora; además no ha de ser ahora mismo precisamente, sino á las cuatro. Todavía no pueden ser.

SAU. ¿Y dónde le he de llevar?

FERN. Adonde quieras, á ver los muelles, la catedral, las curiosidades del pueblo, ¡qué sé yo!

SAU. Pero, hombre, ese marido, no conociéndole siquiera...

FERN. Pues ahí está el mérito. ¿Y qué importa, hombre? todos los maridos se parecen... ¡Oh! ¡y éste ofrece además una ventaja incalculable! es agente de negocios: tienes más que hablarle...

SAU. Fernando, ¿en conciencia, puedo yo cooperar á burlar á un marido, estando en vísperas?...

FERN. ¡Hoy todavía sí! y en rigor hasta que, tránsfuga decidido, te hayas pasado á las filas enemigas. ¡Pero aquí viene!

ESCENA IX

MONVEL, FERNANDO, SAUVIGNY

MON. (*Con varios paquetes.*) ¡Qué contentas se van á poner mi mujer y mi hija! Les he comprado los dos vestidos más bonitos... (*Saluda á Fernando, y se acerca después hacia Sauvigny.*) ¡Qué veo! ¿Estoy yo despierto? ¿Es posible?

SAU. (*Corriendo hacia él.*) ¡Señor Monvel!...

FERN. ¿Le conoces?

SAU. Sí, amigo mío, sí.

MON. (*Estupefacto.*) ¿Usted, Sauvigny, á quien creíamos muerto?

FERN. ¿Cómo?

MON. La carta que usted dejó... su desaparición de Bañeras...

SAU. ¡Ah! me recuerda usted...

MON. ¿Con que no fué cierto? ¿vive usted todavía? Este incidente me colma de alegría; le quería á usted como á un hermano; ¿usted sabe el sentimiento que nos dió? Abrace usted, amigo, abrace usted. ¡Vea usted! ¡qué diablo! ¡un hombre que vive todavía!

FERN. ¡Magnífico!... ¿son ustedes conocidos antiguos?... (*Bajo á Sauvigny.*) Ahora ya puedes llevarle... á las cuatro, ¿eh? (*Alto.*) Adiós, voy á ocuparme en tus intereses; no olvides los míos.

ESCENA X

MONVEL, SAUVIGNY

MON. ¡Vaya, vaya! Déjeme usted, hombre, que lo mire á usted otra vez. ¡Usted á quien todos habíamos llorado en Bañeras por muerto... usted, cuyo suicidio, de cuya muerte incontestada nos dieron tan minuciosos detalles los periódicos! ¡Es cosa prodigiosa! ¡Es cosa de poner el grito en las nubes!...

SAU. (*Con viveza.*) ¡Al contrario! y ruego á usted que no miente semejante aventura... sobre todo aquí.

MON. ¿Por qué? ¡Un suicidio por amor!

SAU. Auto en favor, eso me perdería, desbarataría tal vez mi boda.

MON. ¿Pues cómo?

SAU. ¿Usted es discreto, supongo?

MON. Un agente de negocios, hombre; ¡es mi oficio!

SAU. Puedo fiarme de usted: además de que siempre me mostró usted tal amistad... (*Después de una corta pausa.*) Sepa usted, pues, que cuando nos conocimos en las aguas de Bañeras, yo estaba atacado de una enfermedad nerviosa, la cual había producido en mí una sensibilidad tan exquisita que me enamoraba de cuantas mujeres veía... una sobre todo.

MON. Sí, ¿aquella hermosa inglesa...?

SAU. No.

MON. ¿La mujer del médico de los baños?

SAU. Nada.

MON. ¿Quién, pues?

SAU. El nombre no hace al caso...

MON. ¡Oh! ya caigo... aquella condesita...

SAU. Como usted quiera; tanto más, cuanto que, inflexible y severa, me trató con tal crueldad, que arrebatado del delirio, del paroxismo de la pasión... y dominado acaso también por ese mismo mal nervioso, de que tengo á usted hablado... tomé la determinación de acabar de una vez para siempre, pero una determinación firme, irrevocable... Y el género de muerte que escogí, como el que estaba más en armonía con el estado de mis ideas, consistió en precipitarme en uno de aquellos abismos tan frecuentes en los Pirineos... hallaba yo en esta idea cierta grandeza y sublimidad...



MON. Sí, por lo extravagante.

SAU. Bien puede ser... Ahora bien; después de haber escrito á mi criado, haciéndole don de mis efectos, y rogándole que no se molestase á nadie á causa de mi muerte, me encaminé hacia el sitio que había escogido: era por la mañana; ya por el camino íbame serenando algún poco, de pronto me sentí más frío en mi determinación; ya se ve, también me hundía en la nieve hasta la rodilla y hacía un viento de todos los diablos. Hice sin embargo un esfuerzo, pero al llegar al borde del precipicio medí con los ojos la profundidad, y un movimiento involuntario me hizo retroceder horrorizado. Volví con todo á asomarme, como avergonzado de mi flaqueza... en una palabra, á pesar mío ya, y sólo por respetos humanos, por el qué dirán, por qué sé yo, iba á precipitarme, cerrando los ojos, cuando de repente oigo en la montaña un grande ruido... y era... á ver si acierta usted.

MON. Algún monte de hielo que se desprendía...

SAU. Nada. Carlos Vernet, uno de mis amigos, dirigiendo una gran batida de cazadores... ocupados en perseguir los gamos. Eran tantas sus carcajadas, tal su buen humor, que no me atreví á contarles mi aventura por miedo de que se burlasen de mí. Cuando todos ellos me gritaron: «¡Agréguese usted á la batida, con nosotros, con nosotros!» dije para mí: «Después me mataré, á mediodía, y mejor todavía que ahora, porque no tendré tanto frío.» Héme, pues, cazando gamos y corriendo las alturas, pero tan desatinadamente, que allí perdí sombrero, pañuelo, ¡qué sé yo! en una palabra, que llegué al punto de reunión desvencijado y muerto de hambre.

MON. ¿Tenía usted hambre?

SAU. ¡Devoraba! ¡un apetito de todos los diablos!... y en verdad que por entonces olvidé mi asunto principal... estaba ya á algunas millas de mi precipicio, y dije para mi sayo: «Si la desesperación me ha permitido vivir todavía tres horas y media, ¿por qué no se ha de extender á cuatro, á cinco, á doce, y así sucesivamente?» En estos casos, lo que cuesta es el primer paso. He aquí mi argumento, el mejor sin disputa de cuantos he hecho en toda mi vida para mi uso particular... Pero lo más difícil no era volver á la vida, sino volver á Bañeras... ¿Cómo diantre exponerme á las chanzas, á los epigramas?... ¿cómo desmentir al periódico? ¿cómo presentarme vivo ante esa misma mujer á quien amaba? No era posible. Tomando, pues, una determinación decisiva, y un asiento en la diligencia de Tarbes, volvíme á París, y de allí al Havre... donde mi padre me puso al frente de nuestro comercio; y desde entonces los azúcares, el café, el algodón... en una palabra, he estado siempre tan ocupado...

MON. ¿Que no ha tenido usted un rato de lugar para matarse?

SAU. Así es. Luego he hecho fortuna... he reunido un caudal muy bonito, lo cual siempre distrae algún tanto, y le da á uno otras ideas... ideas por ejemplo de establecimiento, de boda.

MON. Comprendo... Quiere usted poner ahora ese mismo caudal á los pies del objeto de su antigua pasión.

SAU. No; á los pies de otra persona...

MON. (*Riéndose.*) Pues, ¿y aquel amor que había de ser eterno, inextinguible?...

SAU. Existe, existe, cada vez más ardiente, más impetuoso si cabe. Siempre el mismo. Sólo que ha variado de objeto.

MON. ¡Ah! es el fénix que renace de sus propias cenizas.

SAU. Cabal. Una viuda preciosa, hechicera... pero, á pesar de todo mi amor, no he podido lograr todavía su consentimiento; desconfía de mí y de mi constancia.

MON. (*Con calma.*) No tiene razón.

SAU. Y como precisamente está aquí, en esta misma fonda, si se os moviese la lengua á hablar de esa desdichada aventura de Bañeras...

MON. ¡Pobre mozo! no tenga usted cuidado, no seré yo quien le venda; y aun si puede serle útil mi mediación...

SAU. ¡Qué de bondad! ¡cuánta generosidad! ¡Ah! crea usted seguramente que tengo sinceros remordimientos... Si usted supiese...

MON. ¿Qué?

SAU. (*Viendo abrirse la puerta de la izquierda.*) Nada, ahí tiene usted el objeto de mi amor... ella llega con su hermano.

MON. ¿Hortensia?

SAU. ¿La conoce usted?

MON. Es íntima amiga de mi mujer.

SAU. (*Espantado.*) ¡De su mujer!

ESCENA XI

MONVEL, SAUVIGNY, HORTENSIA, FERNANDO

HORT. (*Saludando.*) Acabo de saber su llegada de usted, y esperaba la visita.

SAU. (*Turbado.*) Ignoraba, señora, que estuviese usted visible; me he encontrado aquí con un amigo, un amigo verdadero.

HORT. (*Sonriendo.*) Muchos tiene usted, porque aquí está mi hermano abogando por usted hace media hora con un interés...

FERN. He cumplido mi palabra; acuérdate tú de la tuya.

HORT. ¿Qué?

SAU. Nada. Ha dicho á usted que mi amor, que mi cariño, que mi constancia será eterna, se lo juro á usted.

HORT. ¡Qué conmovido está usted!

SAU. Cuando la veo á usted... me encuentro además en una posición...

MON. (*Adelantándose.*) Embarazosa.

HORT. (*Viéndole.*) ¡Ah! caballero Monvel, pero ¿y Clotilde? ¿dónde está?

MON. En su cuarto probablemente.

HORT. (*A Sauvigny.*) Quiero presentarle á usted á mi mejor amiga.

[illegible] (¡Santo Dios!) (*Bajo á Monvel.*) ¡Esto es hecho! su sorpresa, su espanto...

MON. Dice usted bien.

HORT. (*Pasando entre Monvel y Sauvigny, y tendiéndole la mano.*) Venga usted.

SAU. Usted me perdonará, señora, pero un asunto importante, de que estaba enterando al señor, y del cual tiene la bondad de encargarse...

FERN. (*Bajo á Sauvigny.*) ¡Bravo!

SAU. Es forzoso que vayamos juntos á casa de un escribano de Ruan.

FERN. (*Bajo á Sauvigny.*) Eso es.

SAU. Que suele salir temprano.

FERN. Van á dar las cuatro.

MON. (*Tomando su sombrero.*) Me tiene usted á sus órdenes.

FERN. (¡Qué buen señor!)

SAU. (*A Hortensia.*) ¿No se incomodará usted, supongo?...

HORT. ¿Incomodarme porque se ocupe usted en sus quehaceres? al contrario; es prueba de que tiene usted juicio. Yo también tengo algunas compras que hacer en el almacén grande de la plaza; usted me acompañará hasta allí; allí le dejaré á usted solo con Monvel, de quien me alegraría que tomase usted ejemplo; y después en la mesa... porque comeremos juntos, supongo, con Monvel y su señora.

SAU. (¡Su señora! ¡Felizmente para entonces habremos tenido tiempo de prevenirla!)

HORT. Ea, pues, vamos. (*Toma el brazo de Monvel.*)

SAU. (*Mirando con interés á Monvel.*) (Y este pobre Monvel entre tanto... ¡Oh! no, volveré cuanto antes.) (*Dando la mano á Fernando.*) Adiós.

FERN. Adiós.

ESCENA XII

FERNANDO

¡Por fin se fueron! quedo dueño de la plaza. ¡Solo y con ella! Hoy será forzoso que me escuche: al fin me podré explicar. Pero en primer lugar prudencia: por medio de alguna sorpresa cortemos la retirada al enemigo. (*Indicando la puerta del fondo.*) No hay más entrada que esta puerta, y echando el cerrojo... (*Le echa y ve á Clotilde, que entra por la derecha.*) Ella es. Ya era tiempo.

ESCENA XIII

CLOTILDE, á la derecha; FERNANDO, por el fondo

CLOT. (*Sin verle.*) Las cuatro acaban de dar. Felizmente mi marido no ha vuelto todavía. ¡Yo fallezco! tengo un miedo... (*Pasa á la izquierda; se vuelve, y ve á Fernando.*) ¡Ahí está!

FERN. (*Acercándose.*) ¡Oh! ¡qué de bondades, señora! Permítame usted que me arroje á sus plantas, y que la bendiga como mi única esperanza. ¡Ah, señora, usted salva la vida á un desdichado!

CLOT. (*Con candor.*) ¡Oh! seguramente; y á no ser por eso...

FERN. ¡Apenas creía posible tanta dicha! Sin embargo, nada hay más cierto, es usted misma, aquí, á mi lado, solos los dos, y ya puedo repetirle á usted que la amo, que la adoro, que me es imposible vivir de hoy más lejos de usted.

CLOT. ¡Oh! más bajo, por piedad. Su hermana de usted...

FERN. No está.

CLOT. Mi marido...

FERN. Me he prevenido contra su vuelta.

CLOT. (*Asustada.*) ¡Santo Dios!

FERN. (*Deteniéndola.*) Usted me ha prometido escucharme.

CLOT. ¿Y no le oigo á usted, por ventura?

FERN. Cierto; es demasiado, ¡sin duda! pero ¿puede acaso bastarme que usted me oiga, si se obstina usted en no comprender lo que pasa en mi corazón? sino, no apartaría usted de mí esos ojos, por que muero, y cuya luz imploro. (*Se acerca cada vez más.*)

CLOT. (*Queriendo alejarse.*) ¡Caballero! ¿Es eso lo que me había usted prometido? ¡Oh! bien me acuerdo; me juró usted que su discreción...

FERN. ¡Mi discreción! ¿Y qué imperio puede conservar la razón sobre quien se desconoce á sí mismo? ¿sobre aquel en cuya alma reina sola la más espantosa desesperación?

CLOT. (*Asustada.*) (¡Dios mío!) (*Alto.*) Seguramente, caballero, yo sentiría mucho ser causa de una desgracia. Usted lo ve. Pero usted por su parte debiera no abusar de mi situación, porque, en fin, esta ma-

ñana no me pedía usted sino una entrevista.

FERN. ¿Y de qué me servirá, señora, ese vano favor? ¿de prolongar algunos instantes una existencia que ha llegado á serme enfadosa?

CLOT. ¿Qué dice usted?

FERN. Que no me habré quitado la vida en su presencia de usted, que usted habrá sabido evitar tan terrible espectáculo; eso será, y no más, lo que habrá conseguido. (*Con delirio.*) Pero mañana, ídolo mío, ¡nos veremos separados para siempre! mañana usted partirá...

CLOT. ¡Oh, sin duda! hoy mismo, si pudiera.

FERN. (*Frenético.*) ¡Y quiere usted que viva!

CLOT. Bien, no, no; no partiré mañana. Pero déjeme usted. (¡Yo sufro!)

FERN. ¡Ah, bien mío! si mi voz ha sabido encontrar el camino de ese corazón, si tiene piedad de un infeliz, dígnese usted dirigirme al menos una mirada, una mirada de perdón, una sola, señora, ó me verá usted expirar á sus pies.

CLOT. ¡Dios mío! Alce usted. ¡Oh, no!

FERN. (*Sorprendiéndole una mano, mientras ella vuelve la cabeza.*) Permítame siquiera, ángel de belleza, que selle en esa mano celestial estos labios que te juraron un amor eterno.

CLOT. (*Desasiéndose.*) ¡Basta ya, caballero!

FERN. Sí, bien mío, *¡tu amor, ó la muerte!*

CLOT. Me es imposible sufrir más: ¡qué osadía! (*Rechazándole.*) Caballero, por última vez... (*Llaman á la puerta.*) ¡Silencio!

MON. (*Desde fuera.*) Abre, mujer, abre.

CLOT. ¡Mi marido!

FERN. (*Levantándose.*) (¿Cómo diablos le ha dejado Sauvigny escapar tan pronto?)

CLOT. (*En voz baja.*) ¡Oh! váyase usted, por Dios, váyase usted.

FERN. (*Id.*) Con la condición de que en volviendo á salir prolongará usted esta entrevista; ¿me lo promete usted?

CLOT. (*Fuera de sí.*) Sí, bien; váyase usted, váyase usted.

FERN. (*En tanto que se oye llamar todavía.*) Pero ¿por dónde? ¡Ah! el cuarto de mi hermana es un sagrado.

CLOT. (*Viendo que se encierra.*) Sobre todo, suceda lo que suceda, no salga usted. ¡Volemos á abrir! ¡Dios mío! ¿Hay situación igual á la mía? (*Abre la puerta del fondo.*)

ESCENA XIV

CLOTILDE, MONVEL

MON. ¿Te he venido á incomodar?

CLOT. (¡Esto es peor!)

MON. ¿Estabas en tu cuarto, y por eso no me oías?

CLOT. (*Turbada.*) Cierto; por eso te he hecho esperar.

MON. No importa, ¿qué mal hay en eso? pero no vengo solo. (Valgámonos de precauciones oratorias.) (*Alto.*) Viene conmigo una persona para quien los instantes son preciosos.

CLOT. ¿Quién, pues?

MON. Una persona que no esperabas volver á ver, y que desea ardientemente serte presentada.

CLOT. ¿Para qué?

MON. Para pedirte un favor, que seguramente no le negarás.

CLOT. (¡Santo Dios! hoy todo el mundo se ha desatado á pedir.) Que venga en hora buena; que entre, vamos.

MON. Siempre que prometas no asustarte...

CLOT. ¡Qué! ¿quién puede ser...?

MON. Y que no te escape un solo grito de...

CLOT. Pero ¿qué es? (*Viendo á Sauvigny, que entra, da un grito.*) ¡Ah!

MON. (*Sosteniéndola.*) ¡No dije!

ESCENA XV

CLOTILDE, MONVEL, SAUVIGNY

CLOT. ¿Es un sueño?

SAU. Señora...

CLOT. ¡Apenas puedo creer á mis ojos!

MON. El Sauvigny, el mismo Sauvigny.

SAU. Yo soy, señora. (¡Qué fortuna, que Hortensia no haya estado presente!)

CLOT. (*Volviendo en sí de su turbación.*) ¿Usted vive todavía?

SAU. (*Avergonzado y balbuciente.*) Señora, en balde lo negaría.

MON. No sólo vive, sino que goza, como ves, de muy buena salud.

CLOT. (*En tono de reconvención.*) ¿Cómo, caballero, usted no murió?

SAU. Señora, yo pido á usted mil perdones, no es culpa mía si...

MON. Ya lo sabrás, ya lo sabrás todo, te lo contaremos por menor; ¡pardiez! te ha de divertir. ¡A mí, esta mañana me ha hecho reir!!!

SAU. (*En tono de súplica.*) Señor Monvel...

MON. (*Con viveza.*) Tiene usted razón; no es ese el objeto de nuestra visita: se trata nada menos que de salvarle la vida.

CLOT. (*Asombrada.*) ¡Otra vez!

MON. (*Con viveza.*) Hay en Ruan una persona á quien ama perdidamente, y con quien quiere casarse.

CLOT. (*Indignada.*) ¡El señor! ¡Dios de justicia!

SAU. (*Bajando los ojos.*) ¡Ah, señora, es demasiado cierto!

MON. Tu querida amiga Hortensia.

CLOT. (*Asombrada.*) ¡Cielos! ese joven del Havre, de quien me hablaba ella esta mañana...

MON. El es.

CLOT. ¿Ese amante á quien ella no encontraba más defecto que un exceso de pasión?

MON. El mismo.

CLOT. ¡Ese corazón que jamás había amado á otra, y que había de amarla siempre!

MON. Cabal.

CLOT. ¡Qué horror! ¡Oh! lo sabrá todo, sabrá la verdad entera.

MON. He ahí precisamente lo que es preciso evitar.

SAU. Señora, si mis ruegos...

MON. Te pedimos por Dios que guardes el mayor silencio.

CLOT. ¿Y veré engañar tranquilamente á mi mejor amiga?

MON. No la engaña, no la engaña; la quiere realmente, va á perder el juicio...

CLOT. (*Indecisa.*) ¿Y la otra...? ¿y la persona de Bañeras?

MON. Ya no la ama, mujer; por mejor decir, nunca la amó... él mismo me lo ha dicho.

SAU. (*Precipitadamente.*) ¡No he dicho eso!

MON. Poco menos.

SAU. He confesado por el contrario que merecía todo mi amor, y que en efecto la adoraba...

MON. Sí, sí, una mañana, horas. El mismo se está haciendo más reo de lo que es realmente. ¡Una pasión como la de todos los muchachos, un capricho, un pasatiempo!

CLOT. ¡Un pasatiempo! ¿y quería matarse?

SAU. (*Adelantándose.*) Sí, señora, estaba decidido, se lo juro á usted, y la única consideración que pudo impedírmelo...

MON. Fué un almuerzo que le ofrecieron cuatro amigos, y unas botellas de Champagne que le salieron al paso... y media hora después ya no se acordaba de semejante proyecto... ¡si me lo ha contado todo!

SAU. Señor Monvel...

MON. Y hizo usted muy bien, yo lo apruebo.

CLOT. ¡Es una infamia!

MON. ¡Disparate! y haces mal en conservarle rencor. Nada más natural. El que jura y perjura que ha de estar eternamente enamorado es un loco, un mentecato que se engaña á sí mismo... ¿Pende eso de él, por ventura? ¿Es uno dueño acaso de esos sentimientos? Tanto valdría jurar que ha de estar uno eternamente bueno.

CLOT. Enhorabuena... ¡pero amenazar con el suicidio!

MON. ¡Bah! ¡bah! Déjanos en paz. Pero ¿tú crees eso?

CLOT. (*Mirando á Sauvigny.*) A lo menos hasta ahora he creído...

MON. (*Riendo.*) ¡Ah, ah, ah, pobre Clotilde!

CLOT. ¿Te ríes de mí?

MON. Seguramente. Todo el mundo lo dice, pero nadie lo hace. Testigo el señor, que obraba de buena fe... ¡con cuánta más razón, pues, se puede decir de los que van de mala, de los que representan un papel de comedia!

CLOT. (*Dando un grito de indignación.*) ¡Ah!

MON. ¿Qué tienes?

CLOT. (*Pasando á la izquierda.*) Nada... (¡Y yo, que no há mucho aquí mismo!...) (*Alto, mirando á la puerta del cuarto donde se encerró Fernando.*) La presencia del señor me presta un servicio que le agradeceré, guardando ese silencio que exige.

SAU. ¿Es posible?

MON. Cuando le dije á usted que era la bondad misma.

CLOT. (*Mirando á la puerta de la izquierda.*) Sí... una bondad... (*Con despecho.*) (de que no se habrá burlado nadie impunemente...) (*Alto.*) Pero ¿dónde está Hortensia?

MON. La hemos dejado haciendo compras.

CLOT. (*Que se ha sentado á escribir.*) ¿Sí? Pues es preciso buscarla, y hacer de suerte que llegue esta esquela á sus manos... (*A Sauvigny.*) No tema usted nada; no trato de venderle á usted... al contrario. (*A Monvel.*) Pero es absolutamente indispensable que esta esquela le sea entregada al momento, ó al menos antes de comer.

MON. Pierde cuidado... Dijo que debía acabar sus compras por el almacén grande de la

Plaza. Voy á enviar allá á un mozo de la fonda.

CLOT. (*Dándole la esquela que acaba de cerrar.*) Lo más pronto posible.

MON. ¿Y no te parece que haríamos bien, mientras vuelve, en bajar al jardín?...

CLOT. Yo prefiero quedarme aquí.

MON. Como gustes.

CLOT. Pero tú puedes bajar; podrías acompañar á nuestra hija...

MON. Dices bien; la pobre Julieta, que no ha salido hoy en todo el día.

SAU. (¿Qué es esto? ¿Pretende alejarle de aquí? ¿Será por Fernando?)

MON. ¿Viene usted, amigo mío?

SAU. (¡Habrá buen hombre! ¿Cómo diablos prevenirle?) (*Alto.*) No; tengo que escribir, y me retiro... (¡Velaré sobre su conducta! observaré desde aquí.) (*Saluda ligeramente, y se entra por la segunda puerta de la derecha, detrás de la cual entreabierta se mantiene durante la escena siguiente.*)

MON. Hasta luego, pues.

CLOT. (*Cogiéndole una mano y oprimiéndola con ternura entre las suyas.*) ¡Adiós, querido esposo!

MON. ¡Ah! hace mucho tiempo que no la veo tan amable. (*Sale por la primera puerta de la derecha. Clotilde, después de haber cerrado la puerta de la derecha, se dirige hacia la de la izquierda.*)

ESCENA XVI

CLOTILDE, FERNANDO; SAUVIGNY, oculto

CLOT. Puede usted salir; todos se han marchado. (*Toma una silla y su labor, y se sienta en medio de la escena.*)

FERN. ¡Ah, señora, cuán largos, cuán eternos me han parecido estos momentos! mi corazón latía con tal violencia, que sentía apagarse en mí la fuente de la vida... en este instante mismo apenas puedo estar en pie.

CLOT. (*Fríamente.*) ¿Sí?... pues siéntese usted.

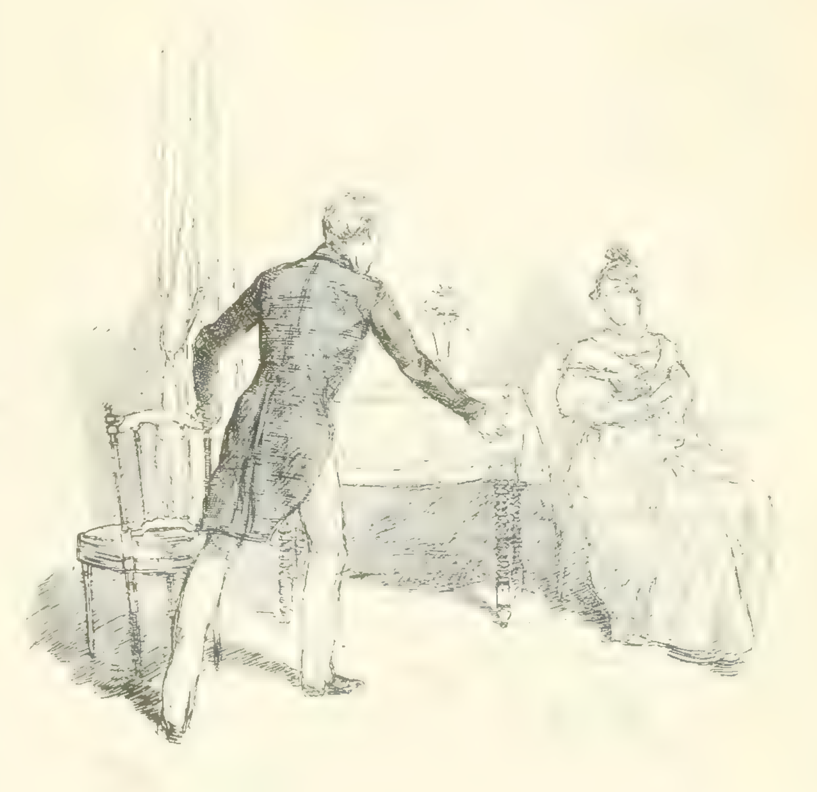
FERN. (*Con calor.*) ¡Sentarme! ¡cuando estoy al lado de usted, cuando la contemplo á usted con embriaguez!

CLOT. (*Haciendo labor.*) Ya veo que le vuelven á usted las fuerzas.

FERN. Vuelven, sí, para sufrir, y para sufrir más que nunca.

CLOT. Eso sería verdaderamente sensible... porque, en fin, después de cuanto usted y yo hemos hecho... si no hubiese mejoría posible, sería preciso renunciar del todo á los remedios.

FERN. (*Asombrado.*) ¿Qué quiere usted decir?



CLOT. Que en gracia del cariño que tengo á su hermana de usted, á mi mejor amiga, he querido salvar á su hermano.

FERN. ¿Cómo? ¿no era por mí?

CLOT. De ningún modo... yo no le conocía á usted... Pero en tratándose de la vida de alguien, tanto da uno como otro. Es cuestión de humanidad.

FERN. ¿Cómo? ¿ni el menor sentimiento hacia mí, ningún afecto? ¡Oh! no es posible; ¡esa tranquilidad, esa calma, cuando ve usted á su lado al más desgraciado de todos los mortales! (Está visto; es cosa de volver á empezar. ¡Vea usted lo qué es una interupción en el momento crítico!) (*Alto.*) Sí, señora, usted se dignará escucharme... sus ojos no permanecerán siempre clavados sobre ese bordado, que me desespera; por fin me dirigirá usted una mirada de

compasión... ó estas palabras que pronuncio serán las últimas que oirá usted de mis labios... ¡y ese balcón que da al río... ese balcón!!! (*Da algunos pasos hacia el balcón; Clotilde no se mueve.*) (¡Hola! ¿no se mueve?) (*Alto.*) ¡Este balcón, del cual voy á precipitarme!... (¿No me detiene?) (*Alto, y volviendo precipitadamente hacia ella.*) Pero no, no quiero morir lejos de usted... delante de usted misma, á sus pies quiero deponer una existencia que usted desdeña.

CLOT. (*Fríamente.*) Mucho lo sentiría, pero no está en mi mano impedirlo.

FERN. ¡Ah! lo dice usted, cruel, porque sabe usted que estoy desarmado, y que no tengo más que mi desesperación... ¡pero si pudiese encontrar un arma!...

CLOT. ¿No es más que eso lo que usted desea? (*Desatando fríamente la llave que pende de su cinturón.*) Tome usted.

FERN. ¿Qué es?

CLOT. (*Levantándose.*) Abra usted esa papelera... (*Viendo que él titubea.*) Abrala usted; ahí encontrará usted una caja...

FERN. (¡Oiga!) (*Alto.*) ¿Dónde?

CLOT. Ahí mismo, ahí.

FERN. (*Cogiendo la caja.*) ¡Ah! estas pistolas...

CLOT. Son de usted.

FERN. (*Asombrado.*) (¡Cielo santo!) (*Alto, abriendo la caja, tomando una pistola, y haciendo del sandio y desesperado.*) Con que usted lo quiere... usted lo exige...

CLOT. (*Fríamente.*) Puesto que no hay otro modo de curar á usted... eso es cosa de usted, amigo mío. Por usted...

FERN. Diga usted más bien que es por usted misma, que tiene usted á dicha librarse de esta suerte de un amor que la importuna, que le es odioso, que la estorba tal vez... sí, porque sin duda tengo un rival, le tengo, estoy seguro.

CLOT. Auto en favor para...

FERN. ¡Ah! ¡eso es ya demasiado! (*Tronando.*) Pues bien, señora, ¡no, no me mataré! eso sería dar á usted un buen rato, proporcionarla un placer... ¡se atreve usted á reirse todavía en una circunstancia semejante!!!

CLOT. (*Riendo á carcajadas.*) Sí por cierto... adelante, caballero, adelante... sólo estaba esperando este momento para adorarle á usted.

ESCENA XVII

FERNANDO, CLOTILDE, HORTENSIA, después SAUVIGNY

HORT. (*Entra precipitadamente, ve á Fernando con la pistola en la mano, da un grito y se arroja en sus brazos.*) ¡Hermano mío! ¡Te vuelvo á ver! ¡vives todavía!

FERN. (*Queriendo desasirse de sus brazos.*) ¿Qué tienes? por Dios que...

HORT. ¿No estás herido?

CLOT. ¡Oh! no, no; yo respondo.

HORT. He tenido un susto; porque al fin, esta esquela de Clotilde que me acaban de dar...

FERN. (*Leyendo.*) «Ven volando, querida Hortensia; tu hermano está en este momento en el mayor riesgo que puedes imaginar.» (*A Clotilde.*) Señora, usted...

CLOT. (*Riéndose.*) Me figuré que querría usted morir al lado de los suyos. (*Al oído á Hortensia.*) Es una pequeña lección que le he dado; quería matarse por mí, pero tranquilízate, amiga mía.

HORT. (*Mirando á Fernando avergonzado.*) ¿Es posible?

SAU. ¡La burla ha sido buena!

FERN. ¿Cómo? ¿tú estabas también en el complot? Este insulto...

SAU. No, amigo mío, era sólo testigo. (*Al oído.*) Acuérdate de que la lección puede servirnos á los dos.

FERN. (*Mirando á los tres, que se ríen de él.*) ¡Ah, esto es insufrible! El ridículo que cae sobre mí me obliga á hacer por fin...

HORT. ¡Hermano mío!

SAU. (*Calmando.*) ¿Qué dices? Clotilde es demasiado delicada para abusar de esta pequeña ventaja que tu locura le ha dado sobre tí, y creo que...

CLOT. (*Alargando la mano á Fernando.*) Si mi amistad puede...

FERN. (*Cogiéndola y humillado.*) ¡Señora!

SEU. Tu hermana está tan interesada en guardar el silencio como tú; y, en cuanto á mí, un medio hay de identificarme para siempre en los intereses de la familia. Cumple tu palabra, y olvidemos...

FERN. ¡Ah, Sauvigny! Hortensia... (*Mira á ésta en ademán de interceder por Sauvigny.*)

HORT. (*Escuchando.*) ¡Un momento!

ESCENA XVIII

Dichos, MONVEL

MON. (*Abalanzándose á Fernando, á quien ve con la pistola en la mano.*) ¿Qué significa esto, caballerito?

CLOT. (*Echando de ver en su mano envuelta en un pañuelo de seda.*) ¿Qué es eso? ¿qué tienes?

MON. Nada.

CLOT. ¡Cómo! ¿Nada?

MON. Nada absolutamente: nuestra hija estaba jugando hace poco á la puerta del jardín, cuando de pronto vimos venir corriendo hacia ella un perro, de mala traza por cierto, y unos hombres que venían detrás gritando: «¡A un lado, á un lado, que rabia!» Yo me arrojé entre el perro y la niña, y el animal me mordió: nada más.

TODOS. ¡Perro rabioso!

MON. No; miedos pueriles; un instante después le hemos visto beber en la fuente inmediata. Felizmente...

HORT. Pero usted lo ha creído...

MON. ¡Oh! pardiez, sí.

HORT. ¡Y á pesar de eso!... ¡Qué generosidad!

MON. ¿Generosidad? No por cierto; tratándose de mi hija ó de mi mujer, ¿qué menos podía hacer? Es como si se tratara de uno mismo.

FERN. Sin embargo de que usted opina que no debe usted exponer su vida...

MON. Cuando es preciso, nada más justo. Auto en favor para no exponerla cuando no hay necesidad. Pero ¿qué tenían ustedes cuando he entrado? ¿Comemos, ó no comemos?

CLOT. (*Enternecida.*) ¡Ah, querido esposo, eres el mejor de los hombres!

MON. ¡Calla!

CLOT. (*Enternecida.*) El mejor de los padres y de los maridos, y en este momento te amo como no te he amado jamás.

SAU. (*A Hortensia.*) ¿Y ese ejemplo, señora?...

FERN. Hermana mía, ¿no te decidirás por fin á premiar un amor?...

HORT. (*Alargándole la mano.*) Consiento por fin en ello, si mi hermano me da palabra...

MON. (*Cogiendo el brazo de Clotilde.*) Después de comer, después de comer. (*Dirigiéndose hacia la salida.*)

FERN. (*Casi al oído de Hortensia.*) Renuncio en buen hora á mis proyectos de muerte.

SAU. (*Cogiendo la mano de Hortensia.*) Y yo, sólo *á tu amor* no renuncio.



OBRAS INÉDITAS

DE DON MARIANO JOSE DE LARRA

(FIGARO)

TEATROS

UN PROCURADOR Ó LA INTRIGA HONRADA

COMEDIA NUEVA

Dos cosas estamos esperando siempre para escribir en cuanto á redactores del ramo de teatros: la primera que los señores procuradores y próceres (las cosas por su orden), que los señores procuradores y próceres que llenan nuestras columnas, de paso que tratan de llenar las esperanzas de los españoles, nos dejen meter baza y hablar en nuestra propia casa. La segunda, que la nueva dirección nos dé alguna función buena donde podamos una vez siquiera tributarle algún elogio, haciendo la vista gorda sobre esas parvedades de materia con que entretiene malamente el apetito de los aficionados al arte, si alguno queda. Pero cansados de esperar nos lanzamos á hablar: está visto que los primeros no escupen, y que la función buena corre parejas con el fin de la guerra civil. Por más que se muden empresas y direcciones, la dificultad sigue en pie: *La Trinidad se pasa y Malboroug no viene ya.*

Entretanto, pues, que la empresa se porte bien, hablemos nosotros mal, y cumplamos con nuestro deber, siquiera por distinguirnos de los más.

El título prometía *Un procurador*, y al lado de un procurador, en un mismo cartel, *La intriga honrada.* Ha dicho Fontenelle: *voilà des mots, qui jurent de se trouver ensemble*, cita que no va en manera alguna con el adjetivo *honrada*, sino con el sustantivo *intriga.* Empezaremos por advertir que no tratamos de ofender á nadie, y si no fuera por detenernos, daríamos principio haciendo nuestra profesión de fe, como es costumbre, á pesar de haberla ya hecho otras quinientas veces; pero costumbre indispensable desde que la profesión de fe viene á ser el principio de todo discurso, más que en él no se discurra, como el sombrero es el principio de toda persona que lo gasta, empezando á contar por arriba. Y para que con nuestra profesión de fe quedase probado que no queríamos ofender á nadie, diríamos en ella que hemos emigrado (en cuanto á que hemos viajado), y que hemos vuelto, que nuestros antecedentes políticos son los más inocentes del mundo, pues en cuanto á *Fígaro*, el mayor exceso que hemos cometido ha sido hacer la barba más ó menos blandamente á nuestros parroquianos, y eso sin dolor, de nosotros por supuesto: y no se nos diga que los hemos desollado, que para eso los hemos afeitado de balde; y concluiremos diciendo, que no habiendo hecho en toda nuestra vida sino murmurar, seríamos siempre consecuentes con nuestros precedentes. ¿Qué más se nos pudiera pedir?

Pero en atención á que por el proyecto de ley electoral, ya aprobado, no tenemos ni en cuanto á poetas ni en cuanto á rapistas profesión conocida; en atención á que nuestra fe allá se va con nuestra profesión, visto que no tenemos fe en ninguna profesión, y que hacemos profesión de no tener nunca fe, no queremos hacer hoy nuestra profesión de fe.

¿Nos habrán entendido nuestros lectores? Probablemente no: convenimos en que hubiera sido difícil, la verdad es que no queríamos decir nada; no sabemos por tanto si por casualidad hemos dicho algo. Pero si no nos han entendido, sepan que eso mismo nos sucede á nosotros todos los días con todo el mundo, y cuidado que oímos gente: y no por eso nos desesperamos. En conclusión, nos parece que no podemos ser más explícitos.

Y como ya estamos casi al fin de nuestro discurso, vamos á entrar con franqueza en la cuestión. Empezaremos por declarar á la faz de la Europa, que nos mira, sólo que no nos ve, y aun de la América, que ni nos ve ni nos mira, pero que nos siente, que no entraremos de lleno en la cuestión del juicio de esta comedia por varias razones: primera, porque no habiéndose seguido echando, nadie sino nosotros en este momento se acuerda de ella: ha caído en desuso: tiene contra sí la experiencia; segunda, porque ya nuestros dignos colegas los demás periodistas han iluminado la materia con sus eruditos juicios, como lo tienen de costumbre.

Nuestra intención al tomar la pluma no ha sido otra que la de decir que el título prometía, si bien nos chocaba, aun en el título, como llevamos dicho, aquello de ver juntos una *intriga* y un *procurador*, que por honrados y grandes que sean una y otros, nunca admitiremos la posibilidad de que quepa una intriga en un procurador, ni un procurador en una intriga. Esto sólo se ve, sólo se puede sufrir en las comedias: son utopias.

Pero es lo peor que ésta, como otras muchas, es cuestión de nombre, porque en el fondo de la comedia de que estamos hablando, aunque sin decir nada de ellos, como es costumbre de periodistas y oradores, ni había más procurador que uno de la curia, ni la intriga suficiente para la comedia misma.

La cosa desde luego no era española, en lo cual se parecía á las demás cosas que hay en España, sino francesa; porque eso sí, intervención, parece que no hay diablos que la traigan de allá, pero comedias y contrabando... Pues vean ustedes lo qué es, y cómo será esta comedia: preferimos el contrabando. Luego, está acomodada á nuestra escena con el mismo tino con que se aplican las cosas todas que de aquellos benditos países tomamos.

El argumento es cosa sencilla: un procurador que quiere dar un padre y una madre á un muchacho de esperanzas, y para eso casa por fuerza un viejo y una vieja; viva representación por cierto del ministerio Martínez, casando el Estatuto con la España, dos cosas viejas, para que legitimen la revolución, muchacho que promete.

La comedia, sin embargo de esa malicia que nosotros le encontramos, y de la cual el autor que la escribió hace cuarenta años no tiene la culpa, ni gustó ni petó. Experimentó la suerte de un ministerio nuevo; á lo cual añadiremos que tuvo que ceder el puesto á otras comedias, y desaparecer: fin y paradero que pudiera igualmente tener esta otra comedia más seria, de la cual aunque vemos ya seis personajes, no acertamos á ver siquiera un acto, desde que está levantado el telón, que hará como cuatro días.

Y volviendo á la empresa y á la comedia del *Procurador*, no queremos concluir este artículo sin hacerle una grave interpelación, en que está interesado el honor de la opinión pública que representamos, y el de el teatro mismo, y á la cual estamos seguros que no satisfará de ninguna manera.

¿Nos podrá decir la nueva empresa qué especie de sistema tenía pensado desde que la solicitaba para cuando llegase al poder? ¿Llevaba por plan hacerlo bien ó hacerlo mal? Y es preciso que nos responda á esto, porque si pensaba hacerlo mal, confesaremos con toda la ingenuidad que nos caracteriza que *no hay más allá*, es decir, que no se puede hacer peor. Desde luego pasan días y no se hace nada: ¿se estará por ventura enterando todavía del estado de los teatros? Vive Dios que si es esto, sabemos más que ella los demás. ¿Nos dirá que la administración anterior le dejó los teatros en mal estado? *Già lo sappiammo.* Por eso esperábamos las maravillas que iba á hacer. Pardiez que pasar días, eso ya lo hacemos todos, señora.

¿Dónde están esas comedias que debía tener preparadas? ¿Esos planes y reformas, ese progreso, esa mayor capacidad? No valía la pena seguramente de que la empresa anterior hubiera dejado el puesto, porque de estos pasos de la vida es de quienes se cuenta aquello *de malo vendrá que bueno me hará.*

Resumiendo, es probado que en punto á empresas, lo más que se puede decir es: *¡Dios nos la depare buena!* porque está visto que nosotros no nos la sabemos deparar.

ANDRÉS NIPORESAS.

REPRESENTACION

DE LA TRAGEDIA TITULADA: LA MUERTE DE ABEL, LARGO TIEMPO PROHIBIDA

La ilustración de nuestro Gobierno parece haber dejado en pie las tragedias en cuaresma por este año, y algunas otras representaciones; sólo han quedado excluidos del ensanche dado al arte los bailes nacionales: efectivamente, la autoridad ha conocido que se puede muy bien ver comedias y salvarse: lo que parece estar todavía en duda es que se pueda uno salvar viendo bailar bailes nacionales. Yo estoy con el Gobierno por la negativa. Los bailes suizos, como los de la ópera *El Guillermo*, que se sigue representando, tienen otro ver: los nacionales son los especialmente desagradables á los ojos de Dios, con la circunstancia de que su Divina Majestad parece llevarles más en paciencia el resto del año, que en ciertos cuarenta días, llamados Cuaresma. Esto parece querer decir que hay circunstancias para todo, y que lo que es bueno en tal mes, es malo en tal otro, aun á los ojos del cielo. Lo mismo se dice de las ostras, las cuales sólo son buenas en los meses de *erre*. Un historiador podría inferir de aquí que las danzas que bailaban los israelitas alrededor del arca del Testamento no eran bailes nacionales, sino bailes del *Guillermo*, bailes suizos. Es probable que fuese así.

Convengamos en que hay pocas cosas más ridículas, ni más insolentes, que la petulancia con que suele el hombre autorizar con el nombre tan sagrado de Dios, sus pequeñeces.

La muerte de Abel es un hecho incontestable, y esta tragedia una de las *acreditadas* obras literarias del repertorio de Máiquez. Muchísimo mérito debería tener aquel célebre actor, cuando adquirió su fama en las obras que representó, y cuando se la comunicó á ellas mismas. Entre todos los dramas representados por Máiquez no recordamos uno bueno.

Es preciso tener muchísima precisión de hacer una tragedia para hacer *La muerte de Abel*. Advertimos que no vamos á hablar del asunto, consignado en las Escrituras sagradas, que respetamos: vamos á hablar sólo de la tragedia y de los medios de que, para llevarla á cabo, se ha valido el autor.

Los primeros padres empiezan á poblar el mundo. Adán parece un buen sujeto; Eva, al fin, mujer. Abel es un verdadero pisaverde, tierno, rubio y adamado. Delicado y poco trabajador; ha escogido por tanto el oficio de pastor: lleva y trae las ovejas, reza y duerme, y como es feliz, quiere á todo el mundo. Es natural. Caín es robusto, fuerte, rehecho, feote, poco amigo de dengues: labra la tierra, y sustenta con su fruto á toda la familia; mata á los leones y les roba la piel para abrigar á todos con ella: si esto es malo, venga Dios y véalo. No tratamos de hacer la apología de Caín, ya es pleito perdido, pero sí de poner las cosas en claro, y la poca habilidad del autor Legouvé. Seguramente que no pasarían las cosas como él las pinta. A pesar de todo eso, como Abel es más zalamero, y siempre tiene la risa en los labios, quiérenlo más. Caín gasta mal humor y quiérenlo menos. He aquí la ventaja de los buenos modales. Pero tener mal humor no es delito, sobre todo cuando se trabaja mucho. En estos dimes y diretes, en estos chismecillos de vecinos, pasa el primero y segundo acto: sobre si Caín quiere, sobre si no quiere á su hermano. Tantas veces se lo dicen al pobre, que ya da al diablo á Abel y á sus parientes: dícele á su padre las verdades del barquero: castellano viejo, el pan pan y el vino vino. Entonces no había pan ni vino: por consiguiente no he dicho nada. Pero de allí á poco vuelve en sí; oye un sermón del gran Papá, pide perdón, se reconcilia con Abel, y llenos ambos de fervor, vuélvense á Dios, que anda por allí cerca, según luego se ve, y depone cada uno su ofrenda, en su respectivo altar; de inútiles flores Abel, de productivas espigas Caín.

Era costumbre entonces que bajase una pella de fuego de la bóveda azulada, que se ha des-

cubierto después no ser más que aire, sobre el don que más agradaba á Dios. Así es, que de allí á poco baja la llama revoloteando, y consume el de Abel. He aquí á Caín furioso de nuevo. ¿Es esta llama la justicia? Ostigado y frenético, jura odio y venganza eternos. *¿A qui la fauz?*

En el tercer acto ha soñado Caín: es muy común en los héroes de tragedias el soñar; véanse Dido, Edelmira, Malvina; en una palabra, todos. Los fisiólogos no han podido dar todavía con la causa de esta singularidad. Sea que como comen poco y tienen muchas penas, hagan malas digestiones, sea que cenen demasiado tarde, sea en fin lo que sea, el hecho es indudable. Caín, pues, ha soñado que veía á la posteridad de Abel, rezando siempre y dándose buena vida, á costa de la suya, atareada y laboriosa. De aquí vino sin duda decir: *Sueños hay que verdades son;* porque ha sucedido *ce por be* todo lo soñado por Caín. Con este motivo éste mató á Abel de un porrazo. El autor ha sustituído en este lugar á la célebre quijada del animal mal sonante y sufrido, una especie de azadón. ¿Por qué? Esta es alteración notable y que pudiera inducir en error al público. La cosa fué quijada y esto lo aseguramos como si lo hubiéramos visto.

Lo mismo es caer muerto Abel, que se levanta un airazo de todos los diablos: los naturalistas no han podido nunca descubrir que el homicidio levante aire, pero otros tiempos, otras costumbres. Este es uno de los muchos secretos que se han perdido y que mueren con el poseedor. Caín se horroriza y más su familia. De allí á poco se ve en el fondo de la naturaleza un triángulo rodeado de rayos de oro; cuyo triángulo habla, y le pide cuentas á Caín, condenándole á vida vaga y execrada. El delincuente no sabe qué responder, y toma las de Villadiego, terminándose la función con una divertida y copiosa lluvia, efecto también sin duda del homicidio.

No negaremos que hay por aquí y por allí algunos rasgos sublimes, pero como dice Virgilio: *apparent rari nantes in gurgite vasto.*

Nos ha chocado mucho que se usara del adjetivo *sangriento* en tiempo de Adán hasta con abuso; pero más que todo, que el buen señor Adán incurra en el anacronismo grosero de hablar de sus cenizas, aludiendo á su muerte. Todos sabemos que hasta muchos siglos después no se quemaron los cadáveres: no es de sospechar que el respetable anciano, de suyo poco pedante, estuviese tan al corriente de la historia egipcia, griega y romana; lo uno porque Adán fué un tanto anterior; lo otro, que es lo principal, porque nació ya grande para aprender. La figura retórica de las *cenizas* está, pues, inoportunamente colocada en boca de Adán. Es verdad que en el día también se llama *cenizas* á los cadáveres, y se cree decir una cosa muy elegante: en nuestro entender lo que se dice es un disparate, ahora lo mismo que en tiempo de Adán.

Y esta es la ocasión de decir de paso que la lengua de los primeros hombres debería ser poco rica y nada á propósito para largos parlamentos metafísicos de teatro: debería reducirse á unos pocos nombres propios. Pocas sensaciones, pocas ideas; pocas ideas, pocas palabras. Y esto, dado caso que hubiesen llegado ya á formarse y fijarse palabras, y que no fuese más bien sonidos casi inarticulados toda la conversación gastada en los primeros tiempos de este mundo perecedero y de pura conversación, ya en el día, merced á los adelantos de los hombres.

Marzo de 1835

PRÍNCIPE

LA HONRA DE UNA MUJER

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS

Dice el anuncio, acerca de esta comedia, que *está arreglada á nuestra escena, sobre el original francés* de *Bayard.* No diría mentira más grande la misma *Gaceta*, aunque fuera extraordinaria, porque la tal comedia está traducida palabra por palabra, sin más variaciones que la del título. Ni diría cosa más ridículamente escrita un parte militar; porque ¿qué quiere decir una comedia arreglada sobre un original para un teatro? El que tal anuncio puso debe de tener *el entendimiento arreglado sobre la cabeza para un hospital de locos.* No quisiéramos ofender á nadie, pero la necesidad más urgente, más inmediatamente necesaria al hombre después de ser poeta es la de explicarse para poder ser entendido: en tal caso el uso de la palabra dicha ó escrita es un gran don: de otra suerte, la lengua viene á ser un badajo, que suena á merced de cualquier impulso, de donde debe de haber venido llamar comunmente *badajadas* á las tonterías parecidas á los anuncios del teatro.

Bayard es conocido entre los autores de vaudevilles por uno de los mejores, y distínguele singularmente de los demás la tendencia melancólica y llorona de sus producciones: no le va en zaga á ninguna en esas calidades la que acaba de relatarse en el teatro del Príncipe.

Una joven inglesa, de alta jerarquía, rica y recién casada, ha sido perseguida por un atolondrado de buen corazón, pero de éstos que no reflexionan las consecuencias de ciertas calaveradas. Picado por la virtud de la joven, el calavera inventa una manera diabólica de hacerse escuchar; súbese á la altura de la ventana de su casa una noche por medio de una escala; nada consigue, pero es visto, y compromete de esa suerte la honra de la mujer que adora, que á poco de marchar del país su ofensor con su regimiento, es ya el objeto de las hablillas de Lincoln. Estas llegan á oídos del marido, que se bate y es muerto en duelo de resultas. El padre de la joven la maldice y la abandona. Sin embargo, esta mujer es del todo inocente.

Desesperada y sola busca un asilo en Francia, donde la tiene en su compañía una compasiva señora; muerta ésta, regresa á su patria y pasa á Escocia, donde cree encontrar otra protectora en lady Gerald. Al lado de la casa de lady Gerald vive un anciano misántropo, que se ha cansado de los hombres y de sus injusticias, en tales términos que no parece sino que el buen viejo ha vivido en España: y fortifica más esta opinión la circunstancia de haberse quedado ciego, como si hubiera visto nuestras cosas, ó como si las hubiera él mismo dirigido. El buen viejo, que gruñe sin cesar, se enfada, maldice, y pierde, en fin, el tino á cada paso como un ministro, no es otro que el aburrido padre de Carolina. Lady Gerald, deseosa de colocar á su amiga desdichada, le propone entrar en casa del viejo, quien no teniendo en su compañía más que un sobrino bastante zafio, necesita de una persona amable, que le cuide, le acompañe, le lea, y le aguante. En una palabra, le hace falta uno que sufra. El viejo es un Gobierno que anda buscando gobernados. Carolina reconoce á su padre; pero disimula, calla y da gracias al cielo de haberla devuelto por este medio á su familia. En tanto aparece por allí el sobrino de lady Gerald, que es precisamente el atolondrado que comprometió á Carolina. El horror de éste al verla en tal posición por culpa suya, y al saber el cuento de sus desdichas ocurridas después de su partida de Lincoln, su reparación, la dificultad de hacerse perdonar por el viejo, la manera de dársele á reconocer, y la boda, en fin, de estos dos corazones, nacidos uno para otro, como los de todos los que se casan, producen algunas esce-

nas sumamente interesantes, tiernas en extremo, y capaces de conmover al más frío calavera. En una palabra, se necesita toda la habilidad de los actores españoles para desnudar de efectos este dramita, recomendable por su excelente moral, y por lo bien conducido del artificio.

Así es que nosotros, que por una casualidad rara le hemos visto representar en Lisboa, en Bruselas y en París, le hemos visto en todas partes gustar infinito, y de los teatros ingleses sabemos que ha obtenido en ellos iguales triunfos. Ahora suponer que el Portugal, la Francia, la Bélgica y la Inglaterra no tienen sentido común, es un atrevimiento de que no nos sentimos capaces. Pues imaginar que la falta está en el público de Madrid, que después de oir lánguidamente esta comedia, se ha contentado con dar un aplauso á su escena más interesante, y coronar el final con otro, sería también una injusticia. Hay aquí, pues, un enigma para los que no meditan. Además de la diferencia de costumbres, que suele ser causa de que estas comedias modernas francesas no tengan el menor éxito en Madrid, además de las malas traducciones, que no pocas veces tienen la culpa de ese mismo resultado, hay otra razón de tanto ó más peso.

Hasta que una comedia es entregada al teatro, el poeta es todo. Una vez en manos de la dirección, el poeta no es nadie: los actores son todo. La comedia mejor, mal representada, no puede resistir un solo día, y en nuestro país el teatro está en un abandono para tener idea del cual es forzoso haber salido de España. No es este ni aquel actor quien tiene la culpa, sino el atraso del arte en general. Y si á esta razón se agrega que ni aun se permite hacer á los actores españoles lo poco ó mucho que pueden y saben, si se considera que hay comedia, como *La Honra de una Mujer*, que se pone en escena después de tres ensayos, que estos ensayos son más bien repasos de papeles, donde no preside ningún hombre inteligente, ó donde los que lo entienden algo más no quieren tomarse el trabajo de explicar á los otros las dificultades de sus papeles, entonces no se extrañará que queden sacrificadas á tan culpable apatía piezas que pudieran hacer mucho efecto. Una comedia no entendida, lánguidamente dicha, sin color y sin movimiento, es la peor de las comedias por muchas bellezas que encierre.

Nosotros somos de opinión que se cierre el teatro, supuesto que ni la empresa, ni los autores, ni los actores, ni el público toman el menor interés por él.

FÍGARO.

SEÑORES REDACTORES DE «EL ESPAÑOL» (1)

Muy señores míos: Deseoso de saber quién soy y qué lugar me toca ocupar en esta bien arreglada sociedad, de que siempre me he creído parte, y no habiendo podido averiguarlo del ilustrado Gobierno que nos rige, á quien le tocaba decírmelo y de quien no es posible recabarlo, por más diligencias que hago, sin duda á causa de las atenciones más graves que le ocupan, me dirijo á ustedes por si pueden explicarme mi posición y darme la clave de las circunstancias que en ella me han puesto.

Yo estaba en Madrid, señores redactores, este carnaval pasado, esperando la suerte que me correspondiese, puesto que había tomado parte en el movimiento popular ocurrido en agosto en esta capital: público fué el resultado de este movimiento, que en busca de mi propia seguridad me lanzó á Valencia, donde me agregué á los patriotas que dirigidos por la Junta de aquella provincia se levantaron allí como en otros puntos de España para oponer un dique al ministerio Toreno, de triste recordación. Caído éste y de vuelta de Valencia, esperaba en Madrid que se me destinase al ejército para seguir la carrera militar que he abrazado, ó que se hiciese de mí lo que en justicia pareciese conveniente, según los servicios que pudiese haber prestado á la causa pública.

Una casualidad, no sé si feliz ó desgraciada para mí, me puso en relación en medio de un baile de máscaras con el actual señor Presidente del Consejo de Ministros, quien parecía haber conocido á mi señor padre y que no se desdeñó en aquella noche de manifestarme un

(1) Est[illegible] fué [illegible] aquel tiempo.

aprecio singular, y aun de hacerme concebir esperanzas medianamente lisonjeras acerca de mi suerte futura.

Viniendo tales promesas de compatriota tan eminente y del hombre que constituía las esperanzas del país, en una palabra, del señor Presidente del Consejo de Ministros, Ministro de la Guerra en interinidad, no sólo no tuve inconveniente en darles crédito sino que hubiera creído injurioso para S. E. abrigar la menor duda acerca de su sinceridad, y dime una y mil enhorabuenas por la buena suerte que me había deparado tan á tiempo la protección de ese extraordinario personaje.

Comencé á hacer mis disposiciones de campaña y de allí á poco efectivamente fuéme dicho por S. E. que pasase á reunirme con el brigadier don Narciso López, Comandante general de la provincia de Cuenca, donde me sería remitido mi despacho de teniente graduado de capitán. S. E. acompañó esta insinuación con una carta para dicho señor Comandante, en vista de la cual no tuviese éste inconveniente en tenerme á su lado en calidad de edecán suyo ínterin recibía yo mi despacho.

Partí, pues, para Cuenca, creyéndome tan teniente que por aquellos días nadie hubiera sido bastante á quitármelo de la cabeza; tal me lo tenía yo de creído, y tal me habían puesto las multiplicadas pruebas de amistad de S. E., á que por otra parte viviré siempre reconocido. Pero pasaron días, fueron y vinieron correos y mi despacho nunca llegó.

Después de una campaña de veintinueve días esperando siempre á los facciosos y á mi despacho, regresé á Madrid con el señor Comandante general y traté de poner en claro mi posición. Pero, ¿cómo querrán ustedes creer, señores redactores, que en siete veces que he tratado de ver á S. E. me ha sido de todo punto imposible, que no he conseguido respuesta alguna, y que no he vuelto por tanto á saber de mi tenencia?

En tal estado, señores redactores, ¿qué harían ustedes? ¿Irse á la guerra? ¿Cómo, en qué concepto? ¿á qué cuerpo? ¿Estarse en Madrid? En este último supuesto ¿como paisano ó como militar? ¿Se debe entender que me han despachado en el solo hecho de no haberme dado mi despacho? Y en tal hipótesis, ¿por qué? En caso de quererme prender, ¿á qué autoridad correspondería yo? ¿Debo dejarme prender por un alguacil ó por un ayudante de plaza, ó por todos indistintamente?

Bien caigo ahora en la cuenta de que las promesas arriba indicadas se me hicieron en un baile de máscaras. ¿Debo inferir de aquí que no pudieron pasar nunca de una broma de Carnaval, y que yo he andado ligero en entenderlas al pie de la letra como hombre de poco mundo? Puedo asegurar á ustedes, sin embargo, que entonces me pareció que S. E. estaba sin careta, y que no llevaba más disfraz que el de Ministro, y que yo oí á S. E. con esta misma cara que sigo usando, que todos mis amigos me conocen y que es pública en Madrid, y aun con mucha más formalidad de la que acostumbro á tener cuando oigo promesas de Ministros. Para ser conciso: dos cosas había para mí indudables en aquella época: el programa del 14 de setiembre y mi charretera. El resultado ha probado que no era menos infalible la una que el otro.

No por eso dejo de vivir agradecido á la broma que me dió S. E. en dichas máscaras: lo uno porque habiendo podido embromarme en cosas desagradables me dijo las más bonitas y lisonjeras del mundo, y lo otro porque á veces me inclino á creer que S. E. lo sentía como lo decía; y lo que hago en el día es creer á pies juntillas que de entonces acá yo he desmerecido en el concepto de mi buen protector: acaso habré hecho alguna tontería que no haya llegado á mi noticia; pero sea cual fuere la causa, no deja de ser por eso mi posición menos ambigua. Ella me pone en el caso de acudir á ustedes, no ya en busca de mi despacho, que ya supongo no se habrá dejado olvidado ningún señor Ministro en esa redacción, sino en busca de consuelos y aclaraciones, sin los cuales se ha de ver loco de cavilar antes de verse teniente su afectísimo E.

CARTA DE FIGARO A UN VIAJERO INGLES

Notre cause à nous, amis de la liberté, est assez bonne pour nous laisser être justes: c'est à nous à confesser la verité sur toute chose et sur tout homme.

LERMINIER. *Philosophie du droit.*

¿Con que es V. inglés, señor viajero? ¿Con que es V. viajero, señor inglés? Amigo, por acá tenemos casi todos la desgracia de no ser ingleses, incluso yo, que soy natural de este mismo Madrid, donde parece que está V. viajando ahora. A pesar de ser V. inglés, ¿querrá V. creer que yo no sabía que estaba V. en Madrid, ni que era V. viajero? Pues en esta misma ignorancia que yo viven muchos de mis compatriotas: vea V. si estamos atrasados en este país. Aquí no se sabe nada: ni filosofía, ni historia, ni política, ni legislación, ni que está V. en Madrid. Por eso ha hecho V. muy bien en ponerlo en los papeles públicos, y aun si hubiera V. añadido su nombre y su apellido, no sólo sabríamos á la hora de esta que es V. viajero y que es inglés, circunstancias inapreciables, sino que sabríamos hasta quién es V. Por acá decimos que cada uno es hijo de sus obras, y si el artículo titulado *El reverso de la medalla* es obra de V., como á cien leguas se deja ver, no puedo menos de dar á V. la enhorabuena, por ser hijo de tan buenos padres.

Ya sé que en Inglaterra es uso y costumbre no dirigir la palabra á persona á quien no haya uno sido competentemente presentado; pero habrá V. de perdonarme si me tomo la libertad de hablarle, lo uno porque tengo algo que decirle, y si esto no fuese para un inglés razón bastante, también porque acá en España dirigimos la palabra á cualquiera, aunque sea inglés.

¿Con que ha escrito V. en inglés un artículo combatiendo el mío? No dirá V. que no somos en España hospitalarios: ni se quejará V., por cierto, de la parcialidad del director de *El Español*, que no contento con admitir artículos en oposición con sus doctrinas y sus redactores, hasta se los traduce á V. en castellano, ¡y en castellano de *El Español!* Sin duda V. no ha querido abusar de su bondad, solicitando que antes de traducir al castellano su respuesta á mi artículo, le tradujeran mi artículo al inglés, con cuya diligencia acaso me hubiera V. entendido y nos hubiéramos ahorrado estas contestaciones; sin que esto sea por mi parte presumir de hallarme á la altura de entender á un inglés. La verdad del hecho es que yo escribía para España y no para Inglaterra, que á haber escrito para V., mucho me hubiera mirado y remirado; y es por tanto grave injusticia que se nos venga la Inglaterra á medirnos aquí con el compás de su progreso, á nosotros, pobres neófitos de la libertad. Así es que estoy de acuerdo con el epígrafe de V., que sin duda los traductores no acertaron á traducir ¡tal debe ser él de remontado! en el cual he venido á barruntar que se dice que saber poco es peligroso, cosa que había llegado ya á nuestra noticia en España, y que en caso de beber de esa fuente que cita, es preciso beber mucho. Confieso que en punto á beber, donde hay un inglés nos podemos quitar el sombrero los españoles de ambos hemisferios. Digo esto, no tanto por ofender á nadie, cuanto porque es verdad reconocida, y desafíos aparte, porque debo confesar á V. que tengo más de hombre del pueblo que de miembro de ninguna cámara, y me ahorcarían.

Chanzas aparte, debo empezar declarando á usted que respeto la patria de Bacón, de Shakespeare y de Byron, cuanto un demócrata puede respetar la cuna de la libertad política y civil, y cuanto un pobre aficionado al saber puede respetar la nación del progreso.

Sé poco, es verdad, y de ello no me avergüenzo, porque al fin, ¿qué es el saber humano si el que más sabe, sabe que no sabemos nada? y porque ese es mal que trataré de ir remediando todos los días, así movido de mi propia inclinación como de los buenos consejos de V. Pero vamos claros. ¿Como cuánto tiempo puede

hacer que salió de Inglaterra vuestra Gracia? (y cuenta que no hablo de la que Dios le ha dado para escribir). Lo digo porque se me figura por el contexto de su artículo que no ha salido todavía de las costas de Albión.

Ha de saber vuestra Gracia que yo me propuse tres fines al escribir mi artículo de los *Barateros*. Primero: decir que en toda sociedad mal organizada, gran parte de los delitos son más culpa de la sociedad misma que de los que ella declara delincuentes.

Esta es la primera parte del artículo. Si antes de escribir para España, se hubiera vuestra Gracia dignado de aprender nuestras costumbres y de echar un vistazo sobre nuestra legislación, hubiera conocido que no hay tantas verdades absolutas como cree, y que en política como en legislación las más son relativas al país á que se aplican.

En Inglaterra tiene vuestra Gracia razón: en Inglaterra donde se hallan consignadas en la Magna Carta desde 1215 los derechos del ciudadano; donde además del gran principio constitucional de no poder levantar el rey subsidios sin participación del común consejo del Reino, único que teníamos ya muy superior en España, pues que el común consejo en Inglaterra se componía de los altos barones, y ese mismo principio dependía entre nosotros de los procuradores de las ciudades que tenían voto en Cortes, se ve defendido el derecho y la libertad de cada uno, y se halla establecido por el art. 48 que no se podrá arrestar, ni encarcelar, ni desposeer de sus bienes, hábitos y libertades, ni se impondrá la muerte á nadie en cualquier forma que sea sino después de enjuiciado por sus pares según las leyes del país, y que la justicia no será vendida, rehusada ni diferida; en Inglaterra donde el trono no derribó la libertad como en España bajo nuestro Carlos I, sino que la libertad derribó el trono bajo el suyo; donde en vez de perderse los derechos del pueblo, como en España, se reforzaron cada vez más y se afirmaron irrevocablemente en 1688 por el *bill* de derechos impuesto como condición al príncipe de Orange, Guillermo III, para ocupar el trono, por los lores espirituales y temporales y las comunidades reunidas en Westminster; en Inglaterra, donde nunca le ha ocurrido al pueblo tener que pedir la libertad de imprenta, porque nunca le ha ocurrido al legislador prohibir el pensamiento; en Inglaterra, donde el hombre del pueblo no ve pesar sobre sí más injusticia que la de una aristocracia monopolizadora del país, ni puede establecer más queja que la falta del trabajo; en Inglaterra la sociedad no es una fantasma, la sociedad ampara y protege á sus socios; y en Inglaterra, tiene razón su Gracia, sería el sofisma el único que podría decir lo que en boca de la sociedad española juzgué preciso poner.

Pero ¿sabe su Gracia cómo estamos en España? ¿Sabe que en España siempre se ha preso y se ha deportado á quien se ha querido? ¿Sabe que hace meses todavía se ha encontrado un hombre en las cárceles de Zaragoza que llevaba treinta y seis años de prisión, y para quien reinaba todavía Carlos IV, á pesar de la abdicación de Aranjuez, á pesar de Napoleón, á pesar de la cooperación de nuestra aliada la Inglaterra, á pesar de la Constitución del año 12, á pesar de la primera restauración, de la muerte del rey, de las amnistías, del siglo XIX, y del Estatuto Real? ¿Sabe su Gracia que, por nuestras leyes, si un plebeyo saca por el vicario para casarse una hija de un caballero que se ampara, como menor, de la ley contra la tiranía de su padre, éste puede impedir sin embargo el matrimonio por la desigualdad de clases? ¿Sabe su Gracia que ahora, en el tiempo de la libertad, se coge á un hombre del pueblo mendigando y se le mete por fuerza en San Bernardino, donde se le obliga á trabajar, donde está por fuerza? La sociedad puede declarar delito la vagancia y la mendicidad, y puede imponerle pena, siempre que á todo hombre que se presente pidiéndole trabajo, esa sociedad le dé trabajo: si dando trabajo á todo el que lo pida, queda todavía quien mendiga, puede imponerle la pena, pero no puede forzar á nadie á entrar en un establecimiento, porque el hombre tiene hasta el derecho de morirse de hambre y de no trabajar: en sí lleva la pena.

¿Sabe el inglés que en España las cárceles, los presidios son casas de desmoralización y de crimen donde el que entra una vez inocente, ó poco culpable, sale salteador de caminos ó asesino? Y, ¿á quién la responsabilidad sino á la sociedad? Si en España, como en los Estados Unidos, el que va por una falta leve á una casa de corrección saliera de ella con un capital, que el establecimiento le hubiese reservado de los ahorros de su trabajo, el viajero inglés tendría razón en llamarnos sofistas.

¿Ha oído hablar vuestra Gracia, señor viajero, de un cierto Jaime el Barbudo, famoso ladrón que se declaró en hostilidad con esta sociedad y que le hizo la guerra muchos años

hasta ser por ella vencido? Unos caballeretes de Crevillente robaron por broma unos carneros y los merendaron pacíficamente después de haber arrojado á la ventura las pieles de las reses. Las pieles cayeron en un corral de Jaime: Jaime fué sentenciado á presidio: en el presidio la atmósfera pestífera se agregó á su rencor, y salió de presidio para no dejar las armas hasta al pie de la horca. ¿Y á quién la culpa? ¿Qué debió Jaime el Barbudo á la sociedad?

Hace dos días un hombre del pueblo es atropellado por un hombre de cabriolé: el hombre del pueblo reclama sus cántaros rotos: sobreviene un celador de policía, y al oir al hombre y al ver el del cabriolé, vuelve la espalda diciendo: *Bah! bah!* Y si este hombre se toma la justicia por su mano, ¿á quién la culpa?

¿Y esta es la sociedad? ¿Qué amparo la debemos los que nos vemos robados de noche, de dia, por las calles, en nuestras casas, en los caminos reales? En un país donde han reinado años enteros los *Niños de Ecija* se quiere que demos apoyo á la. . . . .

. . . .

TRATADO DE SINÓNIMOS

de la lengua castellana

FRAGMENTOS

Ingrato. Desagradecido.—Ingrato: el que olvida el amor, el favor y beneficio recibido.

Otros se dan á gatos
Por olvido de Príncipes ingratos

Lope de Vega.

Desagradecido. El que no paga ni agradece el favor, pudiendo y no habiéndolo olvidado, y siempre supone mala índole.

Ingrato. El que no corresponde al amor que se le profesa. Lo no agradable.

Olvido ingrato, aborrecido adoro...

Calderón.—Nadie fíe su secreto.

Rey. Monarca.—Rey es el que rige, el que gobierna aunque sea en compañía ó coartado por un consejo, senado, cortes, etc. Monarca es el único jefe, el que reasume en sí solo el poder: el que manda y gobierna solo. Puede haber dos reyes; no puede haber más de un monarca.

Dominante. Imperioso.— Dominante es aquel cuyo carácter se inclina á sobreponerse á los demás. El imperioso es el que manda con altivez á los que están debajo de él, á los que ya domina. El dominante puede ser imperioso, logrado el dominio. El imperioso no puede ser ya dominante.

Abdicar. Renunciar.—Se dice abdicar sólo los puestos elevados, y supone la espontaneidad; es decir, la abdicación es voluntaria. Renunciar se entiende más ordinariamente no querer admitir una cosa que se le propone á uno ó da nuevamente: se puede renunciar lo que no se ha disfrutado todavía. Se renuncia á un proyecto injusto ó difícil, lejano, imposible de conseguir, á las esperanzas formadas. *Hacer dimisión* sólo se dice de un empleo civil ó militar. Se abdica el trono; se renuncia una herencia; se hace dimisión de un empleo. *Deponer*, sólo se dice de una dignidad, que se ha poseído: puede no ser voluntario: por lo regular no depone uno; le deponen.

Abandonar. Desamparar.—Se desampara sólo aquello que necesita nuestra protección ó defensa. Se abandona lo que se necesita y lo que se estima y lo indiferente; la patria, la casa, los bienes, las relaciones, los amigos. Se desampara á un infeliz; un puesto militar que se defendía. Desamparar es quitar el amparo. Abandonar es más bien apartarse de...

Abrumar. Oprimir. Agobiar.—Los males y desgracias abruman cuando pasan de aquel punto que se puede tolerar: y abruman los favores y beneficios recibidos, cuando ya no se pueden pagar por su número ó calidad. Un tirano nos oprime. Un gran peso material, una desgracia excesiva nos agobia.

Acusar. Denunciar. Delatar.— Acusar es perseguir el crimen ante la ley, por interés personal.

Denunciar es avisar al magistrado dónde está el crimen ó el criminal para que le castigue

Delatar es descubrir el criminal por venganza ó maldad.

El acusador, que acusa al matador de su amigo ó de su hermano, obra por resentimiento particular y arrostra las resultas: el denunciador, de buena fe, obra por el pro común y lo hace á cara descubierta; cumple con su conciencia y no teme las resultas.

El delator es siempre malo y vil. Oculta el nombre, por vergüenza, temeroso de que se

descubra la causa que le obliga á la bajeza; y por cobardía, miedoso de las consecuencias. Pelea armado con un hombre indefenso.

Al acusador le ciega un momento de cólera; un error, acaso momentáneo, que le hace creer necesaria la satisfacción.

MIRADA. OJEADA.—La mirada puede ser fija y larga: la ojeada es más vaga y rápida. Se echa una ojeada de pronto sobre uno hacia uno, para sorprenderle; se echa una ojeada al rededor. Se le dirige á uno una mirada terrible, severa, dulce, etc., para explorarle, conmoverle, etc.

ASPERO. ESCABROSO.—Aspero es lo que es desapacible al tacto por las desigualdades de su superficie: cuando estas desigualdades son tan grandes que pueden ser también desapacibles á la vista, entonces se llama más comunmente escabroso. Se dice mano áspera, tela áspera, camino escabroso. Dícese también camino áspero; pero no suele decirse, mano escabrosa. De todo lo que es escabroso se puede decir áspero: no á todo lo que es áspero se le puede llamar escabroso.

CREAR. INVENTAR. DESCUBRIR.—Crea el que saca de la nada, hace y forma de nueva planta: inventa el que halla un medio, un artificio, una cosa nueva. Descubre el que encuentra lo que estaba antes oculto. Dios crió el universo. El gobierno crea una academia. Un hombre inventó el arte de escribir. Colón descubrió un nuevo mundo.

El que crea, crea por sí solo, sin algún auxilio exterior: así crea el genio. El que inventa halla á fuerza de buscar y de combinar, aplicando á las cosas su estudio, viendo en ellas por la fuerza de su imaginación calidades ó propiedades que nadie ha visto hasta él. El que descubre acaso lo debe á la casualidad; y en ningún caso pone nada de suyo; no hace más que hacer patente á los demás lo que ya existía, en el mismo estado que él lo ve, antes de verlo él.

CABO. PUNTA. EXTREMO.—Cabo se entiende el principio ó fin de una cosa; así se puede decir de un bastón que por el un cabo tiene contera y por el otro, puño. Punta circunscribe más la figura: punta es el cabo de una cosa que va adelgazando: la punta es aguda: el cabo puede no serlo. Extremo se entiende el cabo último, donde concluye una cosa. Así, si se dice «puso un pañuelo en el extremo del bastón,» se entiende en la contera, considerando que el bastón principia en el puño. El extremo representa el cabo de la cosa que está más lejos del sujeto que la tiene. El extremo de una lanza es el hierro, el de una caña de pescar el cabo donde está el hilo, etc.

ENNOBLECER. HACER NOBLE.—Solo el rey puede hacer noble á uno. Cualquiera puede ennoblecerse á sí mismo por su gran talento, sus riquezas, sus virtudes. El noble ennoblece á la mujer plebeya con quien se casa, pero no la hace noble. Se ennoblece (metafóricamente) una palabra poco noble, sabiéndola usar: se ennoblece un uso, una costumbre, un traje, etc., usándolo ciertas personas. Hacer noble es sólo dar el privilegio de la nobleza, y adquirirle uno con su dinero se dice, *hacerse noble*, mas no ennoblecerse: esto sólo se dice de quien se entronca con un noble, como ya hemos dicho.

ESPOSO. MARIDO.—Esposo es literalmente el que ha contraído esponsales, el prometido, empeñado por su palabra. Marido es el casado, pero hablando de él con relación á la mujer. Llámasele también á este esposo comunmente en estilo noble: marido es más bajo: pero siempre esposo nos fija más la idea del enlace ó unión social: marido el estado del hombre en el matrimonio relativo al de la mujer. Esposo se dice de los dos: así decimos, los esposos. En plural quiere decir el marido y mujer casados.

ESPONSALES. CASAMIENTO. BODA. MATRIMONIO. NUPCIAS.—Esponsales es la mutua promesa que hacen hombre y mujer de casarse. Casamiento es el contrato hecho entre los dos ante la Iglesia para vivir en matrimonio. La boda es la celebración del casamiento: el matrimonio es el estado de los casados, su unión y vida común. Los esponsales se contraen: el casamiento se hace: la boda se celebra: el matrimonio se vive. Así decimos: Pedro y Juana contrajeron esponsales, hízose el casamiento en tal parte ó casáronse en tal parte; vinieron á celebrar la boda á mi casa; y su matrimonio fué citado siempre como uno de los mejores. Nupcias, que equivale á boda, sólo se usa para indicar el orden numeral de esta: así sólo se dice: casó en primeras, segundas, terceras nupcias, etc.

DESPOSAR. CASAR.—Desposar. Su primera acepción es sólo autorizar el cura los esponsales. Casar es autorizar el casamiento. Desposarse es, en su primera acepción, contraer esponsales; casarse, verificar el casamiento. En el día se usan indistintamente: siempre hay dos diferencias: desposar y desposarse son más nobles; casar y casarse más comunes y familiares. En desposarse parece que se fija más la idea de desempeñar, casándose, la palabra que había

dado de casarse: en casarse sólo se representa la idea de unirse para hacer vida común en el matrimonio.

Comerciar. Negociar. Traficar. – Comercio, negocio, tráfico: el comercio es el cambio de valores: se considera en general: negociar es hacer una cosa perteneciente á comercio: así se dice, hacer tal ó cual negocio, negociar en tal ó cual cosa: esta idea es más circunscrita: traficar es llevar y traer géneros de una parte á otra para ganar con ellos, de modo que el tráfico es el servicio del negocio. Mercader es el que compra y vende en pequeño y suele serlo de un ramo determinado de comercio; mercader de libros, de hierro, etc. Una nación tiene un comercio boyante: un particular, una compañía, negocía, hace un negocio, es negociante en letras, por ejemplo: un revendedor trafica: un mercader vende. De modo que el mercader es la segunda mano del traficante; el traficante el criado del negociante; el negociante uno de tantos comerciantes; de negocios se compone y vive el comercio; y todos viven del comercio y son comerciantes. Pero no todo comerciante es negociante ni traficante etc. Todo tráfico, todo negocio es comercio.

Nunca. Jamás. El verdadero adverbio de tiempo negativo es nunca; en ningún tiempo (*Numquam, nonumquam*).

Jamás es: en tiempo alguno: así no determina tan fijamente la negación, parece traer su origen de *ya más* (jam magis): y tanto por esto como por el uso que suele hacerse de él se refiere más bien á lo futuro: en nuestro castellano antiguo ha significado *siempre*. Y suele unirse á *nunca* y á *siempre*, formando un nuevo adverbio ó expresión adverbial, y dándoles más fuerza. Usase por lo general indistintamente, pero nos parece que *jamás* se refiere á lo futuro, *nunca* á lo pasado: usados así tienen ambos más fuerza. Es más enérgico decir, «nunca le he visto y ¡ay! jamás le veré,» que viceversa.

Nunca jamás parece que sólo suena bien aludiendo á pasado y futuro, por ejemplo: «¿Es posible que se acabe la virtud? Nunca jamás;» es decir, ni se ha acabado, ni se acabará.

Y la prueba más poderosa que podemos citar en favor de esta nuestra opinión es que cuando se añade el adverbio *siempre*, sólo es en sentido de futuro: así decimos «me despido de tí para siempre jamás,» pero no podría decirse «Juan quiso á Pedro por siempre jamás.» Así debe decirse «nunca lo dije; no lo diré jamás.»

Entró doña Ana en palacio
que á ver á mi hermana viene
con más donaire que nunca,
tan hermosa como siempre.

Calderón.—Nadie fíe su secreto

No se puede decir «con más donaire que jamás» porque es pasado.

¿Nunca has visto errante al viento
preñada nube encenderse?

Calderón.—Nadie fíe su secreto

Contiguo. Inmediato. Próximo. – Contiguo, tocándose: inmediato, sin nada de por medio: próximo, lo que está cerca aunque haya algo de por medio. Dos tierras están contiguas, dos personas inmediatas, un lugar próximo á otro. Los dos últimos tienen acepciones metafóricas.

Convencer. Persuadir. — El raciocinio convence; la elocuencia persuade. El que convence habla al entendimiento para que vea la razón; el que persuade, al corazón para moverle. Muchas veces estamos convencidos de la necesidad de hacer un sacrificio, y es preciso que nos persuada un amigo á que le hagamos; la convicción es efecto de la evidencia; la persuasión es efecto de pruebas morales que pueden engañar. Estar convencido de una verdad; puede estar persuadido de un error. *Baile.*

Preciso. Necesario. – Lo preciso es lo que no puede menos de ser; la precisión es una consecuencia forzosa, digámoslo así: lo necesario es lo que hace falta: es necesario tener reloj para saber la hora que es, y es preciso que el reloj cueste caro, si ha de ser bueno. Hay cosas precisas y necesarias, por ejemplo: es preciso mascar para comer y es necesario. Hay cosas precisas y no necesarias, por ejemplo: es preciso ruido para mascar, pero no es necesario. Y hay cosas necesarias y no precisas: es necesario ir á paseo, pero no es preciso. *Comámoslo amigablemente antes que la precisa necesidad nos haga mover las armas y usar de la fuerza.*

Cervantes.—Pérsiles y Segismunda.

Seco. Enjuto.—Distínguense estos dos participios en que el segundo se entiende siempre de la cosa que ha estado mojada. Lo seco puede serlo naturalmente; lo enjuto, por lo regular, lo está. (Acad.) Dícese, sin embargo, *pasar un río á pie enjuto.*

Suelo. Tierra.—El suelo es la superficie de la tierra. (Acad.)

RIESGO. PELIGRO.—El peligro es inminente, en el riesgo hay más contingencia. Un general corre riesgo de perder la batalla si sus soldados le abandonan en el peligro. El peligro es de perder la vida, los bienes: el riesgo se aplica á cosas de menor importancia. Corro el riesgo de perder un amigo, si no le ayudo en el peligro. El peligro es más próximo, el riesgo es más lejano. Ya nos acercamos al peligro. ¡Quién sabe si habrá riesgo en esa determinación!

Dice Solís, de Hernán Cortés:

«Mantúvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo; y dejándose caer en tierra, le puso en evidente peligro de perderse, etc.» Conq. de Mex. CAP. XVIII. LIB. V.

«Don Pedro, entendido el peligro en que estaba, pensó cómo podría huirse del castillo más á su salvo.» MARIANA. Historia de España. LIB. XVII. CAP. XIII.

«Don Pedro... resolvió de aventurarse y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla... teníale con gran cuidado el peligro de la imperial ciudad de Toledo.» Id. id. id.

«Este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto, etc.»—CERVANTES, Pérsiles y Segismunda.

VALOR. VALENTIA.— Hállanse usados casi indistintamente. Parece, sin embargo, que la valentía es la ostentación del valor. Así dice Solís (Conq. de Mex.) después de haber dicho que á Hernán Cortés no le agradó la *jactancia intempestiva* de Tchechimecal: «cansábase naturalmente de los hombres arrogantes, porque se halla pocas veces el valor donde falta la modestia; pero no dejó de conocer que aquellos arrojamientos del espíritu eran ardores juveniles, propios de su edad, y vicio frecuente de soldados bisoños que salieron bien de las primeras ocasiones y á pocas experiencias de su ánimo quieren tratar el valor como valentía y la valentía como profesión.» CAP. XIV. LIB. V.

PÁLIDO. DESCOLORIDO.—Pálido, decaído de color. Descolorido, sin color. El primero es poco color natural en las personas: el segundo ausencia de color en las personas ó cosas. Pálido, por lo regular, sólo se dice del rostro. Dícese carne descolorida, cuadro descolorido.

ADIVINAR. AGORAR. PROFETIZAR. PRONOSTICAR. PREDECIR. VATICINAR. PRESAGIAR.— Adivinar. Es conjeturar lo que está por suceder, ó descubrir como á tientas una cosa oculta, presente, pasada ó venidera, ó por don divino (*à Deo*), ó por conjeturas de poco fundamento. El adivino va á ciegas, no acierta por sí sino por la casualidad: no dice lo que ha de suceder, sino que sucede lo que ha dicho. Se puede adivinar lo que otros saben; basta para adivinar que no lo sepa el que adivina. El adivino admira, choca.

Agorar es asegurar que han de suceder ciertas cosas por señales falsas de que no depende el tal suceso. El agüero es falso; el agorero, necio ó pícaro. El agorar envuelve un sentido supersticioso. Es despreciable.

Profetizar es anunciar de palabra un suceso futuro y distante en virtud del espíritu de profecía, don recibido del cielo ó adquirido por un profundo conocimiento ó experiencia de las cosas. El profeta es sabio, ó inspirado de Dios. Habla con superioridad. La profecía es cierta. El profetizar envuelve un sentido religioso y de respeto.

Pronosticar. Es saber por examen de señales ciertas y apoyadas en razones fundadas lo que ha de suceder, mejor lo que según las causas naturales debe probablemente suceder; el término del pronóstico no es tan remoto como el de la profecía. El pronóstico puede quedarse en el pecho oculto, pues el pronosticar no consiste principalmente en decir lo que ha de suceder, sino en saberlo (*pre noscere*). Yo pronostico lo que ha de suceder y no lo digo á nadie. El pronosticador, pues, camina sobre datos seguros y ciertos á un término verisímil y el pronóstico es por lo menos probable. El médico, el astrólogo pronostican el fin de una enfermedad, el tiempo, etc.

Predecir es decir antes lo que ha de suceder después. Se predice por casualidad ó por ciencia; la predicción es cierta porque no se acredita de tal mientras no se realiza. Así, pues, predice el que pronostica una cosa que sucede, si habla el pronóstico; predice el profeta; predice el agorero, si acertó casualmente, y predice el que adivina lo futuro.

Vaticinar. Es adivinar sólo cosa futura, anunciándola, sea por don que tenga el vate, que es lo más regular, sea de otra manera; el adivinar supone el acierto, aunque sea casual; pero hay vaticinios que no se realizan.

Presagiar. Es conjeturar una cosa futura por alguna señal que tiene correlación con la cosa que ha de suceder, pero envuelve cierta duda; de modo que el presagio no es seguro aunque está mejor fundado que el agüero. El que presagia no asegura, sino sospecha, y suele ser fundado en presentimientos interiores ó exteriores de las cosas.

NEGACIÓN. NEGATIVA.—Negación es el acto de negar. ¿Ha estado V. en paseo? No. ¿Quiere V. algo? No. Esto es una negación. Negativa es más bien la repulsa ó no concesión de lo que se pide: y por esta acepción en que se toma más generalmente no se le puede llamar sinónimo de negación: ni lo es de denegación, porque esta sólo se puede entender en el sentido de repulsa de lo que se pide. La negativa pudiera ser en unos casos sinónima de la negación y en otros de la denegación. (Acad.)

DIABLO. DEMONIO.—Estas dos palabras son en último resultado una misma imagen, son una misma cosa, pero la lengua caprichosa ha parecido separarlas algo en su uso. Parece que el diablo es en general el ángel malo, y demonio más en particular este mismo ángel malo y además maligno, y entendido en el concepto de que pone asechanzas al hombre y le pierde. Así que á los oídos delicados parece sonar mejor la voz diablo que la del demonio: en buena sociedad, si pudiese usarse alguna de estas palabras sin miedo de ser tildado, sonaría mejor diablo que demonio. La lengua, valiéndose de la primera para los infinitos refranes y dichos jocosos y familiares en que la ha empleado, ha llegado á familiarizarnos más con ella y aun á darle un sentido de travesura y picardía al parecer menos importante y terrible que el significado absoluto siempre y repugnante de la segunda. Así decimos, *había una de todos los diablos*, *esas son cosas del diablo*, *frío del diablo*, *si es el diablo*, *tener diablo*, *por arte del diablo*, *dado á todos los diablos*, etc.

Llámase al demonio *enemigo* sólo en el sentido de ser el *contrario* del hombre.

DESPOBLADO. DESIERTO. YERMO.— En el despoblado no hay población. En el desierto no hay nada. El yermo tiene esto de común con entrambos, y se entiende además de tierra sin cultivo ni disposición para dar frutos; es más solitario y apartado de los hombres. El despoblado empieza donde concluye la población; así se dice de un convento que está en despoblado con sólo estar á corta distancia de pueblo. El desierto representa á la idea mayor extensión de tierra, falta de población y de gentes, pero puede ser de tierra productiva. El yermo representa una idea de mayor extensión de tierra todavía en absoluto silencio, quietud y esterilidad: en el yermo parece que nunca puede haber habido ni haber nada jamás. Un país abandonado de sus habitantes viene á ser un desieto. El despoblado puede haber sido poblado y volverlo á ser.

AIRE. VIENTO.—La verdadera voz que representa la idea por que son sinónimas estas dos palabras es *viento.*

Aire es un cuerpo fluido, elástico en que vivimos: este aire comprimido y agitado se vuelve á llamar aire también solamente: así decimos, *hace aire, qué airazo tan fuerte*, etc. Pero cuando este aire, soplando de una parte determinada toma nombre de la parte de que viene, se llama viento sólo; así decimos, *los vientos cardinales, el viento norte*, etc. Fuera de este caso en que se conoce únicamente que la voz propia es viento, el uso les hace sinónimos usándolos casi indistintamente.

No se puede decir que austro es el nombre de un aire, sino de un viento. Y decimos mejor, *aire colado, me cogió un aire*, etc.

Aire es familiar. Viento del estilo más noble y sublime.

CUELLO. GARGANTA. PESCUEZO.—Cuello es en general la parte que une la cabeza al cuerpo en toda clase de animales. Cuello es el de un caballo, cuello el del ave, cuello el del hombre, y metafóricamente la parte superior y más angosta de una vasija, etc.

Garganta es en rigor sólo la parte interior del cuello, pero cuando se usa por cuello, en cuyo único caso pudiera serle sinónimo, sólo se entiende la parte delantera del cuello de las personas, y por lo regular de la mujer, y en este caso se extiende á todo lo que suele dejar el escote descubierto. Por metáfora su sentido verdadero tiene extensión á toda estrechura de montes etc., la de la pierna etc.

Pescuezo. Suele confundirse con cuello vulgarmente; pero *pescuezo* es más bien la parte del cuerpo del animal desde la cabeza hasta los hombros, es decir, la posterior, y en este mismo sentido fija y determina esta parte del cuello cuando se habla de ella en los animales. Prueba que debe ser la parte posterior en el hombre la voz *pescozón* y *pescozada* sus derivados que son golpe en esta parte: la frase metafórica que dice *poner el pie sobre el pescuezo.* Nuestra Academia dice hablando del *yugo* que es el *instrumento con que se unen por la cabeza ó los pescuezos los bueyes ó mulas*, etc. Este mayor uso que acaso involuntariamente se hace de esta voz le da un sonido más desapacible, y así sólo está bien en lenguaje poco esmerado. ¿No disonaría decir *el pescuezo de un canario, de un papagayo*, etc.? Parece que en ciertos casos sólo se puede decir cuello. Esto establece una diferencia muy marcada entre las voces cuello y pescuezo, por lo regular confundidas.

Ni hay más voz para la parte posterior del cuello, pues que el cogote sólo llega á la nuca (Acad.) y esto sólo en las personas.

COLA. RABO.—Cola tienen las aves, los peces, los animales. Rabo sólo ciertos animales. Cola es más general y se entiende la idea de la extremidad prolongada. El rabo sólo presenta la idea de la extremidad, de donde viene la expresión *de cabo á rabo.* Así que decimos de un mulo que tiene rabo si le faltan en esta parte las crines, pero si las dejan crecidas, como suele suceder con el caballo, nos inclinamos á llamarlo cola: de aquí acaso vendrá el decir generalmente rabo al del mulo, puerco, etc., cola á la del caballo, etc. Y metafóricamente decimos rabo al de una pera, y cola á la de una cometa. La lengua, sin embargo, es caprichosa y hállanse en su uso algunas excepciones de la explicación que de estas palabras damos.

PEZ. PESCADO.—El pez es el nombre genérico del animal que nada y vive en el agua. Pescado representa más bien la idea del pez cuando se hace uso de él para comer y en contraposición á la carne, etc. Así decimos *me gusta más la carne que los pescados* (y no los peces). A los pequeños y de agua dulce se llama con preferencia peces. Decimos: *la ballena es el mayor de los peces; el espada es pez muy extraño; de los pescados el mero: el salmón es un pescado muy raro* y *exquisito.* (Pescado, de pescar.)

BESO. OSCULO.—¿Se llama ósculo el beso que no se da en la cara? Si es ósculo también el beso dado en una mano, en una reliquia, etc., son absolutamente sinónimos: en este caso sólo se distinguirían en ser *ósculo,* fuera del estilo culto y sublime, afectado y pedantesco.

INVENTAR. DESCUBRIR.—Inventar es hallar, discurriendo y haciendo uso del talento natural ó adquirido, un medio de hacer las cosas, un arbitrio, de nuevo y como á nadie le había ocurrido anteriormente. Descubrir es hacer patente lo que estaba oculto ó cubierto al que lo descubre ó á los demás. El autor de una máquina la inventa; la invención es hija del ingenio. El que halla en una planta una cualidad que no se le conocía antes de él, no inventa aquella cualidad, sino que la descubre. El descubrimiento puede deberse, pues, á la casualidad ó á la indagación, pero sin esfuerzo ni complicación del ingenio. El descubrimiento existía antes, aunque oculto. El invento ha nacido en la cabeza del inventor.

Colón descubrió las Indias. Se descubre un tesoro. Jersey descubrió la vacuna. ¿Quién descubriría la propiedad narcótica del opio? Guttemberg inventó el arte de imprimir. Linneo inventó un sistema en la Botánica.

La invención es capaz de mejoras sucesivas; el descubrimiento, no. La invención del reloj, que empezó por los de campana, se ha mejorado hasta hacerlos del tamaño de un duro: se ha mejorado la de los coches, etc.

Sólo se parecen el inventor y el descubridor en ser ambos los primeros.

Invención: la acción y efecto de inventar.

Invento: la cosa inventada sólo.

AQUI, ACÁ; ALLI, ALLÁ.—Aquí, acá: el paraje donde está el que habla. Allí, allá: el paraje distante del que habla, aunque allá parece envolver un sentido más remoto.

Creemos que aquí y allí son absolutos. Así decimos *aquí estoy,* etc. Acá se dice en señal de llamamiento al que está lejos para que venga al paraje donde estamos desde aquel en donde está, y allá se dice para que el que está allí vaya más distante, allá. Aquí y allí se pueden señalar, son puntos fijos, determinados. Acá, allá envuelven un sentido más lato y casi siempre relativo y en contraposición uno de otro. Cuando hablamos de Francia absolutamente, decimos: *allí se vive con gusto.* Pero si decimos *allá se vive con gusto,* parece que hemos dicho ya ó vamos á decir cómo se vive acá. Así se dice *por acá, por allá.*

Nos parece que de un punto fijo y determinado se dice aquí, allí, como *aquí en Madrid, en esta casa,* etc., *allí en el Prado, en París,* etc., y de punto más vago acá, allá, como *acá en España, en Europa; allá en Francia, en América. Acá en la tierra, allá en el cielo.*

LEÑA. MADERA.—Si sirve á la combustión es leña: si á la construcción, madera. *El roble da buena leña. Mucho pesa la madera del nogal.* Leña se entiende regularmente hecha trozos. Madera es la parte sólida.

LEÑO. MADERO.—Leño es un trozo de árbol cortado y limpio de las ramas. Madero la pieza de madera larga y de grueso casi cuadrado. El leño es informe. El trabajo ha dado ya alguna manera de forma al madero.

LECHO. CAMA. TÁLAMO. Lecho es aquella armazón ó mueble que sirve al hombre para su descanso.

Cama es ese mismo mueble y además también es cama la reunión de colchón, sábanas, etc., y demás ropa que se dispone y adereza para dormir, aunque esté en el suelo, sin armazón alguna, y cama también todo junto. Y

cama por extensión el paraje dispuesto ó aderezado ó natural en que descansan los animales.

Aunque ya generalmente se llama también lecho á la reunión de la ropa, y de la armazón sobre que descansa, aun en este caso se diferencían; porque el lecho se supone hecho y completo: la cama se hace. Lecho se entiende entero particularmente en el estilo noble, en que no se suele usar cama por ser más familiar.

Tálamo es sólo la cama de los desposados; y por esto suele ir siempre acompañado del adjetivo *nupcial.*

MENEAR. MOVER.—Mover; hacer variar á un cuerpo de sitio. Menear: agitar una cosa sin hacerla perder el sitio que ocupa en su totalidad. Este es el genuino significado de estas dos voces. El soldado que marcha se mueve, y para moverse se menea: el que marca el compás se menea y no se mueve. Un fardo que se traslada de una parte á otra se mueve y no se menea. Si alguno de estos verbos puede en algún caso equivaler al otro es sólo por extensión como dice nuestra Academia. V. *Mover.*

SONIDO. RUIDO. RUMOR.–El ruido es un sonido desapacible. Rumor es un ruido bajo, indeterminado aún, de poco sonido.

ESTRUENDO. ESTRÉPITO.–Estruendo es un ruido grande que asorda. Estrépito parece ser un estruendo súbito, y como de cosa que se rompe ó estalla. *El estruendo de un batán: el estrépito del cañón.*

TRANSPARENTE. DIÁFANO.–Diáfano se dice de aquellos cuerpos que sólo dejan pasar la luz por poros invisibles. Transparente se dice de estos mismos y de aquellos que la dejan pasar por intersticios sensibles. El cristal es diáfano y transparente. La gasa es transparente y no diáfana.

FORMA. FIGURA.–Forma es el modo de ser de las cosas y así la forma las distingue unas de otras. Figura es sólo la forma ó disposición exterior de las cosas. Forma parece aludir más bien á la coordinación de las partes y su congruencia entre sí y con el todo: de la forma depende la perfección. La figura es el contorno exterior, á veces engañoso, que suele deslumbrar á primera vista. La forma puede ser la misma en una mujer hermosa y otra fea: la figura será diferente.

APARICIÓN. VISIÓN.—Aparición es la manifestación súbita y visible de una cosa naturalmente invisible ó que no se suele ver ni se espera ver, como la aparición de un cometa, etc. Por lo regular la aparición es milagrosa y por lo tanto obra de Dios. Visión se entiende lo que se cree ver ó una especie que Dios envía ó infunde por modo de revelación: por consiguiente la visión no presenta cuerpo ni es sensible á los sentidos; ó se presenta sólo interiormente á la imaginación, ó es efecto del esfuerzo de una imaginación acalorada ó debilitada y poseída habitualmente de una idea. Cristo se apareció á sus discípulos después de su resurrección; los timoratos supersticiosos creen apariciones lo que sólo son apariencias vanas: los fanáticos ven visiones y creen tenerlas á cada paso.

VIEJO. ANCIANO. ANTIGUO.—Viejo se aplica á las cosas que han servido mucho tiempo, ó cuya moda ha pasado más ó menos recientemente, y á las personas de más edad relativamente á otras en contraposición de joven y á las de mucha edad absolutamente. Viejo es un mueble muy usado, vieja es una hechura que haya dejado de usarse aunque haga poco que haya dejado de usarse, en contraposición de nuevo; decimos de una muchacha de diez y seis años que elige marido de cincuenta que se casa con un viejo.

Anciano sólo se aplica á las personas, y significa siempre absolutamente la mucha edad. Anciano es también más usado en sentido serio y noble; y se toma casi siempre en buena parte; decimos sólo *anciano venerable, buen anciano,* al paso que indistintamente decimos *buen viejo* ó *pícaro viejo.* Anciano lleva consigo cierto sentido de respeto.

Antiguo se dice sólo de las cosas cuya moda ha pasado hace ya mucho tiempo, ó (cuando está antepuesto al sustantivo) de las que han llegado hasta nosotros en medio de un largo trascurso de años, ó (cuando está pospuesto) de las que han existido y dejado de existir antes de nosotros. Antiguos son los y tupés; antiguas son muchas casas y decimos de costumbres antiguas, *la antigua Grecia,* etc.

En plural sólo se aplica á las personas, y decimos *los antiguos,* pero entonces significa también los que existieron en otros siglos.

Antiguo también es relativo á moderno, así como viejo á nuevo y á joven, pero siempre alude á más tiempo atrás que *viejo.* Vieja es una noticia de esta mañana, si hay otra más nueva esta tarde. Antigua es la moda de usar polvos en el peinado, sin embargo de que no hace tantos años que se introdujo la moda moderna de no llevarlos.

CADUCO. DECRÉPITO.—Caduco se aplica á cosas y personas. Caduco es lo que está en el

último término de su existencia, próximo á concluirla. La persona caduca es la persona muy anciana. La persona decrépita es aquella que de puro anciana y caduca, chochea ya. El anciano puede aún llegar á ser caduco, y el caduco decrépito; el decrépito sólo puede morirse muy pronto. Ha recorrido ya toda la escala de la vida.

FRUTO. FRUTA.—Fruto: lo que el árbol ó planta produce cada año después de la flor y de la hoja, etc., y cualquiera producción de la tierra que rinde utilidad. Fruta es el fruto comestible que dan los árboles y plantas: y comunmente aquellas son frutas que sirven más para el regalo que para el alimento, como la pera, guinda, fresa, etc. El árbol que tiene fruta ha dado fruto.

DEFECTO. FALTA. — Defecto: imperfección natural ó moral. Falta: el hecho de obrar contra la obligación, y la cosa que se hace en este caso. Por consiguiente el defecto se tiene, la falta se comete. En una falta se reincide, se vive con el defecto. El defecto se corrige, la falta se castiga. La falta es accidental, el defecto natural en el cuerpo ó en el ánimo. Es peor cometer una falta que tener un defecto. Hay defectos inocentes; las faltas son siempre nocivas.

CIERTO. VERDADERO.—Cierto, lo que realmente sucede ó ha sucedido. Verdadero, lo que contiene ó es arreglado á verdad. El hecho es cierto y la relación verdadera.

AMAR. QUERER.—Amar es tener inclinación y afecto ó afición á alguna persona. (Acad.)

Querer es amar con deseo, tener cariño, voluntad ó inclinación á alguna persona. (Acad.) Se ama más noblemente y con desinterés: el que quiere es con la esperanza del premio y de la posesión.

HABLAR. CONVERSAR.—Habla uno solo: son precisos dos lo menos para conversar: la conversación supone además cierta familiaridad ó igualdad entre los interlocutores. No se conversa con Dios, con el rey...

CORREGIR. ENMENDAR. REFORMAR.—Corregir es enderezar lo torcido, hacer entrar en el buen camino lo que iba por el malo: poner bien lo que está mal. Enmendar es poner una cosa mejor que está ó resarcir el daño hecho con un bien equivalente. Reformar es dar buena forma nuevamente á una cosa que desde luego se había hecho mal, ó que había degenerado de su primitiva bondad. Lo enmendado queda mejor; lo corregido queda bien; lo reformado toma nueva forma. La enmienda supone la mejora, la corrección la perfección, la reforma una mudanza total. Se puede corregir una cosa á medio hacer; la enmienda supone un yerro hecho enteramente ya. El que se corrige con tiempo no llega á ser vicioso. El que se enmienda es porque lo es. Se corrige un defecto de genio y no se enmienda: se corrige modificando: se enmienda quitando enteramente y poniendo nuevo: se reforma dando nuevas reglas y formas. El que corrige sus defectos gana para con la sociedad: el que enmienda sus yerros para con la sociedad y para con Dios. El que corrige sus defectos hace bastante, pero hace más el que además enmienda sus costumbres y reforma su vida. Se reforma un establecimiento, una nación etc.; se corrige al inferior; se enmienda uno á sí mismo.

ERROR. YERRO. — Error es propiamente concepto, juicio falso, *inteligencia equivocada.* (Acad.) Por consiguiente el error es hijo del entendimiento.

Yerro es la falta cometida por equivocación ó malicia ó ignorancia contra los preceptos y reglas de un arte, absolutamente contra las leles divinas y humanas, ó la mera equivocación por descuido ó inadvertencia, tomando ó poniendo una cosa por otra.

El error pues, se tiene, ó profesa. El yerro se comete. El yerro se enmienda; del error se puede uno retractar; del yerro, no. Era un error creer que el sol giraba en derredor del mundo. Es un yerro decir una cosa por otra.

MUNDO. UNIVERSO.— Universo es todo lo creado; lo que vemos y lo que no vemos. Mundo según el Diccionario de nuestra lengua es lo mismo; pero generalmente se entiende por mundo el planeta que habitamos. El mismo Diccionario dice artículo *Universo: úsase con más extensión que la voz mundo.*

MOMENTO. INSTANTE.—Momento; el mínimo espacio en que se divide el tiempo. Instante; el más pequeño espacio de tiempo. El momento dura poco, pero al fin dura algo; el instante apenas da lugar á la imaginación para concebirle y abarcarle: así se dice: *hice esto en algunos momentos que tuve desocupados*, y no instantes; este sólo se usa en la mayor ponderación que se puede hacer de brevedad: *¡en un instante!* El instante insta más que el momento.

USO. COSTUMBRE.—Costumbre es el hábito adquirido de alguna cosa por haberla hecho muchas veces. (Acad.)

Uso. El estilo ó práctica general de alguna cosa. (Acad.)

Por consiguiente el uso es lo que hacen muchos: la costumbre lo que hace uno ó muchos desde mucho tiempo; la costumbre es antigua; el uso, general.

Acaba de probar esto el refrán: *en cada tierra su uso y en cada casa su costumbre.* (Acad.) El uso es de las gentes que componen aquella tierra; la costumbre de una casa sola.

AVE. PÁJARO.—Más especialmente se suele entender pájaro por las aves pequeñas. (Acad.) Ave se dice de las que se comen, sobre todo si están ya aderezadas.

FORASTERO. EXTRANJERO.—Forastero; el que no es del pueblo. Extranjero; el que no es de la nación.

YERRO. FALTA. EQUIVOCACIÓN.—El que comete una falta sabe lo que hace; el que comete un yerro puede no saberlo; porque falta es la contravención al deber simplemente y cada uno sabe su deber ó debe saberlo; el que comete falta no es, pues, disculpable. El yerro es la contravención al deber, ó la cosa hecha en perjuicio del mismo que la hace por malicia ó ignorancia; así que el cometer un yerro puede ser disculpable. El yerro tiene enmienda; la falta no tiene más remedio que no volver á cometerla. La equivocación es siempre inocente, es hija de la inadvertencia ó ignorancia, nunca de la malicia. Está disculpada por su misma naturaleza y así una vez conocida se rectifica.

DESPUÉS. LUEGO.—Después denota en general posterioridad en el orden de las cosas. Luego indica también posterioridad, pero más inmediata. *Luego iré, después de comer. Luego voy, después iré:* y no: *después voy.*

TRADUCCIÓN. VERSIÓN.—La traducción puede ser libre; la versión es literal.

CONTRAVENENO. ANTIDOTO. PRESERVATIVO.—Contraveneno es el medicamento ó confección que se opone á los efectos del veneno preservándonos de ellos ó corrigiéndolos.

El antídoto es esto mismo, pero además, *por extensión,* dice la Academia, *cualquiera otra medicina que preserva de algún mal.*

El preservativo es el *que tiene virtud ó eficacia de preservar* (Acad.) sea de lo que fuere.

VENENO. PONZOÑA. TÓSIGO.—Veneno es la cualidad de una cosa nociva á la vida ó salud en general: téngala una planta, un mineral, un animal: y la misma cosa nociva.

Ponzoña es sólo la malicia que tiene una cosa nociva y le aplicamos particularmente á la de los animales, ó al efecto de la corrupción, al cual no se llama veneno. Es ponzoñoso el hedor que exhala una cloaca y no venenoso. Los indios del Perú emponzoñaban sus saetas mojándolas en un cuerpo muerto. Esto no era veneno ni tósigo (*iuca*).

Tósigo es el zumo del tejo y se extiende á cualquier especie de veneno; pero parece que sólo se puede llamar tósigo al tomado interiormente: es tósigo un vaso de cicuta, de opio, etc., pero no la picadura de una víbora. Parece además que supone voluntad ó del que lo toma ó del que lo manda tomar: se da un tósigo á uno, ó se bebe un tósigo. Tósigo nunca se dice de los sólidos ni minerales, sino de los líquidos.

La ponzoña parece ser la malicia del veneno, pues decimos *tomar un veneno, un tósigo,* pero no una ponzoña.

LOCURA. DEMENCIA. LOCO. DEMENTE.—Locura es el desarreglo del cerebro, á veces parcial; la ausencia de juicio; pero puede entenderse á una sola manía, con respecto á la cual tiene las ideas trabucadas; en lo que se distingue del maniático: de suerte que el loco suele hablar muy racionalmente, no tocándole al objeto de su manía: así era loco D. Quijote: en este sentido se dice que los locos dicen las verdades, y que los hombres todos son locos: hay pocos efectivamente que vivan sin manía. La demencia es el desarreglo completo del cerebro, que queda inepto para todo. Por esto nunca Cervantes llamó á D. Quijote demente, ni demencia la suya, sino locura. Loco es el que no guarda consecuencia consigo mismo: el demente ni aun es inconsecuente: la locura tiene lúcidos intervalos; la demencia, no.

La manía es el acto de fijar la imaginación en un solo objeto; pero el maniático puede ver claramente aquel objeto: toda su enfermedad está reducida á circunscribirse á él: el loco tiene manía ó manías, pero no ve claro el objeto de su manía, aunque vea claro en todo lo demás que no tiene con él relación.

CRIMEN. DELITO.—Delito es la contravención á la ley humana. El crimen ofende á la naturaleza, supone maldad, y trastorna la sociedad, va contra las leyes divinas y humanas, por lo cual experimenta el rigor de la ley. Delito es llevar un paisano bigote en el día, y no crimen. *Pecado* es sólo la contravención á la ley divina, á los preceptos de la religión. La *culpa* parece que no supone maldad, sino que es hija de la fragilidad humana: incurre en la culpa un hombre bueno, aunque luego se arrepienta de ello: puede ser contra la ley divina ó contra la humana: la culpa las más veces es la contra-

vención al deber. *Atentado* es el crimen grande, que quebranta la ley insolentemente, solemnemente, de una manera escandalosa, perdiendo el que le comete todos los respetos más sagrados que debiera guardar.

EXTRAVIAR. PERDER.—Extraviar es hacer perder el camino, saliendo de él. Supone el acto de la voluntad. Perder es dejar de tener lo que se poseía por descuido, etc. Extravío á un hombre. Pierdo una cosa.

Extraviarse, perderse: lo mismo sucede con los recíprocos. Se extravía un hombre, un animal; no las cosas; estas se pierden. Extraviarse es perder el camino: perderse es no hallar salida en un lugar intrincado. El que se extravía puede volver á hallar el camino, que ha dejado por otro. El que se pierde necesita hallar un camino.

PUEBLO. PÚBLICO. VULGO.—Del pueblo se habla con miedo; del público con respeto; del vulgo con desprecio. El pueblo es temible, el público respetable porque representa la reunión de lo escogido de las gentes sensatas, al paso que aquél representa la fuerza de una nación entera. El vulgo es la hez de la sociedad. Al pueblo es preciso engañarle con maña, sujetarle con fuerza ó sucumbir. Al público basta con deslumbrarle. El vulgo tiene todas las ideas equivocadas; se le dirige con milagros, con las más groseras patrañas por poca apariencia que tengan de verdad: es la masa común de las gentes que no se distinguen ni se hacen en nada visibles.

VERIDICO. FIDEDIGNO.—Verídico: el que dice siempre verdad. Fidedigno: aquel que por ser verídico es acreedor á que se le dé crédito.

PUDOR. VERGUENZA.—Distínguese el pudor de la vergüenza en que sólo se entiende por pudor la máscara honesta de una persona: el pudor es la salvaguardia de la modestia: evita el escándalo: una mujer mala puede tener pudor. La vergüenza es hija de la culpa; el pudor de la modestia. Una persona de pudor tiene vergüenza de dar que decir. Otra persona tendrá vergüenza de no haber tenido pudor. El impúdico es el que sin respeto á las costumbres y moral públicas no trata de ocultar su deshonestidad, ó hace ostentación de ella. El desvergonzado es el que no siente remordimiento al proceder mal de obra ó de palabra. La vergüenza es la conciencia de la culpa y el remordimiento que produce: y no se aplica sólo, como el pudor, á la honestidad: es aplicable á cualquier falta ó culpa.

TIPO. MODELO.—Tipo es el molde, el ejemplar primero por el cual se han de producir otros ejemplares iguales; modelo es el ejemplo á imitación del cual se han de hacer cosas semejantes. El tipo tiene en sí la forma exacta del objeto: el modelo es la regla con que nos hemos de informar; el tipo manifiesta el objeto conforme es; el modelo como debe ser. El tipo representa la cosa y sólo de aquella manera puede seguirse; el modelo sólo se debe seguir si es bueno. Sácanse copias del tipo por impresión y del modelo semejanzas por imitación. El impresor trabaja sobre tipos: el escultor sobre modelos. En fin, el tipo se copia, se reproduce, se multiplica exactamente; el modelo se imita, se iguala ó se supera, según la mayor ó menor habilidad del que se le propone por norma.

EBRIO. BORRACHO. BEODO.—El borracho lo es y lo puede estar. Ebrio, lo está un hombre una vez. Fulano es un borracho; ó está borracho; está ebrio; éste sólo representa el estado actual: aquél casi siempre la cualidad ó vicio. Ebrio es de estilo más noble, y se usa también metafóricamente. Beodo es poético y sólo indica el estado. Borracho es el que se cae por las calles: ebrio y beodo es solamente el que tiene perturbada la razón.

LEGAL. LEGITIMO.—Legal: arreglado á las leyes. Legítimo: arreglado á justicia y derecho. Procedimiento legal es aquel en que se procede con arreglo á la forma que prescribe la ley: heredero legítimo es aquel que lo es por derecho de sucesión, ó por la justicia que le asiste en un testamento ó manda legal. Yo soy heredero legítimo por haber quedado heredado por una manda legal.

LIBERTAD. INDEPENDENCIA.—La libertad es la facultad de poder hacer lo que se quiere: es el estado del que no tiene coartadas sus facultades, ni obligada su voluntad, ni oprimido su cuerpo: es el estado absoluto del sujeto. La independencia es el estado del que no tiene que dar cuenta de lo que ha hecho ni pedir licencia para lo que ha de hacer: es el estado de uno relativo á otro. Una nación es libre cuando son libres sus individuos y es independiente cuando obra y existe por sí sin dependencia de otra nación. Es libre por sí é independiente de otra. España es independiente y no es libre. Las ciudades anseáticas son libres y no independientes.

CASTIDAD. CONTINENCIA.—La continencia es la abstinencia de los placeres carnales: la castidad es la virtud que prescribe al hombre

el uso de los mismos placeres conforme á la ley divina. Un casado puede ser casto. Continente es el que no tiene comercio con mujer ninguna. Puede ofenderse la castidad de pensamiento: sólo se puede infringir de obra la continencia. Puede uno ser casto sin ser continente y viceversa.

Abolir. Derogar.—Abolir es dar al olvido: derogar es deshacer lo establecido: se dice abolir de los usos y costumbres; y basta el no uso para que quede abolida una cosa. Derogar se dice de un instituto, una ley, etc., y sólo se deroga una ley por medio de otra. Así se hallan abolidas las cortes de Castilla y no derogadas. Derogadas están las leyes que favorecían los duelos; sin embargo no están los duelos abolidos. Sólo la opinión pública puede abolir; cualquier rey puede derogar.

Anular. Revocar.—Anular es dar una cosa por de ningún valor; revocar es volverse atrás de lo dicho, para decir lo contrario ú otra cosa distinta. Distínguense esencialmente en que sólo puede revocar una cosa el que la ha hecho; se anula una cosa que ha hecho otro; pero no puede anular una cosa ó quitarle su valor sin un poder superior ó igual por lo menos al que se le dió. El rey anuló muchos actos hechos en tiempo de la constitución. Sólo el que ha hecho un testamento puede revocarle; si muere antes de revocarle, nadie puede revocarle ya: es irrevocable.

Pelo. Cabello.—Cabello se aplica sólo al pelo de la cabeza de las personas. Dícese *pelo de barba, ese caballo tiene buen pelo. Vello* es más blando y corto y se usa por el pelo que nace en ciertas partes del cuerpo, ó en aquellas donde no suele nacer; aplícase también á los animales. *Bozo* es el vello que empieza á apuntar á los jóvenes en la barba y belfo superior.

Tener. Poseer.—La significación de este último es mucho más ceñida; sólo se posee lo que está en poder de uno, con dependencia absoluta, y lo que es de propiedad. Tener se entiende tener cogido, tener momentáneamente. Cosas puede uno tener que no posea: *Fulano tiene una casa que no poseerá mucho tiempo.* Se tiene de hecho; se posee de derecho.

Asta. Cuerno.—La malicia, polilla de las lenguas, ha hecho más noble *asta.* Cuerno es bajo, familiar. En montería llámase asta con preferencia al tronco principal del cuerno del ciervo, lo cual establece alguna diferencia. (Acad.) Nos parece que astas se dice mejor de los ciervos, etc. Usanse indistintamente; dícese sin embargo del caracol que tiene cuernos y no astas. Aun del carnero y cabra, dícese poco asta.

Comedor. Comilón. Hambriento. Hambrón. Glotón. Gastrónomo. Goloso. Guloso.—Comedor es el que es de buen comer.

Comilón el que come mucho y desordenadamente.

Goloso el que se para más en la calidad que en la cantidad; el que gusta de cosas delicadas y exquisitas y anda picando de ellas.

Guloso el que se entrega sin freno al apetito desordenado de comer; el que por gusto come sin gana.

Hambriento es el que tiene hambre.

Hambrón el que la anda siempre manifestando.

Glotón es el que por costumbre come mucho y con ansia.

Gastrónomo es el conocedor que come mucho pero bueno.

Licito. Permitido.—Lícito es lo que no está prohibido; permitido, lo que está autorizado.

Fluido. Liquido.—Fluido es lo que tiene la propiedad de fluir, correr, dilatarse: el aire es fluido. El líquido no es fluido siempre: el agua estancada, el aceite en una botella, etc., no son fluidos, y son líquidos. *Estilo fluido,* estilo corriente, que corre. El líquido moja: el fluido no siempre: todos los líquidos mojan, hay fluidos que no.

Limar. Pulir. Pulimentar.—Limar es deshacer y quitar con lima la superficie de un cuerpo duro. Pulir es poner tersa una superficie por frotación. Pulimentar es dar lustre á lo terso, á lo que se ha pulido. Después de limar un cuerpo se pule y luego se pulimenta. Y en lo metafórico por consiguiente, *limar* es acabar de quitar las imperfecciones, dar la última mano: *pulir* es hermosear lo acabado.

Robar. Hurtar.—Se diferencian en que hurtar se entiende haciendo desaparecer la cosa y no á cara descubierta, sino ocultando el nombre ó el cuerpo. Robar es en general coger lo ajeno contra la voluntad de su dueño; de modo que el que hurta, roba; pero no todo el que roba hurta. Hurta el ratero; roba el salteador de caminos. La etimología de hurtar y sus derivados lo prueban. *Furtum,* hurto; *fur,* ratero; *furtivo, á hurto, á hurtadillas, hurtar el cuerpo,* etc. *Hurtarse,* esconderse. Aplícase por consiguiente hurtar á cosas más pequeñas. Mal se puede hurtar una casa.

GENTILES. PAGANOS.—Dióse el nombre de gentiles á todos los pueblos que vivían fuera del gremio de la primitiva Iglesia, y el de paganos á los adoradores de los dioses falsos que perseguidos por los emperadores cristianos iban á ejercer su culto al campo. Gentiles había que adoraban al Dios verdadero. (*Pagano*, el que vive en el campo.) (Acad.)

GORDO. GRUESO. OBESO.—Gordo está el que tiene muchas carnes, mucha crasicie, gordura, manteca. Grueso es el que abulta, de suyo grande y recio. Obeso es el gordo en demasía. Puede ser un hombre grueso sin estar gordo. Un hombre gordo puede no ser grueso, porque la gordura es relativa; el estado del que es grueso, absoluto. El grueso que engorda mucho, y el que engordando viene á ser grueso y pasa de grueso, ambos se ponen obesos.

MALTRATAR. DAR MAL TRATO.—Maltratar es injuriar á uno de palabra ó de obra. Dar mal trato es no tratarle con la consideración ó justicia ú obsequio que le corresponde. *Pedro maltrató á Juan dándole un bofetón*, *llamándole ladrón: en aquella posada me dieron muy mal trato.*

MALIGNO. MALICIOSO. MALO. — Hombre malo es el que no tiene probidad, virtudes, costumbres, etc. Malicioso es el que se inclina á pensar mal, á interpretar las cosas en mala parte. Maligno es el que siendo malo es propenso á hacer el mal; el que es nocivo.

ENFADO. ENOJO. INDIGNACIÓN. CÓLERA. IRA. ENCONO. RENCOR.— Enfado; es la impresión molesta de desazón que causa un suceso en el ánimo.

Cuando este enfado proviene de una persona que nos incomodó ofendiéndonos, se llama enojo.

Si la ofensa ó la cosa acontecida es tan injusta que salta á los ojos, ó tan inesperada que nos sorprende, causa en nosotros la indignación.

Cuando el enfado ó el enojo son tan grandes ó la indignación que causan tan difícil de reprimir que damos muestra de ello en nuestra alteración ó descompostura, pasan á ser cólera; y ésta es pasajera; así solemos decir *un arrebato de cólera;* porque si esta cólera es duradera y promueve en nosotros el deseo de vengarnos ó castigar la ofensa se llama *ira.*

Si esta dejó en nuestro ánimo una mala voluntad contra su causa, es *encono;* y si por más tiempo que pase sin lograr la venganza conservamos siempre este encono, lo llamamos *rencor*.

De modo que el enfado y el enojo se disimulan en un principio; la indignación se reconcentra; la cólera estalla y pasa; la ira se manifiesta, dura y castiga, ó se venga; el encono y el rencor se ocultan para lograr la venganza con más seguridad y coger ya olvidado y descuidado al agresor.

ASTRONOMIA. ASTROLOGIA. — Astronomía; el conocimiento de los astros.

Astrología; el conocimiento de los astros aplicado á la pronosticación.

TEMPLO. IGLESIA. — Templo es el edificio destinado al culto en cualquiera religión; el lugar donde el hombre concurre á adorar la divinidad, sea cual fuere. Iglesia es el templo de los fieles, de los cristianos. Toda iglesia se puede llamar templo y se llama efectivamente en estilo sublime; no todo templo es iglesia. No podríamos llamar iglesia al templo de Salomón.

TAPAR. CUBRIR.—Cubrir supone la idea de una superficie ó extensión que se oculta debajo de otra. Tapar supone la idea de llenar un vacío; *se cubre el cielo de nubes; cúbrome la cara con un pañuelo; se tapa la boca á otro; se tapa una botella, un agujero*. Y si fuera disimulable decir *tápese V. la cara*, nunca sería bien decir *cúbrase la boca:* lo mejor es decir *cúbrase la cara, tápese la boca.* La cubierta cubre, el tapón tapa.

TOLERAR. SUFRIR. PERMITIR. — Se tolera lo que se puede impedir; se sufre lo que no se puede impedir; se permite lo que se consiente de voluntad. *Dios no sólo tolera los malos sino que permite que los haya. El hombre sufre el castigo del pecado. El año 32 se toleraron las máscaras, aunque no estaban permitidas.* Lo que se permite puede ser bueno ó malo, lo que se tolera casi siempre es algún mal aunque pequeño. Lo que se sufre siempre es malo, por lo menos para el que lo sufre. El que permite, autoriza. El sufrir supone inferioridad. El tolerar y permitir, poder y autoridad. El reo no tolera la muerte por más resignado que muera, sino la sufre.

FALTRIQUERA. BOLSILLO. BOLSA. — Faltriquera es el bolsillo que se usa en las ropas y vestidos, destinado á guardar el pañuelo ó demás cosas menudas que se llevan encima. Bolsillo es además, y se entiende más generalmente, aquel saquillo destinado para llevar el dinero. Bolsa es sólo la del dinero, y el mismo dinero. Así que el bolsillo y la bolsa suelen ir en la faltriquera.

EL CONDE FERNAN GONZALEZ Y LA EXENCION DE CASTILLA

DRAMA HISTÓRICO ORIGINAL EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

por

DON MARIANO JOSE DE LARRA

PERSONAS

FERNÁN GONZÁLEZ, Conde de Castilla.
DOÑA SANCHA, su mujer.
DON SANCHO EL GORDO, rey de León y Oviedo.
DOÑA TERESA SANCHA, su madre.
EL CONDE DON NUÑO ANSÚREZ, privado del rey.
DON GONZALO DIAZ, privado de Fernán González.
DON OSORIO, conde de Monzón.
SISEBUTO, secretario de Fernán González.
DON DIEGO LAINEZ, rico-hombre de Castilla.
DON NUÑO LAINEZ, rico-hombre de Castilla.
El Alcaide de la torre de León.
Un heraldo.
Ricos-hombres de Castilla.
Ricos-hombres de León y Oviedo.
Soldados castellanos.
Soldados de León.
Un criado de Palacio.
Pueblo de León.

La escena es en León, corte del Rey Don Sancho.

ACTO PRIMERO

El teatro representa el palacio del Rey, unido al monasterio de San Salvador. A la derecha, una puerta; á la izquierda la entrada al monasterio y en el fondo salida á la calle.

ESCENA PRIMERA

DON NUÑO ANSÚREZ, EL CONDE DE MONZÓN

NUÑO. Grande imagino, buen conde,
Que debe de ser el gozo
Del rey don Sancho, mi amo,
Por no esperaros tan pronto
En su corte de León.
MON. Nunca me halló perezoso
Ni su espada en las batallas
Ni su cetro al pie del trono.
¿Y sabéis, don Nuño Ansúrez,
Qué nuevo azar de los moros,
Qué necesidad del reino
Nos llama, cuando hace poco
Que á otras Cortes convocados
Fuímos ya?
NUÑO. Conde, lo ignoro.
Sólo entendí por señales
De su mal velado rostro
Que han de ser feliz presagio
Para sus vasallos todos.
¡Gran día para sus reinos!
Con impaciencia, entre otros,
Es esperado en las Cortes
Ese rayo contra el moro,
El conde Fernán González,
Cuyo brazo poderoso
Si es dique de Abderramén,
Escudo es del cetro godo.
MON. Mucho al conde se le debe
Y á su pecho generoso,
Que si es Marte en la campaña
Sabe templar los enojos
De la guerra en las virtudes
De su noble pecho adorno.
De los grandes el más grande,
Más bueno que poderoso,
Afrenta de los cobardes,
De los valientes desdoro.
NUÑO. El rey sale; podéis verle,
Que ahora pasa á su oratorio
A su rezo.

ESCENA II

Dichos, el rey DON SANCHO

MON. Gran señor,
Pues que tanta dicha gozo
De vuestra Alteza los pies...
REY. Alzad, conde de Monzón;
No esperaba yo en León,
Pues que tan anciano es,

Veros hoy, y pronto os hallo
A acreditar vuestra ley.

MON. Para servir á su rey
Nunca es viejo el buen vasallo.
Que quien con gran diligencia
Dió su sangre en campos rasos,
Puede andar algunos pasos
A dar muestra de obediencia.

REY. Bien conozco vuestra fe
Y vuestro esfuerzo, buen conde,
Y así ella sola os responde
Que siempre os estimaré.
Decid, vos, ¿qué respondieron
Los demás grandes, don Nuño,
A las cartas de mi puño?
¿A esta hora, cuántos vinieron?

NUÑO. Ya los más, señor, llegaron.
El de Astorga, el de Palencia,
Hicieron gran diligencia;
Puesto que rivalizaron
El de Nájera, el de Arlanza,
El de Abelda, el de Viguera,
Y el de Osma, y el de Junquera,
El del Vierzo, el de Berganza,
El de Lugo, el de Viseo,
El de Prusios y Zamora....
Estos condes sin demora,
Dando espuelas al deseo
De servir á vuestra Alteza,
Su gran lealtad acreditan
Y la audiencia solicitan.

REY. Gran gozo de su presteza
Recibo y podréis decirlos
Que en finando la oración,
Del palacio en el salón
Saldré luego á recibirlos.
Y mucho me maravilla
Que hoy ande tan perezoso
Quien estoy más deseoso
De que llegue: el de Castilla.
Ya Fernán González tarda.

MON. No es mucho; acaso en sus lazos
Le tienen los tiernos brazos
De su esposa, que le guarda.

REY. Mucho fuera anteponer
A tan gran necesidad
El amor á la lealtad
Y la afición al deber.
El mejor amigo mío
Siempre fué, Monzón, el conde;
Por él su lealtad responde:
Mucho en su consejo fío.
Y tanto quiero obligarlo
Que aunque me dió con amor
Su buen caballo y su azor,
Nunca yo quise aceptarlo.
Sobre tomarlo pagado,
Aun quise que cada día
Que en pagarlo tardaría
Fuese su precio doblado.
¿Hay más, Nuño?

NUÑO. Señor, ésta
Del obispo de León
Don Velasco; en su misión,
A vuestra Alteza contesta
Que el rey de Córdoba insiste
En que el mártir no se ceda,
San Pelagio, que allí queda,
Cuyo cuerpo le pediste.

REY. ¿Eso dice Abderramén?

NUÑO. Así la carta lo reza.

REY. ¡Ocasión de gran tristeza!
Mas quejarme no está bien.
Mal sentirme de él podría
Que con ser yo su enemigo,
Como cristiano, él conmigo
Usó de cortesanía,
Cuando le pedí licencia
De buscar en sus estados
Sus médicos afamados,
Y curarme la dolencia
Por la que don Sancho el Gordo
Me apellidaron los míos,
Quitándome el reino impíos;
Y él á sus intrigas sordo,
Aunque moro, caballero,
Me dió en Córdoba hospedaje,
Sin exigir vasallaje,
Donde con saber certero
Un médico me sanó
Con raras hierbas, y cuando
Cobré el trono peleando,
Con su poder me ayudó.
Acaso con más bondad
Ese cuerpo deseado
Que hoy le niega á mi enviado
Otorgue otra vez: entrad. (*A Monzón.*)

ESCENA III

Dichos, criado de palacio y después SISEBUTO

CRIADO. Gran señor, un enviado
Del de Castilla aquí llega.

SISEB. Gran rey, que bese humildoso
Tus augustas plantas deja.
Mi amo y señor, el gran conde
De Castilla, que en la vega
Inmediata, con sus grandes

Y otros condes suyos queda,
A solicitar me envía
Para entrar en León venia.

REY. Decid al conde que en mucho
Precia el rey su diligencia,
Y que bien puede en mi corte
Llegar á entrar cuando quiera.
(*Vase Sisebuto.*)

ESCENA IV

REY, CONDE DE MONZÓN, DON NUÑO

REY. (*A don Nuño.*) Y vos, puesto que los (grandes
Y obispos con tal presteza
Llegaron, podréis decirles
Que las Cortes se comienzan.
Que los grandes alborotos
Que en Galicia se despiertan
De que es causa don Gonzalo,
Que así tan mal mis finezas
Paga; y los disturbios todos
Que aun en mis provincias nuevas
De Vizcaya se suscitan
Sostenidos por don Vela;
Y el moro enemigo fiero
Ya de León á las puertas,
Llaman nuestra vigilancia
Sobre nuestro estado. Es fuerza
Que los obispos con celo
A la religión atiendan
También, porque ningún reino
Se gobierna bien sin ella,
Que sólo á su rey acata
Quien á Dios teme y respeta.
Y dad orden, Nuño, presto,
Que antes que la noche venga
El mejor de mis caballos
Se aderece, que, pues llega
Hoy el gran Fernán González,
Le quiero dar una muestra
De cuánto le estimo y quiero,
Igualándole á mi alteza,
Con salir á recibirlo.
En más su heroica braveza,
En más su invencible brazo
León y Castilla precia,
Contra el feroz Almanzor
Que á la cristiandad aqueja,
Que cien escuadras unidas,
Que cien mil huestes guerreras
Harto bien en Piedra-Hita
Tan grande verdad se muestra
Cuando el conde solamente
Con unos ciento y cincuenta
Infantes, y cuatrocientos
Caballos, allí á sesenta
Mil moros, que armó Almanzor,
Y la gente de don Vela,
Rompió en desigual combate
Haciendo en ellos horrenda
Carnicería. ¿Y quién sabe,
Si por su brazo no fuera,
Si de nuevo hasta Gijón,
Como en otro tiempo, hubiera
Cien mil veces penetrado
El moro? Y en fin, su fuerza,
Su grande virtud me imponen
Que por mi amigo le tenga,
Que sólo á los pechos nobles
Los nobles pechos aprecian.

ESCENA V

DON NUÑO

¿Qué pretenderá de mí
Diciendo doña Teresa
Que aquí la esperase cuando
Entrase el rey en la iglesia?
Mucho será que no salgan
Mis sospechas verdaderas.
Ella al conde de Castilla
Le juró venganza eterna:
Mas ya viene.

ESCENA VI

DOÑA TERESA, DON NUÑO

NUÑO. Gran señora,
Don Nuño tus plantas besa.

TER. Levantaos. ¿Al oratorio
Mi hijo entró?

NUÑO. Ya entró su Alteza

TER. Decid que aquí no entre nadie,
Que á vos sólo hablar desea
Mi cuidado.

NUÑO. Así será
Como manda tu grandeza.

TER. ¿Sabéis, don Nuño, que en mis venas corre
La ilustre sangre de don Sancho Abarca?
¿Sabéis que en el palacio de sus reyes
Ví la luz, en Pamplona de Navarra?
¿Que su fausto dejé cuando mi lecho
Vine á partir con el que fué en Simancas
Vencedor, y que en ello don Ramiro
Más de mi padre con la ilustre alianza
Ganó también que si vencido hubiera
Al fuerte Abderramén en cien batallas?

NUÑO. No ignoro, gran señora, que este enlace
Su corona, ya débil, afianzaba
Mucho en León.

TER. Don Nuño, y á mi padre,
A don Sancho, ¿sabéis quién le matara?

NUÑO. Sé que le dió la muerte en lid sangrienta,
Con sólo un bote de su fuerte lanza,
El conde Hernán González de Castilla,
El herido quedando, allá en Gollanda.
¿Quién pudiera ignorarlo?

TER. ¿Y sabéis, Nuño,
Que su sangre vertida sin venganza,
Viviendo su hija con oprobio y mengua,
Venganza al cielo, inexorable clama?

NUÑO. Sé que más justo el conde en la pelea
Con el favor del cielo hubo ventaja.

TER. No tanto os pregunté. Justo ó no justo,
Yo, conde, há tiempo que debí vengarla.
Sí; desde entonces, Nuño, ¡cuántas veces
Votos al cielo por su muerte alzara!
Nunca, ni un día, ni una hora, un punto
Yo dejé con ardor de desearla.
Su perdición juré; si juzga alguno
Que ya en mi pecho de vengarse el ansia
Pudo extinguirse con el tiempo acaso,
Pudo nunca mirarse amortiguada,
¡Oh, cuál mi fiera condición ignora!
Romper su corazón, ver sus entrañas
Allí en su sangre palpitando, rotas,
Humeantes aún; y á su alabanza
Un término poner, esa, don Nuño,
Oidlo ya, si lo ignoráis, el ansia
Fué que yo tuve. Le aborrezco, le odio,
Y aun odio más que á él á doña Sancha.
Sabedlo, en fin. Si su poder divide
Hoy en Castilla con mi propia hermana,
Sola la causa fuí: y el rey García,
Nunca pensó mi hermano, el de Navarra,
Que así pudiera con oprobio suyo
Dar á Fernán González doña Sancha
Su mano, si antes por mi voz no oyera
Que era tan sólo de matarle trama.
Yo así la urdí, yo...

NUÑO. ¿Vos?

TER. Yo.

NUÑO. ¿Vos, señora?

TER. Yo imaginé que solo, sin sus armas,
Entre la alegre pompa de Himeneo,
Pues que intentar vencerle en las batallas
Inútil fué mil veces, fácil fuera
Vengar la muerte de don Sancho Abarca.
Yo la boda tracé; ¿quién pensaría
Que el éxito engañase á mi esperanza?
Cuando preso en Pamplona, entre cadenas,
La víctima miré junto á las aras,
Vióle mi hermana, y en su amor ardiendo
Traidora le salvó. ¡Cielos! ¡qué rabia!
¡Oh, cuántas veces al amor maldije,
Y maldije con él á doña Sancha!

NUÑO. ¿Y qué intentáis? ¿Acaso también ahora
Cuando á estas Cortes la nación le llama
Habéis pensado?...

TER. Asegurar el golpe
Pienso, en esta ocasión, de mi venganza.

NUÑO. ¿De qué suerte?

TER. ¿Me debes obligaciones?

NUÑO. Yo cuanto soy os debo.

TER. ¿Y recordarlas
Necesito á don Nuño?

NUÑO. Gran señora,
Las tiene aquí don Nuño bien grabadas.

TER. ¿Lo que puedo en la corte yo ensalzarle
Sabe?

NUÑO. Lo sé.

TER. ¿Y el mal que, si faltara
A lo que espero de él, hacerle puedo
Sabe también?

NUÑO. Lo sé.

TER. Dame palabra.
¿Puedo contar con él?

NUÑO. Aquesa duda
De vuestra boca mi lealtad agravia.

TER. Pues oye. Hoy mismo sin su gente debe
Llegar Fernán González á este alcázar.
¿Tienes, Nuño, valor?

NUÑO. ¿Cuál es tu intento?

TER. Tengo su perdición asegurada.
El rey mi hijo don Sancho ha de prenderle
Pues yo le he de probar que arma asechan- (zas.
Toma: entre grillos, humillado, ociosa
Para su gran valor su fuerte espada,
Yo te le entrego: si las honras quieres
Conservar por mi influjo antes logradas,
Si otras mayores conseguir deseas,
El corazón del pérfido traspasa.

NUÑO. Guardad, reina, guardad vuestros ho- (nores
Para otra alma más vil y mercenaria.
¡Corrido estoy, por Dios! Sí, los desprecio
Si he de comprarlos con mi propia infamia.
¿Quién fué el osado que os mintió que Nuño
Pudiera nunca con cobarde traza,
Cual ratero ladrón, borrón tan grande
Echar sobre su honor, tan torpe mancha?
¿Cuándo me visteis con puñal aleve,
Como asesino vil, en la emboscada
Su víctima acechar? ¿En qué combate

Visteis á Nuño huir? ¿Cuál en mi cara
Brilla señal de la traición infame?
¡Oh! si pudo algún tiempo dar entrada
A tan torpes indicios, ved mi pecho,
Tomad, señora, mi luciente espada.
Si en tantas veces como el campo moro
Bañó en sangre enemiga por la patria,
No alcanzó á dar á su infelice dueño
Mayor blasón, ni más ilustre fama,
Dad otro empleo á su tajante filo,
O bien mi pecho traspasad... ¿qué aguardas?
Aun dentro alienta en este pecho un no- (ble
Corazón español.

TER. ¿Y aquesto aguanta
Quien tanto puede? Huid de mi presencia.
Yo enfrenaré, don Nuño, vuestra audacia.
¿Sois vos el caballero? ¿Sois el firme?
¿Sois vos aquel que la ocasión demanda
De perecer por mí, y aquel que tanto
Su fe hasta el cielo y su lealtad levanta?
¡Ah! mal que os pese morirá ese conde
Y vos con él. Huid. ¿Así se paga
Quien tanto hizo por vos? Cuando mi (padre
Os armó caballero allá en Navarra
Ante los grandes de su reino todos,
Yo misma, ¡necia! ¿no os ceñí la espada?
¿Este el pago será de tanta deuda?
¿Es esto gratitud? ¡Cuán mal vuestra alma
Su bajo temple esconde! ¿Qué? ¿aun ata- (do
El gran Fernán González os espanta?
¿Tan grande es su poder? ¿Queréis acaso
Que envuelto ya os le den en la mortaja
Para matarle? Pues veréis mi brazo:
A una débil mujer más alentada
Para el riesgo veréis: nada su esfuerzo
Le impone á mi valor.

NUÑO. Basta ya, basta.
Mandadme luego que en su tienda busque
Allí en el centro de su tropa armada
Al feroz Almanzor; que su cabeza
Sobre la punta de mi fuerte lanza
Yo ponga á vuestros pies; que la corona
Luego á León de Abderramén os traiga;
Veréisme al punto más feroz que nunca
Romper su hueste, en su cerrada escua- (dra
Bañarme en polvo y en la sangre mora,
Nuevo Pelayo, y sobre rotas armas,
Y cotas y paveses penetrando,
Débil amparo serle las murallas
De Córdoba, y sembrando luto y muerte,
Hasta las anchas vegas de Granada
La España recorrer; cetro y cabeza
Pronto veréis rodar á vuestras plantas
O yo en la empresa moriré.

TER. Don Nuño,
Pues si ese mismo sois y si os halaga
Tanto, Nuño, el poder, tomad el hierro:
¿Pensáis corresponder á mi esperanza?
O temed.....

NUÑO. ¿Yo? Jamás: antes del cielo
Un rayo me confunda... Oyeme... aguarda.
Deja á los viles la traición y el dolo.
A los cobardes abandona esa arma.
Tengo espada; valor Fernán González:
Yo cuerpo á cuerpo reñiré, y quien salga
Del duro acero del contrario libre,
Ese libre será. Responde. ¿Callas?

TER. Es grande su valor.

NUÑO. Y es invencible
Quien por las damas y el honor batalla.

TER. Fuera yo loca y necia. ¿Vos vencerle?
¿Sabéis, don Nuño, vos, de quién se trata?
Yo os dejo: ya os conozco, y os advierto
Solamente que el labio, si es que aun ama
Algún tanto la vida, cual la tumba
Calle: y mirad que si indiscreto hablara,
No ha de faltarme... pero, en fin, yo (quiero
Fiarme aquí de vos. ¿Dáisme palabra
De sepultar lo que sabéis...? ¿Juráislo?
Vamos.

NUÑO. (¡Cielos! ni sé lo que me pasa.)
Sí, juro.

TER. Sea en buen hora. ¿Conocéisme?

NUÑO. Demasiado.

TER. Pues bien. Así descansa
Mi pecho; y si calláis, á mi cuidado
Queda el conde. Temblad si...

NUÑO. Juré y...

TER. Basta. (*Vase.*)

ESCENA VII

NUÑO. ¡Confuso quedo y loco! ¿Qué he escu- (chado?
¡Oh! ¿Qué mujer es ésta? ¡Mi esperanza
Encomiendo á los cielos!... ¡Infelice
Conde ¡Él ignora lo que en León le aguarda!
Que para el tigre que su sangre anhela
Perezca el conde, aunque perezca España.

ACTO SEGUNDO

Decoración: la misma del primero

ESCENA PRIMERA

REY, CONDE DE MONZÓN

REY. Mucho, Monzón, tarda Nuño;
Harto para mi impaciencia,
Que si llega el de Castilla
Dios sabe que no quisiera
Que culpase á mi amistad
De desaire ó de tibieza.
MON. Voy, señor, con tu permiso,
A dar á don Nuño priesa. (*Vase.*)

ESCENA II

REY, CRIADO DE PALACIO

CRIADO. Señor, hablarte pretende
Tu madre doña Teresa.

ESCENA III

REY, DOÑA TERESA

REY. ¿Cuál es la ocasión, señora,
Que cuando mi afecto piensa
Cumplir con Fernán González
De la amistad la gran deuda
Saliendo hoy á recibirle...?
TERESA. ¿Fuera salís de las puertas
De León á festejarle?
REY. ¿Y cuál otra mejor muestra
Darle puede mi amistad?
TERESA. ¿Y sabéis quién con él venga,
La ocasión de su venida...?
REY. ¿Cuál otra tener pudiera
Que haberle enviado á llamar
Porque en mi corte asistiera
A mi Consejo?
TERESA. Os engañan.
¡Ay, don Sancho! ¡cuánto yerra
Aquel que en Fernán González
Hallar un amigo piensa!
El conde es traidor.
REY. ¡Señora!
¿Quién lo dice? ¿quién lo prueba?
¿Quién osa inculpar al conde
Una acusación tan fea?
Quien eso miente le infama,
Que si el conde mal quisiera
Por ventura á mis Estados,
Con alto son de trompetas
Al mundo lo publicara.
El sacara sus banderas,
Y en campaña sus razones
Con su espada hiciera buenas.
Empero, ¿traidor el conde?
Traidor es quien le sospecha,
¡Vive Dios! que los soberbios
Nunca anidaron vilezas.
TERESA. Tomad, don Sancho, ese pliego.
REY. (*Lee*). «Rey don Sancho: El conde Fernán González después de haber levantado á Castilla, se aprovecha de vuestro llamamiento á las Cortes, é intenta con capa de amistad quitaros el trono, sea para él, sea para restituirle á don Ordoño el Malo, á ruegos de su hija doña Urraca, que con él tiene casada, y que está en Burgos. Guardaos y el Señor Dios os guarde. Garci-Sánchez de Navarra.»
¿Queréis que á García crea,
Cuando sé que él en Pamplona
Ya otra vez en sus cadenas
Le tuvo vilmente preso?
Vos odiáis al conde...
TERESA. Sea.
Yo, don Sancho, no lo niego.
¿Qué es negarlo? Si pudiera
Ver á mis plantas rodando
La aborrecida cabeza
Del conde Fernán González,
Yo, no lo dudes, yo mesma
De sus hombros la arrancara.
¿Pensáis que no me valiera,
Si su traición inventára,
De otro que os la descubriera
¿O pensáis vos por ventura,
Don Sancho, que soy tan necia
Que si á engañaros me pongo
Yo misma antes os lo advierta?
Si yo misma aquí os la digo
Es porque sé que es tan cierta
Que no es preciso fingirla,
Que á serlo yo la fingiera,
Mas buscara para vos
Quien salvase la apariencia.
Verdad es que le aborrezco....
Mas ¿conocéis esa letra?
REY. Es de mi hijo, Garci-Sánchez.
¿Acaso...?
TERESA. Sancho, leedla.

REY (*lee*). «Padre y señor: Don Gonzalo Díaz, privado del conde de Castilla, levanta los pueblos y presidios de su estado, y cuando os lleguen estas letras, plegue al Señor Santiago que estéis á tiempo de evitar los daños, que acaso os prepara: toma con su gente la vuelta de León: el conde con sus ricos-homes y principales nobles acude á las Cortes, más en guisa de hombre de guerra que de quien con pacíficos intentos se guía. Nájara, 26 de junio: era 965.— Vuestro hijo: Garcí-Sánchez.»

TERESA. Es traición que yo inventé:
Dejad al conde que venga,
Que él presto, por Dios, dirá
Si es infundada sospecha.
Salid, hijo, á recibille.
¿A qué aguarda vuestra Alteza?

REY. ¡Por San Salvador de Leyre!
¡Vive Dios! que donde quiera
Que halle al conde, que le quite
La gana de turbulencias.
¡Así mi amistad se paga...!
¿Y quién me trajo estas letras?

TERESA. El conde Mosalo Díaz,
Que reventó con la priesa
El más generoso bruto
Que parieron vuestras yeguas.
Vedle, si queréis; afirma
Que él á los rebeldes viera:
Diz que es gente recogida
De las orillas amenas
Del Arlanza, y de Vivar,
De Burgos, de Santisteban
De Gormaz...

REY. Basta, señora.
Pagará con la cabeza.

TERESA. Y ya há tiempo que vos mesmo,
Y sin que él se revolviera,
Debierais haber tomado
Tan segura providencia.
¿Paréceos que estáis seguro
Teniendo al lado esa fiera
Que sólo por conquistar,
Sólo por vencer alienta?
Si tener brazos dispuestos
A su devoción no piensa,
¿Por qué funda pueblos nuevos
Y otros arruinados puebla?
Avila lo diga, y Osma,
Y otros ciento que la guerra
Despobló, y de castellanos
Como soberano llena.
Si á Sepúlveda fundó,
Fundáralo enhorabuena;
Mas no tantos privilegios
A aquesa población nueva.
¿Quién le dió tales derechos?
¿Y qué arrogancia es aquesa,
Si el soberbio su poder
Con males fines no aumenta?
¿O pensáis que á su corona
El conde añadir no intenta
Los dominios de León,
Y cuando mover no pueda
Contra los moros sus armas,
Y las huestes agarenas
Tenga todas derrotadas,
Fernán González no vuelva
Contra los reyes cristianos
Entonce esas armas mesmas?
¿Os parece que no llegue
Tiempo en que la España entera
Rinda parias á Castilla,
Si muchos condes tuviera
Que al conde Fernán González
Por su mal se parecieran?
Pues yo, Don Sancho, ese tiempo
Ved que lo contemplo cerca.
Sí: los reyes de Castilla,
Merced á vuestra flaqueza,
Asentarán su corona
Mandando á la España entera:
El feudo y el homenaje
Alzará que hoy á tu alteza
Tan mal grado reconoce;
Y abarcará su grandeza
León, Vizcaya, Navarra,
Galicia y Cerdania mesma,
y Aragón y Barcelona,
Y todas aquellas tierras
Que el Tajo, Guadiana y Duero
Hasta Lusitania riegan.
Y arrojados los alarbes
De Córdoba y de Valencia,
Rincón sólo que el esfuerzo
Hoy de Castilla les deja,
Olvidarán nuestros hijos,
Cuanto más su infamia crezca,
Que de restaurar á España
La gloria toda fué nuestra,
Y que el invicto Pelayo
Se levantó en esas sierras.
Sólo aseguras, Don Sancho,
El cetro de esta manera,
Fuera de que, ¡por Santiago!
Es para vos grande afrenta
Que el que mató á vuestro abuelo

Insulte á vuestra paciencia,
Dentro de los mismos muros
En donde su nieto reina.

REY. Mucho creer en el conde
Tamaña traición me cuesta,
Que á dejar de ser honrado
Nunca tan tarde se empieza.

TERESA. ¿Vos á mi propio enemigo
Alabáis en mi presencia?
¿Y la sangre de Ramiro
Corre, Sancho, por tus venas?
Cede al conde, cede el cetro,
Cede el reino enhorabuena,
Que no merece corona
Quien no sabe defenderla.
Pero, escucha: si hoy que miras
Ahí de la traición las muestras,
No castigas, como es justo,
Del rebelde la insolencia,
No importa: tu madre misma...
En balde salvarle esperas;
Castigar sus demasías
Bien sabrá doña Teresa. (*Vase.*)

ESCENA IV

REY

¿Que no pueda rehusar
De la traición tantas pruebas?
¡Ah, conde Fernán González!
¿Tu amor... tu lealtad es ésta?

ESCENA V

REY, DON NUÑO, CONDE DE MONZÓN

NUÑO. Ya, señor, enjaezado
El mejor bridón espera;
El mismo que os vendió el conde.
¿No responde vuestra alteza?

REY. Don Nuño, daréis luego orden
Que doblen las guardias nuestras,
Que un alférez con su escuadra
Salga de los muros fuera;
Que las cuadras se registren...

NUÑO. Pues, señor, ¿cuál turbulencia?...

REY. Don Nuño, Gonzalo Díaz
Alza en Castilla bandera:
Si piensa Fernán González
Que es fácil que nos sorprenda
Se engaña, pues que esperarle
Desarmados fuera mengua.

NUÑO. (¡Cielos! tu odio reconozco
Contra él, implacable reina.)
Señor, permitid que dude...

REY. Dude ó no dude, obedezca
El buen vasallo, don Nuño;
Que eso importa á la defensa
De mis reinos.

NUÑO. Gran señor,
Está bien. (Por tu cabeza,
Infelice conde, tiemblo.) (*Vase.*)

ESCENA VI

REY, CONDE DE MONZÓN, CRIADO

CRIADO. Gran señor, vuestra licencia
Pide el conde de Castilla
Para ver á vuestra alteza.

REY. ¿El conde ya? ¡Grande dicha!
A mi enemigo me entrega
La fortuna en mi palacio.
Que entre presto. Mas no... espera.
Fuerza será mi semblante
Componer, porque no advierta
Cuánto á mi pecho el rigor,
Cuánto el castigo le cuesta.
Quiero también humillarle,
Y antes que llegue á mi alteza,
He de hacer que aquí me espere
Como quien viene á mi audiencia.
Al de Castilla decidle
Que entre y que espere mi vuelta.
Vos, Monzón, entrad conmigo,
Que quiero vuestra prudencia
Consultar en este caso,
Y oir lo que me aconseja. (*Vanse.*)

ESCENA VII

EL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ, DON GONZALO DÍAZ

FERNÁN. ¡Por Dios que me maravilla
Que así reciba la corte
A persona de mi porte!
¡Así al conde de Castilla!
Hoy, Don Sancho, en el salir
A recibirme se tarda,
Y eso que ya el rey me aguarda...
No sé de esto qué decir.
Mas en tanto que el rey viene,
Decid, ¿cuándo en San Millán
De la Cogolla, verán
Los pliegos, do se contiene
La carta, en que le confiero
Privilegios, ¿los enviasteis?

GONZ. Sólo uno, como mandasteis,
Llevó á Fortunio don Pero
Gustios de Lara, señor.

FERNÁN. Sí, el que á San Millán le hago,
Aun mayor que el de Santiago,
Por el insigne favor
Que en Simancas me hizo el santo
De aparecer combatiendo
Contra el moro: agradeciendo
Tal gracia, por eso tanto
Desde hoy su culto venero,
Y que unos pueblos den pan,
Y otros vino á San Millán,
Y carne y legumbres quiero;
Y hacer merced de la villa
De Pazuengos al abad,
Porque más pingüe heredad
No tenga nadie en Castilla.
A la venida, en Arlanza
El monasterio también
Debisteis ver; si van bien
Las obras: con confianza,
Este santuario edifico
A San Pedro, y quiero sea,
Porque quién yo soy se vea,
De los de España el más rico.
En él quiero que se entierren
Mi cuerpo y el de mi esposa,
Y bajo una misma losa
Nuestras cenizas se encierren,
Cuando ordene el Señor Dios
Que pasemos de esta vida.
GONZ. Esa esperanza cumplida
Vendrá á ser que tenéis vos.
Y quiera el cielo piadoso
Que harto pronto eso no sea,
Y víctima yo no os vea
Hoy de un engaño alevoso.
FERNÁN. ¡Que de esa extraña manía
No desistáis, don Gonzalo!
¿Qué veis en esto de malo
Para tan rara porfía?
GONZ. Mucho, señor, me equivoco
Si no hay traición encubierta,
Y ved que en estar alerta
No siempre se gana poco.
FERNÁN. Blasonas de muy prudente.
GONZ. Luego, señor, será tarde.
FERNÁN. Mejor el hacer alarde
Estuviéraos de valiente.
GONZ. Si esto no os sirve de enojo
Ved que hay grande diferencia
De cobardía á prudencia,
Y no es valor el arrojo.
FERNÁN. Eso mismo me dijisteis
Cuando, en Muñón, de Almanzor
Os puso miedo el valor,
Y al trance vos opusisteis.
Y la batalla se dió
Junto á la villa de Lara,
Y Almanzor volvió la cara,
Que él no fué quien la ganó.
GONZ. En los trances arriesgados
No se juzga lo que fueron,
Ni á los que los emprendieron,
Sino por los resultados.
Si se pierden fué locura
Intentarlos, fué baldón;
Y fué grande previsión
Si se ganan, y cordura.
No por cobarde aconsejo,
Sí por vuestro amor, gran conde:
Y aquí mi espada os responde
Si no hice alarde, aunque viejo,
De castellano, en el trance
Que yo mismo no aprobé,
Si ante el Alhagib temblé,
Si no le seguí el alcance;
Y entonces os defendieron
Otros ciento como yo,
Y en la corte, señor, no.
FERNÁN. Nunca miedo me impusieron
Los traidores; quien ignora
La traición, no la sospecha.
GONZ. Y quien la duda desecha
Tarde su confianza llora.
FERNÁN. Los traidores solamente
Hacen al vil recelar,
Que se ponen á temblar
Cuando los mira un valiente.
Y decid, ¿tanto interesa
Al rey Don Sancho mi daño
Para urdir tan vil engaño?
GONZ. Quiéreos mal doña Teresa.
FERNÁN. ¿Y ha de temblar por ventura
A una mujer.....
GONZ. Si esa misma...
FERNÁN. Quien de toda la morisma
Tiene su vida segura?
GONZ. Recordad que ya en Pamplona
Cerca estuvisteis por ella
De perder en la querella,
Con la vida, la corona;
Que otras Cortes hubo este año,
Y sin haber nueva guerra,
Sacaros de vuestra tierra
Para Cortes, es engaño.
Mirad, pues, si son ó no
Mis sospechas bien fundadas,
Si en traer gentes armadas
Anduve acertado yo.

Es feroz doña Teresa
Y cruel en demasía,
Y hace ya tiempo, á fe mía,
Que el que vos viváis le pesa;
No os encarezco yo nada
Que estando solos los dos...

FERNÁN. ¿Y estoy solo, vive Dios,
Cuando vengo con mi espada?
No en Navarra la ceñía
Cuando en Pamplona inhumanos
Hierros me ataron las manos
Por traición de Don García.
Que entonces á bodas fuí,
Y como que despreciaba
La traición, me la dejaba
A cuatro pasos de mí,
Don Gonzalo; y por más seña
Que tanto la desprecié
Que yo mismo al fin solté,
Como hombre á quien se desdeña,
A Don García el villano,
Cuando, cobrado el acero,
En el encuentro primero
Le tuve preso en mi mano.

GONZ. Y si entonces vos la vida
Debisteis á vuestra esposa
¿Por qué dejarla llorosa,
Por qué impedir su venida?

FERNÁN. Mejor en Burgos se está,
Que ella allá con su prudencia
Que no echen de ver mi ausencia
En Castilla, cuidará.
Volved vos á consolarla;
Decid que quedo en León
Sin que ninguna traición
Pueda aún acongojarla.

GONZ. ¿Tan mal, señor, os serví,
Con tan poca lealtad,
Que con esta crueldad
Queréis libraros de mí?
Antes yo muera; pues hallo
Que me está mejor morirme
Que de tu lado partirme.
No á tu más firme vasallo
De tí apartes, mientras puedas,
Que yo me parto muriendo,
Y tú, el riesgo no temiendo,
Sin quien le prevenga quedas.

FERNÁN. Siempre, don Gonzalo, á vos
Os tuve por buen amigo;
Pero no temo enemigo
Con mi espada y con mi Dios.
Mucho os agradezco, sí,
Vuestra buena voluntad;
Mas por el traidor temblad,
No tembléis nunca por mí.
No os mando yo que os partáis
Para siempre de mi lado,
Sino en haciendo el recado
Que luego á León volváis.
Que si por ventura fuese
Vuestro temor bien fundado,
No sería aventajado
Que á entrambos el rey prendiese.
Guárdese de los dos uno,
Que Castilla vió valientes,
Pero como vos prudentes
No vió Castilla ninguno.

GONZ. Vuestra alteza en ese caso
Deme su mano á besar,
Que más que correr, volar
Será hasta Burgos mi paso.

FERNÁN. Id con Dios y tornad luego,
Que hasta saber de mi esposa
El corazón no reposa,
Que arde en su amoroso fuego.

GONZ. (*Yéndose.*) Conde bizarro y valiente,
Tal vez por tu buena estrella
No esté doña Sancha bella
Tan lejana con su gente.

ESCENA VIII

FERNÁN GONZÁLEZ, REY, CONDE DE MONZÓN

FERNÁN. (El rey sale, al parecer,
Con el semblante enojado;
¡Si habrá Gonzalo acertado
En lo que llegó á entrever!)

REY (*á Monzón*). Vos cuidad que prevenida
La guardia esté por si el conde
Altanero me responde,
Con su espada, harto atrevida.
(*Vase Monzón.*)

ESCENA IX

REY, FERNÁN GONZÁLEZ

FERNÁN. Gran señor, á vuestros pies
Don Fernán González puesto...
(*Levantándose.*)
El rey no me oye, ¿qué es esto?
¡Vive Dios! por San.....

REY. ¿Quién es?

FERNÁN. Rey Don Sancho, á vuestras plan-(tas
Está el conde de Castilla,
El que á ninguno se humilla.. (*Se levan-(ta.*)

¡Cielos, conde! ¿Y esto aguantas?
¿Dónde, Don Sancho, aprendisteis
A tratar con tanta afrenta
Al que mejor os asienta
La corona que os pusisteis?
¿Conocéisme, rey Don Sancho?
¿Sabéis que en Burgos si os viera,
Con sólo que os recibiera
Os viniera á vos muy ancho?
¿Que soy tan rey como vos,
Y que aunque aquí vos mandéis,
En Burgos me obedecéis,
Y que reinamos los dos?
¿Son estas las Cortes, son,
Con cuyo torpe pretexto
Me sacasteis para esto
Del centro de mi nación?

REY. ¿Y quién es el sandio, el necio,
El atrevido, el osado,
Que así el grito ha levantado?
Sino porque le desprecio,
Yo le enseñara á ese conde
A temblar en mí la ley,
Y á respetar á su rey
Como á su rey corresponde.
Que si aun decís que reináis
Porque levantar podéis
Los Estados que tenéis,
No sois vos el que ignoráis
Que es más el rey en León
Que no en Castilla su conde.

FERNÁN. Y decidme vos, ¿de dónde
El derecho, la razón
Os viene de gobernar
En Castilla? Sancho, no;
Pues decidme, ¿no fuí yo
El que me quise obligar?
Cuando en Castilla mi abuelo
Era juez, Nuño Rasura
Y Laín Calvo, ¿por ventura
Les conquistasteis el suelo?
Y fueran intentos vanos,
Que jamás entra un acero
Leonés, Don Sancho fiero,
Donde hay pechos castellanos.
¿Ignoráis que Don Ordoño
A los condes de Castilla,
En Regular, una villa
Junto á tierra de Logroño,
Siendo mi abuelo uno de ellos,
Hizo prender á traición,
Y que después en León
Les mandó cortar los cuellos?
Y que entonces dió su silla,
¿No lo oisteis cien mil veces,
En vez de Ordoño á dos jueces
Independiente Castilla?
Y yo os tributé homenaje
Porque pensé que otro fueras
Y que más agradecieras
Mi amor y mi vasallaje;
Que no porque necesite
De quien con su fuerte ayuda
Para mi defensa acuda
Y mi valor acredite.
Yo tuve antes que nacierais
Tanta morisma vencida
Cuanta vos en vuestra vida,
Si dos mil años vivierais.
Y si mi espada desprecia
Con insultantes estilos,
Yo os haré apreciar sus filos
Y conoceréis si es recia.

REY. ¡Vive Dios, conde! ¿sois vos
El mismo que callar debe,
Y en mi presencia se atreve
Así á igualarnos los dos?
¡Vive Dios! que si á mi alteza
Otra vez os levantáis,
Que os mande, pues tanto habláis,
Cortar luego la cabeza.
Que aunque en Castilla mandéis,
No así mandáis en León;
Ni que os saque de prisión
Vuestra Castilla esperéis.
Y porque veáis vos luego
Si injusto procedo, conde,
Me responderéis, ¿de dónde
Pudo salir este pliego?
¿Esa es lealtad y es amor,
Ese el celo y la amistad,
Y la buena fe...? Mirad,
Lo que sois es un traidor.

FERNÁN. ¡Vive Dios! Don Sancho el Gordo,
Que si no enfrenáis la lengua,
Que os haga con vuestra mengua
Entender que no soy sordo.
¡Por San Millán! ¡vive Dios!
Que nunca sufrió mi pecho
La afrenta que le habéis hecho
En este momento vos.
Si el rey de León no fuera
Quien me ha llamado traidor,
Le hiciera ver mi valor
Que más callar le valiera.

REY. ¡Hola! ¡Guardia!

FERNÁN. ¡Ah, don Gonzalo!
¡Y que no os creyera yo!

Pero ¡ah! Don Sancho, que no
(Sacando la espada al ver la guardia.)
Llevaré yo lo más malo.

ESCENA X

Dichos, DON NUÑO ANSUREZ, GUARDIA

REY. Prendedle.
FERNÁN. Eso no será
Con el conde de Castilla,
Que no tanto se le humilla;
Antes muerto caerá.
REY. ¿A un hombre tembláis, cobardes?
¡Ah, villanos! ¡qué osadía!
FERNÁN. ¿Todos á mí? ¡oh cobardía!
(Saliendo del escenario con la guardia.)
Pues no que me rinda aguardes;
No, en mi vida lo verás;
Rindo al valor mis ardores,
Mas ceder á los traidores,
Mas á los viles, jamás.

ESCENA XI

REY, DON NUÑO

NUÑO. ¡Cielos! el conde cayó
Tropezando en la escalera.
REY. Dicha fué, que sino, fuera
El gran valor que mostró
Difícil vencer.
FERNÁN. *(De adentro.)* ¡Oh, infame!
Sólo así fuera posible
Rendir mi brazo invencible.
No prisiones, muerte dame.
REY. Id, y en el alcázar, Nuño,
Mandad al conde poner,
Y que nadie le entre á ver
Sin una orden de mi puño.
Que la tropa se refuerce
Que contra Gonzalo enviaste,
Antes que el campo nos gaste
Y á mayor trance nos fuerce;
Por si la gente del conde,
Trasluciendo su prisión,
Viniese sobre León
Como á su ley corresponde.
Yo castigaré al aleve
Su intento de conspirar,
Y al osado que á insultar
A mi majestad se atreve.

ACTO TERCERO

Vestíbulo de palacio.

ESCENA PRIMERA

DOÑA SANCHA, DON DIEGO LAINEZ
en traje de romería

DIEGO. ¿Cuál es, condesa, vuestro intento ahora?
El conde, vuestro esposo, gran señora,
Aunque conoce bien vuestro amor fino,
En Burgos os sospecha, no creyendo
Que vos sus pasos le venís siguiendo.
Y si hasta aquí pudimos libremente
A favor del disfraz de peregrinos
Entrarnos en León, cosa arriesgada,
Dejando nuestra gente
Oculta y emboscada
Lejos de encrucijadas y caminos,
¿No fuera empresa loca
Pensar los dos de su prisión al conde
Salvar?
SANCHA. Eso me toca,
Diego Lainez, á mí: cuando en el campo
Vimos llegar, de generoso bruto
Oprimiendo el hijar, á Sisebuto,
Y la infausta noticia
De la prisión del conde
De su labio escuchamos, bien lo vísteis,
Yo animé la primera
A los guerreros castellanos todos
Para el asalto fiero.
Del fiel Gonzalo los consejos cautos
Vos recordad empero:
«La saña suspended, dijo, condesa.
»Medios de paz se prueben; preso el conde
»Su vida es de Don Sancho; no irritemos
»Su venganza feroz. ¿Qué lograremos,
»Si la muerte le dá, mas que los muros
»De León, muerto el conde, derribemos?
»Valga el ardid: la guerra no rompamos,
»Y si por bien salvarle no podemos,
»Caiga entonces León, ó bien muramos.»
El cielo, Diego Lainez, por ventura
Sabe si aquesto es miedo ú es cordura.
DIEGO. Y mal pudiérais contrastar las fuerzas
De esta ciudad con la pequeña escuadra
Que nuestros pasos sigue.
Ved la campaña de León poblada
De aguerridos soldados, y el estruendo
Militar de timbales y atambores
En nuestro oído resonar. ¡Quién sabe
Si le llegó á Don Sancho
La fama ya de la que sigue al conde

Escuadra militar! ¡Oh! tiemblo, tiemblo,
Que acaso tarde sea
Y malogrado nuestro plan se vea.

SANCHA. Casual tal vez el militar estruendo
Será que vos decís, ó muestra haciendo
Don Sancho de su gente y sus banderas,
Los clarines de Marte en la campaña
Fingiendo el trance, entre su gente sola,
En simulacro adiestrará á su saña.
No faltará un ardid que salve al conde.
No conocéis vos, Lainez,
De la mujer el pecho enamorado;
Yo al conde amé, que sus virtudes tantas,
Tales hazañas como cuenta el moro
Con terror de su brazo, harpones eran
Que amor clavó en mi pecho;
Y al que tan fácil el poder tremendo
Rompe de Abderramén, y le destroza,
Al que tan fácil á Almanzor rindiera,
Flaca, de amor vencida,
Mal resistirle una mujer pudiera.
En balde, en balde la fatal memoria
Me atormenta mil veces de mi padre
Muerto á sus manos en la lid sangrienta.
Yo batallé; pero venció. Y entonces,
¡Con cuánto ardor me abalancé á los riesgos
Para salvar su vida! ¡Ay sin mí, el conde,
Lainez, aun á pesar de tanta hazaña,
Ya perecido hubiera
De Don García á la funesta saña.
Después yo misma con mi lloro ardiente
Su enojo conjuré, cuando mi hermano
En su poder cayó: puesta á sus plantas,
Más generoso le pedí á los cielos
Que acaso merecía
El traidor fementido Don García.
¿Y qué no hiciera porque el mundo todo
Más generoso le adorara y bueno
Que valiente y terrible?
¿Y á mí á quien tanto su afición me cuesta
Me ha de faltar un medio de salvarle?
Yo rogaré á Don Sancho,
Sus plantas besaré; si no me escucha
Levantaré á Castilla,
Que mucho al conde quiere,
Y vos su afección mucha
Conoceréis en la tremenda lucha.
Todos las armas, todos,
Niños, mozos, ancianos y mujeres
Empuñarán; en fin, yo misma, ciega,
Ebria de amor me ofreceré á Don Sancho
Víctima en su lugar: y aunque su reino
Por robarle á mi amor se levantara,
Quien ya salvarle pudo
Una vez, otras ciento le salvara.
Dos veces á mi esposo
La vida habré salvado; sí, que el día
Que le saqué en Pamplona, nueva Ariad-(na,
Del laberinto en que le hundió García,
No más amor al conde que hoy tenía.
Pero alguien llega aquí: si no me engaño,
Don Nuño Ansúrez es.

ESCENA II

Dichos, DON NUÑO

NUÑO. ¡Cielos! ¿qué veo?
¿Será verdad? ¿tan pronto
La condesa? ¿es ficción de mi deseo?
¿Sois vos, condesa, y así?
¿Y en palacio, gran señora,
Cuando el rey sin duda ignora
Que podéis estar aquí?
¿Qué hicísteis? ¡Válgame Dios!
Si aquí su madre os sospecha
No ha de quedar satisfecha
Mientras que no os prenda á vos.
Que es cruel...

SANCHA. ¿Y no podría
Hablar yo misma á su alteza,
Y pedir por la cabeza
Del conde?...

NUÑO. ¡Por vida mía!

SANCHA. ¡Amparadme! mas ¿no es cierto
Que al rey de adentro asistís?
Y si vos se lo decís...
Pero, Don Nuño, ¿qué advierto?
¿Lloráis?

NUÑO. Demasiado bien
Quiero al conde vuestro esposo,
Y el llanto prueba abundoso
Si os estimo á vos también.
Y es mi rabia y mi despecho
Que sé quien le quiere mal,
Y ha de callar el puñal
Que atenta contra él, mi pecho,
Que de fiel blasona.

SANCHA. ¡Oh Dios!

NUÑO. Pero ¿qué dije? deliro.
(No sé qué hacer.) Mas ¿qué miro?
No temáis, condesa, vos:
El rey llega... es fuerza luego
Que hasta esa sala de audiencia
Os retiréis: sin licencia
Del rey vinísteis; yo llego
A hablarle: á que él mismo os vea
Acaso le dispondré...

Por el conde le hablaré;
Mas él viene; presto...
SANCHA. Sea.
(*Vase.*)

ESCENA III

REY, DON NUÑO

REY. Don Nuño.
NUÑO. Señor.
REY. ¿Vos solo
En esta estancia? ¿qué veo?
¿Vos con muestras de dolor
En el rostro y sin saberlo
Vuestro rey?
NUÑO. Señor...
REY. Decidlo.
¿Cuál es vuestro sentimiento?
NUÑO. Hablaré, pues que tu alteza
Tiene de escucharme empeño.
El rigor que con el conde
Usas, señor, y el afecto
Que há muchos años amigo
Al de Castilla profeso,
La causa son del dolor
Que despedaza mi pecho.
REY. Harto, don Nuño, me cuesta;
Pero eso al honor del reino,
Y eso á mi propia quietud,
Aunque es gran rigor, le debo.
Doña Teresa, mi madre,
No ignoráis tiene en el pueblo
Gran parcialidad, y ella es
Quien pide con más empeño
La muerte del conde: es fuerza
Que me doblegue á sus ruegos.
Y de la traición las pruebas
Yo mismo negar no puedo.
El á Don Ordoño el Malo
Da protección en su reino;
Vos también, Nuño, lo vísteis.
¿Por qué más, como guerrero,
Viene á León, rodeado
De pendones y de aceros?
¿Por qué levantó en Castilla
A los castellanos pechos?
NUÑO. El niega, señor, que sea
Eso que decís vos cierto;
Que si levantó Gonzalo
Bandera, fué sin saberlo
él.
REY. Eso es, don Nuño, claro:
Ora que se mira preso
Niega su falta. ¿Y qué dice
De aquesta prisión el pueblo?
NUÑO. La fama, señor, del conde,
Sus virtudes y su esfuerzo
Ponen de su parte á todos:
Las calles corre revuelto
Contra el que osado le acusa
Publicando mil denuestos;
Y aun corren voces que sirven
De aumentar el descontento:
Diz que del mar han salido
Muy grandes llamas de fuego,
Y que tocándolo todo
Se han metido tierra adentro.
Que en Zamora y en Carrión
Y en Castrojeriz ardieron,
Y en Briviesca y en Pancorvo
Y en Burgos barrios enteros,
Y en Buradón y en Calzada
Las casas desparecieron.
Creen que la prisión del conde,
A quien siempre amparó el cielo,
La causa fué del prodigio;
Que todos saben, y es cierto,
Que el ermitaño Pelayo
De la ermita de San Pedro
Le apareció por dos veces
En dos distintos encuentros,
La victoria asegurando;
Y dicen ser escarmiento
Aqueste por impedirle
Las grandezas que está haciendo;
Y unos por las calles gritan,
Y otros, llenando los templos,
Por la libertad del conde
Ofrecen votos al cielo.
REY. Bien está: vos cuidaréis
Que no cometan excesos.
La ocasión de eso se quita
Quitando al conde de enmedio,
Que yo á la obediencia ciega
He de enseñar á mi pueblo.
NUÑO. Si algo, gran señor, contigo
Pudieron siempre mis ruegos,
Sea tu norte la clemencia...
REY. Yo salvar al conde intento,
Y estad, don Nuño, tranquilo,
Si librar su vida puedo.
Yo le haré sacar los ojos,
Y conducirle hasta Oviedo,
Después de haberle cortado
La su cabellera.
SANCHA. (*De adentro.*) ¡Cielos!
REY. Allí ha de amansar el conde,

Cerrado en el monasterio
De San Vicente.
SANCHA. (*De adentro.*) Dejadme,
Diego Lainez; yo no puedo
Sufrir más.
DIEGO. (*Idem.*) Tened, señora.
SANCHA. Es en balde.
REY. ¿Cuál estruendo?...
NUÑO. (Si la condesa imprudente...)
REY. ¡Hola! Nuño, ¿qué es aquesto?
¿Cuál rumor en la antecámara?
NUÑO. Ya, gran señor, voy á verlo.
La condesa de Castilla
Que pretende entrar á veros
Sin vuestra orden.
REY. ¿La condesa
En León tan pronto? ¡Cielos!
NUÑO. Ya se entra, señor, que en vano
Su paso impedir quisieron.

ESCENA IV

Dichos, DOÑA SANCHA

SANCHA. ¿Así, don Sancho, en León
A vuestros deudos se trata?
¿Así á la alteza se acata
De los que en Castilla son
Más que reyes? ¡Oh! Dios quiera
Que un día á Burgos lleguéis
Porque luego os sonrojéis
De lo que con vos se hiciera.
Allí cuando va algún deudo
Festejarle bien solemos,
Porque en tal caso creemos
Que es el agasajo feudo.
Es de honrados el honrar,
Y á los suyos más, señor;
Y suele más el amor
Que el castigo, desarmar.
El que nació generoso
No sabe nunca hacer daño,
Que, ó no sospecha el engaño,
Ó le perdona bondoso.
REY. ¿Y queréis, condesa, vos
Que con afecto de amigo
Deje al traidor, mi enemigo,
Que me mate ¡vive Dios!
SANCHA. ¿Y de qué traidor habláis?
REY. El conde lo es: vos, condesa.
SANCHA. ¡Oh! ¿qué imputación es esa?
¿El traidor? Vos deliráis.
¿Y yo, Sancho?
REY. Vos, señora:
Y si vos tan prevenida
No estabais ¿esta venida
Qué quiere decir ahora?
¿Qué os trae aquí cuando el conde
Preso está en León? ¿Tan presto
Cómo os llegó nueva de esto?
O ¿adónde vais, pues, adónde?
SANCHA. (Al amor se le permita
Esta inocente ficción.)
¿No es camino por León
Para todo el que visita
Desde Burgos á Santiago?
Y si no guardo cautela
Cuando voy á Compostela,
Harto bien os satisfago,
Que si haceros mal quisiera,
De vos, Sancho, no fiara;
Por el monte me guiara
Y no á entregarme viniera:
Jamás el traidor se fía
Del que vendió; estuvo el daño
En pensar que sin engaño
Visitar antes podía
A un pariente como vos;
Que nunca, Sancho, creí
De vuestro porte que así
Nos tratarais á los dos.
Cuando pienso hallar al conde
Más querido y festejado
Que es de Burgos adorado,
La voz de León responde
Que preso en vuestras cadenas
Fernán González está.
¿Es ese el pago que da
La Cristiandad al que apenas
La lanza un punto arrimó?
¿Al que de Almanzor famoso
Tantas veces victorioso
Con su daño la libró?
Regadas tiene en más gotas
De su sangre las Castillas
Que gentes cuentan sus villas,
Que cuenta el turbán derrotas,
Y que en sangrientas peleas
Moros venció; y en España
Te dirán de él una hazaña
Cada colina que veas,
Cada llano por do vayas,
Y cada palmo de tierra
A donde llegó la guerra.
Díganlo los Abenayas,
Los Aceijas y Almanzores,
Y dígalo Abderramén,
Que él le ha vencido también,
Mal que pese á sus ardores.

Y Dios te guarde, don Sancho,
Que Hernán González perezca.
¿Quién estorbará que acrezca
El cordobés por el ancho
Término de España toda
Su alto poder enemigo?
No faltará otro Rodrigo
Para la corona goda.
Vuélveme, ó rey, á mi esposo;
Si miedo á su poder tienes,
Por él quedaré yo en rehenes;
Yo compraré su reposo.

REY. ¿Así defendiendo estás,
Doña Sancha, al matador
De tu padre que hoy traidor?...

SANCHA. Es mi esposo y nada más.

REY. Yo la justicia no tuerzo,
Que le mató vi despacio...

SANCHA. No traidor en tu palacio;
En el campo, con su esfuerzo.
Y que le matara ó no,
A traición ó cara á cara,
¿Quién pedir contra él osara
Si se lo perdono yo?
Si has de errar en tu sentencia,
Yerra, Sancho, de piadoso,
Que es mejor en lo dudoso
Inclinarse á la clemencia.
No sonará mal un día
Que digan don Sancho el bueno,
El que á la venganza un freno
Templado poner sabía.
Y si la clemencia no,
Pueda á lo menos contigo,
O tú, generoso amigo,
El llanto que vierto yo;
Que el conde culpa no tiene,
Ni tiene intención traidora,
Sancho...

REY. ¡Condesa! ¡Señora!
Pero alzad: mi madre viene.

SANCHA. ¡Hay suerte más inhumana!
Cuando ya vencido está
¿Qué intención buena será
La que trae aquí á mi hermana?

ESCENA V

Dichos, DOÑA TERESA

TER. (¡Gracias te doy este día,
Gran Dios, pues una faltaba
Que á mi rigor se escapaba
Y tu atención me la envía!)
¿La palabra, Sancho, es ésta
Que de condenar me disteis
Al conde, ó bien le prendisteis
Con enemistad supuesta
Para concederle al llanto
De una hermosa? Ciertamente
Sois para juez, excelente;
Valéis para eso otro tanto.
¿No véis sus ojos que perlas
Orientales nos derraman
Y el pecho en piedad inflaman?
¿No os bajáis, hijo, á cogerlas?

SANCHA. ¿Esto se ha de usar conmigo?
¿Y eres tú mi propia hermana?
No; que una sierpe inhumana
O un basilisco enemigo
Te dió su leche en la cuna,
No en Navarra ni en Castilla,
Sino en la africana orilla
Sujeta á la media luna.
¿En qué prisión te encerré
Cuando á Navarra viniste?
¿Cuando que arrastrar tuviste
Grillos que yo te forjé?
Ese rey que adoras tanto
¿A quién debió don García,
Cuando en cadenas gemía,
Su vida, sino á mi llanto?
Si es que no es posible en tí
Vivir sin aborrecer
¿Por qué tú no has de volver
Tu odio entero contra mí?
Olvida al conde inocente,
Que harto España ha menester,
No de una débil mujer,
Sí del brazo de un valiente.
Sólo el delito fué mío,
Que yo á mi padre olvidé
Cuando con él me casé;
No del conde que con brío,
Por más fuerte, le mató.
Ponedme á mí sus cadenas;
Serán más dulces mis penas
Si borro las suyas yo.
Muera yo sola á tu saña,
Que el mundo me olvidará,
Mas nunca recobrará
Otro conde tal la España.

TER. ¿No veis, Sancho? ¡Qué virtud!
¡Qué heroísmo! Dadle al conde,
Y su lealtad os responde
De vuestra propia salud.
Que ha la España menester
De un traidor, á quien abona,
Que quitándoos la corona

Se la venga él á poner.
SANCHA. No le culpes, no, que es mucha
Para el conde tal vileza:
Yo lo juro por la alteza
Del justo Dios que me escucha.
Mírame puesta á tus plantas
Y abrazando tus rodillas;
Mira tú cuánto me humillas
Y mi corazón quebrantas!
Mi dolor grande te mueva;
Borra, si es que eres sensible,
El tormento irresistible
Que á suplicarte me lleva.
Nunca yo mayor le tuve.
¿Quieres más humillación?
A tus pies ves en León
A la que Castilla sube
A su trono. Ya no soy
Señora y condesa suya,
Ya soy una esclava tuya,
Si lo quieres, desde hoy.
Crueles, dadme á mi esposo,
O bien la vida arrancadme;
Su libertad otorgadme.
¡Compasión, Sancho piadoso!
No puedo sin él vivir.
¿Y qué mal se puede hacer
El que yo le llegue á ver,
Si es que es preciso morir?
Dame, Sancho, que le vea,
Que bañe en llanto sus pies,
Y mátanos ya después,
Si es preciso que así sea.
REY. Alzad del suelo, condesa;
Presto al conde podréis ver:
Mas luego habéis de volver
A Castilla con gran priesa.
SANCHA. ¡Gran Dios! ¿Es verdad? el cielo
Guarde, don Sancho, tu vida,
Y te dé dicha cumplida
Como tú me das consuelo.
REY. Llevadla, don Nuño, ahora.
Vuestra vida me responde;
Y ved que de hablar al conde
Sólo os concedo una hora.
(*Vanse. Por una parte doña Sancha y don Nuño: por otra el rey.*)

ESCENA VI

DOÑA TERESA

TER. ¡Santo cielo! ¿Y yo lo escucho?
¿A dónde se fué mi gozo?
De una mujer el sollozo
Venció al rey. ¡Aquesto es mucho!
(*Dirigiéndose hacia la puerta por donde el rey salió.*)
Si palabra no tenéis,
Si la olvidáis más vilmente
Que la disteis fácilmente,
Yo haré que la recordéis;
Y veáis que doña Teresa
Lo que dice sabe hacer,
Que no llegó á mi entender
A mal tiempo la condesa.

ACTO CUARTO

El teatro representa la torre donde está preso el conde

ESCENA PRIMERA

FERNÁN GONZÁLEZ

¡Oh rigor de mi desdicha!
Cruel fortuna, ¿por qué
Ves con ojos envidiosos
Mi ya malogrado bien?
¡Ah! doña Sancha, mi esposa,
Ora donde quier que estés,
Tú la humillación no sabes
En que tu esposo se ve,
Que á saberla, tú vinieras
Mis cadenas á romper.
Rey don Sancho, ¿quién creyera
Tan villano proceder?
Aunque en tratarme alevoso
Comprendo que hiciste bien;
Pues ¿qué mucho que los hombres
Den muestra de poca fe
Si hasta la suerte me pone
Tropiezos ante los pies?
¡Y que allí yo me cayera!
¡Que no supiera vender
Mi libertad á más precio!
¿Por qué con vida quedé,
Si de lavar mi deshonra,
Gran Dios, no me das poder?
Tú sabes que es la venganza
De Sancho injusta y cruel,
Que yo soy el agraviado
Por más que él diga que lo es.
En el campo yo á su abuelo
Cuerpo á cuerpo le maté;
No traidor en mi palacio,
Sino riñendo con él.
Mas ¿qué ruido oigo?...

ESCENA II

FERNÁN GONZÁLEZ, EL ALCAIDE al paño y luego, DOÑA SANCHA

ALC. Condesa,
Advierte que manda el rey
Que antes que pase una hora
A Castilla has de volver;
Y por la puerta secreta
Que al campo da, esto ha de ser,
Donde para abrirte espera
Un guardia; y allí también
Te aguarda con tus caballos
Tu gente.

SANCHA. (*Saliendo y adelantándose.*)
Andad; está bien.

ESCENA III

FERNÁN GONZÁLEZ, DOÑA SANCHA

SANCHA. ¡Querido esposo!

FERNÁN. ¡Cielos! ¡Sancha mía!

SANCHA. Concédeme, señor, que yo tus plan-
(tas
Bese mil veces y en mi llanto bañe.
¡Cuál mis ojos te ven! ¡Ah! no son estos
Aquellos lazos, no, que te estrechaban
Dulces y hermosos, cuando en Burgos,
(conde,
Feliz amor á entrambos enlazaba.
¿Quién, oh sol de mis ojos, pensaría
Que en hierros y cadenas se trocaran?
Pero ¡ay! no llanto en tan amargo trance
Te pide amor al corazón; venganza,
Venganza solamente.

FERNÁN. Mal pudiera
Sus agravios vengar quien torpe arrastra
Viles cadenas. No: morir vilmente,
Ofendido, humillado, sin mis armas
Puedo sólo esperar. ¡Oh! si matando,
Morir siquiera de feroz batalla
Pudiera entre el estruendo! Digna enton-
(ces
Mi muerte fuera de mi vida: aciaga
Tal dicha, empero, me robó fortuna.
Mas ¿vos... y en este traje disfrazada?
Pues ¿cómo, cuando en Burgos os creía,
En estos muros mi cariño os halla?
¿Quién nuevas os llevó? ¿Cómo pudis-
(teis
De mis guardas burlar la vigilancia?

SANCHA. Ora deja, señor, de mi venida
De preguntarme la ocasión ni traza.
Apenas tiempo de acordar tenemos
Qué nos resta que hacer. Aun la esperan-
(za
Vive en mi corazón; sí, que á tu lado
Ya no soy yo, mi bien, tan desgraciada.
Ya en León estoy, ¿y lo demás qué importa?
Contigo sé morir: esto te basta.

FERNÁN. ¡Morir, Sancha! Jamás: no ha de bas-
(tarme
Valor para envolverte en mi desgracia.

SANCHA. No más quejas, no más: deja á los viles
Que al peso del dolor rindan el alma.
Los fuertes también triunfan cuando caen:
Que es más grande y mejor la dura carga
Soportar con paciencia, aunque tus hom-
(bros
Oprima con dolor, que no arrojarla.
¿Qué los vencidos por tu antiguo esfuerzo
De tu pecho dirán cuando la fama
Tu flaqueza divulgue, cuando diga
Que aquel que los venció también tem-
(blaba?
¿Qué Castilla dirá? Sí, que otro aliento
Muy más heroico de su conde aguarda.
No á nosotros tan sólo nos debemos,
Que también somos feudo de la patria.
Esa Castilla mesma que te adora,
Luego que tu prisión se divulgara
Su fe con noble ardor acreditando
Para vengarte se arrojó á las armas.
Tus ricos-hombres todos, tus vasallos
En el monte emboscados, á la entrada
De la ciudad, con impaciencia esperan
Que les dé la señal de la venganza.
El fiel Gonzalo los gobierna y rige.
Todos ardiendo en vengadora saña,
Al Dios del cielo, que castiga y premia,
Sobre la cruz juraron de su espada
Libertarte ó morir.

FERNÁN. ¿Qué es lo que escucho?
¿Y cómo salvaremos las murallas
Guardadas de contino, inaccesibles,
Que de tantos valientes nos separan?
¿O pensasteis acaso que segura
Estará nuestra vida en este alcázar
Si el insensato arrojo de los nuestros
Esta ciudad en su impaciencia asalta?
¿Yo he de sufrir sin pelear y ocioso
Que harto fiel con su sangre derramada
Castilla me rescate, con las manos
Vacías, aherrojadas, de las armas
Escuchando el rumor y los gemidos
De los que muertos por salvarme cai-
(gan?
Nunca; jamás. A los valientes diles

Que Castilla en su seno alimentara,
Que nunca olvidará Fernán González
Cuánto le debe á su lealtad extraña.
Que las armas dejando, á sus hogares
Se vuelvan, y que el conde se lo manda;
Que sólo así cuanto por él hicieron
Puede ahora pagar, y así lo paga.

SANCHA. ¿Que ellos las armas dejen? Por ventura
Piensas, Fernán González, que lograra
Sin tí volverlos nadie á sus hogares?
Ellos juraron, y la ardiente llama
Que arde en su corazón de amor al conde
Nadie puede entibiar. No le enseñaras
Tú á ser grande á Castilla, á ser heroica,
Y acaso en tu defensa no se alzara.
No hay tiempo que perder. Oyeme. Un medio
Podemos aun probar: con cuatro guardias
Por la puerta secreta, que da al campo,
La entrada se defiende de este alcázar,
Que el ser aquesta parte inexpugnable
La precaución excusa: el rey me manda
Que salga por aquí: la noche oscura
Con sus negras tinieblas nos ampara.
Viste mis ropas, y engañados todos
Creerán ver en el bulto á doña Sancha.

FERNÁN. ¿Quién? ¿Yo cubrirme con ropajes vuestros?
¿Yo á los cobardes esconder mi cara?

SANCHA. ¿Qué importa que la escondas un momento
Si luego más terrible has de enseñarla?
Al campo sal, y en el oscuro bosque
Que circunda á León de espesas hayas,
Ruinado, inmenso, colosal, suntuoso,
Un monumento antiguo se levanta.
Templo fué de Minerva, cuando Roma
Sus dioses y sus leyes dió á la España.
Hoy nada es ya: pero en su seno esconde
Los leales castellanos, que allí aguardan
Que un héroe los conduzca á la victoria.
Corre, Fernán González.

FERNÁN. ¡Prenda amada!

SANCHA. Yo aquí me quedaré, del rey don Sancho
A templar el enojo, y á una flaca
Mujer, ¿qué caballero ha de ofenderla?
No corro riesgo aquí; ninguno. Marcha.
Sin tí ¿qué hicieran los valientes todos
Contra las huestes que León prepara?
Sin tí perecerán. Tu fuerte brazo
El éxito hará cierto de las armas.
Inútil es que intentes disuadirme,
O los dos moriremos. Sí, mañana...
Aquí contigo he de esperar... escucha...
Segará un vil verdugo tu garganta,
O en un encierro eterno, mutilados
Los ojos...

FERNÁN. ¿Qué decís? ¿Así se trata
A un nieto de Porcellos, el que á Burgos
De muchos pueblos, por blasón, fundara?

SANCHA. ¡Lejos de mí tan espantosa imagen!
Antes que sobreviva á tal desgracia
Mira este acero que, escondido, el punto
De derramar mi sangre sólo aguarda.
Elige, pues, en fin.

FERNÁN. ¡Sancha!

SANCHA. Resuelve.
Mira á Castilla, triste, abandonada,
Ser presa de León, y al torpe yugo
Dar la cerviz; y mira cuál la amaga
El moro cordobés, perdido el brazo
Que del fiero Almanzor sólo atajaba
La ardiente furia. En fin, ¿un nombre vano
Para tí será el nombre de la patria?
¿Y tú al amor la inmolarás cobarde
De una débil mujer? ¡Cielos! La fama
á par que tu prisión rauda publica
También las nuevas lúgubres propaga
Que á entrar de nuevo al castellano suelo
Sus banderas los bárbaros preparan.
No ya por mí, que con estéril llanto
Que corras á vencer pido angustiada;
No ya por mí, cuyas caricias tiernas
Sin duda has olvidado; por la España,
Que más de tí esperó: vuela, bien mío.
Salva, Fernán González, á tu patria.
Inútil le es tu muerte: ella lo pide.
Toda Castilla, conde, y doña Sancha,
Los dos objetos de tu amor ardiente,
Unidos lo pedimos á tus plantas.

FERNÁN. ¡Imposible! ¡Jamás! Vano es el ruego...

SANCHA. No hay otro arbitrio... sí... sígueme y calla.
Urge ya el tiempo y la ocasión. ¿No escuchas
Los cerrojos crujir? ¿no oyes pisadas?

FERNÁN. ¡Oh mujer celestial! ¿yo abandonarte
Sola y aquí?... Jamás.

SANCHA. No abandonada
Estaré, cuando tú, venciendo, libre
Contra León empuñarás la lanza.
Antes de una hora en mi veloz caballo
á nuestros tercios en el bosque alcanzas.
Aquí es fácil que el caso no descubran,
Pues yo he de procurarlo, hasta mañana.

Nadie espera este golpe; de improviso
Puedes dar el asalto antes del alba.
La confusión, la noche, la sorpresa...
Todo, en fin, la victoria te afianza
Antes que aqueste engaño se trasluzca.
Pero el tiempo veloz corre, y... ya basta.
Por la postrera vez... elige: ó quieres
Que este acero...

FERNÁN. Detente, esposa!

SANCHA. Marcha.
Nada escucho.

FERNÁN. ¡Mi bien!

SANCHA. Nada,

FERNÁN. Pues sea.
Pero ¡ay! ¡cuánta amargura me preparas,
Si descargando sobre tí don Sancho,
Dulce esposa, en mi ausencia, su venganza,
Sólo entro aquí, con el estéril gozo
De vengarte, mi amor. ¡Ay! ¿Quién librara
Al rey don Sancho de mi furia? Tiemble,
Tiemble entonces León. Oh tú, que amparas,
Gran Dios, á la inocencia desde el cielo;
Si siempre presenté sobre tus aras
Un corazón cristiano, si en el campo
Yo vencí tantas veces por tu causa,
No permitas, Señor, que el ciego enojo
Convierta el rey cruel contra la infanta.
Ampárala, gran Dios: yo á tu custodia
La fío y la consagro: por mi patria
Corro á verter la sangre, que en defensa
De tu fe, tantas veces derramara.
Si he de encontrarla víctima á mi vuelta,
Hiéreme con tu rayo antes que parta.

SANCHA. Ya se acerca el rumor, esposo: huyamos.
No abandonemos la última esperanza.
(*Vanse.*)

ESCENA IV

REY, CONDE DE MONZÓN, ALCAIDE

ALCAIDE. Fuerza es, gran señor, que el conde
Aun esté con la condesa,
Aunque el salir debe ser,
Como mandó vuestra Alteza,
Por la entrada que hacia el campo
Esconde la oculta puerta,
Porque á compasión el pueblo
Con su vista no se mueva.

REY. ¿Entró alguno á ver al conde?

ALCAIDE. Nadie más que la condesa.

REY. Bien está: cuidad en tanto
Que nadie pase las puertas.
Y entrad, y al conde decidle
Que un gentil hombre le espera,
Quien quiere á solas hablarle,
Y esto, añadid, le interesa
A su vida.

ALCAIDE. He de buscarle,
Que aunque él aquí estar debiera,
Para divertir su enojo
Tal vez su estancia pasea,
Que es grande la torre; acaso
Viendo está por las almenas
Los campos tristes que envuelve
La oscura noche en tinieblas,
Que en tales cuadros se agradan
Los tristes con complacencia,
Si á despedir no ha salido
A su esposa hasta la puerta.
Yo, como tu alcaide y siervo,
Le he de buscar por toda ella,
Y en diciéndole el recado,
Que me manda tu grandeza,
Volveré á traerte luego
De tu preso la respuesta. (*Vase.*)

ESCENA V

REY, CONDE DE MONZÓN

REY. Yo mismo á la torre vengo,
Porque mi madre no advierta
Esta visita que acaso
En palacio ver pudiera.
Aquí, depuesta del trono,
Conde Monzón, la grandeza,
Como simple caballero,
Mi antigua amistad intenta
Hablar al conde á mis solas;
Que mucho creer me cuesta,
Sin poderosa ocasión,
La traición que le condena.
Acaso ya arrepentido
De su primitiva idea
Me descubra sus intentos,
Y acaso, Monzón, aun pueda,
Más que le pese á mi madre,
Hoy salvarle la cabeza.
¡Oh, si penetrar pudiese
Cuanto mi pecho lo anhela!
Rinda nuevo vasallaje
A mi corona y mi alteza,
Jure á fe de caballero
Hacer con León eterna
Alianza, y aun el perdón
De su pasada flaqueza
Lograré de su consejo,

Que á su castigo me fuerza.

MONZÓN. Eso al influjo se debe,
Tal vez, de doña Teresa.
Tan sólo don Nuño Ansurez
Y otros tres, á la clemencia
Se inclinan; que á los más grandes
Les puede dar la grandeza
Del conde enojos, y acaso
Con su muerte ellos quisieran
Estorbar que en adelante
Tanta sombra les hiciera.
Y yo en verdad mucho temo
Que contener nadie pueda
A doña Teresa; jura
Por las calles y plazuelas,
Excitando al pueblo todo
A imitar su saña fiera,
Que no ha de salir ninguno,
Ni el conde ni la condesa
De aquí, porque su venganza
Quiere dejar satisfecha;
Y aun más que á Fernán González
Maldice á su hermana mesma.
Empero, mirad que alguno
Hacia nosotros se llega...
Si no me engaño, el alcaide.

REY. Oigamos lo que contesta.

ESCENA VI

Dichos, y el ALCAIDE azorado

ALCAIDE. Gran señor, inútilmente
Por toda la torre entera
Buscó al conde mi cuidado,
Pues que en ella no le encuentra.

REY. ¿Qué decís?

ALCAIDE. Pero su esposa
Aun no dió á Burgos la vuelta,
Y preguntada, responde
Con natural extrañeza,
Que el conde con ella estaba,
Y en la torre estar debiera.

REY. ¡Santo cielo! ¿así guardáis
Los presos que se os entregan?

ALCAIDE. Señor... yo... si... al mismo punto
Se escuchan voces diversas
Que en el puente y el rastrillo
Y de las murallas fuera,
Señal de algún alboroto
Son, que vuestra madre intenta;
Y en la confusión tan sólo
Pude oir por las troneras
A los guardas del alcázar
Gritos de *¡venganza! ¡muera!;*
Y aun, gran rey, si no me engañan
De lejos las apariencias
A entrar aquí se dirige
Esa muchedumbre fiera.

REY. ¿Qué pensáis, Monzón, de aquesto?
Forzoso es que yo lo inquiera.

ALCAIDE. Mas ¿no escucháis el estruendo?
¿No oís el rumor más cerca?
Corro á estorbar que la turba
Entrando hasta aquí os ofenda. (*Vase.*)

REY. ¿Qué hacer, Monzón? Pero ¿qué oigo?
¿Qué ruido, qué alarma es ésta?

TERESA. (*Dentro.*) ¿Quién me osa negar la entrada?
Villanos, romped las puertas
Si insisten los miserables,
Por su mal, en defenderlas.

REY (*á Monzón.*) Ya, Monzón, el descubrirme
En tan rudo trance es fuerza.

MONZÓN. No expongas, señor, tu vida;
Yo saldré, don Sancho: espera.
A tu lado va, señor,
Don Osorio en tu defensa.

ESCENA VII

Dichos, DOÑA TERESA y los suyos

Soldados y pueblo de León agolpándose á las puertas; entran varios con teas

DOÑA TERESA

¡Venganza, cielos, venganza!
¡Muera Sancha!... ¿El rey? (¡Ah, ciertas
mis sospechas son.)

REY. Teneos.
¿Dónde vais de esta manera?
¿Quién para tal desacato
Os dió, señora, licencia?
¿Nada está de vos seguro?
¿Qué ocasión, qué nueva ofensa
Para forzar este alcázar
A tan grande exceso os lleva?
¿Donde á un preso de alta clase
Se le custodia y encierra?

TER. ¿Qué es preso ya? ¡Fementido!
¿Yo he de oirlo con paciencia?
Cuando sé que el conde lejos
Libre los campos pasea,
Vengo, Sancho, y os encuentro
Solo aquí con la condesa
Disfrazada y...

REY. ¿Será cierto?
¡Corrido estoy de vergüenza
Y de rabia!

TER. No finjais.

Mal el disimulo os sienta.
REY. ¿Qué decís, que no os entiendo?
¡Por San Pedro de Cardeña!
TER. ¿Con que no sabéis que al conde
Le visitó la condesa,
Para dejarle su traje,
En su lugar quedando ella?
¿Que, ya en el rastrillo, un guardia
Le conoció, y resistencia
Yendo á hacer, con un puñal
A dos derribó por tierra;
Y espantados los demás
De sus bríos y sus fuerzas,
A su nombre que les dijo,
Dejan temblando las puertas?
¿Quién, si vos no le amparáis,
A tal acción se atreviera?
REY. ¿Yo ampararle que el castigo
le previne?
TER. Enhorabuena.
Antes que mañana luzca
De Febo la luz primera,
Veréis asaltar los muros
De León y su ciudadela,
Por los tercios castellanos,
Su caudillo á su cabeza.
Que inútilmente lo siguen
Por el campo á rienda suelta
Los soldados, pues lo amparan
Su caballo y las tinieblas.
Y esa loca, que ha nacido
Mi hermana para mi mengua,
Si hoy mediador ha encontrado
Para enfrenar mi violencia,
No ha de librarse algún día
De mi venganza. ¡Yo ciega
De cólera estoy! Lo juro
Por la sangre que la tierra
Bebió de don Sancho Abarca,
Mi muerto padre, que muerta
Sólo, cadáver, su esposo,
Aunque entre en León por fuerza,
La ha de sacar, y lo juro
Por esta misma cabeza
Que sobre el robusto cuello
Para daño suyo alienta.

ESCENA VIII

Dichos, DOÑA SANCHA

(Al salir á la escena se quita y arroja la loriga del conde que se supone haberle dejado éste y queda en traje blanco.)

DOÑA SANCHA

SANCHA. Sí, mujer feroz; ya basta
De fingimientos: sí, aquesta
Es doña Sancha, y su triunfo,
Sábelo, y su gloria es esa.
REY. ¡Oh Dios! ¡Qué traición! ¡Vos... Sancha!
SANCHA. Sí; mañana, aunque hoy yo muera,
Vencedor entrará el conde
Y vengará sus ofensas.
TER. En tanto que en necias pláticas
Inútil el tiempo vuela,
Acudamos al remedio.
Rey don Sancho, si tú esperas
Vilmente ocioso en tu corte
Que á quitarte el trono vengan,
Mejor por tus intereses (*con ironía*)
Tu madre incesante vela.
(*Vase.*)

ESCENA IX

REY, MONZÓN, DOÑA SANCHA

REY. Conde ilustre, sus miradas,
Su acento, todo me aterra:
A las murallas corramos,
A que guarden bien las puertas,
Y á evitar los desenfrenos
Que ya mi madre fomenta.
Vos, señora, aunque confieso
Y admiro vuestra grandeza,
Advertid que el rey don Sancho,
Aunque burlado se vea,
Sabrá defender su trono,
Mas que en su defensa vierta
Cuanta sangre real de godos
Corre hirviendo por sus venas.
SANCHA. Oye, don Sancho: repara
Que ya no está en tus cadenas
El conde Fernán González,
Y que de tí pende entera
La suerte que hoy á tus reinos,
Y á tu mismo trono espera;
Que el que gobierna en Castilla
Nunca abusó de su fuerza,
Pero si al rigor le obligas,
Mañana, don Sancho, tiembla.

ACTO QUINTO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

REY, MONZÓN

REY. Acaso extraño el partido
Os parecerá, Monzón,

Que tomo en esta ocasión;
Empero está decidido.
Quiero que hoy mismo en los brazos
De su esposo, la condesa
Quede, aunque doña Teresa
Quisiera apretar sus lazos.
Que es doña Sancha mi tía
Y esto á mí me corresponde,
Como antes prender al conde
También me correspondía.
No se manche nuestra gloria,
Pues dirán que peleamos
Con valor, porque gozamos
De ventaja tan notoria.
Aquesta intención aquí
Me trae, que á mí me toca
Hacer que ella de mi boca
Lo venga á entender así.
A vos, Monzón, caballero
El más ilustre de todos,
Pues la sangre de los godos
Nos enlaza á entrambos, quiero
Fiar esta comisión.
Con otros ciento escogidos
Caballeros, y vestidos
Ricamente, de León
Saldréis en noble cortejo;
En una rica hacanea
Vaya la condesa, y sea
Presto; la elección os dejo
De los que con vos han de ir:
Sólo á don Nuño mandé,
Supuesto que no os hallé,
Diese orden de prevenir
Lo necesario, y ahora
Que estará lo más dispuesto,
Decid qué os parece de esto
Que ha de hacerse antes de un hora.

MONZÓN. En nada, señor, pudierais
Emplear más bien mi celo;
Pluguiera, gran rey, al cielo
Que así la paz consiguierais.

REY. No: ¿qué es la paz? No; partid,
Empero que no imagine,
Aunque á ello mi acción le incline
A mi contrario decid
Que en trueco la paz pretendo,
Sino que quiero orgulloso
Vencerle en lo generoso,
Cual caballero cumpliendo.
Decidlo así.

MONZÓN. Gran señor,
Está bien.

REY. Que yo á tomar
Voy mis armas, y á mandar
La defensa con valor
Tan luego como á mi tía
Ponga en libertad.

MONZÓN. Forzoso
Ha de ser, pues temeroso
Nos amanece este día.
Los leoneses débilmente
Se defienden; en los muros
Se encierran, donde seguros
Aun no se creen: al frente
De los suyos, victorioso,
Bañado en la sangre nuestra,
Y dueño de la palestra
El conde queda orgulloso.

REY. Pues imagino en verdad
Que cuando mire amparadas
De las murallas alzadas
Que defienden la ciudad
Nuestras numerosas haces,
A retirar tocará,
Y aunque pienso que no hará
Hasta vengarse las paces,
No osará entrar con su gente,
Cansada ya, los torreones.
Recogerá sus pendones
Y obrará más cautamente.
Mas don Nuño apresurado
Llega aquí, torvo el semblante;
¡Si osará el conde arrogante
Dar un ataque arriesgado!

ESCENA II

Dichos, DON NUÑO

NUÑO. ¿Qué hacéis, señor, aun aquí?
Al asalto con furor
Se dispone el vencedor.
Nunca más fiero le ví.

REY. ¿Y abandonáis, don Nuño, la defensa?

NUÑO. Gran rey, cuando arrimadas mil escalas
Al fuerte muro de León, que tiembla,
A tí y á tu corona amenazaban,
Logré á los nuestros rehacer: más grande
Encuentro, más feroz, señor, Simancas
No le viera en sus campos; pero el conde
Vale él solo por mil en las batallas.
Como un coloso inmenso, infatigable
Entre la muchedumbre horrorizada
Fiero descuella, y filas de soldados
Derriba cada golpe de su lanza.
Más terrible á los moros en Clavijo
No apareció Santiago por España.
Yo le miro lidiar, miro á los míos

Y se hiela en mi pecho la esperanza.
De repente á los muros un heraldo
Llega pidiendo hablar; entonces para
El sangriento combate; un mensajero
Fernán González á tu Alteza manda.
La paz propone, pero quiere al punto
Que la condesa de tus hierros salga.
Y puesto, dice, que tan mal su afecto
En tan triste ocasión don Sancho pagas,
El precio pide de su azor mudado
Y el caballo alfaraz que en las pasadas
Cortes tú le compraste, como el pago
La escritura fijó; y de no, demanda
Que exenta su Castilla de tributos,
Sólo á su conde y rey le rinda parias,
Y no á los reyes de León ni Oviedo,
Que no tienen derechos á mandarla.
Esto pide, señor, y si lo niegas
Que hasta morir, combatirá, declara,
O que en León no quede demolida
Ni piedra sobre piedra.

REY. Doña Sancha
Debe luego partir, pues que al efecto
Os tengo ya á los dos órdenes dadas.
La suma del azor y del caballo
Vosotros me diréis si he de pagarla.
Un año ha trascurrido, ¿cuánto monta?

NUÑO. Mucho ha subido, y á pagar no alcanzan
Trescientos mil escudos.

REY. ¿Y en tal caso
Qué me aconsejas, Nuño?

NUÑO. Por desgracia
Ya es tarde: en cuanto supo vuestra madre
Que propuestas de paz el conde manda,
Al punto envió á decirle que don Sancho
Sus pactos y sus paces despreciaba.

REY. Don Nuño, ¿qué decís?

NUÑO. Y ora de nuevo,
Más irritado que antes, á las armas
Torna feroz. Doña Teresa en tanto
Estorba á don Ortuño, ardiendo en rabia
Las prevenciones que hace de orden mía
Para llevar al conde á doña Sancha.

REY. ¿Qué es lo que escucho?

NUÑO. Y furibunda, loca,
Más que mujer, guerrero, con la espada
Que á un caballero le arrancó ella misma
Defiende con los suyos esta entrada.

REY. ¡Oh! ¿qué mujer es esta? Don Osorio,
Al momento marchad, y con la escuadra
Que encargada os está, las prevenciones
Andad á proteger para la marcha,
Y por Sancha volveos; disculpadme
Con ella, si en persona acompañarla
No puedo, que urge el tiempo; y á mi madre
Decid vos (*á don Nuño*) que don Sancho aquí la llama,
Y á las puertas tornad. Antes de mucho
Defendiendo sus ínclitas murallas
Verá á su rey León: mas ella viene,
Desceñida la ropa, ensangrentada...
Id, don Nuño. (*Vase este*) (¡Hasta cuándo mi paciencia
Fatigarás, oh madre, con tu audacia!

ESCENA III

REY, DOÑA TERESA

REY. ¿Sois vos la que cuando mando
Contradice mis decretos?
¿Quién os dió, doña Teresa,
Contra mi poder derechos?
¿Quién os coronó en León?
¿Qué significa ese acero?
¿O son esas, por ventura,
Armas de mujeres?

TER. ¡Cielos!
¿Qué lenguaje, Sancho, es ese?
¿Vos queréis enviar, es cierto,
A su esposo á doña Sancha?
¿Eso es gobernar el reino?
Eso es, hijo fementido...

REY. Poned á la lengua un freno,
Que si mi madre sois vos,
Ved que yo soy el rey vuestro:
Porque tanto os he sufrido,
No imaginéis que consiento
Que tengáis, reinando yo,
Las riendas vos del gobierno.
Y si no me obedecieseis
De buen grado, allá veremos
Si para granjearme un día
Vuestro debido respeto
Faltan á mi pecho bríos
Y en mis dominios conventos.
Que ya al rostro se me asoma
Entre los años el vello,
Para tomar neciamente
De una mujer los consejos.
O mande yo, ó mandad vos,
Mirad que no disputemos
El poder, que aunque tuvierais
Mayor partido entre el pueblo
Que el que tenéis, me parece
Que á contrarrestar mi esfuerzo
No fuerais bastante vos.
A la estancia recogeos,

Y esperad en el palacio
A que los hombres de esfuerzo
Con su espada determinen
La fortuna de los pueblos.
Mejor le sienta la aguja
A la mujer que el acero,
Que no se inventó la espada
Para los oficios vuestros.
Cesen ya, cesen de darme
Enojos vuestros excesos,
Que si ora me ata las manos
Con sus lazos el respeto,
Pudiera ser que algún día
Olvidara lo que os debo.
Cuando mejor que don Sancho
Sepáis en cualquier torneo
Correr cañas, ó romper
Una lanza con denuedo,
Y derribar del arzón
Con un bote á un caballero;
Cuando á vencer á los moros
Aprendáis en mil encuentros,
Y á gobernar las naciones
Con el prudente consejo,
Venid á tomar entonces
La dirección de mis reinos.
Lo juro: entonces, señora,
Por la vida que yo tengo,
Por el Dios que nos escucha,
Que la autoridad os cedo.
Pero en inútiles quejas
Instantes preciosos pierdo,
Y más la patria merece
Y más los leoneses pechos,
Que están vertiendo su sangre
En defensa de mi cetro,
Que no tan vana querella
Y tan loco devaneo.
(*Vase.*)

ESCENA IV

DOÑA TERESA

TER. ¡Qué afrenta! ¡Que eso escuchase!
¡Corrida estoy! ¡Qué despecho!
Mal imaginas, buen Sancho,
Si piensas que te obedezco;
Antes que mi hermana salga
Has de atravesar mi pecho,
Antes yo misma en el suyo
He de esconder este acero.
A estorbar que el de Monzón
Pueda conseguir su intento
Han de bastarme los míos
Que ya alicionados tengo.
¡Hola! (*llamando*). Es fuerza que ante todo
El estado averigüemos
Del asalto y....

ESCENA V

DOÑA TERESA, ALCAIDE

ALCAI. Gran señora...
TER. ¿Qué es del conde de Monzón?
¿Por doña Sancha no ha vuelto
Como el rey dejó mandado?
ALCAI. Nadie ha llegado, y me temo
Que apretando el cerco el conde
Haya dejado ese empeño,
Inútil ya, á la defensa,
Que es más urgente, acudiendo.
TER. ¿Tan aprisa el conde vence?
ALCAI. Es tan grande su denuedo
Que es vana la resistencia:
Crece por puntos el riesgo,
Y aún más, porque en la ciudad
Partido en bandos el pueblo,
Quien el alcázar defiende,
Quien el muro, y quien dispuesto
En favor del conde acude
A abrirle las puertas.
TER. ¡Cielos!
¿Y que esto mis ojos vean
Y triunfe Castilla?
ALCAI. Dentro
De las calles ya se han visto
Castellanos, los primeros
Que valientes se han echado
Desde el muro, si bien presto,
Por ser pocos, han pagado
Su temerario ardimiento.
Mas imitado de muchos
Este valeroso ejemplo,
Poco tiempo el rey, por más
Que le ayuden sus guerreros,
Disputará la victoria
A los castellanos fieros
Que como leones combaten.
TER. No me ha de sobrar el tiempo.
¿Hiciste lo que encargado
Te dejé?
ALCAI. Señora, ciego
Obedecí tus mandatos.
TER. En buen hora: vamos presto.
La condesa sale aquí.
Déjala; no tardaremos
En volver. Corre. ¡Insensata!
El conde podrá vencernos;

Pero yo sabré, vencida,
Morir vengada á lo menos.
(*Vánse*).

ESCENA VI

DOÑA SANCHA

SANCHA. Cesó, gran Dios, el tumulto;
Nada oigo; cesó el estruendo.
Ya torna á lucir el día,
Y en balde con él espero
Que torne también mi esposo
Á sacarme de mis hierros.
Quién sabe si en este instante,
Víctima de tu denuedo,
Por salvarme yaces roto
Y despedazado el pecho.
¡Oh bárbara incertidumbre!
¡Oh inexplicable tormento!
Corazón acongojado,
Deshazte en llanto sin duelo,
Pues para tí sin el conde
No hay en la tierra consuelo.
Ojos que marchar le visteis
Y no volveréis á verlo,
Pues que el conde ya no vuelve,
Lloremos, sin fin, lloremos.
TERESA (*Al paño al alcaide: éste trae en una bandeja copa y daga.*)
No hay ya tiempo que perder:
Seguidme: este es el momento.

ESCENA VII

DOÑA SANCHA, DOÑA TERESA, ALCAIDE

SANCHA. ¿Quién se acerca en esta oscura
Mansión? Pero ¡oh Dios! ¿qué veo?
TERESA. ¡Vive Dios! que mientras más
La miro, más la aborrezco.
SANCHA. ¡Qué aparato cruel! ¿Qué es lo que intentas?
¿Qué pretendes de mí? ¡Qué aspecto! ¿Callas?
¿Qué es de mi esposo, dime? ¿Todavía
No es del rey vencedor?
TERESA. ¡Mísera!
SANCHA. ¡Ay! Habla.
Sí, ya lo veo; tu feroz sonrisa
Harto claro me explica su tardanza.
¿Es vencido? ¿Le han muerto? No te acerques.
¿Qué intención?... esa copa... tus miradas...
Gran Dios, ampara mi inocencia!
TERESA. ¿Tiemblas?
Pronto no temblarás.
SANCHA. ¡Oh, qué palabras!
TERESA. ¡Feroces, como yo! Pues que los lazos
Nos unen de la sangre y nos hermanan,
Quiero yo nuestro amor también con sangre
Nuestra sellar. ¿Entiendes? Pues ya tardas.
SANCHA. ¡Qué horror! ¿Qué es lo que has dicho? ¡Rey Don Sancho!
¡Don Sancho! Nadie me oye...
TERESA. Bien guardadas
Por mis gentes estamos. ¡Ea! presto,
Si entre viles martirios en la plaza
No quieres á un verdugo dar tu vida:
Elige: ó el veneno ó esa daga.
Aun te doy á elegir.
SANCHA. ¡Piedad!
TERESA. En balde
Ruegas. Presto ha de ser: elige y calla
Para siempre.
SANCHA. ¡Morir! ¡Ahora, en los años
En que todo á vivir me convidaba!
¡Ay! yo tiemblo morir... Tente ¡infelice!
(*Cae abrazada á sus rodillas.*)
TERESA. ¿Pretendes que yo misma, desgraciada...?
SANCHA. ¡Fernán González! Deja que á mi esposo
Pueda en mis brazos estrechar. . Aguarda
Siquiera á que le vea... Dime al menos
Qué es de él...
TERESA. (Mucho tardamos. Engañarla
Quiero, y que expire de dolor.) ¿Pensaste,
Necia, que si tu esposo respirara,
Y vencernos pudiese, yo á su esposa
Matara, exasperándole en su saña?
¿Por dónde imaginó con un puñado
De hombres, de Sancho resistir las armas?
Sin esperar cerrado entre sus muros
A tan débil contrario, la campaña
Corrió ardiente en su busca el hijo mío:
Presto lo escarmentó. Sola, en la plaza
Yo encargada quedé. Juzga tú ahora
Si está escrito allá arriba, que á la helada
Tumba desciendas hoy á reunirte
Con tu difunto esposo, que te llama.
SANCHA. ¡Cielos!
TERESA. (Mas, ¿qué rumor? Fáltame el tiempo.)
SANCHA. Dame la copa. ¡Por piedad, hermana!
Dámela presto ya.... yo te lo pido...
Toda la apuraré.
TER. Toma y acaba.
(Más cerca ya el rumor... ¿será que?) (*Se oyen voces*)

SANCHA. ¿Acaso?

TER. No, no te halague un resto de esperanza.
Esos los gritos son de los leoneses
Que tornan, y con vivas la pasada
Victoria solemnizan.

SANCHA. ¡No hay remedio!

(Al decir esto y llegar la copa á sus labios, se oye un gran estruendo y entra el primero Fernán González. Doña Sancha lo ve, deja caer la copa, y huye á refugiarse en los brazos del conde; al mismo tiempo que doña Teresa da varios pasos atrás para coger la daga que tiene el Alcaide y la persigue; pero se echan sobre ella los castellanos de que se llena la escena.)

SANCHA. ¡Santo cielo!

TER. ¿Qué miro?

FERNÁN. (*Desde el fondo*)
¡Sancha! ¡Sancha!

TER. No ha de valerte: muere...

SANCHA. ¡Esposo mío!
(*Queda en los brazos del conde sin sentido*)

TER. ¡Oh rabia! No: dejadme... Sin venganza
Yo no anhelo vivir. Adiós, esposos
A mi pesar felices! Fueron vanas
Mis diligencias todas. ¡Oh! que el cielo
Os maldiga á los dos, como en mi rabia
Yo os maldigo también: eternamente
Mi rencor á las furias os consagra.

ESCENA VIII

EL CONDE, DOÑA SANCHA, DON GONZALO DÍAZ, CASTELLANOS etc.

SANCHA. (*Volviendo en sí*)
¿Eres tú, Fernán González?
¿Tú entre mis brazos, mi dueño?

FERNÁN. Para nunca, Sancha mía,
Tornar á soltarme de ellos.
Castellanos, reportaos,
Que ya el enemigo es nuestro.
De nuestras invictas armas
Ya está León todo lleno,
Y hasta el rey don Sancho gime
De mis armas prisionero.
De mi alazán generoso
Pues no satisface el precio
Y del azor, haga en cambio
Dejación de sus derechos
Pretendidos á la silla
De Castilla, y sea exento
De hoy más todo castellano
De homenaje á León y Oviedo.
Y pues que yo, por ser justa
Mi querella, no pretendo
Lo suyo, á nuestros hogares,
Castellanos, tornaremos.
Donde con mayores glorias
Brillen nuestros altos hechos,
Que bien merece Castilla,
Patria feliz, que tenemos,
Que la hagan dichosa y grande
Nuestras virtudes y esfuerzos.

FIN DEL DRAMA

POESÍAS

Á UN ARTISTA QUE SE ATREVIÓ Á HACER EL BUSTO DE DOÑA [illegible] DE ORTIZ DESPUÉS DE SU FALLECIMIENTO

SONETO

Tente, mentido Fidias que, profano,
dando al mármol inerte alma fingida
tornar imaginabas á la vida
á Cintia bella con esfuerzo vano.
La grosera facción tu inhábil mano
deja en la piedra á trechos esparcida,
que con torpe cincel hiere atrevida,
remedo informe del cincel de Cano.
No, si Apolo contigo fué severo,
te vengues crudo en la indefensa hermosa
del arte, con que lucha tu flaqueza.
Si la muerte, de hollarla temerosa,
sus rosas respetó, no tú más fiero
borrar pretendas su inmortal belleza.

Abril 1829

AL ESPOSO DE DOÑA [illegible] ZAVALA, HABIENDO MANDADO HACER UN BUSTO DE ESTA SEÑORA, DESPUÉS DE SU MUERTE, Á UN ARTISTA QUE LE HIZO TORPEMENTE

EPIGRAMA

No más llorar, Miguel; que la esperanza
torna el busto del dueño malogrado.
Si bien la semejanza,
por no afligirte el alma conmovida,
del artista el cincel disimulado
dentro en la piedra la dejó escondida.

Abril 1829

EPIGRAMA

REPENTINO Á UN CLAVEL IMPROVISADO

Esta, que ves, florecilla,
esparcida en el papel,
por más que á tus ojos pese,
vive Dios que es un clavel.

ANACREÓNTICA

Toma esa sucia plata,
toma, platero, ese oro,
y en el ferrado yunque
suena el martillo tosco.
Cansa el metal sonante,
y al golpe ponderoso
la denegrida fragua
retumbe en ecos broncos.
No con pesada mano
de un casco fragoroso
ni de bruñida cota
dibujes los contornos
donde Mavorte fiero
con el semblante torvo
anime á la refriega
al sanguinario loco.
Hazme, platero, un vaso
cóncavo, igual, redondo,
donde beber yo pueda
del jugo más sabroso;
del que nos dan las uvas
en el templado otoño,
y sobre todo hazlo
cuanto pudieres hondo.
Con el buril esculpe
en su luciente dorso
no de feroz guerrero
el atezado rostro.
Ni el brazo peregrino
del extranjero corso,
en Austerlitz y en Lodi
y en Jena victorioso.
Ni el rayo que obediente,
presagiador de lloro,
llena á su voz terrible
de espanto el orbe todo.
Ni el bronce ya homicida
que con fragor sonoro
muerte despide y luto

entre el ardido plomo.
Ni el mentecato grave
que en el papel añoso
mentidos bienes busca
bajo su antiguo polvo.
Graba mi rostro alegre
vertiendo risa y gozo
al delicado aspecto
del jerezano mosto.
Y á Baco el rubio grano
pisando allí afanoso,
sacando del racimo
el zumo blanco y rojo.
Y amor también que juegue
con pámpanos hojosos
y entre la cepa umbría
se esconda con su dolo.
Y allí Célida hermosa
vertiendo vino en torno,
y alma prestando y fuego,
y vida al cuadro todo.
Burlando ya mis penas,
secando ya mi lloro,
ó ardiendo en puras llamas
á los robustos mozos.
Y así de honores tantos
si le fabricas pronto,
te llenen los mortales
de tu vivir celosos;
como abundantes tragos
con el tazón lustroso
del tinto Valdepeñas
he de vaciar beodo.

Abril 1829

ANACREÓNTICA

Quiero cantar las lides
en cítara entonada
sonando el eco horrendo
de fúnebres batallas.
Mas rebelde mi lira
cuando mi mano airada
la pulsa, á Fili bella,
sólo á mi Fili canta.
En balde, en balde quiero
las épocas pasadas
renovar en mi lira
y antiguas las hazañas.
Amor las cuerdas todas
sacude con sus alas
y obstinado celebra
la bella que le encanta.
En balde yo las cuerdas
ardiendo en ira y rabia
una y otra y mil veces
despechado mudara.
Sólo á la linda Fili
cuando yo la pulsaba,
sólo sus quince hermosos
amor con ella alaba.
Suena, pues, lira mía,
tus voces acordadas
hoy el natal de Fili
den á los ecos blandas.
Y al vibrarlas Favonio
vuele y con dulce calma
en su cabello de oro
deposite sus auras.
Vuele el amor á Fili
y entréguele su aljaba
y bullicioso juegue
en sus pomas de nácar.
Del tardo Manzanares
las ninfas y zagalas
cojan vistosas flores
y hagan de ellas guirnaldas.
Suenen, lira, tus cuerdas
en la fresca mañana
la rosa del capullo
arrojando sus gracias.
Volad, versos, á Fili,
y en premio suplicadla
que torne sus ojuelos
á mirarme apiadada,
y en tantos besos deje
que en su labio de grana
mi labio robe el fuego
que en su coral se guarda;
cual ve corderos blancos
pacer en la comarca,
y como tiene el prado
fragantes flores gayas;
como hebras blondas rizas
sobre su frente vagan
y deja el mar menudas
arenas en la playa;
como suspiros tiernos
por ella el pecho lanza,
como zagales bellos
se abrasan en su llama.

Abril 1829

EPIGRAMA

Siempre ha gemido la prensa;
pero hoy que le das, Talidio,
á imprimir tus obras todas,
gime al menos con motivo.

ODA

¿Por qué, mariposilla,
volando de hoja en hoja,
haciendo vas alarde
ya de inconstante y loca?
¿Por qué, me dí, no imitas
la abeja que industriosa
el jugo de las flores
constante en una goza?
Advierte que no vaga
del alelí á la rosa,
que *una* entre miles busca
y una fragante sola.
Y cuando ya la elige
hasta exprimirla toda,
jamás voluble pasa
sin disfrutarla á otra.
¿No ves también qne el pecho
de ella liciones toma?
que así jamás libada
deje de amor la copa.
Si en tus cambiantes raros
el sol que te colora
deslumbra nuestros ojos
con tintas mil vistosas;
¿Por qué, avecilla leve,
rehusas voladora
sola, una flor y un cáliz
cubrir de orgullo y gloria?
Pára el batir tus alas,
pára en las blancas pomas,
y en el turgente seno
de la que el pecho adora.
Allí una florecilla
dulce fragancia hermosa
al seno de mi Fili
con ambición le roba.
Vuela, mariposilla,
que si una vez tan sola
en sus matices quieta
de sus delicias gozas,
No ya más inconstante
has de querer traidora
volver á la floresta
á revolar entre otras.
Vuela, avecilla, vuela,
recoge sus aromas,
y tórnate á mí luego
y dame cuanto cojas.

LETRILLA

Allá cuando niño
creí placentero
ver á Anacreonte
en mis gratos sueños.
Traía en el hombro
su fiel mensajero,
la blanca paloma
de rizado cuello.
Y con su piquito
á veces un beso
le daba al anciano
y un arrullo tierno;
y él agradecido
el dulce alimento
entonces le daba
de sus labios mesmos;
la copa de zumo
llenaba Liéo,
que con miel mezclaba
de panal bermejo.
Y al lado llevaba
el falaz artero
la lira más suave
que vates oyeron.
Su barba en perfumes
bañaba y su pelo;
brillaban sus ojos
cual si echaran fuego.
Llegóse el beodo
á mi blando lecho,
ya cantando amores,
ya mosto bebiendo;
y con risa loca
el alegre viejo
mostróme la lira
con su propio dedo.
Quíseme á sus brazos
arrojar, mas presto
despertóme el susto
y el súbito esfuerzo.
Y entonce ¡oh prodigio!
aunque fuera sueño,
Halléme la lira
que dejara el griego.
Cogíla turbado,
Pulsé, y amor luego
que en la cuerda estaba
respondióme ledo.

De entonces mi lira
alegre conservo
y si bien no dulce
como en otro tiempo,
mis ocios divierte
sonando á lo menos
amores tan sólo,
tan sólo Liéo.

ODA

¿Dónde, abeja incansable,
dónde vas susurrando?
¿De alguna flor sabrosa
buscas la miel acaso?
No más, no más registres
el tomillo del prado,
no más el cáliz puro
vayas de flor buscando.
Sin aguardar que el tiempo
reverdezca los ramos,
la miel más dulce y rica
toma aquí todo el año.
Llega de Lisi hermosa,
llega á los suaves labios,
y en su calor te guarda
del aire y frío insano.
¿Qué rosa, qué flor bella
habrás nunca gozado
que dé tan suave aroma,
sabor tan delicado?
La miel coge que miras
contino destilando,
ven luego y en los míos
ponla de rato en rato.
Y vuelve nuevamente,
y exprime sus encantos,
y torna al labio mío,
abejilla, á dejarlo,
Y tantas veces firme
renueva tu trabajo
como en mis días besos
tengo en ellos sellados.
Que yo, abeja preciosa,
también cuando libarlos
tierna Lisi me deja,
jamás, jamás me canso.
Cuida empero no herirla,
cuando la estés besando,
con el duro acicate
el terso cutis blanco.
Tiembla en mi crudo ejemplo,
que por herirla ufano,
el corazón en pena
¡ay triste! me ha costado.
Que el que una vez la hiere
luego pierde el descanso,
y abrasado en su fuego
muere al punto en sus brazos.
Si, empero, incauto alguno
te pretendiese osado
quitar la vez, escucha,
que lo pretenda en vano.
Súbito en él esconde
el tu aguijón airado
y aprenda en su castigo
cuanto fué temerario.
Y en vez de miel suave
sepa en tu hierro amargo
que á Tirsi bien tan grande
le está sólo guardado.

Á UN MAL POEMA TITULADO «LAS MISERIAS DEL HOMBRE»

EPIGRAMA

Las miserias del hombre
canta Talidio;
y yo al oirle, todas
ya las olvido.
Porque es entre ellas
el escuchar su canto
mayor miseria.

LETRILLA ANACREONTICA

Venga, Fili,
bullicioso
el sabroso
de Jerez.
Del buen mosto
de la uva
la honda cuba
vaciaré.

Si en la plácida
hermosura
mi ventura
toda está,
y en la cepa
deliciosa,
¿justo, hermosa,
no será
Que unas veces en mi vaso,
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea?

Si del vino
todo el año
no has engaño
en el beber;
en la copa
vacia, chico,
suave y rico
moscatel.

Si en el pecho
conmovido
late henchido
corazón,
¿por qué, Fili,
pues, te aíras,
y me miras
con rigor

Porque á veces en mi vaso,
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea?

Mientras haya
vino y bellas,
las querellas
depondré.
Es mi gozo
su sonrisa,
mi divisa
es el placer.

Ese brazo
blanco y bello
á mi cuello
le has de uncir.
Vayan lejos
las quimeras
y no quieras
impedir

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Ese trozo
de cervato
que ya ha rato
rojo está,
saca, Fili,
de entre el humo,
con el zumo
venga acá.

Echa en tanto
que algo quepa,
de la cepa
el buen licor.
Y esta, Fili,
entre placeres,
es, si quieres,
ocasión

De que á veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Mientras pasa
el crudo frío,
que vacío
nunca esté.
Lejos vayan
de tu pecho
el despecho
y el desdén.

Mientras Fabio
el bosque umbroso
va cuidoso
á registrar,
yo gozando
con mil lazos
tus abrazos,
bien será

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Mientras huye
del montero
el artero
jabalí;
y la jauria
que acaudilla
la corcilla
ve morir;

En los restos
de una encina
la cecina
se ha de ahumar,
y empinando
el Valdepeñas,
pues me enseñas,
bien querrás

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Y el cabrito
venga, que asas
en las brasas
y el pernil,
y de mieles
rica torta
presto corta
y dame á mí.

Con el brazo,
más desnudo,
hazme un nudo
alrededor,
y la copa
tan vaciada,
llena, amada,
que es razón

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Gira, suerte,
aquesa rueda,
si me queda
que empinar:
que las penas
de contino
en el vino
se han de ahogar.

Ya se dobla,
Fili hermosa,
temblorosa
aquella luz.
Mosto, Fili,
vacia el resto,
toma presto
y bebe tú,

Ya que á veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

¿Quieres, necia,
los traguillos
repetillos
como yo?

Deja, Fili,
el loco intento
que aun me siento
con vigor,

Y otro fuerte
desafío
de más brío
has de acabar.
Cada brindis
que alce el brazo
un abrazo
tú me da;

Mientras tanto que en mi vaso
ó en tus labios, Fili, beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Si quisieron
los amores
tus colores
encender;
si fué la uva
desgajada,
ya preñada
del placer;

Como el pece
el agua hendiendo,
que bebiendo
ha de morir;
ya beodo
tú me deja
cual la abeja
en el jazmín,

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Si al tocarte
brotas luego
vivo fuego
en el mirar;
cual la chispa
al golpe fiero
del acero
el pedernal:

Si contino
tus caricias
mil delicias
vierten ya

¿Por qué, Fili,
á mis placeres
no les quieres
agregar

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea?

Porque apenas
en el año
el rebaño
guardo yo,
y vaciando
aquí á la lumbre
una azumbre
del Chinchón;

De las nieves
á la llama,
ó en la cama
cuido huir;
me aborrecen
dañadores
los pastores
del redil,

Y no quieren que en mi vaso,
ó en tus labios, Fili, beba
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Ni me pueden
las hermosas
envidiosas
ya sufrir,
porque nunca
tan travieso
yo las beso
como á tí.

Mas ¿qué importa
si reimos
y vivimos
bien los dos?
Mientras tú
besar te dejas,
guarde ovejas
el pastor.

Y entre tanto que en mi vaso
ó en tus labios dulce beba,
ya del rancio de Peralta,
ya sabrosa miel hiblea.

Si disfruto
de mil modos,
digan todos
mal de mí;
que yo vengo
mis agravios
en tus labios
de carmín.

Vaya entonces
por cada uno
que importuno
me haga mal,
otro beso,
y de la bota
del de Rota
un trago más,

Y haz que siempre ya en mi vaso,
ya en tus labios, Fili, beba
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Y la cama
has de mullirme
que dormirme
siento ya;
y ya miro
tu belleza
y la pieza
vueltas dar.

Cuando un tiempo
ya en la bota
no haya gota
del Chinchón,
trataremos,
Fili hermosa,
si es que es cosa
justa ó no

Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Y echa presto
bien mullido
del ejido
ese vellón;
que mis venas
va inflamando
fuego blando
del amor.

Cuando pasen
treinta abriles
juveniles
por tu tez,
pensaremos
ya sin susto
si es que es justo
ó no lo es
Que unas veces en mi vaso
y en tus labios otras beba,
ya del rancio de Peralta,
ya la dulce miel hiblea.

Abril 1829

LETRILLA

Arroyito limpio
ruin y mal pensado
que entre guijas duras
pasas murmurando;
y esos tus cristales
corres á mezclarlos
con las arenillas
doradas del Tajo;
si llegas á Fili
cuando esté en mis brazos
cesa tu murmurio
maldiciente y bajo,
que la niña Fili
si acierta á escucharlo,
cuando sin testigo
los dos nos besamos,
presto, medrosilla,
temerá si acaso
vas de sus ternezas
hablador mofando,
y el pudor entonces
á mi tierno halago
con repulsa fiera
dejará burlado.
Y vosotras, ninfas
de los verdes prados,
que sabéis sin duda
lo que corre hablando;
y vosotras, flores
de colores gayos,
que en su margen pura
refrescáis el labio;
por la ninfa Fili
decidle algo al paso
y en el blando seno
florido acalladlo.
Y así, mi arroyuelo,
si entre los peñascos
de hoy más, comedido,
te deslizas manso,
nunca el noto fiero
te altere bramando,
ni ábrego en estío
te enjugue el regazo.
Mas dulce Favonio
y el céfiro blando
que ricen tus alas
con soplo anhelado.
Y así zagalejas
labios purpurados
acerquen ansiosas
á tu dorso claro;
y á tus ondas fíen
tesoro guardado,
y la envidia seas
de mozos gallardos.

Abril, 1829

ODA

¿Qué importa, linda Fili,
qué importa que te digan
si mi cariño pagas
maliciosas amigas?
¿Qué vale porque el cielo
les niegue tanta dicha
que de mi amor y el tuyo
ya murmuren, ya rían?
¿No ves que son en ellas
esas necias hablillas
tristes recursos, Fili,
de estériles envidias?
Si el fuego que me abrasa
le encendiste tú misma,
apágalo en tus brazos
y lo demás descuida.
Que no cuando te viera
cautivo el primer día,
para encenderme el alma
consejos les pedías.
Si para hacerme el daño
no curaste de amigas,
¿por qué para enmendarle
de todo el mundo cuidas?
Torna hacia mí piadosa
esas brillantes niñas,
y deja que mi premio
le busquen tus mejillas.
Deja que en ellas coja
dulcísima ambrosía
que sólo me entretiene
para tu amor la vida.

Y en tus ojuelos deja
bañados en sonrisa
que ebrio de amor y gozo
todo el placer exprima.
Y ardiente y juguetona
responde á mis caricias,
y deja, hermosa Fili,
á todos ya que digan.
¿No ves en los verjeles
las aves parlerillas?
¿no ves que en sus amores
de otras jamás se cuidan?
Nunca arrullada y tierna
la blanca palomita
triste se recatara
de la ajena malicia.
Cuando el osado amante
sus besos solicita,
las encrespadas alas
ella también le pica.
Y cuando al fin ardiente
dichoso se publica,
tal vez, Fili, es su gloria
mirarse ya vencida.
Y entonce en sus ojuelos
amor más dulce brilla
cuando el orgullo añade
los triunfos á las dichas.
Tú también, amor mío,
sensible las imita,
si tanto me idolatras
á gloria ten ser mía;
y mientras que en mi fuego
tus glorias se repitan,
goza, dichosa Fili,
y al mundo todo olvida.

ODA

Del aterido invierno
se acercan ya los fríos,
los árboles coposos
desnudos ya los miro.
Y en la agrupada nieve
blanquean revestidos
de copos desatados
donde el verdor ha sido.
En el lontano oscuro
brillan los altos picos
del recio Guadarrama
todos encanecidos.
Naturaleza triste
llora el tiempo perdido,
y en lluvias se deshace
y espera al blando estío.
Mas ¿á mí qué? si el orbe
se anega, mis amigos,
y los torrentes bajan
del monte desprendidos.
Si en mi cerrada choza
Fili se está conmigo,
y aun más que Fili á veces
cien odres de buen vino.
Y en tanto que sus galas
y el verde primitivo
recobra el campo alegre,
hoy mustio y aterido;
Y en la estación de amores
divierto yo el oído
en canciones ligeras
de sueltos pajarillos;
Y gozo en la floresta
oloroso tomillo,
y blancas azucenas
y balsámico mirto;
O miro á las zagalas
en juegos no aprendidos
cual leves mariposas
girar en torno mío;
Y en la festiva tarde
bailar con sus queridos,
sus miembros agitando
al son del caramillo;
O en la ribera grata
del onduloso río
las aguas sucederse
sobre su cauce antiguo;
O la naciente hierba,
apenas ya nacido,
segar, junto á la oveja,
el saltón cabritillo,
Los ecos fatigando
por desiguales riscos,
sencillos, discordantes,
sus trémulos balidos;
Y el lanudo carnero
y el toro embravecido
á su pareja ardiente
buscar de amor ardidos.
En tanto que esto gozo,
y el tiempo en raudo giro
torna á la tierra joven
de Primavera el brillo;
Para pasar las noches
del hivernoso frío,
las híadas pluviosas
para escuchar tranquilo,
Ni amores de una bella
me faltan, ni un amigo,

ni una enranciada bota,
ni menos falta un libro.
En vano proceloso
cruzando en el ejido
los vientos se combaten
sonando agudos silbos.
Al fuego conversamos,
juntos allí reímos
del que ignorante busca
los placeres mentidos.
Que para aquel se guarda
la dicha, que, entendido,
el tiempo como viene
recibe así tranquilo.
De rato en rato un vaso
en que rebosa un vino
más dulce que aquel néctar
del celebrado Olimpo,
Vaciado á la redonda
en turnos repetidos
mil veces se ve lleno
y otras tantas vacío.
El techo es un reparo
á la inclemencia y brío
del aquilón furioso
que brama de contino.
En la dudosa llama
tenemos luz y abrigo,
y aunque en rústica choza
no del palacio envidio.
Del bosque separado
al más gigante pino
parece ya deshecho
quejarse en mil chasquidos.
No aquí del avariento
el oro enmohecido
penetra ponzoñoso
á mi feliz retiro.
Que del amor deseosos
tan sólo y el buen vino,
si todos son felices
son igualmente ricos.
Y aquel que alegre danza,
y duerme bien bebido,
y es rico aquel tan sólo
que quiere y es querido.
Ni menos de la corte
el macilento vicio
á las bellezas trujo
sus juegos más lascivos.
Y andar aquí bien puede
desnudo el ciego niño
si en la ciudad viciada
va de rubor vestido.
No sabe aquí la hermosa
como al fiel pastorcillo
se puede, infiel amante,
dar trato fementido.
Que á amor le guarda sólo
la zagala sus lirios,
y nunca los profana
sino el que es de ellos digno.
Ni fué jamás besada
sino es de su querido
la simple zagaleja
que una vez bien le quiso.
Y aquí en la choza alegre
placeres son sencillos
los que al trabajo siguen
del día fenecido.
Y á veces si Corilda
se viene con Mirtilo
de esbeltas aldeanas
y pastores seguidos;
En darles de aquel néctar
grande placer sentimos,
y en que la copa apuren
del jugo del racimo;
Y en ver que alborozados
riñen enardecidos
el premio de las danzas
que reparte Cupido.
Llueva, pues, y granice
y tiemble estremecido
el antes firme suelo
que sin cuidados piso;
Del cielo el trueno airado,
del aire los bramidos,
alteran esos pechos
que abrigan el delito.
Que no del daño ajeno
me reconviene el mío,
y en ruinas caiga el orbe,
si quiere, desunido;
Que en tanto de las bellas,
del saludable vino
felice disfrutando
y al lado de un amigo;
Me tengo por dichoso
cuando el vellón mullido
recibe en su blandura
mis miembros adormidos;
Y cuando ya á la aurora
del trabajo el aviso
me vuelve á dar del gallo
el canto matutino.

LA FLOR DE CINTIA

No, Cintia, dés á Anardo
la linda florecilla
que tienes en tu seno,
mi amor, tan escondida.
No se la dés; advierte
que á Anardo si la fías
al punto entre sus manos
verás tu flor perdida.
Que á todas igualmente
la pide, si son lindas,
y luego la deshoja
una tras otra hojita.
Dámela á mí, que el pecho
á nada más aspira
sino á libar su aroma,
dejándola enterita.
Y luego que á mis labios
la toque, bella Cintia,
verás como la vuelvo
intacta florecita.

AL TERREMOTO DE 1829

Urbs antiqua ruit, multos dominata per annos
. . . . crudelis ubique
Luctus, ubique pavor, et plurima mortis imago.
Virg. Æneid. L. II.

¿Dónde, Genio del mal, yace escondido
tu asolador poder que al orbe aterra?
¿Dónde procaz de mortandad henchido
sus fuerzas torna á devastar la tierra?
Genio que hasta la alzada Cinosura
la tu crinada crencha de serpientes
alzas ufano, y en el mar profundo
el cauce huellas con la planta impura;
que, como arista, el mundo
del uno al otro polo sacudiendo
le vas de luto y congojado lloro
y de pavor cubriendo,
¿dónde la osada mano,
¡oh! Gigante del mal! dinos, en dónde
contra el débil humano
con su influjo fatídico se esconde?

¿Quién al destrozo universal te incita?
¿Quién armó con el rayo fulminante
esa diestra fatal? ¿Será llegado
de derruirse el orbe ya el instante?
La ancha espalda se agita
de la tierra entreabierta, y un acento
en su seno retumba desgarrado,
que semejante le propaga el viento
al ronco estruendo que lanzó el nublado.
El huracán ruidoso
de la abrasada Sirte desprendido
cuanto raudo recorre va talando,
de las ardientes alas
miedo y horror vertiendo proceloso
y en derredor la muerte propagando.

La hora llegó fatal. Del hondo seno
de la tierra indignada
protervo el Genio en funeral gemido
«muerte» gritó, y el eje conmovido,
de mortandad preñada
se abrió la tierra, y al ambiente puro
con fuerza destructora
muerte lanzó; y en el abismo oscuro
la ardiente lava hierve bullidora;
con alto estruendo horrísono estallando
estremecido el suelo,
hechos ardientes cascos
contra el sereno cielo,
montes rompiendo, despidió peñascos.

Chócase el monte con el monte alzado
y ambos á par deshechos
con sus altivas cimas
de pinos coronadas y de helechos
del agitado suelo desparecen,
y al mortal, que el fragor tímido escucha,
inmenso llano en su lugar le ofrecen,
humilde resto de la ardiente lucha.
Aquí donde la fuente
dar al cansado viajador solía
hospitalaria su cristal luciente,
mortal infesta aparecida ría
de abrasadoras lavas ponzoñosas
las vegas, otro tiempo deliciosas,
que ya trocadas en erial desierto
de estériles arenas se han cubierto.

Los profundos veneros
donde el diamante nace esplendoroso,
y el oro puro y la luciente plata,
hechos inmensa hoguera
dejan ardidos su mansión primera,
con la preciada piedra refulgente,
que en líquidos arroyos se desata,
y al asombrado día
rompiendo el valladar que los tenía
se derraman en férvido torrente.

Ya tiemblan conmovidas las ciudades,
el huracán en su recinto zumba,
y al suelo hundida la falaz techumbre
sobre el tímido humano se derrumba.

El alta torre de apiñada piedra
que hasta la alzada nube,
de hierro armada, á desafiarla sube,
en el cimiento hondísimo dudosa
á la cabaña iguálase humildosa.
Y el ancho mar entonces,
en sus inmensos términos estrecho,
al horroroso impulso
líquidos montes de encrespadas ondas
saca del hondo lecho
de la agitada Tétis, y en la orilla
las deja y vuelve y con rabiosa espuma
ardiendo en ira suma
las provincias amaga,
y de la endeble resistencia airado
hombres y brutos y ciudades traga.

Así un tiempo también firme existía
la Atlántida famosa,
y la Libia en sus yermos arenales
á la fecunda América se unía;
mientras tu mole inmensa y espumosa
no dijo con palabras eternales,
«sepárense los juntos hemisferios,
y sea ya de hoy más al uno ignoto
el otro opuesto mundo.»
Y el continente anchísimo y remoto
sumiste, mar voraz, en el profundo.

Nueva Cartago Ibera,
teatro antiguo de sangrientas luchas,
que en tus vencidos muros
de Scipión tremolaste los pendones,
ya el suelo amaga tu cercana ruina.
¿Cuál te gritan, no escuchas
en derredor cien pueblos derribados?
«Nada en escombros, dicen, separados
te servirán tus fuertes torreones.»
Asombrado el guerrero
desde la inerme losa,
donde ha siglos reposa,
hoy mal segura, entre el desorden, fiero
de indignación alzando su semblante,
mira el destrozo y en su asiento antiguo
á Murcia sacudida vacilante.

Y tú de las Hespérides antiguas
verjel siempre florido,
coronado de eterna primavera,
feliz recuerdo del Edén perdido;
tú que en la rica falda
de preciada esmeralda
ostentas en las ramas orgullosas
las bellas pomas de oro deliciosas
¿será también que en el volcán hundida
así de nuestro suelo desparezcas
como al nacer del mundo, ya perdida
de los primeros padres la inocencia
se hundió á sus ojos la mansión querida,
cuando el Tigris y Eufrates
en su seno sus ondas revolcaban
y el Fisón y el Gehón, ya luengos climas
por largo tiempo en la corriente undosa
de su vasta riqueza engalanaban?

Gime el anciano sobre el yerto anciano,
llora el amigo el insepulto amigo,
y el hijo pequeñuelo,
tendiendo al pasajero débil mano,
pídele amparo y paternal consuelo,
y el regazo materno, que enemigo
el volcán le robó; la casta esposa
del adorado dueño despartida,
en el dolor sumida
lenta fallece cual cortada rosa.
Como idumea palma que la cresta
hacia el Olimpo con orgullo enhiesta,
si el huracán furioso
corre implacable y hiere
el seno fresco, hermoso
á la truncada compañera, al punto
vase el verdor lozano marchitando
y mustia muere la cerviz doblando.

El gallardo mancebo que anhelante
al lecho intacto de escondidas flores
su pudorosa amante
virgen conduce en plácidos amores,
donde apurar espera los placeres
el abrasado pecho, encuentra solo
tumba fatal con despiadado dolo.
No ya orlado de rosas,
que en su lugar le ciñen
lúgubres ramos de ciprés funesto
las sienes amorosas
y la estancia anhelada
trocó en sepulcro con su amor y amada.

Congojosa en las ruinas tierna madre
el fruto de su amor entre sus brazos
oprime con exánimes abrazos,
y el hijuelo alimenta
del resto infirme de su escasa vida,
y de la sed fallece, y ya no alienta,
y grita, y por el ámbito sonante
retumba el eco de su voz no oída.
Muere y el tierno infante

en lágrimas inútiles deshecho
sobre el cadáver gime,
y del exhausto pecho
la muerte sólo ponzoñosa exprime.

Tímida virgen temblorosa y pura,
aquí dudando entre el feroz amago
al padre anciano que miedoso sigue
lejos conduce del fatal estrago
por incierto camino
á la merced vagando del destino.
Antígona piadosa el muro alzado
de alta Tebas huyendo,
así también un día
al padre mutilado
la horrorizada patria discurriendo
de la sangrienta mano conducía.
Así también Eneas, de las llamas
á la futura Roma libertando,
en la frigia ribera,
el padre encanecido
espaldudo á las naves condujera.

Tierra, tierra fatal á tu habitante,
que en tu hondísimo seno
al malo injusta igualas con el bueno,
¿por qué cuando tirano
el fiero domador del ancho mundo
á dominar tus términos trajera
sus huestes vencedoras, y doloso
de afrentosa opresión y servidumbre
el grito horrible diera,
por qué entonces terrible de tus montes,
oh tierra, no moviste
la peñascosa cumbre,
y al agresor hundiste
bajo su derrocada pesadumbre?
Y cuando el Guadalete,
testigo á tanto mal, entre sus olas
con asombrados ojos
vió chocarse con árabes despojos
lanzas, cotas, adargas españolas,
para salvar la patria del oprobio
¿por qué tu ardiente saña
al vencedor no hundía,
y al muelle godo que en la triste España
el patrio hogar al árabe cedía?

Mas ¿cuál á mis oídos llega en tanto
dulcísono un acento?
Enjugue el triste labrador su llanto,
que en la tormenta fiera
de alma beneficencia el eco suave
se esparció por el viento,
y al noble esfuerzo de virtud sublime
alzarse ve su habitación primera.
Cese, humanos, un punto
el triste sollozar de aquel que gime.

De el Turia caudaloso
á la nevada cumbre del Pirene,
y al contrapuesto astur sonó la fama
el eco del lamento congojoso.
En noble compasión hierven los pechos
y acorren con ardor vuestros hermanos
á levantar vuestros caídos techos.
Dame, Anfriso, tu lira entretejida
de rosas mil, que en célicas guirnaldas
gracias y amores plácidas orlaron,
cuando á tu voz del Betis aplaudida,
virtud sus cuerdas de oro resonaron,
alma beneficencia repitiendo,
cuando el saber bebiendo
en la florida margen del Uliso
cantara Apolo y escribiera Anfriso.

Tu blanda voz en torno resonaba:
«hombres, hermanos sois; vivid hermanos»
y no ya de dolor amargo lloro
el oprimido humano derramaba:
lágrimas dulces en ferviente coro
de amor y compasión sólo vertía
y á tus sonoros cantos aplaudía.
«Y soy felice, clama enternecido,
si ya enjugar el llanto
me es dado de mi hermano en el quebranto
y en soledad amarga descaído.»

La tímida hermosura generosa
si no inmensa riqueza,
al entusiasmo de virtud gloriosa
el fruto da de fraternal terneza,
y su canto le ofrece,
y cuanto más piadosa
muy más bella aparece,
y la blanda armonía
al infeliz aduerme que gemía.

El hombre al claro ejemplo
sus virtudes imita
y de la alzada gloria al alto templo
ya trasportado grita,
«mientras el hombre aliente
no su mísero hermano se lamente.»
¿Dónde el que dijo impío
«no hay ya virtud» se esconde?
Los ojos tienda á la inmortal España,
ruja el monstruo implacable,

y «aun hay virtud» á su pesar gritando,
á la voz del Eterno
con su funesto bando
tórnese á hundir en el profundo Averno.

Mas ¿qué? ¿de nuevo el destructor incendio
torna á prenderse? En balde humilde lloro,
y súplicas y ruegos y lamentos
exhala en sus tristísimos acentos
el humano infeliz; desapiadado
torna á mover el Genio
el muro quebrantado
y torna á derribar, y fuego y muerte
de las entrañas del volcán lanzando,
¡piedad! en balde resonara en torno,
que su poder infando
pueblos enteros en la tierra esconde;
¡piedad! escucha, y sangre,
y horror, y muerte y destrucción responde.

La confusión se aumenta y el ruido;
abrasadores rayos
entre el fragor de horrísono estallido,
y encendidas hogueras
el monte lanza, y truena, y nunca acaba
de dar al viento la encendida lava;
vanse del ancho cráter derramando
largos arroyos del hirviente fuego,
eterna destrucción infanda luego
en su calor mortífero llevando.
No ya tu santo fuego, sacra musa,
inspirado demando.
Genio inmortal de Plinio malogrado,
tú que á rasgar el velo misterioso
de la naturaleza fuiste osado,
ven, y el modo revela portentoso
cómo el orbe movido hasta el cimiento
vacila en su dudoso fundamento.
Ven, mártir de la gloria,
y tu arrojo publica denodado,
y tu claro renombre
eternal en los fastos de la Historia
á la posteridad laureado asombre.

¿Por qué braman los vientos encerrados?
¿El fondo se halla del abismo inmenso?
¿Qué encendida materia reproduce
el humo opaco y denso?
¿Quién la mecha conduce
y á los senos la acerca resguardados?
¿Cuál fué la mano que movió primera
la ingente masa, y sanguinaria y fiera
el cráter entreabrió, que al golpe insano
la muerte vomitó? ¿Por qué se extiende
del ocaso á la aurora
la mano asoladora?
¿Y quién el genio ha sido
que el orbe desquiciando
en el mal complacido
le fué de lloro y de terror llenando?

¿Qué voz empero del preñado vientre
del volcán abrasado
rauda se esparce por el ancho viento,
y cual trueno sonante
que lejos se oye en la región distante
sube á herir el alzado firmamento?

Y «ciegos, grita, conoced mortales
»la mano del Señor que en las alturas
»del empinado monte
»hoy su trono asentó; de gloria lleno
»desniveló en su saña el horizonte.
»Esos horrendos males,
»á vuestra débil comprensión arcanos
»males no son humanos.
»El que impulsa los orbes refulgentes
»en curso igual por el espacio inmenso,
»y en él los equilibra, los ardientes
»volcanes encendiera
»y á trechos en el orbe los pusiera.»

Sí, inmenso Dios; tu brazo poderoso
en el trastorno universal se ostenta.
De santo amor tu inmenso poderío
y de temor sagrado tu alta ira
llenan el pecho mío,
y el ignorado canto respetoso
suena en tu honor la desusada lira.
La mente sublimada
á los pasados siglos se traslada,
y tu poder conoce prodigioso.
Tú que alteras el mundo,
el mismo, Señor, fuiste
que en el Gólgota alzado,
para borrar al hombre su pecado
en rudo leño redentor moriste.
Y la tierra tembló, y el claro cielo
de oscuridad cubrió sus luces bellas;
rasgó el templo su velo;
los muertos sus sepulcros agitaron,
y de las yertas losas quebrantadas
pálida frente pavorida alzaron;
y retembló el abismo.

Tú fuiste entonce el mismo,
cuando á la faz del suelo y las estrellas,
hombre, débil morías,
y Dios, el universo estremecías.

Tú que en Siná de majestad velado
al hombre hablaste en la encendida zarza.
¿Quién á mi canto diera
que á tu sublime alteza remontado
el olvido venciera?
Como atrevida garza
que ufana hendiendo la encumbrada nube
á contemplar el sol ardiente y vivo,
en raudo vuelo por el éter sube;
tu grandeza cantara y alto nombre,
y el brazo poderoso,
cuando el crimen triunfando
tus iras provocaba contra el hombre,
y maldición eterna pronunciando,
de tu obra primera pesaroso,
mares, Señor, lloviste,
y al mundo en ellos vengador sumiste.

Al escogido pueblo en servidumbre
á tu clemencia plugo
romper airado el ominoso yugo
y á Israel libertar; de la alta cumbre
de la fatal pirámide ensalzada,
nuncio de llanto y mortandad maligna
sobre el Nilo extendió su mano armada
el ángel de tu Gloria,
y al débil concediste la victoria.
Los fuertes sucumbieron,
y del fértil Egipto
los hijos primogénitos cayeron.

Y tú las aguas con robusta mano
en apartados montes sostuviste
é Israel las cruzó; y entonce ufano
también quiso á pie enjuto
cruzarlas el impío.
Tu mano sustrajiste,
y las aguas sobre él se desplomaron,
y con su enorme peso lo abrumaron.

Tú paz al enemigo le enviaste
y desprecióla ciego y maldecido,
y al ronco son del cántaro rompido,
á la tierra en tu ira
de Jericó los muros igualaste.
Alzó la frente impura
de nuevo el crimen y el puñal sangriento
poniéndole en la mano
«hiere, al hombre gritó, hiere á tu hermano.»

Y al torpe Sodomita licencioso
lanzaste fuego ardiente,
y con la infiel Gomorra eternamente
á llamas á Sodoma redujiste
y en pavesas al aire la esparciste.

Piedad, Señor, piedad. ¿Será que acaso
los orbes fabricaras,
y en el espacio inmenso los volcaras
para destruirlos luego? Hasta el ocaso
desde el remoto oriente
tu infinito poder el hombre siente.
Y volver á la nada
puedes, Señor, el universo entero
con sólo imaginarlo si te agrada.

Tú cuando tronador el Mongibelo
hasta el alzado cielo
escupe de Sicilia los peñascos,
y el hervidor Vesubio arroja en torno
del encendido horno
masas informes en ardidos cascos,
y Trinacria y Parténope movidas,
entre espesa ceniza oscurecidas,
ven abierto el abismo,
con tu dedo tú mismo
al destructor volcán el fuego prendes
y sus fraguas hondísonas enciendes.
Y entonces tu poder la ingente masa
de la tierra abarcando,
oigo crujir el eje rechinando.
La alta torre sacude y la cimbrea
tu diestra omnipotente,
y la ciudad antigua titubea.

Así un tiempo ostentaron su belleza
de los pueblos vivientes ya borrados
Herculano y Pompeya, y su firmeza
cediendo á los furores
del inquieto volcán, sus moradores
tristes fueron con ellos sepultados.
Así también cayó del fiero luso
emprendedor y activo
la famosa ciudad, cuyo cimiento
el itacense navegante puso.
Y así ¡oh dolor! también acaso un día,
ciudades opulentas
cuyo orgullo á los siglos desafía;
Cádiz que el pie ostentosa
sobre la inquieta espalda zozobrosa
del mar inmenso de olas turbulentas,
como tu antecesora, firme asientas;
y tú, antigua Granada,
que sobre fuego movedor la frente

levantas á la célica morada;
tú que en la Alhambra al arrogante moro
entre púrpura y seda y perlas y oro,
viste ostentar la pompa del Oriente:
también caeréis acaso al golpe crudo,
y entonce al pasajero
en silencio de ruinas elocuente
moviendo á derramar copioso llanto
seréis objeto funeral de espanto.

No empero el triste punto fué llegado:
cesa, inquieto volcán, la ardiente guerra
que á la llorosa tierra
nuncio fatal de llanto y desconsuelo
del seno ardido entre fragor le envías,
que aun más felices días
tornarán á lucir al quieto suelo.
¿O será, Jehová, que por ventura
en tu funesta saña
sabio decretes en la mente pura
borrar del orbe la afligida España?

Piedad, Señor. ¿Acaso no bastaron
tantos siglos de pena todavía
de llanto y destrucción y de tormentas
que la espelunca impía
lanzó contra mi patria? ¿No apuraron
los iberos la copa envenenada,
que más borrasca á la borrasca aumentas?
En su sangre vertida
y en sangre de sus hijos empapada
¿lavar sus hondas culpas no pudieron
las abundosas fuentes
del amargo penar inagotables
que tantos siglos por su mal corrieron?

No más tu saña á su doliente ruego
sorda, en fragor contino
brote la destrucción; en sus horrores
que la tierra aquietada cese luego;
rico y ópimo fruto
torne á dar de su seno fatigado,
y cese el llanto y desparezca el luto.
El iris vuelva á rutilar gayado
de mil colores y á su brillo augusto
cuando el eco de paz al orbe suena
muera en su germen mismo
el roedor gusano de la pena.
A su lugar bajando
vuelvan los mares á su cauce á unirse,
y á la abrasada arena
furioso rebramando
torne funesto el huracán á hundirse.

Obediente al esfuerzo de tu brazo
al lloroso mortal naturaleza
leda sonría en maternal regazo;
y los caudales ríos ondulosos
que al lejos se lanzaron
y las fértiles vegas inundaron,
mansos conduzcan á remotos mares
su quieta espuma en nuestros quietos lares.

Y en tanto que el humano himnos entona
á tí, Señor, y tu poder ensalza,
y ya pasada la fatal tormenta
ledo sus techos derrüidos alza;
enjugando á los míseros el lloro,
sobre el yermo volcán tus altos hechos
pasando en la memoria,
pueda yo en lira de oro
sonar tu excelsa gloria,
y de blanda ternura
con entusiasmo noble embebecida
el alma en la virtud hermosa, y pura,
de inmensa admiración, y de suave
ardiente gratitud, en dulce canto
trueque feliz el congojoso llanto.

EPIGRAMAS

Llamas, Fabio, á tu papel
con petulancia *sagrado;*
por eso se alberga en él,
Fabio mío, tanto malo.

Si has de poner por justicia
á cuantos te llaman necio,
no nos pongas uno á uno,
pon, Fabio, al público entero.

AL CONCIERTO DADO POR LAS BELLAS DE MANILA EN LA PLATERÍA DE MARTÍNEZ PARA SOCORRO DE LOS DESGRACIADOS DEL TERREMOTO

—

SONETO

Llegó en sordo lamento al Manzanares
El grito de los pueblos que cayeron,
Y piadosas sus bellas le ofrecieron
El fruto de sus célicos cantares.
Llevólo el eco hasta los hondos mares
Y su llanto los tristes suspendieron,
Y á sus acentos asombrados vieron
De nuevo alzarse sus antiguos lares.
Como en Grecia dulcísimo y sonoro
Hiriendo el aire el poderoso canto
Blando pulsaba Anfión la lira de oro;

Y en techos y columnas se ordenaban
Las piedras, atraídas del encanto,
Y la discorde Tebas levantaban.

ANACREÓNTICA

EL BESO

¿Por qué, si te hizo bella,
más pura que la aurora,
el ciego Dios de Gnido,
más que su madre hermosa,

Por qué de enojo y rabia
tu frente se colora
cuando al descuido un beso
mi labio al tuyo roba?

Si late henchido el pecho
del fuego que atesora,
si tus bullentes pomas
al juego me provocan,

¿Querrás que nunca necio
la timidez deponga,
y el corazón sofoque
la llama en que rebosa?

Si quieres que respete
tu boca encantadora,
deja, Célida, luego,
deja de ser hermosa.

¿No ves cómo atrevida
la hiedra vigorosa
al olmo se entrelaza
con osadía loca?

En vano de su triunfo
el noto la despoja,
en vano la rechaza
el ábrego que sopla.

¿No ves cómo animada
esfuerzos mil redobla
y sube sin respetos
hasta abrazar la copa?

El laso caminante
perdido que se embosca,
que con la sed ardiente
el crudo can agobia,

Si siente allí cercana
la fuente bullidora,
¿ves al raudal sonante
cual sin temor se arroja?

Por más que la corriente
oiga murmuradora,
el labio seco aplica
sobre las puras ondas.

¿O ya á la abeja nunca
cabe á la esbelta rosa
de su capullo abierto
ves respetar las hojas?

No más tu rostro airada
con gravedad compongas,
por más que en tus mejillas
mi ardiente labio ponga.

Ni deja más señales,
cruel, mi ardiente boca,
cuando atrevidos labios
á tus carmines tocan,

Que por el éter puro
el ave voladora,
ó el plomo despedido
que por su mal le corta,

Que deja impresa huella
en las fugaces olas,
frágil barquilla osada
que por los mares boga.

Ni es fácil que Lisardo,
que tus caricias goza,
de extraño labio aleve
la huella reconozca.

Que el beso fugitivo
en la ocasión dichosa,
tan luego cual se imprime,
tan luego ya se borra.

Mas si el rigor insano
de tu venganza loca,
ni ya mis besos quiere,
ni el dártelos perdona,

Devuélveme, Celida,
el que te dí yo ahora,
y en paz quedemos luego
y á tu amistad me torna.

Julio 1829

AL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE FRÍAS PIDIÉNDOLE SEA PADRINO DE SU BODA

—

ROMANCE

Deja la templada lira
por más que sus ecos dulces
el sagrado coro Aonio
con célico asombro escuche;

Tú en quien la Fortuna amiga
con admiración reune
los laureles de Helicona
de la cuna al claro lustre;

Deja que mi tosca musa
el fúnebre llanto enjugue,
que cabe el perdido amigo
por tus mejillas discurre;

Que si ya la yerta losa
sus tristes despojos cubre,
basta que sobre ellos tierno
una lágrima tributes.

Ya la antorcha de Himeneo
que amor á encender acude
al blando pecho de Silvia
alegre á mis ojos luce.

Ya las rosas pasajeras
del tálamo se descubren,
que la espina punzadora
entre las hojas encubren;

Que ¡ay triste! el ardor del pecho
y el volcán que le consume,
marchitando su frescura
ni las dejára que duren.

Así á mirar el capullo
rasga el sol la espesa nube,
y hasta el cáliz por gozarle
sus vivos rayos conduce.

Ni ve que su mismo fuego
presto su beldad destruye,
y que donde el goce empieza
el placer allí sucumbe.

Ya me brinda de Himeneo
sonriendo alegre el numen
del placer la ardiente copa
para que ansioso la apure.

Ya el amor que hacer eterno
jura el lazo que nos junte
la joven palma de Silvia
á su templo restituye.

Y ya sobre el ara antigua
quiere el cielo que nos une,
que amante y esposo á un tiempo
constancia eterna la jure.

Mas no la vid amorosa
al cielo enlazada sube
sin que del olmo robusto
la alta firmeza la ayude.

Ni jamás el nido pone
con la compañera dulce
el amante pajarillo
sin que antes el bosque cruce.

Y de la pomposa encina
la sombra amiga procure,
y amparado se cobije
bajo la hojosa techumbre.

No es mucho que antes que el cielo
nuestros destinos anude,
porque á mi enlace presidas,
á tu amistad me refugie.

Tú me deja cuando Silvia
ruborosa el *sí* pronuncie
y haga mis dichas eternas
en el lazo indisoluble,

Que oiga á tu sombra seguro
cuanto la Fama divulgue
y de sus ruidosos ecos
contigo á la par me burle.

¿Qué á mí sus débiles voces,
por más que á mi oreja zumben,
como á tu amparo me acoja
y Padrino te salude?

Que así dos tiernas palomas
que ven bajar de la cumbre
turbas de gárrulas aves
que devorarlas presumen;

Si en sus pechos inflamada
del amor la ardiente lumbre,
su blando y sabroso yugo
de Cipria al carro las unce,

Al hueco tronco seguras
de sus robadores huyen,
el vano rumor escuchan
que no miedo las infunde.

A la margen del arroyo
que entre guijuelas discurre
así el céfiro gozoso
besa las flores voluble,

Y como, abierta la rosa,
su suave aliento disfrute,
deja en impotente esfuerzo
al arroyo que murmure.

Cuando ya próvido el cielo
nuestros votos asegure,
á tí, infanzón, su fe pura
el garantizarle cumple.

Y aquel ¡ay! que antes liviano
sus juramentos excuse,
las tormentas de Himeneo
sobre su cabeza anuble.

Así si yo en la borrasca
miro matizar las nubes
un iris en tí gayado
que la tempestad conjure.

Vuelva al tálamo Himeneo
no bien mis bodas alumbre
la hermosa que de tu lado
larga distancia desune;

Y un infanzón generoso
á par de la bella núbil
conceda á tu amor paterno
que herede tu nombre ilustre:

Que cuando algún extranjero
al león de España insulte,
así á vengar sus baldones
el invicto acero empuñe,

Como en la paz duradera
cuando las ciencias escude,
de sus mayores ostente
fiel las ínclitas virtudes.

Ni para tí la Fortuna
su curso próspero mude,
ni jamás el infortunio
con sus cadenas te abrume;

Y ni el artesón dorado
el sacro coro rehuse
cuando con divinos sones
la lira inspirada pulses;

Si en la deseada aurora
con tierno afán, noble Duque,
al placer de ser esposos
el de ser tus hijos unes.

Año de 182[illegible]

AL EXMO. SR. D. MANUEL VARELA

1.° DE ENERO DE 1830

Implore tu ardiente lumbre
el Genio, Musa, en buen hora,
que al son del bronce tronante
alza el grito de victoria.

El que es á cantar osado
entre los rayos de Arcola,
de Austerlitz entre los truenos
al vencedor de la Europa.

Y en dulce emoción ardiendo
de gratitud la alma ansiosa,
mi blanda lira en suaves
acentos el viento rompa.

Si falta el estro radiante
que al Genio sublime endiosa,
para enardecer mi pecho
fuego á la virtud le sobra.

O tú, Varela, que enjugas
del triste la faz llorosa,
tú que el raudal atajaste
á la pública congoja,

Acepta en humildes tonos
mi dulce ofrenda obsequiosa,
que mi corazón sincero
de agradecido blasona.

Si canté bajo tu amparo
la alta ruina asoladora,
y sobre el triste colono
la torre que se desploma:

Sobre el montón de ruinas
para el bien más poderosa
tu mano que la del genio
maléfico asoladora,

Del alto templo que airado
el ronco huracán destroza
lanzas de nuevo á las nubes
la cúpula esplendorosa.

Y cuando la erguida cresta
de nuevo enhiesta orgullosa,
tu alto nombre murmurando
al Olimpo se alza y toca.

Blandas márgenes del Miño
que visteis brillar la aurora,
que á las ninfas de Hipocrene
será de eternal memoria,

Las que en su cuna ceñisteis
las guirnaldas olorosas
del nuevo blasón de España
á la frente brilladora;

La verdad, las simples gracias
de vuestras gayas pastoras,
sus dulcísimos acentos
prestad á mi voz sonora.

Suele así brillar más pura
en verjel fragante rosa
cuando de aurora apacible
sus suaves matices toma.

Que cuando el can ardoroso
con vivos rayos la dora
también con mentido halago
la marchita y la deshoja.

Sin tí, Varela, las musas
de la Hesperia congojosas
vieran hollar la ignorancia
los laureles de Rioja,

Y fugitivas de un suelo
que la ignorancia baldona
juguete al rencor contrario
aun gimieran silenciosas.

Mas ¿qué sirve—el rubio Apolo
gritó entonces—que recojan
con osada frente lauros
tantas liras españolas,

Si su canto no escuchado
en el silencio se ahoga
cual suele del bronce herido
morir vibración sonora?

Que nunca Marón pudiera
cantar la empresa piadosa
si para templar su lira
no le diera Augustos Roma.

Y sin Mecenas Horacio
para el ardor de la oda,
¿cómo á Píndaro robara
la inspiración creadora?

Que mal del sol sin los rayos
en los doseles de Flora
el matizado capullo
sabe desplegar su pompa.

Otro Mecenas ostente
nueva Mantua vencedora,
digno de sus blandos cisnes,
digno de la antigua Ausonia.

Y la lira que sublime
habló en Guzmán vigorosa
con nuevas glorias mayores
las glorias pasadas borra.

¿Será, Musas, que en mi pecho
vuestro ardiente fuego corra
y que á los futuros siglos
llegue mi voz victoriosa?

Cuando el amparo me disteis
que guardáis para vosotras,
¿fué para dejar oscura
mi lira vilmente rota?

No, que si al Prelado ilustre
mi acento eleváis ahora
que supo al excelso trono
alzar la voz generosa

Para entregar á la Fama
en las hojas de la Historia
las ambicionadas palmas
que Inarco en el Pindo logra,

Y hollando del fanatismo
la cabeza tenebrosa,
con señales indelebles
grabar su eterna derrota,

También cuando ardí por Silvia
en dulce hoguera amorosa,
un infanzón, de Himeneo
ardió para mí la antorcha,

Que hijo digno de las Musas
honró la desierta losa,
orilla al Herault, del padre
de la alma lira española

Y por él rindió la España
justo homenaje á su gloria;
por él asombró á las gentes
que sus cenizas le roban.

Recibid, genios sublimes,
las eternales coronas,
que á vuestras frentes destinan
sus agradecidas sombras.

Cuando en los futuros siglos
Meléndez, Inarco se oigan,
con ellos, Varela, Frías,
partiréis también sus glorias.

Y será, sabio Prelado,
que siempre ya mi voz ronca
con tristes sollozos tierna
fatigue las duras rocas.

Si á tantos hacen felices
por tu mano bienhechora
tantos soles, para un triste
¿nunca lucirá una aurora?

Sé puerto amigable mío
cuando la mar borrascosa
amaga ya mi barquilla
débil tragar en las hondas.

Si, á las dulces resonancias
tú de mi lira humildosa
acogida blanda diste
á mi combatida prora;

Como el faro luminoso
que en la distancia remota
astro de vida aparece
al que en las tinieblas boga

No más con furor sañudo
cebe la desgracia loca
en mi pecho palpitante
su garra devoradora

¿Qué? Cuando á mi patria entera
un astro su luz hermosa
por sus términos distantes
difunde consoladora;

Cuando al asomar Cristina
huyen las espesas sombras
de la noche, y á la España
días de ventura tornan;

¿Será que anegada en llanto
que los tristes ojos brotan
mi alma en el público gozo
gima triste y gima sola?

No, Varela, que tu pecho
el santo fuego atesora,
para bien del desgraciado,
de la virtud bienhechora.

Cuando la fama propicia
lleve desde el Tajo al Volga,
las preces que por tí al cielo
envíe el alma gozosa;

Con letras de vivo fuego
en mi pecho, á tu memoria,
grabará tu nombre ilustre
la gratitud ardorosa.

A UNA HERMOSA

[illegible]

—

¿No te bastan los rayos de tus ojos,
de tu mejilla la purpúrea rosa,
la planta breve, la cintura airosa,
ni el suave encanto de tus labios rojos?
¿Ni el seno que á Ciprina diera enojos,
ni esa tu esquiva condición de esposa,
que también nuestras armas, Nise hermosa,
coges para rendir nuevos despojos?
¿A celebrar de tantos amadores
ingrata el fin   te previenes
que á manos morirán de tus rigores?
Ya que en tus redes nuestras almas tienes,
la lira déjanos, ya que no amores,
para cantar al menos tus desdenes.

[illegible]

[illegible]

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON

—

OCTAVA

Bastante tiempo, oh Rey, la refulgente
Antorcha de Himeneo ardiste en vano,
Y un sucesor al Trono inútilmente
Esperó de tres Reinas el Hispano.
Sí: salud á Cristina que esplendente
Vino á partir tu solio soberano;
Que ella es, Fernando, la que al Trono Ibero
Dos veces le asegura un heredero.

AL DIA 1.° DE MAYO

—

¿Tornas, infausto día,
trayéndole á mi mente
fortunas olvidadas
de tiempos más alegres?
¿Acaso deslumbrarme
ora también pretendes
con esperanzas locas
perdidas tantas veces?
Hoy fué que de ilusiones
un tiempo yo juguete
pensé que ya tocaba
mil anhelados bienes.
Mas tú corriste luego,
y aquella ingrata aleve,
cruda, en tan largas penas
trocó dichas tan breves.
¿Acaso á recordarme,
risueño, me amaneces,
que en pos de nuevas burlas
luego á sus plantas vuele?
Ora tal vez brillando
cual rosa entre claveles
á mil adoradores
la faz graciosa vuelve.
Díla que entre esa turba,
que hoy á sus pies advierte,
quien como yo la adore
no es fácil que lo encuentre;
que si otros más la dicen
ninguno tanto siente
como éste que callando
ni verla ya pretende;
como el que por tributo,
único reverente,
á sus divinas plantas
sus lágrimas le ofrece.
No pases sin decirle
esto á mi bien, no piense
que el más rendido amante
nunca olvidarla puede,
por más que en honra mía
el circo aquí resuene.
¿Qué á mí, que aplaudan todos
como ella me desprecie?
¿Qué valen para un pecho,
que eterno amor somete,
qué valen, conseguidos,
los lauros florecientes?
Al que le abrasa el fuego
que el ciego dios enciende,
los lauros envidiados
son galardón estéril,
si su gentil belleza
el mísero no tiene
á quien ornar con ellos
la majestuosa frente.
Yo, más que no el ruido
de palmas mil batientes,
preciara el de sus besos,
emblemas del deleite.
¿Y esa mentida gloria,
cuál rico don me ofrece,
si á enardecer no basta
un corazón de nieve?

Cuando mi humilde numen
honra el estruendo alegre,
yo solo de mi hermosa,
yo lloro los desdenes.
¡Oh! callen los aplausos
mientras su amor me niegue,
que amante despreciado
de ella, no los merece.

Díla que ya estos lauros
arranque de mis sienes;
yo todos se los trueco
por solo un beso ardiente;
que me corone un día
de amor y de placeres;
y coja quien los quiera
los fútiles laureles.

FIN DE LA OBRA

INDICE DE LA OBRA

Páginas

Página

OBRAS INÉDITAS DEL AUTOR



